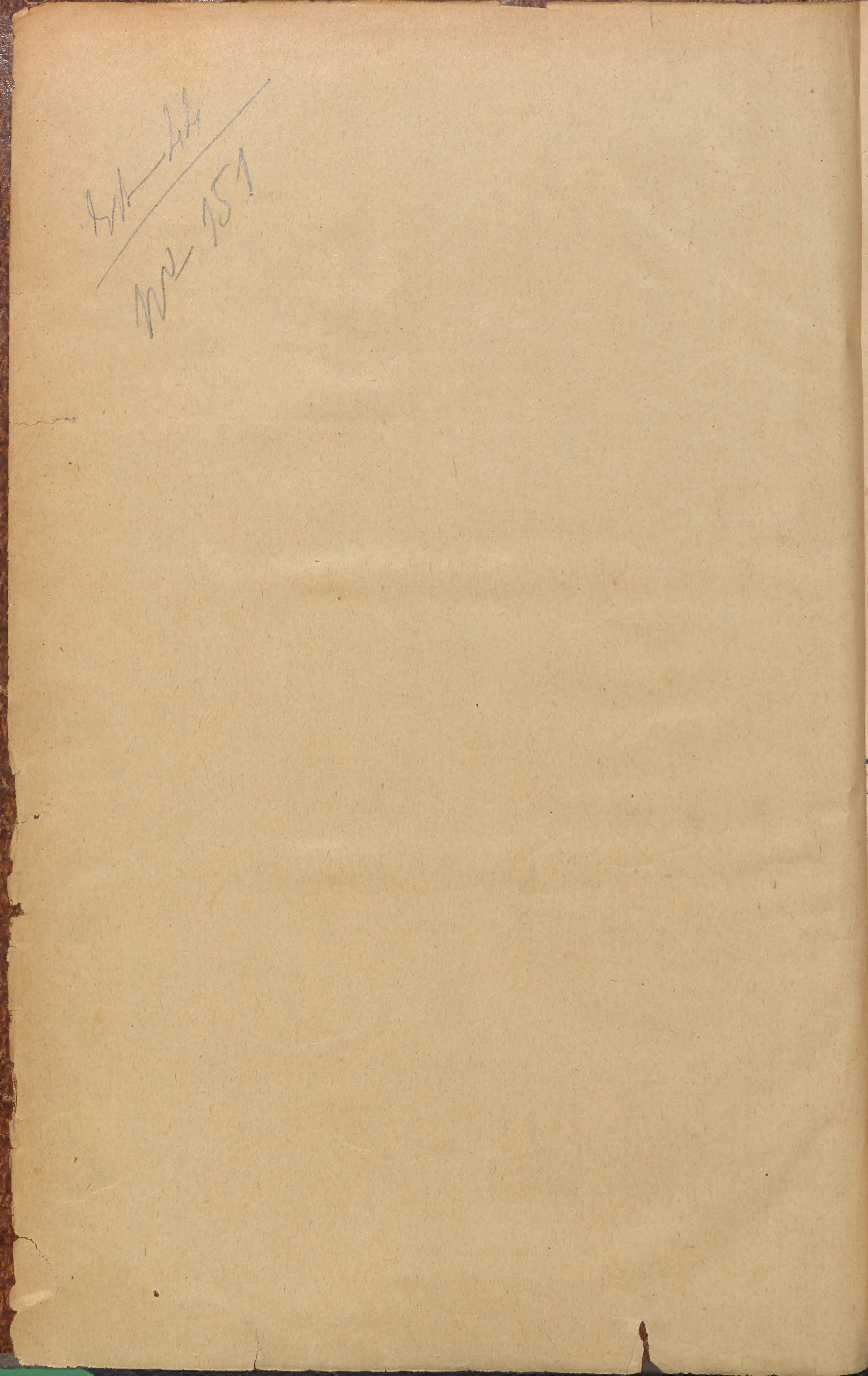


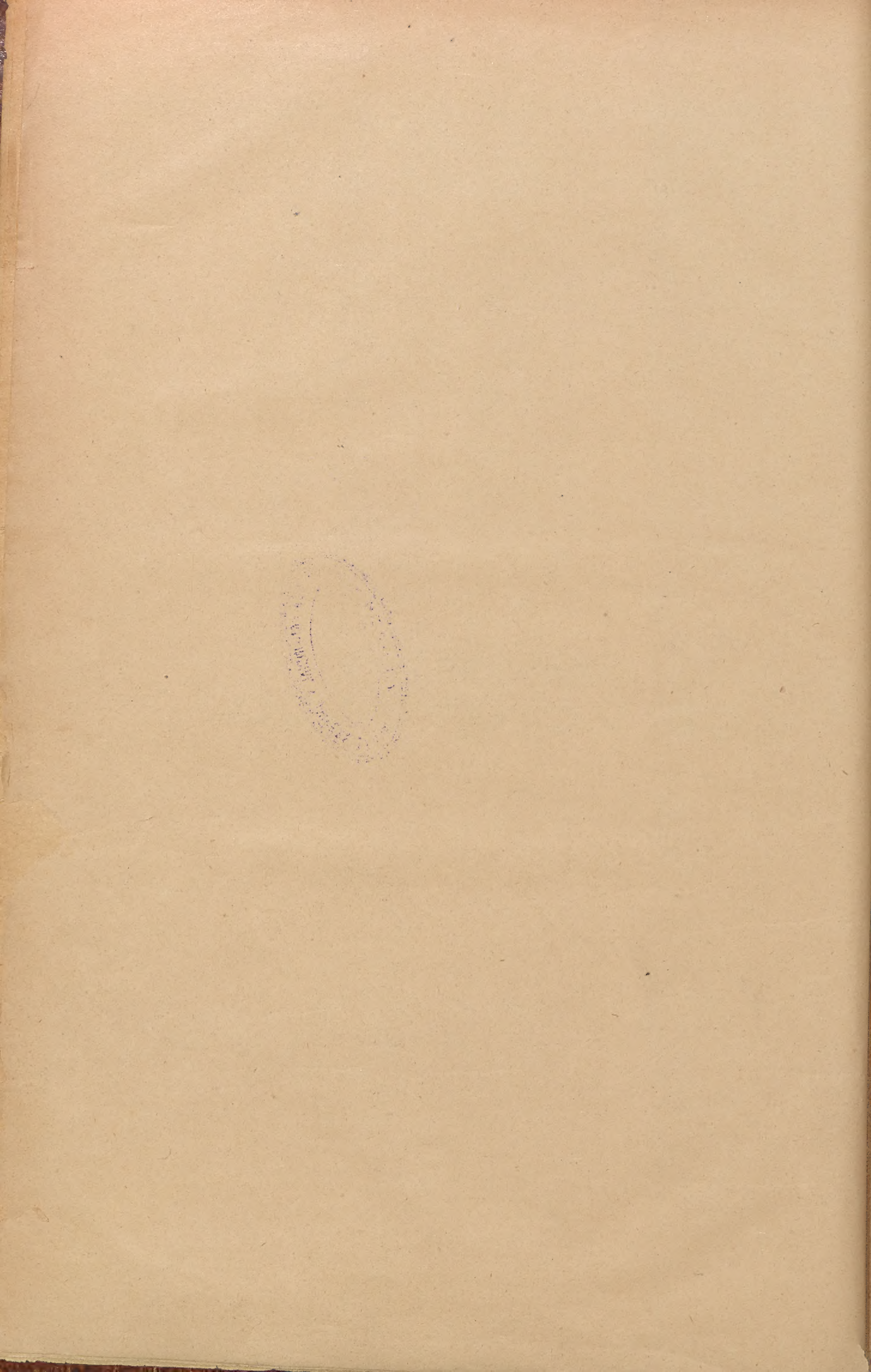


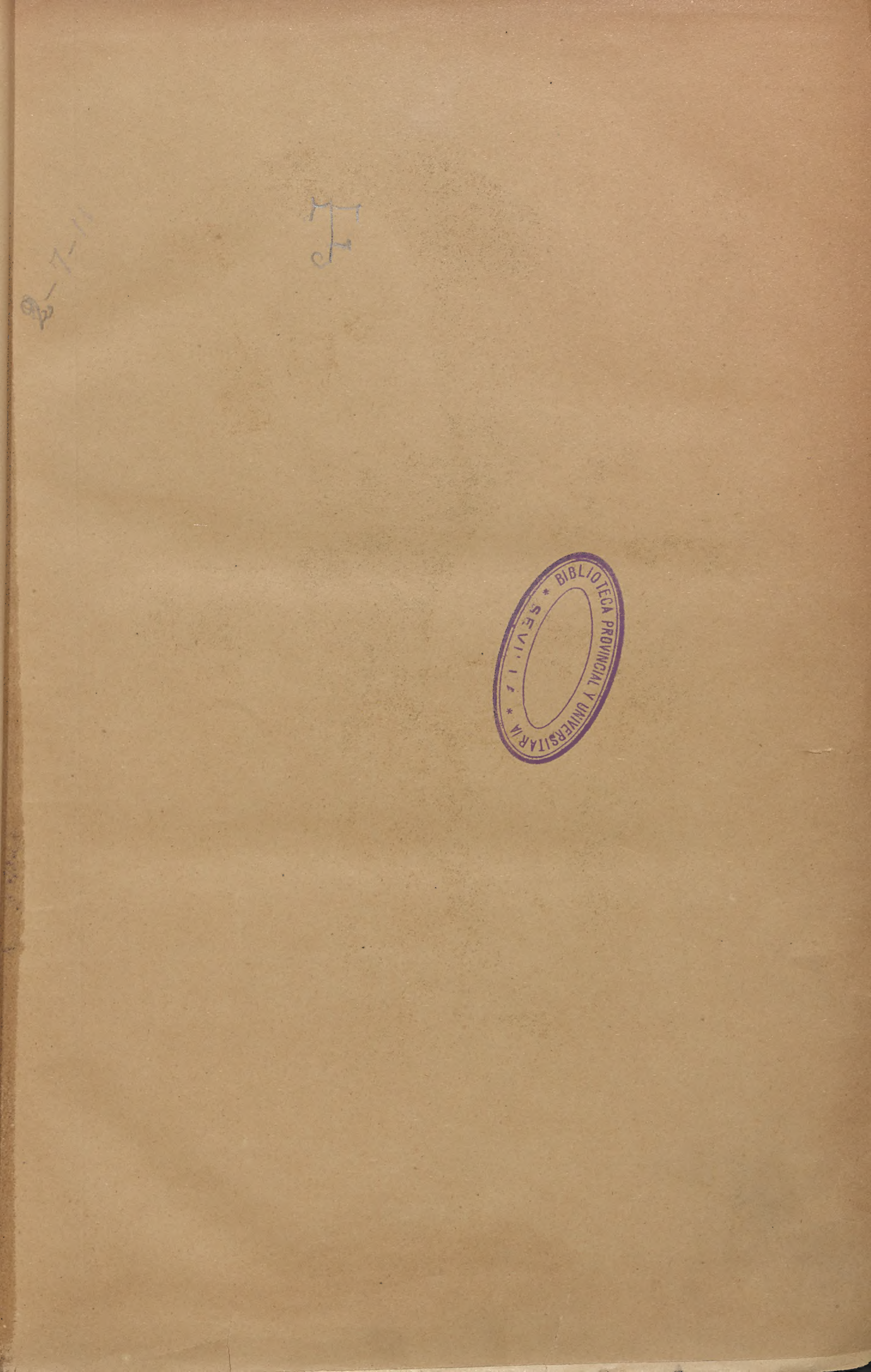



Nr 151

OBRAS COMPLETAS

DE VÍCTOR HUGO.








Terraza, Aliena y Ca EDITORES
VALENCIA 1886

# OBRAS COMPLETAS

DE

# VÍCTOR HUGO

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

DON JACINTO LABAILA.



Magnífica edicion espléndidamente ilustrada con bellísimas cromo-litografías.

TOMO PRIMERO.

VALENCIA 1886:

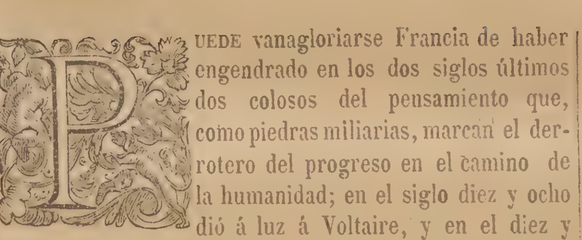
TERRASA, ALIENA Y COMPAÑÍA, EDITORES,

Embajador Vich, núm. 10.

Imprenta de Juan Cuix, calle de Miñana, núms 7 y 9.

# VÍCTOR HUGO

## ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO



PUEDE vanagloriarse Francia de haber engendrado en los dos siglos últimos dos colosos del pensamiento que, como piedras miliarias, marcan el derrotero del progreso en el camino de la humanidad; en el siglo diez y ocho dió á luz á Voltaire, y en el diez y nueve á Víctor Hugo; aquél nació en 1694, difundió las luces de su inteligencia durante tres tercios del siglo décimo octavo y murió á los ochenta y dos años; éste nació en 1802, llenó con su genio tres tercios del siglo décimonono y falleció á los ochenta y tres; igual fué la longevidad de Voltaire y de Víctor Hugo, como fué semejante su precocidad y su fecundidad, que es asombrosa la similitud de esos dos grandes hombres. A los doce años, el colegial Arouet, desde el colegio de los Jesuitas, escribia un memorial en verso que un inváli[illegible] á su alteza real, y que empezaba del mo[illegible]:

«Digne fils du plus grand des rois,
Son amour et notre esperance,
Vous qui sans regner sur la France,
Regnéz sur le cœur des françois... etc. etc.»

Tal eco produjeron en los salones los versos del adolescente Voltaire, que la célebre cortesana Ninon de Lenclós (un mes antes de su fallecimiento) quiso conocerle: le llevaron á su casa; desde la que fué el heraldo de la reputacion del futuro escritor, al bautizarlo con el título de *el jóven de los grandes destinos*, cuya frase se hizo proverbial y sentó la base de su renombre. Víctor Hugo, á los trece años, habia escrito ya algunas poesías, la tragedia *Irtamene* (cuya obra no se ha publicado), y el drama *Inés de Castro;* á los quince envió á la Academia una epístola en verso sobre las *Ventajas del estudio*, que solo obtuvo mencion honorífica, y no el premio á que era acreedora, por confesar en ella el autor que solo contaba quince años:

«Moi qui, toujours fuyant les cités et les cours,
Des trois lustres á peine ai vu finir le cours.»

El estilo correcto de Víctor Hugo y sus tendencias de entonces complacieron á los realistas, hasta el punto de entusiasmar al admirable Chateaubriand, que le clasificó de *niño sublime*, y fué el vehículo de su reputacion. Víctor Hugo, como Voltaire, empezaba siendo en sus poesías elogiador de príncipes; pero ambos luego convirtieron el incensario en látigo. Tan semejante en ellos fué la precocidad como la fecundidad.

Voltaire fué poeta, autor dramático, escritor filosófico y político, historiador y novelista; recorrió, cosechando triunfos, todo el campo de la literatura, desde la elevacion épica de la *Henriada* y la trágica de *Zaïra*, hasta las profundidades vergonzosas de *La doncella de Orleans*. Víctor Hugo se paseó tambien por todos los dominios del arte literario; es épico en *La leyenda de los siglos*, eminentemente dramático en *Hernani* y en *Lucrecia Borgia*, gran novelista en *Nuestra Señora de Paris* y en *Los Miserables*, y desciende de esas latitudes hasta caer en el lodo del libelista en *Napoleon el Pequeño* y en *Los castigos*. Las circunstancias de la vida de ambos escritores tambien son idénticas. Voltaire fué encerrado en la Bastilla y desterrado de Francia, de la que estuvo ausente muchos años, y á la que no regresó hasta despues de la muerte del regente que le desterrara y hasta despues del fallecimiento de Luis XV; y volvió á su patria, ya anciano, para exhalar en ella el último suspiro. Víctor Hugo no fué encerrado en la Bastilla, porque no se apoderaron de él; pero Napoleon III puso á precio su cabeza y gimió tambien en el destierro gran número de años, regresando á Francia ya anciano, para morir, como Voltaire, en el seno de la patria. Ambos hombres ilustres alcanzaron la señalada honra de presenciar su propia apoteósis. Voltaire escribió pocos meses antes de morir su tragedia *Irene*, y el dia que asistió á verla al teatro, solicitado por el público, produjo en París entusiasmo tan indescriptible, que fué coronado en su palco; la representacion fué incesante triunfo, que consiguió, no la obra, sino el autor, entre las contínuas aclamaciones que sonaban fuera y dentro del teatro de: ¡Viva Voltaire!—A Víctor Hugo le coronó tambien y le felicitó todo París el dia de su cumpleaños, y como Voltaire, escribió el último año de su vida una obra teatral, *Torquemada*. Tal fué la semejanza de

esos dos faros gigantescos encendidos en Francia en los siglos XVIII y XIX, cuya luz civilizadora alumbra al mundo moderno.

No describiremos los suntuosos al par que populares funerales que celebró París cuando falleció Víctor Hugo, por estar aun frescos en la memoria de todos; únicamente, de paso, nos ocupamos de ellos para recordar á los que nos lean, que hoy no se tributan tan magníficos á ningun soberano; lo que prueba que el mundo actual rinde su principal culto á la soberanía del talento, que no es efímera como la otra soberanía, y prueba además que reconoce todo un pueblo los títulos de gloria de Víctor Hugo.

Sus títulos son varios; pero el primordial, el culminante, es el que le concedió la poesía lírica; en efecto, Víctor Hugo es el poeta egregio de la Francia; sus cuatro libros primeros de versos le colocaron á la cabeza de todos los poetas líricos de su nacion; y eso que tuvo que rivalizar con la melodiosa lira que Lamartine pulsaba ya, y cuyos sonidos producian éxtasis en los corazones del primer tercio del siglo; y eso que todavía su genio romántico y democrático no se habia desarrollado ni en el fondo ni en la forma, como en sus poemas y poesías posteriores se desarrolló. El notable crítico, conocido en el mundo literario por *Fernanflor*, le caracteriza del modo siguiente: «Víctor Hugo es el poeta de lo inmenso; sus defectos son, pues, las exageraciones de lo sublime, que se dibuja siempre con líneas sencillas y que él no siempre consigue expresar con sencillez. En sus últimos años, deseoso de ser el poeta de otro tiempo, agigantaba las expresiones, creyendo así agigantar las ideas y los sentimientos, pero no hay ejemplo de un poeta de ochenta y tres años que haya conservado una vitalidad creadora tan enérgica como él.»

Fué tal ayer su prestigio y es hoy su influencia, que uno y otra subsisten y subsistirán mientras no se pierda el gusto literario.

Nos afirmamos en esta opinion al ver que piensa como nosotros en este punto el celebrado novelista Emilio Zola. *En su estudio crítico sobre la poesía moderna*, dice el jefe de la escuela *naturalista* del pontífice máximo de la escuela *romántica:* «Medítese un instante en el maravilloso brillo que lanzaron á su aparicion los versos de Víctor Hugo. Era como una expansion nueva en la literatura nacional. Desconocíamos el lirismo, no teníamos más que los coros de Racine y las odas de Juan Jacobo Rousseau, que ahora nos parecen frios y peripuestos. Así es que la conmocion que recibió la juventud persiste y dura aun. Parece imposible que desde entonces hasta hoy no haya brotado ningun retoño en nuestro suelo literario, á la sombra del árbol inmenso que plantó Víctor Hugo.»

Más adelante, el mismo Zola añade:

«Unicamente en poesía es donde reina Víctor Hugo como dueño soberano; no es más que un gran poeta lírico: su genio, su título de gloria eterna es ese.»

Con el respeto que nos merece el autor de *L'Assomoir*, nos atrevemos á contradecir su creencia de que Víctor Hugo *no es más que un gran poeta lírico;* el autor de *Nuestra Señora de París*, de *Los Miserables* y de *Lucrecia Borgia*, puede ostentar dos títulos más, y títulos legítimos, para conseguir la inmortalidad. Parece mentira que el clarísimo talento de Zola (porque no queremos ofenderle creyendo que habla así por rivalidad en un género determinado); parece n[illegible] no vea lo que es tan visible; pero esa[illegible], repetimos, que la consecuencia de juzgar á los autores bajo el punto de [illegible]ta mezquino de una escuela determinada y no bajo el pun[illegible] de vista ecléctico del arte, que es como deben estudiars[illegible] el arte es cosmopolita, universal, y no se ciñe ni á los mold[illegible] de una escuela ni á los caprichos de una moda. El arte tiene matices, pero no uniformidad; es uno, pero vario. La belleza se presenta bajo muchos aspectos, y se la puede sorprender en muchas posiciones; por eso el clasicismo y el romanticismo produjeron obras magistrales é imperecederas, y las produce indudablemente el naturalismo.

De todos modos, en la poesía reina Víctor Hugo *como soberano*, por sufragio universal y además por la opinion de una entidad ilustre en las letras.

Tras el poeta egregio vino el jefe de escuela, cuyo título le extendieron las novelas *Bug-Jargal*, *Han de Islandia* y *Nuestra Señora de París*, y los dramas que fué dando á luz; en el *Cromwell* inserta un extenso prólogo, que viene á ser como el Corán de la escuela romántica, parabólico y nebuloso, que sirvió de texto á sus compañeros y á sus discípulos; tras las ideas estéticas que en él se encerraban, vino la práctica de éstas, cuya victoria se consolidó con el triunfo ruidosísimo que alcanzó *Hernani* en el teatro. No fueron obstáculo para que los escritores adeptos pusieran en manos de Víctor Hugo el cetro de la escuela romántica, las obras del mismo género que precedieron al citado drama; esto es, *Otelo*, traducido por Alfredo de Vigny, y *Enrique III*, de Alejandro Dumas; como el autor de *Nuestra Señora de París* extendia la literatura romántica no solo en el teatro, sino tambien en la novela; como además poseía las cualidades morales y físicas del propagandista, como más tarde lo demostró al dedicarse al apostolado de la democracia, nadie más que él consiguió conquistar la supremacía en la nueva escuela, á pesar del mérito sobresaliente de algunos de sus secuaces. Entronizóse, pues, el romanticismo, despues de derrotar al clasicismo en descomunal batalla; y en él figuraron tantos y tan peregrinos ingenios, q[illegible]aron á caracterizar su tiempo, que se conoce en los fastos literarios por la época de la generacion del año treinta.

La novedad de entonces fué el romanticismo, como es el naturalismo la novedad de ahora; pero ni una ni otra clasificacion es exacta en el rigorismo de la estética literaria, para el que no hay nada verdaderamente nuevo en las bellas letras, y casi nos atrevemos á decir ni en las bellas artes; como á testimonio de nuestro aserto, observará el que estudie con imparcial criterio y compare á los autores, que el gran dramático Guillermo Shakespeare es un embrion del romanticismo del teatro de Víctor Hugo, que Honorato Balzac es en la novela analítica una insinuacion clara de Emilio Zola, y que Byron es en la poesía lírica el indudable modelo de Espronceda.

Los dramas de Víctor Hugo, que relumbran con las llamaradas del genio, carecen de estructura artística, son difusos y están plagados de monólogos; pero á pesar de los indicados defectos, arrancan aplausos al público y escitan en muchos trozos la admiracion del que los lee; no encierran el interés con que embellece á los suyos Alejandro Dumas, pero irradian cierta majestad y grandeza que nunca pudo alcanzar con su felicísimo ingenio el autor de

*Catalina Howard*; preferimos *Lucrecia Borgia* á todos ellos, defiriendo de la opinion de algunos críticos, que conceden la supremacía á *Hernani*. Tanto gustaron y tan de moda se pusieron en su época las producciones dramáticas de Víctor Hugo, que muchas de ellas dieron pié á inspiraciones musicales de inmortales maestros, que las convirtieron en óperas, y en ellas le aplaudimos todavía en el teatro, glorificado por Donizetti y Verdi en *Lucrecia Borgia*, en *Hernani*, en *Rigoletto* y en *Ruy Blas;* solo hizo fiasco *La Esmeralda*, ópera sacada de *Nuestra Señora de Paris*.

El novelista empieza en Víctor Hugo á los quince años, y produce, por una apuesta, en quince dias, su primera obra en este género: *Bug-Jargal*; á ésta sigue *Han de Islandia*, escrita tres años despues. Estas dos novelas primerizas, llenas de lúgubre interés, se pasean por los espacios fabulosos y descubren la brillantísima imaginacion del que las concibió, notándose ya en ellas los gérmenes que, más tarde, debian producir ópimos frutos. A la tercera va la vencida, dice el adagio español, y la tercera novela del autor de *La leyenda de los siglos* fué *Nuestra Señora de Paris*, que le proporcionó un triunfo tan ruidoso ó más que el *Hernani*. Esta obra es una magistral pintura de la Edad Media, evocada por la inspiracion del hombre que desde entonces empezó á ser considerado como el génio de la época; esta obra pone de manifiesto la gran potencia creadora de que estaba dotado Víctor Hugo; las figuras que intervienen en ella están presentadas con tanto relieve y tan vivas, si nos es lícito decirlo así, que se han inmortalizado. El discreto crítico que se oculta bajo la máscara de *Cárlos Mendoza*, dice, á propósito de lo que acabamos de afirmar: «Si las figuras de este libro son tan falsas como quieren decir algunos, es bien extraño que se hayan ido perpetuando con tanta pertinacia, arraigándose cada dia más en el conocimiento de las gentes. No ha envejecido lo más mínimo ninguna de las creaciones de aquel *poema en cien actos*, como le llamó uno de los más ilustres críticos franceses, Julio Janin; la Esmeralda, Claudio Frollo, Quasimodo y Gringoire, se han incorporado ya á la legion sagrada de los héroes, que no ignora nadie han tomado sitio cerca de las creaciones de los más grandes poetas y novelistas, y es de creer que vivan ya eternamente en compañía de las más altas figuras que han producido los genios del arte».

Está en lo cierto el mencionado escritor: vivirán eternamente en la memoria de los hombres, Esmeralda, Claudio Frollo y Quasimodo: la facultad de crear tipos que se perpetúen en la memoria de los hombres, solo fué concedida á los genios de primera magnitud, de los que cada nacion apenas puede contar uno en la série de los siglos transcurridos; entre estos hijos privilegiados de la gloria está Cervantes, que inmortalizó á D. Quijote, á Sancho Panza y á Dulcinea; está Shakespeare, que dió vida eterna á Otelo, á Romeo y á Julieta; está Goethe, que eternizó á Fausto y á Margarita, y esta Víctor Hugo, el último en el órden cronológico del privilegio, que añade á esas figuras imperecederas sus arquetipos de *Nuestra Señora de Paris*.

Enteramente diversa en el asunto, en la tendencia, en los personajes, en la época y hasta en la desproporcion es su otra obra magistral, *Los Miserables*, que es «el colosal empuje contra el egoismo social, que deja persistir desigualdades monstruosas», como gráficamente la califica un escritor ya mencionado. Hay críticos que prefieren esta obra á todas las de Víctor Hugo; pero nosotros, sin desconocer sus múltiples bellezas, ni el colorido acentuado, pero verdadero, de sus principales interlocutores, ni la trascendencia filosófico-social de las ideas que en ella se desarrollan, ni la de los acontecimientos que en ella se verifican, sin negarle la gran importancia que justamente ha adquirido, nosotros preferimos *Nuestra Señora de Paris*, que nos parece el esfuerzo supremo aunado del génio, del talento y de la meditacion.

*Los trabajadores del mar* y *El hombre que rie*, son otras dos novelas de Víctor Hugo que no gozan de tanta fama como las anteriores, aunque campea en ellas su viva imaginacion y su estilo peculiar y encierran páginas de inapreciable valor. A pesar de ser estrambótico el asunto de la última y de conducir al autor á veces á lo estravagante, brillan en ella trozos magníficos y sublimes, superiores si cabe á los de sus mejores novelas. *El hombre que rie*, segun la opinion de su propio autor, debia llamarse *La aristocracia* (de la que es un detallado estudio) y habia de constituir una parte de la trilogia, que pensó escribir, en tres libros, titulados: La aristocracia, La monarquía y La democracia; de los tres solo escribió dos, el primero y el último, que bautizó con el nombre de *El Noventa y tres*; en esta obra refiere en forma novelesca la historia de la primera República francesa con la brillantez y la energía de su habitual estilo.

Dedicóse Víctor Hugo con ahinco á la política y ocupó un sitio en el Parlamento, siendo uno de los apóstoles más fervientes y más activos de las ideas republicanas, por lo que, al advenimiento del emperador Napoleon III, tuvo que salir desterrado de su patria. Viviendo lejos de su pais publicó los dos libros *Napoleon el Pequeño* y *Los castigos*, obras políticas, escritas bajo su punto de vista y que no menoscabaron su reputacion, porque ya la tenia consolidada y porque el destierro engrandecia su figura á los ojos de las muchedumbres, á las que se aparecia como una víctima del poder absoluto, colocada sobre la pira del sacrificio. Entonces se entregó con embriaguez á la propaganda revolucionaria y escribia contínuamente cartas sobre todos los acontecimientos, cartas célebres, que despertaron gran interés por estar escritas por tan eminente autor, y que se reproducian en todos los periódicos de Europa, aumentando su popularidad y extensísima fama con el dictado de escritor político-revolucionario. Cayó el Imperio, triunfó la República, y Víctor Hugo regresó á Paris.

Hemos examinado á la ligera las principales obras del autor de *La leyenda de los siglos*, segun nos lo ha permitido el breve espacio de que podemos disponer, y ahora vamos á examinar al mismo autor. La mayor fuerza del génio de Víctor Hugo radica en su extraordinaria imaginacion, que es la madre de la invencion literaria; merced á su potencia crea novelas, imágenes y rasgos sorprendentes de estilo. Como dice Castelar: «No hay como él quien sepa idealizar lo concreto y materializar lo abstracto. No hay quien haya oido como él los conciertos entre los pensamientos y los séres. Cualquier cosa tangible se ilumina y se calienta en su cerebro hasta llegar á idea, como cualquier idea se materializa, de suerte que podeis verla, me-

dirla y pesarla, como si tuviera en la realidad viviente sustancia, forma y dimensiones. El poder de su imaginacion hace milagros.»—De la extraordinaria potencia creadora de su imaginacion nacen todas sus bellezas y sus defectos. La imaginacion tiende á la hipérbole, y Víctor Hugo es verdaderamente un génio hiperbólico: llega á lo sublime y algunas veces lo rebasa, cayendo en lo ridículo; ese paso no más que media de lo uno á lo otro, se lo hace dar algunas veces su imaginacion, que salta desde las magnificencias de *Nuestra Señora de Paris* hasta las extravagancias de *El hombre que rie*. Su modo de enunciar las ideas es concreto, tan conciso, que llega en ocasiones á ser confuso, y á esto contribuye la profusion de metáforas y de alegorías con que engalana la forma de sus pensamientos. Su lenguaje es florido, porque hace uso incesante de figuras retóricas: en los símiles tiene gran novedad, porque su imaginacion rápida y perspicaz le hace ver los términos de comparacion entre dos objetos muy distintos y cuya percepcion no llega al lector hasta despues de meditar; pero tambien su imaginacion no le permite ver en algunos casos la impropiedad de algunos de los símiles que usa.

Dijimos antes que enunciaba sus ideas concisamente; así es en realidad, pero luego es muy tenaz en la ampliacion de la idea enunciada, y aunque en el estilo es conciso, en la amplificacion es difuso, porque sigue el rastro de la idea hasta perderlo de vista. Su estilo es ordinariamente majestuoso y solemne, hasta en las situaciones más triviales; en las que parece que hable ahuecando la voz; pero en lás situaciones dramáticas y trágicas, su estilo es patético y vá recto al corazon. Su estilo es muchas veces audaz, como conviene al atrevimiento de las ideas que desarrolla y que armoniza de modo magistral con la frase. Nadie como él posee el don de dar vida á lo fantástico y de embellecer la fealdad; sabe hacer posible la existencia de *Dea* y sabe hacernos simpático al desfigurado *Gwynplaine*. Describe tipos y lugares con prolijidad, pero con tan exacto colorido, que los hace visibles; en una palabra, posee la mágica vara que embellece lo que toca, y lo que toca es tan suyo, que su manera no puede confundirse con la de ningun artista de la palabra. Paleta es la suya propia é inimitable. Fecundo como pocos escritores, deja publicada una verdadera biblioteca, que se compone de libros que versan sobre muchas materias; y sirviéndonos de un símil, que hace en *Nuestra Señora de París*, comparando la literatura con la arquitectura, para terminar este desaliñado estudio, continuaremos la alegoría que él empieza: «Si el Dante es en el siglo XIII la última iglesia bizantina y Shakespeare es en el siglo XVI la última catedral gótica,» Víctor Hugo es en el siglo XIX *El Palacio de la Exposicion Universal;* en él se encuentran esparcidos en diferentes departamentos todos los elementos de la inteligencia en su estado de progreso.

JACINTO LABAILA.

Valencia 14 Octubre 1886.

# 1833.

HAN DE ISLANDIA es un libro escrito por un jóven, muy jóven.

Leyéndolo se conoce que el niño de diez y ocho años que escribió *Han de Islandia* en un acceso de fiebre en 1821 no tenia aun experiencia de las cosas, de los hombres ni de las ideas, y que trataba de adivinar todas esas experiencias.

Tres son los elementos principales constitutivos de las obras del pensamiento: lo que el autor siente, lo que el autor observa y lo que el autor adivina.

En la novela, sobre todo, para que sea buena es necesario que campeen en ella el sentimiento y la observacion y que la parte adivinada se derive lógica, sencillamente y sin solucion de continuidad de la observacion y del sentimiento.

Aplicando esta ley á *Han de Islandia*, se hará resaltar con facilidad lo que constituye el principal defecto de este libro.

En *Han de Islandia* solo hay un sentimiento, el amor del jóven; solo hay una observacion, el amor de la doncella; todo lo demás es adivinado, quiero decir, inventado. Porque la adolescencia no cuenta, ni con los hechos, ni con la experiencia, ni con los recuerdos, solo adivina con la imaginacion. Por lo tanto, *Han de Islandia*, dado el caso de que valga la pena de ser clasificada, debe contarse entre las novelas fantásticas.

Cuando la primera estacion pasa, cuando la frente se inclina, cuando se siente la necesidad de escribir algo más que historias interesantes para asustar á las viejas y á los niños, cuando se han gastado; con el roce de la vida, las asperezas de la juventud, entonces se reconoce que la invencion, la creacion y la adivinacion del arte deben tener por base el estudio, la observacion, el recogimiento, la ciencia, la medida, la comparacion, la meditacion séria, el dibujo contínuo y meditado de cada cosa, copiado de la naturaleza, la crítica concienzuda de sí mismo; y la inspiracion que se desarrolla segun esas nuevas condiciones, lejos de perder, gana con ellas mayor aliento y adquiere más fuertes alas. El poeta, entonces, sabe perfectamente á dónde vá. Toda la adivinacion flotante de sus primeros años se cristaliza en cierto modo y se convierte en pensamiento. Esta segunda época de la vida es por lo comun para el artista la de sus grandes obras. Aun es jóven y ya dá frutos sazonados. Esa es la fase preciosa, el punto intermediario y culminante de la ardiente claridad del medio dia, el momento en el que se tiene la menor sombra y la mayor luz posible.

Hay artistas soberanos que se mantienen en esa cumbre toda su vida, á pesar del transcurso de los años. Esos son los génios supremos. Shakespeare y Miguel Angel han dejado en algunas de sus obras el rastro de su juventud, pero en ninguna las huellas de su vejez.

Volviendo á ocuparnos de esta novela, debemos decir que, tal como es, con su accion precipitada y jadeante, con sus personajes todos de una pieza, con sus torpezas salvajes, con su aire altivo y poco hábil, con sus cándidos accesos de delirio, con sus colores de todas clases, casados sin precaucion; con su estilo crudo, chocante y áspero, sin matices y sin habilidades; con los mil excesos de

todo género que comete casi sin saberlo, por hacer camino; este libro representa bastante bien la época de la vida en que se escribió y el estado particular del alma, de la imaginacion y del corazon en la adolescencia; cuando nos enamoramos con el primer amor; cuando convertimos en obstáculos grandiosos y poéticos los impedimentos prosáicos de la vida; cuando tenemos la cabeza llena de fantasías heróicas, que nos engrandecen á nuestros propios ojos; cuando somos hombres por dos ó tres partes y niños aun por veinte; cuando hemos leido á Ducray-Duminil á los once años, á Lafontaine á los trece y á Shakespeare á los diez y seis; escalera extraña y rápida, que nos hace pasar bruscamente en nuestras afecciones literarias de lo inocente á lo sentimental y de lo sentimental á lo sublime.

Por eso, segun nuestra opinion, este libro, obra ingénua ante todo, representa con alguna fidelidad la edad que lo produjo, y por eso se lo devolvemos al público en 1833 tal como se escribió en 1821.

Por otra parte, ya que el autor, por poco sitio que se le conceda en literatura, ha sufrido la ley comun á todo escritor grande ó pequeño, de ver realzar sus primeras obras á expensas de las últimas y de oir declarar que se quedó lejos de producir los frutos que sus comienzos prometian, sin oponer á una crítica, quizás juiciosa y fundada, objeciones que serian sospechosas en sus labios, cree que debe reimprimir pura y simplemente sus primeras obras tal como las escribió, con la idea de que los lectores decidan, en lo que á él le concierne, si son pasos dados hácia adelante ó pasos dados hácia atrás los que separan *Han de Islandia* de *Nuestra Señora de París.*

V. H.

París, Mayo 1833.



# HAN DE ISLANDIA.

## I.

—Le han visto ustedes? Quién le ha visto?
—Yo no.—Pues quién?—No lo sé.
(Sterne)



É aquí á dónde conduce el amor, vecino Niels; la pobre Guth Stersen no estaria de cuerpo presente, estendida sobre esa piedra negra, como una estrella marina olvidada por la marea, si solo hubiera pensado en clavetear la barca y en componer las redes de su padre, nuestro antiguo camarada. San Usufo el pescador la consuele en su pesar.

—Lo mismo que á su novio Gill Stadt, repuso una voz aguda y temblorosa; ese muchacho que yace á su lado, no yaceria si en vez de enamorar á Guth y de buscar fortuna en las malditas minas de Rœraas, hubiese empleado su juventud en mecer la cuna de su hermanito bajo las vigas ahumadas de su cabaña.

El vecino Niels, al que se dirigia el primer interlocutor, añadió:

—Vuestra memoria envejece con vuestro cuerpo, comadre Olly; Gill no tuvo nunca ningun hermano, y por eso es más cruel el dolor de la pobre viuda Stadt, porque ahora está su cabaña completamente desierta: y si trata de mirar al cielo para consolarse, se ha de interponer entre sus ojos y el cielo la vieja techumbre, de la que pende todavía la cuna vacía del niño, que fué hombre y más tarde murió.

—Pobre madre! replicó la vieja Olly, porque despues de todo la culpa la tuvo él mismo; ¿quién le mandaba hacerse minero en Rœraas?

—Creo, en efecto, dijo Niels, que esas infernales minas nos arrebatan un hombre por cada ascalino de cobre que producen. No os parece así, compadre Braal?

—Los mineros son unos locos, respondió el pescador. Para poder vivir el pez no debe salir del agua, ni el hombre sepultarse en la tierra.

—Pero, preguntó un jóven, ¿y si le era preciso trabajar en las minas para obtener á su prometida?

—Nadie debe exponer la vida por afecciones que no valen tanto como ella; buen lecho de boda ha conseguido Gill para su prometida Guth, contestó la vieja Olly.

—¿Esa jóven, preguntó otro curioso, se ahogó de desesperacion por la muerte de su prometido?

—Quién dice semejante cosa? gritó con voz de trueno un soldado que se abrió paso entre la muchedumbre. Esa muchacha, que yo conocia muy bien, era la novia de un jóven minero que murió hace poco aplastado por un peñon en las galerías subterráneas de Storwaadsgrube, cerca de Rœraas, pero era tambien la querida de uno de mis compañeros; y queriendo ayer introducirse furtivamente en Munckholm para celebrar allí con su amante la muerte de su novio, la lancha que la llevaba zozobró en un escollo y la jóven se ahogó.

A estas palabras siguió confuso ruido de voces, que gritaban:

—Es imposible lo que dice ese soldado! exclamaban las mujeres viejas; las jóvenes callaban, y el vecino Niels repetia malignamente al pescador Braal su grave sentencia: "Hé aquí á dónde conduce el amor.„

Iba ya á incomodarse sériamente el militar contra las mujeres que le contradecian, llamándolas *viejas brujas de la gruta de Quiragoth*, y ellas ya no se encontraban en disposicion de sufrir pacientemente tan grave insulto, cuando una voz ágria é imperiosa que gritó, diciéndolas: Silencio, silencio!, vino á poner fin á la contienda. Todos callaron, como cuando se oye el *quiquiriquí* del gallo cesan los cacareos de las gallinas.

Antes de pasar adelante refiriendo el resto de la escena, debemos describir el sitio en que ésta se desarrollaba, que era —el lector sin duda lo ha adivinado ya— en uno de esos lúgubres edificios que la piedad pública y la prevision social consagran á los cadáveres incógnitos, último asilo de los muertos, que en vida fueron desgraciados, en donde se presentan el curioso indiferente, el observador filántropo y amigos ó parientes desconsolados, á los que larga é insoportable inquietud solo ha dejado una funesta esperanza. En la época lejana y en el pais poco civilizado al que transporto al lector no se habia ideado aun, como en nuestras ciudades de fango y oro, convertir esos lugares en depósitos de monumentos ingeniosamente siniestros y elegantemente fúnebres. La luz no descendia á ese sitio á través de una abertura de forma tumular, sino á lo largo de una bóveda artísticamente esculpida, cayendo sobre una especie de lechos, en los que parece que se haya querido dejar á los muertos algunas de las comodidades de la vida y en los que la almohada está marcada, como convidando al sueño. Si se entreabria la puerta del conserje, el ojo, fatigado de mirar cadáveres desnudos y repugnantes, no reposaba mirando muebles elegantes y niños alegres. La muerte se presentaba allí con toda su fealdad y con todo su horror, porque no se habia aun intentado adornar un esqueleto descarnado con dijes y cintajos.

La sala donde se encontraban nuestros interlocutores era espaciosa y oscura, y esto la hacia aparecer más espaciosa aun; solo recibia luz por la puerta cuadrada y baja que se abria sobre el puerto de Drontheim, y por un agujero del techo, groseramente practicado, por el que una luz blanca y espesa caía mezclada con la lluvia, el granizo y la nieve sobre los cadáveres tendidos en las losas de granito. Dividia á esta sala una balaustrada de hierro, de medio cuerpo de altura: penetraba el público en la primera parte por la puerta cuadrada, y se veian en la segunda seis largas losas de granito negro, colocadas de frente y paralelamente. Una pequeña puerta lateral servia en cada seccion de entrada al conserje y á su ayudante, cuya habitacion ocupaba la parte posterior del edificio, inmediata al mar. El minero y su prometida estaban extendidos sobre dos de los indicados lechos; la descomposicion se insinuaba ya en el cuerpo de la jóven por grandes manchas azules y purpuradas que salpicaban sus miembros en el sitio de los vasos sanguíneos. Las facciones de Gill aparecian duras y sombrías, y su cadáver estaba tan horriblemente mutilado, que era imposible conocer que habia sido hermoso, segun aseguraba la vieja Olly.

Delante de esos despojos inanimados empezó entre la multitud que los contemplaba la conversacion con que comienza la novela.

Un hombre alto, seco y viejo, sentado, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre un banquillo en el rincon más oscuro de la sala, no prestaba atencion al diálogo, hasta el momento en que se levantó de súbito, gritando: ¡Silencio! silencio! y asiendo con fuerza el brazo del soldado.

Callaron todos, y volviéndose el soldado, lanzó una franca carcajada al ver á su singular interruptor, de rostro macilento, de cabellos escasos y súcios, de largos dedos y vestido completamente de cuero, cuyo conjunto justificaba tan burlona acogida. Sin embargo, exclamaron lo que sigue las mujeres, que quedaron mudas en el primer instante:

—"Es el guardian del Spladgest! ¡Es el infernal conserje de los muertos! ¡Es el diabólico Spiagudry! el maldito brujo!„

—Silencio! silencio! Si hoy es dia de sábado, apresuráos á buscar vuestras escobas, sino se escaparán ellos solos. Dejad en paz al respetable descendiente del dios Thor.

Esto dijo Spiagudry, y esforzándose por hacer una mueca graciosa, dirigió la palabra al soldado:

—Decíais, camarada, que esa miserable mujer...

—Pícaro viejo! murmuró Olly; somos



EL CONSERGE DE LOS MUERTOS.

para él *miserables mujeres*, porque si nuestros cuerpos caen en sus garras no le producen, segun la tarifa, más que treinta ascalinos, mientras recibe cuarenta por el cadáver de un hombre.

—Silencio, viejas! repitió Spiagudry. Estas hijas del diablo son como sus calderas; cuando se calientan, chillan. Decidme, rey de espadas, ese soldado que tuvo por querida á Guth, ¿se matará de desesperacion por haberla perdido?

Al oir esto estalló una explosion largo tiempo comprimida.

—Tunante, bribon, pagano! gritaron veinte voces ágrias y discordantes; quisiera que ese soldado se suicidase por cobrar los cuarenta ascalinos que le vale el cadáver de cada hombre.

—Y cuando eso fuera, repuso el conserje de Spladgest, ¿nuestro excelso rey y señor Christiern V no se declara protector nato de todos los trabajadores de las minas, con la idea de enriquecer su tesoro real con los miserables despojos de los que mueran?...

—Es hacer mucho honor al rey, comparar el real tesoro al arca de este osario, y él á tí, vecino Spiagudry, replicó el pescador Braal.

—Vecino! vecino! dijo el conserje indignado de tanta familiaridad; decid mi huésped, porque podria suceder, señor ciudadano de la barca, que os prestase por ocho dias alguna de mis seis camas de piedra. Pero hablando de otra cosa, añadió sonriendo, si pregunté si se mataba ese soldado fué por saber si se perpetuaba el uso del suicidio en las grandes y trágicas pasiones que las doncellas inspiran.

—¿Piensas burlarte, guardian de cadáveres, con ese feo visaje que se parece á la última risa de un ahorcado?

—Bien dicho, señor valiente! respondió Spiagudry; siempre creí que existian más facultades espirituales bajo del casco del gendarme Thurn, que venció al diablo con el sable y con la lengua; que bajo la mitra del obispo Ysleif, que escribió la historia de Islandia, y que bajo del bonete cuadrado del profesor Shœnning, que describió nuestra catedral.

—En ese caso si quieres creerme, abandona tus ganancias del Spladgest y marcha á venderte al gabinete de historia natural del virey en Berghen. Te aseguro que allí se pagan á peso de oro los animales raros: pero en fin, ¿qué quieres de mí?

—Cuando los cuerpos que recibo han sido hallados en el agua, tengo obligacion de ceder la mitad de la tarifa á los pescadores. Quiero, pues, suplicaros, ilustre heredero del gendarme Thurn, que comprometais á vuestro camarada á que no se ahogue y á que elija cualquier otro género de muerte; esto debe serle indiferente, y al morir no querrá perjudicar á un buen cristiano que dará hospitalidad á su cadáver, si la pérdida de Guth le arrastra á ese acto de desesperacion.

—Estás en un error, caritativo y hospitalario conserje; mi camarada no tendrá la satisfaccion de entrar en tu tremenda posada de seis camas. ¿Crees que no se habrá consolado á estas horas con otra mujer de la pérdida de ésta?... Sé que estaba ya harto de Guth.

A estas palabras, la tempestad que momentos antes consiguió apartar de sí Spiagudry cayó más terrible sobre el malaventurado militar.

—Pícaro! miserable! gritaron las viejas... ¡Con esa facilidad nos olvidais, y nosotras, sin embargo, amamos á semejantes canallas!...

Las jóvenes seguian callando: algunas, quizás contra su voluntad, encontraban que la mala pieza del soldado era de presencia gallarda.

—¿Os proponeis festejarme con una repeticion del *sábado?* ¡Terrible debe ser el suplicio de Belcebú, si está condenado á oir una vez cada semana semejantes coros!

No sabemos cómo se hubiera apaciguado esta nueva borrasca, si en ese instante no hubiera absorbido la atencion general un rumor que sonaba en el exterior del edificio. El rumor se aumentó progresivamente, y pronto un enjambre de chiquillos medio desnudos, gritando y corriendo al rededor de unas angarillas cubiertas que traían dos hombres, entró tumultuosamente en el Spladgest.

—De dónde viene eso? preguntó el conserje á los portadores.

—De las playas de Urchtal.

—Oglypiglap! gritó Spiagudry.

Se abrió una de las puertas laterales y un hombrecillo de raza lapona se presentó, todo vestido de cuero. Hizo señal de que le siguieran á los portadores; Spiagudry los acompañó, y la puerta cerróse antes que la curiosa multitud tuviera tiempo para adivinar, por la longitud del cuerpo colocado sobre las angarillas, si era hombre ó mujer.

Pensando estaban en ello, cuando Spiagudry y su ayudante reaparecieron en la sala, cargados con un cadáver de

hombre, que depositaron en una de las camas de granito.

—Hace tiempo que no han tocado mis manos tan buena ropa, dijo Oglypiglap: y luego, levantando la cabeza y alzándose sobre la punta de los piés, colgó encima del muerto su elegante uniforme de capitan. La cabeza del cadáver estaba completamente desfigurada y los demás miembros cubiertos de sangre: el conserje roció todo el cuerpo repetidas veces con un cubo de agua viejo y roto.

—¡Por Belcebú, gritó el soldado, es un oficial de mi regimiento!... veamos... ¿será el capitan Bollar... por el sentimiento de haber perdido á su tio?... Bah!... no... que él hereda.—El baron Randmer?... ayer perdió en el juego su hacienda, pero mañana la recobrará quizás, añadiéndola la de su adversario.—¿Será el capitan Loly, cuyo perro se ahogó? ¿ó el tesorero Stunch, cuya mujer le es infiel?—Verdaderamente no veo en ninguno de ellos motivo suficiente para saltarse la tapa de los sesos.

La muchedumbre crecia por momentos. Un jóven que atravesaba el puerto, viendo aquella afluencia de pueblo, desmontó, poniendo las riendas del caballo en manos del criado que le seguia, y entró en el Spladgest. Vestia sencillo traje de camino, llevaba sable ceñido y se envolvia en una larga capa verde; llevaba en el sombrero, prendida con un cintillo de diamantes, una pluma negra que caia sobre su noble rostro y se balanceaba sobre su frente elevada, sombreada de largos cabellos castaños: sus botas y sus espuelas, cubiertas de barro, indicaban que venia de lejos.

Cuando entraba en el Spladgest, un hombrecillo pequeño y rechoncho, embozado como él en una capa, y ocultando sus manos en dos guantes enormes, respondia al soldado:

—¿Quién os dice que ese hombre se haya matado? Respondo de que no es un suicida, como respondo que no se ha incendiado por sí mismo el techo de vuestra catedral.

Como el alacran abre dos heridas, esta frase ocasionó dos respuestas.

—Nuestra catedral, exclamó Niels, ahora la cubren de cobre. Dicen que la prendió fuego el miserable Han para dar trabajo á los mineros, entre los que se encuentra su protegido Gill Stadt, que veis aquí.

—Cómo! gritó por su parte el soldado, quereis sostenerme, á mí, segundo arcabucero de la guarnicion de Munckholm, que este hombre no se ha saltado la tapa de los sesos?...

—Este hombre ha muerto asesinado, repuso con frialdad el embozado.

—Vaya un oráculo! tus ojillos grises no ven más claro que tus manos embutidas en esos guantes en medio del verano.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del hombrecillo.

—Soldado! pide á tu patron que estas manos no dejen un dia su huella en tu rostro.

—Oh, salgamos! gritó colérico el soldado. Despues, parándose de repente: —No, dijo, no se debe hablar de desafíos delante de los muertos.

Refunfuñó el hombrecillo algunas palabras en lengua extranjera y desapareció.

—Se encontró ese cadáver en las playas de Urchtal, dijo una voz.

—Esta mañana debió desembarcar en ellas el capitan Dispolsen, llegado de Copenhague.

—El capitan Dispolsen no ha llegado todavía á Munckholm, replicó otra voz.

—Se asegura que Han de Islandia vaga actualmente por esas playas, dijo otra voz.

—En ese caso es posible que ese cadáver sea del capitan, dijo el soldado, si Han es el asesino; porque todo el mundo sabe que el islandés asesina de una manera tan diabólica, que sus víctimas aparecen como suicidas.

—Quién es Han? preguntaron algunos curiosos.

—Un gigante, dijo uno.

—Un enano, dijo otro.

—Pero nadie le ha visto? interrogó una voz.

—Chiton! contestó la vieja Olly: se dice que solo tres personas han cambiado palabras con él: el bribon de Spiagudry, la viuda Stadt y... ese pobre Gill, que tuvo tan desgraciada vida y tan desgraciada muerte.

—Ahora, gritó de repente el soldado, ya estoy seguro de que, en efecto, es el capitan Dispolsen; reconozco la cadena de acero que, al ponerse en camino, le regaló el pobre Schumacker.

El jóven de la pluma negra rompió impetuosamente el silencio, diciendo:

—¿Estais seguro de que ese es el capitan Dispolsen?

—Seguro, contestó el soldado.

El jóven de la pluma negra desapareció bruscamente.

—Haz avanzar una lancha hácia Munckholm, dijo á su criado.

—Pero, señor, y el general?...

—Tú le llevarás los caballos; yo iré mañana. Obedece á tu amo: vamos, ya se acerca la noche y tengo prisa; una barca.

Obedeció el criado y siguió por largo rato con la vista al jóven de la pluma negra, que se alejaba de la orilla.

## II.

> Me sentaré junto á tí y me contarás alguna historia entretenida para pasar el tiempo.
>
> (MATURIN, BERTRAM.)

El lector habrá comprendido que nos encontramos en Drontheim, una de las cuatro ciudadesprincipales de Noruega, pero que no era sitio de residencia del virey. En la época de esta novela, en 1699, el reino de Noruega estaba aun unido al de Dinamarca y gobernado por vireyes, cuya corte era Berghen, ciudad más grande, más meridional y más hermosa que Drontheim, á pesar del renombre de mal gusto que le puso el célebre almirante Tromp.

Drontheim presenta agradable aspecto desde el golfo á que dá su nombre esta ciudad; el puerto espacioso, aunque no siempre entran en él los buques con comodidad, solo presentaba entonces la apariencia de un largo canal, limitado á la derecha á navíos dinamarqueses y noruegos y á la izquierda á navíos extranjeros; division prescrita por las ordenanzas. En el fondo de una llanura muy cultivada se levanta la ciudad, que remata en las altísimas agujas de su catedral. Dicho templo es uno de los más bellos monumentos de la arquitectura gótica, como puede juzgarse por el libro del profesor Shœnning—tan eruditamente citado por Spiagudry—que lo describió (antes de que frecuentes incendios lo hubiesen destrozado): tenia en su torre más elevada la cruz episcopal, signo distintivo de la catedral del obispado luterano de Drontheim. Encima de la ciudad se ven en azulada lontananza las cimas blancas y nebulosas de las montañas de Kole, semejantes á agudos florones de una corona antigua.

En medio del puerto, á un tiro de cañon de la playa, se levanta, sobre una masa de peñascos batidos por las olas, la solitaria fortaleza de Munckholm, sombría prision que encerraba entonces á un cautivo, célebre por sus prosperidades y sus rápidas desgracias.

Schumacker, nacido en baja esfera, se vió colmado de los favores de su señor y luego precipitado desde el sillon de gran canciller de Dinamarca y de Noruega hasta el banco de los traidores; despues arrastrado al cadalso, y desde allí, gracias á la misericordia soberana, sepultado en un calabozo aislado á la extremidad de los dos reinos. Sus protegidos le habian derribado, privándole hasta del derecho de llamarlos ingratos, porque no podia quejarse al ver rotos á sus piés los escalones que colocó tan altos para ascender él á la altura que ascendió. El fundador de la nobleza de Dinamarca, desde la oscuridad de su destierro veía á los grandes que él ennobleció repartirse sus propias dignidades. El conde de Ahlefeld, su mortal enemigo, era su sucesor como gran canciller; el general Arensdorf, como gran mariscal, disponia de los ascensos militares, y el obispo de Spollyson ejercia el empleo de inspector de las universidades. El único de sus enemigos que no le debia su elevacion era el conde Ulrico-Federico Guldenlew, hijo natural del rey Federico III, virey de Noruega, y ese fué el más generoso con él.

Hácia las rocas de Munckholm se adelantaba lentamente la barca del jóven de la pluma negra. El sol descendia con rapidéz por detrás de la solitaria fortaleza, cuya mole interceptaba sus rayos, ya tan horizontales, que el aldeano de las colinas lejanas y orientales de Larsyun podia ver pasearse cerca de él la sombra vaga del centinela colocado en la torrecilla más elevada de Munckholm.

## III.

> ¡Un jóven desmoralizado se ha atrevido á mirarla!... Sus miradas empañaban su pureza. ¡Claudia, ésta sola idea me vuelve loco!...

Andrew, id á decir que dentro de media hora toquen á *cubre-fuego*. Que releve Sorsyll á Duckness en el rastrillo principal, y que Maldivins suba á la azotea de la torre grande; que se vigile por la parte de la torre del Leon de Slesvig; que no olviden de disparar el cañon para levantar la cadena del puerto... pero, no; se espera todavía al capitan Dispolsen y es menester, por el contrario, encender el fanal y ver si arde el de Walderhog, como está mandado. Sobre todo que se preparen refrescos para el capitan... Ah! se me olvidaba... que se esté dos dias en el calabozo Toric-Belfast, segundo arca-

bucero del regimiento, por haber estado ausente todo el dia.

Así hablaba un sargento bajo la bóveda negra y ahumada del cuerpo de guardia de Munckholm, situado en la torre baja que domina la principal del castillo.

Los soldados á quienes se dirigia dejaron la cama ó el juego para ejecutar sus órdenes y todo quedó en silencio.

Resonó á poco en la parte de afuera el ruido acompasado y alternativo de dos remos.

—Sin duda es el capitan Dispolsen, dijo el sargento, abriendo la ventanilla cruzada de barras de hierro que daba sobre el golfo.

En efecto, una lancha llegaba ya junto á la puerta de hierro.

—Quién está ahí? gritó el sargento con voz ronca.

—Abrid, respondieron: paz y seguridad.

—No se puede entrar: ¿teneis derecho á la entrada?

—Sí.

—Lo veremos; pero si mentís, por mi santo patron que os voy á obligar á que probeis el agua del golfo.

Cerrando la ventanilla y volviendo atrás, añadió el sargento contrariado:—No es aun el capitan!...

Brilló una luz detrás de la puerta de hierro; rechinaron los mohosos cerrojos, quitáronse las barras y abrióse la puerta: el sargento examinó el pergamino que le presentó el recien llegado.

—Pasad, le dijo. Deteneos antes, sin embargo, y dejad á la puerta el cintillo del sombrero. No se entra con alhajas en las prisiones del Estado. El reglamento dice que únicamente el rey, los miembros de la familia real, el virey, los indivíduos de la familia del virey y los jefes de la guarnicion se exceptúan de esa regla.—Supongo que no estais comprendido en la excepcion...

El jóven, sin decir palabra, se quitó el indicado cintillo de diamantes y lo entregó como paga al pescador que lo habia llevado al castillo; el que, temiendo que el jóven se arrepintiese de su generosidad, se apresuró á interponer largo espacio de mar entre el bienhechor y el beneficio.

Mientras el sargento, criticando entre dientes la imprudencia de la cancillería, que así prodigaba las papeletas de entrada, colocaba en su sitio las pesadas barras y hacia resonar sobre las gradas de caracol del cuerpo de guardia sus gruesas botas, el jóven, embozado en su capa, atravesaba rápidamente la bóveda negra de la torre baja, luego la plaza de armas, despues el sotechado de la artillería, en donde yacían algunas viejas culebrinas desmontadas (que pueden verse hoy todavía en el museo de Copenhague), y de las que advertia que se apartasen el grito imperioso del centinela. Llegó al rastrillo principal, que le franquearon al examinar el pergamino que presentó.

Allí ya, seguido por un soldado, cruzó, siguiendo la diagonal sin equivocarse y como persona acostumbrada á esos sitios, uno de los cuatro patios cuadrados que flanquean el gran patio circular, de cuyo centro sale el enorme peñasco redondo donde se elevaba entonces la *Torrecilla del Leon de Slesvig*, á consecuencia del largo cautiverio que en él hizo sufrir Rolf el Enano en otros tiempos á su hermano Joathan el Leon, duque de Slesvig.

Al llegar junto al enorme peñasco redondo, el jóven de la pluma negra subió por las gradas groseramente esculpidas en la peña que se alzan tortuosamente hasta el pié de una de las torres de la cerca, en la que una poterna abierta en su parte inferior servia de entrada á la torrecilla. Allí tocó con fuerza un cuerno de cobre que le entregó el encargado de vigilar el rastrillo principal.

—Abrid, abrid, gritó una voz en el interior; ¡será sin duda ese maldito capitan!...

Abrióse la poterna y pudo ver el recien llegado, en el interior de una sala gótica débilmente alumbrada, á un jóven oficial muellemente reclinado sobre un monton de capas y de pieles de rengífero, cerca de una de esas lámparas de tres mechas que suspendian nuestros abuelos de los casetones de sus techos, y que entonces estaba en el suelo. La riqueza elegante y la excesiva afectacion del traje del oficial contrastaban con la desnudez de la sala y los muebles groseros. Tenia en la mano un libro abierto, y volvió la cabeza hácia el recien llegado.

—Es el capitan? Salud, capitan! exclamó el oficial. Estaríais lejos de creer que os esperaba un hombre que no tiene la satisfaccion de conoceros; ¡pero nos conoceremos ahora! No es verdad?... Empezad por recibir mi pésame por vuestra vuelta á este venerable castillo: por poco que more en él voy á volverme tan alegre como el mochuelo que clavan en la puerta de las torrecillas para que sirva de

espantajo, y cuando regrese á Copenhague al celebrarse las bodas de mi hermana, lléveme el diablo si allí me conocen ya el cuatro por ciento de las señoras. Decidme; ¿los lazos de color de rosa en el jubon son todavía de moda? ¿Se ha traducido alguna nueva novela de la señorita Scudery? Ahora precisamente estoy hojeando la *Clelia*; ¿supongo que se leerá aun en Copenhague?... Es mi código de la galantería, ahora que suspiro lejos de tantos ojos hermosos; porque por divinos que sean los de nuestra prisionera—ya sabeis á quién me refiero,—á mí no me dicen palabra... ¡Ah, sin las órdenes de mi padre!... porque habeis de saber, capitan, aquí para entre nosotros, que mi padre me ha encargado respecto á la hija de Schumacker... pero todo es inútil... esa hermosa estátua no es una mujer; siempre llora y nunca me mira.

El jóven de la pluma negra, que no habia podido interrumpir la eterna charla del oficial, lanzó un grito de sorpresa, diciendo:

—Cómo! qué decís! ¿estais encargado de seducir á la hija del desgraciado Schumacker?...

—De seducir, si así se llama actualmente en Copenhague, pero desafío al diablo á que lo consiga. Anteayer, estando de guadia, estrené por ella una magnífica gorguera que he recibido de París; pues ni siquiera levantó los ojos para fijarlos en mí, á pesar de que crucé tres ó cuatro veces por su habitacion haciendo sonar las espuelas, cuyos acicates son más grandes que un ducado de la Lombardía.

—Dios mio! Dios mio! exclamó el jóven golpeándose la frente. Es posible!...

—No es verdad? preguntó el oficial trabucando el sentido de la exclamacion de su interlocutor.—¡Ni siquiera reparó en mí!... Es increible y, sin embargo, es cierto.

El jóven paseaba de arriba á bajo á grandes pasos, violentamente agitado.

—Quereis refrescar, capitan Dispolsen? le preguntó el oficial.

—No soy el capitan Dispolsen, le contestó el jóven.

—Cómo! exclamó el oficial con severidad y poniéndose en pié con ímpetu: ¿pues quién sois para atreveros á introducirse aquí á esta hora?...

El jóven le presentó su licencia.

—Quiero ver al conde Griflenfeld... es decir... á vuestro prisionero.

—El conde! el conde! exclamó el oficial contrariado. Esta licencia está en regla; ésta es la firma del canciller Grummond de Kund:—"El portador podrá visitar á cualquier hora y en todo tiempo todas las prisiones reales." Grummond de Kund es hermano del antiguo general Levin de Kund, que manda en Drontheim, y ya sabreis que el general ha educado á mi futuro cuñado...

—Os agradezco esos detalles de familia, señor oficial; pero, ¿no os parece que ya me habeis referido demasiado?...

—Tiene razon, pensó para sí el oficial, mordiéndose los labios.

—Hola!... Ujier de la torre, llevad á este extranjero á la prision de Schumacker, y no os enfadeis si he descolgado vuestra lámpara. Quise examinar un objeto que data de los tiempos de Sciold-el-Pagano ó de Havar-el-Hendido; además, ya no se cuelgan del techo más que arañas de cristal.

Esto dijo el oficial, y mientras el jóven de la pluma negra y su conductor atravesaban el jardin desierto del castillo, volvió á anudar, mártir de la moda, el roto hilo de las aventuras galantes de la amazona Clelia y de Horacio el Tuerto.

## IV.

BENVOLIO.

Dónde diablos está Romeo? Esta noche no ha vuelto á casa.

MERCUTIO.

Ni á casa de su padre; yo hablé con el criado de éste.

(SHAKESPEARE.)

Un hombre y dos caballos entraban en el patio del palacio del gobernador de Drontheim. Apeóse el jinete de mal humor, y al ir á conducir á la cuadra los dos caballos, sintió que le cogian el brazo por detrás, al mismo tiempo que una voz le decia:

—¿Cómo es que vienes solo, Poel? ¿y tu amo? Dónde está tu amo?

Así le preguntaba el veterano general Levin de Kund, que viendo desde su ventana al criado del jóven de la pluma negra y una silla vacía, descendió precipitadamente y fijaba en el criado su mirada, más inquieta que su pregunta.

—Excelencia, contestó Poel inclinándose profundamente, mi amo ya no está en Drontheim.

—Que ha estado en Drontheim? ¿y se ha marchado sin ver á su general, sin abrazar á su antiguo amigo? ¿Cuándo marchó?

—Llegó esta noche y esta misma noche se puso en camino.

—Esta noche! Pero dónde se detuvo? Dónde está?...

—Se apeó en el Spladgest y al poco tiempo se embarcó para Munckholm.

—Ah! yo creia que iba á los antípodas; pero á qué diablos vá á ese castillo? ¿á qué fué al Spladgest? Es un caballero errante, aunque en parte tengo yo la culpa por haberle dado esa educacion. Quise que fuera libre á pesar de su rango...

—Por eso no es esclavo de la etiqueta, contestó Poel.

—Pero es esclavo de sus caprichos. Supongo que pronto volverá. Cuéntame qué expresion tenia el rostro del general; cuéntame si habeis corrido mucho por esos mundos de Dios.

—Mi general, hemos venido directamente de Berghen. Mi amo estaba triste.

—Triste! ¿pues qué ha pasado entre él y su padre? Le desagrada esa boda?

—Lo ignoro; pero se dice que su serenidad la exige.

—Dices que el virey la exige? Pues para eso es preciso que Ordener la rehuse.

—No lo sé, excelencia, pero mi amo está triste.

—Sabes si le recibió bien su padre?

—La primera vez le recibió en el campamento, junto á Berghen. Su serenidad le dijo: No te veo con frecuencia, hijo mio.

—Me alegro que os apercibais de ello, le contestó mi amo. Luego dió á su serenidad noticias muy detalladas de sus correrías por el Norte, y su serenidad le contestó:—Está bien. Al dia siguiente volvió mi amo á palacio y oí decir: Quieren casarme, pero es necesario que antes vea yo á mi segundo padre el general Levin.—Ensillé los caballos y ya nos teneis aquí.

—¿Conque me ha llamado su segundo padre? exclamó el general con infantil alegría.

—Sí señor.

—Pues yo le juro que si ese casamiento le contraría, aunque incurra en el enojo del rey, no consentiré que se verifique. Y sin embargo, la hija del gran canciller de los dos reinos... A propósito, Poel, ¿sabe Ordener que su futura suegra la condesa de Ahlefeld está aquí de incógnito desde ayer, y que se espera la venida del conde?...

—Lo ignoro, mi general.

—Debe saberlo, dijo para sí el veterano gobernador; sí, él lo sabe y por eso se bate en retirada desde que llegó.

Dicho esto, despues de despedirse de Poel con amable sonrisa y de saludar al centinela, que le presentó las armas, el general volvió á sus habitaciones del palacio.

## V.

> Parecia que todas las pasiones habian agitado su corazon y que todas le habian abandonado; solo le quedaba la mirada triste y penetrante del hombre experimentado en la ciencia de los hombres que sabe leer en el interior de ellos.
>
> (SCHILLER.)

Despues que el ujier hizo recorrer al extranjero las escaleras en espiral y las altas salas de la torre del Leon de Slesvig, le abrió la puerta del departamento donde se hallaba el preso; y la primera palabra que hirió los oidos del jóven fué todavía: Es el capitan Dispolsen?

El que preguntó era un anciano sentado de espaldas á la puerta, que tenia los codos apoyados sobre una mesa y sostenida la frente en las dos manos. Vestia una especie de toga de làna negra y veíase encima del lecho, colocado en un rincon de la estancia, un escudo roto, al rededor del que estaban colocados los collares de las órdenes del Elefante y de Dannebrog; una corona de conde volcada estaba fija debajo del escudo, y dos fragmentos de mano de justicia unidos en cruz completaban el conjunto de esos singulares adornos: el viejo era Schumacker.

—No señor, le contestó el ujier: despues, dirigiéndose al extranjero: Hé aquí al prisionero, le dijo, y dejándolos solos, cerró la puerta, sin poder oir la voz ágria del anciano, que decia:—Si no es al capitan, no quiero ver á nadie.

Al escuchar esas palabras quedó el extranjero de pié junto á la puerta; y el preso, creyéndose solo—porque ni siquiera habia vuelto la cabeza,—volvió á entregarse á su concentrada meditacion.

De repente gritó:—¡El capitan me abandona y me hace traicion! ¡Ah, los hombres son como el pedazo de hielo que un árabe confundió con un diamante, como una joya guardóle en su zurron, y cuando fué á buscarle, nada encontró... un poco de agua.

—No soy yo de esos hombres, contestó el extranjero.

Schumacker se levantó bruscamente.

—Quién está aquí? quién me escucha? ¿Es algun mercenario del miserable Guldenlew?...

—No hableis mal del virey, señor conde.

—No me llameis así por adularme; es

inútil, perdeis vuestro trabajo, porque ya no soy poderoso.

—El que os habla nunca os conoció poderoso, y sin embargo, es amigo vuestro.

—Esperará algo de mí: las atenciones que se tienen á los desgraciados guardan proporcion con las esperanzas que éstos inspiran.

—Yo soy el que deberia quejarse, señor conde, porque me acuerdo de vos, y vos me habeis olvidado. Yo soy Ordener.

Un reflejo de alegría pasó por los tristes ojos del anciano y una sonrisa, que no pudo reprimir, se dibujó en su boca.

—Bien venido seais, Ordener; ¡deseo felicidades al viajero que se acuerda del preso!

—Pero... me habíais olvidado?

—Os habia olvidado, contestó Schumacker, volviendo á tomar su aire sombrío, como se olvida la brisa que nos refresca y que pasa, y nos dá la dicha mientras no se convierte en huracan que nos destroza.

—Conde de Griflenfeld, ¿no esperábais volverme á ver?

—El viejo Schumacker no lo esperaba; pero sí una jóven que esta mañana mismo me hizo observar que cumplió un año el ocho de Mayo último que estábais ausente.

Ordener se estremeció.

—Hablais de Ethel, señor conde?

—No lo quereis entender?

—¿Vuestra hija, señor, se dignó contar los meses que duró mi ausencia? ¡Oh, qué dias tan tristes he pasado! He visitado toda la Noruega, desde Cristianía hasta Wardhus, pero mis deseos se concentraban en Drontheim.

—Gozad, jóven, de vuestra libertad, mientras podais gozarla; pero decidme por fin quién sois: quisiera, Ordener, conoceros por otro nombre, porque el hijo de uno de mis mortales enemigos se llamaba Ordener.

—Quizás, señor conde, ese mortal enemigo os profesa más afecto que vos le profesais.

—Eludís mi pregunta... pero guardad vuestro secreto; ya conoceré quizás algun dia que el fruto que apaga mi sed es un veneno que me mata.

—Conde! exclamó Ordener irritado: y despues, reponiéndose, dijo con acento de queja:—Conde!...

—¿Por qué he de fiarme de vos, contestó Schumacker, que ante mí abrazais siempre el partido del implacable Guldenlew?

—El virey, dijo gravemente el extranjero, acaba de dar la órden de que esteis libre en lo sucesivo y sin guardias en el interior de toda la torre del Leon de Slesvig. Esta noticia la adquirí en Berghen y la recibireis muy pronto.

—Favor es ese que no me atrevia á esperar y del que no he hablado á nadie mas que á vos. Disminuyen el peso de mis cadenas á medida que mis años se aumentan, y cuando mis dolencias me hayan extinguido las fuerzas, me dirán sin duda: —Sois libre.

Sonriendo el anciano amargamente, preguntó:

—¿Y vos, mancebo, conservais todavía vuestras locas ideas de independencia?

—Si no las conservara no estaria aquí.

—Cómo habeis venido á Drontheim?

—A caballo.

—Cómo habeis llegado á Munckholm?

—En una lancha.

—¡Insensato, que se cree libre y pasa de un caballo á una lancha! No son tus miembros los ejecutores de tu voluntad, sino un animal ó la materia.

—Obligo á los séres á obedecerme.

—Tomar sobre ciertos séres el derecho de ser obedecidos, es dar á otros el derecho de mandaros. La independencia solo existe en el aislamiento.

—Conde, no amais á los hombres!...

El anciano sonrió tristemente.

—Lloro por ser hombre y me rio de los que intentan consolarme. Ya aprendereis, si lo ignorais aun, que la desgracia hace al hombre desconfiado, como la prosperidad le hace ingrato. Y ya que venís de Berghen, decidme qué viento favorable sopla al capitan Dispolsen. Sin duda goza de alguna felicidad cuando me olvida.

Ordener permaneció un instante silencioso; despues de una pausa, dijo con voz sombría:

—Para hablaros de Dispolsen he venido hoy mismo. Sé que poseia toda vuestra confianza...

—Lo sabeis? preguntó el preso con inquietud... os engañais; nadie en el mundo posee mi confianza. Verdad es que Dispolsen tiene en su poder documentos mios, documentos importantes. Por mí fué á Copenhague á ver al rey... Tampoco negaré que contaba con él más que con los demás, porque cuando yo era poderoso no le hice ningun favor.

—Pues bien, conde, hoy le he visto.

—Vuestra turbacion me lo dice... me ha vendido.

—Ha muerto.

—Muerto!

El prisionero cruzó los brazos, inclinó la cabeza, y fijando en el jóven una mirada penetrante, exclamó:

—¿No os dije que habria alcanzado alguna fortuna?

Luego volvió el anciano los ojos hácia la pared, en la que estaban suspendidos los símbolos de la pasada grandeza, é hizo un movimiento con la mano como para alejar el testimonio de un dolor que se esforzaba en vencer.

—No lamento su pérdida... un hombre menos en la tierra... no siento lo que pierdo... qué me queda ya que perder?... pero mi hija... mi infortunada hija... Yo seré la víctima de esa infame trama; pero, ¿qué será de esa niña si le arrebatan á su padre?

Volviéndose de repente á Ordener, le preguntó:

—Cómo ha muerto? ¿dónde le habeis visto?

—En el Spladgest; pero no se sabe si se suicidó ó ha sido asesinado.

—Pues importa saberlo. Si fué asesinado, sé de dónde viene el golpe; entonces todo es perdido. Me traia las pruebas del complot que urden contra mí; esas pruebas me hubieran salvado y les hubieran perdido... Desventurada Ethel!

—Señor conde, contestó Ordener saludando, mañana os diré si ha sido ó no asesinado.

Schumacker, sin replicar, siguió á Ordener, que salia, con los ojos, en los que se pintaba la calma de la desesperacion, más espantosa aun que la de la muerte.

Al salir Ordener á la antecámara del prisionero, no sabia á qué lado dirigir sus pasos. Anochecía y la sala estaba oscura; abrió una puerta al azar y hallóse en un inmenso corredor alumbrado por la luz de la luna, que cruzaba rápidamente por entre pálidas nubes. Sus velados resplandores caian á intervalos sobre altos y pintados vidrios y dibujaban sobre la pared opuesta como una larga procesion de fantasmas, que aparecia y desaparecia simultáneamente en las profundidades de la galería. Hizo el jóven lentamente la señal de la cruz y se dirigió hácia donde brillaba un resplandor trémulo y rojizo en la extremidad del corredor.

Vió allí una puerta entreabierta y dentro á una jóven arrodillada en un oratorio gótico, al pié de un altar, recitando á media voz las letanías de la Vírgen; oracion sencilla y sublime, en la que el alma, elevándose á la Madre de los Siete Dolores, la ruega que pida á Dios por ella.

Vestia dicha jóven de negro crespon y de gasa blanca, como para indicar de cierto modo á primera vista que habia pasado su juventud en la tristeza y en la inocencia; pero hasta en aquella modesta actitud mostraba en toda ella impreso el sello de una naturaleza singular. Sus ojos y sus largos cabellos eran negros, belleza rara en el Norte; diríase que á su mirada, que elevaba al techo del oratorio, más la inflamaba el éxtasis que la apagaba el recogimiento. Parecia, en fin, una vírgen de las orillas de Chipre ó de los campos del Tibur, velada tras los cendales fantásticos de Ossian y prosternada ante la cruz de madera y el altar de piedra de Jesús.

Ordener se extremeció al verla y estuvo á punto de desfallecer al reconocer á la que rezaba.

La jóven rezaba por su padre, por el poderoso caido, por el viejo cautivo abandonado, y recitó en alta voz el salmo de la salida del cautiverio. (1)

Rezaba tambien por otro, pero Ordener no oyó su nombre, porque ella no lo pronunció; pero la hermosa niña recitó el canto de Salamita, de la esposa que espera al esposo y la vuelta de su amado.

Ordener se alejó por la galería, respetando á aquella vírgen que hablaba con el cielo. La oracion es un gran misterio, y su corazon estaba lleno, á pesar suyo, de un delirio desconocido, pero profano.

La puerta del oratorio se cerró lentamente, y en seguida una luz y una mujer blanca en medio de las tinieblas se acercaron á Ordener. Este se detuvo, presa de una de las más violentas emociones que habia experimentado en su vida; arrimóse á la oscura pared; su cuerpo quedó débil y los huesos de sus miembros se chocaban en sus coyunturas; en el silencio de todo su sér los latidos de su corazon los percibian claros sus oidos.

Cuando pasó la jóven oyó el crugido de una capa y percibió un aliento fuerte y precipitado.

—Dios mio! esclamó.

Precipitóse Ordener hácia ella, sostúvola con un brazo, mientras en vano procuraba con el otro detener la lámpara que ella dejó caer al suelo y que se apagó.

—Soy yo, dijo el mancebo con dulzura.

—Ordener! exclamó la jóven, porque el último dejo de aquella voz que no

(1) In exitu Israel, etc.

habia oido en todo un año aun resonaba en sus oidos.

Y la luna, que pasaba, iluminó la alegría de aquel semblante angelical; luego prosiguió, tímida y confusa, y desprendiéndose de los brazos del jóven:

—Es el señor Ordener.

—El mismo, condesa Ethel.

—Por qué me llamais condesa?

—Por qué me llamais señor?

La jóven calló y sonrióse; el extranjero calló y suspiró.

La niña interrumpió la pausa del diálogo, diciendo:

—Cómo estais aquí?

—Perdonadme si mi presencia os aflige. Vine á hablar al conde vuestro padre.

—Segun eso, contestó Ethel alterada, solo habeis venido por él.

El jóven inclinó la cabeza; estas palabras le parecieron injustas.

—Hace sin duda mucho tiempo, continuó la niña con acento de reproche, que estais en Drontheim, y es que acaso no os ha parecido larga la ausencia del castillo.

Ordener, ofendido al parecer, nada respondió.

—Bien hicísteis, añadió la prisionera con voz trémula de dolor y de despecho; ¿pero creo, preguntó con altivez, que no me habreis oido rezar?

—Condesa, respondió el extranjero, os he oido.

—No es muy cortés escuchar espiando.

—No os he escuchado, os he oido.

—Recé por mi padre, repuso la jóven, mirando fijamente á Ordener y como esperando contestacion á estas sencillas palabras.

El extranjero permaneció en silencio.

—Tambien recé, continuó la niña inquieta y observando el efecto que producia en Ordener, por alguno que lleva vuestro nombre, por el hijo del virey, del conde de Guldenlew. Porque debemos rezar por todos, hasta por nuestros perseguidores.

Y Ethel se ruborizó, porque creia mentir; pero estaba resentida con el extranjero y creia haberle nombrado en sus oraciones; la hermosa vírgen solo le habia nombrado con el corazon, no con los labios.

—Ordener Guldenlew es muy desgraciado, señora, si le contais entre el número de vuestros enemigos; pero es muy feliz si ocupa un sitio en vuestras oraciones.

—Oh, no! dijo Ethel sobresaltada y temerosa al ver la fria indiferencia del extranjero; yo no rezaba por él. No sé lo que he hecho ni lo que hago... En cuanto al hijo del virey, le aborrezco, y no le conozco. No me mireis con ese aire severo; os he ofendido acaso?... ¿Nada quereis dispensar á una pobre prisionera, vos, que pasais los dias al lado de alguna dama noble y hermosa, libre y feliz como vos?...

—Yo, condesa! esclamó Ordener.

Ethel derramaba lágrimas y el jóven se arrojó á sus piés.

—¿No me dijísteis, prosiguió sonriendo y llorando, que la ausencia os ha parecido corta?

—Quién! yo, condesa?

—No me llameis así, contestó ella con ternura; no soy ya condesa para nadie y mucho menos para vos.

El jóven se levantó con violencia y estrechó á Ethel contra su corazon en un arrebato espontáneo y convulsivo.

—Pues bien, Ethel mia, llámame tu Ordener; y clavando una mirada de fuego en los ojos de la niña bañados aun de lágrimas:—dime, me amas? la preguntó.

No pudo oirse lo que respondió la jóven, porque Ordener, fuera de sí, robó de sus labios, juntamente con la respuesta, aquel primer favor, aquel beso sagrado que basta á los ojos de Dios para cambiar á dos amantes en dos esposos.

Quedaron mudos los dos jóvenes, porque se encontraban en uno de esos momentos solemnes, tan raros y tan cortos en la tierra, en los que el alma parece que goce como un reflejo de la felicidad del cielo... instantes indefinibles, en los que dos almas hablan un lenguaje para ellas solas comprensible; entonces calla todo lo que es material, y los dos séres inmateriales se unen misteriosamente por toda la vida de este mundo y por toda la eternidad del otro.

Ethel se desprendió lentamente de los brazos de Ordener y á la luz de la luna se miraban con embriaguez. Los ojos ardientes del jóven denotaban orgullo varonil y valor de leon; mientras que la mirada semi-velada de la jóven se bañaba con aquel pudor, con aquella vergüenza angelical, que en el corazon de la vírgen se mezcla á todas las alegrías del amor.

—Hace un momento, Ordener mio, en este corredor, no huias de mí?...

—No huia de tí: estaba como el pobre ciego que recobra la vista despues de muchos años y que vuelve la cara porque no puede sufrir la luz.

—Mejor puede aplicárseme esa com-

paracion; porque durante tu ausencia no he gozado de otra felicidad que de la presencia de un infortunado preso, de mi padre. Pasé los dias consolándole y, añadió bajando los ojos, y esperándote. Leia á mi padre las fábulas del Edda, y cuando le veia dudar de los hombres, le leia el Evangelio, para que al menos no dudase del cielo: despues le hablaba de tí y él callaba, lo que prueba que te quiere. Solo cuando pasaba inútilmente toda la tarde en mirar á lo lejos por el camino á los viajeros que llegaban y en el puerto á los bajeles que venian, él meneaba la cabeza sonriendo amargamente y yo lloraba. Esta prision, en la que pasé toda mi vida, llegó á serme odiosa, y sin embargo, estaba en ella mi padre, que la llenaba para mí antes de conocerte; pero tú no estabas en ella y yo deseaba la libertad, que no conocia.

Habia en los ojos de la jóven, en el candor de su ternura, en el suave pudor de su franqueza tal encanto, que la palabra humana es incapaz de describir. Ordener la oia con la alegría concentrada de un sér arrebatado al mundo real para asistir al mundo ideal.

—Y yo, contestó, ahora ya no quiero esa libertad, de la que tú no participas.

—No nos separaremos ya jamás!...

Esta exclamacion de júbilo hizo recordar al jóven lo que habia olvidado.

—Esta noche tendré que dejarte, Ethel mia, pero mañana te volveré á ver para dejarte otra vez, hasta que vuelva para no dejarte ya nunca.

—Dios mio! se ausenta todavía!...

—Te repito que volveré pronto á sacarte de esta prision, ó á sepultarme en ella contigo.

—Prisionera con él! dijo Ethel con ternura. No me engañes: ¿puedo esperar tanta felicidad?

—Qué juramento exiges, Ethel? ¿qué quieres de mí? gritó Ordener; dime: ¿no eres mi esposa? y en amoroso arrebato la estrechaba fuertemente contra su corazon.

—Tuya soy, murmuraba Ethel con voz conmovida.

Y aquellos dos corazones, nobles y puros, palpitaban entonces deliciosamente uno junto á otro, sin dejar de ser puros ni nobles.

En aquel instante fueron los jóvenes sorprendidos por una sonora carcajada que junto á ellos resonó. Un hombre embozado en su capa descubrió una linterna sorda que llevaba escondida, cuya luz iluminó de súbito el semblante aterrado y confuso de Ethel y el rostro atónito y altivo de Ordener.

—Bravo, parejita, bravo! pero me parece que habeis andado poco tiempo por el pais de la Ternura, que no habeis seguido todos los recodos del Arroyo del Sentimiento, y que habeis tomado sin duda algun atajo para llegar más pronto á la cabaña del Beso.

Nuestros lectores habrán sin duda reconocido al teniente admirador y plagiario de la señorita de Scudery. Sorprendido en la lectura de *Clelia* por el toque de las doce de la noche, que los dos amantes no habian oido, empezó la ronda nocturna en la torre, y al pasar por la extremidad del corredor de Oriente, habia oido algunas palabras y habia visto moverse dos bultos en la galería á la luz de la luna. Entonces, curioso y atrevido, ocultó la linterna bajo de la capa y avanzó de puntillas hácia los dos fantasmas, á los que su brusca carcajada sacó de su éxtasis desagradablemente.

Ethel hizo un movimiento para separarse de Ordener; pero luego, volviendo á él como por instinto y para pedirle proteccion, ocultó su ardiente frente en el seno del jóven.

Este irguió la suya con orgullo real.

—¡Desgraciado del que viene á asustarte y á afligirte, Ethel mia!

—Soy desgraciado en efecto, si he tenido la desgracia de espantar á esta tierna doncella.

—Señor teniente, os mando que calleis, gritó Ordener con tono altanero.

—Señor insolente, yo soy el que os lo mando.

—No quereis oirme... solo con el silencio podeis comprar el perdon.

—*Tibi tua*, respondió el teniente: tomad para vos esos consejos.

—Silencio! gritó Ordener con una voz que hizo temblar las altas vidrieras; y depositando á Ethel en uno de los sillones del corredor, sacudió con singular energía el brazo del oficial.

—Hola, señor villano! dijo el teniente entre irritado y risueño; ¿cómo os atreveis á ajar tan brutalmente este jubon, sin reparar que es del más rico terciopelo de Abingdon?

Ordener le contemplaba fijamente.

—Teniente, le dijo, mi paciencia es más corta que mi espada.

—Os comprendo, valiente doncel, dijo el teniente con irónica sonrisa: querríais que os dispensara ese honor; pero, ¿sabeis quién soy? pues no os lo dispenso, señor mio, porque *príncipe contra príncipe*, pas-

*tor contra pastor*, como decia el hermoso Leandro.

—Si puede decirse tambien *cobarde contra cobarde*, no tendré el insigne honor de batirme con vos.

—Me enfadaria con vos solo con que vistiérais uniforme.

—No gasto ni sus franjas ni sus galones, pero su sable sí.

El impetuoso extranjero, echándose la capa atrás, púsose la gorra á la cabeza y asió el puño del sable, cuando Ethel, volviendo en sí á la vista de la inminencia del peligro, le cogió del brazo y se colgó á su cuello, lanzando un grito de terror y de súplica.

—Haceis bien, hermosa doncella, si no quereis que ese mancebo reciba el castigo de su atrevimiento, dijo el teniente, que al oir las amenazas de Ordener se puso en guardia con serenidad. Ciro iba á pelear con Cambises, dado caso que no sea hacer demasiado honor á este vasallo el compararle con Cambises.

—¡En nombre del cielo, Sr. Ordener, decia Ethel, que no sea yo causa y testigo de una desgracia! Luego, levantando hácia él sus hermosos ojos, añadió:—¡Ordener, yo te lo suplico!

Ordener envainó lentamente la espada, que ya tenia casi fuera de la vaina, y el teniente dijo:

—A fé mia, ignoro si sois caballero, pero os lo llamo porque me pareceis digno de serlo; á fé mia uno y otro obramos segun las leyes de la bravura, pero no segun las de la galantería. Esta doncella tiene razon; compromisos como el nuestro deben ventilarse sin tener damas por testigos. No podemos, pues, aquí hablar convenientemente más que del *duellum remotum*, y como ofendido, si quereis fijar época, sitio y armas, mi buena hoja toledana y mi puñal de Mérida estarán á la disposicion de vuestro tajo, fundido en las fraguas de Ashkrenth, ó de vuestro montante, templado en el lago Sparbo.

El *duelo aplazado*, que proponia á Ordener el teniente, era muy usual en el Norte, de donde pretenden los inteligentes en esta materia que nació la costumbre del desafío. Los más valientes caballeros proponian y aceptaban el *duellum remotum*. Se difería por muchos meses y algunas veces por muchos años, y durante este intervalo no debian ocuparse los adversarios ni en palabras ni en acciones del asunto que causó el desafío: en amor, los dos rivales se abstenian de ver á su amada, con el fin de que las cosas permanecieran en el mismo estado, confiando en la lealtad de los dos caballeros: como en los antiguos torneos, si los jueces del campo creian violada la ley de cortesía, arrojaban su baston en la palestra y al instante los combatientes se detenian; pero hasta que se aclarase la duda, la garganta del vencido permanecia á la misma distancia de la espada del vencedor.

—Pues bien, caballero, dijo Ordener, un mensajero mio os indicará la época, el lugar y las armas.

—Sea así, respondió el teniente; y me alegro de ello, porque así tendré tiempo para asistir á la boda de mi hermana, porque habeis de saber que tendreis el honor de batiros con el futuro cuñado de un gran señor, del hijo del virey de Noruega, del baron Ordener Guldenlew, el que con ocasion de este ilustre himeneo vá á adquirir el título de conde de Daneskiold, vá á ser coronel y caballero de El Elefante; y yo, que soy el hijo del gran canciller de los dos reinos, sin duda alguna ascenderé á capitan.

—Basta, teniente Ahlefeld, basta, dijo Ordener impaciente; todavía no sois capitan, ni es coronel el hijo del virey... y los sables siempre son sables.

—Y los villanos siempre son villanos, aunque uno se esfuerce por elevarlos, murmuró entre dientes el oficial.

—Caballero, dijo Ordener, ya conoceis la ley de la caballería: no volvereis á entrar aquí y guardareis completo silencio sobre este asunto.

—En cuanto al silencio, prometo ser callado como Mucio Scévola cuando tenia el áscua sobre la mano. No volveré á entrar aquí, ni entrará ningun argos de la guarnicion; porque acabo de recibir una órden para dejar sin guardia de hoy en adelante á Schumacker, órden que estoy encargado de comunicarle esta misma noche; y ya lo hubiera hecho á no haber pasado mucho tiempo probándome un par de botas nuevas de Cracovia.—Esta órden, hablando entre nosotros, me parece imprudente. ¿Quereis que os enseñe mis borceguíes?...

Durante esta conversacion, Ethel, viéndoles apaciguados y no comprendiendo lo que es un *duellum remotum*, desapareció, despues de haber dicho en voz baja al oido de Ordener:—Hasta mañana.

—Quisiera, teniente Ahlefeld, que me ayudáseis á salir de la fortaleza.

—Con mil amores, dijo el oficial, aunque es un poco tarde, ó mejor dicho, muy temprano. Pero, ¿dónde encontrareis una lancha?

—Eso corre de mi cuenta, contestó Ordener.

Conversando amigablemente salieron y cruzaron el jardin, el patio circular, el patio cuadrado, sin que el extranjero, conducido por el oficial de guardia, hallase el menor obstáculo; pasaron el rastrillo principal, el sotechado de la artillería, la plaza de armas y llegaron á la torre baja, cuya puerta de hierro se abrió por órden del teniente.

—Hasta la vista, señor oficial, dijo Ordener.

—Hasta la vista, respondió el teniente. Os declaro valiente campeon, aunque ignoro quién sois, ni si los pares que llevareis á nuestro *duellum* podrán tomar el título de padrinos y deberán limitarse al modesto nombre de asistentes.

Estrecháronse las manos los dos jóvenes; cerróse la puerta de hierro y volvió á su habitacion el teniente tarareando un aire de Lulli, á admirar sus botas polonesas y la novela francesa.

Ordener, solo ya en la playa, desnudóse, envolviendo su traje en la capa, que ató á la cabeza con el cinturon del sable, y luego, practicando los principios de independencia de Schumacker, se arrojó al agua fria y serena del golfo, y empezó á nadar en medio de la oscuridad hácia la orilla, dirigiéndose al Spladgest, sitio al que estaba seguro de llegar muerto ó vivo.

Las fatigas del dia le habian rendido, y abordó penosamente la opuesta playa. Vistióse apresuradamente y se dirigió al Spladgest, que se dibujaba á lo lejos como una mole negra, porque la luna, cubierta de nubes, esparcia escasísima claridad.

Al acercarse al edificio oyó como ruido de voces, y vió un débil resplandor que salia por la ventanilla del techo. Admirado, llamó á la puerta cuadrada; entonces cesó el ruido y el resplandor desapareció. Llamó otra vez, y la luz, que volvió á aparecer, mostróle un bulto negro que salia por la abertura superior y se agazapaba sobre el techo plano del edificio. Llamó Ordener por tercera vez con el pomo de su sable y gritó:—¡Abrid en nombre de S. M. el rey! ¡Abrid en nombre de su serenidad el virey!

Abrióse al fin la puerta lentamente, y Ordener se halló frente á frente de la larga, pálida y enjuta figura de Spiagudry, el que, con el traje en desórden, desencajados los ojos, erizados los cabellos, en las manos ensangrentadas llevaba una lámpara sepulcral, cuya llama temblaba menos que su cuerpo.

## VI.

PIRRO.

Jamás!

ANGELO.

Quieres echártela de hombre de bien!... Miserable! Como digas una sola palabra...

PIRRO.

Pero, Angelo, por el amor de Dios...

ANGELO.

No te opongas á lo que no puedes impedir.

PIRRO.

Ah! cuando el diablo coge al hombre por un cabello, no hay más remedio que abandonarle toda la cabeza.

(LESING.—(Emilia Galeoti.)

Una hora despues que el jóven viajero de la pluma negra salió del Spladgest, se hizo de noche, y toda la gente habia desaparecido; Oglypiglap cerró la puerta exterior del fúnebre edificio, mientras que su amo Spiagudry rociaba por última vez los cadáveres allí depositados. Retiráronse uno y otro á sus habitaciones, y mientras Oglypiglap dormia en su miserable jergon, como uno de los cadáveres que le rodeaban, Spiagudry, sentado enfrente de una mesa de piedra cubierta de librotes viejos, de plantas desecadas y de huesos descarnados, se sumergia en sus graves estudios, estudios inocentes en realidad, pero que habian contribuido á darle entre el populacho reputacion de brujería, fatal acompañamiento de la ciencia de aquella época.

Algunas horas estaba ya absorbido en sus meditaciones, y ya iba á dejar los libros para meterse en cama, cuando se fijó en este pasaje lúgubre de Thormodo Thorfæus:

"Cuando un hombre enciende su lámpara, la muerte está en su casa antes de que se apague aquella.„

—Con perdon del sábio doctor, dijo para sí á media voz, no sucederá así esta noche en mi casa; y tomó la lámpara para apagarla.

—Spiagudry! gritó una voz que salia de la sala de los cadáveres.

Al oirla se agitaron temblando todos los miembros del cuerpo del conserje; no porque creyese que los tristes huéspedes del Spladgest se insurreccionasen contra su guardian: era bastante instruido para no sentir terrores imaginarios, y el suyo era real, porque oia muy bien la voz que le llamaba.

—Spiagudry, repitió violentamente aquella; ¿tendré que ir á arrancarte las orejas para que me oigas?

—¡Que San Hospicio tenga piedad, no de mi alma, sino de mi cuerpo! dijo aterrado el conserje, y abandonando los libros y la mesa se dirigió tembloroso hácia la segunda puerta lateral, que abrió.

Nuestros lectores no habrán olvidado que esa puerta comunica con la sala de los muertos.

La lámpara alumbró en la sala un cuadro repugnante y horrible. A una parte el cuerpo largo, flaco y encorvado de Spiagudry; á la otra á un hombre pequeño y rechoncho, vestido de pieles de toda clase de animales, aun teñidas de sangre seca, y de pié al lado del cadáver de Gill Stadt, que con el de su prometida y el del capitan ocupaban el fondo de la escena.

Esos tres testigos mudos, envueltos en la penumbra, eran los únicos que pudieran ver sin huir espantados á los dos vivos, cuya entrevista iba á empezar.

Las facciones del hombre pequeño, que la luz hacia resaltar vivamente, presentaban un aspecto salvaje y feroz. Eran sus barbas rojas y crespas, y su frente, cubierta con un gorro de piel de ante, parecia erizada de cabellos del mismo color; su boca era grande, sus labios muy gruesos, sus dientes blancos, agudos y separados; su nariz corva, como el pico del águila, y sus ojos, de un gris azulado, sumamente movibles, lanzaban á Spiagudry una mirada oblícua, en la que la ferocidad del tigre estaba atemperada por la malicia del mono. Este singular personaje estaba armado de un ancho sable, de un puñal sin vaina, de un hacha con filos de piedra, sobre cuyo grueso mango se apoyaba entonces; sus manos estaban cubiertas de gruesos guantes de cuero de zorra azul.

—Ese viejo espectro me hace esperar mucho tiempo, dijo hablando consigo mismo y lanzando una especie de rugido como una fiera.

Spiagudry hubiera palidecido si él pudiera ponerse pálido.

—¿Sabes, prosiguió, dirigiéndose al conserje que entraba, sabes que vengo de las playas de Urchtal? ¿Me haces esperar porque tienes deseos de cambiar tu lecho de paja por uno de esos lechos de piedra?

Aumentó el temblor de Spiagudry, y los dos únicos dientes que le quedaban rechinaron violentamente.

—Perdonad, señor, dijo doblando el arco de su cuerpo; dormia profundamente.

—¿Deseas que te haga conocer un sueño más profundo todavía?

Hizo Spiagudry un gesto de terror, el único que podia ser más ridículo que sus gestos de alegría.

—Qué es eso? qué tienes? ¿te es desagradable mi presencia?

—No señor, respondió el conserje; no hay para mí felicidad comparable con la vista de vuestra excelencia.

Y los esfuerzos que hacia para dar á su semblante aterrado expresion amable, solo á los muertos no causarian risa.

—Viejo zorro sin rabo, mi excelencia te manda que me entregues los vestidos de Gill Stadt.

Al pronunciar este nombre, el rostro feroz y burlon del recien llegado tomó una expresion triste y sombría.

—Oh! señor, perdonad, pero ya no los tengo; vuestra gracia sabe que estamos obligados á entregar al fisco real los despojos de los trabajadores de las minas, de los que es heredero el rey, en calidad de ser su tutor nato.

El hombrecillo se volvió hácia el cadáver, cruzó los brazos y dijo con sordo acento: Tiene razon: esos miserables mineros son como el eider; (1) se le hace el nido para arrancarle las plumas.

Despues, levantando el cadáver y apretándole fuertemente con sus brazos, lanzó gritos salvajes de amor y de dolor, semejantes á los gruñidos de una osa que acaricia á su hijuelo.

A estos sonidos inarticulados mezclaba de vez en cuando algunas palabras en dialecto extranjero, que no comprendia Spiagudry.

Luego depositó el cadáver sobre la piedra, y volviéndose hácia el conserje, le dijo:

—¿Sabes, maldito brujo, el nombre del soldado en mal hora nacido que tuvo la desgracia de ser preferido á Gill por su prometida? y dió un fuerte empellon con el pié á los restos inanimados de Guth Stersen.

Spiagudry hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Pues bien! juro por el hacha de Ingolfo, el jefe de mi raza, que he de exterminar á cuantos usen ese uniforme; y designaba el traje del capitan. El hombre de quien quiero vengarme estará entre ellos; incendiaré todo el bosque para quemar el arbusto venenoso que contiene. Lo juré el mismo dia que murió Gill y ya le he dado un compañero que debe regocijar su cadáver. Oh, Gill! Ahí estás sin vida, tú, que alcanzabas la foca á nado y á la cabra montés en su carrera... ¡tú, que luchando ahogabas al oso en los montes de Kole! Ahí estás inmóvil, tú, que recorrías el Drontheimhus desde Orkel hasta el lago de Smiasen en un dia;

(1) Pájaro que dá el edredon.

tú, que trepabas por los picos del Dofre-Field, como trepa la ardilla por el roble. Ahí estás mudo, tú, que en pié sobre las tempestuosas cumbres de Kongsberg cantabas con voz más robusta que la del trueno. Oh, Gill! en vano he cegado por tí las minas de Fa-roër; en vano he incendiado la catedral de Drontheim; todo ha sido inútil; ya no perpetuaré en tí la raza de los hijos de Islandia, la descendencia de Ingolfo el Exterminador; tú no heredarás mi hacha de piedra; antes por el contrario, tú me legas tu cráneo para que beba de hoy en adelante el agua de los mares y la sangre de los hombres.

Cuando concluyó de hablar, cogiendo la cabeza del cadáver, dijo:

—Ayúdame, Spiagudry; y quitándose los guantes descubrió sus grandes manos, armadas de uñas largas y encorvadas, como las de una bestia salvaje.

Spiagudry, que le vió prepararse á hacer saltar con su sable el cráneo del cadáver, exclamó con acento de horror, que no fué dueño de reprimir:

—Justo Dios!... Señor!... un muerto!...

—Y qué? repuso sereno su interlocutor; ¿prefieres que esta hoja se temple aquí con la sangre de un vivo?

—Oh! permitidme que os suplique... ¿cómo quiere vuestra excelencia profanar...? vuestra gracia no querrá...

—Acabarás! ¿tengo necesidad de que invoques esos títulos para creer en el profundo respeto que te inspira mi sable?

—¡Por San Waldemaro, por San Usufo, por el bienaventurado San Hospicio, paz á los muertos!...

—Ayúdame, y al demonio no le hables de santos.

—Señor, dijo el suplicante Spiagudry, por vuestro ilustre abuelo San Ingolfo!...

—Ingolfo el Exterminador era un réprobo como yo.

—En nombre del cielo, añadió arrodillándose el conserje, ese anatema es el que quiero evitaros.

—Ayúdame! repitió, blandiendo el sable.

Esta palabra fué pronunciada con el acento con que la pronunciaria un leon, si los leones hablaran.

El conserje, aterrado y medio muerto, se sentó sobre la piedra negra y sostuvo con sus manos la cabeza fria y húmeda de Gill, mientras que el salvaje, con la ayuda de su sable y de su puñal, arrancaba el cráneo con singular destreza.

Terminada esta operacion, contempló largo rato el sangriento cráneo, pronunciando palabras extranjeras; despues se lo entregó á Spiagudry para que lo despojase del pelo y lo lavase, y exclamó, lanzando una especie de bramido:

—Y yo, yo tendré al morir el consuelo de creer que un heredero del alma de Ingolfo beberá en mi cráneo la sangre de los hombres y el agua de los mares.

Despues de sombrío silencio continuó:

—El huracan sigue al huracan, la avalancha arrastra á la avalancha; yo, yo seré el último de mi raza. ¿Por qué no ha aborrecido Gill, como yo, á todo lo que lleva rostro humano? ¿qué demonio enemigo del demonio de Ingolfo le arrastró á aquellas fatales minas por buscar un poco de oro?

Spiagudry le trajo el cráneo de Gill y le contestó:

—Tiene razon su excelencia: hasta el oro, dice Snorro Sturleson, cuesta á veces demasiado caro.

—Tú me recuerdas, dijo el salvaje, que queria encargarte una comision. Toma esta caja de hierro, que encontré en los bolsillos de ese capitan, de quien no tienes todos los despojos; está tan sólidamente cerrada, que debe contener oro, única cosa preciosa á los ojos de los hombres; se la entregarás á la viuda de Stadt, en la aldea de Thoctree, para pagarla su hijo.

Sacó, esto diciendo, de su morral de piel de rengífero un cofrecillo de hierro. Spiagudry le recibió inclinándose.

—Cumple fielmente esta órden, le añadió el descendiente de Ingolfo el Exterminador, lanzándole una mirada penetrante; piensa que nada puede impedir que dos demonios vuelvan á verse: te creo más cobarde que avaro, y tú me respondes de ese cofrecillo.

—Os respondo de él, señor.

Resonó en este instante un golpe violento en la puerta del Spladgest. Admiróse el salvaje, tembló Spiagudry y cubrió con la mano la luz de la lámpara.

—Qué es eso? exclamó su interlocutor; ¡y tú, miserable, cómo temblarás cuando oigas la trompeta del juicio final!

Se oyó otro golpe más fuerte que el primero.

—Será algun muerto que tiene prisa de entrar.

—No señor, murmuró Spiagudry, no se permite entrar á los muertos despues de las doce de la noche.

—Muerto ó vivo el que llama, me echa de aquí. Sé fiel y mudo, Spiagudry, que yo te juro por el alma de Ingolfo y por el cráneo de Gill que pasarás revista en

tu posada de cadáveres á todo el regimiento de Munckholm.

Y entonces el salvaje, atando á su cinto el cráneo de Gill y poniéndose los guantes, se lanzó, con la agilidad de la gamuza, y ayudado por los hombros de Spiagudry, por la ventana superior del techo, por la que desapareció.

Un tercer golpe hizo temblar la puerta del Spladgest, y una voz desde fuera mandó abrir en nombre del rey y del virey.

Entonces el viejo conserje, agitado á la vez por dos terrores diferentes, de los que uno pudiera llamarse de *recuerdo* y otro de *esperanza*, se encaminó á la puerta y la abrió.

## VII.

La alegría, á que se reduce la felicidad temporal, se fatigó ella en perseguirla por ásperos y dolorosos senderos, sin haberla podido alcanzar nunca.
(San Agustin.)

Regresando á su gabinete despues que dejó á Poel, el gobernador de Drontheim se repantigó en una ancha poltrona, y por distraerse mandó á uno de sus secretarios que le diese cuenta de los memoriales presentados al gobierno.

El secretario leyó los que se expresan á continuacion:

"1.° El reverendo doctor Anglyvins pide que se proceda al reemplazo del reverendo doctor Foxtipp, director de la Biblioteca episcopal, por causa de incapacidad. El exponente ignora quién pueda reemplazar á dicho doctor incapaz; hace saber únicamente que él, el doctor Anglyvins, ha ejercido mucho tiempo las funciones de bibliotecario.„

—Que lo examine el Obispo, interrumpió diciendo el general.

"2.° Atanasio Munder, sacerdote, capellan de las cárceles, pide el perdon de doce condenados penitentes, con motivo de las gloriosas bodas de su cortesía Ordener Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog, hijo del virey, con la noble dama Ulrica de Ahlefeld, hija de su gracia el conde gran canciller de los dos reinos.„

"3.° Fausto-Prudencio-Destrombides, súbdito noruego, poeta latino, desea componer el epitalamio de dichos nobles esposos.„

—Ah! ese pobre diablo debe ser ya viejo, porque es el mismo que en 1674 preparó un epitalamio para el casamiento proyectado entre Schumacker, entonces conde de Griflenfeld, y la princesa Luisa Carlota de Holstein--Augustembourg, matrimonio que no se verificó.—Temo, dijo entre dientes el general, que Fausto-Prudencio sea el poeta de los matrimonios desbaratados.

—Adelante... Nos informaremos con motivo de ese poeta si hay alguna cama vacante en el hospital de Drontheim.

"4.° Los mineros de Guldbranshal, de las islas Fa-roër, del Sund-Doer, de Unbfallo, de Rœraas y de Kongsberg, piden que se les exima de la carga de la tutela real.„

—Esos mineros son gente turbulenta, y hasta se dice que empiezan ya á murmurar del largo silencio que se ha guardado sobre su representacion. Reservadla para estudiarla con detenido exámen.

"5.° Braal, pescador, declara en virtud del Odelsrecht (1) que persevera en la intencion de rescatar su patrimonio.„

"6.° Los síndicos de Nœs, Lœrig, Indal, Skongen, Stod, Sparbo y otros lugares y aldeas del Drontheimnus septentrional piden que se ofrezca un premio por la cabeza del bandido, asesino é incendiario Han, natural, segun se cree, de Klipstadur, en Islandia.—Se opone á esta peticion Nycol Orugix, verdugo del Drontheimnus, que sostiene que el susodicho Han le pertenece.—La apoya Benigno Spiagudry, conserje del Spladgest, á cuyas manos debe parar el cadáver.„

—Ese bandido es muy peligroso, dijo el gobernador, sobre todo cuando se temen disturbios entre los mineros. Que se pregone su cabeza por el precio de mil escudos reales.

"7.° Benigno Spiagudry, médico, anticuario, escultor, mineralogista, mecánico, físico, astrónomo, teólogo, gramático...„

—Es ese el conserje del Spladgest? preguntó el gobernador.

—El mismo, excelencia, respondió el secretario—"conserje por nombramiento de su majestad del establecimiento del Spladgest, en la ciudad de Drontheim, expone—que él ha descubierto que á las estrellas llamadas fijas no las alumbra el astro llamado sol; item, que el verdadero nombre de Odin es Frigge, hijo de Fridulfo; item, que el lombrico marino se alimenta de arena; item, que el rumor

(1) *Odelsrecht*, ley singular que establecia entre los villanos noruegos una especie de *mayorazgo*. Todo el que tenia precision de deshacerse de su patrimonio podia impedir que el comprador lo enajenara, declarando de diez en diez años á la autoridad que tenia intencion de rescatarlo.

de la gente aleja á los peces de las costas de la Noruega, de modo que los medios de subsistencia disminuyen en proporcion del aumento de poblacion; item, que el golfo llamado Otte-Sund se llamaba antiguamente *Limfiord* y tomó el nombre de Otte-Sund cuando Otton el Rojo arrojó en él su lanza; item, expone que por su consejo y bajo su direccion se ha hecho de una estátua vieja de Freya la estátua de la Justicia que adorna la gran plaza de Drontheim; y que se ha convertido en diablo, representando al crímen, el leon que se encontró bajo los piés del ídolo; item...„

—Dejad aparte sus eminentes servicios y veamos lo que pide.

Volvió muchas hojas el secretario y prosiguió leyendo:

—"El humildísimo expone que, en recompensa á tantos trabajos útiles á las ciencias y á las bellas letras, cree poder suplicar á su excelencia que aumente la tarifa de cada cadáver de hombre y de mujer en diez ascalinos, lo que debe ser agradable á los muertos, porque así se les testimonia el aprecio que se hace de sus personalidades.„

Al llegar aquí se abrió la puerta del gabinete y un ujier anunció en alta voz á la *noble condesa de Ahlefeld.*

Al mismo tiempo una dama alta y gruesa entró. Llevaba en la cabeza una pequeña corona de condesa, iba ricamente vestida de raso escarlata orlado de armiño y de rapacejos de oro. Aceptando la mano que el general la ofreció, sentóse en un sillon inmediato al del gobernador.

La condesa podria tener cincuenta años. La edad no tuvo que añadir, por decirlo así, ninguna arruga á las muchas con que hacia ya tiempo habian surcado su rostro, más que los años, los sinsabores del orgullo y los desvelos de la ambicion. Fijando en el gobernador su mirada altanera y su falsa sonrisa, le dijo:

—Parece, señor general, que vuestro discípulo se hace esperar. Debia estar aquí antes de la puesta del sol.

—Ya estaria aquí, señora condesa, si no hubiera ido á Munckholm.

—A Munckholm! Supongo que no habrá ido á buscar á Schumacker.

—Por qué no, condesa? Schumacker es un desgraciado.

—¡Pero, general, el hijo del virey está en relaciones con un prisionero de estado!

—Federico Guldenlew, al encargarme de su hijo, me suplicó, noble dama, que le educase como si fuese mi hijo. Creí que el trato de Schumacker seria útil á Ordener, que está destinado á ser poderoso, como él lo fué un dia; por lo que, con autorizacion del virey, pedí á mi hermano Grummond de Kund un derecho de entrada para todas las prisiones, y se lo entregué á Ordener. El lo usa.

—¿Y desde cuándo, noble general, hizo el baron Ordener conocimiento tan útil?

—Hace más de un año: parece que le complace el trato de Schumacker, pues le fijó mucho tiempo en Drontheim; y solo por órden mia expresa, y contra su voluntad, marchó el año último á visitar la Noruega.

—¿Y sabe Schumacker que su consolador es el hijo de uno de sus mayores enemigos?

—Sabe que Ordener es amigo suyo y esto le basta.

—Pero vos, señor general, ¿sabíais, al tolerar, al procurar esas relaciones, que Schumacker tenia una hija?

—Lo sabia.

—¿Y esta circunstancia os ha parecido indiferente para el baron Ordener?

—El discípulo de Levin de Kund, el hijo de Federico Guldenlew, es un hombre leal: conoce la barrera que le separa de la hija de Schumacker, y es incapaz de seducir, sin objeto legítimo, á una jóven, y sobre todo á la hija de un hombre desgraciado.

La noble condesa de Ahlefeld palideció y volvió la cabeza, procurando esquivar la mirada serena del anciano, cual si fuera la de un acusador.

—En fin, balbuceó la dama, esa amistad, permitidme que os lo diga, me parece imprudente. Se asegura que los mineros de las aldeas del Norte amenazan rebelarse, y que el nombre de Schumacker está comprometido en este asunto.

—Me asombra lo que me decís. Schumacker hasta hoy ha soportado tranquilamente su infortunio... Ese rumor debe ser infundado.

En este instante se abrió la puerta y un ujier anunció que un mensajero de su gracia el gran canciller deseaba hablar á la condesa. Esta se levantó precipitadamente, saludó al gobernador, y, mientras éste continuaba el exámen de los memoriales, ella volvió de prisa á sus habitaciones, situadas en un ala del palacio, y dió órden de que introdujesen al mensajero.

Estaba ya algunos momentos sentada en un rico sofá en medio de sus doncellas, cuando entró el mensajero. Al apercibirle, la condesa hizo un movimiento de

repugnancia, que ocultó con una afectuosa sonrisa. No parecia repugnante, sin embargo, á primera vista el aspecto del recien llegado; era un hombre más pequeño que alto y bastante grueso. Sin embargo, examinándole con atencion, su rostro parecia tan franco que rayaba en impudente y la alegría de su mirada tenia algo de diabólico y de siniestro. Se inclinó profundamente ante la condesa y la presentó un paquete cerrado con hilos de seda.

—Noble dama, la dijo, permitidme depositar á vuestras plantas este precioso mensaje de su gracia, vuestro ilustre esposo, mi venerado señor.

—¿No viene él y cómo os comisiona para este envio? preguntó la condesa.

—Importantes quehaceres difieren la llegada de su gracia, como vereis por esa carta; en cuanto á mí, debo, por órden expresa de mi noble señor, disfrutar del insigne honor de una conferencia particular con vos.

Palideció la condesa y dijo con voz trémula:

—¡Una conferencia secreta con vos, Musdæmon!

—Si eso pudiese afligir en lo más mínimo á mi noble señora, desesperaria á éste su indigno servidor.

—No... no me aflige, respondió la condesa esforzándose por sonreir; ¿pero es indispensable esa conferencia?

—Absolutamente necesaria. La carta que acabo de entregar á la noble condesa lo expresa así terminantemente.

Contrastaba singularmente ver temblar y palidecer á la altiva condesa de Ahlefeld ante un servidor que la rendía tan profundo acatamiento. Abrió lentamente la carta y leyó el contenido. Despues de leerla por segunda vez, dijo á sus doncellas:

—Dejadnos solos!

—Dígnese la noble señora, dijo el mensajero hincando una rodilla en tierra, perdonarme la libertad que me atreví á tomarme y el disgusto que pueda causar á vuestra gracia.

—Creed, por el contrario, repuso la condesa con forzada sonrisa, que recibo placer en conversar con vos.

Las doncellas se retiraron.

—¿Conque has olvidado ya, Elfega, que hubo un tiempo en que nuestras entrevistas á solas no te repugnaban?

Así hablaba el mensajero á la noble condesa, é iban estas palabras acompañadas de una risa semejante á la que deberá hacer el diablo en el momento de cumplirse un plazo y de apoderarse del alma que se le entregó.

La poderosa señora bajó la cabeza humillada.

—Ojalá las hubiera olvidado!

—Pobre loca! ¿por qué te avergüenzas de lo que ningun ojo humano ha visto?

—Lo que no ven los hombres lo vé Dios.

—Débil mujer! eres indigna de haber engañado á tu marido, porque él es menos crédulo que tú.

—Sois poco generoso, Musdæmon. Mis remordimientos...

—Pues si tienes remordimientos, Elfega, ¿por qué los aumentas todos los dias con nuevos crímenes?

La condesa ocultó la cabeza entre las manos; el mensajero prosiguió:

—Es preciso elegir: ó el remordimiento y basta de crímenes, ó el crímen y más remordimientos. Haz como yo, elige lo segundo, es lo mejor... lo más alegre al menos.

—Quiera Dios, dijo en voz baja la condesa, que no os castiguen esas crueles palabras en la eternidad.

—Vamos, hija mia, basta de bromas.

Esto dijo Musdæmon sentándose junto á la condesa y pasándola el brazo alrededor del cuello.—Elfega, haz por ser, en espíritu al menos, lo que eras hace veinte años.

La desgraciada condesa, esclava de su cómplice, procuró corresponder á sus repugnantes caricias. Habia en aquellos abrazos adúlteros de dos séres que se desprecian y se aborrecen mútuamente algo escandaloso, hasta para aquellas almas degradadas.

Los ilegítimos placeres que causaron su alegría, y que no sé qué horrible convenio les obligaba á prodigarse aun, constituian su martirio. Extraño y justo castigo de afecciones culpables. Su crímen era su suplicio.

La condesa, para abreviar su tormento, preguntó á su odioso amante, arrancándose de sus brazos, de qué mensaje verbal le habia encargado su esposo.

—Ahlefeld, dijo Musdæmon, al ver robustecerse su poder por medio del casamiento de Ordener Guldenlew con nuestra hija...

—Nuestra hija! gritó la altiva condesa; y su mirada, fija en Musdæmon, adquirió la espresion del orgullo y del desden.

—Creo, respondió el imperturbable mensajero, que tanto es mia Ulrica como de tu esposo. Pero dicho casamiento no satisface por completo á Ahlefeld si no

logramos destruir á Schumacker. Desde el fondo de su prision ese antiguo privado es casi tan temible como en palacio; tiene en la corte amigos oscuros, pero poderosos, tal vez porque son oscuros, y el rey, al saber hace un mes que las negociaciones del gran canciller con el duque de Holstein-Plæn no iban adelante, esclamó con impaciencia: Griflenfeld solo sabia más que todos ellos juntos.—Un intrigante llamado Dispolsen, llegado de Munckholm á Copenhague, obtuvo de él muchas audiencias secretas, despues de las que el rey pidió á la cancillería, donde están depositados, los títulos de nobleza y de las propiedades de Schumacker. Se ignora á qué aspira éste; pero desear la libertad un prisionero de estado es desear el poder.—Es preciso, pues, que muera, y que muera judicialmente; y á forjarle un crímen se dirigen nuestros trabajos.—Tu esposo, bajo el pretesto de inspeccionar de incógnito las provincias del Norte, vá á asegurarse por sí mismo del resultado que han producido nuestros manejos entre los mineros, á los que queremos conducir, por medio de Schumacker, á una insurreccion, que luego nos será fácil sofocar. Lo que nos tiene inquietos es la pérdida de documentos importantes relativos á ese plan y que creemos que están en poder de Dispolsen. Sabiendo, pues, que él habia salido de Copenhague para regresar á Munckholm, llevando á Schumacker sus pergaminos y sus diplomas y quizás los documentos que nos pueden perder, ó por lo menos comprometernos, apostamos en las gargantas del Kole á algunos de nuestros partidarios fieles, encargados de darle pasaporte para el otro mundo, despues de despojarle de sus papeles. Pero si, como se asegura, Dispolsen vino de Berghen por mar, nuestros trabajos en esta parte han sido inútiles. Sin embargo, he oido en alguna parte, rumores relativos al asesinato del capitan Dispolsen. — Veremos. — Entre tanto estamos buscando al famoso bandido Han de Islandia, al que quisiéramos poner al frente de la rebelion de los mineros.—Y tú, Elfega, ¿qué noticias me das de aquí? ¿Ha caido en la red la palomita de Munckholm? ¿La hija del anciano ex-ministro ha sido al fin la presa de nuestro *falco-fluvus*, de nuestro hijo Federico?...

La condesa, recobrando su altivez, exclamó como antes:

—Nuestro hijo!

—Puede ser.... qué edad cuenta?.... Veinticuatro años... Veintiseis hace que nos conocemos, Elfega.

—Dios lo sabe, contestó la condesa: Federico es el heredero legítimo del gran canciller.

—Si Dios lo sabe, el diablo puede ignorarlo, añadió riendo el cínico mensajero. Por lo demás, tu Federico es un pisaverde indigno de mí, y no vale la pena de que disputemos por tan poca cosa. Lo más que sirve es para seducir á una muchacha... pero... lo ha conseguido?

—Que yo sepa, todavía no.

—Pues es menester, Elfega, que hagas papel menos pasivo en nuestros asuntos. El del conde y el mio, como ves, son muy activos. Mañana vuelvo á reunirme con tu esposo; y tú, no te limites á rezar por nuestros pecados, como la Madona que invocan los italianos cuando asesinan. Es menester tambien que el conde piense en recompensarme con más explendidez que lo ha hecho hasta ahora. Mi suerte está unida á la vuestra, pero ya me voy cansando de ser el servidor del esposo, cuando soy el amante de la mujer; y de ser solo el ayo, el preceptor, el pedagogo, cuando soy casi el padre...

Oyóse en este momento el toque de las doce de la noche, y una de las doncellas entró á recordar á la condesa que, segun la regla de palacio, á aquella hora debian estar apagadas todas las luces. La condesa, deseosa de terminar tan desagradable conferencia, llamó á sus damas.

—Permítame su gracia la condesa, dijo Musdæmon retirándose, que conserve la esperanza de volverla á ver mañana y de ofrecer á sus plantas el homenaje de mi profundo respeto.

## VIII.

Creo que tú eres el asesino; tus miradas me lo anuncian y tu porte es siniestro y feroz.

(SHAKSPEARE.)

A fé mia, dijo Ordener á Spiagudry, que ya empezaba á creer que los cadáveres alojados en este edificio eran los encargados de abrirme la puerta.

—Perdonad, señor, respondió el conserje, en cuyos oidos resonaban todavía los nombres del rey y del virey, dando por escusa que dormia profundamente.

—En ese caso los que aquí velan son los muertos, pues ellos eran sin duda los que hablaban hace un momento.

Spiagudry se turbó.

—Señor, habeis oido...?

—Sí, pero eso no importa, que no he venido aquí para ocuparme de vuestros asuntos, sino de los mios. Entremos.

Spiagudry no queria introducir al recien llegado cerca del cuerpo de Gill, pero sus últimas palabras le tranquilizaron. Además, podia él resistirse?

Dejó, pues, pasar, y cerrando la puerta, le dijo:

—Benigno Spiagudry está á vuestra disposicion en todo lo que concierna á las ciencias humanas. Sin embargo, si, como vuestra visita nocturna parece indicar, creeis hablar á un hechicero, os equivocais; *ne faman credas;* soy un sábio y nada más. Entremos, pues, en mi laboratorio.

—No, dijo Ordener, vamos á detenernos junto á éstos cadáveres.

—Junto á estos cadáveres! gritó Spiagudry empezando á temblar. Señor, no podeis verlos.

—¡No puedo ver los despojos mortales que solo se depositan aquí para ser vistos!... Tengo que pediros detalles sobre uno de ellos, y es vuestro deber facilitármelos. Obedeced á buenas ú obedecereis á malas.

Spiagudry profesaba profundo respeto á los sables, y veia brillar uno en el costado de Ordener.

—*Nihil non arrogat armis*, murmuró, y buscando en el manojo de sus llaves, abrió la reja é introdujo al extranjero en la segunda seccion de la sala.

—Veamos el traje del capitan.

En este momento un rayo de la lámpara reflejó en la cabeza ensangrentada de Gill Stadt.

—¡Dios mio, esclamó Ordener, qué abominable profanacion!

—Que tenga piedad de mí mi santo patrono, dijo en voz baja el conserje.

—Anciano, prosiguió diciendo Ordener con voz amenazadora, ¿tan lejos os creeis de la tumba que violais el respeto que se la debe y no creeis, desgraciado, que los vivos os puedan enseñar lo que se debe á los muertos?

—Perdon, señor, pero yo no he sido! ¡Si supiérais!... y al decir esto se detuvo el conserje, acordándose del hombre salvaje que le dijo: "Sé fiel y mudo.„ ¿Habeis visto salir á alguno por esa tronera? preguntó con débil voz.

—Sí. Era tu cómplice?

—No; él es el culpable, el único culpable. Os lo juro por las reprobaciones infernales, por las bendiciones celestes, por ese mismo cuerpo tan indignamente profanado. El pobre viejo se arrodilló á los piés de Ordener.

Por repugnante que fuera Spiagudry, habia, no obstante, en su desesperacion y en sus protestas tal acento de verdad, que persuadió al jóven.

—Miserable, levántate, y si no has ultrajado á la muerte, no envilezcas la ancianidad.

El conserje se puso en pié. Ordener continuó:

—Quién es el culpable?

—Silencio, señor, silencio! No sabeis de quién hablais... Silencio!

Y Spiagudry se repetia interiormente: "Sé fiel y mudo.„

Ordener repitió friamente:

—Quién es el culpable? Quiero saberlo.

—En nombre del cielo, señor, no hableis así, calláos por miedo de...

—El miedo no me hará callar y te hará hablar á tí.

—Dispensadme, no puedo.

—Puedes porque yo quiero. Es preciso que me nombres al profanador.

Procurando Spiagudry salirse de la cuestion, contestó:

—Pues bien, el profanador de ese cadáver es el asesino de ese capitan.

—¿Ese oficial ha muerto, pues, asesinado? preguntó Ordener, al que esta transicion le recordó el objeto de su venida.

—Seguramente.

—Y quién le asesinó?

—En nombre de la santa á la que vuestra madre invocaba al daros á luz, no os empeñeis en saberlo, no me obligueis á revelarlo.

—Si pudiera aumentarse el afan que tengo por saberlo, vos le aumentaríais ahora con el interés de la curiosidad. Os mando que me pronuncieis el nombre del asesino.

—Pues bien, contestó Spiagudry, observad esas desgarraduras producidas por largas y cortantes uñas en el cuerpo de ese desgraciado, y ellas os delatarán al asesino.

Y el conserje enseñaba á Ordener largos y profundos rasguños en el cadáver desnudo y lavado.

—Le ha acometido alguna fiera?

—No, no.

—Pues como no haya sido el diablo...

—Guardáos bien de adivinarlo. ¿No habeis oido hablar, prosiguió el conserje en voz baja, de un hombre ó de un mónstruo con rostro humano, cuyas uñas son tan largas como las de Astarot que nos ha perdido, ó como las del Antecristo que nos perderá?

—Hablad más claro.

—Ay de aquel!... dice el Apocalipsis...

—Lo que yo quiero saber es el nombre del asesino.

—Su nombre!... ¡Señor, tened piedad de mí, tened piedad de vos!

—La segunda de estas súplicas destruiria la primera, aun cuando motivos graves no me obligasen á saber ese nombre. No abuses por más tiempo...

—Pues bien, ya que lo exigís, dijo Spiagudry, estirándose y en alta voz, ese asesino, ese profanador es Han de Islandia.

No era desconocido á Ordener ese nombre terrible.

—Ha sido ese execrable bandido!... ¿Y tú de qué le conoces? ¿Qué comunes crímenes os han unido?

—¡Oh, noble señor, no creais en las apariencias; ¿el tronco de la encina es venenoso porque la serpiente se abrigue en él?

—Basta de palabras vanas! El perverso no puede tener más amigos que sus cómplices.

—No soy su amigo ni menos su cómplice; y si mis juramentos no os persuaden, observad que esa detestable profanacion me expone dentro de veinticuatro horas, cuando vengan á recoger el cuerpo de Gill Stadt, al suplicio de los sacrílegos, y me sumirá en la más espantosa inquietud en que un inocente se haya visto jamás.

Estas consideraciones de interés personal hicieron más impresion en Ordener que la voz suplicante del pobre conserje, á quien habian sin duda inspirado su patética, aunque inútil, resistencia al sacrilegio del mónstruo. Ordener quedó un momento pensativo, durante el que Spiagudry procuraba adivinar en la expresion de su rostro si aquel silencio precederia á la calma ó á la tempestad.

Al fin el jóven dijo con severidad, pero con acento sereno:

—Decidme la verdad, anciano. ¿Habeis hallado documentos en el traje de ese oficial?

—No señor; ninguno.

—¿Sabeis si Han de Islandia los encontró?

—Lo ignoro.

—Pero... ¿sabeis dónde se oculta Han de Islandia?

—No se esconde... vaga errante.

—Bien; pero cuáles son sus guaridas?

—Ese pagano tiene tantas guaridas como arrecifes la isla de Hiteren, como rayos la estrella de Sirio.

—De nuevo os pido, dijo Ordener, que me hableis con claridad. Voy á daros el ejemplo, oidme. Estais ligado misteriosamente con un bandido, de quien decís no ser cómplice. Si le conoceis, debeis saber dónde se retira en la actualidad.—No me interrumpais.—Si no sois su cómplice, no os negareis á guiarme para ir á buscarlo.

Spiagudry no pudo contener un movimiento de espanto.

—¡Vos, noble señor, vos, lleno de juventud y de vida, quereis buscar y provocar á ese demonio! Cuando Ingialdo, el de los cuatro brazos, combatió con el gigante Neytolmo, á lo menos contaba con cuatro brazos!...

—Pues bien; si se necesitan cuatro brazos, contestó Ordener sonriendo, ¿sereis vos el que me guie?

—Vuestro guia!... ¿cómo podeis burlaros de un pobre viejo que ya tiene necesidad de que le guien?...

—Escuchad, y no seais vos el que se burle de mí, repuso Ordener. Si esa profanacion, de la que quiero creeros inocente, os expone al castigo de los sacrílegos, no podeis permanecer aquí. Os es indispensable huir. Os ofrezco salvaros con la condicion de que me habeis de conducir á la guarida del bandido. Sed mi guia y yo seré vuestro protector. Más os digo; si encuentro á Han de Islandia, aquí lo traeré muerto ó vivo. Podreis entonces probar vuestra inocencia y recuperar vuestro empleo. Entretanto aquí teneis más escudos reales que os produce en un año vuestro destino.

Ordener, reservando el dinero para el fin, habia observado en sus argumentos la gradacion exigida por las leyes de la lógica; aquellos argumentos eran, sin embargo, bastante fuertes para hacer titubear á Spiagudry. Empezó por tomar el dinero y por decir:

—Teneis razon, noble señor. Si os sigo, me expongo algun dia á la venganza del formidable Han. Si me quedo, caigo mañana en manos del verdugo para sufrir el castigo de los sacrílegos. En los dos casos mi vida está en peligro; pero como, segun la juiciosa observacion de Semond-Sigfusson, alias el sábio, *inter duo pericula æqualia, minus imminens eligendum est*, yo os sigo. Seré vuestro guia; pero no olvideis que hice todo lo que pude por apartaros de tan temerario designio.

—Pues bien, sereis mi guia, y cuento con vuestra lealtad, añadió Ordener lanzándole una expresiva mirada.

—Oh, señor! la fe de Spiagudry es tan

pura como el oro que tan generosamente acabais de darme.

—Así será, si no quereis que os pruebe que el hierro de mi sable es de tantos quilates como mi oro. ¿Dónde creeis que esté Han de Islandia?

—Como el Mediodía de Dronteimnus está lleno de tropa, que se ha enviado á consecuencia de no sé qué peticion del gran canciller, Han debe haberse dirigido hácia la gruta de Walderlong, ó hácia el lago de Smiasen. Nuestro camino debe ser por Skongen.

—Cuándo podreis seguirme?

—Hoy, cuando anochezca y esté cerrado el Spladgest, empezaré al lado de vos á desempeñar el oficio de guía, por el que privaré á los muertos de mis cuidados. Buscaremos un medio de ocultar durante todo el dia á los ojos del pueblo la mutilacion del minero.

—Dónde os encontraré esta noche?

—En la plaza Mayor de Drontheim, si os acomoda, junto á la estátua de la Justicia, que fué en otro tiempo Freya, y cuya sombra me protejerá en pago del precioso diablo que hice esculpir bajo sus piés.

Spiagudry hubiera repetido verbalmente á Ordener los considerandos de su memorial al gobernador, si aquél no le hubiera interrumpido, diciéndole:

—Basta; trato hecho.

—Trato hecho, contestó el conserje.

Acababa de pronunciar esas palabras, cuando resonó una especie de gruñido encima de ellos. El conserje se extremeció y dijo:

—Qué es eso?

—¿No hay aquí, preguntó Ordener igualmente sorprendido, más habitante vivo que vos?

—Ah, sí... mi ayudante Oglypiglap, contesto Spiagudry, recordándolo; el és, sin duda, que duerme estruendosamente, y un lapon durmiendo, como dice el obispo Arngrim, hace tanto ruido como una mujer despierta.

Hablando así llegaron á la puerta del Spladgest. Spiagudry la abrió con suavidad.

—Adios, noble señor, dijo á Ordener, y el cielo os colme de ventura. Hasta la noché. Si pasais casualmente por delante de la cruz de San Hospicio, dignaos rezar por vuestro miserable servidor Benigno Spiagudry.

Dicho esto, cerró apresuradamente la puerta, ya por temor de ser visto, ya por preservar á la lámpara de las primeras brisas de la mañana. Volvió junto al cadáver de Gill y se ocupó en colocar la cabeza de éste de modo que no pudiera verse la mutilacion.

Muchas razones tenia el tímido conserje para aceptar la atrevida proposicion del extranjero. Los motivos de su temeraria determinacion eran los siguientes: 1.° El temor que le inspiraba Ordener presente; 2.° El miedo al verdugo; 3.° El antiguo ódio que sentia hácia Han de Islandia, ódio que no se atrevia á confesarse á sí mismo, ¡tanto le comprimia el terror!; 4.° El amor á las ciencias, á las que su viaje podia ser útil; 5.° La confianza en su natural travesura para sustraerse á las miradas de Han; 6.° El atractivo que para él tenia el metal que encerraba la bolsa del jóven, y del que parecia lleno el cofrecillo robado al capitan y destinado para la viuda Stadt, mensaje que ahora corria peligro de no abandonar al mensajero. La última razon, por fin, era la esperanza, bien ó mal fundada, de recuperar pronto ó tarde el empleo que iba á abandonar. Por lo demás, lo mismo le importaba que el bandido matase al viajero ó que el viajero matase al bandido, porque, ajustando sus cuentas, sacaba en consecuencia que de todos modos le resultaria un cadáver más.

Oyóse un segundo gruñido y el desgraciado conserje se extremeció otra vez.

—No, no son los ronquidos de Oglypiglap; ese ruido viene de fuera.

Y luego, despues de un momento de reflexion, se dijo:

—Soy muy necio en asustarme por tan poca cosa; es sin duda el perro del puerto, que se despierta y ladra.

Tranquilo ya, comenzó á preparar los miembros desfigurados de Gill; despues cerró todas las puertas, y se fué á descansar en su lecho de las fatigas de la noche que concluia y á recobrar nuevas fuerzas para la que pronto debia comenzar.

## IX.

JULIETA.
Crees que nos volveremos á ver?
ROMEO.
No lo dudo, y todas nuestras aflicciones serán el asunto de nuestros más dulces coloquios en lo sucesivo.
(SHAKESPEARE.)

El fanal del castillo de Munckholm acababa de apagarse y veia ya el marinero que entraba en el golfo de Drontheim en su lugar brillar á lo lejos el casco del soldado de guardia, como una

estrella móvil, á los rayos del sol naciente, cuando Schumacker, apoyado en el brazo de su hija, bajaba, como de costumbre, al jardin circular que rodeaba su prision. Ambos habian pasado una noche agitada; el anciano por el insomnio y la jóven por sus deliciosos ensueños. Se paseaban ya bastante rato en silencio, cuando el prisionero, fijando en su hija la mirada triste y grave, la dijo:

—Sonríes y te ruborizas tú sola, Ethel; sin duda eres feliz, porque no te avergüenzas de tu pasado y ves el porvenir alegre.

Ethel se puso más encarnada y dejó de sonreir.

—Padre mio, dijo tímida y confusa, traigo el libro del Edda.

—Pues bien, lee, hija mia, contestó Schumacker, volviendo á abismarse en sus meditaciones.

Y el sombrío cautivo, sentado en un peñasco, al que sombreaba un pino, escuchó la dulce voz de su hija, sin oir lo que leia, como un viajero cansado se complace con el murmullo de la fuente que le dá la vida.

Ethel leyó la historia de la pastora Alanga, que rehusó la mano de un rey, hasta que probó que era guerrero. El príncipe Rugiero Lodbrog no consiguió á la pastora hasta que volvió vencedor del bandido de Klipstadur, Ingolfo el Exterminador.

Interrumpió de repente la lectura un rumor de pasos y de hojas pisoteadas que distrajo á Schumacker de sus meditaciones. El teniente Ahlefeld salió por detrás de la roca en que padre é hija estaban sentados. Ethel bajó la cabeza, reconociendo á su eterno interruptor, y el oficial exclamó:

—Acabo de oir pronunciar por vuestra hermosa boca el nombre de Ingolfo el Exterminador, y sospecho que habreis ascendido hasta él por la colina de la conversacion acerca de su descendiente Han de Islandia; las doncellas son muy aficionadas á hablar de bandidos. Bajo ese aspecto se cuentan de Ingolfo y de sus descendientes lances singularmente agradables y espantosos. El exterminador Ingolfo solo tuvo un hijo, nacido de la bruja Thovarka; este hijo tuvo tambien otro hijo de otra bruja. De cuatro siglos á esta parte así se ha perpetuado esa raza para la desolacion de la Islandia; siempre por un solo vástago que solo produce una rama. Y por esta série de herederos únicos llegó hasta nuestros dias sano y salvo el infernal espíritu de Ingolfo al famoso Han de Islandia, que ahora tenia hace un momento la dicha de ocupar los virginales pensamientos de tan hermosa dama.

El oficial calló; Ethel, turbada, guardaba silencio y Schumacker se fastidiaba. Contento el teniente de hallarlos dispuestos, si no á responder, al menos á escuchar, prosiguió:

—El bandido de Klipstadur no siente otra pasion que la del ódio á los hombres, ni tiene otro deseo que el causarles daño...

—Es discreto, interrumpió bruscamente el prisionero.

—Siempre vive solo.

—Es feliz, replicó Schumacker.

Esta doble interrupcion, que parecia querer anudar un diálogo, colmó de alegría al militar.

—Presérvenos el dios Mithra, contestó, de esos discretos y de esos felices. Maldito sea el viento mal intencionado que trajo á la Noruega el último de los demonios de Islandia; y no debeis decir mal intencionado, porque se asegura que debemos á un obispo la felicidad de poseer á Han de Klipstadur.

Segun dice la tradicion, parece que unos aldeanos islandeses se encontraron en los montes de Bessestedt al pequeño Han, niño todavía, y quisieron matarle, como Astiages mató al leoncillo de Bactriana; pero el obispo de Scalholt se opuso y tomó al mónstruo bajo su proteccion, con la esperanza de convertir en cristiano al diablillo.

El buen obispo empleó mil medios para desarrollar aquella inteligencia infernal, olvidando que la cicuta nunca se convirtió en lirio en los pensiles de Babilonia. Así es que ese demonio pagóle al pobre obispo huyendo una noche montado en un tronco de árbol á través de los mares é iluminando su fuga con el incendio del palacio episcopal.

Hé aquí, segun las viejas de esta comarca, cómo se transportó á Noruega ese islandés, que, gracias á la educacion recibida, ofrece hoy dia la perfeccion del mónstruo. Desde entonces son innumerables sus crímenes. Cegó las minas de Fa-roër, aplastando trescientos mineros bajo sus escombros; precipitó el enorme peñasco pendiente de Golyn, durante la noche, sobre la aldea que dominaba; deshizo el puente de Haf-Broen, precipitándolo desde lo alto de las rocas al paso de los viajeros; incendió la catedral de Drontheim; apaga durante las noches de tempestad los fanales de las costas, y ha

cometido un sinnúmero de asesinatos que sepulta en los lagos de Sparbo ó de Smiasen, ú oculta en las grutas de Walderhog y de Rylass, y en las gargantas de Dofre-Field. Aseguran las viejas que le sale un pelo en la barba por cada crímen que comete, y si esto es así, su barba debe estar tan poblada como la de un mago de la Asiria. El gobernador ha procurado alguna vez, aunque inútilmente, poner coto al extraordinario incremento de esa barba.

Schumacker interrumpió su silencio diciendo:

—¿Y todos los esfuerzos para apoderarse de ese hombre han sido inútiles? Felicito á la gran cancillería.

El oficial no comprendió el sarcasmo del gran ex-canciller.

—Hasta hoy ha sido incapturable. Soldados viejos, soldados bisoños, campesinos, montañeses, todos mueren ó todos huyen ante él. Es un demonio inevitable é incogible; lo mejor que puede sucederles á los que le buscan es no encontrarle.

Acaso esta noble señorita se quede sorprendida, continuó el teniente sentándose con familiaridad cerca de Ethel, que se aproximó á su padre, de las particularidades que le cuento de ese sér sobrenatural; pero no sin motivo he logrado recopilar tantas tradiciones. Paréceme, y seria feliz si esta noble señora participase de mi opinion, que las aventuras de Han podian dar pié para una novela deliciosa del estilo de la sublime escritora señorita de Scudery, del género del *Artamenes* ó de *Clelia*, de la que aun no he leido más que seis tomos, pero que es una obra magistral á mi entender. Seria preciso para eso, ante todas las cosas, suavizar nuestro clima, engalanar nuestras tradiciones, modificar nuestros nombres bárbaros; por ejemplo: Drontheim se convertiria en *Durtinianum*, y veria sus selvas trocarse, al golpe de mi varita de virtudes, en deliciosos bosquecillos, bañados de arroyuelos murmuradores, algo más poéticos que nuestros terribles torrentes. Nuestras cavernas negras y profundas se convertirian en aromáticas grutas, tapizadas de conchas y de mariscos. En una de esas grutas habitaria un célebre encantador, Hanus de Thulé; porque es menester convenir en que el nombre de Han de Islandia no es grato al oido delicado. Ese gigante, pues seria absurdo que el héroe de la novela no fuese un gigante, ese gigante descenderia en línea recta del dios Marte. Ingolfo el Exterminador nada dice á la imaginacion, y de la encantadora Teones... (que así sonaria alterando el nombre de Thoarka)... y seria hijo de la sibila de Cumas. Hanus, despues de ser educado por el gran mago de Thulé, se escaparia al fin del palacio del Pontífice en un carro tirado por dos dragones... seria tener poco talento conservar la mezquina tradicion del tronco del árbol. Llegado á Durtinianum y encantado de tan delicioso pais, lo haria el sitio de su residencia y el teatro de sus crímenes. No tendria gran éxito entretenerse á pintar las fechorías de Han si no se dulcificasen sus horrores por medio de algun amor ingeniosamente imaginado. La pastora Alcipe, apacentando un dia su ganado por un bosquecillo de mirtos y de olivos, seria apercibida por el gigante, que se rendiria al poder de sus divinos ojos; pero Alcipe amaria al gallardo Lycidaz, alférez de milicia de guarnicion allí. El gigante se enfureceria de la felicidad del centurion y el centurion de las asiduidades del gigante; ya concebís, noble señora, qué gran partido puede sacar la ingeniosa imaginacion de las aventuras de Hanus. Apostaria mis botas de Cracovia contra un par de patines que este asunto, desarrollado por la ingeniosa señorita de Scudery, volveria locas á todas las damas de Copenhague.

Esta palabra arrancó á Schumacker de la sombría meditacion en que estuvo ensimismado durante el derroche inútil de facundia que acababa de hacer el teniente.

—Copenhague! exclamó bruscamente el prisionero; señor oficial, ¿qué sucede de nuevo en Copenhague?

—Nada que yo sepa, respondió el militar, más que el consentimiento dado por el rey para celebrar la boda importante que ocupa en estos instantes la atencion de los dos reinos.

—Qué boda es esa? preguntó Schumacker.

La aparicion de un cuarto interlocutor detuvo la respuesta en los labios del teniente.

Los tres levantaron los ojos. Desanublóse el rostro sombrío del prisionero; la fisonomía frívola del militar adquirió expresion grave, y el semblante de Ethel, pálido durante el largo soliloquio del oficial, recobró vida y alegría, suspirando profundamente, como si su corazon se hubiera aligerado de un peso insoportable. Su sonrisa, triste y furtiva, se dirigió al recien llegado.

Era Ordener.

El viejo, la jóven y el teniente estaban respecto á Ordener en posicion singular; cada uno tenia un secreto con él, de modo que todos se molestaban recíprocamente. La vuelta de Ordener á la torre no sorprendió ni á Schumacker ni á Ethel, porque le esperaban; pero sorprendió al teniente, tanto como la presencia del teniente sorprendió á Ordener, que temió que alguna indiscrecion del oficial descubriera la escena del dia anterior, si este hubiera infringido la ley de caballería. Se asombraba de verle sentado tranquilamente al lado de los prisioneros.

Los cuatro personajes no podian decirse nada juntos, precisamente porque tenian mucho que decirse á solas. De modo que, salvo algunas miradas de inteligencia y de confusion, la acogida que obtuvo Ordener fué absolutamente silenciosa.

El teniente lanzó una carcajada despues de un instante de silencio.

—Por la cola del manto real, mi querido recien llegado, parece que estamos callados como los senadores galos cuando el romano Breno... ya no recuerdo quiénes eran los galos ni quiénes eran los romanos, si el general ó los senadores... No importa! Mas ya que habeis venido, ayudadme á enterar á este noble anciano y á su hija de lo que sucede de nuevo. Iba, cuando entrásteis, á hablarles del ilustre himeneo que ocupa á estas horas á medos y á persas.

—Qué casamiento es ese? preguntaron al mismo tiempo Schumacker y Ordener.

—En el corte de vuestro traje, señor extranjero, dijo el teniente, habia yo ya adivinado que veníais de lejanas tierras. Y esa pregunta cambia mi sospecha en certidumbre. Debísteis desembarcar en las playas del Nidder en mágico carro tirado por dos grifos alados, porque de otro modo no hubiérais podido recorrer la Noruega sin enteraros del famoso casamiento del hijo del virey con la hija del gran canciller.

—Es cierto? ¿Ordener Guldenlew se casa con Ulrica Ahlefeld? preguntó Schumacker al teniente.

—Como os lo digo, y eso sucederá antes de que haya pasado en Copenhague la moda de los jubones á la francesa.

—El hijo de Federico debe tener cerca de veintidos años; porque estaba yo ya encerrado uno en la fortaleza de Copenhague, cuando llegó á mis oidos la noticia de su nacimiento. Bien hace en casarse jóven, continuó Schumacker con amarga sonrisa; así al menos no le acusarán, cuando caiga en la desgracia, de haber aspirado al capelo de cardenal.

El antiguo favorito aludia á sus propias desgracias y el teniente no le comprendió.

—No ciertamente, dijo soltando la carcajada. El baron Ordener vá á recibir el título de conde, el collar del Elefante y los galones de coronel, que no se compaginan bien con la birreta cardenalicia.

—Tanto mejor, respondió Schumacker. Despues, tras breve pausa, añadió meneando la cabeza:—Quizás algun dia le harán una argolla de ese noble cordon, ó le estrellarán en la frente la corona de conde, ó le darán de bofetones con sus galones de coronel.

Ordener estrechó la mano del anciano.

—Por dar pábulo á vuestro ódio, no maldigais, señor, la felicidad de un enemigo antes de saber si eso es felicidad para él.

—¿Y que le importan esos anatemas al baron de Thorvick?

—Le importan más de lo que creeis... quizás, le contestó Ordener, y prosiguió diciendo: Ese famoso casamiento no es tan seguro como imaginais.

—*Fiad guod vis*, respondió el teniente con irónico saludo: lo han dispuesto todo para esa boda el rey, el virey y el gran canciller; la desean, están empeñados en que se verifique, pero ya que os desagrada, nada importa que así piensen el gran canciller, el virey ni el rey.

—Quizás tengais razon, dijo Ordener con seriedad.

—A fé mia, exclamó el teniente sin poder contener la risa, que esto es chusco. Quisiera que el baron de Thorvick estuviese aquí para oir á un adivino, tan instruido en las cosas del mundo, decidir de su destino. Creedme, docto profeta, aun teneis pocas barbas para ser buen nigromántico.

—No creo, señor teniente, contestó Ordener con frialdad, que Ordener se case con una mujer sin amarla.

—Valiente lio de máximas! ¿Y quién os dice, señor de la capa verde, que el baron no ame á Ulrica de Ahlefeld?

—Y quién os dice á vos que la ama? replicó al punto Ordener.

El teniente, arrastrado, como sucede muchas veces, por el calor de la conversacion, afirmó un hecho del que no estaba seguro.

—Quién me dice que la ama? Vaya

una pregunta. Siento contradecir vuestro pronóstico; pero todo el mundo sabe que este casamiento tanto es de pasion como de conveniencia.

—Todo el mundo lo sabe menos yo, dijo Ordener con tono grave.

—Escepto vos, pero eso no importa; porque vos no podreis impedir que el hijo del virey esté enamorado de la hija del gran canciller.

—Enamorado?

—Completamente enamorado.

—Pues es preciso que esté loco para estar tan enamorado.

—No olvideis de quién hablais y á quién estais hablando. ¡No parece sino que el hijo del virey no haya podido enamorarse de una mujer sin consultar á este gaznápiro!

Hablando así se levantó el oficial. Ethel, que vió inflamarse la mirada de Ordener, se puso delante de él, diciéndole:

—Serenáos por el amor de Dios, no escucheis sus injurias; ¿qué nos importa que el hijo del virey ame ó no á la hija del canciller?

La bienhechora mano de Ethel, puesta sobre el corazon del jóven, apaciguó la tempestad; fijó en ella una mirada cariñosa y no oyó la voz del militar, que recuperando su alegría, exclamaba:

—Esta noble señorita desempeña con indecible gracia el papel de las mujeres sabinas entre sus padres y sus maridos. Estuve imprudente; olvidé, prosiguió dirigiéndose á Ordener, que existia entre nosotros un lazo de fraternidad y que no podemos provocarnos. Caballero, estrechad mi mano; pero convenid tambien conmigo en que olvidásteis que hablábais del hijo del virey á su futuro cuñado el teniente de Ahlefeld.

Al oir este nombre, Schumacker, que todo lo habia observado hasta aquí con indiferencia, se levantó de su asiento de piedra, lanzando un grito terrible.

—De Ahlefeld! ¡un Ahlefeld delante de mí! Una serpiente! ¡Cómo no he reconocido al hijo de tan execrable padre! Dejadme en paz en mi calabozo, no he sido condenado al suplicio de veros. Solo me faltaba, como se atrevia ese infame á desearlo hace un momento, ver al hijo de Guldenlew junto al hijo de Ahlefeld. Traidores! Cobardes! ¡Por qué no vienen á gozarse en mis lágrimas de demencia y de rabia! ¡hijo de raza aborrecida, hijo de Ahlefeld, déjame!

El teniente, aturdido en los primeros momentos por la vivacidad de las imprecaciones, no tardó en recobrar su cólera y la palabra, diciendo:

—Silencio, viejo insensato! ¡Acabarás de cantarme las letanías de los demonios!

—Déjame, déjame, prosiguió el preso; déjame y llévate mi maldicion para tí y para la miserable raza de Guldenlew que vá á aliarse con la tuya.

—¡Vive Dios, exclamó el teniente, que me haces dos ultrajes!

Ordener contuvo al teniente, que estaba ciego de cólera.

—Respetad que es anciano vuestro enemigo, le dijo; y ya que tenemos un lance pendiente, yo os responderé de las ofensas del prisionero.

—Sea, contestó el teniente; contraeis una nueva deuda. El combate será á muerte, porque tengo que satisfacer dos venganzas, la de mi cuñado y la mia. No olvideis que con mi guante levantais el de Ordener Guldenlew.

—Teniente Ahlefeld, le respondió Ordener, abrazais el partido de los ausentes con un calor que prueba vuestra generosidad. ¿Pero no seria tambien accion generosa compadecerse de un pobre anciano, á quien la adversidad dá algun derecho á ser injusto?

Era el alma del teniente de aquellas en las que una alabanza despierta una virtud. Estrechó la mano de Ordener, y aproximándose á Schumacker, que, agotadas sus fuerzas por su arrebato, habia caido exánime en brazos de la aterrada Ethel, le dijo:

—Caballero Schumacker, habeis abusado de vuestra ancianidad, y yo quizás hubiese abusado de mi juventud si el cielo no os hubiese deparado un campeon. Entré esta mañana en vuestra prision solo para deciros que de aquí en adelante podeis quedar, por órden del virey, libre y sin guardia en la torre. Recibid esta grata noticia de boca de un enemigo.

—Retiráos, contestó el anciano con voz sombría.

El teniente se inclinó y obedeció, satisfecho interiormente de haber conquistado una mirada de aprobacion de Ordener.

Permaneció Schumacker largo rato con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, entregado á sus meditaciones; de repente fijó la vista en Ordener, que estaba en pié y silencioso delante de él.

—Qué hay? le preguntó.

—Señor conde, Dispolsen ha muerto asesinado.

Volvió á inclinar el anciano la frente. Ordener continuó:

—Su asesino es un bandido famoso, Han de Islandia.

—Han de Islandia! dijo Schumacker.

—Han de Islandia! repitió Ethel.

—El ha despojado al capitan.

—¿Segun eso, no habreis oido hablar de un cofrecillo de hierro sellado con las armas de Griflenfeld?

—No señor.

Apoyó Schumacker la frente con las manos con profundo desaliento.

—Yo os lo recobraré, señor conde, confiad en mí. El asesinato se cometió ayer por la mañana. Han ha huido hácia el Norte. Yo me he proporcionado un guia que conoce sus guaridas, y yo he recorrido muchas veces las montañas del Drontheimnus. Yo cogeré al asesino.

Ethel palideció. Schumacker se levantó y miró al jóven con tal alegría, que parecia indicar que comprendia que aun habia virtud en los hombres.

—Adios, noble Ordener, le dijo; y levantando una mano hácia el cielo desapareció entre los árboles.

Cuando Ordener se volvió, vió sobre la roca, ennegrecida por el musgo, á Ethel, pálida como una estátua de alabastro sobre un negro pedestal.

—Dios mio! Ethel! exclamó, precipitándose hácia ella y sosteniéndola en sus brazos; qué tienes?

—Oh! respondió temblando la jóven, si me amas, si tienes compasion de mí, si no me hablabas ayer para engañarme, si no has venido al castillo para ocasionar mi muerte, renuncia, en nombre del cielo y en nombre de los ángeles, renuncia á ese proyecto insensato. Ordener, querido Ordener, prosiguió, y sus lágrimas caian en abundancia y su cabeza se inclinaba en el seno del jóven; haz este sacrificio por mí. No persigas á ese bandido, á ese espantoso demonio á quien quieres combatir. ¿Qué interés debe ser más caro para tí que el de la infeliz á la que llamabas ayer tu esposa?

Sus sollozos no la dejaron continuar. Sus brazos pendian con las manos cruzadas sobre el cuello de Ordener, en cuyos ojos fijaba los suyos suplicantes.

—Ethel mia, haces mal de asustarte. Dios proteje las buenas intenciones, y el interés por el que yo me espongo es el tuyo. Ese cofrecillo de hierro contiene...

Ethel le interrumpió, diciendo:

—Mi interés! ¿Tengo yo otro interés que el de tu vida? Y si tú mueres, Ordener... qué será de mí?

—Y por qué he de morir, Ethel?

—Tú no conoces á Han, á ese bandido infernal. ¿Sabes á qué mónstruo persigues? ¿Sabes que manda á todas las potencias de las tinieblas? ¿que derriba montañas sobre ciudades, que sus pasos ciegan las cavernas subterráneas, que su soplo apaga los fanales de las costas? ¿Y crees, Ordener mio, poder resistir á ese gigante, á quien auxilia el demonio, con tus brazos blancos y tu frágil espada?

—Y tus oraciones, Ethel? ¿y la idea de que combato por tí? Estate segura que te han exagerado mucho la fuerza y el poder de ese bandido. Es un hombre como yo, que dará la muerte hasta que la reciba.

—No quieres oirme! ¡Mis palabras nada significan para tí! ¿Qué será de mí si tú partes y vas á vagar de peligro en peligro, esponiendo, no sé por qué interés terreno, tu vida, que es mia, para entregársela á ese mónstruo?

Y entonces se despertaron en su imaginacion las anécdotas del teniente respecto á Han, exageradas por su amor y por su terror.

Ethel prosiguió diciendo con voz entrecortada por los sollozos:

—Te aseguro que los que te han dicho que Han no es más que un hombre te han engañado. Me debes creer más que á ellos, Ordener, porque sabes que yo no te he de engañar. Mil veces han intentado cogerle y él ha destruido batallones enteros. Quisiera que esto te lo dijeran los demás, porque los creerias y no irias á perseguirle.

Las súplicas de la pobre Ethel hubieran quizás hecho vacilar á Ordener en su temeraria resolucion á no hallarse ya tan comprometido. Recordó las palabras escapadas á Schumacker en su desesperacion el dia anterior y ellas le afirmaron en su resolucion.

—Podia decirte, mi querida Ethel, que no iré y engañarte; pero no te engañaré nunca, ni aun para tranquilizarte. Repito que no debo vacilar entre tus lágrimas y tus intereses. Se trata de tu honor, del de tu padre, de tu felicidad, de tu vida tal vez, Ethel mia!

Y el jóven la estrechaba con ternura entre sus brazos.

—Qué me importa todo eso? repitió en el colmo de su agonía. Amigo mio, Ordener, mi vida, porque tú sabes que lo eres; oh! no me proporciones un infortunio espantoso y cierto en cambio de pesadumbres llevaderas y dudosas. ¿Qué importan mi fortuna y mi vida?...

—Se trata tambien, Ethel, de la vida de tu padre.

Ethel se desvió de los brazos de Ordener.

—De mi padre? dijo en voz baja, y su rostro se cubrió de mortal palidez.

—Sí, Ethel. Ese bandolero, pagado sin duda por los enemigos del conde Griflenfeld, tiene en su poder documentos cuya pérdida compromete la vida, ya tan expuesta, de tu padre. Quiero arrebatarle esos documentos con la vida.

Ethel permaneció algunos instantes pálida y muda; sus ojos no podian ya derramar lágrimas; su seno, agitado, respiraba con dificultad, y miraba al suelo con ojos fijos é indiferentes, como el reo mira el momento en que la cuchilla terrible se levanta sobre su cabeza.

—La vida de mi padre! murmuró con voz desfallecida.

Alzó los ojos lentamente á Ordener, diciéndole:

—Lo que vas á hacer es inútil, pero hazlo.

Ordener la estrechó contra su corazon.

—¡Oh mujer celestial, deja que tu corazon palpite junto al mio! Generosa amiga, pronto volveré. Quiero ser el libertador de tu padre para merecer el título de hijo suyo! Ethel, querida Ethel!...

¿Quién podrá describir lo que pasa en un corazon noble cuando conoce que otro corazon generoso le comprende? Y si el amor une dos almas parecidas con un vínculo indestructible, ¿quién podrá pintar sus inefables delicias? Parece que entonces se encuentran reunidas por un solo momento toda la felicidad y toda la gloria de la existencia, embellecida con el encanto de los sacrificios generosos.

—Ordener mio, marcha! y si no vuelves, el dolor sin esperanza asesina; me quedará este lento consuelo.

Levantáronse entrambos y Ordener colocó sobre su brazo el brazo de Ethel, y en su mano la de su adorada: atravesaron así en silencio las tortuosas alamedas del sombrío jardin y llegaron, con profundo sentimiento, á la puerta de la torre que servia de salida. Allí Ethel, sacando de su seno unas pequeñas tijeras de oro, se cortó un rizo de sus hermosos cabellos negros.

—Recibe esta prenda, Ordener, que ella te acompañe y sea más dichosa que yo.

Ordener besó religiosamente el presente de su prometida.

Ella prosiguió:

—Ordener, piensa en mí; yo rezaré por tí. Acaso mis oraciones serán tan poderosas para con Dios, como tus armas para con el demonio.

Ordener se arrodilló á los piés de aquel ángel. Sentia demasiado su alma para que pudieran hablar sus labios. Permanecieron ambos largo rato inclinado el uno sobre el corazon del otro. En el momento de separarse de ella, acaso para siempre, gozaba Ordener con triste encanto de la felicidad de retener á su tierna Ethel en sus brazos. Depositando por fin un largo beso sobre la frente pálida de la hermosa vírgen, se lanzó rápidamente bajo la oscura bóveda de la escalera de espiral, que le trajo un momento despues á sus oidos la palabra tan lúgubre y tan dulce: Adios!

## X.

> No te pareceria desgraciada porque todo lo que la rodea anuncia la felicidad. Lleva collares de oro y trajes de púrpura. Cuando sale, muchedumbre de vasallos se arrodilla ante ella y pajes sumisos extienden alfombras para que pase. Pero no se la vé en su retiro predilecto; entonces llora y su esposo no la oye. Yo soy esa desgraciada esposa de un hombre ilustre, de un noble conde, y la madre de un niño cuyas sonrisas me desgarran el corazon.
>
> (MATURIN, *Bertram*.)

La condesa de Ahlefeld acababa de dejar el insomnio de la noche por el del dia. Recostada en un sofá, le atormentaban los dejos amargos de los goces impuros y el crímen que gasta la vida con alegrías sin felicidad y con dolores sin consuelo. Pensaba en Musdæmon, al que culpables ilusiones habian hecho aparecer á sus ojos tan seductor en otro tiempo y que tan horrible le encontró cuando le conoció á fondo y pudo ver su alma al través del cuerpo.

La miserable lloraba, no por haber sido engañada, sino por no poderlo ser ya; de pesadumbre, no de arrepentimiento; por eso no la consolaban sus lágrimas.

En este momento se abrió la puerta del salon, enjugóse los ojos apresuradamente la condesa y se volvió irritada y sorprendida, porque habia mandado que se la dejase sola. Su cólera se cambió, al ver á Musdæmon, en espanto, que reprimió al punto al verle entrar acompañado de su hijo Federico.

—Madre mia, preguntó el teniente; cómo es que estais aquí? Os creia en Berghen: ¿será que las damas han puesto en moda en Copenhague dejar su casa por el campo?

La condesa recibió cariñosamente á Federico, y éste, como todos los niños mi-

mados, la correspondió con frialdad; este era quizás el más cruel de todos los castigos para aquella infeliz. Federico era su hijo querido, el único sér en el mundo por quien ella conservaba desinteresada afeccion: porque frecuentemente en una mujer degradada, aun cuando para ella haya desaparecido el esposo, queda siempre el cariño de madre.

—Ya veo, hijo mio, que apenas has sabido que estaba tu madre en Drontheim has venido al instante á verla.

—No, nada de eso. Me aburría en el castillo y vine á la ciudad, donde he encontrado á Musdæmon, que me ha traido aquí.

La pobre madre suspiró profundamente.

—A propósito, madre mia, me alegro de veros. Quiero saber si los lazos de cinta de color de rosa continúan siendo de moda en Copenhague. ¿Os acordásteis de traerme un frasco de aquel aceite de Jovence que blanquea el cutis? ¿Me habeis traido la última novela traducida, y los galones de oro vírgen que os encargué para mi ferreruelo color de fuego, y los peinecillos que se usan ahora para sostener los rizos, y...?

La desgraciada condesa solo habia traido á su hijo el cariño que le profesaba.

—Estuve enferma, hijo mio, y mis dolencias no me han permitido pensar en tus placeres.

—Habeis estado mala? pero ya estais mejor, no es verdad? A propósito: ¿cómo están mis galgos normandos? Apuesto cualquier cosa á que no habeis bañado todas las noches á mi mona con agua de rosas. Vereis cómo encuentro muerto cuando vuelva á mi loro de Bilbao. Cuando yo no estoy en casa nadie piensa en mis bichos.

—Tu madre al menos piensa en tí, hijo mio, dijo la condesa con voz doliente.

—Veo, señor Federico, dijo Musdæmon, que la espada de acero no quiere tomarse de orin en la vaina de hierro; vueseñoría no quiere perder en el castillo de Munckholm las sanas tradiciones de los salones de Copenhague. Pero decidme, ¿de qué sirven ese aceite de Jovence, esas cintas de color de rosa y esos peinecillos? ¿De qué sirven esos preparativos de sitio, si la única fortaleza femenina que encierran las torres de Munckholm es inespugnable?

—A fé mia que lo es, respondió Federico sonriendo; y sabe Dios que cuando yo no la he rendido no la rendirá ni el mismo general Schack. Pero, ¿quién diablos ha de sorprender una fortaleza en la que nada está descubierto, en la que todo está vigilado constantemente? ¿Qué puede el hombre contra golas que no dejan ver más que el pescuezo, contra mangas que tapan todo el brazo, de tal modo que solo el rostro y las manos prueban que la poseedora de ellos no es negra como el emperador de la Mauritania? Querido preceptor, toda vuestra ciencia seria inútil. Creedme, la fortaleza es inespugnable cuando la defiende el pudor.

—Ciertamente; ¿pero no seria posible obligar al pudor á que capitulara, haciendo que el amor diera el asalto en regla, en vez de limitarse al fuego graneado de los galanteos?

—Tiempo perdido!... El amor se introdujo ya en la plaza, pero se introdujo para ausiliar al pudor.

—Pues entonces, si os tiene amor...

—¿Y quién os ha dicho que lo sienta por mí?

—Por quién, pues? preguntaron á la vez Musdæmon y la condesa, la que hasta entonces oyó en silencio, y á quien las palabras del teniente acababan de recordarle á Ordener.

Federico iba ya á responder y se preparaba á desarrollar una relacion picante de la escena nocturna de la víspera, cuando le vino á la memoria el silencio prescrito por la ley de la caballería, y convirtió su jovialidad en turbacion.

—Pardiez!... no sé por quién siente amor... por un rústico tal vez... acaso por algun villano...

—Por algun soldado de la guarnicion? preguntó Musdæmon riendo.

—¿Estás seguro que ama á algun villano? interrogó á su vez la condesa.

—Toma, pues ya se vé que lo estoy... pero no es un soldado de la guarnicion. Estoy bastante seguro de lo que digo, para suplicaros que abrevieis mi inútil destierro en ese maldito castillo.

Una espresion de alegría se pintó en el rostro de la condesa al oir referir la flaqueza de Ethel, presentándose á su espíritu la prisa de Ordener Guldenlew en ir á Munckolm bajo diferentes colores, y la atribuyó á la presencia de su hijo en dicho castillo.

—Ya nos darás más detalles acerca de los amoríos de Ethel Schumacker, que no me sorprenden, porque ella, que es hija de un rústico, no debe amar más que á un hombre de su clase. Pero en-

tretanto, Federico, no hables mal de esa torre, que te proporcionó ayer el honor de que cierto personaje diera los primeros pasos para conocerte.

—Qué decís? de qué personaje hablais?

—¿Recibiste ayer alguna visita? Ya ves que estoy enterada.

—Mejor que yo, segun parece. El diablo me lleve si ví ayer más caras que las de los mascarones que sacan la lengua en las cornisas de las torres.

—Cómo! nadie te visitó?

—Nadie, madre mia, nadie.

No haciendo mencion de su antagonista, Federico obedecia á la ley del silencio; además, ¿podia aspirar aquel *cualquiera* á que éste le tomase por un personaje?

—¿El hijo del virey no fué ayer tarde á Munckholm?

—El hijo del virey! exclamó Federico riendo... Soñais, madre mia, ó chocheais.

—Ni una cosa ni otra. ¿Qué oficial estaba ayer de guardia?

—Yo, contestó Federico.

—Y tú no has visto al baron Ordener?

—No, no.

—Piensa que pudo entrar de incógnito, porque tú no lo conoces, por haberte educado en Copenhague, mientras él se educaba en Drontheim. Piensa en lo que se cuenta de sus caprichos y de sus ideas aventureras. ¿Estás seguro de no haber visto á nadie ayer en el castillo?

Federico dudó un momento.

—No, contestó; no puedo decir otra cosa.

—En ese caso el baron no ha estado en Munckholm.

Musdæmon, sorprendido al principio como Federico, habia escuchado con atencion, y dijo, interrumpiendo á la condesa:

—Decidme, señor Federico, ¿cómo se llama el palurdo que ama á la hija de Schumacker?

Dos veces hizo esta pregunta, porque Federico, que hacia algunos momentos se habia quedado pensativo, no la oyó la primera vez.

—Lo ignoro, ó por mejor decir... no lo sé.

—Y cómo sabeis que le ama?

—Un palurdo dije?... Sí, sí... pues es un palurdo.

Aumentaban las dificultades de la situacion en que se encontraba el teniente. Las ideas que hacia nacer en él este interrogatorio y la obligacion de callar le ponian en extraña confusion.

—Si es que ahora es moda machacarle á uno preguntándole, podeis entreteneros haciéndoos preguntas vosotros dos, el uno al otro. Por mi parte nada más tengo que decir.

Abrió de golpe la puerta y desapareció, dejándoles sumergidos en un abismo de conjeturas. Bajó con rapidez al patio, sin hacer caso de Musdæmon, que le llamaba.

Montó á caballo y se dirigió al puerto, donde fué á embarcarse para ir á Munckholm, con la esperanza de encontrar aun allí al extranjero que consiguió turbar con profundas cavilaciones á una de las cabezas más frívolas de una de las más frívolas capitales.

—Si verdaderamente es Ordener Guldenlew, decia para sí, en este caso mi pobre Ulrica... pero es imposible que exista un hombre que sea tan loco que prefiera la hija indigente de un prisionero de Estado á la hija opulenta de un ministro omnipotente.

En todo caso la hija de Schumacker será solo un capricho, y nada impide, cuando se tiene mujer propia, tener al mismo tiempo una querida; esto hasta es de buen tono. Pero no, aquel jóven no es Ordener: el hijo del virey no usaria jubon raido y pluma negra, vieja y sin presilla, ni aquella capa grande, con la que podia armarse una tienda de campaña, ni llevaria aquel pelo alborotado, sin joyas ni rizos, ni aquellas botas con espuelas de hierro, sucias de polvo y de barro. Verdaderamente no puede ser Ordener, baron de Thorvick de Dannebrog; ese extranjero no lleva ninguna clase de condecoracion. Si yo fuese caballero de Dannebrog, me parece que ni para acostarme me quitaria el collar de la órden. Ese jóven ni aun siquiera ha leido la *Clelia*.

No, no es el hijo del virey.

## XI.

> Si el hombre pudiera conservar el calor del alma cuando le ilumina la esperiencia, no insultaria jamás á las virtudes exaltadas, cuyo primer mérito es siempre el sacrificio de sí mismo.
>
> (MAD. DE STAEL.)

Quién es? Hola, Poel... ¿quién te ha hecho subir?

—Su excelencia olvida que acaba de mandármelo.

—Sí?... ah, ya!... era para que me acerques ese cartapacio.

Poel dió el cartapacio al gobernador, que hubiera podido alcanzarlo alargando el brazo.

Su excelencia le colocó otra vez en

su sitio, sin abrirlo; despues hojeó algunos papeles con distraccion.

—Poel... queria tambien preguntarte... qué hora es?

—Las seis de la mañana, contestó el criado del general, que tenia un reloj delante de los ojos.

—Queria decirte, Poel... ¿qué hay de nuevo en palacio?

El general continuó su revista de papeles, escribiendo sobre cada uno de ellos algunas palabras maquinalmente.

—Nada, señor, sino que todavía esperamos á mi noble amo, cuya tardanza veo que inquieta á su excelencia.

Levantóse el general de su poltrona y miró á Poel con aire de enojo.

—Te equivocas... ¡Inquietarme á mí Ordener!... no; sé el motivo de su ausencia... no le espero aun.

El general Levin era en tan alto grado celoso de su autoridad, que hubiera creido comprometerla si un subalterno hubiera podido adivinar uno de sus pensamientos secretos y creer que Ordener obraba sin órden suya.

—Poel, prosiguió, retírate.

Hízolo así el criado.

—A fé mia, se dijo el gobernador al quedarse solo, que Ordener usa y abusa. A fuerza de doblar la hoja se rompe. ¡Hacerme pasar una noche de insomnio y de impaciencia! ¡Esponer al general Levin á los sarcasmos de la cancillería y á las conjeturas de un criado! y todo esto por que un antiguo enemigo reciba los primeros abrazos que se deben á un amigo antiguo. Ordener! Ordener! los caprichos matan la libertad. ¡Ya puede venir, que verá cómo le recibo!... Exponer al gobernador de Drontheim á las conjeturas de un criado y á los sarcasmos de la cancillería! Que venga!

Continuaba el general poniendo notas á los papeles sin leerlos, cuando una voz conocida gritó:

—Mi general! mi noble padre! y Ordener estrechaba en sus brazos al anciano, que no pensó en reprimir sus gritos de alegría:

—Ordener, querido Ordener! voto vá! Cuánto me alegro.—Pero llegó la reflexion en medio de esa frase:—Me alegro, señor baron, de que sepais refrenar vuestros sentimientos. Parece que teneis gusto en volverme á ver, y sin duda, para mortificaros, os habeis impuesto la privacion de no verme durante las veinticuatro horas que estais aquí.

—Muchas veces me habeis dicho, padre mio, que un enemigo desgraciado era antes que un amigo feliz. Vengo de Munckholm.

—Sin duda, cuando la desgracia del enemigo es inminente. Pero el porvenir de Schumacker...

—Es más terrible que nunca. Se está urdiendo una trama odiosa contra ese desgraciado. Hombres que fueron sus amigos tratan de perderle, pero un enemigo quiere salvarle.

El general, cuyo semblante se fué serenando por grados, interrumpió á Ordener:

—Bien, querido Ordener, pero Schumacker está bajo mi salvaguardia. ¿Qué hombres, qué tramas son esas de que me hablais?...

Ordener no podia responder con claridad á esa pregunta, pues solo tenia noticias muy vagas, sospechas muy inciertas sobre la situacion del hombre por el que iba á exponer la vida.

A muchos parecerá que obraba locamente; pero las almas jóvenes hacen lo que creen justo por instinto y no por cálculo; además, en este mundo, en que la prudencia es tan árida y la discrecion tan irónica, ¿quién negará que la generosidad es una locura?

Todo es relativo en la tierra, porque todo es limitado, y la virtud seria una demencia si detrás de los hombres no existiera Dios. Ordener estaba en la edad en que el hombre cree y es creido; arriesgaba la vida con confianza y convenció al general con razones que hubieran prevalecido en una fria discusion.

—Qué tramas y qué hombres? Dentro de algunos dias lo habré aclarado todo y sabreis cuanto yo sepa. Esta noche vuelvo á ponerme en camino.

—Cómo! exclamó el anciano, ¿no pasarás conmigo algunas horas? Pero, ¿á dónde vas? por qué partes, hijo mio?

—Algunas veces me habeis permitido hacer una buena obra en secreto.

—Sí, hijo mio, pero te vas sin saber á punto fijo por qué, y un importante negocio reclama aquí tu presencia.

—Mi padre me concedió un mes de reflexion, y yo lo consagro á los intereses de otro. Una buena accion inspira un buen consejo. A mi vuelta decidiré.

—Te desagrada acaso esa boda? repuso el general con tono cariñoso; ¡dicen que Ulrica de Ahlefeld es tan hermosa! La has visto, Ordener?

—Creo que sí... contestó, y me parece que es hermosa.

—Pues bien!

—Pues bien, no será mi esposa.

La palabra fria y decisiva del jóven fué para el gobernador un rayo de luz, que le trajo á la memoria las sospechas de la orgullosa condesa.

—Ordener, contestó el general meneando la cabeza; yo debiera tener mucho juicio, porque he sido muy pecador, y, sin embargo, soy un pobre loco. El prisionero tiene una hija...

—De ella quiero hablaros, mi general, mi padre. Os pido vuestra proteccion para esa niña inocente y oprimida.

—En verdad que te interesa mucho.

—¿Y cómo no ha de interesarme una pobre prisionera, á la que quieren arrancar la vida, y lo que es más aun, el honor?

—La vida! el honor! qué dices? yo soy el que aquí gobierna é ignoro todos esos horrores. Esplícate.

—Padre mio, un complot infernal amenaza la vida del prisionero y la de su hija.

—Eso que dices es muy grave; ¿qué pruebas tienes?

—El hijo primogénito de una familia poderosa está en Munckholm con el único objeto de seducir á la condesa Ethel. El mismo me lo confesó.

El general retrocedió indignado.

—Dios mio, pobre niña! Ordener, Schumacker está bajo mi proteccion. ¿Quién es ese miserable? qué familia es esa?

Ordener se aproximó al general y estrechándole la mano, le dijo:

—La familia de Ahlefeld.

—De Ahlefeld! exclamó el gobernador: sí, no hay duda... el teniente Federico está de guarnicion en Munckholm. Noble Ordener, quieren aliarte á esa raza... comprendo tu repugnancia.

El anciano, cruzando los brazos, permaneció algunos instantes pensativo; luego estrechó al jóven contra su pecho.

—Hijo mio, puedes ponerte en camino: tus protegidos no echarán de menos tu proteccion... yo estoy aquí. Todo lo que tú haces está bien hecho. Esa infernal condesa está aquí... Lo sabias?

—*La noble condesa de Ahlefeld*, dijo la voz del ujier, abriendo la puerta.

Al oir este nombre retrocedió Ordener maquinalmente hasta el fondo de la estancia. Ella, que entró sin verle, exclamó:

—Señor general, vuestro ahijado se burla de vuestra credulidad; no fué á Munckholm.

—No fué!

—Mi hijo Federico, que sale ahora de palacio, estaba ayer de guardia en el castillo y á nadie vió.

—Eso es cierto?

—Sí, por lo que, continuó la condesa sonriendo con aire de triunfo, no espereis ya á Ordener.

El gobernador quedó grave y frio.

—No le espero ya, condesa.

—General, creia que estábamos solos. Quién es...!

Dijo esto la condesa volviendo la cabeza y mirando á Ordener.

—Señor general, es el hijo del virey?... yo no lo he visto más que una sola vez.

—El mismo, noble señora, contestó Ordener, inclinándose para saludar.

La condesa se sonrió.

—En ese caso, permitid á una señora, que pronto será algo más para vos, que os pregunte dónde habeis ido ayer, señor conde.

—Señor conde? no creo haber tenido la desgracia de perder á mi padre.

—Ni yo tampoco lo creo. Más vale adquirir el título de conde tomando una esposa que perdiendo un padre.

—Tanto vale uno como otro, noble señora.

La condesa se turbó, pero sonriendo dijo:

—Vamos, no me habian engañado... el hijo del virey es algo... salvaje, pero se civilizará cuando Ulrica de Ahlefeld le ciña al cuello la cadena de la órden del Elefante.

—Verdadera cadena, efectivamente.

—Vereis, general Levin, prosiguió la condesa contrariada, cómo vuestro ahijado se hace tambien de pencas para recibir de una dama el grado de coronel.

—Teneis razon, señora condesa, replicó Ordener; para el hombre que ciñe espada no es muy honroso deber sus ascensos á una mujer.

La fisonomía de la gran señora se anubló completamente.

—De dónde viene el señor baron? Estoy segura de que no estuvo ayer en Munckholm.

—Noble señora, no siempre respondo á todas las preguntas. Mi general, nos volveremos á ver.

Despues, estrechando la mano de su viejo amigo y saludando á la condesa, salió, dejando á la dama estupefacta, sola con el gobernador, indignado de todo lo que sabia.

---

## XII.

El hombre que en este momento está sentado junto á él, que parte con él su pan y bebe á su salud en la misma copa que él, ese será el que le asesine.

(SHAKESPEARE.)

Transpórtese ahora el lector al camino de Drontheim á Skongen, camino estrecho y pedregoso, que costea el golfo de Drontheim hasta la aldea de Vygla, y oirá los pasos de dos viajeros, que salieron por la puerta llamada de Skongen á la caida de la tarde, y que subian con bastante rapidez á las colinas, sobre las que serpentea el camino de Vygla.

Ambos van embozados en sus capas. Uno anda con paso juvenil y firme, con el cuerpo derecho y la cabeza erguida; por debajo de la capa le asoma la contera del sable, y, á pesar de la oscuridad de la noche, se vé balancearse al soplo del viento una pluma sobre la gorra. El otro es un poco más alto que su compañero y ligeramente encorvado; tiene en la espalda una joroba, formada sin duda por una mochila que tapa una gran capa negra, cuyos bordes deshilados anuncian buenos y leales servicios; no lleva otra arma que un largo baston, que ayuda á su marcha desigual y precipitada.

Aunque la noche impide distinguir las facciones de los dos viajeros, el lector los conocerá por la conversacion que entabla uno de ellos, despues de una hora de camino silencioso.

—Hemos llegado, señor, al punto en el que se ven á la vez la torre de Vygla y los campanarios de Drontheim. Delante de nosotros está esa masa negra, que es la torre; y detrás, ved, ved la catedral, cuyos botareles, más negros que el cielo, se dibujan como las costillas del esqueleto de un mamout.

—Está Vygla lejos de Skongen? preguntó el otro caminante.

—Todavía tenemos que atravesar el Ordals y no podemos llegar á Skongen antes de las tres de la madrugada.

—¿Qué hora es la que dá en este momento?

—Me haceis temblar, señor, porque esos sonidos son los de la campana de Drontheim, que nos trae el viento, y anuncia tempestad. El soplo del Noroeste trae las nubes hácia aquí.

—En efecto, todas las estrellas han desaparecido.

—Apresuremos el paso, porque la tempestad se acerca, y acaso ya hayan observado en la ciudad la mutilacion del cadáver de Gill y mi fuga. Apresuremos el paso.

—Con mucho gusto, pero parece que os pesa la carga; yo la llevaré, que yo soy más jóven y más vigoroso.

—No por cierto; que no le corresponde al águila cargar con la concha de la tortuga. Soy indigno de que una persona como vos cargue con mi mochila.

—Pero, anciano, os fatiga demasiado. Debe pesar mucho. Ahora mismo tropezásteis y me pareció que vuestra carga sonaba á hierro.

El viejo se separó bruscamente del jóven.

—A hierro decís?... no, no... os habeis equivocado. Solo contiene camisas y víveres... y no me canso de llevarla, no.

La afectuosa proposicion del jóven parecia haber causado á su anciano compañero un terror que éste se esforzaba en disimular.

—Pues bien, repuso el jóven, si la carga no os molesta, quedáos con ella.

El anciano, más tranquilo, se apresuró, no obstante, á mudar de conversacion.

—Es triste cosa seguir de noche, como fugitivos, un camino que seria delicioso recorrer de dia como observadores. Hay en las orillas del golfo, á nuestra izquierda, profusion de piedras rúnicas, en las que se pueden estudiar caractéres trazados, segun dicen las tradiciones, por los dioses y por los gigantes. A la derecha, detrás de las peñas que están al borde del camino, se extiende el pantano salado de Sciold, que comunica sin duda con el mar por medio de algun canal subterráneo, porque en él se pesca el *lombrico* marino, ese pez singular que, como ha demostrado vuestro servidor y guia, solo se alimenta de arena. En la torre de Vygla, á la que nos acercamos, fué donde el rey pagano Vermond hizo asar los pechos de Santa Etheldera, gloriosa mártir, en la madera de la verdadera Cruz, llevada á Copenhague por Olao III y conquistada por el rey de Noruega. Dícese que en los tiempos sucesivos han sido inútiles cuantos esfuerzos se han hecho para convertir en capilla esa torre maldita; todas las cruces que se han ido poniendo en ella han sido consumidas por el fuego del cielo.

En este instante un relámpago inmenso cubrió el golfo, la colina, las rocas y la torre, y desapareció antes de que la vista de los dos viajeros pudiera distinguir ninguno de esos objetos. Se de-

tuvieron espontáneamente, y el relámpago fué seguido de un fuerte trueno, cuyo eco se prolongó de nube en nube en el cielo y de roca en roca en la tierra.

Alzaron los ojos y no vieron ni una sola estrella; nubes enormes rodaban rápidamente unas sobre otras, y la tempestad se amontonaba como una avalancha encima de sus cabezas. El violento vendaval, que impelía todas aquellas masas, no habia descendido aun hasta los árboles, que ningun soplo agitaba, y sobre cuyas hojas no resonaba aun ninguna gota de lluvia. Oíase en lo alto como un murmullo tempestuoso, que, unido á los bramidos del golfo, era el único ruido que se oia en la oscuridad de la noche, aumentada por las tinieblas de la tempestad.

Interrumpió de repente ese tumulto silencioso, junto á los viajeros, una especie de rugido que hizo temblar al anciano.

—Cielo santo! exclamó, arrimándose al jóven cuanto pudo; es la risa del demonio en la borrasca, ó es la voz...

Un nuevo relámpago y un nuevo trueno le cortaron la palabra. Entonces empezó con ímpetu la tempestad, como si estuviese esperando aquella señal. Los dos viajeros se cubrieron con sus capas lo mejor que pudieron para guarecerse á la vez de la lluvia, que caia á torrentes, y del polvo espeso, que el viento furioso remolinaba en la tierra, seca aun.

—Anciano, dijo el jóven; un relámpago acaba de hacerme ver la torre de Vygla á nuestra derecha; separémonos del camino y busquemos en ella un abrigo.

—Un abrigo en la torre maldita! exclamó el viejo; ¡que San Hospicio nos proteja! ¿No sabeis, señor, que esa torre está desierta?

—Tanto mejor, así no tendremos que esperar á la puerta.

—¡Pensad que la abominacion la ha manchado!

—Pues bien, se purificará abrigándonos. Seguidme, porque os confieso que en semejante noche yo buscaria hospitalidad hasta en una caverna de bandidos.

Entonces, á pesar de las observaciones del anciano, á quien habia cogido por el brazo, se dirigió hácia el edificio, que frecuentes relámpagos le hacian divisar á corta distancia. Al acercarse á él vieron una luz en una de las troneras de la torre.

—Ya veis que esa torre no está desierta, y esto debe tranquilizaros.

—Dios mio! Dónde me llevais, señor? No permita el bienaventurado San Hospicio que yo entre en ese oratorio del demonio.

Estaban ya al pié de la torre, y el jóven llamó con toda su fuerza á la temida puerta.

—Tranquilizáos; algun piadoso cenobita habrá venido á santificar este sitio profanado, habitando en él.

—No, decia su compañero; yo no entraré. Ningun ermitaño puede vivir aquí, á no ser que tome por rosario las siete cadenas de Belcebú.

Entre tanto una luz, que habia ido bajando de tronera en tronera, brilló por fin en la cerraja de la puerta.

—Muy tarde llegas, Nychol, gritó una voz ágria; á las doce se levanta la horca, y solo se necesitan seis horas para venir de Skongen á Vygla. ¿Ha habido aumento de quehaceres?

Se oyó esta pregunta en el momento de abrirse la puerta.

La mujer que la abrió, viendo dos caras extrañas en vez de la que esperaba, lanzó un grito de espanto y de amenaza y retrocedió tres pasos.

El aspecto de aquella mujer no era tranquilizador.

Era muy alta: su brazo levantaba por encima de la cabeza una lámpara de hierro, que inundaba su semblante de claridad. Sus lívidas facciones, su rostro seco y anguloso, tenian no sé qué de cadavérico, y de sus ojos hundidos se escapaban siniestros reflejos, semejantes á los de una antorcha funeral. Vestia de cintura abajo un jubon de sayal de escarlata, que dejaba ver sus piés desnudos, y parecia salpicado de manchas de otro color rojo. Medio cubria su descarnado pecho una chaqueta de hombre, del mismo color, cuyas mangas no llegaban más que hasta el codo. El viento que penetraba por la puerta agitaba encima de su cabeza largos cabellos grises, retenidos por una guita de corteza de árbol, que contribuia aun á dar expresion más salvaje á su feroz fisonomía.

—Buena mujer, dijo el más jóven de los recien llegados, la lluvia cae á chorros, estais bajo techado y nosotros traemos oro.

Su compañero le tiraba de la capa, diciéndole en voz baja:

—Qué decís, señor? Si esta no es la morada del diablo, es la cueva de algun bandido, y el dinero nos perderá en vez de salvarnos.

—Silencio! le dijo el jóven; y sacando una bolsa del jubon, hízola brillar ante

la vista de la mujer salvaje, repitiéndola la súplica de antes.

Esta, vuelta en sí de su sorpresa, contemplaba alternativamente á los viajeros con ojos fijos y desencajados.

—Extranjeros, gritó al fin; ¿os han abandonado por ventura vuestros ángeles guardianes? ¿qué venís á buscar de los habitantes de la torre maldita? ¡Extranjeros! Oh, no han sido los hombres los que os han indicado estas ruinas como asilo, porque ellos os hubieran dicho que más vale sufrir los relámpagos de la tempestad, que reposar en el hogar de la torre de Vygla. El único viviente que aquí entra no tiene entrada en las mansiones de los otros vivientes. No deja la soledad más que por la muchedumbre, no vive más que para la muerte. Los hombres solo se ocupan de él para maldecirle; solo sirve para sus venganzas, no existe más que por sus crímenes. Y el más infame malvado, en la hora del castigo, descarga sobre él el desprecio universal y se cree con derecho á despreciarlo. Sois extranjeros, porque no habeis retrocedido con horror á la puerta de esta torre: no perturbeis por más tiempo á la loba y á los lobeznos; volved al camino por donde van los demás hombres, y si no quereis que huyan de vosotros vuestros hermanos, no les digais que ha iluminado vuestros semblantes la lámpara de los huéspedes de la torre de Vygla.

Diciendo estas palabras se dirigió á los viajeros, señalándoles la puerta. Temblaba el anciano desde la cabeza hasta los piés, mirando con aire de súplica al jóven, el que no comprendió lo que significaban las palabras de aquella mujer, á causa de la extrema volubilidad de su exabrupto, creyéndola loca y no encontrándose dispuesto por otra parte á exponerse otra vez á la lluvia, que continuaba cayendo á torrentes.

—A fé mia, dijo, que acabais de pintarme un personaje singular, y no quiero perder la ocasion de conocerlo.

—El conocimiento con él pronto se entabla y pronto se termina. Si el demonio os impele á ello, id á asesinar á un hombre, ó profanad un cadáver.

—A profanar un muerto! repitió el anciano con voz temblona y ocultándose en la sombra de su compañero.

—No comprendo, dijo éste, esos medios indirectos que me indicais; es más sencillo quedarse aquí. Seria estar locos proseguir nuestro camino con tiempo semejante.

—Más locura es albergarse en este sitio, contestó el viejo.

—Desgraciado! exclamó la mujer dirigiéndose al jóven; no llames á la puerta del que no abre más que la del sepulcro.

—Aunque la puerta del sepulcro debiera abrirse para mí, no se dirá jamás que retrocedo ante una palabra aterradora. Mi sable me responde de todo. Vamos, cerrad esa puerta y tomad este oro.

—Qué me importa ese oro? respondió la mujer; es precioso en vuestras manos y en las mias es más vil que el estaño. Pero en fin, quedáos por vuestro oro: él puede preservar de las tempestades del cielo, pero no del desprecio de los hombres. Quedáos; más os cuesta la hospitalidad que lo que se paga por matar á un hombre. Esperadme un instante aquí y dadme el dinero. Sí; esta es la primera vez que entran en esta torre las manos de un hombre cargadas de oro, sin venir tambien manchadas de sangre.

Puso esa mujer extraña la lámpara en el suelo, barreó la puerta y desapareció bajo la bóveda de una escalera negra abierta en el fondo de la estancia.

El viejo temblaba, invocando bajo todos sus nombres al glorioso San Hospicio y maldecia con toda su alma y en voz baja la imprudencia de su jóven compañero: éste tomó la luz y se puso á recorrer la gran pieza circular en la que se encontraban. Lo que vió al acercarse á la pared le hizo retroceder de espanto, y el anciano, que con la vista seguia la inspeccion de su señor, exclamó:

—Dios mio, una horca!

Una horca grande estaba, en efecto, apoyada contra la pared.

—Sí, dijo el jóven; aquí hay sierras de madera y de hierro, cadenas y argollas... aquí hay un caballete y unas tenazas delgadas encima de él.

—Cielo santo! Dónde estamos! exclamó el anciano.

El jóven continuó friamente su reconocimiento.

—Aquí hay un rollo de cuerdas de cáñamo, hornillos y calderas; esta parte de la pared está cubierta de pinzas y de escalpelos; esto son látigos de cuero guarnecidos de puntas de acero, una hacha, una maza...

—Esto es, pues, la guardarropía del infierno, interrumpió diciendo el anciano, aterrado al oir aquella prolija enumeracion.

—Aquí hay sifones de cobre, ruedas con dientes de bronce, una caja con grandes clavos, un crig...; ¡terribles instru-

mentos! Mal me sabe haberos traido aquí.

—A buena hora...

El viejo estaba más muerto que vivo.

—No os asuste este sitio peligroso, que aquí estoy yo para defenderos.

—Buena ayuda! murmuró el anciano, en quien el terror disminuia el respeto y el temor que le inspiraba su compañero; su sable de treinta pulgadas contra una horca de treinta codos!...

Presentóse entonces la mujer, y tomando la lámpara de hierro, hizo señal á los viajeros de que la siguiesen. Subieron con precaucion una escalera estrecha y vacilante practicada en el cuerpo de una de las paredes de la torre. Al pasar por delante de cada tronera entraba una bocanada de viento y de lluvia á amenazar la trémula llama de la lámpara, que la que la llevaba cubria con sus manos, largas y diáfanas. No sin tropezar alguna vez con piedras movedizas, que la imaginacion alarmada del viejo tomaba por huesos humanos esparcidos sobre los escalones, llegaron á una sala redonda parecida á la sala inferior, situada en el primer piso del edificio. Brillaba en su centro, segun la costumbre gótica, un vasto hogar, cuyo humo se escapaba por un agujero abierto en el techo, no sin empañar de un modo sensible la atmósfera de la sala: esta luz y la de la lámpara de hierro fueron las que encaminaron á los viajeros á la torre. Un asador, cargado de carne casi cruda, daba vueltas al rededor del fuego. El anciano, extremecido, volvió la cabeza.

—Ahí... en ese sitio execrable, dijo á su compañero, encendieron en brasas la verdadera Cruz que consumió los miembros de una santa.

A corta distancia de la hoguera habia una grosera mesa. La mujer invitó á que se sentaran á los viajeros.

—Extranjeros, les dijo, poniendo la lámpara en la mesa, pronto estará la cena y no tardará en llegar mi marido, por miedo de que se le lleve el espíritu de media noche al pasar junto á la torre maldita.

Entonces Ordener (porque el lector habrá ya reconocido á éste y Spiagudry) pudo examinar despacio el disfraz caprichoso con que éste habia agotado los recursos de su imaginacion, fecundizada por el miedo de ser conocido y reclamado por la justicia. El pobre conserje fugitivo trocó su traje de cuero de rengífero por otro negro completo, abandonado *in illo tempore* en el Spladgest por un célebre gramático de Drontheim, que se arrojó al mar desesperado de no haber podido descubrir por qué razon *Júpiter* daba *Jovis* en genitivo. A sus abarcas habíalas reemplazado con las enormes botas de un postillon, arrastrado por sus caballos, botas en las que estaban tan holgadas sus delgadas piernas, que no hubiera podido andar si no las hubiese rellenado con media arroba de paja. La colosal peluca de un jóven y elegante viajero francés, asesinado por salteadores junto á las puertas de Drontheim, ocultaba su calvicie y flotaba sobre sus hombros, desiguales y puntiagudos. Un emplasto negro cubria uno de sus ojos, y merced á un bote de colorete, encontrado en los bolsillos de una anciana soltera, que murió de amores, sus mejillas pálidas y hundidas estaban rellenas de bermellon, que, desleido por la lluvia, se deslizó hasta la barba. Antes de sentarse colocó con cuidado en su silla el paquete que llevaba sobre la espalda, se cubrió con su capa vieja y, mientras absorbia toda la atencion de su compañero, concentraba la suya en el asado que la mujer vigilaba, hácia el que lanzaba de cuando en cuando miradas de inquietud y horror. Salian de su boca estas y otras lúgubres exclamaciones:—Carne humana!... *horrendas epulas*!...—Antropófagos!... Cena de Moloch!...—*Ne pueros coram populo Médea trucidet*... ¿Dónde estamos? Atreo!... Druidas! Irmensul!... ¡El diablo ha pulverizado á Lycaonte!

Al fin gritó:

—Gracias, justo Dios! veo un rabo!...

Ordener, que le escuchaba atentamente y seguia el hilo de sus ideas, no pudo menos de sonreir.

—No me gusta ese rabo; ¡puede que sea el de Belcebú!

Spiagudry no hizo caso de esta chanza; sus ojos estaban clavados en el fondo de la sala. Se extremeció, é inclinándose al oido de Ordener, le dijo:

—Señor, mirad hácia el fondo... allí... sobre aquel monton de paja... en la sombra...

—Qué hay? preguntó Ordener.

—Tres cuerpos desnudos é inmóviles... tres cuerpos de niños.

—Llaman á la puerta de la torre, dijo la mujer, acurrucada junto al fuego.

En efecto, se oyó entre el rumor de la tempestad, que aumentaba cada momento, un golpe, seguido de otros dos más fuertes.

—El es, Nychol, dijo la mujer, que tomó la lámpara y bajó precipitadamente.

Aun no habian reanudado la conversacion los dos viajeros, cuando oyeron en la sala baja confuso rumor de voces, en medio del que comprendieron las siguientes palabras, pronunciadas por una voz que hizo temblar y extremecerse al pobre Spiagudry.

—Mujer, calla, repito que nos quedamos. El trueno entra sin que le abran la puerta.

Aterrado Spiagudry, arrimóse á Ordener.

Resonó en la escalera tumulto de pasos, y despues dos hombres, vestidos de religiosos, entraron en la estancia seguidos de la mujer.

Uno de aquellos hombres era bastante alto y llevaba el traje negro y la cabellera redonda de los sacerdotes luteranos; el otro, de baja estatura, llevaba hábito de ermitaño, sujeto á la cintura por un cordon. La capucha, caida sobre el rostro, solo dejaba ver su larga barba negra; las manos las llevaba ocultas en las mangas de su ropon.

Al ver aquellos dos pacíficos personajes, Spiagudry sintió desvanecerse el terror que le causara la voz de uno de ellos.

—No os asusteis, hija mia, dijo el sacerdote á la mujer; los sacerdotes cristianos hacen bien á quien les perjudica; ¿cómo han de perjudicar á quien les favorece? Venimos á pediros albergue. Si el reverendo doctor que me acompaña os habló antes con dureza, hizo mal en olvidar la moderacion de la voz que nos está recomendada... empero el más santo está sujeto á las flaquezas humanas. Me extravié esta tarde en el camino de Skongen á Drontheim, sin guia en la noche, sin asilo en la tempestad. Encontré á este reverendo hermano, que estaba, como yo, lejos de su retiro, y se dignó permitirme que viniera con él á vuestra morada, encomiándome vuestra bondad hospitalaria: veo que no se equivocó. No nos digais como el mal pastor: *¿Advena cur intras?* Recibidnos bien y Dios preservará vuestras cosechas de la tempestad. Dios proporcionará abrigo á vuestros ganados durante la borrasca, como vos se lo proporcionais á los viajeros extraviados.

—Buen anciano, contestó la mujer con voz feroz, yo no tengo ni cosechas ni ganados.

—Pues si sois pobre, Dios bendice al pobre antes que al rico. Envejecereis al lado de vuestro marido, respetados, no por vuestros bienes, sino por vuestras virtudes; crecerán vuestros hijos en medio de la estimacion de los hombres y serán lo que fué su padre.

—Calláos! exclamó la mujer con voz de trueno: si continuamos siendo lo que somos, nuestros hijos envejecerán, como nosotros, despreciados por los hombres, cuyo desprecio se trasmite sobre nuestra raza de generacion en generacion. Vuestras bendiciones se convierten en maldicion al caer sobre nosotros.

—Cielos! quién sois? ¿qué crímenes habeis cometido?

—Qué entendeis por crímenes? ¿qué entendeis por virtudes? Nosotros gozamos de un privilegio, y no podemos ni tener virtudes ni cometer crímenes.

—Esta mujer no tiene el juicio sano, dijo el sacerdote volviéndose al ermitaño que secaba al fuego su hábito.

—No, no, replicó la mujer; voy á deciros en dónde estais; prefiero inspiraros horror á inspiraros piedad. No soy una insensata, soy la mujer del...

El temblor de la puerta de la torre al choque de un golpe violento impidió que se oyese el resto de lo que iba á decir aquella mujer, con disgusto de Ordener y de Spiagudry, que habian prestado silenciosa atencion á aquél misterioso diálogo.

—¡Maldito sea el síndico mayor de Skongen, porque nos ha designado por morada esta torre, tan inmediata al camino real! exclamó la mujer... quizás no sea aun Nychol.

Tomó la lámpara. Al fin y al cabo, si es otro viajero, qué importa! bien puede pasar el arroyo por donde pasa el torrente.

Quedaron solos los cuatro viajeros y se miraban unos á otros al resplandor de las llamas del hogar. Spiagudry, aterrado al principio al oir la voz del ermitaño y tranquilizado despues al ver su barba negra, hubiera acaso vuelto á temblar si hubiese visto las penetrantes miradas que éste le dirigia por debajo de la capucha.

Rompió el silencio general el sacerdote, diciendo:

—Supongo, hermano ermitaño, que sereis uno de los sacerdotes católicos escapados de la última persecucion y que volviais á vuestro retiro cuando acerté á encontraros: ¿podreis decirme qué sitio es este donde nos encontramos?

La desvencijada puerta de la escalera abrióse antes de que contestara el ermitaño.

—Cuando reina la tempestad, nunca

falta quien acuda á nuestra mesa execrable y se guarezca bajo nuestro techo maldito.

—Nychol, respondió la mujer, no pude evitar...

—Nada me importa tener huéspedes con tal que paguen: tan bien se gana el dinero albergando á un viajero, como estrangulando á un bandido.

El que esto decia detúvose á la puerta de la estancia, desde donde los cuatro viajeros podian contemplarle á su sabor. Era un hombre de proporciones colosales, vestido como la patrona, de sarga roja. Su enorme cabeza parecia que le nacia de las espaldas, formando verdadero contraste con el cuello largo y huesoso de su esposa. Era de pequeña frente, de nariz chata y de espesas cejas; sus ojos, rodeados de una línea de púrpura, brillaban como el fuego entre la sangre. La parte inferior del rostro, enteramente afeitada, dejaba ver su boca, grande y profunda, cuyos labios, negros como los bordes de una llaga incurable, entreabria repugnante sonrisa. Dos manojos de barbas crespas pendian desde las mejillas hasta el pecho, dando á su cara, contemplada de frente, forma cuadrada. Este hombre cubria la cabeza con un sombrero gris, sobre el que chorreaba la lluvia.

Al verle, Spiagudry lanzó un grito de espanto y el ministro luterano volvió la cara con sorpresa y horror, mientras que el recien llegado, que le reconoció, le dirigia la palabra:

—Aquí estais, señor sacerdote? No me figuraba tener la dicha de volver á ver vuestro aire piadoso y vuestro rostro asustado.

Reprimió el aludido su primer movimiento de repugnancia, y sus facciones volvieron á aparecer graves y serenas.

—Y yo, hijo mio, me congratulo de la casualidad que ha conducido al pastor hasta la oveja descarriada, sin duda para que la oveja vuelva al redil del pastor.

—¡Por vida del patíbulo de Aman, que esta es la primera vez que se me compara á una oveja! Creedme, si quereis adular al buitre no le llameis palomo.

—El que desea que el buitre se torne palomo, consuela, pero no adula. Crees que te temo y yo te compadezco.

—Preciso es que tengais, señor cura, gran depósito de compasion, cuando no la habeis agotado con aquel pobre diablo á quien enseñábais esta mañana la cruz para ocultarle la horca.

—Aquel desgraciado, respondió el luterano, era menos digno de lástima que tú, porque él lloraba y tú ries. ¡Feliz el que reconoce en la hora de la expiacion que el brazo del hombre es menos poderoso que la palabra de Dios!

—Bien dicho, padre mio, ¡feliz el que llora! Nuestro hombre no cometió otro delito que el de querer tanto al rey, que no podia vivir sin hacer el retrato de su majestad sobre unas medallitas de cobre, que luego doraba artísticamente para hacerlas dignas de la real efigie. No ha sido ingrato con él nuestro soberano y le regaló, en recompensa de su cariño, excelente cordon de cáñamo, que le fué conferido hoy mismo en la plaza Mayor de Skongen, por nos, gran canciller de la órden del Patíbulo, asistido de su reverencia, que está presente, gran limosnero de dicha órden.

—Basta, miserable! exclamó el sacerdote. ¿Cómo tú, que castigas, puedes olvidarte del castigo? Oye la voz del trueno...

—Y qué es el trueno?... una carcajada de Satanás.

—Dios mio! ¡acaba de asistir á la muerte y blasfema!

—Basta de sermones, gritó el habitante de la torre maldita, con voz tonante é irritada, porque sino podríais maldecir al ángel de las tinieblas que nos ha reunido dos veces en doce horas. Imitad á vuestro camarada el ermitaño, que calla, porque tiene muchos deseos de regresar á su gruta de Lynrass. Os doy las gracias, hermano ermitaño, por la bendicion que os veo dar todas las mañanas á la torre maldita, cuando pasais por la colina; pero creed que hasta ahora me habíais parecido mucho más alto, y creia vuestra barba negra mucho más blanca.

—¿Sois sin duda el ermitaño de Lynrass, el único del Drontheimnus?

—En efecto, yo soy, contestó con sordo acento.

—Somos, pues, los dos solitarios de la provincia. Beclia, que esté pronto listo ese trozo de cabrito, que traigo hambre. Me ha detenido en la aldea de Burlock el maldito doctor Manryll, que solo queria darme doce ascalinos por el cadáver; cuarenta le dan en Drontheim á ese infernal Spiagudry, conserje del Spladgest. Eh, caballero de la peluca, ¿qué teneis? vais á caeros. A propósito de ese compadre de la peluca; dime, Beclia, ¿has dejado ya listo el esqueleto del envenenador Orgivis, de ese famoso nigromántico?... ya sabes cuál es. Es ya hora de enviarlo al gabinete de curiosidades raras de Berghem. ¿Has enviado á uno de

tus javatos á casa del síndico de Lærig á reclamarle lo que me debe? ¿Cuatro escudos fuertes por haber hecho hervir á una bruja y á dos alquimistas, y por haber quitado unas cadenas de las vigas de su tribunal, que lo afeaban; veinte ascalinos por haber descolgado del palo al judío Ismael, y un escudo por haber puesto un brazo nuevo de madera á la horca de piedra del villorrio?

—El salario, contestó la mujer con voz ágria, se quedó en manos del síndico, porque tu hijo se olvidó de llevar la cuchara de palo para recibirlo, y ningun criado del juez quiso dárselo en la mano.

El marido frunció las cejas.

—Que caiga su pescuezo en mis manos y verán si tengo necesidad de cuchara de madera para tocarlo. Con todo, no hay que regañar con el síndico; él tiene que juzgar al ladron Har, que se queja de que se le dió tormento, no por mano del atormentador, sino por la mia, alegando que no habiendo sido juzgado todavía, no puede ser declarado infame. Ahora que recuerdo, mujer; haz que no jueguen los chicos con mis pinzas y mis tenazas; han desordenado todos mis instrumentos, de tal modo, que no he podido usarlos hoy. ¿Dónde están esos pequeños mónstruos?... continuó el habitante de la torre maldita, acercándose al monton de paja en el que Spiagudry creyó ver tres cadáveres. Ahí están tendidos y durmiendo como tres ahorcados.

A estas palabras, cuyo horror contrastaba con la tranquilidad espantosa y la atroz alegría del que las pronunciaba, habrá ya adivinado el lector quién era el sér que ocupaba la torre de Vygla. Spiagudry, que desde el momento de su aparicion le reconoció, por haberle visto figurar con frecuencia en las siniestras ceremonias de la plaza de Drontheim, estuvo á punto de desmayarse de espanto, pensando sobre todo en el motivo personal que tenia desde la víspera para temer á tan terrible funcionario. Acercóse al oido de Ordener y le dijo con voz casi inarticulada: Es *Nychol Orugix, verdugo de Drontheimnus.* Ordener, horrorizado al oirlo, se extremeció y echó de menos el camino y la tempestad; pero pronto se apoderó de él no sé qué sentimiento de curiosidad indefinible, y sin dejar de compadecer á su pobre compañero por su susto y su confusion, concentró su atencion en las palabras y en el modo de vivir del sér singular que tenia delante, como se escucha ávidamente el bramido de una hiena ó el rugido de un tigre, traidos del desierto á nuestras ciudades.

El pobre Spiagudry no tenia la serenidad de espíritu suficiente para hacer estas observaciones psicológicas; escondido detrás de Ordener, acurrucábase en su capa, llevaba la mano trémula á su emplasto, bajaba casi hasta los ojos su flotante peluca y exhalaba de vez en cuando hondos suspiros.

Entretanto la mujer habia servido en un gran plato de barro el cuarto de cabrito asado, acompañado de su correspondiente rabo. El verdugo se sentó frente á Ordener y á Spiagudry, entre los dos sacerdotes, y su mujer, despues de poner en la mesa un cántaro de cerveza endulzada con miel, un pedazo de *rindebrod* (1) y cinco platos de madera, sentóse delante del hogar y se ocupó en afilar las pinzas melladas de su marido.

—Vaya, reverendo sacerdote, dijo Orugix riendo; la oveja os ofrece cabrito. Y vos, señor de la peluca, ¿es el viento el que os puso los pelos sobre la cara?

—El viento... la tempestad... balbuceó temblando Spiagudry.

—Animo, buen viejo; ya veis que estos sacerdotes y yo somos buenos camaradas. Decidnos quién sois y quién es vuestro jóven y taciturno compañero, y hablad un poco, trabemos amistad. Si vuestros discursos corresponden á vuestro aspecto, debeis ser hombre divertido.

—Favor que os dignais hacerme, contestó el conserje, contrayendo los labios, enseñando los dientes y guiñando el ojo, como haciendo que se reia; yo soy un pobre viejo...

—Sí, añadió el jovial verdugo; algun viejo sábio, quizás hechicero...

—Sábio sí; hechicero no.

—Tanto peor; un hechicero completaria nuestro *sanedrin.* Bebamos, mis señores huéspedes, para que recobre el uso de la palabra este viejo que va á animar la cena. A la salud del ahorcado de hoy, hermano predicador. ¿Qué es eso, ermitaño, rehusais mi cerveza?

El ermitaño habia sacado, en efecto, de debajo de su ropon una calabaza grande, llena de un agua muy clara, de la que llenó su vaso.

—Pardiez! exclamó el verdugo; si no probais la cerveza, yo sí que quiero probar esa agua que preferís.

—Probadla.

—Empezad por quitaros ése guante,

(1) Pan de corteza de árbol, con que se alimentan las clases indigentes de Noruega.

reverendo hermano; debe servirse la bebida con las manos desnudas.

El ermitaño hizo un signo negativo.

—No puede ser, es un voto, contestó el aludido.

—Pues servidme así.

Apenas tocó Orugix el vaso con los labios, lo rechazó violentamente, mientras que el ermitaño vaciaba el suyo de un solo trago.

—¿Qué diablos de bebida es ese licor infernal? Solo probé otro tan malo el dia que estuve á punto de ahogarme navegando desde Copenhague á Drontheim. En verdad, señor ermitaño, que eso no es agua de la fuente de Lynrass, sino agua del mar...

—Agua del mar! exclamó Spiagudry con profundo espanto, que aumentaba la vista del guante del encapuchado.

—Viejo Absalon, dijo el verdugo riendo bestialmente, todo os asusta, todo os alarma; hasta la bebida de un santo cenobita que se mortifica.

—No señor; no me alarma... ¡Pero el agua del mar! Solo hay un hombre...

—No sabeis que decir; vuestra contínua turbacion proviene ó de una conciencia poco limpia ó de que nos despreciais.

El acento de enojo con que pronunció el verdugo estas palabras obligó á Spiagudry á disimular su terror; para halagar al terrible habitante de la torre recorrió su vasta memoria, y echó mano á la poca presencia de espíritu que le quedaba.

—Despreciaros yo! ¡á vos, cuya presencia en una provincia dá á ésta el *merum imperium*; á vos, maestre de las altas obras, ejecutor de la vindicta singular, espada de la justicia, escudo de la inocencia! A vos, á quien Aristóteles, libro sexto, capítulo último de su *Política*, coloca entre los magistrados, y cuyos emolumentos eleva Paris de Puteo, en su tratado de *Síndico*, á cinco escudos de oro, como lo prueba este pasaje: *"Quinque aureos manivolto."* A vos, señor, cuyos colegas en Cronstadt adquieren la nobleza cuando llegan á cortar trescientas cabezas; á vos, cuyas terribles, pero honrosas funciones, las llena con orgullo en Franconia el casado más reciente, en Bentlinga el consejero más jóven y en Stedien el último industrial instalado. Vuestros compañeros tienen en Francia el derecho de *havadium* sobre cada enfermo de San-Ladre, sobre los cerdos y sobre los bollos de la víspera de la Epifanía. Os miro con respeto, porque sé que el abad de Saint-Germain-des-Prés os dá todos los años, el dia de San Vicente, una cabeza de puerco, y os coloca al frente de la procesion.

Aquí la facundia erudita del conserje fué bruscamente interrumpida por el verdugo:

—A fé mia que ahora lo sé! El docto abad de que hablais no me ha pagado todavía ninguno de esos derechos que tan seductores me pintais. Sin hacer caso de las extravagancias de ese viejo, caballeros huéspedes, debo deciros que he malogrado mi carrera. No soy hoy más que el pobre verdugo de una provincia pobre, y debí hacer más fortuna que Stillison Dickoy, el famoso verdugo de Moscovia; porque os debo participar que fuí designado hace veinticuatro años para ajusticiar á Schumacker.

—¡A Schumacker, al conde de Griflenfeld! exclamó Ordener.

—Esto os admira, señor mudo? Pues ni más ni menos; soy el que debia despachar al otro mundo á Schumacker, que una casualidad singular volverá á poner á mi disposicion, en el caso de que el rey le retire el indulto. Apuremos este cántaro y os contaré cómo, habiendo empezado con tan buenos auspicios, vine á acabar tan miserablemente.

—Era yo en 1676 criado de Rhun Stuald, verdugo real de Copenhague. Cuando fué condenado á muerte el conde de Griflenfeld cayó enfermo mi amo, y yo, merced á mis protectores, fuí elegido para reemplazarle en aquella gloriosa ejecucion. El dia 5 de Junio—jamás olvidaré aquel dia—desde las cinco de la mañana, con la ayuda del carpintero, levanté en la plaza de la Ciudadela un gran patíbulo, que cubrimos de negro por respeto al sentenciado. A las ocho la guardia noble rodeó el cadalso y los hulanos de Slesvig contuvieron la muchedumbre que se apiñaba en la plaza. ¿Quién no se hubiera entusiasmado en mi lugar?

En pié y con el sable en la mano esperaba yo en lo alto del tablado: todas las miradas estaban fijas en mí; era yo en aquel momento el personaje más importante de los dos reinos.

Mi fortuna, decia yo para mi coleto, está hecha; porque ¿qué conseguirian sin mí todos los grandes señores que han jurado la ruina del canciller? Creíame ya ejecutor real con título en la capital, tendria criados, privilegios, etc.—Escuchad.—El reloj del castillo dió las diez: el reo sale de la prision, atraviesa la pla-

za y sube al cadalso con paso firme y con aire tranquilo. Quise atarle el cabello, me rechazó y se prestó á sí mismo ese último servicio.—"Mucho tiempo hacia, dijo al prior de San Andrés sonriendo, que yo no me habia peinado solo.„ Ofrecíle la venda negra, que él alejó de sí con desden, aunque sin mostrarme desprecio.—"Amigo mio, me dijo, esta es la primera vez que un espacio de pocos piés reune á los dos miembros extremos del órden judicial, al canciller y al verdugo.„—Estas palabras quedaron grabadas en mi memoria. Rehusó tambien el almoadon negro que quise poner bajo sus rodillas, abrazó al sacerdote y se arrodilló, despues de haber dicho con voz entera que moria inocente. Rompí de un hachazo el escudo de sus armas, gritando como es costumbre: *No se hace esto sin justa causa.* Esta afrenta dió golpe terrible á la firmeza del conde, palideció, pero se apresuró á responder:—*"El rey me las dió, el rey puede quitármelas.„* Apoyó la cabeza sobre el tajo, dirigiendo los ojos hácia Oriente, y yo levanté el sable con las dos manos... En aquel instante llegó un grito á mis oidos...—*¡Perdon en nombre del rey, perdon para Schumacker!* Volví la cabeza y ví á un ayudante de campo que galopaba hácia el patíbulo, agitando un pergamino desarrollado. Levantóse el conde, si no alegre, satisfecho. Entregáronle el pergamino.

—"Dios mio! exclamó. ¡Prision perpétua! ¡el perdon es más cruel que la muerte!„ y bajó abatido del cadalso, al que habia subido sereno. A mí me era indiferente, porque no comprendí que en la salvacion de aquel hombre estribaba mi pérdida. Despues de haber demolido el cadalso llegué á casa de mi amo, lleno todavía de esperanzas, aunque contrariado por haber perdido el escudo de oro, precio de la cabeza del reo. No paró aquí mi desgracia; al dia siguiente recibí una órden de destierro y un diploma de ejecutor provincial para Drontheimnus. Verdugo de provincias y de la última provincia de la Noruega. Ved cómo las pequeñas causas producen grandes efectos.

Los enemigos del conde, con el objeto de aparecer clementes, lo habian dispuesto todo para que llegase el perdon despues de ejecutada la sentencia; les falló su cálculo por dos minutos, quizás por menos; achacáronlo á mi lentitud, ¡como si el ejecutor régio que decapita á un gran canciller pudiera hacerlo con menos dignidad y mesura que un verdugo de provincia que ahorca á un judío! Agréguese á esto la malevolencia; tenia un hermano, que, si no me engaño, vive todavía; que consiguió un empleo, cambiando de apellido, en casa del conde de Ahlefeld, y mi presencia en Copenhague importunaba á aquel miserable, que me desprecia, porque puede ser que yo le ahorque el dia menos pensado.

Interrumpióse el narrador para dar curso á su jovialidad, y luego prosiguió:

—Ya veis, amables huéspedes, que he tomado mi resolucion. ¡Vaya al diablo la ambicion! Ejerzo honradamente aquí mi oficio: vendo los cadáveres ó Beclia los convierte en esqueletos, que me compra el gabinete de anatomía de Berghem; me rio de todo, hasta de esta pobre hembra, que fué bohemia y que la soledad enloquece; mis tres herederos crecen temiendo al diablo y á la horca. Mi nombre es el coco de los chiquillos del Drontheimnus. Los síndicos me surten de una carreta y de vestidos rojos. La torre maldita me guarece de la lluvia tan bien como me guareceria el palacio del obispo: los sacerdotes que trae la tempestad á mi guarida me echan sermones, los sábios me adulan; en fin, soy feliz como cualquier otro: como, bebo, ahorco y duermo.

No terminó el verdugo su discurso sin sazonarlo con tragos de cerveza y con sonoras carcajadas.

—Mata y duerme! exclamó el sacerdote; desgraciado!

—Este miserable es feliz, añadió el ermitaño.

—Sí, soy miserable como vos, pero mucho mas feliz. El oficio seria bueno si no trataran de acabar con sus beneficios. ¿Creeis que no tengo noticias de las famosas bodas que van á celebrarse y que dan ocasion al nuevo capellan de Drontheim para pedir el perdon de doce reos que me pertenecen?

—Que os pertenecen! preguntó el sacerdote.

—Pues ya se vé que sí. Siete de ellos debian ser azotados, dos marcados en el carrillo izquierdo y tres ahorcados, total doce; esto es, doce escudos y treinta ascalinos, que pierdo si se les concede el perdon. Ya veis cómo ese limosnero dispone de mi hacienda. Ese maldito sacerdote se llama Atanasio Munder. ¡Oh, si cayese en mis manos!

El ministro se levantó y dijo con voz serena y reposado continente:

—Hijo mio; yo soy Atanasio Munder.

Al oir esto, inflamáronse en cólera todas las facciones de Orugix y se lanzó con ímpetu de su asiento, pero su furiosa mirada se encontró con la mirada serena y evangélica del capellan, y volvió á sentarse con lentitud, mudo y confuso.

Reinó un momento de silencio, que rompió Ordener levantándose de la mesa, resuelto á defender al sacerdote.

—Nychol Orugix, le dijo, tomad estos trece escudos para remuneraros del perdon de los reos...

—Quién sabe si le obtendré? Seria preciso para saberlo que yo pudiese hablar con el hijo del virey, porque este asunto depende de su matrimonio con la hija del canciller.

—Señor limosnero, respondió el jóven con voz firme, os prometo que le obtendreis. Ordener Guldenlew no recibirá el anillo nupcial, sino con la condicion de que se ponga en libertad á vuestros protegidos.

—¡Jóven extranjero, eso no depende de vos, pero Dios os oye y os recompensará!

Los trece escudos de Ordener concluyeron de apaciguar á Nychol, el que, tranquilo ya, recuperó la alegría.

—Ya veo, reverendo sacerdote, dijo, que sois excelente sugeto, digno de decir misa en la capilla de San Hilarion; yo mismo no creia lo que antes dije de su paternidad. Seguid vuestro camino recto, que no es culpa vuestra de que ese camino se cruce con el mio. Pero á quien no puedo ver es al conserje de los muertos de Drontheim, al viejo mago del Spladgest, que se llama no sé cómo. Decidme, doctor de la peluca, que sois una Babel de sabiduría, que lo sabeis todo, ¿podeis ayudarme á dar con el apellido de ese pícaro brujo? Alguna vez le habreis encontrado en dia de *sábado*, cabalgando en los aires sobre un palo de escoba.

Si el pobre Spiagudry hubiera podido huir en aquel momento sobre cualquiera cabalgadura aérea, hubiera huido, sin miedo á afrontar el peligro. Nunca tuvo tanto apego á la vida como desde que comprendió la inminencia de perderla. Todo cuanto veia le aterraba; las tradiciones de la torre maldita, los ojos desencajados de la mujer de Orugix, la voz, los guantes y la bebida del misterioso ermitaño, la aventurera intrepidez de su compañero, y sobre todo la presencia del verdugo, en cuya guarida caia, huyendo de un crímen imaginario. Temblaba de tal manera, que ningun movimiento en él era voluntario, sobre todo desde que vió el giro fatal que iba tomando la conversacion y oyó el apóstrofe del formidable Orugix. Como no pensaba en imitar el heroismo del sacerdote, su lengua embotada no pudo en mucho tiempo articular ni una sola palabra.

—No contestais? ¿no sabeis el nombre del conserje del Spladgest? ¿Os vuelve sordo la peluca?

—Sí... sí... pero os juro que no sé cómo se llama.

—No lo sabe? replicó el ermitaño con fuerte voz. Hace mal en jurarlo; el conserje se llama Benigno Spiagudry.

—Yo! yo! Dios mio! exclamó el anciano aterrorizado.

El verdugo lanzó una carcajada.

—Quién dice que seais vos? replicó; aquí solo se trata de ese pagano conserje. El buen pedagogo se espanta de todo. ¿Qué seria si esas gesticulaciones ridículas tuviesen fundado motivo? Seria cosa de morirse de risa. ¿Conque es decir, venerable doctor, prosiguió diciendo el verdugo, que se divertia con el terror de Spiagudry, que no conoceis á Benigno Spiagudry?

—No señor, le respondió algo tranquilizado, al ver que no habian descubierto su incógnito; y ya que ese hombre os desagrada, me place no conocerle.

—Vos sí que parece que le conozcais, señor ermitaño.

—Sí por cierto. Es un hombre alto, seco, viejo y calvo. Tiene las manos largas como las de un ladron, y la espalda encorvada; cualquiera le tomaria por uno de los cadáveres que custodia, si no tuviera los ojos vivos y penetrantes.

Spiagudry llevó la mano á su emplasto protector.

—Gracias, padre, dijo el verdugo al ermitaño; ya en cualquier sitio que le vea estoy seguro de reconocer á ese viejo judío.

—No creo que sea judío, contestó Spiagudry, que era buen cristiano y que no pudo tolerar esa injuria.

—Judío ó pagano, qué más dá? Lo cierto es que está en relaciones con el diablo, segun se asegura.

—Lo creeria, repuso el ermitaño con sardónica sonrisa, que su capucha no ocultaba, si no fuese tan gallina. Siendo así, cómo ha de pactar con Satanás? Es tan cobarde como pícaro. Cuando el miedo se apodera de él no sabe lo que se hace.

El ermitaño hablaba lentamente, como si tratara de disfrazar la voz, pero la misma lentitud de sus palabras les daba singular expresion.

—*No sabe lo que se hace*, se repitió interiormente Spiagudry.

—Me sabe mal que un pícaro sea cobarde, dijo el verdugo, porque así no vale la pena de aborrecerle. Se pelea contra la serpiente, pero al sapo se le espachurra.

Spiagudry aventuró algunas frases en su propia defensa.

—Pero, señores, ¿estais seguros de que ese empleado público sea como le retratais? Tiene acaso esa reputacion?

—Tiene la reputacion más execrable de toda la provincia, contestó el ermitaño.

Benigno, contrariado, se volvió hácia el verdugo, diciéndole:

—Qué quejas teneis de él? Porque es indudable que vuestro ódio tendrá algun motivo.

—Lo tiene: como su comercio se parece al mio, hace cuanto puede por perjudicarme.

—Si eso es así, debe consistir en que ese hombre no os ha visto como yo, rodeado de vuestra graciosa mujer y de vuestros preciosos hijos, admitiendo á los extraños para que se calienten en vuestro hogar doméstico. Si hubiera disfrutado como nosotros de tan amable hospitalidad, ese desgraciado no podria ser vuestro enemigo.

Terminada apenas la discreta alocucion de Spiagudry, la mujer, que hasta entonces habia permanecido muda, se levantó y dijo con voz ágriamente solemne:

—Nunca es más venenosa la lengua de la víbora que cuando tiene un baño de miel.

Despues de pronunciar esta grave sentencia, se sentó y continuó afilando las pinzas, trabajo cuyo ruido ronco y chillon, llenando los intervalos del diálogo á expensas de los oidos de los cuatro viajeros, hacia el papel de los coros en una tragedia griega.

—Esa mujer debe estar loca, dijo para sí el conserje, no pudiendo explicarse de otro modo el mal efecto que la habia producido su adulacion.

—Beclia tiene razon, exclamó el verdugo, y creeré que teneis lengua de víbora si continuais justificando á Spiagudry.

—Yo no le justifico.

—Bien hecho, porque no podeis imaginaros hasta dónde llega su insolencia. ¿Quereis creer que el muy desvergonzado tiene la temeridad de disputarme la propiedad de Han de Islandia?

—Han de Islandia! dijo bruscamente el ermitaño.

—Sí. Conoceis á ese famoso bandido?

—Sí, contestó el ermitaño.

—¿No es cierto que los bandidos pertenecen de derecho al verdugo? Pues bien; ese infernal Spiagudry pide que se señale un premio al que presente la cabeza de Han.

—¿Pide que se ponga precio á la cabeza de Han? preguntó el ermitaño.

—Sí, tiene ese atrevimiento, con el objeto de que vaya á parar el cuerpo del bandido al Spladgest y quede yo privado de lo que es mio.

—Qué infamia! ¡atreverse á disputaros lo que os pertenece!

Decia el ermitaño esas palabras con la sonrisa maligna que aterraba á Spiagudry.

—Es tanto más negra, cuanto una ejecucion como la de Han podria sacarme de la oscuridad y darme la suerte que perdí cuando el lance de Schumacker.

—De veras, Nychol?

—Sí, hermano ermitaño; venga vuestra paternidad á verme el dia que decapitemos á Han y nos comeremos un cochinillo á la salud de mi futura elevacion.

—Con mucho gusto, si estoy libre ese dia; ¿pero no habíais renunciado á la ambicion?

—Sí, pero vuelvo á tenerla desde que veo que para destruir mis esperanzas mejor fundadas basta un Spiagudry y un memorial al gobernador.

—¿Sabeis cierto que Spiagudry ha presentado ese memorial? preguntó el ermitaño con voz extraña.

Aquella voz era para el pobre Benigno como para el pájaro la mirada de la serpiente.

—Señores, repuso, ¿por qué juzgais temerariamente? Quizás eso sea una falsa noticia...

—Esa noticia es cierta, contestó Orugix. La demanda de los síndicos está ahora en Drontheim, apoyada con la firma del conserje, y solo falta la decision del general gobernador.

Estaba el verdugo tan enterado, que Spiagudry no se atrevió á insistir más. Contentóse con maldecir interiormente por la centésima vez á su imprudente compañero. Pero cuál fué su sobresalto al oir que el ermitaño, levantando de

repente la cabeza, decia con su tono irónico habitual:

—Mi querido Nychol, ¿á qué suplicio se condena á los sacrílegos?

Hicieron estas palabras en Spiagudry el mismo efecto que si le hubiesen arrancado el emplasto y la peluca.

—Eso depende de la clase de sacrilegio que sea, respondió el verdugo.

—¿Qué suplicio corresponde al que profana un cadáver?

Temblaba de piés á cabeza el pobre Benigno, esperando de un momento á otro oir pronunciar su nombre al inexplicable ermitaño.

—Antiguamente, dijo Orugix con frialdad, se le enterraba vivo con el cadáver profanado.

—Y ahora?

—Ahora hay más humanidad.

—Más humanidad! exclamó Spiagudry, respirando apenas.

—Sí, ahora se empieza por imprimirle con un hierro ardiendo una S en las pantorrillas y luego se contentan con ahorcarle.

—Misericordia! exclamó Spiagudry.

—Pero qué teneis? ¡Me mirais como me mira el reo en la horca!

—Veo con gusto, dijo el ermitaño, que los hombres son ya más humanos.

En este momento, en que la tempestad ya habia cesado, se oyó distintamente y á lo lejos el sonido claro é intermitente de una corneta.

—Nychol, dijo la mujer, sin duda persiguen á algun malhechor, porque se oye la corneta de los arqueros.

—La corneta de los arqueros! repitió cada uno de los interlocutores con diferente acento, y Spiagudry con el del más profundo terror.

En este mismo momento llamaron á la puerta de la torre.

## XIII.

Solo hace falta un hombre y una bandera; los elementos para una revolucion están preparados. ¿Quién la empezará? Apenas haya un punto de apoyo, todo se conmoverá.

(BONAPARTE).

Levig es un villorrio situado en la ribera septentrional del golfo de Drontheim, arrimado á una cadena de colinas peladas y pintarrajeadas por diferentes cultivos. El aspecto del pueblo es triste; la cabaña de madera y de juncos del pescador; la choza cónica de tierra y de guijarros, en la que pasa el minero inválido los dias de su ancianidad que sus economías le permiten dedicar al descanso y á tomar el sol; el frágil armazon de madera abandonado que cubre á su regreso el cazador de gamuzas con techo de paja y con paredes de pieles, ocupan calles largas, estrechas y tortuosas.

En una plaza, en la que hoy no se ven más que los vestigios de una inmensa torre, se elevaba entonces la antigua fortaleza, construida por Horda-el-Buen-Arquero, señor de Levig y hermano de armas del rey pagano Halfdan, que ocupaba en 1698 el síndico del pueblo, el que hubiera sido el habitante mejor alojado, si una cigüeña no hubiese ido todos los veranos á posarse en la extremidad del campanario puntiagudo de la iglesia, semejante á una perla blanca colocada en la cima del agudo bonete de un mandarin.

La misma mañana del dia que llegó Ordener á Drontheim, otro personaje desembarcó, tambien de incógnito, en Levig. Su litera dorada, pero sin armas, y sus cuatro lacayos, armados hasta los dientes, fueron objeto de todas las conversaciones y de todas las curiosidades. El posadero de la *Gaviota de oro*, especie de venta, en la que el personaje se apeó, adquirió cierto aire misterioso, y respondia á todas las preguntas: No lo sé, con un aire que queria dar á entender: Lo sé todo, pero nada diré. Los criados eran silenciosos y sombríos como las bocas de una mina.

Empezó el síndico por encerrarse en su torre, creyendo que por su dignidad correspondia al recien llegado visitarle; pero luego le vieron los habitantes de la poblacion, con gran sorpresa, presentarse dos veces en vano en la *Gaviota de oro* y mendigar á la caida de la tarde un saludo del viajero, apoyado en el antepecho de su ventana entreabierta; infirieron por esto las viejas del lugar que el personaje habia hecho conocer su alta categoría al señor síndico; pero se equivocaban. Hizo presentar á un mensajero el recien llegado en casa del síndico, para hacer visar su pasaporte; y el síndico observó en él un gran sello de cera verde, en el que se veian *dos manos de justicia* cruzadas, sosteniendo un manto de armiño, sobre el que habia una corona de conde, en un escudo, en torno del que pendian los collares del Elefante y de Dannebrog. Esta observacion fué suficiente para el síndico, que deseaba con singular empeño obtener de la gran cancillería el sindicato mayor del Drotheim-

nus. Pero todas sus idas y venidas fueron inútiles, porque el desconocido no queria ver á nadie.

A los dos dias de la llegada del viajero á Levig, entró el ventero en su cuarto á decirle, despues de saludarle profundamente, que acababa de llegar el mensajero que su cortesía esperaba.

—Que pase adelante, dijo.

Un instante despues entró el mensajero y cerró cuidadosamente la puerta. Despues de inclinarse ante el viajero con respeto, permaneció silencioso, esperando que le dirigieran la palabra.

—Os esperaba esta mañana. ¿Qué os ha detenido?

—Los intereses de vuestra gracia, señor conde. ¿Me llama acaso algo más la atencion?

—Qué hace Elfega? ¿qué hace Federico?

—Una y otro gozan de salud.

—¿No teneis algo más importante que decirme? ¿Qué hay de nuevo en Drontheim?

—Nada, sino que el baron Thorvick llegó ayer.

—Sí; sé que ha querido consultar con el anciano Levin sobre la boda proyectada. ¿Sabeis cuál ha sido el resultado de su entrevista con el gobernador?

—Hoy á las doce, hora en que salí, no habia aun visto al general.

—¿No le habia visto y llegó el dia anterior? Me extraña, Musdæmon. ¿Y vió á la condesa?

—Mucho menos, señor.

—Pero vos le habeis visto?

—Tampoco; y aunque así fuere, yo no le conozco.

—¿Pues cómo, si nadie le ha visto, sabeis que está en Drontheim?

—Por su criado, que se apeó ayer en el palacio del gobernador.

—Pero él no?

—Su criado asegura que en cuanto llegó se fué embarcado á Munckholm, despues de entrar en el Spladgest.

—Fué á Munckholm! ¡A la prision de Schumacker! Estais seguro? Siempre he tenido á Levin por un traidor. ¿Qué motivo puede llevarle á Munckholm? ¿Habrá ido tambien á pedir consejos á Schumacker?

—Noble señor, no es seguro que haya ido á Munckholm.

—Pues por qué me lo decís? ¿tratais de burlaros de mí?

—Perdóneme vuestra gracia; yo no he hecho más que repetir lo que me dijo el criado del señor baron; pero el Sr. Federico, que estuvo ayer de guardia en el castillo, no vió en él al baron Ordener.

—Vaya una prueba! mi hijo no conoce al hijo del virey. Ordener pudo entrar de incógnito.

—Pero el Sr. Federico asegura que no entró nadie en el castillo.

—Eso es distinto; si mi hijo lo asegura...

—Por tres veces me lo aseguró. En ello tiene el mismo interés que vuestra gracia.

Esta reflexion tranquilizó al conde.

—Ya lo comprendo, dijo. Al llegar el baron habrá querido pasear por el golfo, y el criado creeria que iba á Munckholm. Pero, qué tiene que hacer allí? hice mal en inquietarme. La poca prisa de mi yerno en ver al general Levin prueba, por el contrario, que no le profesa tanto afecto como yo me figuraba. ¿Creereis, querido Musdæmon, prosiguió el conde sonriendo, que ya imaginaba á Ordener enamorado de Ethel Schumacker, y que ya urdía una novela y una intriga amorosa sobre el viaje á Munckholm? A Dios gracias, Ordener es menos loco que yo. A propósito, ¿qué es de esa linda dama en manos de Federico?

Musdæmon concibió las mismas inquietudes que su señor con respecto á Ethel, y con facilidad pudo desvanecérselas. Pero contento con ver sonreir al conde, guardóse muy bien de turbar su seguridad, buscando, por el contrario, la manera de aumentarla.

—Vuestro hijo nada logró de la hija de Schumacker... parece que otro fué más afortunado.

—Otro! y... quién?...

—Qué sé yo... algun rústico... algun patán.

—Es cierto? exclamó el conde, cuyo semblante, duro y sombrío, brilló de pronto radiante de alegría.

—Así nos lo ha asegurado el Sr. Federico á la señora condesa y á mí.

Levantóse el conde y empezó á pasearse por la estancia frotándose las manos.

—Hagamos un esfuerzo más, amigo Musdæmon, y la victoria es nuestra. La rama del árbol ya está podrida; solo nos falta derribar el tronco. ¿Traeis alguna otra nueva noticia?

—Dispolsen ha sido asesinado.

El rostro del conde se desarrugó completamente.

—Ya veis que vamos de triunfo en triunfo. ¿Somos dueños de los documentos y sobre todo del cofrecillo de hierro?

—Con dolor anuncio á vuestra gracia

que el asesinato no fué obra de los nuestros. Fué muerto y despojado en las playas de Urchtal, y esa proeza se atribuye al bandido Han de Islandia.

—Han de Islandia! repitió el conde, cuyo rostro tornó á entristecerse. ¿El bandido que pensamos poner á la cabeza de nuestros rebeldes?

—El mismo, noble conde, y temo, segun lo que oí decir, que nos ha de costar gran trabajo encontrarle. Si no le encontramos, yo he adquirido un jefe que tomará su nombre y le reemplazará. Es un terrible montañés, alto y duro como un roble, feroz y atrevido como un lobo en un desierto de nieve; es imposible que ese formidable gigante no se parezca á Han de Islandia.

—Admiro, amigo Musdæmon, el arte con que disponeis nuestros planes. ¿Cuándo estallará la insurreccion?

—De un momento á otro... quizás ha estallado ya. La proteccion real pesa hace mucho tiempo sobre los mineros y han acogido con entusiasmo la idea de sublevarse. El incendio empezará por Guldbranshal, se extenderá á Sumd-Moer y penetrará en Kongsberg. Dos mil mineros pueden ponerse sobre las armas en tres dias. La rebelion se hará en nombre de Schumacker, pues en su nombre le hablan los emisarios. Las reservas del Mediodía y la guarnicion de Drontheim y de Skongen se pondrán en movimiento, y vuestra gracia estará aquí precisamente para sofocar la rebelion; nuevo é insigne servicio prestado al rey para librarle de Schumacker, tan peligroso para su trono. Hé aquí las bases indestructibles sobre las que se levantará el edificio que ha de coronar el casamiento de la noble dama Ulrica con el baron de Thorvick.

La conferencia íntima de dos malvados nunca es larga, porque lo que hay de humano en ellos se asusta pronto de lo que en ellos hay de infernal. Cuando dos almas perversas se enseñan mútuamente su impúdica desnudez, se horrorizan de su mútua fealdad. El crímen horroriza al mismo crímen; y malvados que conversan con todo el cinismo de la soledad de sus pasiones, de sus placeres, de sus intereses, son el uno para el otro un espantoso espejo. Su propia bajeza los humilla en su imágen, su propio orgullo los confunde, su propia miseria los aterra; y no pueden evitarse ni desmentirse en el espejo que tienen delante; porque cada relacion odiosa, cada horrible coincidencia, cada semejanza impura, encuentra en ellos una voz incansable que les denuncia á sus oidos. Por más secreta que sea su entrevista, siempre hay en ella dos testigos insoportables:—Dios, que ellos no ven, y su conciencia, que sienten.

Las conversaciones confidenciales de Musdæmon eran tanto más enojosas para el conde, cuanto aquel infame privado atribuia siempre sin rebozo á su señor la mitad de los crímenes ejecutados ó en proyecto. Muchos cortesanos tienen la destreza de ocultar á los ojos de los grandes la apariencia de las malas acciones, tomando sobre sí la responsabilidad del mal, y aun dejando muchas veces al pudor de sus protectores el consuelo de hacerles ver que se resistian á que se cometiera un crímen provechoso. Musdæmon, por un refinamiento de destreza, seguia la marcha contraria: su intento era aparentar que aconsejaba rara vez y que ejecutaba siempre. Conocia bien á su señor y por eso nunca se comprometia sin comprometer al conde. La cabeza que el conde veria cortada con más gusto, despues de la de Schumacker, era la de Musdæmon; él lo sabia, como si su señor se lo hubiera dicho, y el conde sabia que aquel no lo ignoraba.

—Musdæmon, sois el más fiel y el más celoso de mis servidores. Todo vá bien y os lo debo á vos. Pienso nombraros secretario íntimo de la gran cancillería.

Musdæmon se inclinó profundamente.

—Voy tambien á pedir para vos por tercera vez la órden del Dannebrog... Adios, añadió el conde presentándole la mano para que se la besara, adios, señor secretario íntimo; id á redactar vuestro memorial, que acaso encuentre al rey en un momento de buen humor.

—Que lo conceda ó no su majestad, estoy orgulloso y agradecido á las bondades de vuestra gracia.

—Me urge partir: es necesario que procureis recoger noticias exactas sobre Han de Islandia.

Musdæmon, despues de una tercera reverencia, abrió la puerta de la estancia.

—Ah! se me olvidaba... como cargo de vuestro nuevo empleo de secretario íntimo, escribireis para que se envie la destitucion del síndico de este villorrio de Levig, porque compromete su autoridad en el canton cometiendo un sinnúmero de bajezas con personas á las que no conoce.

---



## XIV.

El religioso que visita á media noche el relicario, el caballero que doma troton belicoso, el que perece al són temido de la trompeta, y el que muere oyendo el eco pacífico de las oraciones, son objeto de tus desvelos, que prodigas igualmente al guerrero y al tonsurado.

(Himno á San Anselmo.)

Sí señor, es necesario que vayamos á visitar la gruta de Lynrass. ¿Quién habia de decir que el ermitaño, á quien yo maldecia, como si fuese un espíritu infernal, seria nuestro ángel libertador?...

Con estas palabras Spiagudry hacia sonar en los oidos de Ordener su alegría, su admiracion y su reconocimiento hácia el ermitaño misterioso. Por ellas puede deducirse que salieron ya de la torre maldita los dos viajeros. En el momento que nos encontramos con ellos han dejado ya bastante atrás la aldea de Vygla y siguen con dificultad un camino montuoso, lleno de charcos y piedras, depositadas por los torrentes pasajeros de la tempestad sobre la tierra húmeda. No es de dia aun, pero ya los matorrales, que coronan las cimas de los peñascos por ambos lados del camino, se desprenden del cielo blanquecino como rayas negras, y la vista distingue los objetos, aun sin color, ir adquiriendo gradualmente sus formas, á la luz pálida y espesa que el crepúsculo del Norte derrama á través de las frias nieblas de la mañana.

Ordener caminaba en silencio, porque hacia algunos instantes que se habia entregado al semi-sueño que el movimiento maquinal de la marcha permite algunas veces. No habia dormido desde la víspera, que reposó en una barca de pescador, amarrada en el puerto de Drontheim, las pocas horas que mediaron entre su salida del Spladgest y su vuelta á Munckholm. Mientras su cuerpo se adelantaba hácia Skongen, su espíritu volaba al golfo de Drontheim, á la sombría prision que dentro de sus lúgubres torres encerraba al único sér al que le unian en el mundo las ideas de esperanza y de felicidad. El recuerdo de Ethel dominaba todos sus pensamientos cuando estaba despierto, y este recuerdo se convertia en imágen fantástica, que iluminaba todos sus ensueños cuando dormia. En la segunda vida del sueño, en la que el alma existe sola por un momento, en la que el sér físico parece haberse desvanecido, veia á su adorada vírgen, no más hermosa, ni más pura, sino más libre, más feliz, más suya. Pero en el camino de Skongen no podian ser completos el olvido de su cuerpo ni el letargo de sus facultades, porque de vez en cuando un hoyo, una piedra, una rama de árbol, en los que tropezaban sus piés, le hacian pasar bruscamente de lo ideal á lo positivo.

Levantaba entonces la cabeza, entreabría los fatigados ojos y se sentia descender de su hermoso viaje celeste á su penoso viaje por la tierra, y solo le recompensaba de sus ilusiones desvanecidas la idea de sentir apoyarse en su corazon el rizo que le pertenecia hasta que Ethel fuese toda suya. Luego este recuerdo reproducia la deliciosa imágen fantástica, y volvia á recaer suavemente en vaga y tenaz meditacion.

—Señor, dijo Spiagudry con voz sonora, al mismo tiempo que Ordener tropezaba con el tronco de un árbol, que le despertó; nada temais. Los arqueros se fueron por la derecha con el ermitaño, al salir de la torre, y estamos ya á bastante distancia de ellos para poder hablar con libertad.

—Verdaderamente, le contestó Ordener, que llevais al extremo la prudencia. Hace ya tres horas lo menos que hemos dejado atrás á la torre y los arqueros.

—Es cierto, señor; pero la prudencia no perjudica nunca. Si yo hubiese dicho cómo me llaman cuando el jefe de aquella patrulla infernal preguntó por Benigno Spiagudry, con voz semejante á la de Saturno cuando pidió que le dieran sus hijos para devorarlos, ¿qué seria ahora de mí?

—En aquel momento nadie hubiera podido obtener que dijérais vuestro nombre, aun cuando hubieran querido arrancároslе con tenazas.

—Hice bien, noble señor; si yo hubiese abierto la boca, el ermitaño no hubiese tenido tiempo para preguntar al jefe de los arqueros si su patrulla se componia de soldados de la guarnicion de Munckholm; pregunta insignificante, pero que sirvió para ganar tiempo. ¿Reparó su merced en la singular sonrisa con que despues de la respuesta afirmativa del estúpido arquero le dijo el ermitaño que le siguiera, que él conocia la guarida del fugitivo Benigno Spiagudry? ¡Digno sacerdote, virtuoso anacoreta, que practica los principios de la humanidad cristiana y de la caridad evangélica! ¡Y me asustaba su exterior, que ocultaba un alma sublime. ¿Notásteis, noble caballero, algo de singular en el acento con que me dijo *hasta más ver*, al irse con los ar-

quèros? En otra ocasion me hubiera sobresaltado, pero conozco que no tiene la culpa el excelente ermitaño de hablar con voz desagradable. La soledad dá sin duda á la voz un timbre extraño: conozco yo, señor, otro solitario formidable, que tiene la misma voz, y no se lo reprocharé por respeto al venerable ermitaño de Lynrass. Llevar guantes tampoco es cosa chocante; hace bastante frio para usarlos; y la bebida salada tampoco me extraña. Los cenobitas católicos se imponen á veces extrañas penitencias; y hasta esa se indica en este verso del célebre Urensio, religioso del monte Cáucaso:

*Rivos despiciens, maris undam potat amaram.*

No recordé ese verso en la torre de Vygla; tener más memoria me hubiera ahorrado locas alarmas. Verdad es que es difícil conservar ideas claras en un asilo de abominacion y sentados á la mesa del verdugo. Del verdugo! De un sér condenado al desprecio y á la execracion universal, que no se diferencia de los asesinos más que en la frecuencia y en la impunidad de sus asesinatos; un sér, cuyo corazon reune á la atrocidad de los más feroces bandidos, la cobardía que ellos no tienen; un sér que ofrece la comida y la bebida con la mano con que maneja instrumentos de tortura y hace rechinar los huesos de los condenados. Respirar el mismo aire que el verdugo! Eso es bochornoso. El canciller, despues de firmar su diploma, lo arroja debajo de la mesa, en señal de asco y de disgusto. En Francia, cuando muere el verdugo, los sargentos del prebostazgo prefieren, á sustituirle, pagar una multa de cuarenta libras. En Pest, el condenado Chorchill, al que se ofreció el perdon si queria ser verdugo, prefirió ser ejecutado á ser ejecutor. Todo el mundo sabe que Turmeryn, obispo de Maestricht, hizo purificar una iglesia porque habia entrado en ella el verdugo; y que la czarina Petrowna se lavaba la cara cada vez que volvia de presenciar una ejecucion.

Los reyes de Francia, para honrar á los militares, disponen que éstos sean castigados por sus compañeros, á fin de que, aunque sean criminales, no les cubra de infamia el contacto del verdugo.—Si algun dia, señor, llego á ser poderoso, he de suprimir los verdugos y restablecer la antigua costumbre y las antiguas tarifas. Por asesinar á un príncipe se pagará, como en 1150, cuatrocientos cuarenta dobles escudos reales; por asesinar á un conde, mil cuatrocientos cuarenta escudos sencillos; por ídem á un baron, mil cuatrocientos cuarenta escudos menores. Por asesinar á un noble cualquiera, mil cuatrocientos ascalinos, y por asesinar á un plebeyo...—¿Oís el trote de un caballo que se acerca á nosotros?

Volvieron ambos la cabeza, y como amaneció durante el largo y científico soliloquio de Spiagudry, pudieron ver perfectamente á cien pasos de ellos á un hombre vestido de negro, haciéndoles seña con la mano de que parasen, y aguijando con la otra á un caballejo de color blanquecino, de esos que se encuentran con frecuencia, domados ó por domar, en las montañas bajas de la Noruega.

—Apretemos el paso, señor, dijo el miedoso conserje, porque ese hombre negro parece que sea un arquero.

—¡Siendo dos hemos de huir de un hombre!

—Sí, sí; veinte gavilanes huyen de un buho. ¿Qué ventaja nos puede reportar desafiar á la justicia?

—¿Quién os dice que ese hombre lo sea? replicó Ordener, que no conocia el miedo. Tranquilizáos, mi querido guia, que yo conozco al viajero. Detengámonos.

Se detuvieron, y un momento despues el ginete los abordó; Spiagudry cesó de temblar al reconocer al limosnero Atanasio Munder.

Saludólos éste sonriendo y detuvo el caballo, diciendo con voz alterada por el cansancio:

—Hijos mios, por vosotros he vuelto atrás, y Dios no permitirá sin duda que mi ausencia, que prolongo con caritativa intencion, perjudique á los que mi presencia debe ser útil.

—Señor sacerdote, respondió Ordener, nos complaceria infinito poderos servir de algo.

—Soy yo, por el contrario, noble mancebo, el que quiere serviros. ¿Os dignareis decirme cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Reverendo sacerdote, me es imposible contestaros.

—Deseo que haya por vuestra parte impotencia y no desconfianza, porque sino, desgraciado de mí! ¡desgraciado de aquel de quien el hombre de bien desconfía, aunque no le haya visto más que una vez!

La humildad y la uncion del sacerdote conmovieron á Ordener profundamente.

—Todo lo que puedo deciros, padre

mio, es que vamos á recorrer las montañas del Norte.

—Eso es lo que yo creia, hijos mios, y por eso vengo. Hay en las montañas bandadas de mineros y de cazadores, temibles muchas veces para los viajeros.

—Y qué?

—Sé que no debe intentarse apartar de su camino á un noble caballero que vá á buscar el peligro, pero el aprecio en que os tengo me inspira otro medio de seros útil. El desgraciado monedero falso, al que yo preparé para presentarse ante Dios, habia sido minero; un momento antes de morir me dió este pergamino, en el que está escrito su nombre, diciéndome que este salvo-conducto me preservaria de cualquier peligro si viajaba alguna vez por estas montañas. ¿De qué podria servir este salvo-conducto á un pobre sacerdote que ha de vivir y morir entre prisioneros? No lo rehusé, por no afligir con una negativa al que dentro de pocos momentos no tendria nada que recibir ni que dar. Dios me inspiró, porque hoy puedo ofreceros este pergamino para que os acompañe en los azares de vuestra peregrinacion, y puede ser el don del moribundo un beneficio para el viajero.

Ordener recibió enternecido el presente del venerable sacerdote.

—El cielo quiera que se cumplan vuestros deseos, le contestó; gracias os doy, á pesar de que aquí llevaba yo tambien mi salvo-conducto, añadió, poniendo la mano sobre el puño del sable.

—Acaso ese frágil pergamino os proteja mejor que vuestro acero. La mirada del penitente es más poderosa para el Señor que la espada del arcángel vengador. Adios; me esperan mis prisioneros. Rogad á Dios por ellos y por mí.

—Os prometí, repuso Ordener sonriendo, que vuestros penitentes obtendrian el perdon y lo obtendrán.

—No hableis con esa confianza, hijo mio. No ofendais al Señor. El hombre no sabe lo que pasa en el corazon de otro hombre, y vos no podeis saber lo que ha de decidir el hijo del virey. Quizás no quiera dar audiencia á un humilde sacerdote. Adios, hijo mio; bendiga el cielo vuestro viaje, y alguna vez consagrad un recuerdo al pobre sacerdote y una oracion para los pobres prisioneros.

## XV.

Bien venido, Hugo; ¿dime, has visto en tu vida tempestad tan terible?
(MATURIN.)

En una sala contigua á los departamentos del gobernador de Drontheim, tres de los secretarios de su excelencia estaban sentados en un taburete alrededor de una mesa negra, cargada de pergaminos, de papeles, de sellos y tinteros, y cerca de la que, un cuarto taburete vacío, denunciaba que uno de los secretarios no se habia presentado aun. Mientras trabajaban, uno de ellos exclamó:

—¿Sabeis, Wapherney, que el bibliotecario Foxtipp vá á ser despojado del empleo por el obispo, por la recomendacion con que apoyásteis el memorial del doctor Anglyvins?

—No lo creais, Ricardo, contestó aquel de los dos secretarios á quien Ricardo no se dirigia. Wapherney no pudo escribir en favor de Anglyvins, porque la demanda de ese hombre indignó al general cuando yo se la leí.

—Así me lo dijísteis, replicó Wapherney, pero yo ví en el memorial escrita la palabra *tribuatur* por la mano de su excelencia.

—Es cierto!

—Sí, y otras muchas decisiones de su excelencia, de las que me habeis hablado, están completamente cambiadas en las apostillas. Por ejemplo, en el memorial de los mineros, el general ha escrito: *negetur*.

—Estoy aturdido!... al general le inquietaba el espíritu turbulento de los mineros.

—Acaso trate de aterrarlos siendo severo con ellos; esto me lo hace creer el que la peticion que presentó el sacerdote Munder en favor de doce condenados, tambien ha sido negada.

El secretario al que se dirigia Wapherney se levantó y dijo bruscamente:

—Esto sí que ya no lo creo; el gobernador es muy humano y se mostró muy caritativo ante mí con aquellos pobres reos, para que yo...

—Pues bien, Arturo, leed.

Arturo tomó el memorial, que puso en sus manos Wapherney, y vió en él el signo fatal de reprobacion.

—Apenas creo lo que veo por mis ojos. Quiero volver á presentar este memorial. ¿Qué dia apostilló su excelencia estos papeles?

—Hará unos tres dias.

—Yo creo, repuso Ricardo en voz baja, que fué la mañana que precedió á la aparicion tan breve y á la desaparicion tan misteriosa del baron Ordener.

—Calla! exclamó vivamente Wapherney, antes que Arturo tuviese tiempo para contestar:—Aquí hay todavía un *tribuatur* en el burlesco memorial de Benigno Spiagudry.

Ricardo soltó una carcajada.

—¿Ese es el guardian de los cadáveres que de modo tan singular ha desaparecido?

—Sí, respondió Arturo; en su depósito de muertos se encontró un cadáver mutilado; de modo que la justicia persigue al conserje por sacrílego, pero su ayudante lapon, que ha quedado solo en el Spladgest, opina, como toda la gente del pueblo bajo, que por brujo se lo ha llevado el diablo.

—¡Hé aquí un personaje que deja famosa reputacion! dijo riendo Wapherney.

En este momento entró el cuarto secretario.

—Tarde venís, Gustavo. ¿Os habeis casado por ventura?

—Cá! repuso Wapherney, habrá tomado el camino más largo para pasar con su capa nueva por delante de las ventanas de la amable Rosily...

—Ojalá fuera eso! contestó el recien llegado; la causa de mi retardo ha sido menos agradable, y dudo que mi capa nueva haya producido efecto alguno en los personajes que acabo de visitar.

—De dónde venís? preguntó Arturo.

—Del Spladgest.

—Dios es testigo de que nos ocupábamos de ese sitio cuando entrásteis. Por pasatiempo puede hablarse de él, pero no comprendo que se tenga gusto de entrar allí.

—Y mucho menos de detenerse en semejante lugar, añadió Ricardo.

—Sí, dijo Gustavo, teneis curiosidad, no de ver, sino de oir, y os castigaria rehusando describiros los horrores de este sitio, que repugnan á vuestras imaginaciones delicadas.

Los tres secretario instaron á Gustavo á que los refiriese; éste se hizo de rogar, pero como tenia deseos de relatarlos, cedió al poco tiempo.

—Wapherney, hablaré si me prometes trasmitir á tu hermana lo que os cuente, ya que tanto le agradan las aventuras que asustan. Entré en el Spladgest arrastrado por la multitud que se apiñaba á la puerta, y no sin motivo, pues acababan de llegar los cadáveres de tres soldados del regimiento de Munekholm y los de dos arqueros, que se encontraron ayer á cuatro leguas de las gargantas, en el fondo del precipicio de Cascadthymore. Algunos espectadores aseguraban que esos infelices componian la patrulla enviada hace tres dias á Skongen en busca del conserje fugitivo del Spladgest. Si esto es cierto, no se concibe cómo han podido asesinar á cinco hombres armados. La mutilacion de sus cuerpos parece que indique que fueron precipitados desde lo alto de las rocas. ¡Esta idea hace erizar el pelo!

—Los habeis visto, Gustavo?

—Parece que los tenga aun delante de los ojos.

—¿Y se sospecha quiénes puedan ser los autores de ese atentado?

—Unos lo atribuian á una partida de mineros, asegurando que oyeron ayer en las montañas el sonido del cuerno que ellos usan, en vez de trompeta, para llamarse unos á otros.

—Eso dicen?

—Sí, pero un viejo campesino destruyó esta conjetura, haciendo observar que no existen minas ni mineros por la parte de Cascadthymore.

—Eso es verdad.

—Si los cuerpos no estuviesen enteros, podria creerse que hubiesen sido devorados por las fieras, porque se ven en sus miembros largos y profundos rasguños: en el mismo caso se halla el cadáver de un anciano con barba blanca, que llevaron al Spladgest anteayer por la mañana, despues de la terrible tempestad.

—Se sabe quién es ese anciano?

—En su estatura, en su barba blanca como la nieve, en el rosario, cuyas manos apretaban todavía, algunos han creido reconocer á un ermitaño de las cercanías, al ermitaño de Lynrass. Es evidente que tambien fué asesinado, pero ¿con qué objeto? No se mata ya por opiniones religiosas, y el pobre religioso solo poseia su ropon de buriel y el afecto de sus devotos.

—¿Decís, Ricardo, que ese cadáver está desgarrado, como los otros, por las uñas de una fiera?

—Sí, sí; y un pescador aseguraba haber observado semejantes heridas en el cuerpo de un oficial, que hace ya algunos dias se encontró asesinado en las playas de Urchtal.

—Eso es singular! dijo Arturo.

—Eso es horrible! añadió Ricardo.

—Ea, señores, silencio y á trabajar, repuso Wapherney, que el general vendrá de un momento á otro.—Tengo curiosidad por ver esos cadáveres, Gustavo, y si quereis, esta tarde, cuando salgamos, entraremos en el Spladgest.

## XVI.

> Poco la hubiera bastado para ser feliz. Una cabaña en el valle de los Alpes: los quehaceres domésticos hubieran satisfecho sus cortas necesidades y llenado su vida; pero yo—enemigo de Dios—no he descansado hasta desgarrar su corazon, hasta arruinar su suerte futura... Es necesario que sea víctima del infierno.
>
> (GŒTHE.—*Fausto.*)

En 1675, esto es, veinticuatro años antes de la época en que pasa esta historia, fueron objeto de gran fiesta en la aldea de Thoctree las bodas de la tierna Lucy Pelnyrh y del valiente, gallardo y honrado mancebo Caroll Stadt. Justo será decir que se amaban ya muchos años y que todo el pueblo les queria. Nacidos en la misma aldea, criados en los mismos campos, muchas veces, en su infancia, Caroll se dormia, cansado de jugar, reclinado en el seno de Lucy; y con frecuencia Lucy iba apoyada en el brazo de Caroll. Lucy era la más tímida y la más linda de las hijas de la comarca; Caroll el más bravo y el más noble de los jóvenes del canton; amábanse, y así se acordaban del dia que empezaron á amarse como del dia en que comenzaron á vivir.

Su casamiento no se celebraba expontáneamente ni sin inconvenientes, como sus amores, pues lo entorpecieron intereses domésticos, ódios de familia, parientes, obstáculos: un año entero estuvieron separados, y Caroll sufrió mucho lejos de su Lucy, y Lucy lloró mucho lejos de su Caroll, antes de que amaneciese el dia feliz que los unió para no sufrir ya nunca ni llorar más que el uno al lado del otro.

Librando á Lucy de un gran peligro es como Caroll obtuvo su mano. Oyó un dia lastimeros gritos en un bosque; acudió y vió á su Lucy en manos de un bandolero temible en todo el pais, que la sorprendió y queria robarla. Atacó intrépido Caroll al mónstruo de faz humana, al que el rugido singular que lanzaba habia hecho dar el nombre de *Han*. Atacó al que nadie se atrevia á atacar; pero el amor le comunicó las fuerzas de un leon. Salvó á su amada Lucy, la entregó á su padre y éste se la concedió por esposa.

Dia de regocijo fué para todo el pueblo el dia en que se unieron los dos amantes. Solo Lucy estaba sombría: jamás, sin embargo, habia mirado á su Caroll con mayor ternura, pero sus miradas, tan tristes como tiernas, eran objeto de asombro en medio de la alegría universal. A medida que parecia aumentar la felicidad de su amado, más expresaban los ojos de ella el sentimiento y el amor.—Oh, mi Lucy! la dijo Caroll, despues de la santa ceremonia; la presencia del bandido que es el terror de toda la provincia ha sido para mí la felicidad.—Lucy meneó la cabeza y no respondió.

Llegó la noche; dejáronlos solos en su nueva cabaña, y aumentaron en la plaza de la aldea las danzas y los juegos para celebrar la felicidad de los dos esposos.

A la madrugada del dia siguiente Caroll habia desaparecido: algunas líneas escritas de su puño al padre de Lucy Pelnyrh, fueron entregadas por un cazador de los montes de Kole, que le encontró antes de amanecer en las playas del golfo. El viejo Will Pelnyrh presentó el escrito al cura y al síndico, y solo quedó de la fiesta de la víspera el abatimiento y la honda desesperacion de Lucy.

Esa misteriosa catástrofe consternó á todo el pueblo, que inútilmente procuraron esplicársela. Dijéronse muchas preces por el alma de Caroll en la misma iglesia en la que pocos dias antes se habian entonado cánticos en accion de gracias por su felicidad. Por milagro no murió la viuda Stadt. Al cabo de nueve meses de soledad y de duelo dió á luz un hijo, y aquel mismo dia un enorme peñasco pendiente que dominaba la aldea de Golym se desprendió, destruyéndola.

El nacimiento de su hijo no disipó el dolor sombrío de la madre. Gill Stadt no se parecia en nada á Caroll. Su feroz infancia prometia una juventud más feroz. Algunas veces, un hombre pequeño y salvaje—en el que algunos montañeses creian ver al famoso Han de Islandia—iba á la desierta cabaña de la viuda de Caroll, y los que pasaban entonces por allí cerca creian oir lastimeros quejidos de mujer entre rugidos de tigre. Llevábase el bandido al tierno Gill; pasábanse así meses y meses y luego se lo devolvia á su madre mas montaráz y mas bárbaro que antes.

La viuda Stadt miraba á aquel niño con mezcla de terror y de ternura. Estrechábale unas veces entre sus brazos de madre, como el único sér que la enlazaba á la vida, y otras veces le rechazaba con

espanto, llamando á Caroll, á su querido Caroll. Nadie podia conocer lo que pasaba en el corazon de aquella infeliz.

Cumplió Gill los veintitres años; vió á Guth Stersen y la amó con delirio: pero Guth era rica y él era pobre; entonces se fué á Rœraas con la idea de hacerse minero y de ganar dinero. Desde entonces su madre no volvió á saber de él.

Una noche, sentada delante del torno con que ganaba la infeliz su miserable sustento, velaba á la luz de la lámpara medio apagada, en su cabaña, entre las cuatro paredes, envejecidas como ella en la soledad y el duelo, y que fueron testimonios mudos de su noche de bodas. Con inquietud pensaba en su hijo, cuya presencia, tan ardientemente deseada, debia recordarle y producirle amargos dolores. Aquella pobre mujer amaba á su hijo ingrato; ¿y cómo no amarle, habiendo sufrido tanto por él?

Levantóse y fué á tomar en el fondo de su antiguo armario un crucifijo enmohecido. Contemplóle con ojos suplicantes, y luego, arrojándole al suelo con espanto, exclamó: ¡Yo no puedo ni debo rezar! ¡Debo suplicar al demonio, ya que pertenezco al infierno!

Y volvió á caer en sus profundas abstracciones, cuando llamaron á la puerta.

Rara vez esto sucedia en su casa, porque hacia ya años que, por los misterios extraordinarios de su vida, toda la aldea de Thoctree la creia en relaciones con los espíritus infernales, y no habia alma viviente que se atreviera á acercarse á su cabaña. ¡Extrañas supersticiones de aquel siglo y de aquel pais ignorante! Aquella mujer debia al infortunio la misma reputacion de brujería que debia á la ciencia el conserje del Spladgest!

—Si fuese mi hijo! exclamó, precipitándose hácia la puerta.

Pero no llamaba Gill; llamaba un pequeño ermitaño vestido de tosco buriel, cuya capucha, echada sobre el rostro, solo dejaba ver una larga barba negra.

—Qué quereis de mí? ¿Sabeis á qué puerta habeis llamado?

—Sí, lo sé, contestó el ermitaño con voz ronca, y quitándose los guantes, la barba negra y la capucha, descubrió su rostro feroz, su barba roja y sus manos, armadas de repugnantes uñas.

—Oh! gritó la viuda, cubriendo el rostro con las manos.

—Qué es eso? dijo el mónstruo; ¿en veinticuatro años no te has acostumbrado aun á ver al esposo que debe acompañarte por toda una eternidad?

Y la infeliz murmuró con espanto: Por toda la eternidad!

—Escucha, Lucy, que traigo noticias de tu hijo.

—De mi hijo! Dónde está? ¿por qué no viene?

—No puede.

—Pero venís á darme noticias suyas. Aun me podeis proporcionar alguna felicidad.

—Te la traigo, en efecto, contestó el mónstruo con sorda voz; porque eres una débil mujer, y me asombro de que hayas podido concebir semejante hijo. Regocíjate. Temias que tu hijo se me pareciese; no lo temas ya.

—Cómo! exclamó la regocijada madre; mi querido Gill no es ya lo que era, ha cambiado!..

El ermitaño contemplaba aquella alegría con funesta sonrisa.

—No es ya el que era! dijo.

—¿Y por qué no ha volado á echarse en mis brazos? Dónde está? qué hace?

—Duerme.

La pobre viuda, en el exceso de su alegría, no observaba las miradas siniestras, ni la expresion horrible y sardónica del mónstruo.

—Y por qué no le habeis despertado?

—Porque su sueño es muy profundo.

—Cuándo vendrá? Decidme, por Dios, si le veré pronto.

Sacó el recien llegado de debajo de su hábito una especie de copa de forma singular.

—Pues bien, dijo; ¡bebe á la próxima vuelta de tu hijo!

La viuda lanzó un grito de horror. Aquella copa era un cráneo humano. Hizo un gesto de espanto y no pudo articular ni una sola palabra.

—No, no, gritó el mónstruo con voz terrible, no apartes los ojos, mira. ¿No querias ver á tu hijo? míralo, porque esto es todo lo que queda de él.

Y al resplandor rojizo de la lámpara presentaba ante los labios pálidos de la madre el blanco cráneo de su hijo.

Demasiadas desgracias la habian afligido ya para que una más la aniquilara. La infeliz dirigió al feroz ermitaño una mirada fija y estúpida.

—Oh, dejadme morir! exclamó con voz desfallecida.

—Muérete si quieres, pero acuérdate, Lucy, del bosque de Thoctree, acuérdate del dia en que el demonio, apoderándose de tu cuerpo, dió tu alma al infierno. Yo soy el demonio, Lucy, y tú eres mi esposa eterna. Ahora, muere si quieres.

Era creencia general en aquellos paises supersticiosos, que algunos espíritus infernales se aparecian á los hombres de vez en cuando, para vivir entre ellos la vida del crímen. Han de Islandia habia adquirido esa espantosa reputacion. Creíase tambien que la mujer que por seduccion ó por violencia era presa de uno de esos demonios de forma humana, quedaba irrevocablemente, por esta desgracia, condenada á ser su eterna compañera en los infiernos.

Los sucesos que el ermitaño recordaba á la viuda despertaron en ella estas ideas.

—Dios mio! exclamó dolorosamente; conque no puedo ni aun perder la vida! Y yo qué mal hice? Tú lo sabes, Caroll mio, soy inocente. ¡La fuerza de una doncella no puede resistir la del demonio!

Al decir esto la infeliz, sus miradas eran extraviadas y sus frases incoherentes parecian producidas por el temblor convulsivo de sus labios.

—Sí, Caroll mio, desde aquel dia soy impura é inocente al mismo tiempo, ¡y el demonio me pregunta si recuerdo ese dia horrible!... Caroll, esposo mio, nunca te engañé; llegaste demasiado tarde y le pertenecí antes de ser tuya. ¡Ay, y mi castigo será eterno!... ¡Oh, no, jamás volveré á reunirme contigo, contigo á quien adoro!... Para qué he de morir? ¿Para ir con ese mónstruo al mundo de los condenados? ¿Para que sus desgracias se consideren crímenes en la eternidad?

Volviéndose de repente hácia Han, prosiguió diciendo con la mayor exaltacion:

—Decidme, ¿no es verdad que todo esto no es más que un sueño horrible, producido por vuestra presencia? Porque bien lo sabeis; desde el dia de mi pérdida, todas las noches fatales que vuestro espíritu me visitaba han estado llenas para mí de impuras apariciones, de aterradores sueños y de visiones espantosas.

—Mujer, vuelve en tí y recobra la razon. Tan cierto es que estais despierta, como es verdad que Gill murió.

El recuerdo de sus antiguos infortunios habia casi borrado en la desventurada madre el de su nueva desgracia; estas palabras se la recordaron.

—Hijo mio! hijo de mi alma! exclamó con tan desgarrador acento, que hubiera conmovido á cualquiera, menos al infame que la escuchaba.—El volverá!... ¡No, no ha muerto! ¡No puedo creer que ha muerto!

—Pues pregúntaselo á los peñascos de Rœraas, que lo reventaron, y al golfo de Drontheim, que se lo tragó.

La pobre viuda cayó de rodillas, exclamando:

—Dios mio!

—Cállate, esclava de los infiernos! no dudes de la muerte de tu hijo; fué castigado por donde su padre pecó. Se ablandó su corazon de granito al fuego de la mirada de una mujer. Yo sí que te poseí, pero nunca te amé. La desgracia de tu Caroll se ha repetido en él. Su prometida engañó á nuestro hijo, y ella es la que ha causado su muerte.

—Muerto! muerto! ¡Oh Gill, hijo de mi desgracia, concebido en el terror y dado á luz en la agonía! ¡Tu boca de niño desgarró mis pechos; jamás tus caricias correspondieron á mis caricias, ni tus abrazos á mis abrazos! ¡Huiste siempre de tu madre, solitaria y abandonada en la vida! Hacias que me olvidara de los pasados disgustos, proporcionándome otras pesadumbres; me abandonaste por el demonio, autor de tu existencia y de mi viudedad; nunca me diste ni una sola alegría; y sin embargo, hoy tu muerte es para mí la más insoportable de las aflicciones; hoy tu recuerdo es para mí memoria de encanto y de consuelo.

No pudo continuar la infeliz y calló, sollozando dolorosamente.

—Enfrena tu dolor, como yo he dominado el mio. Miéntras lloras á tu hijo, yo empezaré á vengarle. Le engañó su prometida por un soldado de la guarnicion de Munckholm, y todo el regimiento morirá á mis manos. Mira, Lucy.

Diciendo esto subióse las mangas y enseñó á la viuda sus disformes brazos teñidos de sangre.

—En las playas de Urchtal, en las gargantas de Cascadthymore el espíritu de Gill debe vagar con alegría. Lucy, ¿no ves esta sangre? Consuélate, pues.

De repente, como herido por un recuerdo, preguntó:

—¿Te han entregado de mi parte un cofrecillo de hierro? ¡Te envié oro, te traigo sangre, y lloras todavía!

La viuda, ensimismada en su desesperacion, callaba.

—¡Tú no eres de la raza de las mujeres! exclamó con risa feroz y sacudiendo su brazo para que le escuchase. Dí: ¿te ha traido un mensajero de mi parte un cofrecillo de hierro bien cerrado?

Lucy, concediéndole momentánea atencion, hizo con la cabeza un signo negativo y volvió á caer en su silencioso abatimiento.

—Ah, miserable, miserable Spiagudry! gritó el mónstruo, ¡caro te costará ese oro!

Y despojándose de su traje de ermitaño, se lanzó fuera de la cabaña, rugiendo como una fiera que olfatea un cadáver.

## XVII.

Señor, peino mis cabellos y los peino llorando, porque me dejais sola y os vais á las montañas.
(LA DAMA DEL CONDE.—*Romance.*)

Habia ya contado Ethel cuatro dias largos y monótonos desde que vagaba sola por el sombrío jardin de la torre de Slesvig, sola en su oratorio, testigo de muchos lloros y confidente de muchos juramentos; sola en la larga galería, en la que una vez no oyó dar las doce de la noche: su anciano padre la acompañaba algunas veces, pero no por eso se encontraba ella menos sola, porque el verdadero compañero de su vida estaba ausente.

Pobre niña! ¡Tan jóven y tan pura, víctima ya de tanto infortunio! Arrebatada al mundo, á los honores, á las riquezas, á las alegrías de la juventud y á los triunfos de la belleza, desde la cuna pasó á un calabozo: cautiva al lado de su padre cautivo, creció viéndole consumirse, y para colmo de sus dolores, para que no desconociese ninguna clase de esclavitud, el amor fué á encadenarla en la prision.

Si al menos pudiese tener á Ordener á su lado, ¿qué le hubiera importado estar privada de la libertad? ¿Hubiera echado de menos un mundo, del que se la separó? No; porque su mundo y su cielo los hubiera encontrado en aquel castillo y bajo las negras torres erizadas de soldados.

Pero por segunda vez se ausentaba Ordener, y en vez de pasar con él horas cortas, pero contínuas, entre santas caricias y casto amor, pasaba las noches y los dias en llorar su ausencia y rezando para que se salvase de todos los peligros.

Algunas veces envidiaba las alas á la libre golondrina, que venia á pedirla sustento por entre las rejas de la prision.

Otras veces dejaba vagar sus pensamientos con la nube que un viento rápido impelía hácia el Norte; y luego, de repente, volvia la cabeza y se cubria los ojos como si temiese ver aparecer al gigantesco bandido, empezando un desigual combate en uno de los lejanos montes cuya azulada cumbre aparecia en el horizonte como una nube inmóvil.

¡Es muy cruel amar para el que está separado del objeto querido! Pocos corazones sienten en toda su extension ese dolor, porque pocos corazones conocen el amor en toda su profundidad. En esa situacion, indiferente el alma en cierto modo á su propia existencia, se crea para sí misma sombría soledad, vacío inmenso, y para el amado ausente no sé qué mundo espantoso de peligros, de mónstruos y de decepciones; las diversas facultades que constituian nuestra naturaleza se cambian y se pierden en un deseo infinito del sér que nos falta, y todo lo que nos rodea está fuera de nuestra vida. Sin embargo, se respira, se anda, se vive, pero sin pensar: como un planeta descarriado que ha perdido su sol, el cuerpo se mueve á la ventura; el alma está en otra parte.

## XVIII.

Y sobre un negro escudo, allí implacables,
los siete jefes á los altos dioses
aterran con terrible juramento.
Y en la sangre de un toro
que acaban de inmolar, tintas las manos,
todos vengarse juran...
(ESQUILO.)

Las playas de la Noruega abundan en bahías estrechas, en arrecifes, pantanos y puntas de tierra tan numerosas, que cansan la memoria del viajero y la paciencia del topógrafo. Antiguamente, si damos crédito á la tradicion popular, cada istmo tenia su demonio particular, cada ensenada su hada que la habitaba, cada promontorio su santo que le protegia; que la supersticion mezcla todas las creencias para asustarse á sí misma. En la playa de Kelvel, algunas millas al Norte de la gruta de Walderhog, existia el único sitio que estaba libre de toda jurisdiccion de los espíritus infernales, intermediarios ó celestes. Era éste la llanura ribereña dominada por las rocas, sobre cuya cumbre se veian aun antiguas ruinas del castillo de Ralph ó Rodolfo el Gigante. Esa pequeña pradera inculta, que el mar ceñia por el Poniente y estrechamente encerrada entre peñas cubiertas de matorrales, debia el mencionado privilegio al nombre de su antiguo señor noruego, su primer poseedor. Porque ¿qué hada, qué ángel ni qué demonio se hubiera atrevido á hospedarse en el territorio que ocupaba y protegia Ralph el Gigante?

Su formidable nombre bastó para imprimir carácter espantoso á aquellos

sitios, ya de por sí salvajes. Pero un recuerdo no es tan temible como un espíritu; y nunca el pescador, al que hace retardar la tempestad, al amarrar su lancha en la caleta de Rodolfo, habia visto á los duendes reir y danzar entre azules almas, sobre los peñascos, ni á las sílfides correr sobre la yerba en su carro de fósforo tirado por gusanos de luz, ni á los santos remontarse al cielo despues de hacer oracion.

Sin embargo, si la noche que siguió á la furiosa borrasca, á las oleadas del mar y á la violencia del viento hubiesen permitido á algun descarriado marinero arribar á aquella bahía hospitalaria, hubiera sentido acaso supersticiosos temores al contemplar á tres hombres, que dicha noche estaban sentados al rededor de una inmensa hoguera encendida en medio del soto. Dos de ellos estaban cubiertos con grandes sombreros de castor y llevaban los anchos pantalones que usan los mineros reales. Desnudos hasta el hombro, enseñaban los brazos, y en botines de cuero envolvian los piés; cinturon de lienzo carmesí sostenia sus sables corvos y sus largas pistolas; llevaban pendiente del cuello una trompa de cuerno; viejo era el uno y el otro jóven; la espesa barba del anciano y la larga melena del jóven aumentaban la aspereza de sus fisonomías, naturalmente duras y severas.

Era fácil reconocer en el compañero de los dos mineros á un montañés del Norte de la Noruega en su gorra de piel de oso, en su casaca de cuero, en el fusil que á modo de bandolera llevaba sobre la espalda, en su calzon corto y estrecho, en sus rodillas desnudas, en sus sandalias de corteza de árbol y en la resplandeciente hacha que llevaba en la mano.

Quien hubiera visto de lejos aquellas tres estrañas figuras, sobre las que la luz de la hoguera, agitada por las brisas del mar, proyectaba reflejos rojos é intermitentes, con razon se hubiera asustado, aunque no creyera en espectros ni en demonios; bastaba para asustarse creer en ladrones y ser algo más rico que un poeta.

Aquellos tres hombres volvian con frecuencia la cabeza hácia el sendero del bosque que desembocaba en la llanura de Rodolfo, y, á juzgar por sus palabras, esperaban á un cuarto personaje.

—¿Sabeis, amigo Kennybol, que á esta hora no esperaríamos con tanta tranquilidad al enviado del conde de Griffenfeld en la pradera vecina, la del duende de Tulbytilbet, ó allá bajo en la bahía de San-Cuthberd?

—No hableis tan alto, Jonás, respondió el montañés al viejo minero. ¡Bendito sea Ralph el Gigante que nos proteje! El cielo me libre de volver á poner los piés en el soto de Tulbytilbet! El otro dia fuí allí á coger un poco de ojiacanta y solo cogí mandrágora, que empezó á manar sangre y á gritar, y poco me faltó para perder el seso.

El jóven minero se rió.

—¡Ese efecto produjo en tu pobre cerebro el grito de la mandrágora!...

—Tú serás el pobre de cacúmen, contestó enojado el montañés; ya ves, Jonás, si ese jóven es loco: se rie de la mandrágora como un insensato que juega con una cabeza de muerto.

—Hace mal, añadió Jonás, ó sino que vaya á la gruta de Walderhog, á la que las cabezas de todos los que asesina Han de Islandia vuelven por la noche á bailar alrededor de su cama de hojas secas, rechinando los dientes para adormecerle.

—Es cierto, aseguró el montañés.

—¿Pues no nos prometió Hacket, á quien esperamos, repuso el jóven, que Han de Islandia se pondria al frente de la insurreccion?

—Lo prometió, y con la ayuda de ese demonio venceremos á todas las ropillas verdes de Drontheim y de Copenhague.

—Tanto mejor, replicó el viejo minero, pero yo no me encargaré de estar de centinela de noche cerca de él.

En este momento el ruido de las hojas secas, pisoteadas por un hombre, llamó la atencion de los interlocutores; volvieron éstos la cabeza y, á la luz de un rayo de la hoguera, conocieron todos al que llegaba.

—Es él... es el señor Hacket.—Bien nos habeis hecho esperar. Más de tres cuartos de hora hace que estamos aquí.

El señor Hacket era pequeño y grueso, iba vestido de negro, y en su rostro jovial se marcaba siniestra expresion.

—Dispensadme, amigos mios, les dijo; tardé tanto porque no conocia bien el camino, y además he necesitado tomar muchas precauciones. Esta mañana he visto al conde de Schumacker y me encargó que os entregase estas tres bolsas de oro.

Los dos viejos lo tomaron con avidez, con la avidez de los hijos de la pobre Noruega; pero el jóven minero rechazó la bolsa que Hacket le ofrecia.

—Guardad vuestro oro, señor mensajero, le contestó; mentiria si dijera yo que me rebelo por el conde Schumacker, á quien no conozco. Yo me rebelo por emancipar á los mineros de la tutela real; me rebelo por que la cama de mi madre no tenga la manta acuchillada, como las costas de Noruega, nuestra pátria.

Lejos de desconcertarse Hacket, respondió sonriendo:

—Pues entonces, Norbith, enviaré este dinero á vuestra anciana madre para que compre dos mantas nuevas que os preserven de los frios de este invierno.

El jóven hizo con la cabeza un signo afirmativo, y el enviado, como hábil orador, apresuróse á añadir:

—Os encargo que no volvais á decir que no tomais las armas por Schumacker, conde de Griflenfeld.

—Sin embargo, murmuraron los dos viejos, aunque nos consta que se oprime á los mineros, no conocemos á ese conde, prisionero de Estado.

—¡Es posible que seais ingratos hasta ese estremo! repuso imperiosamente Hacket; gemíais en los subterráneos, privados de aire y de luz, despojados de toda propiedad, esclavos de la más onerosa tutela, y acudió en vuestra ayuda, reanimó vuestro valor y os dió oro y armas el noble conde de Griflenfeld, más esclavo y más desventurado aun que vosotros. Despues que os colmó de beneficios, ¿rehusareis serviros de ellos para conseguir su libertad, juntamente con la vuestra?

—Teneis razon, contestó el jóven; seria eso una verdadera ingratitud.

—Pues, añadieron los dos ancianos, pelearemos por el conde de Schumacker.

—¡Animo, amigos mios, sublevåos en su nombre! ¡Que el nombre de vuestro bienhechor suene desde un confin al otro de la Noruega! Tengo además que participaros que todo favorece nuestra empresa; vais á veros libres de un formidable enemigo, del general Levin de Kund, que gobierna la provincia. El poder secreto que posee nuestro noble señor vá á conseguir que á dicho general se le llame á Berghen. Ahora bien, decidme: ¿están ya preparados todos vuestros compañeros?

—Mis hermanos de Guldbranshal, dijo Norbith, solo esperan mis órdenes. Mañana mismo si quereis...

—Mañana, pues; sois el jefe de esos jóvenes mineros, y es menester que ellos sean los primeros que levanten el estandarte. ¿Y vos qué me decís, valeroso Jonás?

—Seiscientos valientes de las islas de Fa-roër, que solo se alimentan desde hace tres dias de cabra montés y de aceite de oso, en el bosque de Berdallas, esperan el toque del cuerno de su antiguo capitan Jonás, en la aldea de Lævig.

—Muy bien. Y vos, Kennybol?

—Todos los que usan hacha en las gargantas de Kole y trepan por las peñas sin rodilleras, están dispuestos á unirse con sus hermanos los mineros en cuanto los necesiten.

—Pues anunciad á vuestros compañeros, para que no duden de la victoria, añadió Hacket levantando la voz, que Han de Islandia será su jefe.

—Eso es cierto? preguntaron los tres á la par con acento en el que se mezclaba la expresion del terror á la de la esperanza.

El enviado respondió:

—Os esperaré á los tres dentro de cuatro dias, á esta hora, con vuestras columnas reunidas, en la mina de Apsyl-Corh, cerca del lago de Smiasen, en la llanura de la Estrella Azul. Han de Islandia me acompañará.

—No faltaremos, contestaron los tres jefes. ¡Y que Dios no abandone á los que ayuda el demonio!

—Nada temais por parte de Dios, dijo Hacket sonriendo. En las antiguas ruinas de Crag encontrareis banderas para vuestras tropas. No olvideis el grito de: *Viva Schumacker! Libertemos á Schumacker!* Ahora ya es preciso que nos separemos, porque ya vá á amanecer; pero antes juradme que guardareis inviolable secreto de lo que acaba de pasar entre nosotros.

Los tres jefes, sin responder ni una sola palabra, se abrieron la vena del brazo izquierdo con la punta del sable, y en seguida, cogiendo la mano de Hacket, dejaron caer en ella algunas gotas de sangre.

—Teneis ya nuestra sangre, dijeron. Luego el más jóven gritó:

—¡Que se derrame toda la mia, como la que vierto en este momento; que todos mis proyectos sean juguete de espíritu maléfico, como una paja del huracan; que mi brazo sea de plomo para vengar una injuria; que los murciélagos habiten en mi sepulcro; que vivo, me persigan los muertos, y muerto, profanen los vivos mi cadáver; que mis ojos se inunden de lágrimas, como los de una mujer, si hablo jamás de lo que ha sucedido á esta

hora en el soto de Ralph el Gigante! Que los santos protectores me escuchen!

—Amen, repitieron los dos viejos!

Despues se separaron y solo quedó en el soto la hoguera medio apagada, cuyos moribundos reflejos subian por intervalos hasta la cima de las arruinadas y solitarias torres de Ralph el Gigante.

## XIX.

TEODORO.—Huye, Tristan, por aquí.
TRISTAN..—Notable desdicha ha sido.
TEODORO.—Si nos habrá conocido?
TRISTAN..—No sé; presumo que sí.

(LOPE DE VEGA.—*El perro del hortelano.*)

Benigno Spiagudry no podia esplicarse qué motivo tan poderoso podia tener Ordener, que le parecia rico y era muy jóven, para declararse voluntario agresor de Han de Islandia y arriesgar así la vida. Varias veces, desde que se pusieron en camino, habia abordado directamente esta pregunta; pero el jóven aventurero guardaba obstinado silencio acerca del motivo de su viaje. No habia sido más feliz el pobre viejo en la aclaracion de las demás curiosidades que naturalmente debia inspirarle su extraño compañero.

En una ocasion le preguntó sobre la familia y cómo se llamaba:—Llamadme Ordener, respondióle el jóven, que pronunció respuesta tan poco satisfactoria con tal tono que no daba lugar á réplica de ninguna especie. Tuvo, pues, Spiagudry que resignarse á no saber más, pensando que él tambien escondia cuidadosamente en la mochila un cofrecillo misterioso, cuyo secreto á nadie hubiera revelado.

Cuatro dias hacia ya que salieron de Drontheim, sin haber adelantado mucho en su camino, ya por causa de los estragos causados en el terreno por la pasada tempestad, ya tambien por tener que atravesar sendas y vericuetos, que el fugitivo conserje creia prudente tomar para huir de sitios frecuentados. Despues de haber dejado á la derecha á Skongen, llegaron á las orillas del lago Sparbo, al anochecer del cuarto dia.

Presentaba sombrío, pero magnífico espectáculo, la inmensa sábana de agua, reflejando los últimos rayos del dia y las primeras estrellas de la noche en un cerro de altas rocas, de pinos negros y de gigantescas encinas. El aspecto de un lago, contemplándolo de noche, produce algunas veces, á cierta distancia, singular ilusion óptica, como si un abismo prodigioso, atravesando el globo de parte á parte, dejase ver el cielo al través de la tierra.

Detúvose Ordener á contemplar aquellos antiguos bosques druídicos que, como una cabellera, cubren las montuosas orillas del lago, y las cabañas de Sparbo, desparramadas por la falda de la montaña, como rebaño desordenado de ovejas blancas.

Escuchaba el lejano rumor de las fraguas (1) que se confundia con el sordo mugido de los inmensos bosques mágicos, con los gritos intermitentes de los pájaros silvestres y con la grave armonía de las olas del mar. Al Norte se alzaba majestuosamente, encima de la pequeña aldea de Oelme, un enorme peñasco de granito, iluminado aun por el sol.

Complacen al alma, cuando está triste, los espectáculos melancólicos, que ella sombrea más con toda su tristeza. Si un desgraciado se encuentra entre gigantescas y ásperas montañas, junto á un lago sombrío, ó en un oscuro bosque, en el momento en que el dia va á desaparecer, ven sus ojos esta escena grave, esta naturaleza tétrica, como por entre un velo funeral, y no le parece que el sol se pone, sino que se muere.

Meditando estaba Ordener silencioso é inmóvil, cuando exclamó su compañero:

—Honra á cualquiera, noble señor, meditar profundamente ante el lago de Noruega que contiene mayor número de pleuronectos.

Ordener, distraido, no hizo caso de esa observacion: el sábio conserje continuó hablando:

—Permitidme, señor, que os saque de vuestra contemplacion para haceros observar que el dia finaliza y que necesitamos darnos prisa si queremos llegar á la aldea de Oelme antes de que acabe el crepúsculo.

Como era exacta la observacion, Ordener se puso en marcha, y Spiagudry le siguió, continuando sus reflexiones acerca de los fenómenos botánicos y fisiológicos que ofrece á los naturalistas el lago Sparbo; el jóven apenas le escuchaba.

—Señor Ordener, le decia el conserje, creed á vuestro afectuoso guia y abandonad vuestra empresa. Estableceos aquí, en las orillas de ese lago tan curioso, donde podríamos entregarnos juntos á multitud de doctas investigacio-

(1) Las aguas del lago Sparbo son célebres para el temple del acero.

nes, como por ejemplo, á la de la *stella canora palustris*, planta singular, que muchos sábios creen fabulosa, pero que el obispo Arngrin sostiene haberla visto en las orillas del Sparbo. Añádase á esto que tendríamos la satisfaccion de habitar el suelo de Europa que contiene mayor cantidad de gisod, y que menos frecuentan los sicarios de la Themis de Drontheim. No os sonrie esta idea? Renunciad á vuestro insensato viaje, porque esa empresa es peligrosa y no ofrece provecho, *periculum sine pecunia*.

Ordener no prestaba atencion alguna á las palabras del pobre hombre, y sostenia solo su conversacion con monosílabos insignificantes, que los que son muy habladores toman por respuestas. De este modo llegaron á Oelme, en cuya plaza se observaba á la sazon movimiento inusitado.

La mayoría de los habitantes de la aldea salian de sus casas y acudian á apiñarse alrededor de un cerro circular, que ocupaban varios hombres, uno de los cuales tocaba un cuerno, agitando por encima de la cabeza una banderola blanca y negra.

—Sin duda será algun charlatan, dijo Spiagudry; algun miserable de esos que convierten el oro en plomo y las llagas en úlceras. Veamos qué invencion infernal trata de vender á esos babiecas. ¡Si al menos esos impostores se limitasen á engañar á los reyes! ¡si imitasen al dinamarqués Borch y al milanés Borri, alquimistas, que engañaron completamente á Federico III! Pero no lo hacen así, porque tanto necesitan el maravedí del aldeano como los millones del príncipe.

Spiagudry estaba equivocado: al acercarse al montículo nuestros viajeros, reconocieron que uno de los hombres que llamaban la atencion era un síndico, como lo denotaba su traje; este síndico estaba rodeado de algunos arqueros. El hombre que tocaba el cuerno era el pregonero.

Asustado el fugitivo conserje, decia en voz baja á Ordener:

—En verdad, señor, que no esperaba encontrar un síndico en este villorrio. Protéjame el bendito San Hospicio! ¿qué diablos irá á decir?...

No fué larga su incertidumbre, porque en seguida sonó la voz chillona del pregonero, que escuchó con religiosa atencion la multitud de los habitantes de Oelme.

—"En nombre de su majestad, y por órden de su excelencia el general Levin de Kund, gobernador, el síndico mayor de Drontheimnus hace saber á todos los habitantes de las ciudades, pueblos y aldeas de la provincia, que por la cabeza de Han, natural de Klipstadur en Islandia, asesino é incendiario, se ofrece el premio de mil escudos reales.„

Resonó vago murmullo en el auditorio; el pregonero prosiguió:

—"Por la cabeza de Benigno Spiagudry, nigromántico y sacrílego, ex-conserje del Spladgest de Drontheim, se ofrece el premio de cuatro escudos reales. Publicarán este edicto en toda la provincia los síndicos de las ciudades, pueblos y aldeas que están encargados de facilitar su ejecucion.„

El síndico tomó el edicto de manos del pregonero, y dijo con voz lúgubre y solemne:

—"La vida de esos dos hombres pertenece al que la quiera.„

Fácilmente comprenderá el lector con qué emocion escucharia la anterior lectura el infeliz Spiagudry. Las primeras muestras de terror, que no fué dueño de reprimir en el primer instante, hubieran llamado la atencion del grupo que le rodeaba, á no absorbérsela enteramente la curiosidad de oir al pregonero.

—La cabeza de Han puesta á precio! exclamó un viejo pescador que acababa de adherirse al grupo, arrastrando sus redes húmedas. Tanto valdria ofrecer un precio por la cabeza de Belcebú.

—Para guardar proporcion entre Han y Belcebú seria menester, dijo un cazador, que ofreciesen nada más que quince escudos por la cornuda cabeza del último demonio.

—Gloria á la santa Madre de Dios! exclamó una vieja. Quisiera ver la cabeza de Han de Islandia, para cerciorarme de que sus ojos son dos áscuas, segun se cree.

—No cabe duda, contestó otra vieja; pegó fuego á la catedral de Drontheim mirándola nada más. Por mi parte quisiera ver al mónstruo entero, con su rabo de serpiente, con sus piés ahorquillados y sus alas de murciélago.

—Quién os ha contado esas patrañas? la preguntó el cazador con aire fátuo. Yo he visto á Han de Islandia en las gargantas de Medsyhath; es un hombre como los demás.

—De veras? preguntó con expresion singular una voz que salia de la muchedumbre.

Esa voz, que extremeció á Spiagudry,

era de un hombrecillo cuyo rostro desaparecia debajo de un ancho sombrero de minero, y cuyo cuerpo cubria una especie de estera de junco y de piel de vaca marina.

—Pues no, repuso con risa sándia un herrero que iba cargado con un gran martillo; aunque me ofrecieran por la cabeza de Han mil ó dos mil escudos, no iria á averiguarlo.

—Ni yo, contestó el pescador.

—Ni yo, ni yo, repitieron muchas voces.

—El que quiera averiguarlo, añadió el hombrecillo, encontrará mañana á Han de Islandia en las ruinas de Arbar, junto al lago Smiasen, y pasado mañana en la gruta de Walderhog.

—¿Estais seguro de lo que decís, buen hombre?

Así preguntó, al mismo tiempo que Ordener, otro hombrecillo bastante obeso, vestido de negro y de jovial fisonomía, que salió, al oir tocar el cuerno al pregonero, de la única posada que habia en el pueblo.

El hombrecillo del sombrero grande examinó á ambos un momento y respondió con sorda voz:

—Sí, estoy seguro.

—Y ¿cómo lo sabeis para poderlo asegurar? le preguntó Ordener.

—Sé donde está Han de Islandia, comó sé dónde está Benigno Spiagudry: ni uno ni otro están lejos de aquí en este instante.

Los pasados terrores volvieron á acometer al pobre Benigno, que apenas se atrevia á mirar al hombrecillo misterioso, y que ya se creia poco seguro á pesar de su disfraz. Tiró á Ordener de la capa, diciéndole en voz baja:

—Señor!... en nombre del cielo! ¡por compasion... por piedad! ¡vámonos... vámonos!...

Ordener, sorprendido como él, examinaba atentamente al hombrecillo, que, vuelto de espaldas hácia la luz, parecia empeñado en ocultar su rostro.

—Benigno Spiagudry, dijo el pescador, es muy alto y flaco; le ví en Drontheim, en el Spladgest. Solo ofrecen cuatro escudos por su cabeza.

El cazador soltó una carcajada.

—Cuatro escudos! No seré yo el que le cace. Más cara se paga la piel de una zorra azul.

Esta comparacion, que en otras circunstancias hubiera parecido muy necia al sábio conserje, le tranquilizó entonces. Iba á pedir á Ordener, sin embargo, volver á emprender el camino, cuando éste, sabiendo ya lo que deseaba saber, se anticipó á los deseos de Spiagudry, saliendo del grupo, que comenzaba ya á deshacerse.

Aunque antes tenian intencion de pasar allí la noche, salieron ambos del pueblo, como movidos por un convenio tácito, sin comunicarse siquiera el motivo de la precipitada partida: el de Ordener era la esperanza de encontrar pronto al bandido, y el de Spiagudry el deseo de alejarse cuanto antes de los arqueros.

Ordener era un espíritu demasiado grave para chancearse con la desventura de su compañero de viaje, y con voz afectuosa rompió el silencio, preguntándole:

—¿Recordais, anciano, el nombre de las ruinas donde mañana se ha de encontrar Han de Islandia, segun nos dijo aquel hombrecillo que parecia saberlo?

—Lo ignoro; no le oí bien, señor, respondió Spiagudry, que, en efecto, no mentia.

—Será preciso, pues, que nos resignemos á no encontrarle hasta pasado mañana en la gruta de Walderhog.

—La gruta de Walderhog! esa es la guarida predilecta de Han de Islandia.

—Pues encaminémonos á ella, dijo Ordener.

—Tomemos hácia la izquierda, y en menos de dos dias llegaremos á la caverna de Walderhog.

—¿Sabeis quién es aquel hombre singular que dijo que os conocia?

Esta pregunta volvió á despertar en Spiagudry los temores, que empezaban ya á debilitarse á medida que se alejaban de la aldea.

—Sabe Dios que no le conozco, respondió con voz trémula. Pero tiene una voz muy singular.

Ordener procuró tranquilizarle.

—Nada temais, anciano; servidme bien y no os faltará mi proteccion. Si venzo á Han de Islandia, os prometo no solo alcanzar vuestro perdon, sino tambien entregaros dos mil escudos reales que ofrece la justicia.

El pobre Benigno apreciaba en mucho la vida, pero no apreciaba menos el dinero. Las palabras de Ordener fueron para él palabras mágicas; no solo desvanecieron su terror, sino que despertaron en él la jovialidad ridícula que se desprendia de sus largos discursos, de sus raras gesticulaciones y de sus doctas citas.

—Noble señor, le dijo, aunque tuviese que sostener una controversia con Over-

Bilsenth, alias el *hablador*, sostendria que sois un jóven digno y apreciable. ¿Qué cosa más digna, en efecto, ni más gloriosa que exponer noblemente la vida por libertar á la patria de un bandido, de un demonio, en el que todos los mónstruos, los bandidos y los demonios parece que se hayan reunido? Y esto sin que sórdido interés os guie: el noble señor Ordener abandona la recompensa del combate á su compañero de viaje, al viejo conserje que le ha de conducir á una milla de la gruta de Walderhog; porque ¿no es verdad, noble señor, que me permitireis que espere el resultado de vuestra ilustre empresa en la aldea de Surb, situada á una milla de la gruta? Cuando se sepa vuestra brillante victoria, la Noruega entera sentirá un orgullo semejante al de Veremundo el Proscripto, cuando desde la cumbre de este mismo peñasco de Oelme, que ahora estamos costeando, distinguió la hoguera que Hafdan habia encendido en señal de regocijo sobre el castillo de Munckholm!...

Al oir este nombre le interrumpió Ordener, preguntándole:

—¿Desde lo alto de estas peñas se distingue el castillo de Munckholm?

—Sí señor; á distancia de doce millas al Sur, entre las montañas que llamaban nuestros padres los Trastos de Frigga. A esta hora se distingue perfectamente el faro de la torre.

—¿Debe haber algun sendero que conduzca á la cumbre de estas rocas? preguntó Ordener, deseando ver al menos por última vez el sitio en donde se encerraba su felicidad.

—Sí; hay un sendero que empieza en el bosque en que vamos á entrar y se levanta con suave pendiente hasta la altura de las rocas, sobre las que se continúa la ascension por escalones labrados en las peñas por los compañeros de Veremundo el Proscripto, en cuyo castillo desemboca. Podreis ver sus ruinas á la luz de la luna.

—Pues indicadme el sendero, y en esas ruinas pasaremos la noche, en las ruinas desde las que se vé el castillo de Munckholm.

—Eso quereis?... Tan fatigados que estamos de la marcha...

—Yo os ayudaré á subir, anciano; en la vida estuve menos cansado.

—Pero, señor, ¿y las zarzas que obstruyen ese sendero, abandonado ya hace tantos años, y las piedras desprendidas; y la noche?...

—Yo marcharé delante.

—¿Y si encontramos algun animal dañino, algun mónstruo?....

—No he emprendido este viaje para huir de los mónstruos.

La idea de detenerse tan cerca de Oelme desagradaba á Spiagudry; la de ver el faro de Munckholm y acaso la luz de las ventanas de Ethel, encantaba y arrastraba á Ordener.

—Noble señor, dijo el conserje, renunciad á ese proyecto; tengo el presentimiento de que nos será fatal.

—Vamos, contestó Ordener impaciente, y no olvideis que os habeis comprometido á servirme bien. Quiero que me indiqueis ese sendero; dónde está?

—Vamos á llegar á él al instante, contestó Spiagudry, que se vió obligado á obedecer.

Poco tardaron en llegar al sendero indicado; entraron en él y Spiagudry observó con asombro y sobresalto que las altas yerbas estaban tendidas y rotas, y que el antiguo sendero de Veremundo el Proscripto parecia haber sido hollado recientemente.

## XX.

ENRIQUE.— Aquí
á vuestro servicio estoy.
LEONARDO.—Una buena nueva os doy,
que os llama el rey.
ENRIQUE.— Cómo así?
(LOPE DE VEGA.—*La fuerza lastimosa.*)

Ante papeles esparcidos sobre la mesa, entre los que se ven cartas recien abiertas, el general Levin de Kund medita. Un secretario, de pié junto á él, espera sus órdenes. El general, ya dá golpes con las espuelas sobre la rica alfombra que se extiende á sus piés, ya juega distraido con la condecoracion del Elefante, que lleva pendiente del cuello con el collar de la órden. De vez en cuando abre la boca para hablar y luego se para y se pasa la mano por la frente y echa una ojeada sobre los despachos abiertos que cubren la mesa.

—Diablura semejante! exclamó por fin.

Siguió un momento de silencio á esta concluyente exclamacion.

—¿Quién habia de imaginarse, prosiguió diciendo, que esos endiablados mineros llegarian á tal extremo? Es indudable que secretas instigaciones los han impelido á la rebelion.—¿Sabeis, Wapherney, que es grave este asunto? Quinientos ó seiscientos canallas de las islas Fa-roër, á las órdenes de un antiguo bandido llamado Jonás, han desertado

de las minas. Un jóven fanático, que se llama Norbith, se ha puesto al frente de los descontentos de Guldbranshal; en Sumd-Moer, en Hubfallo y en Kongsberg, esos cabecillas que esperaban la señal, acaso se hayan sublevado ya. Tambien los montañeses toman parte en esta rebelion, y uno de los más atrevidos zorros de Kole, el viejo Kennybol, se ha proclamado su jefe. Además, es voz general en todo el Norte del Drontheimnus, y así lo aseguran los síndicos que me escriben, que el famoso bandido, el formidable Han, cuya cabeza hemos puesto á precio, manda en jefe la insurreccion. Existe en este deplorable asunto una circunstancia que no me explico, y es que el prisionero Schumacker sea el autor de la rebelion. Esto, que no admira á nadie, es lo que á mí me admira más. Difícil me parece que un hombre, cuyo trato complace tanto á Ordener, sea un traidor; y sin embargo, se asegura que los mineros se han sublevado en nombre de Schumacker: su nombre es su grito de órden y su bandera, y le dan los títulos de los que el rey le privó.—Pero ¿cómo es que la condesa de Ahlefeld conocia ya estos detalles hace seis dias, cuando aun no se manifestaban los síntomas reales de la insurreccion en las minas? Es necesario fijarse en todo. Venga mi sello, Wapherney.

El general escribió tres cartas, las selló y se las entregó al secretario.

—Que entreguen estos pliegos al baron Vethaun, coronel de los arcabuceros que están actualmente de guarnicion en Munckholm, para que su regimiento se dirija á marchas forzadas contra los rebeldes.

Orden para el comandante de Munckholm para que se vigile más que nunca al ex-canciller. Será preciso que yo vea é interrogue á Schumacker. Que envien esta otra órden á Skongen para el mayor Wolhm, que manda en dicha plaza, para que dirija una parte de las tropas que la guarnecen al foco de la insurreccion. Id, Wapherney, y que se ejecuten inmediatamente estas órdenes.

El secretario salió, dejando al gobernador embebido en sus reflexiones.

—El asunto es más sério de lo que parece á primera vista. Allí los mineros insurrectos, aquí la intrigante esposa del canciller, y el loco de Ordener... ¿dónde está? Quizás viaje por donde están esos bandidos, dejando aquí, bajo mi proteccion, á Schumacker, que conspira contra la seguridad del Estado, y á su hija, por cuya seguridad alejé del castillo á la compañía en que está Federico Ahlefeld, acusado por Ordener.—Pero ahora pienso que esa compañía podria contener las primeras columnas de los insurgentes: su posicion es á propósito para conseguirlo. Walhstrom, donde ésta está de guarnicion, se halla junto al lago Smiasen y de las ruinas de Arbar. Es uno de los puntos por donde indudablemente se extenderá la rebelion...

Interrumpió los cálculos del general, en este momento, el ruido de la puerta que se abria.

—Qué ocurre, Gustavo?

—Mi general, un mensajero desea hablar á vuecencia.

—Qué será? Algun desastre?... Que entre el mensajero.

El mensajero apareció y entregó unos pliegos al general Levin.

—Señor, le dijo, son de parte de su serenidad el virey.

El gobernador abrió los despachos precipitadamente.

—Por San Jorje! exclamó con un movimiento de sorpresa, todos están locos!... ¡Pues no quiere el virey que vaya á reunirme con él en Berghen! Dice que es para un negocio urgente y por órden del rey. ¡Buen momento ha elegido para tratar de un negocio urgente!—"El gran canciller, que visita actualmente el Drontheimnus, suplirá vuestra ausencia...„ Suplente del que yo no me fio...—"El obispo le aconsejerá...„ ¡Verdaderamente elige Federico buen par de gobernadores para un pais en el que se enciende la rebelion! ¡Un canciller y un obispo!... —Sin embargo, ya que el rey lo manda, no hay más remedio que obedecer.—Antes de ponerme en camino quiero ver á Schumacker é interrogarle. Conozco que tratan de hundirme en un mar de intrigas, pero yo tengo para navegar una brújula que no me engaña jamás, la conciencia.

## XXI.

Parece que todo adquiera una voz para acusarle de su crímen.
(CAIN.—*Tragedia.*)

Sí, señor conde, hoy mismo podemos encontrarle en las ruinas de Arbar. Muchas circunstancias me hacen dar crédito á esa preciosa noticia que ayer tarde adquirí por casualidad en la aldea de Oelme.

—Estamos lejos de esas ruinas?

—El guia me aseguró que estaremos

allí antes del medio dia; debe ser cerca del lago de Smiasen.

Así conversaban dos personajes á caballo, y envueltos en capas oscuras, que muy de madrugada seguian una de las muchas veredas estrechas y sinuosas que cruzan en todos sentidos el bosque situado entre los lagos de Smiasen y de Sparbo. Un guia montañés, provisto de su bocina y armado con su hacha, les precedia montado en un jamelgo, y detrás de ellos marchaban cuatro ginetes armados hasta los dientes, hácia los que volvian la cabeza los dos personajes, como si temiesen ser oidos.

—Si el bandido islandés se encuentra en las ruinas de Arbar, decia uno de los personajes que seguia respetuosamente algo detrás del otro, hemos hecho la gran jugada, porque lo más difícil es encontrar á ese sér invisible.

—Lo creo, Musdæmon; pero, ¿y si desecha nuestras ofertas?

—Imposible, señor, imposible! ¿Qué bandido resiste al oro y á la impunidad?

—Ya sabeis que ese bandido no es un malvado vulgar. No le juzgueis por vos mismo: si no admitiera, ¿cómo cumpliríais la promesa que hicísteis la noche pasada á los tres jefes de la insurreccion?

—En ese caso, noble conde, en ese caso, que tengo por imposible, si no seducimos al verdadero Han, ¿ha olvidado vuestra gracia que un falso Han de Islandia me espera dentro de dos dias, á cierta hora, en el punto donde he citado á los tres jefes? En la Estrella Azul, sitio por cierto muy inmediato á las ruinas de Arbar.

—Siempre teneis razon, mi querido Musdæmon, le contestó el conde; y uno y otro volvieron á concentrarse en el círculo particular de sus reflexiones.

Musdæmon, que tenia interés, como buen favorito, en sostener el buen humor de su señor, hizo una pregunta al guia, con el objeto de distraerle.

—Buen hombre, ¿qué es esa especie de cruz medio destruida que se distingue allá arriba, detrás de aquellas encinas?

El guia, hombre de miradas fijas y de rostro estúpido, volvió la cabeza y la meneó varias veces, diciendo:

—Oh! ese es el patíbulo más antiguo de Noruega; el santo rey Olao lo hizo construir para un juez que hizo pacto con un bandido.

—Musdæmon vió en el rostro del conde expresion muy contraria á la que esperaba al oir las sencillas palabras del guia.

—Vaya, prosiguió éste; es una aventura muy curiosa; la abuela Osías me la contó. El bandido fué el encargado de ahorcar al juez.

El inocente guia no se apercibió de que la aventura con que queria entretener á sus viajeros era casi un ultraje para ellos.

Musdæmon le interrumpió:

—Basta, basta; ya conocemos esa aventura.

—Insolente! murmuró el conde para sí. ¡Ah, Musdæmon, ya me las pagarás todas juntas!

—Me pareció que hablaba su gracia? dijo Musdæmon con aire obsequioso.

—He pensado en los medios para conseguiros el órden de Dannebrog, y creo que el casamiento de mi hija Ulrica con el hijo del virey será una excelente coyuntura...

Musdæmon hizo mil protestas de celo y de gratitud.

—Pero hablemos de nuestros asuntos. ¿Creeis que haya llegado al general Levin la órden del llamamiento momentáneo?

—Creo, señor conde, que el mensajero del virey debe encontrarse ya en Drontheim, y por consiguiente, el general debe ponerse en camino en seguida.

—Esa disposicion, amigo mio, dijo el conde con voz afectuosa, es uno de vuestros golpes magistrales, una de las intrigas mejor concebidas y más hábilmente ejecutadas.

—El provecho que de ella resulte pertenece á vuestra gracia como á mí, replicó Musdæmon, que cuidaba siempre, como ya se ha dicho, de mezclar al conde en todas sus maquinaciones.

Conocia el conde el pensamiento secreto de su confidente, pero aparentaba ignorarlo.

—Sois siempre modesto, mi querido secretario íntimo, pero yo no desconozco vuestros eminentes servicios. La presencia de Elfega y la ausencia del general Levin aseguran mi triunfo en Drontheim. Soy el jefe de la provincia, y si Han de Islandia acepta el mando de los rebeldes, que yo mismo quiero ofrecerle, sobre mí redundará á los ojos del rey la gloria de apaciguar tan peligrosa insurreccion y de coger preso al formidable bandido.

Así hablaban en voz baja, cuando el guia, volviendo la cara hácia ellos, les dijo:

—Hé aquí á la izquierda, señores, el montículo sobre el que Biordo el Justo

hizo decapitar, presenciándolo su ejército, á Vellon el de la lengua doble, que fué un traidor, que separó de la corte á los verdaderos defensores del rey y atrajo á los enemigos al campamento, para aparentar que él habia salvado la vida á Biordo...

Estas tradiciones de la antigua Noruega no debian ser gratas para Musdæmon, porque interrumpió bruscamente al guia, diciéndole:

—Ea, basta de charla y continuemos el camino sin volver la cara atrás. ¿Qué nos importan esas necias tradiciones?... Esos cuentos de viejas molestan á mi noble señor.

## XXII.

Esta es la hora de la noche en que, entreabiertas todas las tumbas, dá cada una salida á su espectro, que vá á vagar por las sendas de los cementerios.
(SHAKESPEARE.)

Dejamos á Ordener y á Spiagudry, á la luz de la luna, trepando con bastante dificultad por la pendiente peñascosa de Oelme. La llamaban los aldeanos noruegos el Cuello del Buitre, denominacion que expresa con bastante exactitud la figura que presenta desde lejos aquella enorme mole de granito.

A medida que ascendian nuestros viajeros á la parte calva de las rocas, los árboles se convertian en matorrales, el musgo en yerba, y las encinas y los abedules en agavanzos, retamas y acebos; degradacion sucesiva en la vejetacion que, sobre las altas montañas, indica siempre la proximidad á la cumbre, anunciando el adelgazamiento gradual de la capa de la tierra de que está revestida la que pudiéramos llamar armazon del monte.

—Sr. Ordener, decia Spiagudry, cuyo espíritu móvil era arrastrado por un torbellino de ideas diversas; esta cuesta es muy fatigosa, y para seguiros es preciso poseer todo el cariño y el entusiasmo que os profeso. Pero me parece que veo á la derecha un magnífico *convolvulus*, y quisiera examinarle. ¡Ah, si fuese de dia!...—¿Sabeis que es medida impertinente é injusta valuar á un sábio como yo en cuatro miserables escudos? Verdad es que el famoso Fedro era esclavo y que Esopo, si hemos de creer al docto Planudio, fué vendido en una féria como un animal cualquiera. ¿Y quién no se enorgullecerá de tener alguna semejanza con el gran Esopo?

—Y con el célebre Han? preguntó Ordener sonriendo.

—Por San Hospicio bendito! replicó el conserje; no compareis. Os juro, señor, que no quiero parecerme en nada á semejante mónstruo; aunque no seria cosa extraña que el valor metálico de su cabeza viniese á parar á manos de Benigno Spiagudry, su compañero de infortunio. Vuestra gracia, Sr. Ordener, es más noble que Jasón, que no dió el vellocino de oro al piloto de Argos; y eso que vuestra empresa, cuyo objeto no adivino, no es menos peligrosa que la de Jasón.

—Ya que conoceis á Han de Islandia, dadme algunos detalles acerca de su persona. Ya me dijísteis que no es un gigante, como cree el vulgo.

—Silencio, señor! dijo Spiagudry. ¿No oís ruido de pasos detrás de nosotros?

—Sí, respondió tranquilamente el jóven. Pero no os alarmeis; será alguna fiera que se asusta de vernos y que huye por entre los jarales.

—Eso debe ser, porque hace mucho tiempo que estos bosques no han visto séres humanos. Si hemos de juzgar por el rumor de las pisadas, el animal debe ser grande; será un alce ó un rengífero; en esta parte de la Noruega abundan, lo mismo que los gatos monteses. Uno ví entre otros que llevaron á Copenhague de un tamaño monstruoso. Voy á describiros ese feroz animal.

—Preferiria, mi querido guia, le dijo Ordener, que me describiéseis á otro mónstruo no menos feroz, al bandido Han de Islandia.

—Bajad por Dios la voz!... ¡pronunciad ese nombre en voz baja!... Cielos! Escuchad!

Diciendo esas palabras Spiagudry acercóse á Ordener, que acababa de oir con claridad un grito semejante á la especie de rugido que debe recordar el lector que aterró al tímido conserje la noche tempestuosa que salieron de Drontheim.

—Habeis oido? murmuró éste respirando apenas.

—Sí; he oido, pero no sé por qué temblais de ese modo. Es ó el bramido de una fiera, ó el grito de uno de esos gatos monteses de que antes me hablábais. ¿Creíais atravesar á estas horas estos sitios sin que nada nos advirtiera la presencia de los huéspedes á quienes molestamos? Os aseguro, Spiagudry, que tienen ellos más miedo que nosotros.

Viendo el conserje la calma de su compañero, empezó á tranquilizarse.

—Es posible, señor, que tengais razon. Pero ese grito de fiera se parece horri-

blemente á una voz... Ha sido un pensamiento diabólico, permitidme que os lo diga, querer subir al castillo de Veremundo el Proscripto. Temo que nos suceda alguna desgracia en el Cuello del Buitre.

—Nada temais mientras esteis conmigo.

—Vuestra gracia de nada se asusta; pero, señor, solo el bienaventurado San Pablo puede coger las víboras sin herirse. Ni siquiera reparásteis, cuando entramos en este maldito sendero, que parecia hollado poco antes, y que las yerbas aun no habian tenido tiempo para enderezarse desde que pasó alguno sobre ellas.

—Todo eso me es indiferente. Pero ya vamos á salir de los matorrales y no oiremos ya pasos ni gritos de fieras; no os diré que reunais todo vuestro valor, pero sí que concentreis todas vuestras fuerzas, porque la cuesta que vamos á subir, tallada en la roca, será más penosa que esta.

—No creais, señor, que sea más escarpada; pero el sábio Suckson refiere que en muchas partes está obstruida por pedazos de roca que no se pueden remover ni son fáciles de salvar. Hay, entre otros, un poco mas allá de la poterna de Malaer, á la que nos vamos acercando, un enorme bloc triangular de granito que siempre he deseado ver. Schenning afirma haber encontrado en él los tres caractéres rúnicos primitivos.

Hacia ya algun tiempo que nuestros viajeros trepaban por la roca viva, cuando llegaron á una torrecilla derruida, á través de la que era preciso pasar, y que Spiagudry hizo notar á Ordener.

—Esta es la poterna de Malaer, señor. Este camino abierto en las rocas ofrece otras construcciones curiosas que indican cuáles eran las antiguas fortificaciones de nuestras fortalezas noruegas. Esta poterna, que siempre estaba defendida por cuatro hombres de armas, era el primer puesto avanzado del castillo de Veremundo. Y, á propósito de puerta ó poterna: el monje Urensio hace una singular observacion; la palabra *janua,* que se deriva de *Janus,* cuyo templo tenia puertas tan célebres, ¿no habrá engendrado la palabra *janissaire,* guardia de la puerta del sultan? No dejaria de ser chocante que el nombre del príncipe más apacible de la historia hubiera pasado á los soldados más feroces de la tierra.

A través de la científica erudicion del conserje subian nuestros viajeros con no poco trabajo, pasando sobre piedras movedizas y cortantes guijarros. Ordener no pensaba en lo fatigoso de su ascension, fijo en la placentera idea de ver desde lejos las torres de Munckholm, cuando Spiagudry exclamó de repente:

—Ah, ya la veo, señor, ya la veo! Ya no me acuerdo del cansancio.

—Qué veis? preguntó Ordener, que en este instante pensaba en Ethel.

—La pirámide triangular que menciona Schenning. Despues de él y del obispo Isleif, seré el tercer sábio que ha tenido la dicha de examinarla. ¡Lástima es que solo pueda contemplarla á la luz de la luna!

Al acercarse al famoso bloc, Spiagudry lanzó un grito de dolor y de espanto á la vez. Sorprendido Ordener, quiso enterarse de la causa de su agitacion, pero el conserje arqueólogo permaneció largo rato sin poderle responder.

—Creíais, le dijo Ordener, que este bloc obstruiria el camino; pues ved cómo nos lo deja perfectamente expedito.

—Pues eso es lo que me desespera! exclamó Benigno con doliente voz.

—Por qué?

—¿Pues no veis, señor, que esta pirámide ha sido arrancada de su sitio; que la base que gravitaba sobre el sendero está ahora expuesta al aire, y el cuerpo de la columna está apoyado en el suelo, sobre el mismo lado en el que Schenning coloca los tres caractéres rúnicos primordiales? Qué desgraciado soy!

—Efectivamente es una desgracia, contestó Ordener sonriendo.

—Agréguese á esto, añadió azorado Spiagudry, que el trastorno de esta mole prueba la presencia en este sitio de algun sér sobrenatural. Como no la haya echado al suelo el diablo, no hay en la tierra más que un solo hombre que pueda...

—Dejad á un lado, amigo mio, esos terrores pánicos. Quizás esa mole esté así ya más de un siglo.

—Verdaderamente, hace ya ciento cincuenta años que la estudió el último observador, dijo el conserje con voz más tranquila. Pero me parece que la han derribado hace poco; el sitio que ocupaba todavía está húmedo... Ved, señor.

Ordener, impaciente por llegar pronto á las ruinas, arrancó á su guia de la pirámide maravillosa, y consiguió con prudentes frases disipar los nuevos temores que habia inspirado al sábio.

—Escuchad, anciano; cuando recibais los mil escudos reales que os producirá

la cabeza de Han, podreis estableceros en las orillas de este lago y entregaros cómodamente á vuestros estudios favoritos.

—Razon teneis, noble señor; pero no hableis con tanta facilidad de una victoria que es muy dudosa todavía. Os daré un consejo para que os sea más fácil apoderaros del mónstruo.

—Qué consejo?

—El bandido, dijo Spiagudry en voz baja, lleva en el cinto un cráneo, en el que acostumbra á beber. Es el cráneo de su hijo, cuyo cadáver él profanó, y por el que yo soy perseguido.

—Levantad la voz y no temais... apenas os oigo...

—Pues bien; debeis procurar apoderaros de ese cráneo. Al mónstruo le inspira no sé qué ideas supersticiosas; de modo que cuando esté en vuestro poder el cráneo de su hijo, hareis todo lo que querais del bandido.

—¿Mas cómo he de apoderarme de ese cráneo?

—Por medio de la astucia, durante el sueño del mónstruo, por ejemplo.

Ordener le interrumpió:

—Basta: vuestro consejo no puede servirme, porque yo no debo saber si un enemigo duerme. Yo solo sé valerme de la espada.

—No está probado todavía, señor, que el arcángel San Miguel no usara de la astucia para derribar á Satán.

Spiagudry se detuvo de repente y extendió las dos manos hácia adelante, exclamando con voz apagada:

—Oh, cielos! ¿qué es lo que veo allá abajo? Mirad, ¿no veis allá un hombrecillo que camina por el mismo sendero que nosotros?

—A fé mia, contestó Ordener, que nada veo.

—Nada, señor?... El sendero dá la vuelta, y el hombrecillo ha desaparecido detrás de las rocas... pero no pasemos adelante, señor.

—Pues si ese personaje, que soñais haber visto, desapareció en seguida, no intenta esperarnos, y si huye, no es eso una razon para que huyamos nosotros.

—¡Protéjanos el bienaventurado San Hospicio! dijo Spiagudry, que en todo trance peligroso se acordaba de su patrono.

—Habreis tomado la sombra movible de algun mochuelo espantado por un hombre.

—No me cabe duda que he visto un hombrecillo... aunque tambien es verdad que la luz de la luna produce con frecuencia ilusiones singulares.

Iban ya á alcanzar la cumbre del Cuello de Buitre nuestros dos viajeros, y ya distinguian las ruinas que mientras subian les habia ocultado la curvatura de las rocas.

Cualquiera que haya recorrido muchas montañas en Europa habrá encontrado con frecuencia restos de castillos y de fortalezas suspendidos en las crestas de los más altos picos, como antiguos nidos de buitres ó de águilas que murieron.

En Noruega, sobre todo, en el siglo de los acontecimientos de esta obra, esta especie de construcciones aéreas asombraban, no solo por su variedad, sino tambien por su número. Ya se veian murallas desmanteladas, girando á manera de cintura alrededor de los peñascos; ya leves y agudas torrecillas, alzadas en la punta de una roca, como una corona; ó bien sobre la cabeza blanca de una alta montaña, anchas torres, agrupadas alrededor de un castillejo, presentando á lo lejos el aspecto de una antigua tiara. Veíanse, junto á las ligeras bóvedas ogivas de un claustro gótico, los enormes pilares egipcios de una iglesia sajona; junto á la ciudadela de cuadradas torres de un jefe pagano, el almenado castillo de un paladin cristiano; al lado de una fortaleza arruinada por el tiempo, un monasterio destruido por la guerra. Todos esos edificios, mezcla de arquitecturas singulares y casi ignoradas hoy, construidos temerariamente en sitios inaccesibles en apariencia, solo han dejado las ruinas, para atestiguar á la vez el poder y la nada del hombre.

Quizás hayan pasado en sus recintos acontecimientos más dignos de referirse que todo lo que se relata en la historia; pero los acontecimienios pasan, los ojos que los vieron se cierran; el tiempo extingue las tradiciones, y despues, ¿quién se aventura á penetrar el secreto de los siglos?

En este momento nuestros dos viajeros llegaron al castillo de Veremundo, al que atribuia la supersticion lances increibles y aventuras maravillosas. En sus murallas de guijarros, amasados con un cimiento más duro que la piedra, se conocia perfectamente que dicho castillo fué construido en el quinto ó sexto siglo. De sus cinco torres solo una permanecia en pié, casi intacta; las otras cuatro, más ó menos destruidas, apenas indicaban los antiguos límites del recinto de la for-

taleza. Era difícil penetrar en el interior, cuyas entradas obstruian piedras, pedazos de rocas y arbustos de todas clases, que, rastreando de ruina en ruina, coronaban con sus ramas las murallas destrozadas, ó dejaban caer hasta el fondo del precipicio sus largos y flexibles brazos.

En dichas trenzas de ramas suponia la supersticion que iban á mecerse, á la luz de la luna, las azuladas almas y los espíritus culpables de los que por su voluntad se habian ahogado en el lago Sparbo; y en ellas, el duende del lago prendia tambien la neblina, en la que, al salir el sol, bajaba envuelto al fondo del agua. Misterios espantosos que más de una vez presenciaron intrépidos pescadores, que, aprovechándose del sueño de los perros de mar, osaban de noche atracar sus barcas debajo de los peñascos de Oelme.

Salvaron, despues de mucho trabajo, la muralla del castillo nuestros dos viajeros por una brecha, pues la antigua puerta estaba obstruida por las ruinas. La única torre, que dijimos que permanecia en pié, estaba situada al otro extremo. Desde ella, segun dijo Spiagudry á Ordener, es de donde se distinguia el fanal de Munckholm. Dirigiéronse, pues, á ella, aunque era completa la oscuridad en aquel momento, por haber ocultado la luna un espeso nubarron. Iban á penetrar por la brecha de otra muralla, para llegar á lo que en otro tiempo fué segundo patio del castillo, cuando Benigno se paró de repente y asió á Ordener por el brazo con mano tan trémula, que se conocia que se comunicaba por ella todo el temblor que agitaba su cuerpo.

—Qué es eso? le preguntó Ordener sobresaltado.

Spiagudry apretó todavía más el brazo del jóven, pero sin contestarle.

—Pero qué es?

Otra presion, á la que acompañaba un suspiro ahogado, decidió á Ordener á esperar con paciencia á que pasara aquel terror á su compañero.

Al fin Spiagudry exclamó con voz doliente:

—Conque, qué decís, señor?...

—De qué?

—De haberos arrepentido de subir al castillo.

—Pues aun espero subir más alto; ¿porqué me habia de arrepentir?

—Hablais de veras? ¿Conque no habeis visto?...

—No sé lo que decís.

—Conque no habeis visto? repitió aterrado el conserje.

—Ya he dicho que no, respondió Ordener con impaciencia; ni he oido más que vuestros dientes, que el miedo hacia rechinar.

—¿No habeis visto allá en la pared, en la sombra... dos ojos que echaban llamas y que nos miraban fijamente?

—No ví lo que decís.

—¿No los vísteis pasar, subir, bajar y desaparecer entre las ruinas?

—Repito que no.

—¿Y no sabeis, señor Ordener, que en toda la Noruega solo existe un hombre cuyos ojos reluzcan así en la oscuridad?

—Y eso qué me importa? ¿Quién es ese hombre que tiene ojos de gato? ¿Es Han de Islandia? Tanto mejor si está aquí... Eso nos ahorraria el ir á buscarle á Walderhog.

Ese *tanto mejor* de Ordener agradó poco á Spiagudry, el que no fué dueño de ocultar su secreto pensamiento é hizo esta exclamacion involuntaria:

—Ah, señor! me prometísteis que me quedaria en la aldea de Surb, á una milla del sitio del combate...

—Teneis razon, anciano, le contestó Ordener sonriendo: seria una injusticia que participárais de mis peligros; no temais y dejad de ver en todas partes á Han de Islandia; puede muy bien que hayais visto los ojos de algun gato montés, que sean tan brillantes como los del bandido.

Spiagudry volvió á tranquilizarse, ya porque le pareció muy natural la explicacion que le daba el jóven, ya porque la serenidad de su compañero le contagiara.

—A no ser por vos ya me hubiera muerto de miedo diez veces al trepar por estas peñas; verdad es que yo solo no lo hubiera intentado.

Volvió á brillar la luna, dejándoles ver la entrada de la torre que permanecia en pié, á cuya puerta acababan de llegar. Penetraron en ella, levantando antes una pesada cortina de yedra que hizo llover sobre ellos sapos dormidos y nidos de aves nocturnas. Echó lumbre el conserje con dos pedernales que hizo chocar, dejando caer las chispas sobre un monton de hojas y retamas secas que habia reunido Ordener. Al cabo de pocos instantes alzóse una llama clara, que, disipando las tinieblas que les envolvian, les permitió observar el interior de la torre.

Solo quedaba de ella la muralla circular, que era sumamente gruesa, y estaba revestida de yedra y de musgo; los techos de los cuatro pisos se habian derrumbado, cayendo al piso bajo, donde formaban un monton enorme de escombros. Una escalera estrecha y sin pasamano, rota en muchas partes, giraba en espiral sobre la superficie interior de la muralla, en cuya cima desembocaba. Al chisporrotear de las llamas, una nube de lechuzas y de zumayas huyeron, volando con pesado vuelo, lanzando gritos de asombro, y enormes murciélagos acudian de cuando en cuando á lamer las llamas con las puntas de sus alas.

—Estos huéspedes no nos reciben con jovialidad, dijo Ordener, mas no por eso volvais á asustaros.

—Nada de eso, contestó Spiagudry, sentándose junto al fuego. No temo, señor, á los buhos ni á los murciélagos. Vivia yo entre cadáveres y no temia á los vampiros. Solo temo á los vivos. Si quereis, señor, podemos cenar aquí.

Ordener solo pensaba en Munckholm.

—Aquí tengo algunas provisiones, prosiguió diciendo el conserje, sacando su morral; pero pronto haremos desaparecer este queso y este pan duro, si vuestro apetito iguala al mio. Debe haber en la cima de esta torre nidos de faisanes, pero no nos atreveremos á subir por esa escalera que se balancea y que podrá sostener el peso de un silfo, pero no el de dos hombres.

—Yo no soy silfo y, sin embargo, tendrá que sostenerme, porque quiero subir á lo alto de la torre, contestó Ordener.

—Por coger nidos, señor? Eso no vale la pena de que cometais esa imprudencia. Tenga además presente vuestra gracia que podria equivocarse y coger un nido de lechuzas.

—Nada me importan los nidos... ¿no me dijísteis que desde lo alto de la torre se vé el castillo de Munckholm?

—Sí señor; se vé hácia el Sur. Conozco que el deseo de fijar ese punto importante para la ciencia geográfica fué el motivo de nuestro penoso viaje á este castillo; pero reflexionad que el deber de un sábio celoso es arrostrar el cansancio, pero no el peligro. ¡Por Dios, no os aventureis á subir por esa maldita escalera!

No tenia Benigno los mayores deseos de quedarse solo en la torre. Al levantarse para dar la mano á Ordener, cayó sobre las piedras el morral, que tenia encima de las rodillas, expidiendo un sonido metálico.

—Qué es lo que suena en ese morral? preguntó Ordener.

Esa pregunta, sobre punto tan delicado para Spiagudry, le quitó el deseo de detener á su intrépido compañero.

—Puesto que á pesar de mis súplicas os obstinais en subir á lo alto de la torre, vamos, dijo el conserje sin responder á la pregunta del jóven; tened cuidado con las grietas de la escalera.

—Pero, repitió Ordener, ¿qué hay en ese morral que dá sonido metálico?

—¿Por qué se ocupa un noble señor de si resuena ó no contra las piedras una miserable vacía de hierro?—Ya que no puedo convenceros—se apresuró á añadir—no tardeis mucho en bajar y asíos bien de la yedra que cubre las paredes. Vereis el fanal de Munckholm entre los dos Trastos-de-Frigga, al Mediodía.

Spiagudry no pudo decir nada tan oportuno para que Ordener olvidase el sonido metálico del morral. Quitóse éste la capa y se aventuró á ascender por la peligrosa escalera, sobre la que le siguió con la vista el conserje, hasta que le vió deslizarse, como una sombra vaga, en lo alto de la muralla, alumbrada apenas en su remate por el agitado reflejo de la hoguera y el inmóvil resplandor de la luna.

Entonces, sentándose otra vez el conserje y poniéndose el morral entre piernas, se dijo:

—Querido Benigno Spiagudry, ahora que no te vé ese jóven lince y que estás solo, apresúrate á romper el incómodo envoltorio de hierro que te impide tomar posesion, *oculis et manu*, del tesoro que sin duda encierra este cofrecillo. Desembarazándole del hierro pesará menos y lo ocultaré con más facilidad.

Con la ayuda de una piedra grande se preparaba á romper la cubierta del cofrecillo, cuando cayó un rayo de luz sobre el sello de hierro que la cerraba y paró de repente el conserje-anticuario.

—Por San Villebrod el Numismático! no me engaña mi vista! exclamó frotando la cubierta tomada de moho: ¡estas son las armas de Griflenfeld! Iba á cometer una locura rompiendo este sello, que es acaso el único que queda del escudo famoso roto en 1676 por la mano del verdugo. No rompo esta voltura de hierro. Los objetos que puede encerrar nunca valdrán tanto como ella, á no ser que encierre, lo que es improbable, monedas de Palmira ó medallas cartaginesas. ¡Soy

propietario del escudo de armas inutilizado de Griflenfeld! Ocultemos este precioso tesoro. Quizás encuentre algun secreto para abrir el cofrecillo sin destrozarle... ¡Sí, son las armas de Griflenfeld! sí; la mano de la justicia, la balanza en campo de gules... Qué felicidad!

Cada descubrimiento heráldico que hacia frotando el sello enmohecido le hacia prorumpir en una alegre exclamacion.

—Con un disolvente abriré la cerraja, sin romper el sello. Aquí debe encerrarse el tesoro del gran ex-canciller. Si alguno, tentado por el cebo de los cuatro escudos sindicales, me reconoce y me prende, obtendré mi rescate fácilmente. Este bienaventurado cofrecillo me salvará.

Esto diciendo levantó los ojos maquinalmente. De repente su grotesca fisonomía pasó, en un abrir y cerrar de ojos, de la expresion de una loca alegría á la de un terror estúpido. Todos sus miembros se agitaron convulsivamente. Sus ojos quedaron fijos, su frente arrugada, su boca abierta y la voz se apagó en su garganta.

Frente á él, y al otro lado de la hoguera, un hombrecillo, de pié, estaba con los brazos cruzados. En sus vestidos de pieles ensangrentadas, en su hacha de piedra, en su barba roja y en su mirada feroz, fija sobre Spiagudry, reconoció éste al espantoso personaje que le visitó por última vez en el Spladgest de Drontheim.

—Yo soy, dijo el mónstruo con voz terrible. ¡Conque ese cofrecillo te salvará!... añadió con risa irónica... ¿Es este el camino de Thoctree?

El infeliz conserje probó á articular algunas palabras:

—Thoctree!... señor... allá iba...

—Ibas á Walderhog! respondió el otro con voz de trueno.

Petrificado Spiagudry, no pudo hablar; solo hizo un signo negativo.

—Me traes un enemigo! Gracias! habrá un vivo menos. ¡Nada temas, fiel guia, que él te seguirá!

El desdichado conserje quiso dar un grito, y solo pudo dejar escapar un murmullo vago y confuso.

—Por qué te aterra mi presencia? ¿No me buscabas? Oye y no grites, ó eres muerto.

El mónstruo agitó su hacha de piedra por encima de la cabeza del conserje y luego prosiguió, con voz que salia de su pecho como el ruido de un torrente sale de una caverna.

—Me has vendido!

—No, excelencia, no, alteza! dijo al fin Benigno, articulando con trabajo esas frases suplicantes.

El otro lanzó una especie de sordo rugido.

—Tratas de volverme á engañar! no lo esperes. Oye: estaba yo sobre el techo del Spladgest cuando sellaste tu pacto con ese insensato: oiste mi voz dos veces. En el camino, en medio de la tempestad, me oiste tambien; yo soy el que en la torre de Vygla te dijo: *Hasta más ver!*—No queria que se me escapasen los soldados que te perseguian porque pertenecian al regimiento de Munckholm. Tú no te podias escapar. Yo soy el que viste en la aldea de Oelme con un gran sombrero; mis pasos y mi voz los oiste al subir á estas ruinas. Yo era, yo!

Arrojóse Spiagudry á los piés de su formidable juez, exclamando con un acento capaz de conmover á un corazon de piedra:

—Perdon!

El hombrecillo, con los brazos cruzados, fijaba en él una mirada llena de sangre, más ardiente que la llama de la hoguera.

—Pide tu salvacion á ese cofrecillo, de quien la esperas.

—Perdon, señor, perdon! repitió exánime el conserje.

—Te encargué que fueras fiel y mudo: no pudiste ser fiel, pero yo te juro que serás mudo en lo sucesivo.

El conserje, penetrando el horrible sentido de esas palabras, exhaló un largo gemido.

—No temas, le contestó el salvaje, no te separaré de tu tesoro.

Diciendo esto, desató su cinturon de cuero, lo pasó por el asa del cofrecillo, suspendiéndolo en el cuello de Spiagudry, que flaqueaba bajo el peso que sostenia.

—¡Sepamos ahora á qué diablo quieres encomendar tu alma! Dáte prisa en llamarle, antes de que otro demonio se apodere de tí.

El desesperado anciano, sin pronunciar palabra, cayó de rodillas delante del mónstruo, haciendo signos de espanto y de súplica.

—No, no, dijo el bandido; no te sepa mal dejar sin guia á tu compañero. Te prometo que irá donde vas tú. No haces más que enseñarle el camino. Ven!

Esto diciendo, asió al infeliz Spiagudry con sus brazos de hierro, llevándoselo fuera de la torre, como un tigre se

lleva una culebra; un momento despues se oyó en las ruinas un grito agudo, al que acompañó una espantosa carcajada.

## XXIII.

Pueden ver los ojos afligidos del amante el objeto de su idolatría lejano; ¿pero quién es capaz de hacer volver las escenas de esperanza, los adioses, los pensamientos, los recuerdos dulces y amargos y las ilusiones encantadoras de dos séres que se aman?
(MATURIN.—*Bertram.*)

El aventurero Ordener, despues de verse próximo á caer veinte veces durante la peligrosa ascension, llegó por fin á lo alto de la pared espesa y circular de la torre. A su repentina llegada, negros mochuelos centenarios, bruscamente sorprendidos en las ruinas, huyeron con vuelo oblícuo, volviendo hácia el jóven su mirada fija, y piedras movedizas, empujadas por sus piés, cayeron en el abismo, saltando sobre los puntos salientes de las peñas, produciendo lejanos y sordos ruidos.

En otras ocasiones, Ordener hubiera contemplado la profundidad del abismo extendido bajo sus plantas, aumentada por la profundidad de la noche. Su vista, observando en el horizonte grandes sombras, á las que la luna nebulosa blanqueaba apenas, hubiera tardado mucho tiempo en distinguir los vapores entre los peñascos y las montañas entre las nubes; su imaginacion hubiera animado todas las formas gigantescas, todas las apariencias fantásticas que dá la luz de la luna á los montes y á las nieblas. Hubiera escuchado de lejos el murmullo confuso del lago y de los bosques, confundido con el silbido agudo de las hojas secas, que el viento atormentaba á sus piés, contra las hendiduras de las rocas; y su espíritu hubiera dado lengua á todas esas bocas muertas, que abre la naturaleza material entre el sueño de los hombres y el silencio de la noche.

Aunque el espectáculo que contemplaba Ordener influia sobre todo su sér, otros pensamientos le ocupaban. Apenas puso el pié en lo alto de la muralla, dirigió la vista hácia el Sur, y sintió indecible alegría al ver, más allá del ángulo de las dos montañas, un punto luminoso radiar en el horizonte como una estrella colorada. Era el fanal de Munckholm.

Imposibilitados están de conocer las verdaderas alegrías de la vida los que no comprendan el placer que experimentó el jóven viajero. Su corazon latió febricitante, y apenas podia respirar. Inmóvil, tendia la vista, contemplando aquel astro de consuelo y de esperanza; parecíale que aquel rayo de luz, naciendo en el seno de la noche de la morada que encerraba su felicidad, le traia algo de su Ethel; porque no hay que dudarlo, á través de los tiempos y de los espacios, las almas tienen á veces misteriosas correspondencias, y en vano el mundo real levanta barreras entre dos séres que se aman; habitantes éstos de la vida ideal, se aparecen en la ausencia y se unen en la muerte. ¿De qué sirven las separaciones corporales, las distancias físicas, contra dos corazones ligados invenciblemente por un mismo pensamiento y por un deseo comun? El verdadero amor sufre, pero no muere.

¿Quién no se ha detenido cien veces, durante las noches de lluvia, al pié de alguna ventana, apenas alumbrada? ¿Quién no ha pasado y vuelto á pasar por delante de una puerta? ¿Quién no ha rondado con verdadera alegría alrededor de una casa? ¿Quién no ha vuelto atrás bruscamente de su camino, para seguir de noche, por los recodos de una calle desierta, una flotante falda ó un blanco velo, reconocido en la sombra? El que no ha experimentado esas emociones, bien puede decir que no sabe lo que es amor.

Contemplando el lejano fanal de Munckholm, Ordener meditaba. Contento triste é irónico sucedió á su primera alegría y sentimientos diversos se agolpaban tumultuosamente en su alma.

—Es necesario, se decia, que el hombre se afane penosamente y largo tiempo, para llegar al fin á descubrir un punto de felicidad en la inmensa noche... Allí está Ethel, duerme... sueña... piensa en mí, tal vez!... ¡Cómo ha de saber que su Ordener está ahora triste y aislado, suspendido en las sombras y encima de un abismo!... ¡Ordener, que solo tiene de ella un rizo y un vago resplandor en el horizonte!... Despues, inclinando la mirada á los rojizos reflejos de la hoguera encendida en la torre, que se escapaban á la parte de afuera por las aberturas de las paredes, murmuró:—¡Acaso desde las ventanas de su prision lanza miradas indiferentes hácia la llama lejana de esta hoguera!...

De repente un grito agudo y una carcajada se oyeron debajo de él, en la orilla del abismo; volvió la cara bruscamente y vió desierto el interior de la torre. Inquieto por el anciano, se apresuró á

bajar; pero apenas habia dado algunos pasos en la escalera, llegó hasta sus oidos un ruido sordo, parecido al de un cuerpo pesado que hubiera caido en las profundas aguas del lago.

## XXIV.

Bañando está las prisiones
con lágrimas que derrama
el conde D. Sancho Diaz,
ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad,
de esta suerte se quejaba
de D. Bernardo, su hijo,
del rey Alfonso y su hermana.
—Los años de mi prision...

(ROMANCERO ESPAÑOL.)

Caminaba el sol á su ocaso: sus rayos horizontales dibujaban en el traje de lana de Schumacker y en el vestido de crespon de Ethel la sombra negra de las rejas de su prision. Estaban sentados junto á la alta ventana ogiva; el anciano en un gran sillon gótico y la jóven en un taburete, á sus piés. El prisionero meditaba colocado en su posicion favorita y melancólica, apoyando sobre las manos la frente calva y rugosa, y éstas solo dejaban ver del rostro la blanca barba, que caia en desórden sobre el pecho del anciano,

—Padre mio, dijo Ethel, que procuraba siempre distraerle, esta noche he tenido un sueño de feliz presagio. Alzad los ojos y contemplad la hermosura del cielo.

—Solo veo el cielo, respondió el anciano, á través de las rejas de la prision, como solo veo tu porvenir, Ethel mia, á través de mis infortunios.

Al decir esto volvió á ocultar la cabeza entre las manos y los dos permanecieron en silencio.

—Padre mio, dijo la jóven con tímida voz, pensais acaso en Ordener?

—Ordener?... contestó el anciano, procurando recordar de quién hablaba su hija... sí, sí, ya sé quién es. Y qué?...

—¿Creeis que vuelva pronto? Hace ya tiempo que se fué... cuatro dias...

El anciano movió la cabeza tristemente.

—Creo, dijo, que cuando cumplan los cuatro años de su partida, estaremos tan cerca de su vuelta como hoy.

Ethel palideció.

—Dios mio, creeis que no volverá?...

Schumacker no respondió: la jóven repitió la pregunta con acento inquieto y suplicante.

—No te prometió que volveria? dijo con aspereza el prisionero.

—Ya se vé que lo prometió, contestó inmediatamente Ethel.

—Por qué crees en su vuelta? ¿No es hombre? El buitre vuelve por el cadáver, pero no vuelve una segunda primavera en el año que concluye.

Al ver Ethel que su padre recaia en sus pesimismos, se tranquilizó; oia en su corazon de niña y de vírgen una voz que desmentia imperiosamente la filosofía incrédula del prisionero.

—Padre mio, Ordener volverá, no es un hombre como los demás.

—Qué sabes tú, hija mia?

—En esto lo mismo que vos.

—Nada de cierto, es verdad, replicó el viejo... solo oí palabras de un hombre que prometian acciones de un dios... luego lo he meditado, añadió con amarga sonrisa, y he visto que lo prometido era demasiado hermoso para que pudiera creerlo.

—Pues yo lo creo precisamente por eso.

—Hija mia, si fueses lo que debias ser, condesa de Tonsberg y princesa de Wollin, y estuvieses rodeada de una córte de hipócritas traidores y de adoradores interesados, esa credulidad te seria muy peligrosa.

—Esto no es credulidad, es confianza.

—Bien se conoce, Ethel, que corre sangre francesa por tus venas.—Esta idea transportó al anciano, por transicion imperceptible, á sus antiguas memorias, y continuó hablando con cierta complacencia:—Los que degradaron á tu padre no pudieron impedir que seas hija de Carlota, princesa de Tarento, ni que una de tus abuelas fuese Adela ó Edela, condesa de Flandes, de la que heredaste el nombre.

No pensaba seguramente Ethel en lo que la decia el prisionero.

—Juzgais mal al noble Ordener, padre mio, dijo.

—Noble? ¿qué sentido dás á esa palabra, hija mia? Yo he ennoblecido á hombres que fueron muy viles.

—El pertenece á la nobleza con que se nace, no á la que se adquiere.

—¿Sabes si desciende de un *jarl* ó de un *hersa?* (1)

—Lo ignoro como vos; quizás sea hijo de un siervo ó de un vasallo. Tambien se pintan coronas y liras en el terciopelo de un escribo. Quiero decir que es noble de corazon.

(1) Los antiguos señores en Noruega, antes de que Griffenfeld fundase la nobleza regular, tenian los títulos de *hersa* (baron) ó *jarl* (conde). De esta voz se ha formado la palabra inglesa *carl* (conde).

N. del A.

Entre los hombres que Ethel habia visto, Ordener era el que más y el que menos conocia. Aparecióse en el camino de la doncella, como aquellos ángeles que visitaban á los primeros hombres, envolviéndose á la vez en claridades y en misterios; su sola presencia revelaba su naturaleza, y eran adorados; de este modo Ordener habia dejado ver á Ethel lo que los hombres ocultan, el corazon; y habia guardado silencio absoluto sobre lo que los hombres más se vanaglorían, sobre su patria y su familia; las miradas de Ordener habian bastado para que Ethel tuviese fé en sus palabras; ella le amaba y conocia su corazon, pero ignoraba su nombre.

—Noble de corazon! repitió el anciano. Esa nobleza es superior á la que dan los reyes, porque Dios es el que la dá y la prodiga menos que ellos. Levantando al decir esto el prisionero los ojos á un roto escudo de armas, añadió:—¡Y sobre todo, Dios nunca la quita!

—Por eso mismo, padre mio, el que conserva ésta se debe consolar fácilmente de perder la otra.

Hicieron extremecer al anciano estas palabras y le devolvieron todo su valor. Prosiguió diciendo con voz firme:

—Tienes razon, hija mia. Pero tú no sabes que la desgracia que el mundo considera injusta resulta algunas veces justificada por nuestra íntima conciencia. Tal es nuestra miserable naturaleza: cuando somos desgraciados, nos acusan dentro de nosotros mismos, para recordarnos culpas ó errores antiguos, multitud de voces que callaban en los tiempos de nuestra prosperidad.

—No hableis, por Dios, así, padre mio, le contestó Ethel profundamente conmovida, porque en la voz alterada del anciano conoció que habia dejado escapar el secreto de uno de sus dolores. Le miró, y besando su mano fria y arrugada, le dijo con dulzura:—Con mucha severidad juzgais á dos hombres nobles, á Ordener y á vos.

—Y tú decides con mucha ligereza, Ethel.

—¿Hice mal en tributar justicia al generoso Ordener?

Schumacker frunció las cejas y dijo con tono severo:

—No puedo aprobar, hija mia, que consagres tu admiracion á un desconocido, al que acaso no vuelvas á ver.

—Oh! dijo Ethel, sobre quien esas palabras indiferentes caian como una capa de plomo; no lo creais: és seguro que le volveremos á ver. ¿No vá por nosotros á afrontar un peligro?

—Confieso que al principio me aluciné como tú con sus promesas. Pero, no, no afrontará ese peligro y así no tendrá que volver.

—Le afrontará!

El tono que dió Ethel á esa frase era casi el de la reconvencion, porque se sentia ultrajada en Ordener. Además, su corazon estaba seguro de lo que afirmaba.

El prisionero prosiguió con indiferencia:

—Pues bien; si vá á pelear contra ese bandido, si se expone á ese peligro, mayor motivo para que no vuelva.

Una palabra dicha con indiferencia roza muchas veces la llaga secreta de un corazon inquieto y desgarrado. Inclinó Ethel su rostro pálido para ocultar á las frias miradas de su padre dos lágrimas, que á pesar suyo se escapaban de sus hinchados párpados.

—¡Quizás mientras así estais hablando, padre mio, murmuró con voz doliente Ethel, ese noble desventurado muere por vos!

El anciano meneó la cabeza en señal de duda.

—Ni lo creo, ni lo deseo, y si eso sucediera, ¿cuál seria mi crímen? Ser ingrato con ese jóven, cuando tantos otros lo han sido conmigo.

Profundo suspiro fué la única contestacion de Ethel; y Schumacker, inclinándose sobre la mesa-escritorio, continuó rompiendo distraido algunas hojas de las *Vidas de los hombres ilustres* de Plutarco, cuyo volúmen, ya roto en cien partes y lleno de notas, estaba delante de él.

Un momento despues se abrió la puerta, y Schumacker, sin volver la cara, gritó:—Que nadie entre! Dejadme solo! ¡No quiero que entre nadie!

—Es su excelencia el gobernador, respondió el ujier.

En efecto; un anciano con uniforme de general, que llevaba pendientes al cuello los collares del Elefante, de Dannebrog y del Toison de Oro, se adelantó hácia Schumacker, que medio se levantó del sillon, repitiendo entre dientes: ¡El gobernador!... El gobernador!...—El general saludó con respeto á Ethel, que en pié, al lado de su padre, le contemplaba inquieta y temerosa.

Recordaremos en pocas palabras el motivo de la visita del general Levin á Munckholm. El lector no habrá olvida-

do las desagradables noticias que atormentaban al anciano gobernador en el capítulo XX de esta verdadera historia. Al recibirlas, ocurriósele al general la necesidad de hacer sufrir á Schumacker un interrogatorio, pero no pudo decidirse á efectuarlo sin gran repugnancia. La idea de ir á atormentar á un desventurado prisionero, que sufria ya tantos tormentos y á quien él conoció tan poderoso, escudriñando severamente los secretos de la desgracia, aunque ésta fuese culpable, repugnaba á su bondad y á su generosidad. Sin embargo, el servicio del rey lo exigia y no debia el general salir de Drontheim sin adquirir los datos que pudieran desprenderse del interrogatorio del autor aparente de la insurreccion de los mineros. Por fin la tarde anterior á su salida, despues de celebrar una larga y confidencial conferencia con la condesa de Ahlefeld, se resignó el gobernador á ver al preso. Encaminándose al castillo, la idea del interés del Estado y la del partido que sus numerosos enemigos personales podian sacar de su aparente negligencia, y quizás tambien las astutas indirectas de la esposa del canciller, habian fermentado en su cabeza y le fortificaron en su resolucion. Subió, pues, á la torre del Leon de Slesvig con el proyecto de ser severo, prometiéndose á sí mismo serlo con el conspirador Schumacker, como si no hubiese conocido nunca al canciller Griflenfeld, de prescindir de todos los recuerdos y hasta de su propio carácter y hablar como juez inflexible á su antiguo colega en favor y en poder.

A pesar de su resolucion, apenas entró en la estancia del ex-canciller le impresionaron tiernamente el rostro venerable y tétrico del anciano y el semblante dulce, pero altivo, de Ethel; de modo que solo al ver los dos prisioneros se habia ya casi disipado su severidad.

Adelantóse hácia el ministro caido y le alargó involuntariamente la mano, sin apercibirse de que el otro no correspondia á esa atencion:

—Salud, conde de Griflenfeld... y corrigiéndose, añadió:—Señor Schumacker!

Despues calló satisfecho y agotado por semejante esfuerzo.

Despues de una corta pausa, preguntó Schumacker: ¿sois vos el gobernador del Drontheimnus?

El general, sorprendido al verse interrogado por el mismo á quien él venia á interrogar, hizo una señal afirmativa.

—En ese caso tengo que exponeros una queja, respondió el prisionero.

—Una queja? sepamos de qué os quejais. Y el semblante del noble Levin adquirió la expresion del interés.

Schumacker continuó diciendo con su mal humor habitual:

—Una órden del virey prescribe que se me deje libre y tranquilo en esta torre...

—Conozco esa órden.

—Pues á pesar de eso, se permiten importunarme entrando en mi prision.

—Quién? exclamó el general; decidme quién es el atrevido...

—Vos, señor gobernador.

Estas palabras, pronunciadas en tono altanero, ofendieron al general, que respondió casi irritado:

—Olvidais que mi poder, cuando se trata de servir al rey, no conoce límites.

—Mas que los del respeto que se debe á la desgracia, contestó Schumacker.

El ex-canciller decia esto entre dientes, pero le oyó el gobernador.

—Verdaderamente, señor Schumacker, hice mal en decir lo que dije; debí dejaros la cólera, ya que yo tengo el poder.

Schumacker quedó un momento silencioso; despues dijo:

—Hay en vuestro rostro y en vuestra voz, señor gobernador, algo de un hombre que conocí en otros tiempos. Hace muchísimos años, y ya no hay quizás nadie más que yo que se acuerde de esa época, que fué la de mi prosperidad. Me refiero á un tal Levin de Kund, del Mecklemburgo. Habeis conocido á ese loco?

—Le he conocido, contestó el general sin inmutarse.

—No le habeis olvidado? Yo creia que nadie se acordaba de los hombres más que en la adversidad.

—No era capitan de la milicia real? preguntó el gobernador.

—Sí, simple capitan, á pesar de que el rey le queria mucho; pero él solo pensaba en los placeres; carecia de ambicion. Era singularmente extravagante. Imposible parece en un favorito semejante moderacion en los deseos.

—Pero existe alguna vez.

—Yo le profesaba buen afecto, porque no me hacia sombra; era amigo del rey como lo era de cualquiera; le queria porque le satisfacia este cariño, pero no porque le proporcionara provecho.

Quiso el general interrumpir á Schumacker, pero éste prosiguió con tenacidad, sea por espíritu de contradiccion, ó sea porque aquel recuerdo le complacia:

—Ya que conocísteis al capitan Levin, señor gobernador, sabreis sin duda que tuvo un hijo, que murió muy jóven: ¿os acordais de lo que sucedió cuando nació ese hijo?

—Mejor recuerdo lo que pasó á su muerte, contestó el general con voz alterada y ocultando los ojos con las manos.

—Es un suceso, prosiguió Schumacker con indiferencia, que pocos conocen y que pinta el carácter extravagante de Levin. El rey quiso sacar de pila al recien nacido, pero Levin rehusó este favor. Pero no hizo esto solo; además eligió para padrino de su hijo á un mendigo anciano, que pedia limosna á las puertas del palacio. Jamás pude comprender el motivo de ese acto de demencia.

—Pues yo voy á esplicároslo, respondió el general. Al buscar un protector para el alma de su hijo, el capitan Levin creyó sin duda que un pobre es más poderoso que un rey ante Dios.

Schumacker reflexionó un instante y dijo:

—Teneis razon.

El gobernador quiso conducir la conversacion al objeto de su visita, pero Schumacker le detuvo:

—Permitidme, si conocísteis al capitan Levin, que os hable de él.

De cuantos hombres conocí en los tiempos de mis prosperidades, es el único cuyo solo recuerdo no me inspira disgusto ni horror. Si llevaba la excentricidad hasta la locura, en cambio por sus nobles prendas era caballero como pocos.

—No soy de esa opinion. Levin de Kund era como los demás hombres, y hay muchos que valen más que él.

Schumacker cruzó los brazos y dijo, alzando los ojos al cielo:

—Así son todos: en cuanto se elogia delante de ellos á un hombre digno de elogio, tratan al momento de denigrarle; emponzoñan hasta el placer de alabar con justicia... y eso que este placer es bastante raro.

—Si me conociérais no me acusaríais de denigrar al gen... quiero decir, al capitan Levin.

—Pues en cuanto á lealtad y á generosidad, contestó el prisionero, no ha habido dos hombres como el general Levin; decir lo contrario es calumniarle y al mismo tiempo elogiar desmesuradamente á la execrable raza humana.

—Os aseguro, repuso el gobernador, tratando de calmar la cólera de Schumacker, que no abrigo intencion pérfida contra el capitan Levin.

—No digais eso: aunque era un loco, en lo demás ya quisieran parecérsele los otros hombres, que todos son falsos, envidiosos, ingratos, calumniadores... ¿Sabeis que Levin de Kund daba á los hospitales más de la mitad de sus rentas?

—Ignoraba que vos lo supiérais.

—Eso es! gritó el anciano preso con voz triunfante. ¡Esperaba poder insultarle á su sabor, fiado en que yo no sabia las buenas acciones de Levin!

—No, no, no...

—¿Creeis que no sé tambien que hizo dar el mando del regimiento que le destinaba el rey á un oficial que le hirió en un desafío, porque aseguraba que era más antiguo que él?

—Creia que esa buena accion habia permanecido oculta.

—¿Y por eso será menos plausible, señor gobernador del Drontheimnus? ¿Porque Levin ocultase sus virtudes, debemos negarlas? Los hombres serán siempre iguales. ¿Atreverse á confundir con la multitud al capitan Levin, al hombre que, no pudiendo salvar á un soldado, confeso y convicto de haberle querido asesinar, fué capaz de señalar una pension á la viuda de su asesino?...

—Quién no hubiera hecho otro tanto?...

Schumacker ya no pudo contenerse, y exclamó:

—Quién?... vos, yo... Todo el mundo, señor gobernador. ¿Porque llevais el brillante uniforme de general y esas placas de honor en el pecho, creeis en vuestro mérito? Vos sois general y el pobre Levin habrá muerto siendo capitan. Verdad es que era loco y no pensaba en medrar.

—Si él no pensó, la bondad del rey suplió su negligencia.

—La bondad? decid la justicia... y sepamos, cómo le recompensó?...

—Su majestad ha recompensado á Levin de Kund más de lo que merecia.

—Eso es! exclamó el antiguo ex-ministro: un leal capitan, despues de treinta años de servicios, acaba por ser nombrado mayor; y esa alta merced, ¿os hace sombra, noble general? Bien dice un proverbio persa que el sol que se pone tiene envidia de la luna que nace.

Schumacker estaba tan irritado, que pudo apenas conseguir que le oyese:—Si me interrumpís sin cesar...

—No, no, prosiguió diciendo el prisionero: creí al principio reconocer alguna semejanza entre vuestras facciones y las del capitan Levin... ya veo que no os pareceis.

—Pero escuchadme...

—¡Escucharos para oir que Levin es indigno hasta de una miserable recompensa!

—Os juro que no es esa mi intencion.

—Quereis sostenerme que es, como los demás hombres, hipócrita, ingrato...

—No, no...

—Qué sé yo? ¿quizás que engañó á algun amigo, que persiguió á su bienhechor?...

—Repito que no es esa mi intencion.

—¿Sabeis que él determinó al vicecanciller Wind y á Scheel, á Vinding y al justicia Lasson, tres de mis jueces, á que opinaran que no se me debia aplicar la pena de muerte? ¿Y quereis que con sangre fria oiga que se le calumnia? Así se portó conmigo, y sin embargo, siempre le hice más daño que beneficio, porque yo soy como todos los demás hombres, vil y malvado.

El general Levin experimentaba singular emocion durante esta extraña conferencia. Era objeto á la vez de los ultrajes más directos y de las alabanzas más sinceras, y no sabia cómo tomar oyendo tan rudos elogios y tan aduladoras injurias. Estaba indignado y enternecido. Unas veces iba á enfurecerse y otras queria dar gracias á Schumacker. Presente, pero conservando el incógnito, le halagaba ver al feroz Schumacker defender en él y contra él á un amigo ausente; y solo hubiera deseado que su defensor empleara menos amargura y acritud en su panegírico. Pero en el fondo de su alma los furiosos elogios tributados al capitan Levin le hacian impresion más grata, que las injurias dirigidas al gobernador de Drontheim le herían. Dirigiendo su afectuosa mirada al favorito caido, tomó el partido de dejarle exhalar su indignacion y su gratitud. Schumacker, despues de larga declamacion contra la ingratitud humana, cayó desplomado en su sillon, en brazos de la trémula Ethel, diciendo con dolorosa voz:

—Oh, hombres! ¿Qué os hice para tener la desgracia de conoceros?

El general no podia llegar al objeto importante de su visita á Munckholm, porque se volvió á despertar en él la repugnancia que le inspiraba la idea de atormentar al preso con el interrogatorio; á su compasion y á su enternecimiento contribuian dos razones poderosas: el estado de agitacion en que habia caido Schumacker no permitia creer que pudiese contestar de un modo satisfactorio, y por otra parte, discurriendo sobre el asunto que allí le llevaba, no le parecia al confiado general que pudiera ser conspirador semejante hombre. ¿Pero cómo partir de Drontheim sin interrogar á Schumacker?

La triste necesidad de su empleo de gobernador venció otra vez todas sus vacilaciones, y dijo, suavizando todo lo que pudo el acento de su voz:

—Calmad un poco vuestra agitacion, conde Schumacker.

Por inspiracion el buen gobernador encontró la antedicha calificacion, como para conciliar el respeto debido al juicio de degradacion con las atenciones que reclamaba la desgracia del degradado, y unió su título nobiliario á su nombre plebeyo.

—Es un deber penoso para mí...

—Ante todo, interrumpió diciendo el ex-ministro, permitidme, señor gobernador, que os vuelva á hablar de lo que me interesa mucho más que cuanto su excelencia pueda decirme. Me asegurásteis que el capitan Levin habia obtenido la recompensa de sus servicios; desearia saber cómo fué recompensado.

—Su majestad, señor de Griffenfeld, elevó al capitan Levin al rango de general, y hace más de veinte años que ese loco envejece tranquilamente, honrado con esa dignidad militar y con el aprecio de su rey.

Schumacker inclinó la cabeza y dijo:

—Sí: el loco de Levin, á quien importaba poco llegar á viejo siendo aun capitan, morirá general, y el juicioso Schumacker, que esperaba morir siendo gran canciller, envejece siendo prisionero de Estado.

Hablando así el ex-ministro, cubrióse el rostro con las manos y exhaló del pecho profundos suspiros.

—Padre mio, mirad: allá abajo, al Norte, se vé brillar una luz que no hemos visto las anteriores noches.

En efecto, la noche, que era ya muy entrada, hacia resaltar en el horizonte una luz débil y lejana, que parecia salir de la cumbre de algun monte distante; pero como ni los ojos ni el espíritu de Schumacker se dirigian constantemente hácia el Norte, como los de Ethel, nada respondió. Solo el general hizo presa de la observacion de la jóven.

—Quizás es, se dijo á sí mismo, una hoguera encendida por los rebeldes; y esta idea le recordó con energía el objeto de su visita. Dirigió, pues, la palabra al prisionero:

—Señor Schumacker, siento molestaros, pero es preciso que sufrais...

—Comprendo, señor gobernador; no basta que yo pase los años y la vida consumiéndome en esta torre; que viva deshonrado y abandonado, sin más compañía que los amargos recuerdos de mi grandeza y de mi poder; es menester que vengais á violar mi soledad para escrutar mis dolores y gozaros de mi desgracia. Si el noble Levin de Kund, á quien os pareceis, es general como vos y ocupara vuestro destino, él, yo os lo juro, señor gobernador, no hubiera venido á atormentar á un desgraciado en su prision.

Durante el curso de esta rara entrevista estuvo el general más de una vez tentado de nombrarse, á fin de que ésta terminase, pero esta reconvencion indirecta de Schumacker le imposibilitó ya de hacerlo; tan conformes estaban estas ideas del preso con los sentimientos íntimos de Levin, que casi le hicieron que se avergonzara de sí mismo; procuró, sin embargo, responder á la abrumadora suposicion de Schumacker. Por la sola diferencia de caractéres, aquellos dos hombres habian cambiado recíprocamente de posicion; el juez se veia hasta cierto punto obligado á justificarse ante el acusado.

—Si el deber lo hubiese exigido, no dudeis que Levin de Kund lo cumpliria, por penoso que le fuese.

—Pues no dudeis, señor gobernador, que hubiera renunciado con la generosa indignacion de su alma el empleo de espiar y de aumentar las torturas de un desventurado preso. Le conozco mejor que vos: nunca se hubiera avenido á desempeñar el oficio de verdugo. Ahora, general, os escucho. Cumplid con lo que llamais vuestro deber. ¿Qué exige de mí vuestra excelencia?

El venerable ex-ministro fijaba, diciendo esto, su mirada altiva en el gobernador. La resolucion de éste volvió á disiparse, y sus primeras repugnancias se despertaron en él, pero se despertaron invencibles.

—Tiene razon, se dijo á sí mismo; no debo atormentar á un desgraciado por simples sospechas. ¡Que cargue otro con esa comision!

El efecto de estas reflexiones fué decisivo. En seguida acercóse al atónito Schumacker, le estrechó la mano, y saliendo precipitadamente, por via de despedida le dijo:

—Conde Schumacker, conservad siempre el afecto que profesais al general Levin de Kund.

## XXV.

El leon.

Oh!

Teseo.

Buen rugido, leon!

(Shakespeare.)

El viajero que en nuestros dias recorra las montañas cubiertas de nieve que rodean el lago de Smiasen, como un blanco cinturon, no encuentra ya ningun vestigio de lo que los noruegos del siglo XVII llamaban las *ruinas de Arbar*. No se ha podido saber de qué humana construccion, de qué especie de edificio provenian esas ruinas, si ese nombre puede dárseles. Saliendo del bosque que cubre la parte meridional del lago, despues de trepar por una cuesta sembrada de pedazos de pared, restos acaso de antiguas torres, se llega á una abertura abovedada, que penetra en el interior del monte. Esta abertura, enteramente obstruida hoy por los desmoronamientos del terreno, era entonces la entrada de una especie de galería labrada en la roca viva, que atravesaba la montaña de parte á parte.

Esta galería, escasamente alumbrada por respiraderos cónicos, practicados en la bóveda de trecho en trecho, desembocaba en una especie de sala oblonga y ovalada, que terminaba en una á modo de mazonería ciclópea. Alrededor de esta sala se veian, colocadas en nichos profundos, figuras de granito, groseramente trabajadas. Algunos de estos misteriosos simulacros, derribados de sus pedestales, yacían amontonados sobre las losas de otros escombros informes, cubiertos de yerbas y de musgo, á través de los que serpenteaban sapos y arañas y todos los insectos asquerosos que nacen de la humedad de las ruinas.

No penetraba la luz en aquel sitio más que por una puerta frontera á la boca de la galería. Tenia dicha puerta, vista por cierto lado, forma ogiva, pero grosera, sin fecha ni época fija, y dada á aquella arquitectura por casualidad. Pudiera dársele á aquella puerta, aunque llegaba hasta el suelo, el nombre de ventana, porque se abria sobre un inmenso precipicio; nadie comprendia á dónde podrian conducir tres ó cuatro escalones de piedra suspendidos sobre el abismo, por fuera y al pié de aquella singular salida.

Esa sala era el interior de una espe-



CAYERON LOS DOS AL SUELO.

cie de torreon gigantesco, que, visto de lejos por el lado del precipicio, parecia uno de los picos de la montaña. Este torreon estaba aislado, y nadie sabia á qué edificio habia pertenecido; se distinguia solamente por debajo, sobre plano inaccesible al más intrépido cazador, una mole, que podia tomarse, á causa de la distancia, por una roca curva ó por el fragmento de un arco colosal. Eran conocidos por el nombre de ruinas de Arbar en toda la comarca este torreon y este derruido arco, ignorando todos así el orígen del nombre como el orígen del monumento.

En una gran piedra, situada en medio de esta sala elíptica, un hombrecillo, vestido de pieles de animales, está sentado, vuelto de espaldas á la luz, ó por mejor decir, al vago crepúsculo que penetra en el sombrío torreon durante el ardiente sol del medio dia. Dicha claridad, que es la mayor luz que puede llegar hasta el torreon, no es suficiente para poder distinguir de qué naturaleza es el objeto sobre el que se encorva el mónstruo. Oyense gemidos sordos, y puede creerse que se escapan de aquel cuerpo si nos fijamos en los débiles movimientos que hace de vez en cuando. Algunas veces se incorpora el bandido y lleva á los labios una especie de copa, que tiene la forma de un cráneo, llena de licor humeante, cuyo color no se puede distinguir y que saborea bebiendo largos y frecuentes tragos.

—Oigo pasos en la galería, dijo levantándose repentinamente; será acaso el gran canciller de los dos reinos.

Tras las palabras arrojó terrible carcajada, que terminó en un rugido salvaje, al que respondió inmediatamente un aullido que salia de la galería.

—Oh! añadió el huésped de las ruinas de Arbar; no es un hombre, pero tambien es un enemigo. Es un lobo.

En efecto; por debajo de la bóveda de la galería salió un lobo enorme: detiénese un momento y despues se acerca oblícuamente al hombre, rastreando y fijando en él sus ojos ardientes, que relucen en la sombra. El bandido le mira inmóvil, de pié y con los brazos cruzados.

—Es el famoso lobo gris, el lobo más viejo de los bosques de Smiasen, dijo:—Buenos dias, lobo: tus ojos brillan, tienes hambre y el olor de los cadáveres te atrae... Pronto atraerás tú tambien á otros lobos hambrientos.—Bien venido seas, lobo; tenia muchos deseos de encontrarte. Eres tan viejo, que dicen en esta comarca que no puedes morir; ya no lo dirán mañana.

Respondió el animal con un aullido espantoso; dió un brinco hácia atrás y se lanzó de un salto sobre el bandido.

Este no retrocedió. Veloz como el rayo, con el brazo derecho apretó el vientre del lobo, que en pié delante de él le habia echado las dos garras sobre los hombros; con la mano izquierda preservó el rostro de las abiertas fauces de su enemigo, agarrándole por el cuello con tanta fuerza, que el lobo, obligado á levantar la cabeza, apenas pudo articular un grito de dolor.

—Lobo de Smiasen, dijo el bandido triunfante, desgarras mi traje, pero tu piel lo reemplazará.

En el momento en que mezclaba á estas palabras de victoria algunas voces de extraño dialecto, un esfuerzo convulsivo del lobo en la agonía le hizo tropezar contra las piedras, diseminadas por la estancia, y cayeron los dos al suelo, confundiéndose los rugidos del hombre con los aullidos de la fiera.

Precisado el bandido á soltar al caer la garganta del lobo, sentia ya hundirse en su espalda los dientes cortantes de la fiera, cuando revolcándose el uno sobre el otro los dos combatientes, tropezaron con una enorme masa blanca velluda, que yacía en el rincon más tenebroso de la habitacion. Era un oso, que se despertó de su pesado sueño, gruñendo. Apenas abrió bastante los perezosos ojos para poder apreciar la lucha, se precipitó con furor, no sobre el hombre, sino sobre el lobo, que en este momento triunfaba; cogióle violentamente con sus dientes por el medio del cuerpo, separándole del combatiente de rostro humano.

Este, en vez de mostrarse agradecido á tan gran servicio, se levantó lleno de sangre y, lanzándose sobre el oso, le dió en el vientre un terrible puntapié, como un amo que castiga á su perro por haber cometido alguna falta.

—Friend! quién te ha llamado? ¿Por qué te inmiscuyes en mis asuntos?

Lanzó estas palabras entrecortándolas con interjecciones furibundas y con rechinamientos de dientes.

—Vete! añadió lanzando un rugido.

El oso, que habia recibido un puntapié del hombre y una dentellada del lobo, exhaló un murmullo lastimero; y luego, agachando la pesada cabeza, soltó á la hambrienta fiera, que se precipitó sobre el hombre con mas rabia que antes.

Mientras continuaba la lucha, el oso, rechazado, volvió al sitio donde antes dormia, sentándose gravemente, echando miradas indiferentes á los dos enemigos furiosos; guardó el más profundo silencio y pasó alternativamente cada una de las patas delanteras sobre la extremidad de su morro blanco.

El bandido, en cuanto volvió á atacarle el decano de los lobos del Smiasen, cogió el sangriento hocico de la fiera, y luego, con esfuerzo inaudito de fuerza y de destreza, logró apretarle la garganta entera con la mano. Revolvióse el lobo con terribles sacudidas de rabia y de dolor; espuma lívida le salia de los labios comprimidos, y sus ojos, hinchados de cólera, parecian salírsele de las órbitas. De los dos combatientes, no era el hombre, sino el animal, el que tenia los huesos atarazados por agudos dientes y las carnes desgarradas por cortantes uñas; y no era la fiera, sino el hombre, el que aullaba con más ferocidad.

Por fin éste, reunidas las fuerzas, ya casi agotadas, por la larga resistencia del lobo, apretóle el hocico con tal vigor con las dos manos, que al instante saltó la sangre de la nariz y de la boca de la fiera; sus ojos de llama se apagaron, medio cerrándose, vaciló y cayó inanimado á los piés del vencedor. Por el movimiento débil y contínuo de la cola y por los temblores convulsivos é intermitentes que corrian por todo su cuerpo, se conocia que aun no estaba completamente muerto. De pronto una convulsion general produjo en la fiera el último extremecimiento, y cesaron los síntomas de la vida.

—Moriste al fin, lobo cerval, dijo el mónstruo, dándole con el pié desdeñoso empellon: ¿creias seguir envejeciendo despues de encontrarte conmigo? Ya no te deslizarás con sordos pasos por la nieve siguiendo el olor y las huellas de tu presa; ya no sirves más que para pasto de otros lobos ó de buitres. Bastantes viajeros extraviados alrededor del Smiasen has devorado durante tu larga vida de sangre y de carnicería; ahora has muerto, y es lástima! ya no comerás carne de hombre.

Cogió una piedra cortante, agachóse sobre el cuerpo tibio y palpitante del lobo, rompió las junturas de los miembros, separó la cabeza de las espaldas, hendió la piel en toda su longitud sobre el vientre, arrancóla como si quitase á un hombre una chaqueta puesta, y en un abrir y cerrar de ojos no quedó del formidable lobo del Smiasen más que el esqueleto desnudo y ensangrentado. Echóse la piel del animal sobre las espaldas llenas de terribles mordeduras, volviendo hácia fuera el lado desnudo de la piel, húmeda y listada con largas venas de sangre.

—Es preciso, dijo, cubrirse con la piel de los animales: la del hombre es demasiado sutil para preservarse de los grandes frios.

Mientras eso decia, el oso, fatigado sin duda de su larga inaccion, habíase acercado furtivamente al otro objeto tendido en la sombra, de que hablamos al principio de este capítulo, y pronto salió de aquella parte tenebrosa de la estancia sonido de mandíbulas que chocaban, mezclados con suspiros de agonía débiles y lastimeros. El bandido volvió la cabeza:

—Friend! gritó con voz amenazadora... Friend!—Aquí... ven aquí!...

Cogió una piedra gruesa y la arrojó á la cabeza del oso, que, aturdido del choque, abandonó su festin y fué, lamiéndose el hocico, á acurrucarse á los piés del bandido, hácia el que levantaba la enorme cabeza, encorvando la espina dorsal como para pedir merced por su indiscrecion.

Hubo entonces entre los dos mónstruos, porque bien puede darse este nombre al habitante de las ruinas de Arbar, correspondencia recíproca de significativos gruñidos; los del hombre expresaban el poder y la cólera; los del oso la súplica y la sumision.

—Ahí tienes, dijo al fin el bandido señalando con el dedo el cadáver desollado del lobo; esa es tu presa; déjame á mí la mia.

El oso, despues de olfatear el cadáver del lobo, meneó la cabeza con aire mohino, volviendo la vista hácia el hombre, que era al parecer su amo.

—Te comprendo, le dijo; está ese cuerpo demasiado muerto para tí, mientras que el otro palpita aun. Eres refinado en tus voluptuosidades como un hombre; quieres que tu alimento viva mientras tú lo despedazas; te gusta que la carne muera cuando tú la hincas el diente: no gozas si no haces sufrir... nos parecemos, Friend, porque yo no soy hombre, soy superior á esa especie miserable, soy una fiera, como tú. Quisiera que hablases para que me dijeras si es igual mi alegría á la que hace palpitar tus entrañas de oso, cuando devoras las entrañas del hombre; pero no, no quisiera oirte hablar,

porque tu voz me recordaria la voz humana. Ruge á mis piés con ese rugido que hace extremecer en la montaña al pastor extraviado, y que oigo como voz amiga, porque me anuncia un enemigo. Levanta la cabeza hácia mí, lame mis manos con esa lengua que ha bebido tantas veces sangre humana. Tienes, como yo, los dientes blancos, y sin embargo, no es culpa nuestra si no están rojos, como una llaga reciente; pero la sangre lava la sangre.—He visto más de una vez, desde el fondo de una negra caverna, á las doncellas de Kole y de Oelme lavar los piés desnudos en el agua de los torrentes, cantando con melodiosa voz; pero yo prefiero, á esas voces dulces y á esas figuras de nieve y rosa, tu garganta velluda y tus gritos roncos, porque aterran al hombre.

Decia todo lo antecedente el bandido sentado en una gran piedra y abandonando la mano á las caricias del mónstruo, que, revolcándose sobre la espalda á sus piés, se las prodigaba de mil maneras, como un falderillo que hace monadas en el sofá de su señora.

Lo más singular de aquella escena era la atencion inteligente que prestaba, al parecer, el oso á las palabras de su amo. Los extraños monosílabos con que éste las interpolaba lo daban á entender, y manifestaba esta comprension levantando súbitamente la cabeza ó rumiando confusos gruñidos en el fondo de la garganta.

—Los hombres dicen que huyo de ellos, repuso el bandido, pero ellos son los que huyen de mí, haciendo por cobardía lo que yo haria por ódio... Tú sabes, sin embargo, que no me desagrada encontrar un hombre cuando tengo hambre ó sed.

En este momento vió en el fondo de la galería insinuarse y crecer por grados una luz rojiza, coloreando débilmente las antiguas y húmedas paredes de la estancia.

—Aquí viene uno justamente: cuando se habla del infierno, enseña los cuernos Satanás. Hola, Friend! Levántate!

Obedeció el animal con prontitud.

—Vamos; justo es recompensar tu obediencia, satisfaciendo tu apetito.

Hablando así, inclinóse el hombre hácia el objeto que yacía en tierra: un momento despues resonó crujido de huesos quebrantados por el hacha, pero ya no se oyeron suspiros ni gemidos.

—Parece, murmuró el mónstruo, que ya no hay más que dos vivos en esta estancia.—Toma, amigo Friend, acaba tu comenzado festin.

Arrojó entonces hácia la puerta exterior de que hemos hablado lo que habia arrancado al objeto tendido á sus piés. El oso se precipitó sobre aquella presa con tal avidez, que la mirada más rápida ni hubiera podido conocer si aquel pedazo tenia ó no la forma de un brazo humano, cubierto de paño verde, parecido al del uniforme de los arcabuceros de Munckholm.

—Ya se acerca, dijo el bandido, con los ojos fijos en la luz que crecia y se acercaba más y más. Compañero Friend, déjame solo un instante. Hola! Fuera!...

El obediente oso se encaminó hácia la puerta, bajó andando hácia atrás los escalones exteriores y desapareció, llevándose entre los dientes su asquerosa presa, lanzando un aullido de satisfaccion.

En el mismo instante apareció un hombre bastante alto en la salida de la galería, cuyas profundas revueltas reflejaban aun un vago resplandor. Venia embozado en una larga capa de color oscuro y llevaba en la mano derecha una linterna sorda, cuya luz dirigió al rostro del salvaje habitante de las ruinas de Arbar.

Este, sentado aun encima de la piedra y con los brazos cruzados, exclamó:

—Mal llegado seas, ya que vienes aquí traido por un pensamiento y no por un instinto.

El recien venido, sin responder, le contemplaba con atencion.

—Mírame, prosiguió el bandido, levantando la cabeza, porque puede que dentro de una hora no puedas jactarte de haberme visto.

El embozado, paseando la luz de la linterna por toda la figura del hombrecillo, parecia más sorprendido que aterrado.

—De qué te admiras? añadió riendo el mónstruo; tengo brazos y piernas como tú, con la diferencia de que mis miembros no serán dentro de poco pasto de los lobos y de los cuervos, como los tuyos.

El embozado respondió en fin en voz baja, pero enérgica, como temiendo ser oido desde fuera:

—Escuchadme; vengo como amigo, no como enemigo.

El otro le contestó:

—Entonces, ¿por qué no te has despojado de tu forma de hombre?

—Mi intencion es prestaros un servicio, si sois el que busco.

—Vienes á que yo te lo preste á tí. Pierdes el tiempo. Yo solo soy útil á los que están cansados de la vida.

—Vuestras palabras me indican que sois el hombre que necesito... pero vuestra estatura... Han de Islandia es un gigante... no podeis ser vos.

—Es la primera vez que lo duda un hombre delante de mí.

—Sois vos! El recien venido se aproximó al bandido.—Me dijeron que érais de estatura colosal.

—Añade mi fama á mi estatura y me verás más alto que el Hecla.

—Pues respondedme, os lo suplico. Sois Han de Islandia?

—No respondo á esa pregunta con palabras, dijo el hombrecillo levantándose, y la mirada que lanzó al recien llegado le hizo retroceder tres pasos.

—Pues bien, vuestra mirada me ha respondido, replicó éste dirigiendo la vista hácia la entrada de la galería, como arrepentido de haber entrado en ella.—Solo vuestros intereses me traen aquí.

Al penetrar en la estancia el embozado, solo pudo entrever al huésped de las ruinas de Arbar y conservó la sangre fria; pero cuando éste se puso en pié, con su rostro de tigre, sus miembros fornidos, sus hombros ensangrentados, cubiertos apenas con la piel fresca aun, sus enormes manos provistas de cortantes uñas y su chispeante mirada, se extremeció, como el ignorante viajero que cree acariciar un águila y se siente mordido por una víbora.

—Mis intereses? contestó el mónstruo. ¿Vienes á darme parte de que hay algun manantial que envenenar, algun pueblo que incendiar, algun arcabucero de Munckholm á quien arrancar la vida?

—Tal vez. Prestadme atencion: los mineros de Noruega se han rebelado, y ya sabeis cuántos desastres acarrea una rebelacion.

—Sí; el asesinato, el estupro, el sacrilegio, el incendio y el saqueo.

—Todo eso os ofrezco yo.

El hombrecillo se echó á reir.

—No tengo necesidad de que me lo ofrezcas para tomármelo.

—Os propongo, en nombre de los mineros, el mando en jefe de la insurreccion.

Quedó pensativo por un momento el hombrecillo; y luego, de repente, su fisonomía sombría adquirió expresion de malicia infernal.

—Me lo propones en su nombre? preguntó.

Esta pregunta pareció desconcertar al recien llegado; pero creyendo ser desconocido para su terrible interlocutor, no tardó en serenarse.

—Por qué se rebelan los mineros?

—Para librarse de la carga de la tutela real.

—Por eso nada más? repuso el otro con tono burlon.

—Tratan tambien de libertar al prisionero de Munckholm.

—¿Y ese es el único objeto de la revuelta? repitió el hombrecillo, siempre con el acento que desconcertaba al embozado.

—Yo no conozco otro.

—Ah, no sabes que tenga otro!...

El tono irónico de estas palabras turbaron al recien llegado, hasta el punto de que, para disimular su turbacion, sacó de debajo de la capa una bolsa, que arrojó á los piés del mónstruo.

—Ahí están los honorarios de vuestro empleo.

Dió un puntapié á la bolsa el hombrecillo.

—No los quiero. ¿Te parece que si yo tuviese deseos de tu oro ó de tu sangre, esperaria tu permiso para satisfacerlos?

El embozado hizo un gesto de sorpresa y de espanto.

—Estoy encargado de entregaros ese presente de parte de los mineros.

—Te repito que no lo quiero. Me es el oro completamente inútil. Los hombres venden el alma, pero no venden la vida; de modo que no hay más remedio que tomársela.

—Anunciaré, pues, á los jefes de los mineros que el formidable Han de Islandia se limita á aceptar su mando en jefe...

—Yo no lo acepto.

Estas palabras, pronunciadas en tono seco y decisivo, causaron desagradable impresion en el embozado.

—No?

—No.

—¿Renunciais á participar de una expedicion que os ofrece tantas ventajas?

—Puedo yo solo saquear los cortijos, talar los campos y aniquilar á los hombres.

—Si aceptais la oferta de los mineros se os asegura la impunidad.

—¿Me prometes tambien la impunidad en nombre de los mineros? preguntó el mónstruo riendo.

—No quiero ocultaros, respondió el

embozado con aire misterioso, que es en nombre de un poderoso personaje que se interesa en la insurreccion.

—¿Y ese personaje está seguro de no ir á la horca?

—Si le conociérais no diríais eso.

—Ah!... pues quién es?...

—No puedo descubrirlo.

Avanzó el hombrecillo y dando un golpe en las espaldas al embozado, le preguntó, siempre con risa sardónica:

—Quieres que yo te lo diga?

El hombre de la capa hizo visible movimiento, que indicaba su espanto y su orgullo herido. No se esperaba esta brusca interpelacion del mónstruo, como no se esperaba tampoco su salvaje familiaridad.

—Me estoy burlando de tí, prosiguió éste. Ignoras que lo sé todo: ese poderoso señor es el gran canciller de Dinamarca y de Noruega, y el gran canciller de Noruega y Dinamarca eres tú.

El era, en efecto. En cuanto llegó á las ruinas de Arbar, hácia las que le dejamos viajando con Musdæmon, quiso encargarse de seducir al bandido, estando muy lejos de creer que éste le conocia y le esperaba. Jamás en lo sucesivo pudo el conde de Ahlefeld saber, á pesar de su poder y de su sagacidad, cómo Han de Islandia habia logrado esos informes. ¿Le habria vendido Musdæmon? El fué verdaderamente el que insinuó al conde la idea de presentarse personalmente al bandido; ¿pero que interés le reportaba esta perfidia? ¿Se habria acaso el islandés apoderado de alguna de sus víctimas y de documentos relativos á los proyectos del gran canciller? Federico y Musdæmon eran los dos únicos séres vivientes que conocian el plan de su padre, y aunque Federico era frívolo, era incapaz de comprometer semejante secreto. Por otra parte, Federico estaba de guarnicion en Munckolm, al menos el gran canciller lo creia así. Los que lean la continuacion de esta escena no podrán resolver mejor que el conde este problema y verán las probabilidades que podian sacarse de esta última hipótesis.

Una de las cualidades que en más alto grado poseia el conde de Ahlefeld era la presencia de ánimo. Cuando vió que el mónstruo pronunciaba rudamente su nombre, no pudo reprimir un grito de sorpresa; pero en un instante pasó su fisonomía, pálida y altanera, de la expresion del temor y del asombro á la de la calma y la serenidad.

—Pues bien, dijo; quiero ser franco con vos. Soy el canciller. Pero sed franco vos tambien.

Interrumpió una carcajada á su interlocutor.

—¿Me hice de rogar para decirte mi nombre y el tuyo?

—Decidme con igual sinceridad cómo habeis sabido quién era yo.

—¿No te han asegurado que Han de Islandia vé á través de las montañas?

El conde no quiso insistir.

—Ved en mí un amigo, le dijo.

—Dame la mano, conde de Ahlefeld, le contestó brutalmente el hombrecillo. Despues, mirando al canciller cara á cara, exclamó: —Si nuestras dos almas se desprendieran de nuestros cuerpos en este momento, creo que Satanás se veria apurado para decidir cuál de las dos es la del mónstruo.

Mordióse los labios el altivo magnate, pero el temor que le causaba el bandido y el deseo de hacerle su instrumento contuvieron su enojo.

—No desconozcais lo que os interesa; aceptad el mando de la insurreccion y contad con mi gratitud.

—Canciller de Noruega, cuentas con el éxito de tus empresas como una vieja que piensa en la saya que quiere hilar con cáñamo robado, y las zarpas del gato enredan los hilos de su rueca.

—Pensadlo bien, antes de rehusar mis ofertas. Os lo digo por última vez.

—Pues por última vez, yo, bandido, te digo á tí, gran canciller de los dos reinos: no, no.

—Otra respuesta esperaba yo, despues del gran servicio que me prestásteis.

—Qué servicio? preguntó el mónstruo.

—¿No asesinásteis vos al capitan Dispolsen?

—Tal vez, conde de Ahlefeld, pero yo no le conozco. Quién era ese hombre?

—¿No cayó acaso en vuestras manos un cofrecillo de hierro que llevaba encima de él?

Ese detalle fijó los recuerdos del bandido.

—Sí, dijo; ahora recuerdo á ese hombre y ese cofrecillo. Le maté en las playas de Urchtal.

—Mi gratitud no tendria límites si pudiérais entregarme ese cofrecillo. ¿Qué le ha sucedido? Debe encontrarse en vuestro poder.

Tanto insistió el conde en este punto, que llamó la atencion de Han de Islandia.

—Esa caja de hierro parece muy importante para su gracia, canciller de Noruega.

—Sí.

—¿Qué recompensa obtendré si te digo dónde la hallarás?

—Todo lo que deseeis, amigo Han.

—Sí?... pues no lo quiero decir.

—No os burleis... que ese cofrecillo es muy importante para mí.

—Eso creo.

—Os aseguraré inmensa fortuna... pediré al rey vuestro perdon y vuestro indulto.

—Empieza por pedirme el tuyo, contestó el mónstruo. Escúchame, gran canciller de Dinamarca; los tigres no devoran á las hienas. Saldrás vivo de aquí porque eres perverso, y porque cada instante de tu vida, cada pensamiento tuyo, produce una desgracia para los hombres y un crímen para tí. Pero no vuelvas á verme, porque si vuelves te probaré que mi ódio á nadie perdona, ni á los malvados. En cuanto al capitan del cofrecillo, no creas que por tí le asesiné; le perdió el uniforme, como á ese otro miserable, á quien tampoco he asesinado por complacerte, te lo juro.

Diciendo esto, cogió al conde del brazo y lo arrastró hácia el cuerpo tendido en la sombra; la luz de la linterna del canciller cayó sobre dicho cuerpo. Era el de un cadáver mutilado, que vestia el traje de oficial de los arcabuceros de Munckholm. Acercóse á él el conde con horror; de repente fijó la mirada en el rostro pálido y sangriento del muerto; á pesar de tener ya la boca azul y entreabierta, los cabellos erizados, las mejillas lívidas y los ojos sin luz, reconoció el cadáver, lanzando este grito espantoso:

—Cielos! Federico! Mi hijo!

No puede dudarse de que los corazones más desecados y endurecidos en la apariencia, ocultan siempre en uno de sus pliegues más recónditos algun afecto que ellos mismos no conocen, y que se esconde entre pasiones y vicios, como testigo misterioso y como vengador futuro; parece que está allí para hacer que un dia el crímen conozca el dolor: espera mudo que llegue su hora. El hombre perverso lo lleva en su seno y no lo conoce, porque ninguna de las aflicciones ordinarias es bastante fuerte para penetrar la espesa corteza de egoismo y maldad en que se envuelve; pero si se presenta inesperadamente alguno de los raros y verdaderos dolores de la vida, se hunde en el golfo de aquella alma, como una espada, tocando hasta su fondo. Revélase entonces al criminal desgraciado el afecto desconocido, tanto más violento cuanto era más ignorado; tanto más doloroso cuanto era menos sensible; porque el aguijon del infortunio ha debido agitar el corazon mucho más profundamente para llegar hasta él. La naturaleza se despierta y se desencadena, y entrega al miserable á amarguras desconocidas y á suplicios inauditos; y prueba, reunidos en un instante, todos los sufrimientos que promovian su mofa durante largos años. Opuestos tormentos le desgarran á la vez, y su corazon, presa de hondo estupor, se agita, víctima de torturas convulsivas; parécele que acaba de entrar en el infierno de la vida y que acaba de revelársele algo más terrible que la desesperacion.

El conde de Ahlefeld amaba á su hijo sin conocerlo, y decimos su hijo, porque desconocia el adulterio de su esposa y le creia el heredero directo de su nombre. Convencido de que Federico estaba de guarnicion en Munckholm, no esperaba encontrarle en las ruinas de Arbar, ni mucho menos encontrarle muerto. Sin embargo, estaba allí, descolorido, ensangrentado... era él... no podia dudarlo. Imagínese el lector lo que debió pasar en el corazon de aquel hombre, cuando adquirió la certidumbre de amarle, al mismo tiempo que la certidumbre de haberle perdido. Como si le aniquilara un rayo, la sorpresa, el espanto y la desesperacion le arrojaron desplomado al suelo, retorciéndose los brazos y repitiendo lastimeramente:

—Mi hijo! mi hijo!

El bandido echóse á reir; y era horrible espectáculo oir aquella risa brutal entre los gemidos de un padre ante el cadáver de su hijo.

—¡Por el alma de mi abuelo Ingolfo el Exterminador, te juro conde de Ahlefeld que puedes gritar cuanto quieras sin peligro de despertarle!

Esto dijo el bandido: un momento despues su rostro se anubló y exclamó con voz sombría:

—Llora á tu hijo, yo vengo al mio!

Rumor precipitado de pasos que sonaban en la galería interrumpió á Han de Islandia, y al volver la cabeza sorprendido, penetraron en la estancia, sable en mano, cuatro hombres de alta estatura y otro pequeño y grueso que les seguia, llevando en la mano izquierda una hacha encendida y en la derecha una espada desenvainada. Iba embozado en una capa oscura, parecida á la del gran canciller.

—Señor, exclamó, os oimos y acudimos en vuestra ayuda.

Habrá reconocido ya el lector en los cinco recien venidos á Musdæmon y á los criados armados, que componian la comitiva del conde.

Cuando la luz del hacha alumbró la estancia, paráronse horrorizados los que acababan de entrar; espantoso era, en efecto, el espectáculo que se ofreció á su vista. A un lado los restos ensangrentados del lobo, al otro el cadáver mutilado del jóven oficial; luego al conde con los ojos desencajados, lanzando gritos lastimeros, y junto á él el formidable bandido, volviendo hácia sus enemigos el semblante horrible, en el que se leia su asombro impávido.

Al encontrarse el conde con este inesperado refuerzo, la idea de la venganza se apoderó de él y le hizo pasar de la desesperacion á la rabia.

—Matad á ese bandido! gritó poniéndose en pié y tirando de la espada. ¡Matadle! Matadle!

—Asesinó al conde Federico? preguntó Musdæmon, y la antorcha que llevaba en la mano no alumbró la menor alteracion en su rostro.

—Muera! muera! dijo furioso el conde.

Los seis hombres se lanzaron juntos contra el mónstruo. Este, sorprendido por el brusco ataque, retrocedió hácia la abertura que daba sobre el precipicio, dando un rugido feroz, que más anunciaba la cólera que el temor.

Seis espadas se dirigian contra él y sus ojos estaban más inflamados y sus facciones eran más amenazadoras que las de sus adversarios. Cogió su hacha de piedra y, reducido por el número de sus enemigos á limitarse á la defensa, hacia girar con su mano dicha arma con tal rapidez, que el círculo de su rotacion le cubria como un escudo. Brotaban infinitas chispas con ruido claro de las puntas de las espadas al chocar con el filo de la hacha, pero ninguna hoja alcanzaba á su cuerpo. Sin embargo, estaba cansado de su anterior combate con el lobo, perdia terreno visiblemente, y pronto se vió empujado al mismo dintel de la puerta abierta sobre el abismo.

—Amigos mios, valor! ¡Arrojemos al mónstruo al precipicio!

—Antes que yo caiga, caerán en él las estrellas, replicó el bandido.

Aumentó el valor y la audacia de los agresores ver al hombrecillo precisado á bajar un escalon de la escalera suspendida sobre el abismo.

—Adelante! Tendrá que caer! ¡Un esfuerzo más! ¡Miserable, has cometido ya tu último crímen! gritó el gran canciller.

Mientras con la mano derecha continuaba las terribles evoluciones de su hacha, el bandido cogió con la izquierda una trompa de cuerno que llevaba suspendida en el cinto, y llevándola á los labios produjo varios sonidos roncos y prolongados, á los que respondió en seguida un rugido que salia del abismo.

Poco despues, al verse obligado Han de Islandia á bajar el segundo escalon, apareció la enorme cabeza de un oso blanco en el extremo roto de la escalera. Con asombro y espanto retrocedieron al verle los agresores.

Acabó el oso de subir la escalera con tardos pasos, presentándoles la sangrienta boca y los acerados dientes.

—Gracias, amigo Friend! gritó el bandido; y aprovechándose de la sorpresa de los agresores, montó en la espalda del oso, que empezó á bajar hácia atrás, presentando siempre la cabeza amenazadora á los enemigos de su amo.

Vueltos en sí de su estupefaccion, vieron que el oso se llevaba al bandido á distancia á que no podian alcanzarle, y que bajaba al abismo, agarrándose á los añosos troncos de los árboles y á los ángulos salientes de los peñascos. Quisieron el conde y los suyos precipitar sobre el bandido peñas que lo aplastaran; pero antes de que pudiesen dejar caer al abismo una de aquellas sólidas masas de granito, el bandido y su extraña cabalgadura desaparecieron en el fondo de una caverna.

## XXVI.

> No, no riamos más. Lo que me parecia tan gracioso, tiene su lado sério, muy sério, como todo en el universo. Creedme, la palabra *casualidad* es una blasfemia: nada bajo el sol sucede por casualidad.
>
> (Lessing.—*Emilia Galotti.*)

Verdaderamente en lo que los hombres llaman casualidad se descubre muchas veces una profunda razon: hay en los sucesos una mano misteriosa que les marca en cierto modo el camino y el término. Se habla mucho contra los caprichos de la fortuna y contra las injusticias de la suerte, pero de repente salen del caos espantosos relámpagos ó maravillosos rayos de luz, y la sabiduría humana tiene que humillarse ante los decretos del destino.

Por ejemplo: Federico de Ahlefeld ostentaba en suntuoso salon, á los ojos

de las damas de Copenhague, la magnificencia de sus vestidos, la fatuidad de su rango y la presuncion de sus palabras; si algun hombre que adivinase el porvenir hubiese turbado la insustancialidad de sus pensamientos con graves revelaciones; si le hubiera dicho que algun dia el brillante uniforme, que le llenaba de orgullo, causaria su pérdida; que un mónstruo con faz humana beberia su sangre, como bebia él, voluptuoso sibarita, los vinos de Francia y de Bohemia; ni le hubiera dicho que sus cabellos, para los que nunca tenia bastantes esencias y perfumes, barrerian el polvo de una caverna de fieras; si le hubiera dicho que aquel brazo, que ofrecia con tanta gracia, para que sirviera de apoyo á las bellas de Charlottembourg, seria arrojado á un oso para pasto, como un hueso de cabrito medio roido, ¿qué hubiese respondido Federico á esas lúgubres profecías? Hubiera contestado con una carcajada ó con una pirueta, y, lo que es más terrible todavía, todo hombre dotado de razon hubiera aplaudido al insensato.

Examinemos ese destino desde más alto. ¿Es misterio extraño que recaiga el crímen del conde y de la condesa de Ahlefeld en ellos como castigo? Urdieron una trama infame contra la hija de un prisionero: esta desgraciada encuentra, por casualidad, un protector, que cree necesario alejar á Federico, encargado por sus padres de ejecutar su abominable designio. Este hijo, su única esperanza, es separado del teatro de la seduccion, y, apenas llega á su nuevo destino, otra casualidad vengadora le hace encontrar la muerte. Así es que, queriendo deshonrar á una jóven inocente y aborrecida, los padres han arrojado al sepulcro á su hijo querido y culpable. Su infame accion les ha acarreado la desgracia.

## XXVII.

Aquí está la hermosa condesa... Perdonad, señora, si no puedo disfrutar más tiempo de vuestra visita... Estoy muy ocupado... Otra vez será... Por hoy es imposible deteneros más tiempo.
(El Príncipe á Orsina.)

Al dia siguiente de ir á Munckholm el gobernador de Drontheim, mandó que enganchasen los caballos á su coche de viaje por la madrugada, esperando partir antes que se levantase la condesa de Ahlefeld; pero ya dijimos que el sueño de ésta era muy ligero.

Acababa el general de firmar las últimas recomendaciones que dirigia al obispo, en cuyas manos debia quedar el gobierno, y ya estaba en pié, despues de ponerse su tabardo de pieles, para salir, cuando el ujier anunció á la esposa del canciller.

Este contratiempo desconcertó al veterano, acostumbrado á sonreir ante la metralla de cien cañones, pero no ante los artificios de una mujer. Despidióse, no obstante, de la condesa con amabilidad y no dió muestras de enojo hasta que la vió inclinarse hácia él con aire astuto, al que daba el carácter de confidencial.

—En fin, noble general... qué os dijo?

—Quién, Poel? me dijo que tenia ya dispuesto el coche

—Os hablo del prisionero de Munckholm, general.

—Ah!...

—¿Respondió al interrogatorio satisfactoriamente?

—Sí... contestó el gobernador, cuya turbacion era visible.

—¿Teneis pruebas de su complicidad en la rebelion de los mineros?

Al general Levin se le escapó la siguiente exclamacion:

—Noble señora, es inocente.

En seguida se detuvo, porque acababa de expresar una conviccion de su corazon, pero no de su cabeza.

—Inocente! repitió la condesa consternada, aunque con acento de incredulidad, porque temia que Schumacker hubiese demostrado su inculpabilidad al general, lo que hubiera trastornado el plan del gran canciller.

El gobernador tuvo tiempo para reflexionar, y respondió á las instancias de la condesa con un tono de voz que revelaba la duda, y ella quedó algo más tranquila.

—Inocente... sí... como gusteis...

—Como yo quiera, general? y la cancillera soltó una carcajada.

Su risa ofendió al gobernador.

—Me permitireis que no rinda cuentas de la entrevista con el ex-canciller más que al virey.

Diciendo esto, saludó profundamente y bajó al patio, donde ya le esperaba el coche.

—Vete, caballero errante, se decia á sí misma la condesa de Ahlefeld, entrando en sus habitaciones; vete, que tu ausencia nos libra del protector de nuestros enemigos. Vete, que tu partida será la señal de la vuelta de Federico. ¡Vaya, que fué ocurrencia! ¡enviar al jóven más galan de Copenhague á esas hor-

ribles montañas! Ahora, por fortuna, no me será difícil conseguir que vuelva.

Pensando en su hijo se dirigió á su doncella favorita, diciéndola:

—Querida Lisbeth, encargarás á Berghen de los pequeños peines que nuestros elegantes llevan en el pelo; te enterarás de la última novela publicada por la famosa Scudery, y cuidarás de que laven con mucho cuidado todas las mañanas con agua rosada á la mona de mi hijo Federico.

—Es que vuelve el señor Federico? preguntó Lisbeth.

—Ya se vé que sí; y para que tenga gran satisfaccion de volverme á ver, es preciso hacer lo que él desea; quiero sorprenderle á su vuelta.

Pobre madre!

## XXVIII.

Sale el gallardo español
valiente y determinado,
. . . . . . . . . . .
porque el paternal amor
y de su madre el dolor
le han puesto en aquel estado;
y con paso nada tardo
empuña una gruesa lanza,
puesta en ella su esperanza;
*sale corriendo Bernardo*
*por las orillas de Arlanza.*
(ROMANCERO.)

En cuanto Ordener bajó de la torre, desde la que acababa de ver el fanal de Munckholm, buscó por todas partes á su guia, el infeliz Spiagudry, y despues de llamarle á gritos, á los que solo respondió el eco de las ruinas, quedó sorprendido, pero no asustado, de su inconcebible desaparicion, que atribuyó á algun terror pánico del asustadizo conserje. Se reprochó generosamente haberle abandonado durante algunos instantes, y se decidió á acabar de pasar la noche sobre las rocas de Oelme, para darle tiempo para volver. Tomó algun alimento, y envolviéndose en la capa, se acostó cerca de la hoguera que se extinguia, depositando un beso en el rizo del cabello de Ethel. No tardó en dormir, porque puede dormirse con el corazon inquieto cuando la conciencia está tranquila.

Al salir el sol estaba ya en pié, y todo lo que halló de Spiagudry fué el morral y la capa, abandonados en la torre, lo que creyó indicios de precipitada fuga. Entonces, desesperando de volver á verle allí, se decidió á partir solo, porque al dia siguiente tenia que encontrarse con Han de Islandia en Walderhog.

Sabemos desde los primeros capítulos de esta obra que Ordener se habia familiarizado desde sus primeros años con las fatigas de la vida errante y aventurera. Habiendo recorrido muchas veces el Norte de la Noruega, no necesitaba ya guia desde el momento en que supo dónde habia de encontrar al bandido. Dirigió, pues, hácia el Noroeste su viaje solitario.

Caminó un dia entero á través de las montañas que, saliendo á manera de costillas, de trecho en trecho, de la cordillera principal que atraviesa á la Noruega en toda su longitud, se extienden disminuyendo en altura progresivamente hasta el mar, donde se hunden; de modo que todas las playas de aquel pais solo presentan una série de promontorios y de golfos, y todo el interior de las tierras una seccion de montañas y de valles; disposicion del terreno que ha hecho comparar á la Noruega á la espina mayor de un pez.

No era cómodo viajar por aquel pais. Unas veces era preciso seguir por único camino el lecho pedregoso de un torrente desecado; otras veces era preciso franquear por medio de puentes temblorosos, hechos de troncos de árboles, los mismos caminos por donde habian pasado la víspera torrentes impetuosos.

Caminaba Ordener horas enteras algunas veces sin que le revelara la presencia del hombre en esos sitios incultos mas que la aparicion intermitente y alternativa de las aspas de los molinos de viento en la cumbre de una colina, ó el rumor de alguna fragua lejana, cuyo humo se inclinaba al soplo del viento como negro penacho.

De tarde en tarde alguno que otro montañés, montado en un rocin de pelo gris, de cabeza gacha y menos selvático que su amo; ó algun mercader de pieles sentado en su trineo, tirado por dos rengíferos, detrás del que iba atada una cuerda con muchos nudos, que saltaba sobre las piedras del camino y estaban destinados para espantar á los lobos.

Si Ordener preguntaba al mercader por el camino de la gruta de Walderhog: —Seguid derecho hácia el Noroeste, le decia; encontrareis la aldea de Hervalyn, pasareis el barranco de Dodlysax, y esta noche podreis llegar á Surb, que solo dista dos millas de Walderhog.—Así respondia con indiferencia el comerciante nómada, que conocia solo la posicion y los nombres de los sitios que su profesion le obligaba á recorrer.

Si Ordener dirigia la misma pregunta al montañés, éste, profundamente pene-

trado de las tradiciones del pais y de los cuentos del hogar, meneaba la cabeza muchas veces y paraba su rocin, diciendo:

—Walderhog! la caverna de Walderhog! en ella cantan las piedras, bailan los huesos y habita el demonio de Islandia. No será á la caverna de Walderhog donde vuestra cortesía quiera ir.

—A ella voy, respondió el jóven viajero.

—Pues habreis perdido á vuestro anciano padre, se habrá incendiado vuestra granja ó su vecino le habrá robado el cerdo de San Anton.

—Nada de eso, replicó Ordener.

—Entonces será porque algun nigromántico haya echado algun conjuro sobre vuestro entendimiento.

—Buen hombre, decidme, si lo sabeis, el camino de Walderhog.

—Pues á eso contesto, señor. Id siempre hácia el Norte, y adios. Sé que podeis ir, pero no sé si podreis volver.

Y el montañés se alejaba haciendo la señal de la cruz.

A la triste monotonía de dicho camino se agregaba la incomodidad de la lluvia, fina y penetrante, que empezó á caer al medio dia, y que aumentaba las dificultades del camino. Ningun pajarillo se atrevia á volar, y Ordener, helado bajo la capa, solo veia volar por encima de su cabeza al azor ó al halcon-pescador, que, al ruido de sus pasos, salian bruscamente entre los juncos y espadañas de un estanque con un pez entre las garras.

Habia ya cerrado la noche cuando nuestro jóven viajero, despues de cruzar el bosque de trembles y de abedules, contiguo al barranco de Dodlysax, llegó á la aldea de Surb, en la que Spiagudry queria fijar su cuartel general. El olor de brea y el humo de carbon indicaron á Ordener que se acercaba á una poblacion de pescadores. Llegóse á la primera choza que la sombra le permitió divisar. La entrada, baja y estrecha, estaba cerrada, segun la costumbre noruega, con una gran piel de pescado transparente, coloreada á la sazon por el resplandor trémulo y rojo del hogar encendido. Llamó Ordener en el armazon de madera de la puerta, gritando:

—Soy un viajero!

—Entrad, respondió una voz desde dentro.

Al mismo tiempo, una mano servicial quitó la piel de pescado, y Ordener fué introducido en la habitacion cónica de un pescador de las costas de la Noruega. Era una especie de tienda redonda, de madera y de tierra, en medio de la que brillaba una hoguera, en la que la llama de púrpura de la turba se unia á la claridad blanca del abeto. Junto á la hoguera, el pescador, su mujer y dos niños cubiertos de andrajos, estaban sentados delante de una mesa cubierta de platos de madera y de vasijas de barro. En la parte opuesta, entre un monton de redes y de remos, dos rengíferos dormidos estaban tendidos sobre una cama de hojas y de pieles, cuya prolongacion parecia destinada á recibir el sueño de los amos de la casa y el de los huéspedes que pluguiese al cielo enviarles. Mas no se crea que á primera vista era fácil enterarse de la disposicion interior de la choza, porque el humo acre y pesado, que salia con dificultad por un agujero abierto en la cúspide del cono, envolvia todos los objetos con un velo espeso y movedizo.

Apenas entró Ordener, levantáronse el pescador y su mujer y le devolvieron el saludo con aire franco y afectuoso. Los aldeanos de la Noruega gustan mucho de los viajeros, ya porque el sentimiento de la curiosidad es muy vivo en ellos, ya por su natural inclinacion á dar hospitalidad.

—Señor, dijo el pescador, debeis tener hambre y frio; aquí hay fuego para secar la capa y excelente *rindebrod* para calmar vuestro apetito. Vuestra cortesía se dignará decirnos quién es, de dónde viene ó á dónde vá, y qué historias son las que cuentan las viejas de su pais.

—Sí señor, añadió la mujer, y podreis, además de este excelente rindebrod, como dijo mi marido, comer un pedazo exquisito de stock-fish salado, sazonado con aceite de ballena. Sentáos, señor extranjero.

—Y si vuestra cortesía no es aficionado á la carne de San Usufo, (1) repuso el pescador, tenga paciencia por unos momentos, que yo le respondo de que comerá un cuarto de cabrito que se chupe los dedos ó una ala de faisan. Estamos esperando al primer cazador de las tres provincias. No es verdad, Maase mia?

*Maase*, nombre que el pescador daba á su mujer, es una palabra noruega que significa *gaviota*.

—El mejor cazador, ciertamente, añadió ella con énfasis; es mi hermano, el famoso Kennybol. Ha venido á pasar unos dias con nosotros, y podreis, señor cazador, beber en la misma taza que él

(1) Patron de los pescadores.

algunos tragos de esta rica cerveza. El tambien es un viajero.

—Mil gracias, amable patrona, contestó Ordener sonriendo, pero tendré que contentarme con vuestro apetitoso stock-fish y con un tasajo de rindebrod. No tengo tiempo para esperar al famoso cazador, vuestro hermano. Tengo que ponerme en camino inmediatamente.

La buena Maase, disgustada de la próxima partida del extranjero y halagada por los elogios que éste prodigaba á su stock-fish y á su hermano, exclamó:

—Sois muy amable, señor: ¿por qué nos quereis dejar tan pronto?

—Es preciso.

—¿Por qué quereis internaros en esas montañas, á estas horas y haciendo un tiempo detestable?

—Porque tengo necesidad de partir en seguida.

Las contestaciones del jóven picaban la curiosidad pueril de los pescadores y á la vez les causaban admiracion.

—Estais, señor extranjero, en casa del pescador Cristóbal-Buldus-Braall, en la aldea de Surb, dijo el marido.

—Maasa Kennybol es su mujer y su criada, añadió la esposa.

Cuando los aldeanos noruegos querian preguntar cortésmente el nombre á un extranjero, acostumbraban á decirles antes el suyo.

Ordener respondió:

—Y yo soy un viajero que no está seguro del nombre que tiene, ni del camino que sigue.

Esta contestacion extraña no satisfizo al pescador Braall.

—Os aseguro, dijo, que creia que no habia en toda la Noruega más que un hombre que no esté seguro de su nombre; el baron de Thorvick, que se llamará conde de Danneskiold cuando celebre la boda con la hija del canciller. Esta es, querida esposa, la noticia más fresca que te traigo de Drontheim. Os felicito, señor viajero, por pareceros en esto al hijo del virey, el conde de Guldenlew.

—Ya que no podeis contestar á nuestra pregunta, añadió la mujer con el rostro inflamado de curiosidad, decidnos algo de lo que pasa por esos mundos de Dios: por ejemplo, del famoso matrimonio de que habla mi marido.

—Sí, repuso éste, dándose aires de importancia; es la noticia más reciente que circula en el pais. Antes de un mes el hijo del virey se casa con la hija del gran canciller.

—Lo dudo, contestó Ordener.

—No lo dudeis, señor; os afirmo que es cosa resuelta. Lo sé de buena tinta. El que me lo comunicó lo sabia por el señor Poel, que es el criado favorito del baron de Thorvick. A no ser que alguna borrasca haya enturbiado el agua de seis dias á esta parte. ¿Creeis, señor, que no se verificará esa boda?

—Así lo creo, contestó Ordener sonriendo.

—En ese caso confieso que me equivoqué de medio á medio: no se debe encender la lumbre para freir el pescado antes de que éste entre en la red. ¿Es seguro el rompimiento? ¿Por qué conducto lo sabeis, señor?

—Lo sospecho, contestó Ordener, me lo figuro... Yo lo arreglo así.

Al oir esas palabras, el pescador no fué dueño de contener una carcajada.

—Dispense vuestra merced si me rio... se conoce que sois extranjero... ¿Os parece que los acontecimientos se han de verificar á medida de vuestros caprichos y que el tiempo esté claro ó nublado, segun vuestra voluntad?

El pescador, versado en los asuntos nacionales como la mayoría de los aldeanos noruegos, explicó á Ordener las razones por las que no podia dejar de efectuarse semejante matrimonio: era conveniente para los intereses de la familia de Ahlefeld; el virey no podia rechazarlo, porque el rey lo deseaba; además, se aseguraba que unia á los futuros esposos una verdadera pasion; en una palabra, Braall aseguraba que esta union se verificaria, y hubiera querido estar tan seguro de matar al dia siguiente al maldito perro marino que infestaba el estanque de Mister-Bick.

Poco dispuesto estaba Ordener á sostener pacífica controversia con tan rudo hombre de Estado, cuando la llegada de un nuevo personaje le sacó de este embarazo.

—Es mi hermano! gritó la pescadora.

Era menester la llegada de un hermano para arrancarla á la admiracion contemplativa con que escuchaba la pesada charla de su marido.

Este, mientras los dos niños se precipitaban en brazos de su tio, le tendió la mano con mucha gravedad.

—Bien venido, hermano, dijo, y volviéndose hácia Ordener, añadió:—Nuestro hermano el famoso cazador Kennybol, de los montes de Kole.

—Saludo cordialmente á todos, dijo el montañés, quitándose la gorra de piel de oso. Poco cazo, querido Braall, en vues-

tras costas, como tú pescarias poco en nuestras montañas. Creo que llenaria mejor el morral cazando duendes y silfos en los nebulosos bosques de la reina Mab. Tú eres hoy, mi querida hermana, la primera gaviota á la que he podido dar de cerca los buenos dias. Aquí teneis, amigos mios, lo que ha podido traer en todo el dia el primer cazador de Drontheim.

Hablando así, sacó de su morral y puso sobre la mesa una gallineta blanca, asegurando que ese escueto volátil no era digno de un tiro de fusil.

—Pero, añadió entre dientes, leal escopeta de Kennybol, pronto te dedicarás á la caza mayor; si no matas gamos ni ciervos, agujerearás casacas verdes y jubones encarnados.

Estas palabras, mal oidas, llamaron la atencion de la curiosa Maase.

—Qué estás diciendo? preguntó al cazador.

—Que las mujeres teneis todas el mismo flaco.

—Tienes razon, contestó el pescador. Las hijas de Eva son curiosas como su madre. Qué hablabas de casacas verdes?

—Hermano Braall, replicó el interpelado, solo á mi mosquete confio mis secretos, porque tengo la seguridad de que no los ha de contar á nadie.

—Se habla en la aldea de que se han sublevado los mineros; ¿sabes si es cierto, Kennybol?

Cogió la gorra el montañés y se la encasquetó hasta los ojos, mirando oblícuamente al forastero; despues, inclinándose hácia el pescador, le dijo en voz baja:

—Silencio.

Meneó éste la cabeza con aire de profunda sagacidad y le contestó:

—El pez es mudo, pero no por eso deja de caer en las redes.

Hubo un instante de silencio. Los dos hermanos se miraban con aire de inteligencia; los niños desplumaban la gallineta, que estaba sobre la mesa; Maase escuchaba lo que no se decia, y Ordener observaba.

—Si hoy no traje caza, dijo el cazador tratando de cambiar la conversacion, mañana no será lo mismo. Pesca al rey de los peces mañana, que yo te prometo aceite de oso para guisarlo.

—Aceite de oso? exclamó Maase. Anda algun oso por estas cercanías? Pues hijos mios, os prohibo salir de la cabaña. Un oso!

—Tranquilízate, que mañana ya no le temerás, te lo prometo. He visto un oso blanco á unas dos millas de Surb. Me pareció que llevaba encima un hombre ú otro animal; quizás algun cabrero, porque los cabreros se visten de pieles de animales... la distancia no me permitió conocerlo bien. Lo que me admiró fué que llevase su presa á las espaldas y no en la boca.

—De veras?

—Y el animal debia estar muerto, porque no hacia ningun movimiento para defenderse.

—Pero si estaba muerto, ¿cómo se sostenia sobre la espalda del oso? preguntó juiciosamente el pescador.

—Eso es lo que no comprendo; pero muerto ó vivo será el último alimento del oso. Al regresar á la aldea he avisado á seis excelentes compañeros, y mañana te traeré, hermana mia, la piel blanca más hermosa que corrió jamás sobre las nieves de la montaña.

—Guárdate de él, que cuentan cosas muy singulares. Mira no sea ese oso el mismo diablo.

—Estás loca? exclamó riendo el montañés; convertirse en oso el diablo! En gato ó en mono ya se ha visto alguna vez, pero en oso...

—Pero dime, preguntó el pescador al montañés, ¿hácia qué lado has visto ese oso?

—En la direccion de Smiasen á Walderhog.

—Walderhog! exclamó la mujer, haciéndose en la frente la señal de la cruz.

—Walderhog? repitió Ordener.

—¿Supongo que no te atreverás á dirigirte á la gruta de Walderhog?

—Yo? Dios me libre! El oso es el que se dirigia á ella.

—Pero irás á buscarle mañana! interrumpió atemorizado Maase.

—No; ¿cómo pensais que el oso se atreva á tomar por guarida una cabaña en la que...

Detuviéronse al llegar aquí y los tres se santiguaron devotamente.

—Dices bien; los animales tienen el instinto que les advierte de lo que han de huir, respondió el pescador.

—Pero, amigos mios, exclamó Ordener; ¿quereis decirme qué es lo que hay en la gruta de Walderhog?

Miráronse los tres con estúpido asombro, como si no pudieran comprender semejante pregunta.

¿No es donde está el sepulcro del rey Walder? preguntó el jóven.

—Sí, respondió la mujer; es un sepulcro de piedra que canta.

—No es eso solo, añadió el pescador.

—No, continuó ella; por la noche se ven bailar los huesos de los difuntos.

—Además, dijo gravemente el montañés, no se debe hablar con esa ligereza de una caverna que hace extremecer hasta á un lobo viejo como soy yo.

Ordener replicó sonriendo:

—Hubiera yo querido saber, sin embargo, todos los prodigios que suceden en la gruta de Walderhog, porque precisamente voy allí.

Estas palabras petrificaron de terror á los tres oyentes.

—A Walderhog! vais á Walderhog?...

—¡Y lo dice, añadió el pescador, con la misma sencillez que si dijera voy á Levig á vender bacalao, ó al soto de Ralfo á pescar arenques!...

—Desgraciado jóven! exclamó la mujer; ¿os ha abandonado vuestro ángel tutelar? no teneis en el cielo santo patrono?

—¿Y qué motivo, preguntó el montañés, os conduce á ese sitio abominable?

—He de preguntar algo á cierto sugeto, contestó Ordener.

La curiosidad y el asombro de los oyentes subió de punto.

—Se conoce que sois extranjero y que desconoceis el pais. Sin duda estais equivocado y no es á la caverna de Walderhog donde debeis ir.

—Además de que allí, si quereis hablar á algun sér humano, no lo conseguireis... porque allí no lo hay.

—Solo está allí el demonio, dijo la mujer.

—El demonio! qué demonio?...

—El que hace que cante el sepulcro y que bailen los muertos.

—No sabeis, señor, le dijo Braall, bajando la voz y aproximándose á Ordener, que la gruta de Walderhog es la guarida ordinaria de...

La mujer no le dejó continuar.

—No pronuncies ese nombre, que atrae la desgracia, le dijo.

—De quién es la guarida? preguntó Ordener.

—De Belcebú encarnado, contestó Kennybol.

—No os comprendo. A mí me dijeron que esa caverna la habitaba Han de Islandia.

Alzóse en la cabaña triple grito de terror.

—Pues bien, si lo sabeis, ese es el demonio.

Tras larga pausa en el diálogo, cuando el pescador volvió en sí de su estupefaccion, miró fijamente á Ordener como si hubiera en el jóven algo que no estaba al alcance de su inteligencia.

—Creia, señor viajero, que aunque viviese más años que mi padre, que murió de ciento veinte, no tendria que indicar á nadie el camino de Walderhog.

—Sin duda, dijo Maase, pero vos no ireis á esa maldita gruta, porque para ir seria necesario hacer un pacto con el diablo.

—Iré, amigos mios, y el mayor servicio que podais prestarme será indicarme el camino más corto.

—El más breve para llegar á donde quereis ir es precipitaros desde lo alto de la peña más cercana en las aguas del torrente más inmediato.

—¿Os parece que se logra lo mismo, preguntó Ordener con seguridad, prefiriendo una muerte estéril á un peligro útil?

Meneó Braall la cabeza, mientras su hermano fijaba en el jóven aventurero una mirada escrutadora.

—Os comprendo, exclamó de pronto el pescador; quereis ganar los mil escudos reales que promete el síndico de la provincia por la cabeza del demonio de Islandia.

Ordener sonrió.

—Creedme, prosiguió el pescador emocionado, renunciad á ese proyecto. Soy pobre y viejo y yo no arriesgaria la vida por esos mil escudos.

—Interés más noble me mueve á buscar á ese bandido que llamais demonio; lo hago en beneficio de otros, no por mí.

El montañés, que no apartaba la vista de Ordener, le interrumpió:

—Os comprendo, señor; sé por qué buscais al demonio islandés.

—Quiero obligarle á pelear, dijo el aventurero.

—Segun eso, ¿estais encargado de grandes intereses, no es verdad?

—Acabo de decirlo.

El montañés se acercó á Ordener, haciéndole una señal de inteligencia, y con admiracion oyó éste que le decia al oido en voz baja:

—¿Le buscais para que sirva al conde Schumacker?

—Cómo lo sabeis?

Le era difícil de comprender cómo sabia un montañés noruego un secreto que á nadie habia confiado, ni aun al mismo general Levin.

Otra vez se acercó Kennybol á su oido y le dijo:

—Os deseo mil prosperidades: obrais como noble caballero sirviendo así á los oprimidos.

Tan grande fué la sorpresa de Ordener, que no encontró palabras para preguntar al montañés cómo habia descubierto el objeto de su viaje.

—Silencio, continuó diciendo Kennybol, poniéndose un dedo en la boca; espero que obtendreis lo que deseais del habitante de Walderhog; mi brazo está pronto como el vuestro para servir hasta la muerte al prisionero de Munckholm.

Y levantando la voz, antes de que Ordener pudiese contestarle, dijo á Braall y á Maase:

—Recibid á este respetable jóven como á un hermano. Ea, ya creo que la cena está dispuesta.

—¿Has decidido al señor, preguntó la mujer, á que desista de su proyecto de visitar al demonio?

—Reza por él esta noche, hermana mia, porque es un noble y digno mancebo. Vamos, señor viajero, cenad bien y despues á dormir. Al rayar el dia os enseñaré el camino é iremos los dos, vos en busca del diablo y yo en busca del oso.

## XXIX.

¿Cuál de nuestros compañeros te engendró?
¿De qué hijo de los hombres desciendes para atreverte á atacar á Fafuir?

(EDDA.)

El primer rayo de sol enrojecia apenas las cimas de los peñascos situados junto al mar, cuando un pescador que salió al alba á echar sus redes á algunos tiros de arcabuz de la playa, frente á la entrada de la gruta de Walderhog, vió un fantasma embozado en una capa bajar á lo largo de las rocas y desaparecer bajo la formidable bóveda de la caverna. Lleno de terror, recomendó su barca y su alma á San Usufo y corrió á contar á su familia que habia visto con espanto uno de los espectros que habitan la caverna de Han de Islandia volver á ella al salir el sol.

Ese espectro era Ordener, el hijo del virey de Noruega, á quien los dos reinos creian entregado á dulces galanteos con su altiva futura, y que, solo y desconocido, iba á exponer la vida por otra mujer, por la hija de un prisionero de Estado, que era la exclusiva dueña de su corazon.

Tristes presagios y siniestros vaticinios le acompañaban en el término de su viaje: al despedirse de la familia del pescador, Maase se puso á rezar por él á la puerta de la cabaña; el montañés Kennybol y sus seis compañeros, despues de indicarle el camino que debia seguir, se separaron de él á una media milla de Walderhog, y esos intrépidos cazadores, que iban riendo á combatir contra un oso, fijaron largo rato sus miradas de terror en la senda que tomó el atrevido aventurero.

Entró Ordener en la gruta de Walderhog como el marinero llega á un puerto mucho tiempo deseado. Experimentaba celeste alegría al pensar que iba á conseguir un objeto digno de su vida, ó, de no conseguirlo, que iba á derramar toda su sangre por su Ethel. Próximo á atacar á un bandido temido en toda la provincia, á un mónstruo, á un demonio quizás, no asustaba á su imaginacion ese formidable enemigo; y solo veia la tierna imágen de su vírgen cautiva rezando quizás por él al pié del altar de su prision. Si se hubiera sacrificado por cualquier otro móvil, hubiera pensado algunos momentos, para despreciarlos en los peligros que de tan lejos venia á buscar; ¿pero reflexiona acaso el corazon en la juventud, cuando palpita con la doble exaltacion de un sublime sacrificio y de un acendrado amor?

Avanzó con la cabeza erguida bajo la bóveda sonora, cuyos mil ecos multiplicaban el ruido de su pasos, sin echar siquiera una ojeada sobre las estalactitas, sobre los basaltos seculares, que pendian encima de su cabeza entre conos de musgo, de yedra y de raices; conjunto confuso de formas caprichosas, al que la credulidad supersticiosa de los montañeses noruegos habia convertido muchas veces en multitud de demonios ó en procesiones de fantasmas. Con la misma indiferencia pasó por el sepulcro del rey Walder, al que se enlazaban muchas tradiciones lúgubres, y no oyó otra voz junto á él más que la de los silbidos del aire en aquellas fantásticas galerías.

Continuó su marcha bajo tortuosas bóvedas, débilmente alumbradas por rendijas medio obstruidas de yerbas y matorrales. Tropezaban con frecuencia sus piés en no sé qué ruinas, que rodaban sobre las rocas, produciendo sonido hueco, y que ofrecian en la sombra á sus ojos cierta semejanza á cráneos rotos y con largas filas de dientes blancos y descarnados hasta sus raices.

Pero no conoció el terror: se extrañaba únicamente de no haber encontrado todavía al terrible habitante de aquella horrible gruta.

Llegó á una especie de habitacion redonda, abierta por la naturaleza en el seno de las rocas vivas; en ella desembocaba el camino subterráneo que habia seguido Ordener, y las paredes no presentaban más abertura que largas hendiduras, por las que se veian las montañas y los bosques exteriores.

Sorprendido de haber recorrido infructuosamente la fatal caverna, empezaba á desesperar de encontrar al bandido, cuando llamó su atencion un monumento de forma singular, situado en medio de aquella estancia subterránea. Tres piedras largas y macizas, de pié sobre el suelo, sostenian una cuarta piedra ancha y cuadrada, como tres pilares sostienen un techo. Debajo de esta especie de trípode gigantesca se levantaba algo parecido á un altar, formado tambien de un gran pedazo de granito y agujereado circularmente por el medio de su lado superior.

Ordener reconoció en este monumento una de aquellas colosales construcciones druídicas que habia visto algunas veces en sus viajes por la Noruega, y cuyos modelos más asombrosos son en Francia los monumentos de Lokmariaker y de Carnal. Edificios extraños que han envejecido clavados en la tierra, como tiendas de un dia, y que únicamente son sólidos por su peso enorme.

Meditando Ordener, se apoyó maquinalmente sobre el altar, cuya boca de piedra estaba ennegrecida. ¡Tanta sangre de víctimas humanas habia bebido!...

De repente se extremeció, oyendo una voz que parecia salir del fondo de la piedra, y que le decia:

—Jóven, con piés que caminan hácia el sepulcro has entrado en este sitio.

Se irguió bruscamente y echó mano al puño del sable, mientras que un eco, débil como la voz de un moribundo, repetia distintamente en las profundidades de la gruta:

—Jóven, con piés que caminan hácia el sepulcro has entrado en este sitio.

En aquel instante, al otro lado del altar druídico, levantóse una cabeza espantosa, con cabellos rojos, y que con risa atroz volvió á repetir:

—Jóven, con piés que caminan hácia el sepulcro has entrado en este sitio.

—Y con mano que blande este acero, respondió impertérrito Ordener.

Salió el mónstruo enteramente de bajo del altar, y descubrió sus miembros rechonchos y nervudos, su vestidura terrible y ensangrentada, sus manos callosas y su enorme hacha de piedra.

—Ya estoy aquí, dijo, lanzando un rugido como una fiera.

—Y yo, respondió Ordener.

—Te esperaba.

—Yo hice más; yo te he buscado, contestó el intrépido jóven.

El bandido cruzó los brazos.

—Sabes quién soy?

—Sí.

—Y no tienes miedo?

—No, ya no tengo.

—Pero lo has conocido viniendo aquí? y el mónstruo meneaba la cabeza con aire de triunfo.

—Sí; temia no encontrarte.

—Me desafías! ¡y tus piés han venido tropezando con huesos de cadáveres!

—Mañana tal vez tropezarán con el tuyo.

Tembló de cólera el mónstruo y rechináronle los dientes. Ordener, inmóvil, conservaba su actitud serena y altiva.

—Guárdate de mí! murmuró el bandido, porque caeré sobre tí como el granizo de Noruega sobre un quitasol.

—No necesito contra tí otro escudo.

Cualquiera hubiera dicho, contemplando esta escena, que habia algo en la mirada de Ordener que subyugaba al mónstruo; éste arrancaba con las uñas los pelos de su capa, como un tigre que devora la yerba antes de lanzarse sobre la presa.

—Me enseñas lo que es compasion! dijo.

—Y tú á mí lo que es desprecio.

—Niño, tu voz es tierna, tu rostro es fresco como la voz y el rostro de una doncella; ¿qué muerte quieres que te dé?

—La tuya!

El mónstruo se echó á reir.

—¿No sabes que soy un demonio, que mi espíritu es el espíritu de Ingolfo el Exterminador?

—Sé que eres un bandido que asesinas por dinero.

—Mientes, le interrumpió el mónstruo; mato por beber sangre.

—¿No te pagó el conde de Ahlefeld el asesinato del capitan Dispolsen?

—Qué estás diciendo? ¿qué nombre es ese?

—¿No sabes quién era el capitan Dispolsen, á quien asesinaste en las playas de Urchtal?

—Puede ser, pero ya lo olvidé, como dentro de tres dias me olvidaré de tí.

—¿No conoces al conde de Ahlefeld, que te pagó para que robases al capitan un cofrecillo de hierro?

—Al conde de Ahlefeld? Espera... sí... le conozco. Ayer bebí la sangre de su hijo en el cráneo del mio.

Ordener se extremeció de horror.

—No te satisfizo la paga?

—Qué paga? preguntó el bandido.

—Escucha; verte me repugna. Es preciso acabar pronto. ¿No robaste hace ocho dias una caja de hierro á una de tus víctimas, á un oficial de Munckholm?

Estas palabras hicieron extremecer al bandido.

—Un oficial de Munckholm! ¿Lo eres tú tambien?

—No, contestó Ordener.

—Tanto peor! y de nuevo se anublaron las facciones del bandido.

—Escucha, repitió el tenaz Ordener: ¿dónde está el cofrecillo que has robado al capitan?

El bandido reflexionó un breve instante; despues exclamó:

—¡Por el alma de Ingolfo, que esa miserable caja tiene muchos golosos! Te respondo que buscarán menos la que contenga tus huesos, si hay quien los encierre en el ataud.

La contestacion de Han de Islandia dió á entender á Ordener que aquel conocia el cofrecillo, y volvió á abrigar la esperanza de encontrarlo.

—Díme, qué has hecho de él? ¿Está en poder del conde de Ahlefeld?

—No.

—Mientes, porque te ries.

—Cree lo que te dé la gana... ¿qué me importa?

El mónstruo, en efecto, habia tomado un acento burlon, que inspiraba desconfianza á Ordener; éste conoció que no le quedaba otro recurso para lograr su deseo que el de irritarle ó el de intimidarle, si esto fuera posible.

—Oyeme, dijo levantando la voz; es preciso que me dés ese cofrecillo.

El bandido hizo rechinar sus dientes.

—Es menester que me lo dés! repitió el otro con voz de trueno.

—¿Acostumbras á dar órdenes á los búfalos y á los osos? replicó el mónstruo con risa burlona.

—Se las daria al mismo demonio en el infierno.

—Pues pronto podrás cumplir ese deseo.

Desenvainó Ordener el sable, que relució como un relámpago:—Obedece!

—Vamos, repuso el otro blandiendo el hacha; no quise romper tus huesos y beber tu sangre cuando llegaste aquí; me contuve porque escitó mi curiosidad el ver cómo el gorrion se lanzaba sobre el buitre.

—¡Miserable, gritó Ordener, defiéndete!

—Esta es la primera vez que me lo dicen, murmuró el bandido rechinando los dientes.

Hablando así saltó sobre el altar de granito y se agachó, recogiendo sus fuerzas, como el leopardo que espera al cazador en lo alto de una roca, para precipitarse de improviso sobre él.

Desde allí sus miradas fijas se clavaban en el jóven, como si buscase el lado más ventajoso para arrojarse sobre él: esto le sucediera á Ordener si hubiera esperado un momento más; pero no le dió tiempo al bandido para que reflexionase y se lanzó impetuosamente sobre él, dirigiéndole hácia el rostro la punta del sable.

Empezó entonces el combate más espantoso que la imaginacion pueda fingirse. El mónstruo, de pié sobre el altar, como una estátua sobre el pedestal, parecia uno de aquellos horribles ídolos que en los siglos bárbaros recibian en aquel mismo sitio sacrificios impíos y sacrílegas ofrendas.

Los movimientos del bandido eran tan rápidos, que por cualquier parte que le atacara Ordener, éste encontraba siempre la cara del mónstruo y el filo de su hacha. El jóven hubiera sido despedazado varias veces si no le hubiera ocurrido arrollarse la capa alrededor del brazo izquierdo, de modo que la mayor parte de los golpes de su agresor se perdieran contra ese flotante escudo. Hicieron inútilmente durante algunos minutos esfuerzos extraordinarios para herirse el uno al otro. Los ojos grises é inflamados del hombrecillo parecian salirse de sus órbitas. Atónito de verse tan audaz y tan vigorosamente combatido por adversario en apariencia tan débil, rabia sombría sucedió á sus desprecios salvajes. La atroz inmovilidad de las facciones del mónstruo, la serenidad intrépida de las de Ordener, contrastaban singularmente con la rapidez de los movimientos y con la vivacidad de los ataques.

Solo se oia el sonido que al chocar las armas producian, el paso tumultuoso del jóven y la respiracion ronca y apresurada de los dos combatientes, cuando de repente lanzó el mónstruo un rugido terrible: el filo de su hacha se habia enredado entre los pliegues de la capa de

su enemigo. Se irguió, sacudió el brazo con furia y solo consiguió enredar el mango además del corte entre la capa, que á cada nuevo esfuerzo se envolvia más y más alrededor del hacha.

El formidable bandido vió entonces apoyarse sobre su pecho la punta del sable de su jóven enemigo.

—Escucha por última vez, le dijo éste triunfante; ¿quieres entregarme el cofrecillo de hierro que cobardemente robaste?

El mónstruo calló un momento; despues exclamó, rugiendo:

—No, no, y maldito seas!

Ordener, sin abandonar su actitud victoriosa y amenazante, añadió:

—Reflexiona, piénsalo bien.

—No, ya te he dicho que no, repitió Han de Islandia.

El noble mancebo bajó la punta del sable y le dijo:

—Pues bien; desenrolla el hacha de entre los pliegues de la capa y continuemos el combate.

Risa desdeñosa fué la respuesta del mónstruo.

—Niño, quieres ser generoso conmigo y no me hace falta esa generosidad.

Antes de que Ordener, sorprendido, pudiese volver la cabeza, puso el bandido los piés en la espalda de su leal vencedor y se lanzó de un salto á doce piés de distancia.

De otro salto se echó sobre el jóven y se suspendió todo entero sobre él, como la pantera se agarra con la boca y con las garras al costado del gigante leon. Sus uñas se hundian en las espaldas de Ordener; sus nudosas rodillas le apretaban las caderas, y en su horrible rostro se veia la boca sangrienta y los dientes de fiera, prontos á desgarrar á su adversario. No hablaba, y solo expresaba su rabia un mugido sordo, entremezclado con gritos roncos y ardientes. Era, en aquel momento, más repugnante que una fiera, más monstruoso que un demonio.

Ordener vaciló al echarse sobre él, de súbito, el mónstruo, y hubiera caido al suelo por la fuerza del choque inesperado, á no hallarse á sus espaldas uno de los largos pilares del monumento druídico para sostenerle. Quedó, pues, medio caido sobre la espalda y jadeante bajo el peso de un infame enemigo.

El noble mancebo vaciló, pero no temblaba. Al verse en inminente peligro se despidió de su Ethel. Su amoroso pensamiento fué como una oracion, que le devolvió las fuerzas. Rodeó al mónstruo con sus dos brazos; despues, cogiendo por la mitad la hoja del sable, apoyó perpendicularmente la punta sobre la espina dorsal del bandido y le hirió. Lanzó Han de Islandia espantoso alarido y dió un brinco, que hizo vacilar á Ordener: deshaciéndose de su intrépido adversario, fué á caer algunos pasos atrás, llevándose entre los dientes un pedazo de capa, que habia mordido furioso.

Volvió á levantarse al punto listo y ágil como un gamo, y por tercera vez comenzó el combate, más furioso que antes. Juntó la casualidad, en el sitio en que se encontraba el mónstruo, un monton de piedras de gran tamaño desprendidas de las rocas, entre las que crecian el musgo y los zarzales desde lejanos tiempos. Dos hombres de fuerza ordinaria no hubieran podido remover la menor de aquellas enormes piedras; el bandido cogió una de ellas con entrambas manos, la levantó sobre su cabeza y, balanceándola, se la arrojó á Ordener. La piedra, lanzada con violencia, atravesó pesadamente el espacio, dejando apenas tiempo al jóven para separarse y evitar el golpe. La mole de granito se estrelló en pedazos al pié de la pared subterránea, produciendo espantoso ruido, que resonó sordamente en las profundidades de la gruta.

Ordener, aturdido, apenas recobró la serenidad, vió que ya otra mole de piedra se balanceaba en las manos del bandido. Irritado al verse apedrear cobardemente, lanzóse sobre el mónstruo blandiendo el sable para cambiar el género de combate; pero la piedra formidable, impelida como un rayo, encontró, al rodar por la atmósfera espesa y sombría de la caverna, el frágil y desnudo acero á su paso, y el acero cayó hecho astillas, como un pedazo de vidrio; la risa horrible del mónstruo hizo retumbar la bóveda.

Ordener estaba desarmado.

—¿Antes de morir quieres decir algo á Dios ó al diablo? exclamó el bandido.

Lanzando llamas por los ojos, impaciente, se precipitó Han de Islandia sobre su hacha, que estaba en el suelo enredada entre los pliegues de la capa...—¡Pobre Ethel!

De repente se oyó á lo lejos un rugido que llegaba de fuera de la gruta. El mónstruo se para de súbito. Aumenta el ruido y se oyen clamores de hombres entre los aullidos lastimeros de un oso. El bandido escucha. Los gritos dolorosos continúan. Han de Islandia coge im-

petuosamente el hacha y se precipita, no hácia Ordener, sino hácia una de las hendiduras que daban entrada á la luz en la gruta. Ordener, en el colmo de la sorpresa, al verse olvidado, se dirige como su enemigo hácia una de aquellas puertas naturales y vé en un soto, bastante inmediato, un enorme oso blanco acosado y apurado por siete cazadores, entre los que cree distinguir á Kennybol, cuyas palabras tanto le admiraron el dia anterior.

Volvió la cabeza y el bandido no estaba ya en la gruta: entonces oyó fuera una voz espantosa que gritaba: Friend! Friend! Allá voy! Aquí me tienes!

## XXX.

Pedro todo lo perdió á los dados.
(RÉGNIER.)

El regimiento de arcabuceros de Munckholm vá marchando por entre los desfiladeros que hay entre Skongen y Drontheim. Ya costea un torrente y se vé la fila de las bayonetas brillar en los barrancos, como una larga serpiente cuyas escamas relucen á la luz del sol; ya gira en espiral alrededor de una montaña, pareciéndose entonces á una de aquellas columnas triunfales alrededor de las que suben batallones de bronce.

Los soldados caminan con el arma bajo el brazo y las capas desplegadas, con muestras de mal humor y de fastidio, porque á aquellos nobles militares solo les gustaba el combate ó el descanso. Las pesadas chanzas, los manoseados sarcasmos que ayer hacian sus delicias, no les divierten hoy; el aire es frio y el cielo está cubierto de nubes. Para que ellos se diviertan necesitan que caiga de su rocin una torpe cantinera, ó que una marmita de hojalata ruede de peña en peña hasta el fondo del precipicio.

Con el objeto de distraerse un momento del fastidio de aquella marcha, llegóse el teniente Randmer, jóven baron dinamarqués, al anciano capitan Lory, soldado de fortuna. Caminaba el capitan triste y silencioso, con pesados pero firmes pasos; el teniente, listo y jovial, hacia silbar una varita que habia arrancado de las malezas que rodeaban el camino.

—Qué es eso, capitan? ¿qué diablos teneis que estais tan triste?

—Porque tengo motivo, respondió el viejo sin levantar la cabeza.

—Vamos, vamos; fuera pesares: miradme á mí, que estoy alegre y tengo más motivos que vos para estar triste.

—Lo dudo, baron Randmer; yo he perdido mis bienes, mi riqueza.

—Capitan Lory, nuestro infortunio es precisamente el mismo. Hace quince dias que el teniente Alberick me ganó á golpe de dados mi soberbio palacio de Randmer y todas sus dependencias. Estoy arruinado, y ¿por eso he de estar menos contento?

El capitan respondió con acento triste:

—Teniente, no habeis perdido más que un soberbio palacio; yo, yo he perdido mi perro.

Al oir esta contestacion, la frívola fisonomía del jóven quedó indecisa entre la risa y la ternura.

—Capitan, consoláos; ya veis, yo que perdí mi castillo...

—Y qué es eso? le interrumpió preguntando el otro: tarde ó temprano ganareis otro palacio.

—Y vos encontrareis otro perro.

El anciano meneó la cabeza.

—Sí, encontraré otro perro, pero no será mi pobre Drake.

Al decir esto calló: gruesas lágrimas caian de sus ojos por su semblante severo y duro.

—A nadie he querido en el mundo más que á él: no conocí ni padre ni madre, Dios los tenga en gloria, como á mi pobre Drake.—El me salvó la vida durante la guerra de Pomerania, y yo le llamaba Drake por honrar al famoso almirante. Pobre perro! siempre fué bueno para mí, lo mismo en los tiempos de escasez que en los de la abundancia. Despues del combate de Oholten, el general Schack le pasó la mano por el lomo, diciéndome: Famoso perro teneis, sargento Lory, porque entonces yo no era más que sargento.—Pobre Drake! ¡haber vuelto sano y salvo tantas veces de las trincheras y de las brechas, para ahogarse despues como un gato en el maldito golfo de Drontheim! Pobre perro! ¡Eras digno de morir, como yo, en el campo de batalla!

—Pero capitan, ¿cómo podeis estar triste cuando mañana acaso nos vamos á batir?

—¡Sí, respondió desdeñosamente el veterano, contra terribles enemigos!

—Son valientes los mineros y son diablos los montañeses.

—Miserables picapedreros ó salteadores de los caminos reales, hombres que no sabrán formar en batalla ni la cabeza de puerco ni el rincon de Gustavo Adol-

fo. ¡Vaya una canalla para habérselas con un hombre como yo, que me he encontrado en todas las guerras de Pomerania y de Holstheim, en las campañas de Scania y de Dalecarlia, que he peleado á las órdenes del glorioso general y del valiente conde Guldenlew!...

—¿Pero no sabeis que se cree que capitanea esas bandas un caudillo terrible, un gigante fiero y robusto como Goliat, un bandido que no bebe más que sangre humana y que es un verdadero demonio?

—Quién es ese caudillo?

—Quién? el famoso Han de Islandia.

—Apuesto cualquier cosa á que ese formidable general ni siquiera sabe armar un mosquete en cuatro tiempos, ni cargar una carabina á la imperial.

Randmer soltó la carcajada.

—Sí, sí, reíos, prosiguió el capitan. No dejará de ser divertido cruzar nuestros sables de buen acero con sus viles azadones y nuestras nobles picas con horquillas para aventar el estiércol. ¡Valientes enemigos! Mi bravo Drake hubiera tenido á menos morderles las pantorrillas.

Continuaba el capitan dando rienda suelta á su indignacion, cuando vino á interrumpirle un oficial que llegaba hasta los dos interlocutores muy acalorado.—Capitan Lory, amigo Randmer!... les dijo.

—Qué hay? preguntaron ambos.

—Estoy horrorizado... ¡El teniente Ahlefeld, el hijo del gran canciller, aquel Federico, tan elegante, tan fátuo!...

—¡Sí, respondió el jóven baron, muy elegante! Sin embargo, en el último baile de Charlottembourg mi disfraz era de mejor gusto que el suyo. Pero, ¿qué le ha sucedido?

—Ya sé de quién hablais, decia al mismo tiempo el capitan Lory, el teniente de la tercera compañía, que lleva las vueltas azules, y que es poco exacto en el cumplimiento del servicio.

—Ya nadie lo volverá á notar, capitan Lory.

—Por qué? preguntó Randmer.

—Sé que está de guarnicion en Walstrohm, repuso con frialdad el veterano.

—Precisamente, contestó el oficial... el coronel acaba de recibir á un mensajero... Pobre Federico!

—Pero en fin, ¿qué sucede, capitan Bollar? nos asustais.

Lory prosiguió:

—Ese botarate habrá faltado á la lista, como de costumbre; el capitan habrá arrestado al hijo del gran canciller, y esta será sin duda la desgracia que descompone vuestro semblante.

El capitan Bollar dió un golpe en la espalda al veterano, diciéndole:

—Capitan Lory, el teniente Ahlefeld acaba de ser devorado vivo.

Los dos capitanes se miraron fijamente, y Randmer, despues de sorprenderse, se echó á reir á carcajadas.

—Vaya, capitan Bollar, que siempre estais á punto de gastar chanzas pesadas, pero lo que es esa no cuela.

El teniente, cruzándose de brazos, dió libre vuelo á toda su jovialidad, asegurando que lo que más le divertia era la credulidad con que Lory admitia las invenciones de Bollar. El cuento, decia, era chistoso y tenia gracia la idea de hacer devorar crudo y entero á Federico, que prodigaba á su cútis cuidados tan asíduos y tan ridículos.

—Randmer, dijo con seriedad el capitan Bollar, sois un loco. Os digo que Ahlefeld ha muerto, lo sé por el coronel, ha muerto.

—Qué bien desempeña su papel! repuso el baron, siempre riendo. ¡Es muy divertido!...

Bollar dió las espaldas al teniente y volvióse hácia el veterano Lory, que con su natural sangre fria le pedia pormenores del suceso.

—Sí, amigo, prosiguió el risueño Randmer, contadnos cómo y por quién ha sido devorado ese pobre diablo. ¿Sirvió de almuerzo á algun lobo ó de cena á algun oso?

—El coronel, dijo Bollar, acaba de recibir en el camino un despacho, en el que se le dice, primero: que la guarnicion de Walstrohm se repliega hácia nosotros ante una partida considerable de insurrectos.

Lory frunció las cejas.

—En segundo lugar, prosiguió Bollar, que el teniente Federico de Ahlefeld habia ido dias atrás á las montañas por la parte de las ruinas de Arbar, y allí se encontró con un mónstruo, que se lo llevó á su caverna y allí lo devoró.

Al llegar á este punto redobló sus joviales exclamaciones el teniente Randmer.

—¡Ah, el buen Lory cree á puño cerrado esos cuentos de niños! Permaneced sério, mi querido Bollar. ¿Sabreis decirnos quién es ese mónstruo, ese ogro, ese vampiro que se comió al teniente, como si fuese un cabritillo de cinco dias?

—A vos no, contestó Bollar con impaciencia; pero sí que se lo diré á Lory, que

no es tan néciamente incrédulo. El mónstruo que ha bebido la sangre de Federico es Han de Islandia.

—El coronel de los insurgentes! exclamó el veterano.

—¿Y os parece, bravo Lory, replicó el festivo Randmer, que necesita saber el ejercicio á la imperial el que hace maniobrar á sus mandíbulas con tanta perfeccion?

—Teneis el mismo carácter que Federico de Ahlefeld, dijo Bollar al baron; guardáos de tener la misma suerte.

—Juro, gritó el jóven, que lo que más gracia me hace es la imperturbable seriedad del capitan Bollar.

—Y yo lo que más me asusta es la inagotable alegría del teniente Randmer.

En este momento acercóse á nuestros tres interlocutores un grupo de oficiales, que venian hablando con gran calor.

—Pardiez! exclamó el baron al verles llegar; voy á divertirles con el cuento del capitan Bollar. Compañeros: ¿no sabeis lo que pasa? El bárbaro Han de Islandia acaba de comerse vivo y crudo al teniente Ahlefeld.

Al acabar de decir lo anterior, no pudo reprimir una carcajada; pero con gran sorpresa suya, fué acogida por los recien llegados casi con gritos de indignacion.

—Os reís de ese horrible suceso? Nunca creimos que el baron Randmer fuese capaz de reir de semejante desgracia.

—Pues qué, preguntó Randmer turbado, es cierto?

—Nos lo repetís y lo dudais? ¿Es que no os creeis á vos mismo?

—Me figuré que eso era una broma de Bollar.

Un oficial veterano tomó la palabra, diciendo:

—Pesada hubiera sido, pero desgraciadamente no es broma, sino realidad. Nuestro coronel el baron Vethaum acaba de recibir esa fatal noticia.

—Eso es horrible! eso es espantoso! repitieron muchas voces.

—Segun eso, vamos á pelear con osos y con lobos de rostro humano, dijo un oficial.

—Recibiremos tiros de arcabuz, añadió otro, sin saber de dónde salen, y seremos muertos uno á uno, como faisanes en una pajarera.

—La muerte de Federico de Ahlefeld horroriza, exclamó el capitan Bollar con voz solemne. Nuestro regimiento es desgraciado. Al asesinato del capitan Dispolsen, al de los pobres soldados, cuyos cadáveres se encontraron en Cascadthymore, hay que añadir la del teniente Federico; tres trágicos sucesos verificados en muy corto espacio de tiempo.

El baron Randmer, que permaneció mudo de sorpresa durante el anterior diálogo, salió de su abatimiento, exclamando:

—Parece increible! ¡Federico, que bailaba tan bien!

Despues de esa profunda reflexion, quedó otra vez en silencio, mientras que el capitan Lory afirmaba que le afligia muchísimo la muerte del teniente Federico, y hacia observar al segundo arcabucero, Toric Belfast, que el cobre de su banderola no estaba tan brillante como otras veces.

## XXXI.

ORTENSIO.
Qué! de arriba desciende
un hombre por una escala.
VELANDO.
No tuvo la noche mala,
ni en vano el conde pretende.
. . . . . . . . . . . . .
ORTENSIO.
Qué dicen?
OCTAVIO.
Criados del duque son.
(LOPE DE VEGA.—*La fuerza lastimosa.*)

Hay un no séqué de triste y de siniestro en el aspecto de un campo raso y sin verdura, cuando el sol ha desaparecido, cuando se está solo y se anda tronchando con los piés yerbas secas, oyendo el grito monótono de la cigarra y viendo grandes é informes nubes acostarse lentamente en el horizonte, como cadáveres de fantasmas.

Esa impresion recibia Ordener, mezclándola con sus tristes pensamientos, la noche de su inútil encuentro con Han de Islandia. Aturdido un momento por su brusca desaparicion, desde luego pensó en perseguirle, pero se extravió entre los matorrales y vagó todo el dia por tierras cada vez más incultas y silvestres sin encontrar huella humana. A la caida del dia se encontró en una llanura espaciosa que solo le ofrecia por todas partes un horizonte igual y circular y en ninguna abrigo de ninguna clase, y estaba extenuado de cansancio y de necesidad.

Agravaban sus sufrimientos corporales las amarguras de su alma; ¡habia llegado al término de su viaje y no habia conseguido su objeto!... No le quedaban ya ni aun las locas ilusiones de la esperanza que le arrastraron á perseguir al bandido; y ahora, que nada ya sostenia su corazon, amargos pensamientos, que hasta entonces se albergaban en él, le asaltaban tumultuosamente. ¿Qué iba á

hacer? ¿Cómo volver á la prision de Schumacker sin llevar la salvacion de Ethel? ¿De qué naturaleza serian las desgracias que hubiera podido evitar el hallazgo del cofrecillo de hierro? ¿Y su casamiento con Ulrica de Ahlefeld? ¡Si al menos pudiese librar á Ethel de su indigna cautividad, y huir con ella, llevándose su felicidad á cualquier lejano destierro!...

Embozóse en su capa y tendióse en el suelo. El cielo estaba negro; aparecia de vez en cuando entre las nubes un fulgor tempestuoso, como á través de crespon fúnebre, y se apagaba al punto. El viento soplaba frio en la llanura. Apenas hacia caso el jóven de estos signos de tempestad próxima y violenta; y por otra parte, aunque hubiera encontrado algun asilo en el que evitase la tempestad y en el que descansara de sus fatigas, ¿dónde encontraria un retiro que le hiciera evitar su infortunio y descansar de sus pensamientos?

De repente llegaron á sus oidos confusos acentos de voces humanas. Sorprendido, incorporóse y apercibió á alguna distancia de él una especie de sombras que se movian en la oscuridad. Fijó la vista y vió brillar una luz en medio de misterioso grupo y que cada una de sus figuras fantasmagóricas se hundia sucesivamente en la tierra. Despues todo desapareció.

Admiró esto á Ordener, pero su espíritu era superior á las supersticiones de su tiempo y de su pais. Su inteligencia grave y madura no tenia fé en las vanas credulidades, en los terrores extraños que atormentan la infancia de los pueblos lo mismo que la infancia de los hombres. Habia, sin embargo, en aquella aparicion singular algo de sobrenatural que le inspiró religiosa desconfianza de su razon; porque nadie sabe si el espíritu de los muertos vuelve ó no vuelve algunas veces á la tierra.

Levantóse, hizo la señal de la cruz y se dirigió hácia el sitio en que apareció y desapareció la vision. Empezaban á caer gruesas gotas de lluvia, su capa se hinchaba como una vela y la pluma de la gorra, batida por el viento, azotaba su rostro.

Paróse de repente. A la luz de un relámpago vió delante de él una especie de pozo, ancho y circular, en el que sin duda hubiera caido, á no indicárselo la luz benéfica de la tempestad. Acercóse á la boca, y en una profundidad espantosa vió brillar una pálida luz que derramaba rojiza tinta en la extremidad inferior de aquel inmenso cilindro, abierto en las entrañas de la tierra. El rayo de luz, que parecia un fuego mágico encendido por los gnomos, aumentaba en cierto modo la inconmensurable extension de las tinieblas, que la vista se veia obligada á atravesar para alcanzarle.

El intrépido jóven, inclinado sobre el abismo, escuchó; lejano ruido de voces subió á sus oidos. Indudablemente creyó entonces que los séres que tan extrañamente habian aparecido y desaparecido ante él debian haber entrado en aquella sima; y sintió en su corazon un deseo invencible de bajar tras ellos, aunque hubiera de seguir á una turba de espectros por una de las bocas del infierno: además, la tempestad crecia con furor y aquella sima le ofrecia un abrigo para librarse de ella. Pero, cómo bajar? ¿qué camino habian tomado los que él trataba de seguir, si no eran fantasmas?—Otro relámpago vino en su auxilio y le hizo ver á sus piés la extremidad superior de una escalera que se prolongaba hasta las profundidades del pozo; era ésta una enorme viga vertical, á la que cruzaban horizontalmente, de trecho en trecho, cortas barras de hierro, destinadas á recibir los piés y las manos de los que se atrevieran á aventurarse en aquel abismo.

Ordener no vaciló un momento; suspendióse con audacia en la formidable escalera y se metió en la sima, sin saber siquiera si le conduciria hasta el fondo, y sin pensar que quizás ya no volveria á ver la luz del sol. Hundido en las tinieblas que cubrian su cabeza, ya solo veia el cielo cuando la luz de los relámpagos lo iluminaban: pronto la abundante lluvia que caia sobre la superficie de la tierra llegó hasta él convertida en ténue y vaporoso rocío; y pronto el torbellino del viento, que se hundia impetuosamente en el pozo, llegó á perderse sobre su cabeza en largo silbido. Bajó y siguió bajando y apenas parecia aproximarse á la luz subterránea; pero continuó bajando sin arredrarse, evitando tender la vista al fondo del abismo, por temor á un mareo, que le precipitase en él.

El aire, cada vez que descendia, era más espeso, el ruido de las voces cada vez más fuerte; reflejo de púrpura comenzaba á bañar las paredes del pozo: todos estos síntomas le advirtieron que estaba ya cerca del fondo. Bajó todavía algunos escalones más y pudo ya distinguir con

claridad, al pié de la escalera, la entrada de un subterráneo, que alumbraba luz trémula y rojiza, y llegó á sus oidos el siguiente diálogo, que absorbió su atencion:

—Kennybol no viene, decia una voz impaciente.

—Quién podrá detenerle? añadió la misma voz, despues de un momento de silencio.

—No lo sabemos, señor Hacket, le respondian.

—Debió pasar la noche en casa de su hermana Maase Braall, en la aldea de Surb, contestaba otra voz.

—Ya veis, decia el primero que habló, que yo cumplo todas mis promesas; os prometí traeros por jefe á Han de Islandia y os lo traigo.

Un murmullo, cuya significacion era difícil de adivinar, respondió á esas palabras. La curiosidad que despertó en Ordener el nombre de Kennybol, creció de punto al oir el de Han de Islandia.

La misma voz continuó:

—Amigos mios, Jonás y Norbith, si Kennybol se queda rezagado, nada importa; ya somos bastantes en número para no temer nada. ¿Habeis encontrado las banderas en las ruinas de Crag?

—Sí, señor Hacket, respondieron muchas voces.

—Pues bien, ya es hora de enarbolarlas. Aquí teneis ya dinero, y aquí teneis ya á vuestro jefe. Valor! ¡Volad á librar al noble Schumacker, al desgraciado conde de Griflenfeld!

—Viva Schumacker! gritaron muchísimas voces, y el nombre de Schumacker se prolongó de eco en eco por los huecos de las bóvedas subterráneas.

Ordener, atraido de curiosidad en curiosidad y de asombro en asombro, oia, sin respirar apenas, sin comprender ni dar crédito á lo que oia. ¡Schumacker relacionado con Kennybol y con Han de Islandia! ¿Cuál era el drama tenebroso del que el espectador ignorado entreveia una escena? Qué vida defendian? ¿de quién se jugaban la cabeza?

—Escuchad, dijo el primero que habló, aquí teneis al amigo, al confidente del noble conde de Griflenfeld.

Era la primera vez que Ordener oia esa voz.

—Concededme vuestra confianza, continuó diciendo, como él me concede la suya. Amigos, todo os favorece; llegareis á Drontheim sin encontrar ni un solo enemigo.

—Señor Hacket, replicó otra voz interrumpiéndole; Peters me asegura que ha visto en los desfiladeros todo el regimiento de Munckholm, que viene contra nosotros.

—Pues yo digo que Peters os engaña, contestó Hacket con autoridad. El gobierno no sabe aun que ha estallado la rebelion, y su tranquilidad es tanta, que el que ha desoido vuestras justas quejas, el opresor del ilustre y desgraciado Schumacker, el general Levin de Kund, ha salido de Drontheim para asistir en la capital á las fiestas del famoso casamiento de su ahijado Ordener Guldenlew con Ulrica de Ahlefeld.

Júzguese de la emocion que se apoderaria de Ordener al oir tan sorprendentes revelaciones. En un pais salvaje y desierto, debajo de una bóveda misteriosa, gentes desconocidas para él pronunciaban nombres que tanto le interesaban y hasta el suyo propio. Espantosa duda le asaltaba. ¿Era creible que el que hablaba fuese un agente del conde de Griflenfeld? ¿Y Schumacker, ese anciano venerable, el noble padre de Ethel, se revelaba contra el rey, su señor, y asalariando á bandidos provocaba una guerra civil? ¿Y el hijo del virey de Noruega, ahijado del general Levin, comprometia su porvenir y exponia la vida por un hipócrita y por un rebelde? ¿Y buscó y combatió con Han de Islandia, con el que Schumacker parecia estar en inteligencia, al nombrarle jefe de todos esos bandidos? ¿Quién sabe, pensaba Ordener, si el cofrecillo de hierro, por el que estuvo en inminente peligro de derramar su sangre, contendria alguno de los indignos secretos de esa trama odiosa? ¿Acaso el prisionero de Munckholm se burlaria de él? Tal vez haya descubierto su nombre; tal vez y—¡cuán amargo fué este doloroso pensamiento para el magnánimo jóven!—tal vez habia deseado Schumacker, arrastrándole á tan fatal viaje, la pérdida del hijo de un enemigo!...

Cuando por mucho tiempo se profesa amor y veneracion á un desgraciado; cuando en el secreto del pensamiento se jura afecto inviolable á su infortunio, es muy cruel, es muy amargo el instante en que se recibe en pago la ingratitud, en el que el alma se arrepiente de haber sido generosa, y en que tiene que renunciar á la satisfaccion tan pura y tan dulce de consagrarse al sacrificio. Se envejece en un instante con la más triste de las vejeces, con la de la experiencia, perdiendo la más hermosa de las ilusio-

ñes de la vida, que no tiene nada hermoso más que las ilusiones.

Tales eran los aciagos pensamientos que agitaban á Ordener. El noble jóven hubiera querido morir en aquel fatal momento, en el que le pareció que huia de él la felicidad de la vida. Encontraba, en las palabras del que hablaba como enviado de Griflenfeld, ideas que le parecian falsas ó dudosas; pero como se pronunciaban para alucinar á infelices montañeses, Schumacker se hacia con ellas más culpable á sus ojos, y Schumacker era el padre de su Ethel.

Estas reflexiones, precipitándose en tropel sobre el pensamiento de Ordener, agitaron violentamente su corazon. Estuvo á punto de desfallecer sobre las barras de hierro que le sostenian, pero continuó escuchando; porque muchas veces escuchamos con impaciencia inexplicable y con terrible ansiedad las desgracias que más tememos.

—Sí, prosiguió diciendo el enviado, será vuestro jefe el formidable Han de Islandia, y ¿quién se atreverá á combatiros? Vuestra causa es la de vuestras mujeres, la de vuestros hijos, indignamente despojados de su herencia; la de un noble infortunado sumido injustamente en una prision desde hace veinte años. Animo! ¡Schumacker y la libertad os esperan! Guerra á los tiranos!

—Guerra! repitieron mil voces; y en las profundidades del subterráneo se oyó un gran ruido de armas que se mezclaba á los roncos sonidos de la trompa de las montañas.

—Teneos! gritó Ordener, bajando precipitadamente el resto de la escalera. La idea de evitar á Schumacker un crímen y tantas desgracias á su pais se apoderó imperiosamente de su sér. Pero en el momento mismo de presentarse en la entrada del subterráneo, el temor de perder con imprudentes declamaciones al padre de Ethel, y quizás á ésta, reemplazó á su primitivo pensamiento; y quedó allí, parado y pálido, arrojando miradas de asombro al cuadro singular que se presentó á su vista.

Era aquel sitio como la inmensa plaza de una ciudad subterránea, cuyos límites se perdian detrás de una multitud de pilares que sostenian las bóvedas. Brillaban aquellos pilares como columnas de cristal á la luz de un millar de antorchas que llevaban una multitud de hombres, caprichosamente armados y esparcidos en confuso desórden por todos los lados de la plaza. Hubiérase creido, al ver aquellos puntos luminosos y aquellas figuras espantosas errar entre las tinieblas, que era una de las asambleas fabulosas, de que hablan las antiguas crónicas, de hechiceros y de demonios, que llevaban estrellas por antorchas é iluminaban por las noches los centenarios bosques y los castillos derruidos.

Al ver á Ordener se levantó horrible clamoreo.

—Un extraño! que muera! que muera! gritaron, y al momento cien brazos se levantaron contra el intrépido jóven, el que, maquinalmente, llevó la mano á la cintura en busca del sable, olvidándose éste, en su generoso arrebato, de que estaba solo y desarmado.

—Esperad, esperad, gritó una voz, la del enviado de Schumacker, y que salia de los labios de un hombre grueso y pequeño, vestido de negro, de semblante jovial y de mirada traidora. Adelantóse este personaje hácia Ordener y le preguntó:

—Quién sois?

Ordener no respondió: estaba sujeto por todas partes; no habia un solo sitio en su pecho sobre el que no se apoyara la punta de una espada ó el cañon de una pistola.

—Tienes miedo? le preguntó el hombre grueso con expresion burlona.

—Si como están esas espadas sobre mi corazon estuviera tu mano, contestó el jóven con frialdad, verias que no late más aprisa que el tuyo, y eso en el caso de que tengas corazon.

—La echa de valiente!... Pues bien, que muera. Diciendo esto le volvió las espaldas.

—Que me dés la muerte es todo lo que deseo de tí, replicó Ordener.

—Un instante, señor Hacket, dijo un viejo de barba espesa, que se apoyaba sobre un largo mosquete. Estais en mi casa, y aquí yo solo tengo derecho de enviar á este cristiano á contar á los muertos lo que ha visto aquí.

El señor Hacket contestó sonriendo:

—Pues obrad como os plazca, querido Jonás. Poco me importa que juzgueis á este espía, con tal de que muera.

El viejo se dirigió á Ordener y le preguntó:

—Dínos quién eres tú, que con tanta audacia querias saber quiénes somos nosotros.

Ordener no quiso responder. Rodeado de los extraños partidarios de Schumacker, por quien él hubiera derramado voluntariamente toda su sangre, solo

sentia en aquel momento un deseo infinito de morir.

—No quieres responder? Pues cuando se atrapa á la zorra ya no grita. Matadle.

—Amigo Jonás, repuso Hacket; deseo que la muerte de este hombre sea la primera hazaña de Han de Islandia entre nosotros.

—Sí, sí, gritaron multitud de voces.

Ordener, asombrado, pero siempre intrépido, buscó con los ojos á Han de Islandia, á quien disputó la vida con valor heróico, y vió con inmensa admiracion avanzar hácia él á un hombre de estatura colosal, vestido con el traje de los montañeses. El gigante fijó en Ordener una mirada atrozmente estúpida y pidió una hacha.

—Tú no eres Han de Islandia, le dijo Ordener con voz entera.

—Que muera! que muera! gritó Hacket furioso.

Ordener conoció que no podia salvarse. Metió la mano en el pecho para sacar el rizo de su Ethel y darle el postrer beso. Este movimiento hizo caer un papel al suelo.

—Qué papel es ese? Norbith, tomad ese papel.

Era Norbith un jóven cuyas facciones duras y atezadas tenian cierta expresion de nobleza. Cogió el papel, lo abrió y lo leyó.

—Es un salvo-conducto de mi pobre amigo Nedlam, exclamó; del desgraciado compañero que ajusticiaron hace ocho dias por monedero falso en la plaza Mayor de Skongen.

—Pues bien, dijo Hacket con la voz del hombre que vé fallidas sus esperanzas; guardáos ese pedazo de papel; yo creia que seria importante. Vos, Han de Islandia, despachad á ese hombre.

El jóven Norbith se colocó delante de Ordener y dijo:

—Este hombre está bajo mi proteccion, y antes caerá mi cabeza que un solo cabello de la suya. No consentiré que sea violado el salvo-conducto de mi amigo Nedlam.

Protegido Ordener de tan milagroso modo, bajó la cabeza y se humilló, acordándose del desden con que escuchó las palabras tiernas del sacerdote Atanasio Munder.

—Bah! bah! contestó Hacket, sois muy amigo de bromas; este hombre es espía y es preciso que muera.

—No morirá, replicó Norbith. Repito que no morirá, porque Nedlam no quiere que muera.

—En efecto, dijo el viejo Jonás, Norbith tiene razon... ¿Cómo hemos de matar á un hombre que lleva un salvo-conducto?

—Pero es espía, es un espía, repitió Hacket.

Colocóse el anciano junto al jóven y delante de Ordener, y ambos dijeron con gravedad:

—Lleva el salvo-conducto de Christóphorus Nedlam, que fué ahorcado en Skongen.

Vió Hacket que le era preciso ceder, porque la multitud se ponia de parte de Jonás y de Norbith.

—Pues bien, dijo entre dientes con rabia concentrada, que viva. Por otra parte, eso es más interés vuestro que mio.

—Aunque fuese el diablo en persona no le mataria, exclamó Norbith triunfante.

Volviéndose hácia Ordener, le dijo:

—Escucha; debes ser para nosotros un buen hermano, ya que posees el salvo-conducto de Nedlam, mi querido amigo. Nosotros somos los mineros reales que nos rebelamos para sacudir la tutela que nos oprime. El Sr. Hacket, que está delante de tí, os dirá que tomamos las armas en nombre de cierto conde de Schumacker, á quien yo ni siquiera conozco. Ya ves que nuestra causa es justa; escucha, y respóndeme como si respondieses á tu santo patron. Quieres ser de los nuestros?

Una idea pasó por la imaginacion de Ordener, y respondió:

—Sí.

Norbith le entregó un sable, que nuestro héroe recibió silenciosamente.

—Hermano, dijo el jóven caudillo; si nos haces traicion empieza por matarme á mí.

Resonó en aquel instante bajo las bóvedas de la mina el sonido de una trompa y se oyeron voces lejanas que decian:

—Ya está aquí Kennybol, ya está aquí.

## XXXII.

Hay pensamientos sublimes
que hasta los cielos se elevan.
(ROMANCERO ESPAÑOL.)

Tiene algunas veces el alma inspiraciones súbitas, ideas repentinas, de las que un volúmen entero de pensamientos y de reflexiones no podria expresar ni sondear la profundidad, así como la claridad de mil antorchas nunca podrian producir el resplandor inmenso y rápido del relámpago.

No trataremos, pues, de analizar aquí la impulsion imperiosa y secreta que obligó al noble hijo del virey de Noruega á aceptar la proposicion del jóven Norbith y á alistarse entre los bandidos que se rebelaban en favor de un prisionero de Estado. Moviéronle á ello, sin duda, el generoso deseo de profundizar á toda costa aquella tenebrosa aventura, el amargo disgusto de la vida y la desesperacion del porvenir; quizás tambien alguna duda acerca de la culpabilidad de Schumacker, inspirada por lo extraño é incoherente de las diversas apariencias, que le chocaban acaso por el instinto desconocido de la verdad, y sobre todo por el amor que profesaba á Ethel. Acaso, acaso, hostigárale tambien á tomar aquella resolucion un presentimiento íntimo del bien que pudiera hacer á Schumacker un amigo verdadero colocado entre partidarios ciegos.

## XXXIII.

Es ese el jefe? sus miradas me aterran y no me atreveré á hablarle.
(MATURIN.—*Bertram.*)

Al oir los gritos que anunciaban al famoso cazador Kennybol, Hacket salió inmediatamente á recibirle, dejando á Ordener con los otros dos jefes.

—Gracias á Dios que habeis llegado; venid, que quiero presentaros á vuestro jefe Han de Islandia.

Al oir este nombre, Kennybol, que llegaba pálido, jadeando, con el pelo herizado, el rostro inundado de sudor y las manos tintas en sangre, retrocedió tres pasos.

—Han de Islandia! exclamó sorprendido.

—Tranquilizáos, le contestó Hacket, viene solo para ayudaros. Solo habeis de ver en él un amigo, un compañero.

Kennybol no le oia.

—Han de Islandia aquí! volvió á repetir.

—Sí, sí; qué es eso? teneis miedo?

—¡Pero decís que Han de Islandia está en esta mina!

Hacket se volvió hácia los que le rodeaban, diciéndoles:

—¿Es que se ha vuelto loco el valiente Kennybol? y luego, dirigiéndose á éste: —Voy creyendo que vuestra tardanza la ocasionó el miedo á Han de Islandia.

Kennybol alzó la mano al cielo y exclamó:

—Por Santa Etheldera, la bienaventurada mártir noruega, os juro, señor Hacket, que no fué el miedo á Han de Islandia, que ha sido el mismo bandido el que me impidió llegar aquí antes.

Estas palabras provocaron un murmullo de asombro entre la muchedumbre de montañeses y de mineros que rodeaban á los dos interlocutores, é hicieron fruncir el ceño á Hacket.

—Cómo? qué decís? preguntó bajando la voz.

—Digo y repito que, á no ser por ese bandido islandés, hubiera estado aquí hace mucho tiempo.

—Pues qué os ha hecho?...

—No me lo pregunteis; solo pido á Dios que mi barba encanezca en un solo dia, como la piel del armiño, si se me encuentra otra vez en toda mi vida, ya que escapé de ésta, persiguiendo á ningun oso blanco.

—¿Habeis estado á pique de que os devorara algun oso?

Alzó los hombros Kennybol en señal de desprecio.

—Un oso! ¡Vaya un formidable enemigo! ¡Por cobarde me teneis, señor Hacket!...

—Perdonad, amigo Kennybol, le contestó Hacket sonriendo.

—Si supiérais lo que ha sucedido, añadió el veterano cazador, no me aseguraríais que Han de Islandia está aquí.

Turbóse otra vez el semblante de Hacket. Cogió del brazo bruscamente al cazador, como temiendo que se acercase al punto de la plaza subterránea, desde donde éste pudiese ver la enorme cabeza del gigante por encima de todas las de los mineros y montañeses.

—Os suplico, amigo Kennybol, dijo el enviado con voz casi solemne, que me conteis lo que ha motivado vuestra tardanza. En los presentes momentos eso puede ser de importancia para nosotros.

—Es verdad, contestó el cazador, despues de reflexionar un instante.

Accediendo á las instancias reiteradas de Hacket, le contó que salió aquella mañana, con seis compañeros más, á perseguir un oso blanco, al que acosaron hasta los alrededores de la gruta de Walderhog, sin que se apercibieran en el ardor de la caza que se encontraban cerca de tan temible sitio; los quejidos del oso, reducido al último extremo, atrajeron á un hombrecillo, á un demonio, que, armado de una hacha de piedra, se precipitó sobre ellos en defensa del oso. La aparicion de aquel diablo, que no podia ser más que Han de Islandia, los heló á todos de terror de tal manera,

que los seis compañeros de Kennybol fueron víctimas de los dos mónstruos, y él debió únicamente su salvacion á la fuga, en la que no fué alcanzado gracias á su agilidad, á la fatiga que sentia Han de Islandia, y sobre todo á la proteccion de San Silvestre, bienaventurado patron de los cazadores.

—Ya veis, Sr. Hacket, que si llegué tarde no tuve yo la culpa; y que es imposible que el demonio de Islandia, que dejé esta mañana con el oso, encarnizándose con los cadáveres de mis seis compañeros en el soto de Walderhog, esté ahora como amigo y aliado nuestro en esta mina de Apsyl-Corh, punto de nuestra cita. Protesto y repito que es imposible. Ahora que he visto á ese demonio, le conozco y no se me despintará.

Hacket, que estuvo escuchando con gran atencion, tomó la palabra y le dijo con tono grave:

—Amigo Kennybol, cuando se trate de Han de Islandia ó del infierno no creais nada imposible. Ya sabia yo todo lo que acababais de decir.

En las ásperas facciones del cazador veterano se pintó la expresion del más extremado asombro y de la más inocente credulidad.

—Lo sabíais!

—Sí, prosiguió diciendo Hacket, en cuyo rostro un observador más sagaz hubiera leido algo de sardónico; lo sabia todo, excepto que hubiérais sido vos el héroe de esa triste aventura. Han de Islandia me lo contó todo al llegar aquí.

—Verdaderamente! exclamó Kennybol; y su mirada, fija en Hacket, tomó la expresion del temor y del respeto.

Hacket continuó con la misma sangre fria:

—Sin duda; pero ahora recobrad la tranquilidad, que voy á presentaros al formidable Han de Islandia.

Kennybol lanzó un grito de espanto.

—Os digo que no tengais el menor recelo, repitió Hacket. Ved en él á vuestro jefe y á vuestro compañero... pero no le recordeis siquiera lo que pasó esta mañana, lo entendeis?

Tuvo Kennybol que ceder; pero no sin gran repugnancia consintió en dejarse presentar al demonio. Con esta idea llegaron ambos al grupo en que estaban Ordener, Jonás y Norbith.

—¡Amigo Jonás, valiente Norbith, que el cielo os asista! les dijo el cazador.

—Bien lo necesitamos, Kennybol, le contestó Jonás.

Fijó entonces Kennybol los ojos en Ordener, que ya le buscaba con los suyos.

—Ah! ya estais aquí, noble jóven? le dijo aproximándose á él y tendiéndole la ruda mano. Sed bien venido. ¿Parece que vuestro atrevimiento tuvo buen éxito?

Ordener, que no se explicaba cómo ese montañés podia comprenderse tan bien, iba á provocar una explicacion, cuando Norbith le preguntó:

—Conoces á este jóven, Kennybol?

—Le conozco, y le estimo y le quiero. Se sacrifica como nosotros á la buena causa que servimos.

Dijo esto echando á Ordener una segunda mirada de inteligencia, á la que éste se preparaba á contestar, cuando Hacket, que habia ido á buscar al gigante, de quien todos los bandidos huian con espanto, llegó á donde estaban los cuatro y les dijo:

—Valiente cazador Kennybol, aquí teneis á vuestro jefe el famoso Han de Islandia.

Kennybol examinó de una ojeada al gigantesco bandido, y más sorprendido que temeroso, se inclinó al oido de Hacket y le dijo:

—El Han de Islandia que dejé esta mañana en Walderhog era un enano.

Hacket le contestó en voz baja:

—No olvideis que es un demonio.

—Así es, dijo el crédulo cazador. Habrá cambiado de forma.

Kennybol volvió la cara temblando, para hacer furtivamente la señal de la cruz.

## XXXIV.

La máscara se acerca: es Angelo. El pícaro sabe su oficio; está muy seguro de lo que hace.

(Lessing.

En un bosque sombrío de viejas encinas, en el que penetra apenas el pálido crepúsculo de la mañana, un hombre de baja estatura se acerca á otro que está solo, y que parece que está esperándole. Entablan ambos en voz baja el siguiente diálogo:

—Dígnese perdonarme vuestra gracia que le haya hecho esperar. Varios incidentes retardaron mi llegada.

—Qué incidentes?

—El jefe de los montañeses, Kennybol, no llegó á la cita hasta media noche. Y perdimos algun tiempo, porque nos sorprendió un testigo inesperado.

—Quién era?

—Un hombre que se arrojó como un

loco en la mina en medio de nuestro sanedrin. Al principio creí que era un espía y mandé que lo matasen; pero luego resultó que era portador del salvoconducto de cierto ahorcado que respetaban mucho los mineros, y ellos le tomaron bajo su proteccion. Más creo, cuanto más en ello medito, que debe ser un viajero curioso ó un sábio imbécil. De todos modos he tomado mis medidas.

—Pero lo demás todo vá bien?

—Muy bien; mandan Norbith y el viejo Jonás á los mineros de Guldbranshal y de Fa-roër, y los montañeses de Kole, á las órdenes de Kennybol, deben ya estar en marcha en estos momentos. A las cuatro millas de la Estrella Azul se les juntarán sus compañeros de Kongsberg, de Hubfallo y de Sund-Moer; y los herreros del Smiasen, que han rechazado á la guarnicion de Walstrohm, como sabe el noble conde, los esperan algunas millas más allá. En fin, todas las partidas reunidas harán alto esta noche, á dos millas de Skongen, en las gargantas del Pilar Negro.

—¿Cómo han recibido á vuestro falso Han de Islandia?

—Con entera credulidad.

—¡Si pudiera vengar en ese mónstruo la muerte de mi hijo! ¡Lástima que se nos haya escapado!

—Soy de opinion que empiece vuestra gracia por aprovecharse de mi Han de Islandia para vengarse de Schumacker, que luego podreis pensar en los medios de vengaros del bandido verdadero.

Los insurgentes andarán hoy todo el dia y pasarán la noche en el desfiladero del Pilar Negro, á dos millas de Skongen.

—¡Y vá á aproximarse tanto á Skongen ejército tan considerable, Musdæmon!

—Sospechais, noble conde?... Envie vuestra gracia en este mismo instante un mensaje al coronel Vethaum, cuyo regimiento debe estar en este momento en Skongen; informadle de que todas las fuerzas de los insurgentes estarán sin desconfianza acampadas en el desfiladero del Pilar Negro, que parece haberse hecho adrede para las emboscadas.

—Os comprendo; ¿pero por qué lo habeis dispuesto de modo que los rebeldes sean tan numerosos?

—Cuanto más formidable sea la insurreccion, mayores serán el crímen de Schumacker y vuestro mérito. Además, importa que sea sofocada de un solo golpe.

—¿Por qué habeis dispuesto que sea tan próximo á Skongen el sitio destinado al descanso de los insurrectos?

—Porque entre las montañas, ese es el único sitio en el que la defensa es imposible. Solo podrán salir de allí los que se designen para responder á los interrogatorios del tribunal.

—Si así es, perfectamente. Una voz interior me dice, Musdæmon, que urge terminar pronto este asunto. Si todo vá bien por esa parte, por otra todo vá mal. Sabeis las secretas instigaciones que hicimos en Copenhague respecto á los documentos importantes que pudieron caer en poder del capitan Dispolsen...

—Qué, señor?

—Pues acabo de saber que ese intrigante está en relaciones misteriosas con el maldito astrólogo Cumbysulsum.

—Que acaba de morir?

—Sí; y que ese brujo, al espirar, remitió al agente de Schumacker dichos documentos.

—Maldicion! exclamó Musdæmon; entre ellos habia cartas mias y una exposicion de nuestro plan.

—De nuestro plan, Musdæmon!

—Perdóneme vuestra gracia; pero decidme, ¿por qué os fiásteis de ese charlatan de Cumbysulsum, de ese pícaro traidor?

—Escuchad, Musdæmon; no soy un sér sin creencias y sin fé como vos. No sin justos motivos tuve siempre confianza en la ciencia mágica del anciano Cumbysulsum.

—Así hubiera tenido vuestra gracia tanta desconfianza en su fidelidad como confianza le inspiraba su ciencia. Despues de todo, pensándolo bien no debemos alarmarnos; Dispolsen murió, los documentos se han extraviado, y dentro de algunos dias ya nadie se acordará de las personas á las que pudieran aprovechar.

—Y en todo caso, ¿quién se atreveria á acusarme?

—Ni á mí, estando bajo la proteccion de vuestra gracia.

—Oh, sí, querido amigo, podeis contar conmigo; pero os ruego que apresuremos el desenlace de este asunto; voy á enviar el mensaje al coronel. Venid conmigo; mis criados me aguardan detrás de aquellos matorrales: es preciso volvernos á Drontheim, de donde ya habrá salido el general Levin. Continuad sirviéndome como hasta ahora y reíos de los Cumbysulsum y Dispolsen, pues podeis contar conmigo para todo.

—Puede tambien contar vuestra gracia con mi eterno agradecimiento.

Internáronse ambos en el bosque, en cuyas revueltas se extinguieron sus voces poco á poco; algunos instantes despues solo se oia el ruido de los pasos de dos caballos que se alejaban.

## XXXV.

Juramento llevan hecho,
todos juntos á su voz,
de no volver á Castilla
sin el conde su señor.
La imágen suya de piedra
llevan en un carreton,
resueltos, si atrás no vuelve,
de no volver ellos, non,
y el que paso atrás volviere
que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos
en señal que se juró.
Acabado el homenaje
pusiéronle su pendon.
. . . . . . . . .
. . . . . . . . .
Desierta dejan á Búrgos
y pueblos alrededor:
solo quedan las mujeres
y aquellos que niños son:
tratando van del concierto,
del caballo y del azor;
se ha de hacer libre á Castilla
del feudo que dá á Leon;
y antes de entrar en Navarra...

(ROMANCERO.)

Durante el diálogo del capítulo anterior, en uno de los bosques contiguos al lago Smiasen, los rebeldes, divididos en tres columnas, salieron de la mina de plomo de Apsyl-Corh, por la entrada principal que se abre de plano sobre un camino hondo.

Ordener, que deseaba ir con Kennybol, fué destinado á la division de Norbith; al principio solo vió una larga procesion de antorchas, cuyas llamas, luchando con los primeros albores del dia, reflejaban en las hachas, en las horquillas, en los azadones, en masas erizadas de puntas de hierro, en enormes martillos, en picas y en todas clases de armas groseras que el trabajo puede suministrar á la rebelion, y que brillaban entre otras armas regulares, anunciando que era tambien una conspiracion de mosquetes, lanzas, sables, carabinas y arcabuces. Luego que salió el sol, y que la luz de las antorchas solo fué ya una masa de humo, pudo observar Ordener el aspecto de aquel extraño ejército, que avanzaba en desórden, y del que salian cantos roncos y gritos salvajes; ejército semejante á una bandada de hambrientos lobos que vá á la conquista de un cadáver. Componíase dicho ejército de tres divisiones, ó mejor dicho, de tres hordas. Iban á la cabeza los montañeses de Kole, mandados por Kennybol, al que se asemejaban todos en sus trajes de pieles y hasta en el continente impávido y feroz. Seguian á éstos los jóvenes mineros de Norbith y del viejo Jonás, con sus sombrerotes, los pantalones anchos, los brazos completamente desnudos y las caras negras, que volvian hácia el sol, mirando estúpidamente. Esas partidas llevaban en alto, flotando en perpétuo movimiento, banderas de color de fuego, que tenian escritas las siguientes divisas: *Viva Schumacker! ¡Libertemos á nuestro libertador! ¡Libertad á los mineros! ¡Libertad al conde de Griflenfeld! Muera Guldenlew! ¡Mueran los opresores! Muera el conde de Ahlefeld!* Eran esas enseñas para los rebeldes más una carga que un ornamento, y se las pasaban de mano en mano, cuando se cansaban los porta-estandartes, ó querian confundir el són discordante de sus trompas con las salmodías y vociferaciones de sus compañeros.

Componian la retaguardia de aquel extraño ejército diez carretones tirados por rengíferos y por asnos, destinados sin duda para llevar las municiones, y á la vanguardia iba el gigante que hizo pasar Hacket por el famoso bandido, que marchaba solo, armado de una maza y un hacha; detrás de él seguian con cierto temor las primeras filas, que mandaba Kennybol, el que no apartaba la vista del coloso, acaso esperando seguir á su diabólico jefe en las diversas transfiguraciones por las que se le antojara pasar.

Así descendia ese torrente de rebeldes, con rumor confuso, y llenando los bosques de pinos con el sonido de la trompa de las montañas del Drontheimnus septentrional. Muy pronto le engrosaron las partidas de Sund-Moer, de Hubfallo, de Kongsberg y la de los herreros del Smiasen, la que ofrecia singular contraste con el resto de los insurgentes. La componian hombres altos y fuertes, armados con pinzas y con martillos, que traian por coraza anchos mandiles de cuero, llevando por enseña una larga cruz de madera; marchaban gravemente y á compás, con regularidad religiosa más que militar, sin entonar más canto de guerra que el de los salmos y el de los cánticos de la Biblia. Su jefe llevaba la cruz é iba delante de ellos, sin armas.

Ese extraño ejército no encontró ni un solo hombre durante su marcha: al verle, el pastor metia el ganado en una caverna y el aldeano emigraba de su aldea; porque en todas partes son lo mismo los habitantes de las llanuras y de los valles: unos y otros temen tanto al cuerno de los arqueros como á una compañía de bandidos.

Cruzaron así los rebeldes colinas y

bosques, pasando por alguno que otro pueblo; siguieron caminos de traviesa, en los que encontraron más huellas de fieras que pisadas de hombre; costearon lagunas, atravesaron torrentes, barrancos y pantanos. Ordener desconocia todos los sitios por donde pasaron; solo una vez vió á lo lejos, en el horizonte, la forma vaga y azulada de un gigantesco peñon encorvado. Acercóse á uno de sus groseros compañeros de viaje y le preguntó:

—¿Qué peñon es aquel que está allá abajo, al Sur, á la derecha?

—Es el Cuello del Buitre, el peñon de Oelme, le respondieron.

Ordener suspiró profundamente.

## XXXVI.

Hija mia, Dios te guarde
y te dé su bendicion.
(RÉGNIER.)

Mona, papagayos, peines y cintas estaban preparados en casa de la condesa de Ahlefeld para recibir al teniente Federico. Su madre habia hecho traer de Francia á toda costa la última novela de la señorita Scudery y la habia hecho encuadernar en tafilete con manecillas de oro cincelado y la colocó, entre frascos de esencias, sobre el elegante tocador de piés dorados con que adornó la condesa el futuro gabinete de su querido hijo. Cuando acabó de recorrer el círculo de sus atenciones materiales, que la distrajeron un momento, volvió á ocuparse en perjudicar cuanto pudiese á Schumacker y á Ethel, que los aborrecia. La ausencia del general Levin se los entregaba sin defensa.

De algun tiempo á esta parte habian pasado en el castillo de Munckholm multitud de cosas de las que ella solo pudo adquirir noticias vagas. ¿Quién era el rústico que, segun las palabras ambíguas é incoherentes de Federico, consiguió que le amase la hija del ex-canciller? ¿Qué clase de relaciones mediaban entre Ordener y los prisioneros de Munckholm? ¿Cuáles eran los incomprensibles motivos de la ausencia de Ordener, precisamente en el momento en que los dos reinos se ocupaban de su próximo matrimonio con Ulrica de Ahlefeld, que él parecia que desdeñaba? ¿Qué pasó en la conferencia que tuvieron el general Levin y Schumacker?... La imaginacion de la condesa se perdia en un mar de conjeturas, y por fin resolvió, para poner en claro todos esos misterios, ir en persona á Munckholm, consejo que le daban á la vez su curiosidad de mujer y sus intereses de enemiga.

Una tarde, que estaba sola Ethel en el jardin del castillo y acababa de grabar, por sexta vez, con el diamante de una sortija no sé qué cifra misteriosa sobre el negro pilar de la poterna que vió desaparecer á Ordener, abrióse de repente aquella puerta. La jóven se extremeció, porque era la primera vez que la poterna se abria desde el dia en que se cerró tras él.

Una mujer alta, pálida, vestida de blanco, estaba delante de Ethel, dirigiéndola dulce sonrisa, como miel emponzoñada, y una mirada serena y afectuosa, tras de la que se traslucía la expresion del ódio, del despecho y de la admiracion involuntaria.

Ethel la contemplaba con asombro, casi con miedo. Despues que su anciana nodriza murió en sus brazos, era aquella dama la primera mujer que veia en su sombrío encierro de Munckholm.

—¿Hermosa niña, la preguntó con dulzura, sois la hija del prisionero de Munckholm?

Ethel no fué dueña de no volverla la cabeza; habia algo en su alma que no simpatizaba con la desconocida, y la pareció venenoso el aliento que acompañaba á aquella dulce voz. Al fin respondió:

—Me llamo Ethel Schumacker: mi padre dice que cuando estaba en la cuna me llamaban condesa de Tonsberg y princesa de Wollin.

—Eso os dice vuestro padre? gritó la recien llegada con un acento que reprimió en seguida. Despues añadió:

—Habeis sufrido muchos infortunios?

—La desgracia me recibió al nacer en sus brazos de hierro, respondió la noble prisionera, y mi padre dice que no me abandonará hasta la muerte.

Pasó una sonrisa por los labios de la condesa, y dijo con acento compasivo:

—¿Y no os quejais de los que os han sepultado en este calabozo? ¿No maldecís á los autores de vuestros infortunios?

—No, porque tememos que nuestras maldiciones atraigan sobre ellos males semejantes á los que nos han hecho sufrir.

—¿Y conoceis á los autores de vuestra desgracia?

Reflexionó Ethel un momento y dijo:

—Todo lo que nos ha sucedido fué por voluntad del cielo.

—¿Vuestro padre no os habla nunca del rey?

—Del rey?... por él rezo todos los dias sin conocerle.

No comprendió Ethel por qué se mordia los labios la condesa al oir su contestacion.

—¿Vuestro desgraciado padre no os nombra nunca, en su cólera, á sus implacables enemigos el general Arensdorf, el obispo Spollison y el canciller Ahlefeld?

—No conozco á esas personas de que me hablais.

—Tampoco conoceis al general Levin?

El recuerdo de la escena que pasó la antevíspera entre el gobernador de Drontheim y Schumacker estaba tan reciente en la memoria de Ethel, que llamó su atencion el nombre del general Levin.

—Levin de Kund? dijo; me parece que es un hombre al que mi padre profesa estimacion y afecto.

—De veras? exclamó la condesa.

—Sí, volvió á decir la jóven; Levin de Kund es un noble señor al que mi padre defendia con mucho calor contra el gobernador de Drontheim.

—Contra el gobernador de Drontheim? Os quereis burlar de mí, y haceis mal, porque me intereso por vosotros. ¿Vuestro padre defendia al general Levin contra el gobernador de Drontheim?

—Al general... me parece que era capitan... pero no... teneis razon. Mi padre, prosiguió Ethel, manifestaba tanto cariño á ese general, como ódio al gobernador de Drontheim.

—Extraño misterio! dijo para sí la condesa, cuya curiosidad aumentaba por instantes.—Hija mia, ¿qué pasó entre vuestro padre y el gobernador de Drontheim?

Este interrogatorio fatigaba á la pobre Ethel, que miraba fijamente á la desconocida.

—¿Soy acaso criminal para que me interrogueis así?

Estas sencillas palabras pararon á la condesa, como si se le escapara de las manos el fruto de sus artificios; prosiguió, sin embargo, con voz trémula:

—No me hablaríais así si supiérais para qué y por quién vengo.

—Cómo? contestó Ethel; ¿venís de su parte? me traeis algun mensaje suyo?

Diciendo esto coloreaba la sangre su lindo rostro, y su seno se hinchaba de inquietud y de impaciencia.

—De parte de quién? preguntó la otra.

La doncella se detuvo en el momento de pronunciar el nombre de su adorado, porque vió brillar en los ojos de la desconocida un destello de alegría siniestra que le pareció un rayo del infierno. Luego dijo con tristeza:

—No sabeis de quién os hablo.

La expresion de otra esperanza burlada se pintó por segunda vez en el afectuoso semblante de la condesa.

—Pobre niña! dijo, ¿qué podré yo hacer por vos?

Ethel no escuchaba á la condesa. Su pensamiento seguia al aventurero más allá de las montañas del septentrion. Inclinó la cabeza sobre su seno y cruzó las manos con involuntario movimiento.

—¿Espera vuestro padre salir de la prision?

Esta pregunta, repetida dos veces por la noble dama, hizo volver en sí á Ethel.

—Sí, dijo, y una lágrima se asomó á sus ojos.

Esta respuesta reanimó á la desconocida.

—Espera salir? ¿por qué medios y cuándo?

—Espera salir de la prision porque espera salir de la vida.

Tiene algunas veces el sencillo candor de un alma tierna y jóven tal poder de fascinacion, que se burla de las astucias del corazon envejecido en la maldad. Este pensamiento debió agitar profundamente á la condesa, porque varió de repente la expresion de su fisonomía y, posando la mano fria sobre el brazo de Ethel, la dijo:

—Escuchadme; ¿habeis oido decir que la vida de vuestro padre se vé otra vez amenazada por otra causa criminal, porque se sospecha que ha fomentado una rebelion entre losmineros del Norte?

Las palabras *causa criminal* y *rebelion* no presentaban á Ethel una idea clara.

—Qué quereis decir? preguntó fijando en la noble dama sus grandes ojos negros.

—Que vuestro padre conspira contra el Estado, que ya está casi descubierto su crímen y que éste se castiga con la pena de muerte.

—Crímen! muerte!... gritó la pobre niña.

—Crímen y muerte, contestó gravemente la condesa.

—Mi padre! mi noble padre! exclamó Ethel: ¡Dios mio, él, que pasa la vida oyendo leer el *Edda* y el Evangelio! ¡él, conspirador! quién os lo ha dicho?...

—No me mireis así, porque, lo repito, no soy enemiga vuestra. Vengo únicamente á advertiros que sospechan un crímen en vuestro padre, y en vez de

vuestro enojo, quizás yo tendria derecho á vuestra gratitud.

Este reproche conmovió á la generosa Ethel.

—Perdon, noble señora, perdon! Hasta ahora no hemos visto ningun sér humano que no fuese enemigo nuestro. Perdonadme si he desconfiado de vos.

La condesa sonrió.

—¿Nunca habeis encontrado ni un solo amigo?

Ruborizóse Ethel; vaciló en contestar un instante, y despues dijo:

—Sí... Dios sabe la verdad. Hemos encontrado un solo amigo, uno solo.

—Uno solo? respondió impetuosamente la condesa. Nombrádmelo... no podeis imaginaros de cuánta importancia es que yo lo sepa para la salvacion de vuestro padre. Quién es ese amigo?

—Lo ignoro, contestó Ethel.

La condesa palideció.

—Quiero serviros y os burlais de mí? Pensad que se trata de la vida de vuestro padre. Decidme, por Dios, quién es ese amigo.

—El cielo sabe, noble señora, que solo conozco de él el nombre; se llama Ordener.

Ethel le pronunció con la repugnancia que se experimenta al decir delante de un indiferente el nombre sagrado que despierta en nosotros el amor.

—Ordener! Ordener! repitió la condesa con extraña emocion, mientras que sus dedos manoseaban violentamente el blanco encaje de su velo. ¿Y cómo se llama su padre? preguntó con voz balbuciente.

—No lo sé, la respondió la jóven. ¡Qué me importan su padre ni su familia!... Ordener es el más generoso de los hombres y esto me basta.

El acento que acompañó á esas palabras descubrió enteramente á la penetracion de la condesa todo el secreto del corazon de Ethel.

Serenóse aquella y preguntó á la jóven prisionera, sin separar de ella sus penetrantes ojos:

—¿Habeis oido hablar del próximo matrimonio del hijo del virey con la hija del gran canciller, conde de Ahlefeld!

Preciso fué repetir esta pregunta para fijar la atencion de Ethel en lo que no parecia que la interesaba.

—Creo que sí, fué todo lo que ésta contestó.

Su tranquilidad, su indiferencia asombraron á la noble dama, que insistió, preguntando:

—Y qué os parece esa boda?

—Nada; que deseo que el cielo les conceda la felicidad, contestó Ethel, sin que sufriese su fisonomía la menor alteracion.

—Los condes Guldenlew y Ahlefeld, padres de los novios, son los grandes enemigos de Schumacker.

—No por eso dejo de desear que sea dichosa la union de sus dos hijos.

—Una idea me ocurre, prosiguió diciendo la astuta desconocida: si corriese peligro la vida de vuestro padre, podríais, con motivo de esas famosas bodas, obtener su perdon por medio del hijo del virey.

—El cielo os recompensará sin duda el interés que os tomais por nosotros; pero yo, ¿cómo he de hacer llegar mis súplicas hasta el hijo del virey?

Pronunció Ethel estas palabras de tan buena fé, que la condesa no pudo reprimir un movimiento de asombro.

—Pues no le conoceis?...

—Conocer yo á un señor tan poderoso? ¿no sabeis que jamás he salido de esta fortaleza?

—No puede ser; debeis haber visto al hijo del virey, porque ha estado aquí, contestó la condesa.

—Es posible que así sea; pero de todos los hombres que aquí vienen, yo solo he visto á mi Ordener.

—A vuestro Ordener! exclamó la desconocida. Y luego continuó, sin fijarse en que Ethel se ruborizaba:—¿Conoceis á un jóven de rostro noble, de elegante estatura, de porte gallardo y airoso? Sus ojos son cariñosos y austeros, su tez blanca como la de una mujer, el cabello castaño...

—Oh! exclamó la pobre Ethel, es él! Es mi prometido! Mi adorado Ordener! Decidme, noble señora, ¿me traeis noticias suyas? Dónde le habeis visto? Os ha dicho que se dignaba amarme, ¿no es verdad? ¿Os ha dicho que yo le quiero más que á mi vida? Ay! esta desgraciada prisionera no tiene en el mundo más que su amor. No hace aun ocho dias que le ví en este mismo sitio, embozado en su capa verde, bajo la que late un corazon tan generoso, y con la pluma negra que graciosamente se mecía sobre su frente...

No acabó de hablar Ethel, porque la condesa temblaba; se puso pálida primero y encendida despues, y exclamó con voz de trueno, acercando la cara á la de la inocente prisionera:

—Desgraciada! ¡amas á Ordener Guldenlew, el futuro esposo de Ulrica de

Ahlefeld, el hijo del mortal enemigo de tu padre, el hijo del virey de Noruega!

Ethel cayó al suelo desvanecida.

## XXXVII.

CAMPOLICAN.
Pisad de suerte que la misma tierra
no sienta las pisadas, conocidas
del viento algunas veces en la guerra,
porque en la blanda yerba detenidas,
apenas llegan á estamparse en ella.
. . . . . . . . . . . .
pues no siendo sentidos, os prometo
que volveremos victoriosos de ella.

TUCAPEL.
Llegado habemos todos con secreto
al español alojamiento...
cubrió la noche con su oscuro manto
la esclarecida lámpara del dia.
. . . . . . . . . . . .

RENGO.
Ellos duermen; que aguardas precauciones?

OROMPELLO.
Válgame el cielo si nos han sentido!

(LOPE DE VEGA.—*Arauco domado.*)

Sabeis, antiguo compañero Guldon Stayper, que la brisa de la noche empieza á azotarme la cara con los pelos de la gorra?

Esto decia Kennybol, que, separando un momento la vista del gigante, que caminaba á la cabeza de los insurrectos, volvió la cara hácia uno de los montañeses que los azares de una marcha desordenada habian colocado cerca de él.

Este meneó la cabeza y pasó al hombro izquierdo la bandera que llevaba sobre el derecho, lanzando un suspiro de cansancio.

—Creo, mi capitan, que en estas malditas gargantas del Pilar Negro, en las que el viento se precipita como un torrente, no tendremos tanto calor como una llama que baila sobre las áscuas.

—Tales hogueras habremos de encender, que despertaremos á las lechuzas en lo alto de las rocas, en sus palacios de ruinas. No me gustan esos avechuchos desde la noche que ví á la bruja Ubfem, que tomó la forma de lechuza.

—Por el alma de San Silvestre! exclamó Guldon Stayper volviendo la cabeza; ¡valientes aletazos nos envia el ángel de los vientos! Si se sigue mi opinion, capitan Kennybol, encenderemos todos los pinos de una montaña; que, por otra parte, será un gran espectáculo ver á un ejército calentándose con el fuego de todo un bosque.

—No lo quiera Dios, amigo Guldon! y los corzos? y los halcones? ¿y los faisanes? cocer la caza, santo y bueno; ¡pero quemarla!...

El viejo Guldon se echo á reir.

—Siempre sereis, capitan, el mismo demonio Kennybol, el lobo de los corzos, el oso de los lobos y el búfalo de los osos.

—¿Nos falta mucho para llegar al Pilar Negro? preguntó uno de los cazadores.

—Compañero, le respondió Kennybol; al caer la noche entraremos en las gargantas; de aquí á un momento llegaremos á las Cuatro Cruces.

Reinó un instante de silencio, durante el que solo se oyó el ruido multiplicado de los pasos, el gemido de la brisa y el canto lejano de la partida de los herreros del lago Smiasen.

—Compañero Guldon, le dijo Kennybol, me han dicho que acabas de pasar algunos dias en Drontheim.

—Sí, mi capitan; mi hermano Jorge, el pescador, estaba enfermo y fuí á reemplazarle en su barca durante algun tiempo, para que su pobre familia no muriese de hambre, mientras él moria de enfermedad.

—Puesto que venís de Drontheim, habreis tenido ocasion de ver al conde prisionero... Schumacker... Glesfeur... qué sé yo cómo se llama... en fin, al conde en cuyo nombre nos rebelamos contra la tutela real, y del que llevais sin duda el escudo de armas bordado en esa bandera de color de fuego!

—Que por cierto es muy pesada, añadió Guldon.—¿Me preguntais, sin duda, por el prisionero del castillo de Munckholm? Y ¿cómo quereis, capitan, que le haya visto? Hubiera necesitado, para verle, añadió bajando la voz, tener los ojos de ese demonio que va delante de nosotros—y eso que deja olor de azufre;—los ojos de ese Han de Islandia, que ven al través de las paredes, ó poseer el anillo de la hada Mab, para pasar como ella por el agujero de una cerraja. Estoy seguro que no hay entre nosotros más que un solo hombre que haya visto á ese conde.

—Uno solo? el Sr. Hacket?... pero Hacket no está ahora entre nosotros. Anoche nos dejó para volver...

—No hablo del Sr. Hacket, mi capitan.

—Pues de quién?

—De ese jóven de la capa verde y de la pluma negra que se nos apareció anoche.

—Sí?...

—Sí, dijo Guldon, acercándose á Kennybol; ese conoce á dicho conde como os conozco yo á vos.

Kennybol miró á Guldon, guiñó el ojo izquierdo, haciendo chasquear los dientes, y le tocó en la espalda, diciendo con la exclamacion triunfal que se escapa á nuestro amor propio cuando estamos satisfechos de nuestra penetracion:

—Ya lo sospechaba yo!

—Sí, capitan, prosiguió Guldon, pasando al otro hombre el estandarte de color de fuego; os aseguro que ese jóven ha visto al conde en el mismo castillo de Munckholm, y que daba tanta importancia á entrar en dicha prision, como nosotros la damos á penetrar en un parque real.

—Y eso cómo lo sabeis, Guldon?

El viejo montañés cogió por el brazo á Kennybol, y luego, entreabriendo su piel de nútria, con precaucion casi cautelosa, le dijo:

—Mirad!

—¡Por mi santo patron, exclamó Kennybol, que eso brilla como un diamante!...

En efecto, Guldon llevaba atada en el grosero cinturon una magnífica presilla de diamantes.

—Tan cierto es que esto son diamantes, como que la luna está á dos jornadas de la tierra y que el cuero de mi cinturon es de búfalo.

La fisonomía de Kennybol pasó de la admiracion á la severidad; inclinó la vista y dijo con acento de solemnidad salvaje:

—Guldon, tu padre Medprath Stayper murió de ciento dos años sin tener nada que reprocharse, porque no puede llamarse pecado el matar por inadvertencia un gamo ó un ciervo de rey. Vos habeis cumplido ya cincuenta y siete años, edad avanzada, que solo es juventud para el buho, y prefiriera para vuestra salvacion que los diamantes de esa presilla fueran otros tantos granos de mijo si no los habeis adquirido legítimamente, legítimamente como el faisan real adquiere la bala de plomo del mosquete.

Habia en el acento del jefe montañés, al hacer esta singular amonestacion, parte de uncion y parte de amenaza.

—Tan seguro como sois el más valiente cazador de Kole, respondió Guldon sin inmutarse, es que estos diamantes son verdaderos y que los poseo como legítima propiedad.

—De veras! contestó Kennybol con una inflexion de voz que participaba de la confianza y de la duda.

—Dios y mi santo patron saben, insistió diciendo Guldon, que una tarde, en el mismo momento en que indicaba el camino del Spladgest de Drontheim á los hombres que llevaban el cadáver de un oficial, encontrado en las playas de Urchtal—hace ya cerca de ocho dias,—se llegó un jóven á mi lancha y me dijo: —"A Munckholm."—No me gustó esa idea, porque al pájaro no le gusta volar alrededor de la jaula; sin embargo, como el jóven tenia traza de ser gran señor, porque iba detrás de él su criado que llevaba dos caballos de la brida, saltó á mi barca con aire de autoridad y yo tomé mis remos, es decir, los remos de mi hermano. Mi buen ángel quiso que esto sucediera. Luego que llegamos á la fortaleza, el noble jóven, apenas hubo dicho algunas palabras al sargento que estaba de guardia en el castillo, me arrojó á la lancha para pagarme—Dios lo sabe, mi capitan—este cintillo de diamantes que os acabo de enseñar, y que hubiera pertenecido á Jorje y no á mí, si al tiempo de alquilarme la lancha no hubiera estado sustituyendo á mi hermano. Esta es la verdad, capitan Kennybol.

—Entonces son tuyos.

Poco á poco la fisonomía del jefe adquirió toda la serenidad de expresion que le permitia su natural sombrío y duro, y preguntó á Guldon con voz más suave:

—¿Y estais seguro de que ese jóven sea el que viene con nosotros y vá en la division de Norbith?

—Es el mismo: entre cien semblantes reconoceré el del hombre á quien debo la fortuna. Además, lleva la misma capa verde y la misma pluma negra.

—Os creo, Guldon.

—No me cabe duda de que iba á ver al ilustre prisionero, porque á no ser por algun gran misterio, no hubiera recompensado de aquel modo al barquero que le hizo cruzar el golfo. Y hasta creo, mi capitan, que ese jóven debe tener más influjo con el conde que vamos á libertar, que el señor Hacket, que no le creo capaz, por mi vida, más que de maullar como un gato montés.

Kennybol hizo con la cabeza un signo expresivo.

—Decís, compañero Guldon, lo mismo que yo pensaba de él. Y de seguro que obedeceria con más gusto en este negocio á ese noble jóven que al emisario Hacket; y creo que nuestro jefe, ese demonio de islandés, más se lo debemos á ese desconocido que al otro.

—Yo tambien lo creo, mi capitan.

Abria la boca Kennybol para responder, cuando sintió que le daban un golpecito en el hombro; volvió la cara y vió que era Norbith.

—Kennybol, le dijo, nos han vendido!

Gormon Woestrem viene del Sur. Todo el regimiento de los arcabuceros viene contra nosotros. Los hulanos de Slesvig están en Sparbo; tres compañías de dragones dinamarqueses esperan caballos en la aldea de Levig. En todo lo largo del camino ha visto más casacas verdes que matas. Démonos prisa en llegar á Skongen, y no nos detengamos un momento hasta entrar en la ciudad. En ella al menos nos podremos defender. Lo peor es que cree haber visto brillar mosquetes por entre los matorrales, al pasar por las gargantas del Pilar Negro.

El jóven caudillo estaba pálido y agitado; sin embargo, la mirada y el sonido de su voz anunciaban aun audacia y resolucion.

—Imposible! exclamó Kennybol.

—Seguro, seguro, repitió Norbith.

—Pero y el señor Hacket?

—Es un traidor ó un cobarde. Es cierto lo que te digo. ¿Por dónde andará ese maldito Hacket?

Llegóse en aquel momento á los dos jefes el viejo Jonás: por el desaliento profundo, impreso en todas sus facciones, era fácil de comprender que estaba enterado de la fatal noticia.

Encontráronse las miradas de los dos viejos, Jonás y Kennybol, y ambos movieron la cabeza, como impulsados por un acuerdo comun.

—Qué hacemos, Jonás? ¿Qué hacemos, Kennybol? preguntó Norbith.

Se pasó con cachaza la mano por la frente arrugada el caudillo de los mineros de Fa-roër y respondió en voz baja á la mirada del jefe de los montañeses del Kole:

—La noticia es cierta, por desgracia. Gormon Woestrem los ha visto.

—Pues siendo así, dijo Kennybol, ¿qué hacemos?

—Qué hacemos?... replicó Jonás.

—Creo que no haríamos mal en detenernos.

—Ni tampoco si volviéramos atrás.

—Detenernos? volver atrás? exclamó Norbith. Es preciso seguir adelante!

Fijaron los dos viejos la mirada fria y atónita en el jóven.

—Avanzar! exclamó Kennybol; ¿y los arcabuceros de Munckholm?

—Y los hulanos de Slesvig? dijo Jonás.

—Y los dragones dinamarqueses? repuso Kennybol.

—Y la tutela real? exclamó Norbith, dando en él suelo una terrible patada; ¿y mi madre, que se muere de hambre y de frio?...

—Demonio de la tutela real! dijo el minero Jonás con extremecimiento convulsivo.

—Qué importa! exclamó el montañés Kennybol.

Tomó Jonás á Kennybol la mano y le dijo:

—Compañero, eres cazador y no tienes la honra de ser pupilo de nuestro glorioso soberano Christiern IV. ¡Ojalá que el santo rey Olao, que está en el cielo, consiga librarnos de esta tutela!

—Pide ese beneficio á tu sable, le contestó Norbith con voz sombría.

—Poco cuesta á la juventud pronunciar palabras atrevidas, compañero Norbith, le respondió Kennybol; pero ten presente que si seguimos adelante, todas esas casacas verdes...

—Lo que tengo presente es que si volvemos á nuestras montañas como la zorra que huye del lobo, se han conocido ya nuestra rebelion y nuestros nombres, y morir por morir, prefiero que me mate la bala de un arcabucero á la cuerda del patíbulo.

Movió Jonás de alto á bajo la cabeza como manifestando su adhesion.

—Diablo! ¡La tutela para nuestros hermanos y la horca para nosotros! No está fuera de razon lo que dice Norbith.

—Dame la mano, valiente Norbith, le dijo Kennybol; por ambas partes hay peligro, y vale más ir á él de cara que de espaldas.

—Vamos, pues! exclamó el viejo Jonás, echando mano á la empuñadura del sable. Adelante!

Norbith le apretó la mano afectuosamente.

—Hermanos, escuchad! Sed arrojados como yo, que yo seré prudente como vosotros. No nos detengamos hasta llegar á Skongen; la guarnicion allí es débil y acabaremos con ella. Pasemos, ya que no hay otro remedio, los desfiladeros del Pilar Negro, pero con el mas profundo silencio. Preciso es pasarlos, aunque esté en ellos el enemigo.

—Creo que los arcabuceros no habrán llegado aun al puente de Ordals, que está antes de llegar á Skongen... pero de todos modos... silencio!

—Es cierto: de todos modos silencio, repitió Kennybol.

—Ahora, Jonás, repuso Norbith, volvamos ambos á nuestros puestos. Puede que mañana lleguemos á Drontheim, á pesar de los arcabuceros, de los hulanos, de los dragones y de todas las casacas verdes del Mediodía.

Separáronse los tres jefes. Pronto la palabra de órden, *silencio*, pasó de fila en fila; y el ejército de rebeldes, tan tumultuosos momentos antes, pasó por aquellos desiertos, que ennegrecian las pardas sombras del crepúsculo, como una bandada de fantasmas mudas que pasea sin ruido por los senderos tortuosos de un cementerio.

Iba entre tanto estrechándose por momentos el camino que seguian, y que se internaba por grados entre murallas de peñascos, cada vez más escarpados. En el instante en que apareció la luna amarillenta, saliendo de un monton de nubes, que desplegaban en torno de ella sus caprichosas formas, Kennybol, inclinándose hácia Guldon, le dijo:

—Vamos á entrar en el desfiladero del Pilar Negro. Silencio!

En efecto; se oia ya á lo lejos el rumor del torrente que sigue entre las dos montañas todos los recodos del camino, y ya hácia el Mediodía, la enorme pirámide oblonga de granito llamada *El Pilar Negro* se dibujaba sobre el gris del cielo y sobre la nieve de las montañas vecinas, mientras que el horizonte del Oeste, cargado de espesas nieblas, tenia por límites la extremidad del bosque de Sparbo y un largo anfiteatro de rocas talladas en forma de gradas, como si hubiesen de servir de escalera para gigantes.

Los insurgentes, precisados á estrechar sus columnas en aquellos caminos tortuosos, ahogados entre dos montañas, continuaron su marcha y penetraron en aquellas gargantas profundas sin encender hachas y haciendo el menor ruido posible. Ni siquiera se oia el rumor de sus pasos en medio del estruendo atronador de las cascadas y de los rugidos del vendaval, que estremecia los bosques druídicos. La luz, casi siempre velada, de la luna se perdia en las profundidades sombrías del desfiladero, sin bajar hasta los hierros de las picas de los rebeldes; y las águilas blancas, que pasaban de vez en cuando por encima de sus cabezas, no sospechaban que tanta muchedumbre iba á turbar en aquellos momentos sus soledades.

Tocó el viejo Guldon el hombro de Kennybol con la culata de su carabina, diciéndole:

—Capitan! capitan! veo relucir algo detrás de aquellas matas.

—Tambien yo lo veo, le contestó éste; es el agua del torrente que refleja las nubes.

Siguieron adelante.

En otra ocasion detuvo Guldon bruscamente por el brazo á su jefe.

—Mirad, le dijo: ¿no os parece que son mosquetes aquello que brilla allá arriba, á la sombra de aquel peñon?

Kennybol movió la cabeza, y luego de reflexionar, le contestó:

—Tranquilizáos, compañero Guldon. Es la luz de la luna que cae en un pico de hielo.

No volvió á presentárseles otro motivo de alarma, y las divisiones, desplegadas con órden por los recodos del desfiladero, olvidaron insensiblemente el peligro que les ofrecian aquellos sitios.

Al cabo de dos horas de marcha, casi siempre penosa, en medio de troncos de árboles y de grandes masas de granito que obstruian el camino, entró la vanguardia en el monstruoso bosque de pinos que termina la garganta del Pilar Negro, encima del que cuelgan gigantescas rocas negras y musgosas.

Acercóse Guldon á Kennybol para decirle que se felicitaba de hallarse al fin á punto de salir de aquel maldito atolladero, y que era preciso darle las gracias á San Silvestre de que no les hubiera sido fatal el Pilar Negro.

Kennybol echóse á reir, jurando que él no participaba de esos terrores de viejas: la mayor parte de los hombres, cuando pasa el peligro, creen que no ha existido y procuran entonces probar con su incredulidad el valor que quizás no hubieran mostrado si hubiesen tenido que arrostrarlo.

En aquel instante dos luces redondas, semejantes á dos áscuas, que se movian entre las ramas de los matorrales, llamaron la atencion de Kennybol y de su anciano compañero.

—Por la salvacion de mi alma! dijo el capitan montañés en voz baja y sacudiendo el brazo de Guldon; ved cómo brillan en la oscuridad dos ojos de llama, que deben pertenecer al más soberbio gato montés que aulló jamás entre los jarales.

—Así es la verdad, respondió Guldon; y si no me constase que vá delante de nosotros, creeria que eran los ojos de demonio de Han de Islandia.

—Calla, le contestó Kennybol.

Armó la carabina y dijo:

—A fé mia que no ha de decirse que esa alhaja ha pasado impunemente por delante del mejor cazador de las montañas de Kole.

Salió el tiro, antes que Guldon pudiera

detener el brazo de Kennybol, al que se arrojó. No respondió á la sorda detonacion de la carabina el chillido agudo de un gato montés, sino el rugido horrible del tigre, al que siguió una carcajada humana, más horrible que el rugido.

No se oyó prolongarse el estruendo del tiro y morir de eco en eco en las profundidades de las montañas, porque apenas brilló entre las sombras de la noche la luz que despidió la carabina, apenas estalló en medio del silencio la descarga del arma, se oyeron un millar de voces inesperadas y formidables, en los montes, en las gargantas y en los bosques; y el grito múltiple é inmenso, como un trueno, de *Viva el rey!* rodó sobre las cabezas de los rebeldes, á sus lados, delante y detrás de ellos, y el resplandor mortífero de terrible mosquetería, estallando por todas partes, hiriéndoles y alumbrándoles á un mismo tiempo, les dejó ver, entre rojos torbellinos de fuego, un batallon detrás de cada roca y un soldado detrás de cada árbol.

## XXXVIII.

A las armas! á las armas! capitanes.
(El cautivo de Ochali).

Al principiar el dia que terminó en el capítulo anterior, mientras salian los insurgentes de la mina de plomo de Apsyl-Corh, el regimiento de arcabuceros, cuya marcha seguimos en el capítulo XXX de esta verdadera historia, entró en Skongen.

Despues que el baron Vethaum le dió algunas órdenes para el alojamiento de los soldados que mandaba, dicho baron, coronel del regimiento, iba á entrar en la casa que se le destinó por morada, situada cerca de la puerta de la ciudad, cuando sintió que una mano pesada le golpeaba familiarmente en la espalda. Volvió la cara el coronel y vió delante de él á un hombre de pequeña estatura, cubierto con un sombreron de mimbre, que solo dejaba ver su barba roja y espesa. Iba embozado en una capa de buriel gris, que, á juzgar por la capucha que de ella pendia, parecia haber sido hábito de ermitaño; por dicha capa asomaban sus manos, cubiertas conguantes gruesos.

—Qué diablos quereis de mí? preguntó con tono brusco el coronel.

—Coronel de arcabuceros de Munckholm, respondió el hombre, sígueme un instante, que tengo que darte un buen aviso.

Al oir el baron este lenguaje quedó por un momento sorprendido y mudo.

—Es un aviso importante, repitió el desconocido.

Esta insistencia decidió al baron Vethaum á escucharle. En los momentos de crísis por que pasaba la provincia y por la mision de que estaba encargado, no debia despreciar ningun dato que se le pudiera proporcionar.

—Entonces, dijo, te sigo; vamos.

El hombrecillo le precedió é hizo alto á la salida de la ciudad.

—Coronel, ¿deseas exterminar de un solo golpe á los insurgentes?

—No seria mal modo de empezar la campaña, dijo sonriendo el baron.

—Pues bien; haz que desde hoy se embosquen todos tus soldados en las gargantas del Pilar Negro, á dos millas de esta ciudad, que en ellas acamparán esta noche los rebeldes. A la primera hoguera que veas brillar, arrójate sobre ellos con los tuyos y la victoria es segura.

—Bueno es el aviso, buen hombre; pero ¿por dónde sabes lo que estás diciendo?

—Si me conocieras, coronel, más te extrañaria que yo no lo hubiese sabido.

—Pues quién eres?

—No vine aquí para decírtelo, le contestó con impaciencia el hombrecillo.

—No temas, quien quiera que seas, porque el servicio que me prestas es tu salvo-conducto. ¿Acaso eres uno de los rebeldes?

—No he querido serlo.

—¿Entonces por qué callas tu nombre, siendo como eres fiel vasallo del rey?...

—Qué te importa!

Quiso ver el coronel si le comunicaba más averiguaciones el desconocido, y le preguntó:

—Díme, ¿es cierto que Han de Islandia manda á los insurrectos?

—Han de Islandia! repitió el hombrecillo con singular inflexion de voz.

El baron repitió la pregunta; por toda contestacion obtuvo del hombrecillo una carcajada que hubiera podido pasar por un rugido; aventuró tambien algunas otras preguntas sobre el número y los jefes de los mineros, pero el desconocido le tapó la boca, diciéndole:

—Coronel de los arcabuceros de Munckholm: te dije cuanto tenia que decirte. Embóscate desde hoy en el desfiladero del Pilar Negro con todo tu regimiento y acabarás con ese rebaño de hombres.

—No quieres descubrirme quién eres y así te privas de la recompensa del rey; pero no por eso es menos justo que yo te manifieste mi gratitud por el servicio que acabas de prestarme.

El baron echó una bolsa á los piés del hombrecillo.

—Guárdate el dinero, coronel; yo no lo necesito; y añadió, enseñándole un saco que llevaba pendiente del cinto de cuerda:—Y si necesitas un salario para matar á esos hombres, tengo tambien, coronel, bastante oro para pagarte su sangre.

El hombrecillo desapareció antes de que el coronel volviera en sí del asombro que le causaron las inesplicables palabras de aquel sér misterioso.

Regresó el baron á su alojamiento pensando si debia ó no dar crédito al aviso del desconocido. Al momento de entrar en su domicilio le entregaron una carta sellada con las armas del gran canciller. Era un mensaje del conde de Ahlefeld, en el que el coronel leyó, con sorpresa fácil de comprender, el mismo aviso y el mismo consejo que acababa de darle á las puertas de la ciudad el incomprensible personaje del sombrero de mimbre y de los enormes guantes.

## XXXIX.

Cien banderas flotaban sobre las cabezas de los valientes, arroyos de sangre corrian por todas partes y la muerte parecia preferible á la fuga. Un bardo sajon hubiera llamado á esa noche la fiesta de las espadas; el grito de las águilas precipitandose sobre su presa, ese grito de guerra, hubiera sido mas dulce para sus oidos que los alegres cantos de un festin de bodas.

(Walter Scott.)

Imposible es describir la espantosa confusion que rompió las columnas, ya desordenadas, de los rebeldes, cuando el fatal desfiladero les hizo ver de repente todas sus cimas erizadas, todas sus cuevas llenas de enemigos inesperados. Difícil hubiera sido comprender si el inmenso clamor, compuesto de mil clamores, que salió de sus filas, súbitamente acosadas, era un grito de desesperacion, de espanto ó de rabia. El terrible fuego que vomitaban sobre ellos por todas partes los pelotones improvisados de las tropas reales crecia por momentos; y antes de que saliera de sus filas un solo tiro de fusil, despues del imprudente que disparó Kennybol, ya no veian alrededor de ellos más que una nube sofocante de humo caliente, por medio del que volaba ciega la muerte; entre el que cada uno de ellos, aislado, á nadie reconocia, distinguiendo á penas á lo lejos los grupos de los arcabuceros, de los dragones, de los hulanos, que aparecian confusamente encima de las rocas y en medio de los jarales, como otros tantos demonios en un horno encendido.

Todas las bandas de rebeldes desparramadas en el espacio de una milla, en un camino estrecho y tortuoso, limitado por una parte por un torrente profundo y por otra por una muralla de peñascos, imposibilitadas de plegarse sobre sí mismas, se parecian á la serpiente descuartizada al desplegar todos sus anillos, cuyos pedazos, vivos, se revuelcan largo rato entre su espuma, procurando volver á juntarse.

Despues que pasó el momento de la sorpresa, la misma desesperacion animó, como un alma comun, á todos aquellos hombres, naturalmente feroces é intrépidos. Furiosos al verse aniquilar indefensos, lanzaron aquellas muchedumbres un clamor como si naciese de un solo cuerpo, un clamor que apagó por un momento todo el ruido de los enemigos triunfantes; y cuando éstos los vieron sin jefes, sin órden, casi sin armas, trepar, entre un fuego terrible, por los peñascos casi perpendiculares, agarrarse con los dientes y con las uñas á las matas de encima de los precipicios, blandiendo martillos y horquillas de hierro; esos soldados, tan bien armados, con tanta disciplina, colocados en posicion tan ventajosa, y que aun no habian perdido ninguno de los suyos, no pudieron reprimir un movimiento de terror involuntario.

Hubo muchas veces algunos temerarios insurgentes que ascendieron, ya pasando sobre puentes de cadáveres, ya sobre los hombros de sus compañeros, aplicados á las grietas de las rocas como escaleras vivas, hasta las cumbres que ocupaban los agresores; pero apenas gritaban: *Libertad!*, apenas levantaban las hachas ó las nudosas masas, apenas mostraban sus negros rostros, cubiertos de espumarajos de rabia, caian precipitados en el abismo, arrastrando consigo á los atrevidos compañeros que encontraban en su caida, suspendidos de alguna mata ó abrazados á la punta de alguna roca.

Los esfuerzos de los rebeldes para huir ó para defenderse eran igualmente inútiles: todas las salidas del desfiladero estaban cerradas, todos los puntos accesibles estaban erizados de soldados. Casi todos aquellos desgraciados insur-

rectos espiraban mordiendo la arena del camino, despues de romper sus hachas y sus puñales sobre algun pedazo de granito; algunos, cruzando los brazos, clavados los ojos en el suelo, se sentaban sobre alguna piedra á la orilla del camino y allí esperaban silenciosos é inmóviles que una bala los arrojara al torrente. Otros, á quienes la prevision de Hacket habia armado con malos arcabuces, disparaban á la casualidad algunos tiros perdidos hácia las cimas de las rocas, hácia la boca de las cavernas, de cuyos puntos caia sobre ellos sin cesar nueva lluvia de balas. Rumor tumultuoso, en el que se confundian los gritos furiosos de los jefes con las tranquilas órdenes de los oficiales, se mezclaba de contínuo al estruendo intermitente de las descargas; mientras que sangriento vapor subia y huia del lugar de la matanza, arrojando á las crestas de las montañas grandes resplandores temblorosos; y el torrente, blanco de espuma, pasaba como un enemigo entre aquellos dos ejércitos de hombres contrarios, llevándose su presa de cadáveres.

Desde los primeros momentos de la accion, ó mejor dicho, de la carnicería, sufrieron más que las otras bandas de insurrectos la de los montañeses de Kole, que mandaba el intrépido é imprudente Kennybol. Su division formaba la vanguardia del ejército rebelde, y estaba internada en el bosque de pinos que termina el desfiladero. Apenas armó su arcabuz el imprudente Kennybol, aquel bosque se pobló de súbito, como por mágia, de soldados enemigos, que encerraron á los montañeses en un círculo de fuego, al mismo tiempo que de la cumbre de una montaña, que formaba una plataforma, dominada por peñascos encorvados, un batallon entero del regimiento de Munckholm, formado en cuadro, hácia llover sobre ellos un diluvio de balas. En aquellos horribles momentos, Kennybol, desesperado, tendió la vista hácia el misterioso gigante, confiando ya únicamente su salvacion al poder sobrehumano que creia existir en Han de Islandia; pero no vió al formidable demonio tender de repente las inmensas alas y elevarse por encima de los combatientes, vomitando llamas y rayos sobre los arcabuceros; no le vió llegar con la frente á las estrellas, ni derribar una montaña sobre los enemigos, ni herir la tierra con el pié y abrir un abismo bajo las plantas del ejército emboscado. Aquel formidable Han de Islandia retrocedió, como él, desde la primera descarga, y se le acercó trémulo y asustado pidiéndole una carabina, diciéndole que en aquellos momentos tan inútil le era el hacha como un rueca.

Atónito Kennybol, pero siempre crédulo, entregó su propio mosquete al gigante, con tal terror, que se olvidaba de las balas que de todas partes le llovian. Esperando siempre un prodigio, aguardaba que su arma se convirtiera en las manos de Han de Islandia en un cañon, ó se metamorfosease en un dragon alado que arrojara fuego por los ojos, por la boca y por las narices.

Pero no sucedió así, y llegó al colmo la admiracion del infeliz cazador, cuando vió que el demonio cargaba como él la carabina con plomo y pólvora comunes, que hacia la puntería á su manera y disparaba el tiro sin apuntar tan bien como él. Miróle con honda estupefaccion repetir muchas veces la misma operacion maquinalmente, y convencido, en fin, de que era preciso renunciar al milagro, trató de sacar á sus compañeros y de salir él mismo del mal paso en que se encontraban por algun medio humano.

Ya su antiguo compañero Guldon Stayper habia caido á su lado acribillado de heridas; ya todos los montañeses, espantados y sin poder huir, sitiados por todas partes, estrechaban las filas sin pensar en defenderse, con lamentables clamores. Kennybol comprendió y vió que daba gran seguridad á los tiros del enemigo aquel monton de hombres, de los que cada descarga dejaba fuera de combate á diez y ocho ó veinte. Mandó á sus desgraciados compañeros que se desparramaran y se alejaran entre las matas que costean el camino, mucho más ancho en aquel sitio que en el resto de las gargantas del Pilar Negro, que se escondieran entre las zarzas y respondieran lo mejor que pudiesen al fuego, cada vez más mortífero, de los batallones enemigos. Los montañeses, que iban casi todos bien armados, porque eran cazadores, ejecutaron la órden de su jefe con una sumision que quizás no hubiera obtenido de ellos en momentos menos críticos; que á la vista del peligro, ordinariamente los hombres pierden la cabeza y obedecen gustosos al que se encarga de conservar la sangre fria y la presencia de espíritu por todos.

Esta prudente medida no bastaba para darles la victoria, ni siquiera para salvarlos. Habia ya más montañeses tendidos y fuera de combate que de pié;

y á pesar del ejemplo y los estímulos del jefe y del gigante, muchos de ellos, apoyándose en sus mosquetes inútiles ó tendiéndose al lado de los heridos, tomaron con obstinacion el partido de recibir la muerte sin cuidarse ya de darla. Parecerá extraño que esos hombres, acostumbrados todos los dias á desafiarla corriendo por montes de hielo en persecucion de las fieras, hubiesen perdido el valor; pero téngase presente que en los corazones vulgares el valor es puramente local. Se puede reir ante las balas y temblar en las tinieblas ó al borde de un precipicio; se puede luchar todos los dias con las fieras, salvar profundos abismos sobre puentes estrechos y flexibles y huir delante de una descarga de artillería; porque contínuamente sucede que la intrepidez solo es hábito, y que no se deja de temer á la muerte porque se tema bajo ésta ó bajo otra forma.

Kennybol, rodeado de montones de cadáveres de sus compañeros, empezaba ya á desesperar, á pesar de no haber recibido más que una ligera herida en el brazo izquierdo, y de que veia al gigante continuar su oficio de mosquetero con impasibilidad tranquilizadora, cuando de repente se apercibió de que en el fatal batallon formado en la altura de la montaña reinaba confusion extraordinaria, y que ésta no la podia producir el poquísimo daño que les causaban los montañeses. Oyó terribles gritos de angustia, imprecaciones de moribundos y palabras de espanto y clamores de desesperacion, salir de la masa de aquel batallon victorioso.

Pronto cesó la mosquetería, aclaróse el humo, y Kennybol pudo ver que caian sobre los arcabuceros de Munckholm moles de granito, desde lo alto de las rocas que dominaban el terreno donde aquellos estaban formados en batalla. Aquellas enormes piedras se sucedian en la caida unas á otras con horrible rapidez; se quebraban con estrépito las unas contra las otras, y saltaban entre los soldados, que rompian las filas y se apresuraban á descender desordenadamente de aquellas alturas y á huir en todas direcciones.

Al ver este inesperado auxilio, Kennybol volvió la cabeza; el gigante, sin embargo, aun estaba allí, y quedó estupefacto el montañés, que creyó que Han de Islandia habia decidido por fin echarse á volar y se habia colocado en la cumbre de aquella montaña para estrellar á los enemigos. Levantó la vista hácia dicha cumbre, de donde caian tan formidables masas de piedra, y ya nada vió allí. No podia suponer que alguna partida de rebeldes se hubiese apoderado de aquella excelente posicion, porque no veia brillar armas en ella, y no oia tampoco los gritos de victoria.

Cesó, sin embargo, el fuego de los soldados; la espesura del bosque quizá ocultaba los restos del batallon, que se replegaba acaso al pié de la altura, y el ruido de los tiros de las guerrillas era menos vivo. Kennybol, jefe hábil, supo sacar partido de aquella ventaja inesperada: reanimó á sus compañeros y les hizo ver, al triste resplandor que iluminaba aquella escena de carnicería, el monton de cadáveres hacinados sobre la esplanada y entre las rocas. Entonces los montañeses respondieron á su vez con gritos de victoria á los gemidos de los enemigos; formáronse en columna, y aunque les molestaban las guerrillas esparcidas por los jarales, resolvieron salir con intrepidez y á viva fuerza de aquel funesto desfiladero.

Iba ya á marchar la columna formada en batalla; ya iba á dar Kennybol la señal con su trompa, al són de las aclamaciones: *Libertad! Libertad! ¡Muera la tutela!*, cuando el sonido del tambor y de la trompeta, tocando á la carga, se oyó delante de ellos; despues el resto del batallon de la esplanada, engrosado con refuerzos de soldados nuevos, desembocó, á tiro de carabina, de un recodo del camino, y presentó á los montañeses un muro erizado de picas y de bayonetas. Llegado así el batallon, hizo alto frente á la columna de Kennybol, y el que parecia jefe agitó en el aire una banderola blanca, adelantándose hácia los montañeses, acompañado por un corneta.

La aparicion inesperada del batallon no hizo perder la serenidad á Kennybol, porque se llega á un punto en el sentimiento del peligro en el que ya la sorpresa y el temor son imposibles. Al oir los primeros sonidos del tambor y de la corneta, el viejo zorro de Kole detuvo á sus compañeros, y cuando la línea del batallon se desplegó con buen órden, mandó cargar todas las carabinas é hizo colocar á sus montañeses de dos en dos, con la idea de presentar menos superficie á las descargas del enemigo. Púsose al frente de los suyos, junto al gigante, con el que ya comenzaba casi á familiarizarse, porque se convenció ya de que los ojos de éste no eran tan ardientes como el horno de una fragua y de que

las supuestas garras eran manos humanas.

Cuando vió que el comandante de los arcabuceros reales avanzaba hácia él á pedir parlamento, y que cesaba de repente el tiroteo de las guerrillas, suspendió por unos momentos los preparativos de defensa.

Mientras el oficial de la bandera blanca habia llegado á la mitad del espacio que separaba las dos columnas se paró, y el corneta que le acompañaba repitió por tres veces el toque de intimacion. Entonces el oficial gritó con voz sonora, que los montañeses oyeron con claridad, á pesar del estruendo, cada vez mayor, que producia el combate en las gargantas de la montaña:

—¡En nombre del rey se concede el perdon á todos los rebeldes que rindan las armas y entreguen sus jefes á la soberana justicia de su majestad!

Apenas el parlamentario pronunció estas palabras, salió un tiro de un jaral inmediato: el oficial vaciló, dió algunos pasos, levantando la bandera, y cayó, exclamando:—Traicion!

Nadie supo de dónde habia salido el tiro.

—Traicion! cobardía! repitió el batallon de los arcabuceros bramando de rabia, y una terrible salva de fuego graneado cayó sobre los montañeses.

—Traicion! repitieron tambien los rebeldes indignados de ver caer á sus compañeros, y una descarga general respondió al inesperado ataque de las tropas reales.

—A ellos! mueran esos cobardes! gritaron los oficiales de los arcabuceros.

—Mueran! mueran! repitieron los montañeses.

Los combatientes de ambos partidos, sable en mano, se precipitaron unos sobre otros y las dos columnas se encontraron casi sobre el cuerpo del desgraciado oficial, con horrible estruendo de armas y de clamores.

Mezcláronse las filas; jefes rebeldes, oficiales reales, soldados, montañeses, todos en confuso tropel se chocaron, se asieron y se apretaron, como dos bandadas de hambrientos tigres que se encuentran en un desierto. Las lanzas, las bayonetas, las partesanas eran ya del todo inútiles; solo brillaban por encima de las cabezas los sables y las hachas, y muchos combatientes, luchando cuerpo á cuerpo, no podian emplear más armas que el puñal y los dientes.

Animaba á montañeses y arcabuceros el mismo furor y la misma indignacion; y las bocas de unos y de otros vomitaban el grito de *Traicion! venganza!* Llegó la lid al punto en que la ferocidad se apodera de todos los corazones, en el que se prefiere á la vida propia la muerte de un enemigo á quien no se conoce, en el que se pasa con indiferencia sobre montones de heridos y de cadáveres, entre los que alguno se incorpora aun para morder al que le pisa.

En aquellos momentos, un hombrecillo, que muchos combatientes tomaron á primera vista por una fiera al verle vestido de pieles, se precipitó en mitad de la pelea, lanzando horribles carcajadas y bramidos de alegría. Todos ignoraban de dónde venia aquel mónstruo, ni por qué partido peleaba, porque su hacha de piedra no escogia víctimas, y así hundia el cráneo de un rebelde como el vientre de un soldado. Sin embargo, parecia encarnizarse con los arcabuceros de Munckholm. Todos huían delante de él, corria como un espíritu por el campo de batalla, y su hacha ensangrentada giraba de contínuo en torno de su cabeza, haciendo saltar por todas partes pedazos de carne, miembros rotos y huesos en astillas.

Tambien gritaba: *venganza!* como los demás y pronunciaba palabras incoherentes, entre las que se oia con frecuencia el nombre de *Gill*. Aquel formidable desconocido gozaba en la matanza como en una fiesta.

Un montañés, en el que el mónstruo fijaba la mirada sangrienta, cayó á los piés del gigante, en el que Kennybol fundó tantas esperanzas burladas, y cayó exclamando:

—Han de Islandia, sálvame!

—Han de Islandia? respondió el mónstruo acercándose al gigante.

—Eres tú Han de Islandia? le dijo.

El gigante por toda respuesta alzó el hacha de hierro. Retrocedió el hombrecillo, y el filo del hacha, al caer, fué á clavarse en el cráneo del infeliz que imploraba la proteccion del gigante.

El desconocido se echó á reir.

—¡Por el alma de Ingolfo, que creia mas diestro á Han de Islandia!

—¡Así salva Han de Islandia á quien le implora!

—Tienes razon.

Atacáronse con rabia los dos formidables campeones. Chocaron el hacha de hierro con el hacha de piedra con tal violencia, que los dos filos volaron en pedazos echando chispas. Rápido como el

pensamiento, el hombrecillo desarmado cogió una enorme maza de madera, abandonada en el suelo por un moribundo, y evitando al gigante, que se inclinaba para ahogarle entre sus brazos, asentó con las manos juntas furioso golpe con la maza en la frente de su colosal adversario. El gigante lanzó un grito ahogado y cayó; el hombrecillo, triunfante, le apartó con los piés, diciéndole:

—Llevabas un nombre demasiado pesado para tí.

Agitando la victoriosa maza, fué á buscar nuevas víctimas.

Pero no habia muerto al gigante. La violencia del golpe le habia aturdido y cayó exánime. Empezó á abrir los ojos medio apagados y á hacer algunos débiles movimientos, cuando le vió un arcabucero entre la muchedumbre, y se arrojó contra él, gritando:—¡Han de Islandia es nuestro! Victoria!

—Han de Islandia prisionero! repitieron muchas voces, unas con acento triunfal, otras con abatimiento. El hombrecillo habia ya desaparecido.

Hacia ya algun tiempo que los montañeses sucumbian al número, porque á los arcabuceros de Munckholm se habian unido las guerrillas del bosque y destacamentos de hulanos y de dragones desmontados, que venian contínuamente del interior de las gargantas, en las que la rendicion de los principales jefes puso fin á la carnicería. El valiente Kennybol, herido desde el principio de la batalla, cayó prisionero, y la captura de Han de Islandia acabó de abatir el valor de los montañeses. Al fin rindieron las armas.

Cuando los primeros albores del alba iluminaron la cima aguda de los altos ventisqueros, aun medio sumergidos en la sombra, ya en los desfiladeros del Pilar Negro reinaba lúgubre silencio, silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por débiles quejidos, que llevaba en sus alas el viento ligero de la mañana. Negras bandadas de cuervos acudian de todas partes hácia aquellas fatales gargantas; y algunos pastores, que pasaron á la hora del crepúsculo matinal por las cercanías del bosque, volvieron temblando á sus cabañas, asegurando que habian visto en el desfiladero del Pilar Negro una fiera con semblante humano, que bebia sangre en un cráneo, sentada sobre montones de cadáveres.

## XL.

*Quémese el que quiera bajo esos fuegos encubiertos.*

(BRANTOME.)

Abre esa ventana, hija mia, que esos vidrios son muy oscuros y no me dejan ver la luz del dia.

—Padre mio, es que ya está próxima la noche.

—Aun quedan algunos rayos de sol en las colinas que costean el golfo. Tengo necesidad de respirar el aire libre que penetra por las rejas de la prision. ¡El cielo está tan sereno!...

—Padre mio, en el horizonte se prepara una tempestad.

—Una tempestad, Ethel! Dónde la ves?

—Espero una tempestad, porque el cielo está azul y sereno.

El anciano miró con sorpresa á la jóven.

—Si hubiera pensado eso en la juventud no estaria aquí ahora. Luego, con más calma, añadió:—Es exacto lo que dices, pero es impropio de tu edad, y no alcanzo á comprender cómo tu razon juvenil se asemeja á mi experiencia de anciano.

Bajó los ojos Ethel, confundida por aquella reflexion grave y sencilla. Juntó las manos y exhaló un suspiro.

—Hija mia, dijo el venerable cautivo, desde hace algunos dias estás pálida, como si la vida no calentara la sangre de tus venas. Hace ya algunas mañanas que vienes á darme los buenos dias con las pupilas rojas y encendidas, con ojos que han llorado y velado. Muchos dias hace, Ethel, que los paso silenciosamente, porque tu voz cariñosa no trata de sacarme de la sombría meditacion de mis pasados infortunios. Estás á mi lado más triste que yo, y no sufres, sin embargo, como tu padre, el peso de una vida de amarguras y de miserias. La afliccion que rodea tu juventud no puede penetrar hasta tu corazon. Las nubes de la mañana se disipan fácilmente. Estás en la época de la existencia en la que el alma elige, segun sus deseos, un porvenir independiente del presente, cualquiera que sea. Qué tienes, hija mia? Gracias á este monótono cautiverio estás al abrigo de desgracias imprevistas. ¿Qué falta has cometido? No creo que te aflijas por mí, porque ya debes haberte acostumbrado á mi irremediable infortunio. Poco halagüeñas son mis palabras, pero eso no es motivo para que yo lea la desesperacion en tus ojos.

Hablando así, la voz severa del prisionero se enterneció hasta adquirir el acento paternal. Ethel, silenciosa, estaba en pié delante de él; de repente se volvió con movimiento convulsivo, cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las manos, para ahogar los sollozos y las lágrimas que se escapaban tumultuosamente de su pecho.

Demasiado dolor albergaba el corazon de la desventurada jóven. ¿Qué daño hizo la infeliz á la desconocida dama para que ésta le revelase un secreto que destruia su porvenir? Desde que supo quién era Ordener, la pobre niña no habia podido entregar aun ni sus ojos al sueño, ni su alma al reposo; la noche solo le traia el triste consuelo de poder llorar con libertad. No podia ya acariciar ni la esperanza, porque no podia ser suyo ya el hombre que le pertenecia por todos sus recuerdos, por todos sus dolores, por todas sus plegarias, el hombre de quien se creia la prometida esposa. La noche en que Ordener la estrechó tiernamente entre sus brazos, ya solo era en su mente un sueño falaz, y aquel sueño se le presentaba todas las noches. Era culpable la ternura que á su pesar consagraba aun al amigo ausente, porque su Ordener era el futuro esposo de otra mujer. ¿Quién es capaz de describir lo que sintió su corazon virginal, al deslizarse en él, como una víbora, el sentimiento amargo y desconocido de los celos, y cuando se agitaba, durante largas horas de insomnio, en su ardiente lecho, creyendo á Ordener en aquellos instantes en brazos de otra mujer más hermosa, más rica y más noble que ella?... Cuando se decia á sí misma: ¡Fuí tan insensata, que creí que por mí iba á buscar la muerte! ¡Ordener es hijo del virey, de un poderoso señor, y yo, yo no soy más que una pobre prisionera, hija despreciable de un proscripto! ¡Ordener se fué y es libre! ¡Sin duda se fué á unirse con su hermosa prometida, la hija de un canciller, de un ministro, de un orgulloso conde! ¿Es posible que Ordener me engañara? ¿quién me hubiera dicho que aquella voz pudiera engañar?..

La desventurada Ethel lloraba sin consuelo y veia siempre ante sus ojos á su Ordener, al que era para ella el dios ignoto de todo su sér, brillante con todo el explendor de su rango, dirigiéndose al altar en medio de gran fiesta y volviendo la cara hácia otra mujer, con aquella sonrisa que en otro tiempo colmaba su alegría.

A pesar de la profunda amargura que la atormentaba, no olvidó ni por un momento su ternura filial. Hizo los más heróicos esfuerzos para ocultar su infortunio á su desgraciado padre; y es lo más doloroso del dolor tener que reprimir la explosion externa, pues las lágrimas que se devoran son mucho más amargas que las que se vierten. Pasaron muchos dias antes de que el silencioso anciano advirtiese la mudanza de Ethel, y las preguntas afectuosas que acababa de dirigirla hicieron brotar de repente las lágrimas de la jóven, mucho tiempo comprimidas en su corazon.

El padre contempló un momento con amarga sonrisa el llanto de Ethel, y moviendo la cabeza, la dijo:

—Tú, que no vives entre los hombres, por qué lloras?

Al oir esto, púsose en pié la noble y hermosa niña; hizo un esfuerzo supremo y detuvo las lágrimas en los ojos, enjugándoselos con el velo.

—Padre mio, contestó con energía, perdonadme; fué un momento de flaqueza.

Fijó la vista en su padre, procurando sonreir, y fué al fondo de la estancia á buscar el *Edda*; se sentó cerca de su padre y abrió el libro á la casualidad. Calmando la agitacion de la voz, empezó á leer, pero la inútil lectura pasaba sin que la escucharan ni ella ni el anciano.

Hizo éste un movimiento con la mano, como indicándola que suspendiera el leer, y la dijo:

—Basta, basta, hija mia.

Ethel cerró el libro.

—Hija mia, añadió Schumacker; ¿piensas alguna vez en Ordener?

La pobre niña se extremeció.

—En aquel Ordener que marchó á...

—Padre mio, dijo interrumpiéndole la jóven; por qué ocuparnos de él? Creo, como vos, que se fué para no volver.

—Para no volver, hija mia? No pude decirte eso. No sé qué presentimiento me anuncia que volverá.

—No pensábais así cuando me hablábais con tanta desconfianza de ese jóven.

—Te hablé de él con desconfianza?

—Sí, y en eso soy de vuestra opinion. Creo que nos ha engañado.

—Que nos ha engañado? Al juzgarle como le juzgué, hice lo que todos los hombres que acusan sin pruebas... pero hasta hoy solo recibí de Ordener testimonios de amistad.

—¿Y sabeis acaso si sus palabras cordiales ocultaban ó no pensamientos pérfidos?

—Ordinariamente los hombres huyen del infortunio y de la desgracia. Si Ordener no me profesara algun afecto, no hubiera venido á la prision sin objeto.

—¿Estais seguro, repuso Ethel con tímida voz, que aquí no le trajo ningun objeto?

—Y cuál? preguntó el anciano con vivacidad.

Ethel no pudo continuar: era para ella un esfuerzo superior á sus fuerzas seguir acusando á su amado Ordener, á quien antes defendia contra su padre.

—Yo no soy ya el conde de Griflenfeld, prosiguió éste; ya no soy gran canciller de Dinamarca y de Noruega, ni dispensador favorito de las mercedes reales, ni ministro omnipotente. Soy un miserable prisionero de Estado, un proscripto, un leproso político. Es ya dar insignificante prueba de valor no hablar contra mí á todos esos hombres á quienes colmé de honores y de riquezas; es hacer un verdadero sacrificio entrar en este calabozo no siendo carcelero ni verdugo; es heroismo, hija mia, venir aquí y ser amigo nuestro. No, no quiero ser ingrato, como la raza humana; ese jóven merece mi gratitud, por el solo motivo de haberse mostrado afectuoso y haberme dicho palabras de consuelo.

Ethel escuchaba con pesar ese lenguaje, que le hubiera colmado de alegría algunos dias antes, cuando Ordener aun era para ella su Ordener. El anciano, despues de un momento de silencio, repuso con voz solemne:

—Escúchame, hija mia, porque es muy grave lo que voy á decirte. Conozco que me consumo lentamente; la vida se retira de mí poco á poco... mi fin se acerca.

Ethel le interrumpió, sofocando sus sollozos.

—¡Padre mio, por Dios, no me hableis así! Tened compasion de vuestra hija! Quereis abandonarla tambien? ¿Qué será de ella, sola en el mundo, sin vuestra proteccion?

—La proteccion de un proscripto! dijo el anciano, moviendo tristemente la cabeza. Nada vale, pero tambien he pensado en eso. Tu felicidad futura me preocupa más que mis pasados infortunios. Escúchame y no me interrumpas. Ordener no merece que le juzgues con tanta severidad; yo creí hasta ahora que no le mirabas con aversion. Su continente es franco, noble, lo que nada prueba; pero debo añadir que me parece que está dotado de algunas virtudes, si bien es cierto que basta ser hombre para encerrar en el pecho el gérmen de todos los vicios y de todos los crímenes. Toda llama produce humo.

Otra vez calló el anciano, y fijando los ojos en su hija, añadió:

—Convencido hasta la evidencia de que se acerca la hora de mi muerte, he pensado mucho en él y en tí, Ethel; y si vuelve, como espero que vuelva, te le doy como protector y como esposo.

Ethel palideció y tembló al ver que cuando su sueño de felicidad se desvanecia para siempre, era cuando su padre trataba de realizarlo. Este pensamiento tan amargo: *¡Yo hubiera podido ser dichosa!* comunicó á su desesperacion terrible violencia. Permaneció un instante sin poder hablar, temerosa de dar rienda suelta á las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Schumacker callaba, esperando la contestacion.

—¿Me lo destinábais para marido, padre mio, respondió con voz apagada, sin conocer su orígen, su familia ni su nombre?

—No te lo destinaba, te lo destino, hija mia.

El acento del anciano era imperioso; Ethel suspiró.

—Repito que te lo destino y que nada me importa su orígen. No necesito conocer á su familia conociéndolo á él. Piénsalo bien, hija mia, que él es la única áncora de salvacion que te queda. Afortunadamente creo que Ordener no te mira con aversion.

La pobre jóven dirigió los ojos al cielo.

—Ya oyes que te digo que nada me importa ni su orígen, ni su familia. Probablemente habrá nacido en cuna humilde, porque no se enseña á frecuentar las prisiones á los que nacen en los palacios. No te manifiestes orgullosa, hija mia; no olvides que Ethel Schumacker ya no es princesa de Wollin, ni condesa de Tonsberg. Debes, pues, tenerte por feliz si ese hombre acepta tu mano, cualquiera que haya sido su cuna. Si es de humilde nacimiento, tanto mejor, hija mia; vuestra vida estará libre de las borrascas que atormentaron la de tu padre. Pasareis, lejos de la envidia y del ódio de los hombres, con nombre desconocido, existencia ignorada, muy diferente de la mia, porque acabará mejor que empezará...

Ethel cayó de rodillas delante del prisionero, exclamando:

—Perdon, padre mio, perdon!

Schumacker le abrió los brazos sorprendido, y la preguntó:

—Qué quieres decir?

—¡En el nombre del cielo, no me pinteis una felicidad que yo nunca he de gozar!

—Ethel! la replicó el anciano con tono severo, no juegues con tu porvenir. Yo rehusé la mano de una princesa de sangre real, de una princesa de Holsteim-Augustemburgo, lo oyes? Y mi orgullo fué cruelmente castigado; tú desdeñas la de un hombre oscuro, pero leal; teme á ser castigada como yo.

—¡Pluguiese al cielo que Ordener fuera un hombre oscuro y leal!...

Levantóse el anciano y dió algunos pasos por la estancia en completa agitacion.

—Tu padre te lo ruega y te lo manda. No me dejes inquieto por tu porvenir á la hora de mi muerte. Prométeme que aceptarás á ese jóven por esposo.

—Os obedeceré siempre, padre mio, pero no espereis que vuelva.

—He pesado todas las probabilidades, y creo, á juzgar por el acento con que pronuncia tu nombre...

—Que me ama? interrumpió, diciendo amargamente Ethel... Oh, no lo creais!...

Schumacker dijo con frialdad:

—Ignoro si te ama; pero yo sé que volverá.

—Perded esa esperanza, padre mio. Además, que si le conociéseis quizás no le admitiérais por yerno.

—Lo será, Ethel, tenga el nombre y el rango que tenga.

—Pues bien, replicó ella, ¿si ese jóven, en quien creeis ver un amigo y un apoyo para vuestra hija, fuese, padre mio, hijo de uno de vuestros mortales enemigos, por ejemplo, del virey de Noruega, del conde de Guldenlew?

Schumacker retrocedió dos pasos.

—Qué dices! Gran Dios! Ordener! ¡ese Ordener! imposible!

La indecible expresion de ódio que acababa de encenderse en los ojos apagados del anciano, heló el corazon de la pobre Ethel, que en vano se arrepintió de las imprudentes palabras que acababa de pronunciar.

Pero el daño estaba ya hecho. Schumacker permaneció unos momentos inmóvil y con los brazos cruzados; temblaba todo su cuerpo como si estuviese sobre áscuas; sus pupilas, llameantes, le saltaban de las órbitas, y su mirada, clavada en las losas del pavimento, parecia quererse hundir en ellas. Al fin salieron de sus azulados labios algunas palabras pronunciadas con débil voz.

—Ordener! ¡Sí... eso es, Ordener Guldenlew! Bien! ¡Schumacker, viejo insensato, abre los brazos para que ese leal jóven venga á darte de puñaladas!

De repente, hiriendo el suelo con el pié, exclamó con voz tonante:

—¡Me han enviado á ese infame para insultarme en mi caida y en mi cautividad! ¡Ya he podido ver á un Ahlefeld y casi he sonreido á un Guldenlew! Mónstruos! ¿Quién hubiese creido que ese Ordener llevase semejante alma y semejante nombre? ¡Ah, desgraciado de mí!

Anonadado cayó sobre el sillon, y mientras salian de su agitado pecho hondos suspiros, la pobre Ethel, palpitante de sobresalto, lloraba á sus piés.

—No llores más, hija mia, dijo con voz siniestra, y ¡ven, ven, á que te estreche contra mi corazon!

El anciano la abrazó cariñosamente.

Ethel no podia explicarse los cariños de su padre en aquel momento de rabia, cuando éste prosiguió:

—Al menos, hija mia, has sido más previsora que tu anciano padre. No se ha engañado la serpiente de ojos dulces y venenosos. Ven; quiero agradecerte el ódio que demuestras al execrable Ordener.

Ethel se extremeció al oir aquel elogio inmerecido.

—Padre mio, serenáos, le dijo.

—Prométeme, insistió diciendo Schumacker, de consagrar siempre los mismos sentimientos al hijo de Guldenlew, júramelo.

—Dios prohibe los juramentos, padre mio...

—Júramelo, repitió el anciano con vehemencia. ¿No es verdad que siempre tendrás el mismo corazon para Ordener Guldenlew?

Ethel respondió en seguida:

—Siempre.

El anciano la estrechó contra su pecho.

—Bien, hija mia! que á lo menos te legue mi ódio á toda su raza, ya que no puedo legarte los bienes y los honores que ellos me robaron.—Escucha: ellos arrebataron á tu anciano padre su rango y su gloria; le llevaron desde un cadalso á un calabozo para mancharme con todas las infamias y hacerme pasar por todos los suplicios. Miserables! ¡Y á mí me debian el poder que emplearon contra mí! ¡Oh, que me oigan el cielo y el infierno y que sean todos ellos malditos en su existencia y malditos en su posteridad!

Calló un momento, y luego, abrazando á la tímida Ethel, que aterraban aquellas imprecaciones, la dijo:

—Pero, Ethel mia, tú que eres mi única gloria y mi único bien, dime: ¿cómo es que fué tu instinto más hábil que el mio? ¿Cómo descubriste que ese traidor llevaba uno de esos nombres aborrecidos que están escritos con hiel en el fondo de mi corazon? ¿Cómo penetraste ese secreto?

Ethel reunia todas sus fuerzas para responder á su padre, cuando se abrió la puerta de la prision.

Un hombre, vestido de negro, que llevaba en la mano una varita de ébano y pendiente del cuello una cadena de acero bruñido, se presentó en la estancia, rodeado de alabarderos vestidos tambien de negro.

—Qué quieres de mí? preguntó el preso con asombro y con acritud.

El hombre, sin responderle ni mirarle, desarrolló un largo pergamino, del que pendia, con hilos de seda, un sello de cera verde, y leyó en alta voz:

—"En nombre de su majestad nuestro misericordioso soberano y señor, Christiern, rey,

„Se manda á Schumacker, prisionero de Estado en la fortaleza real de Munckholm, y á su hija, que sigan al portador de la presente órden.„

Schumacker repitió la pregunta:

—Qué quieres de mí?

El hombre negro, siempre impasible, empezó otra vez la lectura.

—Basta, dijo el anciano.

Entonces, poniéndose en pié, hizo señal á Ethel, que estaba atónita y asustada, de seguir con él á aquella lúgubre comitiva.

## XLI.

Despues de la señal lúgubre, un abyecto ministro de la justicia llama á su puerta para decirle que le necesitan.

(J. DE MAISTRE.)

Era de noche y un viento frio y fuerte silbaba alrededor de la torre Maldita, y las puertas de las ruinas de Vygla temblaban en sus goznes, como si una misma mano las sacudiera todas á la vez.

Los feroces habitantes de la torre, el verdugo y su familia, estaban reunidos alrededor de la hoguera encendida en medio de la sala del primer piso, que derramaba resplandores vacilantes en sus rostros sombríos y en sus vestidos de escarlata. Habia en las facciones de los niños rasgos feroces, como la risa de su padre, y rasgos huraños, como la mirada de su madre. Sus ojos, lo mismo que los de Beclia, estaban fijos en Orugix, que, sentado en un banquillo de madera, estaba recobrando el aliento; los piés del verdugo, cubiertos de polvo, daban á entender que acababa de llegar de lejana expedicion.

—Escuchadme, decia éste á su mujer y á sus hijos; no he estado ausente dos dias enteros para traeros malas noticias. Si antes de un mes no se me nombra ejecutor real, no quiero ya apretar ni un nudo corredizo, ni manejar una hacha. Regocijáos, lobeznos mios, porque quizás os pueda dejar vuestro padre por herencia nada menos que el patíbulo de Copenhague.

—Nychol, pues qué sucede? le preguntó Beclia.

—Y tú, gitana mia, prosiguió diciendo Nychol con risa bestial, ¡alégrate tambien! Tú podrás comprar collares de vidrio azul para adornar tu cuello de cigüeña ahorcada. Pronto termina nuestra contrata; pero te juro que antes de un mes, cuando veas que soy el primer verdugo de los dos reinos, no te negarás á romper otro cántaro (1) conmigo.

—Pues qué hay, padre? preguntaron los hijos, el mayor jugando con un caballete ensangrentado, y el menor entretenido en desplumar un pájaro vivo, que robó á su madre de dentro del nido.

—Os lo voy á decir. Acaba de matar ese pájaro, Haspar; chilla como una mala sierra, y además no debes ser cruel. Mátalo.—¿Me preguntais qué es lo que hay? Nada, muy poco en verdad, señora Beclia: que antes de ocho dias el ex-canciller Schumacker, prisionero ahora en Munckholm, despues de haberme visto la cara de cerca en Copenhague, y el famoso bandido Han de Islandia, van á caer los dos entre mis garras.

Los ojos desencajados de la mujer roja tomaron la expresion del asombro y de la curiosidad.

—Schumacker y Han de Islandia! cómo puede ser eso?

—Voy á contároslo. Ayer por la mañana me encontré en el camino de Skongen, en el puente de Ordals, á todo el regimiento de arcabuceros de Munckholm, que regresaba á Drontheim victorioso. Pregunté á uno de los soldados, que se dignó responderme, porque sin

(1) Costumbre gitana, por la que quedan casados durante cierto número de años el hombre y la mujer que, de comun acuerdo, rompen un [illegible]

duda no sabia por qué mi casaca y mis pantalones son rojos, y supe que los arcabuceros volvian de las gargantas del Pilar Negro, en donde derrotaron á bandadas de bandidos, quiero decir, de mineros insurrectos. Ahora bien; has de saber, Beclia, que esos rebeldes se rebelaban en nombre de Schumacker, é iban capitaneados por Han de Islandia; pues esa insurreccion contra la autoridad constituye un famoso crímen de Han de Islandia, y otro crímen de alta traicion de Schumacker; los que conducirán, naturalmente, á esos dos ilustres señores á la horca ó al tajo. Añade á esas dos soberbias ejecuciones, que lo menos me producirán quince ducados de oro cada una, y me honrarán en los dos reinos con algunos otros gajes, menos importantes en verdad...

—Pero, ¿se han apoderado de Han de Islandia? le interrumpió Beclia.

—¿Por qué interrumpes á tu señor y amo, mala gitana? le dijo el verdugo. Sí señor; ese famoso, ese invisible Han de Islandia, ha caido en poder de los arcabuceros, así como tambien otros jefes rebeldes, que tambien cada uno de ellos me producirá doce escudos, sin contar la venta de los cadáveres. Se han cogido, y yo los he visto, ya que es preciso satisfacer tu curiosidad, pasar entre las filas de los soldados.

La mujer y los muchachos se acercaron á Orugix con rapidez.

—Le has visto, padre, le has visto? le preguntaron.

—Callaos, chiquillos. Le he visto. Es un gigante; iba con los brazos cruzados, atados detrás de la espalda, y llevaba la frente vendada; sin duda está herido en la cabeza. Pero que se tranquilice, que dentro de poco le curaré esa herida.

Despues de sazonar esas horribles palabras con un gesto más horrible todavía, el verdugo continuó:

—Detrás de él iban cuatro de sus compañeros, igualmente prisioneros y tambien heridos, que los llevaban á Drontheim, donde serán juzgados, así como tambien el gran ex-canciller Schumacker, por un tribunal, al que asistirá el síndico mayor y que presidirá el gran canciller actual.

—Pero, ¿cómo eran los otros prisioneros?

—Los dos primeros eran viejos, uno de ellos llevaba sombreron de minero y el otro gorra de montañés; uno y otro parecian desesperados. De los otros dos, uno era un jóven minero que marchaba con la cabeza erguida y silbando; el otro... ¿Te acuerdas, Beclia, de los viajeros que se albergaron en esta torre, hace diez dias, la noche de aquella terrible tempestad?

—Lo recuerdo como Satanás se acuerda del dia de su caida, respondió la mujer.

—¿Te fijaste en uno de los viajeros, en el jóven que vino acompañado de aquel doctor loco que llevaba gran peluca? ¿Un jóven que iba vestido de negro, con capa verde y con pluma negra en la gorra?

—Aun creo verle delante de mí, cuando me dijo: *Mujer, tenemos dinero.*

—Pues yo solo he torcido en mi vida el cuello á pollos y á gallos, si dicho jóven no es el cuarto prisionero que llevaban los arcabuceros. Verdad es que entre la gorra, el embozo de la capa y el llevar la cabeza cacha no se le veia la cara, pero aquel era su porte, su aire y su traje. Consiento en tragarme de un bocado la horca de Skongen si ese jóven no es nuestro huésped. ¿No te parece, Beclia, que es cosa de risa que, despues de haberle yo proporcionado alimento para sostener su vida, reciba ahora tambien de mis manos con qué perderla, y que yo ejercite en él mi destreza, despues de ejercitar en él la hospitalidad?

Prolongó el verdugo su risa bestial y siniestra, y luego prosiguió:

—Ea, regocijáos todos y bebamos. Dame, Beclia, un vaso de esa cerveza que raspa la garganta; quiero vaciarlo á la salud de mi próximo encumbramiento.—¡Honra y salud al señor Nychol Orugix, ejecutor real en perspectiva!—Te confieso que me supo mal ir á la aldea de Næs á ahorcar oscuramente á un miserable ladron de coles y achicorias; pero luego, pensándolo bien, he comprendido que no debia desdeñarme de tomar treinta y dos ascalinos y que mis manos no se degradarán ajusticiando á simples ladrones y otros canallas de esta calaña, hasta haber decapitado al noble conde ex-gran canciller y al famoso bandido Han de Islandia. Resignéme, pues, mientras espero el diploma de ejecutor supremo, á despachar al pobre miserable de la aldea de Næs, y aquí tienes los treinta y dos ascalinos que te traigo.

En este momento se oyeron tres toques sucesivos de corneta por la parte de fuera de la torre.

—Beclia, dijo Orugix, esos son los arcabuceros del síndico mayor.

Diciendo ésto se puso en pié y bajó á toda prisa la escalera.

Poco tiempo despues reapareció en la estancia, llevando en la mano un gran pergamino, del que ya habia roto el sello.

—Toma, le dijo á su mujer; entérame de lo que me envia el síndico mayor. Descíframe eso, gitana, tú que lees hasta los garrapatos de Satanás. Puede que sea mi patente de promocion; porque ya que ha de presidir el tribunal un gran canciller y otro gran canciller va á ser el reo, convendrá que el verdugo que ejecute su sentencia sea un verdugo real.

Recibió la mujer el pergamino, y despues de pasar la vista por él, leyó en alta voz, mientras que los chiquillos fijaban en ella la mirada estúpida:

—"En nombre del síndico mayor del Drontheimnus: Mando á Nychol Orugix, verdugo de la provincia, que inmediatamente se traslade á Drontheim con el hacha de preferencia, el tajo y las colgaduras negras."

—Y es eso todo? preguntó descontento el verdugo.

—Eso es todo lo que dice el pergamino.

—Verdugo de la provincia! murmuró Orugix entre dientes.

Permaneció unos momentos malhumorado, mirando con fijeza el pergamino: despues dijo:

—Vamos, pues; es preciso obedecer y ponerse en camino. Me piden, sin embargo, el hacha de preferencia y las colgaduras negras. Beclia, quita con mucho cuidado las manchas del orin que deslucen el hacha y mira si tienen manchas los paños. Al fin y al cabo nada se ha perdido, y puede que no me quieran ascender hasta ver cómo me porto en la ejecucion. Tanto peor para los reos; no tendrán la satisfaccion de que los ejecute un verdugo real.

## XLII.

ELVIRA.
¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,
que solia ser mi esposo?
NUÑO.
Volvió á ver á aquel famoso
Alfonso, rey de Castilla.
ELVIRA.
Luego no ha estado en la villa.
NUÑO.
Hoy esperándole estoy.
ELVIRA.
Y yo que le maten hoy.
NUÑO.
Tal crueldad me maravilla.
Sancho se sabrá guardar.
(LOPE DE VEGA.)

El conde de Ahlefeld, arrastrando una ancha toga de raso negro, forrada de armiño; cubierta su cabeza y sus hombros con una enorme peluca de magistrado y lleno el pecho de estrellas y de condecoraciones, entre las que se distinguen los collares de las órdenes reales del Elefante y de Dannebrog; vestido, en fin, con el traje completo de gran canciller de Dinamarca y de Noruega, se paseaba con aire inquieto en la habitacion de la condesa de Ahlefeld, que estaba sola con él á la sazon.

—Son las nueve, y el tribunal vá á abrir la sesion; no quiero hacerle esperar, porque es preciso que se pronuncie esta noche la sentencia, para que se ejecute mañana y á la madrugada. El síndico mayor me asegura que el verdugo estará aquí antes de amanecer. ¿Diste la órden, Elfega, de que preparen la lancha que debe conducirme á Munckholm?

—Hace media hora que os espera, añadió la condesa, incorporándose en el sillon.

—La litera está á la puerta?

—Tambien.

—Vamos... ¿No me dijiste, Elfega, añadió el conde dándose un golpe en la frente, que existe no sé qué galanteo entre Ordener Guldenlew y la hija de Schumacker?

—Existe, os lo aseguro, respondió la dama, colérica y despechada.

—Quién diablos habia de creerlo?... sin embargo, yo ya tenia mis sospechas.

—Y yo tambien, contestó la condesa. Eso es una mala pasada que nos ha hecho el maldito general Levin.

—Pícaro viejo! pero estáte tranquila, te recomendaré á Arensdorf. ¡Si yo pudiera derribarle!... Ah, escucha, Elfega! un buen pensamiento me ocurre en este instante.

—Qué te ocurre?

—Sabes que hemos de juzgar á seis individuos en el castillo de Munckholm: Schumacker, á quien espero ya no temer mañana á estas horas; al coloso montañés, el falso Han de Islandia, que juró sostener su papel hasta el fin, con la esperanza de que Musdæmon, de quien ha recibido ya grandes sumas, le proporcionara los medios de fugarse. Ese Musdæmon tiene ideas verdaderamente diabólicas. Los otros cuatro acusados son los tres jefes de los rebeldes y un quídam que, sin saberse cómo, se apareció dentro de la mina de Apsyl-Corh, y que las precauciones que tomó Musdæmon le hicieron caer en nuestras manos. Musdæmon cree que es un espía de Levin de

Kund. En efecto, la primera palabra que pronunció al llegar aquí fué el nombre del general; cuando supo la ausencia de éste dió muestras visibles de consternacion; además, no ha querido contestar á ninguna de las preguntas que le dirigió Musdæmon.

—Por qué no le interrogaste tú mismo?

—No tuve tiempo: me abruma el trabajo desde mi llegada. He descargado el peso de este asunto sobre Musdæmon, á quien interesa tanto como á mí. Además, ese hombre no tiene ninguna importancia; supongo que será algun miserable vagabundo. Solo podemos sacar partido de él presentándole como á un agente de Levin de Kund, y como fué cogido entre los rebeldes, podemos probar connivencia culpable entre el general y Schumacker, que bastará para provocar, sino una acusacion contra Levin, al menos su caida.

La condesa quedó un rato pensativa, y despues dijo:

—Tienes razon... pero esa fatal pasion del baron de Thorvick por la hija de Schumacker...

El gran canciller, encogiéndose de hombros, la interrumpió:

—No somos ya jóvenes ni novicios en la vida tú y yo; y sin embargo, no conocemos á los hombres. Cuando quede otra vez Schumacker deshonrado por otro juicio de alta traicion; cuando haya sufrido en el cadalso muerte infamante; cuando su hija llegue á caer en el último grado social, manchada públicamente con el eterno oprobio de su padre, ¿crees, Elfega, que entonces Ordener Guldenlew se acuerde un solo instante de sus amoríos juveniles, que calificas de pasion, fiado de los sentimientos exaltados de una loca prisionera? ¿Piensas que vacile un solo instante en elegir entre la hija deshonrada de un miserable criminal y la hija ilustre de un glorioso canciller? Cada cual debe juzgar el corazon humano por el suyo, ¿y no conoces, Elfega, que es esta la condicion de la naturaleza humana?

—Deseo que tengas razon. Espero, sin embargo, que apoyes la demanda que dirigí al síndico mayor, pidiendo en ella que la hija de Schumacker asista al proceso de su padre y se la coloque en la misma tribuna que á mí. Tengo deseos de estudiar el corazon de esa jóven.

—Todo lo que pueda ilustrarnos en esta materia hay que tomarlo en cuenta, respondió con flema el canciller.—Pero dime, ¿se sabe dónde se encuentra Ordener á estas horas?...

—Nadie lo sabe; es Ordener digno ahijado del general Levin y un caballero errante como él. Creo que éste ahora visita el Ward-Hus...

—Nuestra Ulrica le hará sentar la cabeza... Me olvidaba de que el tribunal me espera.

La condesa detuvo al canciller, que iba á salir.

—Escucha una palabra más. Te lo pregunté ayer, pero está tan preocupado tu espíritu que no obtuve contestacion. Dónde está Federico?

—Federico! exclamó el conde con acento sombrío.

—Respóndeme, dónde está Federico? Su regimiento volvió á Drontheim sin él. Júrame que Federico no se encontró en la terrible batalla del Pilar Negro. ¿Por qué te has inmutado al pronunciar yo el nombre de nuestro hijo? Me has sumido en mortal inquietud.

El canciller recobró su natural serenidad y la dijo:

—Elfega, tranquilízate. Te juro que Federico no ha estado en los desfiladeros del Pilar Negro. Además, tú ya sabes que se ha publicado la lista de los oficiales muertos y heridos en aquella accion.

—Eso me tranquiliza, contestó la condesa. En ella solo murieron dos oficiales, el capitan Lory y el jóven baron Randmer, que tantas locuras hizo con Federico en los bailes de Copenhague. Leí dos veces de arriba á bajo toda la lista; pero ¿se quedó Federico en Walstrohm?

—Sí, respondió el conde.

—Pues bien, dijo la madre esforzándose por sonreir; te pido por favor que cuanto antes vuelva Federico de ese horrible pais.

El canciller se desprendió con dificultad de los brazos suplicantes de su esposa.

—El tribunal me espera, la dijo. Adios, que lo que me pedís no depende de mí.

El conde salió bruscamente.

La condesa quedó sombría y pensativa.

—Que no depende de él!... ¡Y una palabra suya seria suficiente para devolverme á mi hijo! Siempre he creido que este hombre era malvado.

## XLIII.

JUEZ.
Así mi poder se trata?
¿así el respeto se pierde
á la justicia?
(CALDERON.)

La asustada Ethel, que separaron los guardias de su padre á la salida de la torre del Leon de Slesvig, fué conducida, atravesando tenebrosos corredores, á una especie de celda oscura, cuya puerta cerraron tras ella.

Al lado de la celda opuesta á la puerta hay una abertura con reja, al través de la que penetra la luz de antorchas y de candelabros. Delante de la abertura hay colocado un banquillo, en el que está sentada una mujer cubierta con un velo y vestida de negro, que la hace seña de que se siente á su lado. Ethel obedece sin replicar.

Dirige la vista á la abertura, y un espectáculo imponente se presenta á sus ojos.

En la extremidad de una sala, cuyas paredes están cubiertas de paño negro, débilmente alumbrada por lámparas de cobre, suspendidas de la bóveda, se alza un tribunal negro en forma de semicírculo, que ocupan siete jueces, vestidos con negras togas, uno de los que está sentado en el centro, en un sillon más alto que el de los demás, y lleva al pecho cadenas de diamantes y placas de oro que relucen. El juez que se sienta á su derecha se distingue de los otros por su faja blanca y su manto de armiño, insignias del síndico mayor de la provincia. A la derecha del tribunal hay un estrado, cubierto por un dosel, donde está sentado un anciano, revestido de hábitos pontificales, y á la izquierda una mesa cargada de papeles, detrás de la que está en pié un hombre de baja estatura, que lleva grande peluca y que se envuelve en los pliegues de su negro y largo ropon.

Frente á los jueces hay un banco de madera, que rodean alabarderos con hachas encendidas, cuya luz, reflejada en un bosque de picas, de mosquetes y de partesanas, vierte vagos reflejos sobre las cabezas apiñadas de una multitud de espectadores, que se aprietan contra los hierros de la reja que los separa del tribunal.

Ethel contemplaba ese espectáculo como si asistiese á la realizacion de un sueño, sin embargo de que no podia mirar con indiferencia la escena que iba á representarse ante su vista, porque oia en el fondo de su corazon una voz íntima que le advertia que estuviese atenta, porque iba á asistir á uno de los grandes acontecimientes de su vida. Su corazon era presa á la vez de dos agitaciones diferentes; queria saber hasta qué punto la interesaria la escena que iba á contemplar, ó no saberlo nunca. Hacia ya algunos dias que la idea de haber perdido para siempre á Ordener le inspiraba el deseo desesperado de acabar con su existencia y poder leer de una ojeada todo el libro de su destino. Comprendiendo que iba á llegar la hora decisiva de su suerte, examinó el cuadro lúgubre que tenia delante, no con repugnancia, sino con una especie de alegría impaciente y fúnebre.

El tribunal se puso en pié y proclamó en nombre del rey que estaba abierta la audiencia de la justicia.

Ethel oyó que el hombre vestido de negro, colocado á la izquierda del tribunal, leia en voz baja y rápida un largo discurso, en el que el nombre de su padre, confundido con las palabras *conspiracion*, *rebelion de los mineros* y *alta traicion* sonaba contínuamente. Entonces recordó la prisionera lo que la dijo la desconocida dama en el jardin del castillo, respecto á la acusacion que amenazaba á su padre, y se extremeció cuando oyó que el hombre del negro ropon terminaba su discurso con la palabra *muerte*, enérgicamente articulada.

Llena de terror la pobre Ethel, volvióse hácia la mujer del negro velo, que le inspiraba aversion, sin saber por qué, y la preguntó:

—Dónde estamos? ¿qué quiere decir todo eso?

Un gesto de su misteriosa compañera la impuso silencio, excitándola á que escuchase con atencion: volvió, pues, la jóven á dirigir la vista hácia la sala del tribunal.

El venerable anciano de hábitos episcopales se puso en pié y pronunció las siguientes palabras, con voz grave y sonora:

—"En el nombre de Dios Todopodero o y misericordioso, yo, Pánfilo Eleuterio, obispo de la ciudad real de Drontheim y de la provincia real del Drontheimnus, saludo al respetable tribunal, que juzga en nombre del rey, nuestro señor, despues de Dios; y digo: que convencido de que los prisioneros presentados á este tribunal son hombres y cristianos, y que no tienen procuradores, declaro á los respetables jueces que es mi intencion asistirlos con mis débiles fuerzas en la crucl

situacion en que el cielo los quiso colocar; rogando á Dios que se digne prestar fuerza á nuestra flaca debilidad y luz á nuestra profunda ceguera: de este modo, yo, obispo de esta diócesis, saludo al respetable y justiciero tribunal.„

Calló el obispo y, descendiendo del trono pontifical, fué á sentarse en el banco de madera destinado á los reos, en medio de un murmullo de aprobacion que se levantó entre la muchedumbre.

Levantóse el presidente y dijo con voz seca:

—Alabarderos, que se guarde silencio! —Señor obispo, el tribunal dá las gracias á vuestra reverencia en nombre de los prisioneros.—Habitantes del Drontheimnus, estad atentos á la alta justicia del rey: el tribunal vá á juzgar sin apelacion.—Arqueros, que entren los acusados.

Callaron los espectadores, esperando con impaciencia y con terror; y todas sus cabezas se agitaban en la sombra, como las negras olas de un mar borrascoso, sobre el que vá á estallar la tempestad.

Pronto oyó Ethel sordo rumor y movimiento estraordinario que se prolongaban debajo de ella en las sombrías avenidas de la sala; luego se aquietó el auditorio; resonaron pasos multiplicados; alabardas y mosquetes brillaron; y luego seis hombres, cargados de cadenas y rodeados de guardias, penetraron con la cabeza descubierta en el recinto del tribunal. Ethel solo vió al primero de los seis acusados; era un viejo de barba blanca, vestido de negro: era su padre.

Apoyóse en la balaustrada de piedra que habia delante de su banquillo; movíanse los objetos ante sus ojos como si los viera entre confusa niebla, y parecíala que el corazon le latia en los oidos. Al fin exclamó con voz apagada:

—Dios mio, tened compasion de mí!

La mujer encubierta se inclinó hácia ella y la hizo respirar esencias, que la despertaron del letargo en que estaba sumida.

—Noble señora, dijo reanimándose, decidme, por el amor de Dios, una sola palabra que me convenza de que no soy víctima de fantasmas del infierno.

La desconocida, sorda á sus súplicas, habia ya vuelto la cabeza hácia el tribunal; y la pobre Ethel, vuelta ya en sí, se resignó á imitar su silencio.

El presidente, en pié, dijo con voz lenta y solemne:

—Prisioneros, venís á nuestra presencia para que examinemos si sois culpables de alta traicion, de conspiracion y de rebelion armada contra la autoridad del rey, nuestro soberano señor. Examinad vuestras conciencias, porque una acusacion de lesa majestad pesa sobre vosotros.

En este momento un rayo de luz reflejó en el semblante de uno de los seis prisioneros, en el de un jóven que inclinaba la cabeza sobre el pecho, como para ocultar sus facciones bajo los rizos de su larga cabellera. Extremecióse Ethel y sudor frio corrió por todos sus miembros; creyó reconocer en él... pero no, no podia ser, era una terrible ilusion: la sala tenia poca luz y los hombres se movian en ella como sombras; apenas se distinguia el Cristo grande, de ébano pulimentado, que estaba encima del sillon del presidente.

Aquel jóven, sin embargo, llevaba una capa que desde lejos parecia verde; sus desordenados cabellos tenian reflejos castaños, y el rayo de luz que iluminó su rostro... pero no, no podia ser; aquello era una horrible ilusion.

Los prisioneros estaban sentados en el mismo banco que el obispo. Colocóse Schumacker en una de las extremidades, y estaba separado del jóven de los cabellos castaños por sus cuatro compañeros de desgracia, groseramente vestidos, entre los que habia uno de colosales proporciones. En el otro estremo del banco estaba sentado el obispo.

El presidente se volvió hácia Schumacker y le dijo:

—Anciano, decid vuestro nombre y quién sois.

Levantó el anciano la venerable cabeza y contestó:

—Hubo un tiempo, dijo fijando la serena mirada en el presidente, en que me llamaba conde de Griflenfeld y de Tonsberg, príncipe de Wollin, príncipe del Sacro Imperio, era caballero de la real órden del Elefante, de la de Dannebrog, caballero del Toison de Oro de Alemania y de la Liga de Inglaterra, primer ministro, inspector general de las Universidades, gran canciller de Dinamarca y de.....

El presidente le interrumpió:

—Acusado, el tribunal no os pregunta cómo os habeis llamado, ni lo que habeis sido, sino cómo os llamais y lo que sois.

—En ese caso, respondió el anciano con vivacidad, ahora me llamo Juan Schumacker, tengo sesenta y nueve años y ya no soy nada más que vuestro an-

tiguo bienhechor, canciller Ahlefeld.

El presidente se turbó.

—Os reconocí, señor conde, añadió el ex-canciller, y como creí observar que no os sucedia á vos lo mismo, me tomé la libertad de recordar á vuestra gracia que somos antiguos amigos.

—Schumacker, dijo el presidente con acento en el que se traslucía la cólera concentrada, no hagais perder el tiempo al tribunal.

El exasperado preso le interrumpió otra vez.

—Hemos cambiado de papel, señor canciller; otras veces yo os llamaba sencillamente Ahlefeld y vos me llamábais *señor conde*.

—Acusado, replicó el presidente, estais agravando vuestra causa recordando el juicio infamante que desdora vuestro nombre.

—¡Si este juicio es infamante para alguno, seguramente no lo es para mí!

El anciano se levantó para pronunciar con fuerza esas palabras.

El presidente le tendió la mano, diciéndole:

—Sentáos. No insulteis delante del tribunal á los jueces que pronunciaron vuestra sentencia y al rey que os dió esos jueces: tened presente que su majestad se dignó concederos la vida, y limitáos á defenderos.

Schumacker se encogió de hombros y no respondió.

—¿Teneis, dijo el presidente, que hacer alguna declaracion al tribunal relativa al crímen capital de que se os acusa?

Viendo que Schumacker guardaba silencio, el presidente repitió la pregunta.

—Hablais acaso conmigo? dijo el gran ex-canciller: yo creia, conde de Ahlefeld, que hablábais con vos mismo. ¿Qué crímen es ese de que se me acusa? ¿Dí acaso á algun amigo el beso de Judas? ¿Sepulté en un calabozo, sentencié á muerte y deshonré á mi bienhechor? ¿Despojé de la hacienda al hombre á quien todo se lo debia? Ignoro verdaderamente, señor canciller, por qué se me trae aquí, como no sea para hacer ver vuestra habilidad para cortar cabezas inocentes. Deseos tengo, por cierto, de saber si sabeis perderme con tanta destreza como perdeis el reino.

Apenas concluyó de decir lo antecedente, el hombre colocado junto á la mesa á la izquierda del tribunal se puso en pié y dijo, inclinándose profundamente:

—Señor presidente, señores jueces, pido que se prohiba que tome la palabra á Juan Schumacker, si continúa injuriando de ese modo al presidente del tribunal.

El obispo respondió con tranquilo acento:

—Señor secretario íntimo, no se puede privar del uso de la palabra á un acusado.

—Teneis razon, reverendo obispo, contestó al punto el presidente: nuestra intencion es dejar á la defensa la mayor libertad posible. Solo me limitaré á aconsejar al acusado que modere su lenguaje si comprende sus verdaderos intereses.

Movió Schumacker la cabeza y dijo con frialdad:

—Parece que el conde de Ahlefeld tiene ahora más confianza en sus recursos que en 1677.

—Calláos, dijo el presidente; y dirigiéndose en el acto al prisionero que estaba más cerca del anciano, le preguntó cómo se llamaba.

Era aquel acusado un montañés de gigantesca estatura, cuya frente cubrian varios vendajes; se levantó y dijo:

—Yo soy Han de Klipstadur, en Islandia.

Extremecimiento de espanto se apoderó de la muchedumbre, y Schumacker levantó la cabeza, que habia ya inclinado sobre el pecho, y lanzó una brusca mirada á su formidable vecino, del que los otros acusados se alejaban lo que podian.

—Han de Islandia, dijo el presidente cuando se restableció el silencio, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

Quizás Ethel fué la que, entre los espectadores, supo con mayor espanto que estaba ante el famoso bandido que era para ella hacia ya algun tiempo objeto de sus desvelos y de su terror.

Fijó la mirada con temerosa avidez en el gigante monstruoso con quien acaso habia combatido Ordener y del que quizás éste fuera la víctima; esta idea acabó de desgarrar su corazon. Enteramente absorta en multitud de emociones desgarradoras, apenas oyó la respuesta que dió al presidente, en lenguaje grosero y confuso, Han de Islandia, en quien ella creia ver al asesino de Ordener: solo entendió que el bandido se declaraba jefe de las partidas rebeldes.

—¿Habeis tomado el mando de los insurgentes por voluntad propia ó por instigacion? le preguntó el presidente.

El bandido respondió:

—Por instigacion de otro.

—Quién os arrastró á ese crímen?

—Un hombre que se llama Hacket.

—Quién es ese Hacket?

—Un agente de Schumacker, á quien llamaba conde de Griflenfeld.

El presidente se dirigió á Schumacker, preguntándole:

—Conoceis á Hacket?

—Os habeis anticipado á mis palabras, señor presidente: iba yo á deciros tambien si le conocíais.

—Juan Schumacker, contestó el presidente, mal os aconseja el ódio. El tribunal sabrá apreciar vuestro sistema de defensa.

El obispo tomó la palabra.

—Señor secretario íntimo, dijo encarándose con el hombre de baja estatura, que parecia desempeñar las funciones de escribano y de acusador, ¿se encuentra Hacket entre vuestros clientes?

—No, señor reverendísimo, respondió el secretario.

—Se sabe qué es de él?

—No fué posible prenderle; desapareció.

Se conocia que al decir esto desfiguraba la voz el señor secretario íntimo.

—Es de suponer que se haya desvanecido, replicó Schumacker.

El obispo continuó:

—Señor secretario, ¿persigue la justicia á Hacket? ¿se conocen sus señas personales?

Antes de que respondiese el secretario íntimo, se puso en pié uno de los acusados; era un jóven minero, de semblante áspero y altivo.

—Fácil seria tenerlas, dijo con voz enérgica. El miserable Hacket, el agente de Schumacker, es un hombre de baja estatura, de rostro franco... Por cierto, señor obispo, que su voz se parece mucho á la de ese señor que escribe junto á la mesa y que vuestra reverencia llama, segun creo, *secretario íntimo*. Y si esta sala no estuviera tan oscura y el señor secretario íntimo no tuviese la cara tan cubierta de pelo, me atreveria á jurar que sus facciones se asemejan á las del traidor Hacket.

—Nuestro compañero dice la verdad, exclamaron los dos prisioneros que estaban al lado del jóven minero.

—Puede que sea así! murmuró Schumacker con expresion de triunfo.

No pudo reprimir el secretario involuntario movimiento, producido ó por el temor ó por la indignacion que le causaba el verse comparado á Hacket. El presidente, que parecia tambien turbado, se apresuró á levantar la voz:

—Prisioneros, no olvideis que no podeis hablar hasta que el tribunal os interrogue; y sobre todo, guardáos de ultrajar á los ministros de la justicia con comparaciones indignas.

—Sin embargo, señor presidente, dijo el obispo, el acusado se limitó á dar las señas de Hacket, y si ese culpable presenta algunos puntos de semejanza con el secretario, esto podria sernos útil.

El presidente le interrumpió:

—Han de Islandia, ya que tuvísteis frecuentes entrevistas con Hacket, decidnos, para satisfaccion del reverendo obispo, si ese hombre se parece ó no á nuestro secretario.

—No se parece, señor, respondió el gigante sin vacilar.

—Ya lo oís, señor obispo, dijo el presidente.

Aseguró el obispo que quedaba satisfecho, y el presidente se dirigió á otro acusado, pronunciando la fórmula de costumbre:

—Cómo os llamais?

—Wilfredo Kennybol, de las montañas del Kole.

—Estábais con los insurrectos?

—Sí señor; la verdad vale más que la vida. Me prendieron en las malditas gargantas del Pilar Negro, capitaneando á los montañeses.

—¿Quién os impulsó al crímen de la rebelion?

—Nuestros hermanos los mineros se quejaban de la tutela real, y no hay cosa más natural, como comprenderá vuestra cortesía. Aunque el hombre solo tenga una miserable choza de barro y dos pellejos de zorra, le gusta ser amo de su casa. Se quejaron al gobierno, éste no les hizo caso, y pensaron en rebelarse, pidiéndonos nuestra ayuda. Tan insignificante servicio no se debe rehusar á hermanos que recitan las mismas oraciones y son devotos de los mismos santos; y esto es todo.

—¿Quién atizó, organizó y dirigió vuestra rebelion?

—Un traidor llamado Hacket, que nos hablaba contínuamente de libertar á un conde prisionero en Munckholm, de quien se decia enviado.

Nosotros se lo prometimos, porque una libertad más no nos pesaba.

—¿Se llamaba ese conde Schumacker ó Griflenfeld?

—Justamente.

—Nunca le habeis visto?

—Nunca, señor; pero si es ese anciano que os acaba de decir tantos nombres, no puedo menos de convenir en que...

—En qué? le interrumpió el presidente.

—En que tiene una hermosa barba blanca, señor presidente, como la del padre del marido de mi hermana Maase, de la aldea de Surb, que vivió ciento veinte años.

La oscuridad de la sala impidió que se viera el efecto que producia en el presidente la inesperada contestacion del montañés.

Mandó en seguida á los arqueros que desarrollasen algunas banderas de color de fuego, que estaban depositadas junto á la mesa del tribunal.

—Wilfredo Kennybol, dijo, ¿reconoceis estas banderas?

—Sí, señor presidente; nos las dió Hacket en nombre del conde de Schumacker, que hizo distribuir armas á los mineros, porque á nosotros los montañeses, que somos cazadores, ninguna falta nos hacian. Yo mismo, que estoy aquí atado, como una gallina que espera el asador, yo, más de una vez, desde el fondo de los valles, he alcanzado á las águilas cuando volaban más alto y parecian á la simple vista alondras ó golondrinas.

—Ya lo habeis oido, señores jueces, observó el secretario íntimo; el acusado Schumacker hizo distribuir, por mano de Hacket, armas y banderas á los rebeldes.

—Kennybol, repuso el presidente, ¿teneis algo más que declarar?

—Nada más, señor, sino que no merezco la muerte, porque solo presté ayuda, como buen hermano, á los mineros, y juro que el plomo de mi carabina, á pesar de ser cazador viejo, jamás tocó ni á un gamo real.

El presidente, sin responderle, interrogó á los dos compañeros de Kennybol, jefes de los mineros. El más viejo, que dijo llamarse Jonás, repitió en otros términos la misma declaracion de Kennybol; el otro, que era el jóven que encontró que se parecian Hacket y el secretario íntimo, dijo llamarse Norbith; confesó sin rebozo la parte que tuvo en la rebelion, pero se negó obstinadamente á revelar cosa alguna relativa á Hacket y á Schumacker, porque juró callar y no queria olvidarse de su juramento. En vano le interrogó el presidente, recurriendo á súplicas y amenazas; él permaneció inflexible, asegurando además que él no se rebeló por Schumacker, sino por su madre, que tenia hambre y frio. No negaba que quizás mereceria la pena de muerte, pero aseguraba que se cometeria una injusticia condenándole á ella, porque al matarle matarian tambien á su madre, que era inocente.

Cuando Norbith acabó de hablar, el secretario íntimo reasumió en pocas palabras los cargos que resultaban contra los acusados, y sobre todo sobre Schumacker. Leyó algunas de las sediciosas divisas escritas en las banderas, é hizo resaltar la unanimidad de las respuestas de los acusados contra el ex-gran canciller, y hasta el silencio del jóven Norbith, obligado por un juramento fanático.

—Solo resta, añadió, para terminar, que se interrogue á un acusado, acerca del que tenemos poderosas razones para creerle agente secreto de la autoridad que tan mal ha velado por la tranquilidad del Drontheimnus. Dicha autoridad favoreció, sino con connivencia culpable, al menos con su fatal negligencia, la explosion de la rebelion, que perderá á estos desgraciados y llevará otra vez al culpable Schumacker al patíbulo, del que ya le salvó generosamente la clemencia del rey.

Ethel, que de sus temores por Ordener habia pasado por cruel transicion á los temores por su padre, se extremeció al oir aquel siniestro lenguaje, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos cuando vió que su padre se levantó y dijo con voz tranquila:

—Canciller Ahlefeld, todo esto me admira: hasta habeis tenido la precaucion de hacer venir al verdugo.

La infortunada Ethel creyó agotar en aquel momento la copa del dolor, pero se engañaba.

El sexto acusado se puso en pié; noble y altivo, separó de su frente los cabellos que le cubrian el rostro, y á las preguntas que le dirigió el presidente, respondió con voz firme y sonora:

—Me llamo Ordener Guldenlew, baron de Torvick, caballero de la órden de Dannebrog.

El secretario íntimo lanzó un grito de sorpresa.

—El hijo del virey! dijo.

—El hijo del virey! repitieron todas las voces.

Estupefacto el presidente, se hizo atrás en el sillon; los jueces, hasta entonces inmóviles en el tribunal, se inclinaron

tumultuosamente unos hácia otros, como las copas de los árboles batidas á la vez por dos vientos opuestos. La agitacion en el auditorio era mayor todavía; subíanse los espectadores por las cornisas de piedra y por las rejas de hierro; la muchedumbre entera hablaba como si tuviese una sola boca, y los soldados, olvidándose de reclamar el silencio, mezclaban sus palabras de sorpresa al rumor general.

¿Quién es capaz de concebir lo que pasó entonces en el alma de Ethel? ¿Quién podrá expresar el efecto que le produjo la mezcla inaudita de amarga alegría y de delicioso dolor? Ordener estaba delante de ella, sin que ella estuviese delante de él; ella le veia y él no! Era Ordener, su querido Ordener, que creia muerto, perdido para siempre; el amigo que la engañó y ella adoraba ahora con mayor delirio. Allí estaba, sí, allí estaba. No era aquello un vano sueño; ¡él estaba allí! ¿Pero aparecia en aquel momento solemne como un ángel de salvacion ó como un génio fatal? ¿Debia esperar de él ó temblar por él? Mil conjeturas oprimian á la vez su pensamiento, y le ahogaban como una llama se extingue por sobra de alimento; las ideas y las sensaciones que acabamos de indicar pasaron por su mente como un relámpago en el momento en que el hijo del virey dijo cómo se llamaba. Ethel fué la primera que le reconoció, y estaba ya desmayada cuando le conocieron los demás.

Volvió en sí por segunda vez merced á los cuidados de la misteriosa dama; y, pálida y desencajada, volvió á abrir los ojos, en los que ya estaba seco el manantial de las lágrimas. Tendió ávidamente al jóven, que permanecia en pié y sereno en medio del tumulto general, una de esas miradas que penetran hasta el fondo del corazon: ya habia cesado la turbacion en el tribunal y en el pueblo, y aun resonaba en sus oidos el nombre de Ordener Guldenlew. Observó con dolorosa inquietud que llevaba vendado el brazo derecho y que sus manos estaban encadenadas; observó que su capa estaba desgarrada y que su fiel sable no pendia de su cinturon. Nada escapó á su solicitud, porque los ojos de la amante se parecen á los de la madre. Abrazó con toda el alma al que no podia abrazar con los brazos; y es preciso confesar, para gloria y para oprobio del amor, que en el recinto que encerraba á sus perseguidores, Ethel no vió más que á un solo hombre.

Fuése restableciendo el silencio poco á poco, y el presidente comenzó el interrogatorio del hijo del virey.

—Señor baron, dijo con voz témula...

—Aquí no me llamo *señor baron*, respondió Ordener con voz firme; aquí me llamo Ordener Guldenlew, como el que fué conde de Griflenfeld se llama Juan Schumacker.

El presidente se quedó coartado sin saber qué decir.

—Pues bien, repitió; Ordener Guldenlew, supongo que alguna fatal casualidad será causa de que os halleis en nuestra presencia. Los rebeldes os habrán sorprendido en alguno de vuestros viajes, os habrán obligado á seguirles, y por eso, sin duda, os encontraron en sus filas.

El secretario se levantó y dijo:

—El nombre solo del hijo del virey de Noruega es garantía suficiente para el interesado. El baron Ordener Guldenlew no puede ser rebelde. Nuestro ilustre presidente explicó, satisfaciéndonos á todos, su impertinente aprehension entre los sublevados; el único error del noble prisionero ha consistido en no descubrir su nombre. Pedimos, pues, que inmediatamente se le ponga en libertad, abandonando toda acusacion contra él y lamentando sinceramente que se haya sentado en el banco envilecido por Schumacker y sus cómplices.

—Qué quereis decir? exclamó Ordener.

—El secretario íntimo, dijo el presidente, renuncia á acusaros.

—Pues no cumple con su obligacion, contestó el jóven acusado con voz firme y sonora; yo soy aquí el único reo, debo ser juzgado y se me debe condenar. Detúvose un momento y luego añadió con voz menos firme:—Porque yo soy el único culpable.

—El único culpable! gritó el presidente.

—El único culpable! repitió el secretario íntimo.

Nueva expresion de sorpresa se manifestó en el auditorio. La desgraciada Ethel se extremeció, sin pensar que la declaracion de su amante salvaba la vida de su padre. La hermosa enamorada solo vió en ella la muerte de Ordener.

—¡Alabarderos, que se guarde silencio! El presidente aprovechóse de aquel momento de rumor para ordenar sus ideas y para recuperar su presencia de espíritu.

—Ordener Guldenlew, repuso, explicáos.

El jóven quedó un instante pensativo,

luego suspiró con violencia, y despues pronunció las palabras que siguen, con tono sereno y resignado:

—Sé que me espera una muerte infame, cuando mi vida pudiera ser bella y gloriosa; pero Dios leerá en el fondo de mi corazon, solo Dios!—Voy á llenar el primer deber de mi existencia; voy á sacrificarle mi sangre, mi honor quizás, pero moriré sin remordimientos y sin arrepentirme. No os admireis de mis palabras, señores jueces, porque existen en el alma y en el destino de los hombres misterios que no podeis penetrar y que serán juzgados en el cielo. Escuchadme, pues, y obrad conmigo como os inspire la conciencia, cuando hayais absuelto á esos infortunados y sobre todo al venerable Schumacker, que ha expiado ya en su cautiverio más crímenes de los que puede cometer un hombre.—Yo soy culpable, nobles jueces, yo soy el único culpable. Schumacker es inocente; estos otros infelices fueron alucinados. El autor de la rebelion de los mineros soy yo.

—Vos! exclamaron simultáneamente y con expresion singular el presidente y el secretario.

—Yo, y os ruego que no me interrumpais, pues deseo acabar pronto, y acusándome, justifico á estos desgraciados. Yo sublevé á los mineros en nombre de Schumacker, yo hice distribuir las banderas entre los rebeldes, yo les envié en nombre del prisionero de Munckholm armas y dinero. Hacket era agente mio.

Al oir este nombre, el secretario íntimo hizo un gesto de estupor.

—No quiero haceros perder el tiempo, señores. Me hicieron prisionero entre las filas de los mineros, á los que arrastré á la rebelion. Yo solo lo he hecho todo; ahora, juzgad. Si probé que cometí el crímen, probé al mismo tiempo la inculpabilidad de Schumacker y la de estos infelices que creeis cómplices suyos.

Esto dijo el jóven levantando los ojos al cielo. Ethel, exánime, respiraba apenas y le parecia que Ordener, cuando justificaba á su padre, pronunciaba con amargura el nombre de éste. Las palabras que acababa de pronunciar el noble hijo del virey la admiraban y la aterraban, sin poderlas comprender, y en todo lo que heria sus sentidos solo veia con claridad la desgracia.

Sentimientos de igual género parecia que agitaban al presidente, como si no pudiese creer nada de cuanto estaba oyendo. Dirigió, esto no obstante, la palabra al acusado.

—Si sois, en efecto, el único autor de la rebelion, ¿con qué objeto la habeis fomentado?

—No puedo decirlo, contestó Ordener.

Extremecióse la pobre Ethel al oir al presidente replicar, casi irritado:

—¿No sosteníais ciertas relaciones con la hija de Schumacker?

Ordener, á pesar de estar encadenado, dió un paso hácia el tribunal y gritó con indignacion:

—Canciller Ahlefeld, contentáos con que os entregue mi vida y respetad á una doncella noble é inocente. No intenteis deshonrarla por segunda vez.

Ethel, que sintió la sangre agolpársele al rostro, no pudo comprender lo que significaba *por segunda vez*, que recalcó el defensor con energía; pero era de creer que sí que las comprendia el presidente, á juzgar por la cólera que se pintó en su semblante.

—Ordener Guldenlew, no olvideis tampoco el respeto que debeis á la justicia del rey y á sus supremos magistrados. Os reprendo en nombre del tribunal. Os intimo por segunda vez á que me declareis el objeto de haber cometido el crímen de que os acusais.

—Pues yo tambien os contesto por segunda vez que no puedo decirlo.

—¿No fué, repuso el secretario, por librar á Schumacker?

Ordener guardó silencio.

—No os obstineis en callar, replicó el presidente; está probado que sosteníais secreta inteligencia con Schumacker, y la declaracion de que sois culpable acusa, más que justifica, al prisionero de Munckholm. Ibais con frecuencia á dicho castillo, y concedíais á esas visitas mayor importancia que hubiera tenido para vos la mera curiosidad, como lo atestigua este cintillo de diamantes.

El presidente le tomó de encima de la mesa y se lo presentó á Ordener, diciéndole:

—¿Confesais que esta alhaja os ha pertenecido?

—Sí, pero ignoro por qué casualidad...

—Pues bien; uno de los rebeldes la entregó antes de espirar á nuestro secretario íntimo, declarando que la recibió de vos como recompensa por haberos transportado desde Drontheim á la fortaleza de Munckholm. Y ahora pregunto yo, señores jueces: ¿se dá paga tan enorme á un simple marinero, á no atribuir grande importancia el acusado á las visitas á la prision de Schumacker?

—Es cierto cuanto dice su cortesía,

contestó Kennybol, y recuerdo haber oido referir eso mismo á mi desgraciado compañero Guldon Hayper.

—Silencio, dijo el presidente; dejad que responda Ordener Guldenlew.

—No negaré, contestó éste, que yo deseara ver á Schumacker. Pero ese cintillo nada significa. No se puede entrar con diamantes en la fortaleza; el marinero que me llevó en la lancha me habló durante la travesía de su miseria, y le dí el cintillo, que no podia entrar...

—Perdonadme, le interrumpió el secretario íntimo; el reglamento exceptúa de esta medida al hijo del virey, por lo que hubiérais podido...

—No queria decir mi nombre.

—Por qué? preguntó el presidente.

—Eso es lo que no puedo decir.

—La inteligencia entre Schumacker, su hija y vos, prueban que el objeto de vuestro complot era libertarlos.

Schumacker, que hasta entonces no dió otras muestras de atencion que algun desdeñoso movimiento de hombros, se puso en pié y exclamó:

—Libertarme! el objeto de esa intriga infernal no ha sido otro que el comprometerme y acabarme de perder. ¿Creeis que Ordener Guldenlew confesaria su crímen si no se le hubiera encontrado entre los insurrectos? No, que ya veo que heredó el ódio que su padre me profesaba. En cuanto á las relaciones que se le suponen conmigo y con mi hija, quiero que sepa Guldenlew que mi hija ha heredado tambien mi ódio á él como á toda la raza de los Guldenlews y de los Alefelds.

Ordener suspiró profundamente, mientras que Ethel desmentia á su padre en voz baja y éste volvia á sentarse en el banco, palpitando aun de cólera.

—El tribunal juzgará, dijo el presidente.

Ordener, que al oir á Schumacker bajó los ojos en silencio, pareció despertar, y habló:

—Nobles jueces, escuchadme.—Vais á fallar segun os inspire la conciencia, pero no olvideis que aquí el único culpable es Ordener Guldenlew; Schumacker es inocente, y esos otros desventurados fueron engañados por mi agente Hacket. Yo hice todo lo demás.

Kennybol le interrumpió:

—Este jóven dice la verdad: él se encargó de traernos al famoso Han de Islandia; y yo sé que fué á buscarle á la caverna de Walderhog, para proponerle que fuera nuestro jefe. Me confió el secreto de su empresa en la aldea de Surb, en casa de mi hermano Braall. En todo lo demás tambien dice la verdad este jóven; ese pícaro Hacket nos engañó á todos, por lo que no merecemos ser condenados á muerte.

—Señor secretario íntimo, se cierra la discusion. Decidnos ahora qué conclusiones sacais de ella.

Levantóse el secretario, saludó repetidas veces al tribunal, arregló los pliegues de su valona de encaje, sin separar ni un instante la vista del presidente, y dejó al fin caer de sus labios estas palabras, con voz pausada y lúgubre:

—Señor presidente, respetables jueces: la acusacion queda victoriosa: Ordener Guldenlew, que mancilla para siempre el esplendor de su glorioso nombre, solo consiguió hacer patente su culpabilidad, pero no demostró la inocencia de Schumacker ni de sus cómplices, Han de Islandia, Wilfredo Kennybol, Jonás y Norbith.—Pido á la justicia del tribunal que se declare á los seis acusados culpables del crímen de alta traicion y de lesa majestad.

La muchedumbre prorumpió en sordo murmullo. El presidente iba ya á levantar la sesion, cuando el obispo pidió la palabra.

—Doctos jueces, dijo; conveniente es que sea lo último que se diga aquí la defensa de los acusados. Desearia que ésta estuviese á cargo de abogado más digno, porque yo ya estoy viejo y débil y no me quedan más fuerzas que las que me inspira Dios. Me asombran las severas conclusiones del secretario íntimo. Nada en el curso del proceso prueba la culpabilidad de Schumacker. Es imposible atribuirle participacion directa en la insurreccion de los mineros, y pues que el acusado Ordener Guldenlew declara haber abusado del nombre de Schumacker, y además ser el único autor de la culpable sedicion, todas las sospechas y todas las presunciones que recaian sobre Schumacker quedan desvanecidas; debeis, pues, en justicia, absolverle. Recomiendo los otros prisioneros á vuestra cristiana indulgencia, ya que han sido seducidos y alucinados, como la oveja del Buen Pastor, y hasta os recomiendo al mismo Ordener Guldenlew, que tiene el mérito, muy grande á los ojos del Señor, de confesar su crímen. Tened presente, señores jueces, que se halla aun en la edad en que el hombre puede tropezar y hasta caer, sin que Dios rehuse sostenerle ó levantarle. Or-

dener lleva apenas sobre sus hombros la cuarta parte de la carga de la existencia, que pesa ya casi entera sobre mi cabeza. Poned en la balanza de vuestros juicios su juventud y su inexperiencia, y no le priveis tan pronto de la vida que el Señor apenas acaba de darle.

El anciano calló y fué á sentarse junto á Ordener, que le sonreia, mientras que, invitados por el presidente, los jueces se levantaban del tribunal y entraban silenciosos en la sala de deliberar.

Mientras algunos hombres decidian de la suerte de seis acusados, en el terrible santuario, inmóviles los reos, seguian sentados en el banco, entre dos filas de alabarderos. Schumacker, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sumergido en profunda meditacion; el gigante, paseando su mirada de un lado á otro, viéndose pintada en ella estúpida confianza; Jonás y Kennybol, con las manos atadas, rezando en voz baja; y Norbith, golpeando el suelo con el pié, ó sacudiendo las cadenas con extremecimientos convulsivos. Entre él y el venerable obispo, que leia los salmos penitenciales, estaba Ordener, cruzado de brazos y mirando al cielo.

Detrás de ellos se oia el rumor de la muchedumbre, que estalló impetuosamente á la salida de los jueces. El famoso cautivo de Munckholm, el temible demonio de Islandia, y sobre todo el hijo del virey, ocupaban todos los pensamientos, todas las palabras y todas las miradas. El rumor, en el que se confundian quejas, risas y gritos, que se escapaban del auditorio, aumentaba y disminuia, como llama mecida por el viento.

Pasáronse así largas horas de espera. De vez en cuando miraba la multitud á la sala de las deliberaciones, pero de ella solo veia á los dos soldados que se paseaban delante de la puerta, con sus lucientes partesanas, como mudos fantasmas.

Empezaban ya á palidecer las lámparas y las antorchas, y ya blancos reflejos del alba penetraban por los estrechos vidrios de la estancia, cuando la terrible puerta se abrió. Silencio profundo reemplazó instantáneamente al tumulto del auditorio, y ya no se oyó más que la respiracion cansada y el vago y sordo movimiento de la multitud, que esperaba con ansiedad oir la sentencia.

Los jueces, que iban saliendo con pasos lentos de la cámara de las deliberaciones, volvieron á ocupar sus asientos en el tribunal, con el presidente, que entró delante de ellos.

El secretario íntimo, absorbido en sus meditaciones durante la ausencia de los jueces, al verles entrar les hizo profundo saludo.

—Señor presidente, dijo; estamos dispuestos á oir con religiosa veneracion la sentencia que el tribunal, juzgando sin apelacion, haya dictado en nombre del rey.

El juez que se sentaba á la derecha del presidente se puso en pié con un pergamino en la mano, y dijo:

—Su gracia, nuestro glorioso presidente, fatigado por la duracion de esta larga audiencia, se digna encargarnos á Nos, síndico mayor del Drontheimnus, presidente natural de este tribunal respetable, de leer en su lugar la sentencia pronunciada en nombre del rey. Vamos, pues, á cumplir este honorífico, pero penoso deber, recordando al auditorio que guarde silencio ante la inflexible justicia del monarca.

Tomó la voz del síndico mayor inflexion grave y solemne, y todos los corazones palpitaron.

—"¡En nombre de nuestro venerado monarca y legítimo señor Christiern, rey: Hé aquí el fallo que Nos, jueces del alto tribunal del Drontheimnus, pronunciamos, segun nuestras conciencias, relativo á Juan Schumacker, prisionero de Estado; á Wilfredo Kennybol, habitante de las montañas de Kole; á Jonás, minero real; á Norbith, minero real; á Han de Klipstadur y á Ordener Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog; todos acusados de crímenes de alta traicion y de lesa majestad; Han de Islandia es acusado además de los crímenes de asesinato, incendio y latrocinio.

1.° Juan Schumacker no es culpable.

2.° Wilfredo Kennybol, Jonás y Norbith son culpables, pero el tribunal los escusa porque fueron alucinados.

3.° Han de Islandia es culpable de todos los crímenes que se le imputan.

4.° Ordener Guldenlew es culpable de alta traicion y de lesa majestad.„

El juez se detuvo un momento para tomar aliento. Ordener fijó en él una mirada llena de alegría celeste.

—Juan Schumacker, continuó el juez, el tribunal os absuelve y os vuelve á enviar á vuestro encierro.

Kennybol, Jonás y Norbith, el tribunal reduce la pena en que habeis incurrido á detencion perpétua y á la multa de mil escudos reales por cada uno.

Han de Klipstadur, asesino é incendiario, sereis conducido esta tarde á la

plaza de armas de Munckolm y ahorcado por el pescuezo hasta que muerto quedeis.

Ordener Guldenlew, traidor, despues de degradaros de vuestros títulos delante de este tribunal, sereis conducido esta noche al mismo sitio con una tea en la mano para ser allí decapitado, quemado el cadáver, aventadas las cenizas y espuesta la cabeza á la vergüenza pública.

Retiráos todos. Tal es la sentencia pronunciada por la justicia infalible del rey.„

Apenas acabó la lectura el síndico mayor, un grito desgarrador se oyó en la estancia. Aquel grito sobrecogió más á los espectadores que el fúnebre aparato de la sentencia de muerte; aquel grito hizo palidecer un instante la frente serena y radiante de Ordener.

## XLIV.

La desgracia los hizo iguales.
(CARLOS NODIER.)

Ya no hay remedio; todo acabó. Ordener salvó al padre de su adorada y á ella la salvó conservándola el apoyo paternal. La noble conspiracion del jóven en favor de la vida de Schumacker ha triunfado y él ya no tiene más remedio que morir.

Los que le creyeran culpable ó insensato le juzgarán ahora como se juzga á sí mismo en el fondo de su alma con inefable deleite. Al comprometerse con los rebeldes, lo hizo con la idea de que si no podia impedir la ejecucion del crímen de Schumacker, podria al menos impedir el castigo, atrayéndolo sobre su cabeza.

—Sin duda Schumacker es culpable, se decia á sí mismo, pero es disculpable el crímen, agriado como está por su larga cautividad y por su doloroso infortunio. Solo desea salir de la cárcel y lo intenta por medio de la rebelion.—Por otra parte, ¿qué seria de Ethel si le roban á su padre, si le pierde en el cadalso? si un nuevo oprobio viene á mancillar su vida, ¿qué será de ella, sin sosten, sin amparo, sola en un calabozo ó vagando errante y perseguida por sus enemigos? Esta idea le decidió á sacrificarse y se preparó con alegría para el sacrificio; porque la mayor felicidad del sér que ama consiste en inmolar su existencia, no digo por la vida, sino por una sonrisa ó por una lágrima del sér amado.

Cogieron, pues, á Ordener entre los rebeldes, lleváronle á la presencia de los jueces que debian condenar á Schumacker; pronunció con voz entera su heróica mentira, fué condenado á muerte, á muerte cruel, en suplicio ignominioso, para dejar en el mundo infame memoria: pero en cambio salvaba la vida del padre de Ethel.

Está sentado, cargado de cadenas, en húmedo calabozo, en el que apenas penetran la luz y el aire por sombríos respiraderos; cerca de él está el alimento que ha de comer en lo que le resta de vida; pan negro y un cántaro lleno de agua: grillete de hierro pesa sobre su cuello y esposas oprimen sus manos y sus piés. Cada hora que pasa arrebata á Ordener mayor cantidad de vida que un año entero á los demás mortales.

—Quizás mi recuerdo no muera conmigo, al menos en un corazon; ¡quizás me dará ella algunas lágrimas en cambio de toda mi sangre derramada! ¡Quizás consagrará ella algunas veces un pensamiento al que le sacrificó la existencia! ¡Quizás en sus sueños virginales se le aparecerá la confusa imágen de su perdido amante! ¿quién sabe lo que hay detrás de la muerte? ¿quién sabe si las almas, libres de su cárcel material, volverán algunas veces al mundo á velar por las almas que aman, á visitar misteriosamente á las tiernas compañeras, todavía cautivas, y á traerlas en secreto alguna virtud de los ángeles y alguna alegría del cielo?

Muchas veces ideas amargas se mezclaban á estas consoladoras meditaciones de Ordoner. El ódio que Schumacker le manifestó, en el instante mismo de realizar el sacrificio, oprimia su corazon. El grito desgarrador que oyó al tiempo de publicarse su sentencia de muerte le conmovió profundamente, porque fué el único del auditorio que reconoció la voz que lanzaba aquel grito de dolor. Además, ¿no volveria ya á ver á Ethel? ¿Tendria el vivo sentimiento de pasar los últimos instantes de su vida en la misma prision que á ella la encierra, sin poder estrechar ni una sola vez la suave mano y oir la dulce voz de la mujer por la que vá á morir?

Abandonaba así su alma á la vaga y triste distraccion, que es al pensamiento lo que el sueño á la vida, cuando oyó que rechinaban ásperamente los antiguos cerrojos mohosos de la pesada puerta de hierro de su calabozo, que se abria sobre sus gonces. Ordener se levantó con tranquilidad, y casi contento, creyendo que seria el verdugo que vendria

á buscarle, porque él ya se habia despojado de la existencia, como de una capa inútil que se abandona.

El condenado á muerte se equivocó: á la puerta de su prision apareció una figura blanca y esbelta, semejante á luminosa vision. Ordener dudó de lo que veia, preguntándose si estaba ya en el cielo, porque era ella, era Ethel.

Cayó la jóven sobre los brazos encadenados de su amante: cubria las manos de Ordener de lágrimas, que enjugaban las largas trenzas de sus cabellos tendidos; besaba las cadenas del reo, lastimaba sus labios puros con los infames grilletes; no hablaba, pero la parecia que todo su corazon iba á escapársele en la primera palabra que saliera de su boca. El gozaba la alegría más celeste que en su vida disfrutó: estrechaba en su pecho cariñosamente á Ethel, y las fuerzas reunidas de la tierra y del infierno no hubieran bastado para arrancársela de los brazos. El sentimiento de su cercana muerte daba solemnidad á su éxtasis y se apoderaba de Ethel como si hubiera tomado posesion de ella para toda la eternidad.

No preguntó á aquel ángel cómo pudo llegar hasta allí; la tenia en sus brazos, y no pensaba en nada más. No se asombraba de verla allí, ni se preguntaba asimismo cómo una jóven proscripta, débil, aislada, pudo, á pesar de las triples puertas de hierro y las triples filas de soldados, abrir su propia prision y la de su amante; todo eso le parecia sencillo, porqúe su alma tenia la conciencia íntima de que todo lo puede el amor.

¿Por qué hablar con la voz cuando se puede hablar con el alma? ¿por qué no dejar que los cuerpos escuchen en silencio el lenguaje misterioso de las inteligencias?—Los dos callaban, porque hay emociones que no se saben expresar más que callando.

Alzó al fin la jóven la cabeza, que apoyaba sobre el corazon de su amante. y le dijo:

—Ordener, vengo á salvarte; y pronunció estas palabras de esperanza con dolorosa angustia.

Ordener movió la cabeza sonriendo:

—Salvarme, Ethel!... Te engañas! ¡es imposible la fuga!...

—Ay! ya lo sé. El castillo está lleno de soldados y todas las puertas que hay que atravesar para llegar aquí están guardadas por arqueros y carceleros que no duermen. Ethel añadió, haciendo un esfuerzo:—Te traigo otro medio de salvacion.

—Esa esperanza es ilusoria. No te alimentes de quimeras; dentro de pocos momentos las disipará el hacha del verdugo.

—Oh, no, no, Ordener, tú no morirás! ¡Ocúltame ese horrible pensamiento, ó mejor dicho, preséntamelo con todo su horror, para que me dé fuerzas para llevar á cabo tu salvacion y mi sacrificio.

Habia en el acento de la jóven expresion indefinible. Ordener la miró tiernamente.

—Tu sacrificio! qué quieres decir?

Ethel ocultó el rostro entre las manos y sollozó con voz inarticulada:—¡Dios mio!...

Su abatimiento fué de corta duracion: se puso en pié; brillaban sus ojos y su boca sonreia; estaba hermosa, más hermosa que un ángel que asciende del infierno á la gloria.

—Escúchame, Ordener; no irás al patíbulo. Para que vivas basta que prometas casarte con Ulrica Ahlefeld.

—Con Ulrica Ahlefeld! ¡ese nombre en tu boca, Ethel mia!

—No me interrumpas, prosiguió ella con la calma de una mártir que sufre la última tortura; vengo aquí enviada por la condesa de Ahlefeld. Te promete conseguirte el perdon del rey á cambio de que te cases con su hija. Me han elegido por mensajera, porque creen que mi voz tendrá influencia sobre tí.

—Ethel, contestó Ordener con voz fria, adios! Cuando salgas de este calabozo haz entrar al verdugo.

La jóven se puso en pié, permaneciendo un instante ante el hijo del virey pálida y temblorosa; luego se le doblaron las rodillas, y cayó al suelo cruzando las manos:

—Qué te he hecho yo! murmuró con voz apagada.

Ordener, silencioso, tenia los ojos clavados en las piedras del suelo.

—Ordener, dijo ella arrastrándose de rodillas hasta él, no me respondes? ¿no quieres hablarme? ¡Ah, ya solo me resta morir!

Una lágrima asomó á los ojos del prisionero.

—Ethel, ya no me amas.

—Dios mio! exclamó la pobre jóven estrechando con los brazos las rodillas de Ordener; dices que no te amo! ¿es cierto que lo has dicho?...

—No me amas, porque me desprecias.

Al momento de pronunciar el prisionero esa palabra cruel, se arrepintió,

porque fué dolorosísimo el acento de Ethel al arrojar á su cuello sus adorados brazos y al exclamar con voz que ahogaban las lágrimas:

—Perdóname, Ordener mio, perdóname como te perdono yo. Despreciarte yo, Dios mio! ¡Cuando sabes que eres mi único bien, mi orgullo, mi idolatría!... Dime, ¿las palabras que pronuncié no encierran profundo amor y ardiente admiracion? ¡Tu severo lenguaje me destroza el corazon, cuando vengo á salvarte, sacrificándome por tí!

—Pues bien, respondió el jóven, dulcificándose y enjugando con sus besos las lágrimas de Ethel; ¿no es mostrarme poca estimacion venir á proponerme rescatar la vida por el precio de tu abandono, por el cobarde olvido de mis juramentos, por el sacrificio de mi amor? —y añadió, mirando fijamente á Ethel: —¡De mi amor, por el que derramo hoy toda mi sangre!

Largo gemido precedió á la respuesta de Ethel.

—Escúchame bien, Ordener, y no me acuses con tanta ligereza. Tengo el valor que ordinariamente no tienen las débiles mujeres. Desde lo alto de la torre se vé construir en la plaza de armas el cadalso destinado para tí... tú no conoces el espantoso dolor que causa ver preparar lentamente la muerte del sér que constituye nuestra vida entera. La condesa de Ahlefeld, que estaba cerca de mí cuando oí pronunciar tu sentencia de muerte, vino á buscarme á la torre, á donde yo habia ya vuelto con mi padre. Me preguntó si queria salvarte y me ofreció ese odioso medio: Ordener, era preciso destruir mi porvenir, renunciar á tu amor, perderte para siempre, entregar á otra mujer el hombre adorado, esto es, toda la felicidad de la desventurada Ethel, ó condenarte al suplicio: me daban á elegir entre mi desgracia y tu muerte, y yo no vacilé.

Ordener besó con respeto la mano de aquel ángel.

—Tampoco yo vacilo, Ethel: no hubieras venido á ofrecerme la vida á cambio de la mano de Ulrica si supieras por qué muero.

—Cómo? qué misterio?...

—Permíteme tener un secreto para tí, Ethel mia; quiero morir sin que tú sepas si me debes ódio ó gratitud por mi muerte.

—Tú quieres morir! Dios mio! Es cierto! ¡Levantan el patíbulo en estos momentos y no hay poder humano que pueda librar de él á mi Ordener! Mira, mira á tu esclava, á tu compañera, y prométeme, Ordener mio, escucharme sin cólera. ¿Estás seguro—responde á tu Ethel como responderias á Dios—de que serias desgraciado al lado de esa mujer Ulrica Ahlefeld? ¿Estás seguro, Ordener?... Acaso será linda, tierna, virtuosa; quizás valga más que aquella por quien tú vas á morir.—No me vuelvas la cabeza, Ordener mio.—¡Eres tan noble y tan jóven para subir al patíbulo!... Pues bien... irás á vivir con ella en alguna gran ciudad, en la que ya no te acordarás de esta funesta torre; dejarás deslizarse apaciblemente la vida sin pensar en mí; consiento en que me destierres de tu corazon y hasta de tu memoria. Pero vive, déjame sola aquí... déjame... que yo soy la que debo morir. Porque, créeme, cuando sepa que estás en los brazos de otra mujer... no tengas cuidado por mí... que si lo sé, ya sufriré poco tiempo...

Ethel no pudo continuar porque las lágrimas ahogaron su voz: sin embargo, se leia en sus miradas desoladas el amargo deseo de alcanzar la fatal victoria que debia costarle la vida.

Ordener la dijo:

—Ethel, no vuelvas á hablarme de eso: que no salgan de nuestras bocas en estos momentos otros nombres que el tuyo y el mio.

—Conque estás decidido á morir!...

—Es preciso. Iré alegre por tí al cadalso, iria con horror al altar con cualquiera otra mujer. No vuelvas á hablarme de eso, porque me afliges y me ofendes.

Ethel lloraba, exclamando:

—Vá á morir! Dios mio! ¡y de muerte infamante!...

El reo la respondió sonriéndola:

—Créeme, Ethel, menos infamia hay en mi muerte que en la vida que tú me propones.

Al apartar los ojos de su amada vió Ordener á un anciano, vestido con hábitos eclesiásticos, que estaba de pié en la sombra, debajo de la bóveda de la puerta del calabozo.

—Qué quereis? le preguntó con aspereza.

—Vine aquí con la emisaria de la condesa de Ahlefeld: no me habeis apercibido y esperaba en silencio á que dirigiérais la vista hácia mí.

Ordener no le habia visto efectivamente: no veia más que á Ethel, y ésta, viendo á Ordener, habia olvidado á su compañero.



HÉ AQUI MI ANILLO.

—Soy, continuó diciendo el anciano, el sacerdote encargado...

—Comprendo, contestó Ordener; estoy dispuesto.

El sacerdote avanzó hácia él.

—Dios tambien está dispuesto á recibiros, hijo mio.

—Vuestro semblante no me es desconocido, señor sacerdote, repuso Ordener. Os he visto en alguna parte.

El ministro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo tambien os reconozco, hijo mio. Nos hemos visto en la torre de Vygla, y demostramos ambos ese dia lo poco que vale la palabra humana. Vos me prometísteis alcanzar el perdon de doce desdichados reos; y yo no creí en vuestra promesa, porque no sabia que fuérais lo que sois, hijo del virey; y vos, señor, que confiábais en vuestra influencia y en el poderío de vuestro padre...

—Yo no puedo obtener hoy el perdon de nadie, ni siquiera el mio, dijo Ordener completando el pensamiento que Atanasio Munder no se atrevia á completar. Teneis razon, señor sacerdote.

El jóven preso quedó preocupado durante algunos instantes, y despues de un intervalo de silencio, añadió:

—Quiero cumpliros lo que os prometí en la torre de Vygla. Cuando yo haya muerto, id á Berghen en busca de mi padre, virey de Noruega, y decidle que la última merced que le pide su hijo es la del perdon de vuestros doce protegidos. Os lo concederá, estoy seguro.

Una lágrima de ternura humedeció el rostro venerable de Atanasio.

—Hijo mio, preciso es que llenen vuestra alma muy nobles pensamientos para poder en este trance terrible no solicitar vuestro perdon y pedir bondadoso el de los demás. Porque oí lo que antes decíais, y aunque vitupero los peligrosos excesos de una pasion humana, me habeis conmovido profundamente. Ahora yo me pregunto á mí mismo: ¿*Unde scelus?* ¿cómo es posible que hombre tan amante de la verdadera justicia se haya manchado con el crímen que le conduce á la muerte?

—Padre mio, no se lo he declarado á ese ángel y tampoco puedo confesároslo á vos; pero creed que no es un crímen la causa de mi muerte.

—Esplicáos, hijo mio.

—No insistais, respondió el jóven con firmeza. Dejadme llevar al sepulcro el secreto de mi muerte.

—Este jóven no debe ser culpable, murmuró el sacerdote.

Atanasio Munder sacó de su seno un Crucifijo negro; lo colocó sobre una especie de altar, groseramente formado de una losa arrimada á la húmeda pared de la prision. Cerca del Crucifijo colocó una pequeña lámpara de hierro, encendida, que llevaba consigo, y una Biblia abierta.

—Hijo mio, rezad y meditad. Volveré dentro de algunas horas. Vamos, añadió volviéndose hácia Ethel, que durante la entrevista de Ordener y Atanasio guardó silencio profundo, es preciso dejar al prisionero. El tiempo pasa de prisa.

Ethel se levantó radiante y serena; espresion divina animaba sus miradas.

—Señor sacerdote, le dijo, no puedo seguiros todavía. Es preciso que antes deis la bendicion nupcial á Ethel Schumacker y á su esposo Ordener Guldenlew.

Ella, mirando al jóven, continuó:

—Si fueras poderoso, libre y feliz, lloraria y separaria mi fatal destino del tuyo; pero ahora que ya no puedes temer el contagio de mi desgracia, ahora que estás preso, como yo, y además infamado y oprimido; ahora, que vas á morir, me acerco á tí, esperando que te dignes permitir á la que debió ser la compañera de tu vida, que sea la compañera de tu muerte; porque yo ya sé que me amas lo suficiente para no dudar un instante de que yo moriré al mismo tiempo que tú.

Cayó Ordener á los piés de Ethel y le besó el borde de la falda.

—Vos, anciano, continuó ella, sereis para nosotros familia y padres; este calabozo será el templo, esta piedra el altar. Hé aquí mi anillo; ya estamos de rodillas delante del sacerdote y delante de Dios. Bendecidnos y leednos las santas palabras que deben enlazar á Ethel Schumacker á Ordener Guldenlew, mi señor.

Se arrodillaron á la par ante el sacerdote, que los contemplaba con compasion y asombro.

—Hijos mios! qué haceis?

—Padre mio, el tiempo apremia, dijo la jóven: Dios y la muerte nos esperan.

Se encuentran algunas veces en la vida poderes irresistibles, voluntades á las que involuntariamente cedemos como si fuesen superiores á las otras voluntades humanas. El sacerdote levantó los ojos al cielo suspirando y dijo:

—¡El Señor me perdone si es culpable mi condescendencia! Os amais y os que-

da poquísimo tiempo para amaros en el mundo; no creo faltar á mis santos deberes legitimando vuestro amor.

Celebróse la tierna y terrible ceremonia. Levantáronse los dos amantes despues que el sacerdote les dió la última bendicion; ya eran esposos.

El semblante de Ordener brillaba con dolorosa alegría, como si empezara á sentir la amargura de la muerte desde el momento en que probaba la felicidad de la vida; las facciones de su compañera mostraban expresion sublime de grandeza y de ingenuidad; era aun modesta como una vírgen y orgullosa como una recien casada.

—Escúchame, Ordener mio, ¿no es cierto que ahora seremos dichosos muriendo juntos, ya que juntos no hemos podido vivir? Sabes lo que voy á hacer?... Me colocaré en una de las ventanas de la torre, de modo que te vea subir al cadalso, con la idea de que nuestras almas vuelen juntas al cielo. Si yo espiro antes que el hacha caiga, yo te esperaré, porque somos esposos, Ordener mio, y esta noche el sepulcro será nuestro lecho nupcial.

El hijo del virey estrechó á su esposa contra su corazon ardiente y solo pudo pronunciar estas palabras, que compendiaban el objeto de toda su vida:

—Ethel, ya eres mia!

—Hijos mios, dijo con voz enternecida el sacerdote, despedíos. Ya es hora.

—Ay! gritó Ethel.

Un momento despues la jóven, recobrando toda su fuerza de ángel, se prosternó ante el hijo del virey y le dijo:

—Adios, mi adorado Ordener, mi señor, dame tu bendicion.

Hízolo así el prisionero y se volvió á saludar al venerable Atanasio Munder. Este anciano estaba tambien arrodillado delante de él.

—Qué esperais así, padre mio? preguntó el preso sorprendido.

—Vuestra bendicion.

—El cielo os bendiga y conceda las felicidades que pedí para los demás hombres, vuestros hermanos, respondió Ordener con acento conmovido y solemne.

El calabozo oyó los últimos adioses y los últimos besos: se cerraron con extruendo los duros cerrojos y la puerta de hierro separó á los jóvenes esposos, que iban á morir despues de darse cita para la eternidad.

## XLV.

Quien me diere vivo ó muerto á Luis Perez, le daré dos mil escudos...

(CALDERON.

Baron Wethaum, coronel de los arcabuceros de Munckholm, ¿qué soldado de los que combatieron á vuestras órdenes en el Pilar Negro hizo prisionero á Han de Islandia? Nombrádnosle, para que reciba los mil escudos reales prometidos por la captura del bandido.

Así hablaba el presidente del tribunal al coronel de los arcabuceros. El tribunal estaba reunido, porque, segun la antigua costumbre de Noruega, los jueces que fallan sin apelacion deben permanecer en sus asientos hasta que se ejecute la sentencia que dictaron. Delante de ellos está el gigante con la cuerda al cuello que debe ahorcarle dentro de pocas horas.

El coronel, sentado cerca de la mesa del secretario, se levanta y saluda al tribunal y al obispo, que ha vuelto á ocupar su trono.

—Señores jueces, el soldado que cogió prisionero á Han de Islandia está en este recinto. Se llama Toric Belfast, segundo arcabucero de mi regimiento.

—Que se presente, pues, á recibir la recompensa prometida.

Un soldado jóven con traje de arcabucero de Munckholm se presentó.

—Sois Toric Belfast? le preguntó el presidente.

—Por la gracia de Dios.

—¿Hicísteis vos prisionero á Han de Islandia?

—Sí, con la ayuda de Belcebú, señor presidente.

Llevaron entonces á la mesa del tribunal un saco pesado.

—¿Reconoceis que es este hombre el famoso Han de Islandia? añadió el presidente, enseñándole al gigante encadenado.

—Conocia mejor el cuerpo de la linda Catalina que á Han de Islandia, señor presidente, pero juro por la gloria de San Belphegor que si Han de Islandia está en alguna parte, debe ser en el cuerpo de ese gran demonio.

—Aproximáos, Toric Belfast, dijo el presidente; tomad los mil escudos prometidos por el síndico mayor.

Avanzaba el soldado hácia el tribunal, cuando una voz salió de la muchedumbre, gritando:

—¡Arcabucero de Munckholm, no eres

tú el que has cogido á Han de Islandia!

—Por todos los diablos del infierno! exclamó volviéndose el soldado: no poseo más que la pipa y este minuto en que estoy hablando, pero prometo dar mil escudos de oro al que acaba de decir eso, si es hombre para probarlo.

Y cruzando los brazos paseó la victoriosa mirada por el auditorio.

—Pues bien; que salga el que acaba de hablar.

—Aquí está, dijo un hombre de pequeña estatura, que se abrió paso por entre la multitud.

El personaje que se presentó iba embozado en una estera de junco y de piel de vaca marina, traje habitual de los groenlandeses, que caia alrededor de su cuerpo como el techo cónico de una choza; barba y cabellos negros, casi ocultaban su semblante; era horrible lo poco que se veia de él: llevaba metidos brazos y manos entre los pliegues de la estera.

—Ah! eres tú? dijo el soldado riendo á carcajadas. Si no fuí yo, ¿quién tuvo el honor de prender á este diabólico gigante?

El hombrecillo meneó la cabeza y dijo con sonrisa maliciosa:

—Yo.

Entonces el baron Vethaum creyó reconocer en ese hombre singular al sér misterioso que le participó en Skongen la llegada de los rebeldes; el canciller Ahlefeld, al huésped de las ruinas de Arbar, y el secretario íntimo, á cierto campesino de Oelme, que llevaba una estera parecida y que le indicó la guarida de Han de Islandia. Pero como estaban separados los tres, no pudieron comunicarse su impresion fugitiva, que borró en seguida la diferencia de traje y de facciones que notaron en él.

—Conque eres tú? respondió irónicamente el soldado. Si no usaras el traje de foca de Groenlandia creeria, al mirar los ojos que me echas, que eres otro enano grotesco como uno que se atrevió á armarme camorra en el Spladgest, hará quince dias—el dia que llevaron el cadáver del minero Gill Stadt.

—Gill Stadt!... le interrumpió el hombrecillo extremeciéndose.

—Sí, de Gill Stadt, prosigió el soldado con indiferencia, el amante rechazado por una jóven que era querida de uno de mis compañeros, y por la que se mató como un bestia.

El hombrecillo le preguntó con voz sombría:

—¿No estaba tambien en el Spladgest el cuerpo de un oficial de tu regimiento?

—Precisamente; siempre me acordaré de ese dia, en el que por haber vuelto tarde á Munckholm estuve á pique de ser degradado. El oficial muerto fué el capitan Dispolsen...

Al oir este nombre púsose en pié el secretario íntimo.

—Estos dos individuos abusan de la paciencia del tribunal, dijo, por lo que suplicamos al señor presidente que abrevíe ese diálogo inútil.

—Por el honor de mi Catalina, no pido otra cosa, respondió Toric Belfast, con tal de que vuestras cortesías me adjudiquen los mil escudos prometidos por la captura de Han de Islandia, que yo hice prisionero.

—Mientes! gritó el hombrecillo.

El soldado echó mano al sitio donde debia tener el sable.

—¡Dá gracias, miserable, á que estamos delante de la justicia, en cuya presencia ningun soldado, ningun arcabucero de Munckholm debia estar desarmado!

—A mí me pertenece esa recompensa, añadió friamente el hombrecillo, porque sin mí nadie se hubiera apoderado de la cabeza de Han de Islandia.

Furioso el soldado, juró que él habia cogido al célebre bandido en el campo de batalla, cuando empezaba á abrir los ojos.

—Pues bien, dijo su adversario, fácil es que tú le hayas cogido, pero yo le herí en la cabeza; sin mi herida tú no le hubieras hecho prisionero; luego á mí me pertenecen los mil escudos.

—Eso es falso, replicó el soldado; no le heriste tú, sino un demonio vestido de pieles.

—Era yo!

—No, no!

Impuso silencio el presidente á las dos partes, y preguntando por segunda vez al coronel Vethaum si fué Toric Belfast el que le llevó prisionero á Han de Islandia, despues de oir la respuesta afirmativa del baron, declaró que la recompensa correspondia al soldado.

Rechinó los dientes el hombrecillo y el arcabucero tendió las manos con avidez para coger el saco.

—Un momento! gritó el desconocido. —Señor presidente, esa suma, segun el edicto del síndico mayor, corresponde al que entregue á Han de Islandia.

—Cierto; y qué?... preguntaron los jueces.

El hombrecillo, volviéndose hácia el gigante, les dijo:

—Ese hombre no es Han de Islandia.

Un murmullo de asombro recorrió toda la sala del tribunal.

El presidente y el secretario íntimo se agitaban en sus sillones.

—No, repitió con firmeza el hombrecillo; el dinero no le corresponde á ese maldito arcabucero, porque ese hombre no es Han de Islandia.

—Alabarderos, dijo el presidente, llevaos á ese energúmeno, que se conoce que está loco.

El obispo tomó la palabra:

—Permítame el respetable presidente que le haga observar que no se debe, haciendo callar á ese hombre, privar de la única tabla de salvacion á que puede acogerse el reo que está presente. Pido, por lo tanto, que continúe la confrontacion.

—Reverendo obispo, el tribunal vá á satisfaceros, contestó el presidente; y dirigiéndose al gigante, le interrogó:—Declarásteis ser Han de Islandia; ¿confirmais á las puertas de la muerte esta misma declaracion?

—La confirmo; soy Han de Islandia, contestó el condenado.

—Ya lo oís, señor obispo.

Al tiempo de decir el presidente lo anterior, el hombrecillo gritaba, mirando al gigante:

—Mientes, montañés de Kole! ¡Mientes! No te obstines en llevar un nombre que pesa demasiado; recuerda que ya te fué funesto.

—Soy Han de Klipstadur, repitió el gigante, con la mirada fija en el secretario íntimo.

Acercóse el hombrecillo al arcabucero de Munckholm, que, como todo el auditorio, se fijaba con curiosidad en esta escena.

—Montañés de Kole, dícese que Han de Islandia bebe sangre humana. Si eres tú, bébela. Aquí la tienes.

Al pronunciar estas palabras, el hombrecillo se desembozó de repente y hundió su puñal en el corazon del arcabucero, arrojando en seguida el cadáver á los piés del gigante.

Prorumpió todo el auditorio en un grito de espanto y de horror; los soldados que custodiaban al gigante retrocedieron involuntariamente. El hombrecillo, rápido como el rayo, lanzóse sobre el montañés descubierto, y dándole otra puñalada, hízole caer al suelo junto al cadáver del soldado. Arrancóse entonces la capa de estera, las postizas barba y cabellera negras, descubrió sus nervudos miembros, cubiertos de pieles, y enseñó el semblante, que causó más horror á los circunstantes que el puñal ensangrentado que blandía, cuya hoja goteaba la sangre de dos asesinatos.

—¿Quién es Han de Islandia, señores jueces? exclamó con acento feroz.

—Soldados, prended á ese mónstruo! mandó, aterrado, el presidente.

Han arrojó al suelo el puñal.

—Ya me es inútil, dijo, si no hay aquí más arcabuceros de Munckholm.

Hablando así se entregó, sin oponer resistencia, á los alabarderos y á los arqueros que le rodeaban, preparándose á sitiarle como á una plaza fuerte. Encadenaron al mónstruo, colocáronle en el banco de los acusados y se llevaron en una litera á las dos víctimas, de las que el montañés respiraba todavía.

Imposible es describir los diversos movimientos de terror, de asombro y de indignacion que durante esta horrible escena agitaron al pueblo, á los guardias y á los jueces. Cuando el famoso bandido, sereno é impasible, se sentó en el banco fatal, el sentimiento de la curiosidad impuso silencio á todas las demás impresiones, y la atencion restableció la tranquilidad.

El venerable obispo se levantó:

—Señores jueces... dijo.

El bandido le interrumpió:

—Obispo de Drontheim, yo soy Han de Islandia; no te tomes el trabajo de defenderme.

El secretario íntimo se levantó:

—Noble presidente...

El mónstruo le cortó tambien la palabra:

—Señor secretario íntimo, yo soy Han de Islandia, no te tomes el trabajo de acusarme.

Al decir esto metia los piés en la sangre que bañaba el suelo y paseaba la mirada insolente y feroz por el tribunal, por los arqueros, por la multitud, y parecia que todos aquellos hombres estaban aterrorizados á la vista de este hombre solo, desarmado y cargado de cadenas.

—Escuchad, señores jueces, y no espereis que os haga un largo discurso. Soy el demonio de Klipstadur; mi madre es la antigua Islandia, la isla de los volcanes, que solo formaba en otro tiempo una montaña, y que aplastó la mano de un gigante apoyándose sobre su cumbre cuando cayó del cielo. No necesito

hablaros de mí; desciendo de Ingolfo el Exterminador y soy el heredero de su espíritu. He cometido más asesinatos y he causado más incendios yo solo, que sentencias injustas habeis pronunciado todos juntos durante vuestra vida. Tengo además algunos secretos comunes con el canciller Ahlefeld. Beberia con delicia toda la sangre que corre por vuestras venas, porque está en mi naturaleza odiar á los hombres y en mi mision hacerles daño. Coronel de los arcabuceros de Munkholm, yo fuí quien te avisó de que los mineros iban á pasar por el Pilar Negro, con la seguridad de que matarias muchos hombres en aquellas malditas gargantas; yo fuí el que aniquilé casi á un batallon de tu regimiento, arrojándole peñascos, porque haciendo eso vengaba á mi hijo. Ahora, jueces, que mi hijo murió, vengo á buscar mi muerte. El alma de Ingolfo me pesa, porque la llevo solo y no puedo trasmitirla á ningun heredero. Estoy ya cansado de la vida, porque no puede ya servir de ejemplo ni de leccion á ningun sucesor. He bebido bastante sangre y ya no tengo sed. Ahora me entrego; podeis beber la mia.

Calló y todo el auditorio repetia, sordamente y en voz baja, cada una de aquellas horribles palabras.

El obispo le dijo:

—Hijo mio, ¿con qué intencion habeis cometido tantos crímenes?

El bandido se echó á reir.

—Te juro, reverendo obispo, que no fué con la intencion de tu compañero el obispo de Borglum, para enriquecerme. (1) Lo hice por inclinacion natural.

—Dios no reside siempre en todos sus ministros, respondió con humildad el santo sacerdote; pero vos me insultais cuando yo trato de defenderos.

—Tu reverencia pierde el tiempo; y sino que te lo diga tu otro compañero el obispo de Scalholt, de Islandia. Por Ingolfo te aseguro que es cosa muy extraña que dos obispos hayan cuidado de mi vida, uno cerca de mi cuna y el otro cerca de mi sepulcro.

—Hijo mio, creeis en Dios?

—Por qué no? quiero que haya un Dios para tener el gusto de blasfemar.

—Basta, desgraciado! ¡Vais á morir y no besais los piés de Jesucristo!...

(1) Refieren algunos cronistas que en 1525 era famoso por sus latrocinios y correrías un obispo de Borglum. Dícese que mantenia á algunos piratas que infestaban las costas de la Noruega.

Han de Islandia se encogió de hombros.

—Vamos, pues, señores jueces; ¿qué esperais? dijo Han de Islandia. Si yo estuviera en vuestro sitio y vosotros en el mio, no os haria esperar tanto tiempo vuestra sentencia de muerte.

Retiróse el tribunal: despues de breve deliberacion volvió á entrar en la audiencia; el presidente leyó en alta voz la sentencia que, segun la fórmula de costumbre, condenaba á Han de Islandia á ser *colgado por el cuello hasta que muerto quedara.*

—Perfectamente, dijo el bandido. Sé de tí lo suficiente para que te dictasen una sentencia igual; pero vive, ya que vives para causar daño á los hombres. —Vamos, ahora ya estoy seguro de no ir ya al Nystheim. (1)

Mandó el secretario íntimo á los soldados que se llevasen á Han de Islandia y que le depositaran en la torre del Leon de Slesvig, mientras se le preparaba un calabozo en el cuartel de los arcabuceros de Munckholm, en el que esperaria la ejecucion.

—¡En el cuartel de los arcabuceros de Munckholm! repitió el mónstruo lanzando un rugido de alegría.

## XLVI.

Aunque el cadáver de Ponce de Leon, que quedó cerca de la fuente, estaba desfigurado por el sol, los moros de las Alpujarras se apoderaron de él y se lo llevaron á Granada.

(E. H.—*El cautivo de Ochali.*)

Antes de amanecer el dia que va transcurriendo, en la misma hora de pronunciarse la sentencia de Ordener en Munckholm, el nuevo conserje del Spladgest de Drontheim, el teniente y sucesor actual de Benigno Spiagudry, Oglypiglap, fué bruscamente despertado en su cama por varios golpes que resonaron con estruendo en la puerta del edificio. Se levantó de mal humor, tomó la lámpara de cobre, cuya débil claridad heria sus ojos medio dormidos, y fué, echando pestes de la humedad de la estancia de los muertos, á abrir á los que venian á arrancarle tan temprano de las dulzuras del sueño.

Eran los que llamaban unos pescadores del lago de Sparbo, que traian en una litera, cubierta de juncos, de algas y de légamo, un cadáver que encontraron en las aguas del lago.

(1) Segun las creencias populares, el *Nystheim* era el infierno de los que morian de enfermedad ó de vejez.

Depositaron la carga en el interior del fúnebre edificio, y Oglypiglap les dió el recibo de haber traido el cadáver para que pudiesen reclamar la paga.

Cuando éste quedó solo en el Spladgest empezó á desnudar el cadáver, que era notable por lo largo y por lo flaco. El primer objeto que se presentó á su vista, despues de levantar el sudario que le cubria, fué una enorme peluca.

—Esta peluca extranjera, se dijo para su coleto, es la segunda vez que viene á mis manos... era de aquel jóven francés elegante... pero... tambien están aquí las grandes botas del pobre postillon Cramner, al que estrellaron sus caballos...—Pero qué diablos significa esto?—El traje negro completo del profesor Syngramtàx, aquel viejo sábio que hace pocos dias se ahogó. ¿Quién será este cadáver desconocido que viene vestido con los despojos de mis antiguos conocidos?

Paseó la lámpara por el rostro del muerto, pero inútilmente; sus facciones, ya descompuestas, habian perdido la forma y el color. Registróle todos los bolsillos y sacó algunos viejos pergaminos, impregnados de agua y llenos de légamo; los secó cuidadosamente con su mandil de cuero y consiguió leer en uno de ellos estas palabras incoherentes y medio borradas:—"Rubdeck; Sajon el gramático; Arngrim, obispo de Holum.—No hay en Noruega más que dos condados, Larvig y Jarlsberg, y una baronía...—Solo en Konsberg se encuentran minas de plata; iman y asfaltos en Sundmver; amatistas solo en Guldbranshal; calcedonias, ágatas y jaspe en las islas Faroër.—En Nonkahiva, en los años de hambre, los hombres se comen á sus mujeres y á sus hijos. Isleif, obispo de Scalholt, primer historiador de Islandia.—Mercurio jugó al ajedrez con la luna y le ganó la septuagésima segunda parte del dia.—Malstrom, abismo.—*Hirundo, hirudo.*—Ciceron, garbanzo; gloria.—Frode el sábio.—Odin consultaba la cabeza de Mimer, sábio.—(Mahoma y su palomo, Sertorio y su cierva.)—Cuanto más suelo... menos cantidad contiene de gipso...„

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! gritó dejando caer el pergamino. ¡Esta letra es letra de mi antiguo amo Benigno Spiagudry!...

Examinó ya con esta idea otra vez el cadáver y reconoció las manos largas, el cabello raso y la hechura singular del cuerpo del anterior conserje del Spladgest.

—No sin fundamento, se dijo sacudiendo la cabeza, se le acusaba de sacrílego y de nigromante. El diablo se lo llevó para ahogarlo en el lago Sparbo. —Para que se vea lo que somos! ¡Quién hubiera dicho que el doctor Spiagudry, despues de hospedar tanto tiempo á otros en su posada de la muerte, vendria él tambien desde lejos á ser huésped de ella!...

El lapon filósofo levantaba el cuerpo del pobre Benigno para colocarle en una de las seis losas de granito, cuando se apercibió de que pendia del cuello del muerto alguna cosa pesada, atada por una correa de cuero.

—Sin duda será la piedra con la que el demonio le precipitó en el lago, se dijo entre dientes.

Pero se engañaba: aquel objeto era un cofrecillo de hierro, en el que, mirándolo de cerca, despues de limpiarlo bien, vió una gran cerraja en forma de escudo.

—Algun secreto infernal debe encerrarse en esta caja, dijo Oglypiglap; este hombre era sacrílego y brujo. Voy á llevar este cofrecillo á casa del señor obispo; quizás contenga algun demonio.

Esto diciendo, la desató del cuello del cadáver, que depositó en la sala de exposiciones mortuorias, y salió apresuradamente, encaminándose al palacio episcopal y rezando por el camino algunas oraciones para salvarse del espantoso cofrecillo que llevaba en la mano.

## XLVII.

¿Es un hombre ó es un espíritu infernal el que así habla? ¿Qué demonio horrible te atormenta? Muéstrame el implacable enemigo que vive en tu corazon.

MA[illegible]

Han de Islandia y Schumacker están en la misma cámara de la torre del Leon de Slesvig: el ex-canciller absuelto pasea dando pasos lentos y con los ojos bañados de amargas lágrimas; el bandido, sentenciado á muerte, se rie arrastrando las cadenas y rodeado de guardias.

Los dos prisioneros se contemplan largo rato en silencio, como si por instinto reconocieran uno y otro que son enemigos de los hombres.

—Quién eres? preguntó al fin Schumacker al mónstruo.

—Te diré mi nombre, respondió el otro, para que huyas de mí. Soy Han de Islandia.

El prisionero se acercó á él.

—Estrecha esta mano, le dijo.

—Es que quieres que te la devore?

—Han de Islandia, continuó diciendo el ex-canciller, me inspiras afecto porque ódias á los hombres.

—Por eso te ódio á tí.

—Escucha: aborrezco á los hombres porque les hice bien y me pagaron haciendo mal.

—Pues tú no los aborreces como yo; yo los aborrezco porque me han hecho bien y les pago haciéndoles mal.

Extremecióse Schumacker al observar la mirada diabólica del bandido; á pesar de todos los esfuerzos que hacia por vencer su naturaleza, no pudo simpatizar con aquel mónstruo.

—Execro á los hombres porque son malos, ingratos y crueles, y les debo todas las desgracias de mi vida.

—Tanto mejor! Yo les debo la felicidad de la mia.

—Qué felicidad?

—La de sentir extremecerse entre los dientes sus carnes palpitantes; la de calentar mi garganta con su sangre humeante; la voluptuosidad de estrellar séres vivos contra las rocas y de oir el grito de la víctima entre el estallido de sus miembros destrozados. Hé aquí los placeres que me han proporcionado los hombres.

Schumacker retrocedió aterrado al oir al mónstruo, al que se acercara casi con el orgullo de parecérsele. Avergonzado, ocultó entre las manos su venerable rostro, porque sus ojos estaban llenos de lágrimas de indignacion, no hácia la raza humana, sino hácia sí mismo. Su corazon, noble y generoso, empezaba á asustarse del ódio que hacia ya mucho tiempo le inspiraban los hombres, al verle reproducido en el corazon de Han de Islandia como en un horrible espejo.

—Pues bien, enemigo de los hombres, ¿te atreves ahora á blasonar de parecerte á mí?

El anciano se extremeció.

—Dios mio! antes quisiera amarles que aborrecerles como tú.

Llegaron en esto los soldados para llevarse al mónstruo á un calabozo más seguro. Schumacker quedó solo y pensativo en la torre, pero sin ser ya enemigo de los hombres.

---

## XLVIII.

> Cuando el malo me espía,
> me hareis, Señor, que caiga entre sus manos?
> él tu senda rompía
> debajo de mis piés... no me castigues,
> que mi crímen es suyo.
> (ALFREDO DE VIGNY.)

Llegó la hora fatal! ya solo se veia la mitad del disco de sol en el horizonte. Las guardias eran dobles en toda la fortaleza de Munckholm; delante de cada puerta se paseaban centinelas silenciosos y sombríos. Llegaba más tumultuoso y más sonoro á las tristes torres del castillo el rumor de la ciudad; en la fortaleza reinaba agitacion extraordinaria. Oíase en todos los patios el lúgubre són de los tambores destemplados y cubiertos de negro crespon; el cañon de la torre baja tronaba de vez en cuando; la pesada campana del castillo se balanceaba lentamente, produciendo sonidos graves y prolongados, y desde todos los puntos del puerto salian, con direccion á la terrible roca, embarcaciones cargadas de mucha gente.

Un cadalso enlutado, en torno del que aumentaba por momentos impaciente muchedumbre, se alzaba en la plaza de armas del castillo, en el centro de un cuadro de soldados. Encima del patíbulo se paseaba un hombre vestido de sarga roja, ya apoyándose sobre el hacha que tenia en la mano, ya arreglando un tajo y una cadena que habia sobre el tablado fúnebre. Junto á éste distinguíase una hoguera, delante de la que ardian algunas antorchas de resina. Entre el cadalso y la hoguera se destacaba un jalon, que tenia suspendido este letrero: *Ordener Guldenlew, traidor*. Se veia desde la plaza de armas flotar en lo alto de la torre del Leon de Slesvig una bandera negra.

Presentóse en este momento el reo Ordener ante el tribunal, que continuaba reunido en la cámara de la audiencia. El obispo nada más estaba ausente de allí, porque su papel de defensor habia ya terminado.

El hijo del virey se presentó vestido de negro y llevando pendiente del cuello el collar de la órden de Dannebrog. Su rostro estaba pálido, pero sereno. Llegó solo, porque fueron á buscarle para llevarle al suplicio antes que el sacerdote Atanasio Munder hubiera vuelto al calabozo.

Ordener habia ya interiormente consumado su sacrificio; sin embargo, el esposo de Ethel se despedia con amargu-

ra de la vida, y quizás hubiera querido elegir para primera noche de bodas otra noche que la del sepulcro. Habia rezado y habia soñado en la prision, y ahora estaba ya en pié ante el término de toda oracion y de todo sueño; pero se sentia fuerte por la fuerza que dan Dios y el amor.

La multitud, más conmovida que el reo, le observaba con ávida atencion. El esplendor de su clase, el horror que le causaba su destino, despertaban todas las envidias y todas las compasiones. Todos asistian á su castigo sin comprender el crímen. Hay en el fondo del pecho de los hombres un sentimiento extraño que, así como los arrastra hácia los placeres, los impele tambien al espectáculo de los suplicios. Quieren con horrible ansiedad apoderarse del pensamiento de la destruccion en las facciones descompuestas del que vá á morir, como si alguna revelacion del cielo ó del infierno debiera aparecer en esos momentos solemnes en los ojos del reo, y enterarse de la sombra que arroja el ala de la muerte cerniéndose sobre una cabeza hunana, examinando lo que resta del hombre cuando la esperanza lo abandona. Ese sér lleno de fuerza y salud, que se mueve, respira y vive, y que dentro de un momento cesará de moverse, de respirar y de vivir, cercado de séres iguales á él, á los que él nada ha hecho, á quien todos compadecen, pero ninguno socorre; ese sér desgraciado que, muriendo sin estar moribundo, amagado á la par por un poder material y otro poder invisible; esa vida que la sociedad no puede dar y que quita con aparato, toda esa ceremonia imponente del asesinato judicial, conmueve poderosamente las imaginaciones. Condenados todos los hombres á muerte en plazos indefinidos, es para nosotros un objeto de curiosidad extraña y dolorosa el mortal que sabe á punto fijo la hora en que termina su plazo.

Sin duda recordará el lector que, antes de ser llevado al suplicio, debia Ordener comparecer ante el tribunal para ser degradado de sus títulos y dignidades. Apenas se calmó el movimiento que su llegada produjo en la asamblea, hizo el presidente que le trajeran el libro heráldico de los dos reinos y los estatutos de la real órden de Dannebrog.

Despues de invitar al reo á que hincara en tierra la rodilla, recomendó á los asistentes silencio y respeto; abrió el libro de los caballeros de Dannebrog y empezó á leer en voz alta y severa:

—"Christiern, por la gracia y misericordia del Todopoderoso, rey de Dinamarca y de Noruega, de los Vándalos y de los Godos, duque de Slesvig, de Holstein, de Stormaría y Dytmarse, conde de Oldemburgo y de Delmenhurst, hacemos saber:—Que habiendo restablecido, oido el dictámen de nuestro gran canciller, conde de Griflenfeld, la real órden de Dannebrog, fundada por nuestro ilustre abuelo San Waldemaro;

„Considerando por Nos que esta venerable órden fué creada para conservar la memoria del estandarte Dannebrog, enviado por el cielo á nuestro reino bendito,

„Y que seria injuriar á la divina institución de esta órden si alguno de sus caballeros pudiera impunemente faltar á las leyes del honor y á las santas leyes de la Iglesia y del Estado,

„Mandamos de rodillas, delante de Dios, que cualquiera de los caballeros de la órden que entregue su alma al demonio por medio de cualquiera felonía ó traicion, despues de haber sido públicamente acusado por un juez, sea para siempre degradado del rango de caballero de nuestra real órden de Dannebrog.„

El presidente cerró el libro y dijo:

—Ordener Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog, sois culpable de alta traicion, crímen por el que se os cortará la cabeza, será abrasado vuestro cuerpo y aventadas sus cenizas; Ordener Guldenlew, traidor, os habeis hecho indigno de contaros entre los caballeros de Dannebrog. Os invito á que os humilleis, pues yo voy á degradaros públicamente en nombre del rey.

El presidente extendió la mano sobre el libro de la órden, y al ir á pronunciar la fórmula de la degradacion, dirigiéndose á Ordener, que estaba sereno é inmóvil, se abrió una puerta al lado derecho del tribunal. Un ujier eclesiástico apareció en ella anunciando á su reverencia el obispo del Drontheimnus.

El era en efecto. Entró precipitadamente en la cámara, acompañado de otro eclesiástico que le sostenia.

—Deteneos, señor presidente! exclamó con una energía que no debia esperarse de su ancianidad.—Deteneos! Loado sea el Señor por haberme hecho llegar á tiempo.

Aumentó la atencion de toda la asamblea, preveyendo algun nuevo acontecimiento.

El presidente se volvió malhumorado al obispo.

—Vuestra reverencia me permitirá, le dijo, que le haga observar que su presencia aquí ya es inútil. El tribunal vá á degradar al reo, que vá ya á sufrir el castigo de su culpa.

—Guardáos, señor presidente, contestó el obispo, guardáos de repetir lo que habeis dicho de quien es puro delante del Señor. Ese reo es inocente.

Nada puede compararse al grito de asombro que resonó en el auditorio, mas que el grito de espanto que lanzaron el presidente y el secretario íntimo.

—Temblad, jueces! prosiguió el obispo, antes de que el presidente recobrara la sangre fria. Temblad! porque íbais á verter la sangre de un inocente.

Mientras se calmó la emocion del presidente. Ordener se levantó consternado; el noble jóven temió que hubieran descubierto su generoso ardid y que hubieran encontrado pruebas de la culpabilidad de Schumacker.

—Señor obispo, dijo el presidente, en este asunto parece que el crímen trate de escapársenos, pasando de una á otra cabeza. No os fieis de vanas apariencias. Si Ordener Guldenlew es inocente, ¿quién es el culpable?

—Vuestra gracia vá á saberlo, respondió el obispo.—Luego presentó al tribunal un cofrecillo de hierro que sacó un paje que vino con él.—Nobles señores: juzgásteis en la sombra, pero aquí está la luz milagrosa que debe disiparla.

El presidente, el secretario íntimo y Ordener quedaron asombrados al mismo tiempo ante el misterioso cofrecillo de hierro.

El obispo prosiguió:

—Nobles jueces, escuchadme. Hoy, al volver al palacio episcopal á descansar de las fatigas de la noche y á rezar por los reos, se me entregó ese cofrecillo de hierro. El conserje del Spladgest le llevó esta mañana á palacio, segun me dijeron, para que se me entregase en propias manos, asegurando que debia encerrar algun misterio diabólico, por haber sido encontrado suspendido del cuerpo del cadáver de Benigno Spiagudry.

Ordener redobló la atencion: el auditorio guardaba religioso silencio. El presidente y el secretario doblaban la cabeza como si fuesen dos reos; cualquiera hubiera creido que se olvidaban de su astucia y de su audacia. Hay momentos en la vida del malvado en los que su poder desaparece.

—Despues de bendecir este cofrecillo, continuó diciendo el obispo, rompí el sello; que tenia grabadas, como puede verse aun, las antiguas armas del conde de Griflenfeld.—En dicho cofrecillo hemos encontrado un secreto infernal en efecto, como podreis juzgar, señores jueces. Prestadme toda vuestra atencion, porque al tratarse de derramar sangre humana, el Señor pesa cada gota.

Abrió el cofrecillo el obispo y sacó de él un pergamino, en cuyo reverso estaba escrita la declaracion siguiente:

"Yo, Blaxtham Cumbysulsum, doctor, declaro en el momento de morir que entrego al capitan Dispolsen, procurador en Copenhague del antiguo conde de Griflenfeld, el siguiente documento, escrito todo él de puño y letra de la mano de Turiaf Musdæmon, servidor del canciller conde de Ahlefeld, con el fin de que el expresado capitan haga de él el uso que más le convenga. Ruego á Dios que perdone mis crímenes.—Escrito en Copenhague, el onceno dia del mes de Enero de mil seiscientos noventa y nueve.

*Cumbysulsum...*

Temblor convulsivo se apoderó del secretario íntimo; quiso hablar y no pudo. El presidente estaba pálido y agitado al recibir el pergamino que le entregó el obispo.

—Qué veo?... exclamó el gran canciller despues de desplegar y de ver el encabezamiento del pergamino:—"*Nota pasada al noble conde de Ahlefeld para deshacernos jurídicamente de Schumacker...*„ Yo os juro, reverendo obispo, que...

El pergamino se cayó de las manos del presidente.

—Leed, leed, señor canciller, prosiguió el obispo. No dudo que vuestro indigno servidor abusara de vuestro nombre, porque abusó del del infortunado Schumacker; pero ved los funestos efectos que produjo, que ha producido el ódio que os inspiraba vuestro predecesor caido: uno de vuestros cortesanos fraguó su pérdida, esperando sin duda congraciarse con vuestra gracia de ese modo.

Reanimó al presidente ver que las sospechas del obispo, que ya conocia el contenido del cofrecillo de hierro, no recayeran sobre él.

Ordener empezó tambien á respirar, porque ya entreveía que iban á patentizarse al mismo tiempo la inculpabilidad del padre de Ethel y la suya. Profundo asombro le causaba el capricho de la suerte, que le arrastró á la persecucion de un bandido formidable con la idea de arrebatarle el cofrecillo, que su

guía Benigno Spiagudry llevaba sobre sí. Meditaba tambien en la singularidad de los acontecimientos, que estuvieron á pique de perderle por el cofrecillo fatal, y que salvaban por ese mismo cofrecillo.

El presidente, que recobró su sangre fria, leyó en alta voz y dando muestras de indignacion, de la que participaba todo el auditorio, una larga nota en la que Musdæmon esplicaba detalladamente el abominable plan que le hemos visto seguir en el curso de esta historia. Muchas veces el secretario íntimo quiso levantarse para defenderse; pero el rumor público cada vez le hacia sentarse confundido. Por fin terminó la odiosa lectura en medio de un inmenso murmullo de horror.

—Alabarderos, prended á ese hombre! dijo el presidente indicando al secretario íntimo.

El miserable, sin fuerzas y sin poder hablar, descendió de su asiento y fué puesto en el banco de los acusados, entre los silbidos y la gritería del populacho.

—Señores jueces, dijo el obispo, temblad y regocijáos. La verdad, que acaba de penetrar en vuestras conciencias, vá á confirmarse de un modo indudable por lo que os vá á decir el sacerdote de las prisiones de esta real ciudad, nuestro digno hermano Atanasio Munder, aquí presente.

En efecto, Atanasio Munder era el que acompañaba al obispo. Se inclinó ante su prelado y ante el tribunal, y despues, al ver que el presidente le indicó que hablara, se expresó en estos términos:

—Lo que voy á declarar al tribunal es la pura verdad, y Dios me castigue si pronuncio una sola palabra que no sea con la idea de que resplandezca la justicia. La conciencia me decia, despues de lo que ví esta mañana en el calabozo del hijo del virey, que ese noble jóven no era culpable, á pesar de haber sido condenado á muerte por estar confeso y convicto. Hace algunas horas me llamaron para que prestase los socorros espirituales al desgraciado montañés, que fué asesinado con ferocidad ante vosotros, y que condenásteis á la última pena creyendo que era Han de Islandia. Hé aquí lo que me confesó ese moribundo: "Yo no soy Han de Islandia, me dijo, y harto castigado estoy por haber usurpado ese nombre. El que me pagó para representar ese papel es el secretario íntimo de la gran cancillería; se llama Musdæmon, y ha maquinado toda la rebelion, presentándose á todos nosotros bajo el nombre de Hacket. Creo que es el único culpable de la rebelion." Dicho esto me pidió la bendicion y me encargó que viniese apresuradamente á enterar al tribunal de sus últimas palabras. Dios es testigo de la verdad de lo que digo; y ojalá pueda yo salvar la vida del inocente y no hacer derramar la sangre del culpable.

Calló y saludó otra vez al obispo y á los jueces.

—No iba descaminado uno de los reos, repuso el obispo dirigiéndose al presidente, al encontrar gran semejanza entre Hacket y vuestro secretario íntimo.

—Turiaf Musdæmon, preguntó el presidente al nuevo acusado, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

Fijó Musdæmon en el conde una mirada que le aterró, porque en aquel momento recuperó el malvado toda su impudencia. Despues de un momento de silencio, respondió:

—Nada, señor.

—¿Os confesais, pues, culpable del crímen que se os imputa? ¿Os declarais autor de una conspiracion tramada contra el Estado y contra un individuo llamado Schumacker?

—Sí señor, respondió Musdæmon.

El obispo se levantó y dijo:

—Señor presidente, para que no quede duda alguna en este asunto, pido que vuestra gracia pregunte al acusado si ha tenido cómplices en su crímen.

—Cómplices! repitió Musdæmon.

Pareció reflexionar un momento... despues contestó:

—No, señor obispo... no, no he tenido cómplices, añadió con mayor energía. Tramé todo ese complot por afecto á mi señor y con la idea de perder á su enemigo Schumacker, pero el señor canciller lo ignoraba.

—Vuestra gracia, repuso el obispo, debe conocer que ya que Musdæmon confiesa que no tuvo cómplices, Ordener Guldenlew no puede ser culpable.

—¿Si no lo es, reverendo obispo, por qué se declaró criminal?

—Señor presidente, ¿por qué el desgraciado montañés se obstinó en decir que era Han de Islandia, sabiendo que iba á ser condenado á muerte? Dios solo sabe lo que existe en el fondo del corazon, dijo sentenciosamente el obispo.

—Señores jueces, ahora que se ha descubierto el verdadero culpable, ya puedo declarar lo que antes callé obstinadamente. Me acusé de un crímen que yo

no he cometido para salvar al antiguo canciller Schumacker, cuya muerte hubiera dejado á su hija sin proteccion.

El presidente se mordió los labios.

—Pedimos al tribunal, exclamó el obispo, que proclame la inculpabilidad de nuestro defendido Ordener Guldenlew.

Respondió el presidente haciendo señal de adhesion; y luego, atendiendo á la demanda del síndico mayor, examinaron el cofrecillo, que solo encerraba el diploma y los títulos de Schumacker y algunas cartas del prisionero de Munckholm al capitan Dispolsen, cartas amargas, pero no culpables, y solo temibles para el canciller de Ahlefeld.

El tribunal se retiró; despues de corta deliberacion volvió á aparecer, y el presidente, con voz apagada, pronunció la sentencia que condenaba á muerte á Turiaf Musdæmon y rehabilitaba á Ordener Guldenlew, reintegrándole de todos sus honores, títulos y privilegios.

## XLIX.

—¿Por cuánto me vendes tu cuerpo, buena alhaja?
—A fé mia que no vale un ochavo.
*(San Miguel á Satan.—Misterio.)*

El mermado regimiento de los arcabuceros de Munckholm acababa de entrar en su antiguo cuartel, edificio aislado en medio de un gran patio cuadrado en el recinto de la fortaleza. Al caer la noche barreáronse, segun costumbre, las puertas del edificio donde se habian retirado los soldados, quedando solo fuera de ellas los centinelas esparcidos por las torres y el peloton de guardia de la prision militar pegada al cuartel. Esa prision, la más segura y la más vigilada de todas, encerraba á los reos que debian ser ahorcados al dia siguiente por la mañana; á Han de Islandia y á Musdæmon.

Han de Islandia estaba solo en su calabozo, tendido en el suelo, cargado de cadenas y apoyando la cabeza sobre una piedra; llegaba á él la claridad por una ventanilla enrejada cuadrangular, abierta en la gruesa puerta de encina que separa su calabozo de la sala inmediata, desde la que oia á sus carceleros que rien y que blasfeman, al choque de las botellas que apuran y de los dados que hacen rodar sobre un tambor. Agítase el mónstruo silencioso en la sombra; sus brazos se retuercen y se separan, sus rodillas se contraen y se alargan y sus dientes muerden las cadenas.

De repente llama gritando y un carcelero se asoma en la ventana enrejada.

—Qué quieres? le pregunta al bandido.

Han de Islandia se levanta y le contesta:

—Compañero, tengo frio; esta cama de piedra es dura y húmeda; tráeme unos puñados de paja para que yo pueda dormir y un poco de lumbre para calentarme.

—Nada más justo, respondió el carcelero, que aliviar en lo posible al que vá á ser ahorcado, aunque éste sea el demonio de Islandia; voy á traerte lo que me pides. Tienes dinero?

—No, respondió el bandido.

—Cómo! ¿El ladron más famoso de Noruega no tiene en el bolsillo alguno que otro miserable ducado de oro?

—No, volvió á responder el mónstruo.

—Ni siquiera algunos escudos?...

—Te digo que no.

—Ni aun ascalinos?

—No, no y no; no tengo ni para comprar la piel de una rata ni el alma de un hombre.

El carcelero meneó la cabeza y le dijo:

—Eso es indiferente; haces mal en quejarte, porque tu celda no es tan fria como la que tendrás para dormir mañana, pero entonces no te apercibirás de la dureza de la cama.

Dicho esto se retiró el carcelero, llevándose tras sí una maldicion del mónstruo, que continuó agitando sus cadenas, cuyos eslabones despedian sonidos intermitentes, como si se quebraran lentamente por las reiteradas y violentas sacudidas.

Abrióse la puerta de encina: un hombre de elevada estatura, vestido de sarga roja, que llevaba una linterna sorda, entró en el calabozo acompañado del carcelero que habia rechazado la peticion del preso. Este quedó inmóvil.

—Han de Islandia, dijo el hombre vestido de rojo, soy Nychol Orugix, verdugo del Drontheimnus; debo tener mañana al amanecer el honor de ahorcar á su excelencia en un patíbulo nuevo, en la plaza mayor de Drontheim.

—Estás seguro de que me ahorcarás? le preguntó el bandido.

El verdugo se echó á reir.

—Así estuvieras tú tan seguro de subir al cielo por la escala de Jacob, como subirás mañana á la horca por la escalera de Nychol Orugix.

—De veras? dijo el mónstruo mirándole maliciosamente.

—Te repito que soy el verdugo de la provincia.

—Si yo no fuera *yo*, quisiera ser *tú*.

—No diré yo lo mismo, contestó el verdugo; y luego añadió frotándose las manos con aire de satisfaccion:—Amigo, tienes razon, vale mucho el destino que ejerzo. Mi mano sabe bien lo que pesa la cabeza de un hombre.

—Has bebido sangre alguna vez?

—No, pero he dado tormento muchas veces.

—¿Has comido alguna vez las entrañas de alguna criatura viva?

—No, pero hice rechinar huesos humanos entre las planchas de un caballete de hierro; retorcí miembros entre los rádios de una rueda; he descantillado sierras de acero en cráneos, quitándoles el pelo; he atenazado carnes palpitantes con pinzas enrojecidas en las áscuas; he quemado la sangre en las venas entreabiertas, derramando en ellas arroyos de plomo derretido y aceite hirviendo...

—Sí, contestó el bandido pensativo, tú tambien tienes tus placeres.

—En una palabra, continuó el verdugo, aunque eres Han de Islandia, creo que se han escapado más almas de entre mis manos que de entre las tuyas, sin contar la que te arrancaré mañana.

—Suponiendo que yo tenga, ¿crees tú, verdugo del Drontheimnus, que podrás sacar el alma de Ingolfo el Exterminador del cuerpo de Han de Islandia sin que se lleve la tuya?

La respuesta del verdugo empezó por una carcajada.

—Pues bien, mañana lo veremos.

—Lo veremos, dijo el bandido.

—Basta, contestó el verdugo; no he venido aquí para ocuparme de tu alma, sino de tu cuerpo. Escucha: despues que mueras, tengo derecho á tu cadáver, pero la ley te faculta para que me lo vendas; dime lo que quieres por él.

—Qué quiero yo por mi cadáver?

—Sí, pero ten conciencia.

Han de Islandia se dirigió al carcelero.

—Dime tú, ¿por cuánto me venderás un monton de paja y un brasero encendido?

Despues de pensar un rato, respondió el carcelero:

—Por dos ducados de oro.

—Pues bien, dijo el bandido al verdugo, me darás dos ducados de oro por mi cadáver.

—Dos ducados de oro! exclamó admirado Orugix. Eso es un escándalo! ¡dos ducados de oro por un miserable cadáver! No, no puedo dar ese precio.

—Entonces, contestó tranquilamente el mónstruo, no lo tendrás.

—Pues irás á pudrirte en un muladar, en vez de adornar el Museo Real de Copenhague ó el gabinete de Historia natural de Berghen.

—Qué me importa!

—Muchos años despues de tu muerte iria la multitud á ver tu esqueleto, diciendo: *Estos son los restos del famoso bandido Han de Islandia*; se limpiarian y pulimentarian tus huesos; los sujetarian con clavijas de cobre; te colocarian debajo de una bomba de cristal, á la que le sacudirian el polvo todos los dias. En vez de estos honores, piensa lo que será de tí si no quieres venderme el cadáver; te pudrirás en un muladar, en donde servirás de pasto á los gusanos y á los buitres.

—Pues me pareceré á los vivos, que son roidos por los pequeños y devorados por los grandes.

—¡Dos ducados de oro es pretension exorbitante! Si no rebajas el precio no podremos entendernos, Han de Islandia.

—Esta es la primera y probablemente será la última venta que haga de mi vida y quiero que me sea ventajosa.

—Ten presente que puedes arrepentirte de tu terquedad. Mañana estarás en mi poder.

—Lo crees así?

No comprendió el verdugo la intencion con que el mónstruo dijo estas palabras.

—Sí; y hay un modo particular de apretar el nudo corredizo... de modo que si eres un hombre razonable, te ahorcaré bien.

—Poco me importa que hagas mañana lo que quieras de mi cuello, respondió el mónstruo con acento burlon.

—Vamos; conténtate con dos escudos reales... para qué los quieres?

—Dirígete á tu compañero, dijo el bandido indicándole al carcelero; me pide dos ducados de oro por un poco de paja y un poco de fuego.

—Pues eso es iniquidad! ¡hacer pagar á peso de oro esa miseria! Dos ducados!...

El carcelero replicó con aspereza:

—Demasiado hago en no pedir cuatro. —Tú sí que eres, Nychol, más árabe que el número 2, no queriendo dar á ese pobre preso dos ducados de oro por su cadáver, que te valdrá lo menos veinte si se lo vendes á algun médico ó á algun sábio.

—Jamás pagué un cadáver á más de

quince ascalinos, contestó el verdugo.

—Lo creo, cuando es el cadáver de un triste ladron ó de un miserable judío; pero yo sé que te pagarán lo que quieras por el cuerpo de Han de Islandia.

Este meneó la cabeza.

—¿Y quién te mete á tí en eso? dijo Orugix bruscamente: ¿critico yo las rapiñas de trajes y alhajas que haces á los prisioneros, me ocupo de si les pones agua sucia en el caldo, ni de los tormentos que les haces sufrir para sacarles el dinero? —No, yo no daré dos ducados de oro.

—Pues no hay paja ni fuego si no me los das, respondió obstinado el carcelero.

—Ni hay cadáver tampoco, repitió friamente el bandido.

Despues de un momento de silencio, dió una patada en el suelo, despechado, el verdugo, y exclamó:

—No puedo perder un momento; me esperan en otra parte.

Sacó, eso diciendo, un saco de cuero, que abrió lentamente y de mala gana:

—Toma, maldito demonio de Islandia, aquí tienes los dos ducados. Satanás no daria por tu alma lo que yo doy por tu cuerpo.

El bandido recibió las dos monedas de oro: en seguida el carcelero alargó la mano para recibirlas.

—Aguarda un poco, aguarda; tráeme antes lo que he pedido.

Salió el carcelero y volvió un momento despues, trayendo un gran monton de paja y un gran brasèro encendido, que colocó al lado del reo.

—Así me gusta, contestó el mónstruo, entregándole los dos ducados; me calentaré esta noche.—Una pregunta, añadió con voz siniestra, dirigiéndose al carcelero: ¿está contiguo este calabozo al cuartel de los arcabuceros de Munckholm?

—Sí. Está al lado.

—De qué parte sopla el viento?

—Me parece que del Este.

—Bien, contestó el bandido.

—Por qué lo preguntas?

—Por nada, respondió el bandido.

—Adios, compadre, hasta mañana al amanecer.

—Sí, hasta mañana.

El chirrido de la maciza puerta, que giraba sobre sus goznes, impidió que el verdugo y su compañero oyesen la carcajada salvaje y burlona que acompañó á las últimas palabras del bandido.

## L.

Esperabas morir de otra manera?
(ALEJANDRO SOUMET.)

Penetremos en el otro calabozo de la prision militar contiguo al cuartel de los arcabuceros, que ahora encierra á nuestro antiguo conocido Turiaf Musdæmon.

Quizás admirará al lector que Musdæmon, tan astuto, tan cobarde y tan malvado, confesase de buena fé el secreto de su crímen al tribunal que le condenó á muerte y que ocultase con tanta generosidad la gran parte que le cabia en él á su señor el canciller Ahlefeld. Pero no juzguemos con ligereza: Musdæmon no se habia convertido; su generosa buena fé era quizás la mayor prueba de habilidad que dió en su vida. Cuando vió su infernal intriga tan inesperadamente descubierta y tan patentemente demostrada, quedó un momento aturdido y aterrado; pero pasada aquella primera impresion, la perspicacia de su talento le hizo conocer que, no pudiendo ya perder á sus víctimas, solo debia pensar en salvarse.

Dos medios se le ocurrieron: echar la culpa de todo al conde de Ahlefeld, que tan cobardemente le abandonaba, ó tomar sobre sí toda la culpabilidad del crímen, de que era partícipe el conde. Un hombre vulgar habria escogido el primer medio: Musdæmon escogió el segundo. El canciller era canciller y poderoso, y además, no le comprometian los documentos directamente, mientras que éstos demostraban el crímen del secretario íntimo; habia fijado el conde algunas miradas de inteligencia en Musdæmon, y esto le bastó á éste para determinarle á dejarse condenar, seguro de que el canciller facilitaria su evasion, no tanto por agradecer sus servicios pasados, cuanto por necesitarle para sus servicios futuros.

Paseábase, pues, en el calabozo, que alumbraba apenas una lámpara sepulcral, persuadido de que le abririan la puerta aquella noche misma. Examinaba la forma del viejo calabozo de piedra construido por antiguos reyes, de los que la historia apenas sabe los nombres. admirándose de que tuviese piso de madera, sobre el que resonaban sus pisadas, como si dicho piso cubriese alguna cavidad subterránea.

Vió una argolla de hierro metida en la clave de la bóveda ojiva y de la que pendia un pedazo de cuerda negruzca.

Las horas pasaban y el preso oia con impaciencia los toques lentos y sucesivos del reloj de la torre, que interrumpian con lúgubre sonido el silencio de la noche.

Llegó por fin á sus oidos lejano rumor de pasos que se aproximaban al calabozo; su corazon palpitó lleno de esperanza. Rechinó la enorme cerraja, agitáronse los candados, las cadenas cayeron, y al abrirse la puerta, Musdæmon sonrió de alegría.

Entró el personaje, vestido de escarlata, que acabamos de ver en el calabozo de Han de Islandia. Traia debajo del brazo un rollo de cordeles de cáñamo y entraba acompañado de cuatro alabarderos, vestidos de negro y armados con espadas y partesanas.

Llevaba aun Musdæmon el traje y la peluca de magistrado, lo que inspiró al hombre rojo involuntario respeto, hijo sin duda de la costumbre.

—Señor, preguntó turbado al prisionero, ¿es á vuestra cortesía á quien debo dirigirme?

—Sí, sí, respondió Musdæmon precipitado, al ver que aquellas políticas palabras confirmaban su esperanza de evasion, y sin fijarse en el color sangriento del traje del que le dirigió la palabra.

—¿Os llamais, le preguntó fijando la vista en un pergamino que llevaba desplegado, os llamais Turiaf Musdæmon?

—Precisamente. ¿Venís, amigos mios, de parte del gran canciller?

—Sí señor.

—No os olvideis de manifestar á su gracia mi gratitud, despues que desempeñeis vuestra comision.

El hombre rojo clavó en él la mirada atónita.

—Vuestra gratitud?...

—Sí, amigos mios, ya que en seguida será imposible probablemente que se la manifieste yo.

—Probablemente, contestó el hombre rojo con expresion diabólica.

—Ya conoceis que debo estar agradecido á semejante servicio.

—Por la cruz del Buen Ladron, exclamó el otro, entregándose á su risa bestial, que no parece sino que el canciller os va á hacer algun favor.

—Sin duda; verdad es que no hace más que rigurosa justicia.

—Rigurosa, bien, pero al fin convenís en que se os hace justicia; y esta es la primera confesion de este género que oigo desde hace veintiseis años que ejerzo el cargo. Vamos, señor, que hablando se pasa el tiempo y... ¿estais preparado ya?...

—Ya lo estoy, contestó alegre Musdæmon, dando un paso hácia la puerta.

—Esperad, esperad un momento, gritó el hombre rojo, agachándose para dejar en el suelo el rollo de cordeles.

Musdæmon se detuvo.

—Para qué es tanta cuerda? preguntó.

—Vuestra cortesía tiene razon al preguntarlo; he traido más de la que necesito; pero cuando principió ese proceso creia que iba á tener más reos.

Así hablando, Orugix desarrollaba el manojo de cuerdas.

—Vamos, despachemos, dijo Musdæmon.

—Mucha prisa tiene vuestra cortesía... No tiene que hacer alguna peticion?

—Solo la que os dije: la de que deis las gracias en mi nombre al gran canciller. Pero por Dios, despachemos; estoy impaciente por salir de aquí. ¿Tenemos que andar mucho camino?

—Mucho camino? repitió el hombre rojo, enderezándose y midiendo algunas brazas de cuerda desarrollada. El camino que nos resta pasar no cansará mucho á vuestra cortesía, porque todo lo vamos á despachar sin salir de aquí.

Musdæmon se extremeció.

—Qué quereis decir?

—Y qué quereis decir vos? preguntó el otro.

—Dios mio! exclamó Musdæmon palideciendo como si entreviese un resplandor fúnebre, quién sois?

—Soy el verdugo.

Tembló el secretario íntimo como una hoja movida por el viento.

—¿No venís para facilitarme la evasion? preguntó con voz desfallecida.

El verdugo lanzó una carcajada.

—Sí; para facilitar vuestra evasion al pais de las almas, donde ya no se os podrá volver á coger.

Prosternóse Musdæmon, tocando el suelo con la frente.

—Perdon, tened compasion de mí!... perdon!

—Esta es la primera vez que me dirigen semejante súplica ¿Creeis que yo soy el rey?

Musdæmon se arrastraba de rodillas, ensuciando en el polvo la toga, dando en el suelo con la frente, momentos antes tan erguida, y abrazando los piés del verdugo, lanzando sordos gritos y ahogados sollozos.

—Ea, basta ya, repuso el verdugo. No

habia visto jamás el traje negro humillado ante el traje rojo.

Le rechazó, dándole empellones con el pié.

—No me ruegues á mí; ruega á Dios y á los santos, que te escucharán mejor que yo.

Musdæmon permaneció arrodillado, cubriéndose el rostro con las manos y llorando sin consuelo. Entretanto Orugix, empinándose sobre la punta de los piés, pasó la cuerda sobre la argolla de la bóveda y preparó un nudo corredizo en la extremidad que tocaba en tierra.

—Ya acabé, dijo al reo cuando terminó sus siniestros preparativos; ¿has concluido tú tambien?

—No, exclamó Musdæmon levantándose, no, esto no puede ser. Hay aquí por fuerza alguna horrible equivocacion. El canciller Ahlefeld no es tan infame y... me necesita. Es imposible que os envie por mí. Dejadme huir, ó temed á la cólera del canciller.

—¿No nos has declarado, replicó el verdugo, que eras Turiaf Musdæmon?

El preso quedó un momento silencioso:

—No, dijo despues de repente, no me llamo Musdæmon, me llamo Turiaf Orugix.

—Orugix! Orugix! exclamó el verdugo.

Este arrancó precipitadamente la peluca que ocultaba el rostro del reo y lanzó un grito de estupor:

—Mi hermano!

—Tu hermano! respondió el reo con asombro mezclado de vergüenza y de alegría; eres tú?...

—Nychol Orugix, verdugo del Drontheimnus, para servirte, hermano Turiaf.

Precipitóse el prisionero al cuello del ejecutor llamándole *su hermano, su hermano querido*, pero el reconocimiento fraternal no hubiera alegrado al que lo presenciara. Turiaf prodigaba á Nychol caricias reforzadas con sonrisa afectada y temerosa, á las que Nychol respondia con miradas sombrías y llenas de confusion: así lame el tigre al elefante en el momento en que el pié pesado del mónstruo estruja su vientre.

—Qué felicidad, Nychol! ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo lo siento por tí, contestó el verdugo.

El reo hizo como que no lo oia y prosiguió con voz temblorosa:

—Te casaste y tendrás mujer é hijos... tengo deseos de conocer á mi amable hermana y de abrazar á mis queridos sobrinos.

—Arrumacos del demonio! murmuró el hombre rojo.

—Quiero ser su segundo padre; porque has de saber que soy poderoso, que tengo influjo...

Su hermano le respondió con acento siniestro:

—Sé que gozaste de gran influencia... pero ahora eso se acabó... y como no la tengas con los santos...

Al oir esto desapareció la última esperanza del reo.

—Dios mio! qué dices, Nychol? Creo que estaré libre, ya que te encuentro. Piensa que somos hijos de la misma madre, y que nos alimentó el mismo seno, que jugamos á los mismos juegos en nuestra infancia; acuérdate, Nychol, de que eres mi hermano.

—Hasta ahora tú tampoco te has acordado, respondió el feroz Nychol.

—No, no me debe matar la mano de mi mismo hermano.

—Tuya es la culpa, Turiaf. Tú has cortado mi carrera, tú impediste que yo fuera ejecutor real de Copenhague, tú me has confinado á este miserable pais como verdugo de provincia. Si tú no hubieras sido para mí un mal hermano, no te quejarias ahora de mí. No estaria yo ahora en el Drontheimnus y seria otro el que te apretaria el gaznate. Ya hemos hablado bastante: ya te toca morir.

La muerte es horrible para el malvado, por el mismo sentimiento que la embellece para el hombre de bien; uno y otro van á abandonar lo que tienen de humano, pero el bueno se libra del cuerpo como de una prision y el malo sale de él como de una fortaleza. En los últimos momentos se revela el infierno al alma perversa que no creia en él, y al llamar con inquietud á la sombría puerta de la muerte, no es el vacío el que la responde.

Arrastrábase Turiaf por el suelo, retorciéndose los brazos, alzando clamor más desgarrador que los lamentos de un condenado.

—¡Misericordia de Dios, santos ángeles del cielo, si existís, tened compasion de mí! ¡Nychol, mi querido Nychol, en nombre de nuestra madre, déjame vivir!...

El verdugo le enseñó el pergamino.

—No puedo; la órden es terminante.

—Esa órden no me concierne, balbuceó desesperado el reo; está dictada contra Musdæmon, y yo soy Turiaf Orugix.

—No me vengas con chanzas, dijo Nychol encogiéndose de hombros; bien sabes que esa órden reza contigo. Ademas, añadió con dureza, ayer no hubieras querido ser para mí Turiaf Orugix; pues hoy tampoco serás para mí más que Turiaf Musdæmon.

—Espera, hermano mio, hasta mañana. Es imposible que el gran canciller haya dictado la sentencia de mi muerte. Debe haber aquí alguna equivocacion. El conde de Ahlefeld me aprecia extraordinariamente. Te pido, querido Nychol, que me concedas la vida. Pronto volveré á recobrar mi influjo y entonces te pagaré con usura cuantos servicios...

—Solo puedes ya prestarme uno, le interrumpió Nychol. He perdido dos ejecuciones, con las que contaba, la del excanciller Schumacker y la del hijo del virey. Siempre he de ser desgraciado. Solo me quedan ya las de Han de Islandia y la tuya. Tu ejecucion, por ser secreta, me valdrá doce ducados de oro. Déjame, pues, que te despache. Es todo lo que te pido.

—Oh Dios! exclamó dolorosamente el reo.

—Este será el primero y el último servicio que me prestes, pero en cambio te prometo no hacerte sufrir. Te ahorcaré como á hermano. Resígnate.

Musdæmon se levantó con la nariz hinchada de rabia, con los labios temblorosos, crujiendo los dientes y echando por la boca espumarajos de desesperacion.

—Satanás! rugió; ¡haber salvado al infame Ahlefeld! ¡haber abrazado á mi hermano, y van á matarme! ¡Y he de morir de noche, en un calabozo oscuro, sin que el mundo pueda oir mis maldiciones, sin que mi voz truene contra ellos de un extremo del reino hasta el otro extremo, sin que mi mano desgarre el velo que oculta todos sus crímenes! ¡Y para morir de este modo envilecí toda mi vida!...—Miserable! prosiguió dirigiéndose á su hermano, ¿quieres, pues, ser fratricida?

—Soy verdugo, contestó el flemático Nychol.

—No!... gritó el reo. Se arrojó á luchar á brazo partido con su hermano y sus ojos lanzaban llamas y derramaban lágrimas como las de un toro acosado.—No, no moriré así. No he vivido como temible serpiente para morir como un vil gusano. Dejaré la vida en mi postrer mordedura, pero ésta será mortal.

Esto diciendo, apretaba como á enemigo al que acababa de abrazar como á hermano. El zalamero y adulador Musdæmon se manifestaba en este momento como era habitualmente. La desesperacion habia removido el fondo de su alma como una escoria, y despues de rastrear como un tigre, mordia como un tigre tambien. Difícil era decidir cuál de los hermanos era más horrible en el momento en que luchaban, el uno con la estúpida ferocidad de una fiera y el otro con el furor astuto de un demonio.

Los cuatro alabarderos, hasta entonces impasibles, no permanecieron inmóviles; prestaron auxilio al verdugo, y muy pronto Musdæmon, que no tenia más fuerza que la que su rabia le prestaba, tuvo que rendirse desfallecido. Tendióse boca arriba junto á una pared, lanzando bramidos inarticulados y rascando la piedra con las uñas.

—Morir, demonios del infierno! ¡Morir sin que mis gritos atraviesen estas bóvedas! ¡sin que mis brazos derriben estas paredes!...

Sujetáronle los alabarderos, sin encontrar resistencia, porque sus inútiles esfuerzos le habian rendido. Quitáronle la toga y entonces se cayó de sus bolsillos un paquete cerrado.

—Qué es eso? preguntó el verdugo.

Una esperanza infernal brilló en los ojos desencajados de Turiaf.

—Cómo me habia olvidado de eso? exclamó con infernal alegría. Escucha, hermano Nychol, ese paquete pertenece al gran canciller. Promete remitírselo y haz luego de mí lo que quieras.

—Pues ya que te tranquilizas ahora, te prometo cumplir tu último deseo, aunque acabas de portarte como un mal hermano. A fé de Orugix que llegarán esos papeles al canciller.

—Te pido que se los entregues tú mismo y en propias manos, repitió el reo sonriendo al verdugo, para quien nada significaban las sonrisas.—La satisfaccion con que los recibirá su gracia puede que te valga algun favor.

—De veras, hermano? dijo Orugix; gracias. Puede que me dé el diploma de ejecutor real... Pues bien; separémonos como buenos amigos. Te perdono los arañazos que me hiciste; perdóname tú el collar de cuerda que vas á recibir de mis manos.

—Otro collar me prometió el canciller, respondió Musdæmon.

Lleváronle maniatado los alabarderos al centro del calabozo, y el verdugo le ciñó al cuello el terrible nudo corredizo.

—Turiaf, estás á punto?

—Un instante, un instante por Dios! dijo el reo recobrando su terror; por favor, hermano, no tires de la cuerda hasta que yo te avise.

—No tendré necesidad de tirar de la cuerda, le contestó el verdugo.

Un minuto despues repitió la pregunta:

—Estás á punto?

—Un momento más... Dios mio! ¡Es preciso morir!...

—Turiaf, no tengo tiempo para esperar más. Esto diciendo, invitaba el verdugo á los alabarderos á que se alejasen del reo.

—Escucha una palabra, Nychol; no te olvides de remitir el paquete al conde de Ahlefeld.

—Estáte tranquilo, replicó su hermano. Y luego repitió por tercera vez:

—Vamos; estás á punto?

Abria ya la boca el desgraciado, tal vez para implorar un minuto más de vida, cuando, impaciente el verdugo, se agachó y dió la vuelta á un boton de cobre que sobresalia del suelo. El piso se abrió de repente bajo los piés del reo y éste desapareció por una trampa cuadrada, sonando al mismo tiempo la cuerda que se tendia de pronto con sonoras vibraciones, causadas en parte por las últimas convulsiones del moribundo. Luego solo se vió en el calabozo la cuerda que se agitaba en la sombría abertura, de la que salia viento fresco y rumor parecido al del agua corriente.

Los alabarderos retrocedieron horrorizados. El verdugo se acercó á la abertura, asió con la mano la cuerda, que seguia vibrando, y se suspendió sobre el abismo, apoyando los dos piés sobre los hombros del ahorcado. La cuerda fatal se tendió con ronco són, quedando inmóvil. Un suspiro ahogado acababa de salir por la trampa.

—Bravo! exclamó el verdugo, entrando en el calabozo.—Adios, hermano.

Luego sacó un cuchillo de la cintura y dijo:

—Ahora servirás de pasto á los peces del golfo: tu cuerpo es ya presa del agua, como tu alma lo será del fuego.

Diciendo esto, el verdugo cortó la cuerda tirante: el pedazo de ella que quedó suspendido de la argolla, botando, sacudió la bóveda, mientras se oia, por el peso del cadáver, saltar el agua tenebrosa y profunda y continuar luego hácia el golfo su curso subterráneo.

El verdugo cerró la trampa lo mismo que la abrió. Al momento de incorporarse vió que el calabozo se llenaba de humo.

—Qué es eso? preguntó á los alabarderos. De dónde viene ese humo?

Ellos lo ignoraban tambien. Sorprendidos, abrieron la puerta del calabozo y vieron que los corredores de la prision estaban igualmente inundados de humo espeso y nauseabundo. Una salida secreta los condujo alarmados al patio cuadrado, en el que les esperaba horrible espectáculo.

Un inmenso incendio, atizado por la violencia del viento del Este, devoraba la prision militar y el cuartel de los arcabuceros. Las llamas, arrebatadas en torbellino, rastreaban alrededor de las paredes de piedra, coronaban los techos abrasados y salian como por otras tantas bocas por las ventanas consumidas; y las negras torres de Munckholm, tan pronto se enrojecian con claridad siniestra, como desaparecian entre densas nubes de humo.

Un carcelero que, huyendo, atravesaba el patio, les enteró de que el fuego habia salido, mientras dormian los centinelas de Han de Islandia, del calabozo del mónstruo, al que tuvieron la imprudencia de facilitarle paja y un brasero encendido.

—Soy muy desgraciado! exclamó Orugix al oir lo referido; ahora se me ha escapado tambien Han de Islandia. Habrá muerto abrasado. ¡Ya no tendré ni su cadáver, que me costó dos ducados de oro!

Los desgraciados arcabuceros de Munckholm despertaron sobresaltados á la vista de aquel inminente peligro de muerte y se apiñaban en tropel para salir por la puerta principal, atascada con funestas barricadas; oíanse desde fuera sus lamentos de agonía y de desesperacion; se les veia retorcerse los brazos en las ventanas incendiadas, ó precipitarse sobre las losas del patio, evitando así una muerte con otra. Las llamas vencedoras abrasaban ya todo el edificio antes de que tuviese tiempo de acudir el resto de la guarnicion. Ahora ya eran inútiles todos los auxilios. Por fortuna el edificio estaba aislado; limitáronse, pues, los soldados á derribar á hachazos la puerta principal; pero esto sucedió ya tarde, porque al momento en que aquella se abria, derrumbóse todo el maderámen incendiado del techo del cuartel, cayendo con horrible estruendo sobre los infelices soldados, arrastrando en su

caida los tejados y los pisos incendiados. Desapareció entonces el edificio entero entre un torbellino de polvo inflamado y de humo ardiente, en medio del que se oian fúnebres lamentos.

Al dia siguiente por la mañana solo se elevaban ya en el patio cuadrado cuatro altas paredes negras y calientes aun, en torno de un horrible monton de escombros humeantes, que continuaban devorándose unos á otros, como fieras en un circo. Luego que aquellas ruinas se enfriaron, se hicieron en ellas profundas excavaciones. Debajo de una capa de piedras, de vigas y de cerrojos retorcidos por el fuego, yacía un monton de huesos blanqueados y de cadáveres; aquellos muertos y hasta unos treinta soldados, la mayor parte inválidos, era todo lo que quedaba del brillante regimiento de Munckholm.

Cuando, removiendo las ruinas de la prision, llegaron al fatal calabozo desde el que se propagó el incendio, y que ocupaba Han de Islandia, se encontraron en él los restos de un cuerpo humano, tendidos junto á un brasero de hierro, sobre pedazos de cadenas rotas; observándose con gran admiracion que entre aquellas cenizas habia dos cráneos, pero un solo cadáver.

## LI.

SALADINO.
Bravo, Ibrahim! Preciso es confesar que eres mensajero de buenas noticias; gracias te doy por la que me traes.

EL MAMELUCO.
Y nada más?

SALADINO.
Qué esperas?

EL MAMELUCO.
¿No hay nada más que éso para el mensajero de buenas nuevas?

(LESSING.)

Pálido y desencajado, el conde de Ahlefeld se pasea con agitacion en su cámara, estrujando entre las manos un paquete de cartas que acaba de leer, y golpea con el pié el lustroso mármol del pavimento y las alfombras con rapacejos de oro.

En el lado opuesto del gabinete está, en pié y en actitud de respetuosa sumision, Nychol Orugix, vestido de rojo y con el sombrero en la mano.

—¡Buen servicio me has hecho, Musdæmon! murmuró el canciller entre sus dientes, que apretaba la cólera.

El verdugo levantó tímidamente su estúpida mirada y preguntó:

—Está contento su gracia?

—Qué quieres tú? dijo el canciller volviéndose bruscamente.

El verdugo, ufano de haber atraido las miradas del canciller, sonrió con esperanza.

—Qué es lo que quiero, señor?... El empleo de ejecutor real de Copenhague, si vuestra gracia se digna pagar con este alto favor las buenas nuevas que le he traido.

Llamó el canciller á los dos alabarderos que estaban de guardia á la puerta de su habitacion y les dijo:

—Que prendan á ese villano, que tiene la insolencia de provocarme.

Los dos guardias se llevaron á la fuerza á Nychol, que estaba estupefacto y consternado, pero que, esto no obstante, aventuró esta palabra:

—Señor!...

—Ya no eres verdugo del Drontheimnus: anulo tu diploma, añadió el canciller cerrando la puerta de golpe.

Tomó las cartas el canciller, las leyó y las releyó con rabia, embriagándose, por decirlo así, con su deshonor; porque esas cartas eran las de la antigua correspondencia de la condesa con Musdæmon. Estaban escritas por la mano de Elfega, y en ellas ve el conde, por confesion de su esposa, que Ulrica no es hija suya, y que Federico, tan querido y llorado, quizás tampoco lo es. El desgraciado conde recibe su castigo del mismo orgullo que causó todos sus crímenes. No estaba suficientemente castigado con que se le escapase su venganza de entre las manos; era necesario, para su completa punicion, que viera desvanecerse todos sus sueños ambiciosos, que se le presentase ante sus ojos el envilecimiento de su vida pasada y viera perdido su porvenir. Qüiso perder á sus enemigos, y solo logró perder su crédito, su consejero y hasta sus derechos de marido y de padre.

El conde desea ver por última vez á la esposa que le hizo traicion, y con esta idea cruza con paso rápido los salones que le separan de ella, sacudiendo las cartas con las manos, como si de ese modo pudiera sacudirse de su deshonra. Abre al fin furioso la puerta de las habitaciones de Elfega y entra...

Su culpable esposa acaba de saber de súbito, por el coronel Wethaum, la horrible muerte que sufrió su hijo Federico. La pobre madre se habia vuelto loca.

## CONCLUSION.

¿Lo que hombre dice de burlas
de veras vas á tomar?
(ROMANCERO.)

Quince dias hacia ya que los acontecimientos que acabamos de relatar ocupaban todas las conversaciones de Drontheim y del Drontheimnus, juzgados bajo los diversos aspectos que habian aparecido. El populacho de la ciudad, que esperaba en vano el espectáculo de siete ejecuciones sucesivas, perdia ya la esperanza de que se realizasen; y las viejas, casi ciegas, referian aun que ellas vieron la noche del deplorable incendio del cuartel á Han de Islandia volar entre las llamas, riéndose del incendio, y derribar con sus piés los techos encendidos del edificio sobre los arcabuceros de Munckholm; cuando Ordener, despues de una ausencia que pareció á Ethel demasiado larga, éste reapareció en la torre del Leon de Slesvig, acompañado del general Levin de Kund y del sacerdote Atanasio Munder.

Paseábase Schumacker entonces por el jardin apoyado en el brazo de su hija. Cuando se volvieron á ver los dos jóvenes esposos, se hicieron gran violencia para no abrazarse cariñosamente; tuvieron que contentarse con dirigirse una expresiva mirada. Schumacker estrechó con afecto la mano de Ordener y saludó con afabilidad á los que con él venian.

—Bendiga el cielo vuestra vuelta, dijo á Ordener el prisionero.

—En este momento acabo de llegar, contestó el hijo del virey. Abracé á mi padre en Berghen y vengo á ver á mi segundo padre en Drontheim.

—Qué quereis decir? le preguntó asombrado el anciano.

—Que vengo á pediros la mano de vuestra hija.

—A mi hija! exclamó el prisionero volviéndose hácia Ethel, que estaba temblorosa y ruborizada.

—Sí, conde de Schumacker, amo á vuestra hija, la consagré mi vida y me pertenece.

Una nube sombría oscureció la frente del ex-canciller.

—Sois un jóven noble y digno, hijo mio, y aunque vuestro padre me hizo mucho daño, por vos todo se lo perdono, y veria con gusto que se celebrara la boda que deseais; pero se opone á ello un obstáculo...

—Qué obstáculo? preguntó Ordener casi inquieto.

—Vos amais á mi hija; pero, ¿estais seguro de que ella os corresponde?

Los dos amantes se miraron, mudos de sorpresa.

—Mucho lo siento, porque os amo y hubiera querido llamaros hijo mio; pero Ethel se opone y me confesó que le inspirábais aversion. Desde que os ausentásteis, cuando le hablo de vos, ella calla, y esto me indica que no os profesa el afecto que á mí me inspirais. Renunciad, pues, á ese amor, ya que en este mundo el tiempo cura de haber amado, como cura de haber aborrecido.

—Señor!... exclamó Ordener estupefacto.

—Padre mio! exclamó tambien Ethel, cruzando las manos.

—Tranquilízate, hija mia; este enlace me gustaria, pero á tí no te place y esto me basta; no violentaré tu corazon, Ethel. Desde hace quince dias estoy muy variado. Tu voluntad es la mia. Tú eres libre.

Atanasio Munder sonreia.

—No lo es, respondió.

—Os equivocais, padre mio, dijo Ethel enardecida. No ódio á Ordener.

—Cómo! exclamó su padre.

—Yo soy... Iba la jóven á concluir su idea, pero se detuvo.

Ordener se arrodilló á los piés del anciano.

—Es mi esposa. Perdonadme, ya que mi padre me perdonó tambien, y bendecid á vuestros hijos.

Schumacker, en el colmo de la sorpresa, bendijo á los dos jóvenes que se inclinaban delante de él.

—Tanto he maldecido en mi vida, que ahora acojo sin exámen todas las ocasiones que se me presentan de bendecir. Pero esplicadme esto qué significa.

Esplicáronle todo lo sucedido; el pobre anciano lloraba de ternura, de reconocimiento y de alegría.

—Me creia sábio: ¡soy viejo y no he sabido comprender el alma de una jóven! En fin, más vale así. Ordener Guldenlew, añadió el venerable Schumacker, valeis más que yo: que yo, en la época de mi prosperidad, no hubiera descendido de mi altura para unirme á la hija pobre de un infeliz prisionero de Estado.

El general Levin de Kund, estrechando la mano del preso, le entregó un rollo de pergaminos y le dijo:

—Señor conde, ya no podeis decirlo, que aqui os traemos los títulos que el rey os habia ya enviado por conducto del capitan Dispolsen. A dichos títulos

acaba de añadir su majestad vuestro indulto y vuestra libertad.

—Indulto y libertad! respondió Ethel delirante de alegría.

—Condesa de Danneskiold! añadió el padre leyendo los pergaminos.

—Sí, conde, continuó el general; recobrais en un mismo dia todos vuestros honores y dignidades y todos vuestros bienes.

—A quién debo todo esto? preguntó, radiante de dicha, Schumacker.

—Al general Levin de Kund, respondió Ordener.

—Levin de Kund! Bien os lo decia yo, señor gobernador; Levin de Kund es el mejor de los hombres. ¿Pero por qué personalmente no vino á traerme la felicidad? Dónde está que no viene?

Ordener le presentó asombrado al general, que sonreia y lloraba, diciendo al ex-preso:

—Aquí le teneis.

Conmovedora é indescriptible fué la escena que pasó entre los dos antiguos y leales compañeros de juventud y de poder. El corazon de Schumacker se dilataba al fin; al conocer á Han de Islandia, dejó de aborrecer á los hombres; al conocer á Ordener y á Levin de Kund, empezaba á quererles.

Pocos dias despues brillantísimas fiestas solemnizaron el sombrío himeneo contraido en un calabozo. La vida comenzó á halagar á los dos jóvenes esposos, á los que momentos antes empezaba la muerte á sonreir. El conde de Ahlefeld vió que eran dichosos y este fué su mayor castigo.

Atanasio Munder tambien consiguió realizar sus deseos, obteniendo el perdon de los doce reos que le prometió Ordener, al que éste añadió el de sus antiguos compañeros de infortunio Kennybol, Jonás y Norbith, que volvieron á sus casas libres y gozosos, á decir á los mineros que el rey les libertaba de su tutela.

Schumacker disfrutó poco tiempo con la ventura del matrimonio de Ethel y de Ordener; la libertad y la felicidad agitaron demasiado su alma, que fué á gozar de otra ventura y de otra libertad. Murió en el mismo año 1699, y esa pesadumbre afligió á sus hijos, como para hacerles comprender que no hay felicidad perfecta en el mundo. Schumacker fué enterrado en la iglesia de Ver, en la hacienda que poseia su yerno en el Jutland, y en el sepulcro conservó todos los títulos, de los que le habia despojado el cautiverio. De la union de Ordener y de Ethel nació la familia de los condes de Danneskiold.

FIN DE HAN DE ISLANDIA.

# BUG-JARGAL.

1791.

# 1832.

N 1818 el autor de este libro tenia diez y seis años, y se atrevió á apostar que escribiria un volúmen en quince dias: hijo de esa apuesta fué *Bug-Jargal:* en esa edad se apuesta por cualquier cosa y se improvisa sobre cualquier asunto.

Este libro se escribió, pues, antes que *Han de Islandia*; y aunque siete años más tarde el autor le retocó y volvió á escribir algunas de sus páginas, no por eso deja de ser, en cuanto al fondo y á los detalles, la primera obra que él autor escribió.

Este ruega á los lectores que le dispensen si les entretiene en estos detalles poco importantes; pero cree que al corto número de personas que se complacen en clasificar por órden de nacimiento y por órden de talla las obras de un poeta, por oscuro que sea éste, les gustará saber la edad de *Bug-Jargal*; y en cuanto al que escribió ese libro, como esos viajeros que vuelven la cabeza en medio del camino, tratando de descubrir todavía en los pliegues brumosos del horizonte el lugar de donde partieron, se complace tambien en recordar esa época de tranquilidad, de audacia y de confianza, en la que él abordó de frente asunto tan trascendental como fué la rebelion de los negros de Santo Domingo en 1731, lucha de gigantes, en cuya lucha se interesaron tres mundos y combatieron el de Europa y de Africa en el campo de batalla del de América.





# BUG-JARGAL.

## I.

. . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . .

CUANDO le llegó el turno al capitan Leopoldo de Auvernery, abriendo mucho los ojos, confesó á la reunion que no encontraba en su vida suceso alguno que fuese digno de referirse y de llamar la atencion.

—Pero capitan, le contestó el teniente Enrique, ¿no habeis viajado y recorrido el mundo? ¿No habeis visitado las Antillas, el Africa, la Italia, la España?... Aquí teneis á vuestro perro cojo.

Extremecido Auvernery, dejó caer el cigarro y se volvió bruscamente hácia la entrada de la tienda de campaña, en el momento en que un perro grande corria hácia él cojeando.

Al aproximársele, aplastó el perro el cigarro del capitan, sin que éste se apercibiese; el animal le lamió los piés, le acarició con el rabo, brincó de alegría y despues se acostó delante de él. El capitan le acariciaba maquinalmente con la mano izquierda, apartando con la derecha la carrillera del casco y repitiendo de vez en cuando:—Ya estás aquí Rask?... Quién te ha traido?

—Con vuestro permiso, mi capitan...

Hacia ya algunos minutos que el sargento Tadeo habia levantado la cortina de la tienda y estaba de pié, llevando oculto el brazo debajo del capote, con lágrimas en los ojos, contemplando en silencio el desenlace de aquella Odisea. Al fin aventuró estas palabras: *Con vuestro permiso, mi capitan.*

—Ah, eres tú, Tadeo? y ¿cómo pudiste?... pobre perro! Ya le creia yo en el campamento inglés. ¿Dónde le has encontrado?

—¡Gracias á Dios, mi capitan, me veis tan ufano y contento como á vuestro sobrino cuando le hacíais declinar *cornu*, el cuerno; *cornu*, del cuerno.

—Pero, díme, dónde le hallaste?

—No le hallé; le fuí á buscar.

El capitan se levantó y alargó la mano al sargento, pero la mano de éste permaneció envuelta en el capote: Auvernery no lo notó.

—Es que, mi capitan, desde que se perdió el pobre Rask, me apercibí, con el permiso de estos señores, de que os faltaba algo. Para decíroslo todo, creo que la noche que no vino, como de costumbre, á participar de mi pan de municion, faltó poco para que el veterano Thad se echase á llorar como un niño. Pero no, que yo, á Dios gracias, solo he llorado dos veces en mi vida: la primera... cuando... el dia en que...—El sargento miraba con inquietud al capitan.

—La segunda, cuando se le metió en el caletre al estúpido de Baltasar, cabo de la séptima media brigada, hacerme pelar un manojo de cebollas.

—Me parece, Tadeo, exclamó riendo Enrique, que no nos habeis dicho por qué llorásteis la primera vez.

—¿Sin duda fué cuando recibiste la acolada de la Torre de Auvergne, primer granadero de Francia? preguntó con afectacion el capitan, acariciando al perro.

—No, no, mi capitan; si alguna vez pudo llorar el sargento Tadeo no debe caberos duda de que debió ser el dia en que ordenó hacer fuego contra Bug-Jargal, por otro nombre Pierrot.

Anublóse el rostro, antes risueño, de Auvernery y se aproximó con prontitud al sargento para estrecharle la mano; pero á pesar de querer honrarle de ese modo, el veterano Tadeo retuvo la mano siempre oculta debajo del capote.

—Sí, sí, mi capitan, continuó Tadeo, retrocediendo dos pasos, mientras que Auvernery fijaba en él miradas de penosa expresion.

—Sí, sí, lloré entonces por él; lo merecia. Verdad es que era un negro, pero tambien es negra la pólvora con que se carga el cañon y...

El bueno del sargento hubiese querido terminar con acierto esa comparacion; en ese símil habia algo agradable para su pensamiento, pero inútilmente probó á expresarlo; y despues de atacar, por decirlo así, su idea en todos los sentidos, cómo el general en jefe de un ejército que se estrella contra una plaza fuerte y levanta bruscamente el sitio, siguió su relato, sin preocuparse de la sonrisa que asomó á los labios de los jóvenes oficiales que le escuchaban.

—Decidme, mi capitan, ¿os acordais de aquel pobre negro cuando llegó sofocado, cuando ya estaban allí sus diez compañeros? Verdaderamente fué preciso atarlos. Yo mandaba allí. ¿Y cuando los desató él mismo para ocupar su puesto, aunque ellos no querian? Pero fué inflexible. Oh, qué hombre! ¡Era un verdadero Gibraltar! ¿Recordais, mi capitan, cuando se mantenia tieso, como si fuese á bailar, y que su perro, este mismo Rask, que comprendió lo que le iba á suceder á su amo, se abalanzó á morderme?...

—Cuando llegas á ese pasaje de tu historia, interrumpió el capitan, Tadeo, siempre acaricias á Rask... observa cómo te mira...

—Teneis razon, contestó el sargento con embarazo, me mira el pobre Rask, pero... pero la vieja Malagrida me dijo que es de mal agüero acariciar con la mano izquierda.

—Y por qué no con la derecha? preguntó sorprendido Auvernery, fijándose por primera vez en que Tadeo tenia la mano envuelta en el capote y el semblante extraordinariamente pálido.

Con estas observaciones aumentó la turbacion del sargento.

—Con vuestro permiso, mi capitan, es que... teníais ya un perro cojo, y temo que acabeis por tener un sargento manco.

El capitan saltó de su asiento.

—Cómo! qué dices, Tadeo?—A ver el brazo... Auvernery temblaba, el sargento apartó el capote lentamente, y ofreció ante la vista de su jefe el brazo envuelto en un pañuelo ensangrentado.

—Pero, Dios mio, qué es eso? exclamó el capitan desenvolviendo con mucho cuidado la envoltura del brazo.

—Pues nada... es muy sencillo. Os dije ya que habia observado vuestra pesadumbre desde que los malditos ingleses os robaron el perro, el pobre Rask, el dogo de Bug... basta. Hoy me propuse recuperarlo, aunque me costase la vida, para poder ya cenar esta noche con apetito; y así, despues de recomendar á Mathelet que cepillase vuestro uniforme de gala, porque mañana es el dia de la batalla, desaparecí del campamento, sin más armas que mi sable, y emprendí el camino á través de los setos para llegar más pronto al campamento de los ingleses. Antes de llegar á los primeros atrincheramientos ví un numeroso grupo de soldados vestidos de rojo, en un bosquecillo de la izquierda. Avancé con la idea de olfatear lo que era aquello; ellos no reparaban en mí, pero yo ví en medio de ellos á Rask, atado á un árbol, mientras que dos milores, desnudos de cintura arriba, como paganos, propinábanse el uno al otro sendos puñetazos, que producian tanto ruido como el tambor de una media brigada. Eran dos ingleses desafiados, que se batian por vuestro perro. Pero hé aquí que Rask me ve y me conoce; y dá tal sacudida, que rompe la cuerda que lo amarraba y vino corriendo á buscarme. Claro es que los demás no estuvieron quietos. Yo corrí hácia el bosque; Rask me siguió, y multitud de balas silbaron en mis oidos. Rask ladraba, pero dichosamente los ingleses no podian oirle, porque sofocaban los ladri-

dos con sus gritos de *French dog!* ¡*French dog!* como si este hermoso perro no hubiera nacido en Santo Domingo. Pero no hago caso: atravieso el bosque, y ya iba á salir de él, cuando dos soldados colorados se presentan delante de mí. Uno de ellos cae bajo los golpes de mi sable, y me hubiera desembarazado tambien del otro á no llevar, como llevaba, una pistola cargada con bala. Aquí está la prueba, en mi brazo derecho, pero ¡no importa! *French dog* le saltó al cuello y el inglés cayó extrangulado; le abrazó con gran violencia. Pero, ¿por qué ese pobre diablo me perseguia como un pobre persigue á un seminarista? En fin, Tadeo volvió al campamento y Rask tambien. Lo único que siento es que Dios no me haya reservado este accidente para la batalla de mañana.

Las facciones del veterano sargento se entristecieron con la idea de haber recibido la herida fuera de la batalla.

—Tadeo! gritó irritado el capitan; y despues, dulcificando la voz, añadió: ¿estás loco para exponer así la vida por un perro?

—No era por un perro, mi capitan, era por Rask.

El rostro de Auvernery se serenó de repente. El sargento continuó:

—Por Rask, por el dogo de Bug...

—Basta, basta, gritó el capitan, cubriéndose los ojos con la mano.—Vamos, añadió despues de breve silencio, apóyate en mi brazo y ven conmigo á la ambulancia.

Tadeo obedeció, despues de oponer respetuosa resistencia. El perro, que habia de gozo medio roido la magnífica piel de oso en que se sentaba su amo, se levantó y siguió á los dos.

## II.

Este episodio excitó vivamente la curiosidad de los jóvenes narradores. El capitan Leopoldo de Auvernery era uno de esos hombres que en cualquiera posicion que la casualidad de la naturaleza ó el movimiento de la sociedad les coloque inspiran siempre cierto respeto y cierto interés. Al primer golpe de vista nada presentaba llamativo, sin embargo; sus modales eran frios, sus miradas indiferentes. El sol de los trópicos, al broncear su semblante, no le hizo adquirir la vivacidad de gesto y de palabra que va unida en los criollos á una molicie graciosa con frecuencia. Auvernery hablaba poco, escuchaba raras veces, mostrándose siempre dispuesto á obrar. Era el primero que montaba á caballo y el último que se retiraba á la tienda de campaña, como buscando en las fatigas corporales distraccion á sus pensamientos. Sus pensamientos, que habian grabado sù triste severidad en las arrugas precoces que surcaban su frente, no eran de los que se desechan comunicándolos, ni de los que en una conversacion frívola se mezclan voluntariamente con las ideas de los demás. Leopoldo de Auvernery, al que los trabajos de la guerra no debilitaban la fuerza corporal, parecia causarle insoportable fatiga lo que llamamos las luchas del espíritu. Huía de las discusiones y buscaba las batallas. Si algunas veces se dejaba arrastrar á un combate de palabra, pronunciaba tres ó cuatro frases llenas de sentido y de razon, pero despues, en el acto de convencer á su adversario, deteníase de improviso, diciendo: *¿de qué sirve esto?* y salia para preguntar al comandante qué debia hacer mientras esperaba la hora de entrar á la carga ó de dar el asalto.

Sus compañeros hasta justificaban sus hábitos frios, reservados y taciturnos, porque en todas las ocasiones le encontraban bravo, bueno y benévolo. Habia salvado alguna vez la vida á sus camaradas, exponiendo la suya, y á estos les constaba que si el capitan abria la boca raras veces, la bolsa nunca la tenia cerrada. Era querido en el ejército y se le perdonaba la especie de veneracion que consiguió adquirir.

Era muy jóven, porque aunque aparentaba tener treinta años, estaba lejos de tenerlos. Aunque hacia ya tiempo que combatia en las filas republicanas, no se conocian sus aventuras. El solo sér que, además de Rask, pudo arrancarle alguna viva demostracion de afecto, era el veterano sargento Tadeo, que entró al mismo tiempo que él en el cuerpo y nunca le abandonaba, y relataba con vaguedad alguna vez alguna circunstancia de la vida de Auvernery. Sabíase que éste habia experimentado grandes desgracias en América, que se casó en Santo Domingo, que perdió á su esposa y á toda su familia en las matanzas que señalaron la invasion de la revolucion en esa magnífica colonia. En esa época de nuestra historia eran tan comunes los infortunios de ese género, que se formó una especie de compasion general, de la que cada uno tomaba y llevaba su parte. Compadecíase, pues, al capitan Auvernery, no tanto por las

pérdidas que habia sufrido, como por su manera de sufrirlas; que al través de su indiferencia glacial vislumbrábase á veces el extremecimiento de una llaga interior, incurable.

Desde el momento en que entraba en batalla se serenaba su frente; mostrábase intrépido en la accion, como si desease ascender á general, y modesto despues de la victoria, como si no quisiese ser más que simple soldado. Sus compañeros, al verle desdeñar honores y grados, no alcanzaban á comprender por qué antes del combate parecia que los deseaba, sin adivinar que el capitan Auvernery, de todas las fortunas de la guerra únicamente deseaba la muerte.

Los representantes del pueblo que desempeñaban una mision en el ejército, un dia le nombraron jefe de brigada sobre el campo de batalla; y rehusó este ascenso, porque al separarse de la compañía era preciso abandonar al sargento Tadeo. Algunos dias despues se ofreció á conducir una expedicion peligrosa, y regresó de dicha expedicion sano y salvo, contra la espectacion general y contra su propia esperanza. Oyósele entonces decir que sentia no haber aceptado la graduacion que rehusó:—"Supuesto que el cañon me respeta siempre, la guillotina, que hiere á todos los que se elevan, quizás no me hubiera respetado."

## III.

Tal era el hombre sobre el que se entabló la siguiente conversacion en cuanto salió de la tienda de campaña.

—Apostaria cualquier cosa, dijo el teniente Enrique, limpiándose una bota en la que el perro al pasar dejó una mancha de barro, apostaria cualquier cosa á que el capitan no daria la pata rota de Rask por diez canastos de vino de Madera que vimos el otro dia en el furgon del general.

—Calla, calla, contestó el ayudante Paschal, que eso seria hacer un mal negocio. Los canastos ahora ya están vacíos, y treinta botellas vacías, habeis de convenir conmigo, teniente, no valen tanto como la pata de ese pobre perro, que en último caso podria servir para llamador de una campanilla.

La reunion se echó á reir por el tono grave con que el ayudante pronunció las anteriores palabras. El jóven oficial de húsares, Alfredo, único que permanecia sério, dijo con descontento:

—No veo, señores, que haya motivo para chancearse con lo que acaba de pasar. Tanto el perro como el sargento, que siempre he visto al lado de Auvernery, me parecen susceptibles de inspirarnos interés. En fin, esa escena...

Paschal, picado del descontento de Alfredo y del buen humor de los otros, le interrumpió:

—Sí, esa escena es muy sentimental! Un perro recobrado y un brazo roto!

—Capitan Paschal, no teneis razon, contestó Enrique, arrojando fuera de la tienda de campaña la botella que acababa de vaciar; ese Bug, por otro nombre Pierrot, pica singularmente mi curiosidad.

Paschal, que iba á incomodarse, se apaciguó al notar que su vaso, que creia vacío, estaba lleno. Auvernery volvió á entrar y se sentó silenciosamente en su sitio. Venia pensativo, pero con el rostro sereno. Parecia tan preocupado, que no oia nada de lo que se hablaba á su alrededor. Rask, que entró con él, se acostó á sus piés, mirándole con aire inquieto.

—Vuestro vaso, capitan Auvernery... probad este vino.

—Gracias á Dios, contestó el capitan, creyendo responder á lo que le dijo Paschal, la herida no es peligrosa, no hay rotura en el brazo.

Solo el respeto involuntario que el capitan inspiraba á sus compañeros contuvo la carcajada que estuvo á punto de salir de los labios de Enrique.

—Suponiendo, pues, que ya no debe inquietaros el estado de Tadeo y que convenimos en referir cada uno una aventura para abreviar esta noche de vivac, espero, querido amigo, que cumplais el compromiso contraido, relatándonos la historia del perro cojo y de Bug... no sé cómo, por otro nombre Pierrot.

A esta invitacion, hecha entre sério y broma, nada hubiera respondido Auvernery si los demás circunstantes no hubieran hecho coro al teniente.

Por fin cedió á los ruegos de sus compañeros.

—Pues, señores, voy á satisfacer vuestra curiosidad, pero no espereis oir más que una sencilla anécdota, en la que yo juego papel secundario. Si el afecto que nos profesamos Tadeo, Rask y yo os hace esperar una historia interesante, os prevengo que os llevareis chasco. Empiezo, pues.

Reinó profundo silencio. Paschal vació de un solo trago su calabaza, que contenia aguardiente; Enrique se envolvió

con la piel de oso semi-roida para preservarse del frio de la noche, y Alfredo acabó de tararear la cancion de *Mata Perros*.

Auvernery permaneció un momento pensativo, como trayendo á la memoria sucesos ya mucho tiempo reemplazados por otros; al fin tomó la palabra lentamente, hablando en voz baja y haciendo frecuentes pausas.

## IV.

Nací en Francia, pero siendo muy jóven me enviaron á Santo Domingo á casa de uno de mis tios, colono muy rico, con cuya hija estaba convenido mi matrimonio.

Las habitaciones de mi tio estaban inmediatas al castillo de Galifet y sus plantaciones ocupaban casi todas las llanuras del Acul.

Esa desgraciada posicion, cuya referencia creereis que debe ofrecer poco interés, fué una de las primeras causas de los desastres y de la ruina total de la familia.

Ochocientos negros cultivaban los inmensos dominios de mi tio, y debo confesaros que la triste condicion de esos esclavos la agravaba todavía la insensibilidad de su dueño. Era mi tio uno de esos colonos que escasean por fortuna, á los que el largo hábito del despotismo habia endurecido el corazon. Acostumbrado á que le obedecieran á la más insignificante mirada, la menor vacilacion por parte del esclavo era castigada con sumo rigor, y con frecuencia la intercesion de sus hijos solo servia para aumentarle la cólera; por lo que nos veíamos su hija y yo obligados á limitarnos á aliviar en secreto males que no podíamos evitar.

—Vaya! exclamó Enrique en voz baja, dirigiéndose al que tenia á su lado; palabras y nada más que palabras! Espero que el capitan no dejará pasar las desgracias de los citados negros sin alguna disertacion acerca de los deberes que impone la humanidad, etc. No se hubiera podido pasar por otra cosa en el club de Massiac. (1)

—Os doy gracias, Enrique, por el aviso que me libra de ponerme en ridículo.

(1) Para la inteligencia de nuestros lectores, diremos que el club *Massiac* era una asociacion de negrófilos. Dicho club, formado en París al alborear la Revolucion, provocó la mayor parte de las insurrecciones que entonces estallaron en las colonias.

contestó con frialdad Auvernery, que habia oido lo anterior.

Despues prosiguió:

—Entre todos los esclavos, uno solo supo captarse el afecto de mi tio; era un enano español, zambo de color, (1) que le regaló Effingham, gobernador de la Jamaica.

Mi tio, que residió mucho tiempo en el Brasil, contrajo allí los hábitos del fausto portugués, y le gustaba rodearse en su casa de un aparato que correspondiese á su riqueza. Numerosos negros dedicados al servicio, como los criados europeos, daban á su residencia cierto brillo señorial. Para que en todo tuviese ese carácter, hizo su bufon del esclavo que le regaló lord Effingham, á imitacion de los antiguos príncipes feudales. Hay que convenir en que tuvo acierto en la eleccion. El zambo Habibrah (así se llamaba) era uno de esos séres de tan extraña conformacion física, que parecerian mónstruos si no movieran á risa. Aquel enano repugnante era gordo, rechoncho, ventrudo, y movia con singular rapidez sus piernas, delgadas y endebles, que cuando se sentaba quedaban plegadas debajo de él como las patas de una araña. Su cabeza enorme, pesadamente hundida entre las espaldas, estaba erizada de lana roja y crespa, teniendo por apéndice descomunales orejas, de las que decian sus camaradas que Habibrah se servia para enjugarse las lágrimas cuando lloraba. Su rostro era una contínua mueca, pero mueca siempre distinta; ostentaba extraña movilidad de facciones, que al menos daba á su fealdad la ventaja de la variedad; mi

(1) Será conveniente una explicacion para la mejor inteligencia de dicha palabra. Al desarrollar M. Moreau de Saint-Mery el sistema de Franklin, clasificó en especies genéricas los diferentes matices que presentan las mezclas de las poblaciones de color.

Supone que el hombre constituye un todo de ciento veintiocho partes, blancas entre los blancos y negras entre los negros. Partiendo de este principio, establece que se está tanto más cerca ó más lejos del uno ó del otro color, cuanto nos aproximamos ó alejamos más del término sesenta y cuatro, que les sirve de medio proporcional. Segun dicho sistema, todo hombre que no tenga ocho partes de blanco es reputado negro. Avanzando de este color hácia el blanco, distínguense nueve troncos principales, que entre sí constituyen otras variedades, segun el mayor ó menor número de partes que retienen de uno á otro color. Estas nueve especies son; *El quinceron, salto atrás, el zambo, el morabito, el mulato, el cuarteron salto atrás, el mestizo, el mameluco, el cuarteron* y *el quinceron*.

*El quinceron*, al continuar su union con el blanco, acaba en cierto modo por confundirse con este color. Asegúrase, no obstante, que siempre conserva en una parte del cuerpo la imborrable traza de su origen.

El *zambo* es resultado de cinco combinaciones, y puede tener desde veinticuatro hasta treinta y dos partes blancas y noventa y seis ó ciento cuatro negras.

tio le profesaba afecto por su rara deformidad y por su inalterable buen humor. Habibrah era su favorito. Mientras los demás esclavos veíanse agobiados de escesivo trabajo, Habibrah no tenia otro encargo que el de llevar detrás de su amo un largo abanico de plumas de pájaros del paraiso para espantar los mosquitos y demás volátiles incómodos. Mi tio le hacia comer á sus piés sentado en una esterilla de juncos, y poníale siempre de su propio plato algun resto de sus manjares predilectos. Por su parte, Habibrah mostrábase agradecido á tantas bondades, usando solo de sus privilegios de bufon y del derecho de hacer y de decir cuanto se le antojase, para divertir á su amo con mil locas palabras acompañadas de contorsiones, y al menor signo de mi tio acudia con la agilidad de un mono y con la sumision de un perro.

Me era antipático aquel esclavo. En su servidumbre habia algo demasiado rastrero, y si es verdad que la esclavitud no deshonra, la domesticidad envilece. Miraba yo con piadosa benevolencia á los desgraciados negros que veia trabajar todo el dia sin que un mal guiñapo tapara sus caderas; pero aquel farsante disforme, aquel esclavo holgazan, con sus ridículos trajes llenos de galones y de cascabeles, solo desprecio me inspiraba. Por otra parte, el enano no aprovechaba en favor de sus hermanos el crédito que sus bajezas le habian proporcionado con el amo comun; nunca pidió que perdonase á ningun otro esclavo á su señor, tan severo en el castigo; al contrario, un dia que creyó que estaba solo con mi tio le inducia á ser más severo aun con sus infelices compañeros. Sin embargo de que los otros esclavos debieran tener celos y desconfianza de él, no parecia que le odiaban; les inspiraba temor respetuoso, que en nada se asemejaba á la enemistad, y cuando le veian pasar por sus chozas, con su gorro puntiagudo adornado de campanillas, sobre el que llevaba trazadas extrañas figuras con tinta encarnada, decíanse unos á otros en voz baja: Es un *obi*. (1)

Aunque os llamo la atencion sobre esos detalles, yo no me fijaba en ellos entonces, estando, como estaba, entregado completamente á las puras emociones de un amor que nada contrariaba, de un amor sentido y compartido desde la infancia con la mujer que me estaba destinada; solo tenia fijos los ojos en el pensamiento de María. Acostumbrado desde la edad más tierna á considerar como á mi futura esposa á la que era casi una hermana, habia nacido en ambos una ternura cuya índole no se comprenderia con facilidad, aunque yo dijese que nuestro amor era una mezcla de abnegacion fraternal, de exaltacion apasionada y de confianza conyugal.

Pocos hombres han visto deslizarse tan dichosamente los primeros años de matrimonio como yo; pocos hombres han visto abrirse su corazon á la vida bajo un cielo tan hermoso y en acorde tan delicioso de dicha para el presente y de esperanza para el porvenir. Rodeado, casi desde la cuna, de todas las satisfacciones que proporciona la riqueza y de todas las prerogativas de la clase privilegiada en un pais en que el color basta para adquirirlas, pasando la vida al lado del sér en el que concentraba todo mi cariño, viendo este amor aplaudido por nuestros padres, únicos que hubiesen podido ponerle trabas; y todo esto en la edad en que la sangre hierve, en un pais en el que el estío es eterno, en el que la naturaleza es admirable; ¿no debia tener fé ciega en la fortuna de mi destino? ¿No me asistia derecho para decir que pocos hombres han visto transcurrir tan felices sus primeros años?

El capitan calló un instante, como ensimismado en sus recuerdos; despues prosiguió, con acento profundamente triste:

—Verdad es que tambien me asiste ahora el derecho de decir que para nadie se prepara más triste porvenir en los postreros años de la vida.

Como si el sentimiento de su desgracia le hubiera hecho recuperar las fuerzas, continuó con voz firme y segura.

## V.

Viviendo de ciegas ilusiones y de falaces esperanzas cumplí los veinte años, en el mes de agosto de 1791, época que fijó mi tio para celebrar la boda con María. Fácil os será comprender que el pensamiento de mi próxima dicha absorbia todas mis facultades y que debe ser muy vago el recuerdo que en mí dejaron los debates políticos que agitaban á la colonia hacia ya dos años, por lo que no os hablaré del conde de Peinier, ni de Blanchelande, ni del desgraciado coronel Mandit, que tan trágico fin tuvo. Tampoco os describiré las rivalidades de la Asamblea *provincial* del Norte, ni de la Asamblea *colonial*, que adoptó el título

(1) Hechicero.

de Asamblea general, porque le pareció que la palabra *colonial* sabia á esclavitud. Esas miserias, que entonces trastornaron todos los espíritus, hoy solo ofrecen interés por los desastres que produjeron. Si yo hubiese tenido que tomar parte en la rivalidad suscitada entre el Cabo y Puerto-Príncipe, me hubiera decidido necesariamente por el Cabo, cuyo territorio habitábamos, y en favor de la Asamblea provincial, de la que era miembro mi tio.

Solo una vez tomé parte activa en los asuntos de actualidad, y fué con motivo del desastroso decreto de 15 de Mayo de 1791, por el cual la Asamblea nacional de Francia admitia á los hombres de color libres á disfrutar de idénticos derechos políticos que los blancos. En un baile que dió el gobernador de la ciudad del Cabo, varios jóvenes colonos hablaban con vehemencia contra esa ley, que tan cruelmente heria el amor propio de los blancos. Todavía yo no habia terciado en la conversacion, cuando ví que se acercaba al grupo un rico plantador, que los blancos admitian con disgusto en sus reuniones, y cuyo color equívoco hacia sospechar su orígen. Avancé bruscamente hasta él y le dije en voz alta:—Pasad de largo, señor mio, que aquí se dicen cosas que han de ser desagradables para vos, por cuyas venas circula *sangre mezclada.*—Esta imputacion irritóle de tal manera que me desafió. Nos batimos, y los dos quedamos heridos. Confieso que hice mal en provocarle; pero creo al mismo tiempo que lo que se llama *la preocupacion del color* no fué el principal motivo de su irritacion; ese hombre hacia ya tiempo que tenia la audacia de fijar sus ojos en mi prima, y en el momento en que le humillé delante de todos de un modo tan inesperado venia de bailar con María.

Sea de esto lo que fuere, veia yo acercarse con cierta embriaguez el momento de poseer la mano de mi prima, y por consiguiente permanecí extraño á la efervescencia, siempre creciente, que hacia hervir todos los cerebros á mi alrededor. Fijos los ojos en mi próxima felicidad, no apercibia la espantosa nube que ya cubria casi por completo todos los puntos de nuestro horizonte político, y que al estallar desarraigaria nuestras existencias. No porque los espíritus más propensos á alarmarse pensaran entonces sériamente en la insurreccion de los esclavos, pues se despreciaba demasiado á esta clase para temerla, sino porque estaba encendido ya el ódio entre los blancos y los mulatos libres, y ese volcan, por tanto tiempo comprimido, podia trastornar toda la colonia en el momento de estallar.

En los primeros dias del mes de Agosto, cuya llegada deseé con tanto afan, un extraño incidente me sorprendió, inquietando mis tranquilas esperanzas.

## VI.

Mi tio habia hecho construir en las orillas de un riachuelo que bañaba sus plantaciones un pabellon de ramas entrelazadas, rodeado de un espeso bosque, á donde iba María todos los dias á respirar la frescura de las brisas del mar, que durante los más ardientes meses del año soplan ordinariamente en Santo Domingo desde la mañana hasta la noche, y cuya frescura aumenta ó disminuye con el calor mismo del dia.

Cuidaba yo de adornar aquel retiro todas las mañanas con las flores más frescas y más lindas que podia coger.

Un dia María corrió hácia mí muy asustada; al entrar, segun costumbre, en su gabinete de verdura, vió con sorpresa y terror arrancadas y pisoteadas todas las flores con que yo lo habia alfombrado por la mañana. Un ramo de caléndulas silvestres, acabadas de coger, ocupaba el sitio en que ella solia sentarse. Antes de volver en sí de su estupor oyó los acordes de una guitarra que salian del bosquecillo inmediato al pabellon, y una voz, que no era la mia, empezó á cantar suavemente una cancion que le pareció española, en la que su turbacion, y tambien acaso el virginal pudor, no la permitieron oir más que su nombre, repetido con frecuencia. Entonces huyó precipitadamente y nadie se opuso á su fuga.

Lo que María me contó me llenó de indignacion y de celos. Mis primeras sospechas recayeron sobre el mulato libre con el que tuve el desafío; pero en la incertidumbre que se apoderó de mí, resolví obrar con prudencia y no proceder con ligereza. Tranquilicé á la pobre María y me propuse velar contínuamente por ella, hasta el momento que me fuera permitido protejerla como esposo.

Presumiendo que el audaz, cuya insolencia asustó á María, no debia limitarse á esta primera tentativa para darla á conocer su amor, desde aquella misma noche me embosqué alrededor del edificio donde descansaba mi prometida, cuando

todos dormian ya en la plantacion. Esperé armado con un puñal, escondido entre unas cañas de azúcar, pero no esperé inútilmente. A las doce de la noche sonó un preludio grave y melancólico á corta distancia de mí, que me llamó la atencion y que me produjo el efecto de un choque eléctrico. Nacia dicho preludio de una guitarra tocada debajo de la ventana de María. Furioso y blandiendo el puñal me precipité hácia el punto donde oia los sonidos, quebrando al pasar las frágiles cañas. De repente sentí que me asían y que me derribaban en tierra con una fuerza que me pareció prodigiosa; arrancáronme el puñal violentamente y pronto le ví brillar sobre mi cabeza. Al mismo tiempo dos ojos ardientes chispeaban en la sombra junto á los mios y una doble fila de dientes blancos, que divisé en las tinieblas, se abrian para dar paso á estas palabras, pronunciadas con el acento de la rabia: Ya te tengo! ya te tengo! Más atónito que aterrado, reluchaba en vano contra mi formidable adversario, y ya la punta del acero iba á penetrar en mis carnes, cuando María, á la que la guitarra y el tumulto de pasos y de palabras despertaron, apareció súbitamente en la ventana. Reconoció mi voz, vió brillar un puñal y lanzó un grito de angustia y de terror. Ese grito desgarrador paralizó la mano de mi victorioso antagonista; detúvose como petrificado por un encantamiento, movió con indecision algunos instantes su puñal sobre mi pecho, y luego arrojó el arma de repente, diciendo en francés: "No, no, lloraria demasiado!„ Pronunciadas esas palabras desapareció por entre la espesura de los cañaverales, y al ponerme en pié, quebrantado por la desigual pelea, ningun vestigio quedaba que delatase la presencia de mi enemigo.

Difícil me será espresar lo que sentí en el momento de volver de mi estupor entre los brazos de mi amada María, para cuyo amor me conservaba el que parecia dispuesto á disputármela. Me indignaba ese rival inesperado y me causaba vergüenza de deberle la vida.—Verdaderamente, me decia mi amor propio, se la debo á María, porque el sonido de su voz bastó para que cayera el puñal de la mano de mi enemigo.—Pero esto no obstante, no desconocia que fué la generosidad el sentimiento que decidió á perdonarme á mi desconocido rival; pero... quién era ese rival? Me confundia en conjeturas, que todas luego se desvanecian. No podia ser el plantador de *sangre mezclada*, de quien sospeché al principio; este no poseia la fuerza extraordinaria de mi enemigo y tenia además otra voz. El indivíduo con quien yo luché estaba desnudo hasta la cintura, y solo los esclavos en la colonia iban así. Pero no podia ser un esclavo; sentimientos como el que le hizo arrojar el puñal no creia yo que pudieran brotar en el alma del siervo, y además mi orgullo no podia soportar la idea de tener por rival á un esclavo. Quién era, pues? Resolví tener paciencia y espiar.

## VII.

María despertó á su anciana nodriza que la servia de madre, á la que perdió estando aun en la cuna. Pasé á su lado el resto de la noche, y cuando amaneció informamos á su tio del inexplicable suceso. Se sorprendió en extremo, pero su orgullo, igual al mio, no creyó que el amante desconocido de su hija pudiese ser un esclavo. Mandó á la nodriza que no abandonase á María ni un solo momento, y como las sesiones de la Asamblea provincial, las inquietudes que causaban á los principales colonos, la actitud, cada vez más amenazadora, de los asuntos coloniales y los trabajos de las plantaciones no permitian que tuviese mi tio un solo instante de reposo, me autorizó para que acompañase á su hija en todos sus paseos hasta el dia del matrimonio, que fijó para el 22 de Agosto. Al mismo tiempo, presumiendo que el nuevo pretendiente solo habia podido venir de fuera, ordenó que el recinto de sus dominios fuese en lo sucesivo vigilado de dia y de noche con mayor severidad que antes.

Adoptadas estas precauciones, quise hacer una prueba, de acuerdo con mi tio. Dirigíme al pabellon del rio y, reparando el desórden de la víspera, le adorné otra vez con las flores frescas con que tenia costumbre de embellecerlo para complacer á María.

Cuando llegó la hora en que ésta solia retirarse, tomé una carabina cargada con bala y propuse á mi prima acompañarla á su pabellon. La vieja nodriza tambien venia con nosotros.

María, sin que supiera la transformacion que yo operé en el pabellon, fué la primera que penetró en él.

—Mira, Leopoldo, me dijo: esto está en el mismo estado de desórden que lo dejé ayer; [illegible] todo echado á perder,

marchitas las flores y arrancadas; lo que me admira es que ese ramo de caléndulas silvestres no esté mustio. Parece que esas flores estén recien cogidas.

La sorpresa y la cólera me dejaron inmóvil. En efecto; estaba ya destruido mi trabajo de la madrugada, y esas flores, cuya frescura sorprendió á María, ocupaban con insolencia el sitio que yo sembré de rosas.

—Sosiégate, me dijo María al notar mi agitacion, sosiégate; esto es asunto concluido y ese insolente no volverá ya; pisoteemos este detestable ramo.

Guardéme bien de desengañarla por no asustarla otra vez; y sin decirla que el que, segun ella, no *debia volver ya*, ya habia vuelto, dejé que pisoteara las caléndulas, llena de inocente indignacion. Despues, esperanzado de que hubiera llegado la hora de conocer á mi misterioso rival, hice sentar á María entre su nodriza y yo.

Apenas nos sentamos, María aplicó un dedo á mi boca; algunos sonidos, debilitados por el viento y por el murmullo del agua, llegaron á sus oidos. Escuché; era sin duda el mismo preludio triste y lento que la noche anterior despertó mi indignacion y mi cólera: quise levantarme, pero me lo impidió un gesto de María.

—Leopoldo, me dijo en voz baja, contente; vá á cantar, y sin duda la cancion nos le dará á conocer.

En efecto, una voz, cuya armonía tenia algo de varonil y de plañidera al mismo tiempo, salió á poco del fondo de la arboleda acompañando á su guitarra una cancion española, de la que cada palabra resonó tan profundamente en mis oidos, que mi memoria aun recuerda muchos de sus conceptos.

"Por qué me huyes, María? ¿Por qué me huyes? ¿Por qué ese terror cuando me oyes? Soy, en efecto, muy temible! Sé amar, sufrir y cantar.

„Cuando por entre las gallardas ramas de los cocoteros de la orilla veo deslizarse tu forma ligera y pura, el vértigo turba mi vista, oh María! y creo ver pasar un ángel.

„Cuando oigo los acentos encantadores que se exhalan de tu boca como una melodía, me parece que el corazon me palpita en el oido y mezcla su melancólico tic tac con tu voz armoniosa. Tu voz es más dulce para mí que el canto de los pajarillos que baten sus alas en el cielo y vienen de los campos de mi patria.

„De mi patria, donde yo era rey; de mi patria, donde yo era libre.

„Libre y rey, oh María! todo esto lo olvidaré por tí; olvidaré por tí reino, familia, deberes y venganza; sí, hasta la venganza, y eso que ya se acerca el momento de coger ese fruto amargo y delicioso que madura tan tarde!„

La voz cantó las estrofas precedentes haciendo en ellas frecuentes y dolorosas pausas; pero de aquí en adelante adquirió terrible acento.

"Oh María! seméjaste á la hermosa palmera, á la que las auras rizan blandamente; y te miras en los ojos de tu jóven amante, como la palmera en el agua diáfana de la fuente.

„¿Pero no sabes que hay tal vez en el fondo del desierto un huracan envidioso de la muerte de la fuente querida; llega, y el aire y la arena se esparcen al batir sus pesadas alas, y rodea al árbol y al manantial de un torbellino de fuego; y la fuente se deseca, y la palmera siente que estrecha el círculo verde de sus hojas el hálito de la muerte.

„Tiembla, ¡oh blanca hija de Española! (1) Tiembla! que pronto solo verás á tu alrededor el huracan y el desierto! Entonces echarás de menos el amor que hubiera podido conducirte hasta mí, como el dulce Kathá, el ave de salvacion que guia al viajero á la cisterna en las arenas del Africa.

„Por qué rechazas mi amor, María? Yo soy rey y mi frente se levanta sobre todas las frentes humanas. Tú eres blanca y yo soy negro; pero el dia necesita unirse á la noche para producir la aurora y el crepúsculo de la tarde, que son más hermosos que él.„

## VIII.

Un doliente y prolongado suspiro acompañó á las últimas notas que sonaron en la guitarra. Yo estaba loco —"Rey! Negro! Esclavo!„ Mil ideas incoherentes, despertadas por la inexplicable cancion que acababa de oir, se arremolinaban en mi cerebro. Violenta necesidad de acabar con el sér desconocido, que se atrevia á asociar de ese modo el nombre de María á cantos de amor y de amenaza, se apoderó de mí. Cogí convulsivamente la carabina y me lancé fuera del pabellon. Aterrada María, tenia aun los brazos estendidos para de-

(1) Primer nombre que dió Cristóbal Colon á la isla de Santo Domingo cuando fué descubierta en Diciembre de 1492.

tenerme, y yo ya estaba en el bosque buscando al importuno cantor. Registré todo el arbolado, no dejé una sola mata en la que no metiese el cañon de mi carabina, sacudí todas las espigas, removí todas las yerbas y... nada, no encontré á nadie. Esta inútil tentativa y mis inútiles reflexiones aumentaron mi confusion y mi cólera. ¡El insolente rival se escapaba siempre de mi brazo y de mi espíritu; ni le podia adivinar ni encontrarle! Me distrajo de estas reflexiones el ruido de campanillas que oí cerca de mí. Volví la cabeza: era el enano Habibrah, que estaba ya á mi lado.

—Buenos dias, amo, me dijo, inclinándose con respeto; pero su mirada bizca, fija oblícuamente en mí, me pareció que leia, con expresion indefinible de malicia y de triunfo, la ansiedad que se retrataba en mi rostro.

—Habla, le contesté; ¿has encontrado á álguien en este bosque?

—A nadie más que á vos, *señor mio*, me respondió con tranquilidad.

—Pero no oiste una voz...?

El esclavo quedó mudo un momento como recapacitando lo que debia responder. Mi sangre ardia.

—¡Pronto, responde pronto, desgraciado! has oido una voz...?

Habibrah fijó en los mios sus ojos redondos, como los de un gato.

—¿Qué quereis decir, mi amo, al preguntarme si he oido una voz? Hay voces por todas partes y para todo; la voz de los pájaros, la del agua, la del viento que mueve las hojas...

Le interrumpí, sacudiéndole con violencia.

—Miserable bufon! no me tomes por juguete ó escucharás demasiado cerca la voz que salga del cañon de esta carabina. Respóndeme en cuatro palabras. ¿Has oido en este bosque la voz de un hombre que cantaba una cancion española?

—Sí señor, contestóme sin inmutarse; oí la música y la letra, y os voy á referir cómo fué eso. Iba yo paseando por la vera de este bosque oyendo lo que me decian al oido los cascabeles de la gorra; de repente unió el viento á este concierto unas palabras de una lengua que llamais española... la primera que articularon mis labios, cuando contaba mi edad, no por años, sino por meses, cuando mi madre me suspendia encima de sus espaldas con fajas de lana encarnada y amarilla. Esa lengua me enamora, porque esa lengua me recuerda el tiempo en que yo era pequeño y no era enano, en que era niño, pero no bufon; y por eso me acerqué hácia la voz con la idea de oir lo que cantaba.

—Y qué más? repuse impaciente.

—Nada más; pero si quereis os diré, mi amo, quién es el cantador.

No sé cómo al oir esto no abracé al pobre bufon.

—Oh! habla, grité, habla; toma esta bolsa, Habibrah, y diez bolsas más llenas que ésta te daré si me enteras de quién es ese hombre.

Tomó la bolsa, la abrió y sonrióse.

—Diez bolsas más llenas que ésta! Demonio! Eso me producirá una fanega de buenos escudos del busto de Luis XV, los suficientes para sembrar el campo del mágico granadino Altornino, el que estaba iniciado en el arte de hacerle producir buenos doblones; pero no os incomodeis, mi amo, que ya voy al asunto. —¿Os acordais, señor, de las últimas palabras de la cancion, que dicen: "Tú eres blanca y yo soy negro, pero el dia necesita unirse á la noche para producir la aurora y el crepúsculo de la tarde, que son más hermosos que él?„ Ahora bien, si esto es cierto, el zambo Habibrah, vuestro humilde esclavo, hijo de una negra y de un blanco, es más hermoso que vos, mi amo. Yo soy el producto del dia y de la noche, yo soy la aurora ó el crepúsculo de que habla la cancion, y vos solo sois el dia.

El enano, diciendo esto, reíase á carcajadas. Le interrumpí otra vez.

—¿A dónde vas á parar con esas extravagancias? ¿Qué tiene todo eso que ver con el hombre que cantaba en el bosque?

—Sí por cierto, mi amo, repuso el bufon mirándome con malicia. Es evidente que el hombre que cantó semejantes extravagancias, como vos las llamais, no puede ser más que un loco semejante á mí. Ya he ganado las diez bolsas.

Levantaba ya la mano para castigar la insolente bufonada del esclavo, cuando resonó de repente un grito espantoso en el bosque hácia la parte del pabellon del rio. Este grito lo lanzó María. Me precipito, corro, vuelo, pensando en la nueva desgracia que debia temer. Llego jadeante al gabinete de verdura y en él me esperaba un espectáculo terrible. Un monstruoso cocodrilo, cuyo cuerpo manteníase medio oculto entre las cañas y los nogales del rio, habia asomado la enorme cabeza por una de las arcadas de ramaje que sostenian el techo del pabellon. Su boca repugnante entreabierta ame-

nazaba á un jóven negro, de estatura colosal, que con un brazo sostenia á la espantada jóven y con el otro introducia con audacia una hacha de dos filos en las aceradas quijadas del mónstruo. El cocodrilo luchaba furiosamente contra aquella mano audaz y poderosa que apenas le dejaba moverse. En el momento de presentarme en el pabellon, María lanzó un grito de júbilo, desprendióse de los brazos del negro y cayó en los mios, diciendo:

—Me he salvado!

Al hacer María dicho movimiento y al pronunciar la exclamacion indicada, el negro se volvió bruscamente, cruzó los brazos sobre el palpitante pecho y, fijando dolorosa mirada en mi prometida, quedóse inmóvil, sin apercibirse de que el cocodrilo estaba á dos pasos de él, que habia abandonado su hacha, y que le iba á devorar. No se hubiera salvado el intrépido negro si yo no hubiese depositado á María en brazos de su nodriza, que estaba sentada en un banco, más muerta que viva, y yo no hubiese apuntado al mónstruo con la carabina, disparándole á boca de jarro. Mortalmente herido el cocodrilo, abrió y cerró dos ó tres veces la ensangrentada boca y los apagados ojos, pero solo fué por un movimiento convulsivo: en seguida cayó con estruendo sobre la espalda, encogiendo con violenta contraccion sus anchas y escamosas patas. Habia ya muerto.

El negro cuya vida salvé volvió la cabeza y vió las últimas agonías del mónstruo: entonces fijó los ojos en tierra y, levantándolos con lentitud hácia María, que habia apoyado la cabeza sobre mi corazon, me dijo con el acento de la desesperacion:

—Por qué le has matado?

Despues se alejó precipitadamente, sin esperar á que le contestase, internándose en el bosque, por el que desapareció.

## IX.

Esa escena terrible, ese singular desenlace, las sensaciones de toda clase que acompañaron á mis vanas pesquisas en el bosque, levantaron un caos en mi cerebro. María quedó pensativa á causa del terror que la habia agitado, y transcurrió bastante tiempo antes de que pudiéramos comunicarnos nuestros pensamientos incoherentes. Yo fuí el que rompió el silencio.

—Ven, María, salgamos de aquí... Este sitio debe sernos funesto.

María se levantó presurosa, cual si hubiese esperado mi permiso: apoyóse en mi brazo y salimos del pabellon.

La pregunté cómo habia conseguido el milagroso socorro de aquel negro en el momento crítico del peligro, y si conocia á ese esclavo, pues el basto calzon, que cubria apenas su desnudez, demostraba sin duda que pertenecia á la última clase de los habitantes de la isla.

—Ese hombre, díjome María, debe ser uno de los negros de mi padre, que se encontraria trabajando cerca del rio en el momento de aparecer el cocodrilo, que fué cuando lancé el grito que te advirtió que yo corria peligro. Cuanto puedo decirte es que en el acto vino á socorrerme.

—De qué parte vino?

—Del lado opuesto al que salia la voz del cantor y por donde tú penetrabas en el bosque.

Este incidente desbarató la coincidencia que hallé entre las últimas palabras españolas que me dirigió el negro al retirarse y la cancion que cantó en la misma lengua mi rival desconocido. Además, otras coincidencias me embargaban el ánimo. Aquel negro, de estatura gigantesca, podria muy bien ser el rudo adversario con quien luché la noche anterior; la circunstancia de su desnudez era un indicio bastante marcado. El cantor del bosque dijo:—"Yo soy negro."— Otro indicio. El dijo que era rey y éste debe ser esclavo; pero al mismo tiempo recuerdo con admiracion el aire rudo, pero majestuoso, impreso en su semblante entre signos característicos de la raza africana; el brillo de sus ojos, la blancura de sus dientes, resaltando sobre el negro lustroso de la piel; la longitud de su frente, cosa estraña en un hombre negro; el desden que hinchaba sus labios y sus narices, dándoles un no sé qué de altivo y de poderoso; la nobleza de su porte, la belleza de sus formas, que, enflaquecidas y degradadas por la fatiga del trabajo diario, conservaban todavía un desarrollo hercúleo; representábame en su noble conjunto el aspecto imponente de aquel esclavo y me parecia que no era indigno de un rey. Calculando otra infinidad de incidentes, mis conjeturas se detenian con marcada cólera en aquel negro insolente, y hubiese querido que se le buscara y que se le castigase... pero luego volvian á asaltarme las indecisiones. Porque en realidad, ¿qué fundamento tenian mis sospechas? Poseyendo España gran parte de la isla de Santo Domingo, habia en ella muchos negros, ya

porque hubiesen pertenecido primitivamente á los colonos de Santo Domingo, ya porque fuesen nacidos en la isla, y unos y otros mezclaban su dialecto con el español. ¿Y porque ese esclavo me dirigió alguna frase española, era bastante motivo para suponerle autor de una cancion en dicha lengua, que indicaria precisamente un grado de cultura que no alcanzan los negros? Respecto al singular reproche que me dirigió por haber matado al cocodrilo, indicaba en el esclavo aburrimiento de la vida, el que era fácil de comprender, teniendo en cuenta su posicion, sin necesidad de recurrir á la hipótesis de su amor imposible hácia la hija de su amo. Su presencia en el bosque del pabellon podia ser fortuita; su fuerza y su estatura no podrian servir de verdadero comprobante que le identificase con mi antagonista nocturno.

¿Podia con tan débiles indicios llevar á mi tio una terrible acusacion y entregar á la venganza implacable de su orgullo á un pobre esclavo que con tanto valor socorrió á María?

Mientras semejante idea apaciguaba mi cólera, María la disipó por completo, diciéndome con su dulce voz:

—Querido Leopoldo, debemos estar agradecidos á ese intrépido negro... sin su socorro quizás hubiera yo perecido... tú hubieras llegado ya demasiado tarde.

Estas palabras produjeron en mí efecto decisivo. No desistí de la intencion de hacer buscar al esclavo que salvó á María, pero cambié el motivo de mis investigaciones: ya no buscaba al esclavo para castigarle, sino para que se le recompensase.

Supo mi tio por mí que debia la vida de su hija á uno de sus esclavos, y me prometió la libertad del salvador si podia dar con él entre la multitud de aquellos desgraciados.

## X.

Hasta entonces la disposicion natural de mi espíritu me mantuvo alejado de las plantaciones donde trabajaban los negros, porque era penoso para mí ver sufrir á séres á los que no podia aliviar de sus sufrimientos. Pero como al dia siguiente mi tio me propuso que le acompañase en su visita de inspeccion, me apresuré á aceptar la invitacion, con la esperanza de encontrar entre los trabajadores al salvador de mi adorada María.

Durante aquella visita tuve ocasion de ver cuán poderoso es el ojo del amo sobre los esclavos, pero ví al mismo tiempo cuán caro cuesta este poder. Los negros, temblorosos en presencia de mi tio, á su paso redoblaban sus esfuerzos y su actividad; mas ¡cuánto ódio excitaba en ellos el terror que les causaba su dueño!

Irascible mi tio por costumbre, iba ya á enfadarse por no encontrar motivo para emplear su rigor, cuando el bufon Habibrah, que nunca le dejaba, indicóle que un negro, rendido de fatiga, se habia quedado dormido bajo una espesura de palmeras. Mi tio se acerca á aquel infeliz, le despierta á puntapiés y le manda que se ponga á trabajar; se levanta el negro aterrado, y al levantarse descubre un tierno rosal de Bengala, sobre el que se habia acostado inadvertidamente, rosal que mi tio cuidaba con empeño y que quedó inutilizado. Al verlo destruido, el amo, que ya estaba irritado contra el esclavo, se puso furioso contra él. Fuera ya de sí, desató el látigo de correas aceradas, que llevaba encima en todos los paseos por sus plantaciones, y levantó el brazo para castigar al negro, que se habia puesto de rodillas.

Pero no pudo descargar el golpe... Una mano poderosa detuvo súbitamente el brazo del colono, y un negro (el que yo buscaba) le dijo en francés, con singular energía:

—Castígame, porque acabo de ofenderte, pero no hagas daño á mi hermano, que solo estropeó un rosal.

La inesperada intervencion del hombre al que María debió la salvacion, su gesto, su mirada y el acento imperioso de su voz me dejaron atónito; pero su generosa imprudencia, en vez de conmover á mi tio, sirvió para aumentar su rabia y trasmitirla desde el primer negro hasta el segundo, su defensor. Mi tio, en el colmo de la desesperacion, prorumpió en furibundas amenazas y levantó por segunda vez el látigo para herir al recien aparecido; pero esta vez le arrancaron el látigo de las manos: el negro rompió el mango cubierto de clavos, como se rompe una espiga, y pisoteó con indignacion este infame instrumento de venganza. Inmóvil estaba yo de sorpresa y mi tio de furor; era para él cosa inaudita ver así ultrajada su autoridad. Sus ojos querian salirse de sus órbitas, sus labios pálidos temblaban. El esclavo le contempló un instante con serenidad; despues, de repente, presentándole con

dignidad un hacha que tenia en la mano:

—Blanco, le dijo, si quieres herirme, toma al menos esa arma.

Mi tio, lívido de ira, le hubiera sin duda obedecido, á no interponerme yo inmediatamente; cogí el hacha y la arrojé en una noria inmediata.

—Qué es lo que haces? dijo mi tio enfurecido.

—Libraros, respondí, de la desgracia de herir al salvador de vuestra hija: á este esclavo debeis la vida de María; este es el negro cuya libertad me prometísteis.

No era momento oportuno para invocar el cumplimiento de su promesa, y apenas mi tio hizo caso de esas palabras.

—Su libertad! me replicó con aire sombrío. Sí... merece salir de la esclavitud... Su libertad! veremos de qué naturaleza será la que le concedan los jueces del tribunal de guerra.

La contestacion de mi tio me dejó helado y María y yo le suplicamos inútilmente. El negro cuya negligencia motivó aquella escena fué apaleado, y su defensor encerrado en un calabozo de la fortaleza de Galifet, como culpable de haber levantado la mano contra un blanco, lo que era considerado como un crímen capital.

## XI.

Podeis comprender, señores, hasta qué punto semejantes circunstancias despertarian en mí el interés y la curiosidad. Tomé todos los informes posibles acerca del prisionero y supe detalles muy singulares. Dijéronme que sus compañeros miraban á aquel jóven con profundo respeto. Era esclavo, como ellos, y sin embargo, la menor seña suya les bastaba para apresurarse á obedecerle. No habia nacido en la colonia, nadie conocia á sus padres, y pocos años atrás un buque empleado en el tráfico de negros le trajo á Santo Domingo. Esta circunstancia hacia más notable el imperio que ejercia sobre sus compañeros de esclavitud, hasta con los *criollos*, que miran casi siempre con profundo desprecio á los negros *congos*, expresion impropia, pero general, con la que se designa en la colonia á los esclavos traidos de África.

A pesar de su estado habitual de melancolía, su fuerza extraordinaria y su maravillosa destreza hacian de él un hombre inapreciable para el cultivo de las plantaciones. Daba vueltas más aprisa y durante más tiempo á las ruedas de una noria que el mejor caballo, sucediéndole muchas veces desempeñar en un dia el trabajo de diez de sus compañeros, con la idea de librarlos del castigo reservado á la negligencia ó al cansancio; por esto los esclavos le adoraban, pero la veneracion que éste les inspiraba era diferente del terror supersticioso con que miraban al enano Habibrah; parecia dimanar de causa oculta; era una especie de culto.

Lo más extraño era, segun me dijeron, verlo sencillo y afable con sus compañeros, que tenian una verdadera satisfaccion en obedecerle, y verlo fiero y altivo con nuestros capataces. Verdad es tambien que estos esclavos privilegiados, eslabones intermedios que enlazaban, por decirlo así, la cadena de la servidumbre á la del despotismo, uniendo la bajeza de la condicion á la insolencia de la autoridad, encontraban un maligno placer en agobiarlo de trabajo y de vejaciones. Sin embargo, parece que respetaban en él el sentimiento de indignacion que le movió á ultrajar á mi tio, pues ninguno de ellos se atrevió jamás á imponerle castigos afrentosos; y si trataban de imponérselos, veinte negros se presentaban á sufrirlos por él; y él, grave é inmóvil, asistia á la ejecucion de la sentencia, como si así cumpliese un deber. Este hombre singular era conocido en la colonia con el nombre de *Pierrot*.

## XII.

Esos detalles excitaron mi juvenil imaginacion. María, compasiva y agradecida, participaba de mi entusiasmo, y al fin nos inspiró Pierrot á entrambos tal interés, que resolví verle y servirle en cuanto pudiera: solo pensaba en cómo podria hablarle.

A pesar de ser yo muy jóven, por ser sobrino de uno de los colonos más ricos del Cabo tenia el grado de capitan en las milicias de la parroquia del Acul. A éstas estaba confiada la custodia del fuerte de Galifet y á un destacamento de dragones amarillos, cuyo jefe, que era ordinariamente un alférez de dicha compañía, tenia el mando de la fortaleza. Quiso la casualidad que en aquella época el comandante fuese hermano de un pobre colono á quien pude prestar grandes servicios y con quien podia contar en todo trance...

Al llegar aquí, el auditorio interrum-

pió á Auvernery nombrando á Tadeo.

—Lo adivinásteis, señores, prosiguió diciendo el capitan. Comprendereis, pues, que me fué fácil conseguir que me permitiese entrar en el calabozo del negro, y mucho más teniendo derecho á visitar el fuerte como á capitan de milicias. Para no inspirar sospechas á mi tio, cuya cólera no se habia apaciguado aun, tuve la precaucion de visitar el calabozo mientras él dormia la siesta. Todos los soldados, exceptuando los centinelas, estaban dormidos. Llegué á la puerta del calabozo conducido por Tadeo, que abrióme y se retiró apenas yo entré.

El negro estaba sentado, no pudiendo ponerse en pié á causa de su gigantesca estatura. Pero no estaba solo; un dogo enorme se levantó gruñendo y se acercó á mí.—Rask! gritó el negro.—Calló el perro y fué á tenderse á los piés de su amo y se puso á comer miserables alimentos.

Yo iba vestido de uniforme; la luz que entraba por una ventanilla en el calabozo era tan débil que Pierrot no podia conocerme.

—Estoy dispuesto, me dijo con serenidad.

Al hablar así quiso levantarse.

—Estoy dispuesto, repitió.

—Creí, le dije, sorprendido al ver la soltura de sus movimientos, que estaríais cargado de cadenas.

La conmocion hacia temblar mi voz; el negro no me reconoció por ella y movió con el pié un objeto sonoro.

—Cadenas! Las he roto.

En la expresion que dió á esas palabras parecia querer decirme: *No he nacido para arrastrar cadenas.*

—No sabia que os hubiesen permitido tener aquí un perro.

—Yo le he hecho entrar.

Mi admiracion iba en aumento. La puerta del calabozo estaba cerrada por un triple cerrojo; la ventanilla tenia seis pulgadas de ancho y la guarnecian dos barrotes de hierro. Comprendió el preso el sentido de mis reflexiones y, levantándose tanto como le permitia la altura de la bóveda, arrancó sin esfuerzo una piedra enorme colocada debajo de la ventanilla y quitó los dos barrotes de hierro, de suerte que quedó una abertura por la que con facilidad podrian pasar dos hombres. Dicha abertura estaba al nivel del bosquecillo de plátanos y cocoteros que cubre el cerro al que estaba adosado el fuerte.

Quedé mudo de sorpresa; de repente un rayo de luz iluminó mi semblante. El prisionero se irguió, como si impensadamente hubiera pisado una serpiente, y su frente chocó con las piedras de la bóveda. Mezcla indefinible de sentimientos opuestos, extraña espresion de ódio, de benevolencia y de dolorosa sorpresa le agitaron; pero dominando rápidamente sus pensamientos, su semblante recobró la serenidad y calma habituales y fijó en la mia su mirada indiferente. Miróme frente á frente, como si fuese desconocido para él.

—Aun puedo vivir dos dias sin comer, me dijo.

Hice un gesto de horror al apercibirme de la escualidez del desgraciado.

—Mi perro solo puede comer lo que yo le dé, y si no ensancho el respiradero, el pobre Rask hubiera muerto de hambre. Más vale que sea yo el que muera, ya que está decretada mi muerte.

—No, grité yo, no morireis de hambre.

El esclavo no me comprendió.

—Sin duda, repuso el preso sonriendo con amargura, hubiera podido vivir dos dias más sin comer; pero estoy ya dispuesto, señor oficial, y hoy mejor que mañana. Os suplico que no hagais daño á Rask.

Entonces me hice cargo de lo que significaba su *estoy dispuesto*. Acusado de un crímen que se castigaba con la muerte, creia que yo era el encargado de llevarle al suplicio; y este hombre, dotado de fuerzas colosales, disponiendo de medios para evadirse, decia, sereno y con frialdad, á un jóven: *Estoy dispuesto.*

—No causeis el menor daño á Rask, me repitió.

No me pude contener ya, y le hablé así:

—¡Es decir, que no solo me tomais por vuestro verdugo, sino que dudais de mi humanidad hácia ese pobre perro, que ningun mal me ha causado!

Conocí que se enternecia y su voz se alteró:

—Blanco, me dijo tendiéndome la mano, perdóname; quiero mucho á mi perro; y añadió despues de breve silencio: los tuyos me han hecho mucho daño.

Abracéle y díle un apreton de manos.

—No me conoceis? le pregunté.

—Solo sabia que eras blanco, y para los blancos, por buenos que sean, los negros nada valen. Además, tengo motivo para quejarme de tí.

—De mí?

—¿No me has conservado dos veces la vida?

Esta extraña reconvencion me hizo sonreir; lo advirtió el negro y prosiguió con acento amargo:

—Sí, tengo motivo para quejarme de tí; me salvaste de un cocodrilo y de un colono, y, lo que es peor todavía, me has quitado el derecho de aborrecerte. ¡Soy muy desgraciado!

Lo singular de su lenguaje y de sus ideas dejó casi de sorprenderme al ver que estaban en armonía con el estado de su espíritu.

—Mucho más os debo que vos á mí, porque os debo la existencia de mi prometida María.

Al oir este nombre corrió por todos sus miembros una conmocion eléctrica.

—María! dijo con voz ahogada; y apoyó la cabeza entre las manos, que se crispaban con violencia, mientras que penosos suspiros hinchaban las anchas paredes de su pecho.

Confieso que entonces se despertaron mis amortiguadas sospechas, pero sin cólera y sin celos; estaba yo demasiado cerca de la felicidad, y él demasiado cerca de la muerte, para que semejante rival, si en efecto lo era, pudiese excitar en mí otros sentimientos que los del afecto y los de la compasion.

Despues de una larga pausa me dijo:

—Basta! no me des las gracias... debes creer que no soy de una clase inferior á la tuya.

Esas palabras revelaban un órden de ideas que excitaban vivamente mi curiosidad; roguéle que me dijese quién era y me relatase todo lo que habia sufrido, pero guardó sombrío silencio.

Mi generosidad le conmovió: el ofrecimiento de mis servicios y mis súplicas vencieron en él el disgusto que sentia por la vida. Salió por el agujero abierto junto á la ventana y trajo algunas bananas y una enorme nuez de coco; despues cerró la abertura y se puso á comer. Conversando con él, observé que hablaba con la misma facilidad el francés que el español y que poseia alguna cultura: sabia algunas romanzas españolas, que cantaba con expresion. Tan inexplicable era aquel hombre bajo tantos aspectos, que hasta entonces no me habia sorprendido la pureza de su lenguaje. Procuré otra vez saber el motivo, pero no quiso complacerme. Al fin salí del calabozo, dando órden á mi fiel Tadeo de que le tratase con todas las atenciones y miramientos posibles.

## XIII.

Yo le veia todos los dias á la misma hora; su proceso me tenia con mucho cuidado, porque, á pesar de mis súplicas, mi tio se obstinaba en continuarlo. No oculté mis temores á Pierrot, á pesar de que éste me escuchaba con indiferencia al hablarle yo de esto.

Con frecuencia llegaba Rask mientras estábamos juntos, trayendo el cuello envuelto en una ancha hoja de palmera. El negro la desenvolvia, leia en ella algunas palabras escritas con caractéres desconocidos y despues la desgarraba. Yo me habia ya acostumbrado á no preguntarle.

Entré un dia en el calabozo sin que él lo advirtiese, porque daba las espaldas á la puerta de su cárcel; estaba cantando con acento melancólico el polo español: *Yo, que soy contrabandista.* Cuando concluyó de cantar, se volvió bruscamente hácia mí y me dijo:

—Hermano, prométeme, si alguna vez llegas á dudar de mí, desechar todas tus sospechas al oirme esta cancion.

Su mirada era imponente; yo le prometí lo que me pedia, sin saber á punto fijo qué entendia por estas palabras: *si alguna vez llegas á dudar de mí...* Tomó en seguida la honda corteza del coco, que cogió el dia que le visité por primera vez, la llenó de vino, me obligó á llevarla á mis labios y luego él la apuró de un trago; desde ese momento siempre ya me llamaba su hermano.

Entre tanto empecé á concebir alguna esperanza: mi tio no estaba ya tan irritado; los preparativos y la alegría de mi próximo casamiento con su hija habian infundido en su ánimo ideas más risueñas. María unia sus ruegos á los mios; ambos le insistíamos en que Pierrot no habia querido ofenderle, sino evitar que cometiese un acto de severidad excesiva; que dicho negro, merced á su valor y á su audacia, habia preservado á María de una muerte segura; yo le afirmé que le debíamos los dos, él á su hija y yo á mi prometida: por otra parte, Pierrot era el más vigoroso de sus esclavos (porque yo ya no pensaba entonces en obtener su libertad, sino en conseguir su vida); que su trabajo valia por diez de los otros negros, pues solo con la fuerza de su brazo podia poner en movimiento los cilindros de un molino azucarero. Mi tio me escuchaba con benevolencia, dándome á entender que tal vez no pro-

siguiera la acusacion. Nada dije al negro del cambio operado en mi tio, pues queria tener el placer de anunciarle un dia su libertad, si conseguia obtenerla; pero lo que me admiraba en Pierrot era que, creyendo cercana su última hora, no se quisiese aprovechar de algun medio de evasion que tenia á sus alcances. Comuniquéle mi sorpresa respecto á este punto.

—Preciso es que permanezca en este sitio, me respondió con frialdad; no quiero que crean que tengo miedo.

## XIV.

Una mañana entró María en mi habitacion; venia radiante de alegría, expresando en su rostro algo más angélico que la satisfaccion del amor correspondido. Expresaba la idea de una buena accion.

—Escucha, me dijo; dentro de tres dias, el 22 de Agosto, se celebrará nuestra boda. Muy pronto...

Yo la interrumpí.

—María, no digas que es pronto dentro de tres dias.

Ella ruborizóse y se sonrió.

—No me interrumpas, Leopoldo, que vengo á comunicarte una idea que sé que te dejará contento. Sabes que fuí ayer con mi padre á la ciudad á comprar las galas de desposada. No te digo esto porque me importen gran cosa las alhajas ni los diamantes, que no me harán más hermosa á tus ojos, y yo daria todas las perlas del mundo por una de las flores que marchitó aquel hombre que me obsequiaba con un ramo de caléndulas: mi padre quiere que me case con esplendidez, y yo le manifiesto que ese lujo me complace, porque sé que esto le halaga. Ayer ví una basquiña de raso de la China con grandes flores, encerrada en una caja olorosa de madera, que me llamó la atencion. Notólo mi padre, y al llegar á casa le pedí que me otorgase un don á la usanza de los antiguos caballeros; ya sabes que le gusta mucho que le comparen con los caballeros de la antigüedad. Juróme por su honor que me concederia lo que le pidiese... él cree que voy á pedirle la basquiña de raso de la China, y yo lo que quiero pedirle es el perdon de Pierrot. Hé aquí mi regalo de boda.

No pude menos de estrechar en mis brazos á aquel ángel. La palabra de mi tio era sagrada; y mientras María iba á reclamar de él el cumplimiento de la promesa, yo corrí al fuerte de Galifet á anunciar á Pierrot que iba á salvar la vida.

—¡Hermano, le dije entrando en el calabozo, hermano, regocíjate! Te libré de la muerte. María ha pedido á su padre tu perdon como regalo de boda.

El esclavo se extremeció.

—María! su boda! mi vida!... ¿Cómo puede compaginarse todo esto?

—Pues sencillamente, le respondí. Salvaste la vida á María y ella se casa.

—Con quién? gritó el esclavo, y sus miradas eran terribles.

—No lo sabes? le contesté con dulzura; conmigo.

La formidable expresion de su rostro trocóse en benévola, marcando su resignacion, y me dijo:

—Ah! es verdad, contigo... ¿Y qué dia se celebra el casamiento?

—El 22 de Agosto.

—El 22 de Agosto! estás loco? repuso con acento de espanto y de agonía.

Se detuvo; yo le miré con asombro. Despues de un breve silencio, me estrechó cariñosamente la mano.

—Hermano, tanto te debo, que es preciso que te dé un consejo. Créeme; vete al Cabo y cásate antes del 22 de Agosto.

En vano quise descifrar el sentido de esas palabras enigmáticas.

—Adios, me dijo con solemnidad: te dije quizás demasiado; pero yo ódio más la ingratitud que el perjurio.

Me separé de él indeciso é inquieto; pero el pensamiento de mi próxima felicidad no tardó en disipar en mí la indecision y la inquietud.

Aquel mismo dia mi tio retiró la acusacion, y yo volví al fuerte para hacer salir de él á Pierrot. Tadeo, sabiendo que ya estaba libre, entró conmigo en el calabozo; pero el negro no estaba ya en él. Rask, que estaba solo, se acercó á mí, acariciándome; llevaba atada al cuello una hoja de palmera; la tomé y leí escritas en ella estas palabras: *Gracias, me has salvado la vida por tercera vez. Hermano, no olvides tu promesa.* Debajo estaban escritas estas frases á manera de rúbrica: *Yo, que soy contrabandista.*

Tadeo estaba aun más atónito que yo, porque ignoraba el secreto de la ventanilla y creia que el negro se habia convertido en perro. Dejéle que pensara lo que quisiese, exigiéndole que guardase profundo secreto sobre lo que acababa de ver.

Quise llevarme conmigo á Rask, pero

éste, al salir del fuerte, echó á correr y desapareció en seguida.

XV.

Ofendió á mi tio la evasion del esclavo; mandó á buscarlo y escribió al gobernador para que pusiese á Pierrot enteramente á su disposicion si le encontraban.

Llegó el 22 de Agosto y celebramos mi casamiento con gran pompa en la parroquia de Acul. Dia feliz, en el que empezaron todas mis desgracias; me embriagaba una alegría que no podrá comprender fácilmente el que no la haya experimentado. No me acordaba de Pierrot ni de su siniestro consejo; el dia tan ardientemente deseado llegó por fin; mi esposa se retiró por la noche á la cámara nupcial, á la que no la pude seguir tan pronto como ella deseaba. Un deber fastidioso, pero indispensable, reclamaba mi presencia en otra parte. Mi profesion de capitan de milicia exigia de mí esa noche que rondase los puestos avanzados del Acul, precaucion que hacian entonces precisa los disturbios de la colonia, las rebeliones parciales de los negros, que aunque se sofocaban con facilidad, se habian repetido en los meses anteriores de Junio y de Julio y hasta los primeros dias de Agosto en las habitaciones Thibaud y Lagoscette, á consecuencia de la irritacion de los mulatos libres, á los que habia exasperado el suplicio reciente del rebelde Ogé. Mi tio fué el primero que me recordó este deber y me resigné á cumplirle. Vestido, pues, de uniforme salí de la quinta de mi tio: visité los primeros cuerpos de guardia sin encontrar motivo de inquietud; pero hácia la media noche, paseándome junto á las baterías de la bahía, apercibí en el horizonte un resplandor rojizo, que se elevaba y extendia por la parte de Limonade y de San Luis de Morin.

Al principio los soldados y yo lo atribuimos á algun incendio casual; pero un momento despues crecieron tanto las llamas y el humo impelido por el viento se hizo tan espeso, que tuve que volver al fuerte para tocar alarma y enviar socorros al lugar del incendio. Al pasar junto á las chozas de nuestros negros, me sorprendió la agitacion que reinaba en ellas; casi todos estaban despiertos y hablaban con gran vivacidad. Un nombre extraño, *Bug-Jargal*, pronunciado con respeto, sonaba muchas veces en su gerigonza ininteligible. El sentido de algunas palabras que sorprendí pareció indicarme que se hallaban en plena insurreccion los negros de la llanura del Norte, y que incendiaban las habitaciones y las plantaciones situadas al otro lado del Cabo. Al atravesar una hondura pantanosa, tropecé con un monton de hachas y de azadones ocultos entre los juncos y los manglares. Inquieto, mandé en el acto que se pusieran sobre las armas las milicias del Acul y que se vigilara á los esclavos, y todo quedó otra vez en silencio.

Entre tanto aumentaba el incendio, que parecia irse acercando al Limbé, y creimos apercibir el lejano ruido de tiros y de disparos de artillería. Hácia las dos de la madrugada, mi tio, al que yo desperté, no pudiendo ya contener su inquietud, me mandó dejar en el Acul una parte de las milicias á las órdenes de un teniente; y mientras la pobre María dormia ó me esperaba despierta, obedeciendo á mi tio, que era miembro de la Asamblea provincial, emprendí el camino del Cabo con el resto de los soldados.

No olvidaré nunca el aspecto que presentaba dicha ciudad cuando me aproximé á ella. Las llamas devoraban las plantaciones de las cercanías, esparciendo sombrío resplandor, que oscurecian torrentes de humo, que el viento lanzaba hácia las calles. Torbellinos de chispas, que producian los pequeños despojos abrasados de las cañas de azúcar, eran arrastrados con violencia sobre los techos de las viviendas y sobre los aparejos de las embarcaciones fondeadas en la rada, amenazando á cada momento á la ciudad del Cabo con un incendio tan horroroso como el que ardia en sus alrededores.

Ofrecia horrible é imponente espectáculo ver por un lado á los pálidos habitantes exponer la vida por disputar al terrible azote el único techo que les quedaba despues de perder su riqueza; y por otro lado ver que los navíos, temiendo la misma suerte, y favorecidos por el viento tan funesto para los colonos, se alejaban á toda vela por un mar tinto con los sangrientos reflejos del incendio.

XVI.

Aturdido por el fragor de la artillería de las fortalezas, por el clamoreo de los fugitivos y por el estruendo lejano de los derrumbamientos, no sabia hácia

qué lado dirigir mis soldados, cuando me encontré en la plaza de Armas al capitan de dragones amarillos, que nos sirvió de guia. No me detendré en describiros el cuadro que ofrecia á nuestra vista la llanura incendiada. Otros muchos han descrito ya esos primeros desastres del Cabo, y deseo pasar de prisa sobre estos recuerdos, llenos de sangre y de fuego. Me limitaré á deciros que los esclavos rebeldes eran ya dueños del Dondon, del Terrier-Rouge, de la aldea de Onanamienta y hasta de las desgraciadas plantaciones del Limbé, lo que me tenia inquieto y desazonado, porque estaban inmediatas al Acul.

Corrí al palacio del gobernador, M. de Blanchelande, en donde reinaba la mayor confusion y ni el mismo jefe sabia lo que se hacia. Pedíle órdenes, suplicándole que no perdiese de vista la seguridad del Acul, que se creia ya amenazada. El gobernador tenia á su lado á M. de Rouvray, mariscal de campo y uno de los principales propietarios de la isla; á M. de Touzard, teniente coronel del regimiento del Cabo; á algunos miembros de las Asambleas colonial y provincial y á muchos de los más poderosos colonos.

En el momento en que yo llegué, esa especie de Consejo deliberaba tumultuosamente.

—Señor gobernador, decia un miembro de la Asamblea provincial, no hay duda de ello, los rebeldes son los esclavos y no los mulatos libres. Tiempo há que lo habíamos previsto y anunciado.

—Lo decíais sin creerlo, repuso ágriamente un miembro de la Asamblea colonial, llamada *general*. Lo decíais para adquirir crédito á nuestras expensas, y tan lejos estábais de esperar una insurreccion verdadera de los esclavos, que por las intrigas de vuestra Asamblea desde 1789 se simuló la famosa y ridícula revuelta de tres mil negros en los cerros del Cabo, en la que solo resultó muerto un voluntario nacional, y porque lo mataron sus compañeros.

—Repito, insistió diciendo el *provincial*, repito que vemos más claro que vosotros, y esto se explica fácilmente. Aquí nos quedábamos para la marcha de los asuntos coloniales, mientras que vuestra Asamblea en masa dirigíase á Francia para hacerse tributar risible ovacion, que concluyó con las reprimendas de la Representacion nacional... *ridiculus mus!*

El miembro de la Asamblea colonial contestó con amargo desden:

—¡Nuestros conciudadanos nos han reelegido por unanimidad!

—Á vosotros, replicó el otro, á vosotros se debe el que se paseara la cabeza del desgraciado que se presentó sin la escarapela tricolor en un café, y que se ahorcara al mulato Lacombe, por una peticion que empezaba con estas palabras inusitadas:

"¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!„

—Eso es falso, contestó el miembro de la Asamblea general. Eso fué la lucha de los principios y de los privilegios de los jorobados y de los engarabitados.

—Siempre supuse que érais un *independiente.*

Á semejanza del miembro de la Asamblea provincial, contestó su adversario con aire de triunfo:

—Eso es decir que sois un *pompon blanco*. (1) Sea enhorabuena.

Iba á pasar más adelante esta disputa, cuando intervino el gobernador.

—Pero señores, ¿qué tiene que ver todo eso con el inminente peligro que nos amenaza? No os injurieis y aconsejadme. Hé aquí los informes que he recibido. La insurreccion empezó esta noche á las diez entre los negros de la habitacion Turpin. Dichos esclavos, mandados por un inglés llamado Buckmann, se han apoderado de los talleres y de las habitaciones de Trémes, Flaville y Noe. Han incendiado todas las plantaciones y han asesinado á los colonos, cometiendo crueldades inauditas. Los horrores que han causado os los haré comprender por un solo detalle; su estandarte es el cuerpo de un niño clavado en una lanza.

Un extremecimiento general interrumpió un momento al gobernador.

—Esta es la situacion exterior, prosiguió éste. En el interior todo se halla en el mayor desórden. Muchos habitantes del Cabo han matado á sus esclavos; el miedo les ha hecho crueles. Los más humanos y los más valientes se han limitado á encerrarlos bajo llave. Los blanquillos (2) acusan de esos desastres á los mulatos libres, y muchos de éstos han estado expuestos á ser víctimas del furor popular. He mandado que se les diera como asilo una iglesia, custodiada por un batallon; y para probarme que no están en inteligencia con los negros insurrectos, me piden que les señale un

---

(1) Realista.

(2) Blancos no propietarios que ejercian en la colonia alguna industria.

punto y que les dé armas para defenderlo.

—No hagais tal, contestó una voz, que reconocí, la del plantador sospechoso de ser de sangre mezclada, que tuvo conmigo un duelo. No hagais tal, señor gobernador, no deis armas á los mulatos.

—Es que no quereis batiros? le preguntó bruscamente un colono.

El interrogado hizo como que no entendia y prosiguió:

—Los mulatos son nuestros peores enemigos, los únicos que debemos temer. y antes debíamos esperar una insurreccion de éstos que de los esclavos, porque, son algo los esclavos?

El pobre hombre creia que pronunciando esas invectivas contra los mulatos se separaba de ellos y destruia en el concepto de los blancos la opinion que le clasificaba entre los de sangre mezclada. Era esa combinacion demasiado cobarde para que obtuviese buen éxito, como se lo probó en seguida el murmullo de desaprobacion que acompañó á sus palabras.

—Los esclavos son algo, le contestó el mariscal de Rouvray; están en proporcion de cuarenta contra tres, y seríamos dignos de lástima si no tuviéramos para oponernos á los negros y á los mulatos blancos como vos.

El colono se mordió los labios.

—¿Qué pensais, señor general, preguntó el gobernador, de la peticion de los mulatos?

—Armadlos, señor gobernador, le respondió Rouvray; agarrémonos á cualquier tabla de salvacion.—Y encarándose con el colono sospechoso, le dijo: Podeis ir á armaros.

Humillado el colono, salió dando muestras de rabia concentrada.

Los clamores de angustia, esparcidos ya por toda la ciudad, llegaban de vez en cuando al palacio del gobernador, recordando á los miembros de esta conferencia el motivo que los reunió. El gobernador trasmitió apresuradamente una órden escrita con lápiz y rompió el sombrío silencio con que la Asamblea escuchaba tan espantoso rumor.

—Los mulatos se van á armar, señores; pero quedan muchas medidas por tomar.

—Es indispensable convocar la Asamblea provincial, dijo el miembro de ella que cuando yo entré hablaba.

—¿Para qué convocar á la Asamblea provincial? preguntó su antagonista.

—Se conoce que sois miembro de la Asamblea colonial, insistió el del *pompon blanco*.

El independiente le interrumpió:

—No reconozco ni la provincial ni la colonial, dijo; para mí no hay más Asamblea que la general.

—Señores diputados, exclamó interrumpiendo un empresario de cultivos; mientras os ocupais de cosas tan insustanciales, ¿sabreis decirme qué será á esta hora de mis algodoneros y de mi cochinilla?

—¿Y de las cuatro mil plantas de añil que poseo en el Limbé? añadia un plantador.

—¿Y de mis negros, que unos con otros me cuestan treinta dollars por cabeza? dijo un capitan negrero.

—Cada minuto que perdais, proseguia otro colono, me cuesta, reloj y tarifa en mano, diez quintales de azúcar, que á diez y siete pesos fuertes el quintal, equivalen en monedas de Francia á ciento treinta libras y diez sueldos.

—La colonial, que vosotros llamais general, es una usurpadora, decia el otro querellante, dominando el tumulto á fuerza de pulmones; que se quede Puerto-Príncipe confeccionando decretos para dos leguas de terreno y para que duren dos dias, y nos deje tranquilos. El Cabo pertenece al Congreso provincial del Norte, solo á él.

—Insisto, replicó el independiente, que el gobernador no tiene derecho á convocar otra Asamblea que la general de los representantes de la colonia, que preside M. Cadusch.

—¿Pero dónde está vuestro presidente M. Cadusch? preguntó el pompon blanco; dónde está vuestra Asamblea? No han acudido aquí más que cuatro miembros de ella, mientras que la provincial está aquí por completo. ¿Os figurais acaso que vos solo podeis representar á toda una Asamblea, á toda una colonia?

La rivalidad de los dos diputados, ecos fieles de las Asambleas respectivas, exigió que el gobernador interviniese otra vez.

—¿Acabareis, señores, con esas vanas cuestiones?

—Par diez! gritó con voz de trueno el general Rouvray, dando un fuerte puñetazo en la mesa del Consejo: ¡malditos parlanchines! Preferiria habérmelas con un cañon de á veinticuatro. ¿Qué nos importan esas dos Asambleas, que se disputan la preferencia como dos compañías de granaderos que van á subir al

asalto? Pues bien, convocad á las dos y formaré con ellas dos regimientos para que se batan contra los negros, y veremos entonces si sus fusiles hacen tanto ruido como sus lenguas.

Despues de ese vigoroso exabrupto, se me acercó al oido y me dijo á media voz:—¿Qué puede hacer en Santo Domingo, con dos Asambleas que pretenden ser soberanas, el gobernador nombrado por el rey de Francia? Los oradores y los abogados son los que lo echan á perder todo aquí, lo mismo que en la metrópoli. Si tuviese el honor de ocupar el puesto de teniente general por real órden, arrojaria fuera á esos enredadores y les diria: *El rey reina y yo gobierno*. Cuidaríame poco de la responsabilidad que pudiese tener ante esos mal llamados representantes; y con solo prometerme el gobierno doce cruces de San Luis, barrería á todos los rebeldes hácia la isla de la Tortuga, habitada en otro tiempo por bandidos como ellos. Jóven, tened presente lo que os voy á decir: los *filósofos* han producido á los *filántropos*, y éstos han procreado á los *negrófilos*, que han hecho nacer á los comedores de blancos, llamados así hasta que se les invente su nombre griego ó latino. Esas pretendidas ideas liberales, que en Francia trastornan las cabezas, son un veneno bajo los trópicos. Debia tratarse á los negros con dulzura, pero no concederles la libertad de repente. Todos los horrores que hoy presencia Santo Domingo nacen del club de Massiac, y la insurreccion de los esclavos no es más que una consecuencia de la toma de la Bastilla.

Mientras el veterano exponia en esos términos su política mezquina, pero con franqueza y conviccion, continuaba la discusion tempestuosa. Un colono, entre los pocos en que habia penetrado el frenesí revolucionario, que se hacia llamar el ciudadano general C.***, por haber presidido algunas ejecuciones sangrientas, exclamó:

—Más necesarios son los suplicios que los combates. Las naciones necesitan escarmientos terribles: ¡aterremos con ellos álos negros! Yo concluí con las revoluciones de Junio y de Julio haciendo plantar cincuenta cabezas de esclavos en las avenidas de mi habitacion á guisa de palmeras. Que den todos su contingente para la proposicion que voy á presentar. Defendamos los accesos del Cabo con los negros que todavía nos quedan.

—No puede ser! ¡eso seria una imprudencia! respondieron de todas partes.

—No comprendeis mi idea, señores, repuso el ciudadano-general. Hagamos un cordon de cabezas de negros que rodee la ciudad, desde el fuerte Picolet hasta la punta del Caracol, y sus compañeros insurrectos no se atreverán á aproximarse. En estos momentos hay que sacrificarse por la causa comun; yo me sacrificaré el primero. Poseo quinientos esclavos no sublevados, y los ofrezco.

Tan execrable proposicion fué acogida con un movimiento de horror.

—Eso es abominable! Eso es horrible! gritaba todo el mundo.

—Medidas de ese género son las que lo han echado todo á perder, dijo un colono. Si no nos hubiéramos apresurado á ejecutar á los últimos rebeldes de Junio, Julio y Agosto, hubiéramos podido coger el hilo de esa conspiracion que ha cortado el hacha del verdugo.

El ciudadano C.***, despechado, se mantuvo un momento en silencio, y despues murmuró entre dientes:

—No creo, sin embargo, que haya motivo para que yo aparezca sospechoso. Estoy relacionado con todos los negrófilos, y en correspondencia con Brissot et Pruneau de Pomme-Gonge, en Francia; con Hans-Lloane, en Inglaterra; con Magaw, en América; con Pezell, en Alemania; con Olivarins, en Dinamarca; con Wadstrohm, en Suecia; con Peter Paulus, en Holanda; con Avendaño, en España, y con el abate Pedro Tamburini, en Italia.

Iba subiendo la voz á medida que adelantaba en su nomenclatura de negrófilos, y terminó diciendo:—¡Pero aquí no hay filósofos!

Por tercera vez el gobernador solicitó los consejos de todos los presentes.

—Mi opinion es, dijo una voz, que nos embarquemos todos en el *Leopardo*, que ha fondeado en la rada.

—Pongamos á precio la cabeza de Buckmann, dijo otro.

—Enteremos de lo que aquí sucede al gobernador de la Jamaica, repuso un tercero.

—Sí, para que vuelva á enviarnos el irrisorio ausilio de quinientos fusiles, repuso un diputado de la Asamblea próvincial. Señor gobernador, espedid un buque de guerra á Francia, y aguardemos.

—Aguardar! aguardar! interrumpió Rouvray con energía. ¿Y los negros esperarán? ¿y esperarán las llamas que rodean á la ciudad? Señor Touzard, mandad tocar á generala, que salgan los

cañones é id á atacar el grueso de los rebeldes con vuestros granaderos y cazadores. Señor gobernador, mandad que levanten campamentos en las parroquias del Este; estableced posiciones en Trou y en Vallieres; yo me encargo de los llanos del fuerte del Delfin. Yo dirigiré las obras; mi abuelo, maestre de campo del regimiento de Lombardía, sirvió á las órdenes del mariscal Vauban; estudié á Folard y á Bezont, y tengo práctica en las obras para defensa del país. Además las llanuras del fuerte del Delfin, casi rodeadas por el mar y por las fronteras españolas, se asemejan á una península, y hasta cierto punto se protegerán ellas mismas; la península de la Muela ofrece idéntica ventaja. Prevalgámonos de todo esto y obremos.

El enérgico y positivo lenguaje del veterano hizo callar súbitamente todas las discordancias de votos y de opiniones. El general estaba en lo cierto, y la conciencia que cada cual tiene de sus verdaderos intereses unió todos los pareceres al de Rouvray; y mientras el gobernador manifestaba al valiente militar que reconocia la excelencia de sus consejos, aunque enunciados como órdenes, y la importancia de su auxilio, todos los colonos reclamaron la pronta ejecucion de las medidas indicadas.

Unicamente los dos diputados de las Asambleas rivales parecia que se separaban de la adhesion general y murmuraban arrinconados las frases *usurpacion del poder ejecutivo, decision apresurada y responsabilidad.*

Aproveché aquel momento para obtener del gobernador las órdenes que deseaba con impaciencia, y abandoné el local con la idea de reunir mis soldados y en el acto encaminarme al Acul, á pesar del cansancio que todos sentian, menos yo.

## XVII.

Empezaba á amanecer. Me encontraba en la plaza de Armas despertando á los milicianos, que estaban acostados sobre los capotes, mezclados con los dragones amarillos y colorados, con los fugitivos de los llanos, con las bestias que balaban y que mugian y con los bagajes de todas clases, traidos á la ciudad por los plantadores de las cercanías. En tal desórden encontré á mi destacamento, cuando ví que corria hácia mí á toda carrera un dragon amarillo, sudoroso y empolvado. Acudí á su encuentro, y por las pocas palabras entrecortadas que se le escaparon supe con consternacion que se habian realizado mis temores; que la rebelion habia invadido los llanos del Acul y que los negros sitiaban el fuerte de Galifet, en donde se habian encerrado las milicias y los colonos. Conviene deciros que ese fuerte era de escasa importancia; en Santo Domingo se dá el nombre de fuerte á cualquiera obra de tierra.

No podíamos perder un momento: mandé montar á caballo á los soldados que lo pudieron encontrar, y guiado por el dragon llegué á los dominios de mi tio hácia las diez de la mañana.

Apenas concedí una mirada á aquellas inmensas plantaciones, convertidas en un mar de llamas, que saltaban sobre el llano con grandes oleadas de humo, á través de las que el viento arrastraba, á guisa de chispas, gruesos troncos de árboles erizados de fuego. Horroroso chisporroteo, mezclado de crujidos y de murmullos, parecia responder á los lejanos rugidos de los negros, que oíamos ya sin verlos todavía. Solo me preocupaba un pensamiento, del que no podia distraerme la pérdida de tantas riquezas que yo debia heredar; este pensamiento era la salvacion de María. ¡Salvada ésta, qué me importaba lo demás! Sabia que estaba encerrada en el fuerte, y lo único que á Dios le pedia era llegar á tiempo; esta era la única esperanza que me sostenia en medio de las angustias y me daba el valor y la fuerza del leon.

Al poco rato un recodo del camino presentó á nuestra vista el fuerte de Galifet. En la plataforma flotaba todavía el pabellon tricolor y un nutrido fuego coronaba el contorno de las paredes. Lancé un grito de alegría. "¡A galope, espolead bien!„ les mandé á mis compañeros. Redoblando la velocidad, nos dirigimos á campo traviesa hácia el fuerte, á cuyo pié se divisaba la casa de mi tio, que aparecia roja á la luz del incendio, á la que éste no se habia propagado aun; porque el viento soplaba del lado del mar y estaba aislada de las plantaciones.

Multitud de negros emboscados en dicha casa asomaban por las aberturas y por el techo; las antorchas, las picas y las hachas brillaban en medio de los disparos de fusil, que no cesaban de dirigir contra el fuerte, mientras que otra multitud de esclavos se encaramaban, se dejaban caer y volvian á subir sin cesar alrededor de los sitiados muros, que

habian llenado de escalas. Aquel torbellino de negros, rechazados de contínuo y renaciendo otra vez sobre las murallas, se parecia de lejos á un enjambre de hormigas tratando de escalar la concha de una tortuga, de las que el lento animal se desembarazara dando una sacudida de intervalo en intervalo.

Llegamos á las primeras circunvalaciones del fuerte, y fijando la vista en el pabellon que le dominaba, alentaba á mis soldados en nombre de sus familias, encerradas como la mia detrás de aquellos muros y á cuyo auxilio acudíamos. Aclamacion general fué la respuesta que obtuve, y formando en columna mi pequeño escuadron, me dispuse á dar la señal de atacar á los negros sitiadores, pero en ese instante salió un inmenso alarido del recinto del fuerte; un torbellino de humo rodeó el edificio por completo, del que se escapaba un rumor parecido al ruido de una hornaza, y al esclarecerse dicho torbellino se presentó otra vez á nuestra vista el fuerte de Galifet, en el que ya ondeaba la bandera roja. Todo habia concluido.

## XVIII.

Podeis comprender lo que debí sufrir al presenciar tan horrible espectáculo. El fuerte tomado, sus defensores pasados á cuchillo, veinte familias inmoladas, y todo aquel desastre, lo confieso con vergüenza, no me ocupaba un instante. ¡María perdida para mí en el mismo instante en que iba á ser mia para siempre! ¡perdida para mí por mi culpa, porque si no la hubiese abandonado la noche anterior para ir al Cabo, por órden de mi tio, hubiera podido defenderla ó morir á su lado con ella! Estas desoladoras ideas extraviaron mi dolor hasta convertirlo en locura. Mi desesperacion era la del remordimiento.

Mis exasperados compañeros gritaban: "Venganza!„ y nos precipitamos en medio de los insurgentes vencedores, armados de espadas y de pistolas. Aunque eran muy superiores en número los negros, huian al vernos llegar; pero les veíamos distintamente á derecha y á izquierda, detrás y delante de nosotros, asesinando á los blancos y apresurándose á incendiar el fuerte. Su cobardía aumentaba nuestro furor.

Al llegar á la poterna del fuerte se me presentó Tadeo, acribillado de heridas.

—Capitan, me dijo, Pierrot es un hechicero, como le llaman esos condenados negros, ó lo menos es un diablo. Nos sosteníamos, vos acabais de llegar y todo se hubiera salvado, pero él penetró en el fuerte, no sé por dónde, y ya lo veis!... En cuanto á vuestro tio, á su familia y á la señora...

—María! le interrumpí, ¿dónde está María?

En aquel instante salió un negro atlético por detrás de una empalizada incendiada llevándose á una jóven, que gritaba y se retorcía en sus brazos. Eran María y el negro Pierrot.

—Pérfido! vociferé.

Le apunté con la pistola, pero uno de los esclavos insurrectos se puso delante de él y cayó muerto. Volvióse Pierrot, dirigiéndome al parecer algunas palabras, y luego se perdió con su presa por entre los cañaverales consumidos por el fuego. Al poco rato, un perro enorme le siguió, llevando en la boca una cuna, la del último hijo de mi tio. Tambien reconocí al perro: era Rask. Ebrio de coraje, disparé sobre él otro tiro, pero no le acerté.

Como un insensato corrí á su alcance, pero mi larga carrera nocturna, tantas horas transcurridas sin reposo y sin tomar alimento, el temor que me inspiraba la desgracia de María, el tránsito repentino del colmo de la felicidad al último término de la desgracia, todas esas emociones violentas del alma me habian agotado más todavía que las fatigas del cuerpo; y al dar unos cuantos pasos vacilé y se esparció una nube ante mi vista, que me hizo caer en tierra desvanecido.

## XIX.

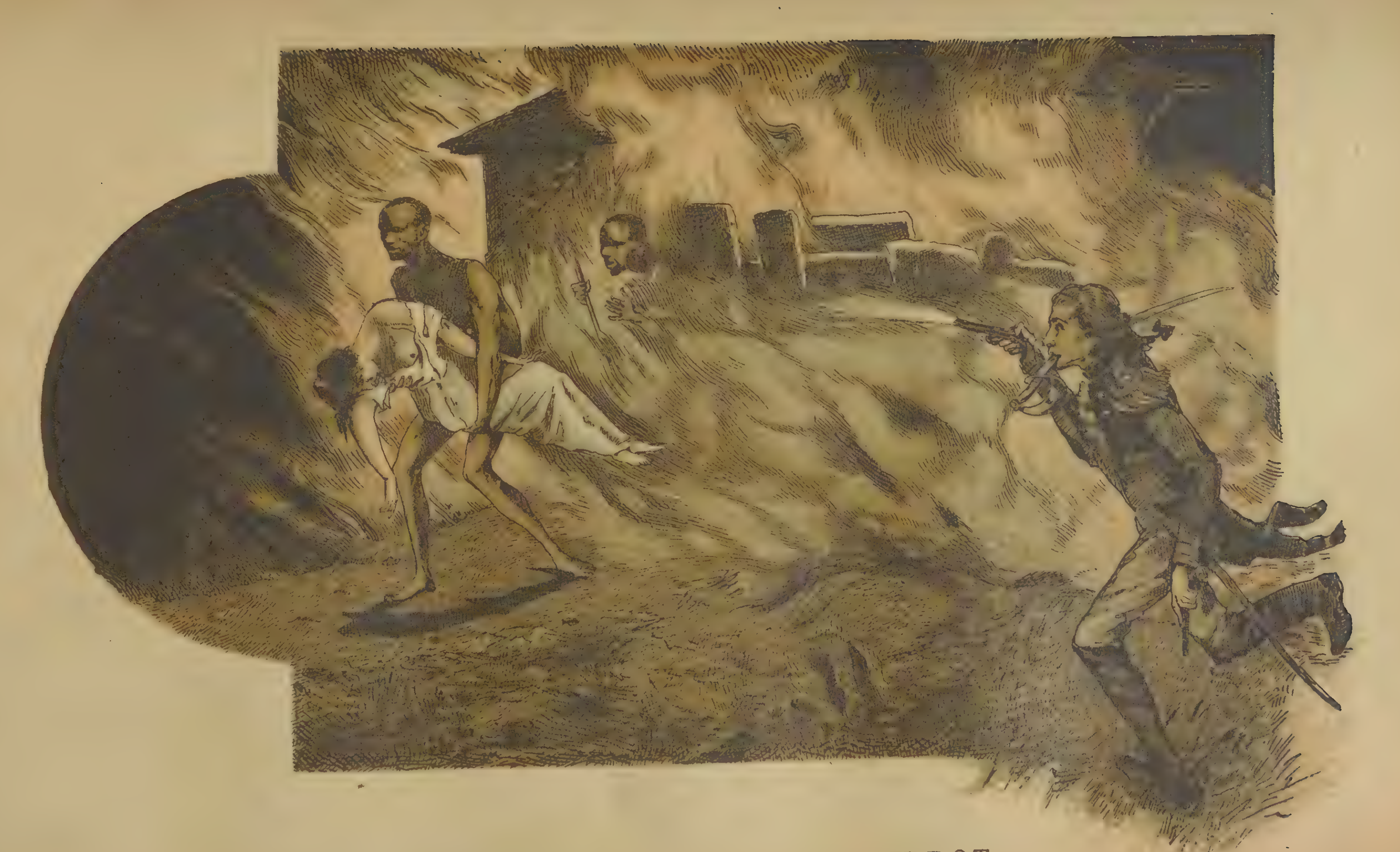
Cuando recobré el sentido, me encontré en la casa devastada de mi tio y en brazos de Tadeo, que fijaba en mí los ojos con interés verdaderamente paternal.

—Victoria! gritó en cuanto su mano sintió que yo recobraba el pulso. ¡Victoria! Los negros están vencidos y mi capitan ha resucitado.

Interrumpí su exclamacion de júbilo con mi eterna pregunta:

—Dónde está María?

No podia coordinar aun mis ideas y me quedaba el sentimiento, pero no el recuerdo de mi infortunio. Tadeo, en vez de contestarme, inclinó la cabeza, y entonces recobré la memoria, y ésta me retrató mi horrible noche de bodas; y el negro, arrebatándome en sus brazos á



ERAN MARIA Y EL NEGRO PIERROT.

María á través de las llamas, se me apareció como una vision infernal. La luz del incendio que acababa de alumbrar á toda la colonia, demostrando á los blancos que sus esclavos eran sus mortales enemigos, me hizo ver que Pierrot, tan bueno, tan generoso y tan adicto, y que me debia la vida tres veces, era un ingrato, un mónstruo, un rival. Robarme á mi esposa la misma noche de la boda, me probaba lo que desde el principio sospeché, y ví entonces claro que el cantor del pabellon era el execrable raptor de María. ¡Qué cambio en tan pocas horas!...

Tadeo me refirió que persiguió en vano á Pierrot y á su perro; que los negros se habian retirado, aunque por el número hubieran podido arrollar al corto peloton de mis soldados, y que continuaba el incendio devorando mis propiedades, sin que hubiese sido posible sofocarlo.

Le pregunté si sabia qué era de mi tio, en cuya habitacion se me habia instalado, y me cogió de la mano silenciosamente, conduciéndome hasta la alcoba, cuyas cortinas descorrió. Allí estaba mi desventurado tio, tendido en el lecho ensangrentado, con el corazon traspasado por un puñal. La tranquilidad que demostraba su semblante indicaba que debió ser asesinado durmiendo. La cama del enano Habibrah, que se hallaba colocada á sus piés, estaba tambien manchada de sangre, así como el traje abigarrado del bufon, que estaba tendido en tierra, cerca del lecho.

Sin duda el bufon fué víctima de su adhesion hácia mi tio y quizá fuese asesinado por sus compañeros al tratar de defender á su amo. Me reproché con amargura las prevenciones que me hicieron formar falsos juicios sobre Habibrah y sobre Pierrot, y mezclé las lágrimas que me arrancó la muerte violenta de mi tio con el sentimiento de la pérdida del bufon. Ordené que se buscara su cadáver, pero no le encontraron por ninguna parte; acaso los negros se llevaron al enano y lo arrojaron á las llamas; por lo tanto, dispuse que al celebrarse las honras fúnebres por el descanso de mi tio, se rogase por el alma del fiel Habibrah.

## XX.

El fuerte Galifet estaba completamente destruido, habiendo desaparecido las habitaciones; por consiguiente, era imposible permanecer más tiempo en aquellas ruinas. Aquella misma noche regresamos al Cabo.

Al llegar allí se apoderó de mí una fuerte calentura; porque el esfuerzo que hice sobre mí mismo para dominar la desesperacion que se enseñoreaba de mí fué demasiado violento; el resorte, demasiado tirante, se rompió. Empecé á delirar, porque me estraviaron la razon mis esperanzas destruidas, mi amor profanado, mi amistad vendida, mi porvenir perdido y mis celos implacables. Me parecia que circulaban llamas por mis venas; se me hacia pedazos la cabeza y el furor invadia mi corazon. ¡Representábame á María en poder de otro amante, en poder de un amo, en poder de un esclavo, de Pierrot! Contáronme despues que en aquel momento me arrojé de la cama y que fué precisa la fuerza de seis hombres para impedir que me destrozara el cráneo contra las paredes. ¿Por qué entonces no terminó mi existencia? Pasó esa crísis: los médicos, los cuidados de Tadeo y la fuerza propia de la juventud vencieron el mal; ese mal que pudo ser para mí el bien. Curé á los diez dias, lo que no me apenó, porque deseaba vivir algun tiempo más para poder vengarme.

En cuanto convalecí, me presenté al gobernador para que utilizase mis servicios: queria señalarme la defensa de un punto; yo le pedí que me incorporara como voluntario á una de las columnas móviles que se enviaban de vez en cuando contra los negros para pacificar el pais.

Fué fortificado el Cabo de prisa, en poco tiempo, porque la insurreccion progresaba terriblemente. Empezaban á agitarse los negros de Puerto-Príncipe; Biasson mandaba los de Limbé, del Dondon y del Acul; Juan Francisco se hizo proclamar generalísimo de los insurrectos de la llanura de Maribaron; Buckmann, célebre despues por su fin trágico, recorria con sus bandidos las riberas de la Limonade, y las cuadrillas del Morne-Rouge reconocian por jefe á un negro llamado Bug-Jargal.

El carácter de Bug-Jargal, á creer lo que se decia de él, contrastaba enteramente con la ferocidad de los otros jefes. Mientras que Buckmann y Biasson inventaban mil clases de muerte para los prisioneros que caian en sus manos, Bug-Jargal les proporcionaba medios para que abandonasen la isla. Los primeros pactaban de antemano con las lanchas españolas que cruzaban por

la costa y les vendian por adelantado los despojos de los desgraciados que obligaban á huir: Bug-Jargal echó á pique á varios de estos corsarios. Colás de Maigné y ocho colonos más de los principales fueron librados por órden suya de la rueda á que Buckmann los habia hecho atar. Citábanse otros muchos rasgos suyos de generosidad que serian largos de referir.

El deseo de venganza que me agitaba parecia próximo á realizarse; ya no oia hablar de Pierrot. Los rebeldes mandados por Biasson seguian inquietando el Cabo; en una ocasion se atrevieron á abordar el elevado cerro que domina la ciudad, costando al cañon de la cíudadela bastante trabajo para rechazarlos. El gobernador resolvió empujarles al interior de la isla. Las milicias del Acul, del Limbé, de Onanamienta y de Maribaron, reunidas con el regimiento del Cabo y con las temibles compañías amarilla y roja, constituian nuestro ejército activo. Las milicias del Dondon y del Cuartel-Delfin, reforzadas con un cuerpo de voluntarios, bajo las órdenes del negociante Poncignon, constituian la guarnicion de la ciudad.

Primeramente quiso el gobernador librarse de Bug-Jargal, que era al que más temia, y envió contra él las milicias de Onanamienta y un batallon del Cabo. Este cuerpo regresó á los pocos dias completamente derrotado. El gobernador se obstinó en querer vencer á Bug-Jargal, y volvió á enviar contra él el mismo cuerpo, con un refuerzo de cincuenta dragones amarillos y de cuatrocientos milicianos de Maribaron. Este segundo ejército recibió todavía un golpe más rudo que el primero. Tadeo, que formó parte de esa expedicion, concibió violento despecho y me juró á su vuelta que él se vengaria de Bug-Jargal.

Cayó una lágrima de los ojos de Auvernery; cruzó los brazos sobre el pecho y pareció durante algunos minutos abismado en doloroso ensimismamiento: despues de una larga pausa continuó:

## XXI.

Se supo que Bug-Jargal habia abandonado el Morne-Rouge y que se dirigia con su gente por las montañas para reunirse con Biasson.

El gobernador oyó con satisfaccion esta noticia y dijo, frotándose las manos: —"Ya son nuestros„. Al dia siguiente el ejército colonial se encontraba á una legua del Cabo. Los insurrectos, al aproximarnos á ellos, abandonaron precipitadamente á Port-Margot y el fuerte de Galifet, en donde habian establecido una posicion defendida por piezas de gran calibre de artillería de sitio, sacadas de las baterías de la costa: todas las partidas se replegaron hácia las montañas. El gobernador estaba contentísimo. Cada uno de nosotros, al pasar por aquellas llanuras áridas y desoladas, queríamos echar una triste ojeada al sitio donde estuvieron nuestras plantaciones, nuestras viviendas y nuestras riquezas, y no lo reconocíamos muchas veces.

Con frecuencia detenian nuestra marcha incendios que de los campos cultivados se habian comunicado á los bosques y á las sábanas. En esos climas en los que la tierra es aun vírgen, en los que la vejetacion es exuberante, acompañan singulares fenómenos al incendio de un bosque. Oyese á lo lejos, con frecuencia antes de verlo, surgir y retumbar con el estrépito de una catarata diluvial. Los troncos de los árboles que estallan, las llamas que chisporrotean, las raices que crujen en el suelo, las grandes matas que se extremecen, el hervor de los lagos y de los pantanos encerrados en el bosque y el silbido de la llama que devora el aire, lanzan un rumor, que ya se apacigua, ya se redobla con el progreso del incendio. A veces se ve un verde límite de árboles, aun intactos, rodear largo tiempo el flamígero foco; de repente una lengua de fuego desemboca por una de las extremidades de aquella fresca cintura, una serpiente de llama azulada corre con rapidez á lo largo de los tallos, y en un abrir y cerrar de ojos la frente del bosque desaparece bajo un velo movible de oro y todo él arde á la vez. Entonces un dosel de humo baja de vez en cuando con el soplo del viento y envuelve á las llamas. Se rolla y se desenrolla, se eleva y se hunde, se disipa y se condensa, ennegreciéndose de repente; despues una especie de franja de fuego recorta vivamente todos los bordes; se oye un ruido atronador; la franja se borra, el humo sube y vierte al volarse una oleada de ceniza roja, que cae en lluvia durante largo tiempo.

## XXII.

La noche del tercer dia penetramos en las gargantas del rio Grande. Calculamos que los negros debian encon-

trarse á veinte leguas de nosotros en la montaña.

Acampamos sobre una colina, que bien pudo servir de campamento á los insurrectos á juzgar por la desnudez en que la dejaron. La posicion no era muy cómoda, pero estábamos tranquilos. Dominaban á la colina por todas partes grandes rocas y riscos cubiertos de espesos bosques. La aspereza del terreno hizo bautizar aquel sitio con el nombre de *Doma-mulato*. El rio Grande corria detrás del campamento encerrado entre dos costas, y en aquel punto era angosto y profundo. Zarzales impenetrables á la vista erizaban sus orillas, bruscamente inclinadas; con frecuencia las aguas se ocultaban detrás de guirnaldas de bejucos, que agarrándose á las ramas de los arces de flores coloradas, esparcidos entre los zarzales, entrelazábanse de una á otra orilla, formando sobre el rio holgadas tiendas de verdura. El que las contemplaba desde lo alto de las rocas inmediatas creia ver praderas humedecidas por el rocío.

El sol dejó de dorar al poco tiempo la cima aguda de los montes lejanos del Dondon: poco á poco las sombras de la noche fueron enseñoreándose del espacio, y ya no turbaban el silencio del campamento más que los gritos de la grulla y el paso mesurado de los centinelas.

De repente los temibles cantos de *Ona-Nassé* y del *Campo del Gran Prado* se oyeron cerca de nosotros; las palmeras, los acomas y los cedros que coronaban las rocas empezaron á arder, y las claridades lívidas del incendio alumbraron ante nuestra vista en las inmediatas cimas numerosas bandadas de negros y de mulatos, cuya tez cobriza parecia roja á la luz de las llamas. Eran los insurrectos de Biasson.

Ante la inminencia del peligro, los jefes se despertaron con sobresalto, apresurándose á reunir á los soldados; el tambor tocó á generala, la trompeta dió la voz de alarma, formáronse tumultuosamente nuestras líneas, y los rebeldes, en vez de aprovecharse del desórden en que nos sorprendieron, nos contemplaban inmóviles, entonando el canto de *Ona-Nassé*.

Un negro gigantesco apareció solo sobre el más alto de los picos secundarios que encajonan al rio Grande; flotaba sobre su frente una pluma de color de fuego; llevaba una hacha en la mano derecha y una bandera roja en la izquierda... Era Pierrot. Si hubiese tenido una carabina al alcance de mi mano, la rabia quizás me hubiera hecho cometer un acto de cobardía. Repitió el negro el estribillo de *Ona-Nassé*, clavó la bandera entre las rocas, arrojó el hacha donde nosotros estábamos y sumergióse en las aguas del rio. Sentí en aquel momento una corazonada que me apesadumbró; creí que aquel hombre no moriria á mis manos.

Los negros comenzaron á arrojar sobre nosotros enormes pedruscos, y una granizada de balas y de flechas cayó sobre la colina. Nuestros soldados, furiosos porque sus tiros no llegaban hasta los insurrectos, espiraban con desesperacion, aplastados por las rocas, acribillados de balas y traspasados por las flechas. Horrible confusion reinaba en el ejército. De pronto espantoso ruido pareció salir del fondo del rio Grande; verificábase en él una escena extraordinaria. Los dragones amarillos, sufriendo extremadamente á causa de los enormes pedruscos que los rebeldes lanzaban sobre ellos desde lo alto de las montañas, concibieron la idea de refugiarse, para escapar de ese mortal peligro, bajo las bóvedas flexibles de bejucos que cubrian el rio, y Tadeo fué el primero que puso en práctica ese ingenioso recurso...

Al llegar aquí vióse el narrador interrumpido bruscamente.

## XXIII.

Más de un cuarto de hora hacia que el sargento Tadeo, llevando el brazo derecho con cabestrillo, se introdujo sin que nadie le viera en un rincon de la tienda de campaña, desde el que únicamente denotaba con gestos la parte activa que tomaba en la narracion de su capitan, hasta el momento en que no creyó que el respeto le permitia dejar pasar un elogio suyo sin dar las gracias á Auvernery, que entonces atrevióse á balbucear confusamente:

—Qué bueno sois, mi capitan!...

Resonó una carcajada general, y volviendo la cabeza Auvernery, le dijo con severidad:

—Vos aquí, Tadeo! y el brazo?

Al oir este lenguaje, tan nuevo para el veterano, contristáronse sus facciones, vaciló y levantó la cabeza hácia atrás, como para detener las lágrimas que iban á salir de sus ojos.

—Nunca creí, dijo al fin en voz baja, que mi capitan pudiese faltar á su viejo sargento hasta el punto de hablarle de *vos*.

El capitan se levantó en seguida y le dijo:

—Perdóname, mi antiguo amigo, perdóname. Vamos, Tadeo, me perdonas? Las lágrimas brotaron de los ojos del sargento contra su voluntad.

—Esta es la tercera vez que lloro... pero ahora es de alegría.

Despues de hechas las paces, hubo una larga pausa en la conversacion.

—Pero dime, ¿por qué abandonaste la ambulancia para venir aquí?

—Vine, con vuestro permiso, á preguntaros si se ha de poner mañana la gualdrapa galoneada á vuestro caballo de batalla.

Enrique se sonrió.

—Mejor hubiera sido, Tadeo, que hubieras preguntado al cirujano mayor si habrá que poner mañana dos onzas de hilas en la herida de tu brazo.

—O informaros, repuso Paschal, de si os es permitido beber un poco de vino para refrescaros. Mientras tanto, aquí teneis aguardiente que os probará... probadle, intrépido sargento.

Tadeo se adelantó, saludando respetuosamente, y escusándose de tener que tomar el vaso con la mano izquierda, le vació á la salud de los presentes. Esto le dió ánimo.

—Estábais, mi capitan, dijo, en el momento en que... pues si es verdad, yo fuí el que propuso que nos refugiásemos debajo de los bejucos para impedir el que nos matasen á pedrada limpia. Nuestro oficial, como no sabia nadar, tenia miedo de ahogarse, lo que era muy natural, y se oponia con todas sus fuerzas, hasta que vió, con vuestro permiso, señores, que un enorme pedazo de roca estuvo á punto de aplastarle, y que cayó al rio y no se hundió, protegido por las matas. —"Vale más, dijo entonces, morir como Faraon en Egipto que como San Estéban; nosotros no somos santos, y Faraon era un militar como nosotros.„—Dicho oficial, que era un sábio, como acabais de ver, quiso seguir mi consejo al fin, con la condicion de que yo fuese el primero en dar el ejemplo. No me lo hice repetir. Descendí á lo largo de la orilla, salté bajo la bóveda, agarrándome á las ramas de arriba, cuando siento que me tiran de las piernas, forcejeo, recibo varios sablazos, y todos los dragones, que eran unos demonios, se precipitan en confusion debajo de los bejucos. Era que los negros de Morne-Rouge se habian emboscado allí, probablemente para echarse sobre nosotros. Entablamos la lucha, acompañada de gritos y de juramentos. Como los negros estaban desnudos, eran más listos que nosotros, pero nuestros golpes eran más certeros que los suyos. Con un brazo nadábamos y con el otro combatíamos, como se acostumbra en casos semejantes. Los que no sabian nadar se agarraban con una mano á los bejucos y los negros les tiraban de los piés. En medio de aquel zipizape ví á un negro que se defendia como un demonio contra ocho ó diez de mis compañeros; me echo á nadar, llego, y reconozco á Pierrot, álias Bug... pero esto no debe saberse hasta luego, ¿no es cierto, mi capitan? Reconozco, pues, como iba diciendo, á Pierrot, á quien no podia ver desde la toma del fuerte; lo agarré por el pescuezo, iba á librarse de mí dándome una puñalada, cuando me miró y se rindió en vez de matarme; lo que fué una desgracia, mi capitan, porque si no se hubiese rendido... pero todo se sabrá más tarde. En cuanto vieron los negros que le prendian, arrojáronse sobre nosotros para librarle; las milicias se disponian á penetrar en el rio para auxiliarnos, y Pierrot, conociendo sin duda que todos los negros iban á perecer, dijo algunas palabras no sé en qué lengua, pero que al oirlas huyeron todos rápidamente, zambulléndose en el agua. Un combate bajo el líquido elemento tendria su lado agradable y quizás me divertiria á no haber perdido un dedo y mojado diez cartuchos y si... ¡pobre hombre! pero estaba escrito, mi capitan.

El sargento, despues de apoyar respetuosamente el reverso de la mano izquierda en la granada de su gorra de cuartel, la levantó hácia el cielo con muestras de profunda inspiracion.

Auvernery parecia violentamente agitado.

—Sí, dijo, sí, tienes razon, amigo mio, fué aquella una noche fatal.

El capitan se hubiera sumido en uno de sus habituales ensimismamientos, si los oyentes no le hubiesen instado repetidas veces á que prosiguiese su narracion. Continuó del modo siguiente:

## XXIV.

Mientras la escena que Tadeo acaba de referir sucedia detrás del cerrillo, yo habia conseguido con algunos de los mios trepar de maleza en maleza hasta una cumbre llamada *El del Pavon,* á causa de los variados matices con que el musgo brilla á la luz del sol. Dicho

pico estaba al nivel de las posiciones de los negros; una vez abierto el camino se llenó en seguida de soldados toda la cima, y al punto comenzó un terrible fuego graneado. Los negros, peor armados que nosotros, no podian sostener nuestro fuego y empezaron pronto á flaquear; redoblamos nuestros esfuerzos y no tardaron los rebeldes en evacuar las rocas más cercanas, cuidando de arrojar los cadáveres de los suyos sobre el resto del ejército, que permanecia formado en batalla en la colina. Entonces derribamos, atándolos fuertemente con hojas de palmeras, muchos troncos de los enormes algodoneros silvestres, que sirvieron á los primitivos habitantes de la isla para hacer canoas de cien remeros; y con la ayuda de este puente improvisado, pasamos á las rocas que los negros habian abandonado, con lo que se encontró nuestro ejército en situacion ventajosa. El vernos allí abatió el valor de los insurrectos. Cada vez iban en aumento nuestros disparos, y al cabo de un rato, lastimeros gemidos, mezclados con el nombre de Bug-Jargal, resonaron entre los negros de Biasson, que se veian al parecer en completo desórden. Muchos insurrectos del Morne-Rouge aparecieron en las altas rocas, sobre las que flotaba la bandera encarnada: la arrancaron, postrándose alrededor de ella, y luego con ella se precipitaron en los abismos del rio Grande. Esto parecia indicar, ó que su jefe era muerto, ó que habia caido prisionero.

Esto aumentó tanto nuestra audacia, que resolví arrojar con arma blanca á los rebeldes de las rocas que ocupaban todavía. Mandé echar un puente de troncos de árboles entre nuestro monte y las rocas más cercanas, y yo fuí el primero que me lancé en medio de los negros; los mios iban ya á seguirme, cuando uno de los rebeldes rompió el puente de un hachazo, y los troncos cortados cayeron en el abismo con estruendo espantoso.

Volví la cabeza, y en aquel instante seis ó siete negros se echaron sobre mí y me desarmaron. Forcejeé como un leon, pero me ataron con cuerdas de corteza, sin que les causaran inquietud las balas que mis soldados hacian llover sobre ellos.

Calmó pronto mi desesperacion oir las exclamaciones de victoria que sonaban junto á mí lanzadas por mis soldados, y no tardé en ver á los negros y á los mulatos trepar atropelladamente á las cumbres más escarpadas, prorumpiendo en clamores de angustia. Los que me custodiaban les imitaron, y el más vigoroso me cargó á sus espaldas y me llevó hácia los bosques, saltando de peña en peña con la agilidad de una gamuza. Cesó pronto de guiarle el resplandor de las llamas: le bastó la débil claridad de la luna, y siguió marchando con menos rapidez.

## XXV.

Despues de atravesar jarales y de salvar torrentes, llegamos á un elevado valle, de aspecto sumamente agreste; ese sitio era para mí desconocido.

Estaba situado ese valle en el mismo corazon de lo que se llama en Santo Domingo las *Dobles montañas*. Era un anchísimo prado, encerrado entre paredes naturales de peladas rocas y sembrado de pinos, de guayacanes y de palmitos. El frio que reina casi siempre en esta parte de la isla, aunque en ella nunca hiela, aumentaba entonces el fresco de la noche, que espiraba ya. Empezaba apenas á blanquear el alba las altas cumbres circunvecinas, y el valle, sumido aun en profunda oscuridad, solo estaba alumbrado por multitud de hogueras encendidas por los negros, pues aquel era su punto de reunion, al que acudian desordenadamente los dislocados miembros de su ejército. Los negros y los mulatos llegaban á cada momento en atemorizadas bandadas, lanzando gritos desgarradores ó aullidos de rabia. Nuevas hogueras, que brillaban como ojos de tigre en el oscuro prado, indicaban por momentos que el círculo del campamento se iba ensanchando.

El negro que me prendió me puso al pié de una encina, desde donde observaba con indiferencia tan singular espectáculo. Atóme por la cintura al tronco del árbol á cuyo pié me hallaba, apretó los nudos de la cuerda, que comprimian todos mis movimientos; púsome en la cabeza su gorro de lana colorada, sin duda para indicar que yo le pertenecia, y despues que se aseguró de que no podia escaparme y ser robado por otro, se dispuso á alejarse. Entonces me decidí á dirigirle la palabra, preguntándole en el dialecto del pais si era de la partida de Dondon ó de la del Morne-Rouge. Detúvose un momento, y despues me contestó con orgullo: *De la de Morne-Rouge*. De pronto me ocurrió una idea. Habia oido hablar de la generosidad del jefe de

esa partida, Bug-Jargal, y aunque estaba ya resignado á perder la vida que me habia de librar de mis infortunios, la idea de los tormentos que me pudiera hacer sufrir Biasson, si recibia la muerte de sus manos, me inspiraba horror: la muerte, pero sin martirio, seria para mí la felicidad. Quizás sea esto una flaqueza, pero la creo natural en estos momentos en la naturaleza humana. Creí, pues, que si lograba sustraerme del poder de Biasson, conseguiria quizás de Bug-Jargal la muerte sin suplicios, la muerte del soldado. Pedí, pues, á aquel negro que me condujese á presencia de su jefe Bug-Jargal. Extremecióse al oirme.—Bug-Jargal! dijo, golpeándose la frente con honda desesperacion; despues, enfureciéndose rápidamente, gritó, enseñándome los puños: Biasson! Biasson! Y pronunciando este nombre en són de amenaza me abandonó.

La cólera y el dolor del negro me recordaron aquella circunstancia del combate que nos hizo inferir la prision ó la muerte del jefe de las hordas del Morne-Rouge: así, pues, me resigné á sufrir la venganza de Biasson, con la que el negro me amenazaba.

## XXVI.

Cubrian las tinieblas el valle, en el que aumentaban sin cesar la multitud de los negros y el número de hogueras. Un grupo de negras vino á encender uno junto á mí. Reconocí que eran *griotas*, en los muchos brazaletes de vidrio azul, rojo ó violeta que brillaban escalonados por sus brazos y piernas, en los anillos que les colgaban de las orejas, en las sortijas que adornaban los dedos de sus manos y piés, en los amuletos que les caian sobre los pechos, en el *collar de encantos* suspendido al cuello, en el delantal de abigarradas plumas, único vestido que velaba su desnudez, y sobre todo por sus cadenciosos clamores y sus miradas vagas y feroces. Tal vez ignorais que entre los negros de las diversas comarcas del Africa hay unas tribus dotadas de grosero talento para la poesía y para la improvisacion semejante á la locura; estos negros, errantes de reino en reino, son en aquellos paises bárbaros lo que eran los antiguos rapsodas en la Grecia, y en la Edad Media los *ministrels* en Inglaterra, los *misinger* en Alemania, los *trovadores* en Francia y en España. Se les llama *griots*; sus mujeres, las *griotas*, poseidas como ellos de un demonio insensato, acompañan las bárbaras canciones de sus maridos con danzas lúbricas, ofreciendo una parodia grotesca de las bayaderas del Indostan y de las almeas egipcias. Algunas de dichas mujeres acababan de sentarse, formando corro, á pocos pasos de mí, con las piernas plegadas al estilo africano, ante un gran monton de ramas secas que ardian, haciendo temblar en sus repugnantes rostros el lívido resplandor de las llamas.

Formaron círculo, se agarraron de las manos, y la más vieja, que llevaba una pluma de garza real entre el pelo, gritó: *Onanga!* Comprendí que iban á verificar uno de los sortilegios que designan con ese nombre. Todas repitieron: *Onanga!* La susodicha vieja, despues de un momento de profundo silencio, se arrancó un puñado de cabellos y los arrojó al fuego, diciendo estas palabras sacramentales: *Male ó guiab!*, que en el dialecto de los negros criollos significan: "Iré á ver al diablo." Todas las griotas, imitando á su decana, repitieron gravemente: *¡Male ó guiab!*

Esa extraña invocacion, acompañada de muecas burlescas, me arrancó de la especie de convulsion involuntaria que muchas veces se apodera del hombre más sério ó más afligido y que se llama risa destemplada, que estalló en mí, por más esfuerzos que hice por contenerla: esa risa, que brotaba de un pecho desgarrado, produjo un escena singular, sombría y espantosa.

Todas las negras, interrumpidas al representar ese misterio, parecia que se despertaran con sobresalto: hasta entonces no se apercibieron de mi presencia; en cuanto me vieron, corrieron en tumulto hácia mí, aullando: *Blanco! Blanco!* Jamás ví conjunto de semblantes tan horribles, pero tan diferentes, como se me presentaron en su furor los rostros negros de las griotas, con los dientes blancos y los ojos blancos tambien, pero surcados por venas de color de sangre.

Querian hacerme pedazos, pero la vieja de la pluma hizo un signo, y gritó repetidas veces: *Zoté cordé! Zoté cordé!* Detuviéronse aquellas furias de repente y las ví, sorprendido, quitarse los delantales de pluma, tirarlos sobre el césped y empezar á bailar á mi alrededor la danza lasciva que los negros llaman *la chica.*

Este baile, cuya vivacidad y grotescas actitudes solo expresan el placer y la alegría, adquiria entonces, por las circunstancias accesorias, un carácter siniestro. Las terribles miradas que me

fulminaban las griotas en medio de sus locas evoluciones, el acento lúgubre que daban á la alegre música de la *chica*, el agudo y prolongado gemido que la presidenta del Sanhedrin negro arrancaba de vez en cuando á su *balafo*, especie de espineta que murmura como un organillo, y se compone de una veintena de tubos de madera, cuyo grueso y cuya longitud disminuyen gradualmente; y sobre todo la horrible risa que cada hechicera desnuda venia á ofrecerme á su vez, apoyando casi su rostro en el mio, me anunciaban el horrible castigo que debia esperar el *blanco* profanador de su *onanga*. Recordaba en aquellos momentos la costumbre de aquellas tribus bárbaras de bailar alrededor de los prisioneros antes de inmolarlos á su furor, y dejaba pacientemente que dichas mujeres ejecutasen el baile del drama cuyo desenlace debia yo ensangrentar; pero me extremecí al ver, en cierto momento que marcaba el *balafo*, que cada griota acercaba al fuego la punta de una hoja de sable, ó el hierro de una hacha, la extremidad de una larga aguja de velámen ó los dientes de una sierra.

El baile iba á terminar y los instrumentos para dar tortura se hallaban ya enrojecidos. A una señal de la vieja, las negras fueron como en procesion á buscar, una tras de otra, alguna arma horrible de las que estaban en la hoguera; las que no pudieron apoderarse de un hierro ardiente cogieron un tizon inflamado. Comprendí entonces con claridad el suplicio á que me condenaban y que cada bailarin seria un verdugo para mí. Dando otra órden la decana, empezaron á dar la última vuelta de baile, lamentándose de una manera espantosa. Cerré los ojos para no ver los movimientos de aquellos demonios hembras que, jadeando de rabia y de fatiga, hacian chocar cadenciosamente sobre sus cabezas los flamígeros hierros, de los que se escapaban ruidos agudos y miradas de chispas, esperando aterrado el momento de ver desgarrarse mis carnes, calcinarse mis huesos y retorcerse mis nérvios por las heridas ardientes de las tenazas y de las sierras, y horrible escalofrío corrió por todos mis miembros.

Por fortuna, esos horrorosos momentos fueron de corta duracion: el baile de las griotas llegaba á su último período, cuando oí de lejos la voz del negro que me apresó, que llegaba corriendo y gritando:—"¿Qué haceis, mujeres del demonio? Qué haceis ahí? Dejad á mi prisionero.„ Volví á abrir los ojos y ya era completamente de dia. Detuviéronse las griotas al ver la cólera del negro, pero más que las amenazas del esclavo, las impresionó la presencia de un personaje asaz estraño que le acompañaba.

Era un hombrecillo gordo y pequeño, un enano, al que ocultaba su rostro un velo blanco con tres agujeros para los ojos y para la boca. Este velo, que le caia sobre el cuello y sobre las espaldas, le dejaba desnudo el velludo pecho, cuyo color me pareció idéntico al de los zambos, y sobre el que brillaba, suspendido de una cadena de oro, el sol de un viril de plata, truncado. Se le veia el mango de cruz de un grosero puñal por encima del cinturon de escarlata, que apretaba un jubon rayado de verde, de amarillo y de negro, cuya franja le llegaba hasta sus largos y disformes piés. Sus brazos estaban desnudos como su pecho, sus manos agitaban un baston blanco; pendíale del cinto un rosario, al lado del puñal, y llevaba en la cabeza un gorro puntiagudo lleno de campanillas, en el que reconocí el del pobre Habibrah; entre los geroglíficos que contenia esa especie de mitra se veian algunas manchas de sangre, que sin duda era la del fiel bufon: aquellas señales me parecieron una nueva prueba de su muerte y renovaron mi antiguo dolor.

En seguida que las griotas vieron al heredero del gorro de Habibrah, exclamaron en coro: El obi! y se prosternaron. Adiviné que ese era el hechicero del ejército de Biasson.—"Basta, basta, les dijo, llegando hasta ellas, con voz sorda y grave; dejad al prisionero de Biasson.„ Todas las negras, levantándose en tumulto, arrojaron los instrumentos de muerte que empuñaban, apoderándose otra vez de sus delantales de pluma, y á un gesto del obi se dispersaron como nube de langostas.

En aquel momento se fijó en mí la mirada del obi; extremecióse, retrocedió un paso y dirigió su vara blanca hácia las griotas, como si quisiera llamarlas; esto no obstante, despues de murmurar entre dientes la palabra *maldito* y de decir algunas frases al oido del negro, se retiró lentamente, cruzando los brazos y en la actitud de profunda meditacion.

## XXVII.

Me participó el negro que Biasson queria verme y que me debia prepa-

rar dentro de una hora para tener una entrevista con aquel jefe.

Esto era igual que decirme que se me concedia una hora más de vida: esperando que ésta pasase me puse á examinar el campamento de los rebeldes, de cuyos singulares detalles podia enterarme gracias á que ya brillaba completamente la luz del dia. Si mi ánimo hubiese estado tranquilo, me hubiera reido de la estúpida vanidad de los negros, que iban casi todos cargados con los ornamentos militares y sacerdotales de que despojaron á sus víctimas; casi todos estos adornos consistian en andrajos sangrientos y mal casados; de modo que veia brillar una gola bajo una valona, ó una charretera sobre una casulla. Sin duda para desquitarse del trabajo al que estaban condenados toda la vida, permanecian los negros en la inaccion, pero en una inaccion que desconocen nuestros soldados hasta en las horas de descanso. Algunos dormian acostados al sol y con la cabeza cerca de una hoguera; otros, lanzando sucesivamente miradas torvas y furiosas, entonaban un canto monótono acurrucados en el umbral de sus *ajupas*, especie de chozas cubiertas de hojas de plátano y de palmeras, cuya forma cónica es bastante parecida á la de nuestras tiendas cañoneras. Sus mujeres, negras ó cobrizas, ayudadas por los negritos, preparaban la comida de los combatientes. Veíalas yo remover con grandes tenazas en el fuego la batata, la banana, el maiz, los guisantes, el coco, las patatas y otros muchos frutos indígenas, que hervian entre pedazos de puerco, de tortuga y de perro en grandes calderas, robadas de las habitaciones de los colonos. A lo lejos, en los límites del campamento, los griotes y las griotas daban rápidas vueltas alrededor de las hogueras, y el viento hacia llegar hasta mi oido pedazos de sus bárbaros cantares, que entonaban al són de las guitarras y de los balafos. Algunos centinelas, apostados en las cimas de las cercanas rocas, vigilaban los alrededores del cuartel general de Biasson, cuya única trinchera, en caso de ataque, consistia en un cordon circular de carretones cargados de botin y municiones. Esos negros, centinelas en pié sobre la punta aguda de las pirámides de granito de que estaban erizadas las colinas, giraban con frecuencia sobre sí mismos, como las veletas sobre las flechas góticas, y se enviaban unos á otros, con toda la fuerza de sus pulmones, el grito que mantenia la seguridad del campamento: *Nada! Nada!*

De tiempo en tiempo se formaban á mi alrededor grupos de negros curiosos y todos ellos me miraban con aire de amenaza.

## XXVIII.

Llegó cerca de mí un peloton de soldados de color, bastante bien armados. El negro á quien sin duda yo pertenecia me desató del árbol y me entregó al jefe de la patrulla, de cuyas manos recibió en cámbio un saco lleno, que aquél abrió inmediatamente; contenia piastras. Mientras el negro, arrodillado, las contaba con avidez, los soldados me llevaron consigo. Yo miraba con curiosidad su equipo: traian un uniforme de paño burdo rojo oscuro y amarillo, cortado á la española. Una montera con escarapela encarnada ocultaba sus lanudos cabellos; llevaban en vez de cartuchera una especie de morral, amarrado al cinto. Sus armas eran un pesado fusil, un sable y un puñal: luego supe que ese uniforme era el de la guardia especial de Biasson.

Despues de muchos circuitos entre las filas irregulares de chozas que á cada paso encontramos en el campamento, penetramos en una gruta, abierta por la naturaleza al pié de una de las inmensas paredes de rocas que rodean la pradera. Una cortina grande de paño del Tibet, llamado *cachemira*, que se distingue menos por el brillo de sus colores que por la suavidad de sus pliegues y por sus dibujos variados, ocultaba á la vista el interior de aquella caverna, á la que rodeaban numerosas filas de soldados equipados como los que me llevaban preso.

Despues de dar el santo y seña á los dos centinelas que se paseaban á la entrada de la gruta, el jefe de la patrulla levantó la cortina de cachemira y la dejó caer tras él despues de introducirme en la caverna.

Una lámpara de cobre de cinco mechas, colgada de la bóveda con cadenas de hierro, esparcia luz vacilante en las paredes húmedas de la cueva. Entre dos filas de soldados mulatos ví á un negro sentado en un enorme tronco de caoba, que apenas cubria un tapiz de plumas de papagayo. Este hombre pertenecia á la tribu de los *sacatras*, que solo se diferencia de la de los negros en un matiz imperceptible. Su traje era ridículo. Una faja magnífica de trencilla de seda, de la que

colgaba una cruz de San Luis, sostenia á la altura del ombligo sus pantalones azules de lienzo grosero; y una chaqueta de bombasí blanco, que no llegaba á la cintura, completaba su uniforme. Llevaba botas grises, sombrero redondo con escarapela encarnada y dos charreteras, la una de oro, con dos estrellas de plata, y la otra de lana amarilla; ésta contenia dos estrellas de cobre, que parecian haber servido antes de acicates de espuela y que estaban clavadas en esta charretera para que pudiese figurar al lado de su compañera. Como estas charreteras no estaban sujetas en los hombros con presillas transversales, pendian de ambos lados sobre el pecho del jefe. Un sable y dos pistolas descansaban sobre el tapiz de plumas.

Detrás de su asiento estaban en pié, silenciosos é inmóviles, dos muchachos vestidos con los calzones de los esclavos, y cada uno de ellos tenia en la mano un gran abanico de plumas de pavo real. Estos dos esclavos eran blancos.

Dos almohadones de terciopelo carmesí, que debieron haber pertenecido á algun oratorio de presbiterio, servian de asiento á derecha é izquierda del trono de caoba. El de la derecha le ocupaba el obi que me libró del furor de las griotas: estaba éste sentado, con las piernas cruzadas y con la vara derecha, inmóvil como un ídolo de porcelana en una pagoda china. Por los agujeros de su velo veia yo brillar sus ojos llameantes, fijos siempre en mí.

A los lados del jefe habia varios trofeos de banderas, de estandartes y banderolas de todas clases, entre las que ví la bandera blanca flordelisada, la tricolor y la de España. Las otras eran de capricho; entre ellas habia un enorme estandarte blanco.

En el fondo de la gruta, sobre la cabeza del jefe, llamó particularmente mi atencion otro objeto: el retrato del mulato Ogé, que ahorcaron en el Cabo el año anterior por el crímen de rebelion, con su teniente Juan Bautista Chavanne y otros veinte negros y mulatos. En ese retrato estaba pintado Ogé, hijo de un carnicero del Cabo, como él solia hacerse retratar, con uniforme de teniente coronel, la cruz de San Luis y con la órden del mérito del Leon, que compró en Europa al príncipe de Limburgo.

El jefe á cuya presencia me condujeron era de mediana estatura: su ignoble rostro denotaba astucia y crueldad. Hizo que me aproximase y me contempló un rato en silencio, y despues asomó á sus labios risa repugnante de sarcasmo.

—Yo soy Biasson, me dijo.

Así me lo figuraba, pero al oir aquel nombre pronunciado por aquella boca que reia con ferocidad, temblé interiormente, aunque mi rostro se mantuvo sereno y altivo; pero nada respondí.

—Qué es eso? dijo en mal francés. ¿Acaso te han empalado, como mereces, que no puedes doblar la espina dorsal en presencia de Juan Biasson, generalísimo del pais conquistado y mariscal de campo de los ejércitos de su *majestad Católica?* (La táctica de los principales jefes rebeldes consistia en hacer creer que eran hechuras unas veces del rey de Francia, otras de la Revolucion y otras del rey de España.)

Me crucé de brazos y le miré con fijeza. Volvió á sus labios la risa feroz que sin duda le era habitual.

—Me pareces hombre de corazon. Escucha lo que voy á decirte. ¿Eres criollo?

—No, contesté; soy francés.

Mi confianza le hizo fruncir el ceño, y prosiguió:

—Más vale así. Por el uniforme conozco que eres oficial. Qué edad tienes?

—Veinte años.

—Cuándo los cumpliste?

Al oir esta pregunta, que despertaba en mí dolorosos recuerdos, quedé un instante absorto en mis pensamientos. La volvió á repetir, y entonces le contesté:

—El dia que ahorcaron á tu compañero Léogri.

La cólera contrajo sus facciones.

—Hace veintitres dias que ahorcaron á Léogri, y tú irás esta noche á decirle que le has sobrevivido por espacio de veinticuatro dias. Quiero dejarte en el mundo un dia con la idea de que puedas referirle el estado en que se encuentra la libertad de sus hermanos, para que le relates lo que veas en el cuartel general de Juan Biasson, mariscal de campo, y cuánta es la autoridad de este generalísimo sobre las *tropas del rey.*

Bajo este título, Juan Francisco, que se hacia llamar gran almirante de Francia, y su compañero Biasson, designaban á sus hordas de negros y de mulatos rebeldes.

Dió entonces órden de que me hiciesen sentar, entre dos centinelas, en un rincon de la gruta, y haciendo una señal con la mano á algunos negros mal vestidos en traje de ayudantes, les dijo:

—Que toquen llamada, y que todo el ejército se reuna alrededor del cuartel general para pasarle revista; y vos, señor capellan, añadió dirigiéndose al obi, vestíos con las ropas sacerdotales y celebrad para todos nosotros el santo sacrificio de la Misa.

El obi se levantó, se inclinó con respeto ante Biasson y le dijo al oido algunas palabras; el jefe le interrumpió bruscamente en alta voz:

—Decís que no teneis altar, señor cura? No es raro que eso suceda en medio de la montaña; pero, qué importa! ¿Desde cuándo el buen Giu (1) necesita para su culto un templo magnífico y un altar adornado de oro y de encajes? Gedeon y Josué le adoraron ante montones de piedras; hagamos como ellos, *bon per;* (2) al buen Giu le basta que los corazones sean fervientes. Que no teneis altar! Bien está; podeis hacer uno de esa gran caja de azúcar, capturada anteayer por las tropas del rey en la vivienda de Dubuisson.

El pensamiento del jefe se ejecutó en seguida. En un abrir y cerrar de ojos se dispuso el interior de la gruta para representar la parodia del divino misterio. Trajeron un tabernáculo y un copon robados de la parroquia del Acul, del mismo templo donde recibió la bendicion del cielo mi matrimonio con María, á cuya bendicion siguió tan rápidamente el infortunio. Se erigió en altar la caja de azúcar robada, la cubrieron con un paño blanco á guisa de mantel, el que no impidió que se pudiese leer en los lados del altar: *Dubuisson y compañía, para Nantes.*

Despues de colocar los vasos sagrados sobre el mantel, se apercibió el obi que faltaba en él una cruz; sacó su puñal, cuyo mango horizontal tenia esa forma, y le clavó en la caja entre el cáliz y el viril, delante del tabernáculo. El obi, sin quitarse el gorro de hechicero ni el velo de penitente, tomó la capa pluvial, robada al prior del Acul, y la echó sobre las espaldas y el desnudo pecho; abrió junto al tabernáculo el misal con cierres de plata, en el que se leyeron las fórmulas de mis fatales bodas, y volviéndose hácia Biasson, cuya silla estaba cerca del altar, anunció, saludándole con respeto, que todo estaba preparado.

A una señal del jefe se descorrieron las cortinas de cachemira y pudimos ver á todo el ejército de negros, formado delante de la abertura de la gruta. Biasson se quitó el sombrero redondo y se arrodilló delante del altar.—"¡De rodillas!„ dijo con voz de trueno.—¡De rodillas! repitieron los jefes de cada batallon: oyóse un redoble de tambores y todas las hordas se arrodillaron.

Solo yo permanecia inmóvil en mi asiento, indignado de la horrible profanacion que iba á cometerse delante de mí; pero los dos vigorosos mulatos que me vigilaban, quitándome el asiento, me empujaron rudamente por la espalda y caí de rodillas como los demás, viéndome obligado á prestar un simulacro de respeto á aquel simulacro de culto.

El obi ofició con gravedad, y los pajecillos blancos de Biasson oficiaron de diácono y de subdiácono. La multitud de los rebeldes, siempre prosternados, asistia á la ceremonia con recogimiento, al ver que el generalísimo les daba el ejemplo. En el momento de la exaltacion, el obi, levantando con las manos la sagrada hostia, dijo en la jerigonza de los criollos, dirigiéndose á los soldados: *Zoté coné buen Giu; ce li mo fé zoté voer. Blan touge li, touge blan yo tonté.* (1)

Al oir esas palabras, pronunciadas con firme acento (me pareció haber oido aquella voz en alguna parte y en otro tiempo), el ejército lanzó un rugido; chocó las armas, y fué precisa toda la autoridad de Biasson para impedir que aquel siniestro rumor se convirtiera en preludio de mi última hora.

Comprendí entonces hasta qué extremo de valor y de atrocidad podian llegar unos hombres á los que servia de cruz el puñal, y en cuyo espíritu toda impresion es súbita y profunda.

## XXIX.

Cuando terminó la ceremonia, el obi se volvió hácia Biasson, haciéndole respetuosa reverencia; el jefe se levantó, y dirigiéndose á mí, me dijo en francés:

—Se nos acusa de que carecemos de religion; ya ves que eso es una calumnia y que somos buenos católicos.

No podré deciros si hablaba con ironía ó de buena fé. Al poco rato mandó que le trajesen un vaso de vidrio lleno de granos de maiz negro, en el que echó unos cuantos de maiz blanco; despues,

(1) El buen Dios, en la jerigonza de los criollos.
(2) El buen padre, id. id.

(1) Conoceis al buen Dios, yo os lo hago ver. Los blancos le mataron; matad á todos los blancos.
Más tarde, Toussaint-Louverture tenia la costumbre de dirigir la misma alocucion á los negros, despues de haber comulgado.

levantando el vaso por encima de la cabeza, para que pudiera verle todo el ejército, exclamó:

—Hermanos, sois el maiz negro, y los blancos, vuestros enemigos, son el maiz blanco.

Dichas esas palabras removió el vaso, y cuando todos los granos blancos desaparecieron debajo de los negros, gritó con aire de inspiracion y de triunfo: *Guetté blan si la la.* (1)

Otra exclamacion, que repitieron todos los ecos de las montañas, acogió la parábola del jefe. Biasson prosiguió su peroracion, mezclando con frecuencia su mal francés con frases criollas y españolas.

—Ha pasado la época de la mansedumbre; fuimos mucho tiempo pacientes como corderos, cuya lana comparan los blancos con nuestros cabellos; seamos de ahora en adelante implacables como las panteras y los jaguares de los paises de donde nos han arrancado. Solo la fuerza puede adquirir derechos; todo lo consigue el que es fuerte y no tiene compasion. San Lobo tiene dos fiestas en el calendario Gregoriano, y el Cordero pascual no tiene más que una. ¿No es verdad lo que digo, señor capellan?

El obi se inclinó, manifestando así su adhesion.

—Vinieron, prosiguió Biasson, vinieron los enemigos de la regeneracion de la humanidad, esos blancos, esos plantadores, esos negociantes, verdaderos demonios que vomitó la boca de Alecto; vinieron con insolencia, cubriéndose, soberbios, de armas, de penachos, de trajes magníficos; y nos despreciaban porque éramos negros é íbamos desnudos. Su orgullo les hizo creer que nos dispersarian con tanta facilidad como dispersan esas plumas de pavo real los enjambres de mosquitos.

Al terminar esta comparacion arrancó de las manos de un esclavo blanco uno de los abanicos que se hacia llevar siempre tras él, y le agitó por encima de la cabeza haciendo mil aspavientos; luego prosiguió:

—Pero nuestro ejército se precipitó sobre el suyo como bandada de insectos sobre un cadáver; y ellos cayeron con sus pomposos uniformes bajo los golpes de estos brazos desnudos, que creian sin vigor, ignorando que la buena madera es más dura cuando se le quita la corteza, y ahora tiemblan esos tiranos aborrecidos! *Yo gagné peur.* (2)

(1) Ved lo que son los blancos relativamente á vosotros.
(2) Tienen miedo.

Un aullido de alegría y de triunfo respondió al grito del jefe, y todas las hordas repitieron varias veces: *¡Yo gagné peur!*

—Negros, criollos y congos, continuó diciendo Biasson, venganza y libertad! Mulatos, no os dejeis ablandar por las seducciones de los diablos blancos; vuestros padres están en sus filas, pero vuestras madres están en las nuestras. Además, hermanos de mi corazon, nunca os han tratado como padres, sino como amos, porque érais esclavos como los negros. Mientras que una miserable pampanilla cubria vuestras carnes, expuestas á los ardores del sol, vuestros bárbaros padres se pavoneaban luciendo buenos sombreros y llevando trajes de mahon los dias de trabajo, y de barragán ó de terciopelo los dias de fiesta. ¡Maldecid á esos séres desnaturalizados! Pero ya que lo prohiben los santos mandamientos del *bon Giu*, no mateis á vuestro propio padre. Si le encontrais en las filas enemigas, ¿quién os impide, compañeros, deciros el uno al otro: *Tonyé papa moé, ma tonyé quena toné.* (1) ¡Venganza, soldados del rey! ¡Libertad para todos los hombres! Este grito hallará eco en todas las islas; salió de *Quisqueya* (2) y retumba en Tabago y en Cuba. Un jefe de los ciento veinticinco negros cimarrones de la montaña Azul, un negro de la Jamaica, Buckmann, fué quien entre nosotros levantó el estandarte, y una victoria fué el primer acto de fraternidad con los negros de Santo Domingo; sigamos tan glorioso ejemplo con la tea en una mano y con el hacha en la otra. Asesinemos á sus familias, devastemos sus plantaciones, no dejemos en sus dominios ni un solo árbol en pié. ¡Revolvamos la tierra para que se trague á los blancos! ¡Animo, pues, amigos y hermanos! que pronto iremos á combatir y á exterminar y triunfaremos ó moriremos. Si somos vencedores, gozaremos á nuestra vez de todos los placeres de la vida; si morimos, iremos al cielo, en el que los santos nos esperan en el paraiso, en el que cada fuerte bravo recibirá doble racion de aguardiente y un peso fuerte cada dia.

Esta especie de sermon soldadesco, que encontrareis muy ridículo, produjo en los rebeldes efecto prodigioso. Verdad es que la mímica extraordinaria de

(1) *Mata á mi padre y yo mataré al tuyo.* Hay ejemplos de que algunos mulatos, capitulando hasta cierto punto con el parricidio, pronunciaban tan execrables palabras.
(2) Antiguo nombre de Santo Domingo, que significa Tierra-Grande.

Biasson, el acento inspirado de su voz y la extraña risa que entrecortaba sus palabras, daba á su arenga no sé qué poder de prestigio y de fascinacion. El arte con que mezclaba á la declamacion detalles á propósito para halagar las pasiones ó los intereses de los insurrectos, daba gran fuerza á semejante elocuencia, propia para aquel auditorio.

No intentaré describiros el sombrío entusiasmo que se manifestó en el ejército insurgente despues de la alocucion de Biasson; fué aquello un concierto infernal de gritos y de aullidos. Unos se golpeaban el pecho; otros agitaban las mazas y los sables; otros conservaban la actitud de un éxtasis inmóvil. Las negras se desgarraban el pecho y los brazos con las espinas de los pescados que usan á guisa de peines para desenredar el cabello. Las guitarras, los tamtams, los tambores, los balafos, confundian su estruendo con el de las descargas de los fusiles. Aquello parecia un aquelarre.

A una señal que Biasson hizo con la mano cesó el tumulto, como por efecto de sobrenatural intervencion, y cada negro volvió á ocupar su sitio en las filas. La disciplina á que Biasson sujetaba á sus iguales por el único ascendiente del pensamiento y de la voluntad me dejó admirado: los soldados de aquel ejército de rebeldes parecia que hablaban y se movian segun la voluntad de su jefe, como las teclas del clavicordio bajo los dedos del músico.

## XXX.

Otro espectáculo de diferente género de charlatanismo y de fascinacion excitó entonces mi curiosidad, y fué este espectáculo la curacion de los heridos. El obi, que desempeñaba en el ejército la doble funcion de médico del alma y del cuerpo, habia empezado ya la inspeccion de los enfermos. Despojóse de sus ornamentos sacerdotales y se hizo traer una gran caja con divisiones, que contenia drogas é instrumentos. Usaba rara vez de sus utensilios quirúrgicos, si exceptuamos una lanceta hecha de espina de pescado, con la que sangraba con destreza, pareciéndome bastante inhábil en el manejo de las tenazas que le servian de pinzas y del cuchillo que ocupaba el lugar del bisturí. Limitábase generalmente á recetar tisanas de naranja silvestre, brevajes de China y de zarzaparrilla y algunos sorbos de tafia añejo. Pero su remedio favorito, que él creia infalible, se componia de tres vasos de vino tinto, en el que mezclaba la raspadura de una nuez moscada y una yema de huevo, cocido bajo la ceniza; con este específico curaba toda especie de llagas ó de enfermedades. Comprendereis que era tan irrisoria esta medicina, como el culto de que él se proclamaba ministro; y es probable que el escaso número de curaciones que hacia por casualidad no le hubieran hecho conservar al obi la confianza de los negros, si al mismo tiempo que las drogas, las truhanerías y el charlatanismo no hubieran influido en la imaginacion de ellos más que los medicamentos en sus cuerpos. Así es que algunas veces se limitaba á tocar las heridas, haciendo algunos signos místicos; otras veces, valiéndose con habilidad de antiguas supersticiones, que ellos mezclaban á su catolicismo de reciente fecha, colocaba en las llagas una piedra fetiche envuelta en hilas, y el enfermo atribuia á la piedra los benéficos efectos de las hilas. Si le anunciaban que éste ó aquel herido, asistido por él, habia muerto de sus heridas y acaso de sus remedios, "Ya lo habia yo previsto, respondia con voz solemne: era un traidor; en el incendio de tal ó cual habitacion perdonó la vida á un blanco: su muerte es un castigo del cielo.„—Y la multitud de los rebeldes embobados aplaudia á su obi, haciendo enconar cada dia más en ella los sentimientos de ódio y de venganza. Empleó el charlatan, entre otros, un medio extraño de curacion, que aplicó á uno de los jefes negros mortalmente herido en el último combate. Examinó la llaga con atencion, la vendó como pudo, y luego, dirigiéndose al altar, le dijo: "Eso no es nada.„ Despues arrancó tres ó cuatro hojas del misal, las quemó en las llamas de los cirios robados de la iglesia del Acul, y mezclando con la ceniza de ese papel consagrado algunas gotas de vino derramadas del cáliz: "Bebed, le dijo al herido, esto os curará„ (1). Bebió el otro estúpidamente, fijando en el obi sus ojos llenos de confianza, que mantenia las manos levantadas sobre él como si quisiera atraerle las bendiciones del cielo. Tal vez la conviccion de que estaba ya curado contribuyó á su curacion.

---

(1) Este remedio se practica aun en Africa, sobre todo entre los moros de Trípoli, que echan en sus brevajes una página del libro de Mahoma. No recuerdo qué viajero inglés llama á este brevaje *infusion del Corán.*

## XXXI.

Otra escena, en la que el obi fué también el principal actor, sucedió á ésta; el médico reemplazó en él anteriormente al sacerdote, y ahora el hechicero reemplazaba al médico.

—*Hombres, escuchad!* gritó el obi saltando con increible agilidad sobre el altar improvisado, cayendo sentado con las piernas dobladas debajo de su jubon de colorines; *escuchad, hombres!* Acérquense á mí los que quieran leer en el libro del destino la suerte que les espera, que yo he estudiado la ciencia de los gitanos.

Una multitud de negros y de mulatos avanzó con precipitacion.

—Uno detrás de otro, dijo el obi, cuya voz sorda y profunda sonaba á veces con aquel acento chillon que me chocaba como un recuerdo; si venís todos juntos, todos juntos penetrareis en el sepulcro.

Al oir estas terribles palabras se detuvieron: entonces un mulato, vestido con chaqueta y pantalon blancos, con un madrás en la cabeza, como lo usaban los colonos ricos, se acercó á Biasson; llevaba pintada la consternacion en el semblante.

—Qué es eso? le preguntó el *generalísimo* en voz baja. Qué teneis, Rigaud?

Aquel hombre era el jefe mulato de la horda de los Cayos, conocido despues por el *general Rigaud*, hombre astuto con apariencias de cándido, y cruel afectando dulzura. Yo le examiné atentamente.

—General, respondió Rigaud (muy bajo, pero que yo pude entenderle por estar al lado de Biasson), ha llegado á los límites del campamento un emisario de Juan Francisco. Buckmann acaba de morir en un encuentro que tuvo con las tropas de Mr. de Touzard, y los blancos han debido exponer su cabeza como trofeo en la ciudad.

—No es más que eso? dijo Biasson, y sus ojos brillaron con mal reprimida alegría, al ver disminuir el número de jefes y por consecuencia al ver crecer su importancia.

—El emisario de Juan Francisco tiene que entregaros además un mensaje.

—Bien; pero no tengais ese aire compungido, mi querido Rigaud.

—Pero, ¿no temeis, general, repuso éste, el mal efecto que puede producir en vuestro ejército la muerte de Buckmann?

—No sois tan sencillo como pareceis, Rigaud, contestó el jefe; vais á conocer á Biasson: retardad un cuarto de hora la admision del mensajero.

Despues se aproximó al obi, que durante el anterior diálogo, que yo únicamente oí, habia empezado á ejercer de adivino, interrogando á los maravillados negros, examinándoles los signos de las frentes y de las manos y distribuyéndoles más ó menos grados de felicidad para el porvenir, segun el sonido, el color y el grueso de la moneda que arrojaba cada negro á sus piés en una patena de plata dorada. Biasson le dijo algunas palabras al oido y el hechicero, sin interrumpirse, continuó sus operaciones metoposcópicas.

—"El que tenga en medio de la frente, sobre la línea del sol, una figurita cuadrada ó un triángulo, hará gran fortuna sin penas ni trabajos.

„La figura de tres SS reunidas en cualquier sitio de la frente que se hallen, es un signo funesto; el que lo tenga se ahogará infaliblemente, si no evita el agua con el mayor cuidado.

„Cuatro líneas procedentes de la nariz, que se encorvan dos á dos sobre la frente por encima de los ojos, anuncian, en quien tiene este signo, que será algun dia prisionero de guerra y que gemirá cautivo.„

Al llegar aquí el obi hizo una pausa.

—"Compañeros, añadió con gravedad, yo habia observado ese signo en la frente de Bug-Jargal, jefe de los valientes del Morne-Rouge.„

Estas palabras me confirmaron la prision de Bug-Jargal; á ellas siguieron las lamentaciones de una horda que solo se componia de negros y cuyos jefes llevaban calzones colorados; aquella era la tropa del Morne-Rouge.

El obi prosiguió:

—"Si teneis á la derecha de la frente, en la línea de la luna, una figura semejante á una horquilla, temed al ócio y á la crápula!

„Una pequeña señal, muy importante, la figura árabe del número 3, sobre la línea del sol, presagia palos....„

Un negro muy viejo, de Santo Domingo, interrumpió al hechicero, arrastrándose y suplicándole que le curara. Le habian herido en la frente, y uno de los ojos, arrancado de la órbita, le colgaba ensangrentado. El obi olvidó á aquel desventurado al pasar la revista médica; al presentarse ahora ante él exclamó:

—"Figuras redondas á la derecha de la frente, sobre la línea de la luna, anun-

cian enfermedades en los ojos.—Hombre, le dijo al herido, ese signo es visible en tu frente; veamos en tu mano.„

—Ay, señor excelentísimo! repuso el otro, mirad mi ojo.

—Qué necesidad tengo de ver el ojo? respondió colérico el obi; venga la mano.

El desventurado le presentó la mano, sin dejar de decir con voz doliente: *el ojo!*

—Bien, contestó el hechicero. "Si se halla sobre la línea de la vida un punto rodeado de un circulito, es señal en el que lo tiene de que será tuerto, porque esa figura anuncia la pérdida de un ojo.„ Eso es, hé aquí el punto y el circulito; luego tú serás tuerto.

—Ya lo soy, respondió el viejo, gimiendo lastimosamente.

Pero el obi, que entonces no ejercia de cirujano, le rechazó con aspereza y prosiguió profetizando, sin cuidarse de los lamentos del pobre negro.

—"Escuchad, hombres. Si las siete líneas de la frente son pequeñas, tortuosas y poco marcadas, anuncian al hombre que su vida será muy corta.

„El que tenga entre las dos cejas, sobre la línea de la luna, la figura de dos flechas cruzadas, morirá en una batalla.

„Si la línea de vida, que atraviesa la mano, presenta una cruz en su extremidad, cerca de la coyuntura, anuncia muerte en el cadalso...„ Y ahora, hermanos mios, añadió el obi, no debo ocultároslo; una de las más firmes columnas de la independencia, Buckmann, tiene estos tres signos funestos.

Al oir ese augurio, todos los negros retuvieron el aliento; sus ojos inmóviles, fijos en el obi, expresaban esa especie de atencion que tanto se parece al estupor.

—Solo que no puedo acordar la doble señal que amenaza á la vez á Buckmann con la muerte en una batalla ó con la muerte en un patíbulo. Mi arte es infalible, sin embargo.

Calló el brujo, cambiando una mirada de inteligencia con Biasson.

Este dijo algunas palabras al oido de uno de sus ayudantes, que salió inmediatamente de la gruta.

—"La boca abierta y marchita, prosiguió el obi dirigiéndose al auditorio con el acento malicioso y chocarrero que le era peculiar, la actitud insípida, los brazos colgando y la mano izquierda vuelta hácia afuera, sin motivo aparente, anuncian la estupidez natural, la nulidad, el vacío y una curiosidad bestial.

En los labios de Biasson asomó una risa feroz. En este momento regresó su ayudante, acompañando á un negro lleno de barro y de polvo, cuyos piés, desgarrados por las espinas y los guijarros, probaban que acababa de hacer un largo viaje; aquel negro era el mensajero que anunció Rigaud. Llevaba en una mano un paquete cerrado y en la otra un pergamino desarrollado con un sello, en el que figuraba un corazon inflamado. En su centro habia una cifra formada de las letras M y N entrelazadas, para designar sin duda la union de los mulatos libres y la de los esclavos negros. Al lado de la cifra campeaba esta leyenda: "Vencida la preocupacion, rota la vara de hierro; *viva el rey!*„ Ese pergamino era un pasaporte expedido por Juan Francisco.

El emisario se lo presentó á Biasson, y aquel le entregó el pliego cerrado, inclinándose respetuosamente. El generalísimo le abrió con rapidez, recorrió los despachos que contenia, se alzó uno en los bolsillos de la chaqueta, y estrujando el otro entre las manos, exclamó con desconsuelo:

—Soldados del rey!...

Los negros saludaron profundamente.

—Soldados del rey; oid lo que participa á Juan Biasson, generalísimo del pais conquistado, mariscal de campo y de los ejércitos de su majestad Católica, Juan Francisco, gran almirante de Francia, teniente general de los ejércitos de la espresada majestad del rey de España y de las Indias:

"Buckmann, jefe de los ciento veinticinco negros de la montaña Azul de la Jamaica, reconocidos independientes por el gobernador general de Belle-Combe, Buckmann acaba de sucumbir en la gloriosa lucha de la libertad y de la humanidad contra el despotismo y la barbarie. Este generoso jefe fué muerto en un encuentro con los bandidos blancos del infame Touzard. Los mónstruos le han cortado la cabeza y han anunciado que van á exponerla ignominiosamente sobre la horca de la plaza de Armas de la ciudad del Cabo. Venganza!„

Sintióse poseido el ejército de sombrío silencio, precursor del desaliento, al acabar la anterior lectura; pero el obi, puesto ya en pié sobre el altar, gritaba, agitando su varita blanca y gesticulando con aire de triunfo:

—¡Saludo y doy las gracias á Salomon, á Zorababel, Eleazar, Taleb, Cardan, Judas Bowtharicht, Averroes, Alberto el Grande, Bohabdil, Juan de Hagen,

Ana Baratro, Daniel Ogrumof, Raquel Flintz y Altornimo! La ciencia de los videntes no me ha engañado. Hijos, amigos, hermanos, mozos, madres, y vosotros todos los que me escuchais, ¿qué habia yo dicho? qué habia anunciado? Los signos de la frente de Buckmann me anunciaban que viviria poco y que moriría en un combate, y las líneas de su mano que se veria en un cadalso. Las revelaciones del arte se realizan con fidelidad y los acontecimientos se preparan ellos mismos para ejecutar, hasta con circunstancias que me era imposible conciliar, la muerte en el campo de batalla y en la horca. ¡Hermanos, admirad la ciencia!

El desaliento de los negros se trocó durante este discurso en una especie de espanto maravilloso y escuchaban al obi con una confianza que participaba del terror; éste, contentísimo de sí mismo, se paseaba á lo largo de la caja de azúcar, cuya superficie ofrecia bastante espacio para que pudiese desplegar cómodamente sus pequeños pasos. Biasson reia como de costumbre.

Dirigióse al obi y le dijo:

—Señor capellan, ya que sabeis predecir el porvenir, es nuestra voluntad que abrais el libro del destino para decirnos cuál será el de Juan Biasson, mariscal de campo.

El obi, irguiéndose sobre el grotesco altar, en el que la credulidad de los negros le divinizaba, dijo al mariscal de campo: "Venga vuestra merced.„

En ese momento el obi era el hombre más importante del ejército; el poder militar se inclinaba ante el poder sacerdotal. Biasson se aproximó; en sus ojos se leia el despecho de que estaba poseido.

—Vuestra mano, general, contestó el obi, bajándose para cogerla. Empiezo. La *línea de la coyuntura*, igualmente marcada en toda su longitud, os promete riqueza y felicidad. La *línea de vida*, larga y profunda, os presagia una existencia exenta de amarguras, una verde ancianidad; es estrecha, revela vuestra prudencia; vuestro espíritu ingenioso, la *generosidad* de vuestro corazon; veo en ella, en fin, el signo que los nigrománticos tienen por el más feliz, y consiste en multitud de arruguitas que la dan la forma de un árbol cargado de ramas, que se elevan hácia lo alto de la mano; este es el pronóstico más seguro de la opulencia y de las grandezas. La *línea de salud*, muy larga, confirma los indicios de la línea de vida é indica tambien el valor: encorvada hácia el dedo miñique, forma una especie de gancho. General, este es el signo de una severidad inútil.

Al llegar aquí, el obi fijó en mí sus ojos centelleantes á través de las aberturas del velo, y entonces volví á insistir en creer reconocer el acento de su voz. Luego prosiguió, con igual energía de gesto y de entonacion:

—Cargada de circulitos la *línea de vida*, os anuncia que debereis hacer ejecutar gran número de sentencias de muerte necesarias: interrumpida dicha línea hácia la mitad para formar un semicírculo, os indica que os vereis expuesto á grandes peligros con las fieras, es decir, con los blancos, si no los exterminais. La *línea de fortuna*, rodeada, como la línea de vida, de pequeñas ramificaciones que se elevan hácia lo alto de la mano, confirma el porvenir de poder y de supremacía á que estais destinado; recta y ensanchada en su parte superior, anuncia el talento de gobernar. La quinta línea, *la del triángulo*, prolongada hasta la raiz del dedo del corazon, os promete el éxito más feliz en todas las empresas. Veamos ahora los dedos. El pulgar, cruzado en toda la longitud de pequeñas líneas que llegan desde la uña hasta el nudillo, os promete una herencia colosal, la de la gloria de Buckmann sin duda. La pequeña eminencia que forma la raiz del índice está cargada de pequeñas arrugas mal indicadas; anuncia honores y dignidades. El dedo del corazon no anuncia nada. El dedo anular está surcado de líneas que se cruzan; pues bien, vencereis á todos vuestros enemigos y dominareis á todos vuestros rivales. Estas líneas forman cruces de San Andrés, señales de talento y de prevision. La articulacion que une el dedo miñique á la mano presenta tortuosas arrugas; la fortuna os colmará de favores.`

"¡Dichoso, dice Eleazar Thaleb, el que presenta todos esos signos! El destino se encarga de su prosperidad, y su estrella le proporcionará el génio, que es el padre de la gloria.„

Ahora, general, permitidme que os examine la frente. "Rachel Flinz, la gitana, dice que el que ostenta en medio de la frente, en la línea del sol, una figurita cuadrada ó un triángulo, hará gran fortuna...„ La teneis muy pronunciada. "Si dicho signo está á la derecha, promete importante sucesion.„ ¡La de Buckmann!—"El signo de una herradura entre las dos cejas, debajo de la lí-

nea de la luna, anuncia que el que lo ostente sabrá vengarse de las injurias y de la tiranía.„ Yo tengo ese signo y vos tambien le teneis. Obsérvase tambien este signo en los valientes que saben fraguar una rebelion atrevida y librarse de la servidumbre por medio del combate. La garra de leon que llevais grabada encima de la ceja prueba vuestra brillante intrepidez. En fin, general Biasson, vuestra frente presenta el más lisonjero de todos los signos de prosperidad, que consiste en una combinacion de líneas que forman la letra *M*, la primera del nombre de la Vírgen. En cualquier parte de la frente, sobre cualquier línea que aparezca esa figura, siempre predice el génio, la gloria y el poder; el que la posee hará triunfar la causa que abrace; los que peleen á sus órdenes nunca tendrán que lamentar ninguna derrota; él solo valdrá tanto como todos los defensores de su partido juntos. ¡Vos sois este hijo predilecto del destino!

—Gracias, señor capellan, contestó Biasson, preparándose á sentarse en su trono de caoba.

—Esperad un poco, general, que se me olvidaba un signo. La línea del sol, muy pronunciada en vuestra frente, prueba que sabeis vivir, que teneis deseo de hacer felices á los demás, mucha liberalidad é inclinacion á la magnificencia.

Conoció Biasson que quien tuvo un olvido no fué el obi, sino él, por lo que sacó del bolsillo una bolsa llena y la echó en la patena de plata para no desmentir *la línea del sol*.

El deslumbrador horóscopo del jefe produjo gran efecto en el ejército. Todos los rebeldes, para los que las palabras del obi eran más poderosas que nunca, despues que supieron que habia previsto la muerte de Buckmann, pasaron del desaliento al entusiasmo, y confiando ciegamente en su hechicero infalible y en su general predestinado, prorumpieron en unánimes aclamaciones de *¡viva el obi! viva Biasson!* Uno y otro se echaban miradas de inteligencia y me pareció que la risa ahogada del hechicero respondia á la risa bestial del mariscal de campo.

No sé por qué preocupaba el obi mi pensamiento; parecióme que yo le habia visto ú oido en otra parte, y me propuse hacerle hablar.

—Señor obi, señor cura, señor médico, le dije llamándole desde lejos.

El se volvió hácia mí bruscamente.

—Todavía queda alguno al que no habeis vaticinado su horóscopo, y ese soy yo.

Cruzó los brazos sobre el sol de plata que cubria su velludo pecho y no me respondió. Yo proseguí:

—Quisiera saber lo que augurais de mi porvenir; pero como vuestros honrados compañeros me han robado la bolsa y el reloj, creo que no sereis hechicero que profetice gratis.

Avanzó con rapidez hasta mí, y me dijo con voz sorda al oido:

—Te engañas. Dame la mano.

Se la presenté, mirándole cara á cara. Sus ojos echaban chispas, é hizo como que me examinaba la mano que me pidió.

—“Si la línea de vida, me dijo, está cortada hácia la mitad por dos pequeñas líneas transversales y muy aparentes, indica muerte cercana. Tu muerte está próxima.

“Si la línea de salud no se halla en medio de la mano, y están la línea de vida y la de fortuna reunidas en su orígen, formando ángulo, nadie debe contar, poseyendo ese signo, con morir de muerte natural; y tú lo tienes.

“Si cruza una línea la parte inferior del índice en toda su longitud, es señal de muerte violenta. Lo oyes? Prepárate.„

Habia un no sé qué de alegre en aquella voz sepulcral, que me anunciaba la muerte. Yo la oia con indiferencia y con desprecio.

—Hechicero, eres hábil, le dije con sonrisa desdeñosa, y pronosticas sin temor de equivocarte.

Acercándose á mí, me preguntó:

—Dudas de mi ciencia? pues bien, óyeme: “El corte de la línea del sol sobre la frente me anuncia que tomas á un enemigo por amigo y á otro amigo por enemigo.„

El sentido de esas palabras parecia hacer referencia al pérfido Pierrot, al que profesé cariñoso afecto y que me vendió, y al fiel Habibrah, á quien yo odiaba y cuyas sangrientas ropas me atestiguaban que se sacrificó con lealtad y con valor por mi familia.

—Qué quieres decirme? le pregunté.

—Escúchame hasta el fin, prosiguió el obi. Te hablé del porvenir; ahora voy á hablarte del pasado.—“La línea de la luna está ligeramente encorvada en tu frente, lo que significa que te robaron á tu esposa.„

Extremecíme al oirle; quise lanzarme de mi asiento contra él, pero los soldados me detuvieron.

—Tienes poca paciencia, me contestó el hechicero; escúchame hasta el fin. "La crucecita que corta la extremidad de esta curva me lo aclara todo. Te robaron á tu mujer la noche de bodas."

—Miserable! grité: sabes dónde está? quién eres?

Intenté otra vez levantarme y arrancarle el velo, pero tuve que ceder al número y á la fuerza: el misterioso obi se alejaba de mí, diciéndome:

—Me crees ahora? Prepárate á una muerte próxima.

## XXXII.

Me distrajo de la perplejidad en que acababa de sumirme la estraña escena de que fuí testigo, un drama que sucedió á la comedia ridícula que Biasson y el obi acababan de representar ante sus estúpidas hordas.

Biasson estaba sentado en su trono de caoba; el obi habia tomado asiento á su derecha; Rigaud á su izquierda, en los almohadones contiguos al trono del general. El obi, cruzado de brazos, parecia absorto en profunda contemplacion; Biasson y Rigaud mascaban tabaco, y un ayudante vino á preguntar al mariscal de campo si haria desfilar al ejército, cuando llegaron, dando furiosos clamores, á la entrada de la gruta tres grupos de negros: cada uno de esos grupos traia un prisionero, que queria poner á disposicion de Biasson, no por si éste queria perdonarles, sino por conocer la clase de muerte que queria que sufriesen aquellos infelices. Bien lo anunciaban sus siniestros gritos de *Muerte! Muerte!* ó de *Death! Death!* que lanzaban algunos negros ingleses, pertenecientes sin duda á la horda de Buckmann, que habian venido á reunirse con los negros españoles y franceses de Biasson.

El mariscal de campo les impuso silencio y mandó que llegasen los tres cautivos hasta la entrada de la gruta. Con sorpresa reconocí á dos de ellos; uno era el ciudadano general C.***, el filántropo corresponsal de todos los negrófilos del mundo, que dió un consejo bárbaro en casa del gobernador. El otro era un plantador equívoco que aborrecia á los mulatos y que los blancos le creian de esa procedencia. El tercer prisionero parecia pertenecer á la clase de los *blanquillos;* llevaba mandil de cuero y arremangadas hasta el codo las mangas de la camisa. Los tres fueron sorprendidos separadamente, estando ocultos en las montañas.

El *blanquillo* sufrió el primer interrogatorio.

—Quién eres? le preguntó Biasson.

—Soy Santiago Belin, carpintero del hospital de los Padres en la ciudad del Cabo.

Sorpresa mezclada de vergüenza se pintó en los ojos del generalísimo del pais conquistado.

—Santiago Belin! exclamó mordiéndose los labios.

—Sí, contestó el carpintero; ¿no me reconoceis?

—Empieza, le dijo el mariscal de campo, por conocerme tú y por saludarme.

—Yo no saludo á mi esclavo! respondió el blanco.

—Tu esclavo, miserable! gritó el generalísimo.

—Sí, replicó el carpintero, sí, yo fuí tu primer amo. Finjes no conocerme; pero acuérdate, Juan Biasson, de que te vendí por trece pesos fuertes á un comerciante de Santo Domingo.

Violento despecho alteró las facciones del mariscal de campo.

—Y qué? prosiguió el *blanquillo*, ¡parece que te dé vergüenza el haberme servido! ¿Juan Biasson no puede honrarse con haber pertenecido á Santiago Belin? La vieja loca de tu pobre madre bastantes veces ha barrido mis pisos; pero ahora la vendí al señor mayordomo del hospital de los Padres; está ya tan decrépita, que no me quisieron dar por ella más que treinta y dos libras y seis sueldos. Hé aquí tu historia y la mia; pero parece que los negros y los mulatos os habeis ensoberbecido y que tú has olvidado el tiempo en que servias de rodillas á maese Santiago Belin, carpintero del Cabo.

Biasson oyó esta arenga con la risa feroz que le asemejaba al tigre.

—Basta, le dijo, y volviéndose hácia los negros que trajeron á Belin:—Tomad dos caballetes, dos maderos y una sierra, y llevaos á ese hombre. Santiago Belin, carpintero del Cabo, dame las gracias porque te proporciono la muerte adecuada á tu oficio.

Su risa feroz acabó de explicar el horrible suplicio con que iba á castigar el orgullo de su antiguo amo. Me extremecí, pero Santiago Belin ni siquiera frunció las cejas, y volviéndose con altivez hácia Biasson, le dijo:

—Sí; debo darte las gracias, porque te vendí por trece pesos fuertes, y seguramente me has producido más de lo que vales.

Se lo llevaron.

## XXXIII.

Los otros dos prisioneros presenciaron más muertos que vivos el espantoso prólogo de su propia tragedia. Su actitud humilde y temerosa contrastaba con la firmeza fanfarrona del carpintero; dichos presos estaban temblando.

Biasson les contempló uno tras otro; despues, complaciéndose en prolongar su agonía, entabló con Rigaud conversacion sobre las diferentes clases de tabaco, afirmando que el tabaco de la Habana solo era bueno para los cigarros, y que para polvillo no conocia otro mejor que el de España, del que el difunto Buckmann le envió dos barriles, tomado en casa de Lebattn, propietario de la isla de la Tortuga. Despues se dirigió bruscamente al ciudadano general C.***, preguntándole:

—Qué opinas tú de eso?

Este apóstrofe inesperado hizo titubear al interrogado, que contestó vacilando:

—Opino, general, lo mismo que vuestra excelencia.

—Eres adulador! No te pido mi opinion, sino la tuya, le replicó Biasson. ¿Conoces mejor tabaco para tomar como polvillo que el de Lebattn?

—No, monseñor, contestó el ciudadano general, cuya turbacion divertía al mariscal de campo.

—*General, excelencia, monseñor!* repitió impaciente el jefe; ¡eres, pues, un aristócrata!

—No, que soy buen patriota y ferviente negrófilo.

—Qué significa eso de negrófilo?

—Quiere decir, amigo de los negros, balbuceó el ciudadano.

—No basta ser amigo de los negros, contestó Biasson con severidad; es menester serlo tambien de los hombres de color.

Creemos haber dicho que Biasson era zambo.

—De los hombres de color queria yo decir, respondió humildemente el negrófilo. Estoy en íntimas relaciones con los más famosos partidarios de los negros y de los mulatos.

—Negros y mulatos! ¿eso qué quiere decir? ¿Vienes todavía á insultarnos con esos nombres odiosos, inventados por el desprecio de los blancos? Aquí no hay más que hombres de color y negros; ¿lo entendeis, señor colono?

—Eso es una mala costumbre contraida desde la infancia, repuso el ciudadano; perdonadme, no tuve intencion de ofenderos, monseñor.

—Déjate de llamarme monseñor; repito que no me gustan los tratamientos aristocráticos.

El negrófilo quiso escusarse otra vez y empezó á tartamudear nueva explicacion.

—Si me conociéseis, ciudadano!...

—*Ciudadano!* por quién me tomas? gritó colérico Biasson. Detesto esa jerigonza de los jacobinos. ¿Serás jacobino por casualidad? ¡Piensa que estás hablando con el generalísimo de los tropas del rey, *ciudadano*... insolente!

El pobre negrófilo ya no sabia cómo hablar á aquel hombre, que lo mismo rechazaba el título de *monseñor* que el de *ciudadano*, lo mismo el lenguaje aristocrático que el patriótico, y quedó aterrado. Biasson, que fingia estar colérico, gozaba cruelmente con el embarazo del ciudadano general.

—En fin, exclamó éste, me juzgais mal, noble defensor de los derechos imprescriptibles de la mitad del género humano.

Obligado á calificar al jefe que rechazaba todas las calificaciones, recurrió á una de esas perífrasis sonoras que los revolucionarios sustituyen voluntariamente al nombre y al título de la persona á quien se dirigen.

Biasson le miró con fijeza y le dijo:

—¿Segun eso profesas afecto á los negros y á los mulatos?

—Muchísimo... estoy en correspondencia con Brissot y con...

Biasson le interrumpió riendo, segun su costumbre.

—Me alegro de ver en tí un amigo de nuestra causa, porque siéndolo, debes detestar á los miserables colonos que castigan nuestra justa insurreccion con crueles suplicios; debes creer, como nosotros, que los verdaderos rebeldes son los blancos y no los negros, ya que ellos se rebelan contra la naturaleza y contra la humanidad; debes execrar á esos mónstruos.

—Les execro, respondió el ciudadano general.

—Pues bien; ¿qué pensarias de un hombre que, para ahogar las últimas tentativas de los esclavos, hubiera plantado cincuenta cabezas de negros á los dos lados de la avenida de su habitacion?

El negrófilo palideció densamente.

—¿Qué pensarias de un blanco que hubiera propuesto ceñir la ciudad del

Cabo de un cordon de cabezas de esclavos?

—Perdon! perdon! exclamó el general ciudadano aterrado.

—Pero si yo no te amenazo! contestó Biasson con frialdad. Déjame acabar. ¿Ceñir á la ciudad de un cordon de cabezas que la rodease desde el fuerte Picolet hasta el cabo del Caracol? ¿Qué pensarias tú de eso? responde.

Las frases de Biasson, *pero si yo no te amenazo!* devolvieron alguna esperanza al negrófilo; creyó que el jefe sabia esa proposicion sin conocer al autor de ella, y respondió con bastante firmeza para prevenir toda presuncion contraria:

—Pienso que esos serian crímenes atroces.

Biasson reia.

—Bien, le dijo: ¿y qué castigo impondrias al culpable?...

Semejante pregunta hizo vacilar al negrófilo.

—Eres ó no amigo de los negros? repuso el mariscal de campo.

De las dos alternativas que se le ofrecian, el ciudadano general eligió la menos arriesgada, y no observando apariencia hostil en las miradas de Biasson, dijo con voz débil:

—El culpable merece la muerte.

—Muy bien, contestó el jefe, arrojando el tabaco que se entretenia en mascar.

El aire indiferente del mariscal de campo tranquilizó algo al negrófilo, que hizo un esfuerzo desesperado para ahuyentar las sospechas que hubieran podido recaer sobre él.

—Nadie, exclamó, hizo votos más ardientes que yo por el triunfo de vuestra causa. Sostengo correspondencias con Brissot y Pruneau de Pomme Gonge en Francia, con Magaw en América, con Peter Paulus en Holanda, con el abate Tamburini en Italia...

Continuaba enumerando prolijamente su letanía filantrópica, cuando le interrumpió Biasson:

—¿Qué me importan todos tus corresponsales? Indícame dónde están tus almacenes y tus depósitos y nada más, que mi ejército necesita municiones: tus plantaciones deben ser ricas, tu casa de comercio muy fuerte, ya que tienes correspondencia con todos los negociantes del mundo.

El ciudadano general aventuró esta tímida observacion:

—Héroe de la humanidad, esos no son negociantes, son filósofos, son filántropos, son negrófilos.

—Eso es! vuelve á hablarme con frases ininteligibles!... ¿Si no nos sirves para entregarnos tus depósitos y tus almacenes, para qué nos sirves?...

Esta pregunta ofreció un vislumbre de esperanza al ciudadano general, y dijo en seguida:

—Ilustre guerrero, ¿teneis algun economista en vuestro ejército?

—Qué es eso de economista?

—Es, contestó el prisionero, con todo el énfasis que le permitia su temor, es un hombre necesario por excelencia, el único que sabe apreciar, segun sus valores respectivos, los recursos materiales de un imperio, que los escalona por órden de importancia, los clasifica segun su valor y los bonifica y los mejora, combinando sus orígenes y sus resultados, y los distribuye debidamente, como otros tantos arroyos fecundizadores, en el gran rio de la utilidad general, que desemboca en el mar de la prosperidad pública.

—Caramba! dijo Biasson inclinándose hácia el obi. ¿Qué diantre quieren decir esas palabras engarzadas unas con otras como los granos de vuestro rosario?

El obi se encogió de hombros, manifestando ignorancia y desden; el negrófilo continuó:

—Valiente jefe de los bravos reformadores de Santo Domingo, dignaos escucharme: he estudiado á los grandes economistas, á Turgot, á Raynal y á Mirabeau, el amigo de los hombres, y he puesto en práctica sus teorías. Sé la ciencia indispensable para el buen gobierno de los Estados y de los reinos.

—El economista no es económico en palabras, repuso Rigaud con sonrisa dulce y chocarrera.

Biasson exclamó:

—Dime, charlatan, ¿tengo yo acaso Estados ni reinos que gobernar?

—Ahora no, pero podeis tenerlos; y además, esa ciencia desciende, sin desmerecer, á detalles útiles para el buen manejo de un ejército.

—Yo no manejo el ejército; yo lo mando.

—Muy bien, le contestó el prisionero; vos sereis su general y yo seré su intendente. Tengo conocimientos especiales para la multiplicacion de los ganados.

—¿Crees que nos dedicamos á la cria de ganados? repuso riendo Biasson: nos dedicamos á comérnoslos. Cuando los ganados de la colonia francesa se acaben pasaré las colinas de la frontera y robaré las vacas y los carneros españoles que se crian en las cabañas de las grandes

llanuras de Cotuy, de la Vega, de Santiago y en las orillas del Yuca; iré tambien á buscar, si es preciso, los que pacen en la península de Sanamá, y en las faldas de la montaña de Libos, saliendo de las bocas del Neybe hasta más allá de Santo Domingo; y así tendré el placer de castigar á los malditos colonos españoles que vendieron á Ogé. Ya ves que no me asusta la falta de víveres y que no me hace falta tu ciencia *indispensable.*

Esta vigorosa declaracion desconcertó al pobre economista; pero esto no obstante, procuró agarrarse á otra tabla de salvacion.

—Mis estudios no se limitan á la educacion del ganado. Poseo otros conocimientos especiales que os pueden ser muy útiles. Os indicaré el modo de explotar la brea y las minas de carbon.

—Y para qué? dijo Biasson; cuando necesito carbon quemo un bosque de tres leguas.

—Os enseñaré para qué sirve cada clase de madera, prosiguió el prisionero: el chicalote y la sabina para las quillas de navíos, las yacas para las curvas, las...

—¡Llévente todos los diablos de los siete infiernos! exclamó encendido en cólera Biasson. Escucha. Yo no necesito navíos. Solo hay un empleo vacante en mi escolta: no es la plaza de mayordomo, sino la de ayuda de cámara. Ved, señor filósofo, si os conviene. Me servirás de rodillas; me darás la pipa, el *calalú* y la sopa de tortuga; llevarás detrás de mí un abanico de plumas de pavo real ó de papagayo, como estos dos pajes que ves aquí. Vamos, responde, ¿quieres ser mi ayuda de cámara?

El ciudadano general, que solo pensaba en salvar la vida, se inclinó profundamente, haciendo demostraciones de alegría y de gratitud.

—Aceptas? le preguntó Biasson.

—¿Podeis dudar, generoso señor, que vacile un instante en aceptar la insigne honra de serviros?

Al oir esta respuesta estalló la risa infernal del mariscal de campo. Cruzó los brazos, se levantó con aire de triunfo, y dando un empellon con el pié á la cabeza del blanco, arrodillado ante él, exclamó en alta voz:

—Tenia deseos de probar hasta dónde llega la cobardía de los blancos, despues de haber visto hasta dónde llega su crueldad. A tí te debo ese doble ejemplo. Sé quién eres, y no comprendo cómo has sido tan estúpido que no lo has conocido. Tú presidiste los suplicios de Junio, Julio y Agosto; tú hiciste plantar cincuenta cabezas de negros á los dos lados de la avenida de tu casa; tú quisiste degollar á los quinientos negros que quedaron en tu poder, despues de la rebelion, y ceñir la ciudad del Cabo con un cordon de cabezas de esclavos desde el fuerte Picolet hasta la Punta del Caracol. Hubieras hecho, si posible te hubiera sido, un trofeo de mi cabeza, y ahora te tendrias por dichoso si yo te tomase por mi ayuda de cámara. No; estimo en más tu honra que tú mismo la aprecias; no te haré semejante afrenta. Prepárate á morir.

Hizo una señal y los negros colocaron junto á mí al desgraciado negrófilo, que, sin poder pronunciar una palabra, habia caido á los piés de Biasson.

## XXXIV.

Ahora te toca á tí, dijo el jefe volviéndose hácia el último de los tres prisioneros, que era el colono que los blancos tenian por mulato, y que por creerlo yo así me desafió.

Prorumpieron los rebeldes en un clamoreo que ahogó la respuesta del colono. *Muerte! Death! Tonyé!* gritaban rechinando los dientes y enseñando los puños al desventurado cautivo.

—General, dijo un mulato que se expresaba mejor que los otros, es un blanco y es preciso que muera.

El pobre plantador logró, á fuerza de aspavientos y de gritos, que le dejasen decir algunas palabras.

—No, no, señor general, no, no, hermanos mios, yo no soy blanco; eso es una infame calumnia. Soy mulato como vosotros, hijo de una negra como vuestras madres y vuestras hermanas.

—Miente! contestaban furiosos los negros; es blanco, y siempre detestó á los negros y á los hombres de color.

—Nunca, repuso el prisionero; yo detesto á los blancos. Soy mulato; soy de los vuestros.

—La prueba, dijo friamente Biasson.

—La prueba es que siempre me despreciaron los blancos.

—Eso puede ser cierto, contestó Biasson, pero tú eres un insolente.

Un jóven mulato dirigió impetuosamente la palabra al colono.

—Verdad es que los blancos te despreciaban, pero en cambio tú blasonabas de despreciar á los mulatos, porque creian que tenias la sangre mezclada, y hasta se cuenta que desafiaste á un blanco

porque te echó en cara que pertenecias á nuestra casta.

Prorumpió la turba indignada en alboroto universal, y los gritos de muerte, más estrepitosos que antes, ahogaron otra vez la voz del colono, el que, lanzándome una mirada oblícua de dolor y de súplica, repetia llorando:

—Eso es una calumnia! no tengo más gloria ni más felicidad que la de pertenecer á los negros. Yo soy mulato.

—Si verdaderamente fueses mulato, observó Rigaud, no te servirias de esa palabra. (1)

—Pero, sé yo acaso lo que digo? contestó el miserable. Señor general, la prueba de que tengo en las venas sangre mezclada es este círculo negro que podeis ver alrededor de las uñas.

Biasson rechazó la mano suplicante.

—No poseo la ciencia de nuestro capellan, que adivina lo que es cada uno inspeccionándole la mano; pero escucha. Mis soldados te acusan, unos de que eres blanco, y otros de ser un mal hermano. Si esto es así, debes morir. Sostienes que perteneces á nuestra casta y que jamás has renegado de ella; solo tienes un medio de probar lo que me dices y de salvarte.

—Qué medio? Decídmelo y estoy dispuesto á adoptarlo.

—Pues bien, le contestó Biasson con frialdad, toma este puñal y asesina tú mismo á esos dos prisioneros blancos.

Diciendo esto nos designaba con los ojos y con la mano. El colono retrocedió horrorizado ante el puñal que Biasson le presentaba con infernal sonrisa.

—Y qué! vacilas? dijo el jefe. Este es, pues, el único medio de probarme y de probar á mi ejército que no eres blanco y que eres de los nuestros. Vamos, decídete, que me estás haciendo perder el tiempo.

Los ojos del prisionero se extraviaron; dió un paso hácia el puñal, despues dejó caer el brazo y se paró, volviendo la cabeza.

Extremecimiento convulsivo agitaba todo su cuerpo.

—Vamos, gritó Biasson con tono de impaciencia y de cólera, tengo prisa. Elige; ó los matas ó mueres con ellos.

El colono quedó inmóvil, petrificado.

—Pues bien, dijo el jefe, volviéndose hácia los negros; ya que no quiere ser verdugo será víctima. Estoy convencido de que es blanco; lleváoslo.

Los negros avanzaron para apoderarse del colono, y este movimiento decidió su eleccion entre dar ó recibir la muerte; el exceso de cobardía tiene tambien su valor. Cogió febrilmente el puñal que le ofrecia Biasson, y sin darse tiempo para reflexionar sobre lo que iba á hacer, el miserable se arrojó como un tigre sobre el ciudadano general, que estaba acostado cerca de mí.

Entonces comenzó horrible lucha: el negrófilo, al que el desenlace del interrogatorio, con que le habia atormentado Biasson, le habia sumido en sombría y estúpida desesperacion, presenció con frialdad la escena que acababa de pasar entre el jefe y el plantador mulato, y estaba tan ensimismado en el terror que le causaba su próximo suplicio, que parecia no haber comprendido aquella; pero cuando vió que el colono se abalanzaba hácia él y brillar el hierro sobre su cabeza, le despertó con sobresalto la inminencia del peligro.

Se puso en pié, detuvo el brazo del asesino y le dijo, gritando con voz desgarradora.

—Perdon! perdon! perdon! ¿Qué quereis de mí? qué es lo que os he hecho?

—Debeis morir, señor, contestó el mulato, tratando de libertar el brazo y fijando en la víctima los azorados ojos.

—Morir á vuestras manos! decia el economista; por qué? Perdonadme. ¿Estais enojado conmigo porque dije un dia que érais mulato? Dejadme vivir y os juro que os tendré por blanco, si sois blanco; yo lo diré en todas partes, pero... perdon!

Mal sistema de defensa habia elegido el negrófilo.

—Cállate, cállate! gritó furioso el mulato, temiendo que los negros oyesen esta declaracion; pero el otro repetia que le reconocia como blanco y de buena raza. El mulato hizo el último esfuerzo para hacerle callar; desasióse violentamente de las manos que le sujetaban é introdujo el puñal entre la ropa del ciudadano general. El desdichado sintió la punta del acero y mordió con rabia el brazo que le heria.

—Mónstruo! malvado! Me asesinas!...

Lanzando una mirada á Biasson, le dijo:

—¡Defendedme, vengador de la humanidad!

Pero el asesino se apoyó con toda su fuerza sobre el puñal, y al punto saltó un arroyo de sangre alrededor de su mano y hasta su semblante. Se dobla-

(1) Los hombres de color reichazan coléricos esta calificacion, que inventó, segun ellos dicen, el desprecio de los blancos.

ron súbitamente las rodillas del negrófilo, cayeron sus brazos, apagáronse sus ojos, exhaló la boca sordo gemido y cayó muerto.

## XXXV.

Esta escena, en la que yo esperaba desempeñar un papel, me heló de horror. El vengador de la humanidad contempló con ojos impasibles la lucha de las dos víctimas; cuando ésta terminó, volviéndose hácia los consternados pajes, les dijo:

—Traedme otro tabaco, y se puso á mascarlo tranquilamente.

El obi y Rigaud estaban inmóviles, y los negros parecian horrorizados ante el espectáculo que acababa su jefe de proporcionarles.

Faltaba aun asesinar á otro blanco, á mí; me llegaba el turno. Miré al asesino que iba á ser mi verdugo y me inspiró compasion. Sus labios se habian vuelto violáceos, sus dientes rechinaban, el temblor que se apoderó de todos sus miembros apenas le permitia ponerse en pié; sin cesar, y maquinalmente, se llevaba la mano á la frente para secar las manchas de sangre que la salpicaban, y contemplaba con estúpida mirada el cadáver humeante extendido á sus piés; sus ojos desencajados estaban clavados en su víctima.

Esperaba el momento en que terminaria su compromiso matándome. Mi posicion respecto á ese hombre era singularísima; estuvo á pique de matarme para probarme que era blanco, y ahora me iba á asesinar para demostrar que era mulato.

—Vamos, le dijo Biasson, perfectamente; estoy satisfecho de tí. Lanzándome una mirada, añadió: Te dispenso de matar al otro, vete. Te declaramos buen hermano nuestro y te nombramos verdugo de nuestro ejército.

Al oir estas palabras del jefe, salió un negro de entre las filas, se inclinó tres veces ante Biasson, y dijo en su jerigonza:

—Y yo, mi general?

—Y bien; tú, qué?

—¿No quereis hacer nada por mí, mi general? preguntó el negro. Dais un ascenso al perro blanco que asesina para que le reconozcamos por hermano. ¿No quereis dármelo á mí, que soy un buen negro?

Esta inesperada peticion dejó á Biasson sin saber qué contestar; inclinóse hácia Rigaud, y el jefe de la banda le dijo:

—No se le puede complacer; eludid su demanda.

—Que te ascienda quieres? repuso Biasson al *buen negro*: no me opongo. Qué grado deseas?

—Quisiera ser oficial.

—Oficial! dijo el generalísimo: ¿qué títulos tienes para obtener la charretera?

—Yo incendié la casa de Lagoscette en los primeros dias del mes de Agosto; yo degollé á Clement, el plantador, y paseé la cabeza de su mayordomo clavada en una pica; pasé á cuchillo á diez mujeres blancas y á siete niños, por más señas que uno de ellos sirvió de estandarte á los bravos negros de Buckmann. Más tarde hice perecer entre las llamas á cuatro familias de colonos refugiadas en una habitacion del fuerte Galifet, que tuve la precaucion de cerrar con llave antes de incendiarla. Mi padre fué enrodado en el Cabo y mi hermano ahorcado en Rocrou, y yo estuve á pique de que me fusilaran. He incendiado tres plantaciones de café, seis de añil, doscientos piés de cañas de azúcar; asesiné á mi amo Noé y á su madre, y...

—Suspende tu hoja de servicios, dijo Rigaud interrumpiéndole, cuya fingida mansedumbre ocultaba verdadera crueldad, pero que era feroz con decencia y no podia tolerar el cinismo de la infamia.

—Podria citar otros, repuso el negro con orgullo, pero no lo hago porque creeis sin duda que esos son suficientes para obtener el grado de oficial y para llevar charretera como los ayudantes.

El generalísimo reflexionó un momento, y despues dirigió al negro gravemente estas palabras:

—Tendria verdadera satisfaccion de concederte lo que solicitas, pero para eso me falta enterarme de una cosa. ¿Sabes latin? Abrió el bandido atontado los ojos y preguntó:

—Qué decís, mi general?

—Te pregunto si sabes latin.

—Latin? respondió el negro estupefacto.

—Sí, latin, insistió diciendo el astuto jefe. Y desplegando un estandarte, en el que estaba bordado el versículo del Salmo: *In exitu Israel de Egipto*, añadió: Esplícanos lo que significan esas palabras.

El negro, en el colmo de la sorpresa, quedó inmóvil, mudo y estrujando maquinalmente los calzones, mientras que

su extraviada mirada pasaba sucesivamente del general á la bandera y de la bandera al general.

—Vamos, responde, dijo impaciente Biasson.

El negro se rascó la cabeza, abrió y cerró varias veces la boca, y dejó al fin caer de sus labios estas palabras:

—No sé lo que quereis decir, mi general.

El rostro de Biasson se animó de repente, tomando la expresion de la cólera y de la indignacion:

—¡Cómo, miserable, quieres ser oficial y no sabes latin!

—Pero mi general... balbuceó el negro, confuso y temblando.

—Cállate, repuso Biasson, cuya cólera aumentaba. No sé cómo es que no mando que te fusilen en el acto, por presumido. ¿No comprendeis, amigo Rigaud, que este majadero quiera ser oficial sin saber latin? Pues bien, ya que no entiendes el lema de esa bandera, yo voy á esplicártelo: *In exitu*, todo soldado; *Israel*, que no sabe latin; *de Egipto*, no puede ser oficial. No digo bien, señor cura?

El obi hizo un signo afirmativo: Biasson continuó:

—Ese hermano, al que acabo de nombrar verdugo del ejército, á quien tú envidias, sabe latin.

Volviéndose hácia el verdugo recien nombrado, le preguntó:

—No es verdad que lo sabes? Pruébale á este zopenco que sabes más latin que él. Qué significa *Dominus vobiscum*?

El desgraciado colono mulato salió de su profundo ensimismamiento al oir aquella estruendosa voz; levantó la cabeza, y aunque perturbado su espíritu por el cobarde asesinato que acababa de cometer, el terror le decidió á la obediencia. Habia algo de extraño entre la manera con que aquel hombre trataba de hacer memoria de algun recuerdo de colegio entre sus ideas de espanto y de remordimiento y el tono lúgubre con que pronunció esta infantil explicacion:

—*Dominus vobiscum*, quiere decir: que el Señor sea con vosotros.

—*Et cum spiritu tuo*, añadió con solemnidad el misterioso obi.

—*Amen*, dijo Biasson. Despues, fingiéndose irritado y mezclando entre las palabras algunos latinajos, para convencer á los negros de su ciencia,—Vuelve á tus filas, le dijo al ambicioso negro. *Sursum corda*! No pienses en adelante elevarte al rango de tus jefes, que saben latin, *Orate fratres*, ó te hago ahorcar. *Bonus*, *bona*, *bonum*.

El negro, atónito y aterrado al mismo tiempo, volvió á las filas, bajando vergonzosamente la cabeza, en medio de la rechifla general de sus compañeros, á los que llenaron de indignacion pretensiones tan mal fundadas, y que miraban con admiracion á su docto generalísimo.

El lado burlesco de esta escena acabó por hacerme formar alta idea de la habilidad de Biasson. El ridículo medio que acababa de emplear con tan buen éxito para desconcertar las ambiciones exigentes en un ejército rebelde, me daba la medida de la estupidez de los negros y al mismo tiempo la de la habilidad de su jefe.

## XXXVI.

Llegó la hora del almuerzo de Biasson y presentaron al mariscal de campo de su majestad Católica una gran concha de tortuga, en la que humeaba una especie de olla podrida, bien sazonada con tajadas de tocino, reemplazando al carnero la carne de tortuga y las patatas á los garbanzos. Una gran col flotaba en la superficie de ese puchero. A ambos lados de la concha, que servia á la vez de olla y de plato sopero, habia dos copas de corteza de coco, llenas de pasas, de tajadas de sandía, de batatas y de higos, que constituian los postres. Un pan de maiz y un bote de vino completaban el festin. Biasson sacó del bolsillo algunos dientes de ajo y los restregó sobre el pan; despues, sin cuidarse de que quitaran de su presencia el cadáver palpitante aun tendido ante él, se puso á comer, invitando á Rigaud. El apetito de Biasson se parecia al de la hiena.

El obi no participó de la comida: comprendí que, como todos sus iguales, no comia jamás en público, con el objeto de hacer creer á los negros que era de complexion sobrenatural y que vivia sin alimentarse.

Mientras se desayunaba Biasson, mandó á un ayudante que empezase la revista, y las tropas negras empezaron á desfilar en buen órden delante de la gruta. Los rebeldes del Morne-Rouge pasaron los primeros; eran cerca de cuatro mil, divididos en pequeños pelotones cerrados, dirigidos por jefes que, como ya dijimos, llevaban calzones y fajas encarnadas. Esos negros, altos casi todos y robustos, llevaban fusiles, hachas y sables; y muchos de ellos arcos, flechas y dardos; no llevaban bandera, y mar-

chaban en silencio, con aire consternado.

Al ver desfilar esta horda, Biasson se inclinó al oido de Rigaud y le dijo en francés:

—¿Cuándo querrá Dios que me libre de esos bandidos de Morne-Rouge la artillería de Blanchelande y de Rouvray? Los aborrezco, casi todos son congos. No saben matar más que en los combates; siguen el ejemplo de su imbécil jefe, de su ídolo Bug-Jargal, jóven loco, que le dá por ser generoso y magnánimo. No le conoceis, Rigaud? Pues espero que no le conozcais nunca. Ha caido prisionero de los blancos y ellos me librarán de él, como me han librado de Buckmann.

—A propósito de Buckman, respondióle Rigaud; ahí pasan los negros cimarrones de Macaya, y veo entre ellos al emisario de Juan Francisco, que os trajo la noticia de la muerte de Buckmann. ¿Sabeis, general, que ese hombre podria destruir el efecto de las profecías del obi acerca del fin de dicho jefe, solo con decir que estuvo detenido media hora en los puestos avanzados, y que me confió la noticia antes de que le hiciérais llamar?

—Diablo! contestó Biasson, teneis razon; es necesario cerrar la boca á ese hombre. Esperad! Y luego, levantando la voz, gritó: Macaya!

El jefe de los negros cimarrones se aproximó, presentando al generalísimo su trabuco en señal de respeto.

—Haced salir de las filas, repuso Biasson, á aquel negro que veo allá abajo, que está allí no debiendo estar.

El negro aludido era el mensajero de Juan Francisco. Presentóle Macaya al mariscal de campo, cuyo rostro tomó al instante la expresion de la cólera que tan bien sabia aparentar.

—Quién eres? le preguntó.

—Mi general, soy un negro.

—Caramba! Ya lo veo, pero ¿cómo te llamas?

—Mi nombre de guerra es Varelan; mi patron entre los bienaventurados es San Sabas, diácono y mártir, cuya fiesta es veinte dias antes de la Natividad de Nuestro Señor.

—Por qué te atreves á presentarte en la parada, donde todos van de gala, con ese sable sin vaina, los calzones rotos y los piés llenos de barro?

—Mi general, eso no es culpa mia, respondió el negro. El gran almirante Juan Francisco me encargó que os trajera la noticia de la muerte del jefe de los cimarrones ingleses, Buckmann, y si llevo el traje desgarrado y los piés sucios de lodo es porque corrí á todo correr por traeros la noticia más pronto; pero me han detenido... Biasson frunció el entrecejo.

—No se trata de eso, sino de la audacia de asistir á una revista de ese modo. Recomienda tu alma á San Sabas, diácono y martir, tu patron. Vé y haz que te fusilen.

Entonces adquirí una prueba más del poder moral de Biasson sobre los rebeldes. El infeliz encargado de ir él mismo á hacerse fusilar ni se atrevió á murmurar siquiera: bajó la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho, saludó tres veces á su implacable juez, y despues de arrodillarse delante del obi, que gravemente le absolvió, salió de la gruta. Algunos momentos despues, una descarga de mosquetería anunció á Biasson que el negro, obedeciendo sus órdenes, habia dejado de existir.

Libre el jefe ya de toda inquietud, volvióse á Rigaud, resplandeciente de alegría la mirada y con la risa feroz que parecia decirle: "Admirad mi poder!„

## XXXVII.

Entre tanto la revista continuaba: aquel ejército, cuyo desórden presentó á mi vista cuadro tan extraordinario algunas horas antes, me pareció no menos singular puesto sobre las armas. Algunos negros iban completamente desnudos, armados con mazas, con tomahawks (1) y con cachiporras, marchaban al sonido de los cuernos, como los salvajes; algunos batallones de mulatos, equipados á la española ó á la inglesa, bien armados y bien disciplinados, arreglaban su paso al toque del tambor; apiñadas turbas de negros y de negrillos, armados de horquillas y de asadores; viejos inválidos, encorvados por el peso del fusil sin cañon y sin gatillo; griotas con sus vestiduras pintarrajeadas; griotes horrorosos por sus gestos y contorsiones, cantando aires incoherentes acompañados de las guitarras y de los balafos; de todo esto se componia la extraña procesion de la revista, entrecortada de vez en cuando por numerosos destacamentos heterogéneos de grifos, marabuts, sacatras, mamelucos y zambos libres ú hordas nómadas de negros

(1) Cuchillos.

cimarrones, de continente brioso, de brillantes carabinas, que llevaban entre sus filas algunos carretones cargados ó algun cañon cogido á los blancos, que más les servia de trofeo que de arma, y que aullaban con tremenda voz los himnos del Prado Grande y del Ona-Nassé.

Por encima de todas las cabezas ondeaban banderas de todos los colores y divisas blancas, coloradas y tricolores, cubiertas de flores de lis y de gorros encarnados, con estas y otras inscripciones: *¡Mueran los sacerdotes y los aristócratas!—Viva la religion!—¡Libertad, Igualdad!—Viva el rey!—Muera la metrópoli!—Viva España!—Mueran los tiranos!* etc., etc. Extraña confusion, que indicaba que todas las fuerzas de los rebeldes no eran más que un cúmulo de medios sin objeto y que en aquel ejército no habia menos desórden en las ideas que en los hombres.

Al pasar por turno por delante de la gruta, inclinaban las hordas la bandera y Biasson la saludaba. Dirigia á cada batallon una reprimenda ó un elogio, y cada frase que pronunciaba, ya fuese aduladora, ya severa, era acogida por los suyos con respeto fantástico ó con una especie de temor supersticioso.

Acabó de pasar por fin aquel torrente de bárbaros; y confieso que la vista de tantos bandidos, que me distrajo al principio, acabó por fatigarme. Empezaba el crepúsculo cuando desfilaron los últimos pelotones, y el sol bañaba ya escasamente con una tinta de cobre rojo las cimas graníticas de las montañas del Oriente.

## XXXVIII.

Biasson estaba meditabundo. Despues de terminar la revista y de dar las últimas órdenes, cuando ya todos los rebeldes entraron en las chozas, me dirigió la palabra:

—Jóven, me dijo, tiempo has tenido para juzgar perfectamente mi genio y mi poder. Ya llegó para tí la hora de ir á hacérselo saber á Léogri.

—No dependió de mí que no llegara antes, le respondí con frialdad.

—Tienes razon. Detúvose un instante como para espiar el efecto que produciria en mí lo que iba á decirme, y añadió: —De tí depende el que no llegue esa hora.

—Cómo? exclamé asombrado. ¿Qué quieres decir?

—Sí, repitió Biasson; puedes salvar la vida si quieres.

Este acceso de clemencia, el primero y acaso el último de la vida del mariscal de campo, me pareció un prodigio. Sorprendido el obi como yo, se levantó de su asiento, en el que conservaba mucho tiempo hacia la actitud estática de los fakires del Indostan. Púsose enfrente del generalísimo y levantó la voz con cólera:

—¿Qué dice el excelentísimo señor mariscal de campo? ¿Olvidais lo que me habeis prometido? Ni vos ni nadie puede disponer de esta vida que me pertenece.

En aquel instante creí volver á recordar al maldito hombrecillo; pero, como las otras veces, no pude saber cómo ni dónde le habia oido.

Levantóse Biasson pausadamente y habló un instante en voz baja con el obi; enseñóle la bandera negra que yo ya habia observado, y luego el hechicero, moviendo la cabeza de arriba á bajo en señal de adhesion, volvió á sentarse.

—Escucha, me dijo entonces el generalísimo sentándose tambien y sacando del bolsillo otro despacho de Juan Francisco; nuestros asuntos van mal; Buckmann acaba de perecer en un combate. Los blancos han exterminado dos mil negros rebeldes en el distrito de Cul-de-Sac: los colonos continúan fortificándose y erizando las llanuras de posiciones militares. Desperdiciamos la ocasion que se nos presentó de apoderarnos de la ciudad del Cabo y no es fácil que vuelva á presentarse. Por la parte del Este la carretera principal está cortada por un rio, y los blancos, para defender ese paso, han establecido en él una batería sobre pontones, formando en cada márgen dos pequeños campamentos. Por el Sur hay una gran carretera que atraviesa el montuoso pais llamado Alto del Cabo, llena de soldados y de artillería; esta posicion está igualmente fortificada por la parte de tierra por una buena empalizada, en la que han trabajado todos los habitantes: por consiguiente el Cabo está al abrigo de nuestras armas. Nuestra emboscada en las gargantas de Doma-Mulatos fué enteramente inútil; á todos esos reveses se une la fiebre amarilla, que diezma el campamento de Juan Francisco. Cree, por lo tanto, el almirante de Francia, y nosotros somos de su opinion, que convendria entrar en negociaciones con el gobernador Blanchelande y con la Asamblea colonial. Hé aquí la carta que con este motivo dirigimos á la Asamblea: escucha:

"Señores diputados:

„Grandes desgracias han afligido á esta rica é importante colonia; hemos sido envueltos en ellas y nada más podemos decir para justificarnos. Llegará un dia en que nos hagais la justicia que merece nuestra posicion. Debe comprendernos la amnistía general que el rey Luis XVI ha dado indistintamente para todos. De lo contrario, con el rey de España, que es un buen rey, que nos trata bien y nos prodiga recompensas, continuaremos sirviéndole con celo y con desinterés.

„Vemos en la ley de 28 de Setiembre de 1791 que la Asamblea nacional y el rey os concede el derecho de fallar definitivamente sobre el estado de las personas que no son libres y sobre el estado político de los hombres de color. Defenderemos la Asamblea nacional y los vuestros, revestidos de las formalidades requeridas, hasta derramar la última gota de sangre. Seria tambien importante que declarárais, por medio de un decreto sancionado por el general, que pensais en ocuparos en mejorar la suerte de los esclavos: sabiendo éstos que son objeto de vuestros desvelos, quedarian satisfechos por medio de sus jefes, á los que comunicaríais estos trabajos, y el equilibrio roto se restableceria en poco tiempo.

„No confieis, sin embargo, señores representantes, en que consintamos en tomar las armas por la voluntad de las Asambleas revolucionarias: somos vasallos de tres reyes: del de el Congo, señor natural de todos los negros; del de Francia, que representa á nuestros padres, y del de España, que representa á nuestras madres. Esos tres reyes son los descendientes de los que, guiados por estrella milagrosa, fueron á adorar al Hombre-Dios. Si sirviéramos á las Asambleas, seríamos quizás arrastrados á hacer la guerra contra nuestros hermanos, los vasallos de esos tres reyes, á quienes hemos prometido fidelidad.

„Además, nosotros no sabemos lo que significa la voluntad de la nacion, supuesto que desde que el mundo es mundo no hemos ejecutado otra voluntad que la de un rey. El príncipe de Francia nos profesa estimacion; el de España nos auxilia sin cesar; nos ayudan y les ayudamos; nuestra causa es la de la humanidad: si llegaran á faltarnos esas majestades, poco nos costaria encontrar un rey.

„Estas son las condiciones mediante las que consentiremos en hacer la paz.

„*Firmado*: JUAN FRANCISCO, general; BIASSON, mariscal de campo; DESPREZ, MANZEAU, TOUNSSAINT, AUBERT, comisarios AD HOC„ (1).

—Ya ves, añadió Biasson, despues de la lectura de ese documento de la diplomacia negra (cuyo recuerdo quedó grabado palabra por palabra en mi memoria), ya ves que nos presentamos pacíficos. Y ahora te diré lo que quiero de tí. Ni Juan Francisco ni yo nos hemos educado en la escuela de los blancos, en las que se aprende á hablar bien. Sabemos batirnos, pero no sabemos escribir; esto no obstante, queremos que la carta que reciba la Asamblea esté redactada de modo que no escite la burla de nuestros antiguos amos. Parece que tú has aprendido la frívola ciencia que nosotros no sabemos; corrige las faltas de este despacho que pudieran hacer reir á los blancos; á ese precio te perdono la vida.

Habia en el empleo de corrector de faltas de la ortografía diplomática de Biasson algo que repugnaba á mi orgullo para que titubease en aceptarlo; además, para qué queria yo la vida?... Rehusé, pues, su oferta.

Biasson quedó sorprendido y admirado.

—Cómo! me dijo; ¿prefieres la muerte á corregir algunas palabras en un pedazo de pergamino?

—Sí, le respondí.

Mi resolucion le dejó perplejo: despues de meditar un rato, me dijo:

—Escucha bien, jóven loco; yo soy menos obstinado que tú. Te concedo de plazo hasta mañana por la noche para decidirte á obedecerme: mañana, al ponerse el sol, me darás respuesta decisiva. Piénsalo bien; morir aquí no es solo morir.

El sentido de estas últimas palabras, dichas con risa horrible, no era equívoco; los tormentos que Biasson inventaba para sus víctimas acababan de esplicarlo.

—Candi, llévate al prisionero, prosiguió Biasson; confía su guarda á los negros del Morne-Rouge; quiero que viva todavía durante una vuelta del sol, y los otros soldados no tendrian paciencia para esperar que pasasen esas veinticuatro horas.

El mulato Candi, que era el jefe de su guardia, hizo que me ataran las manos detrás de la espalda; un soldado cogió el extremo de la cuerda y salimos de la gruta.

(1) Parece que esta carta, ridículamente característica, se mandó á la Asamblea.

## XXXIX.

Cuando los acontecimientos extraordinarios, las angustias y las catástrofes nos asaltan de repente, mientras gozamos una vida dichosa y deliciosamente uniforme, esas emociones inesperadas, esos golpes de la suerte interrumpen bruscamente el sueño del alma, que dormia en la monotonía de la prosperidad. Sin embargo, cuando la desgracia nos acomete de ese modo, no cree el hombre que se despierta, sino que sigue soñando. Para el que siempre fué dichoso, la desesperacion empieza por el estupor. La adversidad imprevista se parece á la tremielga; (1) sacude, pero entorpece, y la espantosa luz que arroja repentinamente ante nuestros ojos no es la luz del dia. Los hombres, las cosas y los hechos pasan entonces por delante de nosotros con fisonomía fantástica, y se mueven lo mismo que nuestros sueños. Todo ha cambiado en el horizonte de nuestra vida, atmósfera y perspectiva, pues transcurre mucho tiempo antes que nuestros ojos pierdan esa especie de imágen luminosa de la felicidad pasada que les sigue y que, interponiéndose sin cesar entre ellos y el sombrío presente, cambia el color y dá un no sé qué de falso á la realidad. En este caso todo nos parece imposible y absurdo; apenas damos crédito á nuestra propia existencia, porque no encontrando á nuestro alrededor nada de todo aquello que constituia nuestro sér, no comprendemos cómo todo aquello pudo desaparecer sin arrastrarnos y que de nuestra vida solo quedemos nosotros. Si esta posicion violenta del alma se prolonga, destruye el equilibrio del pensamiento y se convierte en locura; estado quizás dichoso, en el que la vida solo es una vision para el infeliz demente, y en el que él es el fantasma.

## XL.

Ignoro, señores, por qué os expongo estas ideas, cuando apenas se comprenden ni se hacen comprender á los demás sin haberlas experimentado; pero yo las observé en los momentos en que los guardias de Biasson me entregaron á los negros del Morne-Rouge. Me pareció que eran espectros que me entregaban á otros espectros, y sin oponer resistencia me dejé atar por la cintura al tronco de un árbol. Me trajeron patatas cocidas en agua, que comí por ese instinto maquinal que la bondad de Dios dá al hombre en medio de las preocupaciones del espíritu.

Cuando llegó la noche mis guardias se retiraron á sus chozas, y seis de ellos quedaron cerca de mí, sentados ó acostados ante una gran hoguera que encendieron para que les preservara del frio nocturno; al cabo de algunos instantes se durmieron profundamente.

El abatimiento físico que se habia apoderado de mí contribuia á producir las vagas abstracciones, en las que deliraban mis pensamientos. Recordaba los dias serenos é iguales que pocas semanas antes pasaba aun al lado de María, sin entrever en el porvenir otra probabilidad que la de una felicidad eterna. Comparaba ese tiempo al dia que acababa de discurrir, dia en el que tantas cosas estrañas se habian desarrollado ante mi vista, como para hacerme dudar de su existencia, y en que estuve tres veces á punto de morir, quedando todavía destinado á la muerte. Reflexionaba sobre mi porvenir presente, que solo se componia de un dia, y me ofrecia la certidumbre de la desgracia y de la muerte, dichosamente inmediata. Parecíame que luchaba con una horrible pesadilla. Me preguntaba á mí mismo si todo lo que me sucedia habia realmente sucedido, si lo que me rodeaba era el campamento del sanguinario Biasson, si María estaba perdida eternamente para mí, y si era yo, en efecto, este prisionero, vigilado por seis bárbaros, agarrotado y condenado á próxima muerte.

A pesar de los esfuerzos que hacia para librarme de la obsesion de una idea aun más desgarradora, mi corazon recordaba á María. Pensaba con angustia en su suerte, trataba de romper las ligaduras que me sujetaban para volar á su socorro, confiando siempre que este sueño horrible se desvaneceria y que Dios no querría llenar de horrores, en los que no me atrevia á fijarme, el destino del ángel que me concedió por esposa. El encadenamiento doloroso de mis ideas me traia á Pierrot ante mí, y entonces la rabia me hacia perder la razon; parecia que las arterias de la frente iban á rompérseme; yo me odiaba, me maldecia y me despreciaba, por haber unido momentáneamente la amistad de Pierrot al amor de María, y sin tratar de explicarme el motivo que le impulsó á arrojarse á las aguas del rio Grande, lloraba despe-

(1) Pez luminoso.

chado por no haberle inmolado á mi furor. Pero él habia muerto, y yo iba ya á morir; lo único que me apenaba era no haber podido satisfacer mi venganza.

Todas esas emociones me agitaban en el intranquilo sueño en que me sumió el abatimiento. No sé cuánto tiempo duró, pero me despertó de él bruscamente el eco de una voz varonil, que cantaba con claridad, pero desde lejos: *Yo, que soy contrabandista*. Temblando abrí los ojos; todo estaba oscuro; los negros dormian, el fuego se apagaba. No oí ya nada; creí que aquella voz seria la ilusion de un sueño, y mis pesados párpados volvieron á cerrarse. Los abrí otra vez de súbito, porque la voz volvió á oirse, y cantaba más cerca y con tristeza la siguiente estrofa:

En los campos de Ocaña
prisionero caí,
me llevan á Cotadilla;
desdichado fuí. (1)

Ahora no soñaba: oia con claridad la voz de Pierrot. Un momento despues volvió á sonar en el silencio y en la sombra, y oí por segunda vez, muy cerca de mí, la conocida cancion: *Yo, que soy contrabandista*.

Un dogo vino á arrojarse á mis piés con alegría; era Rask. Levanté los ojos y ví ante mí un negro gigantesco, y la luz de la hoguera proyectaba junto al perro su sombra colosal: era Pierrot. La sorpresa y la indignacion me dejaron inmóvil y mudo. Dormia yo? ¿Los muertos resucitaban? Aquello no era un sueño, era una aparicion. Volví la cabeza con horror. Al ver este movimiento, inclinó él la suya sobre el pecho.

—Hermano, me dijo en voz baja; me prometiste no dudar jamás de mí cuando me oyeses entonar esa cancion. Dime, has olvidado tu promesa?

La cólera me volvió el uso de la palabra.

—Mónstruo! grité. ¡Te encuentro al fin! Verdugo, asesino de mi tio, raptor de María, ¿aun te atreves á llamarme hermano? Aparta, no te acerques á mí.

Al decir esto olvidaba que yo estaba atado de tal modo que no podia moverme. Maquinalmente busqué con la vista la espada en el sitio en que debia estar; esta visible intencion le hirió, y con acento tierno, pero agitado, me respondió:

—No, no me acercaré. Eres desgraciado y te compadezco, pero tú no me compadeces, y soy más desgraciado que tú.

Me encogí de hombros; comprendió él este mudo reproche, y mirándome con vaga tristeza, me dijo:

—Sí, tú has perdido mucho, pero créeme, yo he perdido más que tú.

El ruido de nuestras voces despertó á los seis negros que me custodiaban. Al ver un desconocido, levantáronse precipitadamente, empuñando las armas; pero cuando sus miradas se fijaron en Pierrot, lanzaron un grito de sorpresa y de alegría y cayeron al suelo de rodillas.

Pero ni el respeto que los negros tributaban á Pierrot, ni las caricias de Rask, que iba y venia de su amo á mí, alternativamente, mirándome con inquietud, como asombrado de que le acogiese con tanta frialdad, me impresionaban en aquel momento. Me embargaba por completo la emocion de la rabia, que me hacia impotente, por las ligaduras que me sujetaban.

—Oh! exclamé, sin poder contenerme y llorando de furor; qué desdichado soy! ¡Temia que este miserable se hubiese hecho justicia á sí mismo, le creia muerto, y estaba desesperado por no haber podido vengarme! ¡Y ahora vive y viene aquí á escarnecerme y no puedo tener la dicha de clavarle el puñal en el corazon! Oh! ¡quién me librara de estos fatales lazos!...

Pierrot se volvió hácia los negros, que seguian estáticos ante él, y les dijo:

—Compañeros, desatad al prisionero.

## XLI.

En seguida le obedecieron. Los seis guardias cortaron las cuerdas que me sujetaban. Me levanté con libertad, pero permanecí inmóvil, como encadenado por el asombro.

—No es eso todo aun, repuso Pierrot; y arrancando el puñal á uno de los negros, me lo presentó, diciéndome:—Puedes cumplir tus propósitos. No te puedo disputar el derecho de disponer de mi vida. Me salvaste tres veces, es tuya, te pertenece; hiere si quieres.

No habia amargura ni reproche en el acento de su voz, pero sí tristeza y resignacion.

El inesperado camino abierto á mi venganza por el mismo de quien yo queria vengarme era demasiado fácil, demasiado extraordinario, y comprendí que ni mi ódio á Pierrot, ni mi amor á María, eran suficientes para hacerme

(1) Estos versos castellanos son de Víctor Hugo, y así los inserta el original francés de esta novela.

(N. del T.)

cometer un asesinato: además, por convincentes que fueran las apariencias, una voz me gritaba en el fondo del corazon que un culpable, un enemigo no se entrega de ese modo á la venganza y al castigo. Y por qué no lo he de confesar? Habia en el prestigio imperioso que rodeaba á ese sér extraordinario algo que me subyugaba, á pesar mio, en aquel instante, y rechacé el puñal que me ofrecia.

—Desgraciado! le dije: quiero darte muerte en desafío, pero no asesinarte. Defiéndete.

—Que me defienda? respondió él asombrado; de quién?

—De mí.

Hizo un gesto de estupor.

—De tí! es en lo único en que no puedo obedecerte. Mira á Rask; puedo ahogarle, pero no podria obligarle á que combatiese conmigo. Si le pidiese semejante cosa no me comprenderia, como yo no te comprendo, pues yo soy Rask para tí.

Despues de una pausa, añadió:

—Veo el ódio en tus ojos, como lo viste un dia en los mios. Sé que has sufrido muchas desgracias; tu tio fué asesinado, tus campos incendiados, tus amigos degollados, tus casas saqueadas, devastada tu herencia, pero el autor de esas desgracias no soy yo, fueron los mios.—Escucha; un dia te dije que los tuyos me habian hecho mucho daño, y me respondiste que tú no; qué hice yo entonces?

Su rostro se iluminó y esperaba que yo me arrojase en sus brazos, pero yo le miré con aire feroz.

—Recuerdas el daño que me causaron los tuyos, le dije con indignacion, pero no me hablas del que me has causado tú.

—Qué daño te hice?

Me acerqué á él violentamente y le pregunté con voz de trueno:

—Y María? Dónde está María?

Al oir este nombre, una nube de tristeza oscureció su frente y quedó perplejo un instante; despues, rompiendo el silencio, dijo:

—María? Sí... tienes razon... pero no estamos solos.

Su turbacion, sus palabras *tienes razon* alumbraron un infierno en mi alma; creí que de ese modo eludia contestarme; pero en seguida me miró con aire de nobleza, y me dijo con profunda emocion:

—Te ruego que no sospeches de mí. Te lo diré todo, pero en otra parte. Quiéreme, como yo te quiero, con confianza.

Se detuvo un momento para observar el efecto que hacian en mí esas palabras, y añadió cariñosamente:

—Puedo llamarte hermano?

Mi cólera celosa volvió á adquirir toda su violencia, y sus frases tiernas, que me parecieron hipócritas, me acabaron de exasperar.

—¡Aun te atreves á recordarme aquellos tiempos, miserable ingrato!

Me interrumpió con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Yo no soy ingrato!

—Pues habla, respondí arrebatado. Qué has hecho de María?

—Te lo diré en otra parte; aquí hay muchos oidos que nos escuchan. Además, no me creerias bajo mi palabra y el tiempo apremia. Amanece ya y es preciso que yo te saque de aquí. Escucha: todo ha concluido, supuesto que dudas de mí, y nada ya me importa que me mates de una puñalada; pero espera todavía algunos instantes antes de ejecutar lo que llamas tu venganza; lo primero debe ser procurarte la libertad. Ven conmigo á ver á Biasson.

Este modo de obrar y de hablar ocultaba un misterio que yo no podia comprender. A pesar de las prevenciones que abrigaba contra ese hombre, su voz hacia siempre vibrar una cuerda en el fondo de mi corazon: al escucharle, no sé qué poder sobrenatural me dominaba, dejándome suspenso entre la venganza y la compasion, entre el recelo y la confianza. Le seguí.

## XLII.

Salimos del cuartel de los negros del Morne-Rouge; yo estaba asombrado de verme libre en aquel campamento bárbaro, en el que la víspera todos aquellos bandidos parecia que tenian sed de mi sangre. Lejos de detenernos, los negros y los mulatos se prosternaban á nuestro paso, lanzando exclamaciones de sorpresa, de alegría y de respeto. No sabia qué rango ocupaba Pierrot en el ejército de los rebeldes, pero recordaba el imperio que ejercia sobre sus compañeros de esclavitud, y me esplicaba fácilmente que gozara gran importancia entre sus compañeros de rebelion.

Cuando llegamos á la línea de los guardias que vigilaban la entrada de la gruta de Biasson, su jefe, el mulato Candi, se llegó á nosotros y nos preguntó desde lejos y amenazándonos por qué

nos atrevíamos á avanzar tan cerca del general; pero cuando estuvo cerca de Pierrot y distinguió con claridad sus facciones, se quitó de súbito la montera galoneada de oro y se inclinó hasta el suelo, como asustado de su propia audacia, introduciéndonos ante Biasson, balbuceando mil escusas, á las que Pierrot solo respondió con desdeñosos gestos.

El respeto que los soldados negros tributaban á Pierrot no me habia sorprendido, pero el ver que Candi, que era uno de los principales oficiales, se humillaba de ese modo ante el esclavo de mi tio, comenzaba á preguntarme qué graduacion tendria en el ejército ese hombre cuya autoridad parecia ser inmensa. Pero mucho mayor fué mi admiracion cuando ví al generalísimo, que estaba solo en el momento que entramos, levantarse precipitadamente al ver á Pierrot y, disimulando su inquieta sorpresa y su violento despecho bajo las apariencias de profundo respeto, inclinarse humildemente ante mi compañero y ofrecerle su trono de caoba. Pierrot lo rehusó.

—Juan Biasson, le dijo, no he venido aquí á ocupar vuestro sitio, sino solo á pediros una merced.

—Alteza, respondió Biasson, redoblando sus saludos; sabeis que podeis disponer de todo cuanto de mí dependa, de todo lo que me pertenezca, de mí mismo.

El título de *alteza* que el generalísimo daba á Pierrot aumentó todavía mi asombro.

—No quiero tanto, repuso vivamente Pierrot; solo os pido la vida y la libertad de este prisionero.

Me señaló con la mano; Biasson quedó perplejo por un momento, pero pronto salió de su embarazo.

—Aflige vuestra *alteza* á su servidor, exigiéndole más de lo que puede conceder. Este blanco no es prisionero de Juan Biasson, no pertenece á Juan Biasson y no depende de Juan Biasson.

—Qué quereis decirme? le preguntó Pierrot con gravedad. ¿De quién depende, pues? ¿Hay aquí poder superior al vuestro?

—Sí, *alteza.*

—Cuál?

—Mi ejército.

El tono zalamero y astuto con el que el generalísimo eludia las preguntas altivas y francas de Pierrot, anunciaba que estaba decidido á no concederle otros respetos que los que tenia por obligacion.

—Vuestro ejército? ¿pues no sois su jefe?

Biasson, conservando su actitud de aparente inferioridad, respondió con fingida sinceridad:

—¿Cree vuestra *alteza* que sea posible mandar á hombres que solo se rebelan por no obedecer?

Daba yo ya poca importancia á mi vida para desmentir al generalísimo; pero la autoridad ilimitada sobre sus hordas, que él me hizo ver la víspera, me daba ocasion para contradecirle y para descubrir por completo su doblez. Pierrot le replicó:

—Pues bien; si no sabeis mandar á vuestro ejército, si vuestros soldados son jefes, ¿qué motivos de ódio pueden tener contra este prisionero?

—Buckmann acaba de morir á manos de las tropas del gobierno, dijo Biasson, dando á su rostro feroz y burlon aire de tristeza, y los mios han resuelto vengar en este blanco la muerte del jefe de los negros cimarrones de la Jamaica; quieren oponer trofeo á trofeo y que la cabeza de este jóven oficial sirva de contrapeso á la cabeza de Buckmann en la balanza en la que el *bon Giu* pese á los dos partidos.

—¿Cómo podeis consentir semejantes represalias? le objetó Pierrot. Escuchadme, Juan Biasson; esas crueldades son las que perderán nuestra justa causa. Estuve prisionero en el campamento de los blancos, del que conseguí escaparme, é ignoraba la muerte de Buckmann, que ahora me haceis saber. Esa muerte es un justo castigo del cielo á sus crímenes. Voy á daros otra noticia: Jeannot, ese jefe negro que sirvió de guia á los blancos para atraerlos á la emboscada de Doma-Mulatos, Jeannot tambien acaba de morir. Sabeis—no me interrumpais, Biasson—que él rivalizaba en cometer atrocidades con Buckmann y con vos; pues atended á lo que voy á deciros: no fué el rayo del cielo ni tampoco fueron los blancos los que le dieron muerte; Juan Francisco fué el autor de ese acto de justicia.

Biasson, que escuchaba con profundo respeto, hizo una exclamacion de sorpresa. En este momento entró Rigaud, saludó profundamente á Pierrot y habló bajo al oido del generalísimo. Se oia grande agitacion por fuera del campamento. Pierrot continuó:

—Sí, le mandó matar Juan Francisco, que no tiene otro defecto que dejarse arrastrar por el lujo y la ridiculez del coche tirado por seis caballos, que le lleva todos los dias á oir la misa que

dice el cura del rio Grande; Juan Francisco ha castigado la crueldad de Jeannot. A pesar de las cobardes súplicas del malvado, y aunque en su postrera agonía se asió al cura de la Marmelade, encargado de prepararle á bien morir, con tal terror, que fué preciso arrancarle á la fuerza; ese mónstruo fué fusilado ayer, al pié mismo del árbol erizado de ganchos de hierro en que colgaba vivas á sus víctimas. ¡Biasson, meditad este ejemplo! ¿De qué sirven esas crueldades que impelen á los blancos á la ferocidad? ¿Por qué valerse de ridículas juglerías para excitar el furor de nuestros desgraciados compañeros, harto exasperados ya? Hay en Trou-Coffi un charlatan mulato llamado Romana la Profetisa, que fanatiza á una tropa de negros, profana la santa Misa y les persuade que está en relaciones con la Vírgen, cuyos supuestos oráculos escucha, poniendo la cabeza en el tabernáculo, é impele á sus compañeros al asesinato y al pillaje en nombre de María.

Habia más expresion de ternura que de veneracion religiosa en el modo con que Pierrot pronunció este nombre. No sé por qué me sentí ofendido é irritado.

—Sé, prosiguió Pierrot, que teneis en vuestro campamento un obi charlatan como Romana la Profetisa. No ignoro que teniendo que manejar un ejército compuesto de hombres de todos paises y de todos los colores, necesitais de un vínculo comun; ¿pero este vínculo solo podeis hallarle en el fanatismo feroz y las supersticiones ridículas? Creedme, Biasson, los blancos son menos crueles que nosotros. He visto á muchos colonos defender la vida de sus esclavos; no se me oculta que no lo hacian por salvar la vida de un hombre, sino por salvar una cantidad muchas veces; pero al menos su propio interés les dotaba de una virtud. No seamos menos clementes que ellos, que tambien nos lo aconseja nuestro propio interés. ¿Será nuestra causa más justa y más santa si exterminamos á las mujeres, si despedazamos á los niños, si atormentamos á los viejos, si quemamos á los colonos dentro de sus habitaciones? Pues éstas son, sin embargo, nuestras habituales proezas. ¿Es justo, respondedme, Biasson, que el único vestigio de nuestro paso sea siempre un surco de sangre ó surco de fuego?

Pierrot calló. El brillo de su mirada y el acento de su voz daban á sus palabras una fuerza de conviccion y de autoridad imposibles de reproducir. Como zorra cogida por el leon, Biasson, inclinando oblícuamente los ojos al suelo, parecia buscar alguna astucia para escapar del poderío de Pierrot. Mientras meditaba, el jefe de la banda de los cayos, Rigaud, que la víspera vió con serenidad cometerse tantos horrores en presencia suya, se indignaba de los atentados que enumeraba Pierrot, y exclamaba con hipócrita consternacion:

—Dios mio! ¡de lo que es capaz un pueblo enfurecido!

## XLIII.

Aumentábase entre tanto el rumor exterior, y Biasson parecia estar inquieto. Más tarde supe que este rumor provenia de los negros del Morne-Rouge, que recorrian el campamento anunciando el regreso de mi libertador, manifestando deseos de secundarle, cualquiera que fuese el motivo que le trajera á ver á Biasson. Rigaud vino á enterar al generalísimo de esto, y el temor de una escision funesta determinó al astuto jefe á la especie de concesion que acordó á los deseos de Pierrot.

—Alteza, contestó con mal reprimido despecho: si nosotros somos severos con los blancos, vos lo sois con nosotros. No teneis razon de hacerme responsable de la violencia del torrente por que me arrastra. Pero en fin, ¿qué puedo hacer ahora para complaceros?

—Ya os lo he dicho; consentid en que me lleve este prisionero.

Biasson quedó un instante pensativo, y exclamó en seguida, dando á la expresion de su rostro la mayor dósis de franqueza que pudo:

—Voy á probaros, alteza, que deseo complaceros. Permitid solo que le diga en secreto dos palabras al prisionero; luego quedará en libertad de seguiros.

—Pues bien, decídselas, respondió Pierrot, y su rostro, hasta entonces altivo y descontento, se puso radiante de alegría. Se separó de mí algunos pasos para que me hablase en secreto el generalísimo.

Llevóme Biasson á un rincon de la gruta y me dijo en voz baja:

—No puedo concederte la vida más que con una condicion... tú ya la sabes... La aceptas? Entonces me enseñó el despacho de Juan Francisco. Consentir en lo que me pedia me parecia una bajeza.

—No, le respondí.

—Hola! repuso con risa feroz: ¡siempre

tan terco!... Confías en tu protector? ¿Le conoces?

—Sí, le respondí con rapidez; es un mónstruo como tú, pero más hipócrita aun.

Irguióse con asombro, procurando adivinar en mis ojos si hablaba yo con seriedad.

—Cómo! me dijo; no le conoces?

—No reconozco en él, le contesté desdeñosamente, más que un esclavo de mi tio llamado Pierrot.

Volvió la risa habitual de Biasson á abrir sus labios.

—Cosa más rara! exclamó: me pide tu vida y tú dices que es un mónstruo como yo.

—Qué me importa! le respondí. Si obtengo un momento de libertad no será para pedirle mi vida, sino la suya.

—Esto qué significa? dijo Biasson. Paréceme que dices lo que sientes, porque no supongo que quieras jugar con tu vida. Hay en todo esto algo que yo no comprendo. Te proteje un hombre que tú ódias; pleitea por salvar tu existencia y tú deseas su muerte. Por otra parte, esto no me importa. Deseas un momento de libertad y eso es todo lo que puedo concederte: te dejo en libertad de seguirle, si me das tu palabra de honor de volver á entregarte en mis manos dos horas antes de ponerse el sol. Eres francés, no es verdad?

Con franqueza os lo declaro, señores; la vida era entonces para mí una carga insoportable; me irritaba además debérsela á Pierrot, á quien las apariencias me hacian aborrecer. Tambien acaso tuvo parte en mi resolucion la idea de que Biasson no soltaba sus presas con facilidad y no consentiria nunca en concederme la libertad, y yo deseaba verme libre durante algunas horas para cerciorarme de la suerte de mi adorada María. La palabra que, confiando en el honor francés, me exigia Biasson, era un medio fácil y seguro de obtener un dia más de vida, y yo se la dí.

Despues de haberme comprometido de ese modo el generalísimo, se aproximó á Pierrot y le dijo:

—Alteza, el prisionero blanco está á vuestras órdenes; podeis llevároslo.

En mi vida ví tan brillantes de alegría los ojos de Pierrot.

—¡Gracias, Biasson, exclamó tendiéndole la mano, gracias! Acabais de hacerme un servicio que os autoriza á exigir de mí lo que querais. Continuad disponiendo de mis hermanos del Morne-Rouge hasta mi vuelta. Y volviéndose hácia mí, me dijo:

—Ya que eres libre, ven conmigo.

Me arrastró con extraña energía.

Biasson nos vió salir con cierto asombro que encubria mal las demostraciones de respeto con que acompañó la despedida de mi compañero.

## XLIV.

Estaba impaciente por encontrarme solo con Pierrot. Su turbacion cuando le pregunté qué era de María y la insolente ternura con que se atrevió á pronunciar su nombre, habian arraigado más en mí los sentimientos de execracion y de celos que germinaron en mi corazon al verle robar, al través del fuerte Galifet, á la que yo apenas podia llamar mi esposa. ¿Qué me importaban, despues de esto, los reproches generosos que dirigió ante mí al sanguinario Biasson, los cuidados que le inspiraba mi vida, ni el sello extraordinario impreso en sus palabras y en sus acciones? ¿Qué me importaba el misterio que parecia envolverle; que le hacia aparecer vivo ante mi vista, cuando yo creia haber asistido á su muerte; que me le presentaba prisionero de los blancos, habiéndole yo mismo visto sepultarse en el rio Grande; el misterio que trocaba el esclavo en alteza y al prisionero en libertador? De sucesos tan incomprensibles, el único claro para mí era el rapto odioso de María, esto es, un ultraje que vengar y un crímen que me pedia castigo. Los extraordinarios sucesos que presencié no bastaban para suspender mi juicio, y esperaba con impaciencia el instante en que pudiera obligar á mi rival á darme satisfacciones. Por fin llegó ese momento.

Concluimos de atravesar las triples filas de negros, que se prosternaban á nuestro paso y que gritaban, sorprendidos: *milagro, ya no está prisionero!* No sé si se referian á mí ó á Pierrot.

Habíamos ya traspasado los últimos límites del campamento y perdido de vista, detrás de los árboles y de las rocas, los últimos centinelas de Biasson; Rask nos precedia brincando y volvia luego hasta nosotros. Pierrot caminaba de prisa; yo le paré bruscamente.

—Oye, le dije, es inútil ir más lejos; aquí ya nadie puede oirnos: ¿qué has hecho de María?

Agitacion concentrada hacia temblar mi voz.

—Oh, siempre lo mismo! exclamó mirándome con dulzura.

—Sí, siempre, grité furioso, siempre! Te haré la misma pregunta hasta que exhale mi último aliento! ¿Dónde está María?

—¡Nada puede desvanecer la desconfianza que te inspiro! Ten paciencia; muy pronto lo sabrás.

—Muy pronto! Ahora es cuando yo quiero saberlo. Dónde está María? ¿Lo oyes? Responde ó... defiéndete.

—Ya te dije con tristeza que eso no puede ser. El torrente no lucha contra el manantial; salvaste tres veces mi vida; no debo pelear contigo, y aunque quisiera no podria. No hay más que un puñal para los dos.

Hablando así sacó de la faja un puñal y me lo presentó, diciéndome: Toma.

Yo estaba loco; cogí el puñal y le hice brillar en el aire, amenazando con él á Pierrot; éste no trató de evitar mi accion.

—Miserable! le dije, no me obligues á cometer un asesinato. Si no me dices al instante dónde está mi esposa, te hundo este puñal en el corazon.

Pierrot me respondió sin cólera:

—Eres dueño de hacerlo; pero te pido por el amor de Dios que me concedas una hora de vida y que me sigas. Dudas del que te debe tres vidas, de aquel á quien llamaste hermano; pero escucha, escucha: si dentro de una hora dudas todavía, mátame; para eso siempre tendrás tiempo; porque, ya ves, yo no quiero impedirlo. Te lo ruego por el nombre mismo de *María*... y añadió penosamente... por tu esposa. Si te pido una hora de tregua, no es por mí, es por tí.

Sonaban en el acento de su voz la persuasion y el dolor, y secreto presentimiento me anunciaba que quizás decia la verdad, y que el interés que le inspiraba su vida no era suficiente para dar á su voz aquella suplicante dulzura, aquella ternura penetrante. Cedí una vez más al ascendiente secreto que ejercia sobre mí, y que en aquellos momentos me avergonzaba de confesarme á mí mismo.

—Bien, le dije; te concedo el plazo de una hora y te sigo.

Quise devolverle el puñal.

—No, me respondió; guárdale, ya que desconfías de mí, pero sígueme; no perdamos el tiempo.

## XLV.

Seguimos nuestro camino. Rask, que durante nuestra conversacion se habia puesto varias veces en marcha y otras tantas habia vuelto hasta nosotros, preguntándonos con los ojos por qué nos deteníamos, Rask prosiguió alegremente su carrera. Nos internamos en un bosque antiquísimo, y al cabo de cerca de media hora desembocamos en una lindísima y verde pradera, regada por agua pura, que brotaba de una roca, y limitada por la fresca vereda de los gigantescos árboles centenarios del bosque. Una caverna, en cuya frente gris verdeaban multitud de plantas trepadoras, la clemátida, el bejuco y el jazmin, se abria sobre la pradera. Rask iba á ladrar, pero Pierrot le impuso silencio, y sin hablarme cogió la mano y me introdujo en la caverna.

Una mujer, vuelta de espaldas á la entrada, estaba sentada en la gruta, sobre un tapiz de estera. Al ruido de nuestros pasos volvió la cabeza; amigos mios, era María!

Vestia traje blanco, como el dia de nuestra boda, y llevaba aun en la cabeza la corona de flores de azahar, último adorno virginal de la jóven esposa, que mis manos aun no habian desprendido de su frente. Ella me apercibió, lanzó un grito y cayó en mis brazos, loca de alegría y de sorpresa. Yo estaba loco tambien de júbilo.

Al oir el grito, una anciana, que llevaba un niño en brazos, salió de repente de lo más hondo de la caverna: era la nodriza de María, y el niño el último hijo de mi desventurado tio. Pierrot habia ido á buscar agua al manantial inmediato y arrojó algunas gotas al rostro de María, cuya frescura la hizo volver en sí y abrir los ojos.

—Leopoldo! exclamó; mi Leopoldo!

—María! la respondí, y el resto de nuestras palabras se acabó en un beso.

—Pero no delante de mí! exclamó una voz desgarradora.

Levantamos los ojos y vimos á Pierrot, que estaba allí, en pié, asistiendo á nuestras caricias como á un suplicio; palpitaba su hinchado pecho y helado sudor caia en gruesas gotas de su frente; todo su cuerpo temblaba. De repente ocultó el rostro entre las manos y huyó lejos de la gruta, repitiendo con terrible acento: *Pero no delante de mí!*

María levantó la cabeza, que tenia reclinada en mi pecho, y exclamó, siguiéndole con la mirada:

—Dios mio! Parece, Leopoldo, que nuestro amor le haga daño. ¿Crees que me ame?

El grito del esclavo me habia probado que era mi rival, pero la exclamacion de María me probaba que tambien era amigo mio.

—María, la dije, y felicidad desconocida entró en mi corazon, al mismo tiempo que mortal pesadumbre, ¿lo ignorabas?

—Lo ignoro todavía, me contestó ruborizándose. ¡Me ama, y yo no me habia apercibido de ello!...

Embriagado de ventura la estreché sobre mi corazon.

Vuelvo á encontrar á la esposa y al amigo, exclamé. ¡Qué feliz soy y qué culpable! Yo, que dudaba de él!

—Cómo! me contestó María asombrada; dudabas de él! De Pierrot!... Pues sí; eres muy culpable. Le debes dos veces mi vida, y acaso más, añadió bajando los ojos. Sin su auxilio, el cocodrilo del rio me hubiera devorado; sin él, los negros... Pierrot me arrancó de sus manos en el momento en que iban á matarme, como á mi desgraciado padre.

Al decir María estas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y por qué, la pregunté, Pierrot no te envió al Cabo á reunirte con tu esposo?

—Lo intentó, pero no pudo, porque viéndose obligado á ocultarse de los negros y de los blancos, su situacion era muy difícil. Además, ignorábamos qué era de tí. Algunos aseguraban haberte visto caer muerto, pero Pierrot afirmaba que no, y yo estaba segura de que decia la verdad, pues si tú hubieras muerto, creo que yo hubiese muerto tambien al mismo tiempo.

—Pierrot te trajo aquí?

—Sí, Leopoldo; solo él conoce esta gruta solitaria; él salvó, al mismo tiempo que á mí, al resto que quedó de la familia, á mi hermanito y á la pobre nodriza, y nos ocultó aquí. Puedo asegurarte que es cómodo este albergue, y á no ser porque la guerra pone en movimiento á todo el pais, ahora que estamos arruinados me complaceria vivir aquí contigo. Pierrot atendia á todas nuestras necesidades; venia muchas veces y siempre llevaba en la cabeza una pluma encarnada. Me consolaba, me hablaba de tí y me aseguraba que te volveria á ver. Hacia ya tres dias que se ausentó de aquí y ya su tardanza me inquietaba, cuando le he visto volver contigo. ¿Fué, pues, á buscarte?

—Sí, le contesté.

—¿Pero cómo es que se ha enamorado de mí? estás seguro de ello?

—Ahora no me cabe duda, la contesté. El fué el que estuvo á punto de matarme y no lo hizo por temor de afligirte; él era el trovador nocturno del pabellon del rio.

—Será verdad! repuso María con cándida sorpresa. Es tu rival!... El hombre malo á quien yo detestaba es el buen Pierrot. Apenas puedo creerlo. Es conmigo tan humilde, tan respetuoso, más que cuando era nuestro esclavo. Algunas veces me mira con aire singular, es cierto, pero en su rostro solo se refleja la tristeza, y yo la atribuia á compasion por mis desgracias. ¡Si supieras con qué entusiasmo me hablaba de tí! Su amistad me hablaba de tí casi como habla mi amor.

Las explicaciones de María me encantaban y me entristecian á la par, porque me recordaban la crueldad con que traté al generoso Pierrot y me hacian comprender toda la fuerza de su reproche tierno y lleno de resignacion, *no soy yo el ingrato*.

En este instante entró Pierrot. Su fisonomía revelaba sentimiento profundo y doloroso; parecia un desgraciado que vuelve del tormento y que le ha podido resistir. Avanzó hasta mí á pasos lentos y me dijo con voz grave, señalándome el puñal que brillaba en mi cintura:

—Ya ha pasado la hora.

—Qué hora? le pregunté.

—La que me concediste; era el tiempo preciso que necesitaba para conducirte aquí. Entonces te supliqué que me concedieses la vida; ahora te pido que me la quites.

Los sentimientos más tiernos del corazon, el amor, la amistad y la gratitud, se unian en aquel momento para desgarrármelo, y caí á los piés del esclavo sin poder articular una palabra, sollozando amargamente.

—Qué haces? me dijo levantándome precipitadamente del suelo.

—Te tributo el homenaje que te debo; no soy digno de disfrutar de una amistad como la tuya; tu generosidad no debe llegar hasta el extremo de perdonarme mi ingratitud.

Su rostro conservó algunos momentos su ruda expresion, como si su alma sufriera violentos combates: dió un paso hácia mí y retrocedió; abrió la boca para hablar, pero se calló. Esta incertidum-

bre duró poco rato: abriéndome al fin los brazos, me dijo:

—Puedo ahora llamarte hermano?

Mi respuesta fué estrecharle cariñosamente sobre mi corazon.

Despues de ligera pausa, él añadió:

—Tú eres bueno, pero la desgracia te hizo injusto.

—He vuelto á encontrar á mi hermano, le dije; ya no soy desgraciado, pero culpable sí.

—Culpable! hermano mio. Yo tambien lo fuí, y más que tú. ¡Tú ya no eres desgraciado; yo siempre lo seré!

## XLVI.

La alegría que los primeros transportes de la amistad hicieron brillar en su semblante se desvaneció, y sus facciones adquirieron expresion de tristeza.

—Escucha, me dijo con frialdad; mi padre era el rey en el pais del Congo. Administraba justicia á sus vasallos en el dintel de la puerta de su casa, y á cada sentencia que pronunciaba bebia, segun la costumbre de los reyes anteriores, una copa llena de vino de palmera. Vivíamos felices y poderosos. Llegaron allí unos europeos, y de ellos adquirí esos conocimientos fútiles que te han admirado. Su jefe era un capitan español; prometió á mi padre paises más vastos que los suyos y mujeres blancas, y mi padre le siguió con toda su familia. Hermano mio, los europeos nos vendieron!

Hinchóse el pecho del negro y sus ojos chispeaban; hizo pedazos maquinalmente unas tiernas ramas de un níspero que estaba junto á él, y luego prosiguió:

—El rey del pais del Congo cayó en poder de un amo, y el hijo dobló la cerviz, bajo el yugo de la esclavitud, en los campos de Santo Domingo. Separaron al hijo del padre, para domarlos mejor; robaron al esposo la jóven esposa, para sacar más provecho de entrambos, uniéndolos á otros hombres y á otras mujeres. Los niños buscaron á la madre que los habia criado y al padre que los bañaba en los torrentes, y solo encontraron bárbaros tiranos, que les hicieron dormir entre perros.

Calló; sus labios temblaban, su mirada era fija y delirante, y asiéndome el brazo con fuerza sobrenatural, me dijo:

—Hermano mio, me escuchas? Fuí vendido á diferentes amos, como una vaca ó como un cordero. ¿Te acuerdas del suplicio de Ogé? Pues bien, aquel mismo dia volví á ver á mi padre, pero le ví sufriendo el tormento de la rueda!...

Me extremecí de horror al oirle; él continuó:

—A mi mujer la obligaron á prostituirse á los blancos, y murió pidiéndome que la vengase. Yo tambien fuí culpable, dijo bajando los ojos; he sido culpable, amé á otra... pero pasemos adelante. Todos los negros me instaban á la rebelion, para conseguir su libertad y su venganza, y Rask me traia sus mensajes. Imposible me era satisfacerles, hallándome prisionero por la acusacion de tu tio. El dia que obtuviste mi perdon fuí á arrancar á mis hijos de las manos de un amo feroz; llego, y el último de los descendientes del rey congo acababa de espirar, á causa de los golpes mortales que le asestó un blanco; los otros hermanos habian perecido antes.

Interrumpióse al llegar aquí y me preguntó con frialdad:

—Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

Tan deplorable relato me heló de espanto, y mi respuesta fué un gesto amenazador; me comprendió y se sonrió amargamente; despues prosiguió:

—Los esclavos se rebelaron contra su amo y castigaron en él el asesinato de mis hijos. Me eligieron por su jefe, y ya sabes las desgracias que ha acarreado esta rebelion. Supe que los esclavos de tu tio se disponian á imitar este ejemplo, y llegué al Acul la noche misma de la insurreccion. Tú estabas ausente. Tu tio acababa de ser asesinado en su propio lecho, y los negros incendiaban ya las plantaciones. No pudiendo calmar su furor, porque ellos creian vengarme incendiando las propiedades de tu tio, yo quise ver si podia salvar el resto de tu familia. Penetré en el castillo por el agujero que abrí durante mi prision; confié la nodriza á un negro fiel, y me costó mucho el poder salvar á María, porque ésta habia acudido á la parte incendiada del castillo, para sacar de allí al más tierno de sus hermanos, el único que vivia aun, y estaba rodeada de negros que querian matarla. Presentéme entonces y les dije que me dejasen tomar la venganza por mi mano, y al oir esto se retiraron. Tomé á la jóven en mis brazos, confié el niño á Rask, y depositó á las dos en esta caverna, que yo solo conocia. Hermano, hé aquí mi crímen.

Cada vez más hostigado por el remordimiento y por la gratitud, quise arrojarme otra vez á los piés de Pierrot, pero él lo impidió.

—Vamos, pues, dijo despues de un momento, cogiéndome la mano; toma del brazo á tu mujer y partamos los cinco.

Sorprendido le pregunté dónde queria llevarnos.

—Al campamento de los blancos, me respondió; este retiro ya no es seguro. Mañana al rayar el dia los blancos atacarán el campamento de Biasson, y acaso empezarán por incendiar el bosque. Además, no podemos perder un momento; diez cabezas responden de la mia. Podemos apresurarnos, porque tú eres libre y yo no lo soy.

Estas palabras aumentaron mi sorpresa y pedí que me las explicara.

—¿No has oido decir que Bug-Jargal ha caido prisionero?

—Sí; ¿pero qué tienes que ver tú con Bug-Jargal?

Sorprendióle tambien mi pregunta, y me respondió con gravedad:

—Yo soy Bug-Jargal.

## XLVII.

Estaba yo habituado, por decirlo así, á que me sorprendiera aquel hombre. Con admiracion ví un momento antes el esclavo Pierrot transformarse en rey africano, pero mi admiracion llegó á su colmo al reconocer en él ahora al temible y magnánimo Bug-Jargal, jefe de los rebeldes del Morne-Rouge; y me explicaba satisfactoriamente las deferencias que guardaban todos los rebeldes, y hasta el mismo Biasson, al rey del Congo; pero él no pareció advertir la impresion que produjeron en mí sus últimas palabras.

—Me dijeron que estabas prisionero en el campamento de Biasson y fuí á libertarte.

—¿Por qué no me dijiste entonces que tú no disfrutabas de la libertad?

Fijó los ojos en mí como tratando de averiguar la causa de mi sencilla pregunta.

—Escucha: esta mañana estaba yo prisionero en el campamento de los blancos, y allí oí decir que Biasson habia anunciado su intencion de matar, antes de ponerse el sol, á un jóven prisionero llamado Leopoldo de Auvernery. Doblaron la guardia que me custodiaba, y supe que mi ejecucion seguiria á la tuya, y que si me evadia, diez de mis compañeros responderian por mí... Ya ves que debo tener prisa.

—Conque te escapaste?

—Ya ves que estoy aquí. ¿No era preciso salvarte? No te debo yo la vida? Vamos, sígueme ahora. Estamos á una hora de marcha del campamento de los blancos y del campamento de Biasson. Mira; ya crece la sombra de los cocoteros y su redonda copa se ve sobre la yerba como el huevo enorme del condor; dentro de tres horas ya se habrá puesto el sol. Vamos, que el tiempo urge.

¡Dentro de tres horas ya se habrá puesto el sol! estas palabras tan sencillas me helaron, como una fúnebre aparicion, pues me recordaron la palabra de honor que dí á Biasson. Al encontrar á María no pensaba ya en nuestra separacion eterna y próxima; ciego, loco de amor, perdí enteramente la memoria y me olvidaba de mi muerte en el seno de la felicidad. Las palabras de mi amigo me recordaron mi desgracia. *Dentro de tres horas ya se habrá puesto el sol*, y necesitaba una hora para ir al campamento de Biasson. Mi deber era imperioso; el bandido me exigió palabra de honor, y preferia morir antes que dar á ese bárbaro el derecho de despreciar lo único en que abrigaba confianza aun; en el honor de un francés. La alternativa era terrible; pero preferí lo que debia preferir, y lo confieso, señores, vacilé un momento. Era culpable?

## XLVIII.

Al ver que ya era preciso hacer el esfuerzo supremo, lancé un suspiro, apoderéme de una de las manos de Bug-Jargal y de otra de María, que observaba con ansiedad la tristeza que sombreaba mi rostro, y dije á mi amigo:

—Pierrot, te confío al único sér que amo en el mundo más que á tí, á María; volved al campamento los dos; yo no puedo seguiros.

—Dios mio! exclamó María, respirando apenas; otra desgracia!...

Bug-Jargal se extremeció: sus ojos expresaban dolorosa sorpresa.

—Qué dices!... me preguntó.

El terror que pudiera causar á María la sola idea de un infortunio, que su previsora ternura parecia adivinar, me obligaba á ocultarla la realidad y ahorrarla desgarradora despedida: me incliné al oido de Bug-Jargal y le dije en voz baja:

—Soy prisionero, y prometí á Biasson volver á su campamento dos horas antes de ponerse el sol, para que disponga de mi vida.

Pierrot, colérico, exclamó con voz de trueno:

—Por eso ese mónstruo quiso hablarte en secreto, para arrancarte esa promesa; yo debí desconfiar del miserable Biasson. ¿Cómo no he previsto semejante perfidia de su parte, cuando no es negro, sino mulato?

—Qué dices? de qué perfidia hablais? De qué promesa? Quién es Biasson? dijo María con espanto.

—Cállate, cállate, advertí en voz baja á Bug-Jargal; no alarmemos á María.

—Bien, me contestó con acento sombrío. Pero por qué hiciste esa promesa?

—Creia que tú eras un ingrato y que no volveria á ver á María. ¿Para qué queria vivir entonces?

—Una simple palabra empeñada á un bandido como Biasson no obliga á nada.

—Es que le dí mi palabra de honor.

Parecióme que no entendia lo que esto significaba y me preguntó:

—Tu palabra de honor?... ¿qué quiere decir eso? ¿Habeis bebido en la misma copa? ¿habeis roto juntos una rama de arce real?

—No.

—Pues entonces, ¿dónde está tu compromiso? Qué es lo que obliga?

—Mi honor, le respondí.

—No sé lo que eso significa en este caso; pero sé que no estás comprometido con Biasson. Ven con nosotros.

—No puedo, soy esclavo de mi palabra; lo he prometido.

—Nada vale esa promesa! exclamó colérico; y luego, levantando la voz, añadió:—Hermana, unid vuestras súplicas á las mias, impedid que nos deje vuestro esposo; quiere volver al campamento de los negros, del que yo le saqué, bajo el pretesto de que ha prometido entregarse á Biasson, al jefe de los rebeldes.

—Qué has hecho?

Era ya tarde para impedir el efecto del movimiento generoso de Bug-Jargal. María se arrojó en mis brazos al oirle, lanzando un grito de desesperacion; sus manos, cruzadas alrededor de mi cuello, la suspendian sobre mi corazon, pues quedó sin fuerzas y sin aliento.

—Qué dice este hombre, Leopoldo? murmuraba penosamente. ¿No es verdad que me engaña, y que en el momento en que acabamos de unirnos no querrás dejarme para correr quizás en pos de la muerte? Respóndeme al punto ó voy á caer muerta á tus piés. No tienes derecho á entregar tu vida, porque entregas la mia al mismo tiempo. Tú no querrás separarte de mí para siempre.

—María, la contesté, no lo creas; te voy á dejar ahora, pero ya nos volveremos á ver en otra parte.

—En otra parte? repuso ella horrorizada; en dónde?

—En el cielo, la respondí, no teniendo fuerzas para mentir á aquel ángel.

Desmayóse por segunda vez, pero este desmayo lo produjo el dolor.

El tiempo urgia y mi resolucion era irrevocable. Deposité á María en brazos de Bug-Jargal, cuyos ojos se anegaron en lágrimas.

—Ya que nada es capaz de detenerte, ya que puedes resistir al ruego de María, nada añadiré para conseguirlo. Por una sola de sus palabras yo hubiera sacrificado un mundo.

—Yo lo sacrificaria todo, menos el honor, le respondí.—Adios, Bug-Jargal! Adios hermano! Te la lego.

—En el campamento de los blancos se encuentra uno de tus parientes; le entregaré á María, que yo no puedo aceptar tu legado.

Diciendo esto me señaló con la mano una cumbre que dominaba todo el pais circunvecino.

—Mira esa cumbre, me dijo; cuando aparezca en ella la señal de tu muerte, no tardará en dejarse oir el ruido que levante la mia. Adios!

Sin fijarme en el sentido que encerraban sus últimas palabras, le estreché en mis brazos, deposité un beso cariñoso en la frente de María, que empezaba á reanimarse merced á los cuidados que le prodigaba la nodriza, y huí rápidamente, por miedo á que su primera mirada ó su primera súplica me robasen las pocas fuerzas que me quedaban para cumplir con mi deber.

## XLIX.

Huí internándome en el frondoso bosque, siguiendo en él las huellas que acabábamos de dejar sin atreverme á volver la vista hácia donde estaban María y Pierrot. Como para aturdir los pensamientos que me torturaban, corrí sin parar atravesando jarales, praderas y colinas, hasta que al fin apareció ante mis ojos en lo alto de las rocas el campamento de Biasson, con las líneas de carretones, las hileras de chozas y la muchedumbre de negros. Detúveme entonces al encontrarme en el término de mi carrera y de mi vida. El cansancio y

la agitacion quebrantaron mis fuerzas: me apoyé contra un árbol para no caer en tierra y dejé vagar la vista por el cuadro que se desarrollaba á mis piés en la fatal pradera.

Hasta aquel momento creí que habia ya probado todas las copas de la amargura y de la hiel; no conocia aun la mayor de las desgracias, que es la de verme obligado por una fuerza moral, más poderosa que la de los acontecimientos, á renunciar voluntariamente, siendo dichoso, á la felicidad, y estando vivo, á la vida. Pocas horas antes nada me importaba morir; entonces yo no vivia; la suprema desesperacion es una falsa muerte, que hace desear la verdadera; pero yo me habia librado ya de esa desesperacion: recobré á mi adorada esposa María; mi muerta felicidad habia resucitado, digámoslo así; mi pasado se habia convertido en porvenir, y todos mis desvanecidos sueños habian vuelto á reaparecer más deslumbradores que antes; en una palabra, la vida de la juventud, del amor y los encantos se desplegaba otra vez ante mí en un inmenso horizonte. Podia volver á empezar esta vida; todo me invitaba á ello en mí y fuera de mí; ningun obstáculo, ninguna traba visible se oponian; era libre y era feliz, y sin embargo, me era indispensable morir. Apenas habia dado los primeros pasos por este Eden, un deber, que quizás no lo era, me obligaba á retroceder hácia el sitio del suplicio. La muerte no es sensible para el corazon marchito y helado por la adversidad; pero su mano es punzante y fria cuando cae sobre un corazon abierto y como recalentado por las alegrías de la existencia. Esta sensacion me causaba á mí, que salí por un momento del sepulcro, y en ese momento me embriagué de todo lo celestial que existe en la tierra, del amor y de la libertad! y sin embargo, ¡me era indispensable volver á la tumba!

## L.

Pasado el primer abatimiento del dolor, rabioso delirio se apoderó de mí y penetré á pasos agigantados en el valle, sintiendo la necesidad de abreviar mi suplicio. Presentéme en los puestos avanzados de los negros, que se sorprendieron al verme y se resistian á dejarme pasar. Casi tuve que suplicarles; dos de ellos se apoderaron de mí y se encargaron de presentarme á Biasson.

Entré en la gruta del jefe, que se ocupaba en probar algunos instrumentos de tortura que le rodeaban. Al ruido que hicieron los guardias al introducirme volvió la cabeza; mi presencia no le sorprendió.

—Ya ves en lo que me ocupo, me dijo, señalándome las horribles máquinas.

Yo permanecí sereno, pues ya conocia la barbarie del *héroe de la humanidad*, y estaba decidido á sufrirlo todo sin palidecer.

—¿No es verdad, me preguntó, asomando á sus labios su risa feroz, que Léogri pudo darse por dichoso muriendo ahorcado nada más?

Le miré con desden, sin responderle ni una palabra.

—Llamad al señor capellan, dijo entonces á un ayudante.

Permanecimos un rato en silencio, espiándome él, mirándole yo.

Entró entonces Rigaud muy agitado y habló en voz baja al generalísimo.

—Que se reunan todos los jefes de mi ejército, le dijo tranquilamente Biasson.

Un cuarto de hora despues todos los jefes, con sus estrambóticos trajes, estaban reunidos delante de la gruta. Biasson se levantó.

—Escuchad, amigos! les dijo; los blancos vienen á atacarnos aquí mañana al amanecer; esta posicion es mala y es preciso abandonarla. Pongámonos todos en marcha al ponerse el sol y ganemos la frontera española.—Macaya, tú mandarás la vanguardia con tus negros cimarrones.—Padrejan, clavarás las piezas tomadas á la artillería de Pratole, porque no podrian seguirnos.—Los valientes de la Cruz de los Ramilletes seguirán á los de Macaya.—Toussaint irá detrás con los negros de Leogane y de Trou.—Si los griotes y las griotas hacen el menor ruido, se los recomiendas al verdugo del ejército.—El teniente coronel Cloud distribuirá los fusiles ingleses desembarcados en el Cabo Cabron y conducirá á los mulatos por los senderos de la Vista.—Si queda algun prisionero se le degollará; se morderán las balas, se envenenarán las flechas. Se arrojarán tres toneladas de arsénico en el manantial en que se surte de agua el campamento; los colonos creerán que es azúcar y beberán sin desconfianza.—Las tropas del Simbé, del Dondon y del Acul seguirán á Cloud y á Toussaint.—Obstruid con peñascos todas las avenidas de la pradera; cortad los caminos, incendiad los bosques.—Rigaud, vendreis á nuestro lado. Candi, reunid vuestra guardia al-

rededor de mí.—Los negros del Morne-Rouge formarán la retaguardia y no evacuarán la pradera hasta que salga el sol.

Se inclinó hácia Rigaud y le dijo al oido:

—Son los negros de Bug-Jargal. ¡Si el enemigo los exterminase aquí!—Ea, hermanos, añadió en voz alta; Candi os dará el santo y seña.

Los jefes se retiraron.

—General, dijo Rigaud; bueno seria remitir á la Asamblea el despacho de Juan Francisco. Nuestros asuntos van mal, y acaso esta medida logre contener á los blancos.

Biasson sacó el despacho del bolsillo, contestándole:

—Haces bien en recordármelo; pero tiene tantas faltas de gramática, como ellos dicen, que les hará reir.

Entonces me presentó el documento y me dijo:

—Quieres salvar la vida? Por última vez te lo pregunto. Ayúdame á corregir esta carta; te dictaré mis ideas y tú las corregirás en *estilo blanco*.

Hice con la cabeza un signo negativo; él se impacientó.

—Dices que no?

—Que no, le afirmé.

—Reflexiónalo bien, añadió insistiendo y mirando á los instrumentos de tortura.

—Rehuso despues de reflexionar. Veo que temes por tí y por los tuyos; esperas que ese despacho, dirigido á la Asamblea, retarde la venida y la venganza de los blancos; pues yo no deseo conservar mi vida, que acaso quizás pudiera servir para salvar la tuya. Manda que principie mi suplicio.

—Ah! jóven, replicó Biasson; parece que te familiarizas con estos juguetes (aludia á los instrumentos de tortura): lo siento, porque no tengo tiempo para que tú los pruebes. Esta posicion es peligrosa y me urge abandonarla. ¡Rehusas servirme de secretario! Haces bien, porque de todos modos no te hubiera salvado la caridad. Era imposible que vivieras siendo dueño de un secreto de Biasson; además, habia prometido tu muerte al señor capellan.

Se volvió hácia el obi, que acababa de entrar.

—*Padre mio*, ¿está dispuesta vuestra gente?

El obi respondió por medio de un signo afirmativo.

—Supongo que todos serán negros del Morne-Rouge, porque esos son los únicos del ejército que no tienen que ocuparse en los preparativos de la partida.

El obi hizo otra señal de afirmacion. Indicóme Biasson con el dedo la gran bandera negra que antes ya me llamó la atencion, y que estaba colocada en un rincon de la gruta.

—Esta bandera, me dijo, debe indicar á los tuyos el momento en que podrán dar tu charretera á tu subteniente. Entonces ya estaré yo en marcha; y... entre paréntesis: ¿qué te han parecido estos alrededores?

—He visto en ellos, respondí con frialdad, bastantes árboles para colgarte á tí y á todas tus hordas.

—Pues mira, respondió con forzada risa, un sitio hay que no has visto y que te enseñará nuestro *buen capellan*. Buenas noches. Memorias á Léogri.

Me saludó con su risa feroz, que me recordaba el silbido de la serpiente de cascabel; hizo un gesto, me volvió la espalda y los negros me sacaron de allí.

Nos acompañaba el obi, cubierto con el velo y con un rosario en la mano.

## LI.

Marchaba entre dos filas de negros sin oponer resistencia, porque hubiera sido inútil. Trepamos á la cima escarpada de un monte, situado al Oeste de la pradera, donde descansamos un momento; desde allí miré por última vez al sol poniente, que ya nunca debia alumbrarme. Levantáronse mis guias y tuve que seguirlos. Descendimos á un pequeño valle, que me hubiera encantado en otra ocasion. Cruzábale de parte á parte un torrente que comunicaba al suelo benéfica humedad; aquel torrente, al llegar al extremo del valle, se precipitaba en uno de los lagos azules, que tan abundantes son en el centro de los cerros de Santo Domingo. ¡Cuántas veces, en tiempos más felices, me senté á meditar en las orillas de esos hermosos lagos, á la hora del crepúsculo, cuando su azul se trueca en sábana argentada, que el reflejo de las primeras estrellas cubre de lentejuelas de oro! Iba á llegar esta hora, pero yo ya no podia esperarla. ¡Qué hermoso me pareció aquel valle! Veíanse en él plátanos con flores de arce, de una exuberancia y altura prodigiosas; frondosas espesuras de *mauritias* (especie de palmeras que excluye toda otra vegetacion á su sombra); datileros, magnolias de ancho cáliz, grandes catalpas, osten-

tando sus bruñidas y recortadas hojas entre los racimos de oro de los abenuces. Verdes cortinas de enredaderas ocultaban á la vista las pardas laderas de los inmediatos peñascos. Elevábase de todos los puntos de aquel suelo vírgen un perfume primitivo, como el que debió respirar el primer hombre al brotar las primeras rosas del Eden. Caminábamos á lo largo de un sendero sobre la orilla del torrente, y ví, con sorpresa, que aquel sendero terminaba al pié de unas rocas cortadas á pico, en las cuales habia una abertura en figura de arco, de donde saltaba el torrente, y ruido sordo y viento impetuoso salian de aquel arco formado por la naturaleza. Los negros siguieron por la izquierda una senda tortuosa y desigual, que parecia cubierta por las aguas de un torrente desecado desde tiempo inmemorial. Los negros me hicieron entrar en una bóveda medio tapada por los acebos, los espinos y los zarzales que en el suelo crecian; ruido semejante al del arco del valle se oia bajo esa bóveda. Apenas dí el primer paso dentro del subterráneo, el obi se me acercó y me dijo con acento extraño:

—Oye lo que voy á profetizarte ahora; uno solo de nosotros dos saldrá de esta bóveda y volverá á deshacer el camino.

Ni siquiera me digné responderle; entre tanto seguíamos avanzando en la oscuridad; el ruido cada vez era más atronador, ni siquiera oíamos nuestros propios pasos; creí que debia producir aquel ruido una catarata, y no me equivoqué.

Despues de diez minutos de marcha entre tinieblas, llegamos á una especie de plataforma interior, formada por la naturaleza en el centro de la montaña. Casi toda la plataforma semicircular estaba inundada por el torrente, que brotaba de las venas del monte con ruido espantoso. Encima de esta sala subterránea formaba la bóveda una especie de cúpula, tapizada de yedra de color amarillento. Cruzaba esta bóveda en casi toda su anchura una grieta por la cual penetraba la luz del dia, y cuyo borde estaba coronado de arbustos verdes, que doraban en estos momentos los rayos del sol. A la extremidad del Norte de la plataforma perdíase con extruendo el torrente en una sima, en cuyo fondo parecia flotar, sin poder penetrar en él, la vaga claridad que venia de la grieta. Sobre el abismo se inclinaba un árbol centenario; sus ramas más altas se mezclaban con la espuma de la cascada, y su nudosa raiz atravesaba el peñasco á uno ó dos piés bajo la orilla. Este árbol, que bañaba á un mismo tiempo en el torrente la copa y las raices, que proyectaba sobre el abismo como un brazo descarnado, estaba tan desnudo de verdura, que era imposible conocer su especie. Presentaba dicho árbol singular fenómeno; solo la humedad que impregnaban sus raices le impedia marchitarse, mientras que la violencia de la catarata le arrancaba sucesivamente sus nuevos retoños, obligándole á conservar eternamente las mismas ramas.

## LII.

Paráronse los negros en aquel sitio terrible y conocí que era llegada ya la hora de mi muerte.

Entonces, cerca de aquel abismo, en el cual, por decirlo así, me precipitaba voluntariamente, volvió á asaltar á mi alma la imágen de la felicidad, á la que pocas horas antes habia renunciado, como una reconvencion interior, casi como un remordimiento. Suplicar hubiera sido indigno de mí; pero, sin embargo, de mis labios brotó una queja.

—Amigos, dije á los negros que me rodeaban, bien podeis conocer que es muy triste morir á los veinte años, lleno de fuerza y de vida, siendo amado de las personas á quienes se ama y dejando en pos de sí ojos que llorarán hasta que se cierren para siempre.

Horrible carcajada respondió á mis palabras; el obi era el que reia. Aquella especie de espíritu maligno, aquel sér impenetrable, se me aproximó bruscamente.

—Já! já! já! Sientes perder la vida! Alabado sea Dios! Que no temieras la muerte era lo único que me afligia.

Aquella voz, aquella risa eran las mismas que yo habia oido en alguna parte.

—Miserable! le pregunté, quién eres?

—Vas á saberlo, respondió con acento terrible, y apartando el sol de plata que cubria su negro pecho, "Mira„ me dijo.

Me incliné hácia él y ví dos nombres grabados en el velludo seno del obi con letras blanquizcas, señales infames é indelebles que imprimia un hierro ardiente en el pecho de los esclavos: uno de aquellos nombres era *Effingham* y el otro el de mi tio, el mio, *Auvernery*. Quedé mudo de sorpresa.

—Leopoldo de Auvernery, me preguntó, tu nombre no te indica el mio?

—No, respondí asombrado de oir mi nombre en boca de este hombre y procurando coordinar mis recuerdos. Esos dos apellidos solo los he visto juntos en el pecho del bufon, pero éste ya murió, y además el infeliz nos queria. Tú no puedes ser Habibrah.

—Pues soy el mismo, vociferó con acento formidable, y levantando la sangrienta gorra, dejó caer el velo que le cubria, presentando á mi vista el deforme semblante del enano: á la especie de loca alegría que le era habital, habia sucedido en él una expresion amenazadora y siniestra.

—Gran Dios! exclamé; ¿es posible que salgan los muertos de los sepulcros? ¡Es Habibrah, el bufon de mi tio!

El enano llevó la mano al puño del puñal y me dijo con sorda voz:

—Su bufon y su asesino.

Retrocedí con horror algunos pasos.

—Su asesino! Malvado! ¿de ese modo has recompensado sus bondades para contigo?

—Sus bondades! Sus injurias has de decir, me contestó.

—Conque tú fuiste el que le asesinó!

—Yo, me repitió con expresion horrible. Le clavé tan profundamente este puñal en el corazon, que apenas le dejé tiempo para salir del sueño y para entrar en la muerte. Solo pudo decir con voz apagada: Ven, ven, Habibrah! y en efecto, *fuí*.

Su atroz relato, su cínica sangre fria me llenaron de horror.

—Cobarde, asesino! ¿cómo pudiste olvidar sus favores? Comias cerca de su mesa, dormias cerca de su lecho...

—Como un perro, me interrumpió bruscamente Habibrah, como un perro. Harto presentes tuve sus favores, que fueron otras tantas afrentas. Me vengué de él y me voy á vengar de tí. Escucha.—¿Crees que por ser mulato, enano y deforme yo no soy hombre? Yo tengo un alma, y un alma más fuerte y mejor templada que la que voy á arrancar de ese cuerpo de mujer. Fuí regalado á tu tio como si yo fuese un tití, para divertirle, para hacerle reir. Dices que me profesaba afecto y que me concedia un lugar en su corazon; sí, entre su mona y su papagayo. Yo le he abierto otro con mi puñal.

Yo estaba extremecido, horrorizado.

—Sí, continuó el enano, yo soy! yo! Mírame bien, Leopoldo de Auvernery! ¡Bastante te has reido de mí; ahora tiembla! ¿Por qué me recuerdas la vergonzosa prediléccion de tu tio por el que llamaba su bufon? ¡Qué prediléccion, *bon Giu!* Cuando entraba yo en vuestros salones solo oia desdeñosas risotadas; mi estatura, mis deformidades, mis facciones, mi ridículo vestido, hasta las crueles dolencias de mi naturaleza, todo en mí era objeto de las burlas de tu execrable tio y sus execrables amigos. Y yo ni aun podia callar, era necesario que tambien mi risa se confundiese con las que yo provocaba. Dime, ¿crees que semejantes humillaciones sean un título de gratitud para la criatura humana? ¿Crees que no equivalen á las miserias de los demás esclavos, los trabajos contínuos, los ardores del sol, los cepos de hierro y los látigos de cuerda? ¿Crees que no bastan á engendrar en un corazon de hombre ódio ardiente, implacable, eterno, como el sello de infamia que marca mi pecho? ¡Qué corta ha sido mi venganza, comparada con tan largo sufrimiento! Quisiera haber podido hacer sufrir á mi odioso tirano todos los tormentos que renacian para mí todos los dias. Quisiera que hubiera conocido antes de morir toda la amargura del orgullo herido y hubiera sentido los surcos que abren las lágrimas de vergüenza y de rabia en un rostro condenado á risa perpétua. Desespera haber esperado tanto tiempo la venganza y ver que termina de una sola puñalada; al menos hubiera podido saber de quién era la mano que le heria; pero aguardaba yo con demasiada impaciencia oir su último extertor; le hundí demasiado pronto el puñal, y murió sin reconocerme, y mi furor me robó el placer de la venganza. Al menos ahora será más completa. ¿Me ves bien? Porque debe costarte trabajo reconocerme como me presento ante tí; siempre me viste alegre y risueño; ahora que ya nada me impide que asome el alma á los ojos, no te debo parecer ya el mismo. Tú solo conocias mi máscara; ahora puedes ver ya mi semblante.

Al decir esas palabras el enano estaba horrible.

—Mónstruo! exclamé, te equivocas; aun se trasluce tu antiguo oficio de bufon en la atrocidad de tus facciones y de tu alma.

—No hables de atrocidades; acuérdate de la crueldad de tu tio.

—Miserable! Si mi tio era cruel, tú tenias la culpa. Compadeces la suerte de los infelices esclavos; pero ¿por qué empleabas entonces contra tus hermanos el influjo que debias á la debilidad

de tu amo? ¿Por qué no intercediste jamás en favor de ellos?

—Me guardaba bien de interceder. ¿Habia de impedir yo que un blanco se manchase con una atrocidad? No, no. Al contrario, le excitaba á redoblar los malos tratamientos con sus esclavos, con la idea de acelerar la hora de la rebelion, con el fin de que el exceso de tiranía acabase por engendrar la venganza. Perjudicando á mis hermanos servia á su causa.

Confundido quedé al oir esta profunda combinacion del ódio.

—Dime, continuó el enano, ¿te parece que supe meditar y ejecutar? ¿Qué te parece del bufon Habibrah, del esclavo de tu tio?

—Acaba tu obra, le dije; hazme morir, pero pronto.

El enano púsose entonces á pasear por la plataforma, frotándose las manos.

—Y si no quiero apresurarme? ¿Y si quiero saborear lentamente tu agonía? Mira, Biasson me debia una parte del botin del último saqueo, pero apenas te ví en el campamento de los negros, solo le pedí tu vida; me la concedió y ahora es mia, y me divierto con ella. Pero tranquilízate, no tardarás en seguir á esa cascada en el abismo; pero quiero que sepas antes que, habiendo descubierto la gruta en que está escondida tu mujer, le inspiré hoy á Biasson la idea de hacer incendiar el bosque, cuyo incendio debe haber empezado ya. Así queda extinguida tu familia. ¡A tu tio le mató el hierro, á tí te matará el agua y á María el fuego!

—Miserable! miserable! grité, haciendo un movimiento para arrojarme sobre él.

Habibrah se volvió hácia los negros y les dijo:

—Ea, atadle; quiere morir antes de tiempo.

Entonces los negros empezaron á atarme con cuerdas que habian traido; de repente me pareció oir los ladridos lejanos de un perro, y yo tomé ese ruido por una ilusion producida por el mugido de la catarata. Los negros acabaron de atarme y me aproximaron al abismo que debia engullirme. El enano, cruzado de brazos, me miraba con alegría triunfante. Levanté los ojos hácia la grieta, por huir de la odiosa vista de Habibrah y por mirar al cielo por última vez. En este momento se oyó un ladrido más fuerte y más próximo; la cabeza enorme de Rask salió por la abertura. Me extremecí. El enano gritó: Vamos! y los negros, que no habian oido los ladridos del perro, se prepararon á precipitarme en el abismo.

## LIII.

Compañeros! gritó una voz tonante. Volviéronse todos de repente; era Bug-Jargal, que apareció en el borde de la grieta, flotándole sobre la cabeza su pluma roja.

—Compañeros, deteneos, repitió.

Los negros se prosternaron; el jefe les dijo:

—Yo soy Bug-Jargal.

Los negros dieron en el suelo con la frente, lanzando gritos cuya expresion no era fácil comprender.

—Desatad al prisionero, gritó su jefe.

El enano volvió en sí entonces del estupor que se apoderó de él ante la aparicion inesperada del esclavo de mi tio, y detuvo bruscamente el brazo de los negros, que iban ya á cortar las cuerdas que me oprimian.—Qué vais á hacer? gritó, y luego, levantando la cabeza y mirando á Bug-Jargal, le preguntó:

—Jefe del Morne-Rouge, ¿qué venís á hacer aquí?

Bug-Jargal le respondió:

—Vengo á ponerme al frente de mis hermanos.

—Negros son estos, en efecto, del Morne-Rouge, repuso el obi con rabia concentrada; ¿pero con qué derecho disponeis de mi prisionero?

El jefe respondió:

—Yo soy Bug-Jargal.

Los negros golpearon el suelo con sus frentes por segunda vez.

—Bug-Jargal, replicó, Habibrah no puede deshacer lo que hizo Biasson, y Biasson me entregó este blanco; quiero que muera y morirá.—Obedecedme; arrojadle al abismo.

A la voz poderosa del obi los negros se levantaron y dieron un paso hácia mí.

—Desatad al prisionero, les mandó imperiosamente su jefe.

En un abrir y cerrar de ojos me ví libre; mi sorpresa fué tan grande como la rabia del enano; quiso éste arrojarse sobre mí, pero los negros le detuvieron, y su furia se desahogó en imprecaciones y en amenazas.

—Miserables, rehusais obedecerme! desconoceis mi voz!... ¿Por qué perdí el tiempo en oir á ese maldito? ¿Por qué no le hice arrojar en seguida á los peces del Báratro? ¡Por querer una venganza

completa la pierdo! Rabia de Satanás!... ¡Si me desobedeceis, si no precipitais en el torrente á ese execrable blanco, os maldigo!... Encanecerán vuestros cabellos; los cínifes y los mosquitos os comerán vivos; vuestros brazos y piernas se quebrarán como juncos; el aliento vuestro os quemará las gargantas como abrasadora arena; morireis pronto, y vuestras almas serán condenadas á dar vueltas eternamente á una rueda de molino grande como una montaña, en la luna, donde hace mucho frio.

Esta escena producia en mí singular efecto. Unico de mi especie en esta caverna húmeda y negra, rodeado de negros semejantes á demonios, meciéndome al borde de aquel abismo insondable, empujado á él por repugnante enano, por el deforme hechicero, cuyo traje pintarrajeado y cuya mitra puntiaguda dejaba apenas ver la última luz del dia; protegido por el gigante negro, que se me apareció por el único punto por el que se veia el cielo, me parecia que me encontraba en las puertas del infierno, esperando la perdicion eterna ó la salvacion de mi alma, y asistiendo á una lucha obstinada entre mi ángel bueno y mi ángel malo.

Las maldiciones del obi aterraron á los negros; éste quiso aprovecharse de su situacion, y les dijo:

—Quiero que el blanco muera; obedecereis y morirá.

Bug-Jargal respondió gravemente:

—El blanco vivirá: soy Bug-Jargal; mi padre era rey en el pais del Congo y administraba justicia en el dintel de la puerta de su casa.

Los negros se prosternaron otra vez. El jefe continuó:

—Hermano, id á decir á Biasson que no haga ya desplegar en la cumbre de la montaña la bandera negra que debia anunciar á los blancos la muerte de este prisionero, porque este prisionero salvó la vida á Bug-Jargal, y Bug-Jargal quiere que viva.

Los negros se levantaron entonces; el hijo del rey del Congo arrojó entre ellos su pluma roja. El jefe del destacamento cruzó los brazos sobre el pecho y recogió el penacho respetuosamente; luego se fué, seguido de otros negros, sin pronunciar una palabra. El obi desapareció con ellos en las tinieblas de la avenida subterránea.

No trataré de describiros, señores, la situacion en que me encontraba. Fijé en Pierrot mis ojos húmedos, mientras éste me contemplaba con singular expresion de gratitud y de altivez.

—Loado sea Dios! dijo: ¡al fin ya estás libre! Hermano, vuélvete por donde veniste, que ya nos encontraremos en el valle.

Saludóme con la mano y desapareció.

## LIV.

Ansioso de acudir pronto á esta cita para saber por qué maravillosa providencia acudió tan á tiempo á aquel sitio mi salvador, me disponia á salir de la espantosa caverna, en la que aun me esperaban otros peligros. Al dirigirme hácia la galería subterránea, un obstáculo imprevisto de repente me cortó el paso; era Habibrah. El rencoroso obi no se habia marchado con los negros, como yo creia, sino que se ocultó detrás de un pilar de rocas, esperando el momento propicio para realizar su venganza, y este momento habia ya llegado. De súbito se me apareció el enano, lanzando una carcajada. Yo estaba solo y desarmado; en su mano brillaba un puñal, el que le servia de crucifijo. Al verlo, retrocedí involuntariamente.

—Já, já, maldito, creias escaparte! exclamó; pero el bufon es más astuto que tú. Estás en mi poder y esta vez no quiero hacerte esperar; no por eso te aguardará en vano tu amigo Bug-Jargal, porque irás al valle... pero arrastrado por las aguas del torrente.

Así hablando, se arrojó sobre mí con el puñal levantado.

—Mónstruo! le dije retrocediendo; hace poco eras un verdugo, ahora eres un asesino.

—Quiero vengarme! me respondió, rechinando los dientes.

Me encontraba en este instante en el borde del precipicio; se lanzó bruscamente sobre mí, con el fin de arrojarme á él en cuanto me traspasara de una puñalada; pero yo pude esquivar este choque y él resbaló sobre el musgo que barnizaba los peñascos húmedos, le faltó el pié y rodó por la pendiente que lamian las olas.

—Mil demonios! gritó rugiendo, y cayó en el abismo.

Creo haberos dicho que una de las raices del añoso árbol salia por entre la hendidura de granito, un poco más abajo de la orilla.

El enano la encontró al caer; su recamado jubon se enredó con los nudos de la raiz, y apoderándose de este último

apoyo, se aferró á él con extraordinaria energía. La mitra se le desprendió de la cabeza, tuvo que abandonar el puñal, y el arma del asesino y la gorra de cascabeles del bufon desaparecieron juntas en las profundidades de la catarata.

Habibrah, suspendido sobre el abismo horrible, empezó forcejeando á ver si podia ganar la plataforma, pero sus cortos brazos no podian alcanzar la arista de la escarpadura, y sus uñas se gastaban en impotentes esfuerzos para hendir la superficie glutinosa de la roca, que parecia desplomarse sobre el tenebroso abismo, y aullaba de rabia.

Por poco que yo le hubiera empujado hubiera caido, pero ni un solo momento me ocurrió la idea de cometer semejante villanía; me pareció que mi proceder le conmovia. Dando las gracias al cielo por la salvacion que tan inesperadamente me proporcionaba, me decidia á abandonar á Habibrah á su suerte é iba ya á salir de la sala subterránea, cuando oí de pronto salir del abismo la voz del enano, dolorosa y suplicante.

—¡Amo mio, gritaba, amo, no os vayais por el amor de Dios! ¡no dejeis morir impenitente y culpable á una criatura humana que podeis salvar! Ay! Las fuerzas me faltan; la rama se me escurre entre las manos, el peso de mi cuerpo la rompe, voy á soltarla ó va á quebrarse. Ay! el abismo horrible dá vueltas bajo mis piés... ¿No tendreis piedad de vuestro pobre bufon? Es muy culpable, pero probadle que los blancos son mejores que los mulatos, que los amos son mejores que los esclavos.

Acerquéme al precipicio casi conmovido, y la ténue claridad que descendia de la hendidura me hacia ver en el rostro asqueroso del enano una expresion que en él no habia visto jamás, la de la súplica y la de la angustia.

—Señor Leopoldo, continuó alentado por el movimiento de compasion que no pude reprimir, ¿es posible que un sér humano vea á su semejante en trance tan terrible y pudiéndole socorrer no le socorra? Tendedme la mano, amo mio; por poco que me ayudeis me salvaré. Sostenedme, por compasion! Mi gratitud igualará á mis crímenes.

Le interrumpí diciéndole:

—Desgraciado! No me los recuerdes!

—Los recuerdo para detestarlos, amo mio, respondió llorando. ¡Ah, sed más generoso que yo! Cielos! ¡las fuerzas me faltan! yo caigo! La mano! dadme la mano! en nombre de la madre que os dió el sér!...

Desgarrador era su acento, que retrataba su agonía y su terror. Al oirle, todo lo olvidé; ya no fué para mí ni un enemigo, ni un traidor, ni un asesino, sino un desgraciado, al que un ligero esfuerzo de mi parte podia librar de una muerte espantosa. Toda palabra hubiera sido entonces inútil y ridícula, la necesidad del auxilio era urgente. Así, pues, me agaché, y arrodillándome al borde del abismo, apoyando una mano en el tronco del árbol, cuya raiz sostenia al infortunado Habibrah, le alargué la otra mano que me quedaba libre... asióla apenas pudo con sus dos manos con fuerza prodigiosa, y en vez de prestarse al movimiento de ascension que trataba de imprimir á su cuerpo, ví que forcejeaba para arrastrarme consigo al abismo. Si el tronco del árbol no me hubiera prestado un apoyo tan sólido, la violenta é inesperada sacudida que me dió el enano me hubiera arrancado del borde del abismo.

—Malvado! le grité, qué haces?

—Vengarme! me contestó lanzando una estrepitosa carcajada. ¡Al fin te tengo en mis manos, imbécil! ¡tú mismo te entregas!... Si te hubieras marchado, yo estaba perdido, y te metes sin necesidad en la boca del caiman, porque gimió despues de haber rugido. Me consuelo ya, porque muriendo logro mi venganza. Caiste en la trampa.

—Traidor! le dije tirando de su mano con todas mis fuerzas, ¡así me recompensas de haberte querido salvar del riesgo!

—Sí, me contestó; sé que hubiera podido salvarme contigo, pero prefiero que perezcamos los dos; prefiero tu muerte á mi vida. Ven!

Sus dos manos bronceadas y callosas se clavaban en la mia con inaudito esfuerzo; sus ojos llameaban, su boca arrojaba espuma; sus fuerzas, que lamentaba perdidas un momento antes, se habian triplicado, exaltadas por la rabia y la venganza; sus piés se apoyaban como dos palancas en las paredes perpendiculares de la peña y brincaba como un tigre sobre la raiz, que, enganchada en sus vestidos, le sostenia á pesar suyo; porque hubiera querido romperla con el objeto de tirar de mí con todo su peso y de arrastrarme más pronto.

Encontróse felizmente una de mis rodillas en una gran raja del peñasco; mi brazo se habia incrustado, por decirlo así, en el árbol que me servia de apoyo, y luchaba yo contra los esfuerzos de Habibrah con la energía que solo pue-

de dar el sentimiento de la propia conservacion en tan angustiosos momentos. De vez en cuando hacia un penoso esfuerzo y gritaba cuanto podia: *¡Bug-Jargal!* pero la distancia y el estruendo de la cascada me quitaban la esperanza de que pudieran oirme.

El enano, que no creia que yo pudiera resistirme tanto, redoblaba sus furiosas sacudidas; comenzaba á perder las fuerzas, aunque aquella lucha duró menos tiempo del que se necesita para describirla; tension insoportable paralizaba mi brazo; turbábaseme la vista; lívidos y confusos resplandores cruzaban por delante de mí; zumbábanme los oidos; percibia crugir la raiz, próxima á romperse, y oía la risa del mónstruo que iba á arrastrarme consigo, y me parecia que el abismo bramaba sordamente y que se acercaba á mí.

Antes de abandonarme al cansancio y á la desesperacion, probé el postrer recurso; recogí las pocas fuerzas que me quedaban y grité: *Bug-Jargal!* Esta vez me respondió un ladrido, volví los ojos y reconocí á Rask. Bug-Jargal y su perro se hallaban en el borde de la ancha grieta. No sé si oyó mi voz ó, si inquieto por mi tardanza, volvió á buscarme. Vió mi peligro y exclamó:

—No cejes!

Habibrah, temiendo que me salvara, gritaba, echando espumarajos por la boca:

—Ven! ven! recogiendo el resto de su vigor natural para acabar de una vez.

En este momento mi brazo, rendido, se desprendió del árbol en que se apoyaba; mi muerte era ya segura, cuando sentí que me cogian por detrás; Rask fué mi libertador. A una señal de su amo, saltó desde la hendidura á la plataforma, y sus dientes me sostenian fuertemente de los faldones de la casaca: este inesperado socorro me salvó la vida. Habibrah habia gastado las fuerzas que le quedaban en su último esfuerzo, y yo reuní las mias para arrancarme de sus manos; sus dedos, embotados y tiesos, tuvieron que soltarme al fin; la raiz, castigada durante largo tiempo, se quebró bajo su peso; y mientras Rask me tiraba con violencia hácia atrás, el miserable Habibrah se hundió en la espuma de la sombría catarata, lanzándome una maldicion, que yo no acabé de oir porque espiró con él en el abismo.

Tal fué el fin del bufon de mi tio.

## LV.

Me quedé rendido de escena tan espantosa, de lucha tan desesperada, de desenlace tan terrible; perdí las fuerzas y el conocimiento. La voz de Bug-Jargal me reanimó.

—Hermano, exclamó, apresúrate á salir de aquí: dentro de media hora se pondrá el sol; voy á esperarte allá abajo. Sigue á Rask.

Las palabras de este leal amigo me hicieron recobrar á un tiempo la esperanza, el ánimo y el valor. Penetró el perro rápidamente en la avenida subterránea; yo le seguí, sirviéndome sus ladridos de guia en la oscuridad. Al cabo de algunos minutos volví á ver la luz del dia; llegamos por fin á la salida y ya pude respirar con libertad. Al salir de la bóveda húmeda y negra, recordé el vaticinio que me hizo el enano al entrar en ella:

"Solo uno de los dos saldrá de esta bóveda y volverá á pasar por este camino.„ Sus esperanzas se frustraron, pero el vaticinio se realizó.

## LVI.

En cuanto llegué al valle me encontré con Bug-Jargal; me arrojé en sus brazos y en ellos permanecí largo rato, teniendo mil preguntas que dirigirle y sin poder pronunciar una palabra.

El fué el primero que habló, diciéndome:

—Tu esposa María está ya en seguridad. La he depositado en el campamento de los blancos en manos de un pariente tuyo, que manda los puestos avanzados; quise entregarme prisionero por temor de que fusilasen á diez negros que responden de mí con sus cabezas. Tu pariente me dijo que huyera é hiciese todo lo posible por evitar tu muerte; que no ejecutarian á los diez negros si á tí no te ejecutaban, lo que anunciaria Biasson enarbolando una bandera negra en lo alto de las montañas. Entonces corrí á buscarte, Rask me condujo y llegué á tiempo, gracias á Dios! Tú vivirás y yo tambien.

Tendiéndome la mano, me preguntó:

—Estás satisfecho de mí?

Estreché otra vez cariñosamente en mis brazos al insigne Pierrot; pedíle que nunca se separara de mí, que quedase conmigo entre los blancos, y le prometí

un grado en el ejército de la colonia. Pero él me contestó con indómita fiereza:

—¿Te propongo yo acaso que vengas á alistarte en nuestras filas?

Conocí la impertinencia de mi proposicion y callé. Pierrot añadió con afectuosa alegría:

—Vamos, vamos pronto á ver y á tranquilizar á tu esposa.

Esta proposicion satisfacia una necesidad dulcísima de mi alma; levantéme radiante de alegría y partimos. Pierrot conocia el camino y marchaba delante de mí; Rask nos seguia.

—

Auvernery, al llegar á este punto de su relato, se paró y echó una mirada sombría alrededor de sí; gruesas gotas de sudor cubrian su frente, y ocultó el rostro con la mano. Rask le miraba con aire inquieto.

—Sí, de ese modo me mirabas! murmuró el capitan con voz desfallecida.

Un instante despues se levantó, violentamente agitado, y salió de la tienda de campaña. El sargento y el dogo le acompañaban.

## LVII.

Apostaria cualquier cosa, gritó Enrique, que nos aproximamos á la catástrofe. Sentiria que le sucediese algun percance á Bug-Jargal, porque era todo un hombre.

Separó Paschal de la boca el cuello de la botella forrada de mimbre y dijo:

—Yo hubiera dado por mi parte doce cestos de botellas de Oporto por ver la nuez de coco que vaciaba de un solo trago.

Alfredo, que en aquel momento pensaba en una sonata para tocar en la guitarra, suplicó al teniente Enrique que le afirmara sus agujetas, y dijo:

—Ese negro es muy interesante; pero se me olvidó preguntarle á Auvernery si sabe la cancion de la hermosa Padilla.

—Mucho más interesante es Biasson, repuso Paschal; su vino alquitranado no debia valer gran cosa, pero á lo menos ese hombre sabia lo que era un francés. A caer yo prisionero suyo, me hubiera dejado crecer los bigotes para que me prestase algunos pesos fuertes sobre ellos, como la ciudad de Goa al capitan portugués. Os confieso que mis acreedores son más bárbaros que Biasson.

—A propósito, capitan; aquí teneis los cuatro luises que os debo, repuso Enrique, arrojando su bolsa á Paschal.

Miró Paschal asombrado á su generoso deudor, que hubiera podido con más justo título llamarse su acreedor. Enrique continuó hablando:

—Veamos, señores, ¿qué pensais de la historia que nos está contando el capitan?

—Yo, contestó Alfredo, si he de deciros la verdad, no he escuchado con mucha atencion, pero confieso que esperaba algo más interesante de ese soñador de Auvernery. Hay en dicha relacion una romanza en prosa y no me gustan las romanzas en prosa, porque ¿cómo se cantan? En una palabra, la historia de Bug-Jargal me fastidia, porque es demasiado larga.

—Teneis razon, repitió Paschal; es demasiado larga. A no tener en la mano la pipa y el frasco, hubiera pasado una mala noche. Hay en ella cosas absurdas. ¿Cómo creer, por ejemplo, que el bufon malvado quiera, por ahogar á su enemigo, ahogarse él tambien?

Enrique le interrumpió sonriendo:

—Sobre todo en agua; ¿no es verdad, capitan Paschal? A mí lo que más me divertia durante el relato de Auvernery era ver cómo su perro cojo levantaba la cabeza cada vez que pronunciaba el nombre de Bug-Jargal.

—Ese perro hacia lo contrario, contestó Paschal, que las infelices y antiguas nodrizas de Celadas, cuando el predicador pronunciaba el nombre de Jesus. Un dia penetré en la iglesia con una docena de coraceros y...

El ruido que hizo el centinela con el fusil les advirtió que Auvernery volvia á la tienda de campaña y todos callaron. Paseóse el capitan algun tiempo silencioso y cruzado de brazos. Tadeo, que volvió á sentarse en el rincon de antes, le observaba á hurtadillas y hacia como si se ocupase solo de acariciar á Rask, para que el capitan no notase su inquietud.

Auvernery prosiguió su historia en los términos siguientes:

## LVIII.

Rask nos seguia: el sol no iluminaba ya ni los más altos peñascos: de repente vimos aparecer y desaparecer en el horizonte un resplandor rojizo. Extremecióse Pierrot y me apretó con fuerza una de mis manos.

—Escucha, me dijo.

Un ruido sordo, parecido á la descarga de una pieza de artillería, retumbó entonces en el valle, prolongado por el eco á inmensa distancia.

—Es la señal! exclamó con voz sombría. ¿Ha sido un cañonazo, no es verdad?

Yo hice un signo afirmativo.

En dos saltos se encaramó en una roca elevadísima; yo imité su ejemplo. Cruzó los brazos y sonrió con amargura.

—Mira, me dijo.

Tendí la vista hácia el lado que me indicaba y ví, sobre la cumbre que me enseñó durante mi entrevista con María, que flotaba sobre ella el estandarte negro. Luego supe que Biasson, impaciente por desocupar el sitio que ocupaba, hizo enarbolar el estandarte antes de la vuelta del destacamento que debia ejecutar mi sentencia.

Permanecia inmóvil Bug-Jargal, en pié, con los brazos cruzados y contemplando la lúgubre bandera. De repente se volvió hácia mí y dió algunos pasos para descender del peñasco.

—Dios poderoso! ¡desdichados compañeros mios! Has oido el cañonazo? me preguntó.—Yo no respondí.—Pues bien, esta era la señal. Ahora los conducen al suplicio.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y, acercándose más á mí, me dijo:

—Marcha á encontrar á tu esposa; Rask te conducirá.

Silbó una cancion africana y el perro empezó á menear la cola y á hacer como si quisiera dirigirse á un punto determinado del valle. Bug-Jargal me tomó la mano y se esforzó por sonreir, pero su sonrisa era convulsiva.

—Adios! gritó con voz sonora, y se perdió, corriendo por entre los espesos árboles que nos rodeaban.

Quedé petrificado; lo poco que comprendia de la escena que acababa de pasar ante mí me hacia presagiar todo género de desdichas.

Rask, al ver desaparecer á su amo, se adelantó hasta el borde del peñasco y sacudió la cabeza, lanzando aullido lastimero. Volvió á mí bajando la cola y con los ojos húmedos; me miró con aire inquieto, y despues volvió al sitio de donde se marchó Pierrot y siguió ladrando largo rato. Comprendí lo que queria decir el pobre animal, porque yo experimentaba el mismo temor que él. Dí algunos pasos hácia su lado, y entonces echó á correr como un rayo, siguiendo las huellas de Bug-Jargal; y pronto le hubiera perdido de vista, aunque corria mucho yo tambien, si de vez en cuando él no se parara, para que yo tuviera tiempo de alcanzarle. Atravesamos así muchos valles, franqueamos colinas cubiertas de arboleda; por fin...

La voz de Auvernery se iba apagando por momentos, y sombría desesperacion se pintó en sus facciones, pudiendo apenas articular las siguientes palabras:

—Prosigue tú, Tadeo, la relacion, que á mí no me quedan fuerzas para continuar.

El veterano sargento no estaba menos conmovido que el capitan; sin embargo, hizo lo que pudo por obedecerle.

—Con vuestro permiso... empezó á decir Tadeo tomando el hilo de la relacion. Debo deciros, señores oficiales, que aunque Bug-Jargal, álias Pierrot, era un negro gigantesco, muy afable, muy intrépido y el mejor hombre del mundo —despues de vos, mi capitan,—no simpatizaba yo con él, lo que nunca me perdonaré, aunque mi capitan ya me lo ha perdonado. Es el caso, señores, que habiendo oido anunciar la muerte de mi capitan para la tarde del segundo dia, me enfurecí de tal modo contra ese negro, que le participé con placer verdaderamente infernal que él, ó diez negros, irian á acompañaros al otro mundo, fusilados como en represalias, segun se dice. Al oir esta noticia, no me contestó ni una palabra, pero se escapó por un gran agujero.

Auvernery hizo un gesto de impaciencia; Tadeo prosiguió:

—Adelante. Cuando vimos la bandera negra en lo alto de la montaña y que Pierrot no habia regresado, lo que, con permiso vuestro, no nos admiraba, disparamos el cañonazo de aviso, y yo fuí el encargado de conducir á los diez negros al sitio de la ejecucion, llamado la Boca del Gran Diablo, que dista del campamento... cerca de... pero eso no hace al caso. Al llegar á aquel punto, comprendereis, señores, que no fué para dejarlos escapar, sino para atarles las manos detrás de la espalda, como es uso y costumbre, y dispuse mis pelotones; pero entonces ví con sorpresa salir del espeso bosque al gigantesco negro, á Bug-Jargal; quedé como alelado: cuando llegó hasta mí apenas podia respirar.

—Llego á tiempo, dijo. Buenos dias, Tadeo.

No me dijo más palabras, señores, que las que acabo de referir, y fué á desatar á sus compañeros. Yo me quedé estupe-

facto. Entonces, con vuestro permiso, mi capitan, se empeñó reñido combate de generosidad entre él y los otros negros, que hubiese debido durar un poco más... No importa! yo me tengo la culpa, porque yo le hice acabar. Pierrot ocupó el puesto de los negros. En este momento su perro Rask llegó y me saltó al pescuezo. ¡Ojalá me hubiera apretado bien para tardar algunos minutos más! Pero Pierrot le hizo una señal y el pobre dogo me soltó. Bug-Jargal no pudo, sin embargo, impedir que fuese á echarse á sus piés. Entonces os creia muerto, mi capitan; estaba encolerizado, grité...

El sargento extendió la mano, miró al capitan, pero no pudo articular la palabra fatal.

Bug-Jargal cayó... y una bala rompió una pata á Rask.—Desde entonces (el sargento, al decir esto, meneaba la cabeza tristemente), desde entonces está cojo el pobrecillo. Oigo en seguida unos quejidos en el bosque inmediato, llegó y os ví á vos, que os alcanzó una bala y os hirieron cuando llegábais á salvar al desdichado Pierrot.—Sí, mi capitan, llorábais, pero era por él: Bug-Jargal habia muerto. A vos os llevaron al campamento, herido, pero curásteis, gracias á la cariñosa asistencia de vuestra afectuosa esposa.

El sargento se detuvo: Auvernery repitió con voz dolorosa y solemne:

—Bug-Jargal habia muerto.

Tadeo bajó la cabeza.

—Sí, contestó éste, él me salvó la vida y yo se la quité.

## NOTA.

Como los lectores acostumbran á exigir averiguaciones definitivas acerca de la suerte de cada uno de los personajes que les interesan en las novelas, el autor de este libro ha practicado algunas indagaciones con la intencion de satisfacer esa curiosidad con respecto al capitan Leopoldo de Auvernery, al sargento Tadeo y al perro Rask. El lector debe recordar que la sombría melancolía del capitan provenia de doble causa: de la muerte de Bug-Jargal, por otro nombre Pierrot, y de la pérdida de su querida María, la que fué salvada del incendio del fuerte de Galifet y pereció poco tiempo despues en el primer incendio del Cabo. En cuanto al capitan, hé aquí lo que hemos averiguado.

Al dia siguiente de una gran batalla, que ganaron las tropas de la República francesa al ejército de Europa, el general de division M..., encargado del mando en jefe, estaba solo en su tienda de campaña redactando, segun las notas del jefe del Estado mayor, el parte que debia mandarse á la Convencion nacional sobre la victoria de la víspera. Un ayudante de campo presentóse á noticiarle que el representante del pueblo comisionado cerca de su ejército deseaba hablarle. No podia sufrir el general aquella especie de embajadores de gorro rojo que diputaba la Montaña á los campamentos para rebajarlos y diezmarlos, delatores sin máscara, encargados por sus amigos los verdugos de espiar la gloria; pero hubiera sido peligroso rechazar la visita de ninguno de ellos, sobre todo despues de una victoria. El ídolo sangriento de aquellos tiempos era aficionado á víctimas ilustres, y los sacrificadores de la plaza de la Revolucion estaban satisfechos cuando conseguian de un mismo golpe hacer caer una cabeza y una corona, aunque solo fuese de espinas, como la de Luis XVI, ó de flores, como la de las vírgenes de Verdun, ó de laureles, como la de Custine y la de Andrés Chenier. El general mandó que introdujeran al representante del pueblo.

Despues de algunas felicitaciones ambiguas y restrictivas sobre el reciente triunfo del ejército republicano, el representante se aproximó al general y le dijo en voz baja:

—No basta, ciudadano general, vencer á los enemigos de fuera; es preciso, es indispensable exterminar los enemigos de dentro.

—¿Qué quieres decir, ciudadano representante? le preguntó el general asombrado.

—Sirve en tu ejército, repuso misteriosamente el emisario de la Convencion, un capitan que se llama Leopoldo de Auvernery, que está en la 32.ª brigada; general, le conoces?

—Sí, respondió el interpelado; justamente leia ahora el informe del ayudante general, jefe de la 32.ª media brigada, y que le concierne. Esa media brigada tenia en él un excelente capitan.

—Cómo, ciudadano general? contestó con altivez el representante. ¿Le has concedido otro grado?

—No te ocultaré, ciudadano representante, que esa era mi intencion.

Al oir esto, el comisario de la Convencion interrumpió imperiosamente al general.

—La victoria te ciega! pero cuidado

con lo que haces y con lo que dices. Si calientas en tu seno las serpientes enemigas del pueblo, tiembla de que el pueblo no te aplaste al aplastar á las serpientes. Leopoldo de Auvernery es un aristócrata, es un contra-revolucionario, un realista, un clubista, un girondino. La justicia pública me lo reclama; entrégamelo al momento.

El general respondió friamente.

—No puedo.

—Cómo que no puedes? replicó el comisario, cuya cólera iba en aumento. ¿No sabes que aquí no existe más poder ilimitado que el mio? ¿Te lo manda la República y contestas que no puedes? Quiero, pues lo mereces por las victorias que consigues, tener la condescendencia contigo de leerte la nota que sobre Auvernery me han entregado y que debo enviar, así como su persona, al acusador público. Es el estracto de una lista de nombres, que no deseo que me obligues á terminar con el tuyo.

Escucha.—"Leopoldo Auvernery (antes *de*), capitan de la 32.ª semi-brigada, convicto, *primero*, de haber referido en un conciliábulo de conspiradores una historia contra-revolucionaria, que tendia á ridiculizar los principios de igualdad y de libertad y á exaltar las añejas supersticiones conocidas con los nombres de *poder real* y de *religion*; convicto, *segundo*, de haberse servido de expresiones reprobadas por todos los buenos *sans-culottes*, para caracterizar diversos acontecimientos memorables, y en particular el de la emancipacion de los negros de Santo-Domingo; convicto, *tercero*, de haber empleado siempre la palabra *señor* en su historia y nunca usar la palabra *ciudadano*; en fin, *en cuarto lugar*, convicto, segun dicha historia, de haber conspirado abiertamente contra la República en provecho de los girondinos y brissotistas... merece la muerte.„—Pues bien, qué respondes á esto? ¿Protejerás aun á ese traidor? ¿Vacilarás en entregarme á ese enemigo de la patria?

—Ese enemigo de la patria se ha sacrificado por ella. Al estracto de tu informe contesto con el estracto del mio. Escucha tú ahora.—"Leopoldo de Auvernery, capitan de la 32.ª semi-brigada, decidió la nueva victoria que ha alcanzado nuestro ejército. Los enemigos establecieron un reducto formidable, que era, por decirlo así, la llave de la batalla: era preciso tomarle. La muerte del primer valiente que le atacara era casi segura; este valiente fué el capitan Auvernery; tomó el reducto, murió en la empresa y hemos vencido. El sargento Tadeo y un perro se han encontrado á un lado entre los muertos. Proponemos á la Convencion nacional que decrete que el capitan Leopoldo de Auvernery es acreedor á la gratitud de la patria.„

—Ya ves, dijo el general con tranquilidad, la diferencia de nuestras dos misiones; enviaremos cada uno por su parte dos listas á la Convencion; el mismo nombre aparecerá en las dos; tú le denuncias como traidor, yo le presento como un héroe; tú le entregas á la ignominia y yo le consagro á la gloria; tú le condenas al patíbulo, yo le dedico á la apoteósis; cada cual de nosotros desempeña su papel. Fortuna ha sido, sin embargo, que una batalla haya librado del suplicio á ese valiente. A Dios gracias, el que querias condenar á muerte ha muerto ya.

Furioso el comisario al ver que desaparecia la conspiracion al desaparecer el conspirador, murmuró entre dientes:

—Ha muerto! que lástima!

El general, que lo oyó, le dijo indignado:

—Todavía te queda un recurso, ciudadano representante del pueblo; el de ir á buscar el cuerpo del capitan Auvernery entre los escombros del reducto, que quizás las balas de los enemigos hayan dejado la cabeza del cadáver, que podeis destinar á la guillotina nacional.

FIN DE BUG-JARGAL.

# EL ÚLTIMO DIA DE UN REO DE MUERTE.

# 1832.

Solo encabezaban las primeras ediciones de esta obra, que se publicó anónima, las cortas líneas siguientes:

"Este libro pudo haber tenido uno de estos dos orígenes: haber existido un legajo de papeles amarillentos y desiguales, en los que estaban registrados los pensamientos de un desgraciado, ó algun hombre meditabundo, de los que estudian la naturaleza para provecho del arte, algun filósofo ó poeta, poseido de semejante fantasía, la desarrolló en un libro, para desembarazarse de ella. De estas dos explicaciones elija el lector la que guste."

No juzgó el autor á propósito la época en que se publicó este libro para poner más claro su pensamiento; prefirió esperar á ver si seria comprendido, y lo fué. El autor puede hoy ya desenmascarar la idea política y la idea social, que trató de popularizar bajo esta inocente y cándida forma literaria.

Declara, pues, ó mejor dicho, confiesa en alta voz, que EL ULTIMO DIA DE UN CONDENADO Á MUERTE no es otra cosa que un memorial, directo ó indirecto, como se quiera, para conseguir la abolicion de la pena de muerte. Lo que tuvo designio de hacer, lo que el autor quisiera que la posteridad viera en su obra, si ella se ocupa de lo que tan poco vale, no es la defensa especial y siempre fácil y siempre transitoria de éste ó de aquel criminal, de tal ó cual acusado escogido, sino la defensa general y permanente de todos los reos del presente y del porvenir; el gran punto de derecho de la humanidad, alegado y defendido ante la sociedad, que es el verdadero tribunal de casacion; la sombría y fatal cuestion que palpita oscuramente en el fondo de todas las causas capitales bajo el triple espesor de la pasion con que la envuelve la retórica sangrienta de los realistas; la cuestion de vida ó muerte, desnuda, despojada de los enredos sonoros que la cubren, brutalmente sacada á luz y puesta donde todo el mundo la vea, donde debe estar, donde está realmente, en su verdadero centro, en su centro horrible, no en el tribunal, sino en el patíbulo; no en el juez, sino en el verdugo.

Hé aquí lo que el autor quiso hacer; si el porvenir le concediese la gloria de haberlo conseguido, lo que no se atreve á esperar, no ambicionaria otra corona.

Lo declara, pues, y lo repite; se ocupa en nombre de todos los acusados posibles, inocentes ó culpables, ante todos los tribunales, ante todos los pretorios, ante todos los jurados y ante todas las justicias. Este libro se dirige á todos los que juzgan. Para que el informe sea tan vasto como la causa, debió el autor, y así lo hizo en este libro, entresacar de todas partes, con relacion á su objeto, lo contingente, lo accidental, lo particular, lo especial, lo relativo, lo modificable, el episodio, la anécdota, el acontecimiento, el nombre propio, y limitarse (si esto es limitarse) á pleitear la causa de cualquier reo, ejecutada cualquier dia y por cualquier crímen. ¡Dichoso él, si puede sin más herramientas que el pensamiento cavar bastante hondo para hacer sangrar el corazon bajo el *æs triplex* del magistrado; dichoso él si logra hacer piadosos á los que se creian justos; dichoso él si á fuerza de ahondar al juez consigue algunas veces encontrar al hombre!

Hace tres años, cuando apareció este libro, algunos creyeron que valia la pena de contestar al autor; unos creyeron que era un libro inglés y otros americano. Singular manera de buscar á mil leguas los orígenes de las cosas y de hacer manar de los manantiales del Nilo el arroyo que lava vuestra calle. Esta obra no es libro inglés, ni americano, ni chino: el autor tomó la idea del ULTIMO DIA DE UN REO DE MUERTE no de un libro (que él no tiene la costumbre de buscar las ideas tan lejos), sino de donde podeis tomarla todos, de donde la habeis tomado quizás; sencillamente, de la plaza pública, de la plaza de la Grève. Al pasar un dia por ella recogió esta idea fatal, que yacía en un mar de sangre, bajo los rojos muñones de la guillotina.

Despues que, á voluntad de los fúnebres jueces del Tribunal de Casacion, llegaba uno de esos dias en los que el grito de una sentencia de muerte se oia en todo Paris, cada vez que el autor veia pasar por debajo de sus ventanas los vehículos que llevaban á los espectadores á la plaza de Grève, cada vez se le aparecia la dolorosa idea, apoderándose de él, llenándole la cabeza de gendarmes, de verdugos y de multitud: le explicaba hora por hora los últimos sufrimientos del miserable agonizante—en este momento se le confiesa, en este momento se le corta el cabello, en este momento se le atan las manos,—requiriendo al pobre poeta á decir todo esto á la sociedad, que se ocupa de sus negocios mientras que se verifica esa cosa monstruosa; le daba prisa, le empujaba, le sacudia, le arrancaba versos de la imaginacion, si estaba en vena, y los mataba apenas se los perfilaba; borraba todos sus trabajos, le embestia y le sitiaba. Esto era un suplicio, que comenzaba con el dia y que duraba, como el del miserable á quien torturaban en aquel momento, hasta las cuatro de la tarde. Solo entonces, una vez el *ponens caput expirabit*, dicho por la voz siniestra del reloj, el autor respiraba y se veia con alguna libertad de espíritu. Un dia, al fin, creo que fué al siguiente de la ejecucion de Ulbach, el autor se puso á escribir este libro. Desde entonces parece que se haya quitado de encima un gran peso. Cuando se comete uno de esos crímenes públicos, que se llaman ejecuciones judiciales, su conciencia le dice que no es solidario de ellos, y no ha vuelto á sentir ya caer en su frente esa gota de sangre que salta de la plaza de la Grève á la faz de todos los miembros de la comunidad social.

Pero eso solo no basta: es bueno lavarse las manos; pero impedir que se derrame sangre es mucho mejor. Por eso el autor no encuentra objeto más elevado, más santo ni más augusto que éste: contribuir á la abolicion de la pena de muerte. Por eso desde el fondo del corazon se adhiere á las opiniones y á los esfuerzos de los hombres generosos de todas las naciones que trabajan desde hace muchos años para derribar el árbol del patíbulo, único árbol que las revoluciones no arrancaron de raiz. Por eso llega con alegría á su vez, á pesar de su debilidad, á dar un puñetazo y á ensanchar cuanto pueda la muesca que Beccaria hizo, hace setenta años, en la antigua horca levantada desde hace tantos siglos sobre la cristiandad.

Acabamos de decir que el cadalso es el único edificio que las revoluciones no derriban. Es raro, en efecto, que las revoluciones, no siendo sóbrias de sangre humana, y viniendo á cortar, á desmochar y á descabezar la sociedad, no puedan desasirse con facilidad de la podadera de la pena de muerte.

Confesaremos, sin embargo, que si alguna revolucion nos ha parecido digna y capaz de abolir la pena de muerte, fué la revolucion de Julio. Parece que, en efecto, correspondia al movimiento popular más clemente de los tiempos modernos borrar la penalidad bárbara de Luis XI, de Richelieu y de Robespierre, é inscribir al frente de la ley la inviolabilidad de la vida humana. 1830 merecia romper la cuchilla de 1793.

Un momento creimos que así sucedería. En Agosto de 1830 habia en la atmósfera tanta generosidad, tal espíritu de dulzura y de civilizacion flotaba sobre las masas, se sentia tan ensanchado el corazon por la aproximacion de un hermoso porvenir, que nos parecia que la pena de muerte estaba ya abolida en el derecho, de repente, por consentimiento tácito y unánime. El pueblo acababa de quemar públicamente en una hoguera los andrajos del antiguo régimen, y este era el andrajo sangriento, que ya le creíamos en el monton y ardiendo con los otros; y durante algunas semanas confiados, crédulos, tuvimos tanta fé en el porvenir de la inviolabilidad de la vida como en el de la inviolabilidad de la libertad.

Y en efecto, apenas transcurrieron dos meses se hizo una tentativa para resol-

ver en realidad legal la utopia sublime de César Bonesana. Por desgracia esa tentativa fué torpe, poco hábil, casi hipócrita, y no se intentó en beneficio del interés general.

En el mes de Octubre de 1830, despues de desechar por medio de la órden del dia la proposicion de enterrar á Napoleon bajo la Columna, la Cámara entera se puso á llorar y á gemir. La cuestion de la pena de muerte quedó sobre el tapete, y pareció entonces que las entrañas de los legisladores se conmovieron con súbita y maravillosa misericordia; todos ellos hablaban, suspiraban y levantaban las manos hácia el cielo. La pena de muerte! ¡Gran Dios, qué horror! Hubo antiguo procurador, que encaneció usando el traje rojo, que comia toda la vida el pan amasado con la sangre de las requisitorias, cuyo semblante adquirió de repente expresion compasiva y juró por los dioses que la guillotina le indignaba. Durante dos dias no se vació la tribuna de oradores lacrimosos; fué aquello una lamentacion, una miriología, un concierto de salmos lúgubres, un *super flumina Babilonis*, un *stabat mater dolorosa*, una grande sinfonía en *do*, con coros, ejecutada por toda la orquesta de oradores que ocupaban los primeros bancos de la Cámara, y que despide tan gratos sonidos en los dias memorables. No pudo oirse sinfonía ni más piadosa, ni más poética; la sesion de la noche, sobre todo, fué tierna, paternal y desgarradora, como un acto quinto de Lachaussée; el público, que no comprendia nada de esto, lo oia con los ojos llenos de lágrimas.

De qué se trataba allí? ¿De abolir la pena de muerte? Sí y no. Hé aquí el hecho: cuatro hombres de mundo, cuatro hombres aristócratas, de esos hombres que se pueden encontrar en cualquier salon, y con los que se cambian algunas frases de cortesía, habian intentado, desde las altas regiones políticas, uno de esos golpes atrevidos que Bacon llama *crímenes* y Maquiavelo *empresas*; pero sea crímen ó empresa, la ley, brutal en todas partes, castiga el hecho con la pena de muerte; y los cuatro desgraciados se encontraban prisioneros, cautivos de la ley y vigilados por trescientas escarapelas tricolores dentro de las hermosas ojivas de Vincennes. ¿Qué hacer en este caso? Comprendereis que no se debe llevar á la plaza de la Grève en una carreta, ignoblemente atados con cuerdas dos á dos y conducidos por un funcionario que no es necesario nombrar, á cuatro hombres como vos y como yo, cuatro hombres de la buena sociedad. ¡Si hubiera una guillotina de caoba!

Pues es preciso abolir la pena de muerte.

Entonces la Cámara se puso á trabajar.

Pero fijaos, señores, en que ayer aun considerábais esa abolicion como una utopia, como una teoría, como una fantasía, como una locura. Fijaos en que no es la primera vez que se os ha pedido la supresion de la carreta, de las cuerdas y de la horrible máquina, y que es muy extraño que ese repugnante aparato os hiera la vista tan de repente.

Bah... no es eso de lo que se trata; no es por tí, pueblo, por lo que abolimos la pena de muerte; es por nosotros, los diputados, que podemos ser ministros y no queremos que la mecánica de Guillotin muerda á las altas clases; por eso la rompemos. Tanto mejor si esto favorece á todo el mundo, pero no hemos pensado más que en nosotros mismos. Ucalegon arde, pues apaguemos el fuego, suprimamos el verdugo, tachemos el Código.

De este modo la alianza del egoismo altera y desnaturaliza las más bellas combinaciones sociales; es como la vena negra en el mármol blanco, circula por todas partes y se aparece á cada instante y de improviso á los golpes del cincel. Hay que rehacer vuestra estátua.

No hay necesidad de que declaremos que no somos nosotros de los que piden las cabezas de cuatro ministros. Ya presos los desgraciados, la cólera de indignacion que nos inspiró su atentado se trueca en nosotros, como en todo el mundo, en profunda compasion. Consideramos las preocupaciones de educacion de alguno de ellos, en el cerebro poco desarrollado de su jefe, relapso fanático y obstinado de las conspiraciones de 1804, envejecido antes de tiempo en la sombra húmeda de las prisiones del Estado; consideramos las necesidades fatales de su posicion comun por la imposibilidad de permanecer fijos en la pendiente rápida por la que la monarquía se lanzó á toda brida el 8 de Agosto de 1829; consideramos la influencia, poco calculada por nosotros hasta entonces, de la persona real, y sobre todo la dignidad que uno de ellos extendia, como un manto de púrpura, sobre su desgracia. Somos de los que les deseamos con sinceridad que salven la vida, y que estamos dispuestos á

sacrificarnos por que lo consigan. Si alguna vez, lo que tenemos por imposible, su patíbulo se levantara en la plaza de la Grève, no dudamos (y si esto es una ilusion queremos conservarla), no dudamos de que se promoveria una sedicion para derribar el patíbulo y el que escribe estas líneas formaria parte de esa santa rebelion. Porque es preciso decirlo muy alto; en las crísis sociales, de todos los cadalsos, el cadalso político es el más abominable, el más funesto, el más venenoso, y es indispensable extirparlo. Esta especie de guillotina hecha raices debajo del empedrado, y al poco tiempo hace brotar varios retoños en todos los puntos del terreno. En tiempos de revolucion guardaos bien de hacer rodar la primera cabeza, porque ésta abre el apetito del pueblo.

Personalmente estamos de acuerdo con los que quieren perdonar á los cuatro ministros, y acordes de todas las maneras, tanto por las razones de sentimiento como por las razones políticas; pero nos parece que la Cámara debia haber elegido otra ocasion para proponer la abolicion de la pena de muerte.

Si se hubiera propuesto tan anhelada abolicion, no por salvar á cuatro ministros caidos desde las Tullerías á Vincennes, sino por salvar á cualquier ladron de caminos, ó por salvar á cualquiera de esos miserables que apenas mirais cuando pasan á vuestro lado por la calle, á los que hablais evitando por instinto el contacto súcio; por salvar á uno de esos desgraciados en cuya infancia andrajosa corria con los piés desnudos por entre el barro de los callejones, tiritando de frio en el invierno en las orillas de los muelles, calentándose en los respiraderos de las cocinas de Vefour, en cuya fonda comeis, sacando de aquí y de allá un pedazo de pan de entre un monton de suciedades y limpiándolo para poder comérselo; por uno de esos miserables que no gozan de más diversiones que del espectáculo gratis de las fiestas de los reyes y de las ejecuciones de la plaza de la Grève, que tambien es otro espectáculo que disfruta gratis; pobres infelices á los que el hambre arrastra á robar y el robo á otros delitos; hijos desheredados de una sociedad madrastra que la galera toma á los doce años, el presidio á los diez y ocho y el patíbulo á los cuarenta, desgraciados á los que hubieran podido regenerar una escuela y un taller, haciéndoles buenos, morales y útiles, y que ahora no sabeis qué hacer de ellos y los arrojais, como un fardo inútil, ya en el rojo hormiguero de Tolon, ya en el mudo encierro de Clamart, cercenándoles la vida, despues de quitarles la libertad; si hubiese sido por salvar á uno de esos hombres el proponeros abolir la pena de muerte, entonces esa sesion hubiera sido verdaderamente digna, grande, santa, majestuosa y venerable. Desde los augustos padres del Concilio de Trento, que invitaron á los heréticos al Concilio en nombre de las entrañas de Dios, *per viscera Dei*, con la esperanza de convertirles, *quoniam sancta synodis sperat hereticorum conversionem,* jamás Asamblea humana ofreció al mundo espectáculo tan sublime, tan ilustre y tan misericordioso. Siempre ha correspondido á los que son verdaderamente fuertes y verdaderamente grandes proteger á los débiles y á los pequeños. Un consejo de brahmines seria excelente si defendiera la causa del pária, y aquí la causa del pária es la del pueblo.

Aboliendo la pena de muerte por él y sin que tuviéseis interés particular en la cuestion, hariais más que una obra política, hariais una obra social; mientras que ahora ni aun habeis hecho una obra política, porque quereis suprimir la pena capital, no por abolirla, sino por salvar á cuatro desgraciados ministros que se encontraron con la mano cogida en el saco de los golpes de Estado.

Ha sucedido que como no fuísteis sinceros, se ha desconfiado de vosotros. Cuando el pueblo vió que se le queria engañar, se enfadó contra toda la cuestion en masa y, cosa chocante! rechazó hecho y causa de abolir la pena de muerte, de la que él, sin embargo, soporta todo el peso; vuestra torpeza le llevó á ese extremo; presentásteis esa cuestion al viés y sin franqueza, y la habeis comprometido para mucho tiempo. Habeis representado una comedia y el público la ha silbado.

Algunos espíritus, sin embargo, tuvieron la bondad de tomar en sério esa farsa. Inmediatamente despues de la famosa sesion, un guarda-sellos, hombre honrado, dió á los procuradores generales la órden de que hicieran suspender indefinidamente todas las ejecuciones capitales. En la apariencia este era un gran paso.

Los adversarios de la pena de muerte respiraron; pero poco tiempo les duró esta ilusion.

El proceso de los ministros se terminó

y no sé qué sentencia se pronunció en él; lo cierto es que les perdonaron la vida. La fortaleza de Ham fué elegida como justo medio entre la muerte y la libertad. Hecho ese arreglo, se desvaneció el miedo en el espíritu de los hombres que dirigian el Estado, y con el miedo desapareció la humanidad. Ya no se trató de abolir la pena de muerte, y desde que no tuvieron necesidad de tratar esta cuestion, la utopia volvió á ser utopia, la teoría teoría y el delirio delirio.

Siempre habia, esto no obstante, en las prisiones algunos reos vulgares que se paseaban en ellas hacia cinco ó seis meses, tranquilos, seguros de vivir, tomando por perdon la prolongacion de su estancia en la cárcel; pero vereis lo que les sucedió.

El verdugo llegó á asustarse; el dia que oyó hablar á nuestros legistas de humanidad, de filantropía y de progreso, se creyó perdido. Se ocultó el miserable, se sepultó bajo la guillotina, molestado por el sol de Julio como un ave nocturna en el lleno del dia, tratando de que se olvidaran de él, tapándose los oidos y no atreviéndose á respirar.

Seis meses ya que no se le veia; no daba señales de vivir; poco á poco, sin embargo, en las tinieblas iba recobrando el ánimo. Escuchó lo que se decia en las Cámaras y no oia ya pronunciar su nombre, ni ninguna de esas palabras sonoras que tanto le atemorizaron; no se hacian ya comentarios declamatorios sobre el *tratado de los delitos y de las penas*. Se ocupaban de otras cosas; de algun grave interés social, de un camino vecinal, de una subvencion para el teatro de la Opera Cómica, ó de una sangría de cien mil francos hecha en un presupuesto apoplético de quinientos millones. Nadie se acordaba ya de él; al cerciorarse de esto, el verdugo se tranquiliza, saca la cabeza del agujero y mira á todas partes; dá un paso, despues dos, como el raton de La Fontaine, y luego se aventura á salir de pronto de bajo del tablado; salta encima de él, lo arregla, lo restaura, lo acaricia y lo prueba; de repente se vuelve, y vé llegar hasta él á uno de los infortunados presos que contaban con salvar la vida; él se lo aproxima, le despoja, le ata, le corta el pelo y... hé aquí que vuelven á comenzar las ejecuciones. Esto es espantoso, pero es histórico.

Sí; se concedió á los desgraciados presos un plazo de seis meses, agravándoles de este modo la pena para recuperar la vida; pero despues, sin razon, sin necesidad, casi sin saber por qué, una mañana se revocó ese plazo y se remitieron con frialdad todos esos desventurados al verdugo. ¿Os pregunto, Dios mio, en qué nos perjudicaba que viviesen esos hombres? ¿No hay acaso en Francia suficiente aire para que respire todo el mundo? Para que un dia un miserable comisario de la Cancillería se levante del sillon, diciendo:—Basta; nadie piense ya en la abolicion de la pena de muerte: es hora de volver á guillotinar,—es necesario que pase en su corazon algo monstruoso.

Además, nunca acompañaron á las ejecuciones circunstancias tan atroces como cuando la revocacion del plazo de Julio. Nunca la memoria de la Grève ha sido tan repulsiva ni probó mejor la execracion de la pena de muerte, que hoy horroriza más que ayer: ese es el castigo de los hombres que han puesto en vigor ese código sangriento.

Citaremos dos ó tres ejemplos de lo que tienen de espantoso y de impío ciertas ejecuciones, para que se vean atacadas de los nervios las mujeres de los procuradores del rey, porque la mujer es la conciencia, algunas veces.

En el medio dia, hácia el fin del mes de Setiembre último, no recordamos bien el lugar, ni el dia, ni el nombre del reo, pero que lo buscaremos si nos contradicen el hecho, creemos que fué en Pamiers; hácia el fin de Setiembre, como acabamos de decir, entraron á buscar á un hombre en su cárcel, en la que jugaba á las cartas tranquilamente, y le hicieron saber que debia morir dentro de dos horas; un extremecimiento general corrió por todos los miembros del infeliz, porque hacia ya seis meses que nadie se acordaba de él y creia haber salvado la vida: le cortan el pelo, le agarrotan y le confiesan, le meten en un carreton entre cuatro gendarmes y atraviesa por entre la multitud hasta llegar al sitio de la ejecucion. Hasta aquí todo se verificó como se verifica en semejantes casos. Llega al patíbulo, el verdugo lo recibe de manos del sacerdote, se lo lleva, le ata sobre la báscula y despues le suelta la cuchilla. El pesado triángulo de hierro se suelta con mucho trabajo y cae dando vaivenes sobre sus ranuras, y, aquí comienza lo horrible, hace muescas en el hombre sin matarlo; el hombre lanza un grito espantoso; el verdugo, desconcertado, levanta la cuchilla y la deja caer, y ésta muerde el cuello del paciente por segunda vez, pero no lo corta. El paciente dá un grito

de dolor, la muchedumbre tambien. El verdugo repite la operacion esperando alcanzar esta vez mejor éxito. Tampoco: el tercer golpe hace saltar otro arroyo de sangre de la nuca del reo, pero no hace caer la cabeza. Abreviemos. La cuchilla sube y baja cinco veces, cinco veces hace cortes en el cuello del infeliz, cinco veces el condenado lanza gritos horribles y sacude la cabeza viva pidiendo perdon. El pueblo, indignado, toma por sus manos la justicia apedreando al verdugo. Este huye y se esconde debajo de la guillotina, ocultándose detrás de los caballos de los gendarmes. Pero no hemos llegado aun al final. El ajusticiado, viéndose solo en el patíbulo, se levanta sobre la plancha, y allí, de pié, espantoso, regado de sangre, sosteniéndose la cabeza medio cortada, que le colgaba hácia la espalda, pedia con débil voz que vinieran á desatarle. La muchedumbre, compasiva, queria obligar á la fuerza á los gendarmes á que fueran á socorrer á ese desventurado que habia sufrido cinco veces la sentencia de muerte. Entonces un criado del verdugo, jóven de veinte años, sube al cadalso, le dice al paciente que se vuelva para que él le desate, y aprovechándose de la postura del moribundo, que se entregó á él sin desconfianza, salta sobre su espalda y le corta con mucho trabajo la parte de cuello que quedaba sin cortar con una cuchilla de carnicero. Tal es el hecho verídico.

Segun la ley, debió asistir un juez á esa ejecucion; una simple señal suya todo lo hubiera evitado. ¿Qué hacia ese hombre, recostado en su carruaje, mientras se mataba á otro hombre? ¿Qué hacia el que tenia obligacion de castigar á los asesinos, mientras se asesinaba á la luz del sol, casi á su vista? Ni se acusó al juez ni se acusó al verdugo, y ningun tribunal ha condenado esa monstruosa exterminacion de todas las leyes en la persona sagrada de una criatura, hija de Dios.

En el siglo XVII, en la época de la barbarie del Código criminal, en tiempos de Richelieu y de Fouquet, cuando Chalais fué destinado á morir ante Bouffay de Nantes por la mano de un soldado torpe, que en vez de darle un sablazo le dió treinta y cuatro, pareció al menos ese abuso tan irregular al Parlamento de Paris, que promovió acusacion y proceso, y si no castigaron á Richelieu ni á Fouquet, castigaron al soldado; sin duda fué eso injusto, pero en el fondo de lo injusto habia justicia. Aquí no: el hecho se verificó despues de Julio, en tiempo de costumbres más suaves, en época de progreso, un año despues de la célebre lamentacion de la Cámara contra la pena de muerte; pues bien, el hecho pasó completamente desapercibido. Los diarios de Paris lo publicaron como una anécdota, y á nadie se molestó por ese motivo. Se supo únicamente que dislocó expresamente la guillotina uno que queria perjudicar al verdugo; un criado de éste, despedido por su amo, y que por venganza le jugó esa treta. No fué más que una travesura. Continuemos.

En Dijon, hace tres meses, se llevó al suplicio á una mujer. En dicho caso tampoco hizo bien su servicio la cuchilla del doctor Guillotin; tampoco quedó cortada del todo la cabeza. Cuando esto vieron los criados del verdugo, se engancharon á los piés de la mujer, y á pesar de los dolorosos gritos que ésta lanzaba, á fuerza de estirones le separaron la cabeza del cuerpo, casi arrancándola.

En Paris volvemos al tiempo de las ejecuciones secretas. Como desde Julio no se atreven ya á decapitar en la plaza de la Grève; como tienen miedo, como son cobardes, hé aquí cómo obran. Sacaron hace poco de Bicetre á un hombre condenado á muerte, que se llamaba Desandrieux; le pusieron en un carreton de dos ruedas, cerrado por todas partes, yendo un gendarme delante y otro detrás; sin ruido y sin que nadie lo viera, salieron hasta la barrera desierta de Santiago. Cuando llegaron allí eran las ocho de la mañana, apenas acababa de amanecer, y fueron á parar al pié de una guillotina acabada de levantar, teniendo solo por público á una docena de niños, agrupados sobre un monton de piedras alrededor de la máquina inesperada; en seguida sacaron al hombre del carreton y, sin darle tiempo para respirar, furtiva y vergonzosamente le escamotearon la cabeza. A esa infame irrision se llama acto público y solemne de alta justicia.

¿Cómo los partidarios del rey comprenden la palabra civilizacion? ¿En dónde estamos? ¡La justicia rebajándose hasta las estratagemas y las supercherías y la ley hasta los expedientes monstruosos!

Seamos justos, esto no obstante; la ejecucion no fué completamente secreta. Por la mañana se pregonó y se vendió, como de costumbre, la sentencia de muerte por todas las calles de Paris; parece que hay gentes que viven de semejantes ventas; del crímen de un desgra-

ciado, de su castigo, de sus torturas, de su agonía se hace un género que se vende por un *sou*. ¿Comprendeis nada tan repugnante como ese *sou* manchado de sangre? Quién será el que le recoja!

Basta ya de citar hechos horribles.

¿Qué teneis que alegar en favor de la pena de muerte?

Preguntamos con seriedad, para que se nos conteste, y dirigimos la pregunta á los criminalistas y no á los abogados charlatanes. Sabemos que hay quien toma la excelencia de la pena de muerte por texto para usar la paradoja como cualquier otro tema; hay otros que solo están en favor de esta pena porque odian á alguno que la ataca; es para ellos una cuestion cuasi-literaria, cuestion personal, cuestion de nombres propios; éstos son los envidiosos, que nunca faltan á los grandes jurisconsultos ni á los grandes artistas. Siempre encuentran un Grippa los Filangieri, un Torregiani los Miguel Angel y un Scudery los Corneilles.

No nos dirigimos á ellos, sino á los hombres de ley propiamente llamados, á los dialécticos, á los razonadores, á los que quieren que exista la pena de muerte por ser pena capital. Esperamos que nos den sus razones.

Los que juzgan y los que condenan dicen que la pena de muerte es necesaria; desde luego, porque importa separar de la comunidad social un miembro que la perjudica, y que puede perjudicarla más.

—Si solo se tratase de eso, la prision perpétua bastaria; por qué la muerte? Me objetais que puede escaparse de la prision. Construid prisiones de donde no puedan escaparse, y no se necesita verdugo, basta con el carcelero.

Pero se añade: es necesario que la sociedad se vengue, que la sociedad castigue. Ni lo uno ni lo otro; vengarse corresponde al individuo y castigar á Dios. La sociedad está entre los dos; el castigo está por encima de ella y la venganza por debajo; no le sienta bien nada tan grande ni tan pequeño; no debe *castigar por vengarse*, debe *corregir* para *mejorar*. Transformad en ésta la fórmula de los criminalistas, y la comprenderemos y nos adheriremos á ella.

Queda la tercera y última razon, la teoría del ejemplo. Es preciso dar ejemplos y espantar con el espectáculo de la suerte reservada á los criminales á los que se tienten á imitarlos.—Hé aquí poco más ó menos textualmente la frase eterna de todos los requisitorios de Francia: pues bien; desde luego negamos la eficacia del ejemplo, negamos que el espectáculo de los suplicios produzca el efecto que se espera de ellos. Lejos de edificar al pueblo, lo desmoraliza y arruina en él toda sensibilidad y toda virtud. Las pruebas son abundantes y embarazarian nuestros razonamientos si quisiéramos citarlas: señalaremos, sin embargo, un hecho entre mil, porque es el más reciente. En el momento que nosotros escribimos solo han pasado diez dias desde el 5 de Marzo, que fué dia de Carnaval. En San Pol, inmediatamente despues de la ejecucion de un incendiario, llamado Luis Camus, una multitud de máscaras fué á bailar alrededor del patíbulo, todavía humeante. Presentad ejemplos.

Si á pesar de la esperiencia sosteneis la teoría rutinaria del ejemplo, entonces volved á traernos el siglo XVI, sed verdaderamente formidables: estableced otra vez la variedad de los suplicios, traednos á Farinacci, á los atormentadores, la horca, la rueda, la hoguera, la estrapada; volved á desorejar, á descuartizar, á sepultar vivos, á hacer hervir en una cuba; poned en las calles de Paris, como antiguamente en una tienda, abierta al lado de las otras, el repugnante mostrador del verdugo, lleno contínuamente de carne fresca. Restaurad el antiguo Montfaucou, con diez y seis pilares de piedra, con sus jueces, sus cuevas llenas de osamentas, con sus maderos, con sus garfios, sus cadenas, sus estaquillas de esqueletos, sus patíbulos sucursales y el olor de cadáver que el viento Nordeste esparce á largas distancias por todo el barrio del Temple. Esto seria el ejemplo en gran escala y la pena de muerte bien comprendida.

O haced, sino, como en Inglaterra. En Inglaterra, pais del comercio, cuando se prende á un contrabandista en las costas de Douvres se le ahorca *para que sirva de ejemplo*: para eso se le cuelga de un garfio en el patíbulo; pero como la intemperie podria deteriorar el cadáver, le envuelven cuidadosamente en un lienzo untado de alquitran, con la idea de no tener que renovarlo. En el pueblo de la economía se alquitrana á los ahorcados; este procedimiento es lógico en cierto modo, porque es la manera más humana de comprender la teoría del ejemplo.

¿Pero creeis sériamente que presentais un ejemplo cuando ahorcais á un pobre hombre en uno de los rincones más desiertos de las calles exteriores de una

poblacion? En la plaza de la Grève y á la luz del sol, menos mal; ¡pero en la barrera de Santiago y á las ocho de la mañana! Quién vá á verlo? ¿Quién sabe que vais allí á matar á un hombre? ¿Quién cree que esa muerte vá á servir de ejemplo, como no sea á los árboles vecinos?...

¿No veis que así se hacen de tapadillo las ejecuciones públicas? ¿No veis que las ocultais? ¿Es que os causan miedo y vergüenza, y balbuceais ridículamente vuestro *discite justitiam poniti?* ¿Es que en vuestro interior estais conmovidos, inquietos y poco seguros de tener razon, y participais de la duda general y cortais cabezas por rutina, sin saber bien lo que haceis? ¿No sentís en el fondo del corazon que por lo menos habeis perdido el sentimiento moral y social de la mision de sangre que vuestros predecesores, los antiguos parlamentarios, cumplian con tranquilidad de conciencia?... Otros muchos, antes que vosotros, han decretado penas capitales, pero creyéndolas ajustadas al derecho, á la justicia y al bien público: Jouven, el de los Ursinos, se creia que era un juez; Elías de Thorrette tambien; Laubardemont, La Reynie y Laflemas tambien se figuraban ser jueces; pero vosotros, en vuestro fuero interior, no estais muy seguros de no ser asesinos. Dejais la plaza de la Grève por la barrera de Santiago, la muchedumbre por la soledad, el dia por el crepúsculo. No obrais con tranquilidad, porque os ocultais para obrar.

Hé aquí, pues, ya demolidas todas las razones alegadas en pró de la pena de muerte: hé aquí vuestros silogismos reducidos á la nada; hé aquí vuestros requisitorios barridos y reducidos á cenizas; el menor toque de la lógica los disuelve.

Que los partidarios del rey vengan ahora á pedirnos cabezas á nosotros, jurados, á nosotros, hombres, asegurándonos que así protejen á la sociedad, que así satisfacen á la vindicta pública y que así imponen una pena ejemplar. Eso no es más que retórica, ampulosidad, fárrago, nada. Dad un alfilerazo á esas hipérboles y se deshincharán. En el fondo de esa empírica verbosidad solo encontrareis dureza de corazon, crueldad, barbarie, deseo de probar el celo, necesidad de ganar honorarios. Callaos, mandarines!

Es difícil de pensar con sangre fria lo que es el procurador real criminal. Es un hombre que se gana la vida enviando á los otros al patíbulo. Es proveedor titular de la plaza de la Grève. Además, tiene pretensiones de poseer estilo, de ser escritor, de ser elocuente; recita, cuando lo tiene por conveniente, uno ó dos versos latinos antes de pedir la pena de muerte; trata de producir efecto é interesa su amor propio en hacer perder la vida ajena; tiene modelos que imitar, tipos difíciles de ser copiados; tiene sus clásicos, su Bellart, su Marchangy, como un poeta á Racine y otro á Boileau. En el debate se inclina á la guillotina; es su papel, es su estado. Su requisitorio es su obra literaria; la adorna con metáforas, la perfuma con citas, la embellece en la Audiencia, la hace agradable á las damas. Tiene su bagaje de lugares comunes, bastante nuevos aun para las provincias; sus elegantes alocuciones, sus citas y sus refinamientos de escritor. Odia la palabra propia, casi tanto como nuestros poetas trágicos la escuela de Delille. No citará nunca las cosas por su verdadero nombre; viste las ideas cuya desnudez es repugnante con disfraces completos de epítetos y de adjetivos. Hace que Sanson sea presentable; cubre de gasa la cuchilla de la guillotina; pinta de colores la báscula y envuelve el cesto rojo en una perífrasis de modo que no se conozca. Representáosle por la noche en su gabinete, elaborando despacio y con comodidad la arenga que haga levantar un cadalso dentro de seis semanas. Le vereis sudando agua y sangre para encajar la cabeza de un reo en el artículo más fatal del Código, y serrar con una ley mal hecha el cuello de un miserable. Observad cómo pone en infusion, en un barro líquido de tropos y de sinécdoques, dos ó tres textos venenosos para exprimirlos y extraer con gran trabajo la muerte de un hombre. ¿No es verdad que mientras él escribe, bajo la mesa, y en la sombra, parece que deba estar el verdugo, tendido á sus piés, y que él debe dar descanso á la pluma para decirle de vez en cuando, como el amo al perro:—¡Cállate! cállate! que te voy á dar un hueso.

Por otra parte, en su vida privada este funcionario público puede ser un hombre honrado, buen padre, buen hijo, buen marido y buen amigo, como dicen todos los epitafios del cementerio del Padre Lachaisse.

Creemos que está próximo el dia en que la ley suprima esos funcionarios públicos: solo el aire de la civilizacion debe en un tiempo dado gastar la pena de muerte.

Muchas veces nos inclinamos á creer

que los defensores de la pena de muerte no han reflexionado bien lo que ésta es. Pero pesad en la balanza, de cualquier crímen que se trate, el derecho exorbitante que la sociedad se arroga de quitar lo que no ha dado y de imponer la pena más irreparable de todas las penas; y una de dos cosas: ó el hombre que así se castiga no tiene familia, ni padres ni á nadie en el mundo, y por lo tanto no recibió ni educacion, ni instruccion, nadie ha cultivado su espíritu ni ha enderezado su corazon: en este caso, ¿con qué derecho matais á ese miserable huérfano? ¿Le castigais por haber pasado la infancia en el abandono de la sociedad, imputándole como delito el aislamiento en que le habeis dejado? Su desgracia la convertís en crímen. Nadie le enseñó á saber si obraba bien ó mal; su ignorancia le pierde, pero vosotros matais á un inocente.—O este hombre tiene familia; entonces, ¿creeis que al ahorcarle lo herís á él solo? ¿Que su padre, su madre y sus hijos no echarán sangre por su herida? Al matarle decapitais á toda su familia, y en este caso tambien castigais á los inocentes. ¡Torpe y ciega penalidad, que á cualquiera parte que se dirija castiga siempre al inocente!

A ese hombre culpable que tiene familia, secuestradle: en la prision todavía podrá trabajar para los suyos. ¿Pero cómo les ha de proporcionar recursos desde el fondo de la tumba? ¿Pensais sin extremeceros en los niños y las niñas á los que robais el padre, esto es, su manutencion? ¿Es que contais con esa familia para que ocupen dentro de quince años ellos el presidio y ellas la galera?

En las colonias, cuando una sentencia de muerte mata á los esclavos, se destinan mil francos de indemnizacion al propietario del hombre ahorcado. ¿Recompensais al amo y no indemnizais á la familia? Aquí tambien robais un hombre á los que lo poseen, ¿y no lo poseen con título mucho más sagrado que el esclavo con respecto al amo, como es la propiedad del padre, el bienestar de la mujer ó el porvenir de los hijos? Acusamos antes á esa ley de asesinato y ahora la acusamos de robo.

Pero aun nos queda algo más que decir. Pensais en el alma del culpable? ¿Sabeis en qué estado se encuentra? ¿Cómo os atreveis á expedirla con tanta ligereza? Al menos, antiguamente el pueblo tenia fé; y en el momento supremo, el ambiente religioso que se respiraba enternecia al hombre más duro; el culpable era al mismo tiempo penitente; la religion le abria otro mundo cuando la sociedad le cerraba éste; todas las almas tenian la conciencia de Dios y el patíbulo solo era la frontera del cielo. ¿Pero qué esperanza teneis en el cadalso ahora que la hez de la muchedumbre no cree ya? ¿Ahora que todas las religiones se desvencijan, como los antiguos buques que se pudren en nuestros puertos y que antiguamente quizás descubrieron mundos? ¿Con qué derecho lanzais, sin saber á dónde, las almas oscuras de los reos, las almas tales como las volvieron Voltaire y Pigault-Lebrun? Las entregais al cura del presidio, excelente anciano, sin duda; pero, cree y puede hacer creer? ¿No toma como una servidumbre su trabajo sublime? ¿Es que teneis por un sacerdote á ese buen hombre que se codea en la carreta con el verdugo? Un escritor de talento y de corazon ha dicho antes que nosotros: *Es cosa horrible conservar el verdugo despues de haber suprimido al sacerdote.*

Esto solo son, sin duda alguna, razones sentimentales, como las llaman los desdeñosos, que solo conocen la lógica de su pensamiento; á nuestro parecer estas razones son las mejores. Además, las dos séries se corresponden, no lo olvidemos. *El tratado de los delitos* está calcado sobre el *espíritu de las leyes*; Montesquieu engendró á Beccaria.

La razon, el sentimiento y la experiencia están de nuestra parte. En los Estados modelos, en los que la pena de muerte está abolida, el número de los crímenes capitales está de año en año en baja progresiva. Meditad bien este hecho.

No pedimos, sin embargo, en el momento la brusca y completa abolicion de la pena de muerte, como se empeñó aturdidamente la Cámara de diputados; deseamos, por el contrario, que se tenga en esta cuestion la precaucion y el tacto de la prudencia. Además, no deseamos únicamente la abolicion de la pena de muerte; queremos una reforma completa de la penalidad bajo todas sus formas, de arriba á abajo, desde el cerrojo hasta la cuchilla, y el tiempo es uno de los ingredientes que debe entrar en semejante trabajo para que sea perfecto. Trataremos de desenvolver en otra parte el sistema de ideas que á este asunto creemos aplicable. Pero con independencia de las aboliciones parciales para los casos de moneda falsa, de incendio y de robos calificados, etc., pedimos que desde ahora en todos los delitos

capitales, el presidente proponga al jurado esta pregunta: *¿El acusado obró por pasion ó por interés?* Y que en el caso de que el jurado respondiese: *El acusado obró por pasion*, que no hubiera condena de muerte. Esto nos ahorraria ejecuciones repulsivas. Ulbach y Debacker se hubieran salvado y no se guillotinaría á Otelo.

Por lo demás, hay que desengañarse; la cuestion de la pena de muerte madura todo los dias y dentro de poco la sociedad la resolverá como nosotros. Observen los criminalistas más testarudos que la pena de muerte se vá suavizando; cada dia se dulcifica más; signo de decrepitud, signo de debilidad, signo de muerte próxima. La tortura, la rueda y la horca desaparecieron porque, ¡cosa extraña! la guillotina es un progreso. Guillotin era un filántropo. Sí; la horrible Themis, dentuda y voraz, de Farinacio y de Vonglans, de Delancre, de Isaac Loisel, de Oppède y de Machanet, decae, enflaquece, muere. La plaza de la Grève ya la aborrece y se rehabilita: la antigua bebedora de sangre se ha portado bien en el mes de Julio; quiere tener mejor vida de hoy en adelante y permanecer digna de su última buena accion. Vuelve á ser pudorosa la que desde hace tres siglos se habia prostituido á todas las horcas, y quiere perder su reputacion infame; rechaza al verdugo y lava su empedrado.

En la actualidad la pena de muerte está ya fuera de Paris, y salir de Paris es salir de la civilizacion. Todos los síntomas nos son favorables; parece que esa repugnante máquina se desanima y obra con repugnancia, ó mejor dicho, que ese mónstruo de madera y de hierro es á Guillotin lo que Galatea es á Pygmalion. Miradas por cierto lado las espantosas ejecuciones que hemos detallado, ofrecen signos excelentes. La guillotina vacila y está próxima á dar el golpe en vago; todo el viejo andamiaje de la pena de muerte se deshace. La infame máquina saldrá de Francia segun pronosticamos y, si Dios quiere, saldrá á galope, porque tratamos de asestarla golpes tremendos.

Que vaya á buscar hospitalidad en otra parte, á algun pueblo bárbaro, no á la Turquía, que se civiliza; no á los salvajes, que no la admitirian (1); que descienda algunos escalones más en la escala de la civilizacion.

(1) El Parlamento de Otahiti acaba de abolir la pena de muerte.

El edificio social del pasado descansaba sobre tres columnas, el sacerdote, el rey y el verdugo: hace ya muchísimo tiempo que una voz dijo: *¡Los dioses se van!* Ultimamente otra voz gritó: *¡Los reyes se van!* Ya es tiempo ahora de que otra voz diga gritando: *El verdugo se vá!*

Así la antigua sociedad irá cayendo piedra tras piedra; así la Providencia completará el hundimiento del pasado. A los que echan de menos á los dioses, se les puede decir: nos queda Dios. A los que echan de menos á los reyes, se les puede contestar: nos queda la pátria. A los que echaran de menos al verdugo, nada se les podria decir. No creais que el órden desapareceria con el verdugo. La bóveda de la sociedad futura ne se asolará por no tener esa llave repugnante. La civilizacion no es más que una série de transformaciones sucesivas. La dulce ley de Cristo penetrará en su código y derramará en él sus rayos. Se considerará el crímen como una enfermedad, y esta enfermedad tendrá sus médicos, que remplazarán á vuestros jueces, y sus hospitales, que reemplazarán á los presidios. La libertad y la salud se asemejarán: se derramará el bálsamo y el aceite donde se aplicaba el hierro y el fuego; se tratará por medio de la caridad lo que se trataba por medio de la cólera. Esto será sencillo y sublime. La cruz sustituirá á la horca.—Hé aquí todo.

15 Marzo 1832.

# UNA COMEDIA
## APROPÓSITO DE UNA TRAGEDIA. (1)

PERSONAJES.

MADAME DE BLINVAL.
EL CABALLERO.
ERGASTO.
UN POETA ELEGÍACO.
UN FILÓSOFO.
UN SEÑOR GORDO.
UN SEÑOR DELGADO.
DOS MUJERES.
UN LACAYO.

UN SALON.

UN POETA ELEGÍACO *(leyendo)*. . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . .

Pasos se oyeron al siguiente dia

(1) Esta especie de prefacio en diálogo que sigue, acompaña á la cuarta edicion francesa del *Ultimo dia de un reo de muerte*. Al leerlo debe recordarse que las primeras ediciones de este libro se publicaron promoviendo mil objeciones políticas, morales y literarias.

que en la arboleda próxima sonaban,
y oyóse al mismo tiempo y á lo largo
del rio, un perro errante que ladraba;
y cuando fué á sentarse la doncella,
llorando y lleno el corazon de alarma,
en la alta torre del Chalet antiguo,
de las olas oyó el gemido, Isaura,
mas no oyó la infeliz ya la mandora [1]
del gentil menestral que idolatraba.

TODO EL AUDITORIO.—Bravo! Bien! ¡Muy bien!... *(Aplauden.)*

MADAME DE BLINVAL.—Encuentro que tiene ese final un misterio indefinible que hace asomar lágrimas á los ojos.

EL POETA ELEGÍACO.—La catástrofe está velada.

EL CABALLERO *(moviendo la cabeza)*.—*Mandora, menestral!* ¿eso es romántico?

EL POETA ELEGÍACO.—Sí señor; pero romántico razonable, lo verdaderamente romántico. Es preciso hacer algunas concesiones á la época.

EL CABALLERO.—Nada de concesiones; de ese modo se pierde el gusto. Yo daria todos los versos románticos por estos cuatro:

Saber hicieron al gentil Bernardo,
no solo Citerea, sino Pindo,
que el Arte de Agradar cenaba el sábado
con el Arte de Amar á domicilio.

Hé aquí la verdadera poesía! *El Arte de Amar que cena el sábado á domicilio con el Arte de Agradar;* eso es precioso! Pero hoy dia la *mandora* y el *menestral!* Ya no se escriben *poesías fugitivas*. Si yo fuera poeta escribiria poesías fugitivas, pero no lo soy.

EL POETA ELEGÍACO.—Sin embargo, las elegías...

CUALQUIERA *(al POETA)*.—Una observacion, si me permitís; ¿por qué decís *chalet antiguo* y no *gótico*?

EL POETA ELEGÍACO.—*Gótico* no se dice en verso.

CUALQUIERA.—Ah! eso es diferente.

EL POETA ELEGÍACO.—Ya veis, señor, que no quiero excederme: no soy de los que pretenden desorganizar la versificacion francesa y hacernos retroceder á los tiempos de Ronsard y de Brèbeuf. Soy romántico, pero moderado. Me sucede en esto como con las emociones; me gustan dulces, vagas, melancólicas, pero no sangrientas ni horrorosas, y que las catástrofes se presenten veladas; pero hay locos, hay imaginaciones delirantes que... A propósito: ¿habeis leido la última novela?

[1] Laud de cuatro cuerdas.

LAS SEÑORAS.—Qué novela?

EL POETA ELEGÍACO.—*El último dia de un reo de muerte.*

UN SEÑOR GORDO.—Basta; el título solo me ataca los nervios.

MAD. BLINVAL.—Y á mí tambien. Es un libro horroroso.

LAS SEÑORAS.—A ver, á ver; veámosle.

CUALQUIERA.—El último dia de...

EL SEÑOR GORDO.—Muchas gracias, señoras.

MAD. BLINVAL.—En efecto, es un libro abominable, es un libro que dá pesadillas, que nos hace enfermar.

UNA MUJER *(en voz baja)*.—Será preciso que yo lo lea.

EL SEÑOR GORDO.—Debemos convenir en que las costumbres se pervierten de dia en dia. Es una horrible idea la de desenvolver, ahondar y analizar uno tras otro los sufrimientos físicos y las torturas morales que debe experimentar el hombre condenado á muerte en el dia de la ejecucion. Eso no es una atrocidad? ¿Es posible que haya escritor á quien se ocurra esta idea y público que lea á ese escritor?

EL CABALLERO.—Eso es, en efecto, muy impertinente.

MAD. DE BLINVAL.—¿Quién es el autor de ese libro?

EL SEÑOR GORDO.—Se publicó anónimo en la primera edicion.

EL POETA ELEGÍACO.—El autor ha escrito ya dos novelas, cuyos títulos no recuerdo. La primera empieza en la Morgue y concluye en la plaza de la Grève: en cada capítulo sale un ogro que se come un niño.

EL SEÑOR GORDO.—¿Y habeis leido esa novela?

EL POETA ELEGÍACO.—Sí señor; la escena acaece en Islandia.

EL SEÑOR GORDO.—En Islandia! eso es espantoso!

EL POETA ELEGÍACO.—El autor ha escrito además odas y baladas, y no sé qué otras cosas, en las que salen mónstruos que tienen *los cuerpos azules.*

EL CABALLERO *(riendo)*.—Así se deben escribir versos pintorescos.

EL POETA ELEGÍACO.—Ha publicado tambien un drama, ó cosa parecida, en el que se encuentra este hermoso verso:

*Demain vinqt-cinq juin mil sixcent cincuante-sept.*

CUALQUIERA.—Ah, qué verso!

EL POETA ELEGÍACO.—Un verso que pue-

de escribirse con números, verbi y gracia:

*Mañana 25 junio 1657.*

*(Todos se rien.)*

El caballero.—¡Es cosa muy chocante la poesía actual!...

El señor gordo.—Ese hombre no sabe versificar. Cómo se llama?

El poeta elegíaco.—Tiene el nombre tan difícil de retener como de pronunciar, porque participa del godo, del visigodo y del ostrogodo.

Mad. Blinval.—Debe ser un hombre feo.

Un señor gordo.—Un hombre abominable.

Una jóven.—Quien lo conoce me ha dicho que...

El señor gordo.—Qué os ha dicho?

Una jóven.—Que es hombre sencillo, tierno, que vive retirado y que pasa el dia jugando con sus niños.

El poeta elegíaco.—Y las noches en trazar sus obras en las tinieblas: señores, sobre esto se me acaba de ocurrir un verso:

*Et ses nuits à rever des œvres de tenebres;*

tiene muy bien colocada la cesura, y no tiene otro consonante más que *fúnebres*.

Mad. de Blinval.—*Quidquid tentabat dicere, versus erat.*

El señor gordo.—¿Decís que el autor de que nos ocupamos tiene hijos? Imposible, señora; no se pueden tener habiendo escrito una novela tan feroz.

Cualquiera.—¿Con qué objeto la escribió?

El poeta elegíaco.—No lo sé.

Un filósofo.—Segun parece, con la idea de contribuir á la abolicion de la pena de muerte.

El señor gordo.—Qué horror!

El caballero.—¿Será, pues, un desafío con el verdugo?

El poeta elegíaco.—Odia mortalmente la guillotina.

El señor delgado.—Entonces el libro solo contendrá declamaciones.

El señor gordo.—Todo lo contrario; apenas se ocupa en dos páginas del texto de la pena de muerte; casi todo él se pasa describiendo sensaciones.

El filósofo.—Pues eso es un error; el objeto merece sérios razonamientos. Un drama y una novela no prueban nada; además, yo he leido el libro y es malo.

El poeta elegíaco.—Detestable! ¿Está sujeto á las reglas del arte? No; lo que hace el autor en él es rebasar los límites y romper los moldes. Podria pasar la obra si conociésemos al criminal; pero nos es desconocido. ¿Qué hizo? No lo sabemos. Quizás es un pícaro malvado, y no debe interesarnos el hombre á quien no conocemos.

El señor gordo.—No debe abusarse del derecho de hacer experimentar al lector los sufrimientos físicos; cuando veo que matan en las trajedias, nada me importa; pero esa novela os hace erizar el cabello, y os hace tener espantosos sueños; á mí me costó estar dos dias en cama por haberla leido.

El filósofo.—Añadid á eso que es un libro frio y acompasado.

El poeta elegíaco.—Un libro!... un libro!...

El filósofo.—Sí; como decíais hace poco, no se encuentra en él la verdadera estética. No me interesa una abstraccion ni una entidad pura; no veo en él una personalidad que se adapte á la mia. El estilo ni es sencillo ni claro, es arcáico. ¿No decíais esto mismo?

El poeta elegíaco.—Sin duda. No trata de ninguna personalidad.

El filósofo.—El reo no es interesante.

El poeta elegíaco.—¿Cómo ha de interesar si comete un crímen y no tiene remordimientos? Yo hubiese hecho lo contrario; hubiera referido la historia del reo, nacido de padres honrados; le hubiera dado buena educacion, amor, celos, y le hubiera hecho cometer un crímen que en cierto modo no lo fuese, y despues tendria remordimientos, muchos remordimientos; pero las leyes humanas son implacables, y seria preciso que muriese; y entonces venia bien el tratar de la cuestion de la pena de muerte.

Mad. Blinval.—Ah!... Ah!...

El filósofo.—Perdonad, pero el libro concebido de esa manera no probaria nada. La particularidad no se rige por la generalidad.

El poeta elegíaco.—Podia haber elegido un héroe, por ejemplo, á Malesherbes, al virtuoso Malesherbes, su último dia y su suplicio. Entonces sí que hubiera presentado un hermoso y noble espectáculo. Entonces me hubiera arrancado lágrimas y, extremecido, hubiera querido subir al patíbulo con él.

El filósofo.—Yo no.

EL CABALLERO.—Ni yo. Malesherbes, en el fondo, era un revolucionario.

EL FILÓSOFO.—El patíbulo de Malesherbes nada prueba contra la pena de muerte en general.

EL SEÑOR GORDO.—La pena de muerte! ¿Qué necesidad hay de ocuparse de esto? ¿Qué os importa la pena de muerte? Debe ser el autor un mal nacido cuando se empeña en darnos una pesadilla con semejante libro.

MAD. BLINVAL.—Sí; debe tener mal corazon.

EL SEÑOR GORDO.—Nos obliga á pasar revista á las cárceles, llevándonos á las prisiones de Bicetre, y eso es muy desagradable. Ya sabemos que son cloacas; ¿pero qué le importa á la sociedad?

MAD. BLINVAL.—Los que las construyeron no eran niños y ya sabian lo que se hacian.

EL FILÓSOFO.—Sin embargo, cuando se presenta ó se trata de describir con verdad...

EL SEÑOR DELGADO.—Pues justamente eso es lo que falta al autor, la verdad. ¿Qué sabe un poeta de semejantes materias? Para tratarlas con acierto es preciso ser lo menos procurador del rey. Leí una cita que trae un diario de ese libro, que dice que el reo quedó callado cuando le leyeron la sentencia de muerte; y yo ví un sentenciado que en ese momento lanzó un grito espantoso. ¡Ya veis!...

EL FILÓSOFO.—Permitidme...

EL SEÑOR DELGADO.—Además, señores, es de mal gusto ocuparse de la guillotina y de la plaza de la Grève; la prueba es que ese libro, que corrompe el gusto, os incapacita de sentir emociones puras, frescas y naturales. ¿Cuándo aparecerán los defensores de la sana literatura? Quisiera poderlo ser y que mis trabajos me dieran el derecho á sentarme en la Academia francesa.—Hé aquí el señor Ergasto que entra. ¿Qué pensais del *Ultimo dia de un reo de muerte?*

ERGASTO.—Os aseguro que no lo he leido ni lo leeré. Cenando ayer en casa de Mad. de Senauge, la marquesa de Morival habló de él al duque de Melcourt. Se dice que hay alusiones personales á la magistratura y sobre todo al presidente Alimont. El abate de Floricour está tambien indignado porque parece que en un capítulo se habla contra la religion y en otro contra la monarquía. ¡Si yo fuese procurador del rey!...

EL CABALLERO.—Seríais procurador del rey, pero y la Carta!... ¡y la libertad de la prensa! Sin embargo, es odioso un poeta que quiere suprimir la pena de muerte. En el antiguo régimen nadie se hubiera atrevido á publicar una novela contra la tortura; pero desde que se tomó la Bastilla se puede escribir de todo. Los libros hacen mucho daño.

EL SEÑOR GORDO.—Mucho. Estábamos tranquilos sin pensar en nada. De vez en cuando en Francia se cortaba una cabeza por aquí y otra por allá, dos todo lo más por semana, pero sin ruido y sin escándalo. Nadie decia nada ni se ocupaba de ello... pero hé aquí que se publica un libro, un libro que dá horrible dolor de cabeza.

EL SEÑOR DELGADO.—Es el mejor medio para que un jurado lo condene despues de leerlo.

ERGASTO.—Eso turba las conciencias.

MAD. BLINVAL.—¿Quién hubiera creido que produjese tanto efecto una novela?

EL POETA ELEGÍACO.—Los libros son con frecuencia un veneno subversivo del órden social.

EL SEÑOR DELGADO.—Y tambien de la lengua, que los románticos revolucionan.

EL POETA ELEGÍACO.—Distingamos, señores; hay románticos y románticos.

EL SEÑOR DELGADO.—Los que produce el mal gusto.

ERGASTO.—Teneis razon, el mal gusto.

EL FILÓSOFO.—Se dicen cosas que ya no se oyen ni en la calle de Monffetard.

ERGASTO.—Es un libro abominable!

MAD. BLINVAL.—Pues arrojadle al fuego.

EL CABALLERO.—Hablemos de vuestros tiempos, que de entonces acá todo se ha depravado, gusto y costumbres: ¿os acordais de vuestros tiempos, madame Blinval?

MAD. BLINVAL.—No, no los recuerdo.

EL CABALLERO.—Eramos el pueblo más tierno, más alegre y más espiritual de Europa. Siempre teníamos fiestas y hermosos versos, en aquel tiempo éramos felices. ¿Hay algo más galante que el madrigal de La Harpe sobre el gran baile que la mariscala de Mailly dió en mil setecientos... el año de la ejecucion de Damiens?

EL SEÑOR GORDO.—Dichosos tiempos! Ahora las costumbres son horribles y los libros tambien; pues como dijo

Boileau: "*Et la chute des arts suit la décadence des meurs.*"

EL FILÓSOFO *(al* POETA).—¿No se cena en esta casa?

EL POETA ELEGÍACO.—Si; en seguida.

EL SEÑOR DELGADO.—Ahora tratan de abolir la pena de muerte y con ese objeto se escriben novelas crueles, inmorales y de mal gusto, como el *Ultimo dia de un reo de muerte.*

EL SEÑOR GORDO.—Basta, señores, y no hablemos más de ese libro...

UN LACAYO *(entrando)*.—La señora está ya servida.





# EL ÚLTIMO DIA DE UN REO DE MUERTE.

## I.

Bicetre.

Sentenciado á muerte!

¡Hace ya cinco semanas que vivo solo con este pensamiento, siempre solo con él, frio ante su presencia, encorvado bajo su peso!

En otros tiempos (que años me parecen las semanas) yo era un hombre como los demás. Cada dia, cada hora y cada minuto me traia sus ideas, y mi espíritu, jóven y rico, estaba lleno de fantasías, divirtiéndome en desarrollarlas unas tras otras, sin órden y sin fin, bordando con inagotables arabescos la ruda y endeble tela de la vida. Veia graciosas jóvenes, escenas rápidas, dignidades honoríficas, batallas ganadas, teatros llenos de luz y de alegría, y otra vez hermosas doncellas y sombríos paseos nocturnos bajo las copas gigantescas de los castaños. Siempre era dia de fiesta en mi imaginacion, y podia pensar en lo que queria, porque era libre.

Ahora me encuentro cautivo; mi cuerpo yace cargado de cadenas en un calabozo, y mi espíritu aprisionado en la cárcel de una idea horrible, sangrienta, implacable. No tengo más que un pensamiento, una conviccion, una certidumbre... ¡la de estar sentenciado á muerte!

Haga lo que quiera, este pensamiento infernal está siempre en mi presencia, como un espectro de plomo á mi lado, solo y celoso, y privándome de toda distraccion, mirándome sin cesar faz á faz, y sacudiéndome con sus dos manos cada vez que le vuelvo la cabeza, ó cada vez que cierro los ojos por no verle. A cualquier parte que quiera huir, la imaginacion allí se desliza bajo diferentes formas; se mezcla como un estribillo horrible á todas las palabras que se me dirigen; se adhiere á mí, entrando por la reja repugnante de mi calabozo; me persigue despierto, espía mi sueño convulsivo y se aparece en mis delirios bajo la forma de una cuchilla.

Acabo de despertarme con sobresalto, perseguido por ella y diciéndome:—"Eso es un sueño.„ Pues bien, antes que mis pesados ojos tengan tiempo para entreabrirse lo suficiente para ver ese fatal pensamiento, escrito en la horrible realidad que me rodea, sobre la piedra húmeda de mi celda, en los pálidos rayos de mi lámpara de noche, en la trama grosera de mis vestidos, en la figura sombría del soldado de guardia, cuya

cartuchera reluce al través de los hierros del calabozo, oigo una voz que murmura en mis oidos: sentenciado á muerte!

II.

Era una hermosa mañana de Agosto. Hacia tres dias que empezó mi proceso; tres dias que mi nombre y mi crímen reunian una nube de espectadores, que se echaban sobre los bancos de la sala de la Audiencia, como cuervos alrededor de un cadáver; tres dias que la fantasmagoría de jueces, testigos, abogados y procuradores del rey pasaba y repasaba por delante de mí, unas veces grotesca, otras sangrienta, pero siempre sombría y fatal. No pude dormir las dos primeras noches, de inquietud y de terror, y la tercera me dormí de fastidio y de fatiga. A media noche habia yo dejado deliberando á los jueces. Se me habia vuelto á la paja del calabozo, sobre la que caí inmediatamente en un sueño profundo, en el sueño del olvido. Eran las primeras horas que descansaba despues de muchos dias.

Estaba sumido aun en lo profundo de mi sueño, cuando vinieron á despertarme; para despertarme no bastaron esta vez ni los pasos pesados, ni los zapatos herrados del carcelero, ni el ruido de su manojo de llaves, ni el ronco rechinar de los cerrojos; necesité para sacarme del letargo oir su ruda voz en mi oido y sentir su membruda mano en mi brazo.—"Levantaos,,, me dijo.—Abrí los ojos y me incorporé asustado sobre mi asiento. En el momento, por la estrecha y alta ventana de mi celda, ví en el techo del corredor vecino, único cielo que podia entrever, un reflejo amarillo, que la vista, acostumbrada á las tinieblas de la prision, reconocia ser del sol.

—Hace buen dia, dije al carcelero.

Permaneció un momento sin responderme, como pensando si valia la pena de malgastar conmigo algunas palabras; despues murmuró bruscamente y con violencia:

—Es posible.

Yo permanecí inmóvil, con el espíritu medio dormido, con la boca sonriente y con los ojos fijos en la dulce reverberacion dorada que se reflejaba en el techo.

—Debe hacer hermoso dia, repetí.

—Sí, me respondió el carcelero: os esperan.

Esta palabra, como el hilo que corta el vuelo del insecto, me arrojó violentamente á la realidad. Y pasaron ante mi vista la sala sombría del tribunal, la herradura que forman los jueces en sus asientos, ornada de girones ensangrentados; la triple línea de testigos de faz estúpida, los dos gendarmes á los extremos de mi banco, las ropas negras agitándose y las cabezas de la multitud hormigueando en la sombra del fondo, fijando en mí la vista los doce jurados, que velaron mientras yo dormia.

Me levanté, chocando los dientes y temblándome las manos, sin saber dónde encontrar mi ropa y flaqueándome las piernas. Al primer paso que dí tropecé como un ganapan demasiado cargado; sin embargo, seguí al carcelero.

Los dos gendarmes me esperaban en el umbral de la puerta del calabozo, donde me pusieron las esposas, que tenian un pequeño candado complicado, que cerraron cuidadosamente. No hice el menor movimiento; pusieron una máquina sobre otra máquina.

Atravesamos un patio interior. El aire vivo de la mañana me reanimó. Levanté la cabeza. El cielo estaba azul y los rayos calientes del sol, recortados por las largas chimeneas del edificio, trazaban grandes ángulos de luz encima de las altas y sombrías paredes de la prision. El tiempo era bellísimo.

Subimos una escalera de caracol, pasamos un corredor, despues otro, y otro despues; luego se abrió una puerta muy baja, y aire caliente, acompañado de ruido, me dió en el rostro; era el aliento de la muchedumbre que esperaba ya en la sala de la Audiencia. Entré.

Mi aparicion en dicha sala excitó ruido de voces y de armas. Se movieron estrepitosamente todos los bancos, resonaron las cavidades de todo el recinto; y mientras que yo atravesaba la larga sala entre dos masas de pueblo, guarnecidas de soldados, me parecia que yo era el punto céntrico de donde partian los hilos que hacian mover todos los semblantes. Entonces advertí que no llevaba ya las esposas, pero no recordé dónde ni cómo me las habian quitado.

Reinó profundo silencio en cuanto me coloqué en mi sitio. Al cesar el tumulto de la muchedumbre, cesó tambien el de mis ideas. Comprendí de pronto y con claridad lo que hasta entonces no hice más que entrever confusamente, á saber, que habia llegado para mí el momento definitivo y que estaba en aquel sitio para oir pronunciar mi sentencia.

Esplíqueme el que sepa el modo cómo se me presentó esta idea sin causarme el

más insignificante terror. Las ventanas estaban abiertas; el aire y el bullicio de la ciudad desde fuera llegaban libremente hasta nosotros; la sala estaba iluminada como para celebrar una boda; los alegres rayos del sol trazaban aquí y allá la figura luminosa de las vidrieras, ya alargándose sobre el piso, ya desenvolviéndose sobre las mesas, ya rompiéndose en los ángulos de las paredes, y cada rayo de los que atravesaban los cristales se abria en el interior, formando un prisma de polvo de oro.

Los jueces, sentados en el fondo de la sala, mostrábanse satisfechos, probablemente por la alegría de acabar pronto. El rostro del presidente, suavemente alumbrado por el reflejo de un cristal, manifestaba calma y bondad; un asesor jóven hablaba casi alegremente con una hermosa dama con sombrero de color de rosa, colocada por favor detrás de él. Solo los jurados estaban pálidos y abatidos, sin duda por haber velado toda la noche; algunos bostezaban. Nada anunciaba en su continente que acababan de dictar una sentencia de muerte; no expresaban sus fisonomías más que un vehemente deseo de ir á dormir.

Frente á mí habia una ventana completamente abierta, debajo de la que oia reir en el muelle á las vendedoras de flores, y doraba el sol al mismo tiempo una florecilla pajiza nacida en la grieta de una piedra y que se mecía al viento. ¿Cómo habia de aclimatarse una idea siniestra en medio de tan risueñas sensaciones? Al verme inundado de aire y de sol, solo pude pensar en la libertad; la esperanza volvió á brillar en mi pecho, como el dia á mi alrededor, y confiado esperé oir mi sentencia, como se espera la libertad y la vida.

Al fin entró en la sala mi abogado, que ya se le estaba esperando; venia de desayunarse con buen apetito. Colocóse en su sitio y se inclinó hácia mí sonriendo.

—Espero... me dijo.

—Verdad que sí? exclamé yo, ligero y sonriendo tambien.

—Sí, repitió el abogado; no sé cuál ha sido su fallo, pero sin duda habrán descartado la premeditacion, y entonces la condena solo será á trabajos forzados perpétuamente.

—Qué decís! exclamé yo indignado; prefiero la muerte cien veces!

Sí; la muerte! Por otra parte, me repetia no sé qué voz interior, ¿qué es lo que arriesgo de decir eso? ¿La sentencia de muerte no se pronuncia á media noche con luces encendidas, en una sala sombría y negra y en fria noche de lluvia en el invierno? ¡Pero en el mes de Agosto, á las ocho de la mañana de un dia tan hermoso y con buenos jurados, imposible! Diciendo esto, mi vista se fijaba en la flor que el sol doraba.

De pronto, el presidente, que solo esperaba ya que viniese el abogado, me invitó á que me levantara. Los soldados hicieron sonar las armas, como por movimiento eléctrico, y toda la asamblea se puso en pié en un instante. Un hombrecillo insignificante, colocado junto á una mesa debajo del Tribunal, probablemente su escribano, tomó la palabra y leyó el veredicto que los jurados pronunciaron durante mi ausencia.

—Abogado, ¿teneis algo que decir relativo á la aplicacion de la pena?

Yo sí que hubiera dicho mucho, pero se me pegó la lengua al paladar y no pude articular palabra. El defensor se levantó.

Comprendí que buscaba el modo de atenuar la declaracion del jurado, pidiendo en vez de la última pena aquella cuya consecucion me heria verle esperar.

Grande debió ser mi indignacion para sobreponerse á las mil emociones que se disputaban mi pensamiento. Quise repetir en alta voz lo que antes le dije: ¡Cien veces antes la muerte! Pero me faltó el aliento y solo pude detenerle por el brazo con rudeza, gritándole con fuerza convulsiva: No!

El procurador general combatió al abogado y yo le escuchaba con estúpida satisfaccion. Cuando terminó, los jueces salieron, despues volvieron á entrar, y últimamente el presidente me leyó la sentencia.

—Sentenciado á muerte! exclamó la multitud, y mientras que se me llevaban, todo el pueblo se agolpó sobre mí con el estruendo de un edificio que se desploma. Yo iba estupefacto y como embriagado, como si una revolucion completa en mi sér me trastornase. Hasta que me leyeron la sentencia de muerte habia yo sentido mi propia respiracion, palpitar, vivir como los otros hombres; ahora veia ya que una muralla formidable se habia levantado entre el mundo y yo. Nada me aparecia con el mismo aspecto que antes. Las largas y luminosas ventanas de la sala, el sol resplandeciente, el cielo puro, la linda flor, todo lo veia ya blanco y pálido del color de un

sudario. Los hombres, las mujeres y los niños, que me impedian el paso, me parecian fantasmas.

Bajo de la escalera un carruaje negro y con rejas de hierro me esperaba; al momento de subir en él por casualidad miré á la plaza.—¡Un condenado á muerte! gritaban los transeuntes corriendo hácia el carruaje. A través de la nube, que parecia haberse interpuesto entre las cosas y yo, observé que dos jóvenes me seguian mirándome con ojos ávidos.—Bien, dijo la más jóven, frotándose las manos; será dentro de seis semanas.

## III.

Condenado á muerte! Y por qué no? Recuerdo haber leido en un libro que solo encerraba esta buena idea: *Los hombres están todos condenados á muerte á plazos indefinidos*. ¿En qué ha cambiado mi situacion?

Desde que se pronunció mi sentencia, ¿cuántos hombres habrán muerto que se prometian larga vida? ¡Cuántos me precederán, jóvenes, libres y sanos, que pensarian ir en su dia á ver caer mi cabeza en la plaza de la Grève! ¡Cuántos de aquí á allá, que andan y respiran libremente, que entran y salen, segun su voluntad, me precederán todavía!

¿Por qué en mis circunstancias debo temer perder la vida? Dias pasados en la oscuridad, el pan negro del calabozo, la racion del calducho sacada del cubo de los galeotes, los malos tratos que recibiré, yo que recibí selecta educacion; sufrir de contínuo la brutalidad de carceleros y de sus ayudantes, no ver jamás á sér humano que me crea digno de dirigirme la palabra y de que yo le responda, temblar incesantemente por lo que hice y por lo que han de hacerme; hé aquí, poco más ó menos, todos los bienes de que me ha de privar el verdugo: pero no importa; la muerte de este modo siempre es horrible.

## IV.

El carruaje negro me trajo aquí. Al repugnante Bicetre. Visto desde lejos no le falta majestad á este edificio, que se desplega en el horizonte, al frente de una colina, conservando á cierta distancia parte de su antiguo esplendor y cierto aire de castillo régio. Pero á medida que se vé más cerca el alcázar se vuelve hospicio. Hay un no sé qué vergonzoso y empobrecido que ensucia las fachadas reales, como si las paredes tuviesen lepra.

Ya no quedan en ellas ni vidrieras, ni cristales en las ventanas; pero las cruzan en su lugar macizas barras de hierro, á las que se asoma aquí y allá el rostro macilento de un galeote ó de un loco.

Este es el aspecto que ese edificio presenta de cerca.

## V.

Apenas llegué, manos de hierro se apoderaron de mí; adoptaron conmigo muchas precauciones; me quitaron el cuchillo y el tenedor, y me aprisionaron con la camisola de fuerza, especie de saco de fuerte lona, que sujeta los brazos y el movimiento de los miembros, porque desde entonces eran responsables de mi vida. Como yo habia apelado y tardaria en fallarse mi apelacion seis ó siete semanas, debian conservarme sano y salvo para llevarme á la plaza de la Grève.

Los primeros dias me trataron con una dulzura que me lastimaba, porque las consideraciones del carcelero hacen presentir la horca. Por fortuna al cabo de pocos dias recobró su imperio la costumbre, y me confundieron con los otros prisioneros en la brutalidad comun, y ya no gastaban conmigo las distinciones desacostumbradas de urbanidad, que sin cesar ponian al verdugo ante mis ojos. No fué esta la única mejora que experimenté. Mi juventud, mi docilidad, los cuidados que por mí se tomaba el cura del presidio y sobre todo algunas palabras en latin que yo dirigia al conserje, y que él no comprendia, me consiguieron que me dejasen pasear una vez por semana con los otros detenidos y que me quitasen la camisola que me tenia paralizado. Despues de dudar muchas veces, me concedieron tambien tinta, papel, plumas y una lámpara de noche.

Todos los domingos, despues de oir misa, me dejaban en el prado á la hora de recreo; allí hablo con los presos, que me cuentan sus hazañas, que horrorizarian á cualquiera, pero que á ellos les envanecen. Me enseñan á hablar en *caló*; es esta lengua, ingertada en la general, como una especie de excrecencia repugnante, como una verruga. Algunas veces es de singular energía y espantosamente pintoresca; verbi y gracia: *il y a du raisiné sur le trimar* (hay sangre por el camino), *eponser la veuve* (ser ahorcado), como si la cuerda del patíbulo

fuera viuda de todos los ahorcados. La cabeza del ladron tiene dos nombres: la *sorbonne*, cuando medita, razona y aconseja el delito; *la tronche*, cuando el verdugo la corta. Algunas veces tiene el espíritu del vaudeville; un *cachemire d'osier* (la cesta del trapero), la *menteuse* (la lengua); pero generalmente solo se compone de palabras raras, misteriosas, feas y sórdidas, que no se sabe de dónde provienen; *le tanle* (el verdugo), la *cone* (la muerte), la *placarde* (la plaza de las ejecuciones). Parece un lenguaje formado de sapos y de arañas; cuando se oye hablar esa lengua nos produce el efecto de algo sucio y polvoroso, de un lio de andrajos sacudido delante de nosotros.

Pero al menos los hombres que hablan así son los únicos que me compadecen. Los carceleros y sus ayudantes y los llaveros (por eso no les guardo rencor) hablan y se rien de mí delante de mí mismo, considerándome, no como un hombre, sino como una cosa.

## VI.

Me dije á mí mismo:

—Ya que tengo medios de escribir, ¿por qué no me he de entregar á esta distraccion? Pero qué puedo escribir? Encerrado entre cuatro paredes de piedra, desnudas y frias, sin libertad para mover los piés, sin horizonte para extender la vista, teniendo por único entretenimiento seguir con la vista maquinalmente el giro lento de un óvalo blanquecino que la claraboya del calabozo pinta de dia en la pared opuesta, y, como decia ahora mismo, solo y frente á frente de una idea de crímen y de castigo, de asesinato y de muerte, ¿puedo tener algo que decir yo, que nada tengo ya que hacer en el mundo? ¿Ni qué podria encontrar en mi cerebro, vacío y seco, que valiera la pena de escribirse?...

Por qué no? Si todo es á mi alrededor monótono y descolorido, ¿no existe dentro de mí una tempestad, una lucha y una tragedia? Esta idea fija que se apodera de mí, ¿no se presenta ante mí á cada hora, á cada instante, bajo una nueva forma, más repugnante y más ensangrentada á medida que su término se acerca? ¿Por qué no he de probar á decirme á mí mismo todo lo que sufro de violento y desconocido en la situacion de abandono en que me hallo? Sin duda la materia es abundante, y por corta que sea mi vida, bastarán las agonías, los terrores y las torturas que la han de llenar desde este instante hasta su última hora, para gastar esta pluma y agotar este tintero. Por otra parte, observar esas agonías es el medio de sentirlas menos, y describirlas puede que me distraiga. Puede tambien quizás que lo que escriba no sea inútil: el diario de mis sufrimientos, redactado hora por hora, minuto por minuto y suplicio tras suplicio, si tengo la fuerza de constancia suficiente para llegar hasta el momento en que *físicamente* me sea imposible continuar esta historia, que no tendrá fin, pero que será tan completa como pueda serlo de mis sensaciones, encerrará en su fondo grande y profunda enseñanza. ¿No contendrá este proceso verbal del pensamiento en la agonía, en la progresion siempre creciente de dolores, en la especie de autopsia intelectual de un sentenciado á muerte, más de una leccion para los que le sentenciaron? Quizás su lectura les hará tener la mano menos ligera cuando se trate otra vez de arrojar una cabeza que piensa, una cabeza de hombre, en lo que ellos llaman la balanza de la justicia. Quizás los desgraciados no han reflexionado nunca en la lenta sucesion de torturas que encierra la fórmula expeditiva de una sentencia de muerte. Quizás nunca se han detenido á pensar que en el hombre que sentencian existe una inteligencia que contaba con la vida y un alma que no estaba preparada para la muerte; no, ellos no ven de todo esto más que la caida vertical de la cuchilla triangular, y creen que para el pobre reo ni hay angustias anteriores ni posteriores al patíbulo.

Mi escrito les desengañará: si se publica un dia, conseguirá hacer fijar por algunos momentos su espíritu en los sufrimientos del espíritu, pues estos son los que quizás no conocen, y se vanaglorian de que saben matar sin que el cuerpo apenas sufra; pero no se trata de esto. ¿Qué valen los dolores físicos comparados con los dolores morales? Horror y compasion causan unas leyes dictadas bajo la influencia de ese error. Pero este error se disipará con el tiempo, y ¿quién sabe si contribuirán á ello las memorias de este miserable reo?... Si mis escritos, despues que yo muera, no son juguete del viento del prado, ó si no van á podrirse con la lluvia, pegados á las rotas vidrieras de la habitacion del carcelero.

## VII.

Que lo que yo escriba pueda ser un dia útil á otros; que haga reflexionar al juez antes de dar el fallo; que salve á otros desgraciados, culpables ó inocentes, de la agonía que he de sufrir, ¿qué me ha de importar? ¿Qué resultado puede ofrecerme? Despues que siegue mi cabeza la guillotina, ¿qué me importa que siegue las de otros reos? ¿Por qué me ocupo de semejantes delirios? ¿Por qué quiero derribar el patíbulo despues que suba á él? ¿qué sacaré de semejante victoria?

El sol, la primavera, los campos floridos, las aves que se despiertan á la madrugada, las nubes, los árboles, la naturaleza, la libertad y la vida, todo, todo se acaba para mí... Debia yo salvarme á mí mismo y no á los demás; pero no puedo, porque he de morir mañana, quizás hoy. Oh, Dios! Esta horrible idea me excita á romperme la cabeza contra las paredes del calabozo.

## VIII.

Contemos el tiempo que me queda de vida.

Tres dias de plazo despues de pronunciada la sentencia, para apelar de ella. Ocho dias de olvido en la barra del tribunal de primera instancia del juez, despues de los que se envian al ministro los documentos. Quince dias de espera en casa del ministro, que no sabe siquiera que los tiene allí, pero que, esto no obstante, se supone que los trasmite, despues de examinarlos, al tribunal de apelaciones.

En éste se clasifican, se archivan y se numeran, porque hay muchos á los que aguarda la guillotina y cada uno tiene su turno.

Quince dias para vigilar que no se os conceda ninguna gracia contra derecho.

El tribunal se reune al fin, ordinariamente los jueves, desecha veinte apelaciones en masa, envia el total al ministro, que se lo remite al procurador general, y éste lo remite á su vez al verdugo. Tres dias.

En la mañana del cuarto dia, el sustituto del procurador general se dice al ponerse la corbata:—Es preciso terminar este negocio.—Entonces si el sustituto del escribano del tribunal no tiene que almorzar con los amigos, ni otra cosa que se lo impida, se redacta la órden para la ejecucion de la sentencia, se corrige, se pone en limpio y se remite; y al amanecer del dia siguiente se oyen clavar y ajustar maderos en la plaza de la Grève y dar gritos por las calles la ronca voz de los pregoneros.

Total, seis semanas; la jóven que me vió subir al carruaje negro contaba bien el tiempo.

De estas seis semanas, hace lo menos cinco, ó quizás las seis (no me atrevo á contarlas), que me hallo ya en este nicho de Bicetre, y me parece que hace ya tres dias que fué jueves.

## IX.

Acabo de hacer mi testamento.

Para qué?... Me han condenado en costas, y lo que poseo apenas bastará para pagarlas; la guillotina es muy cara.

Dejo mi madre, mi esposa y una niña, una niña de tres años, tierna, cariñosa y frágil, de ojos negros y rasgados, de cabello castaño. Tenia dos años y un mes cuando la ví por última vez; de modo que quedarán en el mundo cuando yo muera tres mujeres, sin hijo, sin marido y sin padre, tres huérfanas de diferente especie, tres viudas que hace la ley.

Concedo que sea justo mi castigo; pero estas inocentes, ¿en qué delinquieron? Pues no importa, la ley ciega las deshonra y las arruina: es preciso hacer justicia.

Poco me inquieto por mi anciana madre; cuenta ya sesenta y cuatro años y morirá de pesadumbre, si vive algunos dias más: si no le falta fuego en el brasero, nada dirá. Mi mujer tampoco me inquieta; su salud estaba ya muy quebrantada y su razon debilitada á fuerza de sufrir, y tambien morirá pronto, si no se vuelve loca, que perder el juicio dicen que prolonga la vida; al menos la inteligencia no sufre, duerme, está amortecida.

Pero mi hija, mi niña, mi María, que rie, que juega, que canta en este mismo instante y no piensa en nada, ¡esa, esa sí que me inquieta y me entristece!...

## X.

Hé aquí la descripcion de mi calabozo.

Ocupa ocho piés cuadrados, dentro de cuatro paredes de piedra de talla, que forman ángulo recto sobre el empedra-

do de losas, levantado por encima del corredor exterior.

A la derecha de la puerta, al entrar, hay una especie de nicho, ó sea remedo de alcoba, en donde echan un monton de paja, en la que el prisionero descansa y duerme, vestido con pantalon de lienzo y chaqueta de terliz en invierno y en verano.

Por encima de la cabeza se levanta á manera de techo una bóveda negra, de la que cuelgan espesas telarañas. No hay ventana ni claraboya, pero sí una puerta en la que el hierro cubre la madera... Me equivoco, en medio de la puerta, hácia la parte superior, se vé una abertura de ocho á nueve pulgadas cuadradas con hierros en cruz, que el carcelero cierra por la noche.

El exterior se compone de un corredor bastante largo, aireado é iluminado por estrechas claraboyas abiertas cerca del techo, y dividido en varios compartimientos de mampostería, que se comunican entre sí por medio de puertas bajas y arqueadas; cada uno de esos compartimientos sirve de especie de antecámara á otro calabozo parecido al mio; en esos calabozos encierran á los presos condenados por el director de la cárcel á castigos merecidos por la mala conducta; pero los tres primeros se reservan para los sentenciados á muerte, porque estando más cerca de la habitacion del carcelero son más cómodos para este.

Estos calabozos es todo lo que queda del antiguo castillo de Bicetre, que edificó en el siglo décimoquinto el cardenal Winchester, el que mandó quemar á Juana de Arco; así lo oí decir el otro dia á unos *curiosos* que vinieron á visitarme en mi encierro y que me examinaban desde lejos, como á los animales feroces de la Casa de fieras. Esta visita le valió un duro al carcelero.

Se me olvidaba decir que tengo de noche y de dia un centinela á la puerta del calabozo, y que no puedo levantar los ojos hácia la claraboya cuadrada sin encontrar los suyos siempre fijos en mí.

Quieren suponer, sin embargo, que hay luz y aire en esta jaula de piedra.

## XI.

Ya que tarda en amanecer, veré en qué empleo el resto de la noche. Me ocurrió una idea: me levanté y paseé la lámpara por las cuatro paredes del calabozo, que estaban llenas de letreros, de dibujos, de figuras raras y de nombres que se confundian y borraban unos con otros. Parece que cada preso quiso dejar, aquí al menos, alguna huella de su existencia. Hay letras y hay rasgos diversos de lápiz, de yeso y de carbon, de caractéres negros, blancos y grises, y frecuentes y profundas incisiones en la piedra, y de vez en cuando signos y palabras enmohecidas, como si se hubieran escrito con sangre. Si mi espíritu no estuviera preocupado, indudablemente me interesaria este libro singular, que se desenvuelve página á página en cada piedra de este calabozo; trabajaria para formar un todo de estas fracciones del pensamiento esparcidas por las losas, para encontrar en cada signo al hombre que le trazó, para dar sentido y vida á las inscripciones mutiladas, á despedazados trozos, á palabras truncadas, cuerpos sin cabeza, como los que las escribieron.

A la altura de mi cabecera hay dos corazones inflamados, á los que atraviesa una flecha, y escrito sobre ellos: *Amor para toda la vida*. El desgraciado que los dibujó no se comprometia por mucho tiempo.

Al lado de los corazones habia una especie de sombrero de tres picos, con una cara groseramente delineada debajo, y estas palabras: *Viva el Emperador! 1824.*

Otros dos corazones inflamados con esta inscripcion, característica en una cárcel: *Amo y adoro á Mateo Danvin, Jacobo.*

En la pared de enfrente se lee esta palabra: *Papavoine*. La P mayúscula está bordada de arabescos y rasgueada con primor.

Despues se lee una estrofa de una cancion obscena.

Se vé tambien un gorro de la libertad profundamente esculpido en la piedra y encima lo siguiente:—*Bories.—La república*. Este Bories era uno de los cuatro sargentos de la Rochela.

Pobre jóven! Las necesidades políticas son terribles; por una idea, por un sueño, por una abstraccion, la espantosa realidad llamada guillotina, y yo me quejo! ¡yo que he cometido un verdadero crímen, yo que derramé sangre!...

No quise seguir adelante en el escrutinio, al ver en el rincon de la pared una imágen aterradora, la del patíbulo, que quizás á estas horas se está levantando para mí; al contemplarla, la lámpara casi se me cayó de la mano.

## XII.

Volví á sentarme sobre la paja, con la cabeza caida, hasta que se fué disipando el miedo pueril que me sobrecogió, y cediendo de nuevo á extraña curiosidad, continué la lectura de las paredes del calabozo.

Al lado del nombre de Papavoine arranqué una enorme telaraña, cargada de polvo y extendida en el ángulo de dos paredes. Debajo de ella habia escritos cuatro ó cinco nombres perfectamente legibles, entre otros de los que solo quedaban algunas líneas confusas: *Dantun, 1815.—Paulain, 1818.—Juan Martin, 1821.—Castaing, 1823.* Leí esos nombres y me trajeron lúgubres recuerdos. Dantun, que descuartizó á su hermano y que por la noche fué á Paris á arrojar la cabeza en una fuente y los cuartos en una cloaca. Poulain, que asesinó á su mujer. Juan Martin, que disparó una pistola á su padre en el momento en que se asomaba á la ventana. Castaing, el médico que envenenó á un amigo suyo y que asistiéndole en su última enfermedad, que él le produjo, en vez de remedios le propinaba veneno otra vez; y despues de esos nombres el de Papavoine, horrible loco, que mataba niños dándoles cuchillazos en la cabeza.

Hé aquí, me decia á mí mismo, mientras un escalofrío circulaba por mis venas, hé aquí los huéspedes que me han precedido en esta habitacion. Aquí, sobre las mismas losas que yo piso, han tenido sus últimos pensamientos esos hombres sangrientos y asesinos. Dentro de estas cuatro paredes, en este espacio cuadrado, se han visto encerrados como fieras: con cortos intervalos se han sucedido unos á otros; parece que este calabozo no se desocupa; han dejado el sitio aun caliente, lo han dejado para que yo lo ocupe, y yo iré en breve á juntarme con ellos en el cementerio de Clamart, en donde crece mucho la yerba.

No soy visionario ni supersticioso, pero creo que estas ideas me ocasionaron un acceso de fiebre; porque mientras reflexionaba de ese modo, me pareció de repente que esos nombres fatales estaban escritos con letras de fuego sobre la negra pared; oí zumbar cada vez con más fuerza mis oidos; luz rojiza me alumbraba, y me pareció que el calabozo estaba lleno de hombres extraños, que llevaban sus cabezas en la mano izquierda y la cogian por la boca, porque aquellas carecian de cabello. Todos me amenazaban con el puño cerrado, excepto el parricida.

Cerré los ojos horrorizado y entonces veia todo eso con mayor claridad. Ya fuese sueño, vision ó realidad, iba á perder el juicio, cuando una brusca impresion vino á despertarme á tiempo. Estaba próximo á caer desvanecido, cuando sentí que se arrastraban por mi desnuda pierna un vientre frio y unas patas velludas: era la araña que yo desalojé y que se marchaba huyendo.

Esta impresion me hizo volver en mí. Qué espectros tan espantosos! Pero no; ¡solo fué eso una imaginacion de mi cerebro vacío y convulsivo, una fantasía como las de Macbeth! Los muertos no resucitan, y aquellos menos aun. Son muy fuertes los candados del sepulcro, que es prision de la que nadie se escapa. Cómo me acobardé de ese modo?

La puerta del sepulcro no se abre por dentro.

## XIII.

Presencié estos últimos dias una escena lastimosa.

Al salir el sol se oia ya en la cárcel extraordinario ruido. Se abrian y se cerraban repetidamente sus pesadas puertas, rechinaban los cerrojos y los candados, se entrechocaban los manojos de llaves en las cinturas de los carceleros, temblaban de arriba abajo las escaleras á impulsos de precipitados pasos, y voces llamaban y respondian en los extremos de los corredores. Mis vecinos de calabozo, los presos castigados, estaban más alegres que de costumbre; todo Bicetre, en fin, parecia que cantaba, reia, corria y danzaba.

Yo solo permanecia mudo en medio de tanta algazara é inmóvil entre el tumulto, y escuchaba asombrado con atencion.

Pasó un carcelero y me atreví á preguntarle si era dia de fiesta en la cárcel.—Fiesta, si se quiere, me respondió; porque hoy se hierran los forzados que mañana marchan á Tolon. ¿Quereis verlo?... Esto os divertirá.

En efecto, para un recluso solitario era una suerte poder ver presenciar un espectáculo, por odioso que fuese, y acepté el convite.

El carcelero tomó las precauciones de ordenanza para asegurarse de mi persona, me condujo á una especie de celdilla absolutamente vacía y desamueblada,

que tenia una ventana con hierros, pero una verdadera ventana, á una altura que pudiera servir de apoyo y á través de la que se veia realmente el cielo.

—Desde aquí, me dijo, podreis verlo y oirlo todo; estareis solo en este palco como un rey.

Despues salió, cerrándome con llave y con candado.

Caia esta ventana á un patio cuadrado, bastante grande, á cuyo alrededor se elevaban por los cuatro lados otros tantos muros de piedra de seis pisos cada uno. No puede imaginarse punto de vista más miserable, triste y desnudo, que el de esta cuádruple fachada, llena toda de rejas, en las que se apiñaban centenares de rostros pálidos y ojerizos, unos sobre otros, como las piedras de una pared, y, por decirlo así, encuadrados entre las barras de hierro. Eran éstos los prisioneros que salian á ver el espectáculo, esperando el dia de ser actores. Podian compararse á almas en pena, asomadas á las aberturas del Purgatorio que caen á los infiernos.

Esperaban silenciosamente mirando con atencion hácia el patio vacío aun: de vez en cuando, entre aquellas fisonomías apagadas y melancólicas, se veian centellear como puntos de fuego algunos ojos vivos y penetrantes.

El cuadrado de prisiones á que el patio se circunscribe no es exactamente completo. Uno de los cuatro lados del edificio (el que mira al Oriente) está cortado por el medio y le unen al inmediato fuertes rejas de hierro, que dan á otro patio más pequeño, tambien rodeado de paredes, rejas y de ornatos negruzcos. Alrededor del patio principal hay bancos de piedra con las paredes por respaldo, y en medio se levanta una barra de hierro doblada, de modo que pueda colgarse en ella un farol.

Al dar las doce se abrió bruscamente una gran puerta cochera, y salió pesadamente y haciendo ruido de hierros un carro, escoltado por una especie de soldados súcios y de mal aspecto, con uniformes azules, ginetas encarnadas y bandoleras pajizas. Estos eran los guardias de la chusma con las cadenas para los forzados.

En el mismo instante, como si este ruido despertase todos los ruidos de la prision, los espectadores de las rejas, hasta entonces silenciosos é inmóviles, prorumpieron en gritos de alegría, en canciones, en amenazas, en imprecaciones mezcladas con risotadas desvergonzadas y repugnantes. Parecia que eran las máscaras del demonio. En cada rostro apareció un gesto, todos los puños cerrados salieron por entre las barras de hierro, todas las voces aullaron y todos los ojos llameaban, y me causó espanto ver cómo en aquellas cenizas se encendian tantas chispas.

Los cabos de galera, entre los que se distinguian por sus vestidos limpios y su miedo algunos curiosos de Paris, se pusieron tranquilamente á cumplir su obligacion. Uno de ellos subió al carro y arrojó á sus camaradas las cadenas, los collares de viaje y lios de pantalones de lienzo: repartiéronse luego el trabajo; unos fueron á extender en un rincon del patio las enormes cadenas (que ellos llaman *algodones* en caló); desliaron otros en las losas los *tafetanes*, esto es, las camisas y pantalones, mientras examinaban los más expertos, á presencia del capitan, los collares de hierro, que probaron despues uno á uno, haciéndolos chispear sobre el empedrado.

A cada movimiento resonaban las aclamaciones burlescas de los presos, cuyas voces eran dominadas muchas veces por las ruidosas carcajadas de los forzados, para los que se preparaban los hierros, y que se veian relegados á las grandes ventanas de la cárcel antigua que cae al patio pequeño.

Cuando terminaron estos preparativos, un hombre que llevaba bordados de plata, y al que llamaban *el señor inspector*, dió una órden al director de la cárcel, y un momento despues, dos ó tres puertas empezaron á vomitar, casi al mismo tiempo y como á borbotones, en el patio una nube de hombres repugnantes y andrajosos. Estos eran los forzados.

Cuando éstos entraron en el patio redobláronse los gritos de alegría de las ventanas; algunos de ellos, los más célebres del presidio, fueron saludados con aclamaciones y aplausos, que recibian con una especie de altiva modestia. La mayoría llevaba una especie de sombreros trenzados por sus propias manos con la paja del calabozo y de formas extrañas, con la idea de que por las ciudades que pasasen, los sombreros hiciera que se fijasen en la cabeza; éstos fueron los más aplaudidos; particularmente uno fué acogido con tumultuoso entusiasmo; era éste un mozo de diez y siete años, que tenia facciones de niña; acababa de salir del calabozo, donde permaneció ocho dias sin comunicacion, y de la paja de la cama se habia hecho un

vestido que le envolvia desde la cabeza hasta los piés, y entró en el patio dando vueltas sobre él mismo con la agilidad de la serpiente. Era un volatinero sentenciado por robo. Fué recibido, como dije, con nutridos aplausos y con gritos salvajes. Los galeotes respondian, y angustiaba el corazon el ver ese cámbio de alegrías entre los presidiarios con título y los aspirantes al presidio. En vano estaba allí la sociedad representada por los carceleros y los amedrentados curiosos; el crímen se burlaba de ella y convertia aquel castigo horrible en festividad de familia.

A medida que los forzados llegaban, se les conducia por entre dos líneas de soldados al patio de las rejas, en el que les esperaba la visita de los médicos. Allí hacian todos el último esfuerzo para evitar el viaje, alegando como escusa padecer alguna enfermedad, como tener los ojos malos, la pierna coja ó la mano mutilada; pero casi siempre se les encontraba hábiles para ir á las galeras, y se resignaban, muchos de ellos con indiferencia y olvidando al instante su fingida enfermedad.

Terminada la visita se abrió la reja del patio pequeño y un cabo pasó lista por órden alfabético. Salieron uno á uno los forzados y fueron á alinearse á un rincon del otro patio, juntándose con el compañero que le deparaba la casualidad de su letra inicial. Así cada hombre lleva su cadena, pero al lado de un desconocido, porque si el forzado tiene algun amigo, la cadena lo separa de él, y esta es la última de sus miserias.

Cuando se reunieron treinta galeotes se volvió á cerrar la reja y el cabo los alineó con su baston, arrojando delante de cada uno de ellos una camisa, una chaqueta, un pantalon de lienzo crudo, y haciendo despues una señal, empezaron todos á desnudarse. Un incidente inesperado vino á propósito para cambiar esta humillacion en tortura.

Hasta entonces el tiempo estaba bastante sereno, y si la brisa de Octubre enfriaba el aire, tambien rasgaba de vez en cuando las nebulosidades blanquecinas del cielo, dejando paso á los rayos del sol; pero apenas los presidiarios se quitaron los andrajos, en el instante en que aparecian de pié y desnudos á la vista de los guardias y á la curiosidad de los extraños, que andaban alrededor de ellos para verles las espaldas, el cielo se oscureció de repente y empezó á caer un aguacero de otoño, descargando á torrentes en el patio, sobre las cabezas descubiertas y sobre los miembros desnudos de los galeotes y sobre los miserables vestidos que estaban en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos el patio quedó despejado de curiosos y no quedaron en él más que los presidiarios y los guardias; los demás se fueron á refugiar bajo las concavidades de los portales.

El aguacero aumentaba y ya únicamente se veian en el patio los forzados desnudos y destilando agua sobre las losas mojadas. Sombrío silencio sucedió á sus ruidosas bravatas; estaban arrecidos de frio, dando diente con diente; sus piernas extenuadas, sus rodillas nudosas se entrechocaban, y daba compasion ver que cubrian sus miembros amoratados con camisas empapadas de agua, con chaquetas y pantalones mojados y goteando; hubieran preferido permanecer desnudos.

Solo un presidiario viejo conservó la alegría en medio de la tristeza general, y dijo, haciendo gestos para enjugarse el cuerpo con la camisa mojada, que *esto no estaba en el programa;* despues se echó á reir y amenazó al cielo, levantando el puño.

Vestidos ya todos de viaje, se les condujo en partidas de veinte ó treinta al otro lado del patio, á donde les esperaban los *cordones,* tendidos por el suelo. Se llaman cordones largas y fuertes cadenas, anudadas transversalmente, de dos en dos piés, con otras cadenas más cortas, á la extremidad de las cuales hay suspendida una argolla ó collar de hierro, que se abre por un lado con un gozne y se cierra por el otro con un pasador, remachándole despues que está el collar en el cuello del galeote, que lo lleva todo el camino. Estos cordones, cuando están extendidos por el suelo, se parecen bastante á la espina dorsal de un pez.

Hicieron sentar á los presidiarios en el barro de las inundadas losas para probarles los collares; despues dos herreros de la casa, armados de yunques portátiles, se los remacharon á hierro frio, dando grandes martillazos; este momento terrible hace palidecer á los más serenos; cada golpe de martillo que cae sobre el yunque, apoyado en la espalda, hace extremecer la barba del paciente, y el menor movimiento que con la cabeza hiciese hácia atrás, el macho de hierro le partiria el cráneo como la cáscara de una nuez.

Despues de esta operacion los galeotes quedaron sombríos, y no se oia ya

más que el resonar de las cadenas, y de vez en cuando un grito y el sordo ruido del baston de los soldados que caia sobre los miembros de los recalcitrantes; algunos lloraron; los viejos temblaban y se mordian los labios, y yo veia con terror aquellos perfiles siniestros saliendo de los formidables collares de hierro.

A la visita de los médicos sucedió la de los carceleros, y á ésta el remache de los collares. Tres actos del espectáculo.

En esto apareció un rayo de sol, que pareció reanimar todos los cerebros, y los forzados se levantaron todos á la vez como impulsados por un movimiento convulsivo. Los cinco cordones se dieron las manos y formaron con rapidez un círculo inmenso alrededor del pilar de hierro, donde el farol se cuelga, dando tales vueltas que fatigaban la vista; cantaban una cancion de presidio, un romance en caló sobre un aire ya plañidero, ya furioso ó ya alegre; lanzaban á intervalos gritos desentonados y desgarradoras carcajadas, mezclándolos con misteriosas palabras y con aclamaciones furibundas, y las cadenas que se entrechocaban cadenciosamente servian de orquesta á aquellas voces, más roncas que su mismo rechinamiento.

Al poco rato entraron en el patio una caldera grande, y los soldados hicieron terminar la danza de los galeotes á palos, llevándoles cerca de la caldera para que comieran de los yerbajos que nadaban dentro de un líquido sucio y humeante. Despues de comer echaron al suelo las sobras de la sopa y del pan de municion y continuaron el baile y el canto. Parece que se les deja gozar de ese desahogo el dia que los hierran y la noche siguiente.

Observaba yo este espectáculo extraño con curiosidad tan ávida, que me habia olvidado de mí mismo. Se apoderó de mí profundo sentimiento de compasion, y sus risas me hacian derramar lágrimas. De repente, al través de mi absoluta distraccion, ví que se paraba de pronto y que callaba la ronda aulladora y tumultuosa del círculo y que todos los ojos de los galeotes se volvieron hácia mí, fijándose en la reja que yo ocupaba.

—El reo de muerte! el reo de muerte! gritaron todos señalándome con el dedo. Y volvieron á sonar la algazara y las explosiones ruidosas.

Quedé petrificado.

Ignoraba que me conociesen, y no sabia cómo me habian reconocido.

—Buenos dias! buenos dias! me decian con risa mofadora, y uno de los más jóvenes, condenado á prision perpétua, de rostro luciente y aplomado, me dijo mirándome con envidia: El es dichoso! Pronto se casará con la *viuda*! ¡Adios, camarada!

Imposible me seria describir lo que pasó en mi interior; en efecto, yo era su camarada. La Grève es hermana de Tolon, y caso de duda, yo habia descendido más que ellos; todavía me honraban llamándome camarada. Tuve escalofríos. Era su camarada, y algunos dias más tarde yo les hubiera servido de espectáculo á mi vez.

Permanecí en la ventana inmóvil, yerto, paralizado; pero cuando ví los cinco cordones formados avanzar hácia mí, diciéndome palabras de cordialidad infernal; cuando oí el estruendo tumultuoso de sus cadenas y pasos y clamores debajo, al pié ya de mi reja, creí que una nube de demonios iba á escalar mi miserable celda; lancé un grito y me arrojé contra la puerta con bastante violencia para romperla, pero no para huir, porque los cerrojos estaban pasados por fuera. En vano golpeé y llamé rabioso al carcelero. Creí luego oir más cerca las espantosas voces de los forzados, me pareció que veia aparecer sus horribles cabezas al borde de la ventana; lancé otro grito de espanto y caí al suelo desmayado.

## XIV.

Cuando recobré el sentido ya era de noche: me encontré acostado en una mala cama; un farol colgado del techo me hizo ver otras camas alineadas á los lados de la mia. Comprendí entonces que me habian trasladado á la enfermería.

Permanecí despierto algunos instantes sin pensar y sin tener recuerdos, entregado enteramente á la dicha de estar acostado en una cama. En otros tiempos seguramente que esta cama del hospital de la prision me hubiera hecho volver atrás de disgusto y de asco, pero yo no era ya el mismo hombre; las sábanas eran gruesas y negras, el cubrecama estaba agujereado y carcomido, la paja se salia del colchon; pero ¿qué me importaba todo eso? Al fin podian mis miembros extenderse á sus anchuras entre aquellos lienzos groseros, y debajo de aquel delgado cubrecama desaparecia poco á poco el frio horrible de los tuétanos que yo sentia por las noches; así es que con gran facilidad concilié el sueño.

Amanecia apenas, cuando me desper-

tó un ruido que sonaba por la parte exterior del edificio, y como la cama estaba situada al lado de la ventana, se veia el patio grande de Bicetre, que estaba lleno de gente: dos líneas de veteranos conseguian con gran trabajo mantener libre, en el centro que ocupaba la muchedumbre, un estrecho camino que atravesaba el patio. Entre doble fila de soldados caminaban lentamente cinco grandes carros cargados de hombres, traqueteando á cada paso; conducian á los forzados que se marchaban.

Iban los carros descubiertos y cada cordon llenaba uno de ellos: los forzados iban sentados de lado sobre los bordes, de espaldas unos á los otros, separados por la cadena comun, que se extendia á lo largo del carro, y sobre cuya extremidad ponia el pié un vigilante que llevaba el fusil cargado. El movimiento hacia crugir los hierros y cada vaiven del vehículo sacudia las cabezas de aquellos desgraciados y balanceaba de un lado á otro las piernas que llevaban colgando. Lluvia fina y penetrante helaba el aire y les pegaba á las rodillas los pantalones de lienzo grises, que se habian vuelto negros; goteábanles las barbas largas y los cabellos cortos; tenian los rostros amoratados; temblaban y chocaban los dientes de frio y de rabia. No les era posible ya hacer ningun movimiento, porque despues de estar remachado á la cadena, el hombre ya no es más que una fraccion del repugnante todo que se llama cordon y que se mueve como un solo individuo. Debe allí abdicar la inteligencia, condenada á muerte por el collar del presidio, y en cuanto al sér racional, no le es permitido tener desde entonces en adelante necesidades ni apetitos á otras horas que á las que el reglamento fija de antemano. Así inmóviles, la mayor parte medio desnudos, con las cabezas descubiertas y los piés colgando, empiezan el viaje de veinticinco dias, cargados dentro de los carros y vestidos con los mismos trajes durante el sol vertical de Julio que durante las lluvias frias de Noviembre.

Se entabló entre los presidiarios y el gentío no sé cómo un odioso diálogo; se oian injurias de una parte, bravatas de otra é imprecaciones de ambas; pero á una señal del capitan, ví llover los bastonazos sobre los galeotes indistintamente y al acaso sobre cabezas y espaldas, y todo entró en esa especie de calma externa que se llama *órden*; pero los ojos de los presidiarios lanzaban miradas vengativas y los puños se les crispaban sobre las rodillas.

Los cinco carros, escoltados por gendarmes á caballo y por soldados á pié, salieron uno tras otro por el alto portal de Bicetre; un sexto carro les siguió; en éste se tambaleaban, mezcladas, ollas, vasijas de cobre y cadenas de retén para el camino. Despues se fué aclarando el gentío, desvaneciéndose aquel espectáculo como una fantasmagoría. Tambien poco á poco dejó de oirse el ruido que las ruedas y las herraduras de los caballos hacian por el camino empedrado de Fontainebleau, el chasquido de los látigos, el rechinar de las cadenas y los alaridos del populacho, que deseaba un mal viaje á los galeotes.

Esto, pues, solo era para ellos el principio.

¿Y eso es lo que deseaba conseguir para mí el abogado? ¡Ah, mil veces antes la muerte! ¡Antes el patíbulo que la cadena perpétua! ¡Antes la nada que el infierno! ¡Antes entregar la cabeza á la cuchilla de Guillotin que el cuello al collar del forzado!

## XV.

Desgraciadamente no estaba enfermo y al dia siguiente tuve que salir de la enfermería y volver al calabozo. No estoy enfermo, porque soy jóven, fuerte y estoy sano; la sangre circula con libertad por mis venas, los miembros obedecen á mis caprichos, soy robusto de cuerpo y de espíritu, y estoy constituido para resistir una vida larga; esto es cierto y, sin embargo, tengo una enfermedad mortal, causada por la mano de los hombres.

Desde que salí de la enfermería me atormenta una idea cruel, capaz de volverme loco, y es la de que hubiera podido escaparme si lo hubiera intentado, porque los médicos y las hermanas de la Caridad parecia que se interesaban mucho por mí. ¡Morir tan jóven y de semejante muerte! decian compadeciéndome y agrupándose alrededor de mi cabecera. Quién sabe! Acaso eso solo seria curiosidad; además esos médicos curarán una calentura, pero no una sentencia de muerte, y, sin embargo, ¡les hubiera sido tan fácil! Con dejar una puerta abierta... ¿Qué hubieran perdido obrando así?

Ahora ya no tengo remedio! Desecharán mi apelacion, porque todo estaba en regla; los testigos declararon bien, los

abogados llenaron su deber, los jueces sentenciaron con arreglo á las leyes. No abrigo ninguna esperanza, á no ser que... no... locura! ¡no debo tener esperanza! La apelacion es una cuerda que tiene al hombre suspendido sobre el abismo y que cruje sin cesar hasta que se rompe, es como si la cuchilla de la guillotina tardase seis semanas en caer.

Si me indultaran!... y quién? por qué? y cómo?... Es imposible que alcance el perdon; debo servir de ejemplo, como dicen ellos.

No me quedan más que tres pasos que dar: Bicetre, la Conserjería y la Grève.

## XVI.

Durante el poco tiempo que pasé en la enfermería estuve sentado cerca de una ventana, recibiendo el sol que permitian dejar llegar hasta allí las espesas barras de hierro de la reja.

Estaba allí con la frente reclinada en las palmas de las manos, los codos sobre las rodillas y los piés en los palos de las sillas, porque conseguia el abatimiento que yo me doblegase y encorvara por todas partes, como si no tuviese ya huesos en los miembros ni músculos en la carne.

El olor sofocado de la prision me incomodaba más que de ordinario; me sonaban aun en el oido las cadenas de los galeotes y me sentia cansado de estar en Bicetre. Me parecia que Dios debia tener piedad de mí y enviarme, á lo menos, una avecilla que me consolase, cantando frente á mí en el alero de algun tejado. No sé si fué Dios ó el demonio el que me oyó; pero casi en el momento de ocurrírseme esa idea oí resonar cerca de la ventana una voz, no de pájaro, sino mucho mejor, la voz pura y fresca de una jóven de quince abriles. Levanté la cabeza de repente y escuché con ansia la cancion que entonaba; la música del cantar era lenta y lánguida, un arrullo triste, melancólico; hé aquí la letra:

En la calle de la Malla
con la ronda tropecé;
tuluré.
Por el troncho me trincaron;
tuluré, tulureque,
al calabozo con él!
Tulurú, tulureque, tuluré.

No puedo expresar el desengaño amargo que me produjeron esas inesperadas palabras, esperando como esperaba otra cosa de la música. La voz continuó:

Al calabozo con él!
tuluré.
Pusiéronme las sortijas;
el soplon llegó despues;
tuluré.
Un jaque de muchas manos,
tuluré, tulureque,
por el camino encontré.
Tulurú, tulureque, tuluré.

—

Por el camino encontré,
tuluré.
Corre, ve y dí á mi costilla
que aquí voy como me ves;
tuluré.
Y ella, encendida de rabia,
tuluré, tulureque.
"Dime, qué has hecho, Manuel?„
Tulurú, tulureque, tuluré.

—

"Dime, qué has hecho, Manuel?„
tuluré.
Le quité el resuello á un hombre
y le eché el guante al parné,
tuluré.
Al parné y á los relojes,
tuluré, tulureque,
y á las hebillas tambien.
Tulurú, tulureque, tuluré.

—

Y á las hebillas tambien.
Tuluré.
Se najó Paca al palacio,
á besarle al rey los piés;
tuluré.
Y un memorial á meterle,
tuluré, tulureque,
pidiendo me haga merced.
Tulurú, tulureque, tuluré.

—

Pidiendo me haga merced,
tuluré.
Si yo salgo de esta cárcel,
Paca mia, has de tener,
tuluré,
toca de felpa con blondas,
tuluré, tulureque,
flecos anchos de cairel.
Tulurú, tulureque, tuluré.

—

Flecos anchos de cairel,
tuluré.
Mas dice el rey enojado:
"Por mi corona, he de ver,
tuluré,
bailar sin suelo á ese tuno,
tuluré, tulureque,

el fandango y minué.„
Tulurú, tulureque, tuluré. (1)

Ni cantó más la voz ni yo hubiera seguido escuchándola. El sentido medio comprendido y medio velado de esta horrible queja, la lucha del bandido con el pasajero, el ladron que él encuentra y que envia á su mujer este espantoso mensaje: "He asesinado á un hombre y me han detenido„; esa mujer que corre con el memorial á palacio, la majestad que se indigna y quiere hacer bailar un fandango al criminal sin tocar el suelo, todo esto cantado con una música dulce y con voz más dulce todavía, me dejó estupefacto, disgustado y fuera de mí; me hizo un efecto horrible oir que esas palabrotas monstruosas salian de una boca fresca y pura, como las huellas de una babosa sobre las hojas de un capullo.

No puedo describir la sensacion que me causó; me sentia herido y acariciado á la par. ¡La jerigonza de la caverna y del presidio, ese lenguaje sangriento y grotesco, el repugnante caló, casado con la voz de una tierna jóven, que es la graciosa transicion de la voz infantil á la voz de mujer! ¡Aquellas palabras contrahechas y vergonzosas, cantadas con acentos tan suaves y armoniosos!...

La cárcel es un lugar infame: circula por ella un veneno que todo le ensucia, todo se marchita en ella, hasta la cancion de una jóven de quince años. Si encontrais en ella un pájaro, lleva barro en las alas; cogeis en ella una hermosa flor; pues bien, la flor hiede.

## XVII.

Ay, si pudiera escaparme, cómo correria por los campos!... No, que si corriera llamaria la atencion y despertaria sospechas; al contrario, iria despacio, con la cabeza levantada y cantando. Trataré de proporcionarme algun camison azul con dibujos rojos; esto disfraza bien, y todos los jardineros de las cercanías los llevan.

Conozco cerca de Arcueil un bosque junto á una laguna, á donde iba yo cuando era colegial todos los jueves con mis compañeros á pescar ranas; allí podré ocultarme hasta que sea de noche. Cuando reinara la oscuridad emprenderia el camino hácia Vincennes. No, me lo impediria el rio que atraviesa por allí. Iria, pues, á Arpajon. Mejor seria ir por la parte de San German, hasta el Havre, y allí embarcarme para Inglaterra. Supongamos que llego á Longjumeau y pasa un gendarme y me pide el pasaporte... entonces soy perdido!...

¡Infeliz visionario, rompe antes la pared de tres piés de espesor que te aprisiona! Solo te aguarda la muerte.

¡Recuerdo que cuando yo era muchacho venia alguna vez á Bicetre á ver la cisterna y á los locos!

## XVIII.

Mientras yo escribia lo antecedente palidecia la luz de la lámpara, empezó á amanecer y dieron las seis en el reloj de la iglesia.

Qué significará esto? El carcelero de guardia acaba de entrar en mi calabozo, se ha quitado la gorra, me saluda, se excusa de molestarme y me pregunta, dulcificando cuanto puede su ruda voz, qué es lo que quiero almorzar.

He sentido escalofríos. ¿Será hoy el dia destinado?...

## XIX.

No hay duda; hoy es. Hasta el mismo alcaide vino á visitarme, preguntándome en qué podia serme agradable ó útil. Me ha dicho que deseaba que yo no tuviese queja alguna ni de él ni de sus subordinados; se informó con interés de cómo pasé la noche y de mi salud, y al despedirse me ha llamado *caballero.* Sin duda es hoy!...

## XX.

No cree el carcelero que yo pueda alegar queja alguna ni de él ni de sus súbditos, y tiene razon. Haria mal en quejarme porque cumplen con su obligacion; me vigilan bien, me guardaron consideraciones cuando llegué y son atentos conmigo cuando voy á partir. ¿No debo estar satisfecho de ellos?

Este buen alcaide, con su sonrisa benigna, sus palabras cariñosas, con sus ojos que lisonjean y espían y con sus formidables manos, es la encarnacion de la misma cárcel, es Bicetre hecho hombre. Todo es prision alrededor mio; hallo la prision bajo todas las formas, en la forma humana y en la de las rejas y cerrojos. Esta pared es la cárcel de piedra, esta puerta es la prision de madera y los carceleros la cárcel de carne y huesos.

(1) Esta cancion, escrita en caló, es de D. José García de Villalta, y está inserta en su traduccion española *El último dia de un reo de muerte*, publicada en 1831.

La prision es una especie de sér horrible, indivisible y completo, mitad casa y mitad hombre; yo soy su presa y me cubre y me enlaza en todos sus pliegues; me encierra dentro de sus paredes de granito, me guarda bajo sus candados y me vigila con sus ojos de alcaide.

Ay, desdichado! Qué vá á ser de mí? Qué van á hacer conmigo?

## XXI.

Ahora ya me encuentro tranquilo; todo acabó para mí. Salí ya de la horrible ansiedad en que me dejó la visita del alcaide. Porque, lo confieso, aun abrigaba alguna esperanza; ahora, á Dios gracias, ya nada espero.

Hé aquí lo que acaba de sucederme: en el momento de dar las seis y media se abrió la puerta de mi calabozo y entró en él un anciano de cabeza cana, que vestia levita oscura, debajo de la que percibí la sotana. Era un sacerdote.

Como este eclesiástico no era el capellan del presidio, su entrada me pareció de mal agüero.

Sentóse frente á mí y con sonrisa benigna, moviendo la cabeza y levantando los ojos al cielo, esto es, á la bóveda del calabozo, me dijo:

—Hijo mio, estais preparado?

Yo respondí con voz débil:

—No estoy preparado, pero me prepararé.

No obstante esta respuesta, se me turbó la vista, bañó sudor frio todos mis miembros, se hincharon mis sienes y me zumbaron los oidos.

Mientras que como adormecido vacilaba en la silla, el buen anciano habló, ó á lo menos lo creí, pues parece que recuerde haberle visto mover los labios y las manos y relucir los ojos.

La puerta del calabozo se abrió otra vez y el chirrido de los cerrojos nos arrancó á mí del estupor y á él de su discurso. Se presentó en el calabozo, acompañado del alcaide, un hombre vestido de negro y me saludó ceremoniosamente. Llevaba un legajo de papeles en la mano y aparecia en su semblante el sello de la tristeza oficial de los empleados en las pompas fúnebres.

—Caballero, me dijo, sonriendo con cortesía; soy el escribano de Cámara del Tribunal Supremo de Paris, y vengo á traeros un mensaje de parte del señor procurador general.

Pasada ya la primera emocion, recobré la presencia de ánimo y le respondí:

—¿Conque es el señor procurador general quien os envia? Me proporciona gran honor su mensaje y espero que mi muerte le cause gran satisfaccion, pues no debo creer que le sea indiferente, viendo que la pide con tanta urgencia.

Despues añadí con voz entera:

—Leed, caballero.

El escribano se puso á leer un interminable texto, cantando al fin de cada renglon y vacilando en medio de cada palabra; todo esto para denegar mi apelacion.

—La sentencia se ejecutará hoy en la plaza de la Grève, añadió cuando terminó la lectura, sin levantar los ojos del papel sellado. A las siete y media en punto iremos á la Conserjería. ¿Tendreis la bondad de acompañarme?

Hacia algunos minutos que yo ya no le oía. El alcaide conversaba con el sacerdote, él miraba al papel sellado, yo la puerta que quedó entreabierta... pero habia cuatro soldados en el corredor.

El escribano repitió la pregunta, mirándome esta vez.

—Cuando querais, le respondí.

Al marcharse me saludó, diciéndome:

—Vendré á buscaros dentro de media hora.

Todos salieron. Volví á quedar solo en el calabozo.

¡Dios mio, si encontrase un medio cualquiera de fugarme! ¡Es necesario huir! y huir al momento! ¡Por las puertas, por las ventanas, por el maderaje del techo, aunque deba dejar la carne despedazada entre las vigas!

Oh rabia! oh infierno y desesperacion! Meses enteros no bastarian á romper con buenos instrumentos estas murallas de piedra, ¡y yo no poseo ni un clavo, ni siquiera una hora!

## XXII.

### En la Conserjería.

Héme aquí *transferido,* como dice el proceso verbal; pero el viaje merece contarse.

Daban las siete y media cuando el escribano se presentó otra vez en mi calabozo.—Os espero, cuando querais. Pero no estaba solo, sino con otros.

Me levanté, dí el primer paso y creí que no podia dar el segundo; ¡tan pesada tenia la cabeza y tan débiles las piernas! A pesar de eso me repuse y pude continuar la marcha con bastante firmeza. Antes de salir del calabozo le eché

una ojeada por última vez, pues ya le habia cobrado cariño; despues le dejé vacío y abierto, lo que dá aire singular al calabozo.

Pero no lo estará mucho tiempo. Esta tarde dicen los llaveros que esperan á un reo, que el tribunal estará sentenciando á estas horas.

Al salir al corredor se unió á nosotros el capellan de la cárcel, que venia de tomar el desayuno, y antes de salir de la prision el alcaide me estrechó la mano afectuosamente, reforzando al mismo tiempo mi escolta con cuatro soldados.

Al pasar por la puerta de la enfermería me saludó un viejo que estaba agonizando.—Hasta la vista!

Llegamos al patio, donde pude ya respirar, y esto me repuso, pero no gocé mucho tiempo del aire libre, porque me estaba esperando en el otro patio un carruaje tirado por caballos de posta, y reconocí que era el mismo que me trajo; una especie de coche oblongo, dividido en dos secciones por una reja transversal de alambre, casi tan espesa que parecia hecha de punto de media. Cada seccion tiene una portezuela, la primera delante y la otra detrás del carricoche, cuyo conjunto estaba sucio, negro y polvoroso.

Antes de sepultarme en esta tumba de dos ruedas, lancé una ojeada al patio, una de aquellas ojeadas de desesperacion, ante las que parece que deberian hundirse las paredes. El patio, especie de plazoleta plantada de árboles, estaba más lleno de gente que el dia que se marcharon los galeotes.

Como el dia que éstos partieron, caia lluvia fina y fria, lluvia de la estacion, como está cayendo aun, á la hora en que escribo, que durará quizás todo el dia, acaso más que yo.

Los caminos estaban inundados y el patio lleno de lodo y de agua; me complació al menos ver que el gentío se mojaba y se ensuciaba de barro.

Subieron el escribano y un gendarme en el compartimiento de delante, y el sacerdote, yo y otro gendarme en el otro. Iban cuatro gendarmes á caballo al rededor del carruaje, de modo que, sin contar al postillon, habia cuatro hombres para custodiar á uno solo.

Al subir oí decir á una vieja de ojos grises, que estaba cerca de mí, estas palabras: "Prefiero ver esto á la cadena de los galeotes.„

Y tenia razon; es este un espectáculo que se abarca con una sola mirada con más facilidad y se vé más pronto, es más bello y más cómodo. Nada distrae al espectador, porque no vé más que á un hombre, y en él tanta miseria como en todos los forzados juntos; únicamente la escena está menos repartida; es un licor concentrado, por eso es más sabroso.

El carruaje echó á andar, resonando sordamente al pasar por debajo de la bóveda de la puerta grande; despues desembocó en la avenida, y los pesados portones de Bicetre se cerraron tras él. Me sentia conducir con estupor, como el hombre que cae en un letargo, que no puede moverse ni gritar, y que oye que le están enterrando. Oia con vaguedad los cascabeles suspendidos al cuello de los caballos de posta sonar con cadencia y conservando el tiempo, las ruedas de hierro rechinar sobre las piedras ó herir la caja al cambiar de carril, el galope sonoro de los gendarmes al rededor del carruaje y el ruido del látigo del postillon, y me parecia que un torbellino me arrebataba.

Por entre los hierros que cruzaban un agujero abierto á un lado del coche, se fijaron mis ojos maquinalmente en una inscripcion grabada con grandes letras sobre la puerta principal de Bicetre; decia: *Hospicio de la vejez.*

—Parece, me dije, que hay gente que envejece aquí. Y como acontece entre el sueño y la vigilia, yo daba vueltas en todos los sentidos á esta idea en mi espíritu entorpecido por el dolor. De repente, al pasar el carruaje desde la avenida al camino real, se cambió el punto de vista de la ventanilla. Distinguí las torres de la iglesia de Nuestra Señora, azules y medio borradas por la neblina de Paris, y tambien de súbito cambió el punto de vista de mi espíritu; quedé convertido en máquina, como el carruaje. A la idea de Bicetre sucedió la idea de las torres de Nuestra Señora.—Los que estén encima de la torre en que está colocada la bandera disfrutarán de gran vista, me dije sonriendo con estupidez.

Entonces creo que fué cuando el sacerdote volvió á dirigirme la palabra. Le dejé hablar sin interrumpirle ni entenderle, pues su voz heria mis oidos como el galope de los caballos, el ruido de las ruedas ó el látigo del postillon; era para mí un ruido más.

Escuchaba silenciosamente aquella cascada de palabras monótonas que adormecian mi pensamiento como el

murmullo de una fuente y que pasaban ante mí siempre diversas y siempre las mismas, como los torcidos olmos del camino real, cuando la voz aguda y ágria del escribano, que iba delante, vino á sacarme de mi abstraccion.

—Y bien, señor abad, dijo con acento casi alegre; qué sabeis de nuevo? y se volvió al sacerdote al hacer esta pregunta.

El capellan, que hablaba sin cesar y que además le aturdia el ruido del carruaje, no le respondió.

—Señor abad, gritó el escribano, levantando la voz hasta sobrepujar al ruido de las ruedas. ¡Qué vehículo tan infernal!... ¿Sabeis la gran noticia que circula hoy en Paris?

Me extremecí creyendo que se ocupaba de mí.

—No, le contestó el eclesiástico, que por fin le oyó. No he tenido tiempo esta mañana para leer los periódicos; los leeré esta noche. Cuando paso el dia ocupado como hoy, le encargo al portero que me los guarde y los leo al volver á casa.

—Bah! repuso el escribano; es imposible que no lo sepais. Debeis saber la noticia de esta mañana.

Yo tomé la palabra y dije:

—A mí me parece que la sé.

—Vos! exclamó el escribano mirándome; esto sí que es particular! ¿Y qué os parece?

—Me parece que sois curioso, le contesté.

—Y por qué? replicó el escribano. Cada cual tiene su opinion política; yo os estimo lo suficiente para creer que teneis la vuestra. Yo profeso la opinion de que debe restablecerse la Guardia nacional; yo fuí sargento de una compañía y me gustaba mucho la ocupacion militar.

—No creia que se trataba de eso, le contesté.

—¿De qué, pues... ya que decís que sabeis una noticia?...

—Hablaba de otra, de la que tambien se ocupa Paris hoy.

El imbécil no me comprendió, al contrario, desperté más su curiosidad.

—Otra noticia? ¿Dónde diablos podeis haberla adquirido? Decidnos cuál es; ¿la conoceis, señor abate? ¿Estais más al corriente que yo? Enteradme; os lo ruego. De qué se trata? Ya sabeis que me gustan las noticias; se las cuento al señor presidente y le divierten.

Ni respondia el sacerdote, ni yo contestaba más que levantando los hombros.

—Pero hombre, ¿en qué vais pensando, pues?

—Pienso, le respondí, que esta noche ya no pensaré.

—Ah, era eso! replicó. Vamos, estais demasiado triste. Castaing hablaba.

Despues de un momento de pausa continuó:

—Tambien acompañé á Papavoine: llevaba puesta una gorra de hule y se fumaba un buen cigarro. Los sargentos de la Rochela hablaban solo entre ellos, pero hablaban.

Hizo otra pausa y prosiguió despues:

—Eran locos entusiastas! Parecia que despreciaban á todo el mundo; pero á vos os veo verdaderamente pensativo, jóven.

—Jóven! le contesté yo; soy más viejo que vos; cada cuarto de hora que pasa me envejece un año.

Se volvió hácia mí, mirándome con admiracion estúpida, y luego, riendo, me dijo:

—Vaya! quereis chancearos? podria ser yo abuelo vuestro.

—No quise chancearme, le respondí con gravedad.

—No os incomodeis ni me guardeis rencor; tomad un polvito, me dijo, presentándome abierta la tabaquera.

—No os podria guardar rencor mucho tiempo, aunque quisiera.

En este momento la tabaquera que me ofrecia tropezó con el enrejado de hierro, y á impulso de un violento vaiven del coche cayó á los piés del gendarme, derramándose en el suelo su contenido.

—Maldito enrejado! gritó con mal humor el escribano, que añadió, volviéndose hácia mí:

—Soy muy desgraciado! ¡Todo el tabaco se me perdió.

—Más perderé yo que vos, le respondí sonriendo.

Trató de recoger la parte que pudo de los polvos derramados, murmurando entre dientes:

—Sí, más que yo! eso es fácil de decir; ya no podré tomar polvo hasta que vuelva á Paris; eso es terrible!

El capellan le dirigió entonces algunas frases de consuelo, y no me atrevo á decir si fué ó no preocupacion mia, pero me pareció que eran la continuacion de la exhortacion que antes empezó á dirigirme á mí; poco á poco entablaron conversacion seguida el sacerdote y el escri-

bano; les dejé que hablaran y me quedé entregado á mis pensamientos.

Al llegar á las puertas me pareció que se oia en Paris más ruido que otras veces. El carruaje paró un momento delante del portazgo, del que salieron los guardas á registrarle. Si hubiera conducido un carnero ó un buey á la carnicería, hubieran exigido una cantidad; pero no se paga derecho alguno por la cabeza del hombre, y seguimos adelante.

Franqueado el boulevard, se metió el carruaje á trote largo por las tortuosas y viejas calles del barrio de San Marcelo y de la Cité, que serpean y se entrecortan, como las cien veredas de un hormiguero. Sobre el empedrado de estas calles estrechas, era el ruido del carromato tan estruendoso y rápido, que apagó todos los demás ruidos exteriores. Al mirar por la abertura cuadrada me pareció que el gentío que pasaba se paraba para mirar el carruaje, y que bandadas de niños le seguian corriendo. Tambien observaba de cuando en cuando por las esquinas hombres y viejas trapajosos con papeles impresos en las manos, que los transeuntes se disputaban, abriendo la boca como para pregonar su mercancía.

Daban las ocho en el reloj del palacio cuando llegamos al patio de la Conserjería. La vista de su grande escalera, ennegrecida capilla y siniestros adornos me heló la sangre, de tal modo, que creí que al pararse el coche se iban á parar tambien los latidos de mi corazon.

La puerta se abrió con la rapidez del relámpago: recogí mis fuerzas y salté del calabozo ambulante que me llevó allí, y me interné á paso largo por entre dos filas de soldados que ocupaban la bóveda del portal. Multitud de gente estaba allí reunida para verme pasar.

## XXIII.

Mientras andaba por las galerías públicas del palacio de Justicia me encontraba sereno, pero me abandonó la serenidad al ver que abrian ante mí portezuelas bajas, escaleras secretas, salidas y entradas interiores, largos corredores, sordos, por decirlo así, donde no entran más que los que sentencian y los sentenciados.

El escribano me acompañaba todavía, pero el sacerdote se separó de nosotros para volver dentro de dos horas, que iba á emplear en sus negocios.

Me condujeron al gabinete del director, á cuyas manos me remitió el escribano por una especie de cámbio, porque el director le suplicó que esperase un momento, anunciándole que tenia *caza* que entregarle, que debia conducir á Bicetre el carruaje á su regreso. Esa *caza* probablemente será el reo de hoy, que debe acostarse en la paja que yo acababa de abandonar.

—Muy bien, señor director, le contestó el escribano; esperaré un rato y haremos los dos procesos verbales á la vez; me gusta la idea.

Entre tanto me depositaron en un gabinetillo contiguo al del director, dejándome allí solo, pero pasando los cerrojos de la puerta.

No sé lo que pensaba, ni si pasé allí mucho tiempo, cuando una brusca y violenta carcajada, que sonó á mi lado, me sacó de mi letargo.

Levanté los ojos temblando y ví que ya no estaba solo en el cuarto, sino con un hombre de cincuenta y cinco años, de mediana talla, arrugado, canoso, fornido, con ojos grises, súcio, andrajoso, casi en cueros, de repugnante aspecto.

Me pareció que se habia abierto la puerta del gabinete, lo habia vomitado y se volvió á cerrar, sin que yo me apercibiese de ello. ¡Oh, si la muerte pudiese venir de ese modo!...

Nos miramos fijamente durante algunos segundos el hombre y yo, él prolongando su risa y yo confuso y espantado.

—Quién sois? le pregunté.

—Necia pregunta, me respondió. Soy un bobo.

—Un bobo? qué quereis decir?...

Esta pregunta aumentó su alegría.

—Esto quiere decir, me contestó sin dejar de reir, que el *buchí* echará en el canasto rojo mi cabeza dentro de seis semanas, como lo vá á hacer con la tuya dentro de seis horas. Parece que ahora me comprendes.

Yo estaba lívido y el cabello se me erizaba; era el sentenciado de hoy, el que esperaban en Bicetre, mi heredero.

Este continuó:

—No me crees? Pues escucha mi historia. Soy hijo de un excelente escobon de bolsas; lástima que se le antojase un dia á Andresillo ponerle el corbatin á mi padre. Esto fué cuando todavía reinaba la horca, por la gracia de Dios. A los seis años ya no tenia yo ni padre ni madre. Pasaba los veranos dando vueltas de campana por el polvo, al borde de los caminos reales, para que me echaran algun cuarto por las portezuelas de las sillas de posta. En el invierno

iba á pié, desnudo y sin calcorros, por el fango, soplándome los dedos para mitigar el frio y enseñando los muslos por las rupturas de los pantalones. A los nueve años empecé á servirme de mis garfios, y de cuando en cuando limpiaba una faltriquera, ó le ponia los cinco á una pañosa; á los diez ya jugaba yo de manos como un arlequin. Luego vá uno haciendo conocimientos poco á poco, y á los diez y siete años dejaba yo un camino limpio como la plata; tambien metí la calabaza por la cerraja de un tendajo, y me perfeccioné en el manejo hasta llegar á ser rey de los calabaceros. Entonces me atraparon, y como tenia la edad, me enviaron á remar por la marina. Las galeras son duras; se duerme sobre una tabla, no se bebe más que agua, no se come más que pan negro y se vá siempre arrastrando una maldita bola de hierro que para nada sirve; hay además trancazos y rayos de sol que se meten por los sesos. Tambien nos pelan. Cumplí mi condena de quince años, y diez y siete que llevaba yo, treinta y dos. Una mañanita me pusieron en la mano el pasaporte y sesenta y seis pesetillas que habia juntado en mis quince años de galeras, trabajando diez y seis horas cada dia, treinta dias cada mes y doce meses cada año. Pero lo mismo dá. Estaba resuelto á ser hombre de bien con mis sesenta y seis pesetas, y abrigaba mejores sentimientos bajo mis harapos que puede tener la sobrepelliz de un mochilon. Pero el diablo del pasaporte que me entregaron no era blanco como los otros, sino amarillo, y llevaba escrito: "*Presidiario cumplido.*„ Era menester que lo enseñase por todos los puntos por donde pasaba y presentarlo á la autoridad, y, vaya una recomendacion! ¡un galeote! la gente me tenia miedo, huian los chiquillos de mí y todo el mundo me cerraba las puertas. Nadie queria darme trabajo; me comí las sesenta y seis pesetas, y despues necesitaba vivir. Enseñaba los robustos brazos que tengo para trabajar y me daban con las puertas en los hocicos. Me ofrecia á reventarme trabajando todo el dia por una peseta, por media, por un real y... nada. Qué hacer? Un dia que tenia hambre dí un codazo á la vidriera de un panadero, le eché los cinco á un bollo y el panadero me los echó á mí; no me comí el pan y me sentenciaron á galeras perpétuas, herrándome las espaldas con tres letras de fuego; ya te las enseñaré si quieres verlas. Esta clase de justicia se llama la *recidiva*. Y héme ya aquí caballo de vuelta. Por aquella vez me enviaron á Tolon con los gorros verdes. Era necesario escaparse. Para esto no tenia más que traspasar tres paredes y limar dos cadenas; á un clavo se reducian todas mis herramientas, pero al fin me escapé. Dispararon el cañonazo de alerta, porque nosotros somos como los cardenales de Roma, que van vestidos de rojo, y se nos hace salva cuando partimos. Pero esa pólvora que gastaban solo sirvió para espantar gorriones. Esta vez no tenia pasaporte amarillo, pero dinero tampoco. Encontré luego algunos camaradas que habian cumplido su tiempo ó habian roto sus cordones. El capitan me propuso ser de ellos y acepté, echándome por esos caminos para poder vivir. Unas veces caia una diligencia, otras una silla de posta ó algun mercader. Se le tomaban los ochavos, se dejaba ir al acaso al animal ó al carruaje, se enterraba al amo debajo de un árbol, teniendo cuidado de que no le saliesen los piés, y se danzaba despues sobre la fosa para igualar la tierra. Así he vivido poco á poco, anidando en las espesuras, durmiendo á la luz de las estrellas, corriendo de bosque en bosque, pero libre al menos y dueño de mí mismo; pero todo tiene fin en este mundo. Una noche los gendarmes me cogieron por el pescuezo, mis compinches se salvaron, y yo, que era el más viejo, caí entre las uñas de esos gatos con sombrero de galon y me trajeron aquí. Habia ya subido todos los escalones de la escalera, menos uno; para mí lo mismo era robar un pañuelo que asesinar á un hombre; faltaba aun aplicarme una *recidiva*, y ésta era ponerme en manos del verdugo. Mi proceso fué corto: así como así ya me encontraba viejo y ya no servia para nada. Mi padre se casó con la *viuda* (1) y yo me retiro á la abadía de *Monte-Angustias* (2). Conque se acabó la historia.„

Quedé como estúpido al oirle, lo que acrecentó su risa y quiso darme la mano; yo retrocedí horrorizado.

—Sabes lo que quiero decirte? me dijo; que no tienes facha de valiente. No vayas á hacer el mandria ante la *cartina*, (3) porque todo se reduce á pasar un mal rato en la *placarda* (4), pero ese rato es corto. Si estuviera yo allí te enseñaria á dar la voltereta. Te aseguro que

(1) La horca.
(2) La guillotina.
(3) La muerte.
(4) La plaza de la Grève.

estoy tentado á no apelar si quieren trincharme; iria contigo, y el mismo cura nos serviria á los dos. Ya ves que soy un buen muchacho; dí, te parece bien?

Dió otro paso para aproximarse más á mí.

—Os doy las gracias, le contesté rechazándole.

Volvió á reirse á carcajadas y me respondió, mirándome sin cesar:

—Ah, caballero! sois un marqués? ¡Es un marqués!

Yo le interrumpí:

—Buen hombre, quiero concentrar mis pensamientos; dejadme en paz.

La gravedad de mis palabras le volvió pensativo de repente. Movió la cabeza gris y casi calva; despues, rascándose con las uñas el velludo pecho, que se veia desnudo por las aberturas de la camisa, me dijo:

—Pues bien, sois un marqués, sea enhorabuena; llevais una hermosa casaca que de nada os ha de servir: el *buchí* le echará el gancho. Dádmela; la venderé y compraré tabaco.

Me quité la casaca y se la entregué; al recibirla se puso á dar palmadas con alegría infantil; despues, viendo que me habia quedado en mangas de camisa y que tiritaba, repuso:

—Teneis frio? pues tomad esto, que llueve mucho y os mojaríais; además, debeis ir decente en la carreta.

Hablando así se quitó su gruesa chaqueta de lana gris, por cuyas mangas metió mis brazos; yo le dejé obrar.

Entonces me apoyé en la pared y no sé explicar el efecto que me producia aquel hombre. Se divertia examinando la prenda que yo le acababa de entregar, prorumpiendo á cada instante en gritos y expresiones de alegría.

—Las faltriqueras están nuevas! ¡El cuello no está grasiento! Lo menos me darán quince pesetas por ella. ¡Qué fortuna! ¡Tengo ya tabaco para las seis semanas que me quedan de vida!...

Volvió á abrirse la puerta del cuarto y entraron á buscarnos á los dos: á mí para llevarme al sitio donde los sentenciados á muerte esperan la hora de la ejecucion y á él para conducirlo á Bicetre. Cuando vió á los gendarmes se colocó él mismo en medio del piquete que debia acompañarle, y les dijo riéndose:

—No vayais á equivocarnos, señores; hemos cambiado de pelo el señor y yo, pero no me confundais con él; diablo! No me gustaria ya que me privasen tan pronto del resuello, ahora que ya tengo para comprar tabaco.

## XXIV.

El viejo malvado me quitó la casaca, que yo no se la dí, y en cámbio me deja este harapo infame, esta chaquetilla. Qué pareceré yo con ella? No le permití que tomara la casaca por caridad ó por negligencia, sino porque era más fuerte que yo; si se la hubiese negado, me la hubiese quitado á la fuerza.

No podia tener caridad estando como estaba dominado por malos sentimientos, y hubiera querido poder extrangular entre mis manos á ese viejo ladron y patearle.

Siento que está lleno mi corazon de rabia y de amargura. Creo que en mí se ha reventado la bolsa de la hiel. La muerte me vuelve perverso.

## XXV.

Me han encerrado en una celdilla que no contiene más que las cuatro paredes, con muchas barras de hierro en la ventana y muchos cerrojos en la puerta.

Pedí mesa, silla y todo lo necesario para escribir y me lo trajeron al momento.

Despues dije que me trajesen una cama; el carcelero quedó sorprendido al oir esta peticion, y me miró como queriendo preguntarme: para qué?

Sin embargo, me pusieron un catre en un rincon del calabozo, pero tomando la precaucion de instalar un gendarme en lo que ellos llaman mi *gabinete*. ¿Si tendrán miedo de que me suicide con el colchon?...

## XXVI.

Son las diez.

Pobre hija mia! ¡Dentro de seis horas ya no existiré! seré ya de aquí á seis horas una especie de inmundicia que se arrastrará sobre las mesas frias de los anfiteatros; una cabeza que se pudrirá en una parte y un tronco que disecarán en otra, y luego llenarán un ataud de lo que quede para enviarlo á Clamart.

Hé aquí lo que harán de tu padre unos hombres que no le aborrecen, que quizás le tengan lástima y que de seguro podrian salvarle, y sin embargo, me matan. Comprendes esto, María? Matarme á sangre fria, por medio de una cere-

monia y por el bien de la causa pública.

Pobrecita mia! tu padre, que tanto te amaba, tu padre que besaba tu cuello blanco y perfumado, que se deleitaba pasando la mano por tus sedosos y rizados cabellos, que acariciaba tu lindo y redondo semblante, que te hacia saltar sobre sus rodillas, y por las noches cruzaba tus manecitas y te enseñaba á rezar; tu padre vá á morir. ¿Quién te hará todo esto en lo sucesivo? ¿Quién te amará como yo?... Todas las niñas de tu edad tendrán padre, menos tú. ¿Cómo has de perder la costumbre, hija mia, de que te festejen el dia de tu santo, de que te den aguinaldos, juguetes, dulces, frutas y besos?

Si los jurados hubieran visto á mi pequeña y hermosa María, quizás hubieran comprendido que no debian matar al padre de una niña de tres años.

Cuando llegue á mayor, si llega á serlo, qué será de ella? Vivirá su padre en la memoria del pueblo de Paris, y ella se avergonzará de mí y de mi nombre, y será despreciada, rechazada y envilecida por mi causa, por mí, que la quiero con toda la ternura de mi corazon... Oh, idolatrada hija mia! ¿Será cierto que podré llegar á causarte vergüenza y horror?

¡Qué crímen he cometido y qué crímen hago cometer á la sociedad!

Voy, en efecto, á morir antes que termine el dia; soy yo el que van á matar. Ese ruido sordo de voces que se oye en la calle, ese concurso de alegre populacho que se apiña en el camino, esos gendarmes que se preparan ya en los cuarteles, el sacerdote con sus ropas negras y aquel hombre con las manos rojas, todos se disponen contra mí, todos ellos me están diciendo que voy á morir, yo, este sér que está aquí, que vive, se mueve y respira, que está sentado junto á esta mesa, parecida en todo á otra cualquiera y que pudiera estar en otra parte; yo mismo, en fin, que siento y que me toco.

## XXVII.

Si á lo menos supiera cómo se ejecuta aquel acto y cómo se muere allí encima! Es horrible no saberlo.

El nombre de la máquina es espantoso, y no comprendo yo mismo cómo he podido escribirlo y pronunciarlo hasta ahora.

La combinacion de las letras, su aspecto, su fisonomía están bien combinados para despertar una idea espantosa, y el desventurado médico que inventó la máquina tenia un nombre predestinado.

La imágen que asocio á esa palabra repugnante es vaga, indeterminada y siniestra. Cada sílaba es para mí como una pieza de la máquina. Construyo y derribo sin cesar en mi espíritu su monstruoso maderámen.

No me atrevo á preguntar sobre esto, pero es terrible no saberlo. Parece que hay allí una báscula y que nos acuestan boca abajo... ¡Ah, encanecen mis cabellos antes de que mi cabeza caiga!

## XXVIII.

Esto no obstante, me acuerdo de haber entrevisto una vez esa máquina. Pasaba yo en carruaje un dia á las once de la mañana por la plaza de la Grève, y de repente se paró el coche, no pudiendo pasar adelante por el gentío que obstruia la plaza. Me asomé á la portezuela y ví que la ocupaba la multitud, extendiéndose hasta las avenidas. Por encima de las cabezas de la muchedumbre sobresalia una especie de tablado de madera roja, que levantaban tres hombres.

Debia un sentenciado á muerte ser ejecutado aquel dia, y para eso arreglaban la máquina.

Volví la cabeza á la otra parte para no verla, y oí al lado del coche una mujer que le decia á un niño: "Mira, la cuchilla no cae bien, y van á dar sebo á la ranura con un cabo de vela.„ Ahora estarán probablemente haciendo lo mismo; las once acaban de dar: sin duda engrasarán ahora la ranura.

Desgraciado de mí! esta vez ya no volveré la cabeza por no ver la máquina.

## XXIX.

Quizás logre el perdon, quizás me perdonarán todavía. ¡Que vayan á buscar á mi abogado! Me conformo con la prision perpétua. Cinco años de presidio y que todo se arregle, ó veinte años, ó toda la vida, y con las espaldas marcadas con el hierro candente, pero no quiero morir.

Un forzado al fin anda, va y viene y puede ver el sol.

## XXX.

Acaba de volver el sacerdote.

Tiene blanca la cabeza, aire be-

nigno y respetable presencia; es, en efecto, hombre excelente y caritativo. Esta mañana recuerdo haberle visto vaciar la bolsa en las manos de los presos. ¿Por qué su voz no conmueve ni llega al alma? ¿Por qué no me ha dicho nada que hable ni á mi inteligencia ni á mi corazon?

Esta mañana estaba yo distraido y apenas oí lo que me decia, pero me parecieron inútiles sus palabras y permanecí indiferente; sin embargo, ahora que vuelve, su vista me consuela. Entre todos estos hombres es el único que es todavía hombre para mí, me dije á mí mismo, y tuve sed ardiente de palabras buenas y consoladoras.

Nos sentamos, él en la silla, yo sobre la cama, y me dijo:

—Hijo mio...

Esta palabra me abrió el corazon.

—Hijo mio, creeis en Dios?

—Sí, padre, le respondí.

—¿Creeis en la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana?

—Por qué no he de creer?...

—Parece, hijo mio, que dudeis.

Entonces me asestó un discurso; habló mucho, dijo muchas palabras, y cuando creyó haber acabado, se levantó, mirándome por la primera vez desde el principio de su discurso y preguntándome:

—Vaya, qué dices, hijo mio?

Aseguro que le escuché con avidez al principio, despues con atencion y últimamente por deber.

Me levanté tambien.

—Padre mio, le respondí; os ruego que me dejeis solo unos momentos.

—Cuándo he de volver? me preguntó.

—Os lo avisaré.

Entonces salió silenciosamente, pero meneando la cabeza y como diciéndose á sí mismo:—Este es un impío.

Eso no: por hondo que sea el precipicio donde caí, no soy un impío, y Dios sabe que creo en Él con toda la sinceridad de mi alma; pero ¿qué me ha dicho este anciano? Nada verdaderamente sentido y tierno, nada bañado con lágrimas ni que viniese de su corazon al mio; al contrario, me dijo palabras vagas, inacentuadas, aplicables á todo y para todos; fué enfático cuando debia haber sido profundo; difuso, en vez de ser sencillo; me hizo una especie de sermon sentimental y de elegía teológica, sembrado de citas latinas, en latin de San Agustin y de San Gregorio, etc. Además, parecia que recitaba una leccion ya veinte veces recitada, y que repasaba un tema borrado de la memoria á fuerza de saberlo bien; pero no acompañaba al discurso ni la mirada, ni la voz, ni el semblante, ni la accion.

No podia ser de otro modo: este sacerdote es el capellan titular de la cárcel; su obligacion es consolar y exhortar; vive de eso. Los forzados y los reos de muerte constituyen el resorte de su elocuencia; los confiesa y asiste en cumplimiento de su deber, y ha envejecido acompañando hombres á la muerte. Hace mucho tiempo que está habituado á lo que hace temblar á los demás; sus cabellos blancos no se erizan ya por ningun motivo, y el presidio y el cadalso son para él desgracias cotidianas. Es ya insensible. Quizás tiene en un cuaderno páginas destinadas á los galeotes y páginas destinadas á los reos de muerte. Le avisan la víspera que al dia siguiente tendrá que consolar á un hombre á hora marcada; él pregunta si es galeote ó vá al patíbulo; lee la página correspondiente y viene luego. De este modo sucede que los que van á Tolon y los que van á la Grève son un lugar comun para él, y él es un lugar comun para ellos.

Que vayan á buscarme en vez de este sacerdote á algun vicario jóven ó á algun cura anciano, á la casualidad, en la primera parroquia que les ocurra, que le saquen del lado del fuego donde estará leyendo y no esperando salir y que le digan: Hay un hombre que vá á morir y es necesario que seais vos el que le consuele. Es preciso que esteis delante cuando le aten las manos, cuando le corten el pelo; que subais en la carreta con el Crucifijo en la mano, para ocultarle el verdugo; que con él sufrais el traqueteo del carruaje hasta la plaza de la Grève; que atraveseis con él por entre la horrible multitud, sedienta de sangre; que le abraceis al pié del cadalso y que permanezcais á su lado hasta que le hayan separado la cabeza del cuerpo.

Que me traigan al eclesiástico que pido y me arrojaré en sus brazos, me abrazaré á sus rodillas y lloraremos juntos: tendrá elocuencia que me consuele, y mi corazon se desahogará en el suyo, y él recibirá mi alma y yo recibiré á su Dios.

Pero ese buen anciano, ¿qué es para mí? qué soy para él? Un indivíduo de la especie desgraciada, una sombra parecida á las muchas que él ha visto, una

unidad que añadir al número de las ejecuciones.

Quizás me equivoco al rechazarle, quizás él es el bueno y yo soy el malo. Si esto es así, no es culpa mia, es culpa del aliento del sentenciado á muerte, que lo infesta y lo marchita todo,

Acaban de traerme el alimento, creyendo que deberia sentir necesidad. Una mesa delicada, de varios platos, entre ellos un pollo. Pues bien; quise hacer un esfuerzo por ver si podia tomar algo, pero no pude mascar ni un solo bocado; ¡tan amargas y fétidas me parecieron aquellas viandas!

## XXXI.

Acaba de entrar aquí un hombre con el sombrero puesto, que apenas me ha mirado, y sacando una medida se puso á medir de bajo á arriba las piedras de las paredes, hablando en voz alta y diciendo unas veces: *esto es;* y otras: *no es esto.*

Le pregunté al gendarme quién era ese hombre, y me dijo que era una especie de oficial de arquitecto empleado en la cárcel.

Tambien él tuvo curiosidad de saber quién era yo, y despues de haber cambiado algunas palabras con el llavero que le acompañaba, fijó unos momentos la vista en mí, sacudió la cabeza con aire indiferente y volvió á tomar sus medidas y á hablar en alta voz.

Concluida su tarea se aproximó á mí, diciéndome con sonoro acento:

—Amigo mio, dentro de seis meses esta prision será mucho mejor. Y parecia que me añadia su gesto:—Es lástima que entonces no la podais disfrutar.

Casi me hablaba sonriéndose, y yo aguardaba el instante en que llegara á chancearse conmigo, como nos chanceamos la noche de bodas con la jóven recien casada.

El gendarme, soldado veterano, de grandes bigotes, se encargó de la respuesta.

—Caballero, le dijo, no debe hablarse tan récio en el cuarto de un difunto.

El arquitecto se marchó y yo permanecí allí como una de las piedras que él habia medido.

## XXXII.

Luego me sucedió una cosa ridícula. Vinieron á relevar á mi buen gendarme, al que yo, ingrato, egoista, ni siquiera estreché la mano. Le reemplazó otro, hombre de frente corta, de ojos de toro, de rostro estúpido.

No me fijé en nada más, y me senté de espaldas á la puerta, delante de la mesa, esforzándome en refrescar la frente con la palma de la mano, porque el pensamiento atormentaba mi espíritu.

Una ligera palmada que me dieron en el hombro me hizo volver la cabeza, y ví junto á mí al nuevo gendarme, con el que me habia quedado solo.

Hé aquí, poco más ó menos, de qué modo me dirigió la palabra:

—Criminal, teneis buen corazon?

—No, le contesté.

Lo brusco de mi contestacion pareció desconcertarle; sin embargo repuso, vacilando al hablar:

—Nadie es malo por el placer de serlo.

—Por qué no? le repliqué. Si no teneis otra cosa que decirme, dejadme en paz. Qué consecuencia quereis sacar de eso?

—Perdonadme, quiero solo deciros dos palabras. Si pudiérais hacer la felicidad de un pobre hombre, y esto nada os costase, la haríais?

Me encogí de hombros al oir esa pregunta.

—Venís acaso de Charenton? ¿Puedo yo proporcionar la felicidad á nadie?

El gendarme bajó la voz y prosiguió con aire misterioso, que sentaba muy mal á su semblante de idiota:

—Sí, criminal, sí; felicidad, fortuna, todo eso podeis conceder. Ved cómo. Yo soy un pobre gendarme. El servicio es pesado y la paga corta; el caballo es mio y me come vivo. Habeis de saber que juego á la lotería, á ver si puedo encontrar compensacion; es menester dedicarse á alguna industria. Hasta ahora solo me ha faltado, para haber hecho mi suerte, buenos números. Siempre busco los más seguros, pero nunca los acierto. Juego el 76 y sale el 77, y si los conservo nunca salen premiados. Tened paciencia, que ya termino. Pues ahora se me presenta una buena ocasion. Segun dicen, y os pido mil perdones, mi criminal, estais destinado para hoy. Se asegura que los muertos que perecen así ven la lotería de antemano. Prometedme volver mañana por la noche (¿eso qué os importa?) á darme tres números buenos. Qué decís? Yo no tengo miedo á los aparecidos; por esa parte estad tranquilo. Aquí teneis mi direccion: cuartel de Popincourt, escalera A, núm. 26, en el fondo del corredor. Me reconocereis, ¿no

es verdad? Volved sino esta noche, si esto os es más cómodo.

Hubiera desdeñado responder á este imbécil si una loca esperanza no hubiera cruzado por mi mente. En la situacion desesperada en que me encontraba, hay momentos en que se cree poder romper una cadena con un cabello.

—Escucha, le contesté, haciendo el cómico cuanto mi terrible situacion me lo permitia; puedo hacerte más rico que el rey, proporcionarte que ganes millones, pero con una condicion.

—Con qué condicion? Haré todo lo que pueda por complaceros, mi querido criminal, me contestó, abriendo sus ojos estúpidos.

—En vez de tres números te prometo cuatro, si cambias de traje conmigo.

—Si no es más que eso! dijo desabrochándose los primeros corchetes del uniforme.

Yo ya me habia puesto en pié y observaba todos sus movimientos con el corazon palpitante. Ya veia yo abrírseme todas las puertas ante el uniforme de gendarme, y ya veia la plaza, la calle y el palacio de Justicia detrás de mí.

Pero al fin, con aire indeciso, me preguntó:

—Os lo dejaré, pero no para salir de aquí.

Comprendí que todo estaba perdido ya; sin embargo, tenté el último esfuerzo, contando con la insensatez del gendarme.

—Sí, para salir es; pero de ese modo dá por hecha tu fortuna.

—No, no, me interrumpió, diciéndome: para que sean buenos los números es preciso que os guillotinen.

Caí en la silla, más mudo y más desesperanzado, cuanto mayor habia sido la esperanza que acababa de perder.

## XXXIII.

Cerré los ojos y me puse las manos delante de ellos para esforzarme en olvidar el presente, recordando el pasado. Soñando así vuelven á mi mente los recuerdos de mi infancia y de mi juventud, uno á uno, dulces, serenos, sonrientes, como islas floridas en medio del golfo de pensamientos tenebrosos y confusos que se arremolinan en mi cerebro.

Vuelvo á verme niño, estudiante risueño y alegre, jugando, corriendo, gritando con mis hermanos en la avenida verde del salvaje jardin donde fluyeron mis primeros años, antigua cárcel de religiosas, que domina con su cabeza de plomo la sombría cúpula del Valle de Gracia. Cuatro años más tarde me veo aun, niño todavía, pero ya pensativo y apasionado. Habia entonces en el jardin una jóven española, de ojos rasgados y de rica cabellera; tenia el cútis moreno y dorado, los labios rojos y las mejillas rosadas; se llamaba Pepa, y era una andaluza de catorce años. Nuestras madres nos habian dicho que fuésemos á correr juntos, y fuimos al jardin á pasearnos; nos dijeron que jugásemos, y nosotros hablábamos como muchachos de la misma edad, pero de diferente sexo.

Sin embargo, solo hacia un año que aun corríamos y luchábamos los dos. Yo disputaba á Pepita la mejor fruta del manzano, y la maltraté un dia por un nido de pájaros. Ella lloraba, pero yo la decia: "Está bien hecho„, é íbamos los dos juntos á quejarnos á nuestras madres, que nos reñian en voz alta y nos daban la razon en voz baja.

Más tarde ella se apoyaba de mi brazo y yo estaba orgulloso y conmovido de esto. Marchábamos con lentitud y nos hablábamos en voz baja. Dejó caer el pañuelo y yo lo recogí. Nuestras manos temblaban al ponerse en contacto. Ella me hablaba de los pajarillos, de la estrella que vé en el horizonte despues de ponerse el sol rojo detrás de los árboles, ó de sus amigas de colegio, de sus vestidos y de sus cintas. Nos decíamos cosas inocentes, y nos ruborizábamos los dos; por fin la niña se convirtió en mujer.

Una tarde de verano estábamos debajo de unos castaños en el fondo del jardin. Despues de uno de aquellos intervalos de silencio que guardábamos en nuestros paseos, soltó Pepita de repente mi brazo y exclamó: Corramos!

Me parece que la veo todavía! Iba vestida de luto por la muerte de su abuela. Sin duda cruzó por su mente una idea infantil, y Pepa volvió á ser Pepita al decirme: Corramos!

Y echó á correr con su talle frágil y delgado y con los pequeños piés que le levantaban la ropa hasta media pierna. Yo la perseguia y ella huia, y el viento de la carrera levantaba su pelegrina negra y dejaba ver su espalda morena y fresca.

Estaba yo fuera de mí; al fin la alcancé cerca de una cisterna vieja, ya arruinada; la cogí por la cintura, por el derecho que me daba la victoria, y la hice sentar en un banco de césped, sin encontrar resistencia por su parte. Estaba ja-

deante y se reia; yo estaba sério, y miraba con adoracion las niñas negras de sus ojos á través de sus pestañas.

—Siéntate aquí á mi lado, aun hay bastante luz para leer. ¿Traes algun libro?

Llevaba encima el tomo segundo de los *Viajes* de Spallanzani; lo abrí al acaso, me aproximé á ella, apoyó su espalda contra mi espalda y nos pusimos á leer la misma página cada uno por nuestro lado y en voz baja. Ella me tenia que esperar siempre antes de volver la hoja; su espíritu era más vivo que el mio.

—No has acabado aun? me preguntaba cuando yo estaba aun en el principio.

Entre tanto se tocaban nuestras cabezas, se mezclaban nuestros cabellos, nuestros alientos se aproximaban poco á poco, y de repente tambien nuestras bocas. Cuando quisimos continuar la lectura, el cielo ya estaba estrellado.

—¡Si viérais, mamá, dijo Pepita al entrar en casa, cuánto hemos corrido! Yo permanecia silencioso.

—Tú no dices nada? repuso mi madre; parece que estás triste!

Tenia yo el Paraiso en el corazon!...

De esa tarde me acordaré toda la vida... Toda la vida!

## XXXIV.

Acaba de sonar una hora, pero no sé cuál, porque no oigo bien la campana del reloj; me parece que tengo el ruido de un órgano en los oidos; sin duda lo producen mis últimos pensamientos, que zumban en mi cerebro.

En este momento supremo, en el que recojo dentro de mí los recuerdos, veo mi crímen con horror y quisiera arrepentirme de él más todavía. Sentia más remordimientos antes de oir leer la sentencia fatal: desde entonces me parece que no tengo capacidad en mi cabeza para otros pensamientos que los de muerte. Quisiera, sin embargo, que fuese más profundo mi arrepentimiento.

Cuando me detengo un instante pensando en mi vida pasada y vuelvo de nuevo á contemplar el patíbulo, que ahora vá á terminarla, me extremezco como si esa noticia me cogiese de improviso. Mi bella infancia y mi hermosa juventud fueron dorado tejido de seda, cuya extremidad será sangrienta. Entre entonces y ahora se interpone un rio de sangre; la sangre del otro, que yo derramé, y la mia propia.

Si se publicara un dia mi historia de inocencia y de felicidad, no se creeria de ella en el último año execrable, que empieza por un crímen y acaba por un cadalso, porque esta parte de mi vida no tendria analogía con la primera.

Sin embargo, yo no era naturalmente malo... hombres y leyes miserables!

Voy á morir dentro de algunas horas y hace un año, tal dia como hoy, era libre, no era culpable, y paseaba en otoño vagando por entre los árboles y hollando el suelo que cubrian las hojas caidas...

## XXXV.

En este mismo instante existen cerca de mí, en las casas que circunvalan el palacio de Justicia y la plaza de la Grève, y por todo Paris, hombres que van y vienen, que charlan y rien, que leen los periódicos y piensan en sus negocios, comerciantes que venden, mujeres jóvenes que preparan los vestidos para el baile de esta noche y madres dichosas que juegan con sus hijos!

## XXXVI.

Recuerdo que un dia, siendo niño, fuí á ver la campana de Nuestra Señora. Estaba ya aturdido de haber subido la oscura escalera de caracol, de haber recorrido la frágil galería que une á las dos torres, de haber tenido á Paris á mis piés, cuando entré en la jaula de piedra y de maderos, donde pende la campana con su badajo, que pesa mil libras.

Iba temblando por encima de las tablas mal unidas, con los ojos fijos en aquella campana tan famosa entre los muchachos y el pueblo de Paris, y notando, no sin sobresalto, que estaban al nivel de mis piés las vertientes cubiertas de pizarra, que en planos inclinados rodean al campanario. A intervalos veia como á vuelo de pájaro la fachada de la plaza de Nuestra Señora y á los transeuntes como si fuesen hormigas.

De repente sonó la enorme campana y una vibracion profunda agitó el aire é hizo oscilar la pesada torre. En el techo se movian las vigas; casi me arrojó al suelo el ruido, vacilé próximo á caer y á punto de resbalar por las vertientes. Con terror me acosté sobre las tablas, apretándolas estrechamente con los dos brazos, y quedé sin palabra y sin aliento, con aquel formidable retintin en los oidos y teniendo bajo la vista el precipicio, esto es, la plaza honda, por la que

cruzan tantos transeuntes pacíficos y envidiados.

Pues bien; todavía me parece que estoy en la torre de la campana. Estoy aturdido y deslumbrado á la vez; siento que un ruido, como el de la campana, vibra en las cavidades de mi cerebro; pero á mi alrededor, la via llana y tranquila que abandoné, y por la que otros hombres caminan aun, la veo ya lejos y solo al través de las hendiduras del abismo.

## XXXVII.

La casa del Municipio es un edificio siniestro.

Allí está con el techo agudo y raido, con el esquilon grosero, con el gran cuadrante blanco, con los pisos de columnillas, con sus mil ventanas, con las escaleras gastadas y los dos arcos á derecha é izquierda, á continuacion de la plaza de la Grève; sombrío, lúgubre, carcomido por su antigüedad y tan negro, que hasta es negro cuando el sol lo baña.

Los dias de las ejecuciones vomita gendarmes por todas sus puertas, y mira al sentenciado á muerte por todas sus ventanas; y por la noche su cuadrante, que marcó la hora del suplicio, se ilumina en la fachada tenebrosa del edificio.

## XXXVIII.

Acaba de sonar la una y cuarto: siento en estos instantes violento dolor en la cabeza; arde la frente y se me enfrian las extremidades. Cada vez que me levanto ó que me inclino, me parece que flota un líquido en mi cerebro que hace chocar el cerebelo contra las paredes del cráneo.

Siento temblores convulsivos, y de vez en cuando la pluma se me cae de la mano, como impulsada por sacudida galvánica.

Los ojos me lloran y me escuecen como si me encontrase en medio de espesa humareda. Me duelen mucho los codos.

Dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos ya nada me dolerá.

## XXXIX.

Dicen que esto no es nada, que no se padece, que este fin es suave, que la muerte está de este modo muy simplificada.

¿No es cruel sufrimiento esta agonía de seis semanas y este estertor de todo un dia? ¿Qué son las angustias de este dia irreparable, que pasa con tanta lentitud y tan de prisa? ¿Qué es esta escala de torturas que termina en el cadalso?

Acaso esto no es padecer? ¿No dá las mismas convulsiones que la sangre se vierta gota á gota, ó que se apague la inteligencia pensamiento tras pensamiento?

Dicen que no se padece; ¿están seguros de lo que dicen? ¿Se sabe que se haya levantado alguna vez una cabeza cortada y chorreando sangre del fondo del canasto y que haya gritado al público: —Esto no hace daño? ¿Se sabe de algun decapitado que haya vuelto al mundo á darles las gracias y á decirles:—Esa es una gran invencion; conservad esa mecánica, que es buena? ¿Lo ha dicho Robespierre? Lo ha dicho Luis XVI?...

No; si eso no es nada, dura menos de un minuto, de un segundo.

¿Se pusieron ellos, solo en el pensamiento, en el lugar del que vá á ser guillotinado, en el momento en que la pesada cuchilla al caer muerde la carne, rompe los nervios y destroza las vértebras? Si no dura más que un segundo!... Si el dolor se escamotea!.... Qué horror!...

## XL.

Es cosa singular que en estos momentos esté yo pensando siempre en el rey. Por más que hago, por más que quiero distraerme de esta idea, oigo una voz que me dice al oido:

—En esta misma ciudad, á estas horas y no lejos de aquí, vive en otro palacio un hombre que tiene tambien guardias en todas las puertas; hombre único, como tú, entre el pueblo, pero con la diferencia que él está tan alto como bajo estás tú. Su vida entera, minuto tras minuto, está llena de gloria, de grandeza, de placeres y de júbilo. Alrededor suyo todos respiran amor, veneracion y respeto. Las voces más altivas se vuelven humildes cuando le hablan, y las frentes más erguidas se doblan á su presencia. Donde vive, solo miran los ojos seda y oro. A estas horas quizás celebra un Consejo de ministros, en el que todos son de su opinion, ó piensa en la cacería de mañana, ó en el baile de esta noche, seguro de que estará preparada la fiesta para la hora señalada, y que tomarán otros con gusto el trabajo que le proporciona sus place-

res. Pues bien; ese hombre es de carne y huesos como tú. Para que en un instante derribasen tu patíbulo; para que te devolviesen la vida, la libertad y la familia, bastaria que escribiese con esta misma pluma las letras de su nombre en un pedazo de papel, y hasta seria suficiente que su carroza encontrase por casualidad en el camino á tu carreta. Y el rey es bueno, y acaso no desee otra cosa que librarte la vida, y puede hacerlo, y sin embargo, no lo hará.

## XLI.

Pues que no hay remedio, tengamos valor para morir, cojamos esta idea con las dos manos y considerémosla cara á cara. Pidámosle cuenta de lo que es, sepamos qué quiere de nosotros, démosle vueltas en todos los sentidos, descifremos el enigma y fijemos la vista en el sepulcro.

Me parece que cuando se cierren mis ojos me he de ver inundado por una gran claridad, sumergido en abismos de luz, por entre los que mi espíritu rodará sin fin. Me parece que el cielo, por su propia esencia, será luminoso y se tachonará de astros como puntos oscuros, y que en vez de ser, como lo son para los ojos vivos, granos de oro sobre terciopelo negro, serán, al contrario, puntos negros sobre tisú de oro.

O veré, como réprobo, un abismo espantoso, cuyas paredes entapizarán las tinieblas, en el que rodaré sin cesar, viendo que sus formas mudan de sitio en la oscuridad.

Ó acaso al despertar, despues de muerto, me encuentre quizás sobre una superficie plana y húmeda, arrastrándome en la sombra y dando vueltas sobre mí mismo, como una cabeza que vá rodando. Puede que un huracan me empuje y que de vez en cuando tropiece con otras rodantes cabezas; allí habrá mares y arroyos de un líquido desconocido y tibio, y todo estará negro por todas partes. Cuando en su rotacion mis ojos se vuelvan hácia arriba, solo verán un cielo sombrío, cuyas tinieblas gravitarán sobre ellos, y á lo lejos, en el fondo, grandes arcos de humo, más negros que las tinieblas. Tambien ellos verán voltear por las noches chispas rojas, que al aproximarse se convertirán en pájaros de fuego, y esto durará toda una eternidad.

Puede ser tambien que en determinadas fechas los muertos de la plaza de la Grève se reunan en las oscuras noches de invierno en la plaza donde los ejecutaron. Entre esa multitud pálida y sangrienta estaré yo. No nos alumbrará la luna y hablaremos en voz baja. Allí estará la casa del Municipio, con su carcomida fachada, su techo raido y aquel cuadrante tan cruel para nosotros. Tendremos en la plaza una guillotina infernal, en la que un demonio desempeñará el papel de verdugo; esto sucederá á las cuatro de la madrugada, y nosotros formaremos el gentío que se acumule á su alrededor.

Si eso sucede, si esos muertos se aparecen, ¿bajo qué forma vuelven al mundo? ¿Qué les queda del cuerpo incompleto y mutilado? ¿Qué parte de él escogen esos espectros, la cabeza ó el tronco?

Ay! ¿Qué hará la muerte de nuestra alma? ¿Qué naturaleza le deja, qué le toma ó que le dá? ¿Le presta algunas veces ojos de carne para mirar á la tierra y para llorar?

Que me traigan un sacerdote que sepa descifrarme ese enigma; quiero oir á ese sacerdote y besar un Crucifijo.

¡Dios mio, tú solo eres siempre el mismo!

## XLII.

Le pedí á Dios que me concediera algunos momentos de descanso y me tendí en la cama, porque tenia una onda de sangre en la cabeza que me hizo conciliar el sueño. Será el último sueño de que disfrute viviendo. Soñé, soñé que era de noche y que estaba en mi gabinete con dos ó tres amigos, no recuerdo los que eran. Mi esposa estaba acostada en la próxima alcoba, y dormia con la niña. Hablábamos en voz baja mis amigos y yo, y nos asustaba lo que decíamos. De repente me pareció oir ruido en alguna de las piezas de la casa, ruido débil, extraño, indeterminado.

Mis amigos lo oyeron como yo; nos pusimos á escuchar y creimos que producia el ruido una cerraja que se abre sordamente, ó un cerrojo que se lima poco á poco. No sé qué temor secreto nos helaba á todos; teníamos miedo. Sospechamos que quizás serian ladrones que se habrian introducido en casa á hora tan avanzada de la noche. Resolvimos ir á ver lo que era; me levanté, tomé una bujía y mis amigos me siguieron uno detrás de otro.

Atravesamos la alcoba contigua don-

de dormia mi mujer con la niña, despues llegamos al salon.—Nada vimos. —Los retratos estaban inmóviles en sus cuadros de oro, que descansaban en la tapicería. Advertí que la puerta que vá desde el salon al comedor no estaba en el sitio de costumbre. Entramos en el comedor y lo recorrimos, yendo yo delante. La puerta de la escalera estaba bien cerrada y lo mismo las ventanas. Al llegar á la chimenea observé que el armario de mantelería estaba abierto y que la puerta de este armario estaba tirada sobre el ángulo de la pared como para ocultarle. Esto nos sorprendió, porque creimos que habria alguno detrás de la puerta. Me empeñé en cerrar el armario, pero éste me puso resistencia. Más admirado aun redoblé mis esfuerzos por cerrarle, y al fin cedió bruscamente y nos descubrió á una viejecilla que tenia las manos colgando, los ojos cerrados, y estaba inmóvil de pié y como pegada al ángulo de la pared. Era una aparicion repugnante, se me eriza el cabello al recordarla ahora. Le pregunté á la vieja:

—Qué haceis ahí?

Ella no respondió. La volví á preguntar:

—Quién sois?

Ni respondió, ni hizo movimiento y permaneció con los ojos cerrados. Mis amigos dijeron:

—Esta debe ser la cómplice de los que aquí entraron con malos designios, que sin duda se han escapado al vernos venir; no habrá podido huir y se ha ocultado detrás del armario.

La interrogué por tercera vez, pero ella permaneció sin voz, sin movimiento y sin mirar. Uno de mis amigos la empujó hácia el suelo y cayó de golpe, como un pedazo de madera, como una cosa muerta. La dimos con el pié y no se movió; la levantamos y la apoyamos contra la pared, y tampoco dió ninguna señal de vida. La gritamos al oido, y quedó muda como si estuviera sorda.

Perdimos ya la paciencia, llenos de colérico terror, y uno de mis amigos dijo:

—Aplicadle la bujía á la barba.

Le apliqué yo la mecha inflamada y entonces, al calor del fuego, abrió á medias un ojo, un ojo vacío, mustio, espantoso, un ojo que no miraba.

Separé la bujía de su barba, diciéndola:

—Responderás ahora, vieja hechicera? Quién eres?

El ojo volvió á cerrarse.

—Esto ya es demasiado, repusieron mis amigos. Aplícale la bujía hasta que hable.

Volví á colocar la luz debajo de la barba de la vieja.

Entonces abrió los ojos muy despacio, nos miró á todos, uno despues de otro, y bajando la cabeza inesperadamente, apagó la bujía aplicándola un helado soplo. Al mismo tiempo sentí tres dientes agudos que me mordian la mano en la oscuridad. Me desperté trémulo y bañado en frio sudor.

El capellan de la cárcel estaba sentado á los piés de mi cama, leyendo sus oraciones.

—He dormido mucho tiempo? le pregunté.

—Hijo mio, has dormido una hora completa. Te han traido á tu hija, que está esperando en el cuarto del lado. No he querido que te despertaran.

—Oh! grité. Mi hija! ¡Que me traigan á mi hija!

## XLIII.

Es fresca, rosada, con ojos rasgados, muy hermosa!

Le han puesto un vestidito que le sienta muy bien: la tomé, la estreché en mis brazos, la senté sobre mis rodillas y la besé en el cabello.

—Por qué no vino con su madre?—Su madre está enferma y su abuela tambien, me contestó la nodriza.

La niña me miraba asombrada y se dejaba acariciar, abrazar, devorar á besos, dirigiendo de vez en cuando una ojeada hácia su nodriza, que estaba llorando en un rincon del calabozo.

Al fin pude hablar y la dije:

—María! mi adorada María!

La estreché con tanta violencia contra mi pecho, que arrojó un grito:

—Me haceis daño, caballero, me contestó.

*Caballero!* Pronto hará un año que no me ha visto la pobre niña. Ella ha olvidado mi semblante y el acento de mi voz; y además, ¿quién me habia de conocer con estas barbas, con mi palidez y con este traje? Ya me he borrado de la única memoria donde quisiera vivir; antes de morir he dejado de ser su padre.

Oir llamarme padre por esa niña una sola vez, me hubiera recompensado de los cuarenta años de vida que me arrebatan.



DESLIÓ EL PAPEL Y EMPEZÓ Á DELETREAR.

—Escucha, María, la dije, juntando sus manecitas con las mias. ¿No me conoces?

Se puso á contemplar mi fisonomía con sus ojos bellísimos y me respondió:

—No, por cierto.

—Mírame bien, la repetí. ¿No sabes quién soy yo?

—Sí, me contestó; un caballero.

¡Amar ardientemente á un solo sér en el mundo, tenerle delante, hablarle, acariciarle, un sér que os mira y os habla y os responde y no os conoce!... ¡No querer recibir consuelos más que de ese sér y que sea el único que no sepa que los necesitais, porque vais á morir!...

—María, continué, no tienes papá?

—Sí, me contestó la niña.

—Pues bien, dónde está?...

Volvió á levantar sus grandes ojos asombrados y me respondió:

—No lo sabeis? Ha muerto.

Despues dió un grito, porque casi la dejé caer de mis brazos.

—Muerto! ¿Sabes tú, María, lo que es estar muerto?

—Sí señor. Papá está en la tierra y en los cielos; yo rezo á Dios por él todas las mañanas sobre las rodillas de mamá.

La dí un beso en la frente y la dije:

—María, repíteme la oracion que rezas por tu papá.

—No puedo ahora. Las oraciones no se rezan durante el dia y por la calle. Venid esta noche á cenar y os la diré.

Esto ya era demasiado. La interrumpí:

—María, yo soy tu papá.

—Ah! exclamó.

—Quieres que yo sea tu papá?

—No señor; mi papá era mucho más guapo, contestó, apartando la cabeza de mí.

Yo la cubrí de lágrimas y de besos, y ella trataba de desprenderse de mis brazos, gritando:

—Que me haceis mal con las barbas!

Me la acomodé entonces sobre las rodillas, devorándola con mis ojos, y la pregunté:

—María, sabes leer?

—Sí, me respondió, sé leer; mamá me enseña las letras.

—Vamos á ver, lee un poco, la dije, señalándola un papel que tenia arrugado en una mano.

Movió la hermosa cabeza y contestó:

—Pero yo no sé leer más que fábulas.

—No importa, prueba; vamos, lee.

Deslió el papel y empezó á deletrear, señalando con el dedo.

—S, e, n, *Sen*... t, e, *ten*... *senten*... c...

La arranqué el papel de las manos; estaba leyendo mi sentencia de muerte. Su nodriza se lo habia comprado por un *sou*. Más cara me costaba á mí. No hay palabras para expresar lo que sentí en aquel momento. De repente me dijo la niña:

—Devolvedme ese papel, que lo quiero para jugar.

Entregué mi hija á su nodriza, diciéndola:

—Llévatela.

Caí otra vez sobre la silla, sombrío, desamparado y lleno de desesperacion. Ahora es cuando debian ya venir por mí; nada me eslabona ya á la vida; se ha quebrado ya la última fibra de mi corazon. Soy ya á propósito para lo que quieran hacer conmigo.

## XLIV.

El sacerdote es muy bueno y el carcelero tambien. Me pareció que lloraban cuando dije que se llevasen á mi hija.

Pero ya todo terminó para mí; ahora ya es menester que se fortalezca mi ánimo, que piense sin temblar en el verdugo, en la carreta, en los gendarmes, en el gentío del puente, en la muchedumbre del muelle y en la de las ventanas, en la que acudirá á verme á la lúgubre plaza de la Grève, que podria estar empedrada con las cabezas que ha visto cortar.

Me parece que me queda todavía una hora para familiarizarme con todo esto.

## XLV.

Todo el populacho reirá, dará palmadas y aplausos; y quizás entre esos hombres que le componen, libres y desconocidos para los carceleros, que acuden con alegría á presenciar una ejecucion, entre esa multitud de cabezas que llenará la plaza, habrá acaso más de una predestinada que, pronto ó tarde, caerá como la mia en el canasto rojo. Acaso alguno de los que vienen á contemplar el espectáculo que yo ofrezca, sirva otro dia de espectáculo tambien á este mismo público.

Para esos séres fatales existe en cierto punto de la plaza de la Grève un sitio fatal, un centro de atraccion, un lazo; se acercan y dan vueltas á su alrededor, hasta que llega el dia en que caen en él.

## XLVI.

Pobre María, pobre hija mia! Se la han llevado de aquí para que corra, para que juegue; y ella vá mirando por la portezuela del coche el gentío cada vez más creciente, sin acordarse ya de *aquel caballero.*

Quizás tendré todavía tiempo para escribir algunas páginas para ella con el objeto de que las lea un dia y llore dentro de quince años por lo que vá á acontecerme hoy.

Sí, es necesario que por mí sepa mi historia y el motivo de que yo le legue un nombre sangriento.

## XLVII.

### MI HISTORIA.

No se han podido encontrar las hojas que debian seguir á ese título. Quizás, como parece que se indique en las siguientes, el reo no tuvo tiempo para escribirlas. Era ya demasiado tarde cuando se le ocurrió este pensamiento.

## XLVIII.

### En un cuarto del palacio Municipal.

Ya estoy en el palacio del Ayuntamiento; pasé ya el execrable trayecto. Allí enfrente está la plaza, y bajo de la horrible ventana el populacho que me espera, que grita y que aulla.

En vano traté de alentarme y de fortalecerme; mi corazon desfallece contra mi voluntad, al ver por encima de las cabezas de la multitud aquellos dos brazos rojos, con su triángulo negro, levantándose entre los dos faroles del muelle. Dije que queria hacer mi última declaracion y me depositaron aquí, mientras van en busca de un procurador del rey. Le estoy esperando y así me gano algunos minutos.

Daban las tres, cuando vinieron á advertirme que era tiempo de partir. Temblé al oirlo, como si no hubiera estado pensando en esto desde hace seis horas, desde hace seis semanas, desde hace seis meses; me hizo el efecto de un golpe inesperado.

Me hicieron atravesar varios corredores y bajar algunas escaleras; me empujaron, por entre dos portezuelas del piso bajo, á una sala sombría, estrecha, abovedada, que apenas tenia luz en un dia de lluvia y de niebla; habia en ella una silla, me dijeron que me sentase y me senté.

Cerca de la puerta y á lo largo de las paredes estaban de pié, además del sacerdote y los gendarmes, otros tres hombres. El primero, el más alto y más viejo, era grueso y de semblante encarnado: llevaba redingote y sombrero de tres picos; era él, era el verdugo, el criado de la guillotina; los otros dos eran criados suyos.

Apenas me senté se acercaron á mí estos dos por detrás, como dos gatos; en el instante mismo sentí el frio del acero en el cabello y las tijeras que me rozaban las orejas. Me caia el pelo, cortado al acaso en largas mechas, sobre los hombros, y el verdugo se entretenia en pasar por ellas con suavidad su gruesa mano.

Hablaban en voz baja á mi alrededor. Por fuera se oia un gran ruido, una especie de temblor continuado que rodaba por el aire. Al principio creí que seria el rio, pero luego conocí que lo producia la muchedumbre por el ruido de carcajadas.

Un jóven, que estaba cerca de la ventana escribiendo con lápiz en una cartera, preguntó á los carceleros cómo se llama la operacion que allí se practicaba conmigo.

—El tocador del reo, le respondieron.

Comprendí que el jóven era un periodista y que mañana publicarian los periódicos esa contestacion.

De pronto uno de los criados me quitó la chaqueta y el otro me cogió las dos manos, que yo tenia colgando, me las puso á la espalda, atándome lentamente con una cuerda las muñecas juntas. El primero me quitó la corbata. La camisa de batista, único harapo que me restaba de mi bienestar pasado, le hizo titubear un instante, pero luego empezó á cortarla el cuello.

Al comprender esta precaucion horrible, al sentir en el cuello el contacto del acero, me temblaron los codos y dejé escapar un sollozo sofocado. La mano del criado tembló al oirlo.

—Perdonadme si os hice daño, me dijo.

Son de carácter suave estos verdugos.

Se oian fuera cada vez más fuertes los alaridos de la multitud.

El verdugo me ofreció, para que lo aspirase, un pañuelo empapado en vinagre.

—Gracias, le contesté, es del todo inútil; me encuentro bien.

Uno de los criados me ató los piés con una cuerda fina y floja, que solo me permitia dar pequeños pasos; la punta de

esta cuerda la ató á la que me apretaba las manos.

Despues, el hombre obeso me echó la chaqueta sobre los hombros y me ató las mangas por bajo de la barba. Lo que él tenia que hacer allí ya estaba hecho.

El sacerdote se aproximó á mí con el Crucifijo, diciéndome con voz afectuosa:

—Vamos, hijo mio!

Los criados me cogieron por los sobacos, me levanté y me puse á andar, dando pasos trémulos é inciertos, como si tuviera dos rodillas en cada pierna.

La puerta principal se abrió de par en par y llegaron entonces hasta mí el clamor furioso del populacho, aire frio y luz blanca en medio de la sombra. Desde el fondo del sombrío cuarto ví bruscamente y en conjunto, al través de la lluvia, las infinitas cabezas aulladoras del pueblo apiladas en la pendiente de la escalera grande del palacio Municipal; habia á la derecha, al nivel del suelo, una línea de gendarmes á caballo, de los que no me dejaba ver la puerta, por ser baja, más que los brazos y los pretales de los caballos; enfrente habia un piquete de soldados formados en batalla; á la izquierda, la parte posterior de una carreta, en la que se apoyaba una escala mohosa. ¡Cuadro repugnante y digno de la puerta de la cárcel!

Para este terrible momento reservé todo mi valor; dí tres pasos y aparecí ante el público.

—Ya está ahí! ya está ahí!

Todos gritaban y los que estaban más cerca de mí aplaudian; por mucho que quisieran al rey, su presencia no les hubiera causado tanto júbilo.

Llegué hasta donde me esperaba una carreta ordinaria, tirada por un caballo ético y conducida por un carretero que vestia camison azul con vivos rojos.

El hombre gordo de sombrero de tres picos subió en ella el primero.

—Buenos dias, Sanson! le gritaban los muchachos encaramados por las ventanas; uno de sus criados entró despues.—Bravo, Martes! exclamaron otra vez los chiquillos.

El verdugo y su criado se sentaron en el banco de delante.

Me tocaba el turno y subí con bastante firmeza.

—Vá muy sereno! dijo una mujer que estaba al lado de los gendarmes: este atroz elogio me reanimó. El sacerdote subió á la carreta y se sentó á mi lado. Me hicieron colocar en la banqueta de detrás, dando las espaldas al caballo; me hizo temblar esta última atencion.

Quise mirar á mi alrededor, y ví gendarmes delante, gendarmes detrás, y gente, gente y más gente por todas partes, un mar de cabezas extendido sobre la plaza.

Un piquete de gendarmes me esperaba en la puerta de hierro del palacio; el oficial dió la órden y la carreta y su cortejo se pusieron en movimiento, como impulsados por un alarido del público. Pasamos la puerta de hierro, y al dar la vuelta la carreta hácia el Puente del Cámbio, resonó espantoso vocerío por toda la plaza, desde el suelo hasta los tejados, al que respondieron los otros puentes y muelles con estrépito suficiente para producir un terremoto; allí se unió á la escolta el piquete que esperaba.

—Fuera sombreros! Fuera sombreros! gritaron mil bocas al mismo tiempo. Lo mismo que si pasara el rey.

Tambien yo prorumpí entonces en risa horrible, diciéndole al sacerdote:

—A ellos les hacen quitar los sombreros y á mí la cabeza.

Ibamos marchando al paso; el mercado de flores embalsamaba el aire, las ramilleteras abandonaron su mercancía para venir á verme de cerca. Frente á nosotros, un poco antes de llegar á la torre cuadrada que hace esquina con el palacio, hay una porcion de tabernillas, cuyos entresuelos estaban llenos de espectadores, sobre todo de mujeres, contentos de haber podido conseguir tan buenos sitios. El dia debe haber sido productivo para los taberneros.

Se alquilaban para verme mesas, sillas, andamios y carretas; todo rebosaba de espectadores. Los traficantes de sangre humana gritaban:

—Quién quiere sitio?

Me enfurecí contra aquel populacho y me dieron tentaciones de decirle gritando: Quién quiere el mio?

Entre tanto la carreta avanzaba, y á cada paso se arremolinaba el gentío detrás de ella, y yo la veia correr á otros puntos despues de verme pasar, para formarse en otra parte de la carrera.

Al entrar en el Puente del Cámbio, por casualidad dirigí la vista á la derecha, hácia atrás, fijándola, por encima de las casas, en una torre negra, aislada, erizada de esculturas, en cuya cima se veian de perfil dos mónstruos de piedra. No sé por qué le pregunté al sacerdote qué torre era aquella.—Santiago de las Carnicerías, me respondió el verdugo.

No sé á qué atribuirlo; lo cierto es que, á pesar de la neblina, á pesar de que la lluvia fina y blanca rayaba el aire oblícuamente, como los hilos de una araña, nada pasaba á mi alrededor sin que yo lo observase. Cada uno de estos pormenores me traia su martirio.

Hácia la mitad del Puente del Cámbio, tan ancho y tan lleno de gente que apenas podíamos andar, se apoderó de mí horror violento y me sentí desfallecer, pensando aun en esta última vanidad. Entonces me esforcé por atolondrarme, por ensordecer y por cegar para todo, escepto para el sacerdote, cuyas palabras me dejaba oir apenas el fuerte murmullo del público.

Le tomé el Crucifijo y lo besé.

—Dios mio, ten misericordia de mí! exclamé, tratando de abismarme en este pensamiento.

Cada vaiven de la carreta me producia una sacudida, y de repente tirité de frio; la lluvia penetró mi ropa y mojaba la piel de la cabeza al través del cortado cabello.

—Temblais de frio, hijo mio, me dijo el sacerdote.

—Sí, le contesté.

Ay! no temblaba solo de frio.

Al concluir de atravesar el puente algunas mujeres se compadecian de mí, porque decian que era jóven.

Al fin entramos en la fatal avenida y ya empezaba yo á no ver y á no oir. Tanta voz, tanta cabeza en las ventanas, en las puertas, en las rejas, tanto espectador, me atontaron y me hicieron perder el sentido. Es insoportable el peso de las infinitas miradas que se concentran sobre un indivíduo. Vacilaba ya en el asiento, y ya no podia prestar atencion ni al sacerdote ni al Crucifijo. Entre el tumulto que me envolvia ya no podia distinguir los gritos de compasion de los gritos de alegría, las risas de los lamentos, las voces del ruido; ese conjunto, ese todo resonaba en mi cerebro como en un eco de cobre.

Mis ojos leian maquinalmente los rótulos de las tiendas. Una vez se me ocurrió el extraño pensamiento de volver la cabeza y de mirar el patíbulo, hácia el que yo caminaba; fué esta la última bravata de la inteligencia; pero el cuerpo no quiso obedecerla, y se me quedó la nuca paralizada y como muerta de antemano.

Solo pude entrever, hácia la izquierda, más allá del rio, la Torre de Nuestra Señora, que vista desde allí oculta la otra, en la que yo miraba en otros tiempos: era la de la bandera, sobre la que se distinguia mucha gente que deberia verme bien.

La carreta seguia adelante, siempre adelante, y pasaban las tiendas y se sucedian los letreros escritos, pintados y dorados, y reia el populacho y se apiñaba sobre el fango, y yo me dejaba llevar como los que están dormidos se dejan llevar por sus sueños.

De pronto, la série de tiendas se cortó en el ángulo de una plaza, acreció la voz de la muchedumbre y resonó más sonora y más estruendosa; la carreta se detuvo de repente y estuve á punto de caer de boca; me sostuvo el sacerdote.—Valor! me dijo, sosteniéndome con su cuerpo. Luego pusieron una escala por detrás de la carreta; el sacerdote me dió la mano, bajé, dí un paso, quise dar otro y no pude. Entre los dos faroles del muelle ví una cosa siniestra: ¡era la funesta realidad!

Me paré vacilante y como cayendo ya herido del golpe.

—¡Tengo que hacer la última declaracion! dije con voz desmayada.

Me subieron al patíbulo.

Pedí que me dejasen escribir mi postrera voluntad; me desataron las manos, pero aquí estaba preparada la cuerda y bajo todo lo demás.

## XLIX.

Un juez, un comisario y un magistrado, no sé de qué clase, acaban de venir. Les pedí mi perdon, juntando las dos manos y arrastrándome de rodillas. El juez me respondió sonriendo fatalmente si era eso todo lo que tenia que decir.

—Mi perdon! mi perdon! ó por compasion, ¡concededme cinco minutos más de vida!...

Quizá consiga que me perdonen; ¡quién sabe! ¡Es tan horrible á mi edad morir de este modo!... Con frecuencia llega el perdon en los últimos instantes. ¿A quién perdonarán la vida si á mí no me la perdonan?

El execrable verdugo se acercó entonces al juez para decirle que debe efectuarse la ejecucion á una hora determinada, que esa hora iba á sonar, y que era responsable él si no obraba con exactitud; además le dijo que estaba lloviendo y que la máquina podia tomarse de orin.

—¡Concededme un minuto para ver si

mientras llega mi perdon! Sino, me defenderé mordiendo al que se me acerque.

El juez y el verdugo se marcharon, dejándome solo, solo con dos gendarmes.

¡El horrible populacho, impaciente, lanzaba rugidos de hiena! ¿quién sabe si me escaparé todavía de sus garras, quién sabe si me perdonarán?... Es imposible que no me perdonen.

Ah, miserable muchedumbre!... Me parece que ya suben por la escalera...

LAS CUATRO.

FIN DEL ÚLTIMO DIA DE UN REO DE MUERTE.

# CLAUDIO GUEUX.



# CLAUDIO GUEUX.



Hace siete ú ocho años vivia en Paris un hombre llamado Claudio Gueux, que era un pobre obrero. Vivian con él una jóven, que era su querida, y un niño de esta jóven. Digo las cosas lisa y llanamente como son, y dejo que el lector recoja las moralidades á medida que los hechos las siembren en su camino.

El obrero era capaz, hábil, inteligente, maltratado por la educacion, pero muy bien tratado por la naturaleza; no sabia leer, pero sabia pensar. Un invierno le faltó el trabajo y no hubo fuego ni pan en su tugurio: el hombre, la mujer y el niño tuvieron frio y hambre. El hombre robó, no sé qué, ni sé dónde; lo único que sé es que de ese robo resultó tres dias de pan y de fuego para la mujer y para el niño y cinco años de prision para el hombre.

Enviaron al hombre á cumplir su condena á la casa central de Clairvaux, abadía de la que hicieron una Bastilla, celdas que convirtieron en calabozos y altar que trocaron en picota. Cuando se trata del progreso, así es cómo ciertas gentes lo comprenden y ejecutan; hé aquí lo que hacen en su nombre.

Prosigamos.

Llegado el preso á este sitio le metieron en un calabozo por la noche y en un taller por el dia. No vitupero la medida del taller.

Claudio Gueux, honrado obrero ayer, hoy ladron, era de aspecto digno y grave. Tenia la frente grande y, aunque era jóven todavía, ya arrugada; algunos cabellos grises se perdian entre la espesa mata de los negros; sus ojos eran dulces y de mirada firme, poderosamente hundidos bajo las cejas, bien modeladas; las narices abiertas, la barba pronunciada y el labio desdeñoso. Era una hermosa cabeza; vereis lo que la sociedad hizo de ella.

Hablaba poco, accionaba menos, pero habia un no sé qué de imperioso en su persona que se hacia obedecer. Tenia el aire pensativo, era sério más que sufrido, y sin embargo, habia padecido mucho.

En el depósito donde encerraron á Claudio Gueux mandaba un director en los talleres, especie de funcionario á propósito para la prision, que reunia al mismo tiempo el carácter de carcelero y el de comerciante, que hacia al mismo tiempo un pedido al obrero y una amenaza al prisionero, que le ponia la herramienta en las manos y los grillos en los piés. Este director era una variedad de la especie; un hombre pequeño, tiránico, obediente á sus ideas y siempre abusando de su autoridad; por otra parte, era en ocasiones buen compañero, buen principal, jovial y hasta burlon con gracia; más duro que firme; no hablaba con nadie, ni aun consigo mismo; buen padre, buen marido sin duda, lo que es

deber y no virtud; en una palabra, no era malvado, pero era malo. Era uno de esos hombres que no tienen nada vibrante ni elástico, que están compuestos de moléculas inertes, que no resuenan con el choque de ninguna idea, ni al contacto de ningun sentimiento; que sienten cóleras frias, ódios sombríos, transportes sin emocion; que adquieren fuego sin calentarse, cuya capacidad calórica es nula, y que parece que estén construidos de madera; echan llamas por un extremo y están frios por el otro. La línea principal, la línea diagonal del carácter de este hombre era la tenacidad. Tenia orgullo en ser tenaz y se comparaba con Napoleon; pero esto no era más que una ilusion óptica: muchas gentes se equivocan de este modo, y á cierta distancia toman la tenacidad por voluntad, y la luz de una bujía por la luz de una estrella. Cuando este hombre aplicaba lo que él llamaba *su voluntad* á una cosa absurda, iba con la cabeza levantada al través de los obstáculos hasta llegar al cabo de la cosa absurda. La terquedad sin inteligencia es la tontería llevada hasta la bestialidad, y sirve para prolongarla. Por este camino se vá muy lejos. Por regla general, cuando una catástrofe pública ó privada se desploma sobre nosotros, si examinamos en los escombros que yacen por tierra del modo que estaba andamiada, casi siempre encontraremos que fué ciegamente construida por un hombre mediocre y obstinado, que tenia fé en sí y se admiraba á sí mismo. Muchas veces esas pequeñas fatalidades de la terquedad se toman por providencias.

Hé aquí lo que era el director de los talleres de la prision central de Clairvaux. Hé aquí de qué materia está formado el eslabon con el que la sociedad heria todos los dias á los prisioneros para sacar de ellos chispas: la chispa que semejantes eslabones arrancan á semejantes guijarros, produce incendios con frecuencia.

Dijimos que al llegar Claudio Gueux á Clairvaux fué numerado en un taller y entregado al trabajo. El director, al trabar relaciones con él, reconoció que era un buen obrero y le trató bien. Tanto, que parece que un dia, estando de buen humor y viendo muy triste á Claudio, que estaba siempre pensando en la que él llamaba *su mujer*, le contó por vía de jovialidad y de pasatiempo, y con la idea de consolarle, que esa desgraciada se habia hecho mujer pública. Claudio le preguntó con frialdad qué era de su hijo, pero el director no lo sabia.

Al cabo de algunos meses Claudio se aclimató al aire de la prision y parecia que no se preocupaba ya de nada más; la serenidad severa, propia de su carácter, se sobrepuso en él á todo.

Algunos meses despues, Claudio se habia ya conquistado singular ascendiente sobre todos sus compañeros. Como por una especie de convencion tácita, y sin que nadie supiera por qué, ni aun él mismo, todos sus camaradas le consultaban, le oian, le admiraban y trataban de imitarle, que es lo que constituye el último grado ascendente de la admiracion. No era insignificante gloria ser obedecido por aquellas naturalezas desobedientes: habia conseguido este imperio sin pensar en él; quizás dependia de la mirada de sus ojos, que el ojo del hombre es una ventana por la que se ven ir y venir los pensamientos al cerebro. Poned á un hombre que piense entre hombres que no piensen: al cabo de cierto tiempo, y por la ley irresistible de la atraccion, los cerebros tenebrosos gravitarán humildemente y con adoracion alrededor del cerebro luminoso. Hay hombres que son de hierro y hombres que son de imán: Claudio era de imán. En menos de tres meses Claudio se convirtió en el alma, en la ley y en el órden del taller. Todas aquellas agujas se volvian hácia su cuadrante. Debia él mismo dudar muchos momentos si era rey ó prisionero; era una especie de Papa cautivo con sus cardenales. Por reaccion natural, cuyo efecto se reproduce en todas las escalas, le querian los presos y le detestaban los carceleros: siempre sucede así. La popularidad no se adquiere sin el disfavor. El amor de los esclavos lo contrabalancea el aborrecimiento de los amos.

Claudio Gueux era muy comedor; era esta una particularidad de su organismo; era tal su estómago, que el alimento de dos hombres medianamente comedores le bastaba apenas para alimentarle un dia. El duque de Cotadilla tenia uno de esos apetitos y esto le hacia reir; pero lo que es motivo de alegría para un duque, grande de España, que poseia quinientas mil cabezas de ganado, es una carga para un trabajador y una desgracia para un prisionero.

Claudio Gueux, libre, trabajando todo el dia en su desvan, ganaba un pan de cuatro libras y se lo comia; pero en la prision trabajaba todo el dia tambien y

solo recibia fijamente, como recompensa del trabajo, libra y media de pan y cuatro onzas de carne. La racion es inexorable. Claudio, pues, tenia hambre habitualmente en la cárcel de Clairvaux. Tenia hambre, pero no lo decia; esto era natural en él.

Un dia Claudio acabó de devorar la insuficiente pitanza y se puso á hacer faena, creyendo engañar al hambre con el trabajo. Los otros prisioneros comian alegremente. Uno de ellos, jóven, pálido y débil, se colocó detrás de él. Tenia en la mano su racion sin haberla probado aun, y además un cuchillo. Permanecia en pié, cerca de Claudio, manifestando querer hablar y no atreverse: este hombre, su pan y su carne importunaban á Claudio.

—Qué quieres? le dijo al fin bruscamente.

—Que me prestes un servicio, le contestó tímidamente el jóven.

—Qué servicio me pides?

—Que me ayudes á comer esta racion; á mí me sobra.

Se humedecieron los ojos altivos de Claudio: tomó el cuchillo, partió la racion del jóven en dos partes iguales, tomó una y púsose á comer.

—Gracias, le contestó el jóven; si quieres la partiremos así todos los dias.

—Cómo te llamas? le preguntó Claudio.

—Albin.

—Por qué estás aquí?

—Cometí un robo.

—Yo tambien, le contestó Claudio.

Desde entonces partian todos los dias la racion del jóven.

Claudio Gueux tenia treinta y seis años, y habia momentos en que aparentaba tener cincuenta; ¡tan severo era habitualmente su pensamiento! Albin tenia veinte años y parecia de diez y siete; ¡tanta inocencia habia aun en la mirada de ese ladron! Unió estrecha amistad á estos dos hombres; cariño de padre á hijo, más que afecto de hermano á hermano. Albin era casi un niño y Claudio era ya casi un viejo. Trabajaban en el mismo taller, se acostaban en el mismo departamento, se paseaban por el mismo patio, mordian el mismo pan. Cada uno de los dos amigos encerraba el universo para el otro y parecia que eran dichosos.

Antes ya nos ocupamos del director de los talleres. Este hombre, al que odiaban los presos, con frecuencia se veia obligado para que le obedeciesen á recurrir á Claudio Gueux, al que tanto querian sus compañeros. En más de una ocasion, al tratar de impedir una rebelion ó un tumulto, la autoridad sin título de Claudio habia prestado fuerza á la autoridad oficial del director. Porque en verdad, para contener á los prisioneros, valian más diez palabras de Claudio que diez gendarmes; y éste prestó muchas veces dicho servicio al director, por lo que el director le detestaba cordialmente. Tenia celos de este ladron, sentia en el fondo del alma ódio secreto, envidioso, implacable, contra Claudio; el ódio del soberano de derecho al soberano de hecho, el ódio del poder temporal al poder espiritual. Estos son los peores ódios.

Claudio profesaba afecto profundo á Albin, y no se inquietaba por el aborrecimiento del director.

Un dia, una mañana, en el momento en que los llaveros pasaban los presos de dos en dos del dormitorio al taller, un carcelero le dijo á Albin, que estaba al lado de Claudio, que el director le llamaba.

—Para qué te llama? le preguntó Claudio.

—No lo sé, le contestó Albin, que salió siguiendo al carcelero.

Se pasó la mañana y Albin no volvió al taller. Cuando llegó la hora de la comida, Claudio creia encontrar en el patio á Albin, pero tampoco estaba allí. Volvió Claudio al taller, pero su amigo no. Así transcurrió todo el dia. Por la noche, cuando se llevan los presos á los dormitorios, Claudio buscó con la vista á Albin y tampoco le vió. Sufria mucho en esos momentos, y dirigió la palabra á un carcelero, lo que no hacia nunca.

—Está enfermo Albin? le preguntó.

—No, le respondió el carcelero.

—¿Pues cómo es que no ha estado con nosotros en todo el dia?

—Ah! añadió negligentemente el llavero, es que lo han cambiado de cuartel.

Los testigos que depusieron sobre estos hechos más tarde, notaron que, al contestar esto el carcelero, la mano de Claudio, que llevaba una bujía encendida, tembló ligeramente. Este repuso con calma:

—Quién dió esa órden?

—M. D., contestó el carcelero.

El director de los talleres se llamaba M. D.

Al dia siguiente tampoco Claudio vió á Albin. Al anochecer, á la hora de terminar el trabajo, el director fué á hacer por el taller la ronda de costumbre. Cuando Claudio le vió desde lejos, se quitó el gorro de grosera lana, se abro-

chó la blusa gris, triste librea de Clairvaux (porque se cree en las prisiones que la blusa respetuosamente abrochada previene favorablemente á los superiores), se puso en pié con el gorro en la mano, á la entrada del banco, esperando así á que pasase el director. El director pasó.

—Señor, le dijo Claudio, ¿es cierto que han cambiado de cuartel á Albin?

—Sí, le respondió el director.

—Señor, prosiguió diciendo Claudio, necesito á Albin para vivir; ya sabeis que no me basta para alimentarme la racion de la casa y que Albin la partia conmigo.

—Eso era cosa suya.

—¿Pero no habria algun medio para que volviera Albin al cuartel que estoy yo?

—Imposible. Se ha tomado ya esa resolucion.

—Quién la ha tomado?

—Yo.

—Mirad que es cuestion de vida ó de muerte para mí, y esto depende de vos.

—Nunca vuelvo atrás de mis resoluciones.

—Qué mal os hice, señor?...

—Ninguno.

—Pues entonces, ¿por qué me separais de Albin?

—Porque quiero, le contestó el director.

Dicho esto M. D. le volvió las espaldas y se fué. Claudio bajó la cabeza y no replicó. ¡Pobre leon enjaulado, al que le quitan el perro!...

Nos vemos obligados á confesar que la pesadumbre de esta separacion no alteró la voracidad del prisionero. Por otra parte, nada pareció cambiar sensiblemente en él. No hablaba de Albin á sus compañeros; se paseaba solo por el patio en las horas de recreo y tenia hambre, nada más.

Sin embargo, los que le conocian bien notaron que su rostro adquiria de dia en dia expresion siniestra y sombría; á pesar de esto continuaba siendo afectuoso con sus camaradas. Muchos de ellos quisieron partir sus raciones con él, pero siempre lo rehusó sonriendo.

Todas las noches, despues de la explicacion que tuvo con el director, procedia de un modo extraño en un hombre tan sério como él. En el momento en que el director, á la hora fija, daba la vuelta todos los dias por el taller de Claudio, éste levantaba la vista y le miraba con fijeza, y despues le dirigia, con acento de angustia y de cólera, acento que participaba á la vez de la súplica y de la amenaza, estas dos palabras: *Y Albin?* El director hacia como que no lo oia y se alejaba levantando los hombros.

Ese hombre hacia mal en levantar los hombros, porque era evidente para todos los espectadores de estas escenas extrañas que Claudio Gueux estaba determinado en su interior á algo funesto. Todos los prisioneros esperaban con ansiedad ver cuál seria el resultado de esa lucha entre una tenacidad y una resolucion.

Una vez, entre otras, Claudio dijo al director:

—Os suplico que me devolvais á mi compañero, me hareis un bien, os lo aseguro. Fijaos en lo que os digo.

Otra vez, un domingo, mientras estaba Claudio sentado en el patio sobre una piedra, con los codos apoyados sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, inmóvil durante muchas horas en la misma actitud, el preso Faillette se acercó á él y le dijo en voz alta:

—Qué diablo haces así, Claudio?

Claudio levantó con lentitud su severa cabeza y le contestó:

—Estoy juzgando á un hombre.

Una tarde, el 25 de Octubre de 1831, en el momento que el director hacia la ronda, Claudio rompió con el pié, haciendo ruido, un cristal de reloj que encontró por la mañana en un corredor. El director preguntó qué era ese ruido.

—Nada, soy yo, contestó Claudio. Señor director, devolvedme á mi compañero.

—Imposible, le contestó M. D.

—Sin embargo es preciso, dijo Claudio en voz baja, pero firme. Reflexionad. Hoy estamos á 25 de Octubre, y os doy tiempo hasta el 4 de Noviembre.

Un carcelero hizo notar á M. D. que Claudio le amenazaba y que merecia ir á un calabozo.

—No, nada de calabozo, contestó el director con desdeñosa sonrisa; es necesario ser buenos con estos hombres.

Al dia siguiente el preso Pernot abordó á Claudio, que se paseaba solo y pensativo, que habia dejado que sus demás compañeros se recreasen en un cuadrado de sol que habia al otro extremo del patio.

—En qué piensas, Claudio? ¡Estás muy triste!

—*Temo*, le contestó Claudio, *que le suceda pronto una desgracia al director M. D.*

Median nueve dias desde el 25 de

Octubre al 4 de Noviembre. Claudio no dejó transcurrir uno solo sin advertir con gravedad al director de los talleres el estado, más doloroso cada vez, en que le ponia la desaparicion de Albin. Aburrido de él, el director le castigó una vez con veinticuatro horas de calabozo, porque su ruego parecia mandato. Hé aquí lo que Claudio consiguió.

Llegó el dia 4 de Noviembre; este dia se despertó Claudio con semblante tan sereno, cual no se le habia visto desde el dia que la *decision* del director le separó de su amigo. Cuando se levantó se puso á registrar una caja de madera blanca, que tenia á los piés de la cama y que contenia algunas bagatelas. Sacó un par de tijeras de costurera. Estas tijeras y un volúmen suelto del *Emilio* eran lo único que le quedaba de la mujer que idolatraba, de la madre de su hijo. Dos muebles inútiles para Claudio; las tijeras solo podian servir á una mujer y el libro á un letrado, y Claudio no sabia coser ni leer.

En el instante en que atravesaba el antiguo claustro deshonrado y blanqueado, que sirve de paseo de invierno, se acercó al preso Ferrari, que examinaba atentamente los enormes barrotes de una reja. Claudio llevaba en la mano el par de tijeras y se lo enseñó á Ferrari, diciéndole:

—Esta tarde yo cortaré esos barrotes con estas tijeras.

El incrédulo Ferrari se echó á reir; Claudio hizo lo mismo.

Esa mañana trabajó con más ardor que de ordinario; jamás lo hizo tan de prisa ni tan bien. Parecia que tenia empeño en terminar durante la mañana un sombrero de paja que le habia pagado anticipadamente el hombre que se lo encargó. Poco antes del medio dia descendió, buscando un pretexto, al taller de los carpinteros, situado en la planta baja, bajo del piso donde él trabajaba. Claudio era querido allí como en todas partes, aunque se presentaba allí pocas veces. Por eso le dijeron:

—Aquí tenemos á Claudio.

Todos le rodearon, y su llegada fué una fiesta para el taller. Claudio pasó la vista por la sala, y no viendo en ella á ningun vigilante, dijo:

—¿Quién de vosotros puede prestarme una hacha?

—Para qué? le preguntaron.

—Para matar esta noche al director de los talleres, les respondió.

Le presentaron muchas hachas para que eligiese una; Claudio tomó la más pequeña, que estaba muy afilada, la ocultó en el pantalon y salió. En ese taller habia veintisiete prisioneros y no les recomendó el secreto, pero todos lo guardaron.

Ni siquiera sacaron conversacion de este asunto, y cada cual esperaba en silencio á ver lo que iba á acontecer, porque el suceso habia de ser terrible, recto y sencillo; no habia en él complicacion posible. A Claudio no se le podia aconsejar, ni querian denunciarle.

Una hora despues se acercó á un preso, jóven de diez y seis años, que barría en el sitio del paseo, y le aconsejó que aprendiese á leer. En este momento el detenido Faillette se aproximó á Claudio y le preguntó qué era lo que ocultaba en el pantalon. Claudio le dijo:

—Es una hacha para matar á M. D. esta noche. Pero se me conoce?

—Un poco, le contestó Faillette.

El resto del dia se pasó como de ordinario. A las siete de la tarde encerraron á los prisioneros, cada seccion en el taller que tenia asignado, y los vigilantes salieron de las salas de trabajo, como es costumbre, para no volver á entrar hasta despues que hiciese la ronda el director. Claudio Gueux fué cerrado con cerrojos en su taller, con sus compañeros de trabajo: entonces pasó en dicho taller una escena extraordinaria, una escena de majestad y de terror, única acaso en su género. Habia en el citado departamento, como consta en la instruccion judicial que se tomó despues, ochenta y dos ladrones, comprendiendo á Claudio en ese número.

Cuando los vigilantes los dejaron solos, Claudio se puso en pié sobre un banco y anunció á sus compañeros que tenia que hablarles. Profundo silencio reinó en la sala.

Entonces Claudio, levantando la voz, dijo:

—Todos sabeis que Albin es mi hermano. El alimento que aquí me dan es insuficiente para mí; ni aun gastando en pan lo poco que gano me bastaria; Albin partia su racion conmigo: yo le quiero, en primer lugar porque me alimentó, y en segundo lugar porque me profesa cariño. El director M. D. nos ha separado. En nada le perjudicaba que estuviésemos juntos, pero ese hombre es un malvado que goza atormentando á los demás. Le pedí muchas veces que me devolviese á Albin; ya sabeis lo que me contestaba siempre; le dí de plazo

hasta el 4 de Noviembre, para que le permitiese volver aquí; me encerró en un calabozo por haber dicho esto. Durante este tiempo le he juzgado y le he sentenciado á muerte. Hoy estamos á 4 de Noviembre; entrará aquí dentro de dos horas á hacer la ronda. Os prevengo que voy á matarlo. ¿Teneis algo que oponer á lo que digo?

Todos guardaron silencio.

Claudio continuó hablando con la siniestra elocuencia que en él era natural. Declaró que iba á cometer una accion violenta, pero no creia proceder con injusticia, añadiendo lo siguiente, que los ochenta y un ladrones escuchaban sin pestañear:

Que esa medida le habia reducido al último extremo;

Que hacerse justicia por sus manos era una calle sin salida, en la que se encontraba comprometido muchas veces;

Que no podia quitar la vida al director sin entregar la suya propia, pero que él creia que era un deber perder la vida por una causa justa;

Que habia reflexionado maduramente sobre esto durante dos meses;

Que creia que no se dejaba arrastrar por el resentimiento, pero que en el caso de que se equivocase, les suplicaba que se lo advirtiesen;

Que sometia honradamente sus acciones á los hombres justos que le escuchaban;

Que iba á matar á M. D., pero que si alguno queria objetarle, estaba dispuesto á oirle.

Solo uno de sus compañeros se atrevió á hablar para decirle que antes de matar al director debia probar la última vez á hablarle y ver si cedia.

—Es justo, contestó Claudio, y lo haré así.

Dieron las ocho en el reloj grande. El director debia venir á las nueve.

Despues que este extraño tribunal ratificó en cierto modo la sentencia que Claudio habia pronunciado, éste aquirió toda su serenidad. Puso sobre una mesa todo lo que poseia de ropa blanca y de toda clase, pobres despojos de un prisionero, y llamando á sus compañeros, unos tras otros, la distribuyó toda. Solo conservó el par de tijeras. Despues los abrazó á todos; algunos lloraron, y á éstos Claudio les sonrió.

Tuvo en esta última hora instantes en los que habló con tal tranquilidad y con tal alegría, que muchos de sus camaradas esperaban interiormente, y así lo declararon despues, que hubiera abandonado su fatal resolucion. Hasta se distrajo unos momentos en apagar una de las pocas bujías que alumbraban el taller con el soplo de la nariz, porque poseia malos hábitos de educacion, que sentaban mal con frecuencia á su natural dignidad.

Se apercibió de que un preso jóven estaba muy pálido, le miraba fijamente y temblaba, sin duda esperando el desastroso acontecimiento.

—Ten valor, le dijo Claudio, eso será negocio de un instante.

Cuando acabó de distribuir la ropa, de estrechar todos las manos y de despedirse, interrumpió algunas conversaciones inquietas que se entablaron aquí y allá, en los rincones oscuros del taller, y les mandó que se volviesen á entregar al trabajo. Todos callaron y obedecieron.

El taller donde sucedia esta escena era una sala oblonga, un largo paralelógramo, agujereado por ventanas en sus dos grandes lados y por dos puertas, enfrente una de otra, en sus dos extremidades. Los oficios estaban alineados á cada lado, cerca de las ventanas; los bancos tocando la pared; en el ángulo derecho, el espacio que quedaba libre entre las dos líneas de los oficios formaba una especie de camino largo, que iba en línea recta desde una de las puertas á la otra, y de este modo atravesaba toda la sala. Este largo y estrecho camino es el que recorria el director al hacer la inspeccion; entraba por la puerta del Sur, para salir por la puerta del Norte, despues de haber pasado revista á los trabajadores á la derecha y á la izquierda. Ordinariamente atravesaba este camino con rapidez y sin detenerse.

Claudio habia vuelto á colocarse en su banco y se puso á trabajar. Todos estaban esperando, porque el momento decisivo se aproximaba. De repente se oyó un sonido de campana. Claudio dijo:

—Son los tres cuartos.

Entonces se levantó, atravesó con gravedad parte de la sala y fué á situarse en el ángulo del primer oficio, á la izquierda, al lado de la puerta de entrada. Su rostro estaba perfectamente sereno.

Sonaron las nueve en el gran reloj; la puerta se abrió y el director apareció en el taller. Los prisioneros estaban inmóviles y callados como estátuas. El director venia solo, como siempre.

Entró con rostro jovial, satisfecho é inexorable; no vió á Claudio, que estaba de pié, á la izquierda de la puerta, ocultando la mano derecha en el pantalon, y pasó con rapidez por delante de los primeros oficios, meneando la cabeza, mascando las palabras y lanzando aquí y allá su mirada, sin apercibirse de que todos los ojos que le rodeaban estaban fijos en una idea terrible.

De pronto, el director se volvió bruscamente, sorprendido al oir pasos detrás de él: era Claudio, que le seguia algunos instantes ya.

—Qué haces ahí? le dijo M. D.; ¿por qué no estás en tu sitio?

El hombre no es ya hombre en la cárcel; es un perro y se le tutea.

Claudio Gueux respondió respetuosamente:

—Tengo que hablaros, señor director.

—De qué?...

—De Albin.

—Todavía insistes?...

—Insistiré siempre, le contestó Claudio.

—¿No te han corregido las veinticuatro horas de calabozo? le dijo el director sin dejar de andar.

Claudio le seguia.

—Señor director, devolvedme á mi compañero.

—Imposible!

—Señor director, continuó diciendo Claudio, con acento que hubiera enternecido á un demonio; os lo suplico que vuelva aquí Albin y vereis qué bien trabajo entonces. A vos, que sois libre, esto os es igual, porque no sabeis lo que es un amigo; pero yo, yo no tengo más que las cuatro paredes de la cárcel. Vos podeis ir y venir; yo no tengo más que á Albin; devolvédmele. Albin me daba el alimento que yo necesito para vivir, y para que yo consiga mi objeto, os basta con decir que sí. Os debe ser indiferente que él esté en este taller ó en otro. Señor director, os suplico en nombre del cielo que me complazcais.

Claudio no habia hablado nunca de este modo á ningun carcelero: despues de agotar este último esfuerzo, esperó. El director le replicó con impaciencia:

—Imposible; ya lo he dicho. No me hables más de eso, porque me molestas.

Dicho esto redobló el paso, como si tuviese prisa; Claudio tambien; y así llegaron uno y otro á la puerta de la salida: los presos les miraban con ansiedad.

Claudio tocó al director por el brazo con suavidad y le dijo:

—Al menos que yo sepa por qué se me sentenció á morir. Decidme por qué habeis separado de mí á Albin.

—Ya te lo dije; porque quise.

M. D., dando las espaldas á Claudio, adelantó la mano hácia el picaporte de la puerta de la salida.

Al oir esta respuesta del director, Claudio retrocedió dos pasos. Las ochenta estátuas presentes le vieron sacar del pantalon la mano derecha que empuñaba el hacha; se levantó dicha mano, y antes de que el director pudiese lanzar un grito, tres hachazos, asestados los tres sobre la misma muesca, le abrieron el cráneo. En el momento de caer derribado, un cuarto golpe de hacha le acuchilló el semblante, y despues, ciego de furor y de cólera, Claudio le hendió la pierna derecha de un quinto hachazo, inútil, porque el director estaba ya muerto.

Claudio arrojó entonces el hacha, gritando: *ahora falta el otro*; el otro era él.

Sacó las tijeras de debajo de la blusa y se las hundió en el pecho, sin que nadie tratase de evitarlo. El acero era corto y el pecho lo tenia hundido: se las sacó y se las volvió á meter varias veces, exclamando: "¡Infame corazon, que no te puedo encontrar!„ Al fin, bañado en su propia sangre, cayó al suelo desvanecido encima del muerto.

Cuál fué la víctima del otro?...

Cuando Claudio recobró el conocimiento se encontró en una cama, vendado y fajado. Tenia á su cabecera, cuidando afectuosamente de él, hermanas de la Caridad, y además un juez, que instruia su proceso y que le preguntaba con gran interés:

—Cómo os encontrais?

Claudio habia perdido gran cantidad de sangre, pero las tijeras con que intentó matarse no obedecieron á sus deseos, y ninguna de las heridas que se causó con ellas era peligrosa; solo eran mortales para él las que causó al director M. D.

Comenzaron los interrogatorios. Le preguntaron si fué él el que mató al director de los talleres de las prisiones de Clairvaux: respondió que *sí*. Le preguntaron por qué: respondió: *porque quise*.

Llegó, sin embargo, un dia en que sus llagas se envenenaron y se apoderó de Claudio una fiebre maligna, de la que estuvo en peligro de morir. Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero se pasaron entre cuidados y preparativos: médicos y jueces no se separaban de

Claudio; los primeros para curar las heridas, los otros para levantar un patíbulo.

Abreviemos.—El 16 de Marzo de 1832 apareció Claudio, completamente curado, ante el tribunal de Troyes; toda la ciudad asistió á esa sesion. Claudio se presentó bien ante el tribunal; se hizo afeitar, llevaba la cabeza descubierta y el uniforme de los prisioneros de Clairvaux. El procurador del rey llenó la sala de la audiencia de todas las bayonetas del departamento, con el objeto, segun dijo, de contener á todos los malvados que debian figurar como testigos en este proceso.

Al empezar la prueba testifical se tropezó con una extraña dificultad; ninguno de los testigos del acontecimiento del 4 de Noviembre queria declarar contra Claudio. El presidente amenazó á los presos con que les haria sentir el peso de su poder discrecional si no deponian, pero fué en vano. Claudio les mandó que dijeran lo que habian presenciado, y entonces se desataron todas las lenguas de los presos, refiriendo lo que habian visto. Claudio los escuchaba con profunda atencion: cuando alguno de ellos, por olvido ó por afecto hácia el acusado, omitia hechos que podíanle comprometer, él mismo restablecia esos hechos. De testigo en testigo, cuanto llevamos referido desde el principio de esta historia se desarrolló ante el tribunal. Hubo momentos en que las mujeres que estaban allí como espectadores lloraban. El ujier llamó al preso Albin; le tocaba el turno para declarar. Entró vacilante y sollozando. Los gendarmes no pudieron impedir que se arrojase en los brazos de Claudio. Este le sostuvo y dijo sonriendo al procurador del rey:—Aquí teneis un malvado que parte su racion y su pan con los que tienen hambre.—Claudio besó la mano de Albin.

Despues de examinados los testigos, el procurador del rey se levantó y tomó la palabra en estos términos:

"Señores jurados, la sociedad vá á conmoverse hasta sus seculares bases si la vindicta pública deja impunes á los grandes culpables, como el reo que está en presencia del tribunal, etc., etc.„

Despues de tan memorable discurso pronunció otro el abogado de Claudio. El que habló en pró y el que habló en contra terminaron á su vez las evoluciones que acostumbran á hacer en esa especie de hipódromo que se llama proceso criminal.

Claudio creyó que allí no se dijo todo lo que se debia decir y se levantó cuando le tocó el turno: habló de tal manera, que una persona inteligente que asistió á esa sesion judicial salió asombrada.

Parecia que ese infeliz obrero era un orador y no un asesino. Habló de pié, con voz penetrante y bien manejada, con ojo certero, con resolucion. Dijo cada cosa como era, sencilla, sériamente, sin aumentar ni disminuir, convicto de todo, mirando frente á frente el art. 296 y poniendo su cabeza debajo. Tuvo momentos de verdadera elocuencia, que producian movimientos de aprobacion en la multitud, y frases que se repetia el auditorio de oido á oido. A veces se levantaba un murmullo, durante el que Claudio cobraba aliento, mirando con altivez á los asistentes. Otros instantes, este hombre, que no sabia leer, era tierno, político y discreto como un letrado; otros momentos era modesto, mesurado, atento, llegando paso á paso á la parte irritante de la discusion con benevolencia hácia los jueces. Un momento únicamente se dejó arrastrar por un sacudimiento de cólera. El procurador del rey trató de probar en su discurso que Claudio Gueux asesinó al director de los talleres sin que mediara violencia ni hecho por parte del director, por consecuencia que cometió el homicidio sin *provocacion.*

—Sin provocacion! gritó Claudio; verdaderamente es justo lo que decís y os comprendo. Un hombre borracho me dá un puñetazo, yo le mato; como fuí provocado, me perdonais la vida y me echais á presidio. Pero un hombre que no está borracho, sino en el pleno ejercicio de su razon, me comprime el corazon durante cuatro años, me pincha con un alfiler todos los dias, todas las horas, todos los minutos, en cualquier sitio inesperado durante los cuatro años; poseia yo una mujer, por la que yo robé, y me tortura con ella; no me basta para alimentarme el pan de la racion de la cárcel; un amigo parte conmigo el suyo, y me roba al amigo y al pan. Le pido una vez y otra que me devuelva el amigo, y él me encierra en un calabozo; le hablo de *vos*, él me tutea; le digo que yo sufro, y él me contesta que le fastidio.—¿Qué hacer con semejante hombre?... Le mato; pues soy un mónstruo: he muerto á ese hombre sin que me provocara y me cortais la cabeza. Haceis bien.

Movimiento sublime, segun nuestra opinion, que hace surgir de repente y por encima de la provocacion material,

en la que se apoya la escala desproporcionada de las circunstancias atenuantes, toda la teoría de la provocacion moral que la ley olvida.

Terminado el debate, el presidente hace un resúmen imparcial y luminoso, resultando que el reo era un vil y un mónstruo. En efecto, Claudio Gueux empezó por vivir en concubinato con una mujer pública, despues fué ladron y despues asesino. Todo eso era verdad.

El presidente preguntó al acusado si tenia algo que replicar.

—Muy poco, le contestó Claudio; soy ladron y asesino, porque robé y maté: pero por qué cometí éste y aquel delito? Proponed estas dos preguntas á los señores jurados.

Despues que estuvo deliberando el tribunal media hora escasa, Claudio Gueux fué condenado á muerte. Cierto es que desde el principio de la audiencia algunos de los jurados notaron que el acusado se llamaba *Gueux*, lo que les hizo muy mala impresion.

Claudio, despues que oyó leer su sentencia de muerte, repitió lo siguiente:

—Está bien: pero por qué he robado? por qué he asesinado? Hé aquí dos preguntas á las que no se me contesta.

Volvió á entrar en la prision y cenó alegremente. No queria apelar de la sentencia, pero una de las hermanas de la Caridad que le habia asistido se lo suplicó llorando, y apeló por complacerla. Resistióse hasta el último momento, porque en cuanto firmó la apelacion, á los pocos minutos espiró el plazo concedido por la ley. La hermana, agradecida, le entregó cinco francos; tomó el dinero y la dió las gracias.

Mientras corria el tiempo de la apelacion, los presos de Troyes le ofrecieron proporcionarle la evasion, pero él no quiso fugarse. Los detenidos le arrojaron sucesivamente por la abertura del calabozo un clavo, hilo de alambre y un asa de cubo. Con estos utensilios hubiera podido limar los hierros un hombre tan inteligente como Claudio. El los entregó al carcelero.

El 8 de Junio de 1832, siete meses y cuatro dias despues del delito, llegó la expiacion. Ese dia, á las siete de la mañana, el escribano del tribunal entró en el calabozo de Claudio, para anunciarle que ya no le quedaba más que una hora de vida.

Habian rechazado su apelacion.

—Entonces, contestó Claudio, me alegro de haber dormido bien esta noche, porque la próxima aun dormiré mejor.

Parece que las frases de los hombres fuertes reciban al aproximarse á la muerte mucho más valor.

Llegó el sacerdote y despues el verdugo, y Claudio estuvo humilde con el uno y afectuoso con el otro; no les rehusó ni el alma ni el cuerpo.

Conservó perfecta libertad de espíritu: mientras que le cortaban el cabello, alguno habló en un rincon del calabozo del cólera que amenazaba á Troyes en aquellos momentos.

—Pues yo, le dijo Claudio sonriendo, no tengo miedo al cólera.

Escuchaba al sacerdote con gran atencion, acusándose de sus delitos y sintiendo no haber recibido educacion religiosa. Pidió y le devolvieron las tijeras con que quiso suicidarse, y les faltaba una de las dos láminas, que rompió al herirse. Suplicó al carcelero que se las entregase de su parte á Albin; pidió tambien que se añadiese á este legado la racion de pan que él debia haberse comido hoy.

Suplicó á los que le ataron las manos que le pusieran en la mano derecha la moneda de cinco francos que le dió la hermana de la Caridad, que era lo único que poseia ya.

A las ocho menos cuarto salió de la prision con el lúgubre acompañamiento de ordenanza en estos casos. Iba á pié, pálido, con la vista fija en el Crucifijo que le presentaba el sacerdote, pero andaba con paso firme.

Eligieron ese dia para la ejecucion por ser dia de mercado, con el objeto de que se acumulase más gente á su paso; porque parece que aun hay en Francia poblaciones medio salvajes, ó que cuando la sociedad mata á un hombre se vanagloría de ello.

Subió al patíbulo con gravedad. Abrazó al sacerdote y despues al verdugo, dando las gracias al primero y perdonando al segundo.

En el momento en que el ayudante le ató sobre la vergonzosa mecánica, Claudio hizo una señal al sacerdote para que tomase la moneda de cinco francos que encerraba en la mano derecha, y le dijo:

—*Para los pobres.*

Como en este mismo instante la campana del reloj daba las ocho, cubrió la voz de Claudio y el confesor le dijo que no le habia oido. Claudio esperó el intervalo de dos campanadas y repitió con dulzura:

—*Para los pobres.*

Apenas sonó la última campanada

cayó separada de los hombros la noble é inteligente cabeza de Claudio Gueux.

Admirable es el efecto que producen las ejecuciones públicas: el mismo dia, estando en pié todavía el patíbulo, en medio de la multitud, las gentes del mercado se sublevaron y riñeron por una cuestion de tarifa, y faltó poco para que asesinasen á un empleado en los arbitrios municipales.

Hemos referido con todos sus detalles la historia de Claudio Gueux, porque creemos que cada uno de los párrafos de esta historia podria servir para encabezar un capítulo del libro en que se resuelva el gran problema del pueblo en el siglo diez y nueve.

Esa vida importante ofrece dos fases principales: antes de la caida y despues de la caida; y bajo esas dos fases dos cuestiones: cuestion de la educacion y cuestion de la penalidad; y entre esas dos cuestiones, la sociedad entera.

Ese hombre nació bien organizado, bien dotado. Qué le faltó? Reflexionad. Este es el gran problema de proporcion, cuya solucion, no encontrada todavía, tiene que restablecer el equilibrio universal: *Que la sociedad haga siempre por el individuo tanto como la naturaleza.*

Ved á Claudio Gueux. Su cerebro estaba bien organizado, su corazon bien constituido; pero la suerte le coloca en una sociedad tan mal regida, que él acaba por robar; la sociedad le encierra en una prision tan mal reglamentada, que él acaba por asesinar.

Quién es realmente culpable? ¿El ó nosotros?

Preguntas graves, preguntas apremiantes son estas, que solicitan á todas horas el concurso de todas las inteligencias, que nos tiran tanto del faldon de la casaca, que nos obstruirán un dia tan completamente el camino, que será preciso mirarlas faz á faz y saber qué quieren de nosotros.

El que escribe estas líneas tratará de decir, pronto quizás, el modo cómo las comprende.

Al encontrarnos en presencia de semejantes hechos, cuando se medita en la manera apremiante con que estas cuestiones se nos ofrecen, nos preguntamos en qué piensan los que nos gobiernan, si no piensan en esto.

Las Cámaras están todos los años muy ocupadas. Es sin duda muy importante ocuparse de disminuir los empleos y el presupuesto; es muy importante hacer leyes para que yo me disfrace de soldado y forme parte de la Guardia patriótica á la puerta del conde de Lobau, para que vaya á la formacion y á la parada, á las órdenes de mi especiero, que nombraron mi oficial; (1) es muy importante para los diputados y ministros cansar y embrollar todas las cosas y las ideas del pais con embarazosas y largas discusiones; y es esencial, por ejemplo, poner en el banquillo, é interrogar y cuestionar á grandes gritos, sin saber lo que se dice, al arte del siglo diez y nueve; á ese grande y severo acusado que no se digna responder, y hace perfectamente; es esencial pasar el tiempo gobernantes y legisladores en conferencias clásicas, que consiguen hacer levantar los hombros á los maestros de escuela de las aldeas; es útil declarar que el drama moderno ha inventado el incesto, el adulterio, el parricidio, el infanticidio y el envenenamiento, probando de esa manera que no han conocido á Fedra, ni á Yocasta, ni á Edipo, ni á Medea, ni á Rodogunda; es indispensable que los oradores políticos de este pais se peleen durante tres dias, á propósito del presupuesto, por Racine ó por Corneille, no se sabe contra quién, y aprovechen esta ocasion literaria para cometer unos y otros faltas de francés. Todo esto es muy importante, pero creemos que hay algo más importante que todo esto.

¿Qué diria la Cámara si al ocuparse de las fútiles contiendas con que el ministro se apodera de las oposiciones, ó las oposiciones del ministro, si de repente, de los bancos de la Cámara ó de la tribuna pública, se levantara álguien y dijera con seriedad poco más ó menos... —Callaos unos y otros los que estais hablando, que estais fuera de la cuestion?

La cuestion es esta. La justicia, apenas hace un año, mandó hacer tajadas á un hombre en Pamiers con una cuchilla; en Dijon acaba de cortar la cabeza á una mujer, y en Paris destina la carrera de San Jacobo para las ejecuciones inmediatas. Esta es la cuestion; ocupaos de ella.

Os peleábais por conseguir que los botones de la Guardia nacional sean blancos ó amarillos y por probar que la

(1) Es escusado decir que no nos proponemos atacar aquí á la Guardia urbana, institucion útil que vigila la calle y el hogar, sino únicamente la parada y el pompon y el aparato militar, cosas ridículas, que solo sirven para hacer del paisano una parodia del soldado.

*seguridad* es mejor que la *certidumbre.* Señores ministros y señores diputados, la masa del pueblo sufre; que le deis república ó que le deis monarquía, el pueblo sufre, esto es un hecho.

El pueblo tiene hambre, el pueblo tiene frio; la miseria lo arrastra al crímen ó al vicio, segun el sexo. Tened piedad del pueblo, al que el presidio roba sus hombres y el lupanar sus mujeres; ya teneis demasiados galeotes y demasiadas prostitutas. ¿Qué prueban esas dos úlceras? Que el cuerpo social tiene un vicio en la sangre: ocupaos de esta enfermedad. Tratais mal esta enfermedad; estudiadla mejor. Las leyes que promulgais sobre esto solo son paliativos para cubrir el expediente; la mitad de los códigos los compone la rutina, la otra mitad el empirismo.

La pena infamante era una cauterizacion que gangrenaba la llaga; ¡insensata es la pena que para toda la vida sella y remacha el crímen en el criminal, y estrecha para siempre el delito al delincuente como si fueran dos amigos, dos compañeros inseparables! El presidio es un vexicatorio absurdo, que hace absorber, despues de empeorarla, casi toda la mala sangre que extrae. La pena de muerte es una amputacion bárbara.

La pena infamante, el presidio y la pena de muerte son tres cosas que se sostienen mútuamente; habeis suprimido la pena infamante; para ser lógicos habeis de suprimir las otras dos. El hierro ardiente, el grillete y la cuchilla eran las tres partes de un silogismo: habeis suprimido el hierro ardiente; el grillete y la cuchilla carecen ya de sentido. Farince era atroz, pero no era absurdo.

Deshaced la antigua y coja escala de los crímenes y de las penas y construidla de nuevo. Rehaced la penalidad, rehaced los códigos, rehaced las prisiones, rehaced los jueces. Llevad las leyes al paso de las costumbres.

Se cortan en Francia demasiadas cabezas cada año: ya que tratais de hacer economías, economizad la sangre; ya que entrais en el camino de las supresiones, suprimid el verdugo: con el sueldo de los ochenta verdugos podeis pagar á seiscientos maestros de escuela.

Ocupaos de la masa del pueblo: necesita escuelas para los niños y talleres para los hombres. ¿Sabeis que la Francia es el pais de Europa donde hay menos número de personas que lean? La Suiza, la Bélgica, la Dinamarca, la Grecia, la Irlanda saben leer, y la Francia no? Eso es una vergüenza.

Id á los presidios, reunid á vuestro alrededor á toda la chusma, examinad uno á uno á todos los condenados por la ley humana. Calculad la intencion de sus perfiles, estudiad sus cráneos: cada uno de esos hombres que ha caido encierra en él un tipo bestial; parece que cada uno de ellos sea el punto de interseccion entre ésta ó aquella especie animal con la humanidad. Este es el del lobo, ese el del gato, aquel el del mono, unos el del buitre, otros el de la hiena. De esas pobres cabezas mal formadas, el primer error proviene de la naturaleza sin duda alguna, pero el segundo proviene de la educacion. La naturaleza bosquejó mal, pero la educacion retocó mal el bosquejo. Dirigid hácia aquí vuestros estudios. Dad al pueblo buena educacion. Desarrollad lo mejor que sea posible esas desgraciadas cabezas, con el objeto de que la inteligencia que dentro de ellas existe pueda crecer.

Las naciones tienen el cráneo mejor ó peor configurado, segun sus instituciones. Roma y Grecia tenian la frente muy desarrollada; abrid todo lo que podais el ángulo facial del pueblo.

Cuando la Francia sepa leer, no dejeis sin direccion la inteligencia que habreis desarrollado, porque eso seria otro desórden. La ignorancia vale más que la falsa ciencia. Acordaos de que existe un libro más filosófico que *El compadre Mateo*, más popular que *El Constitucional*, más eterno que la Carta de 1830, y que este libro es la Santa Biblia.

Hágase lo que se quiera, la muchedumbre, la mayoría, será siempre relativamente pobre, desgraciada y triste; á su cargo correrá siempre el trabajo penoso. Examinad esa balanza: todos los goces en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿La balanza no debe necesariamente inclinarse, y el Estado con ella? Sin embargo, en el lote del pobre, en el platillo de sus miserias, arrojad la certidumbre de un porvenir celestial; arrojad la aspiracion á la felicidad eterna; arrojad el Paraiso, que es un magnífico contrapeso, y restablecereis el equilibrio; de ese modo la parte del pobre es tan rica como la del rico. Esto es lo que sabia Jesús, que sabia más que Voltaire.

Dad al pueblo, que trabaja y que sufre; dad al pueblo, para el que el mundo es malo, la creencia de un mundo me-

jor, creado para él. Estará tranquilo y tendrá paciencia, que la paciencia la dá la esperanza.

Inundad los pueblos de Evangelios; repartid una Biblia en cada cabaña; que cada libro y cada campo produzcan un trabajador moral.

Ocupaos de la cabeza del hombre del pueblo, que esta cabeza está llena de gérmenes útiles; emplead, para que madure y dé el fruto que debe dar, lo que sea más luminoso y más atemperado á la virtud; el hombre que asesinó en los caminos reales, quizás mejor dirigido hubiera sido un excelente servidor de la ciudad.

Cultivad, desmontad, regad, fecundizad, alumbrad, moralizad y utilizad la cabeza del hombre del pueblo; así no tendreis necesidad de cortarla.

FIN DE CLAUDIO GUEUX.

# NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

# PREFACIO.



ÑOS atrás, visitando, ó mejor dicho, estudiando la Catedral de Nuestra Señora de París, encontró el autor de este libro, en un rincon oscuro de una de sus torres, esta palabra, grabada á mano en la pared:

'ΑΝΑΓΚΗ

Esas mayúsculas griegas, que la vejez ennegreció, profundamente entalladas en la piedra, y no sé qué signos propios de la caligrafía gótica, impresos en su forma y sus actitudes, como para revelar que los escribió una mano de la Edad Media, y sobre todo el sentido lúgubre y fatal que encierran, causaron viva impresion en el autor.

Se preguntó, tratando de adivinar, qué sér desventurado no quiso abandonar el mundo sin imprimir ese estigma del crímen ó de la desgracia en la frente de la antigua iglesia.

Despues embadurnaron ó rasparon (una de las dos cosas) la pared, y la inscripcion desapareció, porque de ese modo se tratan desde hace más de doscientos años las maravillosas iglesias de la Edad Media. Reciben mutilaciones de todas partes, de dentro y de fuera. El sacerdote las embadurna, el arquitecto las rasca y el pueblo llega y las derriba.

Excepto el frágil recuerdo que consagra aquí el autor de este libro, nada queda ya hoy de la misteriosa palabra grabada en la sombría torre de Nuestra Señora; nada del destino desconocido que reasumía melancólicamente. El hombre que escribió aquella palabra en la pared desapareció, hace muchos siglos, en medio de las generaciones, y la palabra ha desaparecido tambien de la pared de la iglesia, y la misma iglesia desaparecerá tambien acaso de la superficie de la tierra. Aquella palabra inspiró este libro.

Febrero 1831.

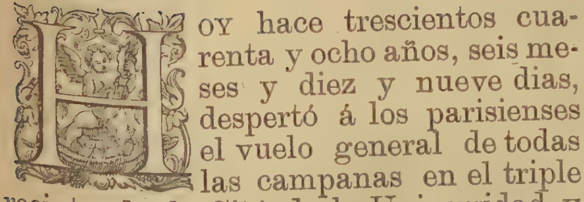


# NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

## LIBRO PRIMERO.

### I.

**La sala mayor.**



OY hace trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diez y nueve dias, despertó á los parisienses el vuelo general de todas las campanas en el triple recinto de la Cité, de la Universidad y de la Ciudad. (1)

No es, sin embargo, dia notable en la historia el 6 de Enero de 1482. Nada tenia de extraordinario el acontecimiento que desde la madrugada agitaba las campanas y á los habitantes de Paris; no lo producia el asalto de picardos ó borgoñones, ni una urna santa llevada en procesion, ni un motin de estudiantes en la poblacion de Laas, ni la entrada de nuestro muy *temido señor rey*, ni una cuelga de ladrones y de ladronas verificada por la justicia de Paris. Tampoco era el acontecimiento la llegada de alguna embajada entorchada y empenachada, cosa frecuente en el siglo XV: acababa de entrar en la ciudad, hacia dos dias, la última de este género, la de los embajadores alemanes encargados de arreglar el casamiento entre el delfin y Margarita de Flandes; dicha embajada enojó al cardenal de Borbon, el que, por complacer al rey, tuvo que recibir con agrado á la mística cohorte de burgomaestres alemanes y regalarles en su palacio, con su moralidad de farsa, mientras que un terrible aguacero inundaba sus puertas, manchando las magníficas tapicerías.

Lo que el dia 6 de Enero ponia en conmocion á todo el pueblo de Paris era una doble solemnidad, la del dia de los Reyes y la de la fiesta de los locos, que se celebraban juntas desde tiempo inmemorial.

Ese dia se quemaba una grande hoguera en la plaza de la Grève, se hacian plantaciones del árbol de Mayo en la capilla de Braque y se verificaba un misterio en el palacio de Justicia. Pregonaban esto la víspera, á són de trompeta, por todas las esquinas, los dependientes del señor preboste, que usaban vistosas sobrevestas, con grandes cruces blancas en el pecho.

La multitud de los vecinos de la capital, despues de cerrar las tiendas, se encaminaba hácia uno de los tres sitios designados, decidiéndose unos por la hoguera, otros por el árbol de Mayo y los restantes por ver el misterio. Debemos decir, en elogio del antiguo buen sentido del pueblo de Paris, que la mayoría de la muchedumbre se dirigió hácia la ho-

---

(1) Los tres inmensos barrios en que se dividia el antiguo Paris, el Paris del siglo XV.

guera, diversion propia de la estacion, ó á ver el misterio que se representaba en la sala mayor del palacio, confortable y bien cerrada, y dejaron que el pobre árbol de primavera tiritase de frio, bajo la influencia del cielo del mes de Enero, en el cementerio de la capilla de Braque.

El pueblo afluía sobre todo á las avenidas del palacio de Justicia, porque sabia que los embajadores alemanes, que llegaron la víspera, se proponian asistir á la representacion del misterio y á la eleccion del papa de los locos, la que tenia tambien que verificarse en la sala mayor.

Era dificilísimo penetrar dicho dia en la referida sala, que entonces se reputaba por el recinto cerrado y cubierto mayor del mundo. (Entonces Sauval no habia medido aun la sala mayor del castillo de Montargis.) La plaza del Palacio, obstruida por el pueblo, presentaba á la vista de los curiosos que llenaban las ventanas el aspecto de un mar, en la que cinco ó seis calles, como otras tantas desembocaduras de rios, vomitaban á cada instante nuevas oleadas de cabezas. Las olas de esa multitud, creciendo sin cesar, se estrellaban en los ángulos de las casas, que sobresalian aquí y allá, como otros tantos promontorios, en el óvalo irregular de la plaza.

En el centro de la alta fachada gótica del palacio se veia la escalera principal, que sin intermision bajaba y subia por dos opuestas corrientes, se rompia en el rellano del medio y se desgarraba en largos tramos por las dos pendientes laterales; esta gran escalera chorreaba sin cesar en la plaza, como una cascada en un lago. Los gritos, las risotadas, el pisar contínuo de miles de piés, producian gran ruido y gran clamoreo. De cuando en cuando se aumentaba el bullicio y el estrépito; la corriente que arrastraba á aquella multitud hácia la escalera principal cejaba, se enturbiaba y se arremolinaba al amagarla algun arquero ó al dar corcovos ó coces el caballo de algun macero del prebostazgo que trataba de restablecer el órden.

En las puertas, en las ventanas, en los tragaluces, sobre los techos, hormigueaban á millares los semblantes serenos y honrados del pueblo de Paris, mirando hácia el palacio y mirando á los espectadores, sin pensar en nada más; porque mucha gente de esta capital se satisface con el espectáculo que ofrecen los espectadores, y para ellos es cosa ya bastante curiosa un paredon detrás del que sucede algo.

Si pudiéramos nosotros, los hombres de 1830, confundirnos de pensamiento con los parisienses del siglo quince y entrar con ellos, empujados y codeados, en la inmensa sala del palacio, tan insuficiente el 6 de Enero de 1482, el espectáculo tendria para nosotros mucho interés y mucho encanto, y se presentarian á nuestra vista cosas tan viejas que nos parecerian nuevas.

Si el lector nos lo permite, probaremos á imaginarnos la impresion que experimentaria con nosotros franqueando el umbral de la sala mayor, entre el inmenso gentío que en aquella lejana época la invadía.

Con zumbido en los oidos y con desvanecimientos en la vista, contemplaríamos encima de nosotros la doble bóveda ojiva, artesonada con esculturas de madera, pintada de azul celeste, flordelisada de oro, y nuestros piés pisarian un enlosado de mármol blanco y negro. A algunos pasos de nosotros veríamos un enorme pilar, despues otro, y así sucesivamente hasta siete en toda la longitud de la sala, sosteniendo en su altura el arranque de la bóveda. Alrededor de los cuatro primeros pilares veríamos puestos ambulantes, chispeantes de cristales y de oropeles; alrededor de los tres últimos, bancos de madera de encina, desgastados y pulimentados por el roce de las calzas de los litigantes y por las togas de los procuradores. Alrededor de la sala contemplaríamos, á lo largo de la alta pared, entre las puertas y entre las ventanas, la interminable fila de estátuas de los reyes de Francia desde Faramundo; los reyes holgazanes, con los brazos colgando y los ojos bajos; los reyes valientes y batalladores, con la cabeza y las manos levantadas hácia el cielo con osadía. Despues, en las grandes ventanas ojivas, veríamos cristales de mil colores; en las largas salidas de la sala, ricas puertas delicadamente esculpidas, y todo ello, bóvedas, pilares, paredes, artesones, puertas y estátuas, todo cubierto de arriba á abajo de expléndida iluminacion de azul y oro, que estaba ya algo deslucido entonces y que desapareció enteramente, bajo el polvo y por el trabajo de las telarañas, el año de gracia de 1549, en el que Breul lo admiraba todavía por tradicion.

Imaginaos, pues, esa inmensa sala oblonga, alumbrada por la claridad pálida de un dia de Enero, invadida por

una muchedumbre de vistosos trajes, que llenaba en toda su extension las largas paredes, y daba vueltas alrededor de los siete pilares, y podreis formar una idea confusa del conjunto del cuadro, del que vamos á indicar los más curiosos detalles.

Si Ravaillac no hubiera asesinado á Enrique IV, el expediente del proceso de Ravaillac no se hubiera depositado en el archivo del palacio de Justicia, y no hubiera habido cómplices interesados en que desaparecieran dichos documentos, ni incendiarios obligados, por falta de otros medios, á quemar el archivo para que se quemase la causa y quemar el palacio de Justicia para que ardiese el archivo, por consecuencia no hubiera ocurrido el incendio de 1618, y el antiguo palacio estaria aun en pié con su antigua sala mayor, y yo podria decir á los lectores: Id á verla; esto seria cómodo para todos; yo me veria dispensado de describirla y los lectores de leer la descripcion, lo que prueba que los grandes acontecimientos traen consecuencias incalculables.

Verdad es que cabe en lo posible que Ravaillac no tuviese cómplices, y que á haberlos tenido, éstos no tomasen parte en el incendio de 1618; porque este incendio puede tener otras dos plausibles explicaciones. La primera que puede dársele es la de la aparicion de una estrella inflamada, ancha de un pié y larga de un codo, que, como todo el mundo sabe, cayó del cielo sobre el palacio de Justicia el dia 7 de Marzo, despues de media noche; y la segunda explicacion consiste en la cita de estos versos de Teófilo:

Por cierto fué triste caso
Cuando en Paris la justicia,
Por salir de sus apuros,
Se pegó fuego á sí misma.

Pero ya se dé crédito á la explicacion política, á la física ó á la poética, el hecho fué desgraciadamente cierto; en 1618 se incendió el palacio de la Justicia. Poco se conserva hoy dia de él, gracias á dicha catástrofe y gracias á las restauraciones sucesivas, que concluyeron con lo que el fuego perdonó; muy poco se conserva de esta primera morada de los reyes de Francia, de aquel palacio hijo primogénito del Louvre, tan antiguo ya en la época de Felipe el Hermoso, que en él se buscaban entonces los vestigios de los magníficos edificios levantados por el rey Roberto, descritos por Helgaldus. Casi todo desapareció. ¿Dónde está la cámara de la Cancillería en la que San Luis *consumó su matrimonio?* ¿Dónde el jardin en el que administraba justicia, "vestido con sobrevesta de camelote, tabardo de tiritaña sin mangas, con capa de sándalo negro, reclinado sobre la tapicería, al lado de Joinville? ¿Dónde está la cámara del emperador Segismundo? la de Cárlos IV? la de Juan sin Tierra? ¿Dónde está la escalera desde la cual Cárlos VI promulgó su edicto de amnistía? ¿Dónde la losa sobre la que Marcelo degolló á Roberto de Clermont y al mariscal de Champaña, delante del Delfin? ¿Dónde el postigo en el que fueron laceradas las bulas del anti-papa Benedicto, de donde volvieron á salir los que las trajeron con capas pluviales y mitras irrisorias, para que sirvieran de escarnio por todas las calles de Paris? ¿Dónde están en la sala mayor el dorado y el azul, las ojivas, las estátuas, los pilares, la inmensa bóveda cuajada de esculturas, y la cámara dorada y el leon de piedra que estaba á la puerta, arrodillado y con la cabeza baja y la cola entre piernas, como los leones de Salomon, en la actitud humilde que debe guardar la fuerza de la justicia? ¿Y las hermosas puertas y los vidrios de colores y los cincelados cerrojos? ¿Qué hizo el tiempo, qué han hecho los hombres de todas esas maravillas? ¿Qué nos han dado en cámbio de aquella historia galáica y de aquel arte gótico? Los pesados arcos elípticos de Brosse, el torpe arquitecto de la fachada de San Gervasio, en cuanto al arte; y en cuanto á la historia, nos han dejado los recuerdos impertinentes del gran pilar, en el que aun resuenan los ecos de la chismografía de los Patrús.

Volvamos á la verdadera sala mayor del antiguo y verdadero palacio de Justicia.

En una de las dos extremidades de su paralelógramo se veia la famosa mesa de mármol de una pieza, tan larga y tan ancha como jamás se conoció (segun dicen los antiguos registros del palacio, en un estilo que hubiera abierto el apetito á Gargantúa) *semejante tajada de mármol;* la otra extremidad del paralelógramo la ocupaba la capilla en la que Luis XI se hizo esculpir arrodillado ante la Vírgen, á cuya capilla hizo transportar las estátuas de Carlo-Magno y de San Luis, sin que le importara dejar dos nichos vacíos en la fila de las estátuas reales, de esos dos santos á los que atribuia gran influencia en el cielo

por haber sido reyes de Francia. Dicha capilla estaba entonces nueva, edificada seis años atrás; era de ese delicado gusto, de esa artística arquitectura y de esa escultura maravillosa, que marca el final de la era gótica y que se perpetúa hasta la mitad del siglo diez y seis en las fantasías mágicas del renacimiento. El roseton por donde entraba la luz, abierto encima de la puerta de entrada, era una obra maestra de delicadeza y de gracia: parecia una estrella de encaje.

En medio de la sala, frente á la puerta principal, habia un estrado de brocado de oro, arrimado á la pared, al que se llegaba por una entrada secreta, practicada en medio de una ventana del corredor de la cámara dorada, para que le ocupasen los embajadores alemanes y los demás personajes de Paris invitados á ver la representacion del misterio.

Era costumbre representar ese misterio encima de la gran mesa de mármol, y estaba ya preparada desde las primeras horas de la mañana: su rica plancha de mármol soportaba una jaula de madera enorme, cuya superficie exterior, accesible á las miradas de toda la sala, debia servir de teatro, y cuyo interior, cubierto de tapicería, se habilitaba para vestuario de los personajes del misterio. Una escalera, sencillamente colocada á la parte de fuera, establecia la comunicacion entre la escena y el vestuario y ofrecia sus escalones á los que habian de entrar y salir: no habia personaje imprevisto, ni peripecia, ni efecto teatral que no se viese obligado á subir por dicha escalera. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de la maquinaria!

Estaban en pié á las cuatro esquinas de la mesa de mármol cuatro alabarderos del baile de palacio, guardias obligados en todos los placeres del pueblo, así en los dias de regocijos populares como en los de las ejecuciones públicas.

Al dar la última campanada de las doce en el reloj del palacio debia comenzar la representacion. Tarde era sin duda para verificarse la representacion teatral, pero se sujetaron á la hora que marcaron los embajadores.

La multitud estaba esperando desde las primeras horas de la mañana; muchísimos curiosos tiritaban de frio, desde el amanecer, en las gradas del palacio; y hasta afirmaban algunos que habian pasado la noche en el dintel de la puerta principal, para estar seguros de entrar los primeros. La muchedumbre era cada vez más compacta, y como el agua cuando rebosa de su nivel, empezaba á subirse por las paredes, á hincharse alrededor de los pilares, á sobresalir de los tablados, de las cornisas, de los antepechos de las ventanas, de todos los puntos salientes de la arquitectura y de todos los relieves de la escultura. Por lo que el agobio, la impaciencia, el fastidio, la libertad de un dia de cinismo y de locura, las contiendas que se oian á cada momento, causadas por un codo puntiagudo ó por un zapato claveteado, la fatiga que dá esperar tantas horas, todo esto, que acabamos de enumerar, todo junto añadia cierto acento ágrio y amargo al clamoreo del pueblo, que se veia prensado y que se ahogaba. Se oian quejas é imprecaciones contra los alemanes, contra el preboste, contra el cardenal de Borbon, contra el baile del palacio, contra Margarita de Austria, contra el frio y el calor y el mal tiempo, contra el obispo de Paris y el papa de los locos, etc. etc. Todo esto causaba la diversion de un sinnúmero de estudiantes y de lacayos diseminados entre la multitud, que comentaban todos los referidos descontentos con sus pertinacias y sus malicias y que pinchaban con alfilerazos, por decirlo así, el mal humor general.

Habia un grupo de esos alegres demonios que, despues de desquiciar la vidriera de una ventana, se sentaron con osadía sobre el entablamento y desde allí lanzaban sus miradas y sus burlas, dentro y fuera, á la muchedumbre de la sala mayor y á la muchedumbre de la plaza: sus gestos de parodia, sus risotadas y las bromas que cambiaban con sus compañeros desde un extremo al otro de la sala, daban á entender que no participaban esos jóvenes del fastidio ni de la fatiga del público y que sabian, para divertirse, extraer de lo que pasaba ante ellos un espectáculo que les permitia esperar con impaciencia que empezase el otro.

—¡Por mi vida, que sois Juan Frollo de Molendino! decia gritando uno de esos jóvenes á una especie de diablillo rojo, de linda y pícara cara, que estaba encaramado en los follajes de un capitel; con propiedad os llaman Juan del Molino, porque parecen aspas vuestros brazos y vuestras piernas. ¿Hace mucho que estais aquí?

—Por la misericordia del diablo, respondió Juan Frollo, hace más de cuatro horas, y espero que se me tomen en cuen-

ta cuando vaya al purgatorio. Oí á los ocho chantres del rey de Sicilia entonar el primer versículo de la misa mayor de las siete en la Santa Capilla.

—Hermosos chantres! exclamó el otro; tienen la voz más aguda que sus bonetes: antes de decir una misa á San Juan, hubiera debido el rey informarse de si á San Juan le gusta el latin salmodiado con acento provenzal.

—¡Para emplear á esos malditos sochantres del rey de Sicilia se dice esa misa! gritó ágriamente una vieja que estaba bajo de la ventana. ¡Dar mil libras parisis por una misa y sobre el arriendo del pescado de mar de las pescaderías de Paris!

—Calle la vieja! replicó un obeso y grave personaje que se tapaba las narices detrás de la pescadera; era preciso establecer esa misa. ¿Queríais que el rey volviese á estar enfermo?

—Muy bien dicho, señor Gil Lecornu, manguitero abastecedor de la casa real, dijo el estudiantillo encaramado sobre el capitel.

Una carcajada general de los estudiantes acogió estas palabras.

—Lecornu! Gil Lecornu! decian unos.

—*Cornutus et hirsutus*, decian otros.

—Por qué diablos os reís? continuó el estudiante del capitel; ¿es materia de risa que él sea el honorable sugeto Gil Lecornu, hermano del maestro Juan Lecornu, preboste de la real casa, hijo del maestro Mayet Lecornu, portero mayor del bosque de Vincennes, todos industriales de Paris, y todos casados de padres á hijos?

Aumentóse la alegría al oir esto, y el hombre obeso, sin contestar una palabra, se esforzaba por esconderse y evitar que estuviesen fijas en él todas las miradas; pero sudaba y soplaba en vano. Como cuña que se hunde en la madera, sus esfuerzos solo conseguian encajar con mayor solidez, en las espaldas de los vecinos, su semblante apoplético, más enrojecido que de costumbre por el despecho y la cólera. Uno de los vecinos acudió á su socorro y, encarándose con el estudiante, le dijo:

—Es una abominacion que se atrevan los estudiantes á hablar de ese modo á un hombre honrado; en mis tiempos les hubieran dado palos primero, y los hubieran quemado despues.

Echóse á reir otra vez la chusma estudiantil.

—Hola! ¿quién canta en ese diapason? quién es esa siniestra lechuza?

—Yo le conozco; es el maestro Andrés Musnier.

—Habla así porque es uno de los cuatro libreros jurados de la Universidad, repuso otro estudiante.

—En aquella tienda todo se cuenta por cuatro, añadió un tercero; las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores y los cuatro libreros.

—Pues bien, replicó Juan Frollo, le armaremos una de cuatro diablos.

—Musnier, te quemaremos los libros!

—¡Musnier, le daremos un palizon á tu lacayo!

—¡Musnier, manosearemos á tu mujer!

—La buena y obesa señorita Oudarda.

—Que es tan alegre y está tan fresca como si fuese viuda.

—Que os lleve el diablo! refunfuñó maese Andrés.

—Cállate, pues, maese, ó sino desde este capitel me dejo caer sobre tí.

Andrés Musnier levantó la vista y midió en un instante la altura del pilar y la pesadez del estudiantillo, multiplicó mentalmente esta pesadez por el cuadrado de la velocidad y se calló.

Al verse Juan dueño del campo de batalla, prosiguió con acento triunfal:

—Lo haré como lo digo, aunque sea hermano de un arcediano.—¡Vaya unos caballeros los que mandan en la Universidad! ¡No hacer que se respeten nuestros privilegios en un dia como éste! ¡Haber árbol de Mayo y hoguera en la Cité, misterio, papa de los locos y embajadores alemanes en la ciudad, y en la Universidad nada!...

—¡Sin embargo, la plaza de Maubert es bastante grande! añadió un escribiente que estaba sentado en el entablamiento de la ventana.

—¡Mueran el rector, los electores y los procuradores! gritó Juan Frollo.

—Será necesario que hagamos otra hoguera esta noche en el campo Gaillard, despues de los anunciados, con los libros de Andrés Musnier.

—Y con pupitres de los amanuenses.

—Y con las varas de los bedeles.

—Y con las escupideras de los decanos.

—Y con las mesas de los procuradores.

—Y con las alcancías de los electores.

—Y con los escabelillos del rector.

—¡Mueran, repitió Juan con voz de falsete, Andrés Musnier, los bedeles, los amanuenses, los teólogos, los médicos, los decretistas, los procuradores, los electores y el rector!

—Esto es el fin del mundo! murmuró entre dientes el librero tapándose los oidos.

—A propósito del rector; allá vá atravesando la plaza, gritó otro estudiante.

Todas las miradas de los estudiantes se dirigieron al punto que indicaba el que habló.

—¿Conque es, en efecto, nuestro venerable rector el Sr. Thibaut? preguntó Juan Frollo, que se habia encaramado á un pilar del interior y no podia ver lo que pasaba fuera.

—Sí, sí, respondieron los demás estudiantes.

Era verdaderamente el rector, que con los demás dignatarios de la Universidad, salian á recibir procesionalmente á la embajada á la plaza del Palacio. Los estudiantes, agrupados á la ventana, los acogieron, al pasar, con sarcasmos y aplausos irónicos. El rector, que iba delante, recibió la primera andanada, que fué ruda.

—¡Buenos dias, señor rector, buenos dias!

—¡Es milagro que esté aquí el antiguo jugador y que abandone los dados!

—¡Cómo trota sobre la mula, que tiene las orejas menos largas que él!

—Buenos dias, señor rector Thibaut! *Tybalde aleator!*

—Dios os guarde! ¿Habeis hecho esta noche con frecuencia seis doble?

—¡Vaya una cara caduca y abatida por el amor al juego!

—¿Dónde vais volviendo la espalda á la Universidad y trotando hácia la ciudad?

Luego les llegó el turno á los demás que iban con el rector.

—Mueran los bedeles! ¡mueran los maceros!

—Dime, Roberto, quién es aquel?

—Es Gilberto de Sully, el canciller del colegio de Antun.

—Toma mi zapato y échaselo á la cara, tú que estás mejor colocado que yo para eso.

—*Saturnalitias mittimus ecce nuces.*

—¡Mueran los seis teólogos con sus blancas sobrepellices!

—Esos son los teólogos? Yo creia que eran seis gansos blancos, regalados por Santa Genoveva á la ciudad por el feudo de Roogny.

—Mueran los médicos!

—Para tí mis borlas, canciller de Santa Genoveva, que has cometido conmigo una injusticia. Es cierto, porque concedió mi plaza en la nacion de Normandía al jovencillo Ascanio Falzaspada, que es de la provincia de Bourger, que es italiano.

—Eso es una injusticia, replicaron todos los estudiantes. ¡Muera el canciller de Santa Genoveva!

—Hola! Eh!... Joaquin de Ladehors! Hola! Luis Dahuille! Hola! ¡Lamberto Hoctement!

—¡Que el diablo ahogue al procurador de la nacion alemana!

—¡Allá van los capellanes de la Santa Capilla con sus mucetas grises: *cum tunicis grisis!*

—*Sen de pellibus grisis fourratis!*

—¡Allá pasan los maestros de artes con capas negras y con capas rojas!

—Ese acompañamiento es la hermosa cola del rector.

—Parece que sea un Dux de Venecia que vá á contraer esponsales con el mar.

—Mira, Juan, ahora pasan los canónigos de Santa Genoveva.

—Que vayan al diablo los canónigos!

—Allá vá el doctor Claudio Choart; buscais acaso á María la Giffarde?

—Vive en la calle de Glatigny.

—Hace la cama al rey de los lujuriosos.

—Paga en cuatro maravedises; *quatuor denarios.*

—*Aut unum bombum.*

—Compañeros, mirad al maestro Simon Sanguim, el elector de Picardía, que lleva su mujer á la grupa.

—*Post equitem sedet atra cura.*

—Buenos dias, señor elector!

—Buenas noches, señora electora!

—¡Qué dichosos sois de poder ver todo eso! decia suspirando Juan Frollo, metido en el follaje del capitel.

Entretanto, el librero, jurado de la Universidad, se inclinaba al oido de Gil Lecornu y le decia:

—Os aseguro que esto es el fin del mundo; jamás se vió ese desenfreno en los estudiantes; las malditas invenciones del siglo todo lo pervierten, como la artillería, las serpentinas, las bombardas, y sobre todo la imprenta, esa peste de la Alemania. Adios manuscritos! ¡Adios libros! La imprenta mata á la librería, se acerca el fin del mundo.

—Ya me lo parecia á mí por los progresos que hacen los tejidos de terciopelo, contestó el manguitero.

En este momento la campana del reloj del palacio dió las doce.

—Ah! exclamó toda la muchedumbre como una sola voz.

Los estudiantes callaron. Despues

hubo gran desórden en la muchedumbre, incesante movimiento de cabezas y de piés, detonacion general de toses; la multitud se arregló, se levantó y se agrupó; luego reinó el silencio y todos los codos permanecieron tendidos, todas las bocas abiertas y todas las miradas se fijaron en la mesa de mármol... pero nadie apareció. Los cuatro alabarderos de la bailía se mantenian allí tiesos é inmóviles como cuatro estátuas enclavadas; todo los ojos miraban al estrado reservado para los embajadores alemanes, pero la puerta permanecia cerrada y el estrado vacío. Desde el amanecer esperaba tres cosas la muchedumbre: el medio dia, la embajada de Flandes y el misterio; pero de las tres cosas solo el medio dia llegó con puntualidad.

Se abusaba ya del público; éste esperaba con impaciencia tres minutos, cinco, un cuarto de hora, pero nadie venia; el estrado continuaba desierto y el teatro mudo: la cólera sucedió á la impaciencia de la multitud, y palabras que marcaban su irritacion comenzaron á circular en voz baja.—El misterio! ¡el misterio! pedian gritando. Fermentaban ya las cabezas, y una sorda tempestad que empezaba á gruñir comenzó á notarse en la superficie de la muchedumbre; la primera chispa la hizo saltar Juan Frollo.

—¡Vayan al infierno el misterio y los alemanes! gritó con toda la fuerza de sus pulmones y retorciéndose como una serpiente alrededor del capitel.

La multitud aplaudió, repitiendo:

—¡Que se vayan al infierno los alemanes y el misterio!

—Si no representan el misterio en seguida, soy de opinion que debemos ahorcar al baile de palacio, para que nos sirva de ese modo de comedia y de moralidad.

—Bien dicho, contestó el pueblo aullando; mientras, podemos empezar ahorcando á los alabarderos.

Con gran aclamacion fueron acogidas esas palabras. Los cuatro aludidos palidecieron y se miraban de reojo. La multitud se abalanzó hácia ellos, y ya veian que la frágil balaustrada de madera que los separaba del público se encorvaba é iba á romperse, doblegada por el peso de éste. El momento era crítico.

—A ellos! á ellos! gritaron de todas partes.

Pero en este instante la tapicería del vestuario se levantó y dió paso á un personaje, cuya presencia detuvo de repente á la multitud y cambió su cólera en curiosidad como por encanto.

—Silencio! silencio! exclamaron muchas voces.

El personaje, poco seguro y temblando, avanzó hasta la orilla de la mesa de mármol, saludando al público con mil reverencias, que á medida que se aproximaba iban pareciéndose más á genuflexiones. Esto no obstante, se restableció la calma y solo quedaba ya de la pasada tempestad el ligero rumor que se escapa siempre del silencio de la muchedumbre.

—Señores y señoras vecinos de Paris, dijo el personaje; vamos á tener la honra de representar y de declamar ante su eminencia el señor cardenal un auto sacramental que se titula: *El buen juicio de Nuestra Señora la Virgen María*. Yo represento á Júpiter. Su eminencia está acompañando en estos momentos á la muy honorable embajada del duque de Austria, que está ahora escuchando el discurso del señor rector de la Universidad en la puerta de los Asnos. En cuanto llegue su eminencia el cardenal empezaremos el misterio.

Precisa fué la intervencion de Júpiter nada menos para salvar á los cuatro alabarderos de la bailía del palacio. Si hubiéramos tenido la suerte de inventar esta verídica historia y, por consecuencia, si fuésemos responsables de ella ante la crítica, no se hubiera podido invocar en este momento contra nosotros el precepto clásico: *Nec deus intersit*. Por lo demás, el traje del señor Júpiter era primoroso y contribuyó á calmar á la muchedumbre, haciendo fijar en él la atencion. Júpiter ceñia coraza cubierta de terciopelo negro, con clavos dorados; cubríale una caperuza guarnecida de botones de plata sobredorada; era roja y espesa la barba, que casi le ocultaba el rostro; el rollo de carton dorado, sembrado de lentejuelas, que llevaba en la mano, queria ser una imitacion del rayo; y aunque llevaba los piés de color de carne y encintados á la griega, hubiera podido parangonarse bien, por la severidad de su vestimenta, con un arquero breton del cuerpo del príncipe de Berry.

## II.

### Pedro Gringoire.

Las primeras palabras de la arenga del citado personaje aplacaron al público, y su brillante traje excitó la admi-

racion del auditorio; pero cuando formuló esta desdichada conclusion: "Cuando llegue su eminencia el cardenal empezaremos el misterio„ su voz se perdió entre una tempestad de silbidos.

—Empezad el misterio! ¡el misterio en seguida!... gritó el pueblo; y por encima de todas las voces sobresalia la de Juan Frollo.

—¡Mueran Júpiter y el cardenal de Borbon! vociferaban Robin Poussepain y otros escribientes albergados en la ventana.

—¡Al momento el auto sacramental, ó sino saco y cuerda para los comediantes y para el cardenal! repetia la multitud.

El pobre Júpiter, azorado, despavorido y pálido á pesar del colorete, dejó caer el rayo de la mano, quitóse la caperuza y saludó, temblando y balbuciente:

—Su eminencia... los embajadores... la princesa Margarita de Flandes... No sabia lo que hablaba; tenia miedo de que le ahorcasen; de que le ahorcase el pueblo, cansado de esperar; de que le ahorcase el cardenal por no haber esperado más: por ambas partes que mirara, solo veia el abismo, esto es, la horca.

Por fortuna suya, otro personaje vino á sacarle del conflicto, asumiendo toda la responsabilidad. Este era un individuo que estaba más acá de la balaustrada, en el espacio que habia libre alrededor de la mesa de mármol, y que nadie le habia visto hasta ahora, porque el pilar en que se recostaba ocultaba por completo á la vista del público su larga y delgada figura: este individuo, flaco, enclenque y blando, jóven todavía, aunque empezaban á arrugársele la frente y las mejillas, de brillantes ojos y de boca sonriente, vestia de sarga negra, raida y lustrosa de vejez; este individuo se aproximó á la mesa de mármol é hizo una señal al apurado comediante, que la turbacion de éste no le permitió ver.

Acercándosele entonces más el recien venido, le dijo:

—Júpiter, mi querido Júpiter!...

El otro ni siquiera le oia; perdió al fin la paciencia el recien llegado y le gritó casi en sus narices:

—Miguel Giborne!

—Quién me llama? exclamó Júpiter, como el que despierta sobresaltado.

—Yo, respondió el personaje vestido de negro.

—Ah!

—Empezad al momento; complaced al público. Yo me encargo de apaciguar al baile, el que apaciguará al señor cardenal.

Júpiter respiró.

—Señores, gritó con toda la fuerza de sus pulmones á la muchedumbre, que continuaba silbando; vamos á empezar en seguida.

—*Evoe, Júpiter! Plaudite, cives!* gritaron los estudiantes.

—Vítor! vítor! contestó el pueblo.

El palmoteo fué tan atronador, que cuando Júpiter se entró tras la tapicería resonaban aun en la sala las aclamaciones.

Entretanto el personaje desconocido que convirtió mágicamente *la tempestad en bonanza*, como dice Corneille, volvió modestamente á colocarse en la penumbra del pilar, y sin duda hubiese permanecido allí inmóvil y mudo, como antes, si no le hubieran sacado de allí dos mujeres jóvenes, que, colocadas en la primera fila de los espectadores, se habian fijado en el diálogo que entabló con Miguel Giborne Júpiter.

—Señor! le dijo una de las jóvenes, haciéndole seña de que se aproximase.

—Cállate, Lienarda, le contestó su vecina, que era hermosa, fresca y que iba endomingada. Este no es clérigo, es un láico, y no tiene tratamiento de señor, sino de maese á secas.

—Señor! repuso Lienarda.

El desconocido se arrimó á la balaustrada y preguntó apresurado:

—Qué quereis de mí, buenas mozas?

—Yo nada, contestó Lienarda con turbacion; es ésta, es Grigüeta que desea hablaros.

—Yo no, respondió ésta ruborizándose; es que Lienarda os dijo *señor*, y yo la repliqué que no teníais ese tratamiento.

Las dos jóvenes bajaron la vista al suelo y el otro, que no deseaba otra cosa que entablar conversacion con ellas, las miraba sonriendo.

—¿No teneis nada que decirme, buenas mozas?

—Nada, dijo una.

—Nada, repitió la otra.

El personaje hizo ademan de retirarse al pilar, pero las jóvenes curiosas no querian soltar la presa.

—Maese, exclamó apresurada Grigüeta con la impetuosidad de una exclusa que se abre, ó como mujer que se decide por un partido; ¿conoceis al soldado que vá á representar el papel de la Vírgen en el misterio?

—El papel de Júpiter querreis decir?

—Sí, contestó Lienarda; ésta es estúpida. Conoceis á Júpiter?

—Sí; es Miguel Giborne.

—Lleva barbas terribles, exclamó Lienarda.

—¿Será muy gracioso lo que se diga con ellas? preguntó tímidamente Grigueta.

—Será primoroso, respondió el personaje sin vacilacion.

—Qué es lo que se vá á representar?

—*El buen juicio de Nuestra Señora la Vírgen*, auto sacramental.

—Ah! eso es diferente, repuso Lienarda.

—Es una moralidad nueva, que se vá á estrenar hoy.

—Entonces no será la que se representó hace dos años, el dia de la entrada del señor legado, y en la que salian tres buenas mozas representando personajes.

—No, representaban sirenas, replicó Lienarda.

—Y salian desnudas, añadió el personaje desconocido.

Lienarda bajó púdicamente la vista; Grigueta la miró y siguió su ejemplo. El desconocido prosiguió hablando y sonriendo.

—Era aquello un espectáculo gracioso; hoy se representa una moralidad escrita expresamente para la princesa de Flandes.

—Se cantarán idilios pastoriles? preguntó Grigueta.

—Eso es impropio de una moralidad, contestó el desconocido; eso solo puede ser en una farsa; no hay que confundir los géneros.

—Qué lástima! Allí salian, junto á la fuente del Ponceau, hombres y mujeres salvajes que se peleaban y hacian mogigangas, cantando villancicos y canciones pastoriles.

—Lo que conviene á un legado no le conviene á una princesa, replicó con sequedad el desconocido.

—Además habia allí muchos instrumentos que ejecutaban grandes melodías.

—Y para refrescar á los transeuntes, continuó Grigueta, echaba la fuente por tres caños hipocrás, vino y leche, y bebia cada uno lo que queria.

—Y más allá de la fuente, añadió Lienarda, en la Trinidad, personajes mudos representaban la Pasion sin hablar.

—Me acuerdo, repuso Grigueta, que iba Cristo en la cruz y los dos ladrones á la derecha y á la izquierda.

Al llegar á este punto, las dos jóvenes se acaloraron con el recuerdo de la entrada del legado y se pusieron á hablar las dos á un tiempo.

—Más adelante, en la puerta de los Pintores habia otros personajes, ricamente vestidos.

—Y en la fuente de San Inocencio, aquel cazador que perseguia á un ciervo, entre el ruido de los perros que ladraban y el sonido de las bocinas.

—Y en la carnicería de Paris aquellos tablados que figuraban la Bastilla de Dieppe.

—Y cuando pasó el legado, se dió el asalto y degollaron á todos los ingleses.

—Y en la puerta del Chatelet habia tres magníficos personajes.

—Y el puente de Change estaba cubierto de tapicería.

—Y cuando le atravesó el legado echaron á volar encima del puente doscientas docenas de toda clase de pájaros. Ah, eso fué muy bonito!...

—Más bonito será hoy, repuso al fin el personaje desconocido, que ya escuchaba impaciente á las dos jóvenes.

—¿Nos asegurais que ese misterio será bonito?

—Sin duda ninguna, contestó, añadiendo con énfasis: porque yo soy el autor.

—De veras? exclamaron las jóvenes sorprendidas.

—De veras, respondió el poeta, irguiéndose ligeramente; es decir, somos dos los autores: Juan Marchant, que ha serrado las tablas y ha levantado el tablado del teatro y ha dirigido toda la parte material de él, y yo, que he escrito la obra; yo me llamo Pedro Gringoire.

El autor de *El Cid* no hubiera dicho con tanta arrogancia: Pedro Corneille.

Nuestros lectores comprenderán que pasó bastante tiempo desde el momento en que Júpiter desapareció tras la tapicería, hasta el instante en que el autor de la nueva moralidad se reveló bruscamente á la cándida admiracion de Grigueta y de Lienarda. Cosa notable fué el que aquella multitud, algunos minutos antes tan tumultuosa, esperase ahora con mansedumbre fiada en la palabra de un comediante; lo que prueba la verdad eterna, todos los dias experimentada en los teatros, de que el mejor medio para que el público espere con paciencia es prometerle que vá á empezar en seguida la funcion.

A pesar de todo, Juan, inquieto como siempre, gritó de repente, interrumpien-

do el silencio que en el público sucedió al alboroto:

—Júpiter, Vírgen, titiriteros, ¿os estais chuleando?... Empezad pronto la representacion, sino la empezaremos nosotros.

No necesitaron más los comediantes: al punto se oyó en el interior del tablado una música compuesta de diferentes instrumentos; se levantó el telon de tapicería y cuatro personajes, llenos de afeites y vestidos de colorines, treparon por la carcomida escala del teatro, llegaron á la plataforma superior, se formaron en línea ante el público y le saludaron profundamente; entonces terminó la sinfonía y empezó el misterio.

Los cuatro personajes, despues de recoger con usura en aplausos el pago de sus reverencias, comenzaron, entre el silencio religioso de la multitud, un prólogo, que queremos evitar al lector la molestia de escucharlo. Por lo demás, el público se ocupaba más de los trajes que llevaban los comediantes que del papel que desempeñaban, cosa que sucede aun en la actualidad; pero verdaderamente aquellos trajes debian llamar la atencion de los espectadores. Se presentaron vestidos los cuatro personajes de túnicas mitad amarillas y mitad blancas, y que no se diferenciaban más que por la calidad de la tela; la primera era de brocado de oro y plata, la segunda de seda, la tercera de lana y la cuarta de lienzo. El primero de los personajes llevaba una espada en la mano derecha, el segundo dos llaves de oro, el tercero una balanza y el cuarto una azada; y para explicar á las inteligencias míopes que no pudiesen ver con claridad al través de la transparencia de estos atributos, se leian los siguientes letreros en grandes letras negras bordadas: en el ruedo de la túnica de brocado, YO ME LLAMO NOBLEZA; en la orla de la túnica de seda, YO ME LLAMO CLERO; en la de la túnica de lana, YO ME LLAMO MERCANCÍA, y en el de la túnica de lienzo, YO ME LLAMO TRABAJO. El sexo de las dos alegorías masculinas se indicaba con claridad al espectador sensato por medio de las túnicas más cortas y por las gorras que llevaban en la cabeza, mientras que las dos alegorías femeninas tenian las túnicas más largas y caperuzas en la cabeza.

Tambien hubiese sido torpeza no comprender, al oir la poesía del prólogo, que el Trabajo estaba casado con la Mercancía y el Clero con la Nobleza, y que estas dos felices parejas, poseian en comun un magnífico delfin de oro, que pretendian adjudicar á la mujer más hermosa. Iban, pues, por el mundo buscando y rastreando esa beldad, despues de desechar sucesivamente á la reina de Golconda, á la princesa de Trevisonda, á la hija del khan de Tartaria, etc., etc. El Trabajo, el Clero, la Nobleza y la Mercancía habian ido á descansar sobre la mesa de mármol del palacio de Justicia, enjaretando ante el honrado auditorio cuantas sentencias y máximas se podian encajar entonces en la Facultad de las Artes, en los exámenes, en las figuras y actos en los que los maestros ganaban el bonete de licenciados.

Entre toda la multitud de espectadores, sobre la que las cuatro alegorías derramaban á torrentes las metáforas, no habia oido tan atento, corazon tan palpitante, ojo tan fijo ni cuello más erguido, que el ojo, el oido, el cuello y el corazon del autor, del envanecido Pedro Gringoire, que no pudo resistir momentos antes á la satisfaccion de decir su nombre á las dos jóvenes curiosas. A poca distancia de ellas volvió á colocarse detrás del pilar para desde allí poder oir, mirar y saborear la representacion. Los benévolos aplausos que acogieron el principio del prólogo resonaban aun en su corazon y estaba absorbido por completo en esa especie de contemplacion extática, en la que un autor vé caer sus ideas una á una de la boca del actor entre el silencio de inmenso auditorio

Sentimos decirlo, pero este primer éxtasis que se apoderó del digno Pedro Gringoire fué interrumpido muy pronto: apenas el afortunado autor aproximó á sus labios la copa embriagadora de la alegría y del triunfo, cayó en ella una gota amarga. Un mendigo andrajoso, que nada podia recoger estando confundido entre el gentío, y que no encontró bastante indemnizacion en los bolsillos de los vecinos, trató de subir á algun punto alto para ponerse en evidencia y atraer las miradas y las limosnas. Habíase, pues, encaramado durante los primeros versos del prólogo, con el apoyo de los pilares del estrado reservado, hasta la cornisa que limitaba la balaustrada por su parte inferior, y allí se sentó, llamando la atencion y excitando la piedad de la multitud, enseñando sus andrajos y una llaga asquerosa que le cubria el brazo derecho, pero no decia una palabra. Su silencio dejaba pasar el prólogo sin estorbo, y no hubiera so-

brevenido sensible desórden, si la desgracia no hubiera querido que el estudiante Juan Frollo divisase desde lo alto de su pilar al mendigo y sus muecas. Apoderóse del jóven descompuesta risa, y sin importarle interrumpir el espectáculo y turbar el recogimiento general, gritó con desenvoltura:

—Eh! ¡ahí está el mendigo enclenque que pide limosna!

El que haya tirado una piedra en un charco lleno de ranas, ó un escopetazo á una bandada de pájaros, puede formarse una idea del efecto que debieron producir aquellas frases incongruentes en medio de la atencion general. Gringoire se extremeció, como si hubiese sentido una sacudida eléctrica. Cortóse el prólogo, y todas las cabezas se volvieron tumultuosamente hácia el mendigo, que, en vez de desconcertarse, vió en este incidente buena ocasion para recoger algo, y se puso á gritar con acento doliente y con los ojos medio cerrados:—¡Una limosna por el amor de Dios!

—Calla! repitió, siempre gritando, Juan Frollo; es Clopin Trouillefon! Hola, amigo, ¿te incomodaba la llaga en la pierna, que te la has pasado al brazo?

Diciendo esto, el maligno estudiante arrojó con destreza de mono un cornadito en el sombrero grasiento que alargaba el mendigo con su brazo enfermo. El mendigo recibió sin inmutarse la limosna y el sarcasmo, y continuó exclamando con voz lastimosa:—¡Una limosna por el amor de Dios!

Este episodio distrajo al auditorio, y muchos espectadores, capitaneados por Robin y otros escribientes, aplaudieron con bullicio el caprichoso duo que acababan de improvisar, interrumpiendo el prólogo, el estudiante con su voz chillona y el mendigo con su imperturbable salmodía.

Gringoire estaba muy descontento: cuando volvió en sí del pasmo, se desgañitaba gritando á los cuatro personajes de la escena:—Continuad, continuad!— sin dignarse siquiera mirar con desden á los interruptores.

En este momento sintió que le tiraban por el extremo de la capa; se volvió de mal humor y le costó gran trabajo sonreirse, pero no tenia otro remedio: Grigueta habia pasado el brazo á través de la balaustrada, y le tocaba para llamar así su atencion.

—Señor, le preguntó, ¿van á continuar?

—Por supuesto, contestó Gringoire, á quien chocó esta pregunta.

—En ese caso quisiera que me explicárais...

—Lo que van á decir? Pues escuchadlo.

—No, respondió Grigueta; lo que han dicho hasta ahora.

Gringoire dió un salto, como herido á quien tocan la llaga.

—Mala peste cargue con esta nécia! dijo el autor entre dientes. Desde este momento formó idea tristísima de Grigueta.

Entretanto los actores obedecieron su mandato, y el público, viendo que volvian á representar, se puso á escucharles, no sin haber perdido algunas bellezas en la especie de soldadura que se hizo entre las dos partes de la pieza, tan bruscamente cortada; Gringoire se hacia esta reflexion en voz baja. Poco á poco se restablecia la tranquilidad, el estudiante callaba, el mendigo contaba algunas monedas dentro del sombrero y la representacion continuaba.

Era, en efecto, una pieza agradable y que creemos que se podria sacar partido todavía hoy de ella, haciéndose algunas correcciones y arreglos. La exposicion, algo larga y algo insulsa segun las reglas, era sencilla, y Gringoire, en el cándido santuario de su fuero interno, admiraba su claridad. Como puede inferirse, los cuatro personajes alegóricos estaban cansados de haber recorrido las tres partes del mundo sin haber podido adjudicar convenientemente el delfin de oro. Se ocupaban del pez maravilloso, elogiándole y haciendo mil delicadas alusiones al jóven esposo de Margarita de Flandes, entonces recluso en Amboise, y sin sospechar que el Trabajo, el Clero, la Nobleza y la Mercancía venian solo por él de dar la vuelta al mundo. El susodicho delfin era jóven, hermoso y valiente, y sobre todo (magnífico orígen de las virtudes reales) era hijo del leon de Francia. Declaro que es admirable esta metáfora atrevida, y que la historia natural del teatro, en un dia de alegoría y de real epitalamio, no debe incomodarse porque un delfin sea hijo de un leon. Precisamente estas extrañas y pindáricas misceláneas prueban el entusiasmo. Sin embargo, para desarrollar tambien la parte crítica, el poeta debia haber desarrollado tan bella idea en ménos de doscientos versos. Es verdad que el misterio debia durar desde medio dia hasta las cuatro de la tarde, segun lo dispuesto por el señor preboste, y que hay

que llenar esas horas de cualquier modo; por lo demás, el público lo escuchaba todo con paciencia.

De repente, estando disputando la Mercancía y la Nobleza, en el instante en que el Trabajo pronunciaba este mirífico verso:

*Onc ne vis dans les bois bête plus trionphante!* (1)

la puerta del estrado reservado, cerrada hasta entonces, se abrió fuera de tiempo, y la voz resonante del ujier anunció de un modo brusco á *su eminencia monseñor el cardenal de Borbon.*

## III.

### El señor cardenal.

¡Pobre Gringoire! el estrépito de los cohetes que se disparan la noche de San Juan, la descarga de veinte arcabuceros, la detonacion de la famosa culebrina de la torre de Billy, que en el sitio de Paris de 1465 mató de un tiro siete borgoñones; la explosion de la pólvora almacenada á la puerta del Temple, le hubieran destrozado con menos rudeza los oidos en aquel momento, solemne y dramático, que estas pocas palabras que salieron de la boca del ujier: *su eminencia monseñor el cardenal de Borbon.*

Pedro Gringoire ni temia ni desdeñaba al cardenal; no sentia ni esta debilidad ni esta fortaleza; verdaderamente ecléctico, como se diria hoy, Gringoire era uno de esos espíritus dignos y fuertes, moderados y tranquilos, que saben mantenerse en un término medio en todo, *stare in dimidio rerum*, que están llenos de razon y de filosofía liberal, aunque se trate de cardenales. Raza preciosa y jamás interrumpida de filósofos, á los que la sabiduría, como otra Ariadna, parece que les haya dado un ovillo de hilo que desovillan desde el principio del mundo al través del laberinto de las cosas humanas. Se les encuentra en todas las épocas, siempre lo mismo, quiero decir, segun las épocas. Sin contar á Pedro Gringoire, que los representaria en el siglo quince si hubiera adquirido la ilustracion que merecia, era su espíritu el que animaba al padre du Breul cuando escribió en el siglo diez y seis estas palabras, cándidamente sublimes y dignas de todos los siglos: "Yo soy parisiense de nacion y *parrhisian* para hablar, porque *parrhisia* en griego significa libertad de hablar, de la que he usado hasta con los señores cardenales, tio y hermano de monseñor el príncipe de Conti, siempre con el respeto debido á su grandeza y sin ofender á ninguno de su cohorte, lo que es mucho decir."

No habia, pues, en la impresion desagradable que recibió Pedro Gringoire ni ódio al cardenal ni desden á su persona; al contrario, el poeta tenia demasiado buen sentido para dar el valor que debia tener á alguna alusion de su prólogo y en particular á que la glorificacion del delfin, hijo del leon de Francia, llegase á los oidos de su eminencia. Pero este interés no domina en la noble naturaleza de los poetas: supongo que se represente la entidad del poeta por medio del número diez; un químico analizándola y farmacopeándola, como dice Rabelais, la encontraria compuesta de una parte de interés y de nueve partes de amor propio. En el momento en que la puerta se abrió para dar paso al cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, hinchadas y tumificadas por el soplo de la admiracion popular, se hallaban en estado de aumento prodigioso, bajo el que desaparecia ahogada la imperceptible molécula de interés, que dijimos hace poco que entraba en la constitucion de los poetas, ingrediente precioso, por otra parte, que les proporciona la realidad y la humanidad y sin el que no tocarian la tierra. Gringoire gozaba de sentir, de ver, de palpar, por decirlo así, una asamblea entera de bribones, es verdad, pero estupefacta, petrificada y como asfixiada ante las inconmensurables tiradas de versos que surgian á cada instante de todas las partes de su epitalamio. Aseguro que él mismo participaba de la satisfaccion del público, y que, al contrario de La Fontaine, que cuando se representaba su comedia *El Florentino*, preguntaba: *¿Qué autor desaliñado ha escrito esta rapsodia?* Gringoire hubiera preguntado con mucho gusto á su vecino: *¿De quién es esta obra magistral?* Ahora ya puede juzgarse con exactitud el efecto que produciria en él la brusca é intempestiva llegada del cardenal.

Lo que temia se realizó; la entrada de su eminencia trastornó al auditorio y todas las cabezas se volvieron hácia el estrado, y fué tal el murmullo que se movió, que no podia oirse á los comediantes. El cardenal! el cardenal! exclamaron muchas voces. El desgraciado prólogo quedó cortado por segunda vez.

(1) Nunca vióse en los bosques tan triunfante animal.

El cardenal se detuvo un momento en el dintel del estrado, y mientras paseaba las miradas indiferentes por el auditorio, crecia el tumulto; todo el público queria verlo mejor, y todos trataban de levantar la cabeza sobre las espaldas de los que tenian á los lados: en efecto, el cardenal era un alto personaje y su espectáculo valia tanto como el de una comedia.

Cárlos, cardenal de Borbon, arzobispo y conde de Lyon, primado de las Galias, contrajo parentesco de afinidad con Luis XI por medio de su hermano Pedro, señor de Beaujeu, que se habia casado con la hija mayor del rey, y tambien era afin de Cárlos el Temerario por parte de su madre, Inés de Bourgogne. Por consecuencia, el rasgo dominante, el rasgo característico y distintivo del carácter del primado de las Galias era el espíritu cortesano y el afecto á los poderosos. Puede, pues, comprenderse cuántos obstáculos debió proporcionarle este doble parentesco y cuántos escollos temporales tuvo que evitar su espiritual barca para no estrellarse contra Luis ni contra Cárlos, esta Scila y esta Caribdis que habian ya devorado al duque de Nemours y al condestable de Saint-Pol. Gracias al cielo hizo la travesía con felicidad y llegó á Roma sin estorbo. Pero aunque arribó al puerto, y precisamente por haber arribado, siempre recordaba con inquietud las peripecias diversas de su vida política, tanto tiempo alarmada y trabajosa. Así es que acostumbraba á decir que el año 1476 habia sido para él *negro y blanco*, dando á entender con esto que perdió el mismo año á su madre la duquesa de Bourbonnais y á su primo el duque de Borgoña, y que un duelo le habia consolado del otro.

Por lo demás, era un buen hombre: llevaba alegre vida cardenalicia; se solazaba en la tierra real de Challuan, no odiaba á Ricarda la Garmoise ni á Tomasa la Saillarde; daba limosnas á las jóvenes lindas con preferencia á las viejas, y por todos esos motivos era agradable y popular en Paris. Siempre iba acompañado de obispos y de abates de alto linaje, galantes, frívolos y bromistas cuando se presentaba ocasion á propósito, y más de una vez las buenas devotas de Saint-Germain de Auxerre, al pasar por la noche por bajo de las ventanas iluminadas del palacio de Borbon, se escandalizaban de oir las mismas voces que les habian cantado las vísperas durante el dia, salmodiar, entre el choque de las copas, el proverbio báquico de Benito XII, aquel papa que añadió una tercera corona á la tiara: *Vibamus papaliter.*

Esta popularidad, adquirida con tan justo título, fué sin duda la que le preservó á su entrada de no ser mal recibido por la multitud, que tan descontenta estaba momentos antes y tan poco dispuesta á respetar á un cardenal el dia en que ella iba á elegir un papa; pero los parisienses no son rencorosos, y despues, como hicieron empezar la representacion por su propia autoridad, habian triunfado de la órden del cardenal y este triunfo les bastaba. Además, el señor cardenal de Borbon era un buen mozo, y el traje rojo le sentaba muy bien, por lo que se pusieron de su parte las mujeres y por consiguiente la mitad mejor del auditorio; y habria injusticia y mal gusto en silbar á un cardenal por esperar mucho tiempo que comenzase el espectáculo, cuando éste es buen mozo y lleva con elegancia el traje rojo.

Entró, pues, y saludó á los asistentes con la sonrisa hereditaria que dirigen los grandes al pueblo, y se encaminó con pasos lentos hácia el sillon de terciopelo color escarlata destinado para él, con el aspecto de estar pensando en otras cosas. Su cohorte, lo que llamaríamos hoy su estado mayor de obispos y de abates, hizo irrupcion, detrás de él, en el estrado, no sin promover curiosidad y tumulto en el patio. Todo el público los señalaba y nombraba, queriendo conocer á unos ó á otros de la comitiva del cardenal: unos señalaban al obispo de Marsella, otros al primiciero de San Dionisio; éstos á Roberto de Lespinasse, abad de Saint-Germain-des-Prés, aquellos al hermano libertino de una querida de Luis XI.

Los estudiantes no cesaban de jurar, porque este era su dia, su fiesta de los locos, su saturnal, la orgía anual de su jurisdiccion y de la escuela; cualquier torpeza se les permitia ese dia; además habia bastantes mozas de vida airada entre la multitud, como Simona, Inés y Robina. ¿No era lo menos que podian hacer jurar sin cortapisas en tan clásico dia, teniendo la buena compañía de las gentes de Iglesia y de las hijas del placer?

Así lo hacian y aquello era un pandemonium, una cencerrada de blasfemias y de enormidades que se escapaban de las lenguas de los curiales y de los estudiantes, refrenados durante todo el año por temor al hierro candente de San

Luis. Pobre San Luis! ¡qué burla hacian de él en su mismo palacio de Justicia!... Cada uno de los estudiantes tomó por su cuenta á una sotana negra, gris, blanca ó violeta de los que acababan de sentarse en el estrado, y Juan Frollo, por su calidad de hermano de un arcediano, se encarnizó con una sotana roja y cantaba á voz en grito, fijando sus desvergonzados ojos en el cardenal: *Cappa repleta mero!*

Todos estos detalles, que pintamos con toda su desnudez para edificacion del lector, los apagaba el rumor general y se desvanecian antes de llegar al estrado; y aunque se hubieran oido, hicieran poca mella en el cardenal; ¡tan arraigadas estaban estas libertades en las costumbres! Le preocupaba otro cuidado, que le seguia de cerca y que entró casi al mismo tiempo que él en el estrado: la embajada de Flandes.

No era profundo político y no le inquietaban las consecuencias posibles del casamiento de su prima Margarita de Borgoña con su primo Cárlos, delfin de Viena; ni cuanto pudiera durar la buena inteligencia, pero poco sincera, del duque de Austria y del rey de Francia, ni cómo tomaria el rey de Inglaterra aquel desaire á su hija; todo eso no desazonaba al cardenal ni le impedia ir á festejar todas las tardes el vino de la bodega real de Chaillot, sin sospechar de que algunos frascos del mismo vino (corregido y aumentado por el médico Coictier), cordialmente ofrecidos á Eduardo IV por Luis XI, desembarazarian una mañana á Luis XI de Eduardo IX. La muy honorable embajada del señor duque de Austria no ocasionaba al cardenal ninguno de aquellos sinsabores, pero le importunaba por otro motivo. Era en efecto duro verse obligado á festejar y á recibir con afectuosidad para él, Cárlos de Borbon, á unos cuantos plebeyos; para él, que era cardenal, á unos regidores; para él, que era francés alegre y amigo de banquetes, á esos hombres, alemanes y bebedores de cerveza: era, pues, para él esta una de las más fastidiosas farsas que iba á representar por complacer al rey.

Entonces fueron de dos en dos, con una gravedad que contrastaba con la petulante comitiva eclesiástica de Cárlos de Borbon, los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria, llevando á la cabeza al reverendo padre Juan, abad de San Bertino, caballero del Toison de Oro, y á Jacobo de Goy, señor de Danoy, alcalde mayor de Gante. Reinó en la asamblea profundo silencio, al que acompañaban risas sofocadas al oir los nombres ridículos y las calificaciones plebeyas que cada uno de estos personajes trasmitia con aire imperturbable al ujier, que anunciaba en seguida sus nombres y sus cualidades promíscuamente y estropeándolos. Entre los alemanes estaban los personajes siguientes: el maestro Luis Roelof, regidor de la ciudad de Lovaina; el Sr. Clays de Etuelde, regidor de Bruselas; el Sr. Pablo de Baeust, señor de Voirmizelle y presidente de Flandes; el maestro Juan Coleghems, burgomaestre de la ciudad de Amberes; el maestro Jorge de la Alvere, regidor primero de la Kuere de la ciudad de Gante, etc., etc., etc.: todos estos y los demás bailes, regidores, burgo-maestres y todos tiesos y almidonados y vestidos de terciopelo y de damasco, embirretados con casquetes de terciopelo negro, con adornos de hilo de oro de Chipre; presentando, sin embargo, notables cabezas flamencas, severas y dignas de la familia de las que Rembrand hacia salir tan fuertes y tan graves del fondo negro de su *Ronda de noche;* personajes que llevaban escrito en la frente que Maximiliano de Austria tuvo razon en *confiarse de lleno*, como decia en su Manifiesto, *á su buen sentido, á su valor, á su experiencia, á su lealtad é hidalguía.*

Esto no obstante, habia entre los personajes una excepcion. Un hombre que ostentaba semblante fino, inteligente y astuto, y la boca del mono y del diplomático al mismo tiempo, ante el que el cardenal se adelantó tres pasos y le saludó con profunda reverencia, y que solo se llamaba Guillermo Rym, consejero y pensionado de la ciudad de Gante. Pocos, muy pocos sabian entonces lo que era Guillermo Rym. Peregrino génio que en época de revolucion hubiera aparecido con gran brillo sobre la superficie de los acontecimientos; pero que en el siglo quince se vió reducido á cavernosas intrigas y á vivir de *trabajos de zapa*, como dice el duque de Saint-Simon. Por lo demás, era apreciado como el primer *zapador* de Europa; maquinaba familiarmente con Luis XI, metiendo con frecuencia la atrevida mano en los secretos trabajos del rey, lo que ignoraba la multitud, á la que maravillaban los acatamientos que hacia el cardenal al que ella creia insignificante personaje.

## IV.

### Maese Santiago Coppenole.

Mientras que el pensionado de Gante y su eminencia cambiaban el saludo y algunas palabras en voz baja, se presentó para entrar, hombreándose con Guillermo Rym, un hombre de alta estatura, de faz ancha y de poderosas espaldas; hubiérase dicho que el dogo iba á entrar detrás del zorro. Su caperuza de fieltro y coleto de cuero formaban como las manchas del terciopelo y la seda que le rodeaban. El ujier le detuvo, creyendo que era algun palafrenero extraviado.

—Eh, atrás, buen hombre, le dijo.

El hombre vestido de cuero levantó los hombros.

—Qué me dice ese estúpido? exclamó con voz de trueno, que resonó en toda la sala, cuyos espectadores estaban atentos á este extraño diálogo.—¿No ves que vengo con la embajada?

—Vuestro nombre? le preguntó el ujier.

—Santiago Coppenole.

—Vuestras cualidades?

—Calcetero de Gante, de la tienda que tiene de muestra *tres cadenillas*.

El ujier retrocedió, porque despues de anunciar á regidores y burgomaestres, le parecia duro anunciar á un calcetero. El cardenal estaba en brasas. El público miraba y escuchaba. Entretanto Guillermo Rym se acercó al ujier y sonriendo le dijo en voz baja:

—Anunciad á maese Santiago Coppenole, regidor de la ciudad de Gante.

—Ujier, repitió en alta voz el cardenal; anunciad á maese Santiago Coppenole, uno de los regidores de la ilustre ciudad de Gante.

El cardenal cometió esta falta sin la que Guillermo hubiera escamoteado esta dificultad, pero Coppenole oyó á aquel y gritó con voz estrepitosa:

—No, por vida de Cristo! Soy Santiago Coppenole, calcetero. Lo oyes, ujier? Ni más ni menos. Ser calcetero es bastante. Más de una vez el señor archiduque ha buscado sus guantes en mis calzas.

Al oir esto el público prorumpió en risas y aplausos. Una pulla se comprende en seguida en Paris y se aplaude siempre: añadamos á esto que Coppenole era hijo del pueblo y la multitud que le aplaudia tambien, por lo tanto la comunicacion entre ellos fué rápida y eléctrica: la altiva presentacion del calcetero aleman, que humillaba á las gentes de la córte, removió en todas las almas de los plebeyos cierto sentimiento de dignidad, vago todavía é indistinto en el siglo quince. El calcetero era un hombre igual que se presentaba frente á frente del cardenal de Borbon; reflexion era ésta consoladora para aquelllos pobres diablos que estaban acostumbrados al respeto y á la obediencia á los criados de los maceros del baile del abad de Santa Genoveva, portacola del cardenal.

Coppenole saludó con altivez á su eminencia y éste devolvió el saludo al todopoderoso plebeyo que Luis XI temia. Despues, mientras Guillermo Rym, hombre *astuto y malicioso*, como dice Felipe de Comines, seguia á los dos con sonrisa burlona de superioridad, ocupó cada uno su asiento, el cardenal desconcertado y con disgusto, y Coppenole tranquilo y arrogante, pensando sin duda que su título de calcetero era tan bueno como cualquiera otro, y que María de Borgoña, madre de Margarita, que Coppenole iba á casar aquel dia, le hubiese temido menos siendo cardenal que le temia siendo calcetero, porque no era cardenal el que amotinó á los ganteses contra los favoritos de la hija de Cárlos el Temerario, porque no era cardenal el que envalentonara á la multitud con sus palabras contra las lágrimas y ruegos de la princesa de Flandes, cuando fué á suplicar por ellos á su pueblo hasta el pié del cadalso; mientras que el calcetero, solo levantando su codo de cuero, hizo cortar las cabezas de los ilustres señores Guy de Hymbercourt y del canciller Guillermo Hugonet.

No habian concluido aun los disgustos para el pobre cardenal: debia beber hasta las heces el cáliz de encontrarse con tan mala compañía.

El lector quizás no haya olvidado al descarado mendigo que se encaramó desde el principio del prólogo hasta las franjas del estrado cardenalicio: la llegada de los convidados no le hizo abandonar el sitio que ocupaba, y mientras que los prelados y los embajadores se encajonaban, como arenques alemanes, en los asientos de la tribuna, él adoptó una postura más cómoda, cruzando las piernas sobre el arquitrabe. Esta extraña insolencia no llamó en los primeros momentos la atencion de nadie, por estar todos mirando hácia otro lado; tampoco él por su parte se fijaba en nada de lo que sucedia en la sala, meneando la cabeza con indiferencia napolitana, re-

pitiendo de vez en cuando, como costumbre maquinal: "Una limosna por amor de Dios!„ Quizás entre todos los asistentes fué el único que no se dignó volver la cabeza para presenciar el altercado entre Coppenole y el ujier.

Pero la casualidad quiso que el calcetero de Gante, que excitó las simpatías del pueblo y que atraia todas sus miradas, se sentase precisamente en la primera fila del estrado, encima del mendigo, y quedó asombrada la multitud al ver que el embajador flamenco, viendo á aquel granuja situado bajo de él, le diera amistosas palmadas en la espalda, cubierta de andrajos.

El mendigo volvió la cabeza, y las fisonomías de éste y Coppenole expresaron la sorpresa, el alborozo y el reconocimiento; despues, sin hacer caso del público, se pusieron á hablar en voz baja, cogidos de las manos, y los harapos de Clopin Trouillefon, descansando en la tela de oro del estrado, ofrecian la imágen de una oruga paseándose sobre una naranja.

La novedad de esta escena singular excitó tal rumor, tal alegría y tales risas en la sala, que el cardenal no tardó en apercibirse de ella; medio se inclinó, no pudiendo desde el sitio que ocupaba más que entrever la vestimenta ignominiosa de Clopin; se creyó que el mendigo pedia limosna, y, sublevado por esta audacia, gritó:—"¡Señor baile del palacio, haced que arrojen al rio á ese tunante!„

—Por Dios! eminentísimo cardenal, contestó Coppenole sin soltar la mano de Clopin, que es un amigo mio!

—Bien! Bien! Bravo! Bravo! aulló la multitud. A contar desde este momento maese Coppenole obtuvo en Paris, como en Gante, *gran crédito con el pueblo, porque gentes de esa talla lo tienen*, dice Felipe de Comines, *cuando son tan desordenados.*

El cardenal se mordió los labios y se inclinó hácia el abad de Santa Genoveva, que estaba á su lado, diciéndole en voz baja:

—¡Vaya unos embajadores que nos envia el archiduque para anunciarnos á la princesa Margarita!

—Vuestra eminencia gasta en vano sus escogidos modales con esos rústicos alemanes... echa *margaritas á puercos.*

—Decid mejor, respondió sonriendo el cardenal, *puercos á Margarita.*

La cohorte de sotanas celebró este juego de palabras; este incidente desahogó al cardenal, que tambien dijo su gracia y fué aplaudido.

Ahora es cuando aquellos lectores que tengan el poder de generalizar una imágen y una idea, como se dice en el estilo moderno, nos permitirán que les preguntemos si se figuran distinta y claramente el espectáculo que presentaba en estos momentos el vasto paralelógramo de la sala mayor del palacio de Justicia. En medio de la sala, arrimado á la pared occidental, el largo y magnífico estrado de brocado de oro, en el que entraron procesionalmente por una puertecilla ojiva graves personajes, sucesivamente anunciados por la voz chillona del ujier. En los primeros escaños se veian muchas caras venerables realzadas por el armiño, por el terciopelo y por la escarlata. Al rededor del estrado, que permanece silencioso y digno, abajo, enfrente, por todas partes, gran concurrencia y gran rumor; muchas miradas del público fijas en cada semblante del estrado, muchos cuchicheos sobre cada uno de los personajes que le ocupan: el espectáculo es muy curioso y bien merece la atencion de los circunstantes. ¿Allá abajo qué significa aquella especie de tablado, encima del que se ven cuatro monigotes vestidos de colorines y otros cuatro bajo? ¿Quién es ese hombre de pálido semblante y vestido de negro que está al lado del tablado? Es Pedro Gringoire y están representando su prólogo.

Lo habíamos olvidado completamente, y eso es lo que él temia. Desde el momento en que entró el cardenal, Gringoire no habia dejado de agitarse para salvar su prólogo. Por de pronto encargó á los actores, que habian suspendido la representacion, que la continuasen, pero levantando más la voz; luego, viendo que el público no los oia, les hizo callar, y despues de un cuarto de hora que duró la interrupcion, no cesó de dar golpes con el pié, de retorcerse, de interpelar á Grigueta y á Lienarda, de alentar á sus vecinos para que pidiesen la continuacion del prólogo, pero todo fué en vano. Todos estaban fijos en el cardenal, en los embajadores, en el estrado, único centro del vasto círculo de los rayos visuales. Debemos creer, y lo decimos con pesadumbre, que el prólogo empezaba á fastidiar al auditorio en el momento en que su eminencia entró á proporcionarle una diversion del modo que ya describimos. Despues de todo, en el estrado, como en la mesa de mármol, se representaba el mismo espectáculo: el conflicto entre el Trabajo y el Clero, la Nobleza y la Mercancía.

Muchos prefieren verlas viviendo, respirando, obrando, codeándose y de carne y huesos, como en la embajada flamenca, como en la cohorte episcopal, bajo los hábitos del cardenal y bajo el traje de cuero de Coppenole, á verlas arreboladas, vestidas de mogiganga, hablando en verso y, por decirlo así, embutidas en las túnicas amarillas y blancas con que Gringoire las cubria.

Cuando el poeta vió que se restablecia la calma, imaginó un expediente para poder salir airoso de la representacion de su farsa, y dirigiéndose á un hombre obeso y pacienzudo que estaba cerca de él, le preguntó:

—¿No os parece que debian volver á empezar?

—El qué?

—El misterio.

—Por mí cuando querais.

Esta semi-aprobacion bastó á Gringoire y, sin valerse de otra persona, comenzó á gritar, confundiéndose con la multitud:

—Empezad otra vez el misterio! ¡Otra vez!

—Qué es lo que dicen por allá bajo? exclamó Juan Frollo. Decidme, compañeros, no terminó ya el misterio? Quieren volver á empezar; eso no es justo.

—No, no! gritaron todos los estudiantes. Fuera el misterio! Fuera el misterio!

Pero Gringoire se multiplicaba, gritando cada vez con más fuerza:

—Empezad, empezad otra vez!

Ese clamoreo llamó la atencion del cardenal.

—Señor baile de palacio, dijo á un hombre alto y vestido de negro, que estaba colocado á algunos pasos de él, por qué meten esa bulla infernal?

El baile de palacio era una especie de magistrado anfibio, una especie de murciélago del órden judicial, que participaba de raton y de pájaro, de juez y de soldado. Se aproximó á su eminencia y le explicó balbuceando la incongruencia popular; que habiendo llegado el medio dia antes que el señor cardenal, los comediantes se vieron obligados á comenzar la representacion sin esperar á su eminencia.

El cardenal se echó á reir.

—El señor rector de la Universidad debia haber hecho lo mismo, contestó. ¿No os parece que digo bien, señor Guillermo Rym?

—Monseñor, respondió éste, contentémonos con habernos librado de oir la mitad de la comedia; eso hemos ganado.

—¿Pueden los comediantes continuar la farsa? preguntó el baile.

—Sí, sí, me es igual; durante ese tiempo leeré el breviario.

Adelantóse el baile hasta el límite del estrado, y despues de imponer silencio, gritó:

—Vecinos de Paris, para complacer á los que desean que se empiece el misterio y á los que desean que concluya, su eminencia manda que continúe la representacion.

Los dos partidos tuvieron que resignarse, sin embargo de que el autor y el público guardaron rencor al cardenal durante mucho tiempo.

Los comediantes comenzaron su interrumpida declamacion, y Gringoire abrigó al menos la esperanza de que escucharian su obra hasta el final; esta esperanza no tardó en desvanecerse como sus demás ilusiones; el público quedó bastante silencioso, pero Gringoire no se fijó en que en el momento en que el cardenal dió la órden de continuar, el estrado ya no estaba lleno, ni en que detrás de los embajadores alemanes habian entrado nuevos personajes que formaban parte de la comitiva, cuyos nombres y cualidades, lanzados al través de su diálogo por la voz intermitente del ujier, producian en la sala considerable trastorno. Figuraos, en efecto, durante una representacion teatral la voz chillona del ujier, que lanza, entre dos versos ó entre dos hemistiquios, paréntesis como estos:

—Maestro Jacobo Charmolne, procurador del rey en la curia eclesiástica.

—Señor Galiot de Genoilhac, caballero, señor de Brussac, maestro de artillería del rey.

—Señor Luis de Graville, caballero, consejero y chambelan del rey, almirante de Francia, conserje del bosque de Vincennes, etc., etc. Como puede comprender el lector, eso era insoportable para el autor.

Ese extraño acompañamiento, que dificultaba la continuacion de la pieza, indignaba tanto más á Gringoire, cuanto más sabia que el interés de ella iba creciendo siempre, y su obra solo necesitaba ya poder ser oida. Difícil era, en efecto, imaginar contextura más ingeniosa y más dramática. Los cuatro personajes del prólogo se lamentaban perplejos de no poder dar la resolucion satisfactoria que deseaban, cuando Vénus en persona, *vera incessu patuit dea*, se presentó ante ellos, viniendo á reclamar el delfin prome-

tido á la más hermosa. Júpiter, cuyo rayo se oia gruñir dentro del vestuario, la apoyaba, y la diosa iba á llevarse la alhaja susodicha, ó, lo que es igual, despojando la realidad de la alegoría, iba á casarse con el señor delfin, cuando se presenta un hermoso niño, vestido de damasco blanco y llevando en la mano una margarita (diáfana personificacion de la princesa de Flandes). Este niño se presentó á luchar con Vénus. Golpe teatral y peripecia. Despues de gran controversia, convinieron en sujetarse al buen juicio de la Santa Vírgen. Habia tambien otro papel magnífico en la pieza, el de D. Pedro, rey de Mesopotamia, pero como hubo tantas interrupciones, fué difícil comprender para qué servia. Todo esto, que rápidamente hemos descrito, subió por la escalera.

El público no sintió ni comprendió ninguna de esas bellezas. Hubiérase dicho que cuando entró el cardenal, un hilo invisible y mágico tiró súbitamente las miradas del auditorio desde la mesa de mármol al estrado, desde la extremidad meridional de la sala á la extremidad occidental; todos los ojos estaban fijos y encantados hácia esta parte, y los personajes que iban entrando, sus nombres, sus rostros y sus trajes, eran para el público una diversion contínua. Exceptuando á Grigueta y á Lienarda, que volvian la cabeza de vez en cuando cada vez que Gringoire les tiraba de las mangas; exceptuando al obeso y pacienzudo adlátere suyo, nadie oia, nadie miraba la pieza abandonada. Gringoire veia todas las cabezas de perfil.

¡Con qué amargura veia demolerse piedra á piedra el catafalco de su gloria y de su poesía! ¡Y pensar que ese mismo público estuvo á punto de rebelarse contra el baile, aguijoneado por la impaciencia de oir su obra! ¡Ahora que podia oirla no se dignaba escucharla, y eso que empezó el prólogo en medio de unánime exclamacion! ¡Eterno flujo y reflujo del favor popular!... Antes faltó poco para ahorcar á los alabarderos del baile; ¡qué no hubiera dado Gringoire para volverse á encontrar en aquellos momentos!...

Al fin concluyó el brutal monólogo del ujier cuando concluyeron de entrar los invitados y Gringoire respiró. Los comediantes continuaron representando impertérritos: de repente Coppenole el calcetero se levanta, y Gringoire, estupefacto, le oye pronunciar, en medio de universal silencio, el siguiente abominable discurso:

—Señores vecinos é hidalguillos de Paris: no sé, por mi vida, lo que hacemos aquí. Veo allá abajo, en un rincon, sobre el tablado, gentes que parece que quieran sacudirse. Ignoro si es á eso lo que llamais *misterio,* pero eso es poco divertido. Riñen no más de lengua y no pasan de ahí. Hace un cuarto de hora que espero á que se den el primer golpe, pero no se lo dan. Son cobardes que solo se arañan injuriándose. Debian haber traido luchadores de Lóndres ó de Rotterdam, y entonces hubiera habido aquí puñetazos que se oirian desde la plaza, pero estos dan compasion. ¡Si al menos bailasen alguna danza morisca ú otra cualquiera!... No es esto lo que se me dijo que harian; me habian prometido la fiesta de los locos, con la eleccion de su papa. Nosotros tambien tenemos papa de locos en Gante, y en esto no nos quedamos atrás. Ved cómo lo elegimos. Se reune mucha gente, como aquí. Despues cada uno pasa la cabeza por un agujero y hace una mueca á los demás; el que hace la mueca más fea, por aclamacion unánime es elegido papa. Eso es muy divertido! ¿Quereis que nombremos papa al estilo de mi pais? Será menos fastidioso que oir á esos charlatanes. Si quieren venir á hacer la mueca los admitiremos á nuestro juego. Hay en esta sala bastantes muestras grotescas de los dos sexos para reir á lo flamenco, y nosotros somos bastante feos para poder luchar haciendo muecas.

Gringoire le quiso contestar, pero el asombro, la cólera y la indignacion le dejaron sin palabra. Por otra parte, acogió con tal entusiasmo la mocion del calcetero popular la multitud, que se oyó llamar *hidalguillo*, que hubiera sido inútil la resistencia. Era, pues, preciso dejarse arrastrar por el torrente. Gringoire ocultó el rostro entre las manos, no poseyendo un manto para taparse la cabeza como el Agamenon de Timantes.

## V.

### Quasimodo.

Instantáneamente se preparó todo lo necesario para realizar la idea de Coppenole; vecinos, estudiantes y escribientes se ocuparon de ello. La capilla situada frente á la mesa de mármol se eligió para teatro de las muecas. Un vidrio roto en el hermoso roseton que habia encima de la puerta dejó libre un

círculo de piedra, por el que convinieron en pasar la cabeza los concurrentes; bastaba para llegar á él encaramarse sobre dos toneles que se tomaron no sé de dónde, y que colocaron uno sobre otro como Dios les dió á entender. Se dispuso que cada candidato, fuese hombre ó mujer (porque podia elegirse tambien una papisa), para dejar vírgen y entera la impresion de su gesto, se cubriria el rostro y estaria oculto en la capilla hasta el momento de aparecer. En un instante se llenó de concurrentes la capilla y la puerta se cerró tras ellos.

Coppenole desde su sitio mandaba, dirigia y lo arreglaba todo. Durante la batahola del arreglo, el cardenal, tan disgustado como Gringoire, bajo el pretexto de tener vísperas, se retiró con toda su comitiva, sin que la multitud, que tanto se removió á su llegada, hiciese ningun movimiento á su salida. Solo Guillermo Rym notó la derrota de su eminencia. La atencion popular, como el sol, seguia su revolucion: empezó á fijarse en un extremo de la sala, despues se concentró en el centro y ahora se fijaba en el otro extremo. La mesa de mármol y el estrado de seda de oro tuvieron su momento, y le llegó el turno á la capilla de Luis XI. El campo, desde ahora en adelante, estaba abierto para toda clase de locuras: ya no habia en él más que alemanes y canalla.

Empezaron las muecas: la primera cabeza que asomó por la ventana de piedra tenia las pupilas ribeteadas de rojo, la boca descomunal y la frente plegada, como las botas de los húsares del Imperio, y provocó risas tan inextinguibles, que Homero hubiese tomado por dioses á todos aquellos patanes; pero estaba muy lejos la sala de ser un Olimpo, y el pobre Júpiter-Grigoire lo sabia mejor que todos. La segunda y la tercera mueca se sucedieron; luego otra, despues otra y cada vez aumentaba el estrépito y las risotadas. Habia en aquel espectáculo no sé qué vértigo particular, no sé qué fascinacion, no sé qué deslumbramiento, que seria dificilísimo de explicar á los lectores de nuestros dias y de nuestros salones. Figúrese cada cual una série de rostros, que presentan sucesivamente todas las formas geométricas, desde el triángulo hasta el trapecio, desde el cono hasta el poliedro; todas las expresiones humanas, desde la cólera hasta la lujuria; todas las edades, desde las arrugas del recien nacido hasta las arrugas de la vejez moribunda; todas las fantasmagorías religiosas, desde el Jano hasta el Belcebú; todos los perfiles animales, desde la boca hasta el pico, desde el labio hasta el hocico. Represéntese cada cual á todos los mascarones del puente Nuevo, esas pesadillas petrificadas por la mano de German Pilon, tomando vida, respirando y viniendo por turno á miraros cara á cara y con ojos ardientes; figuraos todas las máscaras del Carnaval de Venecia sucediéndose ante vuestros gemelos; en una palabra, figuraos un kaleidoscopio humano.

La orgía era cada vez más alemana, y Teniers solo podria dar de ella una idea imperfecta: figuraos la batalla de Salvator Rosa en bacanal: allí ya no habia ni estudiantes, ni embajadores, ni vecinos, ni hombres, ni mujeres; ni existia ya Clopin de Trouillefon, ni Gil Lecornu, ni María, ni Robin; todo se borraba en medio de la comun licencia: la sala mayor solo era ya una inmensa hornaza de jovialidad y de descoco, en la que cada boca era un grito, cada rostro una mueca y cada individuo una postura, y el conjunto gritaba y aullaba. Los rostros extraños que hacian gestos dentro del óvalo de piedra, eran otras tantas hachas que se arrojaban al fuego, y de toda esa multitud efervescente se escapaba, como el vapor de la hornaza, un rumor ágrio, agudo, acerado y silbante como las alas de un mosquito.

—Eh! eh! Demonio!

—Mira qué cara!

—Esa no vale!

—Otra! otra! otra!

—Guillermina Mangerepuis, mira qué hocico de toro; solo le faltan los cuernos; no es tu marido.

—Otra! otra!

—Voto á brios! ¿Qué viene á ser ese gesto?

—Eh! eh!... Eso es hacer trampas; cada uno ha de enseñar su cara.

—Es la condenada Petra Callebotte! Es capaz de todo eso!

—Bien, bravo!

—Me ahogo!

—¡Ese no puede pasar las orejas por el óvalo! etc., etc.

Es preciso que hagamos justicia á nuestro amigo Juan Frollo; en medio de aquel *sábado*, se le veia siempre en lo alto del pilar, como grumete en la gabia; gesticulaba con increible furia, con la boca abierta de par en par, de la que soltaba un grito, que no se oía, no porque le apagase el clamoreo general, que era muy intenso, sino porque llegó ya á al-

canzar sin duda el límite de los sonidos agudos perceptibles, las doce mil vibraciones de Sanver ó las ocho mil de Biot.

En cuanto á Gringoire, despues que pasó los primeros momentos de abatimiento, cobró presencia de ánimo y miró cara á cara á la adversidad.—"Continuad„, dijo por tercera vez á los cómicos, máquinas parlantes: despues, paseando á grandes pasos por delante de la mesa de mármol, sentia impulsos de ir á sacar la cabeza por el óvalo de piedra de la capilla, aunque solo fuese por el placer de hacer una mueca al pueblo ingrato.

—Pero eso no seria digno de mí; ¡nada de venganza! exclamó; luchemos hasta el fin; grande es sobre el pueblo el poder de la poesía; yo me apoderaré de él. Veremos si vencerán las muecas ó las bellas letras.

Por fin llegó á ser el único espectador de su obra; ya no veia más que espaldas; me equivoco; el hombre obeso y pacienzudo, á quien consultó en otro crítico momento, estaba aun vuelto de cara al teatro; Grigueta y Lienarda habian desaparecido de la sala hacia ya tiempo. A Gringoire le conmovió la fidelidad de su único espectador; se acercó á él y le dirigió la palabra, sacudiéndole el brazo ligeramente, porque el hombre obeso se habia apoyado en la balaustrada y se quedó dormido.

—Os doy las gracias, le dijo Gringoire.

—De qué? le preguntó el hombre obeso bostezando.

—Porque veo que os incomoda este maldito barullo que os impide oir bien la representacion; pero tranquilizaos, vuestro nombre pasará á la posteridad. Comó os llamais?

—Reinaldo Chateau, guardasellos del Chatelet de Paris, para serviros.

—Soy aquí el único representante de las musas, le dijo el poeta.

—Sois muy bondadoso, señor mio.

—Vos sois el único que escuchó la pieza con la atencion debida. ¿Qué os parece mi obra?

—Me parece bastante alegre, le contestó el magistrado medio despierto.

Tuvo Gringoire que contentarse con este elogio, porque una tempestad de aplausos, mezclada á prodigiosa aclamacion, vino á cortar su diálogo. Habian ya elegido al papa de los locos.

—Bien! Bravo! Bien! Bien! gritaba el pueblo por todas partes.

Era, en efecto, maravillosa la mueca que se presentaba en el agujero del roseton. Despues de todas las caras pentágonas, hexágonas y heteróclitas que se habian sucedido en el óvalo sin conseguir realizar el ideal de lo grotesco imaginado en la exaltacion de la orgía, se necesitaba, para obtener todos los sufragios, nada menos que la mueca sublime que vino á deslumbrar á la asamblea. Coppenole mismo aplaudió, y Clopin Trouillefon, que se presentó á concurso con fealdad intensa, se declaró vencido, y nosotros tambien. No nos atrevemos á dar al lector una idea de aquella nariz tetáedra, de aquella boca de herradura, de aquel ojuelo izquierdo obstruido por una ceja roja y espesa, mientras el ojo derecho desaparecia por completo debajo de enorme verruga; de aquellos dientes desordenados, desportillados á trechos, como las almenas de una fortaleza; de aquel labio calloso, del que salia un diente como colmillo de elefante; de aquella barba hendida, y sobre todo de aquella fisonomía, que esparcia por dichas facciones una mezcla de malicia, de asombro y de tristeza. Imagínese el que pueda semejante conjunto.

Recibió unánime aclamacion, y el público se arrojó precipitadamente por la puerta de la capilla. Hicieron salir en triunfo al bienaventurado papa de los locos, y entonces fué cuando la sorpresa y la admiracion del público llegaron á su colmo, porque la mueca era el verdadero rostro del desconocido, ó por mejor decir, toda su persona era una mueca. Su cabeza gruesa estaba erizada de cabellos rojos; ostentaba en las espaldas enorme joroba, cuyo contrapeso sentia por delante; su sistema de muslos y de piernas era tan extraviado, que éstas solo podian tocarse por las rodillas, y vistas de frente se parecian á dos curvas de hoces que se hubiesen juntado por el puño; sus piés eran grandes, sus manos monstruosas, y á pesar de tanta deformidad, manifestaba aspecto temible de vigor, de agilidad y de fortaleza, que le constituia en extraña excepcion de la regla eterna, que pretende que la fuerza y la belleza resulten de la armonía. Este era el papa que los locos acababan de nombrarse, que pudiera creerse que habia sido un gigante roto y mal soldado despues.

Cuando esta especie de cíclope apareció en el umbral de la puerta de la capilla, inmóvil, rechoncho y casi tan ancho como largo, *cuadrado por la base*, como

dice un gran hombre, con un traje mitad rojo y la otra mitad morado, sembrado de campanillas de plata, y sobre todo con la perfeccion de su fealdad, el populacho lo reconoció en seguida y todo el público gritó á la vez:

—Es Quasimodo el campanero! ¡Es Quasimodo, el jorobado de Nuestra Señora! Quasimodo el tuerto! ¡Quasimodo el estevado! Viva! viva!

—¡Mucho cuidado con las mujeres embarazadas! exclamaban los estudiantes.

—¡Y con las que tengan deseos de estarlo! añadió Juan Frollo.

Las mujeres se tapaban la cara por no verlo.

—Eso es un mónstruo! decia una.

—Tan malo como feo! repuso otra.

—Es un verdadero demonio! añadia una tercera.

—Tengo yo la desgracia de vivir cerca de Nuestra Señora, y le oigo rodar por las canales todas las noches.

—Sí, con los gatos.

—Siempre está por los tejados.

—Nos lanza los horóscopos por las chimeneas.

—La otra noche vino á hacerme una mueca á la ventana de mi azotea; yo creí que era un hombre, y tuve miedo.

—Estoy segura de que asiste á la celebracion de los *sábados*. Un dia se dejó una escoba en mi tejado.

—Qué jorobado tan repugnante!

—Qué alma tan vil!

Los hombres, por el contrario, se entusiasmaban con el mónstruo y le aplaudian. Quasimodo, objeto de este tumulto, permanecia como clavado en el umbral de la puerta de la capilla, sombrío, grave y dejándose admirar.

Al estudiante Robin, que se atrevió á reírsele en sus narices, le cogió por la cintura y le arrojó á diez pasos de distancia, pero sin hablar una palabra.

Maravillado Coppenole, se aproximó al jorobado y le dijo:

—Te juro que posees la más hermosa fealdad que he visto yo en mi vida. Merecias ser papa en Roma como en Paris.

Diciendo esto le ponia la mano en la espalda y le golpeaba amistosamente. Quasimodo no se meneó. Coppenole prosiguió:

—Eres un perillan á quien yo convidaria á comer, aunque me costase arruinarme. Qué dices á esto?

Quasimodo no respondió.

—Vive Dios! exclamó el calcetero; eres sordo?

Sordo era en efecto; pero comenzaban á impacientarle las familiaridades de Coppenole y se volvió de repente hácia él, rechinando los dientes de tan formidable modo, que el gigante aleman retrocedió como un raton delante de un gato.

Entonces se hizo alrededor del extraño personaje un círculo de terror y de respeto, que tenia lo menos quince pasos geométricos de circunferencia. Una vieja le dijo á Coppenole que Quasimodo estaba sordo.

—Sordo! exclamó el calcetero; pues, vive Dios! es un papa completo.

—Ah! Si yo le conozco! gritó Juan, que descendió del capitel para ver á Quasimodo de más cerca; es el campanero de mi hermano el arcediano.—¡Buenos dias, Quasimodo!

—Diablo del mónstruo! exclamó Robin malhumorado y contuso del golpe; aparece, y es jorobado; anda, y es estevado; mira, y es tuerto; le hablais, y es sordo; ¿qué hará de su lengua ese Polífemo?

—Habla cuando quiere, le contestó la vieja. Quedó sordo de tocar las campanas, pero no es mudo.

—Eso solo le falta, añadió Juan.

—Le sobra un ojo, observó Robin.

—No, contestó con gravedad Juan; un tuerto es más incompleto que un ciego, porque sabe lo que le falta.

Entre tanto todos los mendigos, todos los lacayos y todos los rapa-bolsas, reunidos á los estudiantes, habian ido á buscar procesionalmente en el armario de la Basoche la tiara de carton y el traje talar irrisorio del papa de los locos. Quasimodo dejó que le vistieran sin pestañear, con una especie de docilidad orgullosa. Despues le colocaron en unas angarillas llenas de cintajos de colorines, y doce oficiales de la cofradía de los locos le levantaron sobre sus hombros: alegría amarga y desdeñosa se difundió por la faz del cíclope al ver bajo sus piés deformes las cabezas de tantos hombres derechos, bien configurados y hermosos. Despues se puso en marcha la procesion andrajosa con estrépito infernal para dar la vuelta, segun costumbre, por el interior de las galerías del palacio, antes de pasear por las calles y plazas de Paris.

---

## VI.

### La Esmeralda.

Debemos referir á nuestros lectores que durante toda la escena anterior la pieza teatral de Gringoire seguia representándose; los comediantes, aguijoneados por él, continuaban declamando, y el autor seguia escuchando tambien. Este se habia resignado ya al ruido y á la batahola y estaba decidido á que se verificase toda la representacion, no desesperando aun de volver á atraerse la atencion del público: esta débil esperanza se reanimó cuando vió que Quasimodo, Coppenole y el acompañamiento ensordecedor del papa de los locos salian con gran estrépito de la sala.

—Por fortuna ya se van todos los alborotadores;—pero por desgracia de Gringoire los alborotadores eran todo el público. En un abrir y cerrar de ojos la sala quedó casi vacía.

Si hemos de ser exactos, debemos decir que quedaron algunos espectadores, unos esparcidos, otros agrupados alrededor de los pilares, mujeres, viejos ó niños, hartos ya de tumulto y de gritería. Algunos estudiantes permanecian montados á caballo en el entablamento de las ventanas y mirando á la plaza.

—Bastante público ha quedado, se dijo á sí mismo Gringoire, para oir hasta el final del misterio; poco es el público, pero distinguido y de literatos.

Al cabo de un rato, la sinfonía que debia producir gran efecto á la llegada de la Vírgen no se ejecutó; Gringoire supo que se llevaron su música á la procesion del papa de los locos.

—Pasad adelante, exclamó estóicamente.

Se aproximó á un corro que parecia escuchar el misterio: hé aquí el trozo de conversacion que cogió al vuelo:

—¿Ya conoceis, maese Cheneteau, el palacio de Navarra, que era de Nemours?

—Sí, frente por frente de la capilla de Braca.

—Pues bien; el fisco acaba de alquilárselo á Guillermo Alixandre, historiador, por seis libras y ocho sueldos por año.

—Cómo se encarecen los alquileres!

—Cómo ha de ser! si estos no, otros escuchan, dijo Gringoire suspirando.

—Compañeros, gritó de repente uno de los chuscos de las ventanas, *La Esmeralda*! *La Esmeralda* está en la plaza!

Esta palabra produjo efecto mágico: los espectadores que quedaban en la sala se lanzaron á las ventanas y se subian por las paredes, repitiendo: *La Esmeralda! La Esmeralda!* Al mismo tiempo se oia por la parte de fuera gran ruido de aplausos.

—Qué significa eso de la Esmeralda? exclamó Gringoire cruzando las manos con desolacion. ¡Ah, Dios mio, ahora le toca el turno á las ventanas!

Se volvió hácia la mesa de mármol y vió que habian interrumpido la representacion, precisamente en el momento en que Júpiter debia aparecer con su rayo, y Júpiter permanecia quieto debajo del teatro.

—Miguel Girbone! gritó el poeta irritado; qué haces ahí? Es ese tu papel? pronto, arriba!

—No puedo, contestó Júpiter; un estudiante acaba de quitar la escalera.

Gringoire quiso convencerse de ello y vió que era verdad; se interceptó la comunicacion entre el enredo y el desenlace.

—El trasto! ¿por qué se llevó la escalera?

—Para ver á *La Esmeralda*, respondió Júpiter compungido. Dijo: Aquí hay una escalera que no sirve para nada, y la tomó.

Gringoire recibió con resignacion este último golpe.

—Que se os lleven los demonios! dijo el autor á los comediantes, y ya os pagaré si me pagan.

Entonces se retiró con la cabeza caida, pero el último, como general que se batió con valor. Descendiendo por las tortuosas escaleras del palacio de Justicia, murmuraba entre dientes:

—¡Valiente asamblea de asnos y de avestruces la de los parisienses! ¡Acuden para oir el misterio y no lo oyen, y se ocupan de cualquier cosa, de Clopin Trouillefon, del cardenal, de Quasimodo, del demonio... pero de la Santísima Vírgen, no! ¡A haberlo sabido ya os hubiera dado yo Vírgenes Marías, badulaques!... ¡Venia yo á ver caras y solo he visto espaldas! ¡Ser poeta y tener éxito de boticario! Verdad es que Homero fué mendigando por las cabañas griegas y que Nason fué desterrado entre los moscovitas; ¡pero que me emplumen si comprendo lo que quieren decir con *La Esmeralda!* Desde luego ese nombre es una palabra egipcia.

# LIBRO SEGUNDO

## I.

### De Scila á Caribdis.

Como en el Enero anochece temprano, las calles estaban ya oscuras cuando Gringoire salió del palacio. Le gustaba que fuera ya de noche y le parecia que tardaba en encontrar algun callejon oscuro y desierto para meditar sin que nadie le molestase, y para que el filósofo pusiese el primer vendaje á la herida del poeta; la filosofía era, además, su último refugio, porque él no sabia dónde habia de pasar la noche. Despues del aborto de su ensayo teatral, no se atrevia á volver al alojamiento que ocupaba en la calle del Grenier, frente al Post-au-Foin, contando con que el preboste le hubiera dado por su epitalamio, para pagar á Guillermo Doulxsire, alcabalero de las reses de pezuña hendida, los seis meses de posada que le debia, esto es, doce sueldos, doce veces el valor de lo que poseia en el mundo. Despues de haber reflexionado un rato, abrigado provisionalmente en el postigo de la cárcel del tesorero de la Santa Capilla, sobre el albergue que escogeria para pasar la noche, teniendo á su disposicion todas las calles de Paris, se acordó de haber observado la semana anterior, en la calle de la Zapatería, á la puerta de un consejero del Parlamento, un montadero de piedra, y pensó que dicha piedra podria servir en caso de necesidad de excelente almohada para un mendigo ó para un poeta. Dió las gracias á la Providencia por haberle sugerido esta buena idea, y cuando se disponia á atravesar la plaza del Palacio para meterse en el tortuoso laberinto de la ciudad antigua, en la que serpentean sus viejas hermanas las calles de la Varillería, de la Pañería Vieja, de la Zapatería y de la Judería, etc., etc., que todavía hoy conservan sus casas de nueve pisos, vió que salia del palacio la procesion de los locos y que se extendia al través de su camino, lanzando grandes gritos, á la luz de cien antorchas y á los ecos de su música: este encuentro lastimó las escoriaciones de su amor propio y echó á correr. En la amargura de su infortunio dramático, todo lo que le recordaba la fiesta del dia hacia sangrar su herida.

Quiso pasar el puente de San Miguel, pero vió que corrian por encima de él muchachos disparando carretillas y cohetes.

—¡Que vayan al diablo los fuegos artificiales! exclamó Gringoire, y dirigióse hácia el puente del Cámbio. Habian fijado en las casas primeras del puente tres banderas que representaban al rey, al delfin y á Margarita de Flandes, y seis banderolas en las que estaban retratados el duque de Austria, el cardenal de Borbon, el señor de Beaujen, la princesa Juana de Francia, el bastardo de Borbon y no sé quién más: estos retratos estaban alumbrados por antorchas y la multitud los admiraba.

—Dichoso pintor Juan Fourbault! exclamó Gringoire lanzando un suspiro, y dió las espaldas á las banderas y á las banderolas. Viendo ante sí una calle oscura y desierta, creyó librarse de todos los ruidos y de todos los resplandores de la fiesta y se internó en ella; pero apenas dió algunos pasos, sus piés chocaron con un obstáculo, tropezó y cayó. Era un gran ramo que los escribientes de la curia habian depositado por la madrugada á la puerta del presidente del Parlamento, en honor de la solemnidad del dia. Gringoire soportó heróicamente este nuevo encuentro. Levantóse del suelo y se dirigió á la orilla del agua. Despues de dejar á sus espaldas la torrecilla civil y la torre criminal, y de seguir á lo largo de las paredes de los jardines del rey, sobre piso no empedrado, en el que el barro le llegaba á la rodilla, llegó á la parte occidental de la ciudad y contempló algun tiempo el islote del *Pastor de las vacas*, que desapareció despues bajo el caballo de bronce del puente Nuevo. Presentábasele el islote en las tinieblas como una mole oscura al otro lado del arroyo de agua blanquecina que lo separaba de él, y se distinguia apenas á la débil luz que quedaba en el cielo la especie de cueva en forma de colmena en la que el pastor de las vacas pasaba la noche.

—Dichoso tú! exclamó Gringoire; tú no te ocupas de la gloria y no escribes epitalamios! ¿Qué te importa que se casen los reyes ni las duquesas de Borgoña? Tú no conoces otras Margaritas que las que la primavera cria para que se las coman tus vacas; y yo, que soy poeta, fuí silbado y estoy tiritando de frio; debo doce sueldos, y la suela de mi calzado es tan transparente que podria servir de cristal para tu linterna. Gracias, pastor

de vacas; la vista de tu cabaña me solaza y me hace olvidar á Paris.

Despertó á Gringoire de este éxtasis casi lírico el ruido de un gran petardo de la noche de San Juan, que salió bruscamente de la dichosa cabaña; era que el pastor de vacas tomaba parte en los regocijos públicos del dia disparando fuegos artificiales. El petardo extremeció á Gringoire, haciéndole exclamar:

—¡Maldita fiesta, que me ha de perseguir por todas partes!

Despues clavó los ojos en el Sena que tenia á sus piés y le acometió terrible tentacion.

—Con gusto me ahogaria si no estuviese el agua tan fria, dijo.

Entonces tomó una resolucion desesperada, la de internarse con impavidez en medio de la fiesta entrando en la plaza de la Grève, ya que no podia escaparse del papa de los locos, de las banderolas de Juan Fourbault, de los ramos, de los cohetes ni de los petardos.

—Allí á lo menos, exclamó, no me faltará un tizon de una hoguera para calentarme y podré cenar comiendo algunas migajas del azúcar real de los tres grandes escaparates que han debido poner en el aparador público de la ciudad.

## II.

### La plaza de la Grève.

Solo queda hoy imperceptible vestigio de lo que fué en otro tiempo la plaza de la Grève; este es la airosa torrecilla que ocupa la esquina del Norte de la plaza, sepultada ya bajo el revoque ignoble que embadurna los agudos realces de sus esculturas, y que muy luego desaparecerá quizás sumergida en la crecida de casas nuevas que devora rápidamente las antiguas fachadas de Paris.

Los que, como nosotros, no pasan nunca por la plaza de la Grève sin lanzar una mirada de compasion y de simpatía á esa pobre torrecilla, estrujada entre dos caserones del tiempo de Luis XV, pueden reconstruir con facilidad en su imaginacion el conjunto de edificios al que ella pertenecia y volver á rehacer entera la antigua y gótica plaza del siglo quince.

Era, como hoy, un trapecio irregular, limitado por un lado por el muelle y por los otros tres por calles altas, estrechas y lóbregas. Durante el dia se podia admirar la variedad de sus edificios, esculpidos en piedra ó en madera, y ofreciendo ya muestras completas de las diversas arquitecturas domésticas de la Edad Media, retrocediendo desde el siglo quince al siglo once, desde la ventana que empezó á destronar la ojiva, hasta el cintro romano, que á su vez fué suplantado por la ojiva, y que ocupaba todavía debajo de ella el primer piso de la antigua casa de la Torre-Roland, en el ángulo de la plaza sobre el Sena, por la parte de la calle de la Tenería. Por la noche solo se distinguia de aquella mole de edificios las obras de escultura negra de los techos, desarrollando alrededor de la plaza su cadena de ángulos agudos; porque la diferencia radical entre las ciudades de entonces y las de ahora estriba en que las fachadas dan á las calles y á las plazas hoy, y ayer solo daban las paredes: desde hace dos siglos las casas han dado la vuelta.

En el centro de la parte oriental de la plaza se elevaba una construccion pesada é híbrida, compuesta de tres viviendas pegadas: se la conocia por tres nombres que explican su historia, su destino y su arquitectura; se la llamaba: *la casa del Delfin*, porque Cárlos V cuando fué delfin la habitó; *la Mercadería*, porque sirvió de casa consistorial, y *la casa de los Pilares*, por la série de pilares grandes que sostenian sus tres pisos. La ciudad encontraba allí cuanto necesita una ciudad grande como Paris: una capilla para rezar; un juzgado para celebrar audiencias y hacer comparecer cuando fuese preciso á la gente de palacio, y en las buhardillas una armería llena de cañones; porque los vecinos de Paris saben que no es suficiente en todas las ocasiones rezar y pleitear por los fueros de la ciudad, y tienen siempre de reserva en un desvan del Municipio algunos arcabuces mugrientos.

La Grève tenia desde entonces el aspecto siniestro que no le ha hecho perder hasta hoy la idea execrable que despierta, y la lóbrega Casa Consistorial de Dominico Bocador, que reemplazó á *la casa de los Pilares*. Es necesario confesar que la horca y la argolla permanentes, la justicia y la escala, como decian entonces, levantadas la una al lado de la otra en medio del empedrado, contribuian mucho á hacer apartar la vista de la plaza fatal donde agonizaron tantos séres llenos de salud y de vida; donde, cincuenta años más tarde, habia *la fiebre de Saint-Vallier*, aquella enfermedad del terror al cadalso, la más mons-

truosa de todas las enfermedades, porque no viene de Dios, sino de los hombres.

Es una idea consoladora (digámoslo de paso) pensar que la pena de muerte hace trescientos años embarazaba con sus ruedas de hierro, con sus horcas de piedra y todo su aparato de suplicios permanente, el empedrado de la plaza de la Grève, los mercados, la plaza de la Delfina, la cruz del Trahoir, la plazuela de los Cerdos, el vergonzoso Montfaucon, la barrera de los Alguaciles, la plaza de los Gatos, la puerta de San Dionisio, etc., etc.; es una idea consoladora, repetimos, que hoy haya perdido sucesivamente todas las piezas de su armadura, el lujo de suplicios, su penalidad caprichosa é imaginaria, su tortura, á la que cada cinco años hacia un nuevo lecho de cuero en el Gran Chatelet esa vieja soberana de la sociedad feudal, desterrada casi ya de nuestras leyes y de nuestras ciudades, acosada de código en código, arrojada de plaza en plaza, sin tener ya en el mismo Paris más que un rincon deshonrado de la Grève, sin tener ya más que una miserable guillotina, furtiva, inquieta, vergonzosa, que parece que tema que la sorprendan en fragrante delito; ¡tan de prisa desaparece despues de dar el golpe!

## III.

### Besos por golpes.

Transido estaba de frio Gringoire cuando llegó á la plaza de la Grève. Habia atravesado el puente de los Molineros para evitar el encuentro con el gentío del puente del Cámbio y con las banderolas de Juan Fourbault, pero las ruedas de los molinos del obispo le regaron tanto al pasar cerca de ellas, que estaba mojado como una sopa. Le pareció tambien que el fracaso de su pieza teatral le hacia sentir más el frio, por lo que se dió prisa á acercarse á la hoguera pública, que ardia magníficamente en medio de la plaza, junto á la que formaba círculo un tropel de gente.

—¡Los condenados parisienses, se dijo á sí mismo Gringoire, que en su cualidad de poeta dramático estaba sujeto á los monólogos, me están impidiendo que me acerque al fuego! Sin embargo, tengo necesidad de calentarme, porque llevo los zapatos calados y la ropa como si la hubiera puesto en colada. ¡Vaya al diablo el obispo de Paris con sus molinos! Quisiera saber para qué quiere los molinos el obispo. ¿Es que tiene la idea de retirarse y de convertirse en molinero? Si para eso solo necesita mi maldicion, yo se la doy, y á la Catedral y á los molinos. ¿Creeis que se apartarán por mí de la hoguera esos badulaques? ¿Qué es lo que hacen ahí? Se están calentando? Vaya un gusto! Están viendo cómo arde la leña y nada más. Bonito espectáculo!

Al acercarse más á la gente, Gringoire se apercibió de que el corro era mucho más grande de lo que era preciso para calentarse, y que esta afluencia de espectadores no era atraida solo á aquel punto para contemplar la leña ardiendo. En un vasto espacio que quedó libre entre la multitud y el fuego estaba bailando una muchacha.

Si esa jóven era un sér humano, una hada ó un ángel, no pudo decidirlo Gringoire, á pesar de ser filósofo excéptico y poeta irónico; ¡tan fascinado le dejó aquella deslumbradora vision! No era muy alta, pero lo parecia, por lo mucho que erguia el delicado talle; era morena, y se adivinaba que de dia su cútis debia adquirir el hermoso reflejo dorado del rostro de las andaluzas y de las romanas; su pié, diminuto, tambien era andaluz, y se conocia que holgaba en su estrecho calzado. Bailaba y daba vueltas sobre un antiguo tapiz de Persia, arrojado con negligencia á sus piés, y cada vez que al trazar un círculo os pasaba por delante el luminoso rostro, sus grandes ojos negros lanzaban rayos. A su alrededor todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas, y, en efecto, cuando danzaba de esta manera, al sonido de la pandereta, que sus torneados y virginales brazos levantaban por encima de la cabeza, airosa, delicada y viva como una avispa, con su justillo de oro sin pliegues, su pomposo y pintado tonelete, con las espaldas desnudas y las piernas finas, que su jubon corto dejaba ver por momentos, sus cabellos negros y sus ojos de llama, era verdaderamente una criatura sobrenatural.

—¡Eso es una salamandra, una ninfa, una diosa! exclamó Gringoire.

En este momento se desprendió una de las trenzas del pelo de la *salamandra*, y una pieza de laton que estaba en ella prendida cayó al suelo.

—Ah, no, es una gitana! se contestó Gringoire á sí mismo, y toda su ilusion desapareció.

La jóven volvió á bailar: tomó del suelo dos espadas, que se puso de punta contra la frente, haciéndolas voltear en

una direccion, mientras que ella daba vueltas en otra; era, efectivamente, una gitana. Aunque Gringoire quedó desencantado, el conjunto que ofrecia el cuadro que contemplaba no carecia de mágia ni de prestigio; la hoguera le iluminaba con luz cruda y rojiza, que se reflejaba con vivo temblor en el círculo de los semblantes de la multitud, en la frente morena de la jóven y en el fondo de la plaza; lanzaba azulado reflejo, que se confundia con las vacilaciones de las sombras que por un lado proyectaban la antigua y negra fachada de la casa de los Pilares y por el otro los brazos de piedra de la horca.

Entre las muchas fisonomías que aquella luz teñia de escarlata, habia uno más absorto que todos los demás en la contemplacion de la bailarina; era de semblante austero, sereno y sombrío: aquel hombre, cuyo traje ocultaba la multitud que le rodeaba, no parecia contar más de treinta y cinco años, y, sin embargo, era calvo y apenas sombreaban sus sienes escasos cabellos, que empezaban ya á encanecer; hondas arrugas surcaban su frente ancha y despejada, pero en sus hundidos ojos brillaba extraordinaria juventud, vida ardiente y pasion profunda, y los clavaba sin cesar en la gitana, y mientras la alegre niña de diez y seis años bailaba y revoloteaba, dando alegría á todos los espectadores, la expresion del semblante de aquel hombre era cada vez más sombría, y de cuando en cuando se juntaban sobre sus labios una sonrisa y un suspiro, pero la sonrisa era más dolorosa que el suspiro.

Cansada al fin la bailarina, acabó de bailar y el público la aplaudió calurosamente.

—Djalí! exclamó la gitana.

Entonces salió una hermosa cabrita blanca, lista y lustrosa, con los cuernos y con los piés dorados y con un collar dorado tambien, que Gringoire no habia visto hasta entonces, porque estaba acurrucada en una esquina del tapiz, mirando cómo bailaba su ama.

—Djalí, le dijo ésta, ahora te toca á tí.

La gitana se sentó en el suelo y presentó graciosamente la pandereta á la cabra.

—Djalí, en qué mes del año estamos?

Levantó la cabra la pata delantera y dió un golpecito en el pandero: era en efecto el primer mes del año. La multitud aplaudió.

—Djalí, repuso la gitana, volviendo del otro lado la pandereta; ¿en qué dia del mes estamos?

Levantó la cabra la dorada pata y dió seis golpes en el pandero.

—Djalí, prosiguió preguntando la jóven y repitiendo la operacion de antes; qué hora es?

Djalí dió siete golpecitos, y en aquel instante dieron las siete en el reloj de la casa de los Pilares.

El pueblo estaba maravillado.

—Eso es cosa de brujería, dijo entre la muchedumbre una voz siniestra: era la del hombre calvo, que no apartaba los ojos de la gitana.

Extremecióse ésta y volvió la cara, pero los aplausos del público cubrieron la anterior exclamacion y la borraron tan completamente de su pensamiento, que continuó interpelando á la cabra.

—Djalí, ¿cómo hace maese Grichard Grand-Remy, capitan de carabineros de la ciudad, en la procesion de la Candelaria?

Asentóse la cabra sobre las patas traseras y empezó á balar, andando con tan gentil gravedad, que el círculo entero de espectadores se echó á reir, complacidísimo de ver aquella parodia de la devocion interesada del capitan de carabineros.

—Djalí, continuó preguntando la jóven, entusiasmada con el éxito creciente; ¿cómo predica Jaime Charmolne, predicador del rey, en el tribunal eclesiástico?

Acomodóse la cabra sobre las dos posaderas y se puso á balar, agitando las patas de delante de tan extraño modo, que, exceptuando el mal francés y el mal latin, todo lo demás en ella era de Jaime Charmolne, gesto, acento y actitud.

El público aplaudia sin cesar, cada vez con más entusiasmo.

—Sacrilegio! Profanacion! repitió la voz del hombre calvo.

La gitana volvió la cabeza por segunda vez y dijo:

—Ah, es aquel espantajo!—Despues, alargando el labio inferior más allá del superior, hizo un gesto, que debia ser familiar en ella, dió media vuelta sobre la izquierda y empezó á recoger en la pandereta los donativos del público.

Los *blancos*, los *blanquillos* y los *targes* (1) llovian en la pandereta. De repente la gitana pasó por delante de Gringoire;

(1) Monedas antiguas de ínfimo valor de Francia.

éste echó mano al bolsillo tan aturdidamente, que la jóven se paró.

—Diablo! exclamó el poeta, encontrando en el fondo de la faltriquera la realidad, esto es, el vacío. Entretanto la hermosa niña permanecia inmóvil, mirándole con sus rasgados ojos y esperando. Gringoire sudaba el quilo. Si hubiera tenido el Perú en el bolsillo sin duda se lo hubiera dado á la bailarina; pero Gringoire no poseia el Perú, y por otra parte, aun no se habia descubierto la América: por fortuna suya un incidente inesperado vino en su socorro.

—¿Cuándo te irás, langosta de Egipto? gritó una voz ágria que salia del rincon más oscuro de la plaza.

La jóven se volvió asustada: esta voz no era la del hombre calvo, sino la de una mujer, voz devota y malvada: aquella voz, que asustó á la gitana, movió gran algazara entre una turba de muchachos que corrian por allí.

—Es la reclusa de la Torre-Roland, exclamaron éstos riendo descompasadamente; es la penitente que gruñe. ¿No habrá cenado todavía? Llevémosla algunos restos de la alacena de la ciudad.

Diciendo esto todos los muchachos corrieron hácia la Casa de los Pilares. Gringoire se aprovechó de la turbacion de la gitana para desaparecer. El clamoreo de los estudiantes le recordó que él tampoco habia cenado, y corrió tambien hacia el buffet; pero los chiquillos tenian las piernas más ligeras que el poeta, y cuando éste llegó habian hecho ya de todo tabla rasa. Solo quedaban en las paredes las esbeltas flores de lis, interpoladas con rosales pintados en 1434 por Mateo Biterne, y no eran cenables.

Cosa importuna es acostarse sin cenar, pero es todavía menos lisonjero no cenar y no saber dónde acostarse, y Gringoire estaba en este caso; sin pan y sin cama y acosado por la necesidad, encontraba que ésta era muy impertinente. Mucho tiempo atrás descubrió esta verdad: que Júpiter creó á los hombres en un acceso de misantropía, y que durante la vida del sábio el destino tiene en estado de sitio á su filosofía: en cuanto á él, nunca habia visto tan encarnizado el bloqueo; oia que su estómago tocaba llamada y encontraba fuera de lugar que su mala estrella se apoderase de su filosofía por medio del hambre. Absorto estaba Gringoire en estas melancólicas reflexiones, cuando le distrajo de ellas un canto caprichoso, pero dulcísimo; era que la hermosa gitana empezaba á cantar.

Era su voz como su danza, como su hermosura, indefinible y deliciosa; pura, sonora, aérea, alada, por decirlo así. Su canto lo constituian melodías de cadencias inesperadas, frases sencillas entre notas aéreas y agudas, gorgoritos superiores á los del ruiseñor, pero armoniosos siempre, y ondulaciones suavísimas de octavas que subian y bajaban como el pecho de la jóven cantora. Su interesante fisonomía seguia con singular movilidad todos los caprichos de la cancion, desde la más frenética inspiracion hasta la más casta dignidad; ya parecia una loca, ya una reina.

Las palabras que cantaba eran de una lengua que Gringoire desconocia y ella tambien probablemente, á juzgar por la poca relacion que tenia la letra con el canto; por ejemplo, estos versos respiraban en sus labios loca alegría:

Un cofre de gran riqueza (1)
hallaron dentro un pilar,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantar.

Despues, al oir el acento melancólico que dió á estos otros versos:

Alárabes de á caballo
Sin poderse menear,
Con espadas y los cuellos
Ballestas de buen tirar,

se le saltaron las lágrimas á Gringoire: sin embargo, el canto de la gitana respiraba alegría casi siempre, pareciendo que cantaba como cantan los pájaros.

El canto de la jóven turbó la meditacion de Gringoire, pero como el cisne turba el agua: la oia en éxtasis, olvidándose de todo; aquel era el primer momento, durante muchas horas, en que dejaba de sufrir, pero ese momento fué corto.

La misma voz de mujer que interrumpió el baile de la gitana, interrumpia ahora su canto.

—Te callarás, cigarra del infierno? gritó desde el mismo rincon oscuro de la plaza.

Calló la pobre cigarra y Gringoire se tapó los oidos.

—¡Maldita sierra mellada, que viene á romper la lira! exclamó el poeta.

Todos los espectadores murmuraban como él.—Al diablo la reclusa! dijo más

(1) *Romancero Español* (de autor anónimo).—Romance que empieza:

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar, etc.

de una voz: la invisible vieja se hubiera arrepentido quizás de las agresiones que dirigió á la gitana, si no hubiera distraido al público en aquel mismo momento la procesion del papa de los locos, que, despues de recorrer muchas calles y callejuelas, desembocaba en la plaza de la Grève, con infinidad de hachas y con su rumoroso tumulto.

Esta procesion, que nuestros lectores vieron salir del palacio, se organizó durante el camino, reclutando cuantos pillos, ladrones, vagos y desocupados habia disponibles en Paris, de modo que presentaba aspecto imponente cuando entró en la plaza de la Grève.

Delante iba el Egipto, precedido del duque de Egipto, á caballo, rodeado de sus condes, que iban á pié, llevándole la brida y el estribo; detrás de ellos los egipcios y las egipcias, mezclados con sus chiquillos gritadores y llorones, todos ellos, duques, condes y pueblo, cubiertos de andrajos y de oropeles. Luego seguia el reino de la Germanía, esto es, todos los ladrones de Francia, escalonados por órden de dignidad, siendo los primeros los más humildes. Desfilaban así de cuatro en cuatro, con las diversas insignias de sus grados en aquella singular facultad, unos estropeados, otros cojos, otros mancos, los rateros, los peregrinos, los bellacos, los tumbones, los inválidos, los pillos, etc., enumeracion capaz de cansar al mismo Homero. En el centro del cónclave de los huraños y de los archipámpanos distinguíase, á duras penas, al rey de la Germanía, el gran sacerdote del *caló,* acurrucado en un carreton, tirado por dos perros enormes: despues del reino del *caló* venia el imperio de Galilea. Guillermo Rousseau, emperador del imperio, marchaba majestuosamente envuelto en un ropon de púrpura, manchado de vino, precedido de saltimbanquis, que iban alborotando y bailando danzas pírricas, rodeado de maceros, de sus secuaces y de los escribientes del Tribunal de Cuentas. Y cerraba la marcha de la procesion la *basoche*, con las manos coronadas de flores, los manteos negros, su música ratonera y sus hachones de cera amarilla. En el centro de aquella multitud, los altos dignatarios de la cofradía de los locos llevaban en hombros unas angarillas cargadas de velas, y sobre las angarillas, con báculo, mitra y capa pluvial, resplandecia el nuevo papa de los locos, el campanero de Nuestra Señora, Quasimodo el jorobado.

Cada una de las secciones de la procesion grotesca tenia su música particular: los gitanos tocaban sus balafos y tamboriles africanos. Los del reino del caló, raza poco musical, no habian pasado aun de la viola, de la corneta y de la gótica zambomba del siglo doce. El imperio de Galilea no estaba mucho más adelantado; apenas habia en su música algun rabel de la infancia del arte, todavía reducido al re-la-mi. Alrededor del papa de los locos se desplegaban en magnífica cacofonía todas las riquezas musicales de la época, y eran tiples, contraltos y bajos de rabel, sin contar las flautas y los instrumentos de cobre. Nuestros lectores deben recordar que esta era la orquesta de Gringoire.

Difícil es formarse idea del grado de expansion orgullosa y feliz á que llegó durante el tránsito del palacio á la plaza de la Grève el rostro triste y repugnante de Quasimodo: fué aquella la primera satisfaccion de amor propio que gozó durante su vida; hasta entonces solo conocia la humillacion, el disgusto y el desprecio. Por eso, aunque estaba sordo, saboreaba, como verdadero papa, las aclamaciones de aquella multitud que le odiaba y que él lo sabia. Su pueblo se componia de una cáfila de locos, de lisiados, de ladrones y de mendigos; pero esto, qué le importaba? No por eso dejaba de ser un pueblo y él un soberano. Recibia con formalidad los aplausos irónicos, las atenciones burlescas, que en parte dimanaban de temor real y verdadero, porque el jorobado era robusto, el patituerto era ágil y el sordo era malo; poseia tres cualidades que moderan el ridículo.

Lejos estamos de creer, sin embargo, que el nuevo papa de los locos se formase idea clara de las impresiones que recibia ni de los sentimientos que inspiraba; porque el espíritu que se alojaba en aquel cuerpo deforme tenia tambien algo de sordo é incompleto, y lo que sentia en aquellos momentos era para él absolutamente vago, incomprensible y confuso; pero estaba alegre y le dominaba el orgullo, su rostro sombrío y desgraciado centelleaba radiante.

Causó por eso grande sorpresa y no poco espanto cuando Quasimodo, sumergido en aquella vaga enajenacion, pasaba en triunfo por la Casa de los Pilares, ver que de repente salia un hombre entre el gentío, y arrojándose hasta él, le arrancó de entre las manos, colérico, el báculo dorado, insignia del

papado de los locos. Este hombre temerario era el personaje calvo que, momentos antes, heló de espanto á la hermosa gitana con sus palabras de ódio y de amenaza: iba vestido de eclesiástico, y en el momento en que se destacó de la muchedumbre, Gringoire, que hasta entonces no reparó en él, exclamó al reconocerle:

—Calla! dijo lanzando un grito de asombro; ¡es mi maestro Dom (1) Claudio Frollo! ¿Por qué se mete con ese pícaro tuerto? Le va á devorar!

Oyóse en seguida un grito de terror: el formidable Quasimodo acababa de precipitarse desde su alto asiento, y las mujeres apartaron de él la vista por temor que hiciese pedazos al arcediano: el jorobado dió un salto hasta el sacerdote, le miró y cayó de rodillas ante él. El sacerdote le arrancó la tiara, le rompió el báculo y le destrozó la capa de relumbron. Quasimodo permaneció de rodillas, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas.

Despues se estableció entre ambos un extraño diálogo de signos y de gestos; ni uno ni otro hablaban. El sacerdote estaba de pié, irritado, amenazador, imperioso, y Quasimodo prosternado, humilde y suplicante, y sin embargo, éste pudo con su enorme fuerza estrellar á aquel. Al fin el arcediano, sacudiendo con rudeza la espalda fornida de Quasimodo, le hizo señal de que se levantase y de que le siguiese.

Quasimodo se levantó; entonces la cofradía de los locos, despues de salir de su estupor, quiso defender á su papa, tan bruscamente destronado, y gran parte de la comitiva de la procesion se atumultó alrededor del sacerdote. Colocóse Quasimodo delante de él, puso en movimiento los músculos de sus atléticos puños y miró á los agresores, rechinando los dientes, como tigre enfurecido. El sacerdote revistióse de su sombría gravedad, hizo un signo á Quasimodo y se retiró sin decir una palabra. Quasimodo iba delante de él abriendo paso.

Cuando atravesaron el populacho y la plaza, queria seguirlos una multitud de curiosos y de gente ociosa: entonces Quasimodo ocupó la retaguardia y siguió al arcediano, andando hácia atrás, arisco y erizado, recogiendo sus miembros, lamiendo sus colmillos de jabalí, gruñendo como una fiera é imprimiendo inmensas oscilaciones á la muchedumbre con un gesto ó con una mirada.

La turba dejó que se internasen los dos en una calle estrecha y tenebrosa, en la que nadie se atrevió á aventurarse detrás de ellos: ¡tanto temor inspiraba el mónstruo Quasimodo!

—Todo eso es sorprendente, dijo Gringoire; ¿pero dónde diablos podré yo cenar?...

## IV.

**Inconvenientes de seguir de noche á una mujer hermosa por las calles.**

Por de pronto Gringoire se propuso seguir á la gitana: vió que se fué por la calle de la *Conttellerie*, precediendo á la cabra, y él echó á andar tras ella por la misma calle.

Gringoire, que era filósofo práctico de las calles de Paris, habia observado que nada invita tanto á la meditacion como el seguir á una mujer hermosa sin saber á dónde vá: hay en esta abdicacion voluntaria del libre arbitrio, en este capricho que se somete á otro capricho, una mezcla de independencia absoluta y de obediencia ciega, algo de intermediario entre la esclavitud y la libertad, que le placía á Gringoire, espíritu esencialmente mixto, indeciso y complejo, colocado entre todos los extremos, incesantemente suspendido entre todas las propensiones humanas, y neutralizándolas unas con otras: se comparaba á sí mismo al sepulcro de Mahoma, atraido en sentido inverso por dos piedras de imán y que vacila eternamente entre lo alto y lo bajo, entre la bóveda y el pavimento, entre la caida y la ascension, entre el cenit y el nadir. Si Gringoire viviera en nuestro siglo se pondria en el justo medio entre clásicos y románticos; pero no era un Matusalen para poder vivir trescientos años, y es una lástima, porque su ausencia produce un vacío que él podria llenar en la actualidad.

De todos modos, para seguir á los transeuntes, cosa que Gringoire acostumbraba, nada dá mejor disposicion de ánimo que el no saber dónde pasar la noche. Iba, pues, pensativo detrás de la gitana, que apresuraba el paso y hacia trotar á la cabra, viendo á los vecinos que entraban en sus casas y cerrar las tabernas, únicas tiendas que permanecieron abiertas aquel dia.

—Ella en alguna parte ha de vivir, se decia Gringoire; las gitanas tienen

(1) Dom: abreviatura que se aplicaba á ciertos sacerdotes de algunas órdenes religiosas ya extinguidas.

buen corazon y... quién sabe!... Y habia en los puntos que él ponia á continuacion de esta reticencia no sé qué idea halagüeña para él. Sin embargo, de vez en cuando, al pasar por delante de los últimos grupos que formaban los vecinos al cerrar las puertas, cogia al vuelo algun trozo suelto de conversacion que disipaba el encanto de sus risueñas hipótesis.

Dos viejos conversaban de este modo:

—¿Sabeis, maese Thibaut, que hace frio?

Eso lo sabia bien Gringoire desde el principio del invierno.

—Sí, mucho, maese Bonifacio; ¿si volveremos á sentir los frios de hace tres años, en los que costaba seis dineros el haz de leña?

—Esos frios nada fueron, comparados con los del invierno de 1407, en el que heló desde el dia de San Martin hasta la Candelaria, y con tal intensidad, que se helaba la pluma del escribano del Parlamento en el tribunal á cada tres palabras que escribia, lo que interrumpia la marcha de la justicia.

Dos viejas hablaban desde las ventanas, teniendo en la mano velas encendidas.

—¿Vuestro marido no os ha contado esa desgracia?

—Qué desgracia?

—El caballo del Sr. Gil Godin, notario del Chatelet, se espantó de la procesion de los locos y atropelló á maese Filipot Avrillon, oblato de los celestinos.

—De veras!

—Sí, sí.

—Un caballo paisano, qué lástima! ¡Si á lo menos le hubiera atropellado un caballo de caballería!...

Se cerraron las ventanas, y á cada paso perdia Gringoire el hilo de sus ideas; pero pronto le volvia á encontrar y anudaba sus fragmentos, gracias á la gitana y á Djalí, que siempre le precedian y que eran dos séres preciosos y delicados, de los que él admiraba los pequeños piés, las hermosas formas y los graciosos ademanes, casi confundiéndolos en su contemplacion; por la inteligencia y su amistad, le parecia que eran dos niñas, y por la ligereza, agilidad y destreza de su andar, le parecia que eran dos cabras.

Las calles, entretanto, aparecian cada vez más oscuras y más desiertas. El toque de ánimas habia ya sonado largo tiempo, y ya no se encontraba por las calles más que alguno que otro transeunte, y ya no se veia más que por casualidad alguna luz en alguna ventana. Gringoire, siguiendo á la gitana, se aventuró en aquel intrincado laberinto de callejuelas, plazas y callejones sin salida que rodean el antiguo sepulcro de los Santos Inocentes, y que se parece á un ovillo enredado por un gato.

—¡Hé aquí unas calles que tienen poca lógica!—decia Gringoire, perdido en los mil circuitos, de los que no sabia salir, pero entre los que seguia la gitana un camino que le era muy conocido, sin vacilar y con paso cada vez más rápido. Él hubiera ignorado por completo dónde se encontraba, á no haber visto al volver una esquina la mole octógona de la picota de los mercados, cuya cima calada destacaba con viveza sus negros bordes sobre una ventana iluminada aun de la calle Vordelet.

Hacia ya algunos instantes que Gringoire llamaba la atencion de la gitana, la que ya muchas veces habia vuelto con inquietud la cabeza hácia él, y aun una vez se paró de repente, aprovechando un rayo de luz que salia de una panadería entreabierta, para mirarle fijamente de piés á cabeza; luego de aquel exámen, vió Gringoire que ella hacia aquel gesto que habia ya observado en otra ocasion y que seguia andando hácia adelante.

Aquel gesto dió que pensar á Gringoire, porque encontraba que era de desden y de burla aquella mueca, por lo que agachó la cabeza, fijó los ojos en el empedrado y continuó siguiendo á la jóven, pero desde mucho más lejos: al volver una esquina que acababa de hacerle perder de vista á la gitana, oyóla lanzar un grito lastimero. Entonces aceleró el paso.

La calle estaba oscurísima, pero una estopa empapada de aceite, que ardia dentro de una jaula de hierro, á los piés de la Santísima Vírgen, en una esquina de la calle, permitió á Gringoire distinguir á la gitana, forcejeando entre los brazos de dos hombres, que procuraban sofocar sus gritos. La pobre cabra, asustada, bajaba los cuernos y balaba.

—Venga aquí la ronda! ¡Venga la ronda! gritó Gringoire, avanzando valerosamente. Uno de los hombres que tenia agarrada á la jóven se volvió hácia él: era Quasimodo. Gringoire no echó á correr, pero tampoco dió un paso más.

Llegóse á él Quasimodo, lo arrojó al suelo de un empellon y se deslizó en la

oscuridad, llevándose á la doncella doblegada sobre uno de sus brazos, como si fuera una banda de seda: su compañero iba detrás, y la pobre cabra los seguia, balando quejumbrosamente.

—Al asesino! al asesino! gritaba la desgraciada jóven.

—¡Alto ahí, miserables, y dejadme esa mujer! exclamó de repente, con voz de trueno, un ginete que salió de sopeton de una calle inmediata.

Era un capitan de los arqueros de la guardia del rey, armado de punta en blanco y con la tizona en la mano. Arrancó á la gitana de los brazos del estupefacto Quasimodo, la colocó á grupa en su caballo, y en el momento en que el terrible jorobado, al volver de su sorpresa, se precipitó sobre él para arrancarle la presa, quince ó diez y seis arqueros, que seguian de cerca á su capitan, aparecieron con el chafarote desenvainado. Formaban una patrulla que rondaba aquella noche por órden del señor Roberto de Estonteville, intendente del Prebostazgo de Paris.

Cercaron, prendieron y maniataron á Quasimodo, que rugia, echaba espumarajos por la boca y repartia mordiscos, y es seguro que si hubiera sido de dia, con su horrible rostro, que la cólera ponia aun más horrible, le hubiera bastado para hacer huir á la patrulla; pero por la noche no podia usar su arma más poderosa, su fealdad.

Su compañero desapareció en cuanto vió la patrulla.

La gitana se incorporó con gracia sobre la silla del caballo del oficial, apoyó las manos sobre los hombros del jóven y le miró con fijeza durante algunos segundos, como hechizada por el semblante varonil y por el oportuno auxilio que acababa de prestarle; luego, rompiendo el silencio, le dijo, dulcificando más todavía su dulce voz:

—Cómo os llamais?

—Soy el capitan Febo de Chateaupers, para serviros, hermosa mia, dijo con satisfaccion el oficial.

—Gracias, le contestó la gitana.

Mientras el capitan Febo se atusaba su bigote á la borgoñona, deslizóse ella de la silla del caballo, como una flecha que cae al suelo, y desapareció. Un relámpago se desvanece con menor rapidez.

—Ombligo del papa! exclamó el capitan, mandando apretar las correas de Quasimodo; mejor hubiera querido quedarme con la mozuela.

—Cómo ha de ser, capitan! le contestó un gendarme; se voló la alondra y nos ha quedado el mochuelo.

## V.

### Continúan los inconvenientes.

Atolondrado quedó del golpe Gringoire en tierra, delante del retablo de la Santa Vírgen; pero poco á poco fué recobrando el conocimiento: permaneció algunos instantes flotando en una especie de éxtasis soñoliento, no desprovisto de dulzura, en el que las formas aéreas de la gitana y de la cabra formaban misterioso ayuntamiento, obligadas por el peso del puño de Quasimodo; pero este estado de delirio le duró poco rato, porque la impresion aguda de frio, que se sentia en la parte de su cuerpo que se hallaba en contacto inmediato con el empedrado, le despertó de repente.

—De dónde diablos viene este frio? se preguntó, apercibiéndose entonces de que se hallaba en el suelo y en medio del arroyo de la calle.

—Maldito cíclope jorobado! murmuró entre dientes, y quiso levantarse; pero estaba demasiado aturdido y magullado, y tuvo que permanecer inmóvil en el suelo. Como tenia las manos libres, se tapó la nariz y se resignó.

—El lodo de Paris es pestífero; debe contener gran cantidad de sal volátil y nitrosa; tal es al menos la opinion de Nicolás Hamel y de los herméticos...

La palabra *herméticos* le recordó de súbito al arcediano Claudio Frollo. Le acudió á la memoria la escena violenta que acababa de entrever, en la que la gitana forcejeaba para librarse de dos hombres, y en la que Quasimodo tenia un compañero, y la fisonomía tétrica y altiva del arcediano pasó confusamente por su imaginacion.—¡Cosa extraña seria!—se dijo, y con aquel dato y sobre aquella base empezó á construir el fantástico edificio de las hipótesis, verdadero castillo de naipes de los filósofos. Pero luego, volviendo á la realidad, exclamó: —Pero yo estoy helado!

Aquel sitio le era cada momento que pasaba más insoportable; cada molécula del agua del arroyo absorbia una molécula del calor latente de los lomos de Gringoire, y el equilibrio entre la temperatura de su cuerpo y la del arroyo empezaba á establecerse de un modo cruel.

Vino entonces á amagarle un peligro

de distinta naturaleza: un grupo de chiquillos, de esos salvajes descalzos que en todas las épocas pasean por el empedrado de Paris, conocidos con el nombre eterno de pilletes *(gamins)*, y que cuando éramos niños como ellos nos apedreaban todas las tardes, al salir de la clase, porque no llevábamos los pantalones rotos; un grupo de aquellos pilletes, repetimos, acudia hácia la encrucijada en que yacía Gringoire, moviendo gran algazara y dando grandes risotadas, sin importarles un ardite turbar el sueño de la vecindad. Llevaban arrastrando un saco informe, y solo con el ruido que producian sus abarcas hubieran podido despertar á un muerto; Gringoire, que aun no lo estaba, se incorporó al verles venir.

—Eh, Henequin Dandeche! ¡Eh, Juan Pincebourde! iban gritando desaforados; el viejo Eustaquio Moubon, que vendia hierro en la esquina, acaba de morir. Aquí está su jergon, y vamos á hacer con él una hoguera, que hoy es dia de eso.

Diciendo esto, arrojaron el jergon sobre Gringoire, cerca del que habian llegado sin verle; al mismo tiempo, uno de los chiquillos tomó un puñado de paja y fué á encenderla en la mecha que ardia delante de la Vírgen.

—Voto vá! murmuró Gringoire; ahora voy á tener demasiado calor.

El momento era crítico: iba el poeta á verse cogido entre el agua y el fuego, por lo que hizo un esfuerzo sobrenatural, un esfuerzo de monedero falso, al que van á quemar y trata de escaparse. Se puso en pié, arrojó el jergon sobre los muchachos y huyó.

—Vírgen Santa! exclamaron los pilletes; ¡el vendedor de hierro que vuelve al mundo!... Y echaron á correr por otro lado. El jergon quedó dueño del campo de batalla.

Aseguran Belleforet, el P. le Juge y Corrozet que al dia siguiente le recogió con gran pompa el clero del barrio y le llevaron al tesoro de la iglesia Santa Oportuna, en la que sacó el sacristan hasta 1789 una pingüe renta con el gran milagro de la Vírgen de la calle de Manconseil, que con su sola presencia en la memorable noche del 6 al 7 de Enero de 1482 exorcisó al difunto Juan Moubon, el cual, para dar quehacer al diablo, habia escondido maliciosamente su alma en el jergon.

---

## VI.

### El cántaro roto.

Despues de haber corrido á todo correr durante algun tiempo sin saber adonde, atravesando arroyos, sendas, callejuelas, callejones sin salida é innumerables encrucijadas, buscando huida y paso por todas las vueltas y revueltas de alhóndigas y de plazas, nuestro poeta se quedó parado de repente; en primer lugar por falta de aliento, y en segundo por estar convicto de la fuerza lógica de un dilema que acababa de ocurrírsele.

—Paréceme, amigo Gringoire, se dijo á sí mismo, que vas corriendo por ahí como un desatentado. Los pilletes han tenido tanto miedo de tí como tú de ellos. Paréceme que oiste el ruido de sus abarcas, que iban huyendo hácia el Mediodía mientras tú ibas huyendo hácia el Septentrion; pues bien, una de dos cosas, ó huyeron ó no; si han huido, debieron olvidar el jergon atemorizados, y ese jergon debe ser la cama hospitalaria que vas buscando desde esta mañana, y que la Vírgen te la proporciona milagrosamente, para recompensarte de haber escrito en su loor un misterio; ó no han huido los pilletes, y en este caso han pegado fuego al jergon, y ese es el excelente hogar que necesitas para calentarte. La bendita Vírgen María de la esquina de la calle de Manconseil quizás solo por eso haria que muriese Juan Moubon, y es una locura tuya el huir como un picardo perseguido por un francés, dejando atrás lo que vas buscando. Eres un necio.

Gringoire deshizo, pues, lo andado, y orientándose, oliendo y escuchando, trató de dar con el dichoso jergon; pero en vano: solo hallaba intersecciones de casas, callejones sin salida, encrucijadas, ante las que vacilaba contínuamente, y estaba más confuso y más perdido entre aquellas lóbregas revueltas que si se hubiera encontrado en el dédalo del palacio de Tournelles. Por fin la paciencia se le agotó, y exclamó con tono solemne:

—Malditas sean las encrucijadas!

Esta exclamacion le desahogó un poco, y el reflejo rojizo que divisó al mismo tiempo al extremo de una calle larga y estrecha acabó de darle serenidad.—Loado sea Dios! ¡allí, allí está mi jergon! Y comparándose al marinero que iba á zozobrar:—*Salve,* exclamó religiosamente, *salve, maris stella!*

¿Dirigia este fragmento de letanía á la Vírgen ó al jergon? Lo ignoramos por completo.

En cuanto dió algunos pasos en la larga callejuela, que tenia pendiente, no estaba empedrada y además era fangosa, notó un fenómeno que le llamó la atencion. La calle no estaba desierta: de trecho en trecho, en toda su longitud, rastreaban no sé qué masas vagas é informes, dirigiéndose todas ellas hácia el resplandor que oscilaba al fin de la calle, como los pesados insectos que se arrastran por la noche de un tallo de yerba á otro hácia la hoguera del pastor.

Nada hace al hombre tan animoso como verse con el bolsillo vacío: siguió Gringoire avanzando por la callejuela y no tardó en alcanzar á uno de esos gusanos que perezosamente se arrastraba detrás de los otros; examinándole de cerca, vió que era un miserable lisiado, sin piernas, que andaba sobre entrambas manos, como una zancuda herida que ya no tiene más que dos patas. En el momento en que pasó cerca de esa especie de araña humana abrió hácia él el pordiosero la voz quejumbrosa, diciéndole:

—*La buona mancia, signor! ¡la buona mancia!*

—¡Que el diablo te lleve y á mí tambien, exclamó Gringoire, si entiendo lo que dices!

Y pasó adelante.

Llegóse á otra de aquellas masas ambulantes y la examinó con atencion: era esa masa un tullido, cojo y manco á la vez, tan manco y tan cojo, que el complicado sistema de muletas y de piernas de madera que le sostenian le asemejaba á un maderámen puesto en movimiento. Gringoire, que era aficionado á las comparaciones nobles y clásicas, le comparó en su pensamiento al trébedes vivo de Vulcano. Este trébedes vivo le saludó al pasar, pero parando el sombrero á la altura de la barba del poeta, como si fuera una vacía para afeitarle, gritándole á los oidos:

—¡Señor caballero, para comprar un pedazo de pan! (1).

—Tambien habla este otro, pero en lengua extraña, dijo Gringoire, y más dichoso es que yo él si la entiende. Despues, dándose un golpe en la frente por una súbita transicion de ideas, exclamó:

—¿Qué me querian dar á entender esta mañana cuando pronunciaron la palabra *Esmeralda?*

Quiso acelerar el paso, pero por tercera vez se le puso un obstáculo delante. Aquel obstáculo, ó mejor dicho, aquel indivíduo era ciego, un ciego bajito, de fisonomía judía y barbuda, que remaba en el espacio á su alrededor con un palo y que llevaba á remolque un perro; este ciego dirigió su peticion á Gringoire con acento húngaro: *Facitote caritatem.*

—Vaya con Dios! dijo el poeta; éste al menos habla en lengua cristiana. Preciso es que yo tenga traza de muy caritativo para que me pidan todos limosna, á pesar del estado de anemia de mi bolsillo. Amigo mio (le contestó al ciego), he vendido la semana pasada mi última camisa; te lo diré de otra manera, ya que entiendes la lengua de Ciceron: *Vendidi hebdomade nuper transita meam ultimam chemisam.*

Diciendo esto dió las espaldas al ciego y prosiguió su camino; pero el ciego apretó el paso detrás de él, y al mismo tiempo el tullido y el lisiado sin piernas sobrevinieron cada uno por su lado y de prisa, dando voces y haciendo ruido con las muletas sobre el empedrado. Despues los tres, tropezando unos con otros detrás del pobre Gringoire, se pusieron á cantarle su letanía:

—*Caritatem!* le decia el ciego.

—*La buona mancia!* el hombre araña.

—*Un pedazo de pan!* el cojo.

Gringoire se tapaba los oidos.—Esto es la torre de Babel, exclamaba. Diciendo esto echó á correr y el ciego corrió, el cojo corrió y el lisiado sin piernas corrió tambien.

A medida que Gringoire se internaba en la calle, otros ciegos, lisiados y cojos pululaban á su alrededor, y mancos, tuertos y leprosos con sus llagas, que salian de las casas y de los callejones adyacentes, aullando, chillando y ladrando, cayendo y levantándose, arrastrándose hácia la luz y hundidos en el lodo, como babosas despues de la lluvia.

Gringoire, acosado por sus tres perseguidores, sin saber en qué pararia todo aquello, iba sofocado por entre ellos, evitando á los cojos, saltando por encima de los que andaban arrastrándose, hundidos los piés en aquel hormiguero de lisiados, como el capitan inglés que se metió en una gazapera de cangrejos.

Ocurriósele la idea de volver atrás, pero era ya tarde; aquella legion se cerró tras él y los tres mendigos le seguian

(1) Así está escrito en lengua española en el original francés.

acosando. Continuó, pues, su camino impelido al mismo tiempo por aquel irresistible torrente, por el miedo y por el vértigo, que le presentaba esa escena como un sueño horrible.

Al fin llegó al extremo de la calle, que desembocaba en una plaza inmensa, en la que mil luces esparcidas vacilaban en la niebla confusa de la noche. Entró en ella Gringoire escapado, por la velocidad de sus piernas, de los tres espectros inválidos que le tenian asido.

—Dónde vas? le preguntó el cojo, arrojando las muletas y corriendo hasta él con las dos piernas más ágiles que trazaron jamás pasos geométricos en el empedrado de Paris. Entre tanto el que andaba arrastrándose se puso derecho y echó al cuello á Gringoire los trapos y las tablas sobre las que se arrastraba, y el ciego le miraba cara á cara con dos ojos que arrojaban llamas.

—Dónde estoy? preguntó atemorizado el poeta.

—En la *Córte de los Milagros*, le respondió un cuarto espectro que se acercó á él.

—Lo comprendo, repuso Gringoire, porque veo que los ciegos tienen vista y los cojos corren; ¿pero dónde está el Salvador?

Al oir esta pregunta lanzaron todos ellos carcajadas siniestras.

El pobre Gringoire tendió la vista á su alrededor y vió que, en efecto, se encontraba en la temible Córte de los Milagros, en la que jamás un hombre honrado habia penetrado á aquellas horas: círculo mágico, en el que los oficiales del Chatelet y los soldados del Prebostazgo que se atrevian á internarse desaparecian hechos trizas; madriguera de ladrones, repugnante verruga del rostro de Paris; albañal de donde salia todas las mañanas y á donde volvia todas las noches á podrirse el arroyo de los vicios, la mendicidad y la holgazanería que rebosan siempre en las calles de las capitales; colmena monstruosa, á la que iban á parar por las noches con su botin todos los zánganos del órden social; falso hospital, en el que el gitano, el fraile tuno, el estudiante perdido, los pillos españoles, italianos y alemanes, de todas las naciones y de todas las religiones, judíos, cristianos, musulmanes, idólatras, cubiertos de llagas postizas y mendigos durante el dia, se transforman de noche en bandoleros; inmenso vestuario, en fin, donde se desnudaban y vestian en aquella época todos los actores del eterno drama que el robo, la prostitucion y el asesinato representan en las calles de Paris.

Era aquel sitio una vasta plaza irregular y mal empedrada, como lo estaban entonces todas las plazas de la capital de Francia. Ardian de trecho en trecho algunas hogueras, á cuyo alrededor hormigueaban extraños grupos que iban, venian y gritaban; oíanse agudas carcajadas, vagidos de niños y voces de mujeres. Las manos y las cabezas de aquella turba, negras, sobre el fondo luminoso trazaban diabólicos perfiles: de vez en cuando por tierra, donde temblaba la luz de las hogueras, se veia pasar, entre la sombra, un perro que parecia hombre, ó un hombre que parecia perro. Los límites de las razas y de las especies parecia que se borraban en aquellos sitios como en un pandemonium: hombres, mujeres, animales, edad, sexo, salud, enfermedades, todo era comun en aquella gente, todo estaba junto, mezclado y confundido allí, y cada uno participaba de todo.

El vacilante y débil reflejo de las hogueras permitió á Gringoire distinguir, á pesar de su turbacion, alrededor de la inmensa plaza, un asqueroso ceñidor de casucas viejas, cuyas fachadas, sucias y descascaradas, con alguna ventana iluminada en cada una, le parecian en la oscuridad enormes y monstruosas cabezas de viejas, formadas en círculo, que miraban el *sábado* guiñando los ojos. Aquel era un nuevo mundo desconocido, inaudito, deforme, hormigueante y fantástico.

Gringoire, más azorado cada momento y cogido por los tres mendigos como por tres tenazas, ensordecido por la multitud de semblantes que gritaban y berreaban á su alrededor, trataba de recobrar su presencia de ánimo para convencerse de que no se encontraba en un *sábado*; pero eran inútiles sus esfuerzos: estaba cortado el hilo de su memoria y de sus pensamientos, y, dudando de todo, flotaba entre lo que veia y lo que sentia, planteando en su mente este insoluble teorema: Si existo, ¿cómo puede ser eso? Si eso es, cómo puedo existir?

Le apartó de su teorema un grito general que lanzó la chillona turba que le rodeaba.

—Llevémosle al rey! dijeron.

—Vírgen santa! exclamó Gringoire; el rey de esta gente debe ser algun macho cabrío.

—Al rey! al rey! repitieron todos en coro.

Le arrastraron, peleándose todos por llevársele, pero los tres mendigos no soltaron su presa y se la quitaron á los otros, aullando: Es nuestro! El traje, ya viejo, del poeta exhaló el último suspiro en aquella lucha.

Al atravesar Gringoire aquella maldita plaza se disipó su vértigo; despues de andar algunos pasos recobró por completo el sentimiento de la realidad, como si se acostumbrase á aquella atmósfera. Desde el primer momento, de su cabeza de poeta, ó quizás sencilla y prosáicamente de su estómago vacío, se elevó un humillo, un vapor, por decirlo así, que, extendiéndose entre los objetos y su vista, solo se los habia permitido ver entre la incoherente bruma de la pesadilla, entre las sombras de los sueños, que hacen temblar los contornos, gesticular las formas y aglomerarse los objetos en grupos desmesurados, convirtiendo las cosas en quimeras y los hombres en fantasmas. Poco á poco sucedió á esta alucinacion la mirada menos extraviada y menos exageradora; la realidad tomaba cuerpo á su alrededor, tropezando con sus ojos y con sus piés, y derribando pedazo tras pedazo toda la espantosa poesía de que se creyó rodeado al principio. Fuéle ya entonces forzoso reconocer que no andaba por la laguna Estigia, sino por el lodo; que no se codeaba con demonios, sino con ladrones; que no arriesgaba el alma, sino la vida (porque le faltaba el precioso conciliador que se interpone con eficacia entre el bandido y el hombre honrado: la bolsa). En una palabra, examinando su situacion de cerca y á sangre fria, se convenció de que no habia caido en un *sábado*, sino en una taberna.

La Córte de los Milagros era efectivamente una taberna, pero una taberna de bandidos, que así la enrojecia la sangre como el vino.

El espectáculo que se presentó á los ojos de Gringoire, cuando su desarrapada escolta le depositó por fin en el término de su carrera, no era á propósito para inspirarle ideas de poesía, ni aun de poesía infernal, porque vió en él más que nunca la prosáica y brutal realidad de la taberna: si eso no hubiera sucedido en el siglo quince, diríamos que Gringoire habia descendido desde Miguel Angel hasta Callot (1).

Alrededor de una hoguera grande que ardia sobre una ancha y redonda losa, y cuyas llamas se extendian hasta los enrojecidos piés de un trébedes, vacío entonces, se veian por todas partes algunas mesas cojas, colocadas sin órden. Relucian sobre aquellas mesas algunos jarros llenos de vino y de cerveza, á cuyo alrededor se agrupaban numerosas caras báquicas, enrojecidas por el fuego y por el vino. Veíase aquí un hombre de abultado vientre y de rostro jovial, abrazando con ardor á una prostituta súcia y carnosa; veíase allí á una especie de perdonavidas, que desataba silbando las vendas de su supuesta herida y sacaba á relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada con muchas ligaduras desde por la mañana; acá se preparaba un pordiosero con celidonia y con sangre de toro la *pierna* para el dia siguiente. Más abajo un pillete, con sus conchas y traje completo de peregrino, deletreaba la cancion de *Santo Dios, santo inmortal!* sin olvidar la salmodía ni el acento gangoso. Acullá un jóven rollizo daba leccion de epilepsia con un gitano viejo, que le enseñaba el arte de echar espumarajos por la boca mascando un pedazo de jabon, y más allá se deshinchaba un hidrópico, haciendo que le tapasen la nariz cuatro ó cinco ladronas, que se disputaban junto á la misma mesa un niño robado aquella noche. Circunstancias todas que, dos siglos más adelante, *parecieron tan ridículas á la córte*, segun dice Sauval, *que sirvieron de pasatiempo al rey y de entrada al baile real de la Noche, dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del Petit-Bourbon.* "Jamás, añade un testigo ocular de 1653, fueron representadas con más acierto las súbitas metamórfosis de la Córte de los Milagros. Benserade nos preparó la introduccion con versos bastante ingeniosos."

Por todas partes resonaban carcajadas y canciones obscenas, atendiendo cada uno á sí mismo, glosando y blasfemando sin escuchar al vecino. Chocábanse los jarros y nacian las contiendas al choque de éstos, y haciéndose pedazos, desgarraban los harapos.

Un perro muy grande, sentado sobre la mesa, miraba la hoguera. Tomaban parte en la algazara general varios muchachos; el niño robado, que lloraba y gritaba; otro grueso de cuatro años, sentado, con las piernas colgando sobre un

(1) Callot, célebre grabador francés que nació á últimos del siglo diez y seis. Sus grabados al agua fuerte presentan casi todos asuntos canallescos.

banco demasiado alto para él, á la mesa, que le llegaba á la barba, y sin decir palabra; otro extendiendo con gravedad sobre la mesa con el dedo el sebo derretido de una vela que se corria; otro pequeñuelo, acurrucado en el lodo, casi perdido dentro de un caldero, que raspaba con una pizarra, de cuya operacion sacaba un ruido capaz de hacer que se desmayara Stradivarius.

Habia un tonel junto á la hoguera y un mendigo sentado sobre el tonel; era el rey sobre el trono.

Los tres perseguidores de Gringoire le llevaron ante el tonel, y reinó profundo silencio durante un instante entre aquella turba, excepto en el caldero que ocupaba el chiquillo. Gringoire no se atrevia á respirar ni á levantar la vista.

—Quítate el sombrero, le dijo uno de los tres mendigos que le acompañaban, y antes de que comprendiese por qué se lo decia, otro de ellos se lo arrebató de la cabeza; aunque estaba muy usado, aun le era útil un dia de sol ó de lluvia. Gringoire suspiró. Mientras, el rey, desde lo alto del tonel, preguntó:

—Quién es ese pajarraco?

Gringoire se extremeció: aquella voz, que acentuaba la amenaza, le recordó otra voz que aquella misma mañana dió la primera arremetida á su misterio, pidiendo entre el auditorio *¡una limosna por el amor de Dios!* Levantó la cabeza para mirar al mendigo y, en efecto, era Clopin Trouillefon.

Clopin Trouillefon, revestido de sus insignias reales, no tenia un andrajo más ni un andrajo menos, pero la llaga de su brazo habia desaparecido: llevaba en la mano uno de aquellos látigos con correas de cuero blanco, que usaban entonces los alguaciles para dispersar los grupos, y en la cabeza una especie de birrete con aros y cerrado por arriba, pero no era fácil distinguir si era chichonera de niño ó corona de rey; á las dos cosas se parecia.

Esto no obstante, sin saber por qué Gringoire habia recobrado alguna esperanza al reconocer que el rey de la Córte de los Milagros era el maldito mendigo de la sala mayor.

—Maese... dijo con voz balbuciente, señor, monseñor... no sé cómo llamaros, al llegar al punto culminante de su crescendo y no sabiendo ya cómo subir ni bajar.

—Monseñor, majestad ó compañero, llámame como quieras, pero concluye pronto. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—*En tu defensa!* repitió entre dientes Gringoire; esto ya no me gusta. Luego prosiguió en alta voz:—Señor, yo soy el que esta mañana...

—Por las garras del diablo! le interrumpió Clopin, dínos tu nombre y nada más.—Escucha. Estás en presencia de tres poderosos soberanos: yo soy Clopin Trouillefon, rey de Tunia, sucesor del gran Coesre, soberano supremo del reino de Germanía; Matías Ungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia, es aquel viejo pálido que está allá abajo y que lleva á la cabeza una rodilla de fregar; Guillermo Rousseau, emperador de Galilea, es aquel grueso que no nos oye y que acaricia á aquella deshonesta. Tus jueces somos los tres. Has entrado en el reino de la Germanía sin ser hampon y has violado los fueros de nuestra ciudad: debes, pues, ser castigado si no eres capon ó tuno; esto significa en nuestro caló si no eres ladron, mendigo ó vagabundo.

—No he alcanzado tanto honor, contestó Gringoire; yo soy el autor...

—Basta, repuso Clopin, sin dejarle concluir de hablar. Vamos á ahorcarte, lo que es muy justo. Como nos tratais en vuestra casa, os tratamos en la nuestra. La ley que aplicais á los truhanes, los truhanes os la aplican á vosotros; vuestra es la culpa si la pena es dura. Justo es que de vez en cuando se vea una cara de hombre honrado con el corbatin de cáñamo; esto ennoblece la horca. Ea, compadre, reparte alegremente tus guiñapos entre estas muchachas. Voy á mandar que te ahorquen para que diviertas á los truhanes, y tú dáles la bolsa para que echen un trago. Si tienes que hacer alguna monería, allá en el fregadero hay un famoso Dios-Padre de piedra que robamos en la iglesia de San Pedro. Te concedo cuatro minutos para que le arrojes tu alma á la cabeza.

Formidable fué la arenga de Clopin.

—Muy bien dicho; predicas como un papa, exclamó el emperador de Galilea, rompiendo un jarro para nivelar la mesa.

—Señores emperadores y reyes, contestó Gringoire con bastante sangre fria (porque no sabemos cómo recuperó su firmeza y pudo hablar con resolucion), eso no puede ser; yo me llamo Pedro Gringoire, y soy el autor del misterio que se representó esta mañana en la sala mayor del palacio de Justicia.

—Ah! conque eres tú? exclamó Clo-

pin. Estuve allí; pero que nos hayas aburrido esta mañana, no es una razon para que no te ahorquemos esta noche.

—Difícil me será salir de este trance, murmuró entre dientes Gringoire, que, sin embargo, tentó otro esfuerzo.—No alcanzo por qué razon, dijo en voz alta, no se han de contar los poetas en el número de los hampones. Esopo fué vagabundo, Homero fué mendigo, Mercurio ladron...

Clopin le volvió á interrumpir:

—Creo que tratas de ganar tiempo con tus gazmoñerías; vamos, déjate ahorcar y déjate de historias.

—Eso no, poderoso rey de Tunia, repitió Gringoire, disputando el terreno palmo á palmo. Se trata de un asunto que merece la pena... un momento... escuchadme... no me condenareis sin oirme.

Cubria, en efecto, su voz el estrépito que resonaba á su alrededor. El chiquillo rascaba el caldero con más entusiasmo que antes, y además, acababa de poner una vieja sobre los trébedes ardientes una sarten llena de grasa, que rechinaba en la lumbre.

Conferenció Clopin un breve rato con el duque de Egipto y el emperador de Galilea, que estaba completamente borracho, y luego gritó con voz de trueno:

—Silencio! Mas como la caldera ni la sarten le escuchaban, continuaron su duo, y apeándose el rey del tonel, dió un puntapié al caldero, que rodó con el chiquillo á diez pasos de distancia, y otro puntapié á la sarten, cuya grasa se esparramó por la lumbre, y volvió á subir con gravedad al trono, sin hacer caso del llanto del chiquillo ni de los gruñidos de la vieja, cuya cena se desvanecia entre las llamas.

Trouillefon hizo una señal, y el duque, el emperador y los archipámpanos y los salteadores se colocaron á su alrededor, formando una herradura, cuyo centro ocupaba Gringoire; verdadero semicírculo de andrajos, remiendos, oropel, hachas, horquillas, de piernas, de brazos gruesos y desnudos, de caras sórdidas y estúpidas. En medio de aquella tabla redonda de la pillería, Clopin, como el dux de aquel senado, como el rey de aquellas córtes, como el papa de aquel cónclave, dominaba á la asamblea desde lo alto del tonel, con aire altanero, feroz y formidable, que hacia chispear sus ojos y corregia en su salvaje perfil el tipo bestial de la raza hampona.

—Escucha, le dijo á Gringoire, acariciándose la barba con la callosa mano; no encuentro una razon para no ahorcarte. Conozco que eso te repugna, y es natural, porque vosotros, las personas decentes, no estais acostumbrados á estas cosas y creeis que eso es un monte. Como no te tenemos tirria, voy á proporcionarte un medio de librarte de eso por de pronto. Quieres ser de los nuestros?

Puede juzgarse qué efecto produciria en Gringoire esta proposicion, en el momento en que ya perdia la esperanza de salvar la vida.

—Vaya que quiero, contestó.

—¿Consientes en alistarte en la compañía de *la pequeña llama?*

—Consiento.

—¿Te reconoces como miembro de la ciudadanía franca? añadió el rey de Tunia.

—Sí; como miembro de la ciudadanía franca.

—Súbdito del reino de la Germanía?

—Seré súbdito de ese reino.

—Y truhan?...

—Y truhan.

—Pero de veras?

—De veras.

—Quiero que te fijes, repuso el rey, en que no por eso dejarás de ser ahorcado.

—Diablo! exclamó asustado el poeta.

—Solo que de ese modo, continuó el imperturbable Clopin, te ahorcarán más tarde, con más ceremonia, á expensas de la ciudad de Paris, en una horca de piedra, y serás ejecutado por personas honradas, y eso siempre es un consuelo.

—Decís muy bien, contestó Gringoire sonriendo.

—Aquí se disfrutan otras muchas ventajas. En tu calidad de ciudadano franco no tendrás que pagar ni empedrados, ni pobres, ni faroles, cargas á que están sujetos los vecinos de Paris.

—Consiento, respondió el poeta. Seré desde hoy truhan, hampon, ciudadano franco, todo lo que querais; que ya lo era yo antes, señor rey de Tunia, porque yo soy filósofo, *et omnia in philosophia, omnes in philosopho continentur*, como sabeis.

El rey de Tunia frunció las cejas.

—Compadre, por quién me tomas? ¿qué caló de judío de Hungría es ese que vomitas? Yo no sé el hebreo; se puede ser bandido sin ser judío; además, yo no robo, eso es demasiado ruin para mí; yo mato, soy asesino, pero no ladron.

Quiso Gringoire deslizar alguna escusa entre aquellas breves palabras, que la cólera acentuaba con energía.

—Perdonadme, señor; eso no es hebreo, es latin.

—Te repito, replicó Clopin casi furioso, que no soy judío y que te haré ahorcar como á ese jabalí de Judea, que está cerca de tí, y al que espero ver clavado un dia en un mostrador como lo que es, como una moneda falsa.

Hablando así el rey de Tunia, señalaba con el dedo al judío húngaro barbudo que saludó antes á Gringoire con su *facitote caritatem*, y que, como no entendia otra lengua, veia con sorpresa que Clopin descargaba en él su mal humor. Por fin éste se calmó.

—Bribon, quieres de veras ser truhan? le preguntó otra vez al poeta.

—Ya os dije que sí que queria.

—Es que no basta querer; la buena voluntad no añade una cebolla en el puchero y solo sirve para ir al paraiso, pero el cielo es una cosa y otra cosa es la hampa: para ser recibido en ella es menester que nos pruebes que eres útil para algo, y para eso es necesario que registres el maniquí.

—Registraré todo lo que querais, contestó Gringoire.

Clopin hizo una señal: al verla salieron del semicírculo algunos hampones y volvieron un momento despues. Trajeron dos vigas que terminaban en su extremo inferior por dos espátulas de madera, con las que se sostenian en el suelo. Adaptaron al extremo superior de ambas vigas un madero transversal formando como una horca portátil, que Gringoire tuvo la satisfaccion de ver armada en un instante; nada le faltaba, ni la cuerda que se balanceaba con gracia por debajo del travesaño.

—Para qué será esto? se preguntaba Gringoire con inquietud, cuando terminó su ansiedad un ruido de campanillas que oyó en aquel momento, producido por un maniquí quelos truhanes suspendieron por el cuello á la cuerda; era una especie de espanta-pájaros, vestido de rojo y tan cubierto de cascabeles y de campanillas, que hubieran bastado para enjaezar treinta mulas castellanas. Las campanillas sonaron algun tiempo con las oscilaciones de la cuerda, su sonido se extinguió poco á poco, y se apagó del todo cuando quedó inmóvil el maniquí, por la ley del péndulo, que destronó á la clepsidra y al reloj de arena.

Entonces Clopin, indicando á Gringoire un banquillo viejo y perlático, colocado debajo del maniquí, le dijo:—Sube ahí.

—Diablo! exclamó Gringoire; ¡voy á romperme la crisma! Ese banquillo cojea como un dístico de Marcial; tiene un pié exámetro y otro pentámetro.

—Sube, repitió Clopin.

Gringoire subió al banquillo y consiguió, despues de varias oscilaciones de la cabeza y de los brazos, encontrar su centro de gravedad.

—Ahora, prosiguió el rey de Tunia, levanta el pié derecho alrededor de la pierna izquierda y empínate sobre el pié izquierdo.

—¿Es que teneis empeño en que me fracture algun miembro?

Clopin frunció el gesto.

—Compadre, le dijo, hablas demasiado. En dos palabras voy á enterarte de lo que se trata; vas á empinarte sobre la punta del pié izquierdo, como te decia; de este modo llegarás hasta el bolsillo del maniquí; lo registrarás, sacando de él una bolsa que contiene, y si logras sacarla sin que suene ni una sola campanilla, serás admitido entre nosotros, serás truhan. No haremos ya contigo otra cosa que apalearte durante ocho dias.

—Dios me libre! exclamó Gringoire. Y si hago sonar las campanillas?

—Entonces te ahorcaremos. ¿Lo has entendido?...

—No lo comprendo muy bien.

—Te lo repetiré. Registras al maniquí y le quitas la bolsa; si en esa operacion mueves una sola campanilla te ahorcaremos. Lo entiendes ahora?

—Sí, lo entiendo... y despues?...

—Si robas la bolsa sin que suenen las campanillas, serás hampon, y te daremos de palos ocho dias seguidos. ¿Comprendes ahora?

—No, monseñor; ahora sí que ya no lo comprendo. Dónde está lo que gano? Ahorcado en un caso y derrengado á palos en el otro...

—Y ser truhan no es nada? repuso Clopin. Te apalearemos por tu bien, para acostumbrarte á los porrazos, para que te se endurezca el cuerpo.

—Muchas gracias, contestó el poeta.

—Ea, concluyamos, dijo el rey dando una patada en el tonel, que resonó como un timbal. Registra el maniquí y basta de gazmoñerías. Vuelvo á repetirte que si oigo una sola campanilla, ocuparás el sitio del maniquí.

La turba de los truhanes aplaudió las palabras de Clopin, y se formó en círculo alrededor del patíbulo, riéndose de Gringoire tan despiadadamente, que éste conoció que los divertia demasiado

para no temerlo todo de ellos; no le restaba, pues, ya otra esperanza que el azar de salir bien de la operacion impuesta. Se decidió á practicarla, no sin dirigir antes ferviente súplica al maniquí, ente más fácil de enternecer que los hampones.

Aquella miriada de campanillas, con sus lengüecillas de cobre, le parecian otras tantas bocas de áspides abiertas y dispuestas á silbar y á morder.

—¿Es posible, se decia á sí mismo, que mi vida dependa de la menor vibracion de estos cascabeles? y añadia alzando las dos manos: Sonajas, no soneis! ¡campanillas, no deis campanillazos! ¡cascabeles, no cascabeleis!...

—¿Si durante la operacion sobreviniese una bocanada de viento?... preguntó Gringoire.

—Serás ahorcado, respondió el rey de Tunia sin vacilar.

Viendo el poeta que ya no habia escape ni próroga posible, se resolvió por fin á intentar la operacion; volvió el derecho alrededor del pié izquierdo, se empinó sobre éste y extendió el brazo; pero en el momento de tocar el maniquí, su cuerpo, que pesaba solo sobre un pié, vaciló sobre el banquillo, que no tenia más que tres, quiso apoyarse maquinalmente en el maniquí, perdió el equilibrio y cayó al suelo pesadamente, ensordecido por la fatal vibracion de las innumerables campanillas del maniquí, que, cediendo al impulso de su mano, describió una rotacion sobre sí mismo, y despues se balanceó majestuosamente entre los dos maderos.

—Maldicion! gritó al caer, y quedó en el suelo boca abajo y como muerto.

Oyó, sin embargo, el terrible repiqueteo encima de su cabeza, la diabólica risa de los truhanes y la voz de Clopin, que decia:

—Levantad del suelo á ese bellaco y ahorcadle sin compasion.

Gringoire se levantó. Habian ya descolgado el maniquí para colgarle á él.

Le hicieron subir al banquillo los hampones; se le acercó Clopin, le ciñó la cuerda al pescuezo y, dándole un golpecito en la espalda, ledijo:—Adios, amigo.

La palabra *perdon* expiró en los labios de Gringoire. Tendió la vista á su alrededor, pero perdió la esperanza por completo al ver que todos reian.

—Bellevigne-de-l' Etoile, dijo el rey de Tunia á un enorme hampon que salió de las filas; trepa al travesaño.

Éste se encaramó con ligereza sobre el madero transversal, y en seguida, alzando los ojos Gringoire, le vió agachado encima del travesaño sobre su cabeza.

—Ahora, añadió Clopin, cuando yo dé una palmada, tú, Andrés el Rojo, echarás á rodar el banco de un puntapié; tú, Francisco Chante-Prune, te colgarás á los piés de ese bellaco, y tú, Bellevigne, te montarás á caballo sobre sus hombros... todos á un tiempo. Estais?

Gringoire temblaba como un azogado.

—Estais?... preguntó por segunda vez Clopin á los tres hampones, dispuestos á precipitarse sobre Gringoire.

Pasó entonces el poeta un momento de espera horrible, durante el que Clopin metia impasible con el pié en la hoguera algunos sarmientos que estaban fuera de las llamas.

—Estais? repitió por tercera vez, y abrió las manos para dar una palmada: si las hubiera cerrado... no habia ya remedio para Gringoire; pero se detuvo, asaltado por una idea repentina.

—Alto un momento, les dijo á los tres hampones... se me olvidaba.

Es costumbre entre nosotros que no ahorquemos á ningun hombre sin preguntar antes si hay alguna mujer que le quiera. Este es tu último recurso, camarada; te has de casar con una truhana ó con la horca.

Esta ley gitana, por extraña que parezca al lector, se conserva escrita hasta nuestros dias en la antigua legislacion inglesa. Véase *Burington 's Observations*.

Gringoire volvió á respirar: aquella era la segunda vez que durante media hora le sonreia la idea de poder vivir.

—Hola! gritó Clopin desde lo alto del tonel. Hola! Venid aquí, hembras, y decid si hay alguna entre vosotras, desde la bruja hasta su gata, que quiera casarse con este lujurioso. ¡Venid aquí todas! Un hombre de valde! ¿Quién le quiere?

En el estado en que se encontraba Gringoire era en verdad poco apetitoso, y aquella proposicion no hizo efecto á las hamponas. El infeliz oyó que contestaban:—No, no, que le ahorquen y así todos nos divertiremos.

Sin embargo, salieron tres de entre la multitud y se acercaron á examinarle. La primera era una mocetona gruesa y de cara cuadrada; contempló con lástima la ropilla del filósofo, cuyo jubon estaba raido y agujereado. La jóven hizo un gesto y exclamó:—Bandera vieja! y

dirigiéndose á Gringoire, le preguntó: dónde está tu capa?—La he perdido, contestó éste.—Tu sombrero?—Me lo han quitado.—Y tus zapatos?—Se quedan ya sin suelas.—Y tu bolsa?—No tiene ni un dinero.—Pues déjate ahorcar y dá las gracias además, le contestó la hampona volviéndole las espaldas.

La segunda que se acercó á Gringoire era vieja, negra, arrugada, repugnante, de extraordinaria fealdad; dió una vuelta entera alrededor del poeta, que casi se asustó de que le aceptase. Pero la vieja exclamó con tono dengoso, despues de examinarle:—¡Está muy flaco! y se alejó.

La tercera que se acercó era una mozuela bastante fresca y no fea.—Salvadme, la dijo en voz baja el infeliz Gringoire. Le contempló un instante con aire de compasion; despues bajó los ojos, hizo un pliegue en la falda y quedó indecisa. El desventurado poeta seguia con la vista todos sus movimientos: era la última vislumbre de esperanza que le quedaba.—No, dijo al fin la muchacha, no. Guillermo Longuejone me pegaria. Y se fué como las otras.

—Compañero, le dijo Clopin, eres desgraciado.

Luego, poniéndose en pié sobre el tonel, exclamó:

—Ninguna le quiere? A la una, á las dos, á las tres... Volviéndose despues de una pausa hácia la horca, dijo:—Adjudicado.

Bellevigne, Andrés el Rojo y Francisco Chante-Brune se acercaron á Gringoire, pero en aquel momento se oyó un grito general entre la multitud, que decia:

—*La Esmeralda! La Esmeralda!*

Gringoire se extremeció y volvió la cabeza hácia la parte de donde venia el clamoreo; abrióse la muchedumbre para dar paso á una mujer jóven y deslumbradora: era la gitana.

—La Esmeralda! exclamó Gringoire, estupefacto en medio de su agitacion, por la brusca manera con que ese nombre mágico ligaba todos sus recuerdos de aquel dia.

Aquella extraña criatura parecia que ejercia hasta en la Córte de los Milagros el imperio del encanto y de la hermosura. Hampones y hamponas la dejaban pasar cariñosamente, y sus brutales rostros se entusiasmaban al verla.

Acercóse á Gringoire con ligero paso, seguida de Djalí: estaba éste más muerto que vivo; ella le contempló un momento sin proferir ni una palabra.

—Vais á ahorcar á ese hombre? preguntó con gravedad á Clopin.

—Sí, hermana, le contestó el rey de Tunia, si tú no le tomas por marido.

—Pues yo lo tomo, respondió, haciendo su graciosa y habitual mueca. Entonces sí que creyó firmemente Gringoire que no habia hecho más que soñar desde por la mañana y que aun continuaba soñando durante la noche. La peripecia, aunque feliz, no dejaba de ser violenta.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron del banquillo al poeta, que, para no caer al suelo, se vió obligado á sentarse; ¡tan viva era su conmocion!

El duque de Egipto, sin pronunciar una sola palabra, trajo un cántaro de barro, que la gitana presentó á Gringoire.

—Tíralo al suelo, le dijo.

El cántaro se rompió en cuatro pedazos.

—Hermano, le dijo entonces el duque de Egipto, imponiéndole las manos sobre la frente; ésta es tu mujer: hermana, éste es tu marido.... por cuatro años. Ya estais despachados.

## VII.

### Una noche de bodas.

Pocos momentos despues de la escena anterior encontróse el poeta en una pequeña estancia ojiva, cerrada y caliente, sentado frente á una mesa que estaba pidiendo á gritos entrar en relaciones con la alacena inmediata á ella, con excelente cama en perspectiva y mano á mano con una hermosa mujer. Prodigiosa era la aventura. Empezaba Gringoire á creerse con formalidad que era un personaje de un cuento de hadas, y de vez en cuando paseaba la vista á su alrededor, para ver si aun estaba por allí cerca el carro de fuego tirado por dos quimeras aladas, que debió transportarle con tanta rapidez desde el Tártaro al Paraiso, y tambien de vez en cuando clavaba con obstinacion la mirada en los agujeros de su ropilla, con objeto de asirse á la realidad y no perder el juicio; su razon, que vagaba por los espacios imaginarios, estaba asida á este hilo únicamente.

La jóven parecia que no se ocupaba de él; iba, venia, movia los trastos, hablaba con la cabra y hacia con frecuencia su habitual mohin; por fin se sentó

junto á la mesa, y Gringoire pudo examinarla á su placer.

Todos habeis sido niños, amigos lectores, y alguno tendrá la dicha de serlo aun. En esa edad es seguro que pasaríais dias enteros en seguir mata tras mata, en la orilla de un arroyo transparente y en un dia de sol, á alguna linda mariposa, verde ó azul, en su inconstante vuelo, que la hacia besar los extremos de todas las ramas. Recordareis con qué inocente curiosidad seguian vuestro pensamiento y vuestros ojos á aquel pequeño y zumbador torbellino, de alas azules y de púrpura, en medio del que flotaba una forma imperceptible, velada por la rapidez de su propio movimiento. El sér aéreo que se dibujaba confusamente al través del extremecimiento de las alas, os parecia quimérico, imaginario, intangible. Pero cuando la mariposa se posaba en la punta de un rosal, y podíais examinar, conteniendo el aliento, sus anchas alas de gasa, la larga falda de esmalte y los dos globos de cristal, experimentábais admiracion y teníais miedo de que la forma se convirtiese en sombra y el sér en ilusion. Recordad esas impresiones infantiles y comprendereis lo que sintió Gringoire al contemplar á Esmeralda bajo su forma visible y palpable; á Esmeralda, á la que hasta entonces solo entrevió al través del torbellino del baile, del canto y del tumulto.

—Hé aquí lo que es Esmeralda! se decia á sí mismo siguiéndola vagamente con la mirada; ¡hé aquí lo que es, una criatura celestial! ¡Una bailarina de las calles de Paris! Tanto y tan poco! Dió esta mañana el golpe de gracia á mi misterio y me salva la vida esta noche. Es mi mal génio y mi ángel bueno; es una hermosa mujer que debe amarme con locura cuando me eligió por marido de semejante manera.—A propósito, dijo poniéndose en pié de pronto, con el sentimiento de lo positivo que formaba la base de su carácter y de su fisonomía; no sé cómo es esto, pero lo cierto es que yo soy su marido.

Con esta idea fija en la mente y en los ojos, se acercó á la jóven de un modo tan militar y tan galante, que ella retrocedió:

—Qué es lo que pretendeis? le preguntó.

—¿Y me lo preguntais, mi adorable Esmeralda? respondió Gringoire con acento tan apasionado, que él mismo se asombraba de tenerlo.

Abrió la gitana sus grandes ojos para contestar.

—No sé lo que quereis decir.

—¿Pues qué, repuso Gringoire entusiasmándose más cada vez y pensando que al fin y al cabo aquella jóven no era más que una doncella de la Córte de los Milagros; ¿no soy tuyo, dulce amiga, y tú no eres mia?

Con la mayor naturalidad la cogió por el talle, y el justillo de la gitana se escurrió de sus manos como la escama de una anguila. Saltó la jóven de un extremo al otro de la estancia, agachóse al suelo y volvió á levantarse llevando en la mano un diminuto puñal, antes de que Gringoire hubiese tenido tiempo para ver de dónde aquel salia; y estaba irritada y altiva, con los labios inflamados y la nariz hinchada, con las mejillas rojas y con los ojos brotando rayos; al mismo tiempo la cabra se colocó delante de ella y presentó á Gringoire un frente de batalla, erizado por dos lindos cuernos dorados y puntiagudos. La mariposa se transformó en avispa, y estaba dispuesta á picar.

Atónito quedó el poeta y mirando alternativamente á la mujer y á la cabra con ojos estúpidos.

—Vírgen Santa! exclamó en cuanto la sorpresa le permitió hablar. ¡Vaya un par de hembras!

La gitana le contestó:

—Me parece que eres un pícaro muy osado.

—Perdonadme, le respondió Gringoire sonriendo: pero, ¿con qué objeto me habeis aceptado por marido?

—Querias que te dejase ahorcar?

—¿De modo, repuso el poeta viendo frustradas sus esperanzas amorosas, que no habeis tenido otra idea al tomarme por esposo que la de salvarme de la horca?

—¿Qué otra idea crees que pudiera tener?

Gringoire se mordió los labios y dijo para sí: ¿Entonces para qué haber roto aquel cántaro?

El puñal de Esmeralda y los cuernos de la cabra continuaban siempre en situacion defensiva.

—Esmeralda, dijo al fin el poeta, capitulemos. No soy escribano del Chatelet y no os armaré pleito por usar una daga en Paris, á pesar de las órdenes y prohibiciones del preboste; debeis saber, sin embargo, que hace ocho dias multaron á Noel Lescrivain en diez dineros parisienses por encontrarle un chafaro-

te, pero esto no me atañe y voy á lo que me importa. Os juro por lo más sagrado que no me acercaré ya á vuestra persona sin vuestro permiso, pero dadme de cenar.

En el fondo, Gringoire, como Boileau, "era muy poco voluptuoso". No pertenecia á la raza caballeresca y mosquetera que tomaba por asalto á las mujeres. En materia de amor, como en todo lo demás, siempre se inclinaba á contemporizar y á aceptar términos medios, y una buena cena á solas con una mujer linda le parecia, sobre todo cuando tenia hambre, un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La gitana no le contestó, pero hizo su desdeñosa mueca, levantó la cabeza como un pájaro y se echó á reir; el lindo puñal desapareció como habia venido, sin que Gringoire pudiese ver dónde escondia la abeja su aguijon.

Un momento despues ocupaban la mesa un pan de centeno, una rebanada de tocino, algunas manzanas secas y un jarro de cerveza: Gringoire se puso á comer con apetito feroz; al oir el retintin del tenedor de hierro sobre el plato de loza, cualquiera diria que su amor se habia trocado en apetito.

La jóven, sentada delante de él, le miraba comer silenciosa y preocupada visiblemente con otro pensamiento, que la hacia sonreir de vez en cuando, mientras su linda mano acariciaba la cabeza de la inteligente cabra, blandamente reclinada entre sus rodillas. Una vela de cera amarilla alumbraba aquella escena de voracidad y de meditacion.

Acallada la necesidad de su estómago, Gringoire sintió que no quedara en la mesa más que una manzana, y dijo:

—Qué no quereis comer?

Esmeralda contestó con un signo negativo de cabeza, y su mirada pensativa fué á fijarse en la bóveda de la estancia.

—En qué diablos estará pensando? dijo para sí Gringoire, mirando hácia donde ella miraba. Es imposible que se ocupe del mascaron esculpido en la clave de la bóveda. Qué demonio! Me parece que bien puedo sostener la comparacion con ese mónstruo.

Levantó la voz y dijo llamándola:

—Esmeralda!

Pero la gitana no le oia; volvió á llamarla, tambien inútilmente. El espíritu de la jóven estaba en otra parte y la voz de Gringoire no era bastante poderosa para apartarla de donde estaba. Por fortuna la cabra ayudó al poeta, tirando suavemente de la manga de su ama.

—Qué quieres, Djalí? dijo con viveza la gitana, como si se despertara sobresaltada.

—Tiene hambre, contestó Gringoire, deseoso de trabar conversacion.

Esmeralda desmigajó un pedazo de pan, que comió graciosamente Djalí en la palma de la mano.

No la dejó tiempo Gringoire para que volviese á absorberse en sus meditaciones, aventurando esta delicada pregunta:

—¿Conque no me quereis para marido?

Miróle la niña de hito en hito y le contestó que no.

—Y por amante?

—Tampoco.

—Y por amigo?

La gitana le miró otra vez fijamente, y despues de un momento de reflexion, respondió:

—Quizás.

Este *quizás*, tan grato para los filósofos, dió nuevos ánimos á Gringoire.

—¿Sabeis, la preguntó, qué es amistad?

—Sí, respondió la gitana; ser hermanos, ser dos almas que se tocan sin confundirse, como los dedos de la mano.

—Y qué es el amor?

—Oh, el amor! dijo temblándole la voz y lanzando llamas por los ojos; el amor es ser dos y no ser más que uno; un hombre y una mujer que se derriten en un ángel; es el cielo.

Dando estas definiciones brillaba en la bailarina egipcia una hermosura que asombraba á Gringoire y que se encontraba en perfecta armonía con la exaltacion casi oriental de sus palabras. Sus labios, rosados y puros, se entreabrian sonriendo; parecia que el peso de su pensamiento turbaba la ternura de su frente, cándida y serena, como el aliento empaña el cristal de un espejo, y de sus largas y negras pestañas, inclinadas, se escapaba una especie de luz inefable que daba á su perfil la suavidad ideal que Rafael encontró en el punto de mística de la virginidad, de la maternidad y de la divinidad.

Gringoire, sin embargo, prosiguió impertérrito.

—¿Cómo debe ser el hombre para agradaros?

—Lo primero ha de ser hombre.

—Yo no lo soy?

—El que es hombre lleva casco en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

—Bravo! exclamó Gringoire; el caballo hace al hombre. Amais á alguno?

—De todo corazon.

—De todo corazon?...

Quedó un momento pensativa y despues dijo con singular expresion:

—Pronto lo sabré.

—Por qué ahora no? ¿por qué no amarme á mí?

La gitana le contestó, lanzándole una mirada séria:

—Porque no podré amar más que á un hombre que sea capaz de protegerme.

Gringoire se ruborizó y no lo echó en saco roto. Era evidente que la jóven aludia al escaso apoyo que la prestó en las circunstancias críticas en que se encontró dos horas antes; este recuerdo, que habian borrado de su mente los sucesos posteriores, le acudió á la memoria; se golpeó en la frente y dijo á la gitana:

—Perdonad mis locas distracciones y referidme cómo pudiste huir de las garras de Quasimodo.

Esta pregunta hizo extremecer á la jóven.

—Oh, qué horrible jorobado! exclamó, cubriéndose el rostro con las manos y temblando como si tiritase de frio.

—Horrible es, en efecto, le contestó Gringoire; pero cómo os librásteis de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y calló.

—Sabeis por qué os seguia? le preguntó el poeta, procurando volver á la pregunta principal por medio de un rodeo.

—No, contestó la jóven; y luego añadió con rapidez: ¿Y por qué me seguíais vos?

—A fé mia que tampoco lo sé, le respondió Gringoire.

Siguióse un momento de silencio: el poeta rayaba la mesa con el cuchillo, la gitana sonreia y parecia que estaba viendo algo detrás de la pared. De repente empezó á cantar con voz apenas articulada:

Cuando las pintadas aves
mudas están, y la tierra... (1)

Luego cesó de cantar bruscamente y acarició á Djalí.

—¡Vaya, que teneis una cabrita muy mona!... dijo Gringoire.

—Es mi hermana, respondió la jóven.

—Por qué os llaman *la Esmeralda?*

—No lo sé.

—Pero...

Sacó del pecho la gitana una especie de saquito oblongo, suspendido á su cuello por una cadena de granos de sándalo; dicho saquito exhalaba un olor fuerte de alcanfor, estaba forrado de seda verde y tenia en el centro un vidrio de dicho color, imitando á una esmeralda.

—Sin duda será por esto, dijo.

Gringoire quiso tomar el saquito.

—No le toques, exclamó la gitana retrocediendo; es un amuleto; tú le quitarias la virtud, ó él te dañaria.

Crecia por momentos la curiosidad del poeta.

—Quién os lo dió?

Púsose ella un dedo en la boca y ocultó en el pecho el amuleto.

Gringoire aventuró varias preguntas, pero ella apenas las contestaba.

—¿Qué quiere decir la palabra *Esmeralda?*

—No lo sé.

—A qué lengua pertenece?

—Creo que á la egipcia.

—No lo dudaba, repuso Gringoire. ¿No sois francesa?

—No lo sé.

—Teneis padres?

La gitana se puso á cantar con un aire antiguo:

Mi padre es pájaro,
mi madre es pájara.
Paso el rio sin barco,
paso el rio sin barca...
Mi padre es pájaro,
mi madre es pájara.

—Muy bien, contestó Gringoire. ¿A qué edad vinísteis á Francia?

—Siendo muy niña.

—Y á Paris?

—El año pasado. Cuando entré por la puerta papal ví que hendia el aire la curruca de los cañaverales; era al fin de Agosto, y pronostiqué que el invierno seria crudo.

—Y así sucedió, contestó Gringoire en el colmo de la alegría, al ver entablada la conversacion; yo he pasado el invierno soplándome los dedos. ¿Poseeis, pues, el don de la profecía?

La gitana volvió á su laconismo, contestando:

—No.

—¿Ese hombre á quien llamais duque de Egipto es el jefe de vuestra tribu?

—Sí.

—Pues él es el que nos ha casado, observó Gringoire con timidez.

(1) Versos del *Romancero Español*.

—Yo ni tan siquiera sé cómo te llamas, repuso la jóven.

—Me llamo Pedro Gringoire.

—Yo conozco otro nombre más bonito, respondió pensativa la gitana.

—Picarilla! exclamó el poeta; pero eso no importa, por eso no me incomodaré: luego, quién sabe? puede que cuando me conozcais mejor me cobreis cariño; además, como me habeis contado vuestra historia con franqueza, justo es que os corresponda refiriéndoos la mia. Me llamo Pedro Gringoire, y soy hijo del arrendador de la notaría de Gonesse. Ahorcaron á mi padre los borgoñones y despanzurraron á mi madre los picardos, en la época del sitio de Paris, hace veinte años. A los seis años quedé huérfano, sin otras suelas para mis zapatos que el empedrado de Paris, é ignoro por completo cómo pasé el intervalo desde los seis hasta los diez y seis años. Una frutera me daba una ciruela, un pinche me daba un mendruguillo de pan, y por la noche las patrullas me metian en prision, donde encontraba un monton de paja que me servia de cama, y todo eso no me impidió crecer y enflaquecer, como veis. Calentábame el sol, durante el invierno, bajo el pórtico del palacio de Sens, y me parecia ridículo que reservaran para la canícula las hogueras de San Juan. A los diez y seis años quise ser algo y probé muchas cosas. Senté plaza de soldado, pero no era bastante valiente; entré fraile, pero no era bastante devoto, y además, soy poco aficionado á beber. Desesperado, metíme á aprendiz de carpintero, pero no era bastante robusto. Tenia mucha aficion á ser maestro de escuela, mas no sabia leer, pero esto no era un inconveniente. Al cabo de cierto tiempo conocí que me faltaba algo para todo, y viendo que para nada servia, senté plaza de poeta y de compositor de ritmos; esta es profesion que puede abrazar cualquier vagabundo, y que al fin y al cabo vale más que la de ladron, que me aconsejaban algunos jóvenes raterillos, amigos mios. Encontréme por fortuna un dia con Dom Claudio Frollo, reverendo arcediano de Nuestra Señora, el que se interesó por mí y al que debo hoy ser un verdadero hombre de letras, instruido en el latin desde los Oficios de Ciceron hasta el martirologio de los padres Celestinos, y saber tambien la doctrina escolástica, la poética, la rítmica y hasta la hermética. Soy el autor del misterio que se representó hoy con gran pompa y concurrencia de populacho en la sala mayor del palacio de Justicia. He escrito un libro sobre el prodigioso cometa de 1465, que volvió loco á un hombre. Siendo carpintero de la artillería, trabajé en aquella famosa bombarda de Juan Mangue, que reventó en el puente de Charenton el dia que se probó y que mató á veinticuatro curiosos. Ya veis que no soy despreciable para marido. Sé además graciosas travesurillas que enseñaré á esta cabra, como por ejemplo, á remedar al obispo de Paris, ese maldito fariseo, cuyos molinos chorrean sobre los transeuntes por todo el puente de los Molineros. Además, el misterio me producirá mucho dinero, si me lo pagan. En fin, pongo á vuestras órdenes el talento, la ciencia y las letras que poseo, y estoy dispuesto á vivir con vos como os plazca, casta ó alegremente, como marido y mujer, si así os dá la gana, ó como hermano y hermana, si preferís esto.

Calló Gringoire, esperando ver el efecto que este parlamento producia en la doncella, la que tenia clavados los ojos en el suelo.

—*Febo!* exclamó á media voz, y luego, volviéndose hácia el poeta, le preguntó: Qué quiere decir *Febo?*

Gringoire, sin comprender qué relacion podia tener su parlamento con aquella pregunta, aprovechó con gusto la ocasion que se le presentaba de sacar á relucir su erudicion, y respondió con cierto énfasis:—Febo viene de la palabra latina *phœbus*, que quiere decir *Sol.*

—Sol! repitió la gitana.

—Así se llamaba un gallardo arquero, que era un dios, añadió Gringoire.

—Un dios! repitió la Esmeralda con acento pensativo y apasionado. Se desprendió de su brazo uno de sus brazaletes y cayó al suelo; Gringoire se inclinó apresuradamente para recogerlo, pero cuando levantó la cabeza habian ya desaparecido la mujer y la cabra. Oyó entonces pasar un cerrojo en una puertecilla que comunicaba sin duda con un cuarto inmediato, que se cerraba por la parte de fuera.

—¿Me habrá dejado al menos cama para dormir? se preguntó el filósofo.

Inspeccionó con detencion la estancia, pero no halló en ella más mueble apto para servir de lecho que un cofre de madera bastante largo, cuya tapa estaba esculpida, lo que proporcionó á Gringoire cuando se tendió sobre él una sensacion semejante á la que recibiria



NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

Micromegas, tendiéndose tan largo como era sobre los Alpes.

—No hay más remedio que resignarse, se dijo acomodándose sobre el cofre lo mejor que pudo. Pero voy á pasar extraña noche de bodas. Es lástima! Solo lo siento porque veia en este consorcio del cántaro roto un no sé qué de candoroso y de antidiluviano que me complacia.

# LIBRO TERCERO

## I.

### Nuestra Señora.

Sin duda es hoy todavía un edificio sublime y majestuoso la iglesia de Nuestra Señora de Paris; pero por hermoso que se conserve en su ancianidad, nos indignan las infinitas degradaciones y mutilaciones que simultáneamente el tiempo y los hombres han hecho sufrir al venerable monumento, sin respeto hácia Carlo-Magno, que puso en él la primera piedra, y sin respeto hácia Felipe-Augusto, que puso en él la última.

Sobre la faz de la antigua Reina de nuestras catedrales, al lado de una arruga se encuentra una cicatriz. *Tempus edax, homo edacior*, que yo traduzco de este modo: el tiempo es ciego, el hombre es estúpido.

Si examináramos con un lente con el lector las diversas huellas de destruccion impresas en la antigua iglesia, una á una, le tocaria al tiempo la menor parte y la mayor á los hombres, sobre todo á los hombres del arte, porque ha habido individuos que se adjudicaron á sí mismos el título de arquitectos en los dos últimos siglos.

Desde luego, para no citar más que ejemplos capitales, es indudable que hay pocas hermosas páginas arquitecturales como esta fachada: en ella se ven sucesivamente, y á la par, tres puertas ojivas, el cordon bordado y festoneado de los veintiocho nichos reales, el inmenso roseton central, flanqueado por dos ventanas laterales, como el sacerdote en medio del diácono y del subdiácono; la alta y aérea galería de arcos trebolados que sostiene la ancha plataforma sobre sus sutiles columnas, y en fin, las dos negras y macizas torres con sus techos de pizarra, que forman las partes armoniosas de un conjunto magnífico, superpuestas en cinco pisos gigantescos, que se desarrollan á la vista en tropel y sin confusion, con sus innumerables detalles de estatuaria, de escultura y de cincel, reunidos poderosamente á la tranquila grandeza del conjunto: inmensa sinfonía de piedra, por decirlo así; obra colosal de un hombre y de un pueblo, una y compleja al mismo tiempo, como las Iliadas y los Romanceros, de los que es hermana; producto prodigioso de la cotizacion de todas las fuerzas de una época, en donde en cada piedra se vé brillar en cien formas la fantasía del obrero disciplinada al génio del artista; especie de creacion humana, en una palabra, poderosa y fecunda, como la creacion divina, á la que parece que haya robado el doble carácter: el de la variedad y el de la eternidad.

Lo que decimos de la fachada puede decirse de la iglesia entera, y lo que decimos de la Catedral de Paris puede decirse de todas las catedrales de la Edad Media. En este arte, hijo de sí mismo, todo es lógico y proporcionado. Medir el dedo pulgar del pié es medir el cuerpo del gigante.

Ocupémonos de la fachada de Nuestra Señora, tal como se conserva hoy dia, cuando vamos religiosamente á admirar la grave y poderosa Catedral que aterra, segun dicen sus cronistas: *quæ mole sua terrorem incutit spectantibus*.

Tres cosas importantes faltan hoy en la fachada: primera, la escalinata de once gradas que la levantaba antiguamente sobre el nivel del suelo; segunda, la série inferior de estátuas que ocupaban los nichos de las tres puertas; y tercera, la série superior de los veintiocho reyes más antiguos de Francia, que adornaban la galería del piso principal, desde Childeberto hasta Felipe-Augusto, que tenia en la mano "el globo imperial„.

El tiempo hizo desaparecer la escalinata, levantando por medio del progreso irresistible y lento el nivel del suelo de la ciudad, pero devorando una á una, con la marea perpétua del piso de Paris, las once gradas que aumentaban la altura majestuosa del edificio; pero el tiempo ha dado á la iglesia más de lo que le quitó, porque es el tiempo el que ha impreso en la fachada el sombrío color de los siglos, que hace que sea la ancianidad en los monumentos la edad de su hermosura.

Pero ¿quién derribó las dos filas de estátuas? quién dejó los nichos vacíos?

¿quién ha labrado en medio de la puerta central aquella ojiva nueva y bastarda? ¿quién tuvo la osadía de encuadrar en ella aquella insulsa y maciza puerta de madera, esculpida á lo Luis XV, al lado de los arabescos de Biscornette? Los hombres, los arquitectos, los artistas de nuestros dias.

En el interior del edificio, ¿quién ha derribado el colosal San Cristóbal, que era proverbial entre las estátuas, como la sala mayor del Palacio entre las salas, como la aguja de Strasburgo entre los campanarios? Y las miriadas de estátuas que poblaban todos los intercolumnios de la nave y del coro, de rodillas, en pié, ecuestres, de hombres, de mujeres, de niños, de reyes, de obispos y de soldados, de piedra, de mármol, de oro, de plata, de cobre y hasta de cera, quién las ha barrido brutalmente? Tambien los hombres.

¿Quién se ha atrevido á sustituir al antiguo altar gótico, expléndidamente atestado de urnas y de relicarios, con el pesado sarcófago de mármol con cabezas de ángeles y nubes, que parece un fragmento desparejado de Val-de-Grace ó de los Inválidos? ¿Quién ha sellado estúpidamente ese pesado anacronismo de piedra en el pavimento carlovingio de Hercandus? ¿No fué Luis XIV, por cumplir los deseos de Luis XIII?

¿Quién ha colocado esos frios vidrios blancos en vez de aquellos calientes de color, que hacian vacilar los ojos atónitos de nuestros padres, entre el roseton de la puerta mayor y las ojivas del ábside? ¿Qué diria un sochantre del siglo diez y seis al ver el ridículo revoque amarillo con que nuestros vándalos arzobispos han embadurnado su Catedral? Recordaria que aquel era el color con que el verdugo teñia los edificios *infamados*; recordaria el palacio del Petit-Borbon, pintarrajeado de amarillo por la traicion del condestable: "Amarillo tan bien templado, que en más de un siglo no ha perdido el color,,, segun dice Saural; dicho sochantre creeria que la Catedral se habria convertido en sitio infame y huiria despavorido.

Si ascendemos sobre la Catedral, sin detenernos en mil barbaries de toda especie, ¿qué han hecho los hombres del precioso campanario menor, que se apoyaba sobre el punto de interseccion del crucero, y que, no menos sutil y atrevido que su vecina la aguja de la Santa Capilla (destruida tambien), se hendia en el cielo, más aun que las torres, esbelto, agudo, sonoro y calado? Amputóle en 1787 un arquitecto *de buen gusto*, creyendo que era suficiente disimular la llaga con aquel ancho emplasto de plomo, que se parece á la tapadera de una marmita.

Así han tratado en todos los paises, sobre todo en Francia, el arte maravilloso de la Edad Media. En su ruina pueden verse tres clases de lesiones, que las tres le han desgarrado en diferentes profundidades; desde luego el tiempo, que insensiblemente ha hecho una mella por acá y un destrozo por allá en toda la superficie; despues las revoluciones políticas y religiosas, que, ciegas y coléricas por su naturaleza, se han precipitado en tumulto sobre él, desgarrando su rico traje de esculturas y de cincelados, reventando sus rosetones, rompiendo sus collares de arabescos y arrancando sus estátuas, ya por su mitra, ya por su corona, y finalmente, las modas, cada vez más grotescas y estúpidas, que, desde las anárquicas y expléndidas desviaciones del renacimiento, se han sucedido en la decadencia necesaria de la arquitectura. Las modas le han causado más daño que las revoluciones, porque le han cortado en lo vivo, han atacado al armazon fundamental del arte, han arrancado, cortado y desorganizado, matando al edificio en la forma y en el símbolo, en su lógica y en su belleza, y esto queriendo corregir, pretension que á lo menos no han tenido el tiempo ni las revoluciones. Las modas han ajustado con desfachatez, en nombre del *buen gusto*, sobre las heridas de la arquitectura gótica, sus miserables baratijas de un dia, sus cintas de mármol, sus dijes de metal, su lepra de ovarios, de volutas, de pabellones, de ropajes, de guirnaldas, de rapacejos, de llamas de piedra, de nubes de bronce, de amorcillos regordetes, de querubines obesos, que empieza á devorar la faz del arte en el oratorio de Catalina de Médicis, y le hacen espirar, dos siglos despues, atormentado y haciendo muecas, en el gabinete íntimo de la Dubarry.

Para reasumir en pocas palabras los tres puntos que acabamos de indicar, diremos que tres clases de ruinas desfiguran actualmente la arquitectura gótica. Las arrugas y las verrugas de la epidermis, que son la obra del tiempo; destrozos, brutalidades, contusiones, fracturas, que son la obra de las revoluciones, desde Lutero hasta Mirabeau; mutilaciones, amputaciones, dislocacion de los

miembros y *restauraciones*, que es el trabajo griego, romano y bárbaro de los profesores, segun Vitrubio y Vignola. El arte magnífico que crearon los vándalos lo han matado los académicos. A los siglos, á las revoluciones, que devastan al menos con imparcialidad y con grandeza, se han agregado la nube de los arquitectos de escuela con exámen, despacho y nombramiento, que le han degradado con la cantela del mal gusto, sustituyendo las escarolas de Luis XV á los encajes góticos, para mayor gloria del Parthenon. Esta es la voz del asno al leon moribundo, es la vieja encina, que empieza á secarse por la copa, y que para colmo de amargura se vé picada y roida por las orugas.

¡Qué diferencia entre esta época y aquella en que Roberto Cenalis, comparando la Catedral de Paris al famoso templo de Éfeso, *tan ponderado por los antiguos paganos*, que inmortalizó á Eróstrato, encontraba que aquella era "más excelente en longitud, altura, estructura y capacidad!„

No se crea por esto que Nuestra Señora de Paris es lo que se llama un monumento completo, definido, clasificado; no es una iglesia bizantina, ni tampoco una iglesia gótica. Este edificio no es un tipo. Nuestra Señora de Paris no tiene, como la abadía de Tournus, la grave y maciza cuadratura, la redonda y ancha bóveda, la desnudez glacial, ni la majestuosa sencillez de los edificios que tienen por generador el arco-pleno; no es tampoco, como la catedral de Bourges, el producto magnífico, ligero, multiforme, pomposo, erizado y floreciente de la ojiva; no puede colocarse entre la familia antigua de iglesias sombrías, misteriosas, bajas y como aplastadas por el arco en semicírculo, que eran casi egipcias, exceptuando el techo, todas geroglíficas, todas sacerdotales, todas simbólicas, más recargadas en sus adornos de romboides y de grecas que de flores, de flores que de animales, de animales que de hombres; obra más del obispo que del arquitecto, primera transformacion del arte, empapada en la disciplina teocrática y militar, que tiene las raices en el Bajo Imperio y se detiene en Guillermo el Conquistador. Tampoco puede colocarse la Catedral de Paris entre aquella otra familia de iglesias altas, aéreas, ricas de cristales de colores y de esculturas, agudas en sus formas, atrevidas en sus actitudes, comunales y plebeyas como símbolos políticos, libres, caprichosas y desenfrenadas como obras de arte; segunda transformacion de la arquitectura no geroglífica, inmutable y sacerdotal, sino artística, progresiva y popular, que empieza á la vuelta de las Cruzadas y acaba en Luis XI. Nuestra Señora de Paris ni es de pura raza bizantina, como las primeras, ni de pura raza árabe, como las segundas.

Nuestra Señora de Paris es un edificio de transicion. Acababa el arquitecto sajon de levantar los primeros pilares de la nave, cuando la ojiva, que venia de las Cruzadas, llegó como conquistadora á colocarse sobre aquellos anchos capiteles bizantinos, que solo debian sostener arcos-plenos. La ojiva, dominadora desde entonces, construyó el resto de la iglesia, pero inexperta y tímida en sus primeros ensayos, se ahueca, se ensancha y se contiene, sin atreverse á elevarse aun en forma de agujas ni de flechas, como lo hizo más adelante en maravillosas catedrales, como si se resintiese de la vecindad de los pesados pilares sajones.

Estos edificios de la época de la transicion del género bizantino al gótico, son tan preciosos para el estudio como los tipos puros, porque expresan un matiz del arte que sin ellos se hubiera perdido para nosotros; tal es la mezcla de la ojiva con los arcos-plenos.

Nuestra Señora de Paris es una muestra muy curiosa de esa variedad. Cada faz, cada piedra del venerable monumento es una página, no solo de la historia del pais, sino de la historia de la ciencia y del arte. Para no indicar aquí más que los principales detalles, haremos observar que, mientras la Puertecilla Colorada alcanza casi los límites de las delicadezas góticas del siglo quince, los pilares de la nave, por su volúmen y gravedad, retroceden hasta los tiempos de la abadía carlovingia de Saint-Germain-des-Prés, y parece que medien seis siglos entre esta puerta y aquellos pilares. Hasta los mismos herméticos hallan en los símbolos de la puerta principal un compendio satisfactorio de su ciencia, de la que era completo geroglífico la iglesia de Saint-Jacques de la-Boucherie. De modo que la abadía romana, la Iglesia filosofal, el arte gótico, el arte sajon, el macizo pilar redondo que recuerda á Gregorio VII, el simbolismo hermético, por el cual se anticipaba á Lutero Nicolás Hamel, la unidad papal, el cisma, Saint-Germain-des-Prés, Saint-Jacques de la-Boucherie, todo eso, todo

está fundido, combinado y amalgamado en Nuestra Señora. Esta iglesia central y generatriz es entre las antiguas iglesias de Paris una especie de quimera; tiene la cabeza de una, los miembros de otra, la cima de la de más allá y, en una palabra, algo de todas.

Repetimos que estas construcciones híbridas no son las menos interesantes para el artista, para el anticuario y para el historiador; porque demuestran hasta qué punto la arquitectura es cosa primitiva, en cuanto revelan (como lo revelan tambien los vestigios ciclópeos, las pirámides de Egipto, las gigantescas pagodas del Indostan), que las grandes producciones de la arquitectura, menos son obras individuales que obras sociales, más son hijas de la produccion del trabajo de los pueblos que de la inspiracion de los hombres de génio, que son el depósito que deja una nacion, los hacinamientos que forman los siglos, el resíduo de las evaporaciones sucesivas de la sociedad humana; en una palabra, especies de formaciones. Cada oleada del tiempo deja su aluvion, cada raza deposita su capa sobre el monumento, cada individuo pone en él su piedra; así lo hacen los castores, las abejas y los hombres. El gran símbolo de la arquitectura es Babel, es una colmena.

Los grandes edificios, como las grandes montañas, son obra de los siglos. Con frecuencia el arte se transforma cuando ellos están aun pendientes; *pendent opera interrupta*, y se continúan segun el arte transformado. El arte nuevo coge al monumento en el estado en que le encuentra, se incrusta en él, se le asimila, le desenvuelve segun su fantasía y le termina si puede; esto se verifica sin desórden, sin esfuerzo, sin reaccion, siguiendo una ley natural y tranquila, como un ingerto que se introduce, como un jugo que circula, como una vejetacion que se reanima. Prestan materia para escribir muchos libros y acaso la historia universal de la humanidad, esas soldaduras sucesivas de muchos artes distintos á muchas alturas sobre el mismo monumento. El hombre, el artista, el individuo se borran en esas grandes moles sin dejar el nombre del autor, en ellas se resume y totaliza la inteligencia humana; el tiempo es el arquitecto y el pueblo es el albañil.

Considerando solo la arquitectura europea cristiana, hermana segunda de las grandes construcciones del Oriente, vemos que aparece á nuestra vista como una inmensa formacion dividida en tres zonas, muy marcadas y superpuestas; la zona bizantina, la zona gótica y la zona del renacimiento, que pudiéramos llamar greco-romana. La capa romana, que es la más antigua y la más profunda, la ocupa el arco-pleno, que reaparece, sostenido por la columna griega, en la capa moderna y superior del renacimiento. La ojiva está entre las dos capas. Los edificios que pertenecen exclusivamente á una de las tres capas son perfectamente distintos, uniformes y completos; tales son la abadía de Jumiéges, la catedral de Reims y Santa Cruz de Orleans; pero las tres zonas se mezclan y se amalgaman por los bordes, como los colores en el espectro solar, y de aquí provienen los monumentos complejos, los edificios mixtos y de transicion. Unos son bizantinos por los piés, otros góticos por el tronco ó greco-romanos por la cabeza, porque han costado de construir seiscientos años.

Esta variedad es rara, y el castillo de Etampes nos ofrece una muestra. Pero los monumentos de dos formaciones son más frecuentes; á éstos pertenece Nuestra Señora de Paris, edificio ojival, que se hunde desde sus primeros pilares en la zona sajona, que caracteriza la portada de San Dionisio y la nave de Saint-Germain-des-Prés: tal es la preciosa sala capitular semigótica de Bochercille, á la que le llega hasta la mitad del cuerpo la capa bizantina; tal es la catedral de Rouen, que seria enteramente gótica si no bañase la extremidad de su aguja central en la zona del renacimiento.

Pero todos estos matices y todas estas diferencias solo afectan á la superficie del edificio; es el arte que cambia de piel; pero la constitucion de la Iglesia cristiana es siempre la misma, no sufre variaciones, siempre se vé en ella la misma armazon interior, la misma disposicion lógica de las partes. Cualquiera que sea la envoltura esculpida y bordada de la Catedral, siempre se encuentra dentro de ella, al menos en estado de gérmen y de rudimento, la basílica romana, que eternamente se desarrolla en el suelo segun la misma ley. Siempre se ven las dos naves que se cortan en forma de cruz y cuya extremidad superior, arqueada en ábside, forma el coro; siempre los mismos claustros á los lados para las procesiones interiores y para las capillas, especies de paseos laterales en los que desemboca la nave principal por los intercolumnios. Esto supuesto, el núme-

ro de capillas, de portadas, de campanarios, de agujas se modifica hasta el infinito, segun la fantasía del siglo, del pueblo y del arte; una vez satisfecho el servicio del culto, la arquitectura hace lo que le parece: estátuas, vidrios pintados, rosetones, arabescos, festones, capiteles, bajos-relieves, todos los caprichos del ingenio los combina el arte segun el logaritmo que le conviene; de aquí nace la prodigiosa variedad exterior de estos edificios, en cuyo fondo reside el órden y la unidad. El tronco del árbol es inmutable, pero la vejetacion es caprichosa.

## II.

### Paris á vista de pájaro.

Acabamos de indicar á nuestros lectores sumariamente la mayor parte de las bellezas que la admirable iglesia de Nuestra Señora de Paris tenia en el siglo quince y que le faltan hoy; pero omitimos la principal de ellas, esto es, la vista de Paris que se descubre desde lo alto de sus torres.

Cuando despues de haber andado largo rato á tientas en la oscura espiral que penetra perpendicularmente en la espesa pared de los campanarios, se desembocaba de repente en una de las dos altas plataformas inundadas de luz y de aire, se desarrollaba por todas partes á la vez un magnífico cuadro ante la vista, un espectáculo *sui generis*, del que con facilidad pueden tener una idea los lectores que hayan contemplado una ciudad gótica entera, completa, homogénea, como existen algunas todavía, por ejemplo, Nuremberg, en Babiera; Vitoria, en España, ó algunas muestras en pequeño, pero bien conservadas, como Vitré, en Bretaña, y Nordhnasen, en Prusia.

El Paris de hace trescientos años, el Paris del siglo quince era ya una ciudad gigante; nosotros los vecinos de ella tenemos idea equivocada del terreno que creemos haber ganado: Paris desde Luis XI acá no ha crecido en mucho más de un tercio, y es seguro que ha perdido más en belleza que ha ganado en magnitud.

Paris nació, como es sabido, en la antigua isla de la Cité, que tiene la forma de una cuna; la playa de esta isla fué su primer recinto y el Sena su primer foso. Paris permaneció durante muchos siglos en el estado de isla, con dos puentes, uno al Norte y otro al Mediodía, y con dos cabezas de puente, que servian á la vez de puertas y de fortaleza; el gran Chatelet á la orilla derecha y el pequeño Chatelet á la orilla izquierda. Desde los reyes de su primera raza estaba Paris demasiado estrecho en la isla, y no pudiéndose menear en ella, pasó el rio, y entonces, más allá de los dos Chatelets, empezó á formarse en los campos, á entrambos lados del Sena, una cerca de torres y murallas, de la cual quedaban todavía algunos vestigios en el siglo pasado, pero hoy no resta ya más que su recuerdo, y aquí y allá alguna tradicion, como la puerta Bandets ó Bandoyer, *porta Baganda*. Poco á poco la marea de las casas, impelida desde el corazon de la ciudad hácia afuera, se desborda, corroe, desgasta y borra aquel recinto. Felipe-Augusto la construye un nuevo dique y aprisiona á Paris en una cadena circular de anchas torres, altas y sólidas. Durante más de un siglo las casas se apiñan, se acumulan y alzan su nivel en aquel estrecho recinto, como el agua en un receptáculo. Empiezan las casas á profundizarse, levantan pisos sobre pisos, suben las unas sobre las otras, aspirando todas á sacar la cabeza por encima de su vecina, para disfrutar de algo de aire. Las calles se ahondan y se estrechan más cada vez, y las plazas se llenan y desaparecen; por fin saltan por encima de la muralla de Felipe-Augusto y se desparraman alegremente por la llanura, sin órden y de cualquier modo, como fugitivas, y allí se cuadran, estableciendo jardines en los campos y todas las comodidades. Desde el año 1367 se extiende la ciudad tanto por los arrabales, que se hace indispensable un nuevo recinto, sobre todo en la orilla derecha; Cárlos V lo construye. Pero las ciudades como Paris están siempre creciendo, y solo esta clase de ciudades pueden llegar á ser capitales; estas ciudades son á la manera de embudos, á los que van á parar todas las corrientes geográficas, políticas, morales é intelectuales de un pais, todos los declives de un pueblo; pozos de la civilizacion y al mismo tiempo albañales, donde comercio, industria, inteligencia, poblacion, todo lo que es gérmen, todo lo que es vida, todo lo que es alma de una nacion, filtra y se amontona sin cesar, gota á gota, siglo á siglo. El recinto de Cárlos V tuvo la misma suerte que el de Felipe-Augusto; desde el siglo quince lo saltó la ciudad y se extendieron sus arrabales. En el siglo

diez y seis parece que se la vé retroceder y sumergirse más y más en la antigua ciudad; ¡tanto creció la nueva poblacion extramural! Deteniéndonos ahora en el siglo quince, ya Paris habia gastado entonces tres recintos concéntricos de murallas, que, desde el tiempo de Juliano el Apóstata, estaban, por decirlo así, en gérmen en los dos Chatelets. La poderosa ciudad habia ya reventado sucesivamente sus cuatro cinturas de murallas, como un niño que crece y rasga sus vestidos del año pasado. En la época de Luis XI se veia por una y por otra parte salir, de entre aquel mar de casas, algunos grupos de torres derruidas de los antiguos recintos, como las cumbres de las colinas en una inundacion, como los archipiélagos del antiguo Paris, sumergido debajo del nuevo.

Desde entonces Paris se ha transformado de nuevo, desgraciadamente para nosotros, pero no ha ganado más que un solo recinto, el de Luis XV; una miserable muralla de lodo y de inmundicia, digna del rey que la construyera y del poeta que la cantó.

En el siglo quince Paris estaba aun dividido en tres ciudades, enteramente distintas y separadas, teniendo cada una su fisonomía, su especialidad, sus costumbres, sus privilegios y su historia: la *Cité*, la *Universidad* y la *Ciudad*. La Cité, que ocupaba la isla, era la más antigua, la menor y la madre de las demás, y estaba encerrada entre ellas (permítasenos la comparacion) como una viejecita entre dos altas y hermosas jóvenes. Ocupaba la Universidad la orilla izquierda del Sena, desde la Tournelle hasta la torre de Nesle, puntos que corresponden en el Paris actual, uno al Mercado de vinos y otro á la Casa de la Moneda. Su recinto se extendia sobre toda la llanura en que Juliano construyó sus Termas; en él se encerraba la montaña de Santa Genoveva. El punto culminante de aquella curva de murallas era la Puerta Papal, esto es, con corta diferencia, el recinto actual del Panteon. La Ciudad era la mayor de las tres partes de Paris, y estaba situada en la orilla derecha: su muelle, roto é interrumpido en muchos puntos, corria á lo largo del Sena, desde la torre de Billy hasta la torre de Blois, es decir, desde el sitio que ocupa ahora el Granero de Abundancia hasta el que ocupaban las Tullerías. Estos cuatro puntos en que cortaba el Sena el recinto de la capital, la Tournelle y la torre de Nesle á la izquierda, la torre de Billy y la torre de Blois á la derecha, se llamaban por excelencia *las cuatro torres de Paris*. La Ciudad se internaba aun más en los campos adyacentes que la Universidad. El punto culminante del ámbito de la Ciudad (el de Cárlos V) estaba en las puertas de San Dionisio y de San Martin, cuyo emplazamiento aun no ha cambiado.

Como acabamos de decir, cada una de estas tres grandes divisiones de Paris era una ciudad, pero especial, completa, que podia existir muy bien sin las otras dos. Estas tres divisiones presentaban tres aspectos enteramente diversos: en la Cité abundaban las iglesias, en la Ciudad los palacios, en la Universidad los colegios. Pasando por alto las originalidades secundarias del antiguo Paris y los caprichos del derecho de preeminencia, diremos, bajo el punto de vista general, considerando solo los conjuntos y las masas en el caos de las jurisdicciones comunales, que la isla era de la del obispo; la orilla derecha de la del preboste de los mercados; la orilla izquierda de la del rector. Sobre todas estas jurisdicciones estaba la del preboste de Paris, oficial real y no municipal. La Cité poseia á Nuestra Señora; la Ciudad el Louvre y la casa del Municipio; la Universidad la Sorbona. La Ciudad tenia los mercados; la Cité el hospital general y la Universidad el Pre-aux-Cleres. Los delitos que los estudiantes cometian en la orilla izquierda eran juzgados en la isla, en el palacio de Justicia, y castigados en la orilla derecha, en Montfaucon; á no ser que el rector, creyendo fuerte á la Universidad y débil al rey, interviniese en esto, porque era uno de los privilegios de los estudiantes el de ser ahorcados en la Universidad.

En el siglo quince el Sena bañaba cinco islas en el recinto de Paris; la isla Louviers, donde habia entonces árboles y hoy no hay más que madera; la isla de las Vacas y la de Nuestra Señora, las dos desiertas; ambas pertenecian al obispo (en en el siglo diez y siete de las dos islas hicieron una, que actualmente se llama de San Luis,) y por fin la Cité, y en una de sus extremidades el islote del Vaquero, que se hundió despues bajo el terraplen del puente Nuevo. La Cité tenia entonces cinco puentes; tres á la derecha: el puente de Nuestra Señora, el puente del Cámbio, de piedra, y el puente de los Molineros, de madera; dos á la izquierda: el Pequeño Puente, de piedra, y el puente de San Miguel, de madera, ambos po-

blados de casas. La Universidad tenia seis puertas, construidas por Felipe-Augusto, que eran, saliendo de la Tournelle, la puerta de San Víctor, la de la Bordelle, la Papal, la de Santiago, la de San Miguel y la de San German. La Ciudad tenia tambien seis puertas, construidas por Cárlos V, que eran, saliendo de la torre de Billy, la puerta de San Antonio, la del Temple, la de San Martin, la de San Dionisio, la de Montmartre y la de San Honorato. Todas estas puertas eran sólidas y de agradable aspecto. Un foso ancho, profundo y lleno de agua en las crecidas del invierno lavaba el pié de las murallas en toda la circunferencia de Paris; el Sena suministraba el agua. Por la noche se cerraban las puertas, atajábase al rio en los dos confines de la ciudad con gruesas cadenas de hierro, y Paris dormia tranquilo.

A vista de pájaro estos tres barrios, la Cité, la Universidad y la Ciudad, presentaba cada uno enmarañado laberinto de calles caprichosamente embrolladas; sin embargo, desde la primera ojeada se conocia que aquellos tres fragmentos de ciudad formaban un solo cuerpo. Se veian al momento dos largas calles paralelas, sin interrupcion, casi en línea recta, que atravesaban á la vez las tres ciudades de un extremo á otro, del Mediodía al Norte, perpendicularmente al Sena, que las enlazaban, mezclaban, confundian y pasaban sin cesar la poblacion de una al recinto de otra, formando de las tres una sola. La primera de esas dos calles iba desde la puerta de Santiago hasta la puerta de San Martin, y se llamaba calle de Santiago en la Universidad, calle de la Judería en la Cité y calle de San Martin en la Ciudad; pasaba dos veces el rio, una con el nombre de Pequeño Puente y otra con el de puente de Nuestra Señora. La segunda calle se llamaba del Harpa en la orilla izquierda, calle de la Barillería en la isla, calle de San Dionisio en la orilla derecha, puente de San Miguel en un brazo del Sena y puente del Cambio en el otro; iba desde la puerta de San Miguel en la Universidad, hasta la puerta de San Dionisio en la Ciudad. A pesar de tantos nombres solo eran dos calles, las calles madres, las calles generatrices, las dos arterias de Paris; todas las demás venas de la triple capital nacian ó desembocaban en ellas.

Con independencia de estas dos calles principales, que atravesaban á Paris de parte á parte en toda su anchura y que eran comunes á la capital entera, tenian la Ciudad y la Universidad, cada una de ellas, su gran calle particular, que las recorria en toda su longitud, paralelamente al Sena, y que al pasar cortaba en ángulo recto las dos calles *arteriales*. En la Ciudad bajábase en línea recta desde la puerta de San Antonio hasta la de San Honorato, y en la Universidad desde la puerta de San Víctor á la de San German. Estas dos grandes calles, cruzadas con las dos primeras, formaban el carrete sobre el cual descansaba, anudado y cruzado en todos los sentidos, el enredado ovillo de las calles de Paris. En el ininteligible dibujo de este ovillo se distinguian, además, examinándole con atencion, como dos canastillos ensanchados, uno en la Universidad y otro en la Ciudad, dos manojos de calles, que iban ensanchándose desde los puentes hasta las puertas. Todavía subsiste algo de este plan geométrico.

Veamos ahora bajo qué aspecto se presentaba este conjunto visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora en 1482. Trataremos de describirlo.

La primera sensacion que recibia el espectador que llegaba á aquellas alturas era un aturdimiento general á la vista de tantos techos, chimeneas, calles, puentes, plazas, agujas y campanarios; todo heria la vista á la vez y en tumulto; la pared tallada, los techos agudos, el torreon suspendido en los ángulos de las murallas, la pirámide de piedra del siglo undécimo, el obelisco del quince, la torre redonda y pelada del castillo, la torre cuadrada y bordada de la iglesia, lo grande, lo pequeño, lo macizo, lo aéreo. La vista se perdia durante mucho tiempo en las profundidades de aquel laberinto, en el que todo tenia su originalidad, su razon, su génio, su belleza; en el que todo era hijo del arte, desde la más insignificante construccion pintada y esculpida, hasta el régio Louvre, que entonces tenia una columnata de torres. Hé aquí las principales moles que se distinguian cuando empezaba la vista á familiarizarse con la confusa muchedumbre de edificios.

En primer término la Cité. La isla de la Cité, que, como dice Sauval, en medio de su hojarasca tiene alguno que otro rasgo de buen estilo: *la isla de la Cité se parece á un gran navío, hundido en el cieno y encallado á flor de agua hácia la mitad del Sena*. Se veia, pues, la Cité con

su popa hácia el Levante y proa hácia el Poniente. El que miraba hácia la proa veia delante de sí multitud de viejísimos techos, sobre los que se redondeaba el travesero emplomado de la Santa Capilla, semejante á un elefante cargado con su torre; por este lado aquella torre, la más atrevida, la más gallarda y la más trabajada que dejó jamás entrever el cielo al trasluz de su cono de encaje. Delante de Nuestra Señora desembocaban tres calles en el átrio, formando una hermosa plaza de casas viejas; al Sur de esta plaza se inclinaba la fachada rugosa y acartonada del Hospital, con su techo que parecia plagado de pústulas y de verrugas. A la derecha, á la izquierda, al Oriente, al Occidente, en el estrecho recinto de la Cité se elevaban los campanarios de sus veintiuna iglesias, de todas las épocas, de todas las formas, de todos los tamaños, desde la baja y carcomida cúpula sajona de San Dionisio, hasta las sutiles agujas de San Pedro y de Saint-Landry. Detrás de Nuestra Señora extendíase: al Norte, el claustro con sus galerías góticas; al Sur, el palacio semi-bizantino del obispo; al Levante, la puerta desierta del Terreno. En aquel hacinamiento de casas veíanse tambien la casa concedida por la Cité á Juvenal de Ursins en tiempo de Cárlos IV, y un poco más allá las barracas embreadas del mercado Palus; no lejos de allí, la ábside nueva de San German el Viejo, y luego, de vez en cuando, una encrucijada llena de gente, una picota levantada en una esquina, un magnífico pedazo del pavimento de Felipe-Augusto, tan mal reemplazado en el siglo diez y seis por miserables guijarros y que se llamó *empedrado de la Liga*; á la derecha de la Santa Capilla, hácia Poniente, ostentaba el palacio de Justicia su grupo de torres en la orilla del rio. El bosque de arbolado de los jardines del rey que llenaban la punta occidental de la Cité tapaban el islote del Vaquero. Desde lo alto de las torres de Nuestra Señora no se veia el rio por ninguno de los dos lados de la Cité; el Sena desaparecia bajo los puentes y los puentes bajo las casas.

Cuando la vista, despues de pasar los puentes, se dirigia á la izquierda, el primer edificio que divisaba era un grueso y bajo manojo de torres, las del Pequeño Chatelet, cuyo pórtico devoraba el extremo del Pequeño Puente, y luego distinguia un largo cordon de casas con vigas esculpidas, con vidrios de colores, desplomando de piso en piso interminable enmarañamiento de paredes, cortado con frecuencia por alguna boca-calle y alguna vez por el frente ó el lado de alguna magnífica casa, colocada con holgura, con un patio y sus jardines, entre la multitud de casucas sofocadas y espachurradas, como un gran señor entre una cáfila de villanos. Habia cinco ó seis caserones de éstos sobre el muelle desde el palacio de Lorraine hasta el palacio de Nesle, cuya torre principal era uno de los límites de Paris.

Este lado del Sena era menos mercantil que el otro: dominaban en él los estudiantes á los artesanos, y solo tenia muelle, propiamente hablando, desde el puente de San Miguel hasta la torre de Nesle. El resto de la orilla del Sena, tan pronto era una playa desnuda, como desde los Bernardinos en adelante, tan pronto era un amontonamiento de casas que metian los piés en el agua, como sucedia entre los dos puentes. Dominaba en aquel sitio la algazara de las lavanderas, que gritaban y cantaban desde por la mañana hasta por la noche, sacudiendo de firme la ropa, como sucede en la actualidad. No es esto lo menos divertido de Paris.

La Universidad presentaba á la vista una mole inmensa, formando de uno á otro extremo un todo homogéneo y compacto. Sus numerosos techos apiñados, angulosos, adherentes, compuestos casi todos del mismo elemento geométrico, ofrecian á vista de pájaro el aspecto de una cristalizacion de su propia sustancia. El caprichoso barranco de las calles no cortaba en líneas muy desproporcionadas aquella muchedumbre de casas; sus cuarenta y dos colegios estaban diseminados con bastante igualdad y se veian por todas partes. Las variadas y ricas techumbres de aquellos magníficos edificios eran producto del mismo arte que el de los techos sencillos, y solo eran en definitiva una multiplicacion elevada al cuadrado, ó al cubo, de la misma figura geométrica; por eso complicaban el conjunto sin confundirle y le completaban sin recargarle. La geometría es la armonía. Distinguíanse tambien algunos caserones magníficos aquí y allí por encima de las pintorescas buhardillas de la orilla izquierda, como, por ejemplo, el palacio de Nevers, el de Roma, el de Reims (que ha desaparecido) y el palacio de Cluny, que subsiste aun para consolar al artista. Junto á Cluny, palacio romano, de hermosos arcos, estaban las Termas de Juliano. Veíanse tambien

numerosas abadías, de belleza más religiosa, de grandeza más grave que los palacios, pero no menos hermosas ni menos magníficas; las que llamaban la atencion eran la de los Bernardinos, con sus tres campanarios; la de Santa Genoveva, cuya torre cuadrada, que aun existe, nos hace lamentar la pérdida del resto; la de la Sorbona, edificio entre colegio y monasterio, del que solo se conserva una preciosa nave; el bellísimo claustro cuadrilateral de los Mathurins; su vecino el claustro de San Benito; el de los Franciscanos, con sus tres enormes fachadas adherentes; el de los Agustinos, cuya gallarda aguja formaba, despues de la de la torre de Nesle, el segundo dentellon de Paris por la parte de Occidente. Los colegios, que son el eslabon intermedio entre el claustro y el mundo, eran el término medio en la série monumental entre los palacios y las abadías; su severidad era elegante, su escultura menos prolija que la de los palacios y su arquitectura menos séria que la de los conventos: por desgracia casi no queda ya ningun resto de estos monumentos, en los que el arte gótico sabia hermanar la riqueza con la economía. Las iglesias dominaban aquel conjunto, y como una armonía más entre aquella masa de armonías, resaltaban á cada instante entre el múltiple festoneo de las flechas acuchilladas, de los campanarios transparentes, de las torres primorosas, cuya línea solo era una magnífica exageracion del ángulo agudo de los techos.

El terreno de la Universidad era montuoso; la montaña de Santa Genoveva formaba en él una enorme ampolla, y eran dignas de verse, desde lo alto de Nuestra Señora, aquella multitud de calles estrechas y tortuosas, aquellas casas derramadas en todas direcciones, desde la cumbre de aquella eminencia, que se precipitaban en tropel hasta la orilla del agua, pareciendo que unas se caian, que otras se asían para no caer, y que se sostenian las unas á las otras. El flujo contínuo de mil puntos negros, que serpeaban por el suelo, daba á este conjunto movilidad extraordinaria; aquellos puntos negros eran la gente, vista desde lejos y desde lo alto.

En los intervalos de los techos, de las agujas, de los accidentes, de los innumerables edificios que doblaban, torcian y festoneaban de tan caprichosa manera la línea extrema de la Universidad, se entreveia, de trecho en trecho, un musgoso paredon, una ancha torre redonda, una puerta almenada parecida á una fortaleza; aquello era el recinto de Felipe-Augusto. Más allá verdeaban las praderas; más allá unian los caminos; á lo largo de ellos se veian rezagadas algunas casas de los arrabales, en menor número cuanto más se alejaban. Algunos de aquellos arrabales tenian importancia; uno de los principales era, saliendo de la Tournelle, la aldea de San Víctor, con un puente de un solo ojo sobre el rio Biovre, con su abadía, en la que estaba escrito el epitafio de Luis el Gordo, con su iglesia octógona; luego la aldea de San Marcelo, que poseia tres iglesias y un convento; despues, dejando á la izquierda el molino de los Gobelinos, se veian el arrabal de Santiago con linda cruz esculpida en su encrucijada; la iglesia de Santiago era entonces gótica puntiaguda y hermosa; Saint-Magloire, hermosa nave del siglo catorce; Nuestra Señora de los Campos, que ostentaba mosáicos bizantinos. Despues de dejar en medio de la llanura el monasterio de los Cartujos (rico edificio contemporáneo del palacio de Justicia), descubria la vista en el Occidente las tres agujas sajonas de San German de los Prados, que era ya entonces considerable y constaba de quince ó veinte calles: el agudo campanario de San Sulpicio indicaba uno de los extremos de la aldea; distinguíase allí tambien el recinto cuadrilateral de la féria de San German, donde hoy está el mercado; luego la picota del Abad; pero lo que llamaba en este punto la atencion era la abadía, que era magnífica y que gozaba de muchos fueros, como iglesia y como señorío abacial.

Cuando despues de contemplar durante largo tiempo la Universidad, dirigia los ojos el espectador hácia la Ciudad, el espectáculo cambiaba bruscamente de carácter. La Ciudad era mucho mayor que la Universidad, pero menos uniforme. A la primera ojeada se la veia dividida en muchas masas singularmente distintas. En primer lugar, por Levante, en la parte de la ciudad que aun recibe hoy su nombre del pantano en donde zambulló Camulógenes á César, todo era un hacinamiento de palacios, que llegaban hasta la orilla del agua. Cuatro edificios casi adherentes, Jouy, Sons, Barbeau y el palacio de la Reina, reflejaban en el Sena sus techos de pizarra coronados con esbeltas torrecillas. Estos cuatro edificios llenaban el espacio comprendi-

do desde la calle de Nonaisdieres hasta la abadía de los Celestinos, cuya aguja realzaba primorosamente su línea de puntas y de almenas. Verdosos paredones, inclinados sobre el rio, delante de aquellos suntuosos palacios, no impedian la vista de los hermosos ángulos de sus fachadas, de las anchas ventanas cuadradas con sus rejas de piedra, de sus pórticos ojivos recargados de estátuas, de las vivas aristas de sus paredes recortadas con sin igual limpieza, ni de todos aquellos primorosos caprichos de la arquitectura, que hacen que parezca que el arte gótico invente á cada instante nuevas combinaciones. Detrás de aquellos edificios corria en todas direcciones el ámbito inmenso y multiforme del milagroso palacio de Saint-Pol, en el que el rey de Francia podia hospedar explendidamente á veintidos príncipes del rango del delfin y del duque de Borgoña con su comitiva y sus criados, sin contar á los grandes señores y al emperador, cuando iba á ver Paris, y á los leones, que tenian su palacio aparte dentro del palacio real.

Desde la torre de donde contemplamos á Paris á vista de pájaro, el palacio de Saint-Pol, casi tapado por los cuatro grandes edificios que acabamos de ver, aparecia, sin embargo, considerable y maravilloso. Se distinguian en él con claridad los tres palacios que amalgamó al suyo Cárlos V; el de Petit-Muce, con la balaustrada de encaje, que orlaba graciosamente su techo; el del abad de San Mauro, parecido á una fortaleza con su torre, sus bubardas, sus troneras, y ostentando sobre su ancha puerta sajona el escudo del abad, entre las dos cadenas del puente levadizo; y el palacio del conde de Etampes, cuya torre, arruinada en su cima, se arqueaba á la vista, festoneada, como la cresta de un golfo; aquí y allá se veian añosas encinas formando ramillete, numerosos patios pintorescos, la casa de los leones, y en medio de este conjunto la aguja escamosa del Ave-María: á la izquierda estaba el palacio del preboste de Paris, flanqueado por cuatro torrecillas, y en el medio, en el fondo, el palacio de Saint-Pol propiamente dicho, con sus múltiples fachadas, sus enriquecimientos sucesivos desde Cárlos V con las escrescencias híbridas con que la fantasía de los arquitectos las recargó durante dos siglos, con todos los ábsides de sus capillas, las paredes salientes de sus galerías, sus veletas que jugaban á los cuatro vientos y sus dos altas torres contiguas de techo cónico, rodeado de almenas por su base.

Continuando la vista en ascender por las gradas de ese anfiteatro de palacios, desarrollado á lo lejos sobre el terreno, se detenian las miradas ante el palacio de Angulema, vasta construccion de muchas épocas, donde habia partes nuevas y blancas todavía. Esto no obstante, se levantaba con gracia desde el centro de las ruinas del antiguo edificio el techo singularmente agudo y alto del palacio moderno, erizado de canales cinceladas y cubierto de láminas de plomo, donde giraban en mil fantásticos arabescos brillantes incrustaciones de cobre dorado. Elevábase detrás de él el bosque de agujas de la Tournelle, y no se encuentra en el mundo, ni en Chambord, ni en la Alhambra, golpe de vista tan mágico, tan aéreo, ni tan prodigioso como aquel bosque espeso de agujas, campanarios, chimeneas, veletas, espirales, miradores, pabellones, torrecillas agrupadas de diferentes formas, tamaños y posiciones, conjunto parecido á un inmenso ajedrez de piedra.

A la derecha de la Tournelle, aquel manojo que se vé de enormes torres de negro de tinta, metidas unas dentro de otras y alineadas por un foso circular; aquel torreon con más troneras que ventanas, aquel puente levadizo siempre levantado, aquel rastrillo siempre cerrado; todo eso es la Bastilla. Aquellas especies de picos negros que salen por entre las troneras, y que de lejos parecen canales, son cañones; debajo de sus bocas, al pié del formidable edificio, está la puerta de San Antonio, hundida entre sus dos torres.

Más allá de la Tournelle, hasta la muralla de Cárlos V, se desarrollaba, en ricos compartimientos de flores y de verdura, el tapiz aterciopelado de los jardines y parques reales, en cuyo centro se reconocia, por su laberinto de árboles y alamedas, el famoso jardin llamado *Dédalo*, que Luis XI regaló al famoso médico Coictier. El observatorio del doctor se elevaba por encima del laberinto; en él se hicieron terribles astrologías. Ocupa actualmente dicho sitio la plaza Real.

Como dijimos, el cuartel de los palacios llenaba el ángulo que formaba al Oriente con el Sena el recinto de Cárlos V. El centro de la ciudad le ocupaba un monton de casas del pueblo. En dicho centro desembocaban los tres puentes de la Cité sobre la orilla derecha, y

los puentes tenian casas delante de los palacios. Aquella coleccion de habitaciones plebeyas, apiñadas como las celdillas de una colmena, ofrecian su belleza. Desde luego las calles cruzadas y embrolladas formaban en conjunto cien figuras particulares; alrededor de los mercados parecian una estrella de mil rayas. Las calles de San Dionisio y de San Martin, con sus innumerables ramificaciones, subian la una cerca de la otra, como dos pomposos árboles que mezclan sus ramas; y luego serpeaban por todas partes, en líneas tortuosas, las calles de la Platerie, de la Verrerie, de la Tixeranderie, etc., etc. De vez en cuando alguno que otro soberbio edificio rompia la ondulacion petrificada de aquel mar de paredes salientes, como la entrada del Pont-aux-Changeurs, detrás del que se arremolinaba espumoso el Sena bajo las ruedas del puente de los Molineros; como el Chatelet, no ya torre romana como en tiempo de Juliano el Apóstata, sino torre feudal del siglo trece; como el rico campanario cuadrado de Santiago de la Boucherie, con sus ángulos llenos de esculturas, que era digno ya de admiracion, aunque no estaba terminado en el siglo quince; como la casa de los Pilares, situada en la plaza de la Grève, que ya describimos en otra parte; como San Gervasio, chafado despues por una portada de mal gusto; como Saint-Mery, cuyas antiguas ojivas eran todavía casi semicírculos; como San Juan, cuya magnífica aguja era proverbial; como otros muchos monumentos que no se desdeñaban de ocultar sus maravillas en el caos de calles negras, estrechas y profundas.

Despues de recorrer los dos cuarteles, uno de palacios y otro de casas, el tercer elemento del aspecto que presentaba á la vista la Ciudad era una larga zona de abadías, que la ceñia por casi todo su circuito, de Levante á Poniente, y por detrás del recinto de fortificaciones que encerraba á Paris, trazaba como un segundo recinto interior de conventos y de capillas. Inmediata al parque de la Tournelle, entre la calle de San Antonio y la calle Vieja del Temple, estaba el convento de Santa Catalina, con sus inmensos plantíos, limitados por las murallas de Paris. Entre las calles Nueva y Vieja del Temple estaba éste, que era un siniestro manojo de torres, alto, derecho y solitario en medio de vasto circuito almenado. Entre la calle Nueva del Temple y la de San Martin estaba la abadía de este último nombre, soberbia iglesia fortificada en medio de jardines, cuyo ceñidor de torres, cuya tiara de campanarios solo cedian la palma en fuerza y en esplendor á San German de los Prados. Entre las calles de San Martin y de San Dionisio se extendia el recinto de la Trinidad, y entre la de San Dionisio y la de Montorgueil el de las Hijas de Dios. Al lado se veian los techos podridos del ámbito desempedrado de la Córte de los Milagros, que era el único anillo profano que se mezclaba en la religiosa cadena de conventos.

El cuarto compartimiento que se dibujaba por sí mismo en la aglomeracion de los techos de la orilla derecha lo ocupaba el ángulo occidental del recinto y la orilla del agua en la direccion de la corriente, y formaba un nuevo nudo de palacios apiñados al pié del Louvre. El antiguo Louvre de Felipe-Augusto, aquel descomunal edificio, cuya torre mayor reunia en torno suyo veintitres torres maestras, sin contar las torrecillas, parecia desde luego encajonado en los techos góticos del palacio de Alençon y del Pequeño Borbon. Esta hidra de torres, gigantesco centinela de Paris, con sus veinticuatro cabezas levantadas, con sus monstruosas cimas de plomo ó de pizarra, rielantes de metálicos reflejos, terminaba de singular manera la configuracion de la Ciudad por la parte de Occidente.

Veíase una muchedumbre de casas plebeyas, flanqueadas á derecha é izquierda por dos montones de palacios, dominados uno de ellos por el Louvre y el otro por la Tournelle, circundado todo esto por la parte del Norte de un largo ceñidor de abadías y de cercas cultivadas: sobre estos mil edificios aparecian los campanarios labrados é iluminados de las cuarenta y cuatro iglesias de la orilla derecha: por el medio millares de calles; por un lado el circuito de altas murallas de torres cuadradas, y por el otro lado el Sena, cortado por puentes y cubierto de barcos: tal era el aspecto de la Ciudad en el siglo quince.

Más allá de las murallas se apiñaban junto á las puertas varios arrabales, pero menos en número y más esparramados que los de la Universidad. Detrás de la Bastilla habia veinte paredones amontonados alrededor de las curiosas esculturas de la Croix-Faubin y de los botareles de la abadía de San Antonio de los Campos; luego estaba Popincourt, perdido entre los trigos; despues la Cour-

tille, alegre pueblecillo, lleno de tabernas; la aldea de San Lorenzo con su iglesia, cuyo campanario, visto desde lejos, parecia agregarse á las agudas torres de la puerta de San Martin; el arrabal de San Dionisio, con su vasta cerca de Saint-Ladre; fuera de la puerta de Montmartre la Grange-Bateliere, ceñida de blancas murallas, y detrás de ella Montmartre, con sus colinas de yeso, que tenia entonces casi tantas iglesias como molinos y que ya solo conserva éstos; finalmente, más allá del Louvre se extendia por los prados el arrabal de San Honorato, entonces ya muy considerable, verdeaba la Petite-Bretagne y se desplegaba el mercado de los cerdos, en cuyo centro se arqueaba el horrible horno en el que se quemaba á los monederos falsos. Entre la Courtille y San Lorenzo observaba el espectador, en la cima de una colina recostada sobre llanuras desiertas, un edificio que se parecia de lejos á una columnata derruida y de pié sobre un basamento fuera de su sitio; ese edificio no era ni un Parthenon ni un templo de Júpiter Olímpico: era Montfaucon.

Si la enumeracion compendiosa de tantos edificios no ha pulverizado, á medida que la construíamos en la mente del lector, la imágen general del antiguo Paris, la reasumiremos en pocas palabras.

En el centro, la isla de la Cité se asemejaba en su forma á una enorme tortuga, que saca sus puentes cubiertos de tejas, como otras tantas patas por debajo de su parda concha de techos. A la izquierda el trapecio monolito, fuerte, denso, erizado, de la Universidad; á la derecha el vasto semicírculo de la Ciudad, abundante en jardines y en monumentos. Los tres conjuntos de la Cité, la Universidad y la Ciudad, jaspeados de numerosas calles; atravesados los tres por el Sena, "el Sena nutridor„, como dice el P. Du Breul, lleno de islas, de puentes y de barcos. Por el rededor de Paris una inmensa llanura, con mil clases de cultivo, sembrada de mil aldeas; á la izquierda están Yssy, Vauvres, Vaugirard, Montrouge y Gentilly; á la derecha, otras veinte, desde Conflans hasta la Ville-l' Vegne. Se vé en el horizonte una cenefa de colinas colocadas en círculo, como el borde de un estanque. A lo lejos, por la parte de Oriente, Vincennes y sus siete torrres cuadrangulares; por la del Sur, Bicetre y sus puntiagudas torrecillas; por la del Norte, San Dionisio y su aguja, y por la del Occidente, Saint-Cloud y su castillo. Hé aquí el Paris que veian los vivientes en 1482.

Paris en el siglo quince no solo era una ciudad hermosa, sino una ciudad homogénea, producto arquitectural é histórico de la Edad Media; era una crónica de piedra. Dos capas nada más formaban la ciudad, la capa bizantina y la capa gótica, porque la capa romana desapareció mucho tiempo atrás, excepto en las Termas de Juliano, en las que aun rompía la espesa costra de la Edad Media; de la capa céltica no se hallaba ya en Paris ni la más pequeña muestra, ni siquiera en las excavaciones que se practicaban para abrir pozos.

Cincuenta años más tarde, cuando el renacimiento mezcló á la unidad severa, pero variada, el lujo deslumbrador de sus caprichos y de sus sistemas, su derroche de semicírculos romanos, de columnas griegas y basamentos góticos, su escultura suave é ideal, su gusto por los arabescos y los acantos y su paganismo arquitectural, contemporáneo de Lutero, Paris fué quizás una capital más hermosa todavía, pero menos armoniosa para la vista y para el pensamiento. Pero ese expléndido momento duró poco, porque el renacimiento no fué imparcial, y no contento con edificar, quiso demoler: verdad es que necesitaba espacio; por eso el Paris gótico no estuvo completo más que un minuto, y estaba aun terminándose Santiago de la Boucherie, cuando empezaron ya el derribo del antiguo Louvre.

Despues la gran ciudad ha ido perdiendo su forma de dia en dia. El Paris gótico, bajo el cual se borraba el Paris bizantino, ha desaparecido tambien; ¿y qué Paris lo ha reemplazado?

Existe el Paris de Catalina de Médicis en las Tullerías; (1) el Paris de Enrique II en la Casa de la Ciudad; el Paris de Enrique IV en la plaza Real; el Paris de Luis XIII en el Val-de-Grace; el Paris de Luis XIV en los Inválidos; el

---

(1) Hemos visto con dolor y con indignacion que se ha pensado en ensanchar, en refundir, en arreglar, esto es, en destruir, este admirable palacio. Los arquitectos modernos tienen la mano demasiado pesada para tocar las obras delicadas del Renacimiento. Creemos que no se atreverán. En la actualidad la demolicion de las Tullerías, no solo es una brutalidad, de la que se avergonzaria un vándalo borracho, sino un acto de traicion. Las Tullerías ya no son solo un dechado del arte del siglo diez y seis, sino una página de la historia del siglo diez y nueve. Ese palacio ya no es del rey, es del pueblo; dejémosle como es. Nuestra revolucion le ha marcado dos veces la frente: en una de sus dos fachadas tiene los balazos del 10 de Agosto y en la otra las balas del 29 de Julio; es ya santo.

Paris 7 Abril 1831. (*Del autor.*)

Paris de Luis XV en San Sulpicio; el Paris de Luis XVI en el Panteon; el Paris de la República en la Escuela de Medicina; el Paris de Napoleon en la plaza *Vendome;* este Paris es sublime, una columna de bronce hecha con cañones; y el Paris de la Restauracion en la Bolsa.

A cada uno de esos monumentos característicos van anexas, por simpatía de forma y de manera, cierta cantidad de casas esparcidas por varios cuarteles, y que distingue y clasifica por fechas el ojo del inteligente. El que sabe ver adivina el espíritu de un siglo y el carácter de un rey hasta en la aldaba de una puerta.

El Paris actual no tiene, por consiguiente, fisonomía general, y es una coleccion de muestras de muchos siglos, solo que han desaparecido ya las mejores; la capital solo aumenta en casas. Al paso que vá Paris, es posible que se renueve cada cincuenta años: por eso la significacion histórica de su arquitectura se borra más cada dia, son los monumentos menos frecuentes y parece que se vayan ahogando entre las casas, que amenazan tragárselos. Nuestros padres tuvieron un Paris de piedra: nuestros hijos tendrán un Paris de yeso.

Suprimiremos el ocuparnos de los monumentos del Paris nuevo, y no porque no los admiremos como se merecen. La Santa Genoveva de Mr. Sonffot es seguramente el más hermoso pastel de Saboya que jamás se ha amasado en piedra. El palacio de la Legion de Honor es tambien un bocado de pastelería muy exquisito. La bóveda del Mercado del trigo es un casquete de jockey inglés sobre una gran escalera. Las torres de San Sulpicio son dos enormes clarinetes, lo que constituye una forma como cualquiera otra; el Telégrafo, estevado y gesticulador, forma un curioso accidente sobre su techumbre. San Roque tiene una portada que solo es comparable, en cuanto á la magnificencia, á Santo Tomás de Aquino; tiene tambien un Calvario corcovado en un sótano y un sol de madera dorada, cosas verdaderamente maravillosas. Es tambien muy ingeniosa la linterna del laberinto del Jardin de Plantas. En cuanto al palacio de la Bolsa, que es griego por su columnata, romano por sus arcos semicirculares, del renacimiento por su gran bóveda rebajada, no puede negarse que es un monumento correcto y puro; la prueba es que lo corona un ático como no los habia en Atenas: bella línea recta, graciosamente interrumpida aquí y allá por los caños de las estufas. Añadamos á esto que la arquitectura de un edificio debe ser apropiada al destino de éste, que debe conocerse á la simple inspeccion, y convendremos en que debe excitar la admiracion del que le contemple un monumento que lo mismo puede servir para palacio de un rey, que para Cámara de diputados; que así puede servir de colegio, de picadero, de academia, de aduana, de tribunal, de museo, de cuartel, como de sepulcro, de templo y de teatro: por ahora sirve de Bolsa. Todo monumento debe, además, ser apropiado al clima, y éste evidentemente se ha construido para nuestro cielo frio y lluvioso, pues tiene un techo casi plano, como los del Oriente, por lo que en invierno, cuando nieva, hay que barrer el techo, y todo el mundo sabe que los techos se construyen para que se les barra. En cuanto al uso á que se le destinó, no puede desempeñarlo mejor; es Bolsa en Francia, como hubiera sido templo en Grecia: verdad es que le costó gran trabajo al arquitecto esconder el reloj, que hubiera destruido la pureza de las hermosas líneas de la fachada, pero presenta en cámbio la columnata que circula en torno del monumento, bajo la cual, en los grandes dias de solemnidades religiosas, puede desenvolverse majestuosamente la teoría de los agentes de cámbio y de los corredores de comercio.

No hay duda de que son soberbios monumentos los que acabamos de enumerar; añadámosles una multitud de calles entretenidas y variadas, como la de Rívoli, y no perdamos la esperanza de que Paris, contemplado á vista de pájaro, presente un dia la riqueza de líneas, la opulencia de detalles, la diversidad de aspectos y la sorprendente belleza que caracterizan á un tablero de damas.

Por admirable que nos parezca el Paris moderno, construyamos en nuestro pensamiento el Paris del siglo quince; mirad el cielo al trasluz de aquel sorprendente laberinto de agujas, de torres y de campanarios; derramaos en medio de la inmensa ciudad, doblad las esquinas de las islas, contemplad los arcos de los puentes del Sena, con sus anchos charcos verdes y amarillos, tan cambiantes como la piel de la serpiente; destacad con limpieza sobre el horizonte azul el perfil gótico del antiguo Paris; haced flotar su contorno en las brumas del invierno que se enganchan en las infinitas chimeneas; sumergidle en una noche pro-

funda y contemplad el juego caprichoso de las sombras y de las luces en el oscuro laberinto de edificios; arrojad sobre él un rayo de luna que le dibuje vagamente y haga resaltar entre la niebla las grandes cabezas de sus torres; y contemplando su negra silueta, bañad en sombra los mil ángulos agudos de las agujas y de las paredes fronteras, y hacedla resaltar más festoneada todavía sobre el cielo dorado de occidente, y comparemos. Si queremos recibir de la vieja ciudad una impresion que no puede causar la nueva, ascendamos un dia de gran festividad, al salir el sol; subamos á un punto elevado, desde el que dominemos la capital entera, y oigamos el primer repiqueteo de las campanas. Veremos, á una señal que viene del cielo, porque el sol es el que la dá, extremecerse á la vez aquellas mil iglesias.

Oyense al principio campanadas sueltas, que van de una iglesia á otra, como cuando templan los músicos los instrumentos, advirtiendo que van á tocar: luego, de repente, porque parece que en ciertos momentos la vista tiene su oido particular, se levanta en el mismo instante de cada campanario como una columna de ruido, como un humo de armonía. Al empezar el toque, la vibracion de cada campana sube recta, pura y, por decirlo así, aislada de las demás, al expléndido cielo de la mañana; despues, creciendo las vibraciones, se confunden, se borran unas con otras y se amalgaman, produciendo magnífico concierto, y ya solo se oye la masa de vibraciones sonoras que se desprende sin cesar de innumerables campanarios, que flota, ondula, rebota y se arremolina sobre la ciudad y prolonga más allá del horizonte el círculo atronador de sus oscilaciones. No es, sin embargo, un caos ese mar de armonía; por alborotado y profundo que sea no pierde su transparencia, y se vé serpentear aparte cada grupo de notas que se escapa de los campanarios; en él puede apreciarse el diálogo, ya grave, ya chillon, de la carraca y del órgano; se ven saltar las octavas de un campanario á otro; se las vé salir aladas, ligeras y silbadoras de la campana de plata y caer rotas y cojas de la campana de madera; se puede oir, entre todas, el rico diapason que bajan y suben sin cesar las siete campanas de San Eustaquio, y ver circular al través notas claras y rápidas, que forman tres ó cuatro zig-zags luminosos y que se desvanecen como relámpagos. Aquí se conoce á la abadía de San Martin, cantora ágria y cascada; allí la voz siniestra y tétrica de la Bastilla; allá la ancha torre del Louvre con su voz de bajo profundo. La régia campana del Palacio lanza de contínuo á todas partes trinos resplandecientes, sobre los que caen en uniforme cadencia los pesados golpes de la campana de Nuestra Señora, que los hacen chispear como el yunque á los golpes del martillo. Por intervalos se oyen pasar sonidos de todas clases que nacen del triple repiqueteo de San German de los Prados, y de vez en cuando esa masa de voces sublimes se entreabre y dá paso á la *stretta finale* del Ave-María, que estalla y chispea como un penacho de estrellas. En lo más profundo del concierto se oye confusamente el canto interior de las iglesias que traspira á través de los poros vibrantes de sus bóvedas. Esas armonías constituyen una ópera que merece oirse. Habitualmente el rumor que se escapa de Paris durante el dia es el de la ciudad que habla; durante la noche es el de la ciudad que respira, pero á esta hora es el de la ciudad que canta. Prestad oido á este *tutti* de campanarios, esparcid sobre el conjunto el murmullo de medio millon de hombres, el eterno murmullo del rio, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques, colocados en las colinas, como inmensos cañones de órganos; suprimid en él, como en una media tinta, los sonidos demasiado roncos ó demasiado agudos del campaneo central, y decidme si conoceis en el mundo algo más rico, más alegre, más dorado y más deslumbrador que este tumulto de torres y de campanas; que este horno de música, que estas diez mil voces de bronce cantando á la vez con flautas de piedra de trescientos piés de altura; que esta ciudad, que es una orquesta; que esta sinfonía, que truena como una tempestad.

# LIBRO CUARTO

## I.

### Las buenas almas.

Diez y seis años antes de la época en que acaece esta historia, en una hermosa mañana del domingo de Quasimodo depositaron una criatura viva, despues de la misa, en la iglesia de

Nuestra Señora, sobre la tabla elevada en el átrio, á mano izquierda, frente á la *gran imágen* de San Cristóbal, que la estátua esculpida en piedra por Essarts contemplaba de rodillas, desde el año 1413, hasta que el santo y el fiel fueron derribados de los sitios que ocupaban. Sobre aquella cama de madera, en figura de tablado, era costumbre ofrecer á la caridad pública los niños expósitos, y de allí los tomaba el que queria. Delante del tablado habia una bandeja de cobre para recibir las limosnas.

El sér viviente que yacía en el indicado sitio en la mañana de Quasimodo, en el año de gracia de 1467, excitaba en alto grado la curiosidad del grupo, bastante considerable, que se habia reunido alrededor del tablado; formaban ese grupo casi exclusivamente personas del bello sexo y casi todas ancianas.

En la primera línea, y entre las más inclinadas sobre el tablado, veíanse cuatro, cuyos mongiles grises denotaban que pertenecian á alguna devota cofradía. No veo un motivo para que no trasmita la historia á la posteridad los nombres de las cuatro discretas y venerables mujeres. Se llamaban Inés la Herme, Juana de la Tarme, Enriqueta la Gaultiere y Gauchére la Violette, las cuatro viudas, buenas mujeres, las cuatro de la Capilla Ettiene-Haudry, que salieron del establecimiento con permiso de la superiora, cumpliendo los estatutos de Pedro de Ailly, para ir á oir el sermon.

Si esas dignas ancianas observaban los estatutos de Pedro Ailly, violaban en cámbio con el corazon lleno de alegría los de Miguel de Brache y los del cardenal de Pisa, que inhumanamente las prescribian el silencio.

—Qué quiere decir eso?... preguntaba Inés á Gauchére, contemplando al niño expósito, que berreaba y se retorcia sobre el tablado, asustado sin duda de tener fijas en él todas las miradas.

—¿Qué es lo que vá á suceder si esto hacen los niños que nacen ahora? exclamó Juana.

—No entiendo de criaturas, pero creo que ha de ser pecado mirar á ésta.

—Esto no es un niño, Inés.

—Esto es un mono contrahecho, observaba Gauchére.

—Esto es un milagro! repuso Enriqueta.

—Entonces éste ya es el tercero desde el domingo de *Lætare*, porque hace ocho dias que se realizó el del que se burla de los peregrinos y fué castigado por Nuestra Señora de Aubervilliers, y éste era ya el segundo del mes actual.

—Este expósito es un verdadero mónstruo de abominacion, añadió Juana.

—Sus berridos son capaces de dejar sordo á un chantre.—Calla, chillon!

—El señor obispo de Reims envia esta enormidad al de Paris.

—Yo sospecho, dijo Inés, que esto será un avechucho, un animal, el producto de un judío y de una marrana, algo, en fin, que no es cristiano y que es preciso echar al agua ó al fuego.

—Estoy segura de que nadie querrá recogerle.

—Ay Dios mio! exclamó Inés; ¡no faltaba más que se lo entregasen á las nodrizas de la Inclusa para que criasen á semejante mónstruo! Mejor daria yo á mamar á un vampiro.

—Qué inocente es Inés! repuso Juana; ¿pues no veis que este mónstruo tiene cuatro años lo menos y que mejor se cogeria á un cabrito que á una teta?...

No era, en efecto, recien nacido aquel mónstruo (no podemos calificarle de otra manera). Era una pequeña masa, muy angulosa y muy movediza, aprisionada en un saco de lienzo, dirigido á nombre del Sr. Guillermo Chartier, obispo de Paris, con una cabeza que salia del saco susodicho. Era deforme esa cabeza; solo se veian en ella un bosque de pelos rojos, un ojo, una boca y dientes; el ojo lloraba, la boca gritaba y los dientes deseaban morder, y el conjunto se revolvia dentro del saco, con asombro de la multitud, que aumentaba, renovándose sin cesar alrededor del tablado.

La señora Eloisa de Gondelaurier, dama rica y noble, que llevaba de la mano á una preciosa niña de seis años y arrastraba largo velo, pendiente de la aguja de oro de su peinado, detúvose ante el mónstruo y contempló un momento á la desventurada criatura, mientras su linda hija, vestida de seda y de terciopelo, deletreaba con la ayuda de su diminuto dedo el rótulo permanente pendiente del tablado, que decia: *Niños expósitos.*

—Vaya, exclamó la señora, volviendo la cara con gesto de disgusto; vaya, yo creia que aquí solo se exponian criaturas.

Volvió la espalda y arrojó en la bandeja un florin de plata, que resonó entre los ochavos y que hizo abrir los asombrados ojos de las cuatro viejas devotas.

Llegó un momento despues el grave y erudito Roberto Mistricolle, protonota-

rio del rey, con un enorme misal bajo de un brazo y llevando apoyada á su esposa en el otro, teniendo de este modo á sus dos lados sus dos reguladores, el espiritual y el temporal.

—Vamos á ver ese expósito, dijo á su cónyuge, acercándose con ella al tablado.

—No se le vé más que un ojo, observó aquella; encima del otro tiene una verruga.

—No es una verruga, le contestó Mistricolle; es un huevo que encierra otro demonio semejante al que estamos mirando, el cual contiene otro huevecillo que encierra otro diablo, y así sucesivamente.

—Cómo lo sabes?

—Lo sé muy bien, volvió á decir el protonotario.

—Señor protonotario, preguntó Gauchére: ¿qué pronosticais de esta especie de niño expósito?

—Las mayores desgracias, respondió Mistricolle.

—Ay Dios mio! exclamó una vieja asustada; por eso hubo peste el año pasado, y por eso se dice que los ingleses van á desembarcar en Harefleu.

—Puede que eso impida que venga la reina á Paris en el mes de Setiembre, añadió otra vieja.

—Creo, repuso Juana, que para los vecinos de Paris valdria más que ese pequeñuelo nigromántico estuviese extendido sobre una hoguera que sobre un tablado.

—Sobre una gran hoguera ardiente, añadió la vieja.

—Eso seria lo más prudente, dijo Mistricolle.

Escuchaba hacia ya algunos momentos los raciocinios de las viejas y las sentencias del protonotario un sacerdote jóven, de semblante severo, ancha frente y mirada profunda. Se abrió paso entre el gentío; sin hablar examinó al pequeño *nigromántico* y tendió la mano sobre él; llegó á tiempo, porque ya todas las devotas se relamian de gusto pensando en *la gran hoguera ardiente.*

—Yo adopto á este niño, dijo el sacerdote.

Le tomó en brazos y se lo llevó. Atónitos los asistentes, le siguieron con los ojos hasta perderle de vista; un instante despues desapareció por la Puerta Roja que conducia entonces desde la iglesia al claustro.

Pasada la sorpresa, Juana se inclinó al oido de la Gauchére y la dijo:

—Ya veis que sospechaba con fundamento; Claudio Frollo es hechicero.

## II.

### Claudio Frollo.

Claudio Frollo no era una persona vulgar. Pertenecia á una de aquellas familias que en el lenguaje impertinente del último siglo se llamaban del alto estado llano ó de la pequeña nobleza. Esta familia heredó de los hermanos Paclet el feudo de Tirechappe, que dependia del obispo de Paris, y cuyas veintiuna casas fueron en el siglo trece objeto de muchos litigios en la curia eclesiástica. Como poseedor de ese feudo, Claudio era uno de los *siete veintiun* señores que pretendian cobrar impuestos en Paris y en sus arrabales, y se vió durante mucho tiempo su nombre inscrito bajo este concepto entre el palacio de Tancarville, perteneciente á Francisco Le Rez, y el colegio de Tours, en el cartulario depositado en San Martin de los Campos.

Destinaron sus padres á Claudio Frollo, desde su infancia, al estado eclesiástico; le habian enseñado á leer en latin y le habian acostumbrado á bajar los ojos y á hablar con comedimiento; siendo aun niño, su padre le encerró en el convento de Torchi, situado en la Universidad, y allí creció entre el misal y el léxicon.

Era un muchacho triste, grave y sério, que estudiaba con ardor y que aprendia pronto; no gritaba en las horas de asueto, no tomaba parte en las bacanales de la calle de Fonarre, no sabia lo que era *dare alapas et capillos laniare*, y no figuró en la sarracina de 1463, que los analistas califican gravemente de "Sexto alboroto de la Universidad.„ Rara vez se burlaba de los pobres estudiantes de Montaign por las *monteras* que usaban, ni de los colegiales de Dormans por su tonsura lisa y los manteos de tres colores, verde, azul y violeta, *azmini coloris et bruni*, como dicen los reglamentos del cardenal de las Cuatro Coronas. En cambio asistia á todas las clases de la calle San Juan de Beauvais. El primer estudiante que el abad de San Pedro de Val veia en el momento de empezar la lectura de Derecho canónico, pegado, enfrente de su cátedra, á un pilar de la escuela de Saint-Vendregerile, era Claudio Frollo, con su tintero de cuerno, mascando la pluma, escribiendo sobre sus lustrosas rodillas y soplándose los dedos en in-

vierno. El primer oyente que el señor Miles D' Isliers, doctor en Derecho, veia llegar todos los lunes por la mañana sofocado al abrirse las puertas de la escuela del Chef-Saint-Denis, era Claudio Frollo. Por eso á los diez y seis años el jóven estudiante podia discutir en teología mística con un padre de la Iglesia, en teología canónica con un padre de los Concilios y en teología escolástica con un doctor de la Sorbona.

Cuando terminó el estudio de la teología se dedicó al estudio de las decretales. Desde el *Maestro de las Sentencias* pasó á las *Capitulares de Carlo-Magno*, y en su apetito de ciencia devoró decretales sobre decretales, las de Teodoro, obispo d' Hispale; las de Bouchard, obispo de Worms; las de Ires, obispo de Chartres; luego el decreto de Graciano, que sucedió á las Capitulares de Carlo-Magno; despues la recopilacion de Gregorio IX, y últimamente la epístola *Super specula* de Honorio III. Se le hizo claro y familiar el vasto y tumultuoso período de Derecho civil y de Derecho canónico, siempre en lucha y trabajando para formar el caos de la Edad Media, período que abre en 618 el obispo Teodoro y que cierra en 1227 el papa Gregorio.

Despues de las decretales, se dedicó al estudio de la medicina y al de las artes liberales: estudió la ciencia de las yerbas y la de los ungüentos, y llegó á ser experto en las calenturas y en las contusiones, en las heridas y en los tumores; Jacques d' Espars le hubiera dado el título de médico físico, y Ricardo Hellain el de médico cirujano. Recorrió igualmente todos los grados de licenciado, maestro y doctor en Artes. Del estudio de lenguas aprendió el latin, el griego y el hebreo, triple santuario muy poco frecuentado en aquella época; sentia verdadera pasion febril por adquirir y atesorar la ciencia; así es que á los diez y ocho años habia pasado ya las cuatro facultades, como si creyese que el único objeto de la vida era *el saber*.

Por esa época, el excesivo calor del verano de 1466 produjo aquella horrorosa peste que acabó con más de cuarenta mil personas en el vizcondado de Paris. Corrieron voces en la Universidad de que la calle de Tirechappe era una de las que más azotaba la peste, y en ella residian, en su feudo, los padres de Claudio. Este corrió alarmado á la casa paterna, y cuando entró en ella supo que su padre y su madre habian muerto la víspera; un hermanito suyo, tan niño que aun mamaba, vivia aun y lloraba al verse abandonado en la cuna. Este niño era lo que le quedaba á Claudio de su familia; lo cogió en brazos, y pensativo salió con él de aquel sitio de desolacion. Hasta entonces solo vivió Claudio para la ciencia, pero desde aquel momento tenia ya que vivir para algo más.

Esta catástrofe produjo una crísis en la existencia de Claudio Frollo. Al verse huérfano, hermano mayor y jefe de familia á los diez y nueve años, pasó con violenta transicion de las meditaciones de la escuela á las realidades del mundo, y, movido á compasion, sintió profunda ternura por su hermano niño; y fué extraño, pero dulce, aquel afecto humano, para él, que hasta entonces solo profesara afecto á los libros. Desarrollóse este cariño hasta un grado singular en un alma tan vírgen de afecciones como aquella, y fué para Claudio como su primer amor. Separado desde la infancia de sus padres, que apenas habia conocido; encerrado en un claustro y emparedado con sus libros; ávido, ante todo, de estudiar y de aprender; atento exclusivamente hasta entonces á su inteligencia, que se dilataba por los horizontes de la ciencia, y á su imaginacion, que se engrandecia en el campo de las letras, el pobre estudiante no habia tenido aun tiempo de saber cómo late el corazon. Ese hijo, sin padre ni madre, ese niño que desde el cielo le caia bruscamente en los brazos, hizo de Claudio otro hombre. Se apercibió entonces de que habia algo más en el mundo, que no eran las esplicaciones de la Sorbona y los versos de Homero; conoció que el hombre necesitaba afectos, que la vida sin ternura y sin amor es solo un mecanismo seco, áspero y destemplado; pero se figuró, porque estaba en la edad en que las ilusiones se reemplazan por otras ilusiones, que las afecciones de la sangre y de la familia eran las únicas necesarias, y que teniendo un hermano á quien amar, era este cariño suficiente para llenar toda su existencia.

Se entregó, pues, al cariño del pequeño Juan con la vehemencia de un carácter ya profundo, ardiente y concentrado. Esa delicada criatura, hermosa, blonda y sonrosada; ese huérfano, sin más apoyo que el de otro huérfano, le conmovia hasta el fondo de las entrañas, y como era grave pensador, empezó á meditar sobre aquel niño con misericordia infinita. Le amó y cuidóle como á cosa frágil y recomendada, y fué para el niño

más que un hermano, fué una madre. Juan la habia perdido antes de que le destetaran, y Claudio le buscó una nodriza. Además del feudo de Tirechappe, Claudio heredó de su padre el feudo del molino, dependiente de la torre cuadrada de Gentilly; este molino estaba situado sobre una colina, junto al castillo de Winchestre (hoy Bicetre). La molinera estaba criando á un niño, y aquel sitio no estaba lejos de la Universidad, por lo que Claudio le llevó á su hermanito para que lo amamantase.

Desde entonces, sintiéndose con una carga que soportar, pensó con la mayor seriedad en la vida. Su hermano menor empezó á ser para él, no solo el recreo, sino el objeto de sus estudios, y resolvió consagrarse enteramente á labrarle un porvenir, del que era responsable ante Dios, y á no tener jamás otra esposa ni otro hijo que la felicidad y la fortuna de su hermano. Se afirmó, pues, más que nunca en su vocacion clerical; su mérito, su ciencia, su cualidad de vasallo inmediato del obispo de Paris, le abrian de par en par las puertas grandes de la Iglesia. A los veinte años, por dispensa especial de la Santa Sede, era ya sacerdote y decia misa, como el más jóven de los capellanes de Nuestra Señora, en el altar que se llama, por decirse en él la misa última, *altare pigrorum.*

En la Catedral, engolfado más que nunca en los libros, que solo abandonaba una hora para ir al feudo del molino; manifestando unidos el saber y la austeridad, rara mezcla en su edad, se atrajo muy pronto el respeto y la admiracion de todo el claustro. Del claustro pasó al pueblo su reputacion de sábio, y el pueblo la fué convirtiendo en hechicería, cosa frecuente en aquella época.

En el momento en que volvia, el dia de Quasimodo, de decir la misa de los perezosos en el altar de este nombre, situado al lado de la puerta del coro que comunica con la nave, á la derecha, cerca de la Vírgen, fué cuando llamó su atencion el grupo de las viejas murmuradoras que rodeaban el tablado de los niños expósitos. Entonces fué cuando se acercó á la pobre criatura, tan aborrecida y tan amenazada. Aquella miseria, aquella deformidad, aquel abandono; la idea de su hermanito, el pensamiento que le asaltó de que éste quedaria tambien abandonado si él llegase á morir, todo esto se agolpó á su corazon á un mismo tiempo, que sintió una compasion tan profunda que le hizo apoderarse del niño.

Cuando le desenvolvió del saco quedó pasmado de su deformidad. El desventurado tenia una verruga en el ojo izquierdo, la cabeza enterrada entre los hombros, arqueada la columna vertebral, el esternon prominente y las piernas torcidas; parecia que viviria, y aunque no era fácil saber qué lengua tartamudeaba, sus gritos denunciaban fuerza y salud. Tan gran fealdad aumentó la compasion de Claudio, el que hizo voto de criar al niño por amor á su hermano, con la idea de que cualesquiera que fuesen en lo sucesivo las faltas que Juan pudiese cometer, tuviese anticipada en su favor esta caridad hecha en su nombre; era una especie de imposicion de buenas obras que efectuaba en nombre de su hermano, una provision de buenas acciones que queria reunirle anticipadamente, para el caso de que algun dia careciese de esta moneda, que es la única que se recibe en el portazgo del cielo.

Bautizó á su hijo adoptivo con el nombre de *Quasimodo*, ya por indicar de esta manera el dia en que le halló, ya por caracterizar con ese nombre hasta qué punto era la pobre criatura incompleta y apenas bosquejada. En efecto, Quasimodo, tuerto, jorobado y patizambo, solo era una quisicosa.

## III.

**Immanis pecoris custos, immanior pes.**

En 1482 Quasimodo habia crecido. Hacia ya bastantes años que era campanero de Nuestra Señora por el influjo de su padre adoptivo, Claudio Frollo, el que habia llegado á ser arcediano de Josas, gracias á su señor feudal, el señor Luis de Beaumont, que habia ascendido á obispo de Paris en 1472, por muerte de Guillermo Chartier, gracias á su Mecenas Olivier le Dain, barbero del rey Luis XI por la gracia de Dios.

Como acabamos de decir, Quasimodo era campanero de Nuestra Señora, y con el tiempo habia llegado á formarse no sé qué union íntima entre éste y la iglesia. Separado para siempre del mundo por la doble fatalidad de su nacimiento desconocido y de su naturaleza deforme, encarcelado desde la niñez en aquel doble círculo intraspasable, el infeliz se habia acostumbrado á no ver nada en el mundo más allá de las religiosas murallas á cuya sombra le habian recogido. Nuestra Señora habia sido sucesivamente

para él, á medida que crecia y se desarrollaba, el huevo, el nido, la casa, la patria y el universo.

Parecia que existiera cierta armonía misteriosa y preexistente entre esta criatura y este edificio. Cuando era chico se arrastraba tortuosamente y á gatas en las tinieblas de sus bóvedas; parecia, con su semblante humano y sus miembros bestiales, el reptil natural de aquellas losas húmedas y sombrías, sobre las que la sombra de los capiteles romanos proyectaba mil sombras caprichosas. Más tarde, la primera vez que se agarró maquinalmente á la cuerda de las torres, se colgó de ella y puso en movimiento á la campana; á su padre adoptivo, Claudio Frollo, le hizo esto el efecto de un niño cuya lengua se desata y empieza á hablar. Así fué cómo poco á poco, desarrollándose siempre en él el sentido de la Catedral, viviendo, durmiendo y no saliendo nunca de ella y recibiendo á todas horas su misteriosa presion, llegó á parecérsele, á incrustarse, por decirlo así, á formar parte integrante de ella. Sus ángulos salientes se amoldaban (permítasenos esta figura) á los ángulos entrantes del edificio, tanto que Quasimodo no solo parecia su habitante, sino su contenido natural. Casi podia decirse que habia tomado su forma, como el caracol toma la de su concha; aquella era su mansion, su agujero, su envoltura. Existian entre él y la antigua Catedral simpatía tan instintiva y profunda, tantas afinidades magnéticas y tantas afinidades materiales, que estaba pegado á ella en cierto modo, como la tortuga á su concha: la rugosa Catedral era su corteza.

Inútil creemos advertir á nuestros lectores que no tomen al pié de la letra las figuras que nos vemos obligados á emplear para expresar el ayuntamiento singular, simétrico, inmediato, casi consubstancial de un hombre con un edificio; inútil tambien es explicar hasta qué punto se habia familiarizado con toda la Catedral en una tan larga é íntima cohabitacion. En aquella morada no habia profundidad que Quasimodo no penetrase, ni altura que no hubiera escalado; muchas veces le acontecia trepar por toda la fachada, hasta inmensas elevaciones, sin otra ayuda que las asperezas de la escultura. Las torres, por cuya superficie exterior se le veia con frecuencia rastrear, como lagarto que se desliza por una pared perpendicular; las dos gigantescas torres gemelas, tan altas, tan amenazadoras y tan temibles, no le producian vértigos, ni terror, ni atolondramientos; al ver que las escalaba con tanta facilidad, cualquiera diria que las habia domesticado. Á fuerza de saltar, de encaramarse, de suspenderse sobre los abismos de la Catedral, habia adquirido algo del mono y de la gamuza, como los niños de Calabria, que nadan antes que andan, y pequeñuelos juegan con las olas.

No solo se habia amoldado á la Catedral el cuerpo de Quasimodo, sino tambien el espíritu. ¿En qué estado se encontraba su alma? ¿Qué pliegue habia formado bajo aquella cerrada cubierta, en aquella vida salvaje? Difícil seria determinarlo. Quasimodo nació tuerto, jorobado y cojo, y con mucho trabajo y con gran paciencia pudo conseguir Claudio Frollo enseñarle á hablar; pero la fatalidad perseguia al desventurado expósito: siendo campanero de Nuestra Señora, á los catorce años, una enfermedad, propia de su oficio, vino á completar su infortunio; las campanas le rompieron el tímpano y quedó sordo. La única puerta que la Naturaleza le habia dejado abierta por completo se le cerró de pronto para siempre. Al cerrarse interceptó el único rayo de luz y de alegría que penetraba en el alma de Quasimodo, y su alma quedó sumergida en noche profunda. La melancolía del desventurado fué incurable y completa, como su deformidad. Añadamos á esto que la sordera le hizo mudo en cierto modo, porque para no hacer reir á los demás, desde el momento que quedó sordo se determinó á guardar obstinado silencio, que solo rompia cuando estaba solo, y ató voluntariamente la lengua que con tanto trabajo Claudio Frollo logró desatar: de aquí provenia que cuando la necesidad le obligaba á hablar, su lengua estaba embotada y torpe como una puerta cuyos goznes están enmohecidos.

Si intentáramos penetrar en el alma de Quasimodo al través de su corteza espesa y dura; si pudiéramos sondear las profundidades de su organizacion contrahecha; si fuera posible mirar con una antorcha detrás de sus órganos sin transparencia y explorar el interior tenebroso de esta criatura opaca, alumbrar sus rincones oscuros y sus calles absurdas y sin salida; si arrojásemos de repente un rayo luminoso sobre la reina intelectual encadenada en el fondo de aquel antro, encontraríamos sin duda alguna á la infeliz en pobre, encogida y

raquítica actitud, como los prisioneros de los plomos de Venecia, que envejecen doblados en una caja de piedra, demasiado estrecha y demasiado baja.

Es indudable que el espíritu se atrofía en un cuerpo deforme. Quasimodo sentia apenas que se movia ciegamente dentro de él un alma hecha á su imágen. Las impresiones de los objetos sufrian refraccion considerable antes de llegar á su pensamiento. Su cerebro era un centro tan particular, que las ideas que le atravesaban salian torcidas de él, y la reflexion procedente de tal refraccion era preciso que fuese divergente y extraviada. De aquí nacian las ilusiones ópticas, las aberraciones de los juicios y los descarríos en que divagaba su pensamiento, unas veces loco y otras idiota.

El primer efecto de aquella fatal organizacion era el de enturbiar la mirada que dirigia á los objetos, de los que casi no recibia ninguna percepcion inmediata. El mundo exterior le parecia mucho más lejano que á nosotros. El segundo efecto de su desgracia era hacerle malo; era malo en efecto, porque era salvaje, y era salvaje porque era contrahecho. Habia, como en la nuestra, en su naturaleza, cierta lógica; su fuerza, extraordinariamente desarrollada, era un motivo más para que fuese maligno. *Malus puer robustus*, dijo Hobbes.

Pero es necesario que le hagamos merecida justicia; la maldad no era innata en él quizás. Desde que empezó á dar sus primeros pasos entre los hombres se sintió superior en fuerza, pero se vió escupido, ajado y escarnecido. La palabra humana siempre fué para él un insulto, una burla ó una maldicion; cuando fué creciendo no vió más que ódio hácia él por todas partes, y él le recogió, reasumiendo la maldad general; tomó el arma con la que le herian.

Acabó por no mirar á los hombres más que contra su voluntad; le bastaba su Catedral, poblada de figuras de mármol, de reyes, santos y obispos, que al menos no se reian al verle y le miraban con serenidad y afabilidad. Las otras estátuas de mónstruos y de demonios no le tenian ódio; se les parecia él demasiado para inspirárselo, y ellas solo se reian de los demás hombres. Los santos eran amigos suyos y le bendecian, y los mónstruos lo eran tambien y le protegian; por eso tenia grandes desahogos con ellos y pasaba muchas veces horas enteras acurrucado delante de alguna de aquellas estátuas, en solitaria plática con ella; si álguien llegaba, Quasimodo huia, como un amante sorprendido al dar una serenata.

La Catedral no solo era la sociedad para él, sino tambien su universo y su naturaleza. No soñaba en otros árboles que en las pintadas vidrieras, siempre florecientes, ni en otra sombra que en la de aquellos follajes de piedra que se extienden, cargados de pájaros, en la copa de los capiteles sajones, ni en otras montañas que en las colosales torres de la iglesia, ni en otro océano que en el Paris que oia bullir á sus piés.

Pero lo que preferia á todo cuanto encerraba el edificio maternal, lo que despertaba su alma, haciéndola abrir las pobres alas que tenia miserablemente replegadas dentro de su caverna; lo que á veces le hacia feliz, eran las campanas. Quasimodo las hablaba, las acariciaba y las comprendia. Desde el esquilon de la aguja del crucero hasta la campana grande de la portada, á todas las profesaba igual afecto. El campanario del crucero y las dos torres eran para él tres espaciosas jaulas, cuyos pájaros, que él criaba, cantaban solo para él. Estas campanas fueron la causa de su sordera, pero las madres quieren con frecuencia más al hijo que más las hace sufrir.

Verdad es que la voz de las campanas era la única que ya el infeliz podia oir, y por eso la campana mayor era su querida y la preferia entre aquella familia de jóvenes alborotadoras, que se bamboleaban á su alrededor los dias festivos. La campana mayor se llamaba María; estaba sola en la torre meridional con su hermana Jacoba, campana de menos talla, que se encerraba en una jaula más pequeña al lado de la suya. Se la bautizó así para darla el nombre de la mujer de Juan Montagú, que la regaló á la iglesia, lo que no le libró de ser decapitado en Montfaucon. En la segunda torre habia seis campanas, y por último, las seis más pequeñas habitaban el campanario sobre el crucero con la matraca, que solo se tocaba despues de las doce del Jueves Santo hasta la mañana de la víspera de Páscua. Tenia, pues, Quasimodo quince campanas en su serrallo, pero María era su favorita.

Sentia extraordinario alborozo los dias de repique y de vuelo general de campanas. Apenas el arcediano le decia: “Marcha á tocar„, subia encaramándose por el caracol del campanario más de prisa que otro lo hubiera bajado; entraba jadean-

do en la habitacion aérea de la campana mayor, la contemplaba un instante con recogimiento y con cariño, despues la dirigia amorosamente la palabra y la acariciaba con la mano, como se hace con un buen caballo que vá á emprender larga carrera, y la compadecia por el trabajo que tenia que hacer. Despues de estas primeras caricias, llamaba á sus ayudantes, que ocupaban el piso inferior de la torre, diciéndoles que empezaran: colgábanse éstos á los cables, rechinaba el cabrestante, y la enorme cápsula de metal se ponia lentamente en movimiento. Quasimodo, palpitante, la seguia con la vista; el primer choque del badajo contra la pared de bronce hacia temblar el armazon de madera que la sostenia. Quasimodo vibraba como la campana.—"Vuela!„ le gritaba, soltando insensata carcajada. Iba acelerándose el movimiento de la campana, y á medida que recorria un ángulo más abierto, el ojo único de Quasimodo se abria tambien cada vez más fosfórico y resplandeciente. Empezaba, por fin, el repiqueteo, temblaba la torre, madera, plomo, piedra; todo en ella retumbaba á la par, desde las estacas de los cimientos hasta los ornatos de la techumbre. Quasimodo entonces ardia y echaba espumarajos; no hacia más que ir y venir y temblaba con la torre, de piés á cabeza. La campana, desenfrenada y furiosa, presentaba alternativamente á las dos paredes de la torre su garganta de bronce, de la que salia aquel aliento de tempestad que se oye á cuatro leguas. Se colocaba Quasimodo delante de aquella boca abierta, se agachaba, volvíase á levantar al dar las vueltas la campana, aspiraba aquel aliento impetuoso, y ya miraba á la profunda plaza, que hormigueaba á doscientos piés debajo de él, ya á la enorme lengua de cobre que venia á zumbar en sus oidos. Era aquella la única palabra que podia oir, el único sonido que interrumpia para él el silencio universal, y en él se le ensanchaba el pecho, como un pájaro al sol. De repente se apoderaba de él el frenesí de la campana; su mirada era extraordinaria; esperaba la campana al paso, como espera la araña á la mosca, y se precipitaba sobre ella á brazo partido. Entonces, suspendido sobre el abismo, lanzado con el formidable impulso de la campana, asía por sus dos aletas al mónstruo de bronce, le apretaba con ambas rodillas, le golpeaba con sus talones y redoblaba con todo el choque y el peso de su cuerpo la furia del vuelo de la campana. La torre vacilaba, Quasimodo gritaba y rechinaba los dientes, se le erizaban los rojos cabellos, su pecho sonaba como el fuelle de una fragua, su ojo brotaba llamas, la enorme campana relinchaba jadeando debajo de él, y entonces ya no eran aquello ni la campana de Nuestra Señora ni Quasimodo, sino un sueño, un torbellino, una tempestad; el vértigo á caballo del ruido; un espíritu cabalgando en grupa voladora; un monstruoso centauro, medio hombre y medio campana; una especie de Astolfo horrible, arrebatado sobre un prodigioso hipógrifo de bronce vivo.

La presencia de aquel sér extraordinario hacia circular por toda la Catedral no sé qué aliento de vida, como si se exhalara de él; aseguraban las supersticiosas creencias del pueblo que dimanaba de él una emanacion misteriosa que animaba todas las piedras de Nuestra Señora y hacia palpitar las profundas entrañas de la vieja Catedral. Bastaba saber que Quasimodo estaba allí, para que creyesen ver con vida y movimiento las mil estátuas de los pórticos y de las galerías. La Catedral parecia, en efecto, una criatura dócil y obediente bajo su mano; esperaba su voluntad para levantar su inmensa voz, estaba ocupada y poseida por Quasimodo como por un génio familiar. Parecia que por él respiraba el inmenso edificio, y él se hallaba verdaderamente en todas sus partes, en todos los puntos del monumento. El pueblo veia á veces con terror en lo más alto de las torres un enano singular, que trepaba, rastreaba y andaba á gatas, pendia por afuera sobre el abismo, brincaba de ángulo en ángulo y se metia y acurrucaba en el vientre de alguna górgona esculpida, y era Quasimodo que buscaba nidos de cuervos. Otras veces tropezaban en un rincon de la iglesia con una especie de quimera viva, informe y agachada; era Quasimodo que estaba meditando.

Ya distinguian encima de un campanario una cabeza enorme y un manojo de miembros desordenados, balanceándose con velocidad en una cuerda: era Quasimodo tocando á vísperas ó al Ave-María. Algunas noches se veia vagar una forma horrible sobre la balaustrada, aérea y de encaje, que corona las torres y el contorno del ábside, y era tambien el jorobado de Nuestra Señora: entonces, segun decian las vecinas, adquiria la iglesia algo de fantástico, de

sobrenatural, de horrible; abríanse por doquiera ojos y bocas, oíanse ladrar los perros, las sierpes y las tarascas de piedra, que velan dia y noche, alargaban el pescuezo y abrian las fauces alrededor de la monstruosa Catedral: si eso sucedia en una noche de Navidad, mientras la campana mayor, que sonaba como el hipo de un moribundo, llamaba á los fieles á la Misa del Gallo, la sombría fachada presentaba aspecto tan singular, que parecia que el porton devoraba al gentío y que el roseton lo miraba. Todo esto provenia de Quasimodo. El Egipto le hubiera tenido por un dios del templo; la Edad Media le creia su demonio, pero en realidad era su alma.

Tanto es así, que para los que saben que ha existido Quasimodo, Nuestra Señora está hoy solitaria, inanimada, muerta. Ven que le falta algo. Aquel cuerpo inmenso está vacío, es un esqueleto; le abandonó el alma, y solo queda el sitio que ella ocupó; es como un cráneo, en el que se conservan los agujeros de los ojos, pero que carece de vista.

## IV.

### El perro y su amo.

Existia, no obstante todo lo dicho, una criatura humana, á la que Quasimodo exceptuaba de su malignidad y de su ódio, y á la que profesaba tanto ó quizás mayor afecto que á la Catedral: esta persona era Claudio Frollo, y se comprende perfectamente.

Claudio Frollo le habia recogido y adoptado, le mantuvo y le educó. Desde muy pequeño corria á refugiarse entre las piernas de Claudio cuando los chicos le querian pegar y cuando los perros le ladraban. Claudio Frollo le enseñó á hablar, á leer y á escribir, y por fin lo hizo campanero, y dar en matrimonio la campana gorda á Quasimodo es dar Julieta á Romeo.

Por eso la gratitud de Quasimodo era profunda, apasionada y sin límites, y aunque el semblante de su padre adoptivo era con frecuencia severo y sombrío y su lenguaje breve, duro é imperioso, no desmintió jamás el agradecimiento que por él sentia el campanero. El arcediano tenia en Quasimodo el esclavo más sumiso, el criado más dócil y el perro más vigilante. Cuando éste quedó sordo, se estableció entre él y Claudio Frollo un lenguaje de signos misteriosos que ellos solos comprendian, y de este modo fué el arcediano el único sér humano con el que Quasimodo conservaba comunicacion. Solo tenia relacion en el mundo, pues, con Nuestra Señora y con Claudio Frollo.

El imperio que el arcediano ejercia sobre su campanero solo es comparable al cariño que éste profesaba á aquel; hubiera bastado una señal de Claudio, y la idea de complacerle de este modo, para que Quasimodo se precipitase desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, y era cosa asombrosa que toda fuerza desarrollada extraordinariamente en Quasimodo la pusiese éste ciegamente á la disposicion de otro; habia sin duda en esto algo de sacrificio filial y de lealtad doméstica; era resultado quizás de la fascinacion de un espíritu por otro; era una organizacion pobre, torpe é imperfecta, que se humillaba suplicante y sumisa ante una inteligencia alta, profunda, poderosa y superior; pero ante todo era la gratitud llevada á su último límite, que no hay nada en el mundo con qué compararla. No es esta virtud de la que se encuentran los más brillantes ejemplos entre los hombres, por lo que diremos que Quasimodo queria al arcediano como nunca quiso á su amo ningun perro, ningun caballo, ningun elefante.

## V.

### Continuacion de Claudio Frollo.

En 1482 Quasimodo tenia cerca de veinte años, Claudio Frollo cerca de treinta y seis; el uno habia crecido y el otro empezaba á envejecer.

Claudio Frollo no era ya el sencillo estudiante del colegio de Torchi, el cariñoso protector de un niño, ni el jóven y meditabundo filósofo, que sabia mucho, pero que ignoraba mucho tambien. Era un sacerdote austero, grave, pensativo; un director de almas, el señor arcediano de Josas, el segundo acólito del obispo, encargado de los decanatos de Montheery y de Chateaufort y de ciento setenta y cuatro curatos rurales. Era un personaje imponente y sombrío, ante el que temblaban los niños del coro, los cantores de iglesia, los cofrades de San Agustin y los clérigos matutinos de Nuestra Señora, cuando pasaba lentamente por bajo las ojivas del coro, majestuoso, pensativo, con los brazos cruzados y la cabeza tan inclinada sobre el pecho, que solo dejaba ver del semblante la ancha y calva frente.

Dom Claudio Frollo no habia abandonado por eso ni la ciencia ni la educacion de su hermano menor, que constituian las dos ocupaciones de su vida; pero con el tiempo se mezcló alguna amargura á estas cosas, para él tan dulces: á la larga, el mejor tocino se hace rancio, como dice Pablo Diacre. Su hermano Juan, apodado *del Molino*, por el sitio donde le criaron, no crecia llevando la direccion que Claudio quiso imprimirle: el hermano mayor contaba con sacar un discípulo dócil, piadoso, docto y honorable; pero Juan, como los árboles tiernos, que se burlan de los esfuerzos del jardinero y se vuelven con tenacidad al lado de donde viene el aire y el sol, Juan, repetimos, no crecia, ni se multiplicaba, ni extendia anchas ramas pomposas y lujuriosas más que por el lado de la pereza, de la ignorancia y de la crápula. Era un demonio desordenado que hacia fruncir el ceño á Claudio; pero al mismo tiempo era tan gracioso y tan agudo, que lograba hacerle sonreir. El hermano mayor le puso en el colegio de Torchi, en el mismo donde él pasó sus primeros años de estudio y de recogimiento, y fué un dolor para él que escandalizara un Frollo un santuario que otro Frollo glorificó en otro tiempo. Sermoneaba larga y severamente sobre esto á Juan, que le escuchaba con impavidez. Por lo demás, el bribonzuelo tenia buen corazon, como es costumbre en todas las comedias. Acabado el sermon volvia á ser el mismo de antes. Unas veces daba á un *novato* un chasco pesado por la bienvenida (tradicion que se ha conservado hasta nuestros dias). Otras veces daba caza á algunos otros estudiantes, los que clásicamente se habian refugiado en una taberna, *quasi classico excitati*, y habian apaleado al tabernero "con estacas ofensivas„ y saqueado alegremente la casa hasta el punto de destripar los barriles en la bodega; en una palabra, era cabeza de motin de todas las diabluras estudiantiles propias de aquella época.

Esto contristó y descorazonó á Claudio en sus afectos humanos y se dejó caer con más entusiasmo que nunca en brazos de la ciencia, de esta hermana que no se rie del que la ama, y á quien paga siempre, á veces con moneda hueca, el culto que se le consagra. Fué, pues, más sábio á medida que el tiempo avanzaba, y por consecuencia natural, cada vez más rígido como sacerdote y más adusto como hombre. Hay en nosotros ciertos paralelismos entre la inteligencia, las costumbres y el carácter de cada uno, que se desenvuelven sin cesar y que solo se rompen en las grandes perturbaciones de la vida.

Como Claudio Frollo habia recorrido en su juventud el círculo casi entero de los conocimientos humanos, positivos, exteriores y lícitos, le fué preciso, para no pararse *ubi defuit orbis*, ir más allá y buscar otros alimentos que saciasen la actividad incansable de su inteligencia. El antiguo símbolo de la serpiente que se muerde la cola es aplicable á la ciencia, y Claudio Frollo lo probó. Personas graves aseguraban que, despues de haber agotado el *fas* del saber humano, habia osado penetrar en el *nefas:* decian que habia probado sucesivamente todas las manzanas del árbol de la inteligencia, y, fuese por hambre ó fuese por hastío, que habia acabado por morder el fruto prohibido. Se encontró, como saben nuestros lectores, en las conferencias teológicas de la Sorbona, en las asambleas de filósofos ante la imágen de San Hilario, en las disputas de los decretalistas ante la imágen de San Martin, en las congregaciones de los médicos en la pila de Nuestra Señora, *ad cupam Nostræ Dominæ*.

Habia ya devorado todos los manjares lícitos que podian condimentar y servir á la inteligencia aquellas cuatro grandes cocinas, llamadas las cuatro Facultades, y le llegó la saciedad antes de quedar sin hambre; entonces ahondó más lejos y más bajo toda aquella ciencia finita, material y limitada; y quizás arriesgó el perder su alma, sentándose en la caverna á la mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrólogos y de los herméticos, á cuyo frente se hallaban en la Edad Media Averroes, Guillermo de Paris y Nicolás Hamel, cuya ciencia se prolonga por el Oriente, á la claridad del candelero de siete brazos, hasta Salomon, Pitágoras y Zoroastro. Esto creian de Claudio Frollo, con razon ó sin ella.

Cierto es que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Santos Inocentes, en el que estaban enterrados sus padres, con las demás víctimas de la peste de 1466; pero tambien lo es que demostraba menos devocion á la cruz de la sepultura que á las figuras extrañas que cubrian el sepulcro de Nicolás Hamel y el de Claudio Pernelle, construido á su lado.

Tambien es cierto que muchas veces se le vió pasar por la calle de los Lombardos y entrar furtivamente en una ca-

suca que hacia esquina á la calle de los Escritores y á la de Marivault. Esa casa la construyó Nicolás Hamel y murió en ella en 1417; estaba siempre abandonada desde entonces y empezaba á arruinarse; tanto habian gastado sus paredes con solo grabar en ella sus nombres los herméticos y los alquimistas de todos los paises. Algunos vecinos hasta afirmaban haber visto una vez por un ventanillo al arcediano, socavando y removiendo la tierra en los dos sótanos, cuyas jambas estriberas estaban llenas de versos y de geroglíficos infinitos, escritos por el mismo Nicolás Hamel, donde se suponia que éste habia enterrado la piedra filosofal, cuyo suelo no han dejado de remover los alquimistas durante dos siglos, desde Magistri hasta el padre Pacifique, por lo que la casa acabó por reducirse á polvo á fuerza de registrar y de cavar tanto en ella.

Tambien es cierto que el arcediano sentia una pasion singular por la portada simbólica de Nuestra Señora, por la página cabalística escrita en piedra por el obispo Guillermo de Paris, el que sin duda murió condenado por haber aplicado tan infernal frontispicio al santo poema que canta eternamente el resto del edificio.

Decian tambien que el arcediano habia profundizado el coloso de San Cristóbal y la gran estátua enigmática que se levantaba entonces á la entrada del átrio, á la que el pueblo llamaba por irrision *el señor Legris*. Todos observaban que pasaba interminables horas sentado en los pedestales del átrio, contemplando las esculturas de la portada, examinando, ya las vírgenes locas, que llevan las lámparas boca abajo, ya las vírgenes virtuosas, que las mantienen derechas; otras veces se fijaba en la mirada del cuervo que está en la compuerta de la izquierda, y que mira en la iglesia un punto misterioso, en el que seguramente está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolás Hamel.

Era tambien cierto, en fin, que el arcediano se habia apropiado, en la torre que mira hácia la Grève, inmediata al campanario, una celda secreta, en la que, segun pública voz, nadie entraba, ni aun el obispo, sin su licencia. Abrió aquella celda, casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de los cuervos, el obispo Hugo de Besançon, y en ella hacia sus maleficios y hechicerías. Nadie sabia lo que encerraba aquella celda; pero se veia con frecuencia desde las orillas del *Terreno*, durante la noche, en una ventanilla que tenia la celda á espaldas de la torre, aparecer y desaparecer, en cortos é iguales intervalos, cierta claridad rojiza, intermitente y caprichosa, que parecia obedecer á las aspiraciones contínuas de un fuelle y nacer de una llama más que de una luz. En la oscuridad, y á tan gran altura, producia singular efecto, y las viejas decian: "Ya está soplando el arcediano; el infierno arde allá arriba„.

Despues de todo, cuanto venimos indicando no presentaba grandes pruebas de hechicería; pero sí que habia humo para sospechar que habia de existir el fuego, y el arcediano gozaba de temible fama. Debemos confesar, sin embargo, que las ciencias de Egipto, que la nigromancia, que la mágia, hasta la blanca, que es la más inocente, no tenian enemigo más encarnizado, ni denunciador más implacable que él; y ya fuese horror sincero ó astucia de ladron, que grita: *¡á los ladrones!*, no impedia esto que fuese considerado el arcediano, entre las doctas cabezas del Cabildo, como alma aventurada en el vestíbulo del infierno, perdida en las cavernas de la cábala y que andaba á tientas por entre las tinieblas de las ciencias ocultas. El pueblo era de la misma opinion; para éste, Quasimodo era un demonio y Claudio Frollo un hechicero, y era evidente que el campanero debia servir al arcediano durante un plazo determinado y pasado éste se llevaria en pago su alma. Por eso el arcediano, á pesar de la austeridad de su vida, tenia mala fama entre las buenas almas, y no habia nariz de devota que no creyese que echaba olor á brujo.

Si al ir envejeciendo iba viendo abismos en la ciencia, tambien los iba viendo en su corazon; así era de presumir si se contemplaba aquel rostro, por el cual transpiraba su alma á través de una nube sombría. ¿Por qué tenia la frente tan calva, la cabeza siempre inclinada y el pecho agitado por contínuos suspiros? ¿Qué secreto pensamiento hacia sonreir su boca con tanta amargura en el momento mismo en que sus cejas fruncidas se juntaban, como dos toros que van á pelear? ¿Por qué el escaso cabello que le quedaba era ya gris? ¿Qué fuego interior era aquel que resplandecia algunas veces en su mirada de modo que sus ojos parecian dos agujeros abiertos en la pared de un horno?

Esos síntomas de violenta preocupa-




CLAUDIO FROLLO

cion moral habian adquirido alto grado de intensidad, sobre todo en la época que sucedió esta historia. Más de una vez habian huido asustados los niños del coro al encontrarle solo en la iglesia y al ver que les miraba con extrañas y centelleantes miradas. Más de una vez, en el coro, á la hora de los oficios, su vecino de silla le habia oido mezclar al canto llano *ad omnem tonum* paréntesis ininteligibles. Más de una vez, la lavandera del *Terreno*, encargada del Cabildo, habia observado con espanto señales de uñas en las sobrepellices del señor arcediano de Josas. Aumentaba, sin embargo, la severidad de su vida y nunca habia sido tan ejemplar; tanto por su estado como por su carácter, habia vivido siempre lejos de las mujeres y parecia que las odiaba más que nunca; el simple crugir de una falda de seda hacia caer sobre sus ojos la capucha de sus hábitos. Era en este punto tan rigurosa su austeridad, que cuando la señora de Beaujeu, hija del rey, fué en el mes de Diciembre de 1481 á visitar el claustro de Nuestra Señora, se opuso gravemente á que entrase, recordando al obispo el estatuto del Libro Negro, fechado en la víspera de San Bartolomé de 1334, que veda la entrada en el claustro á todas las mujeres, "cualquiera que sea, vieja ó jóven, señora ó camarera„. Por cuyo motivo tuvo el obispo que citarle el cánon del legado Odo, que exceptúa á ciertas grandes señoras, *alique magnates mulieres, quæ sine scandalo vitari non possunt.* A pesar de este cánon, protestó el arcediano, diciendo que éste databa de 1207 y era anterior ciento veintisiete años al del Libro Negro, y que por lo tanto no estaba vigente, y se negó á presentarse delante de la hija del rey.

Observábase, además, en Claudio Frollo que el horror que le inspiraban los gitanos y las gitanas habia aumentado infinito en aquellos últimos tiempos. Solicitó del obispo que publicase un edicto que prohibiese expresamente á las gitanas ir á bailar y á cantar en la plaza del átrio, y hacia algunos dias que se ocupaba en registrar los empolvados archivos del Santo Oficio, con la idea de reunir los casos de hechiceros y de hechiceras condenados á la hoguera ó á la cuerda por cómplices de maleficios con machos cabríos, cerdos y cabras.

## VI.

### Impopularidad.

El arcediano y el campanero eran, como hemos ya dicho, poco queridos de los magnates y del pueblo de las cercanías de la Catedral. Cuando Claudio y Quasimodo salian juntos, lo que acontecia muchas veces, y los veian, delante el amo y detrás el criado, atravesar las calles frescas, estrechas y sombrías de la manzana de Nuestra Señora, más de una palabra maligna, más de un saludo irónico y más de un equívoco insultante les perseguian al pasar, si Claudio Frollo, lo que rara vez acontecia, no llevaba la cabeza erguida, mostrando su frente severa y casi augusta ante los zumbones, que se quedaban cortados. Los dos eran en su cuartel como "los poetas„ de que habla Régnier:

*Toutes sortes de gens vont après les poëtes,*
*comme après les hiboux vont criant les fauvettes.* (1)

Unas veces era un taimado rapazuelo el que arriesgaba el pellejo por el placer inefable de clavar un alfiler en la joroba de Quasimodo. Otras veces una muchacha descarada y desenvuelta rozaba al paso la negra sotana del sacerdote, cantándole una cancion lasciva. Ya era un grupo escuálido de viejas, que, escalonado y acurrucado á la sombra, sobre los escalones de un portal, refunfuñaba al pasar el arcediano y el campanero, y les echaba renegando este saludo: "Ahí pasa uno que tiene el alma como el otro el cuerpo„; ya una bandada de estudiantes y de pillos, que estaban jugando á la coscojilla, se levantaban en masa y les saludaban zumbonamente en latin: "*Eia! eia! Claudius cum claudo.*„

Con mucha frecuencia las injurias pasaban desapercibidas para el sacerdote y para el campanero; para oirlas, Quasimodo era demasiado sordo y Claudio Frollo demasiado distraido.

# LIBRO QUINTO

## I.

### Abbas beati Martini.

La nombradía de Dom Claudio Frollo se extendió mucho en la época en que se negó á presentarse ante la señora

(1) Tras los poetas vá turba infinita,
cual tras el buho la curruca grita.

Beaujeu y le atrajo una visita que quedó impresa mucho tiempo en su memoria.

Al anochecer, despues de los oficios, se retiró á su celda canonical del claustro de Nuestra Señora. Esta celda nada ofrecia de singular ni misterioso, si exceptuamos algunas redomas de vidrio, arrinconadas y llenas de unos polvos equívocos y que se parecian á la pólvora. En las paredes habia esparcidas algunas inscripciones, pero éstas se reducian á sentencias de filosofía ó de devocion, extraidas de buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse á la luz de un velon de cobre de tres mecheros, delante de un inmenso baul cargado de manuscritos, apoyando el codo sobre el libro abierto de Honorio de Antun, *de Prædestinatione et libero Arbitrio*, y hojeaba con profunda reflexion un infolio impreso que acababa de traer, único producto de la prensa que encerraba la celda. Estando entregado á sus meditaciones oyó llamar á la puerta.—Quién es? preguntó el sábio con el tono de un perro hambriento al que le quitan un hueso. Desde fuera le contestó una voz:—Vuestro amigo Santiago Coictier... Claudio abrió en seguida.

Era, en efecto, el médico del rey; personaje de cincuenta años, cuyo adusto semblante modificaba su mirada sagaz. Acompañábale otro personaje; llevaban ambos ropones de color de pizarra forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, y casquetes de la misma tela y color: sus manos desaparecian bajo las mangas, los piés bajo los ropones y los ojos bajo los casquetes.

—¡Estaba muy lejos de esperar tan honorífica visita á semejante hora! les dijo introduciéndolos el arcediano; y hablando con tanta cortesía paseaba, desde el médico hasta el compañero, su mirada inquieta y excrutadora.

—Nunca es tarde para venir á visitar á sábios como Dom Claudio Frollo de Tirechappe, respondió el doctor Coictier, con el acento del franco-condado, que arrastra las palabras con la majestad de un traje de cola.

Comenzó entonces entre el médico y el arcediano uno de los prólogos congratulatorios que era costumbre que precedieran en esa época á toda conversacion entre sábios, lo que no era obstáculo para que se detestasen cordialmente, como sucede en la actualidad, que la boca del sábio que dirige cumplimientos á otro es un vaso de hiel cubierto de miel.

Las felicitaciones de Claudio Frollo á Santiago Coictier aludian sobre todo á las pingües ventajas temporales que el digno médico supo sacar, en el curso de su carrera tan envidiada, de las enfermedades del rey, operacion de una alquimia mejor y más segura que la persecucion de la piedra filosofal.

—Supe á fé mia, doctor, con gran alegría que ascendió á obispo vuestro sobrino el reverendo Sr. Pedro Versé. ¿No es obispo de Amiens?

—Sí, señor arcediano, por la gracia y misericordia de Dios.

—¿Sabeis que daba gozo veros el dia de Navidad al frente de la compañía del Tribunal de Cuentas, señor presidente?

—Vicepresidente, Dom Claudio, y nada más.

—¿Cómo vá vuestra soberbia casa de la calle de San Andrés de los Arcos? Es un Louvre. Me gusta mucho el albaricoquero esculpido sobre la puerta.

—¡Si supiérais lo cara que me cuesta esa obra! A medida que edifico la casa me voy arruinando.

—Bah!... tambien contais con las rentas de la cárcel y de la bailía del palacio y con los impuestos de las casas, tornos, chozas y puestos del cercado. Eso es ordeñar una buena vaca.

—Mi castellanía de Poissy no me ha producido nada este año.

—Pero los peajes de Triel, de Saint-James y de Saint-Germain-en-Laye siempre son productivos.

—Ciento veinte libras.

—Gozais del empleo de consejero del rey, y eso no falla.

—Sí, pero el maldito señorío de Poligny, que tanto ruido mete, no vale sesenta doblones de oro, un año con otro.

Los cumplimientos que dirigia Dom Claudio á Santiago Coictier eran expresados con el acento sardónico, ágrio y burlon, y con la sonrisa triste y cruel del hombre superior y desgraciado que se entretiene un momento mofándose de la prosáica prosperidad del hombre vulgar; el médico no se apercibió de esto.

—A fé mia, le dijo por fin Claudio apretándole la mano, que me alegro de ver que gozais tan buena salud.

—Muchas gracias, amigo Dom Claudio.

—A propósito, ¿cómo sigue vuestro real enfermo?

—No paga á su médico como debiera, respondió el doctor, dirigiendo á su compañero una mirada al soslayo.

—De veras? le preguntó su compañero.

Estas palabras, pronunciadas con tono de sorpresa y de reconvencion, llamaron sobre el incógnito la atencion del arcediano, que, á decir verdad, no le perdia de vista desde que entró en la celda con el doctor; necesitaba el arcediano tener poderosos motivos para no indisponerse con Santiago Coictier, omnipotente médico del rey Luis XI, para recibirle acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando el doctor le dijo:

—A propósito, Dom Claudio, os traigo aquí un compañero que desea veros atraido por vuestra fama.

—Es hombre científico? preguntó el arcediano, fijando en el desconocido su penetrante mirada, que observó entre las fruncidas cejas otros ojos no menos penetrantes y desconfiados que los suyos. Era el desconocido, segun la débil claridad de la luz le permitia juzgar, un anciano de sesenta años, de mediana estatura y que parecia enfermo y destruido. Su perfil era vulgar, pero tenia algo de poderoso y de severo; sus ojos brillaban en honda cavidad, bajo los arcos de sus cejas, como una luz en el fondo de una caverna, y bajo la gorra, que le caia hasta la nariz, traslucíanse los anchos planos de una frente de génio. Él mismo se encargó de responder á la pregunta del arcediano.

—Reverendo sacerdote, le dijo con tono grave, vuestra fama ha llegado á mis oidos y deseo consultaros. Soy un pobre hidalgo de provincia, que me descalzo antes de entrar en casa de un sábio. Me llamo el compadre Tourangeau.

—Singular nombre para un hidalgo! se dijo á sí mismo el arcediano. Sin embargo, conoció que estaba delante de un hombre fuerte y sério; el instinto de su alta inteligencia hacíale adivinar otra no menos alta en el hidalgo, y al examinarle con la vista, fué desvaneciéndose en su rostro poco á poco la expresion irónica que le hizo tomar la presencia de Santiago Coictier, como el crepúsculo á la llegada de la noche. Volvió á sentarse triste y silencioso en su poltrona. Hizo señal de que se sentaran á los dos recien llegados y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—¿Sobre qué ciencia venís á consultarme?

—Reverendo sacerdote, estoy enfermo, muy enfermo. Dicen que sois gran de esculapio y vengo á pediros un consejo de medicina.

—De medicina? exclamó el arcediano levantando la cabeza. Quedó pensativo un rato y luego añadió:—Volved la cabeza y vereis mi respuesta escrita en la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau y leyó esta inscripcion: “*La medicina es hija de los sueños.* JAMBLIQUE.„

Oyó el doctor Santiago Coictier la pregunta de su compañero con despecho, que aumentó la respuesta de Dom Claudio. Se acercó á Tourangeau y le dijo al oido en voz baja, de modo que no pudiera oirle el arcediano:—Ya os advertí que estaba loco. ¡Os habeis empeñado en verle!...

—Es que podria ser que tuviese razon ese loco, doctor Santiago, le contestó el compadre con amarga sonrisa y tambien en voz baja.

—Como querais, le respondió Coictier con sequedad. Y luego habló al arcediano en voz alta:

—Pronto decidís, y con poco respeto tratais á Hipócrates. ¡Decís que es un sueño la medicina! Os apedrearian si os hubiesen oido los farmacopeos y los droguistas. ¡Negais la influencia de los filtros en la sangre y la de los ungüentos en la carne! ¡Negais la eterna farmacia de las flores y de los metales que se llama *mundo*, creada expresamente para el eterno enfermo que se llama *hombre*!

—No niego, contestó friamente Dom Claudio, ni la farmacia ni al enfermo; niego al médico.

—¿Luego no es cierto, repuso acalorado Coictier, que la gota es una herpes interna, que se cura una llaga de artillería aplicándola un raton asado, y que la sangre jóven, convenientemente infusa, comunica al anciano la perdida juventud? ¿no es verdad, como dos y dos son cuatro, que el emprostótonos sucede al opistótonos?

El arcediano contestó impasible:

—Hay algunas cosas sobre las que opino yo de cierto modo.

Coictier se puso encendido de cólera.

—Vamos, no os incomodeis, amigo Coictier, dijo Tourangeau, que el arcediano es amigo nuestro.

Serenóse el doctor, refunfuñando entre dientes:

—Si al fin y al cabo es un loco!

—Reverendo sacerdote, repuso Tourangeau despues de una pausa, me contraría mucho vuestra contestacion, porque queria consultaros dos cosas, una relativa á mi salud y la otra á mi estrella.

—Si ese pensamiento os ha traido á mi celda, os pudísteis ahorrar la molestia de venir hasta aquí, porque yo ni creo en la medicina ni en la astrología.

—De veras! exclamó el hidalgo asombrado.

Coictier sonreia con sonrisa forzada.

—Ahora os convencereis de que está loco, dijo en voz baja á Tourangeau; ¡no cree en la astrología!

—Pues en qué creeis? preguntó al arcediano el compañero del doctor.

Permaneció Dom Claudio indeciso un momento y luego, dejando escapar una sonrisa sombría, que parecia desmentir sus palabras, dijo:

—*Credo in Deum.*

—*Dominum nostrum*, añadió Tourangeau, haciéndose la señal de la cruz.

—*Amen*, añadió además el doctor.

—Reverendo sacerdote, repuso el hidalgo, estoy encantado de ver que sois tan religioso; pero ¿sois sábio hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No, contestó el arcediano, cogiéndole por el brazo, y un relámpago de entusiasmo brilló en sus empañados ojos; no, yo no niego la ciencia. No me he arrastrado tantos años boca á bajo y con las uñas en tierra por los rincones de la caverna, sin apercibir á lo lejos delante de mí, al fin de la oscura galería, una luz, una llama, un qué sé yo, reflejo sin duda del deslumbrador laboratorio central en el que los tenaces y los sábios sorprendieron á Dios.

—¿Pues qué ciencia creeis verdadera y segura?

—La alquimia.

—Pardiez, la alquimia! repuso Coictier; porque la alquimia sea ciencia verdadera, ¿habeis de blasfemar de la medicina y de la astrología?

—¡Es nula la ciencia del hombre y nula la ciencia del cielo! exclamó el arcediano con energía.

—Eso es tratar con mucha soberbia á Epidauro y á la Caldea, contestó el médico con sonrisa fisgona.

—Escuchadme, doctor, que yo hablo de buena fé. No soy médico del rey y éste no me ha regalado el jardin Dédalo para observar desde él las constelaciones. No os incomodeis y escuchadme. ¿Qué verdad habeis sacado, no de la medicina, que es por demás loca, sino de la astrología? Citadme las virtudes del bustrofedon vertical, los hallazgos del número Ziruf y los del número Zefirod.

—¿Negareis, replicó Coictier, la fuerza simpática de la clavícula y que de ella se deriva la cabalística?

—Ninguna de vuestras fórmulas, señor doctor, conduce á la realidad, mientras la alquimia posee verdaderos descubrimientos. ¿Podeis dudar de los siguientes resultados? El hielo encerrado bajo tierra durante mil años se transforma en cristal de roca. El plomo es el abuelo de todos los metales (porque el oro no es un metal, el oro es la luz). El plomo necesita cuatro períodos, de doscientos años cada uno, para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, del estaño á la plata. Esto son hechos. Pero creer en la clavícula, en la línea plena y en las estrellas, es tan ridículo como creer, como los habitantes del Gran Cathay, que la oropéndola se convierte en topo y los granos de trigo en peces del género ciprino.

—He estudiado la hermética, exclamó Coictier, y yo afirmo...

El fogoso arcediano le interrumpió, sin dejarle concluir.

—Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética. Solo aquí se encierra la verdad (diciendo esto tomó de encima del baul una redoma llena de los polvos que antes hablamos); solo aquí se halla la luz. Hipócrates es un sueño, Urania es un sueño, Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. Hé aquí la única ciencia. He sondeado la medicina y la astrología y os digo que son nada, nada; el cuerpo humano solo ofrece tinieblas, y los astros tinieblas tambien.

Despues de hablar así cayó en su poltrona en actitud inspirada. El compadre Tourangeau le observaba silenciosamente. Coictier se esforzaba por reir; se encogia imperceptiblemente de hombros y repetia en voz baja: Está loco!

—Habeis llegado á la meta mirífica? Habeis hecho oro? le preguntó súbitamente Tourangeau.

—Si lo hubiera hecho, respondió el arcediano, articulando con lentitud las palabras como hombre que reflexiona al hablar, el rey de Francia se llamaria Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

—Qué digo? repuso Dom Claudio con desdeñosa sonrisa, ¿qué me importaria el trono de Francia á mí, que podia reedificar el imperio de Oriente?

—Ya lo creo, contestó Tourangeau sonriendo.

—Pobre loco! murmuró el doctor.

El arcediano prosiguió hablando y como contestando á sus propios pensamientos.

—Pero no; yo todavía me arrastro y aun tengo que desollarme la cara y las rodillas con los guijarros del camino subterráneo; entreveo, pero no contemplo; deletreo, pero no puedo leer.

—Cuando sepais leer hareis oro? le preguntó el hidalgo.

—Quién lo duda?

—En ese caso, bien sabe Nuestra Señora que tengo verdadera necesidad de dinero y me convendria leer en vuestros libros. Decidme, reverendo sacerdote, ¿vuestra ciencia no es enemiga de Nuestra Señora?

A esta pregunta se contentó con responder con serena altivez Dom Claudio:

—De quién soy arcediano?

—Es cierto. ¿Quereis iniciarme en esa ciencia? quereis enseñarme á deletrear?

Tomando el sábio la actitud majestuosa y pontifical de un Samuel, le respondió:

—Anciano, se necesitan más años que los que os quedan de vida para emprender ese viaje al través de las cosas misteriosas, vuestra cabeza está ya muy gris; solo se sale de la caverna con los cabellos blancos, pero se entra en ella con los cabellos negros. La ciencia basta para sulcar, arrugar y secar los semblantes humanos, sin necesidad de que la vejez le traiga rostros llenos ya de arrugas. Sin embargo, si deseais iniciaros en la disciplina á vuestra edad y descifrar el terrible alfabeto de los sábios, venid, venid á mí y probaremos. No os diré, pobre anciano, que vayais á visitar las mansiones sepulcrales de las pirámides de que habla el antiguo Herodoto, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indio de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios caldeos, construidos con arreglo á la forma sagrada de Sikra, ni el templo de Salomon, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están ya rotas; nos contentaremos con los fragmentos del libro de Hermes, que tenemos aquí. Yo os explicaré la estátua de San Cristóbal, el símbolo del sembrador, el de los dos ángeles que están en la portada de la Santa Capilla, de los que el uno pone la mano en un vaso y el otro en una nube.

Al llegar á este punto el arcediano, Santiago Coictier, al que habian dejado fuera de combate las fogosas réplicas de Dom Claudio, le interrumpió con el tono triunfante de un sábio que corrige á otro:

—*Erras, amice Claudi.* El símbolo no es el número. Tomais á Orfeo por Hermes.

—El que yerra sois vos, replicó gravemente el sacerdote. Dédalo es el basamento, Orfeo es la muralla y Hermes es el edificio, es el todo.—Volvereis cuando querais, prosiguió dirigiéndose á Tourangeau, y os enseñaré los resíduos del oro que se ven en el fondo del crisol de Nicolás Hamel y los compararéis con el oro de Guillermo de Paris. Os enseñaré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera*. Pero ante todo os haré leer una despues de otra las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Iremos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint-Jean le Rond, hasta la Santa Capilla; despues á la casa de Nicolás Hamel, calle de Marivault, á su tumba; que está en los Santos Inocentes; á sus dos hospitales de la calle de Montmorency. Os haré leer los geroglíficos que cubren los grandes postes de hierro de la portada del Hospital de San Gervasio y de la calle de la Ferronnerie. Deletrearemos juntos tambien las fachadas de Saint-Come, de Sainte-Geneviève-des-Ardents, de Saint-Martin y de Sain-Jacques de la-Boucherie.

Hacia ya bastante rato que Tourangeau, á pesar de parecer inteligente, la expresion de su mirada parecia no comprender á Claudio, y al fin le interrumpió, preguntándole:

—Pardiez! ¿qué diablo de libros son los vuestros?

—Ahora vereis uno de ellos, le contestó el arcediano, abriendo la ventana de la celda y señalándole con el dedo la iglesia de Nuestra Señora, que destacaba en el cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su cima monstruosa, como enorme esfinge de dos cabezas, sentada en medio de la ciudad.

El arcediano contempló en silencio largo rato el edificio gigantesco, suspiró, y, alargando la mano derecha hácia el libro impreso que estaba abierto sobre la mesa y la mano izquierda hácia Nuestra Señora, paseando las miradas tristes desde el libro á la iglesia, dijo:

—Ay! Esto matará á aquello!

Coictier, que se acercó al libro apresuradamente, no pudo dejar de exclamar:

—¿Pues qué libro es ese que inspira semejantes temores? Glossa in epistolas D. Pauli. *Norimbergæ, Antonius Koburger. 1474.* Esto no es nuevo. Es un libro de Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias. ¿Lo decís porque está impreso?

—Lo habeis acertado, le respondió Claudio, que estaba sumergido en profunda meditacion y permanecia en pié, apoyando el índice en un infolio estampado en las famosas prensas de Nuremberg.

Despues de larga pausa, añadió estas palabras misteriosas:—Las cosas pequeñas acaban con las grandes; un diente triunfa de una mole. El raton del Nilo mata al cocodrilo, el espadarte mata á la ballena, el libro matará al edificio.

La campana del silencio sonó en el momento en que el doctor Coictier repetia á su compañero en voz baja su eterno estribillo: "Está loco,,. A lo que esta vez respondió el compañero: "Creo que sí,,. Era la hora en que ningun extraño podia permanecer dentro del claustro. Los dos visitadores se retiraron.

—Reverendo sacerdote, dijo Tourangeau al despedirse del arcediano; me gustan los sábios y las grandes inteligencias y os miro con sin igual aprecio. Id mañana al palacio de la Tournelle y preguntad por el abad de Saint-Martin de Tours.

Volvió el arcediano atónito á su celda al saber, por fin, quién era el compadre Tourangeau, al recordar el pasaje del cartulario de Saint-Martin de Tours: *Abbas beati Martini* SCILICET REX FRANCIÆ, *est canonicus de consuetudine et habet parvam præbendam quam habet sanctus Venantius et debet sedere in sede thesararii* (1).

Asegurábase que desde esta época el arcediano tuvo frecuentes conferencias con Luis XI cuando su majestad iba á Paris, y que el crédito de Dom Claudio hacia sombra á Olivier le Dain y á Santiago Coictier, el que á su modo reñia por esto al rey.

## II.

### Esto matará á aquello.

Nuestros lectores nos dispensarán si nos detenemos un momento para examinar cuál pudiera ser el pensamiento que se ocultaba tras las palabras enigmáticas del arcediano: *Esto matará á aquello. El libro matará al edificio.*

A nuestro modo de ver su pensamiento tenia dos fases. Manifestaba el sobresalto del sacerdote ante un agente nuevo, ante la imprenta; el terror del hombre del santuario ante la prensa luminosa de Gutenberg; la cátedra y el manuscrito, la palabra hablada y la palabra escrita, el grito del profeta que oye ya hormiguear y hacer ruido á la humanidad emancipada, que vé en el porvenir la inteligencia minando á la fé, la opinion destronando á la creencia y al mundo sacudir el yugo de Roma; pronóstico de filósofo que vé el pensamiento humano, volatilizado por la prensa, evaporarse del recipiente teocrático; terror de soldado, que examina el ariete de bronce y dice: la torre caerá. El pensamiento del arcediano significa que un poder vá á suceder á otro poder, esto es, que la prensa matará á la Iglesia.

Bajo este pensamiento, el primero y sin duda el más sencillo, se escondia otro, á nuestro parecer más nuevo, corolario del primero, menos fácil de entrever y más fácil de discutir, una apreciacion filosófica, no solo de sacerdote, sino de sábio y de artista. El presentimiento de que el pensamiento humano, al cambiar de forma, iba á cambiar el modo de expresarla, y que la idea capital de cada generacion no se escribiria ya con la misma materia y del mismo modo; que al libro de piedra, tan sólido y tan duradero, iba á suceder el libro de papel, tan sólido, pero más duradero. Bajo este aspecto, la vaga fórmula del arcediano tenia un segundo sentido; significaba que un arte iba á destronar á otro arte. Queria decir: la imprenta matará á la arquitectura.

En efecto, desde tiempos remotísimos hasta el siglo quince de la Era cristiana, la arquitectura es el gran libro de la humanidad, la expresion principal del hombre en sus diversos estados de desenvolvimiento, ya como fuerza, ya como inteligencia.

Cuando se sintió abrumada la memoria de las primeras razas, cuando el bagaje de los recuerdos del género humano llegó á ser tan pesado y tan confuso que la palabra, desnuda y volátil, corrió peligro de perderse en el camino, fué preciso escribirlos en tierra del modo más visible, más durable y más natural al mismo tiempo; fué preciso sellar cada tradicion en un monumento. Los prime-

(1) El abad de San Martin de Tours, esto es, el rey de Francia, es habitualmente canónigo y tiene una pequeña prebenda, como la de San Venancio, debiendo además sentarse en la silla del tesorero.

ros monumentos solo fueron fragmentos de rocas, *que aun no habia tocado el hierro*, como dice Moisés. La arquitectura empezó como las escrituras, por ser alfabeto; poníase una piedra en pié, y era una letra, y cada letra era un geroglífico, y en cada geroglífico descansaba un grupo de ideas, como el capitel sobre la columna: así lo hicieron las primeras razas en todas partes y en el mismo momento por la superficie del mundo entero. Se encuentra la *piedra levantada* de los celtas en la Siberia de Asia y en las pampas de América.

Más tarde se hicieron palabras; púsose piedra sobre piedra, reuniéronse aquellas sílabas de granito, y el verbo probó algunas combinaciones. El dólmen y el cromlech celtas, el túmulo etrusco y el galgal hebreo son palabras. Algunas, y en particular los túmulos, son nombres propios. Algunas veces, cuando los hombres tenian mucha piedra y vasta playa, escribian una frase; el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una fórmula completa.

Al fin hiciéronse libros. Las tradiciones produjeron los símbolos, bajo los que aquellas desaparecian como el tronco bajo la hojarasca; todos aquellos símbolos, en los que tenia fé la humanidad, iban aumentando, multiplicándose y complicándose más cada vez: los primeros monumentos no bastaban ya para contenerlos, rebosaban por todas partes; estos monumentos expresaban apenas la tradicion primitiva, como ellos, desnuda, sencilla y postrada. El símbolo tenia necesidad de esplayarse en el edificio. Entonces se desarrolló la arquitectura con el pensamiento humano, llegó á ser gigante de mil cabezas y de mil brazos, y fijó, dándole forma eterna, visible y palpable, todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, medía; mientras Orfeo, que es la inteligencia, cantaba; el pilar, que es una letra; el arco, que es una sílaba; la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento á la par, por una ley de geometría y por una ley de poesía, se agrupaban, combinaban y amalgamaban, bajaban, subian y se juntaban en el suelo, escalonándose hácia el cielo, hasta escribir, bajo la influencia de la idea general de una época, esos libros maravillosos, que eran tambien maravillosos edificios, como la pagoda de Eklinga, el Rhamseion de Egipto y el templo de Salomon.

La idea matriz aparecia, no solo en el fondo de aquellos edificios, sino tambien en la forma: el templo de Salomon, por ejemplo, no era solo la encuadernacion del libro santo, sino el mismo libro; en cada uno de sus recintos concéntricos podian leer los sacerdotes el verbo, traducido y expuesto á la vista, y seguian de este modo sus transformaciones de santuario en santuario, hasta poder apreciarlo en su último tabernáculo, bajo la forma más concreta que ofrecia entonces la arquitectura, el arco. El verbo estaba, pues, encerrado en el edificio, pero su imágen estaba sobre su envoltura, como la figura humana sobre el ataud de una momia.

No solo la forma de los edificios, sino tambien el sitio de su emplazamiento revelaba el pensamiento que representaban. Segun era alegre ó sombrío el símbolo que queria expresar la Grecia, coronaba sus montañas de un templo armonioso á la vista, y la India abria el seno de las suyas para cincelar en él sus disformes pagodas subterráneas, sostenidas por gigantescas líneas de elefantes de granito.

Durante los seis mil años primeros del mundo, desde la pagoda más antigua del Indostan hasta la catedral de Colonia, la arquitectura ha sido el gran libro del género humano; tan cierto es esto, que no solo los símbolos religiosos, sino todo el pensamiento humano tiene su página escrita en él y su monumento.

Todas las civilizaciones empiezan por la teocracia y concluyen por la democracia; esta ley, de que la libertad sucede á la unidad, está escrita en la arquitectura, porque insistimos en que no se debe creer que las construcciones habian servido solo para edificar templos, para espresar el mito y el simbolismo sacerdotal y para transcribir en geroglíficos en sus páginas de piedra las tablas misteriosas de la ley: si así fuese, cuando llega en las sociedades humanas el momento en que el símbolo sagrado se gasta y consume bajo el peso del libre-pensamiento, en el que el hombre se sustrae al sacerdote, en el que la excrecencia de las filosofías y de los sistemas roe la faz de la religion, la arquitectura no podria reproducir el nuevo estado del espíritu humano; sus hojas, escritas por una cara, estarian en blanco por el dorso; su obra quedaria truncada; pero no sucede así.

Tomemos por ejemplo la Edad Media, que es la que conocemos mejor, porque está más cerca de nosotros. Durante su

primer período, mientras la teocracia organiza la Europa, mientras que el Vaticano reune y clasifica alrededor de sí los elementos de una Roma formada de la Roma que yace derruida en torno del Capitolio; mientras que el cristianismo vá buscando entre los escombros de la civilizacion anterior todos los pisos de la sociedad y reconstituye con sus ruinas nuevo universo gerárquico, cuya clave es el sacerdocio, se oye primero germinar en aquel caos, despues se vé poco á poco, al soplo del cristianismo y por la mano de los bárbaros, surgir de las ruinas de las arquitecturas griega y romana, arquitecturas muertas, la misteriosa arquitectura bizantina, hermana de las construcciones teocráticas del Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, inmutable y geroglífico de la unidad papal.

El pensamiento de aquella época está escrito todo él con el sombrío estilo bizantino; expresa todo él la autoridad, la unidad, la impenetrabilidad, el absolutismo de Gregorio VIII; en todas partes se vé al sacerdote, en ninguna al hombre; siempre la casta, y nunca el pueblo. Pero llegan las Cruzadas, que fueron un gran movimiento popular, y todo gran movimiento popular, sea cuál fuere su causa y su objeto, desprende siempre de su último precipitado el espíritu de libertad. Aparecen en el mundo grandes novedades. Se abre el período tempestuoso de las Jacqueries, ó sea de las ligas y de las asociaciones. La autoridad flaquea, la unidad se bifurca; el feudalismo quiere partir el poder con la teocracia, mientras llega el pueblo, que inevitablemente llegará y que, como el leon, tomará para sí la mejor parte, *quia nominor leo*. El señorío se abre paso entre el sacerdocio y los concejos entre el señorío feudal. Se cámbia la faz de Europa; la faz de la arquitectura se cámbia tambien. Como la civilizacion, ella vuelve la hoja, y el espíritu nuevo de los tiempos la encuentra dispuesta á escribir lo que él la dicte. La arquitectura vuelve de las Cruzadas con la ojiva, como las naciones con la libertad. Entonces, al paso que Roma se desmiembra poco á poco, la arquitectura sajona muere. El geroglífico desierta de la catedral y vá á blasonar el castillo para dar prestigio al feudalismo; la catedral, edificio antes tan dogmático, invadido sucesivamente por el estado llano, por el comun y por la libertad, se escapa del sacerdote y cae en poder del artista, y el artista la construye á su gusto: al misterio, al mito y á la ley, suceden la fantasía y el capricho. Con tal de que el sacerdote tenga su basílica y su altar, no debe quejarse; las paredes pertenecen al artista. El libro arquitectónico no es ya propiedad del sacerdocio, ni de la religion, ni de Roma; pertenece ya á la imaginacion, á la poesía y al pueblo, y de aquí provienen las rápidas é innumerables transformaciones de aquella arquitectura que solo tiene tres siglos tan sorprendentes, despues de la inmovilidad estancada de la arquitectura bizantina, que cuenta seis ó siete. El arte entre tanto marcha á pasos de gigante. El génio y la originalidad populares hacen lo que hacian los obispos. Cada raza, al pasar, escribe su línea en el libro, tacha los antiguos geroglíficos en el frontispicio de las catedrales, y apenas se vé de vez en cuando sacar la cabeza al dogma por el nuevo símbolo que le cubre; el ropaje popular deja adivinar apenas la armazon religiosa. Difícil es tener idea de las licencias que se toman los arquitectos, hasta con la Iglesia; ya la adornan con capiteles llenos de frailes y de monjas vergonzosamente apareados, como en la sala de las chimeneas del palacio de Justicia de Paris; ya representan la aventura de Noé esculpida *con todas sus letras*, como en la gran portada de Bourges; ya esculpen un fraile borracho, con orejas de asno y con el vaso en la mano, riéndose en las narices de toda la comunidad, como encima del altar de la abadía de Bocherville. Existia en esa época para el pensamiento escrito en piedra un privilegio comparable á la libertad actual de imprenta, y era el de la libertad de la arquitectura. Esta libertad se estremó mucho en ocasiones; algunas veces una portada, una fachada, una iglesia entera presentaban un sentido simbólico, absolutamente extraño al culto y hasta hostil á la Iglesia. En el siglo trece Guillermo de Paris, y en el quince Nicolás Hamel, escribieron esas páginas sediciosas. Saint-Jacques de la-Boucherie era una iglesia de oposicion.

El pensamiento entonces solo era libre de este modo: Escrito en los libros de piedra llamados edificios: bajo la forma de manuscritos, le hubiera quemado en la plaza pública la mano del verdugo, y si así se hubiese atrevido á presentarse, el pensamiento fachada de iglesia hubiera presenciado el suplicio del pensamiento libro. No teniendo más que

aquella forma para publicarse, se asió á ella, y de esto provino la inmensa cantidad de catedrales que cubrieron la Europa. Las fuerzas materiales y las fuerzas intelectuales de la sociedad convergian en el mismo punto, en la arquitectura, y so pretexto de edificar iglesias para el culto de Dios, el arte se desarrollaba en proporciones magníficas.

El que entonces nacia poeta se dedicaba á arquitecto. El génio esparcido en las masas, comprimido por todas partes, bajo el feudalismo como bajo un *testudo* de broqueles de bronce, desembocaba por este arte, y sus iliadas tomaban la forma de catedrales. Las demás artes obedecian y se disciplinaban á la arquitectura; eran obreras de la gran obra. El arquitecto, el poeta, el maestro totalizaba en su persona la escultura, que le cincelaba las fachadas, la pintura que le iluminaba los vidrios, la música que daba movimiento á las campanas y soplaba los órganos; hasta la pobre poesía, propiamente dicha, que se obstinaba en vegetar en los manuscritos, se vió obligada, para ser algo, á amoldarse al edificio bajo la forma de himno ó de *prosa;* á hacer el mismo papel, despues de todo, que representó en las tragedias de Esquilo, en las fiestas sacerdotales de la Grecia y en el Génesis en el templo de Salomon.

La arquitectura, pues, fué hasta Guttenberg la principal escritura, la escritura universal. En su libro granítico, que empezó el Oriente y continuó la antigüedad griega y romana, la Edad Media escribió la última página. El fenómeno de la arquitectura del pueblo sucediendo á la arquitectura de la casta, que acabamos de observar en la Edad Media, se reproduce en todo movimiento análogo en la inteligencia humana, en las otras grandes épocas de la historia. Presentaremos ejemplos para no enunciar aquí más que sumariamente una ley que necesitaria volúmenes enteros para desarrollarse. En el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, despues de la arquitectura india viene la arquitectura fenicia, madre opulenta de la arquitectura árabe; en la antigüedad, despues de la arquitectura egipcia, de la que solo son una variedad el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos, la arquitectura griega, cuyo estilo romano solo es un prolongamiento recargado de la bóveda cartaginesa; y en los tiempos modernos, despues de la arquitectura bizantina, la arquitectura gótica. Desdoblando las tres séries, se verá que las tres hermanas primogénitas, la arquitectura india, la egipcia y la bizantina, tienen el mismo símbolo; es decir, la teocracia, la raza, la unidad, el dogma, el mito, Dios; que las tres hermanas segundas, la arquitectura fenicia, la griega y la gótica, tienen tambien la misma significacion, es su símbolo la libertad, el pueblo, el hombre.

Llámese bramin, mago ó papa, en las construcciones indias, egipcias ó romanas siempre se vé al sacerdote y nada más que al sacerdote; no sucede así en las arquitecturas del pueblo; son más ricas y menos santas. En la arquitectura fenicia se vé el espíritu del mercader, en la griega el del republicano y en la gótica el del ciudadano.

Los caractéres generales de la arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el horror al progreso, la conservacion de las líneas tradicionales, la consagracion de los tipos primitivos, la sumision constante de todas las formas del hombre y de la naturaleza á los caprichos incomprensibles del símbolo; son libros misteriosos que solo los iniciados saben descifrar, pero en ellos toda forma, más diremos, toda deformidad tiene un sentido que la hace inviolable. No pidais á las construcciones india, egipcia y bizantina que reformen su dibujo ó que mejoren sus estátuas; les está vedado dar un solo paso hácia la perfeccion: en dichas arquitecturas parece que la inflexibilidad del dogma difunda sobre la piedra una segunda petrificacion. Los caractéres generales de las construcciones populares son la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia y el movimiento perpétuo; están ya bastante separadas de la religion para pensar en su belleza, para cuidar y para corregir perpétuamente sus adornos de estátuas y de arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano, que mezclan sin cesar con el símbolo divino, bajo el cual se reproducen todavía, y de aquí provienen los edificios penetrables para toda alma, para toda inteligencia y para toda imaginacion, simbólicos aun, pero fáciles de comprender, como la naturaleza. Entre ésta y la arquitectura teocrática hay la misma diferencia que de una lengua sagrada á una lengua vulgar: la diferencia del geroglífico al arte y de Salomon á Fidias.

Reasumiendo sumariamente cuanto venimos indicando, deduciremos que la arquitectura fué hasta el siglo quince el

registro principal de la humanidad; que en todo ese transcurso de tiempo no apareció en el mundo un pensamiento algo complicado que no se grabase en un edificio; que lo mismo las ideas populares que las ideas religiosas tuvieron sus monumentos; que el género humano, en una palabra, no pensó nada importante que no lo escribiera en piedra. Y por qué? porque todo pensamiento, sea religioso ó sea filosófico, está interesado en perpetuarse, porque la idea que agitó á una generacion quiere agitar á otras y dejar huellas de su paso. Era inmortalidad muy precaria la del manuscrito, y un edificio es un libro mucho más sólido, más durable y más resistente. Para destruir la palabra escrita basta una tea y un turco; para destruir la palabra construida se necesita una revolucion social ó una revolucion terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el Coliseo, y el diluvio ha pasado tal vez sobre las pirámides.

En el siglo quince todo cámbia.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse, no solo más duradero y más resistente que la arquitectura, sino tambien más sencillo y más fácil; un medio que destrona á la arquitectura: á las letras de piedra de Orfeo van á suceder las letras de plomo de Guttenberg. *El libro vá á matar al edificio.*

La invencion de la imprenta es el mayor acontecimiento de la historia. Es la revolucion madre; es el símbolo de la expresion de la humanidad que se renueva por completo; es el pensamiento humano, que se despoja de una forma y adopta otra; es el cámbio de piel completo y definitivo de la serpiente simbólica, que desde Adan representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa el pensamiento es más imperecedero que nunca, más volátil, impalpable é indestructible, porque se mezcla con el aire. En los tiempos de la arquitectura se hacia montaña y se apoderaba de un siglo y de un sitio: ahora se hace bandada de pájaros, que se esparce á los cuatro vientos y ocupa á la vez todos los puntos del aire y del espacio.

¿Quién no comprende que de este modo el pensamiento es más indeleble? De sólido que era se ha convertido en vívido, pasando de la duracion á la inmortalidad. Se puede derribar una mole, pero cómo extirpar la ubicuidad? Viene un diluvio, y cuando las montañas hayan ya desaparecido debajo de las olas, los pájaros volarán aun, y si una sola arca flota en la superficie del cataclismo, se posarán sobre ella, sobrenadarán con ella y asistirán con ella al descenso de las aguas, y el nuevo mundo que salga de ese caos verá al despertarse cernerse sobre él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumergido.

Cuando se examina que ese sistema de expresion es, no solo el más duradero, sino el más sencillo, el más cómodo, el más practicable de todos; cuando se piensa que no trae colosal bagaje ni ocupa grande espacio; cuando el pensamiento, que se vé obligado, para traducirse en un edificio, á poner en movimiento cuatro ó cinco artes y montones de oro, todo un bosque de madera, toda una montaña de piedra, todo un pueblo de trabajadores, se compara con el pensamiento que se hace libro y al que le basta un poco de papel, un poco de tinta y una pluma; ¿quién se ha de admirar de que la humanidad abandone la arquitectura por la imprenta? Cortad bruscamente el lecho primitivo de un rio ó de un canal abierto debajo de su nivel, y el rio desertará de su cauce.

Así es que se vé que desde el descubrimiento de la imprenta la arquitectura se deseca poco á poco, se atrofía y se despoja. Se conoce que el agua baja, que la savia desaparece, y que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella. La degeneracion es casi insensible en el siglo quince; la prensa es demasiado débil aun, y chupa solo de la poderosa arquitectura la superabundancia de vida. Pero desde el siglo diez y seis es visible la enfermedad de la arquitectura; no expresa ya bien á la sociedad, y se vé reducida á convertirse en miserable arte clásico; era gala europea é indígena y se convierte en griega y en romana; era verdadera y moderna y se vuelve pseudo-antigua. A su decadencia se llamó el Renacimiento; decadencia magnífica, sin embargo, porque el antiguo genio gótico, aquel sol que se pone detrás de la gigantesca prensa de Maguncia, penetra todavía durante algun tiempo con sus últimos rayos por el hacinamiento híbrido de arcos latinos y de columnatas coríntias. Es una puesta de sol que hemos tomado por aurora.

Desde el momento que la arquitectura solo es un arte como otro cualquiera, desde que no es el arte total, el arte soberano, el arte tirano, carece ya de fuerza para retener á las demás artes, y se emancipan, rompiendo el yugo del arquitecto, y se van cada una por su par-

te. Todos ganan con este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo: la escultura se convierte en estatuaria, la iluminacion en pintura, el cánon en música, como un imperio que se divide á la muerte de su Alejandro, y sus provincias se convierten en reinos. De esta division nacen Rafael, Miguel Angel, Juan Goujon y Palestrina, sublimes resplandores del siglo diez y seis.

Al mismo tiempo que las artes, el pensamiento se emancipa por todas partes. Los heresiarcas de la Edad Media habian hecho profundas mellas en el catolicismo. El siglo diez y seis rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta la reforma solo hubiera sido un cisma; la imprenta lo convierte en revolucion; sin la imprenta la herejía se hubiera enervado. Que este hecho sea funesto ó providencial, siempre será Guttenberg el precursor de Lutero.

Cuando se eclipsa por completo el sol de la Edad Media, á medida que el génio gótico se extingue en el horizonte del arte, la arquitectura se marchita, perdiendo el color y consumiéndose poco á poco. El libro impreso, gusano roedor del edificio, la chupa y la devora, y ella se deshoja y enflaquece visiblemente, y es mezquina, pobre y nula, y no expresa nada, ni aun el recuerdo de arte de otros tiempos. Reducida á sí misma, abandonada de las otras artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre á albañiles á falta de artistas; el vidrio blanco sustituye al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y de este modo desaparece la sávia, la originalidad, la inteligencia y la vida. Se arrastra, miserable mendiga del arte, de copia en copia. Miguel Angel, que desde el siglo diez y seis la veia acaso morir, le ocurrió la última idea, idea de desesperacion: aquel Titán del arte hacinó el Panteon sobre el Parthenon é hizo el San Pedro de Roma; obra inmensa, que merecia ser única, última originalidad de la escultura, la firma de un artista gigante al pié del colosal registro que terminaba. Muerto Miguel Angel, ¿qué hace esa miserable arquitectura que se sobrevive á sí misma en el estado de espectro y de sombra? Toma el San Pedro de Roma y le calca y le parodia; verdadera manía que dá lástima. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma: en el siglo diez y siete el de Val de Grall, en el diez y ocho el de Santa Genoveva. Cada pais tiene su San Pedro de Roma: Lóndres y San Petersburgo tienen el suyo; Paris tiene dos ó tres: testamento insignificante, última chochez de un arte que recae en la infancia antes de morir.

Si en vez de los monumentos característicos que acabamos de mencionar, examinamos el aspecto general del arte desde el siglo diez y seis hasta el siglo diez y ocho, observaremos los mismos fenómenos de decadencia y de tísis. Desde Francisco II la forma arquitectónica del edificio se vá borrando más cada dia y dejando entrever la forma geométrica, como la caja huesosa al enfermo flaco. A las hermosas líneas del arte suceden las frias é inexorables líneas del geómetra; el edificio ya no es edificio, es un poliedro. La arquitectura se esfuerza en vano por ocultar su desnudez; el frontis griego se inscribe en el frontis romano y viceversa; siempre el Panteon en el Parthenon, siempre se reproduce San Pedro de Roma. Ved las casas de ladrillo de Enrique IV con esquinas de piedra, la plaza Real, la del Delfin. Ved las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, cargadas con un cimborio, como con una joroba. Ved la arquitectura mazzarina, el ridículo *pastucho* italiano de las Cuatro-Naciones. Ved los palacios de Luis XIV, que son largos cuarteles para cortesanos, sérios, glaciales, fastidiosos. Ved, en fin, los edificios de Luis XV con las escarolas y los fideos y todas las verrugas y laeras que desfiguran á la vieja arquitectura, ya caduca, sin dientes y coqueta. Desde Francisco II hasta Luis XV ha crecido el mal en progresion geométrica; al arte solo le queda ya la piel sobre los huesos y agoniza miserablemente.

Qué es entretanto de la imprenta? Toda la vida que huye de la arquitectura se acumula en ella; á medida que la arquitectura termina, la imprenta se hincha y crece. El capital de fuerzas que el pensamiento humano gastaba en edificios lo gasta ahora en libros; y ya desde el siglo diez y seis la imprenta, puesta al nivel de la arquitectura, que vá degenerando, lucha con ella y la mata. En el siglo diez y siete ya es bastante victoriosa y bastante soberana para poder ofrecer al mundo la fiesta de un gran siglo literario. En el siglo diez y ocho, despues de descansar largo tiempo en la córte de Luis XIV, recoge la vieja espada de Lutero, arma con ella á Voltaire y corre intrépida á atacar á la antigua Europa, de la que ya ha matado la expresion arquitectural.

En el momento en que termina el si-

glo diez y ocho lo ha destruido ya todo: el siglo diez y nueve lo empleará en reedificar.

Y ahora preguntamos: ¿cuál de las dos artes representa realmente desde hace tres siglos el pensamiento humano? ¿cuál le traduce mejor, cuál expresa, no solo sus manías literarias y escolásticas, sino su vasto, profundo y universal movimiento? ¿Cuál se sobrepone constantemente, sin ruptura, sin vacíos, al género humano, mónstruo que anda con mil piés? La arquitectura ó la imprenta? La imprenta.

No hay que hacerse ilusiones: la arquitectura ha muerto para siempre, porque la mata el libro impreso, porque dura menos y es más cara que éste. Cada catedral representa mil millones; imagínese ahora qué depósito de fondos se necesitaria para escribir de nuevo el libro arquitectural, para hacer hormiguear otra vez sobre el suelo millares de edificios, para volver á aquellos tiempos en que era tal la multitud de monumentos, que, segun dice un testigo ocular, "parecia que el mundo, removiéndose, habia sacudido sus antiguas vestiduras para cubrirse con un blanco ropaje de iglesia„ (Glaber Radulphus).

Un libro se imprime pronto, cuesta poco y anda mucho; ¿cómo extrañar que el pensamiento humano se deslice por esa pendiente? No es esto decir que la arquitectura no construya aun aquí y allá un hermoso monumento ó una obra magistral aislada; es posible que alguna vez, durante el reinado de la imprenta, tengamos alguna columna hecha de cañones (1), como hubo durante el reinado de la arquitectura Iliadas y Romanceros, Mahabahratas y Nibelungos, escritos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. Podrá tener el siglo veinte el fenómeno de un arquitecto de génio, como el siglo trece tuvo al Dante; pero la arquitectura no será ya el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la gran obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Si de hoy en adelante la arquitectura reviviese, no seria ya soberana; tendria que recibir las leyes de la literatura, como ésta las recibia de aquella en otras épocas. Las posiciones respectivas de las dos artes se han trocado. Verdaderamente en los tiempos arquitectónicos, los poemas, raros entonces, se parecian á los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo, singular é impenetrable como una pagoda; en el Oriente egipcio, la poesía tiene, como los edificios, grandeza y tranquilidad de líneas; en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad y la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fé popular, la rica y lujuriosa vegetacion de una época de renovacion. La Biblia se parece á las Pirámides, la Iliada al Parthenon, Homero á Fidias. El Dante es en el siglo trece la última iglesia bizantina, y Shakespeare, en el siglo diez y seis, es la última catedral gótica.

De modo que, resumiendo lo que hemos dicho hasta aquí de una manera incompleta y truncada, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cuando se contemplan las dos Biblias, tan abiertas durante los siglos, con tristeza echamos de menos la majestad visible de la escritura de granito, los gigantescos alfabetos, formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos, en esa especie de montañas humanas que cubren el mundo y el pasado, desde la pirámide hasta el campanario, desde Chéops á Strasburgo. Es preciso leer el pasado en esas páginas de mármol, es preciso admirar y hojear contínuamente el libro escrito por la arquitectura; pero es preciso tambien concederle toda su grandeza al edificio que á su vez levanta la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé qué especulador estadístico ha calculado que, poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Guttenberg, se llenaria el intervalo de la tierra á la luna; pero no es de esta clase de grandeza de la que nos ocupamos ahora. Cuando se trata de formar en el pensamiento una imágen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros dias, este conjunto se nos parece como una inmensa construccion apoyada sobre el mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin descanso y cuya cabeza monstruosa se pierde en las brumas profundas del porvenir. La imprenta es el hormiguero de las inteligencias, es la colmena, á la que las imaginaciones, abejas doradas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Aquí y allí se ven desembocar por sus pendientes las cavernas tenebrosas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. Por todas par-

(1) Alusion á la columna de Vendome, que hizo construir Napoleon I.

tes, en su superficie, hace brillar el arte á la vista sus arabescos, sus rosetones y sus encajes; allí, cada obra individual, por caprichosa y aislada que aparezca, tiene su sitio y su salida. La armonía resulta del conjunto. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en tropel en aquella metrópoli del pensamiento universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos, que no habia apuntado la arquitectura; á la izquierda de la entrada han sellado el antiguo bajo-relieve en mármol blanco de Homero, á la derecha la Biblia políglota, levantando su siete-cabezas; la Hidra del Romancero se eriza más allá, lo mismo que las formas híbridas de los Vedas y de los Nibelungos. Pero el prodigioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira sin cesar todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita contínuamente nuevos materiales para su obra; todo el género humano trabaja para ella; cada espíritu es un albañil; el más humilde tapa un agujero ó pone una piedra. Retif de la Bretonne lleva su capazo de argamasa. Con independencia de la parte original é individual de cada escritor, llegan á la obra contingentes colectivos. El siglo diez y ocho aporta *La Enciclopedia* y la Revolucion *El Moniteur*.

Es tambien una construccion que crece y se amontona en espirales sin fin; en ella hay tambien confusion de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurso persistente de la humanidad entera; es el refugio prometido á la inteligencia para librarse de otro diluvio y de otra irrupcion de bárbaros: es la segunda torre de Babel del género humano.

# LIBRO SEXTO

## I.

### Ojeada imparcial sobre la antigua magistratura.

Era dichoso personaje en el año de gracia de 1482 el noble caballero Roberto de Estonteville, señor de Reine, baron de Ivri y de Saint-Andry en la Marca, consejero y gentil-hombre del rey y guarda del Prebostazgo de Paris. Habian transcurrido ya diez y siete años desde que recibió del rey, en 7 de Noviembre de 1465, el año del cometa (1), el destino de preboste de Paris, que era considerado más como un señorío que como un empleo; *dignitas*, dice Juan Læmnæus, *quœ cum non exigua potestate politiam concernente, atque prœrogativis multis et juribus conjuncta est.* Era extraño que en 1482 admitiese destinos del rey un gentil-hombre, cuyos títulos de nobleza se remontaban á la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el bastardo de Borbon. El mismo dia que Roberto de Estonteville reemplazó á Santiago de Villiers en el Prebostazgo de Paris, maese Juan Danvet reemplazaba al señor Elías de Thorettes en la primera presidencia de la sala del Parlamento, Juan Jouvenel des Ursins sucedia á Pedro de Morvillers en el destino de canciller de Francia, y Regnault des Dormans aligeraba á Pedro Puy del cargo de relator ordinario del Consejo de la real casa. Habian cambiado muchas veces de personaje la Presidencia, la Cancillería y el Maestrazgo desde que Roberto de Estonteville era preboste de Paris. El Prebostazgo *se recomendó á su guarda*, como decian las credenciales, y ciertamente lo guardaba bien: tan asido le tenia, tan identificado estaba con él, que pudo librarse de la furia de cámbios que poseia á Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo, que se complacia en probar por medio de instituciones y de revocaciones la elasticidad de su poder: no solo se habia apoderado del Prebostazgo para toda la vida, sino que el digno caballero logró obtener para su hijo que le sucediera en su cargo; y hacia ya dos años que el nombre del caballerizo Santiago de Estonteville figuraba junto al suyo, á la cabeza del registro del ordinario del Prebostazgo de Paris; raro é insigne fué este favor que alcanzó. Verdad es que Roberto de Estonteville era un buen soldado, que como leal caballero habia enarbolado el pendon contra *La Liga del bien público*, y que regaló á la reina un magnífico ciervo en confitura el dia de su entrada en Paris. Contaba además con la amistad de Tristan l' Hermite, preboste de los mariscales de la real casa. Pasaba, pues, dulce y apacible vida el personaje de que nos ocupamos. Cobraba muchos emolumentos, á los que se unian y colgaban, como nuevos racimos de su viña,

(1) Este cometa, por el cual mandó hacer rogativas públicas el papa Calixto, tio de Borgia, es el mismo que volvió á aparecer en 1835.

las rentas de las escribanías civil y criminal del Prebostazgo, las rentas civiles y criminales de las auditorías de Embas y del Chatelet, sin contar los productos del portazgo del puente de Mantes y el de Corbeil y otros varios beneficios. Añádase á esto el placer de ostentar en las cabalgatas de la ciudad, haciendo resaltar, sobre las togas encarnadas y atabacadas de los regidores, su brillante armadura de guerra, que aun podemos admirar esculpida en la abadía de Valmont, en la Normandía. Añádase tambien el gozar de la supremacía que disfrutaba sobre los alabarderos de la Docena, sobre el conserje, el alcaide y los oidores del Chatelet; sobre los diez y seis comisarios de los diez y seis cuarteles, sobre el carcelero del Chatelet, sobre los cuatro maceros enfeudados, los ciento veinte maceros de caballería, los ciento veinte maceros de vara y el caballero de la ronda. Disfrutaba además el dichoso preboste del derecho de ejercer alta y baja justicia, del derecho de dar tormento, ahorcar y decapitar (sin contar la jurisdiccion de menor cuantía de primera instancia) en todo el vizcondado de Paris, que estaba dotado de siete nobles bailías. Era su ocupacion proveer autos y dictar sentencias en el Gran Chatelet, bajo las anchas y macizas ojivas de Felipe-Augusto, é ir, como tenia por costumbre todas las noches, á la preciosa casa situada en la calle de Galilea, en el recinto del palacio real, que recibió en dote de su mujer, la señora Ambrosia de Loré, á descansar de la fatiga que le causó haber enviado á algun pobre diablo á pasar la noche "al pequeño tugurio de la calle de la Escorcherie, que hacian servir de prision los prebostes y los regidores de Paris, prision que tenia de longitud once piés y otros tantos de altura„.

No solo tenia el Sr. Roberto de Estonteville su justicia particular de preboste y de vizconde de Paris, sino que tenia parte y no pequeña en la justicia del rey. No habia cabeza encopetada que no hubiese pasado por sus manos antes que por las del verdugo. Él sacó de la Bastilla de San Antonio, para llevarle al cadalso de los Mercados, á M. de Nemours, para llevar á la Grève á M. Saint-Pol.

Todo lo referido basta para constituir una existencia ilustre y feliz y para merecer un dia una página notable en la interesante historia de los prebostes de Paris, en la que se lee que Oudard de Villeneuve tenia una casa en la calle de las Boucheries; que Guillermo de Hangast compró la grande y la pequeña Saboya; que Guillermo Thiboust dió á las religiosas de Santa Genoveva sus casas de la calle de Clopin, y que Hugo Aubriot vivia en el palacio del Puerco-espin, y cosas tan interesantes como las citadas.

A pesar de tantos motivos para pasar la vida con paciencia, y hasta con alegría, el Sr. Roberto de Estonteville se despertó la mañana del 7 de Enero de 1482 sumamente mohino y con humor detestable. Por qué tenia mal humor? él mismo lo ignoraba. ¿Porque estaba el cielo nublado? ¿porque la hebilla de su cinturon de Montlhery le apretaba mucho y le ceñia demasiado militarmente el corpanchon de preboste? ¿Porque habia visto pasar por la calle y bajo su ventana una pandilla de pillos que le hacian burla, formados de cuatro en cuatro, sin sombrero y con botellas en la mano? ¿Porque tenia el presentimiento de que el futuro rey Cárlos VIII debia sustraer de las rentas del Prebostazgo trescientas setenta libras, diez y seis sueldos y ocho dineros? El lector puede elegir entre esas explicaciones; nosotros nos inclinamos á creer sencilla y llanamente que estaba de mal humor porque... estaba de mal humor.

Era tambien al otro dia de una fiesta, dia de fastidio para todos y con especialidad para el magistrado, que tenia el encargo de barrer las inmundicias (en el sentido propio y en el figurado) que produce una fiesta en Paris. Además debia celebrarse sesion en el Gran Chatelet. Hemos observado que los jueces, por regla general, procuran que su dia de audiencia sea tambien su dia de mal humor, con la idea de tener sobre quién descargar cómodamente la ley y la justicia en nombre del rey.

La audiencia, entretanto, habia empezado sin él: sus tenientes en lo civil, en lo criminal y en lo particular suplian su ausencia, como es uso y costumbre; desde las ocho de la mañana algunos grupos de hombres y de mujeres, apiñados y apretujados en un oscuro rincon del tribunal de Embas del Chatelet, entre la maciza barrera de madera y la pared, asistian con júbilo al variado y entretenido espectáculo de la justicia civil y criminal que administraba Florian Barbedienne, oidor del Chatelet, teniente del preboste.

La sala era pequeña, baja y abovedada. Habia en el fondo una mesa florde-

lisada, junto á un gran sillon de madera de encina esculpida, que correspondia al preboste, vacío á la sazon, y un banquillo á la izquierda, para el oidor maese Florian. Inmediato á éste estaba el escribano escribiendo; enfrente, el pueblo: delante de la mesa y delante de la puerta numerosos alabarderos del Prebostazgo, con sobrevestas de camelote morado y cruces blancas en el pecho. Dos maceros del Parloir-aux-Bourgeois, vestidos con chaquetillas mitad coloradas y mitad azules, hacian centinela delante de una puerta baja y cerrada, que se veia en el fondo, detrás de la mesa. Una sola ventana ojiva, estrechamente embutida en la ancha pared, iluminaba con luz pálida dos figuras grotescas: el caprichoso demonio esculpido en la clave de la bóveda y el juez, sentado en el fondo de la sala sobre flores de lis.

En efecto, figúresele el lector en la mesa prebostal, acurrucado sobre sus codos, los piés entre la cola de la toga de paño pardo, el rostro entre el forro de piel de cordero blanco, á la que parecian pertenecer tambien sus cejas, rojo, arisco, guiñando el ojo, llevando con majestad la grasa de sus carrillos, que se le reunian debajo de la barba: tal era maese Florian Barbedienne, oidor del Chatelet.

Es de advertir que este oidor era sordo, ligero defecto para un oidor; mas no por eso dejaba de sentenciar cóngruamente y sin apelacion. Basta que un juez parezca que escuche, y el venerable oidor llenaba perfectamente esta condicion, la única esencial para la buena justicia, porque ningun ruido podia distraer su atencion.

Tenia entre el auditorio un desapiadado fiscal de sus gestos y de sus hechos en la persona de nuestro amigo Juan Frollo del Molino, el estudiantillo de ayer, el corre-calles, que se le podia encontrar en Paris en todas partes, menos en la cátedra.

—Mira, le dijo en voz baja á su compañero Robin Poussepain, que se reia á su lado de las escenas que aquel comentaba; aquí viene Juanita del Buisson, la hermosa hija del haragan del Mercado Nuevo.

—¡A fé mia que ese viejo la vá á condenar, porque tiene tan mala la vista como el oido! ¡Quince sueldos y cuatro dineros parisíes por haber echado dos Padre-nuestros! eso es muy caro.—Quién es aquel? Robin Chief-de-Ville, el posadero.—Por haber sido examinado y recibido maestro en susodicho oficio, paga el derecho de entrada.—Hola! dos caballeros entre una cáfila de villanos, Aiglet Soins, Hutin de Mailly. ¡Dos escuderos, *Corpus Christi*! Han jugado á los dados. ¿Cuándo harán venir aquí á nuestro rector? ¡Cien libras parisíes de multa! Consiento en ser mi hermano el arcediano, si eso me impide el jugar; pero jugar de dia y de noche, vivir y morir del juego y jugarme el alma despues de perder la última camisa.—¡Vírgen Santa! qué ganado de muchachas! mis ovejas! ¡Ambrosia Lecuyère, Isabel la Paynette, Berarda Gironin! Pardiez! á todas las conozco! ¡Que paguen la multa, eso las enseñará á usar cinturones dorados! (1)—El pícaro, viejo, sordo y pollino de Florian, sentado á la mesa, come con las causas, come con los procesos; come, masca, se atraganta y se hincha. Las multas, los propios y arbitrios, las costas, perjuicios é intereses, cárcel, calabozos y cepos, son para él puches de Noche-buena y bizcochos de San Juan. Ea, bravo! ¡aquí viene otra amorosa! Thibaud-la-Thibaude, ni más ni menos. Multa por haber salido de la calle de Glatigny.—Quién es ese? Gieffroy Mabonne, soldado ballestero, por haber blasfemado del nombre de Dios. Multa á la Thibaud y multa á Gieffroy! Viejo sordo! Apuesto cualquier cosa á que ha embrollado las dos causas y á que hace pagar el terno á la muchacha y el amor al soldado. ¡Por vida de Júpiter! ¡mira, Robin, cuántos alabarderos! ¡Aquí están todos los lebreles de la jauría! Á quién van á introducir? Buena pieza de caza debe ser. ¡Un jabalí, y lo es, y magnífico; mira, Robin! ¡Es el papa de los locos, es el campanero, es el tuerto, es el jorobado, es Quasimodo!

En efecto, era él.

Era Quasimodo, que le traian cinchado y agarrotado y con mucha guardia. La escolta de alabarderos que le rodeaba iba precedida del caballero de la ronda en persona, que llevaba las armas de Francia bordadas en el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. No habia nada en Quasimodo, excepto su deformidad, que pudiese justificar aquel aparato de alabarderos y de arcabuces; éste venia sombrío y silencioso, y apenas su ojo único echaba sobre las cadenas que le sujetaban una mirada solapada y colérica.

(1) Distintivo de las mujeres públicas de aquella época.

Mientras, maese Florian el oidor hojeó con atencion el legajo de la demanda dirigida contra el campanero, que le presentó el escribano, y, despues de una rápida ojeada, quedó meditando un instante. Gracias á esta precaucion, que tomaba siempre antes de proceder al interrogatorio, sabia de antemano los nombres, las cualidades y los delitos de los acusados, daba respuestas previstas á sus previstas preguntas y lograba salir airoso de las sinuosidades del interrogatorio, sin hacer patente su sordera. El legajo del proceso era para él el perro del ciego. Si sucedia, por casualidad, que se descubriese su achaque, de vez en cuando, por algun apóstrofe incoherente ó por alguna pregunta ininteligible, pasaba ésto por profundidad entre algunos y por imbecilidad entre otros. En los dos casos, el honor de la magistratura quedaba ileso, porque vale más que un juez se crea que es imbécil ó profundo que sordo. Ponia gran cuidado en disimular su sordera, y generalmente lo lograba con tal perfeccion, que muchas veces llegó á hacerse él mismo la ilusion de que no estaba sordo, lo que no es tan difícil como parece. Todos los jorobados van con la cabeza erguida, todos los tartamudos peroran y todos los sordos hablan bajo. Él solo creia que tenia el oido un poco rebelde, y esta es la única concesion que en este punto hacia á la opinion pública en sus momentos de franqueza y de exámen de conciencia.

Despues de rumiar la causa de Quasimodo, echó la cabeza hácia atrás y casi cerró los ojos, para aparecer con mayor majestad é imparcialidad, aunque en estos momentos estaba á la vez sordo y ciego, doble condicion sin la que no hay juez perfecto; en tan magistral actitud comenzó el interrogatorio.

—Vuestro nombre?

Hé aquí un caso no previsto por la ley: el de que un sordo tuviese que ser interrogado por otro sordo.

Quasimodo, á quien nadie advertia lo que el juez le preguntaba, continuó mirando á éste fijamente, pero no le respondió. Sordo el juez, y no advertido por nadie de la sordera del acusado, creyó que éste le habia respondido, como lo hacen por regla general todos los acusados, y prosiguió preguntando con aplomo mecánico y estúpido:

—Está bien. Vuestra edad?

Tampoco respondió Quasimodo á esta pregunta; creyóla el juez satisfactoria y continuó:

—Vuestro estado?

El jorobado seguia guardando silencio: los asistentes empezaban ya á cuchichear y se miraban unos á otros.

—Basta, dijo el imperturbable oidor cuando supuso que el acusado habia contestado á la tercera pregunta. Se os acusa ante este tribunal: *primo*, de alboroto nocturno; *secundo*, de atentado deshonesto contra la persona de una mujer loca, *in prœjudicium meretrices; tercio*, de rebelion y de deslealtad hácia los arqueros del rey nuestro señor. Esplicaos sobre todos esos puntos. Escribano, ¿habeis escrito lo que ha dicho hasta ahora el acusado?

Al oir esta malhadada pregunta, alzóse en toda la sala un estruendo de carcajadas tan violentas, tan locas, tan contagiosas, tan universales, que hasta llegaron á advertirlo los dos sordos. Volvióse Quasimodo, levantando desdeñosamente la joroba, mientras que el juez, asombrado como él, y suponiendo que habia provocado la risa de los espectadores alguna réplica irreverente del acusado, cosa que creia que le denotaba el encogimiento de hombros de éste, con indignacion le dirigió las siguientes palabras:

—Respuesta es esa, señor bellaco, que merecia la horca. ¿Sabeis á quién hablais?

Esta salida del juez no era á propósito para contener la explosion de la alegría general; parecióles á todos tan heteróclita y cornuda, que la risa se apoderó hasta de los maceros, especie de lacayos armados, en quienes la estupidez era de ordenanza. Solo Quasimodo conservaba la seriedad, por la sencilla razon de que no comprendia nada de lo que pasaba á su alrededor. El juez, cada vez más irritado, creyó que debia continuar en el mismo diapason, esperando de este modo inspirar al acusado saludable terror, cuya reaccion infundiria al auditorio el debido respeto.

—¿Conque es decir, perverso y villano, que os permitís insultar al oidor del Chatelet, al magistrado responsable de la policía popular de Paris, encargado de entender en los crímenes, delitos y demasías, de vigilar todos los oficios y de prohibir el monopolio? ¿Sabeis que me llamo Florian Barbedienne, que soy teniente del señor preboste, y además comisario, inspector y examinador, con igual poder en el Prebostazgo y en la Bailía?

No hay razon que haga parar á un

sordo cuando habla á otro sordo; Dios sabe cuándo hubiera callado maese Florian, lanzado de ese modo á la alta elocuencia, si la puerta baja del fondo no se hubiera abierto de repente para dar paso al señor preboste.

No se cortó al verle entrar maese Florian, pero dió media vuelta sobre sus talones y dirigió impávido sobre el prebostela arenga que lanzaba á Quasimodo momentos antes.—Monseñor, reclamo la pena que tengais á bien imponer al acusado por haber faltado á la justicia.

Se sentó jadeante y enjugando las gotas de sudor que le caian de la frente y empapaban, como lágrimas, los pergaminos extendidos delante de él. Frunció las cejas el caballero Roberto de Estonteville é hizo á Quasimodo con el gesto una indicacion tan imperiosa y significativa, que el sordo empezó á comprender. El preboste le preguntó con severidad:

—¿Qué has hecho que te traen aquí, bellaco?

El pobre diablo, suponiendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que habitualmente guardaba y respondió con voz ronca y gutural:

—Quasimodo.

Como la respuesta no coincidia con la pregunta, empezó otra vez á oirse la risa general del auditorio, y el caballero Roberto exclamó, rojo de cólera:

—¿Te burlas tambien de mí, pícaro redomado?

—Campanero de Nuestra Señora, respondió Quasimodo, creyendo que debia explicar al juez quién era él.

—Campanero! repitió el preboste, que se despertó de mal humor aquella mañana, como dijimos, y que no tenia necesidad de que atizasen su furor con extrañas contestaciones. Campanero!—Ya haré que descarguen sobre tus costillas un repiqueteo de latigazos por las calles de Paris. Lo oyes?

—Si quereis saber mi edad, contestó Quasimodo, creo que cumpliré veinte años por San Martin.

Eso era ya demasiada insolencia, y el preboste no lo pudo sufrir.

—¿Te burlas del Prebostazgo, miserable? Señores maceros de vara, llevareis á ese pillo á la picota de la Grève, lo azotareis y le dareis vueltas en la rueda una hora. Lo ha de pagar, vive Dios! Que se haga pregon de la presente sentencia, con asistencia de los cuatro trompetas jurados, en las siete castellanías del vizcondado de Paris.

El escribano se puso en el acto á extender la sentencia.

—Vientre de Dios! ¡Eso se llama juzgar bien! exclamó desde su rincon el estudiantillo Juan Frollo.

Volvió la cara el preboste y fijó un momento en Quasimodo su mirada fulminante.

—Creo que el bellaco ha dicho: *¡vientre de Dios!* Escribano, añadid doce dineros parisíes de multa por haber jurado, y que se destine la mitad á la fábrica de San Eustaquio; tengo devocion especial á ese santo.

Al cabo de pocos momentos estuvo escrita la sentencia, cuyo tenor era breve y sencillo. La jurisdiccion del Prebostazgo y del vizcondado de Paris no estaba aun complicada por el presidente Thibaud Baillet ni por Roger Barmne, abogado del rey, ni estaba obstruida aun por la alta valla de trámites y de procedimientos que introdujeron en ella los dos expresados jurisconsultos á principios del siglo diez y seis. Todo era en ella entonces claro, expedito y explícito; se caminaba rectamente á un fin y se le distinguia al cabo de cada senda, y se iba sin rodeos á la rueda, á la picota ó al patíbulo. A lo menos se sabia pronto á dónde se iba.

El escribano presentó la sentencia al preboste, que puso en ella su sello y que salió en seguida á dar la vuelta por los otros tribunales con una disposicion de ánimo á propósito para poblar aquel dia las cárceles de Paris. Juan Frollo y Robin Poussepain reian por lo bajo. Quasimodo lo miraba todo atónito.

El escribano, mientras leia maese Florian la sentencia para firmarla, movido á compasion por el pobre sentenciado, y con la esperanza de obtener disminucion en la pena, se acercó lo más que pudo al oido del juez y le dijo, indicándole con el dedo á Quasimodo:—"Ese hombre es sordo„.

Esperaba el escribano que la semejanza de achaque despertaria el interés de maese Florian en favor del pobre reo. Pero ya observamos que el juez no se tenia por sordo ni queria que nadie le tuviese tampoco; además, no entendió ni una palabra de las que le dijo el escribano, y, sin embargo, quiso aparentar que le habia oido, y le respondió:

—Ah, eso es diferente! Yo no lo sabia. En ese caso una hora más de picota.

Con esta pequeña modificacion firmó la sentencia.

—Bien hecho, contestó Robin Poussepain, que tenia tirria á Quasimodo; eso le enseñará á no tratar á nadie con aspereza.

## II.

### La cueva de la Torre-Roland.

Permítanos el lector que le transportemos á la plaza de la Grève, de la que salimos ayer con Gringoire por seguir á Esmeralda.

Son las diez de la mañana, y todo denuncia aun la festividad de la víspera. El suelo está cubierto de despojos, de cintas, de trapos, de plumas de penachos, de gotas de cera de los hachones, de migajas de la francachela pública. Gran número de transeuntes vagan de aquí para allá, removiendo con el pié los tizones apagados de las hogueras, extasiándose ante la Casa de los Pilares, con el recuerdo de las hermosas colgaduras del dia anterior, y mirando los clavos, que causan su último placer.

Los vendedores de cidra y de cerveza circulan con sus cacharros alrededor de los grupos; los transeuntes ocupados pasan con rapidez; platican los comerciantes y se llaman unos á otros desde el umbral de las tiendas. La fiesta, los embajadores, Coppenole y el papa de los locos ocupan aun su atencion y bromean y rien. Cuatro soldados de caballería, que acaban de apostarse á los cuatro lados de la picota, concentran á su alrededor gran parte del público, exparcido en la plaza, que se condena á la inmovilidad y al fastidio con la esperanza de presenciar el futuro espectáculo.

Si despues de contemplar el lector esta escena viva y tumultuosa, que se agita en todos los puntos de la plaza, dirige sus miradas hácia la antigua casa, medio gótica, medio bizantina, de la Torre-Roland, que forma la esquina del muelle al Poniente, podrá contemplar, en el ángulo de la fachada, un gran breviario público, con ricas estampas iluminadas, que preserva de la lluvia un tejadillo y de los ladrones una guarnicion de alambre. Al lado del breviario hay una ventanilla ojiva, estrecha, cruzada por dos barras de hierro, que dá á la plaza, y que es la única abertura que dá entrada á algo de aire y á algo de luz á una celdilla sin puerta practicable en la planta baja en el espesor de la pared de la antigua casa, celda tanto más tranquila y silenciosa, cuanto más hormiguea y alborota en la plaza pública la multitud que la ocupa y la transita.

Era célebre en Paris dicha celda hacia ya más de tres siglos, desde que madame Rolande, de la Tour-Roland, estando de luto por su padre, que murió en las Cruzadas, la hizo abrir en la muralla de su propio castillo, para encerrarse en ella toda su vida, conservando solo de su palacio este tugurio, con la puerta condenada y con la ventanilla abierta, y dando toda su fortuna á los pobres y á Dios. Veinte años esperó la muerte en aquella tumba anticipada la desolada doncella, rezando de noche y de dia por el alma de su padre, durmiendo sobre ceniza, sin tener ni una piedra por almohada, vestida con un saco negro y viviendo solo del pan y del agua que la compasion de los transeuntes depositaba en los rebordes de la ventanilla, recibiendo así la caridad despues de darla. Cuando murió, momentos antes de pasar á otro sepulcro, legó éste á perpetuidad á las mujeres afligidas, madres, viudas ó doncellas que tuviesen que rezar por ellas ó por otros y que quisiesen enterrarse vivas con su dolor ó consagrarse á eterna penitencia. Los pobres de su tiempo la hicieron brillantes exequias de lágrimas y de bendiciones, y tuvieron gran sentimiento de no haber podido conseguir que se canonizase á tan piadosa doncella por falta de proteccion.

Los que no eran afectos á la Santa Sede esperaban que eso se lograria con más facilidad en el cielo que en Roma, y rogaban á Dios por la difunta, ya que no pudieron obtener del Papa lo que deseaban. La mayoría acordó tener como sagrada la memoria de Rolande y convertir en reliquias sus harapos. La Ciudad, por su parte, cumpliendo con la voluntad de la doncella, estableció un breviario público, clavado junto á la ventana de la celda, con la idea de que los transeuntes que se detuviesen allí para rezar, la oracion les recordase el hacer limosna para las pobres reclusas, herederas de la cueva de madame Rolande, y éstas no se viesen en la necesidad de morir de hambre y de olvido.

Eran frecuentes esta especie de sepulcros en las ciudades en la Edad Media; se encontraban con frecuencia, en las calles más frecuentadas y en el mercado más abundante y ruidoso, un sótano, un

pozo, una cueva enrejada, en cuyo fondo rezaba de dia y de noche un sér humano, voluntariamente consagrado á eterna penitencia y á terrible expiacion. La piedad poco razonadora y poco sutil de aquellos tiempos no daba toda la importancia, no daba todo el valor que realmente encerraba la separacion absoluta del mundo para condenarse á perpétuo sacrificio, y aunque honraba y veneraba esta abnegacion, no compadecia ni analizaba los inmensos sufrimientos que á la larga hacian sucumbir al sér humano. La pública compasion llevaba de cuando en cuando algun alimento al miserable penitente, miraba por el agujero si vivia aun, sabia desde cuánto tiempo empezaba á morir, y al forastero que la preguntaba sobre el esqueleto vivo que se pudria en aquella cueva, respondia lisa y llanamente, si era hombre:—"Es el recluso", y si era mujer:—"Es la reclusa".

Porque todo se veia entonces así, sin metafísica, sin exageracion, sin cristal de aumento, á la simple vista; no se habia inventado aun el microscopio, ni para lo material ni para lo espiritual.

Aunque no asombraban los ejemplos de estas reclusiones voluntarias, eran frecuentes en el seno de las ciudades, como antes dijimos. En Paris habia gran número de estas celdas y casi todas estaban ocupadas; verdad es que el clero cuidaba de que no estuviesen vacías, lo que implicaba frialdad en los fieles, y encerraba en ellas á los leprosos, cuando no tenia á mano penitentes. Además de la cueva de la plaza de la Grève, habia una en Montfaucon; otra en el cementerio de los Inocentes; otra en el palacio Clichon, si mal no recordamos, y en otros varios puntos, cuyos vestigios se encuentran todavía en las tradiciones. En la Universidad existia tambien una de esas cuevas; en la montaña de Santa Genoveva, una especie de Job, de la Edad Media, cantó durante treinta años los siete psalmos de la penitencia en un estercolero, en el fondo de una cisterna, volviendo á empezar cada vez que los terminaba, salmodiando más alto durante la noche, *magna voce per umbras;* aun hoy cree oir su voz el anticuario que entra por la calle del *Pozo que habla.*

Limitándonos ahora á la covacha de la Torre-Roland, debemos decir que nunca escasearon en ella las reclusas; desde la muerte de madame Rolande, rara vez estuvo vacante un año ó dos. Muchas mujeres fueron á llorar dentro de ella, el resto que les quedaba de vida, á sus padres, á sus amantes ó sus culpas. La malicia parisiense, que en todo se mezcla, hasta en lo que no la interesa, aseguraba que se habian visto pocas viudas en aquella cueva.

Una inscripcion latina escrita en la pared, segun la costumbre de la época, indicaba al transeunte que era hombre de letras el destino de aquella celda; hasta mediados del siglo diez y seis se conservó la costumbre de explicar lo que era un edificio por medio de una divisa escrita sobre la puerta: todavía se lee en Francia, encima de la puerta de la prision de la casa señorial de Tourville, *Sileto et spera*; en Irlanda, debajo del escudo que soporta la puerta principal del castillo de Fortescue, está escrito: *Forte scutum, salus ducum*; en Inglaterra, sobre la entrada principal del castillo hospitalario de los condes Cowper, *tuum est;* porque entonces todo el edificio respondia á un pensamiento.

Como no tenia puerta la celda murada de la Torre-Roland, veíanse grabadas con grandes caractéres sajones estas dos palabras:

TÚ, ORA (1).

## III.

### Historia de una torta de maiz.

En la época de esta novela estaba ocupada la Torre-Roland. Si el lector desea saber quién la ocupaba, escuche la conversacion de tres mujeres, que en el momento en que le llamamos la atencion sobre la covacha se dirigian de prisa hácia aquel lado, subiendo del Chatelet hácia la plaza de la Grève por la orilla del rio. El traje de dos de estas mujeres era el que usaban las vecinas de Paris; llevaban gorguera blanca y fina, basquiña de tiritaña rayada de rojo y de azul, medias blancas con cuadrados de color, muy estiradas; zapatos de cuero de color leonado con suelas negras y cofias, que eran una especie de cuernos de relumbron, recargados con cintas y encajes, emulando á los granaderos de la Guardia Imperial rusa, y que anunciaban que pertenecian á la clase de tenderas ricas. No llevaban anillos

(1) El pueblo, que pronuncia mal el francés, habia hecho su calambour de esas palabras, por medio del que llamaba á esta cueva *Trou-aux-Rats* (Ratonera). Pero como ese calambour es intraducible al español, no hemos ni siquiera intentado su traduccion.

ni cruces de oro, y se conocia que no era por carecer de ellos, sino por miedo á la multa. La compañera iba vestida casi del mismo modo, pero habia en su tocado y sobre todo en su porte un no sé qué que olia á mujer de notario de provincia. Se conocia, por el modo de subírsele el cinturon mucho más arriba de las caderas, que no estaba mucho tiempo en Paris; añádase á esto que usaba una gorguera con pliegues, lazos en los zapatos, que las rayas de la saya eran horizontales y no verticales, y otras cosas que indicaban mal gusto en el vestir.

Las dos primeras andaban con el paso peculiar á las parisienses que enseñan su capital á las provincianas; la provinciana traia de la mano un muchacho grueso, el cual llevaba en la suya una torta. Sentimos tener que añadir que, atendiendo al rigor de la estacion, la lengua le servia de pañuelo.

Hacíase arrastrar el muchacho *non passibus œquis*, como dice Virgilio, y tropezaba á cada instante, lo que enfurecia á su madre; verdad es que él miraba más á la torta que al suelo. Algun grave motivo, sin duda, le impedia hincarla el diente, pero se limitaba á contemplarla con ternura: la madre debia haberse encargado de llevarla, porque era una crueldad convertir en Tántalo á aquel niño mofletudo.

Entretanto las tres señoritas (porque la denominacion de *señoras* se reservaba entonces para las mujeres nobles) hablaban las tres á la vez.

—Vamos pronto, Mahieta, decia la más jóven y más gruesa de las tres á la provinciana. Temo que lleguemos muy tarde; en el Chatelet nos dijeron que iban á llevarle al instante á la picota.

—No hay prisa, Oudarda, replicaba la otra parisien; tiene que estar dos horas en la picota; tenemos tiempo. ¿Habeis visto sacar alguno á la vergüenza?

—Sí, contestó la provinciana, en Reims.

—Bah! ¿y qué es la picota de Reims más que una mala jaula, en la que no se dá tormento más que á aldeanos? ¡Valiente cosa!

—Nada de eso; allí hemos visto grandes criminales que habian matado á su padre y á su madre; vaya unos aldeanos! por quién nos tomais, Gervasia?

La provinciana estaba á punto de amostazarse sériamente por el honor de su picota; por fortuna la discreta Oudarda mudó á tiempo la conversacion.

—A propósito, Mahieta; ¿que decís de los embajadores flamencos? ¿Los teneis tan hermosos en Reims?

—Confieso, contestó la aludida, que no hay como Paris para ver flamencos semejantes.

—¿Vísteis entre ellos al embajador que es calcetero? preguntó Oudarda.

—Sí, contestó Mahieta, parece Saturno.

—¿Y á aquel grueso que tiene la cara como una barriga desnuda? ¿Y á aquel pequeño, que tiene los ojos ribeteados de encarnado, barbudo y con más puntas que una cabeza de cardo?

—Lo que es digno de verse son sus caballos, dijo Oudarda, enjaezados al estilo de su pais.

—Ay, amiga mia! le contestó Mahieta, tomando á su vez aire de superioridad; ¿qué diríais si hubiérais visto en la consagracion de Reims, diez y ocho años hace, los caballos de los príncipes y de la comitiva real? Llevaban jaeces y caparazones de todas clases; unos de paño de damasco, de paño fino de oro, forrados de martas; otros de terciopelo forrados de armiño; otros recamados de rica argentería y con campanillas de oro y plata. Qué dineral costó aquello! ¡Qué pajecillos tan bonitos iban encima!

—Eso no impide, replicó con aspereza la señorita Oudarda, que los flamencos traigan hermosísimos caballos, ni que cenaran ayer régiamente con el preboste de los mercaderes en la casa del Municipio, en cuya cena se les sirvieron confites, hipocrás, especierías y otras cosas raras.

—Qué estais diciendo? exclamó Gervasia; los flamencos han cenado con el señor cardenal en el palacio del Petit-Bourbon.

—No; en el palacio Municipal.

—No; en el Petit-Bourbon.

—Tan cierto es que cenaron en el palacio Municipal, contestó Oudarda con aspereza, que el doctor Sconrable les dirigió un discurso en latin, del que quedaron muy satisfechos; mi marido, que es librero jurado, me lo ha dicho.

—Tan cierto es que cenaron en el Petit-Bourbon, respondió Gervasia con igual viveza, que voy á decir la cena que les presentó el procurador del señor cardenal: doce dobles cuartos de hipocrás blanco, clarete y tinto; veinticuatro canastillas de mazapan doble de Leon, dorado; otras tantas cajas de dos libras cada pieza, y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete. Lo sé por mi marido, que es cincuentenero del Parloir-aux-Bourgeois, y comparaba esta

mañana á los embajadores flamencos con los del preste Juan y del emperador de Trebisonda, que vinieron de Mesopotamia á Paris en tiempos del último rey y que llevaban pendientes.

—Tan cierto es que cenaron en el palacio Municipal, replicó Oudarda, poco convencida por la anterior relacion, que nunca se vió allí tal profusion de viandas ni de confites.

—Pues yo repito que les sirvió Le Sec, alabardero de la ciudad, en el palacio del Petit-Bourbon, y que estais equivocada.

—Os vuelvo á decir que fué en el palacio del Municipio.

—En el Petit-Bourbon; como que estaba iluminada con candilejas mágicas la palabra *Esperanza*, que está escrita sobre la fachada principal.

—En la casa del Municipio; ¡como que Husson-le-Voir tocaba la flauta!

—No.

—Sí.

—No.

Preparábase á replicar la gruesa Oudarda y hubieran quizás acabado por arañarse, si Mahieta no hubiera exclamado de repente:

—Mirad qué gentío se reune allá abajo, en el puente. Estan mirando algo!

—Sí, contestó Gervasia; oigo tocar un tamboril. Será Esmeralda, que cantará y mandará á su cabra que haga habilidades. Andemos de prisa, Mahieta, y traed á rastras á vuestro chico. Habeis venido á ver las curiosidades de Paris; ayer le tocó el turno á los embajadores y hoy vamos á ver á la gitana.

—A la gitana! exclamó Mahieta, retrocediendo y apretando con fuerza el brazo de su hijo. Dios me libre! ¡Me robaria á mi hijo! No te separes de mí, Eustaquio.

Diciendo lo anterior, echó á correr por el muelle hácia la plaza de la Grève, hasta que dejó el puente detrás de ella; pero el muchacho, al que ella arrastraba, cayó de rodillas, por lo que su madre se detuvo sofocada; entonces Oudarda y Gervasia se incorporaron á la provinciana y á su hijo.

—¿Creeis que la gitana os ha de robar á vuestro niño? Vaya una idea singular! dijo Gervasia.

Mahieta la miró con aire pensativo.

—Pero es más singular todavía, añadió Oudarda, que la reclusa tenga la misma idea de las gitanas.

—Quién es la reclusa? preguntó la provinciana.

—Toma! la hermana Gudula.

—Quién es la hermana Gudula?

—No lo sabeis? ¡es claro, como venís de Reims!... Es la reclusa de la cueva de la Torre-Roland.

—Cómo! ¿es la pobre mujer á la que llevamos esta torta?

Oudarda hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Precisamente ahora la vereis por la ventana de su covacha que cae á la plaza de la Grève; ella tiene la misma opinion que vos de esos vagabundos de Egipto que bailan y dicen la buenaventura; nadie sabe por qué mira con horror á los gitanos. Pero vos, Mahieta, ¿por qué correis al ver de lejos á una gitana?

—Ah! exclamó Mahieta, estrechando con las dos manos la redonda cabeza de su chico; porque no quiero que me suceda lo que le sucedió á Paquita la Chantefleuri.

—Contadnos esa historia, mi querida Mahieta, dijo Gervasia cogiéndola por el brazo.

—Con mucho gusto, respondió ésta, pero ¡es preciso ser de Paris para no saber esa historia! Os la referiré, pero paremos, para que os la pueda contar bien. Paquita Chantefleuri era una hermosa jóven de diez y ocho años, como yo los tenia entonces, hace diez y ocho años, y ella se tiene la culpa de no ser hoy, como yo, una gruesa matrona de treinta y seis, con marido y con un hijo. Era esa jóven hija de Guybertant, músico de los barqueros de Reims, el que tocó delante de Cárlos VII durante su consagracion, cuando pasó el rio de Vesle, desde Sillery hasta Muison; por más señas que la Doncella de Orleans iba en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era todavía muy niña, pero ya no la quedaba más familia que su madre, hermana del señor Prandon, azofarero y calderero de Paris, el cual murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. Desgraciadamente su madre era una bendita mujer, que solo enseñó á Paquita algo de bordar y á hacer algunos juguetes para los niños, lo que no impidió que la muchacha creciese y que fuese cada dia más pobre. Vivian las dos en la calle de Folle-Peine. El año 61, que fué el de la consagracion de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde, Paquita era tan alegre y tan hermosa que todos la llamaban la Chantefleuri *(canto florido)*. ¡Pobre jóven! Tenia los dientes muy bonitos y se reia para enseñarlos, y sabido es que

una muchacha que rie mucho está muy expuesta á llorar; los buenos dientes echan á perder los buenos ojos. Ella y su madre ganaban la vida á duras penas, como que vinieron á menos con la muerte de Prandon. La venta de juguetes no las producia casi nada. Un invierno, el del año 61, en el que las dos mujeres no tenian leña ni fuego, y hacia mucho frio, tenia tan buenos colores la Chantefleuri, que los hombres la llamaban: Paquita! Paquita! y la pobre se perdió.—Eustaquio, que no muerdas la torta. —Todos conocimos que se habia perdido cuando la vimos un domingo ir á misa llevando en el pecho una cruz de oro. A los catorce años! Primero la galanteó el jóven vizconde de Cormontreuil, que tiene su palacio á tres cuartos de legua de Reims; despues el caballero Enrique de Triancourt, caballerizo del rey; luego Chiart de Beaulion, sargento de armas; despues, descendiendo siempre, Guery Aubergeon, criado trinchante del rey; despues Macé de Frepus, barbero del delfin; y descendiendo de este modo, de menos jóven á menos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Al llegar hasta aquí, ya la pobre Chantefleuri era de todo el mundo: habia llegado ya al último sueldo de su moneda de oro; todo esto en el mismo año de la consagracion de nuestro rey.

Mahieta suspiró y enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos.

—Pues no encuentro hasta ahora nada extraordinario en esa historia, y no sé que tenga nada que ver con gitanos ni con chiquillos, dijo Gervasia.

—Paciencia, replicó Mahieta; ahora aparecerá el chiquillo. En el 66, diez y seis años atrás, por San Pablo, Paquita dió á luz una niña. La desgraciada tuvo grande alegría, porque deseaba tener un hijo ya mucho tiempo. Su madre, buena mujer, que no supo hacer en toda su vida otra cosa que cerrar los ojos, habia ya muerto. Paquita no tenia ya á quién amar ni quien la amase. Desde cinco años atrás que tuvo el primer desliz estaba sola, sola en la vida, señalada con el dedo, azuzada cuando salia de casa, zurrada por los soldados y escarnecida por los pillos. Habia cumplido veinte años, y veinte años es la edad de vejez para las prostitutas. La prostitucion empezó á ofrecerla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que le salia le robaba un escudo; de modo que el invierno se presentaba terrible para ella, sin leña en el hogar y sin pan en la alacena. No podia trabajar, porque dedicándose á la voluptuosidad se habia hecho holgazana, y sufria mucho más, porque siendo holgazana se habia hecho voluptuosa; así se explica el cura de Saint-Remy, porque esas mujeres tienen más frio y más hambre cuando son viejas.

—Será así, contestó Gervasia, pero ¿y los gitanos?...

—Ten paciencia, Gervasia, replicó Oudarda, que era menos impaciente. ¿Qué quedaria para el fin si se dijera todo al principio? Continuad.

Mahieta prosiguió:

—Paquita, pues, estaba muy triste y era muy miserable; pero en medio de su vergüenza, de su locura y de su abandono, parecióle que estaria menos avergonzada, menos loca y menos abandonada si hubiese algo ó alguno en el mundo á quien ella pudiese querer y que la quisiese. Era preciso que ese álguien fuese un niño, porque solo un niño podia ser bastante inocente para eso. Esto lo habia conocido Paquita despues que probó á amar á un ladron, el único hombre que pudiera haber hecho caso de ella, pero al cabo de poco tiempo conoció que el ladron la despreciaba. Esa clase de mujeres necesitan un amante ó un hijo para ocupar su corazon; si no lo tienen son muy desgraciadas. No pudiendo ya tener amante, sus deseos se concentraron en tener un hijo, y como no habia cesado de ser buena cristiana, se lo pidió á Dios de todo corazon; Dios tuvo compasion de ella y le dió una niña. Su alegría fué inmensa; estallaba en una fúria de lágrimas, de caricias y de besos. Ella misma se crió á su hija y la hacia mantitas de su cubrecama para abrigarla, porque no tenia otro, y ya no sintió hambre ni frio; tanto, que volvió á estar hermosa, y de soltera vieja se convirtió en madre jóven. Volvió á empezar el tráfico galante y la Chantefleuri volvió á encontrar chalanes para su mercancía, y de su producto hizo ropas, baberos, almillas de encaje y gorritos de raso.—Eustaquio, ya te he dicho que no te comas la torta.—La niña Inés, que así se llamaba, estaba tan fajada con cintas, bordados y encajes como una delfina del Delfinado: tenia, entre otros, unos zapatitos que no los ha gastado iguales, sin duda, el rey Luis XI. Su madre se los habia cosido y bordado, empleando en ellos todos los primores de su habilidad y tantas lentejuelas como para la falda de una Vírgen. Eran un par de zapatitos de color de rosa lo mas

bonitos que se puede imaginar, pequeños como sus diminutos piés.

—Cuando tengais hijos, querida Oudarda, vereis que no hay nada tan bonito como sus piesesitos y sus manecitas.

—Mucho lo deseo, contestó Oudarda suspirando, pero espero que quiera tenerlos el señor Andrés Musnier.

—No era lo único que tenia bonito la hija de Paquita, prosiguió diciendo Mahieta; yo la ví cuando habia cumplido cuatro meses y era una preciosidad. Tenia los ojos más grandes que la boca, y el cabello, negro y fino, se le rizaba ya. Hubiera sido una morenita irresistible á los diez y seis años: su madre cada dia estaba más loca por ella; la acariciaba, la hacia cosquillas, la lavaba, la vestia con lujo y se la comia á besos. No dejaba de dar gracias á Dios por haber oido sus ruegos y satisfecho sus deseos.

—El cuento me gusta, ¿pero qué tiene que ver con las gitanas? dijo Gervasia casi en voz baja.

—Ahora lo vereis, le contestó Mahieta, que la oyó. Llegaron un dia á Reims una especie de caballeros muy singulares; eran todos ellos mendigos y pillos, que recorrian el pais conducidos por un duque y por sus condes. Eran densamente morenos, tenian el pelo negro y rizado, y llevaban en las orejas anillos de plata; las mujeres eran aun más feas y más negras que los hombres; llevaban la cara siempre descubierta y no gastaban más ropa que un miserable zagalejo, una manta de cuerda sobre los hombros y el pelo lo llevaban tendido como cola de caballo. Los chiquillos, que se les enredaban por entre las piernas, hubieran causado miedo á un mico; aquella gente era una partida de excomulgados: venian en línea recta del bajo Egipto á Reims por Polonia; el Papa los habia confesado, segun se decia, y les habia impuesto la penitencia de ir siete años seguidos recorriendo el mundo sin poder acostarse en cama; se llamaban Penitenciarios y echaban un olor tan malo que hedian. Se decia que antes habian sido sarracenos y creian en Júpiter, y que reclamaban diez libras tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, que para eso les habia dado el Papa una bula. Venian á Reims á decir la buenaventura en nombre del rey de Argel y del emperador de Alemania; no fué necesario saber más para que se les prohibiese entrar en la ciudad, y fué á acampar toda la cuadrilla junto á la puerta de Braine, sobre un cerro, en el que hay un molino al lado de los huecos de las antiguas canteras; todo Reims fué á verlos. Os examinaban las manos y hacian profecías maravillosas; eran hombres capaces de pronosticar que Judas seria papa. El rumor público, sin embargo, los acusaba de robar niños y bolsas y de comer carne humana. Los más prudentes decian á los más atrevidos: "No vayais„, y luego ellos iban á consultarles de escondite, porque iba á verlos todo el mundo; verdad es que decian cosas que hubieran asombrado á un cardenal. Las madres estaban muy huecas de sus hijos desde que las gitanas les habian leido en las rayas de la mano toda clase de milagros, escritos en ella en pagano ó en turco; una madre tenia un hijo que seria emperador, otra uno que seria papa y otra uno que seria capitan. La pobre Chantefleuri quiso conocer tambien el porvenir de su hija y saber si un dia su preciosa Inesilla seria emperatriz de la Armenia ó cosa parecida. Llevóla, pues, donde estaban los gitanos, y fué tanto lo que las gitanas la besaron, acariciaron y se extasiaron al verla, que llenaron de alegría á la cariñosa madre. Celebraron, sobre todo, en Inesilla los hermosos piés y los preciosos zapatos; ella no habia cumplido aun el primer año; ya balbuceaba algunas palabras y reia con su madre como una loquilla, estaba gordita y redonda como un angelito; los gitanos la asustaron tanto, que lloró; pero la madre la llenó de besos y se fué muy contenta de la buenaventura que predijeron á su hija. Esta tenia que ser hermosísima, virtuosa y reina, por lo que volvió á su tugurio de la calle Folle-Peine orgullosa de tener en casa una reina. Al dia siguiente aprovechó un momento en que la niña dormia en su cama (porque siempre se acostaba con ella); dejó la puerta entreabierta con mucho tiento para no despertarla, y fué á contarle á una vecina que Inés, andando el tiempo, llegaria á estar servida en la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopia y otras cosas igualmente sorprendentes. Al volver á casa, no oyendo lloros ni gritos, al subir la escalera dijo para sí:—Bien; está durmiendo todavía; pero halló la puerta más abierta que la habia dejado: entró y, pobre madre! corrió al lecho... estaba vacío, su hija no estaba allí; solo habia en la cama uno de sus preciosos zapatos. Se lanzó fuera de la habitacion, tiróse por la escalera abajo y empezó á golpear las paredes con la cabe-

za, gritando: Mi hija!... ¿quién tiene á mi hija? quién me ha robado á mi hija? La calle estaba desierta, la casa aislada, nadie pudo contestarle. Corrió por la ciudad registrando las calles durante todo el dia, loca, delirante, terrible, husmeando á las puertas y ventanas como una fiera que ha perdido sus cachorros. Estaba jadeante, desencajada, furiosa, y tenia en los ojos tal fuego que secaba sus lágrimas. Detenia á los transeuntes, gritándoles: Dónde está mi hija? ¡Del que me devuelva mi hija seré criada, seré un perro, y me comerá el corazon si lo quiere! Encontró al cura de Saint-Remy y le dijo: ¡Señor cura, cavaré la tierra con las uñas, pero dadme mi hija! Partia el alma oirla, Oudarda; yo ví que un hombre muy duro, el procurador Ponce Lacabre, lloraba. Cuando por la noche volvió á su casa, le dijo una vecina que habia visto, mientras ella estaba ausente, que entraron en ella dos gitanas silenciosamente con un paquete debajo del brazo, y que luego bajaron, cerraron la puerta y huyeron precipitadamente, y que despues que éstas se marcharon se oian en la habitacion de Paquita gritos de niño. Echóse la madre á reir á carcajadas, subió ligera la escalera como si tuviese alas, echó de un golpe la puerta á tierra y entró. ¡Qué cosa tan horrible vió, Oudarda! En vez de su preciosa Inesilla, tan fresca y tan colorada, encontró un pequeño mónstruo repugnante, cojo, tuerto, jorobado, contrahecho, que se arrastraba chillando por el suelo. La infeliz se tapó los ojos horrorizada.—¡Oh, exclamó; si esas hechiceras habrán metamorfoseado á mi hija en este animal espantoso! Sacaron de allí en seguida á aquel pequeño mónstruo, cuya vista á la larga la hubiera vuelto loca; debia ser ese fenómeno el aborto de una gitana que se hubiera entregado al diablo. Demostraba tener cerca de cuatro años; hablaba una lengua que no era humana, compuesta de palabras extrañas. La Chantefleuri se apoderó del precioso zapato, que era lo que la restaba del sér que amaba con idolatría; permaneció contemplándole tanto tiempo, inmóvil, muda y sin respirar, que creian que habia muerto. De repente empezó á temblar, cubrió de besos furiosos su reliquia y se desahogó en sollozos, como si su corazon acabase de reventar. Os aseguro, Gervasia, que allí llorábamos todas. La infeliz exclamaba: Oh! hija mia! Dónde estás? y aquellas palabras y aquel acento nos desgarraban las entrañas. Lloro todavía cuando lo recuerdo, porque los hijos son la médula de nuestros huesos. La Chantefleuri se puso en pié de súbito y echó á correr por las calles de Reims, gritando: Al campamento de los gitanos! ¡Vengan conmigo los soldados y vamos á quemar á las brujas!... Pero los gitanos levantaron sus tiendas y habian partido; la noche era muy oscura y no fué posible perseguirlos. Al dia siguiente, á dos leguas de Reims, en un soto, entre Gueux y Tilloy, se hallaron los restos de una gran hoguera, algunas cintas que pertenecian á la hija de Paquita, gotas de sangre y excremento de macho cabrío. La noche anterior habia sido *sábado*; por eso nadie dudó que las gitanas le hubiesen celebrado allí y que hubiesen devorado á la criatura, como es uso y costumbre entre los mahometanos. Cuando la Chantefleuri supo todo eso, no lloró, meneó los labios como si quisiera hablar, pero no pudo; al dia siguiente amaneció con el cabello blanco, y al otro dia desapareció.

—Esa historia es terrible y haria llorar á un borgoñon, dijo Oudarda.

—Ya no extraño, añadió Gervasia, que tengaìs tanto miedo á los gitanos.

—Y habeis tenido más motivo para huir de ellos con Eustaquio, porque se dice que esos gitanos son de Polonia.

—No, replicó Gervasia; se dice que vienen de España y de Cataluña.

—Bien; pero lo que no tiene duda es que son gitanos, respondió Oudarda.

—Y tienen los dientes bastante largos para comer criaturas, añadió Gervasia. No me admiraria que Esmeralda se los comiese tambien de vez en cuando, á pesar de tener pequeña y delicada la boca; su cabra es demasiado maliciosa para no encubrir algun libertinaje.

Mahieta andaba silenciosamente, embebida en la vaga distraccion que produce la prolongacion de una relacion dolorosa y que no termina hasta llevar su sacudimiento de vibracion en vibracion hasta las últimas fibras del alma.

—¿No se ha sabido qué es de la Paquita? la preguntó Gervasia; Mahieta no respondió. Gervasia repitió la pregunta, sacudiéndola el brazo y llamándola por su nombre. Mahieta salió entonces de su abstraccion.

—Qué ha sido de la Chantefleuri? dijo repitiendo maquinalmente las palabras cuya impresion estaba aun reciente en sus oidos; y luego, haciendo un esfuerzo para fijar la atencion en su sentido,

contestó:—Ya no se ha sabido de ella. Unos dicen que la vieron salir de Reims, al anochecer, por la puerta Flechembault; otros, al rayar el dia, por la antigua puerta Bassé. Un pobre se encontró su cruz de oro enganchada en la cruz de piedra del campo donde se celebra la féria; esta joya fué la que la deshonró en el año 61, y fué regalo de su primer amante, el vizconde de Cormontreuil, y Paquita nunca quiso deshacerse de ella ni en los dias de su mayor miseria. Estimaba esa joya como á su propia vida; por eso cuando supimos que la habia abandonado, creimos que habia muerto su poseedora. Sin embargo, dijeron unos hombres en la taberna des Vantes que la habian visto pasar por el camino de Paris, andando sobre piedras y con los piés descalzos; para eso era preciso que hubiera salido por la puerta Vesle, y esto no concuerda con lo demás, ó por mejor decir, yo creo, en efecto, que salió por la puerta Vesle, pero fué para el otro mundo.

—No os comprendo, dijo Gervasia.

—El Vesle, respondió Mahieta con sonrisa melancólica, es el rio.

—Creeis que murió ahogada? preguntó Oudarda extremeciéndose.

—Creo que sí; ¿quién le hubiera dicho al buen viejo Guybertant, cuando pasaba por debajo del puente á flor de agua cantando en su barca, que algun dia pasaria tambien su hija Paquita por debajo de aquel mismo puente, pero sin barca y sin cantar?

—Y el zapatito? preguntó Gervasia.

—Desapareció con la madre, contestó Mahieta.

Oudarda, que era una mujer gruesa y sensible, se satisfacia con suspirar al mismo tiempo que Mahieta; pero Gervasia, que era más curiosa, continuó preguntando:

—Y el mónstruo?

—Qué mónstruo? interrogó á su vez la provinciana.

—El que dejaron las brujas en casa de la Chantefleuri á cambio de Inesilla. Qué hicísteis de él? ¿Le ahogásteis tambien?

—No, respondió Mahieta.

—Le quemarian; en efecto, eso debia ser. Un niño brujo!

—Ni una cosa ni otra, Gervasia. El señor arzobispo se interesó por el gitanillo, le exorcisó, le bendijo, le sacó el diablo del cuerpo y le envió á Paris para que le expusieran en el átrio de Nuestra Señora como á niño expósito.

—Esos obispos, contestó Gervasia refunfuñando, porque son sábios no hacen nada como los demás. ¡Vaya una ocurrencia! Poner el diablo en la Inclusa! porque es seguro que aquel mónstruo seria el diablo. ¿Qué le ha sucedido en Paris? porque supongo que ninguna persona caritativa habrá querido recogerle.

—No sé, respondió la provinciana; precisamente por aquel tiempo compró mi marido la notaría de Berú, que dista dos leguas de la ciudad, y no he vuelto á saber nada de ese asunto; además, las dos colinas que hay delante de Berú hacen perder de vista las torres de la catedral de Reims.

Hablando de este modo llegaron las tres amigas á la plaza de la Grève. Distraidas pasaron sin detenerse ante el breviario público de la Torre-Roland y maquinalmente se dirigian hácia la picota, á cuyo alrededor aumentaba la muchedumbre sin cesar. Es posible que el espectáculo que atraia todas las miradas en aquel momento las hubiera hecho olvidar la cueva de la reclusa y la estacion que se proponian hacer allí, si el tragon Eustaquio, niño de seis años, que llevaba Mahieta de la mano, no se lo hubiera recordado de pronto.

—Madre, la dijo, como si el instinto le advirtiera que habian ya pasado de la cueva de la reclusa; ¿puedo ahora comerme ya la torta?

Si Eustaquio hubiera sido más diestro, ó, por mejor decir, menos gastrónomo, hubiera esperado más tiempo, y solo al volver á casa el Sr. Andrés Musnier hubiera aventurado la pregunta: ¿puedo comerme la torta? pero hecha fuera de sazon, llamó la atencion de Mahieta.

—Ahora caigo, dijo á sus amigas, que olvidamos á la pobre reclusa. Vamos á la Torre-Roland, que quiero darla esta torta.

—Pues vamos á hacer esa obra de caridad, contestó Oudarda.

No eran estos los deseos de Eustaquio.

—Pues, mi torta! exclamó, levantando los hombros hasta las orejas, lo que en semejante caso es el signo supremo del descontento.

Deshicieron lo andado las tres mujeres, y cuando llegaron á la cueva de la Torre-Roland, dijo Oudarda á las otras dos:

—No miremos las tres á un tiempo por la ventanilla para no asustar á la reclusa. Haced vosotras como que leeis

en el breviario y yo me asomaré, que á mí me conoce. Os avisaré cuando podais mirar.

Oudarda se adelantó y se asomó á la ventanilla; en el momento en que sus miradas penetraron en la cueva, lástima profunda se pintó en todas sus facciones, y su alegre y franca fisonomía mudó tan de repente de expresion y de color, como si hubiera pasado de un rayo de sol á un rayo de luna; sus ojos se humedecieron y su boca se contrajo, como cuando se vá á llorar. Un instante despues puso un dedo sobre los labios é hizo seña á Mahieta para que se acercase.

Llegó Mahieta silenciosa, conmovida y de puntillas, como cuando nos acercamos al lecho de un moribundo.

Triste espectáculo, en efecto, se presentó á la vista de las dos mujeres, mientras miraban, inmóviles y casi sin respirar, por la ventanilla enrejada.

La celda era estrecha, más ancha que profunda, embovedada en forma ojiva; vista por el interior se parecia bastante á una gran mitra de obispo. Sobre las resquebrajadas losas del pavimento, en un ángulo, estaba sentada una mujer, ó mejor dicho, acurrucada; apoyaba la barba contra las rodillas, que sus dos brazos cruzados apretaban con fuerza contra el pecho. Replegada así sobre sí misma; vestida con un saco de color oscuro, que la envolvia de piés á cabeza entre sus anchos pliegues; caidos hácia delante sus largos cabellos grises, que la cubrian el rostro y las piernas hasta los piés, presentaba á primera vista una forma extraña, destacada sobre el fondo tenebroso de la celda, una especie de triángulo negruzco, que el rayo de luz que penetraba por la ventana dividia crudamente en dos matices, uno sombrío y otro iluminado. Era uno de aquellos espectros mitad sombra y mitad luz, como se ven en los delirios ó en las obras extraordinarias de Goya, pálidos, inmóviles, siniestros, acurrucados sobre un sepulcro ó agarrados á la reja de un calabozo. No era una mujer, ni un hombre, ni un sér viviente, ni una forma definida; era una figura, una especie de vision, en la que se entrecortaban lo real y lo fantástico, como la sombra y la luz. Apenas entre sus cabellos tendidos hasta el suelo se distinguia su perfil macilento y severo; apenas su falda daba paso á la extremidad del pié desnudo, que se crispaba sobre el pavimento rígido y helado. Lo poco que de la forma humana se entreveia por debajo de aquel ropaje funeral horrorizaba.

Aquella figura, que cualquiera hubiera creido clavada en las losas, parecia no tener movimiento, ni ideas, ni vida. Bajo aquel sutil saco de lienzo en Enero, yaciendo desnuda sobre un piso de granito, sin fuego, en la sombra de un calabozo, cuyo respiradero oblícuo solo dejaba llegar de fuera el frio, pero no el sol, parecia no sentir ni padecer, y que, como el calabozo, se habia hecho piedra y como la estacion hielo. Tenia las manos cruzadas y los ojos fijos; á primera vista parecia un espectro, y cuando se la contemplaba un rato, una estátua. Sin embargo, por intervalos se abrian para respirar sus labios azulados y temblaban, pero tan maquinales y tan muertos como hojas secas que se separan al soplo del viento. Sin embargo, de sus ojos apagados se escapaba una mirada, mirada inefable, lúgubre, imperturbable y siempre fija en un ángulo de la celda, que no podia verse desde fuera; una mirada que parecia aglomerar todas las sombrías ideas de aquella alma desesperada en no sé que objeto misterioso.

Tal era la penitente de la cueva de la Torre-Roland.

Las tres mujeres, porque Gervasia se habia reunido con Mahieta y con Oudarda, miraban por la ventanilla enrejada. Sus cabezas interceptaban la escasa luz del calabozo, sin que la miserable á quien de ella privaban pareciese que lo advertia.

—No la interrumpamos, dijo Oudarda en voz baja; está en éxtasis, reza.

Entre tanto Mahieta examinaba con ansiedad siempre creciente la cabeza macilenta y espeluznada de la penitente, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Seria caso singular! exclamó.

Metió la cabeza por entre las rejas de la ventana y logró internar la mirada hasta el ángulo en que tenia clavada la vista la infeliz. Cuando Mahieta sacó la cabeza de la ventana tenia el semblante inundado de lágrimas.

—Cómo llamais á esa mujer? preguntó á Oudarda.

—La llamamos la hermana Gudula, respondió ésta.

—Pues yo, repuso Mahieta, yo la llamo Paquita Chantefleuri.

Entonces, poniéndose un dedo en la boca, hizo señal á la asombrada Oudarda de que metiese la cabeza por la ventana y que mirase.

Miró Oudarda y vió en el ángulo don-

de clavaba la vista la reclusa con sombrío éxtasis un zapatito de raso de color de rosa, bordado con lentejuelas de oro y plata. Miró tambien Gervasia despues, y las tres mujeres, teniendo lástima de la desventurada madre, se pusieron á llorar.

Ni sus miradas ni sus lágrimas distrajeron á la reclusa; sus manos permanecieron cruzadas, sus labios mudos, sus ojos fijos; pero para los que sabian la historia de la reclusa, aquel zapatito, mirado eternamente de aquella manera, desgarraba el corazon.

Las tres mujeres no habian pronunciado aun una sola palabra, no se atrevian á hablar ni en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel gran olvido, en el que todo habia desaparecido menos un objeto insignificante, las impresionaba á las tres como un altar mayor en dia de Páscua ó de Navidad. Callaban, meditaban y sentian deseos de arrodillarse, pareciéndoles que acababan de entrar en una iglesia en el dia de las tinieblas.

Por fin Gervasia, la más curiosa de las tres y por consiguiente la menos sensible, probó á hacer hablar á la reclusa.

—Hermana, hermana Gudula!...

La llamó tres veces, levantando la voz más cada vez; pero la reclusa ni se meneó, ni dijo una palabra, ni lanzó una mirada, ni un suspiro, ni dió señales de vida.

Despues Oudarda la llamó con acento más dulce y cariñoso; pero ella continuó guardando el mismo silencio y la misma inmovilidad.

—Qué mujer tan particular! ¡no la despertará ni una bombarda! exclamó Gervasia.

—Puede que esté sorda, dijo Oudarda suspirando.

—O ciega, añadió Gervasia.

—O muerta, repuso Mahieta.

Si el alma no habia abandonado ya á aquel cuerpo inerte y aletargado, por lo menos se habia retirado y escondido en tales profundidades, que no podian llegar á ellas las percepciones de los órganos exteriores.

—Será preciso, dijo Oudarda, dejar la torta en la ventana, pero la cogerá algun pillastre ¿Qué haríamos para despertarla?

Eustaquio, distraido hasta aquel momento por un carretoncillo que arrastraba un perro grande y que acababa de pasar, advirtió entonces que sus tres conductoras miraban algo por la ventanilla; le picó la curiosidad y se encaramó hasta un poyo, se puso de puntillas y aplicó á la reja su grueso y colorado semblante, gritando:—¡Madre, yo tambien quiero verlo!

La voz del niño, clara, fresca y sonora, extremeció á la reclusa. Volvió la cabeza con el movimiento seco y brusco de un resorte de acero, sus descarnadas manos separaron los cabellos que le ocultaban la frente y fijó en el niño una mirada atónita, amarga y desesperada. Aquella mirada fué un relámpago.

—Dios mio! Dios mio! exclamó de repente, ocultando la cabeza entre las rodillas; ¡al menos no me hagais ver otros!...

—Buenos dias, señora, la dijo el chiquillo con gravedad.

Entre tanto la impresion que recibió la desventurada madre la habia despertado, digámoslo así. Un escalofrío prolongado corrió por todo su cuerpo desde la cabeza hasta los piés; rechinaron sus dientes y medio alzó el rostro, apretando los codos contra las caderas y cogiéndose los piés con las manos para calentárselos.

—Oh, qué frio tengo!...

—Pobre mujer! ¿Quereis que os traiga fuego? le preguntó Oudarda profundamente conmovida.

Meneó la cabeza haciendo signo negativo.

—Pues entonces, repuso Oudarda presentándola un frasco, aquí teneis hipocrás que os abrigará el estómago. Bebed.

Movió la reclusa otra vez la cabeza como antes, miró á Oudarda fijamente y la respondió:—Agua.

—No, hermana, esa bebida es perjudicial en Enero. Es necesario que bebais un poco de hipocrás y comais esta torta de maiz que hemos cocido para dárosla, insistió en decirle Oudarda.

Rechazó la reclusa la torta que le presentaba Mahieta y dijo:—Pan negro.

—Vamos, dijo tambien Gervasia, movida á compasion y quitándose su abrigo de lana, aquí teneis esto que os abrigará más que vuestro traje. Echáosle sobre los hombros.

La reclusa rehusó el abrigo, como habia rehusado el frasco y la torta, respondiendo:—Un saco.

—Es justo que advirtais que ayer fué dia de fiesta, repuso Oudarda.

—Ya lo advertí, contestó la penitente. Hace ya dos dias que no tengo agua en el cántaro.

Luego añadió, tras breve pausa:

—Es dia de fiesta y me olvidan; hacen bien. ¿Por qué se ha de acordar el mundo de mí si yo no me acuerdo de él? A carbon apagado ceniza fria.

La reclusa dejó caer la cabeza sobre sus rodillas como fatigada de haber hablado tanto. La sencilla y caritativa Oudarda, que creyó comprender en estas últimas palabras que se quejaba de frio, la dijo candorosamente:

—Entonces, querreis fuego?

—Fuego! exclamó la reclusa con acento extraño; ¿traereis tambien fuego para la pobre criatura que está bajo tierra hace quince años?

Se incorporó la penitente sobre sus rodillas: sus miembros temblaban, su palabra era vibrante y sus ojos lanzaban chispas; de repente extendió la descarnada mano hácia el niño, que la miraba asombrado, y gritó:—¡Llevaos á ese niño, que vá á venir la gitana!

Cayó entonces de bruces en el suelo y su frente chocó con las losas del pavimento, produciendo el ruido de una piedra que cae sobre otra piedra. Las tres mujeres la creyeron muerta; pero unos instantes despues hizo algunos movimientos, y la vieron arrastrarse sobre las rodillas y sobre los codos, hasta el ángulo donde estaba el zapatito. Entonces no se atrevieron á mirar, ni la vieron más; pero oyeron besos y suspiros mezclados con gritos de amargura y con ecos sordos, como los de una cabeza que se dá golpes en la pared; despues de tan violento espectáculo, que hizo extremecer á las tres amigas, no oyeron ya nada.

—Si se habrá matado! dijo Gervasia, aventurándose á meter la cabeza por la ventana; hermana, hermana Gudula!

—Hermana Gudula! repitió Oudarda.

—Dios mio! está inmóvil! ¿si se habrá matado? repitió Gervasia.

Mahieta, sofocada hasta entonces por las otras dos, hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo y dijo:

—Esperad; y acercándose á la ventana, gritó: Paquita! ¡Paquita la Chantefleuri!

Un niño, que sin saber lo que se hace juega en la mecha mal encendida de un petardo y lo hace estallar ante sus ojos, no queda más aterrado que quedó Mahieta al ver el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Se extremeció la reclusa, se puso en pié y saltó á la ventana con ojos tan centelleantes, que Mahieta, Oudarda, Gervasia y el niño retrocedieron hasta el pretil del muelle. Pero el rostro terrible de la reclusa apareció pegado á las rejas de la ventana.

—Oh! oh! exclamó lanzando una carcajada espantosa, la gitana me llama!

Fijó en aquel momento la mirada en una escena que pasaba en la picota. Arrugóse su frente de horror, extendió fuera de la ventana sus dos brazos de esqueleto, y gritó con voz semejante al estertor de un moribundo:

—Eres tú aun, hija de Egipto! ¡Eres tú la que me llamas, ladrona de criaturas! Pues bien, maldita seas! maldita! maldita! maldita!

## IV.

### Una lágrima por una gota de agua.

Las anteriores imprecaciones constituian, por decirlo así, el punto de union entre dos escenas que se desarrollaban paralelamente en el mismo instante; una de ellas era la que hemos presenciado en la cueva de la reclusa, y la otra la que vamos á presenciar en la escalera de la picota. La primera solo tuvo por testigos á las tres mujeres con las que el lector acaba de entrar en relaciones; pero la segunda tenia por espectador á todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de la Grève alrededor de la picota y del patíbulo.

Los cuatro soldados que desde las nueve de la mañana estaban de centinela en los cuatro ángulos de la picota, haciendo esperar á la muchedumbre una ejecucion de segunda clase, no la de un ahorcado, pero sí la de buenos azotes, la de alguna desorejadura ó cosa semejante, tuvieron necesidad más de una vez de *apretar* á aquel público que aumentaba con rapidez.

Aquel populacho, disciplinado prácticamente para esperar las ejecuciones públicas, no manifestaba gran impaciencia; se entretenia en contemplar la picota, especie de monumento muy sencillo, compuesto de un cubo de mampostería de diez piés de altura y hueco por el interior: graderío muy pendiente de piedra en bruto, que se llamaba por excelencia la *escala*, conducia á la plataforma superior, sobre la que habia una rueda horizontal de madera de encina maciza; sobre dicha rueda ataban al paciente de rodillas y con los brazos ligados á la espalda; un puntal de madera, que movia un cabrestante oculto en el

interior del pequeño edificio, imprimia movimiento de rotacion á la rueda, que se mantenia siempre en el plano horizontal y que de este modo presentaba sucesivamente la cara del reo á todos los puntos de la plaza. Esto es lo que se llamaba rodar ó dar vueltas á un criminal.

La picota de la Grève no ofrecia los primores de la picota de los Mercados; no era nada en ella arquitectónico ni monumental, ni techo con cruz de hierro, ni linterna octógona, ni sutiles columnatas terminando en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canelones, ni de maderámen cincelado, ni de fina escultura entallada en la piedra; era preciso contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote, con dos refuerzos de greda y con una miserable horca de piedra flaca y desnuda á su lado.

El espectáculo era pobre para los aficionados á la arquitectura gótica; pero eran poco curiosos en punto á monumentos los ignorantes de la Edad Media y no apreciaban la belleza de una picota.

Llegó, por fin, el paciente atado á la trasera de una carreta, y cuando le subieron con una cuerda á la plataforma, cuando le pudieron ver desde todos los puntos de la plaza, sujeto con sogas y correas á la rueda de la picota, una inmensa silba y un tumulto de risas y de aclamaciones estallaron en la plaza. El público habia reconocido á Quasimodo. El era, en efecto.

Extraño cámbio, singular contraste entre el Quasimodo de ayer y el Quasimodo de hoy. Hoy le sacaban á la vergüenza para ser castigado en la misma plaza en que ayer fué aclamado y proclamado papa de los locos, llevando entre su comitiva al duque de Egipto, al rey de Tunia y al emperador de Galilea.

No habia nadie entre aquella multitud, ni aun él mismo, ayer triunfante y ahora reo, que se hiciese la reflexion de que faltaba en aquel espectáculo Gringoire y su filosofía.

El trompeta jurado del rey nuestro señor, Miguel Noiret, impuso silencio al pueblo y pregonó la sentencia, segun la ordenanza y por mandato del preboste, y luego se replegó detrás de la carreta con su acompañamiento, que usaba sobrevestas de librea.

Quasimodo, impasible, ni siquiera pestañeaba; hacia que fuera inútil su resistencia lo que se llamaba en el estilo de la cancillería criminal *la vehemencia y la firmeza de las ataduras*, lo que quiere decir que las correas y las cadenillas le entraban probablemente en las carnes, tradicion de presidio y de galera que no se ha perdido todavía.

El reo se dejó atar y encadenar con indiferencia, y solo se podia traslucir en su fisonomía el asombro del salvaje y del idiota: los que sabian que era sordo podian haber creido que era ciego tambien.

Pusiéronle de rodillas sobre la plancha circular, sin resistencia, y de este modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura, y le amarraron con un nuevo sistema de correas y de hebillas, y solo de vez en cuando daba un ruidoso resoplido, como un becerro cuya cabeza pende y se bambolea fuera de la carreta del carnicero.

—Qué ganso! dijo Juan Frollo á su amigo Robin Poussepain, porque los dos estudiantes acudian siempre á toda clase de espectáculos; ¡no tiene más conocimiento que un abejorro metido dentro de una caja!

Rióse mucho el gentío al ver desnuda la espalda de Quasimodo y su pecho de camello y sus hombros velludos y canosos; en medio de la algazara que esta vista produjo en el público, subió á la plataforma y fué á colocarse junto al paciente un hombre de mediana estatura y de robusto continente, vestido con la librea de la Ciudad. Pronto circuló su nombre entre la multitud: aquel hombre era maese Pierrat Torterne, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por depositar en un ángulo de la picota un reloj negro de arena, cuya cápsula superior estaba llena de arena roja, que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse luego la ropilla de dos colores, y tomó con la mano derecha un látigo delgado y sutil de correas blancas, largas, brillantes, nudosas y trenzadas y armadas con garfios de metal, mientras con la mano izquierda se arremangaba sereno la manga de la camisa alrededor del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba entre tanto Juan Frollo, encaramado sobre los hombros de su amigo Robin, y levantando por encima de la gente la cabeza rubia y rizada:

—Vengan aquí los caballeros y las señoras á ver azotar perentoriamente á maese Quasimodo, campanero de mi

hermano, el arcediano de Josas, que es de graciosa arquitectura oriental, que tiene por espinazo una cúpula y por piernas dos columnas torcidas.

Por fin, el atormentador dió una patada y la rueda empezó á girar; Quasimodo se bamboleó con las correas, y el asombro que se pintó de súbito en su deforme rostro dió nuevo pábulo á la alegría universal.

De repente, cuando la rueda en su revolucion presentó á maese Pierrat la espalda breñosa de Quasimodo, levantó el brazo; las finas correas silbaron en el aire como un puñado de culebras y cayeron con furia sobre las espaldas del desventurado. Saltó Quasimodo sobre sí mismo como si despertara de pronto, y entonces empezó á comprender lo que aquello significaba. Se retorció bajo sus ataduras, terrible contraccion de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su rostro, pero no exhaló ni un suspiro; solo movió la cabeza hácia atrás, á la derecha y á la izquierda, como un toro picado por un tábano.

Un segundo golpe siguió al primero, y luego otro y luego ciento; la rueda no dejaba de dar vueltas, ni los golpes de llover. Pronto saltó la sangre y se la vió correr á hilos por las negras espaldas del jorobado, y las flexibles disciplinas, cortando el aire en su rotacion, la desparramaban á gotas, salpicando al gentío.

Quasimodo, al menos en la apariencia, recobró su primitiva impasibilidad; al principio probó sordamente, y sin producir sacudida exterior, á romper sus ataduras; se iba encendiendo su único ojo, se contraian sus músculos, se recogian sus miembros y se tendian las correas y las cadenillas; el esfuerzo era poderoso, inmenso, desesperado, pero inútil; las viejas cadenas del Prebostazgo lo resistieron, rechinaron y nada más. Quasimodo quedó sin fuerzas; en sus facciones sucedió al estupor la conviccion de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se hizo el muerto.

Desde entonces ya no se movió; no pudieron arrancarle un movimiento, ni su sangre, que no dejaba de correr; ni los latigazos, cuya furia era cada vez mayor; ni la cólera del atormentador, que se excitaba á sí mismo embriagándose con la ejecucion; ni el ruido de las horribles correas aceradas y sonoras.

Al fin, un ujier del Chatelet, vestido de negro, ginete sobre un caballo del mismo color, que estuvo de centinela al lado de la escala desde el principio de la ejecucion, extendió hácia el reloj de arena su varita de ébano. Se detuvo el atormentador, paróse la rueda y el ojo de Quasimodo se fué abriendo lentamente.

Habia terminado la flagelacion: dos criados del atormentador jurado lavaron las espaldas ensangrentadas del paciente, frotándolas con no sé qué ungüento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta en forma de casulla; entre tanto maese Pierrat retorcía, haciéndolas gotear, las disciplinas rojas y empapadas en sangre.

Pero no habia terminado por completo el suplicio de Quasimodo; le faltaba sufrir la hora de picota que maese Florian Barbedienne habia tan juiciosamente añadido á la sentencia del caballero Roberto de Estonteville, para la mayor gloria del antiguo fisiológico y psicológico juego de palabras de Juan de Cumène: *Surdus absurdus*.

Volvieron, pues, á llenar el reloj de arena y dejaron al pobre jorobado sobre la plancha para que la justicia siguiese sus trámites.

El pueblo, sobre todo en la Edad Media, es en la sociedad lo que el niño en la familia: mientras permanezca en el estado de ignorancia primitiva, de menor edad moral é intelectual, puede decirse de él como de los niños que está en la *edad sin compasion*. Vimos ya que Quasimodo era generalmente aborrecido, verdaderamente por más de una justa causa. Apenas habia entre la muchedumbre un solo espectador que no tuviese, ó no creyese tener, motivo de queja contra el jorobado de Nuestra Señora. Universal fué la alegría al verle aparecer en la picota; el cruel castigo que acababa de sufrir y la violenta postura en que le habian dejado, en vez de enternecer al populacho, encarnizó su ódio y aumentó su alegría.

Por eso despues de satisfacer á la *vindicta pública*, como suele decirse aun hoy dia hablando en la jerigonza judicial, les llegó el turno á las venganzas individuales. Aquí como en la sala mayor del palacio de Justicia las mujeres fueron las más crueles: todas le aborrecian, unas por su malicia y otras por su fealdad. Estas últimas eran las más furiosas.

—Parece la máscara del Ante-Cristo! decia una.

—Es un ginete de palo de escoba! gritaba otra.

—Vaya un gesto trágico! ¿Quién le hubiera hecho papa de los locos si la eleccion hubiese sido hoy?...

—Hoy hace el gesto de la picota; cuándo hará el de la horca? añadia una vieja.

—¿Cuándo te veremos con la gran campana sobre la cabeza, á cien piés bajo tierra, campanero maldito?

—¡Ese diablo es el que toca á Ave-María!

—¡Pícaro sordo, jorobado, tuerto, mónstruo!

—¡Eres capaz de hacer abortar á una preñada mejor que las medicinas de las boticas!

Los dos estudiantes Juan Frollo y Robin Poussepain cantaban á grito pelado el antiguo estribillo popular:

Un cuchillo
para el pillo,
un tizon
para el bribon.

Sobre el infeliz Quasimodo no solo llovian mil injurias, silbidos, imprecaciones y risas, sino tambien piedras. Quasimodo estaba sordo, pero veia claro, y el furor público no se retrataba con menos energía en los semblantes que en las palabras; por otra parte, las pedradas le esplicaban las burlas y las risas. Al principio permaneció sereno, pero poco á poco su paciencia, que no se desmintió durante el tormento, rindióse á las picaduras de los insectos. Los toros de buena raza, que son impasibles á los ataques del picador, se irritan de los perros y de las banderillas.

Empezó á pasear lentamente por la multitud su mirada amenazadora; pero como estaba encadenado, su mirar no consiguió hacer huir al millar de moscas que mordian su llaga; entonces se agitó entre sus ligaduras y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus cimientos la antigua rueda de la picota; pero esto solo sirvió para aumentar los silbidos y las burlas del populacho. Entonces, no pudiendo romper su collar de fiera aherrojada, volvió á quedar inmóvil; solo de vez en cuando un suspiro de rabia hinchaba las cavidades de su pecho. Su rostro no manifestaba ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado lejos del estado de sociedad y demasiado cerca del estado de naturaleza para conocer la vergüenza; además, en su extremo de deformidad, ¿es acaso sensible la infamia? pero la cólera, el rencor y la desesperacion cubrian lentamente aquella faz horrible con una nube, cada vez más sombría, cada vez más cargada de electricidad, que estallaba en relámpagos en el ojo del cíclope.

Dicha nube se despejó un momento al pasar atravesando por entre la multitud una mula en la que cabalgaba un sacerdote. Desde que Quasimodo vió de lejos al hombre y al animal, se suavizó su semblante; al furor que le desencajaba sucedió una sonrisa singular, llena de mansedumbre y de ternura inefable. A medida que se acercaba el eclesiástico era más marcada la sonrisa y más radiante; parecia que saludaba el desdichado la llegada de un salvador. Cuando la mula se aproximó á la picota lo suficiente para que su ginete pudiese reconocer al campanero, bajó los ojos el sacerdote, volvió de pronto las riendas y metió espuelas á la cabalgadura, como si le faltase el tiempo para desembarazarse de reclamaciones humillantes y no tuviese deseos de que le reconociera y saludase un pobre diablo en tan vergonzosa situacion. Aquel sacerdote era el arcediano Dom Claudio Frollo.

Al ver desaparecer á éste, la sombría nube volvió á reaparecer en el rostro de Quasimodo, permaneciendo en él algun tiempo aun la sonrisa, pero amarga, desmayada y profundamente triste.

Hora y media habia transcurrido desde que el desventurado campanero de Nuestra Señora estaba expuesto á la vergüenza, escarnecido, maltratado, injuriado de contínuo y dilapidado algunas veces.

De repente volvió á agitarse bajo sus ligaduras con tal desesperacion, que hizo temblar todo el maderámen que le sostenia, y rompiendo el silencio, que guardaba con obstinacion, gritó con voz ronca y furiosa, que más parecia ladrido de perro que acento humano:

—Agua!

Esta exclamacion de angustia, en vez de excitar la compasion del público, aumentó la diversion del populacho que rodeaba la picota, y que, justo es decirlo, considerado como muchedumbre, como masa, no era menos cruel ni menos brutal que la horrible tríbu de hampones que dimos á conocer al lector, y que formaba entonces la capa inferior del pueblo. Ni una sola voz se alzó en torno del paciente más que para burlarse de su sed. Verdad es que en aquel momento era más grotesco y repugnante que á propósito para excitar la compasion; su

faz estaba purpurina y reluciente de sudor, su ojo extraviado, su boca espumante de cólera y de dolor y su lengua fuera de la boca; justo es tambien decir que si hubiera habido entre aquella canalla alguna alma caritativa que hubiera querido dar un vaso de agua á aquel desventurado, reinaba en torno de las gradas de la picota tal preocupacion de vergüenza é ignominia, que la hubiera hecho desistir de tan humanitario pensamiento.

Al cabo de algunos minutos, mirando Quasimodo con desesperacion á la multitud, repitió todavía con voz más desgarradora la palabra:

—Agua!

Todo el público se echó á reir.

—Bebe esto, le gritó Robin, arrojándole á la cara una esponja empapada en el arroyo. Toma, pícaro sordo; ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le tiró una piedra á la cabeza, diciéndole:

—Para que nos despiertes por la noche con tu maldito campaneo.

—¿Todavía nos echarás sortilegios desde lo alto de las torres de Nuestra Señora? le decia un tullido, procurando atizarle con su muleta.

—Ahí tienes una taza para beber, repuso un hombre, disparándole al pecho un pedazo de cántaro. Tú has conseguido que mi mujer abortase un niño con dos cabezas, solo con pasar por tu lado.

—Agua! volvió á gritar Quasimodo, ahogándose.

En aquel momento se abrió la multitud y dió paso á una jóven caprichosamente vestida: acompañábala una cabrita blanca con cuernos dorados y llevaba en la mano una pandereta.

Centelleó el ojo de Quasimodo. Aquella mujer era la gitana que intentó robar la noche anterior, por lo que conocia confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo que se equivocaba, pues le castigaban por la desgracia de ser sordo y la de haber sido juzgado por otro sordo.

Creyó, pues, que la gitana venia tambien á vengarse como los demás.

Subió rápidamente las gradas de la escala. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, la gitana hubiera sido hecha cenizas antes de llegar al tablado.

Se aproximó sin hablar al paciente, que forcejeaba por evitar su venganza, y desatando una calabaza que llevaba en la cintura, la acercó con dulzura á los labios de Quasimodo. Entonces, en aquel ojo tan seco y tan abrasado hasta este instante vióse rodar una gruesa lágrima, que cayó lentamente á lo largo del rostro, deforme ya mucho tiempo, desencajado por la desesperacion. Aquella era quizás la primera lágrima que el infeliz habia derramado en toda su vida.

Entre tanto se olvidaba de beber, pero la gitana hizo el gracioso mohin que la era habitual y apoyó sonriendo el cuello de la calabaza en la dentuda boca de Quasimodo; este bebió de prisa y mucho; su sed era ardiente.

Cuando acabó de beber, alargó el jorobado sus negros labios, sin duda para besar la hermosa mano que acudió á socorrerle; pero la jóven, que acaso desconfiaba de Quasimodo, acordándose de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró la mano asustada, como un niño que teme que le muerda una bestia.

Entonces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de indecible ternura.

En cualquier parte hubiera sido un espectáculo patético el que presentaba aquella atrayente criatura, fresca, lozana, pura y débil al mismo tiempo, acudiendo compasivamente en ausilio de tanta miseria, de tanta malicia y de tanta deformidad; pero sobre el pavimento de una picota aquel espectáculo era sublime.

El mismo populacho se conmovió y gritaba:

—Bien! bien! bravo!

En este momento fué cuando la reclusa vió desde la ventanilla de su cueva á la hermosa gitana, y cuando la lanzó aquella siniestra imprecacion:

—Maldita seas, hija del Egipto! maldita! maldita! maldita!

## V.

### Fin de la historia de la torta de maiz.

Palideció Esmeralda y temblando bajó de la picota. La voz de la reclusa continuó persiguiéndola y gritando:

—Baja, baja, ladrona de Egigpto, que ya volverás á subir á la fuerza.

—Ya la dan los arrebatos á la reclusa, exclamó el pueblo murmurando, y no dijo nada más; temia á esas mujeres, y este temor las hacia sagradas para él y no habia ni un solo individuo que se in-



LA ACERCÓ Á LOS LABIOS DE CUASIMODO.

dispusiese voluntariamente con quien rezaba dia y noche.

Llegó la hora de dejar libre á Quasimodo; le desataron y se dispersó la multitud que ocupaba la plaza de la Grève.

Cerca del puente Grande, Mahieta, que volvia á casa con sus dos compañeras, se paró bruscamente, diciendo á su hijo:

—Ahora que recuerdo, Eustaquio, ¿qué has hecho de la torta?

—Madre, la respondió el muchacho, mientras hablábais con aquella mujer de la cueva vino un perrazo y me mordió la torta, y entonces tambien yo la dí un bocado.

—¿Cómo un bocado, si te la has comido toda?

—Madre, si fué el perro! ya le reñí, pero no me hizo caso, y entonces fué cuando yo me tragué el resto.

—Es un niño terrible, repuso la madre sonriéndose y regañándole al mismo tiempo. ¿Sabeis, Oudarda, que él solito se come ya todo el cerezo de nuestra huerta de Charlerange? Por eso su abuelo dice que ha de ser capitan. ¡Cuidado que vuelva á suceder eso otra vez! ¡Anda, tragon!

# LIBRO SÉPTIMO

## I.

### Inconvenientes de confiar secretos á una cabra.

Han transcurrido muchas semanas. Eran los primeros dias del mes de Marzo, uno de esos dias de primavera, tan hermosos y tan suaves de Paris, en los que toda la poblacion se desparrama por sus calles y paseos y los celebra como si fuesen dias de fiesta; en esos dias de gran claridad, serenos y templados, hay ciertas horas en las que debe admirarse la portada de Nuestra Señora; cuando el sol, ya inclinado al Occidente, mira casi de frente á la Catedral; sus rayos, cada vez más horizontales, se retiran lentamente del pavimento de la plaza y suben á lo largo de la fachada perpendicular, cuyas redondas é innumerables esculturas se destacan de la sombra, mientras que el gran roseton central relumbra como el ojo de un cíclope inflamado por las reverberaciones de la fragua.

En dicha hora y frente por frente de la Catedral, enrojecida por el sol Poniente, en un balcon de piedra practicado encima de un pórtico de una hermosa casa gótica, á la esquina de la plaza y de la calle del Compás, hermosas jóvenes hablaban, reian y loqueaban. En la longitud del velo que caia desde lo alto de su tocado, puntiagudo y adornado con perlas; en la finura de la gorguera bordada que cubria sus hombros, dejando ver, segun la moda de entonces, el nacimiento de sus pechos virginales; en la opulencia de sus zagalejos de debajo, más ricos aun que los de encima; en la gasa, en la seda y en el terciopelo con que se adornaban y sobre todo en la blancura de sus manos, que acusaban la ociosidad y el bienestar, se conocia que dichas jóvenes eran nobles y ricas herederas. Pertenecian, en efecto, á esa alta clase la señorita Flor de Lis de Goudelaurier y sus compañeras Diana de Christeuil, Amelota de Montmichel, Columba de Gaillefontaine y la niña Champectevrier, doncellas de ilustre rango, que estaban juntas á la sazon en casa de la señora viuda de Goudelaurier, porque monseñor de Beaujen y su esposa debian ir á Paris por el mes de Abril para elegir en la capital algunas damas de honor para la delfina Margarita, cuando fuesen á recibirla á Picardía, en cuya poblacion debian entregarla los flamencos. Todos los hidalgos de treinta leguas á la redonda solicitaban este honor para sus hijas, y ya muchos las habian llevado ó enviado á Paris: las que estaban en este caso las confiaron sus padres á la discreta y venerable custodia de la señora Aloisa de Goudelaurier, viuda de un antiguo jefe de los alabarderos del rey, que se habia retirado con su hija única á su casa de la plaza del Atrio de Nuestra Señora.

Al balcon al que se asomaban las jóvenes se salia por una estancia ricamente tapizada de cuero de Flandes, de color leonado, guarnecido con follajes de oro. Las vigas que rayaban el techo paralelamente entretenian la vista con multitud de caprichosas esculturas pintadas y doradas. En los baules cincelados brillaban aquí y allá expléndidos esmaltes; un hocico de jabalí, de loza, coronaba un magnífico aparador, cuyas dos gradas anunciaban que la señora de la casa era viuda de señor de pendon y de caldera. En el fondo, al lado de alta chimenea toda blasonada, estaba sentada en un sillon de terciopelo rojo la viuda de Goudelaurier, cuyos cincuenta y cinco años no solo estaban escritos en su

rostro, sino en su traje. A su lado y de pié estaba un jóven de bizarra presencia, aunque algo vana y fanfarrona, uno de esos hombres que pasan sin oposicion por buenos mozos entre todas las mujeres, aunque los miran con desden los hombres graves y fisonomistas. Dicho jóven vestia el brillante uniforme de capitan de los arqueros de la guardia del rey, traje semejante al de Júpiter que describimos en el libro primero de esta historia y que nos ahorra ocuparnos ahora de él.

Estaban sentadas las doncellas, unas en la sala, otras en el balcon, unas sobre almohadones de terciopelo de Utrech con rapacejos de oro y otras en taburetes de encina esculpidos con flores y con figuras. Sostenian cada una de ellas sobre las rodillas una parte de un gran tapiz hecho con la aguja, en el que trabajaban todas y del que colgaba un pedazo, cayendo sobre la estera que cubria el suelo. Hablaban entre ellas con los cuchicheos y risitas disimuladas propios de un conciliábulo de doncellas entre las que hay un hombre; un hombre cuya presencia bastaba para poner en juego el amor propio femenino, pero del que el jóven no parecia preocuparse, porque se ocupaba sin distraerse en sacar lustre con su guante de piel de gamuza á la hebilla del cinturon.

De vez en cuando la señora anciana le dirigia la palabra en voz baja y él la contestaba con cortesía torpe y casi obligada. En las sonrisas, en los signos de inteligencia de dicha señora, en los guiños que dirigia á su hija Flor de Lis, hablando en voz baja con el capitan, fácil era conocer que se trataba de algun proyecto matrimonial, de próxima boda sin duda entre el jóven y su hija; en la frialdad mal disimulada del oficial era tambien fácil de conocer que, al menos por su parte, no era aquello cuestion de amor. Todo en el capitan indicaba la incomodidad y el fastidio, que nuestros oficiales de guarnicion traducirian hoy con estas palabras: ¡Qué maldito servicio!...

La buena señora, encaprichada con su hija, como casi todas las madres, no advertia la falta de entusiasmo del oficial, y se esforzaba en hacerle notar la perfeccion con que Flor de Lis manejaba la aguja y devanaba el ovillo.

—Miradla, le decia al capitan, tirándole de la manga para hablarle al oido; miradla, ahora se baja.

—Es verdad, respondíale éste, y volvia á caer en su distraccion y en su glacial silencio.

Al poco rato Flor de Lis se inclinaba otra vez hácia el suelo y la señora Aloisa le decia al capitan:

—¿Habeis visto nunca mujer más completa que vuestra prometida? ¿Más blanca ó más rubia? ¿No parece su cuello puro y torneado el cuello del cisne? ¡Qué dichoso sois por haber nacido hombre, picaruelo, libertino! ¿No es verdad que Flor de Lis es tan hermosa que hechiza y que estais loco por ella?

—En eso no cabe duda, respondia el jóven, pensando en cualquiera otra cosa.

—Vamos, habladla, le dijo de repente la viuda, empujando al capitan hácia su hija. Decidla algo; os habeis vuelto tímido.

Podemos afirmar á nuestros lectores que no era la timidez la virtud ni el defecto del capitan, pero procuró obedecer.

—Discreta Flor de Lis, ¿quereis explicarme el asunto de la obra de tapicería que estais bordando?

—Distraido capitan, le contestó la jóven con un acento en el que se traslucía el despecho, ya os lo he dicho tres veces; es la gruta de Neptuno.

Verdaderamente Flor de Lis interpretaba con más sagacidad que su madre la indiferencia y la distraccion del oficial, y éste conoció que era ya preciso entablar la conversacion de un modo ó de otro.

—A dónde destinais esa gruta?

—A San Antonio de los Campos, contestó Flor de Lis sin levantar la vista de su faena.

Cogió el capitan una punta del tapiz y preguntó:

—¿Quién es ese gendarme gordo que hincha los dos carrillos soplando en la trompeta?

—Triton, respondió la jóven.

Continuaba resentida al parecer Flor de Lis; el capitan comprendió que era indispensable ya decirla al oido una flor, una galantería, algo que la desenojase; se inclinó hácia ella, pero no pudo encontrar en la imaginacion nada más íntimo ni más tierno que lo siguiente:

—¿Por qué usa siempre vuestra madre corpiño blasonado como nuestras abuelas de la época de Cárlos VII? Decidle que eso ya no se estila y que el gozne y el laurel de su blason heráldico, bordados en forma de escudo en sus faldas, hacen que se parezca á una chimenea andando. Os juro que ya en la actualidad nin-

gun noble se sienta sobre sus armas.

Fijó en él Flor de Lis los ojos con expresion de reproche, y le dijo tambien en voz baja:

—Todo eso es lo que me jurais?...

Entre tanto, la viuda noble, contenta de ver á los jóvenes juntos y cuchicheando, decia, jugando con las manecillas de su *Ejercicio cotidiano:*

—Interesante cuadro de amor!

El capitan, cada vez más embarazado, volvió á contemplar el tapiz, y exclamó:

—¡Verdaderamente este trabajo es soberbio!

Al oir este elogio, Columba, otra hermosa rubia de cutis blanco, ricamente vestida de damasco azul, aventuró con timidez una pregunta que dirigió á Flor de Lis, con la esperanza de que el hermoso capitan respondiera.

—¿Habeis visto, querida mia, las tapicerías del palacio de la Roche-Guyon?

—¿En ese palacio no está encerrado el jardin de la Lavandera del Louvre? preguntó riendo Diana de Christeuil, que poseia hermosísimos dientes y que por lo tanto se reia siempre.

—¿No es donde está el torreon grande de la antigua muralla de Paris? añadió Amelota de Montmichel, hermosa y fresca morena, que tenia la costumbre de suspirar, como la otra de reir, sin saber por qué.

—¿Os referís, sin duda, preguntó la señora Aloisa, al palacio que pertenecia al señor de Bacqueville en tiempo de Cárlos VI? Pues efectivamente; allí hay antiguas y preciosas tapicerías.

—Cárlos VI!... refunfuñó entre dientes el capitan, retorciéndose el bigote. ¡La buena señora recuerda unas antiguallas!...

—¡Pocas tapicerías quedan tan soberbias como aquellas!... continuó diciendo la madre de Flor de Lis.

En este momento, Berenguela de Champectevrier, esbelta niña de siete años, que miraba á la plaza por entre los enrejados del balcon, gritó:

—Oh! mira, Flor de Lis, mira, madrina, una bailarina muy bonita; danza en la plaza y toca la pandereta dentro del corro que forma la gente.

Se oia, en efecto, el eco sonoro de la pandereta.

—Será alguna gitana! contestó Flor de Lis, volviéndose con desden hácia la plaza.

—Veamos! veamos! gritaron sus vivas compañeras, y corrieron todas hácia el balcon, mientras que Flor de Lis, pensativa por no saber á qué atribuir la frialdad de su prometido, las seguia con lentitud, y éste, salvado por el incidente actual de seguir una conversacion enojosa para él, se dirigió al fondo de la estancia con el aire satisfecho del militar relevado de servicio. Sin embargo, era halagüeño y codiciado el servir á Flor de Lis, y al mismo capitan así le habia parecido en otros tiempos, pero se fué fatigando de él poco á poco y la perspectiva de un próximo matrimonio le enfriaba más cada dia; además, era hombre de condicion inconstante y de gustos vulgares. Era hijo de noble cuna, pero la vida militar le habia hecho adquirir costumbres soldadescas; le gustaba la taberna con todas sus consecuencias, y se encontraba en su elemento oyendo y diciendo palabrotas entre galanterías militares, fáciles mujeres y fáciles éxitos. Recibió, sin embargo, de su familia buena educacion y buenos modales, pero empezó desde muy jóven á correr mundo y á cursar cuarteles, y cada dia el barniz de caballero se desgastaba con el áspero roce de su tahalí de gendarme. Sin dejar de visitar á Flor de Lis por un resto de respeto humano, sentíase fastidiado el bueno del capitan en casa de ésta, porque á fuerza de subdividir su amor en toda clase de sitios, reservaba muy poco para ella, y porque estando entre damas tan distinguidas, tan frias y tan severas, temia á cada paso que de su boca, acostumbrada á juramentos y á malas palabras, se escapase alguna frase de taberna ó alguna inconveniencia que le desacreditase. Todo esto se confundia en él con grandes pretensiones de elegancia, de lujo y de tener buena figura. Compagine el lector como pueda estos datos, que yo no soy más que historiador.

Hacia algunos momentos que, pensando ó sin pensar, se apoyaba sin hablar en el mármol esculpido de la chimenea, cuando Flor de Lis, volviéndose de repente, le dirigió la palabra; la pobre niña solo le reñia por defender su corazon.

—¿Os acordais de habernos referido que librásteis de unos salteadores hace dos noches á una gitana, yendo de ronda por las calles de la capital?

—Sí, lo recuerdo, contestó el capitan.

—Puede que sea esa gitana la que está bailando en la plaza. Venid á ver si la conoceis, Febo.

Se traslucia secreto deseo de reconci-

liacion al invitarle á acercarse á ella y en llamar al capitan por su nombre. El capitan Febo de Chateaupers (porque él era, en efecto) se acercó al balcon con lentitud.

—Mirad, le dijo Flor de Lis, posando cariñosamente la mano en el brazo de Febo; mirad á aquella jóven que danza dentro del círculo: es vuestra gitana?

—Sí, la reconozco por la cabra, contestó el capitan, despues de mirarla atentamente.

—Lleva una cabra muy bonita! exclamó Amelota juntando las manos con admiracion.

—¿Sus cuernos son verdaderamente de oro? preguntó Berenguela.

Sin menearse del sillon preguntó la señora Aloisa:

—¿Es una de las gitanas que entraron el año pasado por la puerta Gibard?

—Esa puerta se llama en la actualidad puerta del Infierno, le contestó con dulzura Flor de Lis.

La hija de la viuda sabia que desagradaban al capitan las palabras anticuadas de su madre; ésta ya comenzaba á murmurar entre dientes.

—La puerta Gibard! ¡Por ella pasó el rey Cárlos VI!

—Madrina, exclamó Berenguela, que tenia los ojos siempre en movimiento y que se habia fijado de pronto en la cima de las torres de Nuestra Señora; ¿quién es aquel hombre negro que está allá arriba?

Todas las jóvenes alzaron la vista y contemplaron á un hombre, que estaba apoyado de codos en la baranda culminante de la torre septentrional que mira hácia la plaza de la Grève. Era un sacerdote: se veian con claridad su traje y su rostro, apoyado en las dos manos, pero estaba tan inmóvil como una estátua. Sus ojos estaban fijos en la plaza; su inmovilidad era la del milano que descubre un nido de gorriones y que lo mira.

—Es el señor arcediano de Josas, contestó Flor de Lis á la niña.

—Buena vista teneis si desde aquí le distinguís, repuso Colomba.

—Contempla estático á la bailarina, añadió Diana.

—Pues que se guarde de él, que es enemigo de los gitanos, dijo Flor de Lis.

—Es lástima que ese hombre la mire con malos ojos, porque baila muy bien, repuso Amelota.

—Ya que conoceis á esa gitana, amigo Febo, dijo de repente Flor de Lis, hacedla subir y nos divertirá un rato.

—Sí, sí, exclamaron todas las jóvenes dando palmadas de alegría.

—Pero eso es una locura, respondió Febo; ella se habrá olvidado de mí y yo no sé ni su nombre; pero ya que lo deseais, procuraré complaceros; é inclinándose sobre la baranda del balcon, empezó á gritar:

—Eh, bailarina! bailarina!...

La gitana, que no tocaba la pandereta en aquel momento, volvió la cabeza hácia el punto donde la llamaban, fijó en el capitan su brillante mirada y permaneció inmóvil.

—Eh, bailarina! repitió Febo, llamándola otra vez con la voz y con la mano.

La gitana le volvió á mirar, despues se ruborizó, como si le hubiera pasado una llama por las mejillas, y poniéndose la pandereta debajo del brazo se dirigió, por en medio de los atónitos espectadores, hácia la puerta de la casa desde la que la llamaba el capitan, andando con lentitud, trémula y con la vista turbada del pájaro que cede á la fascinacion de la serpiente.

Un momento despues vieron las jóvenes separarse la cortina de tapicería de la puerta de la estancia y aparecer en su dintel á la gitana, encendida, ruborosa y con la vista inclinada al suelo, sin atreverse á dar un paso más.

Berenguela aplaudió con entusiasmo.

Pero la bailarina permanecia inmóvil en el dintel de la puerta. Su aparicion produjo singular efecto en aquel grupo de doncellas. Es seguro que vago é involuntario deseo de agradar al hermoso oficial las animaba á todas á la vez, que el expléndido uniforme era el blanco de todas sus pretensiones y que desde que entró en la estancia existia en ellas cierta rivalidad secreta, sorda, de la que no sabian darse cuenta, pero que no por eso dejaba de revelarse á cada instante en sus palabras y en sus acciones; pero como todas ellas eran con corta diferencia de igual belleza, luchaban con armas iguales y cada una podia con fundamento esperar salir victoriosa. La llegada de la gitana rompió bruscamente este equilibrio, porque era tan extraordinaria su hermosura, que, en el momento en que se presentó en la puerta de la estancia, la inundó de una especie de luz que nacia de ella. En aquella cámara cerrada, entre el sombrío ceñidor de colgaduras y de artesonados, estaba mucho más hermosa y mucho más radiante que en la plaza pública, como

la antorcha que pasa de la claridad del dia á la oscuridad de la noche. Las doncellas, á pesar suyo, quedaron deslumbradas, sintiéndose humilladas hasta cierto punto ante la hermosura de la gitana: por eso su frente de batalla (permítasenos esta expresion) cambió de repente sin que se dijeran ni una sola palabra, pero comprendiéndose perfectamente. Los instintos de las mujeres se comprenden y se responden con mayor rapidez que las inteligencias de los hombres. Acababa de llegar una enemiga comun, todas lo conocian y todas se unieron. Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para teñir de cierto humor á una asamblea de hermosas mujeres, basta la llegada de otra más hermosa, sobre todo cuando entre ellas solo hay un hombre.

Recibieron, pues, á la gitana con extremada frialdad. Miráronla de arriba á abajo, despues se miraron ellas entre sí, y ya no fué necesario que hablasen; se habian comprendido. Entre tanto la jóven esperaba que la dirigiesen la palabra, tan turbada, que no se atrevia á levantar los ojos.

Tuvo que entablar el diálogo el capitan.

—¡A fé mia, dijo con el acento de intrépida fatuidad, que es una mujer encantadora! ¿No os parece así, Flor de Lis?

Esta contestó al capitan con suave afectacion de desden:

—No es fea.

Las otras cuchicheaban.

Por fin la señora Aloisa, que no era la menos envidiosa de todas, pero lo era por su hija, la dijo:

—Acércate, chiquilla.

—Acercaos, chiquilla, repitió con cómica dignidad Berenguela, que llegaria todo lo más á la cadera de la gitana.

Entonces ésta se adelantó, acercándose á la noble viuda.

—Hermosa niña, le dijo Febo con énfasis, dando algunos pasos hácia ella, no sé si he alcanzado la satisfaccion suprema de que me reconozcais...

—Oh, sí! contestó la gitana interrumpiéndole, con una sonrisa y una mirada llenas de infinita dulzura.

—No tiene mala memoria, observó Flor de Lis.

—Lo decia porque os escapásteis con rapidez aquella noche: ¿es que os causé miedo?

—Oh, no! respondió la gitana.

En el acento con que pronunció: *Oh, no!* y *oh, sí!* una frase tras otra, habia un no sé qué de inefable que ofendió á Flor de Lis.

—Por más señas que me dejásteis en vuestro lugar, dijo el capitan, cuya lengua se desataba en cuanto hablaba con mujerzuelas, un fenómeno chusco, tuerto y jorobado, el compañero del obispo, segun creo. Me han dicho que es el bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento, y que tiene un nombre muy particular; llámase Cuatro-tiempos, Pascua-Florida, Martes de Carnaval, ¡qué sé yó!... un nombre de dia de fiesta principal. ¡Se atrevió á robaros, como si fuérais manjar para boca de bedeles!... ¿Qué diablos queria de vos semejante mochuelo?

—No lo sé, respondió Esmeralda.

—Habráse visto insolencia como ella! ¡atreverse un miserable campanero á robar una doncella como si fuese un vizconde!... ¡Atreverse un villano á cazar en tierra de caballeros!... pero al fin cara le ha costado esa insolencia. Maese Pierrat Torterne es el más rudo palafrenero que sienta la mano á los bribones, y puedo aseguraros, para vuestro consuelo, que la pelleja del campanero ha probado perfectamente el sabor de sus correas.

—Pobre hombre! exclamó la gitana, recordando la escena de la picota.

El capitan soltó una carcajada:

—Cuerno de buey! ¡Vaya una compasion tan bien empleada como una pluma en el cuello de un cerdo! Consiento en ser barrigudo como un papa si...

Se paró de repente y dijo despues:

—Perdonadme, señoritas; iba á decir una necedad.

—Lo hacia prever vuestro lenguaje, le dijo Colomba.

—Habla en su lengua á esa mozuela, añadió á media voz Flor de Lis, cuyo despecho aumentaba por momentos, y que creció más todavía al ver que el capitan, entusiasmado con la gitana, y sobre todo consigo mismo, hizo una pirueta sobre sus talones, repitiendo con galantería cándida y soldadesca:

—Arrogante moza á fé mia!

—Y raramente vestida, añadió Diana riendo y enseñando sus hermosos dientes.

Esta reflexion fué un rayo de luz para las demás jóvenes, que les hizo ver el lado flaco de la gitana. No pudiendo morder su belleza, se lanzaron á destrozarla el traje.

—Es verdad, repuso Amelota; ¿quién te ha enseñado á correr por las calles sin grillon ni paletina?

—Ese zagalejo es demasiado corto, añadió Colomba.

—Hija mia, prosiguió con sobrada acrimonía Flor de Lis, guardaos de que no os echen el gancho los soldados de la Docena por llevar ese cinturon dorado.

—Gitanilla, repuso Diana con su implacable sonrisa, si cubrieras los brazos con mangas, como es debido, no los tostaría tanto el sol.

Era verdaderamente escena digna de un espectador más inteligente que Febo el presenciar cómo aquellas hermosas jóvenes, con lenguas venenosas é irritadas, serpeaban, mordian y se ensañaban con la pobre bailarina ambulante; eran crueles y graciosas; examinaban y destrozaban con malignidad la pobre y loca *toillete* de la gitana con risas, ironías y humillaciones sin fin. Llovian sobre ella los sarcasmos, las miradas torcidas y la compasion altiva; se parecian á aquellas jóvenes damas romanas que se divertian clavando agujas de oro en el seno de una hermosa esclava; se parecian á una jauría de elegantes galgas cazadoras girando, con la nariz hinchada y con los ojos ardientes, alrededor de una pobre corza de las selvas, que la presencia del amo les impide devorar.

¿Qué era, en efecto, para aquellas doncellas de noble alcurnia una miserable bailarina de las calles? Se ocupaban de ella como si no estuviese presente y en voz alta, como de cosa bonita, pero abyecta y sucia. No era insensible la gitana á aquellos alfilerazos. De vez en cuando la púrpura de la vergüenza ó el rayo de la cólera inflamaba sus ojos ó sus mejillas, y una palabra desdeñosa estaba á punto de salir de sus labios, y hacia con desprecio el gracioso mohin que ya conocen los lectores, pero permanecia inmóvil, fijando en el jóven capitan la mirada triste, dulce y resignada, que expresaba tambien felicidad y ternura; parecia que se contenia por temor de que la echaran á la calle.

Febo reia tambien y abrazaba el partido de la gitana, mezclando la impertinencia á la compasion.

—Dejadlas que hablen, repetia haciendo sonar sus espuelas de oro; sin duda vuestro traje es extravagante, pero eso nada significa cuando la mujer es hermosísima.

—Dios mio! exclamó la rubia Colomba, parece que á los arqueros del rey les inflaman pronto los buenos ojos de las egipcias.

—Y por qué no? dijo Febo.

Al oir esta frase dicha con indiferencia, echáronse á reir Colomba, Diana, Amelota y Flor de Lis, á cuyos ojos se asomó una lágrima en aquel momento.

La gitana, que acababa de inclinar los ojos al suelo, en aquel instante los alzó radiantes de alegría y de orgullo y los fijó en el capitan; estaba entonces hermosísima.

La noble viuda se sentia ofendida sin saber por qué.

—Vírgen Santa! ¿qué es esto que me rebulle entre las piernas? Ay! ¡es un avechucho! gritó.

Era la cabra, que acababa de entrar buscando á su ama y que al correr hácia ella enredó los cuernos en el monton de damasco que caia á los piés de la venerable señora cuando estaba sentada. Esto sirvió de nueva diversion á las doncellas. La gitana desenredó á la cabra.

—Ay! ¡esa cabrita tiene las patas de oro! gritó Berenguela dando saltos de alegría.

Púsose de rodillas la gitana y apoyó en su mejilla la cabeza del animalito, como si le pidiese perdon por haberle olvidado.

Entre tanto Diana, inclinándose al oido de Colomba, le dijo:

—No sé como antes no lo he comprendido. Esta es la gitana de la cabra, que dicen que es bruja, cuya cabra hace monerías milagrosas.

—Pues bien, la contestó Colomba, pues es necesario que nos divierta á su vez y nos haga algun milagro.

Diana y Colomba le dijeron á un mismo tiempo á Esmeralda:

—Que la cabra nos haga un milagro.

—No sé lo que quereis decir, las contestó la bailarina.

—Que haga un milagro, una mágia, una brujería.

—No os comprendo.

La gitana volvió á acariciar á la cabra.

En aquel momento vió Flor de Lis un saquito de cuero bordado suspendido del cuello del animal.

—Qué es eso que lleva al cuello? preguntó á la gitana.

La bailarina levantó sus grandes ojos negros hácia la prometida de Febo y la respondió gravemente:

—Es mi secreto.

—Quisiera saber cuál es su secreto, dijo para sí Flor de Lis.

Levantóse malhumorada la noble viuda y se dirigió á la gitana:

—Si no bailais ni tú ni la cabra, ¿qué haceis aquí?

La gitana, sin responderle, se dirigió con lentitud hácia la puerta, pero á medida que se acercaba á ella iba disminuyendo el paso; invencible imán la retenia; de repente volvió hácia Febo los ojos húmedos de lágrimas y se paró.

—Vive Dios! exclamó el capitan; no hay motivo para irse de ese modo. Venid acá y bailad algo. Pero antes decidme, hermosa niña, cómo os llamais.

—Esmeralda, contestó la bailarina, sin apartar los ojos del capitan.

Al oir este nombre extraño echaronse á reir las cuatro doncellas.

—Vaya un nombre de señorita! dijo Diana.

—Por él se conoce que es una hechicera, repuso Amelota.

—Hija mia, dijo con voz solemne la noble viuda, no han pescado vuestros padres ese nombre en la pila bautismal.

Entre tanto hacia ya algunos minutos que Berenguela, sin que nadie lo viese, habia atraido á la cabra á un rincon de la cámara con la ayuda de un bizcocho, y al cabo de un momento fueron íntimas amigas. La curiosa niña desató el saquito que la cabra llevaba pendiente del cuello, lo abrió y derramó en el suelo su contenido, que era un alfabeto, cuyas letras estaban escritas, cada una separada de la otra, en tablitas de boj. Apenas cayeron al suelo aquellos juguetes vió la niña, con la mayor sorpresa, que la cabra cogia con su patita de oro ciertas letras y las arreglaba, empujándolas con suavidad, guardando entre ellas cierto órden; al cabo de pocos instantes resultó de aquel manejo una palabra, que sin duda el animalito estaba muy acostumbrado á escribir, porque tardó poco en formarla, y Berenguela gritó de repente, juntando las manos con admiracion:

—Madrina, madrina! ¡mirad lo que acaba de hacer la cabra!

Acudió á verlo Flor de Lis y se estremeció. Las letras arregladas en el suelo formaban esta palabra:

FEBO.

—Eso lo ha escrito la cabra? preguntó á Berenguela con voz alterada.

—Sí, madrina, contestó ésta.

No podia ponerse en duda, porque la niña no sabia escribir.

—Este es su secreto, pensó Flor de Lis.

A los gritos de la niña se acercaron todos, la noble viuda, las doncellas, la gitana y el capitan.

Al ver la bailarina lo que acababa de hacer la cabra, se quedó primero encendida, despues pálida, y se puso á temblar delante del capitan, que la contemplaba, sonriendo con satisfaccion y con asombro.

—*Febo!* cuchicheaban las doncellas estupefactas; ¡ese es el nombre del capitan!...

—Teneis maravillosa memoria! dijo Flor de Lis á la gitana, que quedó petrificada, y luego, prorumpiendo en sollozos, exclamó, cubriéndose el semblante con ambas manos: Es una hechicera! y al decir esto oia dentro de su corazon una voz más amarga aun que le decia: Es tu rival! y cayó al suelo desmayada.

—Hija mia! hija mia! exclamó la madre con sobresalto. ¡Vete, gitana del infierno!

Recogió Esmeralda del suelo con rapidez las importunas letras; hizo á Djalí señal de que la siguiese, y salió de la cámara por una puerta, mientras se llevaban á Flor de Lis desmayada por la otra.

El capitan Febo quedó solo un momento, vaciló un instante, pensando por qué puerta de las dos saldria, y por fin se marchó detrás de la gitana.

## II.

### Un sacerdote y un filósofo son dos.

El sacerdote que habian visto las cuatro doncellas en lo alto de la torre septentrional de Nuestra Señora, inclinado hácia la plaza y mirando atentamente bailar á la gitana, era efectivamente el arcediano Claudio Frollo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la celda misteriosa que el arcediano se habia reservado en esa torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era ó no la misma cuyo interior puede verse aun hoy por una ventanilla cuadrada, abierta á la parte de Levante, á la altura de un hombre, sobre la plataforma desde la que se levantan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacío y descascarado, cuyas paredes están *adornadas* aquí y allá con pésimos grabados amarillentos, que representan fachadas de catedrales. Presumo que habitan ese agujero murciélagos y arañas, y que por consiguiente se

hace en él á las moscas una doble guerra de exterminio.)

Todos los dias, una hora antes de ponerse el sol, el arcediano subia la escalera de la torre y se encerraba en esa celda, en la que pasaba algunas veces noches enteras. Ese dia, en el momento de llegar á la puerta baja del tugurio, al meter en la cerradura la llavecita complicada que llevaba siempre consigo en la escarcela, llegó á sus oidos el ruido de pandereta y de castañuelas, ruido que salia de la plaza del Atrio. La celda, como ya dijimos, solo tenia un ventanillo que caia sobre el tejado de la iglesia, guardándose Claudio Frollo la llave, y un momento despues apareció en la cúspide de la torre, en la actitud sombría y meditabunda que llamó la atencion de las doncellas.

Estaba allí grave, inmóvil, absorbido en una mirada y en un pensamiento. Paris se tendia á sus piés, con las mil agujas de sus edificios y su horizonte circular de blandas colinas, con el rio serpeando bajo los puentes y con el pueblo ondulando por las calles, con la nube formada por los humos, con la cadena monstruosa de sus techos que ciñe á la Catedral con sus multiplicados eslabones; pero de la inmensa capital el arcediano solo miraba un rincon de empedrado, la plaza del Atrio; y de toda la muchedumbre solo veia una criatura, la gitana.

Difícil era comprender la naturaleza de su mirada y de dónde procedia la llama que ardia en ella: era una mirada fija y, sin embargo, llena de turbacion y de sobresalto. A juzgar por la inmovilidad profunda de todo el cuerpo, que apenas agitaban á intervalos extremecimientos maquinales, como árbol que el viento sacude; á juzgar por la frialdad y tirantez de los brazos, más marmóreos que la baranda en que se apoyaban; á juzgar por la sonrisa petrificada que contraia el semblante, hubiérase dicho que en Claudio Frollo solo los ojos estaban vivos.

La gitana bailaba; hacia dar vueltas á la pandereta sobre la punta del dedo y la arrojaba al aire, bailando zarabandas provenzales, ágil, ligera, alegre y sin sentir el peso de la terrible mirada que caia á plomo sobre ella.

La multitud hormigueaba á su alrededor; de vez en cuando un hombre, ataviado con una casaca amarilla y roja, ensanchaba el círculo y despues se sentaba en una silla cerca de la bailarina y cogia entre las rodillas la cabeza de la cabra. Este hombre era sin duda el compañero de la gitana. Claudio Frollo no podia distinguir sus facciones desde la altura que ocupaba.

Desde el momento que el arcediano vió al desconocido, dividió la atencion entre éste y la bailarina, y su semblante era cada vez más sombrío. Levantó la cabeza de repente y tembló todo su cuerpo. Quién será ese hombre? se dijo entre dientes; siempre la he visto sola!

Internóse en la tortuosa bóveda de la escalera en espiral y descendió. Al pasar por delante de la puerta del campanario, que estaba entreabierta, vió una cosa que le sorprendió; vió á Quasimodo asomado á la abertura de los aleros de pizarra que parecen enormes celosías, mirar tambien á la plaza del Atrio, pero absorbido en tan profunda contemplacion, que ni siquiera advirtió que pasaba por allí su padre adoptivo; su ojo salvaje adquiria singular expresion, expresion de encantamiento. ¡Cosa más extraña! murmuró Claudio. ¿Si mirará así á la gitana?... El arcediano continuó bajando, y al cabo de algunos minutos salió á la plaza por la puerta que está al pié de la torre.

—Qué se ha hecho la gitana? preguntó, confundiéndose con un grupo de espectadores.

—No lo sé; acaba de marcharse, pero si no me equivoco ha ido á bailar un fandango á una casa de enfrente, de la que parecia que la llamaban, le contestó un hombre del grupo.

En vez de la gitana, sobre el tapiz, cuyos arabescos desaparecian antes bajo los piés de la danzadora, solo encontró el arcediano al hombre rojo y amarillo, que por ganarse algunos testones (1) se paseaba alrededor del círculo, con los codos sobre los costados y la cabeza hácia atrás, llevando una silla entre los dientes; sobre la silla habia atado un gato, que le prestó una vecina, y que maullaba de susto.

—Vírgen María! gritó el arcediano en el momento en que el saltimbanqui, sudando gruesas gotas, pasó delante de él con la pirámide de silla y gato. ¿Qué haces ahí, maese Pedro Gringoire?

La voz severa de Claudio Frollo causó al pobre diablo tal conmocion, que perdió el equilibrio, y la silla y el gato cayeron de sopeton sobre las cabezas de

(1) Moneda antigua de Francia de escaso valor.

los espectadores, en medio de la rechifla general.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque era él) hubiera salido mal librado en sus cuentas con la dueña del gato y con las de las caras contusas y arañadas que le rodeaban, si no se hubiera aprovechado del tumulto para refugiarse á escape en la iglesia, á la que le hizo señal Claudio Frollo de que le siguiera.

La Catedral estaba ya oscura y desierta, las naves estaban ya en tinieblas y las lámparas de las capillas parecian ya estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Solo el roseton de la fachada, cuyos mil colores se empapaban en un rayo de sol horizontal, relucía en la sombra como una sarta de diamantes y repercutia al otro extremo de la nave su espectro deslumbrador.

Luego que andaron algunos pasos apoyóse Dom Claudio en un pilar y miró á Gringoire con fijeza. No era, sin embargo, ese modo de mirarle el que temia el poeta, que estaba corrido de que le hubiese sorprendido vestido de titiritero una persona tan grave y tan docta como el arcediano; éste no le miraba ni con ironía ni con burla; estaba sério, sereno, penetrante, y le dijo:

—Venid acá, maese Pedro, que teneis que explicarme muchas cosas. Empezad por decirme por qué hace dos meses que no os he visto, y por qué os encuentro por esas calles con semejante disfraz, mitad rojo y mitad amarillo, como una manzana de Caudebec!...

—Señor, contestó con humildad Gringoire, verdaderamente es ridículo este traje, y por eso estoy en vuestra presencia avergonzado. Conozco que hice muy mal en exponer á que apalee la ronda bajo estas vestiduras las espaldas de un filósofo pitagórico. Pero, ¿qué quereis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa la tiene mi antigua ropilla, que me ha abandonado cobardemente al principio del invierno, con el pretesto de que estaba destrozada y de que necesitaba ir á descansar en la cesta del trapero. Qué habia de hacer? La civilizacion no ha llegado aun al bello ideal de Diógenes, que deseaba que el hombre fuera completamente desnudo; añádase á ésto que soplaba un viento muy frio y que Enero no es el mes á propósito para hacer dar á la humanidad semejante paso. He podido adquirir este disfraz y le he aceptado porque mi antigua ropilla negra no estaba ya cerrada herméticamente, y era impropia de un hermético como yo. Por eso me encontrais vestido de histrion. Espero que esto solo sea un eclipse; tambien Apolo guardaba marranos en el pais de Admeto.

—Es muy bajo el oficio que ejerceis, le dijo el arcediano.

—Convengo, mi reverendo maestro, en que vale más filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno ó recibirla del cielo, que hacer equilibrios con los gatos, y por eso, cuando me apostrofásteis, me quedé tan estúpido como un asno delante de un asador. Pero, ¿qué quereis, señor? Es indispensable vivir, y para comer no valen tanto los más hermosos versos alejandrinos como un pedazo de queso de Brie. Escribí para la señora Margarita de Flandes el famoso epitalamio que conoceis, y la Ciudad no me lo paga, bajo el pretesto de que no es muy bueno, como si se pudiese dar por cuatro escudos una trajedia de Sófocles. Iba, pues, á morirme de hambre, pero afortunadamente me encontré fuerte de mandíbulas y las dije: Haced prodigios de fuerza y de equilibrio y manteneos á vosotras mismas. Una cáfila de bribones, que son hoy grandes amigos mios, me han enseñado muchas habilidades hercúleas, y ahora masco todas las noches el pan que gano durante todo el dia con el sudor de mi frente; concedo que este es un lamentable empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fué creado para tocar el tamboril y para morder sillas; pero, reverendo maestro, para pasar la vida es necesario ganársela.

Dom Claudio escuchaba silenciosamente; de pronto, sus ojos hundidos adquirieron una expresion tan sagaz y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado por dichas miradas hasta el fondo del alma.

—Bien está, maese Pedro; ¿pero cómo es que os encuentro acompañando á esa bailarina de Egipto?

—Toma! contestó Gringoire, porque es mi mujer y yo soy su marido.

Los ojos tenebrosos del sacerdote se inflamaron.

—¿Te has atrevido á semejante cosa, miserable? exclamó furioso y asiendo con furor el brazo de Gringoire. ¿Tan abandonado estás de Dios que te has atrevido á poner la mano sobre esa jóven?

—Por la parte que me corresponde de Paraiso os juro, señor, contestó el filósofo temblando como un azogado, que ni

siquiera la he tocado, si es eso lo que os inquieta.

—¿Por qué, pues, me dices que es tu mujer?

Gringoire le refirió sucintamente todo lo que ya sabe el lector; su aventura de la Córte de los Milagros y su casamiento del cántaro roto. Parece que ese matrimonio no llegó nunca á consumarse, porque todas las noches la gitana le escamoteaba la noche de bodas, como hizo la primera.

—Es un fastidio, dijo al terminar la relacion, pero eso consiste en que he tenido la desgracia de casarme con una vírgen.

—Qué es lo que quereis decir? preguntó el arcediano, que se habia serenado poco á poco al oir la relacion de Gringoire.

—Es algo difícil de explicar, respondió el poeta. Todo ello no pasa de ser una supersticion. Mi mujer es, segun me ha dicho un viejo peje que entre nosotros se llama el duque de Egipto, una criatura encontrada, ó perdida, que viene á ser lo mismo, y que lleva pendiente del cuello un amuleto, que se asegura que hará que encuentre un dia á sus padres; pero perderá su virtud dicho amuleto si la jóven perdiese la suya; por consecuencia, uno y otro somos muy virtuosos.

—¿Luego creeis, repuso Claudio, cuya frente acababa de serenarse, que esa criatura sea vírgen?

—¿Y qué puede el hombre contra tan tenáz supersticion? Ella la tiene metida en la cabeza, y por cierto que es una singularidad esa severa virtud que se conserva feroz en medio de las hijas de Bohemia, tan fáciles de domesticar. Pero esa virtud cuenta con tres protecciones: con el duque de Egipto, que la ha tomado bajo su salvaguardia, esperando sin duda venderla á algun abad ricacho y libertino; con el afecto que por eso la profesa toda su tribu, que la venera como á una Nuestra Señora, y con cierto diminutivo puñal, que lleva escondido no sé dónde, pero que le salta á las manos en cuanto alguno quiere apretarla la cintura. ¡Es una avispa terrible!

El arcediano hizo un millon de preguntas á Gringoire: Esmeralda era, segun la opinion de éste, una criatura inofensiva y preciosa, haciendo escepcion de un mohin que la era peculiar, una niña inocente y apasionada, ignorante de todo, pero entusiasta de todo, no sabiendo aun la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; loca sobre todo por el baile, por el ruido y por el aire libre; una especie de mujer-abeja, con alas invisibles en los piés y viviendo en medio del torbellino. Acaso esta naturaleza era producida por la vida errante que habia pasado. Logró averiguar Gringoire que siendo niña habia recorrido la España y la Cataluña hasta Sicilia. Creia tambien que la llevó la caravana de gitanos, de la que formaba parte, al reino de Argel, país situado en Acaya, y Acaya linda por un lado con la Albania menor y la Grecia y por el otro con el mar de las Dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios, decia Gringoire, eran vasallos del rey de Argel en su calidad de jefe de la nacion de los moros blancos; la Esmeralda llegó á Francia por Hungría siendo muy niña. De los citados países trajo la niña gran número de palabras chapurradas, cantares é ideas extranjeras, que hacian de su lenguaje un conjunto abigarrado, como su traje, medio parisiense y medio africano. La gente de los barrios que ella frecuenta la tiene mucho cariño por su alegría, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y por sus canciones. En toda la capital cree ella que solo hay dos personas que la aborrecen, y de ellas habla contínuamente con terror; son éstas dos personas la reclusa de la cueva de la Torre-Roland, que aborrece de muerte á todas las gitanas, y un sacerdote que siempre que la encuentra la dirige miradas feroces y la dice palabras que la amedrentan.

Esto último que dijo Gringoire turbó en gran manera á Claudio Frollo, sin que aquel lo notase; dos meses bastaron para hacer olvidar al filósofo poeta los detalles singulares de la noche en que seguia á la gitana y la presencia del arcediano en aquel acontecimiento. Pero esto no obstante, nada temia la hermosa bailarina, porque como no decia la buenaventura, no daba márgen á que se le formase alguno de aquellos procesos por mágia con tanta frecuencia entablados entonces contra las gitanas; además, Gringoire, si no era para ella un marido, era un hermano, y el filósofo soportaba con paciencia su matrimonio platónico, que le proporcionaba habitacion y pan. Todas las mañanas salia de la Córte de los Milagros casi siempre con la gitana, la ayudaba á recoger el dinero por las calles, y volvia con ella todas las no-

ches á dormir bajo el mismo techado, en el que la dejaba que pasase el cerrojo de su cuarto, y él se dormia con el sueño del justo; existencia dulce al fin y al cabo y á propósito para la meditacion. Verdaderamente en el fondo de su alma no estaba muy seguro el poeta de estar muy enamorado de la gitana; queria á la cabra casi tanto como á ella, porque era viva, amable é inteligente. Eran frecuentes estos animales doctos en la Edad Media, animales que asombraban y que conducian muchas veces á la hoguera á sus preceptores, pero las brujerías de la cabrita de las patas de oro eran solo travesuras inocentes. Gringoire se las explicó al arcediano, al que parecia que interesaban mucho esos pormenores: bastaba casi siempre presentar la pandereta á la cabra de un modo particular, para obtener que hiciese la habilidad que se deseaba. La enseñó la gitana, que era muy hábil para esta clase de enseñanzas, y en dos meses aprendió el animalito á escribir con letras movedizas la palabra *Febo*.

—*Febo?* dijo el sacerdote; ¿y por qué *Febo?*...

—Qué sé yo! respondió Gringoire. Quizás será una palabra que ella crea dotada de alguna virtud mágica y secreta. La repite á media voz cuando cree que está sola.

—¿Estais seguro, repuso Claudio, de que es solo una palabra y no un nombre?

—Nombre de quién? preguntó el poeta.

—Qué sé yo! respondió el sacerdote.

—Lo que yo opino, señor, es que esos gitanos son güebros y adoran al sol, y acaso de aquí nazca el escribir ese nombre.

—No me parece esa explicacion tan clara como á vos.

—Despues de todo, me tiene sin cuidado lo que esa palabra pueda significar; lo cierto es que Djalí me quiere ya tanto como á su ama.

—Quién es Djalí?

—La cabra.

Apoyó el arcediano la barba en la mano y quedó un momento pensativo. De pronto se volvió bruscamente hácia Gringoire y le preguntó:

—Me juras que no la has tocado?

—A quién? á la cabra? preguntó el filósofo.

—No, á la mujer.

—A mi mujer? nunca.

—¿No estais con frecuencia solo con ella?

—Una hora todas las noches.

Dom Claudio frunció el entrecejo y exclamó:

—Oh! oh! *Solus cum sola non cogitabuntur orare Pater noster.*

—A fé mia que pudiera rezar el *Padre nuestro*, el *Ave María* y el *Creo en Dios Padre* sin que ella se fijase en mí más que una gallina en una iglesia.

—Júrame por la memoria de tu madre, repitió el arcediano con energía, que no has tocado á esa mujer ni con la punta del dedo.

—Lo juro por la de mi madre y por la de mi padre; pero, reverendo maestro, permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad.

—Qué os importa eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las mejillas de una vírgen; quedó un instante sin responder, y luego contestó desazonado:

—Maese Pedro, veo que no estais condenado todavía. Me interesais y deseo vuestra salvacion. El menor contacto con esa endiablada gitana os haria vasallo de Satanás. Ya sabeis que siempre el cuerpo pierde al alma. ¡Ay de vos si os acercais á esa mujer!

—Ya probé una vez, contestó Gringoire rascándose la oreja; el primer dia, y... me pinché.

—¿Tuvísteis esa desvergüenza, Maese Pedro?

Volvió á anublarse la frente del sacerdote.

—Otra vez, continuó el filósofo sonriendo, miré antes de acostarme por el agujero de la cerradura y ví que estaba en camisa la más deliciosa mujer que hizo en el mundo rechinar una cama.

—Llévete el diablo! gritó el sacerdote, lanzándole una mirada terrible; y dándo un fuerte empellon al atónito Gringoire, desapareció rápidamente por las oscuras galerías de la Catedral.

## III.

### Las campanas.

Desde la mañana de la picota, los vecinos de Nuestra Señora notaron que en Quasimodo se habia entibiado en gran manera el entusiasmo por las campanas. Antes habia repiqueteos por cualquier cosa, largas alboradas que duraban de primas á completas, vuelo general para la misa mayor, ricos diapasones para una boda ó para un bautizo, que se entretejian en el aire como bordadura compuesta de mil brillantes sonidos. La

antigua iglesia, vibrante y sonora, gozaba de la perpétua alegría de las campanas; revelábase siempre en ella la presencia de un espíritu ruidoso y de capricho que cantaba dentro de las bocas de cobre; ahora parecia que habia desaparecido aquel espíritu, la Catedral estaba adusta y silenciosa; las fiestas y los entierros solo tenian un campaneo sencillo y pobre, lo que el ritual exigia y nada mas. Del doble ruido que producen en una iglesia el órgano dentro y las campanas fuera, no quedaba más que el del órgano; parecia que habia desaparecido el músico de los campanarios, y, sin embargo, allí estaba Quasimodo. ¿Qué le habia pasado? ¿Duraban aun en el fondo de su corazon la vergüenza y la desesperacion de la picota? ¿repercutian aun en él los latigazos del atormentador público y el dolor de tan crudo tratamiento lo habia extinguido todo en él, hasta la pasion por las campanas? ¿ó era que María tenia una rival en el corazon del campanero de Nuestra Señora, y la gran campana y sus catorce hermanas se veian abandonadas por algo más amable y más hermoso?

En el año de gracia de 1482, la Anunciacion cayó un martes dia 25 de Marzo; ese dia el aire era tan suave y tan puro que Quasimodo sintió que renacía en él el antiguo cariño á las campanas; subió, pues, á la torre septentrional, mientras abria el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran entonces descomunales piezas de madera forrada de cuero, recamadas de enormes clavos de hierro dorado y llenas de esculturas "artificialmente trabajadas".

Cuando llegó á la alta caja de las campanas, Quasimodo las contempló largo rato, moviendo la cabeza con tristeza, como si le apesadumbrara que un cuerpo extraño se hubiera interpuesto en su corazon entre ellas y él. Pero despues que las echó al vuelo; cuando sintió aquel manojo de campanas moverse á la impulsion de sus manos; cuando vió, porque no las oia, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala sonora, como pájaro que salta de rama en rama; cuando el diablo de la Música, ese demonio que sacude un manojo chispeante de *strettas*, de trinos y de arpegios, se apoderó del pobre sordo, volvió á ser dichoso entonces, todo lo olvidó y el júbilo de su alma brilló en su rostro.

Iba y venia de una parte á otra, dando palmadas de alegría, corriendo de una cuerda á otra, animando á los seis cantores con la voz y con el gesto, como un director de orquesta que estimula á aficionados inteligentes.

—Vuela, decia, vuela, Gabriela. Esparce todo tu estruendo en la plaza, que hoy es dia de fiesta.—Animo, Thibauld, no tengas pereza, que te quedas atrás; vamos, ¿que te has enmohecido, haragan?—¡Aprisa, aprisa, que no se vea el badajo. Vuélvelos á todos sordos, como á mí. Bien, Thibauld, eso es, bien.—Guillermo! Guillermo! tú eres el mayor. Pasquier es el menor y Pasquier va más de prisa que tú! Apuesto cualquier cosa á que le oyen más que á tí.—¡Bien, Gabriela, bien, fuerte, más fuerte! Gorriones, ¿qué es lo que haceis vosotros que no meteis ni el más pequeño ruido? ¿qué quieren decir esos picos de cobre que parece que bostecen, cuando debieran cantar? Ea, vamos, á trabajar! Hoy es dia de la Anunciacion y hace un sol hermoso; es preciso que haya un buen repiqueteo.

Ocupado estaba en aguijonear las campanas, y revoloteaban las seis todo lo que podian, sacudiendo sus lustrosas grupas, como un excelente tiro de mulas españolas azuzado de contínuo por los apóstrofes del zagal. De repente dejó caer la mirada por las anchas escamas de pizarra, que cubren hasta cierta altura la pared perpendicular del campanario, y vió en la plaza á una jóven caprichosamente vestida, que se paró, que desplegó en el suelo un tapiz, sobre el que se sentó la cabra, y vió tambien que se formaba numeroso grupo alrededor de la mujer y del animal. Dicho espectáculo trastornó súbitamente las ideas de Quasimodo y cuajó su entusiasmo musical, como cuaja una bocanada de aire la resina en fusion: paróse, volvió la espalda á las campanas y se acurrucó detrás del alero de pizarra, fijando en la bailarina la mirada expresiva, dulce y tierna que una vez asombró al arcediano. Entre tanto las campanas olvidadas apagaron sus sonidos bruscamente todas á la vez, con gran disgusto de los aficionados á repiqueteos, que de buena fé estaban oyendo la música aérea desde el puente del Cambio y que se marcharon al verse chasqueados, como el perro al que enseñan un hueso y le dan una piedra.

## IV.

### 'ΑΝΑΓΚΗ.

Una hermosa mañana del mes de Marzo, creo que fué el sábado 29, dia de San Eustaquio, nuestro jóven amigo el estudiante Juan Frollo del Molino se apercibió al vestirse de que los gregüescos que contenian su bolsa no despedian sonido metálico.—Pobre bolsa! exclamó sacándola; ni un dinero parisíe! ¡Los dados, la cerveza y Vénus te han destripado por completo! Estás seca, arrugada y vacía, y ahora os pregunto, señores Ciceron y Séneca, cuyos rugosos ejemplares yacen esparcidos por el suelo; ¿de qué me sirve saber mejor que un general de las monedas, ó que un judío del puente del Cambio, que un escudo de oro con corona vale treinta y cinco oncenos de á veinticinco sueldos y ocho dineros parisíes cada uno, y que un escudo con la media luna vale treinta y seis oncenos de á veintiseis sueldos y seis dineros torneses por pieza, si no tengo un miserable maravedí negro que arriesgar á los dados? Cónsul Ciceron, ésta no es de las calamidades que puede *burlar* el hombre por medio de una perífrasis con *quemadmodum* y con *enim vero*.

Se vistió de malhumor; mientras se vestia le ocurrió una idea, que desechó al momento; pero luego le volvió á ocurrir con tal tenacidad, que por fin se decidió á realizarla. Al fin dijo:

—Pues bien; salga el sol por Antequera; estoy decidido á ir á casa de mi hermano: atraparé allí un sermon, pero tambien atraparé un escudo.

Diciendo esto salió con rapidez. Bajó por la calle del Arpa hácia la Cité; al pasar por la calle de la Huchette, el olor de sus admirables asadores, que giraban contínuamente alrededor del fuego, regaló su olfato y lanzó una mirada de amor á la ciclópea pastelería, que arrancó al franciscano Calatagirone esta patética exclamacion: *¡Veramente queste rotisserie sono cosa stupenda!*

Pero Juan no tenia para pagar el almuerzo, y lanzando un profundo suspiro se internó por la puerta del Pequeño-Chatelet.

Ni siquiera se tomó el trabajo de echar una piedra al pasar, como era costumbre, á la miserable estátua de Pesinet Leclet, que entregó á los ingleses el Paris de Cárlos VI; crímen que durante tres siglos expió su efigie, magullada á pedradas y cubierta de lodo, cuya estátua está colocada en la esquina de las calles del Arpa y de la Bussy como una eterna picota.

Despues de atravesar el pequeño puente y la calle nueva de Santa Genoveva, se encontró Juan del Molino delante de Nuestra Señora. Volvió á quedarse indeciso y se paseó algunos instantes alrededor de la estátua de M. Legris, repitiéndose á sí mismo:—El sermon es seguro, el escudo problemático.

Salió entonces del claustro un bedel; Juan le detuvo y le preguntó:

—¿Dónde está el señor arcediano de Josas?

—Creo que está en su escondrijo de la torre, le contestó el bedel, pero os aconsejo que no vayais á estorbarle, como no seais enviado del Papa ó del rey.

Juan dió una palmada, exclamando:

—Diablo! ¡hé aquí una famosa ocasion para ver la covacha de las brujerías!

Esta reflexion le determinó, y entrando por la puertecilla negra, empezó á subir por la rosca llamada de Saint-Gilles, que conduce á los pisos superiores de la torre.

—Voy á ver, se decia á sí mismo mientras ascendia. ¡Debe ser curiosa la celda oculta de mi reverendo hermano! Se dice que enciende en ella cocinas del infierno y que cuece en ellas con fuego vivo la piedra filosofal. ¡Vive Dios, que así me ocupo yo de la piedra filosofal como de cualquier otra piedra, y que prefiero encontrarme en un horno una tortilla con magras que la piedra filosofal más gruesa del mundo!

Cuando llegó á la galería de las columnillas se detuvo un rato para cobrar aliento, y echó pestes contra la interminable escalera; luego prosiguió la ascension por la estrecha puerta de la torre septentrional, actualmente cerrada para el público. Momentos despues de dejar detrás de sí la estancia aérea de las campanas, halló una pequeña meseta abierta en una hendidura lateral, y debajo de la bóveda una puertecilla ojiva, cuya enorme cerradura y robusta armazon de hierro pudo observar á la luz de una tronera, abierta frente por frente en la pared circular de la escalera. El que tenga curiosidad de visitar hoy la indicada puerta, la reconocerá por esta inscripcion, grabada en letras blancas sobre la negra pared: ADORO Á CORALIA, 1823, FIRMADO, EUGENIO.—*Firmado*, está en el texto.

—Aquí es sin duda, exclamó el estudiante.

La llave estaba en la cerradura y la puerta entornada; la empujó con tiento y asomó por ella la cabeza.

El lector habrá hojeado sin duda la obra admirable de Rembrandt, el Shakespeare de la pintura: entre sus maravillosos grabados hay uno, que es una agua fuerte, y que representa, segun la opinion general, al doctor Fausto, y que es imposible contemplar sin quedar deslumbrados. Representa una celda sombría; en el centro de ella hay una mesa llena de objetos repugnantes, calaveras, esferas, alambiques, compases, pergaminos y geroglíficos. Delante de la mesa está el doctor vestido con gruesa hopalanda y con un gorro de pieles metido hasta las cejas. Solo se le vé medio cuerpo; está sentado en inmensa poltrona; sus crispados puños se apoyan sobre la mesa, y está contemplando con terror y con curiosidad un gran círculo luminoso, formado de letras mágicas, que brilla en la pared del fondo, como el espectro solar en una cámara oscura; dicho sol cabalístico tiembla cuando se le mira é inunda la deslucida celda con un misterioso resplandor: es horrible y hermoso.

Algo semejante á la celda de Fausto se presentó á los ojos de Juan, el cual metió la cabeza por el hueco de la puerta que entreabrió. Vió un recinto sombrío, apenas iluminado; vió tambien una gran poltrona y una gran mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales colgados del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos interpolados con almireces, en los que brillaban hojas de oro; calaveras sobre vitelas pintarrajeadas con figuras y caractéres, gruesos manuscritos abiertos sin compasion por los frágiles ángulos del pergamino; vió, en fin, todas las inmundicias de la ciencia y por todas partes polvo y telarañas; pero en dicha celda no habia círculos de letras luminosos, ni doctor en éxtasis contemplando la explendente vision, como águila que mira al sol. Sin embargo, la celda no estaba vacía. Habia un hombre sentado en la poltrona y encorvado sobre la mesa. Estaba vuelto de espaldas á Juan y éste solo podia verle por detrás; pero reconoció con facilidad la cabeza calva, en la que habia hecho la naturaleza eterna tonsura, como si hubiera querido revelar por aquel símbolo exterior la irresistible vocacion clerical del arcediano.

Juan conoció en seguida á su hermano, pero como abrió con mucha suavidad la puerta de la celda, éste no advirtió la presencia de aquel; el curioso estudiante se aprovechó de esta circunstancia para examinar á su sabor el gabinete de química del arcediano. Un horno ancho, en el que no se habia fijado á primera vista, estaba situado á la izquierda del sillon, debajo de la ventanilla. El rayo de luz que penetraba por dicha abertura atravesaba una telaraña, que construia con primor su delicado tejido en la ojiva de la ventanilla, en cuyo centro estaba el insecto tejedor, inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Habia, acumuladas en desórden encima del horno, toda clase de vasijas, redomas de barro, retortas de vidrio y alambiques de carbon. Juan observó suspirando que allí no habia ni una sola cacerola. ¡Famosa batería de cocina! dijo para su capote.

El horno estaba apagado y se conocia que no se habia encendido en mucho tiempo. Juan vió entre los utensilios de alquimia una careta de vidrio, que sin duda servia al arcediano para preservar el rostro cuando elaboraba alguna sustancia explosible, y estaba en un rincon cubierta de polvo y olvidada: yacía á su lado un fuelle no menos empolvado, en cuya hoja superior se podia leer esta inscripcion, incrustada en letras de cobre:

SPIRA, SPERA.

Otras muchas leyendas estaban escritas en las paredes, segun la costumbre de los herméticos, unas trazadas con tinta, otras grabadas con una punta de metal. Además letras góticas, hebreas, griegas y romanas, revueltas unas sobre otras, las más recientes cubriendo á las más antiguas; aquello era una confusa mezcla de todas las filosofías, de todos los sueños, de toda la sabiduría humana. Veíase de vez en cuando alguna inscripcion que brillaba sobre las demás, como un estandarte entre las puntas de las lanzas, y era por lo comun una divisa griega ó latina, como las formulaba con habilidad la Edad Media:—*Unde? inde?* —*Homo homini monstrum.*—*Astra, castra, nomen, numen.*—*Sapere aude.*—*Flat ubi vult*, etc. etc. Habia tambien algunas divisas hebreas y griegas, las que Juan, como era poco erudito, no sabia leer; y el conjunto de lo escrito en las paredes estaba atravesado por muchas partes por estrellas, por caras de hombres y de animales y por triángulos que se interceptaban, lo que contribuia á hacer que se asemejase la pared emborronada de la celda á una hoja de papel sobre la

cual hubiera pasado un mono la pluma cargada de tinta.

El conjunto de este gabinete secreto ofrecia el aspecto de la ruina, del abandono; y el triste estado de los utensilios manifestaba que hacia ya mucho tiempo distraian al dueño de sus trabajos otras preocupaciones.

El arcediano, aunque tenia inclinada la cabeza sobre un grueso manuscrito ornado de caprichosas pinturas, parecia atormentado por una idea que sin cesar se inmiscuia en sus meditaciones. Al menos así lo creyó Juan, al oirle exclamar con las intermitencias pensativas del delirante que sueña en alta voz:

—Sí, Manou lo dice y Zoroastro lo enseña; el sol nace del fuego y la luna del sol; el fuego es el alma del gran todo; sus átomos elementales se extienden y fluyen en el mundo en corrientes infinitas. En los puntos en que chocan estas corrientes, en el cielo, producen la luz, y en sus puntos de interseccion, en la tierra, producen el oro. La luz y el oro son una misma cosa: el oro es el fuego en estado concreto. La diferencia de lo visible á lo palpable, de lo flúido á lo sólido en la misma substancia, del vapor de agua al hielo y nada más. Esto no es un delirio, es la ley general de la naturaleza. ¿Pero cómo arrancar á la ciencia el secreto de esta ley general? Sí, sí... esta luz que inunda mi mano es oro! esos mismos átomos dilatados, segun cierta ley, bastaria condensarlos, segun otra ley, para convertirlos en oro. ¿Cómo acertar con estas dos leyes?... Algunos tuvieron la idea de sepultar un rayo del sol. Averroes, sí, Averroes fué el que enterró uno debajo del primer pilar, á la izquierda del santuario del Alcorán, en la gran mezquita de Córdoba; pero no se podrá socavar el suelo, para ver si ha salido bien la operacion, hasta de aquí á ocho mil años.

—Diablo! exclamó Juan; eso es demasiado tiempo para esperar un escudo.

—Otros han creido, prosiguió el arcediano, que seria mejor verificar la prueba con un rayo de Sirius; pero es muy difícil obtener puro ese rayo á causa de la presencia simultánea de otras estrellas, que mezclarian sus rayos con él. Hamel opina que es más sencillo trabajar con el fuego terrestre. Hamel tuvo nombre de predestinado. *Flamma* es el fuego, y en él está el secreto. El diamante se encierra en el carbon y el oro en el fuego; pero cómo extraerle? Magistri afirma que hay ciertos nombres de mujer de encanto tan dulce y tan misterioso, que basta pronunciarlos durante la operacion... Leamos lo que dice Manou: "Donde se honra á las mujeres, las divinidades están contentas; donde se las desprecia, es inútil rezar á Dios. La boca de la mujer es constantemente pura; es agua corriente, es un rayo de sol. El nombre de la mujer debe ser agradable, dulce, imaginario, acabar con vocales largas y parecerse á palabras de bendicion.„ Sí, el sábio está en lo cierto; así son los nombres de María, Sofía, Esmeral... Condenacion! ¡Siempre este mismo pensamiento!...

El arcediano cerró el libro con violencia: pasóse la mano por la frente como para ahuyentar la idea que le perseguia, y luego tomó de encima de la mesa un clavo y un martillo, en cuyo mango habia pintadas letras cabalísticas.

—Desde hace algun tiempo, dijo con amarga sonrisa, me salen mal todos los experimentos. La idea fija se apoderó de mí y consume mi cerebro como una manga de fuego; ni siquiera he podido dar con el secreto de Cassiodoro, cuya lámpara ardia sin mecha y sin aceite, y que es cosa sencilla, sin embargo.

—Cuerno! dijo Juan para sus adentros.

—¡Basta, pues, continuó el sacerdote, un solo y miserable pensamiento para debilitar y enloquecer al hombre! ¡Cómo se reiria de mí Claudia Pernelle, aquella mujer que no pudo apartar un instante á Nicolás Hamel de la continuacion de su gran obra! Yo tengo en mis manos el martillo mágico de Techiclé, que á cada golpe que daba el formidable rabino sobre este clavo, el enemigo suyo que nombraba, aunque estuviese á dos mil leguas, se hundia media vara en la tierra y ésta le sepultaba; el mismo rey de Francia, por haber llamado inconsideradamente á la puerta del taumaturgo, se hundió en el suelo de Paris hasta las rodillas. Cerca de tres siglos han pasado ya desde ese acontecimiento, y sin embargo, tengo yo el martillo y el clavo, y en mis manos no son herramientas formidables, solo son un escoplo en manos de un tallador. Pero solo me falta encontrar la palabra mágica que pronunciaba Techiclé dando martillazos sobre el clavo.

—Pues es una friolera! pensó Juan.

—Probaré á encontrar esa palabra; si lo consigo, veré brotar la chispa azul de la cabeza del clavo.—*Emen-hetan! Emen-hetan!* No es esta. *Sigeani! Sigeani!*—¡Que

este clavo abra la tumba al que se llame Febo!... Maldicion! ¡Siempre, siempre la misma idea!...

El arcediano arrojó el martillo, lleno de cólera; despues se echó en la poltrona, hundiéndose en ella de tal modo, que Juan le perdió de vista detrás del enorme respaldo; durante algunos instantes solo vió un puño crispado sobre los pergaminos. De pronto levantóse Dom Claudio y grabó, sin decir una palabra, en la pared, en letras mayúsculas, esta palabra griega:

'ΑΝΑΓΚΗ.

—Mi hermano está loco, se dijo Juan á sí mismo; más sencillo hubiera sido escribir *Fatum*, que todos no tienen obligacion de saber griego.

Volvió el arcediano á sentarse en la poltrona y metió la cabeza entre las dos manos, como un enfermo que tiene la frente pesada y ardiente.

El estudiante observaba á su hermano con sorpresa; él era un alegre jóven, que llevaba el corazon en la mano, que no observaba en el mundo más que la ley lisa y llana de la naturaleza, que dejaba correr las pasiones por sus declives naturales, y para quien el lago de las grandes emociones estaba siempre seco; él, pues, ignoraba con cuánta fúria fermenta y hierve el mar de las pasiones humanas cuando se le cierran todas las salidas; cómo se alborota, se hincha y revienta; cómo corroe el corazon, cómo estalla en sollozos interiores y sordas convulsiones, hasta que rompe sus diques y destruye su lecho. La austera y glacial superficie de Claudio, aquella superficie de virtud escarpada é inaccesible, habia engañado siempre á Juan; el frívolo estudiante no se habia nunca detenido á reflexionar la profundidad furiosa y ardiente de la lava que hierve debajo de la nevada frente del Etna.

No sabemos si el estudiante se dió cuenta exacta de estas ideas que acabamos de exponer; lo cierto es que, á pesar de ser ligero de cascos, comprendió que habia visto lo que no debia ver, y que acababa de sorprender el alma de su hermano mayor en uno de sus más íntimos secretos y que era menester que Claudio no lo supiera jamás. Viendo, pues, que el arcediano volvió á recaer en su primera inmovilidad, retiró suavemente la cabeza de la puerta é hizo ruido de pasos á la parte de fuera, como de álguien que llega y advierte que se vá acercando.

—Entrad! gritó el arcediano desde el interior de la celda; os estoy esperando y exprofeso dejé la llave en la puerta. Adelante, maese Jaime.

El estudiante entró con impavidez: el arcediano, molestado por su visita en este lugar, se extremeció en la poltrona.

—Cómo! eres tú, Juan? exclamó.

—Siempre es una J, contestó el estudiante con la cara roja, alegre y jovial.

El semblante de Dom Claudio volvió á adquirir su severa expresion.

—Qué ocurre?

—Hermano mio, contestó el estudiante, presentando continente modesto y lastimoso; venia á pedirte...

—Qué?

—Consejos morales, de los que tengo necesidad; Juan no se atrevió á decir: y dinero, que necesito más todavía; este último miembro del período quedó inédito.

—Estoy muy descontento de tí, le respondió friamente el arcediano.

—Ah! suspiró el estudiante.

Describió con la poltrona un cuarto de círculo Dom Claudio y miró á Juan de hito en hito.

—Mucho me alegro de verte por aquí.

Temible era este exordio, y Juan se preparó para una violenta acometida.

—Todos los dias recibo quejas de tí; ¿por qué hiciste la calaverada de apalear al vizconde Alberto de...

—Vaya un delito! ese vizconde es un pajecillo, que se divertia en hacer galopar por el lodo á su caballo, por gusto de salpicar á los estudiantes.

—¿Quién es ese Mahiet Fargel, á quien habeis desgarrado el traje?

—El traje! un miserable capotillo de Montaign; eso no más!

—La queja dice *tunicam*, y no *cappettam*. Sabes latin?

Juan no respondió.

—Este es el estado de los estudios y de las letras en la actualidad, prosiguió diciendo el arcediano. La lengua latina apenas se entiende, la siriaca es desconocida, y la griega es odiosa, hasta el punto que no arguye ignorancia en los sábios el saltar una palabra griega sin leerla y decir: *Græcum est, non legitur.*

El estudiante levantó resueltamente los ojos y los fijó en la pared.

—¿Quieres que te explique, hermano mio, en buen francés la palabra griega que hay ahí escrita? le preguntó al arcediano.

—Qué palabra?

—'ΑΝΑΓΚΗ.

Extendióse ligero carmin por los pómulos pálidos de Dom Claudio, como la bocanada de humo que anuncia por el exterior las secretas conmociones del volcan; el estudiante no lo notó.

—Veamos si lo sabes, dijo el sacerdote haciendo un esfuerzo; ¿qué significa esa palabra, Juan?

—FATALIDAD. Ya ves que entiendo el griego.

El arcediano quedó silencioso; aquella explicacion le dejó pensativo.

Juan, que tenia las picardías de niño mimado, juzgó favorable este momento para formular su peticion: suavizando la voz, habló á su hermano mayor del modo siguiente:

—¿Por qué me has de guardar rencor, hasta el punto de ponerme mala cara por algunos latigazos y trompicones prodigados en buena lid á mozalvetes y chuchumecos, *quibusdam chumchumequis?* Ya ves, querido Claudio, que tambien sé latin.

Esta zalamera hipocresía no produjo en su severo hermano mayor el efecto acostumbrado; Cancervero no mordió la torta de miel. La frente del arcediano no se desarrugó.

—A dónde vas á parar? le preguntó únicamente.

—Pues voy á parar al grano, respondió Juan con descaro; en una palabra, necesito dinero.

Al oir esta peticion, la fisonomía del arcediano tomó de repente expresion pedagógica y paternal.

—Sabes, Juan, que nuestro feudo de Tirechappe solo renta, inclusos el censo y los réditos de las veintiuna casas, treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisíes; una mitad más que en los tiempos de los hermanos Paclet, pero aun así produce poco.

—Necesito dinero, repitió Juan estóicamente.

—Sabes que he declarado que nuestras veintiuna casas son pertenencia feudal del obispo, y que solo podríamos librarnos de ese homenaje pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada de valor de seis libras parisíes; y yo, como tú sabes, no he podido aun reunir esos dos marcos.

—Yo solo sé que necesito dinero, dijo Juan por tercera vez.

—Y para qué lo quieres?

Esta pregunta hizo que Juan recobrase la esperanza de conseguir lo que se proponia, y contestó con voz melosa:

—La verdad, querido Claudio, no es para malos propósitos; no es para echarla de guapo en las tabernas, no; es para hacer una obra de caridad.

—De qué obra se trata? le preguntó el sacerdote sorprendido.

—Tengo dos amigos que tratan de comprar una envoltura al niño de una pobre viuda; es una obra caritativa que costará tres florines, y yo quisiera dar uno.

El arcediano sonrió con incredulidad.

—¿Qué envoltura es esa que debe costar tres florines y para el niño de una pobre?

Juan, volviendo á adquirir su habitual descaro, contestó:

—Pues bien; necesito dinero para ir á ver esta noche á Isabel la Thierrye, en Val-d'amour (1).

—Miserable impuro, vete! exclamó el arcediano. Vete, que estoy esperando visita.

El estudiante hizo el último esfuerzo.

—Dame siquiera un miserable parisíe para comer.

—¿Hasta dónde sabes de las decretales de Graciano?

—He perdido los cuadernos.

—Qué sabes de humanidades latinas?

—Me han robado el ejemplar de Horacio.

—A dónde has llegado del Aristóteles?

—A fé mia que no recuerdo cuál es el padre de la Iglesia que dice que en todos los tiempos han tenido por guarida los errores de los herejes los matorrales de la metafísica de Aristóteles. Nada de Aristóteles; no quiero perder mi religion con su metafísica.

—Juan, le contestó el arcediano, habia la última vez que entró el rey, entre la comitiva, un gentil-hombre llamado Felipe de Comines, que llevaba bordada en la mantilla de su caballo esta divisa, que os aconsejo que mediteis bien: *Qui non laborat, non manducat.*

El estudiante permaneció un momento silencioso; luego, súbitamente, se volvió hácia su hermano con ligereza y le dijo:

—¿Segun eso me rehusas un triste sueldo parisíe para comprar un mendrugo en casa de un panadero?

—*Qui non laborat, non manducat.*

Al oir al inflexible arcediano, Juan ocultó la cabeza entre las manos, como una mujer que solloza, y exclamó con el acento de la desesperacion:

—'Otototototoî!

—Qué quieres decir con eso? pregun-

(1) Lugar público de prostitucion.

tó Claudio, sorprendido por esta salida del estudiante.

—Qué quiero decir? exclamó Juan, fijando en Claudio sus descarados ojos, en los que habia metido los puños para que estuviesen encendidos como si acabase de llorar; hablo en griego; esa frase es un anapesto (1) de Esquilo, que expresa perfectamente el dolor.

Diciendo esto, soltó tan alegre y extrepitosa carcajada, que hizo sonreir al arcediano. La culpa la tenia el mismo Claudio, que habia mimado demasiado á su hermano menor.

—Claudio, compadécete de mí, repuso Juan alentado por aquella sonrisa; mira que están agujereados mis borceguíes.

El arcediano habia ya recobrado su normal serenidad.

—Te enviaré borceguíes nuevos, pero no te doy dinero.

—Dame nada más que un miserable sueldo parisíe, contestó Juan suplicándole. Aprenderé á Graciano de memoria, creeré en Dios y seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud. ¿Quieres que me muerda el hambre que ya me acosa con la boca abierta? Movió Claudio la rugosa cabeza, contestándole otra vez.

—*Qui non laborat*...

Juan no le dejó acabar.

—Pues bien, ¡que se lo lleve todo el diablo! Me entabernaré, me batiré, romperé jarros é iré á visitar á las jóvenes de vida alegre.

El arcediano le miraba con ojos sombríos.

—Juan, eres un sér sin alma.

—En ese caso me falta, segun dice Epicuro, un no sé qué compuesto de algo que carece de nombre.

—Es necesario que piense sériamente en corregirte.

—Parece, dijo el estudiante paseando la vista desde su hermano hasta los alambiques del horno, que aquí todo es cornudo, las ideas y las botellas.

—Juan, vives en una pendiente resbaladiza; sabes á dónde conduce?

—A la taberna, contestó el estudiante.

—Y la taberna conduce á la picota.

—Es una linterna como otra cualquiera, y con ella quizás Diógenes hubiera encontrado el hombre que buscaba.

—La picota conduce á la horca.

—La horca es una balanza que tiene un hombre á un extremo y al otro toda la tierra, y vale mucho ser hombre.

—La horca conduce al infierno.

(1) Pié de verso, compuesto de dos sílabas breves y una larga.

—Donde hay mucho fuego.

—Juan, Juan, tendrás mal fin.

—Pero he tenido bueno el principio.

Oyóse en este momento ruido de pasos en la escalera.

—¡Silencio, exclamó el arcediano, poniéndose un dedo en la boca, que viene maese Jaime! Escucha, Juan, le dijo en voz baja; guárdate bien de revelar nunca lo que aquí has visto y oido.

Escóndete debajo de ese horno y ni siquiera respires.

Acurrucóse el estudiante donde le indicó su hermano mayor, y allí le ocurrió una idea luminosa.

—A propósito, Claudio, dame un florin para que yo no respire.

—Silencio! Te lo prometo.

—Quiero que me lo des en seguida.

—Tómalo, pues, dijo el arcediano sacándolo de la escarcela y arrojándoselo á sus piés. Juan lo recogió y se metió en el horno. Un instante despues se abrió la puerta de la celda.

## V.

### Los dos hombres vestidos de negro.

El personaje que entró tenia aspecto sombrío y vestia negro ropon, pero lo que chocó á primera vista en él á nuestro amigo Juan (desde su escondite) fué la perfecta tristeza del traje y de la cara del recien venido. Esto no obstante, habia cierta dulzura en su rostro, pero dulzura de gato ó de juez, dulzura empalagosa. Rayaria en los sesenta años; su pelo estaba gris, su fisonomía arrugada, guiñaba los ojos bajo sus cejas blancas, tenia el labio pendiente y las manos gruesas. Cuando Juan comprendió que el personaje era un médico ó un magistrado sin duda, y notó que tenia mucha distancia de la nariz á la boca, signo de bestialidad, se acurrucó en su agujero, fastidiado por tener que pasar tiempo indefinido en tan incómoda postura y con tan mala compañía.

Cuando entró el referido personaje, el arcediano ni siquiera se levantó para recibirle; se contentó con señalarle un banquillo para que se sentase cerca de la puerta, y despues de un rato de silencio, en el que parecia que continuaba alguna meditacion anterior, le dijo con acento protector:

—Buenos dias, maese Jaime!

—Salve, señor maestro, respondió el hombre vestido de negro.

Habia en las dos entonaciones con que pronunciaron *maese Jaime* por una parte y por otra *señor maestro* por excelencia, la diferencia de *monseñor* á *señor* y de *domine* á *domne*. Era evidente que aquellos hombres eran el doctor y el discípulo.

—Y qué, maese Jaime? ¿Conseguís vuestro objeto? le preguntó Dom Claudio despues de otra pausa.

—Apreciable maestro, contestó el otro sonriendo con tristeza, soplo, soplo y nada; saco toda la ceniza que quiero, pero ni una sola chispa de oro.

Dom Claudio hizo un gesto de impaciencia.

—No os hablo de esto, sino del proceso del mágico. ¿No se llama Marco Cenaine el sumiller del Tribunal de Cuentas? Confiesa su mágia? ¿Ha servido de algo el tormento?

—Desgraciadamente no, no tenemos ese consuelo. Ese hombre es de piedra. Antes que declarar consentirá en que le quememos vivo en el mercado de los Lechones. Sin embargo, empleamos todos los medios para descubrir la verdad; está ya completamente dislocado, hemos echado mano para él de todas las yerbas de San Juan, como dice Plauto:

Adversum stimulos, laminas, crucesque, compedesque,
Nervos, catenas, carceres, numellas, pedicas, bojas.

Todo es inútil! ¡Es un hombre terrible!

—¿No habeis encontrado ninguna otra cosa en su casa?

—Sí, contestó maese Jaime metiendo la mano en la escarcela; hemos hallado este pergamino, en el que hay palabras que no entendemos, y eso que el señor abogado criminal, Felipe Lheulier, sabe algo de hebreo desde cuando se les formó causa á los judíos de la calle de Kantersten, en Bruselas.

Diciendo esto desarrolló maese Jaime un pergamino.

—A ver, contestó el arcediano, recorriéndolo con la vista. ¡Esto es pura mágia, maese Jaime!—*Emen-hetan!* es el grito de los vampiros cuando llegan al *sábado*. *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*, es el conjuro que encadena otra vez al diablo en el infierno. *Hax, pax, max!* es una fórmula de la medicina contra la mordedura de los perros rabiosos. ¡Maese Jaime, sois procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico y este pergamino es abominable!

—Volveremos á darle tormento: tambien en casa de Marco Cenaine hemos encontrado esto.

Era una vasija como las que cubrian el horno de Dom Claudio.

—Ah! exclamó el arcediano, es un crisol de alquimia.

—Os confieso, repuso maese Jaime con torpe sonrisa, que le he probado en el horno y que, como el mio, no me ha dado ningun resultado.

El arcediano examinó la vasija.

—¿Qué es lo que veo grabado en el crisol? *Och! och!* ¡la palabra que ahuyenta á las pulgas! Marco Cenaine es un ignorante. ¿Cómo habeis de hacer oro con este crisol?...

—Ahora que hablamos de errores, dijo el procurador del rey, acabo de estudiar la portada de abajo, antes de subir: ¿está seguro vuestra reverencia de que la abertura de la obra de física está representada en ella hácia el lado del Hospital, y que, de las siete figuras desnudas que están á los piés de Nuestra Señora, es Mercurio la que tiene alas en los talones?

—Sí, respondió el sacerdote; así lo asegura Agustin Nypho, que es un doctor italiano que tenia un demonio barbudo que se lo enseñaba todo; además, ahora bajaremos y os lo esplicaré sobre el texto.

—Mil gracias, señor maestro, le contestó maese Jaime inclinándose hasta el suelo.—A propósito; me olvidaba: ¿cuándo quereis que hagamos prender á la jóven nigromántica?

—Qué nigromántica?

—La gitana, ya sabeis de quién hablo, la que viene todos los dias á bailar en la plaza del Atrio, á pesar de la prohibicion del provisor. Lleva consigo una cabra energúmena con cuernos de diablo, que lee, que escribe, que sabe matemáticas y que basta para hacer ahorcar á toda la Bohemia. Ya está preparado el proceso y pronto lo despacharemos. Esa bailarina es una mujer preciosa! ¡Sus brillantes ojos negros son dos carbunclos de Egipto!... ¿Cuándo empezamos?

El arcediano estaba sumamente pálido.

—Ya hablaremos de eso, murmuró con voz apenas articulada... Ocupaos ahora de Marco Cenaine.

—Descuidad, que le haré atar otra vez en la cama de cuero, contestó maese Jaime sonriendo; pero es hombre diabólico y rinde al mismo Pierrat Torterne, que tiene las manos mas grandes que yo. Como dice Plauto:

*Nudus vinctus, ceutum pondo, est quando pendes per pedes.*

—Lo mejor será darle el tormento de la cábria: es el mejor que tenemos y por él pasará.

Dom Claudio quedó entregado á sombría distraccion. Volvióse de pronto hácia su interlocutor y le dijo:

—Maese Pierrat, maese Jaime quise decir, ocupaos solo de Marco Cenaine.

—Sí, sí, os lo prometo; ¿por qué le ocurriria asistir al *sábado* á un sumiller del Tribunal de Cuentas, que debia conocer el texto de Carlo-Magno: *Stryga vel masca?*—En cuanto á la Esmeralda, como la llaman por ahí, esperaré vuestras órdenes.—Ah!... Cuando pasemos por la portada me explicareis tambien lo que significa el jardinero de pintura basta que se vé al entrar en la iglesia. Creo que es el sembrador.—¿En qué estais pensando, señor maestro?

Dom Claudio estaba tan ensimismado que ya no le oia ni le escuchaba; siguiendo maese Jaime la direccion de la mirada de aquel, vió que estaba maquinalmente fija en la gran telaraña que cubria la ventana: en aquel instante una mosca aturdida, que buscaba el sol de Marzo, fué á atravesar el tejido y quedó presa en él: al ver la conmocion del tejido, la enorme araña salió con movimiento brusco de su celda central, y de un brinco se precipitó sobre la mosca, que doblegó en dos con las patas delanteras, mientras con la trompa la chupaba la cabeza.

—Pobre mosca! dijo el procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, y levantó la mano para salvarla; pero el arcediano, como despertando de súbito, le detuvo el brazo con violencia convulsiva.

—Maese Jaime, exclamó, no os opongais á la fatalidad.

—Volvióse asustado el procurador, al sentir que le oprimian el brazo como unas tenazas de hierro. Los ojos del sacerdote estaban fijos, desencajados y centelleantes en el grupo de la mosca y de la araña.

—Eso es el símbolo de todo, dijo el arcediano con una voz que parecia salir del fondo de sus entrañas. Vuela alegre y feliz porque acaba de nacer; busca la primavera, el aire libre y la libertad; pero tropieza en el fatal roseton, y la repugnante araña sale de él y... ¡pobre bailarina! pobre mosca predestinada!... Maese Jaime, dejadla!... ¡esa es la fatalidad!... Claudio, tú eres la araña! ¡Tú eres la mosca tambien!... Tú volabas en busca de la ciencia, de la luz y del sol, sin otro deseo que el de llegar al aire libre y á la gran luz de la verdad eterna; pero al lanzarte á la deslumbradora ventana que cae al otro mundo, al mundo de la claridad, de la inteligencia y de la ciencia, mosca ciega, doctor insensato, ¡no viste la sutil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, y caiste en ella, pobre loco, y ahora forcejeas en vano con la cabeza rota y las alas arrancadas entre los brazos de hierro de la fatalidad. Dejad á la araña, maese Jaime!...

—Os juro, contestó éste, que no la tocaré; pero soltadme el brazo, por el amor de Dios, que vuestra mano parece una tenaza.

El arcediano no le oia y continuaba hablando como si estuviese solo.

—Aunque hubieras podido romper ese fuerte tejido con tus alas de mosca, ¿crees que hubieras conseguido llegar hasta la luz? Insensato! ese vidrio, colocado más lejos, ese obstáculo transparente, esa muralla de cristal, más dura que el bronce, que separa de la verdad á todos los filósofos, ¿cómo hubieras podido traspasar? ¡Oh vanidad de la ciencia! ¡Cuántos sábios vienen de lejos revoloteando á estrellarse en ese obstáculo transparente! ¡Cuántos sistemas se estrellan zumbando contra ese vidrio eterno!

Calló el arcediano: sus últimas ideas le habian hecho pasar insensiblemente de sí mismo á la ciencia; parecian haberle calmado. Maese Jaime le hizo volver por completo al sentimiento de la realidad, dirigiéndole la siguiente pregunta:

—¿Cuándo vendreis, señor maestro, á ayudarme á hacer oro? Me consume la impaciencia de conseguirlo.

Movió la cabeza el arcediano, lanzando un amargo suspiro.

—Maese Jaime, leed á Miguel Psellus: *Dialogus de energia et operatione dœmonum*. No es inocente lo que estamos haciendo.

—Ya me figuraba yo que no lo era, dijo el otro interlocutor; pero es preciso ocuparse algo de hermética, no siendo más que procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, con la miserable asignacion de treinta escudos torneses cada año. Pero hablemos más bajo.

Dijo esto porque oia ruido de mandíbulas y de masticacion que salia de bajo del horno.

—Qué es eso? preguntó.

Era el estudiante, que, incómodo y

aburrido en su escondrijo, llegó á descubrir en él un mendrugo de pan y un triángulo de queso enmohecido, y se lo comia por vía de consuelo y como almuerzo. Como tenia hambre y el pan estaba seco, acentuaba con fuerza cada bocado, y este ruido alarmó al procurador.

—Es un gato, le dijo con viveza el arcediano, que estará devorando algun ratoncillo.

Esta explicacion satisfizo á maese Jaime.

—Todos los grandes filósofos, repuso éste con respetuosa sonrisa, han tenido su animal familiar. Ya sabeis lo que dice Sérvio: *Nullus enim locus sine genio est.*

Esto no obstante, Dom Claudio, que temia alguna travesura de su hermano Juan, recordó á su discípulo que tenian que estudiar juntos algunas figuras de la portada y salieron de la celda, con gran satisfaccion del estudiante, que empezaba á temer que se le quedase para siempre en la rodilla el molde de la barba.

## VI.

### Efecto que pueden producir siete juramentos al aire libre.

*Te Deum laudamus!* exclamó Juan del Molino saliendo de su escondite; ¡gracias á Dios que se fueron los dos buhos!... *Och! och! Hax, pax, max!* las pulgas! ¡los perros rabiosos! ¡Que se los lleve el diablo! ¡Ya me enfadaba su maldita conversacion!... ¡La cabeza me vibra como una campana! ¡Y comer queso ágrio á mayor abundamiento! En cambio voy á apoderarme de la escarcela de mi señor hermano y á convertir sus monedas en botellas.

Miró con ternura y admiracion el interior de la escarcela, se arregló el traje descompuesto, abrochó los borceguíes, sacudió sus mangas llenas de ceniza, silbó un cantar, dió cuatro brincos, vió si quedaba algo que robar en la celda, registró por todas partes por ver si hallaba algun amuleto de vidrio para regalárselo á Isabel la Thierrye, y por fin abrió la puerta, que su hermano le dejó entornada por indulgencia y que él dejó abierta por malicia, y bajó la escalera circular, alegre y saltando como un pajarillo.

En la oscuridad de la espiral tropezó con un bulto que le abrió paso gruñendo; presumió que era Quasimodo, y esto le pareció tan gracioso, que descendió el resto de la escalera siempre riendo. Al llegar á la plaza reia aun.

Dió una patada en el suelo en cuanto se vió en tierra firme.

—Gracias á Dios que piso el excelente empedrado de Paris y que acabé de bajar esa maldita escalera, capaz de fatigar á los ángeles de la escala de Jacob. ¿Quién diablos me aconsejó meterme en esa barrena de piedra que agujerea el cielo, para comer queso pasado y ver los campanarios de Paris por una ventanilla?

Dió algunos pasos y vió á Dom Claudio y á maese Jaime contemplando una escultura de la portada de la Catedral. Se aproximó hasta ellos de puntillas y oyó que el arcediano decia á su discípulo:

—Guillermo de Paris hizo grabar un Job en esta piedra de color de lapislázuli, dorada por los remates. Job figura la piedra filosofal, que debe ser probada y martirizada para llegar á la perfeccion, como dice Raimundo Lulio: *Sub conservatione formæ specificæ salva anima.*

—Poco me importa, dijo Juan; la bolsa es mia.

Este oyó en aquel mismo instante una voz fuerte y sonora vomitar detrás de él una série formidable de juramentos.

—Voto á cribas! Sangre de Dios! ¡Vientre de Dios! Cuernos de Belcebú! ¡Ombligo del papa! Rayos y truenos! ¡Ira de Dios!

—No puede ser quien así jura más que mi amigo el capitan Febo, exclamó Juan.

Llegó el nombre de Febo á los oidos del arcediano en el instante en que esplicaba al procurador del rey el significado del dragon que mete la cola en un baño, del que, entre el humo, sale una cabeza de rey. Extremecióse Dom Claudio é interrumpió su discurso, con gran asombro de maese Jaime: se volvió y vió que su hermano Juan se acercaba á un jóven oficial que estaba cerca de la puerta de la casa Goudelaurier. Era en efecto el capitan Febo, que se apoyaba en la esquina de la casa de su prometida y que juraba como un pagano.

—A fé mia, capitan Febo, que jurais con verbosidad admirable, le dijo Juan del Molino.

—Rayos y truenos! le respondió el oficial.

—¿Pero por qué jurais tanto, amable guerrero?

—Dispensadme, camarada, le contestó Febo, sacudiéndole la mano; caballo escapado no se pára de repente, y yo juraba á galope. Vengo de casa de esas nécias, y cuando salgo de allí siempre tengo la garganta llena de juramentos, y los he de escupir ó me ahogo; ¡rayos y truenos!

—Quereis venir á beber conmigo? le preguntó el estudiante.

Esta proposicion aplacó al capitan.

—Sí, pero carezco de dinero.

—Yo tengo.

—Bah!... veamos.

Juan presentó la escarcela á los ojos del capitan con majestad y sencillez. Entre tanto, el arcediano, que abandonó al absorto maese Jaime, se acercó hácia ellos y se detuvo á algunos pasos de distancia, observando á entrambos sin que ellos lo notasen, pues estaban embebidos contemplando la escarcela.

—Una bolsa en vuestras manos! exclamó Febo; es como la luna en un cubo de agua: se vé, pero no está en él; en él solo está su sombra. Apuesto cualquier cosa á que contiene piedras.

—Hé aquí las piedras de mi bolsa, respondió Juan; y sin añadir palabra vació la escarcela sobre un poste vecino, cual otro ciudadano romano para salvar á la pátria.

—Vive Dios! exclamó Febo, ¡cuántas monedas! qué magnificencia!

Juan permaneció digno é impasible. Algunas se cayeron en el fango y el capitan se bajó á recogerlas, pero Juan le detuvo, diciéndole:

—Qué vais á hacer, capitan Febo?

Contó Febo las monedas y, volviéndose hácia el estudiante, con aire solemne le dijo:

—¿Sabeis, amigo Juan, que hay veintitres sueldos parisíes? ¿A quién habeis aligerado de peso en la casa de juego?

Juan echó hácia atrás la cabellera rubia y ensortijada y dijo, medio cerrando los ojos, con gesto desdeñoso:

—Se puede tener un hermano arcediano é imbécil.

—Santo varon, cuernos de Belcebú! contestó Febo.

—Vamos á beber, dijo el estudiante.

—Dónde? preguntó el capitan. ¿A la *Manzana de Eva?*

—No; vamos á la *Ciencia Antigua.* Una vieja que sierra una asa es un geroglífico, y á mí me gustan los geroglíficos.

—Dejaos de geroglíficos; el vino es mejor en la *Manzana de Eva*, y además al lado de la puerta hay una viña al sol que me alegra cuando bebo.

—Pues bien; vamos á ver á Eva y su manzana, contestó Juan colgándose del brazo de Febo.

Los dos amigos se encaminaron á la susodicha taberna; es inútil decir que antes recogieron el dinero, y tambien lo es que el arcediano les seguia sombrío y fiero. Era el compañero de su hermano el Febo maldito cuyo nombre se mezclaba en todos sus pensamientos despues de la entrevista que tuvo con Gringoire. Lo ignoraba, pero el oir el nombre mágico de Febo bastó para que Dom Claudio siguiese á paso de lobo á los dos alegres camaradas y para que oyese lo que hablasen y observase sus menores gestos con profunda ansiedad; era además fácil oir lo que decian, porque hablaban muy alto, importándoles muy poco de que se enteraran los transeuntes. Hablaban de desafíos, de mujeres, de vinos y de locuras.

Al volver una esquina oyeron el ruido de una pandereta que salia de una calle inmediata. Dom Claudio oyó que el oficial decia al estudiante:

—Rayos y truenos! apretemos el paso.

—Por qué, Febo?

—Temo que me vea la gitana.

—Qué gitana?

—Esa que toca la pandereta y que vá siempre con una cabra.

—Esmeralda?

—La misma, Juan. No me acuerdo nunca de su nombre. Andemos de prisa, porque me puede conocer y no quiero que venga á hablarnos en la calle.

—La conoceis, Febo?

El arcediano observó que el capitan sonreia maliciosamente, que se acercaba al oido de Juan y que le decia algunas palabras en voz muy baja; vió tambien que Febo soltó una carcajada y que sacudió la cabeza con aire de triunfo.

—De veras? le preguntó Juan.

—Os lo juro, respondió Febo.

—Esta noche?

—Esta noche.

—Estais seguro de que acudirá?

—Pero, estais loco, Juan? ¿Se debe dudar de estas cosas?

—Capitan Febo, sois un hombre dichoso.

Oyendo el arcediano esta conversacion, sus dientes rechinaban y agitaba todo su cuerpo violento escalofrío. Se detuvo un instante, se apoyó en un trascanton, como hombre borracho, y des-

pues siguió la pista de los dos traviesos compañeros.

Cuando volvió á alcanzarlos ya habian cambiado de conversacion; entonces entonaban los dos á voz en grito el antiguo cantar:

*Los hijos de gitanos verdaderos*
*consiguen ser colgados cual corderos.*

## VII.

### La sombra.

La ilustre taberna de la *Manzana de Eva* estaba situada en la Universidad, á la esquina de la calle de la Rondelle y de la de Batonnier. Era una gran sala baja de techo, que estaba al nivel del suelo, cuya bóveda se apoyaba sobre un ancho pilar de madera pintado de amarillo; habia en ella multitud de mesas y lucientes jarros de estaño colgados á la pared; muchos bebedores, muchas mujerzuelas, una vidriera que daba á la calle, una viña á la puerta, y encima de esta puerta llamativa muestra de lienzo, en la que estaban pintadas una manzana y una mujer, que habia ya descolorido la lluvia, y que giraba, segun el viento soplaba, sobre una vara de hierro.

Era al anochecer: las calles estaban oscuras, y la taberna, llena de velas encendidas, centelleaba á lo lejos, como una fragua en la sombra; oíase el choque de los vasos, el hervir de la cocina, el rumor y los gritos de los juramentos y de las camorras que salian por los vidrios rotos. A través de la niebla que el calor de la sala difundia sobre la desvencijada puerta vidriera, se veian hormiguear cien cabezas confusas, de entre las que se destacaba de vez en cuando una carcajada sonora. Los transeuntes que iban á sus negocios pasaban sin mirar aquel tumultuoso recinto; solo, por intervalos, algun pillete desarrapado se empinaba sobre la punta de los piés hasta llegar á los vidrios.

Un hombre, sin embargo, se paseaba imperturbable delante de la estruendosa taberna mirando sin cesar á su ínterior, y separándose tan poco de ella como el centinela de la garita. Iba embozado hasta las cejas con una capa que acababa de comprar en casa de un ropavejero, en una tienda inmediata á la *Manzana de Eva*, sin duda para preservarse del frio de las noches de Marzo, ó acaso para ocultar su traje. De cuando en cuando se paraba delante de la vidriera listada de tiras de plomo; escuchaba, miraba y heria el suelo con el pié.

Por fin se abrió la puerta de la taberna, que era quizás lo que él esperaba, y salieron por ella dos bebedores; el rayo de luz que brotó de la puerta tiñó de púrpura momentánea sus joviales cabezas. El hombre de la capa se puso en observacion desde un portal de la otra parte de la calle.

—Rayos y truenos! exclamó uno de los bebedores; van á dar las siete y es la hora de la cita.

—Os digo, le contestó su compañero con la lengua estropajosa, que yo no vivo en la calle de las Mauvaises-Paroles, *indignus qui inter mala verba habitat.* Vivo en la calle de Juan-Pain-Mollet, *in vico Johannis-Pain-Mollet.* Sois más cornudo que un unicornio si decís lo contrario. Todo el mundo sabe que el que una vez monta un oso ya no tiene miedo nunca; pero vos propendeis á las golosinas, como Saint-Jacques del Hospital.

—Amigo Juan, estais borracho, le contestó el otro.

—Eso es porque quereis decirlo, respondió el primero dando un traspiés, amigo Febo; pero está probado hasta la evidencia que Platon tenia el perfil de un perro de caza.

El lector debe haber reconocido á nuestros amigos el estudiante y el capitan, y es de creer que el que los acechaba los reconoció tambien, porque seguia á pasos lentos todos los zig-zags que Juan obligaba á hacer á Febo, el que, bebedor más aguerrido, conservaba su habitual sangre fria. Oyéndoles atentamente el hombre de la capa pudo enterarse de la totalidad de la siguiente é interesante conversacion:

—Cuernos de Belcebú! tratad de andar recto, señor bachiller, porque es preciso que os deje; son las siete, y ya sabeis que á esa hora me ha citado una mujer.

—Dejadme, pues; veo estrellas y lanzas de fuego, y vos os pareceis al castillo de Dampmartin, que revienta de risa.

—Por las verrugas de mi abuela! Juan, esos disparates no vienen á cuento. A propósito: ¿no os queda ya dinero?

—Señor rector, lo he dicho muy bien; pequeña carnicería, *parva boucheria.*

—Juan, mi querido amigo Juan, ya sabeis que estoy citado con esa muchacha en el extremo del puente de San Miguel, que he de llevarla á casa de la Falourdel, y que tendré que pagar el cuarto, porque esa pícara vieja no me lo

prestará al fiado. Dime, Juan, si nos hemos bebido toda la bolsa del cura; dime si nos queda algun sueldo parisíe...

—La conciencia de haber gastado bien las demás horas es el justo y sabroso condimento de la mesa.

—Ombligo del papa! ¡Basta de pamplinas! Decidme si os queda ó no alguna moneda. Dádmela si la teneis, porque sino voy á registraros, aunque tengais lepra, como Job, y sarna, como César.

—Caballero, la calle Galiache es una calle que sale por una parte á la calle de la Verriere y por la otra á la de la Tixeranderie.

—Ya lo sé, amigo Juan; pero ¡en nombre del cielo, despejaos! solo me hace falta un sueldo parisíe, y lo necesito á las siete.

—Callen todos y escuchen:

*Mandará en Arras el rey*
*cuando coman pez las ratas,*
*y cuando la mar profunda*
*por San Juan se viere helada,*
*saldrán por cima del hielo*
*los que defiendan la plaza.*

—¡Pues bien, estudiante del Antecristo, ahorcado te veas con las tripas de tu madre! gritó Febo, empujando con fuerza á Juan del Molino, el que se resbaló al dar con la pared y cayó blandamente sobre el empedrado de Felipe-Augusto. Por un resto de piedad fraternal, que no abandona jamás al corazon del bebedor, Febo llevó rodando con el pié al estudiante hasta una de esas almohadas de piedra que la Providencia tiene preparadas en todas las esquinas de Paris, y que los ricos deshonran dándoles el nombre de basureros. Acomodó el capitan la cabeza de su amigo sobre un plano inclinado de tronchos de berzas, y éste, casi en el mismo instante, empezó á roncar con magnífica voz de bajo. Esto no obstante, el rencor no se habia extinguido por completo en el corazon del capitan, y le dijo, alejándose de él:

—¡Tanto peor para tí si te recoge al pasar la carreta del diablo!

El hombre de la capa, que no cesó de seguirle, detúvose un momento ante el jóven que estaba tendido en el suelo, como agitado por cruel indecision; despues, lanzando profundo suspiro, continuó siguiendo al capitan. Nosotros le imitaremos.

Al desembocar en la calle de Saint-André-des-Arce se apercibió el capitan Febo de que le seguian, pues vió, al volver los ojos por casualidad, una sombra que se deslizaba detrás de él á lo largo de las paredes. Paróse él y se paró la sombra, volvió á andar y la sombra tambien. Esto poco le inquietó.—¡Bah, se dijo á sí mismo, no llevo ni un miserable parisíe!

Se paró despues delante de la fachada del colegio de Antun; en aquel colegio estudió, y por costumbre de estudiante travieso, que observaba todavía, no pasaba nunca por delante de la fachada sin hacer sufrir á la estátua del cardenal Pedro Bertrand, esculpida á la derecha del porton, la especie de afrenta de que se queja tan amargamente Priapo en la sátira de Horacio: *Olim truncus eram ficulmus*, y era tal su encarnizamiento, que casi habia llegado á borrar la inscripcion *Eduensis episcopus*. Paróse, pues, ante la estátua siguiendo su costumbre: la calle estaba completamente desierta. Mientras se ataba las presillas con desenfado, mirando á todas partes sin fijarse en ninguna, vió que la sombra se le aproximaba á pasos lentos, tan lentos que pudo observar que la sombra llevaba capa y sombrero. Cuando llegó junto á él se detuvo y permaneció tan inmóvil como la estátua del cardenal Bertrand, pero fijando en él los ojos llenos de la luz vaga que despiden de noche las pupilas del gato.

El capitan era valiente y no hubiera vuelto la espalda á un ladron con la espada en la mano; pero aquella estátua que andaba, aquel hombre petrificado le helaron. Corrian entonces rumores relativos al alma en pena de un monje, que era un fantasma nocturno que recorría las calles de Paris, y estos rumores se agolparon confusamente á su memoria. Quedó suspenso durante algunos minutos y al fin rompió el silencio, esforzándose por reir:

—Si sois un ladron, como creo, os vais á ver como una garza real que coge una cáscara de nuez. Soy hijo de una familia arruinada, conque llamad á otra puerta: hay en la capilla de este colegio madera de la Cruz verdadera, guardada en urnas de plata.

La mano de la sombra, que salió de bajo de la capa, cayó sobre el brazo de Febo como la garra de una águila, y al mismo tiempo la sombra habló:

—Capitan Febo de Chateaupers!

—Cómo diablos sabeis mi nombre?

—No solo sé tu nombre, repuso el hombre de la capa con voz sepulcral;

sé tambien que tienes una cita esta noche.

—Sí, contestó Febo estupefacto.

—Dentro de un cuarto de hora.

—En casa de la Falourdel.

—Precisamente.

—La del puente de San Miguel.

—De San Miguel Arcángel, como dice la oracion.

—Impío! murmuró el espectro. Con una mujer.

—Confiteor...

—Que se llama...

—La Esmeralda, añadió Febo alegremente, que ya iba respirando por grados su habitual insustancialidad.

Al oir este nombre, la garra de la sombra sacudió con furor el brazo del oficial y le dijo:

—¡Capitan Febo de Chateaupers, mientes!

El que hubiera visto en aquel momento el rostro inflamado del capitan, el salto que dió hácia atrás, tan violento que se desasió de la mano que le asía, el altivo continente con que echó mano al puño de la espada, y ante su cólera la inmovilidad del hombre de la capa, de seguro se hubiera extremecido. Era aquello algo semejante al combate de Don Juan con la estátua del Comendador.

—Rayos y truenos! gritó el capitan; ¡esa es una palabra que llega rara vez al oido de un Chateaupers! Atrévete á repetirla.

—Tú mientes! dijo la sombra con frialdad.

Rechinaron los dientes del capitan: alma en pena, fantasma, supersticiones, todo lo olvidó en aquel instante. Solo veia que le insultaba un hombre.

—Ah, está bien! en seguida las espadas y corra la sangre por el suelo.

Diciendo esto, el capitan, con voz sorda y palpitante, porque el despecho le hacia palpitar como el miedo, desenvainó la espada.

La sombra no se movia; cuando vió que su adversario se ponia en guardia y que iba á atacarle, dijo, y su acento vibraba con amargura:

—Capitan Febo, olvidais vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres como Febo son sopas de leche, cuyo hervor apaga una sola gota de agua fria; las anteriores palabras bastaron á hacer bajar la espada que relucia en la mano del capitan.

—Capitan, prosiguió la sombra; mañana, pasado mañana, dentro de un mes, dentro de diez años me encontrareis dispuesto á atravesaros de una estocada; pero ahora id á la cita.

—Es delicioso, efectivamente, contestó el capitan capitulando consigo mismo, encontrarse al mismo tiempo con una espada y con una mujer, y no veo por qué he de perder la una ó la otra, cuando puedo conseguir las dos cosas.

Cuando concluyó de decir estas palabras envainó la espada.

—Idos á la cita, repitió por tercera vez el desconocido.

—Mil gracias os doy, caballero, por vuestra cortesía, respondió Febo con algun embarazo; siempre tendremos tiempo de rompernos á cuchilladas la ropilla de nuestro padre Adan: os agradezco que me dejeis pasar todavía un cuarto de hora agradable. Contaba con dejaros tendido en el arroyo y llegar aun á tiempo á la cita, tanto más cuanto es de buen tono hacer esperar á las mujeres; pero me pareceis hombre de pró, y es mejor que dejemos el lance para mañana. Voy, pues, á la cita, que es á las siete, como sabeis. Al llegar á este punto, rascándose la cabeza, Febo añadió: —Se me olvidaba; no tengo ni un solo sueldo para pagar el alquiler del cuarto, y la pícara bruja querrá que le pague adelantado, porque no se fía de mí.

—Aquí teneis con qué pagar.

Sintió Febo que la mano fria del desconocido deslizaba en la suya una ancha moneda, y tomó el dinero y estrechó la mano.

—Vive Dios! exclamó, que sois un hombre de bien.

—Con una condicion, repuso la sombra; probadme que estoy equivocado en lo que os dije y que vos habeis confesado la verdad. Ocultadme en algun rincon, desde donde pueda ver que esa mujer es la misma que me citásteis.

—Oh! respondió Febo; eso me es igual: tomaremos el cuarto de Santa Marta y podreis vernos á vuestro gusto desde el zaquizamí que está al lado.

—Venid, pues, repitió la sombra.

—Estoy á vuestras órdenes, contestó el capitan. Ignoro si sois el mismo diablo en persona, pero seremos amigos esta noche. Mañana ya os pagaré mis deudas, la de la bolsa y la de la espada.

Empezaron á andar con rapidez: al cabo de algunos minutos el murmullo del rio les anunció que se hallaban en el puente de San Miguel, entonces cuajado de casas.

—Empezaré por introduciros, dijo

Febo á su compañero, é iré luego á buscar á la jóven, que debe esperarme cerca del Pequeño Chatelet.

El compañero no respondió palabra: desde que andaban juntos no habia desplegado los labios. Paróse Febo ante una puerta y tocó, dando en ella grandes porrazos; poco despues brilló una luz por entre las rendijas de la puerta.

—Quién es? preguntaron desde dentro.

—Ombligo del papa! ¡Cuernos de Belcebú! Rayos y truenos! respondió el capitan.

Abrióse la puerta en seguida y apareció ante los que llegaban una mujer vieja, con una lámpara vieja tambien, temblando una y otra. La vieja estaba doblada como un arco, vestida de andrajos; se bamboleaba, parecia que tenia los ojos abiertos con un punzon, arrugada de cara, cuello y manos, con los labios dentro de las encías y ostentando alrededor de la boca pinceles de pelos blancos, que la daban el aspecto de un gato.

El interior del cuchitril no estaba menos destrozado que ella. Se componia de cuatro paredes de yeso, con vigas negras en el techo, una chimenea desmantelada y telarañas en todos los rincones; en el centro habia unas cuantas mesas y banquillos cojos, un niño sucio sobre la ceniza y en el fondo una escalera, ó mejor dicho, una escala de madera, que desembocaba en una trampa abierta en el techo.

Al penetrar en aquella guarida el misterioso compañero de Febo se embozó hasta los ojos. El capitan, jurando, se apresuró á *hacer en un escudo brillar el sol*, como dice el admirable Regnier.

—El cuarto de Santa Marta, dijo.

La vieja le trató de monseñor y encerró el escudo en un cajon. Esta era la moneda que el hombre de la capa entregó antes á Febo. Mientras la vieja volvió las espaldas, el chiquillo sucio y zarrapastroso, que jugaba con la ceniza, se aproximó con agilidad al cajon y sacó de él el escudo, poniendo en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de una rama.

Hizo señal la vieja á los dos gentileshombres, como ella los llamaba, de que la siguieran, y subió la escalera delante de ellos. Cuando llegaron al piso superior dejó la lámpara sobre un cofre, y Febo, conocedor de la casa, abrió una puerta que comunicaba con un oscuro zaquizamí.

—Entrad aquí, le dijo á su compañero.

El hombre de la capa obedeció sin pronunciar una sola palabra; la puerta se cerró tras él. Oyó que Febo le echaba el cerrojo, y un momento despues que bajaban la escalera éste y la vieja. La luz habia desaparecido.

## VIII.

### Utilidad de las ventanas que dan sobre el rio.

Claudio Frollo (pues el lector le debe haber conocido) andó á tientas bastante rato por el escondite tenebroso en que le encerró el capitan. Era uno de los escondrijos que reservan á veces los arquitectos en el punto de union del techo con una pared maestra. Del corte vertical de aquel cuchitril, como propiamente le llamó Febo, hubiera resultado un triángulo; no tenia ventana ni respiradero, y el plano inclinado del suelo impedia poder estar de pié. Acurrucóse, pues, Claudio entre el polvo y la argamasa que se aplastaba debajo de él; ardia su cabeza; registrando á su alrededor, sus manos hallaron un vidrio roto, que apoyó contra la frente, cuya frescura le prestó algun alivio.

¿Qué pasaba en aquel momento en el alma tenebrosa del arcediano? Solo él y Dios han podido saberlo. ¿En qué órden fatal colocaba en sus pensamientos á Esmeralda, á Febo, á Maese Jaime, á su hermano Juan, que habia abandonado tendido en medio de la calle; su sotana de arcediano, su reputacion quizás prostituidas en casa de la Falourdel, todas esas imágenes y todas estas aventuras? No sé decirlo, pero es lo cierto que esas ideas formaban en su mente un grupo horrible.

Solo un cuarto de hora llevaba de esperar y le parecia que habia transcurrido un siglo: de pronto oyó crugir las tablas de la escalera de madera; álguien subia. La trampa se abrió y reapareció la luz. Habia en la puerta carcomida de su cuchitril una hendidura bastante ancha y en ella pegó la cara; de este modo podia ver todo lo que pasara en el cuarto inmediato. La vieja de faz de gato salió primero de la trampa, despues Febo retorciéndose el bigote, y últimamente una tercera persona, la hermosísima Esmeralda. El sacerdote la vió salir de bajo de la tierra como deslumbradora aparicion. Claudio tembló y espesa nube oscureció su vista; sus arterias latieron con violencia; parecióle que todo rugía y daba

vueltas á su alrededor: luego nada vió ni oyó.

Cuando volvió en sí, Febo y Esmeralda estaban solos, sentados sobre el cofre de madera, al lado de la lámpara, que destacaba á la vista del arcediano las figuras de los dos jóvenes, y una cama miserable en el fondo del tugurio. Al lado de la cama habia una ventana, cuya vidriera desvencijada dejaba ver á través de sus agujeros una parte del cielo y la luna reclinada á lo lejos sobre blando lecho de nubes.

La jóven estaba encendida, confusa y palpitante. Sus largas pestañas, inclinadas, sombreaban sus mejillas de púrpura. El oficial, á quien ella no se atrevia á mirar, estaba orgulloso de verse á su lado. Maquinalmente y con expresion de encantadora sencillez, ella trazaba con la punta del dedo sobre el cofre líneas incoherentes y se miraba el dedo. No se la veian los diminutos piés, sobre los que estaba echada la cabra y los cubria.

El capitan vestia ricamente y llevaba en el cuello y en las muñecas abundancia de abalorios, que eran muy de moda en aquella época.

Dom Claudio apenas podia oir lo que se decian los dos jóvenes al través del bullir de la sangre que hervia agolpada en sus sienes. (Cosa trivialísima es una plática amorosa para el que la escucha; es un *yo te amo perpétuo*; frase musical desnuda é insípida para los indiferentes cuando no la embellecen algunas *fioriture*; pero Claudio no oia con indiferencia.)

—Oh! decia la jóven sin levantar la vista del suelo; no me desprecieis, monseñor Febo, que yo conozco que lo que hago está mal hecho.

—Despreciaros, vida mia! respondió el militar con protectora galantería; despreciaros! y por qué?

—Por haberos seguido hasta aquí.

—Hija mia, no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo debia no despreciaros, sino aborreceros.

La jóven le miró aterrada:

—Odiarme! pues qué daño os hice?

—Os hicísteis rogar demasiado.

—Ay! es que quebranto un voto. Ya no podré encontrar á mis padres y mi amuleto perderá la virtud. Pero, ¡qué importa! ¿qué necesidad tengo ya de padre ni de madre?

Hablando así fijaba en el capitan sus rasgados ojos negros, húmedos de alegría y de ternura.

—Lléveme el diablo si os entiendo! exclamó Febo.

Esmeralda permaneció un momento silenciosa; luego salió una lágrima de sus ojos y un suspiro de sus labios, y dijo:

—Oh, señor! yo os amo!

Fluia de aquella criatura tal perfume de castidad, tal prestigio de virtud, que Febo no se encontraba perfectamente satisfecho á su lado, pero estas palabras le infundieron valor.

—Me amais! exclamó arrebatado, y echó el brazo alrededor de la cintura de la gitana.

El sacerdote lo vió y probó en la yema del dedo la punta de un puñal que llevaba oculto en el pecho.

—Febo, prosiguió la gitana desprendiéndose suavemente de la cintura las tenaces manos del capitan; sois bueno, sois generoso, sois gallardo, me habeis salvado la vida, á mí, que soy una criatura perdida de la Bohemia. Hacia mucho tiempo que soñaba que un oficial me salvaba la vida, y es que os soñaba antes de conoceros. Mi sueño ostentaba un hermoso traje como ese, un porte bizarro como el vuestro. Os llamais Febo, que es nombre precioso. Me enamoran vuestro nombre y vuestra espada. Desenvainadla, Febo, quiero verla.

—Vaya un infantil capricho! le contestó el capitan sonriendo y sacando la espada.

Miró la gitana el puño, la hoja, examinó con alegría pueril la cifra de la guarnicion y besó la espada, diciéndola: —Eres la espada de un valiente; yo amo á mi capitan.

Febo se aprovechó de tan favorable ocasion para depositar sobre el hermoso cuello doblado un beso, que hizo levantar el semblante de la jóven, rojo como una cereza. El sacerdote rechinaba los dientes en la oscuridad.

—Febo, dijo la gitana, dejadme que os hable. Andad un poco, que yo vea lo alto que sois y que oiga sonar vuestras espuelas. Qué hermoso sois!...

El capitan se levantó por complacerla, riñéndola, pero sonriéndose con satisfaccion:

—Eso son niñerías! Dime, ¿me has visto alguna vez con el uniforme de gala?

—No, no, respondió ella.

—Aquel sí que es hermoso.

Febo se volvió á sentar, pero mucho más cerca de Esmeralda.

—Escucha, vida mia...

La egipcia le dió algunas palmaditas en la boca con su delicada mano, con una puerilidad graciosa, alegre y apasionada.

—No, no, yo no quiero escucharos. Quiero saber si me amais.

—Que si te amo, ángel de mi vida! gritó el capitan arrodillándose. Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es para tí. Te amo y nunca amé á nadie más que á tí.

Tantas veces habia repetido el capitan esta frase en ocasiones semejantes, que la dijo de memoria y seguida, sin detenerse para tomar aliento. Al oir esta apasionada declaracion, la gitana levantó una mirada llena de felicidad celestial al inmundo techo que hacia las veces de cielo, y exclamó:

—¡Este es el momento en que se debiera morir!

Febo encontró bueno *este momento* para darla un segundo beso, que martirizó en su escondrijo al desventurado arcediano.

—Morir! exclamó el fogoso capitan. Qué es lo que estás diciendo, ángel mio? Este es precisamente el momento de vivir. Morir ahora! Vaya una tontería! Escúchame, mi querida Similar, me equivoco, mi querida Esmeralda. Perdóname, pues tienes el nombre tan prodigiosamente sarraceno, que casi nunca lo acierto. Es como una barrera que no me deja pasar adelante.

—Dios mio! ¡á mí que me parecia tan bonito!... Pero ya que no os gusta quisiera llamarme Gotón.

—¡No nos incomodemos por tan poco, vida mia! Es un nombre que es preciso acostumbrarse á él y nada más, y yo ya me acostumbraré. Escúchame, querida Similar, te adoro con verdadera pasion, te amo tanto, que has logrado hacer conmigo este milagro; ya sé que por esto hay otra mujer que se muere de rabia.

—Quién? le interrumpió con rapidez la celosa gitana.

—Qué nos importa? No me amas? dijo Febo.

—Oh, sí!...

—Pues bien, esto es lo importante. Ya verás como yo te amo tambien. Quiero que me atraviese con su tridente el diablo de Neptuno si no eres conmigo la mujer más feliz del mundo. Tendremos una casita muy bien arreglada para los dos: pasaré revista á los arqueros delante de tus ventanas. Todos van á caballo y se burlan de los del capitan Mignon; mando á maceros, á ballesteros y á culebrineros de mano. Te enseñaré los grandes mónstruos de Paris en la granja de Rully; son magníficos. Te llevaré á ver los leones del palacio del rey, que son terribles fieras y que á todas las mujeres les gustan.

Hacia ya algunos instantes que estaba la jóven absorbida en sus deliciosos pensamientos y solo oía el eco de la voz de Febo sin atender al sentido de sus palabras.

—Serás muy feliz! prosiguió diciéndola el capitan, y al mismo tiempo desataba con suavidad el cinturon de la gitana.

—Qué estais haciendo? dijo ella de pronto. Este *acto* del capitan la atrajo á la realidad.

—Nada, respondió Febo; solo decia que debes abandonar ese traje callejero y caprichoso cuando estés conmigo.

—Cuando esté contigo, Febo mio! exclamó con ternura Esmeralda, y volvió á quedar pensativa y silenciosa.

El capitan, alentado al encontrar tanto cariño, cogió á la gitana por la cintura, sin encontrar resistencia; despues fué desatando poco á poco el corpiño de la jóven, y tanto desarrugó la gorguera, que el infeliz sacerdote vió salir entre la gasa desnuda la hermosa espalda de la hechicera egipcia.

Esta dejaba obrar á Febo, como si no notase lo que éste hacia: los ojos del atrevido capitan chispeaban.

De repente, volviéndose hácia él, le dijo Esmeralda, con la espresion de amor infinito:

—Quiero que me instruyas en tu religion.

—En mi religion! exclamó el capitan soltando una carcajada. ¡Rayos y truenos! para qué necesitas mi religion?

—Para casarnos, respondió ella.

Al oir esta respuesta, el rostro del capitan expresó á un tiempo la sorpresa, el desprecio, la insustancialidad y el libertinaje.

—Bah!.... dijo.... ¿pues quién trata de casarse?....

Palideció la gitana y con honda tristeza dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Bella enamorada, qué locura es esa? prosiguió tiernamente Febo; para querernos mucho no necesitamos del matrimonio.

Hablando así con el acento más dulce que encontró en su garganta, acercóse todo lo que pudo á la gitana, ciñendo cariñosamente la hermosa y delicada cintura de la jóven; sus ojos chispeaban más cada vez; Febo habia llegado ya

á uno de esos momentos en los que el mismo Júpiter comete tantas tonterías, que el buen Homero se vé obligado á apelar al recurso de una nube.

Dom Claudio lo veia todo: la puerta del cuchitril estaba formada de tablas de cubas enteramente podridas, que dejaban entre una y otra paso á su mirada de ave de rapiña. El robusto sacerdote, de anchas espaldas y de tez morena, condenado hasta entonces á la austera virginidad del claustro, se extremecia, hirviéndole la sangre ante aquella escena de amor y de voluptuosidad. La jóven Esmeralda, entregada á aquel ardiente mancebo, hacia circular por sus venas plomo derretido. Sentia en su corazon movimientos extraordinarios: sus ojos penetraban con celosa lascivia al través de las ropas casi desceñidas de la gitana. El que hubiera visto en aquel instante el rostro del arcediano pegado á las tablas hendidas, hubiera creido ver la cara del tigre mirando desde el fondo de la jaula á un hambriento chacal que devora á una gacela. Sus ojos llameaban como velas encendidas al través de las rendijas de la puerta.

De repente Febo arrancó la gorguera de la gitana. La pobre jóven, que hasta entonces estuvo pálida y pensativa, salió despavorida de su letargo: alejóse bruscámente del atrevido oficial, miróse la garganta y los hombros desnudos y, ruborizada y muda de vergüenza, cruzó los dos brazos sobre el seno para ocultarle. Si una llama no encendiera sus mejillas, quien así la hubiera visto, con la vista inclinada al suelo, silenciosa é inmóvil, la hubiera tomado por la estátua del pudor.

La osadía del capitan descubrió el misterioso amuleto que pendia del cuello de la gitana.

—Qué es eso? preguntó éste aprovechando este pretesto para acercarse á la tímida jóven que acababa de asustar.

—No lo toqueis, repuso Esmeralda con viveza; es el ángel de mi guarda. El me hará encontrar á mi familia, si soy digna de que la encuentre. ¡Oh, dejadme por piedad!.... Madre mia!.... madre mia, dónde estás? socórreme! Gracias, señor capitan!... ¡Devolvedme la gorguera!....

Retrocedió Febo y la dijo con estudiada frialdad:

—Ah, Esmeralda!.... ¡ya veo que no me amais!....

—Que yo no te amo! exclamó la pobre niña, y al mismo tiempo se colgó del cuello del capitan, que hizo sentar cerca de ella. Que no te amo, Febo!... Eso, pérfido, lo dices para desgarrarme el corazon. Haz de mí lo que quieras; tómame, soy tuya. ¿Qué me importa el amuleto, ni qué me importa mi madre? A tí solo yo te amo. Febo, Febo mio, me quieres? Soy yo, mírame. Soy esa infeliz que tú no desprecias y que viene á buscarte. Mi alma, mi vida y mi cuerpo son una misma cosa, y ésta te pertece, capitan mio. Pues bien, no nos casaremos, ya que esto no te complace; porque, qué soy yo? una miserable bailarina de las calles, hija de la fatalidad, mientras que tú eres un gentil-hombre. Seria una locura que una bailarina se casase con un capitan. No, Febo, no; seré tu querida, tu juguete, tu pasatiempo, mancillada y despreciada como estoy; pero seré amada por tí, y todo lo demás nada me importa. Me creeré la más alegre y la más feliz de las mujeres. Y si quedo fea ó llego á ser vieja, cuando no sirva para que me ames, entonces te serviré como una esclava. Otras te bordarán bandas, yo te las cuidaré. Limpiaré tus espuelas, cepillaré tu uniforme, daré lustre á tus botas. ¿No es verdad, Febo mio, que lo consentirás? Entre tanto, Febo, tómame, tuya soy, pero ámame, ámame por compasion. Las gitanas solo necesitamos aire y amor.

Entre tanto, Esmeralda echaba los brazos al cuello del oficial y le miraba de arriba á bajo, suplicante, sonriendo y llorando á un mismo tiempo; su delicado seno se rozaba con el uniforme y con los bordados del capitan, y plegaba sobre las rodillas de éste su cuerpo medio desnudo. Febo, delirante, clavó sus labios de fuego en las bellas espaldas africanas; la jóven egipcia, echada hácia atrás, se extremecia y palpitaba al recibir aquel beso ardiente.

De repente, encima de la cabeza de Febo vió otra cabeza; un rostro lívido, verde, convulsivo, que lanzaba miradas de réprobo; junto á aquel rostro apareció una mano que levantaba un puñal. Eran la cara y la mano del sacerdote, que habia roto la puerta y que se acercó á los dos amantes. Febo no podia verle. La jóven quedó inmóvil, helada y muda al ver la espantosa aparicion, como una paloma que levanta la cabeza en el momento en que el azor mira su nido con sus ojos redondos.

No pudo ni lanzar un grito: vió bajar el puñal hasta llegar á Febo y volver á subir humeante.

—Maldicion! exclamó el capitan, y cayó al suelo.

Esmeralda se desmayó. En el momento en que se la cerraban los ojos y en que perdia la sensibilidad, sintió sobre sus labios un contacto de fuego, un beso tan abrasador como el hierro candente del verdugo.

Cuando volvió en sí estaba rodeada de soldados, y vió que se llevaban al capitan, que yacía bañado en su propia sangre: el sacerdote habia desaparecido. La ventana del fondo de la estancia, que daba al rio, estaba abierta de par en par; vió que los soldados recogian una capa, que suponian que pertenecia al oficial, y oyó decir á su alrededor:

—Es una gitana que ha asesinado á un capitan.

# LIBRO OCTAVO

## I.

### El escudo convertido en hoja seca.

Gringoire y toda la Córte de los Milagros estaban con mortal inquietud, porque hacia ya más de un mes que no sabian qué era de Esmeralda, lo que entristecia en gran manera al duque de Egipto y á los hampones: tampoco sabian lo que le habia sucedido á la cabra, y esto redoblaba la pesadumbre de Gringoire. Desde una tarde que se ausentó la gitana hasta entonces no habia dado señales de vida, y todas las pesquisas que hicieron para encontrarla habian sido completamente inútiles. Algunos bromistas decian á Gringoire que la habian encontrado aquella noche última en las cercanías del puente de San Miguel en compañía de un capitan; pero aquel marido segun la moda de la Bohemia era un filósofo incrédulo, y sabia mejor que nadie hasta qué punto era vírgen su mujer; porque habia podido juzgar del inexpugnable pudor que resulta de las dos virtudes combinadas, la del amuleto y la de la gitana, y habia calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada á la segunda potencia; no abrigaba, pues, por esta parte el menor temor.

Tampoco podia esplicarse aquella desaparicion, que le causó tanto sentimiento, que hubiera enflaquecido á no haber sido esto materialmente imposible. Llegó á olvidarlo todo, hasta sus aficiones literarias, hasta su gran obra *De figuris regularibus et irregularibus*, que pensaba imprimir con el primer dinero que adquiriese (porque no soñaba más que con la imprenta desde que vió el *Didascalon* de Hugo de Saint-Víctor, impreso con los célebres caractéres de Vindelin de Spira).

Un dia que pasaba por delante de la Tournelle criminal, vió gran gentío en las puertas del palacio de Justicia.

—Qué es eso? preguntó á un jóven que salia del palacio.

—No lo sé, señor, respondió el jóven. Dícese que están juzgando á una mujer que ha asesinado á un capitan. Como parece que hay algo de hechicería en todo eso, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Josas, no se separa del tribunal. Tenia yo que hablarle, pero no he podido llegar hasta él por impedírmelo la muchedumbre, y esto me fastidia de veras, porque necesito dinero.

—De buena gana os lo prestaria, caballero, pero si mis gregüescos están agujereados no es por el peso de las monedas, le contestó Gringoire, el que no se atrevió á decirle que conocia á su hermano, que no habia vuelto á ver desde la escena de la iglesia.

Prosiguió su camino el estudiante y Gringoire siguió á la multitud que subia por la escalera de la sala mayor del tribunal, calculando para sus adentros que no hay espectáculo más propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, pues se presta á la risa la habitual estupidez de los jueces. La gente entre la que él andaba se codeaba en silencio; despues de largo pisoteo por un corredor sombrío, que serpenteaba por el palacio como el canal intestino del antiguo edificio, llegó á una puertecilla baja que desembocaba en una sala, y su alta estatura le permitió esplorar con la mirada por encima de las cabezas ondulantes de la multitud.

La sala era grande y sombría, lo que contribuia á hacerla parecer mayor aun. Era al caer de la tarde, y ya solo dejaban penetrar las ventanas ojivas un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar á la bóveda, que la constituia un enorme enrejado de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecia que se movian confusamente en la oscuridad. Habia muchas velas encendidas á una y otra parte de las mesas, que derramaban su

luz sobre las cabezas de los escribanos, inclinados sobre inmensos mamotretos. Ocupaba el gentío la parte delantera de la sala; á la derecha y á la izquierda habia hombres togados al lado de las mesas; en el fondo, sobre un estrado, numerosos jueces, cuyas últimas filas se perdian en las tinieblas; sus caras estaban inmóviles y tenian expresion siniestra. Cubrian las paredes infinitas flores de lis. Distinguíase confusamente la imágen de Cristo crucificado encima de los jueces, y toda la sala estaba llena de picas y de alabardas, á cuyas puntas daba la luz de las velas remates de fuego.

—Caballero, preguntó Gringoire á uno de sus vecinos, ¿quiénes son todos esos personajes formados allá abajo como prelados en Concilio?

—Caballero, le contestó el vecino, los que están á la derecha son los consejeros de la sala del crímen, y los que están á la izquierda son los consejeros de la sala de informacion: los primeros llevan ropon negro y los segundos rojo.

—¿Y el que está más alto que todos, aquel gordo que suda, quién es?

—Es el señor presidente.

—Y los que están detrás de él?

—Son los jueces de instruccion del palacio del rey.

—Y aquel jabalí que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del Parlamento.

—Y el cocodrilo de la derecha?

—Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—¿Y aquel gatazo negro de la izquierda?

—Maese Jaime Charmolne, procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, con los señores de la Curia.

—¿Podreis decirme qué hace ahí tanta gente?

—Están juzgando.

—A quién?... No veo ningun acusado.

—Juzgan á una mujer, pero no podeis verla, porque nos dá las espaldas y porque nos la oculta el gentío. Allí está, mirad, entre aquel grupo de partesanas.

—Quién es esa mujer? ¿Sabeis cómo se llama? preguntó Gringoire.

—Lo ignoro; yo tambien acabo de llegar, pero presumo que esto es un proceso de hechicería, porque asiste á él el provisor.

—Entonces, contestó el filósofo, vamos á ver cómo esos togados van á comer carne humana. Es un espectáculo como otro cualquiera.

—¿No os parece, caballero, que maese Jaime Charmolne tiene traza de hombre compasivo?

—No me fio de la compasion que pueda caber en un hombre que tiene las narices arremangadas y los labios sutiles, le contestó Gringoire.

Impuso entonces silencio el auditorio á los dos interlocutores, porque en aquel instante se iba á oir una deposicion importante.

—Señores, decia en medio de la sala una vieja, cuyo rostro ocultaban tanto sus ropas, que cualquiera la hubiera tomado por un monton de guiñapos andando; señores, tan cierto es esto como que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años en el puente de San Miguel, pagando siempre con exactitud rentas, laudemios y censuales, frente por frente á la casa de Tassin-Caillart el tintorero. Soy una pobre vieja hoy, pero ayer fuí una hermosa jóven, señores jueces. Hace tiempo que me decian: ¡No hileis mucho por la noche, que el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas; guardáos del alma en pena del monje, que andaba el año pasado por el lado del *Temple* y que ahora ronda por la ciudad, cuidado no llame á vuestra puerta! Una noche que estaba yo hilando llaman á mi puerta; pregunto: quién es? Oigo unos juramentos, abro, entran dos hombres, uno negro y un capitan, buen mozo; al hombre vestido de negro solo se le veian los ojos, que parecian dos brasas. Me dijeron: Dadnos el cuarto de Santa Marta, que es el cuarto más alto, señores, pero que está muy limpio. Me dieron un escudo, lo guardé en el cajon y me dije á mí misma: Me servirá para comprar mañana tripas en la carnicería de la Glorieta. Subimos y llegamos al cuarto; mientras yo volví las espaldas desapareció el hombre negro; esto ya me escamó. El oficial, que era hermoso como un gran señor, bajó conmigo la escalera y salió de casa; tardó en volver el tiempo que se gasta en hilar un copo, y volvió con una jóven preciosa, con una muñeca, que hubiera brillado como un sol si hubiera estado peinada; venia con un macho cabrío, no recuerdo si era negro ó blanco. Esto me dió mucho que pensar; ¡la muchacha pase, pero el macho cabrío!... No me gustan esos animales porque tienen barbas y cuernos y se parecen á los hombres; además, huelen á *sábado*. Pero nada dije, porque me dieron un escudo. Hice bien, ¿no es verdad,

señor juez? Acompañé al cuarto de Santa Marta al capitan y á la jóven, y los dejé solos, quiero decir, con el macho cabrío; bajé y me puse á hilar. Debo advertir que mi casa se compone de un piso bajo y de un piso principal, y que cae por detrás sobre el rio, como las demás casas del puente, y que la ventana del principal y la del piso bajo se abren encima del rio. Estaba, pues, como decia, hilando el lino, y no sé por qué pensaba en el alma en pena del monje, que me trajeron á la memoria el macho cabrío y la jóven, que iba ataviada de singular manera. De repente oigo arriba un grito, siento que cae algo de peso en el suelo y que la ventana se abre. Corro á la mia, que está debajo, y veo pasar ante mi vista una masa negra que cae en el agua; era un fantasma vestido de sacerdote. Como brillaba la luna, lo pude ver muy bien; ese fantasma se fué nadando hácia la Cité. Entonces, temblando, llamé á la ronda. Entraron los señores de la Docena; por cierto que en el primer momento, no sabiendo de qué se trataba, y como estaban algo achispados, empezaron por pegarme. Pero les dije por qué los llamaba. Subimos al cuarto de Santa Marta y vereis lo que allí encontramos. La habitacion bañada en sangre, al capitan tendido en el suelo, con un puñal clavado; á la jóven como muerta, y al macho cabrío alborotado.—Ya tengo quince dias de trabajo si he de lavar bien el piso, me dije á mí misma.—Los señores de la Docena se llevaron al capitan, pobre mancebo! y á la jóven toda despechugada.—Pero no fué eso lo peor, sino que al dia siguiente, cuando fuí á buscar el escudo para comprar las tripas, encontré en su lugar una hoja seca.

Calló la vieja y un murmullo de horror circuló por todo el auditorio.

—El fantasma y el macho cabrío huelen á mágia, dijo un vecino de Gringoire.

—Y la hoja seca! añadió otro.

—Nadie dude, añadió un tercero, que esa mujer es una bruja que tiene pacto establecido con el alma en pena del monje para desbalijar á los oficiales.

El mismo Gringoire estaba inclinado á parecerle espantosa y verosímil aquella aventura.

—Señora Falourdel, dijo el presidente con majestad; ¿teneis algo más que decir á la justicia?

—No, monseñor, respondió la vieja; únicamente que en el informe se trata á mi casa de tugurio asqueroso y hediondo, y eso es ultrajarla. Las casas del puente no tienen gran apariencia, porque hay en ellas muchísimos inquilinos, pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros, que son personas ricas y casados con mujeres muy limpias.

El magistrado que antes hizo á Gringoire el efecto de un cocodrilo se levantó y dijo:

—Silencio! Pido á los señores que no pierdan de vista que se ha encontrado un puñal sobre el acusado. Señora Falourdel, ¿habeis traido la hoja seca en que se transformó el escudo que os dió el demonio?

—Sí, monseñor, aquí la teneis.

Entregó un ujier la hoja seca al cocodrilo, que la recibió con un lúgubre movimiento de cabeza y se la pasó al presidente, el que se la dió al procurador del rey en la curia eclesiástica, de modo que la hoja dió la vuelta á la sala.

—Es una hoja de abedul, dijo maese Jaime Charmolne. Otra prueba de mágia.

Un consejero tomó la palabra, diciendo:

—Testigo: dos hombres entraron al mismo tiempo en vuestra casa: el hombre negro, que vísteis desaparecer y despues nadar en el Sena, vestido de sacerdote, y el capitan. ¿Cuál de los dos os dió el escudo?

La vieja, despues de reflexionar un momento, contestó:

—El capitan.

Vago rumor se escapó de la multitud.

—Ah, dijo para sí Gringoire; esto hace vacilar mi conviccion.

Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, intervino otra vez del modo siguiente:

—Recuerdo á estos señores que de la declaracion escrita junto al lecho de muerte del oficial asesinado, deponiendo éste que le ocurrió vagamente la idea, al acercársele el hombre negro, de que pudiese ser el alma en pena del monje, añadiendo que el fantasma le excitó con tenaz empeño á que acudiese á la cita de la acusada, y haciéndole presente el capitan que no llevaba dinero, el mismo fantasma le dió el escudo con que el oficial pagó á la señora Falourdel; resulta que ese escudo es una moneda del infierno.

Esta concluyente observacion disipó las dudas de Gringoire y de los demás excépticos del auditorio.

—Estos señores tienen el rollo de los autos, añadió el abogado del rey sentándose, y pueden consultar la declaracion de Febo de Chateaupers.

Al oir este nombre púsose en pié la acusada, levantando la cabeza por encima del gentío. Gringoire, aterrado, reconoció á Esmeralda. Estaba pálida; sus cabellos, antes graciosamente trenzados y ornados de zequíes, le caian en desórden; sus labios estaban azulados y sus ojos hundidos asustaban.

—Febo! exclamó delirando, ¿dónde está? ¡Monseñores, antes de matarme decidme si vive todavía!

—Callaos, acusada, la respondió el presidente; eso no os importa.

—Por compasion, decidme si vive! repitió juntando las enflaquecidas manos y haciendo resonar sus cadenas.

—Pues bien, contestó con sequedad el abogado del rey, se está muriendo. ¿Estais contenta?

La desdichada jóven volvió á caer en su asiento, sin voz, sin lágrimas y blanca como una estátua de cera.

Inclinóse el presidente hácia un hombre que estaba á sus piés, que llevaba bonete de oro y ropon negro, una cadena al cuello y una vara en la mano.

—Ujier, introducid á la segunda acusada.

Todas las miradas se dirigieron hácia una puertecilla que se abrió y por la que vió con gran sentimiento Gringoire salir una hermosa cabra con los cuernos y los piés de oro. Paróse en el dintel el elegante animal, alargando el pescuezo, como si, encaramado en la punta de un peñasco, tuviera á la vista un vasto horizonte. Vió de repente á la gitana y, saltando por encima de la mesa y por la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre las rodillas de su ama y luego se revolcó á sus piés, solicitando de ella una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil y la pobre Djalí no consiguió obtener ni una mirada.

—Ese es el macho cabrío que vino con ella á casa; las reconozco á las dos, exclamó la Falourdel.

—Si les place á estos señores, procederemos al interrogatorio de la cabra, dijo maese Jaime Charmolne.

Esta era efectivamente la segunda acusada; no era extraño entonces entablar un proceso de brujería contra un animal. Entre otros, se encuentra en las cuentas del Prebostazgo de 1466 un curioso detalle de las costas del proceso seguido á Gillet-Soulart y á su marrana, *ahorcados por sus deméritos en Corbeil*. Nada falta en dicho documento, ni el coste de los fosos para meter á la gorrina, ni los quinientos haces de leña menuda tomados en el puerto de Morsant, ni las tres azumbres de vino, ni el pan, última comida del paciente, que partia fraternalmente con el verdugo, ni los ocho dias de vigilancia y de alimento de la marrana, á ocho dineros parisíes cada uno. A veces no solo condenaba la justicia de entonces á los animales; los capitulares de Carlo-Magno y de Luis el Benigno imponian graves castigos á los fantasmas inflamados que se permitian aparecer en el aire.

El procurador del rey del Tribunal Eclesiástico se expresó en estos términos, al ocuparse de la cabra:

—Si el demonio que posee á esta cabra, y que resistió á todos los exorcismos, persiste en sus maleficios y con ellos aterra al tribunal, le prevenimos que nos veremos obligados á pedir contra él la horca y la hoguera.

Sudor frio sintió Gringoire al oir lo anterior.

Maese Jaime cogió la pandereta de la gitana y presentándosela de cierta manera á la cabra, la preguntó:

—Qué hora es?

Miró la cabra con ojos inteligentes, alzó la pata dorada y dió siete golpes. Movimiento de terror agitó á la muchedumbre. Gringoire no se pudo contener y se dijo: Se pierde miserablemente!... despues añadió levantando la voz:

—Ya sabeis, señores, que no sabe lo que se hace.

—Silencio! gritó ágriamente el ujier.

Maese Jaime, con los mismos manejos de la pandereta, obligó á hacer á la cabra otras habilidades sobre la fecha del dia, el mes del año, etc., de las que el lector ya ha sido testigo. Por una ilusion óptica, propia de los debates judiciales, los mismos espectadores que más de una vez habian aplaudido en las calles y en las plazas aquellas habilidades de Djalí, se asustaron viéndoselas repetir bajo las bóvedas del palacio de Justicia. La cabra era el diablo indudablemente.

Se confirmó más esta creencia cuando, despues de vaciar en el suelo el procurador del rey el saquito de cuero lleno de letras movedizas, que llevaba al cuello la cabra, vieron el público y los jueces que ésta extraia del alfabeto y formaba con la pata el nombre de *Febo*. Los

sortilegios que hicieron víctima al capitan parecieron completamente demostrados, y para todos, desde entonces, la linda gitana, la hechicera bailarina que tantas veces fascinó al pueblo con su gracia irresistible, solo ya fué un horrible vampiro.

Entre tanto la desdichada no daba señales de vida: ni las graciosas evoluciones de Djalí, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada hacia en ella la menor impresion.

Fué preciso para sacarla de su letargo que la empujase con fuerza un alabardero y que el presidente alzase su voz con tono solemne:

—Acusada, perteneceis á la raza gitana y estais dedicada á los maleficios. Vos y vuestra cómplice la cabra hechizada, incluida en el proceso, habeis, en la noche del 20 de Marzo último, dado de puñaladas al capitan de los arqueros del rey, Febo de Chateaupers, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con la ayuda de sortilegios. ¿Persistís en negarlo?

—Qué horror! gritó la jóven, ocultándose el rostro con las manos. ¡Febo mio, esto es el infierno!

—Persistís en negarlo? preguntó otra vez el presidente.

—Sí, lo niego, exclamó la acusada con acento terrible, puesta en pié y echando llamas por los ojos.

—¿Entonces, cómo os esplicais los hechos de que se os acusa?

—Ya lo he dicho, respondió ella con voz doliente y entrecortada por los sollozos. No lo sé. Los cometió un sacerdote que yo no conozco, un sacerdote infernal que me persigue.

—Eso es, el alma en pena del monje, repuso el juez.

—Oh, señores, tened compasion de mí! soy una infeliz mujer!....

—Hija de Egipto, añadió el presidente.

Maese Jaime tomó la palabra y dijo:

—En vista de la sensible obstinacion de la acusada, pido para ella la aplicacion del tormento.

—Concedido, contestó el presidente.

Extremecióse la desdichada, pero sin embargo se levantó al mandárselo los guardias de las partesanas y echó á andar con paso bastante firme, precedida de Maese Jaime y de los eclesiásticos de la curia, entre dos filas de alabarderos, hácia una puerta secreta, que se abrió súbitamente y se volvió á cerrar tras ella, que á Gringoire le pareció que era una boca horrible que se abria para devorarla.

Apenas desapareció la gitana se oyó un balido lastimero; era que lloraba la cabra.

Se suspendió la audiencia, y como un consejero advirtiese que aquellos señores estaban cansados y que seria cosa larga esperar hasta el fin de la tortura, el presidente respondió que el magistrado debe sacrificarse á su deber.

—¡Vaya una trastuela incómoda y desagradable, exclamó el juez anciano, que se hace llevar al tormento cuando no hemos cenado todavía!....

## II.

### Continuacion del escudo convertido en hoja seca.

Despues de subir y bajar algunos escalones en corredores tan sombríos que estaban alumbrados por lámparas en la mitad del dia, introdujeron los alabarderos á Esmeralda, á la que acompañaba la lúgubre comitiva, en una estancia siniestra. Esta estancia era de forma redonda y ocupaba el piso bajo de una de aquellas macizas torres que atraviesan, aun en nuestro siglo, la capa de edificios modernos con que el nuevo Paris cubre al antiguo. Ninguna ventana habia en aquel sótano, ni tampoco otra abertura que la entrada baja y cubierta de una enorme puerta de hierro. No faltaba, sin embargo, claridad en aquel sitio; habia un horno practicado en el espesor de la pared, en el que ardia mucho fuego, que inundaba la estancia de calientes reverberaciones y privaba de todo reflejo á una miserable vela que yacía encendida en un rincon. El rastrillo de hierro que servia para cerrar el horno, y que estaba levantado entonces, solo dejaba ver en el orificio del respiradero que llameaba sobre la pared la extremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados. A esta luz rojiza vió la prisionera, alrededor de la estancia, instrumentos espantosos cuyo uso desconocia. En medio de ese infernal aposento yacía un colchon de cuero casi tocando al suelo, sobre el que pendia una correa con ancha hevilla á una punta y atada por la otra á una argolla de cobre que mordia un mónstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado atestaban el interior del horno y se enrojecian entre las áscuas; el sangrien-

to resplandor del horno iluminaba un conjunto de objetos horribles. Aquel tártaro se llamaba sencillamente *el cuarto del tormento*.

Sentado estaba perezosamente sobre el colchon Pierrat Torterne, el atormentador jurado, y sus criados, que eran dos gnomos de cara cuadrada, mandil de cuero y calzones de lienzo, daban vueltas á todo el herraje sobre las brasas.

En vano la infeliz trató de reunir todo su valor; al penetrar en aquella estancia se horrorizó.

Formáronse á un lado los maceros del baile del palacio y al otro los sacerdotes de la curia. En un rincon habia una mesa y en ésta un tintero, y junto á estos objetos un escribano. Acercóse á la gitana con dulce sonrisa maese Jaime Charmolne y la dijo:

—Insistís, hija mia, en negar?

—Sí, respondió con voz apagada.

—En ese caso, repuso Charmolne, será doloroso para nosotros tener que preguntaros con más insistencia que quisiéramos.

—Tened la bondad de sentaros sobre esa cama. Maese Pierrat, dejad el sitio á la acusada y cerrad la puerta.

—Si cierro la puerta se me apagará el fuego, contestó maese Pierrat.

—Pues entonces no la cerreis.

La Esmeralda permanecia en pié; el lecho de cuero en que se habian retorcido tantos infelices la llenaba de espanto; el terror la helaba hasta la médula de los huesos y permanecia allí atónita y estúpida. Hizo Charmolne una señal y los dos criados la cogieron y la sentaron en la cama. No la hicieron daño, pero sintió, cuando la tocaron aquellos hombres y cuando ella tocó el cuero, afluir toda su sangre al corazon. Miró con ojos extraviados alrededor de la cámara y le pareció que se movian, andando hácia ella para serpentear por todo su cuerpo, morderla y pincharla todos aquellos deformes útiles de la tortura.

—Dónde está el médico? preguntó Charmolne.

—Aquí, respondió un bulto negro, que no habia visto la gitana.

La desdichada se extremeció al verle.

—Acusada, le preguntó por tercera vez el procurador del Tribunal Eclesiástico; ¿insistís en negar los hechos que se os acriminan?

Solo pudo contestar con un movimiento de cabeza esta vez; la voz le faltó.

—Pues bien, respondió maese Jaime, tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

—Señor procurador del rey, dijo Pierrat con tono brusco, ¿por dónde empezamos?

Dudó un momento Charmolne con el gesto ambíguo del poeta que busca un consonante.

—Por el borceguí, dijo al fin.

Sintióse la infeliz gitana tan abandonada de Dios y de los hombres, que la cayó la cabeza sobre el pecho, como objeto inerte que carece de fuerza para sostenerse por sí mismo.

El médico y el atormentador se acercaron á ella á la vez, y al mismo tiempo los criados registraron en su horrible arsenal. Al chirrido de aquel espantoso herraje se extremeció la desventurada jóven, como rana muerta á la que galvanizan.

—Oh! exclamó con voz tan débil y tan baja que nadie pudo oirla; ¡oh Febo mio!...

Luego volvió á sumirse en la inmovilidad y en el silencio del mármol: semejante espectáculo hubiera desgarrado todos los corazones, menos los de los jueces. Asemejábase la jóven en esa situacion al alma pecadora interrogada por Satanás en el postigo de escarlata del infierno. El miserable cuerpo al que iba á agarrarse el espantoso hormiguero de sierras, de ruedas y de caballetes, el sér humano que iban á asir las ásperas manos de los verdugos y de las tenazas, solo era una tierna, blanca y delicada criatura; ¡pobre grano de trigo, que la justicia humana hacia moler en las atroces muelas de la tortura!

Entre tanto las callosas manos de los criados de Pierrat Torterne desnudaron brutalmente aquella preciosa pierna y aquel diminuto pié que hechizaba á los transeuntes en las calles de Paris.—¡Es una lástima! gruñia el atormentador contemplando aquellas formas graciosas y delicadas. Si el arcediano hubiese estado presente en aquel momento, se hubiera acordado de su símil de la araña y de la mosca.

En seguida vió Esmeralda, al través de la nube que oscurecia su vista, acercarse el horrible *borceguí;* pronto vió su pié, encajonado entre las planchas de hierro, desaparecer dentro de aquel espantoso aparato. Entonces el terror la volvió las fuerzas.

—Que me quiten esto! gritó con arrebato; poniéndose en pié y desmelenada exclamó:—Perdon! perdon!

Arrojóse fuera de la cama para echarse á los piés del procurador del rey, pero tenia presa la pierna en el pesado cepo de encina y de hierro y cayó sobre el borceguí, quebrantada como abeja que tuviese peso de plomo sobre el ala.

A una señal de Charmolne volvieron á sentarla en el lecho y dos toscas manos ciñeron su delgado talle con la correa que pendia de la bóveda.

—Por última vez, ¿confesais los hechos del proceso? preguntó Charmolne con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—Entonces, ¿cómo esplicais los cargos que se os imputan?

—Yo qué sé!

—Conque lo negais?

—Sí; lo niego todo.

—Adelante! dijo Charmolne á Pierrat.

Dió la vuelta éste á la manilla del tornillo y la infeliz Esmeralda lanzó uno de esos gritos horribles que no tienen ortografía en ninguna lengua humana.

—Deteneos, dijo maese Jaime á maese Pierrat.—Confesais? preguntó á la gitana.

—Todo! gritó la miserable jóven; todo lo confieso; pero, perdon! perdon!

La desdichada no habia calculado sus fuerzas al querer arrostrar el tormento. Pobre niña! Su vida habia sido hasta entonces tan alegre, tan suave y tan dulce, que el primer dolor la venció.

—La humanidad me obliga á deciros, la dijo el procurador del rey, que esa declaracion os conduce á la muerte.

—Así lo espero, contestó la infeliz, cayendo sobre el lecho de cuero, moribunda, doblegada, dejándose coger por la correa prendida á su cintura.

—Ea, buena moza, sosteneos un poco, dijo Pierrat levantándola.

Jaime Charmolne tomó la palabra y dijo:

—Escribano, escribid.—Jóven gitana, ¿confesais que habeis tenido participacion en las *agapas*, *sábados* y maleficios del infierno, con las larvas, duendes y vampiros?

—Sí, contestó tan bajo que su palabra se confundió con su aliento.

—¿Confesais haber visto el carnero que Belcebú hace aparecer en las nubes para convocar á *sábado*, y que solo es visible para los brujos?

—Sí.

—¿Confesais haber adorado las cabezas de Bofomet, esos abominables ídolos de los templarios?

—Sí.

—¿Declarais haber tenido comercio habitual con el diablo bajo la forma de una cabra familiar, que está unida al proceso?

—Sí.

—¿Confesais y declarais, en fin, que con la ayuda del demonio y del fantasma llamado el alma en pena del monje habeis herido y asesinado á un capitan llamado Febo de Chateaupers, en la noche del 29 de Marzo último?

Levantó Esmeralda los ojos hácia el procurador del rey y, clavándolos en él, respondió maquinalmente sin convulsion ni violencia:

—Sí.

Era evidente que la razon y el alma estaban eclipsadas en ella.

—Tomad acta, escribano, dijo Charmolne; y luego, dirigiéndose á los atormentadores:—Desatad á la acusada y que vuelva á la audiencia.

Cuando la *descalzaron*, el procurador del rey examinó el pié, todavía entumecido por el dolor, y dijo:—Vamos! no habeis sufrido mucho. Habeis cantado á tiempo; aun podríais bailar. Y luego, volviéndose hácia sus acólitos de la curia eclesiástica:—Al cabo ya aclaró sus dudas la justicia; esto consuela, señores! Esta jóven podrá testificar que la hemos tratado con la mayor humanidad posible.

## III.

### Fin del escudo convertido en hoja seca.

Cuando volvió á entrar Esmeralda, pálida y cojeando, en la sala de la audiencia, la acogió un murmullo general de alegría. Por parte del auditorio indicaba la satisfaccion de la impaciencia que se experimenta en el teatro al espirar el último entreacto del drama, cuando se levanta el telon y empieza el último acto; por parte de los jueces la esperanza de irse pronto á cenar. Tambien baló de alegría la cabra; quiso correr hácia su ama, pero el animalito estaba atado á un banco.

Era ya completamente de noche: las velas, que no habian aumentado, despedian tan poca luz, que no se veian las paredes de la sala; la oscuridad envolvia todos los objetos con una especie de niebla, y apenas se destacaban en la sombra las fisonomías de algunos jueces. Enfrente de ellos, en la extremidad de la sala, resaltaba sobre el fondo os-

curo un punto blanco, que era la acusada.

Arrastrándose llegó la desdichada á su asiento, y cuando Charmolne se instaló magistralmente en el suyo, se levantó y dijo, sin manifestar gran vanidad por el éxito que acababa de conseguir:

—La acusada lo ha confesado todo.

—Jóven gitana, ¿habeis confesado vuestros hechos de mágia y de prostitucion y el asesinato del capitan Febo de Chateaupers? la preguntó el presidente.

Angustióse el corazon de la jóven y oyósela llorar.

—He confesado todo lo que querais, respondió con voz desfallecida; ¡pero matadme pronto!

—Señor procurador del rey de la curia eclesiástica, el tribunal está dispuesto á oir vuestros requerimientos.

Exhibió maese Jaime un formidable cartapacio y se puso á leer, haciendo muchos gestos y con el tono declamatorio que se usa en las acusaciones, una peroracion en latin, en la que se confundian todas las pruebas del proceso, entre perífrasis ciceronianas, apoyadas con citas de Plauto, su cómico predilecto.

Sentimos no poder ofrecer á los lectores oracion tan notable. Apenas acabó el exordio, ya el sudor le corria por toda la cara.

De repente, en medio de un hermoso período se interrumpió, y su mirada, habitualmente apacible y hasta estúpida, se hizo fulminante.

—Señores, gritó; tan metido está Satanás en este asunto, que ahí lo teneis asistiendo á nuestros debates y haciendo mofa de su majestad. Miradle.—Esto lo decia señalando con el dedo á la cabra, que, viendo gesticular á Charmolne, creyó que debia hacer otro tanto, y se habia sentado como un perro, y remedaba lo mejor que podia con las manos y la cabeza la pantomima patética del procurador de la curia eclesiástica, que remedar era una de las habilidades de la cabra. Este incidente, esta última *prueba*, hizo gran efecto. Ataron las patas á la cabra; el procurador anudó el hilo de su elocuencia. Largo fué el discurso, pero la peroracion era admirable. Hé aquí la última frase, á la cual debe añadirse la voz ronca y la desalentada accion de maese Jaime Charmolne:

—¡*Ideo, Domni, coram stryga demonstrata, crimine patente, intentione criminis existente, in nomine sanctæ ecclesiæ Nostræ-Dominæ Parisiensis, quæ est in saisina habendi omnimodam altam et bassam justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, tenore præsentium declaramus nos requirere, primo, aliquandam pecuniariam indemnitatem; secundo, amendationem honorabilem ante portalium maximum. Nostra-Dominæ, ecclesiæ cathedralis; tertio, sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua capella, seu in trivio vulgariter dicto la Greve, seu in insula exenta in fluvio Sequana, juxta pointam jardini regalis, executatæ sint!* Se puso el bonete y se sentó.

—*Eheu!* suspiró Gringoire, traspasado de dolor; *bassa latinitas!*

Otro togado se puso en pié cerca de la acusada; era su abogado.

Los jueces, que no habian cenado aun, empezaron á murmurar.

—Abogado, sed breve, dijo el presidente.

—Señor presidente, respondió éste; puesto que mi defendida ha confesado su crímen, solo debo decir una palabra: Señores: hé aquí el texto de la ley Sálica: "Si un vampiro se come á un hombre y queda confeso y convicto de este crímen, pagará una multa de ocho mil dineros, que son doscientos sueldos de oro." Pido al tribunal que se condene á mi defendida á dicha multa.

—Ese texto está derogado, contestó el abogado extraordinario del rey.

—*Nego*, replicó el otro.

—Que se ponga á votacion! dijo un consejero; el crímen está probado y ya es tarde.

Púsose á votacion en el acto, sin salir los jueces de la sala, porque tenian prisa. Veíase en la oscuridad cómo descubrian sus cabezas una á una cuando el presidente les dirigia en voz baja la lúgubre pregunta. La pobre acusada parecia que les miraba, pero sus ojos turbios no veian. Púsose luego á escribir el escribano y entregó un largo pergamino en manos del presidente: oyó entonces la infeliz el rumor que producia el movimiento del público, vió las alabardas entrechocarse y escuchó una voz glacial que decia:

—Jóven gitana, el dia que plazca al rey, nuestro señor, al medio dia os llevarán en un carreton, en camisa, descalza y con una cuerda al cuello delante de la puerta principal de Nuestra Señora, donde hareis pública retractacion, teniendo en la mano una vela de cera de dos libras de peso, y desde allí os conducirán á la plaza de la Grève, donde sereis ahorcada en el cadalso de la Ciudad,

como tambien vuestra cabra, y pagareis al provisor tres leones de oro en reparacion de los crímenes que habeis cometido y confesado de hechicería, mágia, injuria y de asesinato del capitan Febo de Chateaupers. ¡Que Dios reciba vuestra alma!

—Oh, esto es un sueño! murmuró la infeliz, y al momento sintió que manos ásperas se la llevaban.

## IV.

### Lasciate ogni speranza.

En la Edad Media, cuando un edificio era completo, ocupaba casi tanto bajo tierra como encima; á no estar construido sobre un terraplen, como Nuestra Señora de Paris, el palacio, el castillo y la iglesia estaban divididos en dos cuerpos, tenian siempre doble fondo. En las catedrales habia, por decirlo así, otra catedral subterránea, baja, oscura y misteriosa, ciega y muda, debajo de la nave superior en la que rebosaba la luz y en la que resonaban de dia y de noche los órganos y las campanas; otras veces la parte subterránea era un sepulcro. En los palacios y en las fortalezas ya era una prision, ya un sepulcro, ya ambas cosas á la vez. Aquellas poderosas obras, cuyo sistema de formacion y de *vegetacion* hemos explicado ya, no solo tenian cimientos, sino raices que se extendian por debajo de la tierra en aposentos, galerías y escaleras, como la construccion de arriba. Las iglesias, los palacios y los castillos tenian enterrado medio cuerpo. Los sótanos de un edificio eran otro edificio al que se descendia en vez de subir y ajustaba sus pisos subterráneos al cúmulo de pisos exteriores del monumento, como esas selvas y esas montañas que se pintan boca abajo en el agua cristalina de un lago al pié de las selvas y de las montañas de las orillas.

En el castillo de San Antonio, en el palacio de Justicia de Paris y en el Louvre, los edificios subterráneos eran prisiones, y los pisos de dichas cárceles, al profundizarse en el suelo, se iban estrechando y oscureciendo; eran otras tantas zonas en las que se escalonaban los matices del horror. No pudo imaginar el Dante nada tan á propósito para colocar su infierno. Aquellos embudos de calabozos desembocaban casi siempre en un foso bajo, como el fondo de la cuba en que Dante colocó á Satanás y en que la sociedad metia á los sentenciados á muerte. La existencia que se enterraba allí podia decir: adios, dia, aire, vida, *ogni speranza;* solo salia de allí para ir al patíbulo ó á la hoguera; algunas veces se pudria allí dentro. La justicia humana llamaba á esto *olvidar*. Pesaba sobre la cabeza del reo un monton de piedras y de carceleros y toda la prision; la maciza fortaleza era para él una enorme y complicada cerradura que le sepultaba lejos del mundo de los vivos.

En uno de estos profundos calabozos, en uno de estos escondrijos abiertos por San Luis en el *in pace* de la Tournelle, por temor acaso á una evasion, encerraron á Esmeralda, condenada á la horca, teniendo sobre ella el colosal palacio de la Justicia. ¡Pobre mosca, que no hubiera podido remover la más pequeña de sus piedras!...

La Providencia y la sociedad habian sido igualmente injustas con ella; tal lujo de desgracias y de torturas no era necesario para quebrantar á una criatura tan frágil. Estaba allí la infeliz perdida en la oscuridad, sepultada, emparedada. Fria como la noche, fria como la muerte, sin que su cabellera recibiese un solo soplo de aire, sin que un eco humano sonase en sus oidos, sin que vieran sus ojos un rayo de luz, doblegada, cargada de cadenas, acurrucada al lado de un cántaro y de un pan, que yacía sobre un poco de paja en el charco que formaban alrededor de ella las filtraciones del calabozo, sin movimiento, casi sin aliento; no podia sufrir ya más.

Febo, el sol del medio dia, el aire libre, las calles de Paris, las danzas aplaudidas, las dulces pláticas amorosas con el capitan, el sacerdote, la patrulla, el puñal, la sangre, la tortura, la horca, todo eso reaparecia á su espíritu; ya como vision armoniosa y brillante, ya como horrorosa pesadilla, pero contemplando todo eso como lucha horrible y vaga que se perdia en las tinieblas, ó como música lejana que sonaba allá arriba y que no se oia ya en las profundidades en que la desdichada se habia hundido.

Desde que estaba allí ni velaba ni dormia. En su infortunio, así como en su calabozo, era para ella imposible distinguir la vigilia del sueño, la ilusion de la realidad y el dia de la noche; todo estaba para ella mezclado, destrozado, fluctuante y vagando confusamente en su imaginacion. Ni sentia, ni sabia, ni pensaba; solo podia soñar.

Aletargada, yerta y petrificada, ape-

nas apercibió dos ó tres veces el ruido de una trampa que se abria encima de ella, sin dejar penetrar ni un solo rayo de luz, por la que una mano dejaba caer un mendrugo de pan negro. Era, sin embargo, la única comunicacion que le quedaba con los hombres, la vista periódica del carcelero.

Una sola cosa ocupaba maquinalmente sus oidos: encima de su cabeza la humedad filtraba al través de las piedras enmohecidas de la bóveda y á intervalos iguales se desprendia de ellas una gota de agua; Esmeralda escuchaba estúpidamente el ruido que producia esa gota de agua al caer en el charco que habia cerca de ella: el movimiento de esas gotas era el único que existia en torno suyo, el único reloj que indicaba el curso de las horas, el único ruido que llegaba hasta allí de tantos ruidos como suenan en la superficie de la tierra.

Para decirlo todo, no debemos omitir que de vez en cuando, en aquella cloaca de fango y de oscuridad, un objeto frio que se deslizaba aquí y allá, por sus piés y por sus brazos, la producia grandes extremecimientos.

Cuánto tiempo estaba encerrada? No lo sabia. Recordaba una sentencia de muerte pronunciada en alguna parte contra alguno, despues que se la habian llevado y que se despertó helada en una noche oscura y silenciosa. Se acordaba de haberse arrastrado con las manos, que unas argollas de hierro la desgarraron los tobillos y que oyó crugido de cadenas. Recordó que se hallaba entre cuatro paredes y que á sus piés habia una losa llena de agua y un monton de paja, pero que no habia en su habitacion ni lámpara ni ventana; entonces se sentó sobre la paja y algunas veces, para cambiar de postura, sobre el último escalon de unas gradas de piedra que habia en su calabozo.

Una vez probó á contar los minutos que señalaba la gota de agua, pero pronto quedó interrumpido por sí mismo aquel triste trabajo de un cerebro enfermo, que la sumió en el estupor.

Un dia ó una noche (porque la media noche y el medio dia tenian el mismo color en su sepulcro) oyó encima de ella un ruido más fuerte que el que hacia de ordinario el carcelero cuando le traia el pan y el cántaro de agua; levantó la cabeza y vió pasar un rayo rojizo al través de las rendijas de la especie de puerta ó de trampa practicada en la bóveda del *in pace*. Al mismo tiempo rechinaron los macizos cerrojos, giró la trampa sobre sus goznes y vió la gitana una linterna, una mano y la parte inferior del cuerpo de dos hombres, pues era la puerta demasiado baja para que pudiera ver las cabezas. La luz la hirió de tal modo que tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los volvió á abrir, la puerta estaba ya cerrada, veíase una linterna colocada en un escalon de la grada y á un hombre de pié delante de la presa. Caíale hasta los piés una sotana negra y una capucha del mismo color le cubria el rostro: no descubria de su persona ni el rostro ni las manos. Parecia un largo sudario negro que se tenia en pié y bajo el cual se sentia rebullir algo: miró la gitana algunos momentos con fijeza esa especie de espectro, pero no hablaban ella ni él. Hubiérase dicho que eran dos estátuas colocadas una delante de otra. Solo dos cosas vivian al parecer en el subterráneo; la mecha de la linterna, que chirriaba á causa de la humedad de la atmósfera, y la gota de agua de la bóveda, que interrumpia el chisporroteo irregular con su monótono caer y hacia temblar el reflejo de la linterna en círculos concéntricos sobre el agua aceitosa del charco.

La prisionera, al fin, rompió el silencio, preguntando:

—Quién sois?

—Un sacerdote.

Esta palabra, el acento y el sonido de la voz extremecieron á Esmeralda.

El clérigo prosiguió articulando sordamente:

—Estais preparada?

—A qué?

—A morir.

—Oh! dijo; y será pronto?

—Mañana.

La gitana, que habia levantado la cabeza con alegría, volvió á dejarla caer sobre el pecho.

—Falta mucho tiempo aun!... ¿qué más les daba que fuera hoy?...

—Sois, pues, muy desgraciada? la preguntó el sacerdote, despues de una pausa.

—Tengo mucho frio, contestó ella.

Cogióse los piés con las manos, movimiento habitual en los desgraciados que tienen frio, y que ya vimos hacer á la reclusa de la Torre-Roland; sus dientes rechinaban.

El sacerdote, por bajo de la capucha recorrió el calabozo y exclamó:

—Sin luz! sin fuego! en el agua! ¡qué horror!...

—Sí, respondió la jóven, con el aire de asombro que le hizo adquirir la desgracia. La luz es para todo el mundo; ¿por qué á mí me condenan á la oscuridad?

—¿Sabeis, repuso el sacerdote despues de otra pausa, por qué estais aquí?

—Creo que lo he sabido, contestó ella, pasando los enflaquecidos dedos por la frente, pero ya no lo sé.

De repente se puso á llorar como un niño.

—Quisiera salir de aquí; tengo frio y tengo miedo, y hay aquí bichos que me cosquillean por el cuerpo.

—Pues bien, seguidme.

Al decir esto, el clérigo la cogió por el brazo. La infeliz estaba helada hasta las entrañas, y sin embargo, el contacto de aquella mano la produjo sensacion de frio.

—¡Esa mano es la mano de hielo de la muerte! dijo.—Quién sois?

El sacerdote se levantó la capucha y ella le miró. Era el semblante siniestro que la perseguia hacia mucho tiempo; era la cabeza de demonio que se la apareció en casa de la Falourdel por encima de la cabeza adorada de su Febo; eran los ojos que habia visto brillar la última vez detrás de un puñal.

Aquella aparicion, tan fatal para ella y que la condujo de desgracia en desgracia hasta el último suplicio, la sacó de su letargo y rasgó la especie de velo espeso que cubria su memoria. Todos los pormenores de su lúgubre aventura, desde la escena nocturna en casa de la Falourdel hasta su sentencia de muerte en la Tournelle, acudieron á la vez á su espíritu, pero no vagos y confusos como hasta ahora, sino claros, crudos, enérgicos, palpitantes y terribles. Esos recuerdos, medio borrados y casi contenidos por el exceso del infortunio, revivaron ante la presencia de aquel semblante sombrío, como el influjo del fuego hace resaltar limpias y puras, sobre el papel blanco, las letras invisibles escritas en él con tinta simpática. Al ver al clérigo, todas las llagas de su corazon se abrian de nuevo y brotaban sangre á la vez.

—Oh! exclamó, tapándose los ojos con las manos y con temblor convulsivo; es el sacerdote!...

Luego dejó caer los brazos desfallecidos y quedó sentada con la cabeza inclinada, fijos los ojos en el suelo, muda y temblando.

El sacerdote la contemplaba mirándola con ojos de milano, que se cierne durante mucho tiempo en el alto cielo, alrededor de una pobre alondra oculta entre los trigos, y que vá estrechando en silencio los círculos de su vuelo, para desplomarse al fin de repente sobre su presa con la rapidez del relámpago, y ya la tiene palpitando entre sus garras.

Esmeralda murmuraba en voz baja:

—Acabad, acabad, dadme el último golpe; y hundia aterrada la cabeza entre los hombros, como la oveja que aguarda el último hachazo del carnicero.

—Os causo horror? la preguntó.

Ella no contestó.

—Decidme si os inspiro horror, repitió el sacerdote.

Los labios de Esmeralda se contrajeron, como si fuesen á sonreir, y le dijo:

—Sí, el verdugo se mofa de la víctima; ya hace un sinnúmero de dias que me persigue, que me amenaza y que me aterra. Sin él, Dios mio, ¡qué feliz era yo! El asesinó á mi Febo. Diciendo esto prorumpió en sollozos, y mirando con fijeza al sacerdote, exclamó: ¿Por qué me aborreceis? qué daño os hice?

—Te amo! le contestó el sacerdote.

Cesaron de repente las lágrimas de Esmeralda y le miró con mirada de idiota; él se arrojó á sus piés y tenia clavadas en ella sus miradas de fuego.

—Te amo! Lo oyes? repitió.

—Eso es amor!... contestó la infeliz extremeciéndose.

—Es el amor de un condenado, repuso el sacerdote.

Permanecieron ambos en silencio durante algunos minutos, abismados bajo el peso de sus sensaciones; él insensato, ella estúpida.

—Escucha, dijo al fin el sacerdote recobrando su serenidad. Todo te lo voy á decir. Vas á saber lo que hasta ahora apenas me atreví á decirme á mí mismo, cuando interrogaba furtivamente á mi conciencia en las profundas horas de la noche, en las que hay tantas tinieblas, que parece que Dios no nos haya de ver. Escucha: antes de conocerte yo era feliz!...

—Y yo! suspiró la desdichada con voz desfallecida.

—No me interrumpas. Sí, yo era feliz, ó creia serlo. Era puro, tenia el alma llena de límpida claridad; ninguna cabeza se erguia tan orgullosa y tan radiante como la mia. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad y los doctores sobre la doctrina. La ciencia lo era todo para mí, era mi hermana, y su afec-

to me bastaba; no quiere esto decir que con la edad no me ocurrieran ideas propias de ella; más de una vez palpitó mi carne al ver pasar una forma de mujer. La fuerza del sexo y de la sangre, que yo creia, adolescente loco, haber ahogado para siempre, habia más de una vez extremecido convulsivamente la cadena de los votos de hierro que atan á las frias piedras del altar; pero el ayuno, la oracion, el estudio y las maceraciones del claustro habian devuelto al alma el dominio sobre el cuerpo. Además, huia de las mujeres. Me bastaba abrir un libro para que los impuros vapores de mi cerebro se disipasen ante los resplandores de la ciencia; al cabo de pocos minutos sentia yo huir á lo lejos las cosas materiales de la tierra, y me encontraba tranquilo, sereno y deslumbrado en presencia del apacible resplandor de la verdad eterna. Mientras el demonio no envió más que para tentarme formas vagas de mujeres que pasaban en tropel por delante de mis ojos, en la iglesia, en la calle y en los prados, y que apenas se reproducian en mis sueños, le vencí fácilmente. Ah! si siempre no he conseguido la victoria, la culpa está en Dios, que no dotó al hombre y al demonio de fuerzas iguales. Escucha. Un dia...

Al llegar aquí se detuvo el sacerdote y oyó Esmeralda salir del pecho de aquel suspiros profundos. Luego prosiguió:

—Un dia estaba yo apoyado en la ventana de mi celda.—¿Qué libro estaba leyendo?... Todas aquellas cosas forman un caos en mi cerebro.—Estaba leyendo; la ventana caia á una plaza. Oí ruido de pandereta y de música; incomodado porque turbaba mis meditaciones, tendí la vista hácia la plaza. Lo que yo ví, lo veian otros, y sin embargo, aquel espectáculo no lo debieran ver ojos humanos. Allí, en medio de la plaza—á las doce del dia, dia de sol hermosísimo,—una jóven bailaba. Una criatura tan hermosa que Dios la hubiera acaso preferido á la Vírgen, eligiéndola para madre suya, si hubiese querido nacer de ella, si hubiese existido cuando él se hizo hombre. Sus ojos eran negros y espléndidos; en el centro de su cabellera, algunos cabellos, heridos por los rayos del sol, relucian como hebras de oro; sus piés desparecian en sus movimientos como los rádios de una rueda que gira con rapidez. Alrededor de su cabeza, en sus negras trenzas, llevaba algunas placas de metal, que centelleaban al sol y que rodeaban su frente de una corona de estrellas. Su tonelete, sembrado de lentejuelas, azulado y salpicado de mil chispas, brillaba como una noche de estío. Sus morenos y elásticos brazos se enlazaban alrededor de su cintura como dos bandas de seda; la forma de su cuerpo era de sorprendente belleza. La celeste aparicion se destacaba luminosa sobre la misma luz del sol.—Aquella mujer eras tú.—Sorprendido, encantado, hechizado, te seguí mirando, te miré tanto, que de repente me extremecí de espanto, porque conocí que la fatalidad iba á apoderarse de mí.

Presa ya de una fascinacion, probé á asirme á algo que pudiese detenerme en mi caida, acordándome de las asechanzas con que otras veces Satanás me quiso atraer. La criatura que tenia yo á la vista poseia esa hermosura sobrehumana que solo puede venir del cielo ó del infierno; no era una simple hembra formada de barro é iluminada débilmente en el interior por el vacilante resplandor de un alma de mujer. Era un ángel, pero un ángel de las tinieblas, ángel de llama, no de luz. Mientras pensaba esto, ví junto á tí una cabra, que es animal del *sábado*, y que me miraba riendo; el sol del medio dia doraba sus cuernos. Entonces conocí el lazo que me tendia el demonio, y ya no dudé de que venias del infierno para causar mi perdicion. Lo creí.

Al llegar aquí, el sacerdote miró á Esmeralda, y añadió con frialdad:

—Lo creo todavía. Entre tanto el hechizo obraba poco á poco; tu danza me volteaba en el cerebro, y sentia que se iba cumpliendo en mí el misterioso maleficio. Todo lo que debió velar se dormia en mi alma, y como los que mueren sobre la nieve, sentia un placer en dejar que llegara el sueño. De repente te pusiste á cantar. ¿Qué podia yo hacer, miserable de mí, si tu canto reunia más hechizos que tu danza?... Quise huir y me fué imposible. Estaba clavado, habia echado raices en el suelo, y me fué preciso permanecer allí hasta el fin; mis piés eran de hielo y mi cabeza ardia. Al fin quizás te apiadaste de mí, dejaste de cantar y desapareciste. El reflejo de la deslumbradora vision, el sonido de la música encantadora se desvanecieron gradualmente en mis ojos y en mis oidos. Entonces caí en el hueco de la ventana más frio y más débil que una estátua derribada. El toque de vísperas me despertó. Levantéme, huí; pero, ay! ¡habia

en mí una cosa caida que no podia levantarse, una cosa nueva de la que yo no podia huir!

El sacerdote hizo una larga pausa y luego continuó:

—Desde aquel momento hubo en mí un hombre que yo no conocia. Quise emplear todos los remedios, el claustro, el altar, el trabajo, los libros... ¡Delirios!... ¡Oh, qué hueca resuena la ciencia cuando viene á chocar contra ella con desesperacion una cabeza llena de pasiones!...—¿Sabes tú, mujer, lo que yo veia siempre entre el libro y mis ojos? A tí, tu sombra, la imágen de la aparicion luminosa que cruzó un dia el espacio por delante de mí. Pero esa imágen no conservaba el mismo color, era sombría, fúnebre y tenebrosa, como el círculo negro que persigue largo tiempo la vista del imprudente que ha mirado fijamente al sol.

No pudiendo alejarla de mí; oyendo á todas horas tu cancion zumbar en mis oidos; viendo de contínuo danzar tus piés sobre mi breviario; sintiendo siempre por la noche, en mis sueños, deslizarse tu forma sobre mi carne, deseaba volver á verte, tocarte, saber quién eras y ver si te encontraba semejante á la imágen ideal que me quedaba de tí para destruir así mi sueño contra la realidad, esperando cuando menos que una nueva impresion borrara la primera, ya que ésta me era insoportable.—Te busqué, te volví á ver.—Desgraciado de mí! Cuando te ví dos veces, quise verte mil, quise verte siempre. ¿Cómo detenerse ya en el declive del infierno? Dejé ya de ser dueño de mí mismo. Híceme vago y errante, como tú. Te aguardaba en los pórticos, te espiaba en las esquinas, te acechaba desde lo alto de mi torre; y cada noche que pasaba me encontraba más desesperado, más hechizado y más perdido. Sabia que eras egipcia, bohemia, gitana, zíngara; ¿cómo habia de dudar de tu mágia? Escucha.—Esperé y creí que un proceso me libraria del sortilegio: una hechicera encantó á Bruno de Ast; él la hizo quemar y se curó. Yo lo sabia y quise probar ese remedio. Conseguí que te prohibiesen ir al átrio de Nuestra Señora, esperando olvidarte si no volvias; no hiciste caso y volviste. Luego me ocurrió la idea de robarte y lo intenté una noche. Ibamos dos y ya eras nuestra, cuando sobrevino el miserable oficial que te libró, dando él de este modo principio á su desgracia, á la tuya y á la mia. No sabiendo ya, en fin, qué hacer, te denuncié á la curia eclesiástica, esperando curarme así como Bruno de Ast. Pensaba tambien confusamente que un proceso te entregaria en mis manos, que en una cárcel no podrias librarte de mí, que serias mia, que me poseias ya bastante tiempo para conseguir llegar á poseerte. Cuando se hace el mal es preciso hacer todo el mal, y es demencia pararse en la mitad del crímen: su extremidad produce delirios de alegría. ¡Un sacerdote y una bruja pueden derretirse en placeres sobre el monton de paja de un calabozo!

Te denuncié; entonces fué cuando te aterraba cada vez que te encontraba al paso; la trama que urdia contra tí, la tempestad que amontonaba sobre tu cabeza se escapaba de mí en amenazas y en relámpagos. Sin embargo, vacilaba todavía; mi proyecto tenia aspectos espantosos que me hacian cejar. Quizás hubiera abandonado dicho proyecto; acaso mi odiosa idea se hubiese secado en mi cerebro sin dar fruto. Creí que dependeria de mí siempre seguir ó cortar el proceso; pero todo mal pensamiento es inexorable y trata de convertirse en hecho, y cuando yo me creia omnipotente, ví que la fatalidad era más poderosa que yo. ¡Ella fué la que te prendió y te entregó al terrible rodaje de la máquina que yo construí tenebrosamente!—Escucha, que voy á concluir.

Un dia brillaba tambien un sol hermoso: veo pasar por delante de mí un hombre que pronuncia tu nombre y se rie; un hombre que lleva la lujuria en los ojos. Condenacion! le sigo y... ya sabes lo demás.

Calló el sacerdote. La jóven solo dijo estas palabras:

—Oh, Febo mio!

—No pronuncies ese nombre, la contestó el arcediano, cogiéndole el brazo con violencia. ¡No pronuncies ese nombre, porque él nos ha perdido! O mejor dicho, nos hemos perdido unos á otros por el inexplicable capricho de la fatalidad. Tú sufres, no es verdad? Tienes frio, la noche te convierte en ciega, el calabozo te envuelve, pero quizás tienes aun en lo interior de tu alma un destello de luz, el de tu amor de niña por ese hombre vacío que juega con tu corazon; mientras que yo, yo llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí reinan el invierno, el hielo, la desesperacion, y llevo eterna noche en el alma.

Ignoras lo que he sufrido!... Yo asistí á tu proceso; yo me senté en el banco de

la curia, y bajo una de las capuchas de sacerdote se ocultaban las contorsiones de un condenado. Cuando te presentaron ante el tribunal, yo estaba allí; cuando te interrogaron, yo estaba allí. Eran un crímen y mi patíbulo los que te perdian; puedo contar cada uno de los pasos que andaste por la vía dolorosa; estaba yo tambien allí cuando aquella fiera... ¡Oh, yo no habia previsto la tortura!...—Escucha.—Yo te seguí tambien al *cuarto del tormento*. Ví que te desnudaban y que te manejaban medio desnuda las manos infames del atormentador. Ví tu pié, aquel pié por el que yo hubiese querido, á cámbio de un imperio, dar un beso y morir; ví tu pié metido en el horrible borceguí que convierte los miembros de un sér vivo en una masa sangrienta. ¡Ah, miserable de mí! Mientras presenciaba tu tormento, tenia yo bajo mi sudario un puñal con el que me punzaba el pecho; al primer grito que diste lo hundí en mi carne; al segundo lo introduje en mi corazon. Mira; todavía derrama sangre.

Abrióse la sotana, y, en efecto, estaba desgarrado su pecho como por las garras de un tigre y tenia á un lado una llaga bastante ancha y mal cerrada.

Esmeralda retrocedió horrorizada.

—Mujer, ten piedad de mí! Te crees desgraciada y no sabes aun lo que es el infortunio. Amar á una mujer, ser clérigo y ser aborrecido; amarla con todos los furores del alma, sentirnos capaces de dar por la menor de sus sonrisas la sangre y las entrañas, la fama, la salvacion y la eternidad, esta vida y la otra; sentir no ser rey, génio, emperador, arcángel ó Dios, para poner á sus piés mayor esclavo; soñar y pensar en ella de noche y de dia, y verla enamorada del uniforme de un soldado y no tener que ofrecerla más que la sucia sotana del sacerdote, que acaso la repugne; presenciar encendido de celos y de rabia cómo prodiga á un fanfarron imbécil los tesoros de su amor y de su hermosura; ver el cuerpo que os fascina extremecerse y palpitar al contacto de los besos de otro hombre, y haber solo logrado acostarla en el lecho de cuero; esas sí que son las verdaderas tenazas enrojecidas con el fuego del infierno. ¡Feliz mil veces es aquel á quien sierran entre dos tablas y el que descuartizan entre cuatro caballos!... ¡No sabe qué suplicio es el que hacen sufrir durante largas noches las arterias que hierven, el corazon que revienta, la cabeza que se parte y los dientes que os desgarran las manos, atormentadores encarnizados, que dan vueltas sin cesar, como sobre una parrilla ardiente, á un pensamiento de amor, de celos y de desesperacion!—Perdóname, mujer! ¡Un momento de tregua! ¡Un poco de ceniza sobre esta brasa. ¡Enjuga el sudor que cae á arroyos de mi frente! Niña! ¡martirízame con una mano, pero acaríciame con la otra! ¡Mujer, ten piedad, ten compasion de mí!

Revolcábase el sacerdote en el agua del charco y se golpeaba el cráneo contra los ángulos de las gradas de piedra. La gitana le oia y le miraba. Cuando calló, jadeante y rendido, ella repitió á media voz:

—Oh, Febo mio!

El sacerdote se arrastró hasta ella de rodillas.

—Te suplico, exclamó, que si tienes entrañas no me rechaces. Yo te amo. ¡Yo soy un miserable! Cuando pronuncias ese nombre machacas con tus dientes todas las fibras de mi corazon. Ténme compasion. Si vienes del infierno, yo iré á él contigo. Todo lo que hice fué para eso; el infierno donde tú estés será el cielo para mí; dime, ¿quieres llevarme contigo? El dia que otra mujer rechazase un amor semejante al mio, creeria que las montañas se mueven. Si tú quisieras, qué dichosos podríamos ser!... Huiríamos, yo te proporcionaria la fuga, iríamos á cualquier parte; buscaríamos el rincon del mundo que más alumbrase el sol, que más cubriesen los árboles, que más hermosease un cielo azul. Allí nos amaríamos, confundiendo nuestras dos almas, y tendríamos sed inextinguible de nosotros mismos, que aplacaríamos á la par y contínuamente en la copa del amor.

De repente ella le interrumpió con risa terrible y estrepitosa:

—Mirad, padre, mirad! ¡Teneis sangre junto á las uñas!...

Quedó el sacerdote petrificado durante algunos instantes, fijando los ojos en sus manos, y al fin dijo con dulzura singular:

—Pues bien, ¡búrlate de mí, ultrájame, mátame, pero ven, ven! Apresurémonos. Es mañana. El cadalso de la plaza de Grève siempre está preparado. Ver que te llevan en aquel horrible carreton, qué horror! No conocia hasta ahora hasta qué extremo te amo. Ven, sígueme. Despues que te haya salvado la vida te tomarás el tiempo que quieras

para amarme. Me aborrecerás todo el tiempo que querrás... Pero ven. ¡Mañana! mañana! La horca! tu suplicio! ¡oh, sálvate! ten compasion de mí!

Claudio Frollo cogió por el brazo á Esmeralda, porque estaba loco, y queria llevársela á la fuerza. Clavó en él la mirada la gitana y le preguntó:

—Qué ha sido de mi Febo?

—Ah! exclamó el sacerdote soltándola el brazo; no tienes compasion!

—Qué ha sido de Febo? repitió ella con frialdad.

—Ha muerto, contestó el clérigo.

—Ha muerto! contestó glacial é inmóvil; ¿entonces por qué me proponeis que yo viva?

Claudio Frollo no la escuchaba.

—Oh, sí! decia hablando consigo mismo, pero en voz alta: debe haber muerto. La hoja entró muy adentro, y la punta creo que le llegó al corazon. Yo vivia hasta la punta del puñal.

Arrojóse la gitana sobre él como una tigre furiosa y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza sobrenatural.

—Vete, mónstruo! vete, asesino! ¡déjame morir! ¡Que la sangre de Febo y la mia marquen en tu frente un borron eterno! ¡No he de ser tuya jamás, jamás! ¡No nos reunirá, ni aun el infierno! Vete, maldito, vete!

Claudio Frollo tropezó en la escalera: desenredó sin decir palabra los piés de los pliegues de la sotana, cogió la linterna y empezó á subir lentamente los escalones que conducian á la puerta; abrióla y salió. De repente volvió á ver la gitana su cabeza, que presentaba espantosa expresion, y oyó que decia con rabia y desesperacion:

—Te digo que ha muerto!

Cayó la infeliz boca abajo, y ya no se oyó en el calabozo otro ruido que el suspiro de la gota de agua que hacia palpitar el charco en la oscuridad.

## V.

### La madre.

No creo que haya en el mundo cosa más risueña que las ideas que se despiertan en el corazon de una madre á la vista del zapatito de su hijo; sobre todo cuando es el de los dias de fiesta, el de los domingos y el del dia del bautizo, zapato bordado hasta por debajo de las suelas, y con el que ni siquiera un paso ha andado aun la criatura. Dicho zapatito es tan pequeño, tiene tanta gracia y está tan imposibilitado de andar, que es para la madre como si mirase á su hijo. La madre le sonríe, le besa y le habla. Se pregunta á sí misma si es posible que un pié sea tan pequeño, y aunque el niño esté ausente, le basta el zapatito para representarle á la dulce y frágil criatura: cree verle, le vé vivo, alegre y con las manos delicadas, con su cabeza redonda, con sus labios puros y con sus ojos serenos. Si es en el invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque al fuego; si es en el verano, rastrea por el patio, por el jardin, arranca la yerba entre las piedras, mira inocentemente los perros grandes y sin miedo los caballos grandes; juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero porque éste encuentra arena en los acirates y tierra en los andenes. Todo rie, todo brilla, todo juega alrededor de él. El zapatito hace ver todo esto á la madre y la derrite el corazon, como el fuego á la cera.

Pero cuando el niño se perdió, las imágenes de alegría, de hechizo y de ternura que se agolpaban á la vista del zapatito, se convierten en otras tantas imágenes horribles. El hermoso zapato bordado ya solo sirve de instrumento de tortura que martiriza el corazon de la madre. Siempre hace vibrar en ella la fibra más profunda y más sensible; pero en vez de ser para ella un ángel que la acaricie, es un demonio que la pincha.

Una mañana, mientras brillaba el sol de Mayo en uno de aquellos cielos en que colocaba Benvenuto Garofalo sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre-Roland ruido de ruedas, de caballos y de herraje en la plaza de la Grève. Poco llamó esto su atencion: anudóse los cabellos sobre las orejas para no oir, y volvióse á contemplar el objeto inanimado que estaba adorando ya quince años; el zapatito, que era para ella el universo: todos sus pensamientos estaban encerrados en él y no debian salir de allí hasta su muerte. Solo ha podido saber la sombría covacha de la Torre-Roland las amargas imprecaciones, las quejas lastimeras, las súplicas y los sollozos conque habia importunado al cielo; jamás presenció tanta desesperacion objeto tan lindo y gracioso. Aquella mañana parecia que su dolor era más violento que otras veces, y desde fuera se la oía lamentarse en voz

alta y monótona, que partia el corazon.

—Hija mia! exclamaba, ¡pobre y querida hija mia! Ya no te veré nunca! nunca! Todo ha concluido para mí! Me parece que me sucedió ayer. ¡Dios mio, Dios mio, para quitármela tan pronto valiera más no habérmela dado! ¡Fuí una miserable por haber salido aquel dia de casa! ¿Tan pecadora era, Señor, que no podíais echarme una mirada antes de condenarme? Dios mio! ahí está el zapato, pero el pié, dónde está? ¿Dónde está lo demás? ¿Dónde está la criatura? Hija mia! hija mia! ¿qué han hecho de tí? Señor, devolvédmela! Mis rodillas se han desollado rezándoos quince años; no os parece bastante? Volvédmela, un dia, una hora, un minuto, un solo minuto, Señor, y arrojadme luego al infierno por toda la eternidad! Si yo supiera encontrar el sitio por donde arrastra una punta de vuestro manto, me asiría á ella con entrambas manos y no tendríais más remedio que devolverme á mi hija. ¿No teneis piedad, Señor, de su primoroso zapatito? ¿Sois capaz de condenar á una madre á este suplicio de quince años? Santa Vírgen, Niño Jesús, me la quitaron, me la robaron, la devoraron en una pradera, han bebido su sangre y han masticado sus huesos; ¡tened piedad de mí! de mi hija! ¡yo quiero mi hija! ¡Dios mio, no me deis más que sal y pan negro con tal de que me devolvais á mi hija y que ella me caliente como un sol! Yo era una vil pecadora, pero mi hija me redimía; su amor me hizo volver al seno de la religion y yo os veia al trasluz de su sonrisa como por una abertura del cielo. ¡Que pueda una vez, una sola vez calzar este zapatito en su lindo y rosado pié y moriré, Vírgen Santa, bendiciéndoos! Quince años han pasado; ya seria una hermosa mujer... ¿Será cierto que no la veré ya nunca, ni en el cielo?... Porque yo, yo no iré á él... tengo aquí su zapatito y nada más!

La desdichada se arrojó sobre él, su consuelo y su desesperacion de tantos años, y la aniquilaban los sollozos como el primer dia; porque para la madre que perdió el hijo, todos los dias son el primero en que le perdió. Este dolor no envejece; el traje de luto se blanquea y se desgasta, pero el corazon siempre permanece negro.

Se oyeron en aquel momento frescas y alegres voces de muchachos que pasaban por delante de la celda. Cada vez que oia estas voces la pobre madre, se sepultaba en el ángulo más sombrío de su sepulcro, y parecia querer hundir la cabeza entre las piedras para no oirlas. Esta vez, por el contrario, se levantó con sobresalto y escuchó con ansiedad: uno de los muchachos acababa de decir:

—Hoy ahorcan á una gitana.

Corrió al oir esto á la ventana, que caia á la plaza de la Grève, y vió, en efecto, una escalera arrimada al patíbulo permanente y al maestro de las bajas obras que estaba arreglando las cadenas enmohecidas por la lluvia. Alrededor de la horca habia un grupo numeroso de público.

La alegre bandada de muchachos estaba ya lejos. La reclusa buscó con la vista alguno á quien poder preguntar. Inmediato á la covacha distinguió á un clérigo que aparentaba leer en el breviario público, pero que estaba menos atento al *atril de hierro enrejado* que al patíbulo, hácia el que lanzaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz. La reclusa reconoció al señor arcediano de Josas.

—Padre mio, le preguntó, ¿á quién van á ahorcar?

Miróla el sacerdote y no le respondió; ella repitió la pregunta: entonces aquel dijo:

—No lo sé.

—Han pasado por aquí unos niños diciendo que era una gitana, prosiguió la reclusa.

—Creo que sí, contestó el clérigo.

Entonces Paquita la Chantefleuri soltó una carcajada de hiena.

—Hermana, la preguntó el arcediano, aborreceis á las gitanas?

—Que si las aborrezco? exclamó la reclusa; ¿no he de aborrecerlas, si son vampiros y ladronas de criaturas? ¡Me han devorado á mi hija, mi única hija! ¡y ya no tengo corazon, porque ellas se lo han comido!

Diciendo esto la reclusa estaba espantosa; el sacerdote la contemplaba con frialdad.

—Existe una que yo aborrezco más que á todas y la he maldecido; es una jóven de la edad que tendria mi hija, si no me la hubieran devorado. Cada vez que esa vívora jóven pasa por aquí me revuelve la sangre.

—Pues bien, hermana, alegraos, le contestó el sacerdote, glacial como la estátua de un sepulcro; esa es la que vais á ver morir.

Claudio Frollo inclinó la cabeza sobre el pecho y se alejó lentamente.

La reclusa se torció los brazos de alegría y exclamó:

—Ya le predije que subiria al patíbulo. Gracias, sacerdote, gracias!

Púsose á pasear de prisa por detrás de las rejas de la ventana, espeluznada, con los ojos centelleantes, chocando en las paredes con los hombros, con el aspecto feroz de la fiera enjaulada que tiene hambre hace mucho tiempo y que conoce que se acerca la hora de que le den la comida.

## VI.

### Tres corazones de hombre muy diferentes.

Febo no habia muerto: los hombres de esa especie tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, dijo á la pobre Esmeralda: *Se muere*, fué por error ó por chanza; cuando el arcediano repitió á la acusada: *Ha muerto*, él no lo sabia, pero lo creia ó esperaba que esto sucediese: hubiese sido muy duro para él dar á la mujer que amaba buenas noticias de su rival; cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto.

Grave fué sin duda la herida de Febo, pero no tanto como se figuraba el arcediano; el boticario á cuya casa le transportaron en seguida los soldados de la ronda temió durante ocho dias que perdiese la vida, y hasta se lo dijo en latin; sin embargo, la fuerza de la juventud se sobrepuso á todo, cosa que con frecuencia sucede, y, á pesar de los pronósticos y diagnósticos, se empeñó en salvar al enfermo en las barbas del médico. Hallándose aun en la cama de casa del boticario sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisidores de la curia, lo que le aburrió sobremanera; así es que una mañana, encontrándose mucho mejor, dejó sus espuelas de oro en pago al farmacópeo y salió de su casa; esto, sin embargo, en nada interrumpió el curso del proceso. La justicia de entonces era poco escrupulosa en punto á limpieza y exactitud en una causa criminal; con tal de que el acusado fuese á la horca, se daba por satisfecha, y los jueces tenian ya bastantes pruebas contra Esmeralda: creian que Febo habia muerto y esto era suficiente. Febo no huyó muy lejos: se fué sencillamente á reunirse con su compañía, que estaba de guarnicion en Quene-en-Brie, en la isla de Francia, á pocas leguas de Paris.

A Febo no le acomodaba comparecer personalmente en el proceso, conociendo que debia hacer en él por fuerza ridícula figura. En realidad no sabia qué pensar de este asunto. Indevoto y supersticioso como todo soldado que solo es soldado, cuando examinaba en su conciencia esta aventura no estaba tranquilo respecto á la cabra, ni al modo extraño de haber conocido á Esmeralda, ni á la manera no menos extraña con que ella le habia dejado adivinar su amor, ni de su cualidad de gitana, ni, por último, del alma en pena del monje. Entreveia en esta historia más mágia que amor; esa mujer era para él una hechicera, quizás el diablo; creia que ese suceso habia sido una comedia ó, hablando en el lenguaje de aquella época, un misterio muy desagradable, en el que desempeñaba un papel desairado; el de los porrazos y de las rechiflas. El capitan estaba corrido, experimentando la especie de vergüenza que La Fontaine define admirablemente:

*Honteux comme un renard qu' une poule aurait pris* (1).

Creia además que estando él ausente no se haria público y su nombre apenas se pronunciaria, y que en todo caso no pasaria de las puertas de la Tournelle. En esto no se equivocaba: entonces no existia ninguna *Gaceta* de los tribunales, y como no se pasaba ninguna semana sin hacer hervir á un monedero falso, sin ahorcar á alguna bruja ni sin quemar á algun hereje en alguna de las innumerables *justicias* de Paris, las gentes se habian acostumbrado ya á ver en todas las calles de la capital á la decrépita Thémis Feudal, con los brazos desnudos y arremangada hasta los codos, ejercer su oficio en las horcas, en las escalas y en las picotas, y esto ya no les llamaba la atencion, ya no hacian caso de ello. El gran mundo de aquella época apenas sabia el nombre del reo que pasaba por la esquina de la calle; el populacho si acaso era el único que se regalaba con este manjar grosero. Una ejecucion era un incidente tan habitual en la plaza pública, como la tahona del panadero ó como la carnicería del carnicero. El verdugo solo era una especie de carnicero más encopetado que los demás.

No tardó, pues, Febo en tranquilizarse respecto á este asunto y respecto al resultado del proceso; pero apenas vió vacante por este lado su corazon, la

(1) Corrido como una zorra cautiva de una gallina.

imágen de Flor de Lis volvió á ocuparlo. El corazon de Febo, como la física de entonces, sentia horror al vacío. Por otra parte, en aquella época Quene-en-Brie era un sitio muy insípido, un poblacho de herradores y de vaqueras de manos desquebrajadas; era un largo cordon de casucas y de cabañas, que ceñía el camino real por uno y por otro lado.

Flor de Lis fué la penúltima pasion de Febo: era una hermosa jóven y tenia una gran dote; por lo que una mañana, estando ya el capitan curado y presumiendo con fundamento que dentro de dos meses el asunto de la gitana estaria ya concluido y olvidado, el enamorado caballero llegó caracoleando á la puerta de la casa Goudelaurier.

No hizo caso de la mucha gente que se apiñaba en la plaza del Atrio, delante de la portada de Nuestra Señora; se acordó de que estaba en el mes de Mayo y supuso que se reuniria por ver alguna procesion ó alguna fiesta; ató tranquilamente las riendas de su caballo á la argolla del pórtico y subió alegremente á casa de su hermosa prometida.

Esta estaba sola con su madre.

Flor de Lis no habia olvidado á la hechicera ni á su cabra, el alfabeto maldito ni las largas ausencias de Febo; pero cuando vió entrar al capitan, le encontró tan gallardo con uniforme tan nuevo, con bandolera tan reluciente y con aire tan apasionado, que se ruborizó de placer.

La noble doncella estaba tambien más hermosa que nunca; llevaba sus magníficos cabellos rubios trenzados con primor y vestia de color azul celeste, que tan bien sienta á las mujeres blancas, refinamiento que habia aprendido de Colomba; y además tenia los ojos empapados en la dulce languidez del amor, que todavía sienta mejor á esta clase de mujeres.

Febo, que no habia visto ninguna mujer hermosa despues que acostumbró su vista á los marimachos de Quene-en-Brie, quedó hechizado al volver á ver á Flor de Lis, lo que le dió una soltura tan galante y tan obsequiosa, que hicieron las paces á los pocos momentos. La misma noble viuda de Goudelaurier, sentada siempre maternalmente en su gran poltrona, no tuvo valor para reñir al oficial, y las reconvenciones de Flor de Lis terminaron en tiernos arrullos.

La jóven estaba sentada cerca de la ventana, bordando todavía la gruta de Neptuno; el capitan estaba apoyado en el respaldo de su silla, y ella le dirigia á media voz cariñosas reconvenciones.

—¿Puede saberse qué ha sido de vuestra merced durante dos meses cumplidos, mala pieza?

—Os juro, respondió Febo, algo confuso al oir esa pregunta, que estais tan hermosa que sois capaz de trastornar la cabeza á un arzobispo.

Flor de Lis se sonrió.

—Dejad á un lado mi hermosura y respondedme: ¿qué os habeis hecho esos dos meses?

—Pues bien; he estado de guarnicion con mi compañía.

—En dónde? ¿Por qué no vinísteis á despediros de mí?

—En Quene-en-Brie.

Febo veia con gusto que la primera pregunta le ayudaba á esquivar la segunda.

—Pues eso está muy cerca; ¿cómo no habeis venido á verme ni una sola vez?

Esta pregunta embarazó verdaderamente al capitan.

—Pues... no pude... el servicio... y despues estuve enfermo.

—Enfermo? preguntó ella asustada.

—Sí... herido.

—Herido!

La pobre niña estaba sobresaltada.

—No os asusteis por eso, contestó con indiferencia Febo; no fué nada... una riña... una estocada... eso no debe importaros.

—Que no debe importarme? exclamó Flor de Lis, levantando sus hermosos ojos llenos de lágrimas. No decís lo que pensais al hablarme de ese modo; ¿por qué fué esa estocada? quiero saberlo.

—Pues bien; he tenido una camorra con Mahé Fedy, el teniente de San German, en Laya, y ambos nos hemos descosido algunas pulgadas de pellejo. Eso es todo.

El mentiroso capitan sabia muy bien que un lance de honor realza siempre al hombre ante la mujer; y, en efecto, Flor de Lis le miraba fijamente, conmovida de miedo, de placer y de admiracion; sin embargo, no estaba completamente tranquila.

—Si estais completamente curado me tranquilizaré. No conozco á ese teniente, pero debe ser un pícaro. ¿Por qué fué la riña?

Al oir esto, Febo, cuya imaginacion era poco fecunda, no sabia cómo justificar la proeza que inventó.

—Qué sé yo! por nada... por unas palabras... por un caballo... ¿Sabreis de-

cirme por qué hay tanto ruido en la plaza del Atrio? preguntó en seguida por cambiar la conversacion.

Acercóse Febo á la ventana y dijo:

—Venid, Flor de Lis, y vereis cuánta gente se ha reunido en la plaza.

—Me parece, contestó ésta, que es por ver á una hechicera que vá hoy á retractarse públicamente delante de la iglesia, y que despues vá á ser ahorcada.

Tan completamente olvidado creia ya el capitan el proceso de la Esmeralda, que apenas hizo alto en las palabras de Flor de Lis; sin embargo, la dirigió una ó dos preguntas.

—Cómo se llama esa hechicera?

—No lo sé.

—Qué crímen ha cometido?

Flor de Lis se encogió de hombros y dijo:

—No lo sé.

—Jesús! Jesús! dijo la noble viuda; hay tantos hechiceros en estos tiempos, que creo que los queman sin saber siquiera sus nombres, porque eso equivaldria á querer saber el nombre de cada nube del cielo. Pero eso no importa, porque Dios ya lo sabe.

La noble viuda se levantó y se asomó tambien á la ventana.

—Teneis razon, Febo; hay tanta gente que hasta se aglomera encima de los techos. Esto me recuerda mis floridos años. En la entrada del rey Cárlos VII habia tanta gente como ahora. Cuando os hablo de esas cosas os parecen viejas y á mí me parecen nuevas. Otra gente era aquella, mejor que la de ahora. Habia en dicha entrada gente hasta sobre las buhardas de la puerta de San Antonio. El rey llevaba á la reina á la grupa, y despues de los altezas seguian todas las señoras. Recuerdo que se reian mucho, que al lado de Amanzon de Galarde, que era muy bajito, iba el señor Matefelon, que era de estatura gigantesca. Era espectáculo muy hermoso ver en procesion á todos los gentiles-hombres de Francia con sus oriflamas encarnadas; los habia de pendon y de bandera. El señor de Calau era de pendon; Juan de Chateaumorant de bandera; el señor de Concy llevaba la bandera más grande que todas, exceptuando la del duque de Borbon. Ay! ¡es triste pensar que todo eso ha existido y que no existe ya!

Los dos enamorados no oian á la respetable viuda. Febo habia vuelto á apoyarse de codos sobre el respaldo de la silla de su prometida, puesto precioso, desde el que su mirada libertina penetraba por todas las aberturas de la gorguera de Flor de Lis. Dicha gorguera se abria tan á propósito, y dejaba ver tantas cosas exquisitas, y dejaba adivinar otras tantas, que Febo, deslumbrado al ver aquel cutis, que reflejaba como el raso, se decia á sí mismo: ¿Cómo se puede amar á una mujer que no sea blanca?

Los dos amantes guardaban silencio; la niña levantaba hasta él los ojos apasionados y dulces, y sus cabellos se confundian con un rayo de sol de la primavera.

—Febo, dijo de pronto Flor de Lis, dentro de tres meses nos casaremos; juradme que no habeis amado á ninguna otra mujer.

—Os lo juro, ángel mio, respondió el capitan, y su mirada apasionada se unia al acento sincero de su voz para convencer á Flor de Lis, y él se creia á sí mismo quizás en este momento.

Entre tanto, la noble viuda, encantada de ver á los prometidos en tan buena inteligencia, acababa de salir de la cámara obligada por una tarea doméstica. Febo se apercibió de ello, y tanto alentó la soledad en que quedaban al aventurero capitan, que le ocurrieron ideas muy extrañas. Flor de Lis le amaba, era su prometida y estaba sola con él; el antiguo amor que la doncella noble le inspirara habia renacido en él, no con toda su frescura, pero sí con todo su ardor, y al fin y al cabo no es un gran crímen comerse cada cual su trigo en flor... no sé si le ocurrieron estas ideas; lo cierto es que Flor de Lis quedó aterrada de repente al ver la expresion de sus miradas. La jóven miró á su alrededor y no encontró á su madre.

—¡Dios mio, dijo sofocada é inquieta, tengo mucho calor!

—Creo que falta poco para el medio dia, le contestó Febo; el sol es ya molesto; corramos las cortinas.

—No, no, exclamó la jóven; por el contrario, tengo necesidad de tomar el aire.

Como cierva que siente los ladridos de los perros de caza, púsose en pié y corrió á la ventana, abrióla y se salió al balcon.

Febo, aunque contrariado, la siguió.

La plaza del Atrio de Nuestra Señora, sobre la que caia el balcon, como ya sabemos, presentaba en aquel momento espectáculo tan singular y tan siniestro, que hizo cambiar bruscamente de

naturaleza el terror de la tímida Flor de Lis.

Inmenso gentío que refluia de todas las calles adyacentes llenaba por completo dicha plaza: la pequeña pared que rodeaba el Atrio no hubiera bastado para mantenerle expedito á no guarnecerla una doble fila de alabarderos y de arcabuceros con culebrinas en las manos; merced á aquel bosque de picas y de arcabuces estaba el Atrio vacío. Defendian además su entrada un grupo de alabarderos que ostentaban las armas del obispo. Estaban cerradas las anchas puertas de la iglesia, contrastando con las innumerables ventanas de la plaza, que estaban abiertas hasta las buhardillas y dejaban ver millares de cabezas apiñadas, con corta diferencia como los montones de balas en un parque de artillería.

La superficie de aquel gentío era gris, sucia y terrosa: el espectáculo que esperaba era de aquellos que gozan del privilegio de extraer y de atraer la parte más inmunda de la poblacion. Nada era tan asqueroso como el rumor que se exhalaba de aquel hacinamiento de cofias amarillas y cabelleras mugrientas: en esa multitud habia más risas que gritos, más hombres que mujeres.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

De vez en cuando alguna voz ágria sobresalia entre el clamor general.

—Eh! Mahieta, van á ahorcarla aquí?

—Imbécil! aquí vá á retractarse públicamente en camisa; esta retractacion se hace siempre á medio dia. Si quieres verla ahorcar vete á la plaza de la Grève.

—Despues iré.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Eh! decidme, amiga mia, ¿es verdad que no se ha querido confesar?

—Parece que no ha querido.

—Pícara pagana!

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Caballero, esa es la costumbre. El baile del Palacio tiene obligacion de entregar la persona del malhechor, ya juzgado, para que se le ejecute, si es lego, al preboste de Paris, y si es eclesiástico, á la curia del obispado.

—Gracias, caballero.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Oh, Dios mio! decia Flor de Lis, ¡pobre criatura!

Este pensamiento entristecia sus miradas, que dirigia hácia la muchedumbre; el capitan, que se ocupaba más de ella que del gentío, manoseaba cariñosamente por detrás la cintura de su prometida. Volvióse ésta con ademan risueño y suplicante, y le dijo:

—Por favor, Febo, dejadme! si entra mi madre verá vuestra mano.

En este momento dieron lentamente las doce en el reloj de Nuestra Señora. Un murmullo de satisfaccion se escapó de la multitud. Se habia extinguido apenas la última vibracion de la duodécima campanada, cuando empezaron á agitarse todas las cabezas, como las olas á impulsos de un huracan, y clamor inmenso se alzó en el suelo, en las ventanas y en los techos:—Ya está aquí.

Flor de Lis se cubrió la cara con las manos para no ver.

—Quereis que nos vayamos dentro? le preguntó Febo.

—No, respondió ella, y los ojos que el miedo cerrara volvió á abrirlos la curiosidad.

Un carreton tirado por un robusto rocin normando y escoltado por caballería cuyos ginetes vestian uniforme morado, que ostentaba cruces blancas, acababa de entrar en la plaza por la calle de San Pedro. Algunas patrullas de la ronda le abrian paso á latigazos. Caracoleaban al lado del carreton algunos oficiales de justicia y de policía, que eran conocidos por el traje negro y por la manera torpe de montar; iba al frente de ellos maese Jaime Charmolue. En el funesto carruaje iba sentada una jóven, con los brazos atados á la espalda, y que no llevaba sacerdote á su lado. Iba en camisa, sus largos cabellos negros (que era costumbre entonces de no cortarlos hasta el pié del patíbulo) caian esparcidos sobre su garganta y sobre sus hombros medio descubiertos. Al través de su ondulosa cabellera, más luciente que plumaje de cuervo, se veia retorcida y anudada una cuerda gruesa y rugosa, que desollaba sus delicados hombros y se enroscaba alrededor del lindo cuello de la desventurada jóven como un gusano sobre una flor; por debajo de la cuerda resplandecia un pequeño amuleto recamado de cuentas de vidrio verde, que le dejaron sin duda que llevara consigo, porque no se rehusa nada á los que van á morir. Los espectadores colocados en las ventanas podian descubrir en el fondo del carreton sus desnudas piernas, que ella trataba de ocultar, como por el último instinto de mujer. Á sus piés iba tendida una cabra agarrotada; sostenia la víctima con los dientes su camisa mal

prendida, como si hasta en su fatal situacion sufriese al verse expuesta medio desnuda á las miradas de la muchedumbre. No ha nacido el pudor para padecer tan crueles sobresaltos.

—Jesús! dijo Flor de Lis con viveza al capitan; mirad, Febo, mirad... Es aquella maldita gitana de la cabra.

Hablando así, se volvió hácia el capitan; éste tenia los ojos clavados en el carreton y estaba sumamente pálido.

—Qué gitana de la cabra? preguntó balbuceando.

—Cómo! contestó Flor de Lis; ¿no os acordais ya?...

—No sé lo que quereis decir, contestó Febo.

Y dió un paso para entrar en la sala; pero Flor de Lis, que estuvo en otra ocasion tan celosa de aquella gitana, volvió á sentir acaso los mismos celos y miró al militar con penetracion y con desconfianza; en aquel momento recordó vagamente que oyó hablar de un capitan que intervino en el proceso de esa gitana.

—Qué teneis? preguntó á Febo; parece que os ha turbado esa mujer.

Febo se esforzó por aparentar indiferencia.

—A mí?... nada de eso!...

—Entonces quedaos en el balcon; aquí, á mi lado, y veamos hasta el fin.

No tuvo el capitan más remedio que complacer á su prometida: lo que le tenia algo tranquilo era que la sentenciada no apartaba los ojos del suelo del carreton. En el último escalon del oprobio y de la desgracia, Esmeralda estaba todavía hermosa; sus rasgados ojos negros parecian más grandes aun, á causa de tener hundidas las mejillas; su perfil lívido era puro y sublime. Desde lo que era á lo que fué habia la diferencia que hay de una vírgen de Masaccio á una vírgen de Rafael; era ahora más débil, más aérea, más flaca.

Por lo demás, en ella todo, menos el pudor, parecia abandonado á la casualidad; ¡tanto habian marchitado su alma el delirio y la desesperacion! Su cuerpo se bamboleaba á cada vaiven del carreton, como cosa muerta ó hecha pedazos; su mirada era sombría y extraviada; veíase aun una lágrima en su pupila, pero inmóvil y, por decirlo así, helada.

Atravesó la lúgubre cabalgata por el gentío, entre gritos de alegría y clamores diversos. Debemos decir, sin embargo, si hemos de ser fieles historiadores, que al verla tan hermosa y tan desdichada se conmovieron de lástima hasta los corazones más duros.

En carreton entró en el átrio: se paró en la portada central, y la escolta se formó en batalla en dos filas. Calló la numerosa multitud, y en medio de aquel silencio, lleno de angustia y de solemnidad, giraron las dos hojas de la gran portada, como por sí mismas, sobre sus goznes, que rechinaron como un pífano. Vióse entonces en larga perspectiva la profunda iglesia, enlutada con paños funerales, apenas iluminada por algunos cirios, que brillaban á lo lejos en el altar mayor. En lo más hondo de ella, en la sombra de la ábside, se entreveia gigantesca cruz de plata, destacándose sobre un paño negro, que caia desde la bóveda hasta el pavimento. La nave estaba desierta; veíanse, sin embargo, moverse las cabezas de algunos sacerdotes en las lejanas sillas del coro: en el momento en que se abrió la puerta principal, salió de la iglesia el canto grave, monótono y sonoro que arrojaba á bocanadas sobre la cabeza de la víctima fragmentos de salmos lúgubres.

“..... *Non timebo millia populi circumdantis me. Exsurge, Domine; salvum me fac, Deus!*

„..... *Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam.*

„*Infixus sum in limo profundi; et non est substantia.*„

Al mismo tiempo una voz aislada del coro entonaba sobre las gradas del altar mayor este melancólico ofertorio:

“..... *Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam æternam et in judicium non venit; sed transit á morte in vitam.*„

Ese canto, que entonaban algunos ancianos perdidos en la oscuridad y que dirigian desde lejos á aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, que acariciaba el aire suave de la primavera y que alumbraba el sol, era la misa de los difuntos.

El pueblo la oia con devocion.

La desdichada, llena de terror, parecia perder la vista y las ideas en las oscuras entrañas de la iglesia. Sus labios blancos se movian como si rezase, y cuando el criado del verdugo se le acercó para ayudarla á bajar del carreton, oyó que ésta repetia el nombre de *Febo*.

La desataron las manos y la hicieron bajar, acompañada de la cabra, que habian desatado tambien y que balaba de alegría al verse libre; obligaron á la jó-

ven á andar descalza por el duro empedrado hasta el pié de las gradas del frontispicio. La cuerda que llevaba al cuello iba arrastrando detrás de ella, como culebra que la seguia.

Cesó entonces el canto de la iglesia: una gran cruz de oro y dos filas de cirios se pusieron en movimiento en las tinieblas; oyéronse sonar las alabardas de los pertigueros, y poco despues se desplegó ante la vista de la sentenciada y del público una larga procesion de presbíteros con casullas y de diáconos con dalmáticas, que se acercaba á la víctima gravemente y salmodiando: los ojos de ésta se fijaron en el que iba á la cabeza, inmediatamente despues del que llevaba la cruz.

—Oh, exclamó en voz baja y extremeciéndose; él es! ¡siempre el mismo sacerdote!

Era efectivamente el arcediano; llevaba el sochantre á la izquierda y á la derecha el chantre, armado con la vara de su oficio. Avanzaba con la cabeza echada hácia atrás, con los ojos inmóviles y abiertos y cantando con voz sonora.

*"De ventre inferi clamavi, et exaudisti vocem meam.*

*„Et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumde dit me.„*

Cuando el arcediano salió á la luz bajo la alta portada ojiva, cubierto con pesada capa pluvial de plata listada por una gran cruz negra, estaba tan pálido, que pareció á muchos que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las losas sepulcrales del coro, que se habia puesto en pié y que salia á recibir al borde de la tumba á la que iba á morir.

Esmeralda, que estaba tan pálida como él y que parecia otra estátua, apenas advirtió que le pusieron en la mano un enorme cirio amarillo encendido, ni oyó la voz chillona del escribano que le leia el texto de la pública retractacion, y cuando la dijeron que respondiera *Amén*, respondió: *Amén*. Fué necesario, para que recobrase vida y fuerza, que viese al sacerdote hacer señal á los que la custodiaban para que se alejasen y que se acercara solo hasta ella.

Sintió entonces hervir la sangre en la cabeza, y un resto de indignacion encendió aquella alma, ya embotada y fria.

El arcediano se aproximó á Esmeralda, y vió ésta que hasta en su deplorable estado paseaba él por su desnudez las miradas chispeantes de lujuria, de celos y de deseos. Despues le dijo en alta voz:

—Jóven sentenciada, ¿habeis pedido perdon á Dios de vuestras culpas y delitos? Mientras los espectadores creian que estaba recibiendo su confesion, en voz baja la dijo:—Quieres ser mia? Aun puedo salvarte.

Ella le miró de hito en hito y le contestó:

—Vete, demonio, vete ó te denuncio!

Sonriendo con sonrisa horrible exclamó:

—No te creerán, y añadirias el escándalo al crímen. Responde pronto; quieres ser mia?

—Qué es de mi Febo? le preguntó.

—Ha muerto.

Al decir esto Claudio Frollo, levantó maquinalmente la cabeza y vió al otro extremo de la plaza al capitan, en el balcon de la casa Goudelaurier, que estaba hablando con Flor de Lis.

Vaciló el arcediano sobre sus rodillas, se pasó la mano por los ojos, miró otra vez, murmuró una maldicion y todas sus facciones se contrajeron violentamente.

—Pues bien, muere. Y luego añadió entre dientes: Nadie te poseerá!

Levantó entonces la mano sobre la cabeza de la gitana y gritó con voz fúnebre:—*¡Y nunc, anima anceps, et sit tibi Deus misericors!*

Tal era la terrible fórmula con que terminaban estas sombrías ceremonias: esta era la señal que el sacerdote hacia al verdugo.

El público se arrodilló.

—*Kyrie eleison*, dijeron los sacerdotes, inmóviles bajo la ojiva de la portada.

—*Kyrie eleison*, repitió la muchedumbre, con aquel rumor que recorre todas las cabezas, como el sordo murmullo de un mar alborotado.

—*Amén*, dijo el arcediano.

Volvió éste las espaldas á la sentenciada, inclinó la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos y se unió á la comitiva de sacerdotes; un momento despues se le vió desaparecer, lo mismo que á la cruz, los cirios y las capas pluviales, en las nebulosas galerías de la Catedral, y su voz sonora se iba extinguiendo por grados en el coro, entonando este versículo de desesperacion:

*"..... ¡Omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt!„*

Al mismo tiempo el choque intermitente de las ferradas astas de las alabardas de los pertigueros, extinguiéndose

lentamente por entre los intercolumnios de la nave, parecia la campana de un reloj anunciando la última hora de la víctima.

Las puertas de Nuestra Señora permanecieron abiertas, dejando ver la iglesia vacía, triste y enlutada, sin cirios y sin voz.

La sentenciada estaba inmóvil en su sitio esperando que dispusiesen de ella, y fué preciso que uno de los maceros avisase á maese Charmolue, que durante esta escena estaba estudiando el bajo-relieve de la portada principal que representa el sacrificio de Abraham, segun unos, y segun otros, la operacion filosofal, representando el ángel al sol, el haz de leña el fuego y Abraham el artesano.

Con dificultad le separaron de su estudio, pero al fin lo consiguieron; volvióse é hizo señal á dos hombres vestidos de amarillo, los criados del verdugo, que se aproximaron á la gitana y la ataron las manos.

La desventurada jóven, en el momento de volver á subir al fatal carreton y de encaminarse á su última estacion, sintióse acometida tal vez del amargo dolor de perder la vida. Levantó los ojos hácia el cielo, hácia el sol, hácia las nubes de plata, recortadas aquí y allá en trapecios y triángulos azules; luego tendió la vista al suelo, sobre la gente y sobre las casas. De repente, mientras el hombre amarillo le ataba los codos, lanzó la infeliz un grito terrible, un grito de alegría. En un balcon, á lo lejos, en un ángulo de la plaza, acababa de ver á su amado, á su señor, á Febo! El juez la engañó, el sacerdote la habia mentido; era él, no podia dudarlo; allí estaba hermoso, vivo, con su brillante uniforme, con la pluma en la cabeza y la espada en la cintura.

—Febo! gritó, Febo mio!

Quiso tender hácia él sus amantes brazos, sin pensar la infeliz en que los tenia atados: vió que el capitan arrugaba el entrecejo á una hermosa jóven que se apoyaba en él y que le miraba con ojos irritados y con labios desdeñosos; Febo pronunció en seguida algunas palabras, que ella no pudo oir, y ambos desaparecieron precipitadamente detrás de las vidrieras del balcon, que se cerró.

—Febo, ¿es posible que tú tambien lo creas?...

Acababa de acometerla un pensamiento monstruoso, al acordarse de que la condenaron por el asesinato del capitan Febo de Chateaupers; todo lo habia resistido hasta entonces, pero este último golpe era demasiado violento y la infeliz cayó exánime sobre el empedrado.

—Vamos, transportadla al carreton y concluyamos, dijo maese Jaime Charmolue.

Nadie se habia fijado en que en la galería de las estátuas de los reyes, esculpida encima de las ojivas de la portada, habia un espectador que examinaba cuanto habia sucedido, con tal impasibilidad, con el cuello tan tendido, con el rostro tan deforme, que á no ser por el traje, mitad rojo y mitad morado, se le hubiera podido tomar por uno de aquellos mónstruos de piedra, por cuyas abiertas fauces desaguan hace seiscientos años las largas canales de la Catedral. Nada pasó desapercibido para aquel espectador de cuanto habia pasado desde las doce delante de la portada de Nuestra Señora. Desde los primeros momentos, sin que ninguno le observara, ató fuertemente á una de las columnitas de la galería una récia maroma con nudos, cuyo cabo caia hasta la escalinata exterior del edificio. Hecho esto, se puso á mirar tranquilamente y á silbar cuando pasaba por delante de él algun mirlo.

De repente, en el instante en que los criados del verdugo se preparaban á ejecutar la flemática órden de Charmolue, saltó la balaustrada de la galería dicho espectador; asióse á la cuerda con los piés, con las rodillas y con las manos, y se escurrió á lo largo de la fachada, como una gota de lluvia que se desliza por una vidriera; corrió hácia los dos criados del verdugo, con la celeridad del gato que cae de un tejado; los derribó al suelo con la enorme fuerza de sus puños; levantó del suelo á la gitana con una mano, como quien coge una muñeca, y volvió de un salto hasta la Catedral, alzando á la jóven por encima de la cabeza y gritando con voz formidable:—*Asilo!*

Pasó todo esto con tal rapidez, que si hubiese sido de noche se hubiera podido ver todo á la luz de un solo relámpago.

—Asilo! asilo! gritó la muchedumbre, y diez mil palmoteos hicieron centellear de alegría y de orgullo el ojo único de Quasimodo.

Este sacudimiento hizo que la sentenciada volviese en sí. Abrió los párpados y vió á Quasimodo; luego volvió á cerrarlos de repente, como asustada de su libertador.

Charmolue quedó atónito, así como

los verdugos y toda la escolta; porque en efecto, en el recinto de Nuestra Señora, la sentenciada era inviolable; la Catedral era un sitio de refugio y la justicia humana expiraba en sus umbrales.

Paróse Quasimodo bajo la portada principal: sus anchos piés se apoyaban con tanta solidez sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos; su enorme cabeza crespa se hundia entre los hombros, como la de los leones, que como él tienen melena, pero carecen de cuello. Sostenia á la jóven palpitante, suspendida de sus manos callosas como una colgadura blanca; pero la llevaba con tanta precaucion como si temiese romperla ó marchitarla; comprendia que era cosa delicada, exquisita, preciosa, creada para otras manos que no fuesen las suyas, y no osaba tocarla, ni con su aliento. Despues, de pronto, la apretaba estrechamente en sus brazos contra su pecho anguloso, como si fuese su bien, su tesoro, como lo hubiera hecho la madre de la jóven; su ojo de gnomo, inclinado hácia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de compasion, y lo levantaba súbitamente lleno de relámpagos; entonces las mujeres lloraban y reian, la muchedumbre hervia en entusiasmo, porque en esos momentos adquiria Quasimodo su belleza particular. Aquel huérfano, aquel expósito, aquella escoria, sentíase augusto y fuerte y miraba de frente á aquella sociedad, á aquella sociedad que le desterraba de su seno y en la que intervenia tan poderosamente la justicia humana, á la que acababa de arrancar la presa; miraba cara á cara á todos aquellos tigres obligados á mascar en el vacío, á aquellos esbirros, á aquellos jueces, á aquellos verdugos y á toda aquella fuerza del rey, que él acababa de quebrantar con la fuerza de Dios.

Además, era espectáculo verdaderamente patético el que producia aquella proteccion con que amparaba un sér deforme á un sér desgraciado, una mujer condenada á muerte salvada por Quasimodo. Eran las dos miserias extremas: la de la naturaleza y la de la sociedad, que se tocaban y que se protegian mútuamente.

Despues de gozar algunos momentos de su triunfo, Quasimodo se internó bruscamente en la iglesia con su preciosa carga. El pueblo, al que las proezas entusiasman, le buscaba con la vista por debajo de la oscura nave, lamentando que se hubiera sustraido tan pronto á sus aclamaciones. De repente se le vió reaparecer en una de las extremidades de la galería de los reyes de Francia; la atravesó corriendo como un insensato, levantando con los brazos su conquista y gritando:—Asilo!

El gentío prorumpió otra vez en aplausos. Despues de recorrer la galería volvió á internarse en la iglesia. Un momento despues se le vió en la plataforma superior, llevando siempre á la gitana, corriendo con locura y gritando:—Asilo!

Hizo, por fin, una tercera aparicion sobre la cima de la campana mayor, desde donde mostraba con orgullo á todo Paris la víctima que acababa de salvar; y su voz tonante, aquella voz que se oia rara vez, repitió tres veces con frenesí:

—Asilo! asilo! asilo!

—Bien, bien, bravo! gritaba el público; y esta inmensa aclamacion llenaba de asombro á la multitud de la otra orilla del rio, á la turba de la plaza de la Grève y á la reclusa, que estaba esperando la ejecucion con los ojos fijos en la horca.

# LIBRO NOVENO

## I.

### Fiebre.

No estaba ya en la Catedral Claudio Frollo cuando su hijo adoptivo cortó tan bruscamente la red fatal en la que el desgraciado arcediano habia cogido á la gitana y se habia prendido él mismo. Cuando entró en la sacristía se arrancó el alba, la capa pluvial y la estola, tirándoselas al bedel, estupefacto, y se escapó por la puerta secreta del claustro: mandó á un barquero que le trasladase á la orilla izquierda del Sena y se internó en las tortuosas calles de la Universidad, sin saber dónde ir, encontrando á cada paso grupos de hombres y de mujeres que iban de prisa y alegres hácia el puente de San Miguel, con la esperanza de llegar á tiempo de ver ahorcar á la gitana; el arcediano andaba apresuradamente por las calles, lívido, ciego y más sombrío y más atolondrado que una ave nocturna perseguida en la mitad del dia por una turba de muchachos. Ni sabia dónde estaba, ni si soñaba ó estaba despierto; andaba,

volvia, corria, tomando cualquier calle por casualidad, sin elegir, pero huyendo siempre de la plaza de la Grève, que sentia confusamente detrás de él.

Pasó así la montaña de Santa Genoveva y salió al fin de la Ciudad por la puerta de San Víctor. Continuó, sin embargo, huyendo mientras alcanzó á ver al volverse el recinto de las torres de la Universidad y los escasos edificios del arrabal; pero cuando una montuosidad del terreno le ocultó enteramente el odioso Paris, cuando se creyó á cien leguas de él y en los campos y en un desierto, se paró, pareciéndole que entonces empezaba á respirar.

Entonces se agolparon á su espíritu ideas horrorosas: vió entonces con claridad el fondo de su alma y se estremeció. Pensó en la desgraciada jóven que él habia perdido, perdiéndose tambien con ella; recorrió con mirada feroz el doble camino tortuoso que la fatalidad hizo seguir á sus dos destinos, hasta el punto de interseccion en que ella los estrelló despiadadamente el uno contra el otro. Pensó en la locura de los votos eternos, en la vanidad de la castidad, de la ciencia, de la religion, de la virtud, en la inutilidad de Dios. Se abandonó con deleite á los malos pensamientos, y á medida que se hundia más en ellos, sentia resonar dentro de sí mismo la risa de Satanás.

Profundizando su alma, vió que ancho sitio habia preparado en ella la naturaleza para las pasiones, y se sonrió más amargamente todavía. Removió en el fondo de su corazon todo su ódio y toda su maldad, y reconoció, con la fria mirada del médico que inspecciona al enfermo, que aquel ódio y aquella maldad los constituia el amor viciado; que el amor, fuente de todas las virtudes en el corazon del hombre, se convertia en cosa horrible en el corazon del sacerdote, se hacia demonio. Rióse espantosamente y de pronto tornóse pálido al considerar el lado siniestro de su fatal pasion, aquel amor corrosivo, venenoso é implacable, que conducia á ella á la horca y á él al infierno.

Despues le volvió á acometer la risa al pensar que Febo vivia, que despues de todo estaba alegre y contento, llevaba más lindo uniforme que nunca, y tenia otra querida que llevaba á ver ahorcar á la anterior. Su risa se aumentó al reflexionar que, de los séres vivos cuya muerte deseara, la gitana era la única criatura á la que no aborrecia y era tambien la única que habia muerto.

Su pensamiento pasó del capitan al pueblo, y ardió en celos de una clase inaudita; pensó que el público, todo el público habia tenido ante sus ojos en camisa, casi desnuda, á la mujer que él adoraba. Se retorció los brazos pensando que aquella mujer, cuyas formas él solo vislumbraba en la oscuridad, hubiera sido para él la suprema dicha, se habia visto abandonada en pleno dia á todo un pueblo, vestida como para una noche de deleite. Lloró de rabia al considerar todos aquellos misterios del amor desnudos, profanados y deshonrados para siempre. Lloró de rabia al figurarse la multitud de miradas inmundas que se habian saciado en aquella camisa mal prendida, y al reflexionar que aquella hermosa jóven, aquel lirio vírgen, aquella copa de pudor y de delicias, á la que solo se hubiera atrevido á acercar los labios, temblando, acababa de transformarse en una especie de barreño público, en el que la hez del populacho de Paris, los mendigos y los ladrones habian acudido á beber todos juntos un placer inmundo, estragado é infame.

Cuando trataba de formarse la idea de la dicha que hubiera podido gozar en el mundo si ella no hubiese nacido gitana y él no hubiera sido sacerdote; si Febo no hubiera existido, ó si ella no le hubiese amado; cuando pensaba que pudiera haber gozado una existencia serena en el seno del amor, como la disfrutaban en aquellos momentos en todas las latitudes del mundo parejas felices, abandonadas á largas pláticas bajo los naranjos, á las márgenes de los arroyos, á la vista de un sol Poniente ó de una noche estrellada, su corazon se fundia en ternura y se encolerizaba de desesperacion.

Oh! ella! Ser de ella! Esta idea fija, que se renovaba sin cesar, le despedazaba, le mordia el cerebro y le desgarraba las entrañas. Ni le pesaba, ni se arrepentia de lo que habia hecho, pues se encontraba con bríos para repetirlo; preferia verla en manos del verdugo á verla en los brazos del capitan; pero sufria tanto, que algunas veces se arrancaba puñados de cabellos para ver si encanecian.

Hubo un momento en que le ocurrió que quizás en aquel mismo instante la horrorosa cadena que vió por la mañana, acaso apretaba su nudo de hierro alre-

dedor del cuello delicado y blando de Esmeralda. Este pensamiento le hizo brotar sudor por todos los poros.

Hubo otro momento en el que, riéndose diabólicamente de sí mismo, se le representó Esmeralda como la vió el primer dia, viva, indiferente, gozosa, ataviada y aérea, y se le representó á la par la Esmeralda del último dia, en camisa, con la cuerda al cuello, subiendo con lentitud con los piés descalzos la escalera angulosa del patíbulo. Con tan vivos colores vió representarse su imaginacion este doble cuadro, que le hizo lanzar un grito terrible.

Mientras este huracan de desesperacion le trastornaba y enloquecia, miró la naturaleza que le rodeaba. A sus piés algunas gallinas picoteaban en la yerba; escarabajos esmaltados corrian hácia el sol; encima de su cabeza algunos grupos de nubes grises se deslizaban por un cielo azul; en el horizonte la aguja de la abadía de San Víctor se erguia sobre la curva pendiente de su obelisco de pizarra, y el molinero de la colina Coppeaux miraba silbando girar las aspas trabajadoras de su molino. La vida activa, organizada y serena, reproducida á su alrededor bajo mil formas, le hacia daño, y huyó otra vez.

Huyó corriendo por los campos hasta la caida de la tarde. Esta huida de la naturaleza, de la vida, de sí mismo, del hombre, de Dios y de todo, le duró un dia entero. Algunas veces se tiraba al suelo boca abajo, y arrancaba con las uñas verdes trigos; algunas veces se paraba en la calle de una aldea desierta, y sus pensamientos eran tan insoportables, que se agarraba la cabeza con las dos manos y queria arrancársela de los hombros, para hacerla pedazos contra las piedras.

Al ponerse el sol se examinó á sí mismo y vió que casi estaba loco. La tempestad que duraba en él desde el instante en que perdió la esperanza y la voluntad de salvar á la gitana, no dejó en su conciencia ni una sola idea sana, ni un solo pensamiento recto. Su razon yacía postrada, casi destruida. No quedaban ya en su mente más que dos imágenes distintas: la Esmeralda y la horca; todo lo demás estaba oscuro en ella. Aquellas dos imágenes reunidas le representaban un grupo espantoso, y cuanto más fijaba en ese grupo la escasa atencion de que era capaz, más las veia crecer en progresion fantasmagórica: á la una en gracia, en luz, en hermosura, y á la otra en horror; de modo que al fin Esmeralda se le aparecia como una estrella, y la horca como un enorme brazo descarnado.

Era cosa chocante que durante toda esa horrible tortura no pensase sériamente en morir. El arcediano era así; amaba la vida, porque acaso detrás de ella veia realmente el infierno.

Entre tanto el dia continuaba declinando. El sér viviente que existia aun en él pensó confusamente en la vuelta. Creíase lejos de Paris, pero al orientarse vió que solo dió una vuelta al recinto de la Universidad. La flecha de San Sulpicio y las tres elevadas agujas de Saint-Germain-des-Prés sobresalian á su derecha, en el horizonte, y Claudio Frollo se dirigió hácia dicha parte. Cuando oyó el *quién vive!* de los hombres de armas del abad en la almenada circunvalacion de San German, torció el camino, tomó un sendero que se le presentó entre el molino de la Abadía y el hospital del villorrio, y al cabo de algunos instantes se halló á la entrada del Pré-aux-clercs (Prado de los clérigos). Ese prado era célebre por los desórdenes que en él se prolongaban dia y noche, lo que le constituia en verdadera hidra de los monjes de San German: *quod monachis Sancti Germani pratensis hydra fuit clericis nova semper dissidionum capita suscitantibus*. El arcediano temió encontrar gente allí, y le causaba miedo cualquier semblante humano; evitó la Universidad y la aldea de San German, no queriendo entrar por las calles hasta lo más tarde posible. Siguió, pues, el Pré-aux-clercs, tomó el sendero desierto que le separaba de Dieu-Neuf y llegó al fin á la orilla del rio. Allí Dom Claudio encontró un barquero que por pocos dineros parisíes le hizo subir la corriente del Sena hasta la punta de la Cité, y le dejó en aquella lengua de tierra abandonada, en la que los lectores ya vieron soñar á Gringoire, y que se prolongaba más allá de los jardines del rey, paralelamente á la isla del Vaquero.

El movimiento del barco y el ruido del agua habian amodorrado á Claudio Frollo. Al alejarse el barquero permaneció estúpidamente en pié sobre la playa, mirando delante de él y solo percibiendo los objetos al través de extrañas oscilaciones, que se los convertian en una especie de fantasmagoría. No es raro que la fatiga de un gran dolor produzca este efecto en el espíritu.

El sol se puso por detrás de la alta

torre de Nesle. Eran los instantes del crepúsculo. El cielo estaba blanco y el agua del rio tambien; entre estas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, en la que Claudio tenia clavada la vista, hacia resaltar su lóbrega superficie y, disminuida progresivamente por la perspectiva, se perdia en las nieblas del horizonte como una flecha negra.

Estaba llena de casas, de las que no se distinguia más que la oscura silueta trazada con fuerza sobre el fondo claro del cielo y del agua. Aquí y allá comenzaban á chispear las ventanas como agujeros de brasa. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos masas blancas del cielo y del rio, muy ancho en aquel sitio, produjo en el arcediano un efecto parecido al que experimentaria el hombre que, tendido de espaldas al pié del campanario de Strasburgo, mirase la enorme aguja hundirse sobre su cabeza en la penumbra del crepúsculo; solo que en este caso Dom Claudio estaba en pié y el obelisco volcado; pero como el rio, reflejando el cielo, prolongaba el abismo debajo de él, el inmenso promontorio parecia tan audazmente levantado en el vacío como cualquiera aguja de catedral, y la impresion era la misma. Aun aquella impresion tenia de singular que lo que se veia sí que era el campanario de Strasburgo, pero dicho campanario de dos leguas de altura, cosa inaudita, gigantesca, incomensurable, edificio como ningun ojo humano lo vió jamás, otra torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de las murallas, las talladas puntas de los techos, la aguja de los Agustinos, la torre de Nesle, todos aquellos ángulos salientes que mellaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusion, representando caprichosamente á la vista las líneas de una escultura rica y fantástica.

Claudio, en el estado de alucinacion en que se encontraba, creyó ver por sus propios ojos el campanario del infierno; las mil luces esparcidas sobre la altura de la espantosa torre, le parecieron otras tantas puertas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que se escapaban de ella otros tantos gritos de júbilo ó de agonía. Tuvo miedo y se tapó con las manos los oidos para no oir; volvió la espalda para no ver y se alejó precipitadamente de la espantosa vision.

Pero la vision estaba dentro de él.

Cuando entró en las calles, los transeuntes que se codeaban al resplandor del alumbrado de las tiendas le hacian el efecto de espectros que iban y venian á su alrededor. Extraños sonidos zumbaban en sus oidos y singulares vértigos turbaban su cabeza. No veia las casas, ni el empedrado, ni los carros, ni los hombres, ni las mujeres, sino un caos de objetos indeterminados, en el que se fundian por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle de la Barillerie habia una tienda de especiero, cuyo cobertizo estaba, segun costumbre inmemorial, guarnecido en su circunferencia de aros de hoja de lata, de la que pendia un círculo de velas de madera, que se chocaban al impulso del viento como castañuelas. Al oirlo creyó que escuchaba crugir en la sombra la multitud de los esqueletos de Montfaucon.

—Oh! exclamó; ¡el viento de la noche arroja los unos contra los otros y mezcla el ruido de sus cadenas con el ruido de sus huesos! ¡Ella está acaso ahí entre ellos!

Asustado no sabia por dónde iba; despues de andar un rato se encontró en el puente de San Miguel. Vió una luz en una ventana de una casa baja y se acercó á ella. Al través de una vidriera rota vió una sala inmunda, que despertó en su espíritu un recuerdo confuso. En aquella sala, mal alumbrada por una lámpara súcia, se encontraba un jóven rubio y bien carado, que abrazaba riendo á una jóven descaradamente vestida. Cerca de la lámpara una vieja hilaba y cantaba al mismo tiempo con voz cascada. Como el jóven no reia siempre, la cancion de la vieja llegaba á pedazos hasta los oidos del sacerdote. Era una cancion ininteligible y atroz. La vieja era la Falourdel, la moza una prostituta y el jóven su hermano Juan.

Dom Claudio siguió mirando; tanto valia aquel espectáculo como cualquier otro. Vió que Juan se acercó á una ventana y la abrió, se puso á mirar hácia el muelle, en el que ya brillaban las ventanas alumbradas, y le oyó decir, cerrando la ventana:

—Ya es de noche; los vecinos encienden las velas y Dios las estrellas.

Despues volvió á donde estaba la mujerzuela y rompió una botella que habia sobre una mesa, gritando:

—Ya está vacía, vive Dios! ¡y yo no tengo dinero! Reniego de Júpiter, Isabel mia, si no cambia tus pechos blancos en dos botellas negras, en las que pueda tetar vino de Beaune noche y dia.

Esta chanzoneta hizo reir á la mujer pública y Juan salió.

Dom Claudio solo tuvo tiempo para echarse al suelo, temiendo que su hermano le viese y le conociera; afortunadamente la calle estaba oscura y el estudiante embriagado; sin embargo, vió al arcediano tendido en tierra, pero no le conoció.

—Hé aquí uno que debe haber pasado el dia alegremente, dijo, meneando con el pié á Dom Claudio, que contenia la respiracion.

—Se conoce que está lleno de vino y que es una verdadera sanguijuela caida de un tonel. Está calvo y es un viejo; *Fortunatœ senex!*

Dom Claudio le oyó que se alejaba en seguida diciendo:

—Es igual; la razon es una gran cosa, y mi hermano el arcediano hace muy bien de tener juicio y... dinero.

Levantóse del suelo el arcediano y corrió sin detenerse hasta Nuestra Señora, cuyas altas torres veia surgir en la oscuridad por encima de las casas.

Cuando llegó jadeando á la plaza del Atrio, retrocedió y no se atrevió á levantar los ojos hácia el funesto edificio.

—¡Oh, dijo en voz baja, es posible que haya pasado aquí semejante cosa hoy, esta mañana!...

Decidióse, por fin, á mirar la iglesia. La fachada estaba sombría; detrás de ella resplandecian en el cielo millares de estrellas. La luna en creciente, que acababa de alzarse en el horizonte, estaba detenida en aquel momento en el remate de la torre de la derecha y parecia que se posaba como un ave luminosa al borde de la balaustrada.

Estaba cerrada la puerta del claustro, pero el arcediano llevaba siempre la llave de la torre en donde tenia el laboratorio, y se aprovechó de ella para entrar en la iglesia. Entró y le pareció que reinaban en ella la oscuridad y el silencio de una caverna. En las grandes sombras, que caian de todas partes en anchas masas, reconoció que todavía no habian quitado las colgaduras negras de la ceremonia de la mañana. La gran cruz de plata brillaba en el fondo de las tinieblas salpicada de algunos puntos brillantes, como la via láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por encima de las colgaduras negras la extremidad superior de sus ojivas, cuyos cristales, atravesados por un rayo de luna, solo reflejaban los colores confusos de la noche, el violado, el blanco y el azul, cuyas tintas solo se ven en los rostros de los muertos. El arcediano, al ver alrededor del coro las descoloridas puntas de las ojivas, creyó ver mitras de obispos condenados; cerró los ojos, y cuando los volvió á abrir, creyó ver delante de él un círculo de rostros pálidos que le miraban.

Entonces echó á huir atravesando la iglesia, y le pareció que ésta se movia, que se agitaba, que vivia, que cada macizo pilar de ella se convertia en una pata colosal que golpeaba el pavimento con su ancha base de piedra, y que la gigantesca Catedral era una especie de elefante prodigioso, que respiraba y que andaba, teniendo por piés los pilares, las dos torres por trompas y la inmensa colgadura negra por caparazon.

La fiebre ó la locura se desarrollaron en tal grado de intensidad en el arcediano, que el mundo exterior habia llegado á ser para él una especie de Apócalipsis visible, palpable, espantoso.

Al internarse en los claustros laterales, vió detrás de un grupo de pilares un resplandor rojizo y corrió hácia él. Dimanaba dicho resplandor de la lámpara que alumbraba noche y dia el breviario público de Nuestra Señora bajo su enrejado de hierro. Se acercó con ansiedad al libro santo con la esperanza de encontrar en él algun consuelo ó alguna confortacion. El libro estaba abierto por el pasaje de Job, y los ojos del arcediano leyeron:

"Y pasando un espíritu por delante de mis ojos, el pelo de mi carne se erizó.„

Esta lectura causó en él el efecto que produce en un ciego que se punza con el palo que eligió para apoyarse: le flaquearon las rodillas y se dejó caer sobre las losas, pensando en la que habia muerto aquella mañana. Sintió pasar y dilatarse en su cerebro tantos vapores monstruosos, que le pareció que su cabeza se habia convertido en una de las chimeneas del infierno.

Largo rato pasó en esta actitud, sin pensar en nada, abismado y rendido bajo el poder del demonio. Al fin recobró algo las fuerzas cuando pensó en ir á refugiarse en la torre cerca de su fiel Quasimodo. Se levantó y, como tenia miedo, tomó para alumbrarse la lámpara del breviario. Esto era un sacrilegio, pero no estaba el desdichado en el caso de fijarse en ello.

Subió con lentitud la escalera de las torres, con el secreto espanto de que pudiera llegar la misteriosa luz de la lám-

para hasta los escasos transeuntes de la plaza del Atrio, ascendiendo tan tarde de tronera en tronera hasta lo alto del campanario.

De pronto sintió que le daba en el rostro el aire fresco y se encontró en la puerta de la galería más alta. El aire era frio; el cielo arrastraba grandes nubes, cuyas anchas masas pasaban unas por encima de las otras, aplastándose en los ángulos y figurando el deshielo de un rio en invierno. La luna, suspensa en medio de las nubes, parecia un navío celeste encallado entre los hielos del aire. Inclinó la vista y contempló un instante por entre el enrejado de columnitas de una de las dos torres, y á través de una gasa de nieblas y de humo, la multitud silenciosa de los tejados de Paris, puntiagudos, apiñados é innumerables, como las olas de un mar tranquilo en una noche de verano.

La luna despedia débiles rayos, que daban al cielo y á la tierra color ceniciento. En aquel instante se oyó la voz aguda y cascada del reloj que daba las doce. El clérigo pensó en las doce del dia y creyó que volvia aquella hora terrible.

—Oh! murmuró con voz casi imperceptible; ahora ya estará fria!

De repente le apagó la lámpara una bocanada de viento y casi al mismo tiempo vió aparecer, en el ángulo opuesto de la torre, una sombra, una cosa blanca, una forma, una mujer. Se extremeció. Al lado de aquella mujer iba una cabra, que mezclaba sus balidos á las últimas campanadas del reloj. La miró; era ella! Estaba pálida y sombría; caian sus cabellos por la espalda, como por la mañana, pero no llevaba cuerda al cuello ni tenia las manos atadas. Era libre, pero estaba muerta. Iba vestida de blanco y llevaba un velo blanco á la cabeza. Dirigíase hácia él con lentitud y mirando al cielo; la cabra sobrenatural la seguia. El arcediano se creyó convertido en piedra y que por lo tanto le era imposible huir; sin embargo, á cada paso que ella daba hácia adelante, él daba uno hácia atrás; esto es todo lo más que podia hacer, y de este modo llegó hasta la oscura bóveda de la escalera. Le asustaba la idea de que ella acaso iba tambien á entrar allí; si entrara, el infeliz moriria de terror. Llegó, en efecto, delante de la puerta de la escalera, pero se detuvo algunos instantes; miró fijamente en la oscuridad, pero sin ver al sacerdote sin duda, y pasó adelante. Le pareció al arcediano más alta que cuando vivia; vió la luna al través de su blanco velo, y oyó la respiracion de la gitana...

Cuando ésta pasó, Dom Claudio bajó la escalera con la misma lentitud que habia observado en el espectro; creyóse espectro él tambien, y delirante, con el pelo erizado, con la lámpara apagada, al bajar por las gradas de espiral oia con claridad una voz burlona que repetia en sus oidos: "Y pasando un espíritu por delante de mí, los pelos de mi carne se erizaron."

## II.

### Jorobado, tuerto, cojo.

Todas las ciudades de la Edad Media y hasta Luis XII, toda ciudad de Francia tenia sus lugares de asilo. Estos lugares de asilo eran una especie de islas que estaban por encima del nivel de la justicia humana, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban las poblaciones. Se salvaba todo criminal que abordaba á uno de esos lugares; habia en cada distrito tantos de éstos como patíbulos. Era el abuso de la impunidad al lado del abuso de los suplicios, dos cosas malas que trataban de corregirse la una con la otra. El palacio de los reyes y de los príncipes, y las iglesias sobre todo, gozaban del derecho de asilo. Algunas veces tambien se concedia este derecho temporalmente á una ciudad entera, cuando habia necesidad de repoblarla: Luis XI hizo en 1467 á Paris lugar de asilo.

En cuanto un reo metia el pié en un lugar de asilo, era sagrado, pero era preciso que se guardase bien de salir de allí; si daba un paso fuera de dicho santuario, ya no quedaba impune. La rueda, la horca y la tortura hacian centinela en derredor del sitio de refugio y espiaban sin cesar su presa, como los tiburones alrededor del buque. Muchos reos encanecian así en un claustro, en la escalera de un palacio, en el jardin de una abadía ó en el pórtico de una iglesia; de modo que, en este caso, el asilo era una prision como otra cualquiera. Aconteció alguna vez que un decreto solemne del Parlamento violaba el asilo y restituia el reo al verdugo, pero esto sucedia pocas veces. Los Parlamentos se incomodaban alguna vez con los obispos, y cuando estos dos trajes se chocaban, la

toga siempre perdia en su refriega con la sotana. Otras veces, sin embargo, como en la causa de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de Paris, y en la de Emery Rousseau, asesino de Juan Valleret, saltaba la justicia por encima de la Iglesia y seguia adelante con la ejecucion de sus sentencias; pero á no ser por medio de decreto del Parlamento, ¡desgraciado del que violase el lugar de asilo! Sabido es cómo murieron Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y Juan de Chalons, mariscal de Champagne, y eso que solo se trataba de Perrin Mare, mancebo de un cambista y miserable asesino; pero los dos mariscales echaron abajo las puertas de Saint-Mery y eso era una enormidad.

Tal respeto inspiraban estos refugios, que, segun refiere la tradicion, se lo infundia hasta á los animales. Aymoin cuenta que un ciervo, perseguido por Dagoberto, se refugió cerca del sepulcro de San Dionisio, y la jauría se quedó parada y ladrando.

Las iglesias tenian ordinariamente preparada una celda para los suplicantes. En 1407, Nicolás Hamel hizo construir para ellos, sobre las bóvedas, en Saint-Jacques de la-Boucherie, una estancia que le costó cuatro libras, seis sueldos y seis dineros parisíes.

El lugar de asilo de Nuestra Señora era una celdilla establecida sobre los techos de las galerías, bajo los botareles, enfrente del claustro; precisamente en el sitio donde se ha arreglado para su recreo la mujer del actual conserje de las torres un jardinillo, que es á los pensiles de Babilonia lo que es una lechuga al lado de una palmera y una portera comparada con Semíramis.

Allí fué donde, despues del paseo desenfrenado y triunfante por las torres y las galerías, depositó Quasimodo á Esmeralda. Mientras duró aquella carrera no pudo la jóven recobrar sus sentidos; estaba medio aletargada, medio despierta; sentia vagamente que subia por el aire, que flotaba, que volaba, que algo la levantaba de la superficie de la tierra; de vez en cuando oia las sonoras carcajadas y la voz tonante de Quasimodo; entreabria los ojos, y entonces, debajo de ella, veia con vaguedad á Paris como un mosáico rojo y azul, y encima de su cabeza le rostro horrible y alegre de Quasimodo. Entonces volvia á cerrar los ojos, creyendo que todo habia acabado para ella, que la habian ahorcado durante su desmayo, y que el deforme espíritu que habia presidido á su destino se habia apoderado de ella y se la llevaba. No se atrevia á mirarle y se dejaba conducir.

Pero cuando el campanero, rendido y jadeante, la depositó en la celda de refugio; cuando sintió que ásperas manos desataban con suavidad la cuerda que la desollaba los brazos, recibió Esmeralda la sacudida que despierta sobresaltados á los pasajeros de un buque que encalla en una noche oscura; sus pensamientos se despertaron tambien y volvieron uno á uno á su memoria. Conoció que estaba en Nuestra Señora; se acordó de que la arrancaron de las manos del verdugo, de que Febo vivia, de que Febo ya no la amaba, y estas dos ideas, una de las que derramaba tanta amargura sobre la otra, presentándose juntas á la infeliz gitana, la hicieron volverse á Quasimodo, que estaba de pié delante de ella y que la amedrentaba, y decirle:

—Por qué me habeis salvado?

El la miraba con ansiedad, como tratando de adivinar por qué lo decia: repitió ella la pregunta, y entonces él, mirándola con tristeza, desapareció.

Esmeralda se quedó atónita.

Algunos minutos despues volvió Quasimodo trayendo un lio, que arrojó á los piés de la gitana, en el que habia vestidos que dejaron para ella en los umbrales de la iglesia mujeres caritativas. Miróse ella entonces; se vió casi desnuda y se ruborizó; su cuerpo volvia á la vida.

Pareció que algo de aquel pudor se comunicaba á Quasimodo: cubrióse los ojos con su ancha mano y se alejó por segunda vez, pero con lentitud.

Vistióse con rapidez aquellas ropas, que se reducian á un hábito blanco y un velo del mismo color, traje de novicia del Hotel-Dieu.

Acabada apenas de vestirse vió volver á Quasimodo con una cesta debajo de un brazo y un colchon debajo del otro: habia en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Dejó la cesta en el suelo y la dijo:—Comed.—Extendió el colchon sobre las losas y la dijo:—Dormid.—El campanero le traia su cama y su comida. La gitana levantó los ojos para darle las gracias, pero no pudo articular ni una palabra. El pobre diablo era verdaderamente horrible. Ella inclinó la cabeza, extremeciéndose con terror.

Entonces él dijo:

—Os causo miedo. Soy muy feo, ¿no es verdad? No me mireis, pero escuchadme. Durante el dia permanecereis aquí,

pero de noche podeis pasearos por la iglesia: mas no salgais de ella ni de noche ni de dia, porque os perderíais; os ahorcarian y yo moriria.

Levantó la gitana conmovida la cabeza para responder á Quasimodo, pero éste habia ya desaparecido. Volvió á encontrarse sola, pensando en las singulares palabras de aquel sér casi monstruoso, y asombrada del sonido de su voz, que era ronca y, sin embargo, dulce.

Despues examinó la celda, que era una estancia de unos seis piés cuadrados, que tenia una ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado del techo de piedra: muchas canales de figura de varios animales parecia que se inclinaban alrededor de ella y que extendian el cuello para verla por la ventana.

En el borde del techo veia la parte alta de mil chimeneas, coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre gitana, sola en el mundo, condenada á muerte, desgraciada criatura sin pátria, sin familia y sin hogar.

En el instante en que la idea de su aislamiento se le presentaba con tan tristes colores, sintió que una cabeza vellosa y barbuda se deslizaba entre sus manos y sobre sus rodillas. Se extremeció (porque ya todo la asustaba); miró y vió que era Djalí, la pobre cabra que se escapó detrás de ella, cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolue, que deseaba que la acariciase hacia ya mucho rato y que no habia podido obtener aun ni una mirada de su ama. La gitana la cubrió de besos.

—Pobre Djalí! exclamaba, ¡cómo he podido olvidarte, cuando tú siempre te acuerdas de mí!... ¡Tú al menos no eres ingrata!

Diciendo esto, como si una mano invisible hubiera levantado el peso que comprimia las lágrimas en su corazon despues de tanto tiempo, se puso á llorar, y á medida que fluian sus lágrimas, sentia que éstas se llevaban lo más acre y lo más amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, la encontró tan hermosa y le pareció la luna tan suave, que salió á dar una vuelta por la alta galería que rodea á la iglesia y se encontró aliviada. ¡Tan serena le pareció la tierra contemplada desde aquella altura!

## III.

### Sordo.

Al despertarse al dia siguiente por la mañana conoció que habia dormido y esto la asombró. ¡Hacia tanto tiempo que estaba acostumbrada á no dormir! Un rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y le daba en el rostro; al mismo tiempo que vió el sol, vió tambien en la ventana un objeto que la aterró, la desgraciada figura de Quasimodo. Involuntariamente cerró los ojos, pero en vano; siempre creia estar viendo al través de sus rosados párpados aquel rostro de gnomo, tuerto y mellado. Conservaba aun cerrados los ojos cuando oyó una voz ruda que le decia con dulzura:

—No tengais miedo; yo soy amigo vuestro. Vine temprano por veros dormir. No os sabe mal que venga á veros dormir, no es verdad? ¿Qué os importa que esté aquí cuando teneis los ojos cerrados? Ahora ya voy á marcharme; ya estoy detrás de la pared, ya podeis abrir los ojos.

Más triste era el acento con que pronunció estas palabras, que las palabras mismas. Conmovida la gitana, abrió los ojos. Quasimodo ya no estaba en la ventana. Asomóse Esmeralda y vió al pobre jorobado pegado á un ángulo de la pared en actitud dolorosa y resignada. La jóven hizo un esfuerzo para vencer la repugnancia que su salvador le inspiraba y le dijo con dulzura:—Venid.—Al ver que ésta movia los labios, creyó Quasimodo que le arrojaba de allí y se marchó cojeando, con lentitud y con la cabeza cacha, sin atreverse á fijar en la jóven la mirada, llena de desesperacion. —Venid, le dijo otra vez.—Pero él continuó alejándose. Entonces salió la gitana de la celda, se llegó hasta él y le cogió por el brazo. Al sentir este contacto, Quasimodo sintió temblar todos sus miembros. Levantó el ojo suplicante y, al ver que ella se lo atraia, su fisonomía adquirió la expresion de la alegría y de la ternura: quiso la gitana que entrase en la celda, pero él se obstinó en permanecer en el dintel.—No, no, la contestó; el buho no debe entrar en el nido de la alondra.

Sentóse Esmeralda graciosamente sobre el colchon y la cabra se echó á dormir á sus piés. Ambos quedaron inmóviles algunos instantes contemplando en silencio, él tanta gracia y ella tanta

fealdad. Cada momento descubria la gitana en Quasimodo una nueva deformidad: al pasear las miradas desde las rodillas zambas hasta la espalda jorobada y desde ésta hasta el ojo único, no comprendia que pudiese existir un sér tan contrahecho; pero como sobre aquella deformidad se esparcian tanta tristeza y tanta dulzura, empezaba ya á acostumbrarse á ella.

Quasimodo rompió el silencio, preguntando:

—Me estábais diciendo que volviera?

Esmeralda le hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Lo preguntaba porque soy... sordo, dijo el jorobado.

—Pobrecillo! exclamó la gitana con acento de sincera compasion.

Quasimodo se sonrió con tristeza.

—¿No es cierto que eso solo me faltaba? Soy sordo, soy horrible, ¿no es verdad?... y vos sois... tan hermosa!...

Revelaba el acento del jorobado un sentimiento tan profundo de su desgracia, que la jóven no tuvo valor para decirle ni una sola palabra, aunque él tampoco la hubiera oido.

—Nunca me ha chocado mi fealdad como ahora que me comparo con vos, prosiguió diciendo Quasimodo. ¡Debo pareceros un mónstruo! Vos sois el rayo de sol, la gota de rocío, el canto de un pájaro; yo soy algo horrible, ni hombre ni animal, un no sé qué sin nombre.

Quasimodo hizo una pausa, riéndose con risa que desgarraba el corazon. Despues continuó:

—Soy sordo, pero me hablareis por medio de gestos ó de señas; mi amo me habla así siempre: además, que conoceré muy pronto vuestros deseos en las miradas y en el movimiento de los labios.

—Pues bien, le dijo ella sonriendo, por qué me habeis salvado? y al mismo tiempo le miraba con fijeza.

—Lo he comprendido, le respondió el jorobado. Me preguntais por qué os he salvado. Os habíais olvidado de un miserable que intentó robaros una noche, de un miserable á quien al dia siguiente socorrísteis en la infame picota. La gota de agua y la compasion que tuvísteis de mí no las pago ni con la vida. Habíais olvidado á ese miserable, pero él se acordaba de vos.

La gitana escuchaba á Quasimodo con profundo enternecimiento; brilló una lágrima en el ojo del campanero, pero no cayó; le pareció sin duda que era honroso para él el devorarla.

—Escuchad, añadió cuando ya no temió que se le escapase aquella lágrima; aquí tenemos dos torres muy altas; el hombre que se tirase de ellas moriria antes de llegar al suelo; cuando querais que yo me precipite desde esas alturas, no teneis siquiera que pronunciar una palabra; con una mirada vuestra me bastará.

Entonces Quasimodo se puso en pié para marcharse. Aquel sér extraordinario, á pesar de las desdichas de la gitana, despertaba aun en ella la compasion, y le hizo señal de que se quedase.

—No, no, contestó, no debo permanecer aquí mucho tiempo. No me encuentro bien cuando me mirais; solo por conmiseracion no apartais los ojos de mí. Voy á otra parte donde podré veros sin que me veais. Eso es lo mejor.

Sacó del bolsillo un silbato de metal y la dijo:

—Tomad; cuando me necesiteis, cuando querais que yo venga, cuando no os inspire demasiado horror el verme, silbad, que yo oigo ese sonido.

Dejó el silbato en el suelo y se fué.

## IV.

### Arcilla y cristal.

Los dias iban transcurriendo y poco á poco renacia la serenidad en el alma de Esmeralda. El exceso del dolor, como el exceso del placer, son violentos y duran poco. El corazon del hombre no puede permanecer mucho tiempo en ninguna de esas dos extremidades. La gitana habia sufrido tanto, que ya solo la quedaba el asombro de lo que habia padecido.

Al verse segura recobró la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero comprendia con vaguedad que quizás no le seria imposible volver á entrar en ellas: era como una muerta que tuviese de reserva una llave de su tumba.

Veia que huian de ella poco á poco las imágenes terribles que tanto tiempo la persiguieron. Los fantasmas repugnantes de Pierrat Torterne y Jaime Charmolue se borraban en su imaginacion; hasta se olvidaba del mismo sacerdote.

Además, estaba segura de que Febo vivia, porque ella le habia visto, y su vida era todo para ella. Despues de la série de sacudidas fatales que todo lo

habia destruido en ella, solo encontraba de pié en su alma un sentimiento: el amor que profesaba al capitan; porque el amor es como un árbol, crece por sí solo, hunde profundamente sus raices en todo nuestro sér, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazon hecho ruinas; y es lo más inexplicable que la pasion es más tenáz cuanto es más ciega, y nunca es más sólida que cuando no tiene razon de ser.

Cierto es que Esmeralda pensaba con tristeza en el capitan; cierto es que creia á veces que él fuese engañado y que creyese que ella habia sido la asesina, que le diera puñalada mortal la mujer que era capaz de sacrificar mil vidas por él. Pero si esto creia Febo, era disculpable; ella no confesó su *crímen?* ¿No fué débil mujer y la hizo declarar el martirio del tormento? Ella, pues, tenia la culpa, porque debió antes dejarse arrancar las uñas que semejante falsa confesion. Pero si al fin conseguia ver á Febo una sola vez, un solo minuto, seria suficiente una palabra suya para desengañarle y para atraérselo; así al menos lo creia. Aturdíanla además otros sucesos: la casualidad de la presencia de Febo el dia de la pública retractacion al lado de aquella hermosa jóven, que era sin duda su hermana; explicacion infundada que ella se daba á sí misma, pero que la satisfacia, porque tenia necesidad de creer que Febo la amaba y que éste no queria á nadie más que á ella. No se lo juró? ¿Qué más necesitaba la infeliz siendo tan cándida y tan crédula? Además, en este deplorable acontecimiento, las apariencias más la culpaban á ella que á él, y ella no perdia la esperanza de rehabilitarse á sus ojos.

Añádase á todo esto, que la iglesia, la vasta Catedral que la envolvia por todas partes, que la protegia y que la salvaba, era para ella un soberano calmante. Las líneas solemnes de su arquitectura, la actitud religiosa de los objetos que rodeaban á Esmeralda, los pensamientos piadosos y tranquilos que transpiraban, por decirlo así, de todos los poros de aquellas piedras, ejercian sobre ella poderoso influjo. El edificio tenia además ecos tan llenos de religion y de majestad, que aplacaban como un bálsamo los dolores de su alma enferma. El canto monótono de los oficiantes, las respuestas del pueblo á los sacerdotes, ora inarticuladas, ora tonantes; el armonioso temblor de las pintadas vidrieras, el órgano resonando como cien trompetas, los tres campanarios zumbando como tres colmenas de colosales abejas, toda aquella orquesta sobre la cual saltaba una escala gigantesca que subia y bajaba sin cesar del gentío hasta el campanario, ensordecia su memoria, su imaginacion y su dolor. Las campanas, sobre todo, la conmovian; estos vastos instrumentos derramaban en ella las oleadas de una especie de magnetismo.

Cada nuevo sol que nacia estaba más serena, menos pálida y respiraba mejor. A medida que se cerraban sus llagas interiores, volvian á florecer en su semblante la gracia y la hermosura, pero más sérias, más reposadas. Volvia á adquirir su antiguo carácter, parte de su alegría, el gracioso mohin, el cariño á la cabra, la aficion á cantar y el pudor. Se vestia por las mañanas en el ángulo de la celda para que no la pudiese ver por la ventana algun habitante de las buhardillas próximas.

Cuando el recuerdo de Febo la dejaba tiempo, pensaba Esmeralda algunas veces en Quasimodo; él era el único lazo, la única relacion, la única comunicacion que la quedaba con los hombres, con los vivos. La desdichada estaba aun más separada del mundo que Quasimodo. No sabia qué pensar del extraño amigo que la deparó la casualidad. Muchas veces se reprochaba que la gratitud no bastase para hacerla cerrar los ojos; pero la era imposible acostumbrarse al pobre campanero: era demasiado feo.

Dejó en el suelo el silbato que la entregó Quasimodo; pero esto no impidió que el pobre sordo se presentase algunas veces en la celda, durante los primeros dias. Hacia la gitana los mayores esfuerzos para no apartar los ojos con repugnancia cuando la traia la cesta de las provisiones y el cántaro del agua, pero él notaba el menor movimiento que la indicara y entonces se iba muy triste.

Llegó una vez en el instante en que Esmeralda acariciaba á Djalí. Permaneció algunos momentos pensativo ante el gracioso grupo que ofrecian la gitana y la cabra, y al fin dijo, sacudiendo la pesada y monstruosa cabeza:

—Mi desgracia consiste en parecerme demasiado al hombre; quisiera ser animal como esa cabra.

Fijó en él la gitana los ojos asombrados, á lo que Quasimodo respondió:

—Oh! yo bien sé por qué; y se marchó.

Otra vez se presentó á la puerta de la celda (no entraba nunca) en el momen-

to en que Esmeralda cantaba una antigua balada española, de la que ella no comprendia la letra, pero cuya música no olvidaba, porque las gitanas, cantándola, la mecieron en la cuna. A la vista del mónstruo, que la sorprendió cuando entonaba la cancion, la jóven la interrumpió, haciendo involuntario gesto de espanto. El desdichado campanero cayó de rodillas en el umbral de la puerta, y con aire suplicante, juntando las descomunales manos, la dijo dolorosamente:

—Os ruego que continueis y que no me hagais salir.

Ella no quiso afligirle más, y trémula prosiguió cantando; su espanto se disipó poco á poco, y acabó por entregarse por completo á la impresion del aire melancólico y suave que cantaba. Quasimodo permanecia de rodillas, con las manos cruzadas, en éxtasis, atento, respirando apenas, fija la vista en las brillantes pupilas de la gitana, como si oyese la cancion por sus ojos.

En otra ocasion llegóse hasta ella el campanero y la dijo, indeciso y tímido:

—Escuchadme; tengo que deciros una cosa.

La gitana le hizo señal de que le escuchaba, y entonces Quasimodo empezó á suspirar, entreabrió los labios, pareció que iba á hablar, pero hizo con la cabeza un movimiento negativo y se retiró con lentitud, con la mano apoyada en la frente y dejando estupefacta á la gitana.

Entre los personajes grotescos, esculpidos en la pared, habia uno al que Quasimodo profesaba afecto especial y con el que solia con frecuencia cambiar miradas fraternales. Una vez oyó la gitana que le decia:

—Quisiera ser de piedra, como tú.

Una mañana se adelantó Esmeralda hasta el borde del techo y estaba mirando á la plaza por encima de la aguda techumbre de Saint-Jean-le-Rond. Quasimodo estaba tambien allí detrás de ella, colocándose así por su propia voluntad, con el objeto de evitarla lo posible el disgusto de que ella le viese. De pronto extremecióse la gitana; un rayo de alegría y una lágrima brillaron á la par en sus ojos; se arrodilló en el borde del techo y extendió los brazos con angustia hácia la plaza, gritando:

—Febo! ven! ven! ¡una palabra, una sola palabra por el amor de Dios! Febo! Febo!—Su voz, su gesto, toda su persona tenian la expresion desgarradora del náufrago, que llama con desesperacion al hermoso buque que pasa á lo lejos.

Quasimodo se inclinó hácia la plaza y vió que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un jóven, un capitan, un gallardo ginete, reluciente de armas y de adornos, que pasaba caracoleando por el centro de la plaza y saludaba con su penacho á una hermosa dama que estaba asomada á un balcon y se sonreia; pero el oficial no oia á la infeliz que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Pero, sin embargo, el sordo la oia. Profundo suspiro agitó el pecho de Quasimodo y tuvo que apartar la cara; su corazon estaba lleno de las lágrimas que devoraba; chocó contra la cabeza los dos puños convulsivos, y cuando los retiró, tenia en cada uno un puñado de cabellos rojos.

La gitana no le hacia ningun caso; él decia en voz baja y rechinando los dientes:

—Condenacion! Así hay que ser! ¡Basta ser hermoso por fuera!

Entre tanto la gitana continuaba arrodillada y repetia con extraordinaria agitacion:

—Ahora se apea del caballo! ¡Vá á entrar en aquella casa!—Febo! ¡No me oye!—Febo!... ¡Qué mala es esa mujer que le habla al mismo tiempo que yo! —Febo! Febo!

El sordo la miraba y comprendia esa pantomima. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas, pero no dejaba caer ninguna. De repente tiró á Esmeralda de la manga. Volvióse ésta y él la dijo con serenidad:

—Quereis que vaya á buscarle?

Lanzó ella un grito de alegría y exclamó:

—Oh, sí! corre! corre! ¡tráeme al capitan! Tráemele y yo te amaré!... Diciendo esto abrazaba las rodillas de Quasimodo, y éste, sacudiendo la cabeza, dijo con voz apagada:

—Voy á traerle. Luego volvió la cara y, ahogado por los sollozos, salió corriendo á la escalera.

Cuando llegó á la plaza ya solo vió el gentil caballo atado á la puerta de la casa Goudelaurier: el capitan acababa de entrar allí.

Levantó la vista hácia el techo de la iglesia y vió á Esmeralda que continuaba en el mismo sitio y en la misma actitud. La hizo triste señal con la cabeza; despues se apoyó en uno de los poyos del portal Goudelaurier y determinó esperarse á que saliera el capitan.

Era en dicha casa uno de los dias de

gala que preceden á las bodas. Quasimodo vió entrar mucha gente, pero no vió salir á nadie. De vez en cuando miraba hácia el techo y la gitana continuaba inmóvil como él. Llegó un palafrenero, desató el caballo y se lo llevó á la cuadra de la casa.

Así se pasó todo el dia: Quasimodo apoyado en una esquina, Esmeralda en el techo de la iglesia y Febo acaso á los piés de Flor de Lis.

Por fin llegó la noche, noche oscura, sin luna. En vano fijaba ya Quasimodo su ojo único en Esmeralda; solo veia un punto blanco y luego nada; todo se borró, todo era negro.

Quasimodo vió que se iluminaban de arriba á bajo todas las ventanas de la casa Goudelaurier; vió iluminarse una tras otra todas las demás ventanas de la plaza; viólas tambien apagarse hasta la última, porque permaneció apostado allí toda la noche. Pero el capitan no salia. Cuando ya nadie transcurria por la plaza, cuando se apagaron todas las luces de las ventanas, quedó Quasimodo enteramente solo y en la oscuridad; entonces no habia iluminacion en el átrio de Nuestra Señora.

Sin embargo, las ventanas de la casa Goudelaurier permanecieron alumbradas despues de las doce de la noche. Quasimodo, inmóvil y atento, veia pasar por detrás de los vidrios de colores multitud de sombras vivas, que se movian y bailaban. Si no hubiese sido sordo, á medida que se iba apagando el rumor de Paris hubiese oido cada vez con más claridad en el interior de aquella casa ruido de fiesta, de risas y de música.

Hácia la una de la mañana los convidados empezaron á retirarse. Quasimodo, en la oscuridad, los veia pasar á todos bajo el portal iluminado por antorchas; pero ninguno de ellos era el capitan.

Llena estaba el alma de Quasimodo de tristes pensamientos, y miraba muchas veces al aire, como hace el que se fastidia. Grandes nubes negras, pesadas, hendidas y agujereadas, pendian, como hamacas de crespon, de la estrellada cúpula de la noche, como si fuesen las telarañas de la bóveda del cielo.

Quasimodo vió que se abrian de repente misteriosamente las puertas vidrieras del balcon, cuya balaustrada de piedra se recortaba por encima de su cabeza. Dicha puerta abrió paso á dos personas, detrás de las que se cerró pausadamente; aquellas personas eran un hombre y una mujer. No sin dificultad reconoció Quasimodo, en el hombre al gallardo capitan y en la mujer á la hermosa dama que vió por la mañana dar la bienvenida al oficial desde lo alto del mismo balcon. Este estaba completamente oscuro y la doble colgadura carmesí, que cayó detrás de la puerta en el momento mismo en que se cerró, no dejaba llegar hasta el balcon la luz de la cámara.

El jóven y la doncella, segun el parecer del pobre sordo, que no oia ni una palabra de lo que hablaban, se entregaban á amorosísima conferencia. La jóven parecia haberle permitido al oficial ceñirle la cintura con el brazo y se resistia con suavidad á recibir un beso.

Presenciaba Quasimodo desde bajo aquella escena, tanto más digna de verse cuanto que no pasaba para ser vista, y contemplaba el desdichado aquella felicidad y aquella belleza con amargura. Al fin y al cabo no era muda la naturaleza en el pobre diablo, y su columna vertebral, torcida y contrahecha, no era por eso menos sensible que la de los demás hombres. Consideraba que la Providencia habia sido muy injusta con él, porque veia pasar ante su vista las mujeres, el amor y el deleite, estando condenado á no gozar nunca y á asistir á la felicidad agena. Pero lo que más le lastimaba del susodicho espectáculo, lo que mezclaba la indignacion á su despecho, era el pensar lo que debia sufrir la gitana si lo estaba viendo. Verdad es que era noche muy oscura, y que si Esmeralda permanecia aun en el mismo sitio, éste estaba muy lejos y á lo más podia divisar la pareja del balcon. Esto le consolaba.

Entre tanto, la conversacion de los dos jóvenes era más animada cada vez. La dama parecia suplicar al oficial que no le pidiese nada más... De todo lo dicho solo distinguia Quasimodo las lindas manos juntas, las sonrisas mezcladas con lágrimas, los ojos de la jóven levantados hácia las estrellas, y los ojos del capitan ardientemente clavados en su prometida.

Por fortuna para la jóven, que empezaba á luchar débilmente, la puerta del balcon se abrió de pronto y apareció en él una anciana; la hermosa se quedó turbada, el oficial despechado, y los tres volvieron á entrar en las habitaciones.

Un momento despues, un caballo piafó en el portal, y el capitan, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente por delante de Quasimodo. Dejóle el

campanero doblar la esquina de la calle, y despues echó á correr tras él con su agilidad de mono, gritándole:

—Eh! capitan!

Febo se paró.

—Qué querrá de mí este tunante? exclamó al distinguir en la oscuridad aquella figura derrengada que corría hácia él cojeando.

Entre tanto Quasimodo se acercó al capitan y cogió con impavidez las riendas del caballo.

—Seguidme, capitan, que aquí cerca una persona quiere hablaros.

—Rayos y truenos! refunfuñó Febo; ¡yo he visto en alguna parte á este ridículo pajarraco! A ver si sueltas las riendas del caballo.

—¿No me preguntais quién desea hablaros?

—Te digo que sueltes el caballo, repitió Febo impaciente. ¿Qué quiere este bellaco que se cuelga á la testera de mi rocin? Crees que es una horca?

Quasimodo, en vez de soltar las riendas del caballo, se disponia á hacerle dar la vuelta. No comprendiendo la resistencia del capitan, se apresuró á decirle:

—Venid, que os espera una mujer; y haciendo un esfuerzo, añadió: una mujer que os ama.

—¡Vaya un tunante que me cree obligado á ir á casa de las mujeres que me aman ó que me dicen que me aman. ¿Y si se te parece, cara de mochuelo? Dí á la que te envia que me voy á casar y que se vaya al infierno!

—Escuchad, capitan, gritó Quasimodo, creyendo con una sola palabra vencer su vacilacion. Es la gitana que ya conoceis.

Estas palabras produjeron gran impresion al capitan, pero no la que Quasimodo esperaba. Se acordará el lector de que el galante oficial se retiró del balcon con Flor de Lis algunos momentos antes de que el jorobado salvase á Esmeralda de las manos de maese Charmolue. Desde entonces habia tenido gran cuidado de no volver á hablar nunca en la casa Goudelaurier de dicha mujer, cuyo recuerdo le era penoso, y Flor de Lis se abstuvo de decirle que la gitana vivia. Febo, pues, la creia muerta hacia ya cerca de dos meses. Añádase á esto que al capitan le llamaba la atencion, en medio de la oscuridad de la noche, la fealdad sobrenatural y la voz sepulcral del extraño mensajero, y pensó que la calle estaba entonces desierta como la noche que encontró al fantasma y en que su caballo resoplaba al mirar á Quasimodo.

—La gitana! gritó aterrado; ¿vienes acaso del otro mundo?

Diciendo esto, el capitan llevó la mano á la empuñadura de la daga.

—Vamos! vamos! dijo el sordo forcejeando por detener el caballo; ¡vamos por aquí!

Febo le dió en el pecho un vigoroso puntapié; brotaron llamas del ojo de Quasimodo é hizo un movimiento para arrojarse sobre el capitan; pero luego, refrenándose, exclamó:

—Dichoso sois en tener quien os ame!

Recalcó el sordo la palabra *quien*, y, soltando las riendas del caballo, le dijo:

—Vete!

Febo le metió las espuelas y se alejó lanzando mil juramentos. Quasimodo le vió perderse en la oscuridad, y decia en voz baja el pobre sordo:—¡Rehusar lo que yo le proponia!

Volvió á Nuestra Señora, encendió su lámpara y subió á la torre. La gitana permanecia aun en el mismo sitio. Apenas le vió venir corrió hácia él:

—Solo!... exclamó, juntando dolorosamente sus blancas manos.

—No le he podido encontrar, dijo friamente Quasimodo.

—Debísteis haber esperado toda la noche, repuso ella enfurecida.

—Otra vez espiaré mejor, contestó el jorobado bajando la cabeza y viendo el ademan de cólera y de reconvencion de la gitana.

—Vete! exclamó ésta.

Quasimodo la obedeció. Esmeralda estaba descontenta de él, y éste preferia que le maltratase á afligirla; guardaba para él todo el dolor.

Desde ese dia la gitana no volvió ya á ver al jorobado; éste cesó de ir á la celda. A veces entreveia en lo alto de una de las torres la cara del campanero melancólicamente fija en ella, pero en cuanto era visto desaparecia. Poco la afligia en verdad la ausencia de Quasimodo; al contrario, se alegraba en el fondo del alma, y él, respecto á esto, no se hacia ilusiones.

A pesar de no verle, sentia la presencia de un génio protector que velaba por ella; durante su sueño, una mano invisible renovaba las provisiones. Una mañana encontró en el alféizar de la ventana una jaula con pájaros. Habia en la parte alta de la celda una escultura que asustaba á la gitana y se lo habia confesado á Quasimodo. Al levantarse

aquella mañana la escultura habia desaparecido. Estaba hecha pedazos; el que trepó hasta ella debió arriesgar la vida.

Algunas veces oia una voz bajo el alero del campanario, que cantaba como para adormirla una cancion triste y extraña, con versos como puede hacerlos un sordo:

*No mires el rostro, niña,*
*niña, mira el corazon;*
*que hay mancebo gentil de faz deforme*
*y corazones donde no hay amor.*

—

*El pino no es hermoso*
*como el álamo lo es; mas éste pierde*
*su precioso ramaje en el invierno,*
*y el pino lo conserva siempre verde.*

—

*El cuervo vuela de dia,*
*el buho en la noche negra*
*alza el vuelo; pero el cisne*
*de dia y de noche vuela.*

—

Una mañana al despertarse encontró en la ventana dos vasos llenos de flores; uno era de cristal hermoso y brillante, pero estaba rajado; se habia salido de él el agua que contenia y las flores estaban marchitas; el otro era una maceta de arcilla, basta y comun, pero que retenia toda el agua y cuyas flores se conservaban frescas y lozanas.

No sé si Esmeralda lo hizo intencionadamente; lo cierto es que cogió el ramo marchito y lo llevó en el pecho todo el dia; aquel dia no oyó cantar la voz de la torre.

Poco caso hizo de esto, porque pasaba los dias acariciando á Djalí, espiando la puerta de la casa Goudelaurier, pensando en Febo y desmigajando pan para las golondrinas.

Andando el tiempo dejó de ver y oir á Quasimodo. Parecia que el pobre campanero no estuviese ya en la iglesia. Sin embargo, una noche, que no dormia pensando en su gallardo capitan, oyó suspirar junto á su celda. Levantóse sobresaltada y vió á la luz de la luna una masa tendida al través delante de la puerta. Era Quasimodo que dormia allí sobre las piedras.

## V.

### La llave de la puerta Roja.

La voz pública hizo saber al arcediano el modo milagroso cómo la gitana se salvó; cuando recibió esta noticia experimentó singular sensacion. Habíase ya conformado con la muerte de Esmeralda y se habia tranquilizado despues de haber llegado al fondo posible del dolor. El corazon humano (Dom Claudio habia meditado sobre esto) solo puede contener cierta cantidad de desesperacion; cuando está bien empapada la esponja, el mar pasa por encima de ella sin hacerla recoger ni una gota más. Muerta Esmeralda, la esponja estaba empapada y todo habia concluido en el mundo ya para el arcediano; pero saber que ella vivia y Febo tambien, era para Dom Claudio volver á empezar las torturas, las sacudidas, las alternativas, la vida.

Cuando supo esta nueva se encerró en su celda del claustro y no volvió á presentarse ni en las conferencias particulares, ni en los oficios, cerrando á todos la puerta, hasta al obispo. Así permaneció muchas semanas y se le creyó enfermo; en efecto, lo estaba.

Por qué se encerraba? ¿Qué pensamientos le consumian? ¿Luchaba por última vez con su funesta pasion? ¿Combinaba el último plan de muerte para ella y de perdicion para él?

Su hermano Juan, su niño mimado, fué una vez á la celda; llamó, porfió, juró, dijo su nombre diez veces, pero Dom Claudio no le abrió.

Pasaba dias enteros pegado el rostro á los vidrios de su ventana; desde ésta veia la celda de Esmeralda; la veia con frecuencia con la cabra y algunas veces con Quasimodo. Observaba que la guardaba muchas atenciones el horrible sordo y que tenia modales delicados y sumisos con ella. Se acordaba, porque tenia buena memoria, y la memoria es el tormento de los celosos; se acordaba de la mirada extraña que el campanero dirigió á la gitana cierta tarde. Preguntábase qué motivo pudo tener Quasimodo para salvarla. Fué testigo de muchas escenas entre éste y la gitana, cuya pantomima, vista de lejos y comentada por su pasion, le pareció muy tierna. Desconfiaba de la singularidad de las mujeres y... sintió confusamente despertarse en él unos celos que nunca esperaba experimentar; unos celos que le ruborizaban de vergüenza y de indignacion.—¡Tenerlos del capitan era natural; pero de Quasimodo!... Este pensamiento le enloquecia.

Pasaba noches horribles. Desde que supo que Esmeralda vivia, las frias ideas de espectro y de tumba, que le

persiguieron todo un dia, se fueron desvaneciendo, y la carne volvió á punzarle otra vez. Revolcábase el miserable pensando que estaba tan cerca de él la hermosa jóven.

Cada noche su imaginacion delirante le representaba á Esmeralda en las actitudes que más hicieron hervir la sangre de sus venas. La veia tendida junto al capitan, herido de muerte, con los ojos cerrados, con la hermosa garganta llena de la sangre de Febo en el momento feliz en que el arcediano imprimió sobre sus labios pálidos aquel beso, que la infeliz, aunque medio muerta, sintió que la quemaba. Veíala desnuda por las ásperas manos de los sayones, al dejar el pié descubierto, al encajonárselo en el borceguí con tornillos de hierro; veia su pierna fina y redonda, su ágil y blanca rodilla. Veíala, en fin, en camisa, con la cuerda al cuello, casi desnuda, como la contempló el último dia; y esas imágenes voluptuosas le hacian crispar las manos y correr escalofríos á lo largo de sus vértebras.

Una noche, entre otras, estas voluptuosas imágenes inflamaron tan cruelmente la sangre en sus arterias, que mordió la almohada, echóse fuera de la cama, púsose una sobrepelliz sobre la camisa y salió de la celda, con la lámpara en la mano, medio desnudo, delirante, despidiendo fuego por los ojos.

Sabia dónde habia de encontrar la llave de la puerta Roja que comunicaba el claustro con la iglesia, y siempre llevaba consigo, como ya dijimos, una llave de las escaleras de las torres.

## VI.

### Continuacion de la llave de la puerta Roja.

Aquella noche se durmió Esmeralda en su celda entregada á la esperanza de sueños dulces; dormia ya largo rato, soñando, como siempre, con Febo, cuando le pareció que oia ruido cerca de ella: tenia el sueño ligero é inquieto, sueño de pájaro. El menor ruido la despertaba. Abrió los ojos y, aunque la noche estaba oscura, vió en la ventana un rostro que la miraba, porque una lámpara alumbraba esta aparicion: en el momento que ésta advirtió que Esmeralda le miraba, aquel rostro dió un soplo á la luz, pero tuvo tiempo la gitana para entreverle y sus párpados se cerraron con espanto.

—Ay! exclamó con terror; ¡el sacerdote!

Sus pasadas desgracias acudieron á su imaginacion con la velocidad del relámpago y cayó en el lecho fria, helada.

Un momento despues sintió que la tocaban, lo que la hizo extremecer de tal modo, que furiosa se incorporó sobre la cama. El se habia deslizado junto á ella y la ceñia con entrambos brazos. Esmeralda quiso gritar y no pudo.

—Vete, mónstruo! vete, asesino! exclamó al fin con voz trémula y sorda y llena de cólera y de espanto.

—Ten piedad! Ten compasion de mí! murmuró el sacerdote.

Ella le cogió por los escasos cabellos que le quedaban en la cabeza con las dos manos y se esforzó por esquivar sus besos, como si fuesen mordeduras.

—¡Si conocieses la fuerza del amor que por tí siento! ¡Este amor es fuego y plomo derretido!

El arcediano sujetó los brazos de la jóven con una fuerza sobrehumana, y ella gritó desesperada:

—Suéltame, ó te escupo á la cara.

El la soltó.

—Pégame, enviléceme, haz lo que quieras de mí, pero ¡tenme compasion y ámame!

Entonces la gitana le pegó con el furor de un niño, diciéndole:

—Vete, demonio!

—Amame! ámame! exclamaba el insensato, respondiendo á sus golpes con caricias.

De pronto se sintió más fuerte que ella y dijo, rechinando los dientes:

—Es preciso acabar!

Estaba ya la gitana subyugada, palpitante y rendida de cansancio.

Hizo el postrer esfuerzo y empezó á gritar:

—Socorro! socorro! A mí!...

Pero nadie acudia: solo se despertó Djalí, que balaba con angustia.

—Cállate! decia el clérigo sin aliento.

De repente, al forcejear y al arrastrarse por el suelo, tropezó la gitana con un objeto frio y metálico: era el silbato de Quasimodo. Cogióle como á su última esperanza, se lo acercó á los labios y silbó con toda la fuerza que la quedaba. El silbato produjo un sonido claro, agudo y penetrante.

—Qué es eso? la preguntó el sacerdote.

Casi en el mismo instante sintió éste que unos brazos vigorosos le levantaron en alto. Como la celda estaba oscura, no pudo conocer al que así se apoderó de él;

pero oyó unos dientes rechinar de rabia, y habia en aquella oscuridad la luz suficiente para ver brillar por encima de su cabeza la larga lámina de un puñal.

El clérigo creyó conocer á Quasimodo, suponiendo que no podia ser más que él, y acordándose de haber tropezado al entrar con una masa tendida á la parte de fuera de la puerta de la celda. Pero como el recien venido no hablaba, no sabia qué creer. Arrojóse el arcediano sobre el brazo que levantaba el cuchillo, gritando:—Quasimodo! porque en aquel momento olvidaba que éste era sordo.

Instantáneamente el sacerdote rodó por el suelo y sintió que una rodilla de plomo se apoyaba contra su pecho; por la presion angulosa de aquella rodilla reconoció á Quasimodo; pero, qué hacer? ¿cómo podria darse á conocer á éste cuando la oscuridad convertia al sordo en ciego?

Estaba perdido. La gitana, sin compasion para él, como una tigre irritada, no intervenia para salvarle. El puñal se acercaba á la cabeza del arcediano. El momento era crítico. De repente su adversario pareció que titubeaba.—¡Que no caiga sangre sobre ella! dijo con sorda voz.

Esta voz era, en efecto, de Quasimodo.

Sintió entonces Dom Claudio que le sacaban de la celda, arrastrándole por los piés; allí es sin duda donde debia morir. Afortunadamente para él, pocos momentos antes salió la luna. En cuanto franquearon la puerta de la celda, el resplandor de aquella alumbró el rostro del arcediano. Quasimodo le miró con fijeza, tembló, soltó al sacerdote y retrocedió.

La gitana, que se habia asomado á la puerta, vió sorprendida los papeles trocados bruscamente. Amenazaba Dom Claudio y suplicaba Quasimodo; el primero descargaba su cólera contra el segundo en furiosas reconvenciones y le hizo señal de que se retirase. El campanero inclinó la cabeza y fué á ponerse de rodillas delante de la puerta de la gitana, diciendo con voz grave y resignada:

—Señor, matadme antes; despues hareis lo que querais.

Hablando así ofreció el puñal al sacerdote, y éste, fuera de sí, se arrojó sobre dicha arma; pero la gitana fué más ligera que él; arrancó el puñal de la mano de Quasimodo y exclamó, soltando burlona carcajada:

—Acércate ahora!

Esmeralda tenia en alto el puñal; Dom Claudio titubeó, porque conocia que ella se lo hubiera clavado en el corazon.

—¡Ya no te atreves á acercarte, cobarde!

Luego, con expresion desapiadada y segura de clavar hierros candentes en el corazon del clérigo, le dijo:

—¡Ya sé que mi adorado Febo no ha muerto, ya sé que vive!

El arcediano, de un puntapié, echó al suelo á Quasimodo, y temblando de rabia se internó bajo la bóveda de la escalera.

Cuando se hubo marchado, Quasimodo se levantó y recogió el silbato que acababa de salvar á la gitana.

—Ya empezaba á enmohecerse, dijo devolviéndoselo.

Despues dejó sola á Esmeralda.

Trastornó á la jóven tan violenta escena y cayó fatigada sobre el lecho, llorando y sollozando.

Su horizonte volvia á oscurecerse.

El sacerdote regresó á su celda á tientas. Estaba furioso. No cabia ya ninguna duda, estaba celoso de Quasimodo.

Entró pensativo en su celda, repitiendo estas fatales palabras:

—Ninguno la poseerá!

# LIBRO DÉCIMO

## I.

### A Gringoire le ocurren muchas ideas felices una tras otra en la calle de los Bernardinos.

Desde que Pedro Gringoire vió el aspecto que tomaba el proceso de Esmeralda y comprendió que habria soga, ahorcamiento y otros sinsabores para los principales personajes del drama, procuró no mezclarse en él. Los truhanes, entre los que permanecia, considerando que en último resultado eran la mejor compañía de Paris, continuaban interesándose por la gitana, y esto le pareció natural en gentes que no tenian como ella otra perspectiva que Charmolue y Torterne, y que no cabalgaban, como él, por las regiones imaginarias entre las dos alas del caballo Pegaso. Supo por ellos que su esposa del cántaro roto se habia refugiado en Nuestra Señora, de lo que se alegró sobremanera, pero no le dieron tentaciones de ir á

verla: se acordaba algunas veces de la cabra y punto concluido.

Durante el dia ejecutaba habilidades hercúleas para vivir, y trabajaba de noche escribiendo un folleto contra el obispo de Paris, porque no olvidaba que le inundaron las ruedas de sus molinos, y le guardaba rencor. Ocupábase tambien en comentar la hermosa obra de Baudry le Rouge, obispo de Noyon y de Tournay, *De cupapetrarum*, la que le inspiró aficion violenta á la arquitectura, aficion que reemplazó en él á la pasion por el hermetismo, de la que, por otra parte, solo era el corolario natural, pues existe relacion íntima entre la hermética y el arte de construir. Gringoire pasó, pues, del amor de una idea al amor de la forma de esta idea.

Un dia se paró junto á Saint-Germain l'Auxrois, en la esquina de una casa que se llamaba le For-le-Eveque, que estaba enfrente de otra que se llamaba le Flor-le-Roi. Habia en el castillo del obispo una bellísima capilla del siglo XIV, cuya ábside daba sobre la calle. Gringoire examinaba con gran atencion las esculturas exteriores, disfrutando de uno de esos momentos de fruicion egoista, exclusiva y suprema, en los que el artista solo vive en el mundo del arte, cuando sintió de pronto posarse con gravedad una mano sobre su hombro; volvió la cara y se encontró con su antiguo amigo, con su antiguo maestro el señor arcediano de Josas.

Quedóse estupefacto el buen Gringoire: hacia tiempo que no habia visto á Dom Claudio, y éste era uno de esos hombres solemnes y apasionados cuyo encuentro trastorna siempre el equilibrio de un filósofo escéptico.

Calló algunos instantes el arcediano, durante cuyo silencio tuvo tiempo Gringoire para examinarle á sus anchas. Le encontró muy cambiado, pálido como una mañana de invierno, con los ojos hundidos y el pelo casi blanco. Al fin el sacerdote habló con tono sereno, pero glacial:

—Cómo vá de salud, maese Pedro?

—De salud? así, así, medianeja, pero buena en general. En nada me excedo, ya lo sabeis; el secreto de disfrutar buena salud es, segun Hipócrates: *Id est; cibi, potus, sommi, venus, omnia moderata sint.*

—¿Conque nada os inquieta, maese Pedro?

—A fé mia que no.

—Qué haceis ahora?

—Ya lo veis; examino el corte de estas piedras y la manera cómo está ejecutado este bajo-relieve.

El clérigo se sonrió con una de esas sonrisas amargas que solo levantan una de las extremidades de la boca.

—Y eso os divierte? le preguntó.

—Esto es para mí el Paraiso, exclamó Gringoire. É inclinándose sobre las esculturas con el aire de satisfaccion de un demostrador de fenómenos vivos, añadió:

—¿No encontrais, verbi gracia, que esta metamórfosis de relieve está ejecutada con mucha paciencia, mucha destreza y mucho primor? Mirad esta columnita. ¿Alrededor de qué capitel habeis visto hojas más tiernas y que más haya acariciado el cincel? Aquí teneis tres figuras esculpidas por Juan Maillevin, que no son por cierto las mejores de ese gran génio: sin embargo, la sencillez, la dulzura de los rostros, la elegancia de las actitudes y de los pliegues y esa gracia inexplicable que se confunde con sus defectos, hacen á esas figuras hermosas y muy delicadas, acaso demasiado. ¿No os parece divertida esta contemplacion?

—Seguramente, contestó el sacerdote.

—¡Pues si viérais el interior de la capilla! repuso el poeta en su lenguaraz entusiasmo. Está llena de esculturas; todo en ella es pomposo como el cogollo de una col. La ábside es de forma extremadamente religiosa y tan particular como no he visto otra.

—Luego sois feliz! dijo Dom Claudio interrumpiéndole.

—Por lo menos vivo satisfecho; primero amé mujeres, despues á los animales y ahora á las piedras, que son tan entretenidas como las mujeres y los animales y mucho menos pérfidas.

Pasóse el sacerdote la mano por la frente, que era su movimiento habitual, y exclamó:

—Es verdad!

—Cada cual goza á su modo, maestro, le dijo Gringoire cogiendo al sacerdote por el brazo, que se dejaba llevar sin resistencia, é hízole entrar en el torreon de la escalera del castillo del obispo.

—Hé aquí una escalera! cada vez que la veo soy feliz; es en su clase la combinacion más sencilla y más rara que hay en Paris; todos los escalones están chaflanados por debajo.

—Y no deseais nada? le preguntó Dom Claudio interrumpiéndole.

—No.

—No echais nada de menos?

—Ni echo nada de menos ni deseo nada. Me he arreglado ya la vida.

—Lo que arreglan los hombres los acontecimientos lo desarreglan, le contestó el arcediano.

—Yo soy filósofo pirrónico, replicó Gringoire, y todo lo tengo en equilibrio.

—Y cómo os ganais la vida?

—Escribo algunas veces epopeyas y tragedias; pero lo que más me produce es la industria que ya sabeis, la de llevar pirámides de sillas entre los dientes.

—Grosero oficio para un filósofo.

—Eso tambien es el equilibrio; cuando se tiene una idea fija, en todas partes se encuentra.

—Ya lo sé, le contestó el arcediano. Sin embargo, veo que estais en estado bastante miserable.

—Miserable soy, pero desgraciado no.

Oyeron en aquel momento algazara y pisadas de caballos, y los dos interlocutores vieron desfilar por el extremo de la calle una compañía de arqueros del rey con las lanzas y con el capitan al frente. La cabalgata era brillante y resonaba sobre el empedrado.

—Mirais mucho á ese capitan! dijo Gringoire al arcediano.

—Creo conocerle.

—Cómo se llama?

—Creo que es el capitan Febo de Chateaupers.

—Febo es nombre histórico. Hay otro Febo, que es conde de Foix. Recuerdo, además, haber conocido á una jóven que juraba por Febo.

—Venid conmigo, le dijo el sacerdote; tengo que hablaros.

Desde que pasaron los arqueros, se traslucía alguna agitacion bajo el exterior glacial del arcediano. Se puso en marcha, y Gringoire le seguia, como todos los que se acercaban una vez á aquel hombre, que en seguida adquiria ascendiente sobre los demás. Llegaron en silencio hasta la calle de los Bernardinos, que estaba desierta.

Dom Claudio se paró.

—¿Qué teneis que decirme, señor maestro? le preguntó Gringoire.

—¿No os parece, le preguntó el arcediano con el aire de profunda reflexion, que el traje de esos ginetes que acabamos de ver es más lindo que el vuestro y el mio?

—Pues yo prefiero mi ropaje amarillo y rojo á esas escamas de hierro y de acero. No me gustaria ir haciendo tanto ruido al andar.

—¿No envidiais á esos brillantes soldados con sus trajes de guerra?

—¿Y qué les he de envidiar, señor arcediano? ¡Su fuerza, sus armaduras ó su disciplina! Para mí valen más que ellas mi independencia y mi filosofía desarrapadas: más quiero ser cabeza de sardina que cola de leon.

—Eso es extraño! exclamó el sacerdote pensativo. ¡El traje de guerra es, sin embargo, magnífico!...

Gringoire, viéndole abstraido en sus meditaciones, le dejó para ir á admirar el pórtico de una casa inmediata, de la que volvió á los pocos momentos con gran alegría.

—Si estuviéseis menos ocupado en los trajes de las gentes de guerra, os invitaria á ver aquella puerta. Siempre dije que la casa del señor Aubry tiene la entrada más soberbia del mundo.

—Pedro Gringoire, le dijo de pronto el arcediano, ¿qué habeis hecho de aquella gitana bailarina?

—De Esmeralda? Cambiais bruscamente la conversacion.

—No era vuestra mujer?

—Sí; por la gracia de un cántaro roto estábamos casados para cuatro años. A propósito, añadió Gringoire, mirando con aire irónico al arcediano; ¿pensais en ella siempre?

—Y vos, la habeis olvidado ya?

—Casi, casi. ¡Tengo tantas cosas en qué pensar! Y qué mona era la cabrita!

—Esa gitana no os salvó la vida?

—Cierto que sí.

—Pues bien, ¿qué habeis hecho de esa mujer?

—Eso es lo que yo no sé... Creo que la ahorcaron.

—Lo creeis?

—No estoy seguro. Cuando oí que se trataba de colgarla por el pescuezo me escamé y me escabullí.

—Eso es todo lo que sabeis de ella?

—No, no; ahora recuerdo que me han dicho que se refugió en Nuestra Señora y que está en completa seguridad, de lo que me alegro infinito: lo que no pude saber es si se salvó tambien la cabra.

—Pues voy á deciros algo más, repuso Dom Claudio, y su voz, hasta entonces baja, lenta y casi sorda, resonó tonante. Se refugió, en efecto, en Nuestra Señora, pero dentro de tres dias se apoderará de ella la justicia y será ahorcada en la plaza de la Grève. Así lo ha decretado el Parlamento.

—Eso sí que es inoportuno! contestó Gringoire.

Dom Claudio recobró instantáneamente su frialdad habitual.

—¿Y qué demonio se ha entretenido en solicitar ese decreto de reintegracion? Podia haber dejado tranquilo al Parlamento. ¿Qué daño causa una pobre muchacha porque se albergue bajo los botareles de Nuestra Señora, entre nidos de golondrinas?

—Hay muchos diablos en la tierra.

—Pues eso está endiabladamente mal.

—Decís que ella os salvó la vida? dijo el arcediano, despues de breve silencio.

—Allá entre mis amigos los hampones; poco faltó para que me ahorcasen; ahora lo hubiesen sentido.

—Y nada quereis hacer por ella?

—Bien quisiera, pero temo enredarme en ese lio.

—Y qué importa?

—Qué importa? Pues me gusta la ocurrencia. Tengo empezadas dos obras voluminosas.

El sacerdote se dió una palmada en la frente. A pesar de su calma exterior, de vez en cuando un ademan violento revelaba sus convulsiones interiores.

—Qué haríamos para salvarla? exclamó.

—Os responderé, señor maestro: *Il padelt*, que quiere decir en turco: *Dios es nuestra esperanza.*

—Qué haríamos para salvarla? repitió Dom Claudio pensativo.

Dióse Gringoire otra palmada en la frente y dijo:

—Yo soy hombre de alguna imaginacion y voy á buscar medios. Pudiera pedir su perdon á Luis XI.

—Pedir su perdon al rey Luis XI?....

—Por qué no?

—Porque no se le pide su racion al tigre.

Gringoire se quedó pensativo buscando otros medios.

—¿Quereis que dirija un memorial á las matronas declarando que la gitana está embarazada?

Estas palabras hicieron llamear los hundidos ojos del sacerdote.

—Embarazada! ¿Es que tienes motivo para creerlo?

Aterrado Gringoire al ver á Dom Claudio tan agitado, apresuróse á responderle:

—Oh, yo no!... Nuestro casamiento ha sido un verdadero *foris maritagium*. He quedado á la parte de afuera. Pero así conseguiríamos una moratoria.

—Locura! infamia! cállate!

—Haceis mal en incomodaros. Obtenemos un plazo, no ofendemos á nadie y damos á ganar cuarenta dineros parisíes á las matronas, que son mujeres pobres.

El sacerdote no le oia.

—Pues es preciso que salga de allí! murmuró entre dientes. El decreto ha de ejecutarse en el término preciso de tres dias. Además, aunque no existiera ese decreto, ese Quasimodo!... ¡Las mujeres tienen gustos tan depravados!... Luego, levantando la voz, le dijo á Gringoire:

—Maese Pedro, lo he pensado bien; no hay más que un medio de salvacion para ella.

—Cuál? Yo no veo ninguno.

—No olvideis que os salvó la vida, maese Pedro, y voy á exponeros francamente mi pensamiento. Vigilan la iglesia dia y noche y no dejan que salgan más que los que han visto entrar. Podeis vos venir á verme y yo os introduciré donde está Esmeralda, y cambiareis vuestro traje por el suyo.

—Hasta ahora vá bien; pero ¿y despues?

—Despues ella saldrá vestida con vuestra ropa y vos os quedareis vestido con la suya; quizás os ahorquen, pero así salvamos á Esmeralda.

Gringoire se quedó muy sério y se rascó la oreja.

—Hé aquí una idea que nunca se me hubiera ocurrido, contestó.

Al oir la inesperada proposicion de Dom Claudio, el semblante alegre y benigno del poeta se entristeció bruscamente, como un risueño paisaje de Italia cuando le sobreviene de pronto una bocanada de viento que arroja una nube delante del sol.

—¿Qué os parece ese medio, maese Pedro?

—Me parece que no me ahorcarán quizás, sino indudablemente.

—Eso es lo menos importante, contestó el arcediano.

—Zambomba! exclamó Gringoire.

—Os salvó la vida y de ese modo pagaríais la deuda que contrajísteis con ella.

—Tengo otras deudas que tampoco pago.

—Es absolutamente preciso, maese Pedro, le dijo Dom Claudio imperiosamente.

—Escuchadme, señor maestro, le contestó el poeta consternado. Os encaprichais con esa idea y haceis muy mal. No veo por qué he de dejar que me ahorquen por otro.

—¿Por qué teneis tanto apego á la vida?

—Por mil razones.

—Qué razones son esas? Sepamos.

—Pues tengo apego á la vida por el aire, por el cielo, por la mañana, por la tarde, por la luz de la luna, por mis buenos amigos los hampones, por las hermosas arquitecturas de Paris, por tres voluminosos libros que deseo escribir, uno contra el obispo y sus molinos y los demás sobre otras cosas. Anaxágoras decia que estaba en el mundo para admirar el sol. Tengo además la satisfaccion de pasar todo el dia, desde por la mañana hasta por la noche, con un hombre de genio, que soy yo, lo que es sumamente agradable.

—Cabeza de chorlito! murmuró el arcediano.—Pero dime; esa vida que tan dulce te parece, por quién la conservas? ¿A quién debes el respirar ese aire, el ver ese cielo y el poder divertir tu entendimiento de alondra en pamplinas y en locuras? Si no fuese por ella, ¿dónde estarias? Y tú quieres que muera la que te hizo vivir, quieres que muera esa preciosa criatura dulce y tierna; mientras que tú, que eres medio sábio y medio loco, bosquejo de ambas cosas, tú has de continuar viviendo la vida que le has robado y que es tan inútil como una antorcha que arde á la luz del sol. Un poco de caridad, maese Pedro, y sé generoso con la que antes lo fué contigo.

Dom Claudio hablaba con vehemencia; Gringoire le oyó al principio con aire indeterminado; luego se fué enterneciendo, y acabó por hacer un gesto trágico.

—Patético estais, señor maestro, contestó enjugándose una lágrima. Pues bien, lo pensaré. Os ha ocurrido una maldita idea. Despues de todo, prosiguió tras una pausa, puede que no me ahorquen. No siempre se casa el que se desposa. Cuando me encuentren en el cuartucho tan grotescamente equipado de mujer, acaso se echen á reir sin poderlo remediar.—Pero si me ahorcan, qué? La cuerda dá una muerte como otra cualquiera, ó por mejor decir, no es una muerte cualquiera, es una muerte digna del sábio que ha oscilado toda la vida, es una muerte á la que acaso estoy predestinado, y debe ser magnífico morir como se ha vivido.

—Quedamos en eso? le preguntó el arcediano interrumpiéndole.

—¿Qué viene á ser la muerte al fin y al cabo? continuó cada vez con más exaltacion Gringoire. Un momento desagradable, un portazgo, el tránsito de poco á nada. Una vez le preguntaron á Cercidas, megalopolitano, si moria voluntariamente: Sí, contestó, porque despues de morir veré á los grandes hombres, á Pitágoras entre los filósofos, á Hecateo entre los historiadores, á Homero entre los poetas y á Olimpio entre los músicos.

—Conque no hay más que hablar. Vendreis mañana? le preguntó el arcediano, como despidiéndose y estrechándole la mano.

Aquella pregunta y este ademan volvieron á colocar á maese Pedro en el terreno de lo positivo.

—No, no, nada de eso, exclamó con la expresion del hombre que se despierta. Dejarse ahorcar es un absurdo, y eso no me acomoda.

—Adios, pues, le contestó Dom Claudio, y añadió entre dientes:—¡Ya nos volveremos á ver!

—No quiero que ese diablo de hombre me vuelva á ver, dijo para sí Gringoire, y se fué á alcanzar á Dom Claudio, que ya se alejaba de él.

—Escuchad, señor maestro; no quiero que os vayais resentido conmigo. Os interesais por esa jóven, quiero decir, por mi mujer, y nada más justo. Imaginásteis una estratagema para hacerla salir sana y salva de Nuestra Señora, pero esa estratagema es sumamente desagradable para Gringoire. Pero á mí me ocurre otra: en este mismo instante he tenido una luminosa inspiracion. Si os diera una idea feliz para sacar á Esmeralda de ese peligroso trance, sin comprometer mi cuello con el menor nudo corredizo, ¿estaríais satisfecho? ¿O es absolutamente preciso que me ahorquen para que quedeis contento?

El clérigo, impaciente, arrancaba los botones de la sotana.

—Torrente de palabras, exclamó; dí, qué medio es ese?

—Sí, repuso maese Pedro, hablando consigo mismo y tocándose con el índice la punta de la nariz en señal de meditacion; eso es.—Los hampones son valientes.—La tribu de Egipto la adora. —A las pocas palabras se sublevarán. —Nada más fácil.—Un golpe de mano. —En medio del desórden se la libra.—Mañana mismo... por la noche.—Ellos no desean otra cosa.

—Dime pronto ese medio, repitió Dom Claudio sacudiéndole el brazo.

Gringoire se volvió majestuosamente hácia el arcediano.

—Permitidme un momento; estoy componiendo. Reflexionó algunos instantes más y despues exclamó, dando palmadas:—Admirable! Exito seguro!

—El medio! exclamó por tercera vez Dom Claudio montado en cólera.

—Acercaos y os lo diré en voz baja. Es una contramina verdaderamente ingeniosa y que á todos nos saca del atolladero. Vive Dios! ¡Preciso es convenir en que no soy imbécil!—Ah! ¿la cabra está tambien con Esmeralda?

—Sí. Llévetese el diablo!

—Toma! es que la hubieran ahorcado tambien.

—Eso qué nos importa?

—Es que me sabria mal que la ahorcasen como á la gorrina del mes pasado. Eso le gusta al verdugo, porque despues se come el animal. ¡Pobre Djalí!...

—El verdugo eres tú! gritó Dom Claudio. ¿Qué medio de salvacion es ese que has imaginado? ¿Habrá que arrancártelo con tenazas?

—Es un medio seguro.

Gringoire se inclinó hasta el oido del arcediano, le habló en voz muy baja y mirando con inquietud de un extremo á otro de la calle, por la que, sin embargo, nadie pasaba. Cuando terminó le estrechó la mano con frialdad Dom Claudio y le dijo:

—Bueno es ese medio; hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Gringoire.

El arcediano se alejó por una parte y éste por otra, diciéndose á media voz:

—Hé aquí un negocio escabroso, mae-se Pedro; pero no importa. No porque el hombre sea pequeño le ha de aterrar una empresa grande. Biton se cargó un enorme toro sobre los hombros; las nevatillas, las currucas y las tarabillas atraviesan el Océano.

## II.

### Hazte hampon.

Al volver al claustro el arcediano encontró á la puerta de su celda á su hermano Juan del Molino, que le esperaba y que entretenia el fastidio del largo planton dibujando en la pared, con carbon, el perfil de su hermano mayor, enriquecido con una nariz desmesurada.

Apenas vió Dom Claudio á su hermano; otros pensamientos le preocupaban. El rostro jovial del que consiguió más de una vez alegrar la tétrica fisonomía del clérigo, era entonces impotente para disipar la bruma cada vez más espesa en aquella alma corrompida, mefítica y estancada.

—Vengo á verte, hermano mio, le dijo tímidamente Juan.

El arcediano ni siquiera levantó los ojos para mirarle.

—Qué más? le preguntó.

—Eres tan bueno para mí, y me das tan excelentes consejos, que siempre recurro á tí.

—Y qué más?

—¡Qué razon tenias para decirme: Juan, Juan, *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina;* Juan, sé docto, no pernoctes fuera del colegio sin causa legítima y sin permiso del maestro; no apalees á los picardos; no vivas como asno ilustrado bajo el yugo de la escuela; Juan, déjate castigar por el maestro; Juan, acude todas las tardes á la capilla y canta una antífona con versículo y oracion á la gloriosa Vírgen María! ¡Ah, qué consejos tan excelentes!

—Y qué más?

—Hermano mio, aquí tienes á un criminal, á un miserable, á un libertino, que despreció tus laudables consejos y fué castigado por eso, que Dios es extraordinariamente justo. Mientras tuve dinero no me han faltado bromas y jaranas y vida alegre y loca. ¡Oh Dios, la crápula, que es tan hermosa por delante, qué fea y horrible es por detrás! Ahora ya me he quedado sin blanca, he vendido hasta el mantel y la camisa. ¡Adios, vida alegre! Se apagó la hermosa vela y solo me queda ya la asquerosa mecha de sebo, que me llena de tufo las narices. Las muchachas se burlan de mí; bebo agua y me persiguen los remordimientos y los acreedores.

—Concluye, le contestó el arcediano.

—Quisiera arreglarme y adoptar una vida mejor, y soy un penitente que contrito acudo á tí; me confieso y me doy grandes golpes de pecho. Tienes razon en querer que llegue á ser un dia licenciado é inspector del colegio Torchi; ahora siento vocacion por ese estado. Pero no tengo tinta y necesito comprar, no tengo plumas y he de comprarlas, no tengo papel ni libros y tambien me hacen falta. Para todo eso necesito metálico, y á tí acudo enteramente contrito.

—Eso es lo que querias?

—Sí; me hace falta dinero, le contestó el estudiante.

—No tengo.

Entonces Juan, con aire grave y resuelto al mismo tiempo, dijo:

—Siento tener que decirte que, por otra parte, se me hacen brillantes proposiciones y ofertas. ¿Quieres ó no darme dinero?

—No.

—En ese caso voy á hacerme hampon.

Al pronunciar esa palabra monstruosa tomó el aspecto de un Ajax, que aguarda que caiga el rayo sobre su cabeza.

—Hazte hampon, le contestó Dom Claudio con frialdad.

Juan le saludó profundamente y bajó silbando la escalera del claustro.

Al atravesar el patio por bajo de la ventana de la celda de su hermano, oyó que ésta se abria. Levantó la cabeza y vió pasar por su hueco la cabeza severa del arcediano.

—Vete con mil demonios! le dijo Dom Claudio. ¡Este es el último dinero que te daré!

Así hablando, arrojó el sacerdote una bolsa al estudiante, que hizo á éste un chichon en la frente, y echó á correr enfadado y contento á la vez como un perro apedreado con torreznos.

## III.

### Viva la alegría!

El lector recordará que una parte de la Córte de los Milagros estaba cercada por las antiguas murallas de la poblacion, cuyos torreones empezaban ya en esta época á caer hechos ruinas. Uno de estos torreones lo convirtieron los hampones en sitio de recreo. La taberna estaba en el piso de tierra y en los demás pisos habia juego, etc. Era, pues, dicha torre el punto más animado y por consiguiente el más inmundo de la Córte de los Milagros. Era una especie de colmena monstruosa que zumbaba noche y dia. De noche, cuando dormia todo el demás resto de la tunería, cuando ya no salia ningun grito de las numerosas casucas, de aquellos hormigueros de ladrones, de mujerzuelas, de niños robados y de bastardos, se reconocia siempre la alegre torre por el ruido que salia de ella y por la luz rojiza que se veia brillar por las chimeneas, por las ventanas y por las rendijas de las rajadas paredes, que se escapaba, por decirlo así, de todos los poros del edificio.

La cueva era, pues, la taberna; se descendia hasta ella por una puerta baja y por una escalera, tan áspera como un alejandrino clásico. Encima de la puerta habia, á guisa de muestra, pintarrajeados algunos sueldos nuevos y unos cuantos pollos muertos.

Una noche, al dar el toque de ánimas las campanas de París, si hubieran podido entrar los gendarmes de la ronda en la temible Córte de los Milagros, hubieran observado que habia en la taberna de la Torre más tumulto que ordinariamente y que se bebia y se renegaba más que otras veces.

En el exterior habia en la plaza muchos grupos que conversaban en voz baja, como cuando se trama una conspiracion, y aquí y allá algun tunante acurrucado que afilaba en las piedras una mala hoja de hierro.

Pero en la misma taberna el vino y el juego distraian de tal modo á la canalla de las ideas que aquella noche les preocupaba, que con dificultad se hubiera comprendido por las palabras de los bebedores el objeto de que trataban. Solo se les veia más alegres que de costumbre, y además relucir alguna arma entre las piernas; una podadera, una hacha, un espadon ó un antiguo arcabuz.

La sala, de forma redonda, era muy espaciosa; pero estaban las mesas tan apiñadas y eran tan numerosos los bebedores, que el contenido de la taberna, esto es, hombres, mujeres, bancos, cántaros de cerveza, bebedores, durmientes, jugadores, sanos y lisiados, estaba todo esto tan hacinado y con tanto órden y armonía, como un monton de conchas de ostras. Habia sobre las mesas algunas velas de sebo encendidas, pero la verdadera luminaria de la taberna era la hoguera del fogon. Estaba tan húmeda aquella cueva, que nunca dejaban que se apagase la chimenea, ni en mitad del verano; una inmensa chimenea esculpida y erizada de pesados morrillos de hierro y de chismes de cocina, en la que encendian grandes llamaradas la leña y la turba. Un enorme perro, sentado gravemente sobre la ceniza, daba vueltas en las áscuas á un asador cargado de viandas.

A pesar de la confusion que allí reinaba, despues de dar la primera ojeada se distinguian tres grupos principales, que se apiñaban alrededor de tres personajes ya conocidos de los lectores. Uno de ellos, extrañamente equipado, con muchos oropeles orientales, era Matías Hungadi Spícali, duque de Egipto y de Bohemia. El bellaco estaba sentado

sobre una mesa, con las piernas cruzadas, levantando en alto un dedo y distribuyendo en voz alta su ciencia, la mágia blanca y negra, á una infinidad de caras que, con la boca abierta, le escuchaban. Otros muchos se agrupaban alrededor del valiente rey de Tunia, armado hasta los dientes. Clopin Trouillefon, con gran seriedad y en voz baja, presidia al pillaje de un colosal tonel lleno de armas, que se abrió en su presencia, y del que salian revueltos hachas, espadas, capacetes, cotas de malla, puntas de lanzas y de partesanas, flechas y ballestas, como manzanas y uvas del cuerno de la abundancia.

Cada cual tomaba lo que queria del monton: quién un capacete, quién un estoque, quién un puñal, quién una espada; hasta los muchachos se armaban, y tambien los miserables lisiados, que andaban á rastras cubiertos de corazas y de espaldares, pasando por entre las piernas de los bebedores como enormes escarabajos. El tercer auditorio, que era el más jovial, el más alborotador y el más numeroso, llenaba los bancos y las mesas, en medio de los que peroraba y juraba un individuo con voz de flauta, que salia de una armadura completa, desde el casco hasta las espuelas. El que de tal modo se habia armado ocultaba de tal manera su persona, que solo se veia de ella la nariz rubicunda, insolente y remangada, un rizo de cabello rubio, la boca rosada y un par de ojos atrevidos. Llena tenia la cintura de dagas y de puñales; al lado derecho se le veia gigantesca espada y al lado izquierdo una ballesta mugrienta; delante de él un jarro de vino y una robusta moza despechugada. Todas las bocas de los que estaban á su alrededor reian, renegaban y bebian.

Añádanse á estos tres grupos otros veinte secundarios, las mozas y los criados de servicio corriendo de una parte á otra con los cántaros en la cabeza, los jugadores inclinados sobre las bolas, sobre el tres en raya, los dados y el chaquete; las disputas en un rincon, los besos en el otro, y se formará una idea aproximada del conjunto que presentaba la taberna.

En cuanto al ruido, era el interior de una gran campana tocando á vuelo. La grasera, donde rechinaba una lluvia de grasa, llenaba con su contínuo chisporroteo los intervalos de los mil diálogos que se cruzaban de un extremo de la sala al otro.

Entre aquella baraunda, en el fondo de la taberna y sentado en el banco interior de la chimenea, habia un filósofo que meditaba, con los piés sobre la ceniza y los ojos clavados en los tizones: era Pedro Gringoire.

—Acabemos! ármese todo el mundo, que dentro de una hora nos pondremos en marcha, decia Clopin Trouillefon á los hampones.

Dos jugadores de naipes disputaban en otro lado:

—Sota! gritaba el más encendido de los dos, enseñando el puño al otro. Si hablas una palabra más, te hago sota de bastos.

—Uf! exclamaba un normando, cuyo acento nasal le denunciaba; estamos unos sobre otros como sardinas en banasta.

—Hijos mios, decia el duque de Egipto á su auditorio hablando en falsete, las brujas de Francia acuden al *sábado* sin escoba, ungüentos ni montera, y solo pronuncian algunas palabras mágicas. Las de Italia tienen siempre un macho cabrío que las espera á la puerta. Todas están obligadas á salir por la chimenea.

La voz del mozalvete armado de punta en blanco dominaba el estruendo general.

—Viva la broma! gritaba. Hoy hago mi primera campaña; ya soy hampon! Vive Cristo! Dadme de beber! Me llamo Juan Frollo del Molino, soy noble, y creo que si Dios fuere gendarme se haria tambien hampon. Hermanos, vamos á acometer una brillante empresa, como que somos valientes. Sitiar una Catedral, demoler sus puertas, sacar de ella y librar de los jueces á una hermosa jóven, derribar el claustro y quemar al obispo dentro del obispado, son proezas que vamos á ejecutar en menos tiempo del que necesita un burgomaestre para comer una cucharada de sopas. Nuestra causa es justa; saquearemos á Nuestra Señora y santas páscuas. Ahorcaremos á Quasimodo. ¿Conoceis á Quasimodo, señoritas? ¿Le habeis visto á caballo de la campana gorda en el dia de Pentecostés? Qué hermoso estaba, vive Dios!... Amigos mios; antes de sentar plaza entre vosotros ya era yo truhan de corazon, truhan de nacimiento. Fuí muy rico, pero me comí la hacienda y me vine aquí. Se lo dije á mi padre y me echó su maldicion; á mi madre, que lloró como una Magdalena. Viva la broma! ¡Soy un verdadero presidiario! Tabernera querida, dame mas vino, que aun tengo para pagar;

pero no me des vino de Surena, que me incomoda la garganta, voto á sanes!

La multitud le aplaudia, mezclando las carcajadas con los aplausos; el estudiante, viendo que el tumulto se aumentaba á su alrededor, exclamó:

—Viva este estruendo delicioso! *Populi debacchantis populosa debacchatio.*

Entusiasmado Juan Frollo, púsose á cantar, parodiando la voz del canónigo que entona el canto de vísperas:

—*Quæ cantica! quæ organa! quæ cantilenæ! quæ melodiæ hic sine decantantur! ¡sonant melliflua hymnorum organa, suavissima angelorum melodia, cantica canticorum mira!*

Luego se interrumpió diciendo:

—¡Tabernera de los diablos, dame de cenar!

Hubo unos momentos de semi-silencio, durante los que el duque de Egipto levantó la voz instruyendo á los gitanos:

—La comadreja se llama adnine; el zorro, pié azul ó corredor de los bosques; el lobo, pié gris ó pié dorado; el oso, el viejo ó el abuelo. El gorro de un gnomo hace invisible al que lo lleva y con él se ven las cosas invisibles. Los sapos que se van á bautizar, deben vestirse de terciopelo encarnado ó negro; se les pone una campanilla al cuello y á los piés; el padrino le sostendrá la cabeza y la madrina la parte posterior. Solo el diablo Sidragasum tiene el poder de hacer bailar á las muchachas en cueros.

—Pardiez! ¡Quisiera ser el diablo Sidragasum! gritó el estudiante.

La multitud entre tanto continuaba armándose al otro extremo de la taberna, produciendo al mismo tiempo tumultuosa algazara.

—Pobre Esmeralda! decia un gitano; es nuestra hermana y es preciso sacarla de allí.

—¿Es cierto que permanece siempre encerrada en Nuestra Señora? preguntó un buhonero, que tenia cara de judío.

—Es cierto.

—Pues, camarada, iremos á sacarla de allí; y con más motivo habiendo en la capilla de los santos Fereol y Ferrution dos estátuas, ambas de oro, que juntas pesan diez y siete marcos de oro y quince adarmes, y los pedestales de plata dorada diez y siete marcos y cinco onzas. Yo puedo saberlo, porque soy platero.

Juan Frollo se puso á cenar, recostándose sobre el pecho de la moza que tenia al lado.

—¡Vive Dios, que soy completamente feliz! exclamó. Delante de mí tengo un imbécil que me mira con ojos de archiduque, y otro á mi izquierda que tiene tan largos los dientes que le tapan la barba. Mi derecha, como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise, la tengo apoyada en una eminencia suave.—Hola! eh? á vosotros os digo... no os pegueis. Tú, Bautista, que tienes tan hermosa nariz, ¿vas á arriesgarla contra los puños de ese animal? imbécil! *Non cuiquam datum est habere nasum.*—¡Verdaderamente eres divina, Jacoba! ¡Lástima es que no tengas pelo!—Mira, me llamo Juan Frollo del Molino y mi hermano es arcediano. El diablo cargue con él. Lo que te digo es la verdad.—Haciéndome hampon he renunciado alegremente á la mitad de una casa situada en el Paraiso que mi hermano me habia prometido: *dimidiam domum in Paradiso.* Texto al canto. Poseo un feudo en la calle de Tirechappe y todas las mujeres se mueren por mí: esto es tan cierto como que San Elías era un excelente platero, y como que los cinco oficios de la Ciudad de Paris son los curtidores, los manguiteros, los talabarteros, los bolseros y los zapateros, y como que quemaron á San Lorenzo con cáscaras de huevos. Os juro, camaradas,

*que no comeré pimiento*
*en todo el año, si miento.*

Hermosa Jacoba, ¡mira qué luna tan clara! mira por esta ventana y verás cómo el viento descompone las nubes. Lo mismo hago yo con tu gorguera.—Muchachas, despabilad las velas y las narices de los chiquillos.—¡Cristo y Mahoma! ¿Qué es lo que estoy comiendo aquí? ¡Vieja bodegonera, los pelos que les faltan á las cabezas de tus bellacas se encuentran en tus tortillas! ¡A mí me gustan las tortillas calvas! ¡Desnarigada te veas! ¡Maldito figon de Belcebú, en el que se peinan las mozas con los tenedores!

Al decir esto, rompió el plato y cantó á gritos:

*Yo no tengo grey,*
*por vida de Brios!*
*ni fé, ni ley,*
*ni hogar, ni rey,*
*ni casa, ni Dios.*

Entre tanto, Clopin Trouillefon terminó la distribucion de armas. Acercóse en seguida á Gringoire, que estaba aun abstraido en sus meditaciones, apoyando los piés en un morrillo.

—Amigo Pedro, le dijo el rey de Tunia; en qué diablos estais pensando?

Volviéndose hácia él Pedro Gringoire,

le contestó sonriendo melancólicamente:

—Me gusta el fuego, no por la razon trivial de que calienta los piés ó de que cuece la sopa, sino porque produce chispas. Paso á veces horas enteras mirándolas, y descubro mil cosas en esas estrellitas que tachonan el fondo negro del hogar. Esas estrellas son otros tantos mundos.

—Lléveme el diablo si te entiendo, le contestó Clopin; sabes qué hora es?

—No lo sé, le respondió maese Pedro.

Acercóse entonces Clopin al duque de Egipto.

—Compañero Matías, la ocasion no es buena. Dicen que el rey Luis XI está en Paris.

—Mejor para librar de sus garras á nuestra hermana.

—Hablas como un hombre, Matías, dijo el rey de Tunia; además, no perderemos el tiempo. No nos resistirán en la iglesia; los canónigos son liebres y nosotros disponemos de mucha fuerza. Chasqueados se quedarán los esbirros del Parlamento cuando vayan á echarla el guante. Ombligo de papa! ¡No quiero que ahorquen á esa perla!

Clopin salió de la taberna.

Juan gritaba con ronca voz:

—¡Bebo, cómo, estoy borracho, soy Júpiter! ¡Eh, Pedro el Apaleador, si sigues mirándome así, te hincho las narices á papirotazos!

Gringoire, que dejó ya de meditar, examinaba la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando entre dientes:

—*Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas;* hago perfectamente en no beber, porque San Benito dice con mucha razon: *Vinum apostatare facit etiam sapientes.*

Clopin volvió á entrar en la taberna y gritó con voz de trueno:

—Las doce!

Esta palabra hizo á la multitud el mismo efecto que el toque de llamada á un regimiento que está descansando, y todos, hombres, mujeres y niños, se lanzaron en tropel fuera de la taberna, moviendo gran estruendo de armas y de herraje.

Cubrian la luna algunas nubes; la Córte de los Milagros estaba muy oscura, pero, sin embargo, no estaba desierta. Habia reunidos bastantes hombres y mujeres que hablaban en voz baja. Oíase el murmullo de las conversaciones y se veian relucir en la oscuridad toda clase de armas. Clopin se subió sobre un guardacanton y gritó:

—A vuestras filas, la Germania! ¡A vuestras filas, el Egipto! ¡A vuestras filas, Galilea!

La inmensa multitud se movió, formándose en columna. Al cabo de algunos instantes volvió á oirse la voz del rey de Tunia:

—Ahora mucho silencio al atravesar á Paris. El santo es: *Luz de broma.* Las teas no se encenderán hasta llegar á Nuestra Señora... Ea! Marchen!

Diez minutos despues huian despavoridos los soldados de la ronda ante una larga procesion de hombres negros y silenciosos que bajaba por el puente del Cambio, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todos los sentidos el cuartel de los Mercados.

## IV.

### Un amigo torpe.

Aquella noche Quasimodo no dormia. Acababa de rondar la iglesia por última vez y no se fijó en que en el momento de cerrar las puertas pasó el arcediano cerca de él de muy mal humor, al ver que echaba los cerrojos y ajustaba con cuidado las gruesas barras de hierro, que daban á aquellas puertas la solidez de una muralla. Dom Claudio estaba más pensativo que nunca: desde la aventura nocturna de la celda maltrataba contínuamente á Quasimodo, pero aunque le trataba con dureza y hasta le golpeaba, nada alteró la sumision, la paciencia y la resignacion de esclavo del campanero. Del arcediano todo lo sufria; injurias, amenazas y golpes, sin quejarse jamás. Lo más que hacia era seguir con la mirada inquieta á Dom Claudio, cuando éste subia por la escalera de la torre; por el arcediano se habia abstenido de presentarse ante la gitana.

Aquella noche, Quasimodo, despues de echar una ojeada á las abandonadas campanas, se subió á lo más alto de la torre septentrional, y desde allí, dejando cerrada la linterna sorda, se puso á contemplar la capital. La noche, como dijimos, estaba muy oscura. Paris, que, por decirlo así, no tenia alumbrado en aquella época, presentaba á la vista una confusion de masas negras, cortadas en distintas partes por la curva y blanquecina línea del Sena. Entre las tinieblas solo veia Quasimodo la luz de una ven-

tana de un lejano edificio, cuyo incierto y sombrío perfil sobresalia por encima de los tejados, por la parte de la puerta de San Antonio. Allí tambien habia alguno que velaba.

Mientras vagaba por aquel horizonte nebuloso y oscuro la mirada del ojo único de Quasimodo, sentia éste dentro de sí inquietud inexplicable. Hacia ya dias que le alarmaba el ver rondar contínuamente alrededor de la iglesia hombres de mal aspecto que no apartaban la vista del asilo de Esmeralda, y creia que tramaban algun complot contra la infeliz refugiada, figurándose que excitaba el rencor popular como lo excitaba él, y que podria sucederla alguna desgracia. Por eso no se apartaba del campanario, acechando siempre, ya á Paris, ya á la celda, estando alerta y receloso como perro fiel.

De repente, estando escudriñando la inmensa poblacion con su único ojo, que la naturaleza, por via de compensacion, hizo muy perspicaz, le pareció que la silueta del muelle de la Vecille-Pelleterie presentaba aspecto extraordinario; que en él habia cierto movimiento; que la línea negra del parapeto, realzada por la blancura del agua, no estaba recta y tranquila como la de los otros muelles, sino que ondulaba á la vista como las olas de un rio, ó como las cabezas de una multitud que marcha.

Pareciéndole esto muy extraño, redobló la atencion. El movimiento parecia dirigirse hácia la Cité, pero á oscuras; duró algun tiempo en el muelle y despues se disipó poco á poco, como si fuese á internarse en la isla, y por fin cesó de repente; la línea del muelle volvió á quedar recta é inmóvil.

Mientras Quasimodo hacia mil conjeturas, le pareció que el movimiento reaparecia en la calle del Atrio, que se prolongaba en la Cité, perpendicularmente á la fachada de Nuestra Señora. A pesar del espesor de la oscuridad, vió el jorobado desembocar por aquella calle el frente de una columna y derramarse en un instante por toda la plaza una muchedumbre. Causaba terror semejante espectáculo. Es probable que aquella singular procesion, empeñada en ocultarse en la oscuridad, guardara silencio no menos profundo, pero debia escaparse de ella algun rumor, aunque solo fuese el ruido de los piés al andar; mas ese ruido no llegaba á los oidos del sordo, y aquella inmensa multitud que él apenas veia, pero que la podia oir, parecíale una procesion de muertos, muda, impalpable; creia ver que avanzaba hasta él una niebla llena de hombres y moverse multitud de sombras en la oscuridad.

Renacieron entonces los temores de Quasimodo y se volvió á presentar á su imaginacion la idea de una tentativa contra la gitana, y comprendió confusamente que se acercaba á una situacion violenta. En aquel momento crítico reflexionó con raciocinio mejor y más rápido de lo que era de esperar de una cabeza tan mal organizada. ¿Debia despertar á Esmeralda? ¿Hacer que se escapase? Pero por dónde? Las casas estaban ocupadas y la iglesia contigua al rio; no teniendo lancha, no podia salir. Solo le quedaba el último recurso, el de dejarse matar en los umbrales de Nuestra Señora, resistiendo hasta que llegase algun socorro, caso de que llegara, y no despertar á la gitana, que al fin y al cabo la desdichada siempre despertaria á tiempo para morir. Tomada esta resolucion, se puso á examinar al *enemigo* con más serenidad.

La multitud crecia por momentos en el Atrio, pero comprendió Quasimodo que debia hacer poco ruido, porque no se abrieron las ventanas que caian á la plaza y á las calles inmediatas. De repente brilló una luz, y en el mismo instante siete ú ocho hachas encendidas se pasearon sobre las cabezas de los hampones, sacudiendo en la oscuridad su cabellera de llamas. Entonces ya vió distintamente Quasimodo moverse en el átrio un espantoso rebaño de hombres y de mujeres, desarrapados, armados con mazas, con picas, con segures y partesanas, cuyas mil puntas relucian. Aquí y allá algunas horquillas negras parecian los cuernos de aquellas caras asquerosas. Quasimodo recordó vagamente aquel populacho y creyó conocer las fisonomías de los que pocos meses atrás le aclamaron papa de los locos. Un hombre, que llevaba una tea en una mano y un cayado en la otra, subió sobre un guardacanton y pareció que arengaba á los demás: al mismo tiempo el extraño ejército hizo evoluciones para tomar posicion alrededor de la iglesia. Quasimodo recogió la linterna y bajó á la plataforma situada entre las dos torres, con la idea de observar más de cerca y determinar los medios de defensa.

Clopin Trouillefon, en cuanto llegó frente á la alta portada de Nuestra Señora, formó su ejército en batalla.

Aunque no esperaba resistencia alguna, queria, como general prudente, conservar un órden que le permitiese, en caso de necesidad, hacer frente á un ataque de la ronda. Escalonó su gente de tal modo, que vista desde alto y desde lejos parecia el triángulo romano de la batalla de Enocma, la cabeza de puerco de Alejandro, ó la famosa cuña de Gustavo-Adolfo. La base de dicho triángulo se apoyaba en el fondo de la plaza, con el objeto de cubrir la avenida de la calle del Atrio; uno de los lados miraba al Hospital y el otro á la calle de San Pedro. Clopin Trouillefon se colocó en el vértice, con el duque de Egipto, con el estudiante Juan del Molino y con los más temerarios gitanos.

Frecuentes eran en la Edad Media en las ciudades empresas como la que acometian los hampones contra Nuestra Señora. No existia en aquella época lo que ahora llamamos *policía*. En las ciudades populosas, en las capitales, sobre todo, no existia poder central, único y regulador; el feudalismo arregló las jurisdicciones de un modo extraño. Una ciudad era un conjunto de señoríos que la dividian en compartimientos de todas formas y tamaños, de donde se originaban mil policías contradictorias, ó, por mejor decir, la falta de policía. En Paris, por ejemplo, independientemente de los ciento cuarenta y un señores que pretendian tener derecho censal, habia veinticinco que alegaban tener derecho censal y administracion de justicia, desde el obispo de Paris, que tenia ciento y cinco calles, hasta el prior de Nuestra Señora de los Campos, que tenia cuatro. Todos estos señores feudales no conocian más que de nombre la autoridad soberana del rey. Todos gozaban en sus Estados del derecho de vida y muerte. Luis XI, infatigable albañil, que con tanto brio comenzó la demolicion del edificio feudal, continuada por Richelieu y por Luis XIV en beneficio de la corona, y acabada por Mirabeau en beneficio del pueblo, Luis XI habia hecho todo lo posible por romper la red de señoríos que cubria á todo Paris, lanzando violentamente á través de ella dos ó tres decretos de policía general. En 1465 dió órden á los vecinos de Paris, de que apenas fuese de noche iluminaran con velas las ventanas y de que encerrasen á los perros, bajo pena de horca; en el mismo año dió la órden de cerrar de noche las calles con cadenas de hierro, y prohibió llevar dagas y otras armas ofensivas de noche; pero al cabo de poco tiempo estos ensayos de legislacion general cayeron en desuso. Los vecinos dejaban que el viento apagase las velas de las ventanas y que los perros vagasen por las calles; las cadenas de hierro no se tendian más que cuando Paris estaba en estado de sitio; la prohibicion de usar dagas no produjo otro resultado que la mudanza de nombre de la calle de *Coupe-Gueule* por el de *Coupe-Gorge*, lo que era evidente progreso. Permaneció en pié el viejo edificio de las jurisdicciones feudales; aquella inmensa aglomeracion de bailías y de señoríos que en la misma ciudad se cruzaban, se incomodaban y se enredaban mútuamente, inutilizando á la multitud de rondas y contrarondas, á pesar de las que se efectuaba á mano armada el pillaje, la rapiña y la sedicion. Como reinaba tal desórden, eran frecuentes semejantes golpes de mano del populacho contra un palacio ó contra una casa, hasta en los barrios más poblados. En la mayor parte de estos lances solo intervenian los vecinos cuando el pillaje llegaba hasta sus casas. Tapábanse los oidos cuando oian tiros, cerraban las ventanas y barreaban las puertas y dejaban que la contienda se arreglase con la ronda ó sin ella, y á la mañana siguiente se decia en Paris: Esta noche han saqueado á Estéban Barbette.—Esta noche han atropellado al mariscal de Clermont, etc., etc. Por eso no solo los alcázares reales, como el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tournelles, sino tambien las residencias señoriales, como Le Pettit Bourbon, el palacio de Sens y el de Angulema, tenian almenas en las murallas y troneras encima de las puertas. A las iglesias las defendia su santidad; sin embargo, algunas estaban fortificadas, pero no pertenecia á este número Nuestra Señora. El abad de San German de los Prados tenia almenada la iglesia como una fortaleza, y en su abadía habia más hierro empleado en bombardas que en campanas. La fortaleza existia aun en 1610; hoy dia solo queda la iglesia.

Pero volvamos á Nuestra Señora de Paris.

Tomadas las primeras disposiciones (y debemos decir, en honor de la disciplina hampona, que fueron ejecutadas en silencio y con la mayor precision), subió el digno jefe de la tropa, Clopin, sobre el parapeto del átrio, levantó la voz, ronca y vinosa, vuelto hácia Nuestra Señora, y agitando la antorcha, cuya luz, batida por el viento y velada á cada

instante por su propio humo, hacia aparecer y desaparecer á la vista la rojiza fachada de la iglesia, dijo:

—A tí, Luis de Beaumont, obispo de Paris, consejero del tribunal del Parlamento: yo, Clopin Trouillefon, rey de Tunia, gran coësre, príncipe de la Germania, obispo de los locos, digo: Nuestra hermana, falsamente acusada de mágia, se ha refugiado en tu iglesia, y tú la debes auxilio y salvaguardia. Sabemos que trata de apoderarse de ella el tribunal del Parlamento y que tú lo consientes, y esto es tan cierto, que mañana la ahorcarian en la plaza de la Grève si Dios y los hampones no lo impidieran. Por esto nos dirigimos á tí, obispo. Si tu iglesia es sagrada, nuestra hermana, cobijada en ella, tambien lo es; si nuestra hermana no lo es, la iglesia tampoco. Por estas razones te intimamos que nos entregues á dicha jóven, si quieres salvar la iglesia; de lo contrario saquearemos la Catedral y arrebataremos á Esmeralda, en lo que haremos bien. En fé de lo cual, planto aquí mi bandera, y ¡Dios sea en tu ayuda, obispo de Paris!

Por desgracia, Quasimodo no pudo oir estas palabras, pronunciadas con una especie de majestad sombría y salvaje. Un hampon presentó su bandera á Clopin, que la plantó solemnemente en el empedrado. La bandera era una horquilla, de la que pendia un sangriento cuarto de carroña.

Hecho esto, el rey de Tunia se volvió y paseó la vista por su ejército, por la multitud feroz, cuyas miradas brillaban tanto como las picas.

Despues de un instante de pausa, gritó:

—Adelante, hijos! ¡Manos al trabajo, operarios!

Treinta hombres robustos, de miembros hercúleos, con aspecto de cerrajeros, salieron de las filas con martillos, tenazas y barras de hierro. Se dirigieron á la puerta principal de la iglesia, subieron las gradas, y en seguida se les vió á todos agachados bajo la ojiva, ocupados en descerrajar la puerta con tenazas y palancas. Multitud de hampones fué con ellos para ayudarles ó para ver lo que hacian. Los once escalones de las gradas estaban atestados de gente.

La puerta, sin embargo, resistia.

—Diablo, dura es y testaruda! decia uno.—¡Es vieja y tiene endurecidos los cartílagos! respondia otro.—¡Animo, camaradas! Apuesto la cabeza contra una chinela á que abrís la puerta, tomais á la muchacha y despojais el altar mayor antes que se despierte un pertiguero. Firme! creo que ya cruje la cerradura!

Interrumpió á Clopin un estrépito espantoso que resonó en este instante detrás de él. Volvió la cabeza; una viga enorme acababa de caer del cielo, aplastando á una docena de hampones sobre la escalinata de la iglesia y rebotó sobre el empedrado con el ruido de un cañonazo, rompiendo piernas de los sitiadores, que retrocedieron lanzando agudos gritos de terror; en un santiamén quedó vacío el estrecho recinto del átrio. Aquellos, protegidos por los profundos arcos de la portada, abandonaron el puesto, y el mismo Clopin se replegó á distancia respetuosa de la iglesia.

—Escapé de buena! exclamó Juan. El aire de la viga me dió en la cara!

Imposible es explicar el asombro mezclado de espanto que se apoderó de los bandidos al caer la viga. Quedaron durante algunos minutos con los ojos fijos en el aire, más consternados á la vista del madero que á la de veinte mil arqueros del rey.

—Satanás! exclamó el duque de Egipto, esto me huele á mágia!

—La luna nos envia este leño, dijo Andrés el Rojo.

—Por eso dicen que la luna es amiga de la Vírgen, repuso Francisco Chanteprune.

—¡Por vida del papa, que todos sois unos imbéciles! gritó Clopin. Pero él no sabia explicarse la caida del madero.

Nada se distinguia, sin embargo, sobre la fachada, á cuya parte alta no llegaba la claridad de las antorchas. El macizo madero yacía en medio del átrio y oíanse los gemidos de los miserables que recibieron el primer choque, á los que dividió por mitad el vientre en el ángulo de los escalones de piedra.

Pasado el primer asombro, el rey de Tunia encontró una explicacion, que pareció plausible á sus compañeros.

—Vive Dios! Eso debe ser que los canónigos se defienden. Saqueo y á ellos!

—Saqueo! repitió la caterva con furiosa aclamacion, y una descarga de flechas cayó sobre la fachada de la iglesia.

Al oir la detonacion, despertáronse los pacíficos habitantes de las casas contiguas, abriéronse muchas ventanas, y en ellas aparecieron muchos gorros de dor-

mir y muchas manos con velas encendidas.

—Disparad á las ventanas! gritó Clopin.

Cerráronse todas de repente al oir esta órden, y los curiosos que apenas tuvieron tiempo para mirar con terror aquella escena de luces y de tumulto, volviéronse sudando de miedo al lado de sus mujeres, preguntándose á sí mismos si era que se celebraba un *sábado* en el átrio de Nuestra Señora, ó si la asaltaban los borgoñones como en 1464. Los maridos pensaron en el robo, las mujeres en la violacion, y todos temblaron.

—Al saqueo! repetian los hampones, pero no se atrevian á acercarse; contemplaban la viga. El madero no se movia, el edificio estaba desierto, pero secreto terror helaba á los bandidos.

—Adelante los operarios! ¡echad abajo la puerta! gritaba Clopin.

Nadie se movió.

—Voto al diablo! ¡Hé aquí unos hombres que tienen miedo á un madero!

—Capitan, contestó un operario, no es la viga lo que nos embaraza; es la puerta, que está sujeta con barras de hierro y las tenazas no sirven para nada.

—Qué necesitais para echarla abajo?

—Necesitamos un ariete.

El rey de Tunia dirigióse con intrepidez al formidable madero y puso un pié sobre él.

—Aquí hay uno, exclamó; los canónigos os lo envian. Haciendo á la iglesia un saludo irónico, dijo:—Muchas gracias, canónigos.

Esta baladronada produjo su efecto y disipó el prestigio del madero. Se reanimaron los hampones, y en un instantante la pesada viga, levantada como una pluma por doscientos brazos vigorosos, cayó con furia contra la gran puerta que querian desquiciar. Visto á la escasa claridad de las pocas antorchas que llevaban los bandidos, aquel largo madero, que conducia un tropel de hombres que corriendo se precipitaban con él contra la iglesia, parecia monstruoso animal de mil piés, atacando con la cabeza baja á la giganta de piedra.

Al choque de la viga retumbó la puerta semi-metálica como un inmenso tambor, y, aunque no se rompió, se extremeció la Catedral entera y se oyeron resonar las cavidades del edificio.

Al mismo tiempo empezó á caer una lluvia de piedras gruesas sobre los sitiadores desde lo alto de la fachada de Nuestra Señora.

—Diablo! gritó Juan; ¿nos arrojarán las torres sus balaustradas á la cabeza?

Pero el impulso estaba ya dado, y el rey de Tunia contribuia con su ejemplo á dar valor á los hampones; figurándose éstos que el obispo se defendia, batian la puerta con más rabia, á pesar de que las piedras que caian hacian saltar cráneos á derecha y á izquierda.

Lo chocante era que las piedras caian una á una, pero con mucha frecuencia; los hampones recibian siempre dos á la par, una en las piernas y otra en la cabeza. Rara era la que erraba el golpe y ya se habia formado un gran monton de muertos y de heridos bajo los piés de los sitiadores, que, cada vez más furibundos, se relevaban sin cesar. La larga viga continuaba batiendo la puerta á intervalos regulares, como el badajo de una campana, y rechinaba mientras llovian piedras.

El lector debe haber comprendido que la resistencia inesperada, que tanto exasperaba á los hampones, provenia de Quasimodo. La casualidad por desgracia favoreció al valiente sordo.

Cuando bajó á la plataforma situada entre las dos torres tenia confusion de ideas. Durante algunos minutos corrió por la galería, yendo y viniendo como un loco, observando desde allí la masa compacta de los hampones decididos á arrojarse sobre la iglesia, y pedia á Dios ó al diablo que salvase á la gitana. Ocurriósele subir al campanario meridional y tocar á rebato; pero antes de echar la campana al vuelo, antes que la voz sonora de María hubiese lanzado un solo clamor, ¿no podian derribar la puerta de la iglesia? Precisamente en aquel instante los obreros con sus herramientas avanzaban hácia ella. Qué hacer, pues?

Se acordó de repente que habian estado trabajando todo el dia albañiles en reparar la pared, el techo y el tejado de la torre meridional, y esto fué para él una inspiracion. La pared era de piedra, la techumbre de plomo y la armazon de madera.

Voló Quasimodo á aquella torre: las habitaciones inferiores estaban, en efecto, llenas de materiales. Habia montones de cascote, láminas de plomo arrolladas, haces de latas, gruesas vigas, melladas ya por la sierra, y muchísimos escombros; un arsenal completo.

El tiempo apremiaba. Las tenazas y los martillos trabajaban abajo. Quasimodo, con inmensa fuerza, que multiplicaba el sentimiento del peligro, levantó

una de las vigas, la más larga y pesada, la sacó por la ventanilla, y cogiéndola luego por fuera de la torre, hízola deslizar sobre el ángulo de la balaustrada que rodea la plataforma y la dejó caer en el abismo. El enorme madero, en la caida de ciento veinte piés, raspando la pared, rompiendo las esculturas, giró muchas veces sobre sí mismo, como el aspa de un molino que volara por sí sola por el espacio, y tocó por fin el suelo, haciendo lanzar un grito horrible.

Quasimodo vió que los hampones se desparramaban, al caer el madero, como la ceniza al soplo de un niño; aprovechóse de su terror, y mientras ellos fijaban supersticiosas miradas en la viga y acribillaban con una descarga de saetas á los santos de la portada, él amontonaba silenciosamente piedras, cascotes y hasta sacos de instrumentos de albañilería sobre el antepecho de la balaustrada por donde habia precipitado el madero.

Por eso desde que empezaron á golpear la inmensa puerta empezó tambien la lluvia de piedras y de cascotes, pareciéndoles á los bandidos que la iglesia se demolia por sí misma sobre sus cabezas.

El que hubiese visto entonces á Quasimodo se hubiera horrorizado. Además de los proyectiles que amontonó sobre la balaustrada, reunió multitud de piedras sobre la misma plataforma. Cuando agotó los cascotes reunidos en el antepecho exterior, los cogia á puñados del monton, y entonces se agachaba y se volvia á enderezar con actividad increible. Su horrible cabeza de gnomo se asomaba á la balaustrada y luego caia una piedra, y luego otra; de vez en cuando seguia con la vista la caida de las piedras mayores, y cuando mataban á alguno, decia:—Así!

Los hampones no desmayaban, sin embargo; más de veinte veces habia ya temblado la maciza puerta bajo el peso del ariete de encina, multiplicado por la fuerza de cien hombres. Rechinaban las compuertas, volaban en astillas las cinceladuras, los goznes temblaban en sus ejes, las cerraduras salian de quicio, la madera caia hecha polvo entre las chapas de hierro; pero afortunadamente para Quasimodo, habia en las puertas más hierro que madera.

Conoció, sin embargo, que éstas vacilaban. Aunque no oyese que cada golpe de ariete repercutia en las cavernas de la iglesia y en sus entrañas, desde su altura veia que demostraban aire de triunfo los hampones, y que con rabia amenazaban cerrando los puños á la tenebrosa fachada, y envidiaba Quasimodo para él y para la gitana las alas de los buhos que huian á bandadas por encima de su cabeza.

Su lluvia de cascotes no bastaba para rechazar á los sitiadores. En estos momentos de angustia vió, un poco más abajo de la balaustrada desde la que apedreaba á los hampones, dos largas canales de piedra que desembocaban inmediatamente sobre la puerta principal de la iglesia; el orificio interior de estas canales daba sobre la plataforma. Ocurrióle una idea: corrió á su habitacion á buscar un leño, puso sobre él una porcion de latas y de rollos de plomo, y despues de bien dispuesto todo eso junto á la boca de ambos canalones, pególe fuego con su linterna.

Durante este tiempo, como ya no caian piedras, los hampones ya no miraban hácia arriba; y jadeando como jauría que acosa á un jabalí en su madriguera, se apiñaban tumultuosamente alrededor de la gran portada, desfigurada ya por el ariete, pero en pié todavía, esperando con bramidos de impaciencia el golpe que debia hacerla pedazos. Porfiaban todos ellos por acercarse á ella lo más posible para lanzarse los primeros, cuando se abriese, en la opulenta Catedral, que era un vasto receptáculo donde se iban amontonando las riquezas de tres siglos. Recordábanse unos á otros con alegría y con codicia las hermosas cruces de plata, las ricas dalmáticas de brocado, las soberbias tumbas de plata sobredorada, las magnificencias del coro, las fiestas deslumbradoras, las Navidades resplandecientes de luces, las Páscuas brillantes como el sol y todas las solemnidades en las que urnas, candeleros, cálices, tabernáculos y relicarios cubrian los altares de una capa de oro y de diamantes. Seguramente en aquel momento, así los ladrones como los rateros, así los asesinos como los caballeros de industria, pensaban menos en libertar á la gitana que en el saqueo de Nuestra Señora, y creemos que para muchos de ellos el librar á Esmeralda era solo un pretexto, si es que para robar se necesitan pretextos.

Repentinamente, en el momento en que se agolpaban alrededor del ariete para hacer el último esfuerzo, reteniendo todos el aliento y dilatando los músculos para dar con todas sus fuerzas el

golpe decisivo, alzóse en medio de ellos un aullido más espantoso aun que el que exhalaron cuando cayó el madero. Los que no gritaban, los que vivian aun, miraron hácia arriba. Dos chorros de plomo caian desde lo alto del edificio en lo más compacto de la muchedumbre: aquel mar de hombres acababa de bajarse bajo la influencia del metal hirviente, que hizo, en los dos puntos donde cayó, dos agujeros negros y humeantes entre el gentío, como en la nieve el agua caliente.

Veíase entre la multitud agitarse á los moribundos medio calcinados y bramando: alrededor de los dos caños principales, muchas gotas de la horrible lluvia se desparramaban sobre los sitiadores y penetraban en los cráneos como barrenas candentes; era aquello un fuego pesado que acribillaba á aquellos miserables con su granizo abrasador.

Los gritos que lanzaban eran desgarradores. Todos huyeron en tropel, dejando caer el madero sobre los cadáveres, así los cobardes como los valientes, y por segunda vez quedó el átrio vacío.

Todas las miradas se dirigieron á lo alto de la iglesia, que ofrecia espectáculo extraordinario. Sobre la más alta galería, encima del roseton central, alzábase una hoguera entre los dos campanarios, envuelta en un torbellino de chispas y con llama desordenada y furiosa, que el viento dividia á cada instante y arrebataba entre el humo. Más abajo de la llama y de la sombría balaustrada con labrados de fuego, salian dos canalones de piedra en forma de mónstruos, cuyas bocas vomitaban sin interrupcion una lluvia ardiente que destacaba la plateada corriente sobre las tinieblas de la fachada inferior; á medida que se acercaban al suelo se ensanchaban, formando copo los dos chorros de plomo líquido, como el agua que sale por muchos agujeros de la regadera. Encima de la llama distinguíanse las dos grandes torres, viéndose los dos frentes de ellas muy distintos; el uno negro enteramente y el otro de fuego, pareciendo más grandes todavía por la inmensidad de la sombra que elevaba hasta el cielo. Las innumerables esculturas, que representaban diablos y dragones, tomaban aspecto lúgubre; al inquieto reflejo de las llamas parecia que se movian; habia serpientes que parecian reir, perros que ladraban, salamandras que soplaban el fuego y tarascas á las que el humo hacia estornudar. Entre esos mónstruos, que habian despertado el ruido y las llamas, habia uno que andaba y que pasaba de vez en cuando por delante de la hoguera ardiente, como un murciélago delante de una luz.

Indudablemente este singular faro despertaria al lejano leñador de las colinas de Bicetre, aterrado al ver vacilar sobre los matorrales la gigantesca sombra de Nuestra Señora.

Hubo largo silencio de terror entre los hampones, durante el cual se oyeron los gritos de alarma de los canónigos encerrados en el claustro, inquietos como caballos en una cuadra que está ardiendo: se oian el furtivo rumor de las ventanas que se abrian y cerraban con precipitacion, el desasosiego interior de las casas del hospital, el viento al agitar las llamas, la agonía de los moribundos y el chirrido contínuo de la lluvia de fuego sobre las piedras.

Entre tanto, los principales jefes se habian retirado bajo el pórtico de la casa de Goudelaurier y celebraban consejo. El duque de Egipto, sentado en un poyo, contemplaba con religioso temor la fantasmagórica hoguera que resplandecia á doscientos piés sobre el nivel del suelo. Clopin Trouillefon se mordia las manos con rabia.

—Será imposible entrar! murmuraba entre dientes.

—¡Esta es una vieja iglesia encantada! refunfuñaba el antiguo gitano Matías Hungadi Spícali.

—Vive Dios! exclamaba un valenton machucho que habia sido soldado; ¡esos canalones vomitan plomo derretido mejor que los matacanes de Lectoure.

—¿Veis aquel demonio que pasa y vuelve á pasar por delante del fuego? preguntó el duque de Egipto.

—Pardiez! contestó Clopin, es el maldito campanero, el condenado Quasimodo.

El gitano meneó la cabeza en señal de negacion.

—Pues yo os digo, repuso, que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio delas fortificaciones. Su forma es la de un soldado armado con cabeza de leon; á veces monta un caballo repugnante; cámbia en piedras á los hombres, y luego construye torres. Manda cincuenta legiones; estoy seguro que es él, le reconozco. A veces viste un magnífico ropon, como los turcos.

—¿Dónde está Bellevigne de L' Etoile? preguntó Clopin.

—Ha muerto, respondió una hampona.

Andrés el Rojo reia con la risa de los idiotas.

—¡Nuestra Señora proporciona ocupacion al hospital! decia.

—¿Conque no hay medio de forzar esa puerta? exclamó el rey de Tunia, dando una fuerte patada.

Mostróle con tristeza el duque de Egipto los dos arroyos de plomo hirviente, que no cesaban de rayar la negra fachada.

—Iglesias ha habido que se defendian así ellas solas, observó suspirando. Santa Sofía de Constantinopla (cuarenta años hace que esto sucedió) tiró tres veces al suelo la media luna de Mahoma, sacudiendo sus cúpulas, esto es, sus cabezas. Guillermo de Paris, que construyó esta Catedral, era un mágico.

—¿Conque nos hemos de ir con el rabo entre piernas, como una pandilla de lacayos? dijo Clopin; ¡hemos de dejar ahí á nuestra hermana, para que esos lobos encapuchados la ahorquen mañana!

—¡Abandonar la sacristía, donde hay carretadas de oro! respondió un hampon, cuyo nombre ignoramos.

—Rayos y truenos! exclamó Clopin.

—Hagamos otra tentativa, repuso el hampon.

Matías Hungadi volvió á menear la cabeza.

—No hay que pensar en entrar por la puerta, dijo; busquémosle el flaco á la armadura de la vieja hechicera; un agujero, una falsa poterna, una juntura cualquiera.

—Quién me sigue? exclamó Clopin. Yo vuelvo á la carga. A propósito: ¿dónde está el estudiante que iba tan cargado de hierro?

—Sin duda ha muerto, respondió un hampon, cuando no se le oye reir.

El rey de Tunia frunció las cejas.

—Tanto peor, dijo; debajo de aquella armadura latia un corazon de hombre. Y Pedro Gringoire?

—Capitan Clopin, contestó Andrés el Rojo, se escapó en cuanto llegamos al puente del Cámbio.

Clopin dió una patada.

—Rayos y truenos! ¡nos mete en esta zambra y luego nos deja plantados en la mitad de la fiesta! ¡Cobarde charlatan!...

—Capitan Clopin, dijo Andrés el Rojo, que dirigia la vista hácia la calle del Atrio; aquí viene el estudiante.

—Loado sea Pluton! exclamó Clopin; qué diablos trae arrastrando?

Acudia Juan del Molino, corriendo con la velocidad que le permitian sus pesados arreos de paladin, con una larga escalera de mano, que arrastraba con impavidez y más sofocado que una hormiga cargada con una espiga veinte veces más larga que ella.

—Victoria! *Te Deum!* gritaba el estudiante. Aquí está la escalera de los descargadores del puerto de Saint-Landry.

—¿Pero qué quieres hacer de esa escalera? le preguntó Clopin que se acercó á él.

—Ya la tengo, respondió Juan respirando apenas. Yo sabia dónde estaba. Bajo el cobertizo de la casa del teniente. Hay allí una moza que conozco y para la que soy tan hermoso como un Cupido. Me aproveché de esto para coger la escalera y aquí la tengo. La pobre chica salió á abrirme en camisa.

—Bien; pero, para qué la quieres?

Juan miró á Clopin con aire penetrante y maligno, é hizo resonar los dedos como castañuelas. En aquel momento estaba sublime. Llevaba á la cabeza uno de esos cascos recargados del siglo quince, que espantaban al enemigo con sus fantásticas cimeras.

—¿Qué quiero hacer con ella, augusto rey de Tunia? ¿Veis aquella fila de estátuas que tienen cara de imbéciles, situada encima de los tres portones?

—Sí; y qué?

—Pues aquella es la galería de los reyes de Francia.

—Y eso qué me importa?

—Tened paciencia; al fin de dicha galería hay una puerta que nunca se cierra más que con picaporte; con esta escalera subo y entro en la iglesia.

—Hijo, déjame subir el primero.

—Eso no, camarada; la escalera es mia. Venid y sereis el segundo.

—Llévete Belcebú! dijo el testarudo Clopin; yo no quiero ir detrás de nadie.

—Entonces, Clopin, búscate otra escalera.

Juan echó á correr por la plaza arrastrando la escalera y gritando:

—Aquí, muchachos, aquí!

Instantáneamente apoyaron la escalera en la balaustrada de la galería inferior, encima de una de las puertas laterales; la caterva de los sitiadores, moviendo gran algazara, se apoyó á sus piés para trepar por ella, pero Juan sostuvo su mejor derecho y fué el primero que pisó los escalones. La travesía era

larga; la galería de los reyes de Francia, distante hoy unos sesenta piés del nivel del suelo, tenia entonces además la altura de las once gradas de la escalinata. Subia Juan con lentitud, pues le embarazaba la pesada armadura, agarrándose con una mano á los escalones y sosteniendo con la otra la ballesta. Al llegar á la mitad de la escalera tendió la mirada melancólica sobre los hampones muertos que cubrian las gradas, y dijo:—¡Hé aquí un monton de cadáveres digno del quinto canto de la Iliada!—Despues continuó subiendo, seguido de muchos sitiadores, de los que habia uno en cada escalon. Aquella línea de espaldas cubiertas de corazas, que en la oscuridad subia ondulando, parecia una serpiente de escamas aceradas que se empinaba sobre la iglesia; Juan, que iba silbando, formaba la cabeza para acabar de completar la ilusion.

El estudiante llegó por fin al balcon de la galería, y saltó por encima de él en medio de los aplausos de los hampones; dueño ya de la ciudadela, lanzó un grito de alegría, pero de repente se quedó petrificado. Acababa de ver detrás de la estátua de uno de los reyes á Quasimodo en las tinieblas y echando llamas por su ojo único.

Antes que el segundo sitiador pusiese los piés en la galería, saltó el formidable jorobado á la cabeza de la escalera, cogió silenciosamente el extremo de los dos ejes con sus robustas manos, la levantó, la separó de la pared, meneó un momento, entre amargos clamores de agonía, la larga y flexible escala, atestada de hampones de arriba á bajo, y luego, de pronto, con fuerza sobrehumana, precipitó aquel racimo de hombres en la plaza. Hubo un instante en que los más temerarios se extremecieron. La escalera, lanzada hácia atrás, quedó un momento derecha y en pié, como vacilando; despues, describiendo repentinamente un espantoso arco de círculo de ochenta piés de rádio, cayó sobre el empedrado con su carga de bandidos, con la rapidez de un puente levadizo cuyas cadenas se rompen. Oyóse inmensa imprecacion; despues todo quedó en silencio, y algunos infelices mutilados se retiraron arrastrándose por debajo de un monton de cadáveres.

Ayes de dolor y gritos de cólera sucedieron á las exclamaciones de triunfo de los sitiadores. Quasimodo, impasible, tenia apoyados los codos sobre la baranda y los miraba; parecia un rey antiguo y cabelludo asomado á la ventana.

Juan Frollo se encontraba en crítica situacion. Veíase solo en la galería con el terrible campanero y separado de sus compañeros por un muro vertical de ochenta piés. Mientras Quasimodo estaba manejando la escala, el estudiante corrió hácia la poterna, que creia abierta, pero no lo estaba; el sordo, al entrar en la galería, la habia cerrado. Al ver esto Juan se escondió detrás de un rey de piedra, sin atreverse á respirar, fijando en el monstruoso jorobado sus espantados ojos.

En los primeros momentos el campanero no se fijó en él; pero al fin volvió la cabeza é hizo un ademan de furor; acababa de ver al estudiante. Preparóse Juan á un ataque terrible, pero el sordo permaneció inmóvil: no hacia más que mirar de frente al estudiante.

—¿Por qué me miras con ese ojo melancólico? le dijo por fin el estudiante, mientras preparaba disimuladamente la ballesta.—Quasimodo, gritó, voy á hacerte mudar de apodo: de hoy en adelante te llamarán el ciego.

Salió el tiro, y la flecha, silbando, se clavó en el brazo izquierdo del jorobado. Quasimodo no se inmutó, como si la flecha se hubiera clavado en la estátua del rey Faramundo. Llevóse la mano á la saeta, la arrancó del brazo y, sin decir palabra, la rompió contra su rodilla; luego dejó caer los dos pedazos. Pero no dió tiempo á Juan para que disparara la segunda vez, porque despues de romper la flecha, resollando con furor, saltó y se precipitó con tal fuerza sobre el estudiante, que, al choque que éste dió contra la pared, se le abolló toda la armadura.

Entonces, en aquella penumbra, en la que flotaba la luz de las antorchas, se vió una escena horrible.

Asió Quasimodo con la mano izquierda los dos brazos de Juan del Molino, el que ni siquiera hizo movimiento al verse perdido, y con la mano derecha le fué quitando una á una, con siniestra lentitud, todas las piezas de la armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazales. Quasimodo dejaba caer á sus piés pedazo á pedazo la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando Juan se vió desarmado, débil y desnudo en las terribles garras de aquel mónstruo, no intentó hablar, ya que no le podia oir, pero se puso á reirsele en sus barbas y á cantar con la in-

diferencia de sus diez y seis años la cancion popular de aquella época:

*Bien vestida ha quedado*
*la ciudad de Cambray;*
*Marafin la ha robado...*

No acabó la estrofa, porque antes de que la terminase se habia subido Quasimodo sobre la baranda de la galería, sosteniendo con una sola mano al estudiante por los piés y le daba vueltas en el aire como si fuera una honda: luego se oyó el ruido de una armazon de huesos que se revienta contra una pared, y vióse caer un objeto que se detuvo á la tercera parte del camino en un punto saliente de la arquitectura: era un cuerpo muerto que quedó enganchado allí, doblado por la mitad, con los riñones destrozados y el cráneo vacío.

Los hampones lanzaron un grito de horror.

—Venganza! exclamó Clopin.—¡Saqueo! respondió la muchedumbre. ¡Al asalto! al asalto! Oyóse entonces un aullido prodigioso, en el que estaban mezclados todas las lenguas y todos los acentos. La muerte del estudiante produjo furibundo ardor entre aquella turba, avergonzada y colérica al verse contrastada tanto tiempo ante una iglesia y por un jorobado. La rabia encontró escalas, multiplicó las antorchas, y al cabo de algunos minutos vió Quasimodo, desesperado, que aquel espantoso hormiguero subia por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no tenian escaleras, tenian cuerdas con nudos; los que no tenian cuerdas, trepaban por los relieves de las esculturas, colgándose los unos de los harapos de los otros. No habia medio de resistir á aquella marea contínua de caras horribles; el furor hacia centellear aquellos feroces semblantes; de sus frentes terrosas goteaba el sudor, sus ojos chispeaban, y aquellos gestos, aquellas fealdades embestian á Quasimodo. Parecia que otra iglesia hubiera enviado á asaltar á Nuestra Señora sus górgonas, sus culebras, sus tarascas, sus demonios y sus más fantásticas esculturas; parecian los hampones una capa de mónstruos vivos sobre los mónstruos de piedra de la fachada.

Entre tanto multitud de luces brillaban en la plaza; la tumultuosa escena, sepultada en la oscuridad hasta entonces, de repente se inundó de luz. Resplandecia el Atrio y extendia sus reflejos hasta el cielo. La hoguera encendida en la alta plataforma continuaba ardiendo é iluminaba á lo lejos la ciudad. La enorme silueta de las dos torres, extendida á gran distancia sobre los tejados de Paris, formaba, en medio de la claridad, extensa mancha de sombra. Paris parecia haberse conmovido. A lo lejos las campanas tocaban á rebato. Los hampones, jurando y dando gritos, continuaban subiendo por la fachada; y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos, temblaba por la gitana, al ver que aquellos horribles rostros se acercaban más cada vez á la galería, y se retorcia los brazos de desesperacion.

## V.

### El retiro donde reza las oraciones del dia el rey Luis XI de Francia.

Tal vez recuerde el lector que cuando Quasimodo escudriñaba á Paris desde lo alto del campanario, momentos antes de divisar la tropa nocturna de los hampones, no vió en toda la capital más que una sola luz, que salia de un vidrio en el piso más elevado de un alto y sombrío edificio, al lado de la puerta de San Antonio. Aquel edificio era la Bastilla y aquella luz la vela de Luis XI.

El rey estaba efectivamente en Paris hacia ya dos dias y dentro de otros dos debia ponerse en camino para ir á la ciudadela de Montilz-les-Tours. Pocas veces estaba aquel monarca en su *buena* ciudad de Paris, porque en ella no veia alrededor de su persona bastantes trampas, patíbulos y arqueros escoceses.

Aquel dia fué á pernoctar en la Bastilla. La gran cámara de cinco toesas cuadradas que tenia en el Louvre, su gran chimenea, cargada con doce colosales bestias y con trece grandes profetas, y su gran lecho, de once piés de largo y doce de ancho, le gustaban poco. Perdíase entre tanta grandeza, y aquel rey plebeyo preferia la Bastilla con un cuartucho y una cama pequeña. Además, la Bastilla era más fuerte que el Louvre.

Aquel *cuartito* que el rey se habia reservado en la famosa prision de Estado era, sin embargo, bastante espacioso y ocupaba el piso más alto de un torreon contiguo á la fortaleza. Era un recinto de forma redonda, entapizado de esteras de reluciente esparto; el techo estaba formado de vigas recamadas de flores de lis, de estaño dorado, con los huecos

de color, y tenia las paredes cubiertas de ricas maderas, sembradas de rosas de estaño blanco y pintadas de hermoso verdegay, hecho de oropimente y de glasto fino.

Solo habia en esta estancia una ventana larga, ojiva, enrejada de alambre y de barras de hierro y cubierta con magníficos vidrios iluminados con las armas del rey y de la reina, que valian cada uno veintidos sueldos.

No tenia esa cámara tampoco más que una entrada, una puerta moderna, de arco abocinado, cubierta con un tapiz por dentro y por fuera con uno de aquellos pórticos de madera de Irlanda, frágiles edificios de ebanistería, primorosamente trabajados, que se veian aun hace ciento cincuenta años en muchas casas antiguas. "Aunque desfiguran é incomodan los sitios, dice desesperado Sanval, no quieren nuestros señores mayores deshacerse de ellos, y los conservan á despecho de todo el mundo.„

No habia en aquella estancia nada de lo que amueblaba entonces las habitaciones: ni bancos, ni tablados, ni sillería, ni banquillos comunes en forma de caja, ni soberbios escabeles sostenidos por pilares y contra-pilares. Solo se veia allí un magnífico sillon de tijera con brazos, cuya madera estaba pintada de rosas sobre fondo encarnado; el asiento era de cordoban carmesí, guarnecido de largos rapacejos de seda y salpicado de mil clavos de oro. La soledad del sillon indicaba que una sola persona tenia derecho á sentarse en esta cámara. Al lado de la poltrona, y cerca de la ventana, habia una mesa cubierta con un tapiz bordado con figuras de pájaros; sobre la mesa descansaban: un tintero manchado de tinta, algunos pergaminos, varias plumas y una copa de plata cincelada. Un poco más lejos habia un calentador y un reclinatorio forrado de terciopelo carmesí con bordados de oro. En el fondo se descubria una cama sencilla, de damasco encarnado y amarillo, sin relumbrones ni otros adornos y con flecos sencillos. Este lecho fué famoso, porque en él tuvo el célebre insomnio Luis XI; es el lecho que podia contemplarse aun hace doscientos años en casa de un consejero de Estado, y allí le vió madame Pilou, célebre en el Ciro bajo el nombre de *Arricydia*.

Tal era la estancia que se llamaba "El retiro donde reza las oraciones del dia el señor rey Luis de Francia„.

En el momento que introducimos en él al lector estaba muy oscuro. La queda habia sonado ya más de una hora; era de noche y solo habia una vacilante vela de cera sobre la mesa para alumbrar á cinco personas diversamente agrupadas en la habitacion.

El primero, en el que reflejaba la luz, era un señor ricamente vestido con jubon y ropilla escarlata listada de plata y con tabardo forrado de paño de oro con dibujos negros; este expléndido traje, en el que rielaba la luz, parecia ribeteado de llama por todos los pliegues. El hombre que le vestia llevaba al pecho sus armas bordadas con colores vivos; llevaba en la cintura una rica daga, cuya empuñadura, de plata sobredorada, estaba cincelada en forma de cimera y remataba en una corona de conde. Presentaba dicho personaje mala catadura, aire altanero y la cabeza erguida; al primer golpe de vista leíase en su rostro la arrogancia, al segundo la astucia.

Estaba descubierto y tenia en la mano un largo cartelon: hallábase en pié detrás del sillon de brazos, en el que se sentaba un personaje desaliñadamente vestido, con el cuerpo doblado sin gracia, poniendo una pierna sobre otra y el codo sobre la mesa. Figúrese el lector sobre el rico asiento de cordoban dos rótulas zambas, dos piernas flacas pobremente vestidas de un tejido de aguja de lana negra, un tronco envuelto en un gaban de fustan, forrado de una piel que tenia menos pelo que cuero, y en fin, para coronar el conjunto, un sombrero viejo y mugriento del más ínfimo paño negro, ceñido de un cordon circular de figuritas de plomo. Añádase á esto un asqueroso solideo que apenas dejaba salir un cabello, y se podrá formar el lector la idea de la persona que estaba sentada. Tan encorvada tenia la cabeza sobre el pecho, que solo se descubria de su persona el extremo de la nariz, sobre la que caia un rayo de luz y que demostraba ser muy larga. Al ver su enjuta y arrugada mano se adivinaba que era un anciano; era, en efecto, Luis XI.

A alguna distancia de dichos dos personajes hablaban en voz baja dos hombres vestidos á la moda flamenca, y que cualquiera que hubiese asistido á la representacion del misterio de Gringoire hubiera conocido que eran los principales embajadores flamencos, Guillermo Rym, el sagaz pensionado de Gante, y Santiago Coppenole, el popular calcetero. El lector recordará que estos dos

hombres estaban iniciados en la política secreta de Luis XI.

En el fondo de la estancia, junto á la puerta, estaba de pié, en la oscuridad, inmóvil como una estátua, un hombre vigoroso, de formidables miembros, con arreos militares y tabardo blasonado, cuya fisonomía cuadrada, ojos prominentes, frente pequeña, boca inmensa y orejas ocultas bajo dos melenas de pelo lácio, le daban á la vez el aspecto del perro y del tigre.

Todos estaban descubiertos, menos el rey. El personaje que estaba al lado de éste le leia una especie de lista de gastos que su majestad escuchaba con atencion. Los dos flamencos cuchicheaban.

—Vive Dios! gruñia Coppenole, que estoy ya cansado de estar en pié; ¿no hay una silla por ahí?

Rym le respondió con un gesto negativo, acompañado de discreta sonrisa.

—Sabed, pues, prosiguió diciendo maese Santiago, fastidiado de tener que bajar tanto la voz, que me dan ganas de sentarme en el suelo, con las piernas cruzadas, como lo hago en mi tienda de calcetero.

—Guardaos bien de eso! le contestó Rym.

—¿Conque aquí solo se puede estar de pié, maese Guillermo?

—O de rodillas, le contestó el pensionado de Gante.

Oyóse en aquel momento la voz del rey: callaron los flamencos.

—¡Cincuenta sueldos los vestidos de nuestra servidumbre y doce libras las capas de los clérigos de nuestra corona! Eso es! derramad el oro á puñados! ¿Estais loco, Olivier?

Al hablar de ese modo, el viejo levantó la cabeza y se vió que relucian en su cuello las conchas de oro del collar de San Miguel. La luz iluminaba de lleno su perfil descarnado y lánguido. Tomó el rey las cuentas que el otro tenia en las manos.

—Nos arruinais! exclamó recorriendo el mamotreto con sus hundidos ojos. Para qué sirve todo esto? ¿Qué necesidad tenemos de tanta servidumbre? ¡Dos capellanes, á razon de dos libras al mes cada uno, y un clérigo de capilla á cien sueldos! Un ayuda de cámara á noventa libras por año. Cuatro marmitones á ciento veinte libras por año cada uno. Un macero, un jardinero, un cocinero, un copero, un sumiller de armas, dos mozos de acémilas, á razon de diez libras al mes cada uno. Dos pinches de cocina á ocho libras. Un palafrenero y sus dos mozos á veinticuatro libras por mes. Un mozo de escalera, un repostero, un panadero, dos carreteros, cada uno á sesenta libras por año. El albéitar-herreto con ciento veinte libras, y el tesorero con mil doscientas, y el contralor con quinientas... Esto es un horror!... ¡Los gajes de nuestros criados devoran la Francia! ¡Tal fuego de gastos derretiria todas las joyas del Louvre! ¡Tendremos que vender nuestras vajillas! Y el año que viene, si Dios y Nuestra Señora (al llegar aquí se quitó el sombrero) nos conceden vida, tendremos que beber nuestras tisanas en un cacharro de estaño.

Esto diciendo, echó una mirada á la copa de plata que estaba encima de la mesa; tosió y luego continuó hablando:

—Maese Olivier, los príncipes que reinan en grandes Estados, los reyes y los emperadores no deben dar cabida en sus palacios á la suntuosidad, porque desde ellos se extiende este fuego hasta las provincias. Así, maese Olivier, tened en cuenta lo que os voy á decir: nuestros gastos aumentan todos los años y esto no nos acomoda. Hasta el año 73 el gasto no ha pasado de treinta y seis mil libras y en el año 80 ha llegado á cuarenta y tres mil seiscientas ochenta libras, y este año, segun voy viendo, llegará á ochenta mil... ¡En cuatro años doblar el gasto! Eso es una monstruosidad!

El rey se detuvo falto de aliento al llegar aquí, y despues de una pausa, continuó hablando enfurecido:

—¡No veo alrededor de mí más que hombres que engordan con mi flacura! ¡Por todos los poros me chupan el dinero!

Todos callaron; era esa cólera del rey de las que es preciso dejar pasar.

El rey continuó:

—¿Pues y ese memorial en latin de los señoríos de Francia para que restablezcamos lo que ellos llaman las grandes cargas de la corona? ¡Cargas son y cargas que devengan! Ah, señores! ¡decís que no soy rey para reinar *dapifero nullo, buticulario nullo!* Páscua de Dios! ¡Ya os haremos ver que somos un verdadero rey!

Luis XI se sonrió conociendo su poderío, y este sentimiento mitigó en parte su malhumor; luego, volviéndose hácia los flamencos, les dijo:

—Habeis de saber, compadre Guillermo, que el gran panadero, el gran repostero, el mayordomo mayor y el gran se-

nescal no valen tanto como el peor criado.—No olvideis esto, compadre Coppenole.—De nada sirven. Al verlos parados á mi alrededor se me figuran los cuatro Evangelistas que rodean la esfera del gran reloj de palacio, que Felipe Brille acaba de restaurar: son dorados, pero no señalan la hora y para nada se necesitan.

Quedó un momento pensativo y añadió meneando la cabeza:

—Pero como yo no soy Felipe Brille, yo no doraré otra vez á los grandes vasallos.—Prosigue, Olivier.

El personaje que el rey designaba con este nombre continuó la lectura en alta voz:

—"A Adam Tenon, guardasellos del Prebostazgo de Paris, por la plata, hechuras y grabados de dichos sellos, hechos de nuevo para reemplazar á los anteriores, que ya no servian por usados y viejos, doce libras parisíes.

—„A Guillermo Frere la suma de cuatro libras y cuatro sueldos parisíes, por su trabajo y por los gastos de haber alimentado las palomas de los dos palomares del palacio de las Tournelles durante los meses de Enero, de Febrero y de Marzo de este año, habiendo consumido siete sextercios de cebada.

—„A un capuchino, por haber confesado á un criminal, cuatro sueldos parisíes.„

El rey escuchaba sin decir una palabra. De vez en cuando tosía, y entonces llevaba la copa á los labios y haciendo un gesto bebia un sorbo.

—"Este año se han hecho por disposicion de la justicia, á són de trompa, por las calles de Paris, cincuenta y seis pregones.„—Están por ajustar.

—"Por haber cavado y socavado en ciertos sitios, tanto en Paris como en otros puntos, para buscar dinero que se decia estar enterrado en ellos, pero que no se ha podido encontrar, cuarenta y cinco libras parisíes.„

—¡Eso es enterrar un escudo para desenterrar un sueldo! exclamó el rey.

—"Por haber puesto en el palacio de las Tournelles seis cuarterones de vidrio blanco en el sitio donde está la jaula de hierro, trece sueldos.—Por haber hecho y entregado de órden del rey, el dia de los mónstruos, cuatro escudos con las armas del dicho señor, rodeados de guirnaldas de rosas, seis libras.—Por poner dos mangas nuevas al jubon en la ropilla vieja del rey, veinte sueldos.—Por una caja de unto para sacar lustre á las botas del rey, quince dineros.—Por una pocilga nueva para alojar á los puercos negros del rey, treinta libras parisíes.—Por los tabiques, planchas y trampas, construidos para encerrar los leones en las inmediaciones de San Pablo, veintidos libras.„

—Caros animales, dijo Luis XI, pero no importa; esa magnificencia es digna de un rey. Hay entre ellos un leon rojo que me encanta. ¿Le habeis visto, maese Guillermo? Los príncipes deben poseer esas admirables fieras; para nosotros los reyes, los perros deber ser leones y los gatos tigres. Todo lo grande sienta bien á las testas coronadas. En la época de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecia á los templos cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas. Esto era feroz y hermoso. Los reyes de Francia han tenido siempre rugidos de esa clase alrededor del trono: sin embargo, todos me harán la justicia de confesar que en esto gasto menos que mis antepasados, y que soy más modesto en cuanto al número de leones, de osos, de elefantes y de leopardos.—Adelante, maese Olivier. Queríamos decir esto á nuestros amigos los flamencos.

Guillermo Rym se inclinó profundamente, mientras que el aburrido Coppenole parecia uno de aquellos osos de que hablaba su majestad; pero no lo advirtió el rey, que estaba mojando los labios en la copa y escupia el brevaje, diciendo:

—Puf! Qué tisana tan repugnante!

El que leia prosiguió:

—"Por el alimento de un pícaro villano, encerrado hace seis meses en el cuarto del desolladero, mientras se decide qué se ha de hacer de él, seis libras cuatro sueldos.„

—Qué es eso? exclamó el rey; ¿dar alimento al que se vá á ahorcar? ¡Páscua de Dios! No daré ni un sueldo más para su manutencion. Entendeos sobre el particular, maese Olivier, con el señor de Estonteville, y desde esta noche arreglad los preparativos de las bodas de ese galan con la horca. Proseguid.

Olivier hizo una señal con la uña en el artículo del *pícaro villano* y pasó adelante.

—"A Enrique Cousin, ejecutor de la justicia de Paris, la suma de sesenta sueldos parisíes, por órden y tasacion de monseñor el preboste de Paris, por haber comprado una espada grande y cortante para decapitar á las personas condenadas á ello por sus delitos; por su vaina

con todos los enseres correspondientes, y por haber hecho limpiar y afilar la espada vieja, que se melló y enmoheció ejecutando al caballero Luis de Luxemburgo, como más extensamente puede verse...„

El rey interrumpió la lectura, diciendo:

—Basta! Decreto la suma con todo mi corazon. Esos son gastos en los que no reparo y no he sentido nunca el dinero que cuestan. Adelante.

—"Por haber construido una gran jaula nueva....„

—Ah! exclamó el rey, apoyando las dos manos en los brazos del sillon; ya decia yo que por algo he venido á la Bastilla. Esperad, maese Olivier, quiero ver la jaula yo mismo. Me leereis su coste mientras que la examino.—Señores flamencos, venid á ver esto, que es curioso.

Entonces se levantó, se apoyó en el brazo de su interlocutor, hizo señal al personaje mudo que permanecia en pié delante de la puerta para que les precediese y á los dos flamencos para que le siguiesen y salió de la estancia.

Al salir se incorporaron á la real comitiva hombres de armas, cubiertos de hierro, y pajes con luces. Caminaron algun tiempo por el interior del sombrío torreon, que estaba atravesado de escaleras y de corredores hasta en el grueso de las murallas. El capitan de la Bastilla marchaba delante haciendo abrir los postigos por donde iba pasando el anciano rey, enfermo y encorvado, que tosía mientras andaba.

A cada puerta que pasaban tenian que agachar todos la cabeza, excepto el decrépito soberano.

—Hum! decia entre encías, porque carecia ya de dientes; muy cerca nos hallamos de la puerta del sepulcro; á puerta baja, hombre encorvado.

Despues de llegar á la última puerta, tan cargada de cerraduras que costó un cuarto de hora de abrir, entraron en una vasta y alta sala ojival, en cuyo centro se veia á la luz de las antorchas un inmenso cubo macizo de albañilería, de hierro y de madera. El interior estaba hueco. Era una de las famosas jaulas para los prisioneros de Estado que se llamaban *las hijitas del rey*. Habia en sus paredes dos ó tres ventanillas, tan cubiertas de alambre y de barrotes de hierro, que no se veian los vidrios. La puerta era una gran losa de piedra como la de los sepulcros; una de aquellas puertas que solo servian para entrar. Solo que allí el muerto era un vivo.

El rey se puso á andar con lentitud alrededor del pequeño edificio, examinándolo minuciosamente, mientras Olivier, que le seguia, leia la cuenta en alta voz:

—"Por la construccion de una gran jaula de madera, con vigas gruesas, tablones y listones, que mide nueve piés de largo sobre ocho de ancho y siete de altura, pulimentada y claveteada con gruesos clavos de hierro, cuya jaula se ha colocado en la estancia de una de las torres de la Bastilla de San Antonio; en la que se encerró, por órden del rey nuestro señor, un prisionero que habitaba antes en otra jaula vieja y deteriorada.—Se han empleado en la construccion de la susodicha noventa y seis vigas horizontales y cincuenta y dos verticales, diez listones de tres toesas de longitud, y se han ocupado diez y nueve carpinteros en serrar, trabajar y pulimentar toda la expresada madera en el patio de la Bastilla durante veinte dias...„

—Es de buenos corazones de encinas, dijo el rey probando la madera con los nudillos.

—"...Han entrado en esta jaula, prosiguió Olivier, doscientas veinte barras de hierro, de nueve y de ocho piés, la mayoría de mediana longitud, con las tuercas, tornillos y garfios correspondientes á las expresadas barras: pesa el susodicho hierro tres mil setecientas treinta y cinco libras, sin contar los gruesos ganchos de hierro para atar la dicha jaula, ni las abrazaderas y clavos; todo lo cual pesa doscientas diez y ocho libras de hierro, sin contar el de los enrejados de las ventanas de la habitacion donde se ha colocado la jaula, las barras de la puerta y otras cosas...„

—¡Mucho hierro es ese para contener la ligereza de un espíritu! dijo el rey.

—"El total importa trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros.„

—Páscua de Dios! exclamó el rey.

Este juramento, que era la exclamacion favorita de Luis XI, despertó sin duda á álguien en el interior de la jaula; oyóse ruido de cadenas arrastradas sobre madera y una voz que parecia salir de la tumba que decia:

—Señor, perdon, perdon! No podia verse al que así hablaba.

—¡Trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros! repitió Luis XI.

La voz lastimera que acababa de salir

de la jaula heló á todos los presentes, hasta al mismo maese Olivier; solo el rey aparentaba no haberla oido. Por órden suya continuó Olivier la lectura y prosiguió sereno su majestad inspeccionando la jaula.

—“Además, al albañil que hizo los agujeros para poner las rejas de las ventanas y el pavimento de la estancia donde está la jaula se le han pagado veintisiete libras y catorce sueldos parisíes...„

La voz volvió á gemir.

—Perdon! Perdon! ¡Os juro que fué el cardenal de Angers quien os hizo traicion; yo no fuí!

—Caro me parece el albañil, dijo el rey. Proseguid.

—“A un carpintero, por ventanas, camas y otras cosas necesarias, veinte libras y dos sueldos parisíes...„

La voz continuó:

—¡Escuchadme, señor, por el amor de Dios! ¡Os protesto que no fuí yo el que escribió á monseñor de Guyene, sino que fué el cardenal Balne!

—El carpintero tambien es caro, contestó el rey. Está ya todo?

—Hay más aun.—“A un vidriero, por los vidrios de la susodicha estancia, cuarenta y seis sueldos y ocho dineros parisíes.„

—Perdonadme, señor! exclamaba el prisionero. ¿No es bastante castigo haber dado mis bienes á mis jueces, mi vajilla al señor de Torcy, mi librería á maese Pedro Doriolle y mis tapicerías al gobernador del Rosellon? Soy inocente y hace catorce años que tirito de frio en una jaula de hierro. ¡Perdonadme, señor! El cielo os lo recompensará!

—Veamos el total, dijo el rey.

—Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisíes.

—Vírgen Santa! exclamó Luis XI. Es una jaula carísima!

Arrancó la cuenta de la mano de maese Olivier y se puso á ajustarla con los dedos, examinando ya el papel, ya la jaula.

Entre tanto sollozaba el prisionero. Esta escena en la oscuridad era lúgubre y todos se miraban unos á otros palideciendo.

—Catorce años, señor! Desde el mes de Abril de 1469. ¡En nombre de la Santa Madre de Dios, escuchadme! Durante todo ese tiempo vos habeis gozado del calor del sol y yo, desdichado, ya no le volveré á ver. ¡Perdon, señor; sed misericordioso! La clemencia es la mejor virtud de los reyes. ¿Cree vuestra majestad que á la hora de la muerte servirá de satisfaccion á un rey el no haber dejado impune ninguna ofensa? Además, señor, yo no he hecho traicion á vuestra majestad: el traidor fué el cardenal de Angers, y yo arrastro una pesada cadena con una gruesa bola de hierro al extremo, extraordinariamente pesada. ¡Ah, señor! Tened piedad de mí!

—Olivier, dijo el rey meneando la cabeza; observo que me ponen la carga de yeso á veinte sueldos, y sé que solo cuesta doce. Reformad esta cuenta.

Volvió las espaldas á la jaula y echó á andar para salir de la estancia; el infeliz prisionero, al alejarse las luces y el ruido, conoció que el rey se marchaba.

—Señor! Señor! gritó con el acento de la desesperacion.—Pero volvió á cerrarse la puerta de aquella estancia y ya no vió ni oyó más que la ronca voz del carcelero, que cantaba cerca de él esta cancion, entonces popular:

*De Balu se cuenta*
*que perdió la cuenta*
*de sus obispados.*
*Verdum, porque pene,*
*hoy ninguno tiene;*
*ya están despachados.*

El rey volvia á subir en silencio á su retiro, seguido de la comitiva, á la que aterraron los últimos gemidos del prisionero, cuando se volvió de pronto hácia el gobernador de la Bastilla y le dijo:

—A propósito, ¿habia alguno en la jaula nueva?

—Pardiez, señor! respondió el gobernador, asombrado de tal pregunta.

—Quién es?

—El señor obispo de Verdum.

El rey lo sabia mejor que nadie, pero esta era una de sus manías.

—Ah! exclamó, aparentando que entonces pensaba en esto por primera vez; Guillermo de Harancourt, el amigo del señor cardenal Balne. ¡Un diablo de obispo!

Pocos instantes despues la puerta del retiro volvió á abrirse y á cerrarse detrás de los cinco personajes que el lector vió reunidos al principio de este capítulo, y que volvieron á ocupar sus sitios, á seguir sus conversaciones á media voz y á tomar las actitudes de antes.

Durante la ausencia del rey habian depositado sobre la mesa algunos despachos cerrados, cuyos sellos él mismo rompió. Despues los leyó con rapidez uno tras otro; hizo una señal á maese

Olivier, que al parecer era su ministro, para que cogiese una pluma, y sin darle parte del contenido de los despachos, comenzó á dictarle las respuestas en voz baja, y éste las escribia con incomodidad arrodillado delante de la mesa.

Guillermo Rym todo lo observaba.

El rey hablaba tan bajo, que los alemanes no podian oir lo que estaba dictando, exceptuando algunas palabras aisladas y poco inteligibles, como:

—Mantener los sitios fértiles para el comercio y los estériles para las manufacturas...—Hacer ver á los señores ingleses nuestras cuatro bombardas, la *Lóndres*, la *Brabante*, la *Bourg-en-Brresse*, la *Saint-Omer*...—La artillería es la causa de que hoy se haga la guerra más juiciosamente...—Al señor de Bressnire, nuestro amigo...—Los ejércitos no pueden sostenerse sin tributos... etc., etc.

Poco despues de las anteriores palabras, levantó la voz:

—Páscua de Dios! el señor rey de Sicilia sella sus cartas con cera amarilla, como los reyes de Francia. Acaso hacemos mal en permitírselo. Mi caro primo de Borgoña no daba armas sobre campo de gules. La grandeza de las casas se consolida con la integridad de las prerogativas. Notad esto que digo, maese Olivier.

Otra vez decia el rey, examinando un paquete abultado:

—¿Qué nos reclama nuestro hermano el emperador? Recorrió con la vista la misiva, é interrumpia la lectura con varias exclamaciones:

—Ciertamente! la Alemania es tan grande y tan poderosa, que apenas parece creible...—Pero no olvidemos el antiguo proverbio: el condado mejor es el de Flandes, el mejor ducado el de Milán y el mejor reino el de Francia. ¿No es verdad, señores flamencos?

Al mismo tiempo que Guillermo Rym se inclinó, tambien Santiago Coppenole, porque sintió halagado su patriotismo.

El último despacho hizo fruncir las cejas á Luis XI.

—Qué es esto? exclamó; ¡quejas y reclamaciones contra nuestras guarniciones de la Picardía!... Olivier, escribid inmediatamente al mariscal Ronault.—Que se relaja la disciplina.—Que los gendarmes, los guardias nobles, los arqueros y los suizos causan muchas vejaciones á los pecheros.—Que los soldados no se contentan con las comodidades que encuentran en casa de los labradores y los obligan á palos y á latigazos á que vayan á buscar á la ciudad vino, pescado, especias y otros artículos...—Que el señor rey lo sabe.—Que estamos decididos á preservar á nuestros pueblos de estas estorsiones, de los robos y del pillaje...—Que no queremos, además, que ningun menestral, barbero ni escudero de guerra vaya vestido como un príncipe, de terciopelo ó de seda, ni que use anillos de oro...—Que estas vanidades son odiosas á los ojos de Dios...—Que Nos, que somos noble, nos contentamos con una ropilla de paño de á diez y seis sueldos la vara...—Que esos villanos bien pueden hacer lo mismo...—Mandadlo y ordenadlo... Dirigidla al señor Ronault, nuestro amigo.

Dictó el rey esta carta en voz alta, con tono firme y á pedazos. Apenas concluyó el dictado, abrióse la puerta y dió paso á un nuevo personaje, que entró desalentado en la estancia.

—Señor, señor! exclamó; ¡ha estallado en Paris una sedicion popular!

Contrajóse el grave semblante de Luis XI, pero su visible emocion desapareció como un relámpago: conteniendo su agitacion interior, dijo con fria severidad:

—¡Muy bruscamente entrais, compadre Santiago!

—Señor, es que hay una verdadera rebelion, repuso éste casi sin poder respirar.

El rey, que se puso en pié, le cogió por el brazo con violencia y le dijo al oido, de modo que él solo pudiese oirle, con cólera concentrada y lanzando una mirada oblícua á los flamencos:

—Calla, ó habla bajo.

El nuevo interlocutor le comprendió y le hizo en voz baja una relacion espantosa, que el rey escuchaba con calma, mientras que Guillermo Rym hacia observar á Coppenole la cara y el traje del recien llegado; su capucha forrada, su capirote corto y su toga de terciopelo negro, que denunciaban á un presidente del Tribunal de Cuentas.

Apenas dió algunas explicaciones este personaje á Luis XI, cuando éste soltó la carcajada y dijo:

—De veras? Hablad alto, compadre Coictier. Por qué hablarme en voz baja? Nuestra Señora sabe bien que no tengo secretos para nuestros buenos amigos los flamencos.

—Pero, señor...

—Hablad en voz alta!

El compadre Coictier quedó mudo de sorpresa.

—¿Conque, repuso el rey, hay una in-

surreccion de villanos en nuestra buena ciudad de Paris?

—Sí, señor.

—¿Y decís que se dirige contra el baile del palacio de Justicia?

—Eso es lo probable, contestó Coictier con voz balbuciente y aturdido del repentino é inexplicable cambio operado en las ideas del rey.

—¿Dónde se ha encontrado la ronda con los insurrectos? preguntó Luis XI.

—Dirigiéndose desde la Córte de los Milagros al puente del Cambio. Yo los he encontrado tambien al venir á cumplir las órdenes de vuestra majestad y he oido que gritaban: ¡Muera el baile del Palacio!

—Y qué quejas tienen de él?

—Van contra él porque es su señor, contestó el compadre Santiago.

—De veras?

—Sí, señor; los insurrectos son la pillería de la Córte de los Milagros y que hace tiempo se quejan del bailío, de quien son vasallos. No quieren reconocerle ni como á justicia ni como á señor.

—Conque no! repuso el rey con sonrisa de satisfaccion, que en vano se esforzaba en disimular.

—En todas las representaciones que hacen al Parlamento pretenden no tener más que dos señores: vuestra majestad y Dios, y el Dios de ellos debe ser el diablo.

—Vaya! vaya! dijo el rey, frotándose las manos de gusto y riendo con aquella risa interior que hace centellear el rostro. Por más que queria fingir, no podia disimular la alegría que le causaba esta nueva. Ninguno de los presentes acertaba este enigma, ni aun el mismo maese Olivier. Permaneció el rey silencioso unos instantes, pero contento. Despues preguntó de repente:

—Son muchos los insurrectos?

—Sí, señor.

—Cuántos próximamente?

—Lo menos seis mil.

El rey, sin poder contenerse, exclamó:

—Bueno! Van armados?

—Sí; llevan hoces, picas, arcabuces, azadones y toda clase de armas ofensivas.

El rey no pareció inquietarse por la enumeracion de dichas armas. Santiago Coictier añadió:

—Si vuestra majestad no envia pronto socorros al bailío, se verá perdido indudablemente.

—Los enviaremos, le contestó con fingida seriedad. El señor bailío es nuestro amigo. Se han reunido seis mil! Son decididos esos tunos. Su osadía es insensata y nos irrita sobremanera, pero esta noche tenemos poca gente disponible cerca de nuestra persona. Mañana por la mañana aun será tiempo de enviarla.

—Al instante, señor, gritó Santiago, porque sino saquearán la bailía, violarán la señoría y ahorcarán al baile. ¡Por Dios, señor, enviad antes que amanezca!

—Ya os he dicho que mañana por la mañana, le contestó Luis XI clavando en él los ojos. Aquella mirada era de las que no admitian réplica.

Despues de una pausa el rey habló, preguntando lo siguiente:

—Maese Santiago, vos debeis saber esto: ¿cuál era... cuál es la jurisdiccion feudal del bailío?

—Señor, el bailío del Palacio tiene la calle de la Calandre hasta la calle de la Herberie, la plaza de San Miguel y los lugares vulgarmente llamados los Mureaux, situados cerca de la iglesia de Nuestra Señora de los Campos, cuyos edificios son trece; además, la Córte de los Milagros, la Maladerie, y además toda la calzada, que empieza en ésta y concluye en la puerta de Santiago. De todo este recinto es señor de horca y cuchillo.

—Páscua de Dios! exclamó el rey, rascándose la oreja izquierda con la mano derecha; ¡no es mal pedazo el que posee de mi ciudad!... ¡El señor bailío era rey de todo eso!

Esta vez no se refrenó y continuó hablando consigo mismo, pero en voz alta:

—¡Ah, señor bailío, no teníais entre los dientes mal bocado de París! ¿Qué pretenden esas gentes, que se creen señores y amos en nuestros dominios? ¿que tienen su portazgo en todos los confines de la propiedad, su justicia y su verdugo en las plazas de nuestro pueblo? Así como el griego creia tener tantos dioses como fuentes, el persa tantos como estrellas descubria, el francés cree contar hoy tantos reyes como patíbulos. ¡Vive Dios, que esto no puede ser, y semejante confusion me desagrada! Quisiera yo saber si es la voluntad de Dios que haya otro señor que el rey, otra justicia que nuestro Parlamento y otro emperador que Nos en este imperio. A fé mia que es ya necesario que llegue el dia en que no haya en Francia más que un rey, un señor,

un juez, un verdugo, así como en el cielo no hay más que un Dios.

Alzóse otra vez el borde del sombrero, siempre pensativo y con la expresion del cazador que halaga y lanza su trahilla.

—Bien, pueblo mio! Bien! ¡Rompe esos falsos ídolos! Haz tu negocio, atrápalos, saquéalos, ahórcalos. ¿Quereis ser reyes? Pueblo, sus! á ellos! á ellos!

Interrumpióse á sí mismo de repente, se mordió los labios como para recoger el pensamiento que se le habia escapado, fijó un momento la penetrante mirada en cada uno de los cinco personajes que le rodeaban, y cogiendo de pronto el sombrero con entrambas manos y mirándolo con fijeza, le dijo:

—Te quemaria si supieses lo que pasa en mi cabeza.

Luego, paseando otra vez á su alrededor la mirada atenta é inquieta del zorro que vuelve cabizbajo á su madriguera, dijo:

—No importa! Socorreremos al señor bailío; por desgracia tenemos aquí poca tropa en este instante para tanto populacho y habrá que esperar hasta mañana; restableceremos el órden en la ciudad, y rebelde cogido, rebelde ahorcado.

—A propósito, señor; con la turbacion se me olvidaba deciros que la ronda ha cogido á dos insurrectos rezagados. Si vuestra majestad quiere verlos, ahí están.

—Si quiero verlos! ¿Cómo, Páscua de Dios, os olvidais de semejantes cosas? Id volando, Olivier, y traédmelos acá.

Salió éste y volvió un momento despues con los dos prisioneros, que venian rodeados de arqueros de la guardia del rey. Tenia el primero cara de idiota, de borracho y de espantado. Iba cubierto de harapos y andaba doblando la rodilla y arrastrando el pié; el segundo era de rostro macilento y benigno, y ya le conoce el lector.

Examinóles el rey un momento sin hablar, y luego se dirigió bruscamente al primero, preguntándole:

—Cómo te llamas?

—Gieffroy Pincebourde.

—Qué oficio es el tuyo?

—Hampon.

—¿Qué ibas á hacer en esa maldita sedicion?

El hampon miró al rey, balanceando los brazos como un idiota. Poseia una de esas cabezas mal organizadas, en las que se halla la inteligencia tan holgada como la luz bajo el apagador.

—No lo sé, contestó. Iban ellos y yo tambien fuí.

—¿Ibais á atacar y á robar á vuestro señor el bailío del Palacio?

—Solo sé que iba á robar una cosa en una casa, y no sé más.

Un soldado presentó al rey una hoz que llevaba el hampon.

—Reconoces esta arma? preguntó el rey.

—Sí, señor; es mi podadera; yo soy vendimiador.

—¿Reconoces á este hombre por tu compañero? añadió Luis XI señalándole al otro prisionero.

—No, señor; no le conozco.

—Basta, repuso el rey; y haciendo una señal con el dedo al silencioso personaje que estaba aun inmóvil delante de la puerta, le dijo:

—Compadre Tristán, ahí teneis un hombre para vos.

Inclinóse Tristán l' Hermite y dió en voz baja una órden á dos arqueros, que se llevaron al pobre hampon.

Mientras, el rey se acercó al otro prisionero, que sudaba copiosamente.

—Tu nombre? le preguntó.

—Señor, me llaman Pedro Gringoire.

—Tu oficio?

—Filósofo, señor.

—¿Cómo te has atrevido, bribon, á ir á atacar á nuestro amigo el señor bailío de Palacio y qué tenias que hacer en ese motin popular?

—Señor, yo no he tomado parte en el motin.

—Cómo, bellaco? ¿la ronda no te prendió entre esa gente?

—No, señor; ha sido una equivocacion y una fatalidad. Yo escribo tragedias. Suplico á vuestra majestad que me escuche. Soy poeta. Es propio de los hombres de mi profesion ir de noche por las calles. Yo pasaba casualmente por allí y me han arrestado equivocadamente. Soy inocente de esta tempestad civil. Ya vió vuestra majestad que el hampon no me conoció; aseguro á vuestra majestad...

—Cállate, le interrumpió el rey entre dos sorbos de tisana, que nos aturdes.

Adelantóse Tristán y, designando con el dedo á Gringoire, preguntó:

—Señor, ¿podemos ahorcar á éste tambien?

—Pchs!... no veo en ello inconveniente alguno, respondió el rey con indiferencia.

—Pues yo veo muchos, repuso Gringoire.

El filósofo estaba en aquel momento lívido. Por el continente frio y distraido del rey conoció que no le quedaba otro recurso que recurrir á un exabrupto patético: precipitóse á los piés de Luis XI, declamando con gesticulacion desesperada:

—Señor, dígnese oirme vuestra majestad. No estalleis como el trueno contra un sér tan insignificante como yo. El rayo de Dios raras veces destruye á la pobre lechuga. Señor, sois un monarca augusto y poderoso; tened compasion de un infeliz hombre de bien que es incapaz de atizar una rebelion. Señor, la bondad es la virtud del leon y la del rey; el rigor solo consigue exasperar los ánimos; el soplo impetuoso del viento es incapaz de arrebatar la capa al caminante, pero el sol, hiriéndole pausadamente con sus rayos, le calienta de tal modo, que le obliga á quitarse la camisa. Señor, vuestra majestad es el sol. Lo juro, soberano mio; no soy un pícaro hampon, ratero y desordenado; la rebelion y las rapiñas no entran en la jurisdiccion de Apolo, y jamás me lanzaré á esos torbellinos que ocasionan sediciones ruidosas. Soy leal vasallo de vuestra majestad. Los celos que siente el marido por el honor de su esposa, el afan que el hijo tiene por el cariño del padre, debe sentirlos el buen vasallo por la gloria de su rey; debe sacrificarse por el servicio de su casa y por el aumento de esta gloria; tales son, señor, mis máximas de Estado. No me creais sedicioso y rapaz porque llevo la ropilla raida por los codos. Si me perdonais, señor, yo la romperé por las rodillas rezando á Dios dia y noche por vuestra salud. No solo no soy rico, sino que soy pobre, pero vicioso no; esto no es culpa mia: todos sabemos que con las bellas letras no se adquiere la riqueza, y los que más se dedican á ellas no tienen mucho fuego para calentarse en invierno. Señor, la clemencia es la única luz que debe iluminar el interior de un alma grande; la clemencia lleva la antorcha delante de las demás virtudes, y sin ellas el hombre está ciego y busca á tientas á Dios. La misericordia, que es lo mismo que la clemencia, engendra el amor de los vasallos, que es la más poderosa salvaguardia de un príncipe. ¿Qué os importa, señor, que haya un pobre hombre más sobre la tierra? Además, señor, soy letrado, y la proteccion á las letras es una perla que los reyes añaden á su corona. Hércules no desdeñaba el título de Musagetes; Matías Corbin favorecia á Juan de Monroyal, que fué el ornamento de las matemáticas. No es buen modo de protejer á las letras el ahorcar á los literatos. ¡Qué borron hubiera caido sobre Alejandro si hubiese hecho ahorcar á Aristóteles! Señor, yo he compuesto un notable epitalamio para la princesa de Flandes y para monseñor el augusto delfin; ya veis que estoy lejos de pensar en rebeliones. Ya vé vuestra majestad que no soy un estudiantillo, que he estudiado mucho y que poseo elocuencia natural. Perdon, señor! Si me perdonárais haríais una accion muy agradable á Nuestra Señora; os juro que me aterra la idea de que me ahorquen.

Hablando así besaba el desolado Gringoire los piés del rey, y Guillermo Rym decia por lo bajo á Coppenole:

—Hace bien de arrastrarse por el suelo: los reyes son como el Júpiter de Creta; oyen por los piés.

El calcetero, sin cuidarse del Júpiter del pensionado de Gante, le respondió sonriendo y fijando la vista en Gringoire:

—Me gusta verle así! Me parece estar oyendo al canciller Hugonet cuando imploraba mi perdon.

Cuando maese Pedro calló, por faltarle el aliento, alzó temblando la cabeza hácia el rey, que se ocupaba entonces en rascar con la uña una mancha que tenian sus calzas en las rodillas; luego bebió un sorbo de tisana; no hablaba y su silencio era el mayor tormento de Gringoire. Por fin le miró el rey.

—Terrible hablador! dijo. Volviéndose á Tristán, añadió:—Bah! Déjale!

Gringoire se extremeció de alegría.

—En libertad! gruñó Tristán. ¿Quiere vuestra majestad que le metamos en la jaula por unos dias?

—¿Crees, le dijo Luis XI, que para semejantes pájaros construimos jaulas de trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros? Suéltame al momento á ese *liviano* (Luis XI era aficionado á esta palabra, que, con la frase *Páscua de Dios!*, constituia el fondo de su jovialidad) y échalo á la calle, dándole una paliza.

—Sois, señor, un gran rey! exclamó maese Pedro, que, temeroso de una contraórden, se lanzó á la puerta, que Tristán le abrió de muy mala gana. Los soldados salieron con él, dándole golpes, que Gringoire sufrió como verdadero filósofo estóico.

Desde que anunciaron al rey la re-

vuelta contra el bailío, se veia en todo su buen humor. Esta desusada clemencia era una de las pruebas. Tristán estaba en un rincon, gruñendo en voz baja como un perro que vé un hueso y no se lo dan.

El rey entre tanto tocaba con los dedos sobre el brazo del sillon la marcha de Pont-Audemer. Este príncipe era solapado, pero ocultaba mejor sus penas que sus alegrías; sus manifestaciones exteriores de júbilo por cualquiera buena noticia eran exageradas algunas veces. Cuando murió Cárlos el Temerario ofreció balaustradas de plata á la abadía de San Martin de Tours, y á su advenimiento al trono se olvidó de ordenar las exequias de su padre.

—¿Señor, preguntó de pronto Santiago Coictier, ha desaparecido ya la dolencia aguda por la que me mandásteis llamar?

—No, contestó Luis XI, padezco mucho: me zumban los oidos y siento punzadas de fuego que me rasgan el pecho.

Coictier pulsó al rey con aire de suficiencia.

—Mirad, Coppenole, le dijo Rym en voz baja: ahí teneis el rey con Coictier y con Tristán, que constituyen toda su córte; un médico para él y un verdugo para los demás.

Mientras pulsaba á Luis XI parecia el doctor cada vez más sobresaltado, y el ilustre enfermo le miraba con ansiedad. Como Coictier no poseia otra hacienda que la mala salud del monarca, la sacaba todo el jugo que podia.

—Estais grave, en efecto, dijo al fin.

—No es verdad? dijo el rey con inquietud.

—*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis*, continuó el médico.

—Páscua de Dios!

—Antes de tres dias puede este pulso concluir con el hombre.

—Jesús! exclamó Luis XI. Buscadme el remedio.

—En eso estoy pensando, señor.

Mandó sacar la lengua al anciano, meneó la cabeza, hizo un gesto, y en medio de sus contorsiones, dijo de repente:

—Necesito deciros, señor, que hay una plaza vacante en el patronato real y que tengo un sobrino.

—Doy la plaza á tu sobrino, pero sácame este fuego del pecho.

—Pues que vuestra majestad es tan clemente, no se negará á ayudarme á terminar la construccion de mi casa de la calle de San Andrés de los Arcos.

—Eh?...

—Se me acaba el dinero, prosiguió el doctor, y verdaderamente seria lástima no poder construir el techo, no por la casa, que es sencilla, sino por las pinturas de Juan Fourbault, que adornan el artesonado.

—Verdugo! murmuró Luis XI; ¿dónde vas á parar?

—Necesito cubrir con un techo dichas pinturas, y aunque no costará mucho, no tengo dinero.

—Sobre cuánto calculais?...

—Un techo de cobre pintado y dorado puede costar unas... dos mil libras.

—Asesino! exclamó el monarca.

—Cuento con el techo?

—Sí, y vete al infierno, pero cúrame.

Santiago Coictier se inclinó profundamente y dijo:

—Señor, un repercusivo os curará. Yo os aplicaré á los riñones el gran defensivo, compuesto de cerato del bol arménico, de clara de huevo y de aceite y vinagre; continuareis tomando la tisana y... respondo de vuestra majestad.

La luz que brilla no atrae á una sola mariposa. Maese Olivier, viendo al rey en vena de liberalidad, creyó aquel momento favorable y se acercó á su vez.

—Señor, le dijo...

—Qué ocurre? le preguntó Luis XI.

—Vuestra majestad sabe que ha muerto Simon Radin.

—Y qué?

—Lo digo porque era consejero del rey en la sala de justicia del Tesoro.

—Y qué?

—Señor, su plaza está vacante.

Diciendo esto, el rostro altivo de Olivier, en vez de la expresion de la arrogancia, adquirió el de la bajeza, únicas entre las que puede elegir el semblante de un cortesano. Miróle el rey fijamente y le dijo:

—Ya comprendo. Luego continuó en otro tono:

—Maese Olivier, el mariscal de Boncicaut decia: "Para conceder mercedes el rey, y para pescar el mar.„ Veo que pensais como dicho mariscal. Ahora oidme y vereis como tenemos muy buena memoria. El año 68 os hicimos nuestro ayuda de cámara; el 69 conserje del castillo del puente de Saint-Cloud, con cien libras tornesas de sueldo. El año 73 os instituimos conserje del bosque de Vincennes, en reemplazo del escudero Gilberto Acle; en el año 75 juez del bosque de Bouvraylez-Saint-Cloud, en

lugar de Santiago le Maire; el año 78 os concedimos, por medio de credenciales selladas con cera verde, una renta de diez libras parisíes, para vos y para vuestra esposa, sobre la plaza de los Mercaderes; os hicimos juez del bosque de Senart, en lugar de Juan Diaz; luego capitan del castillo de Loches; luego gobernador de San Quintin; luego capitan del puente de Meulan, del que os haceis llamar conde. De los cinco sueldos de multa que pagan los barberos que afeitan en el dia de fiesta, tres son para vos y el resto para mí. Cambiamos vuestro apodo *El Malo*, que cuadraba perfectamente á vuestra cara. El año 74 os otorgamos, con gran disgusto de la nobleza, armas de mil colores, y vuestro pecho se parece al de un pavo real. Páscua de Dios! ¿y aun no estais satisfecho? ¿No fué vuestra pesca bastante abundante y prodigiosa? ¿No temeis que un salmon más haga zozobrar vuestra lancha? El orgullo os perderá, porque á éste le siguen siempre de cerca la ruina y el oprobio. Tened esto presente y callad.

Estas palabras, que el rey pronunció con serenidad, dieron la expresion de la insolencia á la despechada fisonomía de maese Olivier.

—Bien está, murmuró en voz alta; se conoce que hoy está enfermo el rey, porque todo es para el médico.

Luis XI, en vez de irritarse de semejante insolencia, repuso con bastante amabilidad:

—Ah! se me olvidaba que tambien os nombré mi embajador en Gante cerca de madama María.—Sí, señores, añadió el rey, volviéndose hácia los flamencos; maese Olivier ha sido mi embajador. —Ya vá siendo tarde y hemos terminado nuestros quehaceres.—Aféitame.

Sin duda nuestros lectores han reconocido antes de ahora en Olivier al Fígaro terrible que la Providencia, esa gran compositora de dramas, introdujo ingeniosamente en la larga y sangrienta comedia de Luis XI. No es este sitio á propósito para desarrollar el carácter de aquel singular personaje. El barbero del rey tenia tres nombres: en la córte le llamaban cortésmente Olivier el Gamo; el pueblo le llamaba Olivier el Diablo, pero su verdadero nombre era Olivier el Malo.

Olivier el Malo permaneció inmóvil, murmurando contra el rey y mirando de reojo á Santiago Coictier.

—Sí, sí, el médico, decia entre dientes.

—Sí señor, el médico, repuso Luis XI con singular sencillez; el médico tiene aun más influjo que tú, y es natural; él nos tiene cogido por todo el cuerpo y tú nada más que por la barba. Anda, pobre barbero mio, ya se remediará esto. ¿Qué dirias tú y qué seria de tu empleo, si yo fuese un rey como Chilperico, cuyo gesto habitual era tener cogida la barba con la mano?—Ea, aféitame. Anda á buscar lo necesario.

Viendo Olivier que el rey lo tomaba á broma y que no lograba incomodarle, salió gruñendo á ejecutar sus órdenes.

El rey se levantó, se acercó á la ventana, abrióla de pronto con extraordinaria agitacion y exclamó:

—Mirad en el cielo una claridad rojiza por el lado de la Cité. Sin duda es la bailía que arde, no puede ser otra cosa. Ah! mi buen pueblo me ayuda á derribar los señoríos.

Volviéndose hácia los flamencos, les dijo:

—Señores, venid á ver esto: ¿no es de incendio aquel resplandor rojizo?

Los dos ganteses se acercaron.

—Es un incendio terrible, dijo Guillermo Rym.

—Esto me recuerda, añadió Coppenole, el incendio de la casa del señor de Hymbercourt. Sin duda está allí la rebelion.

—No es cierto, maese Coppenole? Verdad que será dificil resistirla? dijo Luis XI, cuya mirada era tan alegre como la del calcetero.

—Creo que vuestra majestad verá estropeadas por esa gente muchas compañías.

—Eso ya es diferente... si yo quisiera...

El calcetero contestó con osadía:

—Si esa rebelion fuera lo que yo supongo, aunque quisiérais, señor, no acabaríais con ella.

—Maese Coppenole, con dos compañías de mi guardia y con descargas de culebrinas se sujeta fácilmente á un populacho de villanos.

El calcetero, por mas señas que le hacia Guillermo Rym, estaba decidido á contradecir al rey, y replicó:

—Señor, los suizos tambien eran villanos; el señor duque de Borgoña era un gran caballero y despreciaba á esa canalla. En la batalla de Grandson gritaba: "Artilleros, fuego sobre esos villanos!„ y juraba por San Jorge. Pero el representante Scharnachtal se arrojó sobre el

hermoso duque con su maza y con su pueblo, y del choque de paisanos, cubiertos con pieles de búfalo, con el brillante ejército borgoñon, resultó que éste se hizo pedazos como un vidrio cuando se le pega con una piedra. En aquel encuentro murieron muchos caballeros á manos de los villanos, y encontraron al señor Chateauguyon, que era el primer baron de la Borgoña, muerto con su caballo de batalla sobre un pantano.

—Maese Coppenole, vos hablais de una batalla y yo me refiero á un motin, que terminaré en cuanto me ocurra arrugar las cejas.

El calcetero contestó con indiferencia:

—Puede ser, señor; eso querrá decir que aun no ha llegado la hora del pueblo.

Guillermo Rym creyó que debia intervenir.

—Maese Coppenole, hablais á un poderoso monarca.

—Lo sé, respondió gravemente el calcetero.

—Dejadle hablar, amigo Rym, contestó el rey; me gusta esa franqueza. Mi padre Cárlos VII decia que la verdad estaba enferma, yo creia que habia muerto sin encontrar confesor, pero maese Coppenole me desengaña.

Puso familiarmente la mano en el hombro de éste y añadió:

—Conque deciais, maese Santiago....

—Digo, señor, que quizá tengais razon; pero que en Francia la hora del pueblo no ha llegado todavía.

Luis XI le clavó sus penetrantes ojos, preguntándole:

—Y cuándo llegará esa hora?

—Ya la oireis sonar.

—Y en qué reloj, maese Santiago?

Coppenole, con su aspecto tranquilo y rústico, hizo que el rey se acercase á la ventana, y le dijo:

—Escuchad, señor. Aquí hay una fortaleza, una campana, cañones, ciudadanos y soldados; cuando resuene la campana, cuando retumben los cañones, cuando se derrumbe la fortaleza, cuando los soldados se choquen y se aniquilen mútuamente, es cuando esa hora habrá llegado.

El rostro de Luis XI quedó sombrío y meditabundo; permaneció un momento silencioso y luego golpeó suavemente con la mano en la espesa pared de la fortaleza.

—Oh, no! exclamó. ¿Verdad que no te derrumbarás con tanta facilidad, amiga Bastilla? Volviéndose despues bruscamente al audaz flamenco, le preguntó:

—¿Habeis presenciado alguna rebelion?

—Y las he fraguado, contestó el calcetero.

—¿Qué es lo que haceis para fraguarlas?

—No es cosa muy difícil, respondió Coppenole. En primer lugar se necesita para esto que el pueblo esté descontento, y esto no es raro; luego ha de tenerse en cuenta el carácter de los habitantes; los de Gante son excelentes para una rebelion: siempre profesan cariño al hijo del príncipe, pero al príncipe nunca. Una mañana entran en mi tienda, por ejemplo, y me dicen: Maese Coppenole, hay esto, ú esto otro ó lo de más allá; la princesa de Flandes quiere salvar á sus ministros; el bailío mayor dobla el precio del grano, ó cosa por el estilo. Entonces dejo mi faena, salgo de la calcetería y voy por las calles y grito: Saqueo! saqueo! Nunca falta por allí alguna barrica vieja; me encaramo en ella y digo en voz muy alta todo lo que se me ocurre, todo lo que me aflige, porque el pueblo siempre tiene algo que le aflija. Entonces se amotina la gente á mi alrededor, se grita mucho, se toca á rebato, se arma el pueblo con las armas de los soldados y... adelante. Siempre sucederá así, mientras existan señores en los señoríos, aldeanos en las aldeas y campesinos en el campo.

—Contra quién os rebelais así? preguntó el rey. Contra vuestros bailíos? Contra vuestros señores?

—Conforme y segun. Algunas veces tambien nos rebelamos contra el duque.

Luis XI se sentó y repuso sonriendo:

—Aquí no se han rebelado aun más que contra los bailíos.

En este momento entró Olivier el Gamo, seguido de dos pajes que traian las toallas del rey; pero chocó al monarca ver que venia acompañado del preboste de Paris y del jefe de la ronda, los que parecian consternados; el rencoroso barbero tambien aparentaba estarlo, pero no podia disimular su interior alegría:

—Señor, dijo, pido perdon á vuestra majestad por la calamitosa noticia que le traigo.

El rey, al volverse de frente, rozó la estera del pavimento con los piés del sillon:

—Qué noticia es esa?

—Señor, repuso Olivier, con la espresion maligna del que se alegra de tener que dar una mala noticia; esa sedicion

popular no es contra el bailío del Palacio.

—Pues contra quién?

—Contra vos, señor.

El anciano monarca se puso en pié y erguido como un mancebo.

—Esplicáos, Olivier, y ¡guardad la cabeza!, porque os juro por la cruz de Saint-Lô que si mentís en este momento, la espada que cortó el cuello del señor de Luxemburgo, que aun no está mellada, cortará tambien el vuestro.

Este juramento era temible en boca de Luis XI, que solo lo hizo dos veces en su vida.

—Señor...

—Híncate de rodillas! le dijo el rey con violencia. Tristán, vigilad á este hombre.

Se arrodilló Olivier y dijo con frialdad:

—Señor, el tribunal del Parlamento condenó á muerte á una hechicera; ésta se refugió tomando asilo en Nuestra Señora, y el pueblo la quiere sacar de allí á viva fuerza. El señor preboste y el señor jefe de la ronda, que vienen del sitio de la rebelion, están presentes y me desmentirán si no digo la verdad. El pueblo está sitiando á Nuestra Señora.

—Páscua de Dios! dijo el rey en voz baja, pálido y temblando de cólera. ¡Sitiando á Nuestra Señora! Luego, alzando la voz, añadió:

—¡Están sitiando en su Catedral á Nuestra Señora, mi celeste Patrona!— Levántate, Olivier, tienes razon; te concedo el empleo de Simon Radin, tienes razon.—Contra mí se rebelan; la hechicera está bajo la salvaguardia de la iglesia y la iglesia bajo mi salvaguardia. ¡Creia que la rebelion era contra el bailío y es contra mí!...

Reanimado por el furor Luis XI, paseaba la estancia á grandes pasos; cesó de reir; estaba terrible... iba y venia... la zorra se habia convertido en hiena. Estaba tan sofocado que no podia hablar; sus labios se movian, sus puños descarnados se crispaban: de pronto levantó la cabeza; sus ojos hundidos brillaron como dos áscuas y su voz resonó como un timbal.

—A sangre y fuego, Tristán! exclamó. ¡A sangre y fuego contra esos bribones! ¡Anda, amigo mio; mata y degüella!

Pasada esta erupcion, volvió á sentarse y dijo con rabia fria y concentrada:

—Venid aquí, Tristán. Aquí, en la Bastilla, hay cincuenta lanzas del vizconde de Gif, que componen un total de trescientos caballos; llevéoslos. Tambien está la compañía de los arqueros de nuestra guardia del señor de Chateaupers; lleváosla tambien. Sois preboste de los mariscales, y mandais á los soldados del prebostazgo; que vayan tambien con vos; así como tambien los cuarenta arqueros de la guardia del delfin que están en el edificio de San Pablo. Con toda esa gente id corriendo hasta Nuestra Señora. Ya que los villanos de Paris se lanzan contra la corona de Francia, contra la santidad de Nuestra Señora y contra la paz de la república, ¡exterminadlos, Tristán, exterminadlos! ¡que no se escape ninguno más que para ir á Montfaucon!

Tristán se inclinó.

—Bien está, señor. ¿Qué he de hacer de la hechicera?

—De la hechicera?... Señor de Estonteville, ¿el pueblo qué quiere hacer de ella?

—Señor, contestó el preboste de Paris, supongo que, pues vá á arrancarla del asilo de Nuestra Señora, es porque le irrita la impunidad y querrá ahorcarla.

El rey reflexionó, y despues, dirigiéndose á Tristán l'Hermite, le dijo:

—En ese caso, extermina al pueblo y ahorca á la hechicera.

—Eso es, dijo Rym en voz baja á Coppenole, castigar al pueblo y hacer lo que él quiere.

—Estoy enterado. Si la hechicera está todavía en Nuestra Señora, ¿puedo prenderla, á pesar del derecho de asilo?

—Páscua de Dios con el asilo! exclamó el rey rascándose la oreja. Sin embargo, es preciso ahorcar á esa gitana.

De repente le asaltó una idea; se puso de rodillas delante del sillon, se quitó el sombrero, dejóle sobre el asiento y, mirando con devocion á uno de los amuletos de plomo que le rodeaban, exclamó, cruzando las manos:

—Nuestra Señora de París, perdonadme, mi celeste Patrona, perdonadme, que ya no lo volveré á hacer. Es indispensable castigar á esa criminal, y yo os aseguro que es una hechicera indigna de vuestra proteccion. Bien sabeis, *Señora*, que muchos príncipes piadosos han traspasado el privilegio de las iglesias por la gloria de Dios y por la necesidad del Estado. San Hugo, obispo de Inglaterra, permitió que el rey Eduardo sacase un mágico de su iglesia. San Luis de Francia holló por la misma causa la iglesia de San Pablo, y el Sr. Alfonso,

hijo del rey de Jerusalem, la iglesia misma del Santo Sepulcro. Perdóneme, pues, por esta vez Nuestra Señora de París; ya no lo volveré á hacer, y yo os regalaré una bellísima estátua de plata, semejante á la que regalé el año pasado á Nuestra Señora de Econys. Amén.

Hizo la señal de la cruz, se puso en pié, se cubrió y dijo á Tristán:

—Daos prisa; que vaya con vos el capitan Febo de Chateaupers; que toquen á rebato; destrozad al populacho y ahorcad á la hechicera; quiero que vos mismo os encargueis del trabajo de la ejecucion. Me respondeis de todo.—Ven, Olivier; esta noche no me acuesto; aféitame.

Inclinóse Tristán l'Hermite y salió; entonces el rey, despidiendo con la mano á Rym y á Coppenole, les dijo:

—Guárdeos Dios, señores. Id á descansar un poco, que la noche está ya muy adelantada y falta poco para amanecer.

Los embajadores se retiraron, y al dirigirse á sus respectivas habitaciones, conducidos por el capitan de la Bastilla, decia Coppenole á Guillermo Rym:

—Yo ya estoy harto de este rey que tose. He visto borracho á Cárlos de Borgoña y no era tan malo como Luis XI enfermo.

—Maese Santiago, le contestó Rym, habeis de saber que los reyes tienen el vino menos cruel que las tisanas.

## VI.

### Luz de broma!

Al salir Gringoire de la Bastilla bajó por la calle de San Antonio con la velocidad de un caballo desbocado. Al llegar á la puerta Bandoyer fuése en derechura á la cruz de piedra erigida en mitad de dicha plaza, como si hubiese distinguido en la oscuridad la figura de un hombre vestido y encapuchado de negro, que estaba sentado en las gradas de la cruz.

—Sois vos, señor maestro? le preguntó Gringoire.

El personaje vestido de negro se puso en pié y contestó:

—Voto á brios! ¡ya me tienes desesperado! el vigía de la torre de San Gervasio acaba de anunciar la una y media de la madrugada.

—No fué mia la culpa, sino de la ronda y del rey, contestó Gringoire. ¡De buena he escapado! Siempre estoy próximo á ser ahorcado. ¡Es mi terrible predestinacion!

—Estás próximo á todo siempre... pero no perdamos el tiempo. ¿Sabes el santo y seña?

—Figuraos que he visto al rey... ahora vengo de allí... me sucedió una verdadera aventura.

—Basta de charla... ¿qué me importa esa aventura? Dime el santo de los hampones.

—Lo sé... sosegaos; *luz de broma.*

—Sin saberlo no podríamos penetrar en la iglesia, porque los hampones ocupan todas las calles alrededor de ella. Afortunadamente encontraron resistencia... aun puede que lleguemos á tiempo.

—Sí señor. ¿Pero cómo entraremos en Nuestra Señora?

—Tengo la llave de las torres.

—Y cómo saldremos?

—Hay detrás del claustro una puertecilla que dá sobre el Terreno, junto al rio. Tengo la llave de esa puerta y esta mañana amarré una lancha á la orilla.

—Cáspita! Por poco me ahorcan! repitió Gringoire.

—Vamos pronto, despachemos, dijo el otro.

Ambos se dirigieron apresuradamente hácia la Cité.

## VII.

### Chateaupers, á ellos!

El lector recordará la crítica situacion en que dejamos á Quasimodo. El intrépido sordo, acosado por todas partes, habia perdido, sino el valor, la esperanza de salvar, no su persona (pues en esto no pensaba), sino á la gitana. Corrió sin tino de uno á otro lado de la galería. Nuestra Señora iba á caer ya en manos de los hampones, cuando de pronto resonó en las calles inmediatas un gran galope de caballos que, iluminados por una larga fila de hachas y llevando una espesa columna de ginetes á escape y lanza en ristre, desembocaron en la plaza como un huracan, gritando furiosos: Viva Francia!

—Acuchillad á la canalla! ¡Chateaupers y á ellos!

Aterrados los hampones, dieron media vuelta.

Quasimodo, que no podia oir, vió relucir las espadas desnudas y las puntas de las picas; contempló las hachas encendidas y la caballería, á cuyo frente

iba el capitan Febo; vió la confusion de los sitiadores, el espanto de unos y la indecision de los más atrevidos, y con socorro tan inesperado recobró tanta fuerza, que lanzó fuera de la iglesia á los primeros enemigos, que ya penetraban por la galería.

Eran, en efecto, las tropas del rey, que acudian á librar del sitio á Nuestra Señora.

Pelearon los hampones como valientes, defendiéndose como gente desesperada. Atacados por el flanco por la calle de San Pedro y por la retaguardia por la calle del Atrio; arrinconados contra Nuestra Señora, que sitiaban aun y que Quasimodo defendia; sitiados al mismo tiempo que sitiadores, se hallaban en la misma situacion que se encontró despues el conde Enrique de Harcourt en el famoso sitio de Turin, en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya, á quien sitiaba, y el marqués de Leganés, que le bloqueaba á él.

La lid fué horrorosa. A carne de lobo diente de perro, como dice el historiador Pedro Mathieu. La caballería del rey, á cuya cabeza se batia con valor Febo de Chateaupers, no daba cuartel á nadie, y el hacha concluia con los que escapaban de la espada. Los hampones, mal armados, rabiaban y mordian. Hombres, mujeres y niños se arrojaban á las grupas y á los pechos de los caballos, agarrándose á ellos, como los gatos, con los dientes y con las uñas. Unos sacudian las antorchas en las caras de los arqueros; otros clavaban garfios de hierro en el cuello de los ginetes y los derribaban de sus monturas; los que caian al suelo eran hechos pedazos. Un hampon llevaba una gran hoz ancha y reluciente, y cortó durante mucho rato las piernas de los caballos. Este bandido era horroroso: con voz gangosa entonaba una cancion, al mismo tiempo que manejaba la hoz con rapidez; á cada golpe trazaba en derredor suyo un gran círculo de miembros cortados. De este modo consiguió llegar hasta el centro de la caballería con la tranquila lentitud y la respiracion regular del segador que siega un campo de trigo. Este hombre era Clopin Trouillefon: un tiro de arcabuz dió fin á sus hazañas y á su vida.

Entre tanto se iban abriendo las ventanas de las casas. Los vecinos, al oir el grito de guerra de los soldados del rey, tomaron parte en la accion, y de todos los pisos llovian balas sobre los hampones. La plaza del Atrio estaba llena de humo espeso, que sulcaba con listas de fuego la mosquetería, viéndose apenas la fachada de Nuestra Señora y el Hospital, en el que algunos enfermos macilentos se asomaban á contemplar esta escena desde las buhardillas.

Al fin cedieron los hampones. El cansancio, la falta de buenas armas, el espanto de la sorpresa, el tiroteo de las ventanas, el terrible choque con las tropas del rey, todo esto contribuyó á desalentarlos. Forzaron la línea de sus enemigos y echaron á huir en todas direcciones, dejando en la plaza del Atrio inmenso monton de cadáveres.

Cuando Quasimodo, que no dejó un momento de pelear, vió la derrota de los hampones, se arrodilló y alzó las manos al cielo; despues, loco de alegría, echó á correr y subió con la velocidad de un pájaro á la celda, cuyas cercanías acababa de defender con heróica intrepidez. Solo un pensamiento le ocupaba: el de hincarse de rodillas ante la mujer que por segunda vez salvaba.

Cuando llegó y entró en la celda, la encontró vacía.

# LIBRO ONCENO

## I.

### El zapatito.

Mientras los hampones estaban sitiando la Catedral, Esmeralda dormia. Pero pronto la despertaron el estrépito que se oia y los balidos de la cabra, que se despertó antes que ella. Incorporóse en la cama, aplicó el oido y miró en torno de sí, quedando aterrada del estruendo, que resonaba hasta dentro de la iglesia, y del resplandor que veia; se levantó y salió de la celda á averiguar lo que era aquello. El aspecto de la plaza, el desórden del asalto nocturno, la multitud asquerosa, saltando como una nube de ranas en la oscuridad, la vocinglería de la ronca muchedumbre, las antorchas rojizas que corrian y se cruzaban, toda aquella escena, en fin, le parecia misteriosa batalla trabada entre los fantasmas del *sábado* y los mónstruos de piedra de la Catedral. Imbuida desde la niñez en las supersticiones de su tribu, lo primero que creyó fué que habia sorprendido en sus maleficios á esos extraños séres, hijos de la noche.

Corrió despavorida á esconderse en su celda, por ver si en su miserable lecho no la asaltaba pesadilla tan horrible.

Poco á poco fueron disipándose en Esmeralda los primeros vapores del miedo; al oir el estruendo, que crecia cada vez, y al ver otras muchas señales reales, comprendió que estaba amenazada, no por espectros, sino por séres humanos. Su miedo, sin aumentar, varió de objeto; ya habia creido varias veces en la posibilidad de una rebelion popular para arrancarla de su asilo, y la idea de perder por segunda vez la vida, la esperanza y á Febo, que entreveia en su porvenir; la idea del abandono en que se encontraba y la de la imposibilidad de la fuga, llenaban de amargura su corazon. Se puso de rodillas con el rostro apoyado contra la cama, uniendo las dos manos sobre la cabeza, y á pesar de ser egipcia, idólatra y pagana, pedia sollozando que la salvara al Dios de los cristianos y á Nuestra Señora de Paris.

Largo rato pasó prosternada de este modo, temblando y orando, oyendo la algazara de aquella furiosa multitud, cada vez más cerca, sin saber de qué provenia aquel tumulto, ni el objeto de él, pero presagiando terrible desenlace.

Estando orando aun la angustiada jóven, oyó ruido de pasos detrás de ella. Volvióse azorada; dos hombres, uno de los cuales iba provisto de linterna, acababan de entrar en la celda. Esmeralda lanzó un débil grito.

—Nada temais, la dijo una voz que no le era desconocida; soy yo.

—Quién sois? le preguntó.

—Pedro Gringoire.

Este nombre la tranquilizó y se atrevió á mirarle; en efecto, era el filósofo; pero vió una figura negra y encapuchada que la heló de terror.

—Esmeralda: primero que vos, la dijo Gringoire con acento de reconvencion, me ha reconocido Djalí.

La cabrita, sin esperar á que maese Pedro dijera su nombre, en cuanto entró en la celda empezó á restregarse contra sus rodillas, cubriendo al poeta de caricias y de pelos blancos, porque el animalito estaba en el tiempo de la muda. Gringoire la acariciaba tambien.

—Quién viene con vos?

—No os asusteis; es un amigo mio.

El filósofo dejó en el suelo la linterna, se puso en cuclillas y exclamó con entusiasmo, estrechando entre sus brazos á la cabra:

—Oh, es un animal muy gracioso! más hermoso, sin duda, por su limpieza que por su magnitud, pero además es ingenioso, sutil é instruido como un gramático. Veamos, Djalí, si has olvidado tus habilidades. ¿Cómo hace maese Jaime Charmolue?

No le dejó concluir el encapuchado; se acercó á Gringoire y le dió un fuerte empellon, que le hizo ponerse de pié.

—Es verdad, dijo; se me olvidaba que estamos de prisa. Pero esa no es una razon para aporrear á las personas.—Hija mia de mi corazon, vuestra vida y la de Djalí corren peligro. Os quieren volver á coger; pero nosotros somos amigos vuestros y venimos á salvaros. Seguidnos.

—Es cierto? exclamó ella fuera de sí.

—Sí, es cierto. Venid, venid con nosotros.

—Voy corriendo... ¿pero por qué no habla vuestro amigo?

—Ah!... contestó Gringoire, porque sus padres eran gentes estrafalarias que le hicieron de temperamento taciturno.

Fué preciso que la gitana se contentase con esta explicacion. Cogióla Gringoire por la mano, tomó su compañero la linterna y echó á andar delante de ellos. El miedo tenia aturdida á la pobre jóven, que se dejaba conducir como un autómata; la cabra los seguia brincando, tan contenta de volver á ver á Gringoire, que á cada paso le hacia tropezar, enredándole las piernas en los cuernos.

—Hé aquí lo que es la vida, decia el filósofo cada vez que estaba á punto de dar en el suelo con las narices; casi siempre nuestros amigos son los que nos hacen caer.

Bajaron con rapidez la escalera de las torres, atravesaron la oscura y solitaria iglesia, en la que retumbaba el estruendo exterior, formando horrible contraste, y por la puerta Roja salieron al patio del claustro. Este estaba desierto; todos los canónigos se habian refugiado en el Obispado para cantar allí en coro: el patio estaba vacío y solo algunos criados asustados se escondian en los rincones más oscuros. Los tres personajes se dirigieron hácia la puertecilla que comunicaba con el Terreno desde el patio, y el encapuchado la abrió con una llave que llevaba consigo. Nuestros lectores ya saben que el Terreno era una lengua de tierra cercada de paredes por la parte de la Cité, perteneciente al Cabildo de Nuestra Señora, y que terminaba la isla por detrás de la iglesia. Los fugitivos encontraron dicho cercado enteramente

desierto. El estruendo del asalto de los hampones llegaba allí más confuso y menos agudo. El viento fresco que se deslizaba por el rio movia las hojas del único arbol plantado en la punta del Terreno. Estaban aun, sin embargo, próximos al peligro; los edificios que tenian más cerca eran el Obispado y la iglesia, y en el primero reinaba gran desórden interior. Brillaban en su tenebrosa mole multitud de luces que corrian de una á otra ventana. Las altas torres de Nuestra Señora se veian por detrás, así como la larga nave sobre la que se elevan, destacándose en la oscuridad sobre el ancho y rojizo resplandor que llenaba el átrio, y parecian dos gigantescos morrillos de una hoguera de cíclopes. Lo que se veia de Paris oscilaba ante la vista en sombra mezclada de luz; Rembrandt tiene fondos semejantes en sus cuadros.

El hombre de la linterna se acercó á una extremidad del terreno. Veíanse allí, en la orilla del agua, las ruinas destrozadas de una cerca de estacas, en las que una viña raquítica enganchaba flacas ramas, extendidas como los dedos de una mano abierta. Detrás, y en la sombra de dicho emparrado, habia una lancha oculta. Hizo el encapuchado señal á Gringoire y á su compañera de que entrasen en la barca, como lo hicieron ambos y la cabra; entró luego él, cortó las amarras de la lancha, la alejó de tierra con un largo garfio, cogió los remos y se sentó en la proa, remando con todas sus fuerzas para internarse en el rio. El Sena era muy rápido en aquel punto y les costó mucho trabajo separarse del borde de la isla.

En cuanto Gringoire entró en el barco, su primer cuidado fué el de colocar á la cabra sobre sus rodillas. Sentóse en la popa, y la gitana, á la que el incógnito causaba inquietud indefinible, se sentó á su lado, arrimándose al filósofo todo lo que pudo.

Cuando vió éste que el barco andaba, empezó á dar palmadas y besos á Djalí entre los cuernos, y exclamó:

—Ya estamos salvos los cuatro! El éxito de las grandes empresas, unas veces se debe á la fortuna y otras á la astucia.

Mientras bogaba el barco hácia la orilla derecha, observaba Esmeralda al incógnito con secreto terror; éste habia ocultado cuidadosamente la luz de la linterna. Entreveíasele en la oscuridad, sentado en la proa del barco, como un espectro. Su capucha, caida sobre la cara, le cubria como una careta, y cada vez que al remar abria los brazos, de los que pendian anchas y negras mangas, parecian dos grandes alas de murciélago. Pero respiraba apenas y no decia la menor palabra. Solo se oia en la lancha el ruido producido por el vaiven de los remos, confundido con el susurro del agua por donde éstos pasaban.

—Pardiez! exclamó de pronto Gringoire, que estamos alegres y joviales como buhos; callamos como peces! ¡observamos pitagórico silencio! Páscua de Dios! Amigos mios, hablemos.

La voz humana es una música para el oido del hombre, y no soy yo, sino Didimo el de Alejandría, el que ha dicho esas hermosas palabras.—Hablad, mi querida Esmeralda; decid algo. Recuerdo que antes teníais costumbre de hacer un gracioso mohin; ¿habeis perdido ya ese hábito? ¿Sabíais que el Parlamento tiene plena jurisdiccion sobre los lugares de asilo y que corríais grave peligro en la celdilla de Nuestra Señora?—Señor maestro, ya se descubre la luna; ¡Dios quiera que no nos descubran!... Practicamos una accion laudable salvando á esta jóven, y, sin embargo, si nos atrapasen, nos ahorcarian por órden del rey. Ah! las acciones humanas tienen dos aspectos: se vitupera en unos lo que se aplaude en otros, y culpa á Catilina el que admira á César. ¿No es verdad, maestro? Qué decís de esta filosofía? Yo poseo la filosofía por instinto; es natural en mí.—Vamos! Nadie me contesta! Será preciso que hable yo solo; esto es lo que en estilo trágico llamamos monólogo.—Páscua de Dios! Acabo de ver al rey Luis XI y se me ha quedado en la memoria este juramento. ¡Páscua de Dios, pues, como aullan en la Cité! Es un malvado ese monarca vejete, siempre cubierto de pieles. Todavía me está debiendo el dinero del epitalamio, y gracias que no me hizo ahorcar esta noche, lo que me hubiese disgustado mucho. Es un avaro para con los hombres de mérito, y deberia leer los cuatro libros de Salviano de Colonia: *Adversus avaritiam*. Porque es un rey mezquino con los hombres de letras y comete bárbaras crueldades; es una esponja que se empapa con el dinero del pueblo. Sus ahorros son como el hígado, que se hincha de las debilidades de los demás miembros; por eso las quejas contra los malos tiempos se convierten en murmullos contra el príncipe. En el reinado de este monarca santurron las horcas estallan bajo

el peso de las víctimas, los tajos se pudren por la abundancia de la sangre y las prisiones revientan como vientres demasiado llenos. Este rey tiene una mano que toma y otra que ahorca; es el procurador de la señora Gabela y de monseñor el Patíbulo. Despoja á los grandes de sus dignidades y abruma á los pequeños con innumerables vejaciones. No me gusta este rey, maestro, ¿y á vos?

El encapuchado dejaba hablar y glosar sus propias palabras al filósofo parlanchin, mientras luchaba con la corriente violenta y cerrada que separaba la proa de la Cité de la popa de la isla de Nuestra Señora, que hoy llamamos isla de San Luis.

—Ahora que recuerdo, maestro, dijo de pronto Gringoire. En el momento que llegamos al átrio, atravesando por entre los rabiosos hampones, ¿no notásteis que el sordo se disponia á machacar la cabeza sobre la baranda de la galería de los reyes á un infeliz? Soy corto de vista y no pude conocer quién era: ¿lo sabeis vos?

El incógnito no respondió, pero dejó bruscamente de remar; desfallecieron sus brazos como dos juncos quebrados, dejó caer la cabeza sobre el pecho y Esmeralda oyó que suspiraba profundamente. La jóven se extremeció; recordó haber oido suspiros como aquellos.

Abandonada la barca á sí misma, siguió la corriente durante algunos momentos; pero el encapuchado se incorporó al poco rato, asió otra vez los remos y volvió á remar contra la corriente; dobló la punta de la isla de Nuestra Señora y se dirigió hácia el desembarcadero del Port-au-Foin.

—Ah, señor! dijo Gringoire, allá abajo se descubre la casa Barbeau. Mirad; es aquel grupo de tejados negros que forman ángulos tan raros, allá bajo aquel monton de nubes estropajosas, emborronadas y sucias, entre las que la luna parece aplastada y estrellada como la yema de un huevo roto. Es un magnífico edificio; hay en él una capilla que corona una bóveda llena de enriquecimientos muy bien recortados, y se vé por encima del campanario que está calado con primor. Tiene dicha casa delicioso jardin, con estanque, laberinto, casa de fieras, pajarera y alamedas espesas y gratas á Vénus, en las que existe un pícaro árbol, llamado *el lujurioso*, porque fué cómplice de los amores de una famosa princesa con un condestable de Francia, culterano y galan.—Nosotros, ay! los pobres filósofos, somos á un condestable lo que es un campo de coles comparado con el jardin del Louvre. Aunque bien pensado, eso nada significa. La vida humana, para los magnates como para nosotros, es una mezcla de bien y de mal; el dolor siempre está al lado de la alegría, como el espondeo junto al dáctilo. Maestro, deseo referiros esa historia, acaecida en la casa Barbeau y que concluyó de un modo trágico. Fué en 1313, bajo el reinado de Felipe V, el más largo de los reyes de Francia. (1) La moralidad de esta historia consiste en que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No fijemos mucho la vista en la mujer del vecino, aunque su beldad conmueva nuestros sentidos. La fornicacion es un pensamiento muy libertino; el adulterio es una curiosidad de la voluptuosidad agena... ¡Ay, cómo aumenta el estrépito por allá abajo!...

En efecto, crecia el tumulto alrededor de Nuestra Señora. Se pusieron á escuchar y oyeron con bastante claridad numerosos gritos de victoria. De pronto cien antorchas, que hacian relucir los cascos de los hombres de armas, se extendieron por todos los puntos exteriores de la iglesia, por las torres, por las galerías, sobre los botareles: aquellas luces iban buscando; y pronto llegaron distintamente á los oidos de los fugitivos estos clamores: La gitana! la hechicera! ¡la bruja! muera! muera!

La desventurada dejó caer la cabeza sobre el pecho, y el encapuchado se puso á remar con furia hácia la orilla. Entre tanto, Gringoire, reflexionando, estrechaba la cabra entre sus brazos y se separaba suavemente de la gitana, que se iba arrimando á él como al único asilo que le quedaba.

Es que Gringoire se veia en cruel perplejidad; pensaba que, *segun la legislacion vigente*, la cabra tambien seria ahorcada si volviesen á cogerla, lo que seria una lástima, y que ya era tiempo de que se sacudiese de dos criminales que se agarraban á él, ya que su compañero no se cuidaba de otra cosa que de salvar á Esmeralda. Se libraba entre sus pensamientos un violento combate, en el que, como el Júpiter de la Iliada, pesaba ya á la cabra, ya á la gitana, y miraba á una despues de la otra con los ojos húmedos de lágrimas y diciendo entre

(1) Se llamaba Felipe el Largo.

dientes:—¡Sin embargo, yo no puedo salvar á las dos!

Una fuerte sacudida de la lancha advirtió á los fugitivos que acababan de llegar á la orilla. El siniestro bullicio resonaba por toda la Cité. El encapuchado se levantó, se acercó á la gitana y quiso cogerla del brazo para ayudarla á saltar á tierra; pero ella le rechazó y se colgó del de Gringoire, que, ocupado con la cabra, casi la rechazó, y ella saltó sola fuera del barco. La infeliz estaba tan turbada que no sabia lo que se hacia ni á dónde iba, y permaneció unos momentos como estúpida, mirando correr el agua. Cuando recobró el sentido se encontró en el puerto sola con el desconocido: sin duda Gringoire se aprovechó del instante del desembarque para huir con la cabra por el laberinto de casas de la calle Grenier sur l' Eau.

Tembló la gitana al verse sola con aquel hombre. Quiso hablar, gritar y llamar á Gringoire, pero tenia en la boca la lengua inerte y no salió sonido alguno de sus labios. De improviso sintió la mano del desconocido sobre la suya, una mano dura y fria, y se quedó más pálida que los rayos de la luna que la alumbraban. El encapuchado no dijo una palabra, y llevándola de la mano se puso á andar á grandes pasos hácia la plaza de la Grève. Comprendió entonces la gitana la fuerza irresistible del destino, y al verse desamparada y sin recursos, dejóse conducir.

Miró hácia todas partes y no vió ni un solo transeunte; el muelle estaba completamente desierto. No oia más ruidos que los que provenian de la Cité tumultuosa y rojiza, de la que no la separaba más que un brazo del Sena, y hasta donde llegaba su nombre acompañado de gritos de muerte. Todo lo demás de Paris extendia á su alrededor sus grandes masas de sombra.

Seguia arrastrándola el incógnito con el mismo silencio y con la misma rapidez. La infeliz no recordaba ninguno de los sitios por donde pasaba; sin embargo, al llegar delante de una ventana que alumbraba una luz hizo un esfuerzo, enderezóse de repente y gritó:—"¡Socorro!„

El inquilino de la ventana asomóse á ella en camisa, miró hácia el muelle con ojos estúpidos, pronunció algunas palabras que ella no oyó y cerró la ventana. Así se apagó su último rayo de esperanza.

El encapuchado, siempre silencioso, tenia muy sujeta á Esmeralda y echó á andar más de prisa; ella le seguia desfallecida.

De vez en cuando le preguntaba: Quién sois? quién sois? Él no respondia.

Llegaron por fin, siguiendo siempre el muelle, á una plaza bastante grande; á la escasa luz que vertia la luna reconocieron que era la Grève. En medio de dicha plaza se distinguia una especie de cruz negra enarbolada; era el patíbulo. La infeliz lo reconoció y comprendió dónde estaba.

Paróse el desconocido, se levantó la capucha y se volvió hácia ella.

—Oh! balbuceó petrificada, ¡ya sabia yo que era él!

Era el arcediano, que tenia el aspecto de un fantasma, por el efecto que producen los rayos de la luna, á cuya luz parece que solo se vean los espectros de las cosas.

—Escucha, la dijo, y la jóven se extremeció al volver á oir aquella voz.

Luego continuó, articulando con las interrupciones breves y aspiradas que revelan profundos temblores interiores:

—Escucha. Voy á hablarte. Estamos en la plaza de la Grève... En el último extremo... El destino nos entrega el uno al otro. Voy á decidir de tu vida y tú vas á decidir de mi alma. Hé aquí una plaza y una noche detrás de las que no se vé nada. Escúchame, pues, lo que voy á decirte... Desde luego no me vuelvas á hablar de Febo. No me hables de él. Si pronuncias su nombre no sé lo que haré, pero desde luego te anuncio que será algo terrible.

Dicho esto quedó inmóvil, como cuerpo que encuentra su centro de gravedad; pero sus palabras no indicaban menor agitacion. Cada vez hablaba en voz más baja.

—No me vuelvas la cabeza y escúchame, que es muy sério lo que nos ocupa. Desde luego hé aquí lo que ha pasado.—No se reirán de mí, yo te lo juro.—¿Qué es lo que decia? Ah, ya lo recuerdo.—Hay un decreto del Parlamento por el que te vuelven á entregar al patíbulo. Acabo de arrancarte de sus manos, pero te van persiguiendo; mira.

Extendió el brazo hácia la Cité, donde parecia que continuaban las pesquisas. El rumor se aproximaba por momentos; en la torre de la casa del teniente, situada enfrente de la Grève, se oia gran ruido y se veia gran claridad, y por el muelle frontero corrian multitud de soldados con hachas, gritando:—

Dónde está la gitana? Muera! Muera!

—Ya ves que te persiguen y que yo no miento.—Yo te amo... calla, calla; si me has de decir que me aborreces, estoy decidido á volverlo á oir.—Acabo de salvarte... déjame concluir... puedo terminar mi obra. Como tú quieras, podré.

Se interrumpió con violencia.

—No es eso lo que necesito decir.

Sin soltar á la gitana, Dom Claudio corrió y la hizo correr hasta llegar á la horca, y allí, señalándosela con el dedo, la dijo con frialdad:

—Elije entre los dos: ella ó yo.

Esmeralda se escapó de las manos que la oprimian y cayó al pié del patíbulo; abrazada á aquel fúnebre apoyo, medio volvió la hermosa cabeza y miró al sacerdote por encima del hombro; parecia una vírgen al pié de la cruz. Dom Claudio permaneció sin movimiento con el dedo levantado hácia el cadalso, con el ademan de una estátua.

Al poco rato le dijo Esmeralda:

—El patíbulo me causa menos horror que vos.

Dom Claudio dejó caer el brazo lentamente y fijó la vista en el suelo con hondo abatimiento.

—¡Si estas piedras pudiesen hablar, murmuró, dirian que soy muy desgraciado!

Luego continuó: la jóven, arrodillada delante del patíbulo y cubierta con su larga cabellera, le dejaba hablar, sin interrumpirle. En aquel momento hablaba Dom Claudio con acento lastimero y tierno, que contrastaba con la altiva dureza de sus facciones:

—Yo te amo, y el cielo sabe que digo la verdad. ¿No asoma en mi exterior el fuego que abrasa mi corazon? ¿No merece tu compasion que yo sufra de dia y de noche? Amar de noche y de dia como yo amo, es padecer una cruel tortura. Sufro muchísimo y merezco compasion, te lo aseguro. Ya ves que hablo con dulzura y que no quisiera causarte horror. Al cabo y al fin el hombre que ama á una mujer no tiene culpa. Nunca me perdonarás? ¿Me odiarás siempre? Pues ese ódio es el que me convierte en malvado y en horrible ante mis propios ojos. ¡Ah, ni siquiera me miras!... Te absorbe quizás otro pensamiento, mientras yo te hablo en pié y temblando en el límite de nuestra comun eternidad.—¡Sobre todo no me hables del capitan!—Yo, que besaria, no tus plantas, porque no me lo permitirias, sino la tierra que pisas; sollozaria como un niño y arrancaria del pecho, no palabras, sino el corazon y las entrañas, para decirte que te amo; y todo seria inútil... todo!... y sin embargo, tu alma solo contiene ternura y clemencia, resplandece en tu rostro fascinadora dulzura, eres suave, bondadosa, misericordiosa y hechicera. Solo eres mala para mí!... Oh! qué fatalidad!

Cubrióse el rostro con las manos y la gitana le oyó llorar por la primera vez. De pié, y agitado por los sollozos, su actitud era más miserable y más suplicante que postrado de rodillas. Lloró algun tiempo.

—En fin, prosiguió pasadas las primeras lágrimas, no encuentro ya palabras para hablarte: sin embargo, tenia pensado lo que te iba á decir y tiemblo, me horrorizo y desfallezco en el instante decisivo; conozco que estamos en situacion suprema y no sé qué decir. Voy á estrellarme contra el suelo si no tienes piedad de mí, si no tienes piedad de tí misma. No nos condenemos los dos... ¡si supieras cuánto te amo! ¡si supieras lo que es mi corazon!... Está desierto de todas las virtudes y abandonado y desesperado de sí mismo. Soy doctor, y hago escarnio de la ciencia; soy noble, y prostituyo mi nombre; soy sacerdote, y hago del misal almohada de lujuria, y todo esto lo hago por tí, por ser digno de tu infierno, ¡y tú desdeñas al condenado!... ¡Oh, quiero decírtelo todo, algo más horrible aun!...

Al pronunciar estas últimas palabras su ademán era el de un frenético. Calló un instante, y luego, con voz fuerte, prosiguió, como hablándose á sí mismo:

—Cain, qué has hecho de tu hermano?

Hizo otra pausa y en seguida continuó:

—Qué he hecho de él, Señor? Lo recogí, lo eduqué, lo mantuve, le amé y lo he asesinado. Sí, Señor; ahora mismo acaban de aplastar su cabeza delante de mí contra las piedras de vuestra casa, y por causa de esta mujer, solo por ella!

Diciendo esto, sus miradas eran fieras y su voz se iba apagando por grados, y repitió varias veces las últimas palabras maquinalmente, con largos intervalos, como una campana que prolonga su última vibracion... Por ella!... por ella!... por ella!...

Despues su lengua no articuló ya ningun sonido perceptible, y, sin embargo, sus labios se movian; de repente se desplomó sobre sí mismo, como una cosa que se hunde, y quedó en el suelo sin

movimiento, con la cabeza entre las rodillas.

El movimiento de Esmeralda al sacar el pié de debajo de los pliegues de la sotana le hizo volver en sí. Se pasó la mano por las hundidas mejillas y vió con estupor que tenia los dedos mojados.

—Yo he llorado! exclamó.

Volviéndose hácia la gitana con angustia inexplicable, la dijo:

—Ay! ¡Me has visto llorar y no te has conmovido! ¿Ignoras que mis lágrimas son de lava? ¿Es cierto, pues, que nada conmueve en el hombre que se aborrece?... Me verias morir y te reirias!—Pero yo no quiero que mueras. No me digas que me amas, dime nada más que quieres que te salve, y yo te salvaré.... Decídete... que el tiempo vuela... Te lo ruego por lo más sagrado; no aguardes á que mi corazon se convierta en piedra, como este patíbulo que te reclama! Reflexiona que tengo en mi mano tu destino y el mio, que estoy loco, que tu situacion es terrible; que puedo dejar que se hunda todo y que debajo de nosotros hay un abismo sin fin, donde mi caida seguirá á la tuya para toda la eternidad. Dime una palabra afectuosa, una sola palabra de cariño.

Abrió Esmeralda los labios para responderle; él se arrojó á sus piés de rodillas para recoger con adoracion esa palabra, y acaso enternecida ella la iba á pronunciar; pero le dijo:

—Sois un asesino!

—Pues bien, soy un asesino, pero serás mia. No quieres que sea tu esclavo y seré tu dueño. Serás mia. Tengo una guarida y te arrastraré hasta allí. Me seguirás, te verás obligada á seguirme, porque sino te entregaré á la horca. Es indispensable, hermosa mia, ó que mueras, ó que seas del sacerdote, del apóstata y del asesino; y esta misma noche, ¿lo oyes? Vamos, alégrate y bésame loca! O la tumba ó mi lecho!

Los ojos de Dom Claudio centelleaban de rabia y de impureza; su boca lasciva enrojecia el cuello de la jóven, que forcejeaba por arrancarse de sus brazos; él la llenaba de besos espumosos.

—No me muerdas, mónstruo! gritaba la gitana. Déjame, fraile odioso y corrompido, ó te arranco las canas y te las tiro á la cara á puñados.

Dom Claudio quedó encendido de vergüenza, luego pálido, y la soltó, mirándola con ojos sombríos. Ella, creyéndose victoriosa, prosiguió:

—Ya te dije que pertenezco á Febo, que le amo; porque Febo es hermoso y tú eres un clérigo, viejo, feo y repugnante. Vete!

Dom Claudio lanzó un grito violento, como el miserable á quien aplican un hierro ardiente.

—Pues muere! exclamó, rechinando los dientes con furor.

Vió la infeliz la mirada horrible del arcediano y quiso huir; pero él volvió á cogerla, la sacudió, la echó al suelo y corrió hácia la Torre Roland, llevándosela asida de las manos y arrastrando por las piedras.

Cuando llegó á la Torre Roland se paró; volvióse hácia ella y la dijo:

—Por última vez, quieres ser mia?

La gitana respondió con entereza:

—No.

Entonces Dom Claudio gritó:

—Gudula! Gudula! ¡Aquí tienes á la gitana! Véngate!

En seguida sintió la jóven que la agarraban por el codo: volvió la cabeza y vió un brazo descarnado que salia de una ventana y que la apretaba con una mano de hierro.

—Ténla cogida y no la sueltes, dijo el sacerdote, que voy á buscar á la justicia y verás despues cómo la ahorcan.

Una carcajada gutural respondió en el interior de la Torre Roland á aquellas sangrientas palabras.

Vió la gitana que el sacerdote se alejaba corriendo en direccion del puente de Nuestra Señora, que era por la parte donde se oia el ruido de caballos.

La Esmeralda reconoció á la maligna reclusa, y aterrorizada quiso soltarse; retorcióse, hizo movimientos de angustia y de desesperacion, pero la otra mujer la sujetaba con extraordinaria fuerza. Los dedos flacos y huesosos que la atenazaban se crispaban en la carne y llegaban á juntarse; parecia que aquella mano estaba remachada en el brazo de la gitana.

Rendida ésta se dejó caer al suelo, y entonces el temor á la muerte se apoderó de su alma; pensó en la dulzura de la vida, en el color del cielo, en la hermosura de la naturaleza, en el amor de Febo, en todo lo que huia de ella y en todo lo que se la acercaba; en el sacerdote que iba á delatarla á la justicia, en el verdugo que vendria, en el patíbulo que estaba allí. Sintió entonces que el espanto la subia hasta la raiz del cabello y oyó á la reclusa que, riendo lúgubremente, la decia:—"Vas á morir ahorcada.„

—Pero qué os he hecho yo? contestaba desfallecida la pobre jóven.

La reclusa no la respondió; pero irritada y burlona, la dijo con entonacion de canto:

—Hija de Egipto!... hija de Egipto!... hija de Egipto!...

La desdichada Esmeralda inclinó la cabeza al creer que no estaba hablando con un sér humano.

De pronto exclamó la reclusa, como si la pregunta de la gitana hubiera tardado todo ese tiempo en llegar hasta su pensamiento:

—Qué me has hecho, me preguntas? Pues oye lo que me has hecho.—¡Yo tenia una hija, yo tenia una niña, una preciosa niña! Inés mia! continuó fuera de sí y besando un objeto en la oscuridad. Pues bien, hija de Egipto!, me quitaron la niña, me robaron á mi hija y se la comieron. Hé aquí lo que tú has hecho.

La gitana contestó:

—¡Pobre de mí, quizás entonces no habia nacido aun!

—Oh! sí!... seguramente habias nacido. Ella tendria ahora tu edad.—Quince años hace que estoy encerrada aquí; quince años que estoy rezando; quince años que sufro; quince años que me rompo la cabeza contra estas cuatro paredes.—Te digo que me la robaron unas gitanas; lo oyes? Te digo que se la comieron; lo oyes?—Me escuchas?... Pues figúrate una criatura que juega, una criatura que mama, una criatura que duerme. Es un sér tan inocente!... Pues eso es lo que me han robado, eso es lo que me han comido. Dios sabe que digo la verdad. Hoy me llega el turno y hoy voy yo tambien á devorar á una gitana. ¡Cómo te morderia si esas rejas no me lo impidiesen! Tengo la cabeza demasiado gruesa para poderla sacar. Pobre ángel! Mientras dormia!... ¡La despertarian al cogerla, gritaria inútilmente y yo no estaba allí!... ¡Madres gitanas, que habeis devorado á mi hija, venid aquí á ver á la vuestra!...

Reia la reclusa y hacia rechinar los dientes, y ambas cosas se parecian en su fisonomía horrorosa.

Empezaba ya á despuntar el dia; reflejo ceniciento alumbraba confusamente aquella escena, y cada vez se veia más claro el patíbulo levantado en la plaza. A la parte opuesta, hácia el puente de Nuestra Señora, se oia acercarse el ruido de la caballería.

—Señora, gritó Esmeralda, cruzando las manos, hincando en tierra las rodillas, espeluznada y loca de espanto; señora, tened compasion de mí, que ningun daño os he causado. ¿Quereis presenciar cómo me matan á vuestra vista de ese modo horrible? Estoy segura de que sereis compasiva y dejareis que huya y que me salve. Soltadme! ¡Perdon! Yo no quiero morir así!

—Devuélveme mi hija! dijo la reclusa.

—Perdon! perdon!

—Devuélveme mi hija!

—Soltadme, en nombre del cielo!

—Devuélveme mi hija!

La jóven cayó por segunda vez al suelo, rendida, destrozada y con los ojos vidriosos de un cadáver.

—Ah! exclamó; ¡buscais á vuestra hija y yo busco á mis padres!

—Tráeme á Inés, prosiguió Gudula. No sabes dónde está? Pues entonces, muere.—Escúchame. Yo era una mujer pública, pero tenia una hija y me la robaron las gitanas; ya ves que es preciso que mueras. Cuando tu madre venga á reclamarte, yo la diré: Madre, mira á esa horca, ó devuélveme mi hija. ¿Sabes dónde está mi preciosa hija? Mira, voy á enseñarte su zapatito; esto es todo lo que conservo de ella. ¿Sabes dónde está su compañero? Si lo sabes, dímelo, y aunque sea al otro extremo del mundo yo iré á buscarlo de rodillas.

Hablando así, con el otro brazo que sacó por la ventanilla enseñaba á la gitana el zapatito bordado, y era el dia ya bastante claro para poder distinguirse formas y colores.

—Dejadme examinar ese zapatito, contestó la gitana extremeciéndose. Dios mio! Dios mio! Al mismo tiempo con la mano que le quedaba libre abrió precipitadamente el escapulario recamado de abalorios verdes que llevaba pendiente al cuello.

—Sí, sí, la decia Gudula; ¡registra tu amuleto del demonio!

De repente, la reclusa se interrumpió á sí misma, todo su cuerpo se extremeció, y gritó con voz salida de lo profundo de las entrañas:—Mi hija!

Esta exclamacion la dió al ver que la gitana sacaba del escapulario un zapatito igual al otro; el que llevaba consigo Esmeralda tenia cosido un pergamino, en el que estaban escritos estos versos:

*Cuando halles el compañero,*
*tu brazo estará en las manos*
*de tu madre prisionero.*

Con la rapidez del relámpago confron-

tó Gudula los dos zapatitos, leyó la inscripcion del pergamino y encajó en las rejas de la ventana su rostro, radiante de celeste alegría, gritando:

—Mi hija! mi hija!

—Mi madre! respondió la gitana.

Renunciamos á describir semejante situacion.

Una pared y unas barras de hierro separaban á las dos.

—Oh, verla y no poderla abrazar! Dame, dame tu mano!

La jóven pasó el brazo por los hierros de la ventana; precipitóse la reclusa sobre la mano de su hija, pegó á ella los labios y se quedó abismada en aquel beso, sin dar otra señal de vida que los sollozos que por intervalos agitaban su cuerpo: en la oscuridad caian de sus ojos lágrimas abundantes, como lluvia nocturna. La pobre madre desaguaba sobre aquella mano adorada el torrente de llanto que manaba de su interior durante el espacio de quince años.

Despues se irguió súbitamente; apartó los largos y canos cabellos de la frente, y sin hablar, empezó á sacudir con ambas manos las barras de su prision, furiosa como una leona. Pero las rejas resistieron; entonces fué al rincon de su celda y cogió una enorme piedra, que la servia de almohada, y la tiró á los hierros con tal violencia, que una de las barras se rompió, lanzando chispas: arrojó luego, por segunda vez, la piedra contra las barras con tal furia, que desencajó completamente la vieja cruz de hierro que atravesaba la ventana, y despues, con las dos manos, acabó de romper y de separar los trozos enmohecidos de la reja. Hay momentos en los que las manos de la mujer adquieren fuerza sobrehumana.

Dejó abierto el paso, operacion que fué rápida, y cogiendo á su hija por la cintura, la metió en la celda.

—Ven, la dijo, que quiero sacarte del fondo del abismo.

Cuando Esmeralda estuvo dentro de la celda, la colocó en el suelo suavemente: despues la levantó y la llevaba en brazos, como si fuese todavía la Inesita de un año, y así iba y venia con ella por la estrecha jaula, ébria, alegre, gritando, cantando, besándola, lanzando carcajadas y deshaciéndose en lágrimas, todo á un tiempo y con delirio.

—Hija mia! decia. Ya tengo á mi hija, está aquí, á mi lado. Dios me la devuelve... Venid todos á verla!... ¡Señor, quince años me la habeis hecho esperar, pero ha sido para volvérmela más hermosa que nunca. Las gitanas no se la comieron. Quién dijo eso? Hija mia, hija mia, bésame. Las gitanas no son tan infames, y yo ya quiero á las gitanas.—Oh, sí! eres tú! Por eso el corazon me daba un vuelco cada vez que pasabas, y yo lo atribuia al ódio. ¡Perdóname, Inesita, perdóname! ¿Creias que era perversa, no es verdad? y yo te amo. ¿El lunarcito del cuello lo conservas aun? Sí... ¡oh, qué hermosa eres!... Te amo... ¿Qué me importa ahora ya que otras madres tengan hijos? Ahora ya me rio de ellas. Que vengan, que aquí tengo yo la mia; que vengan y se convencerán de que no tienen ninguna tan hermosa como esta criatura, que atraerá á todos los galanes que quiera. Quince años he llorado y toda mi hermosura se pasó á tí, y ahora la tienes tú; bésame.

Así la decia mil cosas extravagantes, en las que solo era bello el sentimiento con que las pronunciaba: descomponia la ropa de la jóven, hasta el extremo de hacerla ruborizar; la alisaba con la mano la sedosa cabellera, la besaba el pié, la rodilla, la frente, los ojos, y se extasiaba en ella. Esmeralda la dejaba hacer, repitiendo á intervalos en voz baja y con dulzura infinita:—¡Madre mia!

—Mira, hija mia, proseguia la reclusa, interpolando con besos sus palabras; mira... te querré muchísimo. Saldremos de aquí y seremos muy dichosas... heredé algo en nuestro pais... en Reims. Pero tú no sabes esto... eras demasiado pequeña. ¡Si supieras qué linda eras cuando tenias cuatro meses! Tenias los piesesitos tan monos, que venian á verlos por curiosidad desde Epernay, que dista siete leguas de Reims. Tendremos un campo y una casa. Te acostaré en mi cama. ¡Dios mio, Dios mio, quién me habia de decir que encontraria á mi hija!...

—Madre mia, contestó al fin la jóven, adquiriendo para hablar las fuerzas que le hizo perder la conmocion; ya me lo decia la gitana.—Habia en nuestra tribu una buena mujer, que murió el año pasado, y que cuidó siempre de mí como una madre; ella fué quien me puso este saquito al cuello. A todas horas me decia:—Niña, guarda esa alhaja, que es un tesoro que te hará encontrar á tu madre; llevas á tu madre al cuello.—¡Bien me lo predijo la gitana!

Gudula abrazó otra vez á su hija.

—Cuando estemos en nuestro pais cal-

zaremos á un Niño Jesús con los zapatitos, porque este encuentro se lo debemos á la Santa Vírgen. ¡Dios mio, qué voz tan dulce tienes! Cuando me hablabas antes tu voz me parecia una música. ¡Qué alegría tengo, Señor, de haber encontrado á mi hija! No se muere de alegría cuando yo no me he muerto ahora. Vamos á ser muy felices.

Resonaron en aquel instante en la covacha ruido de armas y el galope de los caballos que desembocaban por el puente Nuevo, y que por momentos se acercaban á la plaza. La gitana se arrojó con angustia en brazos de la reclusa.

—Salvadme! Salvadme, madre mia! Salvadme, que ya vienen!

Gudula palideció.

—Qué estás diciendo? Lo habia olvidado. Te persiguen! Qué has hecho?

—No lo sé, respondió la desventurada jóven, pero estoy sentenciada á muerte.

—A muerte! exclamó Gudula extremeciéndose.

—Sí, madre mia, quieren matarme y vienen á prenderme. Han levantado esa horca para mí. ¡Salvadme, que vienen; salvadme!

La reclusa permaneció unos instantes como petrificada; luego meneó la cabeza en señal de duda, y de pronto prorumpió en una carcajada, en una de sus espantosas carcajadas.

—¡Oh, no, no; es una ilusion eso que me dices! pues qué, ¿habrá estado perdida para mí durante quince años y luego la he de recuperar para un solo minuto? Imposible! ¿Me la arrancarian de los brazos ahora que es hermosa, que es alta, que me habla, que me quiere? ¿habian de venir á matarla delante de mí, de mí, que soy su madre? ¡Oh, no, no; eso no es posible! Dios no lo permitirá.

Hizo alto la cabalgata, y se oyó una voz lejana que decia:

—Por aquí, señor Tristán; el sacerdote dice que la encontraremos en la covacha de la Torre Roland.

Luego se oyó otra vez el ruido de los caballos.

La reclusa se puso en pié, lanzando un grito de desesperacion.

—Sálvate, hija mia! Ya lo recuerdo todo, tienes razon. Dicen tu nombre. Qué horror!... Sálvate!

Asomó la cabeza á la ventana y la retiró en seguida.

—Permanece aquí, la dijo en voz baja, cortada y lúgubre, estrechando convulsivamente la mano de la gitana, que estaba más muerta que viva. Estáte aquí... contén el aliento... hay soldados por todas partes y no puedes salir... ya es tarde.

La reclusa tenia los ojos secos y ardientes. Permaneció unos instantes sin hablar, dando largos pasos por la celda. De repente dijo:

—Se acercan, quiero hablarles. Ocúltate en este rincon y no te verán. Les diré que te has escapado, que yo te he dejado ir.

Colocó á su hija en un ángulo de la covacha que no se veia desde fuera. Acurrucóla allí con el mayor cuidado, arreglándola de modo que ni sus piés ni sus manos saliesen de la sombra; la destrenzó la cabellera, que esparció sobre la falda para cubrirla; puso delante de ella el cántaro del agua y la piedra, únicos utensilios que poseia, imaginándose que la piedra y el cántaro pudiesen esconderla mejor. Terminada esta breve operacion quedó más serena, se puso de rodillas y rezó; el dia, que acababa de despuntar, dejaba aun bastante oscuridad en la covacha.

En aquel instante oyóse junto á la celda la voz infernal del sacerdote, que gritaba:

—¡Por aquí, capitan Febo de Chateaupers!

Al oir este nombre la Esmeralda, oculta en un rincon, hizo involuntario movimiento.

—No te menees! la dijo Gudula.

Apenas pronunció dichas palabras, un tropel de hombres, de espadas y de caballos, se paró alrededor de la celda. Levantóse al instante la reclusa y se colocó delante de la ventana para cerrarles el paso, y vió gran número de hombres armados, á pié y á caballo, alineados en la plaza de la Grève. El que los mandaba se apeó y se acercó á la reclusa.

—Vieja, la dijo el hombre, que tenia semblante atroz; vamos buscando á una bruja para ahorcarla y nos han dicho que tú la tenias.

Revistiéndose la pobre madre de la mayor indiferencia que pudo, respondió:

—No sé lo que quereis decir.

—Vive Dios! exclamó el jefe; ¿pues qué diablos decia el loco del arcediano? Dónde está?

—Señor, le contestó un soldado; ha desaparecido.

—Vamos, vieja loca, cuidado con mentir. Sé que te encargaron que retuvieses á esa bruja; ¿qué has hecho de ella?

La reclusa no quiso negarlo todo por temor á infundir sospechas, y respondió con acento sincero y gruñon:

—Si hablais de una jóven que dejaron hace poco entre mis uñas, os diré que me dió un mordisco y tuve que soltarla. Ya os he dicho lo que sé; dejadme en paz.

El comandante hizo un gesto de desagrado.

—No me mientas, repuso, espectro del infierno. Yo soy Tristán l'Hermite, ¿lo oyes? Mi nombre tiene mucho eco en la plaza de la Grève.

—Aunque fuérais el mismo Satanás, replicó Gudula, que iba cobrando esperanzas, no tendria más que deciros ni me causaríais miedo tampoco.

—Vive Dios, que es toda una mujer! conque se ha escapado la hechicera? por dónde echó á correr?

Gudula contestó con indiferencia:

—Por la calle del Carnero, si no me equivoco.

Tristán volvió la cabeza é hizo señal á su tropa de ponerse en marcha.

La reclusa respiró.

—Monseñor, dijo de improviso un arquero; preguntad á esta vieja bruja por qué están rotos los hierros de su ventana.

Esta pregunta llenó de sobresalto el corazon de la desventurada madre. Esto no obstante, no perdió la serenidad.

—Siempre han estado así, contestó con voz balbuciente.

—Bah! ayer aun formaban una hermosa cruz negra, que atraia á los devotos.

Tristán miró oblícuamente á Gudula.

—Me parece que se turba la vieja! dijo para sí.

Conoció la desdichada que todo dependia de la firmeza de su ánimo y con la muerte en el alma se puso á reir burlonamente. Las madres tienen valor para esto.

—Bah! exclamó, ese hombre está borracho; hace más de un año que la trasera de una carreta de piedras se enganchó en la ventana y echó abajo la reja. Como que dije mil injurias al carretero!

—Es verdad, contestó otro arquero; yo estaba presente.

Siempre se encuentran por todas partes gentes que lo ven todo: el inesperado testimonio del arquero reanimó á la reclusa, á la que este interrogatorio hacia atravesar por encima de un abismo sobre el filo de un cuchillo.

Pero estaba condenada la infeliz á una alternativa contínua de esperanza y de sobresalto.

—Pues si hubiese hecho ese destrozo una carreta, repuso el primer soldado, los pedazos de las barras hubieran caido hácia dentro y no hácia fuera.

—Tienes buen olfato para pesquisidor del Chatelet, dijo Tristán al arquero.— Responde, buena vieja, á lo que observa.

—Dios mio! exclamó la pobre, acosada en sus últimas trincheras y con la voz anegada en lágrimas á su pesar; os juro, monseñor, que fué una carreta la que rompió estos hierros. Ya habeis oido que hay aquí quien lo presenció. Además, qué tiene esto que ver con la gitana?

—Diablo! contestó el soldado, envanecido con el elogio del preboste; las rupturas de los hierros están frescas.

Meneó Tristán la cabeza y la pobre reclusa quedó pálida como un espectro.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó esa carreta? la preguntó.

—Un mes... quince dias... no recuerdo bien.

—Antes dijo que hacia más de un año, observó el arquero.

—Eso está muy turbio, contestó Tristán.

—Monseñor, gritó la reclusa, que permanecia pegada á la ventana y que temia que las sospechas les impulsaran á meter en ella la cabeza y á mirar dentro de la celda; monseñor, os juro que una carreta rompió los hierros, os lo juro, y que me condene si no es verdad.

—Juras con demasiado calor, la contestó el preboste, lanzándola sus miradas inquisidoras.

La pobre mujer perdia poco á poco la serenidad; conocia que era poco hábil para fingir y que no decia lo que convenia decir.

En esto se presentó otro soldado gritando:

—Señor, esa bruja miente; la hechicera no ha podido escaparse por la calle del Cordero, porque la cadena estuvo tendida toda la noche y el centinela á nadie vió pasar.

Tristán, cuya fisonomía era cada vez más siniestra, interpeló así á la reclusa:

—Qué contestas á eso?

Procuró hacer frente á este nuevo ataque y dijo:

—Que no sé por dónde se escapó, que pude engañarme y quizás atravesase el rio.

—Precisamente eso es al lado opuesto, y no es probable que hubiese ido á refu-

giarse en la Cité, en donde sabia que la van buscando. Mientes, vieja!

—Además, añadió el primer soldado, no hay lanchas á esta orilla del rio ni á la otra.

—Le atravesaria á nado, replicó Gudula defendiendo á palmos el terreno.

—Nadan acaso las mujeres? preguntó el soldado.

—Pardiez, que me estás mintiendo! exclamó Tristán montado en cólera. Tentaciones me dan de no perseguir á la bruja y de ahorcarte en su lugar: un cuarto de hora de tormento te arrancará la verdad. Ea, ven con nosotros.

—Como querais, monseñor. Estoy dispuesta. Vamos al tormento al instante.

—Durante este tiempo, decia la reclusa para sí, podrá escaparse mi hija.

—Tiene apetito de potro: ¡vive Dios, que no lo comprendo! exclamó el preboste.

Un soldado de la ronda, cano y viejo, salió de las filas, y dirigiéndose á Tristán, le dijo:

—Señor, esa mujer está loca. Si soltó á la gitana no habrá sido por su voluntad, porque es enemiga de las egipcias. Hace quince años que pertenezco á la ronda y todas las noches la oigo execrarlas y maldecirlas. Si la que perseguimos es, como creo, la jóven que lleva una cabra, es precisamente la que ésta vieja más aborrece.

Gudula hizo un esfuerzo y contestó:

—Es precisamente la que más aborrezco.

El testimonio unánime de los soldados de la ronda confirmó al preboste las palabras del viejo. Tristán l' Hermite, desesperando de poder averiguar nada por medio de la reclusa, le volvió la espalda, y la infeliz le vió con ansiedad inexplicable dirigirse con lentitud á montar á caballo.

—¡Vamos, decia entre dientes, en marcha! A buscar por otra parte; no me acuesto hasta que consiga que ahorquen á la gitana.

Sin embargo, titubeó unos momentos antes de montar.

Gudula se extremecia de zozobra y de angustia al verle dirigir por toda la plaza las inquietas miradas del perro de caza, que siente que no está lejos la madriguera del conejo y que se resiste á alejarse, pero al fin el preboste movió la cabeza y se afirmó en la silla del caballo. Dilatóse el corazon horriblemente comprimido de Gudula, y se dijo á sí misma en voz baja, despues de echar una mirada á su hija, á la que no se habia atrevido á mirar hasta entonces:—¡Ya está libre!

La pobre jóven pasó todo aquel tiempo acurrucada en el rincon, sin moverse y sin respirar, con la idea de tener la muerte ante ella. No perdió ni el detalle más mínimo de la escena ocurrida entre Gudula y Tristán, y cada una de las agonías de su madre habia repercutido en su corazon. Oyó todos los crugidos del hilo que la tenia suspendida sobre el abismo, y que creyó que se rompia varias veces, y ya por fin empezaba á respirar y sentirse los piés apoyados en tierra firme. En aquel momento oyó una voz que le decia á Tristán:

—Rayos y truenos! monseñor preboste, no me atañe á mí, hombre de armas, eso de ahorcar hechiceras; la canalla popular ya está fuera de combate, y os dejo para que despacheis vos ese asunto. Me permitireis que vaya á reunirme con mi compañía, que ahora se encuentra sin capitan.

Esta voz era la de Febo de Chateaupers. No se puede expresar lo que sintió Esmeralda al oirla. Allí estaba su amigo, su protector, su apoyo, su asilo, su Febo. Se levantó con rapidez, y antes de que su madre hubiera podido impedirlo, se abalanzó á la ventana, gritando:—¡Ven aquí, Febo! Febo mio!

El capitan ya no estaba en la plaza; acababa de volver al galope la esquina de la calle de la Contellerie; pero en cámbio Tristán no se habia marchado aun.

Arrojóse la reclusa sobre su hija, lanzando un rugido, y la retiró con violencia hácia atrás, clavándola las uñas en el cuello. Una madre tigre no repara en eso; pero ya era tarde, porque Tristán habia visto á la gitana.

—Já, já, já! exclamó éste con una risa que descubria todos sus dientes y que daba á su cara la semejanza del hocico del lobo; ¡dos ratones en la ratonera!

—Ya lo sospechaba yo, le contestó el soldado.

—No eres mal gato! le dijo Tristán, dándole una palmada en el hombro. Vamos, añadió, ¿dónde está Enrique Cousin?

Al preguntar esto, salió de entre las filas un hombre que no tenia facha ni llevaba el uniforme del soldado. Iba vestido la mitad de color gris y la otra mitad de color oscuro. Llevaba el cabello aplastado sobre la frente, mangas de

cuero y en la mano un gran rollo de cuerda. Aquel hombre acompañaba siempre á Tristán, como éste acompañaba siempre á Luis XI.

—Amigo, le dijo el preboste, presumo que está aquí la bruja que buscamos. Vas á ahorcarla. Traes la escalera?

—Hay una debajo del cobertizo de la casa de los Pilares, respondió el hombre. Vamos á despachar en esta justicia? preguntó, señalando la horca de piedra.

—Sí.

—Pues entonces, repuso el hombre, con risa más bestial aun que la del preboste, no tenemos mucho que andar.

—Despacha, le contestó Tristán; ya te reirás despues.

La reclusa, desde que Tristán vió á Esmeralda y se desvaneció su última esperanza, no habia pronunciado ni una palabra. Dejó á la gitana medio muerta en un rincon de la celda y volvió á colocarse en la ventana, apoyando las manos en el ángulo del marco, como dos garras. En esta actitud paseaba con intrepidez por todos los soldados la mirada insensata y feroz. Cuando Enrique Cousin se acercó á la covacha, puso tan terrible el rostro, que retrocedió el sayon.

—Señor, preguntó, volviéndose á donde estaba el preboste; ¿á cuál hay que ahorcar?

—A la jóven.

—Tanto mejor, porque á la vieja me parece muy difícil.

—Pobre bailarina de la cabra! exclamó el viejo soldado de la ronda.

Acercóse Enrique Cousin á la ventana; la mirada de Gudula le hizo bajar la vista y decir con timidez:—Señora...

Ella le interrumpió con voz baja, pero furiosa:

—Qué quieres?

—No hablo con vos, dijo, hablo con la otra.

—Qué otra?

—La jóven.

La reclusa sacudió la cabeza, gritando:

—Aquí no hay nadie! ¡Aquí no hay nadie!

—Sí, repuso el verdugo; ya sabes que sí. Dejadme ahorcar á la jóven... no vengo á haceros daño.

—Ah! exclamó con expresion extraña; conque no vienes á hacerme daño!...

—Entregadme la otra, el señor preboste lo manda.

—Aquí no hay nadie! volvió á repetir.

—Os digo que sí, replicó el verdugo todos hemos visto que érais dos.

—Pues bien, le contestó la reclusa; mete la cabeza por la ventana.

Examinó el verdugo las uñas de Gudula y no se atrevió á obedecerla.

—Vamos! despacha! gritó Tristán, que acababa de formar su gente en círculo alrededor de la Torre Roland y que estaba á caballo cerca del patíbulo.

El verdugo, turbado, se volvió á acercar al preboste y le preguntó:

—Señor, por dónde se entra?

—Por la puerta.

—No hay puerta en la covacha.

—Por la ventana.

—Es muy estrecha.

—Ensánchala, le contestó colérico Tristán. No tienes azadones?

Desde el fondo del antro, Gudula, siempre en guardia, lo observaba todo. No abrigaba la menor esperanza ni sabia lo que hacer, pero no queria que le arrebatasen á su hija.

Enrique Cousin fué á buscar la caja de las herramientas de carpintería que estaba bajo el cobertizo de la casa de los Pilares, de donde sacó tambien la escala de tijera, que arrimó en seguida á la horca. Cinco ó seis hombres del Prebostazgo se armaron de picos y de palancas, y Tristán con ellos se dirigió á la ventana de la celda.

—Ea! buena vieja, la dijo el preboste con tono severo, entréganos á esa jóven.

La reclusa le miró como si no le comprendiera.

—Vive Dios! exclamó Tristán, ¿qué empeño tienes en impedir que ahorquemos á esa bruja como el rey manda?

La desdichada se echó á reir con risa feroz.

—Por qué me empeño? porque es mi hija.

El acento que imprimió á estas palabras hizo extremecer hasta al mismo Enrique Cousin.

—Lo siento, contestó el preboste, pero esa es la voluntad del rey.

—Y qué me importa á mí el rey? gritó, repitiendo su terrible risa. ¡Cuando te digo que es mi hija!...

—Agujeread la pared, dijo Tristán.

Bastaba para dejar espedita una abertura bastante ancha sacar de quicio una fila de piedras bajo la ventana. Cuando oyó la reclusa que zapaban su fortaleza los picos y las palancas, lanzó un grito espantoso y luego empezó á dar vueltas al rededor de la covacha, costumbre de fiera que le hizo adquirir aquella jaula.

No hablaba, pero brotaban llamas de sus ojos. Los soldados estaban sobrecogidos de espanto.

De improviso cogió la reclusa con las dos manos la enorme piedra que le servia de almohada y la arrojó con fuerza contra los trabajadores, riendo á carcajadas. La piedra, mal dirigida, porque temblaban las manos que la dispararon, á nadie tocó, y fué á caer á los piés del caballo de Tristán.

En aquellos momentos, aunque el sol no brillaba aun en el horizonte, era ya de dia. Matiz rosado teñia las viejas chimeneas de la casa de los Pilares y era ya la hora en que se abrian las primeras ventanas de la gran ciudad. Algunos campesinos y algunas früteras que acudian á los mercados, montados en sus burros, empezaban á atravesar la plaza de la Grève, se detenian un instante delante del grupo de soldados apiñados alrededor de la Torre Roland, los contemplaban atónitos y despues pasaban adelante.

La reclusa se sentó cerca de su hija, la cubrió con su cuerpo, se pegó á ella, mirándola fijamente y oyendo á la pobre jóven, que, inmóvil, solo murmuraba un nombre en voz baja:—Febo! Febo!... A medida que adelantaba el trabajo de los soldados, retrocedia maquinalmente la madre y apretaba más y más á su hija contra la pared. Vió de repente que la fila de piedras se movia y oyó la voz de Tristán que alentaba á los trabajadores: entonces salió del abatimiento en que habia caido hacia algunos instantes y empezó á gritar. Mientras hablaba, su voz desgarraba los oidos como una sierra y retumbaba como si todas las maldiciones se hubiesen amontonado en sus labios para estallar á la vez.

—Oh, qué horror! Sois unos infames! ¿Es cierto que quereis arrebatarme á mi hija? Oh, cobardes! villanos, verdugos! miserables asesinos! ¿Me robarán á mi hija? y Dios lo consentirá?... Socorro! Socorro!

Encarándose con Tristán, echando espumarajos por la boca, con los ojos desencajados y á cuatro piés, como una pantera, le dijo:

—Acércate á quitarme mi hija. ¿No oyes que te digo que soy su madre? ¿Sabes tú lo que es tener una hija? Lobo cerval, ¿te has juntado alguna vez con tu loba y has tenido de ella algun lobato? Si los tienes, cuando aullan, ¿no sientes algo que muerde las entrañas?

—Echad abajo esas piedras; ya están casi en el aire, dijo Tristán.

Entonces levantaron con las palancas la fila maciza, que era la última trinchera de la reclusa. Lanzóse encima de ella, quiso detenerla en su caida, arañó la piedra con las uñas, pero el macizo promontorio, puesto en movimiento por seis hombres, se le escapó de entre las manos y se deslizó lentamente á lo largo de las palancas de hierro.

Gudula, viendo expedita la entrada, se echó atravesada delante de la abertura, amurallando la brecha con su cuerpo, torciéndose los brazos, dando golpes en el suelo con la cabeza y gritando con voz ronca y debilitada por la fatiga:—Socorro! fuego! fuego!....

—Apoderaos ahora de la jóven, dijo el impasible Tristán.

La reclusa miró á los soldados con tal ferocidad, que éstos más deseos tenian de retroceder que de avanzar.

—Ea, adelante, repuso el preboste. Entra tú el primero, Cousin.

Nadie se movió.

—¡Vive Dios, mis hombres de guerra tienen miedo á una mujer!

—Monseñor, contestó el verdugo, ¿á eso llamais una mujer?

—Tiene melena de leon, dijo otro.

—Vamos, repitió el preboste; el agujero es bastante ancho. Penetrad en él tres de frente, como en la brecha de Pontoise. Acabemos de una vez. Al primero que retroceda le abro de arriba á abajo, vive Cristo!

Colocados entre el preboste y la reclusa, que amenazaban, los soldados titubearon un momento, pero pronto se resolvieron y avanzaron hácia la celda.

Cuando Gudula los vió llegar púsose bruscamente en pié, separó la cabellera que le cubria el rostro y dejó caer sobre los muslos las flacas y descarnadas manos. Salieron entonces una á una gruesas lágrimas de sus ojos, empezó al mismo tiempo á hablar, pero con voz tan suplicante, tan tierna y tan sumisa, que alrededor de Tristán, más de un viejo sotacómitre, capaz de comer carne humana, se enjugaba los ojos.

—Señores soldados, escuchadme por Dios una palabra: es mi hija, no sabeis? una hija que he llorado perdida durante muchos años.—Es una historia muy larga. Conozco muy bien á los soldados; eran muy buenos para mí, cuando los muchachos me tiraban piedras porque me habia dedicado [illegible] lleno á la vida del amor.—Estoy segura de que me dejareis

á mi hija cuando lo sepais todo. Yo fuí una infeliz ramera.... las gitanas me robaron á mi hija.... y yo hace quince años que guardaba su zapatito.—Aquí está... vedle aquí.... mirad que pié tenia.... En Reims.... La Chantefleure, calle de Folle-Peine! Puede que la hayais conocido... era yo. Entonces, cuando érais jóvenes, se pasaba la vida alegremente.—¿No es verdad, señores, que tendreis compasion de mí? Las gitanas me la robaron y me han tenido privada de ella durante quince años.—Yo creí que habia muerto.... Quince años he pasado en esta covacha, sin fuego en el invierno.... Esto es muy duro.... Pobre zapatito!.... Tanto he gritado que al fin el Señor me ha oido.—Esta noche me devolvió á mi hija.... es un milagro de Dios.... no habia muerto.—No me la quitareis, estoy segura de ello. Aun si se me llevárais á mí, bien; ¡pero á ella, que es una criatura de diez y seis años!.... ¡Dadla tiempo para ver el sol!.... Qué daño os ha hecho? Ninguno, ni yo tampoco.... ¡Si supiérais que no tengo á nadie en el mundo más que á esta niña, que soy ya una anciana y que ella es una bendicion que me envia la Vírgen!.... Además, ¡todos sois muy buenos! Antes no sabíais que era mi hija, pero ahora ya lo sabeis, y ¡la quiero tanto! ¡Señor preboste, prefiriera que me agujereasen las entrañas que ver una desolladura en sus dedos. ¡Me pareceis tan buen señor!.... ¡Oh, monseñor, si habeis tenido madre y sois el capitan, dejadme á mi hija! Considerad que os lo pido arrodillada, como se lo pediria á un Jesucristo. No pido nada á nadie: soy de Reims, señores, y allí tengo una haciendilla que heredé de mi tio Mahiet Pradon.—No soy una vagamunda, solo pido á mi hija. ¡Dios, que es el dueño de todo, no me la habrá devuelto inútilmente! Me hablais del rey? Pues yo sé que no le complacerá que maten á mi hija! ¡El rey es tan bueno! ¡Es la hija de mis entrañas! No es del rey, ni vuestra, es mia. Quiero irme de aquí, queremos irnos; y cuando dos mujeres, que una es la madre y la otra la hija, pasan, se las deja pasar. Dejadnos pasar! Somos de Reims. Sé que todos sois buenos y á todos os quiero de corazon. ¡No me arrebatareis á mi pobre hija, es imposible! ¿Verdad que eso es imposible? Hija mia! ¡hija mia!

No trataremos de dar una idea de su ademan, de su acento, de las lágrimas que bebia mientras hablaba, de cómo cruzaba y se retorcia las manos, de las miradas delirantes, de los gemidos, de los suspiros, de los gritos horribles y penetrantes que mezclaba á sus palabras sin órden, locas y truncadas.

Cuando calló, frunció las cejas Tristán l' Hermite, pero fué para ocultar una lágrima que brillaba en sus ojos de tigre. Venció, sin embargo, aquel momento de debilidad y dijo con tono decisivo:

—El rey lo manda.

Luego se acercó al oido de Enrique Cousin y le dijo en voz baja:

—Dáte prisa.

El formidable preboste sentia quizás desmayar su corazon.

Penetraron en la covacha el verdugo y los soldados. Gudula no hizo la menor resistencia; llegóse á rastras hasta donde estaba su hija y cayó sobre ella como un cuerpo muerto. La gitana vió aproximarse á los soldados. El horror á la muerte la reanimó.

—Madre mia! dijo con inexpresable acento de amargura; que vienen!... ¡defendedme!...

—Sí, amor mio, ya te defiendo, la respondió su madre con voz doliente, y estrechándola convulsivamente entre sus brazos, la cubrió de besos.

La madre sobre la hija en tierra ofrecian un espectáculo que inspiraba lástima.

Cogió el verdugo á Esmeralda por la cintura: cuando ésta sintió que la asían ásperas manos, lanzó la infeliz un grito y se desmayó; el verdugo, que dejaba caer gota á gota sus lágrimas sobre ella, quiso cogerla en brazos. Procuró desasir á la madre, que habia anudado, por decirlo así, sus dos manos en torno de la cintura de su hija, pero estaba agarrada con tal fuerza á la jóven, que le fué imposible separarlas. Enrique Cousin sacó de la celda á la gitana arrastrando y á la madre detrás de ella; la madre tambien tenia los ojos cerrados.

En aquel momento salia el sol y ya habia en la plaza mucha gente que miraba desde lejos lo que llevaban arrastrando por el empedrado hácia la horca. Porque la costumbre del preboste en las ejecuciones era el impedir que los curiosos se acercasen.

No se veia gente en las ventanas. Solo se distinguian á lo lejos, en lo alto de la torre de Nuestra Señora, que domina la plaza de la Grève, dos hombres, cuyos bultos negros se destacaban sobre el cielo claro de la mañana y que contemplaban aquella escena.

Se paró el verdugo con su carga al pié de la fatal escalera, agitado, respirando apenas, y ciñó la cuerda alrededor del hermoso cuello de Esmeralda. La desdichada jóven sintió el horrible contacto del cáñamo, levantó los ojos y vió el descarnado brazo del patíbulo de piedra extendido sobre su cabeza. Dió violenta sacudida, gritando con desgarradora voz:—No! no! no quiero!...—La reclusa, cuya cabeza desaparecia bajo el vestido de su hija, no dijo una sola palabra, pero se extremeció todo su cuerpo, redoblando los besos que daba á la gitana. El verdugo aprovechó aquel momento para desanudar los brazos con que apretaba á la sentenciada, y por desfallecimiento ó por desesperacion, la madre soltó á la hija. Cargó el verdugo á su víctima sobre las espaldas, desde las que la hermosa criatura pendia graciosamente doblada, y puso el pié en el último escalon de la escalera.

Entonces, la reclusa, que estaba acurrucada sobre el empedrado, abrió enteramente los ojos, sin lanzar un grito; púsose en pié con expresion terrible y, como una fiera sobre su presa, se arrojó sobre la mano del verdugo y la mordió. Esto sucedió con la rapidéz del relámpago. El verdugo dió un bramido de dolor. Acudieron sus criados y con mucha dificultad sacaron la mano ensangrentada de entre los dientes de Gudula, que guardó silencio profundo. Diéronla brutal empellon y la cabeza de ésta cayó con terrible violencia sobre las piedras; cuando quisieron levantarla se volvió á caer; estaba muerta.

Entonces, el verdugo, que no habia soltado á la gitana, empezó á subir la escalera del cadalso.

## II.

**La creatura bella bianco vestita.**

(Dante.)

Cuando Quasimodo encontró vacía la celda y vió que la gitana ya no estaba allí, y que mientras él la defendia la habian robado, se mesó el pelo con las dos manos y pateó de sorpresa y de dolor. Luego echó á correr por toda la iglesia buscando á Esmeralda, aullando gritos extraños por todos los rincones y sembrando de cabellos rojos el pavimento. En aquel mismo instante entraban los arqueros victoriosos en Nuestra Señora, buscando tambien á la gitana. Ayudóles Quasimodo, sin sospechar siquiera las fatales intenciones que les impulsaban; el pobre sordo creia que los enemigos de Esmeralda eran los hampones. El mismo condujo á Tristán á todos los escondrijos posibles, les abrió todas las puertas secretas en el trascoro, en la sacristía, en todas partes; si la infeliz se hubiera encontrado en Nuestra Señora, el jorobado la hubiese entregado á sus enemigos. Cuando el cansancio de no encontrarla aburrió á Tristán, que no se aburria de esto con facilidad, continuó buscándola Quasimodo solo. Dió muchas veces la vuelta á la iglesia en todas direcciones, de arriba á abajo, corriendo, llamando, gritando, registrando, metiendo la cabeza en todos los agujeros, pasando una antorcha por bajo de todas las bóvedas, desesperado y loco. Cuando por fin se convenció de que no estaba allí, de que se la habian robado, volvió á subir lentamente la escalera de las torres, aquella escalera que tan entusiasmado y triunfante subió el dia que la libró de la muerte. Volvió á pasar por los mismos sitios con la cabeza baja, silencioso, pero sin derramar lágrimas y casi sin aliento. La iglesia habia vuelto á quedar en silencio; los arqueros la habian abandonado para perseguir por la Cité á la hechicera. Quedó, pues, solo Quasimodo en la inmensa Catedral, tan sitiada y tumultuosa poco antes, y volvió á tomar el camino de la celda en que la gitana habia dormido tantas semanas bajo su custodia. Al acercarse á la celda creyó volverla á encontrar allí; cuando no la vió al dar la vuelta de la galería que dá sobre el techo de las naves laterales, sintióse desfallecer el pobre sordo y se apoyó en un pilar para no caer al suelo. Se imaginó que quizás hubiera vuelto á entrar, que un génio benéfico la habria conducido allí otra vez, que aquel asilo era pacífico, sereno y delicioso para ocultarse una jóven como ella, y no se atrevia á dar un paso más por temor de destruir esta ilusion.—Sí, se decia á sí mismo; tal vez estará durmiendo ó rezando... no quiero interrumpirla.

Por fin, reuniendo todo su valor, avanzó de puntillas, miró y entró... la celda estaba vacía. El infeliz sordo, á pasos lentos, dió una vuelta por el aposento, levantó la cama y miró debajo, como si pudiese estar escondida entre el colchon y las losas; luego movió la cabeza y se quedó como estúpido. De pronto pisoteó la antorcha furioso, y sin

decir palabra, sin lanzar un suspiro, se arrojó de cabeza contra la pared y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí se echó sobre la cama, se revolcó en ella, besó con frenesí el sitio, tibio aun, donde habia dormido la gitana, y allí quedó inmóvil algunos minutos, como si fuese á espirar; luego se levantó sudando á mares, jadeando, insensato, y empezó á golpear con la cabeza en las paredes con la espantosa regularidad del badajo de las campanas y con la resolucion del hombre que quiere rompérsela. Cayó al fin en el suelo por segunda vez, rendido, y salió arrastrándose de rodillas fuera de la celda, hasta que se acurrucó enfrente de la puerta en actitud de asombro. Permaneció así más de una hora sin hacer ningun movimiento, con el ojo fijo en la desierta celda, sombrío y pensativo como una madre sentada entre una cuna vacía y un ataud lleno. No pronunciaba ni una sola palabra: solo de vez en cuando y con largos intervalos, un sollozo movia con violencia todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas, como esos relámpagos del verano que no hacen ruido.

Entonces fué cuando, buscando en el fondo de su imaginacion desolada quién pudiera ser el raptor inesperado de la gitana, pensó por primera vez en el arcediano. Se acordó de que solo Dom Claudio tenia la llave de la escalera que conducia á la celda; recordó sus tentativas nocturnas contra Esmeralda, aquella primera en que él mismo ayudó y la última que consiguió impedir; recordó otras muchas circunstancias, y ya no le quedó ninguna duda de que la habia robado Dom Claudio: sin embargo, era tan grande el respeto que profesaba al sacerdote, y echaban tan profundas raices en su corazon la gratitud, el sacrificio y el cariño que sentia por él, que aun resistia en aquel momento á la furia de los celos y de la desesperacion.

Creia que era el raptor el arcediano, y el furor de sangre y de muerte que hubiera sentido contra cualquier otro se convertia en el pobre sordo, tratándose de Dom Claudio, en dolor agudísimo.

Cuando estaba sospechando con harto fundamento del clérigo, el alba empezaba ya á blanquear los botareles, y vió en el piso superior de Nuestra Señora, en la vuelta que forma la balaustrada exterior y gira en torno de la ábside, una sombra que andaba, que se acercaba hácia él y que no tardó en reconocer; era el arcediano.

Andaba Dom Claudio con paso grave y lento; no miraba ante sí al andar, y aunque se dirigia á la torre septentrional, volvia la cara á un lado, hácia la orilla derecha del Sena, llevando la cabeza erguida, como si procurase ver algo encima de los techos; el buho suele tomar esta actitud oblícua; vuela hácia un punto y mira hácia otro. Así pasó el sacerdote por encima de Quasimodo sin verle.

El sordo, que quedó petrificado al ver esta brusca aparicion, le vió desaparecer por la puerta de la escalera de la torre septentrional; el lector ya sabe que desde dicha torre se vé la casa del Municipio. Quasimodo se puso en pié y siguió al arcediano.

Quasimodo subió por subir la escalera de la torre, para saber á dónde iba el sacerdote; el pobre campanero no sabia lo que hacia ni lo que queria; le agitaban el furor y el miedo. El arcediano y la gitana se entrechocaban en su corazon.

Cuando llegó á lo alto de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera y de entrar en la plataforma, examinó con precaucion dónde estaba el sacerdote: le tenia vuelto de espaldas. Hay una balaustrada calada que rodea la plataforma del campanario. El sacerdote, cuyos ojos estaban fijos en la ciudad, tenia apoyado el pecho en el ángulo de la balaustrada que mira al puente de Nuestra Señora.

Quasimodo, avanzando á pasos de lobo por detrás de él, fué á observar lo que tan fijamente miraba Dom Claudio, y estaba tan concentrada la atencion de éste en otra parte, que no oyó que el sordo andaba muy cerca de él.

Paris ofrece un espectáculo magnífico, encantador, sobre todo el Paris de aquella época y visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora á los primeros albores de una mañana de estío. Era aquel un dia de Julio y el cielo estaba enteramente sereno. Algunas estrellas rezagadas iban desapareciendo de él en diferentes puntos, y habia una en extremo brillante en el claro oriente del horizonte. El sol empezaba á salir y Paris á dar señales de vida. Luz blanca y pura destacaba vivamente los mil planos que presentan sus edificios por Levante. La gigantesca sombra de los campanarios se extendia de techo en techo desde un confin hasta el otro de la gran ciudad. Algunos barrios hablaban ya y hacian

ruido. Aquí se oia una campanada, allí un martillazo, más lejos el chirrido confuso de una carreta andando. Algunas columnas de humo se esparcian acá y acullá por las superficies de los tejados como por las hendiduras de una inmensa azufrería. El rio, que riza sus aguas en las arcadas de tantos puentes, en las puntas de tantas islas, ondeaba listado de plata. Alrededor de la ciudad, fuera de las murallas, la vista se perdia en un gran círculo de esponjados vapores, á través de los que se distinguia confusamente la línea indefinida de las llanuras y las graciosas prominencias de las colinas. Toda clase de rumores flotantes se dispersaban sobre la ciudad medio despierta. Hácia el Oriente, el viento de la mañana lanzaba por medio del cielo algunas blancas borras arrancadas al vellon de niebla de las colinas.

En el Atrio, algunas mujeres, que llevaban en la mano un jarro de leche, asombradas se enseñaban unas á otras el descalabro singular de la gran portada de Nuestra Señora y los dos arroyos de plomo cuajados entre las rendijas de los estucos. Aquello era todo lo que quedaba del infierno de la noche anterior. La hoguera que encendió Quasimodo entre las torres estaba apagada ya y Tristán habia hecho limpiar la plaza y arrojar los muertos al rio. Los reyes como Luis XI tienen gran cuidado en lavar pronto el suelo despues de una carnicería.

En la parte exterior de la balaustrada de la torre, precisamente bajo el punto en que se hallaba el sacerdote, habia una de aquellas canales de piedra fantásticamente esculpidas que erizan los edificios góticos; y en una hendidura de aquella canal dos hermosos alelíes en flor, que, agitados por el soplo del aire, saludaban juguetonamente. Por encima de las torres, muy lejos, en el fondo del cielo, se oian piar algunos pajarillos.

Pero el clérigo ni oia ni miraba nada de esto; era uno de esos hombres para los que no existen las mañanas, ni los pájaros, ni las flores. La contemplacion estaba reconcentrada en un solo punto de aquel inmenso horizonte, que tantos aspectos tomaba á su alrededor.

Deseaba impaciente Quasimodo preguntarle qué habia hecho de la gitana, pero parecia que el arcediano vivia en aquel momento fuera del mundo. Pasaba indudablemente por uno de los terribles instantes de la vida en el que el hombre no sentiria desplomarse la tierra. Fijos los ojos en determinado punto, estaba inmóvil y silencioso, pero su silencio y su inmovilidad eran tan formidables y solemnes, que el tétrico campanero no se atrevia á interrumpirlos. Se contentó (lo que hasta cierto punto era interrogar al arcediano) con seguir la direccion del rayo visual de éste, y siguiéndolo, la mirada del infeliz sordo fué á fijarse en la plaza de la Grève.

Entonces vió lo que Dom Claudio miraba. La escala estaba arrimada al patíbulo permanente; habia en la plaza bastante concurrencia de pueblo y muchos soldados. Un hombre llevaba arrastrando por el empedrado un bulto blanco, al que iba unido otro bulto negro. Este hombre se paró al pié de la horca.

Allí pasó algo que Quasimodo no pudo distinguir bien, no porque su único ojo no conservase toda su perspicacia, sino porque se lo impidió un grupo de soldados que se le puso delante. Además, en aquel instante apareció el sol, y fué tal la inundacion de luz que hizo rebosar del horizonte, que parecia que todas las puntas de París, las agujas, las flechas, las chimeneas y los picos de las fachadas se encendian á la vez.

El hombre entre tanto empezó á subir por la escala de la horca y entonces Quasimodo le pudo ver bien. Llevaba en hombros á una mujer, á una jóven vestida de blanco y con un dogal al cuello. Quasimodo la reconoció; era ella.

De este modo llegó el hombre á lo alto de la escalera; allí arregló el dogal. En este momento el arcediano, para ver mejor, se puso de rodillas sobre la balaustrada.

De repente el hombre rechazó bruscamente con el talon la escalera y Quasimodo, que no respiraba ya hacía algunos instantes, vió que se balanceaba en el extremo de la cuerda, á dos toesas del suelo, la desdichada gitana y al verdugo acurrucado con los piés sobre los hombros de la víctima. La cuerda dió muchas vueltas girando sobre sí misma, y Quasimodo vió recorrer horribles convulsiones por todo el cuerpo de Esmeralda. El sacerdote, con el cuello estirado y los ojos fuera de las órbitas, contemplaba el horrible grupo del hombre y de la mujer, de la araña y de la mosca.

En el momento en que dicho grupo era más espantoso, una carcajada, que no era de hombre, una carcajada de demonio, estalló en el semblante lívido del arcediano. Quasimodo no la oyó, pero la vió; retrocedió algunos pasos detrás

del que se reia, y arrojándose con furor sobre él, le precipitó con las dos manos hácia el abismo, á donde estaba asomado.

—Condenacion! gritó el clérigo al caer.

El canalon sobre el que se hallaba le detuvo en su caida. Agarróse á él con desesperacion, y en el momento de abrir la boca para lanzar el segundo grito, vió asomarse á la baranda de la balaustrada, por encima de su cabeza, el rostro formidable y vengador de Quasimodo. Entonces ya no gritó.

El abismo estaba bajo sus plantas; iba á caer á más de doscientos piés de altura y sobre el empedrado. A pesar de su terrible situacion, el arcediano no pronunció una palabra, ni lanzó un gemido; se retorció, haciendo esfuerzos inauditos para subir encima de él, pero sus manos no podian agarrarse en el granito, y sus piés rayaban la pared ennegrecida, pero sin poder encontrar apoyo. Los que han subido á las torres de Nuestra Señora saben que hay una comba en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada; pues justamente sobre aquel ángulo entrante agotaba el arcediano sus inútiles esfuerzos. No trabajaba sobre una pared perpendicular, sino sobre una pared que huia debajo de sus piés.

A Quasimodo le hubiera bastado tenderle una mano para librarle de la mortal caida, pero ni siquiera le miraba. Su único ojo lo tenia clavado en la plaza de la Grève, en el patíbulo y en la gitana. Se apoyaba con los codos sobre la baranda en el sitio que momentos antes ocupaba el arcediano; allí estaba inmóvil y mudo, como hombre herido por el rayo, y un largo arroyo de llanto salia silenciosamente de aquel ojo, que hasta entonces solo habia derramado una lágrima.

Entre tanto, Dom Claudio estaba jadeante. Corria el sudor por su frente; la piedra teñia de sangre sus uñas, y la carne viva de sus rodillas rozaba contra la pared. Oia que la sotana, enganchada en el canalon, crugia y se iba descosiendo á cada sacudimiento que daba, y para colmo de su desgracia, terminaba aquella canal en un cañon de plomo, que se inclinaba bajo el peso de su cuerpo y que iba doblándose poco á poco. Comprendia el arcediano que cuando el cansancio agotase la fuerza de sus manos, cuando se desgarrase la sotana, cuando se doblase, le era indispensable caer, y el espanto le penetraba hasta las entrañas. Miraba algunas veces con insensatez una especie de plano estrecho, formado diez piés más abajo por los accidentes de la escultura, y pedia al cielo, desde el fondo de su alma angustiada, que le permitiese acabar la vida sobre aquel espacio de dos piés cuadrados. Una vez miró á la plaza, al abismo; cuando volvió á levantar la cabeza tenia los ojos cerrados y erizado el cabello.

Era cosa horrible el silencio de aquellos dos hombres. Mientras el arcediano agonizaba de tan espantosa manera á poca distancia de Quasimodo, éste lloraba, mirando fijamente á la plaza de la Grève.

Viendo Dom Claudio que sus arranques solo servian para conmover el frágil punto de apoyo que le quedaba, tomó la determinacion de quedar inmóvil. Se le veia abrazado á la canal, respirando apenas, sin menearse ya, sin más movimiento que la convulsion maquinal del vientre que sentimos soñando, cuando creemos estar cayendo en un precipicio. Perdia, sin embargo, terreno poco á poco; los dedos se le escurrian sobre la canal; cada vez sentia más la debilidad de los brazos y el peso del cuerpo. La corvadura del plomo que le sostenia se inclinaba por momentos hácia el abismo. Veia por debajo de él el techo de Saint-Jean-le-Rond, pequeño como un naipe plegado en dos. Miraba una despues de otra las impasibles esculturas de la torre, suspendidas como él sobre el precipicio, y no le aterraban, pero en cambio no tenian compasion de él. Todo era de piedra á su alrededor; ante su vista, los mónstruos inmóviles; debajo, en el fondo, en la plaza, el pavimento; encima de su cabeza Quasimodo, que lloraba.

Se reunieron en el átrio algunos curiosos que procuraban tranquilamente averiguar quién podria ser el loco que se divertia de un modo tan particular: oíales el sacerdote, porque la voz de los curiosos llegaba hasta él clara y fria:— Pues vá á romperse la crisma!

Quasimodo lloraba.

Por fin el arcediano, colérico de rabia y de terror, comprendió que todo era inútil; reconcentró, sin embargo, el resto de fuerza que le quedaba para hacer el último esfuerzo. Se estiró sobre el canalon, rechazó la pared con ambas rodillas, se agarró con las manos á una rendija de la piedra, y acaso hubiera conseguido trepar con un pié, si la conmocion no hubiera hecho doblegarse

bruscamente el pico de plomo sobre el que se apoyaba. Al mismo tiempo el empuje desgarró la sotana de arriba abajo. Entonces se encontró sin apoyo, sin otra defensa que las manos crispadas y sin fuerza, enganchadas en cualquier parte, y cerró los ojos el infeliz y soltó la canal. Cayó.

Quasimodo vió cómo caia.

La caida desde tanta altura rara vez es perpendicular. El arcediano, lanzado en el espacio, cayó al principio con la cabeza hácia abajo y los brazos abiertos; luego dió muchas vueltas sobre sí mismo. El viento le arrojó sobre el tejado de una casa, en el que el infeliz empezó á destrozarse; no habia muerto aun, sinembargo, cuando llegó al tejado. Vióle el campanero que aun procuraba asirse con las uñas á la parte superior de la fachada; pero el plano de ella estaba demasiado inclinado y él carecia de fuerzas; resbalóse rápidamente por el tejado, como una teja que se desprende, y cayó rebotando en las piedras del piso de la plaza. Allí ya no se movió.

Levantó entonces Quasimodo su ojo único para mirará la gitana, cuyo cuerpo, pendiente del patíbulo, se extremecia á lo lejos, con el traje blanco, en las últimas convulsiones de la agonía; luego dirigió su ojo al arcediano, tendido al pié de la torre y ya sin forma humana, y exclamó, sollozando desde lo profundo de su pecho:—Oh, todo lo que amé!...

## III.

### Matrimonio de Febo.

A la caida de aquella tarde, cuando los oficiales del tribunal del obispo fueron á levantar del empedrado del Atrio el cadáver dislocado del arcediano, Quasimodo habia ya desaparecido de Nuestra Señora.

Corrieron muchos rumores sobre esta aventura. El vulgo creyó que al espirar el término del pacto, Quasimodo, es decir, el demonio, se habia llevado á Claudio Frollo, es decir, al brujo; suponiendo que habia destrozado el cuerpo para sacar el alma, como los monos rompen la cáscara para comerse la nuez. Por eso no enterraron al arcediano en lugar sagrado.

Luis XI murió al año siguiente, en el mes de Agosto de 1483.

Maese Pedro Gringoire consiguió salvar la cabra y obtuvo algunos triunfos en el género trágico. Despues de probar la astrología, la filosofía, la arquitectura y la hermética, todas esas locuras, volvió á ocuparse de la tragedia, que es la más loca de ellas. A dar este último paso llamaba el *haber tenido un fin trágico.* Hé aquí lo que con respecto á sus triunfos dramáticos se lee desde 1483 en las cuentas llamadas del Ordinario:—"A Juan Marchaud y á Pedro Gringoire, el carpintero y el compositor, que han hecho y compuesto el misterio que se representó el dia de la entrada del señor legado, por haber dispuesto los personajes y haberlos ataviado como el susodicho misterio requeria, é igualmente por haber construido y dispuesto los tablados que para esto eran necesarios, y por la representacion del misterio, cien libras."

Febo de Chateaupers tambien tuvo un fin trágico: se casó.

## IV.

### Casamiento de Quasimodo.

Acabamos de decir que Quasimodo desapareció de Nuestra Señora el dia de la muerte de la gitana y del arcediano: en efecto, ya no se le volvió á ver, ni aun se supo qué fué del infeliz campanero.

La noche que siguió al suplicio de Esmeralda, los criados del verdugo descolgaron de la horca el cadáver de la desventurada jóven y lo llevaron, segun costumbre, al subterráneo de Montfaucon.

Montfaucon era, como dice Sauval, "el más antiguo y el más soberbio patíbulo del reino." Entre los arrabales del Templo y de San Martin, á ciento sesenta toesas de las murallas de Paris y á algunos tiros de ballesta de la Courtille, se veia en lo alto de una eminencia, bastante elevada para poder verse desde algunas leguas á la redonda, un edificio de forma extraña, bastante parecido á un cromlech céltico, en el que se verificaban sacrificios humanos.

Imagínese el lector en el remate de un cerro de yeso un abultado paralelepípedo de masonería de quince piés de alto, treinta de ancho y cuarenta de largo, con una puerta, una pendiente exterior y una plataforma; sobre esta planicie diez y seis pilares enormes de piedra sin labrar, derechos, de treinta piés de altura, dispuestos en forma de columnata alrededor de tres de los cuatro lados de la mole que los sostie-



EL INFELIZ SOLTÓ LA CANAL Y CAYÓ.


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA
SEVILLA

ne, enlazados unos con otros por fuertes vigas, de las que penden de trecho en trecho muchas cadenas, de las que cuelgan esqueletos humanos: en los alrededores y en la llanura, una cruz de piedra y dos patíbulos de segundo órden alredor del cadalso central, y encima de todo esto, en el cielo, perpétuo vuelo de cuervos: hé aquí lo que era Montfaucon.

A fines del siglo quince la formidable horca, que databa de 1328, estaba ya muy deteriorada; tenia las vigas carcomidas, las cadenas mohosas, los pilares verdosos, las junturas de los sillares estaban completamente abiertas, y cubria la yerba aquella plataforma, que apenas se pisaba ya. Era horrible el contorno que diseñaba en el cielo aquel monumento, sobre todo por la noche, cuando reflejaba la luna sobre cráneos blancos, ó cuando el viento de la tarde rozaba cadenas y esqueletos y movia todo aquello en la oscuridad. Bastaba la sola presencia de aquella horca para convertir en lugares siniestros todos sus alrededores.

La inmensa mole de piedra que servia de base á aquel repugnante edificio estaba hueca. Habia dentro de ella un profundo foso, que cerraba una reja de hierro mohosa y rajada, y en dicho foso arrojaban, no solo los restos humanos que se desprendian de las cadenas de Montfaucon, sino tambien los cuerpos de los ajusticiados en las horcas permanentes de Paris. En aquel profundo osario, en el que tantos miembros humanos y tantos crímenes se han podrido á la par, algunos grandes de la tierra y algunos inocentes han contribuido á aumentarlo con sus huesos; desde Enguerrando de Marigni, que estrenó á Montfaucon y que era inocente, hasta el almirante Coligni, que fué su último huésped, y que era inocente tambien.

Respecto á la misteriosa desaparicion de Quasimodo, hé aquí lo que hemos podido descubrir.

Diez y ocho meses ó dos años despues de los acontecimientos que termina esta historia, al ir á buscar en el foso de Montfaucon el cadáver de Olivier el Gamo, que fué ahorcado dos dias antes, al que concedió Cárlos VIII la gracia de ser enterrado en San Lorenzo, entre mejor compañía, se encontraron entre aquellas inmundas osamentas dos esqueletos, uno de los que tenia al otro fuertemente abrazado.

Uno de ellos, que era cadáver de mujer, conservaba aun algunos girones de vestido que debió ser de tela blanca, y alrededor del cuello un collar de granos de sándalo, con un pequeño escapulario de seda recamado de abalorios verdes, que estaba abierto y vacío. Estos objetos eran de tan poco valor, que sin duda el verdugo no los quiso. El otro esqueleto que tenia abrazado á éste era de hombre; tenia la columna vertebral torcida, la cabeza entre los omoplatos y una pierna más corta que la otra; pero no tenia en la nuca ninguna vértebra rota, señal evidente de no haber muerto ahorcado. El hombre á quien habia pertenecido fué, pues, sin duda allí y allí murió: cuando quisieron desprender este esqueleto del otro, que abrazaba aun, cayó hecho polvo.

FIN DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

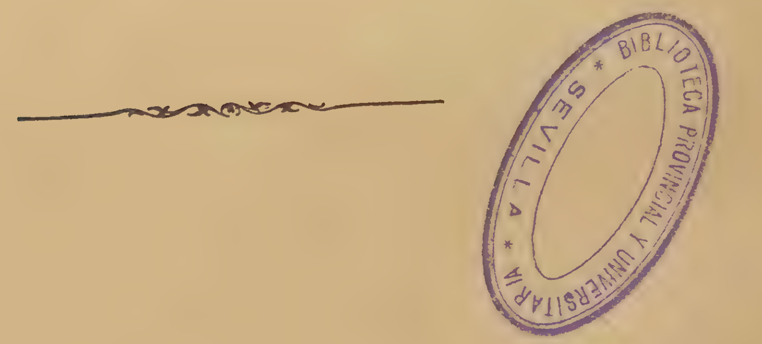
# EL HOMBRE QUE RIE.

# 1869.

## PREFACIO.

En Inglaterra todo es grande, hasta lo que no es bueno, hasta la oligarquía. El patriciado inglés es el verdadero patriciado, en el sentido absoluto de la palabra. No ha existido feudalidad más ilustre, más terrible ni más viable; esta feudalidad hubo momentos históricos en que fué útil. En Inglaterra es donde debe estudiarse el fenómeno de la señoría, como en Francia debe estudiarse el del monarquismo. El título verdadero de este libro seria *La aristocracia*. Otro libro, que seguirá á éste, podrá titularse *La monarquía*; y estos dos libros, si el autor consigue terminar el trabajo que se impone, precederán y abrirán paso á otro, que se titulará *El noventa y tres*.

Hauteville-Housse 1869.





# EL HOMBRE QUE RIE.

## PRIMERA PARTE.

## EL MAR Y LA NOCHE

### Dos capítulos preliminares.

#### I.

##### Ursus.

I

Ursus y Homo estaban ligados por los vínculos de íntima amistad; Ursus era un hombre y Homo un lobo. Habian simpatizado. El hombre bautizó á la fiera, y probablemente tambien se habria elegido su nombre: habiéndole parecido Ursus bueno para él, le pareceria bueno Homo para el animal. La reunion de los dos era provechosa para las férias, para las fiestas de la parroquia, para las calles y plazas, en las que los transeuntes se atropellan por oir contar patrañas y por oir á Dulcamaras.

Le gustaba á la multitud ver un lobo dócil y habilidoso; verle amansado le complacia. Nos es agradable ver desfilar ante nuestra vista todas las variedades de la domesticacion, y por eso se acumula tanta gente á ver pasar los cortejos reales.

Ursus y Homo iban recorriendo de calle en calle, desde las plazas públicas de Aberystwith, hasta las plazas públicas de Yedburg, de pais en pais, de condado en condado, de ciudad en ciudad. Cuando agotaban un mercado se iban á otro. Ursus habitaba en una choza portátil, que Homo estaba bastante civilizado para arrastrar de dia y vigilar de noche. En los caminos difíciles, en las subidas, cuando encontraba mucho barro ó embarazos en el camino, el hombre tiraba fraternalmente al lado del lobo para ayudarle á llevar la carga. De este modo envejecian juntos. Acampaban á la ventura en un erial ó en un soto, en un cruzamiento de caminos, á la entrada de una aldea, á las puertas de un villorrio, en los mercados, en el átrio de las iglesias, en cualquier parte. Cuando la carreta se paraba en el campo donde se exponia alguna féria, cuando la muchedumbre corria hácia ellos y

formaba círculo á su alrededor, Ursus peroraba y Homo aprobaba. Homo, con una artesa en la boca, pasaba pidiendo por la concurrencia. Así se ganaban la vida. El lobo era instruido, el hombre tambien; aquel fué educado por éste y éste por sí solo, y diversas habilidades del lobo contribuian á que hiciera gran colecta.—Sobre todo no degeneres en hombre, le decia su amigo.

El lobo no mordia nunca, el hombre algunas veces; á lo menos Ursus pretendia morder. Ursus era misántropo, y para disipar su misantropía se hizo volatinero, y tambien para poder vivir, porque el estómago impone sus condiciones. Además, el volatinero misántropo, ya para complicarse ó ya para completarse, era médico. No solo médico, sino ventrílocuo. Se le oia hablar sin verle mover la boca. Copiaba exactamente el acento y la pronunciacion de cualquiera é imitaba la voz, hasta el punto de confundirse con la de la persona imitada. El solo copiaba el murmullo de una multitud. Reproducia toda clase de gritos de animales, de tal modo, que, segun su voluntad, os hacia oir, ó una plaza pública llena de rumores humanos, ó un bosque lleno de voces de bestias.—Esta clase de talentos, aunque son muy raros, existen. En el último siglo un tal Touzel, que imitaba las muchedumbres de hombres y de animales juntos y que copiaba todos los gritos de las bestias, fué agregado á la persona de Buffon bajo este concepto.—Ursus era sagaz, inverosímil y curioso, é inclinado á las explicaciones singulares que llamamos fábulas, aparentaba creer en ellas. Esta desvergüenza formaba parte de su malicia. Miraba las rayas de las manos de cualquiera, abria libros al acaso y sacaba consecuencias, profetizaba la suerte, predecia que era peligroso encontrar un asno negro, y más peligroso todavía en el momento de ponerse en viaje oir que nos llama alguno que no sabe á dónde nos vamos. Ursus decia: "Nos diferenciamos el arzobispo de Cantorbery y yo, en que yo confieso.„ El arzobispo, justamente indignado, le hizo llamar; pero el discreto Ursus desarmó á su gracia recitándole un sermon de cosecha propia sobre el *santo dia de Chistmas* (1), que el arzobispo con afan aprendió de memoria, predicó en el púlpito y publicó como suyo, y le perdonó.

(1) Así llaman los ingleses á la Natividad del Señor.—(N. del T.)

Ursus era médico y curaba con yerbas; conocia muy bien las simples. Sacaba partido del profundo poder que encierran una porcion de plantas desdeñadas; usaba las hojas del titimalo, que arrancadas de la parte baja de la planta sirven de purga, y arrancadas de la parte alta sirven de vomitivo; curaba el mal de la garganta por medio de la excrecencia vejetal conocida por el nombre de *oreja de judío;* sabia cuál es la planta que cura al buey y cuál es la yerba buena que cura al caballo; conocia las virtudes de la mandrágora, que nadie ignora que pertenece á los dos sexos. Daba recetas, curaba las quemaduras con la lana de la salamandra, de la que Neron, segun dice Plinio, tenia una servilleta. Vendia panaceas. Se decia que en otro tiempo estuvo encerrado en Bedlam; le hicieron el honor de tenerle por insensato, pero le dieron la libertad en cuanto se apercibieron de que era poeta. Esta historia probablemente no seria verdadera, pero nos vemos obligados á sufrir muchas de estas leyendas.

La verdad es que Ursus era sabiondo, hombre de gusto y poeta latino. Era instruido en dos ramos del saber humano; hipocratizaba y pindarizaba. Era capaz de componer con tanta habilidad como el Padre Bouhours tragedias jesuíticas. Como consecuencia de su familiaridad con los venerables ritmos y metros de los antiguos, poseia imágenes enteramente suyas y toda una familia de metáforas clásicas. Decia que una madre, á la que precedian sus dos hijas, era un *dáctilo;* que un padre, seguido por dos hijos, era un *anapesto*, y que un niño, que iba entre su abuelo y su abuela, era un *amfimacro*.

Tanta ciencia solo podia conducir á morirse de hambre. La escuela de Salerno dice: "Comed poco y con frecuencia.„ Ursus comia poco y rara vez, obedeciendo de este modo á la mitad del precepto y desobedeciendo á la otra mitad; pero esto era culpa del público, que muchas veces no acudia y que compraba pocas recetas. Ursus decia:—"La espectoracion de una sentencia alivia. Al lobo le consuela el aullido, al cordero la lana, á la mujer el amor y al filósofo el epifonema.„ —Ursus, cuando la necesidad le apremiaba, componia comedias, que representaba despues, y esto le ayudaba á vender sus drogas. Entre otras compuso una pastoral heróica en honor del caballero Hugh Middleton, que en 1608 con-

dujo un rio á Lóndres. Dicho rio corria apaciblemente por el condado de Hartford, á sesenta millas de Lóndres; fué allí acompañado de una brigada de seiscientos hombres, armados con útiles á propósito para la obra que iba á emprender; se puso á remover la tierra, á ahondarla por aquí, á elevarla por allá, á veinte piés de altura ó á treinta piés de profundidad; hizo acueductos de madera en el aire, puentes de piedra, etc., y una mañana el rio entró en Lóndres, que carecia de agua. Ursus transformó todos esos detalles vulgares en una linda bucólica entre el rio Támesis y el rio Serpentina: el primero invitaba al segundo á que llegase hasta donde él estaba, ofreciéndole su lecho, y le decia:—"Soy demasiado viejo para agradar á las mujeres, pero soy bastante rico para pagarlas.„—Ingeniosa y galante manera de expresar que sir Hugh Middleton habia hecho todos los trabajos á sus expensas.

Ursus era notable en el soliloquio. De naturaleza esquiva y charlatana, deseaba no ver á nadie y necesitaba hablar á alguno, por lo que vencia esta dificultad hablando consigo mismo. Todo el que haya vivido en la soledad sabe hasta qué punto es natural el monólogo. La palabra interior pica; arengar en el espacio quita la picazon. Hablar en voz alta y solos, produce el efecto de un diálogo entablado con el dios que cada uno tiene dentro de sí mismo. Sabido es que Sócrates tenia la costumbre de perorarse y Lutero tambien. Ursus era como esos grandes hombre; poseia la facultad hermafrodita de ser su propio auditorio. Se preguntaba y se respondia, se glorificaba y se insultaba. Desde la calle se le oia hablar dentro de su choza. Los transeúntes, que tienen su modo de apreciar á las gentes de talento, decian:—"Es un idiota.„ Se injuriaba unas veces, como acabamos de decir, pero tambien otras se rendia justicia. Un dia, en una de las alocuciones que se dirigia á sí mismo, se le oyó decir:—"He estudiado el vegetal en todos sus misterios, en el tallo, en el boton, en los pétalos, en los estambres, en el óvulo, etc., en todas sus partes. He profundizado la cromacía, la osmosía y la chimosía, esto es, la formacion del color, del olor y del sabor.„—Sin duda alguna era fátuo el certificado que Ursus se expedia á sí mismo, pero que los que no hayan profundizado la cromacía, la osmosía y chimosía que le arrojen la primera piedra.

Por su fortuna Ursus no habia ido nunca á los Paises-Bajos, que si hubiera ido, indudablemente le hubieran pesado para saber si tenia el peso normal, ó excedia, ó no llegaba, y le consideraban como á brujo. En Holanda la ley fijaba sábiamente este peso: nada más sencillo ni más ingenioso. Se hacia la prueba poniéndoos en un platillo, y evidentemente érais brujo si destruíais el equilibrio: pesabais demasiado, os ahorcaban; pesabais poco, os quemaban. Hoy puede verse todavía en Ondewater la balanza para pesar brujos, que en la actualidad sirve para pesar queso. ¡Tanto ha degenerado la religion!... Ursus hizo bien en no querer sujetarse á esta balanza, y por eso se abstuvo de visitar la Holanda; creemos además que no salió nunca de la Gran-Bretaña.

Fuera de esto lo que fuere, siendo como era pobre y hurón y habiendo conocido en un bosque á Homo, adquirió la aficion á la vida errante. Iba con el lobo por los caminos y vivia con él á la ventura la gran vida del aire libre. Era industrioso, tenia muchas ideas y poseia el arte de curar, de operar, de quitar las enfermedades y de ejecutar particularidades sorprendentes; le consideraban como hábil saltimbanqui y como diestro médico; creian que poseia algo la mágia, aunque no mucho, porque era malsano en esa época ser tenido por amigo del diablo. Verdaderamente Ursus, por amor á la farmacia y por amor á las plantas, se exponia, yendo muchas veces á recoger yerbas en sitios muy peligrosos, corriendo el riesgo, que hace constar el consejero del Ancre, de encontrarse á la caida de la tarde con un hombre saliendo debajo de tierra "tuerto del ojo derecho, sin capa, con la espada al cinto y con los piés desnudos.„

Ursus, de formas y temperamento caprichosos, era demasiado sincero para atraer el granizo, para aparecer con dos caras, para matar á un hombre haciéndole bailar con exceso, para proporcionar sueños dulces ó sueños espantosos y para hacer nacer gallos de cuatro alas: era incapaz de semejantes trapacerías. Era tambien incapaz de ciertas abominaciones, como por ejemplo: hablar en aleman, en hebreo ó en griego, sin saberlo, lo que seria signo de execrable malignidad ó de una enfermedad natural, procedente de algun humor melancólico. Ursus hablaba en latin, porque lo sabia, pero no se permitiria jamás hablar en siriaco, que no

habia estudiado; además de que es sabido que el siriaco es la lengua que se usa en los *sábados*. En medicina preferia Galeno á Cardan, porque aunque éste era muy sábio, era un gusano respecto á Galeno.

En suma, Ursus no era uno de esos personajes á los que persigue la policía. Su choza era bastante larga y bastante ancha para poder acostarse dentro de ella en un cofre, que encerraba sus trajes, poco suntuosos. Era propietario de una linterna, de muchas pelucas y de algunos utensilios que colgaba en clavos, entre los que habia algunos instrumentos musicales. Poseia además una piel de oso, con la que se cubria en dias señalados, y él llamaba á esto vestirse. Él decia: *Yo poseo dos pieles; esta es la verdadera*, y enseñaba la piel de oso. La choza con ruedas pertenecia á él y al lobo. Además de su choza, del utensilio de vidrio para operaciones químicas y del lobo, tenia una flauta y una viola y las tocaba bastante bien. Fabricaba él mismo sus elixires: su talento le sugeria algunas veces la cena. Habia en el techo de la choza un agujero por el que pasaba el tubo de un hornillo contiguo al cofre y que enrojecia la madera de éste. Este hornillo tenia dos divisiones; en una hacia Ursus cocer la alquimia y en la otra cocia patatas. Por la noche el lobo dormia dentro de la choza amistosamente encadenado: Homo era de pelo negro y Ursus de pelo gris; Ursus contaba ya cincuenta ó sesenta años. Estaba tan resignado á su destino, que comia, como acabamos de decir, patatas, alimento que solo nutria entonces á los cerdos y á los forzados; él las comia resignado. No parecia alto, á pesar de ser largo; estaba encorvado y melancólico. La naturaleza le formó para que estuviese triste; le era difícil sonreir y le habia sido siempre imposible llorar. Le faltaba el consuelo de las lágrimas y el paliativo de la alegría. El hombre viejo es una ruina que piensa; eso era Ursus: poseia la locuacidad del charlatan, la flacura del profeta y la irascibilidad de una mina cargada. En su juventud fué filósofo en casa de un lord.

Esta historia sucedia hace ciento ochenta años, en la época en que los hombres eran más fieras que lo son en la actualidad... pero poco más.

II

Homo no era un lobo cualquiera. Por su apetito de nísperos y de manzanas se le hubiese podido creer lobo de pradera; por sus aullidos, que casi degeneraban en ladridos, se le hubiera podido tomar por el culpeu de Chile; pero no se ha estudiado aun lo suficiente la pupila del culpeu para no estar seguros de que no es un zorro, y Homo era un lobo verdadero. Tenia cinco piés de longitud, que es mucha, hasta para un lobo de la Lituania: era muy fuerte; tenia la mirada oblícua, sin culpa suya; tenia la lengua suave, y algunas veces lamia á Ursus; tenia estrecha línea de pelos cortos sobre la espina dorsal, y no era flaco ni grueso. Antes de conocer á Ursus y de tener que arrastrar una carreta, recorria alegremente cuarenta leguas en una noche. Ursus le encontró oculto en una espesa maleza, cerca de un arroyo de agua viva, y le cobró afecto cuando le vió pescar cangrejos con habilidad y con paciencia, reconociendo en él á un legítimo lobo koupara.

Como á bestia de carga, Ursus preferia Homo á un burro. Le hubiera repugnado que un asno arrastrase su choza: daba al asno demasiada importancia para que hiciese ese papel. Además, habia observado que el burro, ese soñador de cuatro patas, poco comprendido por el hombre, pone tiesas las orejas algunas veces cuando los filósofos dicen tonterías. En la vida, entre nuestro pensamiento y nosotros, el asno es un tercero. Como á amigo, Ursus preferia Homo á un perro, creyendo que vá tan lejos como éste en materia de amistad. Por eso Homo bastaba á Ursus; era para éste más que un compañero, era su análogo. Ursus decia de él: *He encontrado mi segundo tomo*. Añadiendo además: Cuando yo muera, el que desee conocerme tendrá que estudiar á Homo, porque le dejaré en la vida como una copia conforme con el original.

La ley inglesa, poco cariñosa con las fieras, pudo proceder contra este lobo al verle recorrer familiarmente las ciudades; pero Homo se acogia á la inmunidad concedida á los domésticos por un estatuto de Eduardo IV, que decia: "*Podrá todo doméstico ir y venir libremente, siguiendo á su amo.*„ Además, produjo este relajamiento en beneficio de los lobos la moda de las mujeres de la córte en los tiempos de losúltimos Estuardos, que consistia en tener á guisa de perros pequeños lobos corsacs, del tamaño de gatos, que se hacian traer de Asia á peso de oro.

Ursus habia comunicado á Homo par-

te de lo que él sabia; á tenerse en pié, á desvanecer la cólera en mal humor, á refunfuñar en vez de aullar; y por su parte el lobo habia enseñado al hombre lo que sabia tambien, á no vivir bajo techado, á conformarse á no tener pan ni fuego y á preferir el hambre en un bosque á la esclavitud en un palacio.

La choza, especie de cabaña-coche, que seguia itinerario variado, sin salir de Inglaterra ni de Escocia, llevaba cuatro ruedas y las barras, á las que se uncia el lobo, y un balancin para el hombre; la choza era sólida, como convenia que fuese para atravesar los caminos malos, pero construida de planchas ligeras; tenia por delante una puerta con cristales y un balconcillo que lo aprovechaba Ursus para arengar á la multitud, y que era para él entre tribuna y púlpito; y por la parte de detrás tenia una puerta maciza con agujeros respiratorios. La caida de un estribo de tres escalones, girando sobre una charnela y colocado detrás de dicha puerta, daba entrada á la choza, que se cerraba por la noche con cerrojos. Habia caido sobre dicho vehículo mucha agua y mucha nieve. Estuvo pintado, pero ya no se conocia de qué color. Delante y por la parte de afuera, y en una especie de frontispicio hecho de una plancha delgada de madera, en otro tiempo se podia descifrar esta inscripcion, escrita con caractéres negros sobre fondo blanco, que se habian poco á poco confundido y borrado:

"El oro pierde anualmente por su frotamiento un catorce por ciento de su volúmen; de lo que se deduce que de cada mil cuatrocientos millones de oro que circulan por todo el mundo, se pierde todos los años un millon. Este millon de oro se convierte en polvo, se vuela, flota, se atomiza, se hace respirable, se carga y pesa, le aspiran á dósis las conciencias y se amalgama con el alma de los ricos, á los que hace soberbios, y con el alma de los pobres, á los que hace feroces."

Esta inscripcion, borrada y deshecha por la lluvia y por la bondad de la Providencia, era por fortuna ilegible, porque es probable que la filosofía enigmática y transparente del oro respirable hubiera disgustado á los sheriffs, prebostes y otros representantes de la ley. La legislacion inglesa no se chanceaba en esa época. Con facilidad creia felon á cualquiera. Los magistrados eran feroces por tradicion y la crueldad era de rutina: los jueces inquisidores pululaban; Jeffrys se habia reproducido con profusion.

## III

En el interior de la choza habia dos inscripciones más. Encima del cofre, sobre la pared de planchas blanqueadas con cal, se leia ésta, escrita con tinta:

"*Unicas cosas que importa saber.*

El baron, que es par de Inglaterra, lleva un burulete con seis perlas.

La corona empieza en el vizcondado.

El vizconde lleva una corona de perlas sin número fijo; el conde una corona de perlas con puntas entremezcladas con hojas de mata de fresa; el marqués, perlas y hojas de igual altura; el duque, florones sin perlas; el duque real, un círculo con una cruz y flores de lis, y el príncipe de Gales, una corona semejante á la del rey, pero que no está cerrada.

El duque tiene el tratamiento de *muy alto y poderoso príncipe;* el marqués y el conde de *muy noble y poderoso señor;* el vizconde de *noble y poderoso señor*, y el baron *verdaderamente señor*.

Al duque se le llama *su gracia* y á los demás pares *su señoría*.

Los lores son inviolables.

Los pares constituyen cámara y córte, *concilium et curia*, legislatura y justicia.

*Most honourable*, es más que *Right honourable*.

Los lores pares son calificados de "lores de derecho"; los lores que no son pares, de "lores de cortesía."

El lord no presta jamás juramento ni al rey ni á la justicia; su palabra basta; dice: *Por mi honor*.

Los comunes, esto es, el pueblo, que los lores envian á la barra, se presentan en ella humildemente, con la cabeza descubierta ante los pares, que no se descubren.

Los comunes envian á los lores los bills por medio de una comision compuesta de cuarenta miembros, que los entregan haciendo tres profundas reverencias.

Los lores envian á los comunes sus bills por medio de un escribiente.

En caso de conflicto, las dos Cámaras conferencian; los pares están sentados y cubiertos y los comunes descubiertos y en pié.

Segun una ley de Eduardo IV, los lores gozan del privilegio del homicidio simple. Un lord que mata á un hombre no es perseguido.

Los barones tienen la misma categoría que los obispos.

Para ser baron par es preciso conseguirlo del rey, *per baroniam integram*, por baronía íntegra.

La baronía íntegra se compone de treinta feudos nobles y un cuarto de feudo; cada feudo noble producia veinte libras esterlinas, lo que sumaban cuatrocientos marcos.

El vínculo de la baronía, *caput baroniœ*, lo constituia un castillo regido como la misma Inglaterra, esto es, que no pudieran heredarlo hembras más que á falta de varones, y aun en este caso solo la hija mayor, *cœteris filiabus aliunde satisfactis*.

Los barones poseen la cualidad de *lord*, que proviene de la palabra sajona *laford*, cuya etimología deriva de *dominus*, del latin clásico, y de *lordus*, del latin corrompido.

Los hijos primogénitos y segundo-génitos de los vizcondes y de los barones son los primeros escuderos del reino.

Los primogénitos de los pares pueden entrar en la órden de caballería de la Jarretiera, los segundo-génitos no.

El hijo mayor de los vizcondes se coloca despues de los barones y antes que los baronets.

Las hijas de los lores se llaman *lady;* las otras doncellas inglesas se llaman *miss*.

Los jueces son inferiores á los pares. El alguacil lleva una capucha de piel de cordero; el juez un capuchon *de minuto vario*, de pieles blancas de todas clases, menos de armiño; éste quedaba reservado para los pares y para el rey.

No se puede conceder un *suplicavit* para los lores.

Los lores solo pueden estar presos en la torre de Lóndres.

El lord al que el rey llama á su palacio tiene el derecho de matar un gamo ó dos en el parque real.

Los lores tienen en su castillo córte de baron.

Es indigno de un lord ir por la calle con capa y seguido de dos lacayos. No debe presentarse en público más que con gran tren de gentiles-hombres domésticos.

Los pares van al Parlamento en carrozas especiales, los comunes no. Algunos pares van á Westminster en caruaje de cuatro ruedas; éstos carruajes y aquellas carrozas blasonadas solo se permiten usar á los lores y forman parte de su dignidad.

Un lord no puede ser condenado á pagar una multa más que por otros lores, y ésta no debe exceder de cinco schellins, exceptuando el duque, que puede ser condenado á pagar diez.

Un lord puede tener en su casa seis extranjeros; los demás ingleses no pueden tener más que cuatro.

Un lord puede comprar ocho toneles de vino sin pagar derechos.

Un lord está exceptuado de presentarse al sheriff del departamento.

El lord está libre de pertenecer á la milicia.

Cuando le place á un lord organiza un regimiento y se lo entrega al rey; así lo hicieron sus gracias el duque de Athol, el duque de Hamilton y el duque de Northumberland.

Un lord no puede depender más que de lores.

En los procesos de interés civil, puede pedir que se inhiban del conocimiento de la causa si entre los jueces no hay al menos un caballero.

El lord nombra sus capellanes. Un baron puede nombrar tres; un conde y un marqués cinco y un duque seis.

Un lord no puede ser castigado con el tormento, ni aun por delito de alta traicion.

El lord es letrado, aunque no sepa leer. Sabe de derecho.

Un duque hace que le acompañe por todas partes un dosel, cuando el rey no está; un vizconde tiene un dosel en su casa; un baron tiene un tapete de escarlata, que hace poner debajo de la copa mientras bebe; una baronesa tiene derecho de que un hombre le lleve la cola ante una vizcondesa.

Ochenta y seis lores, ó los primogénitos de estos lores, presiden á las ochenta y seis mesas de quinientos cubiertos cada una, que se sirven todos los dias á su majestad en su palacio á expensas del pais que rodea á la residencia real.

A cualquier plebeyo que pegue á un lord se le cortará la mano por el puño.

El lord es casi casi un rey.

El rey es casi casi Dios.

La tierra es un lordship.

Los ingleses llaman á Dios *milord*.„

Frente á frente de esta inscripcion habia escrita otra que decia lo siguiente:

«*Satisfaccion que debe bastar á los que nada poseen.*

Enrique Anverquerque, conde de Grantham, que se sienta en la Cámara de los lores entre el conde de Jersey y el conde de Greenwich, tiene cien mil li-

bras esterlinas de renta. Pertenece á su señoría el palacio Grantham-Terrace, construido todo él de mármol y célebre por su laberinto de corredores, que es una verdadera curiosidad. Contiene el corredor encarnado, que es de mármol de Sarancolin; el pardo imitando mariscos, de Astracan; el corredor blanco, de mármol de Laui; el gris, de mármol de Staremma; el corredor amarillo, de mármol de Hesse; el verde, de mármol del Tyrol; el corredor azul turquí, de Génova; el violeta, de granito de Cataluña; el corredor de luto, blanco y negro, de schiste de Murviedro; el corredor rosa, de los Alpes, y el corredor de todos los colores, llamado el corredor de los cortesanos.

Ricardo Lowther, vizconde Lonsdale, posee en Lowther, en el Westmorcland, un palacio fastuoso, cuyo pórtico parece que invite á los reyes á entrar.

Ricardo, conde de Scarborongh, baron Lumley y vizconde de Wateford en Irlanda, lord teniente y vice-almirante del condado de Northumberland y de Durham, posee villa y condado y la doble castellanía de Stansted, la antigua y la moderna, en la que se admira una soberbia verja en semicírculo que rodea un gran estanque que tiene incomparable salto de agua. Posee además su castillo de Lumley.

Roberto Darcy, conde de Holderness, en cuyo condado tiene sus dominios, con torres de baron y con muchos jardines á la francesa, en los que se pasea en carroza de seis caballos, precedido de dos picadores, como conviene á un par de Inglaterra.

Cárlos Beanderk, duque de Saint-Albans, conde de Burford, baron Heddington, gran halconero de Inglaterra, tiene un palacio régio en Windsor, al lado del rey.

Cárlos Bodeille, lord Robartes, baron Truro, vizconde Bodmyn, posee un edificio en Cambridge que forma tres palacios, como tres frontones, uno arqueado y dos triangulares; se llega á él por una crádruple fila de árboles.

El muy noble y muy poderoso lord Felipe Herbert, vizconde de Caerdif, conde de Montgomeri, conde de Panbroke, señoría y par de Candall, Marmion, San Quintin y Charland, visitador hereditario del colegio de Jesús; posee el maravilloso jardin de Wilton, en el que hay dos fuentes más preciosas que las de Versalles, del rey Cristianísimo Luis XIV.

Cárlos Seymour, duque de Somerset, posee la Somerset-Housse, sobre el Támesis, que iguala á la villa Panfilia de Roma. Descansan sobre su gran chimenea dos vasos de porcelana de la dinastía de los Yuen, que valen en Francia medio millon.

Posee Arturo, lord Ingram, vizconde de Irwin, en Yorkshire, un Temple-Newsham, al que se entra por un arco de triunfo, y cuyos anchos tejados aplastados se parecen á terrazas moriscas.

Robert, lord Ferrers de Chartley, Bourchier et Lovaine, tiene en Leincestershire un Staunton Harold, cuyo parque ostenta la forma de un templo con fronton; delante de su estanque descuella la iglesia señorial con campanario cuadrado.

En el condado de Northampton, Charles Spencer, conde de Sunderland, miembro del Consejo privado de su majestad, posee el palacio de Althrop, al que se entra por una verja que tiene cuatro pilares, encima de los que hay grupos de mármol.

Lorenzo Hyde, conde de Bochester, posee en Surrey un New-Parke magnífico por sus acróteras esculpidas, su jardin circular rodeado de árboles y por sus bosques, en cuya extremidad se encuentra una pequeña montaña, artísticamente redondeada, en cuya cima campea una gran encina, que se vé desde muy lejos.

Lord Cornwallis, baron de Eye, posee á Brome-Hall, que es un palacio del siglo catorce.

El muy noble Algermon Capel, vizconde de Maldeu, conde de Essex, posee el Cashiobury, castillo que tiene la forma de una H mayúscula, en el que hay abundante caza mayor.

Cárlos, lord Ossulstone, posee á Dawly en Middlesex, al que se entra pasando por jardines á la italiana.

Jayme Cecill, conde de Salisbury, posee el palacio Hartfield-Housse, con sus cuatro pabellones señoriales, la torre de atalaya al centro y su patio de honor, pavimentado de mármol blanco y negro, como el de Saint-Germain. Este palacio, que tiene doscientos setenta y dos piés de frontispicio, fué construido en tiempos de Jacobo I por el gran tesorero de Inglaterra, bisabuelo del conde actual. Se conserva en él la cama de una antigua condesa de Salisbury, de inestimable precio, construida de madera del Brasil, y que sirve de panacea para la mordedura de las serpientes, cuya

madera se llama *mil hombres*. En la cabecera de este lecho hay escrita en letras de oro esta inscripcion: *Honni soit qui mal y pense*.

Edward Bich, conde de Warwich y de Holland, posee el Warwich-Castle, en el que arden encinas enteras en sus chimeneas.

En la parroquia de Seven-Vaks, Cárlos Saekville, baron Buekhurst, vizconde Granfeild, conde de Dorset, posee un knowle, que es grande como una ciudad, y que se compone de tres palacios paralelos, uno detrás de otro, como líneas de infantería.

Tomas Thynne, vizconde Weymonth, baron Varnimster, posee á Long-lease, que tiene casi tantas chimeneas, claraboyas, glorietas, pabellones y torrecillas como el palacio real de Chambord en Francia.

Henry Howard, conde de Suffolh, tiene á doce leguas de Lóndres el palacio de Andlyene en Middlesek, que casi tiene tanta grandeza y majestad como el palacio real del Escorial de España.

En Bedforshire posee Enrique, marqués de Kent, el Wrest-Housse-and-Park, que es todo un territorio, rodeado de fosos y de murallas, con bosques, rios y colinas.

Hampton-lourt, en Hereford, con su poderosa torre almenada y con su jardin, al que un estanque separa del bosque: pertenece á Tomás, lord Coningsby.

Pertenece á Roberto, conde de Lindsay, Grimsthorf, en Lincolmhire, con su alta fachada recortada por torrecillas, con sus parques, sus estanques, con faisanerías, con sus ganados, con sus árboles simétricos y en largas filas, con sus parterres bordados de flores, que se parecen á grandes tapices; con sus praderas para ejercitarse en las carreras y con la grandiosidad del círculo, en el que las carrozas dan la vuelta antes de entrar en el castillo.

Newnhans Padox, en Warwickshire, tiene dos viveros cuadrangulares y una pared frontera con ventanas de vidrios formando cruz; pertenece al conde de Deubigh, que tambien es conde de Rheinfelden en Alemania.

Wythame, en el condado de Berk, con su jardin á la francesa, en el que se encuentran cuatro cobertizos tallados y una gran torre almenada, pertenece á lord Montagne, conde de Abiegdon, que posee tambien á Rycott, en cuya puerta principal está escrita esta divisa: *Virtus arietes fortior*.

William Cavendish, duque de Devonshire, posee seis castillos, uno de los cuales, el de Chattsworth, de dos pisos, es de puro órden griego; además su gracia es propietario de un palacio en Lóndres, en el que hay un leon que vuelve las espaldas al palacio del rey.

El vizconde Kinalmeaky, que es conde de Cork en Irlanda, posee á Burlington-housse en Picadilly, y tiene vastos jardines que llegan hasta los campos de fuera de Lóndres; posee tambien á Chiswich, que ostenta nueve cuerpos de habitaciones magníficas; tiene además Londesburgh, que es un palacio nuevo al lado de otros palacios viejos.

El duque de Beaufort tiene la propiedad de Chelsca, que encierra dos castillos góticos y uno florentino; posee á Badmington en Glocester, que es una residencia que contiene multitud de avenidas en forma de estrellas.

Jhon Holles, duque de Newcastle y marqués de Clare, posee á Bolsover, cuya torre cuadrada es majestuosa, y además es dueño de Hanghton, en el que sobresale en el centro de un estanque una pirámide imitando á la torre de Babel.

William, lord Craven, baron de Craven de Hampsteard, posee en Warwickshire la residencia llamada Com-Abbey, en la que se vé el mejor salto de agua de Inglaterra, y además dos baronías en Berkshire; Hampsteard Marshall, cuya fachada presenta cinco linternas góticas, y Asdowne Park, que es un castillo colocado en el punto de interseccion de varios caminos de un bosque.

Lord Lineuns, baron de Clancharlie y de Humkerville, marqués de Corleone en Sicilia, funda su pairía en el castillo de Clancharlie, construido en 914 por Eduardo el Viejo contra los daneses; además, es dueño de las propiedades siguientes: Coleone-lodge, que es un palacio; Humkerville-housse, en Lóndres, que es otro palacio, y ocho castellanías, una de ellas en Bruxton, con derechos sobre las canteras de alabastro, y las otras son Gundraith, Homble, Moricambe, Trenwardraith, Hell-Kerters, que posee un pozo maravilloso, Pillimore y Reculver: finalmente, es dueño de diez y nueve pueblos y aldeas con bailíos y todo el territorio de Pensneth-chase, todo lo que produce á su señoría cuarenta libras esterlinas de renta.

Los ciento sesenta y dos pares que viven en el reinado de Jacobo II poseen una renta de mil doscientas setenta y

dos libras esterlinas cada año, que es la onceava parte de la renta de Inglaterra.„

En el márgen del último nombre de lord Lineuns Clancharlie se leia esta nota, escrita por Ursus:

—*Rebelde, desterrado, bienes, castillos y dominios secuestrados. Bien hecho.*

IV

Ursus admiraba á Homo, porque es una ley natural que admiremos á lo que se nos parece. La situacion interior de Ursus era estar sordamente furioso, y gruñir era su situacion exterior; representaba el descontento de la creacion: hacer la oposicion estaba en su naturaleza, pues veia siempre resaltar ante su vista la parte mala del universo; nada de él le satisfacia por completo. Labrar los panales de la miel no absolvia á la abeja de picar; hacer abrir las rosas no absolvia al sol de proporcionar la fiebre amarilla, ni el vómito negro. Es probable que en lo íntimo de su pensamiento Ursus criticase mucho á Dios. Solo merecian su aprobacion los principios, y para eso tenia su modo especial de aplaudirlos. Una vez Jacobo II regaló á la Vírgen de una capilla católica irlandesa una lámpara de oro macizo, y Ursus, que pasaba indiferentemente por delante de ella, con Homo, más indiferente aun, se quedó admirado ante el público, y gritó:—Verdaderamente la Santa Vírgen tiene más necesidad de una lámpara de oro que los niños pobres, que van con los piés desnudos, necesitan zapatos.

Tales pruebas de *lealtad* y su evidente respeto á los poderes establecidos, contribuyeron no poco á que los magistrados tolerasen su existencia vagabunda y su alianza con un lobo. Dejaba, por debilidad amistosa, que Homo, algunas veces por la tarde, se estirase los miembros y errase con libertad alrededor de la choza; el lobo era incapaz de un abuso de confianza y se comportaba en *sociedad*, quiero decir, entre los hombres, con la discrecion de un perro de aguas: sin embargo, para no tener que habérselas con justicias de ninguna clase, porque esto era inconveniente, mantenia Ursus encadenado á Homo todo el tiempo posible. Bajo el punto de vista político, su escrito sobre el oro, que estaba ya indescifrable y poco inteligible, no era otra cosa que un embadurnamiento de fachada y no era denunciable. Hasta despues del reinado de Jacobo II y de los de Guillermo y María, pudieron ver las pequeñas ciudades de los condados de Inglaterra cómo rodaba apaciblemente su carreta. Viajaba libremente de un extremo al otro de la Gran-Bretaña, vendiendo sus filtros y sus redomas, partiendo sus habilidades de médico de plazuela con el lobo y pasando con facilidad á través de las mallas de la red de la policía, tendida en esta época por toda Inglaterra, para acabar con las partidas nómadas y particularmente para detener á su paso á los *comprachicos*.

Por otra parte esto era justo, porque Ursus no pertenecia á ningun partido. Ursus vivia solo con Ursus, esto es, consigo y dentro de sí mismo, donde un lobo metia contínuamente el hocico. Ursus ambicionaba ser caribe; no pudiéndolo ser, vivia solitario, y el solitario es un diminutivo del salvaje aceptado por la civilizacion. Pero el colmo de la soledad es la vida errante, y de esto nacia el no establecerse en ninguna parte; permanecer en algun sitio le parecia domesticarse; por eso pasaba la existencia errando por los caminos. La vista de las ciudades le aumentaba la aficion á las grandes malezas, á los bosques y las cuevas bajo las rocas, porque su domicilio predilecto era la selva, y se encontraba en su centro oyendo el rumor de las plazas públicas, que se parece bastante al murmullo de los árboles, y la multitud satisfacía hasta cierto punto su aficion al desierto. Le disgustaba de su choza que tenia puerta y ventanas y se parecia demasiado á las casas. Hubiera alcanzado su ideal á haber podido poner una caverna sobre cuatro ruedas y viajar por un antro.

Nunca se sonreia, como dijimos, pero se reia muchas veces con risa amarga. Interviene el consentimiento en la sonrisa, pero la risa es con frecuencia una denegacion.

Su gran tema era el ódio al género humano, en el que era implacable. Convencido de que la vida humana es terrible; convencido de sus calamidades, de la superposicion de los reyes sobre el pueblo, de la guerra sobre los reyes, de la peste sobre la guerra, del hambre sobre la peste y de la bestialidad sobre todo; convencido de que hay cierta cantidad de castigo en el mero hecho de existir, y reconociendo que la muerte nos libra de la vida, cuando se le presentaba un enfermo le curaba. Conocia cordiales y brevajes para prolongar la vida de los viejos. Ponia de pié á los lisiados sin

piernas ni brazos que andan arrastrando, disparándoles este sarcasmo: —Ya puedes andar con dos piés como los demás hombres, y ¡ojalá andes mucho tiempo por este valle de lágrimas!—Cuando veia á un pobre desfallecido por falta de alimento, le daba los liards que llevaba encima y le decia gruñendo:—Vive, miserable, vive y come! ¡Vive mucho tiempo!... No seré yo el que abrevíe tu presidio.—Despues de hablar así, se frotaba las manos y decia:—Hago á los hombres todo el mal que puedo.

Los transeuntes podian leer por el hueco de la ventana de detrás, en el techo de la choza, esta nota, escrita en el interior, pero visible desde fuera, y hecha con carbon con letras grandes: URSUS, FILÓSOFO.

## II.

### Los comprachicos.

I

Quién conoce ya ni sabe el sentido de la palabra comprachicos? Los comprachicos, ó comprapequeños, constituian una repugnante y extraña afiliacion nómada que fué famosa en el siglo diez y siete, que se olvidó en el siglo diez y ocho y que es ya desconocida en el diez y nueve. Los comprachicos son "como la pólvora de sucesion„; un antiguo detalle social, característico; forman parte de la antigua fealdad humana. Para la penetrante mirada de la historia, que abarca los conjuntos, los comprachicos se relacionan con el inmenso hecho de la esclavitud. Josef, vendido por sus hermanos, es un capítulo de esa leyenda. Los comprachicos han dejado su sello en las legislaciones penales de España y de Inglaterra. Se vé aquí y allá, en la confusion oscura de las leyes inglesas, la presion de ese hecho monstruoso, como se encuentra en un bosque la huella del pié del salvaje.

Los comprachicos, como ésta frase indica, se dedicaban al comercio de los niños. Los compraban y los vendian, pero no los robaban; el robo de niños constituia otra industria.

Qué hacian de los niños comprados? Los convertian en mónstruos. Para qué? Para que hicieran reir.

El pueblo tiene necesidad de reir y los reyes tambien. Es preciso que las calles tengan su titiritero y los Louvres su bufon; el primero se llama Turlupin y el segundo Triboulet.

Los esfuerzos que hace el hombre para proporcionarse alegría son muchas veces dignos de la atencion del filósofo.

¿Qué es lo que insinuamos en estas páginas preliminares? Un capítulo del más terrible de los libros, que podria titularse: *La explotacion de los desgraciados por los dichosos.*

II

Han existido niños destinados á servir de juguetes á los hombres, y existen aun. En las épocas ingénuas y feroces dichos niños constituian una industria especial. El siglo diez y siete, llamado gran siglo, fué una de esas épocas. Fué un siglo muy bizantino; tuvo la ingenuidad corrompida y la ferocidad delicada, variedad curiosa de civilizacion. Era un tigre sonriendo. Era madame Sevigné, haciendo melindres á propósito de la hoguera y de la rueda. Dicho siglo explotó á los niños en gran escala: los historiadores, aduladores suyos, han ocultado esta llaga, pero dejaron ver el remedio, que fué Vicente de Paul.

Para conseguir hacer del hombre un juguete, es preciso trabajarlo cuando es tierno; el enano se forma cuando es pequeño. Un niño derecho no divierte, pero jorobado sí. De aquí nació un arte que tuvo cultivadores. Cogian al hombre y le convertian en un aborto; cogian una cara y la convertian en un mascaron. Tasaban el crecimiento y petrificaban la fisonomía. Esta produccion artificial de casos teratológicos tenia sus reglas, era toda una ciencia. Imaginaos una ortopedia en sentido inverso. En donde Dios colocó la mirada, este arte ponia el estravismo; donde Dios puso la armonía, se establecia la deformidad; donde Dios imprimió la perfeccion, se restablecia el bosquejo; pero para los inteligentes en este arte el bosquejo era la perfeccion. Tambien reformaban á los animales. La Naturaleza es nuestro cañamazo, y el hombre siempre quiere añadir algo á la obra de Dios, y retoca la creacion, unas veces para mejorarla y otras para empeorarla. El bufon de la córte no era más que un ensayo para hacer retrogradar al hombre hasta el mono; progreso hácia atrás. Al mismo tiempo trataban de convertir el mono en hombre. La duquesa de Cleveland, condesa de Southampton, tenia por paje un mono muy pequeño. En casa de Francisca Sutton, baronesa Dudley, servia el thé un mico, vestido de brocado de oro, que lady Dudley llamaba "mi

negro„. Catalina Sidley, condesa de Dorchester, iba á sentarse al Parlamento en una carroza blasonada, detrás de la que iban de pié tres papiones de gran librea. Una de las duquesas de Medinaceli, á la que el cardenal Polus vió levantarse de la cama, hacia que le pusiese las medias un orangutan. Estos monos, ascendidos en categoría, eran el contrapeso de los hombres brutalizados y bestializados. Esta promiscuidad del hombre y del animal, que buscaban los grandes, estaba particularmente subrayada por el enano y por el perro. El enano no dejaba nunca al perro, que era siempre más grande que él: eran dos colores unidos; esta justaposicion consta por una multitud de documentos domésticos, particularmente por el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y mujer de Cárlos I.

Degradar al hombre conduce á hacerle deforme, y se completaba la supresion del estado por medio de la desfiguracion. Algunos vivisectores de esos tiempos conseguian borrar bastante bien de la faz humana la efigie divina. El doctor Conquest, miembro del colegio de Amen-Street y visitador jurado de los establecimientos químicos de Lóndres, escribió un libro en latin sobre esta quirurgia á la inversa y presenta en él sus procedimientos. Si hemos de dar crédito á Justus de Carrick-Fergus, el inventor de esta quirurgia fué un monje llamado Aven-More, palabra irlandesa que significa *Gran Rio*.

El enano del elector palatino Perkeo, cuya muñeca ó espectro sale de una caja de dar sorpresas en la caverna de Heidelberg, era un notable *specimen* de esta ciencia, muy variada en sus aplicaciones. Esta ciencia formaba séres cuya ley de existencia era monstruosamente sencilla: les daba permiso para sufrir y les mandaba divertir á los demás.

III

La fabricacion de mónstruos se practicaba en gran escala y comprendia diversos géneros. Los necesitaba el Sultan, los necesitaba el Papa; aquél para guardar sus mujeres y éste para elevar sus preces. Constituian un género aparte, que no podia reproducirse por sí mismo. Estos séres, casi humanos, eran útiles para la voluptuosidad y para la religion. El serrallo y la Capilla Sixtina consumian la misma especie de mónstruos, el primero feroces, la segunda mansos.

Se producian en esa época obras que no se producen ahora, tenia un talento del que hoy carecemos, y no sin razon hay quien cree que estamos en decadencia. Ya no se sabe esculpir en plena carne humana, y por eso el arte de los suplicios se pierde; esa época era aficionada á este género; hoy ya no existe esa aficion, y se ha simplificado dicho arte hasta el punto en que pronto quizás desaparecerá del todo. Cortaban miembros á los hombres vivos, abriéndoles el vientre, arrancándoles las vísceras; se estudiaban prácticamente los fenómenos y se hacian descubrimientos; hoy es preciso renunciar á ellos y privarnos del progreso, al qué el verdugo impulsaba á la cirugía.

La viviseccion de entonces no se limitaba á confeccionar fenómenos para las plazas públicas, bufones para los palacios, especies aumentativas del cortesano y eunucos para los sultanes y para los papas; era abundante en variedades. Uno de sus triunfos fué hacer un gallo para el rey de Inglaterra.

Era costumbre que en el palacio del rey de Inglaterra hubiese siempre una especie de hombre nocturno que cantase como el gallo. Este vigilante, que estaba en pié mientras todos los demás dormian, rondaba el palacio y lanzaba de hora en hora un cacareo de corral, repitiéndolo tantas veces como horas pregonaba, supliendo á una campana. Este hombre, promovido á gallo, sufrió para eso en su infancia una operacion en la laringe, cuya operacion está descrita en el arte del doctor Conquest. Bajo el reinado de Cárlos II, habiendo disgustado á la duquesa de Portsmouth una salivacion inherente á la operacion, se conservó ese empleo, para que no disminuyese el brillo de la corona, pero se hizo que lanzara el cacareo del gallo un hombre que no estuviese mutilado. Ordinariamente se elegia para este honroso empleo á un antiguo oficial. En el reinado de Jacobo II este funcionario se llamaba William Sampson Coq, y recibia anualmente por cantar nueve libras, dos schellines y seis sueldos. (1)

Segun refieren las memorias de Catalina II, hace apenas cien años que, cuando el czar ó su esposa estaban descontentos de algun príncipe ruso, le

(1) *Estado actual de la Inglaterra*, por el doctor Chamberlayne, 1688 Primera parte, capítulo XIII, página 179.

obligaban á que se acurrucase en la gran antecámara de palacio, y permanecia en esta postura un número determinado de dias, mayando como un gato ó cloqueando como una gallina que cobija á los polluelos y que pica en tierra el alimento.

Estas modas han pasado, pero no del todo. En la actualidad los cortesanos que cloquean por agradar modifican un poco la entonacion, y algunos recogen del suelo, por no decir del fango, lo que comen.

Por fortuna, los reyes no pueden equivocarse; así es que sus contradicciones no embarazan jamás. Aprobando sin cesar sus actos y sus palabras, con seguridad se tiene razon, lo que es muy agradable. Luis XIV no hubiera consentido ver en Versalles á un oficial parodiar al gallo ni á un príncipe imitar al pavo. Lo que realzaba la dignidad real é imperial en Inglaterra y en Rusia, le hubiera parecido á Luis el Grande incompatible con la corona de San Luis. Es muy sabido el disgusto que tomó cuando madama Enriqueta contó una noche que vió en sueños una gallina; grave inconveniencia en verdad en persona tan distinguida de la córte. Cuando se vive en palacio no se debe soñar en corrales. Recordad que Bossuet participó del escándalo del reinado de Luis XIV.

IV

El comercio de niños en el siglo diez y siete se completaba, como acabamos de explicar, con una industria. Los comprachicos hacian ese comercio y ejercian esa industria: compraban los niños, trabajaban un poco esta primera materia y la revendian en seguida.

Los vendedores eran de todas clases, desde el padre pobre de solemnidad que se desembarazaba de su familia, hasta el señor que utilizaba su ganado de esclavos. Vender los hombres era entonces cosa muy natural. En nuestros dias se han batido por sostener este derecho. Recordamos que hace menos de un siglo que el elector de Hesse vendia sus vasallos al rey de Inglaterra, que necesitaba hombres para que se los matasen en América. Acudia á casa del elector de Hesse como á casa de un carnicero á comprar carne, porque dicho elector disponia de carne de cañon. En Inglaterra, cuando mandaba en ella Jeffrys, despues de la trágica aventura de Monmouth, decapitaron y descuartizaron á muchos señores y gentiles-hombres: estas víctimas dejaron esposas é hijas, viudas y huérfanas, y Jacobo II se las entregó á la reina, su mujer. La reina vendió estas ladies á Guillermo Penn. Es probable que el rey participase de alguna remesa y del tanto por ciento. Pero lo que asombra no es que Jacobo II vendiese aquellas mujeres; lo que asombra es que Guillermo Penn las comprase.

La compra de Penn se excusa ó se explica por el motivo de que, teniendo un desierto para sembrar de hombres, necesitaba mujeres, que formaban parte de sus herramientas. Dichas ladies proporcionaron un buen negocio á su majestad la reina. Las jóvenes se vendieron muy caras. Se cree malignamente que Penn conseguiria duquesas viejas muy baratas.

Largo tiempo estuvieron semi-ocultos los comprachicos. Hay muchas veces en el órden social una penumbra que favorece á las industrias indignas y en ella viven. En el reinado de los Estuardos los comprachicos no estaban mal vistos en la córte, y en caso de necesidad la razon de Estado se servia de ellos. Para Jacobo II casi fueron un *instrumentum regni*. Fué la época en que se truncaban las familias encumbradas y refractarias, en la que se procedia con rigor en las filiaciones y en la que se suprimian bruscamente los herederos. A veces se frustraba una rama en provecho de la otra. Los comprachicos poseian el talento de desfigurar al que les recomendaba la política; desfigurar vale más que matar. Podia utilizarse tambien la máscara de hierro, pero este era un mal medio, porque no se puede poblar la Europa de máscaras de hierro, mientras que volatineros deformes recorren las calles verosímilmente: además la máscara de hierro se puede arrancar, pero la de carne no; os enmascaran para siempre con el propio semblante, y esto es muy ingenioso.

Los comprachicos trabajaban el hombre como los chinos trabajan el árbol. Tenian sus secretos, como hemos dicho, y se han perdido. Hacian desmedrar caprichosamente al sér que salia de sus manos y quedaba ridículo; retocaban al niño con tanto talento, que ni su mismo padre era capaz de reconocerle. A veces dejaban recta la columna dorsal, pero rehacian la cara; quitaban la marca á un niño, como se la quita á un pañuelo.

Los productos destinados á ser volatineros tenian dislocadas las articula-

ciones hábilmente; parecia que habian quedado sin huesos; de éstos salian los gimnastas.

Los comprachicos no solo desfiguraban el rostro de los niños, sino que les quitaban la memoria, al menos la parte de ella que podian. El niño no tenia conciencia de la mutilacion que habia sufrido; la espantosa cirugía dejaba huellas en la cara, pero no en el espíritu. Lo más que recordaba el niño era que le cogieron unos hombres, que se durmió y que en seguida le curaron. ¿De qué le curaron? lo ignoraba: de las quemaduras del azufre y de las incisiones del hierro no se acordaba. Los comprachicos, durante la operacion, adormian al niño con unos polvos especiales que pasaban por mágicos y que suprimian el dolor. Estos polvos se han conocido siempre en la China y se emplean todavía. La China se apoderó antes que nosotros de algunas de nuestras invenciones, como la imprenta, la artillería, la areostacion y el cloroformo; pero los descubrimientos que en Europa nacen y crecen, y se esparcen en seguida, convirtiéndose en prodigios y maravillas, permanecen en embrion en la China y allí se conservan muertos. La China es un bocal (1) de fetos.

Ya que hablamos de la China, vamos á ocuparnos de algo que se relaciona allí con este asunto. En la China, en todos los tiempos se ha ejercido la industria de modelar al hombre vivo. Toman un niño de dos ó tres años y le meten en una vasija de porcelana más ó menos caprichosa, que no tiene cubierta ni fondo, para que puedan pasar la cabeza y los piés. Durante el dia ponen la vasija en pié y por la noche la acuestan para que el niño duerma; de este modo el niño engruesa sin cesar, llenando con la carne comprimida y los huesos retorcidos todas los prominencias de la vasija. Este aumento dentro de la botella dura muchos años, y en un instante dado es irremediable: cuando se juzga suficiente y se cree que el mónstruo está ya formado, se rompe la vasija y el niño sale, obteniendo un hombre de la figura de un cacharro. Esto es cómodo y se puede encargar con anticipacion un enano de la figura que se desee.

V

Jacobo II toleró á los comprachicos, pero era porque los utilizaba; á lo menos esto le sucedió más de una vez. No se desdeña siempre lo que se desprecia. Esta baja industria, expediente magnífico algunas veces para la industria alta que se llama la política, permanecia voluntariamente en miserable estado, pero no era perseguida. No se la vigilaba, aunque se la prestaba cierta atencion cuando era útil. La ley cerraba un ojo y el rey abria el otro.

Algunas veces el rey llegaba á confesar su complicidad en las audacias del terrorismo monárquico. Al que querian desfigurar le flordelisaban, quitándole la marca de Dios é imprimiéndole la marca del rey. Jacobo Astley, caballero y baronet, señor de Melton, condestable en el condado de Norforlk, tuvo un hijo vendido en su familia, en cuya frente el comisario vendedor imprimió con un hierro candente una flor de lis. En ciertos casos, si se intentaba probar por medio de razones el orígen real de la nueva situacion del niño, se empleaba este medio. La Inglaterra utilizaba para sus usos personales la flor de lis.

Los comprachicos, con el matiz que separa una industria de un fanatismo, eran análogos á los extranguladores de la India: vivian entre ellos á bandadas; eran charlatanes, pero por pretexto. Así la circulacion les era mas fácil. Acampaban aquí y allá, pero eran graves y religiosos y no tenian ningun parecido á los otros nómadas; eran incapaces de robar. El pueblo equivocadamente les confundió durante mucho tiempo con los moriscos de España y con los moriscos de la China: los de España eran monederos falsos y los de la China fulleros. Nada de esto eran los comprachicos; eran gente honrada. Dígase lo que se quiera, eran sinceramente escrupulosos. Empujaban una puerta, entraban, compraban un niño, abonaban el precio y se lo llevaban.

Pertenecian á todos los paises. Con el nombre comun de comprachicos fraternizaban los ingleses, los franceses, los castellanos, los alemanes y los italianos. Uno mismo era su pensamiento, la esplotacion en comun del mismo negocio, y esto era lo que los fusionaba. En esta fraternidad de bandidos, los de Levante representaban al Oriente, los de Poniente representaban al Occidente. Muchos vascos conversaban con muchos irlandeses: el vasco y el irlandés se comprenden por hablar el antiguo dialecto púnico, y además por las relaciones íntimas de la Irlanda católica con la católica Es-

(1) Especie de redoma ancha con cuello angosto y largo. —(N. del T.)

paña, relaciones tan estrechas, que consiguieron hacer ahorcar en Lóndres á un casi rey de Irlanda, á lord de Brany, lo que produjo el condado de Letrim.

Los comprachicos constituian una asociacion más que un pueblo y más un resíduo que una asociacion. Lo formaba toda la indigencia del universo, practicando como industria un crímen. Era una especie de pueblo arlequin compuesto de toda clase de harapos. Afiliar á un hombre á él era coser un pedazo.

Vivir errantes era la ley de la existencia de los comprachicos. Aparecian y desaparecian, que el que solo vive de la tolerancia no puede hechar raices. Hasta en los reinos en los que su industria era proveedora de las córtes, y en caso necesario auxiliar del poder real, eran tratados con aspereza. Los reyes utilizaban su arte, pero echaban á las galeras á los artistas. Estas inconsecuencias constituyen el vaiven del capricho real, porque se las sufrimos.

Los comprachicos eran pobres y podian exclamar como aquella bruja flaca y andrajosa, que veia encender la hoguera donde iban á arrojarla:—Lo que van á quemar no vale tanto como la candela. Probablemente sus jefes, que eran desconocidos, esto es, los empresarios del comercio de los niños en gran escala, serian ricos. Esto no será fácil aclararlo nunca.

Los comprachicos constituian, como dijimos, una afiliacion que tenia sus leyes, su juramento y sus fórmulas, y casi casi su cábala.

El que desee enterarse á fondo de los comprachicos, que vaya á Vizcaya y á Galicia; como hubo entre ellos muchos vascos, en aquellas montañas debe conservarse su antigua leyenda. Aun hoy se habla en Oyarzun, en Urbistondo y en Leso de esta asociacion, y *Aguárdate, niño, que voy á llamar al comprachicos*, es en dicho pais todavía el grito de intimacion de las madres á sus niños. (1)

Los comprachicos se daban citas; de vez en cuando los jefes tenian conferencias. Existian en el siglo diez y siete cuatro sitios principales para verificar estos encuentros. Uno en España, en el desfiladero de Pancorbo; otro en Alemania, en la pradera llamada La Mala mujer, cerca de Diekirch, en la que hay dos bajos-relieves enigmáticos que representan á una mujer con cabeza y á un hombre sin ella; otro en Francia, en el antiguo bosque sagrado Borvo-Tomona, cerca de Bourbonne-les-Bains, y otro en Inglaterra, detrás de la pared del jardin de William Chaloner, escudero de Gisbrongh, en Cleveland, en York, entre la torre cuadrada y la pared delantera que ostenta una puerta ojiva.

## VI

Las leyes contra los vagabundos han sido siempre muy rigurosas en Inglaterra. La Inglaterra, en su legislacion gótica, parecia que se inspiraba en este principio: *Homo errans fera errante pejor*. Uno de sus estatutos califica al hombre sin asilo de "más peligroso que el áspid, el dragon, el lince y el basilisco".

La ley inglesa, por lo mismo que toleraba, como acabamos de ver, al lobo aprisionado y doméstico convertido casi en perro, toleraba tambien al vagabundo que se hacia su vasallo. No inquietaba ni al saltimbanqui, ni al barbero ambulante, ni al físico, ni al buhonero, ni al sábio al aire libre, porque tenia un oficio para poder vivir. Fuera de esto y de algunas excepciones, la clase de hombre libre que se encierra en el hombre errante daba miedo á la ley. Un hombre de paso era un enemigo público posible. La voz moderna *Flaner* no se conocia; solo se conocia la voz antigua vagar. Tener rostro sospechoso, tener ese no sé qué que todo el mundo adivina y nadie sabe definir, bastaba para que la sociedad se dirigiese á un hombre y le preguntase: Dónde vives? qué oficio tienes? Si no contestaba satisfactoriamente, tenia que sufrir duras penalidades. El hierro y el fuego estaban entonces en el Código, y la ley practicaba la cauterizacion de la vagancia.

Habia, pues, en todo el territorio inglés "una ley de sospechosos" que se aplicababa á los vagabundos, malhechores y en particular á los gypcios, cuya expulsion fué comparada, sin fundamento, á la expulsion de los judíos y de los moros en España y de los protestantes en Francia; peró nosotros no confundimos una batida con una persecucion.

Insistimos en afirmar que los comprachicos nada tenian de comun con los gypcios. Los gypcios constituian una nacion; los comprachicos eran un compuesto de todas las naciones, un resíduo, como hemos dicho, una cubeta de aguas inmundas. Estos no poseian, como los

(1) Así lo dice el autor. Esto, si non é vero é ben trovatto. —(N. del T.)

gypcios, idioma único y peculiar de ellos; su jerigonza era una promiscuidad de idiomas; todas las lenguas mezcladas formaban su lengua; acabaron por ser, como los gypcios, un pueblo que serpentea por entre los otros pueblos, pero cuyo lazo comun era la afiliacion, no la raza. En todas las épocas de la historia se han manifestado en la vasta masa líquida de la humanidad arroyos de hombres venenosos fluyendo aparte y envenenando á su alrededor. Los gypcios eran una familia; los comprachicos una francmasonería, pero no establecida para conseguir un fin humanitario, sino para crear una industria repugnante. Los gypcios eran paganos y los comprachicos cristianos, y cristianos á machamartillo, como convenia á una afiliacion que, si bien se exparcia por todos los pueblos, nació en España, pais devoto.

Eran no solo cristianos, sino católicos; no solo católicos, sino romanos, tan obstinados en su fé, que rehusaron asociarse con los nómadas húngaros de Pesth, que mandaba y conducia un anciano que llevaba un baston con puño de plata, sobre el que ostentaba el águila de Austria de dos cabezas, y sus húngaros eran cismáticos, hasta el extremo de celebrar la Asuncion el 27 de Agosto, lo que es abominable.

En Inglaterra, mientras reinaron los Estuardos, fué, como dijimos, casi casi protegida la asociacion de los comprachicos. Jacobo II, hombre fervoroso, que persiguió á los judíos y á los gypcios, fué buen príncipe para los comprachicos; ya vimos por qué: ellos compraban la carne humana que el rey les vendia; se juntaban solo para realizar desapariciones que la salud del Estado necesitaba de vez en cuando. Al heredero incómodo y de poca edad que tomaban por su cuenta, le hacian perder la forma en muy poco tiempo: esto facilitaba las confiscaciones. Las transferencias de las señorías á los favoritos así quedaban simplificadas. Los comprachicos eran además discretos y callados; prometian guardar silencio y cumplian la palabra, y esto es necesario en los asuntos del Estado. Casi no hubo ningun ejemplo de que hubiesen vendido los secretos del rey: verdad es que callaban por su propia conveniencia, porque si el rey hubiera desconfiado de ellos, hubiéranse visto en peligro inminente. Eran, pues, un resorte bajo el punto de vista de la política, y además proveian de cantores á Su Santidad. Los comprachicos eran útiles para el *miserere* de Allegri, y eran particularmente devotos de María; esto halagaba el papismo de los Estuardos, y Jacobo II no podia ser hostil á los hombres religiosos que profesaban devocion á la Vírgen, hasta el punto de fabricar eunucos. En 1688 hubo cámbio de dinastía en Inglaterra. La casa de Orange suplantó á la de Stuart. Guillermo III reemplazó á Jacobo II. Este fué á morir en el destierro y se hicieron milagros en su tumba; sus reliquias curaron al obispo de Antun una fístula, digna recompensa de las virtudes cristianas de este príncipe.

Guillermo, que no tenia ni las ideas ni las prácticas de Jacobo, fué severo con los comprachicos y puso gran voluntad para conseguir reventar semejantes sabandijas.

Un estatuto de los primeros tiempos de Guillermo y de María hirió rudamente á la afiliacion de los compradores de niños. Dió un golpe de maza á los comprachicos, que desde entonces quedaron pulverizados. Segun dicho estatuto, á los hombres de la citada afiliacion que fuesen habidos y convencidos de pertenecer á ella, se les marcaria en las espaldas una R con un hierro candente, que significaba *roque*, esto es, indigente; en la mano izquierda una T, que significaba *thief*, esto es, ladron, y en la mano derecha una M, significando *man slay*, esto es, asesino. Los jefes, ricos presuntos, aunque de aspecto de pordioseros, serán castigados con el *collistrigium*, esto es, con la picota, marcados en la frente con una P, confiscados sus bienes y arrancados los árboles de sus bosques. Los que se nieguen á denunciar á los comprachicos, serán castigados con confiscacion y prision perpétua. En cuanto á las mujeres que se encuentren con los comprachicos, sufrirán el *cucking-stool*, que consiste en una trampa, que ahora esplicaremos. Como las leyes inglesas cuentan extraña longevidad, existe todavía este castigo en Inglaterra, que hoy se impone á las "mujeres pendencieras„. Se suspende el *cucking-stool* en un rio ó en un estanque; la hacen sentar en una especie de silla, que forma dicha trampa, y dejan caer la silla en el agua, la sacan y la vuelven á introducir hasta dar con ella tres chapuzones á la mujer castigada, "para refrescar su cólera„, como dice el comentador Chamberlayne.

# LIBRO PRIMERO

## La noche menos negra que el hombre.

### I.

#### La punta del Sur de Portland.

Tenáz y huracanado viento del Norte reinó en el continente europeo, y con mayor violencia en Inglaterra, durante todo el mes de Diciembre de 1689 y durante todo el mes de Enero de 1690, produciendo el frio calamitoso de dicho invierno, "memorable para los pobres„, como quedó anotado en el márgen de la Biblia de la capilla presbiteriana de Non Jurors, de Lóndres. Gracias á la útil solidez del antiguo pergamino monárquico que se empleaba en los registros oficiales, largas listas de indigentes que se encontraron muertos de hambre y de desnudez pueden leerse aun en la actualidad en muchos repertorios locales, particularmente en los registros de la Clink liberty Court del villorrio de Sonthwark, de la Pie powder Court y de la White Chapel Court, en la aldea de Stapney. El Támesis se heló, lo que únicamente acontece una vez cada siglo. Las carretas circulaban por el rio helado y se estableció en el Támesis una féria con tiendas, en la que se verificaron combates de osos y de toros y en la que asaron un toro entero sobre el hielo, cuyo espesor duró dos meses. El terrible año de 1690 sobrepujó en vigor hasta á los célebres inviernos del principio del siglo diez y siete, que estudió minuciosamente el doctor Gedeon Delaun, al que honró la ciudad de Lóndres, elevándole un busto con pedestal largo y cuadrado; era dicho doctor boticario de Jacobo I.

Una noche, al terminar uno de los dias más helados de Enero de 1690, en una de las numerosas bahías inhospitalarias del golfo de Portland sucedia algo inusitado, que hacia lanzar gritos y dar vueltas alrededor de dicha bahía á las gaviotas y á otras aves marinas, que no se atrevian á entrar en ella.—Esta era la más peligrosa de todas las bahías del golfo cuando soplaban ciertos vientos, y por lo tanto era tambien la más solitaria y cómoda, por el peligro que ofrecia, para los navíos que desean ocultarse. Un buque viejo, cerca de los peñascos, por causa de la profundidad del agua, estaba amarrado á la punta de una roca. No debia decirse que la noche cae, sino que la noche sube, porque la oscuridad viene de la tierra. Era ya de noche en los peñascos de la costa, pero era aun de dia en lo alto del horizonte. El que se aproximara á la embarcacion amarrada hubiera visto que era una urca de Vizcaya.

El sol, medio cubierto de nubes durante todo el dia, acababa de desaparecer. Empezaba á sentirse esa angustia profunda que pudiera llamarse la ansiedad del sol ausente. No soplaba el viento del mar, la bahía estaba en calma; esto en invierno era una dichosa excepcion. Los puertecillos de Portland son todos ensenadas peligrosas; el mar alborotado se agita dentro de ellos, y se necesita habilidad y ser prácticos para atravesarlos con seguridad; esos puertecillos, más aparentes que reales, hay que mirarlos con prevencion, porque es temible su entrada y es terrible su salida. Esta noche, por casualidad, no ofrecian peligro alguno.

La urca de Vizcaya era un antiguo navío que no se usaba ya. Esta urca, que prestó servicios hasta á la marina militar, tenia cáscara robusta; era barca por la dimension y navío por la solidez, y figuró en la Armada: la urca de guerra es verdad que pagaba fuertes derechos de tonelaje; la capitana Gran Griflon, montada por Lope de Medina, era de seiscientas toneladas y llevaba cuarenta cañones; pero la urca mercante y contrabandista era una muestra insignificante de la de guerra. Sin embargo, las gentes del mar estimaban y consideraban á este navío mezquino. Las cuerdas de la urca eran de cáñamo, y algunas tenian el alma de hilo de alambre, lo que indicaba la probable intencion, pero poco científica, de obtener indicaciones en los casos de tension magnética; la delicadeza de las cuerdas no excluia el tener los gruesos cables de trabajo, las cábrias de las galeras españolas, ni los cameli de los *trirremi* romanos. La caña del timon era larga y tenia la ventaja del gran brazo de una palanca, pero tambien el inconveniente del pequeño arco de esfuerzo; dos tornos con dos clavos al extremo de la caña corregian este defecto y reparaban la pérdida de fuerza. La brújula estaba bien situada en un almario pequeño, perfectamente cuadrado, y se balanceaba bien entre dos cuadros de cobre, colocados



LA MATUTINA, URCA DE VIZCAYA

el uno sobre el otro horizontalmente.

Era científica y sutil la construccion de la urca, pero de ciencia ignorante y de sutilidad bárbara. La urca era primitiva como la prame y como la piragua; tenia la estabilidad de la primera y la ligereza de la segunda, y como todas las embarcaciones hijas del instinto del pirata ó del pescador, poseia buenas cualidades marítimas; lo mismo servia para el agua cerrada que para el agua abierta: su juego de velas, complicado con estais, le permitia navegar á paso lento por las bahías cerradas de Astúrias, que son casi estanques, y con velocidad en alta mar; podia dar la vuelta á un lago y la vuelta al mundo; naves singulares, que tienen dos objetos: que sirven para el estanque y sirven para la tempestad. La urca era entre los navíos lo que es la nevatilla entre las aves: uno de los pájaros más pequeños y uno de los más atrevidos: cuando se posa la nevatilla, apenas mueve la caña, y cuando vuela, atraviesa el Océano.

Las urcas de Vizcaya, hasta las más pobres, estaban pintadas y doradas. La aficion á pintarrajear es propia de esos hermosos pueblos semi-salvajes.

Volvamos á ocuparnos de Portland, áspera montaña del mar. La semi-isla de Portland, contemplada en el plano geométrico, presenta el aspecto de una cabeza de pájaro, cuyo pico está vuelto hácia el Océano y el occipucio hácia Weymonth: el istmo forma su cuello.

Portland existe hoy para la industria; sus costas fueron descubiertas por los canteros y los yeseros hácia la mitad del siglo diez y ocho. Desde esa época, de las rocas de Portland se hace el cimiento romano, explotacion útil que enriquece al pais y que desfigura la bahía. Antiguamente estas costas eran montañas, hoy están en ruinas como una cantera; la piocha las muerde y las olas las desgastan, lo que las quita parte de su belleza. Al desgaste magnífico del Océano ha sucedido el golpe acompasado del hombre, y este golpe ha suprimido la pequeña bahía donde estaba amarrada la urca de Vizcaya. Para encontrar algun vestigio de su demolicion, es preciso ir á la costa oriental de la semi-isla, hácia la punta, más allá de Wakeham, entre Church-Hop y entre Sonthwell.

La bahía iba quedando de minuto en minuto más invadida por la oscuridad; la turbia bruma, propia del crepúsculo, se hacia muy espesa, como el aumento de oscuridad en el fondo de un pozo; la salida al mar de la bahía, que era un estrecho corredor, dibujaba en su interior, donde las ondas se movian, una hendidura blanquecina. Era preciso estar muy cerca para distinguir la urca amarrada á los peñascos y oculta por el inmenso manto de la sombra. Una tabla arrojada desde la orilla á una salida baja y llana del monte, único desembarcadero, ponia en comunicacion á la barca con la tierra: formas negras andaban y cruzaban por dicho puente movedizo y se embarcaban en la oscuridad.

Hacia menos frio en la bahía que en el mar, gracias al parapeto de rocas levantado al Norte de este estanque, disminucion de frio que no impedia que las gentes tiritasen y que se apresurasen á llegar á la urca.

Los efectos del crepúsculo dibujaban las formas y los trajes de dichas gentes, dando á conocer que pertenecian á la clase llamada en Inglaterra *The ragged*, esto es, de los andrajosos.

Se distinguia vagamente en los relieves de la montaña peñascosa un sendero que torcía. Dicho sendero, tortuoso y casi pendiente, más á propósito para cabras que para hombres, conducia á la plataforma donde estaba colocada la tabla que servia de puente. Los senderos de los montes tienen un declive que repele; parecen, más que un camino, una caida; parece que caigan, no que desciendan. Este, que era sin duda una ramificacion de algun camino de la llanura, era desagradable á la vista, por ser muy vertical. Desde bajo se le veia empinarse por medio de zig-zags á los sitios más altos de la montaña, en donde desemboca á través de las rocas: por ese sendero debieron haber venido los pasajeros que esperaba la urca en la bahía.

Exceptuando el movimiento del embarque, todo estaba allí silencioso y solitario. No se percibia ni un soplo, ni un paso, ni un ruido. Distinguíase apenas á la otra parte de la rada, á la entrada de la bahía de Ringstead, una flotilla, evidentemente extraviada, compuesta de barcos para pescar tiburones. Esos bajeles polares fueron arrojados de las aguas danesas á las aguas inglesas por los caprichos del mar. Los vientos boreales se burlan de los pobres pescadores; éstos iban á refugiarse al surgidero de Portland, signo de que presumian el mal tiempo y el evidente peligro; entonces estaban anclando. La embarcacion principal, colocada como vigilante, segun la antigua costumbre de las floti-

llas noruegas, dibujaba en negro toda su tripulacion sobre la llanura lisa de la mar, y se veia á la parte de delante la horca de pescar cargada de todos los garfios y harpones destinados á coger al *seymnus glacialis*, al *sgnalus acanthias* y al *sgnalus spinax niger*. A excepcion de algunas embarcaciones cercanas refugiadas en el mismo rincon, la vista no distinguia moverse nada más en el vasto horizonte de Portland: no habia ni una casa ni un navío. La costa no estaba habitada en esta época, y la rada no era habitable en esta estacion.

Aunque ofrecia buen aspecto el tiempo, los séres que iba á transportar la urca de Vizcaya apresuraban la partida. Formaban á la orilla del mar una especie de grupo, movedizo y confuso, que se gobernaba con rapidez, pero que era imposible distinguir uno de otro á aquellos séres, ni conocer si eran viejos ó jóvenes. La noche indistintamente los confundia, borrando casi sus contornos. La sombra era la máscara que llevaban puesta en la cara. Eran ocho y habia probablemente entre ellos una ó dos mujeres, difíciles de reconocer entre las desgarraduras y los andrajos que cubrian á todo el grupo, cuyos vestidos ridículos no eran trajes de mujeres ni de hombres, porque los harapos no tienen sexo.

Una sombra pequeña, que iba y venia entre las mayores, indicaba que era un enano ó un niño.

Era un niño.

## II.

### Aislamiento.

Observando el grupo de cerca, hé aquí lo que se distinguia en él. Todos los que le formaban llevaban capas largas agujereadas y remendadas, pero dobles, para que en caso necesario les tapasen hasta los ojos y les preservaran de los vientos huracanados y de la curiosidad: bajo esas capas se movian con agilidad. La mayoría de ellos llevaba un pañuelo enrollado al rededor de la cabeza, rudimento en el que empieza el turbante en España; ir de este modo no era extraño en Inglaterra: en esta época el Mediodía era de moda en el Norte; quizás sucederia así, porque el Norte batia al Mediodía y triunfando le admiraba. Despues de la derrota de la Armada, el castellano en el palacio de Isabel fué la elegante lengua extranjera introducida en la córte. Hablar inglés en el palacio de la reina de Inglaterra era "Shocking„. (1) Participar de las costumbres de los vencidos, es hábito constante del vencedor bárbaro frente á frente del vencido hábil; el tártaro contempla é imita al chino: por eso las modas castellanas penetraron en Inglaterra, y los intereses ingleses se infiltraron en España.

Uno de los hombres del grupo que se embarcaba tenia aire de jefe: calzaba alpargatas y lucía andrajos de pasamanería y dorados y un chaleco de paja gruesa, reluciendo bajo la capa como un vientre de pescado. Otro bajaba hasta la cara un fieltro en forma de sombrero; dicho fieltro no tenia agujero para la pipa, lo que indicaba pertenecer á un hombre letrado.

El niño, por encima de los harapos, llevaba un chaqueton de grumete que le llegaba hasta las rodillas; por su talla parecia tener de diez á once años; iba con los piés desnudos.

La tripulacion de la urca se componia de un patron y de dos marineros. La urca venia de España y volvia á ella. Desempeñaba, sin duda alguna, de una parte á otra servicios furtivos.

Las personas que conducia cuchicheaban entre sí; en este cuchicheo sonaban palabras de muchas lenguas, castellanas, francesas, alemanas, gallegas y vascas; constituian un *patois*, una especie de caló.

Esas gentes parecian pertenecer á todas las naciones, pero á un mismo bando; la tripulacion probablemente tambien lo seria; habia connivencia en el embarque. Esta tropa pintoresca parecia ser una compañía de camaradas ó quizás un monton de cómplices.

Si hubiese sido de dia, ó se mirase con curiosidad y de muy cerca, se hubiera visto que llevaban rosarios y escapularios escondidos entre los harapos. Uno de ellos, que se mezclaba en el grupo y que parecia mujer, llevaba un rosario muy parecido, por lo abultado de los granos, á un rosario de derviche, y era un rosario irlandés que se llama Llanandiffry.

Se hubiera podido ver tambien, si hubiese menos oscuridad, una Nuestra Señora con el Niño en brazos, esculpida y dorada en la parte delantera de la urca; probablemente seria alguna Vírgen vasca. Haciendo las veces de mascaron de proa, habia en dicho sitio una especie de jaula para poner fuego, que

(1) Cursi.

estaba apagado en este instante por exceso de precaucion, que indicaba el cuidado que ponian en permanecer ocultos; dicho aparato indudablemente les servia para dos fines; cuando le encendian ardia por la Vírgen y daba luz al mar, y era un fanal que desempeñaba funciones de cirio.

El tajamar, largo y agudo junto al bauprés, salia por delante como una media luna; en el nacimiento del tajamar y á los piés de la Vírgen habia un ángel arrodillado y pegado al estrave, con las alas plegadas y mirando al horizonte con un anteojo. El ángel tambien era dorado como la Vírgen. Habia en el tajamar agujeros y claraboyas para dejar pasar las olas y para dar ocasion á dorados y arabescos.

Al pié de la Vírgen estaba escrita en letras mayúsculas la palabra *Matutina*, nombre del navío, ilegible en este momento en que reinaba la oscuridad.

Al pié del monte peñascoso estaba depositado, en desórden y con la confusion de la partida, el cargamento que iban á llevar esos viajeros, y que, gracias á la tabla que les servia de puente, pasaba con rapidez de la costa á la barca. Sacos de bizcochos, una banasta de *stock-fish*, una caja de portativa *soup*, tres barriles de agua dulce, uno de cebada, uno de alquitran, cuatro ó cinco botellas de cerveza, maletas, cofres, una bala de estopa para las antorchas y para las señales, todo esto constituia el cargamento de las gentes embarcadas. Estos andrajosos llevaban maletas, lo que indicaba que su existencia era nómada; los indigentes ambulantes se ven obligados á poseer algo; muchas veces quisieran volar como los pájaros, pero no pueden sin perder su modo de ganar la vida; poseen necesariamente cajas de útiles é instrumentos de trabajo, cualquiera que sea su profesion errante; bagaje que embaraza en más de una ocasion.

Les habria sido difícil transportar todo ese equipaje á la falda del monte peñascoso, y hacerlo así revelaba la intencion de una partida definitiva. No perdian el tiempo; aquello era un contínuo pasaje de la ribera á la barca y de la barca á la ribera; cada cual tomaba su parte en esta faena; uno llevaba un saco, otro un cofre. Las mujeres posibles ó probables en aquella promiscuidad, trabajaban como los hombres; tambien cargaban al niño.

Era dudoso que este niño tuviera padre ni madre en aquel grupo, porque no daban señales de vida y le hacian trabajar mucho. Parecia, no el hijo de una familia, sino el esclavo de una tribu; servia á todos y nadie le hablaba. Trabajaba con ligereza y, como los otros, parecia no tener más que un pensamiento, embarcarse pronto. ¿Sabia por qué? Probablemente no. Se apresuraba maquinalmente, porque veia que los demás se apresuraban.

La urca tenia el castillo con cubierta de popa. La colocacion del cargamento en la cala se ejecutó con prontitud; iba á llegar el momento de levar velas. La última caja habia ya pasado el puente; solo faltaban ya embarcar algunos hombres. Las dos que parecian mujeres estaban ya á bordo. Quedaban seis, y entre ellos el niño, en la plataforma baja del Norte. Llegó el momento de partir: el patron cogió el timon y un marinero tomó una hacha para cortar el cable de la amarra. Cortarlo indica prisa: cuando el tiempo no apremia, no se corta, se desanuda.—Vamos, dijo á media voz el que parecia jefe de los seis y que llevaba lentejuelas entre los harapos: el niño se lanzó á la tabla para pasar el primero; cuando ya ponia el pié en ella, dos de aquellos hombres, echándose encima uno de otro con peligro de arrojar el niño al agua, entraron en el puente antes que él, un tercero le apartó con el codo y pasó, el cuarto le rechazó con el puño y siguió al tercero, y el quinto, que era el jefe, saltó en vez de entrar en el puente, y al saltar rechazó con el talon la tabla, que cayó al mar: un hachazo cortó la amarra, la caña del timon giró, el navío salió de la bahía y el niño se quedó en tierra.

## III.

### Soledad.

El niño permaneció inmóvil sobre las rocas y con la mirada fija en la urca, pero ni dijo una palabra ni llamó á nadie. En el navío reinaba tambien profundo silencio; ni lanzó un grito el niño para que le oyesen aquellos hombres, ni éstos dieron el adios de despedida á aquél; fué como aceptacion muda del intervalo que los separaba. El niño estaba como clavado en las rocas, que la marea alta empezaba á mojar, y miraba alejarse la embarcacion.

Un momento despues la urca llegó al estrecho de salida de la bahía y penetró en él. Se percibió la punta del mástil

destacándose en el cielo claro por encima de los bloques hendidos, entre los que serpenteaba el estrecho como entre dos murallas. Dicha punta erró un momento por encima de las rocas y despues pareció que se hundia, y ya no se la vió: la embarcacion habia entrado ya en la alta mar.

El niño vió cómo se perdia de vista y quedó asombrado, pero pensativo; á su estupor se mezclaba una sombra, que era la manifestacion de la vida; parecia que tuviese experiencia ese sér que empezaba á vivir, y acaso juzgaba ya. Esta, cuando se adquiere demasiado pronto, hace nacer muchas veces en el fondo oscuro de la reflexion de los niños no sé qué terrible balanza en la que esas tiernas almas pesan á Dios.

Como se encontraba inocente, se conformaba sin quejarse.

El que es irreprochable no reprocha. Esta brusca eliminacion que él hacia de sí mismo no le arrancó ni un solo gesto; sentia como una tiesura interior: ante la vía de hecho de la suerte, que parecia querer sacrificar su existencia, casi antes de empezarla, el niño no se dobló. Recibió de pié el rayo.

Era cierto y seguro, para el que viese su asombro y su falta de miedo, que en el grupo que le abandonó ningun sér le queria y que él tampoco queria á ninguno. Estaba tan pensativo que no le hacia mella el frio. De repente el agua le mojó los piés: subia la marea; un fuerte soplo agitó su cabello; el viento huracanado empezaba á levantarse. Se extremeció y sintió un escalofrío por todo el cuerpo, que se despertó, digámoslo así.

Miró por todas partes á su alrededor y se encontró solo.

Para él hasta entonces no habian existido en la tierra más hombres que los que en aquel momento estaban en la urca, y esos hombres habian desaparecido; añadamos á esto una circunstancia muy extraña, que estos hombres que conoció le eran desconocidos tambien; no podia decir qué eran.

La infancia la pasó entre ellos, sin tener conciencia de ser de los suyos; estuvo superpuesto y nada más.

Esos hombres le dejaban olvidado.

Este niño no tenia dinero; llevaba los piés descalzos y el cuerpo apenas vestido, y no podia contar ni con un pedazo de pan. Era en el invierno y de noche, y era preciso andar muchas leguas para encontrar una casa habitada, y además, ignoraba dónde estaba.

Solo sabia que los que con él vinieron á bordo por ese mar, se marcharon sin él.

Se creyó puesto fuera de la vida; sintió no ser hombre: el pobrecillo solo contaba diez años. Estaba en un desierto, entre profundidades, desde las que veia subir la noche y desde las que oia gruñir las olas.

Estiró los bracecillos flacos y bostezó.

Despues, bruscamente, como el que se decide por un partido, atrevido, desentumeciéndose y con la agilidad de la ardilla—del clown quizás,—dió las espaldas á la bahía y se subió por el monte peñascoso. Escaló el sendero, le dejó, volvió á él alerta y arriesgándose. Andaba tan de prisa que cualquiera hubiera dicho que llevaba su itinerario, y, sin embargo, no iba á ninguna parte. Se apresuraba sin ir á punto fijo: era una especie de fugitivo que huia del destino. Trepaba por las escarpaduras de Portland, que estaban hácia el Sur, cuando casi ya no quedaba nieve en el sendero. La intensidad del frio habia convertido dicha nieve en un polvo incómodo para el que andase por allí. El niño lo sufrió, á pesar de que su traje de hombre, demasiado grande para él, le incomodaba. Algunas veces pisaba rocas que no estaban á plomo ó algun declive helado que le hacian caer, y se agarraba á una rama seca ó á una salida de piedra, despues de pender del abismo durante algunos instantes. Una vez se cogió á una abertura de una pared, que se hundió bruscamente y que le arrastró en su demolicion; estos hundimientos son pérfidos. El niño se resbaló durante algunos momentos como una teja sobre un tejado, y estuvo al borde del precipicio, pero empuñando á tiempo una espesa mata de yerba se salvó. El peligro del abismo no le hizo lanzar ni un grito, como tampoco lo habia lanzado al ver huir á aquellos hombres; se aseguró más, y silencioso continuó la subida; como el terreno escarpado estaba á gran altura, le sucedieron algunas peripecias durante la ascension. La oscuridad agravaba el precipicio. Las rocas verticales no concluian jamás.

Parecia que retrocedian ante el niño en la profundidad de su altura; á medida que éste subia, la cumbre parecia tambien subir. Trepando ascendia por la inmensa mole de rocas, colocada como una barrera entre el cielo y él. Por fin

llegó á la cima y saltó á su llanura: casi hubiera podido decir que tomó tierra, porque salia del precipicio.

Apenas llegó á lo alto tiritó de frio; sintió un viento fuerte que le azotaba el rostro; era el Nordeste que soplaba, y estrechó contra su pecho su chaqueton de grumete.

El niño, en cuanto llegó á la esplanada, sentó con firmeza sus piés desnudos sobre el suelo helado y miró á todas partes.

Detrás de él estaba el mar, delante la tierra y encima de su cabeza el cielo; pero un cielo sin astros, porque una bruma opaca mascaraba el zenit.

Al llegar á lo más alto de las rocas se encontró frente á la parte de tierra y la contempló: se presentaba á su vista llana, helada, cubierta de nieve. No distinguia caminos ni casas, ni una cabaña de pastores, nada. Veia que daban vueltas en espiral descoloridos torbellinos de nieve fina, que arrancaba del suelo el viento y se volaban. La sucesion de las ondulaciones del terreno, que aparecian brumosas, se plegaba en el horizonte. Las grandes y deslucidas llanuras se perdian entre la blanca niebla. Reinaba profundo silencio: éste se extendia como el infinito y callaba como la tumba.

El niño se volvió hácia el mar. El mar estaba blanco como la tierra, aquel de espuma, éste de nieve, y nada es tan melancólico como la luz que proyecta esta doble blancura. Esos brillos de la noche presentan solideces muy tersas; la mar era de acero y los montes de peñascos de ébano. Desde la altura donde estaba el niño aparecia la bahía de Portland casi como en un mapa descolorido entre su semicírculo de colinas; parecia soñado ese paisaje nocturno. La luna presentaba el aspecto de una redondez pálida enganchada en un alzapaño oscuro. De un extremo al otro de esta costa no se apercibia ni un solo centelleo que indicase hogar encendido, ventana alumbrada ó casa habitada. Estaba ausente la luz de la tierra como del cielo; ni habia una lámpara abajo ni un astro arriba. Los aplanamientos de las olas en el golfo tenian aquí y allá levantamientos súbitos. El viento turbaba y deshacia la superficie tersa del mar en este sitio. Se veia aun al navío huir de la bahía, el que formaba como un triángulo negro resbalando sobre ella. En lontananza y confusamente grandes extensiones de agua se meneaban en el claro-oscuro siniestro de la inmensidad.

La *Matutina* andaba con velocidad: se la veia disminuir de tamaño de minuto en minuto, y nada es tan rápido como la desaparicion de un navío en las lontananzas del mar.

En un momento dado encendió el fanal de proa; es probable que le inquietase la oscuridad que reinaba á su alrededor y que el piloto juzgase indispensable alumbrar las olas. Ese punto luminoso se veia de lejos adherido lúgubremente á la alta y negra forma de la urca. Parecia una sábana puesta de pié y en marcha por medio del mar, que envolviese á alguno que rodase llevando en la mano una estrella.

Habia en la atmósfera síntomas de huracan; el niño esto no lo conocia, pero un marino hubiese temblado. Eran los minutos de anticipada ansiedad en los que parece que los elementos vayan á convertirse en personas, y que vamos á asistir á la transfiguracion misteriosa del viento en Aquilon. El mar vá á ser Océano, las fuerzas van á trocarse en voluntades, lo que se considera como una cosa en un alma, y vamos á presenciarlo. De aquí nace el horror que nos acomete. El alma del hombre tiene esta confrontacion con el alma de la naturaleza.

El caos estaba próximo á manifestarse. El viento, quebrantando la niebla y amontonando las nubes por detrás de ella, disponia la decoracion del drama terrible de las olas y del invierno, que se llama una tempestad de nieve.

Estos síntomas los manifestaban los navíos entrantes; á los pocos minutos la rada ya no estaba desierta. A cada instante se veian surgir los mástiles de los buques, que venian á buscar refugio. Unos doblaban el Portland Bill, otros el Saint-Atbans Head. Llegaban velas de todas partes. Por el Sur la oscuridad se condensaba, y grandes y llenas nubes se aproximaban al mar. El peso de la tempestad, pendiente y cayendo á plomo, apaciguaba lúgubremente el oleaje. No era momento oportuno para aventurarse en alta mar; la urca, sin embargo, habia partido ya.

Puso la quilla hácia el Sur, estaba ya fuera del golfo y en alta mar. De repente el viento soltó terribles ráfagas; la *Matutina*, que aun se veia de lejos, se llenó de velas, como resuelta á afrontar el huracan. Reinaba el Noroeste, viento cazurro y colérico, que se lanzó sobre la urca como principiando á encarnizarse con ella; la urca, cogida por un lado, se inclinó, pero no titubeó, y continuó su ve-

loz carrera por lo largo del mar. Parecia esto indicar que el buque, en vez de viajar, huia; que tenia menos miedo al mar que á la tierra, y que le asustaba más la persecucion de los hombres que la de los vientos.

La urca, pasando por todos los grados de disminucion, se hundió en el horizonte; la pequeña estrella que hacia brillar en la oscuridad palideció, y el buque, cada vez más confundido con la noche, desapareció, desapareció completamente.

El niño lo comprendió muy bien y dejó de mirar al mar, volviendo la vista hácia las llanuras, hácia la tierra arenisca, hácia las colinas y hácia todas las partes en que quizás fuera posible encontrar algun sér viviente. Y echó á andar en busca de ese desconocido.



## IV.

### Preguntas.

Qué era esa especie de cuadrilla que huia abandonando un niño? ¿Eran comprachicos los que se evadian?

Ya vimos antes las medidas que tomó Guillermo III y que votó el Parlamento contra los malhechores, hombres y mujeres, llamados comprachicos, comprapequeños y cheylas.

La legislacion los dispersaba; dichos estatutos, cayendo sobre ellos, determinó una fuga general, no solo de comprachicos, sino de vagabundos de todas clases. La mayoría de los comprachicos volvió á España, porque, como dijimos, muchos de ellos eran vascos.

Esa ley protectora de la infancia dió un primer resultado extraño; el súbito abandono de los niños.

Ese estatuto penal produjo inmediatamente una multitud de niños encontrados, de niños perdidos, y se comprende muy bien. Cualquier partida nómada que llevase un niño era sospechosa; el mero hecho de la presencia de un muchacho la denunciaba. "Serán comprachicos„, es lo primero que les ocurria al sheriff, al preboste y al condestable, y empezaban los arrestos y las pesquisas. Gentes que solo eran pordioseras, pero obligadas á vagar y á mendigar, tenian que pasar por comprachicos, aunque no lo fuesen, porque los débiles creen siempre que comete todos los errores posibles la justicia. Por otra parte las familias vagabundas son habitualmente asustadizas. Se reprochaba á los comprachicos la explotacion de los hijos agenos, pero son tales las promiscuidades de la penuria y de la indigencia, que muchas veces le era difícil á un padre y á una madre probar que un niño suyo era su hijo.—De quién teneis este hijo?—¿Cómo probar que de Dios? Los niños, pues, eran un peligro y se desembarazaban de él; huir solos era más fácil. El padre y la madre se decidian á perderle y le dejaban, ya en un bosque, ya en una playa, ya dentro de un pozo. Se encontraron en las cisternas muchos niños ahogados.

Añadamos á esto que, imitando á Inglaterra, se perseguia desde entonces á los comprachicos por toda Europa. Se habia dado el impulso de la persecucion al cascabel atado. Habia emulacion por cogerlos entre todas las policías, y el alguacil no vigilaba menos que el condestable. Se podia leer aun hace veintitres años, en una piedra de puerta de Otero, una inscripcion intraducible—el Código en sus frases anima á la honradez,—en la que estaba, con una gran diferencia penal, el castigo para los que ejercian el comercio de niños y para los que los robaban. Hé aquí la inscripcion castellana: *Aquí se quedan las orejas de los comprachicos y las bolsas de los robaniños, mientras que ellos van al mar á los trabajos forzados.*

Como se vé, el confiscarles las orejas y demás no impedia que fueran destinados á las galeras. Por eso dieron los vagabundos el grito de: ¡Sálvese el que pueda!; huian asustados y llegaban temblando. En todo el litoral de Europa se espiaba á los que llegaban furtivamente, y era imposible para una cuadrilla embarcarse con un niño, porque desembarcar con él era muy peligroso. Abandonar á un niño era muy fácil y muy rápido.

¿Quiénes eran los que abandonaron á aquel niño en las soledades de Portland? Comprachicos, segun todas las apariencias.

## V.

### El árbol de humana invencion.

Eran las siete de la noche: el viento á esa hora disminuia, lo que era signo de recrudescencia próxima. El niño se encontraba en la extrema altura llana del Sur de la punta de Portland.

Portland es semi-isla; pero el niño desconocia esto, lo mismo que ignoraba el nombre de ella. Solo sabia que se puede andar hasta que se cae. Una no-

cion es un guía, pero él no tenia ninguna nocion. Le llevaron allí y allí le dejaron. *Le llevaron* y *allí* eran los dos enigmas que representaban su destino; *le llevaron* era el género humano, y *allí* era el universo para él. No tenia en el mundo absolutamente otro punto de apoyo que la escasa cantidad de tierra en que descansaba los talones, tierra dura y fria para sus piés desnudos. En el inmenso mundo crepuscular, abierto por todas partes, ¿qué habia para este niño? Nada. Iba, pues, hácia ese Nada. El inmenso abandono de los hombres se extendia á su alrededor.

Atravesó diagonalmente la primera llanura alta, despues la segunda, luego la tercera. A la extremidad de cada una el niño encontraba una quebradura del terreno; la pendiente era algunas veces abrupta, pero siempre corta. Las altas llanuras desnudas de la punta de Portland se parecen á las grandes losas, medio encajadas unas con otras; la de la parte del Sur parece que entra en la llanura precedente, y la de la parte del Norte se levanta sobre la siguiente, y formaban salidizos que el niño franqueaba con agilidad. De vez en cuando se paraba, como si celebrase consejo consigo mismo. La noche era más oscura cada instante; su rayo visual se acortaba y el niño solo veia ya á pocos pasos de él.

De repente se paró, escuchó un momento, hizo imperceptible movimiento de cabeza de satisfaccion, volvióse con viveza y se encaminó á una eminencia de mediana altura, que apercibia confusamente á su derecha en el punto de la llanura más próximo al monte. Habia encima de ella una configuracion que á través de la bruma parecia un árbol. El niño acababa de oir por ese lado un ruido que no lo producian el viento ni el mar; no era tampoco grito de animales. Creyó que allí habia álguien. En poco tiempo bajó del montículo. En efecto, allí habia alguno.

Lo que era confuso desde la cumbre de la eminencia, era ya ahora visible para él. Era algo así como un gran brazo que salia de bajo de tierra enteramente recto: á la extremidad superior de dicho brazo se alargaba horizontalmente una especie de índice sostenido por bajo por el pulgar: ese brazo, ese pulgar y ese índice se destacaban en el cielo como una escuadra. En el punto de union del índice y del pulgar habia un hilo, del que estaba pendiente un no sé qué negro é informe; este hilo, movido por el viento, hacia el ruido de una cadena, y este fué el ruido que el niño oyó.

Visto de cerca el hilo, era lo que su ruido anunciaba, una cadena; cadena marítima con anillos semillenos.

Por la misteriosa ley de la amalgama, que en la naturaleza sobrepone las apariencias á las realidades, el sitio, la hora, la bruma, el mar trágico y los lejanos tumultos ópticos del horizonte, añadiéndose á la silueta, la hacian enorme.

La masa atada á la cabeza era semejante á una vaina; estaba envuelta como un niño entre pañales, pero era larga como un hombre; en la parte alta presentaba una redondez, alrededor de la que se rollaba el extremo de la cadena. La vaina estaba hecha pedazos por la parte inferior; por estas roturas asomaban como trozos de carne.

Ligero viento agitaba la cadena y hacia balancear á lo que de ella pendia; aquella masa pasiva obedecia á los movimientos difusos de los espacios, causaba no sé qué pánico, sin duda el del horror que desproporciona los objetos, robándoles casi la dimension y dejándoles el contorno; era aquella masa una especie de negrura que tenia un aspecto; estaba la noche encima, y dentro de ella era una presa para el engrandecimiento sepulcral; los crepúsculos, las salidas de la luna, los descensos de las constelaciones por detrás de las montañas, las flotaciones del espacio, las nubes y todos los vientos, concluyeron por entrar en la composicion de aquella nada visible; aquella especie de bloque suspendido en el viento participaba de la impersonalidad que se esparcia á lo lejos sobre el mar y por el cielo, y las tinieblas acababan de anonadar aquella cosa que habia sido un hombre.

Pero no lo era ya. Ser un resto es incomprensible. No existir y persistir; estar en el abismo y fuera de él; reaparecer por encima de la muerte, como insumergible, encierra cierta cantidad de imposible mezclada á semejantes realidades. Este sér—pero, ¿puede llamarse sér?—este testimonio negro, era un resto, y un resto terrible. De qué? primero de la naturaleza y despues de la sociedad. Cero y total.

La inclemencia absoluta disponia de él á discrecion; los profundos olvidos de la soledad le rodeaban; estaba entregado á las aventuras de lo desconocido; sin defensa contra la oscuridad, que

hacia de él lo que queria; era siempre el paciente y los huracanes le batian.

Estaba allí entregado al saqueo. Sufria el hecho horrible de pudrirse al aire libre; estaba fuera de la ley del sepulcro; á su anonadamiento le faltaba la paz. Se convertia en ceniza en el verano y en barro en el invierno. La muerte debe cubrirse con un velo, la tumba debe tener pudor; aquí ni existia el pudor ni el velo. La putrefaccion cínica es consentida; es descarada la muerte cuando expone su obra é insulta á todas las serenidades de la oscuridad, cuando trabaja fuera de la tumba, que es su laboratorio.

Cuando espiró ese sér le despojaron. Despojaron á un despojo. El tuétano no estaba ya en sus huesos, ni las entrañas en su vientre, ni la voz en su garganta. Un cadáver es una bolsa que la muerte revuelve y vacía, si en él existió un yó. Dónde está ahora ese yó? Quizás allí aun, y es doloroso pensar esto. Algo errante alrededor de algo encadenado. ¿Puede figurarse en la oscuridad un lineamiento más fúnebre?

Existen aquí bajo realidades que son como puntos de partida hácia lo desconocido, por los que la salida del pensamiento parece posible y por los que se precipita la hipótesis. La conjetura tiene su *compelle intrare*. Si pasamos por ciertos lugares y ciertos objetos, nos paramos, siendo presa de ciertos pensamientos, y dejamos que el espíritu avance hasta su fondo. Existen en lo invisible oscuras puertas entreabiertas. Ninguno que se encuentre con dicho cadáver dejará de meditar.

La vasta dispersion le gastaba silenciosamente; poseyó sangre, que le bebieron; piel, que le han comido, y carne, que le han robado. Nada pasó cerca de él sin tomarle algo. Diciembre le prestó el frio, la media noche el espanto, el hierro el orin, la peste los miasmas; su lenta disgregacion era un derecho de peaje que pagaba el cadáver á los vientos, á la lluvia, al rocío, á los reptiles y á las aves. Todos los sombríos manes de la noche habian hozado aquel cadáver. Era éste no sé qué extraño habitante de la noche. Estaba y no estaba en la llanura, sobre una colina. Era palpable y evaporado. Estaba en la oscuridad, completando las tinieblas. Despues de desaparecer el dia estaba lúgubremente acorde con todo lo demás, en la vasta y silenciosa oscuridad. Aumentaba, solo estando allí, el luto de la tempestad y la calma de los astros. Resto abandonado de incógnito destino, estaba acorde con las feroces reticencias de la noche, y su misterio encerraba una reverberacion vaga de todos los enigmas.

A su alrededor parecia que disminuia la vida: en las extensiones que le rodeaban habia tambien disminucion de certidumbre y de confianza. El temblor de las malezas y de otras matas daban melancolía y ansiedad y apropiaban trágicamente todo el paisaje á la figura negra atada á la cadena. La presencia de un espectro en el horizonte es una agravacion de la soledad. El cadáver era un simulacro de espectro. Batiéndole vientos que no se apaciguan, era implacable, y su temblor eterno le hacia terrible. En el espacio parecia un centro, y no sé qué inmensidad se apoyaba en él. Quizás la equidad entrevista, que está más allá de la justicia humana. En su duracion fuera de la tumba habia algo de venganza de los hombres y de su propia venganza. Era, en aquel crepúsculo y en aquel desierto, una certificacion. Era una prueba de la materia inquietante, porque solo temblamos ante la materia, que anuncia la ruina del alma; para que nos perturbe la materia muerta, es preciso que haya vivido en ella el espíritu y que denuncie la ley de aquí bajo á la ley de allá arriba, puesto que aquí el hombre está esperando á Dios. Encima del cadáver flotaban, con las torsiones indistintas de la nube y de la ola, los enormes delirios de la oscuridad.

Detrás de dicha vision habia un no sé qué siniestro. El espacio, que nada limitaba, ni un árbol, ni un techo, ni un transeunte, se extendia alrededor del muerto. Cuando la inmanencia deja caer á plomo sobre nosotros el cielo, el abismo, la vida y la tumba, y aparece patente, es cuando todo lo vemos inaccesible, prohibido y amurallado. No hay cerrojo tan formidable como el que nos presenta el infinito cuando se abre.

## VI.

### Batalla entre la muerte y la noche.

El niño permaneció ante el cadáver, mudo, asombrado y con la vista fija en él. Para un hombre seria un ahorcado, para el niño era una aparicion; el hombre veria un muerto y el niño veia un fantasma. Pero nada comprendió.

Las atracciones del abismo son de muchas clases; habia una de ellas en lo

alto de aquella colina. El niño dió un paso, despues dos y subió á ella, teniendo ganas de descender, y se aproximó al muerto con deseos de retroceder. Extremeciéndose, pero con atrevimiento, se acercó á reconocer al fantasma.

Llegó á la horca, levantó la cabeza y la examinó.

El fantasma estaba embreado y brillaba aquí y allá: el niño pudo distinguir la cara; estaba pintada de betun y los reflejos de la noche modelaban su máscara, que parecia viscosa y glutinosa. El niño vió la boca, que era un agujero; la nariz, que era otro, y los ojos, que eran dos. El cuerpo estaba envuelto y como fajado con una gruesa tela empapada de naphta. (1) La tela, enmohecida, se habia roto, y salia de ella una rodilla; las grietas dejaban ver las costillas. Algunas partes del cuerpo eran cadáver, otras esqueleto. El semblante estaba de color de tierra; los insectos que habian paseado por él le habian dejado marcadas vagas cintas de plata. La tela pegada á los huesos presentaba relieves como el ropaje de una estátua. El cráneo, cascado y hendido, hedía como una fruta podrida. Los dientes permanecian casi intactos y conservaban la risa, y un resto de grito parecia sonar aun en su abierta boca. Le quedaban algunos pelos de la barba en las mejillas. La cabeza, colgando, parecia atenta.

Se habian hecho recientes reparaciones en el cadáver. El rostro lo habian embreado otra vez, como tambien la rodilla que salia de la tela y las costillas que se veian; los piés salian por bajo de la tela.

Debajo de él y sobre la yerba se veian dos zapatos; la nieve y las lluvias habian desfigurado su forma; éstos zapatos se habian caido de los piés del muerto. El niño, que iba descalzo, los miró.

El viento, cada vez más inquieto, se habia calmado en una de esas interrupciones que forman parte de los aprestos de la tempestad, y el cadáver no se meneaba. La cadena tenia la inmovilidad del hilo tirado á plomo.

Como todos los recien llegados al mundo y teniendo en cuenta la presion especial del destino, el niño sentiria sin duda despertarse las ideas propias de los niños infantiles; pero todo lo que él pensaba en aquel momento se concentraba en el estupor. El exceso de sensacion produce el mismo efecto que el exceso de aceite en la lámpara, apaga el pensamiento; á un hombre le hubieran ocurrido muchas ideas enfrente del cadáver, al niño no le ocurrió ninguna; no hacia más que mirarlo.

El alquitran daba aspecto húmedo á la faz del muerto, y gotas betuminosas, fijas en lo que fueron ojos, parecian lágrimas. Pero merced á la naphta, el desgaste de la muerte se contenia, ya que no podia anularse, y quedaba reducido al menor destrozo posible. Cuidaban mucho del cadáver; no cuidaron de conservar vivo al hombre, pero se esforzaban por conservarle muerto.

La horca era vieja y carcomida, pero sólida, y servia muchísimos años ya.

Era costumbre inmemorial en Inglaterra embrear los cadáveres de los contrabandistas; les ahorcaban á la orilla del mar, les untaban con betun y los dejaban colgados; los ejemplos deben darse al aire libre, y los ejemplos embreados duran más tiempo. Era muy humano untarlos de alquitran y de este modo se renovaban los ahorcados con menos frecuencia. Colocaban patíbulos en las costas de distancia en distancia, como reverberos en nuestros dias: el ahorcado servia de linterna y alumbraba á su modo á sus camaradas los contrabandistas: éstos distinguian las horcas desde lejos. Así pasaban y recibian, una detrás de otra, muchas advertencias. Esto no impedia el contrabando, pero el órden se establece de esta manera. Esta moda ha durado en Inglaterra hasta principios de este siglo. En 1822 aun se vieron, delante del castillo de Douvres, tres ahorcados untados de barniz. Además, el procedimiento conservador no se limitaba á los contrabandistas; en Inglaterra se hacia lo mismo con los ladrones, los incendiarios y los asesinos. John Painter, que incendió los almacenes marítimos de Portsmouth, fué ahorcado y embreado en 1776. El abate Coyer, que le llama Juan el Pintor, le volvió á ver en 1777. John Painter fué colgado y encadenado sobre las ruinas que él causó y restaurado de vez en cuando. Su cadáver duró cerca de catorce años; estaba aun en buen estado en 1788 y debió reemplazársele por lo tanto en 1790. Los egipcios hacian mucho caso de la momia de los reyes; la momia del pueblo puede ser tan útil como aquella, segun parece.

El viento huracanado que reinaba en el montículo habia barrido toda su nieve y la yerba y algunos cardos rebrotaban aquí y allá. En la horca, hasta el

(1) Betun oloroso y nitroso —(N. del T.)

punto en que pendian los piés del ajusticiado, creció una espesura de matorrales sorprendente en suelo tan estéril. Los cadáveres colgados y enterrados allí durante algunos siglos esplican la fecundidad de las matas. La tierra se nutre de los despojos del hombre.

Fascinacion lúgubre tenia estático al niño y permanecia mirando con la boca abierta. Solo bajó un momento la cabeza porque una ortiga le picó en la pierna, y creyó que era la mordedura de un animal. Despues volvió á levantarla y á contemplar el rostro que tambien le miraba á él, á pesar de no tener ojos. Su mirada tenia indecible fijeza, luz y tinieblas, y salia del cráneo y de los dientes, lo mismo que de las vacías arcadas de las cejas. Las cabezas de los muertos miran y aterrorizan. No tienen pupilas y sentimos que nos están mirando.

El niño quedó inmóvil de estupor; perdia la conciencia de sí mismo: el invierno le entregaba silenciosamente á la noche, que es muy traidor el invierno; y el niño quedó convertido casi en estátua. El frio le penetraba en los huesos; la sombra, como un reptil, se resbalaba sobre él; el embotamiento que produce la nieve sube en el hombre como una marea oscura; el niño fué invadido lentamente por una inmovilidad parecida á la del cadáver; iba á dormirse.

En la mano del sueño tiene el dedo la muerte, y el niño sintió que le asía esta mano; estaba á punto de caer bajo la horca; no sabia ya si estaba de pié.

Ver nuestro fin siempre inminente y ninguna transaccion entre ser y no ser, es precipicio de la creacion; un instante más, y el niño y el muerto, la vida que empieza y la vida que acaba, irán á borrarse juntas.

El espectro parecia que comprendia la situacion del niño y que la sentia. De repente se movió, como si advirtiese al niño, pero era que lo balanceaba una fuerte ráfaga de viento.

Nada era tan extraño como este muerto moviéndose. El cadáver al extremo de la cadena, empujado por invisible soplo, tomaba actitud oblícua, se corria hácia la izquierda, caia y subia hácia la derecha, y volvia á caer y á subir con la lenta y fúnebre precision de un badajo. Vaivén feroz. Creeríase ver en las tinieblas el péndulo del reloj de la eternidad.

Así estuvo algun tiempo. Al niño pareció que le despertaba la agitacion del muerto, y á pesar de su enfriamiento tuvo miedo. Cada oscilacion de la cadena rechinaba con repugnante claridad; parecia que tomaba aliento para volver á empezar: este rechinamiento imitaba el canto de la cigarra.

El viento se encolerizó bruscamente y se acentuó mucho más la oscilacion del cadáver; sus balanceos se convirtieron en sacudidas, y la cadena, en vez de rechinar, gritaba. Parecia que habian oido estos gritos, porque del fondo del horizonte los contestó un ruido... un ruido de alas.

Sobrevino un incidente: el tempestuoso incidente de los cementerios y de las soledades, la llegada de una bandada de cuervos.

Manchas negras y volantes sombrearon las nubes, agujerearon la bruma, engordaron, se acercaron, se amalgamaron, dirigiéndose con rapidez hácia la colina, lanzando gritos, como si se oyese la llegada de una legion. Esa bandada de gusanos alados se dejó caer encima de la horca.

El niño, espantado, retrocedió.

El enjambre parecia obedecer algun mandato; los cuervos se agruparon sobre la horca, ninguno estaba encima del cadáver, y hablaban entre ellos. El graznido del cuervo causa espanto. Aullar, silbar, rugir, son síntomas de vida; graznar es manifestar la satisfaccion que causa la putrefaccion; el graznido tiene algo de la voz de la noche.

El niño estaba helado, más que de frio, de espanto.

Los cuervos callaron: uno de ellos saltó sobre el esqueleto y esto fué la señal. Todos hicieron lo mismo, batiendo una nube de alas; despues todas las plumas se cerraron, y el ahorcado desapareció debajo de un hormiguero de ampollas negras que se movian en la oscuridad.

En este instante el muerto se sacudió.

Fué él mismo ó fué el viento?... Dió un salto espantoso. El huracan, que rugia, le ayudó. El fantasma se agitó en convulsiones. Las ráfagas del aquilon, que soplaba con todos sus pulmones, se apoderó de él y le agitaba en todos los sentidos y estaba horrible. Era un espantoso muñeco mecánico, que se movia con velocidad, sirviendo de hilo la cadena de la horca, y no sé qué aficionado á las sombras cogia el hilo y daba rápido movimiento á la momia, que daba vueltas y saltos y parecia que iba á dislocarse. Los cuervos se asustaron y volaron, marchándose de allí, pero pronto volvieron y entonces empezó la lucha.

El muerto parecia que habia adquirido vida monstruoa; los vientos le levantaban como si quisiesen llevárselo; hubiérase creido que forcejeaba con esfuerzo para evadirse, y que solo la argolla le detenia. Los cuervos repercutian todos sus movimientos, feroces y encarnizados. Por una parte parecia aquello que se intentaba extraña fuga, y por otra la persecucion de un encadenado. El muerto, impulsado por todos los pasmos del viento furioso, tenia sobresaltos, choques y accesos de cólera; iba, venia, subia y caia, haciendo retroceder á las aves de rapiña, y esta muchedumbre sitiadora no soltaba su presa. Habia momentos en que el muerto tenia encima todas las garras y todas las alas, y otros momentos se separaba de él la horda, pero para volver con más furia á acometerle, espantoso suplicio continuado despues de la vida. Los cuervos estaban frenéticos; los respiraderos del infierno deben dar paso á enjambres semejantes. No puede darse lucha más lúgubre. Los cuervos clavaban las uñas y los picos, graznando y arrancando al cadáver pedazos, que ya no eran de carne; rechinaba el patíbulo, crugia el ferraje, bramaba el viento. Era un combate espectral; el combate de una larva contra demonios.

A veces, cuando la fuerza del viento redoblaba, el ahorcado saltaba sobre sí mismo y parecia hacer frente por todas partes á la bandada de cuervos y querer correr hácia ellos y que sus dientes tratasen de morder; tenia el viento en su favor y la cadena en contra suya, como si dos dioses contrarios se mezclasen en su destino.

Se oia allá abajo el mugido inmenso del mar. El niño, que todo lo veia, de repente tembló; un fuerte escalofrío circuló por todo su cuerpo, vaciló, casi cayó al suelo; despues se enderezó, oprimiéndose la frente con las dos manos, como si la frente fuera para él un punto de apoyo, y esquivo y con la cabellera al viento descendió precipitadamente de la colina; con los ojos cerrados, como si fuera un fantasma de sí mismo, emprendió la fuga, dejando detrás de él la lucha lúgubre del ahorcado con los cuervos.

## VII.

### La parte del Sur de Portland.

Corrió á la ventura desalentado y atónito por entre la nieve, por la llanura y en el espacio, pero esta huida le calentó. Sin su espanto y sin dar esa larga carrera, el niño hubiera muerto.

Cuando le faltó el aliento se paró, sin atreverse á mirar atrás. Le parecia que los cuervos le habian de perseguir, que el muerto habria desatado la cadena y seguiria probablemente el mismo camino que él, y que hasta la horca bajaba de la colina corriendo detrás del muerto. Tenia miedo de ver todo eso y por eso no volvia la cabeza hácia atrás.

En cuanto recobró el aliento, emprendió otra vez la fuga. Darse cuenta de los hechos no es propio de la infancia, El niño percibia sus impresiones á través del vidrio de aumento del espanto, pero sin ligarlas en su espíritu y sin sacar conclusiones. Iba sin saber cómo ni dónde, corria con la angustia y con la dificultad del sueño. Despues de tres horas de haber sido abandonado, su carrera, siendo siempre vaga, habia cambiado de objeto; antes buscaba, ahora huia, porque no sentia hambre ni frio, sino miedo. Un instinto reemplazó á otro en él. Escapar era en estos instantes su único pensamiento. Escapar de qué?... De todo. La vida se le aparecia por todas partes á su alrededor como una muralla horrible; si hubiera podido evadirse de ella, se hubiera evadido, pero los niños no conocen el escape de la prision que se llama suicidio. Corria, corrió durante tiempo indeterminado, pero el aliento se agota y el miedo se agota tambien.

De pronto, como sintiendo un acceso de energía y de inteligencia, se paró, como si tuviese vergüenza de huir; se enderezó, pegó con el pié en el suelo, levantó la cabeza resuelto y miró hácia atrás. Pero ya no vió ni colina, ni horca, ni bandada de cuervos; la niebla se habia vuelto á apoderar del horizonte.

El niño prosiguió su camino.

Pero ya no corria, andaba. Decir que el encuentro de un muerto le habia hecho hombre, seria limitar la impresion múltiple y confusa que quedó impresa en él. Habia en esa impresion su más y su menos. La horca era una cosa confusa en el rudimento de comprension de su pensamiento y era para él una aparicion. Solo era para él una afirmacion su terror domado, que le hizo sentirse más fuerte. Si estuviese en la edad de poder sondearse á sí mismo, hubiera encontrado dentro de sí otros muchos principios de meditacion; pero es informe la reflexion en los niños, y es todo lo más que sienten el dejo amargo de un senti-

timiento oscuro en ellos y que más tarde el hombre llama indignacion. Añádase á esto que los niños tienen el don de aceptar demasiado de prisa el final de una sensacion; los contornos lejanos y fugitivos, que constituyen la amplitud de las cosas dolorosas, no los perciben. Libra al niño su debilidad de las emociones demasiado complejas. Vé el hecho y poco más á su lado. La dificultad de satisfacerse con las ideas parciales no existe para el niño. El proceso de la vida se instruye más tarde, cuando llega la experiencia cargada con sus legajos: entonces se verifica la confrontacion de grupos de hechos opuestos, la inteligencia amaestrada y engrandecida compara, los recuerdos de la juventud reaparecen bajo las pasiones; esos recuerdos son puntos de apoyo para la lógica; y lo que era vision en el cerebro del niño, se convierte en silogismo en el cerebro del hombre. Además, la experiencia es diversa y produce el bien ó el mal segun son las naturalezas. En las buenas lo madura, en las malas lo pudre.

El niño habia corrido un cuarto de legua y habia andado otro. De pronto sintió gran incomodidad en el estómago. Una idea, que al punto eclipsó la repugnante aparicion de la colina, le ocurrió violentamente; la de comer. Felizmente el hombre tiene su parte animal, que es la que le hace volver á la realidad.

Pero qué habia de comer? ¿dónde y cómo?

Se tentó los bolsillos maquinalmente, porque sabia bien que estaban vacíos. Despues apresuró el paso. Sin saber dónde iba, se apresuró á andar en busca de una habitacion posible.

Creer encontrar posada en semejante sitio es creer en Dios, porque en esa llanura llena de nieve nada habia que se pareciese á un techo.

El niño andaba y andaba y la tierra, arenisca é inculta, continuaba desnuda en el largo espacio que alcanzaba la vista.

Jamás existió allí habitacion humana. En la falda del monte peñascoso, en los agujeros de las rocas, vivian en la antigüedad, por falta de bosques para construir cabañas, los hombres primitivos, que tenian la honda por arma, por leña para calentarse el excremento seco del buey, por religion el ídolo Heil, de pié, en una pradera en Dorchester, y por industria la pesca del falso coral gris, que los galos llamaban *plin* y los griegos *isidis plocamos*.

El niño se orientaba como podia. El destino humano es una encrucijada de calles, y la eleccion de la direccion que se debe tomar es temible; el niño empezaba muy pronto á verse en la necesidad de elegir. Aunque seguia andando, empezaba á fatigarse. No habia senderos en la llanura, y si los habia, la nieve los borró. Por instinto continuó dirigiéndose hácia el Este. Afiladas piedras le desollaban los talones, y si fuese de dia se hubieran visto huellas que dejaba en la nieve, las manchas rojas de su sangre.

No conocia dónde se encontraba; atravesaba la alta llanura de Portland de Sur á Norte, y es probable que la cuadrilla con la que habia él venido la hubiese atravesado de Oeste á Este para evitar encuentros. Al parecer, los comprachicos habian partido en alguna barca de pescador ó de contrabandista, de un punto cualquiera de la costa de Uggescombe, ya de Saint-Calherine Chap, ya de Swancry, para llegar á Portland y encontrar la urca que les esperaba, y ésta debió desembarcar en una de las bahías de Weston para ir á reembarcarse en una de las de Eston. Dicha direccion cortaba en cruz la que seguia ahora el niño. Era imposible que hubiera reconocido el camino.

La llanura alta de Portland tiene aquí y allá alturas ampulosas, arruinadas bruscamente por la parte de la costa y cortadas á picó sobre el mar. El niño errante llegó á uno de esos puntos culminantes y allí se detuvo, esperando á ver si encontraba indicaciones en mayor espacio y mirando á todas partes. Tenia ante él por todo horizonte una vasta extension descolorida. La examinó con atencion, y fijando en ella la mirada, pudo ver menos mal. En el fondo de un lejano pliegue del terreno, hácia el Este, bajo de dicha extension descolorida, se arrastraban y flotaban vagos pedazos negros, una especie de arranques difusos. Esa extension opaca y descolorida era la niebla, y esos pedazos negros eran humo. Donde hay humo hay hombres. El niño se dirigió hácia allí.

Entreveia á alguna distancia un descenso, y al pié del descenso, entre las configuraciones informes de las rocas que la bruma dibujaba, vió una apariencia de banco de arena ó de lengua de tierra que unia probablemente á las llanuras del horizonte, las altas llanuras

que él acababa de atravesar. Era, pues, preciso pasar por allí.

El niño llegó efectivamente al istmo de Portland, aluvion diluviano que se llama Chess-Hill.

Se aventuró en la vertiente de la llanura alta; la pendiente era difícil y ruda. Era, con menos aspereza sin embargo, el reverso de la ascension que verificó para salir de la bahía. Despues de subir es preciso bajar, y el niño así lo hizo. Saltaba de roca en roca con peligro de torcerse el pié, con peligro de caer en oscura profundidad; para no resbalar en las rocas y en el hielo cogia á puñados los matorrales llenos de espinas y se pinchaba los dedos. En algunos trechos encontraba pendientes suaves y descendia tomando aliento; despues volvian á ser escarpadas y las pasaba con gran trabajo. En los descensos del precipicio, cada movimiento es la solucion de un problema: el que no es diestro tiene pena de muerte, y esos problemas los resolvia el niño con un instinto digno del mono y con una ciencia que hubiera admirado un saltimbanqui. El descenso era abrupto y largo, pero poco á poco se aproximaba para el niño el instante de pisar la tierra del istmo, que entreveia. De vez en cuando, saltando de roca en roca, se paraba para escuchar, con la habilidad de un gamo atento. Oia de lejos, á su izquierda, un ruido semejante á un canto de clarin. Habia en el viento, en efecto, la renovacion de aires que precede al espantoso viento boreal, que se oye venir del polo como trompetas que llegan. Al mismo tiempo sentia el niño en la frente, en los ojos y en las mejillas algo parecido á palmas de manos frias que se posasen en su rostro. Eran gruesos copos helados, sembrados en el espacio, que formaban torbellinos y que anunciaban una tempestad de nieve y de lluvia. La tempestad de nieve, que habia estallado en el mar hacia más de una hora, empezaba á desarrollarse en la tierra é invadia lentamente las llanuras y entraba oblícuamente por el Noroeste en la llanura alta de Portland.

# LIBRO SEGUNDO

## La urca en alta mar.

### I.

#### Las leyes que están fuera del hombre.

La tempestad de nieve es una de las cosas más desconocidas del mar. Es el más oscuro de los meteoros en todos los sentidos de la palabra; es una mezcla de niebla y de tormenta, y hoy dia aun no se puede explicar satisfactoriamente este fenómeno; por eso ocasiona tantos desastres.

Se atribuye dicho fenómeno al viento y á las olas, pero en el aire existe una fuerza que no es la del viento, y en el agua otra fuerza que no es la de las olas; esta fuerza, que es la misma en el aire y en el agua, es el efluvio. El aire y el agua son dos masas líquidas, casi casi idénticas, y que se compenetran por la condensacion y la dilatacion; solo el efluvio es flúido. El viento y las olas son fuerzas impulsadoras: el flúido es una corriente. El viento es visible por medio de las nubes, y las olas por medio de la espuma; el efluvio es invisible, y sin embargo, de vez en cuando dice: *Ya estoy aquí*. Su *ya estoy aquí* es un trueno.

La tempestad de niebla ofrece un problema análogo al del *brouillard sec* de los franceses, ó sea la calina de los españoles y el *qnobar* de los etíopes, que si alguno se resuelve ha de ser indudablemente por medio de la observacion atenta del efluvio magnético.

Sin el efluvio una multitud de hechos quedarian sin explicacion Los cambios de la velocidad del viento, modificándose en la tempestad desde tres piés por segundo á doscientos veinte, motivarán las variantes de las olas subiendo en el mar en calma desde tres pulgadas, hasta treinta y seis piés en el mar alborotado; la horizontalidad de los aires, hasta en tiempo de borrasca, hace comprender que una ola de treinta piés de altura pueda tener quince piés de longitud; pero ¿por qué las olas del Pacífico son cuatro veces más altas cerca de América que cerca de Asia, esto es, más altas al Oeste que al Este? ¿por qué sucede lo contrario en el Atlántico? ¿por qué en el Ecuador es en el medio del

mar donde son más altas? ¿de qué provienen las variaciones de sitio de las hinchazones del Océano? Todo eso es lo que solo el efluvio magnético combinado con la rotacion terrestre y la atraccion sideral puede explicar.

¿No es precisa esta complicacion misteriosa para explicarse una oscilacion del viento, yendo, por ejemplo, por el Oeste, del Sudeste al Noroeste, y dando la misma vuelta del Noroeste al Sudeste, de manera que haga en treinta y seis horas prodigioso círculo de quinientos sesenta, que fué lo que sucedió en la tempestad de nieve del 17 de Marzo de 1867?...

Las olas, durante la tempestad en la Australia, alcanzan hasta ochenta piés de altura, por su proximidad al polo. La tormenta, en esas latitudes, resulta, no tanto del desencadenamiento de los vientos, cuanto de la continuacion de descargas eléctricas submarinas; en el año 1866, el cable trasatlántico fué turbado en sus funciones en veinticuatro horas dos, desde las doce hasta las dos, por una especie de fiebre intermitente.

Ciertas composiciones y descomposiciones de fuerzas producen ciertos fenómenos que se imponen á los cálculos del marino, bajo pena de naufragio. El dia que la navegacion, que hoy es rutinaria, sea matemática; el dia en que se trate de saber, por ejemplo, por qué en nuestras regiones los vientos calientes vienen á veces del Norte y los vientos frios del Mediodía; el dia en que se comprenda que las disminuciones de temperatura son proporcionadas á las profundidades oceánicas; el dia en que adquiera el espíritu la idea de que el globo es un enorme imán polarizado en la inmensidad, con dos ejes, un eje de rotacion y un eje de efluvios, separados en el centro de la tierra, y que los polos magnéticos dan vueltas alrededor de los polos geográficos; cuando los que arriesguen la vida, la arriesguen científicamente; cuando se navegue sobre la inestabilidad estudiada; cuando el capitan sea un metereólogo; cuando el piloto sea un químico, entonces, y solo entonces, se evitarán muchas catástrofes.

El mar es tan magnético como acuático; un Océano de fuerzas flota desconocido en un Océano de olas. Ver solo en el mar una masa de agua, no es ver lo que es el mar; el mar es un vá y viene de flúido, tanto como es un flujo y reflujo de líquido; las atracciones la complican quizás más que los huracanes; la adhesion molecular, manifestada, entre otros fenómenos, por la atraccion capilar, microscópica para nuestra vista, participa en el Océano de la grandeza de las extensiones; y la onda de los efluvios, unas veces ayuda y otras contraría la onda del aire y la onda de las aguas. El que ignora la ley eléctrica ignora la ley hidráulica, porque la una se implica en la otra. Ciertamente no hay estudio más árido ni más oscuro, porque está próximo al empirismo, como la astronomía está muy cerca de la astrología; pero, sin embargo, sin ese estudio no se puede saber navegar.

Dicho esto pasemos adelante.

Uno de los agregados del mar más temibles es la tormenta de nieve, que antes que todo es magnética. La produce el polo, como produce la aurora boreal; aquella existe en la niebla como ésta en el resplandor y en el copo de nieve, y como la estría de la llama es visible el efluvio.

Las tormentas son las crísis de los nervios y los accesos de delirio del mar. El mar tiene sus jaquecas. Se asemejan las tempestades á las enfermedades: unas son mortales, otras no: se sale de éstas y no de aquellas. La borrasca de nieve es habitualmente mortal. Jarabija, uno de los pilotos de Magallan, la calificaba de "una nube salida del lado del diablo„ (1).

Surcouf decia: "La tempestad de nieve tiene algo del cólera morbo. Los antiguos navegantes españoles llamaban á esta borrasca *la nevada* en el momento de caer los copos, y *la helada* cuando caia granizo ó piedra, y creian que con la nieve caian del cielo murciélagos.„

Las tempestades de nieve son propias de las latitudes polares; sin embargo, á veces se deslizan, ó mejor dicho, caen sobre nuestros climas.

La *Matutina*, como ya dijimos, al abandonar á Portland se habia empeñado en esa aventura nocturna que la aproximacion de la tempestad agravaba. Afrontaba esa amenaza con una especie de audacia trágica. Sin embargo, insistimos en ello; estaba advertida.

## II.

### Se fijan las siluetas del principio.

Mientras la urca no salió del golfo de Portland, el mar no estaba alborotado, las olas eran pacíficas, y aunque

(1) Así lo dice en español el autor francés.

rugiese el Océano, el cielo estaba claro aun. El viento apenas agitaba la embarcacion. La urca se alejaba cuanto podia del monte peñascoso, que era un buen resguardo.

Eran en el buque tres hombres de tripulacion y siete pasajeros, dos de ellos mujeres. A la luz del crepúsculo, en el mar se veian aquellas figuras distintas y claras. Como no estaban inquietos, no se ocultaban, y cada uno recobraba la libertad de accion, lanzaba un grito y enseñaba el rostro. Partir para ellos era libertarse.

Chocaba lo abigarrado del grupo. Las mujeres no se sabia de qué edad eran; la vida errante causa vejeces precoces y la indigencia arruga. Una de las mujeres era vascongada, y la otra, la del rosario grueso, era irlandesa. Tenian el aire diferente de los miserables. Cuando entraron en la urca se acurrucaron una cerca de la otra, sobre dos cofres, al pié del mástil; allí hablaban las dos. El irlandés y el vasco son dos lenguas parientas. La vascongada llevaba el cabello perfumado. El patron de la urca era de Guipúzcoa; uno de los marineros era vasco, de las vertientes del Norte del Pirineo, y el otro vasco de las vertientes del Sur, de la misma nacion, aunque el primero era francés y el segundo español, pero los vascos no reconocen la patria oficial. *Mi madre se llama la montaña*, decia el arriero Zalarens. De los cinco hombres que habia en compañía de las mujeres, uno era francés del Languedoc; otro francés provenzal; uno genovés; el viejo que llevaba el sombrero sin agujero para la pipa parecia aleman, y el quinto, que era el jefe, era vasco. Este fué el que en el momento de querer pasar el niño, echó al mar la tabla-puente. Este hombre, robusto, pero ágil y cubierto de pasamanerías y de oropeles, como dijimos, no podia permanecer tranquilo en ningun sitio: se inclinaba, se enderezaba, iba y venia sin cesar de una parte del navío á la otra, inquieto por lo que acababa de hacer y por lo que pudiera sucederle.

El jefe de aquella partida, el patron de la urca y los dos hombres de la tripulacion, vascos los cuatro, hablaban en vascuence, ó en español ó en francés, las tres lenguas esparcidas por los Pirineos. Los demás, exceptuando las mujeres, todos hablaban casi en francés, que era el caló de la partida. La lengua francesa, desde esa época empezó á adoptarse en los pueblos como intermediaria entre el exceso de consonantes del Norte y el exceso de vocales en el Mediodía. En Europa hablaba francés el comercio y el robo tambien. Recordamos que Gibby, ladron de Lóndres, entendia á Cartouche, ladron francés.

La urca voladora andaba muy de prisa, llevando diez personas, con todos sus bagajes, lo que era mucha carga para tan débil embarcacion.

Que el navío salvase á la partida, no implicaba necesariamente que la tripulacion estuviese afiliada á ésta: era suficiente motivo el ser vascongados el patron del buque y el jefe de la partida, porque socorrerse mútuamente es en esta raza un deber que no admite excepciones. Un vasco no es ni español ni francés, es solo vasco, y siempre y en todas partes debe salvar á los suyos. Tal es la fraternidad pirenáica.

El tiempo que la urca pasó en el golfo, aunque el cielo mostraba mal aspecto, no lo presentaba tan malo que inquietase á los fugitivos. Como escapaban, como iban á salvarse, estaban brutalmente contentos. Unos reian y otros cantaban; la risa era seca, pero libre, y el canto era detestable, pero negligente.

El hijo del Languedoc gritaba: *¡Caongagno!* Cucaña! que es el colmo de la satisfaccion narbonesa; éste era un semimarinero natural de la ciudad acuática Gruissan, en la vertiente del Sur de la Glappe, marinero más que marino y más que marinero pescador. Pertenecia á la raza que usa barrete rojo; se persigna complicadamente, á la española; teta en la odre, rasqueta el jamon, se arrodilla para blasfemar é implora á su santo patron amenazándole: "Santo mio, concédeme lo que te pido, ó te arrojo una piedra á la cabeza.„ En caso de necesidad podia ayudar á la tripulacion.

El provenzal, en el bajo-puente atizaba debajo de una marmita de hierro fuego de turba y hacia cocer la sopa. Esta sopa era una especie de puchero español, en el que el pescado reemplazaba á la carne y en el que el provenzal echaba guisantes, pequeños y cuadrados pedazos de tocino y pimienta roja. Uno de los sacos de las provisiones estaba abierto delante de él. Habia encendida encima de su cabeza una linterna de hierro con vidrios de talco, que oscilaba pendiente de un clavo del techo del bajo-puente. A un lado y colgado tambien se balanceaba un alcion; porque era entonces creencia popular que un alcion muerto y suspendido por el pico, presen-

ta siempre el pecho al lado por donde sopla el viento.

Haciendo la sopa el provenzal, cada instante se metia en la boca el pico de una calabaza y se echaba al cuerpo un trago de aguardiente. Entre trago y trago masticaba un *couplet* de esas canciones labriegas en las que el objeto es nada y es todo, porque no se necesita más para componer una cancion.

Partir, segun lo que esto significa para el corazon ó para el espíritu, es un consuelo ó una afliccion. Todos parecian consolados, menos el viejo de la partida.

Este, que, como antes dijimos, parecia aleman, aunque tenia uno de esos semblantes de fondo perdido, en los que se borra la nacionalidad, era calvo, pero de tal modo, que su calvicie parecia una tonsura. Cada vez que pasaba por delante de la Vírgen de proa se quitaba el sombrero y dejaba ver las venas hinchadas y seniles del cráneo. Una especie de abrigo usado y roto de sarga oscura de Dorchester, en el que se envolvia, medio ocultaba su traje, estrecho, apretado y abrochado hasta el cuello como una sotana. Sus manos tendian á entrecruzarse maquinalmente, como para rezar. Su fisonomía era pálida: la fisonomía es un reflejo, y es un error creer que la idea no tiene color; esta fisonomía era indudablemente la superficie de un extraño estado interior; la resultante de un compuesto de contradicciones, que unas iban á perderse en el bien y otras en el mal; y para el observador, la revelacion de *un casi humano* podia hacerle caer en la inferioridad del tigre ó elevarle sobre la superioridad del hombre. Esos caos del alma existen. Habia mucho ilegible en aquel semblante; sus secretos llegaban hasta lo abstracto. Se comprendia que aquel hombre habia conocido el instinto del mal, que es el cálculo, y el dejo, que es el cero. En su impasibilidad, quizás aparente, estaban impresas dos petrificaciones: la del corazon, propia del verdugo, y la del pensamiento, propia del mandarin. Puede afirmarse, pues lo monstruoso tiene su manera completa de ser, que todo era posible en él, menos conmoverse. Todo sábio es algo cadáver, y este hombre era un sábio. Con solo verle se adivinaba su ciencia, impresa en los gestos de su persona y en los pliegues de su traje. Tenia el semblante fósil, cuya seriedad contrariaba la movilidad rugosa del políglota, que llega hasta la mueca; era severo, pero sin hipocresía y sin cinismo. Era un soñador trágico; el hombre al que el crímen deja pensativo. Tenia el entrecejo del trabucaire, modificado por una mirada religiosa; los escasos cabellos grises que le quedaban eran blancos junto á las sienes. Se veia que era un cristiano contaminado con el fatalismo turco. Sus dedos eran largos y flacos; su alta estatura tiesa y ridícula. Andaba lentamente sobre el puente, sin mirar á nadie y con aire siniestro. Sus pupilas estaban vagamente llenas del brillo del alma que está sujeta á las reapariciones de la conciencia.

De vez en cuando el jefe de la partida, brusco, estando alerta y trazando rápidos zigs-zags en el navío, iba á hablarle al oido, y el viejo le respondia haciendo signos con la cabeza. Era el relámpago consultando con la noche.

## III.

### Los hombres inquietos en el mar inquieto.

En el navío habia dos hombres absorbidos en su pensamiento, el viejo y el patron de la urca (que no hay que confundir con el jefe de la partida); el patron miraba fijamente al mar y el viejo al cielo; las olas preocupaban al patron y el viejo parecia que estudiaba el zenit, pues acechaba los astros por los intersticios de las nubes.

Era el momento en que vá á empezar á anochecer y algunas estrellas se insinúan en el horizonte. Habia mucha niebla en la tierra y muchas nubes sobre el mar.

Antes de salir de Portland-Bay, el patron, á quien preocupaba el aspecto del mar, hizo minuciosamente algunas maniobras, sin esperar á levantar el áncora. Pasó revista á todo el cordelaje, se aseguró de que el freno de los obenques estaba en buen estado y apoyaba bien las gambas, precauciones que toma el marino que piensa hacer temeridades de velocidad.

La urca tenia el defecto de hundirse una media vara más por delante que por detrás. El patron pasaba á cada instante de la brújula de camino á la brújula de variacion, examinando por los dos pínulas los objetos de la costa con la idea de conocer á qué viento respondian. Al principio se declaró un aire de bolina; esto no le contrarió: él manejaba la caña del timon, fiando solo en sí mismo para no perder fuerzas, y el efecto del

timon se mantenia con la rapidez de la estela.

Como la diferencia entre el rumbo verdadero y el rumbo aparente es tanto mayor cuanta más velocidad lleva el buque, la urca parecia ganar hácia el orígen del viento más de lo que ganaba en realidad. La urca no navegaba con viento largo, ni mucho menos, pero no se conoce directamente el verdadero rumbo que se navega viento atrás. Si se apercibe en las nubes largas bandas que convergen en el mismo punto del horizonte, este punto es el orígen del viento; pero esa noche reinaban muchos vientos y estaba confuso el aire del rumbo; por eso el patron desconfiaba de las ilusiones del navío.

Pero dicho patron, al mismo tiempo que regia el buque hábilmente, con las pupilas inclinadas al mar examinaba todas las formas que iba tomando el agua.

En un momento dado levantó los ojos hácia el cielo y trató de ver si podia distinguir las tres estrellas de Orion, esas estrellas que se llaman los tres Magos, y de las que un proverbio de los antiguos pilotos españoles decia: *El que vé á los tres Magos no está lejos del Salvador*.

Esta mirada del patron coincidió con el aparte que rumió al otro lado del navío el viejo aleman:

—No se pueden distinguir ni el claro de los Guardias ni el astro Antares, á pesar de ser rojo. No se vé con claridad ni una estrella.

Esos dos hombres vigilaban, pero los fugitivos estaban tranquilos. Despues de pasar la primera hilaridad de la evasion, se apercibieron de que estaban en el mes de Enero y de que el viento era helado.

Era imposible alojarse en la cala del buque, que era muy estrecha y que además estaba atestada de bagajes y de fardos; los bagajes eran de los pasajeros y los fardos de la tripulacion, porque la urca no era un navío de placer, sino una embarcacion contrabandista. Los pasajeros tuvieron, pues, que establecerse sobre el puente, y á esto los nómadas se resignaron con facilidad. La costumbre de vivir al aire libre contribuyó á que se encontrasen bien allí; los vagabundos son amigos de las estrellas y el frio les ayuda á dormir y á morir algunas veces. Pero aquella noche el cielo no estaba estrellado.

El hijo del Languedoc y el de Génova, esperando la cena, se acercaron á las mujeres, al pié del mástil, y se sentaron allí. El viejo calvo permaneció de pié, donde estaba inmóvil é insensible al frio.

El patron de la urca, desde el timon que gobernaba, dejó escapar un grito gutural semejante al del pájaro que en América se llama el Exclamador; al oirle, el jefe de la partida se le acercó y el patron le dirigió este apóstrofe:—*Etcheco jaüna*, palabras vascongadas que significan: "Trabajador de la montaña,, que son entre los antiguos cántabros la entrada solemne en un asunto y que al mismo tiempo reclaman la atencion. Despues el patron, señalándole al viejo calvo con el dedo, entabló con el jefe de la partida un diálogo en español, pero en español montañés. Hé aquí las lacónicas preguntas y respuestas que mediaron entre ambos:

—Trabajador de la montaña, ¿quién es ese hombre?

—Un hombre.

—En qué lenguas habla?

—En todas.

—Qué es lo que sabe?

—Lo sabe todo.

—De qué pais es?

—De todos y de ninguno.

—Cuál es su Dios?

—Dios.

—Cómo le llamas?

—El loco.

—Cómo me has dicho que le llamas?

—El sábio.

—Qué es en tu partida?

—Lo que es.

—Es el jefe?

—No.

—Pues qué es?

—El alma.

El jefe y el patron se separaron, embebiéndose cada uno en su pensamiento, y poco despues la *Matutina* salia del golfo.

Entonces empezaron para ella los grandes balanceamientos. El mar presentaba apariencia viscosa en sus descartes de espuma; las olas, miradas de perfil á la claridad crepuscular, se parecian á frascos de hiel. Aquí y allá una ola flotando de llano dibujaba hendiduras y estrellas como un cristal al que se han arrojado piedras; en el centro de las susodichas estrellas, en un agujero que dá vueltas, temblaba una fosforescencia, semejante á la reverberacion felina de la luz oculta en las niñas de los ojos de los mochuelos.

La *Matutina* atravesó con valor, como valiente nadadora; el temible extremecimiento del banco Chambours. El banco Chambours, obstáculo latente de la sa-

lida de la rada de Portland, no es un portazgo, es un anfiteatro. Un circo de arena debajo del agua, con gradas esculpidas por los círculos de las olas, con arenal redondo y simétrico, alto como Yungfrau, pero mojado; un coloseo del Océano entrevisto por los buzos en la transparencia visionaria de su hundimiento en las aguas. Las hidras combaten en él, los leviatanes se encuentran allí; hay, segun refieren las leyendas, en el fondo del gigantesco embudo cadáveres de navíos cogidos y colados por la inmensa araña Kraken, que tambien se llama el pez-montaña. Esas realidades espectrales, que el hombre desconoce, se manifiestan á su vista en la superficie del mar por medio de extremecimiento.

En el siglo diez y nueve el banco Chambours es ya una ruina. El rompeolas recientemente construido ha destrozado y deshecho á fuerza de resacas esta arquitectura submarina, como el dique construido en Croisic en 1760 cambió un cuarto de hora el establecimiento de las mareas. La marea, sin embargo, es eterna, pero la eternidad obedece al hombre más de lo que se cree.

## IV.

### Entra en escena una nube diferente de las otras.

El viejo, clasificado por el jefe de la partida primero de loco y despues de sábio, no abandonaba su puesto. Despues que pasaron el banco de Chambours, dividió su atencion entre el cielo y el Océano; inclinaba la vista, luego la levantaba, escrutando sobre todo el Noroeste.

El patron confió el timon á un marinero, tomó algunas precauciones en el buque y abordó al viejo, pero no de frente; se quedó detrás de él, con los codos apretados en las caderas, las manos separadas, la cabeza inclinada hácia la espalda, con los ojos abiertos, las cejas altas y sonriendo con el extremo de los labios, en cuya actitud le colocaba la curiosidad que flota entre la ironía y el respeto.

El viejo, ya por hábito de hablar solo algunas veces, ya por apercibirse de que habia álguien detrás de él y esto le excitase á hablar, se aventuró en el monólogo siguiente, contemplando el espacio:

—El meridiano, por el que se cuenta la ascension recta, está marcado en este siglo por cuatro estrellas, la Polar, la silla de Cassiope, la cabeza de Andrómeda y la estrella Algenib, que está en el Pegaso, pero ninguna de ellas es visible.

Estas palabras se sucedian automáticamente, confundiéndose en cuanto las decia y sin que él pensase que las estaba pronunciando. Salian de sus labios y se disipaban. El monólogo es el humo de los fuegos interiores del espíritu.

El patron le interrumpió, diciéndole:

—Señor...

El viejo, quizás algo sordo ó muy ensimismado, sin oirle, continuó:

—Hay pocas estrellas y mucho viento; éste abandona su camino para lanzarse á la costa y se arroja á ella. Eso sucede porque la tierra es más caliente que el mar y el aire en ella es más ligero. El viento frio y pesado del mar se precipita en la tierra para reemplazarle. Por eso, en el cielo, el viento sopla hácia la tierra por todas partes. Seria importante hacer largos giros entre el paralelo estimado y el paralelo presumido; cuando observada aquella no difiere de la latitud presumida más de diez minutos por cada diez leguas y más de cuatro por cada veinte, entonces se lleva buen camino.

El patron saludó al viejo, pero éste ni siquiera le vió. Este, que vestia casi el traje universitario de Oxford ó de Gattingue, no cambiaba su posicion altiva y caprichosa. Contemplaba el mar como conocedor de las ondas y de los hombres; estudiaba las olas, pero casi como si intentase pedir la palabra en medio de su tumulto para enseñarlas algo, porque él participaba del magister y del augur; parecia un pedante del abismo.

Proseguia su soliloquio, dicho quizás para que lo oyesen:

—Podria lucharse si fuese una rueda la caña del timon. En la velocidad de cuatro leguas por hora, treinta libras de esfuerzo sobre la rueda pueden producir trescientas mil libras de efecto sobre la direccion. Más aun, porque hay veces en que se obliga á hacer á la rueda dos vueltas más.

El patron le saludó por segunda vez, repitiendo:

—Señor...

El viejo se fijó entonces en él: volvió la cabeza sin menear el cuerpo y le contestó:

—Llámame doctor.

—Señor doctor, yo soy el patron.

—Me alegro, le contestó el "doctor„.

Así le llamaremos durante el diálogo que consintió entablar.

—Patron, ¿tienes algun octante (1) inglés?
—No.
—Pues sin él no puedes tomar la altura ni por detrás ni por delante.
—Los vascongados, le replicó el patron, tomaban la altura antes que existiesen los ingleses.
—Has medido la velocidad del navío?
—Sí.
—Cuándo?
—Ahora mismo.
—Por qué medio?
—Con el loch. (2)
—¿Tuviste cuidado de fijar la vista en la madera del loch?
—Sí.
—¿El reloj de arena contaba treinta segundos?
—Sí.
—¿Estás seguro de que la arena no ha gastado el agujero?
—Sí.
—¿Hiciste la contraprueba del reloj por medio de la vibracion de una bala de mosquete suspendida...?
—A un hilo encerado.
—¿Lo enceraste bien para que no alargase?
—Sí.
—Hiciste la contraprueba del loch?
—Hice la contraprueba del reloj de arena por medio de la bala de mosquete, y la contraprueba del loch por medio de la bala de cañon.
—Qué diámetro tiene esa bala?
—Un pié.
—Bien pesa.
—Es una bala antigua de la vieja urca de guerra *La Caja Grande.*
—Que pertenecia á la armada?
—Sí.
—¿Que llevaba seiscientos soldados, cincuenta marineros y veinticinco cañones?
—Cierto.
—¿Conque pesaste el choque del agua contra la bala?
—Con una romana alemana.
—¿Tuviste en cuenta la impulsion de las olas contra la cuerda que sostenia la bala?
—Sí.
—Qué resultado te dió?
—El choque del agua fué de ciento setenta libras.

(1) *Octante:* instrumento de astronomía que contiene la octava parte del círculo.
(2) Pedazo de madera que sirve para medir la velocidad de los buques.

—¿Es decir que el navío anda cada hora cuatro leguas francesas?
—Y tres holandesas.
—Esto es solo por exceso de la velocidad de la estela sobre la velocidad del mar.
—Sin duda.
—A dónde te diriges?
—A una bahía que conozco entre Loyola y San Sebastian.
—Ponte pronto paralelo al sitio de la llegada.
—Sí; lo más pronto que pueda.
—Desconfía de los vientos y de las corrientes: los primeros excitan á las segundas.
—Son unos traidores.
—Nada de palabras injuriosas, porque el mar oye. No insultes y concrétate á observar.
—He observado y sigo observando. La marea está en este momento contra el viento, pero muy pronto, en cuanto corra en su direccion, tendremos buen tiempo.
—Tienes derrotero?
—No, no para este mar.
—Entonces navegas á tientas?
—No; tengo brújula.
—La brújula es uno de los dos ojos y el mapa marítimo es el otro.
—El tuerto tambien vé.
—¿Cómo mides el ángulo que forma el camino del navío con la quilla?
—Tengo mi compás de variacion, y además adivino.
—Adivinar es bueno, pero saber es mejor.
—Cristóbal Colon adivinaba.
—Cuando hay niebla, y cuando la rosa náutica dá vueltas con torpeza, no se sabe por dónde tomar el viento, y se acaba por no tener punto estimado ni punto corregido. Un asno con derrotero vale más que un adivino con sus oráculos.
—Todavía no se vé niebla en el viento y no veo motivo alguno de alarma.
—Los navíos no son más que moscas de la tela de araña del mar.
—Por ahora están bastante bien las olas y los vientos.
—Temblor de puntos negros sobre el agua son los hombres dentro del Océano.
—No auguro nada malo para esta noche.
—Quién sabe!...
—Hasta ahora no temo.
El doctor lanzó miradas hácia el Noroeste: el patron dijo:
—Ganemos el golfo de Gascuña y res-

pondo de todo. En él estoy como en mi casa; con frecuencia se monta en cólera, pero conozco en él todas las alturas del agua y todas las cualidades del fondo; es un vaso delante de San Cipriano, un monton de conchas delante de Cizarque, arena en el cabo Penas, guijarros en Boucant de Minrizan, y sé hasta el color de todos los guijarros.

El patron calló; el doctor no le escuchaba, teniendo siempre fija la mirada en el Noroeste: su rostro glacial expresaba algo extraordinario, pintándose en él todo el sobresalto posible en una máscara de piedra. Su boca dejó escapar esta palabra:

—Sea!

Sus pupilas tomaron la forma de las del buho y se dilataron de estupor examinando un punto del espacio.

—Es justo, dijo. En cuanto á mí, consiento.

El patron le miraba. El doctor repitió, hablando consigo mismo, ó hablando con alguno dentro del abismo:

—Te digo que sí.

Calló, cada vez más fijos los ojos, redoblando la atencion sobre lo que veia, y repuso:

—Viene de lejos, pero viene.

El segmento del espacio, en el que se hundian el rayo visual y el pensamiento del doctor, como estaba opuesto al Poniente, lo alumbraba aun la vasta reverberacion crepuscular casi como si fuese de dia. Este segmento, muy circunscrito y rodeado de trozos de vapor gris, era azul, pero azul casi plomizo.

El doctor, vuelto hácia el mar y sin mirar al patron, le designó con el índice ese segmento aéreo, diciéndole:

—Patron, lo ves?

—El qué?

—Aquello.

—Dónde?

—Allá bajo.

—Un pedazo azul, sí.

—Aquello qué es?

—Un ángulo del cielo.

—Para los que allí van, sí; pero para los que van á otra parte, no.

Diciendo esto, el doctor subrayó las palabras de este enigma con una espantosa mirada, que se perdió en la oscuridad.

Hubo un instante de silencio.

El patron se puso en guardia, pensando en la doble calificacion que dió el jefe de la partida al viejo calvo. ¿Es un loco, es un sábio? se preguntó á sí mismo.

El índice huesoso y rígido del doctor permaneció dirigido hácia el indicado segmento del horizonte. El patron lo examinó.

—En efecto, repuso; eso no es cielo, es una nube.

—La nube azul es peor que la nube negra, dijo; es la nube de la nieve.

—La nube de la nieve? preguntó el patron, como queriendo comprender.

—Sabes lo que es la nube de la nieve?

—No.

—Pues lo sabrás en seguida.

El patron volvió á contemplar el horizonte y á observar la nube, diciendo casi entre dientes:

—Un mes de borrasca, un mes de lluvia. Enero que tose y Febrero que llora; hé aquí nuestro invierno en Astúrias. Nuestra lluvia es caliente; solo tenemos nieve en las montañas. Pero debemos guardarnos de la avalancha, porque la avalancha nada respeta; es una bestia.

—Y la tromba, le contestó el doctor, es un mónstruo, y ese mónstruo es el que viene. Muchos vientos trabajan á la vez para conseguirlo; un gran viento del Oeste y otro muy lento del Este.

—Este doctor es un hipócrita, dijo para sí el patron.

La nube azul iba creciendo entre tanto.

—Si la nieve es temible cuando desciende de la montaña, juzga tú lo que será cuando caiga del polo.

El ojo del viejo estaba vidrioso; parecia que la nube crecia en su semblante al mismo tiempo que en el horizonte.

—Todos los minutos traen la hora y cumplen la voluntad de arriba.

El patron volvió á interrogarse á sí mismo:

—Estará loco?

—Patron, le dijo el doctor, ¿has viajado mucho por el Canal de la Mancha?

—Hoy viajo por primera vez, le respondió.

El doctor, absorbido por la nube azul y que, como la esponja, solo tiene una capacidad de agua, solo tenia una capacidad de ansiedad, se inmutó ligeramente, alzando los hombros, al oir la respuesta del patron.

—Cómo es eso?

—Señor doctor, hago habitualmente el viaje á Irlanda. Voy desde Fuenterrabía á Black-Harbour ó á la isla Akill. Voy algunas veces á Brachipult, que es un extremo del pais de Gales. Sé navegar por allí; pero no conozco este mar.

—Pues eso es muy grave. ¡Desgraciado el que solo sabe deletrear el Océano!

El Canal de la Mancha es un mar que es preciso saber leer correctamente. La Mancha es una Esfinge: desconfia de su fondo.

—Estamos ahora á veinticinco brazas.

—Pues es preciso que estemos á cincuenta y cinco, que están en el Poniente, y evitar las veinticinco, que están al Levante.

—En el camino sondearemos.

—El Canal de la Mancha no es un mar como los otros. La marea sube en él hasta cincuenta piés en las Malinas y á veinticinco piés en las aguas muertas. Su flujo y reflujo no es como el de los otros mares. Ya veo que estás desconcertado.

—Esta noche sondearemos.

—Para sondear es preciso pararse, y tú no podrás parar el buque.

—Por qué?

—Porque te lo impedirá el viento.

—Probaremos.

—La borrasca no dá tiempo para nada.

—Sondearemos, señor doctor.

—Sé más modesto, que muy pronto nos vá á azotar el viento.

—Os digo que probaré á sondear.

—El choque del agua impedirá que el plomo descienda, ó lo desviará de la perpendicular. Es una desgracia que navegues por aquí la primera vez.

—Sí; es la primera vez.

—Pues entonces, patron, escucha.

El acento con que pronunció la palabra *escucha* era tan imperativo, que el patron se inclinó.

—Señor doctor, ya escucho.

—Amura á babor.

—Qué quereis decir?

—Pon la proa al Oeste.

—Caramba!

—Pon la proa al Oeste.

—No es posible.

—Como quieras. Te lo digo por los demás: en cuanto á mí, yo lo acepto todo.

—Pero, señor doctor, ir hácia el Oeste...

—Sí, patron.

—¡Pero, señor doctor, eso es tener el viento contrario!

—Sí, patron.

—Eso seria tener un vaivén diabólico!

—Sí, patron.

—Quizás se rompa el mástil!

—Quizás.

—¡Y quereis que se navegue hácia el Oeste!

—Sí.

—No puedo.

—En ese caso, lucha con el mar como puedas.

—Seria preciso que el viento cambiase.

—No cambiará en toda la noche.

—Por qué?

—Es un soplo largo de mil doscientas leguas.

—Es imposible ir contra el viento.

—Pon la proa al Oeste, te repito.

—Probaré; pero nos desviaremos.

—Ese es el peligro.

—El viento nos lanza al Este.

—No vayas al Este.

—Por qué?

—Patron, ¿sabes cómo se llama hoy para nosotros la muerte?

—No.

—Pues la muerte se llama el Este.

—Navegaré hácia el Oeste.

El doctor miró al patron con la mirada fija que parece que se apoya para hundir un pensamiento en el cerebro de otro. Vuelto de frente al patron, pronunció lentamente estas palabras:

—Si esta noche, cuando estemos en medio del mar, oimos el són de una campana, el navío estará perdido.

El patron le miró estupefacto.

—Qué quereis decir?

El doctor no respondió; su mirada volvió á adquirir la impasibilidad habitual. Pareció que se apercibia del asombro del patron y solo atendia ya á lo que oia dentro de sí mismo. Sus labios articularon estas palabras en voz baja:

—Ha llegado el momento en que se lavan las almas negras.

El patron hizo la mueca expresiva que aproxima á la nariz la parte baja del rostro, y murmuró:

—Es más loco que sábio.

Diciendo esto se separó de él; sin embargo, puso la proa hácia el Oeste.

Pero el viento soplaba más fuerte y el mar engruesaba.

## V.

### Hardquanonne.

Toda clase de entumecencias aparecian en la bruma y se hinchaban á la vez en todos los puntos del horizonte, como si muchas bocas invisibles estuviesen ocupadas en hinchar las odres de la tempestad. La forma de las nubes era siniestra.

La nube azul que ocupaba todo el fondo del cielo, tanto al Oeste como al Este, avanzaba contra el viento.

El mar, que momentos antes presen-

taba escamas, ahora era una piel; así es ese dragon. No era ya un cocodrilo, era un boa. Esta piel, plomiza y sucia, era espesa y se rizaba pesadamente. En la superficie, hervideros de olas, aislados, semejantes á pústulas, se redondeaban y luego reventaban; la espuma era una especie de lepra.

En este momento, la urca, que veia aun de lejos el niño abandonado, encendió su fanal.

Un cuarto de hora transcurrió.

El patron buscó al doctor y ya no estaba sobre el puente.

Tan pronto como el patron le dejó, el doctor se fué á la cala del buque; allí se sentó cerca del hornillo en un taburete; sacó del bolsillo un tintero de chagrin y una cartera de cordoban, un pergamino plegado en cuatro dobles, viejo, amarillento y sucio; lo desplegó, tomó una pluma del estuche del tintero, puso la cartera sobre la rodilla y el pergamino sobre la cartera, y en la parte de delante del pergamino, á la luz de la linterna que alumbraba al cocinero, escribió. Las sacudidas de las olas le incomodaban. El doctor escribia largamente.

Escribiendo se fijó el doctor en la calabaza de aguardiente que el provenzal llevaba á la boca cada vez que añadia un pimiento al puchero, como si la consultase la manera de condimentar.

El doctor se fijó en esta calabaza, no porque servia de botella de aguardiente, sino á causa de un nombre que estaba tejido en su forro de mimbres blancos con juncos rojos. Habia bastante luz en la cala para poder leerlo. El doctor lo deletreó á media voz:

—Hardquanonne.

Despues, dirigiéndose al cocinero, le preguntó:

—No me habia fijado aun en esa calabaza. ¿Es que perteneció á Hardquanonne?

—Sí; perteneció á nuestro pobre camarada Hardquanonne, contestó el cocinero.

El doctor prosiguió:

—A Hardquanonne el flamenco?

—Sí.

—El que está preso?

—Sí.

—En la torre de Chatham?

—Sí; esta es su calabaza, respondió el cocinero; era muy amigo mio y la guardo como recuerdo. ¿Cuándo le volveremos á ver?

El doctor volvió á tomar la pluma y continuó trazando penosamente líneas tortuosas en el pergamino; sin duda alguna tenia gran cuidado de que fueran legibles. A pesar del extremecimiento del buque y del temblor de la edad, acabó de escribir lo que queria.

Era tiempo, porque de repente sobrevino un golpe de mar. Una avenida impetuosa de olas asaltó á la urca, la que se sintió acometida de la espantosa danza que hace bailar á los navíos la tempestad.

El doctor se levantó, se aproximó al hornillo, guardando hábilmente el equilibrio; secó, como pudo, con el fuego de la marmita las líneas que acababa de escribir, dobló el pergamino y lo metió en la cartera, y puso el tintero y la cartera en el bolsillo.

El hornillo no era la pieza menos ingeniosa del menaje interior de la urca. Estaba muy aislado y, no obstante, la marmita oscilaba; el provenzal la vigilaba.

—Sopa de pescado, dijo.

—Para los peces, respondió el doctor.

Despues se volvió á situar sobre el puente.

## VI.

### Se creen salvados.

Al través de su creciente preocupacion, el doctor pasó revista á la situacion, y cualquiera que estuviese á su lado hubiera podido oir que decia:

—Demasiado balanceo y poco cabeceo.

El doctor, fijo en el trabajo oscuro de su espíritu, redescendió en su pensamiento como un minero dentro de un pozo.

Iba á empezar el sombrío suplicio de las aguas, eternamente atormentadas. Un lamento se escapaba de la inmensidad líquida. Aprestos confusamente lúgubres se hacian en el espacio. El doctor examinaba todo cuanto tenia á su vista y no perdia ningun detalle, pero no estaba sumido en la contemplacion. No se contempla el infierno.

Vasta conmocion, aun semilatente, pero visible ya en la turbacion de las extensiones, acentuaban y agravaban más cada vez el viento, los vapores y las olas. Nada es tan lógico y nada parece tan absurdo como el Océano. Esa dispersion de sí mismo es inherente á su soberanía y es uno de los elementos de su extension. La ola es sin cesar el pró y el contra; solo se ata para desatarse; uno de los lados

ataca y el otro se libra. No hay vista como la de las olas. ¿Cómo pintar sus huecos y relieves alternativos, sus valles y sus bosquejos? ¿Cómo expresar esas soñadas malezas de espuma, esa imitacion de las montañas? En él todo es indescriptible.

El viento acababa de declararse del Norte; su violencia fué tan favorable y tan útil para alejarse de Inglaterra, que el patron de la *Matutina* se decidió á desplegar todas las velas. La urca se escapaba entre la espuma como al galope á toda vela, con viento en popa, saltando de ola en ola, con rabia y con alegría. Encantados los fugitivos, estaban contentos. Aplaudian á las olas, á los vientos, á la velocidad, á la fuga y al porvenir ignorado. El doctor parecia no fijarse en ellos y estaba meditabundo.

Habia ya anochecido.

Entonces fué cuando el niño abandonado perdió de vista la urca desde el monte peñascoso. Hasta aquel instante su mirada permaneció fija y como apoyada en el navío. ¿Qué parte tuvo esa mirada en su destino? En el momento en que la distancia borró la urca y no pudo verla el niño, éste se fué hácia el Norte, mientras que el navío iba hácia el Sur.

A todos los ocultó la noche.

## VII.

### Horror sagrado.

Poco á poco, y con verdadera alegría, los fugitivos embarcados en la urca vieron quedarse detrás de ellos y desaparecer de su vista la tierra que les era hostil. Poco á poco el Océano hacia que se perdiesen en el crepúsculo Portland, Purbek, Tineham, Kimeridge, los dos Matravers, las inmensas extensiones de la montaña peñascosa y brumosa y la costa, sembrada de faros. La Inglaterra se borró de su vista, y los fugitivos solo vieron ya el mar á su alrededor.

Pero la noche se presentó terrible. De repente se confundió el mar y el espacio; el cielo se ennegreció, cerrándose sobre el navío, y empezó el lento descenso de la nieve. Cayeron algunos copos: hubiérase dicho que eran almas; y ya nada fué visible en el campo de las carreras del viento. Por la profunda oscuridad, que todo lo enluta, empieza en nuestros climas la tromba polar. Inmensa nube turbia, semejante á la parte de bajo de una hidra, pesaba sobre el Océano, y por algunas partes el vientre lívido se adheria á las olas. Algunas de estas adherencias se parecian á bolsillos agujereados, que se hinchaban sobre el mar, vaciándose de vapor y llenándose de agua; estas succiones levantaban aquí y allá, sobre las olas, conos de espuma.

La tormenta boreal se precipitó sobre la urca, se echó sobre ella. La ráfaga y el navío se pusieron frente á frente uno del otro, como para insultarse.

En el primer abordaje forzado, ni se rompió una vela, ni se llevó un foque, ni tomó un rizo. El mástil crugió y se plegó hácia atrás, como espantado.

Los ciclones en el hemisferio del Norte dan vueltas de izquierda á derecha, en el mismo sentido que las agujas de un reloj, con un movimiento de traslacion que alcanza algunas veces sesenta millas por hora. Aunque la urca estaba de lleno á merced de la violenta furia giratoria, se mantenia como si hubiese estado dentro del semicírculo manejable, sin más precaucion que la de tenerse derecha sobre la ola y de presentar la proa al viento anterior, recibiendo el viento actual á estribor, con la idea de evitar los golpes por detrás y de través. Esta semiprudencia de nada hubiera servido en el caso de un salto de viento de parte á parte.

Profundo rumor soplaba en la region inaccesible; nada es comparable al rugido del abismo, que es la inmensa voz bestial del mundo. Lo que llamamos la materia, ese organismo insondable, esa amalgama de energías inconmensurables, en el que algunas veces se distingue una cantidad imperceptible de intencion que hace extremecer; ese cosmos ciego y nocturno, ese pan incomprensible, tiene un grito, grito extraño, prolongado, terco, contínuo, que es menor que el de la palabra, pero mayor que el del trueno; este grito es el huracan. Las otras voces, los cantos, las melodías, los clamores, salen de los nidos, de las nidadas, de las parejas de los himeneos; la voz de la tromba de esa Nada que es el Todo. Aquellas voces expresan el alma del universo; ésta expresa su mónstruo, es lo deforme aullando, es lo inarticulado hablado por medio de lo indefinido. ¡Espectáculo patético y aterrorizador! Esos rumores dialogan por encima y más allá del hombre; se elevan, se abaten, ondulan, determinan ondas de ruido, dan toda clase de sorpresas feroces al espíritu; ya estallan á nuestros oidos con la importunidad del clarin, ya tienen la voz ron-

ca de las lontananzas; murmullo vertiginoso, que se parece al lenguaje y que es un lenguaje en efecto; es el esfuerzo que hace el mundo para hablar, es el tartamudeo del prodigio. En ese gemido se manifiesta confusamente todo lo que tolera, sufre, acepta y rechaza la enorme palpitacion tenebrosa. Con frecuencia la arrastra la sinrazon, y se parece á un acceso de enfermedad crónica, y es más epilepsía difundida que fuerza empleada, y creemos asistir á la caida del supremo mal en el infinito. Hay momentos en los que se entrevé una especie de reivindicacion del elemento, no sé qué veleidad de querer repetir el caos en la creacion. Hay momentos en los que parece que el espacio se queja, se lamenta y se justifica, como si pleitease por la causa del mundo; creemos entonces adivinar que el universo es un proceso, que se escucha su lectura, que se trata de asirse de las razones alegadas, de ver el pró y el contra temible; porque hay gemidos en la oscuridad que tienen la tenacidad de un silogismo. Vasta turbacion para el pensamiento; en ella está la razon de ser de las mitologías y de los politeismos. Completan el espanto de esos grandes murmullos perfiles sobrehumanos, que tan pronto como se ven se desvanecen; de euménides aéreas, de pechos de furias dibujados en las nubes, de quimeras plutonianas adivinadas; horrorizan sus sollozos, sus risas, su agilidad para producir fracasos, sus preguntas y sus respuestas indescifrables y su llamamiento á auxiliares desconocidos. El hombre ignora lo que vá á sucederle en este encadenamiento espantoso y sucumbe ante ese enigma de entonaciones draconianas. Qué comprende de ellas? Qué significan? A quién amenazan? A quién suplican? Se vé que hay en ellas como un desencadenamiento. Vociferaciones de precipicio á precipicio, del aire al agua, del viento á las olas, de la lluvia á las rocas, del zenit al nadir, de los astros á las espumas. Tal es su tumulto, complicado con no sé qué contienda misteriosa con las malas conciencias.

La locuacidad de la noche no es menos lúgubre que su silencio; se percibe en ella la cólera de lo ignorado. La noche indica una presencia, pero de quién?

Además, es preciso distinguir entre la noche y las tinieblas.

En la noche hay algo absoluto, y éste es múltiple en las tinieblas.

La gramática, que es una lógica en las tinieblas, no admite el singular, porque la noche es una y las tinieblas son muchas.

La bruma del misterio nocturno es lo esparcido, lo fugaz, lo que cae, lo funesto; no parece ya la tierra, sino otra realidad.

En la sombra infinita é indefinida hay algo, hay algun vivo, pero lo que vive en ella forma parte de nuestra muerte. Despues de nuestro pasaje terrenal, cuando esa sombra sea para nosotros la luz, nos tomará la vida que está más allá de nuestra vida; esperándonos parece que nos tienta. La oscuridad es una presion. La noche es una especie de mano puesta sobre nuestra alma. En ciertas horas horrendas y solemnes, sentimos que lo que está detrás de la pared de la tumba nos usurpa nuestros derechos.

Nunca esta proximidad á lo desconocido es tan palpable como en las tempestades del mar. Lo fantástico engrandece lo horrible.

El interruptor posible de las acciones humanas, la asamblea de nubes, tiene en ella á su disposicion, para amasar el acontecimiento como le parezca, el elemento inconsistente, la incoherencia ilimitada, la fuerza difusa y sin opinion; la tempestad acepta y ejecuta á cada instante no sé qué cámbios de voluntad aparentes ó reales. Los poetas en todos los tiempos los han llamado el capricho de las olas, pero no existe semejante capricho.

Las cosas que vemos desconcertadas, que en la naturaleza llamamos *capricho* y en el destino *acaso*, son pedazos de leyes *entrevistas*.

## VIII.

### Nieve y noche.

Caracteriza á la tempestad de nieve el ser negra. El aspecto habitual de la naturaleza durante las tormentas, que es el mar oscuro y el cielo pálido, se trastorna en la borrasca de nieve, en la que el cielo está negro y blanco el Océano. Por bajo espuma, por arriba tinieblas. El horizonte murado de humo, el zenit cubierto de crespon. La tempestad se parece al interior de una catedral con colgaduras de luto, pero sin luces. El ciclon polar difiere del ciclon tropical, en que éste enciende todas las luces y en que el otro las apaga todas. El mundo se convierte de súbito en la bóveda de una caverna. En dicha noche cae un polvo de manchas pálidas que

vacilan entre el cielo y el mar; esas manchas, que son copos de nieve, se resbalan, vagan y flotan.

Parecen las lágrimas de un cadáver que volviese á vivir y á adquirir movimiento. Esa siembra cae mezclada con un viento furioso. Negrura desmenuzada en blancuras, lo furioso en la oscuridad, el tumulto de que es capaz el sepulcro, el huracan debajo de un túmulo; eso es la tempestad de nieve. Debajo tiembla el Océano, rellenando formidables y desconocidas profundidades. En el viento polar, que es eléctrico, de los copos se forma en seguida el granizo y el aire se llena de proyectiles. El agua ametrallada chispea. No se oyen truenos; el relámpago de las tormentas boreales es silencioso. Lo que se dice algunas veces del gato, "jura„, se puede decir de esta clase de relámpagos. Son la amenaza de una boca entreabierta, extrañamente inexorable. La tempestad de nieve es ciega y muda. Despues que pasa, con frecuencia los navíos quedan ciegos y los marineros mudos.

Es muy difícil salir de semejante abismo.

Se engañará, sin embargo, el que crea que en estas tempestades el naufragio es absolutamente inevitable. Los pescadores daneses de Disco y del Balesin, los perseguidores de ballenas negras; Hearn, yendo hácia el extremo de Behring á reconocer la embocadura del rio de la mina de cobre; Hudson, Mackensie, Vancouver, Ross y Dumont d'Urville, sufrieron en el Polo las más inclementes borrascas de nieve y se salvaron.

En esta especie de tempestad se metió la urca á toda vela y con aire de triunfo. Frenesí contra frenesí. Cuando Montgomery, al escaparse de Rouen, precipitó á todo remo su galera contra la cadena que impedia el paso desde el Sena á la Bouille, tuvo la misma osadía.

La *Matutina* corria. La inclinacion causada por las velas habia momentos que formaba con el mar un espantoso ángulo de quince grados, pero su buena y ventruda quilla se adheria á las olas y resistia á los arranques del huracan. La jaula del fuego iluminaba al buque por la proa. La nube llena de soplos arrastraba su hinchazon sobre el Océano, estrechando y royendo más cada vez el mar alrededor de la urca. No se veia más que nieve. El campo de las olas era reducido y espantoso; solo se distinguian tres ó cuatro colosales.

De vez en cuando un vasto relámpago de color de cobre rojo aparecia detrás de las superposiciones oscuras del horizonte y del zenit. Esa extension roja manifestaba horror á las nubes. Su brusco y rápido abrazo á las profundidades, destacando los primeros planos de nubes y las fugas lejanas del caos celeste, ponia en perspectiva al abismo. Sobre el fondo de fuego del relámpago los copos de nieve eran negros, semejándose á sombrías mariposas revoloteando sobre un horno. Desaparecia el relámpago y todo se cubria de tinieblas.

Pasada la primera explosion de la borrasca, ésta continuó persiguiendo á la urca y empezó á rugir con voz ronca. Estaba en la fase del rugido y en ella disminuye el inminente peligro; su sombrío recitado se parece á un compás de espera que se tomen las misteriosas fuerzas combatientes é indica una especie de alerta en lo desconocido.

La urca continuaba en su veloz carrera. Sus dos velas mayores, sobre todo, desempeñaban funcion espantosa. El cielo y el mar eran de color de tinta, con chorros de baba, que saltaban más altos que el mástil. A cada momento arroyos de agua atravesaban el puente de la urca como un diluvio, y á todas las inflexiones del balance, los escobenes, tanto de estribor como de babor, se convertian en otras tantas bocas abiertas, que vomitaban espuma en el mar.

Las mujeres estaban refugiadas en la cala, pero los hombres permanecian sobre el puente. La nieve se arremolinaba ciegamente; los gargajos de las olas se les juntaban. Todo estaba furioso.

En este momento el jefe de la partida, de pié en la popa, arrogante, satisfecho y con la faz altiva, gritó:

—Ya estamos libres!

—Libres! libres! libres! repitieron con alegría los fugitivos.

—Hurra! gritó el jefe.

—Hurra! aulló toda la partida en medio de la tempestad.

En el momento de extinguirse los ecos de este clamor, una voz fuerte y grave se oyó al otro extremo del navío, que gritaba:

—Silencio!

Todos se volvieron al oir la voz y conocieron que era la del doctor.

La oscuridad era muy densa: el doctor estaba pegado al mástil, y por su delgadez se confundia con él y no le veian.

—Oid, escuchad, dijo.

Callaron todos.

En medio del silencio oyeron distin-

tamente en la oscuridad el sonido de una campana.

## IX.

### Recelo confiado al mar furioso.

El patron de la urca, que manejaba el timon, se echó á reir.

—Una campana? mejor, dijo. Marchamos á babor. ¿Qué prueba oir esa campana? Que tenemos la tierra á estribor.

—No teneis la tierra á estribor, contestó el doctor con voz firme y lenta.

—Sí, replicó el patron.

—No.

—El sonido de la campana viene de tierra.

—Ese sonido, contestó el doctor, viene del mar.

Al oir esto se extremecieron aquellos hombres atrevidos. Los dos rostros huraños de las dos mujeres aparecieron en el cuadrado de las escotillas, como dos larvas equívocas. El doctor dió un paso y su larga y negra figura se destacó del mástil. Se oyó sonar la campana en el fondo de la noche. El doctor habló así:

—Hay puesta en medio del mar, á mitad del camino entre Portland y el archipiélago de la Mancha, una boya. Esta boya está amarrada con dos cadenas en el fondo del mar y flota á flor de agua. Sobre esta boya hay fijo un caballete de hierro, y al través del caballete está suspendida una campana. En tiempo de tempestad, al sacudirse el mar sacude la boya y la campana suena. Esa campana es la que oís.

El doctor dejó pasar un golpe de viento; esperó á que volviese á tocar la campana, y prosiguió:

—Oirla en la tempestad, cuando sopla el Noroeste, es estar perdidos. Por qué? Vais á saberlo. Si oís el sonido de esa campana es porque el viento os lo trae; luego el viento viene del Oeste, y los escollos de Aurigny están al Este. Oimos la campana porque estamos entre la boya y los escollos y hácia éstos nos arroja el viento. Estamos á la parte mala de la boya; si estuviésemos á la parte buena, nos encontraríamos con viento en popa, en alta mar, en camino seguro, y no oiríamos la campana, el viento no nos traeria su sonido y pasaríamos cerca de la boya sin saberlo. Nos hemos desviado. Esa campana es la del naufragio que toca á rebato. Ahora reflexionad.

La campana, mientras que el doctor hablaba, apaciguada por un viento menos fuerte, daba lentamente sonido tras sonido, y esta intermitencia parecia que tomaba acta de las palabras del viejo. Hubiérase dicho que era el toque fúnebre del abismo.

Los hombres y las mujeres de la embarcacion escuchaban jadeantes, ya la voz del viejo, ya la voz de la campana.

## X.

### La tempestad es la gran salvaje.

Entre tanto el patron cogió la bocina y gritó:

—De prisa, marineros! ¡quitad las escotas, tirad por los cabos las calas, bajad las velas, giremos al Oeste, volvamos á ganar la alta mar! ¡Pongamos la proa hácia la boya, hácia la campana! ¡No hay que desesperar aun!...

—Probad, contestó el doctor afirmando.

Digamos de paso que dicha boya sonora, que era una especie de campanario del mar, se suprimió en 1802. Tres viejísimos navegantes se acuerdan de haberla oido aun. Advertia, pero demasiado tarde.

Obedecieron en seguida el mandato del patron. El hijo del Languedoc trabajó como tercer marinero, y los demás les ayudaron. Se hizo más que encoger las velas, se afianzaron todos los aferravelas, se ataron los apagapenoles, se aseguró el mástil, clavetearon los manteletes de las portañolas, lo que en cierto modo es amurallar el navío. La maniobra, aunque se ejecutó de prisa, fué correcta, pero á medida que la urca se preparaba para lo que dijo el patron, la furia y el desconcierto del aire y del agua la combatian más. La altura de las olas alcanzaba casi la dimension polar.

El huracan, como un verdugo que tiene prisa, se puso á descuartizar al navío. En un abrir y cerrar de ojos acometió á la urca con arranque espantoso. Las gavias quedaron á pedazos, los tablones que cubren las escotillas arrasados, los obenques saqueados, el mástil roto y todo el material arrancado en el desastre voló en astillas. Cedieron los gruesos cables.

La tension magnética, propia de las tempestades de nieve, ayudó á la ruptura del cordaje; sus efluvios rompian las cuerdas tanto como el viento. Diversas cadenas salidas de sus sitios ya no podian maniobrar. Una ola se llevó la brújula con su receptáculo. Otra ola se llevó

la canoa amarrada á la percha del bauprés, y otra la Vírgen de proa y la jaula del fuego. Solo quedaba el timon.

Suplieron al fanal perdido con una gruesa granada llena de estopa flamígera y con alquitran encendido, que suspendieron del estrave.

El mástil, partido en dos y erizado de astillas, de cuerdas, de vergas y de garruchas, embarazaba el puente; al caer rompió un pedazo del muro de estribor.

El patron gritaba:

—Mientras podamos manejar el timon no hay que perder la esperanza. Aun se mantiene el buque. ¡Sacad las hachas y arrojad al mar el mástil! Desembarazad el puente.

La tripulacion y los pasajeros sentian la fiebre de las batallas supremas; obedecer al patron fué obra instantánea. Se arrojó el mástil y desembarazaron el puente.

—Ahora, repuso el patron, tomad una driza y amarradme al timon.

Así lo hicieron. Mientras le ataban se reia y gritaba, dirigiéndose al mar:

—Muje, vieja; brama, vieja, que yo he visto peores que tú en el cabo de Machichaco.

Cuando estuvo agarrotado, empuñó el timon con las dos manos con la extraña alegría que dá el peligro.

—Ya está todo bien, camaradas! ¡Viva la Vírgen nuestra patrona! ¡Vámonos hácia el Oeste!

Una ola colosal, corriendo de través, llegó y se dejó caer sobre la urca. Hay siempre en las tempestades una especie de ola-tigre, feroz y definitiva, que llega en un instante dado, se arrastra durante algun tiempo sobre el mar; despues salta, ruge y trepa, se desploma sobre el angustiado navío y le desmembra. Un rio de espuma cubrió toda la popa de la *Matutina* y se oyó una dislocacion mezclada de agua y de noche. Cuando la espuma se disipó, cuando reapareció su parte de detrás, no habia ya en ella ni patron ni timon. A ambos habia arrancado la ola. El hombre y la barra á que estaba atado desaparecieron con la espuma.

El jefe de la partida, encarándose con la tempestad, la apostrofó así:

—Te burlas de nosotros?

A ese grito de rebelion sucedió otro grito:

—Arrojemos el áncora! ¡salvemos al patron!

Corrieron al cabrestante y mojaron el áncora, pero esto contribuyó á perderla. El fondo del mar era de roca viva, el oleaje furioso, y el cable se rompió como si fuese un cabello.

El áncora se perdió en el fondo del mar.

Del tajamar ya solo quedó el ángel mirando con el anteojo.

Desde este momento la urca ya solo fué una cosa perdida.

La *Matutina* estaba irremediablemente desamparada. Este navío, hace poco alado, casi terrible en su carrera, era ahora ya impotente. No podia hacer ninguna maniobra completa. Obedecia pasivamente á las furias caprichosas de la flotacion.

El mugido del viento era cada vez más monstruoso en el espacio: la tempestad tiene pulmones espantosos y añade sin cesar lúgubres agravaciones á la noche, que carece de matices. La campana del medio del mar sonaba desesperadamente, como si la sacudiese una mano feroz.

La *Matutina* andaba segun el capricho de las olas; no bogaba ya, sobrenadaba, y parecia que á cada momento iba á volver el vientre á flor de agua como un pez muerto. La salvaba de esta perdicion el que su casco fuese perfectamente sólido: ni una plancha se habia soltado durante su penosa flotacion; no tenia ni hendiduras, ni grietas, y no habia entrado en la cala una sola gota de agua. Afortunadamente, porque una de sus averías alcanzó á la popa y la dejó inútil para el servicio.

La urca danzaba horriblemente en las agonías de las olas. Su puente tenia las convulsiones del diafragma que desea vomitar; parecia como que hacia esfuerzos para arrojar los náufragos. Ellos se cogian con las uñas á las manos de obra dormidas, á los cables, al codaste, á las roturas del cordaje, cuyos clavos les desgarraban las manos, y á todos los miserables relieves que ocasionó el destrozo del buque. De vez en cuando se ponian á oir. El sonido de la campana se iba debilitando; hubiérase dicho que estaba agonizando; su voz era un estertor intermitente, y despues se apagaba.

Dónde se encontraban los náufragos? á qué distancia estaban de la boya? Les espantó el sonido de la campana, pero su silencio les aterrorizaba. El Noroeste les hacia perder el camino, quizás irreparable: eran arrastrados por un viento frenético que acababa de desencadenarse. El resto del navío corria en las tinieblas. Nada tan espantoso como la ve-

locidad ciega: los náufragos veian el precipicio delante, encima y debajo de ellos. La urca no hacia una carrera, sino una caida.

Bruscamente, en medio del enorme tumulto de la nieve, apareció un resplandor rojo.

—Un faro! exclamaron con alegría los náufragos.

## XI.

### Los Casquets.

Era en efecto la Light-Housse de los Casquets.

Un faro en el siglo diez y nueve es un alto cilindro conoide de masonería, que remata en una máquina de alumbrado, enteramente científica. El faro de los Casquets, particularmente, es en la actualidad una triple torre blanca, que consta de tres castillos de luz. Dichas tres casetas de fuego evolucionan afianzadas sobre ruedas de relojería, con tal precision, que el vigilante que las observa desde lejos dá invariablemente diez pasos en el puente del navío durante su irradiacion y veinticinco durante su eclipse. Todo está calculado en el plan focal y en la rotacion del tambor octógono, que lo forman lentes cuadrados, sencillos y escalonados, y que tienen por encima y por debajo dos séries de anillos dióptricos; engranaje algebráico, garantido de los golpes de viento y de los golpes de mar por vidrios espesos de un milímetro, que rompen, sin embargo, las águilas marítimas que se arrojan sobre ellos, mariposas nocturnas de esas linternas gigantes. La construccion que encierra, sostiene y sirve á ese mecanismo es, como éste, matemática. Todo es en ella sóbrio, exacto, sencillo, preciso y correcto. Un faro es una cifra.

En el siglo diez y siete un faro era una especie de penacho de la tierra colocado á la orilla del mar. La arquitectura de la torre de un faro era magnífica y extravagante; se prodigaban en ella los balcones, las balaustradas, las torrecillas, etc. etc. Habia en ellos mascarones, estátuas, figuras, figurines, muchos adornos é inscripciones. *Pax in bello*, decia la del faro de Eddystone. De paso debemos decir que esta declaracion de paz no desarmaba siempre al Océano. Winstanley la repitió en otro faro que construyó á sus expensas en un sitio feroz, en Plymouth: cuando terminó su torre se metió en ella é hizo que la probase la tempestad, pero ésta llegó y arrastró consigo al faro y á Winstanley. Esas construcciones excesivas ofrecian por todas partes presas á las borrascas, como los generales temerarios que en las batallas presentan sus cuerpos. Además de los caprichos de piedra, ostentaban los antiguos faros fantasías de hierro, de cobre y de madera; el faro de los Casquets no era de los de esta clase.

Era en la época de esta historia un faro sencillo, antiguo y bárbaro, tal como Enrique I lo hizo construir despues de perder la *Blanche-Nef;* era una hoguera ardiendo bajo de una reja de hierro en lo alto de una roca; una brasa en unas parrillas y una cabellera de llama en el viento.

La única correccion que sufrió dicho faro desde el siglo doce fué la de una mancha de fragua puesta en movimiento por una llares de piedra, que se ajustó á la caja de fuego en 1610.

En los faros antiguos las aventuras de las aves marítimas eran más trágicas que en los faros actuales. Las aves corrian hasta ellos atraidas por la claridad y caian precipitadas en el brasero, en el que se las veia saltar como espíritus negros que agonizasen en ese infierno, y algunas veces volvian á caer fuera de la jaula roja, sobre las rocas, humeantes, cojas y ciegas, como caen fuera de la llama de la lámpara las moscas semiquemadas.

Para el navío que maniobra provisto de todo lo necesario para navegar y que maneja un piloto, el faro de los Casquets es útil. Grita:—Cuidado! y advierte el peligro. Para el navío desamparado ese faro es inútil; el casco paralizado é inerte no ofrece resistencia á las olas monstruosas, ni puede defenderse de la presion del viento, y es pez sin aletas y pájaro sin alas, que solo vá á donde el viento lo arrastra. El faro solo le enseña su última morada y alumbra el sitio de su desaparicion; es la antorcha de su sepulcro.

Alumbrar la caida segura y advertir lo inevitable, es la más trágica de las ironías.

## XII.

### Cuerpo á cuerpo contra el escollo.

Los miserables náufragos de la *Matutina* comprendieron en seguida esa misteriosa irrision. La aparicion del faro les alegró en el primer momento, pero

luego los aplastó. No podian hacer ni intentar nada. El Noroeste dirigia la urca hácia los Casquets; iban hácia allí sin poderlo evitar; llegaria para ellos rápidamente el instante de chocar contra la cadena de rocas. Si hubieran podido mojar útilmente la sonda, les hubiera probado que solo tenian tres ó cuatro brazas de fondo. Los náufragos escuchaban los sordos mugidos de las olas al sumirse en las aberturas submarinas de las rocas. Distinguian debajo del faro, como una tajada oscura entre dos láminas de granito, el paso estrecho de la espantosa sima, que comprendian que estaba llena de esqueletos de hombres y de armazones de navíos; era una boca de antro, más que una entrada de puerto. Oian chispear la hoguera en su receptáculo de hierro; fiero color de púrpura iluminaba la tempestad: el encuentro de la llama y del granizo ensuciaba la bruma; la nube negra y el humo rojo combatian, como serpiente contra serpiente; brasas arrancadas volaban por los aires y los copos de nieve parecia que huian de este brusco ataque de chispas. Los escollos, borrados al principio, se dibujaban ahora con claridad; se veia confusion de rocas, con picos, crestas y vértebras; sus ángulos se modelaban por vivas líneas rojas y sus planos inclinados por sangrientas insinuaciones de claridad. A medida que avanzaban, el relieve del escollo era más siniestro, crecia y subia.

Una de las mujeres, la irlandesa, pasaba rápidamente las cuentas del rosario.

A falta de patron, que era el piloto, quedaba el jefe, que era el capitan. Los vascos conocen todos la montaña y el mar; son atrevidos ante el precipicio é inventivos en las catástrofes.

Iban ya á dar contra el escollo; estaban tan cerca de la inmensa roca de los Casquets, que ésta eclipsó súbitamente el faro, y no vieron más que ella y un resplandor detrás. Esta gran roca, de pié y entre la bruma, se asemejaba á una inmensa mujer negra peinada con fuego.

Esta roca se llamaba el Biblet: ella sostiene al Septentrion el escollo que otra, llamada Etacq-aux-Guilmets, sostiene al Mediodía.

El jefe de la partida, mirando al Biblet, exclamó:

—Todo hombre de buena voluntad puede llevar un cable pequeño al escollo. Hay aquí alguno que sepa nadar?

Nadie respondió.

Nadie de los que estaban á bordo sabia nadar, ni aun los marineros, ignorancia bastante frecuente en la gente de mar.

Un burel, casi desatado de sus ligaduras, oscilaba entre los tablones que cubren las costillas del navío: el jefe lo agarró con las dos manos y dijo:

—Ayudadme.

Desprendieron el burel y lo tuvieron en disposicion de hacer de él lo que quisieran: de arma defensiva le convirtieron en arma ofensiva.

Era este burel una larga viga de corazon de encina sana y robusta, y que podia servir de instrumento para el ataque y de punto de apoyo, palanca contra un fardo, ariete contra una torre.

—En guardia! gritó el jefe.

Entonces se pusieron seis hombres junto al pedazo que quedó del mástil, sosteniendo el burel horizontal fuera de abordo y recto como una lanza ante el escollo.

Esta maniobra era peligrosa; dar un tremendo golpe á la montaña era un atrevimiento, porque el contragolpe podia arrojar al agua á los seis hombres.

Diversas son las luchas que hay que empeñar con las tempestades. Tras la de la ráfaga la del escollo, tras la del viento la del granito; hay que luchar con lo intangible y con lo inquebrantable. Hay en estas luchas minutos en los que el cabello encanece.

Iban á abordarse el escollo y el navío.

La roca es paciente y esperaba.

De pronto acometió á la urca una ola desordenada y puso fin á la espera: cogió al navío por debajo y lo levantó y lo balanceó un momento, como la honda balancea el proyectil.

—Firmes! gritó el jefe: ¡eso no es más que una roca y nosotros somos hombres!

La viga estaba ya á punto de dispararse; los seis hombres se confundian con ella; las clavijas puntiagudas del burel les lastimaban los sobacos, pero estos hombres no lo sentian.

La ola arrojó á la urca contra la roca.

El choque se verificó; se verificó bajo la informe nube de espuma que oculta siempre estas peripecias.

Cuando esa nube cayó en el mar, cuando se hizo el descarte entre la ola y la roca, los seis hombres rodaban en el puente, pero la *Matutina* huia lejos del escollo. La viga habia cumplido su mision y desvió al buque. En pocos segundos desapareció la ola del barco y los Casquets se vieron ya detrás de él. Por

aquel instante la *Matutina* se habia salvado del peligro inmediato.

Esto sucede alguna vez. Un golpe recto de baupré en las rocas salvó á Wood de Largo en la embocadura de Tay. En los rudos parajes del cabo Winterton y bajo el mando del capitan Hamilton, por una maniobra del ariete, semejante á ésta, contra la temible roca Brannoduum, escapó del naufragio la *Royale-Marie*, que era una fragata como son las de Escocia.

En poder pasar de la secante á la tangente consiste el secreto de evitar el naufragio, y este es el servicio que el burel habia prestado al navío; hizo el oficio de remo y habia servido de timon; pero esta maniobra libertadora no podia repetirse, porque la viga habia caido al mar. La duracion del choque la hizo saltar de las manos de los hombres por encima del barco y se perdió entre las olas: quitarle otra como aquella seria dislocar los miembros de la urca.

El huracan arrastró á la *Matutina* y muy pronto los Casquets parecieron á lo lejos un embarazo inútil. Nada presenta un aspecto tan desconcertado como el escollo en semejante ocasion. Existen en la naturaleza, por el lado de lo desconocido, en el que lo visible se complica con lo invisible, ágrios é inmóviles contornos que parecen indignar á la presa escapada. Así le parecieron los Casquets á la *Matutina* mientras huia de ellos.

El faro, retrocediendo á su vista, palideció, perdió casi la luz y despues se borró. Esta extincion fué silenciosa; la densidad de la bruma se superpuso á su resplandor, ya difuso; su brillo se desleyó en la inmensidad mojada; la llama flotó, luchó, se hundió y perdió la forma; parecia que se hubiese ahogado. El brasero se convirtió en pábilo y solo fué ya agitacion descolorida y vaga; alrededor suyo se prolongaba un círculo de claridad extravasada, como si la luz se hubiera estrellado en el fondo de la noche.

La campana, que era una amenaza, se calló; el faro, que era tambien otra amenaza, se habia desvanecido, y, sin embargo, cuando desaparecieron esas dos amenazas, fué la situacion más terrible para los náufragos: perdieron la voz y la llama, que tenian algo de humano, y se quedaron solos con el abismo.

## XIII.

### Faz á faz ante la noche.

La urca se encontró en la oscuridad inconmensurable.

La *Matutina*, en cuanto escapó de los Casquets, descendia de ola en ola, teniendo por plazo el caos. Arrastrada de través por el viento, manejada por las mil tracciones de las ondas, repercutia todas las locas oscilaciones de éstas. No tenia ya casi cabezada, signo temible de la agonía del navío; la cabezada es la convulsion de la lucha. El timon solo puede tomar el viento recto.

En la tempestad, y sobre todo en el meteoro de nieve, el mar y la noche acaban por fundirse y amalgamarse y por echar un solo humo. La urca bogaba entre la bruma y el torbellino, resbalando en todos los sentidos, sin ningun punto de apoyo, sin momento de tregua y sin horizonte visible.

Librarse de los Casquets, eludir el escollo, fué una victoria para los náufragos, pero que les dió estupor. No prorumpieron en hurras, porque en el mar no se deben cometer dos veces esas imprudencias, que es arriesgado arrojar una provocacion en donde no se puede echar la sonda.

Rechazar el escollo era haber hecho lo imposible, y quedaron petrificados. Poco á poco, sin embargo, se iban atreviendo á esperar, que tales son los insumergibles espejismos del alma. No hay agonía que en el instante más crítico no vea blanquear en sus profundidades la inexpresable aurora de la esperanza. Esos desgraciados solo deseaban poder creer que se habian salvado.

Una mole formidable se entrevió de repente en medio de la profunda oscuridad de la noche. Surgió á babor, se dibujó y se destacó sobre el fondo de bruma, una vasta masa opaca y vertical, con ángulos rectos, una torre cuadrada del abismo. Los náufragos la miraron con la boca abierta. La ráfaga los puso encima de ella.

Ignoraban qué era aquella torre.

Era la roca Ortach.

## XIV.

### Ortach.

Por segunda vez encontraban un escollo; despues de los Casquets, Ortach.

La tempestad no es artista, es brutal y todopoderosa, y nunca varía sus medios.

La oscuridad no se agota; jamás termina sus tramas y sus perfidias. El hombre llega pronto á la extremidad de sus recursos: el hombre los gasta, pero el abismo no.

Los náufragos se volvieron hácia su jefe, que era su única esperanza. El jefe levantó los hombros, sombrío desden de la impotencia.

Un empedrado en medio del Océano es la roca Ortach: es un escollo de una sola pieza, que está más elevado que el choque contrario de las olas, y asciende hasta ochenta piés de altura. Las olas y los navíos se estrellan contra él. Cubo inmutable, hunde á pico sus flancos rectilíneos en las innumerables curvas serpenteantes del mar.

De noche parece un tajo enorme colocado en los pliegues de un gran paño negro; durante la tempestad espera el hachazo, que es el trueno; pero éste no existe en la tromba de nieve. El navío, á pesar de esto, lleva los ojos vendados y todas las tinieblas se desatan contra él; está dispuesto como un sentenciado y no puede esperar el rayo, que es un final rápido, porque sabe que no ha de caer.

La *Matutina*, que ya no era más que un encallamiento flotante, se fué hácia dicha roca, como se hubiera ido hácia cualquiera parte. Los infelices, que un momento se creyeron en salvo, volvieron á entrar en la agonía. El naufragio, que dejaron detrás de ellos, se les aparecia delante. El escollo sobresalia del fondo del mar.

Los Casquets son un barquillero de mil compartimientos y Ortach es una muralla; naufragar en los Casquets es ser hechos pedazos; naufragar en Ortach es ser pulverizados.

Tenian, sin embargo, remota esperanza de salvacion.

A los frentes rectos, y Ortach es uno de ellos, la ola, lo mismo que la bala, no llega por medio de rodeos, y suele no producir daño. Es el flujo y despues el reflujo. En casos semejantes, la cuestion de vida ó muerte se plantea de este modo: si la ola conduce el buque hasta la roca y lo rompe en ella, es perdido; si la ola vuelve antes que el barco toque en las rocas, lo separa de ellas y se salva.

En medio de dolorosa ansiedad, los náufragos apercibian en la penumbra la ola suprema llegar hasta ellos. ¿Hasta adónde los arrastraria? Si la ola rompia el navío, rodarian hasta la roca y todo se habria perdido; si pasase por debajo...

La ola pasó por bajo del navío... los náufragos respiraron.

Pero qué vuelta tendria? ¿Qué haria de ellos la resaca?

La resaca los arrastró.

Algunos minutos despues, la *Matutina* estaba fuera de las aguas del escollo. Ortach se borró detrás de ellos, como antes se habian borrado los Casquets. Conseguian la segunda victoria; por la segunda vez la urca, que tocaba ya el borde del naufragio, retrocedió á tiempo.

## XV.

### Portentosum mare.

Entre tanto, espesísima bruma cegaba á los náufragos sin rumbo. No sabian dónde se encontraban; nada veian alrededor de la urca. A pesar de la lluvia de granizo, que los obligaba á bajar la cabeza, las mujeres se obstinaban en no refugiarse en la cala. No hay ningun desesperado que no quiera naufragar sin ver el cielo; el que está tan cerca de la muerte, se cree que un techo encima de él es un principio de ataud.

Las olas, cada vez más hinchadas, eran más cortas; esta hinchazon indica opresion; en tiempo de niebla ciertos rodetes del agua señalan un estrecho. En efecto, los náufragos costeaban la salida del de Aurigny. Entre Ortach y los Casquets al Poniente y Aurigny al Levante, el mar se estrecha y está incómodo, y este estado del mar determina localmente el estado de la tempestad.

El mar sufre, y cuando sufre se irrita. Por eso este paso es temible.

La *Matutina* estaba en él.

Imaginaos debajo del agua una gran concha de tortuga, grande como Hyde-Park ó como los Campos Elíseos, de la que cada estría es un bajo-fondo y de la que cada salida es un escollo. Tal es la parte del Oeste del paso de Aurigny. El mar cubre y oculta este aparato para naufragar. Sobre esta concha de tortuga de escollos submarinos, la ola, hecha pedazos, salta lanzando espuma. En tiempos de calma se agita en todos los sentidos; en el de huracan es el caos.

Observaron los náufragos esta nueva complicacion, sin poder explicársela, pero súbitamente la comprendieron. Pálida claridad se vió en el zenit; cierta lividez

se dispersó sobre el mar y desenmascaró á babor una larga barrera de través hácia el Este, hácia el que se arrojaba impetuosamente, lanzando el navío ante ella, la ráfaga del viento. Esta barrera era Aurigny. Los náufragos temblaron al verla, pero hubieran temblado mucho más si una voz les hubiera dicho que era Aurigny.

No hay isla en el mundo que defienda la entrada del hombre en ella como Aurigny. Tiene bajo y fuera del agua una guardia feroz, cuyo centinela es Ortach. Al Oeste tiene á Burhon, á Santeriaux, Aufroque, Niangle, Fouddu-Croc, las *Jumelles*, la Grosse, la Clanque, los Eguillons, el Vrac y la Fosse-Maliere; al Este, Sanquet, Hommeau, Floreau, la Binebetais, la Quesligne, Croqulihou, la Fourche, le Sant, Noire Pute, Coupie y Orbne. ¿Qué son todos esos mónstruos? Son hidras? Sí; de la familia de los escollos. Uno de ellos se llama el Término, como para indicar que todo viaje se acaba en él.

Este amontonamiento de escollos, simplificado por el agua y por la noche, se apareció á los náufragos bajo la forma sencilla de una faja oscura, como una especie de rotura negra del horizonte.

El naufragio es el ideal de la impotencia; es estar cerca de la tierra y no poder alcanzarla; es flotar y no poder bogar; sentar el pié sobre algo que parece sólido y que es frágil; estar lleno de vida y lleno de muerte al mismo tiempo; ser prisionero de las inmensidades; estar amurallado entre el cielo y el Océano; tener encima al infinito, como un calabozo; tener alrededor la inmensa evasion de los vientos y de las ondas; estar asido, agarrotado y paralizado; este exceso de fatiga nos estupidiza y nos indigna. Creemos oir cómo se mofa de nosotros el combatiente inaccesible. Lo que os retiene es lo que deja en libertad á los pájaros y á los peces; parece nada y es todo. Dependèmos del aire que turbamos con nuestro soplo y del agua que tomamos con el hueco de la mano. Sacad un vaso de agua de esa plena tempestad y sacareis algo amargo; un sorbo es una náusea, una ola una exterminacion. El grano de arena en el desierto, el copo de espuma en el Océano, son manifestaciones vertiginosas; el Todopoderoso no se cuida de ocultar el átomo que constituye la debilidad fuerte, que llena con su todo la nada, y con lo infinitamente pequeño os estrella lo infinitamente grande. Con sus gotas el Océano os pulveriza y le servís de juguete.

La *Matutina* estaba hácia la parte alta de Aurigny, lo que la era favorable, pero se inclinaba hácia la punta del Norte, lo que la era fatal. El viento de Noroeste, como un arco tenso que hace saltar la flecha, lanzaba al navío hácia el cabo septentrional. Existe en esta punta, un poco más acá del Havre de los Corbelets, lo que los marinos del archipiélago normando llaman *un mono*.

El mono *(swinge)* es una corriente furiosa. Un rosario de embudos en el bajofondo produce en las olas un rosario de torbellinos. Cuando uno os deja otro os toma. El navío que se engulle el mono rueda así de espiral en espiral, hasta que una roca aguda le abre el casco: entonces la embarcacion, reventada, se para; la parte de detrás sale de las olas, la de delante se sumerge; la sima acaba de dar la vuelta, la popa se hunde y todo se cierra sobre el navío. Una laguna de espuma se extiende y flota, y ya solo se ven en la superficie de la ola algunas burbujas aquí y allá, nacidas de las respiraciones que se ahogan debajo del agua.

En el mar de la Mancha, los tres monos mas peligrosos son: el que está inmediato al famoso banco de arena Girdler Sands, el mono que está en Jersey, entre el Pignonnet y la punta de Noirmont, y el mono de Aurigny.

Un piloto local, que hubiese estado á bordo de la *Matutina*, hubiera advertido á los náufragos el nuevo peligro. Pero á falta de piloto les quedaba el instinto, que en las situaciones supremas posee una segunda vista. Altas masas de espuma volaban á lo largo de la costa al impulso frenético del viento. Era que escupia el mono. Innumerables barcas sucumbieron en esta emboscada: sin saber lo que era, se aproximaban con horror.

No habia medio de doblar ese cabo.

Así como los náufragos vieron surgir los Casquets, despues Ortach, ahora veian cómo se elevaba la punta de Aurigny, toda de roca viva. Era para ellos como la aparicion de un gigante tras otro gigante, era para ellos una série de desafíos espantosos.

Los escollos de Scila y Caribdis eran dos; los Casquets, Ortach y Aurigny son tres.

El fenómeno de invadir el escollo al horizonte, se reproducia con la monoto-

nía grandiosa del abismo. Las batallas del Océano, como los combates de Homero, tienen esta repeticion sublime.

Cada ola, á medida que los náufragos se aproximaban, añadia veinte codos al cabo, amplificado espantosamente en medio de la bruma. La brevedad de los intervalos parecia cada vez más irremediable; tocaban ya en los confines del mono; en cuanto llegasen á los bordes serian arrastrados: una ola más que los lanzase, todo habria concluido para ellos.

De repente la urca fué arrojada hácia atrás, como empujada por una mano de titán. La ola se empinó sobre el navío y le volvió del otro lado, rechazando al barco con su cabellera de espuma. La *Matutina*, arrastrada por esta impulsion, se separó de Aurigny.

Pronto se encontró lejos de él: ¿de dónde recibió este socorro? Del viento. El soplo del huracan habia cambiado.

Las olas habian jugado con los náufragos y ahora le tocaba jugar al viento; ellos se libraron de los Casquets, de Ortach les libró la ola y de Aurigny el viento. Saltó súbitamente del Septentrion al Mediodía. El Suroeste habia sucedido al Noroeste.

La corriente, esto es, el viento en el agua; el viento, esto es, la corriente en el aire; estas dos fuerzas acababan de contrariarse, y el viento tuvo el capricho de arrancar la presa á la corriente.

Estos movimientos bruscos del Océano son muy oscuros; constituyen el perpétuo quizás; cuando se está á la merced de ellos, no se puede esperar ni desesperar; dan chascos. El Océano se divierte. Todos los matices de la ferocidad salvaje se encuentran en el mar inmenso y disimulado. Juan Bart le llamaba "La gran bestia„. Algunas veces el mar concluye pronto el naufragio; otras le trabaja cuidadosamente, como si lo acariciase. El mar se toma tiempo y los agonizantes lo conocen. En otros casos el retardo en el suplicio indica la salvacion, pero estos casos son muy raros; los agonizantes, sin embargo, creen en ella con facilidad; la menor disminucion de las amenazas del huracan les basta; se aseguran unos á otros que están fuera de peligro; despues de creerse enterrados toman acta de su resurreccion y aceptan febricitantes lo que no poseen todavía; se han agotado ya todos los reveses que podian sufrir y se declaran satisfechos y salvos, porque Dios lo quiere así. No hay que apresurarse en extender semejantes recibos á lo desconocido.

El Sudeste empezó por el torbellino. Los náufragos solo tenian auxiliares extraordinarios. La *Matutina* se vió arrastrada á lo largo por lo que le quedaba de bastimento, como una muerta por los cabellos, á semejanza de las libertades concedidas por Tiberio á cámbio de la violacion. El viento brutalizaba á los que salvó y con furor les prestaba este servicio; fueron socorridos sin compasion.

La embarcacion, con las violencias de su libertador, acabó de dislocarse. Piedras gruesas de granizo acribillaban su casco, y á cada violenta sacudida de las olas rodaban sobre el puente como bolas de billar. La urca, casi entre dos aguas, perdia la forma, acosada por la caida de las olas y de la espuma sobre ella. En el navío cada uno pensaba solo en él mismo. Se acurrucaba el que podia. Pasado cada golpe de mar, se sorprendian de encontrarse todos allí. Algunos tenian la cara desgarrada por las astillas que saltaban.

Por fortuna la desesperacion tiene los puños sólidos; la mano de un niño aprieta como la de un gigante cuando está en esta situacion; la agonía hace un instrumento de hierro de los dedos de una mujer. Una doncella que tenga miedo clava sus rosadas uñas en el hierro. Se colgaban, se agarraban y se sostenian, pero figurándose que cada ola los iba á barrer. Pronto habian de salir de este cuidado.

## XVI.

### Suave explicacion del enigma.

El huracan acababa de parar. No reinaba ya Suroeste ni Nordeste; los furiosos clarines del espacio callaron. La tromba salió del cielo sin disminucion anterior, sin transicion, como si se hubiera resbalado á pico hasta el abismo. No se supo ya dónde estaba. Al granizo sucedieron los copos. La nieve comenzó á caer lentamente. Las olas se empequeñecieron, el mar se aplanó.

Estas repentinas cesaciones son propias de las borrascas de nieve. Cuando se agota el efluvio eléctrico, todo se tranquiliza, hasta la ola, que en las tormentas ordinarias conserva con frecuencia larga agitacion. En éstas no; no se prolongó su cólera. Como el trabajador despues de la fatiga, las ondas se ador-

mecieron inmediatamente, lo que casi desmiente las leyes de la estática, pero que no extraña á los antiguos pilotos, porque éstos saben que todo lo inesperado existe en el mar.

Este fenómeno sucede, aunque pocas veces, en las tempestades ordinarias. Por ejemplo, en nuestros dias, en el memorable huracan del 27 de Julio de 1867 en Jersey, despues de catorce horas de furioso viento, quedó en seguida en calma completa.

Al cabo de algunos minutos la urca solo tuvo á su alrededor aguas dormidas; al mismo tiempo (porque la última fase se parece á la primera) no distinguia nada. Todo lo que era visible durante las convulsiones de las nubes meteóricas quedó turbio; las siluetas pálidas se fundieron en desleiduras difusas, y la oscuridad del infinito se aproximó por todas partes al navío. Esa muralla de la noche, esa reclusion circular, ese estar dentro del cilindro, cuyo diámetro disminuia de minuto en minuto, envolvia á la *Matutina*, y con lentitud siniestra se achicaba formidablemente. En el zenit solo se veia una cubierta de bruma, una cerrazon. La urca estaba como en el fondo de un pozo del abismo.

En ese pozo habia una laguna de plomo líquido, que era el mar. Inmovilidad taciturna. El Océano nunca es tan feroz que cuando parece estanque.

Todo estaba silencioso, apacible, ciego.

El puente de la urca estaba horizontal, con declives insensibles; algunas dislocaciones se meneaban débilmente. El casco de granada que les servia de fanal, y en el que ardian estopas alquitranadas, no se balanceaba ya en el bauprés y no arrojaba ya gotas inflamadas al mar. Lo que restaba del soplo del viento en las nubes no hacia ruido. La nieve caia espesa, blanda y apenas oblícua. No se oia chocar la espuma en ningun escollo. Reinaba la paz de las tinieblas.

Este reposo, despues de las exasperaciones y los paroxismos, proporcionó á los desgraciados indecible bienestar. Les parecia que les acababan de sacar de sufrir el tormento. Les parecia entrever á su alrededor y encima de ellos como el consentimiento de salvarles, y volvieron á tener confianza. Todo lo que antes estaba furioso, ahora estaba tranquilo, y creian que la paz estaba ya firmada. Los pechos de los náufragos se dilataron. Podian soltar el cabo de la cuerda ó la plancha á que estaban agarrados, levantarse, enderezarse, permanecer de pié, andar y moverse. Sentian grata calma. En la profundidad oscura de esos efectos de bienestar existe la preparacion para diferente cosa. Ciertamente ya no los combatia la ráfaga, ni la espuma, ni los vientos, ni las olas; estaban libres de esos enemigos.

Tenian de ellí en adelante todas las probabilidades en su favor. Dentro de tres ó cuatro horas amaneceria, los veria algun navío que pasase y los recogeria. Habian pasado ya lo más peligroso y podian volver á vivir. Lo importante era haber conseguido sostenerse en el barco hasta que cesase la tempestad. Se decian unos á otros:—Por esta vez ya esto ha terminado.

De repente se apercibieron de que habia terminado, en efecto.

Uno de los marineros, el vasco del Norte, que se llamaba Galdeazun, descendió para buscar un cable á la cala, y volvió á subir en seguida, exclamando:

—La cala está llena.

—De qué? preguntó el jefe de la partida.

—De agua, respondió el marinero.

El jefe replicó:

—Y eso qué importa?

—Importa, contestó Galdeazun, porque dentro de media hora vamos á zozobrar.

## XVII.

### El último recurso.

A la urca se le habia abierto una grieta en la quilla, que servia de conducto al agua. Cuándo se hizo esta grieta? Nadie lo sabia. ¿Fué al aproximarse á los Casquets? Fué delante de Ortach? ¿Fué en el bajo-fondo de Aurigny? Lo probable es que se abriese al chocar en el mono, porque allí recibió el barco un golpe y los náufragos no se apercibieron de esto, arrastrados por la convulsion de la sacudida que recibieron. El enfermo del tétanos no siente una picadura.

El otro marinero, el vasco del Sur, que se llamaba Ave-María, descendió á su vez á la cala, y cuando volvió á subir dijo:

—El agua que hay en la quilla tiene dos varas de altura.

Antes de cuarenta minutos nos vamos á sumergir en el fondo.

No podian ver dónde estaba la grieta, porque el volúmen de agua que llenaba

la cala ocultaba esta herida, pero el navío tenia un agujero en el vientre, en alguna parte, y era imposible saber en cuál, é imposible tambien taparlo. Tenia una llaga y no podian cerrarla. El agua, esto no obstante, no entraba con gran velocidad.

El jefe gritó:

—Es preciso sacar agua con la bomba.

—No tenemos bomba, contestó Galdeazun.

—Entonces, repuso el jefe, es preciso ganar tierra.

—Dónde está la tierra?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Pero está en alguna parte.

—Eso sí.

—Que nos conduzca á ella alguno.

—Ya no tenemos piloto, dijo Galdeazun.

—Cógete tú á la barra.

—Tampoco tenemos ya barra.

—Barreemos una de cualquier viga. Vengan clavos y un martillo. Traed las herramientas.

—El tonel de la carpintería está en el mar. Carecemos de útiles.

—Navegaremos sea como sea.

—Tambien hemos perdido el timon.

—Y la canoa? Metámonos en ella y rememos.

—Tampoco tenemos canoa.

—Remaremos sobre el esqueleto de la urca.

—No tenemos remos.

—Estendamos las velas.

—No hay ya velas, ni siquiera mástil.

—Hagamos un mástil de un burel, hagamos una vela de cualquier pedazo de tela alquitranada. Salgamos de este peligro confiándonos al viento.

—Ni eso podemos, porque no hay viento tampoco.

En efecto, el viento habia cesado. La tempestad desapareció y su partida, que ellos creyeron que era su salvacion, era su pérdida. Persistiendo el Suroeste, los hubiera lanzado con furia á cualquiera costa; ganando en velocidad el conducto por donde les entraba el agua, les hubiera llevado quizás á un banco de arena propicio y les hubiera hecho caer en él antes de irse á pique. El arrastre rápido del huracan quizás les hubiera hecho llegar á tierra, y esto no podian esperarlo sin tener viento. Morian por la ausencia del huracan. Llegaba para ellos la situacion suprema.

El viento, el granizo, la borrasca y el torbellino son combatientes desordenados que se pueden vencer. La tempestad puede ser burlada por defecto de la armadura, porque siempre hay recursos contra la violencia que se descubre sin cesar, que se mueve traidoramente y que hiere con frecuencia por el costado. Pero nada se puede hacer contra la calma; ésta no ofrece ni relieve para poder asirse de él.

Los vientos se entregan á un ataque de cosacos; si se les resiste, pueden dispersarse, pero la calma es la tenaza del verdugo.

El agua, sin prisa, pero sin interrupcion, irresistible y pesada, subia en la cala, y á medida que subia el navío bajaba. Los náufragos de la *Matutina* conocian que iban á ser víctimas de la más desesperada de las catástrofes, de la catástrofe inerte; comprendian la certidumbre tranquila y siniestra del hecho inconsciente. El aire ni oscilaba, el mar ni se movia. Lo inmóvil es inexorable. El engullimiento los sorbia en silencio. A través del espesor del agua muda, sin cólera, sin pasion, sin querer, sin saberlo, sin ningun interés, el fatal centro del globo los atraia, el horror al reposo se les amalgamaba. Sentian descender á una profundidad apacible, que era la muerte. La cantidad de borde que el navío tenia encima del agua disminuia, y á cada minuto podia calcularse cuándo desapareceria del todo dicho borde; les sucedia lo contrario que sucede en la marea ascendente; el agua no subia hasta ellos, ellos descendian hasta ella; ellos mismos se cavaban su tumba y los enterraba su peso: los ejecutaba, no la ley de los hombres, sino la ley de las cosas.

La nieve caia, y como el barco no se meneaba, la espesa y blanca lluvia de la nieve formaba una sábana sobre el puente y cubria el navío como un sudario.

La cala cada vez pesaba más; no tenian nada servible para agotar el manante conducto de la quilla, y además su empleo hubiera sido ilusorio é impracticable; la urca llevaba el castillo de popa con cubierta, como dijimos. Alumbraron el barco, encendiendo tres ó cuatro antorchas, que clavaron en agujeros, como pudieron. Galdeazun trajo algunos cubos de cuero con la idea de ver si podian estancar y vaciar el agua de la cala, pero los cubos estaban inútiles; unos descosidos, otros deshechos, algunos tenian el fondo hecho pedazos; así es que no los pudieron utilizar. Era además irrisoria la cantidad de agua

que entraba comparada con la que se pudiese hacer salir; entraba un tonel de agua y salia un vaso.

Al ver esto exclamó el jefe:

—Aligeremos el barco!

Durante la tempestad habian amarrado algunos cofres que estaban sobre el puente y permanecian atados al pedazo del mástil. Deshicieron las amarras y echaron los cofres al agua: una de esas balijas pertenecia á la mujer vascongada, y al verla caer en el mar no pudo contener un suspiro y exclamó:

—¡Oh, mi capa nueva, forrada de escarlata! Mis medias finas! ¡Mis arracadas de plata para ir al Mes de María!

Desembarazóse el puente y luego le tocó el turno á la cala, que estaba muy llena. Contenia los bagajes de los pasajeros y los fardos de los marineros: cogieron unos y otros y los arrojaron tambien al Océano.

Acabaron de vaciar la cala, sacando de ella todos los demás objetos que contenia; la linterna, los barriles y la marmita con la sopa fueron á parar á las olas. En una palabra, arrojaron al mar, además de los objetos, todo cuanto pudieron arrancar de peso del bastimento.

De vez en cuando el jefe de la partida tomaba una antorcha, y, paseándola por las cifras pintadas en la delantera del navío, miraba desde allí dónde seria el sitio de su naufragio.

## XVIII.

### El recurso supremo.

El barco, aligerado, se hundia algo menos, pero se hundia.

La desesperacion de la situacion de los náufragos no admitia paliativos ni recurso alguno, habiendo ya agotado el último.

—¿Queda algo más que arrojar á las olas? preguntó el jefe.

El doctor, personaje en el que nadie pensaba, saliendo de la cala, contestó:

—Sí.

—Qué queda que arrojar?

—Nuestro crímen.

Todos se extremecieron y todos contestaron:

—Amén.

El doctor, pálido y de pié, levantando al cielo el dedo, exclamó:

—De rodillas!

Todos le obedecieron maquinalmente.

—Arrojemos al mar nuestros delitos; pesan sobre nosotros, y ellos son los que hunden el navío. Pensemos en nuestra salvacion eterna. Nuestro último crímen, el que acabamos de cometer, ó por mejor decir, de completar, nos oprime. Es impía insolencia tentar al abismo cuando se deja detrás la intencion de un asesinato; lo que se hace contra un niño se hace contra Dios. Era preciso embarcarnos, ya lo sé, pero esto fué correr á una perdicion segura. Las tinieblas participaron lo que hicimos á la tempestad, y ésta se arrojó sobre nosotros. Hizo bien. No echeis nada de menos. Existen, no lejos de nosotros, las arenas de Vauville y el cabo de la Hougue, que pertenecen á la Francia. Solo hay un posible refugio para nosotros en España, porque la Francia no es tan peligrosa como la Inglaterra. Al salvarnos del mar hubiéramos caido en la horca. Era preciso elegir entre ahogarnos ó ser ahorcados: Dios ha elegido por nosotros. Démosle las gracias, porque nos concede la muerte que lava. Era esto inevitable. Pensad que está reciente el haber hecho lo posible por enviar allá arriba un niño, y que quizás en este momento en que os hablo se cierne sobre nuestras cabezas un alma que nos acusa ante un Juez que nos mira. Aprovechemos el plazo supremo. Esforcémonos, si es posible, en reparar en lo que dependa de nosotros el mal que hicimos. Si el niño nos sobrevive, socorrámosle; si muere, que nos perdone. Desembaracémonos de este crímen, descarguemos de este peso la conciencia. Tratemos de que ante Dios no sean sorbidas nuestras almas, porque ese es el naufragio más terrible. Los cuerpos son pasto de los peces, pero las almas de los demonios. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! El arrepentimiento es un buque que nunca se sumerje. ¿Decís que no teneis brújula? Eso es un error, porque debe ser vuestra brújula la oracion.

Los lobos se convirtieron en corderos. Semejantes transformaciones se operan en la agonía; en ella acontece que los tigres lamen el crucifijo. Cuando la puerta sombría se entreabre, creer es difícil, pero no creer es imposible. Por imperfectos que sean los diversos bosquejos de religiones adoptados por el hombre, hasta cuando la creencia es informe, hasta cuando el contorno del dogma no se acopla bien á los lineamientos de la eternidad entrevista, hay siempre un extremecimiento del alma en el minuto supremo. Algo empieza despues de la

vida, que hace presion en la agonía.

La agonía es un plazo, y en ella sentimos en nosotros la responsabilidad difusa; lo que fué complica lo que será. El pasado vuelve y entra en el porvenir. Lo conocido se convierte en abismo como lo desconocido, y estos dos principios, el uno que encierra las faltas y el otro la esperanza, mezclan su reverberacion; la confusion de estos dos abismos espanta al moribundo.

Los náufragos habian ya gastado la última esperanza de la vida, por eso miraban al cielo; solo podian confiar ya en esa sombra. Al comprenderlo tuvieron un deslumbramiento lúgubre, al que siguió una recaida de horror. Lo que se comprende en la agonía se parece á lo que se percibe en el relámpago. Todo y despues nada. Se vé y ya no se vé. Despues de la muerte se volverán á abrir los ojos, y lo que fué un relámpago se convertirá en un sol.

Los náufragos se volvieron hácia el doctor, diciéndole:

—A tí, á tí solo obedeceremos... ¿qué hemos de hacer?... habla.

El viejo respondió:

—Se trata de pasar por encima del precipicio desconocido y de alcanzar el otro límite de la vida que está más allá de la tumba. Siendo yo el que sé más, estoy más en peligro que vosotros, y haceis bien de dejar la eleccion al que lleva la carga más pesada. La ciencia pesa sobre la conciencia.

Despues de una breve pausa preguntó:

—Cuánto tiempo nos queda?

—Poco más de un cuarto de hora, respondió Galdeazun.

El doctor sacó del bolsillo el tintero y la pluma, de la cartera sacó un pergamino, el pergamino en cuyo reverso escribió algunas horas antes unas veinte líneas estrechas y tortuosas.

—Acercadme esa antorcha, dijo.

La nieve, cayendo como la espuma de una catarata, habia apagado las antorchas una tras otra, dejando solo una encendida. Ave-María la arrancó del agujero y se colocó de pié al lado del doctor, alumbrándole.

El doctor se escondió la cartera en el bolsillo, dejó el tintero en el suelo, desplegó el pergamino y dijo:

—Escuchad.

Entonces, en medio del mar, sobre los restos de la *Matutina*, empezó con gravedad una lectura que la oscuridad parecia que escuchaba. Todos los náufragos bajaban la cabeza alrededor del anciano; el reflejo de la antorcha acentuaba la palidez de sus semblantes. Lo que el doctor leia estaba escrito en inglés. Por intervalos, cuando alguna de las miradas daba á entender no haber comprendido lo que se leia, el doctor repetia en francés, en español ó en vascongado el pasaje oscuro. Se oian sollozos ahogados y sordos golpes de pechos. Los restos de la urca continuaban sumergiéndose.

Terminada la lectura, el doctor puso llano el pergamino, tomó la pluma, y en un márgen que estaba en blanco á la parte de bajo de lo que estaba escrito firmó:

*El doctor Gerhardus Geestemunde.*

Despues, volviéndose hácia los otros, les dijo:

—Venid y firmad.

La vascongada se acercó, tomó la pluma y escribió: *Asuncion.*

Pasó la pluma á la irlandesa, la que, no sabiendo escribir, trazó una cruz. El doctor puso al lado de ésta: *Bárbara Fermoy*, de la isla Tyrryf, en las Edndas.

Luego dió la pluma al jefe de la partida.

El jefe firmó *Gaizdorra, captal.*

El genovés, debajo del jefe puso *Giangirase.*

El hijo del Languedoc firmó *Jacobo Quatourze*, llamado el *Narbonés.*

El provenzal firmó *Luc-Pierre Capgaroupe, del presidio de Mahon.*

Debajo de las firmas el doctor escribió esta nota:

—"De los tres hombres de la tripulacion (habiendo sido arrebatado el patron por un golpe de mar) solo quedaron dos, que firmaron.„

Los dos marineros pusieron sus nombres bajo la nota. El vasco del Norte firmó *Galdeazun;* el del Sur, *Ave-María, ladron.*

Despues dijo el doctor:

—Capgaroupe.

—Presente, contestó el provenzal.

—¿Conservas la calabaza de Hardquanonne?

—Sí.

—Dámela.

Capgaroupe bebió el último trago de aguardiente que quedaba y se la entregó al doctor.

Los restos de la *Matutina* se hundian más cada vez en el mar. Cubria los bordes del puente en plano inclinado una pequeña ola, que iba engrosando.

El doctor secó la tinta de las firmas con la llama de la antorcha, dobló el pergamino en dobleces más pequeños

que el diámetro del cuello de una botella y lo introdujo en la calabaza.

—El tapon, dijo.

—No sé dóndo ha ido á parar, contestó Capgaroupe.

—Aquí teneis un cabo de járcia, repuso Jacobo Quatourze.

El doctor le hizo servir de tapon de la calabaza y exclamó:

—Traedme alquitran.

Galdeazun, apoyando un apagador de estopa sobre la granada brulote, que se extinguia, la descolgó del estrave y se la trajo al doctor medio llena de alquitran hirviendo.

—Esto es hecho, dijo el anciano calvo.

De todos los labios salió vagamente tartamudeado en todas las lenguas el murmullo lúgubre de las catacumbas:

—Así sea!

—*Mea culpa!*

—*Ansí soit-il.*

—*Aro rai!* (1)

—Amén.

Parecia que se oian dispersarse en las tinieblas las sombrías voces de la torre de Babel, rechazadas por la cólera celeste.

El doctor volvió las espaldas á sus compañeros de crímen y de agonía y dió algunos pasos hácia las costillas del buque; al llegar al borde de éste, miró al infinito y exclamó con profundo acento:

—*Bist du bei mir?* (2)

Probablemente hablaba á algun espectro. Los restos de la urca se hundian.

Como el doctor, los otros náufragos pensaban en su salvacion eterna. La oracion tiene gran fuerza; estaban arrodillados y habia algo de involuntario en su contricion. Se encorvaban, como se dobla una vela cuando el viento le falta, y este grupo esquivo adquiria poco á poco, por la juncion de las manos y por el abatimiento de las frentes, la actitud, diversa, pero desesperada, de no tener completa confianza en Dios. No sé qué venerable reflejo, salido del abismo, se bosquejaba en sus malvados rostros.

El doctor se acercó á ellos. Cualquiera que fuese su pasado, era valiente en presencia del sacrificio. La vaga reticencia de lo que le rodeaba le preocupaba sin desconcertarle. Sentia en él el horror tranquilo, y la majestad de la comprension de Dios se pintaba en su fisonomía. Contempló un momento el infinito y el mar y dijo:

(1) Patois romano.

(2) Estás cerca de mí?

—Ahora vamos á morir.

Despues tomó la antorcha que sostenia aun Ave-María y la sacudió; luego la arrojó á las olas.

Apagada la antorcha, se quedaron sin claridad ninguna; no hubo ya para ellos más que la inmensa sombra desconocida, como si la tumba se les cerrase.

El doctor decia:

—Recemos.

Todos se arrodillaron, pero esta vez no se arrodillaron ya en la nieve, sino en el agua. Les quedaban pocos minutos de vida. Solo el doctor permanecia en pié. Los copos de nieve, parándose encima de él, le llenaban de lágrimas blancas y le hacian visible sobre el fondo de la oscuridad, como si fuese la estátua parlante de las tinieblas.

El doctor hizo la señal de la cruz y levantó la voz, mientras que sus piés comenzaban la oscilacion casi visible que anuncia el instante en que el barco vá á sumergirse.

—*Pater noster qui est in celis*, dijo.

El provenzal repitió en francés:

—*Nostre pere qui etes aux cieux.*

La irlandesa repitió en su lengua:

—*Ar nathair ata ar neamh.*

El doctor continuó:

—*Sanctificetur nomen tuum.*

—*Que votre nom soit sanctifié*, contestó el provenzal.

—*Naonahthar haimn*, dijo la irlandesa.

—*Adveniat regnum tuum*, prosiguió el doctor.

—*Que votre regne arrive*, dijo el provenzal.

—*Tigeadh do rioghachd*, dijo la irlandesa.

A los arrodillados les llegaba el agua hasta la espalda.

El doctor repuso:

—*Fiat voluntas tua.*

—*Que votre volonte soit faite*, balbuceó el provenzal.

La irlandesa y la vascongada lanzaron un grito.

—*Deuntar do thoil ar au tlhamb!*

—*Sicut in celo et in terra*, continuó el doctor.

Pero no le respondió ya ninguna voz.

El doctor bajó los ojos. Sus compañeros todos estaban debajo del agua, se habian dejado ahogar de rodillas.

El doctor cogió con la mano derecha la calabaza y la levantó por encima de la cabeza.

Los restos de la urca se acabaron de hundir. Al sumergirse, el doctor murmuraba el resto de la oracion. Su busto

permaneció un minuto fuera del agua; despues solo se vió su cabeza, y por fin solo ya el brazo levantado, que sostenia la calabaza, como enseñándosela al infinito.

El brazo desapareció. La mar no presentaba el más ligero pliegue; estaba como un tonel de aceite. La nieve continuaba cayendo.

Algo que sobrenadaba se deslizaba por la superficie del mar, en medio de la sombra: era la alquitranada calabaza, que su armazon de mimbres sostenia.

# LIBRO TERCERO

## El niño en la oscuridad.

### I.

### El Chess-Hill.

La tempestad no era menos intensa en la tierra que en el mar; su desencadenamiento fué tambien feroz alrededor del niño. El débil y el inocente son atacados, como el criminal y el fuerte, por el derroche inconsciente de las fuerzas ciegas, que no conocen la clemencia.

El viento apenas agitaba la tierra; el frio tenia no sé qué de inmóvil; no caia granizo, pero sí nieve y espesamente. El granizo ensordece, hiere, estrella y mata, pero los copos de nieve son peores; el copo cae con suavidad y trabaja en silencio; si se le toca se deshace, es puro como el hipócrita es cándido; con sus leves blancuras superpuestas, el copo llega á formar la avalancha, como el hombre falaz llega al crímen.

El niño continuó avanzando entre la niebla. La niebla es un obstáculo blando, y de esto nacen sus peligros; cede y persiste; la nieve como la niebla son traidoras. El niño, estraño luchador en medio de tantos riscos, consiguió ganar la parte baja de la pendiente y entró en el Chess-Hill. Estaba, sin saberlo, en un istmo, teniendo á las dos partes el Océano y no pudiendo equivocar el camino, de noche y entre la bruma y la nieve, sin caer, por la derecha en el agua profunda del golfo, y por la izquierda en las olas violentas de alta mar. Ignoraba que andaba entre dos abismos.

El istmo de Portland era en esta época singularmente áspero y rudo; hoy ya no conserva su antigua configuracion. Desde que se tuvo la idea de explotar las piedras de Portland como cimiento romano, las rocas sufrieron un retoque que las hizo perder el aspecto primitivo. Se encuentran aun allí la calcárea lianchа, el schiste y la losilla, saliendo de los bancos de piedra; pero la azada ha roto y nivelado los pitones erizados y escabrosos donde se posaban las terribles asifragas. (1) No existen ya las cumbres riscosas y puntiagudas. En vano se buscará hoy allí el alto monolito llamado Godolfin, palabra gala, que significa *águila blanca*. Se recogen aun en el verano, en terrenos agujereados como las esponjas, el romero, el poleo, el hinojo de mar, que puesto en infusion es un buen cordial, y esa yerba llena de nudos que sale de la arena y de la que se hace estera; pero ya no se recoge allí ni el ámbar gris, ni el estaño negro, ni la especie triple de pizarra verde, azul y de color de hojas de salvia. Han desaparecido de allí los zorros, los tejones, las nútrias y las martas; en las escarpaduras de Portland, como en la punta de Cornoailles, habia gamos, pero tampoco ya los hay. Se pesca allí todavía en ciertos sitios platijas y otros peces, pero los salmones, enfurecidos, se han ausentado de allí. Ya no se ven, como en el reinado de Isabel, aquellos antiguos pájaros desconocidos, grandes como gavilanes, que partian una manzana por el medio y solo comian pepinos. Ya no se ven aquellas cornejas de pico amarillo, que tenian la malicia de arrojar sobre los techos de las cabañas sarmientos encendidos. Ya no se vé al pájaro brujo, emigrado del archipiélago de Escocia, que arrojaba por el pico un aceite que los insulares quemaban en sus lámparas. La marea ya no arroja allí entre sus arenas al otario, que tiene las orejas rolladas, las muelas puntiagudas y que se arrastra sobre patas sin uñas. En el Portland de hoy, desconocido, no existen ruiseñores, porque carece de bosques, y se han ausentado tambien los halcones, los cisnes y las ocas de mar.

El Chess-Hill de hoy en nada se parece al Chess-Hill antiguo: tanto lo han trastornado el hombre y los furiosos vientos de los Sorlingues, que roen hasta las piedras.

Hoy dia esta lengua de tierra tiene un *railway* que desemboca en un hermoso tablero de casas nuevas que se llama Chesilton, en el que hay una *Portland*-

(1) Especie de águilas.

*Station.* Los wagones ruedan hoy por donde ayer saltaban las focas.

El istmo de Portland era, hace doscientos años, una espalda de asno de arena con la espina vertebral de rocas.

El peligro para el niño cambió de forma: lo que debió temer en el descenso era rodar hasta lo hondo, pero en el istmo debia temer caer en las aberturas; despues del peligro del precipicio le quedaba el del hundimiento. Todo son abrojos á la orilla del mar. La roca se resbala y la greva es movediza y los puntos de apoyo son celadas. Se vá por allí como se vá sobre vidrios; todo puede bruscamente quebrarse bajo vuestras plantas, formando hendiduras que os sorben. El Océano tiene tres fosos como un teatro de buena maquinaria.

Las largas espinas de granito, á las que se pega la doble vertiente de un istmo, son difíciles de abordar. Se encuentra en ellas con dificultad lo que en lenguaje teatral se llaman vias practicables. El hombre no debe esperar hospitalidad del Océano, pero menos de las rocas que de las olas; solo provee el mar á las aves y á los peces. Los istmos, en particular, están desnudos y erizados; las olas, que los gastan y los minan por las dos partes, los reducen á su más simple expresion. Por todas partes tienen relieves cortados, crestas, sierras, terribles andrajos de piedra rotos. El que franquea un istmo encuentra á cada paso bloques deformes, grandes como casas en figura de tibias, de omoplatos, de fémurs, anatomía terrible de las rocas desolladas. El peon sale como puede de esa confusion de ruinas; caminar al través de la osamenta de un inmenso esqueleto es casi casi su tarea. Entregad, pues, á un niño á esos trabajos de Hércules.

De dia menos mal, pero de noche era preciso un guia, y el pobre chico estaba solo; todo el vigor del hombre se necesitaba, y solo podia contar con la debilidad de la niñez. A falta de guia, un sendero le hubiese ayudado, pero tampoco habia sendero.

Por instinto evitaba la cadena aguda de las rocas y seguia por la playa siempre que podia, y en ella encontraba los terrenos pantanosos; éstos se multiplicaban ante él bajo tres formas: el pantano de agua, el de nieve y el de arena; éste es el más terrible.

Alarma conocer el peligro que se afronta, pero ignorarlo es mucho peor. El niño combatia contra un peligro desconocido. Iba tentando algo que podria ser quizás su tumba, pero no titubeaba. Daba la vuelta á las rocas, evitaba las hendiduras, sufria los obstáculos y huia de los pantanos. No pudiendo ir en derechura, andaba con firmeza.

Cuando era preciso retrocedia con energía, se apartaba á tiempo de la viscosidad terrible de las arenas movedizas. Se sacudia la nieve que le caia encima; alguna vez se metió en agua hasta las rodillas: al salir del agua, el viento profundo de la noche secaba en seguida sus harapos. Tuvo, sin embargo, la precaucion de conservar seco y caliente sobre el pecho su chaqueton de marinero. Continuaba teniendo mucha hambre.

Las aventuras del abismo no se limitan en ningun sentido; todo es posible en ellas; hasta salvarse: la salida es invisible, pero se puede encontrar. Cómo el niño envuelto en opresora espiral de nieve, perdido en el camino entre las dos bocas del abismo y en la oscuridad, pudo conseguir atravesar el istmo, él mismo no sabria decirlo. Se deslizó, trepó, rodó, andó, perseveró, y hé aquí todo lo que hizo. Este es el secreto de todos los triunfos. Al cabo de poco menos de una hora conoció que el suelo subia y llegó á la otra parte; salió de Chess-Hill y entró en tierra firme.

El puente qué une hoy dia Sandford-Cas á Smallmouth-Sand no existia en esta época. Es probable que tanteando el niño subiese hasta encontrarse frente á frente con Wike Regis, donde entonces habia una lengua de arena, verdadera calzada natural, que atravesaba el East-Fleet.

Se salvó del abismo, pero se encontró faz á faz con la tempestad, con el invierno y con la noche.

Delante de él se desarrollaba otra vez la sombría inmensidad de las llanuras, y miró hácia tierra, buscando un sendero.

De repente se inclinó al suelo: acababa de apercibir entre la nieve algo que le pareció una huella; en efecto, era la marca de un pié; la blancura de la nieve la recortaba con limpieza y la hacia visible. El niño la examinó. Era la huella de un pié desnudo, más pequeño que el del hombre y más grande que el de un niño. Probablemente era de mujer.

Más allá de esta huella habia otra, despues otra, y luego las huellas se sucedian á la distancia de un paso y se hundian en la llanura hácia la derecha; estaban frescas aun y algo cubiertas de

nieve. Una mujer acababa de pasar por allí.

Esta mujer, andando, llevaba la misma direccion que el humo que antes viera el niño; éste, fijando la vista en las huellas, siguió el camino que le marcaban.

## II.

### Efecto de la nieve.

Siguió mucho tiempo la pista de las huellas; por desgracia, éstas iban siendo cada vez más confusas. La nieve caia densa y seguida. En este momento la urca agonizaba, muriendo, oprimida por el peso de la nieve, en alta mar.

El niño, perdido como el navío, pero de otra manera; no teniendo, en el intrincable entrecruzamiento de oscuridades que se levantaban ante él, otro recurso que dicho pié marcado en la nieve, se asía á él como al hilo del dédalo.

De repente las huellas se borraron y todo quedó llano, unido, raso, sin una mancha ni un detalle. No quedó más que un paño blanco extendido en la tierra y un paño negro extendido en el cielo. Como si la transeunte se hubiera volado.

El niño, no sabiendo qué hacer, se inclinó y buscó, pero en vano.

Al levantar la cabeza experimentó la sensacion de oir algo indistinto, pero que no estaba seguro de oir; algo parecido á una voz, á un hálito, á una sombra; era más humano que bestial, más sepulcral que vivo; era un ruido soñado.

Miró y no vió nada.

La inmensa soledad, desnuda y lívida, estaba solo delante de él.

Escuchó. Lo que creyó oir se habia disipado. Quizás no habia oido nada. Escuchó otra vez... Nada... el mismo silencio.

Era una ilusion que le hizo formar la bruma. Echó á andar á la ventura, no teniendo ya la huella por guia.

Se alejó un poco y el ruido empezó otra vez. Ahora ya no dudaba. Lo que oia era un gemido, casi un sollozo.

Se volvió hácia donde sonaba; paseó la vista por el espacio nocturno y no vió nada.

El ruido se oyó de nuevo.

Si en el Limbo se puede gritar, allí deben gritar así.

Nada era tan penetrante, tan doloroso y al mismo tiempo tan débil como la voz que oyó el niño, porque era una voz que nacia de una alma. Habia palpitaciones en su murmullo y, sin embargo, parecia inconsciente. Era como un sufrimiento que llama, sin saber que sufre ni que llama; ese grito, primer soplo ó quizás último suspiro de la vida, estaba á igual distancia del estertor que termina la existencia que del vajido que le empieza. Oia el niño respirar, ahogarse y llorar. Súplica sombría en lo invisible.

El niño fijó la atencion por todas partes, lejos, cerca, hácia arriba, hácia abajo. A nadie vió.

Volvió á escuchar y volvió á oir la misma voz, apercibiéndola distintamente; la voz tenia algo del balar del cordero.

El niño tuvo miedo y pensó en huir.

El gemido se repitió por cuarta vez; era triste y quejumbroso. Se conocia que despues de ese esfuerzo supremo, más maquinal que voluntario, el grito se extinguiria probablemente; era una espirante reclamacion instintivamente dirigida á la cantidad de socorro que está suspensa en la extension; era no sé qué balbuceo de la agonía dirigido á la providencia posible.

El niño avanzó hácia el lado en que sonaba la voz.

Nada veia, pero avanzó expiando.

El quejido continuaba. Era antes inarticulado y confuso y era ahora claro y vibrante. El niño estaba cerca de la voz. Pero la voz, dónde estaba?

El niño oia en el espacio el temblor de un quejido que pasaba por su lado, gemido humano que flotaba en lo invisible. Tal fué al menos su impresion, confusa, como la profunda niebla en que él se perdia.

Al vacilar el niño entre el instinto que le repelía de allí y el que le decia que permaneciese, distinguió entre la nieve y á sus piés, algunos pasos delante de él, una especie de ondulacion, de la dimension de un cuerpo humano, una pequeña eminencia, larga y estrecha, semejante á la hinchazon de una fosa, una especie de sepultura en un cementerio blanco.

Al mismo tiempo la voz gritó; esta voz salia de bajo. El niño se acurrucó ante la ondulacion y con las dos manos comenzó á separar la nieve. A medida que lo conseguia vió modelarse una forma, y de pronto en sus manos, y en el hoyo que acababa de hacer, apareció una faz pálida.

No era ésta la que gritaba, porque te-

nia los ojos cerrados y la boca abierta, pero llena de nieve, y estaba inmóvil. Ni siquiera la hicieron menear las manos del niño; éste se extremeció al tocar aquel rostro frio. Era la cabeza de una mujer; sus cabellos esparcidos se mezclaban con la nieve. Aquella mujer estaba muerta.

El niño siguió escarbando la nieve. Se destacó el cuello de la muerta, despues lo alto del torso, cuya carne se veia al través de los andrajos.

De repente, el tacto del niño se encontró con un movimiento débil; era algo pequeño que estaba enterrado y que se movia. El niño separó la nieve con rapidez y descubrió un pequeño cuerpo, mezquino, descolorido por el frio, vivo aun y desnudo, sobre el desnudo seno de la muerta. Era una niña.

Estaba cubierta con unos cuantos harapos, y al forcejear se habia salido de ellos; habian hecho fundir la nieve debajo de ella el esfuerzo de sus débiles miembros y su aliento vital. Una nodriza hubiese creido que tenia cinco ó seis meses, pero quizás tenia un año, porque en la miseria se crece poco y se tienen tendencias al raquitismo. Cuando la niña sintió que le daba el aire en la cara lanzó un grito, que era la continuacion del sollozo de su agonía; preciso era que su madre estuviese muerta para no haberle oido.

El niño tomó en sus brazos á la niña.

La madre, que estaba yerta, presentaba aspecto siniestro; irradiacion espectral despedia su rostro; la boca, abierta y sin hálito vital, parecia como que empezaba la respuesta, en la lengua confusa de las sombras, que iba á dar á las preguntas que se hacen á los muertos en lo invisible. Su fisonomía tenia la reverberacion pálida de las llanuras heladas. Se veian sus cabellos oscuros, el fruncimiento casi indignado de las cejas, la nariz apretada, las pupilas cerradas, y desde el rincon de los ojos hasta el rincon de los labios un pliegue profundo causado por el llanto. La nieve prestaba cierta claridad á la muerta. La desnudez de sus pechos era patética; habian servido, habian sufrido la herida de dar la vida á otro sér, y la majestad maternal reemplazó en ellos á la pureza de los de la vírgen. En el pezon de uno de ellos se quedó una perla blanca; era una gota de leche helada.

Digámoslo pronto; en las mismas llanuras que el niño perdido atravesó despues, una mendiga, que daba el pecho á su pequeña hija y buscaba tambien un refugio, se perdió hacia pocas horas. Transida de frio y de espanto, la hizo caer al suelo la tempestad y ya no pudo levantarse. La cubrió la avalancha; estrechó cuanto pudo su hija contra su pecho y espiró. La niña probó á mamar en el mármol, pero su boca, no pudiendo encontrar el seno, en el que la gota de leche robada por la muerte se heló, y estando acostumbrada á la cuna, pero no á la tumba, lanzó un grito. El niño oyó á la agonizante, la desenterró y la tomó en sus brazos.

La pequeñuela, en cuanto se vió cogida, cesó de gritar. Los rostros de los dos niños se tocaron, y los labios violáceos de ella se aproximaron á las mejillas de él como á una teta. La niña estaba ya en el momento en que la sangre, coagulada, vá á parar el corazon. Su madre le habia comunicado ya algo de la muerte, y tenia los piés, las manos, los brazos y las rodillas paralizados por el hielo: el niño sintió el contacto de este frio horrible.

El niño tenia el chaqueton seco y caliente. Dejó un minuto á la niña sobre el seno de la madre, se quitó el chaqueton y envolvió á aquella; volvió á tomarla en brazos, y casi desnudo, recibiendo los espesos copos de nieve, emprendió el camino.

La pequeñuela, consiguiendo volver á encontrar la mejilla del niño, apoyó en ella la boca, y al ir adquiriendo calor, se quedó dormida. Así fué el primer beso de sus dos almas en las tinieblas.

La madre se quedó yaciendo allí, de espaldas sobre la nieve y con la cara hácia la noche. Pero en el momento en que el niño se desnudó para vestir á la pequeñuela, quizás desde el fondo del infinito la madre lo vió.

## III.

**No hay camino doloroso que no se complique con un peso.**

Hacia ya más de cuatro horas que la urca se habia alejado de la bahía de Portland, dejando al niño en la costa. Desde que estaba abandonado y que andaba perdido, solo habia tenido tres encuentros de la sociedad humana, en la que acaso iba á entrar: el de un hombre, el de una mujer y el de una niña. Encontró al hombre ahorcado sobre una colina, á la mujer enterrada en la nieve y á la niña que llevaba en brazos poco menos.

El niño estaba extenuado de fatiga y de hambre.

Avanzaba más resuelto que nunca, con menos fuerzas y con un peso además. Estaba casi, casi desnudo; los pocos andrajos que le quedaban se habian roto como vidrios y le escoriaban la piel. Se enfriaba, pero la pequeñuela se calentaba; lo que él perdia lo ganaba ella. Continuaba avanzando.

De vez en cuando, sosteniendo bien á la niña, se bajaba y con una mano cogia pedazos de nieve y se frotaba con ella los piés para impedir que se le helasen. Otros momentos, sintiendo fuego en la garganta, se metia nieve en la boca y la chupaba; esto engañaba su sed un minuto, pero luego tenia fiebre; este alivio acababa por ser una agravacion.

La tormenta no cesaba de ser violenta; su paroxismo maltrataba el litoral al mismo tiempo que trastornaba el Océano; este era quizás el instante en que la urca perdida se dislocaba en la batalla que sostenia con los escollos.

El niño atravesó con fuerte viento largas superficies de nieve, andando siempre. No sabia en qué hora se encontraba. No habia vuelto á ver humo. Estas indicaciones de la noche desaparecen con rapidez; por otra parte, debia ser ya la hora de haber apagado todos los fuegos, ó quizás estaba él equivocado y era posible que no hubiese ciudad ni aldea en la costa que él recorria. Aunque dudando, perseveraba en seguir su camino.

La pequeñuela lloró dos ó tres veces y el niño imprimia entonces á su paso el movimiento de la cuna; ella se apaciguaba y callaba, acabando por dormirse con profundo sueño. El niño tiritaba, pero sentia que la niña estaba ya caliente.

Apretaba con frecuencia los pliegues del chaqueton alrededor del cuello de la pequeñuela, para que no se le introdujese la nieve por ninguna parte.

La llanura presentaba ondulaciones: en los declives á los que descendia la nieve, que amasaba el viento en los pliegues que ofrecia el terreno, llegaba ésta á tal altura, que el niño se hundia en ella casi entero y tenia que andar semi-enterrado. Andaba rechazando la nieve con las rodillas.

Cuando pasó la hondura llegó á planicies que barria el viento, en las que la nieve era insignificante: en ellas encontró la escarcha.

El hálito tibio de la pequeñuela, rozando sus mejillas, le calentaba un momento; pero cuando se paraba, la nieve helada convertia su cabello en un canelon.

Le asustaba una complicacion terrible, la de poder caer al suelo, porque conocia que ya no podria levantarse. Estaba extenuado de fatiga y temia caer y ser enterrado en la nieve, como la mujer que encontró muerta. Habia sorteado las pendientes de los precipicios y habia escapado con vida; habia sorteado las hendiduras y los pantanos, y habia salido de ellos; pero ahora una simple caida le iba á causar la muerte, un paso dado en falso podria abrirle la tumba. No podia resbalarse, porque le seria acaso imposible ponerse erguido otra vez, y esto era allí muy fácil.

La pequeñuela le dificultaba mucho el andar; no solo era para él un peso excesivo, por su laxitud y su agotamiento de fuerzas, sino tambien un embarazo; él ocupaba los dos brazos, y para el que camina sobre la escarcha, los brazos son un balancin natural y necesario.

Se pasó, pues, sin este balancin, y andaba no sabiendo qué iba á ser de él, porque la pequeñuela era la gota que hacia desbordar el vaso de su agonía.

Avanzaba, oscilando á cada paso, como sobre un trampolin, y perfeccionando con las miradas milagros de equilibrio. Acaso le seguian en su via dolorosa dos ojos abiertos en la lontananza de la sombra: el ojo de la madre y el de Dios.

Vacilaba, se afirmaba y cuidaba de la niña, cubriéndola bien. El viento tenia la cobardía de empujarle con violencia, pero él hacia más camino del que necesitaba. Segun todas las apariencias, se encontraba en las llanuras en que se estableció más tarde la Bincleaves Farn, que ahora están llenas de caserío y entonces eran eriales.

De repente se interrumpió la borrasca glacial, que cegaba al niño, y éste apercibió á poca distancia un grupo de paredes y de chimeneas, que la nieve ponia de relieve, como silueta en contrario; vió una ciudad dibujada en blanco sobre el horizonte negro, algo semejante á lo que llamaríamos hoy una prueba negativa.

Techos, casas, refugios! El niño llegaba al término de su doloroso viaje y se sintió halagado por el inefable consuelo de la esperanza. Sintió una emocion parecida á la que debe experimentar el vigía de un navío que grita: Tierra! Apresuró el paso. Por fin iba

á ver hombres, iba á entrar en la morada de los vivos; no tenia ya nada que temer, y adquirió el calor súbito que se llama seguridad. Se concluyeron sus peligros: no debia ya temer ni la noche, ni el invierno, ni la tempestad. Creia que todo el mal posible se habia quedado ya detrás de él. La pequeñuela ya no le pesaba, y casi corria.

Fijaba en los techos las miradas, pareciéndole que la vida estaba en ellos. Esas eran sin duda las chimeneas cuyo humo distinguió desde lejos, pero ahora no lo arrojaban.

Se apresuró á llegar á esas habitaciones; por fin entró en el arrabal de la ciudad, que era una calle abierta. En esta época ya se habia perdido la costumbre de cerrar con cadenas las calles por la noche. En las dos casas primeras de la calle no se veia ni una vela, ni una lámpara, ni en toda la calle, ni en toda la ciudad, en cuanto alcanzaba la vista. La casa de la derecha, más que casa era una cabaña; las tapias eran de arcilla y el techo de paja, y tenia más rastrojos que paredes; una mata de ortigas, que nacia al pié de aquellas, llegaba hasta el borde del techo; esta casucha no tenia más que una puerta, que parecia una gatera, y una ventana, que era un tragaluz. Estaba todo cerrado, pero tenia al lado una pocilga habitada, lo que indicaba que la cabaña la habitaban tambien.

La casa de la izquierda era ancha y alta, toda de piedra y con el techo de pizarra; estaba cerrada, como la otra. El niño, sin titubear, se dirigió á la casa grande.

La puerta, de dos hojas, era un macizo tablero de encina, con gruesos clavos; una de aquellas puertas que tienen por detrás robusta armadura de barras y de cerrojos; un martillo de hierro pendia de ella. El niño levantó el martillo con mucho esfuerzo, por tener las manos hinchadas, y dió un golpe, pero no le contestaron.

Llamó por segunda vez, dando dos golpes, pero tampoco se movió nadie en la casa.

Llamó por tercera vez, y continuó el mismo silencio.

Comprendió el niño que estarian durmiendo, ó que no tenian gana de levantarse.

Entonces se dirigió á la casa pobre. Tomó del suelo y de entre la nieve un tejo y lo lanzó á la puerta. Tampoco le respondieron.

Se alzó sobre la punta de los piés y tocó con la teja en la ventana, con bastante suavidad para no romper el vidrio, pero bastante fuerte para que le pudiesen oir. Pero no oyó ni voz, ni pasos, y no vió encenderse ninguna luz. Conoció que tampoco querian levantarse.

Estaban sordos para los pobres desgraciados lo mismo en el palacio que en la cabaña. El niño se decidió á ir más lejos y penetró en el estrecho de las casas que se prolongaba delante de él, tan oscuro, que más parecia la separacion de dos montes que la entrada de una ciudad.

## IV.

### Otra forma del desierto.

Acababa de entrar en Weymouth.

Weymouth no era entonces la honorable y soberbia ciudad de nuestros dias; no tenia como hoy el irreprochable muelle rectilíneo, con una fonda y una estátua en honor de Jorge III, porque Jorge III no habia nacido aun; por esta razon no se dibujaba aun en el suelo, en la pendiente de la verde colina del Este, el caballo blanco, de una yugada de largo, el *White Horse*, montado por un rey, volviendo la cola hácia la ciudad, siempre en honor de Jorge III. Pero estos honores eran merecidos, porque el referido rey, por haber perdido en la vejez el talento que nunca tuvo en su juventud, no era responsable de las calamidades de su reinado, era un inocente, ¿y por qué levantarle estátuas?

Weymouth hace ciento ochenta años, era poco simétrico.

El Astarot de las leyendas paseaba algunas veces por la tierra llevando á las espaldas una alforja, en la que habia un *totum revolutum*, hasta buenas mujeres de sus casas. Una confusion de barracas caidas del saco del diablo pueden dar una idea de lo que era el incorrecto Weymouth; además, en estas casuchas buenas mujeres, y como *specimen* de esas habitaciones, la casa de los Músicos.

Confusion de cuevas de madera, esculpidas y carcomidas, lo que es una segunda escultura; informes obras de albañilería, trémulas, por no estar hechas á plomo, algunas con pilares, apoyándose las unas con las otras, para no caer impulsadas por el viento del mar, dejando entre ellas el pequeño espacio que se exige de un camino tortuoso y torcido para callejuelas y callizos, inundados

con frecuencia por las mareas del equinoccio; amontonamiento de casas antiquísimas, agrupadas alrededor de una iglesia vieja, eso era Weymouth. Weymouth era una especie de antigua aldea normanda estrellada sobre la costa de Inglaterra.

El viajero que entraba en la taberna, convertida hoy en hotel, en vez de pagar régiamente veinticinco francos por un lenguado frito y una botella excelente, pasaba por la humillacion de comer por dos *sous* una sopa de pescado, que, esto no obstante, estaba riquísima.

El niño, llevando en brazos á la pequeñuela, siguió la primera calle, luego la segunda y despues la tercera. Levantaba la vista buscando en todos los pisos un vidrio alumbrado, pero todo estaba apagado y cerrado aun. De vez en cuando llamaba á las puertas, pero nadie le respondia. Nada hace tener el corazon tan empedernido como encontrarse caliente entre dos sábanas. El ruido y las sacudidas que sufrió acabaron por despertar á la pequeñuela; el niño lo conoció al sentir que le tetaba la mejilla, pero ella no lloraba, creyendo estar con su madre.

Se arriesgó á dar la vuelta y á rodar largo tiempo, quizás por las intersecciones de las callejuelas de Scrambridge, en las que habia entonces más terrenos cultivados que casas, pero se metió oportunamente en un paso estrecho que aun existe hoy cerca de Trinity Schools; este paso le condujo á una playa, que era un rudimento de muelle con parapeto, y á su derecha distinguió un puente. Era el puente de la Wey, que une á Weymouth con Melcomb-Regis, y por debajo de sus arcos se comunicaba Harbour con la Back-Water.

La aldea de Weymouth era entonces el arrabal de Melcomb-Regis, ciudad y puerto, pero en la actualidad Melcomb-Regis es solo una parroquia de Weymouth. La aldea absorbió á la ciudad; esta absorcion se verificó por medio del puente. Los puentes son singulares aparatos de succion, que aspiran las poblaciones y consiguen á veces aumentar un cuartel de la ribera á expensas del que tienen enfrente.

El niño fué al puente, que en esa época ofrecia estrecho paso, pero cubierto de madera, y lo atravesó; gracias al techo del puente, en el piso no habia nieve; los piés desnudos del muchacho tuvieron un momento de bienestar mientras andaban sobre tablas secas.

Despues de pasar el puente se encontró el niño en Melcomb-Regis, en el que hay menos casas de madera que de piedra; esto no era ya un pueblo, era una hermosa ciudad. El puente desembocaba en la calle de Santo Tomás. La calle tenia buenos edificios y aquí y allá muchas tiendas. El muchacho, ya internado en ella, llamó á muchas puertas.

Pero en Melcomb-Regis, como en Weymouth, nadie se movia ni le contestaba. El niño errante sufria la presion indefinida de la ciudad dormida. Ese silencio de hormiguero, paralizado, produce el vértigo. Todos esos letargos confunden sus pesadillas y sale de los cuerpos humanos yacentes una humareda de sueños. El sueño tiene sombrías proximidades fuera de la vida; el pensamiento de los dormidos, descompuesto, flota por encima de ellos y se combina con lo posible que probablemente piensa tambien en el espacio. De aquí provienen los enredamientos. El delirio, que es una nube, superpone sus espesores y sus transparencias al espíritu, que es una estrella. En las pupilas cerradas, en las que la vision reemplazó á la vista, disgregacion sepulcral de siluetas y de aspectos se dilata en lo impalpable.

Esparcimiento de existencias misteriosas se amalgama á nuestra vida por ese borde de la muerte que se llama sueño. En el aire se verifican esos entrelazamientos de larvas y de almas; hasta el que no duerme siente que pesa sobre él ese centro lleno de vida siniestra. El hombre despierto que camina á través de los fantasmas del sueño de los demás, atacando confusamente las formas pasajeras, tiene ó cree tener el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible, y siente á cada instante el choque oscuro de un encuentro inexpresable que se desvanece. Esto es lo que se llama tener miedo sin saber por qué: esto lo experimenta el hombre, pero el niño mucho más.

La incomodidad del sobresalto nocturno, aumentada por las casas-espectros, agravaba el conjunto lúgubre con que el niño luchaba.

Entró en Conycar Lane y apercibió al extremo de esta calle la Bach Water, que tomó por el Océano; no sabia ya por dónde estaba el mar: volvió atrás y despues torció á la izquierda por la calle de Maiden, y fué á parar á Saint-Albans row.

Allí, al acaso, sin elegir, en las prime-

ras casas que encontró, llamó con violencia y repetidas veces.

Una voz respondió.

La voz que señalaba las horas; la voz que dió tres campanadas en el antiguo campanario de San Nicolás.

En seguida volvió á reinar el silencio.

Es sorprendente que ni un solo habitante abriese una ventana; sin embargo, hasta cierto punto ese silencio se esplica. Es necesario referir que el mes de Enero de 1690 era el dia siguiente de una horrible peste que hubo en Lóndres, y que el temor de recibir á vagabundos enfermos producia en todas partes disminucion de la hospitalidad. Temian entreabrir las ventanas para no aspirar miasmas peligrosos.

El niño encontró el frio de los hombres más terrible que el frio de la noche, porque este frio es voluntario, y se sintió más descorazonado que en medio de la soledad. Ahora que iba á participar de la vida comun, estaba solo y sufria indecible angustia. Comprendia que fuese implacable el desierto, pero no podia comprender que fuese inexorable la ciudad.

Las horas que sonaron y que acababa de contar le abatieron por completo; nada hiela en ciertos casos como oir tocar las horas. Parecen la pública declaracion de indiferencia de la eternidad, que dice: Qué me importa!

El niño se paró, preguntándose en aquel lamentable instante si no seria preferible acostarse en la nieve y dejarse morir; pero la pequeñuela recostó la cabeza sobre su hombro y se volvió á dormir; esta confianza inocente le hizo volver á andar: el niño, que veia que todo se derrumbaba ante él, conoció que tenia que servir de apoyo; profundo requerimiento del deber.

Ni estas ideas, ni esta situacion, eran propias de su edad, y es muy probable que no las comprendiese; lo que hacia debia hacerlo por instinto.

Se dirigió á Johnstone row, pero ya no andaba, se arrastraba. Dejó á su izquierda la calle de Sainte-Mary; hizo varios zig-zags por las callejuelas, y desembocó en un espacio situado entre dos ruinas, en las que vió una extension sin caserío. Era un terreno no edificado; probablemente seria el sitio donde está hoy la plaza de Chesterfield. Apercibió á su derecha el mar y casi nada de la ciudad á su izquierda.

Empezaba allí el campo. Al Este, grandes planos inclinados cubiertos de nieve marcaban las anchas vertientes de Radipole. Qué iba á hacer el niño? ¿Continuar el viaje? ¿Volver á internarse en las soledades? ¿Retroceder y volver á las calles? ¿Qué silencio elegir entre el de la llanura muda y el de la ciudad sorda?

Como existe el áncora de misericordia, existe tambien la mirada de misericordia, y esa fué la que el pobre niño, desesperado, echó á su alrededor.

De repente oyó una amenaza.

## V.

### El misántropo hace de las suyas.

El niño oyó un crugido de dientes extraño y alarmante, que era suficiente para hacerle retroceder, pero, sin embargo, avanzó.

A los que consterna el silencio, les place el rugido, y el niño, en vez de asustarse, adquirió ánimo, porque esa amenaza era para él una promesa. Habia cerca de él un sér vivo y despierto, quizás una bestia feroz. Se dirigió á la parte donde oyó el rugido.

Dobló la esquina de la pared y detrás, á la reverberacion sepulcral de la nieve y del mar, vió un objeto que se abrigaba allí: era una carreta ó una cabaña; tenia ruedas, debia ser un carruaje; pero tambien tenia techo, debia ser una habitacion; del techo salia un tubo y del tubo humo; el humo era rojo, lo que parecia anunciar que habia buen fuego en el interior. Por detrás del vehículo goznes salientes indicaban una puerta, y en el centro de esta puerta una abertura cuadrada dejaba pasar el resplandor de dentro.

El niño se acercó; el crugido adquirió más fuerza, y cuando aquel llegó á la choza ambulante, la amenaza era ya furiosa; no era ladrido, era aullido. Oyó un ruido seco, como el de una cadena violentamente sacudida, y aparecieron bruscamente por debajo de la puerta, en la division de las dos ruedas de detrás, dos filas de dientes agudos y blancos. Al mismo tiempo que pasaba una cola por entre las ruedas, pasó una cabeza por la ventana.

—Cállate! dijo una voz en el interior.

La boca se calló.

—Hay ahí álguien? preguntó la voz.

—Sí, respondió el niño.

—Quién es?

—Yo.

—Quién eres tú y de dónde vienes?

—Estoy muerto de fatiga, dijo el muchacho.

—Qué hora es?

—Tengo frio.

—Qué haces ahí?

—Tengo hambre.

—Todo el mundo no puede ser dichoso como un lord. Vete.

La cabeza se fué y la ventana se cerró.

El niño dobló la cabeza, estrechó en sus brazos á la pequeñuela dormida y reunió la fuerza que le quedaba para volver á tomar el camino. Dió algunos pasos y empezó á alejarse.

Entre tanto, mientras la ventana se cerró, se abrió la puerta y bajo de ella una estribera. La voz que acababa de hablar al niño desde el fondo de la choza gritó cólerica:

—Pues bien; por qué no entras?

El niño se acercó otra vez.

—Entra, repitió la voz. ¿Quién es tan tonto que no entra teniendo hambre y frio?

El niño, atraido, pero temeroso, permanecia inmóvil.

—Te digo que entres, bribon!

Al fin se decidió y puso un pié en el primer escalon de la estribera.

Pero refunfuñaron dentro del carricoche y el niño retrocedió.

La boca volvió á aparecer abierta.

—Silencio! exclamó la voz del hombre.

La boca se cerró y entró; el refunfuño cesó tambien.

—Sube, repitió por tercera vez el hombre.

El niño subió penosamente los tres escalones; le pesaba la pequeñuela, que iba tan tapada y tan envuelta que no se la veia. Cuando franqueó los tres escalones y llegó al umbral de la puerta, se paró.

Ninguna vela brillaba en la choza ambulante, probablemente por economía de la miseria; el interior de aquella estaba alumbrado nada más por el resplandor rojizo que salia del respiradero del hornillo, en el que ardia fuego de turba; sobre el hornillo humeaba una escudilla y una cacerola, conteniendo comida, segun las apariencias y segun el buen olor que despedia. Esta habitacion estaba amueblada con un cofre, con un banquillo de madera y con una linterna apagada y colgada en el techo; en los tabiques habia algunas tablas fijas con listoncillos, en las que estaban colocadas muchas cosas mezcladas. En los clavos que salian de las tablas habia pendientes objetos de vidrio y de cobre, un alambique, un recipiente y una confusion de cosas extrañas, que el niño desconocia y que constituian la batería de cocina de un químico. La choza era de figura oblonga; no llegaba á ser un cuarto pequeño: era una caja grande; su exterior estaba más claro á causa de la nieve, que su interior alumbrado por el hornillo; allí todo se veia indistinto y confuso, y sin embargo, el reflejo del fuego sobre el techo permitia leer allí esta inscripcion, escrita con gruesos caractéres: *Ursus, filósofo.*

El niño acababa de entrar, en efecto, en casa de Homo y de Ursus; acabamos de oir aullar al uno y hablar al otro.

Al llegar el niño al dintel de la puerta, vió cerca del hornillo á un hombre largo y flaco, vestido de color gris, que estaba de pié, y cuyo cráneo calvo tocaba en el techo; este hombre no hubiera podido levantar la cabeza; la choza no tenia más que su altura.

—Entra, dijo Ursus.

El niño entró.

—Deja ahí el paquete.

El muchacho lo dejó cuidadosamente encima del cofre, temiendo despertar y asustar á la criatura.

El hombre continuó hablando:

—¡No lo dejarias con más cuidado si fuese un relicario! ¿Tienes miedo de que se estropeen tus andrajos? Ah, pícaro! ¡A estas horas por las calles! Quién eres? Respóndeme. Pero no, no me respondas. Acudamos primero á lo más urgente; ya que tienes frio, caliéntate.

Cogióle por los dos hombros y lo colocó delante del hornillo.

—Estás todo mojado! Estás helado!... Vaya un modo de entrar en las casas!... Vamos, quítate esos harapos podridos!

Con una mano bruscamente le arrancó los andrajos, que se rompieron y se deshilaron, y con la otra descolgó de un clavo una camisa de hombre y una chaqueta de tricot.

—Vamos, aquí tienes ropa.

Buscó en un monton un pedazo de tela de lana y frotó con ella, cerca del fuego, los miembros del niño asombrado y desfallecido, que al verse desnudo y caliente creyó ver y tocar el cielo. Le frotó todo el cuerpo hasta los piés.

—Vamos, granuja, no tienes ningun miembro helado; he sido bastante estúpido para creer que lo tenias. ¡No te quedarás baldado por esta vez! Vístete.

El niño se puso la camisa y el hombre le colocó encima la chaqueta de tricot.

—Ahora...

El hombre, esto diciendo, acercó el banquillo con el pié é hizo sentar en él al niño, indicándole despues con el índice la escudilla que humeaba sobre el hornillo. Lo que el niño vió dentro de ella era una patata y tocino.

—Pues tienes hambre, come.

El hombre tomó de una de las tablas un pedazo de pan duro y un tenedor de hierro y se los dió al muchacho; éste no se atrevia á tomarlos.

—¿Es que quieres que te ponga el cubierto?

Esto diciendo, el hombre colocó la escudilla sobre las rodillas del niño.

—Cómete eso.

El hambre pudo más en el muchacho que su atolondramiento y empezó á comer. El pobrecillo, en vez de comer, devoraba; el ruido del pan seco mascado llenaba la choza. El hombre gruñia.

—No comas tan de prisa! ¡Es gloton este pillete!... ¡Dá náuseas ver comer á estos canallas cuando tienen hambre!... Dá gusto ver cómo cena un lord. Yo he visto comer á dos duques y, ¡esto es comer con nobleza!... ¡Vamos, granuja, hártate!

La ausencia de oidos, que caracteriza al vientre hambriento, hacia insensible al niño á la violencia de los epítetos de Ursus, atemperada por otra parte por la caridad de sus acciones, contrasentido favorable al muchacho, que en aquel momento le absorbian dos urgencias, dos éxtasis, el de calentarse y el de comer.

Ursus proseguia entre tanto, entre carne y cuero, su imprecacion á la sordina.

—Yo ví al rey Jacobo cenar en persona en el Banqueting-Housse, y su majestad apenas probaba bocado. ¡Qué idea tuve de venir á este maldito Weymouth! ¡sitio siete veces consagrado á los dioses infernales! Desde esta mañana nada he vendido: dirigí la palabra á la nieve y toqué la flauta al huracan; no he recogido ni la moneda más insignificante, y por la noche tengo que socorrer á pobres. Terrible encuentro! Sostengo lucha, batalla y concurso con los transeuntes imbéciles; ellos procuran pagarme con liards, y yo trato de no darles más que drogas. Pues hoy nada, cero; ni encontré un idiota en las callejuelas ni un penny en mi caja. ¡Come, tunante del infierno! ¡Engorda á mis expensas, parásito! Este niño no está hambriento, está rabioso; eso ya no es apetito, eso es ferocidad. Quizás se vea obligado á comer más de lo que necesita por un virus rábico. Quién sabe! Quizás tenga la peste. ¿Tienes la peste, granuja? Si contagiase á Homo!... No, no quiero; que reviente el pueblo, pero que mi lobo viva... ¡Ah, tambien yo tengo hambre! Declaro que este incidente es desagradable. Trabajé hoy hasta muy entrada la noche. Hay ocasiones en que tenemos prisa, y yo la tuve esta noche de comer. Estaba solo, encendí el fuego: solo tenia una patata, un pedazo de pan, otro de tocino, un poco de leche, y lo puse todo á calentar, diciendo:—Bien, con esto me basta; me imagino que voy á comer, y... pataplum! me cae en la choza este cocodrilo, que se instala cómodamente entre el alimento y yo, devastando mi refectorio. Come, tiburon, come. ¿Cuántas filas de dientes tienes en la boca, lobezno?... No, no; retiro la palabra por respeto á los lobos. He trabajado todo el dia con el estómago vacío, y la recompensa que recibo esta noche es ver comer á otro. Pero es igual, lo partiremos entre los dos; él se tomará el tocino, la patata y el pan, y yo me beberé la leche.

En este momento se oyó en la choza un grito lastimero y prolongado. El hombre se puso á escuchar.

—Ahora gritas, sicofanta! ¿por qué gritas?

El niño se volvió. Era evidente que él no gritaba; tenia la boca llena.

Ursus se dirigió al cofre.

—Pues es el paquete que vocea! Esto es el valle de Josafat. El paquete vocifera; qué tienes en él que grazna?

Ursus lo deslió, y vió aparecer la cabeza de una criatura, con la boca abierta y gritando.

—Quién está ahí? Esto qué es? Otro aparecido. Esto no vá á concluir nunca? Quién vive? ¿Qué es lo que traes aquí, bandido? No ves que tiene sed? Es preciso que beba. Bien está, me privaré de la leche.

Tomó de una de las tablas un rollo de lienzo para hacer vendajes, una esponja y una redoma, y lanzó el siguiente apóstrofe:

—Maldito pais!

Despues contempló á la criatura.

—Es una niña, dijo; esto se conoce en el modo de gemir, y está tan remojada como el niño.

La arrancó tambien los andrajos, que más la mojaban que la cubrian, y la envolvió en un pedazo de tela pobre, pero seca y limpia; esta rápida y brusca transicion exasperó á la niña.

—Maulla como una desesperada, dijo Ursus.

Cortó con los dientes un trozo largo de esponja, desenvolvió del rollo un largo pedazo de lienzo, sacó de él una hebra de hilo, tomó del hornillo la leche, que puso en la redoma; medio introdujo la esponja en el cuello del frasco, cubrió la esponja con el lienzo, ató el tapon con el hilo, aplicóse la redoma contra la mejilla para cerciorarse de que no estaba demasiado caliente, y cogió con el brazo izquierdo á la criatura, que continuaba llorando.

—Vamos, calla, que vas á cenar; toma la teta.

Diciendo eso le puso en la boca el cuello de la redoma. La pequeñuela bebió con avidez; él le sostuvo la redoma de manera que pudiese beber con comodidad.

—Lo mismo son todos; cuando se les dá lo que quieren, callan.

Bebió la niña con tanta energía y se habia cogido con tal fuerza al pezon del seno que le ofrecia aquella providencia grosera, que le dió un golpe de tos.

—Te vas á ahogar! murmuró Ursus; qué tragona eres!...

Le retiró la esponja que ella chupaba para que se le calmase la tos, y le puso la redoma sola en los labios, diciendo:

—Toma teta ahora.

El niño habia soltado el tenedor; se olvidaba de comer viendo cómo bebia la pequeñuela. Momentos antes, cuando comia, brillaba la satisfaccion en sus miradas; pero ahora brillaba la gratitud, porque veia que revivia la niña; al ver que se completaba la resurrecion que él empezó, se llenaba su pupila de reveracion inefable. Ursus continuaba entre dientes rumiando palabras coléricas. El niño, á cada instante, miraba á Ursus con los ojos húmedos por la emocion indefinible que sentia, sin poder expresarla.

Ursus le dijo:

—Vamos, que no comes?

—Y vos?... le preguntó el niño temblando. Vos no teneis que comer?

—Cómetelo todo; habiendo poco para tí, no puede haber bastante para mí.

El niño volvió á coger el tenedor, pero no comia.

—Come, vociferó Ursus. Ahora no se trata de mí. Te digo, granuja, que te lo comas todo. Has venido aquí á comer, á beber y á dormir. Si no comes os echo por la puerta á la calle á la niña y á tí.

Al oir esta amenaza volvió á comer el niño, aunque era ya poco lo que quedaba en la escudilla.

—Junta mal este edificio y entra frio por los vidrios, murmuró Ursus.

En efecto, habia en su parte delantera un vidrio roto por causa de algun vaivén del carricoche ó por otro cualquier motivo. Ursus aplicó á esta avería una estrella de papel, que se habia despegado y el viento se introducia por allí.

Estaba sentado en el cofre; tenia á la pequeñuela entre las rodillas y los brazos, y ésta chupaba voluptuosamente el cuello de la redoma con la dichosa soñolencia de los querubines ante Dios y de los niños ante la teta.

—La criatura está ya gris, exclamó Ursus, y añadió despues: ¡Predicad sermones en pró de la temperancia!...

El viento arrancó del vidrio el emplasto de papel, que voló dentro de la choza; pero esto no inmutó á los niños, que estaban ocupados en revivir.

Mientras ella bebia y él comia, Ursus maldecia de todo.

—La embriaguez arranca desde los pañales. Es inútil que os empeñeis en ser como el obispo de Tillotson y en tronar contra los excesos de la bebida.—¡Maldito viento colado! Además del viento, el hornillo es viejo y deja escapar bocanadas de humo capaces de asfixiar á cualquiera. Aquí se tiene el inconveniente del frio y el inconveniente del fuego. Aquí no se vé claro. El sér que está aquí conmigo abusa de mi hospitalidad, y yo aun no he podido distinguir la fisonomía de ese granuja. Por Júpiter, que me seducen los ricos festines en cámaras bien cerradas. Erré mi vocacion, porque yo habia nacido para ser sensual. El mayor de los sábios fué Filoxenes, que deseaba tener cuello de grulla para gozar más tiempo de los placeres de la mesa.—La entrada de hoy ha sido cero; no he vendido nada durante el dia. Aquí todo el mundo goza de buena salud: esta es una maldita ciudad en la que nadie está enfermo, solo el cielo tiene diarrea, y ¡cuánta nieve! ¡qué horrible tempestad! No puedo olvidar los desastres que habrá causado á los que se encontraban en el mar, porque en él se hallará á estas horas muchísima gente. Amigos mios, salid de él como podais, que yo bastante tengo que luchar para sostener tambien mi vida. ¿Acaso tengo yo albergue? ¿Cómo es, pues, que recibo en él viajeros? La desventura universal salpica hasta mi pobreza, caen hasta mi choza gotas sucias del barro

humano. Estoy entregado á la voracidad de los transeuntes, soy su presa, la presa de los muertos de hambre. Disfruto del invierno, de la noche, de una cabaña de carton, de un amigo desgraciado, de una tempestad, de una patata, de fuego insignificante, de parásitos, del viento que penetra por todas las hendiduras, de no tener dinero y de paquetes que ladran; los abro y me encuentro con criaturas indigentes que lloran. ¡Envidiable suerte es la mia! Además, hay que añadir que violo las leyes: soy un vagabundo que circulo por las calles despues del toque de *cubrefuego*. Si nuestro buen rey lo supiese, me castigaria para que escarmentase. Hay reglamentos y ordenanzas que lo prohiben. Se castiga á los vagabundos mientras se vigila, y se proteje á los hombres honrados que viven en sus propias casas; los reyes son los padres del pueblo. No estás domiciliado, y te azotarán en la plaza pública si te cogen, y harán muy bien. Se necesita que haya órden en los pueblos civilizados; debia denunciarte al condestable, pero yo soy así; conozco el bien y practico el mal.—¡Ah, pillastre, entrar en mi choza en semejante estado! La nieve que introdujo al entrar se ha deshecho y me ha mojado toda la casa; estoy inundado; será preciso quemar un carbon, del que no puedo disponer, para secar este lago; carbon de á doce farthings, carbon muy caro. ¿Cómo nos lo hemos de arreglar para vivir tres dentro de esta caja con ruedas? Esto debe concluir: entraré en el nursery (1) y seré el porvenir para la indigencia de Inglaterra. Tendré por empleo, oficio y funcion, devastar los fetos abortados por la miseria, perfeccionar la fealdad de los patíbulos antiguos y dar á la pillería formas filosóficas. Si me hubieran halagado esos oficios hace treinta años, ahora seria rico y Homo estaria gordo; yo tendria un gabinete de medicina lleno de curiosidades, y tantos instrumentos de cirugía como el doctor Linacre, cirujano del rey Enrique VIII; animales de todas clases, momias de Egipto y otras muchas cosas más. Estaria en el colegio de los doctores y tendria el derecho de disfrutar de la biblioteca fundada en 1652 por el célebre Harvey, y de poder trabajar en la linterna de la bóveda, desde la que se descubre toda la ciudad de Lóndres. Podria continuar mis cálculos sobre la ofuscacion solar, y probar que sale del astro un vapor caliginoso; esta es la opinion de Juan Kepler, que nació un año antes de la Saint-Barthelemy y que fué matemático del emperador. El sol es una chimenea que echa humo algunas veces; mi hornillo tambien; mi hornillo no vale menos que el sol. Si hubiese hecho fortuna, seria yo un personaje, porque no seria trivial y no envileceria la ciencia por las callejuelas. El pueblo es digno de poseer doctrinas, porque el pueblo se compone de una multitud de insensatos, de una mezcla confusa de todas las edades, de los sexos, de los humores y de las condiciones que los sábios de todas las épocas no han titubeado en despreciar y del que los más moderados detestan justamente la extravagancia y el furor. Me fastidia todo lo que existe; cuando llega este fastidio no se vive mucho tiempo; pero no, me equivoco; se vive aun demasiado. Por intervalos, para que no nos descorazonemos: para que tengamos la estupidez de consentir en vivir, y para que no aprovechemos las magníficas ocasiones de ahorcarnos que nos ofrecen las cuerdas y los clavos; la Naturaleza parece que se interesa por el hombre. Hace crecer el trigo, madurar el racimo y cantar al ruiseñor. De vez en cuando nos dá un rayo expléndido de aurora ó una copa de ginebra, y á esto se llama felicidad; insignificante bordado del bien alrededor del inmenso sudario del mal. De nuestro destino el diablo hace el tejido y Dios hace el dobladillo; pero entre tanto, ¡ladron, te has comido mi cena!

Mientras, la criatura que Ursus tenia aun en brazos con suavidad, al mismo tiempo que soltaba su rabioso monólogo, cerraba vagamente los ojos en señal de plenitud. Ursus examinó la redoma y murmuró:

—La descarada se lo ha bebido todo.

Se enderezó, y sosteniendo á la pequeñuela con el brazo izquierdo, con la mano derecha levantó la tapa del cofre y sacó una piel de oso, que él llamaba "su verdadera piel„.

Ejecutando esta maniobra, oia roncar á la niña y la miraba de reojo.

—Será para mí de hoy en adelante una nueva ocupacion nutrir á este gloton que tiene que crecer; será el gusano solitario que llevaré en el vientre de mi industria.

Extendió con un solo brazo, como pudo, sobre el cofre la piel de oso, con cuidado, para no cortar el principio del sueño que se habia apoderado de la pe-

(1) Sitio de asistencia para los enfermos.

queñuela, y la depositó sobre la piel, por la parte más inmediata al fuego. Despues dejó sobre el hornillo la redoma vacía y exclamó:

—Ahora soy yo el que tengo sed.

Miró la cacerola y solo quedaban ya en ella algunos sorbos de leche, y la acercó á los labios; pero en el momento de ir á beber miró á la niña, y volvió á poner la cacerola en el hornillo, cogió la redoma, la quitó el tapon y vació en ella la leche que quedaba, que era suficiente para llenarla; mudó la esponja y volvió á atar el lienzo sobre ésta alrededor del cuello de la redoma.

—Tengo hambre y sed, dijo, pero cuando no se puede comer ni pan, se bebe agua.

Habia detrás del hornillo un cántaro.

—Quieres beber? le preguntó al niño.

El niño bebió y continuó comiendo.

Ursus volvió á tomar el cántaro y lo llevó á los labios. La temperatura del agua estaba modificada por su vecindad al hornillo. Sorbió algunos tragos, haciendo una mueca.

—Tienes pretensiones de ser agua pura y te pareces á los falsos amigos. Eres tibia por encima y fria por debajo.

Entre tanto el niño habia terminado su cena; dejó la escudilla no solo vacía, sino limpia, y recogia y comia, pensativo, algunas migajas de pan esparcidas por los pliegues de su tricot y por sus rodillas.

Ursus se volvió hácia él.

—Ahora que ya has cenado hablemos los dos; la boca no se hizo solo para comer, sino tambien para hablar. Ahora que estás ya caliente y alimentado, vas á responder á lo que te pregunte.—¿De dónde vienes?

—No lo sé, respondió el niño.

—Cómo es que no lo sabes?

—Me abandonaron esta tarde en la orilla del mar.

—Ah, ganapan! Cómo te llaman? ¿Eres tan malo que te abandonan tus padres?

—Yo no tengo padres.

—Piensa que soy un hombre sério y que no tolero que se me digan mentiras y que me refieran cuentos. Debes tener padres, ya que vienes con tu hermanita.

—Esa niña no es hermana mia.

—No es tu hermana!

—No.

—Pues qué es?

—Es una niña que me he encontrado.

—Te la has encontrado?

—Sí.

—Pero... tú la has recogido?

—Sí.

—Dónde? Si mientes te extermino!

—Sobre el pecho de una mujer que estaba muerta bajo la nieve.

—Cuándo?

—Hace una hora.

—Dónde?

—A una legua de aquí.

Los arcos frontales de Ursus se plegaron y adquirieron la forma aguda que caracteriza la emocion de las cejas de un filósofo.

—Una mujer muerta! ella es feliz! Hay que dejarla entre la nieve, allí está bien. En qué parte la encontraste?

—A la parte del mar.

—Pasaste el puente?

—Sí.

Ursus abrió la ventana de detrás y examinó el tiempo, que no habia mejorado. La nieve caia espesa y lúgubre. Cerró la ventana en seguida. Fué donde estaba el vidrio roto, tapó el agujero con un trapo, puso carbon en el hornillo, desplegó cuanto pudo sobre el cofre la piel de oso, cogió un libro grueso que habia en un rincon y le puso como cabecera á la niña, para que le sirviese de almohada.

—Acuéstate á su lado, le dijo al niño.

Este obedeció y se extendió á lo largo al lado de la pequeña.

Ursus envolvió á los niños con la piel y se la enganchó á los piés. Alcanzó de una de las tablas y se ciñó alrededor del cuerpo una cintura de tela con un gran bolsillo, que contenia sin duda un estuche de cirugía y frascos de elixires.

Despues descolgó la linterna y la encendió. Era una linterna sorda, y al alumbrar dejó sumidos en la oscuridad á los niños.

Ursus entreabrió la puerta y dijo:

—Salgo; no tengas miedo, que vuelvo en seguida. Duerme.

Al bajar la estribera gritó:

—Homo!

Le respondió un tierno gruñido.

Ursus descendió con la linterna en la mano, subió la estribera y la puerta se cerró. Los niños quedaron solos.

Desde fuera la voz de Ursus preguntó:

—Niño, no duermes aun?

—No, respondió éste.

—Pues bien; si la pequeñuela llora dale la leche que queda.

Se oyó el ruido de una cadena que se suelta y el de los pasos de hombre confundidos con los del animal, que se alejaban.

Algunos instantes despues los niños dormian profundamente.

Hacia no sé qué inefable mezcla de alientos la ignorancia, más que la castidad; era aquello una noche de boda celebrada antes de tener sexo. El niño y la niña, desnudos y uno junto al otro, tuvieron durante las horas del silencio la promiscuidad seráfica de la sombra; la cantidad posible de sueño á esa edad flotaba del uno al otro y habia probablemente bajo sus pupilas cerradas algo de la luz de la estrella. Esas inocencias en semejantes tinieblas, tal pureza de semejantes abrazos, esas anticipaciones del cielo, solo son posibles en la niñez, y ninguna inmensidad se aproxima á esta grandeza de los pequeños. De todos los abismos, éste es el más profundo. La perpetuidad formidable del muerto encadenado fuera de la vida, el enorme encarnizamiento contra un náufrago, la vasta blancura de la nieve recubriendo formas enterradas, no son tan patéticos como dos bocas de niños que se rozan divinamente durante el sueño y cuyo encuentro no llega á ser un beso. Puede significar esponsales, quizás, quizás una catástrofe. Lo ignorado pesa sobre esta justaposicion. Esto es halagador y ¿quién sabe si es espantoso? Se vé con el corazon conmovido. Los dos dormian apaciblemente, prestándose calor el uno al otro. La desnudez de los cuerpos entrelazados amalgamaba la virginidad de las almas; estaban allí los dos como dentro de un nido sobre el abismo.

## VI.

### El despertar.

El dia empezó por ser siniestro, y una blancura triste penetró en la choza, la del alba helada. Esa palidez, que dá un bosquejo de realidad fúnebre á los objetos, no despertó á los niños, que dormian profundamente. La cabaña estaba caliente. Se oian alternar sus dos respiraciones como dos ondas tranquilas. Por fuera no rugia el huracan, y la claridad del crepúsculo tomaba lentamente posesion del horizonte. Las constelaciones se apagaban como velas sopladas una detrás de otra; solo se resistian á desaparecer algunas estrellas grandes. El canto profundo del infinito salia del mar.

El fuego no se habia apagado del todo. Los primeros albores de la mañana se convirtieron en completo amanecer. El niño dormia menos que la niña, porque creyó sin duda que debia ser vigilante y guarda. Cuando un rayo, más fuerte que los otros, atravesó el vidrio, abrió los ojos. El sueño de la infancia lo termina el olvido. Quedó en un adormecimiento, sin saber dónde estaba; sin conocer lo que tenia tan cerca y sin hacer esfuerzos para acordarse; mirando al techo y componiendo un vago trabajo de imaginacion del letrero *Ursus, filósofo*, que examinaba sin poderlo descifrar, porque no sabia leer.

El ruido de dar la vuelta una llave en una cerradura le hizo levantar la cabeza. Abrióse la puerta y la estribera bajó; sobre ella apareció Ursus, que entró con la linterna apagada. Al mismo tiempo cuatro patas escalaron lentamente la estribera; era Homo, que, siguiendo á Ursus, entraba en su casa como éste.

El niño se despertó sobresaltado.

El lobo, que sin duda sentia el apetito matinal, enseñaba sus dientes, que eran muy blancos. Se paró á medio subir y puso las dos patas de delante en la choza y los dos codos apoyados en el dintel, como un predicador en el borde del púlpito. Olfateó desde lejos el cofre, que no tenia costumbre de ver habitado como ahora. El busto del lobo, encuadrado en la puerta, se dibujaba en negro sobre el fondo claro de la mañana. Se decidió al fin y entró.

El niño, al ver al lobo en la choza, salió de la piel de oso, se levantó y se colocó de pié delante de la pequeñuela, que continuaba dormida.

Ursus acababa de colgar la linterna del clavo del techo. Desabrochó silenciosamente con lentitud maquinal su cintura, que encerraba el estuche, y la dejó sobre una de las tablas. Ni miraba ni veia: sus pupilas estaban vidriosas. Algo profundo agitaba su espíritu. Su pensamiento saltó al fin, como de ordinario, con una avenida de palabras.

—Decididamente es dichosa! ¡está muerta, completamente muerta! dijo, acurrucándose y poniendo carbon en el hornillo, removiendo la turba y gruñendo:

—Trabajo me costó encontrarla. La malicia desconocida la habia ocultado bajo dos piés de nieve; sin el auxilio de Homo, que vé tan claro por la nariz como Cristóbal Colon por el talento, aun estaria allí, pateando en la avalancha y jugando al escondite con la muerta. Diógenes tomó la linterna para ir á buscar un hombre, y yo la tomé para

buscar una mujer; él encontró el sarcasmo y yo el duelo. Qué fria estaba! Su mano pareci a una piedra. ¡Qué silencio habia en aquellos ojos! ¡No se comprende cómo haya quien se muera dejando un hijo! Vamos á estar muy incómodos los tres metidos en esta caja. Hé aquí cómo ya tengo familia: hijo é hija.

Mientras Ursus hablaba, Homo se habia escurrido hasta cerca del hornillo. La mano de la pequeñuela dormida colgaba entre el hornillo y el cofre; el lobo se puso á lamer dicha mano, pero con tanta suavidad, que la niña no se despertó.

Ursus se volvió hácia él.

—Bien, Homo, muy bien, le dijo; yo seré su padre y tú serás su tio.

Despues volvió á dedicarse á su ocupacion de filósofo, esto es, á arreglar el fuego sin interrumpir su aparte.

—Los adopto; no hay más que hablar; á Homo le parece bien.

Despues se puso en pié, y cambiando de tono, exclamó:

—Quisiera saber quién es responsable de aquella muerte; si son los hombres ó...

Su mirada se clavó como queriendo traspasar el techo de la choza, pero su boca preguntó:

—Eres tú?

Despues su frente se inclinó como abatida por un peso, y repuso:

—La noche es la que se tomó el trabajo de matar á esa mujer.

Al levantar la mirada se encontró con la del niño, que le estaba escuchando. Ursus le preguntó bruscamente:

—Por qué te ries?

—No me rio.

Ursus sintió una sacudida, examinó al muchacho fija y silenciosamente y le dijo:

—Entonces eres horrible.

El interior de la choza estaba tan oscuro durante la noche, que Ursus aun no habia podido ver bien la cara del niño; pero la luz clara del dia la hizo aparecer tal como era.

Descansó las palmas de las manos sobre los dos hombros del muchacho, le examinó la cara con aflictiva atencion, y le preguntó:

—Pero es verdad que no te ries?

—No me rio, repitió el niño.

Ursus tembló de piés á cabeza.

—Pues yo digo que te ries.

Despues, sacudiendo al muchacho con un apreton, que si no era de furor era de lástima, le interrogó violentamente:

—Quién te ha hecho eso?

—No sé lo que quereis decir, contestó el niño estupefacto.

—Desde cuándo te ries de ese modo?

—Siempre he sido lo mismo.

Ursus se volvió hácia el cofre, diciendo á media voz:

—Yo creia que ya no se desfiguraba á estos infelices.

Tomó de la cabecera de la pequeñuela con suavidad el libro que la servia de almohada y murmuró:

—Vamos á ver lo que dice Conquest.

El libro era un infolio, encuadernado en pergamino blando. Le hojeó con el pulgar, y parándose en una página, abrió completamente el libro, dejándole sobre el hornillo, y leyó:

—"...*De Denasatis*.„ Esto es.

—"*Bucca fissa usque ad aures, genzivis desnudatis, nasoque murdridato, masca eris, et ridebis semper*.„

—Esto, esto es.

Cerró el libro y lo arrojó sobre una de las tablas, murmurando:

—La profundizacion de esta aventura será dañosa. Rie, niño, rie.

La pequeñuela se despertó y dió un grito.

—Vamos, nodriza, dale el pecho, dijo Ursus.

La niña se incorporó. Ursus cogió la redoma, que estaba sobre el hornillo, y se la dió para que chupase.

En este momento apareció el sol en el horizonte. Sus rayos rojos se infiltraban por el vidrio y reflejaban en el semblante de la niña, que se volvia hácia él. Las niñas de los ojos de la pequeñuela, fijas en el sol, reflejaban como dos espejos su redondez purpurada; sus pupilas estaban inmóviles y sus párpados tambien.

—Calla, dijo Ursus, está ciega!

## SEGUNDA PARTE.

# POR ÓRDEN DEL REY.

## LIBRO PRIMERO

### Eterna presencia del pasado.--Los hombres reflejan al hombre.

#### I.

#### Lord Clancharlie.

I

Se conservaba en esta época una reliquia de los tiempos antiguos; esta reliquia era lord Lineus Clancharlie.

El baron Lineus Clancharlie, contemporáneo de Cromwell, era uno de los pocos pares de Inglaterra que aceptaron la república; esta aceptacion pudo tener su razon de ser y explicarse por haber triunfado momentáneamente la república, pues era fácil de comprender mientras esta forma de gobierno imperaba.

Pero despues de terminarse la revolucion y de caer el gobierno parlamentario, lord Clancharlie habia persistido en sus mismas ideas. Fácil le hubiera sido al noble patricio formar parte de la Cámara Alta, reconstituida: los arrepentimientos se reciben con aplauso en las restauraciones, y Cárlos II era un buen príncipe para los que querian abrazar su partido; pero lord Clancharlie no comprendió lo que se debe á los acontecimientos. Mientras que la nacion aclamaba al rey, al tomar posesion de Inglaterra; mientras la unanimidad pronunciaba su veredicto; mientras se verificaba el saludo del pueblo á la monarquía; mientras que realzaba á la dinastía palinodia gloriosa y triunfal, en el momento en que el pasado se convertia en porvenir y el porvenir se convertia en pasado, dicho lord era refractario á esta institucion. Volvió la cabeza para no ver tanta alegría y se desterró voluntariamente; pudiendo ser par, prefirió ser proscripto, transcurriendo así los años y envejeciendo siempre leal á la república muerta. Por eso se habia atraido el ridículo que recae naturalmente sobre esta clase de puerilidades.

Se retiró á la Suiza y vivia en una especie de inmensa ruina á la orilla del lago de Génova. Eligió esta morada en el más áspero rincon del lago entre Chillon, donde está el calabozo de Bounivard, y entre Vevey, donde está la tumba de Ludlow. Los Alpes severos, llenos de crepúsculos, de vientos y de nubes, le envolvian, y él vivia allí perdido entre las inmensas tinieblas que caen de aquellas montañas. Rara vez le encontraba un transeunte. Este hombre estaba fuera de su pais y casi fuera de su siglo. En aquellos momentos, para los que estaban enterados de los asuntos de su época no era justificable resistir á las coyunturas. Inglaterra era dichosa; la restauracion es la reconciliacion de dos esposos; el príncipe y la nacion habian acabado de tener lecho separado; esto era muy satisfactorio: la Gran-Bretaña estaba radiante de júbilo; es gran cosa tener rey, pero vale aun mucho más tener rey agradable. Cárlos II era amable, hombre de placer y de gobierno y grande á la manera de Luis XIV; era un gentleman y un gentil-hombre; le admiraban sus vasallos; hizo la guerra á Hannover, sabiendo ciertamente por qué, pero sabiéndolo él solo; vendió Dunkerque á la Francia, que fué operacion de alta política; los pares demócratas, de los que Chamberlayne dijo: "La maldita política infesta con su aliento pútrido á muchos

miembros de la alta nobleza„, tuvieron el buen sentido de rendirse á la evidencia, de ser de su época y de volver á tomar asiento en la Cámara noble, y para esto les bastó prestar al rey juramento de alianza. Mientras todos pensaban en estas realidades, en el próspero reinado, en el excelente rey, en los augustos príncipes concedidos por la misericordia divina para la felicidad de los pueblos; cuando personajes importantes, como Monk y Jeffreys, se aliaron al trono y fueron recompensados con justicia, por su lealtad y su celo, con magníficos destinos y con funciones lucrativas (todo lo cual sabia lord Clancharlie, pues solo dependió de él mismo participar de esos honores); mientras la Inglaterra se engrandecia y, gracias á su rey, llegaba al colmo de la prosperidad; mientras en Lóndres no habia más que fiestas y carroussels y todo el mundo estaba entusiasmado y nadaba en la opulencia, si se distinguia por casualidad, lejos de dichos explendores, en un semi-dia lúgubre parecido á la caida de la tarde, á un viejo, vestido con el traje del pueblo, pálido, distraido, encorvado y de pié á la orilla del lago, indiferente á la tempestad y al invierno, andando al acaso, con la mirada fija, con los blancos cabellos sacudidos por el viento, silencioso, solitario y pensativo, era difícil que todo el mundo no se sonriera al verle, porque ofrecia á la vista la silueta de un loco.

Pensando en lo que lord Clancharlie era y en lo que pudo ser, sonreirse al verle era manifestarle indulgencia. Algunos se le reian en sus narices; otros se indignaban.

Se comprende que chocase á los hombres sérios la insolencia de su aislamiento.

Circunstancia atenuante: lord Clancharlie jamás tuvo talento. Todo el mundo opinaba así.

II

Se vé con desagrado á los hombres tercos y obstinados; la opinion pública no se complace en tropezar con Régulus que excitan su ironía, porque esas terquedades se parecen á reproches, y hay que reirse de ellos.

Además, esas enterezas, esas obstinaciones, son virtudes? ¿No hay en esos anuncios excesivos de abnegacion y de honor mucha parte de ostentacion? ¿No son más aparentes que reales? ¿Por qué esas exageraciones de soledad y de destierro? No extremar nada es la máxima del sábio. Quereis hacer la oposicion? hacedla; vituperad lo que os parezca, pero decentemente y gritando: ¡Viva el rey! La verdadera virtud consiste en ser razonables. Lo que cae debió caer, lo que triunfa debió triunfar. La Providencia tiene sus motivos y corona al mérito. ¿Teneis la pretension de conocerlo mejor que ella? Cuando las circunstancias se pronuncian, cuando un régimen reemplaza á otro y cuando el éxito hace el descuento de lo verdadero y de lo falso, no cabe tener dudas y el hombre honrado se alía á lo que prevalece, aunque esto ofrezca utilidades á su fortuna y á su familia, sin dejarse influir por esta consideracion y sin pensar más que en la cosa pública y en ayudar con todas sus fuerzas al vencedor.

¿Qué seria del Estado si nadie consintiera en servirle? Se pararian todos los servicios. Conservar el destino es ser buen ciudadano. Es preciso sacrificar las preferencias secretas. Es indispensable que alguno desempeñe los destinos, es menester que alguno se sacrifique. Ser fieles á las funciones públicas, es ser leales. La retirada de los funcionarios paralizaria el Estado. Si os desterrais, es una lástima. Si es por dar ejemplo, entonces es vanidad; si es como reto, es una audacia, porque os creeis un gran personaje: sabed que valemos tanto como vos y que no desertamos. Si quisiésemos seríamos tambien intratables é indomables y aun obraríamos peor que vos, pero preferimos ser personas inteligentes. Porque yo sea Trimalcion, no os figureis ser un Caton.

III

Nunca hubo una situacion tan despejada y tan decisiva como la de 1660, y jamás se indicó á las personas de buen sentido con más claridad la conducta que debian seguir.

La Inglaterra estaba ya libre del poder de Cromwell. En la época de la república se produjeron muchos hechos irregulares. Se creó la supremacía británica; con la ayuda de la guerra de los treinta años dominó á la Alemania; con la ayuda de la Fronda abatió á Francia; con la ayuda del duque de Braganza empequeñeció á España. Cromwell domesticó á Mazzarino: en los tratados, el protector de Inglaterra firmaba encima del rey de Francia; puso á las Provincias Unidas la multa de ocho millones de francos; molestó á Alger y á Túnez, conquistó la Jamaica, humilló á

Lisboa, excitó en Barcelona la rivalidad francesa y en Nápoles alentó á Massaniello; amarró el Portugal á Inglaterra, hizo desde Gibraltar á Cándia una barrida barbaresca, y fundó la dominacion marítima con el doble apoyo de la victoria y del comercio (el 10 de Agosto de 1652, el hombre que ganó treinta y tres batallas, el viejo almirante, que se calificaba á sí mismo de *Abuelo de los marineros*, Martin Happertz Tromp, batió á la flota española, que fué destruida por la flota inglesa); hizo retirar del Atlántico á la marina española, del Pacífico á la marina holandesa, del Mediterráneo á la marina veneciana, y por medio de acta de navegacion tomó posesion del litoral universal; por el Océano se enseñoreaba del mundo; el pabellon holandés saludaba humildemente en el mar al pabellon británico; Francia, representada por el embajador Mancini, hacia genuflexiones ante Oliverio Cromwell; éste jugaba con Calais y con Dunkerque como una pala con dos volantes; hizo temblar el continente, dictó la paz, decretó la guerra, sobresaliendo en todas partes la bandera inglesa; solo el regimiento de cotas de hierro del protector pesaba, para atemorizar la Europa, tanto como una armada; Cromwell decia: *Quiero que se respete la república inglesa como se respetó la república romana*, y no hubo nada tan sagrado; la palabra era libre, la prensa tambien; cada uno decia en las calles lo que pensaba en alta voz; se imprimia lo que se queria sin censura; estaba roto el equilibrio de los tronos y trastornado todo el órden monárquico europeo, del que formaban parte los Estuardos.

Cárlos II, indulgente, hizo la declaracion de Breda. Concedió á Inglaterra el olvido de esa época, en la que el hijo de un cervecero de Huntingdon puso el pié sobre la cabeza de Luis XIV. La Inglaterra dijo el *mea culpa*, y respiró. La satisfaccion de los corazones era completa, como acabamos de decir, y las horcas de los regicidas se confundian con la alegría universal. La restauracion es una sonrisa, pero no la sienta mal algun patíbulo para satisfaccion de la conciencia pública. El espíritu de disciplina estaba relajado y se reconstituia la lealtad; ser buenos vasallos era desde entonces la única ambicion; estaban arrepentidos de las locuras de la política, se mofaban de la revolucion y se burlaban de la república y de aquellos tiempos singulares, en los que nunca caian de la boca las palabras sacramentales: *Derecho*, *Libertad*, *Progreso*, riéndose de estas énfasis. El retorno al buen sentido era admirable; la Inglaterra habia delirado y era una felicidad que hubiesen terminado sus delirios. ¿Habia nada tan insensato? ¿Dónde iríamos á parar si cualquiera tuviese derechos? ¿Se cree todo el mundo que puede gobernar? ¿Cómo se concibe una ciudad regida por ciudadanos? Los ciudadanos son los tiros de caballos, pero no son el cochero. ¿Quereis que floten los Estados como las nubes? El desórden no puede constituir el órden. Si el caos es el arquitecto, el edificio será una Babel. Además, que es tiranía esa falsa libertad. Yo quiero divertirme y no gobernar. Votar me fastidia; prefiero bailar. Es una providencia un príncipe que se encarga de todo. Es muy generoso el rey que se toma por nosotros este trabajo; despues está acostumbrado á eso y sabe lo que es, es su oficio. La paz, la guerra, la legislacion, la hacienda, ¿importan acaso al pueblo? Sin duda alguna es necesario que el pueblo pague y que el pueblo sirva; pero esto debe bastarle, porque una parte de él se dedica á la política, y de esa parte salen las dos fuerzas del Estado, el ejército y el presupuesto; ser contribuyente y ser soldado, ¿no es suficiente? ¿Qué necesidad tiene de ser nada más? Es el brazo militar y el brazo de la hacienda, desempeña magnífico papel; por él reinan y es preciso que retribuya este servicio; el impuesto y la lista civil son los salarios que satisface el pueblo y que ganan los príncipes. El pueblo dá su sangre y su dinero para que se le gobierne; querer manejarse á sí mismo es un absurdo, porque necesita un guia. El pueblo, como es ignorante, es ciego. El ciego lleva un perro que le guie, pero el pueblo tiene un leon que consiente en ser perro. ¡Es muy bondadoso!... Pero, ¿por qué el pueblo es ignorante? Porque es preciso que lo sea. La ignorancia es la guardiana de la virtud; no viendo perspectivas, no tiene ambiciones; el ignorante vive en una noche útil, en la que, suprimiendo la mirada, se suprimen las concupiscencias; de esto nace su inocencia. El que lee piensa, y el que piensa raciocina. No raciocinar es un deber, como es tambien una felicidad. Estas verdades son incontestables y la sociedad se asienta sobre ellas.

Pensando así fué como en Inglaterra se establecieron las doctrinas sanas; así se rehabilitó la nacion. Al mismo tiem-

po se volvió á acudir á la amena literatura. Desdeñaban á Shakespeare y admiraban á Dryden. *Dryden es el mejor poeta de Inglaterra y de su siglo*, decia Atterbury, el traductor de *Achitophel*. Esta fué la época en la que Mr. Huct, obispo de Arranches, escribió á Saumaise que habia dispensado el honor al autor del *Paraiso perdido* de refutarle y de injuriarle.—*¿Por qué os ocupais de autor tan insignificante como Milton?* Dryden subia y Shakespeare bajaba; Cárlos II en el trono y Cromwell en la horca. Inglaterra se arrepentia de la vergüenza y de las extravagancias del pasado, y es un gran honor para las naciones ser encarriladas por la monarquía en el buen órden en el Estado y en el buen gusto en las letras.

Que tales beneficios pudieran desconocerse, era difícil de creer. Volver la espalda á Cárlos II, recompensar con la ingratitud la magnanimidad de haber subido al trono, era entonces abominable. Lord Lineus Clancharlie apesadumbraba á las gentes honradas. Disgustarse de la felicidad de la patria era una aberracion.

En 1650 el Parlamento decretó esta fórmula:—"Prometo permanecer fiel á la república, sin rey, sin soberano y sin señor„.—Bajo el pretexto de haber prestado ese juramento monstruoso, lord Clancharlie vivia fuera del reino, y á pesar de la felicidad general se creyó en el derecho de estar triste. Poseia la sombría estimacion de lo que no existia ya, extraña lealtad conservada á lo desvanecido.

Excusarle era imposible; los más benévolos le abandonaban. Sus amigos le hicieron el honor de creer durante mucho tiempo que si entró en las filas republicanas, fué por ver de más cerca los defectos de la coraza de la república y por herirla con más seguridad, cuando llegase su dia, en provecho de la causa sagrada del rey; esperar la hora útil para matar al enemigo por detrás, es tambien una de las cláusulas de la lealtad. Esto esperaban de lord Clancharlie; ¡tan inclinados estaban á juzgarle favorablemente! Pero al ver su extraña persistencia en el republicanismo, tuvieron que renunciar á tener tan buena opinion de él. En efecto, lord Clancharlie era un hombre convencido, esto es, un idiota.

La explicacion de los indulgentes flotaba entre la obstinacion pueril y la terquedad senil. Los severos, los justos, iban más lejos. Calumniaban al relapso. La imbecilidad tiene sus derechos, pero tambien sus límites. Se puede ser bruto, pero no rebelde: despues de todo, ¿qué era lord Clancharlie? Un tránsfuga. Abandonó su campo, que era la aristocracia, para pasarse al campo opuesto, al pueblo. Ese fiel era un traidor; verdad es que era *traidor* al más fuerte y leal al más débil; verdad es que repudiaba el campo del vencedor; verdad es que su *traicion* le hacia perder sus privilegios políticos, su hogar doméstico, su pairía y su patria; que con ella se ponia en ridículo y que no sacaba más beneficio que el del destierro; pero todo esto, ¿qué prueba? Que era un necio. Concedido.

Traidor y víctima al mismo tiempo; esto se vé pocas veces.

Se puede ser necio, pero sin dar malos ejemplos; á los necios solo se les exige ser honrados, y siéndolo, pueden pretender ser sosten de las monarquías. La torpeza de Clancharlie no era imaginable. Le deslumbró la fantasmagoría revolucionaria; se dejó meter dentro de la república y estaba fuera de ella. Afrentaba á su pais, porque era pura felonía su actitud. Estaba ausente y esto era injurioso, porque parecia que huia de la pública felicidad como de una peste. En su voluntario destierro buscaba refugio contra la satisfaccion nacional y trataba á la monarquía como contagiosa. Sobre la alegría monárquica, que denunciaba como á un lazareto, extendia su bandera, su bandera negra. ¿Por qué, cuando se ha reconstituido el órden, se ha salvado la nacion y la religion se ha restaurado, ostentar el semblante triste y sombrío? ¿Por qué lanzar su sombra ante la luz? ¡Entristecerse porque Inglaterra está contenta! ¡ser un punto oscuro en el cielo azul! ¡ser como una contínua amenaza! ¡Protestar contra el deseo de la nacion! ¡no otorgar su *sí* al consentimiento universal! Esto seria odioso si no fuera bufo. Lord Clancharlie no se quiere convencer de que es posible alucinarse con Cromwell, pero que se debe obrar como Monk. Monk mandó el ejército de la república; estando Carlos II en el destierro y enterado de la probidad de aquel, le escribió; Monk, que concilia la virtud con los comportamientos astutos, disimula primero y despues, de repente, á la cabeza de las tropas, acaba con el Parlamento faccioso, restablece la monarquía y es nombrado duque de Albermarle; tiene la honra de salvar la sociedad, se hace muy rico y

notable y tiene en perspectiva su enterramiento en Westminster. ¡Tal es la gloria de un inglés leal! Lord Clancharlie no pudo elevarse hasta la inteligencia del deber practicado de esa manera; tenia la infatuacion y la inmovilidad del destierro. Se satisfacia con frases huecas. Las palabras conciencia, dignidad, etc. etc., despues de todo solo son palabras y es preciso conocer su fondo.

Su fondo no lo conocia Clancharlie; su conciencia era miope y queria, antes de practicar una accion, mirarla muy de cerca y olfatearla, y de esto nacian sus disgustos absurdos. Con semejantes delicadezas no se puede ser hombre de Estado. El exceso de conciencia degenera en imperfeccion. El escrúpulo es manco cuando se trata de asir un espectro y es eunuco cuando se trata de casarse con la fortuna; desconfiad de los escrúpulos, porque os llevarán muy lejos. Se desciende en la fidelidad irrazonable como por la escalera de un subterráneo; un escalon tras otro os conduce á la profunda oscuridad; los hábiles la vuelven á subir; los inocentes permanecen allí dentro. No hay que bajar, porque sino, de matiz en matiz se llega á los más oscuros del pudor político y entonces el hombre está perdido. Eso es lo que le sucedió á lord Clancharlie. Los principios acaban por ser un abismo.

Solo consiguió pasearse, con las manos atrás, á lo largo del lago de Génova.

Algunas veces se hablaba en Lóndres de este ausente; ante la opinion pública era casi, casi un acusado; pleiteaban en pró y en contra de él y, fallada su causa, le otorgaban unos y otros el beneficio de la estupidez.

Muchos de los antiguos partidarios de la ex-república se habian adherido á los Estuardos; á éstos se les elogiaba, y éstos eran los que naturalmente calumniaban á lord Clancharlie, pues los tercos importunan á los complacientes. Personas de talento, bien vistas y bien empleadas en la córte, á las cuales hería su desagradable actitud, decian voluntariamente:—"Si no se hace monárquico, es porque no se lo pagan bien, etc. Pretendia la plaza de canciller, que el rey concedió á lord Hyde„, etc.—Uno de sus antiguos amigos hasta se atrevió á añadir:—"Me lo dijo él mismo„. Algunas veces, á pesar de su soledad, lord Clancharlie sabia algo de lo que de él se murmuraba en Lóndres por los proscriptos que encontraba, ó por antiguos regicidas, tales como Andrew Bronghton, que habitaba en Lausanne. Clancharlie se limitaba á levantar imperceptiblemente los hombros, signo de profundo embrutecimiento. Una de las veces, al levantamiento de hombros, añadió estas palabras en voz baja: "Compadezco á los que creen todo eso„.

IV

Cárlos II, que era un buen hombre, le despreció. La felicidad de Inglaterra bajo el reinado de Cárlos II era más que felicidad, era encantamiento. La restauracion es un cuadro viejo que se retoca y se barniza de nuevo, y en el que todo lo que habia reaparece. Volvian las antiguas costumbres, y las mujeres hermosas reinaban y gobernaban. Evelyn tomó estos apuntes, y se lee en su diario: "Lujuria, profanacion, desprecio de Dios. Yo ví un domingo por la noche al rey con sus concubinas la Portsmouth, la Cleveland, la Mazarin y dos ó tres más, todas ellas casi desnudas en la galería del juego.„ Se conoce que el pintor estaba malhumorado, pero Evelyn era un puritano gruñon, ingerto en republicano idealista. No sabia apreciar el provechoso ejemplo que dan los reyes con esas grandes alegrías babilónicas, que, despues de todo, sirven para alimentar el lujo; no comprendia la utilidad de los vicios, y desconocia esta máxima: "No extirpeis los vicios si quereis tener mujeres fascinadoras, porque sino os parecereis á los imbéciles que destruyen las orugas por miedo á apasionarse de las mariposas.„

Cárlos II apenas se apercibió, como acabamos de decir, de que existia un lord refractario á la monarquía llamado Clancharlie; pero Jacobo II sí. Cárlos II gobernó con suavidad, esta era su manera, y debemos decir que no gobernó mal. El marino algunas veces hace á una cuerda, destinada á enseñorearse de los aires, un nudo flojo, que deja que apriete el viento; tal es la bestialidad del huracan y la del pueblo. Dicho nudo flojo se convirtió en breve en nudo fuerte; tal fué el gobierno de Cárlos II.

En el reinado de Jacobo II comenzó su compresion; compresion necesaria de lo que quedaba de la revolucion. Jacobo II tuvo la loable ambicion de ser un rey eficaz; el reinado de su antecesor solo fué para él un bosquejo de restauracion, y queria restablecer un órden más completo aun. Deploró en 1660 que se hubiese limitado á ahorcar á diez regicidas. Fué un verdadero reconstructor

de la autoridad; dió vigor á los principios sérios, hizo reinar la verdadera justicia, que está por encima de las declamaciones sentimentales y que se preocupa ante todo de los intereses de la sociedad. En esas severidades protectoras se reconoce al padre del Estado. Confió la mano de la justicia á Jeffreys y la espada á Kirke. Kirke multiplicaba los ejemplos. Este útil coronel hizo un dia colgar y descolgar tres veces seguidas al mismo republicano, preguntándole cada vez:—Abjuras de la república? Como el malvado dijo siempre que no, fué ahorcado.—*Le he ahorcado cuatro veces*, decia Kirke satisfecho. La renovacion de los suplicios son signo de fuerza en el poder. Lady Lyle, á pesar de haber enviado á su hijo á la guerra contra Montmouth, por haber ocultado dos rebeldes en su casa fué condenada á muerte. Otro rebelde, que tuvo la honradez de declarar que una mujer anabaptista le habia dado asilo, fué perdonado, pero la mujer fué quemada viva. Kirke hizo comprender un dia á una ciudad que sabia que era republicana, ahorcando á diez y nueve de sus vecinos. Reprensiones ciertamente legítimas, cuando se recuerda que en los tiempos de Cromwell se cortaban las narices y las orejas á los santos de piedra de las iglesias. Jacobo II, que supo elegir á Jeffreys y á Kirke, era un príncipe imbuido en la verdadera religion; se mortificaba con la fealdad de sus queridas y oia los sermones del padre la Colombiere, predicador que era casi tan craso como el padre Cheminais, pero con más fuego, y que obtuvo la gloria de ser en la primera mitad de su vida consejero de Jacobo II, y durante la segunda inspirador de María Alacoque. Gracias á este fuerte alimento religioso, más tarde pudo Jacobo II soportar dignamente el destierro, y en su retiro de Saint-Germain dar el espectáculo de un rey superior á la adversidad, rascándose los tumores que le salieron en el cuello y conversando con los jesuitas.

Comprendese que tal rey debió hasta cierto punto preocuparse de un rebelde como lord Clancharlie. Las pairías, hereditariamente transmisibles, contenian cierta cantidad de porvenir, y era evidente que habia que tomar alguna precaucion por esta parte contra dicho lord, y que Jacobo II no vacilaria en tomarla.

## II.

### Lord David Dirry-Moir.

I

Lord Lineus Clancharlie no fué siempre viejo y proscripto. Tuvo su fase de juventud y de pasion. Se sabe, por Harrison y por Pride, que Cromwell cuando era jóven era amigo de la mujer y de los placeres, lo que á veces anuncia á un sedicioso. *Male precinctum juvenem cavete.*

Lord Clancharlie tuvo, como Cromwell, sus incorreciones y sus irregularidades. Se le conocia un hijo natural, un hijo que vino al mundo en el momento en que terminaba la república y que nació en Inglaterra cuando su padre partió para el destierro; por eso él no conoció á su padre. El bastardo de lord Clancharlie creció, siendo paje de la córte de Cárlos II. Se llamaba lord David Dirry-Moir; era noble de cortesía, porque su madre fué mujer de calidad. Esta, mientras Clancharlie se convertia en buho en Suiza, siendo como era hermosa, tomó el partido de no incomodarse, y consiguió que el segundo amante le perdonase haber tenido el primero, porque aquel era tan realista, que fué el mismo rey. Fué querida de Cárlos II el tiempo suficiente para que su majestad, muy contento por haber arrancado una mujer hermosa á la república, diese al pequeño lord David, hijo de su manceba, una comision de la guardia noble, lo que obligó al bastardo oficial á comer en la córte y á ser estuardista ardiente. Lord David, uno de los ciento setenta y dos que usaban espada grande, despues entró en la órden de los pensionarios, y fué uno de los cuarenta que pueden llevar partesana dorada. Gozaba además, desde que pertenecia á esta tropa noble, instituida por Enrique VIII para su custodia, el privilegio de poner los platos en la mesa del rey. De este modo, mientras su padre encanecia en el destierro, prosperaba lord David en el reinado de Cárlos II, como tambien prosperó en el de Jacobo II.

El rey ha muerto: viva el rey! es el *non deficit alter aureus.* Al advenimiento al trono del duque de York obtuvo permiso para llamarse lord David Dirry-Moir, por una señoría que su madre, que acababa de morir, le habia legado en un gran bosque de Escocia.

II

El rey Jacobo II tenia la pretension de ser general, y le gustaba que le rodeasen oficiales jóvenes. Con frecuencia se presentaba en público á caballo, con casco y coraza y con grande y desbordada peluca, como una especie de estátua ecuestre de la guerra imbécil. Cobró verdadera amistad al jóven lord, que le manifestaba gran sentimiento de ser hijo de un republicano, porque renegar de su padre es un medio para no perjudicarse al empezar á tener fortuna. El rey hizo á lord David gentilhombre de la cámara del lecho, con mil libras de asignacion.

Era un gran adelanto: su destino le obligaba á acostarse todas las noches cerca de la cama del rey. Habia doce gentiles-hombres de esta clase que se relevaban unos á otros.

Lord David, ya instalado en el empleo, fué el jefe de las caballerizas del rey, el que daba la avena á los caballos y cobraba doscientas sesenta libras al año. De él dependian los cinco cocheros del rey, los cinco postillones, los cinco palafreneros, los doce criados y los cuatro que llevaban la silla de manos. Él gobernaba á los seis caballos de carrera, que el rey mantenia en Haymarket y que costaban seiscientas libras cada año. Tenia á su cuidado el guardaropa del rey, que proveia de trajes de ceremonia á los caballeros de la órden de la Jarretiere. Le hacia siempre profundo saludo el ujier de la vara negra, que es el del rey; este ujier, en tiempo de Jacobo II, era el caballero Duppa. La magnífica córte de Inglaterra era un modelo de hospitalidad; lord David presidia, como uno de los doce, las mesas de recepcion. Tuvo la honra de estar de pié detrás del rey los dias de ofrenda, cuando éste dá á la Iglesia el besante de oro; los dias de collar, cuando el rey lleva el collar de su órden, y los dias de comunion, cuando nadie comulga más que el rey y los príncipes. El Jueves Santo era el que introducia ante su majestad á los doce pobres, á los que el rey daba tantos *sous* de plata como años de vida tenia, y tantos schelines como años llevaba de reinado. Cuando el rey estaba malo, á él le tocaba llamar á los dos sacerdotes limosneros de palacio para que asistiesen al rey é impedir que se le acercasen los médicos sin permiso del Consejo de Estado. Además era teniente coronel del regimiento escocés de la Guardia real, que toca la marcha de Escocia.

Como teniente coronel hizo muchas campañas, y con gloria, porque era bravo para la guerra, al mismo tiempo que gentil, de nobles ademanes y generoso; su figura indicaba su calidad; era alto de talla y alto de nacimiento.

Hubo un momento en que estuvo á punto de ser nombrado *groom of the stole*, empleo que concede el privilegio de poner la camisa al rey, pero que para obtenerle es preciso ser príncipe ó par.

Crear un par es difícil, porque es crear una pairía, que siempre causa celos; es un favor que hace el rey á un amigo, pero atrayéndose cien enemigos, sin contar con que el amigo se convierta en ingrato. Jacobo II, por política, creaba pairías con mucha dificultad, pero las transfería fácilmente; transferirlas no perjudica á nadie, y no se perturba la *lordship* (1).

La voluntad real no repugnaba introducir en la Cámara Alta á lord David como sustituto de una pairía: su majestad deseaba tener ocasion de que David Dirry-Moir, lord de cortesía, llegase á ser lord de derecho.

III

Esta ocasion se presentó.

Se supo un dia en Lóndres que el ausente anciano lord Lineus Clancharlie habia fallecido; la muerte hace que se ocupen las gentes de los que acaban de abandonar el mundo, y refirieron lo que sabian y lo que habian oido decir de los últimos años de la vida del lord republicano. Conjeturas, cuentos y habladurías probablemente. Si se dá crédito á la aventurada chismografía, lordClancharlie, en los últimos años de su existencia, tuvo tal recrudescencia republicana, que llegó hasta casarse con la hija de un regicida, Ann Bradshaw—porque hasta citaban el nombre,—la que murió tambien, pero dando á luz un niño, y si eran ciertos estos detalles, este seria el único hijo legítimo y heredero legal de lord Clancharlie; pero semejantes habladurías no tenian fundamento. Lo que entonces sucedia en Suiza estaba tan lejos de Inglaterra, como está hoy para ella lo que sucede en la China. Lord Clancharlie tenia cincuenta y nueve años cuando se casó y sesenta cuando nació su hijo, y aquel murió poco despues, dejando al niño huérfano de padre y madre; eso es posible sin duda, pero invero-

(1) El cuerpo de los lores.

símil. Añadian que el niño era muy hermoso. El rey Jacobo acabó con estas historias sin fundamento, declarando un dia que lord David Dirry-Moir era hijo único y definitivo heredero, *á falta de hijos legítimos*, y que hacia constar su padre natural, lord Lineus Clancharlie, *la ausencia de otra filiacion y descendencia*; cuyas patentes se registraron en la Cámara de los Lores. Por estas patentes el rey hacia sustituir á lord David en los títulos, derechos y prerogativas al difunto lord Lineus Clancharlie, con la sola condicion de que lord David habia de casarse, cuando fuese núbil, con una jóven, que entonces era aun una niña de pocos meses, á la cual el rey hizo duquesa en la cuna, ya se sabe por qué. Se llamaba esta niña la duquesa Josiana.

La moda inglesa estaba entonces por los nombres españoles. Uno de los bastardos de Cárlos II se llamaba Cárlos y era conde de Plymouth; es probable que el nombre Josiana fuese compuesto de Josefa y de Ana. Sin embargo, quizás hubiera Josianas como habia Josías; uno de los gentiles-hombres de Enrique III se llamaba Josías du Passage.

A dicha duquesita dió, pues, el rey la pairía de Clancharlie, esperando que hubiese par, y el par habia de ser su marido. Constituian esta pairía la baronía de Clancharlie y la baronía de Hunkerville; además, en recompensa de un antiguo hecho de armas y por permiso real, los lores de Clancharlie eran marqueses de Corleone, en Sicilia. Los pares de Inglaterra no pueden usar títulos extranjeros; sin embargo, hay excepciones de esta regla: Enrique Arundel, baron Arundel de Wardour, era, como lord Clifford, conde del Santo-Imperio, del que lord Cowper era príncipe; el duque de Hamilton es en Francia duque de Castellerault; Basil Feilding, conde de Deubigh, es en Alemania conde de Hapsbourg, de Lanflenbourg y de Rheinfelden. El duque de Marlborough era príncipe de Mindelheim, en Sonabe, lo mismo que el duque de Wellington era príncipe de Waterlóo, en Bélgica; éste mismo lord Wellington era duque español de Ciudad-Rodrigo y conde portugués de Vimeira.

Existian en Inglaterra y existen aun tierras nobles y tierras plebeyas. Las de los lores Clancharlie todas eran nobles y todas ellas pertenecian provisionalmente á lady Josiana, declarando el rey que cuando ésta se casase con lord David Dirrey-Moir, éste fuese baron Clancharlie. Además de la herencia Clancharlie, poseia lady Josiana su fortuna personal, que consistia en muchos bienes, cuya mayor parte procedian de donativos de *Madama sin cola* al duque de York; así llamaban á Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, que era la primera dama de Francia, despues de la reina.

## IV

Lord David, despues de prosperar en los reinados de Cárlos y de Jacobo, siguió prosperando tambien en el de Guillermo; su jacobismo no le llevó al extremo de seguir en el destierro á Jacobo II. Siguió queriendo á su rey legítimo, pero tuvo el buen sentido de servir al usurpador. Además, aunque algo insubordinado, era excelente oficial, y pasó del ejército de tierra al ejército del mar, distinguiéndose en la escuadra blanca. Allí llegó á ser lo que se llamaba entonces "capitan de fragata ligera". Esto contribuyó á que fuese un hombre muy galante, llevando extraordinaria elegancia á sus vicios; algo poeta, como todo el mundo; buen servidor del Estado, buen criado del príncipe, aficionado á fiestas, á galas, á ceremonias y á batallas; servil cuando era preciso, pero cuando no, altivo, poniendo la vista baja ó penetrante segun lo que tenia que mirar; voluntariamente probo, obsequioso y arrogante cuando se ofrecia la ocasion, observador discreto del buen ó del mal humor real, indiferente ante la punta de una espada, siempre dispuesto á arriesgar la vida con heroismo á una simple señal de su majestad, capaz de todas las locuras, pero de ninguna descortesía; hombre de mundo y de etiqueta, orgulloso de estar de rodillas en las grandes ocasiones monárquicas, alegre, cortesano y paladin á la edad de cuarenta y cinco años.

Lord David cantaba canciones francesas, que complacian á Cárlos II. Le gustaba la elocuencia y el buen lenguaje, y era apasionado de las oraciones fúnebres de Bossuet.

Por parte de su madre tenia casi lo suficiente para vivir, cerca de diez mil libras esterlinas de renta, esto es, doscientos cincuenta mil francos, pero derrochaba y contraia deudas. Era incomparable en magnificencia, extravagancia y novedad; en cuanto le copiaban, cambiaba de moda. Llevaba sombreros como nadie los gastaba, encajes desconocidos y valonas sorprendentes.

## III.

### La duquesa Josiana.

I

En 1705, cuando lady Josiana tenia ya veintitres años y lord David cuarenta y cuatro, todavía no se habia realizado su matrimonio, y esto por los mayores motivos. Se odiaban? Nada de eso. Pero lo que tenemos seguro no nos dá prisa. Josiana deseaba permanecer libre y David queria permanecer jóven, y no contraer ningun vínculo le parecia que le prolongaba la juventud. Los jóvenes que se conservaban bien hasta edad avanzada, abundaban en esas épocas galantes; encanecian tarde los pisaverdes; la peluca era su cómplice y luego los polvos fueron sus auxiliares.

A los cincuenta años, lord Cárlos Gerrard, baron Gerrard de Bromley, ocupaba á todo Lóndres con la fama de sus conquistas. La jóven y hermosa duquesa de Buckingham, condesa de Coventry, estaba loca de amor por el lindo Thomas Bellasyse, vizconde de Falcomberg. Son conocidos los versos del famoso Corneille, siendo septuagenario, dirigidos á una mujer de veinte años: *Marquise, si mon visaje...* etc. etc.

Josiana y David se galanteaban de un modo particular: no se amaban, pero se gustaban mútuamente. Costearse les bastaba; ¿por qué habian de llegar al puerto y concluir pronto de navegar? Las novelas de entonces mantenian á los enamorados en esa situacion, que era de buen tono. Josiana sabia que era bastarda, pero tambien que era princesa, y no tenia prisa de que la sujetasen los lazos matrimoniales; pero le gustaba lord David, porque, además de ser hermoso, era elegante.

Ser elegante es lo principal; si lord David era un Narciso, tanto mejor; el hombre guapo tiene el inconveniente de ser fátuo, pero él no lo era. Hacia apuestas, era boxador y contraia deudas; á Josiana le gustaban sus caballos, sus perros y hasta sus queridas; lord David sufria la fascinacion de la duquesa Josiana, jóven sin tacha, pero sin escrúpulos, altiva, inaccesible y atrevida; la dedicaba sonetos que ella leia algunas veces; en los sonetos juraba que poseer á Josiana seria subir al cielo, lo que no impedia prolongar siempre esta ascension hasta el año próximo. Hacia antesala á la puerta del corazon de Josiana, y esto les convenia á los dos. En la córte se admiraba el supremo buen gusto de este aplazamiento. Lady Josiana decia: Es lástima que se me obligue á casarme con lord David, á mí que quisiera enamorarme de él.

Josiana era pura materia, pero magnífica; era alta y robusta, fresca, de buen color, de cabellera rubia; poseia audacia y talento. Sus ojos eran inteligentes; ni era amante, ni casta, pero se amurallaba en su orgullo; los hombres no la merecian; eran dignos de ella un dios ó un mónstruo. Si la virtud consiste en ser inaccesible, Josiana lo era, pero sin inocencia. Si no acometia aventuras, era porque las desdeñaba, pero no se incomodaba de que se las supusiesen, con tal de que fuesen extrañas y sorprendentes. Le importaba poco la reputacion y mucho la gloria. Parecer fácil y ser imposible es lo que ella queria. Josiana era á la par majestad y materia. Era una belleza dominadora, y más que fascinaba, usurpaba. Se apoderaba de los corazones. Se hubiera asombrado tanto de que le hiciesen ver que tenia alma dentro del pecho, como de hacerla ver alas en su espalda. Disertaba sobre Locke. Hasta se sospechaba que sabia el árabe.

Ser carne y ser mujer son dos cosas distintas: por la parte que la mujer es vulnerable, por la parte de la compasion, por ejemplo, que se convierte en amor con facilidad, Josiana no lo era. No porque fuese insensible. La antigua comparacion de la carne con el mármol es absolutamente falsa; la belleza de la carne consiste en no ser mármol, en palpitar, en temblar, en ruborizarse, en sangrarse, en ser firme sin ser dura, en ser blanca sin ser fria, en tener extremecimientos y fragilidades, en ser la vida, cuando el mármol es la muerte. La carne, cuando llega á cierto grado de belleza, casi adquiere el derecho de desnudez, pues como un velo la cubre el deslumbramiento; el que viese desnuda á Josiana, solo hubiera apercibido semejante modelo al través de una dilatacion luminosa. Voluntariamente se hubiera presentado así ante un sátiro ó un eunuco, porque era dueña del aplomo mitológico. Hacer que fuese su belleza un suplicio, emular un Tántalo, la hubiera divertido. El rey la hizo duquesa, pero Júpiter la hizo nereida; de esa doble irradiacion se componia la extraña claridad de esa criatura. El que la admiraba se volvia pagano ó lacayo. Tenia orígen en la bastardía y en el Océa-

no; parecia haber salido de la espuma. Hácia abajo fué el primer salto de su destino, pero en el centro real; tenia algo de la ola, de la casualidad, de la señoría y de la tempestad; era letrada y sábia. Ninguna pasion la hizo mella y las habia sondeado todas. Le producian disgusto las realizaciones y gusto tambien. Si hubiera tenido que darse una puñalada, como Lucrecia, se la hubiera dado despues. En el estado de visiones se presentaban á esa vírgen todas las corrupciones; era una Astarté posible en una Diana real. Por la insolencia de su alto nacimiento era provocativa é inabordable; sin embargo, podria encontrar divertido proporcionarse ella misma una caida. Habitaba una gloria en un nimbo, con la veleidad de poder descender de ella, y quizás con la curiosidad de caer de allí, pesaba demasiado para sostenerse en las nubes. El obrar sin cuidarse de los demás, dá el privilegio de probarlo todo, y á una duquesa divierte lo que perderia á una mujer del pueblo. Josiana era, por el nacimiento, por la belleza, por la ironía y por la luz, casi una reina. Tuvo un momento de entusiasmo por Luis de Bonffers, que rompia á caballo un hierro con los dedos. Sentia que Hércules hubiera muerto. Esperaba no sé qué ideal lascivo y supremo.

En la parte moral, Josiana hacia recordar el verso de la epístola á los Pisones: *Desinit in piscem*: Un hermoso torso de mujer que termina en hidra.

Tenia Josiana un noble pecho, un seno expléndido, armoniosamente agitado por corazon real; clara y viva mirada, figura pura y altiva y, quién sabe? quizás bajo del agua un prolongamiento ondeante, sobrenatural, quizás draconiano y deforme. Virtud soberbia, que termina en vicios en la profundidad de la fantasía.

II

Josiana era, tal como la hemos descrito, una mujer preciosa, segun la moda de entonces. Acordaos de Elisabet.

Elisabet es un tipo que en Inglaterra ha dominado tres siglos, el diez y seis, el diez y siete y el diez y ocho. Elisabet, más que inglesa era anglicana, y de aquí provino el respeto profundo de la Iglesia episcopal hácia aquella reina, respeto que hizo resentirse á la Iglesia católica, y que hizo conminar con alguna excomunion. En los labios de Sixto V, anatematizando á Elisabet, la maldicion se convierte en madrigal. *Un gran cervello di principessa*, dijo. María Stuart, que se ocupaba menos de la cuestion Iglesia y más de la cuestion mujer, era poco respetuosa para su hermana Elisabet, y de reina á reina, de coqueta á gazmoña, la escribia así: "Tu alejamiento del matrimonio dimana de que no quieres perder la libertad de que te hagan el amor.„ María Stuart jugaba con el abanico y Elisabet con el hacha. Partida desigual. Por otra parte, las dos rivalizaban en literatura; Elisabet traducia á Horacio, María Stuart escribia versos en francés. Elisabet era fea y decretaba que era hermosa; le gustaban los *quatrains* y los acrósticos, hacia que cupidos le presentasen á los jefes de las ciudades, se mordia el labio á la italiana y rodaba las pupilas á la española; tenia en su guardaropa tres mil vestidos y tocados, entre los que habia trajes de Minerva y de Anfítrite; le gustaban los irlandeses porque eran anchos de hombros; tenia afecto á las rosas; juraba, consagraba, pateaba, daba puñetazos á sus damas de honor, enviaba al infierno á Dudley, le pegaba al canciller Burleigh, escupia á Mathew, agarraba por el cuello á Hatton, abofeteaba á Essex, enseñaba la pierna á Bassompierre y era vírgen.

Lo que hacia por Bassompierre, la reina Saba lo habia hecho por Salomon; luego era correcto, habiendo un precedente de este caso en la Sagrada Escritura. Lo que es bíblico puede ser anglicano; el precedente bíblico llega hasta hacer que nazca un hijo que se llama Ebnehaquem ó Melilechet, que quiere decir: *el hijo del sábio*. Por qué afear esas costumbres? El cinismo equivale á la hipocresía.

En la actualidad la Inglaterra, que tiene un Loyola llamado Wesley, baja los ojos por no ver el pasado; está contrariada, pero altiva.

En aquellas costumbres existia el gusto por lo deforme, particularmente en las mujeres, y sobre todo en las hermosas. ¿Cómo ser bellas sin tener un hombre ridículo? ¿de qué sirve ser reina si no se tutea á algun bufon? María Stuart fué bondadosa con el sueco Rizzio. María Teresa de España habia sido muy familiar con un negro, por lo que la llamaban la *abadesa negra*. En las alcobas del gran siglo la joroba era bien recibida; testigo de ello fué el mariscal de Luxembourg, y antes de Luxembourg, Conde, "el hermoso pequeño„.

Las mismas beldades podian ser contrahechas sin perjuicio suyo, porque así

se las aceptaba mejor. Ana Bolena tenia un pecho más grueso que otro, seis dedos en una mano y sobrediente. La Valliere era cojitranca, y esto no impidió que Enrique VIII fuese un insensato y Luis XIV un enamorado.

En la parte moral habia las mismas desviaciones; apenas habia una mujer de alta gerarquía que no ofreciese un caso teratológico.

Además las hermosas damas sabian latin; desde el siglo diez y seis eso constituia una gracia femenina. Juana Grey llevó su elegancia hasta el extremo de poseer el hebreo. La duquesa Josiana latinizaba, pero de la mejor manera, porque era católica, y, digámoslo en secreto, más como su tio Cárlos II que como su padre Jacobo II. Jacobo, que por su catolicismo perdió la corona, y Josiana no queria por él perder su pairía; así es que era católica en la intimidad, pero protestante para todo el mundo. Es agradable esta manera de entender la religion: se gozan de todos los bienes que dependen de la Iglesia oficial episcopal y más tarde se muere, como Grotius, en olor de catolicismo, y se consigue la gloria de que el padre Petan diga una misa por vuestra alma.

Aunque gruesa y con buen color, Josiana era una elegante perfecta. Habia momentos en que, por su manera adormecida y voluptuosa de arrastrar las frases, imitaba al modo de alargar las patas de una tigre que anda sobre las uñas. La utilidad de ser mujer á la moda consiste en hacer salir de su esfera al género humano.

Ante todo, lo importante es poner á cierta distancia á la especie humana. Cuando no se posee un Olimpo, se toma el palacio de Rambouillet. Juno se convierte en Araminta. La pretension de divinidad no admitida crea modales ridículos; á falta de rayos se sueltan impertinencias, el templo se convierte en *boudoir*, y la que no puede ser diosa se conforma en ser ídolo.

Hay en los hombres á la moda cierta pedantería que complace á las mujeres; la coqueta y el pedante están muy cerca el uno del otro, y se juntan invisiblemente para formar el fátuo.

Lo sutil se deriva de lo sensual; la gala afecta delicadeza. El gesto del disgusto sienta bien á la concupiscencia. La mujer encuentra defendida su parte débil por la casuística de la galantería, que hace las veces de los escrúpulos en las damas elegantes: es como una circunvalacion que tiene foso; ellas afectan que las repugna y esto las protege. Consentirán quizás, pero primero desprecian y esperan.

Josiana poseia un foro interno inquieto. Sentia tal inclinacion al impudor, que se hacia impertinente y necia: los retrocesos de dignidad en sentido inverso de nuestros vicios, nos conducen á los vicios contrarios; el exceso de esfuerzo que hace la mujer para ser casta la convierte en gazmoña. Estar demasiado segura de defenderse indica secreto deseo de ser atacada.

Josiana se encerraba en la excepcion arrogante de su rango y de su nacimiento, premeditando quizás, como ya dijimos, alguna brusca salida de su situacion.

Empezaba entonces á rayar la aurora del siglo diez y ocho. La Inglaterra bosquejaba lo que habia sido la Francia durante la regencia. Walpole y Dubois se daban la mano. Marlborough se batia contra su ex-rey Jacobo II, al que habia vendido, segun se decia, su hermana Churchill. Empezaba á brillar Bolingbroke y á apagarse Richelieu. La galantería encontraba cómodo la mezcla de las clases; ésta se verificaba por medio de los vicios, y más tarde debia verificarse por medio de las ideas. El encanallamiento, preludio aristocrático, empezaba lo que la revolucion tenia que concluir. No iba á tardar en verse á Jelyotte públicamente sentado al medio dia en el lecho de la marquesa de Epinay; verdad es, porque las costumbres tienen eco, que ya en el siglo diez y seis se vió el gorro de dormir de Smeton sobre la almohada de Ana Bolena.

Si mujer significa falta, como no recuerdo qué Concilio lo afirma, nunca la mujer fué tan grande como en la época de esta historia. Nunca, cubriendo con sus encantos su fragilidad y su debilidad con su omnipotencia, se hizo absolver tan imperiosamente. Convertir el fruto prohibido en fruto permitido, hizo caer á Eva; pero hacer del fruto permitido fruto prohibido, fué el triunfo de las mujeres de dichos tiempos. En el siglo diez y ocho la mujer pasa el cerrojo para que no entre el marido y se encierra con Satán en el Edén. Adan se queda fuera.

III

Los instintos de Josiana la inclinaban, más que á entregarse legalmente, á entregarse por capricho, porque esto es algo literario y recuerda á Menalco y á

Amarilis, y es casi una accion docta. Madamoiselle de Scudery no tuvo otro motivo para ceder á Pelisson que el atractivo extraordinario de su fealdad.

Las antiguas costumbres inglesas hacian á la doncella soberana y á la mujer casada vasalla, y Josiana difería todo lo que podia el dia de su sujecion. Era sin duda necesario casarse con lord David, porque así lo queria la exigencia real, pero era una lástima! Josiana admitia y despedia á lord David. Existia un acorde tácito entre los dos para no romper, pero se esquivaban. Este modo de quererse dando un paso hácia adelante y dos hácia atrás, lo retratan los bailes de aquella época, el minuet y la gabota. Ser casados desfavorece el rostro, chafa las cintas que se llevan y hace envejecer. Los esponsales son una solucion de desoladora claridad. Entregar la mujer por la mano de un notario, ¡qué necedad! La brutalidad del matrimonio crea situaciones definitivas, suprime la voluntad, mata la eleccion, tiene su sintáxis como la gramática, reemplaza la inspiracion con la ortografía, convierte el amor en un dictado, acaba con todo lo misterioso de la vida, impone la transparencia á las funciones periódicas y fatales, dá derechos disminuyentes para el que los ejerce como para el que los sufre, desarregla por la inclinacion de la balanza hácia un lado el admirable equilibrio del sexo robusto con el sexo poderoso, el de la fuerza y el de la belleza, y hace un señor y una esclava, mientras que fuera del matrimonio hay un esclavo y una reina. Hacer prosáico el lecho, hasta el extremo de convertirle en decente, ¿concíbese algo más grosero? y que sea mal visto quererse en él, hay algo más estúpido?

Lord David tocaba ya en la edad madura con sus cuarenta años cumplidos con exceso, pero él no lo queria conocer. De hecho tenia siempre treinta y tres años, y encontraba más divertido desear á Josiana que poseerla, pues ya tenia otras mujeres; Josiana, por su parte, poseia sueños, pero los sueños eran peores.

La duquesa Josiana tenia la particularidad, menos rara de lo que se cree, de que uno de sus ojos era azul y el otro negro. Sus pupilas las formaron el amor y el ódio, la felicidad y la desgracia; el dia y la noche se confundian en sus miradas.

Su ambicion se concretaba á que la creyeran capaz de lo imposible. Un dia dijo á Swift:

—Los hombres creeis que existe vuestro desprecio.

Era papista por el exterior; solo poseia de catolicismo la cantidad necesaria que exigia la moda; gastaba vestidos de terciopelo, de satin ó de moiré, algunos de quince y diez y seis anas, con adornos de oro y de plata, y alrededor de la cintura muchos nudos de perlas alternadas con piedras preciosas; abusaba del galoneado. Montaba á caballo en silla de hombre, á pesar de la invencion de las sillas de mujer, introducida en Inglaterra en el siglo catorce por Ana, esposa de Ricardo II. Se lavaba el rostro, los brazos, los hombros y la garganta con azúcar candi, desleido con el blanco del huevo, segun la moda de Castilla. Cuando se hablaba espiritualmente con ella, la quedaba una risa de reflexion, de gracia singular.

## IV.

### Magister elegantiarum.

Josiana se fastidiaba, como fácilmente se puede comprender.

Lord David Dirrey-Moir disfrutaba de situacion magistral en la vida gozosa de Lóndres. *Nobility* (1) y *gentry* (2) le veneraban.

Una de las glorias de lord David fué la de atreverse á llevar su propio cabello. Empezaba la reaccion contra la peluca. Así como en 1824 Eugenio Devéria fué el primero que se dejó crecer la barba, en 1702 Price Devereux fué el primero que se atrevió en público, bajo el disimulo de pintoresco rizado, á salir con su cabello natural. Arriesgar el cabello es casi arriesgar la cabeza. Excitó la indignacion universal, á pesar de ser Price Devereux vizconde Hereford y par de Inglaterra; le insultaron, y verdaderamente habia motivo.

En lo más recio de la silba apareció de repente lord David, tambien con su propio cabello, sin peluca. Esos acontecimientos anuncian el fin de las sociedades. Lord David sufrió la misma suerte del vizconde Hereford, pero la desafió. Price Devereux fué el primero y lord David el segundo, pero á veces es más difícil ser el segundo que el primero; se necesita para esto menos génio, pero más valor: el primero, entusiasmado por la innovacion, puede no ver el peligro; el

(1) Nobleza.
(2) Las personas superiores al vulgo que no pertenecian á la nobleza.—(N. del T.)

segundo vé el abismo y se arroja en él. Más tarde fueron imitados, y despues de esos dos revolucionarios, tuvieron muchísimos la audacia de peinarse el cabello, y por fin se inventaron los polvos como circunstancia atenuante.

Para fijar al paso este importante punto de la historia, debemos decir que la verdadera prioridad de la guerra á la peluca pertenece á una reina, á Cristina de Suecia, la que gastaba trajes de hombre, y se presentó en 1680 con su cabellera natural empolvada y rizada y sin ningun adorno en la cabeza. Dicha reina tenia algunos pelos en la barba, segun dice Misson.

Por su parte, el Papa, por la bula de Marzo de 1694, combatia en cierto modo á la peluca, haciéndola quitar de la cabeza de los obispos y de los prelados, y mandando que las gentes de la Iglesia se dejasen crecer el cabello.

Lord David no llevaba, pues, peluca, y se ponia botas de piel de vaca. Estas cosas le atraian la admiracion pública, y no habia club en que no fuese el leader ni boxería donde no fuese el árbitro. Examinaba los documentos de muchos círculos de la high-life; estableció fundaciones de la elegancia, una de las que, *Lady Guinea*, existia aun en Pall Mall en 1772. *Lady Guinea* era un círculo al que pertenecia toda la jóven *lordship*, en el que se jugaba. La menor puesta era de cincuenta guineas, y nunca habia menos de veinte mil guineas sobre la mesa. Cerca de cada jugador habia un velador para poner en él la taza de té y la fuente de madera dorada, en la que se colocaban los paquetes de guineas. Los jugadores llevaban, como los criados que les servian á su lado, mangas de cuero para resguardar los encajes y petos para preservar sus gorgueras; cubrian la cabeza, para preservar á los ojos de la luz vivísima de las lámparas y no deshacer el rizado del cabello, con grandes sombreros de paja cubiertos de flores. Se enmascaraban para que no fuesen visibles las emociones que el juego les producia: tenian á sus espaldas trajes puestos del revés para atraerse la suerte.

Lord David pertenecia á casi todos los clubs, que pasaremos por alto, ocupándonos de uno solo por su singularidad; del *Club de los Feos*. Este estaba dedicado á la deformidad. Al entrar prometian batirse, no por una mujer hermosa, sino por un hombre feo. La sala del club tenia por adornos retratos de hombres contrahechos, los de Thersite, Triboulet, Duns, Hudibras y Scarron; encima de la chimenea estaba Esopo, entre dos tuertos, Coclés y Camoëns: como Coclés era tuerto del ojo izquierdo y Camoëns del derecho, cada uno estaba esculpido por su parte defectuosa, y los dos perfiles, sin ojos, estaban vis á vis. El dia en que la hermosa madame Visart tuvo viruelas, el Club de los Feos le dedicó un *toast* (1). Dicho club, que florecia aun al principio del siglo diez y nueve, envió el diploma de miembro honorario á Mirabeau.

Desde la restauracion de Cárlos II se abolieron los clubs revolucionarios. A los clubs republicanos sucedieron los monárquicos, y en ellos se divertian decentemente (2).

Lord David asistia á los *boxes*, y era su reglamento vivo. En las grandes luchas era el que hacia plantar las estacas, tender las cuerdas y fijar el número de toesas que debia tener el sitio cuadrado del combate. Si era segundo, seguia pié á pié á su boxador con una botella en una mano y una esponja en la otra y gritándole: *Strike fair* (3); le sugería astucias, le aconsejaba mientras combatia, le enjugaba cuando chorreaba sangre, le levantaba cuando caia, le ponia sobre las rodillas y le metia entre los dientes el cuello de la botella, y con su boca llena de agua le soplaba una lluvia fina en los ojos y en las orejas, que reanimaba al moribundo. Cuando lord David era árbitro, presidia para que hubiese lealtad en los golpes; prohibia á cualquiera que fuese, menos al segundo, ayudar á los combatientes; declaraba vencido al campeon que no se colocaba bien frente al adversario; vigilaba para que el tiempo de dar las vueltas no pasase de medio minuto; impedia que se pelease con la cabeza y que se golpease al hombre derribado al suelo. Esa ciencia no le convertia en pedante y no le hacia perder los modales del gran mundo.

A lord David Dirrey-Moir le gustaban con delirio las exhibiciones de las plazas públicas, las farsas al aire libre, los circos de animales raros, las barracas de saltimbanquis, los clowns, los pasquines y las férias. El verdadero señor es el que goza con el hombre del

(1) Un bríndis.

(2) Aquí suprimimos la prolija relacion de los clubs extraños que describe el autor, por creer que entorpece el interés de esta obra, por otra parte ya bastante desleido.—(N. del T.)

(3) Pega firme.

pueblo, y por eso lord David frecuentaba las tabernas y la Córte de los Milagros de Lóndres. Con el objeto de poder, en caso necesario y sin comprometer su alta graduacion en la escuadra blanca, codearse con un grumete ó con un calafate, se ponia una blusa de marinero cuando iba á esos sitios. Para estas transformaciones le era muy cómodo no gastar peluca, porque hasta en tiempos de Luis XIV el pueblo conservaba el cabello como el leon la melena. De este modo le era fácil transformarse, y las gentes con quienes hablaba en esos bajos sitios le estimaban. No sabian que fuese un lord, y le llamaban Tom-Jim-Jack. Con esta denominacion era popular é ilustre en la crápula; se encanallaba como maestro. Habia ocasiones en que apelaba á los puños: esta parte de su vida la conocia y complacia á lady Josiana.

## V.

### La reina Ana.

I

Por encima de esa noble pareja estaba la reina Ana de Inglaterra.

Era una mujer cualquiera, alegre, benévola y casi augusta; ninguna de sus cualidades llegaba hasta la virtud, y ninguna de sus imperfecciones llegaba hasta el vicio. Su gordura era hinchazon, su malicia ordinaria, su bondad estúpida; era tenaz y blanda. Era esposa fiel é infiel á la par: tenia favoritos, á los que entregaba el corazon, y esposo, para el que reservaba el lecho. Era cristiana, herética y beata. Tenia una belleza: el cuello robusto de una Niobe; el resto de su persona era poco artístico. Era torpe y honradamente coqueta. Su cutis era blanco y fino, y lo enseñaba mucho. Inventó la moda del collar de perlas gruesas apretadas al cuello. Su frente era estrecha, sus labios sensuales, las mejillas carnosas, los ojos gordos, la vista corta; su miopía le llegaba al espíritu. Si se exceptúa algun relámpago de jovialidad que brotaba en ella alguna vez, y era casi tan pesado como su cólera, vivia regañando y gruñendo en silencio para sí misma, y se le escapaban palabras cuyo sentido habia que adivinar. Era una mezcla de mujer buena y de malignidad diabólica. Le entusiasmaba lo inesperado, que es una cualidad femenina. Ana era una muestra confusa de la Eva universal: á ese bosquejo se habia encallado la casualidad del trono. Le gustaba beber. Su marido era un dinamarqués de raza.

Siendo tory, daba el gobierno á los whigs. Tenia grandes enfados; era habladora y torpe para manejar los asuntos del Estado. Dejaba caer al suelo los acontecimientos; su política estaba cascada. Queria producir grandes catástrofes con pequeñas causas: cuando le cogia un arranque de autoridad, llamaba á esto *dar el golpe del poder*.

Decia con aire de profunda meditacion palabras como éstas: "Ningun par puede cubrirse ante el rey más que Courey, baron Kinsale, par de Islandia; seria una injusticia que mi marido no fuese lord-almirante, habiéndolo sido mi padre." Y nombraba á Jorge de Dinamarca alto-almirante de Inglaterra. Transpiraba perpétuamente mal humor; no expresaba su pensamiento, lo sudaba. Tenia algo de esfinge aquella oca.

No le disgustaban ni las bromas ni las farsas hostiles, y se alegraria si pudiese lograr que Apolo fuese jorobado, pero permaneciendo dios. Siendo buena, era su ideal no desesperar á nadie y enfadar á todo el mundo. Su palabra era cruda con frecuencia, y si lo fuese un poco más hubiera jurado como Elisabet.

De vez en cuando sacaba del bolsillo de hombre que llevaba en las faldas una caja de plata pequeña y redonda, en cuya tapa se destacaba su retrato de perfil entre las dos letras R. A.; abria esta caja y sacaba con la punta del dedo un poco de pomada, con la que se enrojecia los labios; en cuanto se arreglaba la boca se reia. Estaba orgullosa de ser gruesa.

Puritana más que otra cosa, no le hubiera importado, sin embargo, proporcionar espectáculos. Tuvo conatos de fundar una academia de música, copiada de la de Francia. En 1700 un francés, llamado Forteroche, quiso construir en París un circo real que costase cuatrocientas mil libras, á lo que D'Argenson se opuso; Forteroche pasó á Inglaterra é hizo esta proposicion á la reina Ana, á la que sedujo al momento la idea de fundar en Lóndres un teatro con maquinaria mejor que el del rey de Francia y que tuviese cuatro fosos. Le gustaba, como á Luis XIV, que su carroza galopase; sus troncos recorrian algunas veces en menos de cinco cuartos de hora el trayecto que media entre Windsor y Lóndres.

II

En la época de la reina Ana no se po-

dia celebrar ninguna reunion sin la autorizacion de los jueces de paz. Era una felonía reunirse doce personas, aunque fuese para comer ostras y para beber *porter*. (1)

Bajo este reinado se apresaba á la multitud con extraña violencia, lo que prueba que el inglés, más que ciudadano, es vasallo. Hace ya bastantes siglos que el rey de Inglaterra procedia en este asunto como un tirano que desmentia todos los antiguos títulos de libertad y de franquicias, de lo que la Francia triunfaba y se indignaba; pero lo que disminuia en parte su triunfo es que, así como en Inglaterra se apresaba á los marineros, en Francia se apresaba á los soldados. En todas las grandes ciudades de Francia, cualquiera que iba por las calles á sus quehaceres estaba expuesto á ser lanzado por alistadores en una casa llamada *four;* allí se le encerraba confundido con los demás, elegian á los que eran aptos para el servicio y los reclutadores vendian estos transeuntes á los oficiales. En 1695 habia en Paris treinta *fours*.

Las leyes contra Irlanda, decretadas por la reina Ana, fueron atroces.

Ana nació en 1664, dos años antes del incendio de Lóndres, y los astrólogos predijeron que siendo "la hermana mayor del fuego„ seria reina. Lo fué por la gracia de la astrología y de la revolucion de 1688. Se creia humillada de haber tenido por padrino á Gilbert, arzobispo de Cantorbery, pero ser ahijada del Papa no es posible en Inglaterra. Un simple primado es un padrino mediocre, pero Ana tuvo que contentarse con él, porque ella tenia la culpa; ¿por qué era protestante?

El dinamarqués pagó la virginidad de la reina Ana, *virginitas empta*, como dicen los antiguos títulos, dándola en arras seis mil doscientas cincuenta libras esterlinas de renta, dimanadas del territorio de la bailía de Wardimbourg y de la isla de Fehmarn.

Ana siguió sin conviccion y por rutina las tradiciones de Guillermo. Los ingleses durante su reinado, que nació de una revolucion, tenian la libertad que puede haber entre la torre de Lóndres, en donde encerraba á los oradores, y la picota, en la que ponia á los escritores. Ana hablaba algo el dinamarqués para poder tener apartes con su marido, y un poco el francés para poder tener apartes con Bolingbroke, porque la gran moda de la córte era chapurrear esta lengua. Ana se preocupaba con las monedas, sobre todo con las de cobre, que son las más ínfimas y las más populares, y la echaba de inteligente. Seis farthings (1) fueron acuñados durante su reinado. En el reverso de los tres primeros hizo poner sencillamente un trono; en el reverso del cuarto un carro de triunfo, y en el reverso del sexto una diosa que llevaba la espada en una mano y en la otra el ramo de olivo, con esta inscripcion: *Bello et Pace*. Su padre Jacobo II era ingénuo y feroz, pero ella era brutal; al mismo tiempo su fondo era suave; contradiccion que solo lo es en la apariencia. La cólera la metamorfoseaba. Calentad el azúcar y hervirá.

Ana era popular: la Inglaterra gusta de que reinen las mujeres. Por qué? La Francia las excluye y puede ser por eso; quizás no tenga otras razones. Para los historiadores ingleses, Elisabet representa la grandeza y Ana la bondad. Sea como ellos pretenden. Pero no hay delicadeza en los reinados femeninos; sus líneas son pesadas, hay grandeza grosera y grosera bondad. En cuanto á su virtud inmaculada, la Inglaterra cree en ella, y nosotros no nos oponemos, pero Elisabet fué una vírgen suavizada por Essex y Ana una esposa complicada con Bolingbroke.

III

Los pueblos tienen la costumbre idiota de atribuir al rey lo que ellos hacen. Se baten; de quién es la gloria? del rey. Pagan; quién es magnífico? el rey; y el pueblo le ama porque es muy rico. El rey recibe de los pobres un escudo y devuelve á los pobres un liard. ¡Qué generoso es!... El coloso pedestal contempla al pigmeo que tiene encima. ¡Qué grande es! exclama; lo llevo en mis hombros. El enano tiene un medio excelente para ser más alto que el gigante, y es subírsele sobre los hombres; pero que el gigante se lo deje emplear es lo extraño, y que admire la grandeza del enano es una estupidez. Tal es la inocencia humana!

La estátua ecuestre, reservada para los reyes, representa muy bien su soberanía; el caballo es el pueblo, pero ese caballo se transfigura lentamente; al principio es un asno, al fin es un leon; y entonces arroja al suelo á su ginete,

(1) Una clase de cerveza.

(1) Cuartas partes de peniques; vale un ochavo cada uno.—(N. del T.)

como en 1642 en Inglaterra y en 1789 en Francia, y algunas veces tambien le devora, como en Inglaterra en 1649 y en Francia en 1793.

Que el leon vuelva á ser borrico asombra, pero sucede, y eso es lo que acontecia entonces en Inglaterra. Se habia vuelto á poner la albarda de idolatría realista. La reina Ana, como acabamos de decir, era popular. ¿Qué hacia para conseguirlo? Nada, que es lo que se le exige al rey de Inglaterra. Por no hacer nada recibe treinta millones cada año. Inglaterra, que solo poseia trece buques de guerra en tiempo de Elisabet y treinta y seis en el reinado de Jacobo II, en 1705 contaba ciento cincuenta. Los ingleses tenian tres ejércitos: cinco mil hombres en Cataluña, diez mil en Portugal, cincuenta mil en Flandes, y además pagaban cuarenta millones cada año á la Europa monárquica y diplomática, especie de mujer pública que el pueblo inglés ha mantenido siempre. El Parlamento inglés votó un empréstito patriótico de treinta y cuatro millones de rentas vitalicias y se suscribia á él en las oficinas de Hacienda pública. La Inglaterra envió una escuadra á las Indias Orientales y otra escuadra á las costas de España, mandada por el almirante Leake, sin contar las cuatrocientas velas á las órdenes del almirante Showell. La Inglaterra acababa de anexionarse la Escocia. Estaba entre Hochstett y Ramillies, y una de esas victorias anunciaba la otra. Inglaterra, con la red de Hochstett, habia cogido prisioneros veintisiete batallones y cuatro regimientos de dragones y quitó cien leguas de territorio á Francia, que retrocedió espantada desde el Danubio hasta el Rhin. Inglaterra extendia la mano hácia la Cerdeña y las Baleares. Arrastraba triunfalmente hasta sus puertos diez bajeles de línea españoles y muchos galeones cargados de oro. La bahía y el estrecho de Hudson estaban ya semi-abandonados por Luis XIV y se presentia que iba á abandonar tambien L'Acadie, San Cristóbal y Tierra-Nueva, y que se creeria dichoso si Inglaterra tolerase en el cabo Breton al rey de Francia. Inglaterra iba á imponerla la vergüenza de que destruyese por sus propias manos las fortificaciones de Dunkerque, y esperándolo tomó á Gibraltar y queria tomará Barcelona. ¡Grandes hazañas se realizaron entonces! ¿Cómo no hemos de admirar á la reina Ana, que se tomó el trabajo de vivir durante esa época?

Bajo cierto punto de vista, el reinado de Ana es una reverberacion del reinado de Luis XIV. Puestos en paralelo aquella reina y este rey, en el encuentro que se llama historia, tienen vago parecido de reflejo. Como él, ella gobierna un gran reino y posee sus monumentos, sus artes, sus victorias, sus capitanes, sus hombres de letras, su caja de pensiones para los afamados y su galería de obras maestras al lado de su majestad; su córte tiene tambien su cortejo y su aspecto triunfal y un órden y una marcha; es la reduccion en pequeño de todos los grandes hombres de Versalles, ya no tan grandes: el cuadro es semejante, añadiéndole la marcha *God save the queen*, que pudó muy bien ser tomada de Lulli, y el conjunto hace la misma ilusion. No falta en él un solo personaje. Cristóbal Wren es un Mansard aceptable; Somers equivale á Lamoignon. Ana cuenta con un Racine, que es Dryden; con un Boileau, que es Pope; con un Colbert, que es Godolphin; con un Louvois, que es Pembroke, y con un Turenna, que es Marlborough. Agrandad, sin embargo, las pelucas y disminuid las frentes. El conjunto es solemne y pomposo, y hasta Windsor, en esos momentos, tiene el aspecto de Marly. Sin embargo, en Lóndres todo es algo femenino, y el padre Tellier de Ana se llama Sara Jeninngs. Por otra parte, un principio de ironía, que cincuenta años despues se ha de convertir en filosofía, se insinúa en la literatura, y el Tartuffo protestante es desenmascarado por Swift, lo mismo que el Tartuffo católico fué denunciado por Moliere. Aunque Inglaterra en esta época combate á Francia, la imita y se ilustra con ella, y la fachada de Inglaterra se ilumina con luz francesa. Es lástima que Ana solo reinase doce años, porque de ese modo no pueden decir los ingleses el siglo de la reina Ana, como se dice el siglo de Luis XIV. Ana aparece en 1702, cuando Luis XIV declina, y es una de las curiosidades de la historia que el amanecer de ese astro pálido coincida con la puesta del astro de púrpura, y que al mismo tiempo que tiene Francia el rey Sol, tenga Inglaterra la reina Luna.

Detalle digno de notarse. Aunque Inglaterra estaba en guerra con Luis XIV, le admiraba. *Es el rey que necesita Francia*, decian los ingleses. El amor que profesan los ingleses á la libertad se complica con cierta aceptacion de la servidumbre agena; esta benevolencia

hácia las cadenas que oprimen al vecino, llega en ellos á veces hasta el entusiasmo hácia el déspota que está inmediato á ellos.

IV

La reina Ana no podia ver á la duquesa Josiana por dos razones: la primera porque era hermosa, y la segunda porque encontraba tambien hermoso á su prometido.

Dos razones suficientes para inspirar celos á cualquier mujer; una sola de ellas bastaba para inspirárselos á una reina.

Añádase á esto que le sabia mal ser hermana suya.

A Ana le disgustaba que fuesen bellas las mujeres, porque le parecia que esto era contrario á las buenas costumbres; y ella era fea, pero no por preferir ser de ese modo; una parte de su fealdad dimanaba de su religion.

Josiana, bella y filósofa, importunaba á la reina, pues para una reina fea no es hermana agradable una duquesa hermosa.

Tambien le causaba otro agravio el de su nacimiento *improper*. (1)

Ana era hija de Ana Hyde, simple lady, pero casada legítimamente con Jacobo II, cuando aun era duque de York. Teniendo en las venas sangre inferior, le parecia á Ana que solo era semi-real, y Josiana, viniendo al mundo irregularmente, subraya la incorreccion insignificante, pero real, del nacimiento de la reina. La hija de baja alianza veia sin placer que no estaba lejos de ella la hija de la bastardía, y esto era enojoso para la majestad real. ¿Por qué habia de existir Josiana? Qué idea tuvo al nacer? Y para qué? Son menguados ciertos parentescos.

Sin embargo de esto, Ana estaba amable siempre con Josiana, y quizás la hubiera querido si no fuera hermana suya.

## VI.

### Barkilphedro.

Es muy útil conocer las acciones de las personas, y vigilarlas es ser discretos: Josiana hacia que espiase á lord David un hombre de su confianza, que se llamaba Barkilphedro.

A su vez lord David tambien hacia que espiase á Josiana un hombre en cuya lealtad descansaba, y que se llamaba Barkilphedro.

Por su parte, la reina Ana conseguia estar secretamente al corriente de los hechos y dichos de la duquesa Josiana y de lord David, su futuro cuñado, por un hombre que era completamente suyo y que se llamaba Barkilphedro.

Barkilphedro tocaba este clavicordio: Josiana, lord David y la reina. Un hombre entre dos mujeres ¡Cuántas modulaciones posibles! ¡Qué amalgama de almas! Barkilphedro no siempre se habia encontrado en la situacion magnífica de hablar en voz baja á tres oidos diferentes; este sugeto era un antiguo criado del duque de York; intentó pertenecer á la Iglesia, pero no lo consiguió. El duque de York, príncipe inglés y romano, que participaba del papismo real y del anglicanismo legal, tenia su casa católica y su casa protestante, y pudo colocar á Barkilphedro en una ó en otra gerarquía, pero no le creyó bastante católico para hacerle limosnero y bastante protestante para hacerle capellan: de modo que se encontraba entre dos religiones con el alma en el suelo, lo que no es mala posicion para ciertas almas reptiles, porque ciertos caminos solo se pasan arrastrándose.

Domesticidad oscura, pero nutritiva, fué durante mucho tiempo la existencia de Barkilphedro. La domesticidad es algo, pero él deseaba además el poder. Quizás lo hubiera conseguido á no caer del trono Jacobo II. Todo quiere empezar. Nada pudo lograr durante el reinado de Guillermo III, malhumorado, y que tenia el aire de reinar con prudencia, que él tomó por probidad.

A pesar de que quedó Barkilphedro sin protector cuando murió Jacobo II, no por eso quedó en seguida en la pobreza. Un no sé qué que sobrevive á los príncipes caidos, alimenta y sostiene algun tiempo á sus parásitos. El resto de sávia agotable hace vivir dos ó tres dias en la punta de las ramas las hojas del árbol desarraigado; despues de repente las hojas amarillean y se secan, y los cortesanos tambien.

Gracias al embalsamamiento que se llama legitimidad, el príncipe, aunque esté caido y lanzado lejos, persiste y se conserva; no le sucede lo mismo al cortesano, que queda más muerto que el rey. El rey en el destierro es momia y el cortesano en la corte es fantasma. Ser la sombra de una sombra, es enflaquecer

(1) Indecente.

todo lo posible; Barkilphedro, pues, quedó famélico: entonces abrazó la carrera de las letras.

Pero le rechazaron hasta de las cocinas y algunas veces no tenia ni dónde acostarse.—¿Quién me sacará de esta horrible situacion?... se decia muchas veces; pero luchaba. Todo cuanto tiene de interesante la paciencia en la penuria lo tenia Barkilphedro. Tenia talento y era capaz de abrir un agujero de bajo á arriba. Sirviéndose del nombre de Jacobo II, de sus recuerdos, de su fidelidad y de sus sacrificios, etc., se abrió paso hasta la duquesa Josiana.

Josiana se compadeció de este hombre, que tenia talento y que estaba en la miseria, dos cosas que conmueven. Se lo presentó á lord David, le dió techado, le consideró como de su casa, fué buena para él y hasta algunas veces le habló. Barkilphedro ya no tuvo hambre ni frio. Josiana le tuteaba; era moda entonces entre las grandes damas tutear á los hombres de letras, y éstos lo consentian. La marquesa de Mailly recibió acostada á Roy, á quien nunca habia visto, y le decia:—*Eres tú el autor del Año Galante? Buenos dias.* Años despues los hombres de letras devolvian el tuteamiento. Llegó un dia en el que Fabre d'Eglantine dijo á la duquesa de Rohan:—*¿No eres tú la Chavot?*

Pero para Barkilphedro ser tuteado era conseguir un éxito, y quedó muy satisfecho, porque deseaba conseguir esta familiaridad de arriba á bajo.

—Lady Josiana me tutea! exclamaba frotándose las manos de alegría.

Esto le sirvió para ganar terreno, como él preveia, y fué una especie de familiar en los departamentos íntimos de Josiana, que no la incomodaba, que le pasaba desapercibido y delante del que hubiera cambiado de camisa sin escrúpulos. Este estado, sin embargo, era precario para Barkilphedro, que deseaba ocupar una posicion. Una duquesa es la mitad del camino. Una galería subterránea que no llegue hasta la reina es una obra incompleta.

Un dia dijo Barkilphedro á Josiana:

—¿Vuestra gracia desea hacerme dichoso?

—Qué es lo que quieres?

—Un empleo.

—Desempeñar tú un empleo!

—Yo, sí.

—Pero si tú no sirves para nada!...

—Pues por eso.

Josiana se echó á reir.

—¿Qué funcion deseas de las que no puedes desempeñar?

—La de destapador de botellas del Océano.

Josiana lanzó una carcajada.

—Te burlas de mí?

—No, señora.

—Voy á divertirme contestándote sériamente. Te repito que me digas lo que deseas ser.

—Destapador de botellas del Océano.

—Todo es posible en la córte. ¿Es que existe ese empleo?

—Sí, señora.

—Enséñame cosas nuevas; continúa.

—Ese empleo existe.

—Júramelo.

—Lo juro.

—Pues yo no te creo.

—Gracias, señora.

—Qué es lo que deseas?... te vuelvo á repetir.

—Destapar las botellas del mar.

—Desempeñar esa funcion no debe fatigar; es como peinar el caballo de bronce.

—Casi, casi.

—Es no hacer nada; es el destino que necesitas; ese empleo es bueno para tí.

—Ya veis que sirvo para algo.

—Pero no te burlas? ¿Existe acaso ese destino?

—Señora, habeis tenido un padre augusto, el rey Jacobo II, y teneis un cuñado ilustre, Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland. Vuestro padre fué el lord-almirante de Inglaterra y vuestro cuñado lo es ahora.

—¿Estas son las novedades que vienes á traerme? Lo que estás diciendo lo sé tan bien como tú.

—Pero voy á añadir lo que no sabe vuestra gracia. Se encuentran en el mar tres clases de cosas; las que están en el fondo del agua, *Lagon;* las que flotan sobre el agua, *Flotson*, y las que el agua arroja á la tierra, *Jetson.*

—Qué más?...

—Esas tres cosas, Lagon, Flotson y Jetson, pertenecen al lord supremo almirante.

—Qué más?

—No comprende vuestra gracia?

—No.

—Todo lo que está en el mar, lo que éste se traga, lo que sobrenada y lo que éste arroja, pertenece al almirante de Inglaterra.

—Ya lo oigo, pero... qué?... yo creia que todo eso pertenecia á Neptuno.

—Neptuno es un imbécil; lo abandonó

todo y deja que los ingleses lo tomen.

—Concluye.

—Lo apresado en el mar es inagotable. Siempre hay algo que flota y algo que aborda; esa es la contribucion del mar. El mar paga su impuesto á Inglaterra.

—Me parece bien, pero concluye.

—Vuestra gracia comprende que, siendo así, el Océano tiene que crear una oficina.

—En dónde?

—En el almirantazgo.

—Qué oficina?

—La oficina de lo apresado en el mar.

—Y bien?

—La oficina consta de tres subdivisiones; Lagon, Flotson y Jetson, y en cada subdivision hay un oficial.

—Qué más?

—Un navío en alta mar quiere dar un aviso cualquiera á la tierra, que navega en tal latitud, que ha encontrado un mónstruo marino, que está á la vista de una costa, que vá á zozobrar, que se ha perdido, etc.; el patron toma una botella, mete dentro de ella un papel escrito que contiene lo que quiere decir, cierra herméticamente el tapon y arroja la botella al mar. Si la botella se vá á fondo, corresponde al oficial Lagon; si flota, al oficial Flotson, y si las olas la llevan á tierra, al oficial Jetson.

—Tú quieres ser oficial Jetson?

—Precisamente.

—¿A eso llamas ser destapador de las botellas del Océano?

—Sí, porque existe ese empleo.

—¿Por qué prefieres el último destino á los otros dos?

—Porque está vacante en este momento.

—En qué consiste ese empleo?

—En 1598 un pescador de cóngrios en las arenas de la encalladura de Epidium Promontorium, encontró una botella alquitranada y se la llevó á la reina Elisabet; un pergamino que se sacó de ella hizo saber á Inglaterra que la Holanda se habia apoderado sin decir ni una palabra de un pais desconocido, llamado la *Nova Zemla;* que esa presa se verificó en Junio de 1596; que en dicho pais era muy fácil ser comidos por los osos, y que el modo de poder pasar bien allí el invierno estaba indicado en un papel encerrado en una funda de mosquete, suspendida en la chimenea de una casa de madera construida en dicha isla y que dejaron los holandeses, que habian muerto, y que esta chimenea la hicieron de un tonel sin fondo empotrado en el techo. Elisabet comprendió en seguida que tener Holanda un pais más era tener Inglaterra un pais menos, y dió importancia á la botella que le comunicó esa noticia. Desde ese dia mandó que todo el que se encontrase una botella muy cerrada en las orillas del mar la llevase al almirante de Inglaterra, so pena de horca. El almirante comisiona á un oficial para abrir dichas botellas, el que informa de su contenido á su majestad cuando es necesario.

—¿Llegan con frecuencia esas botellas al almirantazgo?

—Muy rara vez; pero esto es igual: el empleo existe, y hay para desempeñarle habitacion en el almirantazgo.

—¿Y con cuánto se retribuye esa manera de no hacer nada?

—Con cien guineas cada año.

—Por tan poco quieres incomodarte?

—Con eso basta para vivir.

—Como un mendigo.

—Como corresponde á mi clase.

—Cien guineas son una bicoca.

—Con lo que los grandes viven un minuto nos basta para vivir los pequeños un año; esta es la ventaja que tienen los pobres.

—Para tí, pues, será ese destino.

Ocho dias despues, gracias á la buena voluntad de Josiana, gracias al crédito de lord David, Barkilphedro, salvado ya de hoy en adelante, saliendo de lo provisional, ponia ya el pié en terreno sólido; percibia la renta de cien guineas y se instaló en su habitacion del almirantazgo.

## VII.

### Barkilphedro se abre paso.

Hay algo á veces dentro de nosotros que nos acosa; este algo es el ser ingratos, y Barkilphedro lo era.

Despues de recibir tantos beneficios de Josiana, naturalmente no concibió más que un pensamiento, el de vengarse.

Añádase á esto que Josiana era hermosa, alta, jóven, rica, poderosa, ilustre, y que Barkilphedro era feo, pequeño, viejo, pobre, protegido y oscuro; debia, pues, vengarse de todo esto.

Barkilphedro era un irlandés que habia renegado de Irlanda: era de ruin especie; solo tenia una cosa en su favor, el vientre grueso, pues sabido es que un vientre grueso pasa por signo de bondad, pero su vientre era tan hipócrita como él; ese hombre era un malvado.

Qué edad tenia Barkilphedro?—Ninguna. La edad necesaria para el proyecto que tenia cada vez: era viejo por las arrugas y por los cabellos grises, pero jóven por la agilidad de su espíritu. Era ligero y pesado á la par, una especie de hipopótamo-mono. Realista, puede que sí; republicano, quién sabe! católico, quizás; protestante, sin duda alguna. Estaba por Stuard y por Brunswick quizás tambien. Estar *por* solo es una fuerza con la condicion de estar al mismo tiempo *en contra;* Barkilphedro practicaba esta sabiduría.

El empleo de destapador de botellas del Océano no era tan risible como lo pintaba Barkilphedro. Las reclamaciones de todas las presas del mar, contra el pillaje que hacian de ellas las gentes de las costas, produjeron gran sensacion en Inglaterra y consiguieron en pró de los naufragios este progreso de sus bienes, efectos y propiedades; y en vez de ser robados por los habitantes de las costas, fueron confiscados por el lord almirante.

Todas las presas del mar, arrojadas á la ribera inglesa, mercancías, esqueletos de navíos, cajas, cofres, maletas, etc., pertenecian al lord almirante; pero (en esto se revelaba la importancia del destino que solicitó Barkilphedro) los recipientes flotantes, que contenian mensajes é informaciones, despertaban particularmente la atencion del almirantazgo. Los naufragios son una de las graves preocupaciones de Inglaterra; ésta tiene la perpétua inquietud del mar. La pequeña redoma de vidrio que arroja á las olas al perderse un navío puede contener indicios supremos, preciosos bajo todos los puntos de vista. Indicios sobre el bastimento, sobre el equipaje, sobre el sitio, la época y el modo de haber naufragado, sobre los vientos que han destrozado el buque, sobre las corrientes que llevaron flotando la redoma á la costa. La funcion que desempeñaba Barkilphedro fué suprimida hace ya más de un siglo, pero era de verdadera utilidad. El último que la desempeñó fué William Hussey, de Doddington, en Lincoln. El hombre que servia este empleo era una especie de gacetillero del mar. Se le remitian todas las vasijas cerradas y selladas, como botellas, redomas, etc., que el flujo arrojaba al litoral inglés; él solo tenia derecho á abrirlas y era el que primero se enteraba de su contenido, las clasificaba y las ponia las correspondientes etiquetas. Se tomó la precaucion de que solo pudiesen ser abiertos dichos recipientes en presencia de dos jurados del almirantazgo, juramentados en secreto, los que firmaban, juntamente con el titular del empleo Jetson, el proceso verbal de abrir los referidos objetos. Pero estos jurados guardaban silencio, de lo que resultaba que gozaba Barkilphedro de cierta latitud discrecional y dependia de él, hasta cierto punto, suprimir un hecho ó darle á conocer.

Las presas del mar no eran, como dijo Barkilphedro á Josiana, raras é insignificantes. Unas veces eran frecuentes y otras llegaban de tarde en tarde; eso dependia de los vientos y de las corrientes. La moda de arrojar botellas al mar ya ha pasado, como la de los ex-votos; pero en los tiempos religiosos, los que iban á morir enviaban de ese modo su último pensamiento á Dios y á los hombres, y habia veces en que esas misivas eran abundantes en el almirantazgo. Un pergamino que se conserva en el castillo de Audlyene, y que anotó el conde de Suffolk, gran tesorero de Inglaterra en el reinado de Jacobo I, hace constar que solo en el año 1615 fueron llevadas y registradas en las oficinas del lord almirante cincuenta y dos calabazas, ampollas y redomas alquitranadas, que contenian datos sobre embarcaciones perdidas.

Los empleos de la córte, como las manchas de aceite, se van ensanchando más cada vez. Así se vé á veces que el portero llega á canciller y el palafrenero á condestable. El oficial especial encargado del empleo que deseó y obtuvo Barkilphedro era siempre un hombre de confianza; así lo dispuso la reina Elisabet. En la córte, quien dice confianza dice intriga, y quien dice intriga dice medro. Dicho funcionario era, pues, un semi-personaje. Tenia entrada en los palacios, pero lo que se llamaba "la entrada humilde„; *humilis introitus*, y hasta en la cámara del lecho. Porque era costumbre informar á la persona real, cuando habia motivo para ello, de las presas del mar, con frecuencia curiosas, como testamentos de desesperados, despedidas á la pátria, revelaciones de baraterías y de crímenes cometidos en el mar, legados á la corona, etc.; mantener su oficina en comunicacion con la córte y dar de vez en cuando cuenta á su majestad de las botellas siniestras destapadas. Esa oficina era el gabinete negro del Océano.

Elisabet, que hablaba en latin, preguntaba á Tamfeld de Coley, oficial Jetson de su tiempo, cuando le presentaba alguno de los documentos salidos del mar:—*Quid mihi scribit Neptunus?* Qué me escribe Neptuno?

El paso estaba abierto, la obra completa; Barkilphedro se aproximaba á la reina. Eso es todo lo que él queria.

Para hacer fortuna? no. Para deshacer la de los demás, que era para él felicidad mayor: perjudicar es gozar.

Alimentar dentro de sí el deseo de dañar, vago, pero implacable, sin perderle nunca de vista, no es comun en los hombres; pero Barkilphedro lo tenia con fijeza. Saber que era inexorable le proporcionaba un fondo de sombría satisfaccion, y le contentaba tener una presa entre los dientes ó la certeza en el alma de hacer daño. Tiritaba de frio, satisfecho con la esperanza de dar frio á los demás.

Ser malvado es poseer opulencia. Hay hombre que creemos pobre, y lo es, en efecto, que tiene toda su riqueza en malicia, y la prefiere así. Todo estriba en el modo de ver las cosas.

Qué era, pues, Barkilphedro? el sér que es á la par más miserable y más terrible: un envidioso.

La envidia siempre está perfectamente en la córte. Ésta abunda en impertinentes, en desocupados, en chismosos, en miserables, en burlones burlados, en necios espirituales que necesitan la conversacion de los envidiosos, porque complace muchas veces al hombre lo malo que se dice de los demás.

La envidia es una tela á propósito para tejer un espía: hay profunda analogía entre la pasion natural de la envidia y la funcion social del espionaje. El espía caza por cuenta agena, como el perro; el envidioso por su cuenta propia, como el gato.

El yo feroz constituye el todo del envidioso.

Barkilphedro poseia además estas cualidades: era discreto, secreto y concreto. Todo lo callaba y estaba hueco de su ódio. Enorme bajeza implica enorme vanidad. Le querian aquellos á quienes él divertia, y le aborrecian los demás, pero él se creia desdeñado de los que le odiaban y despreciado de los que le querian. No lo daba á entender, sin embargo; todos estos disgustos hervian sin ruido en su resignacion hostil y le indignaban, como si los pícaros tuviesen el derecho de indignarse. Permanecia silencioso, estando furioso, y tragárselo todo era su talento. Sentia sordas cóleras interiores, frenesíes de rabia subterránea y llamas ocultas y negras, pero nadie se apercibia de esto. Su superficie sonreia, y era cortés, activo, fácil, amable y complaciente.

No son tan raros como se cree generalmente estos séres hipócritas y venenosos. Estamos muy expuestos á resbalar siniestramente. ¿Por qué existen estos séres dañinos? Cuestion es esta dolorosa. El que medita se la propone sin cesar, pero el pensador no la puede resolver jamás; de aquí nace la tristeza de la mirada de los filósofos, siempre fija sobre la montaña de tinieblas, que se llama el destino, desde cuya cumbre el colosal espectro del mal deja caer puñados de serpientes sobre la tierra.

Barkilphedro era de rostro flaco y de cuerpo obeso, de torso graso y de faz huesosa; tenia las uñas cortas, los dedos nudosos y las pulgadas aplastadas; el cabello grueso, gran distancia de una sien á la otra, y frente de asesino, corta y ancha. Los ojos enfrenados ocultaban la pequeñez de la mirada debajo de una mata de cejas. La nariz larga, puntiaguda, jorobada y blanda, le caia casi hasta la boca. Barkilphedro, vestido de emperador romano, se hubiese parecido á Domiciano. Su faz, de amarillo rancio, estaba como modelada con pasta viscosa; sus mejillas inmóviles parecian de mastin. Cuando tenia quieto el rostro, de perfil, su labio superior, levantado en ángulo agudo, dejaba ver los dientes: estos dientes parecia que os miraran. Los dientes miran como los ojos muerden.

Completaban á Barkilphedro la paciencia, la continencia, la reserva, la amenidad, la deferencia, la cortesía, la sobriedad y la castidad, y calumniaba las virtudes que poseia.

En poco tiempo logró Barkilphedro sentar el pié en la córte.

## VIII.

### Inferi.

Se puede sentar el pié en la córte de dos maneras; en las nubes, y entonces el hombre es augusto, ó en el lodo, y entonces el hombre es poderoso. En el primer caso se está en el Olimpo, en el segundo en el guardaropa. El que vive en el Olimpo dispone del rayo; el que vive en la otra parte, de la policía. El

guardaropa contiene todos los instrumentos de reinar y á veces, como es traidor, el castigo; Heliogábalo fué á morir en él, y entonces se le dió el nombre de letrinas.

Habitualmente el guardaropa es menos trágico. Desde él Alberoni admiraba á Vendóme. El guardaropa es el sitio favorito para la audiencia de las personas reales, y funciona como el trono. Luis XIV recibe en él á la duquesa de Bourgogne; Felipe V se codea allí con la reina; el sacerdote llega hasta allí. El guardaropa es algunas veces una sucursal del confesionario.

Si quereis ser grande en el reinado de Luis XI, sed Pedro de Rohan, mariscal de Francia; si quereis ser influyente, sed Oliverio el Gamo, barbero. Si quereis ser glorioso en el reinado de María de Médicis, sed Sillery, canciller; si quereis ser considerado, sed la Hannon, camarera. Si quereis ser ilustre en la época de Luis XV, sed Choisseul, ministro; si quereis ser temible, sed Lebel, lacayo. En la época de Luis XIV era más poderoso Bontemp, que hacia la cama á su majestad, que Louvois, que le construia las armas, y que Turenna, que le conseguia las victorias. Si separais á Richelieu del padre José, dejais casi vacío á Richelieu; en ellos habia un misterio, la eminencia roja era soberbia, pero la eminencia gris era terrible. Ser gusano es ser una fuerza. Los Narvaez, amalgamados con los O'Donnells, dan menos trabajo que una sor Patrocinio.

La condicion de este gran poder es su extrema pequeñez. Si quereis permanecer fuertes, permaneced diminutivos, no seais nada. La serpiente en reposo y enroscada figura á la vez el infinito y el cero.

Una de estas fortunas viperinas habia alcanzado Barkilphedro. Se deslizaba por donde queria. Los animales infinitamente pequeños entran por todas partes. Luis XIV tenia chinches en la cama y jesuitas en la política, porque no son incompatibles.

En este mundo todo es péndulo. Gravitar es oscilar. Un polo quiere al otro. Francisco I quiere á Triboulet y Luis XV á Lebel. Existe profunda afinidad entre lo extremadamente alto y lo extremadamente bajo.

La bajeza es la que dirige; esto es fácil de comprender. El que está bajo tira del hilo. No hay posicion más cómoda. Es ojo y es oido; el ojo del gobierno y el oido del rey. Poseer el oido del rey es pasar y descorrer caprichosamente el cerrojo de la conciencia real é imbuir lo que se quiera á dicha conciencia. El espíritu del rey es vuestro almario; si sois trapero, es vuestro cesto. El oido de los reyes no es de los reyes, y por eso no son enteramente responsables; el que no es dueño de su pensamiento, no puede poseer su accion. El rey parece que mande, y obedece. A quién? A cualquier sér infame que fuera de él le zumba en el oido. A una mosca sombría del abismo. Este zumbido manda.

Reinar es dictar; la voz que habla alto es la del soberano, la voz que habla bajo es la de la soberanía.

Los que durante el reinado saben distinguir la voz baja y oir lo que dicta á la voz alta, son los verdaderos historiadores.

## IX.

### El ódio es tan fuerte como el amor.

La reina Ana tenia á su alrededor muchas de esas voces bajas; Barkilphedro era una de ellas.

Además de la reina, trabajaba ejerciendo influencia sobre lady Josiana y sobre lord David. Como dijimos, éste tuvo la fortuna de hablar bajo á tres oidos diferentes.

Barkilphedro era tan risueño, tan complaciente, tan adulador en el exterior, que aunque era malvado en el fondo, era natural que una persona real llegase hasta no poder prescindir de él. Cuando Ana gozó de las adulaciones de Barkilphedro, encontró ya insípidas las de los demás. La adulaba como se aduló á Luis el Grande, por la herida agena. Siendo ignorante el rey, es preciso burlarse de los sábios, decia madama de Montchevreuil.

Envenenar de vez en cuando la herida es el colmo del arte; á Neron le gustaba ver trabajar á Locusto.

En los palacios reales se penetra fácilmente; esas madrigueras tienen un muladar interior, que descubre pronto y escudriña el gusano roedor que se llama cortesano. Un pretexto para entrar le basta. Barkilphedro tenia este pretexto, su destino; y fué en muy poco tiempo para la reina lo que era para la duquesa Josiana, el animal doméstico indispensable. Una palabra que aventuró un dia le enteró del carácter de la reina, y ya supo desde entonces qué creer acerca de la bondad de su majestad. La reina

apreciaba mucho á lord William Cavendish, duque de Devonshire, que era muy imbécil. Este lord, que tenia todos los grados de la Universidad de Oxford y no sabia ortografía, acababa de fallecer. La reina, estando presente Barkilphedro, se lamentaba de esta muerte, y acabó por exclamar suspirando:—¡Es lástima que tantas virtudes tuviesen por apoyo tan pobre inteligencia!

—Dios le haya perdonado! murmuró Barkilphedro á media voz y en francés.

La reina se sonrió. Barkilphedro registró esa sonrisa y dedujo que morder le complacia y que tenia permiso para ser malicioso.

Desde ese dia metia en todo y en todas partes su curiosidad y su malignidad. Le dejaban hacer, porque le temian. El que hace reir al rey hace temblar á los demás. Era un pícaro poderoso.

Cada dia adelantaba más camino y se hacia el preciso. Muchos grandes le honraban con su confianza hasta el punto de encargarle en alguna ocasion de alguna comision vergonzosa.

La córte es un engranaje, y en ella Barkilphedro llegó á ser el motor, y ya habreis notado en ciertos mecanismos qué pequeña es la rueda motriz.

Josiana, que utilizaba como hemos dicho el talento de espía de Barkilphedro, tenia tal confianza en él, que no vaciló en poner en manos de éste una de las llaves secretas de sus habitaciones, por medio de la que podia entrar en casa de la duquesa á todas horas; este modo de hacer entrega de la vida íntima era moda en dicha época; esto se llamaba dar la llave. Josiana dió dos llaves de confianza; lord David tenia una y Barkilphedro tenia otra.

Penetrar por asalto en las cámaras del lecho no era cosa sorprendente en las antiguas costumbres, lo que originaba incidentes. La Ferté, al levantar bruscamente las cortinas de la cama de madamoiselle Lafont, encontró en ella á un mosquetero.

Barkilphedro sobresalia en hacer estos cazurros descubrimientos, que subordinan y someten los grandes á los pequeños. Su marcha en la oscuridad era tortuosa, suave y discreta; como todo espía perfecto, poseia la inclemencia del verdugo y la paciencia del micrógrafo. Habia nacido para ser cortesano. El cortesano es sonámbulo. El cortesano dá vueltas sin cesar en la noche que se llama el poder; lleva en la mano una linterna sorda, que alumbra el punto que él quiere, pero que deja en tinieblas todos los demás; lo que él busca con su linterna no es un hombre, es una bestia, y lo que encuentra es el rey.

A los reyes no les gusta que nadie quiera ser grande á su alrededor; la ironía que no vá contra ellos les encanta. El talento de Barkilphedro consistia en abrumar con esa ironía á los lores y á los príncipes en provecho de la majestad real, que de este modo engrandecia.

La llave de confianza que tenia Barkilphedro se componia de dos, una á cada extremidad, para que pudiese abrir las habitaciones íntimas de las dos residencias favoritas de Josiana: Hunkerville-housse, en Lóndres, y Corleone-lodge, en Windsor. Estos dos palacios pertenecian á la herencia de Clancharlie. Hunkerville-housse confinaba con Oldgate. De Oldgate á Lóndres habia una puerta, por la que se llegaba de Harwick, y por la que se veia la estátua de Cárlos II, que tenia pintado un ángel sobre la cabeza y á los piés un leon y un unicornio esculpidos.

Desde Hunkerville-housse, cuando reinaba el Este, se oia la campana de Sainte-Marylebone. Corleone-lodge era un palacio florentino. Este palacio, contiguo al castillo de Windsor, estaba al lado del de la reina: esto no obstante, á Josiana la complacia estar en él.

La influencia de Barkilphedro con la reina era nula en el exterior; estaba toda oculta. Son muy difíciles de arrancar esas malas yerbas de la córte, porque echan raices muy hondas y apenas se pueden coger por encima de la tierra; escardar á Roquelaure, á Triboulet ó á Brummel es casi imposible.

De dia en dia, y cada vez más, la reina se aficionaba á Barkilphedro.

Sara Jennings es célebre, Barkilphedro es desconocido; su influencia no se supo, su nombre no llegó hasta la historia.

El cazador no puede coger todos los topos.

Barkilphedro, que fué antiguo candidato al estado eclesiástico, habia estudiado un poco de muchas cosas; pero desflorarlo todo dá por resultado no saber nada, y se puede ser víctimas del *omnis res scibilis*. Tener sobre el cráneo el tonel de la Danáyades es la desgracia de una raza de sábios que pueden llamarse estériles. Lo que Barkilphedro introdujo en su cerebro se lo dejó vacío.

El espíritu, como la naturaleza, siente horror al vacío; en éste, la naturaleza

mete el amor; el espíritu, con frecuencia mete en él el ódio. El ódio lo ocupa.

El odiar por odiar existe. El arte por el arte está en la naturaleza más de lo que se cree.

Se ódia... por hacer algo. El ódio gratuito es formidable; queremos decir que se paga á sí mismo.

El oso vive lamiéndose las garras, pero indefinidamente no; necesita abastecerlas y poner bajo de ellas el alimento.

Odiar indistintamente es grato y hasta durante algun tiempo, pero concluye siempre por tener objeto. Agota la animosidad difundida sobre la creacion, como todo goce solitario. El ódio sin objeto es semejante á un tiro sin blanco; lo que hace interesante el juego es tener un corazon que agujerear.

El servicio de interesar el juego, de ofrecer blanco, de apasionar el ódio fijándolo, de divertir al cazador con la vista de la presa viva, de hacer esperar al que acecha el hervir tibio y humeante de la sangre que vá á derramar, de hacer desarrugar su frente al ver la credulidad inútil de las alas del pájaro, ese servicio exquisito y horrible que no tiene conciencia de él el que le presta, se lo prestaba Josiana á Barkilphedro.

El pensamiento es un proyectil. Barkilphedro, desde el primer dia, se puso á mirar á Josiana con las malas intenciones que abrigaba en su espíritu. La intencion y la escopeta se parecen. Barkilphedro, siempre en guardia, dirigia contra la duquesa su maldad secreta. Esto os asombra? ¿Qué daño os hace el pájaro para que le dispareis un tiro? Direis que es para comérosle; Barkilphedro tambien.

Josiana no podia ser herida en el corazon, porque el sitio que ocupa un enigma es vulnerable difícilmente; pero podia herírsela en la cabeza, esto es, en el orgullo, porque ella era débil por donde se creia fuerte.

Barkilphedro lo habia comprendido así.

Si Josiana hubiera conocido á Barkilphedro, si hubiera podido ver lo que se emboscaba detrás de su sonrisa, á pesar de ser tan altiva y de tan elevada gerarquía, quizás hubiera temblado; por fortuna para la tranquilidad de sus sueños ignoraba absolutamente lo que era aquel hombre.

Lo inesperado se esparce no se sabe de dónde. Las hondas profundidades de la vida son temibles. No hay ódio pequeño, siempre es enorme; conserva su estatura en el sér más diminuto y siempre permanece mónstruo; el ódio siempre es completo. Está en peligro el elefante que una hormiga ódia

Antes de herir, Barkilphedro ya percibia con alegría un semi-sabor de la accion ruin que queria cometer. No sabia aun cómo obraria contra Josiana, pero estaba decidido á dañarla, y era mucho ya haberse decidido.

Aniquilar á Josiana hubiera sido conseguir demasiado éxito, y no lo esperaba; pero humillarla, empequeñecerla, desolarla, ver rodar lágrimas de rabia de sus ojos soberbios, esto sí que lo creia. Se figuraba haber encontrado ya el defecto de la armadura de oro de Josiana, y queria hacer brotar por él la sangre de esta mujer olímpica. ¿Qué beneficio le reportaba esto? volvemos á decir. Un beneficio enorme. Devolver mal por bien.

Qué es un envidioso? Un ingrato, que detesta la luz que le alumbra y le calienta. Zoilo odiaba al bienhechor Homero.

Conseguir que Josiana sufriese lo que hoy llamamos una viviseccion, ponerla convulsiva en la mesa de la anatomía, disecarla viva por capricho, destrozarla por aficion, mientras estuviese lanzando gritos de dolor, era lo que se proponia gozosamente Barkilphedro.

Para llegar á conseguir ese resultado tendria él que sufrir algo, pero esto no le inquietaba. ¡Si el cuchillo al caer os corta los dedos, no importa! Participar algo del tormento de Josiana le tenia sin cuidado. El verdugo que maneja el hierro candente, si se descuida, se quema tambien; pero con tal de que otro sufra mucho más, nada siente el que sufre menos. Ver cómo se retuerce el sentenciado os quita el propio dolor. Haz lo que perjudica y suceda lo que quiera.

El daño que se hace recaer sobre otro se complica con una aceptacion de responsabilidad oscura. Arriesga uno mismo el peligro que se hace correr á otro; pero esto no arredra al verdadero malvado. La angustia que experimenta el paciente la dá él con alegría, y recibe las cosquillas de los dolores de aquel. Al malvado satisface lo terrible; el suplicio reverbera en el bienestar. Ejemplo: El duque de Alba. Nuestro lado oscuro es insondable.

Josiana tenia la plenitud de seguridad que presta el orgullo ignorante, compuesta del desprecio de todo. Es

extraordinaria la facultad femenina de desdeñar; el desden de Josiana era inconsciente, involuntario y confiado. Barkilphedro era para ella un sér insignificante; se hubiera asombrado si le hubiesen dicho lo que era realmente.

Ella iba, venia, reia y loqueaba delante de este hombre, que la contemplaba oblícuamente, pensativo y espiando la ocasion.

Cuanto más esperaba, más se afirmaba en la determinacion de lanzar en la vida de esta mujer una desesperacion cualquiera.

Estaba decidido á ser inexorable.

Él se daba razones de su proceder; no hay que creer que los pícaros no se aprecian á sí mismos. Se ajustan las cuentas por medio de monólogos altivos y discuten desde muy alto.—Cómo se entiende? Josiana hacerle limosnas? Le habia arrojado, como á un mendigo, algunos liards de su colosal riqueza, y lo habia condenado á una funcion inepta. El, Barkilphedro, hombre casi eclesiástico, capacidad variada y profunda, personaje docto, tenia por empleo destapar botellas lanzadas por el mar y descifrar pergaminos enmohecidos. De esto tenia la culpa Josiana, y para colmo de afrenta, ella le tuteaba! ¿Y no se habia de vengar? Y no habia de castigarla? ¡Si no obrase como debia con ella, no habria justicia en el mundo!

## X.

### Llamaradas que se verian si el hombre fuese transparente.

Pues qué, ¿ha de ser siempre feliz esa mujer extravagante, esa soñadora lúbrica, vírgen hasta que se la presente ocasion de no serlo, esa Diana orgullosa, esa bastarda de un canalla de rey que no supo permanecer en su puesto, que se cree diosa porque es una gran dama y que seria mujer pública si fuese pobre, esa ladrona de los bienes de un proscripto; ¿se cree que se ha portado conmigo régiamente, conmigo Barkilphedro, porque un dia que tenia hambre y carecia de asilo tuve la imprudencia de sentarme en su casa en un rincon de su mesa y de anidar en un agujero cualquiera de su insoportable palacio, un poco mejor que los criados, pero peor que sus caballos? Abusó de mi miseria para no verse obligada á colocarme en la posicion que merezco, que es lo que hacen los ricos para humillar á los pobres. ¿Qué le costaba haber hecho lo que debia? Qué hizo por mí? nada. Si me alojó en su casa, fué porque tenia habitaciones de sobra; ¿por eso se privaba acaso de comer una cucharada menos de sopa de tortuga? ¿Se privó de derrochar ni siquiera lo supérfluo? No. Al contrario, añadió á lo supérfluo una vanidad, un objeto de lujo, una buena accion que enseñaba, como un anillo en el dedo; la de socorrer y patrocinar á un hombre de talento. Puede estar orgullosa y decir: "¡Yo prodigo beneficios, yo protejo á los hombres de letras! ¡El miserable puede jactarse de haber dado conmigo! Soy muy amiga de las artes„. Todo por concederme un pobre lecho en un cuarto que le sobraba. En cuanto al destino que por Josiana desempeño en el almirantazgo, vaya un destino!... es un empleo ridículo.

¿Qué debia, pues, á Josiana? La gratitud del jorobado á su madre que lo hizo deforme. ¡Esto son los privilegiados, los ricos, los preferidos de la fortuna madrastra! Los hombres de talento como él se ven obligados á alinearse en las escaleras, á saludar á lacayos, á subir por las noches muchos pisos, á ser corteses, activos, deferentes, risueños y á hacer contínuamente un gesto respetuoso, mientras Josiana se cubria el cuello de perlas y adoptaba posiciones amorosas con su imbécil lord David.

No os dejeis nunca prestar servicios; os engañarán. No os dejeis coger en fragrante delito de inanicion, porque os aliviarán. Porque Barkilphedro carecia de pan, esa mujer encontró suficiente pretexto para darle de comer. Desde entonces él fué su criado. Un desfallecimiento del estómago os encadena para toda la vida. Verse obligado, es ser explotado. Los dichosos, los poderosos, aprovechan el momento en que les tendeis la mano para poneros en ella una moneda, y desde entonces, desde ese minuto de cobardía, sois ya su esclavo y esclavo de la peor clase, esclavo de una caridad, esclavo que os obligan á querer. Y todo ha concluido; sois ya condenado perpétuamente á encontrar bueno á aquel hombre, á encontrar hermosa á aquella mujer, á permanecer en segundo término, de subalterno, á aprobar, á aplaudir, á admirar, á incensar, á arrodillaros, á suavizar vuestras palabras cuando os agite la cólera. De este modo los ricos hacen prisionero al pobre. La liga de la buena accion os embadurna y os empantana para siempre.

La limosna es irremediable. Gratitud es parálisis. El beneficio tiene adherencia viscosa y repugnante, que os priva de todo movimiento. Esto lo saben los odiosos opulentos, cuya compasion os maltrata. Os convertís en cosa suya. Os han comprado. Por cuánto? por un hueso que le han quitado al perro para ofrecéroslе, arrojándooslo á la cabeza. Habeis sido á la vez socorrido y dilapidado, pero esto es igual. ¿Roiste el hueso, sí ó no? Si lo habeis roido, dad las gracias para siempre. Adorad á vuestros dueños con genuflexion indefinida. Exigen que conozcais que sois un pobre diablo, para que reconozcais que ellos son dioses. Vuestra diminucion los aumenta; cuanto más os encorvais, más rectos están ellos.

—¿Qué es eso que teneis tan feo en casa, querida mia? Quién es ese hombre?

—No lo sé; es un estudianton que yo mantengo.

Así dialogan las grandes damas, sin bajar siquiera la voz. Vos lo oís y permaneceis mecánicamente amable. Por otra parte, si estais enfermo, vuestros señores os envian el médico, pero no el suyo. En ocasiones se informan. No siendo de la misma especie que vos, y estando lo inaccesible de su parte, ellos son amables. A fuerza de desdeño son corteses. En mesa os hacen un imperceptible signo de cabeza; algunas veces saben la ortografía de vuestro nombre, y os hacen conocer que son vuestros protectores, hollando suavemente vuestra delicadeza y vuestra susceptibilidad. Son tan bondadosos!

Esto no es abominable? Ciertamente, y urge castigar á Josiana. Es preciso que sepa á quién desafía. Josiana, ¿qué mérito tiene? Hizo la obra maestra de venir al mundo para atestiguar el disparate de su padre y la deshonra de su madre; nos hace la merced de existir, y por eso y por la complacencia de ser un escándalo público, le pagan millones, posee tierras y castillos, sitios de caza, lagos y bosques; mientras que él, Barkilphedro, que estudió y trabajó, y que tenia talento, que seria capaz de mandar ejércitos, que podria escribir tragedias como Otway y Dryden, si quisiese, él se vió reducido á pedir pan á semejante mujer para no morirse de hambre. La usurpacion de los ricos execrables, favoritos de la suerte, puede costarles muy cara. Aparentan ser generosos con nosotros y protegernos y sonreirnos, ¡á nosotros, que beberíamos su sangre y despues nos lameríamos los labios!... ¡Es la más espantosa de las iniquidades que una aventurera mujer de la córte goce del odioso poder de ser bienhechora, y que el hombre superior esté condenado á recoger del suelo las sobras que caen de semejantes manos! ¡Qué sociedad es esta que tiene en este punto por base la desproporcion y la injusticia! ¿No estamos ya en el caso de cogerlo todo por los cuatro ángulos y de echar al mismo tiempo al suelo el mantel, el festin, la orgía, la embriaguez y á los convidados, á los que están con los codos sobre la mesa y á los que están á cuatro piernas debajo, á los insolentes que dan y á los idiotas que aceptan, y de escupírselo todo á Dios y de lanzar toda la tierra contra el cielo?... Esperando que llegue esa ocasion, ahondemos las garras en Josiana.

Así raciocinaba Barkilphedro, y sus raciocinios eran los rugidos de su alma. Es costumbre del envidioso absolverse á sí mismo, amalgamando á su agravio el mal público. Todas las formas feroces de las pasiones odiosas iban y venian en su inteligencia feroz. ¿Su tinglado de razonamientos salvajes era absolutamente absurdo? ¿Carecia de cierto juicio? Preciso es decir que no. Es espantoso pensar que esa apreciacion que se llama juicio no es la justicia, el juicio es lo relativo y la justicia es lo absoluto. Reflexionad la diferencia que existe entre un juez y un justo.

Los malvados maltratan á la conciencia con autoridad. Existe una gimnasia de lo falso; un sofista es un falsario, y hay ocasiones en que ese falsario brutaliza el buen sentido. Hay cierta lógica ligera, implacable y activa al servicio del mal, y que sobresale en matar la verdad en las tinieblas: puñetazos siniestros que dá Satán á Dios.

Lo triste era que Barkilphedro iba á producir un aborto: emprendia vasto trabajo, para causar al fin poco estrago. ¡Ser hombre corrosivo, contar con voluntad de acero, con ódio de diamante, con curiosidad ardiente de la catástrofe, y no quemar, ni decapitar, ni exterminar á nadie! ¡Es posible ser lo que él era, una fuerza devastadora, una animosidad voraz, gusano roedor de la felicidad agena, creado con cualidades tan sobresalientes para hacer daño y quizás solo servir para dar un papirotazo!... ¡Ser un resorte para poder romper las rocas á pedazos y soltar el fiador para hacer á una jóven una abolladura

en la frente! ¡Emplear una tarea de Sísifo para obtener un resultado de hormiga! Sudar todo el ódio por casi nada! Esto es muy humillante para el que está dotado de un mecanismo de hostilidad capaz de triturar el mundo. ¡Poner en movimiento todos los engranajes, producir en la oscuridad todo el ruido de una máquina de Merly, para conseguir quizás pinchar la punta de un dedo rosado! ¡Voltear y volver á dar vueltas á los bloques para lograr arrugar un poco la superficie lisa de la córte.

Además, siendo como es la córte terreno extraño, nada es tan peligroso en ella como apuntar á un enemigo y errar el tiro. Desde luego esto os desenmascara á sus ojos, y esto le irrita; despues esto desagrada al rey. Los reyes no pueden ver á las personas torpes. No hagais contusiones ni maltrateis cobardemente. Ahogad á quien querais, pero no hagais echar sangre por la nariz á nadie. El que mata es hábil, el que solo hiere inepto. A los reyes les disgusta que dejen cojos á sus domésticos; no os pueden ver si quebrais una porcelana de sus chimeneas ó á un cortesano de su palacio. La córte debe estar muy limpia.

Esto se concilia perfectamente con la aficion que á la maledicencia tienen los príncipes. Hablad contra todo y contra todos los que querais, pero no hagais mal, ó si lo haceis que sea en gran escala. Dad puñaladas, pero no pincheis, á no ser que la aguja esté envenenada; este es, recordémoslo, el caso de Barkilphedro.

El pigmeo que ódia es la redoma en que está encerrado el dragon de Salomon; redoma microscópica y dragon desmesurado; condensacion formidable, que está esperando la hora gigantesca de la dilatacion; disgusto que consuela al que premedita la explosion. El contenido es más grande que el continente. ¡Un gigante latente es cosa extraña! Un acarus, (1) dentro del que hay una hidra. Ser espantosa caja de sorpresas y tener dentro de sí un Leviatán, es para el enano una tortura y una voluptuosidad al mismo tiempo.

Nada era capaz de hacer que Barkilphedro abandonase su presa, y esperaba la ocasion. Llegará? no lo sabia, pero la esperaba. Los séres malvados tienen mucho amor propio. Agujerear y zapar una fortuna de la córte, que está muy alta; minarla, rodeados de peligros, subterráneamente, es interesante, y hace apasionar este trabajo oculto. Halaga esta ocupacion, como la de escribir un poema épico. Es accion heróica en el enano atacar al gigante; vanagloría ser la pulga de un leon.

El noble animal, al que la pulga pica, gasta su enorme cólera contra un átomo; le disgustaria menos luchar contra un tigre. Hé aquí los papeles trocados. Humillado el leon, siente dentro de la carne el dardo del insecto, y la pulga puede decir: Yo tengo dentro de mí sangre de leon.

Por lo tanto, la empresa de Barkilphedro puede decirse que era solo para su orgullo una especie de lenitivo, un consuelo, y pensaba con disgusto que no podria conseguir otro resultado que el cortar mezquinamente la epidermis de Josiana. ¿Qué más podia esperar siendo él tan oscuro y ella tan radiante? Un arañazo, que es nada para el que deseaba desollarla viva. ¡Es un dolor ser impotentes abrigando tan siniestras intenciones! Pero nada es perfecto en el mundo.

Al fin se resignaba; no pudiendo hacer otra cosa, se concretaba á empequeñecer su idea de venganza; de todos modos siempre tenia un móvil que seguir.

Es un malvado el que se venga de un beneficio; Barkilphedro era ese coloso; ordinariamente la ingratitud consiste en el olvido: en los privilegiados del mal, ésta se convierte en furor. El ingrato vulgar se llena de ceniza. A Barkilphedro le llenaba un horno. Horno que amurallaban el ódio, la cólera, el silencio y el rencor, mientras esperaba que Josiana fuese su combustible. Nunca, sin ningun motivo, hombre alguno aborreció hasta ese extremo á una mujer. Y ¡cosa terrible! ella era su insomnio, su preocupacion, su enojo, su rabia.

Quizás estuviese algo enamorado.

## XI.

### Barkilphedro emboscado.

Encontrar la parte sensible de Josiana y herirla allí, era, como hemos dicho, la voluntad imperturbable de Barkilphedro; pero querer no basta, es necesario poder. Y cómo? Esta es la cuestion.

Los ganapanes vulgares se arreglan con cuidado el escenario de picardía que

(1) Gusano que se cria dentro del queso.

quieren acometer; no se reconocen bastante fuertes para asir un incidente al paso, para posesionarse de él voluntariamente ó á la fuerza y obligarle á que les sirva. De aquí nacen combinaciones preliminares, que los grandes malvados desdeñan. Los malvados profundos solo cuentan *á priori* con su maldad; se limitan á armarse de todas las armas, preparados para todos los casos, y, como Barkilphedro, espían las ocasiones favorables. Saben que un plan imaginado de antemano corre el peligro de fracasar con la presentacion de un acontecimiento imprevisto; de este modo no se puede ser dueños de lo posible y no se obra como se quiere. No se pueden tener conferencias prévias con el destino; al dia siguiente ya no os obedece, porque éste es insubordinado. Por eso le espían para pedirle sin preámbulo, en el momento preciso y con rapidez, su colaboracion. Aprovecharse inmediata y rápidamente de un hecho cualquiera que pueda ayudar, es la habilidad que distingue al malvado eficaz y que eleva al pícaro á la dignidad de demonio. El verdadero malvado os hiere como una honda con el primer guijarro que encuentra; los malhechores capaces cuentan con lo imprevisto, ese atónito auxiliar de tantos crímenes. Empuñar el incidente y saltar encima de él es la única arte poética para esta clase de talento, y esperando que sobrevenga, sondear el terreno.

Para Barkilphedro, el terreno era la reina Ana; éste se aproximaba tanto á la reina, que á veces se imaginaba oir los monólogos de su majestad.

Algunas veces asistia, pocas, á las conversaciones de las dos hermanas; no se le prohibia que mezclara en ellas algunas palabras; él se aprovechaba de esto para empequeñecerse á los ojos de ellas, y este era un modo de inspirar confianza.

Así es que un dia en Hampton-Court, en el jardin, estando detrás de la duquesa, que estaba detrás de la reina, oyó que Ana, conformándose pesadamente con la moda, emitia sentencias.

—Las bestias son felices, dijo la reina, porque no están expuestas á ir al infierno.

—Porque están ya en él, respondió Josiana.

Esta respuesta, que sustituia bruscamente la filosofía á la religion, desagradó á Ana.

—Nosotras hablamos del infierno como dos necias, replicó la reina; preguntemos á Barkilphedro si sabe lo que es el infierno. Debe saberlo.

—Como diablo? preguntó Josiana.

—Como bestia, contestó Barkilphedro, inclinándose.

—Tiene más ingenio que nosotras, dijo la reina á Josiana.

Para un hombre como Barkilphedro, acercarse á la reina era dominarla. Podia decir: Ya la tengo. Ahora solo le faltaba hacer que le sirviera.

Habia sentado bien el pié en la córte; estaba apostado y nada de ella podia escaparse á su penetracion. Más de una vez habia conseguido hacer sonreir malignamente á la reina, y esto equivalia á haberle concedido licencia de caza. Pero la habria reservada? ¿Este permiso le autorizaba para herir en el ala ó en la pierna á alguno, como por ejemplo, á la propia hermana de su majestad?

Primer punto que tenia que aclarar: La reina queria á su hermana? Un paso dado en vago podria echarlo todo á perder, y Barkilphedro observaba.

Antes de empeñar la partida, el jugador mira sus naipes.

Con qué triunfos podia contar?—Barkilphedro empezó por examinar la edad de las dos mujeres; Josiana tenia veintitres años, Ana cuarenta y uno; está bien, podia jugar. Es irritante para la mujer el momento en que cesa de contar por primaveras y empieza á contar por inviernos y siente sordo rencor contra el tiempo. Las jóvenes, que están en la flor de la edad que perfuma á los demás, son para ellas espinas, porque sienten los pinchazos de esas rosas; les parece que han perdido su frescura y que la belleza mengua en ellas para aumentarse en las otras.

Explotar este mal humor secreto, ahondar la arruga en la frente de una mujer de cuarenta años, que es reina, es lo que intentaba hacer Barkilphedro. La envidia sobresale en excitar los celos, como el raton en hacer salir al cocodrilo.

Barkilphedro fijaba en la reina Ana su mirada magistral y veia dentro de ella como en el agua estancada. La marjal tiene su transparencia. En el agua sucia se ven los vicios y en el agua turbia las ineptitudes. Ana era una agua turbia.

Embriones de sentimientos y larvas de ideas se movian en su cerebro espeso. Unos eran poco claros, otros apenas ofrecian contornos, sin embargo eran realidades, pero informes. La reina piensa esto, la reina desea aquello; precisar el

qué era lo difícil. Las transformaciones confusas que se verifican en el agua que se corrompe son difíciles de estudiar.

La reina habitualmente era oscura, pero tenia algunas veces salidas bruscas y estúpidas; por ellas habia que cogerla.

¿En su foro interior deseaba la reina Ana el bien ó el mal á la duquesa Josiana?

Este problema se propuso resolver Barkilphedro, porque una vez resuelto tenia adelantado mucho camino; diversas casualidades le ayudaron y sobre todo su tenacidad de espía.

Ana era por parte de su esposo algo parienta de la nueva reina de Prusia, mujer del rey de los cien chambelanes, de la que tenia un retrato pintado sobre esmalte por el procedimiento de Turquet de Mayerne. Dicha reina de Prusia tenia tambien una hermana, más jóven que ella y tambien ilegítima, la baronesa Drika.

Un dia, estando presente Barkilphedro, Ana hizo al embajador de Prusia varias preguntas respecto á la baronesa Drika.

—Dicen que es muy rica.

—Es opulenta, contestó el embajador.

—Posee palacios?

—Palacios magníficos, como no los tiene la reina su hermana.

—Con quién va á casarse?

—Con un gran señor, con el conde Gormo.

—Es hermosa?

—Hermosísima.

—Es jóven?

—Muy jóven.

—Es tan hermosa como la reina?

El embajador bajó la voz y dijo:

—Mucho más.

—Eso es mucha insolencia, murmuró Barkilphedro.

La reina, despues de una pausa, exclamó:

—Esas bastardas!...

Barkilphedro anotó ese plural.

Otro dia, á la salida de la capilla real, cuando Barkilphedro estaba cerca de la reina y entre los grooms de la limosnería, lord David, que pasaba por entre dos líneas de mujeres, produjo en ellas un murmullo de complacencia. A su paso se oyeron las siguientes exclamaciones femeninas:—Qué elegante es! ¡Qué gallardo! Qué aire tan noble tiene! ¡Es hermoso!...

—Ese hombre es antipático, dijo en voz baja la reina, pero Barkilphedro lo oyó y se apoderó de este dato. Podia ya perjudicar á la duquesa sin disgustar á la reina. Estaba ya resuelto el primer problema.

Ahora se le presentaba el segundo. Cómo perjudicar á la duquesa? Para tan árduo objeto, ¿qué medios le podia prestar su miserable empleo? Probablemente ninguno.

## XII.

### Escocia, Irlanda é Inglaterra.

Indiquemos un detalle: la duquesa Josiana tenia el Torno. Esto se comprenderá fácilmente si se reflexiona que, aunque bastarda, era hermana de la reina, esto es, persona de sangre real.

Qué es tener el torno? El vizconde de Saint-John, lord Bolingbroke, escribia á Thomas Lennard, conde Sussex: “Dos cosas constituyen la verdadera grandeza: en Inglaterra tener el torno y en Francia tener el *Pour*„.

El *Pour* en Francia era lo siguiente: cuando el rey estaba de viaje, el furriel de la córte, cuando llegaba la noche y terminaban la etapa, designaba el alojamiento á las personas que acompañaban á su majestad; entre dichos señores algunos gozaban de un privilegio inmenso: “Tienen el *pour*, dice el *Diario* histórico del año 1694, página 6, esto es, que el furriel, al designar los alojamientos, ponia *Pour* delante de sus nombres, como por ejemplo: *Pour el señor príncipe de Soubise*: cuando designaba la habitacion de un señor que no era príncipe, no ponia *pour*, sino sencillamente su nombre, como verbi gracia: *El duque de Gresvres, el duque de Mazarin*, etc. Este *pour*, escrito sobre una piedra, indicaba á un príncipe ó á un favorito. El rey concedia el *pour* con el cordon azul ó el ser par.

Tener el torno en Inglaterra era menos vanidoso, pero más real: era un signo de aproximarse mucho á la persona reinante. Todo el que, por nacimiento ó por influjo, estaba en el caso de recibir comunicaciones directas con su majestad, tenia en la pared de su cámara de dormir un torno, al que habia ajustado un timbre. El timbre sonaba y el torno se abria, y una misiva real aparecia sobre un plato de oro ó sobre un cojin de terciopelo; despues el torno se volvia á cerrar. Esto era íntimo y solemne: era lo misterioso en lo familiar; la campanilla anunciaba un mensaje real.

No se veia al que la trajo, pero siempre era un paje de la reina ó del rey. Leicester tenia el torno en el reinado de Elisabet y Buckingham en el de Jacobo I. Josiana lo tenia en el de Ana, aunque al parecer no era favorita suya. No habia privilegio tan envidiado, aunque implicaba más servilidad. Era el que lo poseia más criado, pero en la córte lo que eleva rebaja.

Lady Josiana, vírgen en la pairía, como Elisabet fué vírgen reina, llevaba en la ciudad y en el campo una vida casi de princesa; tenia casi su córte, de la que siendo cortesano lord David, lo eran otros muchos. No estando casados todavía lord David y lady Josiana, podian, sin caer en el ridículo, presentarse juntos en público, lo que hacian con satisfaccion de entrambos. Iban á los espectáculos y á las carreras en la misma carroza y ocupaban el mismo sitio. El matrimonio, que les era permitido, y hasta impuesto, les entibiaba, pero tenian gusto de verse. El trato familiar permitido á los prometidos esposos tiene una frontera fácil de franquear, pero se abstenian de franquearla, porque eso era de mal gusto.

Los más llamativos *boxes* se verificaban en Lambet, parroquia en la que el lord arzobispo de Cantorbery tiene un palacio (aunque en ella el aire es malsano) y una rica biblioteca, abierta á ciertas horas para las personas honradas. Un dia, en invierno, se verificó allí, en una pradera cerrada con llave, una lucha entre dos hombres, á la que asistió Josiana, conducida por lord David. Ella le preguntó:—¿Se admite aquí á las mujeres? David le contestó:—*Sunt fœminæ magnate;* traduccion libre: A las grandes damas; traduccion literal: Las grandes damas existen. Una duquesa entra en todas partes; por eso lady Josiana vió el *boxe*.

Para asistir Josiana se vistió de caballero, cosa que entonces se acostumbraba; las mujeres no viajaban con otro traje. De las seis personas que podia llevar el *coach* (1) de Windsor, era raro no encontrar entre ellas una ó dos mujeres vestidas de hombre.

Lord David, como iba acompañando á una mujer, permaneció como espectador. Lady Josiana miraba al través del anteojo, cuyo acto era propio de un gentil-hombre.

Presidia *el noble encuentro* lord Germaine. Muchos gentiles-hombres apostaban; Harry Bellew de Carleton, que pretendia la pairía extinguida de Bella-Agna, apostaba contra Henry, lord Hyde, miembro del Parlamento por la aldea de Dunhivid; el honorable Peregrin Bertie, miembro por la aldea Truro, contra sir Thomas Colepeper, miembro por Maidstone, y apostaban otros muchísimos más lores, cuyos nombres suprimimos por no cansar al lector.

De los dos boxadores, uno era irlandés, de Tipperay, y llevaba el nombre de su montaña natal, Phelem-ghe-madone; el otro era escocés y se llamaba Helmsgail. Esta lucha ponia dos orgullos nacionales uno enfrente del otro; Irlanda y Escocia iban á lastimarse. Erin iba á darse de puñetazos con Gajothel, y las apuestas pasaban de cuarenta mil guineas.

Los dos campeones estaban desnudos, con un pantalon muy corto, con hebillas en las caderas, y borceguíes, con suelas claveteadas, atados á los tobillos.

El escocés Helmsgail era un jovenzuelo que apenas tendria diez y nueve años, pero ya le habian recosido la frente, y por esto apostaban en su favor dos partes y un tercio más. El mes anterior hundió una costilla é hizo saltar los dos ojos al boxador Sixmileswater, y esto explicaba el entusiasmo que producia en la concurrencia: tenian de ganancias, los que apostaban en su favor, doce mil libras esterlinas; además de la frente cosida, tenia una mandíbula rajada. Era listo y siempre estaba alerta. No era más alto que una mujer, bajo, cachigordo, recogido, de pequeña y amenazadora estatura y formado para el pugilato. Se sonreia y añadia á su sonrisa los vacíos que le habian dejado la falta de tres dientes.

Su adversario, largo y grueso, esto es, débil. Tenia seis piés de estatura, el pecho de hipopótamo y el aspecto amable. Sus puñetazos eran capaces de hendir un navío, pero no sabia darlos. Este irlandés parecia estar en los boxes más para recibirlos que para devolverlos; sin embargo, parecia que habia de durar mucho tiempo; era una especie de *rostbeef* poco cocido, difícil de ser mordido é imposible de comer, una especie de carne cruda. Luchaba y parecia resignarse.

Esos dos hombres habian pasado la noche anterior en la misma cama, uno al lado de otro, y habian dormido juntos. Bebieron en el mismo vaso tres dedos cada uno de vino de Oporto.

(1) Coche.

Los partidarios de ambos adversarios se dividian en dos grupos, y todos ellos eran de rostro rudo y amenazaban, cuando creian tener razon, á los árbitros. En el grupo de los sostenedores de Helmsgail se veia á John Gromane, famoso por poderse cargar un toro en las espaldas, y á John Bray, por cargarse tambien diez fanegas de harina y con ellas al molinero, y andar con ellos á cuestas más de cien pasos. En el grupo de Phelem-ghe-madone sobresalia un tal Kilter, que arrojaba una piedra de veinte libras de peso á la altura de la torre más alta de un castillo. Dichos tres hombres, Kilter, Bray y Gromane, eran de Cornonailles, para la honra de ese condado.

Los otros sostenedores eran bribones y canallas de faz estúpida y andrajosos, y todos ellos habian dado que hacer á la justicia. Muchos de ellos sabian burlar muy bien á la policía; cada profesion tiene sus talentos.

El prado elegido estaba más lejos que el jardin de los Osos, llamado así porque en otros tiempos se batian allí osos, toros y dogos, al lado de las ruinas del priorato de Santa María Over Ry, que destruyó Enrique VIII. Reinaba el viento del Norte y caia lluvia fina, que pronto se convertia en escarcha. Entre los *gentleman* (1) se conocia los que eran padres de familia en que habian abierto los paraguas.

Por parte de Phelem-ghe-madone, el coronel Moncreif era el árbitro y Kilter el que ponia la rodilla. Por parte de Helmsgail, el honorable Pughe Beaumaris era el árbitro y lord Desertum el que ponia la rodilla.

Los dos boxadores permanecieron unos instantes inmóviles mientras igualaban los relojes. Despues se acercaron el uno al otro y se dieron la mano.

Phelem-ghe-madone dijo en voz baja á Helmsgail:

—Preferiria irme á casa.

—Pues el público para eso no se ha tomado la incomodidad de venir, le contestó Helmsgail.

Como estaban casi desnudos, tenian frio; Phelem-ghe-madone temblaba.

El doctor Eleanor Sharp, sobrino del arzobispo de York, les gritó:

—Golpeaos, pillastres; esto os calentará.

Esta alusion amena los desheló y se atacaron.

Pero ni uno ni otro tenian cólera. Se dieron tres ataques infructuosos. El reverendo doctor Gumdraith gritó:

—Que se entonen con ginebra.

Los cuatro jueces se opusieron, á pesar de que hacia mucho frio.

Se oyó el grito: *first blood!* esto es, la peticion de la primera sangre de los combatientes. Entonces los colocaron bien, uno enfrente del otro.

Los dos se miraron, acercáronse, alargaron los brazos, se tocaron los puños y despues retrocedieron. De repente, Helmsgail dió un salto y empezó el verdadero combate.

Phelem-ghe-madone recibió un golpe terrible en medio de la frente, entre las dos cejas, que hizo correr la sangre por toda la cara. La muchedumbre gritó:—*¡Helmsgail ha hecho ya derramarse el Burdeaux!* Todos aplaudieron. Phelem-ghe-madone, dando vueltas á los brazos como un molino las aspas, meneaba los puños á la ventura.

El honorable Berti dijo:

—Cegado, pero no ciego aun.

Entonces oyó Helmsgail que le animaban por todas partes, gritándole:

—Reviéntale los ojos!

Los dos campeones estaban bien escogidos, y aunque el tiempo era poco favorable, comprendió la concurrencia que la lucha tendria gran éxito. El semigigante Phelem-ghe-madone tenia los inconvenientes de sus ventajas: se movia pesadamente; sus brazos eran dos mazas, pero su cuerpo era macizo. El enano corria, pegaba, brincaba, se deslizaba y doblaba su vigor con la velocidad y con la astucia. El primero daba el puñetazo primitivo, salvaje, inculto, en el estado de ignorancia, y el segundo daba el puñetazo de la civilizacion. Helmsgail peleaba tanto con los nervios como con los músculos, y tanto con su astucia como con su fuerza; Phelem-ghe-madone era un aporreador inerte, pero aporreado antes. Luchaban el arte contra la naturaleza, el feroz contra el bárbaro.

Parecia evidente que el bárbaro fuese el vencido, pero no pronto, y esto era lo que hacia interesante la lucha. El pequeño contra el grande tiene casi siempre la suerte de su parte. Los Goliats son vencidos por los Davids.

El público dirigia una granizada de apóstrofes á los dos combatientes. Los amigos de Helmsgail no cesaban de gritarle:—*Reviéntale los ojos!* (1)

(1) Gentiles-hombres.

(1) Como en España á los picadores en las corridas de toros.—(N. del T.)

Helmsgail hizo más; se bajó bruscamente y se enderezó, haciendo una ondulacion de reptil, y dió un golpe horroroso á Phelem-ghe-madone en el esternon. El coloso se bamboleó.

—Ese es un mal golpe! gritó con satisfaccion el vizconde Barnard.

Phelem-ghe-madone se cayó sobre la rodilla de Kilter, diciendo:

—Empiezo á calentarme.

Lord Desertum, despues de consultar con los jueces, dijo:

—Se suspende la lucha por cinco minutos.

Phelem-ghe-madone desfallecia; Kilter le enjugaba la sangre de los ojos y el sudor del cuerpo con un pedazo de flanela y le puso el cuello de una botella en la boca; el semi-gigante, además de la llaga de la frente, tenia el vientre muy hinchado y el sinciput (1) magullado. Helmsgail estaba aun sano.

Se levantó un murmullo entre el público.

—Es un mal golpe, repetia lord Barnard.

—Es nula la apuesta, dijo un gentleman.

—Reclamo mi puesta, repuso sir Thomas Colepeper.

—Que se me devuelvan mis quinientas guineas, que me voy, añadió sir Bartholomew Gracedien.

—Que termine la lucha, gritó la concurrencia.

Pero Phelem-ghe-madone se levantó tambaleándose como hombre ébrio y dijo:

—Continuemos el combate, pero con una condicion. Con la condicion de que yo tenga tambien el derecho de dar un mal golpe.

—Concedido! concedido! gritaron de todas partes.

Pasados los cinco minutos de la suspension volvió á continuar la lucha. Este combate, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un juego para Helmsgail.

El enano pudo conseguir coger de súbito debajo de su brazo izquierdo la voluminosa cabeza del gigante y allí la sostuvo con el sobaco, con el cuello plegado y la nuca debajo; mientras que su puño derecho caia y volvia á caer con fuerza, como un martillo sobre un clavo, y le machacaba la cara. Cuando soltó á Phelem-ghe-madone y éste pudo levantar la cabeza, no se le conocia ya el rostro. Lo que fué nariz, boca y ojos, presentaba la apariencia de una esponja negra empapada en sangre. Escupió y echó en el suelo cuatro dientes.

Despues cayó y Kilter le recibió sobre la rodilla.

Helmsgail solo tenia algunas moraduras y un arañazo en la clavícula.

Harry de Carleton exclamó:

—Ya ha concluido Phelem-ghe-madone: apuesto en favor de Helmsgail mi pairía de Bella-Agua y mi título de lord Bellew contra una peluca vieja del arzobispo de Cantorbery.

Kilter metió la flanela sangrienta dentro de la botella y la sacó empapada de ginebra: se la introdujo en la boca á Phelem-ghe-madone y éste abrió un ojo.

—Toma otra vez más ginebra, amigo mio, le dijo Kilter en voz baja; por el honor de nuestro pais.

Phelem-ghe-madone obedeció á su amigo y despues se levantó.

Por el modo de colocarse en posicion este cíclope (pues no tenia ya más que un ojo) se comprendió que iba á terminar la lucha y que éste estaba perdido sin remedio. Helmsgail, que apenas estaba sudado, gritó:

—Apostaria en mi favor mil contra uno.

Helmsgail levantó el brazo y pegó, pero lo más extraño fué que los dos cayeron al suelo. Se oyó un gruñido alegre, producido por Phelem-ghe-madone, que estaba contento. Se aprovechó del golpe terrible que su contrario le dió en el cráneo para darle otro tremendo en el ombligo.

Helmsgail yacía en tierra y resollaba agonizando.

La concurrencia, que lo vió, exclamó:

—Ya se ha reembolsado.

Todos los concurrentes aplaudieron, hasta los que habian perdido.

Phelem-ghe-madone devolvió mal golpe por mal golpe y obraba segun su derecho. Se llevaron en unas angarillas á Helmsgail; era opinion general que no volveria ya á *boxar*.

—Yo gano mil doscientas guineas.

Phelem-ghe-madone quedó sin duda estropeado para toda la vida.

Al salir del sitio de la lucha, Josiana se apoyó en el brazo de lord David (lo que es tolerado entre prometidos) y le dijo:

—Esto será muy divertido, pero...

—Pero qué?

(1) La parte superior de la cabeza.

—Creia que me libraria del fastidio, pero me ha aburrido más.

Lord David se paró, miró á Josiana, cerró la boca é hinchó los carrillos moviendo la cabeza, como para que ésta le atendiese, y la dijo:

—Para curar el aburrimiento solo hay un remedio.

—Cuál?

—Gwynplaine.

La duquesa le preguntó:

—Qué significa Gwynplaine?

# LIBRO SEGUNDO

## Gwynplaine y Dea.

### I.

**En el que se vé la cara del que hasta ahora solo se han visto las acciones.**

La naturaleza fué pródiga con Gwynplaine: le dotó de una boca, que abria de oreja á oreja, de orejas que se plegaban casi encima de los ojos, de nariz informe y de una cara que hacia reir al que la miraba. ¿Esta deformidad era obra exclusiva de la naturaleza? ¿No la habian ayudado los hombres?

No produce ordinariamente la naturaleza ojos parecidos á dias de sufrimiento, protuberancia carnosa con dos agujeros por narices y cara machacada produciendo el resultado de la risa, cuando la risa siempre es sinónima de la alegría.

Observando al volatinero (porque Gwynplaine era volatinero), pasada la primera impresion alegre que producia, se reconocia en él la huella del arte. Semejante rostro no es fortuito, sino hecho adrede. No es natural ser completo hasta ese punto. El hombre no puede mejorar su hermosura, pero sí su fealdad. No se puede hacer de un perfil hotentote un perfil romano, pero una nariz griega podreis convertirla en nariz kalmuca. ¿Llamaba este volatinero, siendo niño, la atencion, hasta el punto de que fuese digno de que le modificasen la cara de este modo? Sin duda lo hicieron así para exhibirle y para especular con él. Segun todas las apariencias, los industriosos comprachicos le habian trabajado el semblante. Era evidente que una ciencia misteriosa, acaso oculta, que era á la cirugía lo que la alquimia es á la química, habia cincelado esa carne, desde luego en la edad infantil, y creado con premeditacion ese rostro; esa ciencia, hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, habia hendido la boca, destrozado los labios, descarnado las encías, estendido las orejas, deshecho los cartílagos, desordenado las cejas y las mejillas, alargado el músculo zygomático, hecho desaparecer las costuras y las cicatrices, extendiendo la piel sobre las lesiones, conservando siempre el rostro boquiabierto, y de esta escultura poderosa y profunda habia resultado la máscara de Gwynplaine. No se nace con esa cara.

Habian hecho de ella lo que se propusieron los que la trabajaron. Gwynplaine era un dón concedido por la Providencia para librar á los hombres de la tristeza; porque, ¿no hay una Providencia demonio, como hay una Providencia Dios? Hacemos esta pregunta sin resolver la contestacion.

Gwynplaine, como saltimbanqui, se exhibia al público, y el efecto que producia en éste era indecible. Solo presentándose curaba á los hipocondríacos. Los que estaban de luto procuraban no verle para no tener que reir con inconveniencia. El verdugo fué á verle y tambien le hizo reir. El que le veia no podia evitar la risa y el que le oia hablar reia á carcajadas. Era el polo contrario al de la afliccion; el *spleen* ocupaba un extremo y Gwynplaine el otro.

Por eso alcanzó rápidamente en las férias y en las plazas públicas la fama de hombre horrible; sin embargo, su rostro se reia, pero no su pensamiento. La especie de cara nunca vista que la casualidad ó la industria le habia proporcionado reia ella sola; Gwynplaine no contribuia á ello; su exterior no dependia de su interior. Él no podia arrancarse la risa que le grabaron en la frente, en las mejillas, en las cejas y en la boca; se la dejaron indeleble en el rostro; era una risa automática é irresistible, porque estaba en él petrificada. La boca tiene dos convulsiones comunicativas; la risa y el bostezo. En virtud de la misteriosa operacion que sufrió Gwynplaine siendo niño, todas las partes del rostro contribuian á darle el aspecto indicado, y todas sus emociones, fuesen de la especie que fuesen, aumentaban aquella extraña imágen de la alegría, ó por mejor decir, la agravaban. Figuraos una cabeza de Medusa alegre.

El arte antiguo aplicaba en otros

tiempos en los frontis de los teatros de Grecia una cara alegre, de cobre. Esta cara se llamaba la Comedia. Esa cara, que estaba pensativa, parecia que reia y hacia reir. Todas las parodias que conducen á la demencia y todas las ironías que llegan hasta la sabiduría, se amalgamaban en ella; la suma de cuidados, de desilusiones, de disgustos y de pesares se encontraba con su frente impasible y daba el total lúgubre de la alegría; levantaba uno de los extremos de su boca la burla por la parte del género humano, y la blasfemia el otro extremo por la parte de los dioses; los hombres confrontaban con ese modelo del sarcasmo ideal el ejemplar de ironía que cada uno posee, y la multitud, renovada sin cesar alrededor de esa risa fija, se admiraba fácilmente ante la inmovilidad sepulcral de aquella risa mofadora. La máscara muerta de la comedia antigua, ceñida á un hombre vivo, podria casi casi decirse que era la de Gwynplaine. ¡Carga pesada es para un hombre la risa eterna!

Expliquemos esa risa eterna y entendámonos. Es creencia de los maniqueos que lo absoluto cede algunas veces y que Dios mismo tiene intermitencias. Entendámonos tambien respecto á la voluntad. Que pueda ser siempre enteramente impotente no lo admitimos. La existencia es como una carta que la postdata modifica. Para Gwynplaine el *post-scriptum* era este: á fuerza de voluntad y concentrando en ella toda su atencion, y sin que ninguna emocion distrajese ni detuviese la fijeza de sus esfuerzos, podia llegar á suspender el eterno aspecto de su cara y cubrirla con una especie de velo trágico; entonces el que le miraba no se reia, se extremecia. Pero semejante esfuerzo casi nunca le hacia Gwynplane, porque le producia dolorosa fatiga y tension insoportable. Bastaba por otra parte la menor distraccion ó la mas insignificante emocion para que la risa arrancada volviese á aparecer irresistible como un reflujo en su fisonomía, y era siempre más intensa que la emocion. Exceptuando esta dificilísima restriccion, la risa de Gwynplaine era eterna.

La gente reia al verle y despues volvía la cabeza al otro lado. A las mujeres, sobre todo, les causaba horror; era un hombre espantoso. La convulsion bufona que sufrian era como la paga de un tributo; la sufrian con alegría casi mecánica. Pasado el momento de la risa, era Gwynplaine para las mujeres insoportable de ver é imposible de mirar.

Dejando el rostro aparte, era alto, bien formado, ágil, y esta era otra indicacion más que hacia presumir que Gwynplaine era creacion del arte y no obra de la naturaleza. Siendo bien formado de cuerpo, debió haberlo sido de rostro; al nacer debió ser un niño como cualquier otro. Conservaron el cuerpo intacto y solo le retocaron la cara. Gwynplaine habia sido hecho así exprofeso.

Esto era lo verosímil. Le dejaron los dientes, porque son necesarios para reir. La operacion que verificaron con él debió ser espantosa; él no lo recordaba, pero esto no prueba que no la sufriese. Esa escultura quirúrgica solo pudo producir ese resultado en un niño muy pequeño, y por consiguiente sin tener conciencia de lo que le sucedia, creyendo que una llaga era una enfermedad. Además, entonces eran ya conocidos los medios de adormecer al paciente y de suprimir el sufrimiento.

Además de esta cara, los que le educaron le habian proporcionado cualidades de gimnasta y de atleta; sus articulaciones, útilmente dislocadas y á propósito para hacer flexiones en sentido inverso, recibieron educacion de clown y podian, como los goznes de las puertas, moverse en todos los sentidos. Nada se omitió en él para que pudiese dedicarse al oficio de saltimbanqui.

Tiñeron su cabello de color de ocre una vez para siempre; este secreto se ha vuelto á encontrar en nuestros dias. Las mujeres hermosas lo utilizan; lo que afeaba en otros tiempos ahora se cree que embellece. Gwynplaine tenia el cabello amarillento; la pintura del cabello, que aparentemente es corrosiva, se lo dejó lanudo y grueso: lo tenia erizado de tal modo, que más parecia melena que cabellera, y cubria y ocultaba un cráneo formado para encerrar el pensamiento. La operacion que privó de armonía al rostro y desordenó su carne, no habia hecho presa de la caja huesosa. El ángulo facial de Gwynplaine era poderoso y sorprendente. Detrás de su risa eterna ocultaba un alma que soñaba como la de todos los demás.

Por otra parte, la risa le servia á Gwynplaine de talento; no pudiendo acabar con ella, le sacaba partido; por medio de la risa se ganaba la vida.

Gwynplaine era aquel niño que abandonaron una tarde los comprachicos en las costas de Portland y que recogió

Ursus en su choza ambulante en Weymouth.

## II.

### Dea.

El niño era en 1705 un hombre; quince años habian transcurrido desde entonces. Gwynplaine tenia ya veinticinco.

Ursus se quedó con los dos niños y formaban un grupo nómada. Hursus y Homo habian envejecido. Ursus estaba completamente calvo y Homo gris. La edad de los lobos no está fijada aun, como la de los perros: segun Molin, hay lobos que viven ochenta años, entre otros el koupara, *caviæ vorus*, y el lobo odorante, *canis nubilus*, de Say.

La niña pequeñuela, encontrada junto á su madre muerta, era ya ahora una criatura de diez y seis años, pálida, con cabellos negros, delgada, casi temblante de delicada, admirablemente hermosa, con los ojos llenos de luz, pero ciegos.

La fatal noche de invierno que lanzó al suelo á la mendiga con su niña causó dos desgracias; mató á la madre y cegó á la hija. La gota serena paralizó las pupilas de ésta: en su rostro privado de la luz del dia, el extremo de los labios abatidos expresaba ese amargo disgusto. Sus ojos, grandes y claros, ofrecian la singularidad de estar apagados para ella y brillaban para los demás, misteriosas luces encendidas, que solo alumbraban el exterior. Esa cautiva de las tinieblas blanqueaba el sitio en que se encontraba; desde el fondo de su oscuridad incurable, por detrás de la pared negra que se llama ceguera, resplandecia. No veia por fuera el sol y veian en ella los demás el alma. Su mirada muerta tenia una fijeza celestial: era noche, y de la sombra irremediable que se amalgamaba á ella salia un astro.

Ursus, monomaníaco por los nombres latinos, la habia puesto el de Dea. Hasta cierto punto consultó con el lobo, diciéndole: Tú representas al hombre, yo al animal: somos el mundo de aquí bajo y esta pequeña representará el de arriba. Tanta debilidad debe tener mucho poder; de este modo tendremos el universo completo en nuestra choza, humanidad, bestialidad y divinidad.

El lobo no le puso ninguna objecion.

Por eso la niña se llamó Dea.

En cuanto á Gwynplaine, Ursus no se tomó el trabajo de buscarle nombre. La misma mañana en que vió el rostro desfigurado del niño y la ceguera de la niña, le preguntó:—Muchacho, ¿cómo te llaman? Este le contestó:—Me llaman Gwynplaine. —Pues bien, ese será siempre tu nombre, repuso Ursus.

Dea ayudaba á Gwynplaine en sus ejercicios.

Si la miseria humana pudiera reasumirse, se reasumiria en Gwynplaine y en Dea. Parecia que habian nacido cada uno en un compartimiento del sepulcro; Gwynplaine en el horrible y Dea en el negro. Sus dos existencias estaban formadas de tinieblas de diferente clase, cogidas de los dos lados formidables de la noche. Estas tinieblas las tenia Dea dentro de ella y Gwynplaine sobre él. Dea tenia algo de fantasma y Gwynplaine de espectro. Dea vivia en lo lúgubre y Gwynplaine en lo peor; éste, que podia ver, luchaba con la posibilidad dolorosa, que no existia para la ciega Dea, de compararse con los otros hombres; y en un estado como el suyo, admitiendo que pudiera darse cuenta de él, compararse era no comprenderse. Tener, como Dea, vacía la mirada, es suprema desdicha; sin embargo, es menor que la de Gwynplaine; es ser su propio enigma, es sentir algo ausente, que es uno mismo, es ver el universo y no verse á sí propio. A Dea le cubria el velo de la noche y á Gwynplaine la máscara de su rostro, y es inexplicable estar enmascarados, como éste, con su propia carne. Ignoraba cómo fué su fisonomía antes. Le habian sustituido por otro él falso. Tenia por rostro una desaparicion. Vivia su cabeza y su cara habia muerto, y no se acordaba de haberla conocido nunca. El género humano para Dea, como para Gwynplaine, era un hecho exterior; estaban lejos de él, ella sola y él solo; el aislamiento de Dea era fúnebre, porque nada veia; el aislamiento de Gwynplaine era siniestro, porque lo veia todo. Para Dea la creacion no pasaba del oido y del tacto; su realidad era corta y limitada, no conocia otro infinito que el de la sombra. Para Gwynplaine vivir era tener siempre á la multitud delante y fuera de él. Dea era la proscripta de la luz y Gwynplaine el desterrado de la vida. Eran dos desesperados, que habian llegado al fondo posible de la calamidad y que vivian en él. El observador que se fijase en ellos se sentiria afectado de inconmensurable compasion. Un decreto de la desgracia pesaba visiblemente sobre esas dos criaturas, y nunca la fata-

lidad se empeñó tanto en conseguir que fuese, para dos séres inocentes, el destino una tortura y la vida un infierno.

Pero ellos vivian en el paraiso, porque se amaban.

Gwynplaine adoraba á Dea; Dea idolatraba á Gwynplaine.

—Eres tan hermoso! decia ella.

## III.

### Oculos non habet et videt.

Solo veia Gwynplaine á una mujer en el mundo, y esta mujer era ciega.

Todo lo que Gwynplaine habia hecho por Dea, ésta lo sabia por Ursus, á quien todo se lo habia referido. Dea sabia que acabando casi de nacer y muriendo encima de su madre, que acababa de espirar, un sér, un poco menos pequeño que ella, la recogió; que este sér, eliminado y rechazado por todo el mundo, habia oido sus lloros y sus gritos; que siendo todos sordos para él, él no lo habia sido para ella; que este niño, débil y abandonado, sin punto de apoyo en la tierra, arrastrándose por el desierto, desfallecido de cansancio, aceptó de manos de la noche el peso de otro niño; que él, que no podia esperar tener parte en la distribucion que se llama suerte, se encargó de otro destino y se constituyó en su Providencia; que cuando el cielo se cerraba, él la abrió su corazon; que estando perdida, él la salvó; que no teniendo techo ni abrigo, él la sirvió de refugio, sirviéndola de madre y de nodriza; que él, que estaba solo en el mundo, respondia á su abandono adoptándola; que en su oscuridad supo dar este ejemplo; que no creyéndose bastante desventurado, quiso aumentar su desventura con otra miseria; que en el mundo, que nada le ofrecia, descubrió su deber; que, semi-desnudo, cubrió á Dea con sus andrajos porque tenia frio; que, á pesar de estar hambriento, pensaba en hacerla comer y beber; que por ella este niño habia combatido y arrostrado la muerte bajo todas sus formas, bajo la forma del invierno y la de la nieve, bajo la de la soledad y la del terror, del frio, del hambre, de la sed y del huracan; que por ella, ese titán de diez años habia aceptado la batalla con la inmensidad nocturna.

Dea sabia que Gwynplaine habia hecho todo esto siendo niño, y que hoy, que era hombre, era para ella la fuerza de su debilidad, la riqueza de su indigencia y la mirada de su ceguera. A pesar de las densidades oscuras que le apartaban de él, distinguia con claridad su abnegacion y su valor. El heroismo tiene su contorno en la region inmaterial, y ella se apoderaba de ese contorno en la inexpresable abstraccion en que vive el pensamiento que el sol no alumbra, y comprendia el misterioso lineamiento de la virtud.

Entre el monton de cosas oscuras puestas en movimiento, única impresion que le producia la realidad; en el estancamiento inquieto de la criatura pasiva y siempre vigilando el peligro posible; en la sensacion de estar en él sin defensa por toda la vida, comprendia Dea establecido á Gwynplaine, nunca enfriado, nunca ausente, á Gwynplaine siempre tierno y á punto de socorrerla, y Dea se sobresaltaba de gozo y de gratitud; la calma de su ansiedad la conducia al éxtasis, y con los ojos apagados contemplaba en el zenit de su abismo la luz profunda de su bondad.

La bondad es el sol en el ideal y Gwynplaine deslumbraba á Dea.

Para la multitud, que tiene muchas cabezas para tener un pensamiento y demasiados ojos para tener una mirada; para la multitud, que es superficial y se para en las superficies, Gwynplaine era un clown, un volatinero, un saltimbanqui, un sér grotesco, casi, casi un animal. La multitud solo conocia de él el rostro.

Para Dea, era el salvador que la recogió de la tumba y la sacó de allí; el consuelo que la hacia posible la vida; el libertador, cuya mano conocia que dirigia la suya en el laberinto de la ceguera; Gwynplaine era el hermano, el amigo, el guia, el sostén, el esposo alado y radiante; y en el que la multitud veia un mónstruo, ella veia un arcángel.

Es porque Dea, á pesar de ser ciega, sabia ver el alma.

## IV.

### Dos amantes á propósito.

Ursus comprendia todo esto perfectamente y aprobaba la fascinacion de Dea.

—La ciega vé lo invisible, decia; añadiendo:

—La conciencia es vision.

Contemplaba á Gwynplaine y murmuraba:

—Semi-mónstruo, pero semi-dios.

Dea tambien fascinaba á Gwynplaine. Existe un ojo invisible, que es el espíritu, y un ojo visible, que es la pupila, y con este ojo la veia él.

Dea sentia el deslumbramiento ideal y Gwynplaine el deslumbramiento real; el saltimbanqui no solo era feo, sino espantoso, y ella le ofrecia el contraste de belleza tan suave con el de fealdad tan horrible. Dea parecia un sueño que habia tomado cuerpo. Habia en toda su figura, en su talle delgado é inquieto como una caña, en sus hombros, quizás invisiblemente alados, en las redondeces discretas de sus contornos que indicaban el sexo, pero al alma más que á los sentidos; en su blancura casi transparente, en la serenidad divina de sus ojos sin mirada, en la inocencia sagrada de su sonrisa, aproximacion grande al ángel, sin llegar á borrarse en ella el carácter de mujer.

Gwynplaine, como ya dijimos, se comparaba con los demás y comparaba á Dea. Su existencia actual era el resultado de una doble eleccion inaudita; era el punto de interseccion de dos rayos, uno de arriba y otro de abajo, del rayo negro y del rayo blanco. La misma migaja puede picotearse á un tiempo por el pico del bien y por el del mal, el uno causando una mordedura y el otro dando un beso. Gwynplaine era esta migaja, átomo herido y acariciado. Fué el producto de la fatalidad complicada con la Providencia. La desgracia puso la mano sobre él, pero tambien la felicidad. Dos destinos extremos componian su suerte extraña. Caian sobre él un anatema y una bendicion. Quién era él? El mismo lo ignoraba: cuando se contemplaba se desconocia, pero el desconocido que veia en él era monstruoso. Gwynplaine vivia como decapitado, llevando un rostro que no era el suyo; este rostro era espantoso, tan espantoso que hacia reir; era infernalmente bufon, era el cámbio del rostro humano en un mascaron bestial. Nunca se vió tan total eclipse del hombre en el semblante humano, jamás parodia tan completa, jamás caraza tan terrible se rió en una pesadilla, jamás todo lo que repugna á la mujer se amalgamó con tanta fealdad en un hombre; y su corazon desventurado, que enmascaraba y calumniaba la cara, parecia condenado perpétuamente á la soledad. Pues bien, no era así; donde la maldad desconocida agotaba sus recursos, la bondad invisible hacia á su vez derroche de los suyos; al pobre caido le levantó; al lado de lo que tenia de repulsivo colocó lo que atrae; puso muy cerca de él un alma, encargándola que le consolase, y consiguió que la belleza adorase á la deformidad. Para que esto fuera posible era menester que la hermosa no viese al desfigurado; para lograr la dicha era necesaria esa desgracia. La Providencia fué la que hizo cegar á Dea.

Gwynplaine conocia vagamente que era objeto de una redencion. ¿Por qué le habian perseguido? No lo sabia. ¿Por qué le rescataban? Lo ignoraba, pero veia que sobre su herida caia un bálsamo. Ursus, cuando Gwynplaine estuvo en la edad de comprender, le leyó y le esplicó el texto del doctor Conquest, *de Denasatis*, y en otro infolio, *Hugo Plagon*, el pasaje *Nares habens mutilatas;* pero Ursus se abstuvo prudentemente de hacer hipótesis y de sacar conclusiones. Sus suposiciones eran posibles y entreveia la posibilidad de vía de hecho contra la infancia; pero para Gwynplaine solo habia una evidencia, el resultado. Su destino de estar condenado á vivir bajo un estigma. Por qué cargaba con ese estigma? No lo sabia Gwynplaine. Eran hechas al aire todas las conjeturas que se hiciesen sobre su realidad trágica, y solo era cierto y seguro el hecho terrible. Para consolarle en su afliccion intervenia Dea, que era una interposicion celeste entre Gwynplaine y la desesperacion, y recibia conmovido y entrando en calor el afecto de la jóven hermosa, que le miraba compasiva en su infortunio: asombro paradisiaco enternecia su faz draconiana, y acostumbrado á las tinieblas, tenia por prodigio que la luz le admirase y le adorase en el ideal, y sabiendo que era un mónstruo, sentia el inefable placer de que una estrella le contemplase.

Gwynplaine y Dea formaban una pareja y sus dos corazones patéticos se adoraban. Un nido con dos pájaros; esa era su historia. Estaban ya en los dominios de la ley universal, que consiste en gustarse, buscarse y encontrarse.

De este modo quedó chasqueado el ódio. Las persecuciones de que fué víctima Gwynplaine y el enigmático encarnizamiento contra él, habian errado el tiro; quisieron hacer de él un hombre desesperado y lo hicieron feliz. La tenaza del verdugo se convirtió para él en mano de mujer. Gwynplaine era artificialmente horrible por la industria de los miserables comprachicos, que creyeron de este modo aislarle para siempre, primero de la familia, si la tenia, y des-

pues de la humanidad: siendo niño le convirtieron en una ruina; pero la naturaleza recobró esta ruina como las recobra todas, y consoló su soledad, como consuela todas las soledades: la naturaleza socorre todos los abandonos; donde todo desaparece, vuelve á hacerlo aparecer, reflorece y reverdece por todas partes, y dá la hiedra á las piedras y el amor á los hombres.

Generosidad profunda de la sombra.

## V.

### El azul en el negro.

Así vivian, uno para otro, esos dos desventurados, apoyándose Dea en Gwynplaine; la huérfana queria al huérfano y la imperfeccion se ponia bajo el amparo de lo deforme: se casaban esas dos viudedades.

Inefable accion de gracias rendian esas dos aflicciones. A quién? A la inmensa oscuridad. Basta con dar las gracias, porque esa accion tiene alas y vuela á donde debe ir. La plegaria sabe más que nosotros. Muchos hombres creyeron rogar á Júpiter y rezaban á Jehová. ¡A cuántos creyentes en amuletos escucha el infinito! ¡Cuántos ateos no conocen que por el mero hecho de ser buenos y de estar tristes ruegan á Dios!

Gwynplaine y Dea estaban agradecidos.

Deformidad quiere decir expulsion; ceguera quiere decir precipicio; pero en ellos la expulsion era adoptada y el precipicio estaba habitado.

Gwynplaine veia descender hasta él, en uno de los arreglos del destino, semejante á la luminosa perspectiva de un sueño, blanca y hermosa nube en forma de mujer, vision radiante que tenia corazon; y esta aparicion semi-nube y sin embargo mujer le estrechaba, le abrazaba, y ese corazon correspondia al suyo. Gwynplaine no se creia ya que era deforme desde que fué amado: una rosa pidió en matrimonio á una crisálida, presintiendo en ella la divina mariposa; el rechazado Gwynplaine fué el escogido.

Todo consiste en ser á propósito; Gwynplaine lo era y Dea tambien.

Formaban la penetracion de dos infortunios en el ideal, éste absorbiendo aquel. Dos exclusiones que se admitian. Dos lagunas que se combinaban para completarse. Se unian por lo que les faltaba, por lo que el uno era pobre y el otro era rico. La desgracia del uno constituia el tesoro del otro. Si Dea no fuese ciega, hubiera escogido á Gwynplaine? Si Gwynplaine no fuese un mónstruo, ¿hubiese preferido á Dea? Probablemente ella no hubiera amado lo deforme ni él lo imperfecto. Es fortuna para Dea que Gwynplaine sea repugnante, y es suerte para éste que aquella sea ciega. Eran imposibles sin estas cualidades providenciales. La prodigiosa necesidad de uno y de otro formaba el fondo de su amor. Producia su adherencia el encuentro de sus dos desgracias. Se abrazaban al ser tragados por el abismo.

Gwynplaine pensaba:—¡Qué seria yo sin ella!

Y Dea:—Qué seria yo sin él!...

Sus dos destierros les conducian á una patria; sus dos fatalidades incurables, el estigma de Gwynplaine y la ceguera de Dea, verificaban su juncion en la satisfaccion propia de cada uno. Se bastaban y no pensaban en nada fuera de sí mismos; hablarse era para ellos un placer, aproximarse una felicidad; á fuerza de intuicion recíproca habian conseguido la unidad de pensamiento, pensaban los dos lo mismo. Se estrechaban el uno contra el otro, con una especie de claro-oscuro sideral, lleno de perfumes, de resplandores, de músicas, de arquitecturas luminosas, de sueños; se pertenecian y se encontraban juntos para siempre en la misma alegría y en el mismo éxtasis: nada era tan extraño como el eden que construian estos dos condenados.

Eran dichosos de un modo inexpresable. De su infierno habian hecho un cielo; tal es la omnipotencia del amor!

Así encontraron la felicidad ideal y realizaron la alegría perfecta de la vida, resolviendo el problema misterioso de la felicidad. Y quién lo resolvia? Dos desventurados.

Dea era el esplendor para Gwynplaine y éste era la presencia para Dea. La presencia, profundo misterio que diviniza lo invisible, y de la que resulta otro misterio, la confianza. Esto es lo irreducible en las religiones, pero esto irreducible basta. No se vé al sér inmenso y necesario, pero se le presiente. Gwynplaine era la religion de Dea. A veces, loca de amor, se arrodillaba delante de él como una especie de hermosa sacerdotisa de un gnomo de pagoda.

Figuraos el abismo y en medio de él un oasis de claridad, y en este oasis esos dos séres, deslumbrándose fuera de la vida.

Sus amores eran muy puros. Dea ignoraba lo que era un beso, aunque quizás lo desease; pues la ceguera, sobre todo en la mujer, tiene sus sueños, y aunque temblaba por las aproximaciones de lo desconocido, no las rechazaba todas. En cuanto á Gwynplaine, su accidentada juventud le hizo pensativo, y cuanto más se entusiasmaba con Dea, más timido era: pudo atreverse á todo con la compañera de su primera edad, que desconocia esta falta, como desconocia la luz; con esta ciega, que solo veia que ella le adoraba; pero él creia de ese modo robar lo que ella le concederia, y se resignaba con satisfactoria melancolía á amarla platónicamente, resolviéndose en pudor augusto el sentimiento de su deformidad.

Esos dichosos vivian en el ideal, siendo allí esposos separados, como las esferas. Cambiaban en la extension azul el efluvio profundo que en el infinito se llama atraccion y en la tierra sexo. Se daban los besos del alma.

Vivian en vida comun: no se juntaban de otro modo. La infancia de Dea coincidió con la adolescencia de Gwynplaine, y crecieron uno al lado del otro. Habian dormido mucho tiempo en la misma cama, porque la choza no permitia otra cosa. Ellos dormian sobre el cofre y Ursus sobre el piso. Llegó un dia, cuando aun Dea era pequeña, pero cuando Gwynplaine se sintió hombre, que en éste comenzó la vergüenza. Entonces le dijo á Ursus:—Yo tambien quiero dormir en tierra. A la siguiente noche se tendió al lado del viejo, sobre la piel de oso. Dea lloró y reclamó á su compañero de lecho; pero no lo consintió Gwynplaine, que estaba ya inquieto, porque empezaba á quererla. Desde entonces Gwynplaine se acostó en tierra con Ursus. Este en verano, cuando hacia buena noche, se acostaba con Homo fuera de la choza ambulante. Tenia ya Dea trece años y no estaba resignada aun á esta separacion; con frecuencia decia por la noche: —Gwynplaine, ven aquí, á mi lado, y así dormiré mejor. Tener un hombre al lado era para ella la necesidad del sueño de la inocencia. La desnudez consiste en verse desnudos: por eso ella ignoraba lo que era desnudez. Inocencia de la Arcadia ó de Otaiti. La salvaje Dea hacia á Gwynplaine feroz. A veces Dea, siendo ya mujer, peinaba su larga cabellera, sentada sobre la cama, con la camisa casi caida, dejando ver el bosquejo de la estátua femenina, y llamaba á Gwynplaine. Éste se ruborizaba, bajando los ojos, y no sabia lo que le pasaba á la vista de aquella carne; balbuceaba, volvia la cabeza á la parte opuesta, tenia miedo y se iba: este Dafne de las tinieblas huia ante aquella Cloe de la sombra. Tal era aquel idilio, encerrado en una tragedia.

Ursus les decia:

—Estúpidos, adoraos!

## VI.

### Ursus institutor y Ursus tutor.

Ursus añadia para sí:

—El mejor dia les voy á jugar una mala pasada; los voy á casar.

Explicando á Gwynplaine la teoría del amor, le decia:

—¿Sabes cómo Dios enciende el fuego del amor? Pone á la mujer debajo, al diablo en medio y al hombre arriba; enciende un fósforo, esto es, una mirada, y arde todo.

—Para eso no se necesita la mirada, respondió Gwynplaine, pensando en Dea.

—¿Para mirarse las almas necesitan ojos, majadero?

Ursus muchas veces consolaba á Gwnyplaine, y en los momentos de locura se acogia á éste. Ursus le dijo un dia:

—Por eso no estés sombrío ni incomodado. El gallo se pavonea cuando ama.

—Pero el águila se oculta, le respondia Gwynplaine.

Otras veces Ursus se decia aparte:

—Será prudente poner palos en las ruedas del carro de Citerea. Se quieren demasiado y esto puede traer inconvenientes. Evitemos el incendio; moderemos sus corazones.

Ursus recurria á consejos de este género, dándoselos á Gwynplaine cuando Dea dormia, y á ésta cuando aquel no estaba delante.

—Dea, no debes encadenarte tanto á Gwynplaine; vivir para otro es muy peligroso. El egoismo es casi la felicidad. No hay que fiar mucho de los hombres; Gwynplaine puede infatuarse, porque le aplauden mucho; ¡no sabes qué grandes éxitos consigue!

—Gwynplaine, lo desproporcionado nada vale. Demasiada fealdad por una parte y demasiada belleza por otra, debe hacerte reflexionar. Atempera ese ardor. No te entusiasmes tanto con Dea. Crees que has nacido para ella? Consi-

dera tu deformidad y su perfeccion; ya ves la distanciaque hay de ella á tí; hazte estas reflexiones y te calmarás.

Pero estos consejos solo sirvieron para aumentar el amor que se profesaban Gwynplaine y Dea, y Ursus se asombraba del poco éxito que alcanzó por este medio. ¿Pero queria verdaderamente entibiar ó extinguir el amor en ellos? Ciertamente que no. Hubiera tenido un disgusto si lo hubiese conseguido, porque en el fondo este amor, que era una llama para los amantes, era para él un calor que le hacia revivir; pero es preciso murmurar un poco de lo que nos gusta, que esto es lo que los hombres llaman sabiduría.

Ursus fué para los dos amantes casi, casi padre y madre; murmurando los educó y gruñendo los mantuvo. Su doble adopcion hizo más pesada á la choza ambulante, y él tuvo que engancharse con mucha frecuencia con Homo para arrastrarla; pero cuando pasaron los primeros años y Gwynplaine fué ya hombre y Ursus viejo, le tocó á aquel el turno de arrastrar á éste.

Ursus, al ver crecer á Gwynplaine, sacó el horóscopo de éste de su deformidad. *Han hecho tu fortuna*, le decia.

Esta familia, compuesta de un viejo, dos niños y un lobo, rodando por caminos, calles y plazas, habia estrechado cada vez más su grupo. La vida errante no habia impedido la educacion. Como Gwynplaine habia sido sin duda alguna desfigurado para ser exhibido en las férias, Ursus le educó para saltimbanqui, incrustando en él al mismo tiempo la ciencia y la sabiduría. Contemplándole el rostro gruñia:—Está bien comenzado. Por eso él le completaba con todos los ornamentos de la filosofía y del saber. Con frecuencia le decia:

—Es necesario que seas filósofo. Ser sábio es ser invulnerable. Aquí donde me ves, yo no he llorado nunca, y este es el poder de la sabiduría. ¿Crees que si hubiese querido llorar me hubieran faltado ocasiones?

Ursus, en sus monólogos, que el lobo escuchaba, decia:

—He enseñado á Gwynplaine muchas cosas, incluso el latin, y nada á Dea, exceptuando la música.

Les enseñó á los dos á cantar; él tocaba muy bien la flauta, así como tambien la chifionía, especie de gaita. Sus tocatas atraian mucha gente. Ursus enseñaba á la multitud su chifonía, diciéndola en latin: *organistrum*.

Enseñó el canto á Gwynplaine y á Dea, segun el método de Orfeo y de Binchois. Más de una vez le hacia suspender las lecciones este grito de entusiasmo:

—¡Orfeo, músico de Grecia; Binchois, músico de Picardía!...

Las ocupaciones de su educacion no ocupaban á los niños de tal modo que no les dejasen tiempo para quererse; crecieron mezclando sus dos corazones, como dos arbustos, plantados cerca uno de otro, mezclan sus ramas cuando se convierten en árboles.

—Es igual, murmuraba Ursus; yo los casaré.

Y gruñia aparte:—Me empalagan con sus amores.

El pasado se puede decir que no existia para Gwynplaine y para Dea; solo sabian de él lo que Ursus les habia dicho, y á éste le llamaban padre. Gwynplaine no tenia otro recuerdo de su infancia que el de una irrupcion de demonios sobre su cuna; conservaba la impresion de haber sido pisoteado en la oscuridad por piés enormes. ¿Fué eso casual ó voluntario? Lo ignoraba. De lo que se acordaba con todos sus detalles era de la aventura trágica de su abandono. El encuentro de Dea marcaba para él, en dicha noche lúgubre, un dato luminoso.

Dea, como era aun más pequeña que Gwynplaine, ningun recuerdo conservaba en la memoria. Se acordaba de su madre como de una cosa fria. ¿Habia visto el sol? Quizás. Hacia esfuerzos inútiles para recoger su espíritu en el desvanecimiento que se extendia por detrás de ella. El sol qué era? Ella se acordaba de haber visto algo luminoso y caliente, que fué reemplazado por Gwynplaine.

Se hablaban en voz baja: arrullarse es lo más importante que hay en el mundo. Un dia, no pudiendo contenerse, al apercibir Gwynplaine al través de una manga de muselina el brazo de Dea, aplicó sus labios á esa transparencia; con su boca deforme dió un beso ideal; Dea sintió profundo arrobamiento y se volvió de color de rosa. El beso del mónstruo hizo brillar la aurora sobre la noche de su frente; sin embargo, Gwynplaine suspiró como con terror, y como la gorguera de Dea se entreabria, no pudo dejar de mirar blancuras visibles por aquella abertura del paraiso.

Dea se subió la manga y tendió á Gwynplaine el brazo desnudo, diciéndole:—Otra vez. Pero Gwynplaine huyó escapado.

Al dia siguiente se repitió este juego con variaciones. Resbaladuras celestes por el suave abismo del amor. De estas cosas el buen Dios, como viejo filósofo, se sonrie.

## VII.

### La ceguera dá lecciones de ver con claridad.

Algunas veces Gwynplaine se dirigia reproches á sí mismo, al considerar su felicidad como un caso de conciencia; se imaginaba que dejarse amar por una mujer que no podia verle era engañarla. ¿Qué diria de él si sus ojos adquiriesen vista de repente? Lo que ahora la atrae entonces la seria repulsivo, y retrocederia ante su espantoso amante, lanzando un grito y tapándose la cara con las manos. Le atormentaba este escrúpulo, y le parecia que siendo un mónstruo no tenia derecho á amar.

Un dia dijo á Dea:

—Tú no sabes que soy muy feo.

—Solo sé que eres sublime, le respondió ella.

—Cuando oyes que se rie todo el mundo, es que se rien de mí porque soy horrible.

—Yo te amo, le contestó Dea. Estaba ya muerta y me resucitaste; tú para mí eres el cielo. Dame la mano, quiero tocar á Dios.

Sus manos se buscaban y se estrechaban sin decirse una palabra, silenciosos por la plenitud de su amor.

Ursus, que oyó lo anterior, al otro dia, estando juntos los tres, dijo:

—Por otra parte, Dea es fea tambien.

Pero estas palabras no hicieron ningun efecto. Dea y Gwynplaine no le escuchaban. Absorbidos el uno en el otro se enteraban rara vez de los epifonemas de Ursus; no le hacian caso. Esta vez, sin embargo, la precaucion del filósofo "Dea es fea tambien", indicaba en el hombre docto la ciencia de la mujer. Gwynplaine habia cometido lealmente una imprudencia. Decir á cualquiera otra mujer y á cualquier otra ciega que no fuese Dea: *Yo soy feo*, era peligroso. Ser ciega y enamorada es ser dos veces ciega. En esta situacion se vive de sueños, la ilusion es el pan del sueño, y quitar la ilusion al amor, es quitarle el alimento. Todos los entusiasmos entran útilmente en su formacion, tanto la admiracion física como la admiracion moral. Por otra parte, no se debe decir nunca á la mujer ninguna palabra difícil de comprender, porque esto la obliga á pensar sobre ella y á pensar mal. Un enigma en el pensamiento causa un estrago; la percusion de una palabra que se ha dejado caer desagrega lo que se adhería, y sucede á veces que, sin saber cómo, se vacía visiblemente el corazon por haber recibido el golpe oscuro de una palabra en el aire. El sér que ama se apercibe de esta diminucion de su felicidad.

Por fortuna Dea no estaba formada de esa arcilla: la pasta de que se componen ordinariamente las mujeres no entró en su composicion; era una naturaleza rara. Su cuerpo era frágil, pero no su corazon, y constituia el fondo de su sér divina perseverancia en el amor.

Todo el efecto que produjo en ella la frase de Gwynplaine se redujo á hacerla decir un dia lo siguiente:

—Qué es ser feo? Ser feo es obrar mal, y Gwynplaine siempre obra bien; luego es hermoso.

Despues, siempre bajo la forma interrogativa familiar á los niños y á los ciegos, repuso:

—A qué llamais vosotros *ver?* Yo no *veo*, ya lo sé; parece que el ver oculta algo.

—No te comprendo. ¿Qué es lo que quieres decir? preguntó Gwynplaine.

—Que *ver* es una cosa que oculta lo verdadero.

—No, replicó Gwynplaine.

—Sí, contestó Dea, pues tú dices que eres feo.

Quedó un momento pensativa y despues añadió:

—Mentiroso!

Gwynplaine recibió la alegría de haber confesado la verdad y de no ser creido. Su conciencia quedó tranquila y su amor tambien.

De este modo llegaron, ella á los diez y seis años y él á los veinticinco.

No estaban, como se diria en la actualidad, más adelantados que el primer dia. Menos, porque recordará el lector que pasaron su noche de bodas teniendo ella nueve meses y él diez años. Una especie de niñez santa se prolongaba en su amor; así sucede algunas veces que el ruiseñor que se retarda prolonga su canto hasta aparecer la aurora.

Sus caricias no iban más allá de los apretones de manos y de algun beso en el brazo desnudo. Esto les bastaba.

Al pensar en la edad que ya tenian los dos jóvenes, Ursus, una mañana, no

perdiendo nunca de vista "su mala pasada„, les dijo:

—Uno de estos dias escogereis una religion.

—Para qué? preguntó Gwynplaine.

—Para casaros.

—Ya lo estamos, respondió Dea.

Dea no comprendia que pudieran ser marido y mujer de otro modo que lo eran.

En el fondo, este contento quimérico y virginal, esta inocente saciedad de un alma de otra, este celibato, tomado como matrimonio, no desagradaba á Ursus. Lo que les dijo fué porque debia hablar de ese modo; pero como médico, encontraba á Dea, sino demasiado jóven, demasiado frágil y delicada para lo que él llamaba "el himeneo en carne y huesos„. Esto llegaria de todos modos demasiado pronto. Por otra parte, ¿no estaban ya casados? Si lo indisoluble existe en alguna parte, existia en la cohesion Gwynplaine y Dea, y era admirable que el infortunio hubiese arrojado cariñosamente al uno en brazos del otro; y como si no bastase este primer lazo, que anudó la desgracia, vino á apretarlo, enroscándose sobre él, el amor.

Dea aportó la hermosura y Gwynplaine la luz: cada uno tenia su dote, y más que una pareja formaban el par, separados únicamente por la interposicion sagrada de la inocencia.

Aunque á Gwynplaine le gustaba pensar y absorberse cuanto podia en la contemplacion de Dea, en el foro interior de su amor era hombre. Las leyes fatales no se pueden eludir, y sufria como todo en la naturaleza las fermentaciones oscuras impuestas por el Creador. Estas, á veces, cuando aparecia en público le impulsaban á mirar á las mujeres que habia entre la multitud, pero en seguida huia la vista de ellas y se apresuraba, como arrepentido, á concentrarse en su alma.

Añadamos que le faltaba atrevimiento, porque en el rostro de todas las mujeres que miraba veia escrita la aversion, la antipatía y la repugnancia, y comprendia que solo era Dea posible para él: esto le ayudaba á arrepentirse.

## VIII.

### No solo la dicha, sino tambien la prosperidad.

Hay muchas verdades en los cuentos; la quemadura del diablo invisible que os toca, es el remordimiento que causa un mal pensamiento.

En Gwynplaine no llegaba á realizarse el mal pensamiento, y por eso no tenia remordimientos, pero tenia pesar. Vagas brumas de la conciencia.

Eso no era nada; tanto, que la felicidad del viejo y de los dos jóvenes era completa, tan completa que ya no eran pobres.

Desde 1689 á 1704 se verificó en ellos profunda transfiguracion. En 1704 entraba á veces al caer la noche, en una pequeña ciudad del litoral, un grande y pesado carro cubierto, que arrastraban dos caballos robustos. Se parecia á un casco de navío puesto del revés, con la quilla por techo, el puente por piso, y colocado sobre cuatro ruedas grandes, altas é iguales. Ruedas, lanza y carromato todo estaba pintarrajeado de verde, pero con gradacion rítmica de matices, que recorria desde el verde de botella de las ruedas hasta el verde de manzana del techo. Por el color conocian este carruaje en todas las férias, y le llamaban Green-Box, que quiere decir la caja verde. Solo tenia dos ventanas, una á cada extremidad, y por detrás una puerta con estribera. En el techo, y de un tubo pintado de verde, como todo lo demás, salia humo. Esta casa ambulante estaba siempre muy limpia y recien barnizada. En la delantera, en un banquillo adherido al carro, al que servia de puerta la ventana, sobre el tronco de caballos, y al lado de un viejo que manejaba las riendas, habia sentadas dos mujeres bohemias, vestidas de diosas y tocando la trompeta. La gente del pueblo, embobada, contemplaba y comentaba esta máquina, que andaba dando terribles vaivenes.

Era la antigua choza de Ursus amplificada por el éxito y su tablado convertido en teatro.

Homo iba encadenado debajo del carromato.

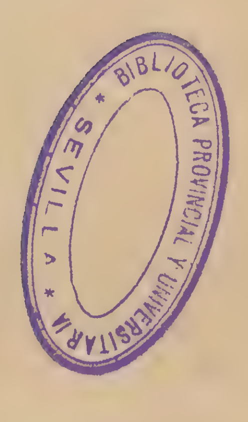
El cochero viejo que guiaba los caballos era el filósofo en persona. ¿De dónde provenia esta rica transformacion?

De que Gwynplaine era célebre.

Como se vé, con verdadero conocimiento de lo que es el éxito en el mundo, predijo Ursus á Gwynplaine que habian hecho su fortuna. Este fué educado por aquel. Desconocidos trabajaron el rostro del niño, y Ursus trabajó su inteligencia; detrás de la llamativa máscara colocó todos los pensamientos que pudo. Cuando el niño creció lo sacó á la




EL COCHE-TEATRO


* BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA * SEVILLA

escena, esto es, á la delantera de la choza, y fué extraordinario el efecto que causó esta aparicion. En seguida el público quedó pasmado; nunca habian visto nada comparable á su sorprendente rostro que reia. Ignoraban cómo se realizó ese milagro de hilaridad comunicable; unos le creian natural, otros artificial, y añadiendo conjeturas á la realidad, por todas partes, en las calles, en los mercados, en los puntos de féria y de fiestas, la multitud se amontonaba por ver á Gwynplaine. Merced á esta gran atraccion, se llenó la pobre escarcela del grupo nómada, primero de *peny*, despues de *liards* y últimamente de *schellines*. Cuando agotaban la curiosidad en un sitio iban á otro, y rodando de una parte á otra se enriqueció la pobre choza ambulante, y de año en año, de pueblo en pueblo, aumentando la talla y la fealdad de Gwynplaine, alcanzó la fortuna que Ursus le predijo.

—¡Es grande el servicio que te hicieron! exclamaba el filósofo.

Las ganancias permitieron á Ursus; administrador del éxito de Gwynplaine, hacer construir el carro cubierto en que soñaba, que fué bastante grande para contener un teatro y sembrar la ciencia y el arte por calles y por plazas. Además, al grupo que componian él, Homo, Gwynplaine y Dea, pudo añadir dos caballos y dos mujeres, las que hacian de diosas, como acabamos de decir, y de sirvientas. La barraca de volatineros debia tener el frontispicio mitológico. "Somos un templo errante„, solia decir Ursus.

Las dos gitanas que recogió el filósofo entre la confusion nómada de pueblos y aldeas eran feas y jóvenes, y se llamaban, por la voluntad de Ursus, una Febe y otra Venus. Febe era la cocinera y Venus barria el templo. Además, los dias de *performance* (1) vestian á Dea.

Fuera de lo que para los volatineros como para los príncipes se llama la vida pública, Dea vestia, como Febe y Venus, unas faldas de tela llena de flores, llevando encima una especie de sobretodo sin mangas que dejaba los brazos libres. Gwynplaine usaba para sus trabajos y ejercicios de fuerza, alrededor del cuello y de los hombros, una esclavina de cuero. Éste cuidaba de los caballos; Ursus y Homo cuidaban uno de otro. Dea estaba ya tan acostumbrada á la caja verde, que la recorria con facilidad, como si tuviese vista.

El que penetrase en la estructura íntima y en el arreglo del edificio ambulante, veria en un ángulo, amarrada á las paredes é inmóvil sobre sus cuatro ruedas, la antigua choza de Ursus, retirada ya del servicio, dispensada de rodar y de arrastrarse, lo mismo que Homo de cargar con ella; esta choza servia ahora de cámara y de vestuario á Ursus y á Gwynplaine y contenia dos camas; en el otro rincon, y frente á ella, estaba la cocina.

La reparticion interior de un navío no era más precisa ni más á propósito que la de Green-Box. Estaba todo previsto y el local aprovechado. El coche estaba cortado en tres compartimientos con tabiques. Los compartimientos se comunicaban por huecos libres y sin puertas; una tela gruesa, á modo de portier, caia sobre ellos y medio los cerraba. El compartimiento de detrás era la habitacion de los hombres, el de delante la habitacion de las mujeres y el del medio era el teatro, que separaba á los dos sexos. Los efectos de orquesta y de maquinaria estaban en la cocina. Un camaranchon, situado bajo la curvatura del techo, contenia las decoraciones, y abriendo una trapa de dicho camaranchon aparecian lámparas, que producian sorprendente iluminacion.

Ursus era el poeta que escribia las piezas teatrales. Poseia talentos diversos y hacia cosas particulares. Además de hacer oir voces diferentes, producia accidentes inesperados, choques de luz y de oscuridad, formaciones expontáneas de cifras ó de palabras, á gusto del público; sobre un tabique proyectaba claros-oscuros, mezclados con el desvanecimiento de cabezas caprichosas, entre las que él, poco atento á la multitud maravillada, meditaba.

Un dia le dijo Gwynplaine:

—Padre, pareceis un brujo.

—Es porque lo soy quizás, contestó el filósofo.

La Green-Box, construida bajo la sábia inspeccion de Ursus, ofrecia el refinamiento ingenioso de que, entre las dos ruedas de delante y las dos de detrás, el pannean central de la fachada de la izquierda giraba sobre la charnela con la ayuda de un juego de cadenas y de poleas, y bajaba y subia, segun se deseaba, como un puente levadizo. Al bajar dejaba en libertad tres varas largas de hierro apoyadas en gonces, que, conservando

(1) Los dias de representacion teatral.

la vertical mientras el pannean bajaba, se colocaban rectas sobre el piso, como los piés de una mesa, y sostenian encima de él una especie de estrado, y el pannean quedaba convertido en terreno plano. Al mismo tiempo aparecia el teatro, aumentado con el plano que formaba la parte de delante de la escena.

La carreta-teatro existe todavía. En teatros ambulantes de esa clase se representaron en el siglo diez y seis y en el siglo diez y siete, en Inglaterra, los bailes y las baladas de Anmer y de Pilkington; en Francia las églogas de Gilbert Colin; en Flandes, en las Kermesses, los dobles coros de Clement; en Alemania el Adan y Eva de Theiles; en Italia las farsas burlescas de Animuccia y de Cafossis; las silvas de Gemaldo; *El sátiro*, de Laura Guidiccioni; *La desesperacion de Fileno* y *La muerte de Ugolino*, de Vicente Galileo, padre de la astronomía, el que cantaba su propia música, acompañándose con la viola; y se verificaban, en fin, en esos teatros ambulantes, los primeros ensayos de ópera italiana, que desde 1580 sustituyeron la inspiracion libre con el género madrigalesco.

El coche-teatro de color de esperanza que llevaba á Ursus, á Gwynplaine y su fortuna, y en cuyo pescante Febe y Venus tocaban la trompeta, como dos Famas, formaba parte del conjunto bohemio y literario. Cuando llegaba á los pueblos y á las ciudades, en los intervalos en que no tocaban las trompetas, Ursus las comentaba con revelaciones instructivas.

—Esta sinfonía es gregoriana, gritaba. Ciudadanos y vecinos: la heregía gregoriana, ese gran progreso, se estrelló en Italia contra el rito ambrosiano y en España contra el rito mozárabe, y triunfó con muchísima dificultad.

Despues de dicho lo anterior, la Green-Box se paraba en cualquier sitio que Ursus designaba, y cuando llegaba la noche el pannean de delante de la escena bajaba, el teatro se abria y la funcion teatral comenzaba.

El teatro de la Green-Box representaba un paisaje, pintado por Ursus, que no sabia pintar; de ese modo en caso necesario el paisaje podia representar un subterráneo. La cortina, lo que llamamos telon, era una tela de seda á cuadros.

El público estaba por fuera, en la calle, en la plaza, redondeado en semicírculo ante el espectáculo, bajo la influencia del sol y de la lluvia. Cuando era posible, se hacian las representaciones en el corral de una posada y habia tantas filas de palcos como pisos con ventanas. Estando de este modo el teatro más cerrado, el público pagaba más.

Ursus se ocupaba de todo, de las piezas, de su gente, de la cocina y de la orquesta. Febe y Venus tocaban instrumentos extraños y el lobo formaba parte de la compañía. Con frecuencia, cuando aparecian en el teatro juntos Ursus y Homo, aquel con la piel de oso muy bien ceñida y éste con su piel de lobo, mejor ajustada aun, no se sabia cuál de los dos era el animal; esto enorgullecia á Ursus.

## IX.

### Extravagancias que las personas de mal gusto llaman poesía.

La clase de piezas que componia Ursus era de un género cuya moda ya ha pasado: una que ha llegado hasta nosotros se titula: *Ursus Rursus*; es probable que representase en ella el papel principal.

Los títulos los ponia casi siempre en latin y la poesía muchas veces en español. El español era entonces lengua corriente, y los marinos ingleses hablaban castellano, como los soldados romanos hablaban cartaginés; leed á Plauto. Por otra parte, en el espectáculo, como en la misa, la lengua latina ú otra que el auditorio no comprendiese no molestaba á nadie. Salian del paso aplicándola palabras comunes. La antigua Francia gálica, sobre todo, tenia esta manera de ser devota. En la iglesia, con la música de un *Immolatus*, los fieles cantaban *Riesse pendrai*, y con la de un *Sanctus*, *Baise-moi, ma mie*. Se necesitó que interviniese el Concilio de Trento para acabar con estas familiaridades.

Ursus estaba muy satisfecho de una pieza que compuso para Gwynplaine; era su obra capital; habia puesto en ella todo lo que sabia. Dar la suma de sus productos es el triunfo del que crea. El sapo que hace un sapo hace una obra maestra. Si lo dudais, probad á hacerlo. La pieza favorita de Ursus la intituló *El caos vencido*.

Era lo siguiente:

Efecto de noche.—Al levantarse el telon la multitud aglomerada ante la Green-Box veia el teatro negro. En su oscuridad se movian en el estado de reptiles tres formas confusas, un lobo,

un oso y un hombre. El lobo era Homo, el oso Ursus y el hombre Gwynplaine. El lobo y el oso representaban las fuerzas feroces de la naturaleza, el hombre inconsciente, la oscuridad salvaje, y los dos se lanzaban contra Gwynplaine; eran el caos combatiendo al hombre. A ninguno se le veia la cara. Gwynplaine se batia cubierto con un sudario, y su cabellera caida le ocultaba el semblante. Además, todo estaba oscurísimo. El oso gruñia, el lobo crujía los dientes y el hombre gritaba. El hombre habia caido debajo de los dos animales é iban á acabar con él; pedia socorro y llamaba á lo desconocido, resollando. El público asistia á la agonía del hombre apenas perfilado, apenas distinto aun de los brutos; esto era lúgubre y la multitud lo miraba jadeando; un minuto más de esta lucha y las fieras hubieran triunfado y el caos se hubiera tragado al hombre. Tras la lucha, los gritos y los aullidos, reinó el silencio de repente. Se oyó un canto en la oscuridad y el viento trajo los ecos de una voz. Misteriosas músicas flotaban acompañando al canto de lo invisible, y de súbito, sin saber de dónde ni cómo, surgió una blancura. Esta blancura era una luz, esta luz era una mujer, esta mujer era un espíritu. Dea, tranquila, cándida, hermosa y llena de dulzura apareció en el centro de un nimbo. La voz que cantó era la suya, voz ligera, profunda, inefable. De invisible se convirtió en visible y en su carrera cantaba. Al oirla les pareció oir la cancion de un ángel ó el himno de un pájaro. Al ver esta aparicion, el hombre, impulsado por sobresalto deslumbrador, dejó caer sus puños sobre los dos brutos aterrados.

Entonces la vision cantó unos versos de pureza española, (1) suficiente para los marineros ingleses que la oian.

Despues inclinaba los ojos para mirar al abismo que estaba debajo de ella, y seguia cantando; á medida que cantaba, el hombre se iba levantando, con las manos dirigidas hácia la vision y las rodillas apoyadas sobre las dos bestias, inmóviles y aterradas. La vision miraba al hombre, y aproximándose á él con majestad de astro, volvia á cantar (1), posando la mano sobre la frente de aquel.

Entonces se oia otra voz más profunda y más suave aun, voz sentida y violenta á la par, de gravedad tierna y feroz á un mismo tiempo; era el canto humano que respondia al canto sideral. Gwynplaine, que continuaba en la oscuridad arrodillado sobre el oso y sobre el lobo vencidos, teniendo aun posada en la frente la mano de Dea, cantaba. (2)

De súbito un surtidor de luz hirió de frente la cara de Gwynplaine, y se vió en la oscuridad que el mónstruo estaba satisfecho.

Es imposible pintar la conmocion que agitó al público. Otro surtidor de risa saltó de él. La risa nace de lo inesperado, y nada tan inesperado como ese desenlace. Con nada es comparable el bofeton de luz que recibió la cara bufona y terrible. De su risa se reian por todas partes, arriba, abajo, delante, en el fondo, los hombres, las mujeres, las viejas, las cabezas calvas, las caras rosadas de los niños, los buenos, los malos, las gentes alegres y las gentes tristes, todo el mundo, y hasta los transeuntes, que nada podian ver, al ver que la multitud se reia, se reian tambien, y las risas terminaban en aplausos y en patear en el suelo. Cuando cayó el telon llamaron con frenesí á Gwynplaine. Esta farsa le proporcionó un éxito enorme; todos corrian á ver en ella al mónstruo. Todos se preguntaban: Habeis visto el *Caos vencido?* Los indiferentes iban á reir y los melancólicos y todos. Era una risa tan irresistible la que ocasionaba, que parecia una enfermedad; y si hay una peste de la que el hombre no huye, es la del contagio de la alegría. El acontecimiento, sin embargo, no habia pasado del populacho, de la hez del pueblo. Iban á ver el *Caos vencido* por un penny; el gran mundo no vá á ver espectáculos tan baratos.

Ursus estaba contento de su obra y decia con modestia:

—Es del género de un tal Shakespeare.

La contraposicion de Dea hacia pro-

(1) Hé aquí los versos que escribe Víctor Hugo en castellano:

Ora ¡llora!
de palabra
nace razon
dá luze el son.

El gran escritor, que tanto sabia, ni escribió en español ni consiguió hacer versos en nuestra lengua.—(N. del T.)

(1) Gebran barzon!
Dexa, mónstruo
á tu negro
caparazón

Copiado con la ortografía que usa el autor.—(N. del T.)

(2) O ven! ama!
Eres alma
soy corazon.

Bien hace V. Hugo en llamar en el epígrafe de este capítulo, á lo que pretende que sea castellano y verso, *extravagancias que las personas de mal gusto llaman poesía.*—(Nota del T.)

ducir mayor efecto á Gwynplaine. Su blanco rostro al lado del gnomo representaba lo que se pudiera llamar el asombro divino. El pueblo miraba á Dea con ansiedad misteriosa, porque veia en ella algo supremo de la vírgen y de la sacerdotisa, que desconoce al hombre y que conoce á Dios. Sabiendo que era ciega, les parecia que tenia vista. Estaba de pié en el dintel de lo sobrenatural y participaba á medias de nuestra luz y de la luz eterna; venia á trabajar á la tierra, pero como trabaja el cielo, con la aurora. Encontraba una hidra y la convertia en alma. Tenia el aspecto de potencia generatriz, satisfecha y estupefacta de su creacion; parecia leerse en su semblante, adorablemente azorado, la voluntad de la causa y la sorpresa del resultado. Parecia que amaba á aquel mónstruo. Sabia que lo era? Sí, porque lo tocaba; no, porque lo admitia. Esa noche y ese dia confundidos se resolvian en el espíritu del espectador en un claro-oscuro, en el que aparecian perspectivas infinitas. Cómo la divinidad puede adherirse á lo monstruoso, de qué modo se verifica la penetracion del alma en la materia, cómo el desfigurado se transfigura, cómo lo deforme se convierte en paradisiaco, todos los misterios que entreveia el público, complicaban con emocion casi cómica la convulsion de hilaridad que producia Gwynplaine. Sin penetrar en el fondo, porque el espectador se fatiga de profundizar y por eso no profundiza, comprendia algo más de lo que veia y ese espectáculo extraño le hacia pensar.

Lo que Dea experimentaba se escapa á la palabra humana: estaba en medio de una multitud sin saber lo que es una multitud; oia un gran rumor y nada más. Para ella una multitud era un soplo, y en el fondo solo es esto. Las generaciones son soplos que pasan. El hombre respira, aspira y espira. Dea se encontraba sola entre la multitud y sentia el extremecimiento que produce estar suspendidos encima de un precipicio. De repente, en la turbacion del inocente angustiado y dispuesto á acusar á lo desconocido, en el sobresalto de la caida posible, Dea, serena, sin embargo, y superior á la vaga angustia del peligro, aunque se extremecia interiormente de su aislamiento, volvia á encontrar su entereza y su apoyo; volvia á asirse de su hilo de salvacion, del universo, de las tinieblas, y posaba la mano sobre la poderosa cabeza de Gwynplaine. ¡Inocente alegría! Apoyar sus rosados dedos sobre el bosque de cabellos encrespados de aquel y tocar la lana despierta ideas suaves; Dea tocaba un cordero que ella sabia que era leon, y todo su corazon se fundia en inefable amor. Se creia ya fuera de peligro, porque encontraba su salvador. El público creia ver lo contrario. Para los espectadores, Gwynplaine era el sér salvado y Dea el sér salvador. Y Dea, convencida, consolada y fascinada, adoraba al ángel, mientras que el pueblo contemplaba al mónstruo y sufria, tambien fascinado, pero en sentido inverso, la inmensa y contagiosa risa del saltimbanqui.

El amor verdadero no se desazona; siendo todo alma, no puede entibiarse. Una brasa se cubre de ceniza, una estrella no. Estas impresiones exquisitas se renovaban en Dea todos los dias y estaba predispuesta á llorar de ternura, mientras que el público se desternillaba de risa. Para ella estaba el contento á su alrededor; Dea era feliz.

Por otra parte, el efecto de alegría, debido al aspecto imprevisto y terriblemente cómico de Gwynplaine, no era completamente satisfactorio para Ursus; hubiera preferido la sonrisa á las carcajadas y excitar admiracion más literaria. Pero triunfar consuela. Se consolaba todas las noches con el extraordinario éxito, contando cuántas pilas de farthings hacen schelines, y cuántas pilas de schelines hacen pounds. Además, se decia que despues de todo, pasada la risa, el *Caos vencido* quedaba en la memoria del fabuloso número de espectadores que contaba. No se engañaba quizás; el público tasa las obras. La verdad es que el populacho, que veia con gran atencion al lobo, al oso y al hombre; que oia la música y los aullidos domados por la armonía, y comprendia que el alba disipaba á la noche, aceptaba con simpatía confusa, pero profunda, y hasta con tierno repeto, el drama-poema el *Caos vencido*, que significa la victoria del espíritu sobre la materia y que conduce á proporcionar al hombre la alegría.

Tales eran los placeres groseros del pueblo; estos le bastaban. El pueblo carecia de medios para ir á los nobles *matches (boxes)*, y no podia, como los señores y los gentiles-hombres, apostar mil guineas en favor de Helmsgail y contra Phelem-ghe-madone.

## X.

**Ojeada del que está fuera de todo sobre las cosas y sobre los hombres.**

El hombre tiende á vengarse del que le divierte, y por eso desdeña al comediante. Al sér que me entretiene, que me consuela, que me enseña lo ideal, que me es agradable y útil, ¿qué daño puedo hacerle? El de la humillacion. El desprecio es un bofeton dado desde lejos; démosle ese bofeton. Me divierte, pues es vil; me sirve, pues yo le ódio. ¿Dónde hay una piedra para arrojársela? Sacerdote, lánzale una; filósofo, échale otra; Bossuet, excomúlgale; Rousseau, insúltale; orador, escúpele; apedreemos el árbol, que caiga la fruta y nos la comeremos. Bravo! bien!—Recitar los versos de los poetas es estar inficionado de la peste. ¡Escóndete, histrion! Que su éxito le saque á la vergüenza, que su triunfo acabe en silbidos. Que reuna la multitud, pero que haga el vacío á su alrededor: las clases ricas, llamadas altas clases, han inventado para el comediante esta especie de aislamiento, el aplauso.

El populacho era menos feroz; ni odiaba ni despreciaba á Gwynplaine; pero el último calafate del más insignificante buque, amarrado en el peor puerto de Inglaterra, se consideraba infinitamente superior al que servia de diversion á la canalla, y creia que un calafate estaba tan por encima de un saltimbanqui, como un lord de un calafate.

Gwynplaine, pues, como todos los comediantes, era aplaudido, pero vivia aislado. Por otra parte, en el mundo todo éxito es un crímen que se expía. El que tiene la medalla tiene su reverso; pero la de Gwynplaine carecia de reverso, en el sentido de que eran agradables los dos lados de su éxito, porque estaba satisfecho de los aplausos y contento de su aislamiento: los aplausos le enriquecian y en el aislamiento era dichoso.

Ser rico para los pobres es no ser indigente; no tener agujeros en la ropa, frio en el hogar ni vacío en el estómago, poder comer hasta que se sacia el apetito y beber hasta que se calme la sed, es tener todo lo necesario, incluso un *penny* en el bolsillo para darlo á un pobre; esta riqueza indigente, que basta á la libertad, la habia conseguido Gwynplaine.

Respecto al alma era opulento, la tenia llena de amor; nada más podia desear y nada más deseaba.

Podia quizás desear no ser deforme, pero si hubiera sido posible hacerle semejante proposicion la hubiera rechazado. No hubiera querido quitarse la máscara y recuperar su verdadero rostro. ¿Cómo, no siendo como era, hubiera podido mantener á Dea? ¿Qué hubiera sido de la infeliz y cariñosa ciega que le amaba? Sin la monstruosidad de su aspecto, que le aseguraba ser el clown único, solo seria un saltimbanqui como otro cualquiera y quizás no ganaria diariamente lo bastante para mantener á Dea. Estaba orgulloso de ser el amante protector de la pobre ciega. Las siete bocas abiertas de la miseria, la noche, la soledad, la desnudez, la impotencia, la ignorancia, el hambre y la sed, la iban acometiendo, y él fué el San Jorge que exterminó al dragon. Triunfaba de la miseria de Dea con su deformidad, que le hacia útil, valiente y victorioso. Solo con exhibirse recogia dinero; era dueño de las multitudes y se constituia en soberano de los populachos, y esto le halagaba por Dea, porque podia satisfacer sus necesidades, sus deseos, sus caprichos, en la esfera limitada que puede tenerlos una pobre ciega. Gwynplaine y Dea eran el uno la providencia del otro; él se elevaba sobre las alas de ella y ella se dejaba llevar en brazos de él. Nada es tan satisfactorio como proteger y dar lo necesario á la que os ama, y Gwynplaine disfrutaba esta dicha suprema, que debia á su deformidad y que le hacia superior á todo: por ella se ganaba la vida y la de los otros; por ella adquiria independencia, libertad, celebridad, satisfaccion íntima. Las fatalidades eran impotentes ya contra él, porque se habian agotado despues del golpe que le dieron, y que él habia convertido en triunfo; el fondo de la desgracia fué para él una cumbre elísea. Gwynplaine estaba aprisionado en su deformidad, pero con Dea; tenian un calabozo en el paraiso. Tanto mejor. Sus murallas los encerraban, pero los defendian. ¿Quién intentaria nada contra ellos, teniendo tan cerrada la vida á su alrededor? ¿Evitarian que alcanzase éxitos Gwynplaine? Imposible. Para eso era preciso quitarle la cara. ¿Le arrancarian el amor? Imposible. Dea no lo veria, su ceguera era incurable. Por lo tanto, ningun inconveniente tenia para Gwynplaine su deformidad y tenia todas las ventajas. Era querido, á pesar de ser un mónstruo, y quizás por serlo. La imperfeccion y la deformidad se acercaron por

instinto y se emparejaron. Gwynplaine no hubiera cambiado de rostro con el mismo Apolo, porque ser mónstruo era para él la forma de la felicidad.

Era tan feliz, que compadecia á los hombres que le rodeaban. ¿Qué veia á su alrededor? ¿Qué eran los vivientes, que su existencia nómada le presentaba como muestras y todos los dias se reemplazaban unos á otros? Nuevas multitudes y siempre la misma multitud. Nuevos semblantes y los mismos infortunios. Una promiscuidad de ruinas. Diariamente todas las fatalidades sociales formaban círculo alrededor de su felicidad.

La Green-Box era popular.

El precio ínfimo atrae á la clase baja, y acudian á ver al saltimbanqui los débiles, los pobres y los pequeños. Iban á ver á Gwynplaine como iban á beber ginebra, por comprar el olvido barato. Desde el teatro aquel pasaba revista al pueblo sombrío, y su espíritu se llenaba de las apariciones sucesivas de la inmensa miseria. La conciencia y la vida trabajan la fisonomía humana y era la resultante de una multitud de huecos misteriosos, en los que Gwynplaine veia las arrugas del sufrimiento, de la cólera, de la ignominia y de la desesperacion. Aquellas bocas de niño no habian comido. Este hombre era padre; esta mujer madre, y detrás de ellos adivinaba familias perdidas. Tal rostro salia del vicio y entraba en el crímen, comprendiendo por qué: por ignorancia y por indigencia. Tal semblante presentaba el sello de la bondad primitiva, borrado por la fatiga social y convertido en ódio. En la fisonomía de aquella vieja se veia retratada el hambre; en la de aquella jóven la prostitucion. Entre la multitud habia muchos brazos, pero pocas herramientas; esos hombres querian trabajar, pero les faltaba el trabajo. Veia que cerca del obrero se sentaba un soldado, algunas veces inválido, y Gwynplaine leia en ese espectro la guerra. En unos semblantes leia la vagancia, en otros la explotacion ó la servidumbre.

Gwynplaine sentia encima de él el pateo inconsciente de los poderosos, de los opulentos, de los grandes, de los favoritos de la suerte, y debajo de él distinguia el monton de caras pálidas de los desheredados; y se encontraba él con Dea, dentro de su felicidad, entre los dos mundos: arriba el mundo alegre y gozoso y que anda pisando al andar, y bajo el mundo sobre el que el otro marcha; hecho fatal que indica profundo mal social: la luz estrellando la sombra.

¡Qué loco es el hombre dichoso y cómo sueña! Porque Gwynplaine era feliz, ideas absurdas le atravesaban el cerebro. Porque una vez socorrió á una niña, sentia la veleidad de querer socorrer al mundo. Nubes de sueños le oscurecian su propia realidad, y perdia el sentimiento de la proporcion, hasta el extremo de decirse: —¿Qué podria hacerse por el pobre pueblo? Algunas veces, hasta se lo preguntaba á sí mismo en voz alta: entonces Ursus levantaba los hombros y le miraba fijamente. Gwynplaine continuaba soñando.

—¡Si yo fuese poderoso socorreria á los desgraciados! Pero qué soy? un átomo. Qué puedo hacer? nada.

Ya lo hemos dicho: hacer reir es hacer olvidar, y es un bienhechor el que en el mundo puede distribuir el olvido.

## XI.

### Gwynplaine está en lo justo y Ursus en lo verdadero.

El filósofo es un espía. Ursus, acechador del pensamiento, estudiaba á su discípulo. Nuestros monólogos dan á nuestra frente vaga reverberacion, clara para la mirada del fisonomista; por eso comprendia Ursus lo que pensaba Gwynplaine. Un dia que éste meditaba, Ursus, tirándole del brazo, le dijo:

—Observas y reflexionas demasiado sobre lo que no te importa. No tienes que hacer otra cosa que amar á Dea. Tu dicha se compone de dos felicidades: la primera consiste en enseñar el hocico á la multitud; la segunda en que Dea no lo pueda ver. No tienes derecho á la felicidad que gozas. Ninguna mujer que te vea la boca aceptará tus besos, y esa boca, que te dá la fortuna, y esa cara, que te proporciona la riqueza, no son las tuyas. Tú no naciste con ese rostro. Tú robaste esa máscara al diablo. Ya que eres tan repulsivo, conténtate con tu suerte. En el mundo existen dichosos de derecho y venturosos de chiripa. Tú eres feliz por chiripa. Estás en una bodega, en la que se encuentra presa una estrella, y esta estrella te pertenece; no pruebes á salir de la bodega y conserva tu astro, ya que eres una araña. Has cogido entre tu tela el carbunclo Venus. Bien puedes estar satisfecho. Si deseas más eres un idiota. —Escúchame, que voy á hablarte en el lenguaje de la verdadera poesía: que coma Dea buenas tajadas de toro y chu-

letas de carnero y dentro de seis meses estará fuerte como una turca; cásate con ella entonces y tened un hijo ó dos, ó tres, ó una pollada. A esto es á lo que yo llamo filosofar. Tener niños es la gran cosa; mirarles cómo se cogen del pecho á los seis meses, cómo se arrastran al año, cómo andan á los venticuatro meses, ver cómo han crecido á los quince y quererlos á los veinte años, no hay alegrías superiores á éstas. Por haber carecido yo de ellas soy un bruto. El buen Dios, que es el primer autor de los más hermosos poemas y el primer hombre de letras, dictó á su colaborador Moisés la palabra *Multiplicaos!* Así lo dice el sagrado texto. Multiplícate, animal. En cuanto al mundo, es lo que es, y no te necesita para seguir yendo mal. No te ocupes de eso, que está fuera de tí. Deja tranquilo el horizonte. El cómico ha nacido para que le miren, pero no para mirar. ¿Sabes lo que hay fuera de tí? Los dichosos por derecho. Tú eres dichoso por calamidad, vuelvo á decirte. Tú eres el fullero de la felicidad de que ellos son los propietarios; ellos son legítimos, tú eres intruso, vives en concubinaje con la suerte. ¿Por qué deseas más de lo que tienes? Multiplicarse por medio de Dea debe ser muy agradable. Tanta felicidad parece que sea una estafa: los que en el mundo gozan de la felicidad por privilegio, desde su altura no ven con buenos ojos que vivan con tanto júbilo debajo de ellos. Si te preguntasen: Con qué derecho eres dichoso? no sabrias qué responder. Porque tú no tienes título y ellos sí. Júpiter, Alá, Vishnou, Sabaot ó cualquier otro se los firma para que sean dichosos. Témeles. No te inmiscuyas entre ellos, con la idea de que ellos se inmiscuyan contigo. ¿Sabes quién es el dichoso de derecho? Es un sér terrible, es el lord. Lee el *memento* que está escrito en las paredes de mi antigua choza, lee ese breviario de mi sabiduría y sabrás lo que es un lord. Un lord es todo lo que quiere y lo posee todo. Un lord es el que tiene, siendo jóven, los derechos del anciano; siendo viejo, las envidiables conquistas de la juventud; si es vicioso, el respeto de las gentes honradas; si es perezoso, el mando de las personas de la córte; si es vago, el fruto del trabajo y el diploma de Cambridge y de Oxford; si es bestia, la admiracion de los poetas; si es feo, la sonrisa de las mujeres; si es Thersita, el casco de Aquiles; si es liebre, la piel del leon. No quiero decir con esto que un lord haya de ser necesariamente ignorante, perezoso, estúpido y vago; quiero decir que si lo es, todo eso no le perjudica; al contrario. Los lores son príncipes. El rey de Inglaterra no es más que un lord, el primer señor de la señoría. Los reyes antiguamente se llamaban lores; el lord de Dinamarca, el lord de Irlanda, el lord de las Islas. El lord de Noruega solo hace trescientos años que se llama rey. Lucius, el rey más antiguo de Inglaterra, le calificaba San Telesforo de *milord Lucius*. Los lores son pares, esto es, iguales. A quién? Al rey. No cometeré el error de confundir los lores con el Parlamento. La Asamblea del pueblo, que los sajones, antes de la conquista, intitulaban *Wittenagemot*, los normandos, despues de la conquista, la titularon: *Parliamentum.* Poco á poco fué despidiendo al pueblo.

Las cartas cerradas del rey, que convocaban á los Comunes, llamaban antiguamente *ad consilium nupendendum*, y ellas invitan ahora *ad consentiendum*: los Comunes hoy solo tienen el derecho de consentir. No tienen libertad más que para decir que sí. Los pares pueden cortar la cabeza del rey, pero el pueblo no. El hachazo que recibió Cárlos I fué una usurpacion del derecho de los pares, y por eso hicieron bien de poner en una horca el esqueleto de Cromwell. ¿De qué dimana el poder de los lores? De su riqueza. La prueba de que los lores poseen casi toda la Inglaterra está en el registro de los bienes de los vasallos, que mandó formar Guillermo el Conquistador y que custodia el canciller de la Hacienda. Es un libro voluminoso. ¿Sabes que fuí doctor doméstico en el palacio de un lord que se llamaba Marmaduke y que poseia novecientos mil francos de renta cada año? Puedes ir á alternar con semejante gente. Además, allí es necesario vivir siempre en guardia, porque allí reina el órden en todo. Los cazadores furtivos que se cogen son ahorcados. Por salir fuera del zurron dos largas orejas peludas, he visto subir al patíbulo á un padre de seis hijos. A mí me gustan los lores, pero huyo de ellos; viví en casa de uno, y esto basta para haberme dejado buenos recuerdos. Me acuerdo de su castillo de Marmaduke por su admirable grandeza, por su hermosa simetría, por sus ornamentos y por todo lo demás de aquel notable edificio. Las casas, los hoteles y los palacios de los lores presentan un conjunto de lo más floreciente y magnífico del

reino. Me gustan esos señores y me alegro de que sean opulentos, poderosos y felices; yo, que vivo en la oscuridad, veo con placer ese pedazo de azul celeste que se llama un lord.

¿Sabes que lord Gray de Rolleston, que se sienta en el banco de los barones, posee en sus montes más árboles gigantescos que cabellos tienes tú en esa horrible cabeza? ¿Sabes que lord Norreys de Rycott, conde de Abingdon, posee una torre cuadrada de doscientos piés de altura, en que está escrita esta divisa: *Virtus ariete fortior*, que parece querer decir: *La virtud es más fuerte que un ariete*, pero que dice: *El valor es más fuerte que una máquina de guerra?* Sí; honro, acepto, respeto y reverencio á nuestros señores, porque los lores, con su majestad, trabajan para procurar y conservar los adelantos de la nacion; su consumada ciencia brilla en las coyunturas difíciles. No quisiera que tuviesen la preferencia en todo, pero la tienen. Lo que se llama en España grandeza, se llama pairía en Inglaterra. Como habia gentes que tenian motivo para encontrar el mundo miserable, Dios quiso probarles que sabia crear séres dichosos, y crió á los lores para desmentir á los filósofos; esta creacion corrige á la anterior. El par, hablando de sí mismo, dice: *nos*; el par es plural. El rey califica los pares de *consanguinei nostri*. Los pares han establecido multitud de leyes sábias, entre otras la que condena á muerte al hombre que corta un álamo de tres años. Su supremacía es tal, que tienen una lengua para su uso particular. En estilo heráldico, el negro, que se llama polvo para el pueblo de los nobles, se llama *saturno* para los príncipes y *diamante* para los pares. Polvo de diamante y noche estrellada es el negro para los dichosos. Es satisfactorio para el pueblo tener veinticinco duques, cinco marqueses, setenta y seis condes, nueve vizcondes y sesenta y un barones, que forman un total de ciento setenta y seis pares, que unos lo son por gracia y otros por señoría. Después de esto nada significa que haya andrajos aquí y allá. Todo no puede ser oro. Hay andrajos, es verdad, pero tambien hay púrpura. Una cosa compra otra. Hay indigentes, si los hay, pero ellos guarnecen la felicidad de los opulentos, porque, vive Dios! los lores son nuestra gloria. La jauría de Cárlos Mohun, baron Mohun, cuesta tanto de mantener como el hospital de los leprosos de Mooregate y tanto como el hospital de Cristo, fundado para niños en 1553 por Eduardo IV. Tomás Orborne, duque de Leeds, gasta cada año en libreas cinco mil guineas de oro. Nuestros lores son extravagantes y magníficos. Suprimir los lores seria una opinion que Orestes no se atreveria á sostener, á pesar de lo insensato que era. Decir que los lores son perjudiciales ó inútiles, es igual que decir que es preciso hacer cimbrear el Estado y que los hombres no fueron creados para vivir como rebaños y morder la yerba, para ser mordidos por el perro. El cordero esquila el prado, y el cordero es despues esquilado por el pastor. Hay nada más justo? A esquilador, esquilador y medio. A mí todo me es igual, porque soy filósofo. Yo sé que Enrique Bowes Howard, conde de Berkshire, posee veinticuatro carrozas de gala, pero tambien sé que no las puede tener todo el mundo. ¿Por eso hay que hablar contra la opulencia? Tú tuviste frio una noche; ¿pero estás tú solo en el mundo? Otros tienen tambien frio y hambre. Sin el frio y la nieve de aquella noche Dea no seria hoy ciega, y si Dea no fuese ciega no te amaria. Si todos los desgraciados que hay esparcidos por el mundo se quejasen, éste seria una bataola. El silencio es el órden. Estoy seguro de que Dios manda á los condenados que se callen, porque si no lo hiciesen así, Dios seria entonces el condenado á oir un grito eterno. La felicidad del Olimpo estriba en el silencio del Cocito. Por lo tanto, pueblo, cállate. Yo hago más, apruebo y admiro. Acabo ahora mismo de enumerarte los lores, pero me faltó añadir á ellos dos arzobispos y veinticuatro obispos.—Lord Marmaduke, mi señor, era lord gran tesorero de Irlanda y alto senescal de la soberanía de Knaresburg, en el condado de York. El lord supremo chambelan, que es oficio hereditario en la familia de los duques de Ancaster, viste al rey el dia de su coronamiento, y recibe por este trabajo cuarenta anas de terciopelo carmesí y además la cama en que el rey acabó de dormir. El más antiguo vizconde de Inglaterra es sire Robert Brent, que hizo vizconde Enrique V. Los títulos de los lores indican soberanía de una tierra, exceptuando al conde de Rivers, que tiene por título el apellido de su familia. Hasta el mismo clero realza á los lores; el obispo de Man es vasallo del conde de Derby. Los lores poseen animales feroces que ponen en su escudo de armas. Como Dios no ha cria-

do bastantes, ellos inventan otros. Han creado el jabalí heráldico, que está sobre el jabalí ordinario, como éste sobre el puerco, y como el Señor sobre el sacerdote. Han creado el grifo, que es el águila de los leones y el leon de las águilas. Poseen el unicornio, la serpiente, la salamadra, la tarasca, el dragon y el hipógrifo. Todos esos animales, que nos horrorizan, les sirven á ellos de ornamento y de adorno. Tienen su casa de fieras, que llaman blason, en la que rugen mónstruos desconocidos. Hace prodigios su orgullo; su vanidad está llena de fantasmas, que se pasean en ella como en noche sublime, con cascos, corazas y espuelas, empuñando el baston de mando y diciendo con voz grave: Somos los antepasados. Los escarabajos se comen las raices, y las panoplias se comen al pueblo. Por qué no? ¿Hemos de cambiar nosotros las leyes? La forma es parte integrante del órden. Hay un duque en Escocia que galopa treinta leguas sin salir de sus posesiones. El lord arzobispo de Canterbury tiene un millon de francos de renta anual. Su majestad tiene cada año setecientas mil libras esterlinas de dotacion en la lista civil, sin contar con que posee castillos, bosques, dominios, feudos, prebendas, confiscaciones y multas, que dan más de un millon de libras esterlinas. El que no esté contento de esto, es difícil de contentar.

—Sí, murmuró Gwynplaine pensativo; del infierno de los pobres se forma el paraiso de los ricos.

## XII.

### Ursus, poeta, arrastra á Ursus, filósofo.

En seguida entró Dea, y Gwynplaine fijó en ella la mirada y no se acordó ya de nada más. Así es el amor: puede invadirnos durante algunos momentos la obsesion de un pensamiento cualquiera, llega la mujer querida y ésta hace desvanecerse bruscamente todo lo que no es su presencia, y acaso quizás en nosotros hace desaparecer un mundo.

En el *Caos vencido*, la palabra *mónstruo*, dirigida á Gwynplaine, desagradaba á Dea. Algunas veces la alteraba, cambiándola por otra más suave. Ursus toleraba, aunque no sin impaciencia, que se alterase el texto. De buena gana hubiese dicho á Dea, como en nuestros dias Moessard á Vissot: *No tienes respeto al repertorio.*

*El hombre que rie.* Bajo esta forma Gwynplaine habia adquirido celebridad. Su nombre, casi ignorado, desapareció tras dicho epíteto burlesco, lo mismo que su rostro tras su máscara; máscara era tambien su popularidad.

Sin embargo, se leia su nombre en un largo escrito pegado á la parte alta de la Green-Box, que era un cartel redactado por Ursus para conocimiento del público. Decia de este modo:

“Aquí se verá á Gwynplaine, que fué abandonado á la edad de diez años, la noche del 29 de Enero de 1690, por los malvados comprachicos, á la orilla del mar, en Portland; que creció y se hizo hombre, y hoy le llaman

EL HOMBRE QUE RIE.„

La existencia de los saltimbanquis era la vida de los leprosos en un hospital y la de los dichosos en una Atlántida.

Todos los dias experimentaban el brusco tránsito desde la exhibicion pública y ruidosa, á la abstraccion y soledad más completas. Todos los dias salian al mundo: eran como muertos, que se iban para reaparecer al dia siguiente. El comediante es un faro que sufre eclipses; primero aparicion, despues desaparicion, y solo existe para el público como fantasma y claridad en esta vida de fuegos fátuos.

A la vida pública sucedia el encierro. En cuanto terminaba el espectáculo, mientras que el auditorio se disolvia y el tumulto de satisfaccion se disipaba, dispersándose por las calles y plazas, la Green-Box levantaba su pannean, como una fortaleza su puente levadizo, y cortaba su comunicacion con el género humano. Quedaba á una parte el mundo y á la otra el carromato, y en éste quedaban la libertad, la conciencia tranquila, el valor, la abnegacion, la inocencia, el amor y la felicidad.

La ciega, que veia, y la deformidad, que amaba, se sentaban juntos, estrechándose las manos, rozándose las frentes y hablando en voz muy baja.

El compartimiento del centro servia para dos objetos: para el público, de teatro, y para los actores, de comedor.

Ursus contaba el dinero que entraba en caja cada noche y despues cenaban. Para el amor todo es ideal, y beber y comer juntos, cuando se ama, admite tiernas promiscuidades furtivas, que hacen que un bocado se convierta en un beso. Se bebe la cerveza ó el vino en el mismo vaso. Gwynplaine servia á Dea,

le cortaba los pedazos, le llenaba la copa y se acercaba muchísimo á ella.

—Hum! exclamaba Ursus, y su gruñido terminaba contra su voluntad en sonrisa.

El lobo cenaba debajo de la mesa, inatento á todo menos á los huesos que le arrojaban.

Venus y Febe (ó sean Vinos y Fibi, como las llamaba el público) participaban de la cena y hablaban entre ellas extraña jerigonza. Despues Dea entraba en el gyneceo con las otras dos mujeres; Ursus iba á atar la cadena á Homo debajo del carruaje, y Gwynplaine iba á arreglar los caballos; el amante se convertia en palafrenero, como si fuese un héroe de Homero ó un paladin de Carlomagno. A media noche todos dormian, exceptuando el lobo, que de vez en cuando abria el ojo, penetrado de su responsabilidad.

Al dia siguiente volvian á encontrarse, se desayunaban juntos, habitualmente con jamon y con thé; el thé en Inglaterra data de 1678. Despues, Dea, siguiendo la moda española (1), y por consejo de Ursus, que la veia muy delicada, dormia algunas horas, durante las que Gwynplaine y Ursus se dedicaban á hacer los preparativos que dentro y fuera exige la vida nómada.

Rara vez Gwynplaine salia de la Green-Box, y cuando salia era por calles desiertas y escusadas. En las ciudades solo salia por la noche y ocultando el rostro en un descomunal sombrero de alas caidas, con la idea de no gastar la cara por las calles. Solo en el teatro se le veia con la faz descubierta.

La Green-Box frecuentaba poco las ciudades; Gwynplaine, á los veinticuatro años, la mayor que habia visto era la de las Cinco-Puertas. Su celebridad, sin embargo, aumentaba de dia en dia y llegaba ya más arriba del populacho. Los aficionados á las singularidades de las férias y los buscadores de curiosidades y de prodigios sabian que existia, llevando vida errante, un máscara extraordinario. Se hablaba de esto; le buscaban, preguntando:—Dónde está? *El hombre que rie* iba á ser verdaderamente famoso. La fama daba lustre al *Caos vencido.*

Ursus llegó á ser ambicioso y un dia dijo:

—Es preciso ir á Lóndres.

(1) Los españoles dormimos la siesta, que es despues de la comida, pero *no* luego del desayuno.—(N. del T.)

# LIBRO TERCERO

## Principia la hendidura.

### I.

#### La posada Tadcaster.

Lóndres, en esa época, solo tenia un puente, el puente de Lóndres, lleno de casas: este puente unia la gran capital al arrabal Southwark, empedrado y lleno de guijarros y piedrecillas arrojadas por el Támesis, y era un laberinto de callejuelas, en las que habia muchas obras de albañilería y casas y chozas de madera amontonadas; excelente combustible en un incendio, como lo probó el del año 1666.

El Southwark, en esta época, se parecia al de hoy como Vaugirard se parece á Marsella; entonces era un pueblo, hoy es una ciudad. Sin embargo, allí habia gran movimiento de navegacion. Encima del Támesis, en vieja y gruesa pared ciclópea, estaban clavadas las anillas á las que se amarraban los barcos del rio. Esta especie de muralla se llamaba la pared de Effroc, y la leyenda refiere que tomó este nombre de un duque de Effroc que se ahogó al pié de ella, porque allí el agua tiene seis brazas de profundidad. La excelencia de este pequeño anclaje atraia hasta los navíos, y allí iba á anclar el antiguo buque de Holanda llamado la *Vograat*; dicho buque hacia directamente una vez cada semana la travesía de Lóndres á Rotterdam y de Rotterdam á Lóndres. Otras embarcaciones salian dos veces cada dia, ya para Deptfort, ya para Greenwich, ya para Gravesend, bajando con una marea y subiendo con otra. El trayecto desde allí á Gravesend, aunque era de veinte millas, se recorria en seis horas.

La *Vograat* era de un modelo que hoy ya no se encuentra más que en los museos de marina. En la época de esta historia, en la que Francia copiaba á Grecia, la Holanda copiaba á la China. La *Vograat* tenia el casco pesado y con dos mástiles; sus tabiques eran perpendiculares; tenia la cámara muy honda en el centro del bastimento, y dos puentes cubiertos, uno delante y otro detrás, lo que ofrece la ventaja de disminuir la presa de las olas sobre el navío en tiempo de borrasca, y

el inconveniente de exponer la tripulacion á los golpes de mar, á causa de la ausencia de parapeto. Nada detenia en la orilla al que caia, y de aquí dimanaban las frecuentes caidas y las pérdidas de hombres, que consiguieron hacer abandonar dicho buque. Navegaba directamente á Holanda sin hacer escala ni aun en Gravesend.

Antigua cornisa de piedra, que participaba de masonería y de rocas, costeaba por bajo la pared de Effroc y facilitaba el arribo de los bajeles amarrados. De distancia en distancia varias escaleras cortaban la pared, que estaba situada á la parte Sur de Southwark. La parte alta de la pared estaba rellenada y dispuesta de modo que permitia á los que llegaban á ella resguardarse como tras de un parapeto de muelle. Desde allí se veia el Támesis; á la otra parte del agua se terminaba Lóndres y empezaban los campos.

Hácia arriba de Effroc, en el ángulo del Támesis, casi enfrente del palacio de Saint-James, entre una fábrica de porcelana y otra de vidrio, en la que se hacian botellas pintadas, existia uno de esos vastos terrenos incultos en los que brotaban yerbas, que en Inglaterra se llaman *bowling-greens* (tapete verde para rodar una bola). El *bowling-greens* de Southwark se llamaba Tarrinzean-field, por haber pertenecido en otro tiempo á los barones de Hastings, que eran tambien barones de Tarrinzean-field y de Manclilne; de éstos pasó á los lores Tadcaster, los que lo explotaron como sitio público, como más tarde el duque de Orleans explotó el Palais-Royal.

El Tarrinzean-field era una especie de campo de féria permanente, lleno de escamoteadores, de equilibristas, de volatineros, de músicas sobre tablados, y en el que se agrupaba la multitud de los imbéciles que "van á ver al diablo„, como decia el arzobispo Sharp. Ir á ver al diablo era ir á presenciar dichos espectáculos.

Muchas posadas, que admitian y enviaban al público á los teatros de las férias, se abrian en el referido campo y prosperaban, porque allí todo el año era fiesta. Estas posadas eran sencillas tiendas, habitadas solo un dia; por la noche el tabernero se metia en el bolsillo la llave de la taberna y se marchaba. Una sola de estas posadas era una verdadera casa. No habia otra en todo el *bowling-greens*. Las barracas del campo de la féria podian desaparecer de un momento á otro, porque á los vagabundos saltimbanquis nada les liga á ningun pais y les gusta la vida errante. La posada llamada de Tadcaster, que era el apellido de sus antiguos señores, era más posada que taberna, más hostería que posada; tenia puerta cochera y un gran corral.

La puerta grande, ó sea la cochera, estaba en el corral, y era la puerta legítima de la posada Tadcaster; pero tenia á su lado una pequeña puerta bastarda, por donde se entraba tambien. Quien dice bastarda dice preferida; tan preferida, que todos entraban por ella; caia á la taberna propiamente dicha, que era un ancho espacio ahumado, bajo de techo y lleno de mesas; sobre dicha puerta habia en el primer piso una ventana con hierros, á la que estaba atada y pendiente la muestra de la posada. La puerta grande, cerrada y barrada, permanecia condenada. Era preciso atravesar la taberna para llegar al corral. Solo vivian en la posada el posadero y un muchacho; aquel se llamaba maese Nicless y éste Govicum; aquel era un viudo avaro y tembloroso, pero que respetaba las leyes; éste, que servia á los bebedores, era una cabeza gorda sobre un delantal. Llevaba el pelo cortado raso, lo que era signo de servidumbre; dormia en el piso de tierra, en una covacha, en la que en tiempo anterior se acostaba un perro; la covacha tenia una abertura por ventana que daba al *bowling-green.*

## II.

### Elocuencia al aire libre.

Una tarde que hacia furioso viento y bastante frio y habia muchos motivos para andar á escape por las calles, un hombre, que caminaba por el Tarrinzean-field, se paró bruscamente cerca de la posada de Tadcaster. Era en los últimos meses del invierno de 1704 á 1705. Este hombre, que por su traje parecia marinero, poseia el rostro elegante y la hermosa figura que es peculiar á los cortesanos, pero que no está prohibido que los tenga la gente del pueblo. Se paraba para oir. Y qué oia? Una voz que hablaba probablemente desde el corral á la otra parte de la pared, voz algo senil, pero sin embargo sonora, y que llegaba con claridad á los oidos de los transeuntes. Oia al mismo tiempo dentro del recinto, donde la voz

peroraba, el murmullo que sale de una muchedumbre. Esa voz decia:—Hombres y mujeres de Lóndres, ya estoy aquí. Os felicito cordialmente porque sois ingleses. Sois un gran pueblo, os digo más, sois un gran populacho. Vuestros puñetazos valen más todavía que vuestras estocadas. Teneis siempre apetito y por eso vuestra nacion se come á las demás. Esa es una funcion magnífica; esta succion del mundo clasifica aparte á la Inglaterra; como política y filósofa, maneja colonias, poblaciones é industrias, y como voluntad de hacer á los otros un daño que á ella le reporta un beneficio, es particular y sorprendente. Se acerca el momento en el que se fijarán en el mundo dos grandes carteles; en uno se leerá: *Parte de los hombres*, y en el otro: *Parte de los ingleses*. Yo pongo aquí de manifiesto vuestra gloria, yo que no soy inglés, ni hombre, pero que tengo la honra de ser doctor. Sí, señores míos, yo enseño. Qué enseño me preguntais? Dos clases de cosas: las que sé y las que ignoro. Vendo drogas y regalo ideas. Aproximaos y escuchadme. — Os invito en nombre de la ciencia; abrid los oidos.—Atencion.—Enseño la Pseudodoxia Epidémica. Tengo un compañero que hace reir, yo hago pensar. Habitamos en el mismo domicilio, porque la risa es de tan buena familia como el saber. Cuando le preguntaban á Demócrito: ¿Qué sabeis? él respondia: Sé reir. Si me preguntasen á mí: Por qué os reís? responderia: Yo lo sé. Por otra parte, yo no rio nunca; yo vengo á rectificar los errores populares; trato de limpiar las inteligencias, porque están sucias. Dios permite que el pueblo se engañe y que sea engañado. No se debe tener estúpido pudor, y yo confieso francamente que creo en Dios, hasta cuando se equivoca; pero cuando hay porquerías—y los errores son porquerías—las barro. ¿Cómo yo sé que sé? Eso es cuestion mia. Cada uno se apodera de la ciencia como puede. Lactancio hacia preguntas á una cabeza de Virgilio de bronce, que le contestaba; Silvestre II dialogaba con los pájaros: los pájaros hablan? ¿los papas hacen gorgeos? Eso son cuestiones. El niño muerto de Eleazar hablaba con San Agustin. Entre nosotros hablando, dudo de esos hechos, excepto del último. Concedo que hablase el niño muerto, pero era porque tenia bajo de la lengua una lámina de oro, en la que habia grabadas diversas constelaciones. Este hecho se explica. Ya veis que soy justo, separo lo verdadero de lo falso. Hay otros errores de los que acaso participais, pobres gentes del pueblo, y de los que deseo libertaros. No es verdad que la serpiente que tentó á Eva tuviese, como Cadmus, rostro humano. Horto, Cadamosto y Juan Hugo, arzobispo de Treves, niegan que baste aserrar el árbol para coger al elefante; me inclino á su opinion. Ciudadanos, los esfuerzos de Lucifer son causa de las falsas opiniones; bajo su reinado aparecen meteoros de error y de perdicion. Pueblo, Claudio Pulcher no murió porque los pollitos rehusasen salir del gallinero; la verdad es que Lucifer previó la muerte de Claudio Pulcher é impidió que comiesen los animalitos. Que Belcebú diese al emperador Vespasiano la virtud de enderezar á los jorobados y de volver la vista á los ciegos, con solo tocarles, fué una accion digna de alabanza, pero el motivo de realizarla era culpable. No es exacto que Orion naciese de una necesidad natural de Júpiter, pues el que produjo este astro del modo indicado fué Mercurio. Tampoco es verdad que Adan tuviese ombligo, y cuando San Jorge mató un dragon, tampoco estaba cerca de él la hija de un santo. San Jerónimo no tenia en su gabinete, sobre la chimenea, ningun reloj; en primer lugar, porque no tenia gabinete; en segundo, porque no tenia chimenea, y en tercero, porque no se conocian aun los relojes. Rectifiquemos, rectifiquemos. Ciudadanos que me escuchais: si alguno os dice que al que olfatea la yerba valeriana le nace un lagarto en el cerebro, y que en el estado de putrefaccion el toro se convierte en abejas y el caballo en avispones; que el hombre pesa más muerto que vivo; que la sangre del macho cabrío disuelve la esmeralda; que ver sobre el mismo árbol una oruga, una mosca y una araña anuncian hambre, guerra y peste; que se cura el mal caduco con el gusano que se encuentra en la cabeza de macho cabrío silvestre, no lo creais, no lo creais; todo eso son supersticiones. Creed las siguientes verdades: la piel del toro marino preserva del trueno; el sapo se alimenta de tierra, lo que le hace criar una piedra en la cabeza; la rosa de Jericó florece la víspera de Navidad; las serpientes no pueden soportar la sombra del fresno; el elefante no tiene junturas y se vé obligado á dormir de pié contra un árbol; haced que el sapo empolle un huevo de gallina y saldrá un escorpion, el que á su vez sacará una salamadra; el ciego recobra la vista po-

niendo una mano encima de la parte izquierda de un altar y cubriéndose los ojos con la otra; la virginidad no excluye la maternidad. Alimentaos con estas evidencias. Podeis creer en Dios de dos maneras: ó como la sed cree en la naranja, ó como el asno cree en el látigo. Ahora voy á presentaros mi personal.

Repentina ventolera agitó por un momento al perorante, que suspendió su discurso; cuando aquella pasó, continuó éste del modo siguiente:

—Me interrumpiste, Aquilon, pero no importa; callé para que hablases tú. El viento es locuaz, como todos los solitarios. Nadie le hace compañía allá arriba y habla solo.—Prosigo.—Aquí están conmigo los artistas asociados; somos cuatro. *A lupo principium.* Empiezo por mi amigo, que es un lobo; miradle. Es instruido, grave y sagaz. La Providencia tuvo probablemente la idea de crear un doctor universitario, pero para eso se necesita ser algo asno, y él no lo es; además, no tiene preocupaciones y no es aristócrata.—Hay veces que habla hasta con una perra, él que no debiera hablar más que con las lobas. Si hubiese tenido delfines, sin duda alguna hubieran participado del ladrido de su madre y del aullido de su padre, porque él aulla, aunque tambien ladra, por condescendencia á la civilizacion. Homo es un perro perfeccionado. Homo iguala en sabiduría y aventaja en cordialidad al lobo sin pelo de Méjico, al admirable xoloitzeniski. Además es humilde, tiene la modestia de ser un lobo útil á los humanos. Socorre y es caritativo silenciosamente. Su pata izquierda ignora la buena accion que realiza la derecha. Tales son sus méritos. De mi segundo amigo no diré una palabra; es un mónstruo y ya le admirareis. Piratas le abandonaron en otro tiempo en las orillas del salvaje Océano. Esta mujer es ciega. Ser ciegos es una excepcion? No. Todos nosotros lo somos. El avaro es ciego, porque vé el principio y no vé el fin. La coqueta es ciega, porque no vé las arrugas. El sábio es ciego, porque no vé su ignorancia. El hombre honrado es ciego, porque no vé al pícaro. El pícaro es ciego, porque no vé á Dios. Dios es ciego, porque no vió el dia que creó el mundo que el diablo se encajó dentro de él. Yo soy ciego tambien, porque no veo que vosotros sois sordos. Esta ciega que nos acompaña es una sacerdotisa misteriosa. Vesta le hubiera confiado su tizon. Tiene en su carácter oscuridades suaves como las hendiduras que se abren en la lana de un carnero! La creo hija de un rey, pero no lo afirmo; loable desconfianza es el atributo del sábio. Yo raciocino y medicino. Pienso y aplico remedios. *Chirurgus sum.* Curo las fiebres, los miasmas y las pestes. Casi todas las flegmasías y sufrimientos son exutorios, y bien curados nos impiden tener otros males peores. Esto no obstante, os aconsejo que no padezcais el antrax, llamado por otro nombre carbunclo; es una enfermedad estúpida, que solo sirve para morirse de ella. Ni soy inculto ni rústico. Honro la elocuencia y la poesía, y vivo con esas diosas en inocente intimidad. Voy á terminar dándoos un consejo. Cultivad la virtud, la modestia, la probidad, la justicia y el amor. Todo el mundo puede tener de esas flores su pequeño jarro en la ventana. Milores y señores, he dicho. El espectáculo vá á empezar.

El hombre vestido de marinero, que escuchaba desde fuera, entró en la planta baja de la posada, la atravesó, dió el dinero que le pidieron, penetró en el corral lleno de público, y apercibió en el fondo una barraca con ruedas enteramente descubierta, y vió sobre su tablado á un hombre viejo, forrado con una piel de oso; á un hombre jóven, que parecia un máscara, á una jóven ciega y á un lobo.

—Vive Dios! exclamó; ¡hé aquí unas gentes admirables!

## III.

### En el que el transeunte reaparece.

El lector habrá reconocido á la Green-Box, que acababa de llegar á Lóndres y que se habia instalado en Southwark. Atrajo á Ursus el *bowling-green*, que era sitio excelente para su objeto, porque la féria no concluia en él ni en verano ni en invierno.

Era muy agradable para Ursus ver la cúpula de San Pablo. Lóndres tiene cosas magníficas; es un verdadero atrevimiento haber dedicado una catedral á San Pablo. La verdadera catedral es la de San Pedro. San Pablo es hasta cierto punto sospechoso; San Pablo solo es santo con circunstancias atenuantes, porque entró en el cielo por la puerta de los artistas. Una catedral es una enseña. San Pedro indica á Roma, la ciudad del dogma; San Pablo indica á Lóndres, la ciudad del cisma. Ursus, cuya filosofía

era tan ámplia, que lo contenia todo, era hombre capaz de apreciar estos matices, y el atractivo que Lóndres tenia para él nacia sin duda de su aficion á San Pablo.

El gran corral de la posada Tadcaster fijó la eleccion de Ursus; parecia que este sitio presentia la llegada de la Green-Box. Este patio-corral cuadrado era á propósito para un teatro; estaba edificado por tres lados, con una pared frente á los pisos, á la que se arrimó la Green-Box, que pudo entrar hasta allí merced á las vastas dimensiones de la puerta cochera. Un balcon grande de madera cubierto por un tejadillo, sostenido sobre gruesos postes, que servia á los cuartos del primer piso, ocupaba gran sitio de la fachada interior del corral. Las ventanas del piso bajo servian de palcos, el empedrado del patio de parterre y el balcon de palco corrido. La Green-Box, arrimada á la pared, tenia ante ella esta sala de espectáculos, que se parecia al Globo, sitio donde se representaron *El Otelo*, *El Rey Lear* y *La Tempestad.*

En un rincon, detrás de la Green-Box, habia un establo.

Ursus se arregló con el tabernero, maese Nicless, que, como tenia respeto á las leyes, solo quiso admitir al lobo pagando mucho por él. El cartel *"Gwynplaine, el hombre que rie„*, descolgado de la Green-Box, le colgaron al lado de la enseña de la posada. La sala de la taberna, como hemos indicado, tenia una puerta inferior, por la que se entraba al corral; al lado de esta puerta se puso un tonel sin tapadera, que servia para la cobradora, que unas veces era Fibi y otras Vinos: el que pasaba por allí pagaba la entrada. Debajo del cartel de *El hombre que rie* colgaron de dos clavos una tabla pintada de blanco, que tenia escrito con carbon y con letras gruesas el título de la obra maestra de Ursus, *El caos vencido.*

En el centro del balcon, frente á frente de la Green-Box, el compartimiento que tenia para entrada principal una puerta-ventana lo reservaban "para la nobleza„. Era bastante ancho para poder contener, en dos filas, diez espectadores.

—Estamos en Lóndres y vendrá gente escogida, dijo Ursus.

Por eso hizo amueblar el indicado sitio con las mejores sillas de la posada y colocar en su centro un gran sillon de terciopelo de Utrech, para el caso de que asistiera al espectáculo alguna dama noble.

La representacion empezó; la multitud se aglomeraba en el patio, pero permanecia vacía la localidad reservada para la nobleza.

Fué tal el éxito de la representacion, que nadie recordaba que hubiera alcanzado otro semejante ningun saltimbanqui. Todo Southwark corrió á admirar á *El hombre que rie.*

Todos los volatineros y gimnastas del Tarrinzean-field fueron aplastados por Gwynplaine; les produjo el efecto que debe producir un gavilan que se arroja sobre un jaulon de gilgueros y les picotea su comida; Gwynplaine les arrebató su público. Además de los tragadores de espadas y de los jugadores de manos, habia en el *bowling-green* verdaderos espectáculos. Habia un circo de mujeres en el que resonaba desde por la mañana hasta por la noche una orquesta compuesta de muchos instrumentos, muy raros algunos de ellos; habia debajo de una ámplia y redonda tienda una coleccion de saltadores; habia una casa de fieras ambulante, etc. etc.; pues á estos y á otros espectáculos mató la presencia de Gwynplaine; en cuanto éste apareció, les robó todo el público la Green-Box.

—*El caos vencido* es el caos vencedor, decia Ursus, atribuyendo á la obra la mitad del éxito conseguido, que fué prodigioso, aunque no se habia extendido aun lo que podia. El nombre de Shakespeare tardó ciento treinta años en llegar desde Inglaterra á Francia: á la fama le es muy difícil pasar el mar. La gloria de Gwynplaine no pasó del puente de Lóndres, ni siquiera tomó las dimensiones de un eco de la gran ciudad, sobre todo en los primeros dias.

Ursus decia:

—El saco de la cobranza, como la mujer que ha tenido un desliz, engruesa visiblemente.

Representaban primero *Ursus Rursus* y despues *El caos vencido.*

En los entreactos, Ursus ejercitaba ante la multitud la ventriloquia trascendental: imitaba la voz del espectador que se prestaba á ello, el canto ó el grito que le proponian; á veces parodiaba el murmullo del público, y su voz aparecia como la de un monton de gente. Además peroraba, como acabamos de ver; vendia drogas, medicinaba á los enfermos y los curaba. Tenia entusiasmado á todo el Southwark. Ursus estaba satisfecho de los aplausos, pero no asom-

brado. Las representaciones en el corral de la posada, transformado en parterre, se llenaban de un auditorio andrajoso, pero entusiasta; éste se componia de barqueros, de carpinteros de á bordo, de directores de los barcos del rio, de marineros recien desembarcados, que gastaban su asignacion en comilonas y en mujeres; de estafadores, de rufianes, de guardias negras, etc. Esta muchedumbre afluia desde la calle al teatro, y refluia desde el teatro á la taberna; lo que bebian no perjudicaba al éxito. Entre la hez del populacho se distinguia uno que era más alto que los otros, más grueso y fuerte, menos pobre, más cuadrado de hombros, con el traje del pueblo, pero que no lo llevaba roto; admirador del espectáculo, que se hacia sitio á puñetazos, con gran peluca, y que juraba, que gritaba y que bebia. Éste era el transeunte que hace poco lanzó un grito de entusiasmo. *El hombre que rie* fascinó á este aficionado en cuanto le vió. No asistia á todas las representaciones, pero cuando iba arrastraba al público, hacia trocar los aplausos en aclamaciones, y el éxito era frenético, llegaba á las nubes; de tal modo el transeunte influia en los espectadores, que llamó la atencion de Ursus, y Gwynplaine le miró, porque veia en él un amigo desconocido, pero decidido. Ursus y Gwynplaine quisieron conocerle, ó al menos saber quién era.

Una tarde Ursus estaba entre bastidores, esto esto es, á la puerta de la cocina, y viendo por casualidad al hostelero cerca de él, señalándole al citado transeunte entre la multitud, le preguntó:

—Maese Nicless, ¿conoceis á aquel hombre?

—Sí.

—Quién es?

—Un marinero.

—Cómo se llama? preguntó Gwynplaine interviniendo en la conversacion.

—Tom-Jim-Jack, respondió el posadero.

Dicho esto bajó la escala de la estribera de la Green-Box, adonde se habia encaramado, y se entró en la posada; al marcharse hizo en voz alta esta reflexion maese Nicless:

—Lástima que no sea lord! ¡Seria un gran canalla!...

Aunque el grupo de la Green-Box se habia instalado en una posada, no habia modificado sus costumbres y permanecia viviendo en el aislamiento. Lo único que hacian era cambiar algunas palabras con el tabernero, pero no se trataban con los huéspedes permanentes ó pasajeros de la posada y vivian como antes.

Desde que estaba en Southwark, Gwynplaine tomó la costumbre, despues del espectáculo y de cenar ellos y los caballos, de ir á respirar el aire libre al *bowling-green* entre las once y las doce de la noche, mientras Ursus y Dea se acostaban cada uno en su parte. Cierta vaguedad que posee el espíritu arrastra á los paseos nocturnos á la luz de las estrellas; la juventud aguarda siempre á un no sé qué misterioso, y por eso se complace en andar de noche sin objeto alguno. A esas horas estaba completamente solitario el campo de la féria; solo se veian de vez en cuando las siluetas vacilantes de algunos borrachos; las tabernas, vacías ya, se iban cerrando; el piso bajo de la posada de Tadcaster estaba casi apagado; apenas en algun rincon el cabo de una vela medio alumbraba al último bebedor, y Gwynplaine, pensativo, satisfecho, soñando y dichoso, pasaba y volvia á pasar por delante de la puerta de la posada, de la que salian los últimos pálidos reflejos de las moribundas luces del interior. ¿En qué pensaba? En Dea, en nada, en todo. Se separaba poco de la hostería, como si le retuviese un hilo cerca de Dea. Dar algunos pasos fuera, al aire libre, le bastaba; despues entraba bajo techado y, encontrando ya dormido al grupo de la Green-Box, se dormia tambien.

## IV.

### Los contrarios fraternizan en el ódio.

Las ovaciones disgustan, sobre todo á los que salen perjudicados con ellas; es difícil que los devorados adoren al que los devora. La llegada de *El hombre que rie* fué un verdadero acontecimiento, que indignó á los saltimbanquis de la vecindad. El éxito en el teatro es un sifon, que sorbe la multitud y hace el vacío á su alrededor. Desbanca á la tienda de enfrente. A la alza de la bolsa de la Green-Box correspondió la baja de las bolsas de las cercanías. Los espectáculos, concurridos hasta entonces, se vieron desiertos. Los teatros conocen los efectos de esta marea, que para ser alta en una parte necesita ser baja en las otras. Los que exhibian sus habilidades en los tablados circunvecinos vieron que les arruinaba *El hombre que rie* y

se desesperaron, quedando asombrados. Todos los gimnastas, los clowns y los volatineros, envidiaban á Gwynplaine. —Hé aquí un hombre que es dichoso por tener el hocico de bestia feroz, decian.—Las madres de los volatineros y las que bailaban en la cuerda floja, que tenian niños graciosos, los miraban con cólera, y enseñándoles á Gwynplaine, les decian:—¡Qué lástima que tu cara no sea como la suya! Algunas pegaban á sus hijos porque eran lindos. Más de una, si hubiera estado en su mano, hubiera convertido á su hijo en otro Gwynplaine. La cabeza de ángel que no produce, vale menos que una cara de diablo lucrativa. La madre de un pequeñuelo, que era un querubin, y que representaba los papeles de Cupido, le gritó un dia, montada en cólera:—Hemos tenido desgracia con nuestros hijos; solo ha tenido suerte la madre de Gwynplaine.— Y con el puño cerrado contra su niño, añadió:—¡Si conociese á tu padre le habia de mover un escándalo!...

Gwynplaine era la gallina de los huevos de oro. Qué maravilloso fenómeno!... Esta era la exclamacion general en todas aquellas chozas. Los saltimbanquis, entusiasmados y exasperados, contemplaban á Gwynplaine chocando los dientes. La admiracion de la rabia se llama envidia, y ésta aulla. Probaron á echar á tierra *El caos vencido*; se confabularon, cecearon y silbaron, y esto dió motivo para que Ursus perorase al populacho y al marinero Tom-Jim-Jack ocasion para dar algunos puñetazos que restablecieron el órden. La defensa á puñetazos de Ursus y de Gwynplaine acabó de hacer fijar á éstos en Tom-Jim-Jack; se fijaron en él desde lejos, porque el grupo de la Green-Box se bastaba á sí mismo y se mantenia á cierta distancia de todo.

El desencadenamiento de la envidia en contra de Gwynplaine no lo contuvieron los puñetazos de Tom-Jim-Jack; cuando los silbidos fueron impotentes, los otros saltimbanquis del Tarrinzean-field dirigieron una queja á la autoridad. Esta es la marcha ordinaria; contra el éxito que nos incomoda, primero sublevamos á la multitud y despues imploramos al magistrado.

A los volatineros se juntaron los reverendos. *El hombre que rie* tambien habia perjudicado á los predicadores; dejó desiertas, no solo las barracas, sino tambien las iglesias. Las capillas de las cinco parroquias de Southwartk se quedaron sin auditorio; abandonaban el sermon por ir á ver á Gwynplaine. *El caos vencido*, la Green-Box, *El hombre que rie*, todas esas abominaciones de Baal se sobrepusieron á la elocuencia del púlpito. La voz que predica en el desierto, *vox clamantis in deserto*, estaba disgustada. Los pastores de las cinco parroquias se quejan al arzobispo de Lóndres y éste se queja á su majestad. La denuncia que presentaron los volatineros era por ultrajes á la religion. Decian en ella que era brujo Gwynplaine y Ursus impío. Los reverendos invocaban el órden social; se fundaban en la violacion de las actas del Parlamento, dejando la ortodoxia aparte, lo que era mucho más maligno, porque aquella era la época de Locke, que murió seis meses despues, el 28 de Octubre de 1704, y empezaba el escepticismo que Bolingbroke iba á transmitir á Voltaire. Wesley debia venir más tarde á restaurar la Biblia, como Loyola á restaurar el papismo.

De este modo, la Green-Box se veia combatida por dos lados, por los volatineros, en nombre del Pentateuco, y por los capellanes, en nombre de los reglamentos de policía; la denunciaban, pues, los sacerdotes como estorbo y los volatineros como sacrilegio.

Tenian pretexto para esas denuncias? Sí.—Qué crímen habia cometido?—El de poseer un lobo. El lobo está proscripto en Inglaterra; el dogo se permite, el lobo no. Inglaterra admite el perro que ladra y no el lobo que aulla, para distinguir el corral del bosque. Los rectores y los vicarios de las cinco parroquias de Southwark recordaban en sus memoriales numerosos estatutos reales y parlamentarios que ponian fuera de la ley al lobo, y concluian pidiendo algo parecido á la encarcelacion de Gwynplaine, el secuestro del lobo, ó al menos su expulsion, por el interés público, por el riesgo de los transeuntes, etc. etc. Además se fundaban en la opinion de la Facultad; citaban el veredicto del Colegio de los Ochenta médicos de Lóndres, cuerpo docto que data desde Enrique VIII, que posee su sello como el Estado, que asciende á los enfermos á la dignidad de justiciables, que tiene derecho á aprisionar á los que infringen las leyes y contravienen sus ordenanzas, y que, entre otras conclusiones útiles para la salud de los ciudadanos, ha afirmado este hecho, conquistado por la ciencia:—Cuando el lobo vé primero al hombre, el hombre

queda ronco para toda la vida. Además, puede ser mordido.

Luego Homo era el pretexto.

Ursus sabia algo de esto por el posadero y estaba inquieto, temiendo que se le echasen encima las dos garras de la policía y de la justicia. Para tener miedo á la magistratura basta tener miedo, no se necesita ser culpables, y Ursus huia del contacto de los sheriffs, prebostes y bailíos: no tenia curiosidad de contemplar esos rostros oficiales.

Empezaba á sentir haber venido á Lóndres.

Contra tantos poderes coligados, contra los saltimbanquis apoyados en la religion, contra los capellanes indignándose en nombre de la medicina, la pobre Green-Box, sospechosa de hechicería por Gwynplaine y de hidrofobia por Homo, solo tenia en su favor una cosa que tiene mucha fuerza en Inglaterra: la inercia municipal. Del dejad hacer local ha salido la libertad inglesa. La libertad inglesa se tolera, como se tolera el mar á su alrededor. Es una marea. Poco á poco las costumbres suben sobre las leyes. La Inglaterra viene á ser en este punto espantosa legislacion hundida, en la que sobrenadan las costumbres; es un código feroz, visible todavía bajo la transparencia de la misma libertad.

Podian tener en contra suya *El hombre que rie*, *El caos vencido* y Homo á los saltimbanquis, á los predicadores, á los obispos, á la Cámara de los Comunes, á la de los Lores, á su majestad, á Lóndres y á toda la Inglaterra, y permanecer tranquilos mientras que Southwark estuviese de su parte. La Green-Box era la diversion favorita del arrabal, y la autoridad local se mantenia indiferente, y en Inglaterra indiferencia es proteccion. Mientras que el sheriff del conde de Surrey, del que dependia Soutwark, no tomase parte en este asunto, Ursus podia respirar y Homo dormir tranquilo. Exceptuando el caso de recibir un golpe *ab irato*, estos ódios fortalecian el éxito. La Green-Box iba cada dia mejor, y transpiraba ya en su público que habia intrigas contra ella. *El hombre que rie* era cada dia más popular. La multitud olfatea lo que se denuncia, y se excita y se apasiona por lo denunciado. Excitar sospechas es una recomendacion. El pueblo admite por instinto lo que el Índice amenaza. La cosa denunciada es el principio del fruto prohibido y se apresuran á morderle. Además, es sumamente agradable contribuir á los aplausos que incomodan á álguien, sobre todo cuando este álguien es la autoridad. Hacer, pasando una tarde agradable, un acto de adhesion al oprimido y de oposicion al opresor, es tambien muy placentero; así, divirtiéndose el público, proteje. Añádase á esto que las chozas teatrales del *bowling-green* continuaban silbando é intrigando contra *El hombre que rie*, y nada tanto como esto contribuia á los éxitos; los enemigos mueven bulla eficaz, que aguijonea y aviva el triunfo; el amigo se cansa más pronto de elogiar que el enemigo de injuriar, é injuriar no perjudica: esto es lo que los enemigos ignoran; no pueden dejar de insultar, y esa es la utilidad que prestan: su imposibilidad de callar mantiene despierto al público. Aumentaba de dia en dia la gente que iba á ver *El caos vencido*.

Ursus se callaba cuanto le decia maese Nicless respecto á las intrigas y á las quejas de altos sitios, y no hablaba de esto á Gwynplaine para no turbar con sobresaltos la serenidad de las representaciones. Si habia de sucederles alguna desgracia, siempre lo sabrian de masiado pronto.

## V.

### El wapentake.

Un dia, sin embargo, creyó Ursus que debia salirse de su discrecion por prudencia, y juzgó útil que Gwynplaine estuviese algo inquieto: verdad es que se trataba de algo más grave, segun la opinion de Ursus, que de cábalas de féria y de iglesia. Gwynplaine, al recoger un farthing, que cayó al suelo cuando estaban contando el ingreso del dia, y estando delante el hostelero, quiso hacer notar el contraste que ofrecia el farthing, representante de la miseria del pueblo, y su sello, que representaba con el rostro de Ana la magnificencia parásita del trono, y dijo sobre esto un apropósito malsonante. Este apropósito, que repitió algunas veces maese Nicless, se extendió tanto, que volvió á llegar á los oidos de Ursus, dicho por Fibi y por Vinos. Ursus tuvo fiebre al oir esas palabras sediciosas, que constituian un delito de lesa majestad, y reprendió rudamente á Gwynplaine.

—Ten mucho cuidado con lo que hablas. La regla general de los grandes es no hacer nada, pero la de los pequeños es no decir nada. El pobre solo puede

contar con un amigo, con el silencio. Solo debe pronunciar el monosílabo *sí*. Confesar y consentir es su único derecho, y decir siempre sí al juez y sí al rey. Los grandes, si lo tienen por conveniente, pueden darnos bastonazos; yo los he recibido, es una de sus prerogativas, y no pierden su grandeza porque nos rompan los huesos. Veneremos el cetro, que es el primero de los bastones. El que ultraja al rey, se expone al mismo peligro que la jóven que corta temerariamente la melena al leon. Me refirieron á lo que charlaste sobre el farthing, que es lo mismo que el liard, y á que maldijiste su medalla augusta, mediante la que nos venden en el mercado medio cuarto de un arenque salado. ¡Mucho cuidado con maldecir! Es preciso que seas un hombre sério y que tengas presente que existen castigos. Imprégnate de las verdades legislativas. Estás en un pais donde al que sierra un árbol de tres años lo llevan tranquilamente á la horca. A los que juran, se les meten los piés en cepos. Al borracho le meten en una barrica sin fondo por la parte de abajo para que pueda andar; hacen un agujero en la parte alta del tonel para que pase por él la cabeza, y practican otros dos agujeros en las compuertas para que saque las manos; de este modo no se puede acostar. Al que hiere á alguno en la sala de Westminster le aprisionan para toda la vida y le confiscan los bienes. Al que hiere á álguien en el palacio real le cortan la mano derecha. Al que dá un papirotazo que haga saltar sangre en la nariz, le dejan manco. Al que está convicto de heregía, lo queman vivo; por gran favor, Cuthbert Simpson fué descuartizado por el torniquete. Hace tres años, en 1702, ataron á la picota al malvado Daniel de Foe, porque tuvo la audacia de imprimir los nombres de los miembros de la Cámara de los Comunes que habian hablado en el Parlamento el dia anterior. Al que es felon á su majestad, lo abren en canal, le arrancan el corazon y con él le abofetean las mejillas. Quiero inculcarte estas nociones de derecho y de justicia. No decir nunca una palabra y á la menor inquietud levantar el campo, es lo que yo hago y te aconsejo que hagas. En materia de temeridad imita á los pájaros y en materia de charla á los peces. Conque ya sabes que lo admirable de Inglaterra es su legislacion suave.

Despues de esta reprension, Ursus quedó inquieto durante algun tiempo, pero Gwynplaine no. La intrepidez de la juventud se compone en gran parte de falta de esperiencia. Sin embargo, parecia que Gwynplaine tenia razon para estar tranquilo, porque se deslizaron pacíficamente algunas semanas sin traer consecuencias el apropósito sobre la reina.

Ursus estaba siempre vigilante, temiendo algun contratiempo. Un dia, poco despues de los consejos que dió á Gwynplaine, mirando por la ventana de la pared que caia al exterior, Ursus palideció de repente.

—Gwynplaine? le dijo.

—Qué quereis?

—Que mires.

—A dónde?

—A la plaza.

—Y qué?

—Ves aquel transeunte?

—Aquel hombre vestido de negro?

—Sí.

—Que empuña una especie de maza?

—Sí.

—Y qué?

—Mírale bien; ese hombre es el wapentake.

—Qué quiere decir wapentake?

—Que es el bailío de la centena.

—Qué significa bailío de la centena?

—Es el *prœpositus hundredi.*

—Pero qué desempeña?

—Un oficio terrible.

—Qué lleva en la mano?

—El iron-weapon.

—Qué es el iron-weapon?

—Una cosa de hierro.

—Qué hace con ella?

—Ante todo jura, y por esto se le llama el wapentake.

—Y despues?

—En seguida toca al que le parece.

—Con qué?

—Con el iron-weapon.

—Con eso qué quiere decir?

—Quiere decir: Sígueme.

—Es preciso seguirle?

—Sí.

—Y á dónde?

—No lo sé.

—No os dice dónde os lleva?

—No.

—Pero se le puede preguntar?

—Tampoco.

—Tampoco?

—Él no dice nada y los demás tampoco le dicen.

—Pero...

—Te toca con el iron-weapon y nada más... estás obligado á seguirle.

—Pero dónde?

—Detrás de él, á donde á él le parece, Gwynplaine.

—Y el que se resiste á seguirle?

—Le ahorcan.

Ursus volvió á asomar la cabeza por la ventana y respiró tranquilamente.

—Gracias á Dios ya ha pasado! No nos busca á nosotros.

Ursus quizás se habia asustado más de lo razonable de la indiscrecion de las palabras que pronunció Gwynplaine. Maese Nicless, que las oyó, no tenia ningun interés en comprometer á las pobres gentes de la Green-Box. Era una fortuna para él el hospedar al *Hombre que rie*; para el posadero tenia dos éxitos el *Caos vencido*: hacia triunfar al arte en la Green-Box y hacia progresar la embriaguez en la taberna.

## VI.

### El raton interrogado por los gatos.

Otro aviso recibió todavía Ursus y bastante terrible; esta vez se trataba de él. Le hicieron aparecer en Bishopsgate ante una comision compuesta de tres rostros desagradables, que pertenecian á tres doctores, llamados prepósitos: uno era doctor en teología y delegado del dean de Westminster; otro era doctor en medicina y delegado del Colegio de los Ochenta, y el tercero era doctor en historia, delegado del Colegio de Gresham. Estos tres peritos *in omni re scibili* vigilaban las palabras pronunciadas en público en todo el territorio de las ciento treinta parroquias de Lóndres, de las setenta y tres de Middlesex y por extension de las cinco de Southwark. Estas jurisdicciones teologales subsisten aun en Inglaterra y castigan con rigor útil.

Ursus recibió un dia de dichos doctores delegados la órden de comparecencia que, por fortuna, le entregaron en propias manos y nadie se enteró de ella. Acudió, pues, á la citacion, extremeciéndole la idea de que pudiesen creer que daba pié para que sospechasen que era temerario en cierto modo; él, que recomendaba el silencio á los demás, acababa de recibir una leccion muy ruda.

Los tres doctores prepósitos y delegados estaban sentados, en Bishopsgate, en el fondo de una sala de piso bajo, en tres sillones de brazos de cuero negro: tenian colgados en la pared y encima de ellos los retratos en busto de Minos, Eaque y Radamanto, una mesa delante y á los piés un banquillo.

Ursus fué introducido hasta allí, y en el instante, en su pensamiento dió á cada uno de los tres doctores el nombre del juez del infierno que cada uno de los prepósitos tenia sobre su cabeza.

Minos, el primero de los tres, el doctor en teología, le hizo señal de que se sentase en el banquillo.

Ursus saludó correctamente, esto es, inclinándose hasta el suelo; y convencido de que se encanta á los osos con la miel y á los doctores con el latin, dijo, permaneciendo por respeto medio encorvado:

—*Tres faciunt capitulum.*

Al decir esto se sentó en el banquillo.

Cada uno de los tres doctores tenia en la mesa delante de sí un cuaderno de notas, que hojeaba. Empezó Minos:

—Es cierto que hablais en público?

—Sí, respondió Ursus.

—Con qué derecho?

—Soy filósofo.

—Eso no es un derecho.

—Soy tambien saltimbanqui.

—Eso es diferente.

Ursus respiró. Minos continuó en el uso de la palabra:

—Como saltimbanqui podeis hablar, pero como filósofo debeis callar.

—Trataré de hacerlo así.

Ursus pensaba en su interior:—Puedo hablar, pero debo callar; esto es una complicacion. Estaba temeroso. Minos continuó:

—Decís cosas malsonantes. Ultrajais la religion. Negais las verdades más evidentes. Propagais errores que excitan; por ejemplo, habeis dicho que la virginidad no excluia la maternidad.

Ursus levantó la vista con humildad y contestó:

—No he dicho eso; dije que la maternidad excluia la virginidad.

Minos, pensativo, murmuró:

—Este hecho es lo contrario.

Era lo mismo, pero Ursus habia parado el primer golpe.

Minos, meditando la contestacion del santimbanqui-filósofo, se hundió en lo profundo de su imbecilidad, lo que ocasionó un momento de silencio.

El representante de la historia, el que para Ursus parecia Radamanto, disfrazó la derrota de Minos con esta interpelacion:

—Son de todas clases vuestros atrevimientos y vuestros errores. Habeis negado que se perdiese la batalla de Farsalia

porque Bruto y Casio encontraron un negro.

—Dije, respondió Ursus, que esto era tambien porque César era mejor capitan.

El juez pasó sin transicion de la historia á la mitología.

—Habeis excusado las infamias de Acteon.

—Porque creo, insinuó Ursus, que el hombre no se deshonra por ver á una mujer desnuda.

—Pues os equivocais, replicó el juez severamente.

Radamanto volvió á la historia.

—A propósito de los accidentes sucedidos á la caballería de Mitrídates, habeis rehusado reconocer las virtudes de las yerbas y de las plantas. Negásteis que la securiduca pueda hacer caer las herraduras.

—Dispensadme, respondió Ursus; dije que eso solo era posible para la yerba sferra-caballo. No niego la virtud de ninguna yerba... ni la de ninguna mujer, añadió en voz más baja.

Por esta salida de la cuestion, que añadió á la respuesta, se probó Ursus á sí mismo que, aunque tenia inquietud, no estaba desarmado.

Ursus era un compuesto de terror y de presencia de espíritu.

—Insisto, repuso Radamanto. Habeis declarado que fué una simpleza de Escipion (cuando quiso abrir las puertas de Cartago) el coger como una llave la yerba etriopis, porque dicha yerba no posee la propiedad de romper las cerraduras.

—Dije sencillamente que hubiera hecho mejor en servirse de la yerba lunaria.

—Eso solo es una opinion, contestó Radamanto, herido tambien á su vez, y se calló.

Minos, sereno ya, interrogó otra vez á Ursus. Habia tenido tiempo para consultar el cuaderno de sus notas.

—Habeis clasificado el oropimente entre los productos arsenicales, diciendo que se podia envenenar con el oropimente, y la Biblia lo niega.

—La Biblia lo niega, pero el arsénico lo afirma, replicó Ursus.

El personaje en quien Ursus veia á Eaque, que era el doctor en medicina, y que no habia hablado aun, intervino, y con los ojos medio cerrados y apoyando á Ursus, dijo:

—La contestacion no es inepta.

Ursus le dió las gracias con su más humilde sonrisa. Minos hizo una mueca de disgusto.

—Continúo, repuso éste; respondedme.—Afirmásteis que era falso que el basilisco sea el rey de las serpientes, y conocido con el nombre de cocatrix.

—Reverendo señor, contestó Ursus, no habré tratado de rebajar al basilisco cuando dije que tenia cabeza de hombre.

—Así será, replicó severamente Minos, pero añadísteis que Socrius vió uno que tenia cabeza de halcon. ¿Podeis probarlo?

—Difícilmente, dijo Ursus, que perdió terreno con esta respuesta.

Minos, observando su ventaja, continuó:

—Dijísteis que el judío que se hace cristiano es porque no se encuentra bien.

—Sí; pero añadí que el cristiano que se hace judío es porque se encuentra mal.

Minos volvió á repasar el cuaderno denunciador. Tras una pausa continuó el interrogatorio:

—Afirmais y propagais cosas inverosímiles. Dijísteis que Elieno vió que un elefante escribia sentencias.

—Eso no, reverendo señor; dije sencillamente que Oppiano oyó á un hipopótamo discutir un problema filosófico.

—Habeis declarado que no es cierto que un plato de madera de haya se llene á sí mismo de todos los manjares que se pueden desear.

—Dije que para que posea esa virtud era preciso que fuese dado por el diablo.

—Esto indica, repuso Minos, que teneis cierta fé en el diablo.

—Reverendo doctor, no lo niego; creo en el diablo. La fé en el diablo es el reverso de la fé en Dios, y la una prueba la otra. El que no cree algo en el diablo no puede creer mucho en Dios; el que cree en el sol debe creer en la sombra. El diablo es la noche de Dios; y ¿qué es la noche? la prueba del dia.

Ursus, como se vé, improvisaba insondable combinacion de filosofía y de religion. Minos quedó pensativo y volvió á sumirse en el silencio. Ursus respiró otra vez.

En seguida, Eaque, el delegado de medicina, que acababa de defender desdeñosamente á Ursus del ataque del doctor en teología, se hizo de pronto auxiliar de éste, atacando bruscamente al saltimbanqui. Puso la mano cerrada sobre su cuaderno, que era grueso y estaba cargado de notas, y dijo:

—Está probado que el cristal se encuentra en el hielo sublimado y el diamante en el cristal sublimado; se ha averiguado que el hielo se convierte en mil años en cristal y que el cristal se convierte en diamante en mil siglos. Vos lo habeis negado.

—No lo he negado, contestó melancólicamente Ursus; solo dije que en mil años el hielo tenia mucho tiempo para fundirse, y que mil siglos son muy difíciles de contar.

—Negais que las plantas puedan hablar.

—De ningun modo, pero es preciso para eso que estén debajo de una horca.

—Confesais que la mandrágora grita?

—No, pero canta.

—Negásteis que el cuarto dedo de la mano izquierda poseia virtudes cordiales.

—Solo dije que estornudar á la izquierda era signo desgraciado.

—Habeis hablado temeraria é injuriosamente del fénix.

—Ilustre doctor, solo dije que, al asentar que el cerebro del fénix era un bocado exquisito, pero que producia mal de cabeza, Plutarco iba más lejos de lo que debia, supuesto que el fénix no ha existido jamás.

—Ese es un error. En la antigüedad se le equivocó con otras aves, pero hoy se le conoce bien: hoy existe.

—No me opongo.

—Confesásteis que el saúco curaba la esguimancia, pero añadiendo que eso no era por tener en sus raices una excrecencia encantada.

—Dije que era porque Judas se ahorcó en un saúco.

—Opinion plausible, murmuró el teólogo Minos, contento por devolver el alfilerazo al médico Eaque.

La arrogancia, pisada, se encoleriza rápidamente. Eaque se encarnizó.

—Hombre nómada, vuestro espíritu vaga errante como vuestros piés. Manifestais tendencias sospechosas y sorprendentes, andais muy cerca de la hechicería, estais en relaciones con animales desconocidos. Hablais al populacho de objetos que existen para vos solo, que son de ignorada naturaleza, como por ejemplo, del hemorrhous.

—El hemorrhous es una vívora que vió Tremellius.

Esta respuesta produjo confusion en la ciencia irritada del doctor Eaque.

Ursus continuó:

—El hemorrhous es tan real como la hyena odorífera y como la cebolla silvestre descrita por Castellus.

—Hé aquí vuestras palabras textuales y diabólicas. Oidlas.

Eaque, con la vista fija en el cuaderno, leyó lo siguiente:

—“Dos plantas, la thalagssigle y la aglafotis son luminosas en la oscuridad; flores durante el dia y estrellas durante la noche.„

Mirando con fijeza á Ursus, le preguntó:

—Qué decís de esto?

—Que cada planta es una lámpara y cada perfume es una luz.

—Habeis negado que las vejiguillas de la nutria fuesen equivalentes á las del castor.

—Me concreté á decir que se debe desconfiar de Aetius en este punto.

Eaque se puso furioso.

—Ejercitais la medicina?

—Me ejercito en la medicina, contestó tímidamente Ursus.

Ursus hablaba con firmeza, pero con suave entonacion.

—Pues os advierto que si el enfermo que asistais se muere, sereis condenado á muerte.

—Y si se cura? se atrevió á preguntar Ursus.

—En ese caso, respondió el doctor dulcificando la voz, os espera tambien la muerte.

—Eso es muy poco variado, contestó Ursus.

—Si el enfermo muere, se castiga la ignorancia del médico, y si cura, se castiga vuestra intrusion. Se os condena á la horca en los dos casos.

—Ignoraba ese detalle y os doy las gracias por habérmelo enseñado. No es fácil conocer todas las bellezas de la legislacion.

—Conque estad alerta.

—Estaré alerta, señor doctor.

—Sabemos todo lo que haceis.

—Yo no lo sé siempre, pensó para sí Ursus.

—Podríamos encerraros en una prision.

—Lo voy comprendiendo.

—No podeis negar vuestras contravenciones ni vuestras usurpaciones.

—Mi filosofía os pide perdon.

—Se os atribuyen audacias.

—Se equivocan.

—Dicen que curais enfermos.

—Soy víctima de la calumnia.

Los doctores acercaron sus rostros sábios y cuchichearon. El consejo íntimo

y competente de aquella trinidad duró algunos minutos, durante los cuales Ursus experimentó todos los frios y los calores de la agonía: al fin Minos volvió la cabeza hácia él, y le dijo con voz áspera y severa:

—Marchaos!

Ursus sintió algo de lo que debió sentir Jonás al salir del vientre de la ballena.

Minos continuó diciéndole:

—Os dejamos en libertad.

Ursus se decia á sí mismo:

—Si me vuelven á pillar, ¡adios á la medicina!... De hoy en adelante dejaré que revienten los enfermos.

Saludó profundamente á los doctores, á los retratos, á la mesa y á las paredes, se dirigió de espaldas hácia la puerta y desapareció casi como una sombra que se disipa.

Salió lentamente de la sala, como inocente, y de la calle con rapidez, como culpado. La aproximacion á las gentes de justicia es tan singular y tan temible, que hasta cuando nos absuelven queremos evadirnos de ellas.

Ursus, huyendo, murmuraba:

—De buenas he escapado! Soy sábio salvaje y ellos son sábios domésticos. Los doctores trastean á los doctos. La falsa ciencia es el excremento de la verdadera y se emplea para perder á los filósofos. Los filósofos, al producir los sofistas, producen su propia desgracia. Del estiércol del tordo nace el muérdago, con el que se hace la liga que luego aprisiona al tordo. *Turdus sibi malum cacat.*

Ursus era poco delicado en materia de gusto literario y tenia el atrevimiento de servirse de las palabras que mejor espresaban sus ideas. No tenia mejor gusto que Voltaire.

Cuando Ursus volvió á la Green-Box, refirió á maese Nicless que tardó por haberse empeñado en seguir á una mujer hermosa, y no le habló de su aventura.

Por la noche únicamente dijo á Homo en voz baja:

—Es menester que sepas que he vencido las tres cabezas del Cancervero.

## VII.

### ¿Qué motivos pudo tener un cuádruple (1) para confundirse con miserables liards?

En la posada de Tadcaster cada dia iba en aumento la alegría, la risa y la algazara. El hostelero y su muchacho apenas bastaban para servir el *ale*, el *stout* y el *porter*. (1) Por la noche estaba completamente llena la sala baja y no habia desocupada ni una sola mesa. La muchedumbre bebia, cantaba y alborotaba.

En el teatro, esto es, en el corral, la multitud aun era más numerosa.

Todo el público que podia dar el arrabal acudia tan precipitado á asistir á las representaciones del *Caos vencido*, que en cuanto empezaba la funcion era imposible ya encontrar un solo sitio. Las ventanas rebosaban espectadores y el largo y ancho balcon estaba invadido. No se podia ver ni una sola de las piedras del patio; tan espesa estaba la gente!

Solo quedaba vacía la localidad destinada para la nobleza. Pero una noche se ocupó: era un sábado, dia en que las gentes se esfuerzan por divertirse sabiendo que se tienen que fastidiar el domingo. La sala estaba llena de un extremo al otro; decimos *sala*, porque Shakespeare, que tuvo durante mucho tiempo por teatro el corral de una posada, la llamaba tambien sala, *hall*.

En el momento de descorrerse el telon para empezar el prólogo del *Caos vencido*, y estando en escena Ursus, Homo y Gwynplaine, el primero echó, como de costumbre, una ojeada á la concurrencia y tuvo una sorpresa. Estaba ocupada la localidad destinada á la nobleza: habia en medio del palco una mujer sentada en el sillon de terciopelo de Utrech; estaba sola y casi lo llenaba.

Hay séres que despiden cierta claridad: esta mujer, como Dea, pertenecia á ese número, pero despedia claridad diferente. Dea era pálida y esta mujer sonrosada; aquella era el alba, ésta la aurora. Dea era linda, esta mujer era hermosa. Dea era la inocencia, el candor, la blancura, el alabastro; aquella mujer era la púrpura y no podia ruborizarse. Su irradiacion desbordaba del palco, y ella estaba sentada en el centro, inmóvil y con no sé qué plenitud de ídolo.

En medio de la sórdida multitud tenia la brillantez del carbunclo, inundando al público con tanta luz que quedaba oscurecido, y todo él sufria su eclipse. Su esplendor lo oscurecia todo.

Todos los ojos se volvian hácia ella. Tom-Jim-Jack estaba confundido entre la muchedumbre, y desaparecia como

(1) Moneda de oro que vale cuatro doblones.

(1) Tres clases de cerveza.—(N. del T.)

los demás eclipsado por el nimbo de aquella mujer resplandeciente.

La desconocida absorbió desde su aparicion la atencion del público, haciendo competencia al espectáculo y perjudicando en parte á los primeros efectos del *Caos vencido*. Aquella vision, para los que estaban cerca de ella, era una realidad. Era una mujer, quizás demasiado mujer. Alta y robusta y exhibiéndose magníficamente lo más desnuda que podia. Llevaba voluminosos pendientes de perlas entremezcladas con piedras preciosas. Su traje era de muselina de Siam bordada de oro, que constituia el gran lujo de aquella época, porque esos vestidos valian entonces seiscientos escudos. Largo broche de diamantes cerraba su camisa, que se veia por debajo de la garganta, moda lasciva de aquel tiempo, camisa de tela de Frise, que era tan fina que podia pasar al través de una sortija. Esta mujer llevaba como una coraza de rubíes y de otras piedras cosidas por todas partes á su corpiño. Además ostentaba las dos cejas pintadas con tinta china, y los brazos, los codos, los hombros, la barba, las ventanas de la nariz, las palmas de las manos y el extremo de los dedos con afeites, extendiendo sobre su figura algo rojo y provocante y la implacable voluntad de ser hermosa. Era la pantera que podia volverse gata y acariciar. Tenia un ojo azul y otro negro.

Gwynplaine y Ursus contemplaban aquella mujer.

La Green-Box ofrecia un espectáculo fantasmagórico; *El caos vencido* más se parecia á un sueño que á una comedia, y sus actores estaban acostumbrados á hacer en el público el efecto de una vision; pero aquella noche el efecto de la vision lo recibian ellos, la sala devolvia al teatro la sorpresa y les llegaba el turno de la fascinacion.

Aquella mujer les miraba y ellos la contemplaban; la distancia que los separaba de ella y la bruma luminosa que produce la penumbra teatral, les borraba los detalles y les producia el efecto de una alucinacion. Era para ellos una mujer sin duda alguna; pero ¿no seria tambien una quimera? La entrada de tanta luz en su oscuridad les asombraba; era para ellos la llegada de un planeta desconocido que venia del mundo de los dichosos. La irradiacion amplificaba la figura de aquella mujer, que brillaba con los centelleos nocturnos de una via láctea; sus piedras preciosas parecian estrellas; el broche de diamantes era quizás una pléyade. El modelado espléndido de su seno era sobrenatural. Al fijarse en aquella criatura astral se conocia que se aproximaba momentáneamente hácia allí desde las regiones de la felicidad; desde las profundidades del paraiso se inclinaba hácia la infeliz Green-Box y hácia su miserable público, aquella faz de inexorable serenidad. Curiosidad suprema que desea satisfacerse y que al mismo tiempo sirve de pasto á la curiosidad popular. Lo de arriba consintiendo en que lo mire lo de *debajo*.

Ursus, Gwynplaine, Vinos, Fibi y la multitud experimentaron la sacudida del deslumbramiento, todos, excepto Dea, que no podia deslumbrarse.

La presencia de aquella mujer era una aparicion, pero que no participaba de ninguna de las ideas que ordinariamente despierta ese nombre; no habia en ella nada diáfano, indeciso y flotante, nada vaporoso; era una aparicion rosada y fresca, pero que aparecia vision en las condiciones ópticas en que estaban colocados Gwynplaine y Ursus.

Detrás de aquella mujer y en la penumbra se veia un hombre infantil, blanco, hermoso y sério, era su *groom*, que era moda en aquel tiempo que fuese muy jóven y muy grave. Vestia de terciopelo de color de fuego y llevaba sobre el casquete, galoneado de oro, un ramillete de plumas de tisserin (1), señal de alta domesticidad y que indica ser criado de nobilísima dama.

El lacayo forma parte integrante del señor, y es fácil de comprender que aquel era el paje de cola de aquella señora. Este *groom* se mantenia semioculto y sin llamar la atencion, porque esto indicaria falta de respeto: estaba de pié y pasivo en el fondo del palco, y tan atrás como la puerta cerrada se lo permitia; pero la dama puede decirse que estaba sola en la localidad, porque un criado no debe contarse.

Aunque era poderosa la distraccion que produjo la desconocida, el desenlace del *Caos vencido* fué más poderoso todavía, y la impresion que causó fué irresistible, como siempre. Quizás hubo en la sala aumento de electricidad, dimanada de la radiante espectadora, porque algunas veces el concurrente aumenta el espectáculo. La risa contagiosa que produjo Gwynplaine fué más tumultuosa que otras veces, y la concurrencia se vió

(1) Pájaro que se encuentra en Africa y en las Indias.

acometida por indescriptible epilepsia de hilaridad; entre el público sobresalia la risa sonora y magistral de Tom-Jim-Jack.

Solo la desconocida, que contemplaba el espectáculo con inmovilidad de estátua y con ojos de fantasma, no rió.

Despues que terminó la representacion volvió á reinar la intimidad en la Green-Box. Ursus abrió y vació sobre la mesa de cenar el saco de la colecta y salió de él un monton de liards, entre los que se vió brillar súbitamente una onza de oro española.

—Esta moneda es de aquella dama! exclamó Ursus. Ha dado un cuádruple por el palco, añadió entusiasmado.

En este momento el posadero entró en la Green-Box, pasó el brazo por la ventana que aquella tenia en la parte de detrás, abriendo la de la pared á donde estaba arrimada la Green-Box, que caia á la plaza y tenia la misma altura que la del coche ambulante, é indicó á Ursus que mirase al exterior.

Una carroza empenachada, con magníficos arreos y con lacayos que llevaban antorchas, se alejaba al trote largo.

Ursus enseñó el cuádruple á maese Nicless y le dijo:

—Es una diosa!

Despues se fijó en la carroza, que doblaba una esquina de la plaza, y vió que sobre el imperial las antorchas de los criados alumbraban una corona de oro con ocho florones.

—Es una duquesa! exclamó.

La carroza desapareció.

Ursus se quedó algunos momentos contemplando la moneda de oro, despues la dejó sobre la mesa y se puso á interrogar al hostelero sobre la desconocida. Era una duquesa, pero no sabian de qué título. Lo único que pudo decirle maese Nicless es que habia visto de cerca la carroza blasonada y los lacayos galoneados. Por la peluca, el cochero pudiera serlo de un lord canciller. El *groom* era tan diminutivo que estaba de pié sobre el estribo de la carroza fuera de la portezuela, de esos que eran portadores de la cola de las grandes damas y de sus mensajes; además llevaba el ramillete de plumas de tisserin, que al que le usa sin derecho le cuesta pagar una multa. Maese Nicless habia visto de cerca á esa gran señora. Era una especie de reina y gran riqueza realzaba su hermosura. Maese Nicless referia la magnificencia de su blanca carne con venas azules, lo pintado de su cuello, brazos y hombros, sus pendientes de perlas, el adorno de su peinado matizado con polvos de oro, y la profusion de piedras preciosas, de rubíes y de diamantes que la adornaban.

—Menos brillantes que sus ojos, murmuraba Ursus.

Gwynplaine callaba. Dea escuchaba.

—Sabeis qué es lo más asombroso? le preguntó el tabernero.

—Qué?

—Que yo la ví subir á la carroza.

—Y qué?

—Y no subió sola. Adivinad quién subió con ella.

—El rey? preguntó Ursus.

—Ya sabeis que en la actualidad no hay rey en Inglaterra. Adivinad quién era.

—Júpiter?

—Tom-Jim-Jack, respondió el posadero.

Gwynplaine, que hasta entonces no habia articulado ni una palabra, rompió el silencio, exclamando:

—Tom-Jim-Jack!...

Hubo entonces una pausa, producida por el asombro, durante la que pudo oirse decir en voz baja á Dea:

—¿No se podria impedir que volviese esa mujer?

## VIII.

### Síntomas de envenenamiento.

La aparicion no volvió. No volvió á la sala, pero reapareció en el espíritu de Gwynplaine, que quedó turbado. Le pareció que acababa de ver á una mujer por la primera vez de su vida.

Tuvo la semi-caida del que sueña extrañamente. Es necesario precaverse de que se nos imponga la imaginacion. La imaginacion posee el misterio y la sutilidad del aroma, y es al pensamiento lo que el perfume es á la vara de San José; es muchas veces la dilatacion de una idea venenosa, y penetra como el humo. Los desvaríos envenenan como las flores y nos arrastran á un suicidio embriagador, exquisito y siniestro.

El suicidio del alma consiste en extraviar el pensamiento, que así se envenena. La imaginacion atrae, engaña con falsas esperanzas, se apodera de nosotros y despues nos hace sus cómplices, obligándonos á aceptar por mitad las trampas que hace á la conciencia. Primero nos fascina y despues nos corrompe. Se puede decir de la imaginacion lo que se dice del juego: se empieza en él por ser

víctima y se concluye por ser bellaco.

Gwynplaine soñaba. Jamás hasta entonces habia visto á la mujer: solo conocia la sombra de las mujeres del pueblo y el alma de Dea: acababa de ver la realidad: la piel tibia y viviente, bajo la que se siente circular la sangre apasionada; contornos, trazados con la presion del mármol y la ondulacion de las olas; la fisonomía altiva é impasible, en la que se confunden la repulsion con la atraccion y se reasumen en resplandecimiento; cabellos coloreados como un reflejo de incendio; elegancia y riqueza de adornos, que producen los calofríos de la voluptuosidad; insinuada desnudez, haciendo traicion al deseo desdeñoso de ser poseida desde larga distancia por la multitud; coquetería inexpugnable; lo impenetrable seduciendo; la tentacion, espoleada por la perdicion entrevista; la promesa para los sentidos y la amenaza para el espíritu; la doble ansiedad que producen el deseo y el temor. Gwynplaine acababa de ver todo lo referido, porque veia una mujer, ó mejor dicho, veia más y menos que una mujer; veia una hembra, y al mismo tiempo un sér olímpico: la hembra de un dios.

Acababa de aparecérsele el misterio del sexo. Dónde? En lo inaccesible, á inmensa distancia.

En su destino irónico, esa cosa celeste, el alma, la poesía, se concentraba en Dea; pero esa cosa terrestre, el sexo, lo divisaba en lo más profundo del cielo, y era para él, aquella mujer, una duquesa.

Imposible escarpadura! Hasta la imaginacion retrocede ante semejante escalamiento. ¿Iba á cometer la locura de soñar en esa desconocida? Forcejeaba contra esto consigo mismo.

Recordaba cuanto Ursus le habia referido acerca de esas altas existencias, casi reales; las divagaciones del filósofo, que le parecieron inútiles, las encontraba ahora como puntos de apoyo para sus meditaciones; con frecuencia solo tenemos en la memoria una delgada capa de olvido, la que, cuando la ocasion se presenta, deja ver de repente todo lo que hay debajo de ella; y se le aparecia el mundo augusto de la señoría, en el que vivia aquella mujer, inexorablemente superpuesto al mundo ínfimo del pueblo, que era el suyo. Pero, ¿pertenecia él á ese pueblo? ¿No se encontraba él, infeliz saltimbanqui, más bajo aun que el mismo pueblo? Por primera vez, despues que tenia reflexion, le oprimia el considerar la bajeza de su posicion. Las descripciones y las enumeraciones de Ursus, sus inventarios líricos, los ditirambos que dirigia á los castillos, á los parques, á los saltos de agua y á la concentracion de la riqueza y del poder, revivian en el pensamiento de Gwynplaine con el relieve de una realidad fabulosa. Que el hombre pudiese ser lord le parecia quimérico, y sin embargo, existia esa realidad. Para él vivian esos lores, pero dudaba de que fuesen de carne y huesos como los demás hombres. Se creia en la oscuridad, rodeado de pared, y distinguia en lontananza suprema, encima de su cabeza, como por la abertura de un pozo en cuyo fondo estuviese sumido, el deslumbrador conjunto de azur, de rostros y de rayos del Olimpo, y en el centro de esa gloria resplandeciendo la duquesa.

Sentia por esa mujer necesidad extraña, que complicaba lo imposible, y éste contrasentido doloroso retornaba á superar á su espíritu y veia cerca de él, al alcance de la mano, en la realidad íntima y tangible, el alma; y en lo intangible, en el fondo del ideal, la carne.

No veia con precision ninguno de los pensamientos indicados; llegaban á él envueltos en la niebla, cambiaban á cada instante de contorno y flotaban en profunda oscuridad. Por otra parte, á pesar de la tenacidad de esta idea, no desfloró ni un instante su espíritu, ni aventuró, aun en sus desvaríos, una sola ascension hasta la duquesa. El extremecimiento que reciben esas escalas, en cuanto se pone el pié en ellas, se trasmite muchas veces al cerebro y para siempre; y al creer ascender al Olimpo se vá á Bedlam. Si hubiese tomado en él forma clara esta concupiscencia, le hubiera terrificado, pero no la tomó.

¿Volveria á ver acaso á aquella mujer? Probablemente no. Su demencia no llegaba al extremo de enamorarse de una claridad que atraviesa el horizonte. Apasionarse por una estrella se comprende, porque se la vé todas las noches, reaparece, está fija; ¿pero quién puede enamorarse de un relámpago?

Sentia un vaiven en la imaginacion. El ídolo en el fondo del palco, elegante y majestuoso, se dibujaba luminosamente en la difusion de sus ideas y despues se borraba. Aparecia y desaparecia con frecuencia, pero nada más. Esto le impidió dormir muchas noches. En el insomnio soñamos como cuando dormimos.

Es casi imposible marcar los exactos límites, las evoluciones abstrusas que obran en el cerebro. Las palabras ofrecen el inconveniente de tener más contorno que las ideas; las ideas se mezclan por los bordes, las palabras no. Se les escapa siempre cierta parte difusa del alma. La expresion tiene sus fronteras, pero el pensamiento carece de ellas.

Tal es la sombría inmensidad interior, que lo que sucedia á Gwynplaine tocaba apenas en su pensamiento á Dea. Dea era como sagrada en el centro de su espíritu, y nada podia acercarse hasta allí; sin embargo, estas contradicciones constituyen el alma humana, y en ella sostenia Gwynplaine un conflicto. ¿Tenia conciencia de él? De un modo vago. Sentia en su foro interior, en el sitio de las hendiduras posibles, un choque de veleidades; para Ursus hubiera sido claro este choque; para Gwynplaine no lo era. Dos instintos, el del ideal y el del sexo, combatian en él. Hay luchas semejantes entre el ángel bueno y el ángel malo sobre el puente del abismo.

Al fin cayó precipitado el ángel malo. De repente, un dia, Gwynplaine ya no pensó en la mujer desconocida. El combate entre los dos principios, el duelo entre su parte terrestre y su parte celeste, se verificó en lo más oscuro de su sér y en tales profundidades, que solo se apercibió confusamente de esa lucha.

Él no cesó un instante de adorar á Dea, á pesar del desórden de su cerebro y de la fiebre de su sangre, pero aquel y ésta desaparecieron y permaneció solo Dea. Se hubiera asombrado Gwynplaine si le hubiesen dicho que Dea estuvo un momento en peligro. En pocos dias el fantasma que amenazaba sus almas se borró. Solo le quedó á Gwynplaine el corazon, que era una hoguera, y el amor, que era una llama.

La duquesa no volvió á presenciar las representaciones de la Green-Box, lo que Ursus encontró natural. La dama que dá una onza es un fenómeno. Entra, paga y se desvanece. Seria gran fortuna que volviese.

Dea no hizo ni una sola alusion á la dama de paso. Sin duda estaba enterada por oir lo que decia Ursus y por las exclamaciones significativas que oia aquí y allá y que decian que no se pueden recibir todos los dias onzas de oro. Por instinto profundo Dea no volvió á hablar de la duquesa. El alma toma estas oscuras precauciones cuyo secreto no siempre conoce. No ocuparse de alguno parece que es alejarle; al hablar de él, parece que se le llame; callamos, como cerraríamos una puerta.

Este incidente se olvidó pronto. ¿Era acaso algo? Pudo decirse que existió? ¿Habia flotado una sombra entre Gwynplaine y Dea? Dea no lo sabia y Gwynplaine tampoco. No fué nada. La misma duquesa desapareció en la perspectiva lejana como una ilusion. Solo fué un minuto de sueño que atravesó Gwynplaine y que salió de él. La disipacion de un desvarío, como la disipacion de la bruma, no deja huella, y cuando pasa la nube, el amor no disminuye en el corazon, como el sol no disminuye en el cielo.

## IX.

### Abyssus abyssum vocat.

También desapareció Tom-Jim-Jack. Bruscamente dejó de asistir á las representaciones de la posada de Tadcaster.

Las personas acostumbradas á ver las dos pendientes de la vida elegante de los grandes señores, pudieron notar por entonces que la *Gaceta de la Semana*, entre dos estractos de registros parroquiales, anunciaban "la salida de lord David Dirry-Moire por órden de su majestad, para ir á tomar en la escuadra blanca, que caminaba por las costas de Holanda, el mando de su fragata„.

Ursus se apercibió de que Tom-Jim-Jack no volvia ya, y esto le preocupó. Tom-Jim-Jack no se presentó en la posada desde la noche en que partió en la carroza de la dama desconocida. ¡Era un enigma ese marinero que robaba duquesas! Este hecho se prestaba á muchas reflexiones. Por eso Ursus nada dijo. Ursus, que tenia esperiencia, sabia los escozores que producen las curiosidades temerarias. La curiosidad debe guardar cierta proporcion con el curioso. El que escucha, arriesga la oreja, y el que acecha, el ojo; lo más prudente es no ver ni oir nada. Tom-Jim-Jack subió á la carroza blasonada, el hostelero lo presenció. Un marinero que se sienta en un vehículo al lado de una lady, ofrece las apariencias de un prodigio que hacia circunspecto á Ursus. Los caprichos de la vida de los grandes deben ser sagrados para los pequeños. Esos reptiles, que se llaman pobres, lo mejor que pueden hacer es meterse en su agujero cuando ven algun suceso extraordinario. Estar escondidos les dá fuerza. Cerrad los ojos,

si no teneis la dicha de ser ciegos; tapaos los oidos, si no teneis la fortuna de ser sordos; paralizad la lengua, si no gozais de la perfeccion de ser mudos. Los grandes son lo que quieren y los pequeños lo que pueden; dejemos que pase lo desconocido. No importunemos á la mitología, no enfademos á las apariencias, rindamos profundo respeto á los simulacros. No dirijamos nuestros chismes á las diminuciones y á los aumentos que se operan en las regiones superiores por motivos que ignoramos. La mayor parte de las veces son, para nosotros los miserables, ilusiones ópticas. Las metamórfosis son asuntos de los dioses; las transformaciones y las disgregaciones de los grandes personajes eventuales, que flotan sobre nosotros, son nubes imposibles de comprender y peligrosas de estudiar. Prestar demasiada atencion, impacienta á los olímpicos en sus evoluciones de diversion y de capricho, y si os lanzan el rayo, podria enseñarnos que es Júpiter el toro que examinamos con impertinente curiosidad. Mirarlos con indiferencia es ser inteligentes. No os meneeis, que esto es saludable; haceos los muertos y no os matarán. Tal es la sabiduría del insecto, que Ursus practicaba.

El posadero, que tambien extrañaba la desaparicion del marinero, preguntó un dia á Ursus:

—¿Sabeis que ya no viene Tom-Jim-Jack?

—Vaya! Tambien me ha chocado.

Maese Nicless le hizo en voz baja una reflexion, sin duda acerca de la promiscuidad de la carroza ducal con Tom-Jim-Jack, observacion probablemente irreverente y peligrosa, que Ursus tuvo cuidado de no oir. Este, sin embargo, era demasiado artista para no echar de menos á Tom-Jim-Jack. Esperimentó verdadero disgusto y comunicó esta impresion á Homo, único confidente de cuya discrecion estaba seguro. Así dijo al oido del lobo:

—Desde que no viene Tom-Jim-Jack, siento un vacío como hombre y frio como poeta.

Esta confianza que hizo á su amigo le sosegó. Gwynplaine no se ocupaba de Tom-Jim-Jack, absorto en pensar en Dea y olvidado ya de la fascinacion momentánea que le produjo la dama incógnita.

Ya no se hablaba de cábalas, ni de quejas contra *El hombre que rie;* parecia que los oidos contra él se habian extinguido y reinaba la paz en la Green-Box y á sus alrededores, y conseguia éxitos que ya no amargaban las amenazas. El destino ofrece á veces serenidades súbitas. La expléndida felicidad de Gwynplaine y de Dea brillaba sin una sola sombra; habia llegado al punto en que ya no puede aumentar; estaba en su apogeo. La felicidad, como el mar, llega á su plenitud, pero lo que debe inquietar á los que son muy dichosos es que el mar redesciende.

Hay dos modos de ser inaccesible: ó por estar muy altos, ó por estar muy bajos; quizás se desea tanto lo segundo como lo primero: con más seguridad que el águila escapa de la flecha, el infusorio evita ser aplastado; la seguridad de su pequeñez, si álguien la consigue en la tierra, la habian conseguido Gwynplaine y Dea, pero nunca tan completa como ahora. Vivian el uno en el otro estáticamente. El corazon se satura de amor, como con una sal divina que le conserva, y por eso existe la incorruptible adherencia de los que se aman desde el alba de la vida y la frescura que tienen los amores antiguos y prolongados. Existe el embalsamamiento del amor. De Dafne y Cloé se han formado Filemon y Baucis. Esta vejez, esta noche semejante á la aurora, estaba reservada á Gwynplaine y á Dea, y siendo jóvenes la esperaban.

Ursus observaba estos amores como el médico visita la clínica; además, tenia lo que en aquella época se llamaba la "mirada hipocrática„. Fijaba en Dea, frágil y pálida, la pupila sagaz y murmuraba: —Es una fortuna que ella sea dichosa! Otras veces decia:—Es dichosa para la salud de que disfruta.

Movia la cabeza y leia con atencion á *Avicena*, traducido por Vopiscus Fortunatus, á Louvain, y un libro viejo que poseia, en el tratado de las "turbaciones cardíacas„.

Dea se fatigaba con facilidad y tenia sudores y modorras, y dormia, como ya hemos dicho, durante el dia. En una ocasion en que se quedó dormida sobre la piel de oso, y que Gwynplaine no estaba en su presencia, Ursus se inclinó en silencio y aplicó el oido al pecho de Dea al lado del corazon. Escuchó algunos instantes, y despues, irguiéndose, murmuró:—Es preciso evitarla una sacudida. La hendidura creceria con rapidez.

La multitud continuaba afluyendo á las representaciones del *Caos vencido*. Parecia inagotable el éxito que producia

*El hombre que rie.* Acudia ya, no solo todo el arrabal, sino gran gentío de Lóndres. Comenzaba á mezclarse en la posada el público de todas clases: ya no eran solo marineros y pobres, segun decia maese Nicless, conocedor de la canalla: formaban parte del populacho gentiles-hombres y baronnets, disfrazados de gente del pueblo. El disfraz es una de las felicidades del orgullo, y entonces era gran moda usarlo. La aristocracia mezclada con la plebe, era signo que indicaba que la extension del éxito iba cundiendo en Lóndres.

La gloria de Gwynplaine habia entrado, sin duda alguna, en el gran público. Esto era en realidad, porque en Lóndres todo el mundo se ocupaba de *El hombre que rie;* hablaban de él hasta los clubs de los lores.

En la Green-Box lo sabian y se creian dichosos. La embriaguez de Dea consistia en tocar todas las noches la frente encrespada y salvaje de Gwynplaine. En el amor tambien hay costumbres y toda la vida se concentra en ellas. La reaparicion del astro es una costumbre del universo; la creacion es la enamorada y el sol es su amante. La luz es una cariátide deslumbradora que contiene el mundo. Todos los dias, durante un minuto sublime, la tierra, cubierta por la noche, se apoya sobre el sol que se levanta. La ciega Dea sentia entrar el calor y la esperanza en ella en el momento en que posaba la mano sobre la cabeza de Gwynplaine. Dos séres que se adoran en la oscuridad y que se aman en la plenitud del silencio, pasarian así toda una eternidad.

Una noche, sintiendo Gwynplaine el exceso de felicidad que, semejante á la embriaguez que ocasionan los perfumes, causa una especie de divino malestar, paseaba, como acostumbraba despues de terminarse el espectáculo, por el campo de la féria, á la distancia de cien pasos de la Green-Box. Era para él una de esas horas de dilatacion, en las que nos descartamos de la plenitud del corazon. La noche era oscura y trasparente y brillaban las estrellas. El campo de la féria estaba desierto y reinaba el sueño y el olvido en los barracones esparcidos alrededor del Tarrinzean-field.

Solo se veia brillar una luz; la de la linterna de la posada de Tadcaster, cuya puerta estaba abierta, esperando que entrase Gwynplaine.

Media noche acababa de sonar en las cinco parroquias del arrabal, con las intermitencias y diferencia de voz de un campanario á otro.

Gwynplaine pensaba en Dea; ¿en quién habia de pensar? Pero esta noche, confuso y lleno de un encanto que participaba de angustia, pensaba en Dea, como el hombre piensa en la mujer, y se lo reprochaba á sí mismo. Comenzaba en él el sordo ataque del esposo, que es una grata é imperiosa impaciencia. Franqueaba la frontera invisible, en la que á la parte de acá está la vírgen y á la de allá la mujer. Se preguntaba á sí mismo con ansiedad y sentia lo que podemos llamar rubor interior. El Gwynplaine de los primeros años, creciendo misteriosa é inconscientemente, se habia transformado poco á poco; el antiguo y púdico adolescente estaba ya ahora mareado é inquieto. Poseemos el oido luminoso, al que nos habla el espíritu, y el oido de la oscuridad, al que nos habla el instinto. En el oido que amplifican voces desconocidas le hacian ofrecimientos. Por puro que sea el hombre jóven que sueña en el amor, el espesor de la carne acaba siempre por interponerse entre los sueños y él. Las intenciones pierden su trasparencia. Lo inconfesable que pide la naturaleza penetra en la conciencia. Gwynplaine experimentaba el apetito de la materia, del que nacen todas las tentaciones, y de él carecia Dea. En su fiebre, transfiguraba á Dea quizás por su parte peligrosa, tratando de exagerar su forma seráfica hasta hacerla tomar la forma femenina.

El amor llega á no querer demasiado paraiso; necesita la piel febricitante, la vida emocionada, el beso eléctrico é irreparable, los cabellos destrenzados, caricias con objeto. Lo sideral fatiga. Lo etéreo pasa. Exceso de cielo en el amor es exceso de combustible en el fuego, aviva la llama. El enamorado Gwynplaine pensaba en la mujer, oyendo dentro de sí este profundo grito de la naturaleza. Como un Pigmalion del desvarío, modelando una Galatea en el azur, temerariamente retocaba en el fondo de su alma el contorno casto de Dea; contorno demasiado celeste y poco edénico, porque el eden es Eva, y Eva era una hembra, la madre carnal, la nodriza terrestre, el vientre sagrado de las generaciones, el pecho de leche inagotable, la mecedora del mundo reciennacido; y el seno excluye las alas. La virginidad es la esperanza de la maternidad. Hasta ahora en la imaginacion de Gwynplaine, Dea estaba muy alta y

separada de la carne, y desde este momento probaba en su pensamiento á hacerla descender hasta allí, tirándola del hilo del sexo, que ata á la tierra á las doncellas. Dea, como las demás, estaba dentro de la ley comun, y Gwynplaine, medio confesándoselo á sí mismo de que se sometiese á ella, tenia la vaga voluntad, y tenia esta voluntad casi á su pesar. Veia á Dea humanizada; concebia la idea, nueva en él, de que Dea fuese, no solo criatura de éxtasis, sino de voluptuosidad. Se avergonzaba de esta usurpacion visionaria, porque veia en ella algo de profanacion, y la resistia; pero no podia vencer esta tentacion, y volvia á pensar en ella, á pesar de parecerle que cometia un atentado contra el pudor. Dea estaba para él en una nube, y extremeciéndose, separaba la nube de ella, como le hubiera quitado la camisa. Era el mes de Abril. La columna vertebral tiene sus desvaríos.

Daba Gwynplaine algunos pasos al azar, con la distraida oscilacion que dá la soledad. No tener nadie alrededor ayuda á divagar. ¿A dónde iba á parar su pensamiento? Acaso él mismo no se atrevia á confesárselo. Al hombre, en su estado, no se le debia llamar enamorado, sino poseido. Ser poseido por el diablo es la excepcion: ser poseido por la mujer es la regla. Todos los hombres sufren esta alienacion. No hay mayor hechicera que una mujer hermosa. El verdadero amor debia llamarse cautividad.

El hombre queda prisionero en el alma de una mujer y en su carne; algunas veces más en la carne que en el alma: el alma es la novia y la carne la querida. Se calumnia al demonio, atribuyéndole la tentacion de Eva, cuando fué Eva la que le tentó; la mujer lo atrajo; Lucifer pasaba tranquilo, vió á la mujer y se convirtió en Satán.

En estos momentos agitaba á Gwynplaine el espantoso amor de la superficie, y es temible el instante en que se piensa en la desnudez. Resbalarse hasta caer en la falta es posible entonces. ¡Qué oscuridades hay tras la blancura de Venus!... Algo dentro de Gwynplaine llamaba á Dea á gritos, á Dea, doncella; á Dea, mitad del hombre; á Dea, carne y llama; á Dea, con la garganta desnuda. Casi hacia huir de ella al ángel. Atravesaba la crísis misteriosa que todo amor atraviesa, en la que el ideal peligra.

El amor de Gwynplaine á Dea se convertia en nupcial; el amor virginal solo es una transicion, y habia llegado ya el instante en que Gwynplaine necesitaba una mujer. Necesitaba una mujer, y por fortuna para el mónstruo no podia tener otra que Dea; la única que él amaba, la única que podia quererle.

El que hubiera visto cómo andaba Gwynplaine le hubiera creido embriagado, porque casi titubeaba al andar bajo el triple peso de su corazon, de la primavera y de la noche.

Reinaba profundo silencio en el *bowling-green.*

Gwynplaine paseaba con pasos lentos, la cabeza baja, las manos detrás de la espalda, cogiéndose la derecha con la izquierda y con los dedos abiertos. De repente sintió que se deslizaba algo entre sus dedos y volvió la cabeza bruscamente.

Tenia un papel en las manos y delante de él un hombre; éste llegó hasta él con la precaucion del gato y le puso entre los dedos el papel, que era una carta.

Gwynplaine pudo ver á la luz de las estrellas que el hombre era pequeño, jóven, grave, y que usaba librea de color de fuego, visible por la abertura vertical de un largo capote gris. Llevaba una gorra carmesí parecida al birrete de cardenal, y un galon puesto en ella indicaba que era doméstico; sobre el birrete se elevaba un ramillete de plumas de tisserin.

Quedó inmóvil ante Gwynplaine. Parecia la silueta de un sueño. Gwynplaine reconoció en él al *groom* de la duquesa. Antes de que aquel pudiese lanzar un grito de sorpresa oyó la voz fria, infantil y femenina del *groom*, que le decia:

—Acudid mañana á esta misma hora á la entrada del puente de Lóndres. Yo estaré allí y os vendreis conmigo.

—Dónde? preguntó Gwynplaine.

—Donde os esperan.

Gwynplaine bajó los ojos y miró maquinalmente la carta que conservaba en la mano; cuando levantó la vista el *groom* habia ya desaparecido. Solo vió á lo largo del campo de la féria vaga forma oscura que huia con rapidez.

Gwynplaine contempló durante algunos segundos esa forma vaga hasta que la perdió de vista, y despues se puso á contemplar la carta. Momentos hay en la vida en los que lo que sucede parece que no suceda, y en los que el estupor nos mantiene á cierta distancia del hecho. Gwynplaine se aproximó la carta á los ojos con intencion de leerla, y entonces se apercibió de que esto no era posi-

ble por dos razones: la primera, porque no habia roto el sobre, y la segunda, porque era de noche. Pasaron bastantes minutos antes de que recordase que tenia encendida una linterna en la posada. Dió algunos pasos, pero de lado, como si no supiera por dónde iba. Así debe andar el sonámbulo al que un fantasma entrega una carta.

Al fin, decidiéndose, corrió hácia la posada, se colocó en el resplandor de la puerta entreabierta, y á dicha claridad contempló una vez más la carta cerrada. No tenia marca alguna en el sello y en el sobre solo decia: "*A Gwynplaine*„.

Rompió el sobre, desplegó la carta, la acercó á la luz y leyó lo que sigue:

"Tú eres horrible y yo soy hermosa, tú eres histrion y yo soy duquesa. Soy la primera y eres el último, por eso te deseo, te amo. Ven.„

# LIBRO CUARTO

## El subterráneo penal.

### I.

#### La tentacion de San Gwynplaine.

Una llama hace apenas leve incision en las tinieblas y una chispa incendia un volcan.

Gwynplaine leyó y releyó la carta para convencerse de que estaba escrita en ella la frase: Yo te amo!

Le espantó su lectura de tal modo, que creyó que estaba loco.

Estaba loco, pero era cierto lo que habia leido; existia esa frase.

Los simulacros se burlaban de él, que era un miserable. El hombre de escarlata era un fuego fátuo de su ilusion óptica. Algunas veces un nada condensado en una llama viene á reirse de nosotros. Despues de burlarse de él, el sér ilusorio desapareció, dejando loco á Gwynplaine. El segundo espanto que se apoderó del infeliz fué el de estar seguro de no haber perdido la razon. Pues qué, ¿no acababa de recibir una carta? ¿No la tenia en las manos? ¿No estaba contemplando un sobre, un sello, el papel y lo escrito? Ignoraba quién escribia dicha carta? Todo estaba claro en esta aventura. Tomaron papel y pluma y escribieron. Alumbraron una bujía y sellaron la carta con lacre, poniendo en el sobre: "*A Gwynplaine*„. El papel era perfumado; el saltimbanqui conocia al *groom* que se lo entregó; éste le dió cita para el dia siguiente á la misma hora en la entrada del puente de Lóndres. ¿Es otra ilusion el puente de Lóndres? No, no, existe: no hay en todo esto nada de delirio, todo esto es una realidad. Gwynplaine disfruta de la plenitud de sus facultades mentales; Gwynplaine no está loco, no sueña. Y para convencerse leia y releia la carta.

Existe una mujer que le quiere. Entonces que nadie diga que es inaccesible. ¡Le quiere una mujer que le ha visto la cara! ¡Una mujer que no es ciega! ¿Esta mujer es fea? No; es hermosísima. ¿Es acaso alguna gitana? No; es una duquesa.

¿Qué red ocultará este deseo y qué significa? Peligroso es semejante triunfo, pero es indispensable lanzarse á él, porque esa mujer es la sirena, la aparicion, la lady, la espectadora del palco; sí, sí, es ella! Era la extraña desconocida que habia turbado su imaginacion y hacia centellear el incendio que estallaba en él por todas partes, haciendo reaparecer tumultuosamente los primeros pensamientos que le inspiró esa mujer como recalentados por un fuego sombrío.

Una mujer noble le queria! ¡La princesa descendia del trono, el ídolo del altar, la estátua del pedestal, el fantasma de la nube!... Del fondo de lo imposible salia la quimera, y esa deidad, esa irradiacion, esa nereida, esa belleza inabordable y suprema, desde su altura descendia para bajarse hasta Gwynplaine, y paraba su carro de aurora, tirado por tórtolas y dragones, encima de Gwynplaine, para decirle: Ven! ¡Y gozaba el saltimbanqui de la fabulosa gloria de ser el objeto de ese descenso del empíreo! Esa mujer, si este nombre puede darse á una forma sideral y soberana, esa mujer se proponia entregarse á él. En su vértigo el Olimpo se prostituia á Gwynplaine, y brazos de cortesana se abrian en un nimbo para estrecharle en el seno de una diosa, y esto sin mancharse, porque esas majestades no se manchan. La luz lava á los dioses, y esta diosa, que descendia hasta él, sabia lo que hacia; no ignoraba el horror general que producia la cara de Gwynplaine; habia contemplado la máscara que le servia de rostro, y esa máscara no la hacia retroceder; luego le amaba.

Por el contrario, su máscara, en vez de hacer huir á la diosa, la atraia; Gwynplaine era, más que querido, deseado, y

más que aceptado, elegido. Elegido él!...

Esa mujer, que estaba colocada en el real centro del resplandecimiento irresponsable y del poder en pleno libre arbitrio; que la solicitaban príncipes y pudo elegir un príncipe; que la galanteaban lores y pudo corresponder á un lord; que la asediaban hombres hermosos, elegantes y expléndidos, y pudo conquistar á un Adonis, conquistaba á un Gnafron. Pudo elegir, entre meteoros y rayos, al inmenso serafin de seis alas, y elegia á la larva rampante. Puestas á un lado las altezas, las señorías, las grandezas, la opulencia y la gloria, y al otro lado el saltimbanqui, éste las vencia á todas. ¿Con qué balanza pesaba el corazon de esa mujer? Esa mujer se quitaba de la frente la corona ducal y la arrojaba sobre el tablado del clown; se arrancaba la aureola olímpica y la ponia sobre el cráneo erizado del gnomo. No sé qué trastorno del mundo, el hormigueo de los insectos de arriba, las constelaciones de abajo, tragaban al admirado Gwynplaine, resbalando en la luz y haciendo un nimbo de su cloaca. Una potencia rebelada contra la belleza y el esplendor, y entregándose al condenado en oscuridad eterna, preferia Gwynplaine á Antinóo; sentia el acceso de curiosidad de las tinieblas y descendia hasta ellas, resultando de la abdicacion de la diosa coronado el imperio del miserable. "Tú eres horrible: yo te amo." Estas palabras halagaban en Gwynplaine la parte vergonzosa del orgullo. El orgullo es el talon por el que son vulnerables todos los héroes, y lisonjeaba en el saltimbanqui su vanidad de mónstruo; le querian por ser deforme, y él era una excepcion, lo mismo que los Júpiters y los Apolos: se creia sobrehumano, y tan mónstruo, que llegaba á ser un dios. Espantoso desvanecimiento!

Pero quién era esa mujer? ¿qué sabia de ella? Todo y nada. Sabia que era duquesa, que era hermosa, que era rica, que gastaba libreas y lacayos y pajes y carroza blasonada, que estaba enamorada de él, ó al menos así lo decia; todo lo demás lo ignoraba. Conocia su título, pero no su nombre; comprendia lo que pasaba, pero desconocia su vida. ¿Era casada, viuda, doncella? Era libre? ¿La sujetaban deberes? ¿A qué familia pertenecia? ¿A su alrededor habia redes, emboscadas y escollos? Gwynplaine ni siquiera podia sospechar lo que esas grandes damas en las regiones ociosas inventan, cansadas ya de lo ordinario, ni á qué pruebas trágicamente cínicas puede conducir el fastidio de una mujer que se cree superior al hombre; por lo tanto, aquella carta dejaba al infeliz volatinero en completa oscuridad: lo único que penetraba de ella era por una parte una confesion y por otra un enigma.

La confesion y el enigma le decian con sus dos bocas, la una provocativa y la otra amenazadora: Atrévete!

Nunca la perfidia del azar tomó tan bien sus medidas ni proporcionó tan á tiempo una tentacion. Gwynplaine, excitado por la primavera y por la renovacion de la savia universal, estaba predispuesto á sentir los deseos carnales. El hombre material, del que ninguno de nosotros triunfa, se despertaba en ese efecto retrasado, y era aun adolescente á los veinticuatro años. En estos instantes más temibles de la crísis se le presentaba el ofrecimiento deslumbrador y dirigiéndose hácia él. La juventud es un plano inclinado: Gwynplaine estaba en la pendiente, á la que le empujaban. Quién? La estacion, la noche, esa mujer.

Si no existiese el mes de Abril, los mortales serian más virtuosos.

Gwyplaine estaba trastornado.

Cierta humareda del mal, que no puede respirar la conciencia, precede á la falta; cuando tientan á la honradez, siente ésta una náusea infernal; lo que se entreabre deja escapar una exhalacion que advierte á los fuertes y que aturde á los débiles. Gwynplaine sentia ese misterioso malestar.

Dos dilemas, fugaces y tercos á la vez, flotaban ante él. La falta, que se obstinaba en ofrecérsele, tomaba forma, diciéndole: ¡Al dia siguiente, á media noche, el puente de Lóndres, el paje!... Acudiria el saltimbanqui? La carne le gritaba: sí! y el alma le gritaba: no!

Por singular que parezca á primera vista la pregunta de si acudiria ó no á la cita, no se la dirigió á sí mismo una sola vez, sino varias. Las acciones reprochables tienen sus sitios reservados; como los aguardientes demasiado fuertes, no se les puede beber de un solo trago; se llena el vaso, para beber más tarde, y la primera gota tiene ya un sabor extraño.

Lo cierto es que Gwynplaine se sentia empujado por detrás hácia lo desconocido, y se extremecia. Entreveia la orilla del abismo y se echaba hácia atrás lleno de sobresalto y cerraba los ojos. Se esforzaba por negarse á sí mismo esta aventura y por dudar de la firmeza de su razon. En efecto, lo mejor para él era

creerse loco. Sufria esa fiebre fatal. Todos los hombres, á los que sorprende en sus vidas lo imprevisto, sienten esas pulsaciones trágicas. El espíritu observador oye siempre con ansiedad el sonido de los sombríos golpes que el ariete del destino descarga sobre la conciencia.

Cuando el deber se vé con claridad, dudar sobre la línea de conducta que se debe seguir es ya caer.

Por otra parte, debemos decir que el descaro de esta aventura, que hubiese chocado á un hombre corrompido, no le parecia tal á Gwynplaine, porque ignoraba lo que es el cinismo. No atribuia á esta aventura una idea de prostitucion, que no se atrevia á concebir en tan altas regiones; era demasiado puro para admitir hipótesis tan complicadas. De esa mujer solo veia la grandeza, y esto le lisonjeaba; su vanidad solo se fijaba en su victoria; para conjeturar que ésta se la proporcionaba el impudor y no el cariño, necesitaba tener más penetracion que tiene la inocencia. Cerca del *yo te amo*, no descifraba el correctivo espantoso de *yo te deseo*. No comprendia el lado bestial de la diosa.

El espíritu puede sufrir invasiones; el alma tiene sus vándalos, que son los malos pensamientos que vienen á devastar nuestra virtud. Mil ideas en sentido inverso se precipitaban sobre Gwynplaine, una tras otra, y á veces juntas; despues callaban. Entonces se cogia la cabeza con las manos, para permanecer en una especie de atencion lúgubre, semejante á la contemplacion de un pais de noche.

De repente se apercibió de que no pensaba ya; su imaginacion habia llegado al momento negro, en el que todo desaparece. Notó tambien que no habia vuelto aun á la posada y debian ser ya las dos de la madrugada.

Puso la carta que le trajo el paje en uno de los bolsillos del lado, pero apercibiéndose de que estaba junto á su corazon, la sacó de allí y, arrugada, la metió en uno de los pliegues de sus botas; se dirigió hácia la posada, penetró en ella silenciosamente, no despertó al pequeño Govicum, que le esperaba durmiendo sobre una mesa, teniendo los dos brazos por almohada; cerró la puerta, encendió una vela en la linterna de la hostería, pasó los cerrojos, dió la vuelta á la llave en la cerradura, tomó maquinalmente las precauciones del hombre que entra tarde en casa, subió la escalera de la Green-Box, se deslizó en la antigua choza que le servia de cuarto, vió que Ursus dormia, apagó la vela y no se acostó.

Pasó una hora estando Gwynplaine despierto, y al fin, rendido y figurándose que acostarse es dormir, puso la cabeza sobre la almohada, sin desnudarse, y cerró los ojos; pero no se habia aun calmado en él la tempestad de emociones que le agitaba. El insomnio maltrata al hombre, y Gwynplaine sufria mucho. Por la primera vez de su vida no estaba satisfecho de sí mismo. Amaneció, y al oir que Ursus se levantaba, él no abrió los ojos y continuaba pensando en la carta que le entregó el *groom*; todas las palabras de ella se le aparecian en una especie de caos. Agitado por soplos violentos dentro del alma, el pensamiento es un líquido; entra en convulsiones y se alborota y sale de él algo semejante al rugido sordo de la ola. Flujo y reflujo, sacudidas, vueltas y vacilaciones de la onda ante el escollo, granizo y lluvia, nubes que traspasan claridades, arranques de espuma inútil, locas ascensiones que terminan en rápidas caidas, inmensos esfuerzos perdidos, aparicion del naufragio en todas partes, sombra y dispersion; todo esto que sucede en el abismo sucede tambien en el hombre, y Gwynplaine era víctima de esta tormenta.

En lo más crudo de su angustia, teniendo siempre cerrados los ojos, oyó una voz tierna que le decia:

—Duermes aun, Gwynplaine?

Abrió los ojos sobresaltado, se incorporó sobre la cama y vió que la puerta de la choza-vestuario estaba entreabierta, y ante él á Dea, que le dirigia su inefable sonrisa. Gwynplaine la contempló, extremeciéndose deslumbrado y despierto. Despierto de qué? Del sueño? No, del insomnio. Era ella, era Dea; de repente sintió en lo más profundo de su sér el indefinible desvanecimiento de la tempestad y el sublime descenso del bien sobre el mal; se verificó en él el prodigio de la mirada celestial; la cariñosa ciega, solo con su presencia disipó las sombras que oscurecian el pensamiento de Gwynplaine, y la cortina de nubes se separó de su espíritu, como corrida por invisible mano, y el azul del cielo brilló en la conciencia del clown, volviendo á ser, por la virtud de aquel ángel, el bueno, el inocente Gwynplaine. El alma, como la creacion, tiene confrontaciones misteriosas: los dos callaban; ella representando la claridad y él el abismo; ella divina

y él apaciguado, y sobre el corazon tempestuoso de Gwynplaine, Dea resplandecia con el inexpresable efecto de la estrella del mar.

## II.

### De lo alegre á lo severo.

Era la hora del desayuno en la Green-Box y Dea fué á ver por qué Gwynplaine no se presentaba á la mesa á desayunarse.

Al verla éste aparecer, se serenó, como dijimos. El que no haya visto, despues del huracan, la sonrisa inmediata del mar, no podrá explicarse semejantes apaciguamientos. Nada se calma tan pronto como el abismo, porque traga con facilidad. Así es el corazon humano; sin embargo, no siempre.

Algunos instantes despues estaban sentados los dos amantes, uno delante de otro, Ursus entre ellos y Homo á sus piés. La tetera, debajo de la que ardia una pequeña lámpara, estaba sobre la mesa.

Fibi y Vinos estaban fuera, vacantes de servicio.

Se desayunaban, lo mismo que comian, en el compartimiento del centro de la Green-Box, y por la manera de colocar la estrecha mesa, Dea daba las espaldas al tabique que correspondia á la puerta de entrada.

Gwynplaine servia el thé á Dea, y ésta soplaba graciosamente en la taza. De pronto estornudó. Se extendia en aquel momento sobre la llama de la lámpara una columna de humo que se disipaba y que hizo estornudar á la ciega.

—Qué es eso? preguntó.

—Nada... respondió Gwynplaine sonriéndose.

Acababa de quemar la carta de la duquesa.

El ángel Custodio de la mujer querida es la conciencia del hombre que la ama.

El ver quemada la carta sirvió de gran consuelo á Gwynplaine; le parecia que con aquel humo desaparecia su tentacion, y que al mismo tiempo que el papel reducia á cenizas á la duquesa.

Mezclando de las dos tazas y bebiendo uno detrás de otro en la misma, se hablaban cariñosamente, con locuacidad de enamorados.

No vayais á buscar la poesía más lejos de dos corazones que se aman, ni más lejos la música de dos besos que dialogan.

—¿Sabes tú lo que he soñado, Gwynplaine?

—No.

—Pues soñé que éramos bestias y que teníamos alas.

—Si teníamos alas seríamos pájaros, contestó el saltimbanqui.

—Bestias quiere decir ángeles, murmuró entre dientes Ursus.

—Si tú no vivieras, Gwynplaine...

—Qué?...

—Entonces no existiria Dios.

—El thé está demasiado caliente; vas á quemarte, Dea.

—Sopla mi taza.

—Qué hermosa estás hoy!...

—Calla! que tengo que decirte muchas cosas.

—Pues dilas.

—Yo te amo!

—Yo te adoro!

Ursus decia aparte:

—Hé aquí unas gentes honradas.

Entonces reinó una de esas excelentes pausas con que se recortan los diálogos amorosos; despues de un breve silencio, Dea exclamó:

—¡Si supieras lo que siento cuando representamos la pieza, en el instante que mi mano toca tu frente!... ¡Tienes cabeza noble, Gwynplaine! En cuanto mis dedos tocan tu cabello, me estremezco, recibo celestial alegría y me digo á mí misma: En el mundo de la oscuridad que me envuelve en mi soledad, en la hondura en que vivo, solo tengo un punto de apoyo, él, tú.

—Ya sé que me amas y que yo no tengo tampoco á nadie más que á tí en el mundo. Lo eres todo para mí, Dea; qué quieres que haga por tí? ¿Deseas algo? Qué es lo que necesitas?

—No lo sé; soy dichosa, respondió Dea.

—Oh, sí!... Somos dichosos!...

Ursus exclamó con severidad:

—Ah! conque sois dichosos? Pues eso es una transgresion, ya os lo advertí. Si sois felices procurad que nadie os vea y ocupad el menor sitio posible. La felicidad debe esconderse; haceos aun más pequeños de lo que sois. Dios mide la grandeza de la felicidad por la pequeñez de los dichosos. Los que gozan deben ocultarse como los malhechores: si brillais como gusanos de luz, os pisarán: ¿á qué vienen todos esos corrococos?... No soy una dueña que tenga obligacion de espiar á los amantes y acabais por fastidiarme. Idos al infierno!...

Ursus, conociendo que iba á enternecerse, terminó su parlamento riñendo á los enamorados.

—Padre, le dijo Dea, no os incomodeis.

—Es que no me gusta que nadie sea dichoso, respondió Ursus.

Esta vez Homo fué el eco de Ursus y los amantes oyeron á sus piés un gruñido.

Ursus bajó la mano para acariciar la cabeza de Homo.

—Tambien tú estás de mal humor, porque gruñes; no te gustan tampoco las gentes acarameladas, eres un sábio; pero cállate. Ya que has manifestado tu opinion, cállate.

El lobo gruñó otra vez. Ursus le miró por bajo la mesa.

—Silencio, Homo! No insistas! ¡Sé filósofo!...

Pero el lobo se levantó y fué hácia la puerta enseñando los dientes.

—Qué es lo que tienes? le preguntó Ursus cogiéndole por la piel del cuello.

Dea no prestaba atencion al lobo, entregada á sus pensamientos, saboreando interiormente el sonido de la voz de Gwynplaine, y callaba sumida en ese éxtasis propio de los ciegos, que parece que les haga oir en su interior un canto, que reemplaza en ellos la luz que les falta con no sé qué música ideal. La ceguera es un subterráneo, desde el que se oye la profunda y eterna armonía.

Mientras Ursus apostrofaba á Homo, bajando la cabeza, Gwynplaine levantó la vista. Fué á beber una taza de thé y no la bebió; la dejó otra vez sobre la mesa; con la lentitud de un resorte que se afloja, quedáronsele los dedos abiertos y permaneció inmóvil, con la vista fija y sin respirar.

Vió un hombre que estaba de pié, detrás de Dea, entre el marco de la puerta. Aquel hombre vestia de negro y se cubria con la capa de la justicia; hasta las cejas le llegaba la peluca, y llevaba en la mano un baston de hierro, rematado en corona por los dos extremos: este baston era corto y macizo.

Parecia Medusa asomando la cabeza por entre dos ramas del paraiso.

Ursus, que sintió entrar al recien venido y que levantó la cabeza, sin soltar á Homo, reconoció á aquel terrible personaje y tembló. Acercándose al oido de Gwynplaine, le dijo:

—Es el wapentake.

Gwynplaine se acordó de lo que este nombre significaba, pero contuvo en la garganta las frases de sorpresa que iba á pronunciar.

El baston de hierro que terminaba en corona por las dos extremidades era el iron-weapon, sobre el que los oficiales de la justicia urbana prestaban juramento al tomar posesion del cargo, y del que los antiguos wapentakes de la policía inglesa sacaron la calificacion.

Detrás del hombre de la peluca se veia en la penumbra al consternado posadero.

El desconocido, sin decir una palabra, y personificando la *muta thémis* de los antiguos despachos, bajó el brazo derecho por encima de la hermosa Dea y tocó con el baston de hierro al hombro de Gwynplaine, mientras que con el índice de la mano izquierda le señalaba la puerta de la Green-Box. Ese doble signo queria decir: Seguidme.

*Pro signo exeundi, sursum trahe*, decia el cartulario normando.

El individuo á quien el iron-weapon tocaba no podia esquivar la obligacion de obedecer. No cabia réplica contra esta órden muda, y rudas penalidades de las leyes inglesas castigaban á los refractarios.

Al sentirse encima el rígido tocamiento del iron-weapon se extremeció Gwynplaine y despues quedó como petrificado.

Si en vez del tacto suave del baston de hierro en el hombro le hubiesen pegado con fuerza en la cabeza, no se hubiera quedado más aturdido. Se veia obligado á seguir al oficial de la policía; pero, por qué? Lo ignoraba.

Ursus, tambien lleno de dolorosa confusion, lo atribuia á los volatineros y á los predicadores, sus rivales; á la Green-Box denunciada, al lobo, que era un delincuente; á su conferencia con los tres doctores, ó quizás á la chismografía sediciosa de Gwynplaine referente á la autoridad real, y temblaba de espanto.

Dea sonreia.

Ni Gwynplaine ni Ursus pronunciaron una palabra, porque les ocurrió el mismo pensamiento; no inquietar á Dea. Al lobo quizás tambien se le ocurrió, porque dejó de gruñir; verdad es que Ursus no lo soltó.

Gwynplaine se puso en pié, porque sabia que no era posible resistir la órden y se acordaba de lo que le dijo Ursus.

Permaneció en pié ante el wapentake; éste le retiró del hombro el weapon, y acercándoselo, lo puso recto, en actitud de mando, cuya actitud comprendia en-

tonces todo el mundo, é intimó la órden siguiente:

—Que me siga este hombre y nadie más. Quedaos los otros aquí y silencio!

Nada de curiosidad. La policía ha tenido siempre aficion á obrar de este modo. Este acto se llamaba "el secuestro de la persona„.

El wapentake, con un solo movimiento y como una pieza mecánica que gira sobre sí misma, volvió la espalda y se dirigió con paso magistral y grave hácia la salida de la Green-Box.

Gwynplaine miró á Ursus; Ursus hizo la pantomima de levantar los hombros, de apoyar los codos en las caderas con las manos separadas, de fruncir las cejas, dando con ellas á entender la sumision á lo desconocido.

Gwynplaine miró á Dea, que continuaba soñando y sonriéndose; posó el saltimbanqui la extremidad de los dedos sobre los labios y envió á la inocente ciega inexpresable beso.

Ursus, al ver vuelto de espaldas al wapentake, aprovechó un momento para deslizar estas palabras al oido de Gwynplaine:

—No hables antes que te interroguen, ó eres perdido.

Gwynplaine, cuidando de no hacer ruido, como en el cuarto de un enfermo, descolgó el sombrero y la capa, se cubrió con ésta hasta los ojos, bajándose el sombrero lo que pudo; como no se desnudó para acostarse, llevaba aun el traje de trabajar y al cuello la esclavina de cuero; miró otra vez á Dea; el wapentake llegó á la parte exterior de la Green-Box, levantó el baston y bajó los escalones de la estribera; entonces Gwynplaine se puso en marcha, como si aquel hombre le tirase de una cadena invisible; Ursus vió salir á Gwynplaine de la Green-Box; el lobo, en este momento, lanzó un gruñido lastimero, pero Ursus lo hizo callar, diciéndole en voz muy baja:—Va á volver.

En el corral, maese Nicless, con gesto servil é imperioso, acalló los gritos de espanto en que prorumpian Vinos y Fibi, que veian con angustia que se llevaban á Gwynplaine y que las asustaba el vestido negro y el baston de hierro del wapentake.

Govicum, espantado, asomaba la cara por una ventana entreabierta.

El wapentake precedia algunos pasos á Gwynplaine, sin mirarle y sin volverse, con la tranquilidad glacial que dá la certidumbre de representar á la ley. Los dos, guardando sepulcral silencio, franquearon el patio, atravesaron la sala oscura de la taberna y desembocaron en la plaza. En ella estaban algunos transeuntes agrupados delante de la puerta de la posada, y el *justicier-quorum* á la cabeza de una escolta de policía. Los estupefactos curiosos sin hablar se separaron, alineándose con la disciplina inglesa ante el baston del constable; el wapentake tomó la direccion de las callejuelas, llamadas entonces *Little Strand*, que están situadas á lo largo del Támesis, y Gwynplane, llevando á derecha é izquierda los agentes del *justicier-quorum*, alineados en doble fila, pálido y cubierto con la capa, se alejaba lentamente de la posada, andando silenciosamente detrás del hombre taciturno, como una estátua que sigue á un espectro.

## III.

### Lex, Rex, Fex (1)

El arresto sin dar ninguna explicacion, que causaria asombro á un inglés en la actualidad, era proceder que usaba con frecuencia entonces la policía en la Gran-Bretaña. Se recurria á este sobre todo en asuntos delicados, los que se proveian en Francia por medio de cartas selladas, y á despecho del *Habeas corpus*, hasta el reinado de Jorge II, y una de las acusaciones de que se defendió Walpole fué de haber arrestado á Neuhoff de esta manera. La acusacion probablemente no estaria bien fundada, porque Neuhoff, rey de Córcega, fué encarcelado por sus acreedores.

El apoderarse de las personas silenciosamente, como lo hacia la Sainte-Væhme en Alemania, se admitia por la costumbre germánica que informa una mitad de las antiguas leyes inglesas, y la recomendaba en ciertos casos la costumbre normanda, que informa la otra mitad de la legislacion de Inglaterra. El jefe de policía del palacio de Justiniano se llamaba "silenciario imperial„ *silentiarius imperialis*. Los magistrados ingleses que practicaban el apoderarse de las personas de este modo, se apoyaban en numerosos textos normandos:—*Canes latrant, sergentes silent.—Sergenter agere, id est tacere.*—Citaban á Lundulfus Sagax en el párrafo 16:—*Facit imperator silentium.*—Citaban la carta

(1) Ley, Rey, Hez.—(N. del T.)

del rey Felipe, de 1307:—*Multos tenebimus bastoneiros qui, obmutescentes, sergentare valeant.*—Citaban los estatutos de Enrique I de Inglaterra, capítulo LIII:—*Surge signo jussus. Taciturnior esto. Hoc est esse in captione regis.* Se apoyaban especialmente en esta prescripcion, que consideraban que formaba parte de las antiguas franquicias feudales de Inglaterra:—"Debajo de los vizcondes están los *serjans* de la espada, los que deben justiciar con ella á todos los que siguen malas compañías, á las gentes disfamadas por otros crímenes y á los fugitivos y corsarios, etc.„ "Ser arrestado de esa manera era ser castigado por medio de la espada.„ (*Vetus conmetudo Normannie*, M. S. I. part. Sect. I. cap. II.) Los jurisconsultos invocaban además *in Charta Ludovici Hutini pro normannis*, el capítulo *servientes spathe*. Los *servientes spathe*, al aproximarse gradualmente el bajo latin á nuestros idiomas, se convirtieron en *sergentes spadee.*

Los arrestos silenciosos eran todo lo contrario del clamor de ahora, é indicaban que convenia callar hasta poner en claro algunas oscuridades; significaban cuestiones reservadas y denotaban en las operaciones de la policía cierta cantidad de razon de Estado.

De este modo, segun los analistas, Eduardo III hizo que se apoderasen de Mortimer en la cama de su madre, Isabel de Francia. Esto puede ponerse en duda, porque Mortimer sostuvo un sitio en su ciudad antes de ser cogido. Warwich practicaba con gran deleite este procedimiento "para atraerse á las gentes„. Cromwell lo empleó, sobre todo en Connaugh, y así fué arrestado en Kilmacaugh, Trailie-Arcklo, pariente del conde de Ormond.

Apoderarse silenciosamente de las personas por una simple señal de la justicia, indicaba más mandato de comparecencia que órden de arresto; muchas veces solo era un procedimiento para informarse, é indicaban, hasta en el silencio que imponian á los demás, tener ciertos miramientos con la persona prendida de ese modo. Pero el pueblo, poco enterado de detalles, lo presenciaba con terror.

Inglaterra, no hay que olvidarlo, no era en 1705, y aun mucho más tarde, lo que es en nuestros dias. En su conjunto habia mucha confusion y mucha opresion: Daniel Foe, que habia probado la picota, caracteriza en parte el órden social inglés en estas palabras: "Las manos de hierro de la ley„. Pero no eran solo las de la ley, sino tambien las de lo arbitrario. Acordaos de Steele, arrojado del Parlamento; de Loke, arrojado de la cátedra; de Hobbes y de Gibbon, que se vieron obligados á huir; de Curchill, Hume y Priestley, que fueron perseguidos, y de John Wilkes, que encerraron en la Torre. Larga seria la cuenta de las víctimas del estatuto *seditions libel* si se enumerase. La Inquisicion estaba extendida por toda Europa, y sus prácticas de policía habian formado escuela. Cometer un atentado monstruoso contra todos los derechos era posible en Inglaterra; acordaos de la *Gazetier cuirassé.* En pleno siglo diez y ocho, Luis XV hacia robar en Picadilly los escritores que le incomodaban, y Jorge III sacaba por sus propias manos del centro de la sala de la Opera, en Francia, al pretendiente.

Eran dos brazos muy largos: el del rey de Francia llegaba hasta Lóndres y el del rey de Inglaterra hasta Paris. Esa era la libertad que se disfrutaba entonces.

Añadamos á lo dicho que se ejecutaba á las personas, cuando bien les parecia, en el interior de las prisiones; expediente vergonzoso que vuelve á usar Inglaterra en estos momentos, ofreciendo de este modo al mundo el singular espectáculo de un gran pueblo que, queriendo mejorar, elige lo peor, y que teniendo ante él, por una parte el pasado y por la otra el progreso, equivoca la parte y toma la noche por dia.

## IV.

### Ursus espiando á la policía.

Como acabamos de decir, segun las rígidas leyes de policía de entonces, el apercibimiento de seguir al wapentake hecho á un individuo, implicaba el mandato de callar y de permanecer quietos á todos los que lo presenciaban. Esto no obstante, algunos curiosos obstinados acompañaron de lejos á los que se llevaban á Gwynplaine; uno de éstos fué Ursus.

Ursus permaneció como petrificado mientras se veia obligado á ello, pero acostumbrado á la vida errante y á las maldades de lo desconocido, pronto salió de ese estado y en seguida se puso á reflexionar, porque en seguida vió que no era ya tiempo de lamentarse, sino de obrar.

Afrontar los incidentes es el deber de

los que no son imbéciles, y no empeñarse en comprenderlos, sino en obrar.

En cuanto se llevaron á Gwynplaine, Ursus luchó con dos temores; temor por aquel, que le aconsejaba que le siguiese y temor por él mismo, que le aconsejaba lo contrario. Ursus poseia la intrepidez de la mosca y la impasibilidad de la sensitiva; temblaba por su ahijado, pero esto no obstante se decidió heróicamente á desafiar á la ley y á seguir al wapentake, porque le inquietaba lo que pudiera sucederle á Gwynplaine; era preciso que lo temiese mucho para tener tanto valor.

Gwynplaine parecia más robado que arrestado. La operacion de la policía se verificó con tanta rapidez, que el campo de la féria, poco frecuentado en la madrugada por otra parte, apenas se apercibió de lo ocurrido. Casi nadie en los barracones creia que el wapentake habia ido á llevarse al *Hombre que rie*; por eso no se habia reunido gente.

Gwynplaine, tapado por la capa y por el sombrero que le ocultaba el rostro, no podia ser reconocido por los transeuntes. Antes de salir Ursus para seguir á aquel tomó la siguiente precaucion: llamó aparte á Nicless, al muchacho Govicum, á Fibi y á Vinos y les prescribió el más absoluto silencio respecto á Dea, que nada sabia de lo ocurrido, suplicándoles que no la dijeran una sola palabra que pudiera hacerla sospechar lo que habia pasado; que le explicasen que las necesidades de la Green-Box exigian la ausencia de Gwynplaine y de Ursus; y como, por otra parte, dormia al medio dia, antes de que se despertase ya habrian vuelto él y Gwynplaine, porque esto debia ser una equivocacion, que les seria fácil de hacer ver á los magistrados y á la policía, y confiaba en que los dos estarian muy pronto de vuelta. Despues de recomendar el silencio, Ursus partió. Pudo, sin ser notado, seguir á Gwynplaine. Aunque se mantuvo á la mayor distancia posible, se arregló de manera que no le perdia de vista. El atrevimiento para el acecho es la bravura de los tímidos.

Despues de todo y por imponente que fuese el aparato, quizás solo habrian citado á comparecer á Gwynplaine ante el magistrado de la policía por alguna infraccion que careciese de gravedad, y Ursus creia que esta cuestion iba á resolverse en seguida; se pondria en claro ante sus ojos por la direccion que tomase el acompañamiento que conducia á su ahijado en el momento en que llegase á los límites del Tarrinzean-field, que habia de internarse por las callejuelas del Little Strand.

Si el acompañamiento torcia por la izquierda, es que llevaba á Gwynplaine á la casa del municipio de Southwark, y entonces nada habia que temer; era por cosa insignificante, alguna falta municipal, una reprension del magistrado ó una pequeña multa; dejarian en libertad en seguida á Gwynplaine, se verificaria la representacion del *Caos vencido*, como todas las noches, y nadie se apercibiria de este suceso.

Si el acompañamiento torcia por la derecha, entonces el negocio seria grave, porque habia por esa parte sitios temibles.

En el instante en que el wapentake, que precedia á las dos filas de los agentes entre los que caminaba Gwynplaine, llegó á las callejuelas, Ursus clavó en él la vista con ansiedad. ¿Hácia qué parte torceria?

Torció por la derecha. Ursus, sobresaltado, para no caer en tierra tuvo que apoyarse en una pared.

No hay frase tan hipócrita como esta, que se dice uno á sí mismo: *Quiero saber á qué atenerme*. En realidad no se desea, se tiene profundo miedo de saberlo. La angustia se complica con un esfuerzo oscuro para no terminar; no nos lo queremos confesar, pero retrocederíamos de buena gana, y cuando avanzamos nos reprochamos haber avanzado. Esto es lo que hizo Ursus.

—Mal me salió esta prueba. Siempre hubiera sabido esto demasiado pronto. Por qué he seguido á Gwynplaine?

Despues de hacerse esta reflexion, como el hombre es una contínua contradiccion, redobló el paso, y ahogando su ansiedad, se apresuró con el fin de aproximarse al acompañamiento y con la idea de no dejar romper, en el dédalo de las calles de Southwark, el hilo entre Gwynplaine y él. El acompañamiento de policía iba despacio, por dar solemnidad al acto. El wapentake iba á la cabeza y el *justicier-quorum* cerraba la marcha; este órden implicaba cierta lentitud.

Toda la majestad posible en un corchete brillaba en el *justicier-quorum*. Su traje conservaba un término medio entre la vestimenta del doctor en música de Oxford y la sóbria y negra del doctor en divinidad de Cambridge. Iba vestido como un gentil-hombre, llevando encima del traje un largo *godebert*, que es

un manto forrado de espalda de litre de Noruega, que era entre gótico y moderno; usaba peluca como Lamoignon y mangas como Tristán l'Hermite. Sus grandes y redondos ojos caian sobre Gwynplaine con la fijeza de los del buho.

Andaba cadenciosamente; no es posible ver un hombre tan feroz.

Ursus se perdió un momento en el laberinto de las callejuelas, pero no tardó en volver á encontrar el acompañamiento cerca de Santa María, donde éste tuvo que detenerse por encontrar el parapeto de una turba de niños y de perros que le cortó el paso unos instantes; este incidente es habitual en las calles de Lóndres, segun aseguran los antiguos registros de policía.

Despues de todo, es un accidente muy vulgar que los agentes de la policía conduzcan á un hombre ante un magistrado, y como todo el mundo tiene sus asuntos y sus quehaceres, se dispersaron todos los curiosos. Solo ya Ursus seguia la pista de Gwynplaine.

Pasaron por delante de las dos capillas que están situadas una frente de la otra, la de *Recreative Religionists* y la de la *Ligue Halleluiah*, dos sectas de entonces que subsisten todavía.

Despues el cortejo serpenteó de calle en calle, eligiendo con preferencia los *roads* (1) no edificados aun, los *rows* (2), en los que nacia la yerba, haciendo muchos zig-zags. Al fin se detuvo.

Se paró en una callejuela exigua. En ella no habia casas, y á su entrada se elevaban dos ó tres moles. Esta callejuela la constituian dos murallas, una á la izquierda, baja, y otra á la derecha, alta. La muralla alta era negra y de masonería, á la sajona, con almenas, con escorpiones (3), con cuadrados de gruesos hierros colocados en aberturas estrechas, pero sin ninguna ventana. Se veia al pié de esa alta muralla, como el agujero debajo de una ratonera, un pequeño postigo elíptico. No habia nadie en dicha callejuela; ni tiendas ni transeuntes, pero se oia en ella contínuo rumor, como si estuviera paralela á algun torrente; este rumor era de voces y de carruajes. Era probable que hubiese á la otra parte del edificio negro una gran calle, sin duda la principal de Southwark, la que desembocaba por una parte con la calle de Cantorbery y por la otra con el puente de Lóndres. Si en la longitud de la calle álguien hubiera espiado el acompañamiento de Gwynplaine, fuera de éste, no hubiera visto otro semblante humano que el pálido contorno de Ursus, medio escondido en la penumbra de una esquina de pared: mirando con temor de ser visto, se habia apostado en un repliegue que formaba un zig-zag en la calle.

El acompañamiento se agrupó delante del postigo. Gwynplaine ocupaba el centro, pero tenia ahora detrás de él al wapentake con su baston de hierro.

El justicier-quorum levantó la aldaba y dió tres golpes. Abrieron. El justicier-quorum dijo:

—De parte de su majestad.

Una pesada puerta de encina y de hierro giró sobre sus gonces y una abertura lívida y fria se presentó, semejante á la boca de un antro. Una bóveda horrenda se prolongaba en la oscuridad.

Ursus vió como Gwynplaine desaparecia por bajo de ella.

## V.

### Sitio siniestro.

El wapentake entró detrás de Gwynplaine, despues el justicier-quorum, luego el acompañamiento, y por fin se cerró el postigo.

La pesada puerta volvió á quedar ajustada herméticamente, sin que se viese quién la habia abierto ni quién la cerraba. Parecia que los cerrojos se encajasen ellos mismos en sus alvéolos; algunos de esos mecanismos, que inventó el sistema de intimidacion de los antiguos tiempos, existen aun en antiguas casas de fuerza; puertas que no tienen portero, hacen que se parezca el umbral de la prision al umbral de la tumba.

Dicho postigo era la puerta baja de la cárcel de Southwark. Nada en este edificio, carcomido y áspero, desmentia el aspecto de prision. La cárcel de Southwark era un antiguo templo pagano construido para adorar á los Mogons, que eran los antiguos dioses ingleses; fué convertido en palacio por Ethelulfe y en fortaleza por San Eduardo, y despues instaló allí la prision Juan Sin Tierra, y desde entonces fué la cárcel de Southwark. Atravesaba desde el principio una calle esta cárcel, como á Chenonceaux un rio, y fué durante un siglo ó dos *gate*, esto es, puerta del arrabal; despues se tapió el pasaje. Aun quedan en Ingla-

(1) Caminos.
(2) Caminos areniscos.
(3) Escorpiones, máquina de guerra antigua.—(N. del T.)

terra prisiones de esta especie; en Lóndres, Newgate; en Cantorbery, Westgate; en Edimburgo, Canongate.

Casi todas las cárceles de la Gran-Bretaña presentan el mismo aspecto: grande muralla por fuera y por dentro una colmena de calabozos. Nada es tan fúnebre como esas góticas prisiones, en las que la araña y la justicia tejen sus telas. Se siente ante esas construcciones inclementes y salvajes la misma angustia que se apoderaba de los antiguos navegantes ante los infiernos de esclavos, de que nos habla Plauto, cuando pasaban bastante cerca para poder oir el ruido de las cadenas.

La cárcel de Southwark, antiguo lugar de los exorcismos y de las torturas, tuvo al principio la especialidad de los hechiceros, como lo indican los siguientes versos, grabados en una piedra, encima del postigo:

*Sunt arreptitü vexati dœmone multo.*
*Est energumenus quem dœmon possidet unus.* (1)

Versos que fijan la diferencia entre el demoniaco y el energúmeno.

Encima de esta inscripcion estaba clavada en la pared, como signo de alta justicia, una escala de piedra, que en tiempos anteriores fué de madera.

La cárcel de Southwark, hoy ya demolida, daba á dos calles, á las que, como *gate*, servia en otros tiempos de comunicacion; tenia dos puertas: la que caia á la gran calle estaba destinada para entrar las autoridades, y la que caia á la callejuela era la puerta del sufrimiento, y estaba destinada para el resto de los vivientes, y además para los muertos; porque cuando un prisionero moria en la cárcel, por dicha puerta sacaban el cadáver.

Por la puerta del sufrimiento acababa de entrar Gwynplaine en la prision. La callejuela, como dijimos, solo era un camino lleno de piedras y de guijarros, cerrado por dos murallas, una frente de otra; pero eran desiguales: la alta era la cárcel y la baja el cementerio; este pudridero mortuorio de la prision no tenia más altura que la estatura de un hombre, y le agujereaba una puerta que estaba frente al postigo de la cárcel. Los muertos solo tenian que atravesar la calle; bastaba dar veinte pasos para entrar en el cementerio. La muralla alta ostentaba una escala patibularia, frente de la que habia esculpida en la muralla baja una cabeza de muerto.

(1) En el demoniaco el infierno se alborota; si solo le posee un diablo, no es más que energúmeno. —(N. del T.)

## VI.

### Las magistraturas antiguas.

El que en estos momentos hubiera estado al otro lado de la prision, á la parte de la fachada que cae á la calle principal de Southwark, hubiese visto parado, á la puerta monumental y oficial de la cárcel, un coche de viaje. Un círculo de curiosos le rodeaba; estaba blasonado, y vieron bajar de él á un personaje, que entró en la prision, que la multitud creyó que seria un magistrado, porque los magistrados en Inglaterra eran nobles y casi todos disfrutaban del derecho de *ecuage.* (1)

En Inglaterra un gentil-hombre aceptaba, como oficio honroso, el de juez.

En la Gran-Bretaña existe el magistrado ambulante, y se llama *juez de circuito*, y por eso no era estraño que el público viese en el citado carruaje la carroza de uno de éstos: lo que era más de estrañar en el supuesto magistrado es que bajara, no de dentro del vehículo, sino del sitio de delante, que habitualmente no es el del dueño. Otra particularidad: se viajaba entonces en Inglaterra de dos maneras: ó en el coche-diligencia, pagando un schellin por cada cinco millas, ó en posta y con gran rapidez, por tres sous por cada milla y dando cuatro al postillon á cada parada; el carruaje propio que le ocurria viajar por recreo pagaba, por cada caballo y por cada milla, tantos schellines como un caballero que corria la posta; y la carroza que estaba parada ante la puerta de la cárcel era tirada por cuatro caballos y llevaba dos postillones, lo que indicaba un lujo de príncipe. Pero lo que acabó de desconcertar todas las conjeturas era que la carroza estaba cuidadosamente cerrada; detrás de sus vidrios se hallaban levantadas las ventanillas de madera, de modo que no permitian ver el interior, lo mismo que todas las aberturas por donde la vista pudiera penetrar en él; desde fuera no se podia ver lo de dentro, y es posible que desde dentro tampoco se pudiese ver lo de fuera. A pesar de esto, parecia que estuviera vacío el carruaje.

Perteneciendo Southwark al condado de Surrey, al sheriff de éste correspondia la cárcel de dicho arrabal. Jurisdicciones distintas eran muy frecuentes en

(1) Derecho que se pagaba para exceptuarse del servicio, ó por ser reemplazados en él.—(N. del T.)

Inglaterra. Así por ejemplo, la Torre de Lóndres, no estando situada legalmente en ningun condado, estaba en cierto modo en el aire, y no reconocia otra autoridad que la de su constable, calificado de *custos turris*. La Torre de Lóndres tenia su jurisdiccion, su iglesia, su tribunal de justicia y su gobierno aparte. La autoridad del *custos* se extendia fuera de Lóndres hasta veintiun *hamlets*. (1)

El sheriff de una provincia era muy considerado. Era siempre escudero y algunas veces caballero; era calificado de *spectabilis* en los antiguos estatutos, que era el título intermediario entre *illustris* y *clarissimus*, menos que el primero y más que el segundo. Los sheriffs de los condados eran elegidos por el pueblo en tiempos antiguos, pero Eduardo II y despues Enrique IV pasaron este derecho á la Corona y desde entonces los nombraban los reyes. Todos recibian esta comision de su majestad, exceptuando el sheriff del Westmoreland, que era hereditario, y los sheriffs de Lóndres y de Midlesex, que eran elegidos por la *livery* (2) en el Commonhall. Los sheriffs de Gales y de Chester poseian ciertas prerogativas fiscales. Todos estos cargos subsisten aun en Inglaterra; pero gastados por el frotamiento de las costumbres y de las ideas, ya no conservaban la fisonomía de los tiempos antiguos. El sheriff de condado tenia el destino de escoltar y de proteger á los "jueces errantes„. Así como el hombre tiene dos brazos, este sheriff tenia dos oficiales, su brazo derecho, que era el sub-sheriff, y su brazo izquierdo, que era el justicier-quorum. El justicier-quorum, asistido por el bailío de la centena, que se llamaba wapentake, aprehendia, interrogaba y bajo la responsabilidad del sheriff encerraba en la prision, para que fuesen juzgados por los jueces de circuito, á los ladrones, asesinos, sediciosos, vagabundos y á toda clase de gente felona. La diferencia entre el sub-sheriff y el justicier-quorum en su servicio gerárquico respecto al sheriff, consistia en que el sub-sheriff acompañaba y el justicier-quorum asistia. El sheriff tenia dos tribunales, uno sedentario y central, la *Connty-court*, y otro ambulante, la *Sheriff-Turn*. Representaba la unidad y la ubicuidad. Podia, como juez, hacerse ayudar y delegar sus facultades en las cuestiones litigiosas en un abogado, que se llamaba *sergens coifæ*, que llevaba debajo del birrete negro una cofia de tela blanca de Cambrai. El sheriff aligeraba de gente las prisiones; cuando llegaba á una ciudad de su provincia, tenia el derecho de despachar sumariamente á los prisioneros, ya sea para darles pronto la libertad, ya para ahorcarlos pronto, á lo que se llamaba: *Goal delivery*. El sheriff presentaba el estracto de la acusacion de la causa á los veinticuatro jurados de acusacion; si lo aprobaban, escribian encima: *billa vera*; si lo desaprobaban, escribian: *ignoramus*; entonces se anulaba la acusacion y el sheriff tenia el privilegio de rasgar el referido estracto. Si durante la deliberacion moria uno de los jueces, por ejemplo, el que queria declarar inocente al acusado, el sheriff, que tenia el privilegio de arrestar á aquel, gozaba tambien del privilegio de ponerle en libertad. Lo que hacia estimar y temer singularmente al sheriff era que podia, por su destino, ejecutar *todas las órdenes de su majestad*, y esta era una latitud muy temible, porque daba cabida á lo arbitrario.

Los oficiales llamados *verdeors* y los *coroners* formaban el cortejo del sheriff, y disponia de un lucido acompañamiento de gentes que iban á caballo y de gentes de librea. El sheriff, segun la opinion de Chamberlaine, es "la vida de la Justicia, de la Ley y del Condado.„

Invisible demolicion pulveriza y disgrega perpétuamente las leyes y las costumbres en la Gran-Bretaña. En la actualidad, volvemos á decir, ni el sheriff, ni el wapentake, ni el *justicier-quorum* desempeñan sus cargos como los desempeñaban antiguamente. Habia en la antigua Inglaterra confusion de poderes, y las atribuciones mal definidas se resolvian por medio de usurpaciones, que serian imposibles en la actualidad. La promiscuidad entre la policía y la justicia ha cesado ya: subsisten aun los mismos nombres, pero las funciones se han modificado, y hasta la palabra *wapentake* ha cambiado de sentido; antes significaba una magistratura y ahora significa una division territorial.

En esta época el sheriff de condado reunia y condensaba en su autoridad, real y municipal á la vez, las dos magistraturas que antiguamente se llamaban en Francia lugarteniente civil de Paris y lugarteniente de policía: al primero lo clasifica bien esta antigua nota de la policía: "El lugarteniente civil gusta de las querellas domésticas, porque lo que producen es para él„. El lugar-

(1) Aldeas ó pueblecillos.
(2) Cuerpo de ciudadanos de Lóndres.

teniente de policía era un personaje inquieto, múltiple y vago, del que fué modelo René d'Argenson, que, segun dice Saint-Simon, reunia en su fisonomía mezcladas las caras de los tres jueces del infierno.

Estos tres jueces estaban, como hemos visto, en la Bishopsgate de Lóndres.

## VII.

### Extremecimiento.

Gwynplaine se extremeció al oir que el postigo de la cárcel se cerraba con todos sus cerrojos, pareciéndole que la puerta que se cerraba tras Gwynplaine era la puerta de comunicacion de la luz con las tinieblas, y que dejaba á la parte de fuera el hormigueo terrestre y á la de dentro el mundo muerto; esta idea le oprimió el corazon. ¿Qué iban á hacer de él? Qué significaba este encierro? ¿Dónde estaba?

Nada veia á su alrededor, sumido en la oscuridad. Al cerrarse la puerta quedó ciego: no habia allí ni respiraderos ni linternas, segun las precauciones de los antiguos tiempos, en que estaba prohibido alumbrar el interior de las prisiones, para que los recien entrados no pudiesen reconocer el sitio en que estaban.

Gwynplaine extendió las manos y tocó la pared á derecha é izquierda: estaba en un corredor. Poco á poco la escasa claridad del subterráneo, que no se sabe de dónde sale, y que flota en esos sitios oscuros, y á la que se ajusta la dilatacion de las pupilas, le hizo distinguir un lineamiento aquí y allá, y ante su vista se bosquejó vagamente el corredor.

Gwynplaine, que solo habia entrevisto las severidades penales al través de las exageraciones de Ursus, creia verse asido por una especie de mano enorme y oscura, y es espantoso verse manejado por lo desconocido de la ley. Los bravos ante el peligro se desconciertan en presencia de la ley. Por qué? Porque la justicia del hombre solo es crepuscular, y el juez anda por ella á tientas. Gwynplaine se acordaba de que Ursus le habia recomendado la necesidad del silencio; queria volver á ver á Dea, y veia en su situacion algo de discrecional que él no queria irritar: á veces empeñarse en ver claro es empeorar la situacion.

Tan solo se atrevió á preguntar:

—Señores, dónde me llevais?

Pero nadie le respondió.

La ley que rige en las presas silenciosas de las personas así lo disponia. El texto normando dice: *A silentiariis ostio præpositis introducti sunt.*

Este silencio heló á Gwynplaine. Hasta entonces se creyó fuerte y se bastaba á sí mismo, porque bastarse es ser potentes. Habia vivido siempre aislado, imaginándose que vivir aislados es ser inexpugnables, y de repente se vió bajo la presion de la terrible fuerza colectiva. ¿Cómo combatir con el anónimo horrible de la ley? Este enigma le hacia desfallecer. Miedo desconocido en él encontró el defecto de su armadura; además, ni habia dormido aquella noche, ni comido; apenas habia tomado una taza de thé. De su delirio é insomnio nocturnos aun le quedaba la fiebre; tenia sed y quizás hambre, y el estómago vacío trastorna todo nuestro sér. Las emociones que le atormentaban le sostenian: sin el huracan la vela seria un trapo; pero la debilidad profunda del harapo, que el viento hincha hasta que lo desgarra, él la sentia, viendo aproximarse el fatal momento. Caeria al suelo sin sentido? Encontrarse mal es un recurso para la mujer y una humillacion para el hombre; procuraba mantenerse firme, pero temblaba. Sentia lo que siente el que se le van los piés.

## VIII.

### Gemido.

Se pusieron en marcha: avanzaron por el corredor.

El acompañamiento tuvo que estrecharse y tomar la forma del corredor; iban uno á uno: primero el wapentake, en seguida Gwynplaine, luego el justicier-quorum, despues los agentes de policía, confundidos y tapando el corredor detrás del saltimbanqui: el paso se estrechaba, y ya podia Gwynplaine tocar la pared con los dos codos; la bóveda de guijarros, lucida con cimientos, tenia por intervalos arcos de granito salientes, y era necesario bajar la cabeza para pasar por ellos; no era posible correr allí: hasta el fugitivo se veria obligado á andar con lentitud: este foso hacia rodeos; todas las entrañas son tortuosas, las de la prision como las del hombre; aquí y allá, á derecha é izquierda, presentaba grandes aberturas en la pared, cuadradas y cerradas con hierros gruesos, que dejaban entrever escale-

ras, unas que subian y otras que bajaban. Llegaron á una puerta cerrada: se abrió; pasaron y se volvió á cerrar. Despues se encontraron con la segunda puerta, que les abrió el paso; despues con la tercera, que giró ella misma sobre sus gonces, como las otras dos. No encontraron á ningun sér humano. Al mismo tiempo que el corredor se estrechaba, se bajaba la bóveda, y llegaron á no poder andar más que con la cabeza inclinada. La pared sumaba: caian de la bóveda gotas de agua, y estaban viscosas las losas que cubrian el pavimento. La palidez difusa, que hacia las veces de claridad, era cada vez más opaca: se respiraba mal, y lo más lúgubre era que andaban descendiendo.

Era preciso fijarse mucho para apercibirse de que se descendia. En la oscuridad la pendiente más suave es siniestra, y nada es tan temible como las tinieblas á las que se desciende por pendientes insensibles.

Cuánto tiempo andaron de este modo? Gwynplaine no lo sabia; los momentos de angustia se prolongan indefinidamente. De pronto pararon. La oscuridad era espesa. De repente se ensanchó el corredor.

Gwynplaine oyó cerca de sí un ruido extraño, como el ruido de un golpe dado en el diafragma del abismo. Lo causaba el wapentake chocando su baston contra una lámina de hierro; esta lámina era una puerta, pero no una puerta que gira, sino que se levanta y se baja, una especie de compuerta.

Oyó Gwynplaine el frote estridente en una ranura, y brilló ante sus ojos un trozo cuadrado de luz; era que la lámina subió y se metió en una hendidura de la bóveda, dejando una gran abertura. La luz que entraba por ella era descolorida, pero para las pupilas dilatadas de Gwynplaine, esa claridad brusca fué al aparecer como la luz de un relámpago y quedó un rato sin ver, porque discernir en un deslumbramiento es tan difícil como de noche. Despues, la vista del saltimbanqui se amoldó á la luz como se habia amoldado á la oscuridad, y acabó por ver bien; la claridad, que al principio le pareció demasiado viva, concluyó por parecerle lívida, como era, y dirigió las miradas á la abertura abierta ante él, y lo que vió le llenó de espanto.

A sus piés, unos veinte escalones, altos, estrechos, casi á pico, sin pendiente á derecha ni á izquierda, especie de creta de piedra semejante á una pared hecha con declive de escalera, descendian y se hundian en un subterráneo muy profundo.

Este subterráneo era redondo, con bóveda ojiva de arco rampante, por motivo de la falta de nivel de las impostas, dislocacion propia de los subterráneos sobre los que crecen pesados edificios. La especie de cortadura que servia de puerta, y que la lámina acababa de descubrir, en la que desembocaba la escalera, estaba entallada en la bóveda, de modo que desde su altura la vista se hundia en el subterráneo como dentro de un pozo.

El subterráneo era vasto, y si era el fondo de un pozo, era el fondo de un pozo ciclópeo; y no estaba empedrado ni enladrillado, tenia el piso de tierra húmeda y fria de los sitios profundos.

En medio del subterráneo cuatro columnas bajas y deformes sostenian un pórtico, pesadamente ojival, cuyas cuatro molduras, reuniéndose en su interior, presentaban el aspecto de una mitra por dentro. Este pórtico, semejante á los pináculos, debajo de los que, en los antiguos tiempos, se metian los sarcófagos, subia hasta la bóveda, y formaba dentro del subterráneo una especie de cámara central, si cámara puede llamarse un compartimiento abierto por todas partes y que tiene en vez de cuatro paredes cuatro pilares.

De la clave de la bóveda del pórtico pendia una linterna de cobre, redonda y enrejada como la ventana de una prision. La linterna lanzaba á su alrededor, á los pilares, á las bóvedas y á la pared circular que se entreveia vagamente detrás de los pilares, lívido resplandor entrecortado por rayas de sombra; esta claridad fué la que deslumbró á Gwynplaine y ahora era para él un turbio resplandor. No habia otra luz en el subterráneo, ni ventana, ni puerta, ni respiradero.

Entre los cuatro pilares, y precisamente bajo de la linterna y en la parte más luminosa, se veia una silueta blanca y terrible en el suelo. Estaba echada en él de espaldas y presentaba en su cabeza ojos cerrados, un cuerpo cuyo torso desaparecia debajo de no sé qué monton informe, cuatro miembros atados al torso en forma de cruz de San Andrés y tirando hácia los cuatro pilares por cuatro cadenas atadas á los piés y á las manos; estas cadenas iban á parar á una argolla situada debajo de cada columna. Esta forma, inmovilizada en la posicion atroz del descuartizamiento,

presentaba la lividez fria del cadáver: era un hombre y estaba desnudo.

Gwynplaine, petrificado, lo contemplaba desde lo alto de la escalera.

De repente oyó un estertor: el cadáver vivia aun.

Cerca del espectro, en una de las ojivas del pórtico, á los dos lados de una gran silla con brazos, que estaba colocada sobre una gran piedra lisa, estaban de pié dos hombres vestidos con largos sudarios negros, y en la silla se sentaba un anciano envuelto en una toga roja, pálido, inmóvil y siniestro, y sosteniendo en la mano un ramillete de rosas.

Por el ramillete lo comprenderia todo otro hombre menos ignorante que Gwynplaine. El derecho de juzgar, con un ramo de flores en la mano, caracteriza al magistrado real y municipal á la vez. El lord-maire de Lóndres juzga aun así en la actualidad. Ayudar á que los jueces juzguen, era el destino de las primeras rosas de la estacion.

El anciano, que estaba sentado en el sillon, era el sheriff del condado de Surrey. Tenia la rigidez majestuosa de un patricio romano.

El sillon era el único asiento que habia en el subterráneo; al lado del sillon se veia una mesa llena de papeles y de libros, y entre éstos la vara larga y blanca del sheriff.

Los hombres que estaban derechos á la derecha y á la izquierda del sheriff eran dos doctores, uno en leyes y otro en medicina. Los dos vestian el traje negro del juez y del médico: esta clase de hombres llevan luto por las muertes que causan.

Detrás del sheriff, en el reborde del escalon que formaba la piedra lisa, estaba acurrucado un escribano con peluca redonda, teniendo un tintero cerca de él, sobre las losas; un cuaderno de carton sobre las rodillas, una hoja de pergamino sobre el cuaderno, y con la pluma en la mano en actitud de escribir.

Pegado á uno de los pilares habia un hombre vestido de cuero y con los brazos cruzados: era el criado del verdugo.

Las figuras que acabamos de describir, inmóviles cada una en su postura fúnebre, parecia que estaban encantadas alrededor del hombre encadenado; ninguna se movia ni hablaba. Reinaba allí una tranquilidad monstruosa.

Aquel sitio era un subterráneo penal; estos subterráneos abundaban en Inglaterra. La cripta de la Beauchamp-Tower sirvió mucho tiempo para esos usos, lo mismo que el subterráneo de Lollards-Prison. Todas las prisiones de la época de King-John tenian su subterráneo penal, y la cárcel de Southwark era una de ellas.

Lo que vamos á describir sucedia entonces con frecuencia en Inglaterra, y podria hoy dia ejecutarse como procedimiento criminal, porque todas aquellas leyes subsisten aun. La Inglaterra ofrece el curioso espectáculo de un código bárbaro, que vive en buena inteligencia con la libertad. Sin embargo, debia desconfiarse de esto, porque si sobreviniese una crísis, no seria imposible que reviviese la antigua penalidad. La legislacion inglesa es un tigre aprisionado; le han cubierto las patas de terciopelo, pero conserva siempre las garras: cortar las uñas á las leyes seria lo más prudente.

La ley casi ignora el derecho. Debe haber en ella por una parte penalidad y por otra humanidad. Protestan contra ella los filósofos, pero aun pasará mucho tiempo antes que la justicia de los hombres se confunda con la verdadera justicia.

El respeto á la ley es la máxima inglesa; se veneran allí tanto las leyes que no las derogan nunca, pero aunque se veneran, no se ejecutan. La ley antigua cae en desuso como una mujer vieja, pero ni se mata á la una ni á la otra; no se practican, y quedan en libertad de creerse siempre hermosas y jóvenes; se las deja soñar que viven; esta cortesía se llama respeto.

Las costumbres normandas son viejas muy arrugadas, pero esto no impide que los jueces ingleses les pongan los ojos tiernos; conservan cariñosamente las antiguallas atroces, si son normandas. Hay algo más feroz que la horca? En 1867 condenaron á un hombre á ser descuartizado y ofrecieron sus restos á una mujer, á la reina (1).

La tortura no ha existido nunca en Inglaterra, segun dice la historia con admirable aplomo. Maltrieu de Westminster toma acta de que la ley sajona, muy clemente, no condenaba á muerte á los criminales, y añade: "Se limitaba á cortarles la nariz, á vaciarles los ojos y á cortarles las partes que marcan el sexo."

No hacia más que esas frioleras la clemente ley sajona.

Gwynplaine, aterrado en lo alto de la

(1) Feniano Burke, Mayo de 1867.

escalera, temblaba de espanto y en vano trataba de rebuscar en su imaginacion qué crímen habia podido cometer; al silencio del wapentake sucedió la vista de un suplicio; esto era dar un paso, pero un paso trágico, y él veia oscurecerse más cada vez el sombrío enigma legal que le amenazaba.

El espectro humano que estaba tendido en el suelo tuvo un segundo estertor.

Gwynplaine sintió que le empujaban suavemente por detrás, y viendo que el empuje provenia del wapentake, comprendió que debia descender, y obedeció.

De escalon en escalon bajó la escalera: los escalones eran muy estrechos y tenian nueve pulgadas de altura, y era preciso descender con gran precaucion. Bajaba detrás de Gwynplaine, siguiéndole á la distancia de dos escalones, el wapentake, llevando derecho el iron-weapon, y detrás del wapentake bajaba á la misma distancia el justicier-quorum.

Gwynplaine, á medida que ganaba los escalones, iba perdiendo por grados la esperanza, como si descendiese á la muerte paso á paso, y llegó con lividez cadavérica al suelo de la escalera.

El hombre encadenado á los cuatro pilares continuaba resollando angustiosamente.

Una voz en la penumbra dijo:

—Acercaos.

Era el sheriff, que se dirigia á Gwynplaine; éste dió un paso.

—Acercaos más.

—Gwynplaine dió otro paso.

—Más todavía, repuso el sheriff.

El justicier-quorum murmuró al oido de Gwynplaine, tan gravemente, que su cuchicheo era solemne:

—Estais en presencia del sheriff del condado de Surrey.

Gwynplaine avanzó hasta el ajusticiado, que estaba extendido en el centro del subterráneo. El wapentake y el justicier-quorum permanecieron donde estaban, dejando que el saltimbanqui avanzara solo.

Cuando Gwynplaine llegó bajo el pórtico y vió de cerca al ajusticiado, que hasta entonces habia contemplado desde lejos, y vió que era un hombre vivo, su sobresalto se trocó en espanto.

El hombre atado al suelo estaba desnudo, pero llevaba el andrajo repugnantemente púdico que se podia llamar la hoja de parra del suplicio, y que era el *succingulum* de los romanos y el *christi-pannus* de los góticos. A Jesús, desnudo en la cruz, solo le pusieron ese harapo.

El hombre torturado, que Gwynplaine contemplaba, contaria de cincuenta á sesenta años; estaba calvo, tenia pelos blancos y erizados en la barba; cerraba los ojos y abria la boca, enseñando todos los dientes; su faz delgada y huesosa parecia una cabeza de muerto. Sus brazos y piernas, sujetos por cadenas á los cuatro pilares de piedra, formaban una X. Le oprimia el pecho y el vientre una placa de hierro, que sostenia cinco ó seis piedras muy gruesas. Resollaba respirando ó rugiendo.

El sheriff, sin soltar de la mano el ramillete de rosas, tomó de la mesa, con la mano que tenia libre, su vara blanca, y poniéndola recta, dijo:

—Obediencia á su majestad.

Despues volvió á dejar la vara sobre la mesa: en seguida, con lentitud, sin gesticulacion, y tan inmóvil como el paciente, levantó la voz y dijo:

—Hombre, que estais cargado de cadenas: oid por última vez la voz de la justicia. Se os sacó del calabozo y se os ha traido á esta cárcel. Debidamente interpelado, y segun las fórmulas legales, *formaliis verbis pressus*, sin consideracion á las lecturas y á las comunicaciones que se os han dirigido y que se os van á dirigir otra vez; inspirado espíritu de tenacidad malvada y perversa, os habeis encerrado en el más profundo silencio y habeis rehusado contestar al juez; esto es un libertinaje detestable, y que constituye, entre los hechos punibles del cashlit, el crímen y delito de *overhernessa.*

El doctor en derecho, que estaba de pié, á la derecha del sheriff, le interrumpió, y dijo con indiferencia que tenia algo de fúnebre:

—*Overhernessa.* Leyes de Alfredo y de Godrun, capítulo seis.

El sheriff continuó:

—Todos veneran la ley menos los ladrones que infestan los bosques donde las ciervas crian.

Como una campana tras otra el doctor en derecho repitió:

—*Qui faciunt vastum in foresta ubi damæ solent fonminare.*

—El que rehusa responder al magistrado, añadió el sheriff, es sospechoso de tener todos los vicios y es capaz de cometer toda clase de daño.

El doctor continuó tambien:

—*Prodigus, devorator, profusus, salax, ruffianus, ebriosus, luxuriosus, simulator, consumptor patrimonii, elluo, ambro et gluto.*

—Todos los vicios suponen poseer todos los crímenes. El que nada declara lo confiesa todo; el que calla cuando el juez le pregunta, es de hecho mentiroso y parricida.

—*Mendax et parricida.*

El sheriff continuó:

—Acusado, no es permitido creerse ausentes por callar; la falsa contumacia hiere á la ley y se parece á Diomedes hiriendo á una diosa. La taciturnidad ante la justicia es una forma de la rebelion, y lesa justicia es lo mismo que lesa majestad. El que calla en casos semejantes obra temerariamente. El que se sustrae al interrogatorio roba la verdad, y la ley ya procura evitarlo. Para estos casos los ingleses gozaron en todas las épocas del derecho de fosa, de horca y de cadenas.

—*Anglica charta* del año 1088, dijo el doctor, y con la gravedad mecánica de siempre añadió:

—*Ferrum, et fossam, et furcas, cum aliis libertatibus.*

El sheriff prosiguió:

—Por lo que, acusado, ya que no habeis querido romper el silencio, estando sano de espíritu y perfectamente enterado de lo que os pregunta la justicia, ya que sois diabólicamente refractario á ella, os debimos sujetar y os sujetamos, segun los estatutos criminales, á la prueba del tormento llamada "la pena fuerte y dura„. De lo que hicimos con vos la ley exige que os informe auténticamente. Os trajimos á este subterráneo, os despojamos de vuestra ropa, se os ha acostado de espaldas en tierra, pusimos vuestros cuatro miembros tirantes y atados á las cuatro columnas de la ley, se os aplicó al vientre una plancha de hierro, poniendo sobre ella las piedras que pudierais soportar, "y más„, como dice la ley.

—*Plusque*, afirmó el doctor.

—En esta situacion, y antes de prolongar la prueba, os hice yo, el sheriff del condado de Surrey, la intimacion de contestar y de hablar, y vos habeis perseverado satánicamente en el silencio, á pesar de las cadenas y de las torturas.

—*Attachiamenta legalia*, añadió el doctor.

—Por empeñaros en no obedecer y siendo equitativo que la obstinacion de la ley sea igual á la obstinacion del criminal, ha continuado la prueba, como lo disponen los edictos y los textos. El primer dia no os dieron ni comida ni bebida.

—*Hoc est, super jejunare*, dijo el doctor.

Hubo una pausa durante la que se oyó la respiracion fatigosa y silbante del hombre á quien abruma un monton de piedras.

El doctor en derecho completó su interrupcion:

—*Adde augmentum abstinentiæ ciborum diminucioni. Consuetudo britanica*, artículo quinientos cuatro.

El sheriff y el doctor alternaban en el diálogo con triste monotonía imperturbable; la voz lúgubre respondia á la voz siniestra, como si ambos fuesen el sacerdote y el diácono del suplicio que celebrasen la misa feroz de la ley.

El sheriff siguió su relacion:

—El primer dia no os dieron comida ni bebida. El segundo os dieron de comer, pero no de beber, poniéndoos entre los dientes tres bocados de pan de cebada. El tercer dia os dieron de beber, pero no de comer, vertiéndoos en la boca tres veces y en tres vasos una pinta de agua, tomada del arroyo de la cloaca de la prision. Hoy es el cuarto dia, y hoy, si os resistís tambien á responder, os dejaremos ahí abandonado hasta que espireis. Así lo dispone la justicia.

El doctor lo aprobó del siguiente modo:

—*Mors rei homagium est bonœ legi.*

—Aunque os sintais morir aflictivamente, continuó diciendo el sheriff, nadie os asistirá, aunque la sangre se os salte de la garganta, de la barba y de los sobacos y de todas las aberturas del cuerpo.

—*A throtebolla*, dijo el doctor; *et pabus et subhireis, et á gruqño usque ad cruppo-num.*

—Prestad atencion, criminal, porque lo que os vá á suceder os interesa. Si renunciais á vuestro execrable silencio y confesais, solo sereis ahorcado y tendreis derecho al *meldefeoh*, que consiste en una cantidad de dinero.

—*Damnum confiter*, dijo el doctor, *habeat le meldefeoh. Leges Ind.*, capítulo 20.

—Cuya suma se os pagará, insistió el sheriff, en *doitikins*, en *suskins* y en *galihalpens*, único caso en que pueden emplearse esas monedas, segun los términos del estatuto de abolicion de Enrique V, y tendreis el derecho y el goce de *scortum ante mortem*, y sereis en seguida ahogado en la horca. Tales son las ventajas que reporta la confesion. ¿Ahora quereis responder á la justicia?

El sheriff calló y esperó un rato. El

paciente permaneció sin hacer ningun movimiento.

El sheriff volvió á tomar la palabra:

—Criminal, ese silencio es un refugio que ofrece peligro y no salvacion. La terquedad merece castigo. El que se calla, cuando la justicia le interroga, es un felon á la corona. No persistais en vuestra desobediencia. Pensad en su majestad nuestra reina; os pregunto para que la respondais. Sed vasallo leal.

El paciente resolló:

El sheriff continuó hablando:

—Despues de las setenta y dos primeras horas de la prueba, hemos llegado al cuarto dia, que es el decisivo: en éste la ley fija la confrontacion.

—*Quarta die, ad frontem adduce*, murmuró el doctor.

—La sabiduría de la ley eligió esta hora extrema, con la idea de obtener lo que nuestros antepasados llamaban "el juicio por el frio mortal", creyendo que este es el momento en que los hombres pueden ser creidos bajo su palabra.

El doctor en derecho repitió:

—*Judicium pro frodmortell, quod homines credendi sint per suum ja est per suum na.* Carta del rey Adelstam, tomo primero, página ciento setenta y tres.

Hubo una pausa y despues el sheriff inclinó hácia el paciente la faz severa, diciéndole:

—Hombre que estais acostado en tierra, me oís?

El hombre no se movió.

—En nombre de la ley, abrid los ojos!

Las pupilas del paciente permanecieron cerradas.

El sheriff se volvió hácia el doctor en medicina, que estaba á su izquierda, y le dijo:

—Doctor, formad el diagnóstico.

—*Probe, da diagnosticum*, dijo el médico.

El médico se acercó al criminal con frialdad magistral, se inclinó hácia él, puso el oido cerca de la boca del paciente, lo pulsó, le palpó los sobacos y las piernas, y luego se puso en pié.

—Y bien? le preguntó el sheriff.

—Oye todavía, le contestó el médico.

—Tambien vé?

El doctor le respondió:

—Puede ver.

El sheriff hizo un signo y avanzaron el justicier-quorum y el wapentake; éste se colocó al lado de la cabeza del paciente y el otro se paró detrás de Gwynplaine.

El médico dió un paso atrás hácia los pilares.

Entonces el sheriff levantó el ramillete de rosas, como un sacerdote el hisopo, y con voz alta y formidable interpeló al paciente de esta manera:

—Habla, miserable! te lo suplica la ley antes de exterminarte. Si pretendes ser mudo, piensa en la tumba, que tambien es muda; si pretendes ser sordo, piensa en tu condenacion, que tambien lo es. Reflexiona que vamos á abandonarte aquí. Ya que eres mi semejante, escúchame, porque soy hombre; ya que eres mi hermano, escúchame, que yo soy cristiano; ya que puedes ser mi hijo, escúchame, porque yo soy un viejo. Guárdate de mí, que soy el que dispone de tus sufrimientos y voy á ser inexorable. El horror de la ley dá majestad al juez. Piensa que yo mismo tiemblo delante de mí. Mi propio poder me consterna. No hagas que le use hasta sus límites, porque me siento lleno de la santa maldad del castigo. Ten, desgraciado, saludable y honrado temor á la justicia y obedéceme. Ha llegado ya la hora de la confrontacion y debes responderme. No te resistas más, no me dejes llegar á lo irrevocable, pues no debe complacerte el espirar aquí lentamente, agonizando largo tiempo en espantosa agonía, bajo el peso de esas piedras, solo en este subterráneo; no debe complacerte morir desesperado, chocando los dientes, llorando y blasfemando, sin médico y sin sacerdote. Yo acudo á socorrerte, ten piedad de tí mismo, haz lo que te mando, cede á la justicia, vuelve la cabeza, abre los ojos y dí si reconoces á este hombre.

El paciente ni volvió la cabeza ni abrió los ojos.

El sheriff lanzó una mirada al justicier-quorum y en seguida otra al wapentake.

El justicier-quorum quitó á Gwynplaine el sombrero y la capa, y cogiéndole por los hombros, lo puso frente á la luz al lado del hombre encadenado. El rostro del volatinero se destacó con su estraño relieve completamente iluminado.

Al mismo tiempo se encorvó el wapentake, cogió entre sus dos manos, por las sienes, la cabeza del paciente, é inerte, la volvió hácia Gwynplaine, y con los dos pulgares y los dos índices abrió los párpados cerrados del criminal. Los ojos feroces de aquel hombre aparecieron y vió á Gwynplaine.

Al verle, levantó él solo la cabeza, y abriendo cuanto pudo las pupilas, le miró, extremeciéndose cuanto puede extremecerse el hombre que sostiene tanto peso con el pecho, y gritó:

—Es él!... sí!... es él!...

Lanzó una carcajada terrible y repitió:

—Es él! es él!

Despues dejó caer la cabeza al suelo y cerró los ojos.

—Escribid, escribano, dijo el sheriff.

Aunque Gwynplaine estaba aterrado, conservó hasta entonces presencia de ánimo; pero el grito *Es él!* le trastornó. El mandato del sheriff: *Escribid, escribano*, heló la sangre de sus venas. Creia que un malvado iba á arrastrarle tras él, sin poder adivinar por qué, y que aquella confesion le entregaba á la justicia. Se creia ya que iban los dos á ser atados en la misma picota y ahorcados despues uno al lado del otro. Espantado Gwynplaine, balbuceó frases incoherentes con la turbacion profunda del inocente, y fuera de sí, lanzó gritos y dejó escapar las palabras siguientes, en medio de su agonía:

—Eso no es verdad; yo no soy. No conozco á ese hombre, y por lo tanto él tampoco me conoce. Tengo que marcharme, porque he de representar esta noche. Qué quieren de mí? Pido que me dejen en libertad. ¿Por qué me han traido á este subterráneo? No existen ya las leyes, podeis decir que no existen ya. Señor juez, repito que yo no soy; soy inocente de todo lo que ese hombre pudo decir; lo sé seguro y por eso quiero salir de aquí. Esto es muy justo. No hay nada de comun entre ese hombre y yo. Podeis informaros. Mi vida es pública. Han venido á prenderme como si fuera un ladron. Por qué? ¿Sé yo acaso quién es ese hombre? Soy un jóven errante que represento farsas en las férias y en los mercados. Soy *El hombre que rie.* Todo el mundo ha acudido á verme. Nos hospedamos en el Tarrinzean-field. Hace quince años que tengo este oficio y yo solo he cumplido veinticinco. Vivo en la posada de Tadcaster. Me llamo Gwynplaine. ¡Que me saquen de aquí, señor juez! No se debe abusar de la miseria de los desgraciados; tened compasion de un hombre que en nada ha delinquido, que no puede defenderse y que no tiene quién le proteja. Teneis delante de vos á un infeliz saltimbanqui.

—Tengo ante mí, contestó el sheriff, á lord Fernando Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia y par de Inglaterra.

Diciendo esto el sheriff se levantó, é indicando el sillon á Gwynplaine, añadió:

—Milord, dígnese sentarse vuestra señoría.

# LIBRO QUINTO

## El mar y la suerte se agitan con el mismo soplo.

### I.

#### Solidez de las cosas frágiles.

Gwynplaine no comprendió lo que le decia el sheriff, y miró detrás de él para ver si hablaba á otro.

El oido no llega á percibir el sonido demasiado agudo, ni la inteligencia la emocion demasiado aguda; la audicion y la comprension tienen sus límites.

El wapentake y el justicier-quorum, acercándose á Gwynplaine, le cogieron cada uno de un brazo y lo sentaron en el sillon que dejó vacío el sheriff. Les dejó hacer sin comprender lo que hacian.

En cuanto estuvo sentado el volatinero, el wapentake y el justicier-quorum retrocedieron algunos pasos y se quedaron rectos é inmóviles detrás del sillon.

Entonces el sheriff dejó sobre la losa el ramillete de rosas, se puso los anteojos, que le presentó el escribano; sacó de bajo de los cuadernos que tapaban la mesa una hoja de pergamino, manchada, amarillenta, roida y rota en algunas partes, que parecia haber sido plegada en muchos dobleces pequeños y que estaba escrita por una sola cara, y de pié y acercándose á la luz de la linterna y con voz solemne, leyó lo siguiente:

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,

„Hoy 29 de Enero de 1690 de la era de Nuestro Señor, fué criminalmente abandonado en las costas desiertas de Portland un niño de diez años, con la intencion de que en aquellas soledades muriese víctima del hambre y del frio.

„Este niño fué vendido á la edad de dos años por órden de su majestad el rey Jacobo II.

„Este niño es lord Fernando Clancharlie, único hijo legítimo de lord Lineus Clancharlie, baron Clancharlie y

Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, par del reino de Inglaterra, hoy difunto, é hijo tambien de Ann Bradshaw, su esposa, hoy difunta.

„Este niño es el heredero de los bienes y títulos de su padre; por eso fué vendido, mutilado y desfigurado, desapareciendo por la voluntad de su majestad.

„Este niño fué educado y dislocado con la idea de que fuese un saltimbanqui en los mercados y en las férias.

„Fué vendido á la edad de dos años, despues de la muerte de su padre, por diez libras esterlinas que dieron al rey por su compra y mediante diversas concesiones, tolerancias é inmunidades prometidas por su majestad.

„Yo, que suscribo y escribo estas líneas, compré á la edad de dos años á lord Fernando Clancharlie, y lo desfiguró un flamenco llamado Hardquanonne, que es el único que posee los secretos y los procedimientos del doctor Conquest.

„Destinamos el niño á que presentase una mascarilla que estuviese siempre riendo, y con esta intencion practicó en él Hardquanonne la operacion *Bucca fissa usque ad aures*, que dá á la fisonomía risa eterna.

„El niño, por un medio que solo Hardquanonne conocia, quedó adormecido é insensible durante la operacion á que lo sujetamos, y que él ignora haberla sufrido, como ignora que es lord Clancharlie, pues le pusimos Gwynplaine.

„Nada sabe, porque era de tierna edad y de escasa memoria cuando fué vendido y comprado.

„Hardquanonne es el único que sabe hacer la operacion: *Busca fissa*, y este niño es el único viviente que la ha sufrido.

„Es tan singular esta operacion, que despues de muchos años, si el niño fuese viejo y sus cabellos negros encaneciesen, le reconoceria Hardquanonne inmediatamente.

„Hoy, al escribir estas líneas, Hardquanonne, que sabe todos estos hechos que denuncio, como autor principal de todos ellos, está detenido en las prisiones de su alteza el príncipe de Orange, vulgarmente llamado el rey Guillermo III. Prendieron á Hardquanonne por pertenecer á la compañía de los comprachicos ó cheylas, y está encerrado en la torre de Chatham.

„En Suiza, cerca del lago de Génova, entre Lausanne y Vevey, en la misma casa en que murieron su padre y su madre, y obedeciendo al mandato del rey, nos vendió y entregó el niño el último criado del difunto lord Lineus, cuyo criado murió poco despues que sus señores; de modo, que este asunto delicado y secreto solo lo conocen en el mundo Hardquanonne, que está en un calabozo en Chatham, y nosotros, que vamos á morir.

„Los abajo firmados hemos educado y retenido bajo nuestro poder ocho años, para sacar partido de nuestra industria, al pequeño señor que compramos al rey.

„Hoy, huyendo de Inglaterra para no participar de la suerte desgraciada de Hardquanonne, por miedo á las fulminaciones penales dictadas por el Parlamento, abandonamos al morir la tarde en las costas de Portland al susodicho niño Gwynplaine, que es lord Fernando Clancharlie.

„Juramos guardar el secreto al rey, pero no á Dios, y esta noche, asaltados por horrorosa tempestad, que contra nosotros desencadenó la Providencia, en la agonía de la desesperacion, arrodillados ante el único que puede salvar nuestras vidas y nuestras almas, no esperando ya en los hombres y temiendo á Dios, no teniendo ya otra áncora que el arrepentimiento de nuestras malas acciones, resignados á morir y deseando satisfacer á la Justicia eterna, humildes y penitentes, dándonos golpes de pecho, hacemos esta declaracion y la remitimos y confiamos al mar furioso para que haga de ella lo que á Dios le plazca. Que la Santísima Vírgen nos socorra. Amén. Y firmamos.„

El sheriff, interrumpiendo la lectura, dijo:

—Hé aquí las firmas, todas escritas con diferente letra.

Las leyó:

—"Doctor Gerhardus Geestemunde.—Asuncion.—Una cruz y á su lado: Bárbara Fermoy, de la isla Tyrryf.—Gaizdorra, captal.—Giangirase.—Jacobo Quatourze, llamado el Narbonés.—Luc-Pierre Capgaroupe, del presidio de Mahon.„

El sheriff, suspendiendo otra vez la lectura, añadió:

—Nota escrita por la misma mano que el texto y que la primera firma.

Era la siguiente:

—"De los tres hombres de la tripulacion, el patron desapareció en un golpe de mar; solo quedaron dos, que firman.—Galdeazun.—Ave-María, ladron.„

El sheriff, leyendo é interrumpiéndose, continuó:

—En la parte de bajo de la hoja está escrito lo que sigue: "En el mar, á bordo de *La Matutina*, urca de Vizcaya, desde el golfo de Pasajes."

—Esta hoja, añadió el sheriff, es un pergamino de la cancillería, que tiene la filigrana del rey Jacobo II. En el márgen de la declaracion hay esta nota, escrita por la misma mano:

—"Hemos escrito la presente declaracion en el reverso de la real órden que se nos remitió para nuestro descargo por haber comprado al niño. Vuélvase la hoja y se verá dicha órden."

El sheriff volvió el pergamino y lo levantó con la mano derecha, acercándolo mucho á la luz. Se vió una página en blanco, si esto puede decirse de un pergamino enmohecido, y en medio de la página tres palabras escritas, dos en latin: *Jussu regis*, y una firma, *Jeffreys*.

—*Jussu regis.—Jeffreys*, dijo el sheriff.

El asombro que se habia apoderado de Gwynplaine es indescriptible; sin embargo, dijo lo siguiente:

—Gerhardus, sí, era el doctor. Un hombre viejo y triste que me causaba miedo. Gaizdorra, captal, que quiere decir jefe. Sí; habia entre ellos dos mujeres, Asuncion y la otra, y el provenzal Capgaroupe, que bebia en una botella chata, que tenia un nombre escrito con letras rojas.

—Aquí está, respondió el sheriff.

Puso sobre la mesa un objeto que el escribano tomó del saco de la justicia; era una calabaza forrada de mimbres, que debió pasar muchas aventuras y permanecer mucho tiempo dentro del agua, porque algas y mariscos se habian adherido á ella; estaba incrustada y engastada de todos los mohos del Océano. El cuello conservaba un sobrecuello de alquitran, que indicaba que la cerraron herméticamente; estaba abierta, pero le habian puesto en el cuello una especie de tarugo alquitranado, que antes la sirvió de tapon.

—En esta calabaza, dijo el sheriff, que cerraron las personas indicadas, en la agonía de la muerte, llegó á nuestras manos la declaracion que acabo de leer; el mar remitió con fidelidad este mensaje dirigido á la justicia y confiado á él.

El sheriff, aumentando la majestad de su entonacion, continuó:

—Así como la montaña Harrow es excelente para el trigo y produce la flor de la harina con la que se cuece el pan para la mesa del rey, así el mar presta á la Inglaterra todos los servicios que puede, y cuando un lord se pierde, él lo encuentra y lo trae.

Cambiando de tono el representante de la justicia, dijo:

—En la calabaza se vé, en efecto, un nombre escrito con letras rojas.

El sheriff, levantando la voz y volviéndose hácia el paciente inmóvil, exclamó:

—Vuestro nombre, malhechor. La Providencia os condujo aquí. Tales son los caminos oscuros por los que la verdad, hundida en el abismo de las acciones humanas, desde el fondo sube á la superficie.

El sheriff tomó la calabaza y puso cerca de la luz uno de sus lados, que estaba limpio, acaso por las necesidades de la justicia. Se vió serpentear por los entrelazamientos de los mimbres una pequeña cinta de junco rojo, que negreaba por algunas partes; este junco, á pesar de tener algunas roturas, trazaba con bastante claridad la palabra *Hardquanonne*.

El sheriff, adquiriendo entonces otra vez el sonido de voz particular, que no se parece á ningun otro, y que pudiera calificarse de acento de la justicia, volviéndose hácia el criminal, repuso:

—Cuando por primera vez, Hardquanonne, os presentamos y os exhibimos esta calabaza, en la que está escrito vuestro nombre, reconocísteis desde luego que os habia pertenecido; despues, cuando se os leyó el pergamino, que estaba plegado y como embutido dentro de ella, no quisísteis pronunciar ya ni una sola palabra; quizás con la esperanza de que no habia de aparecer el niño perdido y de escapar al castigo, rehusásteis ya responder. Como consecuencia de negaros á hablar, os aplicaron la pena *fuerte y dura*, y se os leyó por segunda vez el referido pergamino, en el que está consignada la declaracion y confesion de vuestros cómplices; pero vuestro silencio ha sido inútil. Hoy, que es el cuarto dia, el dia legal de la confrontacion, al veros en presencia del que fué abandonado en las costas de Portland el 29 de Enero de 1690, la esperanza diabólica que os alucinaba desapareció, y rompísteis el silencio al reconocer á vuestra víctima.

El paciente abrió los ojos, levantó la cabeza, y con acento que participaba de la extraña sonoridad de la agonía, con cierta calma en medio de su estertor,

pronunciando trágicamente, debajo del monton de piedras, palabras, que cada una de ellas hacia levantar la especie de tapa de la tumba que le oprimia, habló así:

—Juré guardar secreto y lo guardé todo lo que pude; los hombres sombríos son fieles y debe haber una probidad en el infierno. Ahora el silencio ya es inútil. Por eso hablo. Pues bien; sí, es él. Es obra del rey y mia; el rey puso la voluntad y yo el arte.

Despues de decir esto, Hardquanonne miró á Gwynplaine y le dijo:

—Ahora rie para siempre!

El mismo criminal se rió tambien de un modo singular; su segunda risa, más feroz aun que la primera, hubiera podido tomarse por un sollozo.

Cesó la risa y el paciente volvió á acostarse; sus párpados se cerraron.

El sheriff, que dejó hablar al moribundo, prosiguió:

—De todo lo qué se toma acta.

Dió tiempo para esto al escribano y despues dijo:

—Hardquanonne: segun los trámites de la ley, despues de la confrontacion, que surtió el efecto deseado; despues de la tercera lectura de las declaraciones de vuestros cómplices, confirmada por vuestro reconocimiento y confesion, vais á ser libertado de las ligaduras y remitido á su majestad para que os ahorquen como á plagiario.

—Como plagiario, repitió el doctor en derecho; esto es, como comprador y vendedor de niños. Ley visigoda, libro siete, título tercero, párrafo *Usurpaverit*; ley sálica, título cuarenta y uno, párrafo segundo; y ley de los Frisons, título veintiuno, *De Plagio*. Alejandro Nequam dice:

*Qui pueros vendis, plagiarius est tibi nomen.*

El sheriff dejó el pergamino sobre la mesa, se quitó los anteojos, volvió á tomar el ramillete de rosas y dijo:

—Fin de la pena *fuerte y dura*. Hardquanonne, dad las gracias á su majestad.

Hizo un signo el sheriff y el justicierquorum puso en movimiento al hombre vestido de cuero.

Este hombre, que era el criado del verdugo, "groom de la horca„ como dicen los antiguos estatutos, se acercó al paciente y le quitó una tras otra las piedras que tenia sobre la plancha, librándole tambien de ésta; despues le desató, de los puños y de los tobillos, las cuatro argollas que le ataban á los pilares.

El paciente estaba ya descargado de las piedras y libre de las cadenas, y sin embargo permaneció acostado en tierra, con los ojos cerrados y con los brazos y las piernas estirados, como un crucificado que acaban de desclavar.

—Hardquanonne, dijo el sheriff, levantaos.

El paciente no hizo movimiento alguno.

El groom de la horca le cogió una mano y la soltó despues de levantarla; la mano cayó inerte: hizo lo mismo con la otra, que cayó tambien del mismo modo.

El médico se aproximó; sacó del bolsillo un espejillo de acero y lo puso ante la boca abierta de Hardquanonne; despues con los dedos le abrió los párpados, que ya no se bajaron; las vidriosas pupilas se quedaron fijas.

El doctor se levantó y dijo:

—Ha muerto; añadiendo: la risa lo ha matado.

—Poco importa, contestó el sheriff, despues que declaró, que viva ó que muera; eso solo es una formalidad.

Señalando el sheriff á Hardquanonne con el ramillete de rosas, dió esta órden al wapentake:

—Cadáver que hay que sacar de aquí esta noche.

El wapentake contestó meneando la cabeza.

—El cementerio está enfrente de la cárcel.

El wapentake hizo otro signo de adhesion.

El escribano escribia.

El sheriff, conservando en la mano izquierda el ramillete, tomó con la otra su vara blanca, se colocó de pié delante de Gwynplaine, que continuaba sentado; le hizo una profunda reverencia, despues enderezó la cabeza y, mirándole, le dijo:

—Nos, Felipe Denzill Parsons, caballero, sheriff del condado de Surrey, asesorado por Aubrie Docminique, doctor en derecho, por el escribano y por los oficiales ordinarios, debidamente autorizado por su majestad, en virtud de nuestra comision y de los derechos y deberes de nuestro cargo, y con el permiso del lord-canciller de Inglaterra, despues de dirigir el proceso y todos los actos judiciales, vistas las piezas comunicadas por el Almirantazgo, despues de verificar la comprobacion de las firmas, despues de las declaraciones leidas y oidas, despues

de confrontacion y estando completas todas las informaciones legales; á vos, que estais presente, os significamos y declaramos, para que podais tomar posesion de todos vuestros derechos, que sois Fernando Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, par de Inglaterra, y que Dios guarde á vuestra señoría.

Calló y volvió á saludar. El doctor en derecho, el médico, el justicier-quorum, el wapentake, el escribano, todos los asistentes, excepto el criado del verdugo, repitieron más profundamente el saludo del sheriff y se inclinaron hasta el suelo ante Gwynplaine.

—Ah, esto es un sueño! despertadme! gritó el saltimbanqui, y lívido se puso en pié.

—Vengo, en efecto, á despertaros, dijo una voz que Gwynplaine no habia oido aun.

Un hombre salió de detrás de uno de los pilares y dijo lo anterior. Como nadie entró en el subterráneo desde que la lámina de hierro abrió paso cuando llegó el acompañamiento de policía, era evidente que ese hombre estaba oculto desde antes de entrar Gwynplaine y que desempeñaba el papel de observador, estando encargado de esa mision. Este hombre era grueso, llevaba peluca de córte y capa de viaje; era de rostro correcto y más viejo que jóven.

Saludó á Gwynplaine con respeto y facilidad, con la elegancia de un gentleman doméstico.

—Repito que vengo á despertaros. Hace veinte años que dormís; soñásteis y ahora ha terminado el sueño. Creísteis que érais Gwynplaine y sois Clancharlie; creísteis pertenecer al pueblo y perteneceis á la nobleza; os figurásteis estar en el último rango y estais en el primero; os teníais por histrion y sois senador; creísteis ser pobre y sois opulento, pequeño y sois grande. ¡Despertaos, milord!

Gwynplaine, en voz baja y con terror, preguntó:

—Qué quiere decir todo eso?

—Esto quiere decir, milord, respondió el hombre grueso, que yo me llamo Barkilphedro, que soy oficial del Almirantazgo, que se encontró en la orilla del mar la calabaza de Hardquanonne, que me la trajeron para que yo la abriese, como es obligacion y prerogativa de mi cargo; que la abrí en presencia de los dos jurados juramentados de la oficina Jetson, que son dos de los miembros del Parlamento, uno de ellos William Blathwaith, por la ciudad de Bath, y el otro, Thomas Jervoise, por Southampton; que dichos dos jurados describieron y certificaron el contenido de la calabaza y firmaron el proceso verbal para abrirla, como lo firmé yo; que yo hice la relacion á su majestad, y que por órden de la reina se han llenado todas las formalidades legales y necesarias, con la discrecion que requiere tan delicado asunto, y que la última, que es la confrontacion, acaba de verificarse; todo lo que quiere decir que gozais de un millon de renta, que sois un lord del Reino-Unido de la Gran-Bretaña, legislador y juez, juez supremo y legislador soberano, vestido de púrpura y de armiño, igual á los príncipes, semejante á los emperadores, que os ceñís en la cabeza la corona de par y que vais á casaros con una duquesa, hija de un rey.

Tantas, tan acumuladas y tan dichosas emociones, hicieron caer al suelo desvanecido á Gwynplaine.

## II.

### El que yerra no se equivoca.

La anterior aventura provino de un soldado que encontró una calabaza en la orilla del mar.

Refiramos el hecho, porque todo hecho tiene su engranaje.

Un dia, uno de los artilleros de la guarnicion del castillo de Calshor recogió, durante la marea baja, en la arena de la playa, una calabaza forrada de mimbre, que habia arrojado allí el flujo del mar; estaba enmohecida y herméticamente cerrada con un tapon alquitranado. El soldado presentó dicho objeto al coronel del castillo y éste lo trasmitió al almirante de Inglaterra. En el Almirantazgo, para encargarse de las presas del mar, estaba Barkilphedro, como ya sabemos, y éste abrió la calabaza y se la presentó á la reina. La reina pasó aviso, é inmediatamente enteraron á dos importantes consejeros, que fueron consultados, al lord-canciller, que es, segun la ley, “guardian de la conciencia del rey de Inglaterra„, y al lord-mariscal, que es “juez de armas y de la descendencia de la nobleza.„ Thomas Howard, duque de Norfolk, par católico, que era hereditariamente supremo-mariscal de Inglaterra, hizo saber, por boca del diputado-conde y mariscal Enrique Howard, que seria de la opinion

del lord-canciller. El lord-canciller era William Cowper: éste era célebre por haber emitido la siguiente sentencia en el asunto de Talbot Yelverton, vizconde de Longueville: "Que por respeto á la Constitucion de Inglaterra, la restauracion de un par era más importante que la restauracion de un rey.„ La calabaza que encontraron en Calshor llamó extraordinariamente su atencion, porque el que profesa una máxima desea tener ocasion de aplicarla, y ese objeto le ofrecia el caso de la restauracion de un par. Desde este momento, pues, comenzaron las pesquisas. Gwynplaine era fácil de encontrar, porque su nombre estaba escrito en los carteles, y Hardquanonne tampoco era difícil de ser habido, porque aun vivia. La prision hace envejecer al hombre, pero le conserva, si retener es conservar. A los hombres encerrados en las cárceles rara vez se les cambia de domicilio, y Hardquanonne permanecia aun en un calabozo de la torre de Chatham; le cambiaron de encierro y lo trasladaron á Lóndres. Al mismo tiempo tomaron informes en Suiza y comprobaron los hechos denunciados, resultando exactos. Sacaron de Vevey y de Lausanne el acta del matrimonio de lord Lineus durante el destierro, la fé de bautismo del niño, los mortuorios de su padre y de su madre, haciéndose librar los documentos dobles y debidamente certificados para utilizarlos en caso de necesidad: todo esto se ejecutó con el más profundo secreto, con lo que se llamaba entonces *promptitude royale*, y con "silencio de trapense„, que aconsejaba y practicaba Bacon, y que más tarde erigió en ley Blackstone para los negocios de la cancillería y de Estado y para los asuntos llamados senatoriales.

Comprobaron tambien el *Jussu regis* y la firma *Deffreys.*

Para el que ha estudiado patológicamente los casos de capricho, llamados deseos imperativos, ese *Jussu regis* es muy sencillo. ¿Por qué Jacobo II, que debia ocultar semejantes actos, que corrian el riesgo de comprometer el éxito, dejando huellas escritas, no lo hacia? Por cinismo, por indiferencia soberbiosa, que no solo ciertas mujeres son impúdicas; la razon de Estado tambien lo es. *Et se cupit ante videri*; cometer un crímen y jactarse de él es toda su historia. *Jussu regis*; soy yo; Jacobo II realizó una mala accion y puso en ella su sello. Añadir el descaro á la accion ruin, denunciarse á sí mismo, hacerla imperdible, es la baladronada insolente del malhechor.

Cristina se apoderó de Monaldeschi, le hizo confesar y asesinar, y dijo: *Soy la reina de Suecia en el palacio del rey de Francia.* Existe el tirano que se oculta, como Tiberio, y el tirano que se vanagloría, como Felipe II. El primero es un escorpion y el segundo un leopardo; Jacobo II era de esta segunda clase. Tenia, como es sabido, el rostro franco y alegre, contrastando en esto con Felipe II. Felipe era tétrico, Jacobo jovial, pero los dos eran feroces. Jacobo II era un tigre bonachon y, como á Felipe II, le dejaban tranquilo sus crímenes. Era mónstruo por la gracia de Dios, y por eso no tenia necesidad de atenuar ni de disimular sus asesinatos, que eran de derecho divino. De buena gana hubiera legado sus archivos de Simancas con sus atentados, enumerados, fechados y clasificados, cada uno en su compartimiento, como los venenos en la oficina de un farmacéutico, porque es real eso de firmar los crímenes.

Las acciones cometidas son letras giradas contra el gran pagador ignorado, y ésta se presentaba al cámbio con el endoso siniestro: *Jussu regis.*

La reina Ana, que era excelente para guardar un secreto, pidió en este grave asunto al lord-canciller una relacion confidencial del género llamado "relacion al oido real„. Esta clase de relaciones son habituales en las monarquías. En Viena existió *el consejero de oido*, que era un personaje áulico; desempeñaba la antigua dignidad carlovingia de *l' auricularius*, de las antiguas cartas palatinas; era el que hablaba en voz baja al emperador.

William, baron Cowper, canciller de Inglaterra, en quien la reina depositaba su confianza, porque era miope como ella, habia reasumido una memoria que comenzaba así: "Dos aves estaban á las órdenes de Salomon: una moñuda, que hablaba todas las lenguas, y una águila, que cubria con la sombra de sus alas una caravana de veinte mil hombres. Esto mismo, pero bajo otra forma, la Providencia... etc. etc.„ El lord-canciller hacia constar el hecho de un heredero de un par robado, mutilado y encontrado despues; pero no vituperaba á Jacobo II, padre de la reina, y para no vituperarle alegaba sus razones. Primera: las antiguas máximas monárquicas. *E senioratu erigimus. In returagio cadat.* Segunda: el derecho de mutilacion

existe. Chamberlayne lo afirma. *Corpora et bona nostrorum subjectorum nostra sunt*, (1) dijo Jacobo I, de docta y gloriosa memoria. Hizo arrancar los ojos á dos duques de sangre real por el bienestar del reino. Algunos príncipes demasiado próximos al trono han sido útilmente ahogados entre dos colchones, y han pasado por muertos de apoplegía, y ahogar es más que mutilar. El rey de Túnez arrancó los ojos á su padre Muley-Assem, y sus embajadores no por eso dejaron de ser recibidos por el emperador. Luego el rey puede mandar la supresion de un miembro como otra supresion del Estado, y esto es legal. Una legalidad no destruye otra. "Si el ahogado sobrenada y aparece en la orilla vivo aun, es señal de que Dios ha retocado la accion del rey. Si el heredero aparece, debe restituírsele la herencia. Así se hizo con lord Alla, rey de Northumbre, que tambien habia sido saltimbanqui; así tambien debe hacerse con Gwynplaine, que tambien es rey; esto es, lord. La humildad del oficio, desempeñado y sufrido por mayor fuerza, no deslustra el blason; de ello es testimonio Abdolonyme, que era rey y antes habia sido jardinero; Josef, que era santo y que fué carpintero, y Apolo, que era dios y que habia sido pastor.„ En una palabra, el sábio canciller terminaba pidiendo que se reintegrase en todos sus bienes y dignidades á Fernando, lord Clancharlie, falsamente llamado Gwynplaine, "con la sola condicion de ser confrontado con el malhechor Hardquanonne y reconocido por él.„ De este modo el canciller, guardian constitucional de la conciencia real, tranquilizaba esta conciencia.

El lord-canciller recordaba por medio de un *post-scriptum* para en el caso de que Hardquanonne rehusase responder, que debia aplicársele la "pena dura y fuerte„, y que entonces debia verificarse la confrontacion el cuarto dia; lo que tiene el inconveniente de que si el paciente muere el segundo ó el tercer dia, no puede ya efectuarse la confrontacion; pero la ley debe cumplirse. El inconveniente de la ley forma parte de la ley.

En el espíritu del lord-canciller no cabia duda de que Hardquanonne reconoceria á Gwynplaine.

Ana, cuando se enteró de la deformidad del volatinero, no queriendo perjudicar á su hermana, que habia tomado posesion de los bienes de los Clancharlies, decidió con complacencia que la duquesa Josiana matrimoniase con el nuevo lord, esto es, con Gwynplaine.

La reintegracion de lord Fernando Clancharlie era, por otra parte, muy fácil, siendo como era heredero directo y legítimo. Para las filiaciones dudosas ó para las pairías "in abeyance„ reivindicadas por los colaterales, debia consultarse á la Cámara de los Lores. Pero en este caso no cabia litigio; era una legitimidad evidente, un derecho claro y cierto, no habia por qué consultar á la Cámara, y la reina, asesorada por el lord-canciller, era sificiente para reconocer y admitir al nuevo lord.

Barkilphedro lo diligenció todo. Este asunto, gracias á él, quedó tan oculto y tan bien cerrado, que ni Josiana ni lord David tuvieron la idea más remota de él. La inabordable Josiana iba á tener una escarpadura que podria bloquearse con facilidad, y á lord David le enviaron al mar, á las costas de Flandes: iba á perder la *lordship* y no lo sabia.

Debemos anotar el detalle siguiente: Sucedió que á diez leguas del surgidero de la estacion naval que mandaba lord David, un capitan, llamado Halyburton, forzó á la flota francesa. El conde de Pembroke, presidente del Consejo, hizo la propuesta de promocion á contralmirante del capitan Halyburton, pero la reina Ana borró el nombre de este capitan y le sustituyó con el de lord David Dirry-Moir, con la idea de que éste, al saber que ya no era par, tuviese el consuelo de ser contralmirante. Ana, cuando hizo esta sustitucion, se quedó contenta, porque proporcionaba un marido horrible á su hermana y un envidiable ascenso á lord David, mezclando la malicia con la bondad. Su majestad iba á representar una comedia. Decia que reparaba un abuso de poder de su augusto padre, que restituia un miembro á la pairía, que obraba como una gran reina, protegiendo al inocente por la voluntad de Dios; y es muy placentero realizar una accion justa, que es desagradable para la persona que no se quiere.

Para obrar así, por otra parte, le bastaba á la reina saber que era deforme el futuro marido de su hermana, aunque ignoraba la clase de fealdad de Gwynplaine, porque Barkilphedro no habia tenido aun tiempo para enterarla y Ana no se dignó preguntarlo á los demás: despues de todo, esto no la importaba.

La Cámara de los Lores debia estarla agradecida. El lord-canciller, que era el

(1) «La vida y los miembros de los vasallos dependen del rey.» (Chamberlayne, segunda parte, cap. V, pág. 76.)

oráculo, habia hablado. Restaurar un par es restaurar toda la pairía; la monarquía se presentaba en esta ocasion respetuosa guardiana de sus privilegios. Por horrible que fuese el rostro del nuevo lord, un rostro no es nunca una objecion contra un derecho. Ana se dijo á sí misma, poco más ó menos, todo esto, y se fué recta á satisfacer su objeto femenino y real.

La reina estaba entonces en Windsor, lo que ponia alguna distancia entre las intrigas de la córte y el público, y además, solo las personas absolutamente precisas estaban en el secreto de lo que iba á suceder.

Barkilphedro estaba gozoso, lo que añadió á su fisonomía expresion más lúgubre, á pesar de que la alegría es poco á propósito para dar semejante expresion. Gozó la voluptuosidad de probar el primero la calabaza de Hardquanonne. Este encuentro no le causó gran sorpresa, porque el asombro es propio de los espíritus menguados. Por otra parte, hacia mucho tiempo que esperaba algo de la casualidad, y pues lo esperaba, debia llegar.

El *Nihil mirari* formaba parte de su continente; pero en el fondo estaba maravillado. El que hubiese podido arrancarle la máscara con que cubria la conciencia, hasta delante de Dios, hubiera visto en Barkilphedro lo siguiente: precisamente en aquellos momentos empezaba á convencerse de que seria imposible para él, enemigo íntimo é ínfimo, causar herida alguna en la elevada existencia de la duquesa Josiana, y este convencimiento le producia un acceso frenético de animosidad latente y le conducia hasta el paroxismo que se llama desfallecimiento. Estaba tan furioso que desesperaba. Barkilphedro llegaba ya al extremo de renunciar, no á querer el daño de Josiana, sino á causárselo; no á la rabia, sino á la mordedura. Qué caida para él! Soltar la presa! ¡Guardar para siempre el ódio dentro de la vaina, como un puñal en un museo! Ruda humillacion.

Pero de repente la calabaza de Hardquanonne vino de ola en ola á caer en sus manos. Barkilphedro, ante la presencia de dos testigos, jurados indiferentes del Almirantazgo, abre la calabaza, encuentra el pergamino, lo desdobla y lee... ¡Monstruosa fué la satisfaccion que le causó su lectura!

Causa extrañeza ver que el mar, el viento, los espacios, el flujo y el reflujo, las tempestades y las calmas puedan conjurarse para proporcionar la felicidad á un malvado; esta complicidad duró quince años; durante ese tiempo el Océano no estuvo un minuto sin trabajar para conseguir ese objeto. Las olas se trasmitieron unas á otras la calabaza sobrenadando; los escollos esquivaron el choque del vidrio; ni una hendidura lo desgració, ningun frote gastó el tapon; las algas no pudrieron los mimbres, los mariscos no habian roido la palabra *Hardquanonne*, el agua no pudo introducirse en su interior, el enmohecimiento no habia deshecho el pergamino, la humedad no borró lo escrito; y de este modo, el objeto que el doctor Gerhardus arrojó al mar, el mar se lo remitió á Barkilphedro, y el mensaje dirigido á Dios lo recibió el demonio. Hubo abuso de confianza en la inmensidad, y la ironía oscura, que se mezcla en todas las cosas, se lo arregló de manera que complicó el triunfo leal, el niño perdido Gwynplaine, convertido en lord Clancharlie, con una victoria venenosa, é hizo malignamente una buena accion, poniendo la justicia al servicio de la iniquidad. Libertar á la víctima de Jacobo II era dar una presa á Barkilphedro. Rehabilitar á Gwynplaine era entregarle á Josiana. Barkilphedro triunfaba: ¡y para conseguir este triunfo, durante tantos años las olas y las ráfagas habian respetado esa calabaza, preñada de tantos acontecimientos! ¡Se verificaba este prodigio para complacer á un miserable! ¡El infinito era el colaborador de un vil gusano! El destino tiene voluntades sombrías.

Barkilphedro tuvo un momento de orgullo satánico al creerse el centro y el fin de lo sucedido, pero se equivocaba. Rehabilitemos al azar; no era ese el verdadero sentido del hecho notable, del que se aprovechaba el ódio de Barkilphedro. El Océano se constituyó en padre y madre de un huérfano, desatando la tempestad contra sus verdugos, haciendo añicos al buque que rechazó al niño, tragándose á los náufragos, rehusando sus súplicas y aceptando solo su arrepentimiento; la tempestad recibió un depósito de las manos de la muerte, y el robusto navío que llevaba á los criminales fué reemplazado por la frágil redoma, que encerraba la reparacion; la mar cambiando de papel; de pantera se trocó en nodriza, y púsose á mecer, no al niño, sino al destino del niño, mientras éste crecia, ignorando lo que el abismo hacia por él; las olas, á las que arrojaron la calabaza, velaron por un pasado que en-

cerraba un porvenir; el huracan soplando, las corrientes dirigiendo el frágil objeto al través del insondable itinerario del agua, obrando con maña las algas, las olas y las rocas; tomando bajo su proteccion á un inocente la vasta espuma del abismo, siendo imperturbable la ola como la conciencia, el caos restableciendo el órden, el mundo de las tinieblas conduciendo á la claridad, y empleando todas sus sombras en hacer brillar el astro de la verdad; el proscripto consolado en la tumba, la herencia restituida al heredero, el crímen del rey destruido, la premeditacion divina obedecida, y el pequeño, el débil, el abandonado, teniendo por tutor al infinito; hé aquí lo que pudo ver Barkilphedro en el acontecimiento que creyó realizado por él, y hé aquí lo que no vió, no comprendiendo que se realizaba en favor de Gwynplaine y no en favor suyo.

Por otra parte, extrañar que un frágil objeto pueda nadar durante quince años sin sufrir ninguna avería, es desconocer la profunda suavidad del Océano. El 4 de Octubre de 1867, en Morbilan, entre la isla de Groix y la roca de los Errantes, unos pescadores de Port-Louis encontraron una ánfora romana del cuarto siglo, que cubrian de arabescos las incrustaciones del mar. Dicha ánfora habia flotado quinientos años.

Aunque Barkilphedro quiso conservar su aspecto flemático, su asombro igualaba á su alegría. Todo se le presentaba bien, como si estuviese preparado. Los pedazos de la aventura, que habia de satisfacer su ódio, de antemano estaban esparcidos, pero á su alcance; no necesitaba más que juntarlos y soldarlos.

Sabia quién era Gwynplaine: *Masca ridens*. Como todo el mundo, él habia ido á ver al *Hombre que rie*, y habia leido el cartel fijado en la posada de Tadcaster, como se lee el cartel de un espectáculo que atrae mucho público, y se acordaba perfectamente: este cartel, en la evocacion eléctrica que se operó en él, reapareció ante su mirada profunda, y fué á colocarse al lado del pergamino de los náufragos, como la respuesta al lado de la pregunta, como la palabra al lado del enigma, y estas líneas, "Aquí se verá á Gwynplaine, abandonado á la edad de diez años, la noche del 29 de Enero de 1690, á la orilla del mar, en Portland„, adquirieron de repente ante su vista resplandecimiento apocalíptico, y esta vision tuvo para él el centelleo del *Mane Thecel Phares* sobre un tinglado de féria. El niño perdido se encontró, y era un lord Clancharlie. La pairía, la riqueza, el poder y el rango, todo esto acababa para lord David Dirry-Moir y empezaba para Gwynplaine. Castillos, bosques, sitios de caza, palacios, dominios y hasta Josiana, todo era para Gwynplaine. ¿Qué iba á tener en cámbio la orgullosa duquesa? Ilustre y altiva, poseia un histrion, y hermosa y fascinante, á un mónstruo. Jamás hubiera podido imaginar Barkilphedro tan tremenda solucion; por eso estaba entusiasmado. Puede sobrepujar á las combinaciones más odiosas la munificencia infernal de lo imprevisto. Cuando la realidad quiere produce obras magistrales.

Al cerciorarse de esto, á Barkilphedro le parecieron estúpidos los pensamientos vengativos que le habian ocurrido. Este acontecimiento era superior á ellos. Aunque lo sucedido le perjudicara, hubiera deseado tambien que se realizase; hay una clase de insectos desinteresados que pican sabiendo que morirán al picar, y Barkilphedro era uno de esos gusanos.

En esta ocasion no podia tener el mérito del desinterés. Lord David no le debia nada y lord Clancharlie iba á debérselo todo. De protegido iba Barkilphedro á pasar á protector; ¿y protector de quién? De un par de Inglaterra. ¡Y este lord seria el cuñado morganático de la reina! Por ser tan horrible, complaceria á la reina tanto como disgustaria á la duquesa Josiana. Impulsado por este favor y vistiendo grave y modestamente, Barkilphedro podria llegar á ser un personaje. Tuvo siempre propension á la Iglesia y sentia vagos deseos de ser obispo. Esperando que llegase esa coyuntura se conceptuaba dichoso.

Barkilphedro era hábil en el arte de la sujestion, que consiste en abrir en el espíritu de los demás una pequeña incision, en la que se mete una idea propia: conservándose á cierta distancia y aparentando no inmiscuirse en nada, consiguió que Josiana fuese á la Green-Box y que viera á Gwynplaine. Esto no podia perjudicar. El saltimbanqui, desempeñando su bajo oficio, era un buen ingrediente para la combinacion; más tarde esto la sazonaria.

En silencio lo prevenia todo de antemano, deseando producir algo repentino que cayese como un rayo. Cuando terminaron los preliminares, veló por que se cumpliesen todas las formalidades legalmente, y el secreto no se que-

brantó, porque el silencio formaba parte de la ley.

La confrontacion de Hardquanonne con Gwynplaine se verificó y Barkilphedro la presenció. Ya hemos visto su resultado.

El mismo dia, una carroza de posta de la reina fué bruscamente, de parte de su majestad, á buscar á Josiana á Lóndres para conducirla á Windsor, donde Ana pasaba la estacion. Josiana, por alguna idea que la agitaba, hubiese querido desobedecer, ó por lo menos retardar la partida hasta el dia siguiente, pero en la vida de la córte no caben estas resistencias; tuvo que ponerse en camino inmediatamente y abandonar su residencia de Lóndres, Hunkervillehousse, por su residencia de Windsor, Corleone-lodge.

La duquesa Josiana salió de Lóndres en el mismo momento en que el wapentake se presentaba en la posada de Tadcaster para llevarse á Gwynplaine y conducirle al subterráneo penal de Southwark.

Cuando la duquesa llegó á Windsor, el ujier de la vara negra, que guarda la Cámara de presencia, la enteró de que su majestad se habia encerrado con el lord-canciller y de que no podia recibirla hasta el dia siguiente: supo ya á qué atenerse en Corleone, segun disposicion de su majestad, y que ésta le enviaria sus órdenes cuando se despertase al dia siguiente por la mañana. Josiana entró en su casa despechada, cenó de mal humor, tuvo jaqueca, despidió á todo el mundo, exceptuando á su groom; despues le despidió tambien y se acostó cuando ya era de dia.

Al llegar supo que lord David Dirry-Moir recibió tambien el mandato de venir inmediatamente á tomar las órdenes de la reina, y que al dia siguiente le esperaban en Windsor.

## III.

**Nadie pasaria bruscamente de la Siberia al Senegal sin perder el conocimiento.**—(Humboldt.)

No debe sorprendernos que se desmaye el hombre más fuerte y más enérgico cuando recibe un golpe de maza de la fortuna. Francisco de Albescola, que arrancó á los puertos turcos sus cadenas de hierro, cuando le nombraron Papa permaneció un dia entero sin conocimiento, y de cardenal á Papa el salto es mucho menor que de saltimbanqui á par de Inglaterra. Nada es tan violento como estas rupturas del equilibrio.

Era ya de noche cuando Gwynplaine volvió en sí y abrió los ojos. Estaba sentado en un sillon y en una vasta cámara toda cubierta de terciopelo de color de púrpura, paredes, piso y techo; se andaba en ella sobre terciopelo. Cerca de él estaba, de pié y con la cabeza descubierta, el hombre del vientre grueso y de la capa de viaje que salió por detrás de un pilar del subterráneo de Southwark. Gwynplaine, desde el sillon, extendiendo el brazo, podia tocar dos mesas, que cada una de ellas sostenia un candelabro con seis cirios encendidos. En una de las mesas habia papeles y un cofrecillo, y en la otra, en una fuente de plata sobredorada, volatería fria, y una botella de brandy.

Por los vidrios de una larga ventana, que desde el suelo llegaba hasta el techo, el cielo nocturno y claro del mes de Abril dejaba entrever á la parte exterior un semicírculo de columnas alrededor de un patio cerrado con un portal de tres puertas, una alta y dos bajas; la puerta cochera, muy grande, en el centro; á la derecha, la puerta de las caballerizas, que era menor, y á la izquierda la puerta de los mozos y dependientes de las cuadras, que era más pequeña aun. Las tres puertas estaban cerradas con rejas, cuyos remates brillaban, y un dibujo de escultura elevado coronaba la central. Las columnas eran de mármol, como el pavimento del patio, que parecia nevado, encuadrando en su sábana de láminas lisas un mosáico que no se podia ver claro en la oscuridad, pero que de dia presentaria á la vista todos los esmaltes y todos los colores de un gigantesco blason, segun la moda florentina. Por encima del patio se elevaba inmensa arquitectura brumosa y vaga contemplándola de noche, é intervalos de cielo, llenos de estrellas, recortaban la silueta de un palacio.

En la cámara en que se encontraba Gwynplaine, en el fondo y frente á la ventana, se veia á un lado una chimenea muy alta, y al otro lado, debajo de un dosel, un espacioso lecho feudal, uno de esos lechos á los que se subia con una escala y en los que podian acostarse al través. El escabel del lecho estaba á un lado de él. Una línea de sillones pegados á la pared y otra de sillas completaban el mueblaje: fuego de leña, á la francesa, llameaba en la chimenea: por la riqueza de las llamas y por sus

estrías rosadas y verdes, un inteligente hubiera asegurado que aquella leña era de fresno, lo que indicaba un gran lujo; la cámara era tan grande, que á pesar de las doce luces de los dos candelabros estaba oscura. Aquí y allá, portiers caidos y flotantes indicaban comunicaciones con las otras cámaras. El conjunto de la estancia que describimos ofrecia el aspecto cuadrado y macizo de la época de Jacobo I, moda antigua y soberbia: como las paredes, el techo y el piso, las colgaduras, el dosel, el baldaquí, la cama, el escabel, la chimenea, los tapetes de las mesas, los sillones y las sillas, todo, todo era de terciopelo carmesí. Solo en el techo habia adornos de oro: en él, á igual distancia de los cuatro ángulos y en el centro, campeaba un escudo redondo de metal, en el que chispeaba un deslumbrador relieve de armas; en estas armas, sobre los blasones, próximos uno de otro, se veia un burulete de baron y una corona de marqués: ¿eran de cobre dorado ó de plata sobredorada? No se sabia; parecian de oro. En el centro de ese techo señorial, magnífico cielo oscuro, ese centelleante escudo daba el sombrío resplandor de un sol de noche.

El hombre salvaje ingertado de hombre libre, está tan inquieto en un palacio como en una prision. Esos sitios soberbios le marean y sus magnificencias le asustan. ¿Quién era el habitante de esta morada augusta? ¿A qué coloso pertenecia esta grandeza? ¿De qué leon era antro este palacio?

Gwynplaine, no despertado aun completamente, tenia oprimido el corazon.

—En dónde estoy?... preguntó.

El hombre que permanecia en pié ante él le respondió:

—Estais en vuestra casa, milord.

## IV.

### Fascinacion.

Gwynplaine fué arrojado al fondo del asombro, y necesitó mucho tiempo para llegar á la superficie, porque no se afirma en seguida el pié en lo desconocido. Las ideas sufren derrotas como los ejércitos, y no se consigue rehacerlas inmediatamente. Nos creemos como diseminados al asistir á una disipacion de nosotros mismos. Dios es el brazo, el acaso la honda y el hombre la piedra; no es posible resistir una vez lanzada.

Gwynplaine saltaba de un asombro á otro: de la carta amorosa de la duquesa á la revelacion del subterráneo de Southwark.

Cuando lo inesperado comienza en una vida, hay que prepararse para recibir una emocion tras otra; cuando su puerta feroz se abre, las sorpresas se precipitan por ella. Una vez abierta la brecha, pasan por ella confundidos los acontecimientos, y lo extraordinario no llega una sola vez.

Lo extraordinario es una oscuridad, y esta oscuridad envolvia á Gwynplaine. Lo que le acontecia era incomprensible: lo entreveia al través de la niebla que la conmocion profunda deja en la inteligencia, como polvo que salta de un derribo. Su sacudida fué de abajo arriba, y nada veia claro, pero poco á poco iba restableciéndose la transparencia: el polvo iba cayendo; de momento en momento la densidad del hundimiento decrecia. Gwynplaine tenia la mirada fija en un sueño, y trataba de ver lo que habia dentro. Descomponia y recomponia la nube. Tenia intervalos de alucinacion. Sufria la oscilacion que experimenta el espíritu en lo imprevisto: la que unas veces nos inclina á la parte que se comprende y otras á la parte que no se comprende. ¿Quién no ha tenido esta balanza en el cerebro?

Por grados se dilataba su pensamiento en la oscuridad del incidente, como se dilataron sus pupilas en las tinieblas del subterráneo de Southwark. Lo difícil para él era poder conseguir poner cierto espacio entre tantas tentaciones acumuladas. Para que la combustion de ideas confusas llamada comprension pueda verificarse, es preciso que tengan aire las emociones, y aquí no lo tenian. El acontecimiento, por decirlo así, no era respirable. Al entrar Gwynplaine en el terrorífico subterráneo de Southwark, esperaba que le iban á amarrar con la cadena del forzado, y le ciñeron á la cabeza la corona de par. Cómo fué eso posible? No mediaba ningun tiempo entre lo que Gwynplaine tenia y lo que le aconteció: las dos cosas se sucedieron demasiado de prisa; su sobresalto se cambió en asombro demasiado bruscamente para poderse dar razon de ello. Los contrastes estaban demasiado juntos.

Gwynplaine callaba, porque este es el instinto de los grandes estupores, que están á la defensiva más de lo que se cree. El que calla hace frente á todo. Una palabra escapada y cogida entre el engranaje desconocido puede arrojarnos debajo de no sé qué ruedas, y ser estre-

llados es el miedo de los pequeños. La multitud teme siempre que le pongan el pié encima, y Gwynplaine hace muchos años que pertenecia á esa multitud.

El estado singular de la inquietud humana se traduce con estas palabras: ver venir; Gynplaine se hallaba en este estado. No se encontraba aun en equilibrio con su nueva situacion.

El hombre que estaba en pié le repitió:

—Estais en vuestra casa, milord.

Gwynplaine se tentaba á sí mismo. Cuando nos dan alguna sorpresa miramos para asegurarnos de que los objetos existen, y despues nos palpamos, para ver si existimos nosotros mismos. A él le hablaba Barkilphedro, pero él realmente era otro; no llevaba ya la capa ni la esclavina de cuero; llevaba un chaleco de tela de plata y un traje de satin bordado, y tenia una bolsa llena en el bolsillo del chaleco. Le transportaron á un palacio y le cambiaron de ropa.

El hombre que estaba de pié continuó hablándole:

—Dígnese vuestra señoría acordarse de lo que voy á decirle. Me llamo Barkilphedro. Soy oficial del Almirantazgo. Yo abrí la calabaza de Hardquanonne é hice salir de ella vuestro destino, así como en los cuentos árabes un pescador hace salir un gigante de una botella.

Gwynplaine se fijó entonces en la fisonomía risueña del hombre que le hablaba, y éste continuó:

—Además de este palacio, milord, poseeis á Hunkerville-housse, que es mayor. Es vuestro Clancharlie-castle, que es donde radica vuestra pairía, y que es una fortaleza de la época de Eduardo el Viejo. Poseeis diez y nueve bailías con sus aldeas y aldeanos, que alistan bajo vuestra bandera de lord cerca de ochenta mil vasallos. En Clancharlie sois juez, juez de todo, de bienes y de personas, y disponeis de córte de baron. El rey tiene como vos el derecho de acuñar moneda. El rey, que la ley normanda llama chief-signor, tiene su justicia, su córte y su *coin*. *Coin* es la moneda; de modo que sois rey en vuestra señoría como él lo es en el reino. Teneis derecho, como baron, á una horca de cuatro pilares en Inglaterra, y como marqués, á un patíbulo de siete pilares en Sicilia; os llaman príncipe las antiguas cartas de Northumbre. Estais aliado á los vizcondes Valentia, en Irlanda, que son Power, y á los condes de Umfraville, en Escocia, que son Angus. Sois jefe de clan como Camphell, Ardmannach y Mac-Callummore. Poseeis ocho castellanías. Cobrais derechos de las turbas (carbones) de Pillimore y de las canteras de alabastro de Trent; poseeis todo el territorio de Pennethchase y una montaña que tiene encima un antiguo pueblo; éste se llama Vinecannton y la montaña Moil-eulli. Todo esto os produce una renta de cuarenta mil libras esterlinas.

Mientras Barkilphedro decia esto, Gwynplaine, con un crescendo de asombro, recordaba á Ursus, porque todos los nombres que aquel pronunciaba le eran conocidos; estaban escritos en las últimas líneas de las planchas de la antigua choza ambulante en la que transcurrió su infancia, y por haberlos leido muchas veces los sabia de memoria. Cuando Gwynplaine, huérfano y abandonado, llegó á la choza en Weymouth, encontró en ella la herencia que le esperaba inventariada; y cuando el pobre niño se despertaba por la mañana, lo primero que deletreaba, descuidado y distraido, era su señoría y su pairía. Detalle extraño añadido á sus sorpresas!

Barkilphedro tocó con el índice el cofrecillo que estaba sobre la mesa, y dijo:

—Milord, ese cofrecillo encierra dos mil guineas que su graciosa majestad la reina os envia para subvenir á vuestras primeras necesidades.

Gwynplaine hizo un movimiento de sorpresa.

—Pues serán para mi padre Ursus, dijo.

—Como querais, milord. Ursus, que está en la posada Tadcaster. El doctor en derecho que nos acompañó hasta aquí vá á partir en seguida y se las llevará. Quizás yo tambien vaya á Lóndres, y en ese caso yo me encargaré de entregárselas.

—Yo se las llevaré, replicó Gwynplaine.

Barkilphedro cesó de sonreir y dijo:

—Imposible.

Existe una inflexion de voz que subraya lo que dice, y Barkilphedro habló con ese acento, parándose como para poner un punto á la palabra que acababa de pronunciar. Despues continuó, con la entonacion respetuosa y particular del criado que se reconoce amo:

—Milord, estais á veintitres millas de Lóndres, estais en Corleone-lodge, en vuestra residencia de córte, contigua al palacio real de Windsor. Estais aquí sin que nadie lo sepa. Os transportaron aquí

en una carroza cerrada, que os esperaba á la puerta principal de la cárcel de Southwart. Los que os introdujeron en este palacio ignoran quién sois, pero os conocen y esto es bastante. Pudísteis llegar hasta esta cámara por medio de una llave que está en mi poder. Duermen en el palacio muchas gentes en estos momentos y no es hora de despertarlas. Por eso tenemos tiempo para una explicacion, que será corta, y voy á dárosla, que para eso me comisionó su majestad.

Barkilphedro se puso á hojear el lío de cuadernos que habia sobre la mesa, al lado del cofrecillo.

—Milord, aquí teneis vuestra patente de par. Hé aquí el título del marquesado de Sicilia. Aquí están los pergaminos y los diplomas de vuestras ocho baronías, con los sellos de once reyes, desde Baldret, rey de Kent, hasta Jacobo VI y I de Inglaterra y de Escocia. Aquí teneis todos vuestros títulos. Las coronas que veis en el blason del techo son las vuestras; el burulete de perlas de baron y el círculo de florones de marqués. A vuestro lado, en vuestro vestuario, teneis el traje de par de terciopelo rojo con bandas de armiño. Hoy mismo, hace algunas horas, el lord-canciller y el diputado-conde-mariscal de Inglaterra, enterados del resultado de vuestra confrontacion con el comprachicos Hardquanonne, han recibido órdenes de su majestad. Todas las formalidades están ya cumplidas, y mañana sereis admitido en la Cámara de los Lores, en la que se delibera hace ya algunos dias sobre un bill presentado por la Corona y que tiene por objeto aumentar cien mil libras esterlinas á la dotacion anual del duque de Cumberland, marido de la reina, y ya podreis intervenir en esa discusion.

Barkilphedro se interrumpió, respiró con lentitud y continuó hablando:

—Lo que os digo no se ha realizado aun y nadie es par de Inglaterra contra su voluntad. Todo puede anularse y desaparecer si así lo quereis. Acontecimientos que se disipan antes de realizarse se ven con frecuencia en la política. Hasta ahora nadie sabe nada; la Cámara de los Lores no se enterará hasta mañana. El secreto de este asunto se guardó por razon de Estado, que es de tan graves consecuencias para las personas graves (únicas que conocen este momento de vuestra existencia y de vuestros derechos), que los olvidarian inmediatamente si la razon de Estado les mandase que los olvidasen. Lo que está en la oscuridad puede permanecer en la oscuridad. Esto seria fácil de conseguir, y tanto más, cuanto que teneis un hermano, hijo natural de vuestro padre y de una mujer que, despues, durante el destierro de vuestro padre, fué querida del rey Jacobo II, por lo que vuestro hermano está bien quisto en la córte, y á éste, aunque es bastardo, iria á parar vuestra pairía. Deseais esto? No lo creo, pero todo depende de vos. Es preciso obedecer á la reina, y no podeis salir de esta residencia hasta mañana, para ir á la Cámara de los Lores. Milord, ¿quereis ser par de Inglaterra, sí ó no? La reina tiene sus miras respecto á vos; os destina á una alianza casi real. Lord Fernando Clancharlie, este es el instante decisivo. El destino no abre nunca una puerta sin cerrar otra. Despues de avanzar mucho, ya no será posible retroceder, porque el que entra en la transfiguracion queda desvanecido. Milord, Gwynplaine ha muerto. Me comprendeis?

Gwynplaine tembló de piés á cabeza; despues se rehizo y contestó:

—Sí, os comprendo.

Barkilphedro sonrió, saludó, tomó el cofrecillo, y ocultándole debajo de la capa, salió de la cámara.

## V.

### Estado de Gwynplaine.

Extraños son los cambios visibles que se verifican en el alma humana. Gwynplaine se vió al mismo tiempo elevado á la cumbre y precipitado en el abismo; sentia el vértigo, pero vértigo doble, el vértigo de la ascension y el de la caida.

Ver un nuevo horizonte es temible. Una perspectiva dá consejos, no siempre buenos. Gwynplaine veia ante él el agujero mágico que forma una nube, que se desgarra y deja ver el azul profundo, tan profundo que es oscuro. Estaba en lo alto de la montaña desde la que se divisan los reinos de la tierra, montaña más terrible porque no existe; los que escalan su cumbre están soñando; la tentacion de ella es el abismo, y es tan poderosa, que el infierno espera en su cima corromper al paraiso y el diablo lleva allí á Dios, abrigando la extraña esperanza de fascinar á la eternidad: ¿cómo ha de luchar el hombre donde Satán tienta á Jesús?

Desde esta montaña se ven palacios, castillos, el poder, la opulencia, todas las felicidades humanas alrededor, un mapamundi de goces expuestos en el horizonte, una especie de geografía radiante, en la que es el centro el que contempla ese espejismo peligroso.

Figuraos qué turbacion debe causar semejante vision aparecida de súbito, sin precauciones anteriores, sin transicion visible.

Gwynplaine era un hombre que se quedó dormido en el agujero de un topo y se despertó en lo más alto del campanario de Strasburgo.

Cuando Gwynplaine se quedó solo, se puso á andar á grandes pasos por la cámara.

Dominado por extraña agitacion, y en la imposibilidad de estar quieto, meditaba, ensimismándose en sus recuerdos. ¡Es sorprendente fenómeno estar siempre oyendo lo que apenas creimos haber comprendido!

La declaracion de los náufragos que le leyó el sheriff en el subterráneo de Southwark le acudia á la memoria clara é inteligible, se acordaba de cada palabra de ella y le refrescaba las reminiscencias de su niñez.

De repente se paró, con las manos á la espalda, mirando al techo, queriendo sin duda mirar al cielo, y exclamó:

—Esto es la revancha!

Le pareció que lo veia todo: su pasado, su presente, su porvenir, á la luz de una claridad súbita.

—Ah! gritó, porque el pensamiento, como el corazon, tiene sus gritos.—Ah! yo era un lord! Todo se ha descubierto! ¡Me robaron, me vendieron, me desheredaron y me abandonaron para que pereciese en el abandono! ¡El cadáver de mi destino ha flotado quince años en el mar, y de repente ha tocado tierra y se levanta derecho y vivo! Renazco. Por eso sentia yo palpitar bajo mis harapos algo que no era de miserable, y al volverme á mirar á los hombres conocia que solo eran un rebaño, pero que yo no era su perro, sino su pastor. Pastores de pueblos, conductores de hombres, guías y señores eran mis padres, y lo que ellos eran yo soy. Soy gentil-hombre, y poseo espada; soy baron, y ciño un casco; soy marqués, y uso penacho; soy par, y llevo una corona. Todo eso me habian robado! Siendo un habitante de la luz, me condenaron á morir en las tinieblas. Los que proscribieron al padre vendieron al hijo. Cuando murió mi padre le quitaron de bajo de la cabeza la piedra del destierro, que le servia de almohada, y me la ataron al cuello, arrojándome con ella á un albañal. Los bandidos que torturaron mi infancia se remueven y se levantan ahora en lo más profundo de mi memoria: sí, los vuelvo á ver!... He sido el pedazo de carne picoteado sobre una tumba por una bandada de cuervos. Me precipitaron, para que me estrellasen los que van y vienen, para que me pateasen todos, á la profundidad más honda del género humano; más hondo que el criado, que el siervo, que el pária, arrojándome al sitio en que el caos se convierte en cloaca. De ésta es de donde salgo; desde ella me remonto, desde ella resucito, y soy lord! Esta es mi revancha!

Se sentó, se volvió á levantar, se apretó la cabeza con las manos y continuó su monólogo tempestuoso:

—En dónde estoy? En la cumbre. ¿A dónde he llegado? Á la cima. Es un hecho que soy todopoderoso. De este templo aéreo yo soy uno de los dioses: vivo en lo inaccesible. Esta altura, que con asombro contemplaba desde bajo, y desde la que caian tantos rayos, que me obligaban á cerrar los ojos; la fortaleza inexpugnable de la señoría, donde viven los dichosos, me abre sus puertas y entro en ella. He entrado ya. La rueda de la fortuna ha dado una vuelta por completo: ayer estaba bajo y hoy estoy arriba! Arriba para siempre! Soy un lord, llevaré manto de escarlata, tendré florones en el escudo, asistiré al coronamiento de los reyes, á los que tomaré el juramento; juzgaré á los ministros y á los príncipes; en una palabra: viviré! Desde las profundidades á donde me lanzaron me remonto hasta el zenit. Poseo palacios en la ciudad y en el campo; hoteles, jardines, bosques, carrozas, millones; daré fiestas, formularé leyes, podré escoger mis alegrías y mis felicidades, y el vagabundo Gwynplaine, que no tenia derecho ni á coger una flor entre la yerba, podrá coger astros en el cielo.

Fúnebre retorno de la sombra en el alma: así se operaba en Gwynplaine, que fué un héroe, y que no habia dejado de serlo, el reemplazo de la grandeza moral por la grandeza material. Transicion lúgubre, quebrantamiento de una virtud por una horda de demonios que pasa. Sorpresa causada al lado débil del hombre. Todas las inferioridades que se tienen por superioridades, las ambiciones, las voluntades, las pasiones, las concupiscencias, arrojadas lejos de Gwyn-

plaine por la muerte de su desgracia, se volvian á apoderar tumultuosamente de su corazon generoso. ¿A qué se debia todo esto? Al encuentro de un pergamino, que encerraba una calabaza que escupió el mar.

Gwynplaine bebia el orgullo á grandes sorbos, y esto le oscurecia el alma, porque ese es el producto de ese vino trágico. Le invadia el aturdimiento, y no solo él lo consentia, sino que lo saboreaba, por efecto de haber sufrido larga sed. ¿Somos cómplices de la copa que nos hace perder la razon? Gwynplaine siempre habia vagamente deseado la grandeza, y miraba siempre hácia la parte de los grandes, y mirar es desear. El aguilucho no nace impunemente en el aire.

Habia ya ciertos momentos en que ser lord lo encontraba muy natural, á pesar del poco tiempo que lo era: el pasado de ayer estaba ya muy lejos de él.

Se resiste mejor á la adversidad que á la prosperidad. Salimos más enteros de la mala suerte que de la buena. Caribdis es la miseria, pero Scila es la riqueza. A los que desafian al rayo les aterra el deslumbramiento. Gwynplaine, que no se asombraba del precipicio, debia temer que le remontasen las legiones de alas de la nube y del sueño. La ascension le elevaria, empequeñeciéndole. La apoteósis encierra el siniestro poder de abatir.

Conocerse á sí mismos en medio de la felicidad no es fácil. El acaso no es más que un antifaz, cuya fisonomía engaña. Es la de la Providencia? ¿Es la de la fatalidad? Existen falsas claridades: la luz es la verdad, pero un resplandor puede ser una perfidia, y parece que alumbra, pero incendia. Es de noche: una mano enciende una vela; el vil sebo se convierte en estrella, y colocada en la oscuridad, á la orilla de una abertura, la mariposa nocturna se lanza á ella. ¿Hasta qué punto es responsable? La mirada de fuego fascina á la mariposa nocturna, como la mirada de la serpiente fascina al pájaro. ¿Es posible que la mariposa y el pájaro se resistan? ¿Es posible que la hoja se niegue á obedecer al viento? ¿Es posible que la piedra rehuse cumplir la ley de la gravitacion? Estas cuestiones materiales son tambien cuestiones morales.

Despues de la lectura de la carta de la duquesa, Gwynplaine se habia redimido, resistiendo á impotentes ataques; pero las borrascas, cuando agotan el viento por una parte del horizonte, empiezan por la otra, y el destino, como la naturaleza, tiene sus encarnizamientos. El primer golpe conmueve, el segundo arranca las raices; así caen las encinas: así Gwynplaine, que habia vencido el furioso viento del abismo en su doble forma de tempestad y de miseria, vacilaba ante el débil soplo de una vanidad.

Cuando la fatalidad ha agotado las agonías, las tempestades, los rugidos y las catástrofes contra el hombre que lucha con ella y permanece en pié, aquella se sonrie, y el hombre, embriagado, bruscamente pierde el equilibrio. ¿Hay algo más terrible que la sonrisa de la fatalidad? Es el último recurso del que se propone implacablemente experimentar el alma de los hombres.

Gwynplaine sentia en el cerebro el torbellino vertiginoso de una multitud de novedades y el claro-oscuro de la metamórfosis de no sé qué extrañas confrontaciones, el choque del pasado contra el porvenir; veia en él dos Gwynplaines: mirando hácia atrás veia un niño, cubierto de harapos, hijo de la noche, corriendo por las soledades, tiritando de frio, hambriento y haciendo reir; y mirando hácia adelante, veia un señor brillante, fastuoso, soberbio, deslumbrando á Lóndres; se quitaba el primer traje y se vestia el otro, y pasaba de saltimbanqui á lord. Cámbios de piel, que producen muchas veces cámbios de alma. Habia instantes en que todo esto le parecia un sueño complexo, malo y bueno. Pensaba en su padre y le afligia el dolor de que su padre le fuese desconocido, y queria imaginarse cómo era. Pensaba tambien en su hermano, de quien le habia hablado Barkilphedro. Gwynplaine tenia familia y se perdia haciendo castillos en el aire.

—Además, seré elocuente, se decia á sí mismo.

Imaginábase su expléndida entrada en la Cámara de los Lores. Llegaria allí lleno de novedades, porque guardaba de ellas gran provision, y consideraba que era ventajoso para él encontrarse entre ellos, habiendo sufrido y padecido mucho, y pudiéndoles decir: ¡Ví de cerca lo que vosotros solo veis de lejos! A los patricios que rechazan las ilusiones les hará ver la realidad y temblarán, y le aplaudirán y será poderoso entre los poderosos, apareciendo como el porta-estandarte de la verdad y como el porta-espada de la justicia.

Y trazándose estos planes en su espíritu, lúcido y turbado á la par, le asaltaban movimientos de delirio é instantes de amodorramiento y de sobresalto. Iba, venia, se sentaba, volvia á levantarse, miraba al techo, examinaba las coronas, contemplaba vagamente los geroglíficos del blason; palpaba el terciopelo de las paredes, movia las sillas, hojeaba los pergaminos, leia los nombres de sus posesiones, comparaba la cera de los sellos, se acercaba á la ventana, oia el murmullo de la fuente, examinaba las estátuas, contaba las columnas de mármol y decia:—Eso es.

Se tocaba su traje de satin y se preguntaba:

—Soy yo mismo? Sí; yo soy, se contestaba.

Le agitaba interna tempestad; ¿sentia en medio de ella desfallecimiento y fatiga? Bebia, comia, dormia? Si hizo algo de eso fué inconscientemente.

En las situaciones violentas los instintos se satisfacen como ellos quieren, sin intervencion ninguna del pensamiento. Por otra parte, su pensamiento solo era una humareda. En el momento en que el llamear negro de la erupcion sale del pozo lleno de torbellinos, ¿tiene conciencia el cráter de los ganados que pacen la yerba al pié de su montaña?

Las horas transcurrian y empezó á apuntar el alba y luego amaneció.

Un rayo de luz blanca penetró en la cámara y al mismo tiempo en el espíritu de Gwynplaine.

—Y Dea? le preguntó esa claridad.

# LIBRO SEXTO

## Aspectos variados de Ursus.

### I.

#### Lo que dice el misántropo.

Despues que Ursus vió desaparecer á Gwynplaine por la puerta de la cárcel de Southwark, permaneció contrariado en el recodo donde estaba en observacion, conservando mucho tiempo en el oido el chirrido de las cerraduras y de los cerrojos, que parecen ser los gritos de alegría de la prision al recibir á un desgraciado. Esperaba... qué esperaba? Espió... qué espiaba? Esas puertas inexorables, cuando se cierran, tardan en volverse á abrir, quedan como paralizadas y son difíciles sus movimientos, sobre todo para libertar á álguien, y Ursus lo sabia. Cesar de esperar no depende de nuestra voluntad; esperamos muchas veces sin querer; nuestras acciones conservan una fuerza adquirida, que persiste hasta cuando ya no tiene objeto, y que nos obliga durante algun tiempo á continuar en el acecho inútil, en la postura inepta que adoptamos segun la ocasion, en la pérdida del tiempo que hace maquinalmente el hombre que está aun á la espera de una cosa desaparecida. No se sabe por qué quedamos fijos en aquel sitio, pero permanecemos en él; lo que empezamos con actividad, lo continuamos pasivamente. Ursus, que era tan diferente de los demás hombres, en esto fué como todos los demás. Contemplaba por turno las dos murallas negras, ya la baja, ya la alta, ya la puerta que tenia encima la escala de horca, ya la puerta que ostentaba la cabeza de muerto, vagando su vista desde la prision al cementerio y vice-versa. La calle era tan escusada y tan impopular, que nadie transitaba por ella, y por lo tanto nadie veia á Ursus.

Al fin salió de su observatorio y se fué á pasos lentos, cuando la tarde ya moria; tanto tiempo estuvo en acecho! De vez en cuando volvia la cabeza para volver á mirar el postigo por el que habia pasado Gwynplaine; sus ojos estaban vidriosos y estúpidos. Llegó al fin de la callejuela, tomó otra calle y despues otra, recordando vagamente el itinerario que pasó algunas horas antes, y poco á poco se acercaba al Tarrinzean-field. El camino inmediato al campo de la féria consistia en senderos desiertos entre las clausuras de los jardines. De pronto se paró, exclamando:

—Tanto mejor!

Al mismo tiempo se dió dos puñetazos en la cabeza y otros dos en las piernas, lo que indicaba al hombre que juzga los hechos como deben juzgarse. Despues se engolfó en el siguiente monólogo:

—Bien hecho está! El bribon! ¡el ganapan! el bandido!... el sedicioso!... ¡Le encierran sus epígramas contra el gobierno!... Es un rebelde! Por fortuna me libro de él, que nos comprometia. ¡Si vá á presidio tanto mejor! Esa es la excelencia de las leyes. Ha sido ingrato conmigo, que le eduqué... ¿Qué necesidad tenia de ser maldiciente, ni de inmiscuirse en cuestiones de Estado? ¡Porque manejaba la moneda más ínfima, se des-

barataba contra el impuesto, contra los pobres y contra el pueblo, contra lo que no le importaba, comentando malignamente el cobre de la moneda del reino! Insultó los liards de su majestad, y un farthing es lo mismo que la reina, es su efigie sagrada, vive Dios! ¿Tenemos reina ó no? Pues hay que respetarla y hay que sufrir su gobierno. Yo, que soy viejo, conozco que debe hacerse así. Me preguntarán si he renunciado á tener ideas políticas, pero yo contestaré que de eso no debo ocuparme. Un dia me pegó un bastonazo un baronnet y dije para mi capote: Con esto me basta, ya comprendo la política. El pueblo tiene un solo liard, lo dá; la reina lo toma y el pueblo debe agradecerlo. Nada es más sencillo; lo demás queda para los lores, los lores espirituales y temporales. Si Gwynplaine está encerrado, si le condenan á presidio, será muy justo, porque es por culpa suya. Las bachillerías están prohibidas. ¿Acaso eres lord, imbécil? El wapentake le señaló, el justicier-quorum se le llevó y el sheriff se ha apoderado de él: peor para él y mejor para mí; yo estoy contento. Confieso ingénuamente que tengo suerte. Fué una estravagancia mia el recoger aquel niño y aquella niña. ¡Estábamos antes tan tranquilos Homo y yo!... ¿Esos pilletes qué iban á buscar en mi choza? Les cobijé cuando eran polluelos, les arrastré en mi choza ambulante siendo él siniestramente feo y ella ciega, por ellos me privé de todo, los admití en el seno de mi intimidad, y ésta la termina la justicia. Ya estoy libre de él. Cuando ví entrar en la Green-Box al wapentake me quedé como un bestia, creyendo que no veia lo que veia, que aquello era imposible, que era la pesadilla de un sueño, pero era la realidad plástica. Gwynplaine está en la cárcel y esto es un castigo de la Providencia. Gracias, señora. Ese mónstruo, con el ruido que movia, llamó la atencion hácia mi establecimiento y denunció al pobre lobo. Libre de Gwynplaine, me desembarazo de los dos, porque Dea se morirá. Cuando ella no vea ya á Gwynplaine—porque esa idiota ciega lo vé—no tendrá ya razon de ser y se preguntará:—¿Qué es lo que hago ya en el mundo? y se irá tambien. Buen viaje! Que se vayan los dos al infierno! Siempre los detesté. Dea, revienta! ¡Ah, qué contento estoy!...

## II.

### Lo que hace Ursus.

Llegó á la posada Tadcaster á las seis y media, cuando estaba ya muy avanzado el crepúsculo. Maese Nicless le esperaba en el umbral de la puerta con la faz descompuesta y asustada desde la escena de la madrugada; desde que vió llegar á Ursus le preguntó:

—Qué hay?

—De qué?

—Vá á volver Gwynplaine? Ya es hora, en la que el público no tardará en venir. ¿Saldrá á la escena esta noche el *Hombre que rie*?

—El hombre que rie soy yo, contestó Ursus, y miró al tabernero riéndose.

Despues subió al primer piso, abrió la ventana inmediata á donde estaba colocada la muestra, se inclinó, alargó la mano al cartel en que se anunciaba el *Hombre que rie* y *El caos vencido*; descolgó el uno y arrancó el otro, y descendió con las dos tablillas bajo el brazo.

Nicless observó esta operacion y le preguntó:

—Por qué lo descolgais?

—Porque me retiro á la vida privada, contestó Ursus lanzando una carcajada.

Maese Nicless, al oir esto, mandó al muchacho Govicum que participase á los que acudiesen que aquella noche no habia representacion; quitó el puesto de la recaudacion y lo retiró á un rincon de la sala baja.

Un momento despues Ursus subió á la Green-Box y entró en lo que él llamaba "el pabellon de las mujeres„.

Dea dormia vestida, pero con el traje flojo, como cuando se duerme la siesta. Cerca de ella Vinos y Fibi estaban sentadas, una en un escabel y otra en el suelo, ambas pensativas.

A pesar de lo avanzado de la hora no estaban vestidas de diosas, lo que era signo de profundo desaliento.

Ursus contempló á Dea, murmurando entre dientes:

—Se prepara para un sueño más largo: luego apostrofó á Fibi y á Vinos de este modo:

—Es menester que sepais vosotras que la música ha concluido, y que podeis alzar las trompetas en los cajones. Habeis hecho bien de no disfrazaros de diosas; aunque así estais muy feas, habeis hecho bien. No hay representacion esta noche, ni mañana, ni pasado mañana, ni el

otro, porque nos hemos quedado sin Gwynplaine.

Volviéndose á mirar á Dea, exclamó:

—Qué golpe vá á recibir!... Como una vela cuando se la sopla, hará: Fun!... y despues se apagará. Encontrarse sin Gwynplaine será para ella muy doloroso, como para mí el perder á Homo; no, esto será peor, porque esto los ciegos deben sentirlo más.

Despues se asomó á la ventana.

—Ya alargan los dias; aun hay luz á las siete de la tarde; sin embargo, encendamos. Picó con el eslabon la piedra, hizo fuego y encendió la linterna que colgaba del techo de la Green-Box; despues se apeó del coche-teatro, gesticulando y entregándose de lleno á sus eternos monólogos:

—Ya estoy en plena posesion de mis facultades; estoy lúcido, archilúcido; encuentro correcto este acontecimiento y apruebo lo sucedido. Cuando Dea despierte, la referiré con claridad este incidente y la catástrofe no tardará en llegar. No volviendo á ver á Gwynplaine, buenas noches, Dea. Esto se arregla muy bien: Gwynplaine en la cárcel y Dea en el cementerio: van á estar uno frente del otro y pueden bailar la danza Macabra. Dos destinos que entran entre bastidores. Guardemos los trajes, cerremos la maleta, esto es, el ataud. Eran imperfectas esas dos criaturas: Dea sin vista y Gwynplaine sin semblante humano. Allá arriba Dios dará claridad á los ojos de la ciega y belleza á la fealdad del mónstruo. La muerte restablece el órden.—Fibi y Vinos, colgad en clavos vuestros tamboriles; vá á enmohecerse vuestra habilidad para atraer al público y no tocareis las trompetas, ni representaremos ya *El caos vencido*; está vencido de veras; la farsa se ha convertido en realidad. *El hombre que rie* ha desaparecido y Dea duerme eternamente. Hace bien. En su lugar yo no despertaria nunca. ¡Hé aquí á dónde conduce el ocuparse de política!... Los gobiernos tienen razon, y entregan á Gwynplaine al sheriff y á Dea al enterrador. Este es el paralelo de simetría instructiva. Creo que el tabernero habrá atrancado bien la puerta para que esta noche muramos solos, en familia; Homo y yo no, pero Dea, sí. Yo pienso continuar haciendo rodar por donde me parezca mi coche-teatro, porque pertenezco á los Meandros de la vida vagabunda. Despediré á las dos mujeres; no conservaré á ninguna de las dos. Tengo tendencias á ser un viejo disoluto, y una criada no está bien en casa de un libertino; no quiero que me asalte ninguna tentacion. Esto no es propio de mi edad. *Turpe senilis amor*. Continuaré mi camino con Homo, nada más: éste vá á asombrarse cuando se encuentre sin Gwynplaine y sin Dea. Dirá: El pícaro Gwynplaine nos ha abandonado y despues nos abandona tambien Dea, porque eso es lo que sucederá, que yo no daré ni un papirotazo en la nariz del diablo para impedir que reviente... ¡Ah, se despierta!...

Dea abrió los párpados, pues muchos ciegos cierran los ojos para dormir; su tierno rostro sonreia.

—¡Ella sonrie, murmuró para sí Ursus, y yo rio! Esto vá bien!

Dea llamó:

—Fibi! Vinos!... Debe ser la hora de la representacion; creo haber dormido mucho tiempo. Venid á vestirme.

Ni Fibi ni Vinos se movieron. La inefable mirada de la ciega acababa de encontrarse con las pupilas de Ursus, y éste se extremeció.

—¿Qué haceis ahí, sin acudir al llamamiento de vuestra señora? Estais sordas. Vamos! ¡Que vá á empezar la representacion!

Las dos mujeres miraron á Ursus asombradas.

—No veis que entra ya el público? Fibi, viste á Dea. Vinos, toca el tambor, continuó vociferando Ursus.

Fibi era la personificacion de la obediencia y Vinos la de la pasividad; entre las dos completaban la sumision. Su señor Ursus fué siempre para ellas un enigma: no comprenderle jamás era motivo para obedecerle siempre; creyeron simplemente que se habia vuelto loco y ejecutaron sus órdenes. Fibi descolgó el traje de Dea y Vinos el tambor.

Fibi empezó á vestir á Dea. Ursus hizo bajar el portier del gyneceo, y detrás de la cortina continuó hablando:

—Mira, Gwynplaine, ya llena el público más de la mitad del patio... tendremos tambien un lleno. ¿Dices que no lo creen Fibi ni Vinos? Esas mujeres son estúpidas. No levantes el portier, sé púdico, que Dea está vistiéndose.

Hizo una pausa, y de repente prorumpió en esta exclamacion:

—Qué hermosa es Dea!

Así exclamó Gwynplaine. Fibi y Vinos sintiéronse como sacudidas, y volvieron la cabeza, oyendo la voz de Gwynplaine, pero que salia de la boca

de Ursus: éste les hizo una seña por el entreabierto portier, prohibiéndolas que se asombrasen, y dijo con la voz del saltimbanqui:

—Angel mio!

Despues replicó con su propia voz:

—Dea un ángel! Eres un loco, Gwynplaine; no hay más mamífero que vuele que el murciélago. Anda, Gwynplaine, y desata á Homo; esto será lo más razonable.

Bajó por la estribera de la Green-Box con la misma ligereza que lo hacia el saltimbanqui, de modo que lo oyese Dea.

Enteró al muchacho que estaba en el patio atento y curioso, diciéndole:

—Trae las dos manos, y puso en ellas un puñado de liards. Govicum quedó maravillado de esta munificencia. Ursus le dijo en voz baja y al oido:

—Muchacho, instálate en el corral; baila, salta, grita, ríete á carcajadas, haz mucho ruido, rompe lo que te parezca; en fin, mueve mucha algazara.

Maese Nicless, contrariado y despechado de ver que el público que acudia á presenciar las representaciones de *El caos vencido* deshacia el camino andado y se marchaba á los otros barracones del campo de la féria, habia cerrado la puerta de la posada; hasta habia renunciado á que entrase en la taberna á beber esa noche, con la idea de evitar enojosas preguntas, y con el disgusto de faltar la representacion, miraba al patio, desde lo alto del balcon, con la vela en la mano. Ursus, con la precaucion de que no saliese su voz entre paréntesis de las dos palmas de sus manos, puestas á un lado y al otro de la boca, le dijo:

—Gentleman, haced como vuestro criado; alborotad, reid, gritad y romped.

Despues que así habló Ursus, volvió á subir á la Green-Box y le dijo al lobo:

—Habla todo lo que puedas. Luego, en voz alta, gritó:

—Hay muchísima gente. Vamos á tener esta noche una de las mejores representaciones.

Vinos continuaba golpeando al tambor.

Ursus prosiguió en voz alta:

—Dea está vestida y ya podemos empezar. Siento que hayan dejado entrar tanto público; ¡la gente está amontonada!... Gwynplaine, me parece que vamos á recaudar mucho dinero. Vamos, perezosas, venga la música. Fibi, toca la trompeta, y tú, Vinos, el tambor. No estais bastante desnudas; quitaos esas chaquetillas y poneos gasas. Al público le gusta ver las formas de la mujer: no os importe que truenen contra esto los moralistas. Sed voluptuosas. ¡Gwynplaine, mira qué lleno está el patio!... Ayúdame! Bajemos el pannean.

Diciendo esto lo bajó.

—Es inútil separar el telon hasta que empiece la representacion, porque ya no estaríamos en nuestra casa. Venid las dos al proscenio.

Las dos gitanas obedecieron y se instalaron con los instrumentos en los sitios de costumbre.

Entonces Ursus fué verdaderamente extraordinario; ya no era un hombre, era una multitud. Queriendo con el vacío imitar el lleno, llamó en su auxilio á la ventriloquia prodigiosa. La orquesta de voces humanas y bestiales que sabia imitar se agitó en él á la vez, formando una legion. El que lo oyese cerrando los ojos, se hubiese creido que estaba en una plaza pública en un dia de fiesta ó en un dia de revolucion. En el patio, enteramente vacío, se oian voces de hombres, de mujeres y de niños, y la confusion de la gritería; al través de ese murmullo serpenteaban cacofonías extrañas, como gritos de aves, maullidos de gatos y vajidos de niños de teta; oíanse las voces roncas de los embriagados y los gruñidos de perros que la multitud pisa. Las voces salian de lejos y de cerca, de arriba, de abajo, del primer plano y del último; el conjunto era un rumor y el detalle un grito. Ursus daba puñetazos, pateaba, lanzaba su voz desde el fondo del patio y la hacia salir desde bajo de tierra. Pasaba del ruido al tumulto y del tumulto al huracan. No hay nada tan maravilloso como este facsímile de la multitud; de vez en cuando separaba el portier del gyneceo y miraba á Dea; ésta estaba escuchando.

El muchacho hacia en el patio lo mismo que Ursus.

Vinos y Fibi soplaban con conciencia las trompetas y tocaban los tamboriles. Maese Nicless, espectador único, como ellas, se explicaba tranquilamente que Ursus estaba loco, lo que solo era un detalle de su melancolía. El bravo hostelero murmuraba:—¡Esto es un desórden!... Y tenia fruncido el rostro, como acordándose de que existen leyes.

Govicum, contento de que le utilizasen para contribuir á este desórden, se entusiasmaba tanto como Ursus y esto le divertia, además de que le producia ganancias. Homo estaba pensativo.

En medio de su estrépito, Ursus continuaba por intervalos sus monólogos:

—Como siempre, Gwynplaine, inventan cábalas contra nosotros; nuestros rivales tratan de minar nuestros éxitos; pero los silbidos sazonan los triunfos. Además, hay demasiada gente y están con mucha incomodidad, lo que no predispone á la benevolencia. ¡Con tal de que no rompan los asientos!... Vamos á ser víctimas del populacho insensato... ¡Si estuviese aquí nuestro amigo Tom-Jim-Jack! Pero ya no viene... Abreviaremos el espectáculo. Como solo hemos anunciado *El caos vencido*, no representaremos esta noche *Ursus Rursus*, y este trabajo menos. ¡Qué laberinto mueve la muchedumbre!... ¡No van á dejar oir ni una sola palabra de la pieza! Voy á perorarles. Gwynplaine, levanta el telon. Ciudadanos!...

Al llegar aquí, Ursus se gritó á sí mismo con acento febril y terco:

—Abajo el viejo!...

Recobrando su voz, continuó de este modo:

—Creo que el pueblo me insulta. Ciceron tiene razon: *Plebs, fex urbis*; ¡pero no importa! Será difícil que puedan entenderme; sin embargo, probaré. Las mujeres son peores que los hombres; este momento no es propicio para decir esto, pero es igual; nunca es tarde para ser discretos. Oye, Gwynplaine, mi insinuante exordio. Ciudadanos y ciudadanas, yo soy un oso y voy á hablaros. Humildemente reclamo silencio.

—Grumphll, exclamó el público por boca de Ursus; éste continuó:

—Respeto al auditorio, porque yo ya sé que Grumphll es un epifonema como otro cualquiera. Salud, pueblo bullidor; no dudo que eres un canalla, pero no por eso dejo de estimarte: te estimo por reflexion. Soy un sábio, pero me escuso de serlo como puedo, porque yo desprecio científicamente la ciencia. La ignorancia es una realidad que nos alimenta, y la ciencia es una realidad que nos hace ayunar. Por regla general nos vemos obligados á escoger entre ser sábios y enflaquecer, ó ser asnos y engordar. Ciudadanos, engordad, que la ciencia no vale tanto como un bocado exquisito. Yo solo poseo un mérito verdadero, y consiste en tener siempre secos los ojos; aquí donde me veis, no he llorado nunca; pero es preciso añadir que tampoco estuve contento jamás, ni aun de mí mismo; sé despreciarme. Pero si Ursus es nada más que un sábio, Gwynplaine es un artista.

—Grumphll! volvió el sábio á hacer gritar al público.

—Otra vez Grumphll! si es una objecion, que lo sea; yo paso adelante. Despues de Gwynplaine, y cerca de él, tenemos otro artista, y es el personaje distinguido y velludo que nos acompaña, el señor Homo, antiguo perro salvaje y hoy lobo civilizado y fiel vasallo de su majestad. Homo posee talento superior. Estad atentos y os convencereis. Vais á ver representar á Homo y á Gwynplaine, que honran al arte, lo que es propio de las grandes naciones. Dos artistas valen tanto como un cónsul.—Me acaban de tirar un troncho de col.—Está bien. Eso no evitará que continúe hablando: al contrario. Los charlatanes esquivan el peligro: *Garrula pericula*, como dice Juvenal. Permitidme que os lo diga: careceis de la majestad del verdadero gentilhombre inglés. Os manifiesto que los que entre vosotros llevan los zapatos rotos y sacan fuera de ella los pulgares, se aprovechan de esta circunstancia para descansar los piés en las espaldas de los espectadores colocados delante de ellos, lo que expone á las damas á fijarse en que las suelas se revientan siempre donde está la cabeza del hueso metartasio; enseñad menos los piés y más las manos. Desde aquí distingo á fulleros que hunden ingeniosamente sus garras en los bolsillos de sus vecinos imbéciles. Boxad al prógimo, pero no le desbalijeis; incomodareis menos á las gentes estropeándolas un ojo que arrancándoles un liard. Los hijos del pueblo aprecian más el dinero que la belleza. Por eso no dejais de inspirarme simpatía: no soy tan pedante que vaya á vituperar á los rateros. El mal existe, y todos lo proporcionamos y lo sufrimos. Nadie está libre del gusano de sus pecados; yo mismo he cometido muchas faltas. *¡Plaudites cives!*

Ursus abandonó la entonacion oratoria por el acento íntimo, y dijo:

—Deja caer el telon, que necesito respirar; pero esto será solo un momento, porque el público espera y se impacientará si tardamos en comenzar la representacion de la pieza.

Despues de una breve pausa se oyeron resbalar por la varilla los anillos del telon, y dejaron de sonar el tamboril y las trompetas. A poco comenzó la representacion del *Caos vencido*, como otras noches, y sin los efectos de luz. El lobo

desempeñaba su papel de buena fé. En el momento preciso apareció Dea, y con su voz temblorosa y divina evocó á Gwynplaine. Extendió el brazo, buscando la cabeza de su amado...

Ursus se puso una peluca, la erizó y avanzó lentamente hasta Dea conteniendo el aliento, y con todo el arte de que era capaz, copió la voz de Gwynplaine y cantó con inefable amor la contestacion del mónstruo á la evocacion del espíritu: le imitó con tal perfeccion, que las dos gitanas buscaban con la vista á Gwynplaine, asombradas de oirle sin verle.

Govicum, maravillado, pateó, aplaudió, silbó y produjo estrépito olímpico, riendo él solo de tal manera que parecia que se reian una multitud de dioses.

Fibi y Vinos, autómatas que se movian cuando Ursus les tocaba el resorte, acompañaron con sus instrumentos, marcando el final de la representacion y el principio de la salida del público.

Ursus sudaba, y dijo á Homo en voz baja:

—Ya comprendes que esto solo ha sido para ganar tiempo; creo que lo hemos conseguido. Saqué todo el partido posible. Gwynplaine puede volver de aquí á mañana. Era inútil matar en seguida á Dea. A tí solo te esplico este misterio.

Se quitó la peluca y se enjugó la frente.

—Soy un ventrílocuo de génio. Tengo mucho talento. Puedo rivalizar con Brabant, el ventrílocuo del rey de Francia Francisco I. Dea ha quedado convencida de que Gwynplaine está aquí.

—Ursus, preguntó en este momento Dea, dónde está Gwynplaine?

Ursus volvió la cabeza sobresaltado. Dea permanecia en el fondo del teatro, de pié debajo de la linterna que pendia del techo. Estaba densamente pálida. Con inefable sonrisa de desesperacion repuso:

—Ya sé que nos ha abandonado. Partió. Bien conocia yo que tenia alas.

Elevando los ojos hácia el infinito, añadió:

—Cuándo iré yo?...

## III.

### Complicaciones.

Ursus quedó estupefacto; no causó la ilusion que creia haber producido. No era culpa de la ventriloquia, porque consiguió por medio de ella engañar á Fibi y Vinos, que tenian vista, pero no á Dea, que era ciega; pero era porque Vinos y Fibi veian con los ojos y Dea veia con el corazon.

Ursus quedó tan asombrado, que no pudo pronunciar ni una sola palabra. En las emociones complejas, la humillacion es el primer sentimiento que se despierta. Ursus exclamó:

—He derrochado mis onomatopeyas. Agoté en vano la armonía imitativa. Qué vá á ser ahora de nosotros?

Miró á Dea, que callaba y que cada momento palidecia más y estaba inmóvil, con los ojos fijos en el suelo.

Un incidente vino á sacarle de su embarazosa situacion.

Desde el corral, maese Nicless, con la vela en la mano, le hacia señas para que bajase. El posadero no vió el final de la comedia fantástica que representó Ursus, porque oyó llamar á la puerta de la posada y fué á abrir. Llamaron dos veces á la indicada puerta y tuvo maese Nicless que eclipsarse dos veces, pero de ello no se apercibió Ursus, ocupado en desempeñar muchos papeles á un tiempo.

Cuando éste se apercibió de que el hostelero le llamaba, descendió hasta él, que le esperaba en el corral. Ursus se puso un dedo en la boca, como indicando silencio; maese Nicless le imitó, y haciendo ese mismo ademan se miraron los dos. Cada uno parecia querer indicar al otro: Hablemos, pero guardando silencio.

El tabernero abrió la puerta de la sala baja de la posada y entró en ella; Ursus le siguió; en seguida el tabernero cerró la puerta casi en las narices del curioso Govicum, que les espiaba. Quedaron, pues, solos y cerrados en la taberna, entablando en voz baja un diálogo semejante á un cuchicheo.

—Maese Ursus...

—Maese Nicless?...

—Concluí por comprenderlo todo.

—Ah!...

—Habeis querido hacer creer á la pobre ciega que *El caos vencido* se ha representado como todas las noches y por los mismos actores.

—Ninguna ley me prohibe ser ventríloquo.

—Teneis mucho talento.

—No...

—Es prodigioso lo que haceis.

—Os digo que no.

—Tengo que hablaros ahora.

—De política?

—No lo sé.

—Pues si es de política, os advierto que no os oiré.

—Mientras vos imitábais la representacion de una farsa y al público, llamaron á la puerta de la taberna.

—Llamaron?

—Sí.

—Eso me desagrada.

—Y á mí.

—Y qué más?

—Llamaron y abrí.

—Quién era el que llamaba?

—Un sugeto que me habló.

—Y qué os dijo?

—Nada de particular.

—Qué le respondísteis?

—Nada... Volví á veros representar.

—Pero...

—Despues llamaron otra vez.

—Quién? el mismo sugeto?

—No... era otro.

—Tambien os habló?

—Ese no.

—Pues eso es preferible.

—Para mí no.

—Explicaos, maese Nicless.

—Adivinad quién me habló la primera vez.

—No tengo tiempo para ser otro Edipo.

—Era el dueño del circo.

—Del circo que está á nuestro lado?

—Sí, de ese.

—Donde suena una música rabiosa?

—Sí, sí.

—Y qué os dijo?

—Pues, maese Ursus, ha venido á hacerme proposiciones.

—Proposiciones?

—Sí, proposiciones.

—Por qué?

—Porque quiso.

—Teneis sobre mí la ventaja, maese Nicless, de que en seguida descifrásteis mi enigma, mientras que yo, hasta ahora, no puedo descifrar el vuestro.

—El dueño del circo me encargó que os dijese que vió pasar esta mañana una ronda de policía, y que deseando probaros que es amigo vuestro, os propone compraros por cincuenta libras esterlinas, pagadas al contado, la Green-Box, con los dos caballos, las trompetas y las mujeres que las tocan, *El caos vencido* y la ciega que trabaja en él, al lobo y á vos tambien.

Ursus contestó, sonriendo con altivez:

—Dueño de la posada Tadcaster, direis de mi parte al dueño del circo que Gwynplaine vá á volver.

El tabernero cogió de encima de una silla varios objetos que la oscuridad ocultaba, y volviéndose hácia Ursus con los brazos en alto, le enseñó pendiente de una mano una capa, y de la otra una esclavina de cuero, un sombrero de fieltro y un capisayo.

Maese Nicless le dijo:

—El hombre que llamó á la puerta de la taberna la segunda vez, y que pertenecia á la policía, que entró y salió sin pronunciar una palabra, trajo todo esto.

Ursus reconoció en el acto la esclavina, capisayo, el sombrero y la capa de Gwynplaine.

## IV.

### Mænibus surdis campana Muta.

Ursus palpó el fieltro del sombrero, el paño de la capa, la sarga del capisayo, el cuero de la esclavina, cerciorándose de quién eran estos despojos, y haciendo una señal breve é imperativa, sin decir palabra, indicó á maese Nicless la puerta de la taberna.

Maese Nicless la abrió. Ursus se precipitó fuera de ella.

El posadero le siguió con la vista y vió que corria cuanto le permitian sus piernas en la misma direccion que tomó por la mañana el wapentake cuando se llevó á Gwynplaine. Un cuarto de hora despues, Ursus, sin aliento, llegaba á la callejuela de la puerta trasera de la cárcel de Soutwark y al punto en que pasó tantas horas observando.

No era preciso que fuese media noche para que esta callejuela estuviese desierta: era triste de dia, pero peligrosa de noche, y nadie se atrevia á pasar por allí á ciertas horas. Por instinto el pueblo de Southwark evitaba el transitar por esta callejuela, que tenia frente á frente la prision y el cementerio. En tiempos anteriores la cerraban por la noche con una cadena de hierro, precaucion inútil, porque la mejor cadena para cerrar el paso de esta calle era el miedo que inspiraba.

Ursus entró en ella resueltamente; con qué idea? Acaso él mismo no lo sabia. Iba allí para informarse, pero ¿habia de llamar á la puerta de la cárcel? Ciertamente que no. Este espantoso expediente no germinaba en su cerebro. Introducirse allí para hacer averiguaciones seria una locura. Las prisiones no se abren para el que quiere entrar ni para el que quiere salir; sus gonces solo los hace girar la ley; esto lo sabia Ur-

sus. ¿Qué iba á hacer, pues, en la callejuela? Ver. Pero ver qué? Nada... él mismo no lo sabia... lo posible. Algo era ya encontrarse enfrente del postigo dentro del que desapareció Gwynplaine.

Algunas veces las paredes más espesas hablan y salta alguna luz de las piedras; vago sudor de claridad traspira á veces de un amontonamiento cerrado y sombrío. Examinar la envoltura de un hecho puede ser útil al espionaje, porque poseemos el instinto de dejar entre el hecho que nos interesa y nosotros mismos el menor espesor posible.

En el momento en que Ursus se internaba en la callejuela, oyó dar una campanada, y á poco rato otra.

—¿Anunciarán sin duda que es la media noche?

Maquinalmente se puso á contar:

—Tres, cuatro, cinco...—¡Esa campana dá los toques con mucha lentitud y muy separados!...—Seis, siete.—¡Qué sonido tan lúgubre!...—Ocho, nueve...—Entristece al reloj estar encerrado en la prision!...—Diez.—Como el cementerio está ahí!... Esa campana anuncia la hora á los vivos y la eternidad á los muertos.—Once, doce.—Sí; lo que dije.

Ursus calló, pero la campana sonó otra vez. Ursus se extremeció:

—Trece!!!

Las campanadas continuaron con largos intervalos; Ursus, que las oia con ansiedad, exclamó:

—Eso qué significará? porque lo que oigo no es la campana de un reloj, es la campana Muta, que no toca, sino que tañe, y debe suceder algo siniestro.

Las prisiones antiguas, como los monasterios, tenian una campana llamada *Muta*, que reservaban para los motivos melancólicos; era la Muta (Muda) una campana que tañía muy bajo, como si evitase en lo posible el ser oida.

Ursus se colocó en la esquina del acecho, desde la que espió la prision durante gran parte del dia. Los tañidos se sucedian á lúgubre distancia unos de otros; Ursus los contaba confusamente y sin saber por qué, mirando, á pesar de la oscuridad, hácia la parte donde sabia que estaba la puerta de la prision.

De repente en esa parte, que formaba una especie de agujero negro, apareció algo rojizo que se convirtió en resplandor, pero no vago, sino fijo, y que en seguida adquirió forma y ángulos. La puerta de la cárcel giró sobre sus gonces y ese resplandor dibujó el arco de la bóveda con sus adornos. La puerta del postigo dió paso á un hombre que llevaba en la mano una antorcha.

Continuaba el toque de la campana, y Ursus, al mismo tiempo que aplicaba el oido á ésta, aplicaba los ojos á la antorcha.

Despues que salió por el postigo el hombre susodicho, la puerta se abrió de par en par, y por ella salieron dos hombres, y despues otro; este otro, el cuarto, era el wapentake, que llevaba en la mano el baston de hierro, como pudo ver Ursus á la luz de la antorcha.

Detrás del wapentake desfilaron, ordenadamente de dos en dos, saliendo de la misma parte y con la rigidez de postes ambulantes, varios hombres silenciosos. El cortejo nocturno franqueaba la puerta apareado como una procesion de penitentes, sin solucion de continuidad, gravemente y procurando no producir ruido. Las serpientes, al salir de sus agujeros, toman esta precaucion. La antorcha hacia resaltar sus perfiles y sus actitudes, perfiles feroces y actitudes sombrías.

Ursus reconoció las fisonomías de los agentes de policía que aquella mañana se llevaron á Gwynplaine; sin duda alguna eran los mismos que reaparecian ante sus ojos. Metieron en la cárcel á Gwynplaine; pues era evidente para él que ahora le sacaban: las pupilas de Ursus estaban clavadas en aquellos hombres.

La doble fila de agentes de policía fluia lentamente de la bóveda baja como gota á gota. Los toques intermitentes de la campana parecian marcarles el paso. El cortejo, á medida que salia de la prision, daba la espalda á Ursus, y volvia hácia la derecha por la parte de la callejuela opuesta á la en que él se apostaba.

La segunda antorcha brilló en la puerta de la cárcel, pareciendo anunciar la terminacion del cortejo; Ursus iba á ver pronto al que acompañaban, al hombre, al prisionero, á Gwynplaine.

Por fin, lo que acompañaban apareció; era un ataud. Cuatro hombres lo llevaban tapado con un paño negro. Detrás de ellos iba otro hombre con una pala al hombro, y cerraba el cortejo un personaje que leia en un libro, que debia ser capellan, y que sostenia una antorcha encendida.

El ataud formó á continuacion de los agentes de policía, que daban la vuelta hácia la derecha. Ursus oyó el chirrido de una llave que abre. Frente á la pri-

sion, en la pared baja que se prolongaba por la otra parte de la callejuela, la abertura de otra puerta se iluminó con la luz de una antorcha, que entró por ella; esta abertura, sobre la que estaba fija una cabeza de muerto, era la puerta del cementerio.

El wapentake entró, despues los primeros acompañantes, luego la segunda antorcha, y por fin el cortejo entero de agentes de policía, el ataud, el hombre de la pala, el capellan con el libro y con la antorcha, cerrándose en seguida la puerta. Solo se veia ya un débil resplandor por encima de la pared.

Se oyó un cuchicheo y despues golpes sordos; sin duda los producian el capellan y el enterrador, que arrojaban sobre el féretro, aquel los versículos del rezo y éste paladas de tierra. El cuchicheo cesó y los golpes sordos tambien.

Oyóse el murmullo de ponerse todos en movimiento; brillaron las antorchas; apareció en la puerta el wapentake, llevando en alto el weapon; el capellan volvió á salir con el libro, el enterrador con la pala, y todo el cortejo, sin el ataud; la doble fila de hombres repasó el mismo trayecto entre la puerta del cementerio y la puerta de la prision, con la misma taciturnidad y en sentido inverso; la puerta del cementerio se cerró, la de la cárcel se volvió á abrir, la bóveda sepulcral se alumbró dentro del postigo, la oscuridad del corredor apareció vagamente visible; la vista pudo contemplar la noche de la prision, y aquella multitud silenciosa se hundió poco á poco en las profundidades de la oscuridad.

Cesó el toque de la campana y reinó solemne, absoluto silencio. No quedó nada más de la aparicion desvanecida.

Coincidencias lógicamente ligadas consiguen muchas veces hacer creer al raciocinio en la evidencia. Al ver Ursus que Gwynplaine fué encerrado en la cárcel, al pensar en el silencioso procedimiento de su arresto, en sus vestidos devueltos por un agente de policía, al oir el toque fúnebre de la campana de la prision, donde él estaba encerrado, y al ver pasar el ataud y enterrarlo en el cementerio, exclamó, convencido y desesperado:

—Gwynplaine ha muerto!

Ursus cayó al suelo, casi exánime.

—Me lo han asesinado! ¡Pobre, pobre hijo mio! dijo prorumpiendo en sollozos.

---

## V.

### La razon de Estado alcanza al pequeño y al grande.

Ursus se vanagloriaba de no haber llorado nunca, y por eso el receptáculo de su llanto estaba lleno, y tal plenitud, acumulada gota á gota, dolor á dolor, durante una larga existencia, no se vacía en un instante. Ursus sollozó mucho tiempo.

La primera lágrima hace la abertura que un pinchazo en el vientre de un hidrópico, y le hizo llorar por Gwynplaine, por Dea y por Homo y hasta por él mismo. Lloró como un niño, como un viejo; lloró por todo lo que se reia. Pagó su deuda atrasada, porque el derecho del hombre á las lágrimas no puede prescribirse.

El muerto que acababan de enterrar, como habrá supuesto el lector, era Hardquanonne; pero Ursus no lo podia saber.

Algunas horas despues comenzó á rayar el dia sobre la *bowling-green.* El alba blanqueó la fachada de la posada de Tadcaster. Maese Nicless no se habia acostado aquella noche, pues muchas veces el mismo hecho produce varios insomnios; las catástrofes se extienden en diferentes sentidos: arrojad una piedra en el agua y ésta arrojará diferentes salpicaduras.

Maese Nicless se creia en peligro por la aventura desagradable que sucedió en su posada, y meditaba temeroso y entreviendo complicaciones. Sentia haber admitido en su casa "semejantes gentes". Si él lo hubiera sabido!... Pensaba que acabarian por traerle alguna desgracia. Y cómo despedirlos ahora? Hizo escritura de alquiler á Ursus... ¡Si pudiese desembarazarse de él!... ¿cómo echarle de allí?

Bruscamente llamaron con estruendo á la puerta de la posada, modo de llamar que en Inglaterra anuncia á un personaje. La escala del toque corresponde á la escala de la gerarquía. No era el modo de llamar ahora el de un lord, pero era el de un magistrado. Temblando el tabernero entreabrió la ventana: era un magistrado, efectivamente.

Maese Nicless vió junto á la puerta, á la luz del naciente dia, un grupo de policía, á cuya cabeza se destacaban dos hombres, uno de los que era el justicier-quorum; como el posadero vió á éste por la mañana del dia anterior, le conoció, pero no al otro hombre, que era un gent-

leman grueso, con rostro de color de cera, peluca mundana y capa de viaje.

A maese Nicless le causaba miedo el justicier-quorum; pero si el tabernero hubiese sido cortesano, hubiese temido más al personaje que desconocia, porque era Barkilphedro.

Uno de los hombres del grupo por segunda vez llamó con violencia á la puerta de la posada. El hostelero, sudando, abrió.

El justicier-quorum, con el tono del que tiene un cargo en la policía, y acostumbrado á conocer á los vagabundos, levantó la voz y preguntó con severidad:

—Maese Ursus?

El posadero, quitándose la gorra, respondió:

—Señor, aquí está.

—Ya lo sé, replicó el justicier-quorum.

—No lo dudo, señor.

—Que venga.

—No está en este momento en la posada.

—Dónde está?

—Lo ignoro.

—Cómo es eso?

—No ha vuelto todavía, señor.

—¿Entonces, pues, saldria muy temprano?

—Al contrario, salió muy tarde.

—Estos vagabundos!...

—Ahí viene, señor, dijo suavemente maese Nicless.

Ursus, en efecto, se dirigia á la posada. Pasó casi toda la noche entre la cárcel, en la que al medio dia vió entrar á Gwynplaine, y entre el cementerio, en el que á media noche habia oido llenar una fosa. En su fisonomía se pintaban dos palideces: la de su tristeza y la del crepúsculo matutino.

Con la extraordinaria distraccion que la angustia ocasiona, se fué de la posada con la cabeza descubierta, y ni siquiera se apercibió de que no llevaba sombrero. El viento agitaba sus escasos cabellos grises. Sus ojos, muy abiertos, parecia que no mirasen. Con frecuencia, despiertos estamos adormecidos, y adormecidos estamos despiertos. Ursus tenia el aspecto de loco.

—Maese Ursus, le gritó el tabernero; estos señores desean hablaros.

Ursus tuvo el sobresalto del hombre que se vé arrojado bajo la cama cuando dormia profundamente.

—Qué es eso? preguntó.

Conoció el grupo de la policía y al magistrado que lo presidia, y recibió otra sacudida ruda. Antes el wapentake, ahora el justicier-quorum; parecia que uno le traia al otro.

El justicier-quorum hizo señal á Ursus de que entrase en la taberna; éste obedeció.

Govicum, que acababa de levantarse, y que estaba barriendo la sala, se detuvo, se metió en un rincon, dejó la escoba en reposo y retuvo el aliento; introdujo la mano en su cabello y se rascó, lo que indicaba que estaba atento á lo que iba á suceder.

El justicier-quorum se sentó en un banco, delante de una mesa; Barkilphedro tomó una silla. Ursus y maese Nicless permanecieron en pié. Los agentes de policía quedaron fuera de la sala, y se agruparon delante de la puerta cerrada.

El justicier-quorum, fijando la pupila legal en Ursus, le preguntó:

—Teneis un lobo?

—Sí, señor, respondió el filósofo.

—Conque teneis un *lobo?* repitió el justicier, subrayando la palabra lobo con un acento decisivo.

—Es que... dijo solo Ursus, y calló.

—Eso es un delito, repuso el justicier.

—Es mi criado, se atrevió á aventurar el filósofo.

El justicier puso la mano llana sobre la mesa, con los dedos separados, y dijo:

—Saltimbanqui, mañana á esta hora vos y el lobo no estareis ya en Inglaterra, porque si así no lo haceis, se apoderarán del lobo y le matarán.

Ursus pensó en sus adentros:—Continuacion de los asesinatos; pero no dijo ni una palabra. Todo su cuerpo temblaba.

—Lo oís? le repitió el justicier.

Ursus contestó con un movimiento de cabeza.

—Será muerto, insistió el magistrado.

Hubo un momento de silencio.

—Estrangulado ó ahogado, y vos encerrado en la cárcel.

—Señor juez... murmuró Ursus.

—Partid antes de que amanezca mañana, porque sino, ya lo sabeis.

—Señor juez...

—Qué?

—¿Es indispensable que salgamos de Inglaterra él y yo?

—Sí.

—Hoy mismo?

—Hoy mismo.

—Y cómo?

Maese Nicless respiró. Venia á favo-

recerle el magistrado, que le causaba miedo; la policía era su auxiliar, y le libraba de "semejantes gentes"; ella le proporcionaba el medio que él buscó en vano: la policía echaba de su posada á Ursus, que él queria despedir. Estaba tan contento, que quiso intervenir, y dijo:

—Señor juez, este hombre pregunta cómo es posible que pueda salir de Inglaterra hoy mismo, y nada es más sencillo. Hay todos los dias y todas las noches amarrados al Támesis, á esta parte del puente de Lóndres como á la otra, varios buques, que salen para diferentes paises. Van desde Inglaterra á Dinamarca, á Holanda y á España y á otras muchas partes. Esta noche muchos navíos saldrán á la una de la madrugada, que es la hora de la marea. Entre otros, parte el buque *Vograat*, de Rotterdam.

—Pues bien; salid de Inglaterra en uno de esos bajeles; en el *Vograat* mismo, dijo el justicier-quorum.

—Señor juez... replicó Ursus.

—Qué quereis decirme?

—Señor juez, si solo tuviese como antes una diminuta choza con ruedas, eso seria muy fácil, porque puede llevarla cualquier barco pequeño; pero...

—Pero qué?

—Que poseo la Green-Box, que es inmensa máquina, arrastrada por dos caballos, y por mucho que sea un navío, la podrá contener con dificultad.

—Eso no me importa, replicó el justicier; haremos matar al lobo.

Ursus se extremeció al oirlo, pensando en su interior:—Estos mónstruos todo lo arreglan matando.

El tabernero, sonriendo, dirigió la palabra á Ursus:

—Maese Ursus, podeis vender la Green-Box; ya sabeis que os acaban de hacer proposiciones.

Ursus se quedó mirando á Nicless; éste continuó:

—Proposiciones para comprar el coche-teatro y los caballos; proposiciones para adquirir las dos gitanas; proposiciones...

—De parte de quién?

—De parte del dueño del circo que está al lado de la posada.

—Ah, es verdad!

El posadero, volviéndose hácia el justicier-quorum, le dijo:

—Señor juez, la compra puede realizarse dentro de pocas horas. El dueño del circo desea comprar el coche-teatro y los caballos.

—Hace bien, porque los necesitará; les serán muy útiles. Los reverendos de las parroquias de Southwark se quejan de las algazaras obscenas del Tarrinzeanfield, y ya el sheriff ha tomado sus medidas. Esta noche no quedará en todo él ni un solo barracon de volatineros.

El justicier-quorum se interrumpió para hacer una señal á Barkilphedro; éste le contestó:

—El honorable gentleman que se digna estar aquí presente ha venido esta noche de Windsor, y trae órdenes: su majestad le ha encargado de limpiar el campo de la féria.

Ursus, que pasó la noche meditando, se habia propuesto á sí mismo varias cuestiones, porque, despues de todo, lo único que habia visto era un ataud; pero, sabia si éste encerraba á Gwynplaine? Podia muy bien contener cualquier otro cadáver. Momentos despues del arresto de Gwynplaine se verificó tambien otro entierro. Ver un ataud no probaba nada. *Post hoc, non propter hoc*, etc. Ursus acabó por dudar. La esperanza arde y luce en la agonía como el nafta en el agua: su llama sobrenada y flota eternamente sobre el dolor humano. Ursus acabó por pensar que era probable que hubiesen enterrado á Gwynplaine, pero que no era seguro; quizás Gwynplaine viviera aun.

Ursus, inclinándose ante el justicier-quorum, le dijo:

—Honorable juez, partiré, partiremos hoy mismo á bordo de la *Vograat* é iremos á Rotterdam; deseo obedecer. Venderé la Green-Box, los caballos, las trompetas y las gitanas; pero se queda aquí un camarada, un compañero mio, que quisiera llevarme, Gwynplaine...

—Gwynplaine ha muerto, dijo una voz.

Ursus sintió la impresion de frio que causa el contacto de la piel de un reptil; Barkilphedro fué el que habló.

El último resplandor de la esperanza se desvaneció para Ursus; ya no podia dudar; Gwynplaine habia muerto; ese personaje debia saberlo, era bastante siniestro para estar enterado.

Maese Nicless seria un buen hombre á no haber sido tan cobarde; cuando tenia miedo era atroz, porque el miedo dá la suprema ferocidad, y murmuró entre dientes:—Esto lo simplifica todo. Por detrás de Ursus se frotó las manos con el gesto particular de los egoistas, que significa.—Ya estoy libre de ellos!

Desalentado Ursus, inclinó la cabeza,

creyendo que Gwynplaine habia sido condenado á muerte y él al destierro, y que no habia más remedio que obedecer.

Sintió que le tocaba en el codo el personaje que acompañaba al justicier-quorum. Ursus se extremeció otra vez. La voz que le dijo: *Gwynplaine ha muerto*, le murmuró al oido:

—Aquí teneis diez libras esterlinas que os envia una persona que os quiere bien.

Barkilphedro, diciendo esto, depositó encima de la mesa y delante de Ursus una bolsa.

Esas monedas eran parte de las que contenia el cofrecillo que sacó Barkilphedro de Windsor; de las dos mil guineas solo entregó diez, pero en conciencia era bastante: si hubiese entregado mayor cantidad la hubiera él perdido. El que se tomó el trabajo de encontrar un lord, empezaba á explotarle, y era justo que le perteneciese el primer rendimiento que produjese la mina; los que crean que esto es una pequeñez, están en su derecho, pero esto no debe asombrarles. Barkilphedro era muy amante del dinero, sobre todo del robado; el envidioso es muchas veces avaro; Barkilphedro tenia sus defectos, porque cometer crímenes no impide el tener vicios.

Barkilphedro, volviéndose hácia el justicier-quorum, le dijo:

—Señor juez, dignaos terminar pronto; tengo mucha prisa: una silla de posta enganchada me espera, y dentro de pocas horas debo estar en Windsor, donde tengo cuentas que rendir y órdenes que tomar.

El justicier-quorum se levantó; fué á la puerta, que estaba cerrada con el pasador; la abrió, y sin decir palabra, mirando á los agentes de policía, les hizo una señal con el índice. El grupo de éstos entró entonces silenciosamente á la simple indicacion de la autoridad.

Maese Nicless, satisfecho del desenlace rápido que cortaba todas las complicaciones, estaba muy contento, sobre todo de que no prendiesen á Ursus en su casa; pues dos arrestos tan inmediatos en su posada, primero el de Gwynplaine y despues el de Ursus, podian perjudicar á la taberna, porque los bebedores no quieren que les moleste la policía. Maese Nicless se dirigió, pues, al justicier-quorum con la fisonomía sonriente, en la que el respeto atemperaba la confianza, y dijo:

—Señor juez, deseo hacer observar á vuestra señoría que los honorables individuos que le acompañan no son indispensables, desde el momento en que el lobo culpable vá á ser conducido fuera de Inglaterra y en que maese Ursus no se resiste á vuestras órdenes, que van á ser puntualmente obedecidas. Dignaos tener presente que las acciones respetables de la policía, que tan necesarias son para la tranquilidad del reino, perjudican á los establecimientos públicos, y que mi posada es inocente: libre está de los saltimbanquis de la Green-Box; no queda ya en ella ningun criminal, porque no supongo que sean delincuentes la jóven ciega ni las dos gitanas; por lo que os suplico que os digneis abreviar vuestra augusta visita y despedir á esos dignos señores que acaban de entrar, porque nada tienen que hacer en mi casa; despues de haber intimado la órden de destierro á Ursus y haberse éste resuelto á partir, á quién pueden arrestar ya aquí?

—A vos, le respondió el justicier-quorum.

No cabe discusion con una estocada que os atraviesa de parte á parte. Maese Nicless cayó aterrado sobre un banco.

Levantó tanto la voz el justicier, que se hubiera podido oir desde la plaza, á haber público en ella.

—Maese Nicless Plumptre, dueño de la taberna, este es el último punto que hay que arreglar. Al volatinero y al lobo se les arroja de aquí, como á vagabundos, pero vos sois el culpable. En vuestra casa y con vuestro consentimiento se ha violado la ley, y vos, hombre de órden é investido de responsabilidad pública, habeis consentido que se instalara el escándalo en vuestra casa. Queda retirada vuestra licencia, pagareis una multa é ireis á la cárcel.

Los agentes de policía rodearon al tabernero.

—Apoderaos tambien de ese muchacho, que es su cómplice.

El puño de un agente asió el cuello de Govicum, y éste le miraba con curiosidad. El muchacho estaba poco asustado, y al ver que sucedia una cosa tan singular, se preguntaba á sí mismo si aquello era la continuacion de la comedia.

El justicier-quorum, hundiéndose el sombrero y cruzando las dos manos sobre el vientre, añadió:

—Lo dicho, maese Nicless; os prendemos y os llevamos á la cárcel, á vos y al muchacho, y la posada Tadcaster quedará cerrada, condenada y sellada, para que sirva de ejemplo. Ahora podeis seguirnos.

# LIBRO SÉPTIMO

## La Eva del abismo.

### I.

#### El despertar.

Y Dea?...

Parecíale á Gwynplaine que miraba despuntar el dia en Corleone-lodge (mientras sucedian las aventuras que acabamos de narrar en la posada Tadcaster), que ese grito venia del exterior; pero ese grito salia de dentro de él. ¿Quién no ha oido los profundos clamores del alma?

Rayaba además el dia, y el alba es una voz. ¿De qué serviria el sol si no aprovechase para despertar la conciencia, esa sombra dormida?

La luz y la virtud son de la misma especie.

Que Dios se llame Cristo ó que se llame Amor, hay momentos en que el hombre mejor le olvida, y todos necesitamos, hasta los santos, una voz que nos lo recuerde, y la aurora nos hace esta advertencia sublime. La conciencia nos grita cuando aparece el deber, como el gallo canta cuando aparece el dia. El corazon humano es un caos que oye el *Fiat lux*.

Gwynplaine—continuaremos llamándole así, porque Clancharlie es un lord y Gwynplaine un hombre;—Gwynplaine resucitó, por decirlo así.

—Y Dea? se preguntó.

Sintió en las venas como una transfusion generosa. Algo saludable y tumultuoso se precipitaba en él. La irrupcion violenta de los buenos pensamientos, es la vuelta á su casa de alguno que no tiene la llave y fuerza honradamente su propio domicilio; tiene que escalarlo.

—Dea! Dea! Dea! se repetia apoyándose en su corazon, y preguntándose en voz alta:

—Dónde estás?

Asombrado de que no le contestase, mirando el techo y las paredes en medio del extravío, en el que la razon iba á aparecer, repitió:

—Dónde estás? y yo, dónde estoy?...

Por la cámara, por la jaula, empezó á dar vueltas como fiera encerrada.

—Dónde estoy? En Windsor. Y tú? En Southwark. ¡Dios mio, esta es la primera vez que estamos separados! ¿Quién nos separa? Aquí yo y tú allá... esto no puede ser y no será.

Despues de una pausa continuó su monólogo en voz alta:

—Quién me habla de la reina? Yo no la conozco. Me han cambiado de posicion; y por qué? porque soy lord. ¿Sabes lo que pasa, Dea? Que tú eres mi lady. Suceden cosas asombrosas. Se trata de volver á encontrar mi camino. ¿Me habrán extraviado? Un hombre me habló con mucha oscuridad. Me acuerdo que me dirigió estas palabras:—Milord, la puerta que se abre, cierra otra puerta; lo que está detrás de vos ya no existe. Yo debí contestarle:—Sois un cobarde! —porque ese miserable me decia todo eso cuando yo no estaba despierto todavía; abusando de los primeros momentos de mi asombro, yo fuí su presa ¿Dónde está? que venga y le insultaré... Me hablaba sonriendo. Pero ya he vuelto en mí, y ahora es diferente. Están muy equivocados si han de hacer lo que quieran de lord Clancharlie. Seré par de Inglaterra, pero siendo Dea mi pairía. Imponerme condiciones! Falta que yo quiera aceptarlas. Me las impondrá la reina. La reina qué me importa? Yo no la he visto nunca. No soy lord para ser esclavo; quiero entrar libre en el poder. Me han desencadenado para esto? Dea, Ursus, estaremos siempre juntos; era lo que vosotros, pues sereis lo que soy. Venid!... No... Yo iré... y pronto, en seguida. Ya me habreis esperado demasiado tiempo. ¿Qué pensarán al ver que no vuelvo? Cuando reflexiono que le envié aquel dinero, que yo necesito... Ahora recuerdo que me dijo aquel hombre que no podia salir de aquí. Ya lo veremos. ¡Venga un coche, venga un coche, que enganchen! Quiero ir á buscarlos. Dónde están los criados? Debo tener criados, ya que soy señor. Soy el dueño del palacio, y torceré los cerrojos, romperé las cerraduras y destrozaré las puertas á puntapiés. Al que me impida el paso le atravesaré con mi espada, porque ahora tengo espada; quisiera que me lo impidiesen. Tengo á mi mujer, que es Dea, y á mi padre, que es Ursus. Mi nombre es una diadema, y quiero ceñírsela á Dea. En seguida. ¡Dea, ya estoy aquí!... Pronto habré atravesado el espacio que me separa de ella!...

Calló, y levantando el primer portier que encontró á su paso, salió de la cámara impetuosamente. Se halló en un

corredor, siguió adelante y se encontró con otro. Todas las puertas estaban abiertas, y continuó andando de cámara en cámara, de corredor en corredor, buscando la salida.

## II.

### Semejanza de un palacio con un bosque.

Corleone-lodge era un palacio á la italiana, segun ya dijimos, y en los palacios de esta clase habia pocas puertas y muchos cortinajes, portiers y mucha tapicería. En esta época todos ellos contenian un hormiguero de cámaras y de corredores, en los que abundaba el fausto, llenos de dorados, de mármoles, de cinceladuras y de sedas de Oriente, formando rincones muy oscuros y rincones con gran claridad. Habia gabinetes ricos y alegres, de reluciente barniz, con loza de Holanda ó con azulejos de Portugal, con largas y altas ventanas, algunas de ellas todas acristaladas, y que eran hermosas linternas habitables. Los guardaropas tenian la forma caprichosa de cajas de bombones, y se llamaban los "pequeños aposentos„. En ellos se cometian los crímenes. Estos sitios eran á propósito para matar al duque de Guisa y para extraviar á la hermosa presidenta de Sylvecane, y más tarde para ahogar los gritos de los jovencillos que robaba Lebel. Sitios complicados y laberínticos para los que entraban en ellos por primera vez; lugares seguros para conservar los raptos; fondo oscuro, donde se hundian las desapariciones. En esas elegantes cavernas los príncipes y los señores depositaban su botin: el conde de Charolais ocultaba en ellos á madame Courchamp; M. de Monhulé escondia en ellas á la hija del arrendador de la Crois, Saint-Lenfroy; el príncipe de Conti ocultaba en ellas á las dos hermosas panaderas de la Ile-Adam; el duque de Buckingham á la pobre Pennywell, etc. etc. Los hechos que se verificaban allí eran los que la ley romana clasificaba de *vi, clam et precario*; esto es, que se realizaban por fuerza, en secreto y durante poco tiempo. El que entraba allí residia en esos sitios el tiempo que queria el capricho de su dueño. Esos sitios participaban del claustro y del serrallo; escaleras interiores giraban subiendo y bajando. Espiral de cámaras, encajándose, os llevaba al sitio de la entrada. La galería terminaba en un oratorio: el confesionario se ingeria en una alcoba. Las ramificaciones del coral y los agujeros de las esponjas sirvieron probablemente de modelos á los arquitectos de "los pequeños aposentos„ reales y señoriales, y eran laberínticos. Retratos que cubrian aberturas, ofrecian entradas y salidas. Habia allí verdadera maquinaria, que era necesaria, porque se representaban dramas. Los pisos de esas colmenas llegaban desde las cuevas hasta las buhardillas. Madrépora caprichosa, incrustada en todos los palacios, empezando por el de Versalles, y que servia como de habitacion á los pigmeos en la morada de los Titanes, eran los corredores, los nidos, los alvéolos y los escondrijos; todas las clases de agujeros en que se esconden las debilidades de los poderosos.

Esos sitios, serpenteantes y amurallados, despertaban ideas de varios juegos, del de los ojos vendados, del de coger las manos á tientas, del de la risa refrenada, del de la piu, etc., y al mismo tiempo hacian pensar en los Atridas, en los Platagenets, en los Médicis, en los salvajes caballeros de Elz, en Rizzio, en Monaldeschi y en las espadas que persiguen á un fugitivo de cámara en cámara.

La antigüedad tenia tambien misteriosos sitios de este género, como lo prueba la muestra conservada debajo de tierra en ciértos sepulcros de Egipto; por ejemplo, en la cripta del rey Psamméticus, descubierta por Passalacqua. Se vé tambien en los antiguos poetas el sobresalto que les causaban las construcciones sospechosas. *Error circumflexus, locus implicitus gyris.*

Gwynplaine se encontraba en los pequeños aposentos de Corleone-lodge. Deseaba febrilmente salir de allí, verse fuera del palacio y volver á Dea. El entrelazamiento de corredores, de gabinetes, de puertas secretas y de puertas imprevistas le detenia y le desmayaba; queria correr y tenia que vagar perdido; creia haber ganado una puerta y tenia que desenredar una madeja: detrás de una cámara encontraba otra, pero en ninguna veia, ni un sér viviente, ni observaba ningun movimiento. A veces creia que volvia atrás; á veces creia que álguien avanzaba hasta él, pero no era nadie; era que él mismo se veia retratado en un espejo, con traje de lord; era un Gwynplaine inverosímil: se reconocia, pero no de pronto. Andaba, metiéndose por todos los pasajes que se le iban presentando, buscando inútilmente la

salida. No la encontraba. No podia orientarse. Nada marea tanto como la opulencia que se adquiere por la primera vez, y además el palacio era un dédalo. A cada paso una magnificencia le presentaba un obstáculo, como resistiéndose á que se marchase de allí: estaba cogido con la liga de las maravillas, que le retenian contra su voluntad.

—Qué horrible palacio! exclamaba.

Y daba vueltas en el laberinto, preguntándose si le habian preso allí, é irritándose por no poder respirar al aire libre. A veces llamaba, pero en vano; nadie le respondia.

Las cámaras nunca terminaban; estaba en un desierto silencioso, expléndido y siniestro. Así deben ser los castillos encantados.

Fuego oculto mantenia en los corredores y en los gabinetes una temperatura de estío; parecia que un mago hubiese cogido el mes de Junio y lo hubiera encerrado dentro de ese laberinto. A veces se perfumaba el ambiente y le atravesaban bocanadas de aroma, como si hubiera allí flores invisibles. Hacia calor y estaba todo entapizado de tal manera, que por allí se pudiera pasear desnudos.

Gwynplaine miraba por las ventanas y cambiaba de aspecto lo que veia. Ya distinguia jardines impregnados de la frescura de la primavera y de la mañana, ya otras fachadas con otras estátuas, ya patios á la española, ya un rio, que era el Támesis, ya una gruesa torre, que era Windsor.

Era tan temprano aun que por fuera no se oian transeuntes, aunque Gwynplaine se paraba y se ponia á escuchar.

—¡Pues he de salir de aquí, he de ir á reunirme con Dea! Aquí no me detendrán á la fuerza. ¡Desgraciado el que me impida salir! Dea! Dea!

De repente oyó un ligero ruido, parecido al del agua que mana. Se encontraba en una galería estrecha, oscura, y cerrada á algunos pasos delante de él por una cortina partida por el medio. Separó la cortina y entró, penetrando en lo desconocido.

## III.

### Eva.

Gwynplaine se encontró en una sala octógona, abovedada, en forma de asa de cesta, sin ventanas, alumbrada por el techo, cuyas paredes, piso y bóveda estaban revestidos de mármol amarillento; en medio de dicha sala habia un baldaquí (1), con el pináculo de mármol negro, cuyo baldaquí estaba sostenido por columnas torcidas del estilo pesado de Elisabet, y cubria una pila de baño de mármol, tambien negro; un surtidor de agua olorosa y tibia llenaba lentamente la pila, pila negra, dispuesta de ese color para hacer brillar en ella la blancura.

La caida de dicha agua era el murmullo que Gwynplaine oia.

En la sala no se veia ningun mueble, si se exceptúa que habia al lado del baño una de esas sillas-camas, con cojines bastante largos para que una mujer que se extendiese sobre ellos pudiese tener á sus piés á su perro ó á su amante. De la frase *can-al pié* se formó la palabra *canapé*. Pues allí habia un canapé; solo que era por bajo de plata. Los almohadones eran de seda blanca. Al otro lado del baño se levantaba, pegado á la pared, un escaparate de toilette de plata maciza, con todos sus utensilios, que tenia en su centro ocho pequeños espejos de lunas venecianas ajustadas en marco de plata y figurando una ventana.

En el plano cortado más inmediato al canapé se veia entallada una abertura cuadrada, que se parecia á una ventana y que estaba tapada con una tablilla formada por una lámina de plata rojiza; esta tablilla tenia gonces, como un postiguillo. Sobre la plata rojiza de la lámina brillaba una corona real dorada; encima habia suspendido un timbre.

Frente á frente de la entrada de la sala y de Gwynplaine, que se paró al entrar, se cortaba el plano de mármol y le reemplazaba una abertura de sus mismas dimensiones, que llegaba hasta la bóveda y que estaba cerrada por una ancha y alta tela de plata; esta tela sutil era transparente y se veia al través de ella. En el centro de la tela, en el sitio en que ordinariamente se coloca la araña, Gwynplaine vió una cosa extraordinaria, una mujer desnuda.

Pero no desnuda al pié de la letra, porque iba vestida de piés á cabeza; su vestidura consistia en una camisa muy larga, como las túnicas de los ángeles en los cuadros religiosos, pero era tan fina, que parecia que estaba mojada, y esta semidesnudez de la mujer es más traidora y más peligrosa que la desnudez completa. La historia refiere proce-

(1) Especie de dosel sostenido por columnas.—(N. del T.)

siones de princesas y de grandes damas, entre dos filas de monjes, en las que, bajo el pretexto de llevar los piés descalzos para sufrir la humedad, la duquesa de Montpensier se exhibia así por todo París, con camisa de encaje... pero con el correctivo de llevar un cirio en la mano.

La tela de plata, diáfana como un cristal, era una cortina, que estando solo fija por arriba, podia correrse, y separaba la sala de mármol, que era un cuarto de baño, de otra cámara, que era el gabinete de dormir; éste, diminuto, era una especie de gruta de espejos. Por todas partes lunas de Venecia, contiguas, ajustadas poliédricamente y encuadernadas con varillas doradas, reflejaban el lecho, que ocupaba el centro. En ese lecho, que era de plata, como la toilette y como el canapé, estaba acostada una mujer, que dormia. Dormia con la cabeza inclinada hácia atrás y rechazando con un pié el cubrecama; la almohada de guipure le habia caido en tierra, sobre el tapiz.

Entre su desnudez y la mirada se interponian dos obstáculos, su camisa y la cortina de gasa de plata, esto es, dos transparencias. El gabinete, más alcoba que gabinete, estaba alumbrado por el reflejo de la sala de baño. La mujer quizás no fuese pudorosa, pero lo era la luz.

El lecho no ostentaba columnas, ni dosel, ni nada encima, de modo que cuando la mujer acostada abria los ojos, podia verse reproducida mil veces en los espejos que brillaban sobre su cabeza.

Las sábanas y cubrecama manifestaban el desórden de un sueño agitado; la belleza de sus pliegues indicaba la finura de las telas. Era aquella la época en que una reina que se figuraba estar condenada, creia que era el infierno una cama hecha de groseras telas.

Por otra parte, el modo de acostarse á dormir semidesnudos provenia de Italia y se remontaba hasta los romanos. *Sub clara nuda lucerna*, dice Horacio.

Una bata de seda singular, de China quizás, entre cuyos pliegues se entreveia un lagarto de oro, estaba tendida sobre los piés de la cama. Más allá de ésta, en el fondo de la alcoba, debia haber una puerta secreta cuyas junturas marcaba un gran espejo, sobre el que resaltaban pavos reales y cisnes pintados: en dicho oscuro departamento todo relucia.

En la cabecera del lecho habia fijo un pupitre de plata con listones, que giraban, y con candeleros fijos, en el que se veia un libro abierto que encima de todas sus páginas tenia este título, escrito con letras grandes y rojas: *Alcoranus Mahumedis*.

Gwynplaine no se apercibió de ninguno de estos detalles; la mujer era lo único que contemplaba. Estaba á la vez petrificado y trastornado, dos cosas que parece que se excluyen, pero era así.

Reconocia á aquella mujer, que estaba con los ojos cerrados y el semblante vuelto hácia él; era la duquesa, ¡el sér misterioso que amalgamaba todos los resplandores de lo desconocido, la que hizo brotar en él delirios inconfesables, la que le escribió tan extraña carta! La única mujer del mundo de la que Gwynplaine podia decir: Me ha visto y me desea. Él la arrojó de su imaginacion, quemó la carta y la relegó lo más lejos que le fué posible de su pensamiento y de su memoria, olvidándola casi completamente.

Volvia á verla y se le presentaba de un modo terrible, porque la mujer desnuda es una mujer armada.

Gwynplaine no podia respirar; se sentia como elevado sobre un nimbo y arrastrado hácia ella y no dejaba de mirarla. ¿Era posible encontrarse de esta manera á semejante mujer?

En el teatro era duquesa y aquí era nereyda, náyade, hada. Allá y aquí una aparicion. Trató de huir, pero fueron inútiles sus esfuerzos; sus miradas eran para él dos cadenas que le ataban á aquella vision.

Era cortesana? era vírgen?... Las dos cosas. Mesalina, acaso presente en lo invisible, debia sonreir, y Diana, velar. Destellaba aquella hermosura la claridad de lo inaccesible, y no hay pureza comparable á su forma casta y altiva. Se conoce la nieve que nadie ha tocado; la blancura sagrada de la Yungfran es la de aquella mujer. La divinidad de un sueño augusto se traspiraba de su frente inconsciente, de su suelta cabellera, de sus pestañas caidas, de sus azuladas venas, vagamente visibles; de la redondez escultural de los pechos, de las caderas y de las rodillas, que se adivinaban al través de la camisa. Esta impureza se disolvia en resplandecimiento, porque aquella criatura casi desnuda estaba tan tranquila, como si tuviese derecho á participar del cinismo de los dioses; se creia ser olímpica, hija del abismo, y poder llamar padre al Océano; y se exhibia, inabordable y soberbia, á las miradas, á los deseos, á los delirios y á

las demencias de todo el que pasase, adormecida tan orgullosamente en aquel lecho, como Vénus, entre espuma, en la inmensidad.

Se durmió por la noche y prolongaba su sueño hasta muy entrado el dia, con confianza que empezó en la oscuridad y que continuaba en la luz.

Gwynplaine, extremeciéndose, la admiraba. Admiracion dañosa, que le interesaba demasiado y le causaba miedo.

La caja de sorpresas de la suerte no se agota nunca, y Gwynplaine creia ya haberla agotado, pero en este momento comprendió su equivocacion. ¿Qué significaban aquellos relámpagos brillando sin cesar á sus ojos y lanzándole á él el rayo de una diosa dormida?... ¿Qué significaban aquellas aberturas sucesivas de cielo, de las que salia al fin el bello ideal deseado y temible? ¿Qué significaban las complacencias del tentador desconocido, que le juntaban, una despues de otra, sus aspiraciones vagas, sus confusas veleidades con sus malos pensamientos convertidos en carne viva, oprimiéndole con la embriagadora série de realidades sacada de lo imposible? ¿Qué significaba su vértigo arreglado exprofeso? Por qué estaba allí aquella mujer? Por qué y cómo? No podia explicárselo. Ni comprendia por qué estaban allí ella ni él. ¿Le hacian par de Inglaterra expresamente para esta duquesa? ¿Quién los juntaba á los dos? ¿Quién era el engañado? Quién era la víctima? Todo esto no lo veia Gwynplaine con claridad, pero lo entreveia al través de las nubes que cruzaban por su cerebro. Oscuras fuerzas le agarrotaban misteriosamente y estaba encadenado y sin voluntad. Se creia esta vez que estaba loco irremediablemente, y continuaba la sombría caida á pico en el precipicio del deslumbramiento.

Aquella deidad continuaba durmiendo: el estado de Gwynplaine iba agravándose por momentos, y no veia ya á la lady, ni á la duquesa, ni á la dama, sino á la mujer.

Las desviaciones existen en el hombre en estado latente. Los vicios tienen preparado en nuestro organismo una huella invisible, hasta cuando somos inocentes y puros en la apariencia. Estar sin mancha no es estar sin defectos. El amor es una ley. La voluptuosidad es una red; en ella existe la embriaguez y la borrachera; la embriaguez consiste en desear una mujer, y la borrachera en desearlas todas.

Gwynplaine, fuera de sí, temblaba. Cómo resistir aquel encuentro? Allí no habia excesos de ropa, ni toilette prolija y coqueta, ni exageracion galante, que se enseña y que se oculta; allí no habia ninguna nube; solo veia la desnudez en su terrible concision, una especie de suma misteriosa, descaradamente edénica. Eva siendo peor que Satanás. Lo humano y lo sobrehumano amalgamados. Éxtasis inquieto, que conduce al triunfo brutal del instinto contra el deber. El contorno soberano de la hermosura es imperioso, y cuando sale de lo ideal y se digna ser real, aproximarse á él es funesto para el hombre.

Algunas veces la duquesa mudaba de sitio blandamente en la cama y adquiria los vagos movimientos del vapor en en el azul del cielo, y cambiaba de actitud como la nube cambia de forma; ondulaba, componiendo y descomponiendo curvas encantadoras. La mujer tiene todas las flexibilidades del agua, y como ésta, tenia la duquesa un no sé qué de intangible, y, cosa extraña, su carne era visible y permanecia siendo esa mujer quimérica. Gwynplaine, conturbado y pálido, la contemplaba. Sentia palpitar su pecho y creia oir la respiracion de un fantasma. Se sentia atraido y se esforzaba por resistir á la atraccion. ¿Qué hacer contra ella? qué hacer contra él?

Cualquier cosa esperaba encontrar Gwynplaine en el palacio menos esta tentacion; un guardian feroz, vigilando á la puerta, algun furioso carcelero con quien combatir; creia tropezar con Cancervero y tropezaba con Hebe.

¿Cómo combatir con una mujer dormida?

Gwynplaine cerraba los ojos, deslumbrado por un exceso de luz; pero, al través de los cerrados párpados, la entreveia más tenebrosa, pero más seductora aun.

Huir no era fácil; probó y no pudo: al ir á retrogradar, la tentacion le clavó los piés en el piso; avanzar le era posible, retroceder, no. Los invisibles brazos de la falta salen del suelo y nos arrojan por la pendiente.

Que la emocion se gasta, es una de las vanalidades que acepta todo el mundo, y es una falsedad. Es como si se dijera que cayendo ácido nítrico gota á gota sobre una llaga, ésta se adormece y no duele. La verdad es que, á medida que se redobla, la sensacion es más aguda.

Gwynplaine, de asombro en asombro, habia llegado al paroxismo; su razon

era una copa que este nuevo estupor hacia rebosar. Carecia de brújula; solo tenia la certeza de estar delante de una mujer, y la irremediable felicidad que entreveia le parecia que iba á ser un naufragio, pero era incapaz de dirigir el rumbo; se lo impedian la corriente irresistible y el escollo; el escollo no era una roca, sino una sirena. El imán estaba en el fondo del abismo; queria Gwynplaine sustraerse á su atraccion, pero no podia. No encontraba punto de apoyo. La fluctuacion humana es infinita, y el hombre puede verse desamparado como el navío: su áncora es la conciencia, y la conciencia—es un hecho lúgubre—puede romperse.

A Gwynplaine no le quedaba ni aun el recurso extremo de decirse: Soy un hombre desfigurado y horroroso, ella me rechazará; porque aquella mujer le escribió que le amaba.

Era la duquesa! la tenia ante él, en su alcoba, en sitio desierto, dormida, sola y entregada á discrecion.

Se vé brillar una estrella en el espacio y se la admira desde lejos, porque hay que temer de una estrella fija. Una noche se vé cómo cámbia de sitio, y se distingue un extremecimiento de claridad á su alrededor. Este astro, que creimos impasible, se mueve, y ya no es estrella, es cometa: es el inmenso incendiario del cielo. El astro anda, crece y, sacudiendo su cabellera de púrpura, adquiere inmensa magnitud. Se dirige á la parte donde estais. ¡Oh, qué terror; viene hasta vosotros! el cometa os conoce y os desea. ¡Espantosa aproximacion celeste! Os dá demasiada luz y os ciega, porque el exceso de vida dá la muerte. Rechazais el avance que os ofrece el zenit. Rechazais las proposiciones amorosas del abismo. Os tapais los ojos con las manos, os escondeis, os ocultais y os creeis salvados. Volveis á abrir los ojos y os encontrais otra vez con la temible estrella, que ya no es estrella, sino mundo: mundo desconocido, mundo de lava y de áscuas, devorador prodigio de las profundidades que llena el cielo. El carbunclo del fondo del infinito, que es diamante desde lejos, es horno de cerca, y os encontrais entre sus llamas, conociendo que comienza vuestra combustion por un calor de paraiso.

## IV.

### Satanás.

De repente la dormida se despertó, incorporándose con brusca majestad; su cabellera suelta se esparció sobre sus hombros, que su caida camisa descubrió; contempló un instante sus piés desnudos, dignos de ser adorados por Pericles y copiados por Fidias, y despues se estiró y bostezó como una tigre cuando sale el sol.

Gwynplaine respiraba con esfuerzo, como cuando se retiene el aliento.

—Quién está ahí? dijo bostezando y con meloso acento.

Gwynplaine oyó su voz, que desconocia; voz encantadora, acento deliciosamente altivo, que tenia la entonacion de la caricia atemperando el hábito del mando.

Al mismo tiempo, arrodillándose sobre el lecho (existe una estátua antigua así arrodillada, formando pliegues transparentes), se atrajo la bata y se arrojó de la cama, y estuvo en pié, desnuda, el escaso tiempo que se necesita para ver pasar una flecha, y se envolvió rápidamente en la bata; las mangas de ésta eran tan largas, que le tapaban las manos.

Tiró hácia la espalda la mata de sus cabellos; se fué detrás de la cama, al fondo de la alcoba, y aplicó el oido al espejo, que indudablemente cubria una puerta; llamó al espejo con la diminuta curva que forma el dedo índice replegado, y dijo:

—Sois vos, lord David? ¿Pues qué hora es? Eres tú, Barkilphedro? Viendo que no le contestaban, se volvió hácia el otro lado.

—No, no es por esa parte, dijo. ¿Quién está en el cuarto del baño? Respondedme, porque nadie puede entrar por ahí.

Se dirigió hácia la cortina de tela de plata, la descorrió y entró en la cámara de mármol.

Gwynplaine sintió el frio de la agonía; era tarde para huir, y tampoco tenia fuerzas para esto. Deseaba que la tierra se abriera y le tragara; no podia evitar ya que le viese.

La duquesa le vió y le miró, prodigiosamente asombrada, pero sin extremecerse, con una mezcla de felicidad y de desprecio.

—Calla, dijo, es Gwynplaine!

Súbitamente, dando un brinco violento, porque esa gata era una pantera, se

arrojó á su cuello y le apretó la cabeza entre sus brazos desnudos, porque en su arrebato se habian salido de las mangas.

De pronto rechazó á Gwynplaine, poniendo sobre los hombros de éste sus diminutas manos con fuerza, y frente á frente de él se puso á contemplarlo extrañamente. Gwynplaine miraba tambien la pupila negra y la pupila azul de la duquesa, admirado de la doble fijeza de la mirada infernal y de la mirada celeste. Este hombre y esta mujer se comunicaban siniestro deslumbramiento, se fascinaban mútuamente, él por la deformidad, ella por la hermosura.

Gwynplaine callaba como oprimido por un peso que se lo impedia: la duquesa exclamó:

—Tienes talento y por eso has sabido venir aquí. Supiste que me obligaron á salir de Lóndres y me has seguido. Has hecho bien. Es extraordinario que estés aquí.

La toma recíproca de posesion dá de pronto la luz de un relámpago, y Gwynplaine, confusamente aconsejado por temor vago, salvaje y honrado, retrocedió; pero le retenian las uñas rosadas que se crisparon en sus hombros, haciéndole comprender algo inexorable. Estaba en el antro de una mujer salvaje, él que era hombre salvaje tambien.

La duquesa continuó hablando:

—La necia Ana, ya puedes comprender que me refiero á la reina, me hizo venir á Windsor, sin saber por qué, y cuando vine estaba encerrada con el idiota del canciller. ¿Pero cómo conseguiste penetrar hasta mí? Eres lo que se llama un hombre. Para tí no hay obstáculos. Te llamé y has venido. ¿Sabes quién soy? Soy la duquesa Josiana; creia que lo sabias. ¿Quién te ha introducido en el palacio? Mi groom sin duda; es muy inteligente. Le daré cien guineas. ¿Cómo te lo arreglaste para entrar? Dímelo; pero no me lo digas, no quiero saberlo. Las esplicaciones empequeñecen lo que se esplica; prefiero las sorpresas. Eres tan monstruoso que eres una maravilla. ¿Caes del empíreo ó subes de tres estancias debajo de la tierra á través de la trapa del Erebo? ó el techo ó el piso se han abierto; ¿desciendes de las nubes ó asciendes entre una llamarada de azufre y así llegas hasta mí? Mereces entrar en mi morada como los dioses. No hay más que hablar, eres mi amante.

Gwynplaine, con el juicio extraviado, la oia y su resolucion vacilaba. Era imposible que dudase ya. La realidad no podia ser más evidente; esta mujer confirmaba la carta que le escribió. ¡Él el amante de una duquesa, y el amante escogido!... El orgullo inmenso de mil cabezas sombrías se agitó en su infortunado corazon.

La duquesa continuó:

—Ya que vienes, es que quieres serlo, y yo no deseo otra cosa. Existe álguien arriba ó abajo que nos lanza el uno al otro. Esponsales de la Stigia ó de la Aurora, esponsales desenfrenados fuera de las leyes. El dia que te ví dije:—Es él, le reconozco. Es el mónstruo de mis sueños, será mio. Es indispensable ayudar al destino. Por eso te escribí. Una pregunta, Gwynplaine; ¿crees en la predestinacion? Yo creo desde que leí el *Sueño de Escipion*, de Ciceron. Calle, no me habia fijado en ello. Vas vestido de gentil-hombre. Eso por qué? ¿No eres saltimbanqui? Pues vístete como debes, que un volatinero vale tanto como un lord. Qué crees que son los lores? Pues son clows. Tienes hermosa figura, estás muy bien modelado. Es sorprendente que te encuentres aquí. Cuándo viniste? ¿cuánto tiempo estás aquí? ¿Me has visto desnuda? Soy hermosa, no es verdad? Iba á tomar el baño. Yo te amo! ¿Leiste mi carta? La leiste ó te la leyeron? ¿Sabes leer? Debes ser ignorante. ¿Te hago preguntas, pero no me contestas. No me gusta tu voz, es demasiado dulce; eres un sér incomparable y no debias hablar, debias rechinar. Cantas armoniosamente, y eso es lo único que en tí me desagrada; todo lo demás en tí es formidable, es soberbio. En la India serias un dios. ¿Naciste con la risa espantosa que no se borra en tu fisonomía? Verdad que no? Sin duda te la causó una mutilacion penal; debes haber cometido algun crímen. Ven á mis brazos.

La duquesa se dejó caer en el canapé é hizo caer á Gwynplaine junto á ella, encontrándose uno al lado del otro sin saber cómo.

La gran señora, apoyando su mirada fija en Gwynplaine, exclamó, dirigiéndose á él:

—¡Qué felicidad es verme degradada estando á tu lado!... Ser siempre alteza es insípido: soy augusta y serlo me fatiga; decaer hace descansar; estoy tan saturada de respeto, que me hace falta que me desprecien. Somos las grandes damas algo extravagantes, empezando por Venus y Cleopatra, por la de Chevreuse y por la de Longueville, y conclu-



SEÑORA..........
SILENCIO QUE TE ESTOY CONTEMPLANDO.

yendo por mí. Me vanagloriaré de tí, ya lo verás. Mi amor ligero causará una contusion á la real familia de los Estuardos, á la que pertenezco. Por fin respiro! al cabo encontré la salida y voy á verme fuera de la majestad. Salirme de mi esfera es ser libre; desafiarlo todo y romperlo todo es vivir. Escucha, yo te amo.

Se interrumpió para lanzar á Gwynplaine espantosa sonrisa, y continuó en seguida:

—Te amo, no solo porque eres deforme, sino porque eres un sér despreciable; me entusiasma en tí el mónstruo y el histrion. Tiene sabor extraordinario el amante humillado, bufon, grotesco y repugnante, que se expone para que el público se ria de él en la picota que se llama teatro; eso es morder una fruta del abismo, y es exquisito un querido infamante. Tener entre los dientes la manzana, no del paraiso, sino del infierno, es la verdadera tentacion, y yo tengo esa hambre y esa sed, yo soy esa Eva, la Eva del abismo. Tú eres un demonio, probablemente sin saberlo. Me he conservado para la máscara de mis sueños. Tú eres un muñeco de carton, al que un espectro tira del hilo; eres la vision de la gran risa infernal. Eres mi dueño y te esperaba. Necesitaba un amor como el de las Medeas ó el de las Canidias. Estaba segura de que me sucederia alguna de las extrañas aventuras de la noche. Eres lo que yo deseaba. Te digo un monton de cosas que no debes comprender. Nadie me ha poseido, Gwynplaine, y me entrego á tí, pura como la brasa ardiente. No me creerás, pero tú ignoras que esto me es indiferente.

Las palabras de la duquesa salian de sus labios con el atropello de una erupcion: si se practicase una abertura en un flanco del Etna, daria una idea exacta de su chorro de llamas.

Gwynplaine balbuceó:

—Señora!...

—¡Silencio, que te estoy contemplando!... Gwynplaine, soy mujer sin mancha, pero desenfrenada. Soy la vestal bacante. Ningun hombre me poseyó; podria ser la pitonisa de Delfos y apoyar el talon desnudo sobre el trípode de bronce, en el que los sacerdotes se apoyaban con los codos sobre la piel de Piton para dirigir sus preguntas al dios invisible. Mi corazon es de piedra, pero semejante á los guijarros misteriosos que el mar arrastra al pié de la roca Huntly Nabb, en la embocadura de la Thees, dentro de los que, cuando los rompen, se encuentra una serpiente; esta serpiente es mi amor. Amor todopoderoso, ya que te hizo venir mediando entre los dos una distancia imposible. Yo estaba en Sirius y tú estabas en Allioth: recorriste la desmesurada travesía y ya estás aquí. Me alegro. Tócame. Tómame.

La duquesa se paró, extremeciéndose; despues, sonriendo, prosiguió:

—Gwynplaine, soñar es crear; un deseo es un llamamiento. Construir una quimera es provocar á la realidad. La sombra todopoderosa y terrible no quiere que desconfiemos de ella, y satisface nuestros deseos y te trae á mi lado. ¿Me atreveré á perderme? Sí. ¿Me atreveré á ser tu querida? Con verdadero placer, porque, Gwynplaine, soy mujer, y la mujer es arcilla que desea ser fango. Tengo necesidad de despreciarme á mí misma. Esto sazona el orgullo. La liga de la grandeza es la bajeza; nada se combina tan bien. Despréciame tú, á quien todos desprecian. Envilecerse con el envilecimiento es una voluptuosidad, y yo quiero coger la flor doble de la ignominia. Sabes por qué te idolatro? porque te desprecio; estás tan por debajo de mí, que te pongo en un altar. Mezclar lo alto con lo bajo es producir el caos, y el caos me deleita. Todo empieza y acaba por el caos. Qué es el caos? un inmenso ensuciamiento; de él Dios sacó la luz y su cloaca formó el mundo. No sabes hasta qué extremo soy perversa. Soy un astro petrificado en el fango.

Hablando de este modo, aquella mujer formidable enseñaba desnudo por entre la ropa deshecha su torso de vírgen.

Despues prosiguió:

—Soy perra para tí y loba para todo el mundo; ¡cómo voy á asombrar!... ¡Me es muy grato el asombro de los imbéciles!... No soy diosa? Pues Anfítrite se entregó al cíclope *Fluctivona Amphitrite*. No soy hada? Urgelia se entregó á Bugryx, el andropstero, que tenia ocho manos. No soy princesa? Pues María Estuardo amó á Rizzio. Esas tres beldades se enamoraron de tres mónstruos. Pero yo valgo más que ellas, porque tú eres más horrible que ellos. Hemos nacido el uno para el otro; Gwynplaine, tú eres mónstruo por fuera y yo lo soy por dentro. Este es el motivo de mi amor, ó si quieres darle otro nombre, de mi capricho. Hay entre los dos afinidad sideral; uno y otro pertenecemos á la noche, tú por la fisonomía y yo por la inteligencia. En cuanto tú llegas, sale el alma fuera de mí, el alma que yo desco-

nocia y que es sorprendente. Tu sola aproximacion basta para hacer salir una hidra de la diosa. Tú me revelas mi verdadera naturaleza, consigues que me descubra á mí misma. Ya ves que me parezco á tí. Mírate en mí como en un espejo; tu rostro es mi alma. No sabia yo que era horrible hasta este extremo. Soy tambien un mónstruo!

La duquesa, riendo como un niño, se acercó á la almohada y le dijo en voz baja:

—Vas á ver una mujer loca!

Gwynplaine absorbió la mirada que ella le lanzó. Una mirada es á veces un filtro. La ropa de la duquesa tenia desarreglos temibles. El éxtasis ciego y bestial invadia á Gwynplaine; éxtasis que participaba de la agonía. Mientras aquella mujer hablaba, el saltimbanqui sentia salpicaduras de fuego y no se encontraba con fuerzas para hablar. Ella, interrumpiéndose y contemplándole, le asió bruscamente las dos manos y le dijo:

—Gwynplaine, yo soy el trono y tú eres el tablado; caigo en él y soy dichosa. Quisiera que todo el mundo supiera hasta qué punto soy abyecta. Se prosternarian más aun ante mí, porque el que más nos aborrece es el que más se arrastra. Así es el género humano; hostil, pero reptil; dragon, pero gusano. Soy depravada como los dioses! No desmiento que soy la hija bastarda de un rey y obro como reina. ¿Qué era Rhodopa? Una reina que amó á Phtéh, que era un hombre con cabeza de cocodrilo, y construyó en honor de éste la tercera pirámide. Pentesilea amó al centauro, llamado Sagitario, que es una constelacion. Y Ana de Austria á Mazarino, que era bastante feo. Pero tú no eres feo, eres deforme. La fealdad es una pequeñez y la deformidad una grandeza. Lo feo es la mueca que hace el diablo detrás de lo bello, y lo deforme es el reverso de lo sublime. El Olimpo tiene dos vertientes: una en la claridad, que produce á Apolo, y otra en la sombra, que produce á Polífemo. Tú eres un Titán; serias Behemoth en un bosque, Leviatán en el Océano y Tifon en la cloaca. Tú eres supremo. Parece que el rayo haya causado tu deformidad y que haya desarreglado tu fisonomía. Parece que hayas sufrido un colérico puñetazo de llama en el rostro, que al apagarse te lo petrificó. La vasta cólera de la oscuridad, en un acceso de rabia, enredó tu alma debajo de tu espantoso semblante sobrehumano. El infierno es un brasero penal, donde se calienta el hierro rojo que se llama la fatalidad, y tú estás marcado con ese hierro. Amarte es comprender lo que es grande. Yo alcanzo este triunfo. Te amo y te he soñado muchas, muchísimas noches. Este palacio es mio. Te enseñaré los jardines; hay en ellos manantiales que cubren las ramas y las hojas; hay grutas que convidan á abrazarse y grupos de mármol de Bernin. Hay muchísimas flores; en la primavera hay un incendio de rosas. No sé si te he dicho que soy hermana de la reina, pero haz de mí lo que quieras, que he sido creada para que Júpiter me bese los piés y para que Satanás me escupa á la cara. Qué religion profesas? Yo soy papista; mi padre Jacobo II murió en Francia rodeado de gran número de jesuitas. Nunca sentí lo que siento á tu lado. Quisiera estar por la noche junto á tí, mientras tocase una música, pegados los dos á un mismo almohadon, debajo de la vela de púrpura de una galera de oro, en medio de las infinitas dulzuras del mar. Insúltame. Pégame, pégame. Trátame como á una infeliz criatura, que yo te adoro.

Hay caricias que ruborizan, pero aquella mujer sabia combinar la fiereza con la gracia, y esta combinacion producia un resultado trágico; ya enseñaba la garra, ya la mano delicada. Idolatraba con insolencia, y sabia comunicar su locura con su lenguaje inexpresable, violento y tierno á la par. Sus insultos no ofendian, porque ultrajaba lo que adoraba, y daba bofetones á lo que deificaba; su acento imprimia á sus palabras, furiosas y enamoradas, cierta grandeza de Prometeo. Las fiestas de la gran diosa, que cantó Esquilo, daban á las mujeres que buscaban á los sátiros á la luz de las estrellas su sombría rabia épica; sus paroxismos complicaban las danzas en la oscuridad, debajo de las ramas de Dodona. Aquella mujer se transfiguraba, si es posible transfigurarse á la parte opuesta al cielo; sus cabellos se extremecian, como la melena del leon; sus ropas se cerraban y se abrian, y era sobrenatural la lucidez de su pupila azul al lado del centelleo de su pupila negra. Gwynplaine desfallecia ante tan irresistible tentacion.

—Yo te amo! gritó aquella mujer, estampando un beso en la boca del saltimbanqui.

Homero extendia nubes para que cubriesen á Júpiter y á Juno, que quizás

iban á ser necesarias para Gwynplaine y Josiana. Era para Gwynplaine exquisito y fulgurante ser querido de aquel modo por una mujer que no era ciega, que le veia y que le oprimia los labios con la presion divina de los suyos. Perdia la memoria ante aquella gran señora, llena de enigmas, y hasta el recuerdo de Dea se desvanecia en él.

Gwynplaine amaba á la duquesa? ¿Tiene el hombre, como el globo, dos polos? ¿Somos la esfera que dá vueltas sobre eje inflexible, astro de lejos, fango de cerca, en la que alternan el dia y la noche? ¿El corazon tiene dos lados: uno que ama, en la parte luminosa, y otro que ama, en la parte oscura, y en aquel la mujer es rayo y en el otro cloaca? Siendo necesario el ángel, ¿será tambien necesario el demonio? ¿Suena la hora crepuscular fatalmente para todos? ¿La falta constituye parte integrante de nuestro destino, que no podemos rehuir? ¿Es la falta una deuda que debemos pagar? Misterios son esos impenetrables.

Existe, esto no obstante, una voz interna que nos dice que es un crímen ser débiles. A Gwynplaine le combatian en aquellos momentos la carne, la vida, el espanto, la voluptuosidad, la embriaguez, que le abatia, y toda la vergüenza de que es capaz el orgullo.

Iba acaso á caer?

—Yo te amo, repitió Josiana, estrechando contra su pecho al volatinero jadeante.

De repente, cerca de ellos, sonó vibrando una campanilla; era el timbre de la pared que tocaba. La duquesa volvió la cabeza y preguntó:

—Quién es?

Bruscamente, produciendo el ruido del resorte de una trapa, se abrió el pannean de plata que tenia incrustada la corona real y apareció un torno forrado de terciopelo azul, que presentaba una carta en una fuente de oro. La carta era voluminosa y cuadrada, colocada de modo que se pudiese ver el sello, que estaba marcado sobre cera roja. El timbre continuaba sonando.

El pannean abierto tocaba casi con el canapé donde estaban sentados los amantes. La duquesa, reclinada y sosteniéndose con un brazo del cuello de Gwynplaine, extendió el otro brazo, tomó de la fuente la carta y empujó el pannean. El torno se cerró y calló el timbre.

La duquesa rompió la cera y el sobre, sacó dos pliegos que contenia la carta y arrojó el sobre á los piés de Gwynplaine. A pesar de no estar entero el sello de la cera, éste pudo adivinar en él una corona real y debajo la letra A. Juntando los dos pedazos del sobre desgarrado podia leerse esta direccion: *A su gracia la duquesa Josiana.*

Los dos pliegos que llegaron á las manos de la gran señora, uno era un pergamino y el otro una vitela; el pergamino grande y la vitela pequeña. El pergamino llevaba el sello de cera verde de la cancillería. Palpitante la duquesa y con los ojos estáticos, hizo imperceptible mohin de fastidio.

—Qué será esto que me envia? Papeles viejos. Qué fastidiosa es esa mujer!...

Dejando el pergamino en el canapé, entreabrió la vitela.

—Es su letra, dijo, es la letra de mi hermana. Gwynplaine, antes te pregunté si sabias leer. Sabes?

Gwynplaine hizo en la cabeza un signo afirmativo.

La duquesa se extendió en el canapé, casi acostada, ocultó cuidadosamente los piés entre la bata y los brazos en las mangas, con caprichoso pudor, dejando entreabierto el seno; mirando apasionadamente á Gwynplaine y dándole la vitela, le dijo:

—Gwynplaine, ya que eres mio, comienza á servirme. Léeme, amante mio, la carta que me escribe la reina.

El saltimbanqui tomó la vitela, la desdobló, y con voz temblorosa leyó lo siguiente:

"Señora:

Os enviamos la copia adjunta de un proceso verbal, certificado y sellado por nuestro servidor William-Cowper, lord-canciller del reino de Inglaterra, de cuyo proceso resulta la considerable particularidad de que se ha encontrado al hijo legítimo de lord Lineus Clancharlie y que se ha identificado su persona, que es la conocida por el nombre de *Gwynplaine*, dedicado á la existéncia ambulante y vagabunda, entre saltimbanquis y volatineros. Esta supresion de estado se remonta hasta su más tierna edad; segun disponen las leyes del reino, en virtud de su derecho hereditario, lord Fernando Clancharlie, hijo de lord Lineus, será desde hoy mismo admitido y reintegrado en la Cámara de los Lores. En prueba del afecto que os profesamos y deseando que conserveis la transmision de los bienes y dominios de los lores Clancharlie Hunkerville, le sustituiremos respecto á vos á lord David Dirry-Moir. Hemos hecho conducir á lord Fernando

á vuestra residencia de Corleone-lodge, y mandamos y queremos, como reina y como hermana, que dicho lord Fernando Clancharlie, llamado hasta hoy Gwynplaine, sea vuestro esposo y os casareis con él, porque esta es nuestra voluntad real.„

Mientras el volatinero leia, cambiando de entonacion casi á cada palabra, la duquesa, erguida en el canapé, escuchaba, con los ojos fijos en el lector. Cuando Gwynplaine terminó la lectura de la carta, ella se la arrancó de las manos.

—ANA, REINA, dijo la duquesa leyendo la firma con particular entonacion. Recogió del suelo el pergamino que habia arrojado á él y le leyó para sí. Era la declaracion de los náufragos de la *Matutina*, copiada en un proceso verbal, firmado por el sheriff de Southwark y por el lord-canciller.

Cuando terminó la lectura del proceso verbal, releyó el mensaje de la reina; despues exclamó:

—Sea!

Y con calma, señalando con el dedo á Gwynplaine la puerta de la galería por la que entró, le dijo:

—Salid!

Gwynplaine quedó petrificado y permaneció inmóvil.

La duquesa, con acento glacial, repuso:

—Ya que sois mi marido, salid.

Gwynplaine, sin poder articular palabra, con los ojos inclinados al suelo como un culpable, no se movia.

La gran señora añadió:

—No teneis derecho para estar aquí. Este es el sitio de mi amante.

Gwynplaine continuaba clavado en tierra.

—Pues bien, dijo Josiana. Si no os vais, me iré yo. Sois mi marido, ¡tanto mejor! Os ódio.

Levantóse, y lanzando á no sé quién en el espacio un altivo gesto de adios, salió de la cámara.

El portier de la galería se cerró tras ella.

## V.

### Nos reconocemos, pero no nos conocemos.

Gwynplaine quedó solo, solo ante la pila de baño tibio y ante la cama deshecha.

La pulverizacion de sus ideas llegó á su colmo. Lo que pensaba no tenia la realidad del pensamiento; era una difusion, una dispersion, la angustia de encontrarse en lo incomprensible. Habia en él algo semejante al sálvese el que pueda de un sueño.

La entrada en mundos incomprensibles no es cosa muy sencilla. Desde la carta de la duquesa que le entregó el *groom*, una série de sucesos sorprendentes pasaban ante Gwynplaine, cada vez menos inteligibles. Hasta este instante soñaba, pero veia claro; desde ahora andaba á tientas. Ya no pensaba, ni soñaba; sufria.

Gwynplaine se quedó sentado en el canapé, en el mismo sitio en que la duquesa le dejó.

De repente oyó en la oscuridad ruido de pasos de hombre; esos pasos venian de la parte opuesta á la galería, por donde salió la duquesa, y se aproximaban. Gwynplaine, á pesar de su absorcion, les prestó oido.

Súbitamente, á la parte de allá de la cortina de tela de plata, que la duquesa dejó entreabierta, detrás de la cama, la puerta que era fácil sospechar que existia tras el espejo se abrió del todo, y una voz masculina y alegre, cantando, lanzó hasta la cámara de los espejos el estribillo de una antigua cancion francesa:

*Trois petits gorets sur leur fumier*
*Juraient comme des porteurs de chaise.* (1)

Entró un hombre que llevaba espada al cinto y en la mano un sombrero con plumas, con cordoncillo y escarapela, y que vestia traje de marino, galoneado.

Gwynplaine se levantó al verle, como si un resorte le hubiera puesto en pié. Reconoció al que entraba y éste tambien á él; de los dos hombres, estupefactos, se escapó al mismo tiempo este grito:

—Gwynplaine!

—Tom-Jim-Jack!

El hombre del sombrero de plumas se acercó á Gwynplaine, que cruzó los brazos.

—Cómo estás aquí, Gwynplaine? le preguntó.

—Y tú á qué vienes? le interrogó á su vez el volatinero.

—Ah, ya comprendo! ¡Será un capricho de Josiana!... ¡No habrá podido resistir á la tentacion de un saltimbanqui que es un mónstruo! Te disfrazas para venir aquí, Gwynplaine.

—Y tú tambien, Tom-Jim-Jack.

—¿Qué significa ese traje de lord que llevas?

(1) Tres pequeños cerdos entre el estiércol juraban como dos conductores de silla de manos.—(N. del T.)

—¿Y qué significa ese traje de oficial de marina que usas?

—No respondo á las preguntas, Gwynplaine.

—Ni yo, Tom-Jim-Jack.

—Yo no me llamo Tom-Jim-Jack.

—Tampoco yo me llamo ya Gwynplaine.

—Yo estoy en mi casa.

—El que está en su casa soy yo.

—Te prohibo que me hagas el eco. Si usas la ironía, yo usaré de mi baston. Mide tus palabras, miserable!

Gwynplaine palideció.

—El miserable eres tú, y me darás satisfaccion de ese insulto.

—En tu barracon, cuando quieras y á puñetazos.

—Aquí y á estocadas.

—Amigo Gwynplaine, la espada solo es arma de gentiles-hombres y yo solo me bato con mis iguales. Somos iguales ante los puños, pero desiguales ante la espada. En la posada Tadcaster, Tom-Jim-Jack puede boxar con Gwynplaine, pero en Windsor es diferente. Es necesario que sepas que soy contralmirante.

—Pues es menester que no ignores que soy par de Inglaterra.

El contralmirante lanzó estrepitosa carcajada.

—Y por qué no rey? dijo. Verdaderamente tienes razon, porque un histrion desempeña todos los papeles. Dime si te place que eres Teseo, duque de Atenas.

—Soy par de Inglaterra y nos batiremos.

—Gwynplaine, tu farsa es ya pesada. No te burles de quien puede hacer que te azoten. Me llamo lord David Dirry-Moir.

—Y yo me llamo lord Fernando Clancharlie.

Lord David prorumpió en otra carcajada.

—Está bien discurrido que Gwynplaine sea lord Clancharlie, porque es preciso ese título para poseer á Josiana. Escucha y te perdono. Sabes por qué? Porque somos los dos sus amantes.

El portier de la galería se corrió y se oyó una voz que dijo:

—Caballeros, sois sus dos maridos.

Al oir esto los dos aludidos volvieron la cabeza.

—Barkilphedro! exclamó lord David.

Barkilphedro era efectivamente, y saludó sonriendo y profundamente á los dos lores.

Detrás de él, á algunos pasos de distancia, se veia á un gentil-hombre, de fisonomía respetuosa y severa, que llevaba en la mano una varilla negra. Avanzó dicho gentil-hombre, hizo tres reverencias á Gwynplaine y le dijo:

—Milord, soy el ujier de la vara negra y vengo á buscar á vuestra señoría, cumpliendo las órdenes de su majestad.

# LIBRO OCTAVO

## El Capitolio y su vecindad.

### I.

#### Diseccion de las cosas magestuosas.

La temible ascension, que hacia ya muchas horas que cambiaba los deslumbramientos de Gwynplaine y que le llevó á Windsor, le volvió á transportar á Lóndres. Las realidades mágicas se desarrollaban ante él sin solucion de continuidad; no podia sustraerse á ellas: cuando una desaparecia, aparecia otra, sin dejarle respirar.

La suerte es un juglar: sus proyectiles, que caen, suben y vuelven á caer, son los hombres en las manos del destino: proyectiles y juguetes á la par.

La tarde de aquel mismo dia Gwynplaine se encontraba en un sitio extraordinario. Estaba sentado en un banco flordelisado. Llevaba, sobre su traje de seda, una especie de toga de terciopelo escarlata forrada de tafetan blanco, roquete de armiño, y en los hombros dos tiras de armiño bordadas de oro.

Habia á su alrededor hombres de todas las edades, jóvenes y viejos, sentados como él en asientos flordelisados, y como él vestidos de armiño y de púrpura. Delante de él habia otros hombres arrodillados y vestidos con trajes de seda negra; algunos de estos escribian.

Enfrente de donde estaba Gwynplaine, pero á alguna distancia, veia un graderío, un estrado y un dosel; un ancho escudo brillante, en el que campeaban un leon y un unicornio, y en lo alto de las gradas, en el estrado y bajo el dosel, pegado al escudo, un sillon dorado, que remataba en una corona: era el trono, el trono de la Gran-Bretaña.

Gwynplaine estaba sentado, como par, en la Cámara de los Pares de Ingla-

terra. Veamos ahora cómo se verificó su introduccion.

Para el saltimbanqui fué toda la jornada, desde la madrugada hasta el anochecer, desde Windsor hasta Lóndres, desde Corleone-lodge hasta Westminster-Hall, un contínuo ascenso, de escalon en escalon, y cada escalon le producia nuevo aturdimiento.

De Windsor vino en los carruajes de la reina y con la escolta que corresponde á los pares. La guardia que honra es muy semejante á la que custodia.

Dicho dia los habitantes del camino de Windsor á Lóndres vieron galopar en él una cabalgata de gentiles-hombres, pensionarios de su majestad, que acompañaban dos sillas con gran séquito y caminaban en posta real. En la primera iba el ujier de la vara negra y en la segunda se veia un sombrerote con plumas blancas, que tapaba la cabeza del que lo usaba. Quién era? ¿Un príncipe ó un prisionero? Era Gwynplaine.

Podia ser un hombre conducido á la torre de Lóndres ó un hombre llevado á la Cámara de los Pares.

La reina estuvo oportuna: como se trataba del futuro marido de su hermana, le prestó la escolta de su propio servicio.

El oficial del ujier de la vara negra montaba á caballo, al frente del acompañamiento; el ujier llevaba en el banquillo de la silla de posta un almohadon de tela de plata: sobre él descansaba una cartera negra, timbrada con la corona real.

En Brentford, último sitio de parada, antes de llegar á Lóndres, se pararon las dos sillas y la escolta.

Allí les esperaba una carroza de concha, á la que enganchaban cuatro caballos, y que llevaba cuatro lacayos detrás, dos postillones delante y un cochero con peluca. Ruedas, estribera y todos los adornos de la carroza eran dorados. Los jaeces de los caballos eran de plata. Este coche de gala hubiera podido alternar magníficamente con las cincuenta y una carrozas cuyo diseño nos ha dejado Roubo.

El ujier de la vara negra se apeó, lo mismo que su oficial; éste tomó del banquillo de la silla de postas el almohadon de plata coronado, sosteniéndole con las dos manos y colocándose de pié detrás del ujier.

El ujier abrió la portezuela de la carroza vacía, y despues la de la silla de posta que ocupaba Gwynplaine, é inclinando la vista al suelo, invitó á éste á que subiese á la carroza: así lo verificó Gwynplaine. El ujier, con la vara en la mano, y el oficial, llevando el almohadon, entraron en la carroza, detrás del saltimbanqui, y ocuparon el banquillo bajo, que se destinaba para los pajes en los antiguos coches de etiqueta.

El forro de la carroza era de satin blanco guarnecido de encajes de Binche, con bellotas de oro; el techo era blasonado.

Los postillones de las sillas vestian las casacas doradas de la servidumbre real; el cochero, los postillones y los lacayos de la carroza llevaban diferentes, pero magníficas, libreas.

Gwynplaine, al través del sonambulismo en que estaba sumido, notó el fausto de esos servidores y preguntó al ujier de la vara negra:

—De quién es esa librea?

—La vuestra, milord, le respondió el ujier.

La Cámara de los Lores debia reunirse aquella noche. *Curia erat serena*, como dicen los antiguos procesos verbales. En Inglaterra la vida parlamentaria es una vida nocturna. Sabido es que una vez aconteció á Sheridan empezar un discurso á media noche y terminarlo al salir el sol.

Las dos sillas de posta regresaron vacías á Windsor y la carroza que conducia á Gwynplaine se dirigió á Lóndres; ésta, á pesar de sus cuatro caballos, andó al paso desde Brentford á la capital de la Gran-Bretaña, porque la dignidad de la peluca del cochero así lo exigia. De este modo el ceremonial se iba apoderando de Gwynplaine; el retardo en llegar era calculado, segun todas las apariencias: más tarde veremos el motivo probable.

Era ya casi al anochecer cuando la carroza de concha paró ante la King's Gate, pesada puerta baja entre las dos torrecillas que se comunicaban White-Hall con Westminster.

La cabalgata de gentiles-hombres pensionarios se agrupó alrededor de la carroza; uno de los lacayos de detrás saltó á tierra y abrió la portezuela. El ujier de la vara negra, seguido del oficial, que llevaba el almohadon, bajó de la carroza y dijo á Gwynplaine:

—Milord, dignaos bajar. Vuestra señoría debe permanecer cubierto. Gwynplaine llevaba aun, debajo de la capa de viaje, el traje de seda, que no habia

abandonado desde el dia anterior, pero no traia espada. Dejó la capa en la carroza.

Debajo de la bóveda de las cocheras de la King's Gate habia una pequeña puerta lateral levantada sobre algunos escalones.

El respeto debe preceder á los actos de aparato.

El ujier de la vara negra iba delante, llevando detrás á su oficial; Gwynplaine les seguia. Subieron los escalones y entraron por la puerta lateral. Instantes despues se encontraron en una cámara redonda y ancha, que tenia en el centro un pilar, alumbrada por ojivas estrechas como lancetas de ábside, y que debia ser oscura hasta en las horas de sol. La escasez de luz contribuye muchas veces á la solemnidad. Lo oscuro es majestuoso.

Habia en dicha cámara trece hombres en pié: tres delante, seis en segunda fila y cuatro detrás. Uno de los tres primeros vestia cota de terciopelo encarnado; los otros dos la llevaban del mismo color pero no de terciopelo, sino de satin. Los tres ostentaban en la espalda las armas de Inglaterra, bordadas. Los seis de la segunda fila usaban dalmáticas de moiré blanco, y cada uno de ellos ostentaba en el pecho blason diferente. Los cuatro últimos vestian de moiré negro, pero se diferenciaban unos de otros; el primero por su capa azul; el segundo por un San Jorge de escarlata que llevaba bordado sobre el estómago; el tercero por las dos cruces carmesíes, bordadas tambien, una en el pecho y otra en la espalda, y el cuarto por su alzacuello de forro negro. Gastaban peluca, iban descubiertos y sin espada.

En aquella penumbra apenas se les veia la cara y ellos tampoco podian ver la de Gwynplaine.

El ujier de la vara negra levantóla y dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkeville, yo, ujier de la vara negra, primer oficial de la cámara de presencia, remito á vuestra señoría á Jarretiera, rey de armas de Inglaterra.

El personaje de la cota de terciopelo, dejando á los otros detrás, se adelantó, y saludando hasta el suelo á Gwynplaine, dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, yo soy la Jarretiera, primer rey de armas de Inglaterra; soy el oficial creado y coronado por su gracia el duque de Norfolk, conde-mariscal hereditario. Juré obediencia al rey, á los pares y á los caballeros de la órden. El dia de mi coronamiento, en que el conde-mariscal de Inglaterra me vertió un vaso de vino en la cabeza, prometí solemnemente servir á la nobleza, huir de la compañía de sugetos de mala reputacion, escusar antes que vituperar á las gentes de calidad y socorrer á las viudas y á las vírgenes. Soy el encargado de disponer las ceremonias del entierro de los pares, y cuido y vigilo sus escudos de armas. Desde hoy me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

Uno de los dos hombres que llevaban cota de satin hizo una reverencia y dijo:

—Milord, yo soy Clarence, segundo rey de armas de Inglaterra. Soy el oficial encargado de disponer el entierro de los nobles que no son pares. Me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

El otro hombre, de cota de satin, saludó y dijo á su vez:

—Milord, yo soy Norroy, tercer rey de armas de Inglaterra. Me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

Los seis hombres de la segunda fila, inmóviles y sin saludar, avanzaron un paso. El primero, que estaba á la derecha de Gwynplaine, dijo:

—Milord, somos los seis duques de armas de Inglaterra. Yo soy York.

En seguida, cada uno de los heraldos ó duques de armas tomó la palabra por turno y dijo lo que representaba:

—Yo soy Lancastre.

—Yo soy Richmond.

—Yo soy Chester.

—Yo soy Somerset.

—Yo soy Windsor.

Los blasones que ostentaban en el pecho eran los de los condados y de las ciudades cuyos nombres llevaban.

Los cuatros hombres vestidos de negro, que estaban detrás de los heraldos, guardaban silencio.

El rey de armas Jarretiera, señalándoles con el dedo á Gwynplaine, dijo:

—Milord, hé aquí los cuatro pretendientes á heraldos de armas.

—Capa-azul; el hombre de la capa saludó.

—Dragon-rojo; el que llevaba el San Jorge bordado saludó.

—Cruz-roja; saludó el hombre de las cruces de escarlata.

—Porta-bastidor; saludó el hombre del alzacuello negro.

A una señal del rey de armas avanzó Capa-azul, el primero de los pretendien-

tes, y tomó de manos del oficial el almohadon forrado de plata.

El rey de armas dijo al ujier de la vara negra:

—Así sea. Doy á vuestro honor recepcion de su señoría.

Estas prácticas de etiqueta, y otras que vendrán despues, están tomadas del antiguo ceremonial anterior á Enrique VIII, que Ana probó en su época á hacer revivir. Pero hoy ya no se observan. Sin embargo, la Cámara de los Lores se cree inmutable; si lo inmemorial existe en alguna, en ella existe, pero á pesar de eso cambia, *E per si muove.*

La inmovilidad solo existe en la apariencia; en realidad cambia. Las aristocracias se enorgullecen de lo que las mujeres creen que las humilla, de envejecer, pero mujeres y aristocracias se hacen la ilusion de que se conservan.

Probablemente la Cámara de los Lores no se reconocerá en lo que acabamos de describir ni en lo que describiremos.

El rey de armas se dirigió á Gwynplaine, diciéndole:

—Dignaos seguirme, milord; añadiendo despues:

—Os saludarán; vuestra señoría debe contestar levantando nada más el ala del sombrero.

Dirigiéronse hácia la puerta que habia en el fondo de la sala redonda. El ujier de la vara negra abria la marcha, seguia Capa-azul llevando el almohadon, despues el rey de armas, y detrás de éste Gwynplaine, cubierto.

Los demás reyes de armas, heraldos y pretendientes se quedaron en la sala redonda.

Siguieron de sala en sala un itinerario imposible de saber hoy, que ya está demolida la antigua morada del Parlamento de Inglaterra.

Atravesaron, entre otras cámaras, la gótica, donde se verificó el encuentro supremo de Jacobo II con Monmouth, y que presenció el haberse arrodillado inútilmente el sobrino cobarde ante el tio feroz. Habia alineados en las paredes de esta cámara, por órden de fechas, nueve retratos de cuerpo entero de antiguos pares, que contenian sus nombres y blasones: lord Nansladron, 1305. Lord Baliol, 1306. Lord Benestede, 1314. Lord Cantilupe, 1356. Lord Montbegon, 1357. Lord Tibotot, 1372. Lord Zouch of Codnor, 1615. Lord Bella-Agua, sin fecha, y lord Harren and Lurrey, conde de Blois, sin fecha tambien.

Era ya de noche y brillaban lámparas de trecho en trecho en las galerías; arañas de cobre con cirios estaban encendidas en las salas, y no encontraban más que á las personas indispensables.

En una de las cámaras que atravesó el cortejo estaban de pié, inclinando respetuosamente la cabeza, los cuatro abogados del Registro y el de los documentos del Estado. En otra estancia vieron al honorable Felipe Sydenham, señor de Brympton, que el rey hizo caballero en la guerra.

En otra de las cámaras encontraron al baronnet más antiguo de Inglaterra, sir Edmundo Bacon de Suffolk, heredero de sir Nicholás, llamado *primus baronetorum Angiæ.* Detrás de sir Edmundo, uno de sus arcabuceros llevaba su arcabuz, y uno de sus escuderos el escudo de armas de Ulster, porque esos baronnets eran los defensores natos del condado de Ulster en Irlanda.

En otra estaba el canciller de la jurisdiccion de la Hacienda, acompañado de los cuatro oficiales que dirigian la contabilidad y de los dos diputados del lord-chambelan, encargados de hacer pagar los tributos á los pecheros. Además el jefe de la moneda, ostentando en la mano abierta una libra esterlina.

Estos ocho personajes hicieron su reverencia al nuevo lord.

A la entrada del corredor que comunicaba la cámara baja con la cámara alta, fué saludado Gwynplaine por sir Thomas Mansell de Margam, registrador del Palacio real y miembro del Parlamento, y á la salida de dicho corredor recibió tambien el saludo de una comision de barones de las Cinco-Puertas, alineados á su derecha y á su izquierda.

El rey de armas, al ver que Gwynplaine iba á contestarles al saludo, le recordó en voz baja el ceremonial.

—Con el ala del sombrero, milord.

El saltimbanqui hizo lo que el rey de armas le indicó.

Llegó á la cámara pintada, en la que de pintura solo habia algunos santos, entre otros San Eduardo, debajo de las curvas de las largas ventanas ojivas, divididas en dos por el piso, de las que Westminster-Hall tenia la parte baja y la cámara pintada la alta.

A la parte de acá de la barrera de madera, que atravesaba de parte á parte la cámara pintada, estaban derechos los tres secretarios de Estado, que eran personajes muy importantes. Las atribuciones del primero de ellos se exten-

dian al Sur de Inglaterra, á Irlanda y á las colonias, á Francia, á Suiza, á Italia, á España, á Portugal y á Turquía. El segundo dirigia el Norte de Inglaterra, y vigilaba los Paises-Bajos, la Alemania, la Dinamarca, la Suecia, la Polonia y la Moscovia. El tercero, que era escocés, la Escocia. Los dos primeros eran ingleses; uno era el honorable Roberto Harley, miembro del Parlamento. Saludaron silenciosamente á Gwynplaine.

La guarda-barrera levantó el brazo de madera sobre su charnela, que daba paso, por la parte de detrás de la cámara pintada, á la cámara que contenia la larga mesa con tapete verde, reservada para los lores. Sobre esta mesa brillaba un candelabro de varias luces. Gwynplaine, precedido del ujier de la vara negra, de Capa-azul y de Jarretiera, penetró en este departamento privilegiado.

La guarda-barrera cerró el paso en cuanto entró Gwynplaine.

Se distinguian en el fondo, de pié, debajo del escudo real, que estaba colocado entre dos ventanas, dos ancianos vestidos con togas de terciopelo rojo, llevando en los hombros dos listones de armiño galoneados de oro y encima de las pelucas sombreros con plumas blancas. Por los intersticios de la toga se veian sus trajes de seda y el puño de sus espadas. Detrás de ellos, un hombre, inmóvil, vestido de moiré negro, llevaba al hombro una maza de oro que remataba en un leon coronado. Era el macero de los pares de Inglaterra. El leon es su insignia.

El rey de armas señaló á Gwynplaine los dos personajes vestidos de terciopelo rojo y le dijo al oido:

—Milord, esos son vuestros iguales. Les saludareis como os saluden. Esas dos señorías aquí presentes son dos barones,y son los padrinos que os ha designado el lord-canciller. Son muy viejos y casi ciegos, son los encargados de introduciros en la Cámara de los Lores. El primero es Cárlos Mildmay, lord Fitzwalter, sexto señor del Banco de los barones, y el segundo es Augusto Arundel, lord Arundel de Trerice, trigésimo octavo señor del Banco de los barones.

El rey de armas, dando un paso hácia los dos ancianos, levantó la voz y dijo:

—Fernando Clancharlie, baron Clancharlie, baron Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, saluda á sus señorías.

Los dos lores saludaron quitándose el sombrero y volviéndoselo á poner. Gwynplaine les saludó del mismo modo.

El ujier de la vara negra avanzó, despues Capa-azul y detrás Jarretiera. El macero se colocó delante de Gwynplaine, los dos lores á sus lados, lord Fitzwalter á su derecha y lord Arundel á su izquierda.

Dicho cortejo, con el órden enumerado, salió de la cámara y entró en una galería llena de pilastras, en la que alternaban en hacer centinela, de pilastra á pilastra, partesanos de Inglaterra y alabarderos de Escocia.

Los alabarderos escoceses formaban el magnífico cuerpo que llevaba las piernas desnudas, y que fué digno de afrontar más tarde en Fontenoy á la caballería francesa y á los coraceros del rey, de los que su coronel decia: *Señores, aseguraos bien los sombreros, que vamos á tener el honor de entrar á la carga.*

El capitan de los partesanos y el de los alabarderos saludaron con la espada á Gwynplaine y á sus padrinos. Los soldados les saludaron tambien, unos con las partesanas y otros con las alabardas.

En el fondo de la galería resplandecia una puerta enorme, tan magnífica que parecia que las dos hojas fuesen dos láminas de oro. Dos hombres estaban inmóviles á los dos lados de la puerta.

Un poco antes de llegar á ésta, la galería se ensanchaba y presentaba un punto redondo acristalado: en dicho punto estaba sentado, en un sillon de respaldo desmesurado, un personaje augusto por su ancha toga y por su inmensa peluca; era William Cowper, lord-canciller de Inglaterra.

Es poseer una buena cualidad tener en mayor grado el mismo defecto que el rey. William Cowper era míope. Ana tambien, pero menos que William; esta falta de vista fué grata á la miopía de su majestad, y por eso acaso le escogió para canciller y guarda de la conciencia real.

Alumbraba el punto redondo y acristalado una lámpara que pendia del techo.

El lord-canciller, sentado con gravedad en su alto sillon, tenia á su derecha una mesa, á la que se sentaba el abogado de la Corona, y otra mesa á la izquierda, á la que se sentaba el abogado del Parlamento; los dos abogados tenian ante sí un registro abierto y un escritorio.

Detrás del sillon del lord-canciller estaba de pié su macero, sosteniendo en el hombro la maza coronada, y detrás de éste el porta-cola y el porta-bolsa, con pelucones. Dichos cargos existen todavía. Encima de una credencia, (1) cerca del sillon, descansaba una espada con puño de oro, con vaina y cinturon de terciopelo de color de fuego.

Detrás del abogado de la Corona se mantenia derecho otro oficial, sosteniendo desplegada una toga, que era la del coronamiento. Detrás del abogado del Parlamento, otro oficial desplegaba tambien otra toga, la del Parlamento; estas dos togas eran de terciopelo carmesí, forradas de tafetan blanco, con tiras de armiño galoneadas de oro en los hombros.

Un tercer oficial, *le librarian*, (2) tenia sobre una almohadilla de cuero de Flandes el *red-book*, que era un libro pequeño encuadernado de piel roja, y que contenia la lista de los pares y de los comunes, muchas páginas en blanco y un lápiz, que era costumbre entregar á cada nuevo miembro que entraba en el Parlamento.

La marcha procesional, que cerraba Gwynplaine entre los dos pares, sus padrinos, se paró ante el sillon del lord-canciller; los dos lores se quitaron los sombreros y Gwynplaine los imitó.

El rey de armas recibió de las manos de Capa-azul el almohadon forrado de plata, se arrodilló y presentó la cartera negra, encima del almohadon, al lord-canciller; éste la tomó y se la entregó al abogado del Parlamento, que acudió á recibirla ceremoniosamente, y despues volvió á sentarse. Dicho abogado abrió la cartera y se puso en pié. La cartera encerraba los dos mensajes de costumbre: la patente real dirigida á la Cámara de los Lores y el requirimiento á sentarse hecho al nuevo par.

El abogado leyó en voz alta los dos mensajes, con lentitud respetuosa. El requerimiento á sentarse intimado á lord Fernando Clancharlie terminaba por esta fórmula de costumbre:

"Os mandamos terminantemente, bajo la fé del juramento de obediencia que debeis prestarnos, que vayais á ocupar personalmente vuestro puesto entre los prelados y los pares, sentándoos en el Parlamento de Westminster, para que aconsejeis, segun os dicten vuestro honor y vuestra conciencia, en los asuntos del reino y de la Iglesia.„

Cuando terminó la lectura de los dos mensajes, el lord-canciller dijo en voz alta:

—Así dice el acta dictada por la Corona. Lord Fernando Clancharlie, ¿vuestra señoría renuncia á la transubstanciacion, á la adoracion de los santos y á la misa?

Gwynplaine se inclinó, como afirmando.

—El acta está, pues, publicada.

El abogado del Parlamento replicó:

—Su señoría ha prestado el testamento religioso.

El lord-canciller añadió:

—Milord Fernando Clancharlie, podeis sentaros.

El rey de armas cogió la espada de puño de oro y ciñó su cinturon al talle de Gwynplaine. Oyó éste al mismo tiempo que por detrás le decian:

—Voy á revestir á vuestra señoría con el traje del Parlamento.

El oficial que así le hablaba le puso la toga y le ató al cuello la cinta negra de un roquete de armiño, quedando Gwynplaine vestido como los dos lores que estaban á su derecha y á su izquierda.

El librarian le presentó el red-book y se lo introdujo en el bolsillo de la vesta.

El rey de armas le murmuró al oido:

—Al entrar, milord, saludad á la silla real.

La silla real es el trono.

Entre tanto, los dos abogados escribian, cada uno en su mesa: el uno en el registro de la Corona y el otro en el registro del Parlamento; despues los dos presentaron sus libros al lord-canciller, y éste los firmó.

Despues de firmar se levantó el lord-canciller y dijo:

—Lord Fernando Clancharlie, baron Clancharlie, baron Hunkerville, marqués de Corleone en Italia: sed bien venido entre los pares y los lores espirituales y temporales de la Gran-Bretaña.

Los dos padrinos de Gwynplaine le tocaron en los hombros: él se volvió, y la inmensa puerta dorada del fondo de la galería se abrió de par en par. Era aquella puerta la de la Cámara de los Pares de Inglaterra.

No habian transcurrido aun treinta y seis horas desde que Gwynplaine, acompañado por otro séquito, vió abrirse ante él la puerta de hierro de la cárcel de Southwark. Tal fué la rapidez de las

(1) Especie de aparador.—(N. del T.)
(2) Bibliotecario.—(N. del T.)

nubes acumuladas sobre su cabeza, ó sea de los acontecimientos que vertiginosamente se desarrollaban en su vida.

## II.

### Imparcialidad.

La creacion de una igualdad real, llamada pairía, fué en las épocas bárbaras una ficcion útil. En Francia y en Inglaterra este expediente político rudimentario produjo resultados diferentes. En Francia era el par un rey falso y en Inglaterra fué un príncipe verdadero, menos grande que en Francia, pero más real.

La pairía nació en Francia, en época incierta; en la de Carlo-Magno, segun la leyenda; en la de Roberto el Sábio, segun la historia; pero la historia está tan poco segura de lo que dice como la leyenda. Fabin escribió: "El rey de Francia quiso atraerse á los grandes de sus Estados dándoles el título magnífico de pares, é igualándolos á él.„

La pairía se bifurcó rápidamente y de Francia pasó á Inglaterra. La pairía inglesa fué un gran hecho y casi una gran institucion. Tomó los precedentes del wittenagemot sajon. El thane dinamarqués y el vavasseur normando se fundieron en el baron. Baron es la palabra latina *vir*, cuya traduccion española es *baron* y que significa hombre por excelencia. Desde 1075 los barones se hacen temibles al rey, y á un rey como Guillermo el Conquistador. En 1086 ponen una base al feudalismo; esta base es el Doomsday-book, "Libro del juicio final„. En la época de Juan Sin Tierra sucede un conflicto; la señoría francesa ataca por todo lo alto á la Gran-Bretaña, y la pairía de Francia manda comparecer á la barra al rey de Inglaterra, lo que excita la indignacion de los barones ingleses. En la consagracion de Felipe-Augusto, el rey de Inglaterra llevaba, como duque de Normandía, la primera bandera cuadrada, y el duque de Guyena la segunda, y estalla la guerra de los señores contra ese rey, vasallo del extranjero, y los barones imponen al miserable rey Juan la Gran Carta, de la que nace la Cámara de los Lores. El Papa toma parte, abrazando la causa del rey, y excomulga á los lores: en 1215, el pontífice Inocencio III escribia el *Veni Sancte Spiritus*, y enviaba á Juan Sin Tierra las cuatro Virtudes cardinales, bajo la forma de cuatro anillos de oro. Los lores persistieron, y éste largo duelo duró muchas generaciones. Pembroke continuaba la lucha. El año 1248 fué el año de las "Provisiones de Oxford„. Veinticuatro barones limitan el poder del rey, le discuten y le invitan á tomar parte en la querella, nombrando ellos un caballero por cada condado, y esto fué el alba de la Cámara de los Comunes. Más tarde, los lores se asociaron dos ciudadanos por cada ciudad y dos aldeanos por cada aldea; y por eso, hasta el reinado de Elisabet, fueron los pares los jueces de la validez de las elecciones de los comunes. En 1293 era todavía justiciable ante el tribunal de los pares de Francia el rey de Inglaterra, y Felipe el Hermoso citó á Eduardo I. Eduardo I fué aquel rey que mandó á su hijo que despues de muerto hiciera hervir su cadáver y llevase sus huesos á la guerra.

En vista de las locuras reales, los lores ven la necesidad de fortificar el Parlamento, y lo dividen en dos Cámaras, la Alta y la Baja. Los lores conservan arrogantemente la supremacía. "Si alguno de los comunes fuese tan atrevido que vituperase á la Cámara de los Lores, debe citársele á la barra para que obtenga su correccion, y en algunos casos debe encerrársele en la Torre de Lóndres.„ (1) Se distinguian las dos Cámaras hasta en el modo de votar: en la Cámara de los Lores votan uno á uno, empezando por el último baron, al que llaman "el nacido despues„. Al llamar á cada par, responde *content* ó *non content*. En la Cámara de los Comunes votan juntos y mezclados, diciendo *sí* ó *no*. Los comunes acusan; los pares juzgan. Los pares, que desdeñan las cuentas, delegan á los comunes la vigilancia de la Hacienda pública. Desde el fin del siglo trece data el registro anual, llamado *Year-book*. En la guerra de las dos Rosas se siente el peso de los lores, ya cuando se inclinan á John de Gaunt, duque de Lancastre, ya cuando se inclinan á Edmundo, duque de York. Wat-Tyler, los Lollards, Warvick, que imponian reyes, y aquella inmensa anarquía, de la que han de brotar las franquicias, tenian por punto de apoyo, público ó secreto, el feudalismo inglés. Los lores celaban con utilidad al trono; estar celosos es vigilar; circunscribian la iniciativa real, restringian los casos de alta traicion, suscitaban falsos

(1) Chamberlayne, *Estado presente de Inglaterra*. Tomo II, segunda parte.—1688.

Ricardos contra Enrique IV; se hacen árbitros, juzgando la cuestion de tres coronas entre el duque de York y Margarita de Anjou, y en caso necesario levantan ejércitos y dan batallas, como las de Shrewsbury, de Tewkesbury y de Saint-Alban, que unas veces pierden y otras ganan.

Ya en el siglo trece obtuvieron la victoria de Lewes y arrojaron del reino á los cuatro hermanos del rey, bastardo de Isabel y del conde de la Marche, que eran usureros y explotaban á los cristianos por medio de los judíos, que eran á la vez príncipes y estafadores. Hasta el siglo quince el rey de Inglaterra es visiblemente un duque normando, y las actas del Parlamento se escriben en francés. Desde Enrique VII, y por la voluntad de los lores, se escriben en inglés. La Inglaterra, que era bretona en tiempo de Uther Pendragon, romana en el de César, sajona en la época de la heptarchía, (1) dinamarquesa en la de Haroldo y normanda en la de Guillermo, se convierte en inglesa por los esfuerzos de los lores. Despues se hace anglicana. Dá una gran fuerza tener la religion dentro de casa. En 1534 Lóndres despide á Roma; la pairía adopta la reforma, y los lores aceptan á Lutero, contestando de este modo á la excomunion que les lanzaron en 1215. Esto le convenia á Enrique VIII, pero en otras muchas cosas los lores le molestaban. Perro convertido en oso es la Cámara de los Lores ante Enrique VIII. Cuando Wolsey roba White-Hall á la nacion y cuando á su vez Enrique VIII se la roba á Wolsey, quién gruñe? cuatro lores: Darcie de Chichester, Saint-John de Bleto, Montjoye y Mounteagle. El rey usurpa, la pairía tambien. El derecho de sucesion contiene la incorruptibilidad; de aquí nace la insubordinacion de los lores. En tiempo de Elisabet los barones turban el Estado, y á consecuencia de esto se verifican los suplicios de Durham. Las faldas tiránicas de esa reina se tiñen de sangre.

Un guardainfante, que escondia un tajo, fué ese reinado. Elisabet reune el Parlamento las menos veces que puede y reduce la Cámara de los Lores á sesenta y cinco miembros, entre los que solo habia un marqués y ningun duque. En Francia tambien los reyes estaban celosos de ellos y verificaban la misma eliminacion. En la época de Enrique III no habia más que ocho duques-pares, y con disgusto del rey eran barones-pares de Francia el baron de Mantes, el de Coney, el de Coulommiers y algunos otros. En Inglaterra la Corona dejaba con gran satisfaccion suya que se amortizasen las pairías; en la época de Ana, por citar solo este ejemplo, las extinciones desde el siglo XII acabaron por hacer un total de quinientas sesenta y cinco pairías abolidas. La guerra de las Rosas empezó la extirpacion de los duques, que María Tudor terminó á hachazos, lo que era decapitar á la nobleza. Buena política era esa sin duda, pero corromper vale más que cortar; eso es lo que pensaba Jacobo I. Restauró el título de duque y se lo concedió á su favorito Villiers, transformándole de duque feudal en duque cortesano, y este ejemplo pululará. Cárlos II nombrará duquesas á sus dos queridas, Bárbara de Southampton y Luisa de Quéronel. En la época de Ana habrá veinticinco duques, tres de ellos extranjeros. ¿Estos procedimientos cortesanos lograrán lo que se proponen? No, porque los lores ven que la intriga se introduce en su Cámara y se irritan, se irritan contra Jacobo I y contra Cárlos I, y hay una ruptura entre éste y la Alta Cámara. Los lores, que en la época de Jacobo I llevaron á la barra la concusion en la persona de Bacon, forman, en la época de Cárlos I, el proceso á la traicion en la persona de Stafford. Condenaron á Bacon y condenan á Stafford; aquel perdió el honor y éste la vida. Cálos I es decapitado. Los lores apoyan á los comunes. El rey convoca el Parlamento en Oxford y la revolucion le convoca en Lóndres; cuarenta y tres pares votan por el rey y veintidos por la república. De aceptar al pueblo los lores, sale el *bill de los derechos*, bosquejo de los *derechos del hombre*, vaga sombra proyectada en el fondo del porvenir por la revolucion de Francia sobre la revolucion de Inglaterra.

Tales son los servicios prestados por la pairía, involuntarios, pero de consideracion, aunque muy caros, porque la pairía es un parásito enorme. El trabajo despótico de Luis XI, de Richelieu y de Luis XIV para construir un sultan, tomando el aplastamiento por igualdad, dando de palos con el cetro para igualar las multitudes por medio del rebajamiento, ese trabajo turco realizado en Francia, los lores lo han impedido en Inglaterra, haciendo de la aristocracia una muralla, que por una parte servia de

(1) Gobierno de Inglaterra repartido entre siete reyes.—(N. del T.)

dique al rey y por la otra de refugio al pueblo, compensando su arrogancia respecto á éste con su insolencia respecto á la Corona. Simon, conde de Leicester, decia á Enrique III: *Rey, me has mentido.*

Los lores imponian servidumbres al monarca y le disputaban el derecho á la caza, de tal modo, que cualquier lord que pasase por un parque real tenia derecho de matar en él un gamo. En el palacio real el lord estaba en su casa. Los lores destituyeron á Juan Sin Tierra, degradaron á Eduardo II, depusieron á Ricardo II, afligieron á Enrique VI é hicieron posible á Cromwell.

Habia un Luis XIV dentro de Cárlos I, pero gracias á Cromwell, solo quedó en él latente. Por otra parte, digámoslo de paso, ningun historiador se ha ocupado de que Cromwell tenia pretensiones á la pairía, y estas pretensiones le impulsaron á casarse con Isabel Bourchier, descendiente y heredera de un Cromwell, de lord Bourchier, cuya pairía se extinguió en 1471, y de un Bourchier, lord Robesart, que poseyó otra pairía, tambien extinguida en 1429. Pero por los terribles acontecimientos, creyó más breve dominar suprimiendo al rey que por medio de una pairía reclamada. El ceremonial de los lores, á veces siniestro, alcanzaba hasta el rey. Los dos porta-espadas de la torre, de pié, con el hacha al hombro, á la derecha é izquierda de un par acusado, y compareciendo á la barra, acompañaban tambien al rey, como á los otros lores.

La aristocracia inglesa era inquieta, altiva y patrióticamente desconfiada; al finalizar el siglo diez y siete, en el acta décima del año 1694, quitó á la aldea de Stockbridge el derecho de enviar diputados al Parlamento, y forzó á los Comunes á anular la eleccion de dicha aldea, tachada de fraude papista. Impuso el juramento á Jacobo, duque de York, y porque no quiso jurar lo excluyó del trono. Reinó, sin embargo, pero los lores acabaron por apoderarse de él y por lanzarle del reino. La aristocracia inglesa tuvo durante su larga duracion algunos instintos de progreso.

En la época de Jacobo II sostenia en la Cámara Baja la proposicion de trescientos cuarenta y seis plebeyos contra noventa y dos caballeros; los diez y seis barones de cortesía de las Cinco-Puertas estaban más que contrabalanceados por los cincuenta ciudadanos de las veinticinco ciudades. A pesar de ser egoista y de estar corrompida dicha aristocracia, tenia en ciertos casos singular imparcialidad.

La historia solo trata bien á los comunes, y esto es cuestionable: nosotros creemos que los lores han desempeñado un brillante papel. La oligarquía es la independencia en estado bárbaro, pero al fin es independencia. Ved la Polonia: es monarquía nominal y república real. Los pares de Inglaterra tenian al trono en constante tutela, y en muchas ocasiones, mejor que los comunes, le disgustaban: daban jaque al rey. Así, en 1694, año notable, en que quisieron suprimir los comunes los Parlamentos trienales, por complacer á Guillermo III, que así lo deseaba, fueron votados por los pares, y dicho monarca, irritado, le quitó el castillo de Pendennis al conde de Bath, y todos sus cargos al vizconde Mordannt. La Cámara de los Lores era la república de Venecia en medio de la monarquía de Inglaterra, y se proponia reducir al rey al papel de Dux, haciendo engrandecer á la nacion tanto como empequeñecia al rey.

Los monarcas lo comprendian y odiaban la pairía; una y otra parte trataba de disminuir el poder de la contraria, y estas diminuciones aprovechaban al pueblo, que iba ganando terreno. Los dos poderes ciegos, la monarquía y la oligarquía, no se apercibian de que trabajaban por un tercer poder, por el de la democracia. Causó grande alegría en la córte, en el último siglo, poder ahorcar á un par, á lord Ferrers; pero por deferencia se le ahorcó con una cuerda de seda. El duque de Richelieu dijo con altivez que no hubieran ahorcado á un par de Francia. Estamos de acuerdo; le hubieran decapitado, tratándole aun con mayor deferencia. Montmorency-Tancarville se firmaba: *Par de Francia y de Inglaterra*, relegando la pairía inglesa al segundo lugar. Los pares de Francia eran más altivos y menos poderosos: preferian el rango á la autoridad y el honor á la dominacion; entre ellos y los lores habia la diferencia que separa la vanidad del orgullo.

La Cámara de los Lores de Inglaterra ha servido de punto de partida, y esto es de gran importancia para la civilizacion; tuvo la honra de crear una nacion y de ser la encarnacion de la unidad de un pueblo. La resistencia inglesa, que es una oscura fuerza todopoderosa, nació en la Cámara de los Lores. Los barones, por medio de una série de vias de hecho contra el monarca, han insinuado

su destronamiento definitivo. La Cámara de los Lores está en la actualidad algo asombrada de lo que hizo, sin saberlo y sin querer, y tanto más cuanto lo ya hecho es irrevocable. ¿Qué son las concesiones más que restituciones? Las naciones no lo ignoran. Yo otorgo, dice el rey. Yo recupero, dice el pueblo. La Cámara de los Lores, creyendo crear el privilegio de los pares, ha producido el derecho de los ciudadanos. El buitre de la aristocracia ha cobijado el huevo de águila de la libertad. Hoy el huevo está ya roto, el águila se cierne y el buitre muere.

La aristocracia agoniza y la Inglaterra se engrandece. Pero seamos justos con la aristocracia, que estableció el equilibrio de la monarquía, á la que sirvió de contrapeso. Fué el obstáculo del despotismo, fué su barrera.

Démosla las gracias y enterrémosla.

## III.

### La antigua sala.

Cerca de la abadía de Westminster se elevaba un antiguo palacio normando, que se incendió en la época de Enrique VIII, quedando útiles únicamente dos alas de él. Eduardo VI instaló en una la Cámara de los Lores y en la otra la de los Comunes: ni las alas ni las Cámaras existen en la actualidad, y el edificio está completamente reedificado.

Hemos dicho, y repetimos ahora, que en nada se parece la Cámara de los Lores en los tiempos actuales á la de los tiempos antiguos: al demoler el viejo palacio se han demolido tambien los viejos hábitos; los golpes de azadon, dados en los monumentos, producen el contragolpe en las castas y en las costumbres; la piedra antiquísima no cae sin arrastrar alguna antiquísima ley. Instalad en una sala redonda el Senado de una sala cuadrada y será éste diferente.

Si quereis conservar alguna cosa vieja, humana ó divina, sea código ó dogma, patriciado ó sacerdocio, no la rehagais ni aun por el exterior; todo lo más echadla algun remiendo. El jesuitismo, por ejemplo, es un remiendo del catolicismo; tratad, pues, á los edificios como tratais á las instituciones. Las sombras deben habitar en las ruinas. Los poderes decrépitos se encuentran mal en sitios decorados á la moderna.

Querer diseñar la antigua Cámara de los Lores es querer describir lo desconocido. La historia es una noche y en ella no hay segundos planos; la oscuridad y lo invisible se apoderan inmediatamente de todo lo que no está en el proscenio del teatro; cuando se quita la decoracion se borra todo. Ayer es sinónimo de ignorado.

Los pares de Inglaterra se sentaban cuando constituian tribunal de justicia en la sala mayor de Westminster, y cuando formaban Alta Cámara legislativa en una sala especial, que se llamaba "Casa de los Lores„, *House of the Lords.*

Además del tribunal de los Pares de Inglaterra, que solo se reunen cuando los convoca la Corona, se sentaban tambien en la sala mayor de Westminster los dos grandes tribunales ingleses, inferiores al de los Pares, pero superiores á todas las demás jurisdicciones. El primero de éstos era el del Banco del Rey, que éste presidia; y el segundo, el tribunal de la Cancillería, con presidencia del lord-canciller: uno era tribunal de Justicia y otro de Misericordia. Los dos tribunales existen aun, interpretando la legislacion y corrigiéndola, y allí se fabrica y se aplica. La bóveda de esta sala era de madera de castaño, en la que no pueden tejer sus telas las arañas; bastante es que puedan fabricarlas en las leyes.

Ser Cámara y ser Tribunal son dos cosas diferentes, y esta dualidad constituye el poder supremo. El Parlamento Largo, que empezó el 3 de Noviembre de 1640, sintió la necesidad revolucionaria de esta dualidad, por lo que se declaró á sí mismo Cámara de Pares, poder judicial y al mismo tiempo poder legislativo. Ese doble poder era inmemorial en la Cámara de los Lores.

Como acabamos de decir, cuando los lores eran jueces ocupaban Westminster-Hall y cuando eran legisladores otra sala. Esta otra sala, propiamente llamada Cámara de los Lores, era oblonga y estrecha, la alumbraban cuatro ventanas profundamente entalladas en lo más alto de ella y que recibian la luz por el techo; encima del dosel tenia un ojo de toro de seis vidrios, con cortinas, y por la noche se iluminaba con doce semicandelabros de brazos que salian de la pared; tenia poca luz, pero la sala del Senado de Venecia estaba mas oscura aun. La semi-oscuridad agrada á los buhos todopoderosos. Se redondeaba en el lecho de dicha sala por medio de planos poliédricos alta bóveda con cajones dorados. Los comunes solo podian estar bajo techo llano, porque todo tenia su

significacion en las construcciones monárquicas. A uno de los extremos de la larga Sala de los Lores estaba la puerta; al otro, y enfrente, el trono. A algunos pasos de la puerta se veia la barra, cortadura transversal, especie de frontera que marca el sitio en que acaba el pueblo y empieza la señoría. A la derecha del trono, una chimenea blasonada en su pináculo ostentaba dos bajos-relieves de mármol, figurando uno de ellos la victoria de Cuthwolph sobre los bretones en 572 y el otro el plano geométrico de la aldea de Dunstable, que solo tiene cuatro calles, paralelas á las cuatro partes del mundo. El trono se asentaba sobre tres escalones y se llamaba "silla real." En las dos paredes, una enfrente de la otra, se desplegaba en cuadros sucesivos vasta tapicería, regalada á los lores por la reina Elisabet, que representaba la aventura de la armada española, desde su salida de España hasta su naufragio delante de Inglaterra. A esta tapicería, que cortaban de trecho en trecho los candelabros que salian de la pared, estaban pegados, á la derecha del trono, tres filas de bancos, para los duques, los marqueses y los condes, sobre una tarima, separados por montadores. En los tres bancos de la primera seccion se sentaban los duques, en los tres de la segunda los marqueses y en los tres de la tercera los condes. El banco de los vizcondes, de forma de escuadra, estaba frente al trono, y detrás, entre los vizcondes y la barra, habia dos bancos para los barones. En el banco más alto, y á la derecha del trono, se sentaban los arzobispos de Canterbury y de York; en el banco intermediario los obispos de Lóndres, de Durham y de Winchester, y los demás obispos en el tercer banco. A la derecha del trono habia una silla destinada para el príncipe de Gales y á la izquierda sillas plegadas para los duques reales; detrás de éstas una tarima para los pares menores de edad, que no podian sentarse aun en la Cámara. Flores de lis por todas partes; el vasto escudo de Inglaterra fijo en las cuatro paredes, encima de los pares y encima del rey. Los hijos de pares y los herederos de la pairía podian asistir á las deliberaciones y colocarse de pié detrás del trono, entre el dosel y la pared. El trono, situado en el fondo, y las tres líneas de bancos de los pares, situadas á los tres lados de la sala, dejaban libre ancho espacio cuadrado. En dicho cuadrado, cubierto por tapices del Estado blasonados con las armas de Inglaterra, habia cuatro sacos de lana: uno delante del trono, en el que se sentaba el canciller; otro delante de los obispos, en el que se sentaban los jueces consejeros de Estado; otro delante de los duques, marqueses y condes, en el que se sentaban los secretarios de Estado, y otro delante de los vizcondes y barones, en el que se sentaban el abogado de la Corona y el abogado del Parlamento, y donde escribian arrodillados los oficiales de éstos. En el centro del cuadrado estaba colocada ancha mesa con tapete, cargada de cuadernos y de registros, de macizos tinteros de plata y de candelabros de cuatro brazos. Los pares se sentaban por órden cronológico, cada uno segun la fecha de la creacion de su pairía; tenian el rango segun el título, y la primacía en el título segun la antigüedad. Junto á la barra estaba derecho el ujier de la vara negra con la varilla en la mano. A la parte de acá de la puerta se veia al oficial del ujier, y á la parte de fuera al pregonero de la verga negra, cuya comision consistia en abrir las sesiones de justicia, gritando: *Oid!* en francés, por tres veces y apoyando solemnemente la pronunciacion en la primera sílaba. Cerca del pregonero estaba el porta-maza del canciller.

En las ceremonias reales los pares temporales llevaban la corona en la cabeza y los pares espirituales la mitra. Los arzobispos usaban mitra con corona ducal y los obispos, que forman despues de los vizcondes, mitra con burulete de baron.

La Asamblea del Parlamento no era obligatorio reunirla más que cada siete años. Los lores deliberaban en secreto y á puerta cerrada. Las sesiones de los comunes eran públicas. La popularidad les parecia diminucion de derechos. El número de los lores era ilimitado. Nombrar nuevos lores era la amenaza de la monarquía y su medio de gobierno. Al principio del siglo diez y ocho la Cámara de los Lores era numerosísima, y todavía ha aumentado despues. Desleir á la democracia es un medio político. Elisabet quizás cometió una falta condensando la pairía en sesenta y cinco lores. Cuanto menos numerosa es la señoría es mucho más intensa; cuantos más miembros hay en una Asamblea hay menos cabezas. Esto lo conocia sin duda Jacobo II cuando elevó la Cámara Alta á la suma de ciento ochenta y ocho lores, ó sean ciento ochenta y seis, si se desfalca de

esas pairías las dos duquesas de la alcoba real, la Portsmouth y la Cleveland. En la época de la reina Ana era el total de lores, comprendiendo entre ellos á los obispos, de doscientos siete.

Sin contar al duque de Cumberland, esposo de la reina, habia en la Cámara veinticinco duques, de los que el primero, el duque de Norfolk, no se sentaba, porque era católico, y el último, el de Cambridge, príncipe electoral de Hannover, se sentaba, á pesar de ser extranjero. No contando á Winchester, que era el primero y único marqués de Inglaterra y Astorga, que era el único marqués de España, que estaba ausente por ser jacobista, habia cinco marqueses, setenta y nueve condes, nueve vizcondes y sesenta y dos barones. En 1705 los veintiseis obispos que habia en la Cámara Alta quedaron en veinticinco, por estar vacante la silla de Chester.

## IV.

### La antigua Cámara.

La ceremonia de la investidura de Gwynplaine, desde su entrada por la King's Gate hasta la toma de su juramento en el punto-redondo acristalado, se verificó en una semi-oscuridad.

Lord William Cowper no permitió que á él, canciller de Inglaterra, le diesen detalles circunstanciados de la desfiguracion del jóven lord Fernando Clancharlie: creyó que era indigno de su dignidad saber que un par era feo, sintiéndose rebajado en recibir datos de esa naturaleza en un inferior suyo. El pueblo confiesa con placer que un príncipe es jorobado; luego ser deforme es ofensivo para un lord. A las insinuaciones que la reina empezaba á hacerle, el canciller se limitó á responder: *El señor tiene por semblante la señoría*; sumariamente, y por el proceso verbal que verificó y certificó el canciller, estaba enterado de la verdad, y por eso tomó todas estas precauciones. La fisonomía del nuevo lord podia, al entrar en la Cámara, producir desagradable sensacion, é importaba evitarlo; por eso lord Cowper habia tomado sus medidas. Llamar la atencion lo menos posible, es la idea fija y la regla de conducta de los personajes sérios; el ódio á los incidentes forma parte de su gravedad. Importaba, pues, obrar de modo que la admision de Gwynplaine pasase sin obstáculos, como la de cualquier otro heredero de la pairía. Por eso el lord-canciller fijó la recepcion de lord Clancharlie para una sesion nocturna. El canciller puede oficiar fuera de la Cámara y en su umbral, y por eso usó de su derecho, llenando en el punto-redondo acristalado las formalidades de la investidura del nuevo lord: además avanzó la hora para que el par que entraba por primera vez en la Cámara penetrase en ella antes de empezar la sesion. En cuanto á la investidura de un par en el umbral y fuera de la Cámara, habia ya otros precedentes análogos. El primer baron hereditario, creado por patente, John de Beauchamp de Holtcastle, que nombró Ricardo II en 1387 baron de Kidderminster, fué admitido de esa manera. Renovando, pues, ese precedente el lord-canciller, se proporcionó á sí mismo un embarazo, cuyo inconveniente conoció cerca de dos años despues, cuando entró el vizconde Newhavan en la Cámara de los Lores.

Como William Cowper era míope, se apercibió apenas de la deformidad de Gwynplaine, y lo mismo les pasó á los lores sus padrinos, que eran dos ancianos casi ciegos, escogidos exprofeso por el canciller.

Más aun: éste, que vió la buena estatura y gentil presencia de Gwynplaine, creyó que tenia buen rostro.

En el instante en que los door-keepers abrieron de par en par la gran puerta ante el saltimbanqui, habia pocos lores en la sala y casi todos eran viejos. Los viejos son los más exactos en acudir á las Asambleas, como son más asíduos en visitar á las mujeres. En el banco de los duques solo habia dos; en el banco de los lores espirituales estaban nada más sentados que el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, en el banco más alto, y el doctor Simon Patrick, obispo de Ely, en el más bajo, hablando con Pierrepont, marqués de Dorchester. Thomas Thynne, vizconde Weymouth, estaba en pié y cerca de un candelabro examinando el plano de su arquitecto para la transformacion de un jardin de uno de sus palacios. En el banco de los vizcondes habia reunidos algunos de este título siguiendo una interesante conversacion. En el banco de los marqueses estaban Thomas de Grey, marqués de Kent, lord-chambelan de la reina, y Roberto Bertie, marqués de Lindsey. El conde de Wymes leia un libro titulado: *Práctica curiosa de los oráculos de las sibilas*. John Campbell, conde de Greenwich, famoso por su larga barba, su

buen humor y sus ochenta y siete años, escribia á su querida. La sesion que iba á celebrarse debia ser una sesion real, en la que la Corona estaria representada por comisarios, y dos door-keepers colocaban delante del trono un banco de terciopelo de color de fuego; en el segundo saco de lana estaba sentado el *maestro de los papeles*, *sacrorum scriniorum magister*, que vivia entonces en la antigua Casa de los Judíos convertidos. Junto al cuarto saco, los dos abogados suplentes, arrodillados, hojeaban los registros.

Mientras el lord-canciller se sentaba en el primer saco de lana y los oficiales de la Cámara se instalaban, unos sentados y otros de pié, el arzobispo de Canterbury se levantó y rezó la plegaria, y la sesion comenzó. Hacia ya algunos minutos que entró Gwynplaine y nadie se habia fijado aun en él; el segundo banco de los barones, que le correspondia, estaba contiguo á la barra, por lo que solo tuvo que andar algunos pasos. Sus padrinos, los dos lores, se sentaron á su derecha y á su izquierda, y éstos casi ocultaron al recien entrado en la Cámara. Nadie estaba avisado; el abogado del Parlamento habia leido á media voz, y por decirlo así cuchicheado, las diversas piezas concernientes al nuevo par, y el lord-canciller proclamó su admision en medio de la inatencion general.

Todos los lores hablaban unos con otros.

Gwynplaine se sentó, pues, silenciosamente, con la cabeza descubierta, entre los viejos pares lord Fitz Walter y lord Arundel.

Añádase á esto que el espía Barkilphedro, resuelto á que saliese triunfante su maquinacion, en sus declaraciones oficiales ante el lord-canciler habia atenuado en cierta medida la deformidad de lord Clancharlie, insistiendo en el detalle de que Gwynplaine podia á su arbitrio suprimir el efecto de la risa y convertir en séria su desfigurada fisonomía, exagerando esta facultad. Por otra parte, bajo el punto de vista aristocrático, esto, qué importaba? ¿William Cowper no era el legislador autor de esta máxima: *En Inglaterra la restauracion de un par es más importante que la restauracion de un rey?*

No hay duda de que la belleza y la dignidad deberian ser inseparables y es enojoso que un lord sea contrahecho; pero este defecto, ¿en qué disminuye el derecho? El lord-canciller tomó precauciones, y tenia motivo para tomarlas; pero en realidad, ¿quién puede impedir á un par la entrada en la Cámara de los Pares? ¿La señoría y la monarquía no son superiores á lo defectuoso y á lo deforme? Las repugnantes manchas de sangre que salpicaban el rostro de César Borgia, ¿le impidieron ser duque de Valentinois? ¿La ceguera impidió á Juan de Luxemburgo ser rey de Bohemia? ¿La joroba impidió á Ricardo III sentarse en el trono de Inglaterra? Despues de reflexionar, se comprende que aceptar con altiva indiferencia la fealdad y lo defectuoso, lejos de contradecir la grandeza, la afirman y la aprueban. La señoría está dotada de tanta majestad, que la deformidad no consigue perturbarla; este es el otro aspecto de la cuestion, y no es el menos importante. Nada, pues, podia ser obstáculo para la admision de Gwynplaine, y las prudentes precauciones del lord-canciller, útiles bajo el punto de vista inferior de la táctica, eran únicamente de lujo bajo el punto de vista superior del principio aristocrático.

Al entrar Gwynplaine en la Cámara, saludó "la silla real„, segun se lo recomendó el rey de armas y se lo recordaron los dos padrinos. Era ya lord. Se habia elevado á la altura resplandeciente ante la que su maestro Ursus se doblaba espantado. Habia llegado al sitio brillante y sombrío de Inglaterra, á la antigua cima del monte feudal, que contemplan desde hace seis siglos la Europa y la historia; á la aureola que asusta al mundo de las tinieblas, y habia entrado en ella irrevocablemente. Estaba en su casa, en su casa y en su silla, como el rey en la suya. La corona real que brillaba debajo del dosel era hermana de la suya, era él par del trono. Enfrente de la majestad estaba la señoría; era menor que aquella, pero semejante.

Qué era él ayer? un histrion. ¿Qué era hoy? un príncipe; ayer nada, hoy todo.

Confrontacion brusca de la miseria y del poder, abordándose faz á faz en el fondo de un espíritu y de un destino y convirtiéndose de repente en las dos mitades de una conciencia.

Dos espectros, el de la adversidad y el de la prosperidad, tomando posesion de la misma alma, y tirando de ella cada uno hácia sí. Reparticion patética de una inteligencia, de una voluntad y de un cerebro entre los dos hermanos enemigos, el fantasma pobre y el fantasma rico. Abel y Cain en el mismo hombre.

## V.

### Charlatanismos altivos.

Poco á poco los bancos de la Cámara fueron llenándose. Los lores iban acudiendo á la sesion. Estaba á la órden del dia la votacion del bill que pedia el aumento de cien mil libras esterlinas en la dotacion anual de Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland, esposo de la reina. Además se habia anunciado que presentarian á la Cámara diferentes bills, aprobados por su majestad, los comisarios de la Corona, con el encargo y poder suficiente para sancionarlos, por lo que iba á abrirse una sesion verdaderamente real. Los pares llevaban el traje del Parlamento encima de su traje de córte; iban revestidos como Gwynplaine, pero los duques llevaban cinco tiras de armiño, con bordados de oro; los marqueses cuatro, los condes y los vizcondes tres y los barones dos. Los lores entraban por grupos; se encontraban en los corredores y entraban continuando los diálogos comenzados. Algunos, aunque pocos, venian solos. Sus hábitos eran solemnes, pero no sus actitudes ni sus palabras. Todos al entrar saludaban al trono.

Los pares afluian: en menos de media hora la Cámara estuvo casi completa, lo que sucedia siempre que se celebraba sesion real, pero no siempre eran tan vivas las conversaciones como entonces. La Cámara, adormecida al principio, movia ahora el rumor de una colmena inquieta; la despertó la llegada de los lores rezagados. Traian nuevas que comunicar, y, cosa extraña, los pares que estaban en la Cámara cuando se abrió la sesion no sabian lo que habia pasado allí hasta que lo refirieron los que entraban.

Muchos lores acababan de llegar de Windsor. Hacia algunas horas que se habia divulgado la aventura de Gwynplaine. El secreto es una red: cuando se rompe una malla, se desgarra. Desde por la mañana, la continuacion de los incidentes referidos, la historia completa de una pairía encontrada en un tablado de volatinero y de un saltimbanqui reconocido lord, hizo gran ruido en Windsor entre los familiares del palacio real: hablaban de ella desde los príncipes hasta los lacayos; desde la córte se comunicó el acontecimiento á la ciudad. Los sucesos tienen su peso, y la ley del cuadrado de las distancias se les puede aplicar. Caen en el público y se hunden en él con rapidez extraordinaria. A las siete no se sabia esta historia en Lóndres y á las ocho se ocupaba de Gwynplaine toda la ciudad. Unicamente los pocos lores que para ser exactos habian anticipado la hora de acudir antes de abrirse la sesion, ignoraban este acontecimiento. Sobre él les apostrofaban los que llegaron tarde, al verlos sentados en los bancos tranquilamente.

—Y qué? preguntaba el vizconde Monntacute, Francisco Brown, al marqués de Dorchester.

—Qué?

—Eso es posible?

—El qué?

—*El hombre que rie?*

—Quién es el hombre que rie?

—No lo conoceis?

—No.

—Pues es un clown, que posee una fisonomía ridícula y espantosa; es un saltimbanqui.

—Y qué?

—Que acabais de admitirle como á par de Inglaterra.

—El hombre que rie sois vos, milord Monntacute.

—Pues eso no me causa risa, milord Dorchester.

El vizconde de Monntacute hizo una seña al abogado del Parlamento, que se acercó, confirmando á sus señorías la admision del nuevo par, dándoles detalles.

—Cuando eso sucedió hablaba yo con el obispo de Ely, dijo lord Dorchester.

El jóven conde de Annesley abordó al viejo lord Eure, preguntándole:

—Milord Eure?

—Milord Annesley?

—Conocísteis á lord Lineus Clancharlie?

—Sí. Era un hombre de otros tiempos.

—Murió en Suiza? Es cierto?

—Sí. Eramos parientes.

—¿Fué republicano en la época de Cromwell, y continuó siéndolo durante el reinado de Cárlos II?

—No, republicano no era. Estaba resentido por una querella personal entre el rey y él. Sé de buena tinta que lord Clancharlie se hubiera hecho monárquico si su majestad le hubiera nombrado canciller.

—Os oigo con extrañeza, milord Eure, porque aseguran que lord Clancharlie era un hombre honrado.

—¿Pero creeis de buena fé que existen

hombres honrados? No, no los hay en el mundo.

—Y Caton?

—Creeis en la virtud de Caton?

—Y Arístides?

—Hicieron bien en desterrarle.

—Y Thomas Morus?

—Hicieron bien en cortarle la cabeza.

—Segun vuestra opinion, lord Clancharlie...

—Era de esa especie de hombres... Obstinarse en permanecer en el destierro es una ridiculez.

—Ha muerto ya.

—Era un ambicioso desengañado. Le conocia muy bien; era uno de sus mejores amigos.

—Sabeis que se casó en Suiza?

—Sí, lo sé.

—¿Y que tuvo de ese matrimonio un hijo legítimo?

—Sí, pero murió.

—No, vive.

—Vive!

—Vive.

—No es posible.

—Es un hecho real, probado, certificado y registrado.

—¿Entonces su hijo heredará la pairía de Clancharlie?

—No la heredará.

—Por qué?

—Porque ya la heredó. Es un hecho.

—Es un hecho ya?

—Volved la cabeza, milord Eure, y vereis al hijo de dicho lord sentado detrás de vos, en el banco de los barones.

Volvió la cabeza lord Eure, pero no pudo distinguir la fisonomía de Gwynplaine, que tapaba la espesa mata de su cabello.

—Calla! exclamó el viejo par; ya adoptó la moda: no gasta peluca.

Lord Grantham abordó á Colepepper.

—Este suceso hace caer á álguien en la trampa.

—A quién?

—A David Dirry-Moir.

—Por qué?

—Porque deja de ser par.

—Cómo es eso?

El conde de Grantham refirió á John, baron Colepepper, la anécdota completa de la calabaza que llegó al Almirantazgo, del pergamino de los comprachicos, del *Jussu regis*, con la contrafirma *Jeffreys*, de la confrontacion en el subterráneo penal de Southwark, de la aceptacion de todos esos hechos por el lord-canciller y por la reina, de la toma de juramento en el punto-redondo acrisalado, y, en fin, de la admision de lord Fernando Clancharlie antes de empezar la sesion. Los dos pares indicados se esforzaban por ver entre lord Fitz Walter y lord Arundel el rostro del nuevo lord, del que todos se ocupaban, pero sin poderlo conseguir.

Por otra parte, Gwynplaine, sea por casualidad, sea porque sus padrinos fueran aconsejados por el lord-canciller, le colocaron de cierto modo; la verdad es que estaba enteramente en la sombra, para escapar de esa manera á la curiosidad pública.

—Dónde está? dónde está?

Esta era la pregunta que todos los lores hacian al entrar en la Cámara, y nadie lograba verle bien; los que le habian visto en la Green-Box eran los más curiosos.

Circulaban de mano en mano copias de una carta de dos líneas, que, segun se aseguraba, habia contestado la duquesa Josiana á su hermana la reina, respondiendo á la proposicion de su majestad de casarla con el nuevo par, que era el legítimo heredero de Clancharlie, esto es, con lord Fernando. La carta estaba concebida en estos términos:

"Señora: Tanto me dá una cosa como otra; de este modo podrá ser mi amante lord David.

JOSIANA."

Esta carta obtuvo ruidoso éxito entre los pares.

Un jóven lord, Cárlos de Okchampton, baron Mohun, que era de los que no llevaban peluca, la leia y la releia con entusiasmo. Lewis de Duras, conde de Ferersham, que era un inglés dotado del *sprit* francés, contemplaba á Mohun y se sonreia.

—¡Hé aquí una mujer con la que yo me casaria! exclamó lord Mohun.

Los que estaban próximos á los dos lores indicados oyeron este diálogo entre Duras y Mohun.

—¡Os casaríais con la duquesa Josiana, lord Mohun!...

—Y por qué no?

—Estais endiablado.

—Seria muy dichoso.

—Y lo serian muchos.

—¿Que siempre no hay muchos hombres felices?

—Teneis razon, lord Mohun. En materia de mujeres obtenemos los desperdicios unos de otros. ¿Quién puede jactarse de haber obtenido la primacía?

—Adan, quizás.

—Ni aun Adan.

—Entonces Satanás.

—Mi querido lord, Adan solo fué el editor responsable; fué engañado y endosó el engaño al género humano. El hombre fué entregado á la mujer por el diablo.

Hugo Cholmley, conde de su apellido y gran legista, fué interrogado desde el banco de los obispos por Nathanael Crew, que era par dos veces; par temporal, por ser baron Crew, y par espiritual, por ser obispo de Durham.

—Eso es posible? decia Crew.

—Eso es regular? exclamaba Cholmley.

—Se verificó fuera de la Cámara la investidura del nuevo par, repetia el obispo, pero se asegura que sobre esto hay precedentes.

—Sí, así se admitió á lord Beauchamp en la época de Ricardo II, y á lord Chenay en la de Elisabet.

—Y á lord Broghill en la de Cromwell.

—La de Cromwell no debe contarse.

—Qué pensais de todo esto?

—Muchas cosas.

—Milord Cholmley, ¿qué rango le corresponderá en la Cámara al jóven Fernando Clancharlie?

—Milord obispo, la interrupcion republicana reformó los antiguos rangos, y Clancharlie tiene hoy la pairía entre Barnad y Somers, por lo que si se estableciese el turno de manifestar las opiniones, lord Fernando Clancharlie hablaria el octavo.

—Seria curioso ver usar de la palabra á un volatinero callejero.

—Este incidente no me asombra, milord obispo, porque suceden otros más sorprendentes todavía. La guerra de las dos Rosas se anunció secándose de repente el rio Ohuse, en Bedford, el 1.° de Enero de 1399. Pues si un rio puede secarse, un señor puede caer en una condicion servil. Ulises, rey de Itaca, se dedicó á toda clase de oficios, y Fernando Clancharlie ha permanecido siendo lord debajo de su envoltura de histrion. La ruindad del traje no perjudica á la nobleza de la sangre. Pero la toma del juramento y la investidura fuera de la sesion, aunque en rigor sea legal, puede provocar objeciones.

—De todos modos, no se ha conocido otra aventura como ésta desde los remotos tiempos del conde Gesbodus, insistió diciendo el lord obispo.

La conversacion general de todos los bancos de la Alta Cámara abarcaba los extremos siguientes: Gwynplaine, *El hombre que rie*, la posada Tadcaster, la Green-Box, *El caos vencido*, la Suiza, Chillon, los comprachicos, el destierro, la mutilacion, la república, Jeffreys, Jacobo II, la *Jussu regis*, la calabaza abierta en el Almirantazgo, el padre lord Lineus, el hijo legítimo lord Fernando, el hijo bastardo lord David, los conflictos probables que sucederian, la duquesa Josiana, el lord-canciller y la reina; todos estos detalles de la extraordinaria aventura levantaban inmenso murmullo en la Cámara.

Gwynplaine, en el estado de abstraccion en que se encontraba, oia vagamente ese zumbido, pero sin saber que él lo producia; estaba, sin embargo, muy atento á las profundidades de los sucesos, pero no á la superficie, y el exceso de atencion nos aisla.

El rumor de la Cámara no impedia que la sesion estuviese verificándose, así como la nube de polvo que se levanta no impide la marcha de un ejército. Los jueces, que solo son simples asistentes en la Cámara Alta, y que no pueden hablar si no se les interroga, se habian sentado en el segundo saco de lana y los tres secretarios de Estado en el tercero. Afluian á sus asientos los herederos de la pairía, que estaban situados, como dijimos, detrás del trono, y que estaban á la vez dentro y fuera de la Cámara.

En 1705 los pares menores de edad nunca eran menos de doce.

Dentro del recinto, y en las tres filas de bancos, cada lord habia ocupado su asiento. Estaban casi todos los obispos. Los duques eran numerosos y empezaban por Cárlos Seymour, duque de Somerset, y concluian por Jorge Augustus, príncipe electoral de Hannover, duque de Cambridge, el último nombrado, y por consiguiente el último en el rango.

## VI.

### La Alta y la Baja.

De repente se llenó la Cámara de viva claridad. Cuatro door-keepers entraron y pusieron á los dos lados del trono cuatro altos y complicados candelabros cargados de bujías encendidas; el trono se coloreó de una especie de púrpura luminosa y estaba augusto, aunque vacío.

El ujier de la vara negra entró con la varilla en alto, anunciando:

—Sus señorías los comisionados de su majestad.

Entonces cesaron todos los rumores.

Un abogado, con peluca y traje talar, apareció en la puerta sosteniendo un almohadon flordelisado, sobre el que descansaban varios pergaminos; estos pergaminos eran bills; de cada uno de ellos pendia de una trenza de seda la bolilla de marfil ó la bula de oro, de la que las leyes toman el nombre de *bills* en Inglaterra y de *bulas* en Roma. Detrás de dicho personaje entraron tres hombres vestidos de par, cubiertos con el sombrero de plumas. Estos hombres eran los comisarios reales; el primero el lord-tesorero mayor de Inglaterra, Godolphin; el segundo el lord-presidente del Consejo, Pembroke, y el tercero el lord del sello privado, Newcastle.

Andaban uno detrás de otro, segun la preferencia, no del título, sino del cargo; Godolphin iba delante y Newcastle detrás, aunque era duque.

Llegaron al banco colocado delante del trono, haciendo saludo reverente á la silla real; se quitaron los sombreros y se sentaron en dicho banco.

El lord-canciller, volviéndose hácia el ujier de la vara negra, le dijo:

—Que vengan á la barra los comunes.

El ujier de la vara negra salió.

El abogado, que lo era de la Cámara de los Lores, puso en la mesa situada en el cuadrado donde estaban los sacos de lana el almohadon que contenia los bills.

Dos door-keepers colocaron delante de la barra un escabel de tres escalones, forrado de terciopelo encarnado, en el que los clavos dorados dibujaban flores de lis.

La gran puerta, que habian cerrado, volvió á abrirse, y una voz gritó:

—Los fieles comunes de Inglaterra.

Era el ujier de la vara negra, que anunciaba la otra mitad del Parlamento.

Los lores se cubrieron.

Los miembros de los Comunes entraron, precedidos por el speaker, (1) con la cabeza descubierta y se detuvieron ante la barra. Llevaban el traje de ciudad, casi todos negro, pero ceñian espada.

El speaker, que era el honorable John Smyth, escudero, miembro de la Cámara de los Comunes por la aldea de Andover, subió sobre el escabel que estaba dispuesto en el medio de la barra. El orador de los Comunes vestia largo traje talar de satin negro, de anchas mangas, con tiras galoneadas de oro, y usaba peluca más pequeña que el lord-canciller.

El orador y la comision de los miembros de los Comunes se quedaron allí de pié y descubiertos, ante los pares sentados y cubiertos.

En cuanto cesó el murmullo que produjo la entrada de los recien venidos, el pregonero de la vara negra, á la puerta, gritó:

—Oid!

El abogado de la Corona se puso en pié. Tomó, desplegó y leyó el primero de los pergaminos que estaban sobre el almohadon. Era un mensaje de la reina en el que nombraba, para que la representasen en el Parlamento, con poderes para sancionar los bills, tres comisarios, á saber... Al llegar á este punto de la lectura el abogado, levantando más la voz, dijo:

—"Sydney, conde de Godolphin.„

Y saludó al personaje aludido; éste se descubrió.

—"Thomas Herbert, conde de Pembroke y de Montgomery.„

El abogado saludó tambien á Pembroke; éste se descubrió.

—"John Hollis, duque de Newcastle.„

Y se verificó la misma ceremonia que con los dos comisarios anteriores.

El abogado de la Corona se volvió á sentar y el del Parlamento se puso en pié; el sub-abogado, que estaba de rodillas, se levantó detrás de él: los dos estaban frente al trono y de espaldas á los comunes.

Quedaban sobre el almohadon cinco bills, que, votados ya por los comunes y consentidos por los lores, esperaban solo la sancion real.

El abogado del Parlamento leyó el primer bill. Era un acta de los comunes, cargando al Estado las mejoras que habia hecho la reina en su residencia de Hampton-Court, que ascendian á un millon de libras esterlinas.

Despues de leerle, el abogado saludó profundamente al trono; el sub-abogado repitió el saludo con más reverencia aun; despues, volviendo la cabeza á los comunes, dijo:

—La reina se complace aceptando vuestras benevolencias.

El abogado leyó el segundo bill. Era una ley castigando con prision y con multa á todo el que se sustrajese del servicio de los *traimbands*.

(1) Orador.

Los traimbands eran una especie de milicia ciudadana que servia gratis y que en la época de Elisabet logró reunir ciento ochenta y cinco mil peones y cuarenta mil ginetes.

Los dos abogados hicieron á la silla real otra reverencia, despues de la que el sub-abogado dijo á la Cámara de los Comunes:

—Así lo desea la reina.

El tercer bill aumentaba los diezmos y las prebendas del obispo de Lichfield y de Coventry, que era uno de los cargos eclesiásticos más ricos de Inglaterra. El cuarto bill añadia al presupuesto de nuevos impuestos: uno, sobre el papel que imita al mármol; otro, sobre las carrozas de alquiler, fijando el número de ochocientas en Lóndres, y disponiendo que pagasen cada una cincuenta y dos libras al año, y otros impuestos que, por no ser difusos, suprimimos. El quinto bill prohibia admitir en el hospital á ningun enfermo, si no depositaba al entrar una libra esterlina para pagar su entierro en el caso de que falleciese. Los tres bills últimos, como los dos primeros, se sancionaron uno despues de otro y se convirtieron en leyes por medio del saludo al trono y las palabras del sub-abogado "la reina así lo desea,, dichas de espaldas á los comunes.

Despues el sub-abogado se puso de rodillas delante de los cuatro sacos de lana, y el lord-canciller dijo:

—Cúmplase como se desea.

Así terminó la sesion real.

El speaker, doblándose ante el canciller, descendió de espaldas del escabel; la comision de miembros de los comunes se inclinó hasta el suelo, y mientras la Cámara Alta reanudaba la órden del dia interrumpida, sin atender á dichos saludos, la Cámara Baja se marchó.

## VII.

### Las tempestades de los hombres son peores que las del Océano.

La gran puerta se cerró: entró el ujier de la vara negra y los lores comisarios régios, abandonando el banco del Estado, se sentaron á la cabeza del banco de los duques, en los sitios que correspondian á sus cargos. El lord-canciller tomó la palabra:

—Milores: habiendo deliberado la Cámara durante muchos dias sobre el bill que propone el aumento de cien mil libras esterlinas en la asignacion anual de su alteza real el príncipe, esposo de su majestad, y estando ya agotado y cerrado este debate, vá á procederse á la votacion. El voto se principiará á dar, segun es costumbre, por el *puine* (1) del banco de los barones. Cada lord, cuando se pronuncien su apellido y sus títulos, responderá *content* ó *non content*, y podrá exponer los motivos de su voto, si lo cree oportuno. Abogado, llamad á votar.

El abogado del Parlamento, de pié, abrió un ancho infolio, sostenido por un pupitre dorado, que era el libro de la pairía.

El puine de la Cámara era en esta época lord John Hervey, creado baron y par en 1703.

El abogado dijo:

—Milord John, baron Hervey.

Un viejo con peluca blonda se levantó.

—Content, respondió.

El sub-abogado registró el voto.

El abogado continuó nombrando por su turno á los pares.

—Milord Francisco Seymour, baron Conway de Kiltultagh.

—Content, contestó, semilevantándose, un jóven con fisonomía de paje.

—Milord John Leveson, baron Gower.

—Content, dijo el nombrado.

—Milord Heneage Finch, baron Guernesey.

—Content, gritó el aludido.

Mientras se sentaba despues de contestar, el abogado llamaba al quinto baron.

—Milord John, baron Granville.

—Content, respondió éste.

—Milord Cárlos Mountaque, baron Halifax.

—El príncipe Jorge, dijo el baron Halifax, tomando la palabra, tiene su dotacion como á consorte de su majestad; otra dotacion como príncipe de Dinamarca, otra como duque de Cumberland y otra como á supremo almirante de Inglaterra y de Irlanda; pero no tiene dotacion alguna como á generalísimo, y eso es una injusticia. Es preciso que cese este desórden por interés del pueblo inglés.

Además, lord Halifax hizo el elogio de la religion cristiana, vituperó el papismo y votó el subsidio. En cuanto dicho baron se sentó, el abogado continuó llamando á votar á los pares.

—Milord Cristóbal, baron Barnard.

Lord Barnard, del que debian nacer

(1) El último nombrado.

los duques de Cleveland, se levantó al oir su título y dijo:

—Content.

Mientras lord Barnard se volvia á sentar, el abogado que leia de rutina vaciló. Se puso los anteojos, se inclinó sobre el registro, fijando mucho la atencion en él, y despues, irguiendo la cabeza, dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkerville.

Gwynplaine se levantó y contestó:

—Non content.

Todas las miradas de la Cámara se fijaron en el nuevo lord, que permanecia de pié. La multitud de luces encendidas en los dos candelabros de los lados del trono alumbraban con claridad su fisonomía y la hacian resaltar de relieve en la vasta sala oscura.

Gwynplaine estaba esforzándose por borrar la risa de su rostro, resultado que ya dijimos podia conseguir con grandísimo trabajo, por medio de una concentracion de voluntad igual á la que se necesita para domar un tigre: conseguia por un momento hacer sério su semblante, pero solo dejaba de reir un momento; su esfuerzo no podia durar mucho tiempo, porque siempre son cortas las desobediencias á nuestra ley ó á nuestra fatalidad: algunas veces el agua del mar resiste á la gravitacion, se hincha en una tromba y forma una montaña, pero con la condicion fatal de volver á caer. Lucha semejante sostenia Gwynplaine. Para un instante solemne, y por la prodigiosa intensidad de la voluntad, pero por el poco tiempo que dura un relámpago, aparecia en su rostro el velo sombrío de su alma y lograba suspender su incurable sonrisa, retirando la alegría de la faz que le esculpieron; pero entonces estaba más espantoso.

—Quién es ese hombre? fué la pregunta-grito unánime de la Cámara.

Indescriptible extremecimiento se apoderó de todos los lores. Fué sorprendente el efecto que produjeron en ellos el bosque de cabellos, los hundimientos negros debajo de las cejas, la mirada profunda de los ojos, apenas visibles, y el aspecto feroz de aquella cabeza que se movia horriblemente entre la sombra y la voz. Mucho se habia hablado de la deformidad de Gwynplaine, pero viéndole, la realidad sobrepujaba á cuanto la fantasía pudiera haber imaginado. Encima de la montaña reservada para los dioses y durante la fiesta que celebran en una noche serena los todopoderosos reunidos, imaginaos que aparece de repente en el horizonte, como una luna sangrienta, el rostro de Prometeo, destrozado por las picaduras del buitre, y que el Olimpo distingue el Cáucaso. Una vision semejante se apareció á los todopoderosos de Inglaterra. Viejos y jóvenes contemplaban estáticos y con la boca abierta á Gwynplaine.

El anciano duque Thomas de Warton, á quien veneraba toda la Cámara, se levantó sobresaltado, exclamando:

—Qué es esto? ¿Quién introdujo á ese hombre en la Cámara? ¡Que le arrojen de aquí!

Despues apostrofó con altivez de este modo al nuevo lord:

—Quién sois? de dónde salís?

—Del abismo, respondió Gwynplaine, y cruzándose de brazos, miró fijamente á los pares.

—Quién soy? Soy la miseria. Milores, tengo que hablaros.

Todos se extremecieron, pero callaron; Gwynplaine continuó:

—Milores, ocupais las alturas del mundo y debemos creer que Dios tiene sus razones para concederos ese privilegio. Gozais del poder, de la opulencia, de la alegría; el sol está inmóvil en vuestro zenit; vuestra autoridad desconoce límites; disfrutais de los placeres sin compartirlos con nadie, teniendo á los demás en completo olvido. Pero debo advertiros que hay algo debajo de vosotros, acaso encima, y os participo una nueva: el género humano existe.

Las Asambleas son como los niños; los incidentes son su caja de sorpresas, que les causan miedo y curiosidad á la vez: parece algunas veces que al tocar un resorte se vea salir al diablo del agujero. Esto sucedió en Francia al aparecer Mirabeau, que era tambien deforme.

Gwynplaine se creia en aquel momento dotado de cierta grandeza. El grupo de hombres á quien dirigimos la palabra es un pedestal; estamos, por decirlo así, sobre una cima de almas, y se siente en los talones extremecimiento de entrañas humanas. Gwynplaine no era ya ahora el hombre de la noche anterior, que fué durante un momento un hombre vulgar; las humaredas que le marearon durante su súbita elevacion se habian desvanecido, dejándole ver la transparencia de ésta, y lo que ayer tomó como vanidad, ahora veia que era una funcion; lo que ayer le empequeñecia, ahora le realzaba, viéndose ilu-

minado por uno de esos grandes relámpagos que enciende el deber.

De todos los lados de la Cámara se oian estos gritos:

—Silencio! Oid, oid! Silencio!

Gwynplaine, crispado, sobrehumano, conseguia mantener en su rostro su contraccion severa y lúgubre, y continuó de este modo:

—Vengo de las profundidades. Milores, sois los grandes y los ricos, y esto es peligroso para vosotros, porque os aprovechais de los beneficios de la noche. Pero guardaos del gran poder de la aurora. El alba no puede ser vencida; llegará, ya llega, y trae consigo la luz de un dia irresistible, porque el sol resplandecerá en el cielo. El sol es el derecho y vosotros sois el privilegio. Debeis tener miedo, porque el verdadero amo de la casa vá á llamar á la puerta. ¿Quién es el padre del privilegio? La casualidad. Quién es su hijo? El abuso; pero ni el abuso ni la casualidad son sólidos; ambos tienen un mañana funesto. Vengo á advertíroslo y á denunciar vuestra felicidad, que se compone de las desgracias de los demás. Os apoderais de todo, y vuestro todo está compuesto de la nada de los otros. Milores, soy abogado desilusionado y sé que pleiteo por una causa perdida, pero esta causa la ganará Dios. Nada significo, solo soy una voz; el género humano es una boca y yo soy su grito; pero lo oireis. Voy á abrir á vuestra presencia, pares de Inglaterra, los grandes tribunales del pueblo, de ese soberano que hoy es el que sufre, de ese condenado que ha de ser juez. Me oprime el peso de lo que deseo decir y no sé por dónde empezar. He reunido en la vasta difusion de los sufrimientos la enorme y esparcida queja. Es superior á mis fuerzas y saldrá de mis labios confusamente, que yo no habia previsto este acontecimiento, y estoy tan asombrado como vosotros. Ayer era un saltimbanqui, hoy soy un lord. Misterios profundos de lo desconocido, ante quien debemos inclinarnos todos y temblar. Milores, todo el cielo está á nuestra parte; del inmenso universo solo veis la parte de fiesta, y es necesario que conozcais su parte de sombra. Entre vosotros me llamo lord Fernando Clancharlie, pero mi verdadero nombre es un nombre de pobre, me llamo Gwynplaine. Soy un miserable cortado de la tela de los grandes por un rey que así le plugo. Hé aquí mi historia. Muchos de vosotros conocísteis á mi padre, yo no le conocí; era de los vuestros por su parte feudal, y yo me adherí á él por su parte de proscripto. Lo que Dios hace bien hecho está. Me arrojaron al mar. Con qué objeto? Para que conociese su fondo; soy buzo y traigo á la superficie la perla de la verdad. Oidme, milores; he visto y he experimentado la pobreza, porque en su seno he crecido, y sufrí frio, hambre, peste, desprecio y vergüenza. Vomitaré la pobreza ante vosotros, y con los vómitos de todas sus miserias salpicaré vuestros piés y resplandecerá. Titubée antes de dejarme traer á este sitio, porque tengo deberes que cumplir en otra parte y aquí no está mi corazon. Lo que me ha hecho pensar este acontecimiento no os importa: cuando el ujier de la vara negra vino á buscarme de parte de la reina, mi primer impulso fué renunciar á tanto honor, pero me pareció que la mano de Dios me empujaba aquí, y vine. Creí necesario sentarme entre vosotros. Por qué? Porque ayer arrastraba andrajos. Porque sin duda, para tomar la palabra ante los que están hartos, Dios me hizo formar parte de los que están hambrientos. El mundo fatal, que creeis habitar, ni siquiera le conoceis; estais tan altos que os colocais fuera de él. Como vengo de ese mundo, he adquirido experiencia y puedo deciros lo que pensais, lo que sois y lo que haceis, porque lo ignorais. Una noche, una noche de tempestad, siendo yo muy niño, huérfano y abandonado, solo en la inmensidad de la creacion, entré en esa sombra que llamais la sociedad. Lo primero que ví fué la ley, bajo la forma de una horca; lo segundo, la riqueza, esto es, vuestra riqueza, bajo la forma de una mujer muerta de frio y de hambre; lo tercero, el porvenir, bajo la forma de una niña agonizante; lo cuarto, lo bueno, lo verdadero y lo justo, bajo la forma de un vagabundo, que solo tenia un lobo por compañero y por amigo.

En este momento, Gwynplaine, víctima de dolorosa emocion, sintió que los sollozos le subian á la garganta, y, siniestro y extraño presagio para él, estalló la risa en su fisonomía.

El contagio fué inmediato. Se cernía una nube sobre la Asamblea; podia reventar en espanto y reventó en risa. La risa, esa demencia que desarruga todas las frentes, se apoderó de todos los lores. Los cenáculos de hombres soberanos están en su elemento cuando pueden burlarse, vengándose así de su habitual seriedad. La risa de los reyes se asemeja

á la de los dioses, tiene un fondo de crueldad. Los lores tomaron aquello como un juego; la burla afiló las risas. Aplaudieron al que hablaba, ultrajándole de ese modo. Disparáronle un monton de interjecciones burlonas.

—Bravo, Gwynplaine!—¡Bien por *El hombre que rie!*—¡Ese es el hocico de la Green-Box!—¡Vienes á favorecernos con una de tus representaciones!—¡Eres muy elocuente!—Me diviertes mucho!—¡Qué bien te ries!—¡Buenos dias, muñeco de carton!—Salud á lord clown!—¡Venga otro discurso!—¡Eso es un par de Inglaterra!—Continúa!—No, no!—Sí, sí!..

El lord-canciller estaba inquieto.

Un par sordo, James Butler, duque de Ormond, haciendo de la mano una trompetilla acústica para el oido, preguntó al duque de Saint-Albans:

—Qué es lo que ha votado?

—Non content, le respondió el duque.

—Pardiez, ya lo creo! ¡Cómo ha de estar contento con ese rostro! exclamó el duque de Ormond.

Cuando se escapa una multitud—y las Asambleas son multitudes—ya no se la puede parar. La elocuencia es un anzuelo: si éste se rompe, se lo lleva el auditorio y lo arrastra hasta desarmar al orador. El auditorio aborrece al orador, y esto no se quiere creer. Volver á sujetar la brida, parece que sea un buen recurso y no lo es, pero todo orador lo prueba por instinto. Gwynplaine lo probó.

Contempló un instante á los lores riendo, y exclamó:

—Insultais á la miseria! ¡Pares de Inglaterra, silencio! Escuchad mi querella, jueces. Os conjuro á que tengais compasion, pero á vosotros mismos, que sois los que afrontais el peligro. Ignorais acaso que estais en una balanza, en uno de cuyos platos está colocado el poder y en el otro la responsabilidad. Dios os pesa. No os riais y meditad. La oscilacion de la balanza de Dios la produce el temblor de la conciencia. No sois malvados; sois como los demás hombres: ni mejores ni peores que ellos. Os creeis dioses, pero mañana estareis enfermos, y la fiebre extremecerá vuestra divinidad. Todos somos iguales. Me dirijo á los hombres honrados, y aquí los hay; me dirijo á las inteligencias elevadas, y aquí las hay; me dirijo á las almas generosas, y tambien las hay aquí. Sois padres, hijos y hermanos; por lo tanto, os enternecereis con frecuencia. El que ha besado esta mañana á su hijo al despertarse, es bueno; el corazon es igual en todos los hombres. Entre los que oprimen y los que son oprimidos solo hay la diferencia del sitio en que están colocados. Si vuestros piés andan sobre cabezas, no es culpa vuestra, es culpa de la Babel social. Construccion defectuosa, porque no está á plomo; un piso está cargado sobre el otro. Ya que poseeis el poder, tened fraternidad; ya que sois grandes, sed tiernos... ¡Si supiérais lo que he visto allá bajo, en las profundidades!... El género humano está en el calabozo, y hay muchos sentenciados que son inocentes. Carecen de luz, de aire, de virtud, y, lo que es más temible, esperan tener todo eso. Considerad esas desdichas, y que hay séres que viven muriendo; que hay jóvenes que comienzan á prostituirse á los ocho años, y que llegan á la vejez á los veinte. Las severidades penales son espantosas. Ayer ví un hombre encadenado y desnudo, con piedras sobre el vientre, que espiró en la tortura. Esto sin duda no lo sabeis; si lo supiérais, ninguno de vosotros se atreveria á ser dichoso. En las minas hay hombres que comen carbon, para engañar al hambre y llenar el estómago. En el condado de Lancastre, Ribblechester, por su gran indigencia, de ciudad se ha convertido en aldea. El príncipe Jorge de Dinamarca no necesita las cien mil guineas con que se trata de aumentar su dotacion; yo preferiria en cámbio que al recibir en el hospital al enfermo indigente no se le hiciese pagar su entierro de antemano. En Caernarvon, en Traithmaur y en Traith-bichan es horrible el hambre que sufren los pobres. En Strafford no se puede desecar el pantano, porque no tienen dinero para eso. Las fábricas de paños están cerradas en todo el Lancashire. Los pescadores de arenques de Harlech comen yerba cuando les falla la pesquera. En Ailesbury la penuria es permanente. En Penckridge, en Coventry, cuya catedral acabais de dotar, cuyo obispo acabais de enriquecer, no tienen camas en las chozas, y cavan zanjas para que se acuesten en ellas los niños, que en vez de empezar la vida en la cuna, la empiezan en la tumba. He visto todo lo que refiero. ¿Sabeis, milores, quién paga los impuestos que votais? Los que mueren. Vivís engañados, equivocásteis el camino. Aumentais la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico: obrais del modo contrario que debiérais obrar. ¡Lo que quitais al trabajador se lo dais al ocioso; lo que tomais al desarropado se lo dais al que

vá bien vestido; lo que arrebatais al indigente lo destinais para el príncipe! Como corre antigua sangre republicana por mis venas, vuestro proceder me causa horror. Execro á los reyes. Las mujeres nobles son descaradas. Me han referido una triste historia. Odio á Cárlos II. Una mujer que idolatró mi padre, mientras él espiraba en el destierro, se entregó á ese rey como una prostituta. Despues de Cárlos II vino Jacobo II; detrás de un tuno vino un malvado. ¿Qué es el rey? Un hombre que es causa débil y miserable de necesidades y de flaquezas. Para qué sirve el rey? Para que mimeis á la monarquía parásita. Es un gusano que convertís en boa; es una ténia que trocais en dragon. ¡Tened piedad de los pobres! Estais gravando el impuesto en beneficio del trono. ¡Temed á las leyes que promulgais! ¡Temed al hormiguero que estais aplastando! Bajad la vista y mirad á vuestros piés. Existen miserables: ¡tened compasion de ellos y de vosotros mismos! Las muchedumbres agonizan, y muriendo lo de bajo hace morir á lo de arriba. La muerte es una cesacion que no exceptúa á ningun miembro; cuando llega la noche nadie puede conservar un pedazo de dia. La perdicion del navío no es indiferente á ningun pasajero: si estos naufragan, las olas tragan á aquellos. El abismo no perdona á nadie.

En la Cámara iba en aumento la risa irresistible. Para alegrar á una Asamblea bastaba con la extravagancia de lo que decia el orador. Gwynplaine era cómico por el exterior y trágico por el interior, y no hay sufrimiento tan humillante como el suyo, ni que excite cólera tan profunda. Sus ideas se agitaban en un sentido y su fisonomía en otro; su situacion era espantosa, su voz tuvo de repente brillos estridentes.

—¡Parece chanza que estos hombres se regocijen! ¡Esto es la ironía afrontando á la agonía, las risotadas ultrajando al estertor! Pobres! yo soy uno de los vuestros, porque un rey me vendió y me recogió un pobre. Me mutiló un príncipe y me curó y me alimentó un muerto de hambre. Soy lord Clancharlie, pero continuaré siendo Gwynplaine. Procedo de los grandes, pero pertenezco á los pequeños. Estoy entre los que gozan y soy de los que padecen. Esta sociedad es falsa, pero ya vendrá la verdadera, y entonces no habrá señores, solo habrá vivientes libres. No habrá dueños y habrá padres. En el porvenir nadie se prosternará, ni cometerá bajezas; no habrá ignorancia, ni hombres que sean bestias de carga, ni cortesanos, ni lacayos, ni reyes. Aquí estoy mientras alborea ese porvenir. Tengo derecho á estar y uso de ese derecho. Yo referiré desde aquí, oh, pobres! vuestros sacrificios. Me erguiré con un puñado de harapos del pueblo en la mano y sacudiré sobre los señores la miseria de los esclavos, y no podrán, los privilegiados y los arrogantes, ellos que son príncipes, librarse del escozor de los pobres, y estas sabandijas caerán sobre los leones!...

Al llegar aquí, volvió Gwynplaine la cabeza hácia los sub-abogados, que, arrodillados, escribian sobre el cuarto saco de lana.

—¿Quiénes son esos hombres que están de rodillas? ¿Qué es lo que haceis ahí? Levantaos.

El apóstrofe brusco dirigido á dos subalternos, que un lord ni aun debe fijarse en que estaban allí, puso el colmo al regocijo general. Gritaban desde todos los bancos: Bravo!... hurra! De los aplausos llegaron hasta los pateos. Parecia que los lores estaban en la Green-Box, solo que en la Green-Box la risa halagaba á Gwynplaine y aquí le exterminaba. Matar es el gran esfuerzo del ridículo; la risa humana hace todo lo que puede algunas veces por asesinar.

La risa general hacia llover dichos satíricos y picantes. Es necedad en las Asambleas el creerse que tienen talento; su burla ingeniosa, pero imbécil, desprecia los hechos en vez de estudiarlos, y condena las cuestiones en vez de resolverlas. Un incidente es un punto interrogante. Reirse es reirse del enigma, y está detrás la esfinge, que no se rie.

En la Cámara sonaban estos clamores contradictorios:

—Basta! basta! Más! más aun!

William Farmer, baron Leimpster, lanzaba á Gwynplaine la afrenta de Ryc-Quiney á Shakespeare:

*—Histrio! mima!*

Lord Vangham, hombre sentencioso, que se sentaba el vigésimo-noveno en el banco de los barones, gritaba:

—Hemos vuelto al tiempo en que peroraban los animales. Entre las bocas humanas, la mandíbula bestial tiene la palabra.

—Oigamos á la burra de Balaam, añadia lord Yarmouth.

—El rebelde Lineus fué castigado en su tumba; el hijo es el castigo del padre, decia John Hong, obispo de Lichfield y

de Coventry, cuya prebenda desfloró Gwynplaine.

Thomas Wentworth, baron Raby, apostrofaba así al canciller:

—Milord-canciller, levantad la sesion.

—No, no, no! que continúe!... ¡que nos divierte!...

Esto pedian los jóvenes lores, y su regocijo rayaba en furor; cuatro de ellos se encontraban en plena exasperacion de hilaridad y de ódio; estos eran Laurencio Hyde, conde de Rochester; Thomas Tufson, conde de Manet; el vizconde de Hatton y el duque de Montang. El vizconde Hatton sacó un penny del bolsillo y se lo arrojó á Gwynplaine. Estó provocó una tempestad de aplausos en la Cámara, reinando un tumulto de pandemonium que ahogaba las palabras que pronunciaba el orador.

Ralph, duque de Montang, recientemente salido de la Universidad de Oxford y á quien apenas apuntaba el bigote, descendió del banco de los duques, en el que ocupaba el sitio diez y nueve, y fué á colocarse cruzado de brazos enfrente de Gwynplaine; burlándose en sus narices, le preguntó:

—Qué es lo que dices?

—Profetizo, respondió el orador.

Estalló nueva explosion de risa, pero debajo de ella gruñia la cólera en baja contínua.

Del caos de las risotadas se escapaban confusas las siguientes exclamaciones:—Cara de Górgona! ¿Qué significa esta aventura?—Insulta á la Cámara!—¡Ese hombre es un fenómeno!—¡Esto es una vergüenza!— Esto es un escándalo!—¡Que se levante la sesion!—No!—Sí!—Que acabe de hablar!...—Habla, bufon!...

Lord Lewis de Durás exclamó:

—Propongo que se dé un voto de gracias, concebido de este modo: La Cámara de los Lores agradecida á la Green-Box.

Lord Scarsdale tradujo en una sola pregunta la impresion que Gwynplaine produjo á la Asamblea:

—¿Qué viene á hacer aquí ese mónstruo?

Siempre hay quien pronuncia la palabra que reasume todo lo que se dice sobre un objeto.

Gwynplaine se irguió, espantado é indignado, movido por convulsion suprema. Contempló á los pares y les dijo:

—Qué vengo á hacer aquí? Vengo á ser terrible. Decís que soy un mónstruo; no; soy el pueblo. Me tomais por excepcion y soy todo el mundo; la excepcion sois vosotros, porque representais la quimera, y yo represento la realidad. Soy el Hombre. Soy el espantoso *Hombre que rie*. De qué? De vosotros, de mí, de todo. Qué significa esta risa? Vuestro crímen y mi suplicio, crímen y suplicio que os escupo á la cara.

Calló y callaron los lores, aunque continuaron riendo, pero con risas apagadas. Parecióle á Gwynplaine que habria conseguido llamar la atencion: cobrando bríos, continuó:

—La risa esculpida en mi semblante la esculpió un rey, y esta risa expresa la desolacion universal; esta risa significa ódio, silencio constreñido, rabia, desesperacion; esta risa la produjeron las torturas; es la risa de un forzado. Si Satanás la tuviese, esta risa condenaria á Dios; pero lo eterno no se parece á lo perecedero; siendo absoluto es justo, y Dios ódia lo que hacen los reyes. Me creeis una excepcion y soy un símbolo. Poderosos imbéciles, abrid los ojos, que yo lo encarno; yo represento á la humanidad tal como es en manos de sus señores. El hombre está en ella mutilado, como yo lo estoy, como lo está el género humano; le han estropeado la forma al derecho, á la justicia, á la verdad, á la razon y á la inteligencia, como á mí los ojos, la nariz y las orejas; como á mí, le han introducido en el corazon una cloaca de cólera y de dolor, y han cubierto su faz con una máscara de contento. En la obra de la mano de Dios se ha cebado la garra del rey. Obispos, pares y príncipes, el pueblo sufre profundamente, pero rie la superficie; por eso os digo que el pueblo soy yo. Hoy le oprimís, hoy le salvais; pero el porvenir traerá el deshielo sombrío, y lo que era piedra se volverá agua. La apariencia sólida se trocará en submersion; dará un crujido y todo terminará. Llegará la hora en que una convulsion romperá vuestra opresion y en que un rugido conteste á vuestras silbas. Esta hora llegó y se llamó la República; la despidieron, pero ella volverá. Mientras vuelve, recordad que Cromwell, con su hacha en la mano, interrumpió la série de reyes que empuñaban espadas, y temblad. Se acercan las incorruptibles soluciones; las lenguas arrancadas vuelan y se convierten en lenguas de fuego esparcidas por el viento de las tinieblas y aullan en el infinito; los que tienen hambre enseñan los dientes ociosos; los palacios edificados sobre los infiernos se bambolean; la mayoría padece; lo que está arriba cuelga,

y lo que está abajo se entreabre; la sombra desea convertirse en luz; es el pueblo que viene, es el hombre que sube, es el fin que empieza, es la roja aurora de la catástrofe. Hé aquí lo que contiene la risa que excita vuestras burlas. Lóndres es una fiesta perpétua; la Inglaterra es una aclamacion desde un extremo al otro extremo; pues bien, porque vivís en perpétua fiesta, yo rio; porque teneis alegrías públicas, yo rio. Provocan mi risa vuestros matrimonios, vuestras consagraciones y coronamientos, y el nacimiento de vuestros príncipes, y como que el trueno vá á estallar encima de vosotros y el rayo vá á heriros, me rio de vosotros.

Al oir esto lanzó una carcajada toda la Cámara. De todas las lavas que arroja el cráter de la boca humana, la alegría es la más corrosiva: no hay multitud que resista al contagio de hacer mal gozosamente. No todas las ejecuciones se verifican en el patíbulo, y cuando los hombres se reunen formando muchedumbre ó asamblea, siempre encuentran entre ellos un verdugo preparado: este verdugo es el sarcasmo. No hay suplicio que se pueda comparar con el del miserable que provoca la risa; este era el suplicio que torturaba á Gwynplaine. Las burlas eran ya para él apedreo y metralla; era ya el juguete, el maniquí, la cabeza de turco. Los lores saltaban, pateaban; decian: "Que se repita", sin acordarse ya ni de la majestad del sitio, ni de la púrpura de los trajes, ni del pudor del armiño, ni del infolio de las pelucas. Lo mismo reian los lores, que los obispos y que los jueces. El lord-canciller bajaba la vista como para que no se le viera reir.

Gwynplaine, lívido, cruzado de brazos y rodeado de tantos rostros, jóvenes y viejos, animados por aquel júbilo homérico, entre el torbellino de los aplausos, de los pateos y de los hurras, aplastado por aquel frenesí bufon, en medio de aquella inmensa alegría, parecia la estátua de un sepulcro. Conoció que aquello ya no tenia remedio, y se vió en la imposibilidad de contraer su fisonomía y de adquirir la benevolencia de un auditorio que le insultaba. Nunca estalló con tanto horror la ley eterna y fatal de lo grotesco derribando á lo sublime, de la risa repercutiendo el rugido, de la parodia montándose en las ancas de la desesperacion, del contrasentido entre lo que parece y lo que es.

Gwynplaine asistia al quebrantamiento definitivo de su destino causado por un estallido de la risa, pero al quebrantamiento irremediable. El que cae se levanta, pero no se levanta el que cae convertido en polvo. Esto no es posible. Segun el sitio en que suceden los acontecimientos tienen su resultado; lo que conquistara un triunfo á Gwynplaine en la Green-Box, producia su catástrofe y su caida en la Cámara de los Lores; los aplausos de allí, aquí eran imprecaciones. Gwynplaine se sentia como herido por el reverso de su máscara: por una parte de ella obtenia las simpatías del pueblo, que aceptaba al saltimbanqui, y por la otra el ódio de los grandes, que rechazaba á lord Fernando Clancharlie; la atraccion por una parte y la repulsion por otra, le arrojaban las dos hácia la oscuridad y se sentia herido por detrás. La suerte tiene sus traiciones.

Cuando la risa loca se apodera de una Asamblea, es ésta como un buque que ha perdido la brújula; ni sabia á dónde navegaba ni lo que hacia. Fué preciso levantar la sesion.

El lord-canciller dijo en voz alta que, en vista del incidente ocurrido, se continuaria votando al dia siguiente. La Cámara se disolvió; los lores salieron de ella saludando con reverencia á la silla real. Se oia prolongarse y perderse las risas por los corredores. Las Asambleas, además de las puertas oficiales, tienen entre la tapicería y entre las molduras puertas secretas, por las que se vacían como un vaso por las hendiduras. En pocos minutos la sala se vió desierta.

Ensimismarse pensando, nos aisla de tal modo del mundo, que acabamos por creernos en otro planeta. Gwynplaine salió súbitamente de su ensimismamiento, como si despertase de un sueño. Estaba solo en la sala vacía, y ni siquiera supo que se habia levantado la sesion; todos los lores habian desaparecido, hasta sus padrinos; solo quedaban algunos oficiales subalternos de la Cámara, esperando para apagar las luces y cerrar las puertas que se marchase su señoría.

Gwynplaine se cubrió maquinalmente, salió del banco y se dirigió á la gran puerta que abria sobre la galería. Al franquear el semicírculo de la barra, un door-keeper le quitó la toga de par, de lo que apenas se apercibió. Un instante despues se encontraba en la galería.

Los oficiales de servicio que estaban aun allí notaron con asombro que lord Clancharlie salió sin saludar al trono.

## VIII.

**Seria buen hermano si no fuera buen hijo.**

Gwynplaine no encontró á nadie en la galería y atravesó el punto-redondo, en donde no estaban ya los sillones ni las mesas, y en el que ya no quedaban huellas de su investidura. Candelabros y arañas, de trecho en trecho, indicaban el itinerario de la salida. Gracias á su cordon luminoso, pudo encontrar fácilmente, entre el encadenamiento de salones y de galerías, el camino que siguió al llegar con el rey de armas y con el ujier de la vara negra.

De repente, en el silencio de las grandes salas desiertas, oyó voces y palabras claras que llegaban hasta él, produciendo un tumulto extraño en semejantes sitios y de noche. Se dirigió hácia donde sonaba el vocerío y se encontró de pronto en espacioso vestíbulo débilmente alumbrado, que era una de las salidas de la Cámara. Vió ancha puerta acristalada y abierta; un graderío exterior; lacayos y hachas encendidas á la puerta de afuera; distinguió una plaza y algunas carrozas que esperaban debajo de las gradas. De esa parte salia el ruido que oyó.

A la parte de dentro de la puerta, bajo el reverbero del vestíbulo, estaba reunido un grupo tumultuoso que gesticulaba y hablaba, moviendo algarabía. Gwynplaine se aproximó allí, colocándose en sitio oscuro. A una parte habia diez ó doce jóvenes lores, que querian salir, y á la parte contraria estaba un hombre, cubierto como ellos, erguido y con la frente alta, que les impedia el paso. Este hombre era Tom-Jim-Jack.

Tom-Jim-Jack llevaba sombrero con plumas, pero no blancas como las de los pares, sino verdes y moteadas de color de naranja; iba galoneado y bordado de piés á cabeza, y manejaba febrilmente con la mano derecha el puño de la espada que ceñia, en cuyo tahalí y vaina brillaban las áncoras de almirante. Este era el que hablaba, apostrofando á los jóvenes lores del modo siguiente, que Gwynplaine oyó:

—Os digo que habeis sido unos cobardes; quereis que retire esas palabras, pues las retiro. No sois cobardes, sois idiotas. Os lanzásteis todos contra uno; eso no es cobardía, qué ha de ser!... Es inepcia. Os hablaron y no comprendísteis lo que os decian, porque aquí los viejos son sordos de oidos y los jóvenes de inteligencia. Estoy bastante cerca de vosotros para poderos decir la verdad. El nuevo lord es extraño, ha dicho muchas tonterías, convengo en ello, pero os ha dicho muchas verdades. Las dijo de un modo indigesto, es cierto; se repitió muchas veces; pero un hombre que ayer era volatinero en la féria no tiene obligacion de hablar como Aristóteles, ni como el doctor Gilbert Burnet, obispo de Sarum. Las sabandijas, los leones, el apóstrofe al sub-abogado, fueron de mal gusto; quién os dice lo contrario? Su discurso es insensato y descosido, y sin plan, pero hizo resaltar aquí y allá hechos reales. Demasiado hizo hablando como habló, no siendo ese su oficio; no hubiérais hecho vosotros otro tanto colocados en su lugar; en fin, milores, me parece bajeza que se encarnicen muchos contra uno solo; este es mi modo de pensar, y pido á vuestras señorías permiso para creerme ofendido. Yo, que soy poco creyente, creo en Dios cuando practica buenas acciones, lo que no le sucede todos los dias; por lo que me complace ver que ha sacado del fondo de una existencia baja ese par de Inglaterra y ha devuelto su herencia al heredero, y no me inquieta si esto perjudica á mis intereses, pareciéndome que es cosa hermosa ver de pronto la cucaracha convertida en águila y Gwynplaine en lord Clancharlie. Os prohibo, milores, tener otra opinion que la mia, y siento que no esté aquí Lewis de Duras, porque le insultaria con verdadero placer. Milores, Fernando Clancharlie ha sido el lord y vosotros habeis sido los saltimbanquis. De la risa de su semblante no tiene él la culpa, y habeis escarnecido su risa. Nadie debe burlarse de una desgracia; sois necios y necios crueles. Si creeis que no es posible el poder burlarse de vosotros, os equivocais, porque sois cobardes y no sabeis vestiros. Milor Haversham, conocí el otro dia á tu querida, que es repugnante. Es duquesa, pero mujer corrida. Señores burlones, repito que quisiera oiros decir en público cuatro palabras seguidas. Creeis saber algo por haber frecuentado la Universidad de Oxford ó de Cambridge, y porque antes de ser pares de Inglaterra habeis sido asnos en los bancos del colegio de Gonewill y de Cains; pues yo os digo cara á cara que habeis estado imprudentes con el nuevo lord. Es mónstruo, convengo en ello, pero entregado á bestias; prefiriera yo ser él á ser vosotros. Asistí á la sesion en mi sitio, como here-

dero posible de la pairía, y oí completa la sesion; no tengo derecho á hablar, pero tengo derecho á ser gentil-hombre. Vuestras burlas me incomodaron y por eso vine á esperaros á la salida. Milores, he formado el irrevocable designio de matar á alguno de vosotros, y yo, David Dirry-Moir, uno de los soldados de la marina inglesa, os cito, os requiero y os emplazo para que nombreis padrinos y segundos, y os espero para batirme esta tarde, en seguida, mañana, de dia, de noche, en pleno sol, con hachas encendidas, donde, cuando y como os plazca, porque en cualquier parte hay bastante sitio para cruzarse dos espadas; y hareis muy bien en revisar las pistolas y el filo de los estoques, porque abrigo la intencion de dejar vacantes vuestras pairías. Ogle Cavendish, toma tus precauciones y no olvides tu divisa: *Cavendo tutus.* Marmaduque Langdale, debes imitar á tu antepasado Gundold, haciendo que te siga un ataud. Jorge Booth, conde de Wariagton, no volverás á ver el condado palatino de Chester, ni tu laberinto, que imita al de Creta. Lord Vangham es demasiado jóven para decir impertinencias y demasiado viejo para responder de ellas, y yo pediré satisfaccion de sus palabras á su sobrino Ricardo Vangham, miembro de los Comunes. A tí, John Campbell, conde de Greenwich, te mataré como Achon mató á Matas, pero de una estocada franca, y no por detrás, porque tengo por costumbre presentar el corazon y no la espalda á la punta de la espada. Está convenido, milores; nos batiremos á pié ó á caballo. Quiero batirme con todos vosotros, lo oís? con todos vosotros. Descansa, conde de Caernarvon, que te haré tragar el acero hasta la empuñadura, y veremos despues, milord, si te ries. Tú, Burlington, que tienes diez y siete años y pareces una doncella, puedes escoger entre el prado de tu palacio de Middlesex y tu hermoso jardin de Londesburg en Yorkshire para que te entierren. Porque advierto á sus señorías que no consiento que nadie se insolente en mi presencia, y porque os insolentásteis os castigaré. Me pareció indecoroso que escarneciéseis á lord Clancharlie, que vale más que vosotros; porque como Clancharlie, es tan noble, y como Gwynplaine, tiene más talento. Hago mia su causa y mia la injuria, porque vuestras risotadas me encendieron en cólera. Veremos quién saldrá vivo de esta lucha, porque os provoco á todo trance, con toda clase de armas, de todos modos: elegid la muerte que os plazca, y ya que sois villanos al mismo tiempo que gentiles-hombres, os desafío segun vuestras cualidades, y os propongo cualquiera de los modos que tienen los hombres de matarse; desde la espada, como los príncipes, hasta el boxe, como los galopines.

Al aluvion furioso de palabras de lord David, el grupo altivo de los jóvenes lores respondió sonriendo:

—Convenido.

—Yo elijo la pistola, dijo Burlington.

—Yo, repuso Escrick, el antiguo combate en campo cerrado, con la maza de armas y con el puñal.

—Yo, dijo Holderness, quiero batirme con dos cuchillos, uno largo y otro corto, con los torsos desnudos y cuerpo á cuerpo.

—Lord David, dijo el conde de Thanet, ya que eres escocés, escojo la *claymore* (1).

—Yo la espada, dijo Rockingham.

—Yo, replicó el duque Ralph, prefiero el boxe. Es lo más noble.

Gwynplaine salió de la oscuridad donde estaba oculto y se dirigió hácia el hombre que habia llamado hasta entonces Tom-Jim-Jack y en el que ahora entreveia la nobleza.

—Os doy las gracias, le dijo, pero este asunto me corresponde á mí.

Los jóvenes lores se volvieron hácia Gwynplaine; éste avanzó. Se sentia impulsado hácia el hombre que oia llamar lord David y que era su defensor, quizás más aun. Lord David retrocedió.

—Calla! exclamó lord David. ¡Sois vos! Me alegro, porque tenia tambien que deciros algo. Acabais de hablar hace poco de una mujer, que despues de amar á lord Lineus Clancharlie, amó al rey Cárlos II.

—Es verdad.

—Pues habeis insultado á mi madre.

—Vuestra madre! gritó Gwynplaine. En ese caso, ya comprendo... nosotros somos...

—Hermanos, respondió lord David, dando un bofeton á Gwynplaine.

—Somos hermanos, repitió, por lo que podemos batirnos, ya que solo nos batimos con nuestros iguales; ¿quién es más igual á nosotros que un hermano? Os enviaré mis padrinos. Mañana nos batiremos.

---

(1) ble escocés. —(N. del T.)

# LIBRO NOVENO

## La caida.

### I.

**A través del exceso de grandeza se llega al exceso de la miseria.**

Cuando sonaba la media noche en San Pablo, un hombre, que acababa de atravesar el puente de Lóndres, se internaba por las callejuelas de Southwark. No habia reverberos encendidos, porque era costumbre entonces, tanto en Paris como en Lóndres, apagar el alumbrado público á las once; esto es, suprimir las luces en el momento en que son más necesarias. Las calles estaban, pues, oscuras y desiertas. El hombre caminaba á grandes pasos. Iba extrañamente vestido para ir por las calles á semejantes horas. Llevaba traje de seda bordado, espada al cinto y un sombrero con plumas blancas, pero iba sin capa. *Los watchment* (1) que le veian pasar decian:—Será un señor que ha hecho una apuesta; y se separaban de él con el respeto debido á un lord y á una ganancia posible.

Ese hombre era Gwynplaine, que huia.

No sabia dónde se encontraba. El alma, ya lo hemos dicho, tiene sus ciclones, torbellinos espantosos, en los que se confunden el cielo, el mar, el dia, la noche, la vida y la muerte en una especie de horror ininteligible. Lo real cesa de ser respirable. La nada se convierte en huracan, el firmamento se descolora, el infinito se vacía. Nos encontramos con estas ausencias y nos sentimos morir. Deseamos ver un astro. ¿Qué era lo que experimentaba Gwynplaine? El deseo vehemente de volver á ver á Dea. No pensaba en otra cosa. Regresar á la Green-Box y la posada Tadcaster, sonora, luminosa, llena de la risa cordial del pueblo, encontrar á Ursus y á Homo, volver á ver á Dea, volver á entrar en la vida.

Gwynplaine, apresurado, estaba ya cerca del Tarrinzean-field; más que andaba, corria. Sus miradas querian traspasar la oscuridad; éstas le precedian, buscando con avidez un punto en el horizonte. ¡Qué ansiedad tenia por descubrir las alumbradas ventanas de la posada Tadcaster! Por fin llegó al *bowling-green* y se encontró frente de la posada, pero á alguna distancia; ya recordarán nuestros lectores que la posada era la única casa que habia en el campo de la féria. Miró y no vió ni una sola luz. Se extremeció. Despues reflexionó que era muy tarde y que á tales horas debia estar ya cerrada la posada, que dormirian todos en ella y que era preciso despertar á Nicless ó á Govicum. Se decidió á llamar á la puerta, y se encaminó á ella precipitadamente.

Cuando llegó á la posada no podia respirar, y se aproximó á ella haciendo el menor ruido posible. Conocia el cuartucho contiguo á la sala baja, donde se acostaba antes el perro y despues Govicum, que tenia una ventana que caia á la plaza; Gwynplaine rascó el vidrio, creyendo que bastaba con despertar á Govicum, pero nadie se meneó en el cuartucho. Tocó con suavidad por el reverso de la mano en la ventana. Le contestó el mismo silencio, que atribuyó al fuerte sueño del muchacho. Entonces dió dos golpes; tampoco le respondieron. Fué á la puerta de la posada y llamó. Nadie contestó.—Maese Nicless es ya viejo y tiene el sueño pesado. Llamemos más fuerte, se dijo. Sacudió la puerta, dando en ella recios golpes. Esto le trajo á la memoria el lejano recuerdo de Weymouth, cuando, siendo aun niño, llevaba en brazos á la pequeñuela Dea.

Llamó violentamente, como que era lord, pero la casa permaneció silenciosa, y se quedó admirado. Desechando ya todas las precauciones, llamo gritando: Nicless! Govicum!...

Al mismo tiempo dirigió la vista á las ventanas, pero no vió claridad alguna al través de ellas. No habia en la posada Tadcaster ni un ruido, ni una claridad; reinaba allí silencio profundo. Fué á la puerta cochera, llamó y despues la sacudió frenéticamente, gritando: ¡Ursus! Homo!

El lobo no gruñó.

Sudor corria por la frente de Gwynplaine. Miró á su alrededor. La noche era bastante oscura, pero brillaban algunas estrellas que le permitian reconocer el campo de la féria; al fijarse en él lo vió abandonado; no habia ya ni un solo barracon en todo el *bowling-green*, ni un circo, ni un tablado, ni una carreta. El murmullo que levantaban los vagabundos hormigueando aquí y allá,

(1) Guardas.

enmudeció en aquella vasta y vacía negrura.

Gwynplaine fué presa de indecible ansiedad. Qué significaba aquel vacío? Qué habia sucedido allí? ¿Cómo es que estaba abandonado el campo de la féria?

Llamó á las puertas, á las ventanas, á las paredes, con los puños, con los piés, furioso y desesperado. Llamó á Nicless, á Govicum, á Fibi, á Vinos, á Ursus y á Homo. Algunos momentos se interrumpia y escuchaba; pero la posada permanecia muda, muerta. Entonces volvia á dar golpes y gritos, que retumbaban por todas partes.

El hombre es terrible cuando llega al extremo del espanto, y cuando lo teme todo no tiene miedo á nada. Dá puntapiés á la esfinje. Trata con aspereza á lo desconocido. Renueva el tumulto bajo todas las formas posibles, reteniéndose, volviendo á la carga, llamando y gritando con violencia, y queriendo asaltar el trágico silencio.

Viendo la inutilidad de este medio, pensó en asaltar la posada; pero, ¿cómo penetrar en la casa? Rompió un vidrio del cuartucho de Govicum y metió en él la mano; desgarrándosela, despasó el cerrojo y abrió la ventana. Comprendiendo que la espada le molestaria para llevar á cabo la operacion que intentaba, se arrancó colérico acero, vaina y cinturon y los arrojó al suelo. Despues se encaramó por la pared, y aunque la ventana era estrecha, pudo pasar por ella y penetró en la posada.

La cama de Govicum, vagamente visible, estaba en el cuarto, pero Govicum no; el vacío de la cama del muchacho pareció indicar á Gwynplaine el vacío de la cama del posadero. Reinaba profunda oscuridad en toda la posada; se apercibia en su interior tenebroso la inmovilidad misteriosa del vacío y el vago horror que significa: No hay nadie. Gwynplaine, convulsivo, atravesó la sala baja, dió porrazos en las mesas, golpeó en la vajilla, movió y trastornó los bancos, fué á la puerta del patio, que la descerrajó, dándole un golpe con la rodilla, y fijó las ávidas miradas en el corral: la Green-Box ya no estaba allí.

## II.

### Resíduo.

Gwynplaine salió de la posada y exploró en todos los sentidos el Tarrinzean-field, le recorrió en toda su extension y lo vió inhabitado; ni una sola voz se oia en aquella vasta oscuridad, como si la muerte hubiera batido allí sus alas.

Indudablemente una medida de policía habia despachurrado aquel hormiguero, haciendo una *razzia* de los vagabundos. El Tarrinzean-field no solo manifestaba abandono, sino desolacion. Podia decirse que habian vuelto del revés los bolsillos del miserable campo de la féria y los habian vaciado.

Gwynplaine, al convencerse de esto, salió del *bowling-green* y se internó por las calles tortuosas de la extremidad llamada East-point, dirigiéndose hácia el Támesis. Franqueó algunos zig-zags de la red de callejuelas, que solo tenian paredes y cercados, y al sentir el aire fresco del agua, oyó el sordo resbalar del rio, y bruscamente se encontró delante de un parapeto: era el parapeto de Effroc-stone.

Este parapeto costeaba un pedazo de muelle corto y estrecho; debajo de él, la alta muralla Effroc-stone se hundia á pico en el agua oscura.

Gwynplaine paróse allí; se oprimió la cabeza con las manos y se entregó de este modo á sus pensamientos, teniendo el agua bajo sus piés. Miraba al agua? No. Miraba á la sombra: no á la sombra exterior, sino á la que se proyectaba dentro de él. En el melancólico paisaje de la noche, que él no contemplaba; en la profundidad exterior, en la que no se fijaban sus miradas, se distinguian siluetas de vergas y de mástiles. El Effroc-stone á los piés de Gwynplaine, solo ofrecia la corriente del agua, pero el muelle cuesta abajo descendia en insensible pendiente, y conducia á alguna distancia á una barga que abrigaba muchísimos buques, de los que unos llegaban y otros partian, comunicándose con la tierra por medio de pequeños promontorios amarraderos, construidos exprofeso de piedra ó de madera. Dichos buques, unos anclados y otros amarrados, permanecian inmóviles. No se oia en ellos hablar ni andar; los marineros observaban la buena costumbre de dormir todo lo que podian, y solo se levantaban para consagrarse á sus ocupaciones. Si alguno de estos bastimentos tenia que salir de noche á la hora de la marea, no estaba despierto aun.

Se distinguian apenas los cascos como gruesas ampollas negras, y los aparejos como hilos confundidos en las escalas, pero todo esto confuso.

Gwynplaine nada de esto veia, porque se ensimismaba reflexionando sobre su destino; era un visionario, que soñaba pasmado de la realidad inexorable; le parecia oir detrás de él algo semejante á un temblor de tierra: era la burla de los lores; oia sus risas y escapaba de ellas abofeteado. Abofeteado por quién? por su hermano. ¿Y qué encontraba huyendo de las risas y abofeteado, al refugiarse en su nido, como herido pájaro, cuando escapaba del ódio y cuando buscaba el amor? Las tinieblas, la soledad. Todo habia desaparecido para él.

Gwynplaine acababa de llegar á la orilla siniestra del vacío. Desapareciendo la Green-Box, se desvanecia para él el universo.

Qué les habrá sucedido? ¿Dónde estarán? Indudablemente les han obligado á salir de Lóndres. El destino que proporcionaba la grandeza á Gwynplaine, quizás los anonadaba, y es indudable que él no volveria á verlos, porque para esto se habrian tomado las precauciones necesarias. Al mismo tiempo despoblaron todo el campo de la féria, empezando por Nicless y Govicum, para que nadie pudiese darle noticia del paradero de los fugitivos, condenados á inexorable dispersion. La temible fuerza social, mientras pulverizaba á Gwynplaine en la Cámara de los Lores, habia barrido á los vagabundos con sus tablados, sus circos y sus teatros. Estaban, pues, perdidos para él: perdida Dea para siempre. Dónde estará Dea? ¡Él, ausente, no la pudo defender!...

Formar conjeturas acerca de los séres ausentes que se aman, es condenarse al tormento, y Gwynplaine se aplicaba á sí mismo la tortura. Al través de la sucesion de ideas dolorosas, se acordaba del hombre que le era evidentemente funesto, de Barkilphedro. Este hombre le escribió en su cerebro palabras confusas, que ahora le reaparecian, y escritas con tinta tan horrible que se convertian en letras de fuego; Gwynplaine veia llamear en el fondo de su pensamiento estas enigmáticas palabras, que hoy ya se podia explicar: *El destino no abre nunca una puerta sin cerrar otra.*

Todo estaba ya consumado. Las últimas sombras se apoderaban de él. Cada hombre puede llegar en su destino al fin de su mundo; esto es, á la desesperacion. El alma está llena de estrellas caidas.

Pasó una humareda que le envolvió; era tan espesa para su vista que le penetró en el cerebro, y sus ojos cegaron y su corazon se embriagó. Este estado duró el breve tiempo que gasta la humareda en disiparse. Despertó del sueño y se encontró solo. Todo se habia desvanecido, todo se habia disipado.

Se quedó solo; solo es sinónimo de muerto.

La desesperacion es un reloj que marca los segundos y que suma el total, adicionándolo todo. Reprocha á Dios los rayos y los alfilerazos; quiere saber lo que le reserva el destino y razona, pesa y calcula.

Gwynplaine se examinó á sí mismo y examinó su suerte; su mirada retrospectiva le dió un resultado temible.

Cuando estamos en lo alto de la montaña miramos al precipicio; cuando estamos en lo más profundo de la caida, miramos al cielo y nos decimos: ¡Yo estaba allí!

Gwynplaine habia caido en las profundidades de la desgracia, y con vertiginosa rapidez, con la prontitud horrible del infortunio. Aquella es tan pesada que parece lenta. Tambien parece que la nieve, siendo fria, debia tener la parálisis del invierno, y siendo blanca, la inmovilidad de un sudario; pero esto lo desmiente la avalancha. La avalancha es la nieve convertida en horno; queda helada y devora. La avalancha envolvia á Gwynplaine; le arrancó como un andrajo, le desarraigó como un árbol, le precipitó como una piedra.

Gwynplaine recapituló su caida. Se hizo á sí mismo preguntas y respuestas. El dolor es un interrogatorio, y ningun juez es tan minucioso como la conciencia cuando instruye su propio proceso. Quiso saber la cantidad de remordimientos que entraba en su desesperacion, y sacar la cuenta, y disecar la conciencia, que es una viviseccion dolorosa.

Su ausencia produjo una catástrofe; pero esta ausencia, dependió de él? ¿obró libremente en el acontecimiento sobrevenido? No. Se vió arrastrado. ¿Lo que le paró y le retuvo fué una prision? No. Una cadena? Tampoco. Qué fué, pues? Que quedó pegado á la liga de la grandeza. ¿A quién no le ha acontecido alguna vez estar libre y tener las alas enredadas?

Lo que empezó por tentarle acabó por cautivarle; de eso y sobre este punto la conciencia le remordia. ¿Habia tolerado nada más los ofrecimientos? No, que los habia aceptado. Es cierto que sorprendido y haciéndose cierta violencia; pero él, por su parte, hasta cierto punto, dejó

obrar. De que se apoderasen de él no tenia la culpa, pero su flaqueza consistió en embriagarse. En un momento dado pudo aceptar ó no aceptar. Barkilphedro le puso enfrente de su dilema y le dió ocasion para resolver su suerte por medio de una palabra; Gwynplaine pudo decir que no, y dijo que sí, y lo sucedido despues dimanó del sí que pronunció aturdido. Por eso le queda el dejo amargo del consentimiento.

Esto no obstante, tomando su propia defensa, alegaba que no era un yerro, ni obrar torcidamente, el querer recuperar sus derechos, su herencia, su casa, y siendo como era patricio, el rango de sus antepasados, y siendo huérfano, el apellido de su padre. Que solo habia aceptado una restitucion propuesta por la Providencia.

Despues se rebelaba contra ese acto y se decia á sí mismo que esa aceptacion fué estúpida, que hizo una mala adquisicion y un cámbio inepto, que habia celebrado con la Providencia un contrato en el que él salia perdiendo; porque por dos millones de renta, por seis ó siete señorías, por tener diez ó doce palacios y castillos, y cien lacayos, y jaurías, y carrozas, y escudos de armas; por ser juez y legislador, por llevar corona y traje de púrpura como un rey, por ser baron, marqués y par de Inglaterra, habia vendido el coche-teatro de Ursus y la sonrisa de Dea! Por la inmensidad movediza que nos traga ó nos hace naufragar, habia entregado su felicidad. Por el océano habia dado una perla. Era un imbécil, era un insensato.

Sin embargo, y aquí su objecion renacia en terreno más sólido, en la fiebre de una colosal fortuna que se apoderó de él, no todo era perjudicial para su salud; quizás el renunciar hubiera sido un egoismo, porque la aceptacion se le imponia como un deber. Transformado bruscamente en lord, ¿qué habia de hacer? La complicacion del acontecimiento produce la perplejidad en el modo de obrar, y esto es lo que le sucedió. Tuvo el azoramiento que ocasiona el deber cuando dicta órdenes en sentido inverso, cuando se presenta por todas partes á la vez y se hace múltiple y casi contradictorio. Dicho azoramiento le paralizó, sobre todo en el trayecto de Corleone-lodge á la Cámara de los Lores, y no pudo resistirlo. Lo que se llama ascender en el mundo es pasar de un itinerario sencillo á un itinerario inquietante. ¿Dónde está desde entonces la línea recta? ¿En qué parte está el primer deber? Está en la parte más cercana? ¿No pasamos de la familia humilde á la familia poderosa? Al subir se siente cargada la honradez de un peso que vá aumentando. Cuanto más alto ascendemos, parece que estemos más obligados; ensanchando el derecho, se agranda el deber. Tenemos la obsesion, la ilusion quizás de ver muchos caminos brindándonos á un mismo tiempo, y á la entrada de cada uno de ellos el dedo indicador de la conciencia. ¿Por cuál de ellos internarse? ¿Salir, quedarse, avanzar, retroceder, qué determinacion tomar? Es extraño que el deber se introduzca en las encrucijadas, porque así la responsabilidad es quizás un laberinto. Pero la responsabilidad es mucho más perturbadora todavía cuando un hombre representa una idea, cuando es la encarnacion de un hecho, cuando es símbolo al mismo tiempo que hombre de carne y hueso; de esto provenia la inquieta docilidad y la ansiedad muda de Gwynplaine y su obediencia al requerimiento de sentarse en la Cámara. El hombre pensador es con frecuencia hombre pasivo. Gwynplaine creyó oir que así se lo mandaba el deber. Entrar en un sitio en el que se puede discutir la opresion y combatirla, ¿no es conseguir la realizacion de una de las aspiraciones más profundas? Pudiendo hablar él, formidable átomo social, ¿tenia derecho á rehusar á la palabra? ¿tenia el derecho de apartar la cabeza debajo de la lengua de fuego que caia desde el cielo y que se posaba sobre él?...

En el sordo y vertiginoso combate que trataba con la conciencia, ésta le decia lo siguiente:

—El pueblo es el silencio; yo seré el abogado de ese silencio, y hablaré en nombre de los mudos; hablaré á los grandes de los pequeños y á los débiles de los poderosos. Esta es mi mision. Dios sabe por qué lo quiere así y él me impulsa. Es sorprendente que la calabaza de Hardquanonne, que encerraba la metamórfosis de Gwynplaine en lord Clancharlie, habia flotado en el mar durante quince años sin ser destruida. Comprendo ahora por qué. Es que hay destinos secretos; tengo la llave de mi enigma y lo abro. Soy predestinado. He de cumplir una mision. Seré el lord de los pobres, hablaré en favor de todos los taciturnos desesperados. Traduciré los balbuceos, los murmullos, los rumores de todas las muchedumbres y las que-

jas mal explicadas, las voces ininteligibles y todos los gritos bestiales que la fuerza, la ignorancia y el sufrimiento arrancan á los pobres. El ruido de los hombres es inarticulado, como el ruido del viento, y gritan. Pero no se dejan comprender, y gritar de ese modo equivale á callar, y callar es desarmarse. Desarmamiento forzoso que reclama auxilio. Yo los socorreré; seré su denunciacion. Seré el Verbo, y gracias á mí los comprenderán. Diré todo lo que deba decir y seré grandioso.

Es hermoso hablar por los mudos, pero es triste hablar á los sordos. Tal fué la segunda parte de la aventura de Gwynplaine. Aventura que fué un fracaso, que le derribó desde lo alto del poder y de la fortuna, y cayó envuelto en la espuma de la risa.

Su ánimo valeroso y fuerte, que durante muchos años flotó en la vasta difusion de sus pensamientos, arrancándole un grito lastimero, se estrelló contra un colosal escollo, el de la frivolidad de los dichosos. Se creyó ser un vengador y resultó que era un clown; creyó que iba á aterrar y solo hizo reir; creyó conmover, y excitó las burlas; divirtieron sus sollozos, y esto le hizo naufragar.

Se mofaron de su risa, y el hecho execrable cuya huella eterna conservaba en la fisonomía, su mutilacion convertida en alegría perpétua, su máscara de regocijo, fabricada por la tortura, la cicatriz que marcaba el *Jussu regis*, la prueba del crímen cometido por un rey, símbolo del crímen cometido en el pueblo por la monarquía, era lo que le vencia, era lo que le derrotaba; la acusacion del verdugo se convertia en sentencia contra la víctima. ¡Prodigiosa denegacion de la justicia! La monarquía, que prevaleció contra el padre, prevaleció tambien contra el hijo; el mal que causó le servia de pretexto y de motivo para el mal que le quedaba por hacer. ¿Contra quién se indignaban los lores? ¿Contra el torturador? No; contra el atormentado. Aquí el trono, allá el pueblo; aquí Jacobo II, allá Gwynplaine. Esta confrontacion ponia en claro un atentado y un crímen. Qué era aquí el atentado? quejarse. ¿Qué era aquí el crímen? sufrir. La miseria debe esconderse y callar, porque de otro modo importuna á la majestad. ¿Eran malvados los hombres que herian á Gwynplaine con el puñal del sarcasmo? No; eran víctimas de su fatalidad, eran dichosos. Eran verdugos sin saberlo. Eran hombres de buen humor y encontraron inútil á Gwynplaine; si éste, abriéndose el pecho, se hubiera arrancado el hígado y el corazon, para enseñar á aquellos hombres sus entrañas, le hubieran contestado:—¡Bien representas la comedia!... Porque, desgraciadamente, él se reia tambien; su espantosa cadena, sujetándole el alma, impedia ascender el pensamiento hasta el semblante, la desfiguracion le llegaba hasta el espíritu, y mientras su conciencia se indignaba, desmintiéndola su faz, reia. Lord Clancharlie no podia dejar de ser *El hombre que rie*, la cariátide del mundo que llora, la angustia petrificada en la hilaridad que soporta el peso de un mundo de calamidades, y que se amuralla para siempre en la jovialidad, en la ironía y en el divertimiento de los demás; participaba con los oprimidos, cuya encarnacion era, de la fatalidad abominable de ser una desolacion que no se toma en sério; se chanceaban con su agonía. Su generosidad, su entusiasmo, su elocuencia, su corazon, su cólera y su amor daban por consecuencia y como resultado una carcajada general.

Una ley incomprensible, la fuerza desconocida que gobierna, quiso que un espectro visible y palpable, un espectro de carne y huesos, reasumiese la monstruosa parodia que llamamos mundo, y Gwynplaine era ese espectro. Gritó:—Compasion para los que sufren!... Quiso despertar la piedad y despertó el horror. Esta es la ley de la aparicion de los espectros. Al mismo tiempo que espectro, era hombre, por dolorosa complicacion. Espectro por el exterior y hombre por el interior, quizás más hombre que los otros, porque su doble suerte reasumía á toda la humanidad; y al mismo tiempo que la sentia en él, la veia tambien fuera de él.

Era un desheredado? No, porque era lord. Era un lord? No, porque era un revolucionario; era el que traia la luz, el que turbaba la fiesta; no Satanás, pero sí Lucifer. Llegaba siniestramente con la antorcha en la mano. Siniestramente para los siniestros, temible para los temidos; por eso éstos le lanzaron de allí. Nunca le hubieran aceptado como á uno de los suyos. El obstáculo de su rostro era terrible, pero el obstáculo que oponian sus ideas era más difícil de vencer aun. Sus ideas les parecieron más deformes que el semblante. No enunciaba ni un solo pensamiento posible en el mundo de los grandes y de los poderosos, en

el que una fatalidad le hizo entrar y otra fatalidad le hacia salir.

Entre él y los hombres se interponia una máscara, y entre la sociedad y su espíritu una muralla. Volatinero nómada, se confundió desde la niñez con la multitud, impregnándose y saturándose de la inmensa alma humana, y perdió en el sentido comun de todo el mundo el sentido especial de las clases superiores; se hizo imposible en ellas, por llegar á su altura empapado del agua del pozo de la verdad. Trascendia en él la fetidez del abismo y repugnaba á los príncipes, que la mentira perfuma, y es infecta la verdad para el que vive de la ficcion. El que tiene sed de adulacion vomita lo real cuando lo bebe por sorpresa. No era presentable en esos altos sitios lo que llevaba á ellos Gwynplaine: la razon, la sabiduría y la justicia. Por eso le arrojaron de allí con disgusto.

Gwynplaine obtuvo la recepcion que obtendria un espectro que entrase en la morada de los dioses. Se indignaron porque no era un espectro, era un hombre, y así se los dijo. No era un fantasma, era carne palpitante y cerebro pensador; su corazon sabia amar, y su alma esperaba; su culpa consistia en esperar demasiado, porque exageró su esperanza hasta el extremo de creer en la sociedad, y por eso, estando á la parte de fuera, quiso entrar en ella. La sociedad le presentó en seguida y de un golpe tres muestras de tres dones, del matrimonio, de la familia y de la casta. El matrimonio le vió en el umbral de la prostitucion. A la familia la vió en su hermano, que le abofeteó, y que le esperaba al dia siguiente con la espada en la mano. La casta le arrojaba sus burlas á la cara, á él, que era patricio, y le rechazó casi antes de ser admitido. Sus tres primeros pasos en la profunda sombra social habian abierto á sus piés tres abismos. Su desastre comenzó por transfiguracion traidora, y le sobrevino la catástrofe con cara de apoteósis. Sube! queria decir para él: ¡Desciende! Su suerte fué contraria á la de Job: por la prosperidad llegó á la adversidad.

¡Indescifrables son los enigmas humanos! Siendo niño, Gwynplaine luchó contra la noche y fué más fuerte que ella; siendo hombre, luchó contra el destino y lo aterró. De desfigurado se convirtió en resplandeciente, de desgraciado en feliz. De su destierro hizo un asilo. Era vagabundo, luchó contra el espacio, y como los pájaros, encontró su miga de pan. Era salvaje y solitario, luchó contra la multitud, y al fin logró ser amigo de ella. Era atleta, luchó contra ese leon que se llama pueblo y lo encadenó. Era indigente, combatió á la miseria, afrontó la necesidad de vivir, y á fuerza de amalgamar á la pobreza todas las alegrías de su corazon, la convirtió en riqueza. Pudo creerse vencedor de la vida. De repente nuevas fuerzas se desataron contra él desde el fondo de lo desconocido, no con amenazas, sino con caricias y sonrisas; cuando sentia amor angélico, se le apareció el amor draconiano y material; á él, que vivia del ideal, le asía la carne, y oyó palabras voluptuosas parecidas á gritos de rabia; sintió que le estrechaban los brazos de una mujer, como si fuesen nudos de culebra; á la iluminacion de lo verdadero sucedió en él la fascinacion de lo falso, porque no es la carne lo real, sino el alma. La carne es ceniza y el alma llama. Al grupo á que estaba ligado por el parentesco de la pobreza y del trabajo sustituyó la familia social, la familia de la sangre, pero de sangre mezclada, y antes de entrar en ella se encontró frente á frente de un fratricidio en perspectiva. Se dejó clasificar en aquella sociedad, de la que Brantôme, que él no habia leido, dijo: *El hijo puede justamente requerir á duelo á su padre.*. La suerte fatal le habia dicho: "Tú no perteneces á la plebe, tú eres de los elegidos„; abrió encima de él como una trapa en el techo social, y lanzándole por la abertura, le hizo aparecer inesperado y feroz en medio de señores y de príncipes.

De repente, en vez del pueblo que le aplaudia, vió á su alrededor lores que le maldecian, y fué víctima de metamórfosis lúgubre y de engrandecimiento ignominioso.

¿Por qué comenzar la vida por vencer el obstáculo? Por qué triunfar de él? Para ser luego precipitado y completar de ese modo su destino.

Así Gwynplaine, medio por fuerza y medio por voluntad, abandonó lo real por lo quimérico, lo verdadero por lo falso, á Dea por Josiana, al amor por el orgullo, la libertad por el poder, el trabajo del pobre por la opulencia del rico, la sombra que oculta á Dios por las llamas donde saltan los demonios, el Paraiso por el Olimpo. Mordió la fruta de oro y escupió un bocado de ceniza.

Todo esto dió por resultado la derrota, la caida, la ruina de todas sus esperanzas, fustigadas por las sangrientas bur-

las. Qué iba ya á hacer Gwynplaine? Si miraba al dia siguiente veia una espada desnuda, cuya punta se dirigia á su pecho y cuyo puño asía su hermano, hiriéndole el brillo horrible de esa espada. Josiana y la Cámara de los Lores estaban detrás en monstruoso claro-oscuro, lleno de siluetas trágicas. Su hermano se le aparecia caballeresco y valiente. Tom-Jim-Jack, que habia defendido á Gwynplaine, era lord David, que defendió tambien á lord Clancharlie; en el momento de conocerle y de quererle le dió un bofeton!

Despues de todo eso era imposible ya ir adelante. La tentativa se frustró y era inútil volver á intentarla. Gwynplaine era un jugador que habia perdido uno tras otro todos sus triunfos; se dejó arrastrar á un garito formidable. Sin conciencia de su modo de obrar, porque tal es el sutil envenenamiento de la ilusion, se jugó á Dea contra Josiana, y fué un mónstruo. Se jugó á Ursus contra su familia y quedó afrentado. Se jugó su tablado de saltimbanqui contra un asiento de lord, y recibió primero la aclamacion y despues la imprecacion. Su última carta la echó encima del tapete verde del *bowling-green*, que estaba desierto. Gwynplaine habia perdido y no tenia ya con qué pagar.

Gwynplaine permanecia inmóvil: el que le hubiese apercibido en medio de la oscuridad, derecho y sin movimiento, á la orilla del parapeto, hubiera creido ver una piedra de pié. Contemplaba al mundo que acababa de entrever con la mirada fria, que es la mirada definitiva, y veia en él el matrimonio, pero no el amor; la familia, pero no la fraternidad; la riqueza, pero no la conciencia; la hermosura, pero no el pudor; la justicia, pero no la equidad; el órden, pero no el equilibrio; la autoridad, pero no el derecho; el explendor, pero no la luz. Balance inexorable. Dió la vuelta á esta vision suprema en que se hundia su pensamiento, y examinó sucesivamente el destino, la situacion, la sociedad y á sí mismo. Qué era el destino? Una red. ¿Qué era la situacion? Una desesperacion. ¿Qué era la sociedad? Un ódio. Qué era él? Un vencido. Desde el fondo de su alma exclamó: La sociedad es la madrastra, la naturaleza es la madre; la sociedad es el mundo del cuerpo y la naturaleza el mundo del alma. La una conduce al ataud, á la fosa, á los gusanos, y allí todo termina; la otra conduce, con las alas abiertas, á transfigurarse con la aurora y á la ascension al firmamento, y empieza allí.

Gwynplaine, al juzgar, confrontaba lo que debia á la sociedad con lo que debia á la naturaleza. La naturaleza fué buena para él; la naturaleza, que es el alma: la sociedad todo se lo habia robado, todo, hasta la cara; el alma se lo habia devuelto todo, todo, hasta el rostro; porque existia una ciega celestial, creada exprofeso para él, que no veia su fealdad y sí su belleza moral. ¡Y se separó de ella!... ¡de ese sér adorable, de esa ternura!... Dea era su hermana, porque conocia que le comunicaba la fraternidad celeste. Dea, cuando era niño, le parecia su Vírgen, porque todos los niños profesan afecto á una Vírgen, y la vida empieza siempre por el casamiento de las almas que consuman, en plena inocencia, dos virginidades ignorantes. Dea era su esposa, porque les abrigaba el mismo nido, colocado sobre la rama más alta del gigantesco árbol del Himeneo. Dea era todavía más para Gwynplaine, era su claridad; sin ella todo era oscuridad y vacío para el saltimbanqui. ¿Qué seria de él sin Dea?... ¿Cómo pudo perderla de vista ni un solo instante? Dónde estará?... Qué dichoso fué con ella Gwynplaine! Dios rehizo el Edén para él hasta el punto de que dejó penetrar en él la serpiente; pero esta vez se presentó la tentacion bajo la forma de un hombre: fué Gwynplaine atraido desde fuera por seductora red, y al caer, cayó en el caos de las risas infernales. Era espantoso todo lo que le fascinara., Qué era Josiana? Una mujer horrible, casi bestia, casi diosa. Gwynplaine se encontraba ahora en el reverso de su elevacion, y la veia por la parte opuesta á su deslumbramiento, por la parte fúnebre, y le parecia deforme la señoría, pesada la corona, funeral el traje de púrpura, venenosos los palacios, opresores sus trofeos, sus estátuas y sus blasones, y que el aire traidor y nocivo que se respiraba en aquella atmósfera le trastornaba el juicio.

Echaba de menos los andrajos del saltimbanqui; la Green-Box, con su pobreza y su alegría; la agradable vida errante, la vida comun con sus compañeros, en la que no se separaban, viéndose á todas horas, por la tarde, por la noche, por la mañana, codeándose en la mesa, tocándose las rodillas, bebiendo en el mismo vaso. Por la noche dormian unos cerca de otros, y la imágen de Dea no se separaba de Gwynplaine, ni la de Gwynplaine de Dea, no estando segu-

ros al despertar de no haber cambiado de besos en la nube azul del sueño. Dea representaba la inocencia y Ursus la sabiduría prudente. Ahora todo eso habia desaparecido. Dónde está? ¿Lo borraria soplando el viento de la tumba? Todo se habia eclipsado y perdido. Y Gwynplaine no estaba entre ellos para protegerles, para defenderles como lord, con su título, con su señoría y con su espada, y como volatinero con los puños y con las uñas. Al decir esto le asaltaba la más amarga de las reflexiones, la de que él no hubiera podido defenderlos, pues precisamente él los perdia. La infame omnipotencia social los barria para apartarlos de lord Clancharlie, para aislar la dignidad de éste de su contacto. La mejor manera de protegerles hubiera sido desaparecer, porque de este modo no hubiera dado márgen á que los persiguieran. Ah! ¿por qué dejó que le separaran de Dea? ¿No era su primer deber no abandonarla? Debia servir al pueblo, pero tambien á Dea; así se lo exigia la humanidad, ya que era huérfana y estaba ciega. ¿Qué es lo que habia hecho? Dejar el campo libre á la catástrofe. Debia haber participado de su suerte adversa ó favorable. ¿Qué iba á ser de él ahora? ¿Podia Gwynplaine vivir sin Dea?... ¿Para qué habia de luchar por más tiempo, no esperando ya nada de los hombres ni del cielo? El que perdió el objeto de su vida, su alma, solo puede volverla á encontrar en un sitio, en la muerte.

Gwynplaine apoyó firmemente la mano en el parapeto, como el que acaba de tomar una resolucion, y miró al rio.

Era la tercera noche que no dormia y tenia fiebre. Sus ideas, que le parecian claras, eran confusas. Sentia imperiosa necesidad de dormir. Permaneció algunos instantes inclinado hácia el agua, que en la oscuridad le brindaba con su inmenso lecho tranquilo, con el infinito de las tinieblas, con siniestra tentacion.

Se quitó la casaca, la plegó y la dejó sobre el parapeto; despues se desabrochó el chaleco; al ir á quitárselo, su mano chocó con un objeto que encerraban sus bolsillos, con el red-book que le entregó el librarian de la Cámara de los Lores. Sacó dicho registro del bolsillo, le examinó á la claridad difusa de la noche y vió un lápiz sostenido en él; lo tomó y escribió, en la primera página en blanco que encontró, lo siguiente:

"Me voy. Que me reemplace mi hermano David y que sea dichoso.„

Despues de escrito lo anterior firmó: "*Fernando Clancharlie*, par de Inglaterra.„

Se quitó el chaleco y lo dejó encima de la casaca, poniendo el sombrero sobre el chaleco, introduciendo en el sombrero el red-book, abierto por la página que acababa de escribir.

Tomó del suelo una piedra y la metió dentro del sombrero.

Hecho esto, miró al cielo un instante y despues inclinó lentamente la cabeza, como si le estirase el hilo invisible del abismo.

Habia un agujero en las piedras del parapeto; puso allí el pié, de modo que su rodilla pasaba más allá de lo alto del parapeto, y quedó en posicion de saltar. Cruzó las manos en la espalda y se inclinó.—Concluyamos, dijo, fijando los ojos en el agua.

En este momento sintió que una lengua le lamia las manos; se extremeció y volvió la cabeza. Era Homo que estaba detrás de él.

# CONCLUSION

## El mar y la noche.

### I.

#### Perro de guarda puede ser ángel guardian.

Gwynplaine lanzó un grito de alegría:

—Ah, eres tú!...

Homo meneó la cola; sus ojos, que contemplaban al saltimbanqui, brillaban en la oscuridad. Despues volvió á lamerle las manos. Gwynplaine quedó un momento atónito, al ver renacer en él la esperanza con la aparicion del lobo. Hacia cuarenta y ocho horas que habia agotado las variedades de la sorpresa, pero aun le faltaba recibir ésta. Volvia á asir la certidumbre, ó por lo menos la claridad que conduce á ella; veia la intervencion repentina de no sé qué clemencia misteriosa, que se encarna quizás en el destino y dice: Aquí estoy! cuando vamos á hundirnos en la tumba, en el momento en que nada se espera: veia algo semejante á un punto de apoyo que se encuentra en el instante más crítico del hundimiento. Homo estaba allí. Homo se volvió de espaldas á Gwynplaine y miró hácia atrás, como para ver si aquel le seguia. El saltimbanqui siguió los pa-

sos del lobo, que continuó andando y meneando la cola.

El camino que siguió Homo era la pendiente del muelle de Effroc-stone que conducia á la barga del Támesis. Gwynplaine, guiado por Homo, descendió por la pendiente.

De vez en cuando Homo volvia la cabeza para asegurarse de que iba Gwynplaine detrás de él.

En situaciones supremas es muy parecido á la inteligencia el instinto de los animales. El animal es un sonámbulo lúcido. Hay casos en que el perro conoce la necesidad de seguir á su dueño, y otros en que conoce la necesidad de precederle; entonces el animal dirige, porque vé vagamente la precision de ser guia. ¿Conoce que hay que andar por un mal paso y que es preciso ayudar al hombre para que pase? Probablemente no, ó quizás sí; sea una cosa ú otra, hay quien lo sabe por él, porque con frecuencia nos encontramos con augustos socorros que creemos que vienen de bajo y vienen de arriba.

En cuanto el lobo llegó á la barga, avanzó hácia abajo por la estrecha lengua de tierra que se extendia á lo largo del Támesis. No lanzaba ningun grito, ni gruñia; caminaba mudo. Homo siempre obedecia á su instinto y cumplia su deber, pero con la reserva pensativa del proscripto.

Al andar unos cincuenta pasos se paró. A la derecha de donde se pararon habia una empalizada; á la extremidad de ésta, que era un embarcadero sostenido sobre estacas, se veia una oscura masa, que era el cuerpo de un navío; á un extremo de éste, hácia la proa, se distinguia una claridad, que parecia producida por una lamparilla de noche próxima á extinguirse.

El lobo se aseguró de que Gwynplaine estaba á su lado, saltó á la empalizada, que era un largo corredor con piso de maderos alquitranados, debajo del que corria el agua del rio. En pocos instantes Gwynplaine y el lobo atravesaron dicho puente.

El bastimento que estaba amarrado al fin de la empalizada era uno de esos antiguos buques de Holanda que tenian dos mástiles; el de proa se llamaba San Pablo y el de popa San Pedro, y guiaban al navío esos dos mástiles, como á la Iglesia aquellos dos apóstoles. Estos pesados barcos llevaban una viga por timon, porque debia ser proporcional el peso de éste al del buque. Tres hombres, el patron y dos marineros, y un muchacho, el grumete, eran bastantes para hacer maniobrar esas pesadas máquinas marítimas. Los puentes de delante y de detrás del navío no tenian parapeto. El casco del barco, largo, voluminoso y negro, tenia escrito con letras blancas, visibles hasta de noche: *Vograat. Rotterdam.*

En esa época diversos acontecimientos en el mar, y entonces el reciente de la catástrofe de los ocho bajeles del baron de Pointi en el cabo Carnero, que forzaron á la flota francesa á refluir sobre Gibraltar, limpiaron y barrieron la Mancha á todos los navíos de guerra el paso entre Lóndres y Rotterdam, lo que permitia á los barcos mercantes ir y venir sin escolta.

La *Vograat*, cerca de la que llegó Gwynplaine, estaba arrimada á la empalizada por la parte de babor de su puente de detrás y casi á su nivel, formando un escalon para penetrar en el buque. Homo y Gwynplaine dieron un salto y se encontraron en él sobre el puente del navío; estaba desierto y no habia en él movimiento alguno; si conducia pasajeros, lo que era probable, estaban á bordo, puesto que el bastimento se disponia á partir; pero sin duda estaban acostados y quizás dormidos, sabiendo que iban á hacer de noche la travesía, que, en semejantes casos, los pasajeros no aparecen sobre cubierta hasta que se despiertan al amanecer. La tripulacion era verosímil que estuviese cenando, esperando el momento de la próxima partida, en la bodega del buque. Por eso el buque estaba desierto sobre cubierta.

El lobo casi corria mientras atravesó la empalizada; pero sobre el navío andaba con lentitud y con discrecion. Meneaba la cola más alegremente, pero con la oscilacion débil y triste del perro inquieto.

Al penetrar en el interior del buque Gwynplaine, detrás de Homo, vió la claridad, que le llamó la atencion desde la barga; habia en el piso una linterna á los piés del mástil de delante, y su reverberacion destacaba, sobre el fondo oscuro de la noche, una silueta de cuatro ruedas. Gwynplaine reconoció en ella la antigua choza ambulante de Ursus.

Esa desvencijada masa de madera, que fué carreta y cabaña á la vez, en la que rodó su infancia, estaba amarrada al pié del mástil con gruesas cuerdas, cuyos nudos sujetaban las ruedas. Como estaba tanto tiempo retirada del servicio, era ya completamente inútil, que nada

gasta tanto á los hombres y á las cosas como la ociosidad; solo servia ya para estar colgada; el no uso la paralizó, y además el padecimiento de la irremediable enfermedad de la vejez.

Al volver á encontrar la vida, la felicidad, el amor, corriendo atónitamente á entregarse á sus goces para cumplir una ley de la naturaleza, excepto cuando el destino nos trata como trató á Gwynplaine; el que, como éste, sale desorientado y atemorizado por una série de catástrofes, parecidas á traiciones, adquiere cierta prudencia hasta para entregarse á la alegría; teme comunicar su fatalidad á las personas queridas, creyéndose contagioso, y avanza con precaucion hácia la felicidad. Ve que se entreabre el paraiso ante él; pero antes de entrar le observa. Gwynplaine, vacilando bajo el peso de su emocion, observaba á su alrededor.

El lobo fué silenciosamente á acostarse al lado de la choza ambulante y cerca de su antigua cadena.

## II.

### Barkilphedro apuntó al águila y alcanzó á la paloma.

La estribera de la choza estaba bajada y la puerta entreabierta, pero no habia nadie dentro; la escasa luz que entraba por el vidrio de delante insinuaba vagamente el interior de la cabaña. Las inscripciones de Ursus, que glorificaban la grandeza de los lores, estaban aun legibles en las tablas decrépitas. Gwynplaine vió colgados de un clavo, cerca de la puerta, su esclavina y su capisayo.

La choza ocultaba algo extendido en el puente, al pié del mástil, y que alumbraba la linterna; era un colchon, del que solo veia una parte. Probablemente habria álguien acostado en él y que se movia en la oscuridad.

Oyó hablar Gwynplaine, y oculto en la interposicion de la choza, escuchó. Era la voz de Ursus. La voz de este hombre, que era tan áspera por el exterior y tan tierna en el interior, que tanto reprendió y tan bien se portó con Gwynplaine desde su niñez, habia perdido la viveza del timbre; era vaga y ronca y se disipaba en suspiros al fin de cada frase; solo confusamente se parecia á la antigua voz sonora y fuerte del filósofo; tenia el sonido de la voz del hombre cuya felicidad ha muerto. La voz puede convertirse en sombra.

Ursus parecia que monologaba más que dialogaba, pues ya sabemos su costumbre de entregarse al soliloquio, y por esto tenia fama de maniático.

Gwynplaine reprimió el aliento, para no perder una palabra de las que pronunciaba Ursus, y hé aquí lo que oyó:

—¡Es muy peligroso esta especie de barco! Como no tiene reborde, si rodais hácia el mar nada os detiene. Si sobreviniese el mal tiempo, seria preciso descender bajo el puente. Un movimiento torpe, el ruido, causarian una rotura de aneurisma; he visto de esto varios ejemplos... Dios mio! ¿qué vá á ser de nosotros? Ella duerme? Sí. Duerme, ya lo creo. Pero no ha perdido el conocimiento. Tiene el pulso bastante fuerte. El sueño es una dilacion. Es la verdadera ceguera. ¿Qué haré para que no pateen aquí encima? Señores, os suplico que no hagais ruido, ni os acerqueis, que aquí bajo hay álguien. Es preciso tratar con miramientos á esta persona, que está muy delicada; ya veis que tiene calentura y que es jóven. La he sacado aquí este colchon para que tenga aire para respirar; os explico esto para que no la incomodeis. Cayó lasa sobre el colchon, como el que pierde el conocimiento; pero duerme y quisiera que no la despertárais. Me dirijo á las mujeres, pues sé que en el navío hay ladíes, y deben compadecer á una doncella. Somos unos pobres volatineros, que os pedimos que seais bondadosos con nosotros, y si es menester pagar para que no hagais ruido, yo pagaré lo que se me exija. Os doy las gracias. Me oye alguno? No; creo que no viene nadie. Mejor. Señores, os doy las gracias si estais ahí, y os las doy tambien si no estais.—Tiene la frente sudada! Vamos, volvamos al presidio y volvamos á tomar la argolla. Hemos recaido en la miseria, caminamos cuesta abajo. La mano espantosa, que no se vé, pero que se siente, nos ha torcido violentamente hácia la parte negra del destino. ¡No hay remedio! Tengamos valor. Pero es preciso que ella no esté enferma. Soy tan estúpido que hablo solo, sin pensar que estoy á su lado y que puedo despertarla; ¡con tal de que no la despierten bruscamente!... ¡No hagais ruido, en nombre del cielo! Una sacudida que la hiciera levantarse sobresaltada le seria perjudicial, pero creo que todo el mundo está durmiendo en el barco. Doy gracias á la Providencia por esta concesion; y Homo, dónde está? Con este trastorno me olvidé de atarlo... no sé lo que me

hago... hace más de media hora que no le he visto, y habrá ido á buscar la cena fuera de aquí. ¡Con tal de que no le suceda una desgracia!...

Homo golpeó suavemente con la cola el piso del puente.

—Ah! estás ahí?... A Dios gracias!... Si hubiera perdido á Homo, eso ya seria demasiado. Ella menea los brazos, quizás vá á despertarse. Cállate, Homo! La marea desciende. Pronto partiremos. Creo que tendremos buena noche. La banderola pende á lo largo del mástil y haremos bien la travesía. Las nubes apenas se mueven, el mar estará tranquilo, la temperatura es apacible. ¡Qué pálida está!... de debilidad... Otros momentos tiene color... se lo dá la fiebre... No veo claro, Homo, no veo claro. Es preciso volver á empezar á ganarse la vida, es indispensable trabajar... para esto ya solo quedamos tú y yo. ¡Es nuestra hija!.. Ah! el navío se menea. Vamos á partir. ¡Adios, Lóndres! ¡Buenas noches y que te se lleve el diablo, horrible Lóndres!...

El navío, en efecto, se conmovia al levar el áncora y se separaba de la empalizada por la parte de detrás. Se distinguia á la otra parte del buque, á la popa, un hombre que estaba de pié, sin duda el patron, que acababa de salir del interior del navío, que desataba la amarra y que maniobraba con el timon. Este hombre, que participaba de la doble flema del holandés y del marinero, atento y fijo en la corriente del agua, no oia ni veia más que el agua y el viento; se inclinaba á la extremidad del timon, andaba con lentitud por el puente de detrás, yendo y viniendo de babor á estribor. Estaba solo en el puente. Mientras el buque estuviese dentro del rio no necesitaba á nadie: en pocos minutos el navío navegó, porque el Támesis estaba tranquilo y poco turbado por el reflujo. Como la marea arrastraba al barco, éste se alejaba rápidamente. Detrás de él la negra decoracion de Lóndres se borraba entre la bruma.

Ursus prosiguió su monólogo:

—Pues bien; haré que tome la digital. Tengo miedo que la sobrevenga el delirio. Tiene sudadas las palmas de las manos. En qué hemos ofendido á Dios? ¡Con qué rapidez nos ha asaltado la desgracia! Pobre niña!... Venimos á Lóndres atraidos por la gran ciudad, que posee hermosos monumentos. Southwark es un magnífico arrabal y nos establecemos en él; pero ahora vemos que éste es un pais abominable, y estoy contento de salir de él. Estamos á 30 de Abril y siempre he desconfiado de este mes; en el mes de Abril no hay más que dos dias felices, el 5 y el 27, y cuatro desgraciados, el 10, el 20, el 29 y el 30: esto es indudable, segun los cálculos de Cardan. Quisiera que el dia de hoy hubiera pasado ya. Consuela el salir de Lóndres; estaremos al amanecer en Gravesend y mañana por la tarde en Rotterdam. Volveremos á vivir en la choza ambulante y la arrastraremos; ¿no es verdad, Homo?

Ligero golpe, dado con la cola, le anunció el consentimiento del lobo.

Urs sncontinuó:

—Si se pudiera salir del dolor como se sale de una ciudad, aun seríamos dichosos, Homo; pero nunca olvidaremos al que ya no existe; ya sabes á quién me refiero. Éramos cuatro y no somos más que tres. La vida es una continuada pérdida de todo lo que se ama. Dejamos detrás de nosotros la huella de los dolores. El destino nos atolondra con la prolijidad de sufrimientos insoportables. Persiste el buen tiempo, amigo Homo, y ya no se distingue la cúpula de San Pablo. Estamos ya cerca de Greenwich. Hemos recorrido ya seis millas. Vuelvo para siempre la espalda á esas odiosas capitales llenas de sacerdotes, de magistrados y de populacho. Prefiere ver cómo se menean las hojas en los bosques.—Siempre tiene la frente sudada!... Están violáceas y gruesas las venas de su antebrazo, por la fiebre que la agita por dentro. Esto me desespera! Duerme, hija mia, duerme.

En este instante se oyó una voz inefable, que parecia lejana y venir de las alturas y de las profundidades al mismo tiempo, voz divinamente siniestra, la voz de Dea.

A pesar de las muchas emociones que habian agitado á Gwynplaine, ninguna le conmovió como la que experimentaba ahora. Su ángel hablaba; le pareció oir palabras pronunciadas fuera de la vida en la inmensidad del cielo.

La voz decia:

—Hizo bien de marcharse; este mundo no era el que él merecia, y es preciso que yo vaya donde está él. Padre, no estoy enferma; ahora mismo os lo oia decir; me encuentro bien y duermo. Padre, voy á ser dichosa.

—Hija mia, le preguntó Ursus con angustioso acento, ¿qué entiendes tú por ser feliz?

—Padre, no os incomodeis, le contestó.

Hizo una pausa, como para tomar aliento, y dijo:

—Gwynplaine no está ya aquí; ahora es cuando yo soy ciega. No conocia la noche, y la noche es la ausencia.

La voz se paró otra vez y luego continuó:

—Siempre tuve miedo de que se volase, porque comprendia que era celestial, y de repente alzó el vuelo, debia ser así: un alma como la suya se vá como un pájaro; pero el nido del alma está en una profundidad en la que existe el gran imán que lo atrae todo, y yo ya sé dónde he de encontrar á Gwynplaine. No equivocaré el camino; más tarde, padre, os reunireis con nosotros, y Homo tambien.

Homo, al oir pronunciar su nombre, golpeó en el piso del puente.

—Padre, repuso la voz; bien comprendeis que desde el momento en que Gwynplaine no está con nosotros, todo ha terminado para mí. Aunque quisiera quedarme no podria, porque no es posible obligar á respirar á nadie. Cuando estaba aquí Gwynplaine, yo vivia; ahora que no está, me muero; preciso es, ó que él vuelva, ó que yo me vaya, y ya que él no puede volver, debo irme yo. Morir es muy bueno y no es difícil. Padre, lo que aquí se apaga se enciende en otra parte. Vivir es tener siempre el corazon oprimido, y siempre no hemos de ser desgraciados; cuando esto sucede, nos vamos á lo que llamais las estrellas, nos casamos allí, no nos separamos ya nunca, amándonos siempre en la presencia de Dios.

—No te pesará estar allí, la contestó Ursus.

Dea continuó:

—El año pasado, en la primavera del año pasado, estábamos juntos y éramos dichosos; ¡qué diferencia de entonces á ahora!... No recuerdo en qué pequeña ciudad nos instalamos, que tenia muchos árboles, y oía cantar en ellos á los pájaros. Desde que vinimos á Lóndres, ¡cómo ha cambiado todo!... Padre mio, ¿os acordais que una noche ocupó el palco grande una mujer, que vos dijísteis que era duquesa, y que yo estuve muy triste? Mejor hubiera sido para nosotros no haber salido de las ciudades pequeñas; por eso Gwynplaine ha hecho muy bien; ahora me toca á mí. Ya que me contestais que siendo muy niña cuando murió mi madre, y estando yo en tierra, de noche y sepultada en la nieve, me recogió él, que tambien era un niño, y estaba solo en el mundo, no debe asombraros que hoy tenga necesidad de partir y de ir á la tumba, si en ella está Gwynplaine. ¿Os haceis cargo de lo que os digo, padre mio? Qué es lo que se menea? Parece que estemos en una casa que anda, y sin embargo, no oigo el ruido de las ruedas.

Calló Dea y calló Ursus. Despues de un momento de pausa, la ciega exclamó:

—¡Es indispensable que me vaya ó que él vuelva!

Ursus, sombrío, murmuró para sí á media voz:

—No creo en los aparecidos. Luego, dirigiéndose á Dea, la dijo:

—Preguntas por qué la casa se menea? Porque estamos dentro de un barco; cálmate. Debes hablar poco. Si te agitas, hija mia, volverás á tener calentura. No podré soportar los cuidados que ocasiona una enfermedad, porque soy ya viejo. Por Dios, no quiero que enfermes!...

—No debo buscar en la tierra lo que solo podré encontrar en el cielo.

—Cálmate; hay momentos en que no tienes clara la inteligencia. Te prescribo el reposo. Estaré tranquilo si veo que estás tranquila. Hija mia, haz algo por mí; él te recogió, pero yo te adopté. Vas á enfermar y yo no quiero eso; es preciso que te calmes y que duermas. Eso no es nada. Además, el tiempo nos favorece; esta noche parece elegida exprofeso para nosotros. Mañana llegaremos á Rotterdam, que es una ciudad de Holanda, situada en la embocadura de la Meuse. Vamos, trata de conciliar el sueño.

—Pierde cuidado, que no dejaré de dormir.

—Te repito que vamos á una ciudad de Holanda que se llama Rotterdam.

—Padre mio, no estoy enferma, y si esto es lo que os inquieta, tranquilizaos, no tengo fiebre; calor y nada más. Estoy buena, pero... me siento morir.

—No eres capaz de semejante cosa, la contestó Ursus, y añadió para sí:

—¡Sobre todo, Dios mio, que no tenga ninguna sacudida!

Hubo una pausa. De pronto Ursus gritó:

—Qué haces? por qué te levantas? Te suplico que te acuestes.

Gwynplaine se extremeció y avanzó la cabeza.

## III.

### El paraiso recuperado en el mundo.

Vió Gwynplaine que se puso recta sobre el colchon: llevaba largo vestido blanco, muy cerrado, que solo permitia ver el nacimiento de los hombros y el cuello; las mangas le tapaban los brazos y los pliegues los piés. En sus manos se hinchaba la ramificacion de sus venas azuladas á impulsos de la fiebre; se extremecia y oscilaba como una caña.

La linterna le alumbraba desde bajo. Su hermoso semblante era indecible. Sus cabellos desatados flotaban. Ni una lágrima corria por sus mejillas. Sus pupilas estaban oscuras y encendidas. Estaba pálida, con esa palidez que se asemeja á la transparencia de la vida en una cara terrestre. Su cuerpo, exquisito y frágil, se confundia con los pliegues de su vestido. Ondeaba enteramente con el temblor de una llama, y al mismo tiempo se conocia que empezaba á ser una sombra. Sus ojos, grandes y abiertos, resplandecian. Parecia salir del sepulcro.

Ursus, vuelto de espaldas á Gwynplaine, asustado, levantaba los brazos.

—Hija mia! sucedió lo que me temia. Se apodera de ella otra vez el delirio. Sin necesidad de sacudida, esto podria matarla y tendrá que sufrirla para impedir que se vuelva loca. Muerta ó loca! qué situacion!... Qué hacer, Dios mio?—Hija mia, vuelve á acostarte.

Esto no obstante, Dea seguia hablando, pero su voz era casi ininteligible, como si un espesor celeste se interpusiera entre ella y la tierra.

—Padre mio, os equivocais; no deliro y oigo todo lo que decís. Decís que se ha reunido ya mucho público, que me espera y que es preciso que represente esta noche; quisiera complacerle, pero no sé cómo, porque estoy muerta desde que Gwynplaine ha muerto. Pero en fin, representaré. Ya estoy aquí; pero Gwynplaine no está.

—Vamos, hija mia, obedéceme, vuélvete á la cama.

—No está!... No está! ¡Qué oscuridad!...

Gwynplaine, cuidando de no hacer ruido, subió á la estribera del cochechoza, entró y se puso la esclavina y el capisayo, salió de allí y volvió á ocultarse en el sitio que ocupaba antes.

Dea continuó murmurando, movió los labios, y poco á poco el murmullo se convirtió en melodía. Cantó, con las intermitencias del delirio, el misterioso llamamiento que habia dirigido tantas veces á Gwynplaine representando *El caos vencido.*

Despues se interrumpió diciendo:

—No es verdad, no estoy muerta. Me equivoqué, porque vivo; él es el que ha muerto. Estoy aquí bajo y él está allá arriba; partió y me quedé. Ya no le oiré andar ni hablar. Dios nos ha sacado del paraiso que nos habia concedido en el mundo. Ya no volveré á oir su voz.

Diciendo esto cantó otra estrofa del *Caos vencido*, tendiendo la mano como si quisiera apoyarse en el infinito.

Gwynplaine surgió al lado de Ursus, que quedó bruscamente petrificado, y se arrodilló delante de ella.

—¡Jamás, exclamaba la ciega, jamás le oiré!

Dea volvió á cantar, y entonces oyó una voz, la de su adorado, que la respondia entonando su estrofa del *Caos vencido.* Al mismo tiempo Dea sintió bajo su mano la cabeza de Gwynplaine, y lanzó un grito inexplicable:

—Gwynplaine!

Cayó desvanecida y el saltimbanqui la recibió en sus brazos.

—Vive! gritaba Ursus asombrado.

—Gwynplaine!... repetia Dea, y apoyaba la mejilla en la cabeza de su adorado. Despues le dijo en voz baja:

—Vuelves á descender! gracias!

Levantó la frente, se sentó sobre las rodillas á Gwynplaine, volvió hácia él su cariñoso semblante y fijó los ojos en él, como si le pudiera mirar.

—Eres tú! exclamaba.

Gwynplaine cubria de besos el vestido de Dea. Hay palabras que son, al mismo tiempo que palabras, gritos y sollozos; el éxtasis y el dolor se funden en ellas y estallan confundidos.

—Sí, soy yo, yo, Gwynplaine, el que tú amas, el que es tu esposo, yo, de quien tú eres la eternidad. Soy yo, que te tengo en brazos y soy tuyo. ¡Qué cerca está la alegría de la desesperacion!... Un momento más y... ya te lo referiré. Dea, vivamos! Dea, perdóname! ¡Soy tuyo para siempre! Ahora ya nada puede separarnos. Salgo del infierno y me remonto al cielo. Dices que bajo; no, asciendo. Ya estamos juntos! ¡quién lo hubiera creido! Nos hemos vuelto á encontrar y nuestros infortunios han terminado. Continuaremos nuestra vida feliz y cerraremos tan bien la puerta,

que la mala suerte no podrá entrar en nuestra morada. Te lo contaré todo y te asombrarás. El buque ya partió y nadie podrá conseguir que no haya partido. Estamos en camino, en el camino de la libertad. Vamos á Holanda, nos casaremos, y yo ganaré lo suficiente para vivir. Nada debemos temer. Yo te adoro!

—No hay que andar tan de prisa! balbuceó Ursus.

Dea, temblorosa y extremecida, paseaba la mano por el contorno del rostro de Gwynplaine; despues tocó las piezas del traje de su adorado y dijo:

—La esclavina... el capisayo... en nada ha cambiado... lleva lo mismo que llevó siempre.

Ursus, asombrado, se reia y lloraba, contemplándoles y dirigiéndose á sí mismo este monólogo:



—No lo comprendo! Soy un absurdo idiota. Yo le ví enterrar. Rio y lloro al mismo tiempo. Esto es todo lo que sé. Soy tan imbécil como si estuviese enamorado, pero lo estoy: estoy enamorado de los dos. Soy un estúpido y me emociono demasiado. Esto es lo que yo no queria. Gwynplaine, aprovecha la ocasion. Abrazaos, esto no me importa; yo asistiré al incidente. ¡Es gracioso lo que me sucede! Soy el parásito de su felicidad y tomo parte en ella. No soy nada de ellos y me parece que soy algo. ¡Hijos mios, yo os bendigo!

Mientras monologaba Ursus, decia Gwynplaine:

—Dea, eres muy hermosa; ¡y yo fuí ciego, ahora lo comprendo!... ¡Te vuelvo á ver y aun me parece mentira!... ¿Qué os ha sucedido durante mi ausencia? En qué estado os encuentro!... ¿Dónde está la Green-Box?... ¡Os han robado, os han expulsado!... Eso es infame! pero yo os vengaré; se las habrán conmigo, porque soy par de Inglaterra.

Ursus, que contemplaba con extrañeza á Gwynplaine, retrocedió al oir sus últimas palabras, y exclamó para sí:

—Veo que no ha muerto; pero ¿estará loco?...

—Tranquilízate, Dea, que yo me quejaré de la injusticia que se nos hizo en la Cámara de los Lores, añadió el saltimbanqui.

Ursus, que continuaba examinándole, seguia hablándose á sí mismo:

—No importa... ¿si está loco qué le hemos de hacer? Este es uno de los derechos del hombre... ahora ya soy dichosó.

El navío continuaba andando con suavidad, pero con rapidez; la noche era cada vez más oscura; las brumas que salian del Océano invadian el zenit, de donde ningun viento las barria; las estrellas mayores apenas eran visibles, apagándose una tras otra, y al cabo de algun tiempo el cielo se ennegreció.

El rio se ensanchaba, y ya sus orillas aparecian como dos diminutas líneas brumosas, casi confundidas en la oscuridad nocturna. Gwynplaine, sentado en el colchon, tenia abrazada á Dea: los dos hablaban, se arrullaban y cuchicheaban, exclamando uno y otro:

—Vida mia!

—Cielo mio!

—Mi amor!

—Mi felicidad!

—Gwynplaine!

—Dea, estoy loco! ¡Déjame besarte los piés!

—Eres tú!... tú!...

—Tengo demasiadas cosas que decirte y no sé por dónde empezar.

—Dame un beso!

—Esposa mia!

—¡Me devuelves la felicidad pordida, Gwynplaine!

—¡Te vuelvo á encontrar y te estrecho contra mi corazon! Eres mia! No sueño!

—Gwynplaine!...

—Yo te adoro!

—Siento el regocijo de un abuelo, murmuraba Ursus entre las frases cariñosas de los amantes.

Homo vino hasta ellos y andaba desde el uno al otro discretamente, sin exigir que fijasen en él la atencion, y lamiendo, ya los gruesos zapatos de Ursus, ya el capisayo de Gwynplaine, ya el vestido de Dea, ya el colchon, porque este era su modo de alegrarse.

El buque estaba ya más allá de Chatham y de la embocadura de las Medway, y se aproximaba al mar. La serenidad tenebrosa de la extension era tal, que el descenso del Támesis se verificaba fácilmente, sin que fuese necesario maniobrar ni llamar sobre cubierta á ningun marinero. El patron solo, al lado del timon, dirigia la marcha del buque: en la parte de detrás estaba él solo, y en la de delante la linterna alumbraba al dichoso grupo de séres que acababan de juntarse, convirtiendo su infortunio en súbita é inesperada felicidad.

## IV.

### Aquí, no; arriba.

De repente Dea, desprendiéndose de los brazos de Gwynplaine, se puso


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA
SEVILLA



QUE BIEN ESTOY ASI, ESCLAMÓ

en pié, apoyando las manos contra su corazon, como para impedir que se le desordenase.

—Qué es esto? exclamó. Tengo algo y es la alegría que me ahoga. Esto no será nada y pasará... Tu aparicion, Gwynplaine, ha sido para mí un rayo, un rayo de felicidad: cuando el regocijo penetra en el corazon nos embriaga. Tu ausencia me hacia espirar, pero tú me devuelves la vida, que huía de mí. Sentí dentro de mí una ruptura, la ruptura de las sombras que me mataban, y ahora siento fluir en mi interior una vida ardiente de fiebre y de delicias. Es tan extraordinaria y tan celestial la vida que haces renacer en mí, que me haces sufrir como si hubiera crecido el alma y no pudiera sostenerla el cuerpo: esta plenitud de vida seráfica fluye hasta la cabeza y penetra en ella. Siento en el pecho como un batimiento de alas; mi estado es singular, pero soy muy feliz. Me has resucitado, Gwynplaine.

Cuando Dea concluyó de hablar se enrojeció y palideció; volvió á enrojecerse y cayó inerte al suelo.

—Ay, exclamó Ursus, la has asesinado!

Gwynplaine extendió los brazos para coger á Dea, en la que chocaron el supremo éxtasis con la suprema agonía: él mismo se hubiera caido tambien si no tuviese que sostenerla.

—Dea! gritó extremeciéndose, ¿qué tienes?...

—Nada, contestó. Te amo!

Gwynplaine y Ursus acostaron á Dea sobre el colchon.

—No puedo respirar acostada, dijo con acento débil.

Al oir esto la incorporaron. Ursus la preguntó:

—Quieres una almohada?

—Para qué? Ya tengo aquí á Gwynplaine, contestó, apoyándose en los hombros de éste, que, sentado detrás de ella, la sostenia.

—Qué bien estoy así! exclamó.

Ursus la pulsaba, contando las pulsaciones: ni movia la cabeza ni decia una palabra, y solo podia adivinarse lo que opinaba de la enferma por los rápidos movimientos de los párpados, que se abrian y se cerraban convulsivamente, como para impedir que salieran las lágrimas.

—Qué tiene? le preguntó Gywnplaine.

Ursus apoyó el oido sobre el lado izquierdo de Dea. Gwynplaine repitió con ansiedad la pregunta, temblando que Ursus le respondiese lo que él temia.

Ursus miró á Gwynplaine y despues á Dea. Estaba lívido.

Dea, doblada y cada vez más pálida, plegaba, con los dedos convulsivos, la tela del vestido: suspiró y dijo:

—Sé lo que es esto; esto es que me muero.

Gwynplaine se puso en pié, aterrado. Ursus sostuvo á Dea.

—No, no! exclamó aquel; ¡tú no puedes morir, y morir ahora, morir en seguida!... es imposible! Dios no lo querrá. Devolverte la vida para quitártela al momento, eso no puede ser. No sabes lo que estás diciendo, Dea; tu juicio se trastorna; vivirás. Te exijo que vivas, y tú debes obedecerme, porque eres mi esposa. Yo te prohibo que me dejes y me abandones. No, no; esto no puede ser. Muerta tú, yo ya no podria vivir. Este momento de angustia que te oprime te pasará. Necesito que adquieras la salud y que no padezcas más. La idea sola de que puedes morir trastorna mi juicio. Nos amamos, somos uno de otro y no tienes motivo para separarte de mí; eso seria muy injusto. Si he cometido algun crímen, tú me has perdonado ya. ¡No pretendas que me vuelva furioso y malvado! ¡Dea, te lo suplico, te lo suplico de rodillas; no te mueras!

Crispando los puños entre la cabellera, agonizando de espanto y ahogado en lágrimas, se arrojó á sus piés.

—Gwynplaine mio, no tengo yo la culpa, le contestó Dea.

Los labios de la enferma se cubrieron de espuma rosada, que Ursus enjugó con una punta del vestido, sin que la viera Gwynplaine, que estaba prosternado, abrazando los piés de Dea y llorando.

—¡Ah, no quiero que mueras; si muriéramos los dos juntos me pareceria bien!... ¿Qué será de mí despues de tu muerte? Tú eres lo único que me liga al mundo.

Dea le respondió, con voz cada vez menos clara y parándose casi á cada palabra:

—Es inútil cuanto digas, mi Gwynplaine. Hace una hora queria morir y ahora ya no quisiera. Dios, que te puso en mi vida, me retira de la tuya y me separa de tí. ¿Te acordarás de la Green-Box y de la pobre ciega Dea? Recuerda mi cancion. No olvides el sonido de mi voz y el modo de decirte: Te amo! Vendré por las noches á decírtelo al oido, cuando duermas. Nos hemos vuelto á encontrar, y como esto era ser demasiado felices, no podia durar este estado. Aho-

ra me toca á mí partir. Quiero entrañablemente á mi padre Ursus y á mi hermano Homo, porque fueron muy buenos para mí. Me falta el aire. Abrid la ventana.—Gwynplaine, nunca te dije que estuve celosa un dia de una mujer que ocupó el palco grande, pero quizás tú ni recuerdes de quién hablo. ¿No es verdad?—Tapadme los brazos, que tengo frio. Dónde estarán Fibi y Vinos? Concluimos por querer á todo el mundo y nos acordamos siempre de las personas que presenciaron nuestra felicidad. No he comprendido lo que nos ha sucedido hace dos dias. Ahora me muero.—Enterradme con este vestido: al ponérmele, ya me figuraba yo que me serviria de sudario: quiero conservarle mientras pueda, porque le ha besado muchas veces Gwynplaine. ¡Qué felicidad para mí si pudiese vivir ahora! ¡Qué vida tan deliciosa llevaríamos en la cabaña con ruedas!... Cantaríamos y nos aplaudirian. Qué bueno seria no separarse jamás!... Pero no es posible que yo viva ya!... Piensa mucho en mí, idolatrado mio!

La voz de Dea se debilitaba gradualmente. La agonía le impedia la respiracion; replegaba el dedo pulgar bajo los otros dedos, que es un signo que indica la aproximacion del último minuto de vida. Despues murmuró:

—Os acordareis de mí, no es verdad? porque seria muy triste morir sin dejar quien se acuerde de nosotros. Si he sido mala alguna vez, os pido perdon. No comprendo por qué he de morir tan jóven, estando resignada como estaba á ser ciega; yo no ofendia á nadie. No deseaba otra cosa que ser siempre ciega y pasar la vida á tu lado. ¡Oh, qué triste es separarse!...

Sus palabras, jadeantes, se apagaban una tras otra, como si las soplase despues de pronunciarlas, y casi casi ya eran ininteligibles.

—Gwynplaine, te acordarás de mí? Necesito que te acuerdes cuando haya muerto. Oh, no me dejeis ir!...

Despues de una pausa añadió:

—Ven á reunirte conmigo lo más pronto que puedas. Voy á ser muy desgraciada sin tí. No me dejes sola por mucho tiempo. Aquí es donde estaba el paraiso para mí. Allá arriba solo está el cielo. Me ahogo! Adios, amor mio!

—Por favor! gritó Gwynplaine.

—Adios! repitió ella.

—Por piedad! volvió á exclamar Gwynplaine, pegando los labios á las manos heladas de Dea.

La ciega permaneció un momento como si no respirase ya; despues se levantó apoyada en los codos; profundo relámpago atravesó sus ojos y dejó escapar inefable sonrisa; su voz ardiente estalló, gritando:

—Veo la luz!...

Despues espiró, cayendo en el colchon extendida é inmóvil.

—Ha muerto, dijo Ursus.

El pobre viejo, hundiéndose en el fondo de la desesperacion, prosternó la cabeza calva, sepultando la cara sollozante entre los pliegues del vestido de Dea y á sus piés, en cuya posicion quedó exánime.

Gwynplaine, como loco, se puso en pié, levantó la frente y lanzó una mirada por encima de la cabeza á la inmensidad de la noche.

Despues, como si le viese alguno, como si le mirara quizás en las tinieblas algun sér invisible, extendió los brazos hácia el oscuro firmamento y dijo:

—Ya voy.

Gwynplaine se fué por el puente del navío hácia el borde, como si le atrajera una vision... á algunos pasos de él estaba el abismo. Se sonrió como Dea acababa de sonreir. Le pareció ver á álguien delante de él, y sus pupilas brillantes adquirieron como la reverberacion de un alma que se vé de lejos.

A cada paso se acercaba más al borde y murmuraba:

—Tranquilízate, que te sigo. Comprendí la seña que me hiciste.

Gwynplaine no apartaba la vista de un punto del cielo, el punto más alto, y sonreia. El cielo estaba absolutamente negro; no lucian las estrellas, pero evidentemente él veia una.

Despues de dar algunos pasos rígidos y siniestros, llegó al extremo del borde.

—Ya llego, dijo; Dea, ya estoy aquí.

El borde no tenia parapeto, como hemos dicho; Gwynplaine tenia el vacío ante sí; puso el pié en él y cayó.

La noche era oscura y sorda; el agua tenia gran profundidad y le tragó. Su desaparicion fué tranquila y sombría; nadie vió ni oyó nada. El navío continuó bogando y el rio fluyendo: poco despues el navío entró en el Océano.

Cuando Ursus volvió en sí no vió ya á Gwynplaine; pero apercibió, cerca del borde del buque, á Homo, que aullaba en la oscuridad, mirando al mar.

**Fin del tomo primero.**

# ÍNDICE.

Páginas.

LIBRO SEGUNDO.--La urca en el mar.



LIBRO TERCERO.--El niño en la sombra.



SEGUNDA PARTE.--Por órden del rey.

LIBRO PRIMERO.--Eterna presencia del pasado. Los hombres reflejan al hombre.



LIBRO SEGUNDO.-Gwynplaine y Dea.



LIBRO TERCERO.-Principia la hendidura.



LIBRO CUARTO.-El subterráneo penal.



LIBRO QUINTO.-El mar y la suerte se agitan con el mismo soplo.



LIBRO SEXTO.-Aspectos variados de Ursus.



LIBRO SÉPTIMO.-La Eva del abismo.



LIBRO OCTAVO.-El Capitolio y su vecindad.



LIBRO NOVENO.-La caida.

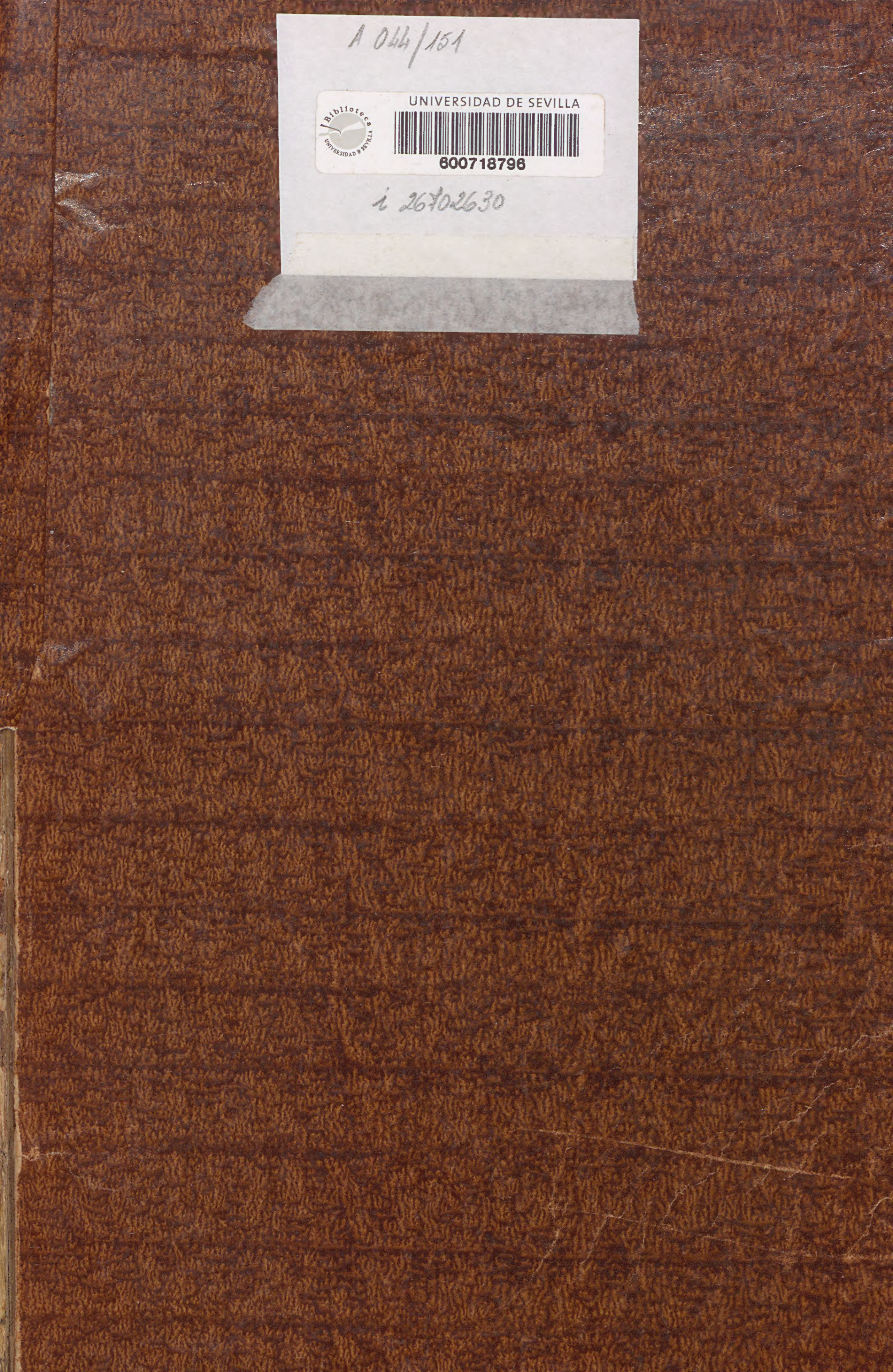


CONCLUSION.-El mar y la noche.




A 044/151
549







44
44
OBRAS
DE
VICTOR HUGO
151
151